UNE ✦ SACRA

Santa Biblia

Santa Biblia

✦ ✦ ✦

Biblia católica · 73 libros

Biblia libre para el mundo

Créditos

Versión	Biblia libre para el mundo
Canon	Católica
Libros	73
Idioma original	Hebreo, arameo y griego
Fuente	eBible.org — Biblia libre para el mundo
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Fuente: https://ebible.org/details.php?id=spablm

Consulte la fuente indicada arriba para conocer los términos de uso de esta versión. El diseño de este archivo es de Une Sacra (CC BY-NC-SA 4.0); el texto sigue la licencia indicada arriba.

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Pentateuco

1 Génesis 50 cap.
2 Éxodo 40 cap.
3 Levítico 27 cap.
4 Números 36 cap.
5 Deuteronomio 34 cap.

Libros históricos

6 Josué 24 cap.
7 Jueces 21 cap.
8 Rut 4 cap.
9 1 Samuel 31 cap.
10 2 Samuel 24 cap.
11 1 Reyes 22 cap.
12 2 Reyes 25 cap.
13 1 Crónicas 29 cap.
14 2 Crónicas 36 cap.
15 Esdras 10 cap.
16 Nehemías 13 cap.
17 Tobías 14 cap.
18 Judit 16 cap.
19 Ester (texto griego) 10 cap.
20 1 Macabeos 16 cap.
21 2 Macabeos 15 cap.

Libros poéticos y sapienciales

22 Job 42 cap.
23 Salmos 150 cap.
24 Proverbios 31 cap.
25 Eclesiastés 12 cap.
26 Cantar de los Cantares 8 cap.
27 Sabiduría 19 cap.
28 Eclesiástico (Sirácida) 52 cap.

Profetas mayores

29 Isaías 66 cap.
30 Jeremías 52 cap.
31 Lamentaciones 5 cap.
32 Baruc 6 cap.
33 Ezequiel 48 cap.
34 Daniel (texto griego) 14 cap.

Une Sacra · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

Profetas menores

35 Oseas 14 cap.

36 Joel 3 cap.

37 Amós 9 cap.

38 Abdías 1 cap.

39 Jonás 4 cap.

40 Miqueas 7 cap.

41 Nahúm 3 cap.

42 Habacuc 3 cap.

43 Sofonías 3 cap.

44 Hageo 2 cap.

45 Zacarías 14 cap.

46 Malaquías 4 cap.

Evangelios y Hechos

47 Mateo 28 cap.

48 Marcos 16 cap.

49 Lucas 24 cap.

50 Juan 21 cap.

51 Hechos de los Apóstoles 28 cap.

Cartas de Pablo

52 Romanos 16 cap.

53 1 Corintios 16 cap.

54 2 Corintios 13 cap.

55 Gálatas 6 cap.

56 Efesios 6 cap.

57 Filipenses 4 cap.

58 Colosenses 4 cap.

59 1 Tesalonicenses 5 cap.

60 2 Tesalonicenses 3 cap.

61 1 Timoteo 6 cap.

62 2 Timoteo 4 cap.

63 Tito 3 cap.

64 Filemón 1 cap.

Cartas generales y Apocalipsis

65 Hebreos 13 cap.

66 Santiago 5 cap.

67 1 Pedro 5 cap.

68 2 Pedro 3 cap.

69 1 Juan 5 cap.

70 2 Juan 1 cap.

71 3 Juan 1 cap.

72 Judas 1 cap.

73 Apocalipsis 22 cap.

Une Sacra · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

GÉNESIS

✦

Capítulo 1

1 En el principio, Dios creó los cielos y la tierra.

2 La tierra estaba sin forma y vacía. Las tinieblas cubrían la superficie del abismo y el Espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas.

3 Dios dijo: «Hágase la luz», y la luz se hizo.

4 Dios vio que la luz era buena y separó Dios la luz de las tinieblas.

5 Dios llamó a la luz «día», y a las tinieblas las llamó «noche». Y hubo tarde y hubo mañana: el primer día.

6 Dios dijo: «Haya un firmamento en medio de las aguas, y que separe las aguas de las aguas».

7 Dios hizo el firmamento y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las aguas que estaban por encima del firmamento; y así fue.

8 Dios llamó al firmamento «cielo». Y hubo tarde y hubo mañana: el segundo día.

9 Dios dijo: «Que las aguas que están bajo el cielo se reúnan en un solo lugar, y que aparezca lo seco»; y así fue.

10 Dios llamó a lo seco «tierra», y a la reunión de las aguas la llamó «mares». Y vio Dios que era bueno.

11 Dijo Dios: «Produzca la tierra hierba verde, plantas que den semilla y árboles frutales que den fruto según su especie, cuya semilla esté en ellos, sobre la tierra»; y así fue.

12 La tierra produjo hierba verde, plantas que dan semilla según su especie, y árboles que dan fruto, cuya semilla está en ellos, según su especie; y vio Dios que era bueno.

13 Y hubo tarde y hubo mañana: el tercer día.

14 Dios dijo: «Haya lumbreras en el firmamento del cielo para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para los días y los años;

15 y sean por lumbreras en el firmamento del cielo para alumbrar sobre la tierra»; y así fue.

16 Dios hizo las dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que dominase en el día, y la lumbrera menor para que dominase en la noche. Hizo también las estrellas.

17 Dios las puso en el firmamento del cielo para alumbrar sobre la tierra,

18 y para dominar en el día y en la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno.

19 Y hubo tarde y hubo mañana: el cuarto día.

20 Dios dijo: «Produzcan las aguas seres vivientes en abundancia, y vuelen las aves sobre la tierra en el ancho firmamento del cielo».

21 Dios creó los grandes monstruos marinos y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su especie, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno.

22 Dios los bendijo, diciendo: «Sed fecundos y multiplicaos, y llenad las aguas de los mares, y multiplíquense las aves en la tierra».

23 Y hubo tarde y hubo mañana: el quinto día.

24 Dios dijo: «Produzca la tierra seres vivientes según su especie: ganado, reptiles y animales de la tierra según su especie»; y así fue.

25 Dios hizo los animales de la tierra según su especie, el ganado según su especie y todo lo que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno.

26 Dios dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre el ganado, sobre toda la tierra y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra».

27 Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó.

28 Dios los bendijo y les dijo: «Sed fecundos y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra».

29 Dios dijo: "Mirad, os he dado toda planta que da semilla, que está sobre la superficie de toda la tierra, y todo árbol en el que hay fruto que da semilla. Os servirán de alimento.

30 Y a toda bestia de la tierra, a toda ave de los cielos y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda hierba verde les servirá de alimento"; y así fue.

31 Dios vio todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno. Y hubo tarde y hubo mañana: el sexto día.

Capítulo 2

1 Así fueron terminados los cielos y la tierra y todo su ornato.

2 Y acabó Dios en el séptimo día la obra que hizo; y descansó el día séptimo de toda la obra que había realizado.

3 Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó, porque en él descansó de toda la obra que había creado y hecho.

4 Éstos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron creados, el día en que Yahvé Dios hizo la tierra y los cielos.

5 Y toda planta del campo antes que fuese en la tierra, y toda hierba del campo antes que germinase; porque Yahvé Dios aún no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre para que labrase el suelo,

6 sino que subía de la tierra un vapor que regaba toda la faz de la tierra.

7 Formó, pues, Yahvé Dios al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.

8 Y Yahvé Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado.

9 Y Yahvé Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista y bueno para comer; también el árbol de la vida en medio del huerto, y el árbol del conocimiento del bien y del mal.

10 Y salía de Edén un río para regar el huerto, y de allí se repartía en cuatro brazos.

11 El nombre del uno era Pisón; éste es el que rodea toda la tierra de Havila, donde hay oro;

12 y el oro de aquella tierra es bueno; hay allí también bedelio y ónice.

13 El nombre del segundo río es Gihón; éste es el que rodea toda la tierra de Cus.

14 Y el nombre del tercer río es Hidekel; éste es el que va al oriente de Asiria. Y el cuarto río es el Éufrates.

15 Tomó, pues, Yahvé Dios al hombre y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrase y lo guardase.

16 Y mandó Yahvé Dios al hombre, diciendo: «De todo árbol del huerto podrás comer;

17 mas del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comas, ciertamente morirás».

18 Y dijo Yahvé Dios: «No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él».

19 Yahvé Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y lo que Adán llamó a los animales vivientes, ése es su nombre.

20 Y puso Adán nombres a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas para Adán no se halló ayuda idónea para él.

21 Entonces Yahvé Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar.

22 Y de la costilla que Yahvé Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre.

23 Dijo entonces Adán: «Ésta es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada».

24 Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.

25 Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.

Capítulo 3

1 Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Yahvé Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: "¿Conque Dios os ha dicho: 'No comáis de todo árbol del huerto'?"

2 Y la mujer respondió a la serpiente: "Del fruto de los árboles del huerto podemos comer;

3 pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: 'No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis'".

4 Entonces la serpiente dijo a la mujer: «No moriréis;

5 sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, conociendo el bien y el mal».

6 Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.

7 Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales.

8 Y oyeron la voz de Yahvé Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Yahvé Dios entre los árboles del huerto.

9 Mas Yahvé Dios llamó al hombre, y le dijo: «¿Dónde estás tú?»

10 Y él respondió: «Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí».

11 Y Dios le dijo: «¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?»

12 Y el hombre respondió: «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí».

13 Entonces Yahvé Dios dijo a la mujer: «¿Qué es lo que has hecho?» Y dijo la mujer: «La serpiente me engañó, y comí».

14 Y Yahvé Dios dijo a la serpiente:
«Por cuanto esto hiciste,
maldita serás entre todas las bestias
y entre todos los animales del campo;
sobre tu pecho andarás,
y polvo comerás todos los días de tu vida.

15 Y pondré enemistad entre ti y la mujer,
y entre tu simiente y la simiente suya;
ésta te herirá en la cabeza,
y tú le herirás en el calcañar».

16 A la mujer dijo:
«Multiplicaré en gran manera tus dolores en tus preñeces;
con dolor darás a luz los hijos;

y tu deseo será para tu marido,
y él se enseñoreará de ti».

17 Y al hombre dijo:
"Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer,
y comiste del árbol de que te mandé diciendo: 'No comerás de él';
maldita será la tierra por tu causa;
con dolor comerás de ella todos los días de tu vida.

18 Espinos y cardos te producirá,
y comerás hierba del campo.

19 Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra,
porque de ella fuiste tomado;
pues polvo eres,
y al polvo volverás".

20 Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes.

21 Y Yahvé Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió.

22 Y dijo Yahvé Dios: «He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre».

23 Y lo sacó Yahvé Dios del huerto de Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado.

24 Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines y una espada encendida que se revolvía a todas partes, para guardar el camino del árbol de la vida.

Capítulo 4

1 Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: «He alcanzado varón de parte de Yahvé».

2 Después dio a luz a su hermano Abel. Y Abel fue pastor de ovejas, y Caín fue labrador de la tierra.

3 Y aconteció andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Yahvé.

4 Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Yahvé con agrado a Abel y a su ofrenda;

5 pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante.

6 Entonces Yahvé dijo a Caín: «¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante?

7 Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él».

8 Y dijo Caín a su hermano Abel: «Salgamos al campo». Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató.

9 Y Yahvé dijo a Caín: «¿Dónde está Abel tu hermano?» Y él respondió: «No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?»

10 Y él le dijo: «¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra.

11 Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano.

12 Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza; errante y extranjero serás en la tierra».

13 Y dijo Caín a Yahvé: «Grande es mi castigo para ser soportado.

14 He aquí me echas hoy de la faz de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré errante y extranjero en la tierra; y sucederá que cualquiera que me hallare, me matará».

15 Y le respondió Yahvé: «Ciertamente cualquiera que matare a Caín, siete veces será castigado». Entonces Yahvé puso señal en Caín, para que no lo matase cualquiera que le hallara.

16 Salió, pues, Caín de delante de Yahvé, y habitó en tierra de Nod, al oriente de Edén.

17 Y conoció Caín a su mujer, la cual concibió y dio a luz a Enoc; y edificó una ciudad, y llamó el nombre de la ciudad del nombre de su hijo, Enoc.

18 Y a Enoc nació Irad, e Irad engendró a Mehujael, y Mehujael engendró a Matusael, y Matusael engendró a Lamec.

19 Y tomó Lamec para sí dos mujeres; el nombre de la una fue Ada, y el nombre de la otra, Zila.

20 Y Ada dio a luz a Jabal, el cual fue padre de los que habitan en tiendas y crían ganados.

21 Y el nombre de su hermano fue Jubal, el cual fue padre de todos los que tocan arpa y flauta.

22 Y Zila también dio a luz a Tubal Caín, artífice de toda obra de bronce y de hierro; y la hermana de Tubal Caín fue Naama.

23 Y dijo Lamec a sus mujeres:
«Ada y Zila, oíd mi voz;
mujeres de Lamec, escuchad mi dicho:
que un varón maté por mi herida,
y un joven por mi golpe.

24 Si siete veces será vengado Caín,
Lamec en verdad setenta veces siete lo será».

25 Y conoció de nuevo Adán a su mujer, la cual dio a luz un hijo, y llamó su nombre Set: «Porque Dios —dijo ella— me ha sustituido otra simiente en lugar de Abel, a quien mató Caín».

26 Y a Set también le nació un hijo, y llamó su nombre Enós. Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Yahvé.

Capítulo 5

1 Éste es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a la semejanza de Dios lo hizo.

2 Varón y mujer los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados.

3 Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set.

4 Y fueron los días de Adán después que engendró a Set, ochocientos años, y engendró hijos e hijas.

5 Y fueron todos los días que vivió Adán novecientos treinta años; y murió.

6 Vivió Set ciento cinco años, y engendró a Enós.

7 Y vivió Set, después que engendró a Enós, ochocientos siete años, y engendró hijos e hijas.

8 Y fueron todos los días de Set novecientos doce años; y murió.

9 Vivió Enós noventa años, y engendró a Cainán.

10 Y vivió Enós, después que engendró a Cainán, ochocientos quince años, y engendró hijos e hijas.

11 Y fueron todos los días de Enós novecientos cinco años; y murió.

12 Vivió Cainán setenta años, y engendró a Mahalaleel.

13 Y vivió Cainán, después que engendró a Mahalaleel, ochocientos cuarenta años, y engendró hijos e hijas.

14 Y fueron todos los días de Cainán novecientos diez años; y murió.

15 Vivió Mahalaleel sesenta y cinco años, y engendró a Jared.

16 Y vivió Mahalaleel, después que engendró a Jared, ochocientos treinta años, y engendró hijos e hijas.

17 Y fueron todos los días de Mahalaleel ochocientos noventa y cinco años; y murió.

18 Vivió Jared ciento sesenta y dos años, y engendró a Enoc.

19 Y vivió Jared, después que engendró a Enoc, ochocientos años, y engendró hijos e hijas.

20 Y fueron todos los días de Jared novecientos sesenta y dos años; y murió.

21 Vivió Enoc sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén.

22 Y caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas.

23 Y fueron todos los días de Enoc trescientos sesenta y cinco años.

24 Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios.

25 Vivió Matusalén ciento ochenta y siete años, y engendró a Lamec.

26 Y vivió Matusalén, después que engendró a Lamec, setecientos ochenta y dos años, y engendró hijos e hijas.

27 Fueron, pues, todos los días de Matusalén novecientos sesenta y nueve años; y murió.

28 Vivió Lamec ciento ochenta y dos años, y engendró un hijo;

29 y llamó su nombre Noé, diciendo: «Éste nos aliviará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos, a causa de la tierra que Yahvé maldijo».

30 Y vivió Lamec, después que engendró a Noé, quinientos noventa y cinco años, y engendró hijos e hijas.

31 Y fueron todos los días de Lamec setecientos setenta y siete años; y murió.

32 Y siendo Noé de quinientos años, engendró a Sem, a Cam y a Jafet.

Capítulo 6

1 Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de
la tierra, y les nacieron hijas,

2 viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron
para sí mujeres, escogiendo entre todas.

3 Y dijo Yahvé: «No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre, porque
ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años».

4 Había Nefilim en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los
hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Éstos fueron los
valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre.

5 Y vio Yahvé que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo de-
signio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.

6 Y se arrepintió Yahvé de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su
corazón.

7 Y dijo Yahvé: «Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado,
desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arre-
piento de haberlos hecho».

8 Pero Noé halló gracia ante los ojos de Yahvé.

9 Éstas son las generaciones de Noé: Noé, varón justo, era perfecto en sus genera-
ciones; con Dios caminó Noé.

10 Y engendró Noé tres hijos: a Sem, a Cam y a Jafet.

11 Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia.

12 Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne ha-
bía corrompido su camino sobre la tierra.

13 Dijo, pues, Dios a Noé: «He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está
llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra.

14 Hazte un arca de madera de gofer; harás aposentos en el arca, y la calafatearás con brea por dentro y por fuera.

15 Y de esta manera la harás: de trescientos codos la longitud del arca, de cincuenta codos su anchura, y de treinta codos su altura.

16 Una ventana harás al arca, y la acabarás a un codo de elevación por la parte de arriba; y pondrás la puerta del arca a su lado; y le harás piso bajo, segundo y tercero.

17 Y yo, he aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá.

18 Mas estableceré mi pacto contigo, y entrarás en el arca tú, tus hijos, tu mujer, y las mujeres de tus hijos contigo.

19 Y de todo lo que vive, de toda carne, dos de cada especie meterás en el arca, para que tengan vida contigo; macho y hembra serán.

20 De las aves según su especie, y de las bestias según su especie, de todo reptil de la tierra según su especie, dos de cada especie entrarán contigo, para que tengan vida.

21 Y toma contigo de todo alimento que se come, y almacénalo, y servirá de sustento para ti y para ellos».

22 E hizo Noé conforme a todo lo que Dios le mandó; así lo hizo.

Capítulo 7

1 Dijo luego Yahvé a Noé: «Entrad tú y toda tu casa en el arca; porque a ti he visto justo delante de mí en esta generación.

2 De todo animal limpio tomad siete parejas, macho y su hembra; mas de los animales que no son limpios, una pareja, el macho y su hembra.

3 También de las aves de los cielos, siete parejas, macho y hembra, para conservar viva la especie sobre la faz de toda la tierra.

4 Porque pasados aún siete días, yo haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches; y raeré de sobre la faz de la tierra a todo ser viviente que hice».

5 E hizo Noé conforme a todo lo que le mandó Yahvé.

6 Era Noé de seiscientos años cuando el diluvio de las aguas vino sobre la tierra.

7 Y por causa de las aguas del diluvio entró Noé en el arca, y con él sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos.

8 De los animales limpios, y de los animales que no eran limpios, y de las aves, y de todo lo que se arrastra sobre la tierra,

9 de dos en dos entraron con Noé en el arca, macho y hembra, como mandó Dios a Noé.

10 Y sucedió que al séptimo día las aguas del diluvio vinieron sobre la tierra.

11 El año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a los diecisiete días del mes, aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertas,

12 y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches.

13 En aquel mismo día entraron Noé, y Sem, Cam y Jafet hijos de Noé, la mujer de Noé, y las tres mujeres de sus hijos con ellos, en el arca;

14 ellos, y todos los animales silvestres según su especie, y todo ganado según su especie, y todo reptil que se arrastra sobre la tierra según su especie, y toda ave según su especie, y todo pájaro de toda especie.

15 Vinieron, pues, con Noé al arca, de dos en dos de toda carne en que había espíritu de vida.

16 Y los que vinieron, macho y hembra de toda carne vinieron, como le había mandado Dios; y Yahvé le cerró la puerta.

17 Y fue el diluvio cuarenta días sobre la tierra; y las aguas crecieron, y alzaron el arca, y se elevó sobre la tierra.

18 Y prevalecieron las aguas y crecieron en gran manera sobre la tierra; y flotaba el arca sobre la superficie de las aguas.

19 Y las aguas subieron mucho en extremo sobre la tierra; y todos los montes altos que había debajo de todos los cielos fueron cubiertos.

20 Quince codos más alto subieron las aguas, después que los montes fueron cubiertos.

21 Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra, así de aves como de ganados y de bestias, y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra, y todo hombre.

22 Todo lo que tenía aliento de espíritu de vida en sus narices, todo lo que había en la tierra, murió.

23 Así fue raído todo ser que vivía sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, los reptiles, y las aves del cielo; y fueron raídos de la tierra, y quedó solamente Noé, y los que con él estaban en el arca.

24 Y prevalecieron las aguas sobre la tierra ciento cincuenta días.

Capítulo 8

1 Y se acordó Dios de Noé, y de todos los animales, y de todo el ganado que estaba con él en el arca; e hizo pasar Dios un viento sobre la tierra, y disminuyeron las aguas.

2 Y se cerraron las fuentes del abismo y las cataratas de los cielos; y la lluvia de los cielos fue detenida.

3 Y las aguas decayeron de sobre la tierra yendo y volviendo; y decrecieron las aguas al cabo de ciento cincuenta días.

4 Y reposó el arca en el mes séptimo, a los diecisiete días del mes, sobre los montes de Ararat.

5 Y las aguas fueron decreciendo hasta el mes décimo; en el décimo, al primero del mes, se descubrieron las cimas de los montes.

6 Sucedió que al cabo de cuarenta días abrió Noé la ventana del arca que había hecho,

7 y envió un cuervo, el cual salió, y estuvo yendo y volviendo hasta que las aguas se secaron sobre la tierra.

8 Envió también de sí una paloma, para ver si las aguas se habían retirado de sobre la faz de la tierra.

9 Y no halló la paloma donde sentar la planta de su pie, y volvió a él al arca, porque las aguas estaban aún sobre la faz de toda la tierra. Entonces él extendió su mano, y tomándola, la introdujo consigo en el arca.

10 Esperó aún otros siete días, y volvió a enviar la paloma fuera del arca.

11 Y la paloma volvió a él a la hora de la tarde; y he aquí que traía una hoja de olivo verde en el pico; y entendió Noé que las aguas se habían retirado de sobre la tierra.

12 Y esperó aún otros siete días, y envió la paloma, la cual no volvió a él más.

13 Y sucedió que en el año seiscientos uno de Noé, en el mes primero, al primero del mes, las aguas se secaron sobre la tierra; y quitó Noé la cubierta del arca y miró, y he aquí que la faz de la tierra estaba seca.

14 Y en el mes segundo, a los veintisiete días del mes, se secó la tierra.

15 Entonces habló Dios a Noé, diciendo:

16 «Salid del arca tú, y vuestra mujer, y vuestros hijos, y las mujeres de vuestros hijos con vosotros.

17 Todos los animales que están con vosotros de toda carne, de aves y de bestias y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra, sacadlos con vosotros; y vayan por la tierra, y fructifiquen y multiplíquense sobre la tierra».

18 Entonces salió Noé, y sus hijos, su mujer, y las mujeres de sus hijos con él.

19 Todos los animales, y todo reptil y toda ave, todo lo que se mueve sobre la tierra según sus especies, salieron del arca.

20 Y edificó Noé un altar a Yahvé, y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar.

21 Y percibió Yahvé olor grato; y dijo Yahvé en su corazón: «No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud; ni volveré más a destruir todo ser viviente, como he hecho.

22 Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche».

Capítulo 9

1 Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo: «Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra.

2 Vuestro temor y vuestro pavor estarán sobre todo animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se mueva sobre la tierra, y en todos los peces del mar; en vuestras manos son entregados.

3 Todo lo que se mueve y vive os será para mantenimiento: así como las legumbres y hierbas verdes, os lo he dado todo.

4 Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis.

5 Porque ciertamente demandaré la sangre de vuestras vidas; de mano de toda bestia la demandaré, y de mano del hombre; de mano del varón su hermano demandaré la vida del hombre.

6 El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre.

7 Mas vosotros fructificad y multiplicaos; procread abundantemente en la tierra, y multiplicaos en ella».

8 Y habló Dios a Noé y a sus hijos con él, diciendo:

9 «He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestra simiente después de vosotros;

10 y con todo ser viviente que está con vosotros, de aves, de animales y de toda bestia de la tierra que está con vosotros, desde todos los que salieron del arca hasta todo animal de la tierra.

11 Estableceré mi pacto con vosotros, y no exterminaré ya más toda carne con aguas de diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra».

12 Y dijo Dios: «Ésta es la señal del pacto que yo establezco entre mí y vosotros y todo ser viviente que está con vosotros, por siglos perpetuos:

13 Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra.

14 Y sucederá que cuando haga venir nubes sobre la tierra, se dejará ver entonces mi arco en las nubes.

15 Y me acordaré del pacto mío, que hay entre mí y vosotros y todo ser viviente de toda carne; y no habrá más aguas de diluvio para destruir toda carne.

16 Estará el arco en las nubes, y verlo he para acordarme del pacto perpetuo entre Dios y todo ser viviente, con toda carne que hay sobre la tierra».

17 Dijo, pues, Dios a Noé: «Ésta es la señal del pacto que he establecido entre mí y toda carne que está sobre la tierra».

18 Y los hijos de Noé que salieron del arca fueron Sem, Cam y Jafet; y Cam es el padre de Canaán.

19 Éstos tres son los hijos de Noé, y de ellos se pobló toda la tierra.

20 Después comenzó Noé a labrar la tierra, y plantó una viña;

21 y bebió del vino, y se embriagó, y estaba descubierto en medio de su tienda.

22 Y Cam, padre de Canaán, vio la desnudez de su padre, y lo dijo a sus dos hermanos que estaban fuera.

23 Entonces Sem y Jafet tomaron la ropa, y la pusieron sobre sus propios hombros, y andando hacia atrás, cubrieron la desnudez de su padre, teniendo vueltos sus rostros, y así no vieron la desnudez de su padre.

24 Y despertó Noé de su vino, y supo lo que había hecho con él su hijo más joven,

25 y dijo:
«Maldito sea Canaán;
siervo de siervos será a sus hermanos».

26 Dijo más:
«Bendito sea Yahvé el Dios de Sem,
y sea Canaán su siervo.

27 Engrandezca Dios a Jafet,
y habite en las tiendas de Sem,
y sea Canaán su siervo».

28 Y vivió Noé después del diluvio trescientos cincuenta años.

29 Y fueron todos los días de Noé novecientos cincuenta años; y murió.

Capítulo 10

1 Éstas son las generaciones de los hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet, a los cuales nacieron hijos después del diluvio.

2 Los hijos de Jafet: Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Mesec y Tiras.

3 Los hijos de Gomer: Askenaz, Rifat y Togarma.

4 Los hijos de Javán: Elisa, Tarsis, Quitim y Dodanim.

5 De éstos se poblaron las costas de las naciones en sus tierras, cada cual según su lengua, conforme a sus familias en sus naciones.

6 Los hijos de Cam: Cus, Mizraim, Fut y Canaán.

7 Los hijos de Cus: Seba, Havila, Sabta, Raama y Sabteca. Y los hijos de Raama: Sabá y Dedán.

8 Y Cus engendró a Nimrod, quien llegó a ser el primer poderoso en la tierra.

9 Éste fue vigoroso cazador delante de Yahvé; por lo cual se dice: «Así como Nimrod, vigoroso cazador delante de Yahvé».

10 Y fue el comienzo de su reino Babel, Erec, Acad y Calne, en la tierra de Sinar.

11 De esta tierra salió para Asiria, y edificó Nínive, Rehobot, Cala,

12 y Resén entre Nínive y Cala, la cual es ciudad grande.

13 Mizraim engendró a Ludim, a Anamim, a Lehabim, a Naftuhim,

14 a Patrusim, a Casluhim, de donde salieron los filisteos, y a Caftorim.

15 Y Canaán engendró a Sidón su primogénito, a Het,

16 al jebuseo, al amorreo, al gergeseo,

17 al heveo, al araceo, al sineo,

18 al arvadeo, al zemareo y al hamateo; y después se dispersaron las familias de los cananeos.

19 Y fue el territorio de los cananeos desde Sidón, en dirección a Gerar, hasta Gaza; y en dirección de Sodoma, Gomorra, Adma y Zeboim, hasta Lasa.

20 Éstos son los hijos de Cam por sus familias, por sus lenguas, en sus tierras, en sus naciones.

21 También le nacieron hijos a Sem, padre de todos los hijos de Heber, y hermano mayor de Jafet.

22 Los hijos de Sem: Elam, Asur, Arfaxad, Lud y Aram.

23 Y los hijos de Aram: Uz, Hul, Geter y Mas.

24 Arfaxad engendró a Sala, y Sala engendró a Heber.

25 Y a Heber nacieron dos hijos: el nombre del uno fue Peleg, porque en sus días fue repartida la tierra; y el nombre de su hermano, Joctán.

26 Y Joctán engendró a Almodad, Selef, Hazar-mavet, Jera,

27 Adoram, Uzal, Dicla,

28 Obal, Abimael, Sabá,

29 Ofir, Havila y Jobab; todos éstos fueron hijos de Joctán.

30 Y su habitación fue desde Mesa en dirección de Sefar, monte del oriente.

31 Éstos fueron los hijos de Sem por sus familias, por sus lenguas, en sus tierras, en sus naciones.

32 Éstas son las familias de los hijos de Noé por sus descendencias, en sus naciones; y de éstos se esparcieron las naciones en la tierra después del diluvio.

Capítulo 11

1 Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras.

2 Y aconteció que cuando partieron de oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí.

3 Y se dijeron unos a otros: «Venid, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego». Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el betún en lugar de mezcla.

4 Y dijeron: «Venid, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéramos esparcidos sobre la faz de toda la tierra».

5 Y descendió Yahvé para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres.

6 Y dijo Yahvé: «He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la edificación, y ahora nada les hará desistir de lo que han pensado hacer.

7 Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero».

8 Así los esparció Yahvé desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.

9 Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió Yahvé el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra.

10 Éstas son las generaciones de Sem: Sem, de edad de cien años, engendró a Arfaxad, dos años después del diluvio.

11 Y vivió Sem, después que engendró a Arfaxad, quinientos años, y engendró hijos e hijas.

12 Arfaxad vivió treinta y cinco años, y engendró a Sala.

13 Y vivió Arfaxad, después que engendró a Sala, cuatrocientos tres años, y engendró hijos e hijas.

14 Sala vivió treinta años, y engendró a Heber.

15 Y vivió Sala, después que engendró a Heber, cuatrocientos tres años, y engendró hijos e hijas.

16 Heber vivió treinta y cuatro años, y engendró a Peleg.

17 Y vivió Heber, después que engendró a Peleg, cuatrocientos treinta años, y engendró hijos e hijas.

18 Peleg vivió treinta años, y engendró a Reu.

19 Y vivió Peleg, después que engendró a Reu, doscientos nueve años, y engendró hijos e hijas.

20 Reu vivió treinta y dos años, y engendró a Serug.

21 Y vivió Reu, después que engendró a Serug, doscientos siete años, y engendró hijos e hijas.

22 Serug vivió treinta años, y engendró a Nacor.

23 Y vivió Serug, después que engendró a Nacor, doscientos años, y engendró hijos e hijas.

24 Nacor vivió veintinueve años, y engendró a Taré.

25 Y vivió Nacor, después que engendró a Taré, ciento diecinueve años, y engendró hijos e hijas.

26 Taré vivió setenta años, y engendró a Abram, a Nacor y a Harán.

27 Éstas son las generaciones de Taré: Taré engendró a Abram, a Nacor y a Harán; y Harán engendró a Lot.

28 Y murió Harán antes que su padre Taré en la tierra de su nacimiento, en Ur de los caldeos.

29 Y tomaron Abram y Nacor para sí mujeres; el nombre de la mujer de Abram era Sarai, y el nombre de la mujer de Nacor, Milca, hija de Harán, padre de Milca y de Isca.

30 Mas Sarai era estéril, y no tenía hijo.

31 Y tomó Taré a Abram su hijo, y a Lot hijo de Harán, hijo de su hijo, y a Sarai su nuera, mujer de Abram su hijo, y salió con ellos de Ur de los caldeos, para ir a la tierra de Canaán; y vinieron hasta Harán, y se quedaron allí.

32 Y fueron los días de Taré doscientos cinco años; y murió Taré en Harán.

Capítulo 12

1 Pero Yahvé había dicho a Abram: «Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré.

2 Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición.

3 Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra».

4 Y se fue Abram, como Yahvé le dijo; y Lot fue con él. Y era Abram de edad de setenta y cinco años cuando salió de Harán.

5 Tomó, pues, Abram a Sarai su mujer, y a Lot hijo de su hermano, y todos sus bienes que habían ganado y las personas que habían adquirido en Harán, y salieron para ir a tierra de Canaán; y a tierra de Canaán llegaron.

6 Y pasó Abram por aquella tierra hasta el lugar de Siquem, hasta la encina de More; y el cananeo estaba entonces en la tierra.

7 Y apareció Yahvé a Abram, y le dijo: «A tu descendencia daré esta tierra». Y edificó allí un altar a Yahvé, quien le había aparecido.

8 Luego se pasó de allí a un monte al oriente de Betel, y plantó su tienda, teniendo a Betel al occidente y Hai al oriente; y edificó allí altar a Yahvé, e invocó el nombre de Yahvé.

9 Y Abram partió de allí, caminando y yendo hacia el sur.

10 Hubo entonces hambre en la tierra, y descendió Abram a Egipto para morar allá; porque era grande el hambre en la tierra.

11 Y aconteció que cuando estaba para entrar en Egipto, dijo a Sarai su mujer: "He aquí, ahora conozco que eres mujer de hermoso aspecto;

12 y cuando te vean los egipcios, dirán: 'Su mujer es'; y me matarán a mí, y a ti te dejarán la vida.

13 Di, ahora, que eres mi hermana, para que yo tenga bien por causa tuya, y viva mi alma por amor de ti".

14 Y aconteció que cuando entró Abram en Egipto, los egipcios vieron que la mujer era hermosa en gran manera.

15 También la vieron los príncipes de Faraón, y la alabaron delante de él; y fue llevada la mujer a casa de Faraón.

16 E hizo bien a Abram por causa de ella; y él tuvo ovejas, vacas, asnos, siervos, criadas, asnas y camellos.

17 Mas Yahvé hirió a Faraón y a su casa con grandes plagas, por causa de Sarai mujer de Abram.

18 Entonces Faraón llamó a Abram, y le dijo: "¿Qué es esto que has hecho conmigo? ¿Por qué no me declaraste que era tu mujer?

19 ¿Por qué dijiste: 'Es mi hermana', dándome ocasión para tomarla para mí por mujer? Ahora, pues, he aquí tu mujer; tómala, y vete".

20 Entonces Faraón dio orden a sus gentes acerca de Abram; y le acompañaron a él, y a su mujer, con todo lo que tenía.

Capítulo 13

1 Subió, pues, Abram de Egipto hacia el sur, él y su mujer, con todo lo que tenía, y con él Lot.

2 Y Abram era muy rico en ganado, en plata y en oro.

3 Y volvió por sus jornadas desde el sur hacia Betel, hasta el lugar donde había estado antes su tienda entre Betel y Hai,

4 al lugar del altar que había hecho allí antes; e invocó allí Abram el nombre de Yahvé.

5 También Lot, que andaba con Abram, tenía ovejas, vacas y tiendas.

6 Y la tierra no era suficiente para que habitasen juntos, pues sus posesiones eran muchas, y no podían morar en un mismo lugar.

7 Y hubo contienda entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot; y el cananeo y el ferezeo habitaban entonces en la tierra.

8 Entonces Abram dijo a Lot: «No haya ahora altercado entre nosotros dos, entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos.

9 ¿No está toda la tierra delante de ti? Yo os ruego que os apartéis de mí. Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la derecha; y si tú a la derecha, yo iré a la izquierda».

10 Y alzó Lot sus ojos, y vio toda la llanura del Jordán, que toda ella era de riego, antes que destruyese Yahvé a Sodoma y a Gomorra, como el huerto de Yahvé, como la tierra de Egipto en la dirección de Zoar.

11 Entonces Lot escogió para sí toda la llanura del Jordán; y se fue Lot hacia el oriente, y se apartaron el uno del otro.

12 Abram acampó en la tierra de Canaán, en tanto que Lot habitó en las ciudades de la llanura, y fue poniendo sus tiendas hasta Sodoma.

13 Mas los hombres de Sodoma eran malos y pecadores contra Yahvé en gran manera.

14 Y Yahvé dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: «Alzad ahora vuestros ojos y mirad desde el lugar donde estáis hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente.

15 Porque toda la tierra que veis, os la daré a vos y a vuestra descendencia para siempre.

16 Y haré vuestra descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también vuestra descendencia será contada.

17 Levantaos, recorred la tierra por su longitud y por su anchura; porque a vos os la he de dar».

18 Abram, pues, removiendo su tienda, vino y moró en el encinar de Mamre, que está en Hebrón, y edificó allí altar a Yahvé.

Capítulo 14

1 Aconteció en los días de Amrafel rey de Sinar, Arioc rey de Elasar, Quedorlaomer rey de Elam, y Tidal rey de Goim,

2 que éstos hicieron guerra contra Bera rey de Sodoma, contra Birsa rey de Gomorra, contra Sinab rey de Adma, contra Semeber rey de Zeboim, y contra el rey de Bela, la cual es Zoar.

3 Todos éstos se juntaron en el valle de Sidim, que es el Mar Salado.

4 Doce años habían servido a Quedorlaomer, y en el decimotercero se rebelaron.

5 Y en el año decimocuarto vino Quedorlaomer, y los reyes que estaban con él, y derrotaron a los refaítas en Astarot Karnaim, a los zuzitas en Ham, a los emitas en Save-quiriataim,

6 y a los horeos en el monte de Seir, hasta la llanura de Parán, que está junto al desierto.

7 Y volvieron y vinieron a En-mispat, que es Cades, y devastaron todo el país de los amalecitas, y también al amorreo que habitaba en Hazezón-tamar.

8 Y salieron el rey de Sodoma, el rey de Gomorra, el rey de Adma, el rey de Zeboim y el rey de Bela, que es Zoar, y ordenaron batalla contra ellos en el valle de Sidim;

9 esto es, contra Quedorlaomer rey de Elam, Tidal rey de Goim, Amrafel rey de Sinar y Arioc rey de Elasar; cuatro reyes contra cinco.

10 Y el valle de Sidim estaba lleno de pozos de asfalto; y cuando huyeron el rey de Sodoma y el de Gomorra, cayeron allí; y los demás huyeron al monte.

11 Y tomaron toda la riqueza de Sodoma y de Gomorra, y todas sus provisiones, y se fueron.

12 Tomaron también a Lot, hijo del hermano de Abram, que moraba en Sodoma, y sus bienes, y se fueron.

13 Y vino uno de los que escaparon, y lo anunció a Abram el hebreo, que habitaba en el encinar de Mamre el amorreo, hermano de Escol y hermano de Aner, los cuales eran aliados de Abram.

14 Oyó Abram que su pariente estaba cautivo, y armó a sus criados, los nacidos en su casa, trescientos dieciocho, y los siguió hasta Dan.

15 Y cayó sobre ellos de noche, él y sus siervos, y los atacó, y los siguió hasta Hoba al norte de Damasco.

16 Y recobró todos los bienes, y también a Lot su pariente y sus bienes, y a las mujeres y demás gente.

17 Cuando volvía de la derrota de Quedorlaomer y de los reyes que con él estaban, salió el rey de Sodoma a recibirlo al valle de Save, que es el Valle del Rey.

18 Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino;

19 y le bendijo, diciendo: «Bendito sea Abram del Dios Altísimo, poseedor de los cielos y de la tierra;

20 y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano». Y le dio Abram los diezmos de todo.

21 Entonces el rey de Sodoma dijo a Abram: «Dame las personas, y toma para ti los bienes».

22 Y respondió Abram al rey de Sodoma: "He alzado mi mano a Yahvé Dios Altísimo, poseedor de los cielos y de la tierra,

23 que desde un hilo hasta una correa de calzado, nada tomaré de todo lo que es tuyo, para que no digas: 'Yo enriquecí a Abram';

24 excepto solamente lo que comieron los jóvenes, y la parte de los varones que fueron conmigo, Aner, Escol y Mamre, los cuales tomarán su parte".

Capítulo 15

1 Después de estas cosas, vino la palabra de Yahvé a Abram en visión, diciendo: «No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande».

2 Y respondió Abram: "Señor Yahvé, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer?"

3 Dijo también Abram: «He aquí que no me has dado prole, y he aquí que será mi heredero un esclavo nacido en mi casa».

4 Luego vino a él palabra de Yahvé, diciendo: «No te heredará éste, sino un hijo tuyo, que saldrá de tus entrañas, será el que te herede».

5 Y lo sacó fuera, y le dijo: «Mira ahora a los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar». Y le dijo: «Así será tu descendencia».

6 Y creyó a Yahvé, y le fue contado por justicia.

7 Y le dijo: «Yo soy Yahvé, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar esta tierra».

8 Y él respondió: «Señor Yahvé, ¿en qué conoceré que la he de heredar?»

9 Y le dijo: «Tráeme una becerra de tres años, y una cabra de tres años, y un carnero de tres años, una tórtola también, y un palomino».

10 Y él le trajo todo esto, y los partió por el medio, y puso cada mitad una enfrente de la otra; mas no partió las aves.

11 Y descendían aves de rapiña sobre los cuerpos muertos, y Abram las ahuyentaba.

12 Mas a la caída del sol sobrecogió el sueño a Abram, y he aquí que el temor de una grande oscuridad cayó sobre él.

13 Entonces Yahvé dijo a Abram: «Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años.

14 Mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza.

15 Y tú irás a tus padres en paz, y serás sepultado en buena vejez.

16 Y en la cuarta generación volverán acá; porque aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo hasta aquí».

17 Y sucedió que puesto el sol, y ya oscurecido, se dejó ver un horno humeando, y una antorcha de fuego que pasó por entre los animales divididos.

18 En aquel día hizo Yahvé un pacto con Abram, diciendo: «A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates;

19 la tierra de los ceneos, los cenezeos, los cadmoneos,

20 los heteos, los ferezeos, los refaítas,

21 los amorreos, los cananeos, los gergeseos y los jebuseos».

Capítulo 16

1 Sarai, mujer de Abram, no le daba hijos; y ella tenía una sierva egipcia que se llamaba Agar.

2 Dijo entonces Sarai a Abram: «Mira, Yahvé me ha impedido el tener hijos; te ruego que te llegues a mi sierva, quizá tendré descendencia de ella». Y atendió Abram al ruego de Sarai.

3 Y Sarai, mujer de Abram, tomó a Agar su sierva egipcia, al cabo de diez años que había habitado Abram en la tierra de Canaán, y la dio por mujer a Abram su marido.

4 Y él se llegó a Agar, la cual concibió; y cuando vio que había concebido, miraba con desprecio a su señora.

5 Entonces Sarai dijo a Abram: «Este agravio es culpa tuya. Entregué a mi sierva en tu seno, y cuando vio que había concebido, me miraba con desprecio; juzgue Yahvé entre tú y yo».

6 Y respondió Abram a Sarai: «He aquí, tu doncella está en tu mano; haz con ella lo que bien te parezca». Y como Sarai la afligiese, ella huyó de su presencia.

7 Y la halló el ángel de Yahvé junto a una fuente de agua en el desierto, junto a la fuente que está en el camino de Shur.

8 Y le dijo: «Agar, sierva de Sarai, ¿de dónde vienes tú, y a dónde vas?» Y ella respondió: «Huyo de la presencia de mi señora Sarai».

9 Y le dijo el ángel de Yahvé: «Vuélvete a tu señora, y ponte sumisa bajo sus manos».

10 Le dijo también el ángel de Yahvé: «Multiplicaré en gran manera tu descendencia, que no podrá ser contada a causa de la multitud».

11 Además le dijo el ángel de Yahvé: «He aquí que has concebido, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Ismael, porque Yahvé ha oído tu aflicción.

12 Y él será un hombre fiero como un asno montés; su mano será contra todos, y la mano de todos contra él, y habitará frente a todos sus hermanos».

13 Entonces llamó el nombre de Yahvé que con ella hablaba: «Tú eres Dios que ve»; porque dijo: «¿No he visto también aquí al que me ve?»

14 Por lo cual llamó al pozo Beer Lahai Roi. He aquí que está entre Cades y Bered.

15 Y Agar dio a luz un hijo a Abram, y llamó Abram el nombre del hijo que le dio Agar, Ismael.

16 Era Abram de edad de ochenta y seis años, cuando Agar dio a luz a Ismael.

Capítulo 17

1 Cuando Abram tenía noventa y nueve años, se le apareció Yahvé y le dijo: «Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto.

2 Y pondré mi pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera».

3 Entonces Abram se postró sobre su rostro, y Dios habló con él, diciendo:

4 «En cuanto a mí, he aquí que mi pacto es contigo, y serás padre de muchedumbre de gentes.

5 Y no se llamará más tu nombre Abram, sino que será tu nombre Abraham, porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes.

6 Y te haré fructificar en gran manera, y haré naciones de ti, y reyes saldrán de ti.

7 Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti.

8 Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos».

9 Dijo de nuevo Dios a Abraham: «En cuanto a ti, guardarás mi pacto, tú y tu descendencia después de ti por sus generaciones.

10 Éste es mi pacto, que guardaréis entre mí y vosotros y tu descendencia después de ti: Será circuncidado todo varón de entre vosotros.

11 Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mí y vosotros.

12 Y de edad de ocho días será circuncidado todo varón entre vosotros por vuestras generaciones; el nacido en casa, y el comprado por dinero a cualquier extranjero, que no fuere de tu linaje.

13 Debe ser circuncidado el nacido en tu casa, y el comprado por tu dinero; y estará mi pacto en vuestra carne por pacto perpetuo.

14 Y el varón incircunciso, el que no hubiere circuncidado la carne de su prepucio, aquella persona será cortada de su pueblo; ha violado mi pacto».

15 Dijo también Dios a Abraham: «A Sarai tu mujer no la llamarás Sarai, mas Sara será su nombre.

16 Y la bendeciré, y también te daré de ella hijo; sí, la bendeciré, y vendrá a ser madre de naciones; reyes de pueblos vendrán de ella».

17 Entonces Abraham se postró sobre su rostro, y se rió, y dijo en su corazón: «¿A hombre de cien años ha de nacer hijo? ¿Y Sara, ya de noventa años, ha de concebir?»

18 Y dijo Abraham a Dios: «¡Ojalá Ismael viva delante de ti!»

19 Respondió Dios: “Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac. Y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él.

20 Y en cuanto a Ismael, también te he oído; he aquí que le bendeciré, y le haré fructificar y multiplicar en gran manera; doce príncipes engendrará, y haré de él una gran nación.

21 Mas yo estableceré mi pacto con Isaac, el que Sara te dará a luz por este tiempo el año que viene".

22 Y acabó de hablar con él, y subió Dios de estar con Abraham.

23 Entonces tomó Abraham a Ismael su hijo, y a todos los siervos nacidos en su casa, y a todos los comprados por su dinero, a todo varón entre los domésticos de la casa de Abraham, y circuncidó la carne del prepucio de ellos en aquel mismo día, como Dios le había dicho.

24 Era Abraham de edad de noventa y nueve años cuando circuncidó la carne de su prepucio.

25 E Ismael su hijo era de trece años cuando fue circuncidada la carne de su prepucio.

26 En el mismo día fueron circuncidados Abraham e Ismael su hijo.

27 Y todos los varones de su casa, el siervo nacido en casa, y el comprado del extranjero por dinero, fueron circuncidados con él.

Capítulo 18

1 Yahvé se le apareció en el encinar de Mamre, estando él sentado a la puerta de su tienda en el calor del día.

2 Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él. Al verlos, salió corriendo de la puerta de la tienda a recibirlos, se postró en tierra,

3 y dijo: «Señor mío, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de largo junto a tu siervo.

4 Que se traiga ahora un poco de agua, lavad vuestros pies y recostaos bajo el árbol.

5 Yo traeré un bocado de pan para que sustentéis vuestro corazón; después podréis seguir vuestro camino, ya que habéis pasado cerca de vuestro siervo». Ellos dijeron: «Haz así como has dicho».

6 Entonces Abraham fue de prisa a la tienda, a donde estaba Sara, y le dijo: «Toma pronto tres medidas de flor de harina, amásala y cuece panes».

7 Y corrió Abraham a las vacas, tomó un becerro tierno y bueno, y lo dio al criado, quien se apresuró a prepararlo.

8 Tomó también cuajada, leche y el becerro que había preparado, y lo puso delante de ellos. Él se quedó de pie junto a ellos debajo del árbol, y comieron.

9 Y le dijeron: «¿Dónde está Sara tu mujer?» Y él respondió: «Allí en la tienda».

10 Entonces dijo: «Ciertamente volveré a ti por este tiempo el año próximo, y he aquí, Sara tu mujer tendrá un hijo». Y Sara escuchaba a la puerta de la tienda, que estaba detrás de él.

11 Abraham y Sara eran ancianos, de edad avanzada; y a Sara le había cesado ya la costumbre de las mujeres.

12 Se rió, pues, Sara entre sí, diciendo: «¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo?»

13 Entonces Yahvé dijo a Abraham: "¿Por qué se ha reído Sara diciendo: '¿Será cierto que he de dar a luz siendo ya vieja?'

14 ¿Hay para Yahvé alguna cosa difícil? Al tiempo señalado volveré a ti, por este tiempo el año próximo, y Sara tendrá un hijo".

15 Entonces Sara lo negó, diciendo: «No me he reído»; porque tuvo miedo. Pero él dijo: «No es así, sino que te has reído».

16 Y los varones se levantaron de allí, y miraron hacia Sodoma; y Abraham iba con ellos acompañándolos.

17 Y Yahvé dijo: «¿Ocultaré yo a Abraham lo que voy a hacer,

18 habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra?

19 Porque yo lo he elegido, sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Yahvé, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Yahvé sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él».

20 Entonces Yahvé le dijo: «Por cuanto el clamor contra Sodoma y Gomorra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo,

21 descenderé ahora, y veré si han consumado su obra según el clamor que ha llegado hasta mí; y si no, lo sabré».

22 Y se apartaron de allí los varones, y fueron hacia Sodoma; pero Abraham estaba aún delante de Yahvé.

23 Y se acercó Abraham y dijo: «¿Destruirás también al justo con el impío?

24 Quizá haya cincuenta justos dentro de la ciudad: ¿destruirás también y no perdonarás al lugar por amor a los cincuenta justos que estén dentro de él?

25 Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío, y que sea el justo tratado como el impío; nunca tal hagas. El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?»

26 Entonces respondió Yahvé: «Si hallare en Sodoma cincuenta justos dentro de la ciudad, perdonaré a todo este lugar por amor a ellos».

27 Y Abraham replicó y dijo: «He aquí, me he atrevido a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza.

28 Quizá faltarán de cincuenta justos cinco; ¿destruirás por aquellos cinco toda la ciudad?» Y dijo: «No la destruiré, si hallare allí cuarenta y cinco».

29 Y volvió a hablarle, y dijo: «Quizá se hallarán allí cuarenta». Y respondió: «No lo haré por amor a los cuarenta».

30 Y dijo: «No se enoje ahora mi Señor, y hablaré: quizá se hallarán allí treinta». Y respondió: «No lo haré si hallare allí treinta».

31 Y dijo: «He aquí, me he atrevido a hablar a mi Señor: quizá se hallarán allí veinte». Y respondió: «No la destruiré por amor a los veinte».

32 Y volvió a decir: «No se enoje ahora mi Señor, y hablaré solamente una vez más: quizá se hallarán allí diez». Y respondió: «No la destruiré por amor a los diez».

33 El Señor se fue en cuanto terminó de hablar con Abraham, y éste volvió a su lugar.

Capítulo 19

1 Llegaron, pues, los dos ángeles a Sodoma a la caída de la tarde; y Lot estaba sentado a la puerta de Sodoma. Y viéndolos Lot, se levantó a recibirlos, y se postró hacia tierra,

2 y dijo: «He aquí ahora, mis señores, os ruego que vengáis a casa de vuestro siervo y os hospedéis, y lavaréis vuestros pies; y por la mañana os levantaréis, y seguiréis vuestro camino». Y ellos respondieron: «No, que en la plaza nos quedaremos esta noche».

3 Mas él porfió con ellos mucho, y fueron con él, y entraron en su casa; y les hizo banquete, y coció panes sin levadura, y comieron.

4 Pero antes que se acostasen, rodearon la casa los hombres de la ciudad, los varones de Sodoma, todo el pueblo junto, desde el más joven hasta el más viejo.

5 Y llamaron a Lot, y le dijeron: «¿Dónde están los varones que vinieron a ti esta noche? Sácalos, para que los conozcamos».

6 Entonces Lot salió a ellos a la puerta, y cerró la puerta tras sí,

7 y dijo: «Os ruego, hermanos míos, que no hagáis tal maldad.

8 He aquí ahora yo tengo dos hijas que no han conocido varón; os ruego que os las saque afuera, y haced de ellas como bien os pareciere; solamente a estos varones no hagáis nada, pues que vinieron a la sombra de mi tejado».

9 Y ellos respondieron: «¡Quita allá!» Y añadieron: «Vino este extraño para habitar entre nosotros, y ¿habrá de erigirse en juez? Ahora te haremos más mal que a ellos». Y hacían gran violencia al varón, a Lot, y se acercaron para romper la puerta.

10 Entonces los varones alargaron la mano, y metieron a Lot en casa con ellos, y cerraron la puerta.

11 Y a los hombres que estaban a la puerta de la casa hirieron con ceguera desde el menor hasta el mayor, de manera que se fatigaban buscando la puerta.

12 Y dijeron los varones a Lot: «¿Tienes aquí alguno más? Yernos, y tus hijos y tus hijas, y todo lo que tienes en la ciudad, sácalo de este lugar;

13 porque vamos a destruir este lugar, por cuanto el clamor contra ellos ha subido de punto delante de Yahvé; por tanto, Yahvé nos ha enviado para destruirlo».

14 Entonces salió Lot y habló a sus yernos, los que habían de tomar sus hijas, y les dijo: «Levantaos, salid de este lugar; porque Yahvé va a destruir esta ciudad». Mas pareció a sus yernos como que se burlaba.

15 Y al rayar el alba, los ángeles daban prisa a Lot, diciendo: «Levántate, toma tu mujer, y tus dos hijas que se hallan aquí, para que no perezcas en el castigo de la ciudad».

16 Y deteniéndose él, los varones asieron de su mano, y de la mano de su mujer y de las manos de sus dos hijas, según la misericordia de Yahvé para con él; y lo sacaron y lo pusieron fuera de la ciudad.

17 Y cuando los hubieron llevado fuera, dijeron: «Escapa por tu vida; no mires tras ti, ni pares en toda esta llanura; escapa al monte, no sea que perezcas».

18 Pero Lot les dijo: «No, os ruego, señor mío.

19 He aquí ahora ha hallado tu siervo gracia en tus ojos, y has engrandecido tu misericordia que has hecho conmigo dándome la vida; mas yo no podré escapar al monte, no sea que me alcance el mal, y muera.

20 He aquí ahora esta ciudad está cerca para huir allá, la cual es pequeña; dejadme escapar ahora allá (¿no es ella pequeña?), y salvaré mi vida».

21 Y le respondió: «He aquí he recibido también tu súplica sobre esto, y no destruiré la ciudad de que has hablado.

22 Date prisa, escápate allá; porque nada podré hacer hasta que hayas llegado allí». Por esto fue llamado el nombre de la ciudad, Zoar.

23 El sol salía sobre la tierra, cuando Lot llegó a Zoar.

24 Entonces Yahvé hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego de parte de Yahvé desde los cielos;

25 y destruyó las ciudades, y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades, y el fruto de la tierra.

26 Entonces la mujer de Lot miró atrás, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal.

27 Y subió Abraham por la mañana al lugar donde había estado delante de Yahvé.

28 Y miró hacia Sodoma y Gomorra, y hacia toda la tierra de aquella llanura miró; y he aquí que el humo subía de la tierra como el humo de un horno.

29 Así, cuando destruyó Dios las ciudades de la llanura, se acordó Dios de Abraham, y envió fuera a Lot de en medio de la destrucción, al asolar las ciudades donde Lot estaba.

30 Pero Lot subió de Zoar y moró en el monte, y sus dos hijas con él; porque tuvo miedo de quedarse en Zoar, y habitó en una cueva él y sus dos hijas.

31 Entonces la mayor dijo a la menor: «Nuestro padre es viejo, y no queda varón en la tierra que entre a nosotras conforme a la costumbre de toda la tierra.

32 Ven, demos a beber vino a nuestro padre, y durmamos con él, y conservaremos de nuestro padre descendencia».

33 Y dieron a beber vino a su padre aquella noche, y entró la mayor, y durmió con su padre; mas él no sintió cuándo se acostó ella, ni cuándo se levantó.

34 El día siguiente, dijo la mayor a la menor: «He aquí, yo dormí la noche pasada
con mi padre; démosle a beber vino también esta noche, y entra y duerme con él,
para que conservemos de nuestro padre descendencia».

35 Y dieron a beber vino a su padre también aquella noche, y se levantó la menor,
y durmió con él; pero él no echó de ver cuándo se acostó ella, ni cuándo se
levantó.

36 Y las dos hijas de Lot concibieron de su padre.

37 Y dio a luz la mayor un hijo, y llamó su nombre Moab, el cual es padre de los
moabitas hasta hoy.

38 La menor también dio a luz un hijo, y llamó su nombre Ben-amí, el cual es pa-
dre de los amonitas hasta hoy.

Capítulo 20

1 Abraham partió de allí hacia la tierra del Négueb, y habitó entre Cades y Shur; y
moró como forastero en Gerar.

2 Y dijo Abraham de Sara su mujer: «Es mi hermana». Y Abimelec, rey de Gerar,
envió y tomó a Sara.

3 Pero Dios vino a Abimelec en sueños de noche, y le dijo: «He aquí, muerto eres
a causa de la mujer que has tomado, la cual es mujer casada».

4 Mas Abimelec no se había llegado a ella, y dijo: "Señor, ¿matarás también a la
nación justa?

5 ¿No me dijo él: 'Es mi hermana'? Y ella también dijo: 'Es mi hermano'. Con sen-
cillez de mi corazón y con limpieza de mis manos he hecho esto".

6 Y le dijo Dios en sueños: «Yo también sé que con integridad de tu corazón has
hecho esto; y yo también te detuve de pecar contra mí, y así no te permití que la
tocases.

7 Ahora, pues, devuelve la mujer a su marido; porque es profeta, y orará por ti, y vivirás. Y si no la devolvieres, sabe que de cierto morirás tú, y todos los tuyos».

8 Entonces Abimelec se levantó de mañana, y llamó a todos sus siervos, y dijo todas estas palabras en los oídos de ellos; y temieron los varones en gran manera.

9 Después llamó Abimelec a Abraham, y le dijo: «¿Qué nos has hecho? ¿En qué pequé yo contra ti, que has atraído sobre mí y sobre mi reino un pecado tan grande? Lo que no debiste hacer has hecho conmigo».

10 Dijo también Abimelec a Abraham: «¿Qué veías, para que hicieses esto?»

11 Y Abraham respondió: "Porque dije para mí: Ciertamente no hay temor de Dios en este lugar, y me matarán por causa de mi mujer.

12 Y a la verdad también es mi hermana, hija de mi padre, mas no hija de mi madre, y la tomé por mujer.

13 Y aconteció que cuando Dios me hizo errar de la casa de mi padre, yo le dije a ella: 'Esta es la merced que tú harás conmigo: que en todos los lugares adonde lleguemos, digas de mí: «Mi hermano es»'".

14 Entonces Abimelec tomó ovejas y vacas, y siervos y siervas, y se los dio a Abraham, y le devolvió a Sara su mujer.

15 Y dijo Abimelec: «He aquí mi tierra está delante de ti; habita donde bien te parezca».

16 Y a Sara dijo: «He aquí he dado mil monedas de plata a tu hermano; mira que él te es por velo de los ojos para todos los que están contigo, y para con todos; así quedas justificada».

17 Entonces Abraham oró a Dios; y Dios sanó a Abimelec y a su mujer, y a sus siervas, y dieron a luz.

18 Porque Yahvé había cerrado del todo toda matriz de la casa de Abimelec, a causa de Sara mujer de Abraham.

Capítulo 21

1 Yahvé visitó a Sara como había dicho, e hizo Yahvé con Sara como había hablado.

2 Y concibió Sara, y dio a luz un hijo a Abraham en su vejez, en el tiempo señalado que Dios le había dicho.

3 Y llamó Abraham el nombre de su hijo que le nació, que le dio a luz Sara, Isaac.

4 Y circuncidó Abraham a su hijo Isaac de ocho días de edad, como Dios le había mandado.

5 Y era Abraham de cien años cuando le nació Isaac su hijo.

6 Entonces dijo Sara: «Dios me ha hecho reír; cualquiera que lo oyere, se reirá conmigo».

7 Y añadió: «¿Quién dijera a Abraham que Sara habría de dar de mamar a hijos? Pues le he dado a luz un hijo en su vejez».

8 Y creció el niño, y fue destetado; e hizo Abraham gran banquete el día que fue destetado Isaac.

9 Y vio Sara que el hijo de Agar la egipcia, el cual ésta le había dado a luz a Abraham, se burlaba.

10 Por tanto, dijo a Abraham: «Echa a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con mi hijo, con Isaac».

11 Este dicho pareció grave en gran manera a Abraham a causa de su hijo.

12 Entonces dijo Dios a Abraham: «No te parezca grave a causa del muchacho y de tu sierva; en todo lo que te dijere Sara, oye su voz, porque en Isaac te será llamada descendencia.

13 Y también del hijo de la sierva haré una nación, porque es tu simiente».

14 Entonces Abraham se levantó muy de mañana, tomó pan y un odre de agua, y se lo dio a Agar, poniéndolo sobre su hombro, y le entregó al muchacho, y la despidió. Y ella partió y anduvo errante por el desierto de Beerseba.

15 Y faltó el agua del odre, y echó al muchacho debajo de un arbusto,

16 y se fue y se sentó enfrente, a distancia de un tiro de arco; porque decía: «No veré cuando el muchacho muera». Y cuando ella se sentó enfrente, el muchacho alzó su voz y lloró.

17 Y oyó Dios la voz del muchacho; y el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo, y le dijo: «¿Qué tienes, Agar? No temas; porque Dios ha oído la voz del muchacho en donde está.

18 Levántate, alza al muchacho, y sostenlo con tu mano, porque yo haré de él una gran nación».

19 Entonces Dios le abrió los ojos, y vio un pozo de agua; y fue y llenó el odre de agua, y dio de beber al muchacho.

20 Y Dios estaba con el muchacho; y creció, y habitó en el desierto, y fue tirador de arco.

21 Y habitó en el desierto de Parán; y su madre le tomó mujer de la tierra de Egipto.

22 Aconteció en aquel mismo tiempo que habló Abimelec, y Ficol príncipe de su ejército, a Abraham, diciendo: «Dios está contigo en todo cuanto haces.

23 Ahora, pues, júrame aquí por Dios, que no obrarás falsamente conmigo, ni con mi hijo, ni con mi nieto; sino que, conforme a la bondad que yo hice contigo, harás tú conmigo, y con la tierra en donde has morado como forastero».

24 Y respondió Abraham: «Yo lo juraré».

25 Y Abraham reconvino a Abimelec a causa de un pozo de agua que los siervos de Abimelec le habían quitado.

26 Y respondió Abimelec: «No sé quién haya hecho esto, ni tampoco tú me lo hiciste saber, ni yo lo he oído hasta hoy».

27 Y tomó Abraham ovejas y vacas, y dio a Abimelec; e hicieron ambos un pacto.

28 Entonces puso Abraham siete corderas del rebaño aparte.

29 Y dijo Abimelec a Abraham: «¿Qué significan estas siete corderas que has puesto aparte?»

30 Y él respondió: «Que estas siete corderas tomarás de mi mano, para que me sirvan de testimonio de que yo cavé este pozo».

31 Por esto llamó a aquel lugar Beerseba; porque allí juraron ambos.

32 Así hicieron pacto en Beerseba; y se levantó Abimelec, y Ficol príncipe de su ejército, y volvieron a la tierra de los filisteos.

33 Y plantó Abraham un tamarisco en Beerseba, e invocó allí el nombre de Yahvé Dios eterno.

34 Y moró Abraham como forastero en la tierra de los filisteos muchos días.

Capítulo 22

1 Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: «¡Abraham!» Y él respondió: «Aquí estoy».

2 Y le dijo: «Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré».

3 Y Abraham se levantó muy de mañana, ensilló su asno, y tomó consigo a dos de sus mozos y a Isaac su hijo; y cortó leña para el holocausto, y se levantó y fue al lugar que Dios le había dicho.

4 Al tercer día alzó Abraham sus ojos y vio el lugar de lejos.

5 Entonces dijo Abraham a sus mozos: «Quedaos aquí con el asno; el muchacho y yo iremos hasta allí, adoraremos, y volveremos a vosotros».

6 Tomó Abraham la leña del holocausto y la puso sobre Isaac su hijo; y él tomó en su mano el fuego y el cuchillo, y fueron ambos juntos.

7 Entonces habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: «¿Padre mío?» Y él respondió: «Aquí estoy, hijo mío». Y él dijo: «He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?»

8 Y respondió Abraham: «Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío». E iban juntos.

9 Y cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, compuso la leña, ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña.

10 Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo.

11 Entonces el ángel de Yahvé le dio voces desde el cielo, y dijo: «¡Abraham, Abraham!» Y él respondió: «Aquí estoy».

12 Y dijo: «No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste a tu hijo, tu único hijo».

13 Entonces alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí a sus espaldas un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos; y fue Abraham y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo.

14 Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar «Yahvé proveerá». Por tanto se dice hoy: «En el monte de Yahvé será provisto».

15 Y llamó el ángel de Yahvé a Abraham por segunda vez desde el cielo,

16 y dijo: «Por mí mismo he jurado, dice Yahvé, que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado a tu hijo, tu único hijo,

17 de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos.

18 En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto has obedecido a mi voz».

19 Y volvió Abraham a sus mozos, y se levantaron y se fueron juntos a Beerseba; y habitó Abraham en Beerseba.

20 Aconteció después de estas cosas, que fue dada la nueva a Abraham, diciendo: «He aquí que también Milca ha dado a luz hijos a Nacor tu hermano:

21 Uz su primogénito, Buz su hermano, Kemuel padre de Aram,

22 Quesed, Hazo, Pildas, Jidlaf y Betuel».

23 Y Betuel engendró a Rebeca. A estos ocho dio a luz Milca para Nacor, hermano de Abraham.

24 Y su concubina, que se llamaba Reúma, dio a luz también a Teba, a Gaham, a Tahas y a Maaca.

Capítulo 23

1 Fue la vida de Sara ciento veintisiete años; estos fueron los años de la vida de Sara.

2 Y murió Sara en Quiriat Arba, que es Hebrón, en la tierra de Canaán; y vino Abraham a hacer duelo por Sara y a llorarla.

3 Y se levantó Abraham de delante de su muerta, y habló a los hijos de Het, diciendo:

4 «Forastero y advenedizo soy entre vosotros; dadme heredad de sepultura entre vosotros, y sepultaré a mi muerta de mi presencia».

5 Y respondieron los hijos de Het a Abraham, diciéndole:

6 «Óyenos, señor nuestro; eres un príncipe de Dios entre nosotros; en el mejor de nuestros sepulcros sepulta a tu muerta. Ninguno de nosotros te negará su sepulcro, ni te impedirá que entierres a tu muerta».

7 Y Abraham se levantó, y se inclinó ante el pueblo de aquella tierra, ante los hijos de Het.

8 Y habló con ellos, diciendo: «Si tenéis por bien que yo sepulte a mi muerta de mi
presencia, escuchadme, e interceded por mí con Efrón, hijo de Zohar,

9 para que me venda la cueva de Macpela que tiene, que está al extremo de su here-
dad. Que por su justo precio me la dé entre vosotros como posesión para lugar de
sepultura».

10 Efrón estaba sentado en medio de los hijos de Het. Y respondió Efrón el heteo a
Abraham, en presencia de los hijos de Het, de todos los que entraban por la
puerta de su ciudad, diciendo:

11 «No, señor mío, escúchame: te doy el campo, y te doy también la cueva que
está en él. En presencia de los hijos de mi pueblo te lo doy; sepulta a tu muerta».

12 Y Abraham se inclinó delante del pueblo de aquella tierra.

13 Y habló a Efrón a oídos del pueblo de la tierra, diciendo: «Te ruego que me es-
cuches. Daré el precio del campo; tómalo de mí, y sepultaré allí a mi muerta».

14 Respondió Efrón a Abraham, diciéndole:

15 «Señor mío, escúchame: un pedazo de tierra que vale cuatrocientos siclos de
plata entre tú y yo, ¿qué es? Sepulta, pues, a tu muerta».

16 Entonces Abraham escuchó a Efrón, y pesó Abraham a Efrón la plata que ha-
bía nombrado a oídos de los hijos de Het: cuatrocientos siclos de plata, de buena
ley entre los mercaderes corrientes.

17 Así que el campo de Efrón que estaba en Macpela, el cual estaba delante de
Mamre, el campo y la cueva que había en él, y todos los árboles que había en el
campo, que estaban en todos sus límites, fueron escriturados

18 a Abraham como posesión en presencia de los hijos de Het, ante todos los que
entraban por la puerta de su ciudad.

19 Después de esto, Abraham sepultó a Sara su mujer en la cueva del campo de
Macpela, frente a Mamre (es decir, Hebrón), en la tierra de Canaán.

20 Y el campo y la cueva que en él había, pasaron a ser de Abraham como posesión para sepultura, cedidos por los hijos de Het.

Capítulo 24

1 Era Abraham ya viejo, y bien avanzado en años; y Yahvé había bendecido a Abraham en todo.

2 Y dijo Abraham a un criado suyo, el más viejo de su casa, que era el que gobernaba en todo lo que tenía: «Pon ahora tu mano debajo de mi muslo,

3 y te haré jurar por Yahvé, Dios de los cielos y Dios de la tierra, que no tomarás para mi hijo mujer de las hijas de los cananeos, entre los cuales yo habito;

4 sino que irás a mi tierra y a mi parentela, y tomarás mujer para mi hijo Isaac».

5 El criado le respondió: «Quizá la mujer no querrá venir conmigo a esta tierra. ¿Volveré, pues, tu hijo a la tierra de donde saliste?»

6 Y Abraham le dijo: "Guárdate de que no vuelvas a llevar allá a mi hijo.

7 Yahvé, Dios de los cielos, que me tomó de la casa de mi padre y de la tierra de mi parentela, y me habló y me juró, diciendo: 'A tu descendencia daré esta tierra'; él enviará su ángel delante de ti, y tú traerás de allá mujer para mi hijo.

8 Y si la mujer no quisiere venir contigo, quedarás libre de este mi juramento; solamente que no lleves allá a mi hijo".

9 Entonces el criado puso su mano debajo del muslo de Abraham su señor, y le juró sobre este negocio.

10 Y el criado tomó diez camellos de los camellos de su señor, y se fue, tomando toda clase de regalos escogidos de su señor; y puesto en camino, llegó a Mesopotamia, a la ciudad de Nacor.

11 E hizo arrodillar los camellos fuera de la ciudad, junto a un pozo de agua, a la hora de la tarde, la hora en que salen las doncellas por agua.

12 Y dijo: “Oh Yahvé, Dios de mi señor Abraham, dame, te ruego, el tener hoy buen encuentro, y haz misericordia con mi señor Abraham.

13 He aquí yo estoy junto a la fuente de agua, y las hijas de los varones de esta ciudad salen por agua.

14 Sea, pues, que la doncella a quien yo dijere: ‘Baja tu cántaro, te rogo, para que yo beba’, y ella respondiere: ‘Bebe, y también daré de beber a tus camellos’; que sea ésta la que tú has destinado para tu siervo Isaac; y en esto conoceré que habrás hecho misericordia con mi señor”.

15 Y aconteció que antes que él acabase de hablar, he aquí Rebeca, que había nacido a Betuel, hijo de Milca mujer de Nacor hermano de Abraham, la cual salía con su cántaro sobre su hombro.

16 Y la doncella era de aspecto muy hermoso, virgen, a la que varón no había conocido; la cual descendió a la fuente, y llenó su cántaro, y se volvía.

17 Entonces el criado corrió hacia ella, y dijo: «Te ruego que me des a beber un poco de agua de tu cántaro».

18 Ella respondió: «Bebe, señor mío». Y se dio prisa a bajar su cántaro sobre su mano, y le dio a beber.

19 Y cuando acabó de darle a beber, dijo: «También para tus camellos sacaré agua, hasta que acaben de beber».

20 Y se dio prisa, y vació su cántaro en la pila, y corrió otra vez al pozo para sacar agua, y sacó para todos sus camellos.

21 Y el hombre estaba maravillado de ella, callando, para saber si Yahvé había prosperado su viaje, o no.

22 Y cuando los camellos acabaron de beber, le dio el hombre un pendiente de oro que pesaba medio siclo, y dos brazaletes que pesaban diez siclos,

23 y dijo: «¿De quién eres hija? Te ruego que me digas: ¿hay en casa de tu padre lugar donde posemos?»

24 Y ella respondió: «Soy hija de Betuel hijo de Milca, el cual dio a luz ella a Nacor».

25 Y añadió: «También hay en nuestra casa paja y mucho forraje, y lugar para posar».

26 El hombre entonces se inclinó, y adoró a Yahvé,

27 y dijo: «Bendito sea Yahvé, Dios de mi amo Abraham, que no apartó de mi amo su misericordia y su verdad, guiándome Yahvé en el camino a casa de los hermanos de mi amo».

28 Y la doncella corrió, y e hizo saber en casa de su madre estas cosas.

29 Y Rebeca tenía un hermano que se llamaba Labán, el cual corrió afuera hacia el hombre, a la fuente.

30 Y sucedió que como vio el pendiente y los brazaletes en las manos de su hermana, que decía: «Así me habló aquel hombre», vino a él; y he aquí que estaba junto a los camellos a la fuente.

31 Y le dijo: «Entra, bendito de Yahvé; ¿por qué estás fuera? Yo he limpiado la casa, y el lugar para los camellos».

32 Entonces el hombre vino a casa, y Labán desató los camellos; y les dio paja y forraje, y agua para lavar los pies de él, y los pies de los hombres que con él venían.

33 Y le pusieron delante qué comer; mas él dijo: «No comeré hasta que haya dicho mi mensaje». Y él le dijo: «Habla».

34 Entonces dijo: "Yo soy criado de Abraham.

35 Y Yahvé ha bendecido mucho a mi amo, y él se ha engrandecido; y le ha dado ovejas y vacas, plata y oro, siervos y siervas, camellos y asnos.

36 Y Sara, mujer de mi amo, dio a luz en su vejez un hijo a mi señor, quien le ha dado a él todo cuanto tiene.

37 Y mi amo me hizo jurar, diciendo: 'No tomarás para mi hijo mujer de las hijas de los cananeos, en cuya tierra habito;

38 sino que irás a la casa de mi padre y a mi parentela, y tomarás mujer para mi hijo'.

39 Y yo dije a mi amo: 'Quizá la mujer no querrá seguirme'.

40 Entonces él me respondió: 'Yahvé, en cuya presencia he andado, enviará su ángel contigo, y prosperará tu camino; y tomarás para mi hijo mujer de mi familia y de la casa de mi padre.

41 Entonces serás libre de mi juramento, cuando hayas llegado a mi familia; y si no te la dieren, serás libre de mi juramento'.

42 Llegué, pues, hoy a la fuente, y dije: 'Oh Yahvé, Dios de mi señor Abraham, si tú prosperas ahora mi camino por el cual ando,

43 he aquí yo estoy junto a la fuente de agua; sea, pues, que la doncella que saliere por agua, a la cual dijere: «Dame de beber, te ruego, un poco de agua de tu cántaro»,

44 y ella me respondiere: «Bebe tú, y también para tus camellos sacaré agua»; sea ésta la mujer que destinó Yahvé para el hijo de mi señor'.

45 Y antes que acabase de hablar en mi corazón, he aquí Rebeca, que salía con su cántaro sobre su hombro; y descendió a la fuente, y sacó agua; y le dije: 'Te ruego que me des de beber'.

46 Y se dio prisa, y bajó su cántaro de encima de sí, y dijo: 'Bebe, y también a tus camellos daré de beber'. Y bebí, y dio también de beber a mis camellos.

47 Entonces le pregunté, y dije: '¿De quién eres hija?' Y ella respondió: 'Hija de Betuel hijo de Nacor, que le dio a luz Milca'. Entonces le puse un zarcillo en su nariz, y brazaletes en sus brazos;

48 y me incliné y adoré a Yahvé, y bendije a Yahvé Dios de mi señor Abraham, que me había guiado por camino de verdad para tomar la hija del hermano de mi señor para su hijo.

49 Ahora, pues, si vosotros hacéis misericordia y verdad con mi señor, declarádmelo; y si no, declarádmelo también, para que vaya a la diestra o a la siniestra".

50 Entonces Labán y Betuel respondieron y dijeron: «De Yahvé ha salido esto; no podemos hablarte malo ni bueno.

51 He aquí Rebeca delante de ti; tómala y vete, y sea mujer del hijo de tu señor, como lo ha dicho Yahvé».

52 Y cuando el criado de Abraham oyó sus palabras, se postró en tierra ante Yahvé.

53 Y sacó el criado alhajas de plata y alhajas de oro, y vestidos, y dio a Rebeca; también dio cosas preciosas a su hermano y a su madre.

54 Y comieron y bebieron él y los varones que venían con él, y durmieron; y levantándose de mañana, dijo: «Enviadme a mi señor».

55 Entonces respondieron su hermano y su madre: «Espere la doncella con nosotros a lo menos diez días, y después se irá».

56 Y él les dijo: «No me detengáis, ya que Yahvé ha prosperado mi camino; despachadme para que me vaya a mi señor».

57 Ellos respondieron entonces: «Llamemos a la doncella y preguntémosle».

58 Y llamaron a Rebeca, y le dijeron: «¿Irás tú con este varón?» Y ella respondió: «Sí, iré».

59 Entonces dejaron ir a Rebeca su hermana, y a su nodriza, y al criado de Abraham y a sus hombres.

60 Y bendijeron a Rebeca, y le dijeron: «Hermana nuestra, sé madre de millares de millares, y posean tus descendientes la puerta de sus enemigos».

61 Entonces se levantó Rebeca y sus doncellas, y montaron en los camellos, y siguieron al hombre; y el criado tomó a Rebeca, y se fue.

62 Y venía Isaac del pozo del Viviente-que-me-ve; porque él habitaba en el Négueb.

63 Y había salido Isaac a meditar al campo, a la hora de la tarde; y alzando sus ojos miró, y he aquí los camellos que venían.

64 Rebeca también alzó sus ojos, y vio a Isaac, y descendió del camello;

65 porque había preguntado al criado: «¿Quién es este varón que viene por el campo hacia nosotros?» Y el criado había respondido: «Este es mi señor». Ella entonces tomó el velo, y se cubrió.

66 Entonces el criado contó a Isaac todo lo que había hecho.

67 Y la trajo Isaac a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca por mujer, y la amó; y se consoló Isaac después de la muerte de su madre.

Capítulo 25

1 Abraham tomó otra mujer, que se llamaba Cetura.

2 Ella le dio a luz a Zimrán, a Jocsán, a Medán, a Madián, a Isbac y a Súa.

3 Jocsán engendró a Seba y a Dedán. Los hijos de Dedán fueron Asurim, Letusim y Leumim.

4 Los hijos de Madián fueron Efá, Efer, Hanoc, Abida y Eldá. Todos estos fueron hijos de Cetura.

5 Abraham dio todo lo que tenía a Isaac,

6 pero a los hijos de sus concubinas les dio Abraham regalos; y mientras él aún vivía, los envió lejos de su hijo Isaac, hacia el este, a la tierra oriental.

7 Estos son los días de los años de la vida de Abraham: ciento setenta y cinco años.

8 Y exhaló el espíritu, y murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno de años, y fue reunido con su pueblo.

9 Isaac e Ismael, sus hijos, lo sepultaron en la cueva de Macpela, en la heredad de Efrón, hijo de Zohar heteo, que está frente a Mamre,

10 la heredad que Abraham compró a los hijos de Het. Allí fue sepultado Abraham, junto con Sara, su mujer.

11 Y sucedió, después de la muerte de Abraham, que Dios bendijo a Isaac, su hijo. E Isaac habitó junto a Beer Lahai Roi.

12 Éstas son las generaciones de Ismael, hijo de Abraham, el que Agar la egipcia, sierva de Sara, le dio a luz a Abraham.

13 Y estos son los nombres de los hijos de Ismael, por sus nombres, según el orden de su nacimiento: el primogénito de Ismael, Nebaiot; luego Cedar, Adbeel, Mibsam,

14 Misma, Duma, Massa,

15 Hadad, Tema, Jetur, Nafis y Cedema.

16 Estos son los hijos de Ismael, y estos son sus nombres, por sus villas y por sus campamentos: doce príncipes, según sus naciones.

17 Y estos son los años de la vida de Ismael: ciento treinta y siete años. Exhaló el espíritu y murió, y fue reunido con su pueblo.

18 Y habitaron desde Havila hasta Shur, que está frente a Egipto, en dirección a Asiria. Y se estableció frente a todos sus hermanos.

19 Éstas son las generaciones de Isaac, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac.

20 E Isaac tenía cuarenta años cuando tomó por mujer a Rebeca, hija de Betuel el arameo de Padán Aram, hermana de Labán el arameo.

21 E Isaac rogó a Yahvé por su mujer, porque era estéril. Y Yahvé aceptó su ruego, y Rebeca, su mujer, concibió.

22 Y los hijos luchaban dentro de ella; y ella dijo: «Si esto es así, ¿para qué vivo yo?» Y fue a consultar a Yahvé.

23 Y Yahvé le respondió:
«Dos naciones hay en tu vientre,
y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas.
Un pueblo será más fuerte que el otro,
y el mayor servirá al menor».

24 Cuando se cumplieron sus días para dar a luz, he aquí que había gemelos en su vientre.

25 Y salió el primero rubio, y todo velludo como una pelliza; y llamaron su nombre Esaú.

26 Después salió su hermano, con su mano trabada al talón de Esaú. Y llamaron su nombre Jacob. Isaac tenía sesenta años cuando ella los dio a luz.

27 Y crecieron los niños. Esaú fue diestro en la caza, hombre del campo; pero Jacob era varón quieto, que habitaba en tiendas.

28 E Isaac amaba a Esaú, porque comía de su caza; mas Rebeca amaba a Jacob.

29 Y guisó Jacob un potaje; y volviendo Esaú del campo, cansado,

30 dijo Esaú a Jacob: «Te ruego que me des a comer de ese guiso rojo, pues estoy muy cansado». Por eso su nombre fue llamado Edom.

31 Y Jacob respondió: «Véndeme en este día tu primogenitura».

32 Entonces dijo Esaú: «He aquí yo me voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura?»

33 Y dijo Jacob: «Júramelo en este día». Y él se lo juró, y vendió a Jacob su primogenitura.

34 Entonces Jacob dio a Esaú pan y del guisado de las lentejas; y él comió y bebió, y se levantó y se fue. Así menospreció Esaú la primogenitura.

Capítulo 26

1 Hubo hambre en la tierra, además de la primera hambre que hubo en los días de Abraham. E Isaac fue a Abimelec, rey de los filisteos, a Gerar.

2 Y se le apareció Yahvé y le dijo: «No desciendas a Egipto; habita en la tierra que yo te diré.

3 Habita como forastero en esta tierra, y estaré contigo, y te bendeciré; porque a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras, y confirmaré el juramento que hice a Abraham tu padre.

4 Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras; y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente,

5 por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes».

6 Habitó, pues, Isaac en Gerar.

7 Y los hombres de aquel lugar le preguntaron acerca de su mujer; y él respondió: «Es mi hermana», porque tuvo miedo de decir: «Es mi mujer»; pensando que tal vez los hombres del lugar lo matarían por causa de Rebeca, pues ella era de hermoso aspecto.

8 Sucedió que después de estar él allí muchos días, Abimelec, rey de los filisteos, miró por una ventana, y vio a Isaac que acariciaba a Rebeca su mujer.

9 Y llamó Abimelec a Isaac, y dijo: "He aquí ella es de cierto tu mujer. ¿Cómo, pues, dijiste: 'Es mi hermana'?" E Isaac le respondió: "Porque dije: 'Quizá moriré por causa de ella'".

10 Y Abimelec dijo: «¿Qué es esto que nos has hecho? Por poco hubiera dormido alguno del pueblo con tu mujer, y hubieras traído sobre nosotros el pecado».

11 Entonces Abimelec mandó a todo el pueblo, diciendo: «El que tocare a este hombre o a su mujer, de cierto morirá».

12 Y sembró Isaac en aquella tierra, y cosechó aquel año ciento por uno; y le bendijo Yahvé.

13 El varón se enriqueció, y fue prosperando y engrandeciéndose hasta hacerse muy poderoso.

14 Y tuvo hato de ovejas, y hato de vacas, y mucha servidumbre; y los filisteos le tuvieron envidia.

15 Y todos los pozos que habían cavado los criados de Abraham su padre en sus días, los filisteos los cegaron y los llenaron de tierra.

16 Entonces dijo Abimelec a Isaac: «Apártate de nosotros, porque mucho más poderoso que nosotros te has hecho».

17 E Isaac se fue de allí, y acampó en el valle de Gerar, y habitó allí.

18 Y volvió a abrir Isaac los pozos de agua que habían abierto en los días de Abraham su padre, los cuales habían cegado los filisteos después de la muerte de Abraham; y los llamó por los nombres que su padre los había llamado.

19 Y los siervos de Isaac cavaron en el valle, y hallaron allí un pozo de aguas vivas.

20 Y los pastores de Gerar riñeron con los pastores de Isaac, diciendo: «El agua es nuestra». Por eso llamó el nombre del pozo Esek, porque habían altercado con él.

21 Y abrieron otro pozo, y también riñeron sobre él; y llamó su nombre Sitna.

22 Y se apartó de allí, y abrió otro pozo, y no riñeron sobre él; y llamó su nombre Rehobot, y dijo: «Porque ahora Yahvé nos ha prosperado, y fructificaremos en la tierra».

23 Y de allí subió a Beerseba.

24 Y se le apareció Yahvé aquella noche, y le dijo: «Yo soy el Dios de Abraham tu padre; no temas, porque yo estoy contigo, y te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia por amor de Abraham mi siervo».

25 Y edificó allí un altar, e invocó el nombre de Yahvé, y plantó allí su tienda; y abrieron allí los siervos de Isaac un pozo.

26 Y Abimelec vino a él desde Gerar, y Ahuzat, amigo suyo, y Ficol, capitán de su ejército.

27 Y les dijo Isaac: «¿Por qué venís a mí, pues que me habéis aborrecido, y me echasteis de entre vosotros?»

28 Y ellos respondieron: "Hemos visto que Yahvé está contigo; y dijimos: 'Haya ahora juramento entre nosotros, entre nosotros y tú, y hagamos pacto contigo,

29 que no nos harás mal, como nosotros no te hemos tocado, y como solamente te hemos hecho bien, y te enviamos en paz; tú eres ahora bendito de Yahvé'".

30 Entonces él les hizo banquete, y comieron y bebieron.

31 Y se levantaron de madrugada, y juraron el uno al otro. E Isaac los despidió, y ellos se partieron de él en paz.

32 En aquel día sucedió que vinieron los criados de Isaac, y le dieron nuevas acerca del pozo que habían cavado, y le dijeron: «Hemos hallado agua».

33 Y lo llamó Seba; por cuya causa el nombre de aquella ciudad es Beerseba hasta este día.

34 Y cuando Esaú era de cuarenta años, tomó por mujer a Judit hija de Beeri heteo, y a Basemat hija de Elón heteo;

35 y fueron amargura de espíritu para Isaac y para Rebeca.

Capítulo 27

1 Aconteció que cuando Isaac envejeció, y sus ojos se oscurecieron quedando sin vista, llamó a Esaú su hijo mayor, y le dijo: «Hijo mío». Y él respondió: «Aquí estoy».

2 Y él dijo: «He aquí ya soy viejo, y no sé el día de mi muerte.

3 Toma, pues, ahora tus armas, tu aljaba y tu arco, y sal al campo y tráeme caza.

4 Y hazme un guisado como a mí me gusta, y tráemelo para que coma, y te bendiga mi alma antes que yo muera».

5 Y Rebeca estaba escuchando cuando hablaba Isaac a Esaú su hijo. Y se fue Esaú
al campo para cazar la caza y traerla.

6 Entonces Rebeca habló a su hijo Jacob, diciendo: "He aquí yo he oído a tu pa-
dre que hablaba con Esaú tu hermano, diciendo:

7 'Tráeme caza y hazme un guisado, para que coma y te bendiga en presencia de
Yahvé antes de mi muerte'.

8 Ahora, pues, hijo mío, obedece a mi voz en lo que te mando.

9 Ve ahora al ganado, y tráeme de allí dos buenos cabritos de las cabras, y haré de
ellos un guisado para tu padre, como a él le gusta.

10 Y tú se lo llevarás a tu padre, y comerá, para que él te bendiga antes de su
muerte".

11 Y Jacob dijo a Rebeca su madre: «He aquí, Esaú mi hermano es hombre ve-
lloso, y yo lampiño.

12 Quizá me palpará mi padre, y me tendrá por burlador, y traeré sobre mí maldi-
ción y no bendición».

13 Y su madre le respondió: «Hijo mío, sea sobre mí tu maldición; solamente obe-
dece a mi voz, y ve y tráemelos».

14 Él fue, y los tomó, y los trajo a su madre; y su madre hizo un guisado, como a
su padre le gustaba.

15 Y tomó Rebeca los vestidos de Esaú su hijo mayor, los preciosos, que ella tenía
en casa, y vistió a Jacob su hijo menor.

16 Y le cubrió las manos y la parte sin vello de su cuello con las pieles de los
cabritos.

17 Y entregó el guisado y el pan que había preparado, en manos de Jacob su hijo.

18 Entonces él fue a su padre y dijo: «Padre mío». E Isaac respondió: «Aquí es-
toy. ¿Quién eres, hijo mío?»

19 Y Jacob dijo a su padre: «Yo soy Esaú tu primogénito; he hecho como me dijiste. Levántate ahora, y siéntate, y come de mi caza, para que me bendiga tu alma».

20 Entonces Isaac dijo a su hijo: «¿Cómo es que la hallaste tan pronto, hijo mío?» Y él respondió: «Porque Yahvé tu Dios hizo que la encontrase delante de mí».

21 E Isaac dijo a Jacob: «Acércate ahora, y te palparé, hijo mío, por si eres mi hijo Esaú o no».

22 Y se acercó Jacob a su padre Isaac, quien le palpó, y dijo: «La voz es la voz de Jacob, pero las manos, las manos de Esaú».

23 Y no le conoció, porque sus manos eran vellosas como las manos de Esaú; y le bendijo.

24 Y le dijo: «¿Eres tú mi hijo Esaú?» Y Jacob respondió: «Yo soy».

25 Dijo también: «Acércamela, y comeré de la caza de mi hijo, para que te bendiga mi alma». Y él se la acercó, e Isaac comió; le trajo también vino, y bebió.

26 Y le dijo Isaac su padre: «Acércate ahora, y bésame, hijo mío».

27 Y Jacob se acercó, y le besó; y olió Isaac el olor de sus vestidos, y le bendijo, diciendo:
«Mira, el olor de mi hijo
es como el olor del campo que Yahvé ha bendecido.

28 Dios, pues, te dé del rocío del cielo,
y de la grosura de la tierra,
y abundancia de trigo y de mosto.

29 Sírvante pueblos,
y naciones se inclinen a ti.
Sé señor de tus hermanos,
y se inclinen ante ti los hijos de tu madre.
Malditos los que te maldijeren,
y benditos los que te bendijeren».

30 Y aconteció, luego que Isaac acabó de bendecir a Jacob, y apenas había salido
Jacob de delante de Isaac su padre, que Esaú su hermano volvió de su caza.

31 E hizo él también un guisado, y lo trajo a su padre, y le dijo: «Levántese mi padre, y coma de la caza de su hijo, para que me bendiga tu alma».

32 Entonces Isaac su padre le dijo: «¿Quién eres tú?» Y él le dijo: «Yo soy tu hijo, tu primogénito, Esaú».

33 Y se estremeció Isaac grandemente, y dijo: «¿Quién es el que vino aquí, que trajo caza, y me dio, y comí de todo antes que tú vinieses? Yo le bendije, y será bendito».

34 Cuando Esaú oyó las palabras de su padre, clamó con una muy grande y muy amarga exclamación, y le dijo: «Bendíceme también a mí, padre mío».

35 Y él dijo: «Vino tu hermano con engaño, y tomó tu bendición».

36 Y Esaú respondió: «Bien llamaron su nombre Jacob, pues ya me ha suplantado dos veces: se apoderó de mi primogenitura, y he aquí ahora ha tomado mi bendición». Y añadió: «¿No has guardado bendición para mí?»

37 Isaac respondió y dijo a Esaú: «He aquí yo le he puesto por señor tuyo, y le he dado por siervos a todos sus hermanos; de trigo y de vino le he provisto. ¿Qué, pues, te haré a ti ahora, hijo mío?»

38 Y Esaú respondió a su padre: «¿No tienes más que una sola bendición, padre mío? Bendíceme también a mí, padre mío». Y alzó Esaú su voz, y lloró.

39 Entonces Isaac su padre habló y le dijo:
«He aquí, será tu habitación en la grosura de la tierra,
y del rocío de los cielos de arriba.

40 Por tu espada vivirás, y a tu hermano servirás.
Y sucederá cuando te fortalezcas,
que descargarás su yugo de tu cerviz».

41 Y aborreció Esaú a Jacob por la bendición con que su padre le había bendecido, y dijo en su corazón: «Llegarán los días del luto de mi padre, y yo mataré a mi hermano Jacob».

42 Y fueron dichas a Rebeca las palabras de Esaú su hijo mayor; y ella envió y llamó a Jacob su hijo menor, y le dijo: «He aquí, Esaú tu hermano se consuela acerca de ti con la idea de matarte.

43 Ahora pues, hijo mío, obedece a mi voz. Levántate y huye a casa de Labán mi hermano, en Harán.

44 Y mora con él algunos días, hasta que el enojo de tu hermano se mitigue;

45 hasta que se aplaque la ira de tu hermano contra ti, y olvide lo que le has hecho. Entonces enviaré y te traeré de allá. ¿Por qué seré privada de vosotros dos en un solo día?»

46 Y dijo Rebeca a Isaac: «Fastidio tengo de mi vida, a causa de las hijas de Het. Si Jacob toma mujer de las hijas de Het, como éstas, de las hijas de esta tierra, ¿para qué quiero la vida?»

Capítulo 28

1 Entonces Isaac llamó a Jacob, y lo bendijo, y le mandó diciendo: «No tomes mujer de las hijas de Canaán.

2 Levántate, ve a Padán Aram, a casa de Betuel, padre de tu madre, y toma allí mujer de las hijas de Labán, hermano de tu madre.

3 Y el Dios Omnipotente te bendiga, y te haga fructificar y te multiplique, hasta llegar a ser multitud de pueblos;

4 y te dé la bendición de Abraham, a ti y a tu descendencia contigo, para que heredes la tierra en que moras, que Dios dio a Abraham».

5 Así envió Isaac a Jacob, el cual fue a Padán Aram, a Labán hijo de Betuel arameo, hermano de Rebeca madre de Jacob y de Esaú.

6 Y vio Esaú cómo Isaac había bendecido a Jacob, y le había enviado a Padán Aram para tomar para sí mujer de allí; y que cuando le bendijo, le había mandado diciendo: «No tomarás mujer de las hijas de Canaán»;

7 y que Jacob había obedecido a su padre y a su madre, y se había ido a Padán Aram.

8 Vio asimismo Esaú que las hijas de Canaán parecían mal a Isaac su padre;

9 y se fue Esaú a Ismael, y tomó para sí por mujer a Mahalat, hija de Ismael hijo de Abraham, hermana de Nebaiot, además de sus otras mujeres.

10 Salió, pues, Jacob de Beerseba, y fue a Harán.

11 Y llegó a un cierto lugar, y durmió allí, porque ya el sol se había puesto; y tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera, y se acostó en aquel lugar.

12 Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella.

13 Y he aquí, Yahvé estaba en lo alto de ella, el cual dijo: «Yo soy Yahvé, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia.

14 Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente.

15 He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho».

16 Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: «Ciertamente Yahvé está en este lugar, y yo no lo sabía».

17 Y tuvo miedo, y dijo: «¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo».

18 Y se levantó Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y la alzó por señal, y derramó aceite encima de ella.

19 Y llamó el nombre de aquel lugar Betel, aunque Luz era el nombre de la ciudad primero.

20 E hizo Jacob voto, diciendo: «Si fuere Dios conmigo, y me guardare en este viaje en que voy, y me diere pan para comer y vestido para vestir,

21 y si volviere en paz a casa de mi padre, Yahvé será mi Dios.

22 Y esta piedra que he puesto por señal, será casa de Dios; y de todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti».

Capítulo 29

1 Siguió luego Jacob su camino, y fue a la tierra de los orientales.

2 Y miró, y vio un pozo en el campo; y he aquí tres rebaños de ovejas que yacían cerca de él, porque de aquel pozo abrevaban los rebaños; y había una gran piedra sobre la boca del pozo.

3 Y se juntaban allí todos los rebaños; y rodaban la piedra de la boca del pozo, y abrevaban las ovejas, y volvían la piedra sobre la boca del pozo a su lugar.

4 Y les dijo Jacob: «Hermanos míos, ¿de dónde sois?» Y ellos respondieron: «De Harán somos».

5 Él les dijo: «¿Conocéis a Labán hijo de Nacor?» Y ellos dijeron: «Sí, le conocemos».

6 Y él les dijo: «¿Está bien?» Y ellos dijeron: «Bien; y he aquí Raquel su hija viene con las ovejas».

7 Y él dijo: «He aquí es aún muy de día; no es tiempo todavía de recoger el ganado; abrevad las ovejas, e id a apacentarlas».

8 Y ellos respondieron: «No podemos, hasta que se junten todos los rebaños, y remuevan la piedra de la boca del pozo, para que abrevemos las ovejas».

9 Mientras él aún hablaba con ellos, Raquel vino con el rebaño de su padre, porque ella era la pastora.

10 Y sucedió que cuando Jacob vio a Raquel, hija de Labán hermano de su madre, y las ovejas de Labán el hermano de su madre, se acercó Jacob y removió la piedra de la boca del pozo, y abrevó el rebaño de Labán hermano de su madre.

11 Y Jacob besó a Raquel, y alzó su voz y lloró.

12 Y Jacob dijo a Raquel que él era pariente de su padre, y que era hijo de Rebeca; y ella corrió, y dio las nuevas a su padre.

13 Así que Labán oyó las nuevas de Jacob, hijo de su hermana, corrió a recibirlo, y lo abrazó, lo besó, y lo trajo a su casa. Y él contó a Labán todas estas cosas.

14 Y Labán le dijo: «Ciertamente hueso mío y carne mía eres». Y Jacob estuvo con él durante un mes.

15 Entonces dijo Labán a Jacob: «¿Por ser tú mi pariente, me servirás de balde? Dime, ¿cuál será tu salario?»

16 Y Labán tenía dos hijas: el nombre de la mayor era Lea, y el nombre de la menor, Raquel.

17 Y los ojos de Lea eran delicados, pero Raquel era de lindo semblante y de hermoso parecer.

18 Y Jacob amó a Raquel, y dijo: «Yo te serviré siete años por Raquel tu hija menor».

19 Y Labán respondió: «Mejor es que te la dé a ti, y no que la dé a otro varón; quédate conmigo».

20 Así sirvió Jacob por Raquel siete años; y le parecieron como pocos días, porque la amaba.

21 Entonces dijo Jacob a Labán: «Dame mi mujer, porque mi tiempo se ha cumplido, para que me llegue a ella».

22 Y Labán juntó a todos los varones de aquel lugar, e hizo banquete.

23 Y sucedió que a la noche tomó a Lea su hija, y se la trajo a Jacob; y él se llegó a ella.

24 Y dio Labán su sierva Zilpa a su hija Lea por criada.

25 Venida la mañana, he aquí que era Lea; y Jacob dijo a Labán: «¿Qué es esto que me has hecho? ¿No te he servido por Raquel? ¿Por qué, pues, me has engañado?»

26 Y Labán respondió: «No se acostumbra en nuestro lugar dar a la menor antes que a la mayor.

27 Cumple la semana de ésta, y se te dará también la otra, por el servicio que harás conmigo otros siete años».

28 E hizo Jacob así, y cumplió la semana de ella; y él le dio a Raquel su hija por mujer.

29 Y dio Labán a Raquel su hija su sierva Bilha por criada.

30 Y se llegó también a Raquel, y la amó también más que a Lea; y sirvió a Labán aún otros siete años.

31 Y vio Yahvé que Lea era menospreciada, y le dio hijos; pero Raquel era estéril.

32 Y concibió Lea, y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Rubén, porque dijo: «Ha mirado Yahvé mi aflicción; ahora, por tanto, me amará mi marido».

33 Concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: «Por cuanto oyó Yahvé que yo era menospreciada, me ha dado también éste». Y llamó su nombre Simeón.

34 Y concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: «Ahora esta vez se unirá mi marido conmigo, porque le he dado a luz tres hijos». Por tanto, llamó su nombre Leví.

35 Concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: «Esta vez alabaré a Yahvé». Por esto llamó su nombre Judá; y dejó de dar a luz.

Capítulo 30

1 Viendo Raquel que no daba hijos a Jacob, tuvo envidia de su hermana, y dijo a Jacob: «Dame hijos, o si no, me muero».

2 Y se encendió la ira de Jacob contra Raquel, y dijo: «¿Estoy yo en lugar de Dios,
que te ha negado el fruto de tu vientre?»

3 Y ella dijo: «He aquí mi sierva Bilha; llégate a ella, y dará a luz sobre mis rodillas,
y así tendré yo también hijos de ella».

4 Así le dio a Bilha su sierva por mujer; y Jacob se llegó a ella.

5 Y concibió Bilha, y dio a luz un hijo a Jacob.

6 Y dijo Raquel: «Me juzgó Dios, y también oyó mi voz, y me dio un hijo». Por
tanto llamó su nombre Dan.

7 Concibió otra vez Bilha la sierva de Raquel, y dio a luz un segundo hijo a Jacob.

8 Y dijo Raquel: «Con luchas de Dios he contendido con mi hermana, y he ven-
cido». Y llamó su nombre Neftalí.

9 Viendo Lea que había dejado de dar a luz, tomó a Zilpa su sierva, y la dio a Ja-
cob por mujer.

10 Y Zilpa sierva de Lea dio a luz un hijo a Jacob.

11 Y dijo Lea: «¡Vino la ventura!» Y llamó su nombre Gad.

12 Y Zilpa sierva de Lea dio a luz un segundo hijo a Jacob.

13 Y dijo Lea: «Para dicha mía, porque las mujeres me llamarán dichosa». Y
llamó su nombre Aser.

14 Fue Rubén en tiempo de la siega de los trigos, y halló mandrágoras en el
campo, y las trajo a Lea su madre; y dijo Raquel a Lea: «Te ruego que me des de
las mandrágoras de tu hijo».

15 Y ella respondió: «¿Es poco que hayas tomado a mi marido, para que también
te quieras llevar las mandrágoras de mi hijo?» Y dijo Raquel: «Pues dormirá con-
tigo esta noche por las mandrágoras de tu hijo».

16 Cuando Jacob volvía del campo a la tarde, salió Lea a su encuentro, y le dijo:
«A mí has de llegarte, porque a la verdad te he alquilado por las mandrágoras de
mi hijo». Y durmió con ella aquella noche.

17 Y escuchó Dios a Lea; y concibió, y dio a luz el quinto hijo a Jacob.

18 Y dijo Lea: «Dios me ha dado mi recompensa, por cuanto di mi sierva a mi marido». Por eso llamó su nombre Isacar.

19 Concibió Lea otra vez, y dio a luz el sexto hijo a Jacob.

20 Y dijo Lea: «Dios me ha dado una buena dote; ahora morará conmigo mi marido, porque le he dado a luz seis hijos». Y llamó su nombre Zabulón.

21 Después dio a luz una hija, y llamó su nombre Dina.

22 Y se acordó Dios de Raquel, y la oyó Dios, y le concedió hijos.

23 Y concibió, y dio a luz un hijo, y dijo: «Dios ha quitado mi afrenta».

24 Y llamó su nombre José, diciendo: «Añádame Yahvé otro hijo».

25 Aconteció que cuando Raquel hubo dado a luz a José, Jacob dijo a Labán: «Despídeme, para que vaya a mi lugar, y a mi tierra.

26 Dame mis mujeres y mis hijos, por las cuales he servido contigo, y déjame ir; pues tú sabes los servicios que te he prestado».

27 Y Labán le respondió: «Halle yo ahora gracia en tus ojos, y quédate; he experimentado que Yahvé me ha bendecido por tu causa».

28 Y añadió: «Señálame tu salario, y yo lo daré».

29 Y él le respondió: «Tú sabes cómo te he servido, y cómo ha estado tu ganado conmigo.

30 Porque poco tenías antes de mi venida, y ha crecido en gran número, y Yahvé te ha bendecido con mi llegada; y ahora, ¿cuándo proveeré yo también para mi propia casa?»

31 Y él dijo: «¿Qué te daré?» Y respondió Jacob: «No me des nada; si haces por mí esto, volveré a apacentar tus ovejas.

32 Yo pasaré hoy por todo tu rebaño, apartando de él toda oveja manchada y salpicada de color, y toda oveja de color oscuro, y las manchadas y salpicadas de color entre las cabras; y esto será mi salario.

33 Así responderá por mí mi honradez el día de mañana, cuando vengas a reconocer mi salario; toda la que no fuere pintada ni manchada en las cabras, y de color oscuro entre las ovejas, se me ha de tener por hurto».

34 Dijo entonces Labán: «Mira, sea como tú dices».

35 Y Labán apartó aquel día los machos cabríos manchados y rayados, y todas las cabras manchadas y salpicadas de color, y toda aquella que tenía en sí algo de blanco, y todas las de color oscuro entre las ovejas, y las puso en mano de sus hijos.

36 Y puso tres días de camino entre sí y Jacob; y Jacob apacentaba las otras ovejas de Labán.

37 Tomó luego Jacob varas verdes de álamo, de avellano y de castaño, y descortezó en ellas mondaduras blancas, descubriendo así lo blanco de las varas.

38 Y puso las varas que había mondado delante de los rebaños, en los abrevaderos donde venían a beber las ovejas, las cuales procreaban cuando venían a beber.

39 Así concebían las ovejas delante de las varas; y parían borregos listados, pintados y salpicados de diversos colores.

40 Y apartaba Jacob los corderos, y ponía con su rebaño los listados y todo lo que era oscuro en el rebaño de Labán. Y ponía su rebaño aparte, y no lo ponía con las ovejas de Labán.

41 Y sucedía que cuantas veces se hallaban en celo las ovejas más fuertes, Jacob ponía las varas delante de las ovejas en los abrevaderos, para que concibiesen a la vista de las varas.

42 Pero cuando venían las ovejas más débiles, no las ponía; así eran las más débiles para Labán, y las más fuertes para Jacob.

43 Y se enriqueció el varón muchísimo, y tuvo muchas ovejas, y siervas y siervos, y camellos y asnos.

Capítulo 31

1 Y oía Jacob las palabras de los hijos de Labán, que decían: «Jacob ha tomado todo lo que era de nuestro padre, y de lo que era de nuestro padre ha adquirido toda esta riqueza».

2 Miró también Jacob el semblante de Labán, y vio que no era para con él como antes.

3 También Yahvé dijo a Jacob: «Vuélvete a la tierra de tus padres, y a tu parentela, y yo estaré contigo».

4 Y envió Jacob, y llamó a Raquel y a Lea al campo donde estaba su rebaño,

5 y les dijo: "Veo que el semblante de vuestro padre no es para conmigo como antes; mas el Dios de mi padre ha estado conmigo.

6 Y vosotras sabéis que con todas mis fuerzas he servido a vuestro padre;

7 y vuestro padre me ha engañado, y me ha cambiado el salario diez veces; pero Dios no le ha permitido que me hiciese mal.

8 Si él decía así: 'Los pintados serán tu salario', entonces todas las ovejas parían pintadas; y si decía así: 'Los listados serán tu salario', entonces todas las ovejas parían listadas.

9 Así quitó Dios el ganado de vuestro padre, y me lo dio a mí.

10 Y sucedió que al tiempo que las ovejas se apareaban, alcé yo mis ojos y vi en sueños, y he aquí que los machos que cubrían a las hembras eran listados, pintados y abigarrados.

11 Y me dijo el ángel de Dios en sueños: 'Jacob'. Y yo dije: 'Aquí estoy'.

12 Y él dijo: 'Alza ahora tus ojos, y verás que todos los machos que cubren a las ovejas son listados, pintados y abigarrados; porque yo he visto todo lo que Labán te hace.

13 Yo soy el Dios de Betel, donde tú ungiste la piedra, y donde me hiciste un voto. Levántate ahora y sal de esta tierra, y vuélvete a la tierra de tu nacimiento'".

14 Respondieron Raquel y Lea, y le dijeron: «¿Tenemos acaso parte o heredad en la casa de nuestro padre?

15 ¿No nos tiene ya por extranjeras, pues que nos vendió, y aun se ha comido del todo nuestro precio?

16 Porque toda la riqueza que Dios ha quitado a nuestro padre, es nuestra y de nuestros hijos; ahora pues, haz todo lo que Dios te ha dicho».

17 Entonces se levantó Jacob, y subió a sus hijos y a sus mujeres sobre los camellos,

18 y puso en camino todo su ganado, y todo cuanto había adquirido, el ganado de su ganancia que había obtenido en Padán Aram, para ir a Isaac su padre en la tierra de Canaán.

19 Y Labán había ido a trasquilar sus ovejas; y Raquel hurtó los terafines de su padre.

20 Y Jacob engañó a Labán arameo, no haciéndole saber que se iba.

21 Huyó, pues, con todo lo que tenía; y se levantó y pasó el río, y se dirigió al monte de Galaad.

22 Y al tercer día fue dicho a Labán que Jacob había huido.

23 Entonces tomó a sus parientes consigo, y fue tras él camino de siete días, y le alcanzó en el monte de Galaad.

24 Y vino Dios a Labán arameo en sueños aquella noche, y le dijo: «Guárdate que no hables a Jacob descomedidamente».

25 Alcanzó, pues, Labán a Jacob; y éste había fijado su tienda en el monte; y Labán acampó con sus parientes en el monte de Galaad.

26 Y dijo Labán a Jacob: "¿Qué has hecho, que me engañaste, y has traído a mis hijas como cautivas de guerra?

27 ¿Por qué te escondiste para huir, y me engañaste, y no me lo hiciste saber para que yo te despidiera con alegría y con cantares, con tamboril y arpa?

28 Pues ni aun me dejaste besar a mis hijos y a mis hijas. Ahora, locamente has hecho.

29 Poder hay en mi mano para haceros mal; mas el Dios de tu padre me habló anoche diciendo: 'Guárdate que no hables a Jacob descomedidamente'.

30 Y ya que te ibas, porque tenías deseo de la casa de tu padre, ¿por qué me hurtaste mis dioses?"

31 Respondió Jacob y dijo a Labán: «Porque tuve miedo; pues pensé que quizá me quitarías por fuerza a tus hijas.

32 Aquel en cuyo poder hallares tus dioses, no viva; delante de nuestros hermanos reconoce lo que yo tenga tuyo, y llévatelo». Jacob no sabía que Raquel los había hurtado.

33 Entró Labán en la tienda de Jacob, en la tienda de Lea, y en la tienda de las dos siervas, y no los halló; y salió de la tienda de Lea, y entró en la tienda de Raquel.

34 Pero tomó Raquel los terafines y los puso en una albarda de un camello, y se sentó sobre ellos; y buscó Labán en toda la tienda, y no los halló.

35 Y ella dijo a su padre: «No se enoje mi señor, porque no me puedo levantar delante de ti; pues estoy con la costumbre de las mujeres». Y él buscó, pero no halló los terafines.

36 Entonces Jacob se enojó, y riñó con Labán; y respondió Jacob y dijo a Labán: «¿Qué transgresión es la mía? ¿Cuál es mi pecado, para que con tanto ardor hayas venido en mi persecución?

37 Pues que has buscado en todas mis cosas, ¿qué has hallado de todos los enseres de tu casa? Ponlo aquí delante de mis hermanos y de los tuyos, y juzguen entre nosotros dos.

38 Estos veinte años he estado contigo; tus ovejas y tus cabras no han abortado, ni yo comí carnero de tus ovejas.

39 Nunca te traje lo arrebatado por las fieras: yo pagaba el daño; lo hurtado así de día como de noche, a mí me lo cobrabas.

40 De día me consumía el calor, y de noche la helada, y el sueño huía de mis ojos.

41 Así he estado veinte años en tu casa; catorce años te serví por tus dos hijas, y seis años por tu ganado, y has cambiado mi salario diez veces.

42 Si el Dios de mi padre, Dios de Abraham y temor de Isaac, no estuviera conmigo, de cierto me enviarías ahora con las manos vacías; vio Dios mi aflicción y el trabajo de mis manos, y te reprendió anoche».

43 Respondió Labán y dijo a Jacob: «Las hijas son hijas mías, y los hijos, hijos míos son, y las ovejas son mis ovejas, y todo lo que tú ves es mío. ¿Y qué puedo yo hacer hoy a estas mis hijas, o a sus hijos que ellas han dado a luz?

44 Ven pues ahora, y hagamos pacto tú y yo, y sea por testimonio entre nosotros dos».

45 Entonces Jacob tomó una piedra, y la levantó por señal.

46 Y dijo Jacob a sus hermanos: «Recoged piedras». Y tomaron piedras e hicieron un majano, y comieron allí sobre aquel majano.

47 Y lo llamó Labán Jegar Sahaduta, y Jacob lo llamó Galaad.

48 Porque Labán dijo: «Este majano es testigo hoy entre nosotros dos»; por eso fue llamado su nombre Galaad;

49 y Mizpa, por cuanto dijo: «Vigile Yahvé entre tú y yo, cuando nos apartemos el uno del otro.

50 Si afligieres a mis hijas, o si tomares otras mujeres además de mis hijas, nadie está con nosotros; mira, Dios es testigo entre nosotros dos».

51 Dijo más Labán a Jacob: «He aquí este majano, y he aquí esta señal, que he erigido entre tú y yo.

52 Testigo sea este majano, y testigo sea esta señal, que ni yo pasaré de este majano contra ti, ni tú pasarás de este majano ni de esta señal contra mí, para mal.

53 El Dios de Abraham y el Dios de Nacor juzgue entre nosotros, el Dios de sus padres». Y Jacob juró por el temor de Isaac su padre.

54 Entonces Jacob inmoló víctimas en el monte, y llamó a sus hermanos a comer pan; y comieron pan, y durmieron aquella noche en el monte.

55 Y se levantó Labán de mañana, y besó sus hijos y sus hijas, y los bendijo; y regresó y se volvió a su lugar.

Capítulo 32

1 Jacob siguió su camino, y le salieron al encuentro ángeles de Dios.

2 Y dijo Jacob cuando los vio: «Campamento de Dios es este». Y llamó el nombre de aquel lugar Mahanaim.

3 Y envió Jacob mensajeros delante de sí a Esaú su hermano, a la tierra de Seir, campo de Edom.

4 Y les mandó diciendo: "Así diréis a mi señor Esaú: 'Así dice tu siervo Jacob: Con Labán he morado como forastero, y me he detenido hasta ahora;

5 y tengo vacas, asnos, ovejas, y siervos y siervas; y envío a decirlo a mi señor, para hallar gracia en tus ojos'".

6 Y los mensajeros volvieron a Jacob, diciendo: «Fuimos a tu hermano Esaú, y él también viene a recibirte, y cuatrocientos hombres con él».

7 Entonces Jacob tuvo mucho miedo, y se angustió; y dividió el pueblo que tenía consigo, y las ovejas y las vacas y los camellos, en dos campamentos.

8 Y dijo: «Si viene Esaú contra un campamento y lo ataca, el otro campamento escapará».

9 Y dijo Jacob: "Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac, Yahvé, que me dijiste: 'Vuélvete a tu tierra y a tu parentela, y yo te haré bien';

10 menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo; pues con mi bordón pasé este Jordán, y ahora estoy sobre dos campamentos.

11 Líbrame ahora de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, porque le temo; no venga acaso y me hiera la madre con los hijos.

12 Y tú has dicho: 'Yo te haré bien, y haré tu descendencia como la arena del mar, que no se puede contar por la multitud'".

13 Y durmió allí aquella noche, y tomó de lo que le vino a la mano un presente para su hermano Esaú:

14 doscientas cabras y veinte machos cabríos, doscientas ovejas y veinte carneros,

15 treinta camellas paridas con sus crías, cuarenta vacas y diez novillos, veinte asnas y diez borriquillos.

16 Y lo entregó en mano de sus siervos, cada manada de por sí; y dijo a sus siervos: «Pasad delante de mí, y poned espacio entre manada y manada».

17 Y mandó al primero, diciendo: "Si Esaú mi hermano te encontrare, y te preguntare, diciendo: '¿De quién eres? ¿y adónde vas? ¿y para quién es esto que llevas delante de ti?'

18 entonces diréis: 'Es un presente de tu siervo Jacob, que envía a mi señor Esaú; y he aquí también él viene tras nosotros'".

19 Mandó también al segundo, y al tercero, y a todos los que iban tras aquellas manadas, diciendo: "Conforme a esto hablaréis a Esaú, cuando le hallareis.

20 Y diréis también: 'He aquí tu siervo Jacob viene tras nosotros'". Porque dijo: «Le apaciguaré con el presente que va delante de mí, y después veré su rostro; quizá le seré acepto».

21 Pasó, pues, el presente delante de él; y él durmió aquella noche en el campamento.

22 Y se levantó aquella noche, y tomó sus dos mujeres, y sus dos siervas, y sus once hijos, y pasó el vado de Jaboc.

23 Los tomó, pues, e hizo pasar el arroyo a ellos y a todo lo que tenía.

24 Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba.

25 Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba.

26 Y dijo: «Déjame, porque raya el alba». Y Jacob le respondió: «No te dejaré, si no me bendices».

27 Y el varón le dijo: «¿Cuál es tu nombre?» Y él respondió: «Jacob».

28 Y el varón le dijo: «No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido».

29 Entonces Jacob le preguntó, y dijo: «Declárame ahora tu nombre». Y el varón respondió: «¿Por qué me preguntas por mi nombre?» Y lo bendijo allí.

30 Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel; porque dijo: «Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma».

31 Y cuando había pasado Peniel, le salió el sol; y cojeaba de su cadera.

32 Por esto no comen los hijos de Israel, hasta hoy día, del nervio que se encogió, el cual está en el encaje del muslo; porque tocó a Jacob este sitio de su muslo en el nervio que se encogió.

Capítulo 33

1 Alzó Jacob sus ojos y miró, y he aquí venía Esaú, y los cuatrocientos hombres con él; entonces repartió él los niños entre Lea y Raquel y las dos siervas.

2 Y puso las siervas y sus niños delante, luego a Lea y a sus niños, y a Raquel y a José los últimos.

3 Y él pasó delante de ellos y se inclinó a tierra siete veces, hasta que llegó a su hermano.

4 Pero Esaú corrió a su encuentro y le abrazó, y se echó sobre su cuello, y le besó; y lloraron.

5 Y alzó sus ojos y vio a las mujeres y los niños, y dijo: «¿Quiénes son éstos que están contigo?». Y él respondió: «Son los niños que Dios ha dado a tu siervo».

6 Luego vinieron las siervas, ellas y sus niños, y se inclinaron.

7 Y se acercó Lea con sus niños, y se inclinaron; y después se acercó José y Raquel, y también se inclinaron.

8 Y Esaú dijo: «¿Qué te propones con toda esta compañía que he encontrado?». Y Jacob respondió: «El hallar gracia en los ojos de mi señor».

9 Y dijo Esaú: «Suficiente tengo yo, hermano mío; sea para ti lo que es tuyo».

10 Y dijo Jacob: «No, yo te ruego; si he hallado ahora gracia en tus ojos, acepta mi presente, porque he visto tu rostro, como si hubiera visto el rostro de Dios, pues que con tanto favor me has recibido.

11 Acepta, te ruego, mi presente que te ha sido traído, porque Dios me ha hecho merced, y todo lo que hay aquí es mío». Y le insistió, y él lo tomó.

12 Y Esaú dijo: «Anda, vamos; y yo iré delante de ti».

13 Y Jacob le dijo: «Mi señor sabe que los niños son tiernos, y que tengo ovejas y vacas paridas; y si las fatigan, en un día morirán todas las ovejas.

14 Pase ahora mi señor delante de su siervo, y yo me iré poco a poco al paso del ganado que va delante de mí, y al paso de los niños, hasta que llegue a mi señor a Seir».

15 Y Esaú dijo: «Dejaré ahora contigo de la gente que viene conmigo». Y Jacob dijo: «¿Para qué esto? Halle yo gracia en los ojos de mi señor».

16 Así volvió Esaú aquel día por su camino a Seir.

17 Y Jacob fue a Sucot, y edificó allí casa para sí, e hizo cabañas para su ganado; por tanto, llamó el nombre de aquel lugar Sucot.

18 Y llegó Jacob sano y salvo a la ciudad de Siquem, que está en la tierra de Canaán, cuando venía de Padán Aram; y acampó delante de la ciudad.

19 Y compró una parte del campo, donde plantó su tienda, de mano de los hijos de Hamor padre de Siquem, por cien monedas.

20 Y erigió allí un altar, y lo llamó El Elohe Israel.

Capítulo 34

1 Salió Dina, la hija de Lea, la cual ésta había dado a luz a Jacob, a ver a las hijas del país.

2 Y la vio Siquem, hijo de Hamor heveo, príncipe de aquella tierra, y la tomó, y se acostó con ella, y la deshonró.

3 Pero su alma se apegó a Dina, la hija de Jacob, y amó a la joven, y le habló al corazón.

4 Y habló Siquem a Hamor su padre, diciendo: «Tómame por mujer a esta joven».

5 Y oyó Jacob que Siquem había amancillado a Dina su hija; y estando sus hijos con su ganado en el campo, calló Jacob hasta que ellos viniesen.

6 Y se dirigió Hamor padre de Siquem a Jacob, para hablar con él.

7 Y los hijos de Jacob vinieron del campo cuando lo supieron; y se entristecieron los varones, y se enojaron mucho, porque hizo vileza en Israel acostándose con la hija de Jacob, lo que no se debía hacer.

8 Y Hamor habló con ellos, diciendo: «El alma de mi hijo Siquem se ha apegado a vuestra hija; os ruego que se la deis por mujer.

9 Y emparentad con nosotros; dadnos vuestras hijas, y tomad para vosotros las nuestras.

10 Y habitaréis con nosotros, y la tierra estará delante de vosotros; habitad y negociad en ella, y tomad en ella posesión».

11 Siquem también dijo a su padre y a los hermanos de ella: «Halle yo gracia en vuestros ojos, y daré lo que me dijereis.

12 Aumentad a cargo mío mucha dote y dones, y yo daré cuanto me dijereis; y dadme la joven por mujer».

13 Y respondieron los hijos de Jacob a Siquem y a Hamor su padre con palabras engañosas, por cuanto había amancillado a Dina su hermana;

14 y les dijeron: “No podemos hacer esto de dar nuestra hermana a hombre incircunciso, porque entre nosotros es abominación.

15 Mas con esta condición os complaceremos: si habéis de ser como nosotros, que se circuncide entre vosotros todo varón.

16 Entonces os daremos nuestras hijas, y tomaremos nosotros las vuestras; y habitaremos con vosotros, y seremos un solo pueblo.

17 Mas si no nos prestareis oído para circuncidaros, tomaremos a nuestra hija, y nos iremos”.

18 Y parecieron bien sus palabras a Hamor y a Siquem hijo de Hamor.

19 Y no tardó el joven en hacer aquello, porque la hija de Jacob le había agradado; y él era el más distinguido de toda la casa de su padre.

20 Entonces Hamor y Siquem su hijo vinieron a la puerta de su ciudad, y hablaron a los varones de su ciudad, diciendo:

21 «Estos varones son pacíficos con nosotros; habitarán, pues, en el país, y traficarán en él; pues he aquí la tierra es bastante ancha para ellos; nosotros tomaremos sus hijas por mujeres, y les daremos las nuestras.

22 Mas con esta condición consentirán estos varones en habitar con nosotros, para que seamos un pueblo: que se circuncide todo varón entre nosotros, así como ellos son circuncidados.

23 Sus ganados, sus bienes y todas sus bestias, ¿no serán nuestros? Solamente convengamos con ellos, y habitarán con nosotros».

24 Y obedecieron a Hamor y a Siquem su hijo todos los que salían por la puerta de la ciudad, y circuncidaron a todo varón, a cuantos salían por la puerta de su ciudad.

25 Y sucedió que al tercer día, cuando sentían el mayor dolor, los dos hijos de Jacob, Simeón y Leví, hermanos de Dina, tomaron cada uno su espada, y vinieron contra la ciudad, que estaba desprevenida, y mataron a todo varón.

26 Y a Hamor y a Siquem su hijo los mataron a filo de espada; y tomaron a Dina de casa de Siquem, y se salieron.

27 Y los hijos de Jacob vinieron a los muertos, y saquearon la ciudad, por cuanto habían amancillado a su hermana.

28 Tomaron sus ovejas y vacas y asnos, y lo que había en la ciudad y en el campo,

29 y todos sus bienes; llevaron cautivos a todos sus niños y a sus mujeres, y robaron todo lo que había en las casas.

30 Entonces dijo Jacob a Simeón y a Leví: «Me habéis turbado, haciéndome abominable a los moradores de esta tierra, el cananeo y el ferezeo; y teniendo yo pocos hombres, se juntarán contra mí y me herirán, y seré destruido yo y mi casa».

31 Pero ellos respondieron: «¿Había él de tratar a nuestra hermana como a una ramera?»

Capítulo 35

1 Y dijo Dios a Jacob: «Levántate, sube a Betel y habita allí; y haz allí un altar al Dios que se te apareció cuando huías de la presencia de tu hermano Esaú».

2 Entonces Jacob dijo a su familia y a todos los que con él estaban: «Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, purificaos y cambiad vuestros vestidos.

3 Levantémonos y subamos a Betel; y haré allí un altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia, y que ha estado conmigo en el camino que he andado».

4 Así dieron a Jacob todos los dioses ajenos que tenían en su poder, y los zarcillos que colgaban de sus orejas; y Jacob los escondió debajo de la encina que estaba junto a Siquem.

5 Y partieron; y el terror de Dios cayó sobre las ciudades que había en sus alrededores, y no persiguieron a los hijos de Jacob.

6 Y llegó Jacob a Luz (es decir, Betel), que está en la tierra de Canaán, él y todo el pueblo que con él estaba.

7 Y edificó allí un altar, y llamó al lugar El Betel, porque allí se le había revelado Dios cuando huía de la presencia de su hermano.

8 Entonces murió Débora, el ama de Rebeca, y fue sepultada al pie de Betel, debajo de una encina, la cual fue llamada Alón Bacut.

9 Y apareció Dios otra vez a Jacob, cuando había vuelto de Padán Aram, y le bendijo.

10 Y le dijo Dios: «Tu nombre es Jacob; no se llamará más tu nombre Jacob, sino Israel será tu nombre». Y llamó su nombre Israel.

11 También le dijo Dios: «Yo soy el Dios Omnipotente: crece y multiplícate; una nación y un conjunto de naciones procederán de ti, y reyes saldrán de tus lomos.

12 La tierra que he dado a Abraham y a Isaac, te la daré a ti, y a tu descendencia después de ti daré la tierra».

13 Y Dios se alejó de él, del lugar en donde había hablado con él.

14 Y Jacob erigió un pilar en el lugar donde Dios había hablado con él, un pilar de piedra; y derramó sobre él una libación, y echó sobre él aceite.

15 Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, donde Dios había hablado con él, Betel.

16 Partieron, pues, de Betel; y había aún como media legua de tierra para llegar a Efrata, cuando dio a luz Raquel, y hubo trabajo en su parto.

17 Y aconteció que, como había trabajo en su parto, le dijo la partera: «No temas, que también tendrás este hijo».

18 Y aconteció que al salírsele el alma (pues murió), llamó su nombre Benoni; mas su padre lo llamó Benjamín.

19 Así murió Raquel, y fue sepultada en el camino de Efrata, la cual es Belén.

20 Y erigió Jacob un pilar sobre su sepultura; este es el pilar de la sepultura de Raquel hasta hoy.

21 E Israel partió, y plantó su tienda más allá de Migdal-eder.

22 Aconteció que, morando Israel en aquella tierra, fue Rubén y durmió con Bilha la concubina de su padre; y lo oyó Israel. Y los hijos de Jacob fueron doce.

23 Los hijos de Lea: Rubén el primogénito de Jacob, y Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón.

24 Los hijos de Raquel: José y Benjamín.

25 Los hijos de Bilha, sierva de Raquel: Dan y Neftalí.

26 Y los hijos de Zilpa, sierva de Lea: Gad y Aser. Éstos son los hijos de Jacob, que le nacieron en Padán Aram.

27 Y vino Jacob a Isaac su padre a Mamre, a la ciudad de Quiriat Arba (que es Hebrón), donde habitaron Abraham e Isaac.

28 Y fueron los días de Isaac ciento ochenta años.

29 Y exhaló Isaac el espíritu, y murió, y fue reunido a su pueblo, anciano y lleno de días; y lo sepultaron Esaú y Jacob sus hijos.

Capítulo 36

1 Éstas son las generaciones de Esaú, el cual es Edom.

2 Esaú tomó sus mujeres de las hijas de Canaán: a Ada, hija de Elón heteo, a Aholibama, hija de Aná, nieta de Zibeón heveo;

3 y a Basemat, hija de Ismael, hermana de Nebaiot.

4 Y Ada dio a luz a Elifaz para Esaú; y Basemat dio a luz a Reuel.

5 Y Aholibama dio a luz a Jeús, a Jalam y a Coré. Éstos son los hijos de Esaú, que le nacieron en la tierra de Canaán.

6 Y Esaú tomó a sus mujeres, a sus hijos y a sus hijas, y a todas las personas de su casa, y sus ganados, y todas sus bestias, y todo cuanto había adquirido en la tierra de Canaán, y se fue a otra tierra, separándose de Jacob su hermano.

7 Porque los bienes de ellos eran muchos, y no podían habitar juntos, ni la tierra de su peregrinación los podía sostener a causa de sus ganados.

8 Y Esaú habitó en el monte de Seir; Esaú es Edom.

9 Éstos son los linajes de Esaú, padre de Edom, en el monte de Seir.

10 Éstos son los nombres de los hijos de Esaú: Elifaz, hijo de Ada mujer de Esaú; Reuel, hijo de Basemat mujer de Esaú.

11 Y los hijos de Elifaz fueron Temán, Omar, Zefo, Gatam y Cenaz.

12 Y Timna fue concubina de Elifaz hijo de Esaú, y ella le dio a luz a Amalec; éstos son los hijos de Ada, mujer de Esaú.

13 Los hijos de Reuel fueron Nahat, Zera, Sama y Miza; éstos son los hijos de Basemat, mujer de Esaú.

14 Y éstos fueron los hijos de Aholibama, mujer de Esaú, hija de Aná, nieta de Zibeón: ella dio a luz para Esaú a Jeús, a Jalam y a Coré.

15 Éstos son los caudillos de los hijos de Esaú: hijos de Elifaz, primogénito de Esaú: el caudillo Temán, el caudillo Omar, el caudillo Zefo, el caudillo Cenaz,

16 el caudillo Coré, el caudillo Gatam y el caudillo Amalec; éstos son los caudillos que salieron de Elifaz en la tierra de Edom, los cuales fueron hijos de Ada.

17 Y éstos son los hijos de Reuel, hijo de Esaú: el caudillo Nahat, el caudillo Zera, el caudillo Sama y el caudillo Miza; éstos son los caudillos que salieron de Reuel en la tierra de Edom; éstos fueron los hijos de Basemat, mujer de Esaú.

18 Y éstos son los hijos de Aholibama, mujer de Esaú: el caudillo Jeús, el caudillo Jalam y el caudillo Coré; éstos fueron los caudillos que salieron de Aholibama, mujer de Esaú, hija de Aná.

19 Éstos, pues, son los hijos de Esaú, y sus caudillos; él es Edom.

20 Éstos son los hijos de Seir horeo, moradores de aquella tierra: Lotán, Sobal, Zibeón, Aná,

21 Disón, Ezer y Disán; éstos son los caudillos de los horeos, hijos de Seir, en la tierra de Edom.

22 Los hijos de Lotán fueron Hori y Hemán; y Timna fue hermana de Lotán.

23 Los hijos de Sobal fueron Alván, Manahat, Ebal, Sefo y Onam.

24 Y los hijos de Zibeón fueron Aja y Aná. Éste es aquel Aná que halló manantiales de aguas termales en el desierto, cuando apacentaba los asnos de Zibeón su padre.

25 Los hijos de Aná fueron Disón y Aholibama, hija de Aná.

26 Éstos fueron los hijos de Disón: Hemdán, Esbán, Itrán y Querán.

27 Éstos fueron los hijos de Ezer: Bilhán, Zaaván y Acán.

28 Éstos fueron los hijos de Disán: Uz y Arán.

29 Éstos son los caudillos de los horeos: el caudillo Lotán, el caudillo Sobal, el caudillo Zibeón, el caudillo Aná,

30 el caudillo Disón, el caudillo Ezer, el caudillo Disán; éstos son los caudillos de los horeos, por sus mandos en la tierra de Seir.

31 Éstos son los reyes que reinaron en la tierra de Edom, antes que reinara rey alguno sobre los hijos de Israel.

32 Bela hijo de Beor reinó en Edom; y el nombre de su ciudad fue Dinaba.

33 Y murió Bela, y reinó en su lugar Jobab hijo de Zera, de Bosra.

34 Y murió Jobab, y reinó en su lugar Husam, de la tierra de los temanitas.

35 Y murió Husam, y reinó en su lugar Hadad hijo de Bedad, el que derrotó a Madián en el campo de Moab; y el nombre de su ciudad fue Avit.

36 Y murió Hadad, y reinó en su lugar Samla, de Masreca.

37 Y murió Samla, y reinó en su lugar Saúl, de Rehobot, que está junto al río.

38 Y murió Saúl, y reinó en su lugar Baal Hanán hijo de Acbor.

39 Y murió Baal Hanán hijo de Acbor, y reinó en su lugar Hadar; y el nombre de su ciudad fue Pau; y el nombre de su mujer, Mehetabel hija de Matred, nieta de Mezaab.

40 Éstos, pues, son los nombres de los caudillos de Esaú, por sus linajes, por sus lugares y sus nombres: el caudillo Timna, el caudillo Alva, el caudillo Jetet,

41 el caudillo Aholibama, el caudillo Ela, el caudillo Pinón,

42 el caudillo Cenaz, el caudillo Temán, el caudillo Mibzar,

43 el caudillo Magdiel y el caudillo Iram. Éstos son los caudillos de Edom, según sus moradas en la tierra de su posesión. Éste es Esaú, padre de los edomitas.

Capítulo 37

1 Habitó Jacob en la tierra donde había peregrinado su padre, en la tierra de Canaán.

2 Ésta es la historia de la familia de Jacob: José, siendo de edad de diecisiete años, apacentaba las ovejas con sus hermanos; y el joven estaba con los hijos de Bilha y con los hijos de Zilpa, mujeres de su padre; e informaba José a su padre la mala fama de ellos.

3 Y amaba Israel a José más que a todos sus hijos, porque lo había tenido en su vejez; y le hizo una túnica de diversos colores.

4 Y viendo sus hermanos que su padre lo amaba más que a todos sus hermanos, le aborrecían, y no le podían hablar pacíficamente.

5 Y soñó José un sueño, y lo contó a sus hermanos; y ellos llegaron a aborrecerle más todavía.

6 Y él les dijo: «Oíd ahora este sueño que he soñado:

7 he aquí que atábamos gavillas en medio del campo, y mi gavilla se levantaba y estaba derecha, y vuestras gavillas estaban alrededor y se inclinaban ante la mía».

8 Le respondieron sus hermanos: «¿Reinarás tú sobre nosotros, o te enseñorearás sobre nosotros?» Y le aborrecieron aún más a causa de sus sueños y de sus palabras.

9 Soñó aun otro sueño, y lo contó a sus hermanos, diciendo: «He aquí que he soñado otro sueño, y he aquí que el sol y la luna y once estrellas se inclinaban a mí».

10 Y lo contó a su padre y a sus hermanos; y su padre le reprendió, y le dijo: «¿Qué sueño es este que soñaste? ¿Acaso vendremos yo y tu madre y tus hermanos a postrarnos en tierra ante ti?»

11 Y sus hermanos le tenían envidia, mas su padre meditaba en esto.

12 Y fueron sus hermanos a apacentar las ovejas de su padre en Siquem.

13 Y dijo Israel a José: «Tus hermanos apacientan las ovejas en Siquem; ven, y te enviaré a ellos». Y él respondió: «Aquí estoy».

14 E Israel le dijo: «Ve ahora, mira cómo están tus hermanos y cómo están las ovejas, y tráeme la respuesta». Y lo envió del valle de Hebrón, y llegó a Siquem.

15 Y le halló un hombre, andando él errante por el campo, y le preguntó aquel hombre, diciendo: «¿Qué buscas?»

16 José respondió: «Busco a mis hermanos; te ruego que me muestres dónde están apacentando».

17 Aquel hombre respondió: "Ya se han ido de aquí; y yo les oí decir: 'Vamos a Dotán'". Entonces José fue tras sus hermanos, y los halló en Dotán.

18 Cuando ellos lo vieron de lejos, antes que llegara cerca de ellos, conspiraron contra él para matarle.

19 Y dijeron el uno al otro: "He aquí viene el soñador.

20 Ahora pues, venid, y matémosle y echémosle en una cisterna, y diremos: 'Alguna mala bestia lo devoró'; y veremos qué será de sus sueños".

21 Cuando Rubén oyó esto, lo libró de sus manos, y dijo: «No lo matemos».

22 Y les dijo Rubén: «No derraméis sangre; echadlo en esta cisterna que está en el desierto, y no pongáis mano en él»; por librarlo así de sus manos, para hacerlo volver a su padre.

23 Sucedió, pues, que cuando llegó José a sus hermanos, ellos quitaron a José su túnica, la túnica de colores que tenía sobre sí;

24 y le tomaron y le echaron en la cisterna; pero la cisterna estaba vacía, no había en ella agua.

25 Y se sentaron a comer pan; y alzando los ojos miraron, y he aquí una compañía de ismaelitas que venía de Galaad, y sus camellos traían aromas, bálsamo y mirra, e iban a llevarlo a Egipto.

26 Entonces Judá dijo a sus hermanos: «¿Qué provecho hay en que matemos a nuestro hermano y encubramos su sangre?

27 Venid, y vendámosle a los ismaelitas, y no sea nuestra mano sobre él; porque él es nuestro hermano, nuestra propia carne». Y sus hermanos vinieron a acuerdo.

28 Y cuando pasaban los mercaderes madianitas, sacaron ellos a José de la cisterna, y le trajeron arriba, y le vendieron a los ismaelitas por veinte piezas de plata. Y llevaron a José a Egipto.

29 Después Rubén volvió a la cisterna, y no halló a José dentro, y rasgó sus vestidos.

30 Y volvió a sus hermanos, y dijo: «El joven no parece; y yo, ¿adónde iré yo?»

31 Entonces tomaron ellos la túnica de José, y degollaron un cabrito de las cabras, y tiñeron la túnica con la sangre;

32 y enviaron la túnica de colores y la trajeron a su padre, y dijeron: «Esto hemos hallado; reconoce ahora si es la túnica de tu hijo, o no».

33 Y él la reconoció, y dijo: «La túnica de mi hijo es; alguna mala bestia lo devoró; José ha sido despedazado».

34 Entonces Jacob rasgó sus vestidos, y puso cilicio sobre sus lomos, y guardó luto por su hijo muchos días.

35 Y se levantaron todos sus hijos y todas sus hijas para consolarlo; mas él no quiso recibir consuelo, y dijo: «Descenderé enlutado a mi hijo hasta el Seol». Y lo lloró su padre.

36 Y los madianitas lo vendieron en Egipto a Potifar, oficial de Faraón, capitán de la guardia.

Capítulo 38

1 Aconteció en aquel tiempo, que Judá se apartó de sus hermanos, y se fue a un varón adulamita que se llamaba Hira.

2 Y vio allí Judá a la hija de un varón cananeo, el cual se llamaba Súa; y la tomó, y se llegó a ella.

3 Y ella concibió, y dio a luz un hijo; y llamó su nombre Er.

4 Concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Onán.

5 Y volvió a concebir, y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Selá. Y estaba en Quezib cuando lo dio a luz.

6 Y Judá tomó mujer para su primogénito Er, la cual se llamaba Tamar.

7 Y Er, el primogénito de Judá, fue malo a los ojos de Yahvé, y le quitó Yahvé la vida.

8 Entonces Judá dijo a Onán: «Llégate a la mujer de tu hermano, y cumple con ella el deber de cuñado, y levanta descendencia a tu hermano».

9 Y sabiendo Onán que la descendencia no había de ser suya, sucedía que cuando se llegaba a la mujer de su hermano, vertía su semen en tierra, por no dar descendencia a su hermano.

10 Y desagradó en los ojos de Yahvé lo que hacía, y a él también le quitó la vida.

11 Y Judá dijo a Tamar su nuera: «Quédate viuda en casa de tu padre, hasta que crezca Selá mi hijo»; porque dijo: «No sea que muera él también como sus hermanos». Y se fue Tamar, y habitó en casa de su padre.

12 Pasaron muchos días, y murió la hija de Súa, mujer de Judá. Después Judá se consoló, y subía a los trasquiladores de sus ovejas a Timnat, él y su amigo Hira el adulamita.

13 Y fue dado aviso a Tamar, diciendo: «He aquí tu suegro sube a Timnat a trasquilar sus ovejas».

14 Entonces se quitó ella los vestidos de su viudez, y se cubrió con un velo, y se arrebozó, y se sentó a la entrada de Enaim, que está junto al camino de Timnat; porque veía que había crecido Selá, y ella no le era dada por mujer.

15 Y la vio Judá, y la tuvo por ramera, porque ella había cubierto su rostro.

16 Y se apartó del camino hacia ella, y le dijo: «Ea, pues, te ruego que me dejes llegarme a ti»; pues no sabía que era su nuera. Y ella dijo: «¿Qué me darás por llegarte a mí?»

17 Él respondió: «Yo te enviaré un cabrito de las cabras del rebaño». Y ella dijo: «¿Me darás una prenda hasta que lo envíes?»

18 Entonces Judá dijo: «¿Qué prenda te daré?» Ella respondió: «Tu sello, tu cordón, y tu báculo que tienes en tu mano». Y él se los dio, y se llegó a ella, y ella concibió de él.

19 Y se levantó, y se fue, y se quitó el velo de sobre sí, y se vistió las ropas de su viudez.

20 Y Judá envió el cabrito por mano de su amigo el adulamita, para que tomase la prenda de mano de la mujer; mas no la halló.

21 Y preguntó a los varones de aquel lugar, diciendo: «¿Dónde está la ramera de Enaim junto al camino?» Y ellos le dijeron: «No ha estado aquí ramera alguna».

22 Entonces él se volvió a Judá, y dijo: "No la he hallado; y también los varones del lugar dijeron: 'Aquí no ha estado ramera'".

23 Y Judá dijo: «Tómeselo para sí, para que no seamos menospreciados; he aquí yo envié este cabrito, y tú no la hallaste».

24 Sucedió que al cabo de unos tres meses fue dado aviso a Judá, diciendo: «Tamar tu nuera ha fornicado, y ciertamente está encinta a causa de las fornicaciones». Y Judá dijo: «Sacadla, y sea quemada».

25 Pero cuando la sacaban, ella envió a decir a su suegro: «Del varón cuyas son estas cosas, estoy encinta». Y dijo más: «Mira ahora de quién son estas cosas, el sello, el cordón y el báculo».

26 Entonces Judá los reconoció, y dijo: «Más justa es ella que yo, por cuanto no la he dado a Selá mi hijo». Y nunca más la conoció.

27 Y aconteció que al tiempo de dar a luz, he aquí había gemelos en su seno.

28 Y sucedió, cuando daba a luz, que sacó la mano el uno, y la partera tomó y ató
a su mano un hilo de grana, diciendo: «Éste salió primero».

29 Pero volviendo él a meter la mano, he aquí salió su hermano; y ella dijo: «¡Qué
brecha te has abierto!» Y llamó su nombre Fares.

30 Y después salió su hermano, el que tenía en su mano el hilo de grana, y llamó su
nombre Zera.

Capítulo 39

1 Llevado, pues, José a Egipto, Potifar oficial de Faraón, capitán de la guardia, va-
rón egipcio, lo compró de los ismaelitas que lo habían llevado allá.

2 Mas Yahvé estaba con José, y fue varón próspero; y estaba en la casa de su amo
el egipcio.

3 Y vio su amo que Yahvé estaba con él, y que todo lo que él hacía, Yahvé lo hacía
prosperar en su mano.

4 Así halló José gracia en sus ojos, y le servía; y él le hizo mayordomo de su casa, y
entregó en su poder todo lo que tenía.

5 Y aconteció que desde cuando le dio el encargo de su casa y de todo lo que tenía,
Yahvé bendijo la casa del egipcio a causa de José; y la bendición de Yahvé estaba
sobre todo lo que tenía, así en casa como en el campo.

6 Y dejó todo lo que tenía en mano de José, y con él no se preocupaba de cosa al-
guna sino del pan que comía. Y era José de hermoso semblante y bella presencia.

7 Aconteció después de esto, que la mujer de su amo puso sus ojos en José, y dijo:
«Duerme conmigo».

8 Y él rehusó, y dijo a la mujer de su amo: «He aquí que mi señor no se preocupa
conmigo de lo que hay en casa, y ha puesto en mi mano todo lo que tiene.

9 No hay otro mayor que yo en esta casa, y ninguna cosa me ha reservado sino a
ti, por cuanto tú eres su mujer; ¿cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría
contra Dios?»

10 Hablando ella a José cada día, y no escuchándola él para acostarse al lado de
ella, para estar con ella,

11 aconteció un día, que entró José en la casa para hacer su oficio, y no había na-
die de los de casa allí dentro.

12 Y ella lo asió por su ropa, diciendo: «Duerme conmigo». Entonces él dejó su
ropa en las manos de ella, y huyó y salió fuera.

13 Cuando vio ella que le había dejado su ropa en sus manos, y había huido fuera,

14 llamó a los de casa, y les habló diciendo: «Mirad, nos ha traído un hebreo para
que hiciese burla de nosotros. Vino él a mí para dormir conmigo, y yo di grandes
voces.

15 Y viendo que yo alzaba la voz y gritaba, dejó su ropa junto a mí, y huyó y salió
fuera».

16 Y ella puso junto a sí la ropa de él, hasta que vino su señor a su casa.

17 Entonces le habló ella las mismas palabras, diciendo: «El siervo hebreo que nos
trajiste, vino a mí para deshonrarme.

18 Y cuando yo alcé mi voz y grité, él dejó su ropa junto a mí y huyó fuera».

19 Y sucedió que cuando oyó el amo de José las palabras que su mujer le hablaba,
diciendo: «Así me ha tratado tu siervo», se encendió su furor.

20 Y tomó su amo a José, y lo puso en la cárcel, donde estaban los presos del rey, y
estuvo allí en la cárcel.

21 Pero Yahvé estaba con José y le extendió su misericordia, y le dio gracia en los
ojos del alcaide de la cárcel.

22 Y el alcaide de la cárcel entregó en mano de José el cuidado de todos los presos
que había en aquella prisión; todo lo que se hacía allí, él lo hacía.

23 No necesitaba atender el alcaide de la cárcel cosa alguna de las que estaban al cuidado de José, porque Yahvé estaba con él, y lo que él hacía, Yahvé lo prosperaba.

Capítulo 40

1 Aconteció después de estas cosas, que el copero del rey de Egipto y el panadero delinquieron contra su señor, el rey de Egipto.

2 Y se enojó Faraón contra sus dos oficiales, contra el jefe de los coperos y contra el jefe de los panaderos,

3 y los puso en prisión en la casa del capitán de la guardia, en la cárcel donde José estaba preso.

4 Y el capitán de la guardia los confió a José, y él les servía; y estuvieron muchos días en la prisión.

5 Y ambos, el copero y el panadero del rey de Egipto, que estaban apresados en la cárcel, tuvieron un sueño, cada uno su propio sueño en una misma noche, cada uno con su propio significado.

6 Vino a ellos José por la mañana, y los miró, y he aquí que estaban tristes.

7 Y él preguntó a aquellos oficiales de Faraón, que estaban con él en la prisión de la casa de su señor, diciendo: «¿Por qué están hoy tristes vuestros semblantes?»

8 Ellos le dijeron: «Hemos tenido un sueño, y no hay quien lo interprete». Entonces les dijo José: «¿No son de Dios las interpretaciones? Contádmelo ahora».

9 Entonces el jefe de los coperos contó su sueño a José, y le dijo: «Yo soñaba que veía una vid delante de mí,

10 y en la vid tres sarmientos; y ella como que brotaba, y arrojaba su flor, viniendo a madurar sus racimos de uvas.

11 Y que la copa de Faraón estaba en mi mano, y tomaba yo las uvas y las exprimía en la copa de Faraón, y daba yo la copa en mano de Faraón».

12 Y le dijo José: «Ésta es su interpretación: los tres sarmientos son tres días.

13 Al cabo de tres días levantará Faraón tu cabeza, y te restituirá a tu puesto, y darás la copa a Faraón en su mano, como solías hacerlo cuando eras su copero.

14 Acuérdate, pues, de mí cuando tengas ese bien, y te ruego que uses conmigo de misericordia, y hagas mención de mí a Faraón, y me saques de esta casa.

15 Porque fui hurtado de la tierra de los hebreos; y tampoco he hecho aquí nada para que me pusiesen en la cárcel».

16 Viendo el jefe de los panaderos que había interpretado para bien, dijo a José: «También yo soñaba que veía tres canastillos blancos sobre mi cabeza.

17 En el canastillo más alto había toda clase de manjares de pastelería para Faraón; y las aves los comían del canastillo de sobre mi cabeza».

18 Entonces respondió José, y dijo: «Ésta es su interpretación: los tres canastillos tres días son.

19 Al cabo de tres días quitará Faraón tu cabeza de sobre ti, y te hará colgar en la horca, y las aves comerán tu carne de sobre ti».

20 Y sucedió que al tercer día, que era el día del cumpleaños de Faraón, hizo banquete a todos sus sirvientes; y alzó la cabeza del jefe de los coperos, y la cabeza del jefe de los panaderos, entre sus servidores.

21 E hizo volver a su oficio al jefe de los coperos, y dio él la copa en mano de Faraón.

22 Mas hizo ahorcar al jefe de los panaderos, como lo había interpretado José.

23 Y el jefe de los coperos no se acordó de José, sino que le olvidó.

Capítulo 41

1 Aconteció que pasados dos años completos, soñó Faraón que estaba junto al río;

2 y que del río subían siete vacas, hermosas a la vista, y muy gordas, y pacían en el prado.

3 Y que tras ellas subían del río otras siete vacas de feo aspecto y enjutas de carne, y se pararon cerca de las vacas hermosas a la orilla del río;

4 y que las vacas de feo aspecto y enjutas de carne devoraban a las siete vacas hermosas y muy gordas. Y despertó Faraón.

5 Se durmió de nuevo, y soñó la segunda vez: Que siete espigas llenas y hermosas crecían de un solo tallo,

6 y que después de ellas salían otras siete espigas menudas y abatidas del viento solano;

7 y las siete espigas menudas devoraban a las siete espigas gruesas y llenas. Y despertó Faraón, y he aquí que era sueño.

8 Sucedió que por la mañana estaba agitado su espíritu, y envió e hizo llamar a todos los magos de Egipto, y a todos sus sabios; y les contó Faraón sus sueños, mas no había quien los pudiese interpretar a Faraón.

9 Entonces el jefe de los coperos habló a Faraón, diciendo: «Me acuerdo hoy de mis faltas.

10 Cuando Faraón se enojó contra sus siervos, nos echó a la prisión de la casa del capitán de la guardia, a mí y al jefe de los panaderos.

11 Y él y yo tuvimos un sueño en una misma noche, y cada sueño tenía su propio significado.

12 Estaba allí con nosotros un joven hebreo, siervo del capitán de la guardia; y se lo contamos, y él nos interpretó nuestros sueños, y declaró a cada uno conforme a su sueño.

13 Y aconteció que como él nos lo interpretó, así fue: yo fui restablecido en mi puesto, y el otro fue colgado».

14 Entonces Faraón envió y llamó a José. Y lo sacaron apresuradamente de la cárcel, y se cortó el pelo, y mudó sus vestidos, y vino a Faraón.

15 Y dijo Faraón a José: «Yo he tenido un sueño, y no hay quien lo interprete; mas he oído decir de ti, que oyes sueños para interpretarlos».

16 Respondió José a Faraón, diciendo: «No está en mí; Dios será el que dé respuesta propicia a Faraón».

17 Entonces Faraón dijo a José: «En mi sueño me parecía que estaba a la orilla del río;

18 y que del río subían siete vacas de gruesas carnes y hermosa apariencia, que pacían en el prado.

19 Y que otras siete vacas subían después de ellas, flacas y de muy feo aspecto; tan extenuadas, que no he visto otras semejantes en fealdad en toda la tierra de Egipto.

20 Y las vacas flacas y feas devoraban a las siete primeras vacas gordas;

21 y éstas entraban en sus entrañas, mas no se conocía que hubiesen entrado, porque la apariencia de las flacas era aún mala, como al principio. Y yo desperté.

22 Vi también soñando, que siete espigas crecían en un mismo tallo, llenas y hermosas.

23 Y que otras siete espigas menudas, marchitas, abatidas del viento solano, crecían después de ellas;

24 y las espigas menudas devoraban a las siete espigas hermosas; y lo he dicho a los magos, mas no hay quien me lo declare».

25 Entonces respondió José a Faraón: «El sueño de Faraón es uno mismo; Dios ha mostrado a Faraón lo que va a hacer.

26 Las siete vacas hermosas siete años son; y las espigas hermosas son siete años: el sueño es uno mismo.

27 También las siete vacas flacas y feas que subían tras ellas, son siete años; y las siete espigas menudas y marchitas del viento solano, siete años serán de hambre.

28 Esto es lo que respondo a Faraón. Lo que Dios va a hacer, lo ha mostrado a Faraón.

29 He aquí vienen siete años de gran abundancia en toda la tierra de Egipto.

30 Y tras ellos seguirán siete años de hambre; y toda la abundancia será olvidada en la tierra de Egipto, y el hambre consumirá la tierra.

31 Y aquella abundancia no se echará de ver, a causa del hambre siguiente, la cual será gravísima.

32 Y el suceder el sueño a Faraón dos veces, significa que la cosa es firme de parte de Dios, y que Dios se apresura a hacerla.

33 Por tanto, provéase ahora Faraón de un varón prudente y sabio, y póngalo sobre la tierra de Egipto.

34 Haga esto Faraón, y ponga gobernadores sobre el país, y quinte la tierra de Egipto en los siete años de la abundancia.

35 Y junten toda la provisión de estos buenos años que vienen, y recojan el trigo bajo la mano de Faraón para mantenimiento de las ciudades; y guárdenlo.

36 Y esté aquella provisión en depósito para el país, para los siete años de hambre que habrá en la tierra de Egipto; y el país no perecerá de hambre».

37 El asunto pareció bien a Faraón y a sus siervos.

38 Y dijo Faraón a sus siervos: «¿Acaso hallaremos a otro hombre como éste, en quien esté el espíritu de Dios?»

39 Y dijo Faraón a José: «Pues que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay entendido ni sabio como tú.

40 Tú estarás sobre mi casa, y por tu palabra se gobernará todo mi pueblo; solamente en el trono seré yo mayor que tú».

41 Dijo además Faraón a José: «He aquí yo te he puesto sobre toda la tierra de Egipto».

42 Entonces Faraón quitó su anillo de su mano, y lo puso en la mano de José, y lo hizo vestir de ropas de lino finísimo, y puso un collar de oro en su cuello;

43 y lo hizo subir en su segundo carro, y pregonaron delante de él: «¡Doblad la rodilla!» Y lo puso sobre toda la tierra de Egipto.

44 Y dijo Faraón a José: «Yo soy Faraón; y sin ti ninguno alzará su mano ni su pie en toda la tierra de Egipto».

45 Y llamó Faraón el nombre de José, Zafnat-panea; y le dio por mujer a Asenat, hija de Potifera sacerdote de On. Y salió José por toda la tierra de Egipto.

46 Era José de edad de treinta años cuando fue presentado delante de Faraón rey de Egipto; y salió José de delante de Faraón, y recorrió toda la tierra de Egipto.

47 En aquellos siete años de abundancia la tierra produjo a montones.

48 Y él reunió todo el alimento de los siete años de abundancia que hubo en la tierra de Egipto, y guardó alimento en las ciudades, poniendo en cada ciudad el alimento del campo de sus alrededores.

49 Recogió José trigo como arena del mar, mucho en extremo, hasta no poderse contar, porque no tenía número.

50 Y nacieron a José dos hijos antes que viniese el primer año del hambre, los cuales le dio a luz Asenat, hija de Potifera sacerdote de On.

51 Y llamó José el nombre del primogénito, Manasés; porque dijo: «Dios me hizo olvidar todo mi trabajo, y toda la casa de mi padre».

52 Y llamó el nombre del segundo, Efraín; porque dijo: «Dios me hizo fructificar en la tierra de mi aflicción».

53 Así se cumplieron los siete años de abundancia que hubo en la tierra de Egipto.

54 Y comenzaron a venir los siete años del hambre, como José había dicho; y hubo hambre en todos los países, mas en toda la tierra de Egipto había pan.

55 Cuando se sintió el hambre en toda la tierra de Egipto, el pueblo clamó a Faraón por pan. Y dijo Faraón a todos los egipcios: «Id a José, y haced lo que él os dijere».

56 Y el hambre estaba por toda la extensión del país. Entonces abrió José todo granero donde había, y vendía a los egipcios; porque había crecido el hambre en la tierra de Egipto.

57 Y de todos los países venían a Egipto para comprar a José, porque por toda la tierra había crecido el hambre.

Capítulo 42

1 Viendo Jacob que había provisiones en Egipto, dijo a sus hijos: «¿Por qué os estáis mirando unos a otros?»

2 Y dijo: «He aquí, he oído que hay trigo en Egipto; descended allá, y comprad de allí para nosotros, para que podamos vivir, y no muramos».

3 Y descendieron los diez hermanos de José a comprar trigo en Egipto.

4 Mas Jacob no envió a Benjamín, hermano de José, con sus hermanos; porque dijo: «No sea que le acontezca algún desastre».

5 Vinieron los hijos de Israel a comprar entre los que venían; porque había hambre en la tierra de Canaán.

6 Y José era el señor de la tierra, quien le vendía el trigo a todo el pueblo de la tierra; y llegaron los hermanos de José, y se inclinaron a él rostro a tierra.

7 Y José, cuando vio a sus hermanos, los conoció; mas hizo como que no los conocía, y les habló ásperamente, y les dijo: «¿De dónde venís?» Ellos respondieron: «De la tierra de Canaán, para comprar alimentos».

8 José, pues, conoció a sus hermanos; pero ellos no le conocieron.

9 Entonces se acordó José de los sueños que había tenido acerca de ellos, y les dijo: «¡Espías sois! Por ver lo descubierto del país habéis venido».

10 Ellos le respondieron: «No, señor mío, sino que tus siervos han venido a comprar alimentos.

11 Todos nosotros somos hijos de un varón; somos hombres honrados; tus siervos nunca fueron espías».

12 Pero él les dijo: «No; para ver lo descubierto del país habéis venido».

13 Y ellos respondieron: «Tus siervos somos doce hermanos, hijos de un varón en la tierra de Canaán; y he aquí el menor está hoy con nuestro padre, y otro ya no parece».

14 Y José les dijo: «Eso es lo que os he dicho: espías sois.

15 En esto seréis probados: ¡Vive Faraón, que no saldréis de aquí, sino cuando vuestro hermano menor viniere acá!

16 Enviad a uno de vosotros y traiga a vuestro hermano, y vosotros quedad presos, y vuestras palabras serán probadas, si hay verdad en vosotros; y si no, ¡vive Faraón, que sois espías!»

17 Y los puso juntos en la cárcel por tres días.

18 Y al tercer día les dijo José: «Haced esto y vivid, porque yo temo a Dios.

19 Si sois hombres honrados, quede atado uno de vuestros hermanos en la casa de vuestra prisión; y vosotros id, llevad el trigo para el hambre de vuestras casas.

20 Pero habéis de traerme a vuestro hermano menor, y serán verificadas vuestras palabras, y no moriréis». Y ellos lo hicieron así.

21 Y decían el uno al otro: «Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano, pues vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no le escuchamos; por eso ha venido sobre nosotros esta angustia».

22 Entonces Rubén les respondió, diciendo: "¿No os hablé yo y dije: 'No pequéis contra el joven', y no escuchasteis? He aquí también se nos demanda su sangre".

23 Y ellos no sabían que los entendía José, porque había intérprete entre ellos.

24 Y se apartó José de ellos, y lloró; después volvió a ellos, y les habló, y tomó de entre ellos a Simeón, y lo aprisionó a vista de ellos.

25 Después mandó José que llenaran sus sacos de trigo, y devolviesen el dinero de cada uno de ellos, poniéndolo en su saco, y les diesen provisiones para el camino; y así se hizo con ellos.

26 Y ellos pusieron su trigo sobre sus asnos, y se fueron de allí.

27 Pero abriendo uno de ellos su saco para dar forraje a su asno en el mesón, vio su dinero que estaba en la boca de su costal.

28 Y dijo a sus hermanos: «¡Mi dinero se me ha devuelto, y he aquí está en mi saco!» Entonces se les sobresaltó el corazón, y espantados dijeron el uno al otro: «¿Qué es esto que nos ha hecho Dios?»

29 Y vinieron a Jacob su padre en la tierra de Canaán, y le contaron todo lo que les había acontecido, diciendo:

30 "Aquel varón, el señor de la tierra, nos habló ásperamente, y nos trató como a espías de la tierra.

31 Y nosotros le dijimos: 'Somos hombres honrados, nunca fuimos espías.

32 Somos doce hermanos, hijos de nuestro padre; uno ya no parece, y el menor está hoy con nuestro padre en la tierra de Canaán'.

33 Entonces aquel varón, el señor de la tierra, nos dijo: 'En esto conoceré que sois hombres honrados: dejad conmigo uno de vuestros hermanos, y tomad para el hambre de vuestras casas, y andad,

34 y traedme a vuestro hermano el menor, para que yo sepa que no sois espías, sino hombres honrados; así os entregaré a vuestro hermano, y negociaréis en la tierra'".

35 Y aconteció que al vaciar ellos sus sacos, he aquí que en el saco de cada uno estaba el atado de su dinero; y viéndolo ellos y su padre, tuvieron temor.

36 Entonces su padre Jacob les dijo: «Me habéis privado de mis hijos; José ya no parece, ni Simeón tampoco, y a Benjamín le queréis llevar; contra mí son todas estas cosas».

37 Y Rubén habló a su padre, diciendo: «Harás morir a mis dos hijos, si no te lo devuelvo; entrégalo en mi mano, que yo lo devolveré a ti».

38 Y él dijo: «No descenderá mi hijo con vosotros, pues su hermano ha muerto, y él solo ha quedado; y si le aconteciere algún desastre en el camino por donde vais, haréis descender mis canas con dolor al Seol».

Capítulo 43

1 El hambre era muy grave en la tierra.

2 Y aconteció que cuando se acabaron el trigo que habían traído de Egipto, su padre les dijo: «Volved a comprarnos un poco de alimento».

3 Respondió Judá, diciendo: "Aquel varón nos protestó solemnemente, diciendo: 'No veréis mi rostro, si vuestro hermano no viene con vosotros'.

4 Si envías a nuestro hermano con nosotros, descenderemos y te compraremos alimento;

5 pero si no lo envías, no descenderemos; porque aquel varón nos dijo: 'No veréis mi rostro, si vuestro hermano no viene con vosotros'".

6 Y dijo Israel: «¿Por qué me hicisteis tanto mal, declarando al varón que teníais otro hermano?»

7 Y ellos respondieron: "Aquel varón nos preguntó expresamente por nosotros, y por nuestra parentela, diciendo: '¿Vive aún vuestro padre? ¿Tenéis otro hermano?' Y le declaramos conforme a estas palabras. ¿Acaso podíamos saber que él nos diría: 'Haced venir a vuestro hermano'?"

8 Entonces Judá dijo a Israel su padre: «Envía al joven conmigo, y nos levantaremos y nos iremos, a fin de que vivamos y no muramos, ni nosotros, ni tú, ni nuestros niños.

9 Yo te respondo por él; de mi mano lo demandarás. Si no te lo vuelvo a traer y lo pongo delante de ti, seré culpable para contigo todos los días.

10 Que si no nos hubiéramos detenido, ciertamente hubiéramos ya vuelto dos veces».

11 Entonces Israel su padre les respondió: «Pues que así es, hacedlo; tomad de lo mejor de la tierra en vuestros sacos, y llevad a aquel varón un presente, un poco de bálsamo, un poco de miel, aromas y mirra, nueces y almendras.

12 Y tomad en vuestras manos doble cantidad de dinero, y llevad en vuestra mano el dinero devuelto en las bocas de vuestros costales; quizá fue equivocación.

13 Tomad también a vuestro hermano, y levantaos, y volved a aquel varón.

14 Y el Dios Omnipotente os dé misericordia delante de aquel varón, y os suelte al otro hermano vuestro, y a Benjamín. Y si he de ser privado de mis hijos, séalo».

15 Tomaron, pues, aquellos varones el presente, y tomaron en su mano doble dinero, y a Benjamín; y se levantaron, y descendieron a Egipto, y se presentaron delante de José.

16 Y vio José a Benjamín con ellos, y dijo al mayordomo de su casa: «Lleva a estos varones a casa, y mata alguna res y prepárala, porque estos varones comerán conmigo al mediodía».

17 E hizo el hombre como José dijo, y llevó el hombre a los varones a casa de José.

18 Y los varones tuvieron temor, al ser llevados a casa de José, y decían: «Por el dinero que nos fue devuelto en nuestros costales la primera vez nos han traído aquí, para tender un lazo contra nosotros, y dar sobre nosotros, y tomarnos por siervos a nosotros y a nuestros asnos».

19 Y se acercaron al mayordomo de la casa de José, y le hablaron a la puerta de la casa,

20 y le dijeron: «Ay, señor mío, nosotros en verdad descendimos al principio a comprar alimentos.

21 Y aconteció que cuando llegamos al mesón y abrimos nuestros costales, he aquí el dinero de cada uno estaba en la boca de su costal, nuestro dinero en su justo peso; y lo hemos vuelto a traer en nuestras manos.

22 También hemos traído en nuestras manos otro dinero para comprar alimentos; nosotros no sabemos quién puso nuestro dinero en nuestros costales».

23 Y él respondió: «La paz sea con vosotros, no temáis; vuestro Dios y el Dios de vuestro padre os dio el tesoro en vuestros costales; yo recibí vuestro dinero». Y sacó a Simeón a ellos.

24 Y metió aquel varón a los hombres en casa de José, y les dio agua, y lavaron sus pies; y dio forraje a sus asnos.

25 Y ellos prepararon el presente entretanto que venía José al mediodía, porque habían oído que allí habrían de comer pan.

26 Y vino José a casa, y ellos le trajeron el presente que tenían en su mano dentro de la casa, y se inclinaron ante él hasta la tierra.

27 Entonces les preguntó él cómo estaban, y dijo: «¿Está bien vuestro padre, el anciano de quien me hablasteis? ¿Vive aún?»

28 Y ellos respondieron: «Bien está tu siervo nuestro padre; aún vive». Y se inclinaron, e hicieron reverencia.

29 Y alzando José sus ojos vio a Benjamín su hermano, hijo de su madre, y dijo: «¿Es éste vuestro hermano menor, de quien me hablasteis?» Y dijo: «Dios tenga misericordia de ti, hijo mío».

30 Entonces José se apresuró, porque se conmovieron sus entrañas a causa de su hermano, y buscó dónde llorar; y entró en su cámara, y lloró allí.

31 Y lavó su rostro y salió, y se contuvo, y dijo: «Servid el pan».

32 Y le sirvieron a él aparte, y a ellos aparte, y a los egipcios que comían con él aparte; porque los egipcios no pueden comer pan con los hebreos, lo cual es abominación a los egipcios.

33 Y se sentaron delante de él, el mayor conforme a su primogenitura, y el menor conforme a su menor edad; y estaban aquellos varones maravillados los unos con los otros.

34 Y él tomó porciones de delante de sí para ellos; mas la porción de Benjamín era cinco veces mayor que la de cualquiera de ellos. Y bebieron, y se alegraron con él.

Capítulo 44

1 Y mandó José al mayordomo de su casa, diciendo: «Llena de alimento los costales de estos varones, cuanto puedan llevar, y pon el dinero de cada uno en la boca de su costal.

2 Y pondrás mi copa, la copa de plata, en la boca del costal del menor, con el dinero de su trigo». Y el mayordomo hizo conforme a la palabra que José le había dicho.

3 Venida la mañana, los hombres fueron despedidos, ellos con sus asnos.

4 Habiendo ellos salido de la ciudad, de la que aún no se habían alejado, dijo José a su mayordomo: "Levántate y sigue a esos hombres; y cuando los alcances, diles: '¿Por qué habéis pagado mal por bien?

5 ¿No es ésta la copa en que bebe mi señor, y por la que suele adivinar? Habéis hecho mal en hacer esto'".

6 Y él los alcanzó, y les dijo estas palabras.

7 Y ellos le respondieron: «¿Por qué dice mi señor tales cosas? ¡Nunca tal hagan tus siervos!

8 He aquí, el dinero que hallamos en la boca de nuestros costales te lo volvimos a traer desde la tierra de Canaán; ¿cómo, pues, habíamos de hurtar de casa de tu señor plata ni oro?

9 Aquel de tus siervos en quien fuere hallada la copa, que muera, y aun nosotros seremos siervos de mi señor».

10 Y él dijo: «Sea ahora también conforme a vuestras palabras: aquel en quien se hallare será mi siervo, y vosotros seréis sin culpa».

11 Entonces ellos se dieron prisa, y bajó cada uno su costal a tierra, y abrió cada uno su costal.

12 Y buscó, comenzando desde el mayor y acabando en el menor; y la copa fue hallada en el costal de Benjamín.

13 Entonces ellos rasgaron sus vestidos, y cargó cada uno su asno y volvieron a la ciudad.

14 Vino Judá con sus hermanos a casa de José, que aún estaba allí, y se postraron delante de él en tierra.

15 Y les dijo José: «¿Qué acción es esta que habéis hecho? ¿No sabéis que un hombre como yo sabe adivinar?»

16 Entonces dijo Judá: «¿Qué diremos a mi señor? ¿Qué hablaremos, o con qué nos justificaremos? Dios ha hallado la maldad de tus siervos; he aquí, nosotros somos siervos de mi señor, nosotros, y también aquel en cuyo poder fue hallada la copa».

17 Pero José respondió: «Nunca yo tal haga. El varón en cuyo poder fue hallada la copa, él será mi siervo; en cuanto a vosotros, idos en paz a vuestro padre».

18 Entonces Judá se acercó a él, y dijo: "Ay, señor mío, te ruego que permitas a tu siervo decir una palabra en los oídos de mi señor, y no se encienda tu ira contra tu siervo, pues tú eres como Faraón.

19 Mi señor preguntó a sus siervos, diciendo: '¿Tenéis padre o hermano?'

20 Y nosotros respondimos a mi señor: 'Tenemos un padre anciano, y un hermano joven que le nació en su vejez; y un hermano suyo murió, y él solo ha quedado de su madre; y su padre lo ama'.

21 Y tú dijiste a tus siervos: 'Traédmelo, y pondré mis ojos sobre él'.

22 Y nosotros dijimos a mi señor: 'El joven no puede dejar a su padre, porque si lo dejare, su padre morirá'.

23 Y dijiste a tus siervos: 'Si vuestro hermano menor no desciende con vosotros, no veréis más mi rostro'.

24 Aconteció, pues, que cuando subimos a tu siervo mi padre, le contamos las palabras de mi señor.

25 Y dijo nuestro padre: 'Volved a comprarnos un poco de alimento'.

26 Y nosotros respondimos: 'No podemos ir. Si nuestro hermano menor va con nosotros, descenderemos; porque no podremos ver el rostro del varón, si no está con nosotros nuestro hermano menor'.

27 Entonces tu siervo mi padre nos dijo: 'Vosotros sabéis que mi mujer me dio a luz dos hijos.

28 El uno salió de mi presencia, y pensé: «De cierto ha sido despedazado»; y hasta ahora no lo he visto.

29 Y si tomáis también a este de mi presencia, y le acontece algún desastre, haréis descender mis canas con dolor al Seol'.

30 Ahora, pues, cuando yo llegue a tu siervo mi padre, si el joven no va con nosotros, como su vida está ligada a la vida de él,

31 sucederá que cuando no vea al joven, morirá; y tus siervos harán descender las canas de tu siervo nuestro padre con dolor al Seol.

32 Como tu siervo salió fiador del joven con mi padre, diciendo: 'Si no te lo devuelvo, entonces cargaré con la culpa ante mi padre para siempre';

33 te ruego, por tanto, que quede ahora tu siervo en lugar del joven por siervo de mi señor, y que el joven vaya con sus hermanos.

34 Porque ¿cómo iré yo a mi padre sin el joven? No podré, por no ver el mal que sobrevendrá a mi padre".

Capítulo 45

1 Entonces José no pudo contenerse más delante de todos los que estaban junto a él, y clamó: «¡Haced salir a todos de mi presencia!» Y no quedó nadie con él, cuando José se dio a conocer a sus hermanos.

2 Y alzó su voz llorando; y lo oyeron los egipcios, y lo oyó también la casa de Faraón.

3 Y dijo José a sus hermanos: «¡Yo soy José! ¿Vive aún mi padre?» Y sus hermanos no le pudieron responder, porque estaban turbados delante de él.

4 Entonces dijo José a sus hermanos: «Acercaos ahora a mí, os ruego». Y ellos se acercaron. Y él dijo: "Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto.

5 Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros.

6 Pues ya ha habido dos años de hambre en medio de la tierra, y aún quedan cinco años en los cuales ni habrá arada ni siega.

7 Y Dios me envió delante de vosotros, para preservaros posteridad sobre la tierra, y para daros vida por medio de gran liberación.

8 Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios, que me ha puesto por padre de Faraón y por señor de toda su casa, y por gobernador en toda la tierra de Egipto.

9 Daos prisa, id a mi padre y decidle: 'Así dice tu hijo José: «Dios me ha puesto por señor de todo Egipto; ven a mí, no te detengas.

10 Habitarás en la tierra de Gosén, y estarás cerca de mí, tú y tus hijos, y los hijos de tus hijos, tus ganados y tus vacas, y todo lo que tienes.

11 Y allí te alimentaré, pues aún quedan cinco años de hambre, para que no perezcas de pobreza tú y tu casa, y todo lo que tienes»'.

12 He aquí, vuestros ojos ven, y los ojos de mi hermano Benjamín, que mi propia boca os habla.

13 Haréis, pues, saber a mi padre toda mi gloria en Egipto, y todo lo que habéis visto; y daos prisa, y traed a mi padre acá".

14 Y se echó sobre el cuello de Benjamín su hermano, y lloró; y también Benjamín lloró sobre su cuello.

15 Y besó a todos sus hermanos, y lloró sobre ellos; y después sus hermanos hablaron con él.

16 Y se oyó la noticia en la casa de Faraón, diciendo: «Los hermanos de José han venido». Y agradó en los ojos de Faraón y de sus siervos.

17 Y dijo Faraón a José: "Di a tus hermanos: 'Haced esto: cargad vuestras bestias, e id, volved a la tierra de Canaán;

18 y tomad a vuestro padre y a vuestras familias, y venid a mí; y yo os daré lo bueno de la tierra de Egipto, y comeréis de la abundancia de la tierra'.

19 Y tú manda: 'Haced esto: tomaos carros de la tierra de Egipto para vuestros niños y vuestras mujeres, y traed a vuestro padre, y venid.

20 Y no os preocupéis por vuestros enseres, porque la riqueza de toda la tierra de Egipto será vuestra'".

21 Y lo hicieron así los hijos de Israel; y les dio José carros conforme a la orden de Faraón, y les dio provisiones para el camino.

22 A cada uno de todos ellos dio mudas de vestidos, y a Benjamín dio trescientas piezas de plata, y cinco mudas de vestidos.

23 Y a su padre envió esto: diez asnos cargados de lo mejor de Egipto, y diez asnas cargadas de trigo, y pan y comida, para su padre en el camino.

24 Y despidió a sus hermanos, y ellos se fueron. Y él les dijo: «No riñáis por el camino».

25 Subieron, pues, de Egipto, y llegaron a la tierra de Canaán a Jacob su padre.

26 Y le dieron las nuevas, diciendo: «¡José vive aún, y es señor en toda la tierra de Egipto!» Y su corazón se paralizó, porque no les creía.

27 Y ellos le contaron todas las palabras de José, que él les había hablado; y viendo Jacob los carros que José enviaba para llevarlo, el espíritu de su padre revivió.

28 Entonces dijo Israel: «¡Basta! José mi hijo vive todavía; iré, y le veré antes que yo muera».

Capítulo 46

1 Partió Israel con todo lo que tenía, y vino a Beerseba, y ofreció sacrificios al Dios de su padre Isaac.

2 Y habló Dios a Israel en visiones de noche, y dijo: «¡Jacob, Jacob!» Y él respondió: «Aquí estoy».

3 Y dijo: «Yo soy Dios, el Dios de tu padre; no temas de descender a Egipto, porque allí yo haré de ti una gran nación.

4 Yo descenderé contigo a Egipto, y yo también te haré volver; y la mano de José cerrará tus ojos».

5 Y se levantó Jacob de Beerseba; y llevaron los hijos de Israel a su padre Jacob, a sus niños y a sus mujeres, en los carros que Faraón había enviado para llevarlo.

6 Y tomaron sus ganados y sus bienes que habían adquirido en la tierra de Canaán, y vinieron a Egipto, Jacob y toda su descendencia con él;

7 sus hijos, y los hijos de sus hijos consigo; sus hijas, y las hijas de sus hijos, y a toda su descendencia trajo consigo a Egipto.

8 Y éstos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto, Jacob y sus hijos: Rubén, el primogénito de Jacob.

9 Y los hijos de Rubén: Hanoc, Falú, Hezrón y Carmi.

10 Y los hijos de Simeón: Jemuel, Jamín, Ohad, Jaquín, Zohar y Saúl, hijo de una cananea.

11 Y los hijos de Leví: Gersón, Coat y Merari.

12 Y los hijos de Judá: Er, Onán, Selá, Fares y Zera; mas Er y Onán murieron en la tierra de Canaán. Y los hijos de Fares fueron Hezrón y Hamul.

13 Y los hijos de Isacar: Tola, Fúa, Job y Simrón.

14 Y los hijos de Zabulón: Sered, Elón y Jahleel.

15 Éstos fueron los hijos de Lea, los que dio a luz a Jacob en Padán Aram, y además su hija Dina; treinta y tres almas todas las de sus hijos e hijas.

16 Y los hijos de Gad: Zifión, Hagui, Suni, Ezbón, Eri, Arodi y Areli.

17 Y los hijos de Aser: Imna, Isúa, Isúi, Bería, y Sera hermana de ellos. Los hijos de Bería: Heber y Malquiel.

18 Éstos fueron los hijos de Zilpa, la que Labán dio a su hija Lea, y dio a luz éstos a Jacob; por todas dieciséis almas.

19 Y los hijos de Raquel, mujer de Jacob: José y Benjamín.

20 Y nacieron a José en la tierra de Egipto Manasés y Efraín, los que le dio a luz Asenat, hija de Potifera sacerdote de On.

21 Y los hijos de Benjamín fueron Bela, Bequer, Asbel, Gera, Naamán, Ehi, Ros, Mupim, Hupim y Ard.

22 Éstos fueron los hijos de Raquel, que nacieron a Jacob; por todas catorce almas.

23 Y los hijos de Dan: Husim.

24 Y los hijos de Neftalí: Jahzeel, Guni, Jezer y Silem.

25 Éstos fueron los hijos de Bilha, la que dio Labán a Raquel su hija, y dio a luz éstos a Jacob; por todas siete almas.

26 Todas las personas que vinieron con Jacob a Egipto, procedentes de sus lomos, sin las mujeres de los hijos de Jacob, todas las personas fueron sesenta y seis.

27 Y los hijos de José, que le nacieron en Egipto, dos personas. Todas las almas de la casa de Jacob, que entraron en Egipto, fueron setenta.

28 Y envió Jacob a Judá delante de sí a José, para que le viniese a ver en Gosén; y llegaron a la tierra de Gosén.

29 Y José unció su carro y vino a recibir a Israel su padre en Gosén; y se manifestó a él, y se echó sobre su cuello, y lloró sobre su cuello largamente.

30 Entonces Israel dijo a José: «Muera yo ahora, ya que he visto tu rostro, y sé que aún vives».

31 Y José dijo a sus hermanos, y a la casa de su padre: "Subiré y lo haré saber a Faraón, y le diré: 'Mis hermanos y la casa de mi padre, que estaban en la tierra de Canaán, han venido a mí.

32 Y los hombres son pastores de ovejas, porque son ganaderos; y han traído sus ovejas y sus vacas, y todo lo que tenían'.

33 Y acontecerá que cuando Faraón os llame y os pregunte: '¿Cuál es vuestro oficio?'

34 entonces diréis: 'Tus siervos han sido ganaderos desde nuestra juventud hasta ahora, nosotros y nuestros padres'; a fin de que moréis en la tierra de Gosén, porque todo pastor de ovejas es abominación para los egipcios".

Capítulo 47

1 Vino José y lo hizo saber a Faraón, y dijo: «Mi padre y mis hermanos, y sus ovejas y sus vacas, con todo lo que tienen, han venido de la tierra de Canaán, y he aquí están en la tierra de Gosén».

2 Y de entre sus hermanos tomó cinco varones, y los presentó delante de Faraón.

3 Y Faraón dijo a sus hermanos: «¿Cuál es vuestro oficio?» Y ellos respondieron a Faraón: «Pastores de ovejas son tus siervos, así nosotros como nuestros padres».

4 Dijeron además a Faraón: «Para morar en esta tierra hemos venido; porque no hay pasto para las ovejas de tus siervos, pues el hambre es grave en la tierra de Canaán; por tanto, te rogamos ahora que permitas a tus siervos habitar en la tierra de Gosén».

5 Entonces Faraón habló a José, diciendo: «Tu padre y tus hermanos han venido a ti.

6 La tierra de Egipto delante de ti está; en lo mejor de la tierra haz habitar a tu padre y a tus hermanos; habiten en la tierra de Gosén; y si entiendes que hay entre ellos hombres capaces, ponlos por mayorales del ganado mío».

7 También José introdujo a Jacob su padre, y lo presentó delante de Faraón; y Jacob bendijo a Faraón.

8 Y dijo Faraón a Jacob: «¿Cuántos son los días de los años de tu vida?»

9 Y Jacob respondió a Faraón: «Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años; pocos y malos han sido los días de los años de mi vida, y no han llegado a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación».

10 Y Jacob bendijo a Faraón, y salió de la presencia de Faraón.

11 Así José hizo habitar a su padre y a sus hermanos, y les dio posesión en la tierra de Egipto, en lo mejor de la tierra, en la tierra de Ramsés, como mandó Faraón.

12 Y alimentaba José a su padre y a sus hermanos, y a toda la casa de su padre, con pan, según el número de sus hijos.

13 No había pan en toda la tierra, y el hambre era muy grave, por lo que desfalleció de hambre la tierra de Egipto y la tierra de Canaán.

14 Y recogió José todo el dinero que había en la tierra de Egipto y en la tierra de Canaán, por los alimentos que de él compraban; y metió José el dinero en casa de Faraón.

15 Acabado el dinero de la tierra de Egipto y de la tierra de Canaán, vino todo Egipto a José, diciendo: «Danos pan; ¿por qué habremos de morir delante de ti, por haberse acabado el dinero?»

16 Y José dijo: «Dad vuestros ganados y yo os daré por vuestros ganados, si se ha acabado el dinero».

17 Y ellos trajeron sus ganados a José, y José les dio alimentos por caballos, y por el ganado de las ovejas, y por el ganado de las vacas, y por asnos; y les sustentó de pan por todos sus ganados aquel año.

18 Acabado aquel año, vinieron a él el segundo año, y le dijeron: «No encubrimos a nuestro señor que el dinero ciertamente se ha acabado, y también el ganado es ya de mi señor; nada ha quedado delante de mi señor sino nuestros cuerpos y nuestra tierra.

19 ¿Por qué moriremos delante de tus ojos, así nosotros como nuestra tierra? Cómpranos a nosotros y a nuestra tierra por pan, y seremos nosotros y nuestra tierra siervos de Faraón; y danos semilla para que vivamos y no muramos, y no sea asolada la tierra».

20 Entonces compró José toda la tierra de Egipto para Faraón; pues los egipcios vendieron cada uno sus tierras, porque se agravó el hambre sobre ellos; y la tierra vino a ser de Faraón.

21 Y al pueblo lo hizo pasar a las ciudades, desde un extremo al otro del territorio de Egipto.

22 Solamente la tierra de los sacerdotes no compró, por cuanto los sacerdotes tenían ración de Faraón, y ellos comían la ración que Faraón les daba; por eso no vendieron su tierra.

23 Y José dijo al pueblo: «Mirad, os he comprado hoy, a vosotros y a vuestra tierra, para Faraón; he aquí semilla, y sembraréis la tierra.

24 De los frutos daréis el quinto a Faraón, y las cuatro partes serán vuestras para sembrar las tierras, y para vuestro mantenimiento, y de los que están en vuestras casas, y para que coman vuestros niños».

25 Y ellos respondieron: «La vida nos has dado; hallemos gracia en ojos de mi señor, y seamos siervos de Faraón».

26 Entonces José lo puso por ley hasta hoy sobre la tierra de Egipto, señalando para Faraón el quinto; excepto sólo la tierra de los sacerdotes, que no fue de Faraón.

27 Así habitó Israel en la tierra de Egipto, en la tierra de Gosén; y tomaron posesión de ella, y se aumentaron, y se multiplicaron en gran manera.

28 Y vivió Jacob en la tierra de Egipto diecisiete años; y fueron los días de Jacob, los años de su vida, ciento cuarenta y siete años.

29 Y llegaron los días de Israel para morir, y llamó a José su hijo, y le dijo: «Si he hallado ahora gracia en tus ojos, te ruego que pongas tu mano debajo de mi muslo, y harás conmigo misericordia y verdad. Te ruego que no me entierres en Egipto.

30 Mas cuando duerma con mis padres, me llevarás de Egipto y me sepultarás en el sepulcro de ellos». Y José respondió: «Haré como tú dices».

31 E Israel dijo: «Júramelo». Y José le juró. Entonces Israel se inclinó sobre la cabecera de la cama.

Capítulo 48

1 Sucedió después de estas cosas que dijeron a José: «He aquí, tu padre está enfermo». Y él tomó consigo a sus dos hijos, Manasés y Efraín.

2 Y se le hizo saber a Jacob, diciendo: «He aquí que tu hijo José viene a ti». Entonces se esforzó Israel, y se sentó sobre la cama.

3 Y dijo a José: "El Dios Omnipotente se me apareció en Luz, en la tierra de Canaán, y me bendijo,

4 y me dijo: 'He aquí yo te haré fructificar y te multiplicaré, y te pondré por estirpe de naciones; y daré esta tierra a tu descendencia después de ti por heredad perpetua'.

5 Y ahora tus dos hijos Efraín y Manasés, que te nacieron en la tierra de Egipto antes que viniese a ti a la tierra de Egipto, míos son; como Rubén y Simeón, serán míos.

6 Y los que engendres después de ellos, serán tuyos; por el nombre de sus hermanos serán llamados en sus heredades.

7 Porque cuando yo venía de Padán Aram, se me murió Raquel en la tierra de Canaán, en el camino, como media legua de tierra antes de llegar a Efrata; y la sepulté allí en el camino de Efrata, que es Belén".

8 Y vio Israel los hijos de José, y dijo: «¿Quiénes son éstos?»

9 Y respondió José a su padre: «Son mis hijos, que Dios me ha dado aquí». Y él dijo: «Acércamelos ahora, y los bendeciré».

10 Y los ojos de Israel estaban tan pesados por la vejez, que no podía ver. Les hizo, pues, acercarse a él, y él los besó y los abrazó.

11 Y dijo Israel a José: «No pensaba yo ver tu rostro, y he aquí Dios me ha hecho ver también a tu descendencia».

12 Entonces José los sacó de entre sus rodillas, y se inclinó a tierra.

13 Y los tomó José a ambos, Efraín a su derecha, a la izquierda de Israel, y Manasés a su izquierda, a la derecha de Israel; y los acercó a él.

14 Entonces Israel extendió su mano derecha, y la puso sobre la cabeza de Efraín,
que era el menor, y su mano izquierda sobre la cabeza de Manasés, colocando
adrede sus manos así, aunque Manasés era el primogénito.

15 Y bendijo a José, diciendo:
«El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham e Isaac,
el Dios que me mantiene desde que yo soy hasta este día,

16 el Ángel que me liberta de todo mal, bendiga a estos jóvenes;
y sea invocado en ellos mi nombre,
y el nombre de mis padres Abraham e Isaac;
y multiplíquense en gran manera en medio de la tierra».

17 Pero viendo José que su padre ponía la mano derecha sobre la cabeza de Efraín,
le causó disgusto; y asió la mano de su padre, para pasarla de la cabeza de Efraín a
la cabeza de Manasés.

18 Y dijo José a su padre: «No así, padre mío, porque éste es el primogénito; pon
tu mano derecha sobre su cabeza».

19 Mas su padre no quiso, y dijo: «Lo sé, hijo mío, lo sé; también él vendrá a ser
un pueblo, y será también engrandecido; pero su hermano menor será más grande
que él, y su descendencia formará multitud de naciones».

20 Y los bendijo aquel día, diciendo: "En vosotros bendecirá Israel, diciendo: 'Há-
gate Dios como a Efraín y como a Manasés'". Y puso a Efraín antes de Manasés.

21 Y dijo Israel a José: «He aquí yo muero; pero Dios estará con vosotros, y os
hará volver a la tierra de vuestros padres.

22 Y yo te he dado a ti una parte más que a tus hermanos, la cual tomé yo de
mano del amorreo con mi espada y con mi arco».

Capítulo 49

1 Y llamó Jacob a sus hijos, y dijo: «Juntaos, y os declararé lo que os ha de acon-
tecer en los días venideros.

2 Juntaos y oíd, hijos de Jacob,
Y escuchad a vuestro padre Israel.

3 Rubén, tú eres mi primogénito, mi fortaleza, y el principio de mi vigor;
Principal en dignidad, principal en poder.

4 Impetuoso como las aguas, no serás el principal,
Por cuanto subiste al lecho de tu padre;
Entonces te envileciste, subiendo a mi estrado.

5 Simeón y Leví son hermanos;
Armas de iniquidad sus espadas.

6 En su consejo no entre mi alma,
Ni mi espíritu se junte en su compañía.
Porque en su furor mataron hombres,
Y en su temeridad desjarretaron toros.

7 Maldito su furor, que fue fiero;
Y su ira, que fue dura.
Yo los apartaré en Jacob,
Y los esparciré en Israel.

8 Judá, te alabarán tus hermanos;
Tu mano en la cerviz de tus enemigos;
Los hijos de tu padre se inclinarán a ti.

9 Cachorro de león, Judá;
De la presa subiste, hijo mío.
Se encorvó, se echó como león,
Así como león viejo: ¿quién lo despertará?

10 No será quitado el cetro de Judá,
Ni el legislador de entre sus pies,
Hasta que venga Siloh;
Y a él se congregarán los pueblos.

11 Atando a la vid su pollino,
Y a la cepa el hijo de su asna,
Lavó en el vino su vestido,
Y en la sangre de uvas su manto.

12 Sus ojos, rojos del vino,
Y sus dientes blancos de la leche.

13 Zabulón en puertos de mar habitará;
Será para puerto de naves,
Y su límite hasta Sidón.

14 Isacar, asno fuerte
Que se recuesta entre los apriscos;

15 Y vio que el descanso era bueno,
Y que la tierra era deleitosa;
Y bajó su hombro para llevar,
Y sirvió en tributo.

16 Dan juzgará a su pueblo,
Como una de las tribus de Israel.

17 Será Dan serpiente junto al camino,
Víbora junto a la senda,
Que muerde los talones del caballo,
Y hace caer hacia atrás al jinete.

18 Tu salvación esperé, oh Yahvé.

19 Gad, ejército lo acometerá;
Mas él acometerá al fin.

20 El pan de Aser será substancioso,
Y él dará deleites al rey.

21 Neftalí, cierva suelta,
Que pronunciará dichos hermosos.

22 Rama fructífera es José,
Rama fructífera junto a una fuente,
Cuyos vástagos se extienden sobre el muro.

23 Le causaron amargura,
Le asaetearon, y le aborrecieron los arqueros;

24 Mas su arco se mantuvo poderoso,
Y los brazos de sus manos se fortalecieron
Por las manos del Fuerte de Jacob
(Por el nombre del Pastor, la Roca de Israel),

25 Por el Dios de tu padre, el cual te ayudará,
Por el Dios Omnipotente, el cual te bendecirá
Con bendiciones de los cielos de arriba,
Con bendiciones del abismo que está abajo,
Con bendiciones de los pechos y del vientre.

26 Las bendiciones de tu padre
Fueron mayores que las bendiciones de mis progenitores;
Hasta el término de los collados eternos
Serán sobre la cabeza de José,
Y sobre la frente del que fue apartado de entre sus hermanos.

27 Benjamín es lobo arrebatador;
A la mañana comerá la presa,
Y a la tarde repartirá los despojos».

28 Todos éstos fueron las doce tribus de Israel, y esto fue lo que su padre les dijo, al bendecirlos; a cada uno por su bendición los bendijo.

29 Les mandó luego, y les dijo: «Yo voy a ser reunido con mi pueblo. Sepultadme con mis padres en la cueva que está en el campo de Efrón el heteo,

30 en la cueva que está en el campo de Macpela, al oriente de Mamre en la tierra de
Canaán, la cual compró Abraham con el mismo campo de Efrón el heteo, para
heredad de sepultura.

31 Allí sepultaron a Abraham y a Sara su mujer; allí sepultaron a Isaac y a Rebeca
su mujer; allí también sepulté yo a Lea.

32 La compra del campo y de la cueva que está en él, fue de los hijos de Het».

33 Y cuando acabó Jacob de dar mandamientos a sus hijos, encogió sus pies en la
cama, y expiró, y fue reunido con sus padres.

Capítulo 50

1 Entonces José se echó sobre el rostro de su padre, y lloró sobre él, y lo besó.

2 Y mandó José a sus siervos los médicos que embalsamaran a su padre; y los mé-
dicos embalsamaron a Israel.

3 Y le cumplieron cuarenta días, porque así cumplían los días de los embalsama-
dos, y los egipcios lo lloraron setenta días.

4 Y pasados los días de su luto, habló José a los de la casa de Faraón, diciendo: "Si
he hallado ahora gracia en vuestros ojos, os ruego que habléis a los oídos de Fa-
raón, diciendo:

5 'Mi padre me hizo jurar, diciendo: «He aquí que voy a morir; en el sepulcro que
cavé para mí en la tierra de Canaán, allí me sepultarás». Ruego, pues, que me per-
mitas ir ahora a sepultar a mi padre, y después volveré'".

6 Y Faraón dijo: «Ve, y sepulta a tu padre, como él te hizo jurar».

7 Entonces José subió para sepultar a su padre; y subieron con él todos los siervos
de Faraón, los ancianos de su casa, y todos los ancianos de la tierra de Egipto,

8 y toda la casa de José, y sus hermanos, y la casa de su padre; solamente dejaron
en la tierra de Gosén sus niños, y sus ovejas y sus vacas.

9 Subieron también con él carros y gente de a caballo, y se hizo un escuadrón muy grande.

10 Y llegaron a la era de Atad, que está al otro lado del Jordán, y endechaban allí con grande y muy triste lamentación; y José hizo a su padre duelo por siete días.

11 Y viendo los moradores de la tierra, los cananeos, el llanto en la era de Atad, dijeron: «Llanto grande es este de los egipcios»; por eso fue llamado su nombre Abel-mizraim, que está al otro lado del Jordán.

12 Hicieron, pues, sus hijos con él según les había mandado;

13 pues lo llevaron sus hijos a la tierra de Canaán, y lo sepultaron en la cueva del campo de Macpela, la que había comprado Abraham con el mismo campo, para heredad de sepultura, de Efrón el heteo, al oriente de Mamre.

14 Y volvió José a Egipto, él y sus hermanos, y todos los que subieron con él a sepultar a su padre, después que lo hubo sepultado.

15 Viendo los hermanos de José que su padre era muerto, dijeron: «Quizá nos aborrecerá José, y nos dará el pago de todo el mal que le hicimos».

16 Y enviaron a decir a José: "Tu padre mandó antes de su muerte, diciendo:

17 'Así diréis a José: «Te ruego que perdones ahora la maldad de tus hermanos y su pecado, porque mal te trataron»'. Por tanto, ahora te rogamos que perdones la maldad de los siervos del Dios de tu padre". Y José lloró mientras hablaban con él.

18 Vinieron también sus hermanos y se postraron delante de él, y dijeron: «Henos aquí por siervos tuyos».

19 Y les respondió José: «No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios?

20 Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo.

21 Ahora, pues, no temáis; yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos». Y los consoló, y les habló al corazón.

22 Y habitó José en Egipto, él y la casa de su padre; y vivió José ciento diez años.

23 Y vio José los hijos de Efraín hasta la tercera generación; también los hijos de Maquir hijo de Manasés fueron criados sobre las rodillas de José.

24 Y José dijo a sus hermanos: «Yo voy a morir; mas Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob».

25 E hizo jurar José a los hijos de Israel, diciendo: «Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos».

26 Y murió José a la edad de ciento diez años; y lo embalsamaron, y fue puesto en un ataúd en Egipto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

ÉXODO

Capítulo 1

1 Estos son los nombres de los hijos de Israel que vinieron a Egipto (cada hombre y su familia vinieron con Jacob):

2 Rubén, Simeón, Leví y Judá,

3 Isacar, Zabulón y Benjamín,

4 Dan y Neftalí, Gad y Aser.

5 Todas las almas que salieron del cuerpo de Jacob fueron setenta almas, y José ya estaba en Egipto.

6 José murió, al igual que todos sus hermanos y toda aquella generación.

7 Los hijos de Israel fructificaron, se multiplicaron y se hicieron muy poderosos, y la tierra se llenó de ellos.

8 Se levantó un nuevo rey sobre Egipto, que no conocía a José.

9 Dijo a su pueblo: "He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es más y más poderoso que nosotros.

10 Venid, actuemos con astucia con ellos, no sea que se multipliquen, y suceda que cuando estalle alguna guerra, ellos también se unan a nuestros enemigos, luchen contra nosotros y escapen del país."

11 Por lo tanto, pusieron sobre ellos capataces para que los afligieran con sus cargas. Construyeron ciudades de almacenaje para el faraón: Pitón y Ramsés.

12 Pero cuanto más los afligían, más se multiplicaban y más se extendían. Comenzaron a temer a los hijos de Israel.

13 Los egipcios hicieron servir sin piedad a los hijos de Israel,

14 y les amargaron la vida con un duro servicio en la argamasa y en el ladrillo, y en
todo tipo de servicio en el campo, todo su servicio, en el que los hicieron servir sin
piedad.

15 El rey de Egipto habló con las parteras hebreas, de las cuales una se llamaba Si-
fra y la otra Fúa,

16 y les dijo: "Cuando cumpláis con el deber de partera para las mujeres hebreas y
las veáis en la silla de parto, si es un hijo, lo mataréis; pero si es una hija, vivirá."

17 Pero las parteras temían a Dios, y no hicieron lo que el rey de Egipto les orde-
naba, sino que salvaron la vida a los niños.

18 El rey de Egipto llamó a las parteras y les dijo: «¿Por qué habéis hecho esto y
habéis salvado la vida a los niños?»

19 Las parteras dijeron al faraón: "Porque las mujeres hebreas no son como las
egipcias, pues son vigorosas y dan a luz antes de que la partera llegue a ellas."

20 Dios trató bien a las parteras, y el pueblo se multiplicó y se hizo muy poderoso.

21 Como las parteras temían a Dios, él les dio familias.

22 El faraón ordenó a todo su pueblo, diciendo: "Echaréis al río a todo hijo que
nazca, y a toda hija la salvaréis con vida."

Capítulo 2

1 Un hombre de la casa de Leví fue y tomó como esposa a una hija de Leví.

2 La mujer concibió y dio a luz un hijo. Al ver que era un buen niño, lo escondió
durante tres meses.

3 Cuando ya no pudo esconderlo, tomó una arquilla de papiro para él, y la cubrió
con asfalto y brea. Puso al niño en ella y la depositó en los juncos de la orilla del
río.

4 Su hermana se quedó lejos, para ver qué se hacía con él.

5 La hija del faraón bajó a bañarse en el río. Sus doncellas se paseaban por la orilla
del río. Vio la arquilla entre los juncos y envió a su criada a buscarla.

6 La abrió y vio al niño, y he aquí que el niño lloraba. Se compadeció de él y dijo:
«Este es uno de los hijos de los hebreos».

7 Entonces su hermana dijo a la hija del faraón: «¿Debo ir a llamar a una nodriza
de las mujeres hebreas para que te amamante al niño?»

8 La hija del faraón le dijo: «Ve». La joven fue y llamó a la madre del niño.

9 La hija del faraón le dijo: «Llévate a este niño y cuídalo por mí, y te daré tu sala-
rio». La mujer tomó al niño y lo amamantó.

10 El niño creció, lo llevó a la hija del faraón y se convirtió en su hijo. Ella le puso
el nombre de Moisés, y dijo: «Porque lo saqué del agua».

11 En aquellos días, cuando Moisés había crecido, salió a ver a sus hermanos y vio
sus cargas. Vio que un egipcio golpeaba a un hebreo, uno de sus hermanos.

12 Miró a un lado y a otro, y al ver que no había nadie, mató al egipcio y lo escon-
dió en la arena.

13 Salió al día siguiente, y he aquí que dos hombres de los hebreos estaban pe-
leando entre sí. Le dijo al que había hecho el mal: «¿Por qué golpeas a tu
compañero?».

14 Él dijo: «¿Quién te ha puesto como príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas
matarme, como mataste al egipcio?» Moisés tuvo miedo y dijo: «Ciertamente
esto se sabe».

15 Cuando el faraón se enteró de esto, trató de matar a Moisés. Pero Moisés huyó
de la presencia del faraón, habitó en la tierra de Madián, y se sentó junto a un
pozo.

16 El sacerdote de Madián tenía siete hijas. Ellas vinieron y sacaron agua, y llena-
ron los abrevaderos para dar de beber al rebaño de su padre.

17 Los pastores vinieron y las ahuyentaron; pero Moisés se levantó, las ayudó y dio de beber a su rebaño.

18 Cuando llegaron a Reuel, su padre, este les dijo: «¿Cómo es que habéis vuelto hoy tan temprano?»

19 Dijeron: "Un egipcio nos libró de la mano de los pastores, y además nos sacó agua y dio de beber al rebaño."

20 Dijo a sus hijas: "¿Dónde está? ¿Por qué habéis dejado al hombre? Llamadle, para que coma pan".

21 Moisés accedió a habitar con aquel hombre. Él le dio a Moisés a Séfora, su hija.

22 Ella dio a luz un hijo, y él le puso el nombre de Gersón, porque dijo: «He vivido como forastero en tierra extranjera».

23 En el transcurso de esos muchos días, el rey de Egipto murió, y los hijos de Israel suspiraron a causa de la esclavitud, y clamaron, y su clamor subió a Dios a causa de la esclavitud.

24 Dios oyó su gemido, y se acordó de su pacto con Abraham, con Isaac y con Jacob.

25 Dios miró a los hijos de Israel, y Dios los tuvo en cuenta.

Capítulo 3

1 Moisés apacentaba el rebaño de Jetro, su suegro, el sacerdote de Madián, y condujo el rebaño más allá del desierto, y llegó al monte de Dios, a Horeb.

2 El ángel de Yahvé se le apareció en una llama de fuego en medio de una zarza. Miró, y he aquí que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía.

3 Moisés dijo: «Iré ahora a ver esta gran visión, por qué la zarza no se quema».

4 Cuando Yahvé vio que se acercaba a ver, Dios le llamó desde el medio de la zarza y le dijo: «¡Moisés! ¡Moisés!» Dijo: «Aquí estoy».

5 Él dijo: «No te acerques. Quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es tierra santa».

6 Además, dijo: «Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob». Moisés ocultó su rostro porque tenía miedo de mirar a Dios.

7 Yahvé dijo: «Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus capataces, pues conozco sus sufrimientos.

8 He descendido para librarlos de la mano de los egipcios, y para hacerlos subir de esa tierra a una tierra buena y ancha, a una tierra que mana leche y miel; al lugar del cananeo, del hitita, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo.

9 Ahora bien, he aquí que el clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí. Además, he visto la opresión con que los egipcios los oprimen.

10 Ven, pues, ahora y te enviaré al faraón para que saques a mi pueblo, los hijos de Israel, de Egipto».

11 Moisés dijo a Dios: «¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar a los hijos de Israel de Egipto?»

12 Dijo: "Ciertamente yo estaré contigo. Esta será la señal para ti de que te he enviado: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, serviréis a Dios en este monte."

13 Moisés dijo a Dios: "He aquí que cuando llegue a los hijos de Israel y les diga: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros, y ellos me pregunten: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué debo decirles?"

14 Dios dijo a Moisés: «YO SOY EL QUE SOY», y añadió: «Dirás a los hijos de Israel esto: YO SOY me ha enviado a vosotros».

15 Dios dijo además a Moisés: «Dirás a los hijos de Israel esto: Yahvé, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, y este es mi memorial para todas las generaciones.

16 Ve y reúne a los ancianos de Israel y diles: Yahvé, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, se me ha aparecido diciendo: Ciertamente os he visitado y he visto lo que os han hecho en Egipto.

17 He dicho que os haré subir de la aflicción de Egipto a la tierra del cananeo, del hitita, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo, a una tierra que mana leche y miel.

18 Ellos escucharán tu voz. Vendrás, tú y los ancianos de Israel, al rey de Egipto, y le diréis: Yahvé, el Dios de los hebreos, se ha encontrado con nosotros. Ahora, por favor, permítenos ir tres días de camino al desierto, para que ofrezcamos sacrificios a Yahvé, nuestro Dios.

19 Yo sé que el rey de Egipto no os dará permiso para ir, si no es por una mano poderosa.

20 Extenderé mi mano y golpearé a Egipto con todas mis maravillas que haré entre ellos, y después de eso os dejará ir.

21 Yo le daré a este pueblo gracia a los ojos de los egipcios, y sucederá que cuando os vayáis, no os iréis con las manos vacías.

22 Sino que cada mujer pedirá a su vecina, y a la que habite en su casa, alhajas de plata, alhajas de oro y vestidos. Los pondréis sobre vuestros hijos y sobre vuestras hijas. Saquearéis a los egipcios».

Capítulo 4

1 Moisés respondió: «Pero he aquí que no me creerán ni escucharán mi voz, porque dirán: Yahvé no se te ha aparecido».

2 Yahvé le dijo: «¿Qué es eso que tienes en la mano?» Dijo: «Una vara».

3 Dijo: «Tírala al suelo». La arrojó al suelo, y se convirtió en una serpiente; y Moisés huyó de ella.

4 Yahvé dijo a Moisés: «Extiende tu mano y tómala por la cola». Extendió la mano y la agarró, y se convirtió en una vara en su mano.

5 «Esto es para que crean que Yahvé, el Dios de sus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, se te ha aparecido».

6 Yahvé le dijo además: «Ahora mete tu mano en tu seno». Metió la mano en su seno, y cuando la sacó, he aquí que su mano estaba leprosa, blanca como la nieve.

7 Dijo: «Vuelve a meter la mano en tu seno». Volvió a meter la mano en su seno, y cuando la sacó, he aquí que se había vuelto de nuevo como el resto de su carne.

8 «Sucederá que si no te creen ni escuchan la voz de la primera señal, creerán la voz de la segunda señal.

9 Sucederá, si no creen ni siquiera a estas dos señales ni escuchan tu voz, que tomarás del agua del río y la derramarás sobre la tierra seca. El agua que saques del río se convertirá en sangre sobre la tierra seca».

10 Moisés dijo a Yahvé: «¡Ay, Señor! Nunca he sido elocuente, ni antes, ni desde que has hablado a tu siervo; porque soy tardo de palabra y torpe de lengua.»

11 Yahvé le dijo: "¿Quién dio la boca al hombre? ¿O quién hace que uno sea mudo, o sordo, o que vea, o que sea ciego? ¿No soy yo, Yahvé?

12 Ahora, pues, ve, y yo estaré con tu boca y te enseñaré lo que debes hablar".

13 Moisés dijo: "¡Ay, Señor! Por favor, envía a otro".

14 La ira de Yahvé se encendió contra Moisés y le dijo: "¿No está Aarón, tu hermano, el levita? Sé que él sabe hablar bien. Además, he aquí que él sale a recibirte. Cuando te vea, se alegrará en su corazón.

15 Tú le hablarás y pondrás las palabras en su boca. Yo estaré con tu boca y con la suya, y os enseñaré lo que debéis hacer.

16 Él será tu portavoz ante el pueblo. Sucederá que él será para ti como boca, y tú serás para él como Dios.

17 Tomarás esta vara en tu mano, con la cual harás las señales".

18 Moisés fue y regresó a Jetro, su suegro, y le dijo: "Por favor, déjame ir y regresar
a mis hermanos que están en Egipto, para ver si todavía están vivos." Jetro dijo a
Moisés: «Ve en paz».

19 Yahvé dijo a Moisés en Madián: «Ve, vuelve a Egipto, porque todos los hom-
bres que buscaban tu vida han muerto».

20 Moisés tomó a su mujer y a sus hijos, los montó en un asno y volvió a la tierra
de Egipto. Moisés tomó la vara de Dios en su mano.

21 Yahvé le dijo a Moisés: «Cuando vuelvas a Egipto, asegúrate de hacer ante el fa-
raón todas las maravillas que he puesto en tu mano, pero yo endureceré su cora-
zón y no dejará ir al pueblo.

22 Le dirás al faraón: Yahvé dice: Israel es mi hijo, mi primogénito,

23 y yo te he dicho: Deja ir a mi hijo para que me sirva, y tú te has negado a dejarlo
ir. He aquí que voy a matar a tu hijo primogénito».

24 En el camino, en una posada, Yahvé le salió al encuentro a Moisés y quiso
matarlo.

25 Entonces Séfora tomó un cuchillo de pedernal, cortó el prepucio de su hijo y lo
arrojó a sus pies, y dijo: «Ciertamente eres un esposo de sangre para mí».

26 Así que lo dejó en paz. Entonces ella dijo: «Eres un esposo de sangre», a causa
de la circuncisión.

27 Yahvé dijo a Aarón: «Ve al desierto a recibir a Moisés». Fue, y se encontró con
él en el monte de Dios, y lo besó.

28 Moisés le contó a Aarón todas las palabras de Yahvé con las que lo había en-
viado, y todas las señales que le había mandado hacer.

29 Moisés y Aarón fueron y reunieron a todos los ancianos de los hijos de Israel.

30 Aarón pronunció todas las palabras que Yahvé había dicho a Moisés, e hizo las
señales a la vista del pueblo.

31 El pueblo creyó, y al oír que Yahvé había visitado a los hijos de Israel y que había visto su aflicción, inclinaron la cabeza y adoraron.

Capítulo 5

1 Después vinieron Moisés y Aarón y le dijeron al faraón: "Esto es lo que dice Yahvé, el Dios de Israel: 'Deja ir a mi pueblo para que me celebre una fiesta en el desierto'".

2 El faraón dijo: "¿Quién es Yahvé, para que yo escuche su voz y deje ir a Israel? No conozco a Yahvé, y además no dejaré ir a Israel".

3 Dijeron: "El Dios de los hebreos se ha encontrado con nosotros. Por favor, permítenos ir tres días de camino al desierto para ofrecer sacrificios a Yahvé, nuestro Dios, no sea que nos castigue con peste o con espada."

4 El rey de Egipto les dijo: "¿Por qué vosotros, Moisés y Aarón, apartáis al pueblo de su trabajo? Volved a vuestras tareas".

5 El faraón añadió: «He aquí que el pueblo de la tierra es ahora numeroso, y vosotros hacéis que descansen de sus tareas».

6 Ese mismo día el faraón ordenó a los capataces del pueblo y a sus oficiales, diciendo:

7 "Ya no daréis al pueblo paja para hacer ladrillos, como hacíais antes. Que vayan a recoger paja por sí mismos.

8 Pero les exigiréis la misma cantidad de ladrillos que hacían antes. No disminuiréis nada de ella, porque están ociosos. Por eso claman diciendo: 'Vamos a ofrecer sacrificios a nuestro Dios'.

9 Que el trabajo más pesado recaiga sobre estos hombres, para que se ocupen en él y no presten atención a palabras mentirosas".

10 Los capataces del pueblo salieron con sus oficiales y hablaron al pueblo diciendo: "Esto es lo que dice el faraón: 'No os daré paja.

11 Id vosotros mismos y conseguid paja donde podáis encontrarla, porque no se disminuirá nada de vuestro trabajo'".

12 Así que el pueblo se dispersó por toda la tierra de Egipto para recoger rastrojos en lugar de paja.

13 Los capataces los apremiaban diciendo: «¡Cumplid vuestra cuota de trabajo diaria, como cuando teníais paja!»

14 Los oficiales de los hijos de Israel, a quienes los capataces del faraón habían puesto sobre ellos, fueron golpeados y se les preguntó: «¿Por qué no habéis cumplido vuestra cuota de hacer ladrillos, ni ayer ni hoy, como antes?»

15 Entonces los oficiales de los hijos de Israel vinieron y clamaron al faraón, diciendo: "¿Por qué tratas así a tus siervos?

16 No se nos da paja a tus siervos, y sin embargo nos dicen: '¡Haced ladrillos!' Y he aquí que tus siervos son golpeados, pero la culpa es de tu propio pueblo."

17 Pero el faraón dijo: "¡Estáis ociosos! ¡Estáis ociosos! Por eso decís: 'Vamos a ofrecer sacrificios a Yahvé'.

18 ¡Id, pues, ahora y trabajad! No se os dará paja, pero tendréis que entregar la misma cantidad de ladrillos."

19 Los oficiales de los hijos de Israel vieron que estaban en graves apuros cuando se les dijo: «¡No disminuiréis nada de vuestra cuota diaria de ladrillos!»

20 Al salir de la presencia del faraón, se encontraron con Moisés y Aarón, que los estaban esperando en el camino.

21 Y les dijeron: «¡Que Yahvé os mire y os juzgue, porque nos habéis hecho odiosos a los ojos del faraón y a los ojos de sus siervos, poniéndoles una espada en la mano para matarnos!»

22 Moisés se volvió a Yahvé y le dijo: «Señor, ¿por qué has traído este mal sobre este pueblo? ¿Por qué me has enviado?

23 Porque desde que me presenté al faraón para hablar en tu nombre, él ha maltratado a este pueblo, y tú no has librado a tu pueblo en absoluto».

Capítulo 6

1 Yahvé dijo a Moisés: "Ahora verás lo que haré con el faraón, porque obligado por una mano fuerte los dejará ir, y con mano fuerte los expulsará de su tierra."

2 Dios habló a Moisés y le dijo: "Yo soy Yahvé.

3 Me apareci a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Todopoderoso; pero por mi nombre Yahvé no me di a conocer a ellos.

4 También establecí mi pacto con ellos, para darles la tierra de Canaán, la tierra de sus peregrinaciones, en la que vivieron como forasteros.

5 Además, he oído el gemido de los hijos de Israel, a quienes los egipcios mantienen en esclavitud, y me he acordado de mi pacto.

6 Por tanto, di a los hijos de Israel: 'Yo soy Yahvé, y os sacaré de las pesadas tareas de los egipcios, os libraré de su esclavitud, y os redimiré con brazo extendido y con grandes juicios.

7 Os tomaré para mí como pueblo. Yo seré vuestro Dios; y sabréis que yo soy Yahvé, vuestro Dios, que os saca de las pesadas tareas de los egipcios.

8 Os llevaré a la tierra que juré dar a Abraham, a Isaac y a Jacob, y os la daré en heredad: yo soy Yahvé'".

9 Moisés habló así a los hijos de Israel, pero ellos no escucharon a Moisés debido a su angustia de espíritu y a la dura esclavitud.

10 Yahvé habló a Moisés diciendo:

11 "Entra y habla con el faraón, rey de Egipto, para que deje salir de su tierra a los hijos de Israel."

12 Moisés respondió ante Yahvé diciendo: "He aquí que los hijos de Israel no me han escuchado. ¿Cómo, pues, me va a escuchar el faraón, si soy torpe de labios?"

13 Yahvé habló a Moisés y a Aarón y les dio órdenes para los hijos de Israel y para el faraón, rey de Egipto, a fin de sacar a los hijos de Israel de la tierra de Egipto.

14 Estos son los jefes de las casas paternas. Los hijos de Rubén, primogénito de Israel: Hanoc, Falú, Hezrón y Carmí; estas son las familias de Rubén.

15 Los hijos de Simeón: Jemuel, Jamín, Ohad, Jaquín, Zohar y Saúl, hijo de una cananea; estas son las familias de Simeón.

16 Estos son los nombres de los hijos de Leví según sus generaciones: Gersón, Coat y Merari; y los años de la vida de Leví fueron ciento treinta y siete años.

17 Los hijos de Gersón: Libní y Simeí, según sus familias.

18 Los hijos de Coat: Amram, Izhar, Hebrón y Uziel; y los años de la vida de Coat fueron ciento treinta y tres años.

19 Los hijos de Merari: Mahlí y Musí. Estas son las familias de los levitas según sus generaciones.

20 Amram tomó por esposa a Jocabed, tía suya, y ella le dio a luz a Aarón y a Moisés. Los años de la vida de Amram fueron ciento treinta y siete años.

21 Los hijos de Izhar: Coré, Néfeg y Zicrí.

22 Los hijos de Uziel: Misael, Elzafán y Sitrí.

23 Aarón tomó por esposa a Eliseba, hija de Aminadab, hermana de Naasón, y ella le dio a luz a Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar.

24 Los hijos de Coré: Asir, Elcaná y Abiasaf; estas son las familias de los coreítas.

25 Eleazar, hijo de Aarón, tomó por mujer a una de las hijas de Putiel, y ella le dio a luz a Finees. Estos son los jefes de las casas paternas de los levitas según sus familias.

26 Estos son aquel Aarón y aquel Moisés a quienes Yahvé dijo: “Sacad a los hijos de Israel de la tierra de Egipto según sus ejércitos.”

27 Estos son los que hablaron con el faraón, rey de Egipto, para sacar a los hijos de Israel de Egipto. Estos son Moisés y Aarón.

28 El día en que Yahvé habló con Moisés en la tierra de Egipto,

29 Yahvé dijo a Moisés: «Yo soy Yahvé. Dile al faraón, rey de Egipto, todo lo que te digo».

30 Moisés dijo ante Yahvé: "He aquí que soy torpe de labios, ¿cómo me escuchará el faraón?"

Capítulo 7

1 Yahvé dijo a Moisés: "Mira, te he constituido como Dios para el faraón, y Aarón tu hermano será tu profeta.

2 Tú dirás todo lo que yo te mande; y Aarón tu hermano hablará al faraón para que deje salir a los hijos de Israel de su tierra.

3 Yo endureceré el corazón del faraón, y multiplicaré mis señales y mis prodigios en la tierra de Egipto.

4 Pero el faraón no os escuchará, así que pondré mi mano sobre Egipto y sacaré a mis ejércitos, a mi pueblo los hijos de Israel, de la tierra de Egipto con grandes juicios.

5 Y sabrán los egipcios que yo soy Yahvé cuando extienda mi mano sobre Egipto y saque a los hijos de Israel de en medio de ellos."

6 Moisés y Aarón lo hicieron así. Tal como Yahvé les ordenó, así lo hicieron.

7 Moisés tenía ochenta años, y Aarón ochenta y tres, cuando hablaron con el faraón.

8 Yahvé habló a Moisés y a Aarón, diciendo:

9 "Cuando el faraón os hable diciendo: 'Haced un milagro', entonces le dirás a Aarón: 'Toma tu vara y arrójala ante el faraón, y se convertirá en una serpiente'".

10 Moisés y Aarón se presentaron ante el faraón e hicieron tal como Yahvé lo había ordenado. Aarón arrojó su vara ante el faraón y ante sus siervos, y se convirtió en una serpiente.

11 Entonces el faraón llamó también a los sabios y a los hechiceros. Ellos también, los magos de Egipto, hicieron lo mismo con sus encantamientos.

12 Cada uno de ellos arrojó su vara y se convirtieron en serpientes; pero la vara de Aarón se tragó las varas de ellos.

13 El corazón del faraón se endureció y no los escuchó, tal como había dicho Yahvé.

14 Yahvé dijo a Moisés: "El corazón del faraón es obstinado. Se niega a dejar ir al pueblo.

15 Ve a ver al faraón por la mañana. He aquí que él saldrá al agua. Tú estarás a la orilla del río esperándolo, y tomarás en tu mano la vara que se convirtió en serpiente.

16 Y le dirás: 'Yahvé, el Dios de los hebreos, me ha enviado a ti, diciendo: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva en el desierto. Pero he aquí que hasta ahora no has hecho caso'.

17 Yahvé dice así: 'En esto sabrás que yo soy Yahvé. Mira: Golpearé con la vara que tengo en mi mano las aguas que están en el río, y se convertirán en sangre.

18 Los peces que están en el río morirán y el río apestará. Los egipcios tendrán asco de beber el agua del río'".

19 Yahvé dijo a Moisés: "Dile a Aarón: 'Toma tu vara y extiende tu mano sobre las aguas de Egipto, sobre sus ríos, sobre sus arroyos, sobre sus estanques y sobre todos sus depósitos de agua, para que se conviertan en sangre. Habrá sangre en toda la tierra de Egipto, tanto en los recipientes de madera como en los de piedra'".

20 Moisés y Aarón lo hicieron así, tal como Yahvé lo había ordenado. Él levantó la vara y golpeó las aguas que estaban en el río, a la vista del faraón y de sus siervos, y todas las aguas que estaban en el río se convirtieron en sangre.

21 Los peces que había en el río murieron. El río apestaba, y los egipcios no podían beber agua del río. Hubo sangre por toda la tierra de Egipto.

22 Pero los magos de Egipto hicieron lo mismo con sus encantamientos. Así que el corazón del faraón se endureció y no les hizo caso, como había dicho Yahvé.

23 El faraón se dio la vuelta y entró en su casa, y ni siquiera prestó atención a esto.

24 Todos los egipcios cavaron alrededor del río en busca de agua para beber, porque no podían beber del agua del río.

25 Pasaron siete días enteros después de que Yahvé golpeó el río.

Capítulo 8

1 Yahvé le habló a Moisés: "Ve al faraón y dile: 'Esto es lo que dice Yahvé: Deja ir a mi pueblo para que me sirva.

2 Si te niegas a dejarlos ir, he aquí que yo plagaré de ranas todas tus fronteras.

3 El río se llenará de ranas, que subirán y entrarán en tu casa, en tu dormitorio, en tu cama, en las casas de tus siervos y en tu pueblo, en tus hornos y en tus artesas de amasar.

4 Las ranas subirán sobre ti, sobre tu pueblo y sobre todos tus siervos'".

5 Yahvé dijo a Moisés: "Dile a Aarón: 'Extiende tu mano con tu vara sobre los ríos, sobre los arroyos y sobre los estanques, y haz que suban ranas sobre la tierra de Egipto'".

6 Aarón extendió su mano sobre las aguas de Egipto, y las ranas subieron y cubrieron la tierra de Egipto.

7 Los magos hicieron lo mismo con sus encantamientos, e hicieron subir ranas sobre la tierra de Egipto.

8 Entonces el faraón llamó a Moisés y a Aarón y les dijo: "Rogad a Yahvé que quite las ranas de mí y de mi pueblo, y dejaré ir al pueblo para que ofrezca sacrificios a Yahvé."

9 Moisés dijo al faraón: "Te concedo el honor de fijar el tiempo en que debo orar
por ti, por tus siervos y por tu pueblo, para que las ranas desaparezcan de ti y de
tus casas, y se queden sólo en el río."

10 El faraón dijo: «Mañana». Moisés dijo: «Que sea según tu palabra, para que
sepas que no hay nadie como Yahvé, nuestro Dios.

11 Las ranas se apartarán de ti, de tus casas, de tus siervos y de tu pueblo. Se que-
darán sólo en el río».

12 Moisés y Aarón salieron de la presencia del faraón, y Moisés clamó a Yahvé
por las ranas que había traído sobre el faraón.

13 Yahvé hizo conforme a la palabra de Moisés, y las ranas murieron en las casas,
en los patios y en los campos.

14 Las juntaron en grandes montones, y la tierra apestaba.

15 Pero cuando el faraón vio que había un respiro, endureció su corazón y no les
hizo caso, como había dicho Yahvé.

16 Yahvé dijo a Moisés: "Dile a Aarón: 'Extiende tu vara y golpea el polvo de la tie-
rra para que se convierta en piojos en toda la tierra de Egipto'".

17 Así lo hicieron; y Aarón extendió su mano con su vara y golpeó el polvo de la
tierra, y hubo piojos en los hombres y en los animales; todo el polvo de la tierra se
convirtió en piojos por toda la tierra de Egipto.

18 Los magos intentaron con sus encantamientos producir piojos, pero no pudie-
ron. Y los piojos atacaban a los hombres y a los animales.

19 Entonces los magos le dijeron al faraón: «Este es el dedo de Dios»; pero el co-
razón del faraón se endureció y no los escuchó, tal como lo había dicho Yahvé.

20 Yahvé dijo a Moisés: "Levántate de madrugada y preséntate ante el faraón; he
aquí que él saldrá al agua. Dile: 'Esto es lo que dice Yahvé: Deja ir a mi pueblo
para que me sirva.

21 De lo contrario, si no dejas ir a mi pueblo, enviaré enjambres de moscas sobre
ti, sobre tus siervos, sobre tu pueblo y sobre tus casas. Las casas de los egipcios se
llenarán de moscas, y también el suelo sobre el que pisan.

22 Pero en ese día apartaré la región de Gosén, donde habita mi pueblo, para que
no haya allí enjambres de moscas, a fin de que sepas que yo soy Yahvé en medio de
la tierra.

23 Haré una distinción entre mi pueblo y el tuyo. Esta señal se realizará mañana'".

24 Así lo hizo Yahvé, y entraron densos enjambres de moscas en la casa del faraón
y en las casas de sus siervos. En todo el territorio de Egipto la tierra quedó arrui-
nada a causa de las moscas.

25 El faraón llamó a Moisés y a Aarón y les dijo: «¡Id a ofrecer sacrificios a vues-
tro Dios aquí en el país!»

26 Moisés respondió: "No conviene hacerlo así, porque los sacrificios que ofrece-
mos a Yahvé, nuestro Dios, son abominación para los egipcios. Si sacrificamos lo
que es abominable para los egipcios ante sus propios ojos, ¿no nos apedrearán?

27 Iremos a tres días de camino por el desierto y ofreceremos sacrificios a Yahvé,
nuestro Dios, como él nos ordene."

28 El faraón dijo: «Os dejaré ir para que ofrezcáis sacrificios a Yahvé, vuestro
Dios, en el desierto, con tal de que no os vayáis muy lejos. Rogad por mí».

29 Moisés dijo: "He aquí que yo salgo de tu presencia. Oraré a Yahvé para que los
enjambres de moscas se alejen mañana del faraón, de sus siervos y de su pueblo;
pero que el faraón no vuelva a engañarnos negándose a dejar ir al pueblo para
ofrecer sacrificios a Yahvé."

30 Moisés salió de la presencia del faraón y oró a Yahvé.

31 Yahvé hizo conforme a la palabra de Moisés, y apartó los enjambres de moscas
del faraón, de sus siervos y de su pueblo. No quedó ni una sola.

32 Pero el faraón también endureció su corazón esta vez y no dejó ir al pueblo.

Capítulo 9

1 Entonces Yahvé dijo a Moisés: "Ve al faraón y dile: 'Esto es lo que dice Yahvé, el Dios de los hebreos: Deja ir a mi pueblo para que me sirva.

2 Porque si te niegas a dejarlos ir y los sigues reteniendo,

3 he aquí que la mano de Yahvé caerá sobre tu ganado que está en el campo, sobre los caballos, sobre los asnos, sobre los camellos, sobre las vacas y sobre las ovejas, con una peste muy grave.

4 Pero Yahvé hará una distinción entre el ganado de Israel y el de Egipto, y no morirá nada de todo lo que pertenece a los hijos de Israel'".

5 Yahvé fijó un tiempo determinado, diciendo: «Mañana Yahvé hará esto en el país».

6 Y Yahvé lo hizo al día siguiente; todo el ganado de Egipto murió, pero del ganado de los hijos de Israel no murió ni un solo animal.

7 El faraón mandó a investigar, y he aquí que no había muerto ni uno solo de los animales de los israelitas. Pero el corazón del faraón se obstinó, y no dejó ir al pueblo.

8 Yahvé dijo a Moisés y a Aarón: "Tomad puñados de ceniza de un horno y que Moisés la esparza hacia el cielo a la vista del faraón.

9 Se convertirá en un polvo fino sobre toda la tierra de Egipto, y producirá úlceras y sarpullido que brotarán en los hombres y en los animales, por toda la tierra de Egipto."

10 Tomaron ceniza del horno y se presentaron ante el faraón; Moisés la esparció hacia el cielo, y se produjeron úlceras y sarpullido que brotaron tanto en los hombres como en los animales.

11 Los magos no podían presentarse delante de Moisés a causa de las úlceras, pues las úlceras afectaban a los magos y a todos los egipcios.

12 Pero Yahvé endureció el corazón del faraón y no les hizo caso, tal como Yahvé
le había dicho a Moisés.

13 Yahvé dijo a Moisés: "Levántate de madrugada, preséntate ante el faraón y dile:
'Esto es lo que dice Yahvé, el Dios de los hebreos: Deja ir a mi pueblo para que me
sirva.

14 Porque esta vez enviaré todas mis plagas contra ti mismo, contra tus siervos y
contra tu pueblo, para que sepas que no hay nadie como yo en toda la tierra.

15 Si yo hubiera extendido mi mano y te hubiera herido a ti y a tu pueblo con la
peste, ya habrías sido borrado de la tierra;

16 pero a la verdad, te he mantenido con vida para mostrarte mi poder, y para que
mi nombre sea anunciado en toda la tierra,

17 ya que todavía te enalteces contra mi pueblo y no lo dejas ir.

18 He aquí que mañana a esta hora haré llover un granizo tan fuerte, como nunca
lo ha habido en Egipto desde el día de su fundación hasta ahora.

19 Ordena, pues, que se ponga a resguardo tu ganado y todo lo que tienes en el
campo. El granizo caerá sobre todo hombre y animal que se encuentre en el
campo y no sea llevado a casa, y morirán'".

20 Los siervos del faraón que temieron la palabra de Yahvé hicieron huir a sus sier-
vos y a sus ganados a las casas.

21 Pero los que no tomaron en serio la palabra de Yahvé, dejaron a sus siervos y a
su ganado en el campo.

22 Yahvé dijo a Moisés: "Extiende tu mano hacia el cielo, para que caiga granizo en
toda la tierra de Egipto, sobre los hombres, sobre los animales y sobre toda la
hierba del campo, en toda la tierra de Egipto."

23 Moisés extendió su vara hacia el cielo, y Yahvé envió truenos y granizo, y caye-
ron rayos sobre la tierra. Yahvé hizo llover granizo sobre la tierra de Egipto.

24 Hubo un granizo muy fuerte, y rayos que se mezclaban continuamente con el granizo, algo que nunca había ocurrido en toda la tierra de Egipto desde que se convirtió en nación.

25 El granizo destruyó en toda la tierra de Egipto todo lo que estaba en el campo, tanto a los hombres como a los animales; el granizo también destruyó toda la hierba del campo y quebró todos los árboles del campo.

26 Solamente en la tierra de Gosén, donde estaban los hijos de Israel, no hubo granizo.

27 El faraón mandó llamar a Moisés y a Aarón y les dijo: «Esta vez he pecado. Yahvé es justo, y yo y mi pueblo somos culpables.

28 Rogad a Yahvé, porque ya basta de estos truenos y de este granizo. Os dejaré ir, y no os retendré por más tiempo».

29 Moisés le dijo: «En cuanto salga de la ciudad, extenderé mis manos hacia Yahvé. Cesarán los truenos y no habrá más granizo, para que sepas que la tierra es de Yahvé.

30 Pero en cuanto a ti y a tus siervos, sé que aún no teméis a Yahvé Dios».

31 El lino y la cebada fueron destruidos, porque la cebada ya estaba espigada y el lino estaba en flor.

32 Pero el trigo y la espelta no sufrieron daños, porque son cultivos más tardíos.

33 Moisés salió de la presencia del faraón y de la ciudad, y extendió sus manos hacia Yahvé; y cesaron los truenos y el granizo, y la lluvia no cayó más sobre la tierra.

34 Cuando el faraón vio que la lluvia, el granizo y los truenos habían cesado, volvió a pecar y endureció su corazón, tanto él como sus siervos.

35 El corazón del faraón se endureció, y no dejó ir a los hijos de Israel, tal como Yahvé había dicho por medio de Moisés.

Capítulo 10

1 Yahvé dijo a Moisés: "Preséntate ante el faraón, porque yo he endurecido su corazón y el corazón de sus siervos, para mostrar estas mis señales entre ellos;

2 y para que cuentes a tu hijo y al hijo de tu hijo las cosas que he hecho en Egipto y mis señales que he realizado entre ellos, para que sepáis que yo soy Yahvé."

3 Moisés y Aarón fueron a ver al faraón y le dijeron: "Esto es lo que dice Yahvé, el Dios de los hebreos: '¿Hasta cuándo te negarás a someterte a mí? Deja ir a mi pueblo para que me sirva.

4 Porque si te niegas a dejar ir a mi pueblo, he aquí que mañana traeré langostas a tu territorio,

5 y cubrirán la superficie de la tierra de tal manera que no se podrá ver el suelo. Devorarán el resto de lo que ha escapado, lo que os quedó del granizo, y se comerán todo árbol que os crezca en el campo.

6 Tus casas se llenarán, y también las casas de todos tus siervos y de todos los egipcios, como nunca vieron tus padres ni tus abuelos desde el día en que habitaron en esta tierra hasta hoy'". Se dio la vuelta y salió de la presencia del faraón.

7 Los siervos del faraón le dijeron: «¿Hasta cuándo será este hombre una trampa para nosotros? Deja ir a los hombres para que sirvan a Yahvé, su Dios. ¿Aún no te das cuenta de que Egipto está arruinado?»

8 Moisés y Aarón fueron llevados de nuevo ante el faraón, y este les dijo: "Id, servid a Yahvé vuestro Dios; pero ¿quiénes son exactamente los que han de ir?"

9 Moisés dijo: «Iremos con nuestros jóvenes y con nuestros ancianos. Iremos con nuestros hijos y con nuestras hijas, con nuestras ovejas y con nuestras vacas; porque hemos de celebrar una fiesta a Yahvé».

10 El faraón les respondió: "¡Que Yahvé esté con vosotros si yo os dejo ir con vuestros pequeños! Mirad que tenéis malas intenciones a la vista.

11 ¡De ninguna manera! Id ahora solo los varones y servid a Yahvé, pues eso es lo que habéis estado pidiendo". Y los expulsaron de la presencia del faraón.

12 Yahvé dijo a Moisés: "Extiende tu mano sobre la tierra de Egipto para que suban las langostas y devoren toda la hierba del país, todo lo que dejó el granizo."

13 Moisés extendió su vara sobre la tierra de Egipto, y Yahvé trajo un viento del este sobre el país durante todo ese día y toda la noche; y cuando amaneció, el viento del este había traído las langostas.

14 Las langostas subieron por toda la tierra de Egipto y se posaron en todos sus límites. Fue una plaga gravísima. Nunca antes hubo langostas como aquellas, ni las habrá jamás.

15 Porque cubrieron la superficie de toda la tierra, oscureciéndola por completo; devoraron toda la hierba de la tierra y todo el fruto de los árboles que había dejado el granizo. No quedó nada verde, ni en los árboles ni en la hierba del campo, en toda la tierra de Egipto.

16 Entonces el faraón llamó a Moisés y a Aarón a toda prisa, y dijo: "He pecado contra Yahvé, vuestro Dios, y contra vosotros.

17 Ahora, por favor, perdonad mi pecado solo esta vez, y rogad a Yahvé vuestro Dios, para que aparte de mí esta muerte mortal."

18 Moisés salió de la presencia del faraón y oró a Yahvé.

19 Yahvé hizo soplar un viento del oeste muy fuerte, que se llevó las langostas y las arrojó al Mar Rojo. No quedó ni una sola langosta en todo el territorio de Egipto.

20 Pero Yahvé endureció el corazón del faraón, y no dejó ir a los hijos de Israel.

21 Yahvé dijo a Moisés: "Extiende tu mano hacia el cielo, para que haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, unas tinieblas tan densas que se puedan palpar."

22 Moisés extendió su mano hacia el cielo, y hubo una densa oscuridad en toda la tierra de Egipto durante tres días.

23 Nadie podía ver a su prójimo, ni nadie se levantó de su lugar durante tres días; pero todos los hijos de Israel tenían luz en sus moradas.

24 El faraón llamó a Moisés y le dijo: «Id y servid a Yahvé. Que se queden únicamente vuestras ovejas y vuestras vacas. Que vuestros pequeños también vayan con vosotros».

25 Moisés dijo: "También debes poner en nuestras manos sacrificios y holocaustos, para que los ofrezcamos a Yahvé, nuestro Dios.

26 Nuestro ganado también irá con nosotros. No quedará atrás ni una sola pezuña, pues de él debemos tomar para servir a Yahvé nuestro Dios; y no sabemos con qué hemos de servir a Yahvé hasta que lleguemos allí."

27 Pero Yahvé endureció el corazón del faraón y no quiso dejarlos ir.

28 El faraón le dijo: "¡Apártate de mí! Cuídate de no volver a ver mi rostro, porque el día en que veas mi rostro, morirás".

29 Moisés respondió: «Has hablado bien. No volveré a ver tu rostro».

Capítulo 11

1 Yahvé le dijo a Moisés: "Traeré una plaga más sobre el faraón y sobre Egipto; después de eso, os dejará ir de aquí. Cuando os deje ir, ciertamente os echará de aquí por completo.

2 Habla ahora a oídos del pueblo, para que cada hombre pida a su vecino, y cada mujer a su vecina, objetos de plata y objetos de oro."

3 Yahvé hizo que el pueblo hallara gracia a los ojos de los egipcios. Además, el varón Moisés era considerado muy grande en la tierra de Egipto, a los ojos de los siervos del faraón y del pueblo.

4 Moisés dijo: "Esto es lo que dice Yahvé: 'Hacia la medianoche saldré por en medio de Egipto,

5 y morirán todos los primogénitos en la tierra de Egipto, desde el primogénito del faraón que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que está detrás del molino, y todos los primogénitos de las bestias.

6 Habrá un gran clamor en toda la tierra de Egipto, como nunca lo ha habido ni lo habrá jamás.

7 Pero contra ninguno de los hijos de Israel, ni contra hombre ni contra animal, ni siquiera un perro ladrará; para que sepáis que Yahvé hace distinción entre los egipcios y los israelitas'.

8 Entonces todos estos siervos tuyos descenderán a mí y se inclinarán ante mí, diciendo: 'Sal tú, con todo el pueblo que te sigue'; y después de eso yo saldré". Y Moisés salió de la presencia del faraón ardiendo en ira.

9 Yahvé dijo a Moisés: «El faraón no os escuchará, para que mis maravillas se multipliquen en la tierra de Egipto».

10 Moisés y Aarón hicieron todos estos prodigios ante el faraón, pero Yahvé endureció el corazón del faraón, y no dejó salir a los hijos de Israel de su tierra.

Capítulo 12

1 Yahvé habló a Moisés y a Aarón en la tierra de Egipto, diciendo:

2 "Este mes será para vosotros el principio de los meses. Será para vosotros el primer mes del año.

3 Hablad a toda la congregación de Israel, diciendo: 'El día diez de este mes, tome cada uno un cordero, según las casas de sus padres, un cordero por familia;

4 y si la familia es demasiado pequeña para un cordero, entonces él y su vecino más cercano tomarán uno según el número de personas. Haréis la cuenta para el cordero según lo que cada uno pueda comer.

5 Vuestro cordero será sin defecto, un macho de un año. Lo tomaréis de las ovejas o de las cabras.

6 Lo guardaréis hasta el día catorce del mismo mes; y toda la asamblea de la congregación de Israel lo sacrificará al atardecer.

7 Tomarán un poco de la sangre y la pondrán en los dos postes de la puerta y en el dintel de las casas en las que lo han de comer.

8 Esa noche comerán la carne, asada al fuego, con panes sin levadura. La comerán con hierbas amargas.

9 No comeréis de él nada crudo, ni hervido en agua, sino asado al fuego; con su cabeza, sus patas y sus entrañas.

10 No dejaréis que sobre nada para la mañana; y lo que quede de él para la mañana lo quemaréis en el fuego.

11 Así lo comeréis: ceñidos vuestros lomos, con vuestro calzado en los pies y vuestro bastón en la mano; y lo comeréis apresuradamente. Es la Pascua de Yahvé.

12 Porque esa noche pasaré por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, tanto a los hombres como a los animales. Ejecutaré juicios contra todos los dioses de Egipto. Yo soy Yahvé.

13 La sangre os servirá de señal en las casas donde estéis. Cuando vea la sangre, pasaré por alto vuestras casas, y no habrá entre vosotros ninguna plaga destructora cuando yo hiera la tierra de Egipto.

14 Este día será un memorial para vosotros. Lo celebraréis como una fiesta solemne para Yahvé. Lo celebraréis a lo largo de vuestras generaciones como una ordenanza perpetua.

15 Siete días comeréis panes sin levadura; el primer día quitaréis la levadura de vuestras casas, porque cualquiera que coma pan leudado desde el primer día hasta el séptimo, esa persona será excluida de Israel.

16 El primer día tendréis una santa convocación, y el séptimo día una santa convocación; no se hará en ellos ninguna clase de trabajo, excepto lo que cada uno deba comer, solo eso podréis preparar.

17 Observaréis la fiesta de los panes sin levadura, porque en este mismo día he sacado vuestros ejércitos de la tierra de Egipto. Por lo tanto, guardaréis este día a lo largo de vuestras generaciones como una ordenanza perpetua.

18 En el primer mes, el día catorce del mes por la tarde, comeréis panes sin levadura, hasta el día veintiuno del mes por la tarde.

19 No se hallará levadura en vuestras casas durante siete días, porque el que coma algo leudado será excluido de la congregación de Israel, ya sea forastero o nacido en el país.

20 No comeréis nada que tenga levadura. En todas vuestras moradas comeréis panes sin levadura'".

21 Entonces Moisés llamó a todos los ancianos de Israel y les dijo: "Id y tomad corderos según vuestras familias y sacrificad la Pascua.

22 Tomaréis un manojo de hisopo, lo mojaréis en la sangre que está en la vasija, y untaréis el dintel y los dos postes de la puerta con la sangre que está en la vasija. Ninguno de vosotros saldrá por la puerta de su casa hasta la mañana.

23 Porque Yahvé pasará para herir a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes de la puerta, Yahvé pasará por alto la puerta, y no permitirá que el destructor entre en vuestras casas para heriros.

24 Guardaréis esto como una ordenanza para vosotros y para vuestros hijos para siempre.

25 Y sucederá que cuando lleguéis a la tierra que Yahvé os dará, tal como ha prometido, observaréis este rito.

26 Y sucederá que cuando vuestros hijos os pregunten: '¿Qué significa este rito para vosotros?'

27 Diréis: 'Es el sacrificio de la Pascua de Yahvé, el cual pasó por alto las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios y libró nuestras casas'". El pueblo inclinó la cabeza y adoró.

28 Los hijos de Israel fueron y lo hicieron; tal como Yahvé había ordenado a Moisés y a Aarón, así lo hicieron.

29 A la medianoche, Yahvé hirió a todos los primogénitos en la tierra de Egipto, desde el primogénito del faraón que se sentaba en su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en el calabozo, y a todos los primogénitos del ganado.

30 El faraón se levantó de noche, él, todos sus siervos y todos los egipcios; y hubo un gran clamor en Egipto, pues no había casa donde no hubiera un muerto.

31 Llamó de noche a Moisés y a Aarón y les dijo: «¡Levantaos, salid de en medio de mi pueblo, vosotros y los hijos de Israel, e id a servir a Yahvé, como habéis dicho!

32 Tomad vuestras ovejas y vuestras vacas, como habéis pedido, y marchaos; ¡y bendecidme también a mí!»

33 Los egipcios apremiaban al pueblo, dándose prisa para echarlos de la tierra, pues decían: «Todos moriremos».

34 El pueblo tomó su masa antes de que leudara, con sus artesas envueltas en sus mantos sobre los hombros.

35 Los hijos de Israel hicieron conforme a la palabra de Moisés, y pidieron a los egipcios objetos de plata, objetos de oro y vestidos.

36 Yahvé hizo que el pueblo hallara gracia a los ojos de los egipcios, de modo que les dieron lo que pedían. Así despojaron a los egipcios.

37 Los hijos de Israel viajaron de Ramesés a Sucot; eran unos seiscientos mil hombres de a pie, sin contar a los niños.

38 También subió con ellos una gran multitud de gente diversa, junto con ovejas, vacas y muchísimo ganado.

39 Con la masa que habían sacado de Egipto cocieron tortas sin levadura, pues no había leudado, porque fueron echados de Egipto y no pudieron detenerse, ni tampoco habían preparado provisiones para el camino.

40 El tiempo que los hijos de Israel habitaron en Egipto fue de cuatrocientos treinta años.

41 Al cabo de los cuatrocientos treinta años, en aquel mismo día, todos los ejércitos de Yahvé salieron de la tierra de Egipto.

42 Es una noche de solemne observancia a Yahvé por haberlos sacado de la tierra de Egipto. Esta es la noche de Yahvé, que debe ser guardada solemnemente por todos los hijos de Israel a lo largo de sus generaciones.

43 Yahvé dijo a Moisés y a Aarón: "Esta es la ordenanza de la Pascua. Ningún extranjero comerá de ella;

44 pero todo siervo comprado por dinero, una vez que lo hayas circuncidado, podrá comer de ella.

45 El forastero y el jornalero no comerán de ella.

46 Se comerá en una sola casa. No sacarás nada de la carne fuera de la casa, ni quebraréis ningún hueso suyo.

47 Toda la congregación de Israel la celebrará.

48 Si un extranjero reside contigo y quiere celebrar la Pascua a Yahvé, que se circunciden todos sus varones, y entonces podrá acercarse y celebrarla. Será considerado como un nacido en la tierra; pero ningún incircunciso comerá de ella.

49 Una misma ley se aplicará al nacido en la tierra y al extranjero que resida entre vosotros."

50 Así lo hicieron todos los hijos de Israel. Tal como Yahvé ordenó a Moisés y a Aarón, así lo hicieron.

51 Aquel mismo día, Yahvé sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto, ordenados por ejércitos.

Capítulo 13

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 «Conságrame a todos los primogénitos; todo lo que abre la matriz entre los hijos de Israel, tanto de los hombres como de los animales, es mío».

3 Moisés dijo al pueblo: "Acordaos de este día en que salisteis de Egipto, de la casa de servidumbre, porque con la fuerza de su mano Yahvé os sacó de este lugar. No se comerá pan con levadura.

4 Hoy salís, en el mes de Abib.

5 Y cuando Yahvé os introduzca en la tierra del cananeo, del hitita, del amorreo, del heveo y del jebuseo, la cual juró a vuestros padres que os daría, una tierra que mana leche y miel, celebraréis este rito en este mismo mes.

6 Durante siete días comeréis panes sin levadura, y el séptimo día será una fiesta para Yahvé.

7 Durante los siete días se comerán panes sin levadura, y no se verá con vosotros ningún pan leudado, ni se verá levadura en todo vuestro territorio.

8 Ese día le explicarás a tu hijo: 'Esto es por lo que Yahvé hizo por mí cuando salí de Egipto'.

9 Y os servirá de señal en vuestra mano, y de recordatorio entre vuestros ojos, para que la ley de Yahvé esté en vuestra boca; porque con mano fuerte Yahvé os sacó de Egipto.

10 Por lo tanto, guardaréis esta ordenanza a su debido tiempo, de año en año.

11 Cuando Yahvé os introduzca en la tierra de los cananeos, tal como os juró a vosotros y a vuestros padres, y os la entregue,

12 dedicaréis a Yahvé todo lo que abra la matriz, y todo primerizo de las crías de vuestros animales. Los machos serán de Yahvé.

13 Todo primogénito de asno lo redimiréis con un cordero; y si no lo queréis redimir, le quebraréis el cuello; también redimiréis a todo primogénito de hombre entre vuestros hijos.

14 Y cuando el día de mañana vuestro hijo os pregunte, diciendo: '¿Qué significa esto?', le diréis: 'Con mano fuerte Yahvé nos sacó de Egipto, de la casa de servidumbre.

15 Y sucedió que, cuando el faraón se obstinó en no dejarnos ir, Yahvé mató a todos los primogénitos en la tierra de Egipto, tanto a los primogénitos de los hombres como a los primogénitos de los animales. Por eso yo sacrifico a Yahvé todo macho que abre la matriz, pero redimo a todos los primogénitos de mis hijos'.

16 Os servirá como una señal en vuestra mano y como unas filacterias entre vuestros ojos, porque con mano fuerte Yahvé nos sacó de Egipto."

17 Cuando el faraón dejó ir al pueblo, Dios no los condujo por el camino de la tierra de los filisteos, aunque estaba cerca; porque Dios dijo: «No sea que el pueblo cambie de opinión al ver la guerra, y vuelva a Egipto»;

18 sino que Dios hizo que el pueblo diera un rodeo por el camino del desierto, hacia el Mar Rojo; y los hijos de Israel subieron de la tierra de Egipto ordenados como un ejército.

19 Moisés llevó consigo los huesos de José, porque este había hecho jurar solemnemente a los hijos de Israel, diciendo: "Ciertamente Dios os visitará, y entonces llevaréis de aquí mis huesos con vosotros."

20 Partieron de Sucot y acamparon en Etam, al borde del desierto.

21 Yahvé iba delante de ellos de día en una columna de nube, para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego, para alumbrarles, a fin de que pudieran marchar de día y de noche.

22 La columna de nube nunca se apartó de delante del pueblo durante el día, ni la columna de fuego durante la noche.

Capítulo 14

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Habla a los hijos de Israel para que den la vuelta y acampen frente a Pi-hahirot, entre Migdol y el mar, frente a Baal-zefón. Acamparéis frente a ese lugar, junto al mar.

3 El faraón pensará de los hijos de Israel: 'Están perdidos en la tierra. El desierto los ha encerrado'.

4 Yo endureceré el corazón del faraón para que los persiga, y me glorificaré en el faraón y en todo su ejército, y los egipcios sabrán que yo soy Yahvé." Y ellos lo hicieron así.

5 Cuando se le anunció al rey de Egipto que el pueblo había huido, el corazón del faraón y de sus siervos se volvió contra el pueblo, y dijeron: «¿Qué hemos hecho? ¡Hemos dejado ir a Israel, y ya no nos servirán!»

6 Entonces el faraón preparó su carro de guerra y tomó consigo a su ejército;

7 y tomó seiscientos carros escogidos, y todos los demás carros de Egipto, con capitanes al mando de todos ellos.

8 Yahvé endureció el corazón del faraón, rey de Egipto, de modo que persiguió a los hijos de Israel; pero los hijos de Israel habían salido con mano desafiante.

9 Los egipcios los persiguieron con todos los caballos y carros del faraón, su caballería y su ejército, y los alcanzaron mientras acampaban junto al mar, cerca de Pi-hahirot, frente a Baal-zefón.

10 Cuando el faraón se acercó, los hijos de Israel alzaron los ojos y vieron que los egipcios marchaban tras ellos, y se llenaron de gran temor. Entonces los hijos de Israel clamaron a Yahvé,

11 y le dijeron a Moisés: "¿Acaso no había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para morir en el desierto? ¿Por qué nos has hecho esto, sacándonos de Egipto?

12 ¿No es esto lo que te decíamos en Egipto: 'Déjanos en paz, para que sirvamos a los egipcios'? Porque mejor nos hubiera sido servir a los egipcios que morir en el desierto".

13 Moisés dijo al pueblo: «No temáis. Estad firmes y ved la salvación que Yahvé
obrará hoy a favor vuestro; porque a los egipcios que habéis visto hoy, nunca más
los volveréis a ver.

14 Yahvé peleará por vosotros, y vosotros estaréis quietos».

15 Yahvé dijo a Moisés: «¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que se pon-
gan en marcha.

16 Y tú, levanta tu vara, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los hi-
jos de Israel pasen por en medio del mar en seco.

17 He aquí que yo endureceré el corazón de los egipcios, y ellos entrarán tras voso-
tros. Y me glorificaré en el faraón y en todo su ejército, en sus carros y en su
caballería.

18 Y los egipcios sabrán que yo soy Yahvé, cuando me haya glorificado en el fa-
raón, en sus carros y en su caballería.»

19 El ángel de Dios, que iba delante del campamento de Israel, se apartó y se puso
detrás de ellos; y la columna de nube se apartó de delante de ellos y se colocó a sus
espaldas,

20 poniéndose entre el campamento de Egipto y el campamento de Israel. Para
unos era nube y tinieblas, mientras que para los otros alumbraba la noche; de
modo que en toda la noche no se acercaron los unos a los otros.

21 Moisés extendió su mano sobre el mar, y Yahvé hizo retirar el mar mediante un
fuerte viento del este que sopló toda la noche, y secó el mar, y las aguas se
dividieron.

22 Los hijos de Israel entraron por en medio del mar, en seco, y las aguas les eran
como un muro a su derecha y a su izquierda.

23 Los egipcios los persiguieron y entraron tras ellos hasta la mitad del mar: todos
los caballos del faraón, sus carros y su caballería.

24 Y aconteció a la vigilia de la mañana, que Yahvé miró hacia el ejército de los egipcios desde la columna de fuego y de nube, y sembró la confusión en el ejército egipcio.

25 Atascó las ruedas de sus carros, de modo que avanzaban con pesadez. Entonces los egipcios dijeron: «¡Huyamos de delante de Israel, porque Yahvé pelea por ellos contra los egipcios!»

26 Yahvé dijo a Moisés: "Extiende tu mano sobre el mar, para que las aguas se vuelvan sobre los egipcios, sobre sus carros y sobre su caballería."

27 Moisés extendió su mano sobre el mar, y al amanecer el mar volvió a su estado normal. Los egipcios huían al encuentro del mar, pero Yahvé derribó a los egipcios en medio del mar.

28 Las aguas volvieron y cubrieron los carros, la caballería y todo el ejército del faraón que había entrado en el mar tras ellos. No quedó ni uno solo de ellos.

29 Pero los hijos de Israel caminaron en seco por en medio del mar, y las aguas les eran como un muro a su derecha y a su izquierda.

30 Así salvó Yahvé a Israel aquel día de la mano de los egipcios; e Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar.

31 Israel vio el gran poder que Yahvé había desplegado contra los egipcios, y el pueblo temió a Yahvé; y creyeron en Yahvé y en su siervo Moisés.

Capítulo 15

1 Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este cántico a Yahvé, y dijeron:
"Cantaré a Yahvé, porque ha triunfado gloriosamente.
Ha arrojado al mar al caballo y a su jinete.

2 Yah es mi fuerza y mi cántico,
y ha sido mi salvación.
Este es mi Dios, y yo lo alabaré;
el Dios de mi padre, y yo lo exaltaré.

3 Yahvé es un guerrero.
¡Yahvé es su nombre!

4 Ha arrojado al mar los carros del faraón y su ejército.
Sus mejores capitanes se han hundido en el Mar Rojo.

5 Los abismos los han cubierto;
descendieron a las profundidades como una piedra.

6 Tu diestra, oh Yahvé, es majestuosa en poder.
Tu diestra, oh Yahvé, hace pedazos al enemigo.

7 Con la grandeza de tu majestad, derribas a los que se levantan contra ti.
Envías tu furor, y los consume como a hojarasca.

8 Al soplo de tu aliento, las aguas se amontonaron;
las corrientes se levantaron como un muro;
los abismos se cuajaron en el corazón del mar.

9 El enemigo dijo: 'Los perseguiré, los alcanzaré, repartiré el botín.
Mi deseo se saciará en ellos.
Desenvainaré mi espada, mi mano los destruirá'.

10 Soplaste con tu viento, y el mar los cubrió.
Se hundieron como plomo en las aguas impetuosas.

11 ¿Quién como tú, oh Yahvé, entre los dioses?
¿Quién como tú, majestuoso en santidad,
temible en proezas, hacedor de maravillas?

12 Extendiste tu diestra,
y la tierra se los tragó.

13 Con tu misericordia has guiado al pueblo que redimiste;
con tu poder los has llevado a tu santa morada.

14 Los pueblos lo oyeron y temblaron;
la angustia se apoderó de los habitantes de Filistea.

15 Entonces los jefes de Edom se aterraron;
el temblor se apoderó de los valientes de Moab.
Todos los habitantes de Canaán se acobardaron.

16 Terror y espanto cae sobre ellos;
por la grandeza de tu brazo enmudecen como una piedra,
hasta que haya pasado tu pueblo, oh Yahvé,
hasta que haya pasado el pueblo que tú adquiriste.

17 Tú los introducirás y los plantarás en el monte de tu heredad,
en el lugar que preparaste para tu morada, oh Yahvé,
en el santuario, oh Señor, que establecieron tus manos.

18 ¡Yahvé reinará eternamente y para siempre!"

19 Porque los caballos del faraón entraron con sus carros y con su caballería en el mar, y Yahvé hizo volver sobre ellos las aguas del mar; pero los hijos de Israel caminaron en seco por en medio del mar.

20 La profetisa María, hermana de Aarón, tomó un pandero en su mano, y todas las mujeres salieron tras ella con panderos y danzas.

21 Y María les respondía:
«Cantad a Yahvé, porque ha triunfado gloriosamente.
Ha arrojado al mar al caballo y a su jinete».

22 Moisés hizo partir a Israel del Mar Rojo, y se dirigieron al desierto de Shur. Caminaron tres días por el desierto y no hallaron agua.

23 Cuando llegaron a Mara, no pudieron beber las aguas de Mara, porque eran amargas. Por eso le pusieron el nombre de Mara.

24 El pueblo murmuró contra Moisés, diciendo: «¿Qué hemos de beber?»

25 Entonces él clamó a Yahvé, y Yahvé le mostró un árbol; lo echó a las aguas, y las aguas se volvieron dulces. Allí Yahvé les dio un estatuto y una ordenanza, y allí los puso a prueba.

26 Les dijo: "Si escucháis atentamente la voz de Yahvé vuestro Dios, y hacéis lo que es recto ante sus ojos, y prestáis oído a sus mandamientos y guardáis todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios os enviaré a vosotros; porque yo soy Yahvé, vuestro sanador."

27 Después llegaron a Elim, donde había doce fuentes de agua y setenta palmeras, y acamparon allí junto a las aguas.

Capítulo 16

1 Partieron de Elim, y toda la congregación de los hijos de Israel llegó al desierto de Sin, que está entre Elim y el Sinaí, el día quince del segundo mes después de su salida de la tierra de Egipto.

2 Toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y contra Aarón en el desierto;

3 y los hijos de Israel les decían: «¡Ojalá hubiéramos muerto a manos de Yahvé en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos! Porque nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud.»

4 Entonces Yahvé dijo a Moisés: "He aquí que yo haré llover pan del cielo para vosotros; y el pueblo saldrá a recoger diariamente la porción de cada día, para que yo los pruebe, si andan en mi ley o no.

5 Pero en el sexto día prepararán lo que traigan, y será el doble de lo que recogen cada día."

6 Moisés y Aarón dijeron a todos los hijos de Israel: "Al atardecer sabréis que Yahvé os ha sacado de la tierra de Egipto.

7 Y por la mañana veréis la gloria de Yahvé, porque él ha oído vuestras murmuraciones contra Yahvé. Pues, ¿qué somos nosotros para que murmuréis contra nosotros?"

8 Y Moisés añadió: «Esto sucederá cuando Yahvé os dé carne para comer por la
tarde, y pan por la mañana hasta saciaros; porque Yahvé oye las murmuraciones
que proferís contra él. ¿Qué somos nosotros? Vuestras murmuraciones no son
contra nosotros, sino contra Yahvé».

9 Moisés le dijo a Aarón: "Di a toda la congregación de los hijos de Israel: 'Acer-
caos a la presencia de Yahvé, porque él ha oído vuestras murmuraciones'".

10 Y mientras Aarón hablaba a toda la congregación de los hijos de Israel, mira-
ron hacia el desierto, y he aquí que la gloria de Yahvé apareció en la nube.

11 Yahvé habló a Moisés diciendo:

12 "He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Háblales diciendo: 'Al atar-
decer comeréis carne, y por la mañana os saciaréis de pan. Y sabréis que yo soy
Yahvé, vuestro Dios'".

13 Al atardecer, subieron codornices que cubrieron el campamento; y por la ma-
ñana había una capa de rocío alrededor del campamento.

14 Cuando la capa de rocío se evaporó, he aquí que sobre la superficie del desierto
había una cosa menuda y redonda, menuda como la escarcha sobre la tierra.

15 Al verlo, los hijos de Israel se dijeron unos a otros: «¿Qué es esto?» Porque no
sabían qué era. Y Moisés les dijo: "Es el pan que Yahvé os da para comer.

16 Esto es lo que Yahvé ha mandado: 'Recoged de él cada uno según lo que pueda
comer; tomaréis un gomer por cabeza, según el número de las personas que cada
uno tenga en su tienda'".

17 Los hijos de Israel lo hicieron así, y recogieron unos más, y otros menos.

18 Y cuando lo medían por gomer, al que había recogido mucho no le sobraba, ni
le faltaba al que había recogido poco. Cada uno recogió conforme a lo que había
de comer.

19 Y Moisés les dijo: «Que nadie deje nada de ello para mañana».

20 Pero no obedecieron a Moisés, sino que algunos dejaron parte de ello para la mañana, y crio gusanos y apestaba; y Moisés se enojó contra ellos.

21 Lo recogían mañana tras mañana, cada uno según lo que habría de comer; y cuando el sol calentaba, se derretía.

22 En el sexto día, recogieron doble porción de pan, dos gomeres para cada uno; y todos los jefes de la congregación vinieron y se lo hicieron saber a Moisés.

23 Él les dijo: "Esto es lo que Yahvé ha dicho: 'Mañana es día de reposo, el sábado consagrado a Yahvé. Coced lo que hayáis de cocer, y hervid lo que hayáis de hervir; y todo lo que os sobre, guardadlo para mañana'".

24 Y ellos lo guardaron hasta la mañana, según Moisés había mandado, y no apestó, ni hubo gusanos en él.

25 Y dijo Moisés: «Comedlo hoy, porque hoy es día de reposo para Yahvé; hoy no lo hallaréis en el campo.

26 Seis días lo recogeréis, pero el séptimo día es el día de reposo; en él no se hallará».

27 Aconteció que algunos del pueblo salieron a recoger en el séptimo día, y no hallaron nada.

28 Y Yahvé dijo a Moisés: "¿Hasta cuándo os negaréis a guardar mis mandamientos y mis leyes?

29 Mirad que Yahvé os dio el día de reposo, y por eso en el sexto día os da pan para dos días. Quédese cada uno en su lugar, y nadie salga de su lugar en el séptimo día".

30 Así el pueblo reposó el séptimo día.

31 La casa de Israel lo llamó «Maná»; y era como la semilla del cilantro, blanco, y su sabor era como el de hojuelas con miel.

32 Y dijo Moisés: "Esto es lo que Yahvé ha mandado: 'Llenad un gomer de él para que se guarde para vuestras generaciones, a fin de que vean el pan con que os sustenté en el desierto, cuando os saqué de la tierra de Egipto'".

33 Y dijo Moisés a Aarón: «Toma una vasija y pon en ella un gomer lleno de maná, y ponlo delante de Yahvé, para que sea guardado para vuestras generaciones».

34 Tal como Yahvé lo mandó a Moisés, Aarón lo puso delante del Testimonio para que fuera guardado.

35 Los hijos de Israel comieron el maná durante cuarenta años, hasta que llegaron a tierra habitada; comieron el maná hasta que llegaron a las fronteras de la tierra de Canaán.

36 Un gomer es la décima parte de un efa.

Capítulo 17

1 Toda la congregación de los hijos de Israel partió del desierto de Sin, por sus jornadas, siguiendo el mandato de Yahvé, y acampó en Refidim; pero no había agua para que el pueblo bebiera.

2 Por eso el pueblo discutió con Moisés y le dijo: «Danos agua para beber». Moisés les respondió: «¿Por qué contendéis conmigo? ¿Por qué ponéis a prueba a Yahvé?»

3 Pero el pueblo estaba sediento de agua allí; por eso murmuraron contra Moisés y dijeron: «¿Por qué nos has hecho subir de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestro ganado?»

4 Moisés clamó a Yahvé diciendo: "¿Qué debo hacer con este pueblo? Están a punto de apedrearme".

5 Yahvé dijo a Moisés: «Pasa delante del pueblo, lleva contigo a algunos ancianos de Israel, toma en tu mano la vara con la que golpeaste el Nilo, y ve.

6 He aquí que yo estaré delante de ti allí, sobre la roca en Horeb. Golpearás la roca y saldrá agua de ella, para que el pueblo beba». Y así lo hizo Moisés a la vista de los ancianos de Israel.

7 Y llamó el nombre del lugar Masah, y Meribá, por la contienda de los hijos de Israel, y porque tentaron a Yahvé, diciendo: «¿Está Yahvé entre nosotros o no?»

8 Entonces vino Amalec y peleó contra Israel en Refidim.

9 Moisés dijo a Josué: «Escoge hombres para nosotros y sal a pelear contra Amalec. Mañana yo estaré en la cima del collado con la vara de Dios en mi mano».

10 Josué hizo lo que Moisés le había dicho, y luchó contra Amalec; y Moisés, Aarón y Hur subieron a la cima del collado.

11 Y sucedía que cuando Moisés levantaba su mano, Israel prevalecía; pero cuando bajaba su mano, prevalecía Amalec.

12 Pero las manos de Moisés se cansaron, así que tomaron una piedra y la pusieron debajo de él, y se sentó sobre ella. Aarón y Hur le sostenían las manos, el uno de un lado y el otro del otro. Así sus manos se mantuvieron firmes hasta la puesta del sol.

13 Y Josué derrotó a Amalec y a su pueblo a filo de espada.

14 Yahvé dijo a Moisés: "Escribe esto como un memorial en un libro, y hazlo saber a Josué: que borraré por completo la memoria de Amalec de debajo del cielo."

15 Moisés construyó un altar y lo llamó «Yahvé, mi estandarte».

16 Y dijo: "Por cuanto la mano de Amalec se levantó contra el trono de Yahvé, Yahvé tendrá guerra contra Amalec de generación en generación."

Capítulo 18

1 Jetro, el sacerdote de Madián, suegro de Moisés, se enteró de todo lo que Dios había hecho por Moisés y por su pueblo Israel, y de cómo Yahvé había sacado a Israel de Egipto.

2 Y Jetro, suegro de Moisés, tomó a Séfora, la esposa de Moisés, después de que este la había enviado de regreso,

3 y a sus dos hijos. El nombre de uno era Gersón, porque Moisés dijo: «He vivido como extranjero en tierra extranjera».

4 El nombre del otro fue Eliezer, pues dijo: «El Dios de mi padre fue mi ayuda y me libró de la espada del faraón».

5 Jetro, el suegro de Moisés, vino con los hijos y la esposa de Moisés al desierto, donde él estaba acampado, junto al monte de Dios.

6 Y mandó a decir a Moisés: "Yo, tu suegro Jetro, he venido a ti con tu mujer y sus dos hijos con ella."

7 Moisés salió al encuentro de su suegro, se inclinó y lo besó. Se preguntaron mutuamente por su bienestar, y entraron en la tienda.

8 Moisés le contó a su suegro todo lo que Yahvé había hecho al faraón y a los egipcios por causa de Israel, todas las dificultades que les habían sobrevenido en el camino, y cómo Yahvé los había librado.

9 Jetro se alegró de todo el bien que Yahvé había hecho a Israel, al librarlo de la mano de los egipcios.

10 Y Jetro dijo: "Bendito sea Yahvé, que os ha librado de la mano de los egipcios y de la mano del faraón; que ha librado al pueblo del poder de los egipcios.

11 Ahora sé que Yahvé es más grande que todos los dioses, precisamente porque en el asunto en que los egipcios se enorgullecieron, él estuvo por encima de ellos."

12 Jetro, suegro de Moisés, ofreció un holocausto y sacrificios para Dios. Luego Aarón vino con todos los ancianos de Israel, para comer pan con el suegro de Moisés delante de Dios.

13 Al día siguiente, Moisés se sentó a juzgar al pueblo, y el pueblo estuvo de pie alrededor de Moisés desde la mañana hasta la noche.

14 Cuando el suegro de Moisés vio todo lo que él hacía por el pueblo, le dijo:
«¿Qué es esto que haces por el pueblo? ¿Por qué te sientas tú solo, y todo el pueblo se queda de pie a tu alrededor desde la mañana hasta la tarde?»

15 Moisés dijo a su suegro: "Porque el pueblo viene a mí para consultar a Dios.

16 Cuando tienen algún pleito, vienen a mí, y yo juzgo entre el uno y el otro, y les hago conocer los estatutos de Dios y sus leyes."

17 El suegro de Moisés le respondió: "Lo que haces no está bien.

18 Seguramente te agotarás, tanto tú como este pueblo que está contigo, porque el trabajo es demasiado pesado para ti. No eres capaz de hacerlo tú solo.

19 Escucha ahora mi voz; yo te aconsejaré, y Dios estará contigo. Tú debes representar al pueblo ante Dios, y presentar los casos ante Dios.

20 Les enseñarás los estatutos y las leyes, y les mostrarás el camino por el que deben andar y las obras que deben hacer.

21 Además, escogerás de entre todo el pueblo hombres capaces y temerosos de Dios; hombres veraces, que aborrezcan las ganancias deshonestas; y los pondrás al frente de ellos como jefes de mil, jefes de cien, jefes de cincuenta y jefes de diez.

22 Que ellos juzguen al pueblo en todo momento. Todo asunto grave te lo traerán a ti, pero todo asunto menor lo juzgarán ellos mismos. Así te aliviarás la carga, y ellos la llevarán contigo.

23 Si haces esto, y Dios te lo manda, entonces podrás resistir, y toda esta gente también volverá a sus hogares en paz."

24 Moisés escuchó la voz de su suegro, e hizo todo lo que él le había aconsejado.

25 Moisés eligió a hombres capaces de entre todo Israel, y los nombró líderes sobre el pueblo: jefes de mil, jefes de cien, jefes de cincuenta y jefes de diez.

26 Ellos juzgaban al pueblo en todo momento. Los casos difíciles se los traían a Moisés, pero todo asunto menor lo juzgaban ellos mismos.

27 Moisés despidió a su suegro, y este se marchó a su propia tierra.

Capítulo 19

1 En el tercer mes después de que los hijos de Israel salieran de la tierra de Egipto,
en ese mismo día, llegaron al desierto de Sinaí.

2 Habían partido de Refidim, y cuando llegaron al desierto de Sinaí, acamparon
en el desierto; allí acampó Israel frente al monte.

3 Moisés subió hacia Dios, y Yahvé lo llamó desde el monte, diciendo: "Esto es lo
que dirás a la casa de Jacob y anunciarás a los hijos de Israel:

4 'Vosotros habéis visto lo que hice a los egipcios, y cómo os llevé sobre alas de
águila y os traje a mí.

5 Ahora, pues, si en verdad escucháis mi voz y guardáis mi pacto, seréis mi espe-
cial tesoro de entre todos los pueblos, porque toda la tierra es mía;

6 y seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa'. Estas son las pala-
bras que dirás a los hijos de Israel".

7 Moisés fue y llamó a los ancianos del pueblo, y expuso ante ellos todas estas pa-
labras que Yahvé le había ordenado.

8 Todo el pueblo respondió a una voz y dijo: «Haremos todo lo que Yahvé ha di-
cho». Y Moisés refirió a Yahvé las palabras del pueblo.

9 Yahvé dijo a Moisés: «He aquí que yo vengo a ti en una densa nube, para que el
pueblo oiga cuando yo hable contigo y te crean para siempre». Y Moisés le trans-
mitió a Yahvé las palabras del pueblo.

10 Yahvé dijo a Moisés: "Ve al pueblo y santifícalos hoy y mañana, y que laven sus
vestidos,

11 y estén preparados para el tercer día; porque al tercer día Yahvé descenderá a la
vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí.

12 Pondrás límites al pueblo en derredor, diciendo: 'Guardaos de no subir al
monte ni tocar sus límites. Cualquiera que toque el monte morirá
irremisiblemente.

13 Ninguna mano lo tocará, sino que será apedreado o asaeteado; sea animal u
hombre, no vivirá'. Solo cuando la trompeta suene con un toque prolongado, po-
drán ellos subir al monte".

14 Moisés bajó del monte hacia el pueblo y lo santificó, y ellos lavaron sus ropas.

15 Y dijo al pueblo: «Estad preparados para el tercer día. No os acerquéis a
mujer».

16 Al tercer día, al amanecer, hubo truenos y relámpagos, y una espesa nube sobre
el monte, y un sonido de trompeta muy fuerte; y todo el pueblo que estaba en el
campamento se estremeció.

17 Moisés sacó al pueblo del campamento para ir al encuentro de Dios, y se detu-
vieron al pie del monte.

18 Todo el monte Sinaí humeaba, porque Yahvé había descendido sobre él en
fuego; el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte temblaba
violentamente.

19 El sonido de la trompeta se iba haciendo cada vez más fuerte; Moisés hablaba,
y Dios le respondía con voz de trueno.

20 Yahvé descendió sobre el monte Sinaí, sobre la cumbre del monte. Llamó Yahvé
a Moisés a la cumbre del monte, y Moisés subió.

21 Yahvé dijo a Moisés: "Desciende y advierte al pueblo, no sea que traspasen los
límites para ver a Yahvé, y perezcan muchos de ellos.

22 Que también los sacerdotes que se acercan a Yahvé se santifiquen, no sea que
Yahvé irrumpa contra ellos."

23 Moisés dijo a Yahvé: "El pueblo no podrá subir al monte Sinaí, porque tú nos
has advertido, diciendo: 'Pon límites alrededor del monte y santifícalo'".

24 Yahvé le respondió: «¡Ve, desciende! Luego subirás tú, y Aarón contigo; pero
no permitas que los sacerdotes y el pueblo traspasen los límites para subir a Yahvé,
no sea que él irrumpa contra ellos.»

25 Entonces Moisés bajó hacia el pueblo y se lo hizo saber.

Capítulo 20

1 Dios pronunció todas estas palabras, diciendo:

2 "Yo soy Yahvé, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre.

3 No tendrás dioses ajenos delante de mí.

4 No te harás ídolo, ni imagen alguna de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra.

5 No te inclinarás ante ellas, ni las honrarás, porque yo, Yahvé, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen,

6 pero que muestro misericordia a millares de los que me aman y guardan mis mandamientos.

7 No tomarás el nombre de Yahvé, tu Dios, en vano, porque Yahvé no dará por inocente al que tome su nombre en vano.

8 Acuérdate del día de reposo para santificarlo.

9 Seis días trabajarás y harás toda tu obra,

10 pero el séptimo día es día de reposo para Yahvé, tu Dios. No harás en él obra alguna, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el extranjero que reside dentro de tus puertas;

11 porque en seis días hizo Yahvé los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y reposó el séptimo día. Por eso Yahvé bendijo el día de reposo y lo santificó.

12 Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Yahvé, tu Dios, te da.

13 No matarás.

14 No cometerás adulterio.

15 No robarás.

16 No darás falso testimonio contra tu prójimo.

17 No codiciarás la casa de tu prójimo. No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo".

18 Todo el pueblo percibía los truenos, los relámpagos, el sonido de la trompeta y el monte humeante. Al verlo, el pueblo se estremeció y se mantuvo a distancia.

19 Y dijeron a Moisés: "Habla tú con nosotros, y te escucharemos; pero que no hable Dios con nosotros, no sea que muramos."

20 Moisés dijo al pueblo: «No temáis, porque Dios ha venido para poneros a prueba, y para que su temor esté delante de vosotros, a fin de que no pequéis».

21 El pueblo se mantuvo a distancia, mientras Moisés se acercó a la densa oscuridad donde estaba Dios.

22 Yahvé dijo a Moisés: "Esto es lo que dirás a los hijos de Israel: 'Vosotros mismos habéis visto que yo he hablado con vosotros desde el cielo.

23 No os haréis dioses de plata ni dioses de oro para ponerlos junto a mí.

24 Me harás un altar de tierra, y sacrificarás sobre él tus holocaustos y tus ofrendas de paz, tus ovejas y tu ganado. En cualquier lugar donde yo haga recordar mi nombre, vendré a ti y te bendeciré.

25 Si me haces un altar de piedra, no lo construirás con piedras labradas; porque si alzas tu herramienta sobre él, lo profanarás.

26 No subirás por escaleras a mi altar, para que tu desnudez no quede descubierta sobre él'".

Capítulo 21

1 "Estas son las ordenanzas que pondrás delante de ellos:

2 “Si compras un siervo hebreo, te servirá seis años, pero al séptimo saldrá libre sin pagar nada.

3 Si entra solo, saldrá solo. Si está casado, su mujer saldrá con él.

4 Si su amo le da una esposa y ella le da hijos o hijas, la esposa y sus hijos serán de su amo, y él saldrá solo.

5 Pero si el siervo dice claramente: ‘Amo a mi amo, a mi mujer y a mis hijos; no saldré libre’,

6 entonces su amo lo llevará ante Dios, y lo acercará a la puerta o al poste de la puerta, y su amo le horadará la oreja con un punzón, y le servirá para siempre.

7 “Si un hombre vende a su hija para que sea sierva, ella no saldrá libre como salen los siervos varones.

8 Si no agrada a su amo, quien la había tomado para sí, entonces él permitirá que sea rescatada. No tendrá derecho a venderla a un pueblo extranjero, ya que la ha tratado con engaño.

9 Si la desposa con su hijo, la tratará según el derecho de las hijas.

10 Si toma otra esposa para sí, no disminuirá a la primera su alimento, su ropa ni sus derechos conyugales.

11 Si no hace estas tres cosas por ella, entonces ella podrá salir libre sin pagar dinero.

12 “El que golpee a un hombre de modo que muera, será ciertamente condenado a muerte;

13 pero si no fue premeditado, sino que Dios permitió que cayera en sus manos, entonces te designaré un lugar al cual podrá huir.

14 Si un hombre actúa con presunción contra su prójimo para matarlo con alevosía, lo sacarás incluso de mi altar para que muera.

15 “El que golpee a su padre o a su madre será condenado a muerte.

16 “El que secuestre a una persona y la venda, o si es hallada en sus manos, será condenado a muerte.

17 “El que maldiga a su padre o a su madre será condenado a muerte.

18 “Si unos hombres riñen y uno golpea al otro con una piedra o con el puño, y este no muere, sino que queda confinado en cama;

19 si se levanta de nuevo y puede caminar apoyado en su bastón, entonces el que lo golpeó quedará libre de culpa; solamente le pagará por el tiempo perdido y se encargará de que sea curado por completo.

20 “Si un hombre golpea a su siervo o a su sierva con una vara, y este muere bajo su mano, el amo será ciertamente castigado.

21 Sin embargo, si el siervo sobrevive uno o dos días, no será castigado, porque el siervo es propiedad suya.

22 “Si unos hombres pelean y golpean a una mujer embarazada de modo que dé a luz prematuramente, pero no se produce ninguna desgracia mayor, el culpable será multado conforme a lo que le imponga el marido de la mujer y lo que determinen los jueces.

23 Pero si se produce una desgracia, entonces pagarás vida por vida,

24 ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie,

25 quemadura por quemadura, herida por herida, contusión por contusión.

26 “Si un hombre golpea el ojo de su siervo o de su sierva y lo destruye, lo dejará ir libre a cambio de su ojo.

27 Y si le hace saltar un diente a su siervo o a su sierva, lo dejará ir libre a cambio de su diente.

28 “Si un buey acornea a un hombre o a una mujer de modo que muera, el buey será apedreado y su carne no se comerá; pero el dueño del buey quedará libre de culpa.

29 Pero si el buey tenía la costumbre de acornear en el pasado, y su dueño había sido advertido pero no lo mantuvo encerrado, y el buey mata a un hombre o a una mujer, el buey será apedreado y su dueño también será condenado a muerte.

30 Si se le impone un rescate, deberá dar por la redención de su vida todo lo que se le imponga.

31 Ya sea que haya acorneado a un hijo o a una hija, se procederá con él según esta misma ordenanza.

32 Si el buey acornea a un siervo o a una sierva, el dueño pagará treinta siclos de plata al amo de estos, y el buey será apedreado.

33 "Si un hombre destapa un pozo, o si cava un pozo y no lo cubre, y cae en él un buey o un asno,

34 el dueño del pozo pagará el daño. Dará dinero a su dueño, y el animal muerto será suyo.

35 "Si el buey de un hombre hiere al buey de su prójimo de modo que muera, venderán el buey vivo y se repartirán el dinero; y también se repartirán el animal muerto.

36 Pero si era notorio que el buey tenía la costumbre de acornear en el pasado y su dueño no lo había mantenido encerrado, ciertamente pagará buey por buey, y el animal muerto será suyo.

Capítulo 22

1 "Si un hombre roba un buey o una oveja, y lo mata o lo vende, restituirá cinco bueyes por el buey, y cuatro ovejas por la oveja.

2 Si el ladrón es sorprendido forzando una casa y es golpeado de tal manera que muere, no habrá culpa de sangre por él.

3 Pero si el sol ya ha salido sobre él, el que lo mató será culpable de derramamiento de sangre. El ladrón debe restituir por completo. Si no tiene con qué, será vendido por su robo.

4 Si lo robado, ya sea buey, asno u oveja, es hallado vivo en su poder, pagará el doble.

5 "Si un hombre hace pastar su ganado en un campo o en una viña y deja suelto a su animal para que paste en el campo de otro, hará restitución con lo mejor de su propio campo y con lo mejor de su propia viña.

6 "Si se desata un incendio y se extiende a los espinos, de modo que consuma los haces de trigo, el grano en pie o el campo, el que encendió el fuego hará restitución completa.

7 "Si un hombre entrega a su prójimo dinero o bienes para que los guarde, y son robados de la casa de ese hombre, si el ladrón es hallado, este pagará el doble.

8 Si no se halla al ladrón, el dueño de la casa será llevado ante Dios para averiguar si ha puesto su mano en los bienes de su prójimo.

9 En todo caso de fraude, ya sea por un buey, un asno, una oveja, ropa, o cualquier cosa perdida de la cual alguien diga: 'Esto es mío', la causa de ambas partes se llevará ante Dios. Aquel a quien Dios condene, pagará el doble a su prójimo.

10 "Si un hombre entrega a su prójimo un asno, un buey, una oveja o cualquier otro animal para que lo guarde, y este muere, sufre daño o es llevado cautivo sin que nadie lo vea,

11 el juramento de Yahvé estará entre los dos, de que no ha puesto su mano en los bienes de su prójimo; el dueño lo aceptará y el otro no hará restitución.

12 Pero si le fue robado, deberá hacer restitución a su dueño.

13 Si fue despedazado por una fiera, que lo traiga como prueba, y no tendrá que pagar por lo despedazado.

14 “Si un hombre pide prestado un animal a su prójimo, y sufre daño o muere no estando su dueño presente, ciertamente deberá restituirlo.

15 Si su dueño estaba presente, no hará restitución. Si era alquilado, el precio del alquiler cubre la pérdida.

16 “Si un hombre seduce a una virgen que no está comprometida y se acuesta con ella, ciertamente pagará la dote y la tomará por mujer.

17 Si el padre de ella se niega rotundamente a dársela, el seductor pagará una cantidad de dinero equivalente a la dote de las vírgenes.

18 “No dejarás con vida a ninguna hechicera.

19 “Cualquiera que tenga relaciones con un animal, será condenado a muerte.

20 “El que ofrezca sacrificios a cualquier dios que no sea solo Yahvé, será destruido por completo.

21 “No maltratarás al extranjero ni lo oprimirás, porque vosotros fuisteis extranjeros en la tierra de Egipto.

22 “No afligiréis a ninguna viuda ni al huérfano.

23 Si llegáis a afligirlos, y ellos claman a mí, ciertamente escucharé su clamor;

24 y mi ira se encenderá, y os mataré a espada; vuestras mujeres quedarán viudas, y vuestros hijos huérfanos.

25 “Si prestas dinero a alguno de mi pueblo, al pobre que está contigo, no te portarás con él como un usurero, ni le cobrarás intereses.

26 Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás antes de que se ponga el sol,

27 porque es su única cobertura; es el vestido para su cuerpo. ¿Con qué, si no, va a dormir? Y sucederá que cuando clame a mí, yo lo escucharé, porque soy misericordioso.

28 “No injuriarás a Dios, ni maldecirás al gobernante de tu pueblo.

29 “No demorarás en ofrecer de la abundancia de tu cosecha y de tus lagares. “Me darás el primogénito de tus hijos.

30 Lo mismo harás con el de tus vacas y tus ovejas. Siete días estará con su madre, y al octavo día me lo darás.

31 “Seréis hombres santos para mí. Por tanto, no comeréis ninguna carne de animal despedazado por las fieras en el campo; se la echaréis a los perros.

Capítulo 23

1 “No propagarás falsos rumores. No unas tu mano con la del impío para ser testigo falso.

2 “No seguirás a la mayoría para hacer el mal; ni testificarás en un pleito inclinándote a la mayoría para pervertir la justicia.

3 Tampoco favorecerás al pobre en su pleito.

4 “Si encuentras el buey de tu enemigo o su asno extraviado, ciertamente se lo devolverás.

5 Si ves caído bajo su carga el asno del que te aborrece, no lo dejarás abandonado; sin falta le ayudarás a levantarlo.

6 “No pervertirás el derecho de tu pobre en su pleito.

7 “Te alejarás de toda acusación falsa, y no matarás al inocente ni al justo, porque yo no justificaré al malvado.

8 “No aceptarás soborno, porque el soborno ciega a los que ven con claridad y pervierte las palabras de los justos.

9 “No oprimirás al extranjero, pues vosotros conocéis los sentimientos del extranjero, ya que fuisteis extranjeros en la tierra de Egipto.

10 “Durante seis años sembrarás tu tierra y recogerás sus frutos,

11 pero el séptimo año la dejarás descansar y en barbecho, para que coman los pobres de tu pueblo; y lo que ellos dejen, lo comerán las bestias del campo. Lo mismo harás con tu viña y con tu olivar.

12 "Seis días harás tu trabajo, y el séptimo día descansarás, para que descansen tu buey y tu asno, y para que se repongan el hijo de tu sierva y el extranjero.

13 "Poned atención a todo lo que os he dicho. No invocaréis el nombre de otros dioses, ni se oirá de vuestra boca.

14 "Tres veces al año me celebraréis fiesta.

15 Celebrarás la fiesta de los panes sin levadura. Siete días comeréis panes sin levadura, como te he mandado, en el tiempo señalado del mes de Abib, porque en él salisteis de Egipto; y nadie se presentará ante mí con las manos vacías.

16 También la fiesta de la siega, de las primicias de tus labores, de lo que hayas sembrado en el campo; y la fiesta de la recolección al final del año, cuando recojas del campo el fruto de tu trabajo.

17 Tres veces al año se presentarán todos tus varones ante Yahvé, el Señor.

18 "No ofrecerás la sangre de mi sacrificio con pan leudado, ni la grasa de mi fiesta quedará hasta la mañana.

19 "Llevarás las primicias de los primeros frutos de tu tierra a la casa de Yahvé, tu Dios. "No cocerás el cabrito en la leche de su madre.

20 "He aquí, yo envío un ángel delante de ti para que te guarde en el camino y te lleve al lugar que he preparado.

21 Presta atención a él y escucha su voz. No seas rebelde contra él, porque no perdonará vuestra transgresión, pues mi nombre está en él.

22 Pero si en verdad escuchas su voz y haces todo lo que yo digo, seré enemigo de tus enemigos y adversario de tus adversarios.

23 Porque mi ángel irá delante de ti y te introducirá en la tierra del amorreo, del hitita, del ferezeo, del cananeo, del heveo y del jebuseo; y yo los destruiré.

24 No te inclinarás ante sus dioses, ni los servirás, ni harás conforme a sus obras, sino que los destruirás por completo y harás pedazos sus pilares sagrados.

25 Serviréis a Yahvé, vuestro Dios, y él bendecirá vuestro pan y vuestra agua; y yo quitaré la enfermedad de en medio de vosotros.

26 No habrá mujer que aborte ni que sea estéril en tu tierra. Yo completaré el número de tus días.

27 Enviaré mi terror delante de ti y llenaré de confusión a todos los pueblos adonde llegues, y haré que todos tus enemigos huyan ante ti.

28 Enviaré avispas delante de ti, que expulsarán al heveo, al cananeo y al hitita de tu presencia.

29 No los expulsaré de delante de ti en un solo año, no sea que la tierra quede desolada y las fieras del campo se multipliquen contra ti.

30 Poco a poco los expulsaré de tu presencia, hasta que te hayas multiplicado y tomes posesión de la tierra.

31 Fijaré tus fronteras desde el Mar Rojo hasta el mar de los filisteos, y desde el desierto hasta el río Éufrates; porque entregaré en vuestras manos a los habitantes de la tierra, y tú los echarás de delante de ti.

32 No harás pacto alguno con ellos ni con sus dioses.

33 No habitarán en tu tierra, no sea que te hagan pecar contra mí; porque si sirves a sus dioses, ciertamente esto será un lazo para ti."

Capítulo 24

1 Y dijo Dios a Moisés: «Sube ante Yahvé, tú, junto con Aarón, Nadab, Abiú y setenta de los ancianos de Israel; y adoraréis desde lejos.

2 Solo Moisés se acercará a Yahvé; los demás no se acercarán, ni el pueblo subirá con él».

3 Moisés vino y refirió al pueblo todas las palabras de Yahvé y todas las ordenanzas. Y todo el pueblo respondió a una sola voz, diciendo: «Pondremos en práctica todas las palabras que Yahvé ha dicho».

4 Moisés escribió todas las palabras de Yahvé. Se levantó muy de mañana y construyó un altar al pie del monte, y levantó doce pilares por las doce tribus de Israel.

5 Luego envió a unos jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y sacrificaron novillos como ofrendas de paz a Yahvé.

6 Moisés tomó la mitad de la sangre y la echó en vasijas, y la otra mitad de la sangre la roció sobre el altar.

7 Tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, y ellos dijeron: «Haremos todo lo que Yahvé ha dicho y seremos obedientes».

8 Entonces Moisés tomó la sangre, la roció sobre el pueblo y dijo: "Mirad, esta es la sangre del pacto que Yahvé ha hecho con vosotros según todas estas palabras."

9 Luego subieron Moisés, Aarón, Nadab, Abiú y setenta de los ancianos de Israel.

10 Y vieron al Dios de Israel. Bajo sus pies había como un pavimento de piedra de zafiro, tan claro como el mismo cielo.

11 Pero él no extendió su mano contra los líderes de los hijos de Israel; ellos vieron a Dios, y comieron y bebieron.

12 Yahvé dijo a Moisés: "Sube a mí al monte y quédate allí, y te daré las tablas de piedra con la ley y los mandamientos que he escrito, para que les enseñes."

13 Moisés se levantó junto con Josué, su ayudante, y Moisés subió al monte de Dios.

14 Y dijo a los ancianos: «Esperadnos aquí, hasta que volvamos a vosotros. He aquí, Aarón y Hur están con vosotros. El que tenga algún pleito, que acuda a ellos».

15 Moisés subió al monte, y la nube cubrió el monte.

16 La gloria de Yahvé reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió durante seis días. Al séptimo día él llamó a Moisés desde en medio de la nube.

17 A los ojos de los hijos de Israel, la apariencia de la gloria de Yahvé era como un fuego consumidor en la cumbre del monte.

18 Moisés entró en medio de la nube y subió al monte; y Moisés estuvo en el monte cuarenta días y cuarenta noches.

Capítulo 25

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Di a los hijos de Israel que recojan una ofrenda para mí. De todo aquel cuyo corazón le mueva a darla, tomaréis mi ofrenda.

3 Esta es la ofrenda que tomaréis de ellos: oro, plata, bronce,

4 hilo azul, púrpura, escarlata, lino fino, pelo de cabra,

5 pieles de carnero teñidas de rojo, pieles de tejón, madera de acacia,

6 aceite para el alumbrado, especias para el aceite de la unción y para el incienso aromático,

7 piedras de ónice, y piedras de engaste para el efod y para el pectoral.

8 Que me hagan un santuario, para que yo habite en medio de ellos.

9 Lo haréis exactamente conforme a todo lo que yo te muestre: el diseño del tabernáculo y el diseño de todo su mobiliario.

10 "Harán un arca de madera de acacia. Su longitud será de dos codos y medio, su anchura de un codo y medio, y su altura de un codo y medio.

11 La recubrirás de oro puro; por dentro y por fuera la recubrirás, y harás sobre ella una moldura de oro alrededor.

12 Fundirás para ella cuatro argollas de oro y las pondrás en sus cuatro patas: dos argollas a un lado, y dos argollas al otro lado.

13 Harás unas varas de madera de acacia y las recubrirás de oro.

14 Pasarás las varas por las argollas a los lados del arca, para transportarla con ellas.

15 Las varas permanecerán en las argollas del arca; no se quitarán de ella.

16 Y pondrás en el arca el Testimonio que yo te daré.

17 Harás un propiciatorio de oro puro. Su longitud será de dos codos y medio, y su anchura de un codo y medio.

18 Harás dos querubines de oro labrado a martillo; los harás en los dos extremos del propiciatorio.

19 Haz un querubín en un extremo y el otro querubín en el otro extremo. Harás los querubines de una sola pieza con el propiciatorio, en sus dos extremos.

20 Los querubines extenderán sus alas hacia arriba, cubriendo el propiciatorio con sus alas, con sus rostros el uno frente al otro. Los rostros de los querubines estarán inclinados hacia el propiciatorio.

21 Pondrás el propiciatorio encima del arca, y en el arca pondrás el Testimonio que yo te daré.

22 Allí me encontraré contigo, y desde encima del propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca del Testimonio, te comunicaré todo lo que te mande para los hijos de Israel.

23 "Harás también una mesa de madera de acacia. Su longitud será de dos codos, su anchura de un codo y su altura de un codo y medio.

24 La recubrirás de oro puro y le harás una moldura de oro alrededor.

25 Le harás un reborde de un palmo de ancho en su derredor, y harás una moldura de oro alrededor de su reborde.

26 Le harás cuatro argollas de oro y pondrás las argollas en las cuatro esquinas que corresponden a sus cuatro patas.

27 Las argollas estarán cerca del reborde, como lugares para pasar las varas con el fin de transportar la mesa.

28 Harás las varas de madera de acacia y las recubrirás de oro, para que la mesa pueda ser transportada con ellas.

29 Harás sus platos, sus cucharas, sus jarros y sus tazones con los que se derramarán las libaciones. Los harás de oro puro.

30 Y pondrás continuamente sobre la mesa el pan de la Presencia delante de mí.

31 "Harás un candelabro de oro puro. El candelabro se hará de obra labrada a martillo. Su base, su fuste, sus copas, sus cálices y sus flores serán de una sola pieza con él.

32 De sus lados saldrán seis brazos: tres brazos del candelabro de un lado, y tres brazos del candelabro del otro lado.

33 Habrá tres copas en forma de flor de almendro en un brazo, con un cáliz y una flor; y tres copas en forma de flor de almendro en el otro brazo, con un cáliz y una flor; y así para los seis brazos que salen del candelabro.

34 En el fuste del candelabro habrá cuatro copas en forma de flor de almendro, con sus cálices y sus flores:

35 un cáliz debajo de un par de brazos de la misma pieza, y un cáliz debajo del segundo par de brazos de la misma pieza, y un cáliz debajo del tercer par de brazos de la misma pieza, para los seis brazos que salen del candelabro.

36 Sus cálices y sus brazos serán de una sola pieza con él, todo ello de una sola pieza labrada a martillo, de oro puro.

37 Harás sus siete lámparas, y colocarán sus lámparas de modo que alumbren el espacio que está frente a él.

38 Sus despabiladeras y sus platillos serán de oro puro.

39 Se utilizará un talento de oro puro para hacerlo, junto con todos estos utensilios.

40 Y mira que los hagas conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte.

Capítulo 26

1 "Además, harás el tabernáculo con diez cortinas de lino fino torcido, y tela azul, púrpura y escarlata; las harás con querubines, obra de un hábil artífice.

2 La longitud de cada cortina será de veintiocho codos, y la anchura de cada cortina de cuatro codos; todas las cortinas tendrán la misma medida.

3 Cinco cortinas estarán unidas entre sí, y las otras cinco cortinas estarán unidas entre sí.

4 Harás presillas de color azul en el borde de la cortina que está en el extremo de la primera unión, y harás lo mismo en el borde de la cortina que está en el extremo de la segunda unión.

5 Harás cincuenta presillas en la primera cortina, y harás cincuenta presillas en el borde de la cortina que está en la segunda unión. Las presillas estarán contrapuestas la una a la otra.

6 Harás cincuenta corchetes de oro y unirás las cortinas entre sí con los corchetes, de modo que el tabernáculo sea uno solo.

7 "Harás cortinas de pelo de cabra para que sirvan de tienda sobre el tabernáculo; harás once cortinas.

8 La longitud de cada cortina será de treinta codos, y la anchura de cada cortina de cuatro codos; las once cortinas tendrán una misma medida.

9 Unirás cinco cortinas por un lado, y seis cortinas por el otro, y doblarás la sexta cortina en la parte delantera de la tienda.

10 Harás cincuenta presillas en el borde de la cortina que está en el extremo de la unión, y cincuenta presillas en el borde de la cortina de la segunda unión.

11 Harás cincuenta corchetes de bronce, meterás los corchetes en las presillas y unirás la tienda para que sea una sola.

12 La parte que sobra de las cortinas de la tienda, es decir, la mitad de la cortina que sobra, colgará a espaldas del tabernáculo.

13 Y el codo de un lado y el codo del otro lado, de lo que sobra de la longitud de las cortinas de la tienda, colgarán sobre los costados del tabernáculo, a un lado y al otro, para cubrirlo.

14 Harás para la tienda una cubierta de pieles de carnero teñidas de rojo, y una cubierta de pieles de tejón por encima.

15 "Harás para el tabernáculo tablas de madera de acacia, puestas de pie.

16 La longitud de cada tabla será de diez codos, y la anchura de cada tabla de un codo y medio.

17 Cada tabla tendrá dos espigas unidas entre sí; así harás para todas las tablas del tabernáculo.

18 Harás veinte tablas para el lado sur del tabernáculo.

19 Y harás cuarenta basas de plata para ponerlas debajo de las veinte tablas: dos basas debajo de una tabla para sus dos espigas, y dos basas debajo de la siguiente tabla para sus dos espigas.

20 Para el segundo lado del tabernáculo, en el lado norte, harás veinte tablas,

21 con sus cuarenta basas de plata: dos basas debajo de una tabla, y dos basas debajo de la siguiente tabla.

22 Para la parte posterior del tabernáculo, hacia el occidente, harás seis tablas.

23 Harás además dos tablas para las esquinas del tabernáculo en la parte posterior.

24 Estarán unidas por debajo, y asimismo estarán unidas por arriba hasta la primera argolla. Así será para ambas; serán para las dos esquinas.

25 De modo que serán ocho tablas, con sus basas de plata, dieciséis basas en total: dos basas debajo de una tabla, y dos basas debajo de la otra tabla.

26 “Harás travesaños de madera de acacia: cinco para las tablas de un lado del tabernáculo,

27 y cinco travesaños para las tablas del otro lado del tabernáculo, y cinco travesaños para las tablas de la parte posterior del tabernáculo, hacia el occidente.

28 El travesaño central pasará por en medio de las tablas, de un extremo al otro.

29 Recubrirás las tablas de oro, y harás sus argollas de oro para pasar por ellas los travesaños. También recubrirás los travesaños de oro.

30 Erigirás el tabernáculo conforme al diseño que te ha sido mostrado en el monte.

31 “Harás un velo de color azul, púrpura, escarlata y lino fino torcido; será hecho con querubines, obra de un hábil artífice.

32 Lo colgarás sobre cuatro columnas de acacia recubiertas de oro; sus capiteles serán de oro, sobre cuatro basas de plata.

33 Colgarás el velo debajo de los corchetes, y allí, detrás del velo, introducirás el arca del Testimonio. El velo os servirá de separación entre el Lugar Santo y el Lugar Santísimo.

34 Pondrás el propiciatorio sobre el arca del Testimonio en el Lugar Santísimo.

35 Pondrás la mesa fuera del velo, y el candelabro frente a la mesa, en el lado sur del tabernáculo; y colocarás la mesa en el lado norte.

36 “Harás una cortina para la entrada de la tienda, de color azul, púrpura, escarlata y lino fino torcido, obra de recamador.

37 Harás para esta cortina cinco columnas de acacia, y las recubrirás de oro. Sus capiteles serán de oro, y fundirás para ellas cinco basas de bronce.

Capítulo 27

1 “Harás el altar de madera de acacia, de cinco codos de largo y cinco codos de ancho. El altar será cuadrado, y su altura será de tres codos.

2 Harás sus cuernos en sus cuatro esquinas; sus cuernos serán de una misma pieza con él, y lo recubrirás de bronce.

3 Harás sus recipientes para recoger las cenizas, sus palas, sus tazones, sus tenedores y sus braseros. Harás todos sus utensilios de bronce.

4 Le harás un enrejado de bronce en forma de red, y sobre la red harás cuatro argollas de bronce en sus cuatro esquinas.

5 La colocarás por debajo del borde del altar, de modo que la red llegue hasta la mitad del altar.

6 Harás varas para el altar, varas de madera de acacia, y las recubrirás de bronce.

7 Sus varas se meterán por las argollas, de manera que las varas queden a ambos lados del altar cuando sea transportado.

8 Lo harás hueco, de tablas. Tal como se te ha mostrado en el monte, así lo harán.

9 "Harás el atrio del tabernáculo. Para el lado sur, habrá cortinas de lino fino torcido de cien codos de largo por ese lado.

10 Sus columnas serán veinte, con sus veinte basas de bronce. Los capiteles de las columnas y sus molduras serán de plata.

11 Asimismo, a lo largo del lado norte, habrá cortinas de cien codos de largo, con sus veinte columnas y sus veinte basas de bronce; los capiteles de las columnas y sus molduras serán de plata.

12 A lo ancho del atrio, en el lado occidental, habrá cortinas de cincuenta codos, con sus diez columnas y sus diez basas.

13 La anchura del atrio en el lado oriental, hacia la salida del sol, será de cincuenta codos.

14 Las cortinas a un lado de la entrada serán de quince codos, con sus tres columnas y sus tres basas.

15 Y al otro lado habrá cortinas de quince codos, con sus tres columnas y sus tres basas.

16 Para la puerta del atrio habrá una cortina de veinte codos, de color azul, púrpura, escarlata y lino fino torcido, obra de recamador, con sus cuatro columnas y sus cuatro basas.

17 Todas las columnas alrededor del atrio estarán unidas con varillas de plata; sus capiteles serán de plata, y sus basas de bronce.

18 La longitud del atrio será de cien codos, la anchura de cincuenta, y la altura de las cortinas de lino fino torcido será de cinco codos, con sus basas de bronce.

19 Todos los utensilios del tabernáculo para todo su servicio, y todas sus estacas, y todas las estacas del atrio, serán de bronce.

20 "Mandarás a los hijos de Israel que te traigan aceite puro de olivas machacadas para el alumbrado, a fin de hacer arder continuamente una lámpara.

21 En la Tienda del Encuentro, fuera del velo que está delante del Testimonio, Aarón y sus hijos la mantendrán ardiendo desde la tarde hasta la mañana delante de Yahvé. Este será un estatuto perpetuo para todas sus generaciones de parte de los hijos de Israel.

Capítulo 28

1 "Haz que se acerquen a ti, de entre los hijos de Israel, tu hermano Aarón, y con él sus hijos, para que me sirvan como sacerdotes: Aarón, Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar, hijos de Aarón.

2 Y harás vestiduras sagradas para tu hermano Aarón, para gloria y hermosura.

3 Hablarás a todos los artífices expertos a quienes he llenado de espíritu de sabiduría, para que confeccionen las vestiduras de Aarón con el fin de consagrarlo para que me sirva como sacerdote.

4 Estas son las vestiduras que harán: un pectoral, un efod, un manto, una túnica bordada, una mitra y un ceñidor. Harán, pues, las vestiduras sagradas para tu hermano Aarón y para sus hijos, para que me sirvan como sacerdotes.

5 Tomarán oro, tela azul, púrpura, escarlata y lino fino.

6 "Harán el efod de oro, de hilo azul, púrpura, escarlata y lino fino torcido, obra de hábil artífice.

7 Tendrá dos hombreras unidas a sus dos extremos, para que pueda ser sujetado.

8 El cinto hábilmente tejido que estará sobre él formará una sola pieza con él, y será de la misma obra: de oro, hilo azul, púrpura, escarlata y lino fino torcido.

9 Tomarás dos piedras de ónice y grabarás en ellas los nombres de los hijos de Israel:

10 seis de sus nombres en una piedra, y los otros seis nombres en la otra piedra, según el orden de su nacimiento.

11 Con obra de grabador de piedra, como los grabados de un sello, grabarás las dos piedras con los nombres de los hijos de Israel; las harás montar en engastes de oro.

12 Pondrás las dos piedras en las hombreras del efod, como piedras de memoria para los hijos de Israel. Aarón llevará sus nombres sobre sus dos hombros delante de Yahvé como un memorial.

13 Harás los engastes de oro,

14 y dos cadenillas de oro puro; las harás trenzadas como cordones, y fijarás las cadenillas trenzadas en los engastes.

15 "Harás un pectoral del juicio, obra de hábil artífice. Lo harás de la misma obra que el efod: de oro, de hilo azul, púrpura, escarlata y lino fino torcido.

16 Será cuadrado y doble; de un palmo de largo y un palmo de ancho.

17 Pondrás en él cuatro hileras de piedras: la primera hilera será un rubí, un topacio y un berilo;

18 la segunda hilera, una turquesa, un zafiro y una esmeralda;

19 la tercera hilera, un jacinto, una ágata y una amatista;

20 y la cuarta hilera, un crisólito, un ónice y un jaspe. Todas estarán montadas en engastes de oro.

21 Las piedras serán doce, según los nombres de los hijos de Israel. Como los grabados de un sello, cada una tendrá el nombre de una de las doce tribus.

22 Harás sobre el pectoral cadenillas de oro puro, trenzadas a manera de cordón.

23 Harás en el pectoral dos argollas de oro, y pondrás las dos argollas en los dos extremos superiores del pectoral.

24 Fijarás los dos cordones de oro en las dos argollas en los extremos del pectoral.

25 Los otros dos extremos de los dos cordones los fijarás en los dos engastes, y los fijarás en las hombreras del efod, en su parte delantera.

26 Harás otras dos argollas de oro y las pondrás en los dos extremos inferiores del pectoral, en el borde interior que da hacia el efod.

27 Harás dos argollas más de oro y las pondrás en la parte inferior de las dos hombreras del efod, por delante, cerca de su unión, por encima del cinto tejido del efod.

28 Unirán el pectoral por sus argollas a las argollas del efod con un cordón azul, para que quede sobre el cinto tejido del efod y no se separe el pectoral del efod.

29 Así llevará Aarón los nombres de los hijos de Israel en el pectoral del juicio sobre su corazón, cuando entre en el Lugar Santo, como un memorial continuo delante de Yahvé.

30 En el pectoral del juicio pondrás el Urim y el Tumim, para que estén sobre el corazón de Aarón cuando entre a la presencia de Yahvé. Aarón llevará continuamente sobre su corazón el juicio de los hijos de Israel delante de Yahvé.

31 "Harás el manto del efod todo de hilo azul.

32 Tendrá una abertura para la cabeza en el centro. La abertura tendrá un borde tejido alrededor, como el cuello de un coselete, para que no se rasgue.

33 En su borde inferior harás granadas de hilo azul, púrpura y escarlata alrededor, con campanillas de oro entre ellas.

34 Una campanilla de oro y una granada, otra campanilla de oro y otra granada, en todo el borde inferior del manto alrededor.

35 Estará sobre Aarón cuando ministre; y se oirá su sonido cuando entre en el Lugar Santo delante de Yahvé, y cuando salga, para que no muera.

36 "Harás también una lámina de oro puro y grabarás en ella, como los grabados de un sello: 'SANTIDAD A YAHVÉ'.

37 La sujetarás con un cordón de hilo azul, y estará sobre la mitra. Estará en la parte delantera de la mitra.

38 Estará sobre la frente de Aarón, y Aarón cargará con las faltas cometidas respecto a las cosas santas que los hijos de Israel consagren en todas sus santas ofrendas; y estará siempre en su frente, para que ellos sean aceptados delante de Yahvé.

39 Tejerás a cuadros la túnica de lino fino. Harás una mitra de lino fino y un ceñidor, obra de recamador.

40 "Para los hijos de Aarón harás túnicas; también les harás ceñidores y tiaras, para gloria y hermosura.

41 Se las pondrás a tu hermano Aarón y a sus hijos con él; los ungirás, los consagrarás y los santificarás, para que me sirvan como sacerdotes.

42 Les harás calzoncillos de lino para cubrir su desnudez; les llegarán desde la cintura hasta los muslos.

43 Estarán sobre Aarón y sobre sus hijos cuando entren en la Tienda del Encuentro, o cuando se acerquen al altar para servir en el Lugar Santo, para que no incurran en culpa y mueran. Este será un estatuto perpetuo para él y para su descendencia."

Capítulo 29

1 "Esto es lo que harás con ellos para consagrarlos, a fin de que me sirvan como
sacerdotes: toma un novillo y dos carneros sin defecto;

2 panes sin levadura, tortas sin levadura amasadas con aceite, y hojaldres sin leva-
dura untados con aceite. Los harás de flor de harina de trigo.

3 Los pondrás en un canastillo y los presentarás en el canastillo, junto con el novi-
llo y los dos carneros.

4 Llevarás a Aarón y a sus hijos a la entrada de la Tienda del Encuentro, y los la-
varás con agua.

5 Tomarás las vestiduras y vestirás a Aarón con la túnica, el manto del efod, el
efod y el pectoral, y lo ceñirás con el cinto hábilmente tejido del efod.

6 Pondrás la mitra sobre su cabeza, y sobre la mitra colocarás la diadema santa.

7 Luego tomarás el aceite de la unción, lo derramarás sobre su cabeza y lo ungirás.

8 Harás que se acerquen sus hijos y les pondrás las túnicas.

9 Les ceñirás los cinturones a Aarón y a sus hijos, y les atarás las tiaras. Y tendrán
el sacerdocio por estatuto perpetuo. Así consagrarás a Aarón y a sus hijos.

10 "Llevarás el novillo delante de la Tienda del Encuentro, y Aarón y sus hijos im-
pondrán sus manos sobre la cabeza del novillo.

11 Matarás el novillo delante de Yahvé, a la entrada de la Tienda del Encuentro.

12 Tomarás de la sangre del novillo y la pondrás con tu dedo sobre los cuernos del
altar, y derramarás el resto de la sangre al pie del altar.

13 Tomarás toda la grasa que cubre los intestinos, el lóbulo del hígado, los dos ri-
ñones y la grasa que está sobre ellos, y los quemarás sobre el altar.

14 Pero la carne del novillo, su piel y su estiércol los quemarás al fuego fuera del
campamento. Es un sacrificio por el pecado.

15 “También tomarás uno de los carneros, y Aarón y sus hijos impondrán sus manos sobre la cabeza del carnero.

16 Matarás el carnero, tomarás su sangre y la rociarás alrededor del altar.

17 Cortarás el carnero en pedazos, lavarás sus intestinos y sus patas, y los pondrás junto con sus pedazos y con su cabeza.

18 Y quemarás todo el carnero sobre el altar: es un holocausto para Yahvé; es un aroma agradable, una ofrenda encendida para Yahvé.

19 “Luego tomarás el otro carnero, y Aarón y sus hijos impondrán sus manos sobre la cabeza del carnero.

20 Matarás el carnero, tomarás un poco de su sangre y la pondrás sobre el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, sobre el lóbulo de la oreja derecha de sus hijos, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el pulgar de su pie derecho; y rociarás el resto de la sangre alrededor del altar.

21 Tomarás de la sangre que está sobre el altar, y del aceite de la unción, y rociarás sobre Aarón y sobre sus vestiduras, y sobre sus hijos y sobre las vestiduras de sus hijos con él. Así él será santificado, junto con sus vestiduras, sus hijos, y las vestiduras de sus hijos.

22 Tomarás también la grasa del carnero, la cola gorda, la grasa que cubre los intestinos, el lóbulo del hígado, los dos riñones, la grasa que hay en ellos y la espaldilla derecha (porque es el carnero de la consagración),

23 junto con un pan, una torta de pan amasado con aceite y un hojaldre del canastillo de los panes sin levadura que está delante de Yahvé.

24 Pondrás todo esto en las manos de Aarón y en las manos de sus hijos, y lo mecerás como ofrenda mecida delante de Yahvé.

25 Después lo tomarás de sus manos y lo harás arder en el altar, sobre el holocausto, como aroma agradable delante de Yahvé; es una ofrenda encendida para Yahvé.

26 "Tomarás el pecho del carnero de las consagraciones, que es de Aarón, y lo mecerás como ofrenda mecida delante de Yahvé; y esa será tu porción.

27 Santificarás el pecho de la ofrenda mecida y la espaldilla de la ofrenda elevada, lo que fue mecido y lo que fue elevado del carnero de las consagraciones, tanto lo que corresponde a Aarón como lo que corresponde a sus hijos.

28 Esto pertenecerá a Aarón y a sus hijos como porción perpetua de parte de los hijos de Israel, porque es una ofrenda elevada. Será una ofrenda elevada de los hijos de Israel, de sus sacrificios de paz, su ofrenda elevada a Yahvé.

29 "Las vestiduras sagradas de Aarón serán para sus hijos después de él, para ser ungidos con ellas y para ser consagrados con ellas.

30 Durante siete días las vestirá el sacerdote que de entre sus hijos le suceda, cuando entre en la Tienda del Encuentro para ministrar en el Lugar Santo.

31 "Tomarás el carnero de las consagraciones y cocerás su carne en un lugar sagrado.

32 Aarón y sus hijos comerán la carne del carnero y el pan que está en el canastillo, a la entrada de la Tienda del Encuentro.

33 Comerán aquellas cosas con las que se hizo expiación para consagrarlos y santificarlos; pero ningún extraño comerá de ellas, porque son sagradas.

34 Si sobra algo de la carne de las consagraciones, o del pan, hasta la mañana, quemarás los restos al fuego. No se comerá, porque es sagrado.

35 "Así harás con Aarón y con sus hijos, conforme a todo lo que te he mandado. Los consagrarás durante siete días.

36 Cada día ofrecerás un novillo como sacrificio por el pecado para las expiaciones. Purificarás el altar al hacer expiación por él, y lo ungirás para santificarlo.

37 Durante siete días harás expiación por el altar y lo santificarás; así el altar será santísimo. Todo lo que toque el altar será santificado.

38 “Esto es lo que ofrecerás sobre el altar: dos corderos de un año, cada día, continuamente.

39 Ofrecerás un cordero por la mañana, y el otro cordero lo ofrecerás al atardecer.

40 Con el primer cordero ofrecerás la décima parte de un efa de flor de harina mezclada con la cuarta parte de un hin de aceite de olivas machacadas, y la cuarta parte de un hin de vino como libación.

41 El otro cordero lo ofrecerás al atardecer, y harás con él conforme a la ofrenda de la mañana y conforme a su libación, como aroma agradable, una ofrenda encendida a Yahvé.

42 Este será el holocausto continuo por vuestras generaciones, a la entrada de la Tienda del Encuentro, delante de Yahvé, donde me encontraré con vosotros para hablarte allí.

43 Allí me reuniré con los hijos de Israel, y el lugar será santificado por mi gloria.

44 Santificaré la Tienda del Encuentro y el altar. También santificaré a Aarón y a sus hijos para que me sirvan como sacerdotes.

45 Habitaré entre los hijos de Israel y seré su Dios.

46 Y sabrán que yo soy Yahvé, su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto para habitar en medio de ellos: yo soy Yahvé, su Dios.

Capítulo 30

1 «Harás un altar para quemar el incienso; lo harás de madera de acacia.

2 Su longitud será de un codo, y su anchura de un codo. Será cuadrado, y su altura será de dos codos. Sus cuernos formarán una sola pieza con él.

3 Lo recubrirás de oro puro: su parte superior, sus lados en derredor y sus cuernos; y le harás una moldura de oro alrededor.

4 Le harás dos argollas de oro por debajo de su moldura; en sus dos esquinas, a ambos lados, las harás, para meter por ellas las varas con las que será transportado.

5 Harás las varas de madera de acacia y las recubrirás de oro.

6 Lo pondrás delante del velo que está junto al arca del Testimonio, delante del propiciatorio que está sobre el Testimonio, donde me encontraré contigo.

7 Aarón quemará sobre él incienso aromático; lo quemará cada mañana cuando prepare las lámparas.

8 Y cuando Aarón encienda las lámparas al atardecer, quemará el incienso; será un incienso continuo delante de Yahvé por vuestras generaciones.

9 No ofreceréis sobre él incienso extraño, ni holocausto, ni ofrenda de cereal; ni derramaréis sobre él libación alguna.

10 Una vez al año, Aarón hará expiación sobre los cuernos de este altar. Con la sangre del sacrificio por el pecado de las expiaciones, una vez al año hará expiación sobre él a lo largo de vuestras generaciones. Será santísimo para Yahvé».

11 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

12 "Cuando hagas el censo de los hijos de Israel para empadronarlos, cada uno dará a Yahvé un rescate por su vida al ser empadronado, para que no haya plaga entre ellos al contarlos.

13 Esto dará todo el que sea incluido en el censo: medio siclo, conforme al siclo del santuario (el siclo es de veinte geras). Este medio siclo será la ofrenda a Yahvé.

14 Todo el que sea incluido en el censo, de veinte años en adelante, dará esta ofrenda a Yahvé.

15 El rico no dará más, y el pobre no dará menos del medio siclo, cuando deis la ofrenda a Yahvé para hacer expiación por vuestras vidas.

16 Tomarás el dinero de las expiaciones de los hijos de Israel y lo destinarás al servicio de la Tienda del Encuentro, para que sea un memorial de los hijos de Israel delante de Yahvé, para hacer expiación por vuestras vidas."

17 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

18 "Harás también una pila de bronce, con su basa de bronce, para lavarse. La pondrás entre la Tienda del Encuentro y el altar, y echarás agua en ella.

19 Aarón y sus hijos se lavarán en ella las manos y los pies.

20 Cuando entren en la Tienda del Encuentro, se lavarán con agua, para no morir; de igual manera cuando se acerquen al altar para ministrar, para quemar una ofrenda encendida a Yahvé.

21 Se lavarán las manos y los pies para no morir. Esto les será por estatuto perpetuo, a él y a su descendencia por sus generaciones."

22 Además, Yahvé habló a Moisés, diciendo:

23 "Toma también las mejores especias: de mirra líquida, quinientos siclos; de canela aromática la mitad, es decir, doscientos cincuenta; de cálamo aromático, doscientos cincuenta;

24 de casia, quinientos, según el siclo del santuario; y un hin de aceite de oliva.

25 Con ello harás el aceite de la santa unción, un ungüento compuesto según el arte del perfumista. Este será el aceite de la santa unción.

26 Con él ungirás la Tienda del Encuentro, el arca del Testimonio,

27 la mesa y todos sus utensilios, el candelabro y sus utensilios, el altar del incienso,

28 el altar del holocausto con todos sus utensilios, y la pila con su basa.

29 Los consagrarás, y serán santísimos. Todo lo que los toque será santificado.

30 Ungirás a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que me sirvan como sacerdotes.

31 Y hablarás a los hijos de Israel, diciendo: 'Este será mi aceite de la santa unción a lo largo de vuestras generaciones.

32 No se derramará sobre el cuerpo de ningún hombre, ni haréis otro igual con la misma composición. Es santo, y por santo lo tendréis vosotros.

33 Cualquiera que componga un ungüento semejante, o que ponga de él sobre un extraño, será excluido de su pueblo'".

34 Yahvé dijo a Moisés: "Toma especias aromáticas: estacte, uña aromática y gálbano aromático, junto con incienso puro. Habrá la misma cantidad de cada una.

35 Harás con ello incienso, un perfume según el arte del perfumista, bien mezclado, puro y santo.

36 Molerás una parte de él hasta hacerlo polvo muy fino, y lo pondrás delante del Testimonio en la Tienda del Encuentro, donde me encontraré contigo. Será para vosotros santísimo.

37 En cuanto al incienso que haréis, no lo haréis para vosotros según su composición; lo tendréis por cosa consagrada a Yahvé.

38 Cualquiera que haga otro semejante para disfrutar de su aroma, será excluido de su pueblo."

Capítulo 31

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Mira, he llamado por su nombre a Bezalel, hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá.

3 Lo he llenado del Espíritu de Dios, de sabiduría, de inteligencia, de conocimiento y de toda clase de habilidad,

4 para concebir diseños artísticos, para trabajar en oro, en plata y en bronce,

5 y en el tallado de piedras para engastar, y en el tallado de madera, para trabajar en toda clase de artesanía.

6 Y he aquí que yo mismo he designado con él a Aholiab, hijo de Ahisamac, de la tribu de Dan; y he puesto sabiduría en el corazón de todo artesano experto, para que hagan todo lo que te he mandado:

7 la Tienda del Encuentro, el arca del Testimonio, el propiciatorio que está sobre ella, todo el mobiliario de la Tienda,

8 la mesa y sus utensilios, el candelabro de oro puro con todos sus utensilios, el altar del incienso,

9 el altar del holocausto con todos sus utensilios, la pila y su basa,

10 las vestiduras finamente tejidas, las vestiduras sagradas para el sacerdote Aarón y las vestiduras de sus hijos para servir en el oficio sacerdotal,

11 el aceite de la unción y el incienso aromático para el Lugar Santo. Lo harán conforme a todo lo que te he mandado."

12 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

13 "Habla también a los hijos de Israel y diles: 'Ciertamente guardaréis mis días de reposo, porque es una señal entre vosotros y yo por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Yahvé, el que os santifica.

14 Por lo tanto, guardaréis el día de reposo, porque es santo para vosotros. El que lo profane será condenado a muerte; pues cualquiera que haga algún trabajo en él, esa persona será excluida de su pueblo.

15 Seis días se trabajará, pero el séptimo día es día de descanso solemne, consagrado a Yahvé. Cualquiera que haga algún trabajo en el día de reposo será condenado a muerte.

16 Por lo tanto, los hijos de Israel guardarán el día de reposo, celebrándolo a lo largo de sus generaciones como un pacto perpetuo.

17 Es una señal entre los hijos de Israel y yo para siempre; porque en seis días Yahvé hizo los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó de trabajar y descansó'".

18 Cuando terminó de hablar con él en el monte Sinaí, dio a Moisés las dos tablas del Testimonio, tablas de piedra escritas por el dedo de Dios.

Capítulo 32

1 Cuando el pueblo vio que Moisés tardaba en bajar del monte, se reunió alrededor de Aarón y le dijo: "Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque en cuanto a este Moisés, el hombre que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le ha pasado."

2 Aarón les respondió: «Quitad los zarcillos de oro que están en las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras hijas, y traédmelos».

3 Todo el pueblo se quitó los zarcillos de oro que llevaban en las orejas y se los llevaron a Aarón.

4 Él los recibió de sus manos, les dio forma con un buril, y fundió un becerro. Entonces el pueblo exclamó: «¡Estos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto!».

5 Al ver esto, Aarón edificó un altar delante del becerro y proclamó: «Mañana será fiesta para Yahvé».

6 Al día siguiente se levantaron temprano, ofrecieron holocaustos y trajeron sacrificios de paz; luego el pueblo se sentó a comer y a beber, y se levantó a regocijarse.

7 Yahvé dijo a Moisés: "Desciende, porque tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto, se ha corrompido.

8 Se han apartado pronto del camino que yo les mandé. Se han hecho un becerro de fundición, se han postrado ante él, le han ofrecido sacrificios y han dicho: 'Estos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto'".

9 Yahvé dijo a Moisés: «He observado a este pueblo, y he aquí que es un pueblo de dura cerviz.

10 Ahora, pues, déjame actuar; mi ira se encenderá contra ellos y los consumiré. Pero de ti haré una gran nación».

11 Moisés suplicó a Yahvé su Dios, diciendo: "Oh Yahvé, ¿por qué ha de encenderse tu furor contra tu pueblo, al que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte?

12 ¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: 'Para mal los sacó, para matarlos en los montes y para raerlos de la faz de la tierra'? Vuélvete del ardor de tu ira y desiste de hacer este mal a tu pueblo.

13 Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel, tus siervos, a quienes juraste por ti mismo, diciéndoles: 'Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y daré a vuestra descendencia toda esta tierra de la que he hablado, y la heredarán para siempre'".

14 Entonces Yahvé desistió del mal que había dicho que haría a su pueblo.

15 Moisés se volvió y bajó del monte con las dos tablas del Testimonio en su mano; tablas escritas por ambos lados, por un lado y por el otro estaban escritas.

16 Las tablas eran obra de Dios, y la escritura era la escritura de Dios, grabada sobre las tablas.

17 Cuando Josué oyó el clamor del pueblo que gritaba, dijo a Moisés: «Se oye alarido de guerra en el campamento».

18 Y él respondió: «No es clamor de victoria, ni tampoco es clamor de derrota; cantos de celebración es lo que oigo».

19 Aconteció que cuando Moisés llegó al campamento y vio el becerro y las danzas, ardió en ira; arrojó las tablas de sus manos y las quebró al pie del monte.

20 Tomó el becerro que habían hecho, lo quemó en el fuego y lo molió hasta reducirlo a polvo; luego lo esparció sobre el agua y se lo hizo beber a los hijos de Israel.

21 Y Moisés dijo a Aarón: «¿Qué te ha hecho este pueblo, que has traído sobre él un pecado tan grande?»

22 Aarón respondió: "No se encienda la ira de mi señor. Tú bien sabes que este
pueblo es propenso al mal.

23 Me dijeron: 'Haznos dioses que vayan delante de nosotros, porque en cuanto a
este Moisés, el hombre que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le ha
pasado'.

24 Y yo les dije: 'El que tenga oro, que se lo quite'. Me lo dieron, lo eché al fuego, y
salió este becerro".

25 Viendo Moisés que el pueblo estaba desenfrenado (pues Aarón les había permi-
tido desenfrenarse, para burla de sus enemigos),

26 se puso a la entrada del campamento y gritó: «¡El que esté de parte de Yahvé,
únase a mí!». Y se unieron a él todos los hijos de Leví.

27 Él les dijo: "Así dice Yahvé, el Dios de Israel: 'Póngase cada uno la espada al
muslo, y pasad y repasad por el campamento, de puerta en puerta, y mate cada
uno a su hermano, a su amigo y a su pariente'".

28 Los hijos de Leví hicieron conforme a la palabra de Moisés; y cayeron del pue-
blo en aquel día como tres mil hombres.

29 Entonces Moisés dijo: «Hoy os habéis consagrado a Yahvé, cada uno a costa
de su propio hijo y de su hermano, para que él os conceda hoy una bendición».

30 Al día siguiente, Moisés dijo al pueblo: «Vosotros habéis cometido un gran pe-
cado. Pero ahora yo subiré a Yahvé; quizá pueda hacer expiación por vuestro
pecado».

31 Entonces volvió Moisés a Yahvé y le dijo: «Te ruego, oh Dios. Este pueblo ha
cometido un gran pecado al hacerse dioses de oro.

32 Pero ahora, te ruego que perdones su pecado; y si no, bórrame ahora de tu li-
bro que has escrito».

33 Yahvé respondió a Moisés: «Al que haya pecado contra mí, a ese borraré de mi
libro.

34 Ve, pues, ahora, y conduce al pueblo al lugar del que te he hablado; he aquí, mi
ángel irá delante de ti. Pero en el día del castigo, yo los castigaré por su pecado».

35 Y Yahvé castigó al pueblo por lo que hicieron con el becerro que Aarón había
fabricado.

Capítulo 33

1 Yahvé habló a Moisés: "Anda, sube de aquí, tú y el pueblo que has sacado de la
tierra de Egipto, a la tierra de la cual juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo:
'A tu descendencia la daré'.

2 Yo enviaré un ángel delante de ti, y expulsaré al cananeo, al amorreo, al hitita, al
ferezeo, al heveo y al jebuseo.

3 Subid a una tierra que mana leche y miel; pero yo no subiré en medio de voso-
tros, porque sois un pueblo de dura cerviz, no sea que os consuma en el camino."

4 Al oír el pueblo esta mala noticia, hicieron luto, y ninguno se puso sus atavíos.

5 Pues Yahvé había dicho a Moisés: "Di a los hijos de Israel: 'Vosotros sois un
pueblo de dura cerviz. Si yo subiera en medio de vosotros por un solo momento,
os consumiría. Por tanto, quitaos ahora vuestros atavíos, para que yo sepa qué
hacer con vosotros'".

6 Así los hijos de Israel se despojaron de sus atavíos desde el monte Horeb en
adelante.

7 Moisés acostumbraba tomar la tienda y levantarla fuera del campamento, a
buena distancia de él, y la llamaba la «Tienda del Encuentro». Y sucedía que todo
el que buscaba a Yahvé, salía a la Tienda del Encuentro que estaba fuera del
campamento.

8 Cuando Moisés salía hacia la Tienda, todo el pueblo se levantaba y se mantenía
en pie, cada uno a la entrada de su propia tienda, y seguían a Moisés con la mi-
rada hasta que él entraba en la Tienda.

9 Cuando Moisés entraba en la Tienda, la columna de nube descendía y se posaba
a la entrada de la Tienda, y Yahvé hablaba con Moisés.

10 Al ver todo el pueblo que la columna de nube se posaba a la entrada de la
Tienda, todo el pueblo se levantaba y adoraba, cada cual a la entrada de su tienda.

11 Y Yahvé hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su
amigo. Luego Moisés volvía al campamento, pero su joven ayudante Josué, hijo
de Nun, no se apartaba de la Tienda.

12 Moisés dijo a Yahvé: "Mira, tú me dices: 'Haz subir a este pueblo', pero no me
has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, has dicho: 'Te conozco
por tu nombre, y has hallado gracia a mis ojos'.

13 Ahora, pues, si he hallado gracia a tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu
camino, para que te conozca y halle gracia a tus ojos; y considera que esta nación
es tu pueblo."

14 Y Yahvé le respondió: «Mi presencia irá contigo, y te daré descanso».

15 Moisés le dijo: "Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos hagas salir de aquí.

16 Pues, ¿en qué se conocerá aquí que he hallado gracia a tus ojos, yo y tu pueblo?
¿No es acaso en que tú andes con nosotros, para que nosotros, yo y tu pueblo,
seamos apartados de todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra?"

17 Yahvé dijo a Moisés: "También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado
gracia a mis ojos y te conozco por tu nombre."

18 Entonces Moisés dijo: «Te ruego que me muestres tu gloria».

19 Y él le respondió: «Yo haré pasar toda mi bondad delante de tu rostro, y procla-
maré el nombre de Yahvé delante de ti. Tendré misericordia del que tendré miseri-
cordia, y seré clemente con el que seré clemente».

20 Y añadió: "No podrás ver mi rostro, porque ningún hombre podrá verme y se-
guir viviendo."

21 Dijo además Yahvé: "He aquí, hay un lugar junto a mí, y tú te pondrás sobre la peña.

22 Y sucederá que cuando pase mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado;

23 después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; pero no se verá mi rostro."

Capítulo 34

1 Yahvé dijo a Moisés: «Lábrate dos tablas de piedra como las primeras, y yo escribiré sobre estas tablas las palabras que estaban en las primeras tablas que rompiste.

2 Prepárate, pues, para mañana, y sube por la mañana al monte Sinaí, y preséntate allí ante mí en la cumbre del monte.

3 Y que no suba nadie contigo, ni se vea a nadie en todo el monte; ni siquiera ovejas ni bueyes pasten delante de ese monte».

4 Moisés labró dos tablas de piedra como las primeras; se levantó de madrugada y subió al monte Sinaí, como Yahvé le había mandado, llevando en su mano las dos tablas de piedra.

5 Y Yahvé descendió en la nube, y se detuvo allí junto a él, y proclamó el nombre de Yahvé.

6 Y pasando Yahvé por delante de él, proclamó: «¡Yahvé! ¡Yahvé! Dios misericordioso y clemente, lento para la ira y grande en misericordia y verdad,

7 que guarda la misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al culpable; que castiga la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación.»

8 Entonces Moisés se apresuró a inclinar la cabeza hacia la tierra y adoró.

9 Y dijo: "Si ahora he hallado gracia a tus ojos, oh Yahvé, te ruego que Yahvé vaya en medio de nosotros, aunque este sea un pueblo de dura cerviz; perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado, y tómanos como tu heredad."

10 Y él respondió: "He aquí, yo hago un pacto: delante de todo tu pueblo haré maravillas que no se han hecho en toda la tierra, ni en ninguna nación; y todo el pueblo en medio del cual habitas verá la obra de Yahvé, porque será cosa temible la que yo haré contigo.

11 Guarda lo que yo te mando hoy. He aquí que yo expulso de delante de ti al amorreo, al cananeo, al hitita, al ferezeo, al heveo y al jebuseo.

12 Guárdate de hacer pacto con los habitantes de la tierra a la cual has de entrar, no sea que se conviertan en tropezadero en medio de ti;

13 sino que destruiréis sus altares, haréis pedazos sus estatuas y cortaréis sus imágenes de Asera;

14 porque no te postrarás ante ningún otro dios, pues Yahvé, cuyo nombre es Celoso, es un Dios celoso.

15 "No hagas pacto con los habitantes de la tierra, no sea que se prostituyan tras sus dioses y ofrezcan sacrificios a sus dioses, y te inviten, y comas de sus sacrificios;

16 y tomes de sus hijas para tus hijos, y al prostituirse sus hijas tras sus dioses, hagan que tus hijos también se prostituyan tras los dioses de ellas.

17 "No te harás dioses de fundición.

18 "Guardarás la fiesta de los panes sin levadura. Siete días comeréis panes sin levadura, como te he mandado, en el tiempo señalado del mes de Abib; porque en el mes de Abib saliste de Egipto.

19 "Todo primer nacido que abra la matriz es mío; y de todo tu ganado, todo primerizo, macho de vaca o de oveja.

20 Pero el primerizo de asno lo redimirás con un cordero; y si no lo redimes, le quebrarás el cuello. Redimirás a todo primogénito de tus hijos. Y nadie se presentará ante mí con las manos vacías.

21 "Seis días trabajarás, pero en el séptimo día descansarás; aun en el tiempo de la siembra y de la siega, descansarás.

22 "Celebrarás la fiesta de las semanas, la de las primicias de la siega del trigo, y la fiesta de la recolección al terminar el año.

23 Tres veces al año se presentarán todos vuestros varones delante de Yahvé el Señor, Dios de Israel.

24 Porque yo expulsaré a las naciones de tu presencia, y ensancharé tus fronteras; y nadie codiciará tu tierra cuando subas para presentarte delante de Yahvé, tu Dios, tres veces al año.

25 "No ofrecerás la sangre de mi sacrificio junto con pan leudado, ni se dejará para la mañana el sacrificio de la fiesta de la Pascua.

26 "Llevarás las primicias de los primeros frutos de tu tierra a la casa de Yahvé, tu Dios. «No cocerás el cabrito en la leche de su madre».

27 Y Yahvé dijo a Moisés: «Escribe tú estas palabras, porque conforme a estas palabras he hecho un pacto contigo y con Israel».

28 Y estuvo allí con Yahvé cuarenta días y cuarenta noches; no comió pan ni bebió agua. Y escribió en las tablas las palabras del pacto, los Diez Mandamientos.

29 Y aconteció que cuando Moisés descendió del monte Sinaí con las dos tablas del Testimonio en su mano, al bajar del monte, Moisés no sabía que la piel de su rostro resplandecía por haber hablado con Dios.

30 Cuando Aarón y todos los hijos de Israel miraron a Moisés, he aquí que la piel de su rostro resplandecía, y tuvieron miedo de acercarse a él.

31 Entonces Moisés los llamó, y Aarón y todos los jefes de la congregación volvieron a él; y Moisés les habló.

32 Después se acercaron todos los hijos de Israel, y él les ordenó todas las cosas que Yahvé había hablado con él en el monte Sinaí.

33 Cuando Moisés terminó de hablar con ellos, se puso un velo sobre el rostro.

34 Pero cuando Moisés entraba delante de Yahvé para hablar con él, se quitaba el velo hasta que salía; y al salir, decía a los hijos de Israel lo que se le había mandado.

35 Y los hijos de Israel veían que la piel del rostro de Moisés resplandecía; y Moisés volvía a poner el velo sobre su rostro, hasta que entraba a hablar de nuevo con Dios.

Capítulo 35

1 Moisés reunió a toda la congregación de los hijos de Israel y les dijo: "Estas son las cosas que Yahvé ha mandado que hagáis:

2 'Seis días se trabajará, pero el séptimo día os será santo, día de descanso solemne para Yahvé; cualquiera que haga alguna obra en él, morirá.

3 No encenderéis fuego en ninguna de vuestras moradas en el día de reposo'".

4 Moisés habló a toda la congregación de los hijos de Israel, diciendo: "Esto es lo que ha mandado Yahvé:

5 'Tomad de entre vosotros una ofrenda para Yahvé. Todo aquel de corazón generoso la traerá como ofrenda a Yahvé: oro, plata, bronce,

6 tela azul, púrpura, escarlata, lino fino, pelo de cabra,

7 pieles de carnero teñidas de rojo, pieles de tejón, madera de acacia,

8 aceite para el alumbrado, especias aromáticas para el aceite de la unción y para el incienso aromático,

9 piedras de ónice y piedras de engaste para el efod y para el pectoral.

10 'Que vengan todos los sabios de corazón de entre vosotros y hagan todo lo que Yahvé ha mandado:

11 el tabernáculo, su tienda, su cubierta, sus corchetes, sus tablas, sus travesaños, sus columnas y sus basas;

12 el arca y sus varas, el propiciatorio y el velo de separación;

13 la mesa con sus varas y todos sus utensilios, y el pan de la Presencia;

14 el candelabro para el alumbrado, con sus utensilios, sus lámparas y el aceite para la luz;

15 el altar del incienso con sus varas, el aceite de la unción, el incienso aromático y la cortina de la puerta a la entrada del tabernáculo;

16 el altar del holocausto con su enrejado de bronce, sus varas y todos sus utensilios, la pila y su basa;

17 las cortinas del atrio, sus columnas, sus basas y la cortina para la puerta del atrio;

18 las estacas del tabernáculo, las estacas del atrio y sus cuerdas;

19 las vestiduras finamente tejidas para ministrar en el Lugar Santo, las vestiduras sagradas para el sacerdote Aarón, y las vestiduras de sus hijos para servir en el sacerdocio'".

20 Toda la congregación de los hijos de Israel se retiró de la presencia de Moisés.

21 Y vino todo aquel a quien su corazón impulsó, y todo aquel a quien su espíritu le dio voluntad, y trajeron la ofrenda de Yahvé para la obra de la Tienda del Encuentro, para todo su servicio y para las vestiduras sagradas.

22 Vinieron tanto hombres como mujeres, todos los de corazón generoso, y trajeron broches, zarcillos, anillos y brazaletes, toda clase de joyas de oro; todo aquel que ofreció una ofrenda de oro a Yahvé la trajo.

23 Todo el que tenía tela azul, púrpura, escarlata, lino fino, pelo de cabra, pieles de carnero teñidas de rojo o pieles de tejón, lo trajo.

24 Todo el que podía ofrecer una ofrenda de plata o de bronce trajo la ofrenda a Yahvé; y todo el que tenía madera de acacia para cualquier obra del servicio, la trajo.

25 Todas las mujeres sabias de corazón hilaron con sus manos, y trajeron lo que habían hilado: el hilo azul, la púrpura, la escarlata y el lino fino.

26 Y todas las mujeres cuyo corazón las impulsó a usar su habilidad hilaron el pelo de cabra.

27 Los jefes trajeron las piedras de ónice y las piedras de engaste para el efod y para el pectoral,

28 junto con las especias y el aceite para el alumbrado, para el aceite de la unción y para el incienso aromático.

29 Todos los hijos de Israel, tanto hombres como mujeres, cuyo corazón los movió a traer algo para toda la obra que Yahvé había mandado hacer por medio de Moisés, trajeron una ofrenda voluntaria a Yahvé.

30 Moisés dijo a los hijos de Israel: "Mirad, Yahvé ha llamado por su nombre a Bezalel, hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá;

31 y lo ha llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría, inteligencia, conocimiento y en toda clase de arte,

32 para concebir diseños artísticos, para trabajar en oro, en plata y en bronce,

33 en el tallado de piedras para engastar, y en el tallado de madera, a fin de realizar toda clase de obra ingeniosa.

34 Además, ha puesto en su corazón el don de enseñar, tanto a él como a Aholiab, hijo de Ahisamac, de la tribu de Dan.

35 Los ha llenado de sabiduría de corazón para hacer toda clase de obra de grabador, de artífice experto y de recamador en hilo azul, púrpura, escarlata y lino fino, así como de tejedor; para hacer cualquier labor e idear diseños artísticos.

Capítulo 36

1 "Bezalel y Aholiab trabajarán, pues, con todo hombre sabio de corazón a quien Yahvé haya dado sabiduría e inteligencia para saber cómo ejecutar toda la obra del servicio del santuario, conforme a todo lo que Yahvé ha mandado."

2 Y Moisés llamó a Bezalel, a Aholiab y a todo hombre sabio de corazón, en cuyo corazón Yahvé había puesto sabiduría; a todo aquel cuyo corazón le impulsó a acercarse a la obra para realizarla.

3 Y tomaron de delante de Moisés toda la ofrenda que los hijos de Israel habían traído para la obra del servicio del santuario, a fin de llevarla a cabo. Y el pueblo seguía trayéndole ofrendas voluntarias cada mañana.

4 Entonces todos los artesanos expertos que hacían toda la obra del santuario, dejaron cada cual el trabajo que estaban haciendo,

5 y hablaron a Moisés, diciendo: "El pueblo trae mucho más de lo necesario para el servicio de la obra que Yahvé ha mandado hacer."

6 Moisés dio la orden, y la hicieron pregonar por todo el campamento, diciendo: «Que ni hombre ni mujer haga más obra para la ofrenda del santuario». Así se impidió que el pueblo trajera más;

7 porque el material que tenían era suficiente para hacer toda la obra, e incluso sobraba.

8 Todos los sabios de corazón de entre los que hacían la obra, hicieron el tabernáculo de diez cortinas de lino fino torcido, y tela azul, púrpura y escarlata; las hicieron con querubines, obra de un hábil artífice.

9 La longitud de cada cortina era de veintiocho codos, y la anchura de cada cortina de cuatro codos. Todas las cortinas tenían una misma medida.

10 Unió cinco cortinas entre sí, y las otras cinco cortinas también las unió entre sí.

11 Hizo presillas de color azul en el borde de la cortina que estaba en el extremo de la primera unión. De igual manera lo hizo en el borde de la cortina que estaba en el extremo de la segunda unión.

12 Hizo cincuenta presillas en la primera cortina, y cincuenta presillas en el borde de la cortina que estaba en la segunda unión. Las presillas se correspondían la una con la otra.

13 Hizo además cincuenta corchetes de oro, y unió las cortinas entre sí con los corchetes; así el tabernáculo formó una unidad.

14 Hizo también cortinas de pelo de cabra a modo de tienda sobre el tabernáculo; hizo once cortinas.

15 La longitud de cada cortina era de treinta codos, y la anchura de cada cortina de cuatro codos. Las once cortinas tenían una misma medida.

16 Unió cinco cortinas por un lado, y las otras seis cortinas por el otro.

17 Hizo cincuenta presillas en el borde de la cortina que estaba en el extremo de la primera unión, e hizo cincuenta presillas en el borde de la cortina de la segunda unión.

18 Hizo cincuenta corchetes de bronce para unir la tienda, de modo que fuera una sola pieza.

19 Hizo una cubierta para la tienda de pieles de carnero teñidas de rojo, y por encima, una cubierta de pieles de tejón.

20 Hizo para el tabernáculo tablas de madera de acacia, puestas de pie.

21 Diez codos era la longitud de cada tabla, y codo y medio la anchura de cada tabla.

22 Cada tabla tenía dos espigas para unirlas la una con la otra. Así hizo con todas las tablas del tabernáculo.

23 Hizo, pues, las tablas para el tabernáculo: veinte tablas para el lado sur.

24 Y fabricó cuarenta basas de plata debajo de las veinte tablas: dos basas debajo de una tabla para sus dos espigas, y dos basas debajo de la siguiente tabla para sus dos espigas.

25 Para el segundo lado del tabernáculo, al lado norte, hizo veinte tablas,

26 con sus cuarenta basas de plata: dos basas debajo de una tabla y dos basas debajo de la otra tabla.

27 Para la parte posterior del tabernáculo, hacia el occidente, hizo seis tablas.

28 Hizo además dos tablas para las esquinas del tabernáculo en la parte posterior.

29 Estaban unidas por debajo, y de la misma manera se unían por arriba, hasta la primera argolla. Así hizo con ambas tablas en las dos esquinas.

30 Eran en total ocho tablas, con sus basas de plata, dieciséis basas; había dos basas debajo de cada tabla.

31 Hizo travesaños de madera de acacia: cinco para las tablas de un lado del tabernáculo,

32 cinco travesaños para las tablas del otro lado del tabernáculo, y cinco travesaños para las tablas de la parte posterior del tabernáculo, hacia el occidente.

33 E hizo que el travesaño central pasara por en medio de las tablas, de un extremo al otro.

34 Recubrió las tablas de oro, hizo sus argollas de oro para pasar los travesaños, y recubrió los travesaños de oro.

35 Hizo el velo de color azul, púrpura, escarlata y lino fino torcido; lo hizo con querubines, obra de un hábil artífice.

36 Le hizo cuatro columnas de acacia y las recubrió de oro. Sus capiteles eran de oro, y fundió para ellas cuatro basas de plata.

37 Hizo una cortina para la entrada de la tienda, de color azul, púrpura, escarlata y lino fino torcido, obra de recamador;

38 con sus cinco columnas y sus ganchos. Recubrió de oro sus capiteles y molduras, y sus cinco basas eran de bronce.

Capítulo 37

1 Bezalel hizo el arca de madera de acacia. Su longitud era de dos codos y medio, su anchura de codo y medio, y su altura de codo y medio.

2 La recubrió de oro puro por dentro y por fuera, y le hizo una moldura de oro alrededor.

3 Fundió para ella cuatro argollas de oro y las puso en sus cuatro patas: dos argollas en un lado y dos argollas en el otro lado.

4 Hizo varas de madera de acacia y las recubrió de oro.

5 Metió las varas por las argollas a los lados del arca, para transportarla.

6 Hizo un propiciatorio de oro puro. Su longitud era de dos codos y medio, y su anchura de codo y medio.

7 Hizo dos querubines de oro; los hizo labrados a martillo, en los dos extremos del propiciatorio:

8 un querubín en un extremo, y otro querubín en el otro extremo. Hizo los querubines de una sola pieza con el propiciatorio, en sus dos extremos.

9 Los querubines extendían sus alas por encima, cubriendo el propiciatorio con sus alas, y sus rostros estaban el uno frente al otro. Los rostros de los querubines miraban hacia el propiciatorio.

10 Hizo la mesa de madera de acacia. Su longitud era de dos codos, su anchura de un codo y su altura de codo y medio.

11 La recubrió de oro puro y le hizo una moldura de oro alrededor.

12 Le hizo un reborde de un palmo de ancho a su alrededor, e hizo una moldura de oro alrededor del reborde.

13 Le fundió cuatro argollas de oro y las puso en las cuatro esquinas que correspondían a sus cuatro patas.

14 Las argollas estaban cerca del reborde, para servir de asideros a las varas con las que se transportaba la mesa.

15 Hizo las varas de madera de acacia y las recubrió de oro, para llevar la mesa.

16 Hizo de oro puro los utensilios que habían de estar sobre la mesa: sus platos, sus cucharas, sus tazones y sus jarros para derramar las libaciones.

17 Hizo el candelabro de oro puro. Hizo el candelabro labrado a martillo. Su base, su fuste, sus copas, sus cálices y sus flores eran de una sola pieza con él.

18 Salían seis brazos de sus lados: tres brazos del candelabro de un lado, y tres brazos del candelabro del otro lado.

19 Había tres copas en forma de flor de almendro en un brazo, con un cáliz y una flor, y tres copas en forma de flor de almendro en el otro brazo, con un cáliz y una flor; así para los seis brazos que salían del candelabro.

20 En el fuste del candelabro había cuatro copas en forma de flor de almendro, con sus cálices y sus flores:

21 un cáliz debajo de un par de brazos de la misma pieza, un cáliz debajo del segundo par de brazos de la misma pieza, y un cáliz debajo del tercer par de brazos de la misma pieza, para los seis brazos que salían de él.

22 Sus cálices y sus brazos eran de una sola pieza con él. Todo el conjunto era una sola pieza labrada a martillo, de oro puro.

23 Hizo sus siete lámparas, sus despabiladeras y sus platillos de oro puro.

24 Lo hizo de un talento de oro puro, junto con todos sus utensilios.

25 Hizo el altar del incienso de madera de acacia. Era cuadrado: su longitud era de un codo y su anchura de un codo. Su altura era de dos codos. Sus cuernos formaban una sola pieza con él.

26 Lo recubrió de oro puro: su parte superior, sus lados en derredor y sus cuernos. Y le hizo una moldura de oro alrededor.

27 Le hizo dos argollas de oro por debajo de su moldura, en sus dos esquinas, a ambos lados, para pasar por ellas las varas con las que se había de transportar.

28 Hizo las varas de madera de acacia y las recubrió de oro.

29 Hizo también el aceite santo de la unción y el incienso puro de especias aromáticas, obra de perfumista.

Capítulo 38

1 Hizo el altar del holocausto de madera de acacia. Era cuadrado. Su longitud era de cinco codos, su anchura de cinco codos, y su altura de tres codos.

2 Hizo sus cuernos en sus cuatro esquinas; sus cuernos formaban una sola pieza con él, y lo recubrió de bronce.

3 Hizo todos los utensilios del altar: los recipientes para las cenizas, las palas, los tazones, los tenedores y los braseros. Hizo todos sus utensilios de bronce.

4 Hizo para el altar un enrejado de bronce en forma de red, y lo puso por debajo del borde del altar, de modo que llegara hasta la mitad.

5 Fundió cuatro argollas para las cuatro esquinas del enrejado de bronce, para pasar las varas.

6 Hizo las varas de madera de acacia y las recubrió de bronce.

7 Metió las varas por las argollas a los lados del altar, para transportarlo con ellas. Lo hizo hueco, de tablas.

8 Hizo la pila de bronce y su basa de bronce, utilizando los espejos de las mujeres que servían a la entrada de la Tienda del Encuentro.

9 Hizo el atrio: del lado sur, las cortinas del atrio eran de lino fino torcido, de cien codos de largo;

10 sus columnas eran veinte, con sus veinte basas de bronce; los capiteles de las columnas y sus molduras eran de plata.

11 Del lado norte, las cortinas eran de cien codos; sus columnas eran veinte, con sus veinte basas de bronce; los capiteles de las columnas y sus molduras eran de plata.

12 Del lado occidental, las cortinas eran de cincuenta codos, con sus diez columnas y sus diez basas; los capiteles de las columnas y sus molduras eran de plata.

13 Del lado oriental, hacia la salida del sol, la anchura era de cincuenta codos.

14 Las cortinas a un lado de la entrada eran de quince codos, con sus tres columnas y sus tres basas;

15 y lo mismo para el otro lado. A uno y otro lado de la puerta del atrio había cortinas de quince codos, con sus tres columnas y sus tres basas.

16 Todas las cortinas alrededor del atrio eran de lino fino torcido.

17 Las basas de las columnas eran de bronce, los capiteles de las columnas y sus molduras eran de plata, y el revestimiento de sus cabezas era de plata. Todas las columnas del atrio estaban unidas con varillas de plata.

18 La cortina de la puerta del atrio era obra de recamador, de hilo azul, púrpura, escarlata y lino fino torcido. Su longitud era de veinte codos, y su altura a lo ancho era de cinco codos, en proporción con las cortinas del atrio.

19 Sus columnas eran cuatro, con sus cuatro basas de bronce; sus capiteles eran de plata, y el revestimiento de sus cabezas y sus molduras eran de plata.

20 Todas las estacas del tabernáculo y del atrio en derredor eran de bronce.

21 Este es el inventario de los materiales del tabernáculo, el Tabernáculo del Testimonio, tal como fueron contados por mandato de Moisés, para el servicio de los levitas, bajo la dirección de Itamar, hijo del sacerdote Aarón.

22 Bezalel, hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá, hizo todo lo que Yahvé mandó a Moisés.

23 Con él estaba Aholiab, hijo de Ahisamac, de la tribu de Dan, hábil artesano, diseñador y recamador en hilo azul, púrpura, escarlata y lino fino.

24 Todo el oro que se utilizó en la obra, en toda la obra del santuario, el oro de la ofrenda, fue de veintinueve talentos y setecientos treinta siclos, según el siclo del santuario.

25 La plata de los empadronados de la congregación fue de cien talentos y mil setecientos setenta y cinco siclos, según el siclo del santuario:

26 un becá por cabeza, es decir, medio siclo, según el siclo del santuario, por cada uno de los que fueron censados de veinte años para arriba, que fueron seiscientos tres mil quinientos cincuenta hombres.

27 Los cien talentos de plata se emplearon para fundir las basas del santuario y las basas del velo: cien basas por los cien talentos, un talento por basa.

28 De los mil setecientos setenta y cinco siclos de plata, hizo los ganchos para las columnas, recubrió sus capiteles e hizo sus molduras.

29 El bronce de la ofrenda fue de setenta talentos y dos mil cuatrocientos siclos.

30 Con él hizo las basas de la puerta de la Tienda del Encuentro, el altar de bronce, su enrejado de bronce y todos los utensilios del altar,

31 las basas alrededor del atrio, las basas de la puerta del atrio, todas las estacas del tabernáculo y todas las estacas del atrio en derredor.

Capítulo 39

1 De hilo azul, púrpura y escarlata hicieron las vestiduras finamente tejidas para ministrar en el Lugar Santo. Así hicieron las vestiduras sagradas para Aarón, como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

2 Hizo el efod de oro, hilo azul, púrpura, escarlata y lino fino torcido.

3 Batieron el oro en láminas finas y las cortaron en hilos, para entretejerlos con el azul, la púrpura, la escarlata y el lino fino, obra de hábil artesano.

4 Le hicieron hombreras que se unían entre sí; se unía por sus dos extremos.

5 El cinto hábilmente tejido que llevaba encima formaba una sola pieza con él y era de la misma obra: de oro, hilo azul, púrpura, escarlata y lino fino torcido, como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

6 Prepararon las piedras de ónice montadas en engastes de oro, grabadas como se graba un sello, con los nombres de los hijos de Israel.

7 Las puso sobre las hombreras del efod, como piedras de memoria para los hijos de Israel, tal como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

8 Hizo el pectoral, obra de hábil artesano, igual que la obra del efod: de oro, hilo azul, púrpura, escarlata y lino fino torcido.

9 Era cuadrado y doble. Su longitud era de un palmo, y su anchura de un palmo, siendo doble.

10 Engastaron en él cuatro hileras de piedras. La primera hilera era un rubí, un topacio y un berilo;

11 la segunda hilera, una turquesa, un zafiro y una esmeralda;

12 la tercera hilera, un jacinto, una ágata y una amatista;

13 y la cuarta hilera, un crisólito, un ónice y un jaspe. Todas estaban montadas en engastes de oro.

14 Las piedras correspondían a los nombres de los hijos de Israel; eran doce, según sus nombres. Como los grabados de un sello, cada una tenía el nombre de una de las doce tribus.

15 Hicieron sobre el pectoral cadenillas de oro puro, trenzadas a manera de cordón.

16 Hicieron dos engastes de oro y dos argollas de oro, y pusieron las dos argollas en los dos extremos superiores del pectoral.

17 Pasaron los dos cordones de oro trenzados por las dos argollas en los extremos del pectoral.

18 Los otros dos extremos de los dos cordones los fijaron en los dos engastes, y los unieron a las hombreras del efod en su parte delantera.

19 Hicieron otras dos argollas de oro y las pusieron en los dos extremos inferiores del pectoral, en el borde interior que da hacia el efod.

20 Hicieron dos argollas más de oro y las fijaron en la parte inferior de las dos hombreras del efod, por la parte delantera, cerca de su unión, por encima del cinto tejido del efod.

21 Ataron el pectoral por sus argollas a las argollas del efod con un cordón azul, para que quedara sobre el cinto tejido del efod y el pectoral no se separara del efod, como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

22 Hizo el manto del efod tejido, todo de hilo azul.

23 La abertura del manto en el centro era como el cuello de un coselete, con un borde tejido alrededor de la abertura, para que no se rasgara.

24 En el borde inferior del manto hicieron granadas de hilo azul, púrpura, escarlata y lino torcido.

25 Hicieron también campanillas de oro puro, y pusieron las campanillas entre las granadas en todo el borde inferior del manto;

26 una campanilla y una granada, otra campanilla y otra granada, en todo el borde inferior del manto, para ministrar, como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

27 Hicieron asimismo las túnicas de lino fino tejido para Aarón y para sus hijos;

28 la mitra de lino fino, los hermosos turbantes de lino fino, los calzoncillos de lino fino torcido,

29 y el ceñidor de lino fino torcido, de hilo azul, púrpura y escarlata, obra de recamador, como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

30 Hicieron la lámina de la diadema santa de oro puro, y escribieron en ella una inscripción como los grabados de un sello: «SANTIDAD A YAHVÉ».

31 Le ataron un cordón de hilo azul para sujetarla por encima de la mitra, como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

32 Así quedó terminada toda la obra del tabernáculo de la Tienda del Encuentro. Los hijos de Israel hicieron todo exactamente como Yahvé lo había ordenado a Moisés; así lo hicieron.

33 Y llevaron a Moisés el tabernáculo, la tienda con todos sus utensilios, sus corchetes, sus tablas, sus travesaños, sus columnas y sus basas;

34 la cubierta de pieles de carnero teñidas de rojo, la cubierta de pieles de tejón, el velo de separación;

35 el arca del Testimonio con sus varas y el propiciatorio;

36 la mesa, todos sus utensilios y el pan de la Presencia;

37 el candelabro de oro puro, sus lámparas preparadas para ser encendidas, todos sus utensilios y el aceite para el alumbrado;

38 el altar de oro, el aceite de la unción, el incienso aromático y la cortina para la entrada de la tienda;

39 el altar de bronce, su enrejado de bronce, sus varas y todos sus utensilios, la pila y su basa;

40 las cortinas del atrio, sus columnas, sus basas, la cortina para la puerta del atrio, sus cuerdas, sus estacas y todos los utensilios del servicio del tabernáculo, para la Tienda del Encuentro;

41 las vestiduras finamente tejidas para ministrar en el Lugar Santo, las vestiduras sagradas para el sacerdote Aarón, y las vestiduras de sus hijos, para servir en el oficio sacerdotal.

42 Conforme a todo lo que Yahvé había mandado a Moisés, así hicieron los hijos de Israel toda la obra.

43 Moisés examinó toda la obra, y he aquí que la habían hecho como Yahvé había ordenado. Así lo habían hecho; y Moisés los bendijo.

Capítulo 40

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "El primer día del primer mes levantarás el tabernáculo, la Tienda del Encuentro.

3 Pondrás en él el arca del Testimonio, y la cubrirás con el velo.

4 Meterás la mesa y pondrás en orden los utensilios que van sobre ella. Meterás el candelabro y encenderás sus lámparas.

5 Pondrás el altar de oro para el incienso delante del arca del Testimonio, y colgarás la cortina a la entrada del tabernáculo.

6 "Pondrás el altar del holocausto delante de la entrada de la Tienda del Encuentro.

7 Pondrás la pila entre la Tienda del Encuentro y el altar, y pondrás agua en ella.

8 Levantarás el atrio en derredor, y colgarás la cortina a la puerta del atrio.

9 "Tomarás el aceite de la unción y ungirás el tabernáculo y todo lo que hay en él; lo santificarás con todos sus utensilios, y será santo.

10 Ungirás también el altar del holocausto y todos sus utensilios, y santificarás el altar; y el altar será santísimo.

11 Ungirás la pila y su basa, y la santificarás.

12 «Harás que Aarón y sus hijos se acerquen a la entrada de la Tienda del Encuentro, y los lavarás con agua.

13 Vestirás a Aarón con las vestiduras sagradas, lo ungirás y lo consagrarás, para que me sirva como sacerdote.

14 Harás que se acerquen sus hijos y les pondrás las túnicas.

15 Los ungirás, como ungiste a su padre, para que me sirvan como sacerdotes. Y su unción les servirá por sacerdocio perpetuo a través de sus generaciones».

16 Y Moisés lo hizo así. Conforme a todo lo que Yahvé le mandó, así lo hizo.

17 Y aconteció que en el primer mes del segundo año, el primer día del mes, el tabernáculo fue levantado.

18 Moisés levantó el tabernáculo, asentó sus basas, colocó sus tablas, metió sus travesaños y levantó sus columnas.

19 Extendió la tienda sobre el tabernáculo y puso la cubierta de la tienda encima, tal como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

20 Tomó el Testimonio y lo puso dentro del arca, colocó las varas en el arca y puso el propiciatorio sobre el arca.

21 Metió el arca en el tabernáculo, colgó el velo de separación y ocultó el arca del Testimonio, como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

22 Puso la mesa en la Tienda del Encuentro, en el lado norte del tabernáculo, fuera del velo,

23 y puso sobre ella en orden el pan delante de Yahvé, como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

24 Puso el candelabro en la Tienda del Encuentro, frente a la mesa, en el lado sur del tabernáculo,

25 y encendió las lámparas delante de Yahvé, como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

26 Puso el altar de oro en la Tienda del Encuentro, delante del velo,

27 y quemó sobre él incienso aromático, como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

28 Colgó la cortina a la entrada del tabernáculo.

29 Puso el altar del holocausto a la entrada del tabernáculo, de la Tienda del Encuentro, y ofreció sobre él el holocausto y la ofrenda de cereal, como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

30 Puso la pila entre la Tienda del Encuentro y el altar, y echó agua en ella para lavarse.

31 Moisés, Aarón y sus hijos se lavaban allí las manos y los pies.

32 Cuando entraban en la Tienda del Encuentro y cuando se acercaban al altar, se lavaban, como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

33 Finalmente, levantó el atrio alrededor del tabernáculo y del altar, y colgó la cortina de la puerta del atrio. Así terminó Moisés la obra.

34 Entonces la nube cubrió la Tienda del Encuentro, y la gloria de Yahvé llenó el tabernáculo.

35 Y Moisés no podía entrar en la Tienda del Encuentro, porque la nube estaba posada sobre ella, y la gloria de Yahvé llenaba el tabernáculo.

36 En todas sus jornadas, cuando la nube se alzaba del tabernáculo, los hijos de Israel se ponían en marcha.

37 Pero si la nube no se alzaba, no se movían hasta el día en que se alzaba.

38 Porque la nube de Yahvé estaba de día sobre el tabernáculo, y de noche había fuego en la nube, a la vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LEVÍTICO

Capítulo 1

1 Yahvé llamó a Moisés y le habló desde la Tienda del Encuentro, diciendo:

2 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'Cuando alguno de ustedes presente una ofrenda a Yahvé, podrá ofrecer animales de sus ganados, ya sea de las vacas o de las ovejas.

3 "'Si su ofrenda es un holocausto de las vacas, ofrecerá un macho sin defecto. Lo presentará a la entrada de la Tienda del Encuentro, para que sea aceptado ante Yahvé.

4 Pondrá su mano sobre la cabeza de la víctima, y Yahvé se la aceptará para hacer expiación por él.

5 Entonces degollará el becerro delante de Yahvé. Los hijos de Aarón, los sacerdotes, presentarán la sangre y la rociarán por todos los lados del altar que está a la entrada de la Tienda del Encuentro.

6 Después desollará el animal y lo cortará en pedazos.

7 Los hijos del sacerdote Aarón encenderán el fuego en el altar y acomodarán la leña sobre el fuego.

8 Luego los hijos de Aarón, los sacerdotes, acomodarán los pedazos, junto con la cabeza y la grasa, sobre la leña que arde en el altar.

9 El que ofrece la víctima lavará con agua las entrañas y las patas, y el sacerdote lo quemará todo en el altar. Es un holocausto, una ofrenda quemada de aroma agradable para Yahvé.

10 "'Si su ofrenda para el holocausto es del rebaño, de las ovejas o de las cabras, ofrecerá un macho sin defecto.

11 Lo degollará al lado norte del altar, delante de Yahvé. Los hijos de Aarón, los sacerdotes, rociarán la sangre por todos los lados del altar.

12 Luego lo cortará en pedazos, con la cabeza y la grasa, y el sacerdote los acomodará sobre la leña que arde en el altar.

13 Pero el que ofrece la víctima lavará las entrañas y las patas con agua. El sacerdote presentará todo el animal y lo quemará en el altar. Es un holocausto, una ofrenda quemada de aroma agradable para Yahvé.

14 "'Si su ofrenda para Yahvé es un holocausto de aves, ofrecerá tórtolas o pichones.

15 El sacerdote llevará el ave al altar, le cortará la cabeza y la quemará en el altar. La sangre será exprimida contra la pared del altar.

16 Le quitará el buche y las plumas, y los echará al lado oriental del altar, en el lugar de las cenizas.

17 La abrirá por las alas, pero sin llegar a dividirla. El sacerdote la quemará en el altar, sobre la leña que está en el fuego. Es un holocausto, una ofrenda quemada de aroma agradable para Yahvé.

Capítulo 2

1 "'Cuando alguien presente una ofrenda de cereal a Yahvé, su ofrenda será de harina fina. Derramará aceite sobre ella y le pondrá incienso.

2 La llevará a los hijos de Aarón, los sacerdotes. El sacerdote tomará un puñado de la harina fina con el aceite y todo el incienso, y lo quemará en el altar como un memorial. Es una ofrenda quemada de aroma agradable para Yahvé.

3 El resto de la ofrenda será para Aarón y sus hijos. Es una parte muy santa de las ofrendas quemadas para Yahvé.

4 "'Cuando presentes una ofrenda de cereal cocida al horno, será de harina fina: tortas sin levadura amasadas con aceite, u hojuelas sin levadura untadas con aceite.

5 Si tu ofrenda es de cereal cocido a la plancha, será de harina fina sin levadura, amasada con aceite.

6 La partirás en pedazos y derramarás aceite sobre ella. Es una ofrenda de cereal.

7 Si tu ofrenda es de cereal cocido en sartén, será de harina fina con aceite.

8 Llevarás a Yahvé la ofrenda que se prepare con estos ingredientes. Se la entregarás al sacerdote, y él la llevará al altar.

9 El sacerdote tomará de la ofrenda la porción memorial y la quemará en el altar. Es una ofrenda quemada de aroma agradable para Yahvé.

10 El resto de la ofrenda de cereal será para Aarón y sus hijos. Es una parte muy santa de las ofrendas quemadas para Yahvé.

11 "'Ninguna ofrenda de cereal que presenten a Yahvé se preparará con levadura, porque no deben quemar levadura ni miel como ofrenda para Yahvé.

12 Podrán presentarlas a Yahvé como ofrenda de primicias, pero no se quemarán en el altar como aroma agradable.

13 Sazonarás con sal todas tus ofrendas de cereal. No permitas que falte en tu ofrenda la sal del pacto de tu Dios. En todas tus ofrendas debes presentar sal.

14 "'Si presentas a Yahvé una ofrenda de primicias, ofrecerás grano tierno tostado al fuego o grano desmenuzado de espigas frescas.

15 Le añadirás aceite y le pondrás incienso. Es una ofrenda de cereal.

16 El sacerdote quemará, como memorial, parte del grano desmenuzado y del aceite, junto con todo el incienso. Es una ofrenda quemada para Yahvé.

Capítulo 3

1 "'Si su ofrenda es un sacrificio de paz, y la toma del ganado vacuno, ya sea macho o hembra, la presentará sin defecto delante de Yahvé.

2 Pondrá su mano sobre la cabeza de la ofrenda y la degollará a la entrada de la Tienda del Encuentro. Los hijos de Aarón, los sacerdotes, rociarán la sangre por todos los lados del altar.

3 Del sacrificio de paz, presentará como ofrenda quemada a Yahvé la grasa que cubre las entrañas y toda la grasa que está sobre ellas,

4 los dos riñones con la grasa que los cubre cerca de los lomos, y la parte superior del hígado, que quitará junto con los riñones.

5 Los hijos de Aarón quemarán esto en el altar, sobre el holocausto que está sobre la leña en el fuego. Es una ofrenda quemada de aroma agradable para Yahvé.

6 "'Si su ofrenda para un sacrificio de paz a Yahvé es del rebaño de ovejas o cabras, ya sea macho o hembra, la presentará sin defecto.

7 Si ofrece un cordero, lo presentará delante de Yahvé.

8 Pondrá su mano sobre la cabeza de su ofrenda y la degollará ante la Tienda del Encuentro. Los hijos de Aarón rociarán la sangre por todos los lados del altar.

9 Del sacrificio de paz presentará como ofrenda quemada a Yahvé la grasa: la cola entera, la cual cortará cerca del espinazo; la grasa que cubre las entrañas y toda la grasa que está sobre ellas,

10 los dos riñones con la grasa que los cubre cerca de los lomos, y la parte superior del hígado, que quitará junto con los riñones.

11 El sacerdote quemará esto en el altar como alimento, una ofrenda quemada para Yahvé.

12 "'Si su ofrenda es una cabra, la presentará delante de Yahvé.

13 Pondrá su mano sobre la cabeza del animal y lo degollará ante la Tienda del Encuentro. Los hijos de Aarón rociarán la sangre por todos los lados del altar.

14 De esa ofrenda presentará, como ofrenda quemada a Yahvé, la grasa que cubre las entrañas y toda la grasa que está sobre ellas,

15 los dos riñones con la grasa que los cubre cerca de los lomos, y la parte superior del hígado, que quitará junto con los riñones.

16 El sacerdote quemará esto en el altar. Es alimento, una ofrenda quemada de aroma agradable. Toda la grasa le pertenece a Yahvé.

17 "'Este será un estatuto perpetuo para todas sus generaciones, dondequiera que vivan: No deberán comer ninguna grasa ni ninguna sangre'".

Capítulo 4

1 Yahvé le dijo a Moisés:

2 "Diles a los hijos de Israel: 'Si alguien peca involuntariamente contra cualquiera de los mandamientos de Yahvé, haciendo algo que no está permitido hacer, se procederá así:

3 Si el sacerdote ungido peca y con ello hace culpable al pueblo, ofrecerá a Yahvé un becerro sin defecto como ofrenda por su pecado.

4 Llevará el becerro a la entrada de la Tienda del Encuentro, ante Yahvé, pondrá su mano sobre la cabeza del animal y lo degollará delante de Yahvé.

5 Luego el sacerdote ungido tomará un poco de la sangre del becerro y la llevará a la Tienda del Encuentro.

6 Mojará su dedo en la sangre y la rociará siete veces delante de Yahvé, frente al velo del santuario.

7 El sacerdote pondrá también un poco de la sangre en los cuernos del altar del incienso aromático que está en la Tienda del Encuentro, delante de Yahvé, y derramará el resto de la sangre del becerro al pie del altar del holocausto, que está a la entrada de la Tienda del Encuentro.

8 Le quitará toda la grasa al becerro de la ofrenda por el pecado: la grasa que cubre las entrañas y la que está sobre ellas,

9 los dos riñones con la grasa que los cubre cerca de los lomos, y la parte superior del hígado, que quitará junto con los riñones,

10 tal como se le quita al toro del sacrificio de paz. El sacerdote los quemará en el altar del holocausto.

11 Pero la piel del becerro y toda su carne, con su cabeza, sus patas, sus entrañas y su excremento,

12 es decir, todo el resto del becerro, lo sacará fuera del campamento a un lugar limpio, donde se echan las cenizas, y allí lo quemará sobre la leña. Lo quemará donde se echan las cenizas.

13 "'Si es toda la comunidad de Israel la que peca por error, sin darse cuenta de que han hecho algo que Yahvé prohibió, son culpables.

14 Cuando se den cuenta del pecado que cometieron, la comunidad ofrecerá un becerro como ofrenda por el pecado y lo llevará ante la Tienda del Encuentro.

15 Los ancianos de la comunidad pondrán sus manos sobre la cabeza del becerro delante de Yahvé, y el animal será degollado delante de Yahvé.

16 El sacerdote ungido llevará un poco de la sangre del becerro a la Tienda del Encuentro.

17 Mojará su dedo en la sangre y la rociará siete veces delante de Yahvé, frente al velo.

18 Pondrá un poco de la sangre en los cuernos del altar que está ante Yahvé, en la Tienda del Encuentro, y derramará el resto de la sangre al pie del altar del holocausto, a la entrada de la Tienda del Encuentro.

19 Luego le quitará toda la grasa y la quemará en el altar.

20 Hará con este becerro lo mismo que hizo con el becerro de la ofrenda por el pecado. Así el sacerdote hará expiación por ellos, y serán perdonados.

21 Después sacará el becerro fuera del campamento y lo quemará como quemó el primer becerro. Es la ofrenda por el pecado de la comunidad.

22 "'Cuando un jefe peque y por error haga algo que Yahvé su Dios ha prohibido, será culpable.

23 En cuanto se le haga saber el pecado que cometió, presentará como ofrenda un macho cabrío sin defecto.

24 Pondrá su mano sobre la cabeza del macho cabrío y lo degollará en el lugar donde se degüellan los animales para el holocausto, delante de Yahvé. Es una ofrenda por el pecado.

25 El sacerdote tomará con su dedo un poco de la sangre de la ofrenda y la pondrá en los cuernos del altar del holocausto. El resto de la sangre la derramará al pie del altar del holocausto.

26 Quemará toda la grasa en el altar, como hizo con la grasa del sacrificio de paz. Así el sacerdote hará expiación por el pecado del jefe, y este será perdonado.

27 "'Si alguien del pueblo peca por error, haciendo algo que Yahvé prohibió, será culpable.

28 Cuando se le haga saber el pecado que cometió, presentará como ofrenda por su pecado una cabra sin defecto.

29 Pondrá su mano sobre la cabeza de la ofrenda y la degollará en el lugar de los holocaustos.

30 El sacerdote tomará con su dedo un poco de la sangre y la pondrá en los cuernos del altar del holocausto, y derramará el resto de la sangre al pie del altar.

31 Le quitará toda la grasa, tal como se le quita al sacrificio de paz, y el sacerdote la quemará en el altar como aroma agradable para Yahvé. Así el sacerdote hará expiación por esa persona, y será perdonada.

32 "'Si ofrece un cordero como ofrenda por el pecado, debe ser una hembra sin defecto.

33 Pondrá su mano sobre la cabeza de la ofrenda y la degollará como ofrenda por el pecado en el lugar donde se degüellan los animales para el holocausto.

34 El sacerdote tomará con su dedo un poco de la sangre de la ofrenda y la pondrá en los cuernos del altar del holocausto, y derramará el resto de la sangre al pie del altar.

35 Le quitará toda la grasa, tal como se le quita la grasa al cordero del sacrificio de paz. El sacerdote la quemará en el altar, sobre las ofrendas quemadas para Yahvé. Así el sacerdote hará expiación por el pecado que esa persona cometió, y será perdonada.

Capítulo 5

1 "'Si alguien peca al oír un juramento público para testificar, siendo él testigo de lo que ha visto o sabido, y no lo denuncia, entonces cargará con su iniquidad.

2 "'O si alguien toca algo impuro, ya sea el cadáver de un animal salvaje, o el cadáver de un animal doméstico, o el cadáver de un reptil impuro, aunque no se dé cuenta de ello, si se contamina, entonces será culpable.

3 "'O si toca la impureza de un hombre, cualquiera que sea la impureza con la que se contamine, y no se da cuenta; cuando lo sepa, entonces será culpable.

4 "'O si alguno jura a la ligera con sus labios para hacer el mal o para hacer el bien, lo que sea que un hombre pueda decir sin pensar mediante un juramento, y le pasa inadvertido; cuando lo sepa, entonces será culpable de una de estas cosas.

5 Cuando sea culpable de una de estas cosas, deberá confesar aquello en lo que ha pecado;

6 y traerá su ofrenda por la culpa a Yahvé por el pecado que ha cometido: una hembra del rebaño, una oveja o una cabra, como ofrenda por el pecado; y el sacerdote hará expiación por él respecto a su pecado.

7 "'Si no tiene lo suficiente para un cordero, entonces traerá a Yahvé como ofrenda por la culpa en la que ha pecado, dos tórtolas o dos pichones; uno para la ofrenda por el pecado, y el otro para el holocausto.

8 Los traerá al sacerdote, quien ofrecerá primero el que es para la ofrenda por el pecado. Le descoyuntará la cabeza del cuello, pero no la separará del todo.

9 Rociará una parte de la sangre de la ofrenda por el pecado a un lado del altar, y el resto de la sangre se escurrirá al pie del altar. Es una ofrenda por el pecado.

10 Ofrecerá el segundo como holocausto, según la ordenanza; y el sacerdote hará la expiación por el pecado que ha cometido, y será perdonado.

11 "'Pero si no puede costear dos tórtolas o dos pichones, entonces traerá como ofrenda por aquello en lo que pecó, la décima parte de un efa de flor de harina como ofrenda por el pecado. No pondrá aceite ni incienso sobre ella, porque es una ofrenda por el pecado.

12 La traerá al sacerdote, y el sacerdote tomará un puñado de ella como porción memorial, y la quemará sobre el altar, sobre las ofrendas a Yahvé hechas por fuego. Es una ofrenda por el pecado.

13 El sacerdote hará la expiación por el pecado que haya cometido en cualquiera de estas cosas, y será perdonado; y el resto será del sacerdote, como en la ofrenda de cereal.'"

14 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

15 "Si alguien comete una infracción y peca involuntariamente con respecto a las cosas santas de Yahvé, entonces traerá su ofrenda por la culpa a Yahvé: un carnero sin defecto del rebaño, valorado por ti en siclos de plata, de acuerdo con el siclo del santuario, como ofrenda por la culpa.

16 Hará la restitución de lo que haya defraudado con respecto a la cosa sagrada, le añadirá una quinta parte, y se la dará al sacerdote; y el sacerdote hará la expiación por él con el carnero de la ofrenda por la culpa, y será perdonado.

17 «Si alguno peca haciendo alguna de las cosas que Yahvé ha mandado no hacer, aunque no lo supiera, sigue siendo culpable y cargará con su iniquidad.

18 Traerá al sacerdote un carnero sin defecto del rebaño, según tu valoración, como ofrenda por la culpa; y el sacerdote hará expiación por él en cuanto a la falta que cometió por ignorancia, y será perdonado.

19 Es una ofrenda por la culpa. Ciertamente es culpable ante Yahvé».

Capítulo 6

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 «Si alguno peca y comete una transgresión contra Yahvé, y engaña a su prójimo en un asunto de depósito, o de un objeto en custodia, o de robo, o ha extorsionado a su prójimo,

3 o ha encontrado lo que se había perdido y ha mentido sobre ello, y jura en falso, en cualquiera de estas cosas en que un hombre peca con sus acciones,

4 entonces, si ha pecado y es culpable, deberá restituir lo que robó, o lo que obtuvo mediante extorsión, o el depósito que le fue encomendado, o la cosa perdida que encontró,

5 o cualquier cosa sobre la que haya jurado en falso: lo restituirá íntegramente y le añadirá una quinta parte más. Lo devolverá a su dueño el día que presente su ofrenda por la culpa.

6 Traerá al sacerdote su ofrenda por la culpa a Yahvé: un carnero sin defecto del rebaño, según tu valoración, como ofrenda por la culpa.

7 El sacerdote hará expiación por él ante Yahvé, y se le perdonará cualquier cosa que haya hecho por la cual sea culpable.»

8 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

9 "Manda a Aarón y a sus hijos, diciendo: 'Esta es la ley del holocausto: el holocausto permanecerá sobre el hogar del altar toda la noche hasta la mañana, y el fuego del altar se mantendrá encendido sobre él.

10 El sacerdote se pondrá su túnica de lino, y se pondrá sus calzoncillos de lino sobre su cuerpo; quitará las cenizas de donde el fuego haya consumido el holocausto en el altar, y las pondrá junto al altar.

11 Luego se quitará sus vestiduras, se pondrá otras, y llevará las cenizas fuera del campamento a un lugar puro.

12 El fuego del altar se mantendrá encendido en él, no se apagará; el sacerdote quemará leña en él cada mañana. Dispondrá el holocausto en orden sobre él, y quemará encima la grasa de los sacrificios de comunión.

13 El fuego se mantendrá encendido sobre el altar continuamente; no se apagará.

14 "'Esta es la ley de la ofrenda de cereal: los hijos de Aarón la ofrecerán ante Yahvé, delante del altar.

15 El sacerdote tomará de allí un puñado de la flor de harina de la ofrenda, con su aceite y todo el incienso que esté sobre la ofrenda, y lo hará arder sobre el altar como aroma agradable, como su porción memorial, para Yahvé.

16 Lo que quede de ella lo comerán Aarón y sus hijos. Se comerá sin levadura en un lugar sagrado. Lo comerán en el atrio de la Tienda del Encuentro.

17 No se cocerá con levadura. Yo se lo he dado como su porción de mis ofrendas hechas por fuego. Es santísima, al igual que la ofrenda por el pecado y la ofrenda por la culpa.

18 Todo varón de los hijos de Aarón comerá de ella, como su porción para siempre a lo largo de vuestras generaciones, de las ofrendas quemadas a Yahvé. Todo lo que las toque quedará consagrado'".

19 Yahvé habló a Moisés diciendo:

20 «Esta es la ofrenda de Aarón y de sus hijos, que ofrecerán a Yahvé el día en que sea ungido: la décima parte de un efa de flor de harina como ofrenda perpetua, la mitad por la mañana y la otra mitad por la tarde.

21 Se preparará con aceite en una plancha. Cuando esté bien mezclada, la traerás. Ofrecerás la ofrenda de cereal en trozos cocidos como aroma agradable a Yahvé.

22 La ofrecerá el sacerdote ungido que le suceda de entre sus hijos. Como estatuto perpetuo, será quemada en su totalidad a Yahvé.

23 Toda ofrenda de cereal de un sacerdote será quemada por completo. No se comerá».

24 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

25 "Habla a Aarón y a sus hijos, diciendo: 'Esta es la ley del sacrificio por el pecado: en el lugar donde se mata el holocausto, se matará la víctima por el pecado delante de Yahvé. Es santísima.

26 El sacerdote que la ofrezca por el pecado la comerá. Se comerá en un lugar sagrado, en el atrio de la Tienda del Encuentro.

27 Todo lo que toque su carne quedará consagrado. Si su sangre salpica sobre una prenda de vestir, lavarás la prenda salpicada en un lugar santo.

28 La vasija de barro en que se haya cocido se romperá; pero si se ha cocido en una vasija de bronce, se fregará y se enjuagará con agua.

29 Todo varón de entre los sacerdotes comerá de ella. Es santísima.

30 Pero no se comerá ninguna ofrenda por el pecado cuya sangre se introduzca en la Tienda del Encuentro para hacer expiación en el santuario. Se quemará al fuego.

Capítulo 7

1 "'Esta es la ley de la ofrenda por la culpa: Es santísima.

2 En el lugar donde se mata el holocausto, se matará la ofrenda por la culpa, y su sangre se esparcirá por todos los lados del altar.

3 Ofrecerá toda su grasa: el rabo gordo y la grasa que cubre las vísceras,

4 quitará los dos riñones, la grasa que está sobre ellos junto a los lomos, y el lóbulo del hígado, junto con los riñones;

5 el sacerdote los quemará en el altar como ofrenda encendida a Yahvé: es una ofrenda por la culpa.

6 Todo varón de entre los sacerdotes podrá comer de ella. Se comerá en un lugar sagrado. Es santísima.

7 "'Como la ofrenda por el pecado, así es la ofrenda por la culpa; hay una sola ley para ambas. El sacerdote que haga la expiación con ellas la tendrá para sí.

8 El sacerdote que ofrezca el holocausto de cualquier hombre tendrá para sí la piel del holocausto que haya ofrecido.

9 Toda ofrenda de cereal que se cueza en el horno, y todo lo que se prepare en la sartén y en la plancha, será del sacerdote que la ofrezca.

10 Toda ofrenda de cereal, mezclada con aceite o seca, pertenecerá a todos los hijos de Aarón por igual.

11 "'Esta es la ley del sacrificio de comunión que uno puede ofrecer a Yahvé:

12 Si lo ofrece en acción de gracias, ofrecerá con el sacrificio de acción de gracias tortas sin levadura amasadas con aceite, hojaldres sin levadura untados con aceite, y tortas de flor de harina bien mezcladas con aceite.

13 Con el sacrificio de comunión en acción de gracias, presentará su ofrenda con tortas de pan leudado.

14 De cada una de las ofrendas presentará una como ofrenda elevada a Yahvé. Será para el sacerdote que rocíe la sangre de los sacrificios de comunión.

15 La carne del sacrificio de comunión en acción de gracias se comerá el día de su ofrecimiento. No dejará nada de ella hasta la mañana siguiente.

16 "'Pero si el sacrificio de su ofrenda es un voto, o una ofrenda voluntaria, se comerá el día en que ofrezca su sacrificio. Al día siguiente se podrá comer lo que quede de él,

17 pero lo que quede de la carne del sacrificio al tercer día, se quemará al fuego.

18 Si algo de la carne del sacrificio de comunión se come al tercer día, no será aceptado ni se le tendrá en cuenta al que lo ofrezca. Será una abominación, y la persona que coma de ella cargará con su iniquidad.

19 "'La carne que toque cualquier cosa impura no se comerá. Se quemará al fuego. En cuanto a la carne del sacrificio, todo el que esté puro podrá comerla;

20 pero la persona que coma de la carne del sacrificio de comunión que pertenece a Yahvé, estando impura, esa persona será cortada de su pueblo.

21 Cuando alguien toque alguna cosa impura, ya sea impureza humana, un animal impuro o cualquier abominación impura, y coma de la carne del sacrificio de comunión que pertenece a Yahvé, esa persona será cortada de su pueblo.'"

22 Yahvé habló a Moisés diciendo:

23 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'No comeréis grasa de toro, ni de oveja, ni de cabra.

24 La grasa de un animal que muere por sí mismo, y la grasa del que es despedazado por las fieras, puede usarse para cualquier otro fin, pero de ninguna manera la comeréis.

25 Porque el que coma la grasa del animal del cual se ofrece una ofrenda encendida a Yahvé, la persona que la coma será cortada de su pueblo.

26 No comeréis sangre, ni de aves ni de animales, en ninguna de vuestras moradas.

27 Cualquiera que coma sangre, esa persona será cortada de su pueblo'".

28 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

29 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'El que ofrezca el sacrificio de comunión a Yahvé, traerá su ofrenda a Yahvé de su sacrificio de comunión.

30 Con sus propias manos traerá las ofrendas a Yahvé hechas por fuego. Traerá la grasa junto con el pecho, para que el pecho sea mecido como ofrenda mecida ante Yahvé.

31 El sacerdote quemará la grasa sobre el altar, pero el pecho será de Aarón y de sus hijos.

32 El muslo derecho se lo daréis al sacerdote como ofrenda elevada de vuestros sacrificios de comunión.

33 Aquel de los hijos de Aarón que ofrezca la sangre de los sacrificios de comunión y la grasa, tendrá el muslo derecho como su porción.

34 Porque el pecho de la ofrenda mecida y el muslo de la ofrenda elevada los he tomado de los hijos de Israel de sus sacrificios de comunión, y se los he dado a Aarón el sacerdote y a sus hijos como su porción para siempre de parte de los hijos de Israel.'"

35 Esta es la porción consagrada a Aarón y la porción consagrada a sus hijos, de las ofrendas a Yahvé hechas por fuego, desde el día en que fueron presentados para servir a Yahvé en el sacerdocio;

36 lo cual Yahvé ordenó que se les diera de parte de los hijos de Israel, el día en que los ungió. Es su porción para siempre a lo largo de sus generaciones.

37 Esta es la ley del holocausto, de la ofrenda de cereal, de la ofrenda por el pecado, de la ofrenda por la culpa, de la ofrenda de consagración y del sacrificio de comunión,

38 que Yahvé ordenó a Moisés en el monte Sinaí el día en que mandó a los hijos de Israel que presentaran sus ofrendas a Yahvé, en el desierto de Sinaí.

Capítulo 8

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 «Toma a Aarón y a sus hijos con él, las vestiduras, el aceite de la unción, el novillo de la ofrenda por el pecado, los dos carneros y el cesto de los panes sin levadura;

3 y reúne a toda la asamblea a la puerta de la Tienda del Encuentro.»

4 Moisés hizo lo que Yahvé le ordenó, y la asamblea se reunió a la puerta de la Tienda del Encuentro.

5 Moisés dijo a la asamblea: «Esto es lo que Yahvé ha mandado hacer».

6 Moisés hizo acercar a Aarón y a sus hijos, y los lavó con agua.

7 Le puso la túnica, le ciñó el fajín, lo vistió con el manto, le puso el efod, le ató la banda hábilmente tejida del efod y se lo sujetó con ella.

8 Le puso el pectoral. Puso el Urim y el Tumim dentro del pectoral.

9 Le puso el turbante en la cabeza. Puso la lámina de oro, la diadema santa, en la parte delantera del turbante, como Yahvé le había ordenado a Moisés.

10 Moisés tomó el aceite de la unción, ungió la morada y todo lo que había en ella, y los consagró.

11 Roció de él sobre el altar siete veces, y ungió el altar y todos sus utensilios, y la pila con su base, para consagrarlos.

12 Derramó parte del aceite de la unción sobre la cabeza de Aarón y lo ungió para consagrarlo.

13 Moisés hizo acercar a los hijos de Aarón, los vistió con túnicas, les ciñó fajas y les ajustó las tiaras, como Yahvé le había ordenado a Moisés.

14 Hizo traer el novillo del sacrificio por el pecado, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del novillo del sacrificio por el pecado.

15 Moisés lo mató, tomó la sangre y la puso con su dedo sobre los cuernos del altar, alrededor, y purificó el altar; derramó el resto de la sangre al pie del altar, y lo consagró para hacer expiación por él.

16 Tomó toda la grasa que había en las entrañas, el lóbulo del hígado, y los dos riñones con su grasa; y Moisés lo quemó sobre el altar.

17 Pero el novillo, su piel, su carne y su estiércol los quemó al fuego fuera del campamento, como Yahvé le había ordenado a Moisés.

18 Presentó el carnero del holocausto. Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero.

19 Moisés lo mató y roció la sangre por todos los lados del altar.

20 Cortó el carnero en pedazos, y Moisés quemó la cabeza, los pedazos y la grasa.

21 Lavó con agua las entrañas y las patas, y Moisés quemó todo el carnero sobre el altar. Era un holocausto de aroma agradable. Era una ofrenda hecha por fuego a Yahvé, como Yahvé le había ordenado a Moisés.

22 Presentó el segundo carnero, el carnero de la consagración. Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero.

23 Moisés lo mató, tomó un poco de su sangre y la puso en el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, en el pulgar de su mano derecha y en el dedo gordo de su pie derecho.

24 Hizo acercar a los hijos de Aarón, y Moisés puso un poco de la sangre en el lóbulo de su oreja derecha, en el pulgar de su mano derecha y en el dedo gordo de su pie derecho; y Moisés roció el resto de la sangre por todos los lados del altar.

25 Tomó la grasa, el rabo gordo, toda la grasa que había en las entrañas, el lóbulo del hígado, los dos riñones con su grasa, y el muslo derecho;

26 y del canasto de los panes sin levadura que estaba delante de Yahvé, tomó una torta sin levadura, una torta de pan amasado con aceite y una oblea, y las puso sobre las porciones de grasa y sobre el muslo derecho.

27 Puso todo esto en las manos de Aarón y en las de sus hijos, y los meció como ofrenda mecida ante Yahvé.

28 Luego Moisés lo tomó de sus manos y lo quemó en el altar, sobre el holocausto. Eran una ofrenda de consagración de aroma agradable. Era una ofrenda hecha por fuego a Yahvé.

29 Moisés tomó el pecho y lo meció como ofrenda mecida ante Yahvé. Era la porción que le correspondía a Moisés del carnero de la consagración, tal como Yahvé se lo había ordenado.

30 Moisés tomó un poco del aceite de la unción y un poco de la sangre que estaba sobre el altar, y lo roció sobre Aarón y sus vestiduras, y sobre sus hijos y las vestiduras de sus hijos con él, y consagró a Aarón, sus vestiduras, a sus hijos y las vestiduras de sus hijos con él.

31 Moisés dijo a Aarón y a sus hijos: "Hervid la carne a la puerta de la Tienda del Encuentro, y comed allí la carne con el pan que está en el cesto de la consagración, como yo lo he mandado, diciendo: 'Aarón y sus hijos lo comerán'.

32 Lo que quede de la carne y del pan lo quemaréis al fuego.

33 No saldréis de la puerta de la Tienda del Encuentro durante siete días, hasta que se cumplan los días de vuestra consagración; porque él os consagrará durante siete días.

34 Lo que se ha hecho hoy, así lo ha mandado hacer Yahvé, para hacer expiación por vosotros.

35 Permaneceréis a la puerta de la Tienda del Encuentro día y noche durante siete días, y guardaréis la orden de Yahvé, para que no muráis; porque así me ha sido ordenado."

36 Aarón y sus hijos hicieron todo lo que Yahvé ordenó por medio de Moisés.

Capítulo 9

1 Al octavo día, Moisés llamó a Aarón y a sus hijos, y a los ancianos de Israel;

2 y dijo a Aarón: "Toma un becerro de la vacada para una ofrenda por el pecado,
y un carnero para un holocausto, sin defecto, y ofrécelos ante Yahvé.

3 Hablarás a los hijos de Israel, diciendo: 'Tomad un macho cabrío para la
ofrenda por el pecado, y un becerro y un cordero, ambos de un año, sin defecto,
para el holocausto;

4 y un toro y un carnero para los sacrificios de comunión, para sacrificar ante
Yahvé; y una ofrenda de cereal mezclada con aceite, porque hoy Yahvé se os
aparecerá'."

5 Trajeron lo que Moisés había ordenado ante la Tienda del Encuentro. Toda la
asamblea se acercó y se puso de pie ante Yahvé.

6 Moisés dijo: «Esto es lo que Yahvé mandó que hicierais, y la gloria de Yahvé se
os aparecerá».

7 Moisés dijo a Aarón: «Acércate al altar y ofrece tu ofrenda por el pecado y tu
holocausto, y haz la expiación por ti y por el pueblo; y ofrece la ofrenda del pueblo
y haz la expiación por ellos, como lo ha ordenado Yahvé.»

8 Entonces Aarón se acercó al altar y mató el becerro de la ofrenda por el pecado,
que era para él mismo.

9 Los hijos de Aarón le presentaron la sangre, y él mojó su dedo en la sangre, la
puso sobre los cuernos del altar, y derramó el resto de la sangre al pie del altar;

10 pero la grasa, los riñones y el lóbulo del hígado de la ofrenda por el pecado, los
quemó sobre el altar, como Yahvé le había ordenado a Moisés.

11 La carne y la piel las quemó al fuego fuera del campamento.

12 Mató el holocausto, y los hijos de Aarón le entregaron la sangre, y él la roció
por todos los lados del altar.

13 Le entregaron el holocausto, pieza por pieza, junto con la cabeza. Él los quemó
sobre el altar.

14 Lavó las entrañas y las patas, y las quemó sobre el holocausto en el altar.

15 Presentó la ofrenda del pueblo, tomó el macho cabrío de la ofrenda por el pecado que era para el pueblo, lo mató y lo ofreció por el pecado, como el primero.

16 Presentó el holocausto, y lo ofreció según la ordenanza.

17 Presentó la ofrenda de cereal, llenó su mano de ella y la quemó sobre el altar, además del holocausto de la mañana.

18 También sacrificó el toro y el carnero, el sacrificio de comunión, que era para el pueblo. Los hijos de Aarón le entregaron la sangre, que roció por todos los lados del altar;

19 y las porciones de grasa del toro y del carnero, el rabo gordo, la grasa que cubre las entrañas, los riñones y el lóbulo del hígado;

20 pusieron la grasa sobre los pechos, y quemó la grasa sobre el altar.

21 Aarón meció los pechos y el muslo derecho como ofrenda mecida ante Yahvé, tal como lo había ordenado Moisés.

22 Aarón levantó sus manos hacia el pueblo y lo bendijo; y bajó después de ofrecer la ofrenda por el pecado, el holocausto y los sacrificios de comunión.

23 Moisés y Aarón entraron en la Tienda del Encuentro, salieron y bendijeron al pueblo, y la gloria de Yahvé se apareció a todo el pueblo.

24 Salió fuego de la presencia de Yahvé y consumió el holocausto y la grasa sobre el altar. Cuando todo el pueblo lo vio, gritaron de júbilo y se postraron sobre sus rostros.

Capítulo 10

1 Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, pusieron fuego en él y colocaron incienso, y ofrecieron delante de Yahvé un fuego extraño que él no les había mandado.

2 Salió fuego de la presencia de Yahvé y los devoró, y murieron delante de Yahvé.

3 Entonces Moisés le dijo a Aarón: "Esto es de lo que habló Yahvé, diciendo:
'Me mostraré santo a los que se acerquen a mí,
y ante todo el pueblo seré glorificado'". Aarón guardó silencio.

4 Moisés llamó a Misael y a Elzafán, hijos de Uziel, tío de Aarón, y les dijo: «Acercaos y sacad a vuestros hermanos de delante del santuario fuera del campamento.»

5 Se acercaron, pues, y los llevaron en sus túnicas fuera del campamento, como Moisés había dicho.

6 Moisés dijo a Aarón, a Eleazar y a Itamar, sus hijos: «No llevéis el pelo suelto, ni os rasguéis las vestiduras, para que no muráis y para que él no se enoje con toda la asamblea; pero que vuestros hermanos, toda la casa de Israel, lloren por el fuego que Yahvé ha encendido.

7 No saldréis de la puerta de la Tienda del Encuentro, para que no muráis, porque el aceite de la unción de Yahvé está sobre vosotros.» Ellos hicieron lo que dijo Moisés.

8 Entonces Yahvé le dijo a Aarón:

9 «Tú y tus hijos contigo no beberéis vino ni bebida embriagante cuando entréis en la Tienda del Encuentro, para que no muráis. Esto será un estatuto perpetuo a lo largo de vuestras generaciones.

10 Debéis distinguir entre lo santo y lo profano, y entre lo impuro y lo puro.

11 Enseñaréis a los hijos de Israel todos los estatutos que Yahvé les ha dado por medio de Moisés.»

12 Moisés dijo a Aarón, a Eleazar y a Itamar, los hijos que le habían quedado: «Tomad la ofrenda de cereal que queda de las ofrendas hechas por fuego a Yahvé, y comedla sin levadura junto al altar, porque es santísima;

13 la comeréis en lugar santo, porque es vuestra porción y la de vuestros hijos, de las ofrendas a Yahvé hechas por fuego; porque así me ha sido ordenado.

14 El pecho de la ofrenda mecida y el muslo de la ofrenda elevada los comeréis en un lugar puro, tú, tus hijos y tus hijas contigo; porque son dados como tu porción y la de tus hijos, de los sacrificios de comunión de los hijos de Israel.

15 Traerán el muslo de la ofrenda elevada y el pecho de la ofrenda mecida junto con las ofrendas encendidas de la grasa, para mecerlos como ofrenda mecida ante Yahvé. Será para ti, y para tus hijos contigo, como porción perpetua, como lo ha ordenado Yahvé».

16 Moisés indagó diligentemente sobre el macho cabrío de la ofrenda por el pecado, y descubrió que había sido quemado. Se enojó con Eleazar y con Itamar, los hijos de Aarón que habían quedado, diciendo:

17 «¿Por qué no habéis comido la ofrenda por el pecado en el recinto del santuario, ya que es santísima, y él os la ha dado para que carguéis con la iniquidad de la asamblea, para hacer expiación por ellos ante Yahvé?

18 He aquí que su sangre no fue llevada al interior del santuario. Ciertamente debisteis comerla en el santuario, como yo lo ordené».

19 Aarón respondió a Moisés: «He aquí que hoy han ofrecido su ofrenda por el pecado y su holocausto ante Yahvé, y me han sucedido cosas como estas. Si yo hubiera comido hoy la ofrenda por el pecado, ¿habría sido aceptable a los ojos de Yahvé?»

20 Cuando Moisés oyó esto, le pareció bien.

Capítulo 11

1 Yahvé habló a Moisés y a Aarón, diciéndoles:

2 "Hablad a los hijos de Israel, diciendo: 'Estos son los seres vivos que podéis comer de entre todos los animales que hay en la tierra:

3 Todo animal que tiene pezuña hendida y rumia entre los animales, ese podéis comer.

4 "'Sin embargo, no comeréis de los que rumian o de los que tienen pezuña hendida, estos: el camello, porque rumia pero no tiene la pezuña hendida, es impuro para vosotros.

5 El damán, porque rumia pero no tiene la pezuña hendida, es impuro para vosotros.

6 La liebre, porque rumia pero no tiene la pezuña hendida, es impura para vosotros.

7 El cerdo, porque tiene pezuña hendida pero no rumia, es impuro para vosotros.

8 No comeréis de su carne ni tocaréis sus cadáveres. Son impuros para vosotros.

9 "'Podéis comer de todo lo que está en las aguas: todo lo que tiene aletas y escamas en las aguas, en los mares y en los ríos, eso podéis comer.

10 Pero todo lo que no tiene aletas y escamas en los mares y en los ríos, de todo lo que se mueve en las aguas y de todo ser viviente que está en las aguas, os será abominación;

11 y los detestaréis. No comeréis de su carne, y aborreceréis sus cadáveres.

12 Todo lo que no tenga aletas ni escamas en las aguas os será abominación.

13 "'Aborreceréis estas entre las aves; no se comerán porque son una abominación: el águila, el quebrantahuesos, el águila marina,

14 el milano, cualquier especie de halcón,

15 cualquier especie de cuervo,

16 el avestruz, la lechuza, la gaviota, cualquier especie de gavilán,

17 el búho, el cormorán, el ibis,

18 el cisne, el pelícano, el buitre,

19 la cigüeña, cualquier especie de garza, la abubilla y el murciélago.

20 "'Todo insecto alado que ande a cuatro patas os será abominación.

21 Sin embargo, podréis comer estos de todos los insectos alados que andan a cuatro patas: los que tienen patas articuladas por encima de sus pies para saltar sobre la tierra.

22 De ellos podréis comer: cualquier especie de langosta migratoria, la langosta devoradora, el grillo y el saltamontes.

23 Pero cualquier otro insecto alado que tenga cuatro patas os será abominación.

24 "'Por ellos quedaréis impuros: cualquiera que toque sus cadáveres quedará impuro hasta la tarde.

25 Cualquiera que levante alguna parte de sus cadáveres lavará sus vestidos y quedará impuro hasta la tarde.

26 "'Todo animal que tenga la pezuña hendida pero que no esté partida en dos, o que no rumie, os será impuro. Todo el que los toque será impuro.

27 Todo animal que ande sobre sus plantas, de entre todos los animales que andan a cuatro patas, os será impuro. Cualquiera que toque sus cadáveres quedará impuro hasta la tarde.

28 El que levante su cadáver lavará sus vestidos y quedará impuro hasta la tarde. Os serán impuros.

29 "'Estos os serán impuros de entre los animales que se arrastran sobre la tierra: el topo, el ratón, cualquier especie de lagarto grande,

30 el gecko, el lagarto monitor, la lagartija, el eslizón y el camaleón.

31 Estos os serán impuros de entre todos los que se arrastran. Cualquiera que los toque cuando estén muertos quedará impuro hasta la tarde.

32 Todo aquello sobre lo que caiga cualquiera de ellos cuando esté muerto quedará impuro, ya sea un objeto de madera, de tela, de piel o un saco. Cualquier objeto con el que se haga algún trabajo será metido en agua y quedará impuro hasta la tarde; entonces será puro.

33 Toda vasija de barro en la que caiga cualquiera de ellos, todo lo que haya en ella quedará impuro, y la romperéis.

34 Todo alimento que se pueda comer sobre el cual caiga agua de esa vasija quedará impuro. Toda bebida que se pueda beber en cualquiera de esas vasijas quedará impura.

35 Todo aquello sobre lo que caiga una parte de su cadáver quedará impuro; si es un horno o un fogón, será derribado. Son impuros, y os serán impuros.

36 Sin embargo, un manantial o una cisterna donde se recoja agua será puro, pero el que toque su cadáver quedará impuro.

37 Si parte de su cadáver cae sobre cualquier semilla de siembra que se vaya a sembrar, será pura.

38 Pero si se ha echado agua sobre la semilla y parte de su cadáver cae sobre ella, os será impura.

39 "'Si muere algún animal de los que podéis comer, el que toque su cadáver quedará impuro hasta la tarde.

40 El que coma de su cadáver lavará sus vestidos y quedará impuro hasta la tarde. El que levante su cadáver lavará sus vestidos y quedará impuro hasta la tarde.

41 "'Todo animal que se arrastra sobre la tierra es abominación; no se comerá.

42 Todo lo que ande sobre su vientre, todo lo que ande a cuatro patas o todo lo que tenga muchas patas, de todo animal que se arrastra sobre la tierra, no lo comeréis, porque es abominación.

43 No os hagáis abominables con ningún animal que se arrastra; no os hagáis impuros con ellos, para que no quedéis contaminados.

44 Porque yo soy Yahvé, vuestro Dios. Santificaos, pues, y sed santos, porque yo soy santo. No os contaminaréis con ningún animal que se arrastra sobre la tierra.

45 Porque yo soy Yahvé, que os hice subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios. Seréis, pues, santos, porque yo soy santo.

46 "'Esta es la ley acerca de los animales, de las aves, de todo ser viviente que se mueve en las aguas y de toda criatura que se arrastra sobre la tierra,

47 para hacer distinción entre lo impuro y lo puro, y entre el animal que se puede comer y el animal que no se puede comer'."

Capítulo 12

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Habla a los hijos de Israel, diciendo: 'Si una mujer concibe y da a luz un hijo varón, será impura siete días; será impura como en los días de su menstruación.

3 Al octavo día se circuncidará la carne del prepucio del niño.

4 Ella permanecerá purificándose de su sangre treinta y tres días. No tocará ninguna cosa sagrada ni entrará en el santuario, hasta que se cumplan los días de su purificación.

5 Pero si da a luz una niña, será impura dos semanas, como en su menstruación; y permanecerá purificándose de su sangre sesenta y seis días.

6 "'Cuando se cumplan los días de su purificación por un hijo o por una hija, ella traerá al sacerdote, a la puerta de la Tienda del Encuentro, un cordero de un año para el holocausto, y un pichón o una tórtola para la ofrenda por el pecado.

7 Él lo ofrecerá ante Yahvé y hará expiación por ella; entonces quedará purificada del flujo de su sangre. "'Esta es la ley para la que da a luz, sea varón o hembra.

8 Si no tiene lo suficiente para un cordero, tomará dos tórtolas o dos pichones: uno para el holocausto y el otro para la ofrenda por el pecado. El sacerdote hará expiación por ella, y quedará pura'".

Capítulo 13

1 Yahvé habló a Moisés y a Aarón, diciendo:

2 “Cuando un hombre tenga en la piel de su cuerpo una hinchazón, una erupción o una mancha brillante, y se convierta en la piel de su cuerpo en una infección de lepra, será llevado al sacerdote Aarón o a uno de sus hijos, los sacerdotes.

3 El sacerdote examinará la infección en la piel del cuerpo. Si el vello en la zona infectada se ha vuelto blanco, y el aspecto de la infección es más profundo que la piel del cuerpo, se trata de una infección de lepra; el sacerdote lo examinará y lo declarará impuro.

4 Pero si la mancha en la piel de su cuerpo es blanca, y su aspecto no es más profundo que la piel, y su vello no se ha vuelto blanco, entonces el sacerdote aislará a la persona infectada durante siete días.

5 El sacerdote lo examinará al séptimo día. Si a sus ojos la infección se ha detenido y no se ha extendido en la piel, entonces el sacerdote lo aislará por siete días más.

6 El sacerdote lo examinará de nuevo al séptimo día. Si la infección se ha desvanecido y no se ha extendido por la piel, el sacerdote lo declarará puro. Se trata de una simple erupción. Se lavará la ropa y quedará puro.

7 Pero si la erupción se extiende en la piel después de haberse presentado al sacerdote para su purificación, se presentará de nuevo al sacerdote.

8 El sacerdote lo examinará, y si la erupción se ha extendido por la piel, el sacerdote lo declarará impuro. Es lepra.

9 “Cuando la infección de la lepra esté en un hombre, será llevado al sacerdote;

10 y el sacerdote lo examinará. Si hay una hinchazón blanca en la piel, que ha vuelto blanco el vello, y hay carne viva en la hinchazón,

11 se trata de una lepra crónica en la piel de su cuerpo, y el sacerdote lo declarará impuro. No lo aislará, porque ya es impuro.

12 “Si la lepra brota por toda la piel, y la lepra cubre toda la piel del infectado, desde la cabeza hasta los pies, hasta donde alcance la vista del sacerdote,

13 entonces el sacerdote lo examinará. Si la lepra ha cubierto todo su cuerpo, lo declarará puro de la infección. Todo se ha vuelto blanco: está puro.

14 Pero el día en que aparezca carne viva en él, será impuro.

15 El sacerdote examinará la carne viva y lo declarará impuro: la carne viva es impura. Es lepra.

16 O si la carne viva cambia y se vuelve blanca de nuevo, entonces vendrá al sacerdote.

17 El sacerdote lo examinará. Si la llaga se ha vuelto blanca, el sacerdote lo declarará puro de la llaga. Está puro.

18 "Cuando alguien tenga un forúnculo en la piel de su cuerpo, y se haya curado,

19 y en el lugar del forúnculo aparezca una hinchazón blanca, o una mancha brillante de color blanco rojizo, se mostrará al sacerdote.

20 El sacerdote lo examinará. Si su aspecto es más profundo que la piel y su vello se ha vuelto blanco, el sacerdote lo declarará impuro. Es la infección de la lepra. Ha brotado en el forúnculo.

21 Pero si el sacerdote lo examina, y he aquí que no hay vello blanco en él y no es más profundo que la piel, sino que se ha desvanecido, entonces el sacerdote lo aislará siete días.

22 Si se extiende por la piel, el sacerdote lo declarará impuro. Es una infección.

23 Pero si la mancha brillante permanece en su lugar y no se ha extendido, es la cicatriz del forúnculo; el sacerdote lo declarará puro.

24 "O cuando alguien tenga una quemadura de fuego en su piel, y la carne viva de la quemadura se convierta en una mancha brillante de color blanco rojizo o blanco,

25 entonces el sacerdote lo examinará. Si el vello de la mancha brillante se ha vuelto blanco y su aspecto es más profundo que la piel, es lepra. Ha brotado en la quemadura, y el sacerdote lo declarará impuro. Es la infección de la lepra.

26 Pero si el sacerdote lo examina y ve que no hay vello blanco en la mancha, y que no es más profunda que la piel, sino que se ha desvanecido, entonces el sacerdote lo aislará siete días.

27 El sacerdote lo examinará al séptimo día. Si se ha extendido por la piel, el sacerdote lo declarará impuro. Es la infección de la lepra.

28 Si la mancha brillante permanece en su lugar y no se ha extendido en la piel, sino que se ha desvanecido, es la hinchazón de la quemadura. El sacerdote lo declarará puro, porque es la cicatriz de la quemadura.

29 "Cuando un hombre o una mujer tenga una llaga en la cabeza o en la barba,

30 entonces el sacerdote examinará la llaga. Si su aspecto es más profundo que la piel, y el pelo en ella es amarillento y fino, entonces el sacerdote lo declarará impuro. Se trata de tiña. Es lepra de la cabeza o de la barba.

31 Si el sacerdote examina la infección de la tiña, y su aspecto no es más profundo que la piel, y no hay pelo negro en ella, entonces el sacerdote aislará a la persona infectada de tiña durante siete días.

32 Al séptimo día el sacerdote examinará la infección. Si la tiña no se ha extendido, no hay pelo amarillento en ella, y la apariencia de la tiña no es más profunda que la piel,

33 entonces la persona será afeitada, pero no se afeitará la zona de la tiña. Luego el sacerdote aislará al que tiene la tiña siete días más.

34 Al séptimo día, el sacerdote examinará la tiña. Si la tiña no se ha extendido en la piel y su apariencia no es más profunda que la piel, entonces el sacerdote lo declarará puro. Se lavará la ropa y quedará puro.

35 Pero si la tiña se extiende en la piel después de su purificación,

36 entonces el sacerdote lo examinará. Si la tiña se ha extendido en la piel, el sacerdote no necesitará buscar el pelo amarillento; es impuro.

37 Pero si a sus ojos se ha detenido la tiña y ha crecido pelo negro en ella, entonces la tiña está curada. Está puro, y el sacerdote lo declarará puro.

38 "Cuando un hombre o una mujer tenga manchas brillantes en la piel del cuerpo, manchas blancas y brillantes,

39 entonces el sacerdote los examinará. Si las manchas brillantes en la piel de su cuerpo son de un blanco pálido, es una erupción inofensiva que ha brotado en la piel. La persona está pura.

40 "Si a un hombre se le cae el pelo de la cabeza, es calvo, pero está puro.

41 Si se le ha caído el pelo de la parte delantera de la cabeza, tiene calvicie frontal, pero está puro.

42 Pero si en la calva o en la frente calva hay una llaga de color blanco rojizo, es lepra que brota en su calva o en su frente.

43 Entonces el sacerdote lo examinará. Si la hinchazón de la llaga es de color blanco rojizo en su calva o en su frente, con la apariencia de la lepra en la piel del cuerpo,

44 es un hombre leproso. Es impuro. El sacerdote lo declarará impuro sin falta; su infección está en su cabeza.

45 "El leproso que tenga la infección llevará los vestidos rasgados y el cabello desgreñado. Se cubrirá el labio superior y gritará: '¡Impuro! ¡Impuro!'.

46 Todo el tiempo que la llaga esté en él, será impuro. Es impuro, por lo que vivirá aislado. Su morada estará fuera del campamento.

47 "En cuanto al vestido en el que haya una infección de lepra, sea un vestido de lana o de lino;

48 sea en la urdimbre o en la trama de lino o de lana, sea en el cuero o en cualquier objeto de cuero;

49 si la mancha es verdosa o rojiza en el vestido, en el cuero, en la urdimbre, en la trama o en cualquier objeto de cuero, es una infección de lepra y será mostrada al sacerdote.

50 El sacerdote examinará la infección y aislará el objeto infectado durante siete días.

51 Al séptimo día examinará la infección. Si se ha extendido en el vestido, en la urdimbre, en la trama, o en el cuero, cualquiera que sea el uso que se le dé, la infección es un moho maligno. Es impuro.

52 Quemará el vestido, la urdimbre o la trama en lana o en lino, o cualquier objeto de cuero en el que esté la infección, porque es un moho maligno. Será quemado al fuego.

53 «Pero si el sacerdote lo examina, y ve que la mancha no se ha extendido en el vestido, ni en la urdimbre, ni en la trama, ni en ningún objeto de cuero,

54 entonces el sacerdote ordenará que laven el objeto en que está la mancha, y lo aislará siete días más.

55 Después el sacerdote lo examinará, una vez lavada la mancha. Si la mancha no ha cambiado de aspecto, aunque no se haya extendido, el objeto es impuro; lo quemarás al fuego. Es una corrosión, ya sea que el desgaste esté por el derecho o por el revés.

56 Si el sacerdote lo examina, y ve que la mancha se ha desvanecido después de haberla lavado, entonces la arrancará del vestido, del cuero, de la urdimbre o de la trama.

57 Y si aparece de nuevo en el vestido, en la urdimbre, en la trama o en cualquier objeto de cuero, es una erupción que se extiende. Quemarás al fuego aquello en lo que esté la mancha.

58 Pero el vestido, la urdimbre, la trama o cualquier objeto de cuero que laves, si la mancha desaparece de ellos, se lavará por segunda vez y quedará puro».

59 Esta es la ley sobre la plaga del moho en un vestido de lana o de lino, en la urdimbre o en la trama, o en cualquier objeto de cuero, para declararlo puro o impuro.

Capítulo 14

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Esta será la ley para el leproso en el día de su purificación: será llevado al sacerdote,

3 y el sacerdote saldrá fuera del campamento. El sacerdote lo examinará, y si la infección de la lepra ha sanado en el leproso,

4 entonces el sacerdote mandará tomar para el que se purifica dos aves vivas y puras, madera de cedro, hilo escarlata e hisopo.

5 El sacerdote ordenará que se degüelle una de las aves en una vasija de barro sobre agua de manantial.

6 En cuanto al ave viva, la tomará junto con la madera de cedro, el hilo escarlata y el hisopo, y los mojará, junto con el ave viva, en la sangre del ave degollada sobre el agua de manantial.

7 Rociará siete veces sobre el que ha de ser purificado de la lepra, lo declarará puro, y soltará el ave viva en campo abierto.

8 "El que se purifica lavará sus vestidos, se afeitará todo el pelo y se bañará en agua, y quedará puro. Después de eso podrá entrar en el campamento, pero permanecerá siete días fuera de su tienda.

9 Al séptimo día se afeitará todo el pelo: se afeitará la cabeza, la barba, las cejas y todo su pelo. Lavará sus vestidos y bañará su cuerpo en agua. Entonces quedará puro.

10 “Al octavo día tomará dos corderos sin defecto, una cordera de un año sin defecto, tres décimas de un efa de flor de harina amasada con aceite como ofrenda de cereal, y un log de aceite.

11 El sacerdote que lo purifica presentará al hombre que se ha de purificar, junto con estas cosas, delante de Yahvé, a la puerta de la Tienda del Encuentro.

12 “El sacerdote tomará uno de los corderos y lo ofrecerá como sacrificio por la culpa, junto con el log de aceite, y los mecerá como ofrenda mecida ante Yahvé.

13 Degollará el cordero en el lugar donde se degüella la ofrenda por el pecado y el holocausto, en el recinto del santuario; porque el sacrificio por la culpa pertenece al sacerdote, de la misma manera que el sacrificio por el pecado. Es santísimo.

14 El sacerdote tomará de la sangre del sacrificio por la culpa y la pondrá sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el dedo gordo de su pie derecho.

15 El sacerdote tomará del log de aceite y lo echará en la palma de su propia mano izquierda.

16 El sacerdote mojará su dedo derecho en el aceite que tiene en su mano izquierda, y rociará del aceite con su dedo siete veces delante de Yahvé.

17 Del resto del aceite que tiene en su mano, el sacerdote pondrá sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el dedo gordo de su pie derecho, encima de la sangre del sacrificio por la culpa.

18 Y el resto del aceite que quede en la mano del sacerdote lo pondrá sobre la cabeza del que se purifica; así el sacerdote hará expiación por él ante Yahvé.

19 “Entonces el sacerdote ofrecerá el sacrificio por el pecado y hará expiación por el que se purifica de su impureza. Después degollará el holocausto.

20 El sacerdote ofrecerá el holocausto y la ofrenda de cereal sobre el altar. El sacerdote hará expiación por él, y quedará puro.

21 "Pero si es pobre y no tiene recursos suficientes, tomará un cordero como sacrificio por la culpa para ser mecido, para hacer expiación por él, y una décima de efa de flor de harina amasada con aceite como ofrenda de cereal, y un log de aceite;

22 también dos tórtolas o dos pichones, según lo que pueda conseguir. Uno será para el sacrificio por el pecado y el otro para el holocausto.

23 «Al octavo día los traerá al sacerdote para su purificación, a la puerta de la Tienda del Encuentro, delante de Yahvé.

24 El sacerdote tomará el cordero del sacrificio por la culpa y el log de aceite, y los mecerá como ofrenda mecida ante Yahvé.

25 Degollará el cordero del sacrificio por la culpa. El sacerdote tomará de la sangre del sacrificio por la culpa y la pondrá sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el dedo gordo de su pie derecho.

26 El sacerdote echará del aceite en la palma de su propia mano izquierda,

27 y con su dedo derecho el sacerdote rociará del aceite que tiene en su mano izquierda siete veces delante de Yahvé.

28 Luego el sacerdote pondrá del aceite que tiene en su mano sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el dedo gordo de su pie derecho, en el mismo lugar de la sangre del sacrificio por la culpa.

29 El resto del aceite que quede en la mano del sacerdote lo pondrá sobre la cabeza del que se purifica, para hacer expiación por él ante Yahvé.

30 Ofrecerá una de las tórtolas o uno de los pichones, según lo que haya podido conseguir,

31 de lo que haya podido adquirir, uno como sacrificio por el pecado y el otro como holocausto, junto con la ofrenda de cereal. Así el sacerdote hará expiación delante de Yahvé por el que se purifica».

32 Esta es la ley para aquel que tiene una infección de lepra y no dispone de medios suficientes para su purificación.

33 Yahvé habló a Moisés y a Aarón, diciendo:

34 "Cuando hayáis entrado en la tierra de Canaán, que yo os doy en posesión, y yo ponga una plaga de moho en una casa de la tierra de vuestra posesión,

35 el dueño de la casa irá y se lo comunicará al sacerdote, diciendo: 'Me parece ver como una plaga en mi casa'.

36 El sacerdote ordenará que vacíen la casa antes de que él entre a examinar la plaga, para que no sea declarado impuro todo lo que hay en ella. Después el sacerdote entrará para examinar la casa.

37 Examinará la mancha. Si la mancha está en las paredes de la casa con cavidades verdosas o rojizas, y su aspecto es más profundo que la superficie de la pared,

38 entonces el sacerdote saldrá a la puerta de la casa y la mantendrá cerrada durante siete días.

39 El sacerdote volverá al séptimo día y la examinará. Si la mancha se ha extendido por las paredes de la casa,

40 el sacerdote ordenará que arranquen las piedras en las que está la mancha, y que las arrojen en un lugar impuro fuera de la ciudad.

41 Hará raspar todo el interior de la casa, y echarán el polvo que hayan raspado fuera de la ciudad, en un lugar impuro.

42 Tomarán otras piedras y las pondrán en lugar de las primeras; tomarán otra mezcla y revocarán la casa.

43 "Si la mancha vuelve a brotar en la casa después de haber arrancado las piedras, de haber raspado la casa y de haberla revocado de nuevo,

44 entonces el sacerdote entrará y la examinará. Si la mancha se ha extendido en la casa, es un moho maligno en la casa; es impura.

45 Derribará la casa, sus piedras, su madera y todo el estuco de la casa, y lo sacará fuera de la ciudad a un lugar impuro.

46 "Cualquiera que entre en la casa durante los días que esté cerrada quedará impuro hasta la tarde.

47 El que duerma en la casa lavará sus vestidos, y el que coma en la casa lavará sus vestidos.

48 «Pero si el sacerdote entra y la examina, y ve que la mancha no se ha extendido en la casa después de haber sido revocada, entonces el sacerdote declarará la casa pura, porque la plaga ha sanado.

49 Para purificar la casa tomará dos aves, madera de cedro, hilo escarlata e hisopo.

50 Degollará una de las aves en una vasija de barro sobre agua de manantial.

51 Tomará la madera de cedro, el hisopo, el hilo escarlata y el ave viva, los mojará en la sangre del ave degollada y en el agua de manantial, y rociará la casa siete veces.

52 Purificará la casa con la sangre del ave, con el agua de manantial, con el ave viva, con la madera de cedro, con el hisopo y con el hilo escarlata.

53 Después soltará el ave viva fuera de la ciudad, en campo abierto. Así hará expiación por la casa, y quedará pura».

54 Esta es la ley para cualquier infección de lepra, para la tiña,

55 para la plaga en un vestido o en una casa,

56 para la hinchazón, para la erupción y para la mancha brillante;

57 para enseñar cuándo es impuro y cuándo es puro. Esta es la ley sobre la lepra.

Capítulo 15

1 Yahvé habló a Moisés y a Aarón, diciendo:

2 “Hablad a los hijos de Israel y decidles: ‘Cuando un hombre tenga un flujo de su
cuerpo, será impuro a causa de su flujo.

3 Esta será su impureza por causa de su flujo: ya sea que su cuerpo destile el flujo
o que su cuerpo retenga el flujo, es su impureza.

4 “‘Toda cama en la que se acueste el que tiene el flujo será impura, y cualquier
mueble sobre el que se siente será impuro.

5 Cualquiera que toque su cama lavará sus vestidos, se bañará en agua y quedará
impuro hasta la tarde.

6 El que se siente sobre cualquier mueble en el que se haya sentado el hombre que
tiene el flujo, lavará sus vestidos, se bañará en agua y quedará impuro hasta la
tarde.

7 “‘El que toque el cuerpo del que tiene el flujo lavará sus vestidos, se bañará en
agua y quedará impuro hasta la tarde.

8 “‘Si el que tiene el flujo escupe sobre alguien que está puro, este lavará sus vesti-
dos, se bañará en agua y quedará impuro hasta la tarde.

9 “‘Cualquier montura sobre la que cabalgue el que tiene el flujo será impura.

10 Cualquiera que toque algo que haya estado debajo de él quedará impuro hasta
la tarde. El que transporte esas cosas lavará sus vestidos, se bañará en agua y que-
dará impuro hasta la tarde.

11 “‘Cualquiera a quien toque el que tiene el flujo sin haberse lavado las manos
con agua, lavará sus vestidos, se bañará en agua y quedará impuro hasta la tarde.

12 “‘La vasija de barro que toque el que tiene el flujo será quebrada, y toda vasija
de madera será enjuagada con agua.

13 “‘Cuando el que tiene el flujo sane de su flujo, contará siete días para su purifi-
cación, lavará sus vestidos, bañará su cuerpo en agua de manantial y quedará
puro.

14 "'Al octavo día tomará dos tórtolas o dos pichones, vendrá delante de Yahvé a
la puerta de la Tienda del Encuentro, y se los dará al sacerdote.

15 El sacerdote los ofrecerá, uno como sacrificio por el pecado y el otro como ho-
locausto. Así el sacerdote hará expiación por él delante de Yahvé a causa de su
flujo.

16 "'Si un hombre tiene una emisión de semen, bañará todo su cuerpo en agua y
quedará impuro hasta la tarde.

17 Toda vestidura y toda piel sobre la que caiga el semen será lavada con agua y
quedará impura hasta la tarde.

18 Si un hombre se acuesta con una mujer y hay emisión de semen, ambos se ba-
ñarán en agua y quedarán impuros hasta la tarde.

19 "'Si una mujer tiene un flujo y el flujo de su cuerpo es de sangre, permanecerá
en su impureza menstrual durante siete días. Cualquiera que la toque quedará im-
puro hasta la tarde.

20 "'Todo aquello sobre lo que ella se acueste durante su impureza será impuro.
Todo aquello sobre lo que se siente será impuro.

21 Cualquiera que toque su cama lavará sus vestidos, se bañará en agua y quedará
impuro hasta la tarde.

22 Cualquiera que toque algún mueble sobre el que ella se haya sentado, lavará sus
vestidos, se bañará en agua y quedará impuro hasta la tarde.

23 Ya sea que toque la cama o el mueble sobre el cual ella se sentó, quedará impuro
hasta la tarde.

24 "'Si un hombre se acuesta con ella y la impureza menstrual de ella lo toca, que-
dará impuro siete días, y toda cama en la que él se acueste será impura.

25 "'Si una mujer tiene un flujo de sangre por muchos días fuera del tiempo de su
menstruación, o si el flujo se prolonga más allá de su menstruación, todos los días
del flujo de su impureza serán como los días de su menstruación. Será impura.

26 Toda cama en la que ella se acueste durante los días de su flujo será para ella como la cama de su menstruación. Cualquier mueble sobre el que se siente será impuro, como la impureza de su menstruación.

27 Cualquiera que toque estas cosas quedará impuro; lavará sus vestidos, se bañará en agua y quedará impuro hasta la tarde.

28 "'Pero si sana de su flujo, contará siete días, y después de eso quedará pura.

29 Al octavo día tomará dos tórtolas o dos pichones y los llevará al sacerdote, a la puerta de la Tienda del Encuentro.

30 El sacerdote ofrecerá uno como sacrificio por el pecado y el otro como holocausto; así el sacerdote hará expiación por ella delante de Yahvé por causa de su flujo impuro.

31 "'Así mantendréis a los hijos de Israel separados de sus impurezas, para que no mueran en su impureza por haber contaminado mi Morada que está en medio de ellos'".

32 Esta es la ley para el que tiene un flujo y para el que tiene una emisión de semen por la cual queda impuro;

33 para la mujer que está indispuesta por su menstruación, para el hombre o la mujer que tenga un flujo, y para el hombre que se acueste con una mujer impura.

Capítulo 16

1 Yahvé habló a Moisés después de la muerte de los dos hijos de Aarón, que murieron al acercarse a la presencia de Yahvé.

2 Yahvé dijo a Moisés: "Dile a tu hermano Aarón que no entre en cualquier momento en el Lugar Santísimo, detrás del velo, delante del propiciatorio que está sobre el arca, para que no muera; porque yo me apareceré en la nube sobre el propiciatorio.

3 "Con esto entrará Aarón en el santuario: con un novillo para el sacrificio por el
pecado y un carnero para el holocausto.

4 Se vestirá con la túnica sagrada de lino, llevará calzoncillos de lino sobre su
cuerpo, se ceñirá el fajín de lino y se cubrirá con el turbante de lino. Estas son ves-
tiduras sagradas. Bañará su cuerpo en agua y se las pondrá.

5 De la asamblea de los hijos de Israel tomará dos machos cabríos para sacrificio
por el pecado y un carnero para holocausto.

6 "Aarón ofrecerá el novillo como su propio sacrificio por el pecado, y hará expia-
ción por sí mismo y por su casa.

7 Tomará los dos machos cabríos y los presentará delante de Yahvé, a la puerta de
la Tienda del Encuentro.

8 Aarón echará suertes sobre los dos machos cabríos: una suerte para Yahvé y la
otra para Azazel.

9 Aarón presentará el macho cabrío sobre el cual haya caído la suerte para Yahvé,
y lo ofrecerá como sacrificio por el pecado.

10 Pero el macho cabrío sobre el cual haya caído la suerte para Azazel, será pre-
sentado vivo delante de Yahvé para hacer expiación sobre él, a fin de enviarlo al de-
sierto para Azazel.

11 "Aarón presentará el novillo de su propio sacrificio por el pecado, y hará expia-
ción por sí mismo y por su casa; degollará el novillo de su sacrificio por el pecado.

12 Tomará un incensario lleno de brasas de fuego del altar que está delante de
Yahvé, y dos puñados de incienso aromático molido, y lo llevará detrás del velo.

13 Pondrá el incienso sobre el fuego delante de Yahvé, para que la nube del incienso
cubra el propiciatorio que está sobre el Testimonio, y así no morirá.

14 Tomará de la sangre del novillo y la rociará con su dedo sobre el lado oriental
del propiciatorio; y delante del propiciatorio rociará de la sangre con su dedo siete
veces.

15 “Entonces degollará el macho cabrío del sacrificio por el pecado que es por el pueblo, llevará su sangre detrás del velo y hará con su sangre lo mismo que hizo con la sangre del novillo: la rociará sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio.

16 Así hará expiación por el santuario a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus transgresiones y de todos sus pecados. Lo mismo hará por la Tienda del Encuentro, que reside con ellos en medio de sus impurezas.

17 Nadie deberá estar en la Tienda del Encuentro desde que él entre para hacer la expiación en el santuario hasta que salga, después de haber hecho la expiación por sí mismo, por su casa y por toda la asamblea de Israel.

18 “Luego saldrá hacia el altar que está delante de Yahvé y hará expiación por él. Tomará de la sangre del novillo y de la sangre del macho cabrío, y la pondrá sobre los cuernos del altar por todos sus lados.

19 Rociará sobre él de la sangre con su dedo siete veces, para purificarlo y santificarlo de las impurezas de los hijos de Israel.

20 “Cuando haya terminado de purificar el santuario, la Tienda del Encuentro y el altar, presentará el macho cabrío vivo.

21 Aarón pondrá ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus transgresiones y todos sus pecados. Los pondrá sobre la cabeza del macho cabrío y lo enviará al desierto por medio de un hombre designado para ello.

22 El macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a una tierra solitaria; y el hombre soltará el macho cabrío en el desierto.

23 “Después Aarón entrará en la Tienda del Encuentro, se quitará las vestiduras de lino que se había puesto al entrar en el santuario y las dejará allí.

24 Bañará su cuerpo en agua en un lugar santo, se pondrá sus propias vestiduras, y saldrá para ofrecer su holocausto y el holocausto del pueblo, y hará expiación por sí mismo y por el pueblo.

25 La grasa del sacrificio por el pecado la quemará sobre el altar.

26 "El que haya soltado el macho cabrío para Azazel lavará sus vestidos, bañará su cuerpo en agua, y después de eso podrá entrar en el campamento.

27 El novillo del sacrificio por el pecado y el macho cabrío del sacrificio por el pecado, cuya sangre fue llevada para hacer la expiación en el santuario, serán sacados fuera del campamento; y quemarán al fuego sus pieles, su carne y su estiércol.

28 El que los queme lavará sus vestidos, bañará su cuerpo en agua, y después de eso podrá entrar en el campamento.

29 "Esto será un estatuto perpetuo para vosotros: en el séptimo mes, a los diez días del mes, afligiréis vuestras almas y no haréis ningún trabajo, ni el nativo ni el forastero que reside entre vosotros.

30 Porque en este día se hará expiación por vosotros para purificaros. Seréis purificados de todos vuestros pecados delante de Yahvé.

31 Será para vosotros un día de completo reposo, y afligiréis vuestras almas. Es un estatuto perpetuo.

32 El sacerdote que sea ungido y consagrado para ministrar como sacerdote en lugar de su padre hará la expiación. Se pondrá las vestiduras de lino, las vestiduras sagradas,

33 y hará la expiación por el santuario sagrado, por la Tienda del Encuentro y por el altar. Hará también la expiación por los sacerdotes y por todo el pueblo de la asamblea.

34 «Esto será para vosotros un estatuto perpetuo, para hacer expiación por los hijos de Israel de todos sus pecados una vez al año». Y Aarón hizo tal como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

Capítulo 17

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Habla a Aarón, a sus hijos y a todos los hijos de Israel, y diles: 'Esto es lo que Yahvé ha ordenado:

3 Todo hombre de la casa de Israel que degüelle un becerro, un cordero o una cabra en el campamento, o que lo degüelle fuera del campamento,

4 y no lo haya traído a la puerta de la Tienda del Encuentro para presentarlo como ofrenda a Yahvé ante el tabernáculo de Yahvé, la sangre se le imputará a ese hombre. Ha derramado sangre. Ese hombre será cortado de entre su pueblo.

5 Esto es para que los hijos de Israel traigan sus sacrificios, los que sacrifican en campo abierto, y los traigan a Yahvé, a la puerta de la Tienda del Encuentro, al sacerdote, y los sacrifiquen como sacrificios de comunión a Yahvé.

6 El sacerdote rociará la sangre sobre el altar de Yahvé a la puerta de la Tienda del Encuentro, y quemará la grasa como aroma agradable para Yahvé.

7 Nunca más ofrecerán sus sacrificios a los ídolos en forma de macho cabrío, tras los cuales se han prostituido. Esto les será por estatuto perpetuo a lo largo de sus generaciones'.

8 "También les dirás: 'Cualquier hombre de la casa de Israel, o de los forasteros que residen entre ellos, que ofrezca un holocausto o un sacrificio,

9 y no lo traiga a la puerta de la Tienda del Encuentro para ofrecerlo a Yahvé, ese hombre será cortado de su pueblo.

10 "'Cualquier hombre de la casa de Israel, o de los forasteros que residen entre ellos, que coma cualquier clase de sangre, yo pondré mi rostro contra esa persona que coma sangre y la cortaré de entre su pueblo.

11 Porque la vida de la carne está en la sangre. Yo os la he dado sobre el altar para hacer expiación por vuestras almas; porque es la sangre, en razón de la vida, la que hace expiación.

12 Por eso he dicho a los hijos de Israel: Ninguna persona entre vosotros comerá sangre, ni el forastero que reside entre vosotros comerá sangre.

13 "'Cualquier hombre de los hijos de Israel, o de los forasteros que residen entre ellos, que cace algún animal o ave que sea lícito comer, derramará su sangre y la cubrirá con tierra.

14 Porque la vida de toda carne es su sangre, su sangre es su vida. Por eso dije a los hijos de Israel: No comeréis la sangre de ninguna carne, porque la vida de toda carne es su sangre. Todo el que la coma será cortado.

15 "'Toda persona, sea nativo o forastero, que coma de un animal muerto por sí solo o despedazado por las fieras, lavará sus vestidos, se bañará en agua y quedará impuro hasta la tarde. Entonces quedará puro.

16 Pero si no lava sus vestidos ni baña su cuerpo, cargará con su iniquidad'".

Capítulo 18

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'Yo soy Yahvé, vuestro Dios.

3 No haréis como hacen en la tierra de Egipto, donde habitasteis. No haréis como hacen en la tierra de Canaán, a donde yo os llevo. No andaréis en sus estatutos.

4 Cumpliréis mis ordenanzas y guardaréis mis estatutos para andar en ellos. Yo soy Yahvé, vuestro Dios.

5 Guardaréis, pues, mis estatutos y mis ordenanzas, por los cuales el hombre que los cumpla, vivirá. Yo soy Yahvé.

6 "'Ninguno de vosotros se acercará a ningún pariente cercano para descubrir su desnudez. Yo soy Yahvé.

7 "'No descubrirás la desnudez de tu padre, que es la desnudez de tu madre; ella es tu madre, no descubrirás su desnudez.

8 "'No descubrirás la desnudez de la mujer de tu padre; es la desnudez de tu padre.

9 "'No descubrirás la desnudez de tu hermana, hija de tu padre o hija de tu madre, ya sea nacida en casa o nacida fuera; no descubrirás su desnudez.

10 “‘No descubrirás la desnudez de la hija de tu hijo o de la hija de tu hija, porque
la desnudez de ellas es tu propia desnudez.

11 “‘No descubrirás la desnudez de la hija de la mujer de tu padre, engendrada por
tu padre, pues ella es tu hermana.

12 “‘No descubrirás la desnudez de la hermana de tu padre; ella es pariente cer-
cana de tu padre.

13 “‘No descubrirás la desnudez de la hermana de tu madre, porque ella es pa-
riente cercana de tu madre.

14 “‘No descubrirás la desnudez del hermano de tu padre; no te acercarás a su
mujer, ella es tu tía.

15 “‘No descubrirás la desnudez de tu nuera; es la mujer de tu hijo, no descubrirás
su desnudez.

16 “‘No descubrirás la desnudez de la mujer de tu hermano; es la desnudez de tu
hermano.

17 “‘No descubrirás la desnudez de una mujer y la de su hija. No tomarás a la hija
de su hijo, ni a la hija de su hija, para descubrir su desnudez; son parientes cerca-
nas. Es una infamia.

18 “‘No tomarás a una mujer juntamente con su hermana, para hacerla su rival,
descubriendo la desnudez de la una en presencia de la otra, mientras viva la
primera.

19 “‘No te acercarás a una mujer para descubrir su desnudez mientras esté apar-
tada por su impureza menstrual.

20 “‘No te acostarás carnalmente con la mujer de tu prójimo, contaminándote
con ella.

21 “‘No entregarás a ninguno de tus hijos para ofrecerlo por el fuego a Moloc,
profanando así el nombre de tu Dios. Yo soy Yahvé.

22 "'No te acostarás con un hombre como quien se acuesta con una mujer; es una abominación.

23 "'No te ayuntarás con ningún animal para contaminarte con él. Tampoco mujer alguna se pondrá delante de un animal para ayuntarse con él; es una perversión.

24 "'No os contaminéis con ninguna de estas cosas, porque con todas ellas se contaminaron las naciones que yo voy a expulsar de delante de vosotros.

25 La tierra se contaminó, y por ello castigué su iniquidad sobre ella, y la tierra vomitó a sus habitantes.

26 Guardad, pues, vosotros mis estatutos y mis ordenanzas, y no cometáis ninguna de estas abominaciones, ni el nativo ni el forastero que reside entre vosotros.

27 Porque los hombres de aquella tierra que os precedieron cometieron todas estas abominaciones, y la tierra se contaminó.

28 No sea que la tierra os vomite también a vosotros por haberla contaminado, como vomitó a la nación que la habitó antes de vosotros.

29 "'Cualquiera que cometa alguna de estas abominaciones, las personas que las cometan serán cortadas de entre su pueblo.

30 Guardad, pues, mi mandato, no practicando ninguna de las costumbres abominables que se practicaron antes de vosotros, para que no os contaminéis con ellas. Yo soy Yahvé, vuestro Dios'".

Capítulo 19

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Habla a toda la congregación de los hijos de Israel y diles: 'Seréis santos, porque yo, Yahvé, vuestro Dios, soy santo.

3 "'Cada uno de vosotros reverenciará a su madre y a su padre, y guardaréis mis días de reposo. Yo soy Yahvé, vuestro Dios.

4 "'No os volváis a los ídolos, ni os hagáis dioses de fundición. Yo soy Yahvé, vuestro Dios.

5 "'Cuando ofrezcáis un sacrificio de comunión a Yahvé, ofrecedlo de manera que seáis aceptados.

6 Se comerá el mismo día que lo ofrezcáis, y al día siguiente. Si queda algo hasta el tercer día, será quemado al fuego.

7 Si se come al tercer día, es una abominación; no será aceptado.

8 Cualquiera que lo coma cargará con su iniquidad, porque ha profanado lo que es santo para Yahvé, y esa persona será cortada de su pueblo.

9 "'Cuando seguéis la mies de vuestra tierra, no segaréis hasta el último rincón de tu campo, ni espigarás el sobrante de tu mies.

10 No rebuscarás tu viña, ni recogerás el fruto caído de tu viña; lo dejarás para el pobre y para el forastero. Yo soy Yahvé, vuestro Dios.

11 "'No hurtaréis. "'No engañaréis. "'No os mentiréis unos a otros.

12 "'No juraréis en falso por mi nombre, profanando así el nombre de tu Dios. Yo soy Yahvé.

13 "'No oprimirás a tu prójimo ni le robarás. "'El salario del jornalero no retendrás contigo toda la noche hasta la mañana.

14 "'No maldecirás al sordo, ni pondrás tropiezo delante del ciego, sino que temerás a tu Dios. Yo soy Yahvé.

15 "'No haréis injusticia en el juicio. No favorecerás al pobre ni complacerás al poderoso, sino que con justicia juzgarás a tu prójimo.

16 "'No andarás como chismoso entre tu pueblo. "'No atentarás contra la vida de tu prójimo. Yo soy Yahvé.

17 "'No aborrecerás a tu hermano en tu corazón. Reprenderás francamente a tu prójimo, para que no cargues con pecado por su causa.

18 "'No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy Yahvé.

19 "'Mis estatutos guardaréis. "'No harás que tu ganado se cruze con animales de otra especie. "'No sembrarás tu campo con semilla mezclada. "'No te pondrás un vestido tejido con dos clases de hilo.

20 "'Si un hombre se acuesta carnalmente con una mujer que es sierva desposada con otro hombre, y que no ha sido rescatada ni se le ha dado la libertad, habrá castigo. No serán condenados a muerte, porque ella no era libre.

21 Él traerá a Yahvé su ofrenda por la culpa, a la puerta de la Tienda del Encuentro; un carnero como ofrenda por la culpa.

22 El sacerdote hará expiación por él delante de Yahvé con el carnero de la ofrenda por la culpa, por el pecado que cometió, y el pecado le será perdonado.

23 "'Cuando entréis en la tierra y plantéis toda clase de árboles frutales, consideraréis su fruto como incircunciso y prohibido. Durante tres años os será prohibido; no se comerá.

24 Al cuarto año todo su fruto será consagrado en alabanza a Yahvé.

25 En el quinto año comeréis su fruto, para que su rendimiento os aumente. Yo soy Yahvé, vuestro Dios.

26 "'No comeréis carne con su sangre. No practicaréis la adivinación ni la hechicería.

27 "'No os cortaréis el cabello en redondo en las sienes, ni os recortaréis los bordes de la barba.

28 "'No haréis sajaduras en vuestro cuerpo por un muerto, ni os haréis tatuajes. Yo soy Yahvé.

29 "'No profanarás a tu hija haciéndola prostituta, para que la tierra no se prostituya y se llene de perversidad.

30 "'Guardaréis mis días de reposo y reverenciaréis mi santuario. Yo soy Yahvé.

31 "'No os volváis a los encantadores ni a los adivinos; no los consultéis, contaminándoos con ellos. Yo soy Yahvé, vuestro Dios.

32 "'Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano, y de tu Dios tendrás temor. Yo soy Yahvé.

33 "'Cuando un forastero resida con vosotros en vuestra tierra, no le oprimiréis.

34 El forastero que resida con vosotros os será como uno nacido entre vosotros, y lo amarás como a ti mismo, porque forasteros fuisteis en la tierra de Egipto. Yo soy Yahvé, vuestro Dios.

35 "'No cometeréis injusticia en los juicios, ni en las medidas de longitud, de peso o de capacidad.

36 Tendréis balanzas justas, pesas justas, un efa justo y un hin justo. Yo soy Yahvé, vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto.

37 "'Guardaréis, pues, todos mis estatutos y todas mis ordenanzas, y los pondréis por obra. Yo soy Yahvé'".

Capítulo 20

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Dirás asimismo a los hijos de Israel: 'Cualquier hombre de los hijos de Israel, o de los forasteros que residen en Israel, que ofrezca alguno de sus descendientes a Moloc, morirá irremisiblemente. El pueblo de la tierra lo apedreará.

3 Yo pondré mi rostro contra ese hombre y lo cortaré de entre su pueblo, por haber entregado de su descendencia a Moloc, profanando mi santuario y mancillando mi santo nombre.

4 Y si el pueblo de la tierra cierra los ojos ante ese hombre, cuando ofrece de su descendencia a Moloc, y no le da muerte,

5 entonces yo pondré mi rostro contra ese hombre y contra su familia. Lo cortaré de entre su pueblo, a él y a todos los que se prostituyan tras él para adorar a Moloc.

6 "'La persona que se vuelva a los encantadores o adivinos, para prostituirse yendo en pos de ellos, yo pondré mi rostro contra esa persona y la cortaré de entre su pueblo.

7 "'Santificaos, pues, y sed santos, porque yo soy Yahvé, vuestro Dios.

8 Guardad mis estatutos y ponedlos por obra. Yo soy Yahvé, el que os santifica.

9 "'Todo hombre que maldiga a su padre o a su madre será condenado a muerte. Ha maldecido a su padre o a su madre; su sangre caerá sobre él.

10 "'El hombre que cometa adulterio con la mujer de otro, el que cometa adulterio con la mujer de su prójimo, el adúltero y la adúltera serán condenados a muerte.

11 "'Cualquiera que se acueste con la mujer de su padre, ha descubierto la desnudez de su padre; ambos serán condenados a muerte. Su sangre caerá sobre ellos.

12 "'Si un hombre se acuesta con su nuera, ambos serán condenados a muerte. Han cometido una perversión; su sangre caerá sobre ellos.

13 "'Si un hombre se acuesta con otro hombre como quien se acuesta con una mujer, ambos han cometido una abominación. Serán condenados a muerte; su sangre caerá sobre ellos.

14 "'Si un hombre toma por esposas a una mujer y a la madre de ella, es una infamia. Serán quemados al fuego él y ellas, para que no haya infamia entre vosotros.

15 "'Cualquiera que tenga cópula con un animal será condenado a muerte, y mataréis al animal.

16 "'Si una mujer se acerca a algún animal para ayuntarse con él, matarás a la mujer y al animal. Serán condenados a muerte; su sangre caerá sobre ellos.

17 "'Si un hombre toma a su hermana, hija de su padre o hija de su madre, y ve su desnudez y ella ve la suya, es una deshonra. Serán cortados a la vista de los hijos de su pueblo. Ha descubierto la desnudez de su hermana; cargará con su iniquidad.

18 "'Si un hombre se acuesta con una mujer durante su menstruación y descubre su desnudez, ha puesto al descubierto la fuente de ella, y ella ha descubierto la fuente de su sangre. Ambos serán cortados de entre su pueblo.

19 "'No descubrirás la desnudez de la hermana de tu madre, ni de la hermana de tu padre, porque se ha desnudado a un pariente cercano. Ellos cargarán con su iniquidad.

20 Si un hombre se acuesta con la mujer de su tío, la desnudez de su tío ha descubierto. Cargarán con su pecado y morirán sin hijos.

21 "'Si un hombre toma a la mujer de su hermano, es una impureza. Ha descubierto la desnudez de su hermano; no tendrán hijos.

22 "'Guardaréis, pues, todos mis estatutos y todas mis ordenanzas, y los pondréis por obra, para que no os vomite la tierra a donde yo os llevo para habitar.

23 No andaréis en las costumbres de las naciones que yo expulso de delante de vosotros, porque ellos hicieron todas estas cosas y por eso los abominé.

24 Pero a vosotros os he dicho: Vosotros heredaréis su tierra, y yo os la daré para que la poseáis; tierra que fluye leche y miel. Yo soy Yahvé, vuestro Dios, que os he separado de los demás pueblos.

25 "'Haréis, pues, distinción entre el animal puro y el impuro, y entre el ave impura y la pura. No os hagáis abominables por causa de animal, de ave o de cualquier cosa que se arrastra sobre la tierra, los cuales yo he separado para que los consideréis impuros.

26 Habéis de serme santos, porque yo, Yahvé, soy santo, y os he separado de los pueblos para que seáis míos.

27 "'El hombre o la mujer en quienes haya espíritu de nigromancia o de adivinación, han de morir irremisiblemente. Serán apedreados; su sangre caerá sobre ellos'".

Capítulo 21

1 Yahvé dijo a Moisés: "Habla a los sacerdotes, hijos de Aarón, y diles: 'Ningún sacerdote se profanará por los muertos de su pueblo,

2 excepto por sus parientes más cercanos: por su madre, por su padre, por su hijo, por su hija, por su hermano,

3 y por su hermana virgen que dependa de él y que no haya tenido marido; por ella sí puede profanarse.

4 No se contaminará, siendo jefe entre su pueblo, haciéndose impuro.

5 "'No se raparán la cabeza, ni se recortarán los bordes de la barba, ni se harán sajaduras en su carne.

6 Serán santos para su Dios, y no profanarán el nombre de su Dios, porque ellos ofrecen las ofrendas hechas por fuego a Yahvé, el pan de su Dios. Por lo tanto, serán santos.

7 "'No tomarán por esposa a una mujer prostituta o profanada. El sacerdote tampoco se casará con una mujer divorciada de su marido, porque él es santo para su Dios.

8 Por eso lo santificarás, porque él ofrece el pan de tu Dios. Será santo para ti, porque yo, Yahvé, que os santifico, soy santo.

9 "'Si la hija de un sacerdote se profana entregándose a la prostitución, profana a su padre; será quemada al fuego.

10 "'El sumo sacerdote entre sus hermanos, sobre cuya cabeza se haya derramado el aceite de la unción, y que haya sido consagrado para llevar las vestiduras sagradas, no llevará el cabello suelto ni rasgará sus vestidos.

11 No se acercará a ningún cadáver, ni siquiera por su padre o por su madre se contaminará.

12 No saldrá del santuario ni profanará el santuario de su Dios, porque la consagración del aceite de la unción de su Dios está sobre él. Yo soy Yahvé.

13 "'Tomará por esposa a una mujer en su virginidad.

14 No se casará con una viuda, ni con una divorciada, ni con una mujer profanada, ni con una prostituta. Tomará como esposa a una virgen de su propio pueblo.

15 Así no profanará su descendencia entre su pueblo, porque yo soy Yahvé, que lo santifico'".

16 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

17 "Di a Aarón: 'Ninguno de tus descendientes, a lo largo de sus generaciones, que tenga algún defecto físico podrá acercarse a ofrecer el pan de su Dios.

18 Porque ningún hombre que tenga un defecto se acercará: ni el ciego, ni el cojo, ni el mutilado del rostro, ni el que tenga alguna deformidad,

19 ni el hombre que tenga fracturado un pie o una mano,

20 ni el jorobado, ni el enano, ni el que tenga un defecto en el ojo, ni el que tenga sarna o tiña, ni el que tenga los testículos magullados.

21 Ningún hombre de la descendencia del sacerdote Aarón que tenga algún defecto se acercará a presentar las ofrendas hechas por fuego a Yahvé. Puesto que tiene un defecto, no se acercará a ofrecer el pan de su Dios.

22 Podrá comer del pan de su Dios, tanto de las ofrendas santísimas como de las santas.

23 Pero no se acercará al velo, ni se acercará al altar, porque tiene un defecto; para que no profane mis santuarios, porque yo soy Yahvé, que los santifico'".

24 Y Moisés comunicó esto a Aarón, a sus hijos y a todos los hijos de Israel.

Capítulo 22

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Di a Aarón y a sus hijos que traten con reverencia las ofrendas sagradas de los hijos de Israel, las cuales ellos me consagran, para que no profanen mi santo nombre. Yo soy Yahvé.

3 "Diles: 'Si alguno de todos vuestros descendientes, a lo largo de vuestras generaciones, se acerca a las cosas sagradas que los hijos de Israel consagran a Yahvé, estando en estado de impureza, esa persona será cortada de mi presencia. Yo soy Yahvé.

4 "'Ningún descendiente de Aarón que sea leproso o que tenga un flujo comerá de las cosas sagradas hasta que esté puro. El que toque algo que ha quedado impuro por causa de un muerto, o el hombre que tenga una emisión seminal,

5 o el que toque cualquier animal que se arrastra por el cual pueda quedar impuro, o a un hombre que lo haga impuro, sea cual sea la impureza que tenga,

6 la persona que toque a cualquiera de ellos quedará impura hasta la tarde, y no comerá de las cosas sagradas a menos que bañe su cuerpo en agua.

7 Cuando se ponga el sol, quedará puro, y después podrá comer de las cosas sagradas, porque son su alimento.

8 No comerá de un animal que muera por sí solo o que sea despedazado por las fieras, contaminándose con ello. Yo soy Yahvé.

9 "'Por tanto, guardarán mi ordenanza, para que no carguen con pecado por ello y mueran por haberla profanado. Yo soy Yahvé, que los santifico.

10 "'Ningún extraño comerá de las cosas sagradas; ni el huésped del sacerdote ni su jornalero comerán de las cosas sagradas.

11 Pero si un sacerdote compra a un esclavo con su propio dinero, este podrá comer de ellas; y los nacidos en su casa también podrán comer de su pan.

12 Si la hija de un sacerdote se casa con un extraño, no podrá comer de las ofrendas elevadas de las cosas sagradas.

13 Pero si la hija de un sacerdote queda viuda o se divorcia, y no tiene hijos, y vuelve a la casa de su padre como en su juventud, podrá comer del pan de su padre; pero ningún extraño comerá de él.

14 "'Si un hombre come inadvertidamente de una ofrenda sagrada, le añadirá la quinta parte de su valor y se la dará al sacerdote junto con la ofrenda sagrada.

15 Los sacerdotes no profanarán las ofrendas sagradas de los hijos de Israel, las cuales elevan a Yahvé,

16 haciendo que el pueblo cargue con la iniquidad y la culpa al comer sus ofrendas sagradas; porque yo soy Yahvé, que los santifico'".

17 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

18 "Habla a Aarón, a sus hijos y a todos los hijos de Israel, y diles: 'Cualquiera de la casa de Israel, o de los forasteros en Israel, que presente su ofrenda, ya sea para cumplir un voto o como ofrenda voluntaria que se ofrezca a Yahvé como holocausto,

19 para que os sea aceptada, ofreceréis un macho sin defecto, de entre los toros, las ovejas o las cabras.

20 No ofreceréis nada que tenga defecto, porque no os será aceptado.

21 Cuando alguien ofrezca un sacrificio de comunión a Yahvé para cumplir un voto, o como ofrenda voluntaria, ya sea de la vacada o del rebaño, el animal deberá ser perfecto para ser aceptado; no tendrá ningún defecto.

22 No ofreceréis a Yahvé un animal ciego, herido, mutilado, con verrugas, con sarna o con tiña, ni haréis de ellos una ofrenda hecha por fuego sobre el altar de Yahvé.

23 Podrás ofrecer como ofrenda voluntaria un toro o un cordero que tenga algún miembro deforme o atrofiado; pero no será aceptado para cumplir un voto.

24 No ofreceréis a Yahvé un animal que tenga los testículos magullados, aplastados, arrancados o cortados. No haréis esto en vuestra tierra.

25 Tampoco aceptaréis de manos de un extranjero ninguno de estos animales para ofrecerlos como pan de vuestro Dios, porque su corrupción está en ellos. Tienen defecto y no os serán aceptados'".

26 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

27 "Cuando nazca un ternero, un cordero o un cabrito, permanecerá siete días con su madre. A partir del octavo día será aceptable como ofrenda hecha por fuego a Yahvé.

28 Ya sea vaca u oveja, no la degollaréis a ella y a su cría en el mismo día.

29 "Cuando ofrezcáis a Yahvé un sacrificio de acción de gracias, lo sacrificaréis de tal manera que seáis aceptados.

30 Se comerá en el mismo día; no dejaréis nada de él para la mañana siguiente. Yo soy Yahvé.

31 «Por lo tanto, guardaréis mis mandamientos y los pondréis por obra. Yo soy Yahvé.

32 No profanaréis mi santo nombre, sino que seré santificado en medio de los hijos de Israel. Yo soy Yahvé, que os santifico,

33 que os saqué de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios. Yo soy Yahvé».

Capítulo 23

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'Las fiestas solemnes de Yahvé, las cuales proclamaréis como asambleas santas, serán mis fiestas señaladas.

3 "'Seis días se trabajará, pero el séptimo día será un día de descanso solemne, una asamblea santa; no haréis ningún trabajo. Es el día de reposo dedicado a Yahvé en todas vuestras moradas.

4 "'Estas son las fiestas solemnes de Yahvé, asambleas santas que proclamaréis en
sus fechas señaladas:

5 El primer mes, el día catorce del mes al atardecer, es la Pascua de Yahvé.

6 El día quince de este mismo mes es la fiesta de los Panes sin Levadura dedicada a
Yahvé. Durante siete días comeréis pan sin levadura.

7 El primer día tendréis una asamblea santa; no haréis ningún trabajo ordinario.

8 Durante siete días presentaréis a Yahvé ofrendas hechas por fuego. El séptimo
día habrá una asamblea santa; no haréis ningún trabajo ordinario'".

9 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

10 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'Cuando hayáis entrado en la tierra que yo
os doy, y seguéis su mies, traeréis al sacerdote una gavilla como primicia de vues-
tra cosecha.

11 El sacerdote mecerá la gavilla delante de Yahvé para que seáis aceptados. La me-
cerá el día siguiente al día de reposo.

12 El mismo día que mezáis la gavilla, ofreceréis a Yahvé un cordero de un año sin
defecto, como holocausto.

13 Su ofrenda de cereal será de dos décimas de efa de flor de harina amasada con
aceite, como ofrenda hecha por fuego a Yahvé en aroma agradable; y su libación
será de vino, la cuarta parte de un hin.

14 No comeréis pan, ni grano tostado, ni grano fresco, hasta el mismo día en que
hayáis traído la ofrenda a vuestro Dios. Este será un estatuto perpetuo a lo largo
de vuestras generaciones, en todas vuestras moradas.

15 "'Contaréis desde el día siguiente al día de reposo, desde el día en que trajisteis la
gavilla de la ofrenda mecida: contaréis siete semanas completas.

16 Hasta el día siguiente al séptimo día de reposo contaréis cincuenta días; enton-
ces presentaréis a Yahvé una ofrenda de grano nuevo.

17 Traeréis de vuestras moradas dos panes para ser mecidos, hechos de dos décimas de efa de flor de harina. Serán cocidos con levadura, como primicias para Yahvé.

18 Junto con el pan, presentaréis siete corderos de un año sin defecto, un novillo y dos carneros. Serán un holocausto para Yahvé, con su ofrenda de cereal y sus libaciones, una ofrenda hecha por fuego, de aroma agradable para Yahvé.

19 Ofreceréis también un macho cabrío como sacrificio por el pecado, y dos corderos de un año como sacrificio de comunión.

20 El sacerdote los mecerá junto con el pan de las primicias como ofrenda mecida delante de Yahvé, junto con los dos corderos. Serán cosas consagradas a Yahvé y pertenecerán al sacerdote.

21 Ese mismo día haréis una proclamación; tendréis una asamblea santa. No haréis ningún trabajo ordinario. Será un estatuto perpetuo en todas vuestras moradas, a lo largo de vuestras generaciones.

22 "'Cuando seguéis la mies de vuestra tierra, no segaréis hasta el último rincón de vuestro campo, ni espigaréis los restos de vuestra cosecha. Los dejaréis para el pobre y para el forastero. Yo soy Yahvé, vuestro Dios'".

23 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

24 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'En el séptimo mes, el primer día del mes, tendréis un día de descanso solemne, una conmemoración anunciada con toque de trompetas, una asamblea santa.

25 No haréis ningún trabajo ordinario, y presentaréis a Yahvé una ofrenda hecha por fuego'".

26 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

27 «El décimo día de este séptimo mes será el Día de la Expiación. Tendréis una asamblea santa, os afligiréis y presentaréis a Yahvé una ofrenda hecha por fuego.

28 No haréis ningún trabajo en ese mismo día, porque es el Día de la Expiación, para hacer expiación por vosotros delante de Yahvé, vuestro Dios.

29 Porque cualquiera que no se aflija en ese mismo día, será cortado de su pueblo.

30 A cualquiera que haga algún trabajo en ese mismo día, yo lo destruiré de entre su pueblo.

31 No haréis trabajo alguno; será un estatuto perpetuo a lo largo de vuestras generaciones, en todas vuestras moradas.

32 Será para vosotros un día de descanso solemne, y os afligiréis. Desde el atardecer del noveno día del mes hasta el atardecer siguiente, guardaréis vuestro día de reposo».

33 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

34 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'El día quince de este séptimo mes celebréis la fiesta de los Tabernáculos a Yahvé durante siete días.

35 El primer día habrá una asamblea santa; no haréis ningún trabajo ordinario.

36 Durante siete días presentaréis ofrendas hechas por fuego a Yahvé. El octavo día tendréis una asamblea santa, y presentaréis a Yahvé una ofrenda hecha por fuego. Es una asamblea solemne; no haréis ningún trabajo ordinario.

37 "'Estas son las fiestas solemnes de Yahvé, que proclamaréis como asambleas santas para presentar ofrendas hechas por fuego a Yahvé: holocaustos y ofrendas de cereal, sacrificios y libaciones, cada cosa en su día prescrito,

38 además de los días de reposo de Yahvé, además de vuestros dones, además de todos vuestros votos y además de todas vuestras ofrendas voluntarias que deis a Yahvé.

39 "'Así pues, el día quince del séptimo mes, cuando hayáis recogido los frutos de la tierra, celebraréis la fiesta a Yahvé durante siete días. El primer día será de descanso solemne, y el octavo día será de descanso solemne.

40 El primer día tomaréis frutos de árboles hermosos, ramas de palmeras, ramas de árboles frondosos y sauces de los arroyos, y os alegraréis delante de Yahvé, vuestro Dios, durante siete días.

41 La celebraréis como una fiesta a Yahvé durante siete días cada año. Será un estatuto perpetuo a lo largo de vuestras generaciones; la celebraréis en el séptimo mes.

42 Habitaréis en tabernáculos durante siete días. Todos los nativos de Israel habitarán en tabernáculos,

43 para que vuestras generaciones sepan que yo hice habitar a los hijos de Israel en tabernáculos cuando los saqué de la tierra de Egipto. Yo soy Yahvé, vuestro Dios'".

44 Y Moisés anunció a los hijos de Israel las fiestas solemnes de Yahvé.

Capítulo 24

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Manda a los hijos de Israel que te traigan aceite puro de olivas machacadas para el alumbrado, a fin de hacer arder las lámparas continuamente.

3 Fuera del velo del Testimonio, en la Tienda del Encuentro, Aarón las mantendrá en orden desde la tarde hasta la mañana delante de Yahvé de forma continua. Será un estatuto perpetuo a lo largo de vuestras generaciones.

4 Él mantendrá siempre en orden las lámparas sobre el candelabro de oro puro delante de Yahvé.

5 «Tomarás flor de harina y cocerás con ella doce tortas; cada torta será de dos décimas de efa.

6 Las colocarás en dos hileras, seis en cada hilera, sobre la mesa de oro puro delante de Yahvé.

7 Pondrás incienso puro sobre cada hilera, para que sea sobre el pan como porción memorial, una ofrenda hecha por fuego a Yahvé.

8 Cada día de reposo el sacerdote lo pondrá en orden delante de Yahvé de forma continua. Es un pacto perpetuo de parte de los hijos de Israel.

9 El pan será para Aarón y sus hijos, quienes lo comerán en un lugar sagrado, porque es para él una porción santísima de las ofrendas hechas por fuego a Yahvé, por estatuto perpetuo».

10 El hijo de una mujer israelita, cuyo padre era egipcio, salió entre los hijos de Israel; y el hijo de la israelita y un hombre de Israel riñeron en el campamento.

11 El hijo de la mujer israelita blasfemó el Nombre y lo maldijo, por lo que lo llevaron a Moisés. Su madre se llamaba Selomit, hija de Dibri, de la tribu de Dan.

12 Lo pusieron bajo custodia hasta que se les declarara la voluntad de Yahvé.

13 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

14 "Saca fuera del campamento al que ha maldecido. Que todos los que lo oyeron pongan sus manos sobre la cabeza de él, y que toda la asamblea lo apedree.

15 Hablarás a los hijos de Israel, diciendo: 'Cualquiera que maldiga a su Dios cargará con su pecado.

16 El que blasfeme el nombre de Yahvé, morirá irremisiblemente; toda la asamblea lo apedreará. Ya sea forastero o nativo, si blasfema el Nombre, morirá.

17 "'El que hiera mortalmente a cualquier ser humano, morirá irremisiblemente.

18 El que hiera mortalmente a un animal de otro, lo restituirá: vida por vida.

19 Si alguien causa una lesión a su prójimo, según lo que hizo, así se le hará a él:

20 fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente. Según la lesión que haya causado a otro, así se le hará a él.

21 El que mate a un animal, lo restituirá; pero el que mate a un hombre, morirá.

22 Tendréis un solo derecho, tanto para el forastero como para el nativo, porque yo soy Yahvé, vuestro Dios'".

23 Moisés habló así a los hijos de Israel, y sacaron fuera del campamento al que había maldecido y lo apedrearon. Los hijos de Israel hicieron tal como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

Capítulo 25

1 Yahvé habló a Moisés en el monte Sinaí, diciendo:

2 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'Cuando entréis en la tierra que os doy, la tierra guardará un sábado de reposo para Yahvé.

3 Sembrarás tu campo durante seis años, y podarás tu viña durante seis años, y recogerás sus frutos;

4 pero el séptimo año será un sábado de descanso solemne para la tierra, un sábado consagrado a Yahvé. No sembrarás tu campo ni podarás tu viña.

5 Lo que crezca por sí mismo de tu cosecha no lo segarás, y no vendimiarás las uvas de tu viña no podada. Será un año de descanso solemne para la tierra.

6 El descanso de la tierra os servirá de alimento: a ti, a tu siervo, a tu sierva, a tu jornalero y al forastero que reside contigo.

7 También para tu ganado y para los animales silvestres que estén en tu tierra, todo su producto servirá de alimento.

8 "'Contarás siete semanas de años, siete veces siete años; de modo que el tiempo de las siete semanas de años te sumará cuarenta y nueve años.

9 Entonces harás resonar la trompeta el décimo día del séptimo mes. En el Día de la Expiación haréis tocar la trompeta por toda vuestra tierra.

10 Santificaréis el año quincuagésimo y proclamaréis la libertad en toda la tierra para todos sus habitantes. Será un jubileo para vosotros; cada uno de vosotros recobrará su propiedad, y cada uno de vosotros regresará a su familia.

11 Ese año quincuagésimo será un jubileo para vosotros. En él no sembraréis, ni segaréis lo que crezca por sí mismo, ni vendimiaréis las viñas no podadas.

12 Porque es un jubileo, será sagrado para vosotros. Comeréis directamente del campo lo que la tierra produzca.

13 "'En este Año del Jubileo, cada uno de vosotros volverá a su propiedad.

14 "'Si vendes algo a tu prójimo, o compras algo de la mano de tu prójimo, no os engañéis unos a otros.

15 Comprarás a tu prójimo conforme al número de años transcurridos desde el jubileo. Él te venderá conforme al número de años de cosecha que queden.

16 Si los años son muchos, aumentarás su precio, y si los años son pocos, disminuirás su precio, porque lo que él te vende es el número de las cosechas.

17 No os oprimiréis unos a otros, sino que temeréis a vuestro Dios, porque yo soy Yahvé, vuestro Dios.

18 "'Por tanto, pondréis por obra mis estatutos, y guardaréis mis ordenanzas y las cumpliréis, para que habitéis en la tierra con seguridad.

19 La tierra dará su fruto, comeréis hasta saciaros y habitaréis en ella con seguridad.

20 Si decís: «¿Qué comeremos el séptimo año, si no sembramos ni recogemos nuestras cosechas?»,

21 entonces yo os enviaré mi bendición en el sexto año, de modo que producirá fruto para tres años.

22 En el octavo año sembraréis y comeréis de la cosecha añeja; hasta el noveno año, hasta que llegue su nueva cosecha, seguiréis comiendo de la añeja.

23 "'La tierra no se venderá a perpetuidad, pues la tierra es mía, porque vosotros sois para mí forasteros y huéspedes.

24 Por tanto, en toda la tierra de vuestra posesión concederéis el derecho de rescate por la tierra.

25 "'Si tu hermano se empobrece y vende parte de su posesión, entonces su pariente más cercano vendrá y rescatará lo que su hermano haya vendido.

26 Si el hombre no tiene a nadie que lo rescate, pero prospera y halla lo suficiente para su rescate,

27 entonces calculará los años transcurridos desde su venta y devolverá el excedente al hombre a quien se la vendió; y así volverá a su posesión.

28 Pero si no consigue lo suficiente para recuperarla, lo que haya vendido quedará en poder del comprador hasta el Año del Jubileo. En el jubileo la propiedad quedará libre, y él volverá a su posesión.

29 "'Si un hombre vende una casa de vivienda en una ciudad amurallada, tendrá derecho a rescatarla durante un año entero después de haberla vendido. Durante un año completo tendrá el derecho de rescate.

30 Si no es rescatada en el plazo de un año completo, la casa que está en la ciudad amurallada quedará asegurada a perpetuidad para el que la compró, por todas sus generaciones. No quedará libre en el jubileo.

31 Pero las casas de las aldeas que no tienen muro alrededor serán consideradas como los campos del país; podrán ser rescatadas, y quedarán libres en el jubileo.

32 "'En cuanto a las ciudades de los levitas, los levitas tendrán derecho perpetuo para rescatar las casas de las ciudades de su posesión.

33 Lo que sea rescatado de los levitas, es decir, la casa vendida en la ciudad de su posesión, quedará libre en el jubileo, porque las casas de las ciudades de los levitas son su posesión entre los hijos de Israel.

34 Pero el campo de los ejidos de sus ciudades no se venderá, porque es su posesión perpetua.

35 "'Si tu hermano se empobrece y no puede sostenerse entre vosotros, tú lo mantendrás. Vivirá contigo como un forastero y un residente temporal.

36 No le cobrarás intereses ni le exigirás ganancias, sino que temerás a tu Dios, para que tu hermano pueda vivir junto a ti.

37 No le prestarás tu dinero con intereses, ni le darás tus alimentos para obtener lucro.

38 Yo soy Yahvé, vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto para daros la tierra de Canaán y para ser vuestro Dios.

39 "'Si tu hermano se empobrece estando contigo y se vende a ti, no le harás servir como esclavo.

40 Estará contigo como un jornalero o como un residente temporal; te servirá hasta el Año del Jubileo.

41 Entonces saldrá libre de tu casa, él y sus hijos con él, y volverá a su familia y a la posesión de sus padres.

42 Porque son mis siervos, a quienes yo saqué de la tierra de Egipto. No serán vendidos a manera de esclavos.

43 No te enseñorearás de él con dureza, sino que temerás a tu Dios.

44 "'En cuanto a los esclavos y esclavas que puedas tener de las naciones que te rodean, de ellos podréis comprar esclavos y esclavas.

45 También podréis comprar de entre los hijos de los forasteros que residen entre vosotros, y de sus familias que están con vosotros, los que hayan nacido en vuestra tierra; y serán vuestra propiedad.

46 Los podréis dejar en herencia a vuestros hijos después de vosotros, para que los posean como herencia. De ellos os serviréis siempre como esclavos, pero sobre vuestros hermanos, los hijos de Israel, no os enseñorearéis con dureza unos sobre otros.

47 "'Si un forastero o residente temporal que vive contigo se enriquece, y tu hermano que está junto a él se empobrece y se vende al forastero o residente temporal que vive contigo, o a un miembro de la familia del forastero,

48 después de haberse vendido conservará el derecho de ser rescatado. Uno de sus hermanos podrá rescatarlo;

49 o su tío, o el hijo de su tío, podrá rescatarlo, o cualquier pariente cercano de su familia podrá rescatarlo; o si él mismo consigue los medios, podrá rescatarse a sí mismo.

50 Hará el cálculo con el que lo compró, desde el año en que se vendió a él hasta el Año del Jubileo. El precio de su venta se calculará según el número de años, y el tiempo que haya estado con él se contará como el tiempo de un jornalero.

51 Si aún faltan muchos años, en proporción a ellos devolverá para su rescate parte del dinero por el que fue comprado.

52 Si faltan pocos años para el Año del Jubileo, hará el cálculo con él y le devolverá el precio de su rescate en proporción a sus años de servicio.

53 Estará con él como un trabajador contratado año por año. El amo no se enseñoreará de él con dureza ante tus propios ojos.

54 Si no es rescatado por estos medios, quedará libre en el Año del Jubileo, él y sus hijos con él.

55 Porque para mí los hijos de Israel son siervos; son mis siervos, a quienes saqué de la tierra de Egipto. Yo soy Yahvé, vuestro Dios.

Capítulo 26

1 "'No os haréis ídolos, ni os levantaréis imagen tallada ni pilares sagrados, ni pondréis en vuestra tierra piedra grabada para inclinaros ante ella, porque yo soy Yahvé, vuestro Dios.

2 "'Guardaréis mis días de reposo y tendréis reverencia por mi santuario. Yo soy Yahvé.

3 "'Si andáis en mis estatutos, guardáis mis mandamientos y los ponéis por obra,

4 entonces os daré las lluvias a su tiempo, la tierra dará sus productos y los árboles del campo darán su fruto.

5 Vuestra trilla durará hasta la vendimia, y la vendimia durará hasta el tiempo de la siembra. Comeréis vuestro pan hasta saciaros y habitaréis en vuestra tierra con seguridad.

6 "'Yo daré paz en la tierra, y os acostaréis sin que nadie os infunda temor. Quitaré de la tierra las bestias feroces, y la espada no pasará por vuestra tierra.

7 Perseguiréis a vuestros enemigos, y caerán a espada delante de vosotros.

8 Cinco de vosotros perseguirán a cien, y cien de vosotros perseguirán a diez mil, y vuestros enemigos caerán a espada delante de vosotros.

9 "'Me volveré hacia vosotros, os haré fecundos, os multiplicaré y confirmaré mi pacto con vosotros.

10 Comeréis de las provisiones añejas guardadas durante mucho tiempo, y tendréis que sacar lo añejo para hacer lugar a lo nuevo.

11 Estableceré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará.

12 Andaré entre vosotros y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo.

13 Yo soy Yahvé, vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto para que no fuerais sus esclavos. Rompí las coyundas de vuestro yugo y os he hecho caminar con la cabeza erguida.

14 "'Pero si no me escucháis y no ponéis por obra todos estos mandamientos,

15 si rechazáis mis estatutos y vuestra alma aborrece mis ordenanzas, de modo que no cumpláis todos mis mandamientos y quebrantéis mi pacto,

16 entonces yo haré esto con vosotros: Enviaré sobre vosotros un terror repentino, tisis y fiebre, que consumirán los ojos y marchitarán el alma. Sembraréis vuestra semilla en vano, porque vuestros enemigos se la comerán.

17 Pondré mi rostro contra vosotros y seréis derrotados delante de vuestros enemigos. Los que os odian dominarán sobre vosotros, y huiréis sin que nadie os persiga.

18 "'Si aun con estas cosas no me escucháis, volveré a castigaros siete veces más por vuestros pecados.

19 Quebrantaré la soberbia de vuestro poder, y haré que vuestros cielos sean como hierro y vuestra tierra como bronce.

20 Vuestra fuerza se consumirá en vano, porque vuestra tierra no dará sus productos ni los árboles de la tierra darán su fruto.

21 "'Si seguís oponiéndoos a mí y os negáis a escucharme, multiplicaré mis plagas sobre vosotros siete veces más, conforme a vuestros pecados.

22 Enviaré contra vosotros las fieras del campo, que os arrebatarán a vuestros hijos, destruirán vuestro ganado y os reducirán en número, de modo que vuestros caminos quedarán desolados.

23 "'Si a pesar de estas cosas no os corregís ante mí, sino que seguís oponiéndoos a mí,

24 yo también me opondré a vosotros y os castigaré, yo mismo, siete veces más por vuestros pecados.

25 Traeré sobre vosotros una espada que ejecutará la venganza del pacto. Os refugiaréis en vuestras ciudades, pero yo enviaré la peste en medio de vosotros, y seréis entregados en manos del enemigo.

26 Cuando yo os quite el sustento del pan, diez mujeres cocerán vuestro pan en un solo horno y os devolverán el pan por peso. Comeréis, pero no os saciaréis.

27 "'Si a pesar de esto no me escucháis, sino que seguís oponiéndoos a mí,

28 entonces yo me opondré a vosotros con furor, y os castigaré siete veces más por vuestros pecados.

29 Comeréis la carne de vuestros hijos, y comeréis la carne de vuestras hijas.

30 Destruiré vuestros lugares altos, derribaré vuestros altares de incienso y arrojaré vuestros cadáveres sobre los cuerpos inermes de vuestros ídolos; y mi alma os abominará.

31 Reduciré a ruinas vuestras ciudades y asolaré vuestros santuarios. No me deleitaré en el aroma agradable de vuestras ofrendas.

32 Yo mismo asolaré la tierra, y vuestros enemigos que habiten en ella se quedarán pasmados.

33 A vosotros os esparciré entre las naciones y desenvainaré la espada tras vosotros. Vuestra tierra quedará asolada y vuestras ciudades en ruinas.

34 Entonces la tierra disfrutará de sus años de reposo durante todos los días de su desolación, mientras vosotros estéis en la tierra de vuestros enemigos. La tierra descansará entonces y disfrutará de sus años de reposo.

35 Todo el tiempo que esté desolada tendrá el descanso que no tuvo en vuestros años de reposo cuando habitabais en ella.

36 "'En cuanto a los que de vosotros queden con vida, infundiré tal cobardía en sus corazones en las tierras de sus enemigos, que el sonido de una hoja llevada por el viento los pondrá en fuga. Huirán como quien huye de la espada, y caerán sin que nadie los persiga.

37 Tropezarán unos con otros como si huyeran de la espada, aunque nadie los persiga. No tendréis fuerza para manteneros en pie delante de vuestros enemigos.

38 Pereceréis entre las naciones, y la tierra de vuestros enemigos os devorará.

39 Los que queden de vosotros se consumirán por su iniquidad en las tierras de vuestros enemigos, y también se consumirán por las iniquidades de sus padres junto con ellos.

40 "'Pero si confiesan su iniquidad y la iniquidad de sus padres, la transgresión que cometieron contra mí, y reconocen que por haberse opuesto a mí

41 yo también me opuse a ellos y los llevé a la tierra de sus enemigos; si entonces su
corazón incircunciso se humilla y aceptan el castigo de su iniquidad,

42 yo me acordaré de mi pacto con Jacob, me acordaré también de mi pacto con
Isaac y de mi pacto con Abraham, y me acordaré de la tierra.

43 La tierra será abandonada por ellos y disfrutará de sus años de reposo mientras
quede desolada sin ellos; y ellos aceptarán el castigo de su iniquidad, porque rechazaron mis ordenanzas y su alma aborreció mis estatutos.

44 A pesar de todo esto, cuando estén en la tierra de sus enemigos, no los
desecharé ni los abominaré hasta destruirlos por completo y anular mi pacto con
ellos, porque yo soy Yahvé, su Dios.

45 A favor de ellos me acordaré del pacto con sus antepasados, a quienes saqué de
la tierra de Egipto a la vista de las naciones, para ser su Dios. Yo soy Yahvé'".

46 Estos son los estatutos, ordenanzas y leyes que Yahvé estableció entre él y los hijos de Israel en el monte Sinaí por medio de Moisés.

Capítulo 27

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'Cuando alguien haga un voto especial para
consagrar una persona a Yahvé, lo harás conforme a la siguiente valoración:

3 Tu valoración de un varón de veinte a sesenta años será de cincuenta siclos de
plata, según el siclo del santuario.

4 Si se trata de una mujer, tu valoración será de treinta siclos.

5 Si la persona tiene de cinco a veinte años, tu valoración será de veinte siclos para
el varón y de diez siclos para la mujer.

6 Si la persona tiene de un mes a cinco años, tu valoración será de cinco siclos de
plata para el varón y de tres siclos de plata para la mujer.

7 Si la persona tiene sesenta años o más, si es varón, tu valoración será de quince siclos, y para la mujer, de diez siclos.

8 Pero si es demasiado pobre para pagar tu valoración, será presentado ante el sacerdote, y este le fijará un valor. El sacerdote lo valorará conforme a la capacidad de pago del que hizo el voto.

9 "'Si se trata de un animal de los que se pueden ofrecer como ofrenda a Yahvé, cualquier animal de estos que se dé a Yahvé será considerado santo.

10 No lo sustituirá ni lo cambiará, ni uno bueno por uno malo, ni uno malo por uno bueno. Si llegara a cambiar un animal por otro, tanto el primero como el sustituto serán santos.

11 Si se trata de un animal impuro, de los que no se ofrecen como ofrenda a Yahvé, entonces presentará el animal ante el sacerdote;

12 y el sacerdote lo valorará, sea bueno o malo. El valor será el que fije el sacerdote.

13 Pero si el dueño quiere rescatarlo, añadirá la quinta parte sobre el valor fijado.

14 "'Cuando alguien consagre su casa como cosa sagrada a Yahvé, el sacerdote la valorará, sea buena o mala. El valor quedará tal como lo fije el sacerdote.

15 Si el que consagró su casa desea rescatarla, añadirá la quinta parte del dinero sobre la valoración fijada, y volverá a ser suya.

16 "'Si un hombre consagra a Yahvé una parte del campo de su propiedad, su valoración se hará de acuerdo con la cantidad de semilla que se necesite para sembrarlo. La siembra de un homer de cebada se valorará en cincuenta siclos de plata.

17 Si consagra su campo desde el Año del Jubileo, el campo se mantendrá según tu valoración.

18 Pero si consagra su campo después del jubileo, el sacerdote le calculará el precio según los años que falten hasta el Año del Jubileo, y se hará la rebaja correspondiente a tu valoración.

19 Si el que consagró el campo desea rescatarlo, añadirá la quinta parte del dinero sobre tu valoración, y el campo seguirá siendo suyo.

20 Si no rescata el campo, o si ya lo ha vendido a otro hombre, el campo no podrá ser rescatado jamás.

21 Cuando el campo quede libre en el jubileo, será santo para Yahvé, como campo consagrado a él. Será propiedad de los sacerdotes.

22 "'Si alguien consagra a Yahvé un campo que ha comprado, que no forma parte de su propiedad familiar,

23 el sacerdote calculará el monto de la valoración hasta el Año del Jubileo, y ese mismo día el hombre pagará la valoración como cosa consagrada a Yahvé.

24 En el Año del Jubileo, el campo volverá a aquel a quien se lo compró, es decir, al dueño original de la tierra.

25 Todas tus valoraciones se harán según el siclo del santuario, el cual equivale a veinte geras.

26 "'Sin embargo, nadie podrá consagrar el primogénito de un animal, ya que por ser primogénito le pertenece a Yahvé, sea buey u oveja. Es de Yahvé.

27 Si se trata de un animal impuro, podrá rescatarlo según tu valoración, añadiendo la quinta parte de su valor. Si no es rescatado, será vendido según tu valoración.

28 "'Sin embargo, ninguna cosa consagrada por completo a Yahvé, de todo lo que un hombre posee, sea persona, animal o el campo de su propiedad, podrá ser vendida ni rescatada. Todo lo consagrado por completo es santísimo para Yahvé.

29 "'Ninguna persona que haya sido consagrada por completo para destrucción podrá ser rescatada. Deberá ser condenada a muerte irremisiblemente.

30 "'Todo el diezmo de la tierra, ya sea de la semilla de la tierra o del fruto de los árboles, le pertenece a Yahvé. Es consagrado a Yahvé.

31 Si alguien desea rescatar algo de su diezmo, deberá añadir la quinta parte de su valor.

32 Todo el diezmo de las vacas o de los rebaños, es decir, de cada diez animales que pasen bajo la vara del pastor, el décimo será consagrado a Yahvé.

33 No se examinará si es bueno o malo, ni se podrá cambiar. Si se cambia, tanto el primero como el sustituto serán cosas sagradas y no podrán ser rescatados"".

34 Estos son los mandamientos que Yahvé ordenó a Moisés para los hijos de Israel en el monte Sinaí.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

NÚMEROS

Capítulo 1

1 Yahvé habló a Moisés en el desierto del Sinaí, en la Tienda del Encuentro, el primer día del segundo mes, en el segundo año después de haber salido de la tierra de Egipto, diciendo:

2 «Haz un censo de toda la congregación de los hijos de Israel, por sus familias, por las casas de sus padres, según el número de los nombres, cada varón, uno por uno,

3 de veinte años en adelante, todos los que puedan salir a la guerra en Israel. Tú y Aarón los contaréis por sus escuadrones.

4 Con vosotros habrá un hombre de cada tribu, cada uno jefe de la casa de sus padres.

5 Estos son los nombres de los hombres que estarán con vosotros: De Rubén: Elizur, hijo de Sedeur.

6 De Simeón: Selumiel, hijo de Zurisadai.

7 De Judá: Naasón, hijo de Aminadab.

8 De Isacar: Netanel, hijo de Zuar.

9 De Zabulón: Eliab, hijo de Helón.

10 De los hijos de José: de Efraín, Elisama, hijo de Amiud; de Manasés, Gamaliel, hijo de Pedasur.

11 De Benjamín: Abidán, hijo de Gideoni.

12 De Dan: Ahiezer, hijo de Amisadai.

13 De Aser: Pagiel, hijo de Ocrán.

14 De Gad: Eliasaf, hijo de Deuel.

15 De Neftalí: Ahira, hijo de Enán».

16 Estos son los que fueron llamados de la congregación, los príncipes de las tribus de sus padres; eran los jefes de los millares de Israel.

17 Moisés y Aarón tomaron a estos hombres mencionados por su nombre.

18 Reunieron a toda la congregación el primer día del segundo mes, y declararon su ascendencia por sus familias, por las casas de sus padres, según el número de los nombres, de veinte años en adelante, uno por uno.

19 Como Yahvé le ordenó a Moisés, así los contó en el desierto de Sinaí.

20 Los hijos de Rubén, primogénitos de Israel, sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, según el número de los nombres, uno por uno, todo varón de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra:

21 los contados de ellos, de la tribu de Rubén, fueron cuarenta y seis mil quinientos.

22 De los hijos de Simeón, sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, los que fueron contados de ella, según el número de los nombres, uno por uno, todo varón de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra:

23 los que fueron contados de ellos, de la tribu de Simeón, fueron cincuenta y nueve mil trescientos.

24 De los hijos de Gad, sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, según el número de los nombres, de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra:

25 los contados de ellos, de la tribu de Gad, fueron cuarenta y cinco mil seiscientos cincuenta.

26 De los hijos de Judá, sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, según el número de los nombres, de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra:

27 los contados de ellos, de la tribu de Judá, fueron setenta y cuatro mil seiscientos.

28 De los hijos de Isacar, sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, según el número de los nombres, de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra:

29 los contados de ellos, de la tribu de Isacar, fueron cincuenta y cuatro mil cuatrocientos.

30 De los hijos de Zabulón, sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, según el número de los nombres, de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra:

31 los contados de ellos, de la tribu de Zabulón, fueron cincuenta y siete mil cuatrocientos.

32 De los hijos de José: de los hijos de Efraín, sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, según el número de los nombres, de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra:

33 los contados de ellos, de la tribu de Efraín, fueron cuarenta mil quinientos.

34 De los hijos de Manasés, sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, según el número de los nombres, de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra:

35 los contados de ellos, de la tribu de Manasés, fueron treinta y dos mil doscientos.

36 De los hijos de Benjamín, sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, según el número de los nombres, de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra:

37 los contados de ellos, de la tribu de Benjamín, fueron treinta y cinco mil cuatrocientos.

38 De los hijos de Dan, sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, según el número de los nombres, de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra:

39 los contados de ellos, de la tribu de Dan, fueron sesenta y dos mil setecientos.

40 De los hijos de Aser, sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, según el número de los nombres, de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra:

41 los contados de ellos, de la tribu de Aser, fueron cuarenta y un mil quinientos.

42 De los hijos de Neftalí, sus generaciones, por sus familias, por las casas de sus padres, según el número de los nombres, de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra:

43 los contados de ellos, de la tribu de Neftalí, fueron cincuenta y tres mil cuatrocientos.

44 Estos son los que fueron contados, los cuales contaron Moisés y Aarón, y los doce hombres que eran príncipes de Israel, cada uno por la casa de su padre.

45 Así que todos los que fueron contados de los hijos de Israel por las casas de sus padres, de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra en Israel,

46 todos los que fueron contados fueron seiscientos tres mil quinientos cincuenta.

47 Pero los levitas, según la tribu de sus padres, no fueron contados entre ellos.

48 Porque Yahvé habló a Moisés, diciendo:

49 «Solo a la tribu de Leví no contarás, ni harás censo de ellos entre los hijos de Israel;

50 sino que designarás a los levitas sobre el Tabernáculo del Testimonio, y sobre todos sus enseres, y sobre todo lo que le pertenece. Ellos llevarán el tabernáculo y todos sus enseres; lo cuidarán y acamparán alrededor de él.

51 Cuando el tabernáculo deba trasladarse, los levitas lo desmontarán; y cuando el tabernáculo deba levantarse, los levitas lo armarán. El extraño que se acerque morirá.

52 Los hijos de Israel acamparán, cada uno en su campamento, y cada uno junto a su estandarte, según sus escuadrones.

53 Pero los levitas acamparán alrededor del Tabernáculo del Testimonio, para que no haya ira sobre la congregación de los hijos de Israel. Los levitas serán responsables de la guardia del Tabernáculo del Testimonio».

54 Así hicieron los hijos de Israel. Según todo lo que Yahvé ordenó a Moisés, así lo hicieron.

Capítulo 2

1 Yahvé habló a Moisés y a Aarón, diciendo:

2 "Los hijos de Israel acamparán cada uno junto a su propio estandarte, bajo las enseñas de las casas de sus padres. Acamparán alrededor de la Tienda del Encuentro, a cierta distancia de ella.

3 "Los que acampen en el lado oriental, hacia la salida del sol, serán los del estandarte del campamento de Judá, según sus escuadrones. El príncipe de los hijos de Judá será Naasón, hijo de Aminadab.

4 Su escuadrón, y los que fueron contados de ellos, fueron setenta y cuatro mil seiscientos.

5 "Los que acampen junto a él serán los de la tribu de Isacar. El príncipe de los hijos de Isacar será Netanel, hijo de Zuar.

6 Su escuadrón, y los que fueron contados de ella, fueron cincuenta y cuatro mil cuatrocientos.

7 "La tribu de Zabulón: el príncipe de los hijos de Zabulón será Eliab, hijo de Helón.

8 Su escuadrón, y los contados de ella, fueron cincuenta y siete mil cuatrocientos.

9 "Todos los contados del campamento de Judá fueron ciento ochenta y seis mil cuatrocientos, según sus escuadrones. Ellos marcharán en primer lugar.

10 "En el lado sur estará el estandarte del campamento de Rubén, según sus escuadrones. El príncipe de los hijos de Rubén será Elizur, hijo de Sedeur.

11 Su escuadrón, y los que se contaron de ella, fueron cuarenta y seis mil quinientos.

12 "Los que acampen junto a él serán los de la tribu de Simeón. El príncipe de los hijos de Simeón será Selumiel, hijo de Zurisadai.

13 Su escuadrón, y los que fueron contados de ellos, fueron cincuenta y nueve mil trescientos.

14 "La tribu de Gad: el príncipe de los hijos de Gad será Eliasaf, hijo de Deuel.

15 Su escuadrón, y los contados de ellos, fueron cuarenta y cinco mil seiscientos cincuenta.

16 "Todos los contados del campamento de Rubén fueron ciento cincuenta y un mil cuatrocientos cincuenta, según sus ejércitos. Ellos marcharán en segundo lugar.

17 "Entonces se pondrá en marcha la Tienda del Encuentro, con el campamento de los levitas en medio de los campamentos. Así como acampan, así marcharán, cada uno en su lugar, bajo sus estandartes.

18 "En el lado occidental estará el estandarte del campamento de Efraín, según sus escuadrones. El príncipe de los hijos de Efraín será Elisama, hijo de Amiud.

19 Su escuadrón, y los que fueron contados de ellos, fueron cuarenta mil quinientos.

20 "Junto a él estará la tribu de Manasés. El príncipe de los hijos de Manasés será Gamaliel, hijo de Pedasur.

21 Su escuadrón, y los que fueron contados de ellos, fueron treinta y dos mil doscientos.

22 "La tribu de Benjamín: el príncipe de los hijos de Benjamín será Abidán, hijo de Gideoni.

23 Su ejército, y los contados de ellos, fueron treinta y cinco mil cuatrocientos.

24 "Todos los contados del campamento de Efraín fueron ciento ocho mil cien, según sus escuadrones. Ellos marcharán en tercer lugar.

25 "En el lado norte estará el estandarte del campamento de Dan, según sus escuadrones. El jefe de los hijos de Dan será Ahiezer, hijo de Amisadai.

26 Su escuadrón, y los que fueron contados de ellos, fueron sesenta y dos mil setecientos.

27 "Los que acampen junto a él serán los de la tribu de Aser. El príncipe de los hijos de Aser será Pagiel, hijo de Ocrán.

28 Su escuadrón, y los que fueron contados de ellos, fueron cuarenta y un mil quinientos.

29 "La tribu de Neftalí: el príncipe de los hijos de Neftalí será Ahira, hijo de Enán.

30 Su escuadrón, y los que fueron contados de ellos, fueron cincuenta y tres mil cuatrocientos.

31 «Todos los contados del campamento de Dan fueron ciento cincuenta y siete mil seiscientos. Ellos marcharán los últimos, bajo sus estandartes».

32 Estos son los que fueron contados de los hijos de Israel por sus casas paternas. Todos los que fueron contados de los campamentos, según sus ejércitos, fueron seiscientos tres mil quinientos cincuenta.

33 Pero los levitas no fueron contados entre los hijos de Israel, tal como Yahvé ordenó a Moisés.

34 Así hicieron los hijos de Israel. Conforme a todo lo que Yahvé ordenó a Moisés, acamparon por sus estandartes, y así se pusieron en marcha, cada uno por su familia, según las casas de sus padres.

Capítulo 3

1 Esta es la historia de las generaciones de Aarón y Moisés en el día en que Yahvé habló con Moisés en el monte Sinaí.

2 Estos son los nombres de los hijos de Aarón: Nadab, el primogénito, y Abiú, Eleazar e Itamar.

3 Estos son los nombres de los hijos de Aarón, los sacerdotes que fueron ungidos, a quienes consagró para que ejercieran el ministerio sacerdotal.

4 Nadab y Abiú murieron ante Yahvé cuando ofrecieron fuego extraño ante Yahvé en el desierto de Sinaí, y no tuvieron hijos. Eleazar e Itamar ejercieron el ministerio sacerdotal en presencia de Aarón, su padre.

5 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

6 «Haz que se acerque la tribu de Leví, y preséntalos delante del sacerdote Aarón, para que le sirvan.

7 Ellos guardarán sus deberes, y los deberes de toda la congregación ante la Tienda del Encuentro, para hacer el servicio del tabernáculo.

8 Custodiarán todos los enseres de la Tienda del Encuentro y las obligaciones de los hijos de Israel, para hacer el servicio del tabernáculo.

9 Darás los levitas a Aarón y a sus hijos. Le serán entregados enteramente de entre los hijos de Israel.

10 Designarás a Aarón y a sus hijos, y ellos conservarán su sacerdocio, pero el extraño que se acerque será condenado a muerte».

11 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

12 «He aquí que he tomado a los levitas de entre los hijos de Israel en lugar de todos los primogénitos que abren la matriz entre los hijos de Israel; por tanto, los levitas serán míos,

13 porque todos los primogénitos son míos. El día en que herí a todos los primogénitos en la tierra de Egipto, santifiqué para mí a todos los primogénitos de Israel, tanto de hombres como de animales. Míos serán. Yo soy Yahvé».

14 Yahvé habló a Moisés en el desierto del Sinaí, diciendo:

15 «Cuenta a los hijos de Leví por las casas de sus padres, por sus familias. Contarás a todos los varones de un mes en adelante».

16 Moisés los contó según la palabra de Yahvé, como se le había ordenado.

17 Estos fueron los hijos de Leví por sus nombres: Gersón, Coat y Merari.

18 Estos son los nombres de los hijos de Gersón por sus familias: Libni y Simei.

19 Los hijos de Coat por sus familias: Amram, Izhar, Hebrón y Uziel.

20 Los hijos de Merari por sus familias: Mahli y Mushi. Estas son las familias de los levitas según las casas de sus padres.

21 De Gersón era la familia de los libnitas, y la familia de los simeítas. Estas son las familias de los gersonitas.

22 Los que fueron contados de ellos, según el número de todos los varones de un mes para arriba, fueron siete mil quinientos.

23 Las familias de los gersonitas acamparán detrás del tabernáculo, hacia el occidente.

24 Eliasaf, hijo de Lael, será el príncipe de la casa paterna de los gersonitas.

25 La tarea de los hijos de Gersón en la Tienda del Encuentro será el tabernáculo, la tienda, su cubierta, la cortina de la puerta de la Tienda del Encuentro,

26 las cortinas del atrio, la cortina de la puerta del atrio que está junto al tabernáculo y alrededor del altar, y sus cuerdas para todo su servicio.

27 De Coat era la familia de los amramitas, la familia de los izharitas, la familia de los hebronitas y la familia de los uzielitas. Estas son las familias de los coatitas.

28 Según el número de todos los varones de un mes en adelante, había ocho mil seiscientos encargados de la custodia del santuario.

29 Las familias de los hijos de Coat acamparán al lado sur del tabernáculo.

30 El príncipe de la casa paterna de las familias de Coat será Elizafán, hijo de Uziel.

31 Su tarea será el arca, la mesa, el candelabro, los altares, los utensilios del santuario con los que ministran, la cortina y todo su servicio.

32 Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, será el príncipe de los príncipes de los levitas, teniendo la supervisión de los encargados de la custodia del santuario.

33 De Merari era la familia de los mahlitas y la familia de los mushitas. Estas son las familias de Merari.

34 Los contados de ellos, según el número de todos los varones de un mes para arriba, fueron seis mil doscientos.

35 El príncipe de la casa paterna de las familias de Merari era Zuriel, hijo de Abihail. Acamparán en el lado norte del tabernáculo.

36 La tarea asignada a los hijos de Merari serán las tablas del tabernáculo, sus barras, sus pilares, sus basas, todos sus utensilios, todo su servicio,

37 los pilares alrededor del atrio, sus basas, sus estacas y sus cuerdas.

38 Los que acamparán delante del tabernáculo hacia el oriente, frente a la Tienda del Encuentro hacia la salida del sol, serán Moisés, y Aarón con sus hijos, teniendo a su cargo la custodia del santuario en nombre de los hijos de Israel. El extraño que se acerque será condenado a muerte.

39 Todos los contados de los levitas, que Moisés y Aarón contaron por orden de Yahvé, por sus familias, todos los varones de un mes en adelante, fueron veintidós mil.

40 Yahvé dijo a Moisés: «Cuenta todos los primogénitos varones de los hijos de Israel de un mes en adelante, y toma la cuenta de sus nombres.

41 Tomarás a los levitas para mí, yo soy Yahvé, en lugar de todos los primogénitos de entre los hijos de Israel; y el ganado de los levitas en lugar de todos los primogénitos de entre el ganado de los hijos de Israel».

42 Moisés contó, como le había ordenado Yahvé, todos los primogénitos de los hijos de Israel.

43 Todos los primogénitos varones, según el número de sus nombres, de un mes para arriba, de los que fueron contados, fueron veintidós mil doscientos setenta y tres.

44 Yahvé habló a Moisés diciendo:

45 «Toma a los levitas en lugar de todos los primogénitos de los hijos de Israel, y el ganado de los levitas en lugar de su ganado; y los levitas serán míos. Yo soy Yahvé.

46 Y para la redención de los doscientos setenta y tres primogénitos de los hijos de Israel que exceden el número de los levitas,

47 tomarás cinco siclos por cada uno; según el siclo del santuario los tomarás (el siclo es de veinte geras);

48 y darás el dinero, con el que se redime a los que sobran de ellos, a Aarón y a sus hijos».

49 Moisés tomó el dinero de la redención de los que excedían el número de los redimidos por los levitas;

50 de los primogénitos de los hijos de Israel tomó el dinero, mil trescientos sesenta y cinco siclos, según el siclo del santuario;

51 y Moisés dio el dinero de la redención a Aarón y a sus hijos, según la palabra de Yahvé, tal como Yahvé le ordenó a Moisés.

Capítulo 4

1 Yahvé habló a Moisés y a Aarón, diciendo:

2 "Haced un censo de los hijos de Coat de entre los hijos de Leví, por sus familias, por las casas de sus padres,

3 desde los treinta años en adelante hasta los cincuenta años, todos los que entren en el servicio para hacer el trabajo en la Tienda del Encuentro.

4 "Este es el servicio de los hijos de Coat en la Tienda del Encuentro, en lo que respecta a las cosas más sagradas.

5 Cuando el campamento deba avanzar, Aarón entrará con sus hijos; y ellos quitarán el velo de la cortina, cubrirán con él el Arca del Testimonio,

6 le pondrán una cubierta de piel de tejón, extenderán sobre ella un paño enteramente azul y colocarán sus varas.

7 "Sobre la mesa del pan de la proposición extenderán un paño azul, y pondrán sobre él las fuentes, las cucharas, los tazones y las copas para libar; y sobre él estará el pan continuo.

8 Extenderán sobre ellos un paño carmesí, lo cubrirán con una cubierta de piel de tejón, y colocarán sus varas.

9 "Tomarán un paño azul y cubrirán el candelabro del alumbrado, sus lámparas, sus despabiladeras, sus platillos y todos sus recipientes de aceite, con los que le sirven.

10 Lo pondrán, junto con todos sus utensilios, dentro de una cubierta de piel de tejón, y lo pondrán sobre las parihuelas.

11 "Sobre el altar de oro extenderán un paño azul, lo cubrirán con una cubierta de piel de tejón, y colocarán sus varas.

12 "Tomarán todos los utensilios del ministerio con los que sirven en el santuario, los pondrán en un paño azul, los cubrirán con una cubierta de piel de tejón y los pondrán sobre las parihuelas.

13 "Quitarán la ceniza del altar y extenderán sobre él un paño de púrpura.

14 Pondrán sobre él todos los utensilios con los que sirven en él: los braserillos, los garfios, las palas y los tazones, todos los utensilios del altar; y extenderán sobre él una cubierta de piel de tejón, y colocarán sus varas.

15 "Cuando Aarón y sus hijos hayan terminado de cubrir el santuario y todos los muebles del santuario, cuando el campamento esté para avanzar, entonces vendrán los hijos de Coat para llevarlos; pero no tocarán ninguna cosa santa, para que no mueran. Estas son las cargas de los hijos de Coat en la Tienda del Encuentro.

16 «A cargo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, estará el aceite para la luz, el incienso aromático, la ofrenda continua y el aceite de la unción, el cargo de todo el tabernáculo y de todo lo que hay en él, del santuario y de sus enseres».

17 Yahvé habló a Moisés y a Aarón, diciendo:

18 «No permitáis que la tribu de las familias de los coatitas sea cortada de entre los levitas;

19 sino que haréis esto con ellos, para que vivan y no mueran cuando se acerquen a las cosas más santas: Aarón y sus hijos entrarán y asignarán a cada uno su servicio y su carga;

20 pero ellos no entrarán a ver las cosas santas ni siquiera por un momento, para que no mueran».

21 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

22 "Haz un censo también de los hijos de Gersón, por las casas de sus padres, por sus familias;

23 los contarás desde los treinta años en adelante hasta los cincuenta años, todos los que entran a servir, para hacer el trabajo en la Tienda del Encuentro.

24 "Este es el servicio de las familias de los gersonitas, para ministrar y para llevar cargas:

25 llevarán las cortinas del tabernáculo y de la Tienda del Encuentro, su cubierta,
la cubierta de piel de tejón que está por encima de ella, la cortina de la puerta de la
Tienda del Encuentro,

26 las cortinas del atrio, la cortina de la puerta del atrio que está junto al taber-
náculo y alrededor del altar, sus cuerdas y todos los instrumentos de su servicio, y
todo lo que deba hacerse con ellos. Así servirán.

27 A las órdenes de Aarón y de sus hijos estará todo el servicio de los hijos de los
gersonitas, en toda su carga y en todo su ministerio; y vosotros les asignaréis la
custodia de todas sus cargas.

28 Este es el servicio de las familias de los hijos de Gersón en la Tienda del Encuen-
tro. Su ministerio estará bajo la dirección de Itamar, hijo del sacerdote Aarón.

29 «En cuanto a los hijos de Merari, los contarás por sus familias, por las casas de
sus padres;

30 los contarás desde los treinta años en adelante hasta los cincuenta, todos los
que entren en el servicio, para hacer la obra de la Tienda del Encuentro.

31 Y esta es la responsabilidad de su carga, según todo su servicio en la Tienda del
Encuentro: las tablas del tabernáculo, sus barras, sus pilares, sus basas,

32 los pilares alrededor del atrio, sus basas, sus estacas, sus cuerdas, con todos sus
instrumentos y con todo su servicio. Asignaréis por sus nombres los enseres de
los que han de hacerse cargo.

33 Este es el servicio de las familias de los hijos de Merari, según todo su ministerio
en la Tienda del Encuentro, bajo la dirección de Itamar, hijo del sacerdote
Aarón».

34 Moisés, Aarón y los príncipes de la congregación contaron a los hijos de los
coatitas por sus familias y por las casas de sus padres,

35 desde los treinta años en adelante hasta los cincuenta, a todos los que entraban
en el servicio para trabajar en la Tienda del Encuentro.

36 Los contados de ellos por sus familias fueron dos mil setecientos cincuenta.

37 Estos son los que fueron contados de las familias de los coatitas, todos los que servían en la Tienda del Encuentro, los cuales fueron contados por Moisés y Aarón según el mandato de Yahvé por medio de Moisés.

38 Los que fueron contados de los hijos de Gersón, por sus familias y por las casas de sus padres,

39 desde los treinta años de edad hasta los cincuenta, todos los que entraron en el servicio para trabajar en la Tienda del Encuentro;

40 los que fueron contados de ellos, por sus familias y por las casas de sus padres, fueron dos mil seiscientos treinta.

41 Estos son los contados de las familias de los hijos de Gersón, todos los que servían en la Tienda del Encuentro, los cuales fueron contados por Moisés y Aarón según el mandamiento de Yahvé.

42 Los que fueron contados de las familias de los hijos de Merari, por sus familias, por las casas de sus padres,

43 de treinta años en adelante hasta los cincuenta años, todos los que entraron en el servicio para trabajar en la Tienda del Encuentro;

44 los contados de ellos por sus familias, fueron tres mil doscientos.

45 Estos son los que fueron contados de las familias de los hijos de Merari, que Moisés y Aarón contaron según el mandato de Yahvé por medio de Moisés.

46 Todos los contados de los levitas que Moisés, Aarón y los príncipes de Israel contaron, por sus familias y por las casas de sus padres,

47 de treinta años en adelante hasta los cincuenta, todos los que entraron a hacer el trabajo de servicio y el trabajo de llevar cargas en la Tienda del Encuentro;

48 los contados de ellos, fueron ocho mil quinientos ochenta.

49 Según el mandato de Yahvé fueron contados por Moisés, cada uno según su servicio y según su carga. Así fueron contados por él, como Yahvé le ordenó a Moisés.

Capítulo 5

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 «Manda a los hijos de Israel que saquen del campamento a todo leproso, a todo el que tenga flujo y a todo el que esté impuro por causa de un cadáver.

3 Pondréis fuera del campamento tanto a los hombres como a las mujeres, para que no contaminen su campamento, en medio del cual yo habito».

4 Los hijos de Israel lo hicieron así, y los pusieron fuera del campamento; tal como Yahvé habló a Moisés, así lo hicieron los hijos de Israel.

5 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

6 "Habla a los hijos de Israel: 'Cuando un hombre o una mujer cometa cualquier pecado de los que cometen los hombres, de modo que peque contra Yahvé, y esa persona sea culpable,

7 entonces confesará el pecado que ha cometido; y hará la restitución por su culpa en su totalidad, añadiendo a ella la quinta parte, y se la dará a aquel contra quien ha sido culpable.

8 Pero si el hombre no tiene pariente a quien hacer la restitución por la culpa, la restitución por la culpa que se haga a Yahvé será del sacerdote, además del carnero de la expiación, con el cual se hará la expiación por él.

9 Toda ofrenda de todas las cosas santas de los hijos de Israel, que presenten al sacerdote, será suya.

10 Las cosas santas de cada uno serán suyas; todo lo que cualquiera dé al sacerdote, será suyo'".

11 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

12 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'Si la mujer de un hombre se desvía y le es infiel,

13 y un hombre se acuesta con ella carnalmente, y esto se oculta a los ojos de su marido y se mantiene en secreto, y ella se mancha, y no hay testigo contra ella, ni es sorprendida en el acto;

14 y el espíritu de celos se apodera de él, y tiene celos de su mujer, estando ella contaminada; o si el espíritu de celos se apodera de él, y tiene celos de su mujer, no estando ella contaminada;

15 entonces el hombre llevará a su mujer al sacerdote, y presentará su ofrenda por ella: la décima parte de un efa de harina de cebada. No derramará aceite ni pondrá incienso sobre ella, porque es una ofrenda de celos, una ofrenda recordatoria, que trae la iniquidad a la memoria.

16 El sacerdote la acercará y la pondrá delante de Yahvé.

17 El sacerdote tomará agua santa en una vasija de barro; y el sacerdote tomará un poco del polvo que está en el suelo del tabernáculo y lo echará en el agua.

18 El sacerdote pondrá a la mujer delante de Yahvé, descubrirá la cabeza de la mujer, y pondrá en sus manos la ofrenda conmemorativa, que es la ofrenda de celos. El sacerdote tendrá en su mano el agua amarga que trae maldición.

19 El sacerdote le hará prestar juramento y le dirá a la mujer: «Si ningún hombre se ha acostado contigo y si no te has desviado a la impureza, estando bajo la autoridad de tu marido, sé libre de esta agua amarga que trae maldición.

20 Pero si te has desviado, estando bajo la autoridad de tu marido, y si te has contaminado, y algún hombre se ha acostado contigo además de tu marido,»

21 entonces el sacerdote hará que la mujer jure con el juramento de maldición, y el sacerdote le dirá a la mujer: «Que Yahvé te ponga por maldición y por juramento en medio de tu pueblo, cuando Yahvé haga que tu muslo decaiga y tu vientre se hinche;

22 y esta agua que trae maldición entrará en tus entrañas para hacer que tu vientre se hinche y tu muslo decaiga». Y la mujer dirá: «Amén, amén».

23 "'El sacerdote escribirá estas maldiciones en un libro, y las borrará en el agua amarga.

24 Hará que la mujer beba el agua amarga que trae maldición; y el agua que trae la maldición entrará en ella y se volverá amarga.

25 El sacerdote tomará de la mano de la mujer la ofrenda de celos, mecerá la ofrenda delante de Yahvé y la ofrecerá sobre el altar.

26 El sacerdote tomará un puñado de la ofrenda, como su porción conmemorativa, y la quemará sobre el altar, y después hará que la mujer beba el agua.

27 Cuando le haya hecho beber el agua, sucederá que si ella se ha contaminado y ha cometido infidelidad contra su marido, el agua que trae la maldición entrará en ella produciendo amargura, y su vientre se hinchará, y su muslo decaerá; y la mujer será una maldición en medio de su pueblo.

28 Pero si la mujer no se ha contaminado, sino que está limpia, entonces quedará libre y concebirá descendencia.

29 "'Esta es la ley de los celos, cuando la mujer, estando bajo la potestad de su marido, se desvía y se contamina,

30 o cuando el espíritu de celos se apodera de un hombre, y tiene celos de su mujer; entonces presentará a la mujer delante de Yahvé, y el sacerdote aplicará sobre ella toda esta ley.

31 El hombre quedará libre de iniquidad, y la mujer cargará con su iniquidad'".

Capítulo 6

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'Cuando un hombre o una mujer haga un voto especial, el voto de nazareo, para consagrarse a Yahvé,

3 se abstendrá de vino y de bebida fuerte. No beberá vinagre de vino, ni vinagre de
bebida fuerte, ni beberá jugo de uva, ni comerá uvas frescas o secas.

4 Durante todos los días de su nazareato, no comerá nada que provenga de la vid,
desde las semillas hasta los hollejos.

5 "'Durante todos los días del voto de su nazareato, ninguna navaja pasará por su
cabeza, hasta que se cumplan los días de su consagración a Yahvé. Será santo. De-
jará crecer los mechones de su cabello.

6 "'Todos los días que se consagre a Yahvé no se acercará a ningún cadáver.

7 No se contaminará por su padre, ni por su madre, ni por su hermano, ni por su
hermana, cuando mueran, porque la consagración de su Dios está sobre su
cabeza.

8 Todos los días de su nazareato será santo para Yahvé.

9 "'Si alguno muere muy repentinamente junto a él, y contamina la cabeza de su
consagración, entonces se rapará la cabeza en el día de su purificación. Al séptimo
día se la rapará.

10 Al octavo día traerá dos tórtolas o dos pichones al sacerdote, a la puerta de la
Tienda del Encuentro.

11 El sacerdote ofrecerá uno como ofrenda por el pecado y el otro como holo-
causto, y hará expiación por él, porque pecó a causa del muerto, y santificará su
cabeza ese mismo día.

12 Consagrará de nuevo para Yahvé los días de su nazareato, y traerá un cordero
de un año como ofrenda por la culpa; pero los días anteriores serán anulados,
porque su consagración fue profanada.

13 "'Esta es la ley del nazareo: cuando se cumplan los días de su consagración,
será llevado a la puerta de la Tienda del Encuentro,

14 y presentará su ofrenda a Yahvé: un cordero de un año sin defecto para el holocausto, una cordera de un año sin defecto para la ofrenda por el pecado, un carnero sin defecto para el sacrificio de paz,

15 un canastillo de panes ázimos, tortas de harina fina amasadas con aceite, y hojaldres ázimos untados con aceite, junto con su ofrenda vegetal y sus libaciones.

16 El sacerdote los presentará ante Yahvé, y ofrecerá su ofrenda por el pecado y su holocausto.

17 Ofrecerá el carnero como sacrificio de paz a Yahvé, con el canastillo de los panes ázimos. El sacerdote ofrecerá también su ofrenda vegetal y su libación.

18 El nazareo se rapará la cabeza de su consagración a la puerta de la Tienda del Encuentro, tomará el cabello de su consagración y lo pondrá sobre el fuego que arde debajo del sacrificio de paz.

19 El sacerdote tomará la espaldilla cocida del carnero, una torta ázima del canastillo y un hojaldre ázimo, y los pondrá sobre las manos del nazareo después de que este se haya rapado la cabeza de su consagración;

20 y el sacerdote los mecerá como ofrenda mecida ante Yahvé. Son cosa sagrada para el sacerdote, junto con el pecho mecido y la espaldilla elevada. Después, el nazareo podrá beber vino.

21 "'Esta es la ley del nazareo que hace voto y de su ofrenda a Yahvé por su consagración, además de lo que sus recursos le permitan. Según el voto que haya hecho, así obrará conforme a la ley de su consagración'".

22 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

23 "Habla a Aarón y a sus hijos, diciendo: 'Así bendeciréis a los hijos de Israel. Les diréis:

24 Que Yahvé te bendiga y te guarde;

25 Haga Yahvé resplandecer su rostro sobre ti,
y tenga de ti misericordia;

26 Alce Yahvé su rostro sobre ti,
y ponga en ti paz'.

27 «Así pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré».

Capítulo 7

1 El día en que Moisés terminó de levantar el tabernáculo, lo ungió y lo santificó con todo su mobiliario, y el altar con todos sus utensilios, y los ungió y santificó;

2 los príncipes de Israel, los jefes de las casas de sus padres, presentaron ofrendas. Estos eran los príncipes de las tribus, los que estaban a cargo de los empadronados;

3 y trajeron su ofrenda ante Yahvé: seis carretas cubiertas y doce bueyes; una carreta por cada dos de los príncipes, y por cada uno un buey. Los presentaron delante del tabernáculo.

4 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

5 «Acéptalos de ellos, para que sean utilizados en el servicio de la Tienda del Encuentro; y los darás a los levitas, a cada uno según su ministerio».

6 Moisés tomó las carretas y los bueyes y los entregó a los levitas.

7 Dio dos carretas y cuatro bueyes a los hijos de Gersón, según su ministerio.

8 A los hijos de Merari les dio cuatro carretas y ocho bueyes, según su ministerio, bajo la dirección de Itamar, hijo del sacerdote Aarón.

9 Pero a los hijos de Coat no les dio nada, porque el ministerio del santuario les correspondía a ellos y debían llevarlo sobre sus hombros.

10 Los príncipes presentaron ofrendas para la dedicación del altar el día en que fue ungido. Los príncipes presentaron sus ofrendas delante del altar.

11 Yahvé dijo a Moisés: «Presentarán su ofrenda, cada príncipe en su día, para la dedicación del altar».

12 El que presentó su ofrenda el primer día fue Naasón, hijo de Aminadab, de la
tribu de Judá,

13 y su ofrenda fue: una fuente de plata, cuyo peso era de ciento treinta siclos, un
jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de harina
fina amasada con aceite para una ofrenda vegetal;

14 una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso;

15 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;

16 un macho cabrío como ofrenda por el pecado;

17 y para el sacrificio de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y
cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Naasón, hijo de Aminadab.

18 El segundo día, Netanel, hijo de Zuar, príncipe de Isacar, presentó su ofrenda.

19 Presentó por su ofrenda: una fuente de plata, cuyo peso era de ciento treinta si-
clos, un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos
de harina fina amasada con aceite para una ofrenda vegetal;

20 una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso;

21 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;

22 un macho cabrío como ofrenda por el pecado;

23 y para el sacrificio de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y
cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Netanel, hijo de Zuar.

24 Al tercer día Eliab, hijo de Helón, príncipe de los hijos de Zabulón,

25 presentó su ofrenda: una fuente de plata, cuyo peso era de ciento treinta siclos,
un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de ha-
rina fina amasada con aceite para una ofrenda vegetal;

26 una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso;

27 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;

28 un macho cabrío como ofrenda por el pecado;

29 y para el sacrificio de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Eliab, hijo de Helón.

30 El cuarto día Elizur, hijo de Sedeur, príncipe de los hijos de Rubén,

31 presentó su ofrenda: una fuente de plata, cuyo peso era de ciento treinta siclos, un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de harina fina amasada con aceite para una ofrenda vegetal;

32 una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso;

33 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;

34 un macho cabrío como ofrenda por el pecado;

35 y para el sacrificio de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Elizur, hijo de Sedeur.

36 El quinto día, Selumiel, hijo de Zurisadai, príncipe de los hijos de Simeón,

37 presentó su ofrenda: una fuente de plata, cuyo peso era de ciento treinta siclos, un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de harina fina amasada con aceite para una ofrenda vegetal;

38 una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso;

39 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;

40 un macho cabrío como ofrenda por el pecado;

41 y para el sacrificio de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Selumiel, hijo de Zurisadai.

42 Al sexto día, Eliasaf, hijo de Deuel, príncipe de los hijos de Gad,

43 presentó su ofrenda: una fuente de plata, cuyo peso era de ciento treinta siclos, un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de harina fina amasada con aceite para una ofrenda vegetal;

44 una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso;

45 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;

46 un macho cabrío como ofrenda por el pecado;

47 y para el sacrificio de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Eliasaf, hijo de Deuel.

48 El séptimo día Elisama, hijo de Amiud, príncipe de los hijos de Efraín,

49 presentó su ofrenda: una fuente de plata, cuyo peso era de ciento treinta siclos, un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de harina fina amasada con aceite para una ofrenda vegetal;

50 una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso;

51 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;

52 un macho cabrío como ofrenda por el pecado;

53 y para el sacrificio de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Elisama, hijo de Amiud.

54 El octavo día Gamaliel, hijo de Pedasur, príncipe de los hijos de Manasés,

55 presentó su ofrenda: una fuente de plata, cuyo peso era de ciento treinta siclos, un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de harina fina amasada con aceite para una ofrenda vegetal;

56 una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso;

57 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;

58 un macho cabrío como ofrenda por el pecado;

59 y para el sacrificio de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Gamaliel, hijo de Pedasur.

60 El noveno día Abidán, hijo de Gideoni, príncipe de los hijos de Benjamín,

61 presentó su ofrenda: una fuente de plata, cuyo peso era de ciento treinta siclos, un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de harina fina amasada con aceite para una ofrenda vegetal;

62 una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso;

63 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;

64 un macho cabrío como ofrenda por el pecado;

65 y para el sacrificio de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Abidán, hijo de Gideoni.

66 El décimo día Ahiezer, hijo de Amisadai, príncipe de los hijos de Dan,

67 presentó su ofrenda: una fuente de plata, cuyo peso era de ciento treinta siclos, un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de harina fina amasada con aceite para una ofrenda vegetal;

68 una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso;

69 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;

70 un macho cabrío como ofrenda por el pecado;

71 y para el sacrificio de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Ahiezer, hijo de Amisadai.

72 El undécimo día Pagiel, hijo de Ocrán, príncipe de los hijos de Aser,

73 presentó su ofrenda: una fuente de plata, cuyo peso era de ciento treinta siclos, un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de harina fina amasada con aceite para una ofrenda vegetal;

74 una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso;

75 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;

76 un macho cabrío como ofrenda por el pecado;

77 y para el sacrificio de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Pagiel, hijo de Ocrán.

78 El duodécimo día Ahira, hijo de Enán, príncipe de los hijos de Neftalí,

79 presentó su ofrenda: una fuente de plata, cuyo peso era de ciento treinta siclos, un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de harina fina amasada con aceite para una ofrenda vegetal;

80 una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso;

81 un novillo, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto;

82 un macho cabrío como ofrenda por el pecado;

83 y para el sacrificio de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Ahira, hijo de Enán.

84 Esta fue la ofrenda para la dedicación del altar, el día en que fue ungido, por los príncipes de Israel: doce fuentes de plata, doce jarros de plata, doce cucharas de oro;

85 cada fuente de plata pesaba ciento treinta siclos, y cada jarro setenta; toda la plata de los utensilios pesaba dos mil cuatrocientos siclos, según el siclo del santuario;

86 las doce cucharas de oro llenas de incienso pesaban diez siclos cada una, según el siclo del santuario; todo el oro de las cucharas pesaba ciento veinte siclos;

87 todo el ganado para el holocausto: doce novillos, doce carneros, doce corderos de un año, con su ofrenda vegetal; y doce machos cabríos para la ofrenda por el pecado;

88 y todo el ganado para el sacrificio de paz: veinticuatro novillos, sesenta carneros, sesenta machos cabríos y sesenta corderos de un año. Esta fue la ofrenda para la dedicación del altar, después de haber sido ungido.

89 Cuando Moisés entraba en la Tienda del Encuentro para hablar con Yahvé, oía la voz que le hablaba desde lo alto del propiciatorio que estaba sobre el arca del Testimonio, de entre los dos querubines; y él le hablaba.

Capítulo 8

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 “Habla a Aarón y dile: ‘Cuando enciendas las lámparas, las siete lámparas alumbrarán hacia el frente del candelabro’”.

3 Y Aarón lo hizo así. Encendió las lámparas hacia el frente del candelabro, como Yahvé le ordenó a Moisés.

4 Esta era la hechura del candelabro, obra de oro batido. Desde su base hasta sus flores, era de oro batido. Moisés hizo el candelabro según el modelo que Yahvé le había mostrado.

5 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

6 "Toma a los levitas de entre los hijos de Israel y purifícalos.

7 Harás lo siguiente para purificarlos: rocía sobre ellos el agua de la expiación, haz que pasen navaja por todo su cuerpo, que laven sus ropas y así se purifiquen.

8 Luego tomarán un novillo con su ofrenda de harina fina amasada con aceite; y tomarás otro novillo como ofrenda por el pecado.

9 Presentarás a los levitas delante de la Tienda del Encuentro, y reunirás a toda la congregación de los hijos de Israel.

10 Presentarás a los levitas delante de Yahvé, y los hijos de Israel pondrán sus manos sobre los levitas.

11 Aarón ofrecerá a los levitas delante de Yahvé como ofrenda mecida de parte de los hijos de Israel, para que sirvan en el ministerio de Yahvé.

12 "Los levitas pondrán sus manos sobre las cabezas de los novillos, y ofreceréis uno como ofrenda por el pecado y el otro como holocausto a Yahvé, para hacer expiación por los levitas.

13 Presentarás a los levitas delante de Aarón y de sus hijos, y los ofrecerás como ofrenda mecida a Yahvé.

14 Así apartarás a los levitas de entre los hijos de Israel, y los levitas serán míos.

15 «Después de esto, los levitas entrarán a ministrar en la Tienda del Encuentro. Los purificarás y los ofrecerás como ofrenda mecida.

16 Porque me son enteramente dados de entre los hijos de Israel; los he tomado para mí en lugar de todos los que abren la matriz, de los primogénitos de todos los hijos de Israel.

17 Porque todos los primogénitos de los hijos de Israel son míos, tanto de hombres como de animales. El día en que herí a todos los primogénitos en la tierra de Egipto, los santifiqué para mí.

18 He tomado a los levitas en lugar de todos los primogénitos de los hijos de Israel.

19 Y he dado a los levitas como don a Aarón y a sus hijos de entre los hijos de Israel, para que ejerzan el ministerio de los hijos de Israel en la Tienda del Encuentro, y para que hagan expiación por los hijos de Israel, a fin de que no haya plaga entre los hijos de Israel cuando se acerquen al santuario».

20 Así hicieron Moisés, Aarón y toda la congregación de los hijos de Israel con los levitas. Conforme a todo lo que Yahvé mandó a Moisés acerca de los levitas, así hicieron los hijos de Israel con ellos.

21 Los levitas se purificaron del pecado y lavaron sus ropas; y Aarón los ofreció como ofrenda mecida delante de Yahvé, y Aarón hizo expiación por ellos para purificarlos.

22 Después de eso, los levitas entraron a ejercer su ministerio en la Tienda del Encuentro, delante de Aarón y de sus hijos; tal como Yahvé había ordenado a Moisés acerca de los levitas, así hicieron con ellos.

23 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

24 «Esto es lo referente a los levitas: de veinticinco años en adelante entrarán a cumplir el servicio en la obra de la Tienda del Encuentro;

25 y a partir de los cincuenta años se retirarán del servicio activo, y no servirán más.

26 Solo ayudarán a sus hermanos en la Tienda del Encuentro en la guardia, pero no realizarán ningún servicio. Así obrarás con los levitas en cuanto a sus ministerios».

Capítulo 9

1 Yahvé habló a Moisés en el desierto del Sinaí, en el primer mes del segundo año después de que salieron de la tierra de Egipto, diciendo:

2 «Que los hijos de Israel celebren la Pascua en su tiempo señalado.

3 El día catorce de este mes, al atardecer, la celebraréis a su tiempo. La celebraréis según todos sus estatutos y según todas sus ordenanzas».

4 Moisés dijo a los hijos de Israel que debían celebrar la Pascua.

5 Celebraron la Pascua en el primer mes, el día catorce del mes por la tarde, en el desierto de Sinaí. Conforme a todo lo que Yahvé ordenó a Moisés, así lo hicieron los hijos de Israel.

6 Había ciertos hombres que estaban impuros a causa del cadáver de un hombre, de modo que no podían celebrar la Pascua en ese día, y se presentaron ante Moisés y Aarón en ese día.

7 Aquellos hombres le dijeron: «Somos impuros a causa del cadáver de un hombre. ¿Por qué se nos retiene, para que no ofrezcamos la ofrenda de Yahvé en su tiempo señalado entre los hijos de Israel?»

8 Moisés les respondió: «Esperad, para que yo oiga lo que Yahvé mande sobre vosotros».

9 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

10 "Di a los hijos de Israel: 'Si alguno de vosotros o de vuestras generaciones es impuro por causa de un cadáver, o está de viaje lejos, aun así celebrará la Pascua a Yahvé.

11 En el segundo mes, el día catorce por la tarde la celebrarán; la comerán con panes sin levadura y hierbas amargas.

12 No dejarán nada de ella para la mañana siguiente, ni romperán ningún hueso. Conforme a todo el estatuto de la Pascua la celebrarán.

13 Pero el hombre que esté limpio y no esté de viaje, y no guarde la Pascua, esa persona será cortada de su pueblo. Por no haber ofrecido la ofrenda de Yahvé en su tiempo señalado, ese hombre cargará con su pecado.

14 "'Si un extranjero vive entre vosotros y desea celebrar la Pascua a Yahvé, entonces lo hará según el estatuto de la Pascua, y según su ordenanza. Tendréis un solo estatuto, tanto para el extranjero como para el nacido en la tierra'".

15 El día en que se levantó el tabernáculo, la nube cubrió el tabernáculo, la Tienda del Testimonio. Al atardecer estaba sobre el tabernáculo, con una apariencia de fuego, hasta la mañana.

16 Así era continuamente. La nube lo cubría, y tenía apariencia de fuego por la noche.

17 Cada vez que la nube se alzaba sobre la Tienda, los hijos de Israel se desplazaban; y en el lugar donde la nube permanecía, allí acampaban los hijos de Israel.

18 Por orden de Yahvé, los hijos de Israel viajaban, y por orden de Yahvé acampaban. Mientras la nube permaneció sobre el tabernáculo, permanecieron acampados.

19 Cuando la nube permanecía sobre el tabernáculo muchos días, entonces los hijos de Israel cumplían la orden de Yahvé y no viajaban.

20 A veces la nube estaba unos pocos días sobre el tabernáculo; entonces, según el mandato de Yahvé, permanecían acampados, y según el mandato de Yahvé, viajaban.

21 A veces la nube estaba desde la tarde hasta la mañana, y cuando la nube se levantaba por la mañana, viajaban; o de día y de noche, cuando la nube se levantaba, viajaban.

22 Ya sea que la nube permaneciera dos días, un mes o un año sobre el tabernáculo, los hijos de Israel permanecían acampados y no viajaban; pero cuando se levantaba, viajaban.

23 Al mandato de Yahvé acampaban, y al mandato de Yahvé viajaban. Cumplieron el mandato de Yahvé, según la orden de Yahvé por medio de Moisés.

Capítulo 10

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Hazte dos trompetas de plata. Las harás de plata labrada. Las usarás para convocar a la congregación y para hacer que los campamentos se pongan en marcha.

3 Cuando las toquen, toda la congregación se reunirá contigo a la puerta de la Tienda del Encuentro.

4 Si tocan una sola, los príncipes, los jefes de los millares de Israel, se reunirán contigo.

5 Cuando toquéis alarma, los campamentos que se encuentran en el lado oriental se pondrán en marcha.

6 Cuando toquéis la alarma por segunda vez, los campamentos que se encuentran en el lado sur se pondrán en marcha. Tocarán la alarma para sus desplazamientos.

7 Pero cuando se reúna la asamblea, tocaréis, pero no haréis sonar la alarma.

8 "Los hijos de Aarón, los sacerdotes, tocarán las trompetas. Esto os servirá de estatuto para siempre por vuestras generaciones.

9 Cuando vayáis a la guerra en vuestra tierra contra el adversario que os oprime, entonces tocaréis la alarma con las trompetas. Entonces seréis recordados ante Yahvé, vuestro Dios, y seréis salvados de vuestros enemigos.

10 «También en el día de vuestra alegría, en vuestras fiestas establecidas y en los comienzos de vuestros meses, tocaréis las trompetas sobre vuestros holocaustos y sobre los sacrificios de vuestras ofrendas de paz; y os servirán de recordatorio ante vuestro Dios. Yo soy Yahvé, vuestro Dios».

11 En el segundo año, en el segundo mes, a los veinte días del mes, la nube se levantó de encima del tabernáculo de la Alianza.

12 Los hijos de Israel partieron del desierto de Sinaí, y la nube se detuvo en el desierto de Parán.

13 Esta fue la primera vez que se pusieron en marcha según el mandato de Yahvé por medio de Moisés.

14 En primer lugar, avanzó el estandarte del campamento de los hijos de Judá, según sus escuadrones. Naasón, hijo de Aminadab, estaba al frente de su escuadrón.

15 Netanel, hijo de Zuar, estaba al frente del escuadrón de la tribu de los hijos de Isacar.

16 Eliab, hijo de Helón, estaba al frente del escuadrón de la tribu de los hijos de Zabulón.

17 El tabernáculo fue desmontado, y los hijos de Gersón y los hijos de Merari, que llevaban el tabernáculo, se pusieron en marcha.

18 El estandarte del campamento de Rubén avanzó según sus escuadrones. Elizur, hijo de Sedeur, estaba al frente de su escuadrón.

19 Selumiel, hijo de Zurisadai, estaba al frente del escuadrón de la tribu de los hijos de Simeón.

20 Eliasaf, hijo de Deuel, estaba al frente del escuadrón de la tribu de los hijos de Gad.

21 Los coatitas se adelantaron llevando el santuario. Los demás debían montar el tabernáculo antes de que ellos llegaran.

22 El estandarte del campamento de los hijos de Efraín avanzaba según sus escuadrones. Elisama, hijo de Amiud, estaba al frente de su escuadrón.

23 Gamaliel, hijo de Pedasur, estaba al frente del escuadrón de la tribu de los hijos de Manasés.

24 Abidán, hijo de Gideoni, estaba al frente del escuadrón de la tribu de los hijos de Benjamín.

25 El estandarte del campamento de los hijos de Dan, que formaba la retaguardia de todos los campamentos, avanzaba según sus escuadrones. Ahiezer, hijo de Amisadai, estaba al frente de su escuadrón.

26 Pagiel, hijo de Ocrán, estaba al frente del escuadrón de la tribu de los hijos de Aser.

27 Ahira, hijo de Enán, estaba al frente del escuadrón de la tribu de los hijos de Neftalí.

28 Así eran las marchas de los hijos de Israel según sus escuadrones; y así avanzaron.

29 Moisés le dijo a Hobab, hijo de Reuel el madianita, suegro de Moisés: "Nos dirigimos al lugar del que Yahvé dijo: 'Os lo daré'. Ven con nosotros y te trataremos bien, porque Yahvé ha prometido el bien a Israel".

30 Él le respondió: «No iré, sino que me volveré a mi tierra y a mis parientes».

31 Moisés insistió: «No nos dejes, por favor; porque tú sabes cómo hemos de acampar en el desierto, y puedes ser nuestros ojos.

32 Sucederá que, si vienes con nosotros, sí, ten por seguro, que todo el bien que Yahvé nos haga a nosotros, nosotros te lo haremos a ti».

33 Partieron del monte de Yahvé e hicieron tres días de camino. El arca de la Alianza de Yahvé iba delante de ellos durante los tres días de camino, para buscarles un lugar de descanso.

34 La nube de Yahvé estaba sobre ellos durante el día, cuando partían del campamento.

35 Cuando el arca se ponía en marcha, Moisés decía: «¡Levántate, Yahvé, y que se dispersen tus enemigos! Que los que te odian huyan de tu presencia».

36 Y cuando descansaba, decía: «Vuelve, Yahvé, a los diez mil millares de Israel».

Capítulo 11

1 El pueblo se quejaba a los oídos de Yahvé. Cuando Yahvé lo oyó, se encendió su ira; y el fuego de Yahvé ardió entre ellos, y consumió uno de los extremos del campamento.

2 El pueblo clamó a Moisés; Moisés oró a Yahvé, y el fuego se extinguió.

3 El nombre de ese lugar fue llamado Taberá, porque el fuego de Yahvé había ardido entre ellos.

4 La multitud mixta que estaba en medio de ellos tuvo un deseo insaciable; y también los hijos de Israel volvieron a llorar y dijeron: «¿Quién nos dará carne para comer?

5 Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde; de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos;

6 pero ahora hemos perdido el apetito. No hay nada más que este maná ante nuestros ojos».

7 El maná era como semilla de cilantro, y su aspecto era como el del bedelio.

8 El pueblo se esparcía, lo recogía, lo molía en molinos o lo majaba en morteros, lo cocía en ollas y hacía tortas con él. Su sabor era como el sabor del aceite fresco.

9 Cuando el rocío descendía sobre el campamento por la noche, el maná descendía sobre él.

10 Moisés oyó que el pueblo lloraba por sus familias, cada uno a la puerta de su tienda; y la ira de Yahvé se encendió en gran manera, y a Moisés le pareció mal.

11 Moisés dijo a Yahvé: "¿Por qué has tratado tan mal a tu siervo? ¿Por qué no he
hallado gracia ante tus ojos, para que hayas puesto sobre mí la carga de todo este
pueblo?

12 ¿Acaso concebí yo a todo este pueblo? ¿Acaso los he engendrado yo, para que
me digas: 'Llévalos en tu regazo, como la nodriza lleva al niño de pecho, a la tierra
que juraste dar a sus padres'?

13 ¿De dónde voy a sacar carne para dar a todo este pueblo? Porque lloran ante
mí, diciendo: 'Danos carne para que comamos'.

14 No puedo llevar yo solo a todo este pueblo, porque es una carga demasiado pe-
sada para mí.

15 Si me vas a tratar así, por favor, mátame ahora mismo, si he hallado gracia
ante tus ojos; y no me dejes ver mi propia ruina".

16 Yahvé le dijo a Moisés: "Reúne delante de mí a setenta hombres de los ancianos
de Israel, que tú sepas que son ancianos del pueblo y sus oficiales; llévalos a la
Tienda del Encuentro, y que aguarden allí contigo.

17 Yo descenderé y hablaré allí contigo. Tomaré del Espíritu que está sobre ti y lo
pondré sobre ellos; y llevarán contigo la carga del pueblo, para que no la lleves tú
solo.

18 "Y dirás al pueblo: 'Santificaos para mañana, y comeréis carne; porque habéis
llorado a oídos de Yahvé, diciendo: «¿Quién nos dará carne para comer? ¡Qué
bien nos iba en Egipto!». Por lo tanto, Yahvé os dará carne, y comeréis.

19 No comeréis un solo día, ni dos días, ni cinco días, ni diez días, ni veinte días,

20 sino un mes entero, hasta que os salga por las narices y os cause repugnancia;
porque habéis rechazado a Yahvé, que está en medio de vosotros, y habéis llorado
ante él, diciendo: «¿Por qué salimos de Egipto?»'".

21 Moisés respondió: "El pueblo, en medio del cual estoy, consta de seiscientos mil
hombres de a pie; y tú has dicho: 'Les daré carne para que coman un mes entero'.

22 ¿Se degollarán para ellos ovejas y vacas que les basten? ¿O se juntarán para ellos
todos los peces del mar, para que tengan suficiente?”.

23 Yahvé dijo a Moisés: «¿Acaso se ha acortado el brazo de Yahvé? Ahora verás si
mi palabra se cumple o no».

24 Moisés salió y refirió al pueblo las palabras de Yahvé. Reunió a setenta hombres
de los ancianos del pueblo, y los hizo poner alrededor de la Tienda.

25 Yahvé descendió en la nube y le habló; tomó del Espíritu que estaba sobre él y lo
puso sobre los setenta ancianos. Y cuando el Espíritu reposó sobre ellos, profetiza-
ron, pero no volvieron a hacerlo.

26 Sin embargo, dos hombres se habían quedado en el campamento. El nombre
de uno era Eldad, y el del otro Medad; y el Espíritu reposó sobre ellos. Estaban en-
tre los inscritos, pero no habían salido a la Tienda; y profetizaban en el
campamento.

27 Un joven corrió y se lo comunicó a Moisés, diciendo: «¡Eldad y Medad están
profetizando en el campamento!».

28 Josué, hijo de Nun, ayudante de Moisés y uno de sus elegidos, respondió: «¡Se-
ñor mío Moisés, prohíbeselo!».

29 Moisés le replicó: «¿Tienes celos por mí? ¡Ojalá todo el pueblo de Yahvé fuera
profeta, y que Yahvé pusiera su Espíritu sobre ellos!».

30 Luego Moisés se retiró al campamento, él y los ancianos de Israel.

31 Se levantó un viento enviado por Yahvé que trajo codornices desde el mar, y las
dejó caer sobre el campamento, como a un día de camino por un lado, y a un día
de camino por el otro, alrededor del campamento, y a una altura de casi dos co-
dos sobre la superficie de la tierra.

32 El pueblo estuvo levantado todo ese día, toda aquella noche y todo el día si-
guiente, recogiendo codornices. El que menos recogió, juntó diez ómeres; y las ex-
tendieron para sí alrededor del campamento.

33 Pero mientras la carne aún estaba entre sus dientes, antes de ser masticada, la ira de Yahvé se encendió contra el pueblo, y Yahvé hirió al pueblo con una plaga muy grande.

34 El nombre de aquel lugar fue llamado Kibrot-hataava, porque allí enterraron al pueblo que había codiciado.

35 Desde Kibrot-hataava el pueblo partió hacia Jaserot; y se quedaron en Jaserot.

Capítulo 12

1 Miriam y Aarón hablaron contra Moisés a causa de la mujer cusita con la que se había casado, pues se había casado con una mujer cusita.

2 Dijeron: «¿Acaso Yahvé ha hablado solamente por medio de Moisés? ¿No ha hablado también por medio de nosotros?». Y Yahvé lo oyó.

3 (El hombre Moisés era muy humilde, más que todos los hombres que había sobre la faz de la tierra).

4 De repente, Yahvé dijo a Moisés, a Aarón y a Miriam: «¡Salid vosotros tres a la Tienda del Encuentro!». Y los tres salieron.

5 Yahvé descendió en una columna de nube, se detuvo a la puerta de la Tienda y llamó a Aarón y a Miriam; y ambos se acercaron.

6 Él dijo: «Escuchad ahora mis palabras. Si hay un profeta entre vosotros, yo, Yahvé, me daré a conocer a él en visión. Hablaré con él en sueños.

7 No es así con mi siervo Moisés. Él es fiel en toda mi casa.

8 Con él hablo cara a cara, claramente y no con enigmas, y él contempla la figura de Yahvé. ¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo, contra Moisés?».

9 La ira de Yahvé se encendió contra ellos, y se marchó.

10 La nube se apartó de sobre la Tienda, y he aquí que Miriam estaba leprosa, blanca como la nieve. Aarón miró a Miriam, y vio que estaba leprosa.

11 Aarón dijo a Moisés: «¡Oh, señor mío! Por favor, no nos hagas cargar con este pecado, con el que hemos obrado neciamente y hemos pecado.

12 Te ruego que ella no quede como un aborto, cuya carne está medio consumida cuando sale del vientre de su madre».

13 Moisés clamó a Yahvé, diciendo: «¡Sánala, oh Dios, te lo ruego!».

14 Yahvé respondió a Moisés: «Si su padre le hubiera escupido en el rostro, ¿no se avergonzaría durante siete días? Que sea recluida fuera del campamento durante siete días, y después podrá ser readmitida».

15 Miriam fue recluida fuera del campamento durante siete días, y el pueblo no se puso en marcha hasta que Miriam fue readmitida.

16 Después, el pueblo partió de Jaserot y acampó en el desierto de Parán.

Capítulo 13

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 «Envía hombres para que espíen la tierra de Canaán, que yo doy a los hijos de Israel. De cada tribu de sus padres, enviaréis un hombre, cada uno de ellos un príncipe entre ellos».

3 Moisés los envió desde el desierto de Parán, según el mandato de Yahvé. Todos ellos eran hombres que eran jefes de los hijos de Israel.

4 Estos eran sus nombres: De la tribu de Rubén, Samua hijo de Zacur.

5 De la tribu de Simeón, Safat hijo de Hori.

6 De la tribu de Judá, Caleb hijo de Jefone.

7 De la tribu de Isacar, Igal hijo de José.

8 De la tribu de Efraín, Oseas hijo de Nun.

9 De la tribu de Benjamín, Palti, hijo de Rafu.

10 De la tribu de Zabulón, Gadiel hijo de Sodi.

11 De la tribu de José, de la tribu de Manasés, Gadi hijo de Susi.

12 De la tribu de Dan, Ammiel hijo de Gemali.

13 De la tribu de Aser, Setur, hijo de Micael.

14 De la tribu de Neftalí, Nahbi hijo de Vapsi.

15 De la tribu de Gad, Geuel hijo de Maqui.

16 Estos son los nombres de los hombres que Moisés envió a espiar la tierra. Moisés llamó Josué a Oseas hijo de Nun.

17 Moisés los envió a espiar la tierra de Canaán, y les dijo: «Subid por este camino del sur y subid a la región montañosa.

18 Ved la tierra, cómo es; y el pueblo que la habita, si es fuerte o débil, si es poco o mucho;

19 y cómo es la tierra que habitan, si es buena o mala; y qué ciudades son las que habitan, si en campamentos o en fortalezas;

20 y cómo es la tierra, si es fértil o pobre, si hay madera en ella o no. Sed valientes y traed algo del fruto de la tierra». Era el tiempo de las primeras uvas maduras.

21 Subieron, pues, y reconocieron la tierra desde el desierto de Zin hasta Rehob, hasta la entrada de Hamat.

22 Subieron por el sur y llegaron a Hebrón, donde estaban Ahimán, Sesai y Talmai, hijos de Anac. (Ahora bien, Hebrón fue construida siete años antes que Zoán en Egipto).

23 Llegaron al valle de Escol, y cortaron de allí una rama con un racimo de uvas, y la llevaron en un bastón entre dos. También llevaron algunas granadas e higos.

24 Aquel lugar fue llamado valle de Escol, por el racimo que los hijos de Israel cortaron de allí.

25 Volvieron de espiar la tierra al cabo de cuarenta días.

26 Fueron y vinieron a Moisés, a Aarón y a toda la congregación de los hijos de Israel, al desierto de Parán, a Cades, y les trajeron la noticia a ellos y a toda la congregación. Les mostraron el fruto de la tierra.

27 Ellos se lo contaron y dijeron: «Hemos llegado a la tierra a la que nos enviaste. Ciertamente fluye leche y miel, y este es su fruto.

28 Sin embargo, el pueblo que habita la tierra es fuerte, y las ciudades están fortificadas y son muy grandes. Además, vimos allí a los hijos de Anac.

29 Amalec habita en la tierra del Sur. El hitita, el jebuseo y el amorreo habitan en la región montañosa. El cananeo habita junto al mar y al lado del Jordán».

30 Caleb calmó al pueblo ante Moisés y dijo: «¡Subamos de inmediato y tomemos posesión de ella, pues somos capaces de vencerla!»

31 Pero los hombres que subieron con él dijeron: «No somos capaces de subir contra ese pueblo, porque es más fuerte que nosotros».

32 Presentaron a los hijos de Israel un mal informe de la tierra que habían espiado, diciendo: «La tierra por la que hemos pasado para espiarla es una tierra que devora a sus habitantes, y todos los pueblos que vimos en ella son hombres de gran estatura.

33 Allí vimos a los Nefilim, los hijos de Anac, que provienen de los Nefilim. Éramos a nuestra vista como saltamontes, y así éramos a su vista».

Capítulo 14

1 Toda la congregación alzó la voz y gritó, y el pueblo lloró aquella noche.

2 Todos los hijos de Israel murmuraron contra Moisés y contra Aarón. Toda la congregación les dijo: «¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto, o hubiéramos muerto en este desierto!

3 ¿Por qué nos trae Yahvé a esta tierra para que caigamos a espada? ¡Nuestras esposas y nuestros pequeños serán capturados o asesinados! ¿No sería mejor que volviéramos a Egipto?»

4 Se dijeron unos a otros: «Elijamos un líder y volvamos a Egipto».

5 Entonces Moisés y Aarón se postraron ante toda la asamblea de la congregación de los hijos de Israel.

6 Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefone, que eran de los que espiaron la tierra, se rasgaron las vestiduras.

7 Hablaron a toda la congregación de los hijos de Israel, diciendo: «La tierra que atravesamos para espiarla es una tierra sumamente buena.

8 Si Yahvé se complace en nosotros, nos introducirá en esta tierra y nos la dará: una tierra que mana leche y miel.

9 Solo que no os rebeléis contra Yahvé, ni temáis al pueblo de la tierra, porque ellos son pan para nosotros. Su defensa ha sido retirada de encima de ellos, y Yahvé está con nosotros. No les temáis».

10 Pero toda la congregación amenazó con apedrearlos. La gloria de Yahvé se presentó en la Tienda del Encuentro a todos los hijos de Israel.

11 Yahvé dijo a Moisés: «¿Hasta cuándo me despreciará este pueblo? ¿Hasta cuándo no creerán en mí, por todas las señales que he realizado entre ellos?

12 Los heriré con la peste y los desheredaré, y haré de ti una nación más grande y poderosa que ellos».

13 Moisés dijo a Yahvé: “Entonces los egipcios lo oirán, porque tú con tu poder sacaste a este pueblo de en medio de ellos.

14 Lo contarán a los habitantes de esta tierra. Han oído que tú, Yahvé, estás en medio de este pueblo; porque a ti, Yahvé, te ven cara a cara, y tu nube está sobre ellos, y tú vas delante de ellos, en una columna de nube de día, y en una columna de fuego de noche.

15 Ahora bien, si matas a este pueblo como a un solo hombre, las naciones que
han oído tu fama hablarán diciendo:

16 'Porque Yahvé no pudo llevar a este pueblo a la tierra que le había jurado, por
eso lo ha matado en el desierto'.

17 Ahora, por favor, haz que el poder de Yahvé sea grande, según has hablado,
diciendo:

18 'Yahvé es lento para la ira, y abundante en misericordia, que perdona la iniqui-
dad y la desobediencia; y de ninguna manera exculpará al culpable, visitando la
iniquidad de los padres en los hijos, en la tercera y en la cuarta generación'.

19 Por favor, perdona la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu amorosa
bondad, y tal como has perdonado a este pueblo, desde Egipto hasta ahora".

20 Yahvé dijo: «Yo he perdonado según tu palabra;

21 pero en realidad, mientras yo viva y toda la tierra se llene de la gloria de Yahvé,

22 porque todos esos hombres que han visto mi gloria y mis señales, que hice en
Egipto y en el desierto, me han tentado estas diez veces, y no han escuchado mi
voz;

23 ciertamente no verán la tierra que juré a sus padres, ni la verá ninguno de los
que me despreciaron.

24 Pero a mi siervo Caleb, por haber tenido otro espíritu con él y haberme seguido
plenamente, lo introduciré en la tierra a la que entró. Su descendencia la poseerá.

25 Puesto que el amalecita y el cananeo habitan en el valle, mañana os volveréis y
entraréis en el desierto por el camino del Mar Rojo».

26 Yahvé habló a Moisés y a Aarón, diciendo:

27 "¿Hasta cuándo tendré que soportar a esta congregación malvada que se queja
contra mí? He oído las quejas de los hijos de Israel, que se quejan contra mí.

28 Diles: 'Vivo yo, dice Yahvé, que tal como habéis hablado en mis oídos, así haré
con vosotros.

29 Vuestros cadáveres caerán en este desierto; y todos los que fuisteis contados, según vuestro número total, de veinte años para arriba, que os habéis quejado contra mí,

30 ciertamente no entraréis en la tierra sobre la cual juré que os haría habitar en ella, excepto Caleb hijo de Jefone y Josué hijo de Nun.

31 Pero traeré a vuestros pequeños que dijisteis que serían capturados o muertos, y ellos conocerán la tierra que habéis rechazado.

32 Pero en cuanto a vosotros, vuestros cadáveres caerán en este desierto.

33 Vuestros hijos serán errantes en el desierto durante cuarenta años, y soportarán vuestra prostitución, hasta que vuestros cadáveres se consuman en el desierto.

34 Después del número de los días en que espiasteis la tierra, cuarenta días, por cada día un año, llevaréis vuestras iniquidades, cuarenta años, y conoceréis mi alienación'.

35 Yo, Yahvé, he hablado. Ciertamente haré esto a toda esta congregación malvada que se ha reunido contra mí. En este desierto serán consumidos, y allí morirán".

36 Los hombres que Moisés envió a espiar la tierra, y que regresaron e hicieron que toda la congregación murmurara contra él presentando un mal informe contra la tierra,

37 incluso aquellos hombres que presentaron un mal informe de la tierra, murieron por la plaga ante Yahvé.

38 Pero Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefone, quedaron vivos de aquellos hombres que fueron a espiar la tierra.

39 Moisés contó estas palabras a todos los hijos de Israel, y el pueblo se lamentó mucho.

40 Se levantaron de madrugada y subieron a la cima del monte, diciendo: «Ya estamos aquí y subiremos al lugar que Yahvé ha prometido, porque hemos pecado».

41 Moisés dijo: «¿Por qué desobedecéis ahora el mandamiento de Yahvé, ya que no prosperará?

42 No subáis, porque Yahvé no está en medio de vosotros; así no seréis derribados ante vuestros enemigos.

43 Porque allí están el amalecita y el cananeo delante de vosotros, y caeréis a espada porque os apartasteis de seguir a Yahvé; por eso Yahvé no estará con vosotros».

44 Pero ellos se atrevieron a subir a la cima de la montaña. Sin embargo, el arca de la alianza de Yahvé y Moisés no salieron del campamento.

45 Entonces bajaron los amalecitas y los cananeos que vivían en ese monte, y los golpearon y los derrotaron hasta Horma.

Capítulo 15

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'Cuando hayáis entrado en la tierra de vuestras moradas, que yo os doy,

3 y hagáis una ofrenda por fuego a Yahvé, un holocausto, o un sacrificio, para cumplir un voto o como ofrenda voluntaria, o en vuestras fiestas establecidas, para hacer un aroma agradable a Yahvé, de la manada o del rebaño,

4 entonces el que ofrezca su ofrenda ofrecerá a Yahvé una ofrenda de harina de una décima parte de un efa de harina fina mezclada con una cuarta parte de un hin de aceite.

5 Prepararás vino para la libación, la cuarta parte de un hin, con el holocausto o para el sacrificio, por cada cordero.

6 "'Por un carnero, prepararás para una ofrenda dos décimas de efa de harina fina mezclada con la tercera parte de un hin de aceite;

7 y para la libación ofrecerás la tercera parte de un hin de vino, de aroma agradable para Yahvé.

8 Cuando prepares un toro para un holocausto o para un sacrificio, para cumplir un voto, o para ofrendas de paz a Yahvé,

9 entonces ofrecerás con el becerro una ofrenda de harina de tres décimas de efa de harina fina mezclada con medio hin de aceite;

10 y ofrecerás para la libación medio hin de vino, como ofrenda encendida, de aroma agradable a Yahvé.

11 Así se hará por cada toro, por cada carnero, por cada uno de los corderos o de los cabritos.

12 Según el número que preparéis, así haréis con cada uno según su número.

13 "'Todos los nativos harán estas cosas de esta manera, al ofrecer una ofrenda encendida, de aroma agradable a Yahvé.

14 Si un extranjero vive como forastero con vosotros, o quienquiera que esté entre vosotros a lo largo de vuestras generaciones, y ofrece una ofrenda encendida de aroma agradable a Yahvé, como hacéis vosotros, así lo hará.

15 Para la asamblea, habrá un estatuto para vosotros y para el extranjero que vive como tal, un estatuto para siempre a lo largo de vuestras generaciones. Como vosotros, así será el extranjero ante Yahvé.

16 Una sola ley y un solo estatuto habrá para vosotros y para el extranjero que vive como forastero con vosotros'".

17 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

18 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'Cuando lleguéis a la tierra a la que os traigo,

19 entonces será que cuando comáis del pan de la tierra, ofreceréis una ofrenda mecida a Yahvé.

20 De lo primero de vuestra masa ofreceréis una torta como ofrenda mecida. Como la ofrenda mecida de la era, así la ofreceréis.

21 De las primicias de vuestra masa, ofreceréis a Yahvé una ofrenda mecida a lo largo de vuestras generaciones.

22 "'Cuando erréis y no observéis todos estos mandamientos que Yahvé ha dicho a Moisés,

23 todo lo que Yahvé os ha mandado por medio de Moisés, desde el día en que Yahvé dio el mandamiento y en adelante por vuestras generaciones,

24 entonces será si se hizo sin querer, sin conocimiento de la congregación, toda la congregación ofrecerá un novillo en holocausto, como aroma agradable a Yahvé, con su ofrenda y su libación, según la ordenanza, y un macho cabrío como ofrenda por el pecado.

25 El sacerdote hará la expiación por toda la congregación de los hijos de Israel, y serán perdonados; porque fue un error, y han traído su ofrenda, una ofrenda encendida a Yahvé, y su ofrenda por el pecado ante Yahvé, por su error.

26 Toda la congregación de los hijos de Israel será perdonada, así como el extranjero que vive como forastero en medio de ellos; porque con respecto a todo el pueblo, se hizo sin querer.

27 "'Si una persona peca involuntariamente, ofrecerá una cabra hembra de un año como ofrenda por el pecado.

28 El sacerdote hará expiación por el alma que se equivoca cuando peca involuntariamente ante Yahvé. Hará expiación por él, y será perdonado.

29 Tendréis una sola ley para el que hace algo involuntariamente, para el nativo entre los hijos de Israel y para el extranjero que vive como forastero entre ellos.

30 "'Pero el alma que hace algo con mano alzada, sea nativo o extranjero, blasfema a Yahvé. Esa alma será cortada de entre su pueblo.

31 Porque ha despreciado la palabra de Yahvé y ha violado su mandamiento, esa alma será cortada por completo. Su iniquidad recaerá sobre él'".

32 Mientras los hijos de Israel estaban en el desierto, encontraron a un hombre recogiendo leña en el día de reposo.

33 Los que lo encontraron recogiendo leña lo llevaron a Moisés y a Aarón, y a toda la congregación.

34 Lo pusieron en custodia, porque no se había declarado lo que debía hacerse con él.

35 Yahvé le dijo a Moisés: «Ese hombre deberá morir. Toda la congregación lo apedreará fuera del campamento».

36 Toda la congregación lo sacó fuera del campamento y lo apedreó hasta la muerte, como Yahvé le ordenó a Moisés.

37 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

38 «Habla a los hijos de Israel y diles que se hagan flecos en los bordes de vuestros vestidos por vuestras generaciones, y que pongan en el fleco de cada borde un cordón de color azul.

39 Será para vosotros como un fleco, para que lo veáis y os acordéis de todos los mandamientos de Yahvé, y los pongáis en práctica; y para que no sigáis a vuestro propio corazón y a vuestros propios ojos, tras los cuales solíais prostituiros;

40 para que os acordéis y pongáis en práctica todos mis mandamientos, y seáis santos para vuestro Dios.

41 Yo soy Yahvé, vuestro Dios, que os sacó de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: Yo soy Yahvé vuestro Dios».

Capítulo 16

1 Coré, hijo de Izhar, hijo de Coat, hijo de Leví, con Datán y Abiram, hijos de Eliab, y On, hijo de Pelet, hijos de Rubén, tomaron algunos hombres.

2 Se levantaron ante Moisés, con algunos de los hijos de Israel, doscientos cincuenta príncipes de la congregación, llamados a la asamblea, hombres de renombre.

3 Se juntaron contra Moisés y contra Aarón, y les dijeron: «¡Os arrogáis demasiado, ya que toda la congregación es santa, todos ellos, y Yahvé está en medio de ellos! ¿Por qué os alzáis por encima de la asamblea de Yahvé?»

4 Cuando Moisés lo oyó, se postró sobre su rostro.

5 Dijo a Coré y a toda su compañía: «Por la mañana, Yahvé mostrará quiénes son suyos y quiénes son santos, y los hará acercarse a él. También hará que se acerque a él el que él elija.

6 Haced esto: tomad incensarios, Coré y toda su compañía,

7 poned fuego en ellos, y poned incienso en ellos ante Yahvé mañana. El hombre que elija Yahvé será santo. Habéis ido demasiado lejos, hijos de Leví».

8 Moisés dijo a Coré: «¡Escuchad ahora, hijos de Leví!

9 ¿Os parece poco que el Dios de Israel os haya separado de la congregación de Israel para acercaros a él, para que hagáis el servicio del tabernáculo de Yahvé, y para que estéis delante de la congregación para servirles;

10 y que os haya acercado a vosotros, y a todos vuestros hermanos los hijos de Leví con vosotros? ¿Acaso buscáis también el sacerdocio?

11 ¡Por eso tú y toda tu compañía os habéis reunido contra Yahvé! ¿Qué es Aarón para que os quejéis contra él?»

12 Moisés mandó llamar a Datán y Abiram, hijos de Eliab, y ellos dijeron: «¡No subiremos!

13 ¿Es poca cosa que nos hayas hecho subir de una tierra que mana leche y miel, para matarnos en el desierto, y que además te hagas príncipe sobre nosotros?

14 Además, no nos has traído a una tierra que fluye leche y miel, ni nos has dado herencia de campos y viñedos. ¿Vas a sacarles los ojos a estos hombres? No subiremos».

15 Moisés se enojó mucho y le dijo a Yahvé: «No respetes su ofrenda. No he tomado de ellos ni un solo asno, ni he hecho daño a ninguno de ellos».

16 Moisés dijo a Coré: «Tú y toda tu compañía presentaos mañana ante Yahvé, tú y ellos, y Aarón.

17 Cada uno tomará su incensario y pondrá incienso en él, y cada uno llevará ante Yahvé su incensario, doscientos cincuenta incensarios; tú también y Aarón, cada uno con su incensario».

18 Cada uno de ellos tomó su incensario, puso fuego en él y puso incienso, y se puso a la puerta de la Tienda del Encuentro con Moisés y Aarón.

19 Coré reunió a toda la congregación frente a ellos a la puerta de la Tienda del Encuentro. La gloria de Yahvé apareció a toda la congregación.

20 Yahvé habló a Moisés y a Aarón, diciendo:

21 «¡Separaos de entre esta congregación, para que yo los consuma en un momento!»

22 Se postraron sobre sus rostros y dijeron: «Dios, el Dios de los espíritus de toda carne, ¿pecará un solo hombre y te enojarás con toda la congregación?»

23 Yahvé habló a Moisés diciendo:

24 "Habla a la congregación diciendo: '¡Apartaos de los alrededores de la tienda de Coré, Datán y Abiram!'".

25 Moisés se levantó y se dirigió a Datán y Abiram, y los ancianos de Israel lo siguieron.

26 Habló a la congregación diciendo: «¡Apartaos, por favor, de las tiendas de estos malvados, y no toquéis nada de ellos, no sea que seáis consumidos en todos sus pecados!»

27 Y se alejaron de la tienda de Coré, Datán y Abiram, por todos lados. Datán y Abiram salieron, y se pusieron a la puerta de sus tiendas con sus mujeres, sus hijos y sus pequeños.

28 Moisés dijo: «Así sabréis que Yahvé me ha enviado a hacer todas estas obras, porque no son de mi propia cosecha.

29 Si estos hombres mueren la muerte común de todos los hombres, o si experimentan lo que todos los hombres experimentan, entonces Yahvé no me ha enviado.

30 Pero si Yahvé hace una cosa nueva, y la tierra abre su boca y los traga con todo lo que les pertenece, y bajan vivos al Seol, entonces entenderéis que estos hombres han despreciado a Yahvé».

31 Cuando terminó de decir todas estas palabras, la tierra que estaba debajo de ellos se partió.

32 La tierra abrió su boca y se los tragó con sus familias, a todos los hombres de Coré y todos sus bienes.

33 Ellos y todo lo que les pertenecía descendieron vivos al Seol. La tierra se cerró sobre ellos, y perecieron de entre la asamblea.

34 Todo Israel que estaba alrededor de ellos huyó ante su grito, pues dijeron: «¡No sea que la tierra nos trague!»

35 Salió fuego de Yahvé y devoró a los doscientos cincuenta hombres que ofrecían el incienso.

36 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

37 «Habla a Eleazar, hijo de Aarón, el sacerdote, para que saque los incensarios de entre el fuego, y esparza el fuego lejos del campamento; porque son sagrados,

38 incluso los incensarios de los que pecaron contra su propia vida. Que los conviertan en láminas batidas para recubrir el altar, pues los ofrecieron ante Yahvé. Por eso son santos. Serán una señal para los hijos de Israel».

39 El sacerdote Eleazar tomó los incensarios de bronce que habían ofrecido los quemados, y los batieron para recubrir el altar,

40 para que sirvieran de recuerdo a los hijos de Israel, a fin de que ningún extranjero que no sea de la descendencia de Aarón se acerque a quemar incienso delante de Yahvé, para que no perezca como Coré y su compañía, tal como le habló Yahvé por medio de Moisés.

41 Pero al día siguiente toda la congregación de los hijos de Israel se quejó contra Moisés y contra Aarón, diciendo: «¡Habéis matado al pueblo de Yahvé!»

42 Cuando la congregación se reunió contra Moisés y contra Aarón, miraron hacia la Tienda del Encuentro. He aquí que la nube la cubría, y la gloria de Yahvé aparecía.

43 Moisés y Aarón llegaron al frente de la Tienda del Encuentro.

44 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

45 «¡Apartaos de entre esta congregación, para que los consuma en un momento!» Ellos cayeron sobre sus rostros.

46 Moisés dijo a Aarón: «¡Toma tu incensario, pon en él fuego del altar, ponle incienso, llévalo rápidamente a la congregación y haz expiación por ellos, porque la ira ha salido de Yahvé! La mortandad ha comenzado».

47 Aarón hizo lo que dijo Moisés y corrió al centro de la asamblea. La mortandad ya había comenzado entre el pueblo. Puso el incienso e hizo expiación por el pueblo.

48 Se puso entre los muertos y los vivos, y la plaga se detuvo.

49 Los que murieron por la plaga fueron catorce mil setecientos, además de los que murieron por el asunto de Coré.

50 Aarón volvió a Moisés a la puerta de la Tienda del Encuentro, y la plaga se detuvo.

Capítulo 17

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 «Habla a los hijos de Israel y toma varas de ellos, una por cada casa paterna, de todos sus príncipes según sus casas paternas, doce varas. Escribe el nombre de cada uno en su vara.

3 Escribirás el nombre de Aarón en la vara de Leví. Habrá una vara por cada jefe de sus casas paternas.

4 Las pondrás en la Tienda del Encuentro, delante del Testimonio, donde me reúno con vosotros.

5 Sucederá que la vara del hombre que yo elija brotará. Así haré cesar delante de mí las murmuraciones de los hijos de Israel, con las que murmuran contra vosotros».

6 Moisés habló a los hijos de Israel, y todos sus príncipes le dieron varas, una por cada príncipe, según las casas de sus padres, un total de doce varas. La vara de Aarón estaba entre sus varas.

7 Moisés depositó las varas ante Yahvé en la Tienda del Testimonio.

8 Al día siguiente, Moisés entró en la Tienda del Testimonio; y he aquí que la vara de Aarón para la casa de Leví había brotado, había echado renuevos, había producido flores y había dado almendras maduras.

9 Moisés sacó todas las varas de delante de Yahvé a todos los hijos de Israel. Ellos miraron, y cada uno tomó su vara.

10 Yahvé dijo a Moisés: «Vuelve a poner la vara de Aarón delante del Testimonio, para que se guarde como señal contra los rebeldes; así pondrás fin a sus quejas contra mí, para que no mueran».

11 Así lo hizo Moisés. Como Yahvé le ordenó, así lo hizo.

12 Los hijos de Israel hablaron con Moisés, diciendo: «¡He aquí que perecemos! ¡Estamos perdidos! ¡Todos estamos deshechos!

13 ¡Todo el que se acerca al tabernáculo de Yahvé muere! ¿Acaso pereceremos todos?»

Capítulo 18

1 Yahvé dijo a Aarón: "Tú, tus hijos y la casa de tu padre contigo, cargaréis con la iniquidad del santuario; y tú y tus hijos contigo cargaréis con la iniquidad de vuestro sacerdocio.

2 Trae también contigo a tus hermanos de la tribu de Leví, la tribu de tu padre, para que se unan a ti y te sirvan; pero tú y tus hijos contigo estaréis delante de la Tienda del Testimonio.

3 Ellos guardarán tus mandatos y el deber de toda la Tienda; solo que no se acercarán a los utensilios del santuario ni al altar, para que no mueran, ni ellos ni vosotros.

4 Se unirán a ti y guardarán la responsabilidad de la Tienda del Encuentro, para todo el servicio de la Tienda. Ningún extraño se acercará a vosotros.

5 «Cumpliréis el deber del santuario y el deber del altar, para que no haya más ira sobre los hijos de Israel.

6 He aquí que yo mismo he tomado a vuestros hermanos los levitas de entre los hijos de Israel. Son un don para vosotros, dedicados a Yahvé, para hacer el servicio de la Tienda del Encuentro.

7 Tú y tus hijos contigo mantendréis vuestro sacerdocio para todo lo que se refiere al altar, y para lo que está dentro del velo. Serviréis. Os doy el servicio del sacerdocio como un don. El extraño que se acerque será condenado a muerte».

8 Yahvé habló a Aarón: "He aquí que yo mismo te he dado el cuidado de mis ofrendas mecidas, todas las cosas sagradas de los hijos de Israel. Te las he dado a ti por razón de la unción, y a tus hijos, como porción perpetua.

9 Esto será para ti de las cosas santísimas reservadas del fuego: toda ofrenda de
ellos, toda ofrenda por el pecado de ellos y toda ofrenda por la culpa de ellos, que
me presenten, será santísima para ti y para tus hijos.

10 Comeréis de ella como de las cosas santísimas. Todo varón comerá de ella.
Será cosa sagrada para ti.

11 "Esto también es tuyo: la ofrenda mecida de su don, todas las ofrendas mecidas
de los hijos de Israel. Te las he dado a ti, a tus hijos y a tus hijas contigo, como es-
tatuto perpetuo. Todo el que esté limpio en tu casa comerá de ella.

12 "Te he dado todo lo mejor del aceite, todo lo mejor del mosto y del grano, las
primicias que ellos den a Yahvé.

13 Los primeros frutos de todo lo que hay en su tierra, que traigan a Yahvé, serán
tuyos. Todo el que esté limpio en tu casa comerá de ello.

14 "Todo lo consagrado por voto en Israel será tuyo.

15 Todo lo que abra la matriz, de toda carne que ofrezcan a Yahvé, tanto de hom-
bres como de animales, será tuyo. Sin embargo, harás redimir al primogénito del
hombre, y harás redimir al primogénito de los animales inmundos.

16 A los que deban ser redimidos, los redimirás a partir de un mes de edad, según
tu estimación, por cinco siclos de plata, según el siclo del santuario, que pesa
veinte geras.

17 «Pero no redimirás al primogénito de la vaca, ni al primogénito de la oveja, ni al
primogénito de la cabra. Son sagrados. Rociarás su sangre sobre el altar, y que-
marás su grasa como ofrenda encendida, como aroma agradable para Yahvé.

18 Su carne será tuya; como el pecho de la ofrenda mecida y como la espaldilla de-
recha, será tuya.

19 Todas las ofrendas elevadas de las cosas santas que los hijos de Israel ofrecen a
Yahvé, te las he dado a ti, a tus hijos y a tus hijas contigo, como estatuto perpetuo.
Es un pacto de sal para siempre ante Yahvé para ti y para tu descendencia
contigo».

20 Yahvé dijo a Aarón: "No tendrás herencia en su tierra, ni tendrás parte entre ellos. Yo soy tu porción y tu herencia entre los hijos de Israel.

21 "A los hijos de Leví, he aquí que yo les he dado en herencia todo el diezmo en Israel, a cambio del servicio que prestan, el servicio de la Tienda del Encuentro.

22 De ahora en adelante los hijos de Israel no se acercarán a la Tienda del Encuentro, para que no carguen con pecado y mueran.

23 Pero los levitas harán el servicio de la Tienda del Encuentro, y cargarán con su iniquidad. Será un estatuto perpetuo a lo largo de vuestras generaciones. Entre los hijos de Israel no tendrán herencia.

24 Porque el diezmo de los hijos de Israel, que ofrecen como ofrenda elevada a Yahvé, lo he dado a los levitas por herencia. Por eso les he dicho: 'Entre los hijos de Israel no tendrán herencia'".

25 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

26 "Hablarás a los levitas y les dirás: 'Cuando toméis de los hijos de Israel el diezmo que os he dado de ellos como vuestra herencia, ofreceréis de él una ofrenda elevada para Yahvé, un diezmo del diezmo.

27 Vuestra ofrenda elevada se os contará como el grano de la era y como la plenitud del lagar.

28 Así también ofreceréis una ofrenda elevada a Yahvé de todos vuestros diezmos que recibáis de los hijos de Israel; y de ellos daréis la ofrenda elevada de Yahvé al sacerdote Aarón.

29 De todos vuestros dones, ofreceréis a Yahvé toda ofrenda elevada, de lo mejor de ellos, la parte consagrada'.

30 "Por lo tanto, les dirás: 'Cuando hayáis ofrecido lo mejor de ello, se contará a los levitas como el producto de la era y como el producto del lagar.

31 Podréis comerlo en cualquier lugar, vosotros y vuestras familias, porque es vuestra recompensa por vuestro servicio en la Tienda del Encuentro.

32 Y no cargaréis con ningún pecado por causa de ello, cuando hayáis ofrecido lo mejor. No profanaréis las cosas santas de los hijos de Israel, para que no muráis'".

Capítulo 19

1 Yahvé habló a Moisés y a Aarón, diciendo:

2 "Este es el estatuto de la ley que Yahvé ha ordenado. Di a los hijos de Israel que te traigan una novilla roja sin mancha, en la que no haya defecto, y sobre la cual nunca se haya puesto yugo.

3 Se la daréis al sacerdote Eleazar, y él la sacará fuera del campamento, y será degollada en su presencia.

4 El sacerdote Eleazar tomará un poco de su sangre con el dedo, y rociará su sangre hacia la parte delantera de la Tienda del Encuentro siete veces.

5 Se quemará la novilla ante sus ojos; se quemará su cuero, su carne y su sangre, junto con su estiércol.

6 El sacerdote tomará madera de cedro, hisopo y escarlata, y los echará en medio del fuego en que arde la novilla.

7 Luego el sacerdote lavará sus vestidos y bañará su cuerpo en agua, y después entrará en el campamento, y el sacerdote quedará impuro hasta el anochecer.

8 El que la queme lavará sus ropas con agua y bañará su cuerpo en agua, y quedará impuro hasta el anochecer.

9 "Un hombre que esté limpio recogerá las cenizas de la novilla y las depositará fuera del campamento, en un lugar limpio, y se guardarán para la congregación de los hijos de Israel para el agua de purificación. Es una ofrenda por el pecado.

10 El que recoja las cenizas de la novilla lavará sus ropas y quedará impuro hasta el anochecer. Será un estatuto perpetuo para los hijos de Israel y para el extranjero que resida entre ellos.

11 “El que toque el cadáver de cualquier ser humano quedará impuro durante siete días.

12 Al tercer día se purificará con aquella agua, y al séptimo día quedará limpio; pero si no se purifica al tercer día, al séptimo no quedará limpio.

13 El que toque a un muerto, el cadáver de un hombre que haya fallecido, y no se purifique, contamina el tabernáculo de Yahvé; y esa persona será cortada de Israel. Por cuanto el agua de purificación no fue rociada sobre él, será impuro. Su impureza aún permanece sobre él.

14 “Esta es la ley cuando un hombre muere en una tienda: todo el que entre en la tienda, y todo el que esté en ella, quedará impuro durante siete días.

15 Toda vasija abierta, que no tenga la tapa ajustada, será inmunda.

16 “Cualquiera que en el campo abierto toque a alguien muerto a espada, o un cadáver, o un hueso humano, o una tumba, quedará impuro siete días.

17 “Para la persona impura, tomarán de la ceniza de la novilla quemada como ofrenda por el pecado, y le echarán agua corriente en una vasija.

18 Una persona limpia tomará hisopo, lo mojará en el agua y lo rociará sobre la tienda, sobre todos los utensilios, sobre las personas que estaban allí y sobre el que haya tocado el hueso, o al asesinado, o al muerto, o la tumba.

19 La persona limpia rociará sobre el impuro al tercer día y al séptimo. Al séptimo día lo purificará. El impuro lavará sus ropas y se bañará en agua, y quedará limpio al anochecer.

20 Pero el hombre que quede impuro y no se purifique, esa persona será cortada de en medio de la asamblea, porque ha profanado el santuario de Yahvé. El agua de purificación no ha sido rociada sobre él. Es impuro.

21 Será un estatuto perpetuo para ellos. El que rocíe el agua de purificación lavará sus ropas, y el que toque el agua de purificación quedará impuro hasta el anochecer.

22 «Todo lo que toque la persona impura será inmundo, y la persona que lo toque quedará impura hasta el anochecer».

Capítulo 20

1 Los hijos de Israel, toda la congregación, llegaron al desierto de Zin en el primer mes. El pueblo se instaló en Cades. Allí murió Miriam, y allí fue enterrada.

2 No había agua para la congregación, y se juntaron contra Moisés y contra Aarón.

3 El pueblo contendió con Moisés y le dijeron: «¡Ojalá hubiéramos muerto cuando nuestros hermanos murieron ante Yahvé!

4 ¿Por qué habéis traído la asamblea de Yahvé a este desierto, para que muramos aquí nosotros y nuestros ganados?

5 ¿Por qué nos habéis hecho subir de Egipto para traernos a este mal lugar? No es lugar de sementera, ni de higueras, ni de viñas, ni de granados; y ni siquiera hay agua para beber».

6 Moisés y Aarón se apartaron de la presencia de la asamblea a la puerta de la Tienda del Encuentro y se postraron sobre sus rostros. Y la gloria de Yahvé se les apareció.

7 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

8 «Toma la vara y reúne a la congregación, tú y tu hermano Aarón, y hablad a la roca a la vista de ellos, para que dé su agua. Les sacaréis agua de la roca; así daréis de beber a la congregación y a sus ganados».

9 Moisés tomó la vara de delante de Yahvé, tal como él le había ordenado.

10 Moisés y Aarón reunieron a la asamblea ante la roca, y Moisés les dijo: «¡Escuchad ahora, rebeldes! ¿Hemos de sacaros agua de esta roca?»

11 Moisés levantó su mano y golpeó la roca con su vara dos veces, y el agua salió en abundancia. Y bebieron la congregación y sus ganados.

12 Yahvé dijo a Moisés y a Aarón: «Por cuanto no creísteis en mí para santificarme a los ojos de los hijos de Israel, no introduciréis a esta asamblea en la tierra que les he dado».

13 Estas son las aguas de Meribá, porque los hijos de Israel contendieron con Yahvé, y él manifestó su santidad entre ellos.

14 Moisés envió mensajeros desde Cades al rey de Edom, diciendo: "Así dice tu hermano Israel: Tú conoces todas las dificultades que nos han sobrevenido;

15 cómo nuestros padres bajaron a Egipto, y habitamos en Egipto mucho tiempo. Los egipcios nos maltrataron a nosotros y a nuestros padres.

16 Cuando clamamos a Yahvé, él escuchó nuestra voz, envió un ángel y nos sacó de Egipto. He aquí que estamos en Cades, una ciudad en el extremo de tu frontera.

17 «Te rogamos que nos dejes pasar por tu tierra. No pasaremos por los campos ni por las viñas, ni beberemos agua de los pozos. Iremos por el Camino del Rey. No nos desviaremos a la derecha ni a la izquierda, hasta que hayamos cruzado tu territorio».

18 Edom le respondió: «No pasarás por mi territorio, no sea que salga a tu encuentro con la espada».

19 Los hijos de Israel le dijeron: «Subiremos por el camino principal, y si nosotros o nuestros ganados bebemos de tu agua, pagaremos su precio. Solamente déjanos pasar a pie, nada más».

20 Pero él respondió: «No pasarás». Y Edom salió contra él con mucha gente y fuertemente armado.

21 Así se negó Edom a dar paso a Israel por su territorio, por lo que Israel se desvió de su camino.

22 Partieron de Cades, y los hijos de Israel, toda la congregación, llegaron al monte Hor.

23 Yahvé habló a Moisés y a Aarón en el monte Hor, en la frontera de la tierra de Edom, diciendo:

24 «Aarón será reunido con su pueblo, pues no entrará en la tierra que he dado a los hijos de Israel, por cuanto os rebelasteis contra mi palabra en las aguas de Meribá.

25 Toma a Aarón y a su hijo Eleazar, y hazlos subir al monte Hor;

26 despoja a Aarón de sus vestiduras sacerdotales y pónselas a su hijo Eleazar. Aarón será reunido con su pueblo y morirá allí».

27 Moisés hizo tal como Yahvé le ordenó. Subieron al monte Hor a la vista de toda la congregación.

28 Moisés despojó a Aarón de sus vestiduras y se las puso a su hijo Eleazar. Aarón murió allí, en la cumbre del monte, y Moisés y Eleazar descendieron del monte.

29 Cuando toda la congregación vio que Aarón había fallecido, toda la casa de Israel lloró a Aarón durante treinta días.

Capítulo 21

1 El cananeo, rey de Arad, que vivía en el sur, se enteró de que Israel venía por el camino de Atarim. Luchó contra Israel y tomó cautivos a algunos de ellos.

2 Israel hizo un voto a Yahvé y le dijo: «Si realmente entregas a este pueblo en mi mano, destruiré por completo sus ciudades».

3 Yahvé escuchó la voz de Israel y entregó a los cananeos; y los destruyeron por completo a ellos y a sus ciudades. El nombre del lugar fue llamado Horma.

4 Viajaron desde el monte Hor por el camino del Mar Rojo, para rodear la tierra de Edom. El alma del pueblo estaba muy desanimada a causa del viaje.

5 El pueblo hablaba contra Dios y contra Moisés: «¿Por qué nos has sacado de Egipto para morir en el desierto? Porque no hay pan, no hay agua, y nuestra alma aborrece esta comida miserable».

6 Yahvé envió serpientes venenosas entre el pueblo, y estas mordieron al pueblo. Murió mucha gente de Israel.

7 El pueblo se acercó a Moisés y le dijo: «Hemos pecado, porque hemos hablado contra Yahvé y contra ti. Ruega a Yahvé que nos quite las serpientes». Moisés oró por el pueblo.

8 Yahvé dijo a Moisés: «Haz una serpiente venenosa y ponla en un asta. Sucederá que todo el que sea mordido, cuando la vea, vivirá».

9 Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso en el asta. Si una serpiente había mordido a algún hombre, cuando miraba la serpiente de bronce, vivía.

10 Los hijos de Israel partieron y acamparon en Obot.

11 Partieron de Obot y acamparon en Ije Abarim, en el desierto que está frente a Moab, hacia el amanecer.

12 De allí partieron y acamparon en el valle de Zered.

13 De allí partieron y acamparon al otro lado del Arnón, que está en el desierto que sale de la frontera del amorreo; porque el Arnón es la frontera de Moab, entre Moab y el amorreo.

14 Por eso se dice en el Libro de las Guerras de Yahvé: «Vaheb en Sufa, los valles del Arnón,

15 la pendiente de los valles que se inclina hacia la morada de Ar, se inclina sobre la frontera de Moab».

16 Desde allí viajaron a Beer; ese es el pozo del que Yahvé dijo a Moisés: «Reúne al pueblo y les daré agua».

17 Entonces Israel cantó este cántico:
«¡Brota, oh pozo! Cantadle a él,

18 el pozo que cavaron los príncipes,
que los nobles del pueblo cavaron,
con el cetro, y con sus varas». Desde el desierto viajaron a Matana;

19 y de Matana a Nahaliel; y de Nahaliel a Bamot;

20 y de Bamot al valle que está en el campo de Moab, a la cima del Pisga, que mira hacia el desierto.

21 Israel envió mensajeros a Sehón, rey de los amorreos, diciendo:

22 «Déjame pasar por tu tierra. No nos apartaremos por los campos ni por las viñas. No beberemos del agua de los pozos. Iremos por el Camino del Rey, hasta que hayamos pasado tu frontera».

23 Sehón no permitió que Israel pasara por su frontera, sino que Sehón reunió a todo su pueblo y salió contra Israel en el desierto, y llegó a Jahaz. Luchó contra Israel.

24 Israel lo hirió a filo de espada y se apoderó de su tierra desde el Arnón hasta el Jaboc, hasta los hijos de Amón, pues la frontera de los hijos de Amón estaba fortificada.

25 Israel tomó todas estas ciudades. Israel habitó en todas las ciudades de los amorreos, en Hesbón y en todas sus aldeas.

26 Porque Hesbón era la ciudad de Sehón, rey de los amorreos, que había luchado contra el antiguo rey de Moab y le había arrebatado toda su tierra hasta el Arnón.

27 Por eso dicen los que hablan en proverbios:
«Venid a Hesbón.
Que se construya y se establezca la ciudad de Sehón;

28 porque fuego ha salido de Hesbón,
una llama de la ciudad de Sehón.
Ha devorado a Ar de Moab,
a los señores de los lugares altos del Arnón.

29 ¡Ay de ti, Moab!
¡Estáis deshechos, pueblo de Quemos!
Ha entregado a sus hijos como fugitivos,

y a sus hijas en cautiverio,
a Sehón, rey de los amorreos.

30 Les hemos asaeteado.
Hesbón ha perecido hasta Dibón.
Hemos asolado incluso hasta Nofa,
que llega hasta Medeba».

31 Así habitó Israel en la tierra de los amorreos.

32 Moisés envió a espiar a Jazer. Tomaron sus aldeas y expulsaron a los amorreos que estaban allí.

33 Se volvieron y subieron por el camino de Basán. Og, el rey de Basán, salió contra ellos, él y todo su pueblo, para combatir en Edrei.

34 Yahvé dijo a Moisés: «No le temas, porque lo he entregado en tu mano, con todo su pueblo y su tierra. Harás con él lo mismo que hiciste con Sehón, rey de los amorreos, que vivía en Hesbón».

35 Así que lo hirieron, a él, a sus hijos y a todo su pueblo, hasta que no le quedó sobreviviente alguno; y tomaron posesión de su tierra.

Capítulo 22

1 Los hijos de Israel partieron y acamparon en las llanuras de Moab, al otro lado del Jordán, frente a Jericó.

2 Balac, hijo de Zipor, vio todo lo que Israel había hecho a los amorreos.

3 Moab tuvo mucho miedo del pueblo, porque era numeroso. Moab estaba angustiado a causa de los hijos de Israel.

4 Moab dijo a los ancianos de Madián: «Ahora esta multitud lamerá todo lo que nos rodea, como el buey lame la hierba del campo». Balac, hijo de Zipor, era entonces rey de Moab.

5 Envió mensajeros a Balaam, hijo de Beor, a Petor, que está junto al río, a la tierra de los hijos de su pueblo, para llamarlo, diciendo: «He aquí que hay un pueblo que ha salido de Egipto. He aquí que cubren la faz de la tierra, y se han establecido frente a mí.

6 Por tanto, ven ahora, te ruego, y maldice a este pueblo por mí, porque es demasiado poderoso para mí. Tal vez prevalezca, para que los derrotemos y los expulse de la tierra; porque sé que al que tú bendices es bendito, y al que maldices es maldito».

7 Los ancianos de Moab y los ancianos de Madián partieron con los honorarios de la adivinación en la mano. Llegaron a Balaam y le transmitieron las palabras de Balac.

8 Él les dijo: «Quedaos aquí esta noche, y os traeré la respuesta, según me hable Yahvé». Los príncipes de Moab se quedaron con Balaam.

9 Dios se acercó a Balaam y le dijo: «¿Quiénes son estos hombres que están contigo?»

10 Balaam respondió a Dios: "Balac, hijo de Zipor, rey de Moab, me ha enviado a decir:

11 'He aquí que el pueblo que ha salido de Egipto cubre la faz de la tierra. Ven ahora y maldícelos por mí. Tal vez pueda luchar contra ellos y expulsarlos'".

12 Dios dijo a Balaam: «No irás con ellos. No maldecirás al pueblo, porque es bendito».

13 Balaam se levantó por la mañana y dijo a los príncipes de Balac: «Volved a vuestra tierra, porque Yahvé no me permite ir con vosotros».

14 Los príncipes de Moab se levantaron, volvieron a Balac y le dijeron: «Balaam se niega a venir con nosotros».

15 Balac volvió a enviar príncipes, más numerosos y más honorables que los anteriores.

16 Ellos llegaron a Balaam y le dijeron: "Así dice Balac, hijo de Zipor: 'Por favor, no permitas que nada te impida venir a mí,

17 porque te colmaré de grandes honores, y haré todo lo que me digas. Ven, pues, y maldice a este pueblo por mí'".

18 Balaam respondió a los siervos de Balac: «Aunque Balac me diera su casa llena de plata y oro, no podría traspasar la palabra de Yahvé, mi Dios, para hacer cosa chica ni grande.

19 Ahora, pues, quedaos aquí también esta noche, para que yo sepa qué más me dirá Yahvé».

20 Dios vino a Balaam de noche y le dijo: «Si los hombres han venido a llamarte, levántate y ve con ellos; pero solo harás lo que yo te diga».

21 Balaam se levantó por la mañana, ensilló su asna y se fue con los príncipes de Moab.

22 La ira de Dios se encendió porque él iba, y el ángel de Yahvé se puso en el camino como adversario suyo. Iba montado en su asna, y lo acompañaban sus dos criados.

23 El asna vio al ángel de Yahvé parado en el camino, con su espada desenvainada en la mano; y el asna se apartó del camino y se metió en el campo. Balaam golpeó al asna para hacerla volver al camino.

24 Entonces el ángel de Yahvé se paró en un sendero estrecho entre las viñas, con un muro a un lado y otro muro al otro.

25 El asna vio al ángel de Yahvé, y se arrimó a la pared, apretando el pie de Balaam contra la pared. Y él la volvió a golpear.

26 El ángel de Yahvé se adelantó más y se paró en un lugar estrecho, donde no había forma de apartarse ni a la derecha ni a la izquierda.

27 El asna vio al ángel de Yahvé y se echó debajo de Balaam. La ira de Balaam se encendió, y golpeó al asna con su bastón.

28 Entonces Yahvé abrió la boca del asna, la cual le dijo a Balaam: «¿Qué te he hecho, para que me hayas golpeado estas tres veces?»

29 Balaam respondió al asna: «Porque te has burlado de mí. ¡Ojalá tuviera una espada en la mano, porque ahora mismo te mataría!»

30 El asna dijo a Balaam: «¿No soy yo tu asna, sobre la que has montado toda tu vida hasta el día de hoy? ¿Acaso he tenido la costumbre de portarme así contigo?» Él respondió: «No».

31 Entonces Yahvé abrió los ojos de Balaam, y vio al ángel de Yahvé parado en el camino, con su espada desenvainada en la mano; y él inclinó la cabeza y se postró sobre su rostro.

32 El ángel de Yahvé le dijo: «¿Por qué has golpeado a tu asna estas tres veces? He aquí que yo he salido como adversario, porque tu camino es perverso delante de mí.

33 El asna me vio y se apartó de mi presencia estas tres veces. Si no se hubiera apartado de mí, ciertamente ahora te habría matado a ti, y a ella la habría dejado con vida».

34 Balaam le dijo al ángel de Yahvé: «He pecado, pues no sabía que tú estabas parado en el camino contra mí. Ahora, pues, si esto te desagrada, me volveré».

35 El ángel de Yahvé dijo a Balaam: «Ve con los hombres, pero solo hablarás la palabra que yo te diga». Entonces Balaam continuó con los príncipes de Balac.

36 Cuando Balac oyó que Balaam había llegado, salió a recibirlo a la ciudad de Moab, que está en la frontera del Arnón, en el extremo del territorio.

37 Balac le dijo a Balaam: «¿Acaso no envié a buscarte con insistencia? ¿Por qué no viniste a mí? ¿Es que no soy capaz de colmarte de honores?»

38 Balaam respondió a Balac: «He aquí que he venido a ti. Pero, ¿tengo yo ahora algún poder para decir algo? La palabra que Dios ponga en mi boca, esa hablaré».

39 Balaam fue con Balac, y llegaron a Quiriat Huzot.

40 Balac sacrificó vacas y ovejas, y envió porciones a Balaam y a los príncipes que estaban con él.

41 A la mañana siguiente, Balac tomó a Balaam y lo hizo subir a los lugares altos de Baal, y desde allí vio a una parte del pueblo.

Capítulo 23

1 Balaam dijo a Balac: «Edifícame aquí siete altares, y prepárame aquí siete novillos y siete carneros».

2 Balac hizo como Balaam había dicho; y Balac y Balaam ofrecieron en cada altar un novillo y un carnero.

3 Balaam le dijo a Balac: «Quédate junto a tu holocausto, y yo me iré. Tal vez Yahvé venga a mi encuentro. Lo que él me muestre, te lo haré saber». Y se fue a un cerro desolado.

4 Dios salió al encuentro de Balaam, y Balaam le dijo: «He preparado los siete altares y he ofrecido un novillo y un carnero en cada altar».

5 Yahvé puso una palabra en la boca de Balaam y le dijo: «Vuelve a Balac y háblale así».

6 Volvió a él, y he aquí que estaba de pie junto a su holocausto, él y todos los príncipes de Moab.

7 Y pronunció su oráculo, diciendo:
"De Aram me ha traído Balac,
el rey de Moab, desde los montes de oriente.
'Ven, maldice a Jacob por mí.
Ven, desafía a Israel'.

8 ¿Cómo maldeciré a quien Dios no ha maldecido?
¿Cómo desafiaré a quien Yahvé no ha desafiado?

9 Porque desde la cumbre de las peñas lo veo,
desde las colinas lo contemplo.
He aquí un pueblo que habita confiado,
y no se cuenta entre las naciones.

10 ¿Quién puede contar el polvo de Jacob,
o numerar la cuarta parte de Israel?
¡Muera yo la muerte de los justos!
¡Que mi fin sea como el suyo!"

11 Balac dijo a Balaam: «¿Qué me has hecho? Te traje para maldecir a mis enemigos, y he aquí que los has bendecido por completo».

12 Él respondió y dijo: «¿Acaso no debo tener cuidado de decir lo que Yahvé pone en mi boca?»

13 Balac le dijo: «Ven conmigo, por favor, a otro lugar desde donde puedas verlos. Solo verás una parte de ellos, no los verás a todos. Maldícelos por mí desde allí».

14 Lo llevó al campo de Zofim, a la cumbre del Pisga; edificó siete altares y ofreció un novillo y un carnero en cada altar.

15 Balaam le dijo a Balac: «Quédate aquí junto a tu holocausto, mientras yo voy al encuentro de Dios allí».

16 Yahvé salió al encuentro de Balaam, puso una palabra en su boca y le dijo: «Vuelve a Balac y dile esto».

17 Se acercó a él, y he aquí que estaba de pie junto a su holocausto, con los príncipes de Moab. Balac le preguntó: «¿Qué ha dicho Yahvé?»

18 Él pronunció su oráculo, y dijo:
"¡Levántate, Balac, y escucha!
Préstame atención, hijo de Zipor.

19 Dios no es hombre, para que mienta,
ni hijo de hombre, para que se arrepienta.
¿Acaso él lo ha dicho, y no lo hará?

¿O ha hablado, y no lo cumplirá?

20 He aquí, he recibido orden de bendecir.
Él ha bendecido, y no puedo revocarlo.

21 No se ha notado iniquidad en Jacob,
ni se ha visto perversidad en Israel.
Yahvé su Dios está con él,
y el júbilo de un rey está entre ellos.

22 Dios los sacó de Egipto;
tiene fuerzas como de un búfalo salvaje.

23 Ciertamente no hay agüero contra Jacob,
ni hay adivinación contra Israel.
A su tiempo se dirá de Jacob y de Israel:
'¡Qué maravillas ha obrado Dios!'

24 He aquí, el pueblo se levantará como leona,
y como león se erguirá.
No se echará hasta que devore la presa,
y beba la sangre de los muertos".

25 Balac dijo a Balaam: «¡Ni los maldigas en absoluto, ni los bendigas en absoluto!»

26 Pero Balaam respondió a Balac: «¿No te he dicho que todo lo que Yahvé me diga, eso debo hacer?»

27 Balac le dijo a Balaam: «Ven ahora, te llevaré a otro lugar; quizá le plazca a Dios que me los maldigas desde allí».

28 Balac llevó a Balaam a la cumbre del monte Peor, que mira hacia el desierto.

29 Balaam le dijo a Balac: «Edifícame aquí siete altares, y prepárame aquí siete novillos y siete carneros».

30 Balac hizo como Balaam le había dicho, y ofreció un novillo y un carnero en cada altar.

Capítulo 24

1 Cuando Balaam vio que a Yahvé le agradaba bendecir a Israel, no fue, como las otras veces, en busca de agüeros, sino que volvió su rostro hacia el desierto.

2 Balaam alzó sus ojos y vio a Israel acampado por sus tribus; y el Espíritu de Dios vino sobre él.

3 Pronunció su oráculo, y dijo:
«Oráculo de Balaam, hijo de Beor,
oráculo del hombre de ojos abiertos;

4 oráculo del que oye las palabras de Dios,
del que ve la visión del Todopoderoso,
cayendo en éxtasis y con los ojos abiertos:

5 ¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob,
tus moradas, oh Israel!

6 Como valles que se extienden,
como jardines a la orilla del río,
como áloes que Yahvé ha plantado,
como cedros junto a las aguas.

7 El agua fluirá de sus cántaros,
y su descendencia estará en muchas aguas.
Su rey será más alto que Agag,
y su reino será exaltado.

8 Dios lo saca de Egipto;
tiene fuerzas como de un búfalo salvaje.
Devorará a las naciones enemigas,

desmenuzará sus huesos,
y los atravesará con sus flechas.

9 Se encorva, se echa como un león,
y como una leona; ¿quién lo despertará?
Bendito el que te bendiga,
y maldito el que te maldiga».

10 La ira de Balac se encendió contra Balaam, y batió sus palmas. Balac dijo a Balaam: «Te llamé para maldecir a mis enemigos, y he aquí que los has bendecido por completo estas tres veces.

11 Por tanto, ¡huye ahora a tu lugar! Yo pensaba colmarte de honores; pero he aquí que Yahvé te ha privado de honor».

12 Balaam respondió a Balac: "¿Acaso no les dije también a los mensajeros que me enviaste:

13 'Aunque Balac me diera su casa llena de plata y oro, no podré traspasar el mandato de Yahvé, para hacer el bien o el mal por mi propia voluntad; lo que Yahvé diga, eso diré'?

14 Y ahora, he aquí que vuelvo a mi pueblo. Ven, te anunciaré lo que este pueblo hará a tu pueblo en los días venideros".

15 Pronunció su oráculo, y dijo:
«Oráculo de Balaam, hijo de Beor,
oráculo del hombre de ojos abiertos;

16 oráculo del que oye las palabras de Dios,
y conoce la ciencia del Altísimo,
que ve la visión del Todopoderoso,
cayendo en éxtasis y con los ojos abiertos:

17 Lo veo, pero no ahora;
lo contemplo, pero no de cerca.
Saldrá una estrella de Jacob,

se levantará un cetro de Israel,
y herirá las sienes de Moab,
y destruirá a todos los hijos de Set.

18 Edom será su posesión;
Seir, su enemigo, también será posesión suya,
mientras que Israel se hará fuerte.

19 De Jacob saldrá un dominador,
y destruirá a los sobrevivientes de la ciudad».

20 Miró a Amalec, pronunció su oráculo y dijo:
«Amalec fue la primera de las naciones,
pero su fin será la destrucción».

21 Miró al ceneo, pronunció su oráculo y dijo:
«Firme es tu morada,
y has puesto tu nido en la roca.

22 Sin embargo, el ceneo será consumido,
hasta que Asiria te lleve cautivo».

23 Pronunció su oráculo una vez más, y dijo:
«¡Ay! ¿Quién vivirá cuando Dios disponga esto?

24 Pero vendrán naves de las costas de Quitim,
y afligirán a Asiria, y afligirán a Heber,
y él también perecerá para siempre».

25 Entonces Balaam se levantó, se fue y regresó a su tierra; y Balac también se fue por su camino.

Capítulo 25

1 Israel se quedó en Sitim, y el pueblo comenzó a prostituirse con las hijas de Moab;

2 pues ellas invitaron al pueblo a los sacrificios de sus dioses. El pueblo comió y se inclinó ante sus dioses.

3 Israel se unió a Baal Peor, y la ira de Yahvé se encendió contra Israel.

4 Yahvé dijo a Moisés: «Toma a todos los jefes del pueblo y ahorcadlos delante de Yahvé a plena luz del sol, para que el furor de la ira de Yahvé se aparte de Israel».

5 Moisés dijo a los jueces de Israel: «Matad cada uno a los suyos que se han unido a Baal Peor».

6 Y he aquí que uno de los hijos de Israel vino y trajo a sus hermanos a una mujer madianita a la vista de Moisés y de toda la congregación de los hijos de Israel, mientras ellos lloraban a la puerta de la Tienda del Encuentro.

7 Cuando Finees, hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, lo vio, se levantó de en medio de la congregación y tomó una lanza en su mano.

8 Fue tras el hombre de Israel a la alcoba, y los atravesó a ambos, al hombre de Israel y a la mujer por el vientre. Así se detuvo la plaga entre los hijos de Israel.

9 Los que murieron por la plaga fueron veinticuatro mil.

10 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

11 "Finees, hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, ha apartado mi ira de los hijos de Israel, porque se llenó de celo por mí entre ellos, de modo que no consumí a los hijos de Israel en mi celo.

12 Por tanto, diles: 'He aquí que yo le concedo mi pacto de paz.

13 Y será para él, y para su descendencia después de él, el pacto de un sacerdocio perpetuo, porque tuvo celo por su Dios e hizo expiación por los hijos de Israel'".

14 El nombre del hombre de Israel que fue muerto junto con la mujer madianita era Zimri, hijo de Salu, príncipe de una casa paterna entre los simeonitas.

15 El nombre de la mujer madianita que fue muerta era Cozbi, hija de Zur. Él era cabeza del pueblo de una casa paterna en Madián.

16 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

17 «Hostigad a los madianitas y atacadlos;

18 porque ellos os han hostigado a vosotros con sus artimañas, con las que os han engañado en el asunto de Peor, y en el incidente de Cozbi, hija del príncipe de Madián, su hermana, que fue muerta el día de la plaga por causa de Peor».

Capítulo 26

1 Después de la plaga, Yahvé habló a Moisés y al sacerdote Eleazar, hijo de Aarón, diciendo:

2 «Haced un censo de toda la congregación de los hijos de Israel, de veinte años en adelante, por las casas de sus padres, de todos los que puedan salir a la guerra en Israel».

3 Moisés y el sacerdote Eleazar hablaron con ellos en las llanuras de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó, diciendo:

4 «Haced un censo del pueblo, de veinte años en adelante, como Yahvé ordenó a Moisés y a los hijos de Israel que salieron de la tierra de Egipto».

5 Rubén, el primogénito de Israel; los hijos de Rubén: de Hanoc, la familia de los hanoquitas; de Falú, la familia de los faluitas;

6 de Esrom, la familia de los esromitas; de Carmi, la familia de los carmitas.

7 Estas son las familias de los rubenitas; y los contados de ellas fueron cuarenta y tres mil setecientos treinta.

8 El hijo de Falú: Eliab.

9 Los hijos de Eliab: Nemuel, Datán y Abiram. Estos son aquellos Datán y Abiram, escogidos de la congregación, que se rebelaron contra Moisés y contra Aarón en la compañía de Coré, cuando se rebelaron contra Yahvé;

10 y la tierra abrió su boca y los tragó junto con Coré cuando esa compañía murió; en aquel momento el fuego devoró a doscientos cincuenta hombres, y se convirtieron en una señal escarmentadora.

11 Sin embargo, los hijos de Coré no murieron.

12 Los hijos de Simeón por sus familias: de Nemuel, la familia de los nemuelitas; de Jamín, la familia de los jaminitas; de Jaquín, la familia de los jaquinitas;

13 de Zera, la familia de los zeraítas; de Saúl, la familia de los saulitas.

14 Estas son las familias de los simeonitas: veintidós mil doscientos.

15 Los hijos de Gad por sus familias: de Zefón, la familia de los zefonitas; de Hagi, la familia de los haguitas; de Suni, la familia de los sunitas;

16 de Ozni, la familia de los oznitas; de Eri, la familia de los eritas;

17 de Arod, la familia de los aroditas; de Areli, la familia de los arelitas.

18 Estas son las familias de los hijos de Gad según sus contados: cuarenta mil quinientos.

19 Los hijos de Judá: Er y Onán. Er y Onán murieron en la tierra de Canaán.

20 Los hijos de Judá por sus familias fueron: de Selá, la familia de los selanitas; de Fares, la familia de los faresitas; de Zera, la familia de los zeraítas.

21 Los hijos de Fares fueron: de Esrom, la familia de los esromitas; de Hamul, la familia de los hamulitas.

22 Estas son las familias de Judá según sus contados: setenta y seis mil quinientos.

23 Los hijos de Isacar por sus familias: de Tola, la familia de los tolaítas; de Fúa, la familia de los fuaítas;

24 de Jasub, la familia de los jasubitas; de Simrón, la familia de los simronitas.

25 Estas son las familias de Isacar según sus contados: sesenta y cuatro mil trescientos.

26 Los hijos de Zabulón por sus familias: de Sered, la familia de los sereditas; de Elón, la familia de los elonitas; de Jahleel, la familia de los jahleelitas.

27 Estas son las familias de los zabulonitas según sus contados: sesenta mil quinientos.

28 Los hijos de José según sus familias: Manasés y Efraín.

29 Los hijos de Manasés: de Maquir, la familia de los maquiritas; y Maquir engendró a Galaad; de Galaad, la familia de los galaaditas.

30 Estos son los hijos de Galaad: de Jezer, la familia de los jezeritas; de Helec, la familia de los helequitas;

31 y de Asriel, la familia de los asrielitas; y de Siquem, la familia de los siquemitas;

32 y de Semida, la familia de los semidaítas; y de Hefer, la familia de los heferitas.

33 Zelofehad, hijo de Hefer, no tuvo hijos, sino hijas; y los nombres de las hijas de Zelofehad fueron Maala, Noa, Hogla, Milca y Tirsa.

34 Estas son las familias de Manasés. Los contados de ellos fueron cincuenta y dos mil setecientos.

35 Estos son los hijos de Efraín por sus familias: de Sutela, la familia de los sutelaítas; de Bequer, la familia de los bequeritas; de Tahan, la familia de los tahanitas.

36 Estos son los hijos de Sutela: de Erán, la familia de los eranitas.

37 Estas son las familias de los hijos de Efraín, según sus contados: treinta y dos mil quinientos. Estos son los hijos de José por sus familias.

38 Los hijos de Benjamín por sus familias: de Bela, la familia de los belaítas; de Asbel, la familia de los asbelitas; de Ahiram, la familia de los ahiramitas;

39 de Sefufán, la familia de los sefufamitas; de Hufam, la familia de los hufamitas.

40 Los hijos de Bela fueron Ard y Naamán: de Ard, la familia de los arditas; y de Naamán, la familia de los naamitas.

41 Estos son los hijos de Benjamín por sus familias; y los contados de ellos fueron cuarenta y cinco mil seiscientos.

42 Estos son los hijos de Dan por sus familias: de Suham, la familia de los suhamitas. Estas son las familias de Dan por sus familias.

43 Todas las familias de los suhamitas, según sus contados, fueron sesenta y cuatro mil cuatrocientos.

44 Los hijos de Aser por sus familias: de Imna, la familia de los imnitas; de Isúi, la familia de los isuitas; de Beriá, la familia de los beriítas.

45 De los hijos de Beriá: de Heber, la familia de los heberitas; de Malquiel, la familia de los malquielitas.

46 El nombre de la hija de Aser fue Sera.

47 Estas son las familias de los hijos de Aser según sus contados: cincuenta y tres mil cuatrocientos.

48 Los hijos de Neftalí por sus familias: de Jahzeel, la familia de los jahzeelitas; de Guni, la familia de los gunitas;

49 de Jezer, la familia de los jezeritas; de Silem, la familia de los silemitas.

50 Estas son las familias de Neftalí según sus familias; y los contados de ellas fueron cuarenta y cinco mil cuatrocientos.

51 Estos son los contados de los hijos de Israel: seiscientos un mil setecientos treinta.

52 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

53 «A estos se les repartirá la tierra en herencia según el número de los nombres.

54 A la tribu más numerosa le darás mayor herencia, y a la menos numerosa le darás menor herencia. A cada uno se le dará su herencia en proporción a sus contados.

55 Sin embargo, la tierra se dividirá por sorteo. Heredarán según los nombres de las tribus de sus padres.

56 Conforme a la suerte se repartirá su herencia entre las tribus grandes y las pequeñas».

57 Estos son los contados de los levitas según sus familias: de Gersón, la familia de los gersonitas; de Coat, la familia de los coatitas; de Merari, la familia de los meraritas.

58 Estas son las familias de Leví: la familia de los libnitas, la familia de los hebronitas, la familia de los mahlitas, la familia de los musitas y la familia de los coreítas. Coat engendró a Amram.

59 El nombre de la mujer de Amram era Jocabed, hija de Leví, la cual nació a Leví en Egipto. Ella le dio a luz a Amram, a Aarón, a Moisés y a su hermana Miriam.

60 A Aarón le nacieron Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar.

61 Pero Nadab y Abiú murieron cuando ofrecieron fuego extraño delante de Yahvé.

62 Los contados de ellos fueron veintitrés mil, todos los varones de un mes en adelante; pues no fueron contados entre los hijos de Israel, porque no se les dio herencia entre los hijos de Israel.

63 Estos son los contados por Moisés y el sacerdote Eleazar, quienes contaron a los hijos de Israel en las llanuras de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó.

64 Pero entre estos no hubo ninguno de los que fueron contados por Moisés y el sacerdote Aarón, cuando contaron a los hijos de Israel en el desierto del Sinaí.

65 Porque Yahvé había dicho de ellos: «Ciertamente morirán en el desierto». No quedó ningún hombre de ellos, a excepción de Caleb, hijo de Jefone, y Josué, hijo de Nun.

Capítulo 27

1 Entonces se acercaron las hijas de Zelofehad, hijo de Hefer, hijo de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés, de las familias de Manasés hijo de José. Estos son los nombres de sus hijas: Maala, Noa, Hogla, Milca y Tirsa.

2 Se presentaron ante Moisés, ante el sacerdote Eleazar, ante los príncipes y ante toda la congregación, a la puerta de la Tienda del Encuentro, diciendo:

3 «Nuestro padre murió en el desierto. Él no estaba en la compañía de los que se agruparon contra Yahvé en la rebelión de Coré, sino que murió por su propio pecado, y no tuvo hijos.

4 ¿Por qué ha de ser borrado el nombre de nuestro padre de entre su familia por no haber tenido un hijo varón? Dadnos una posesión entre los hermanos de nuestro padre».

5 Moisés llevó su causa delante de Yahvé.

6 Y Yahvé habló a Moisés, diciendo:

7 "Las hijas de Zelofehad hablan con razón. Ciertamente les darás posesión de una herencia entre los hermanos de su padre. Harás que la herencia de su padre pase a ellas.

8 Y hablarás a los hijos de Israel, diciendo: 'Si un hombre muere y no tiene hijo, entonces haréis que su herencia pase a su hija.

9 Si no tiene hija, daréis su herencia a sus hermanos.

10 Si no tiene hermanos, daréis su herencia a los hermanos de su padre.

11 Y si su padre no tiene hermanos, entonces daréis su herencia a su pariente más cercano de su familia, y él la poseerá. Esto será un estatuto y una ordenanza para los hijos de Israel, tal como Yahvé le ordenó a Moisés'".

12 Yahvé dijo a Moisés: «Sube a este monte de Abarim y contempla la tierra que he dado a los hijos de Israel.

13 Cuando la hayas visto, tú también serás reunido con tu pueblo, tal como fue reunido tu hermano Aarón;

14 porque en la contienda de la congregación os rebelasteis contra mi mandato en el desierto de Zin, al no santificarme ante sus ojos junto a las aguas». (Estas son las aguas de Meribá de Cades, en el desierto de Zin).

15 Moisés habló a Yahvé, diciendo:

16 «Que Yahvé, el Dios de los espíritus de toda carne, ponga a un hombre sobre la congregación,

17 que salga delante de ellos y que entre delante de ellos, que los saque y los introduzca, para que la congregación de Yahvé no sea como ovejas que no tienen pastor».

18 Yahvé dijo a Moisés: «Toma a Josué, hijo de Nun, un hombre en el cual hay espíritu, y pon tu mano sobre él.

19 Preséntalo delante del sacerdote Eleazar y de toda la congregación, y dale el cargo en presencia de ellos.

20 Pondrás sobre él parte de tu autoridad, para que toda la congregación de los hijos de Israel le obedezca.

21 Él se presentará ante el sacerdote Eleazar, el cual consultará por él el juicio del Urim delante de Yahvé. A la palabra de Eleazar saldrán, y a su palabra entrarán, él y todos los hijos de Israel con él, toda la congregación».

22 Moisés hizo tal como Yahvé le había ordenado. Tomó a Josué y lo presentó ante el sacerdote Eleazar y ante toda la congregación.

23 Le impuso las manos y le dio el cargo, tal como Yahvé había hablado por medio de Moisés.

Capítulo 28

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Ordena a los hijos de Israel y diles: 'Tendréis cuidado de presentarme a su debido tiempo mi ofrenda, mi alimento para mis ofrendas encendidas como aroma agradable para mí'.

3 Les dirás: 'Esta es la ofrenda encendida que ofreceréis a Yahvé: dos corderos de un año, sin defecto, cada día, como holocausto continuo.

4 Ofrecerás un cordero por la mañana, y el otro cordero lo ofrecerás al atardecer,

5 junto con la décima parte de un efa de harina fina como ofrenda vegetal, amasada con la cuarta parte de un hin de aceite de olivas machacadas.

6 Es el holocausto continuo que fue ordenado en el monte Sinaí como aroma agradable, una ofrenda encendida a Yahvé.

7 Su libación será la cuarta parte de un hin por cada cordero. Derramarás una libación de bebida fermentada a Yahvé en el lugar santo.

8 El segundo cordero lo ofrecerás al atardecer. Lo ofrecerás con la misma ofrenda vegetal de la mañana y con su misma libación, como ofrenda encendida de aroma agradable a Yahvé.

9 "'En el día de reposo, ofreceréis dos corderos de un año sin defecto, y dos décimas de efa de harina fina como ofrenda vegetal amasada con aceite, junto con su libación.

10 Este es el holocausto de cada sábado, además del holocausto continuo y su libación.

11 "'En los principios de vuestros meses, ofreceréis como holocausto a Yahvé dos novillos, un carnero y siete corderos de un año sin defecto;

12 y tres décimas de un efa de harina fina como ofrenda vegetal amasada con aceite, por cada novillo; y dos décimas de harina fina como ofrenda vegetal amasada con aceite, por el único carnero;

13 y una décima de harina fina amasada con aceite como ofrenda vegetal por cada cordero, como holocausto de aroma agradable, ofrenda encendida a Yahvé.

14 Sus libaciones serán medio hin de vino por el novillo, la tercera parte de un hin por el carnero y la cuarta parte de un hin por el cordero. Este es el holocausto de cada mes, por todos los meses del año.

15 También se ofrecerá un macho cabrío como ofrenda por el pecado a Yahvé, además del holocausto continuo y su libación.

16 "'En el primer mes, a los catorce días del mes, es la Pascua de Yahvé.

17 El día quince de este mes será de fiesta. Se comerá pan sin levadura durante siete días.

18 El primer día habrá una santa convocación. No haréis ninguna clase de trabajo servil,

19 sino que ofreceréis una ofrenda encendida, un holocausto a Yahvé: dos novillos, un carnero y siete corderos de un año; aseguraros de que sean sin defecto.

20 Con su ofrenda vegetal de harina fina amasada con aceite, ofreceréis tres décimas por cada novillo, y dos décimas por el carnero.

21 Ofrecerás una décima por cada uno de los siete corderos;

22 y un macho cabrío como ofrenda por el pecado, para hacer expiación por vosotros.

23 Ofreceréis estos además del holocausto de la mañana, que forma parte del holocausto continuo.

24 De esta manera ofreceréis cada día, durante siete días, el alimento de la ofrenda encendida, de aroma agradable a Yahvé. Se ofrecerá además del holocausto continuo y su libación.

25 El séptimo día tendréis una santa convocación. No haréis ningún trabajo servil.

26 "'También en el día de las primicias, cuando presentéis una ofrenda nueva a Yahvé en vuestra fiesta de las Semanas, tendréis una santa convocación. No haréis ningún trabajo servil;

27 sino que ofreceréis un holocausto como aroma agradable a Yahvé: dos novillos, un carnero y siete corderos de un año;

28 y su ofrenda vegetal de harina fina amasada con aceite: tres décimas por cada novillo, dos décimas por el carnero,

29 y una décima por cada uno de los siete corderos;

30 junto con un macho cabrío, para hacer expiación por vosotros.

31 Los ofreceréis, junto con sus libaciones, además del holocausto continuo y de su ofrenda vegetal. Aseguraos de que sean animales sin defecto'".

Capítulo 29

1 "'En el séptimo mes, el primer día del mes, tendréis una santa convocación; no haréis ningún trabajo servil. Es un día de toque de trompetas para vosotros.

2 Ofreceréis un holocausto como aroma agradable a Yahvé: un novillo, un carnero, y siete corderos de un año sin defecto;

3 y su ofrenda vegetal de harina fina amasada con aceite: tres décimas por el novillo, dos décimas por el carnero,

4 y una décima por cada uno de los siete corderos;

5 y un macho cabrío como ofrenda por el pecado, para hacer expiación por vosotros;

6 además del holocausto de la luna nueva con su ofrenda vegetal, y el holocausto continuo con su ofrenda vegetal, y sus libaciones, según su ordenanza, como aroma agradable, ofrenda encendida a Yahvé.

7 "'En el décimo día de este séptimo mes tendréis una santa convocación, y afligiréis vuestras almas. No haréis ninguna clase de trabajo;

8 sino que ofreceréis a Yahvé un holocausto como aroma agradable: un novillo, un carnero, y siete corderos de un año, todos sin defecto;

9 y su ofrenda vegetal de harina fina amasada con aceite: tres décimas por el novillo, dos décimas por el carnero,

10 y una décima por cada uno de los siete corderos;

11 y un macho cabrío como ofrenda por el pecado, además de la ofrenda por el pecado de la expiación, y del holocausto continuo con su ofrenda vegetal, y sus libaciones.

12 "'El decimoquinto día del séptimo mes tendréis una santa convocación. No haréis ningún trabajo servil. Celebraréis una fiesta a Yahvé durante siete días.

13 Ofreceréis un holocausto, una ofrenda encendida, de aroma agradable a Yahvé: trece novillos, dos carneros, y catorce corderos de un año, todos sin defecto;

14 y su ofrenda vegetal de harina fina amasada con aceite: tres décimas por cada novillo de los trece novillos, dos décimas por cada carnero de los dos carneros,

15 y una décima por cada cordero de los catorce corderos;

16 y un macho cabrío como ofrenda por el pecado, además del holocausto continuo, con su ofrenda vegetal y su libación.

17 "'El segundo día ofreceréis doce novillos, dos carneros y catorce corderos de un año sin defecto;

18 y su ofrenda vegetal y su libación por los novillos, por los carneros y por los corderos, según su número, conforme a la ordenanza;

19 y un macho cabrío como ofrenda por el pecado, además del holocausto continuo, con su ofrenda vegetal y su libación.

20 "'El tercer día: once novillos, dos carneros, y catorce corderos de un año sin defecto;

21 y su ofrenda vegetal y su libación por los novillos, por los carneros y por los corderos, según su número, conforme a la ordenanza;

22 y un macho cabrío como ofrenda por el pecado, además del holocausto continuo, con su ofrenda vegetal y su libación.

23 "'El cuarto día: diez novillos, dos carneros, y catorce corderos de un año sin defecto;

24 su ofrenda vegetal y su libación por los novillos, por los carneros y por los corderos, según su número, conforme a la ordenanza;

25 y un macho cabrío como ofrenda por el pecado, además del holocausto continuo, con su ofrenda vegetal y su libación.

26 "'El quinto día: nueve novillos, dos carneros, y catorce corderos de un año sin defecto;

27 y su ofrenda vegetal y su libación por los novillos, por los carneros y por los corderos, según su número, conforme a la ordenanza;

28 y un macho cabrío como ofrenda por el pecado, además del holocausto continuo, con su ofrenda vegetal y su libación.

29 "'El sexto día: ocho novillos, dos carneros, y catorce corderos de un año sin defecto;

30 y su ofrenda vegetal y su libación por los novillos, por los carneros y por los corderos, según su número, conforme a la ordenanza;

31 y un macho cabrío como ofrenda por el pecado, además del holocausto continuo, con su ofrenda vegetal y su libación.

32 "'El séptimo día: siete novillos, dos carneros, y catorce corderos de un año sin defecto;

33 y su ofrenda vegetal y su libación por los novillos, por los carneros y por los corderos, según su número, conforme a la ordenanza;

34 y un macho cabrío como ofrenda por el pecado, además del holocausto continuo, con su ofrenda vegetal y su libación.

35 "'El octavo día tendréis una asamblea solemne. No haréis ningún trabajo servil;

36 sino que ofreceréis un holocausto, una ofrenda encendida, de aroma agradable a Yahvé: un novillo, un carnero, y siete corderos de un año sin defecto;

37 su ofrenda vegetal y su libación por el novillo, por el carnero y por los corderos, serán según su número, conforme a la ordenanza;

38 y un macho cabrío como ofrenda por el pecado, además del holocausto continuo, con su ofrenda vegetal y su libación.

39 "'Estas cosas ofreceréis a Yahvé en vuestras fiestas señaladas, además de vuestros votos y de vuestras ofrendas voluntarias, para vuestros holocaustos, para vuestras ofrendas vegetales, para vuestras libaciones y para vuestros sacrificios de paz'".

40 Moisés dijo a los hijos de Israel todo lo que Yahvé le había ordenado.

Capítulo 30

1 Moisés habló a los jefes de las tribus de los hijos de Israel, diciendo: "Esto es lo que Yahvé ha ordenado.

2 Cuando un hombre haga un voto a Yahvé, o haga un juramento para ligar su alma con un compromiso, no violará su palabra. Hará conforme a todo lo que salga de su boca.

3 "Además, cuando una mujer joven, que aún vive en la casa de su padre, hace un voto a Yahvé y se liga con una promesa,

4 y su padre oye su voto y la promesa con la que ha ligado su alma, y su padre calla, entonces todos sus votos serán válidos, y todo compromiso con el que haya ligado su alma será válido.

5 Pero si su padre se lo prohíbe el día que se entera, ninguno de sus votos ni de sus compromisos con los que haya ligado su alma tendrán validez. Yahvé la perdonará, porque su padre se lo ha prohibido.

6 "Si se casa mientras recaen sobre ella sus votos, o la promesa irreflexiva de sus labios con la que ha ligado su alma,

7 y su marido lo oye, y calla el día que lo oye, entonces sus votos serán válidos, y sus compromisos con los que ha ligado su alma serán firmes.

8 Pero si su marido se lo prohíbe el día que lo oye, entonces anulará el voto que recae sobre ella y la promesa irreflexiva de sus labios, con la que ha ligado su alma. Yahvé la perdonará.

9 "Pero el voto de una viuda o de una divorciada, todo aquello con lo que haya ligado su alma, será válido contra ella.

10 «Si una mujer hizo un voto en casa de su marido o ligó su alma con un juramento,

11 y su marido lo oyó, calló ante ella y no se lo prohibió, entonces todos sus votos serán válidos, y todo compromiso con el que ligó su alma será firme.

12 Pero si su marido los anuló por completo el día que los oyó, entonces nada de lo que haya salido de sus labios en cuanto a sus votos, o en cuanto al compromiso de su alma, será válido. Su marido los ha anulado, y Yahvé la perdonará.

13 Todo voto y todo juramento que obligue a afligir el alma, su marido puede confirmarlo o su marido puede anularlo.

14 Pero si su marido calla de un día para otro, entonces él confirma todos los votos o todos los compromisos que recaen sobre ella. Los confirma, porque calló el día que los oyó.

15 Pero si los anula después de haberlos oído, entonces él cargará con la iniquidad de ella».

16 Estos son los estatutos que Yahvé ordenó a Moisés entre un hombre y su mujer, y entre un padre y su hija joven que aún vive en la casa de su padre.

Capítulo 31

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 «Toma venganza por los hijos de Israel contra los madianitas. Después serás reunido con tu pueblo».

3 Moisés habló al pueblo, diciendo: «Armad a algunos de vosotros para la guerra, para que vayan contra Madián y ejecuten la venganza de Yahvé contra Madián.

4 Enviaréis a la guerra a mil hombres de cada tribu, de todas las tribus de Israel».

5 Así fueron reclutados de entre los millares de Israel, mil de cada tribu: doce mil hombres armados para la guerra.

6 Moisés los envió a la guerra, mil de cada tribu, junto con Finees, hijo del sacerdote Eleazar, quien llevaba consigo a la guerra los utensilios santos del santuario y las trompetas de alarma.

7 Lucharon contra Madián, tal como Yahvé le había ordenado a Moisés, y mataron a todos los varones.

8 Junto con el resto de los muertos, mataron también a los reyes de Madián: Evi, Requem, Zur, Hur y Reba, los cinco reyes de Madián. También mataron a espada a Balaam, hijo de Beor.

9 Los hijos de Israel tomaron cautivas a las mujeres de Madián y a sus niños, y tomaron como botín todo su ganado, todos sus rebaños y todos sus bienes.

10 Quemaron todas las ciudades en las que habitaban y todos sus campamentos.

11 Tomaron todo el botín y todo el despojo, tanto de personas como de animales.

12 Llevaron a los cautivos, la presa y el botín ante Moisés, ante el sacerdote Eleazar y ante la congregación de los hijos de Israel, al campamento en las llanuras de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó.

13 Moisés, el sacerdote Eleazar y todos los jefes de la congregación salieron a recibirlos fuera del campamento.

14 Moisés se enojó con los oficiales del ejército, los capitanes de millares y los capitanes de centenas, que regresaban de la campaña militar.

15 Y Moisés les dijo: "¿Habéis dejado con vida a todas las mujeres?

16 He aquí que estas, por consejo de Balaam, fueron causa de que los hijos de Israel cometieran transgresión contra Yahvé en el asunto de Peor, por lo que vino la plaga sobre la congregación de Yahvé.

17 Matad, pues, ahora a todo varón entre los niños, y matad a toda mujer que haya conocido varón carnalmente.

18 Pero a todas las niñas que no hayan conocido varón carnalmente, dejadlas con vida para vosotros.

19 «Acampad fuera del campamento durante siete días. Todo el que haya matado a alguna persona, y todo el que haya tocado a algún muerto, purificaos vosotros y vuestros cautivos al tercer día y al séptimo día.

20 Purificaréis también todo vestido, todo artículo de piel, toda obra de pelo de cabra y todo utensilio de madera».

21 El sacerdote Eleazar dijo a los hombres de guerra que habían ido a la batalla: «Este es el estatuto de la ley que Yahvé ha ordenado a Moisés:

22 El oro, la plata, el bronce, el hierro, el estaño y el plomo,

23 es decir, todo lo que resiste el fuego, lo haréis pasar por el fuego y quedará limpio; sin embargo, también será purificado con el agua de purificación. Y todo lo que no resista el fuego, lo haréis pasar por el agua.

24 El séptimo día lavaréis vuestros vestidos y quedaréis limpios. Después podréis entrar en el campamento».

25 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

26 «Haz la cuenta del botín capturado, tanto de personas como de animales, tú, el sacerdote Eleazar y los jefes de las casas paternas de la congregación;

27 y divide el botín en dos partes: la mitad para los hombres diestros en la guerra que salieron a la batalla, y la otra mitad para toda la congregación.

28 Recauda un tributo para Yahvé de los hombres de guerra que salieron a la batalla: uno de cada quinientos, tanto de las personas como de las vacas, de los asnos y de las ovejas.

29 Tómalo de la mitad que les corresponde a ellos y dáselo al sacerdote Eleazar, como ofrenda elevada a Yahvé.

30 De la mitad que corresponde a los hijos de Israel, tomarás uno de cada cincuenta, tanto de las personas como de las vacas, de los asnos y de las ovejas, de todo el ganado, y se los darás a los levitas, que tienen a su cargo el cuidado del tabernáculo de Yahvé».

31 Moisés y el sacerdote Eleazar hicieron tal como Yahvé le había ordenado a Moisés.

32 El botín restante de la presa que tomaron los hombres de guerra, fue de seiscientas setenta y cinco mil ovejas,

33 setenta y dos mil vacas,

34 sesenta y un mil asnos,

35 y treinta y dos mil personas en total, mujeres que no habían conocido varón carnalmente.

36 La mitad, que era la porción de los que salieron a la guerra, fue de trescientas treinta y siete mil quinientas ovejas;

37 y el tributo para Yahvé de las ovejas fue de seiscientas setenta y cinco.

38 Las vacas fueron treinta y seis mil, de las cuales el tributo para Yahvé fue de setenta y dos.

39 Los asnos fueron treinta mil quinientos, de los cuales el tributo para Yahvé fue de sesenta y uno.

40 Las personas fueron dieciséis mil, de las cuales el tributo para Yahvé fue de treinta y dos personas.

41 Moisés entregó el tributo, que era la ofrenda elevada para Yahvé, al sacerdote Eleazar, tal como Yahvé se lo había ordenado a Moisés.

42 De la mitad correspondiente a los hijos de Israel, que Moisés separó de la de los hombres que combatieron

43 (la mitad que correspondió a la congregación fue de trescientas treinta y siete mil quinientas ovejas,

44 treinta y seis mil vacas,

45 treinta mil quinientos asnos,

46 y dieciséis mil personas),

47 de esta mitad de los hijos de Israel, Moisés tomó uno de cada cincuenta, tanto de personas como de animales, y se los dio a los levitas que tenían a su cargo el cuidado del tabernáculo de Yahvé, tal como Yahvé le había ordenado.

48 Entonces se acercaron a Moisés los oficiales que estaban al mando de los millares del ejército, es decir, los capitanes de millares y los capitanes de centenas,

49 y le dijeron a Moisés: «Tus siervos han hecho la cuenta de los hombres de guerra que están bajo nuestro mando, y no falta ni uno solo de nosotros.

50 Por tanto, hemos traído como ofrenda a Yahvé lo que cada uno halló de objetos de oro: brazaletes, pulseras, anillos de sello, pendientes y collares, para hacer expiación por nuestras almas delante de Yahvé».

51 Moisés y el sacerdote Eleazar recibieron de ellos el oro, en toda clase de joyas labradas.

52 Todo el oro de la ofrenda elevada que ofrecieron a Yahvé los capitanes de millares y los capitanes de centenas fue de dieciséis mil setecientos cincuenta siclos.

53 (Pues los hombres de guerra habían tomado botín, cada uno para sí mismo).

54 Moisés y el sacerdote Eleazar tomaron el oro de los capitanes de millares y de centenas, y lo llevaron a la Tienda del Encuentro como un recordatorio de los hijos de Israel delante de Yahvé.

Capítulo 32

1 Los hijos de Rubén y los hijos de Gad tenían una inmensa cantidad de ganado. Vieron que la tierra de Jazer y la tierra de Galaad eran un lugar ideal para el ganado.

2 Entonces los hijos de Gad y los hijos de Rubén vinieron y hablaron a Moisés, al sacerdote Eleazar y a los jefes de la congregación, diciendo:

3 «Atarot, Dibón, Jazer, Nimra, Hesbón, Eleale, Sebam, Nebo y Beón,

4 la tierra que Yahvé conquistó delante de la congregación de Israel, es tierra buena para el ganado; y vuestros siervos tienen ganado».

5 Y añadieron: «Si hemos hallado gracia a tus ojos, que se dé esta tierra a tus siervos como posesión. No nos hagas cruzar el Jordán».

6 Moisés respondió a los hijos de Gad y a los hijos de Rubén: "¿Acaso irán vuestros hermanos a la guerra mientras vosotros os quedáis sentados aquí?

7 ¿Por qué desanimáis el corazón de los hijos de Israel para que no crucen a la tierra que Yahvé les ha dado?

8 Así hicieron vuestros padres cuando los envié desde Cades Barnea a explorar la tierra.

9 Pues cuando subieron hasta el valle de Escol y vieron la tierra, desanimaron el corazón de los hijos de Israel para que no entraran en la tierra que Yahvé les había dado.

10 Y aquel día se encendió la ira de Yahvé, y juró diciendo:

11 'Ciertamente ninguno de los hombres que subieron de Egipto, de veinte años en adelante, verá la tierra que juré dar a Abraham, a Isaac y a Jacob; porque no me siguieron fielmente,

12 a excepción de Caleb, hijo de Jefone el cenezeo, y de Josué, hijo de Nun, porque ellos sí siguieron fielmente a Yahvé'.

13 La ira de Yahvé se encendió contra Israel, y los hizo vagar por el desierto durante cuarenta años, hasta que se consumió toda la generación que había hecho lo malo a los ojos de Yahvé.

14 «Y he aquí, vosotros os habéis levantado en lugar de vuestros padres, una prole de hombres pecadores, para aumentar aún más la ardiente ira de Yahvé contra Israel.

15 Porque si os apartáis de seguirle, él volverá a dejarlos en el desierto, y seréis la causa de la destrucción de todo este pueblo».

16 Ellos se acercaron a Moisés y le dijeron: «Edificaremos aquí apriscos para nuestros ganados y ciudades para nuestros pequeños;

17 pero nosotros mismos nos armaremos y marcharemos en la vanguardia de los hijos de Israel, hasta que los hayamos llevado a su lugar. Mientras tanto, nuestros pequeños vivirán en las ciudades fortificadas a causa de los habitantes de la tierra.

18 No volveremos a nuestras casas hasta que cada uno de los hijos de Israel haya tomado posesión de su herencia.

19 Porque no buscaremos herencia con ellos al otro lado del Jordán ni más allá, puesto que nuestra herencia nos ha tocado a este lado del Jordán, hacia el oriente».

20 Moisés les dijo: "Si hacéis esto, si os armáis para ir a la guerra delante de Yahvé,

21 y todos vuestros hombres armados cruzan el Jordán delante de Yahvé, hasta que él haya expulsado a sus enemigos de su presencia,

22 y la tierra sea sometida delante de Yahvé; entonces, después podréis regresar, y quedaréis libres de obligación hacia Yahvé y hacia Israel. Y esta tierra será vuestra posesión delante de Yahvé.

23 «Pero si no lo hacéis así, he aquí habréis pecado contra Yahvé; y sabed que vuestro pecado os alcanzará.

24 Edificad ciudades para vuestros pequeños y rediles para vuestras ovejas, pero cumplid lo que ha salido de vuestra boca».

25 Los hijos de Gad y los hijos de Rubén hablaron a Moisés y le dijeron: «Tus siervos harán tal como ordena mi señor.

26 Nuestros pequeños, nuestras mujeres, nuestros rebaños y todo nuestro ganado se quedarán allí en las ciudades de Galaad;

27 pero tus siervos cruzarán, cada uno de ellos armado para la guerra, delante de Yahvé para la batalla, tal como dice mi señor».

28 Entonces Moisés dio órdenes acerca de ellos al sacerdote Eleazar, a Josué hijo de Nun, y a los jefes de las casas paternas de las tribus de los hijos de Israel.

29 Moisés les dijo: «Si los hijos de Gad y los hijos de Rubén cruzan con vosotros el Jordán, cada uno armado para la batalla delante de Yahvé, y la tierra es sometida delante de vosotros, les daréis la tierra de Galaad en posesión;

30 pero si no cruzan armados con vosotros, tendrán posesión entre vosotros en la tierra de Canaán».

31 Los hijos de Gad y los hijos de Rubén respondieron diciendo: «Lo que Yahvé ha dicho a tus siervos, eso haremos.

32 Cruzaremos armados delante de Yahvé a la tierra de Canaán, pero la posesión de nuestra herencia permanecerá con nosotros a este lado del Jordán».

33 Así, Moisés dio a los hijos de Gad, a los hijos de Rubén y a la media tribu de Manasés, hijo de José, el reino de Sehón, rey de los amorreos, y el reino de Og, rey de Basán: la tierra con sus ciudades y sus territorios correspondientes, las ciudades de la tierra circundante.

34 Los hijos de Gad edificaron Dibón, Atarot, Aroer,

35 Atarot Sofán, Jazer, Jogbehá,

36 Bet Nimra y Bet Harán: ciudades fortificadas y rediles para ovejas.

37 Los hijos de Rubén edificaron Hesbón, Eleale, Quiriatáim,

38 Nebo y Baal Meón (cuyos nombres fueron cambiados), y Sibma. Y dieron otros nombres a las ciudades que reedificaron.

39 Los hijos de Maquir, hijo de Manasés, fueron a Galaad, la tomaron y expulsaron a los amorreos que estaban allí.

40 Moisés dio Galaad a Maquir, hijo de Manasés, y este habitó allí.

41 Y Jair, hijo de Manasés, fue y tomó las aldeas de ellos, y las llamó Havot Jair.

42 Noba fue y tomó Kenat y sus aldeas, y la llamó Noba, según su propio nombre.

Capítulo 33

1 Estos son los viajes de los hijos de Israel, cuando salieron de la tierra de Egipto por sus escuadrones bajo el mando de Moisés y Aarón.

2 Moisés escribió los puntos de partida de sus etapas por mandato de Yahvé. Estos son sus viajes según sus puntos de partida.

3 Partieron de Ramsés en el primer mes, el día quince del primer mes; al día siguiente de la Pascua, los hijos de Israel salieron con mano alzada a la vista de todos los egipcios,

4 mientras los egipcios enterraban a todos sus primogénitos, a los que Yahvé había herido entre ellos. Yahvé también había ejecutado juicios sobre sus dioses.

5 Los hijos de Israel partieron de Ramsés y acamparon en Sucot.

6 Partieron de Sucot y acamparon en Etam, que está en el límite del desierto.

7 Partieron de Etam y volvieron a Pi-hahirot, que está frente a Baal-zefón, y acamparon frente a Migdol.

8 Partieron de Pi-hahirot y cruzaron por medio del mar hacia el desierto. Anduvieron tres días de camino en el desierto de Etam, y acamparon en Mara.

9 Partieron de Mara y llegaron a Elim. En Elim había doce fuentes de agua y setenta palmeras, y acamparon allí.

10 Partieron de Elim y acamparon junto al Mar Rojo.

11 Partieron del Mar Rojo y acamparon en el desierto de Sin.

12 Partieron del desierto de Sin y acamparon en Dofca.

13 Partieron de Dofca y acamparon en Alús.

14 Partieron de Alús y acamparon en Refidim, donde no había agua para que el pueblo bebiera.

15 Partieron de Refidim y acamparon en el desierto del Sinaí.

16 Partieron del desierto del Sinaí y acamparon en Kibrot-hataava.

17 Partieron de Kibrot-hataava y acamparon en Hazerot.

18 Partieron de Hazerot y acamparon en Ritma.

19 Partieron de Ritma y acamparon en Rimón-fares.

20 Partieron de Rimón-fares y acamparon en Libná.

21 Partieron de Libná y acamparon en Risa.

22 Partieron de Risa y acamparon en Ceelata.

23 Partieron de Ceelata y acamparon en el monte Sefer.

24 Partieron del monte Sefer y acamparon en Harada.

25 Partieron de Harada y acamparon en Macelot.

26 Partieron de Macelot y acamparon en Tahat.

27 Partieron de Tahat y acamparon en Taré.

28 Partieron de Taré y acamparon en Mitca.

29 Partieron de Mitca y acamparon en Hasmona.

30 Partieron de Hasmona y acamparon en Moserot.

31 Partieron de Moserot y acamparon en Bene-jaacán.

32 Partieron de Bene-jaacán y acamparon en Hor de Hagidgad.

33 Partieron de Hor de Hagidgad y acamparon en Jotbata.

34 Partieron de Jotbata y acamparon en Abrona.

35 Partieron de Abrona y acamparon en Ezión-geber.

36 Partieron de Ezión-geber y acamparon en el desierto de Zin, que es Cades.

37 Partieron de Cades y acamparon en el monte Hor, en la frontera de la tierra de Edom.

38 El sacerdote Aarón subió al monte Hor por orden de Yahvé y murió allí, en el año cuadragésimo después de que los hijos de Israel salieran de la tierra de Egipto, en el quinto mes, el primer día del mes.

39 Aarón tenía ciento veintitrés años cuando murió en el monte Hor.

40 Y el rey cananeo de Arad, que habitaba en el sur, en la tierra de Canaán, se enteró de la llegada de los hijos de Israel.

41 Partieron del monte Hor y acamparon en Zalmona.

42 Partieron de Zalmona y acamparon en Punón.

43 Partieron de Punón y acamparon en Obot.

44 Partieron de Obot y acamparon en Ije-abarim, en la frontera de Moab.

45 Partieron de Ije-abarim y acamparon en Dibón-gad.

46 Partieron de Dibón-gad y acamparon en Almón-diblataim.

47 Partieron de Almón-diblataim y acamparon en los montes de Abarim, frente a Nebo.

48 Partieron de los montes de Abarim y acamparon en las llanuras de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó.

49 Acamparon junto al Jordán, desde Bet-jesimot hasta Abel-sitim, en las llanuras de Moab.

50 Yahvé habló a Moisés en las llanuras de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó, diciendo:

51 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'Cuando hayáis pasado el Jordán para entrar en la tierra de Canaán,

52 expulsaréis de delante de vosotros a todos los habitantes del país; destruiréis todos sus ídolos de piedra, destruiréis todas sus imágenes fundidas y derribaréis todos sus lugares altos.

53 Tomaréis posesión de la tierra y habitaréis en ella, porque yo os he dado la tierra para que la poseáis.

54 Heredaréis la tierra por sorteo según vuestras familias. A las más numerosas les daréis una herencia mayor, y a las menos numerosas les daréis una herencia menor. Donde le caiga la suerte a cada uno, allí será su herencia. Según las tribus de vuestros padres heredaréis.

55 "'Pero si no expulsáis a los habitantes de la tierra de delante de vosotros, los que dejéis quedar serán como aguijones en vuestros ojos y como espinas en vuestros costados, y os hostigarán en la tierra en la que habitéis.

56 Y sucederá que, tal como yo había pensado hacerles a ellos, así os haré a vosotros'".

Capítulo 34

1 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

2 "Manda a los hijos de Israel y diles: 'Cuando entréis en la tierra de Canaán (esta es la tierra que os corresponderá en herencia, la tierra de Canaán según sus fronteras),

3 vuestra frontera sur será desde el desierto de Zin a lo largo de la frontera de Edom, y vuestro límite sur será desde el extremo del Mar Salado hacia el oriente.

4 Vuestra frontera girará hacia el sur de la subida de Acrabim, y pasará por Zin; su extremo estará al sur de Cades Barnea. De allí saldrá hacia Hazar-adar, y pasará por Asmón.

5 La frontera girará desde Asmón hasta el torrente de Egipto, y terminará en el mar.

6 "'En cuanto a la frontera occidental, tendréis el Mar Grande como frontera. Esta será vuestra frontera occidental.

7 "'Esta será vuestra frontera norte: desde el Mar Grande trazaréis una línea hasta el monte Hor.

8 Desde el monte Hor trazaréis la línea hasta la entrada de Hamat, y la frontera llegará hasta Zedad.

9 Luego la frontera seguirá hasta Zifrón, y terminará en Hazar-enán. Esta será vuestra frontera norte.

10 "'Trazaréis vuestra frontera oriental desde Hazar-enán hasta Sefam.

11 La frontera descenderá desde Sefam hasta Ribla, al lado oriental de Aín. La frontera seguirá descendiendo y llegará hasta la ribera oriental del mar de Cineret.

12 La frontera bajará a lo largo del Jordán y terminará en el Mar Salado. Esta será vuestra tierra con sus fronteras alrededor'".

13 Moisés ordenó a los hijos de Israel, diciendo: «Esta es la tierra que heredaréis por sorteo, la cual Yahvé ha ordenado que se dé a las nueve tribus y a la media tribu;

14 porque la tribu de los hijos de Rubén, según las casas de sus padres, la tribu de los hijos de Gad, según las casas de sus padres, y la media tribu de Manasés, ya han recibido su herencia.

15 Las dos tribus y la media tribu han recibido su herencia al otro lado del Jordán, frente a Jericó, al oriente, hacia la salida del sol».

16 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

17 «Estos son los nombres de los hombres que os repartirán la tierra en herencia: El sacerdote Eleazar y Josué, hijo de Nun.

18 Tomaréis también a un príncipe de cada tribu para repartir la tierra en herencia.

19 Estos son los nombres de los hombres: De la tribu de Judá, Caleb, hijo de Jefone.

20 De la tribu de los hijos de Simeón, Semuel, hijo de Amiud.

21 De la tribu de Benjamín, Elidad, hijo de Quislón.

22 De la tribu de los hijos de Dan, el príncipe Buqui, hijo de Jogli.

23 De los hijos de José: de la tribu de los hijos de Manasés, el príncipe Haniel, hijo de Efod.

24 Y de la tribu de los hijos de Efraín, el príncipe Kemuel, hijo de Siftán.

25 De la tribu de los hijos de Zabulón, el príncipe Elizafán, hijo de Parnac.

26 De la tribu de los hijos de Isacar, el príncipe Paltiel, hijo de Azán.

27 De la tribu de los hijos de Aser, el príncipe Ahiud, hijo de Selomi.

28 Y de la tribu de los hijos de Neftalí, el príncipe Pedael, hijo de Amiud».

29 Estos son a quienes Yahvé mandó que repartieran la herencia a los hijos de Israel en la tierra de Canaán.

Capítulo 35

1 Yahvé habló a Moisés en las llanuras de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó, diciendo:

2 "Ordena a los hijos de Israel que, de la herencia que reciban, den a los levitas ciudades en las que habitar. Daréis también a los levitas tierras de pastoreo alrededor de las ciudades.

3 Ellos tendrán las ciudades para habitarlas; y las tierras de pastoreo serán para sus ganados, para sus rebaños y para todos sus animales.

4 "Las tierras de pastoreo de las ciudades que daréis a los levitas se extenderán desde el muro de la ciudad hacia afuera, mil codos a su alrededor.

5 Mediréis fuera de la ciudad dos mil codos por el lado oriental, dos mil codos por el lado sur, dos mil codos por el lado occidental y dos mil codos por el lado norte, quedando la ciudad en medio. Estas serán las tierras de pastoreo de sus ciudades.

6 «De las ciudades que daréis a los levitas, seis serán ciudades de refugio, las cuales designaréis para que el homicida pueda huir allí. Además de ellas, les daréis cuarenta y dos ciudades.

7 Todas las ciudades que daréis a los levitas serán cuarenta y ocho ciudades, junto con sus tierras de pastoreo.

8 En cuanto a las ciudades que daréis de la heredad de los hijos de Israel, de las tribus más numerosas tomaréis más, y de las menos numerosas tomaréis menos. Cada tribu dará de sus ciudades a los levitas en proporción a la herencia que reciba».

9 Yahvé habló a Moisés, diciendo:

10 "Habla a los hijos de Israel y diles: 'Cuando hayáis pasado el Jordán para entrar en la tierra de Canaán,

11 os designaréis ciudades para que os sirvan de ciudades de refugio, a fin de que pueda huir allí el homicida que mate a cualquier persona sin intención.

12 Estas ciudades os servirán de refugio contra el vengador de la sangre, para que el homicida no muera antes de presentarse ante la congregación para ser juzgado.

13 De las ciudades que daréis, seis serán para vosotros ciudades de refugio.

14 Daréis tres ciudades a este lado del Jordán, y daréis tres ciudades en la tierra de Canaán. Serán ciudades de refugio.

15 Estas seis ciudades servirán de refugio a los hijos de Israel, así como al extranjero y al forastero que habite entre vosotros, para que todo el que mate a alguien sin intención pueda huir allí.

16 "'Pero si lo golpeó con un instrumento de hierro, y a consecuencia de ello murió, es un asesino. El asesino será condenado a muerte.

17 Si lo golpeó con una piedra en la mano, con la cual un hombre puede morir, y a consecuencia de ello murió, es un asesino. El asesino será condenado a muerte.

18 O si lo golpeó con un instrumento de madera en la mano, con el cual un hombre puede morir, y a consecuencia de ello murió, es un asesino. El asesino morirá.

19 El vengador de la sangre dará muerte al asesino; cuando lo encuentre, lo matará.

20 Si lo empujó por odio, o le arrojó algo estando al acecho, y a consecuencia de ello murió,

21 o por enemistad lo golpeó con su mano, y a consecuencia de ello murió, el que lo golpeó ciertamente morirá. Es un asesino. El vengador de la sangre dará muerte al asesino cuando lo encuentre.

22 "'Pero si lo empujó de improviso y sin enemistad, o le arrojó algún objeto sin estar al acecho,

23 o sin verlo dejó caer sobre él una piedra con la que un hombre puede morir, y a consecuencia de ello murió, no siendo enemigo suyo ni buscando hacerle daño,

24 entonces la congregación juzgará entre el homicida y el vengador de la sangre de acuerdo con estas ordenanzas.

25 La congregación librará al homicida de la mano del vengador de la sangre, y la congregación lo hará volver a su ciudad de refugio, a la que había huido. Allí habitará hasta la muerte del sumo sacerdote, que fue ungido con el aceite santo.

26 "'Pero si el homicida sale en algún momento de los límites de la ciudad de refugio a la que había huido,

27 y el vengador de la sangre lo encuentra fuera de los límites de su ciudad de refugio, y el vengador de la sangre mata al homicida, no será culpable de sangre,

28 porque el homicida debería haber permanecido en su ciudad de refugio hasta la muerte del sumo sacerdote. Pero después de la muerte del sumo sacerdote, el homicida podrá regresar a la tierra de su posesión.

29 "'Estas cosas serán para vosotros un estatuto y una ordenanza a lo largo de vuestras generaciones, en todas vuestras moradas.

30 "'Cualquiera que mate a una persona, el asesino será muerto por el testimonio de testigos; pero un solo testigo no bastará para condenar a muerte a una persona.

31 "'Además, no aceptaréis rescate por la vida de un asesino que ha sido condenado a muerte. Ciertamente morirá.

32 "'Tampoco aceptaréis rescate por el que ha huido a su ciudad de refugio, para permitirle volver a habitar en su tierra antes de la muerte del sumo sacerdote.

33 "'Así no contaminaréis la tierra donde habitáis, porque la sangre contamina la tierra. Y no se puede hacer expiación por la tierra a causa de la sangre derramada en ella, sino con la sangre del que la derramó.

34 No contaminaréis la tierra que habitáis, en medio de la cual yo habito; porque yo, Yahvé, habito en medio de los hijos de Israel'".

Capítulo 36

1 Los jefes de las familias de los hijos de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés, de las familias de los hijos de José, se acercaron y hablaron delante de Moisés y delante de los príncipes, los jefes de las familias de los hijos de Israel.

2 Ellos dijeron: «Yahvé ordenó a mi señor que diera la tierra en herencia por sorteo a los hijos de Israel. Mi señor también recibió el mandato de Yahvé de dar la herencia de nuestro hermano Zelofehad a sus hijas.

3 Si ellas se casan con alguno de los hijos de las otras tribus de los hijos de Israel, su herencia será restada de la herencia de nuestros padres, y será añadida a la herencia de la tribu a la cual se unan. Así será quitada de la porción de nuestra herencia.

4 Y cuando llegue el jubileo de los hijos de Israel, la herencia de ellas será añadida a
la herencia de la tribu a la que pertenezcan. De este modo, su herencia será quitada
de la herencia de la tribu de nuestros padres».

5 Moisés ordenó a los hijos de Israel, conforme a la palabra de Yahvé, diciendo:
"La tribu de los hijos de José habla con razón.

6 Esto es lo que Yahvé manda con respecto a las hijas de Zelofehad, diciendo: 'Que
se casen con quien les parezca mejor, pero se casarán dentro de la familia de la
tribu de su padre.

7 Así, ninguna herencia de los hijos de Israel pasará de una tribu a otra, pues cada
uno de los hijos de Israel conservará la herencia de la tribu de sus padres.

8 Toda hija que posea una herencia en cualquier tribu de los hijos de Israel, se ca-
sará con uno de la familia de la tribu de su padre, para que cada uno de los hijos
de Israel conserve la herencia de sus padres.

9 Así, ninguna herencia pasará de una tribu a otra, pues cada una de las tribus de
los hijos de Israel conservará su propia herencia'".

10 Las hijas de Zelofehad hicieron tal como Yahvé mandó a Moisés;

11 porque Maala, Tirsa, Hogla, Milca y Noa, las hijas de Zelofehad, se casaron
con los hijos de los hermanos de su padre.

12 Se casaron dentro de las familias de los descendientes de Manasés, hijo de José,
y su herencia permaneció en la tribu de la familia de su padre.

13 Estos son los mandamientos y las ordenanzas que Yahvé ordenó por medio de
Moisés a los hijos de Israel en las llanuras de Moab, junto al Jordán, frente a
Jericó.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

DEUTERONOMIO

Capítulo 1

1 Estas son las palabras que Moisés dirigió a todo Israel al otro lado del Jordán, en el desierto, en el Arabá frente a Suf, entre Parán, Tofel, Labán, Hazerot y Dizahab.

2 Hay once días de viaje desde Horeb, por el camino del monte Seir, hasta Cades Barnea.

3 En el año cuarenta, en el mes undécimo, el primer día del mes, Moisés habló a los hijos de Israel según todo lo que Yahvé le había ordenado,

4 después de haber herido en Edrei a Sehón, rey de los amorreos que vivía en Hesbón, y a Og, rey de Basán que vivía en Astarot.

5 Al otro lado del Jordán, en la tierra de Moab, Moisés comenzó a declarar esta ley, diciendo:

6 "El Señor, nuestro Dios, nos habló en Horeb, diciendo: 'Ya habéis vivido bastante en este monte.

7 Volveos y emprended vuestro viaje, e id a la región montañosa de los amorreos y a todos los lugares cercanos a ella: en el Arabá, en la región montañosa, en la llanura, en el sur, a la orilla del mar, en la tierra de los cananeos y en el Líbano hasta el gran río, el río Éufrates.

8 He aquí que he puesto la tierra delante de ti. Entrad y poseed la tierra que Yahvé juró a vuestros padres — a Abraham, a Isaac y a Jacob — para dársela a ellos y a su descendencia después de ellos".

9 En aquel tiempo te hablé diciendo: «No puedo hacerme cargo yo solo.

10 Yahvé, vuestro Dios, os ha multiplicado, y he aquí que sois hoy como las estrellas del cielo por la multitud.

11 ¡Que Yahvé, el Dios de tus padres, te haga mil veces más numerosa y te bendiga, como te ha prometido!

12 ¿Cómo podré llevar yo solo vuestros problemas, vuestras cargas y vuestras luchas?

13 Toma a hombres sabios y entendidos que sean respetados entre tus tribus, y los haré jefes sobre ti».

14 Tú me respondiste y dijiste: «Lo que has dicho es bueno hacerlo».

15 Así que tomé a los jefes de vuestras tribus, hombres sabios y respetados, y los nombré jefes sobre vosotros, capitanes de millares, capitanes de centenas, capitanes de cincuenta, capitanes de decenas y oficiales, según vuestras tribus.

16 En aquel tiempo ordené a vuestros jueces, diciendo: «Oíd los casos entre vuestros hermanos y juzgad con justicia entre un hombre y su hermano, y el extranjero que vive con él.

17 No mostrarás parcialidad en el juicio; escucharás por igual al pequeño y al grande. No temerás el rostro del hombre, porque el juicio es de Dios. El caso que sea demasiado duro para ti, lo traerás a mí, y yo lo escucharé».

18 En aquel momento os ordené todo lo que debíais hacer.

19 Salimos de Horeb y atravesamos todo ese desierto grande y terrible que ustedes vieron, por el camino de la región montañosa de los amorreos, como nos lo ordenó el Señor, nuestro Dios, y llegamos a Cades Barnea.

20 Os dije: «Habéis llegado a la región montañosa de los amorreos, que el Señor nuestro Dios nos da.

21 He aquí que el Señor, vuestro Dios, ha puesto la tierra delante de vosotros. Subid y tomad posesión, como os ha dicho el Señor, el Dios de vuestros padres. No tengas miedo ni te acobardes».

22 Os acercasteis a mí, todos vosotros, y dijisteis: «Enviemos hombres delante de nosotros, para que nos busquen por la tierra y nos traigan la noticia del camino por el que debemos subir y de las ciudades a las que debemos llegar.»

23 El asunto me agradó. Tomé doce de tus hombres, un hombre por cada tribu.

24 Se volvieron y subieron a la región montañosa, y llegaron al valle de Escol y lo exploraron.

25 Tomaron en sus manos parte del fruto de la tierra y nos lo trajeron, y nos volvieron a avisar diciendo: «Es una buena tierra la que nos da el Señor, nuestro Dios.»

26 Pero no quisisteis subir, sino que os rebelasteis contra el mandamiento del Señor, vuestro Dios.

27 Murmurabais en vuestras tiendas y decíais: "Porque Yahvé nos odiaba, nos ha sacado de la tierra de Egipto para entregarnos en manos de los amorreos para que nos destruyan.

28 ¿Adónde vamos a subir? Nuestros hermanos han hecho que nuestro corazón se derrita, diciendo: 'Los pueblos son más grandes y más altos que nosotros. Las ciudades son grandes y están fortificadas hasta el cielo. Además, hemos visto allí a los hijos de los Anac".

29 Entonces les dije: «No se asusten. No les tengáis miedo.

30 Yahvé vuestro Dios, que va delante de vosotros, luchará por vosotros, según todo lo que hizo por vosotros en Egipto ante vuestros ojos,

31 y en el desierto, donde has visto cómo Yahvé vuestro Dios te llevaba, como un hombre lleva a su hijo, en todo el camino que recorriste, hasta que llegaste a este lugar.»

32 Pero en esto no creísteis a Yahvé, vuestro Dios,

33 que iba delante de vosotros en el camino, para buscaros un lugar donde acampar: en el fuego de noche, para mostraros por qué camino debíais ir, y en la nube de día.

34 Yahvé oyó la voz de vuestras palabras y se enojó, y juró diciendo:

35 «Ciertamente ninguno de estos hombres de esta mala generación verá la buena tierra que juré dar a vuestros padres,

36 excepto Caleb hijo de Jefone. Él la verá. Le daré la tierra que ha pisado a él y a sus hijos, porque ha seguido enteramente a Yahvé».

37 También el Señor se enojó conmigo por causa de ustedes, diciendo: «Tú tampoco entrarás allí.

38 Josué, hijo de Nun, que está delante de ti, entrará allí. Anímalo, porque él hará que Israel la herede.

39 Además, tus pequeños, que dijiste que serían capturados o asesinados, tus hijos, que hoy no tienen conocimiento del bien ni del mal, entrarán allí. Yo se la daré, y ellos la poseerán.

40 Pero en cuanto a ti, vuélvete y emprende tu viaje al desierto por el camino del Mar Rojo».

41 Entonces respondisteis y me dijisteis: «Hemos pecado contra Yahvé. Subiremos a pelear, conforme a todo lo que nos ordenó el Señor, nuestro Dios». Cada uno de ustedes se vistió con sus armas de guerra y se dispuso a subir a la región montañosa.

42 El Señor me dijo: «Diles que no suban y que no peleen, porque yo no estoy en medio de ustedes, para que no sean golpeados ante sus enemigos».

43 Así que os hablé, y no me escuchasteis, sino que os rebelasteis contra el mandamiento del Señor, y fuisteis presuntuosos, y subisteis a la región montañosa.

44 Los amorreos, que vivían en esa región montañosa, salieron contra ti y te persiguieron como lo hacen las abejas, y os derrotaron en Seir, hasta Horma.

45 Volvisteis y llorasteis delante de Yahvé, pero Yahvé no escuchó vuestra voz, ni
volvió su oído hacia vosotros.

46 Así que permaneciste en Cades muchos días, según los días que permaneciste.

Capítulo 2

1 Luego nos volvimos y emprendimos la marcha hacia el desierto por el camino
del Mar Rojo, como me había dicho Yahvé; y rodeamos el monte Seir durante
muchos días.

2 Yahvé me habló diciendo:

3 "Ya has rodeado bastante este monte. Vuélvete hacia el norte.

4 Ordena al pueblo que diga: 'Vas a pasar por la frontera de tus hermanos, los hi-
jos de Esaú, que habitan en Seír; y ellos tendrán miedo de ti. Tened, pues, cuidado.

5 No contendáis con ellos, porque no os daré nada de su tierra, ni siquiera para
que la pise la planta del pie, porque he dado el monte Seir a Esaú como posesión.

6 Les comprarás alimentos por dinero, para que puedas comer. También les com-
prarás agua por dinero, para que puedas beber'".

7 Porque el Señor, tu Dios, te ha bendecido en toda la obra de tus manos. Él ha
conocido tu caminar por este gran desierto. Estos cuarenta años, el Señor tu Dios
ha estado contigo. Nada te ha faltado.

8 Así pasamos de nuestros hermanos, los hijos de Esaú, que habitan en Seir, por el
camino del Arabá, desde Elat y desde Ezión Geber. Nos volvimos y pasamos por
el camino del desierto de Moab.

9 El Señor me dijo: «No molestes a Moab, ni te enfrentes a ellos en la batalla, por-
que no te daré nada de su tierra en posesión, ya que he dado Ar a los hijos de Lot
en posesión.»

10 (Los Emim vivían allí antes, un pueblo grande y numeroso, y alto como los de
Anac.

11 Estos también se consideran refaítas, como los de Anac; pero los moabitas los llaman emim.

12 Los horeos también vivieron en Seir en el pasado, pero los hijos de Esaú los desalojaron. Los destruyeron de delante de ellos y vivieron en su lugar, como hizo Israel con la tierra de su posesión, que Yahvé les dio).

13 «Ahora levántate y cruza el arroyo Zered». Pasamos por el arroyo Zered.

14 Los días en que salimos de Cades Barnea hasta que pasamos el arroyo de Zered fueron treinta y ocho años, hasta que toda la generación de los hombres de guerra fue consumida desde la mitad del campamento, como se lo había jurado el Señor.

15 Además, la mano de Yahvé estaba contra ellos, para destruirlos desde la mitad del campamento, hasta que fueran consumidos.

16 Entonces, cuando todos los hombres de guerra fueron consumidos y muertos de entre el pueblo,

17 el Señor me habló diciendo:

18 «Hoy debes pasar por Ar, la frontera de Moab.

19 Cuando te acerques a la frontera de los hijos de Amón, no los molestes ni contiendas con ellos, porque no te daré nada de la tierra de los hijos de Amón en posesión, porque se la he dado a los hijos de Lot en posesión.»

20 (Eso también se considera tierra de refaítas. Los refaim vivían allí en el pasado, pero los amonitas los llamaban zomzomeos,

21 un pueblo grande, numeroso y alto, como los de Anak; pero Yahvé los destruyó de delante de Israel, y los desalojaron y vivieron en su lugar,

22 como hizo con los hijos de Esaú que habitan en Seir, cuando destruyó a los horeos de delante de ellos; y los desalojaron y vivieron en su lugar hasta el día de hoy.

23 Luego los heveos, que vivían en aldeas hasta Gaza: los caftoreos, que salieron de Caftor, los destruyeron y vivieron en su lugar).

24 «Levántate, emprende tu viaje y pasa por el valle de Arnón. He aquí que he entregado en tu mano a Sehón el amorreo, rey de Hesbón, y a su tierra; comienza a poseerla, y enfréntate a él en la batalla.

25 Hoy comenzaré a infundir tu temor y tu miedo a los pueblos que están bajo todo el cielo, que oirán la noticia de ustedes y temblarán y se angustiarán por tu causa.»

26 Envié mensajeros desde el desierto de Cademot a Sehón, rey de Hesbón, con palabras de paz, diciendo:

27 «Déjame pasar por tu tierra. Iré por el camino. No me desviaré ni a la derecha ni a la izquierda.

28 Me venderás comida por dinero, para que coma; y me darás agua por dinero, para que beba. Sólo déjenme pasar sobre mis pies,

29 como lo hicieron conmigo los hijos de Esaú que habitan en Seír, y los moabitas que habitan en Ar, hasta que pase el Jordán a la tierra que el Señor, nuestro Dios, nos da.»

30 Pero Sehón, rey de Hesbón, no nos dejó pasar, porque el Señor, tu Dios, endureció su espíritu e hizo que su corazón se obstinara, para entregarlo en tu mano, como sucede hoy.

31 El Señor me dijo: «He aquí que he comenzado a entregar a Sehón y su tierra delante de ti. Comienza a poseer, para que heredes su tierra».

32 Entonces Sijón salió contra nosotros, él y todo su pueblo, para combatir en Jahaz.

33 El Señor, nuestro Dios, lo entregó ante nosotros, y lo derrotamos a él, a sus hijos y a todo su pueblo.

34 En ese momento tomamos todas sus ciudades, y destruimos por completo todas las ciudades habitadas, con las mujeres y los niños. No dejamos a nadie en pie.

35 Sólo tomamos el ganado como botín para nosotros, con el saqueo de las ciudades que habíamos tomado.

36 Desde Aroer, que está al borde del valle de Arnón, y la ciudad que está en el valle, hasta Galaad, no hubo ciudad demasiado fuerte para nosotros. El Señor, nuestro Dios, lo entregó todo ante nosotros.

37 Sólo a la tierra de los hijos de Amón no os acercasteis: a todas las riberas del río Jaboc y a las ciudades de la región montañosa, y a todo lo que el Señor, nuestro Dios, nos prohibió.

Capítulo 3

1 Entonces nos volvimos y subimos por el camino de Basán. Og, el rey de Basán, salió contra nosotros, él y todo su pueblo, para combatir en Edrei.

2 El Señor me dijo: «No le temas, porque lo he entregado, con todo su pueblo y su tierra, en tu mano. Harás con él lo que hiciste con Sehón, rey de los amorreos, que vivía en Hesbón».

3 También el Señor, nuestro Dios, entregó en nuestra mano a Og, rey de Basán, y a todo su pueblo. Los matamos hasta que no le quedó nadie.

4 En ese momento tomamos todas sus ciudades. No hubo ciudad que no les tomáramos: sesenta ciudades, toda la región de Argob, el reino de Og en Basán.

5 Todas ellas eran ciudades fortificadas con altos muros, puertas y rejas, además de un gran número de aldeas sin muros.

6 Las destruimos por completo, como hicimos con Sehón, rey de Hesbón, destruyendo por completo toda ciudad habitada, con las mujeres y los niños.

7 Pero todo el ganado y el saqueo de las ciudades lo tomamos como botín para nosotros.

8 En aquel tiempo tomamos la tierra de la mano de los dos reyes de los amorreos
que estaban al otro lado del Jordán, desde el valle de Arnón hasta el monte
Hermón.

9 (Los sidonios llaman a Hermón Sirión, y los amorreos lo llaman Senir.)

10 Tomamos todas las ciudades de la llanura, y todo Galaad, y todo Basán, hasta
Salca y Edrei, ciudades del reino de Og en Basán.

11 (Porque sólo Og, rey de Basán, quedó del resto de los refaítas. He aquí que su
somier era un somier de hierro. ¿No está en Rabá de los hijos de Amón? Nueve
codos era su longitud, y cuatro codos su anchura, según el codo de un hombre).

12 Esta tierra la tomamos en posesión en aquel tiempo: desde Aroer, que está
junto al valle de Arnón, y la mitad de la región montañosa de Galaad con sus ciu-
dades, la di a los rubenitas y a los gaditas;

13 y el resto de Galaad, y todo Basán, el reino de Og, lo di a la media tribu de Ma-
nasés: toda la región de Argob, todo Basán. (Lo mismo se llama la tierra de
Refaim.

14 Jair, hijo de Manasés, tomó toda la región de Argob, hasta la frontera de los ge-
suritas y los maacateos, y la llamó, hasta Basán, con su propio nombre, Havot
Jair, hasta el día de hoy).

15 A Maquir le di Galaad.

16 A los rubenitas y a los gaditas les di desde Galaad hasta el valle de Arnón, la mi-
tad del valle, y su frontera, hasta el río Jaboc, que es la frontera de los hijos de
Amón;

17 también el Arabá, y el Jordán y su frontera, desde Cineret hasta el mar del
Arabá, el Mar Salado, bajo las laderas del Pisga hacia el este.

18 En aquel tiempo os mandé decir: «El Señor, vuestro Dios, os ha dado esta tie-
rra para que la poseáis. Todos vosotros, hombres de valor, pasaréis armados de-
lante de vuestros hermanos, los hijos de Israel.

19 Pero vuestras mujeres, vuestros pequeños y vuestros ganados (sé que tenéis mucho ganado) vivirán en vuestras ciudades que os he dado,

20 hasta que el Señor dé descanso a vuestros hermanos, como a vosotros, y ellos también posean la tierra que el Señor vuestro Dios les da al otro lado del Jordán. Entonces volveréis cada uno a su posesión, que yo os he dado».

21 En ese momento le ordené a Josué que dijera: «Tus ojos han visto todo lo que el Señor, tu Dios, ha hecho con estos dos reyes. Así hará el Señor con todos los reinos a los que pases.

22 No los temerás, porque el mismo Yahvé, tu Dios, lucha por ti».

23 En ese momento le rogué a Yahvé, diciendo:

24 "Señor Yahvé, has comenzado a mostrarle a tu siervo tu grandeza y tu mano fuerte. Porque ¿qué dios hay en el cielo o en la tierra que pueda hacer obras como las tuyas, y actos poderosos como los tuyos?

25 Por favor, déjame ir a ver la buena tierra que está al otro lado del Jordán, esa hermosa montaña y el Líbano".

26 Pero el Señor se enojó conmigo por causa de vosotros y no me escuchó. El Señor me dijo: «¡Ya basta! No me hables más de este asunto.

27 Sube a la cima del Pisga y levanta tus ojos hacia el oeste, el norte, el sur y el este, y mira con tus ojos, porque no pasarás este Jordán.

28 Pero comisiona a Josué, anímalo y fortalécelo, porque él pasará delante de este pueblo y lo hará heredar la tierra que tú verás.»

29 Así que nos quedamos en el valle cerca de Bet Peor.

Capítulo 4

1 Ahora bien, Israel, escucha los estatutos y las ordenanzas que yo te enseño, para que los cumplas, a fin de que vivas y entres y poseas la tierra que Yahvé, el Dios de tus padres, te da.

2 No añadirás a la palabra que te mando, ni la quitarás, para que guardes los mandamientos de Yahvé, tu Dios, que yo te mando.

3 Tus ojos han visto lo que Yahvé hizo a causa de Baal Peor; porque Yahvé vuestro Dios ha destruido de entre ustedes a todos los hombres que seguían a Baal Peor.

4 Pero ustedes que fueron fieles a Yahvé su Dios están todos vivos hoy.

5 He aquí que yo os he enseñado los estatutos y las ordenanzas, tal como Yahvé, mi Dios, me lo ha ordenado, para que lo hagáis en medio de la tierra donde entréis a poseerla.

6 Guarda, pues, y ponedlos por obra; porque ésta es tu sabiduría y tu entendimiento a los ojos de los pueblos que oirán todos estos estatutos y dirán: «Ciertamente esta gran nación es un pueblo sabio y entendido.»

7 Porque ¿qué gran nación hay que tenga un dios tan cercano a ella como lo está Yahvé, nuestro Dios, cada vez que lo invocamos?

8 ¿Qué gran nación hay que tenga estatutos y ordenanzas tan justos como toda esta ley que hoy pongo ante ustedes?

9 Sólo ten cuidado, y guarda tu alma con diligencia, para que no olvides las cosas que vieron tus ojos, y para que no se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; pero dáselas a conocer a tus hijos y a los hijos de tus hijos —

10 el día en que estuviste frente a Yahvé vuestro Dios en Horeb, cuando Yahvé me dijo: «Reúne al pueblo hacia mí, y les haré oír mis palabras, para que aprendan a temerme todos los días que vivan sobre la tierra, y para que enseñen a sus hijos.»

11 Te acercaste y te pusiste debajo de la montaña. La montaña ardía con fuego hasta el corazón del cielo, con oscuridad, nubes y densas tinieblas.

12 El Señor os habló desde el centro del fuego: oísteis la voz de las palabras, pero no visteis ninguna forma; sólo oísteis una voz.

13 Os declaró su pacto, que os ordenó cumplir, los diez mandamientos. Los escribió en dos tablas de piedra.

14 El Señor me ordenó en aquel tiempo que os enseñara los estatutos y los reglamentos, para que los pusierais en práctica en la tierra a la que pasáis para poseerla.

15 Tened mucho cuidado, porque no visteis ningún tipo de forma el día en que Yahvé os habló en Horeb desde el centro del fuego,

16 no sea que os corrompáis y os hagáis una imagen tallada en forma de cualquier figura, la semejanza de un macho o de una hembra,

17 la semejanza de cualquier animal que esté en la tierra, la semejanza de cualquier ave alada que vuele en el cielo,

18 la semejanza de cualquier cosa que se arrastre por el suelo, la semejanza de cualquier pez que esté en el agua bajo la tierra;

19 y no sea que alces tus ojos al cielo, y al ver el sol, la luna y las estrellas, todo el ejército del cielo, te sientas atraído y los adores, y los sirvas, que Yahvé vuestro Dios ha asignado a todos los pueblos bajo todo el cielo.

20 Pero Yahvé os ha tomado y os ha sacado del horno de hierro, de Egipto, para que seáis para él un pueblo de herencia, como lo es hoy.

21 Además, Yahvé se enojó conmigo por causa de vosotros, y juró que no debía pasar el Jordán, y que no debía entrar en esa buena tierra que Yahvé, su Dios, les da como herencia;

22 sino que debo morir en esta tierra. No debo pasar el Jordán, sino que vosotros pasaréis y poseeréis esa buena tierra.

23 Tengan cuidado, no sea que se olviden del pacto de Yahvé vuestro Dios, que él hizo con vosotros, y hagáis una imagen tallada en forma de cualquier cosa que Yahvé vuestro Dios les haya prohibido.

24 Porque el Señor tu Dios es un fuego devorador, un Dios celoso.

25 Cuando engendréis hijos e hijos de los hijos, y hayáis permanecido mucho tiempo en la tierra, y os corrompáis, y os hagáis una imagen tallada en forma de cualquier cosa, y hagáis lo que es malo a los ojos de Yahvé vuestro Dios para pro-

vocarlo a la ira,

26 Yo llamo a los cielos y a la tierra para que atestigüen hoy contra vosotros, que pronto pereceréis totalmente de la tierra que pasáis al otro lado del Jordán para poseerla. No prolongaréis vuestros días en ella, sino que seréis totalmente destruidos.

27 El Señor os dispersará entre los pueblos, y quedaréis pocos en número entre las naciones a las que el Señor os lleve.

28 Allí serviréis a dioses, obra de manos de hombres, madera y piedra, que no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen.

29 Pero desde allí buscarás al Señor tu Dios, y lo encontrarás cuando lo busques con todo tu corazón y con toda tu alma.

30 Cuando estés oprimido, y todas estas cosas hayan caído sobre ti, en los últimos días volverás a Yahvé vuestro Dios y escucharás su voz.

31 Porque el Señor, tu Dios, es un Dios misericordioso. No te fallará ni te destruirá, ni olvidará el pacto de tus padres que les juró.

32 Porque pregunta ahora de los días pasados, que fueron antes de ti, desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra, y desde un extremo del cielo hasta el otro, si ha habido algo tan grande como esto, o se ha oído como esto?

33 ¿Acaso un pueblo ha escuchado alguna vez la voz de Dios hablando desde el medio del fuego, como tú has escuchado, y ha vivido?

34 ¿O ha tratado Dios de ir a tomar una nación para sí de entre otra nación, con pruebas, con señales, con prodigios, con guerra, con mano poderosa, con brazo extendido y con grandes terrores, según todo lo que Yahvé vuestro Dios hizo por ti en Egipto ante tus ojos?

35 Se te mostró para que supieras que Yahvé es Dios. No hay nadie más que él.

36 Desde el cielo te hizo oír su voz para instruirte. En la tierra te hizo ver su gran fuego, y en medio del fuego oíste sus palabras.

37 Porque amó a vuestros padres, eligió a su descendencia después de ellos, y os sacó con su presencia, con su gran poder, de Egipto;

38 para expulsar de delante de vosotros a naciones más grandes y más poderosas que vosotros, para introduciros, para daros su tierra en herencia, como hoy.

39 Sabed, pues, hoy, y tomadlo a pecho, que el mismo Yahvé es Dios en lo alto del cielo y en lo bajo de la tierra. No hay nadie más.

40 Guardarás sus estatutos y sus mandamientos que hoy te ordeno, para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti, y para que prolongues tus días en la tierra que el Señor, tu Dios, te da para siempre.

41 Entonces Moisés apartó tres ciudades al otro lado del Jordán, hacia la salida del sol,

42 para que huyera allí el homicida que matara a su prójimo sin querer y que no lo hubiera odiado en el pasado, y para que huyendo a una de estas ciudades pudiera vivir:

43 Beser en el desierto, en la llanura, para los rubenitas; y Ramot en Galaad para los gaditas; y Golán en Basán para los tribu de Manases.

44 Esta es la ley que Moisés puso delante de los hijos de Israel.

45 Estos son los testimonios, los estatutos y los reglamentos que Moisés habló a los hijos de Israel cuando salieron de Egipto,

46 al otro lado del Jordán, en el valle frente a Bet Peor, en la tierra de Sehón, rey de los amorreos, que vivía en Hesbón, a quien Moisés y los hijos de Israel hirieron cuando salieron de Egipto.

47 Tomaron posesión de su tierra y de la tierra de Og, rey de Basán, los dos reyes de los amorreos, que estaban al otro lado del Jordán, hacia la salida del sol;

48 desde Aroer, que está a la orilla del valle de Arnón, hasta el monte Sión (también llamado Hermón),

49 y todo el Arabá al otro lado del Jordán, hacia el este, hasta el mar del Arabá, bajo las laderas de Pisga.

Capítulo 5

1 Moisés llamó a todo Israel y les dijo: «Escucha, Israel, los estatutos y las ordenanzas que hoy les hablo en sus oídos, para que los aprendan y cuiden de cumplirlos.»

2 Yahvé, nuestro Dios, hizo un pacto con nosotros en Horeb.

3 Yahvé no hizo este pacto con nuestros padres, sino con nosotros, que somos todos los que estamos aquí vivos hoy.

4 Yahvé habló con ustedes cara a cara en el monte, en medio del fuego,

5 (yo me interpuse entre Yahvé y ustedes en ese momento, para mostrarles la palabra de Yahvé; porque vosotros tuvisteis miedo a causa del fuego y no subieron al monte) diciendo,

6 "Yo soy Yahvé, tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud.

7 "No tendréis otros dioses delante de mí.

8 "No te harás ninguna imagen tallada, ni ninguna semejanza de lo que está arriba en el cielo, ni de lo que está abajo en la tierra, ni de lo que está en las aguas debajo de la tierra.

9 No te inclinarás ante ellas, ni las servirás, porque yo, Yahvé vuestro Dios, soy un Dios celoso, que visita la iniquidad de los padres en los hijos y en la tercera y cuarta generación de los que me odian

10 y que muestra bondad amorosa a miles de los que me aman y guardan mis mandamientos.

11 "No harás mal uso del nombre de Yahvé, tu Dios; porque Yahvé no declarará inocente al que haga mal uso de su nombre.

12 “Observa el día de reposo, para santificarlo, como te lo ordenó Yahvé vuestro Dios.

13 Trabajarás seis días y harás todo tu trabajo;

14 pero el séptimo día es sábado para Yahvé vuestro Dios, en el cual no harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ninguno de tus animales, ni tu extranjero que esté dentro de tus puertas; para que tu siervo y tu sierva descansen como tú.

15 Recordarás que fuiste siervo en la tierra de Egipto, y que el Señor tu Dios te sacó de allí con mano poderosa y brazo extendido. Por eso el Señor, tu Dios, te ordenó que guardes el día de reposo.

16 “Honra a tu padre y a tu madre, como te ha ordenado Yahvé vuestro Dios, para que tus días se alarguen y te vaya bien en la tierra que Yahvé vuestro Dios te da.

17 “No matarás.

18 “No cometerás adulterio.

19 “No robarás.

20 “No darás falso testimonio contra tu prójimo.

21 «No codiciarás la mujer de tu prójimo. Tampoco desearás la casa de tu prójimo, ni su campo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo».

22 El Señor dijo estas palabras a toda tu asamblea en la montaña, en medio del fuego, de la nube y de la espesa oscuridad, con una gran voz. No añadió nada más. Las escribió en dos tablas de piedra y me las dio.

23 Cuando oísteis la voz en medio de las tinieblas, mientras la montaña ardía en fuego, os acercasteis a mí, todos los jefes de vuestras tribus y vuestros ancianos;

24 y dijisteis: «He aquí que el Señor, nuestro Dios, nos ha mostrado su gloria y su grandeza, y hemos oído su voz en medio del fuego. Hoy hemos visto que Dios habla con el hombre, y él vive.

25 Ahora, pues, ¿por qué hemos de morir? Porque este gran fuego nos consumirá. Si seguimos oyendo la voz de Yahvé, nuestro Dios, moriremos.

26 Porque ¿quién hay de toda carne que haya oído la voz del Dios vivo hablando desde el medio del fuego, como nosotros, y haya vivido?

27 Acércate y escucha todo lo que diga Yahvé nuestro Dios, y cuéntanos todo lo que te diga Yahvé nuestro Dios; y lo oiremos y lo haremos.»

28 Yahvé oyó la voz de tus palabras cuando me hablaste; y Yahvé me dijo: "He oído la voz de las palabras de este pueblo que te han dicho. Han dicho bien todo lo que han dicho.

29 ¡Oh, si hubiera en ellos un corazón tal que me temieran y guardaran siempre todos mis mandamientos, para que les fuera bien a ellos y a sus hijos para siempre!

30 "Ve y diles: 'Volved a vuestras tiendas'.

31 Pero en cuanto a ti, quédate aquí junto a mí, y te diré todos los mandamientos, los estatutos y las ordenanzas que les enseñarás, para que los cumplan en la tierra que les doy en posesión."

32 Por lo tanto, deberás hacer lo que el Señor, tu Dios, te ha ordenado. No te desviarás ni a la derecha ni a la izquierda.

33 Caminarás por todo el camino que Yahvé vuestro Dios te ha ordenado, para que vivas y te vaya bien, y para que prolongues tus días en la tierra que vas a poseer.

Capítulo 6

1 Estos son los mandamientos, los estatutos y los decretos que Yahvé, tu Dios, te ha mandado enseñar, para que los pongas en práctica en la tierra que vas a poseer;

2 para que temas a Yahvé, tu Dios, y guardes todos sus estatutos y sus mandamientos, que yo te mando a ti, a tu hijo y al hijo de tu hijo, todos los días de tu vida, y para que tus días se prolonguen.

3 Escucha, pues, Israel, y procura ponerlo por obra, para que te vaya bien y te multipliques, como Yahvé, el Dios de tus padres, te ha prometido, en una tierra que mana leche y miel.

4 Escucha, Israel: Yahvé es nuestro Dios. Yahvé es uno.

5 Amarás a Yahvé vuestro Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.

6 Estas palabras que hoy te ordeno estarán en tu corazón;

7 y las enseñarás con diligencia a tus hijos, y hablarás de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes.

8 Las atarás como señal en tu mano, y serán como frontales entre tus ojos.

9 Las escribirás en los postes de tu casa y en tus puertas.

10 Cuando Yahvé, tu Dios, te lleve a la tierra que juró a tus padres, a Abraham, a Isaac y a Jacob, que te daría, ciudades grandes y buenas que no construiste,

11 y casas llenas de todo lo bueno que no llenaste, y cisternas excavadas que no cavaste, viñas y olivos que no plantaste, comerás y te saciarás;

12 entonces ten cuidado de no olvidarte de Yahvé, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre.

13 Temerás a Yahvé, tu Dios, y le servirás, y jurarás por su nombre.

14 No irás en pos de otros dioses, de los dioses de los pueblos que te rodean,

15 porque Yahvé vuestro Dios en medio de ti es un Dios celoso, no sea que la ira de Yahvé vuestro Dios se encienda contra ti y te destruya de la faz de la tierra.

16 No tentarás a Yahvé vuestro Dios, como lo tentaste en Masá.

17 Guardarás con diligencia los mandamientos de Yahvé vuestro Dios, sus testimonios y sus estatutos, que él te ha ordenado.

18 Harás lo que es justo y bueno a los ojos de Yahvé, para que te vaya bien y entres a poseer la buena tierra que Yahvé juró a tus padres,

19 para echar a todos tus enemigos de delante de ti, como Yahvé ha dicho.

20 Cuando tu hijo te pregunte en el futuro, diciendo: «¿Qué significan los testimonios, los estatutos y las ordenanzas que el Señor, nuestro Dios, te ha ordenado?»

21 entonces le dirás a tu hijo: «Fuimos esclavos del Faraón en Egipto. Yahvé nos sacó de Egipto con mano poderosa;

22 y Yahvé hizo grandes y asombrosas señales y prodigios sobre Egipto, sobre el Faraón y sobre toda su casa, ante nuestros ojos;

23 y nos sacó de allí para introducirnos en ella, para darnos la tierra que juró a nuestros padres.

24 Yahvé nos mandó hacer todos estos estatutos, para temer a Yahvé nuestro Dios, para nuestro bien siempre, para que nos conserve la vida, como hoy.

25 Será justo para nosotros, si observamos poner en práctica todos estos mandamientos delante de Yahvé nuestro Dios, como él nos ha mandado.»

Capítulo 7

1 Cuando Yahvé vuestro Dios te introduzca en la tierra a la que vas a entrar para poseerla, y eche a muchas naciones delante de ti — los hititas, los gergeseos, los amorreos, los cananeos, los ferezeos, los heveos y los jebuseos— siete naciones más grandes y poderosas que tú;

2 y cuando Yahvé vuestro Dios las entregue delante de ti, y tú las golpees, entonces las derrotes por completo. No harás ningún pacto con ellos, ni te apiadarás de ellos.

3 No harás matrimonios con ellos. No darás tu hija a su hijo, ni tomarás su hija para tu hijo.

4 Porque eso haría que tus hijos dejaran de seguirme, para servir a otros dioses. Entonces la ira del Señor se encenderá contra ustedes, y los destruiría rápidamente.

5 Pero tú te encargarás de ellos de la siguiente manera: derribaréis sus altares, haréis pedazos sus columnas, cortaréis sus postes de Asera y quemareis sus imágenes grabadas con fuego.

6 Porque ustedes son un pueblo santo para el Señor, su Dios. El Señor, tu Dios, te ha elegido como pueblo propio, por encima de todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra.

7 Yahvé no puso su amor en vosotros ni te eligió porque fueras más numeroso que cualquier otro pueblo, pues vosotros erais el más pequeño de todos los pueblos;

8 sino porque Yahvé os ama, y porque quiere cumplir el juramento que juró a vuestros padres, Yahvé os ha sacado con mano poderosa y os ha redimido de la casa de servidumbre, de la mano del faraón, rey de Egipto.

9 Sabed, pues, que el propio Yahvé, vuestro Dios, es Dios, el Dios fiel, que mantiene la alianza y la bondad amorosa hasta mil generaciones con los que le aman y guardan sus mandamientos,

10 y devuelve su pago a los que le odian en la misma cara, destruyéndolos. No será indulgente con el que le odia. Se lo pagará en la cara.

11 Por lo tanto, guardarás los mandamientos, los estatutos y las ordenanzas que hoy te ordeno, para ponerlos en práctica.

12 Sucederá que, porque escuchas estas ordenanzas y las guardas y las pones en práctica, el Señor, tu Dios, mantendrá contigo el pacto y la misericordia que juró a tus padres.

13 Él te amará, te bendecirá y te multiplicará. También bendecirá el fruto de tu cuerpo y el fruto de tu tierra, tu grano y tu vino nuevo y tu aceite, el aumento de tu ganado y las crías de tu rebaño, en la tierra que juró a tus padres que te daría.

14 Serás bendecido sobre todos los pueblos. No habrá macho ni hembra estéril entre vosotros, ni entre vuestros ganados.

15 El Señor quitará de ti toda enfermedad; y no pondrá sobre ti ninguna de las malas enfermedades de Egipto, que tú conoces, sino que las pondrá sobre todos los que te odian.

16 Consumirás a todos los pueblos que el Señor, tu Dios, te entregue. Tu ojo no se compadecerá de ellos. No servirás a sus dioses, porque eso sería una trampa para ti.

17 Si dices en tu corazón: «Estas naciones son más que yo; ¿cómo podré despojarlas?»

18 no les tendrás miedo. Recordarás bien lo que Yahvé vuestro Dios hizo al Faraón y a todo Egipto:

19 las grandes pruebas que vieron tus ojos, las señales, los prodigios, la mano poderosa y el brazo extendido con que Yahvé vuestro Dios te sacó. Así hará Yahvé vuestro Dios con todos los pueblos de los que tienes miedo.

20 Además, Yahvé vuestro Dios enviará el avispero entre ellos, hasta que los que queden, y se escondan, perezcan ante ti.

21 No te asustarás de ellos, porque el Señor tu Dios está en medio de ti, un Dios grande y temible.

22 El Señor, tu Dios, expulsará a esas naciones ante ti poco a poco. No las consumirás de una sola vez, no sea que los animales del campo aumenten sobre ti.

23 Pero el Señor, tu Dios, las entregará delante de ti, y las confundirá con una gran confusión, hasta destruirlas.

24 Entregará a sus reyes en tu mano, y harás que su nombre desaparezca de debajo del cielo. Nadie podrá presentarse ante ti hasta que los hayas destruido.

25 Quemarás con fuego las imágenes grabadas de sus dioses. No codiciarás la plata ni el oro que hay en ellas, ni lo tomarás para ti, para que no quedes atrapado en él; porque es una abominación para Yahvé vuestro Dios.

26 No meterás una abominación en tu casa para que no seas anatema como ella. La aborrecerás por completo. La detestarás por completo, porque es anatema.

Capítulo 8

1 Cuidarás de poner en práctica todos los mandamientos que hoy os ordeno, para que viváis y os multipliquéis, y entréis y poséis la tierra que Yahvé juró a vuestros padres.

2 Recordarás todo el camino que Yahvé, tu Dios, te ha conducido estos cuarenta años en el desierto, para humillarte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si guardarías sus mandamientos o no.

3 Te humilló, permitió que tuvieras hambre y te alimentó con el maná, que tú no conocías, ni tus padres tampoco, para enseñarte que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de toda palabra que sale de la boca de Yahvé.

4 Tu ropa no envejeció sobre ti, ni tu pie se hinchó, en estos cuarenta años.

5 Considerarás en tu corazón que como un hombre disciplina a su hijo, así te disciplina Yahvé, tu Dios.

6 Guardarás los mandamientos de Yahvé vuestro Dios, para andar en sus caminos y para temerle.

7 Porque Yahvé vuestro Dios te lleva a una buena tierra, una tierra de arroyos de agua, de manantiales y de aguas subterráneas que fluyen en los valles y en las colinas;

8 una tierra de trigo, cebada, vides, higueras y granadas; una tierra de olivos y de miel;

9 una tierra en la que comerás el pan sin escasez, no te faltará nada en ella; una tierra cuyas piedras son de hierro, y de cuyos montes podrás sacar cobre.

10 Comerás y te saciarás, y bendecirás al Señor tu Dios por la buena tierra que te ha dado.

11 Cuídate de no olvidarte de Yahvé vuestro Dios, al no guardar sus mandamientos, sus ordenanzas y sus estatutos, que yo te ordeno hoy;

12 no sea que cuando hayas comido y te sacies, y hayas construido casas hermosas y vivas en ellas;

13 y cuando se multipliquen tus rebaños y tus manadas, y se multiplique tu plata y tu oro, y se multiplique todo lo que tienes;

14 entonces tu corazón se enaltezca, y te olvides de Yahvé vuestro Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre;

15 que te condujo por el desierto grande y terrible, con serpientes venenosas y escorpiones, y con tierra sedienta donde no había agua; que te derramó agua de la roca de pedernal;

16 que te alimentó en el desierto con el maná que tus padres no conocieron, para humillarte y probarte, para hacerte bien en tu final;

17 y para que no digas en tu corazón: «Mi poder y la fuerza de mi mano me han conseguido esta riqueza.»

18 Pero te acordarás de Yahvé, tu Dios, porque es él quien te da el poder para conseguir riquezas, para que confirme su pacto que juró a tus padres, como es hoy.

19 Si te olvidas del Señor, tu Dios, y andas en pos de otros dioses, y los sirves y los adoras, yo testifico hoy contra ti que ciertamente perecerás.

20 Como las naciones que Yahvé hace perecer delante de ti, así perecerás tú, porque no quisiste escuchar la voz de Yahvé vuestro Dios.

Capítulo 9

1 ¡Escucha, Israel! Hoy vas a pasar el Jordán, para entrar a desposeer a naciones más grandes y poderosas que tú, ciudades grandes y fortificadas hasta el cielo,

2 un pueblo grande y alto, los hijos de los Anaceos, a los que conoces y de los que has oído decir: «¿Quién podrá enfrentarse a los hijos de Anac?»

3 Sabed, pues, hoy que Yahvé, vuestro Dios, es el que pasa delante de vosotros como un fuego devorador. Él los destruirá y los hará caer ante ti. Así los expulsarás y los harás perecer rápidamente, como Yahvé te ha dicho.

4 No digas en tu corazón, después de que Yahvé vuestro Dios los haya expulsado de delante de ti, «Por mi justicia Yahvé me ha hecho entrar a poseer esta tierra»; porque Yahvé los expulsa delante de ti por la maldad de estas naciones.

5 No por tu justicia ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer su tierra, sino por la maldad de estas naciones que Yahvé, tu Dios, expulsa de delante de ti, y para confirmar la palabra que Yahvé juró a tus padres, a Abraham, a Isaac y a Jacob.

6 Sabed, pues, que el Señor, vuestro Dios, no os da esta buena tierra para que la poseáis por vuestra justicia, porque sois un pueblo de cuello duro.

7 Acuérdate, y no olvides, cómo provocaste la ira del Señor, tu Dios, en el desierto. Desde el día en que saliste de la tierra de Egipto hasta que llegaste a este lugar, te has rebelado contra Yahvé.

8 También en Horeb provocaste la ira de Yahvé, y éste se enojó contigo para destruirte.

9 Cuando subí al monte para recibir las tablas de piedra, las tablas del pacto que Yahvé hizo con ustedes, me quedé en el monte cuarenta días y cuarenta noches. No comí pan ni bebí agua.

10 El Señor me entregó las dos tablas de piedra escritas con el dedo de Dios. En ellas estaban todas las palabras que Yahvé habló contigo en la montaña, en medio del fuego, el día de la asamblea.

11 Al cabo de cuarenta días y cuarenta noches, Yahvé me dio las dos tablas de piedra, las tablas de la alianza.

12 El Señor me dijo: «Levántate, baja pronto de aquí, porque tu pueblo que sacaste de Egipto se ha corrompido. Se han alejado rápidamente del camino que les ordené. Se han hecho una imagen de fundición».

13 Además, el Señor me habló diciendo: «He visto a este pueblo, y he aquí que es un pueblo de dura cerviz.

14 Déjame, para que los destruya y borre su nombre de debajo del cielo; y haré de ti una nación más poderosa y más grande que ellos.»

15 Me volví y bajé del monte, y el monte ardía en llamas. Las dos tablas de la alianza estaban en mis dos manos.

16 Miré, y he aquí que ustedes habían pecado contra el Señor, su Dios. Os habíais hecho un becerro moldeado. Se habían alejado rápidamente del camino que Yahvé les había ordenado.

17 Tomé las dos tablas, las arrojé de mis dos manos y las rompí ante vuestros ojos.

18 Me postré ante el Señor, como al principio, durante cuarenta días y cuarenta noches. No comí pan ni bebí agua, a causa de todo el pecado que cometisteis, al hacer lo que era malo a los ojos de Yahvé, para provocarlo a la ira.

19 Porque tuve miedo de la cólera y del ardor con que Yahvé se enojó contra ustedes para destruirlos. Pero Yahvé me escuchó también aquella vez.

20 Yahvé se enojó lo suficiente con Aarón como para destruirlo. También oré por Aarón en ese momento.

21 Tomé vuestro pecado, el becerro que habíais hecho, y lo quemé con fuego, y lo quebré, moliéndolo muy pequeño, hasta que quedó tan fino como el polvo. Arrojé su polvo al arroyo que descendía de la montaña.

22 En Taberá, en Massa y en Kibrot Hataavá provocaste la ira del Señor.

23 Cuando Yahvé te envió desde Cades Barnea, diciendo: «Subid y tomad la tierra que te he dado», os rebelasteis contra el mandamiento de Yahvé vuestro Dios, y no le creísteis ni escuchasteis su voz.

24 Has sido rebelde contra el Señor desde el día en que te conocí.

25 Por eso me postré ante Yahvé los cuarenta días y las cuarenta noches que estuve postrado, porque Yahvé había dicho que te destruiría.

26 Oré a Yahvé y le dije: "Señor Yahvé, no destruyas a tu pueblo y a tu herencia que has redimido con tu grandeza, que has sacado de Egipto con mano poderosa.

27 Acuérdate de tus siervos Abraham, Isaac y Jacob. No mires la terquedad de este pueblo, ni su maldad, ni su pecado,

28 no sea que en la tierra de donde nos sacaste digan: 'Porque Yahvé no pudo llevarlos a la tierra que les prometió, y porque los odiaba, los ha sacado para matarlos en el desierto.'

29 Sin embargo, ellos son tu pueblo y tu herencia, que sacaste con tu gran poder y con tu brazo extendido."

Capítulo 10

1 En aquel tiempo Yahvé me dijo: «Corta dos tablas de piedra como las primeras, y sube a mí al monte, y haz un arca de madera.

2 Yo escribiré en las tablas las palabras que estaban en las primeras tablas que rompiste, y las pondrás en el arca.»

3 Hice, pues, un arca de madera de acacia y corté dos tablas de piedra como las primeras, y subí al monte con las dos tablas en la mano.

4 En las tablas escribía, según la primera escritura, los diez mandamientos que Yahvé os había hablado en la montaña, en medio del fuego, el día de la asamblea; y Yahvé me los dio.

5 Me volví y bajé del monte, y puse las tablas en el arca que había hecho; y allí están, tal como Yahvé me lo ordenó.

6 (Los hijos de Israel viajaron desde Beerot Bene Jaacan hasta Moserah. Allí murió Aarón, y allí fue enterrado; y su hijo Eleazar ejerció el ministerio sacerdotal en su lugar.

7 De allí viajaron a Gudgodá, y de Gudgodá a Jotbata, tierra de arroyos de agua.

8 En aquel tiempo Yahvé apartó a la tribu de Leví para que llevara el arca del pacto de Yahvé, para que estuviera delante de Yahvé para servirle y para bendecir en su nombre, hasta el día de hoy.

9 Por lo tanto, Leví no tiene parte ni herencia con sus hermanos; Yahvé es su herencia, según le habló Yahvé vuestro Dios).

10 Me quedé en el monte, como la primera vez, cuarenta días y cuarenta noches, y el Señor me escuchó también esa vez. El Señor no quiso destruirlos.

11 Yahvé me dijo: «Levántate y ponte en camino delante del pueblo; entrarán y poseerán la tierra que juré a sus padres que les daría».

12 Ahora bien, Israel, ¿qué exige de ti el Señor tu Dios, sino que temas al Señor tu Dios, que andes en todos sus caminos, que lo ames y que sirvas al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma,

13 que guardes los mandamientos y los estatutos del Señor que hoy te ordeno para tu bien?

14 He aquí que a Yahvé vuestro Dios pertenecen los cielos, el cielo de los cielos y la tierra con todo lo que hay en ella.

15 Sólo que Yahvé se deleitó en vuestros padres para amarlos, y eligió a su descendencia después de ellos, a vosotros sobre todos los pueblos, como sucede hoy.

16 Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón, y no seáis más rígidos de cuello.

17 Porque Yahvé, vuestro Dios, es el Dios de los dioses y el Señor de los señores, el Dios grande, el poderoso y el imponente, que no hace acepción de personas ni acepta sobornos.

18 Él hace justicia al huérfano y a la viuda y ama al extranjero dándole comida y ropa.

19 Amad, pues, al extranjero, porque vosotros fuisteis extranjeros en la tierra de Egipto.

20 Temerás al Señor, tu Dios. Le servirás. Te aferrarás a él y jurarás por su nombre.

21 Él es tu alabanza, y él es tu Dios, que ha hecho por ti estas cosas grandes y asombrosas que tus ojos han visto.

22 Tus padres bajaron a Egipto con setenta personas, y ahora Yahvé, tu Dios, te ha hecho como las estrellas del cielo por la multitud.

Capítulo 11

1 Por eso amarás a Yahvé vuestro Dios, y guardarás siempre sus instrucciones, sus estatutos, sus ordenanzas y sus mandamientos.

2 Conoce hoy — pues no hablo con vuestros hijos que no han conocido y no han visto el castigo de Yahvé vuestro Dios, su grandeza, su mano poderosa, su brazo extendido,

3 sus señales y sus obras, que hizo en medio de Egipto al faraón, rey de Egipto, y a toda su tierra;

4 y lo que hizo al ejército de Egipto, a sus caballos y a sus carros; cómo hizo que las aguas del Mar Rojo se desbordaran mientras os perseguían, y cómo Yahvé los ha destruido hasta el día de hoy;

5 y lo que ha hecho con vosotros en el desierto hasta que habéis llegado a este lugar

6 y lo que hizo con Datán y Abiram, hijos de Eliab, hijo de Rubén; cómo la tierra abrió su boca y se los tragó, con sus casas, sus tiendas y todo ser viviente que los seguía, en medio de todo Israel;

7 pero vuestros ojos han visto toda la gran obra de Yahvé que hizo.

8 Por lo tanto, guardad todo el mandamiento que hoy te ordeno, para que seáis fuertes, entréis y poseáis la tierra que pasáis a poseer;

9 y para que prolonguéis vuestros días en la tierra que Yahvé juró a vuestros padres que les daría a ellos y a su descendencia, una tierra que fluye leche y miel.

10 Porque la tierra que vas a poseer no es como la tierra de Egipto de la que saliste, en la que sembraste tu semilla y la regaste con tu pie, como un jardín de hierbas;

11 sino que la tierra que vas a poseer es una tierra de colinas y valles que bebe agua de la lluvia del cielo,

12 una tierra que Yahvé vuestro Dios cuida. Los ojos del Señor, tu Dios, están siempre sobre ella, desde el principio del año hasta el final del año.

13 Si escuchas atentamente mis mandamientos que hoy os ordeno, de amar a Yahvé vuestro Dios y de servirle con todo tu corazón y con toda tu alma,

14 yo daré la lluvia para tu tierra en su tiempo, la lluvia temprana y la lluvia tardía, para que recojas tu grano, tu vino nuevo y tu aceite.

15 Daré hierba en tus campos para tu ganado, y comerás y te saciarás.

16 Tened cuidado, no sea que vuestro corazón se engañe y os apartéis para servir a otros dioses y los adoréis;

17 y se encienda la ira de Yahvé contra vosotros, y cierre el cielo para que no haya lluvia, y la tierra no dé su fruto; y perezcáis rápidamente de la buena tierra que Yahvé os da.

18 Por lo tanto, guardaréis estas palabras mías en vuestro corazón y en vuestra alma. Las ataréis como señal en vuestro mano, y serán como frontales entre tus ojos.

19 Se las enseñarás a tus hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes.

20 Las escribirás en los postes de tu casa y en tus puertas;

21 para que vuestros días y los de vuestros hijos se multipliquen en la tierra que Yahvé juró darles a vuestros padres, como los días de los cielos sobre la tierra.

22 Porque si guardáis con diligencia todos estos mandamientos que os ordeno — de amar a Yahvé vuestro Dios, de andar por todos sus caminos y de aferraros a él —

23 entonces Yahvé expulsará a todas estas naciones de delante de vosotros, y desposeeréis a naciones más grandes y poderosas que vosotros.

24 Todo lugar que pise la planta de tu pie será tuyo: desde el desierto y el Líbano, desde el río Éufrates hasta el mar occidental será tu frontera.

25 Ningún hombre podrá hacer frente a vosotros. El Señor, vuestro Dios, infundirá vuestro temor y vuestro miedo en toda la tierra que pises, como te ha dicho.

26 He aquí que hoy pongo delante de vosotros una bendición y una maldición:

27 la bendición, si obedecéis los mandamientos de Yahvé vuestro Dios que hoy te ordeno;

28 y la maldición, si no obedecéis los mandamientos de Yahvé vuestro Dios, y os apartaréis del camino que hoy os ordeno, para ir en pos de otros dioses que no has conocido.

29 Sucederá que cuando el Señor tu Dios te lleve a la tierra que vas a poseer, pondrás la bendición en el monte Gerizim y la maldición en el monte Ebal.

30 ¿No están al otro lado del Jordán, detrás del camino de la puesta del sol, en la tierra de los cananeos que habitan en el Arabá, cerca de Gilgal, junto a los robles de Moreh?

31 Porque vosotros pasáis el Jordán para entrar a poseer la tierra que Yahvé vuestro Dios te da, y la poseerás y habitarás en ella.

32 Deberás cumplir con todos los estatutos y las ordenanzas que hoy te propongo.

Capítulo 12

1 Estos son los estatutos y las ordenanzas que observaréis para hacer en la tierra que Yahvé, el Dios de tus padres, te ha dado para que la poseas todos los días que viviréis sobre la tierra.

2 Destruiréis todos los lugares en los que las naciones que desposeeréis sirvieron a sus dioses: en los montes altos, en las colinas y debajo de todo árbol verde.

3 Derribarreis sus altares, harás pedazos sus columnas y quemaréis con fuego sus postes de Asera. Cortarás las imágenes grabadas de sus dioses. Borrareis su nombre de ese lugar.

4 No lo harás con el Señor, vuestro Dios.

5 Pero al lugar que Yahvé vuestro Dios elija de entre todas tus tribus, para poner allí su nombre, buscaréis su morada, e iréis allí.

6 Llevaréis allí vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, la ofrenda mecida de vuestra mano, vuestros votos, vuestras ofrendas voluntarias y los primogénitos de vuestro ganado y de vuestras ovejas.

7 Allí comeréis delante de Yahvé vuestro Dios, y os alegraréis de todo lo que hagáis, vosotros y vuestras familias, en lo que Yahvé tu Dios te ha bendecido.

8 No haréis todo lo que hacemos hoy aquí, cada uno lo que es correcto a sus propios ojos;

9 porque todavía no habéis llegado al descanso y a la herencia que Yahvé vuestro Dios os da.

10 Pero pasaréis el Jordán y habitaréis en la tierra que Yahvé tu Dios os hace heredar, y él os hará descansar de todos vuestros enemigos que te rodean, para que habitéis con seguridad,

11 entonces sucederá que al lugar que Yahvé vuestro Dios elija, para hacer que su nombre habite allí, llevaréis todo lo que yo os mando: vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, la ofrenda mecida de vuestra mano, y todos tus votos selectos que hagas a Yahvé.

12 Os alegraréis ante Yahvé vuestro Dios: vuestros hijos, vuestras hijas, vuestros siervos, vuestras siervas y el levita que está dentro de vuestras puertas, porque él no tiene parte ni herencia contigo.

13 Ten cuidado de no ofrecer tus holocaustos en todos los lugares que veas;

14 sino en el lugar que Yahvé elija en una de tus tribus, allí ofrecerás tus holocaustos, y allí harás todo lo que yo te mando.

15 Sin embargo, podrás matar y comer carne dentro de todas tus puertas, según todo el deseo de tu alma, según la bendición de Yahvé vuestro Dios que te ha dado. Los impuros y los limpios podrán comer de ella, como de la gacela y del ciervo.

16 Sólo que tú no comeréis la sangre. La derramaréis sobre la tierra como si fuera agua.

17 No podrás comer dentro de tus puertas el diezmo de tu grano, ni el de tu vino nuevo, ni el de tu aceite, ni el primogénito de tu rebaño o de tu manada, ni ninguno de tus votos que hayas hecho, ni tus ofrendas voluntarias, ni la ofrenda de tu mano;

18 sino que los comerás delante de Yahvé vuestro Dios en el lugar que Yahvé vuestro Dios elija: tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva y el levita que esté dentro de tus puertas. Te alegrarás ante el Señor tu Dios en todo lo que hagas.

19 Ten cuidado de no abandonar al levita mientras vivas en tu tierra.

20 Cuando Yahvé vuestro Dios amplíe tu frontera, como te ha prometido, y tú digas: «Quiero comer carne», porque tu alma desea comer carne, podrás comer carne, según el deseo de tu alma.

21 Si el lugar que Yahvé, tu Dios, elige para poner su nombre está demasiado lejos de ti, entonces matarás de tu rebaño y de tus ovejas, que Yahvé te ha dado, como yo te he mandado; y podrás comer dentro de tus puertas, según todo el deseo de tu alma.

22 Así como se come la gacela y el ciervo, así comerás tú. El impuro y el limpio podrán comer de ella por igual.

23 Sólo asegúrate de no comer la sangre, porque la sangre es la vida. No comerás la vida con la carne.

24 No la comerás. La derramarás sobre la tierra como si fuera agua.

25 No la comerás, para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti, cuando hagas lo que es justo a los ojos de Yahvé.

26 Sólo tomarás tus cosas sagradas que tengas, y tus votos, y te irás al lugar que Yahvé elija.

27 Ofrecerás tus holocaustos, la carne y la sangre, sobre el altar del Señor, tu Dios. La sangre de tus sacrificios se derramará sobre el altar del Señor, tu Dios, y comerás la carne.

28 Observa y escucha todas estas palabras que te mando, para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti para siempre, cuando hagas lo que es bueno y recto a los ojos del Señor tu Dios.

29 Cuando Yahvé, tu Dios, elimine a las naciones de delante de ti donde entras para despojarlas, y las despojes y habites en su tierra,

30 ten cuidado de no caer en la trampa de seguirlas después de que sean destruidas de delante de ti, y de no indagar en sus dioses, diciendo: «¿Cómo sirven estas naciones a sus dioses? Yo haré lo mismo».

31 No harás así con Yahvé, tu Dios, porque toda abominación a Yahvé, que él odia, la han hecho con sus dioses; pues incluso queman a sus hijos y a sus hijas en el fuego a sus dioses.

32 Todo lo que yo te mande, eso cuidaréis de hacerlo. No le añadirás ni le quitarás nada.

Capítulo 13

1 Si se levanta entre vosotros un profeta o un soñador de sueños, y os da una señal o un prodigio,

2 y se realiza la señal o el prodigio del que os ha hablado, diciendo: «Vayamos en pos de otros dioses» (que no habéis conocido) «y sirvámosles»,

3 no escucharéis las palabras de ese profeta, ni de ese soñador de sueños, porque Yahvé vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Yahvé vuestro Dios con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma.

4 Caminarás en pos de Yahvé vuestro Dios, lo temerás, guardarás sus mandamientos y obedecerás su voz. Le servirás y te aferrarás a él.

5 Ese profeta, o ese soñador de sueños, morirá, porque ha hablado con rebeldía contra el Señor, tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto y te rescató de la casa de servidumbre, para apartarte del camino que el Señor, tu Dios, te mandó seguir. Así, eliminarás el mal de entre vosotros.

6 Si tu hermano, el hijo de tu madre, o tu hijo, o tu hija, o la mujer de tu seno, o tu amigo que es como tu propia alma, te seduce en secreto, diciendo: «Vamos a servir a otros dioses» — que no has conocido, tú ni tus padres

7 de los dioses de los pueblos que están en vuestros alrededores, cerca o lejos de ti, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo de la tierra —

8 no lo consentirás ni lo escucharás; ni tu ojo se apiadará de él, ni lo perdonarás, ni lo ocultarás;

9 sino que lo matarás. Tu mano será la primera en ponerlo a morir, y después las manos de todo el pueblo.

10 Lo apedrearás hasta que muera, porque ha tratado de apartarte del Señor, tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre.

11 Todo Israel oirá y temerá, y no volverá a hacer una maldad como ésta entre vosotros.

12 Si oyes hablar de una de tus ciudades, que Yahvé vuestro Dios te da para habitar en ella, que

13 algunos malvados han salido de entre vosotros y han arrastrado a los habitantes de su ciudad, diciendo: «Vamos a servir a otros dioses», que vosotros no has conocisteis,

14 entonces indagarás, investigarás y preguntarás con diligencia. He aquí, si es cierto, y la cosa es cierta, que tal abominación fue hecha entre vosotros,

15 ciertamente heriréis a los habitantes de esa ciudad a filo de espada, destruyéndola por completo, con todo lo que hay en ella y su ganado, a filo de espada.

16 Recogerás todo su botín en medio de su calle, y quemarás con fuego la ciudad, con todo su botín, a Yahvé vuestro Dios. Será un montón para siempre. No se volverá a construir.

17 Nada de lo consagrado se aferrará a tu mano, para que Yahvé se aparte del ardor de su cólera y se apiade de ti y te multiplique, como ha jurado a tus padres,

18 cuando escuches la voz de Yahvé vuestro Dios, para cumplir todos sus mandamientos que hoy te ordeno, para hacer lo que es justo a los ojos de Yahvé vuestro Dios.

Capítulo 14

1 Vosotros sois los hijos de Yahvé, vuestro Dios. No os cortaréis, ni os haréis calvicie entre los ojos por los muertos.

2 Porque ustedes son un pueblo santo para Yahvé su Dios, y Yahvé los ha escogido para ser un pueblo de su propiedad, por encima de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra.

3 No comeréis ninguna cosa abominable.

4 Estos son los animales que puedes comer: el buey, la oveja, la cabra,

5 el ciervo, la gacela, el corzo, la cabra montés, el íbice, el antílope y la gamuza.

6 Todo animal que tenga la pezuña partida en dos y que rumie, entre los animales, podréis comerlo.

7 Sin embargo, no comerás estos animales que rumian, ni los que tienen la pezuña partida: el camello, la liebre y el conejo. Como mastican el bolo alimenticio, pero no tienen la pezuña partida, son inmundos para ti.

8 El cerdo, por tener la pezuña hendida pero no masticar la bestia, es impuro para ti. No comeréis su carne. No tocareis sus cadáveres.

9 De todo lo que hay en las aguas podrás comer esto; podrás comer todo lo que tenga aletas y escamas.

10 No comerás lo que no tenga aletas ni escamas. Es impuro para ti.

11 De todas las aves limpias podrás comer.

12 Pero éstas son las que no comerás: el águila, el buitre, el águila pescadora,

13 el milano real, el halcón, el milano de cualquier clase,

14 todo cuervo de cualquier clase,

15 el avestruz, el búho, la gaviota, el halcón de cualquier clase,

16 el búho chico, el búho grande, el búho cornudo,

17 el pelícano, el buitre, el cormorán,

18 la cigüeña, la garza según su especie, la abubilla y el murciélago.

19 Todos los reptiles alados son inmundos para ti. No se comerán.

20 De todas las aves limpias comeréis.

21 No comeréis nada que muera por sí mismo. Podrás dárselo al extranjero que viva entre ustedes y que esté dentro de sus puertas, para que lo coma; o podrás vendérselo a un extranjero, porque ustedes son un pueblo santo para el Señor, su Dios. No hervirás un cabrito en la leche de su madre.

22 Diezmarás todo el producto de tu semilla, lo que salga del campo cada año.

23 Comerás delante de Yahvé vuestro Dios, en el lugar que él elija para hacer habitar su nombre, el diezmo de tu grano, de tu vino nuevo y de tu aceite, y de los primogénitos de tu ganado y de tus ovejas, para que aprendas a temer siempre a Yahvé vuestro Dios.

24 Si el camino es demasiado largo para ti, de modo que no puedas llevarlo porque el lugar que Yahvé vuestro Dios elegirá para fijar allí su nombre está demasiado lejos de ti, cuando Yahvé vuestro Dios te bendiga,

25 entonces lo cambiaras por dinero, atarás el dinero en tu mano e irás al lugar que Yahvé vuestro Dios elija.

26 Cambiarás el dinero por lo que tu alma desee: por ganado, o por ovejas, o por vino, o por bebida fuerte, o por lo que tu alma te pida. Allí comerás ante el Señor, tu Dios, y te alegrarás, tú y tu familia.

27 No abandonarás al levita que está dentro de tus puertas, porque no tiene parte ni herencia contigo.

28 Al final de cada tres años traerás todo el diezmo de tu cosecha en el mismo año, y lo almacenarás dentro de tus puertas.

29 El levita, porque no tiene parte ni herencia contigo, así como el extranjero que vive entre ustedes, el huérfano y la viuda que están dentro de tus puertas, vendrán, comerán y se saciarán; para que el Señor, tu Dios, te bendiga en toda la obra de tu

mano que hagas.

Capítulo 15

1 Al final de cada siete años, cancelarás las deudas.

2 Así se hará: todo acreedor liberará lo que haya prestado a su vecino. No exigirá el pago a su prójimo ni a su hermano, porque se ha proclamado la liberación de Yahvé.

3 De un extranjero podrás exigirlo; pero lo que sea tuyo con tu hermano, tu mano lo liberará.

4 Sin embargo, no habrá pobres con ustedes (porque Yahvé ciertamente los bendecirá en la tierra que Yahvé su Dios les da en herencia para que la posean)

5 si tan sólo escuchan diligentemente la voz de Yahvé su Dios, para cumplir con todo este mandamiento que hoy les ordeno.

6 Porque el Señor, tu Dios, te bendecirá, como te ha prometido. Prestarás a muchas naciones, pero no pedirás prestado. Dominarás a muchas naciones, pero ellas no te dominarán a ti.

7 Si un pobre, uno de tus hermanos, está contigo dentro de cualquiera de tus puertas en tu tierra que Yahvé vuestro Dios te da, no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre;

8 sino que le abrirás tu mano y le prestarás lo suficiente para su necesidad, que le falta.

9 Guárdate de que no haya un pensamiento perverso en tu corazón, diciendo: «El séptimo año, el año de la liberación, está cerca», y tu ojo sea malvado contra tu hermano pobre y no le des nada; y él clame a Yahvé contra ti, y sea pecado para ti.

10 Ciertamente darás, y tu corazón no se entristecerá cuando le des, porque es por esto que Yahvé vuestro Dios te bendecirá en todo tu trabajo y en todo lo que pongas tu mano.

11 Porque los pobres nunca dejarán de estar en la tierra. Por eso te ordeno que ciertamente abras tu mano a tu hermano, a tu necesitado y a tu pobre, en tu tierra.

12 Si tu hermano, hombre hebreo o mujer hebrea, se vende a ti y te sirve seis años, al séptimo año lo dejarás libre de ti.

13 Cuando lo dejes libre, no lo dejarás ir vacío.

14 Le darás generosamente de tus rebaños, de tu era y de tu lagar. Le darás todo lo que el Señor, tu Dios, te haya bendecido.

15 Recordarás que fuiste esclavo en la tierra de Egipto, y que el Señor, tu Dios, te redimió. Por eso te ordeno esto hoy.

16 Si él te dice: «No saldré de ti», porque te ama a ti y a tu casa, porque está bien contigo,

17 entonces tomarás un punzón y se lo meterás por la oreja hasta la puerta, y será tu siervo para siempre. Lo mismo harás con tu sierva.

18 No te parecerá duro cuando lo dejes libre de ti, porque ha sido el doble de un jornalero al servirte seis años. El Señor, tu Dios, te bendecirá en todo lo que hagas.

19 Dedicarás a Yahvé, tu Dios, todos los primogénitos varones que nazcan de tu rebaño y de tus ovejas. No harás ningún trabajo con los primogénitos de tu rebaño, ni esquilarás a los primogénitos de tu rebaño.

20 Lo comerás ante Yahvé vuestro Dios cada año en el lugar que Yahvé elija, tú y tu familia.

21 Si tiene algún defecto — es cojo o ciego, o tiene cualquier defecto —, no lo sacrificarás a Yahvé vuestro Dios.

22 Lo comerás dentro de tus puertas. Los impuros y los limpios lo comerán por igual, como la gacela y el ciervo.

23 Sólo que no comerás su sangre. La derramarás en la tierra como si fuera agua.

Capítulo 16

1 Observa el mes de Abib y celebra la Pascua a Yahvé vuestro Dios; porque en el mes de Abib Yahvé vuestro Dios te sacó de Egipto de noche.

2 Sacrificarás la Pascua a Yahvé vuestro Dios, de los rebaños y de las vacas, en el lugar que Yahvé elija para hacer habitar allí su nombre.

3 No comerás con ella pan con levadura. Comerás con ella panes sin levadura durante siete días, el pan de la aflicción (porque salisteis de la tierra de Egipto apresuradamente) para que recordéis el día en que salisteis de la tierra de Egipto todos los días de vuestra vida.

4 No se verá levadura con vosotros en todo vuestro territorio durante los siete días; ni nada de la carne que sacrifiquéis el primer día por la tarde, permanecerá toda la noche hasta la mañana.

5 No podrás sacrificar la Pascua dentro de ninguna de las puertas que Yahvé, tu Dios, te da;

6 sino en el lugar que Yahvé, tu Dios, elija para hacer habitar su nombre, allí sacrificarás la Pascua al atardecer, al ponerse el sol, en la época en que saliste de Egipto.

7 La asarás y la comerás en el lugar que elija Yahvé vuestro Dios. Por la mañana volveréis a vuestras tiendas.

8 Durante seis días comerás panes sin levadura. El séptimo día será una asamblea solemne para Yahvé vuestro Dios. No harás ningún trabajo.

9 Contaréis para vosotros siete semanas. Desde el momento en que empecéis a meter la hoz en el grano en pie, empezaréis a contar siete semanas.

10 Celebrarás la fiesta de las semanas a Yahvé vuestro Dios con un tributo de ofrenda voluntaria de tu mano, que darás según te bendiga Yahvé vuestro Dios.

11 Te alegrarás ante Yahvé vuestro Dios: tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, el levita que esté dentro de tus puertas, el extranjero, el huérfano y la viuda que estén entre vosotros, en el lugar que Yahvé vuestro Dios elija para hacer habitar allí su

nombre.

12 Recordarás que fuiste esclavo en Egipto. Observarás y pondrás en práctica estos estatutos.

13 Celebrarás la fiesta de las cabañas durante siete días, después de recoger de tu era y de tu lagar.

14 Te alegrarás de tu fiesta, tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, el levita, el extranjero, el huérfano y la viuda que estén dentro de tus puertas.

15 Celebrarás una fiesta a Yahvé vuestro Dios durante siete días en el lugar que Yahvé elija, porque Yahvé vuestro Dios te bendecirá en todo tu producto y en todo el trabajo de tus manos, y estarás completamente alegre.

16 Tres veces al año todos tus varones se presentarán ante el Señor tu Dios en el lugar que él elija: en la fiesta de los panes sin levadura, en la fiesta de las semanas y en la fiesta de las cabañas. No se presentarán vacíos ante Yahvé.

17 Cada uno dará lo que pueda, según la bendición de Yahvé, tu Dios, que te ha dado.

18 Harás jueces y funcionarios en todas tus ciudades, que el Señor, tu Dios, te da, según tus tribus; y ellos juzgarán al pueblo con recto juicio.

19 No pervertirás la justicia. No mostrarás parcialidad. No aceptarás soborno, porque el soborno ciega los ojos de los sabios y pervierte las palabras de los justos.

20 Seguirás lo que es totalmente justo, para que vivas y heredes la tierra que el Señor tu Dios te da.

21 No plantaréis para vosotros ningún tipo de árbol junto al altar de Yahvé vuestro Dios, que haréis para vosotros.

22 Tampoco os pondréis una piedra sagrada que el Señor, vuestro Dios, odie.

Capítulo 17

1 No sacrificarás a Yahvé vuestro Dios un buey o una oveja que tenga algún defecto o algo malo, porque eso es una abominación para Yahvé vuestro Dios.

2 Si se encuentra entre vosotros, dentro de cualquiera de vuestras puertas que Yahvé vuestro Dios os da, un hombre o una mujer que haga lo que es malo a los ojos de Yahvé vuestro Dios al transgredir su pacto,

3 y que haya ido a servir a otros dioses y los haya adorado, o al sol, o a la luna, o a cualquiera de las estrellas del cielo, lo que yo no he mandado,

4 y se os diga, y lo hayáis oído, entonces indagaréis con diligencia. He aquí, si es cierto, y la cosa es cierta, que tal abominación se hace en Israel,

5 entonces sacaréis al hombre o a la mujer que haya hecho esta cosa mala a vuestras puertas, a ese mismo hombre o a esa misma mujer; y los apedrearéis hasta que mueran.

6 En boca de dos testigos, o de tres testigos, morirá el que haya de morir. Por la boca de un solo testigo no morirá.

7 Las manos de los testigos serán las primeras en darle muerte, y después las manos de todo el pueblo. Así eliminaréis el mal de entre vosotros.

8 Si surge un asunto demasiado difícil para ti en el juicio, entre sangre y sangre, entre alegato y alegato, y entre golpe y golpe, siendo asuntos de controversia dentro de tus puertas, entonces te levantarás y subirás al lugar que el Señor, tu Dios, elija.

9 Vendrás a los sacerdotes levitas y al juez que habrá en esos días. Preguntarás, y ellos te darán el veredicto.

10 Harás conforme a las decisiones del veredicto que te darán desde el lugar que elija el Señor. Tendrás que cumplir con todo lo que te enseñen.

11 Harás según las decisiones de la ley que te enseñen y según la sentencia que te digan. No te apartarás de la sentencia que te anuncien, ni a la derecha ni a la izquierda.

12 El hombre que actúe con presunción al no escuchar al sacerdote que está de pie para ministrar allí ante Yahvé vuestro Dios, o al juez, ese hombre morirá. Tú quitarás el mal de Israel.

13 Todo el pueblo escuchará y temerá, y no volverá a actuar con presunción.

14 Cuando lleguéis a la tierra que Yahvé vuestro Dios os da, y la poseáis y habitéis en ella, y digáis: «Pondré un rey sobre mí, como todas las naciones que me rodean»,

15 ciertamente pondréis como rey sobre vosotros al que Yahvé vuestro Dios elija. Pondrás como rey sobre ti a uno de tus hermanos. No podrán poner sobre ustedes a un extranjero que no sea su hermano.

16 Sólo que no multiplicará los caballos para sí mismo, ni hará que el pueblo vuelva a Egipto, con el fin de multiplicar los caballos; porque Yahvé os ha dicho: «No volveréis por ese camino.»

17 No multiplicará para sí las esposas, para que su corazón no se desvíe. No multiplicará en gran medida para sí la plata y el oro.

18 Cuando se siente en el trono de su reino, escribirá él mismo una copia de esta ley en un libro, de los que están delante de los sacerdotes levitas.

19 Estará con él, y leerá de él todos los días de su vida, para que aprenda a temer a Yahvé su Dios, a guardar todas las palabras de esta ley y estos estatutos, a ponerlos por obra;

20 para que su corazón no se enaltezca sobre sus hermanos, y para que no se aparte del mandamiento ni a la derecha ni a la izquierda, a fin de que prolongue sus días en su reino, él y sus hijos, en medio de Israel.

Capítulo 18

1 Los sacerdotes y los levitas — toda la tribu de Leví — no tendrán parte ni herencia con Israel. Comerán las ofrendas de Yahvé hechas por fuego y su porción.

2 No tendrán herencia entre sus hermanos. Yahvé es su herencia, como él les ha dicho.

3 Esto será lo que les corresponda a los sacerdotes del pueblo, de los que ofrezcan un sacrificio, ya sea de buey o de oveja, que le darán al sacerdote: la espaldilla, las dos mejillas y las partes interiores.

4 Le darás las primicias de tu grano, de tu vino nuevo y de tu aceite, y las primicias del vellón de tus ovejas.

5 Porque Yahvé, tu Dios, lo ha escogido de entre todas tus tribus para que esté de pie para servir en el nombre de Yahvé, a él y a sus hijos para siempre.

6 Si un levita sale de cualquiera de vuestras puertas de todo Israel donde vive, y viene con todo el deseo de su alma al lugar que Yahvé elija,

7 entonces ministrará en nombre de Yahvé su Dios, como lo hacen todos sus hermanos los levitas que están allí ante Yahvé.

8 Tendrán porciones similares para comer, además de lo que provenga de la venta de sus bienes familiares.

9 Cuando hayas entrado en la tierra que Yahvé vuestro Dios te da, no aprenderás a imitar las abominaciones de esas naciones.

10 No se hallará entre vosotros a nadie que haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, a nadie que utilice la adivinación, a nadie que adivine la suerte, a ningún encantador, a ningún hechicero,

11 a ningún encantador, a nadie que consulte a un espíritu familiar, a ningún mago, a ningún nigromante.

12 Porque cualquiera que haga estas cosas es una abominación para Yahvé. A causa de estas abominaciones, Yahvé, tu Dios, los expulsa de tu presencia.

13 Serás irreprochable ante el Señor, tu Dios.

14 Porque estas naciones que vas a despojar escuchan a los que practican la hechicería y a los adivinos; pero en cuanto a ti, Yahvé vuestro Dios no te lo ha permitido.

15 El Señor, tu Dios, te levantará un profeta de entre tus hermanos, como yo. Lo escucharás.

16 Esto es según todo lo que pediste a Yahvé vuestro Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: «No me dejes oír de nuevo la voz de Yahvé mi Dios, ni me dejes ver más este gran fuego, para que no muera.»

17 El Señor me dijo: «Han dicho bien lo que han dicho.

18 Yo les suscitaré un profeta de entre sus hermanos, como tú. Pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande.

19 Sucederá que el que no escuche mis palabras que hablará en mi nombre, se lo exigiré.

20 Pero el profeta que hable una palabra presuntuosa en mi nombre, que yo no le haya mandado hablar, o que hable en nombre de otros dioses, ese mismo profeta morirá.»

21 Pueden decir en su corazón: «¿Cómo sabremos la palabra que Yahvé no ha hablado?»

22 Cuando un profeta habla en nombre de Yahvé, si la cosa no se cumple ni sucede, eso es lo que Yahvé no ha hablado. El profeta lo ha hablado presuntuosamente. No debes tener miedo de él.

Capítulo 19

1 Cuando Yahvé vuestro Dios corte a las naciones cuya tierra te da Yahvé vuestro Dios, y tú las sucedas y habites en sus ciudades y en sus casas,

2 apartarás tres ciudades para ti en medio de tu tierra, que Yahvé vuestro Dios te da en posesión.

3 Prepararéis el camino y dividiréis en tres partes los límites de vuestra tierra que Yahvé vuestro Dios os hace heredar, para que todo hombre que se mate huya allí.

4 Este es el caso del homicida que huirá allí y vivirá: El que mate a su prójimo sin querer, y no lo haya odiado en el pasado...

5 como cuando un hombre va al bosque con su vecino a cortar leña y su mano mueve el hacha para cortar el árbol, y la cabeza se resbala del mango y golpea a su prójimo de modo que éste muere, deberá huir a una de estas ciudades y vivir.

6 De lo contrario, el vengador de la sangre podría perseguir al homicida mientras la ira ardiente está en su corazón y alcanzarlo, porque el camino es largo, y herirlo mortalmente, aunque no era digno de muerte, porque no lo odiaba en el pasado.

7 Por lo tanto, te ordeno que apartes tres ciudades para ti.

8 Si Yahvé, vuestro Dios, amplía vuestra frontera, como ha jurado a vuestros padres, y os da toda la tierra que prometió dar a vuestros padres;

9 y si cumplís todo este mandamiento que os ordeno hoy, de amar a Yahvé, vuestro Dios, y de andar siempre por sus caminos, entonces añadiréis tres ciudades más para vosotros, además de estas tres.

10 Esto es para que no se derrame sangre inocente en medio de tu tierra que Yahvé vuestro Dios te da en herencia, dejando la culpa de la sangre sobre ti.

11 Pero si alguno odia a su prójimo, lo acecha, se levanta contra él, lo hiere mortalmente para que muera, y huye a una de estas ciudades;

12 entonces los ancianos de su ciudad enviarán y lo llevarán allí, y lo entregarán en manos del vengador de la sangre, para que muera.

13 Tu ojo no se compadecerá de él, sino que purificarás la sangre inocente de Israel para que te vaya bien.

14 No quitarás el mojón de tu prójimo, que ellos han puesto desde hace tiempo, en tu herencia que heredarás, en la tierra que Yahvé vuestro Dios te da para que la poseas.

15 Un solo testigo no se levantará contra el hombre por cualquier iniquidad o por cualquier pecado que cometa. En boca de dos testigos, o en boca de tres testigos, se establecerá un asunto.

16 Si un testigo inicuo se levanta contra alguno para declarar contra él de iniquidad,

17 entonces ambos hombres, entre los cuales está la controversia, se presentarán ante Yahvé, ante los sacerdotes y los jueces que habrá en aquellos días;

18 y los jueces harán una inquisición diligente; y he aquí que si el testigo es un testigo falso, y ha declarado falsamente contra su hermano,

19 entonces harás con él lo que él había pensado hacer a su hermano. Así eliminaréis el mal de entre vosotros.

20 Los que queden oirán y temerán, y no volverán a cometer ese mal entre vosotros.

21 Tus ojos no tendrán piedad: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie.

Capítulo 20

1 Cuando salgas a la batalla contra tus enemigos, y veas caballos, carros y un pueblo más numeroso que tú, no los temerás, porque el Señor, tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, está contigo.

2 Cuando te acerques a la batalla, el sacerdote se acercará y hablará al pueblo,

3 y les dirá: «Escucha, Israel, hoy te acercas a la batalla contra tus enemigos. No dejes que tu corazón desfallezca. No temas, ni tiembles, ni te asustes de ellos;

4 porque Yahvé, tu Dios, es el que va contigo, para luchar por ti contra tus enemigos, para salvarte.»

5 Los oficiales hablarán al pueblo diciendo: «¿Qué hombre hay que haya construido una casa nueva y no la haya dedicado? Que vaya y vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla, y otro hombre la dedique.

6 ¿Qué hombre ha plantado una viña y no ha aprovechado sus frutos? Que se vaya y vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla, y otro hombre use su fruto.

7 ¿Qué hombre hay que haya prometido casarse con una mujer y no la haya tomado? Que vaya y vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla, y otro hombre la tome».

8 Los oficiales seguirán hablando con el pueblo, y dirán: «¿Qué hombre hay temeroso y pusilánime? Que se vaya y vuelva a su casa, no sea que el corazón de su hermano se derrita como su corazón.»

9 Cuando los oficiales hayan terminado de hablar al pueblo, nombrarán a los capitanes de los ejércitos al frente del pueblo.

10 Cuando os acerquéis a una ciudad para combatirla, proclamadle la paz.

11 Si os da respuesta de paz y os abre, todo el pueblo que se encuentre en ella se convertirá en trabajadores forzados para vosotros y os servirá.

12 Si no hace la paz contigo, sino que te hace la guerra, entonces la sitiarás.

13 Cuando el Señor, tu Dios, la entregue en tu mano, herirás a todo varón de ella a filo de espada;

14 pero las mujeres, los niños, el ganado y todo lo que haya en la ciudad, incluso todo su botín, lo tomarás como botín para ti. Podrás usar el botín de tus enemigos, que el Señor tu Dios te ha dado.

15 Así harás con todas las ciudades que están muy lejos de ti, que no son de las ciudades de estos pueblos.

16 Pero de las ciudades de estos pueblos que Yahvé vuestro Dios te da en herencia, no salvarás con vida a nada que respire;

17 sino que las destruirás por completo: al hitita, al amorreo, al cananeo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo, como Yahvé vuestro Dios te ha mandado;

18 para que no te enseñen a seguir todas sus abominaciones, que han hecho para sus dioses; así pecarías contra Yahvé vuestro Dios.

19 Cuando asedies una ciudad por largo tiempo, haciendo guerra contra ella para tomarla, no destruirás sus árboles blandiendo un hacha contra ellos, porque podrás comer de ellos. No los cortarás, porque ¿es hombre el árbol del campo, para que sea asediado por ti?

20 Sólo los árboles que sepas que no son árboles para comer, los destruirás y los cortarás. Construirás baluartes contra la ciudad que te haga la guerra, hasta que caiga.

Capítulo 21

1 Si alguien es encontrado muerto en la tierra que Yahvé vuestro Dios te da para poseer, tirado en el campo, y no se sabe quién lo ha herido,

2 entonces saldrán tus ancianos y tus jueces, y medirán a las ciudades que están alrededor del muerto.

3 Los ancianos de la ciudad más cercana al muerto tomarán una novilla del rebaño que no haya sido trabajada y que no haya sido arrastrada por el yugo.

4 Los ancianos de esa ciudad llevarán la novilla a un valle con aguas corrientes, que no esté arado ni sembrado, y le romperán el cuello allí en el valle.

5 Los sacerdotes hijos de Leví se acercarán, porque a ellos ha elegido Yahvé vuestro Dios para que le sirvan y bendigan en nombre de Yahvé; y según su palabra se decidirá toda controversia y todo asalto.

6 Todos los ancianos de la ciudad más cercana al muerto se lavarán las manos sobre la vaquilla cuyo cuello fue quebrado en el valle.

7 Responderán y dirán: «Nuestras manos no han derramado esta sangre, ni nuestros ojos la han visto.

8 Perdona, Yahvé, a tu pueblo Israel, al que has redimido, y no permitas la sangre inocente en tu pueblo Israel.» La sangre les será perdonada.

9 Así eliminaréis la sangre inocente de entre vosotros, cuando hagáis lo que es justo a los ojos de Yahvé.

10 Cuando salgas a luchar contra tus enemigos, y el Señor tu Dios los entregue en tus manos y los lleves cautivos,

11 y veas entre los cautivos a una mujer hermosa, y te atraiga y desees tomarla como esposa,

12 entonces la llevarás a tu casa. Ella se afeitará la cabeza y se cortará las uñas.

13 Se quitará la ropa de su cautiverio y se quedará en tu casa, y llorará a su padre y a su madre un mes entero. Después entrarás con ella y serás su esposo, y ella será tu esposa.

14 Si no te gusta, la dejarás ir a donde quiera, pero no la venderás por dinero. No la tratarás como a una esclava, porque la has humillado.

15 Si un hombre tiene dos esposas, una amada y otra odiada, y le han dado hijos, tanto la amada como la odiada, y si el hijo primogénito es de la odiada,

16 entonces será, el día que haga heredar a sus hijos lo que tiene, que no dará al hijo de la amada los derechos de primogénito antes que al hijo de la odiada, que es el primogénito;

17 sino que reconozca al primogénito, el hijo del odiado, dándole una doble porción de todo lo que tiene, porque él es el principio de su fuerza. El derecho del primogénito es suyo.

18 Si un hombre tiene un hijo testarudo y rebelde que no obedece la voz de su padre ni la de su madre, y aunque lo castiguen, no les hace caso,

19 entonces su padre y su madre lo agarrarán y lo llevarán a los ancianos de su ciudad y a la puerta de su lugar.

20 Dirán a los ancianos de su ciudad: «Este hijo nuestro es terco y rebelde. No quiere obedecer nuestra voz. Es un glotón y un borracho».

21 Todos los hombres de su ciudad lo apedrearán hasta que muera. Así eliminarán el mal de entre ustedes. Todo Israel escuchará y temerá.

22 Si un hombre ha cometido un pecado digno de muerte, y es condenado a muerte, y lo cuelgas en un madero,

23 su cuerpo no permanecerá toda la noche en el madero, sino que lo enterrarás el mismo día; porque el ahorcado es maldito por Dios. No contamines tu tierra que el Señor, tu Dios, te da en herencia.

Capítulo 22

1 No verás extraviado el buey o la oveja de tu hermano y te esconderás de ellos. Los llevarás de nuevo a tu hermano.

2 Si tu hermano no está cerca de ti, o si no lo conoces, lo llevarás a tu casa, y estará contigo hasta que tu hermano venga a buscarlo, y se lo devolverás.

3 Así harás con su asno. Así harás con su ropa. Así harás con toda cosa perdida de tu hermano, que él haya perdido y tú hayas encontrado. No podrás esconderte.

4 No verás el asno de tu hermano ni su buey caídos en el camino, y te esconderás de ellos. Le ayudarás a levantarlos de nuevo.

5 La mujer no se vestirá con ropa de hombre, ni el hombre se pondrá ropa de mujer; porque quien hace estas cosas es una abominación para Yahvé, tu Dios.

6 Si en el camino encuentras un nido de pájaros, en cualquier árbol o en el suelo, con crías o huevos, y la gallina está sentada sobre las crías o sobre los huevos, no te llevarás la gallina con las crías.

7 Dejarás ir a la gallina, pero podrás tomar las crías para ti, para que te vaya bien y prolongues tus días.

8 Cuando construyas una casa nueva, harás una barandilla alrededor de tu techo, para que no traigas sangre a tu casa si alguien se cae de allí.

9 No sembrarás tu viña con dos tipos de semilla, para que no se contamine todo el fruto, la semilla que has sembrado y el producto de la viña.

10 No ararás con un buey y un asno juntos.

11 No te pondrás ropa de lana y de lino tejidas juntas.

12 Os haréis flecos en las cuatro esquinas del manto con el que os cubrís.

13 Si un hombre toma a una mujer y se acerca a ella, la odia,

14 la acusa de cosas vergonzosas, le da mala fama y dice: «Tomé a esta mujer, y cuando me acerqué a ella, no encontré en ella las señales de virginidad»;

15 entonces el padre y la madre de la joven tomarán y llevarán las señales de virginidad de la joven a los ancianos de la ciudad en la puerta.

16 El padre de la joven dirá a los ancianos: "Yo le di mi hija a este hombre como esposa, y él la odia.

17 He aquí que él la ha acusado de cosas vergonzosas, diciendo: 'No he encontrado en tu hija las señales de la virginidad'; y sin embargo, éstas son las señales de la virginidad de mi hija." Extenderán el paño ante los ancianos de la ciudad.

18 Los ancianos de la ciudad tomarán al hombre y lo castigarán.

19 Le impondrán una multa de cien siclos de plata, y se la darán al padre de la joven, por haber dado mala fama a una virgen de Israel. Ella será su esposa. No podrá repudiarla en todos sus días.

20 Pero si esto es cierto, que las señales de virginidad no se encontraron en la joven,

21 entonces sacarán a la joven a la puerta de la casa de su padre, y los hombres de su ciudad la apedrearán hasta que muera, porque ha hecho una locura en Israel, al jugar a la prostitución en la casa de su padre. Así eliminaréis el mal de entre

vosotros.

22 Si se encuentra a un hombre acostado con una mujer casada con un marido, entonces ambos morirán, el hombre que se acostó con la mujer y la mujer. Así eliminarás el mal de Israel.

23 Si hay una joven virgen comprometida para casarse con un marido, y un hombre la encuentra en la ciudad y se acuesta con ella,

24 entonces los sacaréis a ambos a la puerta de esa ciudad, y los apedrearéis hasta que mueran; a la dama, por no haber llorado, estando en la ciudad; y al hombre, por haber humillado a la mujer de su prójimo. Así eliminaréis el mal de entre vosotros.

25 Pero si el hombre encuentra a la dama prometida en el campo, y el hombre la fuerza y se acuesta con ella, entonces sólo morirá el hombre que se acostó con ella;

26 pero a la dama no le haréis nada. No hay en la dama ningún pecado digno de muerte; pues como cuando un hombre se levanta contra su prójimo y lo mata, así es este asunto;

27 pues la encontró en el campo, la dama prometida para casarse lloró, y no hubo quien la salvara.

28 Si un hombre encuentra a una dama virgen, que no está comprometida para casarse, la agarra y se acuesta con ella, y son encontrados,

29 entonces el hombre que se acostó con ella dará al padre de la dama cincuenta siclos de plata. Ella será su esposa, porque la ha humillado. No podrá repudiarla en todos sus días.

30 El hombre no tomará la mujer de su padre, y no descubrirá la falda de su padre.

Capítulo 23

1 El castrado por aplastamiento o corte no entrará en la asamblea de Yahvé.

2 El nacido de una unión prohibida no entrará en la asamblea de Yahvé; hasta la décima generación nadie de él entrará en la asamblea de Yahvé.

3 El amonita o el moabita no entrarán en la asamblea de Yahvé; hasta la décima generación nadie de ellos entrará en la asamblea de Yahvé para siempre,

4 porque no te salieron al encuentro con pan y agua en el camino cuando saliste de Egipto, y porque contrataron contra ti a Balaam, hijo de Beor, de Pethor de Mesopotamia, para que te maldijera.

5 Sin embargo, Yahvé vuestro Dios no quiso escuchar a Balaam, sino que Yahvé vuestro Dios convirtió la maldición en una bendición para ti, porque Yahvé vuestro Dios te amaba.

6 No buscarás su paz ni su prosperidad en todos tus días.

7 No aborrecerás a un edomita, porque es tu hermano. No aborrecerás a un egipcio, porque viviste como extranjero en su tierra.

8 Los hijos de la tercera generación que nazcan de ellos podrán entrar en la asamblea de Yahvé.

9 Cuando salgáis a acampar contra vuestros enemigos, os guardaréis de toda cosa mala.

10 Si hay entre vosotros algún hombre que no esté limpio a causa de lo que le ocurra de noche, saldrá fuera del campamento. No entrará en el campamento;

11 sino que, cuando llegue la noche, se bañará en agua. Cuando se ponga el sol, entrará en el campamento.

12 Tendrás también un lugar fuera del campamento donde harás tus necesidades.

13 Tendrás una paleta entre tus armas. Cuando hagas tus necesidades, cavarás con ella, y volverás a cubrir tus excrementos;

14 porque el Señor, tu Dios, camina en medio de tu campamento, para librarte y entregar a tus enemigos delante de ti. Por eso tu campamento será santo, para que no vea en ti nada impuro y se aparte de ti.

15 No entregarás a su amo un siervo que se haya escapado de su amo hacia ti.

16 Él habitará con vosotros, en medio de vosotros, en el lugar que elija dentro de una de vuestras puertas, donde mejor le parezca. No lo oprimirás.

17 No habrá prostituta de las hijas de Israel, ni habrá sodomita de los hijos de Israel.

18 No traerás el alquiler de una prostituta, ni el salario de un prostituto, a la casa de Yahvé vuestro Dios por ningún voto; porque ambas cosas son una abominación para Yahvé vuestro Dios.

19 No prestarás a tu hermano con intereses: intereses de dinero, intereses de alimentos, intereses de cualquier cosa que se preste con intereses.

20 Podrás cobrarle intereses a un extranjero, pero no le cobrarás intereses a tu hermano, para que el Señor, tu Dios, te bendiga en todo lo que hagas en la tierra a la que entras a poseer.

21 Cuando hagas un voto a Yahvé, tu Dios, no te descuides en pagarlo, porque Yahvé, tu Dios, te lo exigirá con toda seguridad; y sería pecado en ti.

22 Pero si te abstienes de hacer un voto, no será pecado en ti.

23 Deberás cumplir y hacer lo que ha salido de tus labios. Todo lo que hayas prometido a Yahvé vuestro Dios como ofrenda voluntaria, lo que hayas prometido con tu boca, debes hacerlo.

24 Cuando entres en la viña de tu prójimo, podrás comer tu ración de uvas a tu antojo; pero no pondrás ninguna en tu recipiente.

25 Cuando entres en el grano en pie de tu prójimo, podrás arrancar las espigas con tu mano; pero no usarás la hoz en el grano en pie de tu prójimo.

Capítulo 24

1 Cuando un hombre toma una esposa y se casa con ella, si ella no encuentra favor a sus ojos porque ha encontrado alguna cosa indecorosa en ella, le escribirá un certificado de divorcio, se lo pondrá en la mano y la enviará fuera de su casa.

2 Cuando haya salido de su casa, podrá ir y ser la esposa de otro hombre.

3 Si este último marido la odia y le escribe un certificado de divorcio, se lo pone en la mano y la envía fuera de su casa; o si muere el último marido que la tomó por esposa;

4 su antiguo marido, que la envió, no podrá volver a tomarla por esposa después de que se haya contaminado, porque eso sería una abominación para Yahvé. No harás pecar a la tierra que Yahvé vuestro Dios te da en herencia.

5 Cuando un hombre tome una nueva esposa, no saldrá en el ejército, ni se le asignará ningún negocio. Estará libre en su casa durante un año, y alegrará a la mujer que ha tomado.

6 Ningún hombre tomará como prenda el molino o la muela superior, pues toma una vida en prenda.

7 Si un hombre es encontrado robando a alguno de sus hermanos de los hijos de Israel, y lo trata como esclavo o lo vende, ese ladrón morirá. Así eliminaréis el mal de entre vosotros.

8 Tened cuidado con la plaga de la lepra, que observéis con diligencia y hagáis conforme a todo lo que os enseñan los sacerdotes levitas. Como yo les ordené, así observarás hacer.

9 Acuérdate de lo que el Señor, tu Dios, hizo a Miriam, en el camino cuando saliste de Egipto.

10 Cuando prestes a tu prójimo cualquier clase de préstamo, no entrarás en su casa para recibir su prenda.

11 Te quedarás fuera, y el hombre al que le prestes te traerá la prenda fuera.

12 Si es un hombre pobre, no dormirás con su prenda.

13 Le devolverás la prenda cuando se ponga el sol, para que duerma con su ropa y te bendiga. Será para ti justicia ante el Señor, tu Dios.

14 No oprimirás al jornalero pobre y necesitado, ya sea uno de tus hermanos o uno de los extranjeros que están en tu tierra dentro de tus puertas.

15 En su día le darás su salario, ni se pondrá el sol sobre él, porque es pobre y pone su corazón en ello, no sea que clame contra ti a Yahvé, y te sea pecado.

16 Los padres no morirán por los hijos, ni los hijos morirán por los padres. Cada uno morirá por su propio pecado.

17 No privarás al extranjero ni al huérfano de la justicia, ni tomarás en prenda la ropa de una viuda;

18 sino que te acordarás de que fuiste esclavo en Egipto, y que el Señor, tu Dios, te redimió allí. Por eso te mando que hagas esto.

19 Cuando recojas tu cosecha en tu campo, y hayas olvidado una gavilla en el campo, no volverás a ir a buscarla. Será para el extranjero, para el huérfano y para la viuda, para que el Señor, tu Dios, te bendiga en todo el trabajo de tus manos.

20 Cuando golpees tu olivo, no volverás a pasar por las ramas. Será para el extranjero, para el huérfano y para la viuda.

21 Cuando cosechéis vuestra viña, no la espigaréis en pos de vosotros mismos. Será para el extranjero, para el huérfano y para la viuda.

22 Recordarás que fuiste esclavo en la tierra de Egipto. Por eso te ordeno que hagas esto.

Capítulo 25

1 Si hay un litigio entre hombres, y vienen a juicio y los jueces los juzgan, entonces justificarán al justo y condenarán al impío.

2 Si el impío es digno de ser azotado, el juez hará que se acueste y sea azotado delante de él, según su maldad, por número.

3 No podrá condenarlo a más de cuarenta azotes. No deberá dar más, no sea que si da más y lo golpea más que esa cantidad de azotes, entonces tu hermano será degradado ante tus ojos.

4 No pondrás bozal al buey cuando pise el grano.

5 Si los hermanos viven juntos, y uno de ellos muere y no tiene hijo, la mujer del muerto no se casará fuera con un extraño. El hermano de su marido se acercará a ella y la tomará como esposa, y cumplirá con ella el deber de hermano de marido.

6 El primogénito que ella dé a luz sucederá en el nombre de su hermano muerto, para que su nombre no sea borrado de Israel.

7 Si el hombre no quiere tomar a la mujer de su hermano, la mujer de su hermano subirá a la puerta a los ancianos y dirá: «El hermano de mi marido se niega a levantar a su hermano un nombre en Israel. No cumplirá conmigo el deber de hermano de marido».

8 Entonces los ancianos de su ciudad lo llamarán y hablarán con él. Si él se levanta y dice: «No quiero tomarla»,

9 entonces la mujer de su hermano se acercará a él en presencia de los ancianos, le quitará la sandalia del pie y le escupirá en la cara. Ella responderá y dirá: «Así se hará con el hombre que no edifique la casa de su hermano».

10 Su nombre se llamará en Israel: «La casa del que se quitó la sandalia».

11 Cuando los hombres se peleen entre sí, y la mujer de uno se acerque para librar a su marido de la mano del que lo golpea, y saque la mano y lo agarre por sus partes íntimas,

12 entonces le cortarás la mano. Tu ojo no tendrá piedad.

13 No tendrás en tu bolsa pesos diversos, uno pesado y otro ligero.

14 No tendrás en tu casa diversas medidas, una grande y otra pequeña.

15 Tendrás un peso perfecto y justo. Tendrás una medida perfecta y justa, para que tus días se alarguen en la tierra que el Señor tu Dios te da.

16 Porque todos los que hacen tales cosas, todos los que actúan injustamente, son una abominación para el Señor tu Dios.

17 Acuérdate de lo que te hizo Amalec en el camino cuando saliste de Egipto,

18 de cómo te salió al encuentro en el camino, e hirió a los últimos de vosotros, a todos los débiles que venían detrás, cuando estabas cansado y fatigado; y no temió a Dios.

19 Por lo tanto, cuando el Señor, tu Dios, te haya dado descanso de todos tus enemigos alrededor, en la tierra que el Señor, tu Dios, te da en herencia para que la poseas, borrarás la memoria de Amalec de debajo del cielo. No lo olvidarás.

Capítulo 26

1 Cuando entres en la tierra que Yahvé vuestro Dios te da en herencia, la poseas y habites en ella,

2 tomarás parte de los primeros frutos de la tierra que traigas de la tierra que Yahvé vuestro Dios te da. Lo pondrás en un cesto, e irás al lugar que Yahvé vuestro Dios elija para hacer habitar allí su nombre.

3 Te acercarás al sacerdote que estará en esos días y le dirás: «Hoy profeso a Yahvé vuestro Dios que he llegado a la tierra que Yahvé juró a nuestros padres que nos daría.»

4 El sacerdote tomará la canasta de tu mano y la depositará ante el altar de Yahvé vuestro Dios.

5 Responderás y dirás ante Yahvé vuestro Dios: «Mi padre era un sirio dispuesto a perecer. Descendió a Egipto y vivió allí, siendo pocos. Allí se convirtió en una nación grande, poderosa y populosa.

6 Los egipcios nos maltrataron, nos afligieron y nos impusieron trabajos forzados.

7 Entonces clamamos a Yahvé, el Dios de nuestros padres. Yahvé escuchó nuestra voz y vio nuestra aflicción, nuestro trabajo y nuestra opresión.

8 Yahvé nos sacó de Egipto con mano poderosa, con brazo extendido, con gran terror, con señales y con prodigios;

9 y nos ha traído a este lugar, y nos ha dado esta tierra, una tierra que fluye leche y miel.

10 Ahora, he aquí que he traído lo primero del fruto de la tierra, que tú, Yahvé, me has dado». Lo pondrás delante de Yahvé vuestro Dios, y adorarás ante Yahvé vuestro Dios.

11 Te alegrarás de todo el bien que Yahvé vuestro Dios te ha dado a ti y a tu casa, a ti, al levita y al extranjero que está entre vosotros.

12 Cuando hayas terminado de diezmar todo tu producto en el tercer año, que es el año del diezmo, se lo darás al levita, al extranjero, al huérfano y a la viuda, para que coman dentro de tus puertas y se sacien.

13 Dirás ante Yahvé vuestro Dios: «He sacado de mi casa las cosas sagradas, y también se las he dado al levita, al extranjero, al huérfano y a la viuda, según todo tu mandamiento que me has ordenado. No he transgredido ninguno de tus mandamientos, ni los he olvidado.

14 No he comido de él en mi luto, ni he quitado nada de él mientras estaba impuro, ni he dado de él para los muertos. He escuchado la voz de Yahvé, mi Dios. He hecho conforme a todo lo que me has ordenado.

15 Mira desde tu santa morada, desde el cielo, y bendice a tu pueblo Israel y la tierra que nos has dado, como lo juraste a nuestros padres, una tierra que fluye leche y miel.»

16 Hoy el Señor, tu Dios, te manda a cumplir estos estatutos y ordenanzas. Por lo tanto, los guardarás y los pondrás en práctica con todo tu corazón y con toda tu alma.

17 Hoy has declarado que Yahvé es tu Dios, y que quieres andar por sus caminos, guardar sus estatutos, sus mandamientos y sus ordenanzas, y escuchar su voz.

18 Yahvé ha declarado hoy que ustedes son un pueblo para su propiedad, como les ha prometido, y que deben guardar todos sus mandamientos.

19 Él te pondrá en alto sobre todas las naciones que ha hecho, en alabanza, en nombre y en honor, y para que seas un pueblo santo para Yahvé vuestro Dios, como él ha dicho.

Capítulo 27

1 Moisés y los ancianos de Israel ordenaron al pueblo diciendo: «Guarden todo el mandamiento que hoy les ordeno.

2 El día en que pases el Jordán a la tierra que Yahvé vuestro Dios te da, levantarás grandes piedras y las cubrirás con yeso.

3 En ellas escribirás todas las palabras de esta ley, cuando hayas pasado, para entrar en la tierra que Yahvé vuestro Dios te da, una tierra que fluye leche y miel, como Yahvé, el Dios de tus padres, te ha prometido.

4 Cuando hayas cruzado el Jordán, colocarás estas piedras que hoy te ordeno en el monte Ebal, y las cubrirás con yeso.

5 Allí construirás un altar a Yahvé, tu Dios, un altar de piedras. No usarás ninguna herramienta de hierro en ellas.

6 Construirás el altar del Señor, tu Dios, con piedras sin cortar. En él ofrecerás holocaustos al Señor, tu Dios.

7 Sacrificarás ofrendas de paz y comerás en él. Te alegrarás ante el Señor, tu Dios.

8 Escribirás en las piedras todas las palabras de esta ley con toda claridad.»

9 Moisés y los sacerdotes levitas hablaron a todo Israel diciendo: «¡Cállate y escucha, Israel! Hoy te has convertido en el pueblo de Yahvé, tu Dios.

10 Por lo tanto, obedecerás la voz de Yahvé, tu Dios, y pondrás en práctica sus mandamientos y sus estatutos, que yo te ordeno hoy.»

11 Ese mismo día Moisés ordenó al pueblo diciendo:

12 "Estos se pondrán en el monte Gerizim para bendecir al pueblo, cuando hayáis cruzado el Jordán: Simeón, Leví, Judá, Isacar, José y Benjamín.

13 Estos estarán en el monte Ebal para la maldición: Rubén, Gad, Aser, Zabulón, Dan y Neftalí.

14 Los levitas dirán en voz alta a todos los hombres de Israel:

15 'Maldito el hombre que hace una imagen grabada o fundida, abominación a Yahvé, obra de las manos del artesano, y la coloca en secreto.' Todo el pueblo responderá y dirá: «Amén».

16 'Maldito el que deshonra a su padre o a su madre'. Todo el pueblo dirá: «Amén».

17 'Maldito el que quita el mojón de su vecino'. Todo el pueblo dirá: «Amén».

18 «Maldito el que extravía a los ciegos en el camino». Todo el pueblo dirá: «Amén».

19 'Maldito el que niega la justicia al extranjero, al huérfano y a la viuda'. Todo el pueblo dirá: «Amén».

20 'Maldito el que se acuesta con la mujer de su padre, porque deshonra el lecho de su padre.' Todo el pueblo dirá: «Amén».

21 'Maldito sea el que se acueste con cualquier clase de animal'. Todo el pueblo dirá: «Amén».

22 'Maldito el que se acueste con su hermana, con la hija de su padre o con la hija de su madre'. Todo el pueblo dirá: «Amén».

23 'Maldito el que se acuesta con su suegra'. Todo el pueblo dirá: «Amén».

24 'Maldito el que mata en secreto a su prójimo'. Todo el pueblo dirá: «Amén».

25 'Maldito el que acepta un soborno para matar a un inocente'. Todo el pueblo dirá: «Amén».

26 'Maldito el que no cumpla las palabras de esta ley poniéndolas en práctica. Todo el pueblo dirá: «Amén»".

Capítulo 28

1 Si escuchas atentamente la voz del Señor, tu Dios, y cumples todos los mandamientos que hoy te ordeno, el Señor, tu Dios, te pondrá en alto sobre todas las naciones de la tierra.

2 Todas estas bendiciones vendrán sobre ti y te alcanzarán, si escuchas la voz de Yahvé vuestro Dios.

3 Serás bendecido en la ciudad, y serás bendecido en el campo.

4 Serás bendecido en el fruto de tu cuerpo, en el fruto de tu tierra, en el fruto de tus animales, en la cría de tu ganado y en las crías de tu rebaño.

5 Serán bendecidos tu cesto y tu artesa de amasar.

6 Serás bendecido cuando entres, y serás bendecido cuando salgas.

7 El Señor hará que tus enemigos que se levanten contra ti sean golpeados delante de ti. Saldrán contra ti por un camino, y huirán ante ti por siete caminos.

8 El Señor ordenará que te bendigan en tus graneros y en todo lo que hagas. Te bendecirá en la tierra que el Señor, tu Dios, te da.

9 El Señor te establecerá como pueblo santo para sí mismo, como te ha jurado, si guardas los mandamientos del Señor tu Dios y andas en sus caminos.

10 Todos los pueblos de la tierra verán que ustedes son llamados por el nombre de Yahvé, y tendrán miedo de ustedes.

11 Yahvé te concederá abundante prosperidad en el fruto de tu cuerpo, en el fruto de tu ganado y en el fruto de tu tierra, en la tierra que Yahvé juró a tus padres que te daría.

12 El Señor te abrirá su buen tesoro en el cielo, para dar la lluvia de tu tierra a su tiempo, y para bendecir toda la obra de tu mano. Prestarás a muchas naciones, y no pedirás prestado.

13 El Señor te hará ser la cabeza y no la cola. Sólo estarás arriba, y no estarás abajo, si escuchas los mandamientos de Yahvé vuestro Dios que hoy te ordeno, para que los cumplas y los pongas en práctica,

14 y no te apartes de ninguna de las palabras que hoy te ordeno, ni a la derecha ni a la izquierda, para ir en pos de otros dioses para servirles.

15 Pero si no escuchas la voz del Señor, tu Dios, para cumplir con todos sus mandamientos y sus estatutos que hoy te ordeno, todas estas maldiciones caerán sobre ti y te alcanzarán.

16 Serás maldecido en la ciudad, y serás maldecido en el campo.

17 Tu cesto y tu artesa serán malditos.

18 El fruto de tu cuerpo, el fruto de tu tierra, la cría de tu ganado y las crías de tu rebaño serán maldecidos.

19 Serás maldecido cuando entres, y serás maldecido cuando salgas.

20 El Señor enviará sobre ti maldición, confusión y reprensión en todo lo que hagas, hasta que seas destruido y perezcas rápidamente, a causa de la maldad de tus obras, con las que me has abandonado.

21 El Señor hará que la peste se adhiera a ti, hasta que te consuma de la tierra a la que entras para poseerla.

22 El Señor te atacará con tisis, con fiebre, con inflamación, con calor abrasador, con espada, con tizón y con moho. Te perseguirán hasta que perezcas.

23 El cielo que está sobre tu cabeza será de bronce, y la tierra que está debajo de ti será de hierro.

24 El Señor hará que la lluvia de tu tierra sea polvo y polvillo. Descenderá sobre ti desde el cielo, hasta que seas destruido.

25 El Señor hará que seas golpeado ante tus enemigos. Saldrás por un camino contra ellos, y huirás por siete caminos ante ellos. Serán arrojados de un lado a otro entre todos los reinos de la tierra.

26 Vuestros cadáveres serán el alimento de todas las aves del cielo y de los animales de la tierra, y no habrá nadie que los espante.

27 El Señor los golpeará con los forúnculos de Egipto, con los tumores, con el escorbuto y con la picazón, de los cuales no podrán curarse.

28 El Señor te golpeará con la locura, con la ceguera y con el asombro del corazón.

29 Andarás a tientas en el mediodía, como el ciego anda a tientas en la oscuridad, y no prosperarás en tus caminos. Sólo serás oprimido y robado siempre, y no habrá quien te salve.

30 Te desposarás con una mujer, y otro hombre se acostará con ella. Construirás una casa, y no habitarás en ella. Plantarás una viña, y no aprovecharás su fruto.

31 Tu buey será sacrificado ante tus ojos, y no comerás nada de él. Tu asno será arrebatado con violencia ante tu rostro, y no te será devuelto. Tus ovejas serán entregadas a tus enemigos, y no tendrás quien te salve.

32 Tus hijos y tus hijas serán entregados a otro pueblo. Tus ojos mirarán y fallarán con anhelo por ellos todo el día. No habrá poder en tu mano.

33 Una nación que no conoces comerá el fruto de tu tierra y todo tu trabajo. Sólo serás oprimido y aplastado siempre,

34 de modo que las vistas que veas con tus ojos te volverán loco.

35 El Señor te herirá en las rodillas y en las piernas con una úlcera de la que no podrás curarte, desde la planta del pie hasta la coronilla.

36 El Señor te llevará a ti, y a tu rey que pondrás sobre ti, a una nación que no has conocido, ni tú ni tus padres. Allí serviréis a otros dioses de madera y de piedra.

37 Se convertirán en un asombro, en un proverbio y en una palabra entre todos los pueblos a los que el Señor los lleve.

38 Llevarás mucha semilla al campo, y recogerás poca, porque la langosta la consumirá.

39 Plantarás viñas y las labrarás, pero no beberás del vino ni cosecharás, porque los gusanos se las comerán.

40 Tendrás olivos en todo tu territorio, pero no te ungirás con el aceite, porque tus aceitunas se caerán.

41 Engendrarás hijos e hijas, pero no serán tuyos, porque irán al cautiverio.

42 Las langostas consumirán todos tus árboles y el fruto de tu tierra.

43 El extranjero que está en medio de vosotros se elevará sobre vosotros cada vez más alto, y vosotros bajaréis cada vez más.

44 Él te prestará, y tú no le prestarás a él. Él será la cabeza, y tú serás la cola.

45 Todas estas maldiciones vendrán sobre ti, te perseguirán y te alcanzarán, hasta que seas destruido, porque no escuchaste la voz de Yahvé vuestro Dios, para guardar sus mandamientos y sus estatutos que te ordenó.

46 Serán para ti y para tu descendencia una señal y una maravilla para siempre.

47 Porque no serviste a Yahvé vuestro Dios con alegría y con gozo de corazón, por la abundancia de todas las cosas;

48 por eso servirás a tus enemigos que Yahvé envía contra ti, con hambre, con sed, con desnudez y con falta de todas las cosas. Pondrá un yugo de hierro sobre tu cuello hasta que te haya destruido.

49 Yahvé traerá contra ti una nación desde muy lejos, desde el extremo de la tierra, como vuela el águila: una nación cuya lengua no entenderás,

50 una nación de rostro feroz, que no respeta a los ancianos, ni muestra favor a los jóvenes.

51 Comerán el fruto de tu ganado y el fruto de tu tierra, hasta destruirte. Tampoco te dejarán el grano, el vino nuevo, el aceite, la cría de tu ganado, ni las crías de tu rebaño, hasta que te hagan perecer.

52 Te asediarán en todas tus puertas hasta que se derrumben tus muros altos y fortificados en los que confiabas en toda tu tierra. Te asediarán en todas tus puertas por toda tu tierra que el Señor tu Dios te ha dado.

53 Comerás el fruto de tu propio cuerpo, la carne de tus hijos y de tus hijas, que el Señor tu Dios te ha dado, en el asedio y en la angustia con que te angustiarán tus enemigos.

54 El hombre tierno entre vosotros, y muy delicado, su ojo será malo para con su hermano, para con la mujer que ama, y para con el resto de sus hijos que le quedan,

55 de modo que no dará a ninguno de ellos de la carne de sus hijos que comerá, porque no le queda nada, en el asedio y en la angustia con que os angustiarán vuestros enemigos en todas vuestras puertas.

56 La mujer tierna y delicada de entre vosotros, que no se atreve a poner la planta de su pie en el suelo por delicadeza y ternura, su ojo será malvado hacia el marido que ama, hacia su hijo, hacia su hija,

57 hacia su joven que sale de entre sus pies, y hacia sus hijos que da a luz; porque los comerá a escondidas por falta de todo en el asedio y en la angustia con que os angustiará vuestro enemigo en vuestras puertas.

58 Si no observas para hacer todas las palabras de esta ley que están escritas en este libro, para que temas este nombre glorioso y temible, YAHWEH tu Dios,

59 entonces Yahvé hará que tus plagas y las plagas de tu descendencia sean temibles, incluso grandes plagas, y de larga duración, y enfermedades graves, y de larga duración.

60 Hará que vuelvan a caer sobre ti todas las enfermedades de Egipto, de las que tenías miedo; y se aferrarán a ti.

61 También todas las enfermedades y todas las plagas que no están escritas en el libro de esta ley, Yahvé las traerá sobre vosotros hasta que seáis destruidos.

62 Quedaréis pocos en número, aunque erais como las estrellas del cielo por la multitud, porque no escuchasteis la voz de Yahvé vuestro Dios.

63 Sucederá que así como Yahvé se alegró de ti para hacerte bien y multiplicarte, así Yahvé se alegrará de ti para hacerte perecer y destruirte. Seréis arrancados de la tierra que vais a poseer.

64 El Señor os dispersará entre todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo de la tierra. Allí serviréis a otros dioses que no conocisteis, ni vosotros ni vuestros padres, a la madera y a la piedra.

65 Entre esas naciones no encontrarás descanso, ni habrá reposo para la planta de tu pie; sino que el Señor te dará allí un corazón tembloroso, ojos cansados y alma triste.

66 Tu vida colgará en la duda ante ti. Tendrás miedo de noche y de día, y no tendrás seguridad de tu vida.

67 Por la mañana dirás: «¡Ojalá fuera la tarde!» y al atardecer dirás: «¡Ojalá fuera la mañana!» por el miedo de tu corazón que temerás, y por las vistas que verán tus ojos.

68 El Señor os llevará de nuevo a Egipto con barcos, por el camino que os dije que no volveríais a ver. Allí os ofreceréis a vuestros enemigos como esclavos y esclavas, y nadie os comprará.

Capítulo 29

1 Estas son las palabras de la alianza que Yahvé ordenó a Moisés que hiciera con los hijos de Israel en la tierra de Moab, además de la alianza que hizo con ellos en Horeb.

2 Moisés llamó a todo Israel y les dijo Vuestros ojos han visto todo lo que Yahvé hizo en la tierra de Egipto a Faraón, y a todos sus siervos, y a toda su tierra;

3 las grandes pruebas que vieron vuestros ojos, las señales y esos grandes prodigios.

4 Pero Yahvé no os ha dado hasta hoy corazón para conocer, ojos para ver y oídos para oír.

5 Te he conducido cuarenta años por el desierto. Tus ropas no se han envejecido en ti, y tus sandalias no se han envejecido en tus pies.

6 No has comido pan, ni has bebido vino o bebida fuerte, para que sepas que yo soy Yahvé, tu Dios.

7 Cuando llegaste a este lugar, Sijón, rey de Hesbón, y Og, rey de Basán, salieron a combatir contra nosotros, y los derrotamos.

8 Tomamos su tierra y la dimos en herencia a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de los manasitas.

9 Guardad, pues, las palabras de este pacto y ponedlas por obra, para que prosperéis en todo lo que hagáis.

10 Todos ustedes están hoy en presencia del Señor, su Dios: vuestros jefes, vuestras tribus, vuestros ancianos y vuestros oficiales, todos los hombres de Israel,

11 vuestros pequeños, vuestras mujeres y los extranjeros que están en medio de vuestros campamentos, desde el que corta vuestra leña hasta el que saca vuestra agua,

12 para que entréis en la alianza de Yahvé vuestro Dios y en su juramento, que Yahvé vuestro Dios hace hoy con vosotros,

13 para que os establezca hoy como su pueblo, y para que sea vuestro Dios, como os habló y como juró a vuestros padres, a Abraham, a Isaac y a Jacob.

14 No hago este pacto y este juramento sólo con vosotros,

15 sino con los que están hoy aquí con nosotros ante Yahvé, nuestro Dios, y también con los que no están hoy aquí con nosotros

16 (porque vosotros sabéis cómo vivíamos en la tierra de Egipto, y cómo pasamos por en medio de las naciones por las que pasasteis;

17 y habéis visto sus abominaciones y sus ídolos de madera, piedra, plata y oro, que había entre ellos);

18 no sea que haya entre vosotros un hombre, una mujer, una familia o una tribu cuyo corazón se aparte hoy de Yahvé nuestro Dios para ir a servir a los dioses de esas naciones; no sea que haya entre vosotros una raíz que produzca un veneno amargo;

19 y suceda que cuando oiga las palabras de esta maldición, se bendiga en su corazón diciendo: «Tendré paz, aunque ande en la terquedad de mi corazón», para destruir lo húmedo con lo seco.

20 Yahvé no lo perdonará, sino que la ira de Yahvé y sus celos humearán contra ese hombre, y caerá sobre él toda la maldición que está escrita en este libro, y Yahvé borrará su nombre de debajo del cielo.

21 Yahvé lo apartará para el mal de entre todas las tribus de Israel, según todas las maldiciones del pacto escritas en este libro de la ley.

22 La generación venidera — tus hijos que se levantarán después de ti, y el extranjero que vendrá de una tierra lejana — dirá, cuando vea las plagas de esa tierra y las enfermedades con que Yahvé la ha enfermado

23 que toda su tierra es azufre, sal y ardor, que no se siembra, no produce, ni crece en ella hierba alguna, como el derrocamiento de Sodoma, Gomorra, Adma y Zeboiim, que Yahvé derrocó en su ira y en su furor.

24 Incluso todas las naciones dirán: «¿Por qué el Señor ha hecho esto a esta tierra? ¿Qué significa el calor de esta gran ira?»

25 Entonces los hombres dirán: «Porque abandonaron la alianza de Yahvé, el Dios de sus padres, que hizo con ellos cuando los sacó de la tierra de Egipto,

26 y fueron a servir a otros dioses y los adoraron, dioses que no conocían y que él no les había dado.

27 Por lo tanto, la ira del Señor se encendió contra esta tierra, para traer sobre ella todas las maldiciones que están escritas en este libro.

28 Yahvé los desarraigó de su tierra con ira, con enojo y con gran indignación, y los arrojó a otra tierra, como sucede hoy.»

29 Las cosas secretas pertenecen a Yahvé, nuestro Dios; pero las cosas reveladas nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley.

Capítulo 30

1 Ocurrirá que, cuando hayan caído sobre ti todas estas cosas, la bendición y la maldición, que he puesto delante de ti, y las recuerdes entre todas las naciones a las que Yahvé vuestro Dios te ha expulsado,

2 y vuelvas a Yahvé vuestro Dios y obedezcas su voz según todo lo que hoy te ordeno, tú y tus hijos, con todo tu corazón y con toda tu alma,

3 que entonces Yahvé vuestro Dios te liberará del cautiverio, tendrá compasión de ti, y volverá y te reunirá de todos los pueblos donde Yahvé vuestro Dios te ha dispersado.

4 Si tus desterrados están en los confines de los cielos, de allí te reunirá Yahvé vuestro Dios, y de allí te hará volver.

5 El Señor, tu Dios, te llevará a la tierra que poseyeron tus padres, y la poseerás. Te hará un bien y aumentará tu número más que el de tus padres.

6 El Señor, tu Dios, circuncidará tu corazón y el de tu descendencia, para que ames al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, para que vivas.

7 Yahvé vuestro Dios pondrá todas estas maldiciones sobre tus enemigos y sobre los que te odian, que te persiguen.

8 Volverás y obedecerás la voz de Yahvé, y pondrás en práctica todos sus mandatos que hoy te ordeno.

9 Yahvé vuestro Dios te hará prosperar en toda la obra de tu mano, en el fruto de tu cuerpo, en el fruto de tu ganado y en el fruto de tu tierra, para bien; porque Yahvé volverá a alegrarse de ti para bien, como se alegró de tus padres,

10 si obedeces la voz de Yahvé vuestro Dios, para guardar sus mandamientos y sus estatutos que están escritos en este libro de la ley, si te vuelves a Yahvé vuestro Dios con todo tu corazón y con toda tu alma.

11 Porque este mandamiento que hoy os ordeno no es demasiado duro para vosotros ni demasiado lejano.

12 No está en el cielo, para que digáis: «¿Quién subirá por nosotros al cielo, nos lo traerá y nos lo proclamará para que lo cumplamos?»

13 Tampoco está más allá del mar, para que digáis: «¿Quién irá por nosotros al mar, nos lo traerá y nos lo anunciará para que lo hagamos?»

14 Pero la palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.

15 He aquí que hoy he puesto ante vosotros la vida y la prosperidad, y la muerte y el mal.

16 Porque hoy te ordeno que ames a Yahvé, tu Dios, que sigas sus caminos y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus ordenanzas, para que vivas y te multipliques, y para que Yahvé, tu Dios, te bendiga en la tierra a la que entras a poseer.

17 Pero si vuestro corazón se aparta y no queréis escuchar, sino que os dejáis arrastrar y adoráis a otros dioses y les servís,

18 Yo os declaro hoy que pereceréis. No prolongaréis vuestros días en la tierra
donde paséis el Jordán para entrar a poseerla.

19 Llamo a los cielos y a la tierra para que sean testigos hoy de que he puesto ante
ustedes la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Elige, pues, la vida, para
que vivas tú y tu descendencia,

20 para amar a Yahvé vuestro Dios, para obedecer su voz y para aferrarte a él;
porque él es tu vida y la duración de tus días, para que habites en la tierra que
Yahvé juró a tus padres, a Abraham, a Isaac y a Jacob, que les daría.

Capítulo 31

1 Moisés fue y dijo estas palabras a todo Israel.

2 Les dijo: "Hoy tengo ciento veinte años. Ya no puedo salir ni entrar. Yahvé me ha
dicho: 'No pasarás este Jordán'.

3 El propio Señor, tu Dios, pasará delante de ti. Destruirá a estas naciones delante
de ti, y tú las desposeerás. Josué pasará delante de ti, como ha dicho el Señor.

4 El Señor hará con ellos lo que hizo con Sijón y con Og, los reyes de los amo-
rreos, y con su tierra, cuando los destruyó.

5 El Señor los entregará delante de ti, y tú harás con ellos todo lo que te he
mandado.

6 Sé fuerte y valiente. No les tengas miedo ni temor, porque el mismo Yahvé, tu
Dios, es quien va contigo. Él no te fallará ni te abandonará".

7 Moisés llamó a Josué y le dijo a la vista de todo Israel: «Esfuérzate y sé valiente,
porque irás con este pueblo a la tierra que Yahvé ha jurado a sus padres que les da-
ría, y la harás heredar.

8 El mismo Yahvé es quien va delante de ustedes. Él estará con ustedes. No te fa-
llará ni te abandonará. No tengas miedo. No te desanimes».

9 Moisés escribió esta ley y la entregó a los sacerdotes hijos de Leví, que llevaban el arca de la alianza de Yahvé, y a todos los ancianos de Israel.

10 Moisés les ordenó diciendo: «Al final de cada siete años, en el tiempo establecido del año de la liberación, en la fiesta de las cabañas,

11 cuando todo Israel haya venido a presentarse ante Yahvé vuestro Dios en el lugar que él elija, leerás esta ley ante todo Israel en su audiencia.

12 Reúne al pueblo, a los hombres, a las mujeres y a los niños, y a los extranjeros que estén dentro de tus puertas, para que oigan, aprendan, teman a Yahvé vuestro Dios y observen para cumplir todas las palabras de esta ley,

13 y para que sus hijos, que no han sabido, oigan y aprendan a temer a Yahvé vuestro Dios, mientras vivas en la tierra donde pasas el Jordán para poseerla.»

14 Yahvé dijo a Moisés: «He aquí que se acercan tus días en que debes morir. Llama a Josué y preséntense en la Tienda del Encuentro, para que yo lo comisione». Moisés y Josué fueron y se presentaron en la Tienda del Encuentro.

15 Yahvé apareció en la Tienda en una columna de nube, y la columna de nube se puso sobre la puerta de la Tienda.

16 Yahvé dijo a Moisés: "He aquí que tú dormirás con tus padres. Este pueblo se levantará y se prostituirá en pos de los dioses extraños de la tierra a la que va para estar en medio de ellos, y me abandonará y romperá mi pacto que he hecho con ellos.

17 Entonces mi ira se encenderá contra ellos en aquel día, y los abandonaré, y esconderé mi rostro de ellos, y serán devorados, y les sobrevendrán muchos males y angustias; de modo que dirán en aquel día: «¿No nos han sobrevenido estos males porque nuestro Dios no está en medio de nosotros?»

18 Ciertamente esconderé mi rostro en aquel día por todo el mal que han hecho, por haberse convertido a otros dioses.

19 «Ahora, pues, escribid este cántico para vosotros y enseñadlo a los hijos de Israel. Ponedlo en sus bocas, para que este cántico sea testigo a mi favor contra los hijos de Israel.

20 Porque cuando los haya introducido en la tierra que juré a sus padres, que fluye leche y miel, y hayan comido y se hayan saciado y engordado, entonces se volverán a otros dioses y los servirán, y me despreciarán y romperán mi pacto.

21 Sucederá que, cuando les hayan sobrevenido muchos males y angustias, este cántico dará testimonio ante ellos, pues no se olvidará de la boca de sus descendientes; porque yo conozco sus caminos y lo que hacen hoy, antes de introducirlos en la tierra que les prometí.»

22 Ese mismo día Moisés escribió este cántico y lo enseñó a los hijos de Israel.

23 Mandó a Josué, hijo de Nun, y le dijo: «Sé fuerte y valiente, porque llevarás a los hijos de Israel a la tierra que les juré. Yo estaré contigo».

24 Cuando Moisés terminó de escribir las palabras de esta ley en un libro, hasta terminarlas,

25 Moisés ordenó a los levitas que llevaban el arca de la alianza de Yahvé, diciendo:

26 «Tomen este libro de la ley y pónganlo al lado del arca de la alianza de Yahvé su Dios, para que esté allí como testigo contra ustedes.

27 Porque yo conozco tu rebeldía y tu rigidez de cerviz. He aquí que, mientras yo vivo con vosotros, os habéis rebelado contra Yahvé. ¿Cuánto más después de mi muerte?

28 Reúnanme a todos los ancianos de sus tribus y a sus oficiales, para que les diga estas palabras en sus oídos, y llame al cielo y a la tierra como testigos contra ellos.

29 Porque sé que después de mi muerte os corromperéis por completo y os apartaréis del camino que os he mandado; y os sucederá el mal en los últimos días, porque haréis lo que es malo a los ojos de Yahvé, para provocarlo a la ira con la obra de vuestras manos.»

30 Moisés pronunció en los oídos de toda la asamblea de Israel las palabras de este
cántico, hasta que las terminó.

Capítulo 32

1 Escuchad, cielos, y yo hablaré.
Que la tierra escuche las palabras de mi boca.

2 Mi doctrina caerá como la lluvia.
Mi discurso se condensará como el rocío,
como la lluvia brumosa sobre la hierba tierna,
como las duchas sobre la hierba.

3 Porque proclamaré el nombre de Yahvé.
¡Atribuye la grandeza a nuestro Dios!

4 La Roca: su trabajo es perfecto,
porque todos sus caminos son justos.
Un Dios de fidelidad que no se equivoca,
justo y correcto es él.

5 Han hecho un trato corrupto con él.
No son sus hijos, por su defecto.
Son una generación perversa y torcida.

6 ¿Es esta la forma en que pagas a Yahvé,
¿Gente tonta e imprudente?
¿No es tu padre quien te ha comprado?
Él te ha hecho y te ha establecido.

7 Recuerda los días de antaño.
Considera los años de muchas generaciones.
Pregúntale a tu padre, y él te lo mostrará;
a tus mayores, y ellos te lo dirán.

8 Cuando el Altísimo dio a las naciones su herencia,
cuando separó a los hijos de los hombres,
fijó los límites de los pueblos
según el número de los hijos de Israel.

9 Porque la porción de Yahvé es su pueblo.
Jacob es el lote de su herencia.

10 Lo encontró en una tierra desierta,
en el desierto de los aullidos.
Lo rodeó.
Se preocupó por él.
Lo mantuvo como la niña de sus ojos.

11 Como un águila que agita su nido,
que revolotea sobre sus crías,
extendió sus alas,
los tomó,
los llevaba en sus plumas.

12 Sólo Yahvé lo guió.
No había ningún dios extranjero con él.

13 Lo hizo cabalgar sobre las alturas de la tierra.
Se comió la cosecha del campo.
Le hizo chupar la miel de la roca,
aceite de la roca pedernal;

14 la mantequilla del rebaño, y la leche del rebaño,
con grasa de cordero,
carneros de la raza de Basán, y cabras,
con el más fino de los trigos.
De la sangre de la uva, bebisteis vino.

15 Pero Jeshurun engordó y pataleó.
Has engordado.
Has crecido en grosor.
Te has vuelto elegante.
Entonces abandonó a Dios que lo hizo,
y rechazó la Roca de su salvación.

16 Le provocaron celos con dioses extraños.
Lo provocaron a la ira con abominaciones.

17 Sacrificaban a los demonios, no a Dios,
a dioses que no conocían,
a los nuevos dioses que surgieron recientemente,
que sus padres no temían.

18 De la Roca que se convirtió en tu padre, no te acuerdas,
y has olvidado a Dios que te dio a luz.

19 Yahvé vio y abominó,
a causa de la provocación de sus hijos e hijas.

20 Dijo: "Les ocultaré mi rostro.
Veré cuál será su final;
porque son una generación muy perversa,
hijos en los que no hay fidelidad.

21 Me han movido a celos con lo que no es Dios.
Me han provocado la ira con sus vanidades.
Los moveré a celos con los que no son un pueblo.
Los provocaré a la ira con una nación insensata.

22 Porque un fuego se enciende en mi ira,
que arde hasta el más bajo Sheol,
devora la tierra con su aumento,
y hace arder los cimientos de las montañas.

23 “Les amontonaré males.
Gastaré mis flechas en ellos.

24 Se consumirán de hambre,
y devorado con calor ardiente
y amarga destrucción.
Enviaré los dientes de los animales sobre ellos,
con el veneno de las víboras que se deslizan en el polvo.

25 Fuera de la espada se desgarrará,
y en las habitaciones,
el terror tanto en el joven como en la virgen,
el bebé lactante con el hombre canoso.

26 Dije que los dispersaría a lo lejos.
Yo haría que su memoria cesara entre los hombres;

27 si no temiera la provocación del enemigo,
para que sus adversarios no juzguen mal,
para que no digan: «Nuestra mano es exaltada»;
Yahvé no ha hecho todo esto”'.

28 Porque son una nación vacía de consejo.
No hay comprensión en ellos.

29 Oh, que fueran sabios, que entendieran esto,
¡que consideren su último fin!

30 Cómo podría uno perseguir a mil,
y dos pusieron en fuga a diez mil,
a menos que su Roca los haya vendido,
y Yahvé los había entregado?

31 Porque su roca no es como la nuestra,
incluso nuestros enemigos lo reconocen.

32 Porque su vid es de la vid de Sodoma,
de los campos de Gomorra.
Sus uvas son uvas venenosas.
Sus racimos son amargos.

33 Su vino es el veneno de las serpientes,
el cruel veneno de los áspides.

34 «¿No está esto guardado en la tienda conmigo,
¿encerrado entre mis tesoros?

35 Mía es la venganza y la recompensa,
en el momento en que su pie se desliza,
porque se acerca el día de su calamidad.
Su perdición se precipita sobre ellos».

36 Porque Yahvé juzgará a su pueblo,
y tenga compasión de sus siervos,
cuando vea que su poder ha desaparecido,
que no queda nadie, encerrado o suelto.

37 Él dirá: "¿Dónde están sus dioses?
la roca en la que se refugiaron,

38 que comían la grasa de sus sacrificios,
y bebieron el vino de su libación?
¡Que se levanten y te ayuden!
Deja que sean tu protección.

39 «Mira ahora que yo mismo soy él.
No hay ningún dios conmigo.
Yo mato y hago vivir.
Hiero y curo.
No hay nadie que pueda liberar de mi mano.

40 Porque alzo mi mano al cielo y declaro,
ya que vivo para siempre,

41 si afilo mi reluciente espada,
mi mano la agarra para juzgarla;
Me vengaré de mis adversarios,
y pagará a los que me odian.

42 Embriagaré mis flechas con sangre.
Mi espada devorará la carne con la sangre de los muertos y de los cautivos,
de la cabeza de los líderes del enemigo».

43 Alegraos, naciones, con su pueblo,
porque vengará la sangre de sus siervos.
Se vengará de sus adversarios,
y expiará su tierra y su pueblo.

44 Moisés vino y pronunció todas las palabras de este cántico a oídos del pueblo, él y Josué hijo de Nun.

45 Moisés terminó de recitar todas estas palabras a todo Israel.

46 Les dijo: «Pongan su corazón en todas las palabras que yo les testifico hoy, las cuales mandarán a sus hijos a cumplir, todas las palabras de esta ley.

47 Porque no es cosa vana para vosotros, porque es vuestra vida, y por medio de esto prolongaréis vuestros días en la tierra, donde pasáis el Jordán para poseerla.»

48 Yahvé habló a Moisés aquel mismo día, diciendo:

49 «Sube a este monte de Abarim, al monte Nebo, que está en la tierra de Moab, que está al otro lado de Jericó; y mira la tierra de Canaán, que yo doy a los hijos de Israel en posesión.

50 Muere en el monte al que subas, y sé reunido con tu pueblo, como murió Aarón, tu hermano, en el monte Hor, y fue reunido con su pueblo;

51 porque delinquiste contra mí entre los hijos de Israel en las aguas de Meribá de
Cades, en el desierto de Zin; porque no defendiste mi santidad entre los hijos de
Israel.

52 Porque veréis la tierra desde lejos; pero no entraréis allí en la tierra que yo doy a
los hijos de Israel.»

Capítulo 33

1 Esta es la bendición con la que Moisés, el hombre de Dios, bendijo a los hijos de
Israel antes de su muerte.

2 Dijo,
"Yahvé vino desde el Sinaí,
y se levantó de Seir hacia ellos.
Brilló desde el monte Parán.
Él vino de los diez mil santos.
A su derecha había una ley de fuego para ellos.

3 Sí, ama al pueblo.
Todos sus santos están en tu mano.
Se sentaron a sus pies.
Cada uno recibe sus palabras.

4 Moisés nos ordenó una ley,
una herencia para la asamblea de Jacob.

5 Fue rey en Jeshurun,
cuando los jefes del pueblo estaban reunidos,
todas las tribus de Israel juntas.

6 «Que Rubén viva y no muera;
Ni que sus hombres sean pocos».

7 Esto es para Judá. Él dijo,
«Escucha, Yahvé, la voz de Judá.
Llévalo a su pueblo.
Con sus manos contendió por sí mismo.
Serás una ayuda contra sus adversarios».

8 Sobre Leví dijo,
"Tu Thummim y tu Urim están con tu divino,
que probó en Massah,
con el que te enfrentaste en las aguas de Meribah.

9 Dijo de su padre y de su madre: «No lo he visto».
No reconoció a sus hermanos,
ni conocía a sus propios hijos;
porque han observado tu palabra,
y mantener tu pacto.

10 Ellos enseñarán a Jacob tus ordenanzas,
e Israel su ley.
Pondrán incienso ante ti,
y el holocausto completo en tu altar.

11 Yahvé, bendice sus habilidades.
Acepta el trabajo de sus manos.
Golpea las caderas de los que se levantan contra él,
de los que le odian, para que no vuelvan a levantarse".

12 Sobre Benjamín dijo,
«El amado de Yahvé habitará en seguridad junto a él.
Lo cubre todo el día.
Habita entre sus hombros».

13 Sobre José dijo,
«Su tierra está bendecida por Yahvé,
por las cosas preciosas de los cielos, por el rocío,

por lo profundo que se encuentra debajo,

14 por las cosas preciosas de los frutos del sol,
por las cosas preciosas que puede dar la luna,

15 para las mejores cosas de las antiguas montañas,
por las cosas preciosas de las colinas eternas,

16 por las cosas preciosas de la tierra y su plenitud,
la buena voluntad del que vivía en el monte.
Que esto venga en la cabeza de José,
en la corona de la cabeza del que fue separado de sus hermanos.

17 La majestad pertenece al primogénito de su rebaño.
Sus cuernos son los cuernos del buey salvaje.
Con ellos empujará a todos los pueblos hasta los confines de la tierra.
Son los diez mil de Efraín.
Son los miles de Manasés».

18 Sobre Zebulón dijo,
«Alégrate, Zabulón, en tu salida;
e Isacar, en sus tiendas.

19 Llamarán a los pueblos a la montaña.
Allí ofrecerán sacrificios de justicia,
porque sacarán la abundancia de los mares,
los tesoros ocultos de la arena».

20 Sobre Gad dijo,
«El que agranda a Gad es bendecido.
Habita como una leona,
y desgarra el brazo y la coronilla.

21 La primera parte la proporcionó él mismo,
porque la porción del legislador estaba reservada para él.
Vino con los jefes del pueblo.

Ejecutó la justicia de Yahvé,
Sus ordenanzas con Israel».

22 Sobre Dan dijo,
«Dan es un cachorro de león
que salta de Basán».

23 Sobre Neftalí dijo,
«Neftalí, satisfecho con el favor,
llena de la bendición de Yahvé,
Poseer el oeste y el sur».

24 Sobre Asher dijo,
"Asher ha sido bendecido con hijos.
Que sea aceptable para sus hermanos.
Que moje el pie en aceite.

25 Sus barras serán de hierro y bronce.
Como tus días, así será tu fuerza.

26 "No hay nadie como Dios, Jeshurun,
que cabalga por los cielos en busca de su ayuda,
en su excelencia en los cielos.

27 El Dios eterno es tu morada.
Debajo están los brazos eternos.
Expulsó al enemigo de delante de ti,
y dijo: «¡Destruye!

28 Israel vive en seguridad,
la fuente de Jacob solo,
En una tierra de grano y vino nuevo.
Sí, sus cielos dejan caer el rocío.

29 ¡Eres feliz, Israel!
Que es como tú, un pueblo salvado por Yahvé,
el escudo de su ayuda,
¿la espada de su excelencia?
Tus enemigos se someterán a ti.
Pisarás sus lugares altos».

Capítulo 34

1 Moisés subió desde las llanuras de Moab hasta el monte Nebo, a la cima del Pisga, que está frente a Jericó. Yahvé le mostró toda la tierra de Galaad hasta Dan,

2 y todo Neftalí, y la tierra de Efraín y Manasés, y toda la tierra de Judá, hasta el Mar Occidental,

3 y el sur, y la llanura del valle de Jericó la ciudad de las palmeras, hasta Zoar.

4 Yahvé le dijo: "Esta es la tierra que juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: 'La daré a tu descendencia'. He hecho que la veas con tus ojos, pero no pasarás por allí".

5 Así murió Moisés, siervo del Señor, en la tierra de Moab, según la palabra del Señor.

6 Lo enterró en el valle de la tierra de Moab, frente a Bet Peor, pero nadie sabe dónde está su tumba hasta el día de hoy.

7 Moisés tenía ciento veinte años cuando murió. Su ojo no se oscureció, ni su fuerza se agotó.

8 Los hijos de Israel lloraron a Moisés en las llanuras de Moab durante treinta días, hasta que terminaron los días de llanto por Moisés.

9 Josué, hijo de Nun, estaba lleno de espíritu de sabiduría, porque Moisés había puesto sus manos sobre él. Los hijos de Israel lo escucharon e hicieron lo que Yahvé le había ordenado a Moisés.

10 Desde entonces no ha surgido en Israel un profeta como Moisés, a quien Yahvé
conoció cara a cara,

11 en todas las señales y los prodigios que Yahvé le envió a hacer en la tierra de
Egipto, al faraón y a todos sus siervos, y a toda su tierra,

12 y en toda la mano poderosa, y en todos los hechos asombrosos, que Moisés
hizo a la vista de todo Israel.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

JOSUÉ

Capítulo 1

1 Después de la muerte de Moisés, siervo de Yahvé, Yahvé habló a Josué hijo de Nun, servidor de Moisés, diciendo:

2 "Moisés, mi siervo, ha muerto. Ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, hacia la tierra que yo les doy a los hijos de Israel.

3 Os he dado, tal como dije a Moisés, todo lugar que pise la planta de vuestro pie.

4 Desde el desierto y el Líbano hasta el gran río Éufrates, toda la tierra de los hititas hasta el gran mar donde se pone el sol, será vuestro territorio.

5 Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida. Como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré ni te desampararé.

6 "Esfuérzate y sé valiente, porque tú repartirás a este pueblo como heredad la tierra de la cual juré a sus padres que se la daría a ellos.

7 Solo esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de obrar conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a la derecha ni a la izquierda, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas.

8 Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien.

9 ¿No te lo he mandado yo? Esfuérzate y sé valiente; no temas ni desmayes, porque Yahvé, tu Dios, estará contigo en dondequiera que vayas".

10 Entonces Josué mandó a los oficiales del pueblo, diciendo:

11 «Pasad por medio del campamento y dad órdenes al pueblo, diciendo: «Preparad víveres, porque dentro de tres días pasaréis este Jordán para entrar a poseer la tierra que Yahvé vuestro Dios os da en posesión»».

12 También habló Josué a los rubenitas y gaditas y a la media tribu de Manasés, diciendo:

13 "Acordaos de la palabra que Moisés, siervo de Yahvé, os mandó diciendo: «Yahvé vuestro Dios os ha dado reposo, y os ha dado esta tierra».

14 Vuestras mujeres, vuestros niños y vuestros ganados quedarán en la tierra que Moisés os dio a este lado del Jordán; mas vosotros, todos los valientes y fuertes, pasaréis armados delante de vuestros hermanos, y les ayudaréis,

15 hasta tanto que Yahvé haya dado reposo a vuestros hermanos, como a vosotros, y ellos también posean la tierra que Yahvé vuestro Dios les da; después volveréis vosotros a la tierra de vuestra herencia, la cual Moisés siervo de Yahvé os ha dado a este lado del Jordán, hacia donde nace el sol, y entraréis en posesión de ella".

16 Entonces respondieron a Josué, diciendo: «Nosotros haremos todas las cosas que nos has mandado, e iremos adondequiera que nos envíes.

17 De la manera que obedecimos a Moisés en todas las cosas, así te obedeceremos a ti; solamente que Yahvé tu Dios esté contigo, como estuvo con Moisés.

18 Cualquiera que fuere rebelde a tu mandamiento, y no obedeciere a tus palabras en todas las cosas que le mandes, que muera; solamente esfuérzate y sé valiente».

Capítulo 2

1 Josué hijo de Nun envió desde Sitim secretamente a dos espías, diciéndoles: «Id, reconoced la tierra y especialmente Jericó». Ellos fueron y entraron en casa de una prostituta que se llamaba Rahab, y posaron allí.

2 Y se dio aviso al rey de Jericó, diciendo: "He aquí, que unos hombres de los hijos de Israel han venido aquí esta noche para espiar la tierra".

3 Entonces el rey de Jericó envió a decir a Rahab: «Saca a los hombres que han
venido a ti y han entrado en tu casa, porque han venido para espiar toda la
tierra».

4 Pero la mujer había tomado a los dos hombres y los había escondido; y dijo:
«Es verdad que unos hombres vinieron a mí, pero no supe de dónde eran.

5 Y cuando se iba a cerrar la puerta, siendo ya oscuro, los hombres salieron y no
sé a dónde se han ido; perseguidlos de prisa, que los alcanzaréis».

6 Mas ella los había hecho subir al terrado, y los había escondido entre los mano-
jos de lino que tenía puestos en orden en el terrado.

7 Y los hombres fueron tras ellos por el camino del Jordán hasta los vados; y la
puerta fue cerrada después de que salieron los perseguidores.

8 Antes de que ellos se acostasen, ella subió al terrado donde ellos estaban,

9 y dijo a los hombres: «Sé que Yahvé os ha dado esta tierra; porque el temor de
vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país ya han desma-
yado por vuestra causa.

10 Porque hemos oído que Yahvé hizo secar las aguas del mar Rojo delante de vo-
sotros cuando salisteis de Egipto, y lo que habéis hecho a los dos reyes de los amo-
rreos que estaban al otro lado del Jordán, a Sehón y a Og, a los cuales habéis des-
truido por completo.

11 Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en
hombre alguno por causa de vosotros, porque Yahvé vuestro Dios es Dios arriba
en los cielos y abajo en la tierra.

12 Os ruego, pues, ahora, que me juréis por Yahvé, que como he hecho misericor-
dia con vosotros, así la haréis vosotros con la casa de mi padre, de lo cual me da-
réis una señal segura;

13 y que salvaréis la vida a mi padre y a mi madre, a mis hermanos y hermanas, y
a todo lo que es suyo; y que libraréis nuestras vidas de la muerte».

14 Los hombres le respondieron: «Nuestra vida responderá por la vuestra, si no denunciareis este nuestro asunto; y cuando Yahvé nos haya dado la tierra, nosotros usaremos contigo de misericordia y verdad».

15 Entonces ella los hizo descender con una cuerda por la ventana; porque su casa estaba en el muro de la ciudad, y ella vivía en el muro.

16 Y les dijo: «Id al monte, para que los perseguidores no os encuentren; y estad escondidos allí tres días, hasta que los perseguidores hayan vuelto; y después os iréis por vuestro camino».

17 Y los hombres le dijeron: «Nosotros quedaremos libres de este juramento con que nos has conjurado,

18 si cuando entremos en la tierra no atas este cordón de grana a la ventana por la cual nos hiciste descender; y no reúnes en tu casa a tu padre y a tu madre, a tus hermanos y a toda la familia de tu padre.

19 Cualquiera que saliere fuera de las puertas de tu casa, su sangre será sobre su cabeza, y nosotros sin culpa. Mas cualquiera que estuviere en casa contigo, su sangre será sobre nuestra cabeza, si mano le tocare.

20 Y si tú denunciares este nuestro asunto, nosotros quedaremos libres de este tu juramento con que nos has conjurado».

21 Ella respondió: «Sea así como habéis dicho». Luego los despidió, y se fueron; y ella ató el cordón de grana a la ventana.

22 Caminando ellos, llegaron al monte y estuvieron allí tres días, hasta que los perseguidores volvieron; y los perseguidores los buscaron por todo el camino, mas no los hallaron.

23 Entonces los dos hombres volvieron, descendieron del monte y pasaron el río, y vinieron a Josué hijo de Nun, y le contaron todas las cosas que les habían acontecido.

24 Y dijeron a Josué: «Yahvé ha entregado toda la tierra en nuestras manos; y también todos los moradores del país desmayan ante nosotros».

Capítulo 3

1 Josué se levantó muy de mañana; partieron de Sitim y llegaron al Jordán, él y todos los hijos de Israel, y acamparon allí antes de pasar al otro lado.

2 Pasados tres días, los oficiales recorrieron el campamento

3 y dieron órdenes al pueblo, diciendo: «Cuando veáis el arca del pacto de Yahvé vuestro Dios, y a los sacerdotes levitas que la llevan, dejad vuestro lugar y marchad tras ella.

4 Pero que haya entre vosotros y ella una distancia de unos dos mil codos por medida; no os acerquéis a ella, a fin de que sepáis el camino por donde debéis ir, por cuanto vosotros no habéis pasado antes de ahora por este camino».

5 Y Josué dijo al pueblo: «Santificaos, porque Yahvé hará mañana maravillas entre vosotros».

6 Entonces habló Josué a los sacerdotes, diciendo: «Tomad el arca del pacto y pasad delante del pueblo». Y ellos tomaron el arca del pacto y fueron delante del pueblo.

7 Entonces Yahvé dijo a Josué: "Desde este día comenzaré a engrandecerte ante los ojos de todo Israel, para que sepan que como estuve con Moisés, así estaré contigo.

8 Tú, pues, mandarás a los sacerdotes que llevan el arca del pacto, diciendo: «Cuando hayáis llegado al borde del agua del Jordán, os detendréis en el Jordán»».

9 Y Josué dijo a los hijos de Israel: «Acercaos y escuchad las palabras de Yahvé vuestro Dios».

10 Y añadió Josué: "En esto conoceréis que el Dios vivo está en medio de vosotros, y que él echará de delante de vosotros al cananeo, al hitita, al heveo, al ferezeo, al gergeseo, al amorreo y al jebuseo.

11 He aquí, el arca del pacto del Señor de toda la tierra va a pasar el Jordán delante de vosotros.

12 Tomad, pues, ahora doce hombres de las tribus de Israel, uno de cada tribu.

13 Y cuando las plantas de los pies de los sacerdotes que llevan el arca de Yahvé, Señor de toda la tierra, se asienten en las aguas del Jordán, las aguas del Jordán se dividirán; porque las aguas que vienen de arriba se detendrán en un montón".

14 Y aconteció que cuando partió el pueblo de sus tiendas para pasar el Jordán, con los sacerdotes delante del pueblo llevando el arca del pacto,

15 en cuanto los que llevaban el arca entraron en el Jordán, y los pies de los sacerdotes que llevaban el arca se mojaron a la orilla del agua (porque el Jordán suele desbordarse por todas sus riberas todo el tiempo de la siega),

16 las aguas que venían de arriba se detuvieron y se alejaron formando un montón en una gran extensión, desde la ciudad de Adam, que está al lado de Zaretán; y las que descendían al mar del Arabá, al Mar Salado, se acabaron y fueron divididas; y el pueblo pasó frente a Jericó.

17 Mas los sacerdotes que llevaban el arca del pacto de Yahvé estuvieron firmes en seco, en medio del Jordán, instalados en tierra firme, mientras todo Israel pasaba por seco, hasta que toda la nación acabó de pasar el Jordán.

Capítulo 4

1 Cuando toda la nación acabó de pasar el Jordán, Yahvé habló a Josué, diciendo:

2 "Tomad doce hombres del pueblo, un hombre de cada tribu,

3 y mandadles lo siguiente: «Tomad de aquí, de en medio del Jordán, del lugar donde los pies de los sacerdotes estuvieron firmes, doce piedras; llevadlas con vosotros y asentaos con ellas en el lugar donde habéis de acampar esta noche»».

4 Entonces Josué llamó a los doce hombres que él había preparado de entre los hijos de Israel, un hombre de cada tribu,

5 y les dijo Josué: "Pasad delante del arca de Yahvé vuestro Dios hasta el medio del
Jordán, y cada uno de vosotros tome una piedra sobre su hombro, conforme al
número de las tribus de los hijos de Israel;

6 para que esto sea una señal entre vosotros. Y cuando vuestros hijos pregunten a
sus padres en el futuro: «¿Qué significan estas piedras?»,

7 les responderéis: «Que las aguas del Jordán fueron divididas delante del arca del
pacto de Yahvé; cuando ella pasó el Jordán, las aguas del río se partieron. Estas
piedras servirán de monumento conmemorativo a los hijos de Israel para
siempre»».

8 Los hijos de Israel lo hicieron así, como Josué les mandó: tomaron doce piedras
de en medio del Jordán, como Yahvé había dicho a Josué, conforme al número de
las tribus de los hijos de Israel; las llevaron consigo al lugar donde acamparon y
las depositaron allí.

9 Josué también levantó doce piedras en medio del Jordán, en el lugar donde estu-
vieron los pies de los sacerdotes que llevaban el arca del pacto; y allí han estado
hasta hoy.

10 Y los sacerdotes que llevaban el arca permanecieron parados en medio del Jor-
dán hasta que se acabó todo lo que Yahvé había mandado a Josué que dijese al
pueblo, conforme a todo lo que Moisés había mandado a Josué; y el pueblo se
apresuró y pasó.

11 Cuando todo el pueblo acabó de pasar, pasó también el arca de Yahvé y los sa-
cerdotes en presencia del pueblo.

12 También los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés pa-
saron armados delante de los hijos de Israel, según Moisés les había dicho.

13 Unos cuarenta mil hombres, listos para la guerra, pasaron delante de Yahvé a la
batalla, a las estepas de Jericó.

14 En aquel día Yahvé engrandeció a Josué ante los ojos de todo Israel; y le temie-
ron, como habían temido a Moisés, todos los días de su vida.

15 Luego Yahvé habló a Josué, diciendo:

16 «Manda a los sacerdotes que llevan el arca del testimonio que suban del Jordán».

17 Y Josué mandó a los sacerdotes, diciendo: «¡Subid del Jordán!».

18 Y aconteció que cuando los sacerdotes que llevaban el arca del pacto de Yahvé subieron de en medio del Jordán, y las plantas de los pies de los sacerdotes se posaron en seco, las aguas del Jordán volvieron a su lugar y corrieron como antes sobre todas sus riberas.

19 El pueblo subió del Jordán el día diez del mes primero, y acamparon en Gilgal, al oriente de Jericó.

20 Y Josué erigió en Gilgal las doce piedras que habían traído del Jordán.

21 Y habló a los hijos de Israel, diciendo: "Cuando vuestros hijos pregunten mañana a sus padres: «¿Qué significan estas piedras?»,

22 declararéis a vuestros hijos: «Israel pasó este Jordán por lo seco».

23 Porque Yahvé vuestro Dios secó las aguas del Jordán delante de vosotros, hasta que habíais pasado, a la manera que Yahvé vuestro Dios lo había hecho en el Mar Rojo, el cual secó delante de nosotros hasta que pasamos;

24 para que todos los pueblos de la tierra conozcan que la mano de Yahvé es poderosa; a fin de que temáis a Yahvé vuestro Dios todos los días".

Capítulo 5

1 Cuando todos los reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán, al occidente, y todos los reyes de los cananeos que estaban junto al mar, oyeron cómo Yahvé había secado las aguas del Jordán delante de los hijos de Israel hasta que hubimos pasado, desfalleció su corazón y no hubo más aliento en ellos a causa de los hijos de Israel.

2 En aquel tiempo Yahvé dijo a Josué: «Hazte cuchillos de pedernal y vuelve a circuncidar a los hijos de Israel por segunda vez».

3 Josué se hizo cuchillos de pedernal y circuncidó a los hijos de Israel en el collado de Aralot.

4 Esta es la causa por la cual Josué los circuncidó: todo el pueblo que había salido de Egipto, los varones, todos los hombres de guerra, habían muerto en el desierto, por el camino, después que salieron de Egipto.

5 Pues todos los del pueblo que salieron estaban circuncidados; mas todos los que habían nacido en el desierto, por el camino, después que salieron de Egipto, no habían sido circuncidados.

6 Porque los hijos de Israel anduvieron cuarenta años por el desierto, hasta que pereció toda la nación, es decir, los hombres de guerra que habían salido de Egipto, por cuanto no obedecieron la voz de Yahvé; por lo cual Yahvé les juró que no les dejaría ver la tierra que Yahvé había jurado a sus padres que nos daría, tierra que fluye leche y miel.

7 A los hijos de ellos, que él había levantado en su lugar, Josué los circuncidó; pues eran incircuncisos, por no haberlos circuncidado en el camino.

8 Y cuando acabaron de circuncidar a toda la nación, se quedaron en sus mismos puestos en el campamento hasta que sanaron.

9 Entonces Yahvé dijo a Josué: «Hoy he quitado de vosotros el oprobio de Egipto»; por lo cual el nombre de aquel lugar fue llamado Gilgal hasta el día de hoy.

10 Y los hijos de Israel acamparon en Gilgal, y celebraron la Pascua a los catorce días del mes, al atardecer, en las estepas de Jericó.

11 Al día siguiente de la Pascua comieron de los frutos de la tierra, panes ázimos y espigas tostadas en aquel mismo día.

12 Y el maná cesó al día siguiente, desde que comenzaron a comer del fruto de la tierra; y los hijos de Israel nunca más tuvieron maná, sino que comieron de los productos de la tierra de Canaán aquel año.

13 Estando Josué cerca de Jericó, alzó sus ojos y vio a un hombre que estaba delante de él, el cual tenía una espada desenvainada en su mano. Y Josué, yendo hacia él, le dijo: «¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?».

14 Él respondió: «No; mas yo soy el Príncipe del ejército de Yahvé, que ahora he venido». Entonces Josué, postrándose sobre su rostro en tierra, le adoró y le dijo: «¿Qué dice mi Señor a su siervo?».

15 Y el Príncipe del ejército de Yahvé respondió a Josué: «Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo». Y Josué lo hizo así.

Capítulo 6

1 Jericó estaba cerrada, bien cerrada, a causa de los hijos de Israel; nadie salía ni entraba.

2 Mas Yahvé dijo a Josué: «Mira, yo he entregado en tu mano a Jericó y a su rey, con sus varones de guerra.

3 Rodearéis, pues, la ciudad todos los hombres de guerra, yendo alrededor de ella una vez; y esto haréis durante seis días.

4 Y siete sacerdotes llevarán siete bocinas de cuernos de carnero delante del arca; y al séptimo día daréis siete vueltas a la ciudad, y los sacerdotes tocarán las bocinas.

5 Y cuando toquen prolongadamente el cuerno de carnero, así que oigáis el sonido de la bocina, todo el pueblo gritará a gran voz, y el muro de la ciudad caerá de plano; entonces el pueblo subirá, cada uno derecho hacia adelante».

6 Llamando, pues, Josué hijo de Nun a los sacerdotes, les dijo: «Tomad el arca del pacto, y que siete sacerdotes lleven siete bocinas de cuernos de carnero delante del arca de Yahvé».

7 Y dijo al pueblo: «Pasad, y rodead la ciudad; y los que están armados pasarán delante del arca de Yahvé».

8 Y aconteció que cuando Josué hubo hablado al pueblo, los siete sacerdotes que llevaban las siete bocinas de cuernos de carnero pasaron delante de Yahvé y tocaron las bocinas; y el arca del pacto de Yahvé los seguía.

9 Y los hombres armados iban delante de los sacerdotes que tocaban las bocinas, y la retaguardia iba tras el arca, mientras las bocinas sonaban continuamente.

10 Y Josué mandó al pueblo, diciendo: "Vosotros no gritaréis, ni se oirá vuestra voz, ni saldrá palabra de vuestra boca, hasta el día en que yo os diga: «¡Gritad!»; entonces gritaréis".

11 Así hizo que el arca de Yahvé diera una vuelta alrededor de la ciudad; y volvieron al campamento, y allí pasaron la noche.

12 Josué se levantó muy de mañana, y los sacerdotes tomaron el arca de Yahvé.

13 Y los siete sacerdotes que llevaban las siete bocinas de cuernos de carnero fueron caminando delante del arca de Yahvé, tocando continuamente las bocinas; y los hombres armados iban delante de ellos, y la retaguardia iba tras el arca de Yahvé, mientras las bocinas sonaban sin cesar.

14 Así dieron otra vuelta a la ciudad el segundo día, y volvieron al campamento; de esta manera hicieron durante seis días.

15 Al séptimo día se levantaron al despuntar el alba, y dieron vuelta a la ciudad de la misma manera siete veces; solamente este día dieron siete vueltas alrededor de ella.

16 Y cuando los sacerdotes tocaron las bocinas por séptima vez, Josué dijo al pueblo: «¡Gritad, porque Yahvé os ha entregado la ciudad!

17 Y la ciudad será anatema a Yahvé, ella con todas las cosas que están en ella; solamente Rahab la prostituta vivirá, con todos los que estén en casa con ella, por cuanto escondió a los mensajeros que enviamos.

18 Pero vosotros guardaos del anatema; ni toquéis, ni toméis alguna cosa del anatema, no sea que hagáis anatema el campamento de Israel, y lo turbéis.

19 Mas toda la plata y el oro, y los utensilios de bronce y de hierro, sean consagrados a Yahvé, y entren en el tesoro de Yahvé».

20 Entonces el pueblo gritó, y los sacerdotes tocaron las bocinas; y aconteció que cuando el pueblo hubo oído el sonido de la bocina, gritó con gran estruendo, y el muro se derrumbó. El pueblo subió luego a la ciudad, cada uno derecho hacia adelante, y la tomaron.

21 Y destruyeron a filo de espada todo lo que en la ciudad había; hombres y mujeres, jóvenes y viejos, hasta los bueyes, las ovejas y los asnos.

22 Mas Josué dijo a los dos hombres que habían reconocido la tierra: «Entrad en casa de la mujer prostituta, y sacad de allí a la mujer y a todo lo que sea suyo, como lo jurasteis».

23 Y los jóvenes espías entraron y sacaron a Rahab, a su padre, a su madre, a sus hermanos y todo lo que era suyo; y también sacaron a toda su parentela, y los pusieron fuera del campamento de Israel.

24 Y quemaron a fuego la ciudad y todo lo que en ella había; solamente pusieron en el tesoro de la casa de Yahvé la plata y el oro, y los utensilios de bronce y de hierro.

25 Mas Josué salvó la vida a Rahab la prostituta, y a la casa de su padre, y a todo lo que ella tenía; y habitó ella entre los israelitas hasta hoy, por cuanto escondió a los mensajeros que Josué envió a reconocer a Jericó.

26 En aquel tiempo Josué les hizo jurar, diciendo: «Maldito sea delante de Yahvé el hombre que se levantare y reedificare esta ciudad de Jericó. Sobre su primogénito eche los cimientos de ella, y sobre su hijo menor asiente sus puertas».

27 Estaba, pues, Yahvé con Josué, y su fama se divulgó por toda la tierra.

Capítulo 7

1 Pero los hijos de Israel cometieron una prevaricación en cuanto al anatema; porque Acán hijo de Carmi, hijo de Zabdi, hijo de Zera, de la tribu de Judá, tomó del anatema; y la ira de Yahvé se encendió contra los hijos de Israel.

2 Josué envió hombres desde Jericó a Hai, que está junto a Bet-aven, al oriente de Bet-el; y les habló diciendo: «Subid y reconoced la tierra». Y ellos subieron y reconocieron a Hai.

3 Y volviendo a Josué, le dijeron: «No suba todo el pueblo, sino suban como dos o tres mil hombres, y tomarán a Hai; no fatigues a todo el pueblo haciéndole ir allá, porque son pocos».

4 Así subieron allá del pueblo como tres mil hombres, los cuales huyeron delante de los de Hai.

5 Y los de Hai mataron a unos treinta y seis hombres de ellos, y los siguieron desde la puerta hasta Sebarim, y los derrotaron en la bajada; por lo que el corazón del pueblo desfalleció y vino a ser como agua.

6 Entonces Josué rasgó sus vestidos, y se postró en tierra sobre su rostro delante del arca de Yahvé hasta el caer de la tarde, él y los ancianos de Israel; y echaron polvo sobre sus cabezas.

7 Y Josué dijo: «¡Ah, Señor Yahvé! ¿Por qué hiciste pasar a este pueblo el Jordán, para entregarnos en manos de los amorreos, para que nos destruyan? ¡Ojalá nos hubiéramos contentado con quedarnos al otro lado del Jordán!

8 ¡Ay, Señor! ¿Qué diré, ya que Israel ha vuelto la espalda delante de sus enemigos?

9 Porque los cananeos y todos los moradores de la tierra se enterarán, y nos rodearán, y borrarán nuestro nombre de sobre la tierra; y entonces, ¿qué harás tú por tu gran nombre?».

10 Y Yahvé dijo a Josué: "¡Levántate! ¿Por qué te postras así sobre tu rostro?

11 Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto que yo les mandé; y también
han tomado del anatema, y hasta han robado, han mentido, y aun lo han guar-
dado entre sus propios enseres.

12 Por esto los hijos de Israel no podrán hacer frente a sus enemigos, sino que de-
lante de sus enemigos volverán la espalda, por cuanto han venido a ser anatema; ni
estaré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de entre vosotros.

13 ¡Levántate! Santifica al pueblo, y di: "Santificaos para mañana; porque Yahvé el
Dios de Israel dice así: 'Anatema hay en medio de ti, Israel; no podrás hacer frente
a tus enemigos, hasta que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros'.

14 Os acercaréis, pues, mañana por vuestras tribus; y la tribu que Yahvé tomare,
se acercará por sus familias; y la familia que Yahvé tomare, se acercará por sus ca-
sas; y la casa que Yahvé tomare, se acercará hombre por hombre.

15 Y el que fuere sorprendido con el anatema, será quemado a fuego, él y todo lo
que tiene, por cuanto ha quebrantado el pacto de Yahvé, y ha cometido una mal-
dad en Israel"».

16 Josué, pues, levantándose muy de mañana, hizo acercar a Israel por sus tribus;
y fue tomada la tribu de Judá.

17 E hizo acercar la familia de Judá, y fue tomada la familia de los zarahitas; e hizo
acercar la familia de los zarahitas hombre por hombre, y fue tomado Zabdi.

18 Hizo acercar su casa hombre por hombre, y fue tomado Acán hijo de Carmi,
hijo de Zabdi, hijo de Zera, de la tribu de Judá.

19 Entonces Josué dijo a Acán: «Hijo mío, da gloria ahora a Yahvé el Dios de Is-
rael, y dale honra, y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras».

20 Y Acán respondió a Josué diciendo: «Verdaderamente yo he pecado contra
Yahvé el Dios de Israel, y así y así he hecho.

21 Pues vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos
de plata, y un lingote de oro de cincuenta siclos de peso, lo cual codicié y tomé; y
he aquí que está escondido bajo tierra en medio de mi tienda, y el dinero debajo de

ello».

22 Josué entonces envió mensajeros, los cuales fueron corriendo a la tienda; y he aquí estaba escondido en su tienda, y el dinero debajo de ello.

23 Y tomándolo de en medio de la tienda, lo trajeron a Josué y a todos los hijos de Israel, y lo pusieron delante de Yahvé.

24 Entonces Josué, y todo Israel con él, tomaron a Acán hijo de Zera, el dinero, el manto, el lingote de oro, sus hijos, sus hijas, sus bueyes, sus asnos, sus ovejas, su tienda y todo cuanto tenía, y lo llevaron todo al valle de Acor.

25 Y dijo Josué: «¿Por qué nos has turbado? Túrbete Yahvé en este día». Y todos los israelitas los apedrearon, y los quemaron a fuego después de apedrearlos.

26 Y levantaron sobre él un gran montón de piedras, que permanece hasta hoy. Y Yahvé se volvió del ardor de su ira. Por esto aquel lugar fue llamado el Valle de Acor hasta hoy.

Capítulo 8

1 Yahvé dijo a Josué: «No temas ni desmayes; toma contigo a toda la gente de guerra, y levántate y sube a Hai. Mira, yo he entregado en tu mano al rey de Hai, a su pueblo, a su ciudad y a su tierra.

2 Y harás con Hai y con su rey como hiciste con Jericó y con su rey; solo que sus despojos y sus ganados los tomaréis para vosotros. Pon, pues, una emboscada a la ciudad por detrás de ella».

3 Entonces se levantó Josué con toda la gente de guerra para subir a Hai; y escogió Josué treinta mil hombres, valientes y fuertes, y los envió de noche.

4 Y les mandó, diciendo: "Mirad, os pondréis en emboscada contra la ciudad por detrás de ella; no os alejéis mucho de la ciudad, y estad todos preparados.

5 Yo y todo el pueblo que está conmigo nos acercaremos a la ciudad; y cuando salgan ellos contra nosotros, como al principio, huiremos delante de ellos.

6 Y ellos saldrán tras nosotros, hasta que los hayamos alejado de la ciudad; pues dirán: «Huyen de nosotros como la primera vez». Huiremos, pues, delante de ellos.

7 Entonces vosotros os levantaréis de la emboscada y tomaréis la ciudad; pues Yahvé vuestro Dios la entregará en vuestras manos.

8 Y cuando hayáis tomado la ciudad, le prenderéis fuego. Haréis conforme a la palabra de Yahvé; mirad que os lo he mandado".

9 Entonces Josué los envió; y ellos se fueron a la emboscada, y se pusieron entre Betel y Hai, al occidente de Hai; y Josué se quedó aquella noche en medio del pueblo.

10 Levantándose Josué muy de mañana, revistó al pueblo, y subió él con los ancianos de Israel delante del pueblo a Hai.

11 Y toda la gente de guerra que con él estaba subió y se acercó, y llegaron delante de la ciudad, y acamparon al norte de Hai; y había un valle entre él y Hai.

12 Tomó luego unos cinco mil hombres y los puso en emboscada entre Betel y Hai, al occidente de la ciudad.

13 Así apostaron al pueblo, todo el campamento que estaba al norte de la ciudad, con su emboscada al occidente de la ciudad; y Josué avanzó aquella noche hasta el medio del valle.

14 Y aconteció que cuando lo vio el rey de Hai, él y toda la gente de la ciudad se apresuraron y madrugaron, y salieron al encuentro de Israel para combatir, en el lugar señalado frente al Arabá; pero él no sabía que tenía una emboscada a sus espaldas detrás de la ciudad.

15 Josué y todo Israel se fingieron vencidos delante de ellos, y huyeron por el camino del desierto.

16 Y todo el pueblo que estaba en Hai fue convocado para perseguirlos; y persiguieron a Josué, siendo así alejados de la ciudad.

17 Y no quedó hombre en Hai ni en Betel que no saliera tras Israel; y por perseguir
a Israel dejaron la ciudad abierta.

18 Entonces Yahvé dijo a Josué: «Extiende la lanza que tienes en tu mano hacia
Hai, porque yo la entregaré en tu mano». Y Josué extendió hacia la ciudad la lanza
que tenía en su mano.

19 Y los que estaban en la emboscada se levantaron prontamente de su lugar, y co-
rrieron en cuanto él extendió su mano, y entraron en la ciudad y la tomaron; y se
apresuraron a prenderle fuego.

20 Y cuando los hombres de Hai volvieron el rostro y miraron, he aquí que el
humo de la ciudad subía al cielo, y no pudieron huir ni a una parte ni a otra; por-
que el pueblo que huía hacia el desierto se volvió contra los que los perseguían.

21 Josué y todo Israel, viendo que los de la emboscada habían tomado la ciudad, y
que el humo de la ciudad subía, volvieron y atacaron a los hombres de Hai.

22 Y los otros salieron de la ciudad a su encuentro, y así quedaron en medio de Is-
rael, unos de un lado y otros de otro. Y los hirieron hasta que no quedó ninguno
de ellos vivo ni que escapase.

23 Y tomaron vivo al rey de Hai y lo trajeron a Josué.

24 Y cuando los israelitas acabaron de matar a todos los moradores de Hai en el
campo y en el desierto donde los habían perseguido, y todos habían caído a filo de
espada hasta ser consumidos, todo Israel volvió a Hai y también la hirió a filo de
espada.

25 Y el número de los que cayeron aquel día, hombres y mujeres, fue de doce mil,
todos los de Hai.

26 Porque Josué no retiró su mano que había extendido con la lanza hasta que
hubo exterminado a todos los moradores de Hai.

27 Solo los ganados y los despojos de la ciudad tomaron los israelitas para sí, con-
forme a la palabra de Yahvé que él había mandado a Josué.

28 Y Josué quemó a Hai y la redujo a un montón de escombros para siempre, a una desolación hasta el día de hoy.

29 Y al rey de Hai lo colgó de un madero hasta el atardecer; y cuando el sol se puso, mandó Josué que bajasen su cuerpo del madero, y lo echasen a la puerta de la ciudad; y levantaron sobre él un gran montón de piedras que permanece hasta hoy.

30 Entonces Josué edificó un altar a Yahvé, Dios de Israel, en el monte Ebal,

31 como Moisés, siervo de Yahvé, había mandado a los hijos de Israel, conforme a lo que está escrito en el libro de la ley de Moisés: un altar de piedras enteras sobre las cuales nadie hubiera alzado herramienta de hierro; y ofrecieron sobre él holocaustos a Yahvé, y sacrificaron sacrificios de paz.

32 También escribió allí sobre las piedras una copia de la ley de Moisés, la cual escribió delante de los hijos de Israel.

33 Y todo Israel, con sus ancianos, oficiales y jueces, estaba en pie a ambos lados del arca, en presencia de los sacerdotes levitas que llevaban el arca del pacto de Yahvé, así los extranjeros como los naturales; la mitad de ellos frente al monte Gerizim, y la otra mitad frente al monte Ebal, como Moisés, siervo de Yahvé, lo había mandado antes para que bendijesen al pueblo de Israel.

34 Después de esto leyó todas las palabras de la ley, las bendiciones y las maldiciones, conforme a todo lo que está escrito en el libro de la ley.

35 No hubo palabra alguna de cuantas mandó Moisés que Josué no hiciese leer ante toda la congregación de Israel, con las mujeres, los niños y los extranjeros que moraban entre ellos.

Capítulo 9

1 Cuando todos los reyes que estaban a este lado del Jordán, tanto en las montañas como en la Sefela y en toda la costa del gran mar hacia el Líbano —el hitita, el amorreo, el cananeo, el ferezeo, el heveo y el jebuseo—, oyeron estas cosas,

2 se concertaron de común acuerdo para pelear contra Josué e Israel.

3 Mas los moradores de Gabaón, cuando oyeron lo que Josué había hecho a Jericó y a Hai,

4 usaron también de astucia; pues fueron y se fingieron embajadores, y tomaron sacos viejos sobre sus asnos, y odres viejos de vino, rotos y remendados,

5 y calzado viejo y recosido en sus pies, con vestidos viejos sobre sí; y todo el pan que traían para el camino estaba seco y enmohecido.

6 Y vinieron a Josué al campamento en Gilgal, y le dijeron a él y a los de Israel: «Nosotros venimos de tierra lejana; haced, pues, ahora alianza con nosotros».

7 Y los de Israel respondieron a los heveos: «Quizá habitáis en medio de nosotros; ¿cómo, pues, podremos concertar alianza con vosotros?».

8 Ellos respondieron a Josué: «Nosotros somos tus siervos». Y Josué les dijo: «¿Quiénes sois vosotros, y de dónde venís?».

9 Y ellos respondieron: "Tus siervos han venido de tierra muy lejana, por causa del nombre de Yahvé tu Dios; porque hemos oído su fama, y todo lo que hizo en Egipto,

10 y todo lo que hizo a los dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán: a Sehón rey de Hesbón, y a Og rey de Basán, que estaba en Astarot.

11 Por lo cual nuestros ancianos y todos los moradores de nuestra tierra nos dijeron: «Tomad en vuestras manos provisión para el camino, e id al encuentro de ellos, y decidles: Nosotros somos vuestros siervos; haced ahora alianza con nosotros».

12 Este nuestro pan lo tomamos caliente de nuestras casas para el camino el día que salimos para venir a vosotros; y helos aquí ahora ya seco y enmohecido.

13 Estos odres de vino también los llenamos nuevos; helos aquí ya rotos; también estos nuestros vestidos y nuestro calzado están viejos a causa de lo muy largo del camino".

14 Y los hombres de Israel tomaron de las provisiones de ellos, y no consultaron a
la boca de Yahvé.

15 Y Josué hizo paz con ellos, y concertó con ellos alianza concediéndoles la vida; y
también los príncipes de la congregación les juraron.

16 Pasados tres días después que concertaron la alianza con ellos, oyeron que eran
sus vecinos, y que habitaban en medio de ellos.

17 Y partieron los hijos de Israel, y al tercer día llegaron a las ciudades de ellos; y
sus ciudades eran Gabaón, Quefira, Beerot y Quiriat-jearim.

18 Y no los mataron los hijos de Israel, por cuanto los príncipes de la congrega-
ción les habían jurado por Yahvé el Dios de Israel. Y toda la congregación mur-
muraba contra los príncipes.

19 Mas todos los príncipes respondieron a toda la congregación: «Nosotros les
hemos jurado por Yahvé Dios de Israel; por tanto, ahora no podemos tocarlos.

20 Esto haremos con ellos: les dejaremos vivir, para que no venga sobre nosotros
la ira por causa del juramento que les hemos prestado».

21 Y les dijeron los príncipes: «Dejadlos vivir; y sean leñadores y aguadores para
toda la congregación, como los príncipes les han dicho».

22 Y llamándolos Josué, les habló diciendo: "¿Por qué nos habéis engañado, di-
ciendo: «Habitamos muy lejos de vosotros», siendo así que vivís en medio de
nosotros?

23 Ahora, pues, malditos sois, y no faltará de entre vosotros quien sea siervo, y le-
ñador y aguador para la casa de mi Dios".

24 Y ellos respondieron a Josué y dijeron: «Como fue dado a entender a tus sier-
vos que Yahvé tu Dios había mandado a Moisés su siervo que os diese toda la tie-
rra, y que hubiese de destruir a todos los moradores de la tierra delante de voso-
tros, por esto temimos en gran manera por nuestras vidas a causa de vosotros, e
hicimos esto.

25 Ahora, pues, helos aquí en tu mano; lo que te pareciere bueno y recto hacer de nosotros, hazlo».

26 Y él lo hizo así con ellos, pues los libró de la mano de los hijos de Israel, y no los mataron.

27 Y Josué los destinó aquel día a ser leñadores y aguadores para la congregación, y para el altar de Yahvé, en el lugar que Yahvé eligiese, hasta el día de hoy.

Capítulo 10

1 Cuando Adoni-Zedec, rey de Jerusalén, oyó que Josué había tomado a Hai y que la había destruido por completo (como había hecho con Jericó y su rey, así había hecho con Hai y su rey), y que los moradores de Gabaón habían hecho la paz con Israel y estaban entre ellos,

2 tuvieron gran temor; porque Gabaón era una gran ciudad, como una de las ciudades reales, y era mayor que Hai, y todos sus hombres eran valientes.

3 Por lo cual Adoni-Zedec, rey de Jerusalén, envió a Hoham rey de Hebrón, a Piream rey de Jarmut, a Jafía rey de Laquis y a Debir rey de Eglón, diciendo:

4 «Subid a mí y ayudadme, y combatamos a Gabaón; porque ha hecho paz con Josué y con los hijos de Israel».

5 Y los cinco reyes de los amorreos —el rey de Jerusalén, el rey de Hebrón, el rey de Jarmut, el rey de Laquis y el rey de Eglón— se juntaron y subieron, ellos con todos sus ejércitos, y acamparon cerca de Gabaón y le hicieron la guerra.

6 Entonces los moradores de Gabaón enviaron a decir a Josué al campamento en Gilgal: «No retires tus manos de tus siervos; sube a nosotros prontamente para salvarnos y ayudarnos; porque todos los reyes de los amorreos que habitan en las montañas se han unido contra nosotros».

7 Y subió Josué de Gilgal, él y toda la gente de guerra con él, y todos los hombres valientes.

8 Y Yahvé dijo a Josué: «No tengas temor de ellos; porque yo los he entregado en tu mano, y ninguno de ellos prevalecerá delante de ti».

9 Y Josué vino a ellos de repente, habiendo marchado toda la noche desde Gilgal.

10 Y Yahvé los llenó de consternación delante de Israel, y los hirió con gran matanza en Gabaón; y los siguió por el camino que sube a Bet-horón, y los hirió hasta Azeca y Maceda.

11 Y mientras iban huyendo de los israelitas por la bajada de Bet-horón, Yahvé arrojó desde el cielo grandes piedras de granizo sobre ellos hasta Azeca, y murieron; y fueron más los que murieron por las piedras del granizo que los que los hijos de Israel mataron a espada.

12 Entonces Josué habló a Yahvé el día en que Yahvé entregó al amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas: «Sol, detente en Gabaón; y tú, luna, en el valle de Ajalón».

13 Y el sol se detuvo y la luna se paró, hasta que la nación se hubo vengado de sus enemigos. ¿No está escrito esto en el libro de Jaser? Y el sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero.

14 Y no hubo día como aquel, ni antes ni después de él, habiendo atendido Yahvé a la voz de un hombre; porque Yahvé peleaba por Israel.

15 Y Josué, y todo Israel con él, volvió al campamento en Gilgal.

16 Y los cinco reyes huyeron y se escondieron en una cueva en Maceda.

17 Y fue dado aviso a Josué, diciendo: «Los cinco reyes han sido hallados escondidos en una cueva en Maceda».

18 Entonces Josué dijo: «Haced rodar grandes piedras a la entrada de la cueva, y poned hombres junto a ella para que los guarden;

19 y vosotros no os detengáis, sino seguid a vuestros enemigos y heridles la retaguardia; no les dejéis entrar en sus ciudades, porque Yahvé vuestro Dios los ha entregado en vuestra mano».

20 Y aconteció que cuando Josué y los hijos de Israel acabaron de herirlos con tan gran matanza que fueron consumidos, los que quedaron de ellos se metieron en las ciudades fortificadas.

21 Todo el pueblo volvió sano y salvo al campamento, a Josué en Maceda; no hubo nadie que moviese su lengua contra ninguno de los hijos de Israel.

22 Entonces dijo Josué: «Abrid la entrada de la cueva, y sacad de ella a esos cinco reyes».

23 Y lo hicieron así, y sacaron de la cueva a aquellos cinco reyes: al rey de Jerusalén, al rey de Hebrón, al rey de Jarmut, al rey de Laquis y al rey de Eglón.

24 Y cuando hubieron sacado a estos reyes a Josué, llamó Josué a todos los varones de Israel, y dijo a los principales de la gente de guerra que habían venido con él: «Acercaos, y poned vuestros pies sobre los cuellos de estos reyes». Ellos se acercaron y pusieron sus pies sobre los cuellos de ellos.

25 Y Josué les dijo: «No temáis, ni os acobardéis; sed fuertes y valientes, porque así hará Yahvé con todos vuestros enemigos contra los cuales peleáis».

26 Y después de esto Josué los hirió y los mató, y los hizo colgar en cinco maderos; y quedaron colgados en los maderos hasta el atardecer.

27 Y cuando el sol se ponía, mandó Josué que los bajasen de los maderos, y los echaron en la cueva donde se habían escondido; y pusieron grandes piedras a la entrada de la cueva, las cuales permanecen hasta hoy.

28 En aquel mismo día tomó Josué a Maceda, y la hirió a filo de espada, y mató a su rey; a ella y a todo lo que en ella tenía vida los destruyó, sin dejar nada. E hizo con el rey de Maceda como había hecho con el rey de Jericó.

29 Y de Maceda pasó Josué, y todo Israel con él, a Libna; y peleó contra Libna.

30 Y Yahvé la entregó también a ella y a su rey en manos de Israel; y la hirió a filo de espada, con todo lo que en ella tenía vida, sin dejar nada. E hizo con su rey de la manera que había hecho con el rey de Jericó.

31 Y Josué, y todo Israel con él, pasó de Libna a Laquis, y acampó cerca de ella y la combatió.

32 Y Yahvé entregó a Laquis en mano de Israel, y la tomó al segundo día, y la hirió a filo de espada, con todo lo que en ella tenía vida, conforme a todo lo que había hecho en Libna.

33 Entonces Horam rey de Gezer subió en ayuda de Laquis; mas a él y a su pueblo los hirió Josué, hasta no dejarle ninguno.

34 De Laquis pasó Josué, y todo Israel con él, a Eglón; y acamparon cerca de ella y la combatieron.

35 Y la tomaron el mismo día, y la hirieron a filo de espada; y aquel día destruyó Josué a todo lo que en ella tenía vida, conforme a todo lo que había hecho en Laquis.

36 Subió luego Josué de Eglón, y todo Israel con él, a Hebrón, y la combatieron.

37 Y la tomaron, y la hirieron a filo de espada, a su rey y a todas sus ciudades, con todo lo que en ellas tenía vida, sin dejar nada; como había hecho a Eglón, así la destruyeron con todo lo que en ella tenía vida.

38 Después volvió Josué, y todo Israel con él, a Debir, y combatió contra ella;

39 y la tomó, y a su rey, y a todas sus ciudades; y las hirieron a filo de espada, y destruyeron todo lo que allí tenía vida, sin dejar nada; como había hecho a Hebrón, y como había hecho a Libna y a su rey, así hizo a Debir y a su rey.

40 Hirió, pues, Josué toda la región de las montañas, del Neguev, de la Sefela y de las laderas, y a todos sus reyes, sin dejar nada; todo lo que tenía vida lo destruyó, como Yahvé Dios de Israel lo había mandado.

41 Y los hirió Josué desde Cades-barnea hasta Gaza, y toda la tierra de Gosén hasta Gabaón.

42 Todos estos reyes y sus tierras los tomó Josué de una vez; porque Yahvé el Dios de Israel peleaba por Israel.

43 Y volvió Josué, y todo Israel con él, al campamento en Gilgal.

Capítulo 11

1 Cuando Jabín, rey de Hazor, se enteró de ello, envió mensaje a Jobab rey de Madón, al rey de Simrón, al rey de Acsaf,

2 y a los reyes que estaban al norte en las montañas, y en el Arabá al sur de Cinnerot, en los llanos y en las regiones de Dor al occidente;

3 al cananeo que estaba al oriente y al occidente, al amorreo, al hitita, al ferezeo, al jebuseo en las montañas, y al heveo al pie del Hermón en tierra de Mizpa.

4 Estos salieron, y con ellos todos sus ejércitos, mucha gente en multitud como la arena que está a la orilla del mar, con muchísimos caballos y carros de guerra.

5 Todos estos reyes se unieron, y vinieron y acamparon juntos junto a las aguas de Merom, para pelear contra Israel.

6 Mas Yahvé dijo a Josué: «No tengas temor de ellos, porque mañana a esta hora yo entregaré a todos ellos muertos delante de Israel; desjarretarás sus caballos, y quemarás sus carros a fuego».

7 Josué, pues, y toda la gente de guerra con él, vino de repente contra ellos junto a las aguas de Merom y los atacaron.

8 Y los entregó Yahvé en manos de Israel, y los hirieron y los siguieron hasta la gran Sidón y hasta Misrefot-maim, y hasta el llano de Mizpa al oriente; y los hirieron hasta no dejarles ninguno que escapase.

9 Y Josué hizo con ellos como Yahvé le había mandado: desjarretó sus caballos, y quemó sus carros a fuego.

10 En aquel mismo tiempo volvió Josué y tomó a Hazor, e hirió a espada a su rey; porque Hazor había sido antes cabeza de todos estos reinos.

11 E hirieron a filo de espada a todo cuanto en ella tenía vida, destruyéndolo por completo, sin dejar nada que respirase; y a Hazor la puso a fuego.

12 Asimismo tomó Josué todas las ciudades de aquellos reyes, y a todos los reyes de ellas, y los hirió a filo de espada y los destruyó, como Moisés siervo de Yahvé lo había mandado.

13 Pero a todas las ciudades que estaban sobre colinas, no las quemó Israel; únicamente a Hazor quemó Josué.

14 Y los hijos de Israel tomaron para sí todo el botín y los ganados de aquellas ciudades; mas a todos los hombres hirieron a filo de espada hasta destruirlos, sin dejar a nadie con vida.

15 De la manera que Yahvé lo había mandado a Moisés su siervo, así Moisés lo mandó a Josué; y así Josué lo hizo, sin quitar palabra de todo lo que Yahvé había mandado a Moisés.

16 Tomó, pues, Josué toda aquella tierra, las montañas, todo el Neguev, toda la tierra de Gosén, la Sefela, el Arabá, el monte de Israel y sus llanuras.

17 Desde el monte Halac, que sube hacia Seir, hasta Baal-gad en el llano del Líbano, a la falda del monte Hermón; tomó también a todos sus reyes, y los hirió y los mató.

18 Por mucho tiempo tuvo guerra Josué con estos reyes.

19 No hubo ciudad que hiciese paz con los hijos de Israel, a excepción de los heveos que moraban en Gabaón; todo lo tomaron en guerra.

20 Porque esto vino de Yahvé, que endurecía el corazón de ellos para que resistiesen a Israel en batalla, a fin de que fuesen destruidos del todo y no les fuese hecha misericordia, sino que fuesen exterminados, como Yahvé lo había mandado a Moisés.

21 También en aquel tiempo vino Josué y exterminó a los anaceos de los montes de Hebrón, de Debir, de Anab, de todos los montes de Judá y de todos los montes de Israel; Josué los destruyó a ellos y a sus ciudades.

22 Ninguno de los anaceos quedó en la tierra de los hijos de Israel; solo quedaron en Gaza, en Gat y en Asdod.

23 Tomó, pues, Josué toda la tierra, conforme a todo lo que Yahvé había dicho a Moisés; y la entregó Josué a los israelitas por herencia conforme a sus divisiones por sus tribus; y la tierra descansó de la guerra.

Capítulo 12

1 Estos son los reyes de la tierra a quienes los hijos de Israel hirieron y cuya tierra poseyeron al otro lado del Jordán, hacia donde nace el sol, desde el valle de Arnón hasta el monte Hermón, y todo el Arabá al oriente:

2 Sehón, rey de los amorreos, que habitaba en Hesbón y dominaba desde Aroer, que está al borde del valle de Arnón, y desde el medio del valle, y la mitad de Galaad, hasta el río Jaboc, frontera de los hijos de Amón;

3 y el Arabá hasta el mar de Cinnerot al oriente, y hasta el mar del Arabá, el Mar Salado, al oriente, por el camino de Bet-jesimot; y al sur, al pie de las faldas del Pisga;

4 y el territorio de Og, rey de Basán, del resto de los refaítas, que habitaba en Astarot y en Edrei,

5 y dominaba en el monte Hermón, en Salca y en todo Basán hasta los límites de los gesuritas y de los maacatitas, y la mitad de Galaad, frontera de Sehón, rey de Hesbón.

6 A estos hirieron Moisés, siervo de Yahvé, y los hijos de Israel; y Moisés, siervo de Yahvé, dio aquella tierra en posesión a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés.

7 Y estos son los reyes de la tierra a quienes hirieron Josué y los hijos de Israel a este lado del Jordán, al occidente, desde Baal-gad en el valle del Líbano hasta el monte Halac que sube hacia Seir; la cual tierra entregó Josué en posesión a las tribus de Israel, conforme a sus divisiones;

8 en las montañas, en la Sefela, en el Arabá, en las laderas, en el desierto y en el Neguev; el hitita, el amorreo, el cananeo, el ferezeo, el heveo y el jebuseo:

9 el rey de Jericó, uno; el rey de Hai, que está junto a Betel, uno;

10 el rey de Jerusalén, uno; el rey de Hebrón, uno;

11 el rey de Jarmut, uno; el rey de Laquis, uno;

12 el rey de Eglón, uno; el rey de Gezer, uno;

13 el rey de Debir, uno; el rey de Geder, uno;

14 el rey de Horma, uno; el rey de Arad, uno;

15 el rey de Libna, uno; el rey de Adulam, uno;

16 el rey de Maceda, uno; el rey de Betel, uno;

17 el rey de Tapua, uno; el rey de Hefer, uno;

18 el rey de Afec, uno; el rey de Sarón, uno;

19 el rey de Madón, uno; el rey de Hazor, uno;

20 el rey de Simrón-merón, uno; el rey de Acsaf, uno;

21 el rey de Taanac, uno; el rey de Meguido, uno;

22 el rey de Cedes, uno; el rey de Jocneam del Carmelo, uno;

23 el rey de Dor, de la altura de Dor, uno; el rey de Goyim en Gilgal, uno;

24 el rey de Tirsa, uno: todos los reyes, treinta y uno.

Capítulo 13

1 Siendo Josué ya viejo y avanzado en años, Yahvé le dijo: «Tú eres ya viejo y avanzado en años, y queda aún mucha tierra por poseer.

2 Esta es la tierra que todavía queda: todos los distritos de los filisteos y todo el territorio de los gesuritas;

3 desde el Sihor, que está al oriente de Egipto, hasta el límite de Ecrón al norte, que se considera como cananea; los cinco príncipes de los filisteos: el gazeo, el asdodio, el ascalonita, el geteo y el ecronita; también los aveos

4 al mediodía; toda la tierra de los cananeos, y Meará, que es de los sidonios, hasta
Afec, hasta la frontera de los amorreos;

5 y la tierra de los giblitas, y todo el Líbano hacia el oriente, desde Baal-gad al pie
del monte Hermón hasta la entrada de Hamat;

6 todos los moradores de las montañas desde el Líbano hasta Misrefot-maim, to-
dos los sidonios. Yo los expulsaré de delante de los hijos de Israel; tú solamente re-
parte por suerte la tierra a Israel en heredad, como te he mandado.

7 Divide, pues, ahora esta tierra en heredad a las nueve tribus y a la media tribu de
Manasés».

8 Pues con la otra media tribu recibieron su heredad los rubenitas y los gaditas, la
cual les dio Moisés al otro lado del Jordán, al oriente, según se la dio Moisés,
siervo de Yahvé:

9 desde Aroer, que está a la orilla del valle de Arnón, y la ciudad que está en medio
del valle, y toda la planicie de Medeba hasta Dibón;

10 y todas las ciudades de Sehón rey de los amorreos, el cual reinó en Hesbón,
hasta la frontera de los hijos de Amón;

11 y Galaad, y los territorios de los gesuritas y de los maacatitas, y todo el monte
Hermón, y toda la tierra de Basán hasta Salca;

12 todo el reino de Og en Basán, que reinó en Astarot y en Edrei, el cual había que-
dado del remanente de los refaítas; pues Moisés los hirió y los expulsó.

13 Mas los hijos de Israel no expulsaron a los gesuritas ni a los maacatitas, sino
que Gesur y Maaca habitaron en medio de los israelitas hasta hoy.

14 Únicamente a la tribu de Leví no dio heredad; las ofrendas encendidas a Yahvé
Dios de Israel son su heredad, como él le había dicho.

15 Dio, pues, Moisés a la tribu de los hijos de Rubén conforme a sus familias.

16 Y fue su territorio desde Aroer, que está a la orilla del valle de Arnón, y la ciu-
dad que está en medio del valle, y toda la planicie junto a Medeba;

17 Hesbón con todas sus ciudades que están en la planicie; Dibón, Bamot-baal,
Bet-baal-meón,

18 Jahaza, Cademot, Mefaat,

19 Quiriataim, Sibma, Zeret-sahar en el monte del valle,

20 Bet-peor, las laderas del Pisga, Bet-jesimot,

21 todas las ciudades de la planicie, y todo el reino de Sehón rey de los amorreos,
que reinó en Hesbón, al cual hirió Moisés, y también a los príncipes de Madián:
Evi, Requem, Zur, Hur y Reba, caudillos de Sehón que moraban en aquella tierra.

22 También mataron a espada los hijos de Israel a Balaam el adivino, hijo de Beor,
entre los demás que mataron.

23 Y el límite de los hijos de Rubén fue el Jordán con su ribera. Esta fue la herencia
de los hijos de Rubén conforme a sus familias, estas ciudades con sus aldeas.

24 Dio también Moisés a la tribu de Gad, a los hijos de Gad conforme a sus
familias.

25 Y fue el territorio de ellos Jazer, y todas las ciudades de Galaad, y la mitad de la
tierra de los hijos de Amón hasta Aroer, que está delante de Rabá;

26 y desde Hesbón hasta Ramat-mizpa y Betonim; y desde Mahanaim hasta el lí-
mite de Debir;

27 y en el valle, Bet-aram, Bet-nimra, Sucot y Zafón, el resto del reino de Sehón rey
de Hesbón; el Jordán y su ribera hasta el extremo del mar de Cinneret, al otro lado
del Jordán, al oriente.

28 Esta es la heredad de los hijos de Gad conforme a sus familias, estas ciudades
con sus aldeas.

29 Dio también Moisés heredad a la media tribu de Manasés; y fue para la media
tribu de los hijos de Manasés conforme a sus familias.

30 El territorio de ellos fue desde Mahanaim, todo Basán, todo el reino de Og rey
de Basán, y todas las aldeas de Jair que están en Basán, sesenta ciudades.

31 Y la mitad de Galaad, y Astarot y Edrei, ciudades del reino de Og en Basán, fueron para los hijos de Maquir hijo de Manasés, para la mitad de los hijos de Maquir conforme a sus familias.

32 Estas son las heredades que Moisés repartió en las estepas de Moab, al otro lado del Jordán, frente a Jericó, al oriente.

33 Mas a la tribu de Leví no dio Moisés heredad; Yahvé Dios de Israel es la heredad de ellos, como él les había dicho.

Capítulo 14

1 Esto es, pues, lo que los hijos de Israel tomaron por heredad en la tierra de Canaán, lo cual les repartieron el sacerdote Eleazar, Josué hijo de Nun y las cabezas de las casas paternas de las tribus de los hijos de Israel.

2 Por suerte se les dio su heredad, como Yahvé había mandado a Moisés que se diese a las nueve tribus y a la media tribu.

3 Porque a las dos tribus y a la media tribu Moisés les había dado heredad al otro lado del Jordán; mas a los levitas no les dio heredad entre ellos.

4 Porque los hijos de José fueron dos tribus, Manasés y Efraín; y no dieron parte a los levitas en la tierra, sino ciudades en que morasen, con sus ejidos para sus ganados y rebaños.

5 De la manera que Yahvé lo había mandado a Moisés, así lo hicieron los hijos de Israel en el reparto de la tierra.

6 Entonces los hijos de Judá vinieron a Josué en Gilgal; y Caleb hijo de Jefone, el cenezeo, le dijo: "Tú sabes lo que Yahvé dijo a Moisés, varón de Dios, en Cades-barnea, tocante a mí y a ti.

7 Yo tenía cuarenta años cuando Moisés, siervo de Yahvé, me envió de Cades-barnea a reconocer la tierra; y yo le traje el informe tal como lo sentía en mi corazón.

8 Pero mis hermanos, los que habían subido conmigo, desanimaron el corazón del pueblo; mas yo cumplí fielmente siguiendo a Yahvé mi Dios.

9 Entonces Moisés juró aquel día, diciendo: «Ciertamente la tierra que pisó tu pie será para ti y para tus hijos en herencia perpetua, por cuanto cumpliste siguiendo fielmente a Yahvé mi Dios».

10 Ahora bien, he aquí que Yahvé me ha mantenido con vida, como él dijo, estos cuarenta y cinco años, desde el momento en que Yahvé habló estas palabras a Moisés, cuando Israel andaba por el desierto; y ahora, he aquí, hoy soy de edad de ochenta y cinco años.

11 Todavía estoy tan robusto como el día que Moisés me envió; cual era mi fuerza entonces, tal es ahora mi fuerza para la guerra, y para salir y para entrar.

12 Dame, pues, ahora este monte, del cual habló Yahvé aquel día; porque tú oíste en aquel día que los anaceos están allí, y que hay ciudades grandes y fortificadas. Quizás Yahvé esté conmigo, y los echaré, como Yahvé ha dicho".

13 Josué entonces le bendijo, y dio Hebrón por heredad a Caleb hijo de Jefone.

14 Por tanto, Hebrón vino a ser heredad de Caleb hijo de Jefone, el cenezeo, hasta hoy, por cuanto había seguido fielmente a Yahvé Dios de Israel.

15 Mas el nombre de Hebrón fue antes Quiriat-arba; porque Arba fue el hombre más grande entre los anaceos. Y la tierra descansó de la guerra.

Capítulo 15

1 La suerte que correspondió a la tribu de los hijos de Judá, conforme a sus familias, llegó hasta la frontera de Edom, hasta el desierto de Zin al mediodía, en el extremo sur.

2 Y su límite por el lado del mediodía fue desde el extremo del Mar Salado, desde la bahía que mira hacia el sur;

3 y salía hacia el sur de la subida de Acrabim, pasando por Zin; y subiendo por el sur de Cades-barnea, pasaba por Hezrón, subía por Adar y daba la vuelta a Carca.

4 De allí pasaba a Asmón y salía al torrente de Egipto, para terminar en el mar. Esta será vuestra frontera sur.

5 El límite oriental es el Mar Salado hasta la desembocadura del Jordán. El límite por el lado del norte, desde la bahía del mar en la desembocadura del Jordán;

6 y sube este límite por Bet-hogla, y pasa al norte de Bet-arabá, y sube hasta la piedra de Bohán hijo de Rubén.

7 Luego sube a Debir desde el valle de Acor; y al norte mira hacia Gilgal, que está frente a la subida de Adumín, al sur del torrente; y pasa el límite a las aguas de Ensemes, y sale a En-rogel.

8 Y sube este límite por el valle del hijo de Hinom al lado sur del jebuseo, que es Jerusalén. Luego sube por la cumbre del monte que está frente al valle de Hinom hacia el occidente, el cual está al extremo del valle de Refaim, al norte.

9 Y se extiende el límite desde la cumbre del monte hasta la fuente de las aguas de Neftoa, y sale a las ciudades del monte Efrón, extendiéndose luego hasta Baala, la cual es Quiriat-jearim.

10 De Baala rodea este límite hacia el occidente al monte de Seir; y pasa al lado del monte Jearim al norte, el cual es Quesalón, y desciende a Bet-semes y pasa por Timna.

11 Sale luego el límite al lado de Ecrón hacia el norte; y rodea hasta Sicrón, pasa por el monte de Baala y sale a Jabneel; y termina el límite en el mar.

12 El límite occidental es el gran mar y sus costas. Esta es la frontera de los hijos de Judá por sus contornos, conforme a sus familias.

13 Mas a Caleb hijo de Jefone dio Josué una parte entre los hijos de Judá, conforme al mandamiento de Yahvé, a saber, Quiriat-arba, padre de Anac, la cual es Hebrón.

14 Y Caleb echó de allí a los tres hijos de Anac: a Sesai, a Ahimán y a Talmai, hijos de Anac.

15 De allí subió contra los moradores de Debir; y el nombre de Debir era antes Quiriat-sefer.

16 Y dijo Caleb: «Al que atacare a Quiriat-sefer y la tomare, yo le daré a mi hija Acsa por mujer».

17 Y la tomó Otoniel hijo de Cenaz, hermano de Caleb; y él le dio a su hija Acsa por mujer.

18 Y aconteció que cuando ella vino a él, le persuadió que pidiese a su padre un campo. Ella se apeó del asno, y Caleb le preguntó: «¿Qué tienes?».

19 Ella entonces respondió: «Concédeme un don; puesto que me has dado tierra en el Neguev, dame también fuentes de aguas». Él entonces le dio las fuentes de arriba y las de abajo.

20 Esta, pues, es la heredad de la tribu de los hijos de Judá por sus familias.

21 Y fueron las ciudades del extremo de la tribu de los hijos de Judá, hacia la frontera de Edom al sur: Cabseel, Edar, Jagur,

22 Cina, Dimona, Adada,

23 Cedes, Hazor, Itnán,

24 Zif, Telem, Bealot,

25 Hazor-hadata, Queriot-hezrón (que es Hazor),

26 Amam, Sema, Molada,

27 Hazar-gada, Hesmón, Bet-pelet,

28 Hazar-sual, Beerseba, Biziotia,

29 Baala, Iim, Ezem,

30 Eltolad, Quesil, Horma,

31 Siclag, Madmana, Sansana,

32 Lebaot, Silhim, Ain y Rimón; por todas veintinueve ciudades con sus aldeas.

33 En la Sefela: Estaol, Zora, Asena,

34 Zanoa, En-ganim, Tapúa, Enam,

35 Jarmut, Adulam, Soco, Azeca,

36 Saaraim, Aditaim y Gedera (o Gederotaim); catorce ciudades con sus aldeas.

37 Zenán, Hadasa, Migdal-gad,

38 Dileán, Mizpa, Jocteel,

39 Laquis, Boscat, Eglón,

40 Cabón, Lahmam, Quitlis,

41 Gederot, Bet-dagón, Naama y Maceda; dieciséis ciudades con sus aldeas.

42 Libna, Éter, Asán,

43 Jiftá, Asná, Nezib,

44 Keilá, Aczib y Maresa; nueve ciudades con sus aldeas.

45 Ecrón con sus villas y sus aldeas.

46 Desde Ecrón hasta el mar, todas las que están al lado de Asdod con sus aldeas.

47 Asdod con sus villas y sus aldeas, Gaza con sus villas y sus aldeas hasta el torrente de Egipto, y el gran mar con su costa.

48 Y en las montañas: Samir, Jatir, Soco,

49 Dana, Quiriat-sana (que es Debir),

50 Anab, Estemoa, Anim,

51 Gosén, Holón y Gilo; once ciudades con sus aldeas.

52 Arab, Duma, Esán,

53 Janum, Bet-tapúa, Afeca,

54 Humta, Quiriat-arba (la cual es Hebrón) y Zior; nueve ciudades con sus aldeas.

55 Maón, Carmelo, Zif, Juta,

56 Jezreel, Jocdeam, Zanoa,

57 Caín, Guibeá y Timna; diez ciudades con sus aldeas.

58 Halhul, Bet-zur, Gedor,

59 Maarat, Bet-anot y Eltecón; seis ciudades con sus aldeas.

60 Quiriat-baal (que es Quiriat-jearim) y Rabá; dos ciudades con sus aldeas.

61 En el desierto: Bet-arabá, Midín, Secaca,

62 Nibsán, la Ciudad de la Sal y En-gadi; seis ciudades con sus aldeas.

63 Mas a los jebuseos que habitaban en Jerusalén, los hijos de Judá no pudieron echarlos; y así habitaron los jebuseos con los hijos de Judá en Jerusalén hasta hoy.

Capítulo 16

1 Tocó en suerte a los hijos de José desde el Jordán de Jericó hasta las aguas de Jericó al oriente, hacia el desierto que sube de Jericó por las montañas a Bet-el.

2 Y de Bet-el sale a Luz, y pasa a lo largo del territorio de los arquitas hasta Atarot;

3 y baja hacia el occidente al territorio de los jafletitas, hasta el límite de Bet-horón de abajo y hasta Gezer, para terminar en el mar.

4 Tomaron, pues, su heredad los hijos de José, Manasés y Efraín.

5 Y fue el territorio de los hijos de Efraín por sus familias; el límite de su heredad al oriente fue Atarot-adar hasta Bet-horón de arriba.

6 Y sale el límite al mar, al norte de Micmetat, y rodea el límite hacia el oriente hasta Taanat-silo, y de aquí pasa al oriente a Janoa.

7 De Janoa desciende a Atarot y a Naara, y toca en Jericó y sale al Jordán.

8 Y de Tapúa va el límite hacia el occidente al torrente de Caná, para terminar en el mar. Esta es la heredad de la tribu de los hijos de Efraín por sus familias,

9 con las ciudades que se apartaron para los hijos de Efraín en medio de la heredad de los hijos de Manasés, todas las ciudades con sus aldeas.

10 Pero no arrojaron al cananeo que habitaba en Gezer; por lo cual el cananeo habitó en medio de Efraín hasta hoy, y fue puesto bajo tributo de servicio.

Capítulo 17

1 Esta fue la suerte que correspondió a la tribu de Manasés, por cuanto era el primogénito de José. Maquir, primogénito de Manasés y padre de Galaad, por ser hombre de guerra, tuvo Galaad y Basán.

2 Se dio también suerte al resto de los hijos de Manasés conforme a sus familias: a los hijos de Abiezer, a los hijos de Helec, a los hijos de Asriel, a los hijos de Siquem, a los hijos de Hefer y a los hijos de Semida; estos fueron los hijos varones de Manasés hijo de José, por sus familias.

3 Pero Zelofehad hijo de Hefer, hijo de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés, no tuvo hijos, sino hijas, los nombres de las cuales son estos: Maalá, Noa, Hoglá, Milca y Tirsa.

4 Estas vinieron ante el sacerdote Eleazar y ante Josué hijo de Nun, y ante los príncipes, y dijeron: «Yahvé mandó a Moisés que nos diese heredad entre nuestros hermanos». Él, pues, les dio heredad entre los hermanos de su padre, conforme al dicho de Yahvé.

5 Y cayeron a Manasés diez partes, además de la tierra de Galaad y de Basán que está al otro lado del Jordán;

6 porque las hijas de Manasés tuvieron heredad entre sus hijos; y la tierra de Galaad fue de los otros hijos de Manasés.

7 Y fue el límite de Manasés desde Aser hasta Micmetat, que está frente a Siquem; y va el límite a la mano derecha, a los moradores de En-tapúa.

8 La tierra de Tapúa fue de Manasés; pero la ciudad de Tapúa, que está en el límite de Manasés, es de los hijos de Efraín.

9 Y baja este límite al torrente de Caná, al mediodía del torrente. Estas ciudades de
Efraín están entre las ciudades de Manasés; y el límite de Manasés está al norte del
torrente, y sale al mar.

10 El mediodía es de Efraín, y el norte de Manasés, y el mar es su límite; y se en-
cuentran con Aser al norte, y con Isacar al oriente.

11 Tuvo también Manasés en Isacar y en Aser a Bet-seán y sus aldeas, a Ibleam y
sus aldeas, a los moradores de Dor y sus aldeas, a los moradores de En-dor y sus
aldeas, a los moradores de Taanac y sus aldeas, y a los moradores de Meguido y
sus aldeas; tres regiones.

12 Mas los hijos de Manasés no pudieron arrojar a los moradores de aquellas ciu-
dades; y el cananeo persistió en habitar en aquella tierra.

13 Pero cuando los hijos de Israel se hicieron fuertes, pusieron al cananeo bajo tri-
buto de servicio, mas no lo arrojaron del todo.

14 Y los hijos de José hablaron a Josué, diciendo: «¿Por qué me has dado por he-
redad una sola suerte y una sola parte, siendo yo un pueblo tan numeroso, y que
Yahvé me ha bendecido hasta ahora?».

15 Y Josué les respondió: «Si sois pueblo tan numeroso, subid vosotros al monte,
y talad para vosotros allí en la tierra de los ferezeos y de los refaítas, ya que el
monte de Efraín es estrecho para vosotros».

16 Y los hijos de José dijeron: «No nos bastará a nosotros este monte; y todos los
cananeos que habitan la tierra de la llanura tienen carros de hierro, los que están
en Bet-seán y en sus aldeas, y los que están en el valle de Jezreel».

17 Entonces Josué respondió a la casa de José, a Efraín y a Manasés, diciendo:
«Tú eres un pueblo numeroso y tienes gran poder; no tendrás una sola suerte,

18 sino que aquel monte será tuyo; pues aunque es bosque, tú lo talarás y serán tu-
yos sus términos; porque tú arrojarás al cananeo, aunque tenga carros de hierro y
aunque sea fuerte».

Capítulo 18

1 Toda la congregación de los hijos de Israel se reunió en Silo, y erigieron allí el Tabernáculo de la reunión, después que la tierra les fue sometida.

2 Pero habían quedado de los hijos de Israel siete tribus a las cuales aún no se les había repartido su heredad.

3 Y Josué dijo a los hijos de Israel: «¿Hasta cuándo seréis negligentes para venir a poseer la tierra que os ha dado Yahvé el Dios de vuestros padres?

4 Elegid de entre vosotros tres hombres de cada tribu, para que yo los envíe, y que ellos se levanten y recorran la tierra, y la delineen conforme a su heredad, y vuelvan a mí.

5 Y la dividirán en siete partes; Judá estará en su territorio al mediodía, y los de la casa de José en el suyo al norte.

6 Vosotros, pues, delinearéis la tierra en siete partes y me traeréis la descripción aquí, y yo os echaré suertes aquí delante de Yahvé nuestro Dios.

7 Porque los levitas ninguna parte tienen entre vosotros, por cuanto el sacerdocio de Yahvé es su heredad; Gad también y Rubén y la media tribu de Manasés recibieron su heredad al otro lado del Jordán, al oriente, la cual les dio Moisés siervo de Yahvé».

8 Levantándose, pues, aquellos hombres, fueron; y mandó Josué a los que iban para delinear la tierra, diciéndoles: «Id, recorred la tierra y delineadla, y volved a mí, para que yo os eche suertes aquí delante de Yahvé en Silo».

9 Fueron, pues, aquellos hombres y recorrieron la tierra, delineándola por ciudades en siete partes en un libro, y volvieron a Josué al campamento en Silo.

10 Y Josué les echó suertes en Silo delante de Yahvé; y allí repartió Josué la tierra a los hijos de Israel por sus porciones.

11 Y salió la suerte de la tribu de los hijos de Benjamín por sus familias; y el territorio de su suerte quedó entre los hijos de Judá y los hijos de José.

12 Fue su límite por el lado del norte desde el Jordán; y sube el límite al lado de Jericó al norte; sube después por el monte hacia el occidente, y viene a salir al desierto de Bet-aven.

13 De allí pasa el límite a Luz, al lado sur de Luz (que es Bet-el), y desciende de Atarot-adar al monte que está al mediodía de Bet-horón de abajo.

14 Y rodea el límite y da la vuelta por el lado del occidente hacia el mediodía, desde el monte que está delante de Bet-horón al mediodía; y viene a salir a Quiriat-baal (que es Quiriat-jearim), ciudad de los hijos de Judá. Este es el lado del occidente.

15 El lado del mediodía es desde el extremo de Quiriat-jearim, y sale el límite al occidente a la fuente de las aguas de Neftoa;

16 y desciende el límite al extremo del monte que está delante del valle del hijo de Hinom, que está en el valle de Refaim al norte; desciende luego al valle de Hinom, al lado del jebuseo al mediodía, y de allí desciende a En-rogel.

17 Luego se inclina hacia el norte y sale a En-semes, y de allí sale a Gelilot, que está delante de la subida de Adumín, y desciende a la piedra de Bohán hijo de Rubén;

18 y pasa al lado de la llanura frente al Arabá, y desciende al Arabá.

19 Y pasa el límite al lado de Bet-hogla al norte, y termina en la bahía norte del Mar Salado, al extremo sur del Jordán. Este es el límite del mediodía.

20 Y el Jordán era el límite por el lado del oriente. Esta es la heredad de los hijos de Benjamín por sus límites alrededor, conforme a sus familias.

21 Las ciudades de la tribu de los hijos de Benjamín por sus familias fueron Jericó, Bet-hogla, Emec-casis,

22 Bet-arabá, Zemaraim, Bet-el,

23 Avim, Pará, Ofra,

24 Quefar-hamonai, Ofni y Geba; doce ciudades con sus aldeas;

25 Gabaón, Ramá, Beerot,

26 Mizpa, Quefira, Moza,

27 Requem, Irpeel, Taralá,

28 Zela, Elef, Jebús (que es Jerusalén), Gibeat y Quiriat; catorce ciudades con sus aldeas. Esta es la heredad de los hijos de Benjamín conforme a sus familias.

Capítulo 19

1 La segunda suerte correspondió a Simeón, para la tribu de los hijos de Simeón conforme a sus familias; y su heredad estuvo en medio de la heredad de los hijos de Judá.

2 Y tuvieron en su heredad a Beerseba, Seba, Molada,

3 Hazar-sual, Balá, Ezem,

4 Eltolad, Betul, Horma,

5 Siclag, Bet-marcabot, Hazar-susa,

6 Bet-lebaot y Saruhen; trece ciudades con sus aldeas;

7 Ain, Rimón, Éter y Asán; cuatro ciudades con sus aldeas;

8 y todas las aldeas que estaban alrededor de estas ciudades hasta Baalat-beer, que es Ramá del Mediodía. Esta es la heredad de la tribu de los hijos de Simeón conforme a sus familias.

9 De la parte de los hijos de Judá fue la heredad de los hijos de Simeón, por cuanto la parte de los hijos de Judá era excesiva para ellos; así los hijos de Simeón tomaron su heredad en medio de la de ellos.

10 La tercera suerte correspondió a los hijos de Zabulón conforme a sus familias; y el límite de su heredad fue hasta Sarid.

11 Y sube su límite hacia el occidente hasta Maralá, y llega hasta Dabeset, y de allí llega hasta el torrente que está delante de Jocneam.

12 Y de Sarid vuelve hacia el oriente, hacia donde nace el sol, hasta el límite de Quislot-tabor, sale a Daberat y sube a Jafía.

13 Pasando de allí hacia el oriente a Gat-hefer y a Eta-kazín, sale a Rimón, que llega hasta Nea.

14 Y rodea el límite al norte hasta Hanatón, y viene a salir al valle de Jifta-el.

15 Y abarca Catat, Naalal, Simrón, Idala y Belén; doce ciudades con sus aldeas.

16 Esta es la heredad de los hijos de Zabulón conforme a sus familias; estas ciudades con sus aldeas.

17 La cuarta suerte correspondió a Isacar, para los hijos de Isacar conforme a sus familias.

18 Y fue su territorio Jezreel, Quesulot, Sunem,

19 Hafaraim, Sihón, Anaharat,

20 Rabit, Quisión, Ebez,

21 Remet, En-ganim, En-hada y Bet-pases.

22 Y llega el límite hasta Tabor, Sahasim y Bet-semes, y termina en el Jordán; dieciséis ciudades con sus aldeas.

23 Esta es la heredad de la tribu de los hijos de Isacar conforme a sus familias; estas ciudades con sus aldeas.

24 La quinta suerte correspondió a la tribu de los hijos de Aser conforme a sus familias.

25 Y su territorio abarcó Helcat, Halí, Beten, Acsaf,

26 Alamelec, Amad y Miseal; y llega hasta el Carmelo al occidente, y hasta Sihor-libnat.

27 Después vuelve hacia el oriente a Bet-dagón y llega a Zabulón, al valle de Jifta-el al norte, a Bet-emec y a Neiel, y sale a Cabul a la izquierda.

28 Y abarca a Ebrón, Rehob, Hamón y Caná, hasta la gran Sidón.

29 De allí este límite vuelve a Ramá y hasta la ciudad fortificada de Tiro, y gira hacia Hosa para terminar en el mar, en la región de Aczib.

30 También abarca Uma, Afec y Rehob; veintidós ciudades con sus aldeas.

31 Esta es la heredad de la tribu de los hijos de Aser conforme a sus familias; estas ciudades con sus aldeas.

32 La sexta suerte correspondió a los hijos de Neftalí, para los hijos de Neftalí conforme a sus familias.

33 Y fue su límite desde Helef, desde la encina de Saananim, Adami-neceb y Jabneel, hasta Lacum, y termina en el Jordán.

34 Y vuelve el límite hacia el occidente a Aznot-tabor, y de allí sale a Hucoc; y llega hasta Zabulón al mediodía, y llega hasta Aser al occidente, y hasta Judá en el Jordán, hacia donde nace el sol.

35 Y las ciudades fortificadas son Sidim, Zer, Hamat, Racat, Cineret,

36 Adama, Ramá, Hazor,

37 Cedes, Edrei, En-hazor,

38 Irón, Migdal-el, Horem, Bet-anat y Bet-semes; diecinueve ciudades con sus aldeas.

39 Esta es la heredad de la tribu de los hijos de Neftalí conforme a sus familias; estas ciudades con sus aldeas.

40 La séptima suerte correspondió a la tribu de los hijos de Dan conforme a sus familias.

41 Y fue el territorio de su heredad Zora, Estaol, Ir-semes,

42 Saalabín, Ajalón, Jetla,

43 Elón, Timnat, Ecrón,

44 Elteque, Gibetón, Baalat,

45 Jehúd, Bene-berac, Gat-rimón,

46 Mejarcón y Racón, con el territorio frente a Jope.

47 Y les faltó territorio a los hijos de Dan; por lo cual subieron los hijos de Dan y combatieron contra Lesem, y tomándola la hirieron a filo de espada, y la poseyeron y habitaron en ella; y llamaron a Lesem, Dan, por el nombre de Dan su padre.

48 Esta es la heredad de la tribu de los hijos de Dan conforme a sus familias; estas ciudades con sus aldeas.

49 Y después que acabaron de repartir la tierra en heredad por sus límites, dieron los hijos de Israel heredad a Josué hijo de Nun en medio de ellos.

50 Conforme a la palabra de Yahvé, le dieron la ciudad que él pidió, Timnat-sera, en el monte de Efraín; y él edificó la ciudad y habitó en ella.

51 Estas son las heredades que el sacerdote Eleazar, Josué hijo de Nun y las cabezas de las casas paternas de las tribus de los hijos de Israel repartieron por suerte en Silo, delante de Yahvé, a la puerta del Tabernáculo de la reunión. Y así acabaron de repartir la tierra.

Capítulo 20

1 Yahvé habló a Josué, diciendo:

2 "Habla a los hijos de Israel y diles: «Señalaos las ciudades de refugio, de las cuales os hablé por medio de Moisés,

3 para que se acoja allí el homicida que matare a alguna persona por error o inadvertidamente; y os servirán de refugio contra el vengador de la sangre.

4 El que se acogiere a alguna de aquellas ciudades se presentará a la puerta de la ciudad, y expondrá su causa ante los oídos de los ancianos de aquella ciudad; ellos lo recibirán consigo dentro de la ciudad y le darán un lugar para que habite con ellos.

5 Y si el vengador de la sangre lo siguiere, no entregarán en su mano al homicida, por cuanto hirió a su prójimo sin intención y no le tenía odio antes.

6 Y habitará en aquella ciudad hasta que comparezca en juicio ante la congregación, y hasta la muerte del que fuere sumo sacerdote en aquel tiempo; entonces el homicida podrá volver a su ciudad y a su casa, a la ciudad de donde huyó»».

7 Entonces señalaron a Cedes en Galilea, en el monte de Neftalí; a Siquem, en el monte de Efraín; y a Quiriat-arba (que es Hebrón), en el monte de Judá.

8 Y al otro lado del Jordán, al oriente de Jericó, señalaron a Beser en el desierto, en la llanura de la tribu de Rubén; a Ramot en Galaad, de la tribu de Gad; y a Golán en Basán, de la tribu de Manasés.

9 Estas fueron las ciudades designadas para todos los hijos de Israel, y para el extranjero que morase entre ellos, para que cualquiera que matare a alguien por error pudiera huir allí, y no muriese por mano del vengador de la sangre hasta que compareciese ante la congregación.

Capítulo 21

1 Las cabezas de las casas paternas de los levitas se acercaron al sacerdote Eleazar, a Josué hijo de Nun y a los jefes de las casas paternas de las tribus de los hijos de Israel,

2 y les hablaron en Silo, en la tierra de Canaán, diciendo: «Yahvé mandó por medio de Moisés que nos fuesen dadas ciudades donde habitar, con sus ejidos para nuestros ganados».

3 Entonces los hijos de Israel dieron a los levitas de su propia herencia, conforme al mandato de Yahvé, estas ciudades con sus ejidos.

4 Y cayó la suerte para las familias de los coatitas; y los hijos del sacerdote Aarón, que eran de los levitas, obtuvieron por suerte trece ciudades de la tribu de Judá, de la tribu de Simeón y de la tribu de Benjamín.

5 Y los demás hijos de Coat obtuvieron por suerte diez ciudades de las familias de la tribu de Efraín, de la tribu de Dan y de la media tribu de Manasés.

6 Los hijos de Gersón obtuvieron por suerte trece ciudades de las familias de la tribu de Isacar, de la tribu de Aser, de la tribu de Neftalí y de la media tribu de Manasés en Basán.

7 Los hijos de Merari, según sus familias, obtuvieron doce ciudades de la tribu de Rubén, de la tribu de Gad y de la tribu de Zabulón.

8 Dieron, pues, los hijos de Israel a los levitas estas ciudades con sus ejidos por suerte, como Yahvé había mandado por medio de Moisés.

9 De la tribu de los hijos de Judá y de la tribu de los hijos de Simeón, dieron estas ciudades que fueron nombradas,

10 las cuales obtuvieron los hijos de Aarón, de las familias de los coatitas, de los hijos de Leví; pues la primera suerte fue de ellos.

11 Les dieron Quiriat-arba (padre de Anac, la cual es Hebrón), en el monte de Judá, con sus ejidos alrededor.

12 Mas el campo de la ciudad y sus aldeas dieron a Caleb hijo de Jefone por posesión suya.

13 Así dieron a los hijos del sacerdote Aarón la ciudad de refugio para el homicida, Hebrón con sus ejidos; Libna con sus ejidos,

14 Jatir con sus ejidos, Estemoa con sus ejidos,

15 Holón con sus ejidos, Debir con sus ejidos,

16 Ain con sus ejidos, Juta con sus ejidos y Bet-semes con sus ejidos; nueve ciudades de estas dos tribus.

17 Y de la tribu de Benjamín, Gabaón con sus ejidos, Geba con sus ejidos,

18 Anatot con sus ejidos y Almón con sus ejidos; cuatro ciudades.

19 Todas las ciudades de los sacerdotes, hijos de Aarón, fueron trece ciudades con sus ejidos.

20 Mas las familias de los hijos de Coat, levitas, los que quedaron de los hijos de Coat, obtuvieron por suerte ciudades de la tribu de Efraín.

21 Les dieron Siquem con sus ejidos, la ciudad de refugio para el homicida, en el monte de Efraín; Gezer con sus ejidos,

22 Kibsaim con sus ejidos y Bet-horón con sus ejidos; cuatro ciudades.

23 De la tribu de Dan, Elteque con sus ejidos, Gibetón con sus ejidos,

24 Ajalón con sus ejidos y Gat-rimón con sus ejidos; cuatro ciudades.

25 Y de la media tribu de Manasés, Taanac con sus ejidos y Gat-rimón con sus ejidos; dos ciudades.

26 Todas las ciudades para las familias de los demás hijos de Coat fueron diez con sus ejidos.

27 A los hijos de Gersón, de las familias de los levitas, dieron de la media tribu de Manasés la ciudad de refugio para el homicida, Golán en Basán con sus ejidos; y Beestera con sus ejidos; dos ciudades.

28 De la tribu de Isacar, Quisión con sus ejidos, Daberat con sus ejidos,

29 Jarmut con sus ejidos y En-ganim con sus ejidos; cuatro ciudades.

30 De la tribu de Aser, Miseal con sus ejidos, Abdón con sus ejidos,

31 Helcat con sus ejidos y Rehob con sus ejidos; cuatro ciudades.

32 Y de la tribu de Neftalí, la ciudad de refugio para el homicida, Cedes en Galilea con sus ejidos; Hamot-dor con sus ejidos y Cartán con sus ejidos; tres ciudades.

33 Todas las ciudades de los gersonitas por sus familias fueron trece ciudades con sus ejidos.

34 Y a las familias de los hijos de Merari, levitas que quedaban, dieron de la tribu de Zabulón, Jocneam con sus ejidos, Carta con sus ejidos,

35 Dimna con sus ejidos y Naalal con sus ejidos; cuatro ciudades.

36 Y de la tribu de Rubén, Beser con sus ejidos, Jahaza con sus ejidos,

37 Cademot con sus ejidos y Mefaat con sus ejidos; cuatro ciudades.

38 De la tribu de Gad, la ciudad de refugio para el homicida, Ramot de Galaad con sus ejidos; Mahanaim con sus ejidos,

39 Hesbón con sus ejidos y Jazer con sus ejidos; cuatro ciudades en total.

40 Todas las ciudades de los hijos de Merari por sus familias, los que restaban de las familias de los levitas, fueron por sus suertes doce ciudades.

41 Todas las ciudades de los levitas en medio de la posesión de los hijos de Israel fueron cuarenta y ocho ciudades con sus ejidos.

42 Y estas ciudades estaban apartadas la una de la otra, cada una con sus ejidos alrededor; así fue con todas estas ciudades.

43 De esta manera dio Yahvé a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres, y la poseyeron y habitaron en ella.

44 Y Yahvé les dio reposo en derredor, conforme a todo lo que había jurado a sus padres; y ninguno de todos sus enemigos pudo hacerles frente, porque Yahvé entregó en sus manos a todos sus enemigos.

45 No faltó palabra de todas las buenas promesas que Yahvé había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió.

Capítulo 22

1 Entonces Josué llamó a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés,

2 y les dijo: «Habéis guardado todo lo que Moisés, siervo de Yahvé, os mandó, y habéis escuchado mi voz en todo lo que os he ordenado.

3 No habéis desamparado a vuestros hermanos en este largo tiempo hasta el día de hoy, sino que habéis cumplido la obligación del mandamiento de Yahvé vuestro Dios.

4 Ahora, pues, que Yahvé vuestro Dios ha dado reposo a vuestros hermanos, como les había prometido, volveos ahora e id a vuestras tiendas, a la tierra de vuestra posesión que Moisés, siervo de Yahvé, os dio al otro lado del Jordán.

5 Solamente cuidad con diligencia de poner en práctica el mandamiento y la ley que Moisés, siervo de Yahvé, os mandó: que améis a Yahvé vuestro Dios, y andéis en todos sus caminos; que guardéis sus mandamientos, y os asgáis a él, y le sirváis con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma».

6 Y bendiciéndolos Josué, los despidió; y ellos se fueron a sus tiendas.

7 A la media tribu de Manasés había dado Moisés heredad en Basán; mas a la otra mitad dio Josué heredad entre sus hermanos a este lado del Jordán, hacia el occidente. Asimismo, cuando Josué los envió a sus tiendas, los bendijo

8 y les habló diciendo: «Volved a vuestras tiendas con grandes riquezas, con mucho ganado, con plata, con oro, con bronce, con hierro y con muchos vestidos. Repartid con vuestros hermanos el botín de vuestros enemigos».

9 Así los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés se volvieron, separándose de los hijos de Israel, desde Silo, que está en la tierra de Canaán, para irse a la tierra de Galaad, a la tierra de sus posesiones, de las cuales se habían posesionado conforme al mandato de Yahvé por medio de Moisés.

10 Y llegando a los límites del Jordán que están en la tierra de Canaán, los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés edificaron allí un altar junto al Jordán, un altar de gran apariencia.

11 Y los hijos de Israel oyeron decir: «He aquí que los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés han edificado un altar frente a la tierra de Canaán, en los límites del Jordán, en la ribera que pertenece a los hijos de Israel».

12 Cuando oyeron esto los hijos de Israel, se juntó toda la congregación de los hijos de Israel en Silo, para subir a pelear contra ellos.

13 Y enviaron los hijos de Israel a los hijos de Rubén, a los hijos de Gad y a la media tribu de Manasés, a la tierra de Galaad, a Finees hijo del sacerdote Eleazar,

14 y con él a diez príncipes, un príncipe por cada casa paterna de todas las tribus de Israel; y cada uno de ellos era cabeza de la casa de sus padres entre los millares de Israel.

15 Los cuales fueron a los hijos de Rubén, a los hijos de Gad y a la media tribu de Manasés, a la tierra de Galaad, y les hablaron diciendo:

16 "Toda la congregación de Yahvé dice así: «¿Qué prevaricación es esta que habéis cometido contra el Dios de Israel, para apartaros hoy de seguir a Yahvé, edificándoos un altar para rebelaros hoy contra Yahvé?

17 ¿Es poco para nosotros la maldad de Peor, de la que no estamos limpios hasta hoy, por la cual vino la plaga en la congregación de Yahvé,

18 para que vosotros os apartéis hoy de seguir a Yahvé? Y sucederá que si vosotros os rebeláis hoy contra Yahvé, mañana se encenderá su ira contra toda la congregación de Israel.

19 Si os parece que la tierra de vuestra posesión es inmunda, pasaos a la tierra de la posesión de Yahvé, en la cual está el Tabernáculo de la reunión de Yahvé, y tomad posesión entre nosotros; pero no os rebeléis contra Yahvé, ni os rebeléis contra nosotros, edificándoos un altar además del altar de Yahvé nuestro Dios.

20 ¿No cometió Acán hijo de Zera una prevaricación en el anatema, y cayó la ira sobre toda la congregación de Israel? Y aquel hombre no pereció solo en su iniquidad»».

21 Entonces los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés respondieron y dijeron a las cabezas de los millares de Israel:

22 "El Dios de los dioses, Yahvé, el Dios de los dioses, Yahvé, él lo sabe, e Israel lo sabrá: si fue por rebelión o por prevaricación contra Yahvé, no nos salve hoy.

23 Si nos hemos edificado altar para apartarnos de seguir a Yahvé, o para ofrecer holocaustos u ofrendas, o para hacer sacrificios de paz, Yahvé mismo nos lo demande.

24 Lo hicimos más bien por temor de que mañana vuestros hijos digan a los nuestros: «¿Qué tenéis vosotros que ver con Yahvé Dios de Israel?

25 Yahvé ha puesto por lindero el Jordán entre nosotros y vosotros, oh hijos de Rubén e hijos de Gad; no tenéis vosotros parte en Yahvé». Y así vuestros hijos harían que nuestros hijos dejasen de temer a Yahvé.

26 Por esto dijimos: "Edifiquemos ahora un altar, no para holocausto ni para sacrificio,

27 sino para que sea testimonio entre nosotros y vosotros, y entre nuestros descendientes después de nosotros, de que podemos hacer el servicio de Yahvé delante de él con nuestros holocaustos, con nuestros sacrificios y con nuestras ofrendas de paz; y no digan mañana vuestros hijos a los nuestros: 'Vosotros no tenéis parte en Yahvé'".

28 Dijimos, pues: "Si aconteciere que nos digan tal cosa a nosotros o a nuestras generaciones en lo por venir, entonces responderemos: 'Ved el modelo del altar de Yahvé que hicieron nuestros padres, no para holocaustos ni para sacrificios, sino para que fuese testimonio entre nosotros y vosotros'".

29 «¡Lejos esté de nosotros el rebelarnos contra Yahvé, o apartarnos hoy de seguir a Yahvé, edificando altar para holocaustos, para ofrendas o para sacrificios, además del altar de Yahvé nuestro Dios que está delante de su Tabernáculo!»

30 Oyendo Finees el sacerdote, y los príncipes de la congregación y las cabezas de los millares de Israel que con él estaban, las palabras que hablaron los hijos de Rubén, los hijos de Gad y los hijos de Manasés, les pareció bien todo ello.

31 Y dijo Finees hijo del sacerdote Eleazar a los hijos de Rubén, a los hijos de Gad y a los hijos de Manasés: «Hoy sabemos que Yahvé está entre nosotros, por cuanto no habéis cometido esta prevaricación contra Yahvé. Ahora habéis librado a los hijos de Israel de la mano de Yahvé».

32 Y Finees hijo del sacerdote Eleazar, y los príncipes, volvieron de los hijos de Rubén y de los hijos de Gad, de la tierra de Galaad, a la tierra de Canaán, a los hijos de Israel, y les dieron la respuesta.

33 El negocio pareció bien a los hijos de Israel, y bendijeron a Dios los hijos de Israel; y no hablaron más de subir contra ellos en guerra para destruir la tierra en que habitaban los hijos de Rubén y los hijos de Gad.

34 Y los hijos de Rubén y los hijos de Gad pusieron por nombre al altar Ed; porque dijeron: «Testimonio es entre nosotros que Yahvé es Dios».

Capítulo 23

1 Aconteció, muchos días después, cuando Yahvé había dado reposo a Israel de todos sus enemigos de alrededor, y Josué era ya viejo y avanzado en días,

2 que Josué llamó a todo Israel, a sus ancianos, a sus cabezas, a sus jueces y a sus oficiales, y les dijo: "Yo ya soy viejo y avanzado en días.

3 Y vosotros habéis visto todo lo que Yahvé vuestro Dios ha hecho con todas estas naciones por vuestra causa; porque Yahvé vuestro Dios es quien ha peleado por vosotros.

4 Ved que os he repartido por suerte estas naciones que quedan, para que sean heredad de vuestras tribus, desde el Jordán, con todas las naciones que he destruido, hasta el gran mar hacia el occidente.

5 Y Yahvé vuestro Dios las arrojará de delante de vosotros y las echará de vuestra presencia; y vosotros poseeréis su tierra, tal como Yahvé vuestro Dios os ha dicho.

6 "Esforzaos, pues, mucho en guardar y hacer todo lo que está escrito en el libro de la ley de Moisés, para que no os apartéis de él ni a la derecha ni a la izquierda;

7 para que no os mezcléis con estas naciones que han quedado entre vosotros, ni hagáis mención del nombre de sus dioses, ni juréis por ellos, ni les sirváis, ni os inclinéis ante ellos;

8 sino que os asgáis a Yahvé vuestro Dios, como lo habéis hecho hasta hoy.

9 "Pues Yahvé ha arrojado de delante de vosotros a naciones grandes y fuertes; y hasta hoy nadie os ha podido resistir.

10 Un solo hombre de vosotros perseguirá a mil; porque Yahvé vuestro Dios es quien pelea por vosotros, como él os dijo.

11 Guardad, pues, con diligencia vuestras almas, para que améis a Yahvé vuestro Dios.

12 "Porque si os volviereis, y os uniereis a lo que resta de estas naciones que han quedado entre vosotros, y si concertareis con ellas matrimonios, mezclándoos con ellas y ellas con vosotros,

13 sabed de cierto que Yahvé vuestro Dios no arrojará más a estas naciones de delante de vuestra presencia, sino que os serán por lazo, por trampa, por azote para vuestros costados y por espinas para vuestros ojos, hasta que perezcáis de esta buena tierra que Yahvé vuestro Dios os ha dado.

14 «Y he aquí que yo voy hoy por el camino de toda la tierra; reconoced, pues, con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, que no ha faltado una sola palabra de todas las buenas palabras que Yahvé vuestro Dios había dicho de vosotros; todas os han acontecido, no ha faltado ninguna de ellas.

15 Pero así como ha venido sobre vosotros toda palabra buena que Yahvé vuestro Dios os había dicho, también traerá Yahvé sobre vosotros toda palabra mala, hasta exterminaros de sobre esta buena tierra que Yahvé vuestro Dios os ha dado,

16 si quebrantareis el pacto de Yahvé vuestro Dios que él os ha mandado, yendo a servir a dioses ajenos e inclinándoos ante ellos. Entonces la ira de Yahvé se encenderá contra vosotros, y pereceréis prontamente de esta buena tierra que él os ha dado».

Capítulo 24

1 Josué reunió a todas las tribus de Israel en Siquem, y llamó a los ancianos de Israel, a sus cabezas, a sus jueces y a sus oficiales; y se presentaron delante de Dios.

2 Y dijo Josué a todo el pueblo: "Así dice Yahvé, Dios de Israel: "Vuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del río, esto es, Taré, padre de Abraham y de Nacor; y servían a otros dioses.

3 Pero yo tomé a vuestro padre Abraham del otro lado del río, y lo conduje por toda la tierra de Canaán, y multipliqué su simiente y le di a Isaac.

4 A Isaac le di a Jacob y a Esaú. Y a Esaú le di el monte de Seir para que lo poseyese; pero Jacob y sus hijos descendieron a Egipto.

5 "Y yo envié a Moisés y a Aarón, y herí a Egipto con las plagas que hice en medio de ellos, y después os saqué.

6 Saqué a vuestros padres de Egipto, y llegasteis al mar; y los egipcios siguieron a vuestros padres hasta el Mar Rojo con carros y caballería.

7 Cuando ellos clamaron a Yahvé, él puso oscuridad entre vosotros y los egipcios, e hizo venir sobre ellos el mar, el cual los cubrió; y vuestros ojos vieron lo que hice en Egipto. Después estuvisteis vosotros habitando en el desierto muchos días.

8 "Yo os introduje en la tierra de los amorreos, que habitaban al otro lado del Jordán; ellos pelearon contra vosotros, mas yo los entregué en vuestra mano, y poseísteis su tierra, y yo los destruí de delante de vosotros.

9 Después se levantó Balac hijo de Zipor, rey de Moab, y peleó contra Israel; y envió a llamar a Balaam hijo de Beor, para que os maldijese.

10 Mas yo no quise escuchar a Balaam, por lo cual os bendijo repetidamente, y os libré de su mano.

11 «Pasasteis el Jordán y llegasteis a Jericó; y los moradores de Jericó pelearon contra vosotros: los amorreos, ferezeos, cananeos, hititas, gergeseos, heveos y jebuseos, y yo los entregué en vuestra mano.

12 Y envié tábanos delante de vosotros, los cuales los arrojaron de delante de vosotros, a saber, a los dos reyes de los amorreos; no con tu espada ni con tu arco.

13 Y os di tierra por la cual no trabajasteis, y ciudades que no edificasteis, en las cuales ahora habitáis; y coméis de viñas y olivares que no plantasteis».

14 «Ahora, pues, temed a Yahvé, y servidle con integridad y en verdad; quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río y en Egipto, y servid a Yahvé.

15 Y si mal os parece servir a Yahvé, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Yahvé».

16 Entonces el pueblo respondió y dijo: «Nunca tal acontezca, que dejemos a Yahvé para servir a otros dioses;

17 porque Yahvé nuestro Dios es el que nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre; el que ha hecho estas grandes señales delante de nuestros ojos, y nos ha guardado en todo el camino por donde hemos andado, y en todos los pueblos por los cuales pasamos.

18 Y Yahvé arrojó de delante de nosotros a todos los pueblos, y al amorreo que habitaba en la tierra; nosotros, pues, también serviremos a Yahvé, porque él es nuestro Dios».

19 Entonces Josué dijo al pueblo: «No podréis servir a Yahvé, porque él es Dios santo, y Dios celoso; no sufrirá vuestras rebeliones ni vuestros pecados.

20 Si dejareis a Yahvé y sirviereis a dioses ajenos, él se volverá y os hará mal, y os consumirá, después que os ha hecho bien».

21 El pueblo entonces dijo a Josué: «No, sino que a Yahvé serviremos».

22 Y Josué respondió al pueblo: «Vosotros sois testigos contra vosotros mismos, de que habéis elegido a Yahvé para servirle». Y ellos respondieron: «Testigos somos».

23 «Quitad, pues, ahora los dioses ajenos que están entre vosotros, e inclinad vuestro corazón a Yahvé Dios de Israel».

24 Y el pueblo respondió a Josué: «A Yahvé nuestro Dios serviremos, y su voz obedeceremos».

25 Entonces Josué concertó un pacto con el pueblo aquel mismo día, y les dio estatutos y ordenanzas en Siquem.

26 Y escribió Josué estas palabras en el libro de la ley de Dios; y tomando una gran piedra, la levantó allí debajo de la encina que estaba junto al santuario de Yahvé.

27 Y dijo Josué a todo el pueblo: «He aquí esta piedra servirá de testigo contra nosotros, porque ella ha oído todas las palabras que Yahvé nos ha hablado; será, pues, testigo contra vosotros, para que no faltéis a vuestro Dios».

28 Y despidió Josué al pueblo, cada uno a su heredad.

29 Después de estas cosas murió Josué hijo de Nun, siervo de Yahvé, siendo de edad de ciento diez años.

30 Y lo sepultaron en su heredad, en Timnat-sera, que está en el monte de Efraín, al norte del monte Gaas.

31 Y sirvió Israel a Yahvé todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué y que sabían todas las obras que Yahvé había hecho por Israel.

32 Y enterraron en Siquem los huesos de José, que los hijos de Israel habían subido de Egipto, en la parte del campo que Jacob compró de los hijos de Hamor padre de Siquem, por cien quesitás; y fue posesión de los hijos de José.

33 También murió Eleazar hijo de Aarón, y lo enterraron en el monte de su hijo Finees, que le fue dado en el monte de Efraín.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

JUECES

Capítulo 1

1 Aconteció después de la muerte de Josué, que los hijos de Israel consultaron a Yahvé, diciendo: «¿Quién de nosotros subirá primero a pelear contra los cananeos?».

2 Y Yahvé respondió: "Judá subirá; he aquí que yo he entregado la tierra en sus manos".

3 Y Judá dijo a su hermano Simeón: «Sube conmigo a la heredad que me ha caído en suerte, y peleemos contra el cananeo, y yo también iré contigo a la tuya». Y Simeón fue con él.

4 Y subió Judá, y Yahvé entregó en sus manos al cananeo y al ferezeo; y mataron de ellos en Bezec a diez mil hombres.

5 Y hallaron a Adoni-bezec en Bezec, y pelearon contra él; y hirieron al cananeo y al ferezeo.

6 Mas Adoni-bezec huyó; y le siguieron y le prendieron, y le cortaron los pulgares de las manos y de los pies.

7 Entonces dijo Adoni-bezec: «Setenta reyes, cortados los pulgares de sus manos y de sus pies, recogían las migajas debajo de mi mesa; como yo hice, así me ha pagado Dios». Y le llevaron a Jerusalén, donde murió.

8 Y combatieron los hijos de Judá a Jerusalén y la tomaron, y la pasaron a filo de espada y pusieron fuego a la ciudad.

9 Después de esto los hijos de Judá descendieron para pelear contra los cananeos que habitaban en el monte, en el Neguev y en la Sefela.

10 Y marchó Judá contra los cananeos que habitaban en Hebrón (la cual antes se llamaba Quiriat-arba); e hirieron a Sesai, a Ahimán y a Talmai.

11 De allí fue a los moradores de Debir (que antes se llamaba Quiriat-sefer).

12 Y dijo Caleb: «Al que atacare a Quiriat-sefer y la tomare, yo le daré a mi hija Acsa por mujer».

13 Y la tomó Otoniel hijo de Cenaz, hermano menor de Caleb; y él le dio a su hija Acsa por mujer.

14 Y aconteció que cuando ella vino a él, le persuadió que pidiese a su padre un campo. Ella se apeó del asno, y Caleb le preguntó: «¿Qué tienes?».

15 Ella entonces le respondió: «Concédeme un don; puesto que me has dado tierra en el Neguev, dame también fuentes de aguas». Y Caleb le dio las fuentes de arriba y las de abajo.

16 Y los hijos del ceneo, suegro de Moisés, subieron de la Ciudad de las Palmeras con los hijos de Judá al desierto de Judá, que está al mediodía de Arad; y fueron y habitaron con el pueblo.

17 Y fue Judá con su hermano Simeón, e hirieron al cananeo que habitaba en Zefat, y la destruyeron por completo; y llamaron el nombre de la ciudad Horma.

18 Tomó también Judá a Gaza con su territorio, a Ascalón con su territorio y a Ecrón con su territorio.

19 Y Yahvé estaba con Judá, quien arrojó a los moradores del monte; mas no pudo arrojar a los que habitaban en los llanos, los cuales tenían carros de hierro.

20 Y dieron Hebrón a Caleb, como Moisés había dicho; y él arrojó de allí a los tres hijos de Anac.

21 Mas los hijos de Benjamín no arrojaron al jebuseo que habitaba en Jerusalén, y así habitó el jebuseo con los hijos de Benjamín en Jerusalén hasta hoy.

22 También la casa de José subió contra Bet-el; y Yahvé estaba con ellos.

23 Y la casa de José puso espías en Bet-el (la ciudad que antes se llamaba Luz).

24 Y los que espiaban vieron a un hombre que salía de la ciudad, y le dijeron: «Muéstranos ahora la entrada de la ciudad, y haremos contigo misericordia».

25 Él entonces les mostró la entrada a la ciudad, y la hirieron a filo de espada; pero dejaron ir a aquel hombre con toda su familia.

26 Y se fue el hombre a la tierra de los hititas, y edificó una ciudad a la cual llamó Luz; y este es su nombre hasta hoy.

27 Tampoco Manasés arrojó a los de Bet-seán ni a los de sus aldeas, ni a los de Taanac y sus aldeas, ni a los moradores de Dor y sus aldeas, ni a los moradores de Ibleam y sus aldeas, ni a los moradores de Meguido y sus aldeas; y el cananeo persistió en habitar en aquella tierra.

28 Pero cuando Israel se hizo fuerte, puso al cananeo bajo tributo de servicio, mas no lo arrojó del todo.

29 Tampoco Efraín arrojó al cananeo que habitaba en Gezer, sino que habitó el cananeo en Gezer en medio de ellos.

30 Tampoco Zabulón arrojó a los moradores de Quitrón, ni a los de Naalal; y el cananeo habitó en medio de él, y le fue tributario.

31 Tampoco Aser arrojó a los moradores de Aco, ni a los de Sidón, ni de Ahlab, ni de Aczib, ni de Helba, ni de Afec, ni de Rehob.

32 Y moró Aser entre los cananeos que habitaban en la tierra; pues no los arrojó.

33 Tampoco Neftalí arrojó a los moradores de Bet-semes, ni a los moradores de Bet-anat, sino que moró entre los cananeos que habitaban en la tierra; mas le fueron tributarios los moradores de Bet-semes y los moradores de Bet-anat.

34 Los amorreos acosaron a los hijos de Dan hasta el monte, y no los dejaron descender a los llanos.

35 Y el amorreo persistió en habitar en el monte de Heres, en Ajalón y en Saalabím; pero cuando la mano de la casa de José se hizo fuerte, les hicieron tributarios.

36 Y el término del amorreo fue desde la subida de Acrabim, desde la peña hacia arriba.

Capítulo 2

1 El Ángel de Yahvé subió de Gilgal a Boquim, y dijo: "Yo os saqué de Egipto y os
introduje en la tierra de la cual había jurado a vuestros padres, diciendo: «No in-
validaré jamás mi pacto con vosotros,

2 con tal que vosotros no hagáis alianza con los moradores de esta tierra, cuyos
altares habéis de derribar». Mas vosotros no habéis atendido a mi voz. ¿Por qué
habéis hecho esto?

3 Por tanto, yo también digo ahora: «No los arrojaré de delante de vosotros, sino
que serán vuestros azotes, y sus dioses os serán por tropezón»».

4 Cuando el Ángel de Yahvé habló estas palabras a todos los hijos de Israel, el pue-
blo alzó su voz y lloró.

5 Y llamaron el nombre de aquel lugar Boquim, y ofrecieron allí sacrificios a
Yahvé.

6 Porque habiendo Josué despedido al pueblo, los hijos de Israel se fueron cada
uno a su heredad para poseer la tierra.

7 Y el pueblo sirvió a Yahvé todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancia-
nos que sobrevivieron a Josué, los cuales habían visto todas las grandes obras que
Yahvé había hecho por Israel.

8 Pero murió Josué hijo de Nun, siervo de Yahvé, siendo de ciento diez años.

9 Y lo sepultaron en su heredad en Timnat-heres, en el monte de Efraín, al norte
del monte Gaas.

10 Y toda aquella generación fue también reunida con sus padres. Y se levantó des-
pués de ellos otra generación que no conocía a Yahvé, ni la obra que él había he-
cho por Israel.

11 Entonces los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Yahvé, y sirvieron
a los baales.

12 Dejaron a Yahvé el Dios de sus padres, que los había sacado de la tierra de Egipto, y se fueron tras otros dioses, los dioses de los pueblos que estaban en sus alrededores, a los cuales adoraron; y provocaron a ira a Yahvé.

13 Y dejaron a Yahvé, y adoraron a Baal y a Astarot.

14 Y se encendió contra Israel el furor de Yahvé, el cual los entregó en manos de robadores que los despojaron, y los vendió en mano de sus enemigos de alrededor; y no pudieron ya hacer frente a sus enemigos.

15 Por dondequiera que salían, la mano de Yahvé estaba contra ellos para mal, como Yahvé había dicho, y como Yahvé se lo había jurado; y se hallaron en gran aflicción.

16 Y Yahvé levantó jueces que los librasen de mano de los que los despojaban.

17 Pero tampoco oyeron a sus jueces, sino que fueron tras dioses ajenos, a los cuales adoraron; se apartaron pronto del camino en que anduvieron sus padres obedeciendo a los mandamientos de Yahvé; ellos no hicieron así.

18 Y cuando Yahvé les levantaba jueces, Yahvé estaba con el juez, y los libraba de mano de los enemigos todo el tiempo de aquel juez; porque Yahvé se movía a lástima por sus gemidos a causa de los que los oprimían y afligían.

19 Mas acontecía que al morir el juez, ellos volvían atrás, y se corrompían más que sus padres, siguiendo a dioses ajenos para servirles, e inclinándose delante de ellos; y no se arrepentían de sus obras, ni de su obstinado camino.

20 Y la ira de Yahvé se encendió contra Israel, y dijo: «Por cuanto esta nación ha quebrantado mi pacto que ordené a sus padres, y no ha escuchado mi voz,

21 tampoco yo volveré más a arrojar de delante de ellos a ninguna de las naciones que dejó Josué cuando murió;

22 para probar con ellas a Israel, si procurarían ellos guardar el camino de Yahvé, andando por él como sus padres lo guardaron, o no».

23 Por lo cual dejó Yahvé a aquellas naciones, sin arrojarlas de golpe, y no las entregó en mano de Josué.

Capítulo 3

1 Estas son las naciones que Yahvé dejó para probar con ellas a Israel, a todos aquellos que no habían conocido todas las guerras de Canaán;

2 solamente para que el linaje de los hijos de Israel conociese y aprendiese la guerra, al menos los que antes no la habían conocido:

3 los cinco príncipes de los filisteos, todos los cananeos, los sidonios y los heveos que habitaban en el monte Líbano, desde el monte Baal-hermón hasta la entrada de Hamat.

4 Y fueron dejadas para probar por ellas a Israel, para saber si obedecerían a los mandamientos de Yahvé, que él había dado a sus padres por mano de Moisés.

5 Así los hijos de Israel habitaban entre los cananeos, hititas, amorreos, ferezeos, heveos y jebuseos.

6 Y tomaron de sus hijas por mujeres, y dieron sus hijas a los hijos de ellos, y sirvieron a sus dioses.

7 Hicieron, pues, los hijos de Israel lo malo ante los ojos de Yahvé, y olvidaron a Yahvé su Dios, y sirvieron a los baales y a las imágenes de Asera.

8 Por lo cual la ira de Yahvé se encendió contra Israel, y los vendió en manos de Cusán-risataim rey de Mesopotamia; y sirvieron los hijos de Israel a Cusán-risataim ocho años.

9 Mas cuando los hijos de Israel clamaron a Yahvé, Yahvé levantó un libertador a los hijos de Israel y los libró; a saber, a Otoniel hijo de Cenaz, hermano menor de Caleb.

10 Y el Espíritu de Yahvé vino sobre él, y juzgó a Israel, y salió a batalla, y Yahvé entregó en su mano a Cusán-risataim rey de Siria; y prevaleció su mano contra Cusán-risataim.

11 Y reposó la tierra cuarenta años; y murió Otoniel hijo de Cenaz.

12 Volvieron los hijos de Israel a hacer lo malo ante los ojos de Yahvé; y Yahvé fortaleció a Eglón rey de Moab contra Israel, por cuanto habían hecho lo malo ante los ojos de Yahvé.

13 Este juntó consigo a los hijos de Amón y de Amalec, y vino e hirió a Israel, y tomó la Ciudad de las Palmeras.

14 Y sirvieron los hijos de Israel a Eglón rey de los moabitas dieciocho años.

15 Y clamaron los hijos de Israel a Yahvé; y Yahvé les levantó un libertador, a Aod hijo de Gera, benjamita, el cual era zurdo. Y los hijos de Israel enviaron con él un presente a Eglón rey de Moab.

16 Y Aod se había hecho un puñal de dos filos, de un codo de largo; y se lo ciñó debajo de sus vestidos a su lado derecho.

17 Y entregó el presente a Eglón rey de Moab; y era Eglón hombre muy grueso.

18 Y luego que hubo entregado el presente, despidió a la gente que lo había traído.

19 Mas él se volvió desde las canteras que están junto a Gilgal, y dijo: «Rey, una palabra secreta tengo que decirte». Él entonces dijo: «Calla». Y salieron de delante de él todos los que con él estaban.

20 Y Aod se acercó a él, el cual estaba sentado solo en su sala de verano. Y Aod dijo: «Tengo palabra de Dios para ti». Él entonces se levantó del trono.

21 Entonces alargó Aod su mano izquierda, tomó el puñal de su lado derecho, y se lo metió por el vientre,

22 de tal manera que la empuñadura entró también tras la hoja, y la gordura cubrió la hoja, porque no sacó el puñal de su vientre; y salió el estiércol.

23 Y salió Aod al corredor, y cerró tras sí las puertas de la sala y las aseguró con el cerrojo.

24 Cuando él hubo salido, vinieron los siervos del rey, los cuales viendo las puertas de la sala cerradas, dijeron: «Sin duda él cubre sus pies en la sala de verano».

25 Y habiendo esperado hasta estar confusos, porque él no abría las puertas de la sala, tomaron la llave y abrieron; y he aquí su señor caído en tierra, muerto.

26 Mas entre tanto que ellos se detuvieron, Aod escapó, y pasando las canteras, se puso a salvo en Seirat.

27 Y cuando hubo llegado, tocó la trompeta en el monte de Efraín, y los hijos de Israel descendieron con él del monte, y él iba delante de ellos.

28 Entonces les dijo: «Seguidme, porque Yahvé ha entregado a vuestros enemigos los moabitas en vuestras manos». Y descendieron tras él, y tomaron los vados del Jordán a Moab, y no dejaron pasar a ninguno.

29 Y en aquel tiempo mataron de los moabitas como diez mil hombres, todos valientes y todos hombres de guerra; no escapó ninguno.

30 Así fue subyugado Moab aquel día bajo la mano de Israel; y reposó la tierra ochenta años.

31 Después de él fue Samgar hijo de Anat, el cual mató a seiscientos hombres de los filisteos con una aguijada de bueyes; y él también libró a Israel.

Capítulo 4

1 Después de la muerte de Aod, los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Yahvé.

2 Y Yahvé los vendió en mano de Jabín rey de Canaán, el cual reinaba en Hazor; y el capitán de su ejército se llamaba Sísara, el cual habitaba en Haroset-goim.

3 Entonces los hijos de Israel clamaron a Yahvé, porque aquel tenía novecientos carros de hierro, y había oprimido con crueldad a los hijos de Israel por veinte años.

4 Gobernaba en aquel tiempo a Israel una mujer, Débora, profetisa, mujer de Lapidot;

5 la cual se sentaba debajo de la palmera de Débora, entre Ramá y Bet-el, en el monte de Efraín; y los hijos de Israel subían a ella a juicio.

6 Y ella envió a llamar a Barac hijo de Abinoam, de Cedes de Neftalí, y le dijo: "¿No te ha mandado Yahvé Dios de Israel, diciendo: «Ve, junta a tu gente en el monte Tabor, y toma contigo diez mil hombres de los hijos de Neftalí y de los hijos de Zabulón;

7 y yo atraeré hacia ti al torrente de Cisón a Sísara, capitán del ejército de Jabín, con sus carros y su multitud, y lo entregaré en tu mano»?".

8 Barac le respondió: «Si tú fueres conmigo, yo iré; pero si no fueres conmigo, no iré».

9 Ella dijo: «Iré contigo; mas no será tuya la gloria de la jornada que emprendes, porque en mano de mujer venderá Yahvé a Sísara». Y levantándose Débora, fue con Barac a Cedes.

10 Y juntó Barac a Zabulón y a Neftalí en Cedes, y subió con diez mil hombres a su mando; y Débora subió con él.

11 Y Heber ceneo, de los hijos de Hobab suegro de Moisés, se había apartado de los ceneos, y había plantado sus tiendas hasta la encina de Zaanaim, que está junto a Cedes.

12 Dieron aviso a Sísara de que Barac hijo de Abinoam había subido al monte Tabor.

13 Y reunió Sísara todos sus carros, novecientos carros de hierro, y a todo el pueblo que con él estaba, desde Haroset-goim hasta el torrente de Cisón.

14 Entonces Débora dijo a Barac: «¡Levántate!, porque este es el día en que Yahvé ha entregado a Sísara en tu mano. ¿No ha salido Yahvé delante de ti?». Y Barac descendió del monte Tabor, y diez mil hombres en pos de él.

15 Y Yahvé desbarató a Sísara, a todos sus carros y a todo su ejército, a filo de espada delante de Barac; y Sísara descendió del carro, y huyó a pie.

16 Mas Barac siguió los carros y el ejército hasta Haroset-goim, y todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada, hasta no quedar ni uno.

17 Y Sísara huyó a pie a la tienda de Jael mujer de Heber ceneo; porque había paz entre Jabín rey de Hazor y la casa de Heber ceneo.

18 Y saliendo Jael a recibir a Sísara, le dijo: «Ven, señor mío, ven a mí, no tengas temor». Y él vino a ella a la tienda, y ella lo cubrió con una manta.

19 Y él le dijo: «Te ruego me des de beber un poco de agua, pues tengo sed». Y ella abrió un odre de leche y le dio de beber, y le volvió a cubrir.

20 Y él le dijo: "Estáte a la puerta de la tienda, y si alguien viniere y te preguntare, diciendo: «¿Hay alguien aquí?», tú responderás que no".

21 Pero Jael mujer de Heber tomó una estaca de la tienda, y poniendo un mazo en su mano, se acercó a él calladamente y le metió la estaca por las sienes, y la enclavó en la tierra, pues él estaba cargado de sueño y cansado; y así murió.

22 Y siguiendo Barac a Sísara, Jael salió a recibirlo, y le dijo: «Ven, y te mostraré al varón que tú buscas». Y él entró donde ella estaba, y he aquí Sísara yacía muerto con la estaca por sus sienes.

23 Así abatió Dios aquel día a Jabín, rey de Canaán, delante de los hijos de Israel.

24 Y la mano de los hijos de Israel fue endureciéndose más y más contra Jabín rey de Canaán, hasta que lo destruyeron.

Capítulo 5

1 Aquel día cantaron Débora y Barac hijo de Abinoam, diciendo:

2 “Por haberse puesto al frente los caudillos en Israel,
por haberse ofrecido el pueblo voluntariamente,
¡bendecid a Yahvé!

3 “¡Oíd, reyes!
¡Atended, príncipes!
Yo cantaré a Yahvé;
cantaré salmos a Yahvé, el Dios de Israel.

4 “Yahvé, cuando saliste de Seír,
cuando te marchaste de los campos de Edom,
la tierra tembló y los cielos destilaron;
también las nubes gotearon aguas.

5 Los montes se derritieron delante de Yahvé,
aquel Sinaí, delante de Yahvé Dios de Israel.

6 “En los días de Samgar hijo de Anat,
en los días de Jael, quedaron abandonados los caminos,
y los que andaban por las sendas iban por desvíos tortuosos.

7 Las aldeas quedaron desiertas en Israel, cesaron,
hasta que yo, Débora, me levanté;
hasta que me levanté como madre en Israel.

8 Cuando escogían nuevos dioses,
la guerra estaba a las puertas.
¿Se veía escudo o lanza entre cuarenta mil en Israel?

9 Mi corazón está con los jefes de Israel,
con los que voluntariamente se ofrecieron entre el pueblo.
¡Bendecid a Yahvé!

10 “Vosotros, los que cabalgáis en asnas blancas,
los que os sentáis sobre tapices,
y los que viajáis por el camino, meditad.

11 Lejos del ruido de los arqueros, en los abrevaderos,
allí repetirán los actos de justicia de Yahvé,
las justicias de su gobierno en Israel.
"Entonces el pueblo de Yahvé descendió a las puertas.

12 "¡Despierta, despierta, Débora!
¡Despierta, despierta, entona un cántico!
¡Levántate, Barac, y lleva a tus cautivos, hijo de Abinoam!

13 "Entonces descendió un remanente de los nobles y del pueblo;
Yahvé descendió por mí contra los poderosos.

14 De Efraín vinieron los que tenían su raíz en Amalec,
en pos de ti, Benjamín, entre tus pueblos.
De Maquir descendieron caudillos,
y de Zabulón los que manejan el báculo de mando.

15 Los príncipes de Isacar estuvieron con Débora;
e Isacar, lo mismo que Barac,
se lanzó al valle tras sus pasos.
Entre las divisiones de Rubén
hubo grandes resoluciones de corazón.

16 "¿Por qué te quedaste sentado entre los apriscos,
para oír los balidos de los rebaños?
Entre las divisiones de Rubén
hubo grandes escrutinios del corazón.

17 Galaad se quedó al otro lado del Jordán;
y Dan, ¿por qué se detuvo junto a las naves?
Aser se mantuvo quieto en la ribera del mar,
y se quedó en sus puertos.

18 Zabulón fue pueblo que expuso su vida a la muerte,
y Neftalí también, en las alturas del campo.

19 “Vinieron reyes y pelearon;
entonces pelearon los reyes de Canaán en Taanac, junto a las aguas de Meguido,
mas no llevaron botín de plata.

20 Desde los cielos pelearon las estrellas;
desde sus órbitas pelearon contra Sísara.

21 Los barrió el torrente de Cisón,
el antiguo torrente, el torrente Cisón.
¡Marcha, alma mía, con poder!

22 “Entonces resonaron los cascos de los caballos
por el galope, el galope de sus corceles.

23 «Maldecid a Meroz», dijo el Ángel de Yahvé;
«maldecid amargamente a sus moradores,
porque no vinieron en ayuda de Yahvé,
en ayuda de Yahvé contra los fuertes».

24 “Bendita sea entre las mujeres Jael,
mujer de Heber ceneo;
entre las mujeres que habitan en tiendas sea bendita.

25 Él pidió agua, y ella le dio leche;
en tazón de nobles le presentó cuajada.

26 Alargó su mano a la clavija,
y su diestra al mazo de los trabajadores;
y golpeó a Sísara, y machacó su cabeza,
y horadó y atravesó sus sienes.

27 Se encogió a sus pies, cayó, quedó tendido;
a sus pies se encogió, cayó;
donde se encogió, allí cayó muerto.

28 "La madre de Sísara se asoma a la ventana,
y a través de la celosía clama:
«¿Por qué tarda su carro en venir?
¿Por qué se detienen las ruedas de sus carros?».

29 Las más sabias de sus damas le respondían,
y aun ella se repetía a sí misma:

30 «¿No habrán hallado botín, y lo estarán repartiendo?
A cada uno una doncella, o dos;
las vestiduras de colores para Sísara,
un botín de telas teñidas y bordadas,
dos telas bordadas para el cuello del vencedor».

31 «¡Así perezcan todos tus enemigos, Yahvé!
Mas los que te aman sean como el sol cuando nace en su fuerza». Y la tierra reposó cuarenta años.

Capítulo 6

1 Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Yahvé; y Yahvé los entregó en mano de Madián por siete años.

2 Y la mano de Madián prevaleció contra Israel. Y los hijos de Israel, por causa de los madianitas, se hicieron cuevas en los montes, y cavernas y lugares fortificados.

3 Pues sucedía que cuando Israel había sembrado, subían los madianitas y amalecitas y los hijos del oriente contra ellos; subían y los atacaban.

4 Y acampando contra ellos destruían los frutos de la tierra, hasta llegar a Gaza; y no dejaban qué comer en Israel, ni ovejas, ni bueyes, ni asnos.

5 Porque subían con sus ganados y con sus tiendas, y venían numerosos como langostas; ellos y sus camellos eran innumerables; así venían a la tierra para devastarla.

6 De modo que Israel se empobreció en gran manera por causa de Madián; y los hijos de Israel clamaron a Yahvé.

7 Y cuando los hijos de Israel clamaron a Yahvé, a causa de los madianitas,

8 Yahvé envió a los hijos de Israel un profeta, el cual les dijo: "Así ha dicho Yahvé Dios de Israel: «Yo os hice salir de Egipto, y os saqué de la casa de servidumbre.

9 Os libré de mano de los egipcios, y de mano de todos los que os afligieron, a los cuales arrojé de delante de vosotros y os di su tierra.

10 Y os dije: Yo soy Yahvé vuestro Dios; no temáis a los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitáis; pero no habéis obedecido a mi voz»».

11 Y vino el Ángel de Yahvé y se sentó debajo de la encina que está en Ofra, la cual era de Joás abiezerita; y su hijo Gedeón estaba sacudiendo el trigo en el lagar, para esconderlo de los madianitas.

12 Y el Ángel de Yahvé se le apareció, y le dijo: «¡Yahvé está contigo, varón esforzado y valiente!».

13 Y Gedeón le respondió: "Ah, señor mío, si Yahvé está con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto? ¿Y dónde están todas sus maravillas, que nuestros padres nos han contado, diciendo: «¿No nos sacó Yahvé de Egipto?». Y ahora Yahvé nos ha desamparado, y nos ha entregado en mano de los madianitas".

14 Y mirándole Yahvé, le dijo: «Ve con esta tu fortaleza, y salvarás a Israel de la mano de los madianitas. ¿No te envío yo?».

15 Entonces le respondió: "Ah, Señor mío, ¿con qué salvaré yo a Israel? He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre".

16 Yahvé le dijo: «Ciertamente yo estaré contigo, y derrotarás a los madianitas como a un solo hombre».

17 Y él respondió: «Yo te ruego que si he hallado gracia ante tus ojos, me des señal de que tú has hablado conmigo.

18 Te ruego que no te vayas de aquí hasta que vuelva a ti, y saque mi ofrenda y la
ponga delante de ti». Y él respondió: «Yo esperaré hasta que vuelvas».

19 Y entró Gedeón, y preparó un cabrito, y panes ázimos de un efa de harina; y
puso la carne en un canastillo, y el caldo en una olla, y llevándolo todo bajo aque-
lla encina, se lo presentó.

20 Entonces el Ángel de Dios le dijo: «Toma la carne y los panes ázimos, y ponlos
sobre esta peña, y vierte el caldo». Y él lo hizo así.

21 Y extendiendo el Ángel de Yahvé la punta del cayado que tenía en su mano, tocó
la carne y los panes ázimos; y subió fuego de la peña, el cual consumió la carne y
los panes ázimos. Y el Ángel de Yahvé desapareció de su vista.

22 Viendo entonces Gedeón que era el Ángel de Yahvé, dijo: «¡Ah, Señor Yahvé,
que he visto al Ángel de Yahvé cara a cara!».

23 Pero Yahvé le dijo: «Paz a ti; no tengas temor, no morirás».

24 Y edificó allí Gedeón altar a Yahvé, y lo llamó Yahvé-salom; el cual permanece
hasta hoy en Ofra de los abiezeritas.

25 Aconteció que aquella misma noche le dijo Yahvé: «Toma un toro del hato de
tu padre, el segundo toro de siete años, y derriba el altar de Baal que tu padre tiene,
y corta la imagen de Asera que está junto a él;

26 y edifica altar a Yahvé tu Dios en la cumbre de este peñasco en lugar conve-
niente; y tomando el segundo toro, sacrifícalo en holocausto con la madera de la
imagen de Asera que habrás cortado».

27 Entonces Gedeón tomó diez hombres de entre sus siervos, e hizo como Yahvé le
dijo. Mas temiendo hacerlo de día, por la familia de su padre y por los hombres de
la ciudad, lo hizo de noche.

28 A la mañana, cuando los de la ciudad se levantaron, he aquí que el altar de Baal
estaba derribado, y cortada la imagen de Asera que estaba junto a él, y el segundo
toro había sido ofrecido en holocausto sobre el altar nuevo.

29 Y se dijeron unos a otros: «¿Quién ha hecho esto?». Y buscando e inquiriendo, dijeron: «Gedeón hijo de Joás lo ha hecho».

30 Entonces los hombres de la ciudad dijeron a Joás: «Sacad a tu hijo para que muera, porque ha derribado el altar de Baal y ha cortado la imagen de Asera que estaba junto a él».

31 Y Joás respondió a todos los que estaban junto a él: «¿Contenderéis vosotros por Baal? ¿Le salvaréis vosotros? Cualquiera que contienda por él, que muera esta mañana. Si es un dios, contienda por sí mismo con el que derribó su altar».

32 Aquel día Gedeón fue llamado Jerubaal, pues dijeron: «Contienda Baal contra él, por cuanto derribó su altar».

33 Pero todos los madianitas y amalecitas y los hijos del oriente se juntaron a una, y pasando el Jordán acamparon en el valle de Jezreel.

34 Entonces el Espíritu de Yahvé revistió a Gedeón, y cuando este tocó la trompeta, los de Abiezer se unieron a él.

35 Y envió mensajeros por todo Manasés, y ellos también se unieron a él; asimismo envió mensajeros a Aser, a Zabulón y a Neftalí, los cuales salieron a su encuentro.

36 Y Gedeón dijo a Dios: «Si has de salvar a Israel por mi mano, como has dicho,

37 he aquí que yo pondré un vellón de lana en la era; y si el rocío estuviere en el vellón solamente, quedando seca toda la otra tierra, entonces entenderé que salvarás a Israel por mi mano, como lo has dicho».

38 Y aconteció así, pues cuando se levantó de mañana, exprimió el vellón y sacó de él el rocío, un tazón lleno de agua.

39 Mas Gedeón dijo a Dios: «No se encienda tu ira contra mí, si hablo esta vez solamente; solamente probaré ahora otra vez con el vellón. Te ruego que solo el vellón quede seco, y el rocío esté sobre la tierra».

40 Y Dios lo hizo así aquella noche; porque solo el vellón quedó seco, y en toda la tierra hubo rocío.

Capítulo 7

1 Levantándose, pues, muy de mañana Jerobaal (el cual es Gedeón) y todo el pueblo que estaba con él, acamparon junto a la fuente de Harod; y tenía el campamento de los madianitas al norte, más allá del collado de More, en el valle.

2 Y Yahvé dijo a Gedeón: "El pueblo que está contigo es mucho para que yo entregue a los madianitas en su mano, no sea que se gloríe Israel contra mí, diciendo: «Mi mano me ha salvado».

3 Ahora, pues, haz pregonar a oídos del pueblo, diciendo: «Quien tema y se estremezca, madrugue y devuélvase desde el monte de Galaad»». Y se devolvieron de los del pueblo veintidós mil, y quedaron diez mil.

4 Y Yahvé dijo a Gedeón: "Aún es mucho el pueblo; llévalos a las aguas, y allí yo te los probaré; y del que yo te diga: «Vaya este contigo», vaya contigo; mas de cualquiera que yo te diga: «Este no vaya contigo», el tal no vaya".

5 Entonces llevó el pueblo a las aguas; y Yahvé dijo a Gedeón: «Cualquiera que lamiere las aguas con su lengua como lame el perro, a aquel pondrás aparte; asimismo a cualquiera que se doblare sobre sus rodillas para beber».

6 Y fue el número de los que lamieron llevando el agua con la mano a la boca, trescientos hombres; y todo el resto del pueblo se dobló sobre sus rodillas para beber las aguas.

7 Entonces Yahvé dijo a Gedeón: «Con estos trescientos hombres que lamieron el agua os salvaré, y entregaré a los madianitas en tus manos; y váyase toda la demás gente cada uno a su lugar».

8 Y habiendo tomado las provisiones y sus trompetas, envió a todos los israelitas cada uno a su tienda, pero retuvo a aquellos trescientos hombres; y tenía el campamento de Madián abajo en el valle.

9 Aconteció que aquella noche Yahvé le dijo: «Levántate y desciende al campamento, porque yo lo he entregado en tus manos.

10 Y si tienes temor de descender, va con Fura tu criado al campamento,

11 y oirás lo que hablan; y entonces tus manos se esforzarán, y descenderás al campamento». Y él descendió con Fura su criado hasta los puestos avanzados de la gente armada que estaba en el campamento.

12 Y los madianitas, los amalecitas y los hijos del oriente estaban tendidos en el valle tan numerosos como langostas; y sus camellos eran innumerables, como la arena que está a la ribera del mar en multitud.

13 Cuando llegó Gedeón, he aquí que un hombre estaba contando un sueño a su compañero, diciendo: «He aquí que yo soñé un sueño: Veía un pan de cebada que rodaba hasta el campamento de Madián, y llegó a la tienda, y la hirió de tal manera que cayó, y la trastornó de arriba abajo, y la tienda cayó».

14 Y su compañero respondió y dijo: «Esto no es otra cosa sino la espada de Gedeón hijo de Joás, varón de Israel. Dios ha entregado en sus manos a los madianitas con todo el campamento».

15 Cuando Gedeón oyó el relato del sueño y su interpretación, adoró; y vuelto al campamento de Israel, dijo: «¡Levantaos, porque Yahvé ha entregado el campamento de Madián en vuestras manos!».

16 Y repartiendo los trescientos hombres en tres escuadrones, dio a todos ellos trompetas en sus manos, y cántaros vacíos con teas encendidas dentro de los cántaros.

17 Y les dijo: "Miradme a mí, y haced como yo hiciere; he aquí que cuando yo llegue al extremo del campamento, haréis vosotros como yo hiciere.

18 Yo tocaré la trompeta, y todos los que estarán conmigo; y vosotros tocaréis entonces las trompetas alrededor de todo el campamento, y diréis: «¡Por Yahvé y por Gedeón!»».

19 Llegaron, pues, Gedeón y los cien hombres que llevaba consigo, al extremo del campamento, al principio de la vela del medio, cuando acababan de renovar los centinelas; y tocaron las trompetas, y quebraron los cántaros que llevaban en sus manos.

20 Y los tres escuadrones tocaron las trompetas, y quebrantando los cántaros tomaron en la mano izquierda las teas, y en la derecha las trompetas con que tocaban, y gritaron: «¡Por la espada de Yahvé y de Gedeón!».

21 Y se estuvieron firmes cada uno en su puesto en derredor del campamento; entonces todo el ejército echó a correr dando gritos y huyendo.

22 Y los trescientos tocaban las trompetas; y Yahvé puso la espada de cada uno contra su compañero en todo el campamento. Y el ejército huyó hasta Bet-sita, hacia Zerera, y hasta el término de Abel-mehola junto a Tabat.

23 Y juntándose los de Israel, de Neftalí, de Aser y de todo Manasés, siguieron a los madianitas.

24 Gedeón también envió mensajeros por todo el monte de Efraín, diciendo: «Descended al encuentro de los madianitas, y tomadles los vados de las aguas hasta Bet-bara y el Jordán». Y juntándose todos los hombres de Efraín, tomaron los vados de las aguas hasta Bet-bara y el Jordán.

25 Y tomaron a dos príncipes de los madianitas, Oreb y Zeeb; y mataron a Oreb en la peña de Oreb, y a Zeeb lo mataron en el lagar de Zeeb; y después que siguieron a los madianitas, trajeron las cabezas de Oreb y de Zeeb a Gedeón al otro lado del Jordán.

Capítulo 8

1 Pero los hombres de Efraín le dijeron: «¿Qué es esto que has hecho con nosotros, no llamándonos cuando ibas a la guerra contra Madián?». Y le reprendieron fuertemente.

2 A los cuales él respondió: «¿Qué he hecho yo ahora en comparación con vosotros? ¿No es la rebusca de Efraín mejor que la vendimia de Abiezer?

3 Dios ha entregado en vuestras manos a los caudillos de Madián, a Oreb y a Zeeb; ¿qué he podido hacer yo en comparación con vosotros?». Entonces el enojo de ellos contra él se aplacó, luego que él habló esta palabra.

4 Y llegó Gedeón al Jordán, y pasó él con los trescientos hombres que traía consigo, cansados, mas todavía persiguiendo.

5 Y dijo a los de Sucot: «Dad, os ruego, panes a la gente que me sigue, porque están cansados, y yo persigo a Zeba y a Zalmunna, reyes de Madián».

6 Y los principales de Sucot respondieron: «¿Están ya las manos de Zeba y de Zalmunna en tu mano, para que demos pan a tu ejército?».

7 Y Gedeón dijo: «Pues cuando Yahvé haya entregado en mi mano a Zeba y a Zalmunna, yo trillaré vuestra carne con espinos del desierto y con abrojos».

8 De allí subió a Penuel, y les dijo las mismas palabras. Y los de Penuel le respondieron de la misma manera que habían respondido los de Sucot.

9 Y él habló también a los de Penuel, diciendo: «Cuando yo vuelva en paz, derribaré esta torre».

10 Y Zeba y Zalmunna estaban en Carcor, y con ellos su ejército como de quince mil hombres, todos los que habían quedado de todo el ejército de los hijos del oriente; pues habían caído ciento veinte mil hombres que sacaban espada.

11 Subiendo, pues, Gedeón por el camino de los que habitaban en tiendas al oriente de Noba y de Jogbehá, hirió el campamento, porque el ejército estaba descuidado.

12 Y huyendo Zeba y Zalmunna, él los siguió; y prendió a los dos reyes de Madián, Zeba y Zalmunna, y llenó de espanto a todo el ejército.

13 Entonces Gedeón hijo de Joás volvió de la batalla antes de la subida de Heres.

14 Y tomó a un joven de los hombres de Sucot y le interrogó; y él le dio por escrito los nombres de los principales de Sucot y de sus ancianos, setenta y siete varones.

15 Y viniendo a los de Sucot, dijo: «Ved aquí a Zeba y a Zalmunna, por los cuales me denostasteis, diciendo: «¿Están ya en tu mano las manos de Zeba y de Zalmunna, para que demos nosotros pan a tus hombres cansados?»».

16 Y tomó a los ancianos de la ciudad, y espinos y abrojos del desierto, y escarmentó con ellos a los de Sucot.

17 Asimismo derribó la torre de Penuel, y mató a los de la ciudad.

18 Luego dijo a Zeba y a Zalmunna: «¿Qué aspecto tenían aquellos hombres que matasteis en el Tabor?». Ellos respondieron: «Como tú, así eran ellos; cada uno parecía hijo de rey».

19 Y él dijo: «Mis hermanos eran, hijos de mi madre. ¡Vive Yahvé!, que si les hubierais conservado la vida, yo no os mataría».

20 Y dijo a Jeter su primogénito: «Levántate, y mátalos». Pero el joven no desenvainó su espada, porque tenía temor, pues era aún muchacho.

21 Entonces dijeron Zeba y Zalmunna: «Levántate tú, y arremete contra nosotros; porque como es el varón, tal es su fortaleza». Y Gedeón se levantó y mató a Zeba y a Zalmunna; y tomó los adornos de lunetas que sus camellos traían al cuello.

22 Y los israelitas dijeron a Gedeón: «Sé nuestro señor, tú, y tu hijo, y el hijo de tu hijo; pues que nos has librado de mano de Madián».

23 Mas Gedeón respondió: «No seré señor sobre vosotros, ni mi hijo os señoreará: Yahvé señoreará sobre vosotros».

24 Y les dijo Gedeón: «Quiero haceros una petición: que cada uno me dé los zarcillos de su botín» (pues traían zarcillos de oro, porque eran ismaelitas).

25 Ellos respondieron: «De buena gana los daremos». Y tendiendo un manto, echó allí cada uno los zarcillos de su botín.

26 Y fue el peso de los zarcillos de oro que él pidió, mil setecientos siclos de oro, sin las lunetas, las joyas y los vestidos de púrpura que traían los reyes de Madián, y sin los collares que traían sus camellos al cuello.

27 Y Gedeón hizo de ellos un efod, el cual hizo colocar en su ciudad de Ofra; y todo Israel fornicó tras ese efod en aquel lugar, y fue tropezadero a Gedeón y a su casa.

28 Así fue humillado Madián delante de los hijos de Israel, y nunca más levantó su cabeza. Y reposó la tierra cuarenta años en los días de Gedeón.

29 Luego Jerobaal hijo de Joás se fue y habitó en su casa.

30 Y tuvo Gedeón setenta hijos que salieron de sus lomos, porque tuvo muchas mujeres.

31 También su concubina que estaba en Siquem le dio a luz un hijo, y le puso por nombre Abimelec.

32 Y murió Gedeón hijo de Joás en buena vejez, y fue sepultado en el sepulcro de su padre Joás, en Ofra de los abiezeritas.

33 Pero aconteció que cuando murió Gedeón, los hijos de Israel volvieron a prostituirse yendo tras los baales, y escogieron a Baal-berit por su dios.

34 Y no se acordaron los hijos de Israel de Yahvé su Dios, que los había librado de manos de todos sus enemigos en derredor;

35 ni se mostraron agradecidos con la casa de Jerobaal (Gedeón), conforme a todo el bien que él había hecho a Israel.

Capítulo 9

1 Abimelec hijo de Jerobaal fue a Siquem, a los hermanos de su madre, y habló con ellos y con toda la familia de la casa del padre de su madre, diciendo:

2 “Os ruego que digáis a oídos de todos los hombres de Siquem: «¿Qué os parece
mejor: que os gobiernen setenta hombres, todos los hijos de Jerobaal, o que os go-
bierne uno solo?». Acordaos también de que yo soy vuestro hueso y vuestra
carne”.

3 Y los hermanos de su madre hablaron por él todas estas palabras a oídos de to-
dos los hombres de Siquem; y el corazón de ellos se inclinó a seguir a Abimelec,
porque decían: «Nuestro hermano es».

4 Y le dieron setenta piezas de plata de la casa de Baal-berit, con las cuales Abime-
lec alquiló hombres ociosos y vagabundos que le siguieron.

5 Y viniendo a la casa de su padre en Ofra, mató a sus hermanos los hijos de Jero-
baal, setenta varones, sobre una misma piedra; pero quedó Jotam, el hijo menor
de Jerobaal, que se había escondido.

6 Entonces se juntaron todos los hombres de Siquem con toda la casa de Milo, y
fueron y eligieron a Abimelec por rey, cerca de la encina del pilar que está en
Siquem.

7 Cuando se lo dijeron a Jotam, fue este y se puso en la cumbre del monte Geri-
zim, y alzando su voz clamó y les dijo: “Oídme, hombres de Siquem, y así os oiga
Dios.

8 Fueron una vez los árboles a elegir rey sobre sí, y dijeron al olivo: «Reina sobre
nosotros».

9 Mas el olivo respondió: «¿He de dejar mi aceite, con el cual por mí se honra a
Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles?».

10 Y dijeron los árboles a la higuera: «Ven tú, reina sobre nosotros».

11 Y respondió la higuera: «¿He de dejar mi dulzura y mi buen fruto, para ir a ser
grande sobre los árboles?».

12 Dijeron luego los árboles a la vid: «Ven tú, reina sobre nosotros».

13 Y la vid les respondió: «¿He de dejar mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles?».

14 Dijeron entonces todos los árboles al espino: «Ven tú, reina sobre nosotros».

15 Y el espino respondió a los árboles: «Si en verdad me ungís por rey sobre vosotros, venid y poneos a mi sombra; y si no, salga fuego del espino y devore los cedros del Líbano».

16 «Ahora, pues, si con verdad y con integridad habéis procedido en hacer rey a Abimelec, y si habéis actuado bien con Jerobaal y con su casa, y si le habéis pagado conforme a la obra de sus manos

17 (pues mi padre peleó por vosotros, y expuso su vida al peligro para libraros de mano de Madián,

18 y vosotros os habéis levantado hoy contra la casa de mi padre, y habéis matado a sus hijos, setenta varones, sobre una misma piedra; y habéis puesto por rey sobre los de Siquem a Abimelec, hijo de su sierva, por cuanto es vuestro hermano);

19 si, pues, con verdad y con integridad habéis actuado hoy con Jerobaal y con su casa, que tengáis gozo en Abimelec, y él lo tenga en vosotros.

20 Y si no, fuego salga de Abimelec que devore a los de Siquem y a la casa de Milo, y fuego salga de los de Siquem y de la casa de Milo que consuma a Abimelec».

21 Y Jotam huyó y se puso a salvo en Beer, y allí estuvo por miedo de Abimelec su hermano.

22 Después que Abimelec hubo gobernado sobre Israel tres años,

23 envió Dios un espíritu de discordia entre Abimelec y los hombres de Siquem; y los de Siquem se rebelaron contra Abimelec,

24 para que la violencia hecha a los setenta hijos de Jerobaal, y la sangre de ellos, recayera sobre Abimelec su hermano que los mató, y sobre los hombres de Siquem que fortalecieron las manos de aquel para matar a sus hermanos.

25 Y los de Siquem le pusieron emboscadas en las cumbres de los montes, y salteaban a todos los que pasaban junto a ellos por el camino; de lo cual fue dado aviso a Abimelec.

26 Y Gaal hijo de Ebed vino con sus hermanos y se pasaron a Siquem, y los de Siquem pusieron en él su confianza.

27 Y saliendo al campo, vendimiaron sus viñas, pisaron la uva e hicieron fiesta; y entrando en el templo de sus dioses, comieron y bebieron, y maldijeron a Abimelec.

28 Y Gaal hijo de Ebed dijo: «¿Quién es Abimelec, y qué es Siquem, para que nosotros le sirvamos? ¿No es hijo de Jerobaal, y no es Zebul su oficial? Servid a los hombres de Hamor padre de Siquem; pero ¿por qué hemos de servirle a él?

29 ¡Ojalá estuviera este pueblo bajo mi mano, pues yo arrojaría luego a Abimelec!». Y decía a Abimelec: «Aumenta tu ejército, y sal».

30 Cuando Zebul, gobernador de la ciudad, oyó las palabras de Gaal hijo de Ebed, se encendió en ira,

31 y envió secretamente mensajeros a Abimelec, diciendo: «He aquí que Gaal hijo de Ebed y sus hermanos han venido a Siquem, y están sublevando la ciudad contra ti.

32 Levántate, pues, ahora de noche, tú y el pueblo que está contigo, y pon emboscadas en el campo.

33 Y por la mañana, al salir el sol, levántate y arremete contra la ciudad; y cuando él y el pueblo que está con él salgan contra ti, tú harás con él según se te presentare la ocasión».

34 Levantóse, pues, Abimelec de noche con todo el pueblo que con él estaba, y puso emboscada contra Siquem repartido en cuatro escuadrones.

35 Y Gaal hijo de Ebed salió, y se puso a la entrada de la puerta de la ciudad; y Abimelec y todo el pueblo que con él estaba se levantaron de la emboscada.

36 Viendo Gaal al pueblo, dijo a Zebul: «He aquí gente que desciende de las cumbres de los montes». Y Zebul le respondió: «Tú ves la sombra de los montes como si fueran hombres».

37 Volvió Gaal a hablar, y dijo: «He aquí gente que desciende por el centro de la tierra, y un escuadrón viene por el camino de la encina de los adivinos».

38 Y Zebul le respondió: "¿Dónde está ahora aquel tu hablar de: «¿Quién es Abimelec para que le sirvamos?». ¿No es este el pueblo que tenías en poco? Sal pues, ahora, y pelea contra él".

39 Y Gaal salió al frente de los hombres de Siquem, y peleó contra Abimelec.

40 Mas Abimelec lo persiguió, y Gaal huyó delante de él; y cayeron muchos heridos hasta la entrada de la puerta.

41 Y Abimelec se quedó en Aruma; y Zebul echó fuera a Gaal y a sus hermanos, para que no morasen en Siquem.

42 Al día siguiente el pueblo salió al campo; y fue dado aviso a Abimelec.

43 Él entonces, tomando gente, la repartió en tres escuadrones y puso emboscadas en el campo; y cuando vio que el pueblo salía de la ciudad, se levantó contra ellos y los hirió.

44 Porque Abimelec y el escuadrón que estaba con él acometieron con ímpetu y se situaron a la entrada de la puerta de la ciudad, mientras los otros dos escuadrones acometían a todos los que estaban en el campo y los herían.

45 Y Abimelec combatió la ciudad todo aquel día, y la tomó, y mató al pueblo que en ella había; y asoló la ciudad, y la sembró de sal.

46 Cuando oyeron esto todos los que estaban en la torre de Siquem, se refugiaron en la fortaleza del templo del dios Berit.

47 Y fue dado aviso a Abimelec de que estaban reunidos todos los hombres de la torre de Siquem.

48 Entonces subió Abimelec al monte Zalmón, él y toda su gente; y tomó Abimelec un hacha en su mano, y cortó una rama de los árboles, y levantándola se la puso sobre sus hombros, diciendo al pueblo que estaba con él: «Lo que me habéis visto hacer, apresuraos a hacerlo como yo».

49 Y todo el pueblo cortó también cada uno su rama, y siguieron a Abimelec, y las pusieron junto a la fortaleza, y prendieron fuego a la fortaleza con ellos dentro; así murieron también todos los de la torre de Siquem, como mil hombres y mujeres.

50 Después Abimelec se fue a Tebes, y puso cerco a Tebes, y la tomó.

51 En medio de aquella ciudad había una torre fuerte, a la cual se retiraron todos los hombres y mujeres y todos los señores de la ciudad; y cerrando tras sí las puertas, subieron al techo de la torre.

52 Y vino Abimelec a la torre, y combatiéndola, llegó hasta la puerta de la torre para prenderle fuego.

53 Mas una mujer dejó caer un pedazo de una piedra de molino sobre la cabeza de Abimelec, y le rompió el cráneo.

54 Entonces llamó apresuradamente a su paje de armas, y le dijo: «Saca tu espada y mátame, para que no se diga de mí: «Una mujer lo mató»». Y su paje le atravesó, y murió.

55 Y cuando los israelitas vieron muerto a Abimelec, se fueron cada uno a su casa.

56 Así pagó Dios a Abimelec el mal que hizo contra su padre, matando a sus setenta hermanos.

57 Y todo el mal de los hombres de Siquem lo hizo Dios recaer sobre sus cabezas; y la maldición de Jotam hijo de Jerobaal vino sobre ellos.

Capítulo 10

1 Después de Abimelec, se levantó para librar a Israel Tola hijo de Puá, hijo de Dodó, varón de Isacar, el cual habitaba en Samir, en el monte de Efraín.

2 Y juzgó a Israel veintitrés años; y murió, y fue sepultado en Samir.

3 Tras él se levantó Jair galaadita, el cual juzgó a Israel veintidós años.

4 Este tuvo treinta hijos que cabalgaban sobre treinta asnos; y tenían treinta ciudades, las cuales se llaman las aldeas de Jair hasta hoy, y están en la tierra de Galaad.

5 Y murió Jair, y fue sepultado en Camón.

6 Pero los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Yahvé, y sirvieron a los baales y a las imágenes de Astarot, a los dioses de Siria, a los dioses de Sidón, a los dioses de Moab, a los dioses de los hijos de Amón y a los dioses de los filisteos; y dejaron a Yahvé, y no le sirvieron.

7 Y se encendió la ira de Yahvé contra Israel, y los entregó en mano de los filisteos y en mano de los hijos de Amón;

8 los cuales quebrantaron y oprimieron a los hijos de Israel aquel año; y por dieciocho años oprimieron a todos los hijos de Israel que estaban al otro lado del Jordán, en la tierra del amorreo, la cual está en Galaad.

9 Y los hijos de Amón pasaron el Jordán para hacer guerra también contra Judá, contra Benjamín y contra la casa de Efraín, de modo que Israel se halló en gran aflicción.

10 Entonces los hijos de Israel clamaron a Yahvé, diciendo: «Nosotros hemos pecado contra ti; porque hemos dejado a nuestro Dios y servido a los baales».

11 Y Yahvé respondió a los hijos de Israel: «¿No habéis sido librados de los egipcios, de los amorreos, de los hijos de Amón y de los filisteos?

12 También los de Sidón, los de Amalec y los de Maón os oprimieron, y clamando a mí, ¿no os libré de sus manos?

13 Mas vosotros me habéis dejado y habéis servido a otros dioses; por tanto, yo no os libraré más.

14 Id y clamad a los dioses que habéis elegido; que os libren ellos en el tiempo de vuestra aflicción».

15 Y los hijos de Israel respondieron a Yahvé: «Hemos pecado; haz tú con nosotros como bien te parezca; solo te rogamos que nos libres en este día».

16 Y quitaron de entre sí los dioses ajenos y sirvieron a Yahvé; y su alma fue movida a lástima por la miseria de Israel.

17 Entonces se juntaron los hijos de Amón y acamparon en Galaad; y se juntaron asimismo los hijos de Israel y acamparon en Mizpa.

18 Y el pueblo, los príncipes de Galaad, dijeron unos a otros: «¿Quién será el que comenzará la batalla contra los hijos de Amón? Él será cabeza sobre todos los moradores de Galaad».

Capítulo 11

1 Jefté galaadita era esforzado y valiente; era hijo de una mujer ramera, y el padre de Jefté era Galaad.

2 Pero la mujer de Galaad le dio hijos, los cuales, cuando crecieron, echaron fuera a Jefté, diciéndole: «No heredarás en la casa de nuestro padre, porque eres hijo de otra mujer».

3 Huyó, pues, Jefté de sus hermanos, y habitó en tierra de Tob; y se juntaron con él hombres ociosos, los cuales salían con él.

4 Aconteció andando el tiempo, que los hijos de Amón hicieron guerra contra Israel.

5 Y cuando los hijos de Amón hicieron guerra contra Israel, los ancianos de Galaad fueron a traer a Jefté de la tierra de Tob;

6 y dijeron a Jefté: «Ven, y serás nuestro jefe, para que peleemos contra los hijos de Amón».

7 Jefté respondió a los ancianos de Galaad: «¿No me habéis odiado vosotros, y me echasteis de la casa de mi padre? ¿Por qué, pues, venís ahora a mí cuando estáis en aflicción?».

8 Y los ancianos de Galaad respondieron a Jefté: «Por esta misma causa volvemos
ahora a ti, para que vengas con nosotros y pelees contra los hijos de Amón, y seas
nuestro caudillo sobre todos los moradores de Galaad».

9 Jefté entonces dijo a los ancianos de Galaad: «Si me hacéis volver para que pelee
contra los hijos de Amón, y Yahvé los entregare delante de mí, ¿seré yo vuestro
caudillo?».

10 Y los ancianos de Galaad respondieron a Jefté: «Yahvé sea testigo entre noso-
tros, si no hiciéremos como tú dices».

11 Entonces Jefté vino con los ancianos de Galaad, y el pueblo lo puso por su cau-
dillo y jefe; y Jefté habló todas sus palabras delante de Yahvé en Mizpa.

12 Y envió Jefté mensajeros al rey de los amonitas, diciendo: «¿Qué tienes tú con-
migo, para que vengas a pelear contra mi tierra?».

13 El rey de los amonitas respondió a los mensajeros de Jefté: «Por cuanto Israel
tomó mi tierra, cuando subió de Egipto, desde el Arnón hasta el Jaboc y el Jor-
dán; por tanto, devuélvela ahora en paz».

14 Y Jefté volvió a enviar otros mensajeros al rey de los amonitas,

15 para decirle: "Jefté ha dicho así: Israel no tomó tierra de Moab, ni tierra de los
hijos de Amón.

16 Porque cuando Israel subió de Egipto, anduvo por el desierto hasta el Mar
Rojo, y llegó a Cades.

17 Entonces Israel envió mensajeros al rey de Edom, diciendo: «Yo te ruego que
me dejes pasar por tu tierra»; pero el rey de Edom no los escuchó. Envió también
al rey de Moab, el cual tampoco quiso; se quedó, por tanto, Israel en Cades.

18 Después, yendo por el desierto, rodeó la tierra de Edom y la tierra de Moab, y
viniendo por el lado oriental de la tierra de Moab, acampó al otro lado del Arnón;
y no entró en el territorio de Moab, porque el Arnón es frontera de Moab.

19 Y envió Israel mensajeros a Sehón rey de los amorreos, rey de Hesbón, diciéndole: «Te ruego que nos dejes pasar por tu tierra hasta nuestro lugar».

20 Mas Sehón no fío de Israel para darle paso por su territorio, sino que reunió Sehón a toda su gente, y acampó en Jahaza y peleó contra Israel.

21 Pero Yahvé Dios de Israel entregó a Sehón y a todo su pueblo en mano de Israel, y los hirió; y poseyó Israel toda la tierra de los amorreos que habitaban en aquella región.

22 Poseyeron también todo el territorio del amorreo desde el Arnón hasta el Jaboc, y desde el desierto hasta el Jordán.

23 Así que, lo que Yahvé Dios de Israel quitó al amorreo delante de su pueblo Israel, ¿pretendes tú poseerlo?

24 Lo que te hiciere poseer Quemos tu dios, ¿no lo poseerías tú? Así, todo lo que desposeyó Yahvé nuestro Dios delante de nosotros, nosotros lo poseeremos.

25 ¿Eres tú ahora mejor en algo que Balac hijo de Zipor, rey de Moab? ¿Tuvo él altercado con Israel, o peleó contra ellos?

26 Cuando Israel ha estado habitando en Hesbón y en sus aldeas, en Aroer y en sus aldeas y en todas las ciudades que están a la ribera del Arnón por trescientos años, ¿por qué no las habéis recobrado en ese tiempo?

27 Así que, yo nada he pecado contra ti, mas tú haces mal conmigo dándome guerra. Yahvé, que es el Juez, juzgue hoy entre los hijos de Israel y los hijos de Amón".

28 Mas el rey de los hijos de Amón no atendió a las razones que Jefté le envió.

29 Y el Espíritu de Yahvé vino sobre Jefté; y recorrió Galaad y Manasés, y de allí pasó a Mizpa de Galaad, y de Mizpa de Galaad pasó a los hijos de Amón.

30 Y Jefté hizo voto a Yahvé, diciendo: «Si entregares a los amonitas en mis manos,

31 cualquiera que saliere de las puertas de mi casa a recibirme, cuando regrese victorioso de los amonitas, será de Yahvé, y lo ofreceré en holocausto».

32 Y pasó Jefté a los hijos de Amón para pelear contra ellos; y Yahvé los entregó en su mano.

33 Y los derrotó con muy grande matanza desde Aroer hasta llegar a Minit, veinte ciudades, y hasta Abel-queramim. Así fueron sometidos los amonitas por los hijos de Israel.

34 Entonces volvió Jefté a Mizpa, a su casa; y he aquí su hija que salía a recibirle con panderos y danzas, y ella era sola, su única hija; no tenía fuera de ella hijo ni hija.

35 Y cuando él la vio, rompió sus vestidos, diciendo: «¡Ay, hija mía! En verdad me has abatido, y tú misma has venido a ser causa de mi dolor; porque yo he abierto mi boca a Yahvé, y no podré retractarme».

36 Ella entonces le respondió: «Padre mío, si has abierto tu boca a Yahvé, haz de mí conforme a lo que prometiste, ya que Yahvé ha hecho venganza de tus enemigos los hijos de Amón».

37 Y volvió a decir a su padre: «Hágase esto por mí: déjame por dos meses, para que vaya y descienda por los montes, y llore mi virginidad, yo y mis compañeras».

38 Él respondió: «Ve». Y la dejó por dos meses. Y ella fue con sus compañeras, y lloró su virginidad por los montes.

39 Pasados los dos meses, volvió a su padre, e hizo él de ella conforme al voto que había hecho. Y ella nunca conoció varón.

40 Y se hizo costumbre en Israel, que de año en año fuesen las doncellas de Israel a llorar a la hija de Jefté galaadita, cuatro días en el año.

Capítulo 12

1 Los hombres de Efraín se reunieron y pasaron hacia el norte, y dijeron a Jefté: «¿Por qué pasaste a pelear contra los hijos de Amón y no nos llamaste para que fuéramos contigo? Quemaremos tu casa contigo dentro».

2 Jefté les respondió: «Yo y mi pueblo teníamos una gran contienda con los hijos de Amón; y cuando os llamé, no me librasteis de su mano.

3 Viendo, pues, que no me librabais, arriesgué mi vida y pasé contra los hijos de Amón, y Yahvé los entregó en mi mano. ¿Por qué, pues, habéis subido hoy contra mí para pelear conmigo?».

4 Entonces Jefté juntó a todos los hombres de Galaad y peleó contra Efraín; y los de Galaad hirieron a los de Efraín, porque estos habían dicho: «Vosotros, los galaaditas, sois fugitivos de Efraín en medio de Efraín y de Manasés».

5 Y los galaaditas tomaron los vados del Jordán a los de Efraín; y aconteció que cuando alguno de los fugitivos de Efraín decía: «Dejadme pasar», los hombres de Galaad le preguntaban: «¿Eres tú efraimita?». Si él respondía: «No»,

6 entonces le decían: «Pues di ahora Schibboleth»; y él decía «Sibboleth», porque no podía pronunciarlo correctamente. Entonces le echaban mano y lo degollaban en los vados del Jordán. Y murieron en aquel tiempo cuarenta y dos mil de los de Efraín.

7 Jefté juzgó a Israel seis años; y murió Jefté galaadita, y fue sepultado en una de las ciudades de Galaad.

8 Después de él juzgó a Israel Ibzán de Belén,

9 el cual tuvo treinta hijos y treinta hijas; a estas envió fuera, y tomó treinta hijas de fuera para sus hijos. Y juzgó a Israel siete años.

10 Y murió Ibzán, y fue sepultado en Belén.

11 Tras él juzgó a Israel Elón zabulonita, el cual juzgó a Israel diez años.

12 Y murió Elón zabulonita, y fue sepultado en Ajalón, en la tierra de Zabulón.

13 Tras él juzgó a Israel Abdón hijo de Hilel, piratonita.

14 Este tuvo cuarenta hijos y treinta nietos, que cabalgaban sobre setenta asnos. Y juzgó a Israel ocho años.

15 Y murió Abdón hijo de Hilel piratonita, y fue sepultado en Piratón, en la tierra de Efraín, en el monte de los amalecitas.

Capítulo 13

1 Los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Yahvé; y Yahvé los entregó en mano de los filisteos por cuarenta años.

2 Y había un hombre de Zora, de la familia de Dan, el cual se llamaba Manoa; y su mujer era estéril, y nunca había tenido hijos.

3 A esta mujer se le apareció el Ángel de Yahvé, y le dijo: «He aquí que tú eres estéril, y nunca has tenido hijos; pero concebirás y darás a luz un hijo.

4 Ahora, pues, guárdate, te ruego, de beber vino ni sidra, ni comas cosa inmunda.

5 Pues he aquí que concebirás y darás a luz un hijo; y no pasará navaja por su cabeza, porque el niño será nazareo a Dios desde el vientre; y él comenzará a salvar a Israel de mano de los filisteos».

6 Y la mujer vino y se lo contó a su marido, diciendo: "Un varón de Dios vino a mí, cuyo aspecto era como el aspecto de un ángel de Dios, sobremanera temible; y no le pregunté de dónde era, ni él me dijo su nombre.

7 Y me dijo: «He aquí que concebirás, y darás a luz un hijo; ahora, pues, no bebas vino ni sidra, ni comas cosa inmunda, porque el niño será nazareo a Dios desde el vientre hasta el día de su muerte»».

8 Entonces oró Manoa a Yahvé, y dijo: «Ah, Señor mío, yo te ruego que aquel varón de Dios que enviaste, vuelva ahora a venir a nosotros, y nos enseñe lo que hayamos de hacer con el niño que ha de nacer».

9 Y Dios oyó la voz de Manoa; y el Ángel de Dios volvió otra vez a la mujer, estando ella en el campo; mas Manoa su marido no estaba con ella.

10 Y la mujer corrió prontamente en busca de su marido, y le dio la noticia diciendo: «Mira, se me ha aparecido aquel varón que vino a mí el otro día».

11 Y se levantó Manoa y siguió a su mujer; y viniendo al varón, le dijo: «¿Eres tú aquel varón que habló a la mujer?». Y él respondió: «Yo soy».

12 Entonces Manoa dijo: «Cúmplanse ahora tus palabras. ¿Cuál ha de ser la regla de vida del niño y qué ha de hacer?».

13 Y el Ángel de Yahvé respondió a Manoa: «La mujer se guardará de todas las cosas que yo le dije.

14 No comerá nada que proceda de la vid, ni beberá vino ni sidra, ni comerá cosa inmunda; guardará todo lo que le mandé».

15 Entonces Manoa dijo al Ángel de Yahvé: «Te ruego que nos permitas detenerte, y te prepararemos un cabrito».

16 Y el Ángel de Yahvé respondió a Manoa: «Aunque me detengas, no comeré de tu pan; mas si quieres hacer holocausto, ofrécelo a Yahvé». Y no sabía Manoa que aquel fuese el Ángel de Yahvé.

17 Entonces dijo Manoa al Ángel de Yahvé: «¿Cuál es tu nombre, para que cuando se cumpla tu palabra te honremos?».

18 Y el Ángel de Yahvé respondió: «¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?».

19 Y Manoa tomó un cabrito y una ofrenda de cereal, y los ofreció sobre una peña a Yahvé; y el Ángel hizo un milagro a la vista de Manoa y de su mujer.

20 Pues aconteció que cuando la llama subía del altar hacia el cielo, el Ángel de Yahvé ascendió en la llama del altar; lo cual viendo Manoa y su mujer, se postraron rostro en tierra.

21 Y el Ángel de Yahvé no volvió a aparecer a Manoa ni a su mujer. Entonces conoció Manoa que era el Ángel de Yahvé.

22 Y dijo Manoa a su mujer: «Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto».

23 Y su mujer le respondió: «Si Yahvé nos quisiera matar, no admitiría de nuestras manos el holocausto y la ofrenda, ni nos hubiera mostrado todas estas cosas, ni ahora nos habría anunciado esto».

24 Y la mujer dio a luz un hijo, y le puso por nombre Sansón. Y el niño creció, y Yahvé lo bendijo.

25 Y el Espíritu de Yahvé comenzó a manifestarse en él en el Campamento de Dan, entre Zora y Estaol.

Capítulo 14

1 Descendió Sansón a Timnat, y vio en Timnat a una mujer de las hijas de los filisteos.

2 Y subió, y lo declaró a su padre y a su madre, diciendo: «He visto en Timnat a una mujer de las hijas de los filisteos; os ruego que me la toméis por mujer».

3 Y su padre y su madre le dijeron: «¿No hay mujer entre las hijas de tus hermanos, ni en todo nuestro pueblo, para que vayas tú a tomar mujer de los filisteos incircuncisos?». Y Sansón respondió a su padre: «Tómame esta por mujer, porque ella me agrada».

4 Mas su padre y su madre no sabían que esto venía de Yahvé, porque él buscaba ocasión contra los filisteos; pues en aquel tiempo los filisteos dominaban sobre Israel.

5 Y Sansón descendió con su padre y con su madre a Timnat; y cuando llegaron a las viñas de Timnat, he aquí un león joven que venía rugiendo hacia él.

6 Y el Espíritu de Yahvé vino sobre Sansón con poder, y despedazó al león como quien despedaza un cabrito, sin tener nada en su mano; y no declaró ni a su padre ni a su madre lo que había hecho.

7 Descendió, pues, y habló a la mujer; y ella agradó a Sansón.

8 Y volviendo después de algunos días para tomarla, se apartó del camino para ver
el cuerpo muerto del león; y he aquí que en el cuerpo del león había un enjambre
de abejas y un pan de miel.

9 Y tomándolo en sus manos, se fue comiéndolo por el camino; y llegando a su
padre y a su madre, les dio también a ellos para que comiesen; mas no les descu-
brió que había tomado aquella miel del cuerpo del león.

10 Vino, pues, su padre a donde estaba la mujer, y Sansón hizo allí banquete; por-
que así solían hacer los jóvenes.

11 Y aconteció que cuando ellos le vieron, tomaron treinta compañeros para que
estuviesen con él.

12 Y Sansón les dijo: «Yo os propondré ahora un enigma, y si en los siete días del
convite me lo declaráis y lo halláis, yo os daré treinta sábanas de lino y treinta mu-
das de vestidos.

13 Mas si no me lo podéis declarar, entonces vosotros me daréis las treinta sába-
nas y las treinta mudas de vestidos». Y ellos respondieron: «Propón tu enigma, y
lo oiremos».

14 Entonces les dijo:
«Del comedor salió comida,
y del fuerte salió dulzura». Y ellos no pudieron declararle el enigma en tres días.

15 Al séptimo día dijeron a la mujer de Sansón: «Persuade a tu marido para que
nos declare este enigma, para que no te quememos a ti y a la casa de tu padre.
¿Nos habéis llamado aquí para despojarnos?».

16 Y lloró la mujer de Sansón delante de él, y dijo: «Solo me aborreces, y no me
amas, pues no me has declarado el enigma que propusiste a los hijos de mi pue-
blo». Y él respondió: «He aquí que ni a mi padre ni a mi madre lo he declarado,
¿y te lo había de declarar a ti?».

17 Y ella lloró delante de él los siete días que ellos tuvieron el convite; mas al séptimo día él se lo declaró, porque ella le presionaba; y ella lo declaró a los hijos de su pueblo.

18 Al séptimo día, antes que el sol se pusiese, los de la ciudad le dijeron: «¿Qué cosa más dulce que la miel? ¿Y qué cosa más fuerte que el león?». Y él les respondió:
«Si no hubierais arado con mi novilla,
no habríais hallado mi enigma».

19 Y el Espíritu de Yahvé vino sobre él con poder, y descendió a Ascalón y mató a treinta hombres de ellos; y tomando sus despojos, dio las mudas de vestidos a los que habían explicado el enigma; y encendido en enojo se volvió a la casa de su padre.

20 Y la mujer de Sansón fue dada a su compañero, el cual había sido su amigo íntimo.

Capítulo 15

1 Aconteció después de algún tiempo, en los días de la siega del trigo, que Sansón visitó a su mujer con un cabrito, diciendo: «Entraré a mi mujer en su aposento». Mas el padre de ella no lo dejó entrar.

2 Y dijo el padre de ella: «Me puse a pensar que la aborrecías del todo, y por eso la di a tu compañero. Pero su hermana menor, ¿no es más hermosa que ella? Tómala, pues, en su lugar».

3 Entonces Sansón les respondió: «Sin culpa seré esta vez para con los filisteos, si les hiciere mal».

4 Y fue Sansón y cazó trescientas zorras, y tomó teas, y juntó las colas de las zorras, y puso una tea entre cada dos colas.

5 Después, encendiendo las teas, soltó las zorras en las mieses de los filisteos, y quemó las gavillas y el trigo en pie, y también las viñas y los olivares.

6 Y preguntaron los filisteos: «¿Quién hizo esto?». Y les respondieron: «Sansón, el yerno del timnateo, porque este le quitó su mujer y se la dio a su compañero». Y subieron los filisteos y la quemaron a ella y a su padre.

7 Entonces Sansón les dijo: «Ya que os habéis portado así, ciertamente me vengaré de vosotros, y después desistiré».

8 Y los hirió con gran matanza, cadera y muslo; y descendió y habitó en la hendidura de la peña de Etam.

9 Entonces los filisteos subieron y acamparon en Judá, y se extendieron por Lehi.

10 Y los hombres de Judá les dijeron: «¿Por qué habéis subido contra nosotros?». Y ellos respondieron: «Para prender a Sansón hemos subido, para hacerle a él como él nos ha hecho a nosotros».

11 Entonces tres mil hombres de Judá descendieron a la hendidura de la peña de Etam, y dijeron a Sansón: «¿No sabes tú que los filisteos dominan sobre nosotros? ¿Qué es esto que nos has hecho?». Y él les respondió: «Yo les he hecho como ellos me hicieron a mí».

12 Ellos entonces le dijeron: «Hemos venido para prenderte y entregarte en mano de los filisteos». Y Sansón les respondió: «Juradme que vosotros no me mataréis».

13 Y ellos le respondieron, diciendo: «No; solamente te prenderemos y te entregaremos en sus manos; mas no te mataremos». Entonces lo ataron con dos cuerdas nuevas y lo sacaron de la peña.

14 Y viniendo él hasta Lehi, los filisteos salieron a su encuentro con gritos de júbilo; pero el Espíritu de Yahvé vino sobre él, y las cuerdas que estaban en sus brazos se volvieron como lino quemado con fuego, y las ligaduras se desprendieron de sus manos.

15 Y hallando una quijada de asno todavía fresca, extendió la mano y la tomó, y mató con ella a mil hombres.

16 Entonces Sansón dijo: «Con la quijada de un asno, un montón, dos montones;
con la quijada de un asno maté a mil hombres».

17 Y acabando de hablar, arrojó de su mano la quijada; y llamó a aquel lugar Ra-
mat-lehi.

18 Y teniendo gran sed, clamó a Yahvé y dijo: «Tú has dado esta gran salvación
por mano de tu siervo; ¿y moriré yo ahora de sed y caeré en mano de los
incircuncisos?».

19 Entonces abrió Dios la cuenca que hay en Lehi, y salió agua de ella; y bebió, y
recobró su espíritu y se reanimó. Por eso llamó su nombre En-hacore, el cual está
en Lehi hasta hoy.

20 Y juzgó a Israel en los días de los filisteos veinte años.

Capítulo 16

1 Fue Sansón a Gaza, y vio allí a una ramera, y entró a ella.

2 Y se dijo a los de Gaza: «Sansón ha venido acá». Y lo rodearon, y pusieron es-
pías a la puerta de la ciudad toda la noche; y estuvieron callados toda la noche, di-
ciendo: «Esperemos hasta la luz de la mañana, y entonces lo mataremos».

3 Mas Sansón durmió hasta la medianoche; y a la medianoche se levantó, y to-
mando las puertas de la ciudad con sus dos pilares y su cerrojo, se las echó al
hombro y las subió a la cumbre del monte que está delante de Hebrón.

4 Después de esto aconteció que se enamoró de una mujer en el valle de Sorec, la
cual se llamaba Dalila.

5 Y vinieron a ella los príncipes de los filisteos, y le dijeron: «Persuádele, y mira en
qué consiste su gran fuerza, y cómo lo podríamos vencer, para que lo atemos y lo
dominemos; y cada uno de nosotros te dará mil cien siclos de plata».

6 Y Dalila dijo a Sansón: «Yo te ruego que me digas en qué consiste tu gran fuerza,
y cómo podrás ser atado para ser dominado».

7 Y respondió Sansón: «Si me ataren con siete mimbres verdes que aún no estén secos, entonces me debilitaré y seré como cualquiera de los hombres».

8 Y los príncipes de los filisteos le trajeron siete mimbres verdes que aún no se habían secado, y ella lo ató con ellos.

9 Y ella tenía espías en acecho en el aposento. Entonces ella le dijo: «¡Sansón, los filisteos sobre ti!». Y él rompió los mimbres como se rompe un cordón de estopa cuando toca el fuego; y no se supo el secreto de su fuerza.

10 Entonces Dalila dijo a Sansón: «He aquí que me has engañado, y me has dicho mentiras; dime, pues, ahora, te ruego, cómo podrás ser atado».

11 Y él le dijo: «Si me ataren fuertemente con cuerdas nuevas que no se hayan usado, yo me debilitaré y seré como cualquiera de los hombres».

12 Y Dalila tomó cuerdas nuevas, y lo ató con ellas, y le dijo: «¡Sansón, los filisteos sobre ti!». Y los espías estaban en el aposento. Mas él las rompió de sus brazos como un hilo.

13 Y Dalila dijo a Sansón: «Hasta ahora me engañas, y me dices mentiras. Dime, pues, ahora, cómo podrás ser atado». Él entonces le dijo: «Si tejieres las siete guedejas de mi cabeza con la tela del telar».

14 Y ella las aseguró con la estaca, y le dijo: «¡Sansón, los filisteos sobre ti!». Mas despertando él de su sueño, arrancó la estaca del telar con la tela.

15 Y ella le dijo: "¿Cómo dices: «Yo te amo», pues que tu corazón no está conmigo? Ya me has engañado tres veces, y no me has descubierto aún en qué consiste tu gran fuerza".

16 Y aconteció que, importunándole ella cada día con sus palabras y moliéndole, su alma fue reducida a mortal angustia.

17 Le descubrió, pues, todo su corazón, y le dijo: «Nunca a mi cabeza llegó navaja; porque soy nazareo de Dios desde el vientre de mi madre. Si fuere rapado, mi fuerza se apartará de mí, y me debilitaré y seré como todos los hombres».

18 Viendo Dalila que él le había descubierto todo su corazón, envió a llamar a los
príncipes de los filisteos, diciendo: «Venid esta vez, porque él me ha descubierto
todo su corazón». Y los príncipes de los filisteos vinieron a ella, trayendo consigo
el dinero.

19 Y ella hizo que él se durmiese sobre sus rodillas, y llamó a un hombre, quien le
rapó las siete guedejas de su cabeza; y ella comenzó a dominarlo, pues su fuerza se
apartó de él.

20 Y le dijo: «¡Sansón, los filisteos sobre ti!». Y luego que despertó él de su sueño,
se dijo: «Esta vez saldré como las otras y me escaparé». Pero no sabía que Yahvé
ya se había apartado de él.

21 Mas los filisteos le echaron mano, y le sacaron los ojos, y le llevaron a Gaza; y le
ataron con cadenas de bronce para que moliese en la cárcel.

22 Y el cabello de su cabeza comenzó a crecer, después que fue rapado.

23 Entonces los príncipes de los filisteos se juntaron para ofrecer sacrificio a Da-
gón su dios y para alegrarse; y decían: «Nuestro dios entregó en nuestras manos a
Sansón nuestro enemigo».

24 Y viéndolo el pueblo, alabaron a su dios, diciendo: «Nuestro dios entregó en
nuestras manos a nuestro enemigo, y al destruidor de nuestra tierra, el cual había
muerto a muchos de nosotros».

25 Y aconteció que, yéndose alegrando el corazón de ellos, dijeron: «Llamad a
Sansón para que nos sirva de juguete». Y llamaron a Sansón de la cárcel, y sirvió
de juguete delante de ellos; y lo pusieron entre las columnas.

26 Entonces Sansón dijo al joven que le guiaba de la mano: «Déjame palpar las
columnas sobre las que descansa el edificio, para que me apoye sobre ellas».

27 Y la casa estaba llena de hombres y mujeres, y todos los príncipes de los filisteos
estaban allí; y en el piso alto había como tres mil hombres y mujeres, que estaban
mirando el escarnio de Sansón.

28 Entonces clamó Sansón a Yahvé, y dijo: «Señor Yahvé, acuérdate ahora de mí, y fortaléceme, te ruego, solamente esta vez, oh Dios, para que de una vez tome venganza de los filisteos por mis dos ojos».

29 Asió luego Sansón las dos columnas del medio, sobre las que descansaba la casa, y se apoyó en ellas, la mano derecha sobre una y la izquierda sobre la otra.

30 Y dijo Sansón: «Muera yo con los filisteos». Entonces se inclinó con toda su fuerza, y cayó la casa sobre los príncipes, y sobre todo el pueblo que estaba en ella. Y los que mató al morir fueron muchos más que los que había matado en su vida.

31 Y descendieron sus hermanos y toda la casa de su padre, y lo tomaron, y lo llevaron, y lo sepultaron entre Zora y Estaol, en el sepulcro de su padre Manoa. Y él juzgó a Israel veinte años.

Capítulo 17

1 Hubo un hombre del monte de Efraín, que se llamaba Micaía.

2 El cual dijo a su madre: «Los mil cien siclos de plata que te fueron hurtados, acerca de los cuales proferiste una maldición, y aun lo dijiste a mis oídos, he aquí que el dinero está en mi poder; yo lo tomé». Entonces la madre dijo: «Bendito seas de Yahvé, hijo mío».

3 Y él devolvió los mil cien siclos de plata a su madre; y su madre dijo: «Yo he dedicado por entero este dinero a Yahvé de mi mano para mi hijo, para hacer una imagen de talla y una de fundición; ahora, pues, te lo devuelvo».

4 Mas él devolvió el dinero a su madre, y tomó su madre doscientos siclos de plata y los dio al fundidor, quien hizo de ellos una imagen de talla y una de fundición, la cual fue puesta en casa de Micaía.

5 Y tuvo este hombre Micaía un santuario de Dios, e hizo un efod y terafines, y consagró a uno de sus hijos para que fuera su sacerdote.

6 En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía.

7 Y había un joven de Belén de Judá, de la estirpe de Judá, el cual era levita y moraba allí como forastero.

8 Este hombre partió de la ciudad de Belén de Judá para ir a morar donde hallara lugar; y llegando al monte de Efraín, vino a casa de Micaía para seguir su camino.

9 Y Micaía le dijo: «¿De dónde vienes?». Y el levita respondió: «Soy de Belén de Judá, y voy a vivir donde pueda hallar lugar».

10 Entonces Micaía le dijo: «Quédate en mi casa, y serás para mí padre y sacerdote; y yo te daré diez siclos de plata al año, las vestiduras necesarias y tu comida». Y el levita se quedó.

11 Agradó, pues, al levita morar con aquel hombre, y él lo tenía como a uno de sus hijos.

12 Micaía consagró al levita, y aquel joven le servía de sacerdote, y permaneció en casa de Micaía.

13 Y Micaía dijo: «Ahora sé que Yahvé me hará bien, pues tengo a un levita por sacerdote».

Capítulo 18

1 En aquellos días no había rey en Israel. Y en aquellos días la tribu de Dan buscaba posesión donde habitar, porque hasta entonces no le había caído heredad entre las tribus de Israel.

2 Y los hijos de Dan enviaron de su estirpe cinco hombres de entre ellos, hombres valientes, de Zora y de Estaol, para que fuesen a reconocer la tierra y a explorarla; y les dijeron: «Id y reconoced la tierra». Estos llegaron al monte de Efraín, a la casa de Micaía, y posaron allí.

3 Cuando estaban cerca de la casa de Micaía, reconocieron el acento del joven levita; y acercándose allá, le dijeron: «¿Quién te ha traído acá? ¿Qué haces en este lugar? ¿Qué tienes tú aquí?».

4 Él les respondió: «De esta y de aquella manera ha hecho conmigo Micaía; me ha puesto a sueldo, y yo le sirvo de sacerdote».

5 Y ellos le dijeron: «Consulta ahora a Dios, para que sepamos si prosperará nuestro viaje que emprendemos».

6 El sacerdote les respondió: «Id en paz; el viaje que hacéis está delante de Yahvé».

7 Entonces aquellos cinco hombres partieron y llegaron a Lais; y vieron que el pueblo que habitaba en ella estaba seguro, a la manera de los sidonios, quieto y confiado; y que no había nadie en aquella tierra que les agraviase, ni quien poseyera mando; y que estaban lejos de los sidonios, y no tenían tratos con nadie.

8 Volvieron, pues, a sus hermanos en Zora y Estaol; y sus hermanos les preguntaron: «¿Qué noticias traéis?».

9 Y ellos respondieron: «Levantaos, subamos contra ellos; porque hemos explorado la tierra y hemos visto que es muy buena; ¿y vosotros os estáis aquí quietos? No seáis perezosos en poneros en marcha para ir a poseer la tierra.

10 Cuando vayáis, llegaréis a un pueblo confiado y a una tierra vasta; pues Dios la ha entregado en vuestras manos; es lugar donde no hay falta de cosa alguna que haya en la tierra».

11 Partieron, pues, de allí, de la estirpe de Dan, de Zora y de Estaol, seiscientos hombres ceñidos de armas de guerra.

12 Subieron y acamparon en Quiriat-jearim, en Judá; por lo cual llamaron a aquel lugar Mahaneh-dan hasta hoy; el cual está a espaldas de Quiriat-jearim.

13 Y pasaron de allí al monte de Efraín, y vinieron hasta la casa de Micaía.

14 Entonces los cinco hombres que habían ido a reconocer la tierra de Lais hablaron y dijeron a sus hermanos: «¿No sabéis que en estas casas hay un efod y terafines, y una imagen de talla y una de fundición? Ved, pues, ahora lo que habéis de hacer».

15 Entonces se apartaron hacia allá, y vinieron a la casa del joven levita, a la casa de Micaía, y le saludaron en paz.

16 Y los seiscientos hombres que eran de los hijos de Dan estaban a la entrada de la puerta, ceñidos de sus armas de guerra.

17 Y subieron los cinco hombres que habían ido a reconocer la tierra, y entraron allá y tomaron la imagen de talla, el efod, los terafines y la imagen de fundición, mientras estaba el sacerdote a la entrada de la puerta con los seiscientos hombres ceñidos de armas de guerra.

18 Entrando, pues, aquellos en la casa de Micaía y tomando la imagen de talla, el efod, los terafines y la imagen de fundición, el sacerdote les dijo: «¿Qué hacéis vosotros?».

19 Y ellos le respondieron: «Calla, pon la mano sobre tu boca y ven con nosotros, para que seas nuestro padre y sacerdote. ¿Es mejor ser sacerdote de la casa de un solo hombre, que serlo de una tribu y de una familia en Israel?».

20 Y se alegró el corazón del sacerdote, el cual tomó el efod, los terafines y la imagen de talla, y se fue en medio del pueblo.

21 Y volviéndose, partieron y pusieron los pequeñuelos, el ganado y el bagaje delante de sí.

22 Cuando ya se habían alejado de la casa de Micaía, los hombres que habitaban en las casas cercanas a la de Micaía se juntaron y alcanzaron a los hijos de Dan.

23 Y gritando a los hijos de Dan, estos volvieron sus rostros y dijeron a Micaía: «¿Qué tienes, que has juntado tanta gente?».

24 Él respondió: «Os habéis llevado mis dioses que yo hice, y al sacerdote, y os vais; ¿qué más me queda? ¿Y por qué me decís ahora: «¿Qué tienes?»».

25 Y los hijos de Dan le dijeron: «No des voces tras nosotros, no sea que hombres de ánimo amargado arremetan contra vosotros, y pierdas tu vida y la vida de los tuyos».

26 Y prosiguieron los hijos de Dan su camino; y Micaía, viendo que eran más fuertes que él, se volvió y regresó a su casa.

27 Ellos, pues, tomando las cosas que había hecho Micaía y al sacerdote que tenía, llegaron a Lais, al pueblo quieto y confiado; y los hirieron a filo de espada, y quemaron la ciudad con fuego.

28 Y no hubo quien los librase, porque estaban lejos de Sidón, y no tenían tratos con nadie; y la ciudad estaba en el valle que está junto a Bet-rehob. Entonces reedificaron la ciudad y habitaron en ella.

29 Y llamaron el nombre de aquella ciudad Dan, del nombre de Dan su padre, que le había nacido a Israel, aunque antes el nombre de la ciudad era Lais.

30 Y los hijos de Dan levantaron para sí la imagen de talla; y Jonatán hijo de Gersón, hijo de Moisés, él y sus hijos fueron sacerdotes en la tribu de Dan hasta el día del cautiverio de la tierra.

31 Así tuvieron levantada entre ellos la imagen de talla que Micaía había hecho, todo el tiempo que la casa de Dios estuvo en Silo.

Capítulo 19

1 En aquellos días, cuando no había rey en Israel, hubo un levita que moraba como forastero en la parte más remota del monte de Efraín, el cual tomó para sí una concubina de Belén de Judá.

2 Y su concubina le fue infiel, y se fue de él a casa de su padre, a Belén de Judá, y estuvo allí por espacio de cuatro meses.

3 Y se levantó su marido y fue tras ella, para hablarle al corazón y volverla consigo, llevando consigo a su paje y un par de asnos; y ella le introdujo en la casa de su padre, y cuando el padre de la joven lo vio, se alegró de recibirle.

4 Y lo retuvo su suegro, el padre de la joven, y se quedó con él tres días, comiendo y bebiendo, y posaron allí.

5 Al cuarto día, cuando se levantaron de mañana, se levantó también el levita para marcharse; y el padre de la joven dijo a su yerno: «Conforta tu corazón con un bocado de pan, y después os iréis».

6 Y se sentaron ambos, y comieron y bebieron juntos. Y dijo el padre de la joven al varón: «Yo te ruego que quieras pasar aquí la noche, y se alegrará tu corazón».

7 Y se levantó el varón para irse, pero su suegro le insistió, y volvió a pasar allí la noche.

8 Al quinto día se levantó de mañana para irse, y le dijo el padre de la joven: «Conforta tu corazón, te ruego, y aguardad hasta que decline el día». Y comieron ambos.

9 Luego se levantó el varón para irse, él, su concubina y su paje. Entonces su suegro, el padre de la joven, le dijo: «He aquí, el día declina para anochecer; os ruego que paséis aquí la noche. Mirad que el día se acaba; duerme aquí, para que se alegre tu corazón, y mañana madrugaréis para vuestro camino e irás a tu casa».

10 Mas el varón no quiso pasar la noche, sino que se levantó y se fue, y llegó hasta quedar frente a Jebús (que es Jerusalén), con su par de asnos ensillados y su concubina.

11 Cuando estaban cerca de Jebús, el día había declinado mucho; y dijo el paje a su señor: «Ven, te ruego, y nos apartaremos a esta ciudad de los jebuseos para pasar en ella la noche».

12 Y su señor le respondió: «No nos apartaremos a ciudad de extranjeros, que no sea de los hijos de Israel, sino que pasaremos hasta Gabaa».

13 Y dijo a su paje: «Ven, lleguemos a uno de esos lugares, para pasar la noche en Gabaa o en Ramá».

14 Pasaron, pues, y siguieron su camino, y se les puso el sol junto a Gabaa, que es de Benjamín.

15 Y se apartaron allí para entrar a posar en Gabaa; y entrando, se sentaron en la plaza de la ciudad, porque no hubo hombre que los acogiese en casa para pernoctar.

16 Y he aquí un hombre anciano que venía de su trabajo del campo al anochecer, el cual era del monte de Efraín y moraba como forastero en Gabaa; pero los moradores de aquel lugar eran hijos de Benjamín.

17 Y alzando el anciano los ojos, vio a aquel caminante en la plaza de la ciudad, y le preguntó: «¿A dónde vas, y de dónde vienes?».

18 Y él respondió: «Pasamos de Belén de Judá a la parte más remota del monte de Efraín, de donde yo soy; y fui a Belén de Judá, y ahora voy a la casa de Yahvé, y no hay quien me reciba en casa.

19 Tenemos paja y forraje para nuestros asnos, y también pan y vino para mí y para tu sierva, y para el joven que está con tus siervos; no nos falta nada».

20 Y el hombre anciano dijo: «Paz sea contigo; quede a mi cargo todo lo que te faltare, con tal que no pases la noche en la plaza».

21 Y los introdujo en su casa, y dio forraje a los asnos; y ellos se lavaron los pies, y comieron y bebieron.

22 Pero cuando estaban en lo mejor de su alegría, he aquí que los hombres de aquella ciudad, hombres perversos (hijos de Belial), rodearon la casa y golpearon a la puerta, diciendo al anciano, dueño de la casa: «Saca al hombre que ha entrado en tu casa, para que lo conozcamos».

23 Y salió a ellos el dueño de la casa y les dijo: «No, hermanos míos, os ruego que no cometáis tal maldad; ya que este hombre ha entrado en mi casa, no hagáis esta infamia.

24 He aquí mi hija virgen y la concubina de él; yo las sacaré ahora; humilladlas y haced con ellas lo que os parezca bien, pero no hagáis a este hombre cosa tan infame».

25 Mas aquellos hombres no le quisieron oír; por lo que aquel varón tomó a su concubina y la sacó fuera; y ellos la conocieron, y abusaron de ella toda la noche hasta la mañana, y la dejaron cuando apuntaba el alba.

26 Y cuando aclaraba el día, vino la mujer y cayó delante de la puerta de la casa de aquel hombre donde su señor estaba, hasta que fue de día.

27 Y levantándose su señor de mañana, abrió las puertas de la casa y salió para seguir su camino, y he aquí la mujer su concubina estaba tendida a la puerta de la casa, con sus manos sobre el umbral.

28 Él le dijo: «Levántate, y vámonos»; pero ella no respondió. Entonces la levantó el varón, y la puso sobre su asno, y se levantó y se fue a su lugar.

29 Y llegando a su casa, tomó un cuchillo y echó mano de su concubina, y la partió por sus huesos en doce pedazos, los cuales envió por todo el territorio de Israel.

30 Y aconteció que todo el que lo veía, decía: «Jamás se ha hecho ni visto tal cosa desde el día en que los hijos de Israel subieron de la tierra de Egipto hasta hoy. Consideradlo, tomad consejo y hablad».

Capítulo 20

1 Entonces salieron todos los hijos de Israel, y se reunió la congregación como un solo hombre, desde Dan hasta Beerseba, junto con la tierra de Galaad, ante Yahvé en Mizpa.

2 Y los jefes de todo el pueblo, de todas las tribus de Israel, se presentaron en la asamblea del pueblo de Dios: cuatrocientos mil hombres de a pie que sacaban espada.

3 (Y los hijos de Benjamín oyeron que los hijos de Israel habían subido a Mizpa). Dijeron, pues, los hijos de Israel: «Decidnos cómo ha sucedido esta maldad».

4 Entonces el levita, marido de la mujer asesinada, respondió y dijo: «Llegué a Gabaa de Benjamín, yo y mi concubina, para pasar la noche.

5 Y se levantaron contra mí los moradores de Gabaa, y rodearon la casa de noche; tenían intención de matarme, y a mi concubina la forzaron de tal modo que murió.

6 Entonces tomé yo a mi concubina, y la partí en pedazos y los envié por todo el territorio de la heredad de Israel; por cuanto han cometido tal maldad e infamia en Israel.

7 Helos aquí, todos vosotros sois hijos de Israel; dad vuestro consejo y parecer aquí mismo».

8 Y todo el pueblo se levantó como un solo hombre, diciendo: «Ninguno de nosotros irá a su tienda, ni volverá nadie a su casa.

9 Mas esto es lo que haremos ahora a Gabaa: por sorteo subiremos contra ella.

10 Tomaremos diez hombres de cada cien por todas las tribus de Israel, y cien de cada mil, y mil de cada diez mil, para que traigan víveres para el pueblo; para que cuando lleguen a Gabaa de Benjamín, le den su merecido por toda la infamia que han cometido en Israel».

11 Así se juntaron todos los hombres de Israel contra la ciudad, unidos como un solo hombre.

12 Y las tribus de Israel enviaron hombres por toda la tribu de Benjamín, diciendo: «¿Qué maldad es esta que ha sido hecha entre vosotros?

13 Entregad, pues, ahora a aquellos hombres, hijos de Belial, que están en Gabaa, para que los matemos y quitemos el mal de Israel». Mas los hijos de Benjamín no quisieron oír la voz de sus hermanos los hijos de Israel,

14 sino que se juntaron los hijos de Benjamín de las ciudades en Gabaa, para salir a pelear contra los hijos de Israel.

15 Y fueron contados en aquel día los hijos de Benjamín de las ciudades: veintiséis mil hombres que sacaban espada, sin los moradores de Gabaa, que fueron contados por setecientos hombres escogidos.

16 De toda aquella gente había setecientos hombres escogidos, que eran zurdos, todos los cuales tiraban una piedra con la honda a un cabello, y no erraban.

17 Y fueron contados los hombres de Israel, fuera de Benjamín, cuatrocientos mil hombres que sacaban espada, todos ellos hombres de guerra.

18 Se levantaron luego los hijos de Israel, y subieron a Betel y consultaron a Dios, diciendo: «¿Quién subirá de nosotros el primero a combatir contra los hijos de Benjamín?». Y Yahvé respondió: «Judá será el primero».

19 Se levantaron, pues, los hijos de Israel por la mañana, y acamparon junto a Gabaa.

20 Y salieron los hombres de Israel a pelear contra Benjamín, y ordenaron la batalla contra ellos junto a Gabaa.

21 Saliendo entonces los hijos de Benjamín de Gabaa, derribaron por tierra aquel día a veintidós mil hombres de Israel.

22 Mas el pueblo, los hombres de Israel, se animaron y volvieron a ordenar la batalla en el mismo lugar donde la habían ordenado el primer día.

23 Porque los hijos de Israel subieron y lloraron delante de Yahvé hasta la noche, y consultaron a Yahvé, diciendo: «¿Volveré a pelear con los hijos de Benjamín mi hermano?». Y Yahvé respondió: «Subid contra él».

24 Se acercaron, pues, los hijos de Israel contra los hijos de Benjamín el segundo día.

25 Y aquel segundo día salió Benjamín de Gabaa contra ellos, y derribaron por tierra otros dieciocho mil hombres de los hijos de Israel, todos los cuales sacaban espada.

26 Entonces subieron todos los hijos de Israel y todo el pueblo, y vinieron a Betel; y lloraron, y se sentaron allí delante de Yahvé, y ayunaron aquel día hasta la tarde; y ofrecieron holocaustos y ofrendas de paz delante de Yahvé.

27 Y los hijos de Israel consultaron a Yahvé (pues el arca del pacto de Dios estaba
allí en aquellos días,

28 y Finees hijo de Eleazar, hijo de Aarón, asistía delante de ella en aquellos días), y
dijeron: «¿Volveré aún a salir a combatir contra los hijos de Benjamín mi her-
mano, o desistiré?». Y Yahvé dijo: «Subid, porque mañana yo os los entregaré».

29 Y puso Israel emboscadas alrededor de Gabaa.

30 Subieron, pues, los hijos de Israel contra los hijos de Benjamín el tercer día, y
ordenaron la batalla contra Gabaa como las otras veces.

31 Y salieron los hijos de Benjamín al encuentro del pueblo, alejándose de la ciu-
dad; y comenzaron a herir a algunos del pueblo mortalmente como las otras ve-
ces, por los caminos, uno de los cuales sube a Betel y el otro a Gabaa por el
campo; y mataron a unos treinta hombres de Israel.

32 Entonces los hijos de Benjamín decían: «Vencidos son delante de nosotros
como antes». Mas los hijos de Israel decían: «Huyamos, y alejémoslos de la ciu-
dad hasta los caminos».

33 Levantándose entonces todos los hombres de Israel de su lugar, se ordenaron
en Baal-tamar; y también las emboscadas de Israel salieron de su lugar, de la lla-
nura de Gabaa.

34 Y vinieron contra Gabaa diez mil hombres escogidos de todo Israel, y la batalla
se hizo cruda; mas ellos no sabían que el desastre les acechaba.

35 Y Yahvé derrotó a Benjamín delante de Israel; y mataron los hijos de Israel
aquel día a veinticinco mil cien hombres de Benjamín, todos los cuales sacaban
espada.

36 Así vieron los hijos de Benjamín que estaban derrotados. Pues los hombres de
Israel habían dado lugar a Benjamín, porque estaban confiados en las emboscа-
das que habían puesto tras Gabaa.

37 Y los de la emboscada se apresuraron y acometieron a Gabaa, y se desplegaron
e hirieron a filo de espada a toda la ciudad.

38 Y la señal concertada entre los hombres de Israel y los de la emboscada era que
hiciesen subir de la ciudad una gran humareda.

39 Se volvieron, pues, los hombres de Israel en la batalla; y Benjamín había comenzado a herir mortalmente a los de Israel, habiendo muerto como treinta hombres,
por lo que decían: «Ciertamente caen delante de nosotros como en la primera
batalla».

40 Mas cuando la humareda comenzó a subir de la ciudad como una columna de
humo, los de Benjamín miraron atrás, y he aquí que el incendio de la ciudad subía
al cielo.

41 Entonces los hombres de Israel se volvieron, y los de Benjamín se llenaron de
espanto, porque vieron que el desastre les había alcanzado.

42 Volvieron, por tanto, la espalda delante de los hombres de Israel hacia el camino del desierto; pero la batalla los alcanzó, y los que salían de las ciudades los
destruían en medio de ellos.

43 Cercaron a Benjamín, y lo persiguieron y lo pisotearon sin descanso hasta
frente a Gabaa, hacia el nacimiento del sol.

44 Y cayeron de Benjamín dieciocho mil hombres, todos ellos valientes.

45 Y volviéndose, huyeron hacia el desierto a la peña de Rimón, y los israelitas mataron de ellos por los caminos a cinco mil hombres; y los persiguieron tenazmente
hasta Gidom, y mataron de ellos a dos mil hombres.

46 Así, todos los que de Benjamín murieron aquel día fueron veinticinco mil hombres que sacaban espada, todos ellos hombres valientes.

47 Pero seiscientos hombres volvieron y huyeron al desierto a la peña de Rimón, y
estuvieron en la peña de Rimón cuatro meses.

48 Y los hombres de Israel volvieron contra los hijos de Benjamín, y los pasaron a
filo de espada, así a los hombres de las ciudades como al ganado y a todo lo que
hallaron; asimismo pusieron fuego a todas las ciudades que hallaban.

Capítulo 21

1 Los varones de Israel habían jurado en Mizpa, diciendo: «Ninguno de nosotros
dará su hija por mujer a los de Benjamín».

2 Y vino el pueblo a la casa de Dios, y se estuvieron allí hasta la tarde delante de
Dios; y alzando su voz hicieron gran llanto,

3 y dijeron: «Oh Yahvé Dios de Israel, ¿por qué ha sucedido esto en Israel, que
falte hoy de Israel una tribu?».

4 Al día siguiente el pueblo se levantó de mañana, y edificaron allí altar, y ofrecie-
ron holocaustos y sacrificios de paz.

5 Y dijeron los hijos de Israel: «¿Quién de todas las tribus de Israel no subió a la
asamblea ante Yahvé?». Porque se había hecho gran juramento contra el que no
subiese a Yahvé en Mizpa, diciendo: «Morirá irremisiblemente».

6 Y los hijos de Israel se arrepintieron a causa de Benjamín su hermano, y dijeron:
«Una tribu es cortada hoy de Israel.

7 ¿Qué haremos en cuanto a mujeres para los que han quedado? Nosotros hemos
jurado por Yahvé que no les daremos nuestras hijas por mujeres».

8 Y dijeron: «¿Hay alguno de las tribus de Israel que no haya subido a Yahvé en
Mizpa?». Y hallaron que nadie de Jabes-galaad había venido al campamento, a la
asamblea.

9 Porque se contó el pueblo, y no hubo allí morador de Jabes-galaad.

10 Entonces la congregación envió allá doce mil hombres de los más valientes, y
les mandaron, diciendo: «Id y pasad a filo de espada a los moradores de Jabes-ga-
laad, con las mujeres y los niños.

11 Pero haréis de esta manera: mataréis a todo varón, y a toda mujer que haya co-
nocido varón».

12 Y hallaron de los moradores de Jabes-galaad cuatrocientas doncellas vírgenes que no habían conocido varón, y las trajeron al campamento en Silo, que está en la tierra de Canaán.

13 Toda la congregación envió luego a hablar a los hijos de Benjamín que estaban en la peña de Rimón, y les proclamaron la paz.

14 Y volvieron entonces los de Benjamín; y les dieron por mujeres las que habían guardado vivas de las mujeres de Jabes-galaad; mas no les bastaron estas.

15 Y el pueblo tuvo dolor a causa de Benjamín, de que Yahvé hubiese hecho mella en las tribus de Israel.

16 Entonces los ancianos de la congregación dijeron: «¿Qué haremos en cuanto a mujeres para los que han quedado? Porque las mujeres de Benjamín han sido muertas».

17 Y dijeron: "Tenga Benjamín una herencia para los que han escapado, para que no sea raída una tribu de Israel.

18 Pero nosotros no podemos darles mujeres de nuestras hijas, porque los hijos de Israel han jurado diciendo: «Maldito el que diere mujer a los benjamitas»».

19 Ahora bien, dijeron: «He aquí cada año hay festividad solemne de Yahvé en Silo, que está al norte de Betel, y al lado oriental del camino que sube de Betel a Siquem, y al sur de Lebona».

20 Y mandaron a los hijos de Benjamín, diciendo: "Id, y poned emboscadas en las viñas,

21 y estad atentos; y cuando veáis salir a las hijas de Silo a bailar en corros, salid vosotros de las viñas, y arrebatad cada uno mujer para sí de las hijas de Silo, e idos a tierra de Benjamín.

22 Y cuando vinieren los padres de ellas o sus hermanos a demandárnoslo, nosotros les diremos: «Tened misericordia de ellos por amor de nosotros, pues que nosotros en la guerra no tomamos mujeres para todos; además, vosotros no se las habéis dado, para que ahora seáis culpables»».

23 Y los hijos de Benjamín lo hicieron así; y tomaron mujeres conforme a su número, robándolas de las que bailaban; y se fueron, y volvieron a su heredad, y reedificaron las ciudades y habitaron en ellas.

24 Entonces los hijos de Israel se fueron también de allí, cada uno a su tribu y a su familia, saliendo de allí cada uno a su heredad.

25 En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

RUT

Capítulo 1

1 En los días en que los jueces juzgaban, hubo hambre en la tierra. Un hombre de Belén de Judá se fue a vivir al país de Moab con su mujer y sus dos hijos.

2 El nombre de aquel hombre era Elimelec, y el de su mujer Noemí. Los nombres de sus dos hijos eran Mahlón y Quelión, efrateos de Belén de Judá. Llegaron al país de Moab y vivieron allí.

3 Elimelec, el esposo de Noemí, murió, y ella quedó con sus dos hijos.

4 Ellos tomaron para sí esposas de las mujeres de Moab. El nombre de una era Orfa, y el de la otra era Rut. Vivieron allí unos diez años.

5 Mahlón y Quelión murieron, y la mujer quedó despojada de sus dos hijos y de su marido.

6 Entonces se levantó con sus nueras para volver del país de Moab, porque había oído en el país de Moab cómo el Señor había visitado a su pueblo dándole pan.

7 Salió del lugar donde estaba, y sus dos nueras con ella. Siguieron el camino para regresar a la tierra de Judá.

8 Noemí dijo a sus dos nueras: «Id, volved cada una a la casa de su madre. Que el Señor os trate con bondad, como ha tratado a los muertos y a mí.

9 Que Yahvé os conceda que encontréis descanso, cada una en la casa de su marido». Entonces ella las besó, y ellas alzaron la voz y lloraron.

10 Le dijeron: «No, pero volveremos contigo a tu pueblo».

11 Noemí dijo: "Volved, hijas mías. ¿Por qué queréis ir conmigo? ¿Aún tengo hijos en mi vientre, para que sean vuestros maridos?

12 Volved, hijas mías, seguid vuestro camino, porque soy demasiado vieja para tener marido. Si dijera: 'Tengo esperanza', si incluso tuviera un marido esta noche, y también diera a luz hijos,

13 ¿esperaríais entonces a que crecieran? ¿Os abstendríais entonces de tener maridos? No, hijas mías, porque me duele mucho por vosotras, pues la mano de Yahvé ha salido contra mí".

14 Levantaron la voz y volvieron a llorar; entonces Orfa besó a su suegra, pero Rut se quedó con ella.

15 Ella dijo: "Mira, tu cuñada ha vuelto a su pueblo y a su dios. Sigue a tu cuñada".

16 Rut le dijo: "No me insistas en que te deje y en que deje de seguirte, porque adonde tú vayas, iré yo; y donde tú te quedes, me quedaré yo. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios.

17 Donde tú mueras, moriré yo, y allí seré enterrada. Que Yahvé haga así conmigo, y más también, si algo más que la muerte nos separa a ti y a mí".

18 Cuando Noemí vio que estaba decidida a ir con ella, dejó de insistirle.

19 Así fueron las dos hasta que llegaron a Belén. Cuando llegaron a Belén, toda la ciudad se entusiasmó con ellas, y preguntaron: «¿Esta es Noemí?».

20 Ella les dijo: "No me llaméis Noemí. Llamadme Mara, porque el Todopoderoso me ha tratado con mucha amargura.

21 Salí llena, y el Señor me ha hecho volver a casa vacía. ¿Por qué me llamáis Noemí, ya que Yahvé ha testificado contra mí, y el Todopoderoso me ha afligido?".

22 Volvió, pues, Noemí, y con ella Rut la moabita, su nuera, que había vuelto del país de Moab. Llegaron a Belén al comienzo de la siega de la cebada.

Capítulo 2

1 Noemí tenía un pariente de su marido, un hombre poderoso y rico, de la familia de Elimelec, que se llamaba Booz.

2 Rut, la moabita, dijo a Noemí: «Déjame ir ahora al campo y espigar entre las espigas en pos de aquel a cuya vista encuentre gracia». Le dijo: «Ve, hija mía».

3 Ella fue, y vino a espigar en el campo tras los segadores; y por casualidad llegó a la parte del campo que pertenecía a Booz, que era de la familia de Elimelec.

4 He aquí que Booz vino de Belén y dijo a los segadores: «Que Yahvé esté con vosotros». Le respondieron: «Que Yahvé te bendiga».

5 Entonces Booz dijo a su criado, que estaba al frente de los segadores: «¿De quién es esta joven?».

6 El criado que estaba a cargo de los segadores respondió: "Es la joven moabita que regresó con Noemí del país de Moab.

7 Ella dijo: 'Por favor, déjame espigar y recoger después de los segadores entre las gavillas'. Así que vino, y ha continuado desde la mañana hasta ahora, excepto que descansó un poco en la casa".

8 Entonces Booz dijo a Rut: «Escucha, hija mía. No vayas a espigar a otro campo, ni te vayas de aquí, sino quédate aquí cerca de mis doncellas.

9 Pon tus ojos en el campo que cosechan, y ve tras ellas. ¿No he ordenado a los jóvenes que no te toquen? Cuando tengas sed, ve a las vasijas y bebe de lo que los jóvenes han sacado».

10 Entonces ella se postró en el suelo y le dijo: «¿Por qué he hallado gracia ante tus ojos para que me conozcas, ya que soy extranjera?».

11 Booz le respondió: «Me han contado todo lo que has hecho por tu suegra desde la muerte de tu marido, y cómo has dejado a tu padre, a tu madre y la tierra donde naciste, y has llegado a un pueblo que no conocías.

12 Que Yahvé te pague tu trabajo y te dé una recompensa completa de parte de Yahvé, el Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte».

13 Entonces ella dijo: «Halle yo gracia ante tus ojos, señor mío, porque me has consolado y porque has hablado con bondad a tu sierva, aunque no soy como una de tus siervas».

14 A la hora de comer, Booz le dijo: «Ven aquí, come un poco de pan y moja tu bocado en el vinagre». Se sentó junto a los segadores, y estos le pasaron grano tostado. Ella comió, quedó satisfecha y dejó un poco.

15 Cuando se levantó a espigar, Booz ordenó a sus criados, diciendo: «Dejadla espigar incluso entre las gavillas, y no la reprochéis.

16 También sacad algo para ella de los manojos y dejadlo. Dejadla espigar, y no la reprendáis».

17 Así que espigó en el campo hasta la noche; y desgranó lo que había espigado, que era como un efa de cebada.

18 Lo recogió y se fue a la ciudad. Entonces su suegra vio lo que había espigado, y Rut sacó y le dio lo que le había sobrado.

19 Su suegra le dijo: «¿Dónde has espigado hoy? ¿Dónde has trabajado? Bendito sea el que se fijó en ti». Le dijo a su suegra con quién había trabajado: «El nombre del hombre con quien he trabajado hoy es Booz».

20 Noemí dijo a su nuera: «Que sea bendecido por Yahvé, que no ha abandonado su bondad con los vivos y con los muertos». Noemí le añadió: «Ese hombre es pariente cercano a nosotros, uno de nuestros parientes redentores».

21 Rut la moabita dijo: "Sí, él me dijo: 'Te quedarás cerca de mis jóvenes hasta que terminen toda mi cosecha'".

22 Noemí dijo a Rut, su nuera: «Es bueno, hija mía, que salgas con sus doncellas y que no te encuentren en ningún otro campo».

23 Así que se quedó cerca de las doncellas de Booz, para espigar hasta el final de la cosecha de cebada y de trigo; y vivió con su suegra.

Capítulo 3

1 Noemí, su suegra, le dijo: «Hija mía, ¿no he de buscar tu descanso para que te vaya bien?

2 ¿No es Booz nuestro pariente, con cuyas doncellas estabas? He aquí que esta noche estará aventando cebada en la era.

3 Por tanto, lávate, perfúmate, vístete y baja a la era; pero no te des a conocer al hombre hasta que haya terminado de comer y beber.

4 Cuando se acueste, te fijarás en el lugar donde está acostado. Entonces entrarás, descubrirás sus pies y te acostarás. Entonces él te dirá lo que debes hacer».

5 Ella le dijo: «Todo lo que digas, lo haré».

6 Bajó a la era e hizo todo lo que su suegra le dijo.

7 Cuando Booz hubo comido y bebido, y su corazón estaba alegre, fue a acostarse al final del montón de grano. Ella se acercó suavemente, le descubrió los pies y se acostó.

8 A medianoche, el hombre se asustó y se volvió; y he aquí que una mujer yacía a sus pies.

9 Le dijo: «¿Quién eres?». Ella respondió: «Yo soy Rut, tu sierva. Extiende, pues, la esquina de tu manto sobre tu sierva, porque eres pariente cercano».

10 Él dijo: «Bendita seas de Yahvé, hija mía. Has mostrado más bondad al final que al principio, porque no seguiste a los jóvenes, sean pobres o ricos.

11 Ahora, hija mía, no tengas miedo. Haré contigo todo lo que digas; porque toda la ciudad de mi pueblo sabe que eres una mujer digna.

12 Es cierto que soy un pariente cercano. Sin embargo, hay un pariente más cercano que yo.

13 Quédate esta noche, y por la mañana, si él hace por ti el deber de un pariente, bien. Que cumpla con el deber de pariente. Pero si no cumple con el deber de un pariente para ti, entonces yo haré el deber de un pariente para ti, vive Yahvé. Acuéstate hasta la mañana».

14 La mujer se echó a sus pies hasta la mañana, y luego se levantó antes de que alguien pudiera reconocer a otro. Porque él dijo: «Que no se sepa que la mujer vino a la era».

15 Le dijo: «Trae el manto que tienes puesto y sostenlo». Ella lo sostuvo; y él midió seis medidas de cebada, y se las puso encima; luego se fue a la ciudad.

16 Cuando llegó a su suegra, le dijo: «¿Cómo te fue, hija mía?». Ella le contó todo lo que el hombre había hecho por ella.

17 Ella dijo: "Me dio estas seis medidas de cebada, porque me dijo: 'No vayas con las manos vacías a casa de tu suegra'".

18 Entonces ella dijo: «Espera, hija mía, hasta que sepas lo que va a pasar; porque el hombre no descansará hasta que haya resuelto esto hoy».

Capítulo 4

1 Booz subió a la puerta y se sentó allí. He aquí que el pariente cercano del que hablaba Booz pasaba por allí. Booz le dijo: «¡Ven aquí, amigo, y siéntate!». Se acercó y se sentó.

2 Booz tomó a diez hombres de los ancianos de la ciudad y les dijo: «Sentaos aquí», y se sentaron.

3 Le dijo al pariente cercano: "Noemí, que ha vuelto del país de Moab, está vendiendo la parcela que era de nuestro hermano Elimelec.

4 Pensé que debía decírtelo, diciendo: 'Cómprala ante los que están aquí sentados y ante los ancianos de mi pueblo'. Si quieres redimirla, redímela; pero si no quieres redimirla, dímelo para que lo sepa. Porque no hay nadie que la redima aparte de ti; y yo estoy detrás de ti". Dijo: «La redimiré».

5 Entonces Booz dijo: «El día que compres el campo de la mano de Noemí, deberás adquirir también a Rut la moabita, la mujer del muerto, para levantar el nombre del muerto sobre su herencia».

6 El pariente cercano dijo: «No puedo redimirla por mí mismo, para no poner en peligro mi propia herencia. Toma para ti mi derecho de redención, pues no puedo redimirla».

7 Esta era la costumbre de antaño en Israel en cuanto a la redención y al intercambio, para confirmar todas las cosas: un hombre se quitaba la sandalia y se la daba a su prójimo; y esta era la manera de formalizar las transacciones en Israel.

8 Entonces el pariente cercano dijo a Booz: «Cómprala para ti», y se quitó la sandalia.

9 Booz dijo a los ancianos y a todo el pueblo: «Vosotros sois testigos hoy de que he comprado todo lo que era de Elimelec, y todo lo que era de Quelión y de Mahlón, de la mano de Noemí.

10 Además, a Rut la moabita, mujer de Mahlón, la he adquirido para que sea mi mujer, para levantar el nombre del muerto en su herencia, para que el nombre del muerto no sea cortado de entre sus hermanos y de la puerta de su lugar. Vosotros sois hoy testigos».

11 Todo el pueblo que estaba en la puerta, y los ancianos, dijeron: «Somos testigos. Que Yahvé haga que la mujer que ha entrado en tu casa sea como Raquel y como Lea, que ambas edificaron la casa de Israel; y que te portes dignamente en Efrata, y que seas famoso en Belén.

12 Que tu casa sea como la casa de Fares, que Tamar dio a Judá, de la descendencia que Yahvé te dará por esta joven».

13 Booz tomó a Rut y ella fue su mujer; se llegó a ella, y Yahvé le permitió concebir, y dio a luz un hijo.

14 Las mujeres dijeron a Noemí: «Bendito sea Yahvé, que no te ha dejado hoy sin redentor. Que su nombre sea famoso en Israel.

15 Él será para ti un restaurador de la vida y te sostendrá en tu vejez; porque tu nuera, que te ama, que es mejor para ti que siete hijos, lo ha dado a luz».

16 Noemí tomó al niño, lo puso en su seno y lo amamantó.

17 Las mujeres, sus vecinas, le pusieron un nombre, diciendo: «Le ha nacido un hijo a Noemí». Le pusieron el nombre de Obed. Es el padre de Jesé, el padre de David.

18 Esta es la historia de las generaciones de Fares: Fares fue padre de Esrom,

19 y Esrom fue padre de Ram, y Ram fue padre de Aminadab,

20 y Aminadab fue padre de Naasón, y Naasón fue padre de Salmón,

21 y Salmón fue padre de Booz, y Booz fue padre de Obed,

22 y Obed fue padre de Jesé, y Jesé fue padre de David.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

1 SAMUEL

Capítulo 1

1 Había un hombre llamado Elcana, hijo de Jerojam, descendiente de Eliú, Tohu y Zuf. Era un efrateo que vivía en Ramataim de Zofim, en la región montañosa de Efraín.

2 Elcana tenía dos esposas: una se llamaba Ana y la otra Penina. Penina tenía hijos, pero Ana no podía tenerlos.

3 Cada año, este hombre subía desde su ciudad a Silo para adorar y ofrecer sacrificios a Yahvé de los Ejércitos. Allí, los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, servían como sacerdotes de Yahvé.

4 El día que Elcana ofrecía su sacrificio, solía dar porciones de la carne a su esposa Penina y a todos sus hijos e hijas.

5 Pero a Ana le daba una porción doble porque la amaba mucho, a pesar de que Yahvé no le había permitido tener hijos.

6 Su rival, Penina, la molestaba constantemente para irritarla y humillarla, porque Yahvé la había hecho estéril.

7 Esto sucedía año tras año; cada vez que subían a la casa de Yahvé, Penina la provocaba tanto que Ana se ponía a llorar y no quería comer.

8 Su esposo Elcana le decía: «Ana, ¿por qué lloras? ¿Por qué no comes? ¿Por qué estás tan triste? ¿Acaso no valgo yo para ti más que diez hijos?».

9 En una ocasión en Silo, después de comer y beber, Ana se levantó. El sacerdote Elí estaba sentado en su silla, junto a la puerta del templo de Yahvé.

10 Ana, con mucha amargura en su alma, lloraba desconsoladamente mientras oraba a Yahvé.

11 Entonces hizo una promesa diciendo: «Yahvé de los Ejércitos, si te fijas en la angustia de esta sierva tuya y te acuerdas de mí, si no te olvidas de tu sierva y me das un hijo varón, yo lo entregaré a Yahvé por el resto de su vida, y nunca se cortará el cabello».

12 Mientras ella seguía orando ante el Señor, Elí se fijó en su boca.

13 Como Ana oraba en silencio, solo se movían sus labios; no se escuchaba su voz. Por eso Elí pensó que estaba borracha.

14 Y le dijo: «¿Hasta cuándo te va a durar la borrachera? ¡Ya deja el vino!».

15 Ana le respondió: «No, señor mío; no estoy borracha. Soy una mujer que está sufriendo mucho. No he bebido vino ni licor, sino que estaba desahogando mi alma ante Yahvé.

16 No me confunda con una mujer mala; he estado orando así por mi gran angustia y dolor».

17 Entonces Elí le contestó: «Vete en paz, y que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido».

18 Ella respondió: «Espero contar siempre con su favor». Luego Ana se fue, comió algo y su rostro ya no estaba triste.

19 Al día siguiente, se levantaron temprano para adorar a Yahvé y luego regresaron a su casa en Ramá. Elcana se unió a su esposa Ana, y el Señor se acordó de su petición.

20 Pasado el tiempo, Ana concibió y dio a luz un hijo, y le puso por nombre Samuel, porque dijo: «Se lo pedí a Yahvé».

21 Cuando Elcana subió de nuevo con toda su familia para ofrecer a Yahvé el sacrificio anual y cumplir su promesa,

22 Ana decidió no ir. Le dijo a su esposo: «No iré hasta que el niño deje de amamantar. Entonces lo llevaré para presentarlo ante Yahvé, y se quedará allá para siempre».

23 Elcana le respondió: «Haz lo que te parezca mejor. Quédate hasta que lo destetes; y que Yahvé cumpla su palabra». Así que ella se quedó en casa y crió a su hijo hasta que lo destetó.

24 En cuanto lo destetó, lo llevó con ella a la casa de Yahvé en Silo, a pesar de que el niño era muy pequeño. Llevó también tres toros, veinte kilos de harina y un frasco de vino.

25 Después de sacrificar el toro, llevaron al niño ante Elí.

26 Ella le dijo: «¡Perdone, señor mío! Tan cierto como que usted vive, yo soy la mujer que estuvo aquí a su lado orando a Yahvé.

27 Le pedí a Dios este niño, y él me concedió lo que le pedí.

28 Por eso, ahora yo lo entrego a Yahvé. Mientras viva, él pertenecerá a Yahvé». Y allí adoraron a Yahvé.

Capítulo 2

1 Ana oró y dijo:
«¡Mi corazón se regocija en el Señor!
Mi cuerno ha sido ensalzado en el Señor.
Mi boca se ensancha contra mis enemigos,
por cuanto me alegro en tu salvación.

2 No hay nadie tan santo como el Señor;
porque no hay nadie fuera de ti,
ni hay roca como el Dios nuestro.

3 No sigáis hablando con tanto orgullo;
no salga la arrogancia de vuestra boca;
porque el Señor es un Dios que todo lo sabe,
y por él son pesadas las acciones.

4 Los arcos de los fuertes se han quebrado,
y los que tropezaban se ciñeron de fuerzas.

5 Los que estaban saciados se alquilaron por pan,
y los que tenían hambre dejaron de tenerla.
Incluso la estéril ha dado a luz a siete,
y la que tenía muchos hijos languidece.

6 El Señor quita la vida y la da;
él hace descender al Seol y retornar.

7 El Señor empobrece y él enriquece;
él humilla y también ensalza.

8 Él levanta del polvo al pobre,
y del estercolero alza al necesitado,
para hacerlos sentar con los príncipes
y heredar un trono de gloria.
Porque del Señor son las columnas de la tierra,
y sobre ellas asentó el mundo.

9 Él guardará los pies de sus santos,
mas los impíos perecerán en las tinieblas;
porque nadie prevalecerá por su propia fuerza.

10 Los que contienden con el Señor serán quebrantados;
desde los cielos tronará él contra ellos.
El Señor juzgará los confines de la tierra,
dará fortaleza a su Rey
y ensalzará el cuerno de su Ungido».

11 Elcana se volvió a su casa en Ramá; y el niño ministraba al Señor delante del sacerdote Elí.

12 Los hijos de Elí eran hombres impíos que no reconocían al Señor.

13 Era costumbre de los sacerdotes con el pueblo que, cuando alguien ofrecía un sacrificio, venía el criado del sacerdote mientras se cocía la carne, con un garfio de tres garfios en la mano,

14 y lo clavaba en la cazuela, en la olla, en el caldero o en la marmita; y todo lo que
el garfio sacaba, el sacerdote lo tomaba para sí. Así hacían con todos los israelitas
que acudían allí, a Silo.

15 Asimismo, antes de quemar la grosura, venía el criado del sacerdote y decía al
que sacrificaba: «Da carne que asar para el sacerdote; porque no aceptará de ti
carne cocida, sino cruda».

16 Si el hombre le respondía: «Quemen primero la grosura y luego toma tanto
como desees», él decía: «No, sino dámela ahora mismo; de lo contrario, la to-
maré por la fuerza».

17 El pecado de los jóvenes era, pues, muy grande delante del Señor, porque los
hombres menospreciaban las ofrendas del Señor.

18 Pero el joven Samuel ministraba en la presencia del Señor, vestido con un efod
de lino.

19 Su madre le hacía una túnica pequeña y se la traía cada año, cuando subía con
su marido para ofrecer el sacrificio anual.

20 Elí bendecía a Elcana y a su mujer, diciendo: «El Señor te dé descendencia de
esta mujer en lugar de la petición que ella hizo al Señor». Y se volvían a su casa.

21 Y el Señor visitó a Ana, la cual concibió y dio a luz tres hijos y dos hijas. Entre-
tanto, el joven Samuel crecía delante del Señor.

22 Elí era ya muy anciano y oía todo lo que sus hijos hacían a todo Israel, y cómo
dormían con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de la
congregación.

23 Y les dijo: «¿Por qué hacéis tales cosas? Porque oigo de todo este pueblo vues-
tros malos procederes.

24 No, hijos míos, porque no es buena fama la que oigo; hacéis prevaricar al pue-
blo del Señor.

25 Si el hombre peca contra el hombre, los jueces le juzgarán; mas si alguno peca contra el Señor, ¿quién rogará por él?». Pero ellos no escucharon la voz de su padre, porque el Señor había resuelto quitarles la vida.

26 Y el joven Samuel iba creciendo y haciéndose grato tanto delante del Señor como delante de los hombres.

27 Vino un hombre de Dios a Elí y le dijo: "Así ha dicho el Señor: «¿No me manifesté yo claramente a la casa de tu padre, cuando estaban en Egipto bajo el dominio de la casa de Faraón?

28 Yo lo escogí de entre todas las tribus de Israel para que fuese mi sacerdote, para que ofreciese sobre mi altar, quemase incienso y llevase efod delante de mí; y di a la casa de tu padre todas las ofrendas por fuego de los hijos de Israel.

29 ¿Por qué habéis pisoteado mis sacrificios y mis presentes, que yo mandé ofrecer en mi morada, y has honrado a tus hijos más que a mí, engordándoos con lo mejor de todas las ofrendas de Israel mi pueblo?».

30 Por tanto, el Señor Dios de Israel dice: «Yo había dicho que tu casa y la casa de tu padre andarían delante de mí para siempre»; mas ahora el Señor dice: «Lejos sea esto de mí, porque yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco.

31 He aquí, vienen días en que cortaré tu brazo y el brazo de la casa de tu padre, de modo que no haya anciano en tu casa.

32 Verás a un rival en mi morada, en medio de todos los bienes que el Señor hará a Israel; y nunca habrá anciano en tu casa.

33 El hombre de los tuyos que yo no corte de mi altar, será para consumir tus ojos y llenar de dolor tu alma; y toda la prole de tu casa morirá en la flor de la edad.

34 Y te será por señal esto que acontecerá a tus dos hijos, Ofni y Finees: ambos morirán en el mismo día.

35 Yo me suscitaré un sacerdote fiel, que haga conforme a lo que está en mi corazón y en mi alma; y yo le edificaré casa firme, y andará delante de mi ungido todos los días.

36 Y el que hubiere quedado en tu casa vendrá a postrarse delante de él por una moneda de plata y un bocado de pan, diciéndole: Te ruego que me admitas en algún ministerio sacerdotal, para que pueda comer un mendrugo de pan»».

Capítulo 3

1 El joven Samuel servía al Señor a las órdenes de Elí. En aquellos días la palabra del Señor escaseaba y no eran frecuentes las visiones.

2 Cierto día, Elí estaba acostado en su habitación (sus ojos empezaban a debilitarse y no podía ver).

3 La lámpara de Dios aún no se había apagado, y Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde se encontraba el arca de Dios.

4 El Señor llamó a Samuel, y él respondió: «Aquí estoy».

5 Corrió a donde estaba Elí y le dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Elí dijo: «Yo no te he llamado; vuelve a acostarte». Y él se fue a acostar.

6 El Señor volvió a llamar: «¡Samuel!». Samuel se levantó, fue a donde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió él: «Hijo mío, yo no te he llamado; vuelve a acostarte».

7 Samuel aún no conocía al Señor, ni se le había revelado todavía la palabra del Señor.

8 El Señor llamó a Samuel por tercera vez. Él se levantó, fue a Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Entonces Elí comprendió que el Señor llamaba al joven.

9 Por eso Elí dijo a Samuel: «Ve y acuéstate. Si te llama, dirás: «Habla, Señor, que tu siervo escucha»». Samuel se fue y se acostó en su sitio.

10 El Señor se presentó y llamó como las otras veces: «¡Samuel! ¡Samuel!». Entonces Samuel dijo: «Habla, que tu siervo escucha».

11 El Señor dijo a Samuel: «Mira, voy a hacer algo en Israel que hará que a todo el que lo oiga le retiñan ambos oídos.

12 Aquel día cumpliré contra Elí todo lo que he dicho sobre su casa, de principio a fin.

13 Le he dicho que juzgaré a su casa para siempre por la maldad que él conoce; porque sus hijos se han hecho dignos de ignominia y él no los ha reprendido.

14 Por eso he jurado a la casa de Elí que su pecado no será expiado jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas».

15 Samuel se quedó acostado hasta la mañana y abrió las puertas de la casa del Señor. Tenía miedo de contarle la visión a Elí.

16 Pero Elí llamó a Samuel: «¡Samuel, hijo mío!». Él respondió: «Aquí estoy».

17 Elí le dijo: «¿Qué es lo que te ha dicho? Por favor, no me lo ocultes. Que Dios te castigue severamente si me ocultas algo de lo que te ha hablado».

18 Samuel se lo contó todo sin ocultar nada. Elí dijo: «Es el Señor. Que haga lo que le parezca bien».

19 Samuel crecía, el Señor estaba con él y no dejó caer en tierra ninguna de sus palabras.

20 Todo Israel, desde Dan hasta Berseba, reconoció que Samuel era un verdadero profeta del Señor.

21 El Señor volvió a aparecer en Silo, porque allí se revelaba a Samuel por medio de su palabra.

Capítulo 4

1 La palabra de Samuel llegó a todo Israel. Salió Israel al encuentro de los filisteos
para combatir, y acampó junto a Ebenezer, mientras los filisteos acamparon en
Afec.

2 Los filisteos se pusieron en orden de batalla contra Israel. Cuando se trabó el
combate, Israel fue derrotado por los filisteos, los cuales mataron en el campo de
batalla a unos cuatro mil hombres del ejército.

3 Cuando el pueblo regresó al campamento, los ancianos de Israel dijeron: «¿Por
qué nos ha derrotado hoy el Señor ante los filisteos? Traigamos de Silo el arca de
la alianza del Señor para que venga entre nosotros y nos salve de la mano de nues-
tros enemigos».

4 Entonces el pueblo envió gente a Silo, y trajeron de allí el arca de la alianza del Se-
ñor de los Ejércitos, que está sentado sobre los querubines; y los dos hijos de Elí,
Ofni y Finees, estaban allí con el arca de la alianza de Dios.

5 Cuando el arca de la alianza del Señor entró en el campamento, todo Israel
lanzó un gran alarido, de tal manera que la tierra retumbó.

6 Cuando los filisteos oyeron el estruendo del griterío, dijeron: «¿Qué significa el
estruendo de este gran clamor en el campamento de los hebreos?». Y comprendie-
ron que el arca del Señor había llegado al campamento.

7 Los filisteos se atemorizaron, pues decían: «Dios ha entrado en el campa-
mento». Y exclamaron: «¡Ay de nosotros! Porque nunca antes había sucedido
cosa semejante.

8 ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos librará de la mano de estos dioses poderosos? Estos
son los dioses que hirieron a los egipcios con toda clase de plagas en el desierto.

9 ¡Fortaleceos y comportaos como hombres, oh filisteos, para que no seáis siervos
de los hebreos como ellos lo han sido de vosotros! ¡Sed hombres y luchad!».

10 Los filisteos lucharon e Israel fue derrotado; cada cual huyó a su tienda. Fue una matanza muy grande, pues cayeron de Israel treinta mil hombres de a pie.

11 El arca de Dios fue capturada, y murieron los dos hijos de Elí, Ofni y Finees.

12 Un hombre de la tribu de Benjamín salió corriendo del frente de batalla y llegó a Silo aquel mismo día, con sus vestidos rasgados y tierra sobre su cabeza.

13 Cuando llegó, Elí estaba sentado en su asiento junto al camino, a la expectativa, porque su corazón temblaba por el arca de Dios. En cuanto el hombre entró en la ciudad y dio las noticias, toda la ciudad prorrumpió en gritos.

14 Al oír Elí el estrépito del clamor, preguntó: «¿Qué significa el estruendo de este tumulto?». Aquel hombre se apresuró y fue a informar a Elí.

15 Elí tenía noventa y ocho años; sus ojos estaban nublados, de modo que no podía ver.

16 El hombre dijo a Elí: «Yo soy el que viene del frente; hoy mismo he escapado del campo de batalla». Elí preguntó: «¿Qué ha pasado, hijo mío?».

17 El mensajero respondió: «Israel ha huido ante los filisteos y ha habido una gran mortandad entre el pueblo. También tus dos hijos, Ofni y Finees, han muerto, y el arca de Dios ha sido capturada».

18 En cuanto él mencionó el arca de Dios, Elí se cayó del asiento hacia atrás, junto a la puerta; se desnucó y murió, pues era ya un hombre anciano y pesado. Había juzgado a Israel durante cuarenta años.

19 Su nuera, la mujer de Finees, estaba encinta y próxima al parto. Al oír la noticia de que el arca de Dios había sido capturada y que su suegro y su marido habían muerto, se inclinó y dio a luz, pues le sobrevinieron los dolores.

20 Cuando estaba a punto de morir, las mujeres que la asistían le dijeron: «No temas, porque has dado a luz un hijo». Pero ella no respondió ni les hizo caso.

21 Llamó al niño Icabod, diciendo: «¡La gloria se ha ido de Israel!», por la captura del arca de Dios y por la muerte de su suegro y de su marido.

22 Exclamó: «La gloria se ha alejado de Israel, porque el arca de Dios ha sido capturada».

Capítulo 5

1 Los filisteos tomaron el arca de Dios y la llevaron de Ebenezer a Asdod.

2 Tomaron los filisteos el arca de Dios, la metieron en la casa de Dagón y la colocaron junto a Dagón.

3 Cuando los de Asdod se levantaron temprano al día siguiente, he aquí que Dagón había caído de bruces al suelo ante el arca del Señor. Tomaron a Dagón y lo volvieron a poner en su sitio.

4 Al levantarse de madrugada al día siguiente, vieron que Dagón había caído de bruces al suelo ante el arca de Yahvé; la cabeza de Dagón y las dos palmas de sus manos estaban cortadas sobre el umbral, y solo le quedaba el tronco.

5 Por esta razón, ni los sacerdotes de Dagón ni ninguno de los que entran en la casa de Dagón pisan el umbral de Dagón en Asdod hasta el día de hoy.

6 Pero la mano de Yahvé se agravó sobre los de Asdod; los asoló y los hirió con tumores, tanto en Asdod como en sus territorios.

7 Al ver los hombres de Asdod lo que ocurría, dijeron: «No se quede con nosotros el arca del Dios de Israel, porque su mano es severa contra nosotros y contra nuestro dios Dagón».

8 Convocaron, pues, a todos los príncipes de los filisteos y les preguntaron: «¿Qué haremos con el arca del Dios de Israel?». Ellos respondieron: «Que el arca del Dios de Israel sea trasladada a Gat». Y trasladaron allí el arca del Dios de Israel. Respondieron: «Que el arca del Dios de Israel sea llevada a Gat». Llevaron allí el arca del Dios de Israel.

9 Pero aconteció que, después de haberla trasladado, la mano de Yahvé cayó sobre la ciudad con gran pánico; hirió a los hombres de la ciudad, desde el más pequeño hasta el más grande, y les brotaron tumores.

10 Entonces enviaron el arca de Dios a Ecrón. Cuando el arca de Dios llegó a Ecrón, los ecronitas gritaron: «Han traído hasta nosotros el arca del Dios de Israel para matarnos a nosotros y a nuestro pueblo».

11 Convocaron a todos los príncipes de los filisteos y dijeron: «Despachad el arca del Dios de Israel y que vuelva a su lugar, para que no nos mate a nosotros ni a nuestro pueblo». Porque había un pánico mortal en toda la ciudad; la mano de Dios se había hecho sentir allí con gran peso.

12 Los que no morían eran heridos con tumores, y el clamor de la ciudad subía hasta el cielo.

Capítulo 6

1 El arca del Señor estuvo siete meses en el territorio de los filisteos.

2 Los filisteos llamaron a los sacerdotes y a los adivinos, diciendo: «¿Qué haremos con el arca del Señor? Decidnos cómo debemos enviarla a su lugar».

3 Ellos respondieron: «Si enviáis el arca del Dios de Israel, no la enviéis vacía, sino que por todos los medios debéis entregarle una ofrenda por la culpa. Entonces quedaréis curados, y sabréis por qué su mano no se aparta de vosotros».

4 Entonces preguntaron: «¿Cuál debe ser la ofrenda por la culpa que le entregaremos?». Dijeron: «Cinco tumores de oro y cinco ratones de oro, conforme al número de los príncipes de los filisteos; porque una sola plaga ha caído sobre todos vosotros y sobre vuestros príncipes.

5 Por tanto, haréis imágenes de vuestros tumores e imágenes de vuestros ratones que asuelan la tierra, y daréis gloria al Dios de Israel. Tal vez él retire su mano de vosotros, de vuestros dioses y de vuestra tierra.

6 ¿Por qué endurecéis vuestro corazón como endurecieron su corazón los egipcios y el faraón? Después de que él hubo hecho maravillas entre ellos, ¿no dejaron ir al pueblo, y este se marchó?

7 Ahora, pues, tomad y preparad un carro nuevo y dos vacas paridas sobre las
que no haya recaído yugo; atad las vacas al carro y devolved sus terneros a casa;

8 tomad el arca del Señor y ponedla sobre el carro. Poned las joyas de oro, que le
entregáis como ofrenda por la culpa, en una caja a su lado; y dejad que se vaya.

9 Observad: si sube por el camino de su propia frontera hacia Bet Semes, entonces
él nos ha hecho este gran mal; pero si no, sabremos que no es su mano la que nos
ha herido, sino que fue por casualidad».

10 Así lo hicieron los hombres; tomaron dos vacas paridas, las ataron al carro y
encerraron a sus terneros en casa.

11 Pusieron el arca del Señor en el carro, junto con la caja que contenía los ratones
de oro y las imágenes de sus tumores.

12 Las vacas tomaron el camino recto por la vía de Bet Semes. Iban por el camino
mugiendo mientras caminaban, sin apartarse ni a derecha ni a izquierda; y los
príncipes de los filisteos fueron tras ellas hasta el límite de Bet Semes.

13 Los habitantes de Bet Semes estaban segando el trigo en el valle, y al alzar los
ojos vieron el arca y se alegraron de verla.

14 El carro llegó al campo de Josué de Bet Semes y se detuvo allí, donde había una
gran piedra. Entonces partieron la madera del carro y ofrecieron las vacas en ho-
locausto al Señor.

15 Los levitas bajaron el arca del Señor y el cofre que la acompañaba, en el que es-
taban las joyas de oro, y los pusieron sobre la gran piedra; y los hombres de Bet
Semes ofrecieron aquel mismo día holocaustos y sacrificios al Señor.

16 Cuando los cinco príncipes de los filisteos vieron esto, regresaron a Ecrón el
mismo día.

17 Estos son los tumores de oro que los filisteos entregaron como ofrenda por la
culpa al Señor: uno por Asdod, uno por Gaza, uno por Ascalón, uno por Gat y
uno por Ecrón;

18 y los ratones de oro, conforme al número de todas las ciudades de los filisteos que pertenecían a los cinco príncipes, tanto de las ciudades fortificadas como de las aldeas, hasta la gran piedra sobre la que depositaron el arca del Señor. Esa piedra permanece hasta hoy en el campo de Josué de Bet Semes.

19 Pero el Señor hirió a los hombres de Bet Semes porque habían mirado dentro del arca del Señor; hirió a cincuenta mil setenta hombres. El pueblo se lamentó porque el Señor los había herido con una matanza tan grande.

20 Los hombres de Bet Semes dijeron: «¿Quién podrá estar en pie ante el Señor, este Dios tan santo? ¿A quién subirá el arca desde nosotros?».

21 Enviaron mensajeros a los habitantes de Quiriat Jearim, diciendo: «Los filisteos han devuelto el arca del Señor. Bajad y llevadla con vosotros».

Capítulo 7

1 Vinieron los hombres de Quiriat-jearim y se llevaron el arca del Señor, y la condujeron a casa de Abinadab, en el collado; y consagraron a Eleazar su hijo para que guardase el arca del Señor.

2 Desde el día en que el arca quedó en Quiriat-jearim pasó mucho tiempo, unos veinte años; y toda la casa de Israel suspiraba por el Señor.

3 Entonces Samuel habló a toda la casa de Israel, diciendo: «Si os volvéis al Señor de todo corazón, quitad de entre vosotros los dioses ajenos y las imágenes de Astarot, dirigid vuestro corazón al Señor y servidle solo a él; y él os librará de mano de los filisteos».

4 Entonces los hijos de Israel quitaron los baales y las imágenes de Astarot, y sirvieron solo al Señor.

5 Samuel dijo: «Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré al Señor por vosotros».

6 Se reunieron en Mizpa, sacaron agua y la derramaron ante el Señor; ayunaron aquel día y dijeron allí: «Hemos pecado contra el Señor». Y Samuel juzgó a los hijos de Israel en Mizpa.

7 Cuando los filisteos oyeron que los hijos de Israel estaban reunidos en Mizpa, subieron los príncipes de los filisteos contra Israel. Al oírlo los hijos de Israel, tuvieron miedo de los filisteos.

8 Dijeron los hijos de Israel a Samuel: «No dejes de clamar por nosotros al Señor nuestro Dios, para que nos salve de mano de los filisteos».

9 Samuel tomó un cordero lechal y lo ofreció entero en holocausto al Señor; clamó Samuel al Señor por Israel, y el Señor le escuchó.

10 Y aconteció que, mientras Samuel ofrecía el holocausto, los filisteos se acercaron para combatir contra Israel; pero el Señor tronó aquel día con gran estruendo sobre los filisteos y los atemorizó, y fueron derrotados ante Israel.

11 Saliendo los hombres de Israel de Mizpa, persiguieron a los filisteos, hiriéndolos hasta abajo de Bet-car.

12 Tomó luego Samuel una piedra y la asentó entre Mizpa y Sen, y le puso por nombre Ebenezer, diciendo: «Hasta aquí nos ayudó el Señor».

13 Así fueron sometidos los filisteos y no volvieron a entrar en el territorio de Israel; y la mano del Señor estuvo contra los filisteos todos los días de Samuel.

14 Las ciudades que los filisteos habían tomado a los israelitas fueron restituidas a Israel, desde Ecrón hasta Gat; e Israel libró su territorio de mano de los filisteos. Y hubo paz entre Israel y los amorreos.

15 Samuel juzgó a Israel todos los días de su vida.

16 Cada año iba en circuito a Betel, a Gilgal y a Mizpa, y juzgaba a Israel en todos estos lugares.

17 Después volvía a Ramá, porque allí estaba su casa y allí juzgaba a Israel; y edificó allí un altar al Señor.

Capítulo 8

1 Cuando Samuel envejeció, puso a sus hijos como jueces sobre Israel.

2 El nombre de su primogénito era Joel, y el del segundo, Abías; estos eran jueces en Berseba.

3 Pero sus hijos no anduvieron por los caminos de su padre, sino que se desviaron tras ganancias deshonestas, aceptando sobornos y pervirtiendo el derecho.

4 Entonces todos los ancianos de Israel se reunieron y fueron a ver a Samuel en Ramá,

5 y le dijeron: «Mira, tú ya eres viejo y tus hijos no siguen tus pasos. Danos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones».

6 Pero a Samuel le disgustó que dijeran: «Danos un rey que nos juzgue». Y Samuel oró al Señor.

7 El Señor dijo a Samuel: «Escucha la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han rechazado a ti, sino que me han rechazado a mí para que no reine sobre ellos.

8 Conforme a todas las obras que han hecho desde el día en que los saqué de Egipto hasta hoy, abandonándome y sirviendo a otros dioses, así están haciendo también contigo.

9 Ahora, pues, escucha su voz; pero adviérteles solemnemente y muéstrales cuál será el derecho del rey que ha de reinar sobre ellos».

10 Samuel contó todas las palabras de Yahvé al pueblo que le pedía un rey.

11 Dijo: «Este será el camino del rey que reinará sobre ustedes: tomará a sus hijos y los designará como sus servidores, para sus carros y para ser sus jinetes; y correrán delante de sus carros.

12 Los nombrará para él como capitanes de millares y capitanes de cincuenta; y asignará a algunos para arar su tierra y segar su cosecha, y para hacer sus instrumentos de guerra y los instrumentos de sus carros.

13 Tomará a vuestras hijas para que sean perfumistas, cocineras y panaderas.

14 Tomará tus campos, tus viñedos y tus olivares, incluso los mejores, y los dará a sus siervos.

15 Tomará la décima parte de tus semillas y de tus viñedos, y se la dará a sus funcionarios y a sus siervos.

16 Tomará vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros mejores jóvenes y vuestros asnos para emplearlos en sus obras.

17 Diezmará también vuestros rebaños, y vosotros mismos seréis sus siervos.

18 Aquel día clamaréis a causa del rey que habréis elegido, pero el Señor no os responderá entonces».

19 El pueblo, sin embargo, no quiso escuchar la voz de Samuel, y dijo: «¡No! Queremos tener un rey sobre nosotros;

20 así seremos también como todas las naciones; nuestro rey nos juzgará, saldrá al frente de nosotros y combatirá en nuestras batallas».

21 Samuel oyó todas las palabras del pueblo y las repitió a oídos del Señor.

22 Y el Señor dijo a Samuel: «Escucha su voz y dales un rey». Entonces Samuel dijo a los hombres de Israel: «Idos cada uno a vuestra ciudad».

Capítulo 9

1 Había un hombre de Benjamín que se llamaba Cis, hijo de Abiel, hijo de Zeror, hijo de Becorat, hijo de Afía, hijo de un benjamita, hombre valiente.

2 Tenía un hijo que se llamaba Saúl, un joven impresionante; no había entre los hijos de Israel persona más hermosa que él. Desde los hombros arriba aventajaba en estatura a cualquiera del pueblo.

3 Se le perdieron los asnos a Cis, padre de Saúl. Entonces dijo Cis a su hijo Saúl: «Toma ahora contigo a uno de los criados, levántate y ve a buscar los asnos».

4 Atravesó la región montañosa de Efraín y pasó por la tierra de Salisá, pero no los encontraron. Luego pasaron por la tierra de Saalam, y tampoco estaban allí. Pasó después por la tierra de los benjamitas, pero no los encontraron.

5 Cuando llegaron a la tierra de Zuf, Saúl dijo a su criado que estaba con él: «Ven, volvamos; no sea que mi padre deje de preocuparse por los asnos y se inquiete por nosotros».

6 El criado le respondió: «He aquí que hay un hombre de Dios en esta ciudad, y es un hombre muy respetado; todo lo que él dice sucede sin falta. Vayamos allá; tal vez él pueda indicarnos el camino que debemos seguir».

7 Saúl dijo a su criado: «Pero si vamos, ¿qué le llevaremos al hombre? Porque el pan de nuestros sacos se ha acabado y no tenemos ningún regalo que llevar al hombre de Dios. ¿Qué nos queda?».

8 El criado volvió a responder a Saúl: «Mira, tengo en mi mano la cuarta parte de un siclo de plata; se la daré al hombre de Dios para que nos indique nuestro camino».

9 (Antiguamente en Israel, cuando alguien iba a consultar a Dios, decía: «Venid, vayamos al vidente»; porque al que hoy se llama profeta, antes se le llamaba vidente).

10 Entonces Saúl dijo a su criado: «Bien dicho. Ven, vamos». Y fueron a la ciudad donde estaba el hombre de Dios.

11 Mientras subían la cuesta de la ciudad, encontraron a unas jóvenes que salían a sacar agua y les preguntaron: «¿Está aquí el vidente?».

12 Ellas les respondieron: «Sí, ahí está, delante de vosotros. Daos prisa, pues ha venido hoy a la ciudad porque el pueblo tiene hoy un sacrificio en el lugar alto.

13 En cuanto hayáis entrado en la ciudad, lo encontraréis antes de que suba al lugar alto a comer; porque el pueblo no comerá hasta que él llegue, pues él es quien bendice el sacrificio; después comen los invitados. Subid, pues, ahora, porque en este momento lo encontraréis».

14 Subieron a la ciudad. Cuando entraban por la puerta, Samuel salía a su encuentro para subir al lugar alto.

15 Un día antes de que llegara Saúl, el Señor se lo había revelado a Samuel, diciendo:

16 «Mañana a estas horas te enviaré a un hombre de la tierra de Benjamín, al cual ungirás como caudillo de mi pueblo Israel. Él salvará a mi pueblo de mano de los filisteos; porque yo he mirado a mi pueblo, pues su clamor ha llegado hasta mí».

17 Cuando Samuel vio a Saúl, el Señor le dijo: «He aquí el hombre de quien te hablé; este tendrá autoridad sobre mi pueblo».

18 Saúl se acercó a Samuel en la puerta y le dijo: «Por favor, dime dónde está la casa del vidente».

19 Samuel respondió a Saúl: «Yo soy el vidente. Sube delante de mí al lugar alto, pues hoy comeréis conmigo. Por la mañana te dejaré marchar y te declararé todo lo que tienes en el corazón.

20 En cuanto a tus asnos, que se perdieron hace tres días, no te preocupes por ellos, pues ya han sido encontrados. ¿Y para quién es todo lo precioso de Israel, sino para ti y para toda la casa de tu padre?».

21 Saúl respondió: «¿No soy yo benjamita, de la más pequeña de las tribus de Israel? ¿Y no es mi familia la más insignificante de todas las familias de la tribu de Benjamín? ¿Por qué, pues, me hablas de esta manera?».

22 Samuel tomó a Saúl y a su criado y los introdujo en la sala de invitados, y les dio el mejor lugar entre los comensales, que eran unos treinta hombres.

23 Samuel dijo al cocinero: «Trae la porción que te di, de la cual te dije: «Guárdala aparte»».

24 El cocinero tomó el muslo y lo que estaba sobre él y lo puso delante de Saúl. Samuel dijo: «He aquí lo que estaba reservado; ponlo delante de ti y come, porque se ha guardado para ti para esta ocasión, desde que dije que invitaría al pueblo». Así comió Saúl con Samuel aquel día.

25 Cuando bajaron del lugar alto a la ciudad, Samuel habló con Saúl en el terrado.

26 Se levantaron temprano; y al amanecer, Samuel llamó a Saúl, que estaba en el terrado, diciendo: «Levántate, para que te despida». Se levantó Saúl, y salieron ambos fuera, él y Samuel.

27 Cuando bajaban al extremo de la ciudad, Samuel dijo a Saúl: «Di al criado que se adelante» (y el criado se adelantó), «pero tú quédate quieto ahora, para que te haga oír la palabra de Dios».

Capítulo 10

1 Entonces Samuel tomó la redoma de aceite y la derramó sobre la cabeza de Saúl; luego lo besó y le dijo: "¿No te ha ungido el Señor para que seas caudillo sobre su heredad?

2 Cuando hoy te hayas alejado de mí, encontrarás a dos hombres junto a la tumba de Raquel, en el territorio de Benjamín, en Zelza. Ellos te dirán: «Los asnos que fuiste a buscar han sido encontrados; y he aquí que tu padre ha dejado de preocuparse por los asnos y está angustiado por vosotros, diciendo: ¿Qué haré por mi hijo?»».

3 «Luego seguirás adelante desde allí, y llegarás a la encina de Tabor. Allí te saldrán al encuentro tres hombres que suben a adorar a Dios en Betel: uno llevará tres cabritos, otro llevará tres panes y otro llevará un odre de vino.

4 Ellos te saludarán y te darán dos panes, que recibirás de su mano.

5 Después llegarás a la colina de Dios, donde está la guarnición de los filisteos; y sucederá que, cuando hayas entrado en la ciudad, te encontrarás con un grupo de profetas que bajan del lugar alto precedidos de salterios, panderos, flautas y arpas, y estarán profetizando.

6 Entonces el Espíritu del Señor vendrá con poder sobre ti, profetizarás con ellos y serás mudado en otro hombre.

7 Cuando te hayan sucedido estas señales, haz lo que te venga a la mano, porque Dios está contigo.

8 Desciende delante de mí a Gilgal; y he aquí que yo bajaré a ti para ofrecer holocaustos y sacrificar ofrendas de paz. Espera siete días, hasta que yo venga a ti y te enseñe lo que has de hacer».

9 Sucedió que, en cuanto Saúl volvió la espalda para apartarse de Samuel, Dios le cambió el corazón; y todas aquellas señales se cumplieron aquel mismo día.

10 Cuando llegaron al monte, he aquí que un grupo de profetas le salió al encuentro; el Espíritu de Dios vino con poder sobre él, y profetizó en medio de ellos.

11 Y aconteció que, cuando todos los que le conocían de antes vieron que profetizaba con los profetas, el pueblo se decía unos a otros: «¿Qué le ha sucedido al hijo de Cis? ¿También Saúl está entre los profetas?».

12 Un hombre de aquel lugar respondió: «¿Y quién es el padre de ellos?». Por eso se convirtió en proverbio: «¿También Saúl entre los profetas?».

13 Cuando terminó de profetizar, llegó al lugar alto.

14 El tío de Saúl les preguntó a él y a su criado: «¿A dónde habéis ido?». Él respondió: «A buscar los asnos. Como vimos que no aparecían, fuimos a Samuel».

15 El tío de Saúl le dijo: «Te ruego que me cuentes lo que os dijo Samuel».

16 Saúl respondió a su tío: «Nos declaró que los asnos ya habían sido encontrados». Pero no le descubrió nada del asunto del reino que Samuel le había mencionado.

17 Samuel convocó al pueblo ante el Señor en Mizpa,

18 y dijo a los hijos de Israel: "Así dice el Señor, el Dios de Israel: «Yo saqué a Israel de Egipto y os libré de mano de los egipcios y de mano de todos los reinos que os oprimían».

19 Pero vosotros habéis rechazado hoy a vuestro Dios, que os salva de todas vuestras aflicciones y angustias, y habéis dicho: «No, pon un rey sobre nosotros». Ahora, pues, presentaos ante el Señor por vuestras tribus y por vuestros millares".

20 Samuel hizo acercar a todas las tribus de Israel, y fue elegida por suerte la tribu de Benjamín.

21 Hizo acercar a la tribu de Benjamín por sus familias, y fue elegida la familia de Matri. Finalmente fue elegido Saúl hijo de Cis; pero cuando lo buscaron, no lo hallaron.

22 Preguntaron, pues, otra vez al Señor: «¿Ha venido ya acá aquel hombre?». El Señor respondió: «He aquí que está escondido entre el bagaje».

23 Corrieron y lo sacaron de allí; y cuando se puso en medio del pueblo, aventajaba en estatura a todos, desde los hombros arriba.

24 Samuel dijo a todo el pueblo: «¿Veis al que el Señor ha elegido? No hay nadie como él en todo el pueblo». Entonces todo el pueblo clamó con júbilo, diciendo: «¡Viva el rey!».

25 Samuel explicó luego al pueblo las leyes del reino, las escribió en un libro y lo guardó ante el Señor. Después Samuel despidió a todo el pueblo, cada uno a su casa.

26 También Saúl se fue a su casa en Gabaa, y con él fueron los hombres valientes cuyos corazones Dios había tocado.

27 Pero algunos perversos dijeron: «¿Cómo nos va a salvar este?». Y le despreciaron y no le llevaron presentes. Mas él disimuló.

Capítulo 11

1 Entonces Nahas el amonita subió y acampó contra Jabes de Galaad; y todos los hombres de Jabes le dijeron: «Haz un pacto con nosotros y te serviremos».

2 Nahas el amonita les respondió: «Lo haré con vosotros bajo esta condición: que os saque a todos el ojo derecho. Así traeré la deshonra sobre todo Israel».

3 Los ancianos de Jabes le dijeron: «Danos siete días para enviar mensajeros por todos los confines de Israel; si no hay nadie que nos salve, nos rendiremos ante ti».

4 Los mensajeros llegaron a Gabaa de Saúl y dieron la noticia al pueblo; entonces todo el pueblo alzó la voz y lloró.

5 En esto, Saúl venía del campo tras los bueyes y preguntó: «¿Qué le ocurre al pueblo para que lloren?». Ellos le contaron lo que habían dicho los hombres de Jabes.

6 El Espíritu de Dios se apoderó de Saúl al oír aquellas palabras, y su ira se encendió en gran manera.

7 Tomó una yunta de bueyes, los despedazó y los envió por todo el territorio de Israel por medio de mensajeros, diciendo: «A quien no salga en pos de Saúl y de Samuel, esto mismo se le hará a sus bueyes». El temor del Señor cayó sobre el pueblo, y salieron como un solo hombre.

8 Saúl los contó en Bezec: había trescientos mil de los hijos de Israel y treinta mil hombres de Judá.

9 Dijeron a los mensajeros que habían venido: «Decid a los hombres de Jabes de Galaad: «Mañana, cuando el sol caliente, seréis rescatados»». Los mensajeros fueron y se lo contaron a los de Jabes, y ellos se alegraron.

10 Entonces los hombres de Jabes dijeron a Nahas: «Mañana saldremos ante vosotros, y haréis con nosotros lo que os parezca bien».

11 Al día siguiente, Saúl dividió a la gente en tres compañías; entraron en medio del campamento durante la vigilia de la mañana y atacaron a los amonitas hasta el mediodía. Los sobrevivientes se dispersaron de tal modo que no quedaron dos juntos.

12 El pueblo dijo a Samuel: "¿Quiénes son los que decían: «¿Ha de reinar Saúl sobre nosotros?». Entregad a esos hombres para que los matemos".

13 Pero Saúl dijo: «No se matará a nadie hoy, porque hoy el Señor ha salvado a Israel».

14 Samuel dijo al pueblo: «¡Venid! Vayamos a Gilgal y renovemos allí el reino».

15 Todo el pueblo fue a Gilgal y allí proclamaron rey a Saúl ante el Señor. Ofrecieron sacrificios de comunión ante el Señor; y Saúl y todos los hombres de Israel se alegraron mucho.

Capítulo 12

1 Samuel dijo a todo Israel: «He aquí que he escuchado vuestra voz en todo lo que me habéis dicho, y he puesto un rey sobre vosotros.

2 Ahora, el rey camina delante de vosotros. Yo soy viejo y canoso; mis hijos están entre vosotros. He caminado delante de vosotros desde mi juventud hasta hoy.

3 Aquí estoy. Atestiguad contra mí ante el Señor y ante su ungido. ¿A quién he quitado el buey? ¿A quién he quitado el asno? ¿A quién he defraudado? ¿A quién he oprimido? ¿De quién he aceptado soborno para cerrar los ojos? Os lo devolveré».

4 Respondieron: «No nos has defraudado, ni nos has oprimido, ni has tomado nada de nadie».

5 Él les dijo: «El Señor es testigo contra vosotros, y su ungido es testigo hoy, de que no habéis encontrado nada en mi mano». Dijeron: «Él es testigo».

6 Samuel dijo al pueblo: "Es el Señor quien designó a Moisés y a Aarón, y quien sacó a vuestros padres de la tierra de Egipto.

7 Ahora, pues, quedaos quietos, para que yo pueda alegar ante el Señor todos los actos de justicia que el Señor hizo con vosotros y con vuestros padres.

8 Cuando Jacob entró en Egipto y vuestros padres clamaron al Señor, él envió a
Moisés y a Aarón, quienes los sacaron de Egipto y los hicieron habitar en este
lugar.

9 Pero se olvidaron del Señor su Dios, y él los entregó en manos de Sísara, capitán
del ejército de Jasor, en manos de los filisteos y del rey de Moab; y pelearon contra
ellos.

10 Clamaron al Señor: «Hemos pecado, porque hemos abandonado al Señor y
servido a los baales y a Astarté; líbranos ahora de nuestros enemigos y te
serviremos».

11 El Señor envió a Jerobaal, a Bedán, a Jefté y a Samuel, y os libró de vuestros
enemigos, y vivisteis seguros.

12 Al ver que Nahas, rey de Amón, venía contra vosotros, me dijisteis: «No, un
rey reinará sobre nosotros», siendo el Señor vuestro Dios vuestro rey.

13 Aquí tenéis al rey que habéis elegido y pedido. El Señor ha puesto un rey sobre
vosotros.

14 Si teméis al Señor, le servís y escucháis su voz, tanto vosotros como vuestro rey
seguiréis al Señor vuestro Dios.

15 Pero si no escucháis al Señor y os rebeláis, la mano del Señor estará contra vo-
sotros, como lo estuvo contra vuestros padres.

16 Ahora, quedaos quietos y ved esta gran cosa que el Señor va a hacer ante vues-
tros ojos.

17 ¿No es hoy la siega del trigo? Invocaré al Señor para que envíe truenos y lluvia;
y sabréis que es grande la maldad que habéis hecho al pedir un rey".

18 Samuel invocó al Señor, y el Señor envió truenos y lluvia aquel día. Todo el pue-
blo temió mucho al Señor y a Samuel.

19 Dijeron a Samuel: «Ruega por tus siervos al Señor tu Dios para que no mura-
mos, pues hemos añadido este pecado de pedir un rey».

20 Samuel dijo: «No temáis. Habéis hecho este mal, pero no os apartéis del Señor;
servidle de todo corazón.

21 No os vayáis tras cosas vanas que no aprovechan ni liberan.

22 Pues el Señor no abandonará a su pueblo por causa de su gran nombre, por-
que le ha placido hacer de vosotros su pueblo.

23 En cuanto a mí, lejos de mí pecar contra el Señor dejando de orar por vosotros;
os instruiré en el camino bueno y recto.

24 Temed al Señor y servidle de verdad con todo vuestro corazón; considerad las
grandes cosas que ha hecho por vosotros.

25 Pero si seguís haciendo el mal, pereceréis vosotros y vuestro rey».

Capítulo 13

1 Saúl tenía treinta años cuando comenzó a reinar, y reinó sobre Israel cuarenta y
dos años.

2 Saúl escogió para sí tres mil hombres de Israel; dos mil estaban con él en Mic-
mas y en el monte de Betel, y mil estaban con Jonatán en Gabaa de Benjamín. Al
resto del pueblo lo envió cada uno a su tienda.

3 Jonatán atacó la guarnición de los filisteos que estaba en Geba, y los filisteos lo
supieron. Saúl hizo tocar la trompeta por todo el país, diciendo: «¡Oigan los
hebreos!».

4 Todo Israel oyó decir: «Saúl ha atacado la guarnición de los filisteos, e Israel se
ha hecho odioso a los filisteos». Y el pueblo se reunió tras Saúl en Gilgal.

5 Los filisteos se congregaron para luchar contra Israel: treinta mil carros, seis mil
jinetes y gente numerosa como la arena a la orilla del mar. Subieron y acamparon
en Micmas, al oriente de Bet Avén.

6 Cuando los hombres de Israel vieron que estaban en aprietos (pues el pueblo estaba angustiado), se escondieron en cuevas, matorrales, peñascos, fosas y cisternas.

7 Algunos hebreos cruzaron el Jordán hacia la tierra de Gad y de Galaad; pero Saúl seguía en Gilgal, y todo el pueblo le seguía temblando.

8 Saúl esperó siete días, el plazo fijado por Samuel; pero Samuel no llegaba a Gilgal, y el pueblo se le dispersaba.

9 Entonces Saúl dijo: «Traedme el holocausto y los sacrificios de comunión». Y ofreció el holocausto.

10 En cuanto terminó de ofrecer el holocausto, llegó Samuel; Saúl salió a su encuentro para saludarlo.

11 Samuel le preguntó: «¿Qué has hecho?». Saúl respondió: "Vi que el pueblo se me dispersaba, que tú no venías en el plazo señalado y que los filisteos se concentraban en Micmas;

12 y me dije: «Ahora los filisteos bajarán contra mí a Gilgal, y yo no he aplacado al Señor». Así que me vi obligado a ofrecer el holocausto".

13 Samuel le dijo: «Has actuado neciamente. No has cumplido el mandamiento que el Señor tu Dios te ordenó; pues ahora el Señor habría confirmado tu reino sobre Israel para siempre.

14 Pero ahora tu reino no durará. El Señor se ha buscado un hombre según su propio corazón, y el Señor lo ha designado como jefe de su pueblo, porque tú no has cumplido lo que el Señor te mandó».

15 Samuel se levantó y subió de Gilgal a Gabaa de Benjamín. Saúl contó a la gente que estaba con él: unos seiscientos hombres.

16 Saúl, su hijo Jonatán y el pueblo que estaba con ellos se quedaron en Gabaa de Benjamín, mientras los filisteos acampaban en Micmas.

17 Del campamento filisteo salieron tres compañías de asalto: una por el camino
de Ofra, hacia la tierra de Sual;

18 otra por el camino de Bet Horón, y la tercera por el camino de la frontera que
mira al valle de Seboím, hacia el desierto.

19 No había ni un herrero en toda la tierra de Israel, porque los filisteos decían:
«No sea que los hebreos fabriquen espadas o lanzas».

20 Así que todos los israelitas tenían que bajar a los filisteos para afilar sus rejas de
arado, sus azadones, hachas y hoces.

21 El precio era de un payim por afilar los azadones, las rejas, las horquillas y las
hachas.

22 Sucedió que el día de la batalla nadie de la tropa de Saúl y Jonatán tenía espada
ni lanza en la mano; solo Saúl y su hijo Jonatán las tenían.

23 Y una avanzada de los filisteos salió hacia el paso de Micmas.

Capítulo 14

1 Sucedió un día que Jonatán hijo de Saúl dijo a su joven escudero: «Ven, pasemos
a la guarnición de los filisteos que está al otro lado». Pero no se lo dijo a su padre.

2 Saúl se encontraba en las afueras de Gabaa, bajo un granado en Migrón. Le
acompañaban unos seiscientos hombres,

3 entre ellos Ahías hijo de Ahitub, que llevaba el efod. Nadie en el pueblo sabía que
Jonatán se había marchado.

4 Para cruzar el desfiladero, Jonatán tenía que pasar entre dos peñascos llamados
Bozez y Seneh.

5 Uno estaba al norte, frente a Micmas, y el otro al sur, frente a Geba.

6 Jonatán dijo a su escudero: «Ven, pasemos a la guarnición de estos incircunci-
sos. Quizá el Señor actúe a nuestro favor, pues para él no es difícil salvar, ya sea
con muchos o con pocos».

7 El escudero le respondió: «Haz todo lo que tengas en tu corazón. Ve, que yo te sigo de corazón».

8 Jonatán dijo: "Vamos a acercarnos para que nos vean.

9 Si nos dicen: «Esperad allí hasta que lleguemos a vosotros», nos detendremos.

10 Pero si dicen: «¡Subid acá!», subiremos, porque esa será la señal de que el Señor los ha entregado en nuestras manos".

11 Cuando los filisteos los vieron, exclamaron: «¡Mirad, los hebreos salen de las cuevas donde se habían escondido!».

12 Los hombres de la guarnición gritaron a Jonatán: «¡Subid y os enseñaremos algo!». Jonatán dijo a su escudero: «Sube tras mí, porque el Señor los ha entregado en manos de Israel».

13 Jonatán subió trepando con pies y manos, seguido por su escudero. Jonatán derribaba a los filisteos y su escudero los remataba.

14 En aquel primer ataque mataron a unos veinte hombres en un espacio reducido.

15 El pánico se extendió por todo el campamento y el ejército filisteo. Incluso la tierra tembló; fue un terror enviado por Dios.

16 Los centinelas de Saúl vieron que el ejército enemigo se dispersaba por todas partes.

17 Entonces Saúl ordenó: «Pasad revista para ver quién falta». Y vieron que faltaban Jonatán y su escudero.

18 Saúl dijo a Ahías: «Trae el arca de Dios».

19 Mientras Saúl hablaba con el sacerdote, el tumulto en el campamento filisteo aumentaba tanto que Saúl dijo al sacerdote: «¡Retira tu mano!».

20 Saúl y sus hombres se lanzaron a la batalla y encontraron a los filisteos matándose unos a otros en medio de una gran confusión.

21 Incluso los hebreos que antes estaban con los filisteos se pasaron al bando de Israel.

22 Los israelitas que se habían escondido en los montes de Efraín, al oír que los filisteos huían, también se unieron a la persecución.

23 Así salvó el Señor a Israel aquel día.

24 Pero los hombres de Israel estaban agotados, porque Saúl los había obligado a jurar: «Maldito el hombre que coma algo antes de la tarde, antes de que yo me haya vengado de mis enemigos».

25 Todo el ejército entró en un bosque donde había panales de miel por el suelo.

26 Al entrar, vieron que la miel escurría, pero nadie se atrevió a probarla por temor al juramento.

27 Pero Jonatán, que no sabía nada del juramento que su padre había impuesto, alargó su vara, mojó la punta en un panal y comió. De inmediato se iluminaron sus ojos.

28 Uno de los soldados le advirtió: «Tu padre ha puesto un juramento solemne: «Maldito el que coma hoy»». El pueblo desfallecía de hambre.

29 Jonatán respondió: «Mi padre ha traído la desgracia al país. Mirad cómo se han iluminado mis ojos por probar un poco de miel.

30 ¡Cuánto mejor habría sido que el pueblo comiera hoy del botín de sus enemigos!».

31 Aquel día derrotaron a los filisteos desde Micmas hasta Ajalón, pero terminaron exhaustos.

32 Por el hambre, el pueblo se lanzó sobre el botín y degolló ovejas y vacas, comiendo la carne con su sangre.

33 Avisaron a Saúl: «El pueblo peca contra el Señor comiendo carne con sangre». Él exclamó: «Habéis sido infieles; traedme ahora mismo una piedra grande».

34 Luego ordenó: «Dispersaos por el campamento y decidles: «Que cada uno traiga su buey o su oveja, y matadlos aquí para comer. No pequéis contra el Señor comiendo carne con sangre»». Así lo hizo todo el pueblo aquella noche.

35 Saúl construyó un altar al Señor; este fue el primer altar que él levantó.

36 Después Saúl dijo: «Descendamos tras los filisteos esta misma noche para acabar con ellos antes del amanecer». Los soldados respondieron: «Haz lo que te parezca bien». Pero el sacerdote dijo: «Acerquémonos aquí a Dios».

37 Saúl preguntó a Dios: «¿Debo perseguir a los filisteos? ¿Los entregarás en manos de Israel?». Pero Dios no le respondió aquel día.

38 Entonces Saúl ordenó: «Acercaos aquí todos los jefes del pueblo. Investigad quién ha cometido hoy este pecado.

39 ¡Vive el Señor, salvador de Israel!, que aunque el culpable sea mi hijo Jonatán, morirá sin falta». Pero nadie en el pueblo respondió nada.

40 Saúl dijo a todo Israel: «Vosotros poneos de un lado, y mi hijo Jonatán y yo nos pondremos del otro». El pueblo respondió: «Haz lo que te parezca bien».

41 Entonces Saúl oró: «Señor, Dios de Israel, muestra la verdad». La suerte cayó sobre Jonatán y Saúl, y el pueblo quedó libre.

42 Saúl ordenó: «Echad suertes entre mi hijo y yo». Y la suerte cayó sobre Jonatán.

43 Saúl le preguntó: «¡Dime qué has hecho!». Jonatán respondió: «Ciertamente probé un poco de miel con la punta de mi vara. Aquí estoy, listo para morir».

44 Saúl declaró: «Que Dios me castigue si no mueres hoy mismo, Jonatán».

45 Pero el pueblo dijo a Saúl: «¿Ha de morir Jonatán, que ha logrado esta gran victoria en Israel? ¡Ni hablar! ¡Vive el Señor!, que no caerá ni un cabello de su cabeza, porque hoy ha actuado con la ayuda de Dios». Así el pueblo rescató a Jonatán para que no muriera.

46 Saúl dejó de perseguir a los filisteos, y ellos se retiraron a su propia tierra.

47 Después de consolidar su reinado, Saúl luchó contra todos sus enemigos: Moab, Amón, Edom, Soba y los filisteos. A dondequiera que se dirigía, salía vencedor.

48 Actuó con valentía al vencer a los amalecitas y librar a Israel de los saqueadores.

49 Los hijos de Saúl eran Jonatán, Isví y Malquisúa. Sus dos hijas se llamaban Merab y Mical.

50 Su esposa era Ahinoam, hija de Ahimaas. El jefe de su ejército era su primo Abner hijo de Ner.

51 Cis, el padre de Saúl, y Ner, el padre de Abner, eran hijos de Abiel.

52 Durante todo el reinado de Saúl hubo guerra encarnizada contra los filisteos. Por eso, cada vez que Saúl veía a un hombre fuerte o valiente, lo alistaba en su ejército.

Capítulo 15

1 Samuel dijo a Saúl: "El Señor me envió para ungirte rey sobre su pueblo Israel; escucha, pues, la voz de las palabras del Señor.

2 Así dice el Señor de los Ejércitos: «He decidido castigar lo que Amalec hizo a Israel, cerrándole el camino cuando subía de Egipto.

3 Ve ahora, ataca a Amalec y entrega al anatema todo lo que posee; no tengas compasión de él. Mata a hombres y mujeres, niños y lactantes, bueyes y ovejas, camellos y asnos»».

4 Saúl convocó al pueblo y les pasó revista en Telaim: doscientos mil hombres de a pie y diez mil hombres de Judá.

5 Llegó Saúl a la ciudad de Amalec y puso una emboscada en el valle.

6 Y dijo Saúl a los ceneos: «Idos, apartaos de entre los amalecitas, para que no os
destruya con ellos; pues vosotros mostrasteis bondad a todos los hijos de Israel
cuando subían de Egipto». Así los ceneos se apartaron de entre los amalecitas.

7 Saúl derrotó a los amalecitas desde Javilá hasta llegar a Sur, que está frente a
Egipto.

8 Tomó vivo a Agag, rey de Amalec, pero pasó a degüello a todo el pueblo.

9 Sin embargo, Saúl y el pueblo perdonaron a Agag y a lo mejor de las ovejas y de
las vacas, a los animales cebados, a los corderos y a todo lo bueno; no quisieron
destruirlos, pero entregaron al exterminio todo lo que era vil y despreciable.

10 Entonces el Señor dirigió su palabra a Samuel:

11 «Me pesa haber nombrado a Saúl como rey, porque se ha apartado de mí y no
ha cumplido mis mandatos». Samuel se apesadumbró y clamó al Señor toda la
noche.

12 Se levantó Samuel de mañana para ir al encuentro de Saúl, y le dieron este
aviso: «Saúl ha ido al Carmelo, y he aquí que se ha erigido un monumento; des-
pués se ha vuelto y ha bajado a Gilgal».

13 Llegó Samuel a donde estaba Saúl, y este le dijo: «¡Bendito seas del Señor! He
cumplido la palabra del Señor».

14 Pero Samuel le preguntó: «¿Pues qué significa este balido de ovejas que llega a
mis oídos y este mugido de vacas que oigo?».

15 Saúl respondió: «De los amalecitas los han traído; porque el pueblo perdonó lo
mejor de las ovejas y de las vacas para sacrificarlas al Señor vuestro Dios, pero lo
demás lo hemos destruido por completo».

16 Entonces Samuel dijo a Saúl: «¡Basta! Te contaré lo que el Señor me dijo ano-
che». Él respondió: «Habla».

17 Samuel dijo: “Aunque te tenías por pequeño, ¿no has sido hecho jefe de las tri-
bus de Israel? El Señor te ungió como rey de Israel,

18 y el Señor te envió en una misión diciendo: «Ve y entrega al exterminio a esos pecadores, los amalecitas, y combátelos hasta acabar con ellos».

19 ¿Por qué, pues, no has escuchado la voz del Señor, sino que te has lanzado sobre el botín y has hecho lo malo a los ojos del Señor?".

20 Saúl insistió ante Samuel: «¡Pero si he escuchado la voz del Señor! He ido a la misión que el Señor me encomendó, he traído a Agag, rey de Amalec, y he aniquilado a los amalecitas.

21 Pero el pueblo tomó del botín ovejas y vacas, lo mejor de lo que estaba destinado al exterminio, para sacrificarlo al Señor vuestro Dios en Gilgal».

22 Samuel respondió: «¿Le agradan al Señor los holocaustos y sacrificios tanto como la obediencia a su palabra? La obediencia es mejor que los sacrificios, y el acatamiento mejor que la grasa de los carneros.

23 Porque la rebeldía es como pecado de adivinación, y la obstinación como el crimen de la idolatría y los terafines. Por cuanto has rechazado la palabra del Señor, él también te ha rechazado como rey».

24 Entonces Saúl dijo a Samuel: «He pecado; he transgredido el mandato del Señor y tus palabras, porque temí al pueblo y escuché su voz.

25 Te ruego ahora que perdones mi pecado y vuelvas conmigo para que pueda adorar al Señor».

26 Pero Samuel respondió a Saúl: «No volveré contigo; porque has rechazado la palabra del Señor, y el Señor te ha rechazado para que no seas rey sobre Israel».

27 Al volverse Samuel para marcharse, Saúl se asió a la falda de su manto, y este se rasgó.

28 Samuel le dijo: «El Señor ha rasgado hoy de ti el reino de Israel, y lo ha entregado a un prójimo tuyo mejor que tú.

29 Además, el que es la Gloria de Israel no miente ni se arrepiente, porque no es hombre para arrepentirse».

30 Saúl suplicó: «He pecado; pero te ruego que me honres ahora ante los ancianos de mi pueblo y ante Israel, y que vuelvas conmigo para adorar al Señor tu Dios».

31 Samuel volvió tras Saúl, y Saúl adoró al Señor.

32 Después dijo Samuel: «Traedme a Agag, rey de Amalec». Agag se acercó a él vacilante, diciendo: «Ciertamente ya pasó la amargura de la muerte».

33 Pero Samuel le dijo: «Como tu espada dejó a las mujeres sin hijos, así tu madre se quedará sin hijos entre las mujeres». Y Samuel descuartizó a Agag ante el Señor en Gilgal.

34 Después Samuel se fue a Ramá, y Saúl subió a su casa, en Gabaa de Saúl.

35 Nunca más vio Samuel a Saúl hasta el día de su muerte; y Samuel lloraba por Saúl, porque al Señor le pesaba haber hecho a Saúl rey de Israel.

Capítulo 16

1 El Señor dijo a Samuel: «¿Hasta cuándo vas a estar llorando por Saúl, habiéndolo rechazado yo para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite y vete; te envío a casa de Jesé, el de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí».

2 Samuel respondió: «¿Cómo voy a ir? Si Saúl se entera, me matará». El Señor le dijo: "Lleva contigo una novilla y di: «He venido a ofrecer un sacrificio al Señor».

3 Invita a Jesé al sacrificio y yo te indicaré lo que has de hacer; me ungirás a aquel que yo te diga".

4 Samuel hizo lo que el Señor le había mandado y llegó a Belén. Los ancianos de la ciudad salieron a su encuentro temblando y le preguntaron: «¿Vienes en son de paz?».

5 Él respondió: «Sí, en paz. He venido a ofrecer un sacrificio al Señor. Santificaos y venid conmigo al sacrificio». Santificó a Jesé y a sus hijos, y los invitó al sacrificio.

6 Cuando llegaron, vio a Eliab y pensó: «Sin duda, el ungido del Señor está ante él».

7 Pero el Señor dijo a Samuel: «No mires a su apariencia ni a lo elevado de su estatura, porque yo lo he descartado; pues Dios no ve como ve el hombre; porque el hombre mira lo que está ante sus ojos, pero el Señor mira el corazón».

8 Jesé llamó a Abinadab y lo hizo pasar ante Samuel, el cual dijo: «Tampoco a este ha elegido el Señor».

9 Hizo pasar Jesé a Sama, y Samuel dijo: «Tampoco a este ha elegido el Señor».

10 Hizo pasar Jesé a sus siete hijos ante Samuel, pero Samuel dijo a Jesé: «El Señor no ha elegido a ninguno de estos».

11 Entonces Samuel preguntó a Jesé: «¿Están aquí todos tus muchachos?». Él respondió: «Queda aún el más joven, que está pastoreando las ovejas». Samuel dijo a Jesé: «Manda a buscarlo, porque no nos sentaremos a la mesa hasta que él venga».

12 Mandó, pues, a buscarlo y lo hizo entrar. Era rubicundo, de bellos ojos y de hermosa presencia. Entonces el Señor dijo: «¡Levántate y úngelo, porque este es!».

13 Samuel tomó el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. Y desde aquel día en adelante, el Espíritu del Señor vino con poder sobre David. Luego Samuel se levantó y regresó a Ramá.

14 El Espíritu del Señor se había apartado de Saúl, y un espíritu malo de parte del Señor lo atormentaba.

15 Los servidores de Saúl le dijeron: «Mira, un espíritu malo de parte de Dios te atormenta.

16 Diga, pues, nuestro señor a tus siervos que están en tu presencia, que busquen a un hombre que sepa tocar el arpa; para que cuando el espíritu malo de parte de Dios esté sobre ti, él toque con su mano y te sientas mejor».

17 Saúl respondió a sus servidores: «Buscadme, pues, un hombre que sepa tocar
bien y traédmelo».

18 Uno de los cortesanos respondió: «He visto a un hijo de Jesé, el de Belén, que
sabe tocar bien; es valiente, hombre de guerra, prudente en sus palabras, de buena
presencia, y el Señor está con él».

19 Entonces Saúl envió mensajeros a Jesé, diciendo: «Envíame a tu hijo David, el
que está con el rebaño».

20 Jesé tomó un asno cargado de pan, un odre de vino y un cabrito, y lo envió
todo a Saúl por medio de su hijo David.

21 Llegó David a donde estaba Saúl y se puso a su servicio; Saúl le cobró mucho
afecto y lo hizo su escudero.

22 Saúl mandó a decir a Jesé: «Te ruego que David se quede a mi servicio, pues ha
hallado gracia a mis ojos».

23 Y cuando el espíritu de parte de Dios asaltaba a Saúl, David tomaba el arpa y la
tocaba con su mano; Saúl se aliviaba y se sentía mejor, y el espíritu malo se apar-
taba de él.

Capítulo 17

1 Los filisteos reunieron sus ejércitos para la guerra, concentrándose en Soco, que
pertenece a Judá, y acamparon entre Soco y Azeca, en Efes-damim.

2 También Saúl y los hombres de Israel se reunieron y acamparon en el valle de
Elá, y ordenaron la batalla frente a los filisteos.

3 Los filisteos estaban en un monte a un lado, e Israel estaba en el otro monte al
otro lado; y el valle quedaba entre ellos.

4 Salió entonces del campamento de los filisteos un paladín llamado Goliat, de
Gat, cuya estatura era de seis codos y un palmo.

5 Traía un casco de bronce en su cabeza y vestía una cota de malla; el peso de la cota era de cinco mil siclos de bronce.

6 Sobre sus piernas traía grebas de bronce, y una jabalina de bronce entre sus hombros.

7 El asta de su lanza era como un rodillo de tejedor, y la punta de su lanza pesaba seiscientos siclos de hierro. Su escudero iba delante de él.

8 Se detuvo y gritó a las filas de Israel, diciéndoles: «¿Por qué habéis salido a ordenar vuestra batalla? ¿No soy yo el filisteo, y vosotros los siervos de Saúl? Escoged de entre vosotros a un hombre que venga contra mí.

9 Si él pudiere pelear conmigo y me matare, nosotros seremos vuestros siervos; pero si yo pudiere más que él y lo matare, vosotros seréis nuestros siervos y nos serviréis».

10 Y añadió el filisteo: «¡Hoy yo he desafiado a las filas de Israel! Dadme un hombre para que peleemos juntos».

11 Oyendo Saúl y todo Israel estas palabras del filisteo, se turbaron y tuvieron gran miedo.

12 David era hijo de aquel hombre efrateo de Belén de Judá, llamado Jesé, el cual tenía ocho hijos y era ya anciano en los días de Saúl.

13 Los tres hijos mayores de Jesé habían seguido a Saúl a la guerra; sus nombres eran Eliab, el primogénito, Abinadab el segundo y Samá el tercero.

14 David era el menor; y los tres mayores siguieron a Saúl.

15 Pero David iba y volvía de donde estaba Saúl para apacentar las ovejas de su padre en Belén.

16 Venía, pues, aquel filisteo por la mañana y por la tarde, y se presentó así durante cuarenta días.

17 Dijo Jesé a su hijo David: «Toma ahora para tus hermanos un efa de este grano tostado y estos diez panes, y llévalo pronto al campamento a tus hermanos.

18 Llevarás también estos diez quesos al capitán de los mil; mira si tus hermanos están bien y trae alguna prenda de ellos».

19 Saúl, ellos y todos los varones de Israel estaban en el valle de Elá, combatiendo contra los filisteos.

20 Se levantó David muy de mañana y, dejando las ovejas al cuidado de un guarda, se fue con su carga como Jesé le había mandado. Llegó al campamento cuando el ejército salía en orden de batalla lanzando gritos de guerra.

21 Israel y los filisteos se pusieron en orden de batalla, ejército frente a ejército.

22 David dejó su carga en mano del que guardaba el bagaje y corrió a las filas; cuando llegó, preguntó por la salud de sus hermanos.

23 Mientras él hablaba con ellos, aquel paladín que se llamaba Goliat, el filisteo de Gat, salió de las filas de los filisteos y repitió las mismas palabras; y David las oyó.

24 Todos los varones de Israel, al ver a aquel hombre, huyeron de su presencia y tuvieron gran temor.

25 Y decían los de Israel: «¿Habéis visto a aquel hombre que ha salido? Él sale para desafiar a Israel. Al que lo mate, el rey le enriquecerá con grandes riquezas, le dará su hija y eximirá de tributos a la casa de su padre en Israel».

26 Entonces habló David a los que estaban junto a él: «¿Qué darán al hombre que matare a este filisteo y quitare el oprobio de Israel? Porque ¿quién es este filisteo incircunciso para que desafíe a los escuadrones del Dios viviente?».

27 El pueblo le respondió las mismas palabras, diciendo: «Así se hará al hombre que lo mate».

28 Al oír Eliab, su hermano mayor, hablar a David con aquellos hombres, se encendió en ira contra él y le dijo: «¿Para qué has descendido tú acá? ¿Y con quién has dejado aquellas pocas ovejas en el desierto? Yo conozco tu soberbia y la malicia de tu corazón, que para ver la batalla has venido».

29 David respondió: «¿Qué he hecho yo ahora? ¿No es esto más que hablar?».

30 Y apartándose de él hacia otro, preguntó lo mismo; y el pueblo le respondió como antes.

31 Fueron oídas las palabras que David había dicho y las refirieron delante de Saúl; y él lo hizo venir.

32 Dijo David a Saúl: «No desmaye el corazón de nadie a causa de él; tu siervo irá y peleará con este filisteo».

33 Saúl dijo a David: «No podrás tú ir contra aquel filisteo para pelear con él; porque tú eres un muchacho, y él un hombre de guerra desde su juventud».

34 David respondió a Saúl: «Tu siervo era pastor de las ovejas de su padre; y cuando venía un león, o un oso, y tomaba algún cordero de la manada,

35 salía yo tras él, lo hería y lo libraba de su boca; y si se levantaba contra mí, le echaba mano de la quijada, lo hería y lo mataba.

36 Fuese león o fuese oso, tu siervo lo mataba; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos, porque ha provocado a los escuadrones del Dios viviente».

37 Añadió David: «El Señor, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me librará de la mano de este filisteo». Y Saúl dijo a David: «Ve, y el Señor sea contigo».

38 Saúl vistió a David con sus propias ropas; puso sobre su cabeza un casco de bronce y le armó con una cota de malla.

39 Ciñó David su espada sobre sus vestidos y probó a andar, porque no estaba acostumbrado. Y dijo David a Saúl: «Yo no puedo andar con esto, porque nunca lo practiqué». Entonces David se quitó aquellas cosas.

40 Tomó su cayado en su mano, escogió cinco piedras lisas del arroyo y las puso en el saco pastoril, en el zurrón que traía, y con su honda en su mano se fue hacia el filisteo.

41 El filisteo venía andando y acercándose a David, y su escudero delante de él.

42 Cuando el filisteo miró y vio a David, le tuvo en poco; porque era muchacho,
rubio y de hermoso parecer.

43 Dijo el filisteo a David: «¿Soy yo un perro para que vengas a mí con palos?». Y
maldijo a David por sus dioses.

44 Dijo luego el filisteo a David: «Ven a mí, y daré tu carne a las aves del cielo y a
las fieras del campo».

45 Entonces dijo David al filisteo: «Tú vienes a mí con espada, lanza y jabalina;
mas yo vengo a ti en el nombre del Señor de los Ejércitos, el Dios de los escuadro-
nes de Israel, a quien tú has provocado.

46 El Señor te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré y te cortaré la cabeza; y
daré hoy los cuerpos de los filisteos a las aves del cielo y a las fieras de la tierra; y
toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel.

47 Y sabrá toda esta congregación que el Señor no salva con espada y lanza; por-
que del Señor es la batalla, y él os entregará en nuestras manos».

48 Y aconteció que cuando el filisteo se levantó y echó a andar para ir al encuentro
de David, David se dio prisa y corrió a la línea de batalla contra el filisteo.

49 Metiendo David su mano en la bolsa, tomó de allí una piedra, la tiró con la
honda e hirió al filisteo en la frente; la piedra quedó clavada en su frente, y cayó de
bruces en tierra.

50 Así venció David al filisteo con honda y piedra; e hirió al filisteo y lo mató, sin
tener David espada en su mano.

51 Entonces corrió David y se puso sobre el filisteo; y tomando la espada de él y
sacándola de su vaina, lo mató y le cortó con ella la cabeza. Cuando los filisteos
vieron muerto a su gigante, huyeron.

52 Levantándose entonces los varones de Israel y de Judá, lanzaron gritos de gue-
rra y persiguieron a los filisteos hasta la entrada de Gai y hasta las puertas de
Ecrón. Y cayeron los heridos de los filisteos por el camino de Saaraim hasta Gat y
Ecrón.

53 Volvieron luego los hijos de Israel de perseguir a los filisteos y saquearon su campamento.

54 David tomó la cabeza del filisteo y la trajo a Jerusalén, pero puso las armas de él en su tienda.

55 Cuando Saúl vio a David que salía a encontrarse con el filisteo, dijo a Abner capitán del ejército: «Abner, ¿de quién es hijo este joven?». Y Abner respondió: «Vive tu alma, oh rey, que no lo sé».

56 El rey dijo: «Pregunta, pues, de quién es hijo ese muchacho».

57 Y cuando David volvía de matar al filisteo, Abner lo tomó y lo llevó delante de Saúl, teniendo David la cabeza del filisteo en su mano.

58 Saúl le preguntó: «¿De quién eres hijo, joven?». Y David respondió: «Soy hijo de tu siervo Jesé, el de Belén».

Capítulo 18

1 Cuando terminó de hablar con Saúl, el alma de Jonatán se unió al alma de David, y Jonatán lo amó como a su propia alma.

2 Aquel día Saúl lo tomó consigo y no lo dejó volver a casa de su padre.

3 Entonces Jonatán y David hicieron un pacto, porque él lo amaba como a su propia alma.

4 Jonatán se despojó de la túnica que llevaba puesta y se la dio a David, junto con sus ropas, incluyendo su espada, su arco y su talabarte.

5 David salía a dondequiera que Saúl lo enviaba y se comportaba con prudencia; por lo cual Saúl lo puso al frente de los hombres de guerra. Esto fue del agrado de todo el pueblo y también de los siervos de Saúl.

6 Cuando David regresaba de matar al filisteo, las mujeres salieron de todas las ciudades de Israel, cantando y bailando, para recibir al rey Saúl con panderos, con cánticos de alegría y con instrumentos de música.

7 Las mujeres que danzaban cantaban unas a otras diciendo:
«Saúl mató a sus miles,
y David a sus diez miles».

8 Saúl se irritó mucho y este dicho le desagradó. Dijo: «A David le han atribuido diez miles, y a mí solo miles. ¿Qué más le falta sino el reino?».

9 Saúl miró con recelo a David desde aquel día en adelante.

10 Al día siguiente, un espíritu malo de parte de Dios se apoderó de Saúl, y este desvariaba en medio de la casa. David tocaba el arpa con su mano como cada día, y Saúl tenía su lanza en la mano;

11 y Saúl arrojó la lanza diciendo: «¡Clavaré a David en la pared!». Pero David escapó de su presencia dos veces.

12 Saúl tenía miedo de David, porque Yahvé estaba con él y se había apartado de Saúl.

13 Por tanto, Saúl lo alejó de su presencia y lo nombró jefe de mil; y él salía y entraba delante del pueblo.

14 David se conducía con sabiduría en todos sus asuntos, y el Señor estaba con él.

15 Viendo Saúl que David se portaba con tanta prudencia, le tenía miedo.

16 Pero todo Israel y Judá amaban a David, pues él salía y entraba delante de ellos.

17 Saúl dijo a David: «He aquí a Merab, mi hija mayor. Yo te la daré por mujer; solo séme hombre valiente y lucha en las batallas de Yahvé». Pues Saúl pensaba: «No sea mi mano contra él, sino la mano de los filisteos».

18 David respondió a Saúl: «¿Quién soy yo, o qué es mi vida o la familia de mi padre en Israel, para que yo sea yerno del rey?».

19 Pero llegado el tiempo en que Merab, hija de Saúl, debía ser entregada a David, fue dada por mujer a Adriel el meholatita.

20 Mical, la otra hija de Saúl, amaba a David; se lo contaron a Saúl y el asunto le pareció bien.

21 Saúl pensó: «Se la daré para que le sea por lazo y la mano de los filisteos sea
contra él». Dijo, pues, Saúl a David por segunda vez: «Hoy serás mi yerno».

22 Saúl mandó a sus siervos: «Hablad con David en secreto y decidle: «Mira, el
rey te estima y todos sus siervos te aman. Sé, pues, yerno del rey»».

23 Los siervos de Saúl dijeron estas palabras a oídos de David. Pero David respon-
dió: «¿Os parece poca cosa ser yerno del rey, siendo yo un hombre pobre y de hu-
milde condición?».

24 Los siervos de Saúl le informaron: «David ha hablado de esta manera».

25 Saúl dijo: «Decid así a David: «El rey no desea dote alguna, sino cien prepucios
de filisteos, para que el rey sea vengado de sus enemigos»». Pero Saúl pensaba ha-
cer caer a David por mano de los filisteos.

26 Cuando sus siervos comunicaron a David estas palabras, le pareció bien a Da-
vid la condición de ser yerno del rey. Antes de que el plazo se cumpliera,

27 se levantó David y partió con sus hombres; mató a doscientos hombres de los
filisteos, trajo sus prepucios y los entregó todos al rey para poder ser su yerno. En-
tonces Saúl le dio a su hija Mical por mujer.

28 Saúl vio y comprendió que el Señor estaba con David, y que Mical, su hija, lo
amaba.

29 Saúl tuvo aún más miedo de David; y Saúl fue enemigo de David todos sus
días.

30 Salieron a campaña los príncipes de los filisteos; y cada vez que salían, David se
portaba con más sabiduría que todos los siervos de Saúl, de modo que su nombre
se hizo muy célebre.

Capítulo 19

1 Saúl habló con su hijo Jonatán y con todos sus siervos para que mataran a Da-
vid. Pero Jonatán, hijo de Saúl, amaba mucho a David.

2 Jonatán avisó a David diciendo: «Mi padre Saúl intenta matarte. Por tanto,
guárdate mañana, retírate a un lugar oculto y escóndete.

3 Yo saldré y estaré al lado de mi padre en el campo donde tú estés, y hablaré de ti
a mi padre; si veo algo, te lo haré saber».

4 Jonatán habló bien de David a Saúl, su padre, y le dijo: «No peque el rey contra
su siervo David, porque él no ha cometido pecado contra ti, y porque sus obras
han sido muy buenas para contigo;

5 pues él puso su vida en su mano e hirió al filisteo, y el Señor obró una gran victo-
ria para todo Israel. Tú lo viste y te alegraste. ¿Por qué, pues, vas a pecar contra
sangre inocente, matando a David sin causa?».

6 Escuchó Saúl la voz de Jonatán y juró: «Vive el Señor que no morirá».

7 Jonatán llamó a David y le contó todas estas palabras. Entonces Jonatán llevó a
David ante Saúl, y este estuvo en su presencia como antes.

8 Volvió a haber guerra; David salió y luchó contra los filisteos, y los batió con
gran mortandad, de modo que huyeron ante él.

9 Pero un espíritu malo de parte del Señor vino sobre Saúl mientras estaba sen-
tado en su casa con su lanza en la mano; y David tocaba el arpa.

10 Saúl intentó clavar a David en la pared con la lanza, pero él se apartó de la pre-
sencia de Saúl, el cual clavó la lanza en la pared. David huyó y escapó aquella
noche.

11 Saúl envió mensajeros a casa de David para vigilarlo y matarlo por la mañana.
Mical, su mujer, avisó a David diciendo: «Si no salvas tu vida esta noche, mañana
serás muerto».

12 Mical descolgó a David por la ventana; él se fue, huyó y escapó.

13 Mical tomó el terafín y lo puso en la cama, colocó una almohada de pelo de ca-
bra a la cabecera y lo cubrió con la ropa.

14 Cuando Saúl envió mensajeros para prender a David, ella dijo: «Está enfermo».

15 Volvió Saúl a enviar mensajeros para ver a David, diciendo: «Traédmelo en la cama para que lo mate».

16 Cuando los mensajeros entraron, he aquí que el terafín estaba en la cama, con la almohada de pelo de cabra a su cabecera.

17 Saúl dijo a Mical: «¿Por qué me has engañado así, dejando escapar a mi enemigo?». Mical respondió a Saúl: «Él me dijo: «Déjame ir; si no, te mataré»».

18 Huyó, pues, David y escapó, y fue a ver a Samuel en Ramá, y le contó todo lo que Saúl le había hecho. Él y Samuel se fueron a vivir a Naiot.

19 Se dio aviso a Saúl, diciendo: «He aquí que David está en Naiot, en Ramá».

20 Saúl envió mensajeros para prender a David; y cuando vieron al grupo de los profetas profetizando, y a Samuel que estaba allí como jefe de ellos, el Espíritu de Dios vino sobre los mensajeros de Saúl, y ellos también profetizaron.

21 Cuando se lo informaron a Saúl, envió otros mensajeros, y ellos también profetizaron. Por tercera vez envió Saúl mensajeros, y estos también profetizaron.

22 Entonces él mismo fue a Ramá; al llegar al gran pozo que está en Secú, preguntó: «¿Dónde están Samuel y David?». Alguien respondió: «Están en Naiot, en Ramá».

23 Fue hacia Naiot, en Ramá; y el Espíritu de Dios vino también sobre él, e iba profetizando hasta que llegó a Naiot en Ramá.

24 Él también se despojó de sus vestidos y profetizó igualmente ante Samuel; y estuvo tendido desnudo todo aquel día y toda aquella noche. De aquí viene el dicho: «¿También Saúl entre los profetas?».

Capítulo 20

1 David huyó de Naiot, en Ramá, y vino a decir a Jonatán: «¿Qué he hecho? ¿Cuál es mi maldad? ¿Cuál es mi pecado ante tu padre para que busque mi muerte?».

2 Él le dijo: «Ni mucho menos; no morirás. He aquí que mi padre no hace nada, ni grande ni pequeño, sin revelármelo. ¿Por qué iba mi padre a ocultarme esto? No será así».

3 Además, David juró y dijo: "Tu padre sabe bien que he hallado gracia ante tus ojos, y dirá: «No lo sepa Jonatán, para que no se aflija»; pero en verdad, vive el Señor y vive tu alma, que solo hay un paso entre yo y la muerte".

4 Entonces Jonatán dijo a David: «Haré por ti todo lo que tu alma desee».

5 David dijo a Jonatán: "He aquí que mañana es luna nueva, y yo debería sentarme a la mesa con el rey; pero deja que me esconda en el campo hasta la tarde del tercer día.

6 Si tu padre me echa de menos, dile: «David me ha pedido encarecidamente permiso para ir a Belén, su ciudad, porque allí se celebra el sacrificio anual para toda la familia».

7 Si él dice: «Está bien», tu siervo tendrá paz; pero si se irrita, sabe que el mal ha sido decidido por él.

8 Trata, pues, con benevolencia a tu siervo, porque has hecho entrar a tu siervo en un pacto del Señor contigo; pero si hay maldad en mí, mátame tú mismo, pues ¿para qué habrías de llevarme ante tu padre?".

9 Jonatán dijo: «Lejos de ti tal cosa; pues si yo supiera que el mal ha sido determinado por mi padre para que venga sobre ti, ¿no te lo diría?».

10 Entonces David dijo a Jonatán: «¿Quién me avisará si tu padre te responde con aspereza?».

11 Jonatán dijo a David: «¡Ven, salgamos al campo!». Y ambos salieron al campo.

12 Jonatán dijo a David: «¡Por el Señor, Dios de Israel! Cuando haya sondeado a
mi padre mañana a estas horas, o al tercer día, si veo que hay buena voluntad ha-
cia David, ¿no enviaré entonces a decírtelo?

13 Que el Señor haga así a Jonatán y aun más, si a mi padre le agrada haceros mal,
si no os lo revelo y os envío para que vayáis en paz. Que el Señor esté contigo
como ha estado con mi padre.

14 Y si yo aún vivo, me mostrarás la bondad del Señor, para que no muera;

15 y no apartarás tu bondad de mi casa para siempre, ni siquiera cuando el Señor
haya borrado a cada uno de los enemigos de David de la faz de la tierra».

16 Así hizo Jonatán un pacto con la casa de David, diciendo: «El Señor lo re-
quiera de mano de los enemigos de David».

17 Jonatán hizo que David jurase de nuevo, por el amor que le tenía, pues lo
amaba como a su propia alma.

18 Entonces Jonatán le dijo: "Mañana es luna nueva, y se te echará de menos por-
que tu asiento estará vacío.

19 Cuando hayas esperado tres días, baja pronto al lugar donde te escondiste el
día de la angustia, y quédate junto a la piedra de Ezel.

20 Yo lanzaré tres flechas hacia aquel lado, como si tirara al blanco.

21 Enviaré luego al muchacho diciendo: «Ve, busca las flechas». Si digo al mucha-
cho: «Mira, las flechas están más acá de ti; tómalas», entonces ven, porque hay
paz para ti y no hay peligro, vive el Señor.

22 Pero si digo al muchacho: «Mira, las flechas están más allá de ti», entonces
vete, porque el Señor te envía.

23 En cuanto al asunto del que tú y yo hemos hablado, he aquí que el Señor está
entre tú y yo para siempre".

24 David, pues, se escondió en el campo. Cuando llegó la luna nueva, el rey se
sentó a la mesa para comer.

25 El rey se sentó en su silla, como otras veces, en el asiento junto a la pared; Jonatán se puso en pie y Abner se sentó al lado de Saúl, pero el lugar de David estaba vacío.

26 Sin embargo, Saúl no dijo nada aquel día, pues pensaba: «Algo le habrá sucedido; no estará puro, seguramente no lo está».

27 Pero al día siguiente de la luna nueva, el segundo día, el lugar de David seguía vacío. Saúl preguntó a su hijo Jonatán: «¿Por qué no ha venido a comer el hijo de Jesé ni ayer ni hoy?».

28 Jonatán respondió a Saúl: "David me pidió encarecidamente permiso para ir a Belén.

29 Me dijo: «Te ruego que me dejes ir, porque nuestra familia celebra un sacrificio en la ciudad, y mi hermano me ha mandado estar allí. Si he hallado gracia a tus ojos, deja que vaya a ver a mis hermanos». Por eso no ha venido a la mesa del rey".

30 Entonces se encendió la ira de Saúl contra Jonatán, y le dijo: «¡Hijo de una perversa y rebelde! ¿Acaso no sé yo que has elegido al hijo de Jesé para vergüenza tuya y para vergüenza de la desnudez de tu madre?

31 Porque mientras el hijo de Jesé viva sobre la tierra, ni tú ni tu reino estaréis seguros. Por tanto, envía ahora y tráemelo, porque es reo de muerte».

32 Jonatán respondió a su padre Saúl: «¿Por qué ha de morir? ¿Qué ha hecho?».

33 Entonces Saúl le arrojó su lanza para herirlo. Con esto Jonatán comprendió que su padre estaba decidido a matar a David.

34 Jonatán se levantó de la mesa con gran indignación y no comió nada el segundo día del mes; pues estaba afligido por causa de David, porque su padre le había ultrajado.

35 A la mañana siguiente, salió Jonatán al campo, a la hora señalada con David, acompañado de un muchacho.

36 Dijo al muchacho: «Corre, busca las flechas que yo tire». Y mientras el muchacho corría, él tiró una flecha que pasó más allá de él.

37 Cuando el muchacho llegó al lugar donde estaba la flecha que Jonatán había tirado, Jonatán gritó tras el muchacho: «¿No está la flecha más allá de ti?».

38 Y volvió a gritar tras el muchacho: «¡Date prisa, corre, no te detengas!». El muchacho de Jonatán recogió las flechas y volvió a su señor.

39 Pero el muchacho no sabía nada; solo Jonatán y David conocían el asunto.

40 Jonatán dio sus armas a su muchacho y le dijo: «Ve y llévalas a la ciudad».

41 En cuanto el muchacho se fue, David se levantó del lado del sur, se postró en tierra e hizo tres reverencias; se besaron el uno al otro y lloraron juntos, aunque David lloró más.

42 Jonatán dijo a David: «Vete en paz, porque ambos hemos jurado en el nombre del Señor, diciendo: «El Señor esté entre tú y yo, entre mi descendencia y tu descendencia, para siempre»». Él se levantó y partió, y Jonatán regresó a la ciudad.

Capítulo 21

1 David fue a Nob, al sacerdote Ahimelec; y Ahimelec salió a recibir a David, temblando, y le dijo: «¿Cómo es que vienes solo y nadie contigo?».

2 David respondió al sacerdote Ahimelec: "El rey me ha encomendado un asunto y me ha dicho: «Que nadie sepa nada del asunto a que te envío, ni de lo que te he mandado». Yo he citado a los jóvenes en tal y tal lugar.

3 Ahora, pues, ¿qué tienes a mano? Dame cinco panes, o lo que se halle".

4 El sacerdote respondió a David: «No tengo pan común a mano, solo hay pan sagrado; con tal de que los jóvenes se hayan guardado de mujeres».

5 David respondió al sacerdote: «A la verdad las mujeres han estado alejadas de nosotros desde hace tres días; cuando salí, los cuerpos de los jóvenes eran santos, aunque el viaje era ordinario. ¿Cuánto más no serán santos hoy sus cuerpos?».

6 Así el sacerdote le dio el pan sagrado, porque allí no había otro pan que los panes de la proposición, los cuales habían sido retirados de la presencia del Señor para poner panes calientes el día en que aquellos eran quitados.

7 Estaba allí aquel día detenido ante el Señor uno de los siervos de Saúl, cuyo nombre era Doeg, el edomita, el principal de los pastores de Saúl.

8 David dijo a Ahimelec: «¿No tienes aquí a mano lanza o espada? Pues no tomé mi espada ni mis armas, porque el asunto del rey requería premura».

9 El sacerdote respondió: «La espada de Goliat el filisteo, al que tú mataste en el valle de Elá, está aquí envuelta en un velo detrás del efod; si quieres tomarla, tómala, porque aquí no hay otra sino esa». David dijo: «No hay otra como ella; dámela».

10 Aquel día David se levantó y huyó de la presencia de Saúl, y se fue a Aquis, rey de Gat.

11 Los siervos de Aquis le dijeron: "¿No es este David, el rey de la tierra? ¿No es este de quien cantaban en las danzas, diciendo:
«Saúl hirió a sus miles,
y David a sus diez miles»?".

12 David puso estas palabras en su corazón y tuvo gran temor de Aquis, rey de Gat.

13 Por lo cual cambió su manera de comportarse delante de ellos, y fingió estar loco entre sus manos, y escribía garabatos en las portadas de las puertas, y dejaba correr la saliva por su barba.

14 Dijo entonces Aquis a sus siervos: «Mirad, veis que este hombre es un loco; ¿por qué me lo habéis traído?

15 ¿Acaso me faltan locos, para que hayáis traído a este a que hiciese locuras delante de mí? ¿Había de entrar este en mi casa?».

Capítulo 22

1 David se fue de allí y se refugió en la cueva de Adulam. Cuando lo supieron sus
hermanos y toda la casa de su padre, bajaron allí a reunirse con él.

2 También se le unieron todos los que se hallaban en aprietos, todos los que esta-
ban endeudados y todos los que se sentían descontentos, y él llegó a ser el jefe de
ellos. Había con él unos cuatrocientos hombres.

3 De allí David se fue a Mizpa de Moab, y dijo al rey de Moab: «Te ruego que de-
jes que mi padre y mi madre se queden con vosotros hasta que sepa lo que Dios
hará conmigo».

4 Los llevó ante el rey de Moab, y vivieron con él todo el tiempo que David estuvo
en la fortaleza.

5 Pero el profeta Gad dijo a David: «No te quedes en la fortaleza; vete y entra en la
tierra de Judá». Entonces David partió y llegó al bosque de Heret.

6 Saúl se enteró de que David y los hombres que le acompañaban habían sido des-
cubiertos. Saúl estaba sentado en Gabaa, bajo el tamarisco de Ramá, con su lanza
en la mano y todos sus siervos a su alrededor.

7 Saúl dijo a sus siervos que le rodeaban: «¡Oíd ahora, benjamitas! ¿Acaso el hijo
de Jesé os dará a todos vosotros campos y viñas? ¿Os nombrará a todos jefes de
mil y jefes de cien?

8 ¿Es por eso por lo que todos vosotros habéis conspirado contra mí, y no hay
nadie que me lo revele cuando mi hijo hace un pacto con el hijo de Jesé? ¿No hay
ninguno de vosotros que se apiade de mí o que me revele que mi hijo ha instigado
a mi siervo contra mí, para que me aceche, como sucede hoy?».

9 Entonces Doeg el edomita, que estaba entre los siervos de Saúl, respondió: «Yo
vi al hijo de Jesé llegar a Nob, a donde estaba Ahimelec hijo de Ahitub.

10 Este consultó al Señor por él, le dio provisiones y le entregó la espada de Goliat
el filisteo».

11 El rey mandó llamar al sacerdote Ahimelec hijo de Ahitub y a toda la casa de
su padre, los sacerdotes que estaban en Nob; y todos ellos se presentaron ante el
rey.

12 Saúl le dijo: «Escucha ahora, hijo de Ahitub». Él respondió: «Aquí estoy, se-
ñor mío».

13 Saúl le preguntó: «¿Por qué habéis conspirado contra mí, tú y el hijo de Jesé,
dándole pan y espada y consultando a Dios por él, para que se levante contra mí y
me aceche, como hace hoy?».

14 Ahimelec respondió al rey: «¿Quién entre todos tus siervos es tan fiel como
David, yerno del rey, jefe de tu guardia y honrado en tu casa?

15 ¿Acaso he comenzado hoy a consultar a Dios por él? ¡Lejos de mí tal cosa! No
culpe el rey de nada a su siervo ni a toda la casa de mi padre, porque tu siervo no
sabía nada de este asunto, ni poco ni mucho».

16 Pero el rey dijo: «Sin duda morirás, Ahimelec, tú y toda la casa de tu padre».

17 El rey ordenó a la guardia que le rodeaba: «Volveos y matad a los sacerdotes del
Señor, porque ellos también están de parte de David; sabían que huía y no me lo
revelaron». Pero los siervos del rey no quisieron alzar su mano contra los sacerdo-
tes del Señor.

18 Entonces el rey dijo a Doeg: «¡Ponte tú y ataca a los sacerdotes!». Doeg el edo-
mita se lanzó y atacó a los sacerdotes, y aquel día mató a ochenta y cinco hom-
bres que vestían efod de lino.

19 Y a Nob, la ciudad de los sacerdotes, la pasó a cuchillo: hombres y mujeres, ni-
ños y lactantes, bueyes, asnos y ovejas; a todos los mató a filo de espada.

20 Pero uno de los hijos de Ahimelec hijo de Ahitub, llamado Abiatar, escapó y
huyó tras David.

21 Abiatar informó a David de que Saúl había matado a los sacerdotes del Señor.

22 David dijo a Abiatar: «Aquel día, cuando Doeg el edomita estaba allí, yo sabía que sin duda se lo contaría a Saúl. Yo soy responsable de la muerte de todas las personas de la casa de tu padre.

23 Quédate conmigo y no temas; el que busca mi vida busca también la tuya, pero conmigo estarás a salvo».

Capítulo 23

1 Avisaron a David diciendo: «He aquí que los filisteos combaten contra Keila y roban las eras».

2 Por tanto, David consultó al Señor, diciendo: «¿Debo ir a atacar a estos filisteos?». El Señor dijo a David: «Ve, ataca a los filisteos y salva a Keila».

3 Pero los hombres de David le dijeron: «He aquí que tenemos miedo aquí en Judá; ¿cuánto más si vamos a Keila contra los ejércitos de los filisteos?».

4 Entonces David volvió a consultar al Señor. El Señor le respondió y dijo: «Levántate, desciende a Keila, porque yo entregaré a los filisteos en tu mano».

5 Fue, pues, David con sus hombres a Keila y luchó contra los filisteos, se llevó su ganado y les causó una gran mortandad. Así salvó David a los habitantes de Keila.

6 Sucedió que cuando Abiatar hijo de Ahimelec huyó tras David a Keila, descendió con el efod en su mano.

7 Se dio aviso a Saúl de que David había venido a Keila. Entonces dijo Saúl: «Dios lo ha entregado en mi mano, pues se ha encerrado al entrar en una ciudad que tiene puertas y cerrojos».

8 Saúl convocó a todo el pueblo a la guerra para descender a Keila y sitiar a David y a sus hombres.

9 Mas sabiendo David que Saúl tramaba el mal contra él, dijo al sacerdote Abiatar: «Trae acá el efod».

10 Y dijo David: «Oh Señor, Dios de Israel, tu siervo ha oído ciertamente que
Saúl intenta venir a Keila para destruir la ciudad por causa mía.

11 ¿Me entregarán los vecinos de Keila en sus manos? ¿Descenderá Saúl, como ha
oído tu siervo? Oh Señor, Dios de Israel, te ruego que se lo digas a tu siervo». El
Señor respondió: «Descenderá».

12 Dijo entonces David: «¿Me entregarán los vecinos de Keila a mí y a mis hom-
bres en manos de Saúl?». Y el Señor respondió: «Os entregarán».

13 David entonces se levantó con sus hombres, que eran unos seiscientos, y salie-
ron de Keila y anduvieron de un lugar a otro. Cuando se avisó a Saúl que David
había escapado de Keila, desistió de su expedición.

14 David se quedó en el desierto, en parajes fuertes, y habitó en un monte en el de-
sierto de Zif. Saúl lo buscaba todos los días, pero Dios no lo entregó en sus
manos.

15 Viendo, pues, David que Saúl había salido para buscar su vida, se mantuvo en
el desierto de Zif, en un bosque.

16 Entonces Jonatán hijo de Saúl se levantó y fue a David al bosque, y fortaleció
su mano en Dios.

17 Y le dijo: «No temas, porque no te hallará la mano de mi padre Saúl; tú reina-
rás sobre Israel y yo seré el segundo después de ti; y aun mi padre Saúl así lo
sabe».

18 Ambos hicieron un pacto delante del Señor; David se quedó en el bosque y Jo-
natán se volvió a su casa.

19 Subieron entonces los de Zif para decir a Saúl en Gabaa: «¿No está David es-
condido entre nosotros en las fortalezas del bosque, en el collado de Haquila, que
está al sur del desierto?

20 Por tanto, oh rey, desciende ahora conforme a todo el deseo de tu alma, y nues-
tra parte será entregarlo en mano del rey».

21 Saúl dijo: «Benditos seáis vosotros del Señor, porque habéis tenido compasión de mí.

22 Id, pues, os ruego, aseguraos más, conoced y ved el lugar donde esté su escondite y quién lo haya visto allí; porque se me ha dicho que es muy astuto.

23 Observad y conoced todos los escondrijos donde se oculta, y volved a mí con información segura, y yo iré con vosotros. Si él está en la tierra, yo lo buscaré entre todos los millares de Judá».

24 Ellos se levantaron y se fueron a Zif delante de Saúl. Pero David y sus hombres estaban en el desierto de Maón, en el Arabá, al sur del desierto.

25 Saúl y sus hombres fueron a buscarlo; y avisaron a David, el cual descendió a la peña y se quedó en el desierto de Maón. Cuando Saúl lo oyó, persiguió a David en el desierto de Maón.

26 Saúl iba por un lado del monte, y David con sus hombres por el otro lado del monte. David se apresuraba para huir de Saúl, pues Saúl y sus hombres habían rodeado a David y a los suyos para prenderlos.

27 Entonces llegó un mensajero a Saúl, diciendo: «¡Ven pronto, que los filisteos han invadido el país!».

28 Saúl desistió de perseguir a David y partió contra los filisteos. Por esta causa llamaron a aquel lugar Sela-hamaiecot.

29 David subió de allí y habitó en los parajes fuertes de En-gadi.

Capítulo 24

1 Cuando Saúl volvió de perseguir a los filisteos, le dieron aviso diciendo: «He aquí que David está en el desierto de En-gadi».

2 Entonces Saúl tomó a tres mil hombres escogidos de todo Israel y fue en busca de David y de sus hombres por las cumbres de los peñascos de las cabras monteses.

3 Llegó a unos rediles de ovejas junto al camino, donde había una cueva; y entró Saúl en ella para cubrir sus pies. David y sus hombres estaban escondidos en lo más recóndito de la cueva.

4 Entonces los hombres de David le dijeron: «He aquí el día del que el Señor te dijo: «He aquí que entrego a tu enemigo en tu mano, y harás con él como te parezca»». David se levantó y cortó secretamente el borde del manto de Saúl.

5 Después de esto, el corazón de David le golpeaba por haber cortado el faldón del manto de Saúl.

6 Y dijo a sus hombres: «El Señor me libre de hacer tal cosa a mi señor, el ungido del Señor; que extienda yo mi mano contra él, porque es el ungido del Señor».

7 Así reprimió David a sus hombres con estas palabras y no les permitió levantarse contra Saúl. Y Saúl, saliendo de la cueva, siguió su camino.

8 También David se levantó después, salió de la cueva y gritó tras Saúl, diciendo: «¡Mi señor el rey!». Cuando Saúl miró hacia atrás, David se inclinó rostro en tierra e hizo una gran reverencia.

9 David dijo a Saúl: "¿Por qué escuchas las palabras de los hombres que dicen: «Mira que David busca tu mal»?

10 He aquí que tus ojos han visto hoy cómo el Señor te ha entregado en mi mano en la cueva. Algunos me dijeron que te matase, pero te perdoné, pues dije: «No extenderé mi mano contra mi señor, porque es el ungido del Señor».

11 Mira, pues, padre mío, mira el borde de tu manto en mi mano; porque en que yo corté el faldón de tu manto y no te maté, reconoce y ve que no hay maldad ni traición en mi mano. No he pecado contra ti, aunque tú andes acechando mi vida para quitármela.

12 Juzgue el Señor entre tú y yo, y véngueme el Señor de ti; pero mi mano no será contra ti.

13 Como dice el proverbio de los antiguos: «De los malos sale la maldad»; por eso mi mano no será contra ti.

14 ¿Tras quién ha salido el rey de Israel? ¿A quién persigues? ¿A un perro muerto? ¿A una pulga?

15 El Señor, pues, será juez, y él juzgará entre tú y yo; él vea y defienda mi causa, y me libre de tu mano".

16 Cuando David terminó de decir estas palabras a Saúl, este dijo: «¿Es esta tu voz, hijo mío David?». Y Saúl alzó su voz y lloró.

17 Dijo a David: «Más justo eres tú que yo, que me has pagado con bien, habiéndote yo pagado con mal.

18 Tú has demostrado hoy que has hecho conmigo bien; pues habiéndome entregado el Señor en tu mano, no me has matado.

19 Porque, si uno halla a su enemigo, ¿lo dejará ir sano y salvo? El Señor te recompense con bien por lo que hoy has hecho conmigo.

20 Y ahora, he aquí, yo sé que tú has de reinar, y que el reino de Israel ha de ser confirmado en tu mano.

21 Júrame, pues, ahora por el Señor, que no exterminarás mi descendencia después de mí, ni borrarás mi nombre de la casa de mi padre».

22 David lo juró a Saúl. Y se fue Saúl a su casa, y David y sus hombres subieron a la fortaleza.

Capítulo 25

1 Murió Samuel, y todo Israel se reunió para llorarlo y lo enterraron en su casa, en Ramá. Después David se levantó y descendió al desierto de Parán.

2 Había en Maón un hombre que tenía sus posesiones en el Carmelo; el hombre era muy rico. Tenía tres mil ovejas y mil cabras, y estaba esquilando sus ovejas en el Carmelo.

3 El hombre se llamaba Nabal, y su mujer, Abigail. Ella era una mujer inteligente y hermosa, pero el hombre era huraño y de malas acciones. Era de la casa de Caleb.

4 David oyó en el desierto que Nabal estaba esquilando sus ovejas.

5 Envió David a diez jóvenes y les dijo: “Subid al Carmelo, id a Nabal y saludadle en mi nombre.

6 Decidle: «¡Paz a ti, paz a tu casa y paz a todo lo que tienes!

7 He oído que tienes esquiladores. Tus pastores han estado con nosotros y no les hemos hecho ningún daño; nada les faltó en todo el tiempo que estuvieron en el Carmelo.

8 Pregunta a tus criados y ellos te lo dirán. Hallen, pues, estos jóvenes gracia a tus ojos, porque venimos en buen día; te ruego que des lo que tengas a mano a tus siervos y a tu hijo David»».

9 Cuando llegaron los jóvenes de David, repitieron a Nabal todas estas palabras en nombre de David, y esperaron.

10 Nabal respondió a los siervos de David: «¿Quién es David? ¿Quién es el hijo de Jesé? Muchos siervos hay hoy que huyen de sus señores.

11 ¿He de tomar ahora mi pan, mi agua y la carne que he preparado para mis esquiladores, para dárselos a hombres que no sé de dónde vienen?».

12 Los jóvenes de David se volvieron por su camino y, al llegar, le contaron todas estas palabras.

13 David dijo a sus hombres: «¡Cíñase cada uno su espada!». Cada uno se ciñó su espada; también David se ciñó la suya. Subieron tras David unos cuatrocientos hombres, y doscientos se quedaron con el bagaje.

14 Pero uno de los criados avisó a Abigail, mujer de Nabal: «Mira que David envió mensajeros desde el desierto para saludar a nuestro amo, y él los ha insultado.

15 Sin embargo, esos hombres se han portado muy bien con nosotros; nunca nos hicieron daño ni nos faltó nada en todo el tiempo que anduvimos con ellos por el campo.

16 Han sido para nosotros como un muro, de noche y de día, todo el tiempo que estuvimos con ellos cuidando las ovejas.

17 Ahora, pues, sabed y considerad lo que vais a hacer, porque el mal está decidido contra nuestro amo y contra toda su casa; pues él es un hombre tan perverso que nadie puede hablarle».

18 Entonces Abigail tomó a toda prisa doscientos panes, dos odres de vino, cinco ovejas ya preparadas, cinco seahs de grano tostado, cien racimos de pasas y doscientos panes de higos secos, y lo cargó todo en asnos.

19 Dijo a sus criados: «Id delante de mí; mirad que yo voy detrás de vosotros». Pero no dijo nada a su marido Nabal.

20 Mientras ella, montada en su asno, bajaba por una parte oculta del monte, David y sus hombres venían bajando a su encuentro, y ella se topó con ellos.

21 David había dicho: «Ciertamente en vano he guardado todo lo que este tiene en el desierto, sin que nada le faltase de cuanto le pertenecía; él me ha devuelto mal por bien.

22 Así haga Dios a los enemigos de David y aun añada, si de aquí a la mañana dejo con vida a uno solo de sus varones».

23 Cuando Abigail vio a David, se apeó rápidamente del asno y, postrándose ante David, se inclinó rostro en tierra.

24 Se echó a sus pies y dijo: «¡Señor mío, caiga sobre mí la culpa! Te ruego que dejes hablar a tu sierva a tus oídos, y escucha las palabras de tu sierva.

25 No haga caso mi señor de ese hombre perverso, de Nabal; porque conforme a su nombre, así es él. Nabal se llama, y la insensatez está con él. Yo, tu sierva, no vi a los jóvenes que tú, mi señor, enviaste.

26 Ahora pues, señor mío, vive el Señor y vive tu alma, que el Señor te ha impedido derramar sangre y vengarte por tu propia mano. Sean, pues, como Nabal tus enemigos y todos los que buscan el mal contra mi señor.

27 Y ahora este presente que tu sierva ha traído a mi señor, sea dado a los jóvenes que siguen a mi señor.

28 Te ruego que perdones la ofensa de tu sierva; pues el Señor ciertamente dará a mi señor una casa estable, por cuanto mi señor pelea las batallas del Señor, y no se hallará mal en ti en todos tus días.

29 Aunque alguien se levante para perseguirte y buscar tu vida, el alma de mi señor estará ligada en el haz de los que viven junto al Señor tu Dios; pero él arrojará el alma de tus enemigos como con la honda.

30 Y cuando el Señor haya hecho con mi señor conforme a todo el bien que ha dicho de ti, y te haya puesto por caudillo sobre Israel,

31 no sea esto motivo de remordimiento ni de cargo de conciencia a mi señor, el haber derramado sangre sin causa, o el haberse vengado mi señor por sí mismo. Y cuando el Señor haga bien a mi señor, acuérdate de tu sierva».

32 David dijo a Abigail: «¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que te envió hoy a mi encuentro!

33 Bendito sea tu consejo, y bendita seas tú, que me has estorbado hoy de ir a derramar sangre y de vengarme por mi propia mano.

34 Porque vive el Señor, Dios de Israel, que me ha impedido hacerte mal, que si no te hubieras apresurado a venir a mi encuentro, de aquí al amanecer no le habría quedado a Nabal ni un solo varón».

35 David recibió de su mano lo que le había traído y le dijo: «Sube en paz a tu casa; mira que he escuchado tu razón y te he concedido lo que me pides».

36 Abigail volvió a Nabal, y he aquí que él tenía banquete en su casa como banquete de rey; el corazón de Nabal estaba alegre y él estaba completamente borracho, por lo que ella no le declaró nada hasta el día siguiente.

37 Pero por la mañana, cuando a Nabal se le habían pasado los efectos del vino, su mujer le contó estas cosas; y su corazón desfalleció en él, y se quedó como una piedra.

38 Diez días después, el Señor hirió a Nabal, y murió.

39 Cuando David oyó que Nabal había muerto, dijo: «Bendito sea el Señor, que juzgó la causa de mi afrenta recibida de mano de Nabal, y ha preservado del mal a su siervo; y el Señor ha devuelto la maldad de Nabal sobre su propia cabeza». Después David envió a hablar con Abigail para tomarla por mujer.

40 Los siervos de David fueron a Abigail al Carmelo y le hablaron diciendo: «David nos ha enviado a ti para tomarte por mujer».

41 Ella se levantó y se inclinó rostro en tierra, diciendo: «He aquí tu sierva, para que sea una sierva que lave los pies de los siervos de mi señor».

42 Se levantó Abigail a toda prisa y, montando en un asno con sus cinco criadas que la seguían, fue tras los mensajeros de David y fue su mujer.

43 También tomó David a Ahinoam de Jezreel, y ambas fueron sus mujeres.

44 Pues Saúl había dado a su hija Mical, mujer de David, a Palti hijo de Lais, que era de Galim.

Capítulo 26

1 Vinieron los zifitas a Gabaa para decir a Saúl: «¿No está David escondido en el collado de Haquila, frente al desierto?».

2 Saúl se levantó entonces y descendió al desierto de Zif, llevando consigo a tres mil hombres escogidos de Israel, para buscar a David en el desierto de Zif.

3 Acampó Saúl en el collado de Haquila, que está frente al desierto, junto al camino. Pero David, que habitaba en el desierto, se dio cuenta de que Saúl iba tras él.

4 David, pues, envió espías y supo con certeza que Saúl había llegado.

5 Se levantó David y fue al lugar donde Saúl había acampado; y vio David el sitio donde dormía Saúl con Abner hijo de Ner, general de su ejército. Saúl estaba acostado en el centro del campamento, y el pueblo estaba acampado a su alrededor.

6 Entonces David habló a Ahimelec hitita y a Abisai hijo de Sarvia, hermano de Joab, diciendo: «¿Quién descenderá conmigo al campamento de Saúl?». Respondieron: «Yo descenderé con vosotros».

7 David, pues, y Abisai fueron al ejército de noche; y he aquí que Saúl estaba tendido durmiendo en el centro del campamento, con su lanza clavada en tierra a su cabecera; Abner y el ejército estaban tendidos a su alrededor.

8 Entonces dijo Abisai a David: «Hoy ha entregado Dios a tu enemigo en tu mano. Ahora, pues, déjame que lo enclave en tierra con su lanza de un solo golpe, y no hará falta un segundo».

9 Pero David respondió a Abisai: «No lo mates; porque ¿quién extenderá su mano contra el ungido del Señor y será inocente?».

10 Dijo además David: «Vive el Señor, que si el Señor no lo hiriere, o su día llegare para que muera, o descendiendo en batalla perezca,

11 guárdeme el Señor de extender mi mano contra el ungido del Señor. Pero toma ahora la lanza que está a su cabecera y la jarra de agua, y vámonos».

12 Tomó, pues, David la lanza y la jarra de agua de la cabecera de Saúl, y se fueron. No hubo nadie que lo viese, ni se diese cuenta, ni despertase, pues todos dormían; porque un profundo sueño enviado por el Señor había caído sobre ellos.

13 Entonces David pasó al otro lado y se puso en la cumbre del monte, a lo lejos, quedando un gran espacio entre ellos;

14 y gritó David al pueblo y a Abner hijo de Ner, diciendo: «¿No respondes, Abner?». Entonces Abner respondió diciendo: «¿Quién eres tú que gritas al rey?».

15 Y dijo David a Abner: «¿No eres tú un hombre? ¿Y quién hay como tú en Israel? ¿Por qué, pues, no has guardado al rey tu señor? Porque uno del pueblo ha entrado para matar a tu señor el rey.

16 Esto que has hecho no está bien. ¡Vive el Señor!, que sois dignos de muerte, porque no habéis guardado a vuestro señor, al ungido del Señor. Mira ahora dónde está la lanza del rey y la jarra de agua que estaba a su cabecera».

17 Saúl reconoció la voz de David y dijo: «¿Es esta tu voz, hijo mío David?». David respondió: «Mi voz es, rey señor mío».

18 Y dijo: "¿Por qué persigue así mi señor a su siervo? ¿Qué he hecho? ¿Qué mal hay en mi mano?

19 Ruego, pues, ahora que mi señor el rey escuche las palabras de su siervo. Si el Señor te incita contra mí, acepte él un sacrificio; pero si son hombres, malditos sean ellos en presencia del Señor, porque me han arrojado hoy para que no tenga parte en la heredad del Señor, diciéndome: «Ve, sirve a dioses ajenos».

20 No caiga, pues, ahora mi sangre en tierra lejos de la presencia del Señor, porque ha salido el rey de Israel a buscar una pulga, como quien persigue una perdiz por los montes".

21 Entonces Saúl dijo: «He pecado; vuelve, hijo mío David, que ningún mal te haré más, pues mi vida ha sido estimada preciosa a tus ojos hoy. He aquí que yo he actuado neciamente y he errado en gran manera».

22 David respondió y dijo: «He aquí la lanza del rey; pase acá uno de los criados y tómela.

23 El Señor pague a cada uno su justicia y su lealtad; pues el Señor te había entregado hoy en mi mano, mas yo no quise extender mi mano contra el ungido del Señor.

24 Y así como tu vida ha sido estimada hoy de gran valor a mis ojos, así sea mi vida estimada a los ojos del Señor, y me libre él de toda aflicción».

25 Saúl dijo a David: «Bendito seas tú, hijo mío David; sin duda harás grandes cosas y prevalecerás». Entonces David siguió su camino y Saúl se volvió a su lugar.

Capítulo 27

1 David dijo en su corazón: «Cualquier día de estos voy a perecer a manos de Saúl. Nada hay mejor para mí que escapar a la tierra de los filisteos; así Saúl desistirá de buscarme por todos los confines de Israel, y escaparé de su mano».

2 Se levantó, pues, David y pasó, con los seiscientos hombres que estaban con él, a
Aquis hijo de Maoc, rey de Gat.

3 David habitó con Aquis en Gat, él y sus hombres, cada uno con su familia; Da-
vid con sus dos mujeres, Ahinoam la jezreelita y Abigail la carmelita, que fue mu-
jer de Naal.

4 Cuando se le informó a Saúl que David había huido a Gat, no volvió a buscarlo.

5 David dijo a Aquis: «Si he hallado gracia a tus ojos, ruego que se me dé un lugar
en una de las ciudades del campo donde yo habite; pues, ¿por qué ha de habitar tu
siervo contigo en la ciudad real?».

6 Aquel mismo día Aquis le dio Siclag; por lo cual Siclag ha pertenecido a los re-
yes de Judá hasta hoy.

7 El tiempo que David habitó en la tierra de los filisteos fue de un año y cuatro
meses.

8 David y sus hombres subían y hacían incursiones contra los gesuritas, los guirzi-
tas y los amalecitas; porque estos habitaban la tierra desde tiempos antiguos, en
dirección de Shur hasta la tierra de Egipto.

9 David asolaba la tierra y no dejaba con vida hombre ni mujer; se llevaba las ove-
jas, las vacas, los asnos, los camellos y la ropa, y volvía a Aquis.

10 Aquis le preguntaba: «¿Contra quién habéis hecho hoy la incursión?». David
respondía: «Contra el sur de Judá, contra el sur de los jerameelitas y contra el sur
de los ceneos».

11 Ni hombre ni mujer dejaba David con vida para que fuesen llevados a Gat, di-
ciendo: «No sea que den aviso contra nosotros, diciendo: «Esto hizo David»».
Tal fue su costumbre todo el tiempo que habitó en la tierra de los filisteos.

12 Aquis creía a David, y decía: «Él se ha hecho odioso a su pueblo Israel; por
tanto, será mi siervo para siempre».

Capítulo 28

1 En aquellos días, los filisteos reunieron sus ejércitos para la guerra, para luchar contra Israel. Aquis dijo a David: «Ten por seguro que saldrás conmigo en el ejército, tú y tus hombres».

2 David dijo a Aquis: «Así sabrás lo que puede hacer tu siervo». Aquis dijo a David: «Por eso te haré mi guardia personal para siempre».

3 Samuel había muerto, y todo Israel lo había llorado y enterrado en Ramá, en su propia ciudad. Saúl había expulsado del país a los que consultaban a los espíritus y a los adivinos.

4 Los filisteos se reunieron y vinieron a acampar en Sunem, y Saúl reunió a todo Israel y acamparon en Gilboa.

5 Cuando Saúl vio el ejército de los filisteos, tuvo miedo y su corazón se estremeció mucho.

6 Saúl consultó al Señor, pero el Señor no le respondió ni por sueños, ni por el Urim, ni por los profetas.

7 Entonces Saúl dijo a sus servidores: «Buscadme una mujer que tenga espíritu de adivinación, para que vaya a ella y le pregunte». Sus siervos le dijeron: «Mira, hay una mujer en Endor que evoca a los espíritus».

8 Saúl se disfrazó y se puso otra ropa, y fue con dos hombres; llegaron a casa de la mujer de noche. Él le dijo: «Te ruego que me adivines la suerte por un espíritu, y me hagas subir a quien yo te diga».

9 La mujer le dijo: «Mira, tú sabes lo que ha hecho Saúl, cómo ha eliminado del país a los que evocan a los muertos y a los adivinos. ¿Por qué, pues, pones una trampa a mi vida para causarme la muerte?».

10 Saúl le juró por el Señor, diciendo: «Vive el Señor que no te vendrá ningún castigo por esto».

11 Entonces la mujer dijo: «¿A quién te haré subir?». Él respondió: «Hazme subir
a Samuel».

12 Cuando la mujer vio a Samuel, gritó con fuerza; y la mujer habló a Saúl di-
ciendo: «¿Por qué me has engañado? ¡Si tú eres Saúl!».

13 El rey le dijo: «No tengas miedo. ¿Qué ves?». La mujer respondió a Saúl: «Veo
un ser divino que sube de la tierra».

14 Él le preguntó: «¿Qué aspecto tiene?». Ella dijo: «Es un anciano el que sube, y
está cubierto con un manto». Saúl comprendió que era Samuel, y se inclinó ros-
tro en tierra haciendo una gran reverencia.

15 Samuel dijo a Saúl: «¿Por qué me has molestado haciéndome subir?». Saúl res-
pondió: «Estoy muy angustiado, pues los filisteos me hacen la guerra y Dios se ha
apartado de mí; ya no me responde más, ni por medio de profetas ni por sueños.
Por eso te he llamado, para que me hagas saber lo que debo hacer».

16 Samuel dijo: «¿Por qué me preguntas a mí, si el Señor se ha apartado de ti y se
ha convertido en tu adversario?

17 El Señor ha hecho contigo como dijo por medio de mí; pues el Señor ha arran-
cado el reino de tu mano y se lo ha dado a tu prójimo, a David.

18 Como tú no obedeciste a la voz del Señor, ni ejecutaste el ardor de su ira contra
Amalec, por eso el Señor te ha hecho esto hoy.

19 Además, el Señor entregará a Israel junto con vosotros en manos de los filis-
teos; y mañana, tú y tus hijos estaréis conmigo. El Señor entregará también el
campamento de Israel en manos de los filisteos».

20 Al instante Saúl cayó en tierra cuan largo era, y tuvo gran temor por las pala-
bras de Samuel; además, no le quedaban fuerzas, porque no había comido nada
en todo el día ni en toda la noche.

21 La mujer se acercó a Saúl y, viéndolo muy turbado, le dijo: «Mira, tu sierva ha
escuchado tu voz; he puesto mi vida en mi mano y he obedecido las palabras que
me has dicho.

22 Te ruego, pues, que escuches tú también la voz de tu sierva: permite que ponga
ante ti un bocado de pan; come para que tengas fuerzas cuando sigas tu camino».

23 Él se negó y dijo: «No comeré». Pero sus siervos, junto con la mujer, le obligaron, y él accedió. Se levantó del suelo y se sentó en la cama.

24 La mujer tenía en casa un ternero cebado, el cual mató enseguida; tomó harina,
la amasó y coció panes sin levadura.

25 Lo puso todo delante de Saúl y de sus siervos, y comieron. Después se levantaron y se marcharon aquella misma noche.

Capítulo 29

1 Los filisteos reunieron todos sus ejércitos en Afec, mientras los israelitas acampaban junto a la fuente que está en Jezreel.

2 Los príncipes de los filisteos pasaban revista a sus secciones de a cien y de a mil,
y David y sus hombres iban en la retaguardia con Aquis.

3 Entonces los príncipes de los filisteos preguntaron: «¿Qué hacen aquí estos hebreos?». Aquis respondió a los príncipes de los filisteos: «¿No es este David, el siervo de Saúl, rey de Israel, que ha estado conmigo estos días y estos años? No he hallado en él falta alguna desde el día en que se pasó a mi bando hasta hoy».

4 Pero los príncipes de los filisteos se irritaron contra él y le dijeron: “Haz volver a ese hombre para que se quede en el lugar que le has señalado. Que no baje con nosotros a la batalla, no sea que se convierta en nuestro adversario durante el combate. Pues ¿con qué otra cosa podría este hombre congraciarse con su señor sino con las cabezas de estos hombres?

5 ¿No es este aquel David de quien cantaban en las danzas, diciendo:
«Saúl hirió a sus miles,
y David a sus diez miles»?”.

6 Entonces Aquis llamó a David y le dijo: «Vive el Señor, que tú has sido recto y
me ha parecido bien tu comportamiento conmigo en el ejército, pues ninguna
maldad he hallado en ti desde el día que viniste a mí hasta hoy; pero no eres del
agrado de los príncipes.

7 Por tanto, vuelve ahora y vete en paz, para que no desagrades a los príncipes de
los filisteos».

8 David respondió a Aquis: «Pero ¿qué he hecho? ¿Qué has hallado en tu siervo
desde el día que estoy en tu presencia hasta hoy, para que yo no vaya a pelear con-
tra los enemigos de mi señor el rey?».

9 Aquis respondió a David: "Yo sé que tú eres bueno a mis ojos, como un ángel de
Dios; pero los príncipes de los filisteos han dicho: «No subirá con nosotros a la
batalla».

10 Levántate, pues, mañana muy temprano, con los siervos de tu señor que han
venido contigo; partid en cuanto madruguéis y haya luz".

11 David se levantó de madrugada, él y sus hombres, para partir por la mañana y
volver a la tierra de los filisteos; y los filisteos subieron a Jezreel.

Capítulo 30

1 Cuando David y sus hombres llegaron a Siclag al tercer día, los amalecitas ha-
bían invadido el Neguev y Siclag; habían asolado a Siclag y le habían prendido
fuego.

2 Se habían llevado cautivas a las mujeres y a todos los que estaban allí, desde el
más pequeño hasta el más grande; pero no habían matado a nadie, sino que se los
llevaron y siguieron su camino.

3 Cuando David y sus hombres llegaron a la ciudad, vieron que había sido que-
mada, y que sus mujeres, sus hijos y sus hijas habían sido llevados cautivos.

4 Entonces David y la gente que estaba con él alzaron su voz y lloraron hasta que
les faltaron las fuerzas para llorar.

5 También las dos mujeres de David, Ahinoam la jezreelita y Abigail, la que fue mujer de Nabal el del Carmelo, habían sido llevadas cautivas.

6 David se hallaba en gran angustia, porque el pueblo hablaba de apedrearlo, pues el alma de todo el pueblo estaba llena de amargura, cada uno por sus hijos y por sus hijas; mas David se fortaleció en el Señor su Dios.

7 Y dijo David al sacerdote Abiatar, hijo de Ahimelec: «Te ruego que me traigas el efod». Abiatar trajo el efod a David.

8 David consultó al Señor, diciendo: «¿Perseguiré a esta banda de merodeadores? ¿Los alcanzaré?». Él le respondió: «Persíguelos, porque ciertamente los alcanzarás y sin duda rescatarás a todos».

9 Partió, pues, David, él y los seiscientos hombres que con él estaban, y llegaron hasta el torrente de Besor, donde se quedaron algunos.

10 Pero David siguió la persecución con cuatrocientos hombres; pues se quedaron atrás doscientos que, por estar demasiado cansados, no pudieron pasar el torrente de Besor.

11 Hallaron en el campo a un hombre egipcio, el cual trajeron a David; le dieron pan y comió, y le dieron a beber agua.

12 Le dieron también un pedazo de masa de higos secos y dos racimos de pasas. Luego que comió, recobró su espíritu, porque no había comido pan ni bebido agua en tres días y tres noches.

13 David le preguntó: «¿De quién eres tú y de dónde vienes?». Él respondió: «Soy un joven egipcio, siervo de un amalecita; mi amo me abandonó hace tres días porque caí enfermo.

14 Hicimos una incursión en el Neguev de los quereteos, en el territorio de Judá y en el Neguev de Caleb; también prendimos fuego a Siclag».

15 David le preguntó: «¿Me llevarás tú hasta esa hueste?». Él dijo: «Júrame por Dios que no me matarás, ni me entregarás en mano de mi señor, y te llevaré a ellos».

16 Lo llevó, pues; y he aquí que estaban dispersos por toda aquella tierra, comiendo, bebiendo y bailando por todo aquel gran botín que habían tomado de la tierra de los filisteos y de la tierra de Judá.

17 David los batió desde el anochecer hasta la tarde del día siguiente; no escapó de ellos ninguno, sino cuatrocientos jóvenes que montaron en camellos y huyeron.

18 David recobró todo lo que los amalecitas habían tomado, y también rescató a sus dos mujeres.

19 No les faltó nada, ni pequeño ni grande, ni hijos ni hijas, ni del botín, ni de todas las cosas que les habían tomado; todo lo recuperó David.

20 Tomó también David todas las ovejas y el ganado vacuno; y los que lo conducían delante del otro ganado decían: «Este es el botín de David».

21 Llegó David a donde estaban los doscientos hombres que, por el cansancio, no habían podido seguirlo y se habían quedado en el torrente de Besor; estos salieron a recibir a David y al pueblo que con él estaba. Cuando David se acercó a la gente, les saludó con paz.

22 Entonces todos los hombres malvados y perversos de entre los que habían ido con David respondieron diciendo: «Puesto que no fueron con nosotros, no les daremos del botín que hemos recuperado, sino a cada uno su mujer y sus hijos; que los tomen y se vayan».

23 Pero David dijo: «No hagáis eso, hermanos míos, con lo que nos ha dado el Señor, quien nos ha guardado y ha entregado en nuestra mano a la banda que vino contra nosotros.

24 ¿Y quién os escuchará en este asunto? Porque cual sea la parte del que desciende a la batalla, tal ha de ser la parte del que se queda con el bagaje; han de partir por igual».

25 Desde aquel día en adelante quedó esto por estatuto y ordenanza en Israel, hasta hoy.

26 Cuando David llegó a Siclag, envió parte del botín a los ancianos de Judá, sus amigos, diciendo: «He aquí un presente para vosotros del botín de los enemigos del Señor».

27 Lo envió a los que estaban en Betel, en Ramot del Neguev, en Jatir,

28 en Aroer, en Sifmot, en Estemoa,

29 en Racal, en las ciudades de los jerameelitas, en las ciudades de los ceneos,

30 en Horma, en Corasán, en Atac,

31 en Hebrón y en todos los lugares donde David había estado con sus hombres.

Capítulo 31

1 Los filisteos lucharon contra Israel, y los hombres de Israel huyeron delante de los filisteos y cayeron muertos en el monte Gilboa.

2 Los filisteos alcanzaron a Saúl y a sus hijos, y mataron a Jonatán, a Abinadab y a Malquisúa, hijos de Saúl.

3 La batalla arreció contra Saúl; los arqueros lo alcanzaron y fue herido de gravedad por ellos.

4 Entonces dijo Saúl a su escudero: «Saca tu espada y traspásame con ella, no sea que vengan estos incircuncisos, me atraviesen y se mofen de mí». Pero su escudero no quiso, porque tenía gran temor. Entonces Saúl tomó su espada y se echó sobre ella.

5 Al ver su escudero que Saúl había muerto, él también se echó sobre su espada y murió con él.

6 Así murió Saúl aquel día, y sus tres hijos, y su escudero, y todos sus hombres juntos.

7 Cuando los hombres de Israel que estaban al otro lado del valle, y los que estaban al otro lado del Jordán, vieron que Israel había huido y que Saúl y sus hijos habían muerto, abandonaron las ciudades y huyeron; y los filisteos vinieron y ha-

bitaron en ellas.

8 Al día siguiente, cuando los filisteos vinieron a despojar a los muertos, hallaron a Saúl y a sus tres hijos caídos en el monte Gilboa.

9 Le cortaron la cabeza, le despojaron de sus armas y enviaron mensajeros por toda la tierra de los filisteos para llevar la noticia al templo de sus ídolos y al pueblo.

10 Pusieron sus armas en el templo de Astarot y colgaron su cuerpo en el muro de Bet-san.

11 Mas cuando los de Jabes de Galaad oyeron lo que los filisteos habían hecho a Saúl,

12 todos los hombres valientes se levantaron y caminaron toda aquella noche; tomaron el cuerpo de Saúl y los cuerpos de sus hijos del muro de Bet-san, y volviendo a Jabes, los quemaron allí.

13 Tomaron sus huesos y los enterraron debajo de un tamarisco en Jabes, y ayunaron siete días.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

2 SAMUEL

Capítulo 1

1 Aconteció después de la muerte de Saúl, que vuelto David de la derrota de los amalecitas, estuvo dos días en Siclag.

2 Al tercer día, sucedió que vino uno del campamento de Saúl, rotas sus vestiduras y puesta tierra sobre su cabeza; y llegando a David, se postró en tierra e hizo reverencia.

3 Y le dijo David: ¿De dónde vienes? Y él respondió: Se me ha escapado del campamento de Israel.

4 David le dijo: ¿Qué ha acontecido? Te ruego que me lo digas. Y él respondió: El pueblo huyó de la batalla, y también muchos del pueblo cayeron y son muertos; también Saúl y Jonatán su hijo han muerto.

5 Dijo David a aquel joven que le daba las nuevas: ¿Cómo sabes que han muerto Saúl y Jonatán su hijo?

6 El joven que le daba las nuevas respondió: Casualmente vine al monte de Gilboa, y hallé a Saúl que se apoyaba sobre su lanza, y venían tras él carros y gente de a caballo.

7 Y como él miró hacia atrás, me vio y me llamó; y yo dije: Heme aquí.

8 Y me preguntó: ¿Quién eres tú? Y yo le respondí: Soy amalecita.

9 Él me volvió a decir: Te ruego que te pongas sobre mí y me mates, porque se han apoderado de mí las angustias, pues mi vida está aún toda en mí.

10 Yo entonces me puse sobre él y le maté, pues sabía que no podía vivir después de su caída; y tomé la corona que tenía en su cabeza, y la argolla que traía en su brazo, y las he traído aquí a mi señor.

11 Entonces David, trabando de sus vestiduras, las rasgó; y lo mismo hicieron todos los hombres que estaban con él.

12 Y lloraron y lamentaron y ayunaron hasta la noche, por Saúl y por Jonatán su hijo, por el pueblo de Yahvé y por la casa de Israel, porque habían caído a filo de espada.

13 Y David dijo a aquel joven que le había traído las nuevas: ¿De dónde eres tú? Y él respondió: Yo soy hijo de un extranjero, amalecita.

14 Y le dijo David: ¿Cómo no tuviste temor de extender tu mano para matar al ungido de Yahvé?

15 Entonces llamó David a uno de sus hombres, y le dijo: Ven, y arremete contra él. Y él lo hirió, y murió.

16 Y David le dijo: Tu sangre sea sobre tu cabeza, pues tu boca atestiguó contra ti, diciendo: Yo maté al ungido de Yahvé.

17 Y endechó David esta endecha sobre Saúl y sobre Jonatán su hijo,

18 y dijo que enseñasen el canto del arco a los hijos de Judá. He aquí que está escrito en el libro de Jasar:

19 ¡Tu gloria, oh Israel, ha perecido sobre tus montes!
¡Cómo han caído los valientes!

20 No lo deis a entender en Gat,
Ni deis las nuevas en las plazas de Ascalón;
Para que no se alegren las hijas de los filisteos,
Para que no salten de gozo las hijas de los incircuncisos.

21 Montes de Gilboa,
Ni caiga sobre vosotros rocío ni lluvia, ni seáis campos de ofrendas;
Porque allí fue desechado el escudo de los valientes,
El escudo de Saúl, como si no hubiera sido ungido con aceite.

22 Sin sangre de muertos, sin grosura de valientes,
El arco de Jonatán nunca volvió atrás,
Ni la espada de Saúl volvió vacía.

23 Saúl y Jonatán, amados y queridos en su vida,
En su muerte no fueron apartados.
Más ligeros eran que águilas,
Más fuertes que leones.

24 Hijas de Israel, llorad por Saúl,
Que os vestía de escarlata con deleites,
Que adornaba vuestras ropas con ornamentos de oro.

25 ¡Cómo han caído los valientes en medio de la batalla!
¡Jonatán, muerto en tus alturas!

26 Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán,
Que me fuiste muy dulce.
Más maravilloso me fue tu amor
Que el amor de las mujeres.

27 ¡Cómo han caído los valientes,
Y perecieron las armas de guerra!

Capítulo 2

1 Después de esto, David consultó a Yahvé, diciendo: «¿Debo subir a alguna de las ciudades de Judá?». Yahvé le dijo: «Sube». David dijo: «¿Adónde subiré?» Dijo: «A Hebrón».

2 David subió allí con sus dos mujeres, Ahinoam la jezreelita y Abigail la mujer de Nabal el carmelita.

3 David hizo subir a sus hombres que estaban con él, cada uno con su familia. Vivían en las ciudades de Hebrón.

4 Vinieron los hombres de Judá y allí ungieron a David como rey de la casa de
Judá. Le dijeron a David: «Los hombres de Jabes de Galaad fueron los que enterraron a Saúl».

5 David envió mensajeros a los hombres de Jabes de Galaad y les dijo: «Benditos
seáis por Yahvé, porque habéis mostrado esta bondad con vuestro señor, con
Saúl, y lo habéis enterrado.

6 Que el Señor les muestre su bondad y su verdad. Yo también te recompensaré
por esta bondad, porque has hecho esto.

7 Ahora, pues, fortalece tus manos y sé valiente, porque Saúl, tu señor, ha muerto,
y también la casa de Judá me ha ungido como rey sobre ellos.»

8 Abner, hijo de Ner, capitán del ejército de Saúl, había capturado a Isboset, hijo
de Saúl, y lo había llevado a Mahanaim.

9 Lo hizo rey de Galaad, de los asuritas, de Jezreel, de Efraín, de Benjamín y de
todo Israel.

10 Isboset, hijo de Saúl, tenía cuarenta años cuando comenzó a reinar sobre Israel,
y reinó dos años. Pero la casa de Judá siguió a David.

11 El tiempo que David fue rey en Hebrón sobre la casa de Judá fue de siete años y
seis meses.

12 Abner hijo de Ner, y los siervos de Isboset hijo de Saúl, salieron de Mahanaim
a Gabaón.

13 Joab, hijo de Sarvia, y los siervos de David salieron a su encuentro junto al estanque de Gabaón, y se sentaron, el uno a un lado del estanque y el otro al otro.

14 Abner dijo a Joab: «¡Por favor, que los jóvenes se levanten y compitan ante nosotros!» Joab dijo: «¡Que se levanten!»

15 Entonces se levantaron y pasaron por número: doce por Benjamín y por Isboset, hijo de Saúl, y doce de los siervos de David.

16 Cada uno de ellos agarró a su adversario por la cabeza y le clavó la espada en el
costado a su compañero; así cayeron juntos. Por eso aquel lugar de Gabaón se
llamó Helkath Hazzurim.

17 La batalla fue muy dura aquel día, y Abner y los hombres de Israel fueron de-
rrotados ante los servidores de David.

18 Los tres hijos de Sarvia estaban allí: Joab, Abisai y Asael. Asael era ligero de
pies como una gacela salvaje.

19 Asael persiguió a Abner. No se volvió ni a la derecha ni a la izquierda de seguir
a Abner.

20 Entonces Abner miró detrás de él y dijo: «¿Eres tú, Asahel?» Respondió: «Lo
es».

21 Abner le dijo: «Vuélvete a tu derecha o a tu izquierda, agarra a uno de los jóve-
nes y toma su armadura». Pero Asahel no quiso dejar de seguirlo.

22 Abner le dijo de nuevo a Asael: «Apártate de seguirme. ¿Por qué habría de ti-
rarte al suelo? ¿Cómo podría entonces mirar a la cara a tu hermano Joab?»

23 Sin embargo, él se negó a apartarse. Entonces Abner, con el extremo posterior
de la lanza, lo golpeó en el cuerpo, de modo que la lanza salió por detrás de él; y allí
cayó y murió en el mismo lugar. Todos los que llegaron al lugar donde cayó y mu-
rió Asael se detuvieron.

24 Pero Joab y Abisai persiguieron a Abner. El sol se puso cuando llegaron a la
colina de Amma, que está frente a Giah por el camino del desierto de Gabaón.

25 Los hijos de Benjamín se reunieron en pos de Abner y se convirtieron en un
solo grupo, y se pusieron en la cima de la colina.

26 Entonces Abner llamó a Joab y le dijo: «¿La espada va a devorar para siempre?
¿No sabes que al final será amarga? ¿Cuánto tiempo pasará entonces, antes de
que pidas al pueblo que vuelva de seguir a sus hermanos?»

27 Joab dijo: «Vive Dios, si no hubieras hablado, seguramente por la mañana el pueblo se habría ido, y no habría seguido cada uno a su hermano».

28 Así que Joab tocó la trompeta, y todo el pueblo se detuvo y no persiguió más a Israel, y no lucharon más.

29 Abner y sus hombres recorrieron toda aquella noche el Arabá, y pasaron el Jordán, atravesaron todo Bitrón y llegaron a Mahanaim.

30 Joab regresó de seguir a Abner, y cuando reunió a todo el pueblo, faltaban diecinueve hombres de David y Asael.

31 Pero los siervos de David habían herido a los hombres de Abner, de modo que murieron trescientos sesenta hombres.

32 Recogieron a Asael y lo enterraron en la tumba de su padre, que estaba en Belén. Joab y sus hombres pasaron toda la noche, y el día amaneció en Hebrón.

Capítulo 3

1 Hubo una larga guerra entre la casa de Saúl y la de David. David se hacía cada vez más fuerte, pero la casa de Saúl se debilitaba cada vez más.

2 A David le nacieron hijos en Hebrón. Su primogénito fue Amnón, de Ahinoam la jezreelita;

3 y su segundo, Chileab, de Abigail la mujer de Nabal el carmelita; y el tercero, Absalón, hijo de Maaca la hija de Talmai, rey de Gesur;

4 y el cuarto, Adonías, hijo de Haggit; y el quinto, Sefatías, hijo de Abital;

5 y el sexto, Itream, de Egla, mujer de David. Estos le nacieron a David en Hebrón.

6 Mientras había guerra entre la casa de Saúl y la de David, Abner se hizo fuerte en la casa de Saúl.

7 Saúl tenía una concubina que se llamaba Rizpa, hija de Aja; e Ishboset le dijo a Abner: «¿Por qué te has metido con la concubina de mi padre?»

8 Entonces Abner se enojó mucho por las palabras de Ishboshet, y dijo: «¿Soy yo una cabeza de perro que pertenece a Judá? Hoy me muestro bondadoso con la casa de tu padre Saúl, con sus hermanos y con sus amigos, y no te he entregado en manos de David; ¡y sin embargo me acusas hoy de una falta con respecto a esta mujer!

9 Que Dios haga lo mismo con Abner, y más aún, si, como Yahvé ha jurado a David, no hago lo mismo con él:

10 transferir el reino de la casa de Saúl y establecer el trono de David sobre Israel y sobre Judá, desde Dan hasta Beerseba.»

11 No pudo responder a Abner ni una palabra más, porque le tenía miedo.

12 Abner envió mensajeros a David en su nombre, diciéndole: «¿De quién es la tierra?» y diciendo: «Haz tu alianza conmigo, y he aquí que mi mano estará contigo para traer a todo Israel a tu alrededor.»

13 David dijo: «Bien. Haré un tratado contigo, pero te pido una cosa. Esto es, que no verás mi rostro a menos que primero traigas a Mical, la hija de Saúl, cuando vengas a ver mi rostro».

14 David envió mensajeros a Isboset, hijo de Saúl, diciéndole: «Entrégame a mi esposa Mical, a quien me dieron en matrimonio por cien prepucios de los filisteos.»

15 Ishbosheth envió y la separó de su marido, Paltiel hijo de Laish.

16 Su marido la acompañó, llorando, y la siguió hasta Bahurim. Entonces Abner le dijo: «¡Vete, vuelve!», y regresó.

17 Abner se comunicó con los ancianos de Israel, diciendo: "En tiempos pasados, ustedes buscaban que David fuera rey sobre ustedes.

18 ¡Ahora, pues, háganlo! Porque Yahvé ha hablado de David, diciendo: 'Por la mano de mi siervo David, salvaré a mi pueblo Israel de la mano de los filisteos y de la mano de todos sus enemigos'."

19 Abner también habló en los oídos de Benjamín; y Abner también fue a hablar en los oídos de David en Hebrón todo lo que le parecía bien a Israel y a toda la casa de Benjamín.

20 Y Abner vino a David a Hebrón, y veinte hombres con él. David hizo un banquete a Abner y a los hombres que estaban con él.

21 Abner dijo a David: «Me levantaré e iré y reuniré a todo Israel ante mi señor el rey, para que hagan un pacto contigo y para que reines sobre todo lo que tu alma desee.» David despidió a Abner, y éste se fue en paz.

22 He aquí que los siervos de David y Joab venían de una incursión y traían consigo un gran botín; pero Abner no estaba con David en Hebrón, pues éste lo había despedido y se había ido en paz.

23 Cuando llegó Joab y todo el ejército que estaba con él, le dijeron a Joab: «Abner hijo de Ner vino al rey, y él lo ha despedido, y se ha ido en paz.»

24 Entonces Joab se acercó al rey y le dijo: «¿Qué has hecho? He aquí que Abner ha venido a ti. ¿Por qué lo has despedido, y ya se ha ido?

25 Tú conoces a Abner, hijo de Ner. Vino a engañarte y a conocer tu salida y tu entrada, y a saber todo lo que haces».

26 Cuando Joab salió de David, envió mensajeros en busca de Abner, y lo trajeron de vuelta del pozo de Sira; pero David no lo sabía.

27 Cuando Abner regresó a Hebrón, Joab lo apartó en medio de la puerta para hablar con él en voz baja, y lo golpeó allí en el cuerpo, de modo que murió por la sangre de su hermano Asael.

28 Después, cuando David lo oyó, dijo: «Yo y mi reino quedamos libres de culpa ante el Señor para siempre por la sangre de Abner, hijo de Ner.

29 Que caiga sobre la cabeza de Joab y sobre toda la casa de su padre. Que no falte de la casa de Joab ninguno que tenga una baja, o que sea leproso, o que se apoye en un bastón, o que caiga por la espada, o que le falte el pan.»

30 Entonces Joab y su hermano Abisai mataron a Abner, porque éste había matado a su hermano Asael en Gabaón en la batalla.

31 David dijo a Joab y a todo el pueblo que estaba con él: «Rasguen sus ropas, vístanse de saco y hagan duelo frente a Abner». El rey David siguió el féretro.

32 Enterraron a Abner en Hebrón; el rey alzó la voz y lloró ante la tumba de Abner, y todo el pueblo lloró.

33 El rey se lamentó por Abner y dijo: «¿Debe morir Abner como muere un tonto?

34 Sus manos no fueron atadas, ni sus pies fueron puestos en grilletes. Como un hombre cae ante los hijos de la iniquidad, así caíste tú». Todo el pueblo volvió a llorar por él.

35 Todo el pueblo vino a exhortar a David a que comiera pan mientras fuera de día; pero David juró diciendo: «Que Dios me haga así, y más, si pruebo el pan o cualquier otra cosa, hasta que se ponga el sol.»

36 Todo el pueblo se dio por enterado, y les pareció bien, pues todo lo que hacía el rey le parecía bien a todo el pueblo.

37 Así que todo el pueblo y todo Israel comprendieron aquel día que no era del rey matar a Abner hijo de Ner.

38 El rey dijo a sus siervos: «¿No sabéis que hoy ha caído un príncipe y un gran hombre en Israel?

39 Hoy soy débil, aunque he sido ungido rey. Estos hombres, los hijos de Sarvia, son demasiado duros para mí. Que el Señor recompense al malhechor según su maldad».

Capítulo 4

1 Luego que oyó el hijo de Saúl que Abner había muerto en Hebrón, las manos se le desmayaron, y todo Israel se turbó.

2 Tenía el hijo de Saúl dos hombres, capitanes de bandas de merodeadores; el nombre de uno era Baana, y el del otro Recab, hijos de Rimón beerotita, de los hijos de Benjamín (porque Beerot era también contada con Benjamín,

3 pues los beerotitas habían huido a Gitaim, y moran allí como forasteros hasta hoy).

4 Y Jonatán hijo de Saúl tenía un hijo cojo de los pies. Tenía cinco años de edad cuando llegó de Jezreel la noticia de la muerte de Saúl y de Jonatán, y su nodriza lo tomó y huyó; y mientras huía apresuradamente, se le cayó el niño y quedó cojo. Su nombre era Mefiboset.

5 Vinieron, pues, los hijos de Rimón beerotita, Recab y Baana, y llegaron en lo más recio del calor del día a casa de Isboset, el cual estaba durmiendo la siesta en su cámara.

6 Y he aquí que entraron en medio de la casa como para tomar trigo, y le hirieron en la quinta costilla; y Recab y Baana su hermano escaparon.

7 Pues cuando entraron en la casa, estando él acostado en su lecho en su cámara de dormir, lo hirieron y lo mataron, y le cortaron la cabeza, y tomando su cabeza, caminaron por el camino del Arabá toda la noche.

8 Y trajeron la cabeza de Isboset a David en Hebrón, y dijeron al rey: He aquí la cabeza de Isboset hijo de Saúl tu enemigo, que buscaba tu vida; y Yahvé ha vengado hoy a mi señor el rey de Saúl y de su simiente.

9 Y David respondió a Recab y a su hermano Baana, hijos de Rimón beerotita, y les dijo: Vive Yahvé que ha redimido mi alma de toda angustia,

10 que cuando uno me dio nuevas, diciendo: He aquí Saúl es muerto, imaginándose que traía buenas nuevas, yo lo prendí y le maté en Siclag, en pago de sus nuevas.

11 ¿Cuánto más a los malos hombres que mataron a un hombre justo en su casa, sobre su lecho? ¿No he de demandar yo ahora su sangre de vuestra mano, y quitaros de la tierra?

12 Entonces David mandó a los mancebos, y ellos los mataron, y les cortaron las manos y los pies, y los colgaron sobre el estanque en Hebrón. Mas tomaron la cabeza de Isboset, y la enterraron en el sepulcro de Abner en Hebrón.

Capítulo 5

1 Vinieron todas las tribus de Israel a David en Hebrón, y hablaron diciendo: Henos aquí, hueso tuyo y carne tuya somos.

2 Y aun antes de ahora, cuando Saúl reinaba sobre nosotros, eras tú quien sacabas a Israel a la guerra y lo volvías a traer. Además Yahvé te ha dicho: «Tú apacentarás a mi pueblo Israel, y tú serás príncipe sobre Israel».

3 Vinieron, pues, todos los ancianos de Israel al rey en Hebrón, y el rey David hizo con ellos pacto en Hebrón delante de Yahvé; y ungieron a David por rey sobre Israel.

4 Treinta años tenía David cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años.

5 En Hebrón reinó sobre Judá siete años y seis meses, y en Jerusalén reinó treinta y tres años sobre todo Israel y Judá.

6 Entonces marchó el rey con sus hombres a Jerusalén contra los jebuseos que moraban en aquella tierra; los cuales hablaron a David, diciendo: Tú no entrarás acá, pues aun los ciegos y los cojos te echarán (queriendo decir: David no puede entrar acá).

7 Pero David tomó la fortaleza de Sión, la cual es la ciudad de David.

8 Y dijo David aquel día: Todo el que hiriere a los jebuseos, suba por el canal y hiera a los cojos y a los ciegos, a los cuales el alma de David aborrece. Por esto se dijo: Ciego ni cojo no entrará en la casa.

9 Y David moró en la fortaleza, y la llamó Ciudad de David; y edificó alrededor desde Millo hacia adentro.

10 Y David iba creciendo y aumentando en poder, y Yahvé Dios de los Ejércitos estaba con él.

11 E Hiram rey de Tiro envió embajadores a David, y madera de cedro, y carpinteros, y canteros para la piedra, los cuales edificaron una casa a David.

12 Y entendió David que Yahvé le había confirmado por rey sobre Israel, y que había exaltado su reino por amor de su pueblo Israel.

13 Y tomó David más concubinas y mujeres de Jerusalén después que vino de Hebrón, y le nacieron más hijos e hijas.

14 Estos son los nombres de los que le nacieron en Jerusalén: Samúa, Sobab, Natán, Salomón,

15 Ibhar, Elisúa, Nefeg, Jafía,

16 Elisama, Eliada y Elifelet.

17 Oyendo los filisteos que David había sido ungido por rey sobre Israel, subieron todos los filisteos para buscar a David; y cuando David lo oyó, descendió a la fortaleza.

18 Y vinieron los filisteos, y se extendieron por el valle de Refaim.

19 Entonces consultó David a Yahvé, diciendo: ¿Subiré contra los filisteos? ¿Los entregarás en mi mano? Y Yahvé respondió a David: Sube, porque ciertamente entregaré a los filisteos en tu mano.

20 Y vino David a Baal-perazim, y allí los venció David, y dijo: Yahvé ha roto a mis enemigos delante de mí, como brecha de aguas. Por esto llamó el nombre de aquel lugar Baal-perazim.

21 Y dejaron allí sus ídolos, y David y sus hombres los quemaron.

22 Y los filisteos volvieron a venir, y se extendieron en el valle de Refaim.

23 Y consultando David a Yahvé, él le respondió: No subas, sino rodéalos, y vendrás a ellos por enfrente de las balsameras.

24 Y cuando oigas un estruendo de marcha por las copas de las balsameras, entonces te moverás; porque Yahvé saldrá delante de ti a herir el campamento de los filisteos.

25 Y David lo hizo así, como Yahvé se lo había mandado; e hirió a los filisteos desde Geba hasta llegar a Gezer.

Capítulo 6

1 David volvió a juntar a todos los escogidos de Israel, treinta mil.

2 Y se levantó David y partió con todo el pueblo que tenía consigo de Baale de Judá, para hacer subir de allí el arca de Dios, sobre la cual es invocado el Nombre, el nombre de Yahvé de los Ejércitos, que mora entre los querubines.

3 Pusieron el arca de Dios sobre un carro nuevo, y la llevaron de la casa de Abinadab, que estaba en el collado; y Uza y Ahío, hijos de Abinadab, conducían el carro nuevo.

4 Y cuando lo llevaron de la casa de Abinadab, que estaba en el collado, con el arca de Dios, Ahío iba delante del arca.

5 Y David y toda la casa de Israel danzaban delante de Yahvé con toda suerte de instrumentos de madera de haya; con arpas, salterios, adufes, castañuelas y címbalos.

6 Cuando llegaron a la era de Nacón, Uza extendió su mano al arca de Dios y la sostuvo; porque los bueyes tropezaban.

7 Y el furor de Yahvé se encendió contra Uza, y Dios le hirió allí por su temeridad, y murió allí junto al arca de Dios.

8 Y se entristeció David por haber herido Yahvé a Uza, y fue llamado el lugar aquel Fares-uza, hasta el día de hoy.

9 Y temiendo David a Yahvé aquel día, dijo: ¿Cómo ha de venir a mí el arca de Yahvé?

10 De modo que David no quiso traer para sí el arca de Yahvé a la ciudad de David; y la hizo llevar David a casa de Obed-edom geteo.

11 Y estuvo el arca de Yahvé en casa de Obed-edom geteo tres meses; y bendijo Yahvé a Obed-edom y a toda su casa.

12 Fue dado aviso al rey David, diciendo: Yahvé ha bendecido la casa de Obed-edom y todo lo que tiene, a causa del arca de Dios. Entonces David fue, y trajo el arca de Dios de casa de Obed-edom a la ciudad de David con alegría.

13 Y cuando los que llevaban el arca de Yahvé habían dado seis pasos, él sacrificó un buey y un carnero cebado.

14 Y David danzaba con toda su fuerza delante de Yahvé; y estaba David vestido con un efod de lino.

15 Así David y toda la casa de Israel conducían el arca de Yahvé con júbilo y sonido de trompeta.

16 Cuando el arca de Yahvé llegó a la ciudad de David, aconteció que Mical hija de Saúl miró desde una ventana, y vio al rey David que saltaba y danzaba delante de Yahvé; y le menospreció en su corazón.

17 Metieron, pues, el arca de Yahvé, y la pusieron en su lugar en medio de una tienda que David le había levantado; y sacrificó David holocaustos y ofrendas de paz delante de Yahvé.

18 Y cuando David hubo acabado de ofrecer los holocaustos y ofrendas de paz, bendijo al pueblo en el nombre de Yahvé de los Ejércitos.

19 Y repartió a todo el pueblo, y a toda la multitud de Israel, así a hombres como a mujeres, a cada uno una torta de pan, y un pedazo de carne y una torta de pasas. Y se fue todo el pueblo, cada uno a su casa.

20 Volvió luego David para bendecir su casa; y saliendo Mical a recibir a David, dijo: ¡Cuán honrado ha quedado hoy el rey de Israel, descubriéndose hoy delante de las criadas de sus siervos, como se descubre desvergonzadamente un cualquiera!

21 Entonces David respondió a Mical: Fue delante de Yahvé, quien me eligió preferido a tu padre y a toda tu casa, mandándome que fuese príncipe sobre el pueblo de Yahvé, sobre Israel. Por tanto, danzaré delante de Yahvé.

22 Y aun me haré más vil que esta vez, y seré bajo a tus ojos; pero seré honrado delante de las criadas de quienes has hablado.

23 Y Mical hija de Saúl nunca tuvo hijos hasta el día de su muerte.

Capítulo 7

1 Aconteció que cuando el rey habitaba ya en su casa, y Yahvé le había dado reposo de todos sus enemigos alrededor,

2 el rey dijo al profeta Natán: Mira ahora, yo habito en casa de cedro, y el arca de Dios está entre cortinas.

3 Y Natán dijo al rey: Anda, y haz todo lo que está en tu corazón, pues Yahvé está contigo.

4 Aquella misma noche vino palabra de Yahvé a Natán, diciendo:

5 Ve y di a mi siervo David: Así ha dicho Yahvé: ¿Me habéis de edificar tú casa en que yo more?

6 Ciertamente no he habitado en casa desde el día en que saqué a los hijos de Israel de Egipto hasta hoy, sino que he andado en tienda y en tabernáculo.

7 En todo cuanto he andado con todos los hijos de Israel, ¿he hablado yo palabra a alguna de las tribus de Israel, a quien mandé apacentar a mi pueblo Israel, para decir: ¿Por qué no me habéis edificado casa de cedro?

8 Ahora, pues, dirás así a mi siervo David: Así ha dicho Yahvé de los Ejércitos: Yo te tomé de la majada, de detrás de las ovejas, para que fueses príncipe sobre mi pueblo, sobre Israel;

9 y he estado contigo en todo cuanto has andado, y delante de ti he destruido a todos tus enemigos, y te he dado nombre grande, como el nombre de los grandes que hay en la tierra.

10 Además, yo fijaré lugar a mi pueblo Israel y lo plantaré, para que habite en su lugar y nunca más sea removido, ni los hijos de iniquidad lo aflijan más, como antes,

11 desde el día en que puse jueces sobre mi pueblo Israel; y yo te daré descanso de todos tus enemigos. Asimismo Yahvé te hace saber que él te deparará casa.

12 Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino.

13 Él edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino.

14 Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres;

15 pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti.

16 Y será estable tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será firme para siempre.

17 Conforme a todas estas palabras, y conforme a toda esta visión, así habló Natán a David.

18 Y entró el rey David y se puso delante de Yahvé, y dijo: Señor Yahvé, ¿quién soy yo, y qué es mi casa, para que me hayas traído hasta aquí?

19 Y aun esto te ha parecido poco, Señor Yahvé, pues también has hablado de la casa de tu siervo para lo por venir. ¿Es esta la manera de actuar del hombre, Señor Yahvé?

20 ¿Y qué más puede añadir David hablándote a ti? Pues tú conoces a tu siervo, Señor Yahvé.

21 Todas estas grandezas has hecho por tu palabra y según tu corazón, para hacerlas saber a tu siervo.

22 Por tanto, tú te has engrandecido, Yahvé Dios; por cuanto no hay como tú, ni hay Dios fuera de ti, conforme a todo lo que hemos oído con nuestros oídos.

23 ¿Y qué nación hay en la tierra como tu pueblo Israel, cuya libertad Dios fue a rescatar para sí como pueblo, y a ponerle nombre, y a hacer grandezas a su favor, y obras terribles en tu tierra, por amor de tu pueblo, el cual rescataste para ti de Egipto, de las naciones y de sus dioses?

24 Porque tú estableciste a tu pueblo Israel por pueblo tuyo para siempre; y tú, oh Yahvé, fuiste a ellos por Dios.

25 Ahora pues, Yahvé Dios, confirma para siempre la palabra que has hablado sobre tu siervo y sobre su casa, y haz conforme a lo que has dicho.

26 Que sea engrandecido tu nombre para siempre, y se diga: Yahvé de los Ejércitos es Dios sobre Israel; y que la casa de tu siervo David sea firme delante de ti.

27 Porque tú, Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel, revelaste al oído de tu siervo, diciendo: Yo te edificaré casa. Por esto tu siervo ha hallado en su corazón valor para hacer delante de ti esta súplica.

28 Ahora pues, Señor Yahvé, tú eres Dios, y tus palabras son verdad, y tú has prometido este bien a tu siervo.

29 Ten ahora a bien bendecir la casa de tu siervo, para que permanezca perpetuamente delante de ti, porque tú, Señor Yahvé, lo has dicho, y con tu bendición será bendita la casa de tu siervo para siempre.

Capítulo 8

1 Después de esto, aconteció que David quebrantó a los filisteos y los sometió; y tomó David a Meteg-ama de mano de los filisteos.

2 Derrotó también a los de Moab, y los midió con cordel, haciéndolos echar por tierra; y midió dos cordeles para matarlos, y un cordel entero para dejarles con vida. Y fueron los moabitas siervos de David, y le trajeron tributo.

3 Asimismo hirió David a Hadadézer hijo de Rehob, rey de Soba, al ir este a recuperar su dominio al río Éufrates.

4 Y tomó David de ellos mil setecientos hombres de a caballo, y veinte mil hombres de a pie; y desjarretó David todos los caballos de los carros, excepto los de cien carros que reservó.

5 Y viniendo los sirios de Damasco en ayuda de Hadadézer rey de Soba, David hirió de los sirios a veintidós mil hombres.

6 Puso luego David guarniciones en Siria de Damasco, y los sirios fueron hechos siervos de David, sujetos a tributo. Y Yahvé dio la victoria a David por dondequiera que fue.

7 Y tomó David los escudos de oro que traían los siervos de Hadadézer, y los llevó a Jerusalén.

8 Asimismo de Beta y de Berotai, ciudades de Hadadézer, tomó el rey David gran cantidad de bronce.

9 Oyendo Toi rey de Hamat que David había deshecho todo el ejército de Hadadézer,

10 envió Toi a Joram su hijo al rey David, para saludarle pacíficamente y bendecirle, por haber peleado con Hadadézer y haberle vencido; porque Hadadézer era enemigo de Toi. Y Joram traía en su mano vasos de plata, vasos de oro y vasos de bronce;

11 los cuales el rey David dedicó también a Yahvé, con la plata y el oro que había dedicado de todas las naciones que había sometido:

12 de los sirios, de los moabitas, de los hijos de Amón, de los filisteos, de los amalecitas y del botín de Hadadézer hijo de Rehob, rey de Soba.

13 Así se ganó David nombre cuando volvió de herir a dieciocho mil sirios en el Valle de la Sal.

14 Y puso guarniciones en Edom; por toda Edom puso guarniciones, y todos los edomitas fueron siervos de David. Y Yahvé dio la victoria a David por dondequiera que fue.

15 Reinó David sobre todo Israel; y David hacía justicia y equidad a todo su pueblo.

16 Joab hijo de Sarvia era general del ejército, y Josafat hijo de Ahilud era cronista;

17 Sadoc hijo de Ahitob y Ahimelec hijo de Abiatar eran sacerdotes; Seraías era escriba;

18 Benaía hijo de Joiada estaba sobre los cereteos y peleteos; y los hijos de David eran los príncipes.

Capítulo 9

1 Dijo David: ¿Ha quedado alguno de la casa de Saúl, a quien haga yo misericordia por amor de Jonatán?

2 Y había un siervo de la casa de Saúl, que se llamaba Siba, al cual llamaron para que viniese a David. Y el rey le dijo: ¿Eres tú Siba? Y él respondió: Tu siervo es.

3 El rey le dijo: ¿No ha quedado nadie de la casa de Saúl, a quien haga yo misericordia de Dios? Siba respondió al rey: Aún ha quedado un hijo de Jonatán, lisiado de los pies.

4 Entonces el rey le preguntó: ¿Dónde está? Y Siba respondió al rey: He aquí, está en casa de Maquir hijo de Amiel, en Lo Debar.

5 Entonces envió el rey David, y le trajo de casa de Maquir hijo de Amiel, de Lo Debar.

6 Y venido Mefiboset, hijo de Jonatán hijo de Saúl, a David, se postró sobre su rostro e hizo reverencia. Y dijo David: ¿Mefiboset? Y él respondió: He aquí tu siervo.

7 Y le dijo David: No tengas temor, porque yo a la verdad haré contigo misericordia por amor de Jonatán tu padre, y te devolveré todas las tierras de Saúl tu padre; y tú comerás siempre a mi mesa.

8 Y él, inclinándose, dijo: ¿Quién es tu siervo, para que mires a un perro muerto como yo?

9 Entonces el rey llamó a Siba siervo de Saúl, y le dijo: Todo lo que fue de Saúl y de toda su casa, lo he dado al hijo de tu señor.

10 Labradle, pues, la tierra, tú, tus hijos y tus siervos, y almacenaréis los frutos, para que el hijo de tu señor tenga pan para comer; pero Mefiboset el hijo de tu señor comerá siempre pan a mi mesa. Y tenía Siba quince hijos y veinte siervos.

11 Y respondió Siba al rey: Conforme a todo lo que ha mandado mi señor el rey a su siervo, así lo hará tu siervo. Mefiboset, dijo el rey, comerá a mi mesa, como uno de los hijos del rey.

12 Y tenía Mefiboset un hijo pequeño, que se llamaba Micaía. Y toda la familia de la casa de Siba eran siervos de Mefiboset.

13 Y moraba Mefiboset en Jerusalén, porque comía siempre a la mesa del rey; y estaba lisiado de ambos pies.

Capítulo 10

1 Aconteció después de esto, que murió el rey de los hijos de Amón, y reinó en su lugar Hanún su hijo.

2 Y dijo David: Yo haré misericordia con Hanún hijo de Nahas, como su padre la hizo conmigo. Y envió David sus siervos para consolarlo por su padre. Mas llegados los siervos de David a la tierra de los hijos de Amón,

3 los príncipes de los hijos de Amón dijeron a Hanún su señor: ¿A tu parecer honra David a tu padre, que te ha enviado consoladores? ¿No ha enviado David sus siervos a ti para reconocer la ciudad, y espiarla, y destruirla?

4 Entonces Hanún tomó los siervos de David, les rapó la mitad de la barba, les cortó las vestiduras por la mitad hasta las nalgas, y los despachó.

5 Cuando se le dio aviso a David, envió a encontrarles, porque ellos estaban en extremo avergonzados; y el rey les mandó decir: Quedaos en Jericó hasta que os crezca la barba, y entonces volved.

6 Y viendo los hijos de Amón que se habían hecho odiosos a David, enviaron los hijos de Amón y tomaron a sueldo a los sirios de Bet-rehob y a los sirios de Soba, veinte mil hombres de a pie, y del rey de Maaca mil hombres, y de los hombres de Tob doce mil hombres.

7 Cuando David lo oyó, envió a Joab con todo el ejército de los valientes.

8 Y los hijos de Amón salieron, y ordenaron sus escuadrones a la entrada de la puerta; pero los sirios de Soba, de Rehob, de Tob y de Maaca estaban aparte en el campo.

9 Viendo, pues, Joab que se le presentaba la batalla de frente y por la retaguardia, entresacó de todos los escogidos de Israel, y puso su ejército en orden contra los sirios.

10 Entregó el resto del ejército en mano de Abisai su hermano, y lo puso en orden contra los hijos de Amón.

11 Y dijo: Si los sirios fueren más fuertes que yo, tú me ayudarás; y si los hijos de Amón fueren más fuertes que tú, yo vendré a ayudarte.

12 Esforzaos, y seamos valientes por nuestro pueblo, y por las ciudades de nuestro Dios; y haga Yahvé lo que bien le pareciere.

13 Y se acercó Joab, y el pueblo que estaba con él, para pelear contra los sirios; y ellos huyeron delante de él.

14 Entonces los hijos de Amón, viendo que los sirios habían huido, huyeron también ellos delante de Abisai, y se refugiaron en la ciudad. Volvió, pues, Joab de los hijos de Amón, y vino a Jerusalén.

15 Pero los sirios, viendo que habían sido caídos delante de Israel, volvieron a reunirse.

16 Y envió Hadadézer y sacó a los sirios que estaban al otro lado del Río, los cuales vinieron a Helam, llevando por jefe a Sobac, general del ejército de Hadadézer.

17 Cuando fue dado aviso a David, reunió a todo Israel, y pasando el Jordán vino a Helam; y los sirios ordenaron sus escuadrones contra David y pelearon con él.

18 Mas los sirios huyeron delante de Israel; y David mató de los sirios a la gente de setecientos carros, y cuarenta mil hombres de a caballo; hirió asimismo a Sobac general del ejército, y murió allí.

19 Viendo, pues, todos los reyes que eran siervos de Hadadézer, que habían sido vencidos delante de Israel, hicieron paz con Israel y le sirvieron; y de allí en adelante los sirios temieron ayudar más a los hijos de Amón.

Capítulo 11

1 Aconteció al año siguiente, en el tiempo que suelen salir los reyes a la guerra, que David envió a Joab, y con él a sus siervos y a todo Israel, y destruyeron a los hijos de Amón, y sitiaron a Rabá; pero David se quedó en Jerusalén.

2 Y sucedió un día, al caer la tarde, que se levantó David de su lecho y se paseaba por el terrado de la casa real; y vio desde el terrado a una mujer que se estaba lavando, la cual era muy hermosa de aspecto.

3 Envió David a preguntar por aquella mujer, y le dijeron: Aquella es Betsabé hija de Eliam, mujer de Urías heteo.

4 Y envió David mensajeros, y la tomó; y vino a él, y él durmió con ella, recién purificada ella de su inmundicia; y se volvió a su casa.

5 Y concibió la mujer, y envió a hacerlo saber a David, diciendo: Estoy encinta.

6 Entonces David envió a decir a Joab: Envíame a Urías heteo. Y Joab envió a Urías a David.

7 Cuando Urías vino a él, David le preguntó por la salud de Joab, y por la salud del pueblo, y por el estado de la guerra.

8 Después dijo David a Urías: Desciende a tu casa, y lava tus pies. Y saliendo Urías de la casa del rey, le fue enviado presente real tras él.

9 Mas Urías durmió a la puerta de la casa del rey con todos los siervos de su señor, y no descendió a su casa.

10 E hicieron saber esto a David, diciendo: Urías no ha descendido a su casa. Y dijo David a Urías: ¿No has venido de camino? ¿Por qué, pues, no descendiste a tu casa?

11 Y Urías respondió a David: El arca e Israel y Judá están bajo tiendas, y mi señor Joab, y los siervos de mi señor, en el campo; ¿y había yo de entrar en mi casa para comer y beber, y para dormir con mi mujer? Por tu vida, y por la vida de tu alma, que no haré tal cosa.

12 Y David dijo a Urías: Quédate aquí aún hoy, y mañana te despacharé. Y se quedó Urías en Jerusalén aquel día y el siguiente.

13 Y David lo convidó a comer y a beber delante de él, hasta embriagarlo. Y él salió a la tarde a dormir en su cama con los siervos de su señor; mas no descendió a su casa.

14 Venida la mañana, escribió David a Joab una carta, la cual envió por mano de Urías.

15 Y escribió en la carta, diciendo: Poned a Urías al frente de la batalla, donde sea más recia, y retiraos de él, para que sea herido y muera.

16 Así fue que cuando Joab sitió la ciudad, puso a Urías en el lugar donde sabía que estaban los hombres más valientes.

17 Y saliendo los hombres de la ciudad, pelearon contra Joab, y cayeron algunos del pueblo de los siervos de David; y murió también Urías heteo.

18 Envió entonces Joab e hizo saber a David todos los asuntos de la guerra.

19 Y mandó al mensajero, diciendo: Cuando acabes de contar al rey todos los asuntos de la guerra,

20 si el rey comenzare a enojarse y te dijere: ¿Por qué os acercasteis tanto a la ciudad para combatir? ¿No sabíais que suelen arrojar saetas desde el muro?

21 ¿Quién hirió a Abimelec hijo de Jerobeset? ¿No echó una mujer sobre él un pedazo de una rueda de molino desde el muro, y murió en Tebas? ¿Por qué os acercasteis tanto al muro? Entonces tú le dirás: También tu siervo Urías heteo ha muerto.

22 Fue el mensajero, y llegando, contó a David todo aquello a que Joab le había enviado.

23 Y dijo el mensajero a David: Prevalecieron contra nosotros los hombres, que salieron contra nosotros al campo, bien que nosotros les perseguimos hasta la entrada de la puerta;

24 pero los tiradores tiraron contra tus siervos desde el muro, y murieron algunos de los siervos del rey; y murió también tu siervo Urías heteo.

25 Y David dijo al mensajero: Dirás así a Joab: No tengas pesar por esto, porque la espada consume ora a uno, ora a otro; refuerza tu ataque contra la ciudad, hasta que la destruyas. Y tú anímale.

26 Oyendo la mujer de Urías que su marido Urías era muerto, hizo duelo por su marido.

27 Y pasado el luto, envió David y la recogió a su casa; y fue ella su mujer, y le dio a luz un hijo. Mas esto que David había hecho, fue desagradable a los ojos de Yahvé.

Capítulo 12

1 Yahvé envió a Natán a David. Y viniendo a él, le dijo: Había dos hombres en una ciudad, el uno rico y el otro pobre.

2 El rico tenía numerosísimas ovejas y vacas;

3 pero el pobre no tenía más que una sola corderilla que él había comprado y criado, y que había crecido con él y con sus hijos juntamente, comiendo de su bocado y bebiendo de su vaso, y durmiendo en su seno; y la tenía como a una hija.

4 Y vino uno de camino al hombre rico; y este no quiso tomar de sus ovejas y de sus vacas para guisar para el caminante que había venido a él, sino que tomó la cordera del hombre pobre, y la aderezó para aquel que había venido a él.

5 Entonces se encendió el furor de David en gran manera contra aquel hombre, y dijo a Natán: Vive Yahvé, que el que tal hizo es digno de muerte.

6 Y debe pagar la cordera con cuatro tantos, por haber hecho tal cosa, y por no haber tenido misericordia.

7 Entonces dijo Natán a David: Tú eres aquel hombre. Así ha dicho Yahvé, Dios de Israel: Yo te ungí por rey sobre Israel, y te libré de la mano de Saúl,

8 y te di la casa de tu señor, y las mujeres de tu señor en tu seno; además te di la casa de Israel y de Judá; y si esto fuera poco, te habría añadido mucho más.

9 ¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Yahvé, haciendo lo malo delante de sus ojos? A Urías heteo heriste a espada, y tomaste a su mujer por mujer tuya, y a él le mataste con la espada de los hijos de Amón.

10 Por lo cual ahora no se apartará jamás la espada de tu casa, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer.

11 Así ha dicho Yahvé: He aquí yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista de este sol.

12 Porque tú lo hiciste en secreto; mas yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol.

13 Entonces dijo David a Natán: Pequé contra Yahvé. Y Natán dijo a David: También Yahvé ha remitido tu pecado; no morirás.

14 Mas por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Yahvé, el hijo que te ha nacido morirá ciertamente.

15 Y Natán se volvió a su casa. Y Yahvé hirió al niño que la mujer de Urías había dado a David, y enfermó gravemente.

16 Entonces David rogó a Dios por el niño; y ayunó David, y entró, y pasó la noche acostado en tierra.

17 Y levantándose los ancianos de su casa fueron a él para hacerlo levantar de la tierra; mas él no quiso, ni comió con ellos pan.

18 Y al séptimo día murió el niño; y temían los siervos de David hacerle saber que el niño había muerto, diciendo entre sí: Cuando el niño aún vivía, le hablábamos y no quería oír nuestra voz; ¿cuánto más se afligirá si le decimos que el niño ha muerto?

19 Mas David, viendo a sus siervos hablar entre sí, entendió que el niño había muerto; por lo que dijo David a sus siervos: ¿Ha muerto el niño? Y ellos respondieron: Ha muerto.

20 Entonces David se levantó de la tierra, y se lavó y se ungió, y cambió sus ropas, y entró en la casa de Yahvé, y adoró. Después vino a su casa, y pidió, y le pusieron pan, y comió.

21 Y le dijeron sus siervos: ¿Qué es esto que habéis hecho? Por el niño, viviendo aún, ayunabais y llorabais; y muerto él, os levantasteis y comisteis pan.

22 Y él respondió: Viviendo aún el niño, yo ayunaba y lloraba, diciendo: ¿Quién sabe si Dios tendrá compasión de mí, y vivirá el niño?

23 Mas ahora que ya ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? Yo voy a él, mas él no volverá a mí.

24 Y consoló David a Betsabé su mujer, y llegándose a ella durmió con ella; y ella dio a luz un hijo, y llamó su nombre Salomón, al cual amó Yahvé,

25 y envió por mano del profeta Natán; y llamó su nombre Jedidías, a causa de Yahvé.

26 Joab peleaba contra Rabá de los hijos de Amón, y tomó la ciudad real.

27 Entonces envió Joab mensajeros a David, diciendo: Yo he peleado contra Rabá, y he tomado la ciudad de las aguas.

28 Reúne, pues, ahora al resto del pueblo, y acampa contra la ciudad y tómala, no sea que tome yo la ciudad y sea llamada de mi nombre.

29 Y juntando David a todo el pueblo, fue contra Rabá, y combatió contra ella, y la tomó.

30 Y quitó la corona de la cabeza de su rey, la cual pesaba un talento de oro, y tenía piedras preciosas; y fue puesta sobre la cabeza de David. Y sacó muy grande botín de la ciudad.

31 Sacó además al pueblo que estaba en ella, y los puso a trabajar con sierras, con trillos de hierro y con hachas de hierro, y los hizo pasar por hornos de ladrillos; y lo mismo hizo a todas las ciudades de los hijos de Amón. Y volvió David con todo el pueblo a Jerusalén.

Capítulo 13

1 Aconteció después de esto, que teniendo Absalón hijo de David una hermana hermosa que se llamaba Tamar, se enamoró de ella Amnón hijo de David.

2 Y estaba Amnón tan angustiado que enfermó por Tamar su hermana, pues por ser ella virgen, le parecía a Amnón que sería difícil hacerle cosa alguna.

3 Pero Amnón tenía un amigo que se llamaba Jonadab, hijo de Simea, hermano de David; y Jonadab era hombre muy astuto.

4 Y este le dijo: Hijo del rey, ¿por qué te marchitas así de día en día? ¿No me lo quieres decir a mí? Y Amnón le respondió: Yo amo a Tamar la hermana de mi hermano Absalón.

5 Jonadab le dijo: Acuéstate en tu cama, y finge que estás enfermo; y cuando tu padre viniere a verte, dile: Te ruego que venga mi hermana Tamar, para que me dé a comer algo, y prepare delante de mí alguna comida, para que yo la vea y la coma de su mano.

6 Se acostó, pues, Amnón, y fingió que estaba enfermo. Vino el rey a verle, y dijo Amnón al rey: Yo te ruego que venga mi hermana Tamar, y haga delante de mí dos hojuelas, para que coma yo de su mano.

7 Entonces David envió a decir a Tamar a su casa: Ve ahora a casa de Amnón tu hermano, y hazle de comer.

8 Y fue Tamar a casa de su hermano Amnón, el cual estaba acostado; y tomó harina, y amasó, e hizo hojuelas delante de él y las coció.

9 Tomó luego la sartén, y las sacó delante de él; mas él no quiso comer. Y dijo Amnón: Echad fuera de aquí a todos. Y todos salieron de allí.

10 Entonces Amnón dijo a Tamar: Trae la comida al aposento, y comeré de tu mano. Y tomando Tamar las hojuelas que había hecho, las llevó a su hermano Amnón al aposento.

11 Y cuando ella se las puso delante para que comiese, trabó de ella, y le dijo: Ven, hermana mía, acuéstate conmigo.

12 Ella entonces le respondió: No, hermano mío, no me fuerces; porque no se debe hacer así en Israel. No hagas tal villanía.

13 Porque, ¿a dónde iría yo con mi deshonra? Y aun tú serías tenido como uno de los perversos en Israel. Te ruego pues ahora que hables al rey, que él no me negará a ti.

14 Mas él no la quiso oír, sino que pudiendo más que ella, la forzó, y se acostó con ella.

15 Luego la aborreció Amnón con tan gran aborrecimiento, que el odio con que la aborrecía era mayor que el amor con que la había amado. Y le dijo Amnón: Levántate, y vete.

16 Y ella le respondió: No hay razón; mayor es este mal de echarme que el que me has hecho. Pero él no la quiso oír.

17 Antes bien, llamando a su criado que le servía, dijo: Echadme a esta fuera de aquí, y cierra la puerta tras ella.

18 Y llevaba ella una túnica de diversos colores, traje que vestían las hijas vírgenes del rey. Su criado, pues, la echó fuera, y cerró la puerta tras ella.

19 Entonces Tamar tomó ceniza y la esparció sobre su cabeza, y rasgó la túnica de diversos colores que traía puesta, y puestas sus manos sobre su cabeza, se fue gritando.

20 Y le dijo su hermano Absalón: ¿Ha estado contigo tu hermano Amnón? Pues calla ahora, hermana mía; tu hermano es; no pongas tu corazón en este negocio. Y se quedó Tamar desconsolada en casa de Absalón su hermano. Así que Tamar se quedó desolada en casa de su hermano Absalón.

21 Y luego que el rey David oyó todo esto, se enojó mucho.

22 Mas Absalón no habló con Amnón ni malo ni bueno; aunque Absalón aborrecía a Amnón, porque había forzado a Tamar su hermana.

23 Aconteció pasados dos años, que Absalón tenía esquiladores en Baal-hazor, que está junto a Efraín; e invitó Absalón a todos los hijos del rey.

24 Y vino Absalón al rey, y dijo: He aquí, tu siervo tiene ahora esquiladores; yo ruego que venga el rey y sus siervos con tu siervo.

25 Y el rey respondió a Absalón: No, hijo mío, no vamos todos, para que no te seamos gravosos. Y aunque le porfió, no quiso ir, mas le bendijo.

26 Entonces dijo Absalón: Si no, te ruego que venga con nosotros Amnón mi hermano. Y el rey le respondió: ¿Para qué ha de ir contigo?

27 Pero como Absalón le importunaba, dejó ir con él a Amnón y a todos los hijos del rey.

28 Y Absalón había dado orden a sus criados, diciendo: Mirad ahora cuando el corazón de Amnón esté alegre por el vino; y cuando yo os dijere: Herid a Amnón, entonces matadle, y no temáis, pues yo os lo he mandado. Esforzaos, pues, y sed valientes.

29 Y los criados de Absalón hicieron con Amnón como Absalón les había mandado. Entonces se levantaron todos los hijos del rey, y subió cada uno en su mula y huyeron.

30 Estando ellos aún en el camino, llegó la nueva a David, diciendo: Absalón ha muerto a todos los hijos del rey, y ninguno de ellos ha quedado.

31 Entonces levantándose David, rasgó sus vestiduras, y se echó en tierra, y todos sus siervos que estaban junto a él también rasgaron sus vestiduras.

32 Pero Jonadab, hijo de Simea hermano de David, habló y dijo: No diga mi señor que han muerto a todos los jóvenes hijos del rey, pues solo Amnón ha muerto; porque por mandato de Absalón esto estaba determinado desde el día que Amnón forzó a Tamar su hermana.

33 Por tanto, ahora no ponga mi señor el rey en su corazón esa noticia, pensando que todos los hijos del rey han muerto; porque solo Amnón ha muerto.

34 Y Absalón huyó. Entre tanto, el joven que estaba de atalaya alzó sus ojos y miró, y he aquí mucha gente que venía por el camino a sus espaldas, por la ladera del monte.

35 Y dijo Jonadab al rey: He aquí los hijos del rey que vienen; es conforme a la palabra de tu siervo.

36 Y cuando él acabó de hablar, he aquí los hijos del rey que vinieron, y alzando su voz lloraron. Y también el mismo rey y todos sus siervos lloraron con muy grandes lamentos.

37 Mas Absalón huyó y se fue a Talmai hijo de Amiud, rey de Gesur. Y David lloraba por su hijo todos los días.

38 Así huyó Absalón y se fue a Gesur, y estuvo allá tres años.

39 Y el rey David deseaba ver a Absalón; porque ya estaba consolado acerca de Amnón, que había muerto.

Capítulo 14

1 Conociendo Joab hijo de Sarvia que el corazón del rey se inclinaba hacia Absalón,

2 envió Joab a Tecoa, y tomó de allá una mujer astuta, y le dijo: Te ruego que te pongas de luto, y te vistas de vestiduras de luto, y no te unjas con aceite, sino preséntate como mujer que desde hace mucho tiempo llora a algún muerto.

3 Entrarás al rey, y le hablarás de esta manera. Y puso Joab las palabras en su boca.

4 Entró, pues, la mujer de Tecoa al rey, y postrándose en tierra sobre su rostro, hizo reverencia y dijo: ¡Socorro, oh rey!

5 El rey le dijo: ¿Qué tienes? Y ella respondió: Yo soy verdaderamente una mujer viuda, pues mi marido ha muerto.

6 Tu sierva tenía dos hijos, y ambos riñeron en el campo; y no habiendo quien los partiera, el uno hirió al otro y lo mató.

7 Y he aquí que toda la familia se ha levantado contra tu sierva, diciendo: «Entrega al que mató a su hermano, para que le matemos por la vida de su hermano a quien él mató, y destruyamos también al heredero». Así apagarán el carbón que

me ha quedado, para no dejar a mi marido nombre ni posteridad sobre la faz de la tierra.

8 Entonces el rey dijo a la mujer: Vete a tu casa, y yo daré órdenes con respecto a ti.

9 Y la mujer de Tecoa dijo al rey: Rey señor mío, la iniquidad sea sobre mí y sobre la casa de mi padre; mas el rey y su trono sean sin culpa.

10 Y el rey dijo: Al que hablare contra ti, tráelo a mí, y no te tocará más.

11 Dijo ella entonces: Te ruego, oh rey, que te acuerdes de Yahvé tu Dios, para que el vengador de la sangre no aumente el daño, y no destruyan a mi hijo. Y él respondió: Vive Yahvé, que no caerá ni un cabello de tu hijo en tierra.

12 Y la mujer dijo: Te ruego que permitas que tu sierva hable una palabra a mi señor el rey. Y él dijo: Habla.

13 Entonces la mujer dijo: ¿Por qué, pues, has pensado tal cosa contra el pueblo de Dios? Porque hablando el rey esta palabra, queda como culpable, por cuanto el rey no hace volver a su desterrado.

14 Porque de cierto morimos, y somos como aguas derramadas en tierra, que no pueden volver a recogerse; ni Dios quita la vida, sino que busca medios para no alejar de sí al desterrado.

15 Y el haber yo venido ahora para decir esta palabra al rey mi señor, es porque el pueblo me ha atemorizado; mas tu sierva dijo: Hablaré ahora al rey; quizá él haga lo que su sierva diga.

16 Pues el rey oirá, para librar a su sierva de mano del hombre que me quiere destruir a mí y a mi hijo juntamente de la heredad de Dios.

17 Tu sierva, pues, dijo: Sea ahora de consuelo la respuesta de mi señor el rey; pues mi señor el rey es como un ángel de Dios para discernir entre lo bueno y lo malo. Así Yahvé tu Dios sea contigo.

18 Entonces el rey respondió y dijo a la mujer: Te ruego que no me encubras nada de lo que yo te preguntare. Y la mujer dijo: Hable mi señor el rey.

19 Y el rey dijo: ¿No anda la mano de Joab contigo en todas estas cosas? La mujer respondió y dijo: Vive tu alma, rey señor mío, que no hay que apartarse a derecha ni a izquierda de todo lo que mi señor el rey ha hablado; porque tu siervo Joab me mandó, y él puso en boca de tu sierva todas estas palabras.

20 Para mudar el aspecto del asunto, tu siervo Joab ha hecho esto; pero mi señor es sabio conforme a la sabiduría de un ángel de Dios, para conocer lo que hay en la tierra.

21 Entonces el rey dijo a Joab: He aquí que yo he hecho esto; ve, y haz volver al joven Absalón.

22 Y Joab se postró en tierra sobre su rostro e hizo reverencia, y bendijo al rey; y dijo Joab: Hoy ha entendido tu siervo que he hallado gracia en tus ojos, rey señor mío, pues ha hecho el rey lo que su siervo ha dicho.

23 Se levantó luego Joab y fue a Gesur, y trajo a Absalón a Jerusalén.

24 Mas el rey dijo: Vuélvase a su casa, y no vea mi rostro. Y volvió Absalón a su casa, y no vio el rostro del rey.

25 Y no había en todo Israel hombre tan alabado por su hermosura como Absalón; desde la planta de su pie hasta la coronilla no había en él defecto.

26 Cuando se cortaba el cabello (lo cual hacía al fin de cada año, porque le causaba molestia, y por eso se lo cortaba), pesaba el cabello de su cabeza doscientos siclos, según el peso real.

27 Y le nacieron a Absalón tres hijos, y una hija que se llamaba Tamar, la cual era mujer de hermoso semblante.

28 Y estuvo Absalón por espacio de dos años en Jerusalén, y no vio el rostro del rey.

29 Y mandó Absalón por Joab, para enviarle al rey, pero él no quiso venir; le envió aun por segunda vez, y no quiso venir.

30 Entonces dijo a sus siervos: Mirad, el campo de Joab está junto al mío, y tiene allí cebada; id y prendedle fuego. Y los siervos de Absalón prendieron fuego al campo.

31 Se levantó entonces Joab y vino a casa de Absalón, y le dijo: ¿Por qué han prendido fuego tus siervos a mi campo?

32 Y Absalón respondió a Joab: He aquí yo he enviado por ti, diciendo: Ven acá, para que yo te envíe al rey a decirle: «¿Para qué vine de Gesur? Mejor me fuera estar todavía allá». Vea yo ahora el rostro del rey; y si hay en mí iniquidad, máteme.

33 Vino, pues, Joab al rey, y se lo hizo saber. Entonces llamó a Absalón, el cual vino al rey, e hizo reverencia postrándose en tierra delante del rey; y el rey besó a Absalón.

Capítulo 15

1 Aconteció después de esto, que Absalón se hizo de un carro y caballos, y cincuenta hombres que corriesen delante de él.

2 Y se levantaba Absalón de mañana, y se ponía a un lado del camino de la puerta; y a cualquiera que tenía pleito y venía al rey a juicio, Absalón le llamaba y le decía: ¿De qué ciudad eres? Y él respondía: Tu siervo es de una de las tribus de Israel.

3 Entonces Absalón le decía: Mira, tus palabras son buenas y justas; mas no tienes quien te oiga de parte del rey.

4 Y decía Absalón: ¡Quién me pusiera por juez en la tierra, para que viniesen a mí todos los que tienen pleito o negocio, que yo les haría justicia!

5 Y acontecía que cuando alguno se acercaba para inclinarse ante él, él extendía la mano y lo tomaba, y lo besaba.

6 De esta manera hacía con todos los de Israel que venían al rey a juicio; y así robaba Absalón el corazón de los de Israel.

7 Al cabo de cuarenta años, dijo Absalón al rey: Yo te ruego que me dejes ir a Hebrón, a pagar mi voto que he prometido a Yahvé.

8 Porque tu siervo hizo voto cuando estaba en Gesur en Siria, diciendo: Si Yahvé me hiciere volver a Jerusalén, yo serviré a Yahvé.

9 Y el rey le dijo: Ve en paz. Y él se levantó, y fue a Hebrón.

10 Pero Absalón envió espías por todas las tribus de Israel, diciendo: Cuando oigáis el sonido de la trompeta, diréis: Absalón reina en Hebrón.

11 Y fueron con Absalón doscientos hombres de Jerusalén convidados por él, los cuales iban en su sencillez, sin saber nada.

12 Y mientras Absalón ofrecía los sacrificios, envió por Ajitófel gilonita, consejero de David, a su ciudad de Gilo. Y la conspiración se hizo poderosa, y aumentaba el pueblo que seguía a Absalón.

13 Y vino un mensajero a David, diciendo: El corazón de los hombres de Israel va tras Absalón.

14 Entonces David dijo a todos sus siervos que estaban con él en Jerusalén: Levantaos y huyamos, porque no podremos escapar delante de Absalón; daos prisa a partir, no sea que dándose prisa él nos alcance, y arroje el mal sobre nosotros, y hiera la ciudad a filo de espada.

15 Y los siervos del rey dijeron al rey: He aquí, tus siervos están prestos a todo lo que nuestro señor el rey elija.

16 El rey entonces salió con toda su familia tras él. Y dejó el rey diez mujeres concubinas para que guardasen la casa.

17 Salió, pues, el rey con todo el pueblo que le seguía, y se detuvieron en Bet-merac.

18 Y todos sus siervos pasaban a su lado, con todos los cereteos y peleteos; y todos los geteos, seiscientos hombres que habían venido a pie desde Gat, pasaban delante del rey.

19 Y dijo el rey a Itai geteo: ¿Para qué vienes tú también con nosotros? Vuélvete y quédate con el rey; porque tú eres extranjero, y desterrado también de tu lugar.

20 Ayer viniste, ¿y habré de hacerte hoy andar errante con nosotros? Yo voy como puedo; vuélvete, y haz volver a tus hermanos; Yahvé sea contigo en misericordia y verdad.

21 E Itai respondió al rey, diciendo: Vive Yahvé, y vive mi señor el rey, que en cualquier lugar que mi señor el rey estuviere, sea para muerte o para vida, allí estará también tu siervo.

22 Entonces David dijo a Itai: Ven, pues, y pasa. Y pasó Itai geteo, y todos sus hombres, y toda la familia que con él iba.

23 Y todo el país lloraba en alta voz; pasó todo el pueblo el arroyo de Cedrón; asimismo pasó el rey, y todo el pueblo pasó al camino del desierto.

24 Y he aquí, también venía Sadoc, y con él todos los levitas que llevaban el arca del pacto de Dios; y asentaron el arca de Dios. Y subió Abiatar después que todo el pueblo hubo acabado de salir de la ciudad.

25 Pero dijo el rey a Sadoc: Vuelve el arca de Dios a la ciudad. Si yo hallare gracia ante los ojos de Yahvé, él me hará volver, y me dejará verla y ver su tabernáculo.

26 Y si dijere: No me complaces; aquí estoy, haga de mí lo que bien le pareciere.

27 Dijo además el rey al sacerdote Sadoc: ¿No eres tú vidente? Vuélvete en paz a la ciudad, y con vosotros vuestros dos hijos; Ahimaas tu hijo, y Jonatán hijo de Abiatar.

28 Mirad, yo me detendré en los vados del desierto, hasta que venga respuesta de vosotros que me dé aviso.

29 Así Sadoc y Abiatar volvieron el arca de Dios a Jerusalén, y se quedaron allá.

30 Y David subió la cuesta de los Olivos; y la subió llorando, llevada la cabeza cubierta y los pies descalzos. También todo el pueblo que tenía consigo cubrió cada uno su cabeza, e iban llorando mientras subían.

31 Y dieron aviso a David, diciendo: Ajitófel está entre los que conspiraron con Absalón. Entonces dijo David: Entorpece ahora, oh Yahvé, el consejo de Ajitófel.

32 Cuando David llegó a la cumbre del monte para adorar a Dios, he aquí Husai arquita que le salió al encuentro, rasgadas sus vestiduras y tierra sobre su cabeza.

33 Y le dijo David: Si pasares conmigo, me serás carga.

34 Mas si volvieres a la ciudad, y dijeres a Absalón: Rey, yo seré tu siervo; como hasta aquí he sido siervo de tu padre, así seré ahora siervo tuyo; entonces tú disiparás en mi favor el consejo de Ajitófel.

35 ¿No estarán allí contigo los sacerdotes Sadoc y Abiatar? Por tanto, todo lo que oyeres en la casa del rey, se lo dirás a los sacerdotes Sadoc y Abiatar.

36 Y he aquí que están con ellos sus dos hijos, Ahimaas el de Sadoc, y Jonatán el de Abiatar; por mano de ellos me enviaréis aviso de todo lo que oyereis.

37 Así Husai amigo de David llegó a la ciudad; y Absalón entró en Jerusalén.

Capítulo 16

1 Y cuando David pasó un poco más allá de la cumbre del monte, he aquí Siba el criado de Mefiboset, que salía a recibirle con un par de asnos ensillados, y sobre ellos doscientos panes, cien racimos de pasas, cien panes de higos secos y un odre de vino.

2 Y dijo el rey a Siba: ¿Qué pretendes con esto? Y Siba respondió: Los asnos son para que monte la familia del rey, los panes y la fruta para que coman los mancebos, y el vino para que beban los que se cansen en el desierto.

3 Y dijo el rey: ¿Dónde está el hijo de tu señor? Y Siba respondió al rey: He aquí que él se quedó en Jerusalén, porque ha dicho: Hoy me devolverá la casa de Israel el reino de mi padre.

4 Entonces el rey dijo a Siba: He aquí, sea tuyo todo lo que tiene Mefiboset. Y respondió Siba inclinándose: Halle yo gracia delante de ti, rey señor mío.

5 Y vino el rey David hasta Bahurim; y he aquí, salía de allí un hombre de la familia de la casa de Saúl, el cual se llamaba Simei hijo de Gera; y salía maldiciendo.

6 Y arrojaba piedras contra David, y contra todos los siervos del rey David; y todo el pueblo y todos los valientes estaban a su derecha y a su izquierda.

7 Y decía Simei maldiciéndole: ¡Fuera, fuera, hombre de sangre y perverso!

8 Yahvé te ha dado el pago de toda la sangre de la casa de Saúl, en lugar del cual tú has reinado, y Yahvé ha entregado el reino en mano de tu hijo Absalón; y he aquí que has sido sorprendido en tu maldad, porque eres hombre de sangre.

9 Entonces Abisai hijo de Sarvia dijo al rey: ¿Por qué maldice este perro muerto a mi señor el rey? Te ruego que me dejes pasar, y le quitaré la cabeza.

10 Y el rey respondió: ¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia? Si él maldice, es porque Yahvé le ha dicho que maldiga a David. ¿Quién, pues, le dirá: Por qué lo haces así?

11 Y dijo David a Abisai y a todos sus siervos: He aquí, mi hijo que ha salido de mis entrañas, acecha mi vida; ¿cuánto más ahora este hijo de Benjamín? Dejadle que maldiga, pues Yahvé se lo ha mandado.

12 Quizá mirará Yahvé mi aflicción, y me dará Yahvé bien por sus maldiciones de este día.

13 Y mientras David y los suyos iban por el camino, Simei iba por el lado del monte delante de él, andando y maldiciendo, y arrojando piedras delante de él, y esparciendo polvo.

14 Y el rey y todo el pueblo que con él iba, llegaron fatigados, y descansaron allí.

15 Absalón y todo el pueblo, los varones de Israel, entraron en Jerusalén, y con él Ajitófel.

16 Aconteció luego que cuando Husai arquita, amigo de David, vino a Absalón, dijo Husai: ¡Viva el rey, viva el rey!

17 Y Absalón dijo a Husai: ¿Es esta tu lealtad para con tu amigo? ¿Por qué no fuiste con tu amigo?

18 Y Husai respondió a Absalón: No; sino que al que eligiere Yahvé y este pueblo y todos los varones de Israel, de aquel seré yo, y con él me quedaré.

19 ¿A quién había yo de servir? ¿No es a su hijo? Como he servido delante de tu padre, así seré delante de ti.

20 Entonces dijo Absalón a Ajitófel: Dad vuestro consejo sobre lo que debemos hacer.

21 Y Ajitófel dijo a Absalón: Llégate a las concubinas de tu padre, que él dejó para guardar la casa; y todo Israel oirá que te has hecho odioso a tu padre, y así se fortalecerán las manos de todos los que están contigo.

22 Entonces pusieron para Absalón una tienda sobre el terrado, y se llegó Absalón a las concubinas de su padre ante los ojos de todo Israel.

23 Y el consejo que daba Ajitófel en aquellos días, era como si se consultase el oráculo de Dios. Tal era el consejo de Ajitófel, tanto para David como para Absalón.

Capítulo 17

1 Además, Ajitófel dijo a Absalón: Yo os ruego que me dejéis elegir ahora doce mil hombres, y me levantaré y perseguiré a David esta noche.

2 Y daré sobre él mientras está cansado y flaco de manos, y le atemorizaré; y todo el pueblo que está con él huirá, y heriré al rey solo.

3 Así volveré a todo el pueblo a ti; pues el hombre a quien tú buscas es como si todos volviesen. Así todo el pueblo estará en paz.

4 Este consejo pareció bien a Absalón y a todos los ancianos de Israel.

5 Y dijo Absalón: Llamad también ahora a Husai arquita, para que oigamos asimismo lo que él dice.

6 Cuando Husai vino a Absalón, le habló Absalón, diciendo: Así ha dicho Ajitófel; ¿seguiremos su consejo, o no? Di tú.

7 Entonces Husai dijo a Absalón: El consejo que ha dado esta vez Ajitófel no es bueno.

8 Y añadió Husai: Tú sabes que tu padre y los suyos son hombres valientes, y que están con amargura de ánimo, como la osa en el campo cuando le han quitado sus cachorros. Además, tu padre es hombre de guerra, y no pasará la noche con el pueblo.

9 He aquí él estará ahora escondido en alguna cueva, o en otro lugar; y si al principio cayeren algunos de los tuyos, quienquiera que lo oyere dirá: El pueblo que sigue a Absalón ha sido derrotado.

10 Y aun el hombre valiente, cuyo corazón sea como corazón de león, desmayará por completo; porque todo Israel sabe que tu padre es hombre valiente, y que los que están con él son esforzados.

11 Aconsejo, pues, que todo Israel se junte a ti, desde Dan hasta Beerseba, en multitud como la arena que está a la orilla del mar, y que tú en persona vayas a la batalla.

12 Entonces le acometeremos en cualquier lugar donde se hallare, y daremos sobre él como cae el rocío sobre la tierra, y ni uno solo dejaremos de él y de todos los que están con él.

13 Y si se refugiare en alguna ciudad, todos los de Israel llevarán sogas a aquella ciudad, y la arrastraremos al arroyo, hasta que no se halle en ella ni una piedra.

14 Entonces Absalón y todos los de Israel dijeron: El consejo de Husai arquita es mejor que el consejo de Ajitófel. Porque Yahvé había ordenado que el buen consejo de Ajitófel se frustrara, para que Yahvé hiciese venir el mal sobre Absalón.

15 Dijo luego Husai a los sacerdotes Sadoc y Abiatar: Así y así aconsejó Ajitófel a Absalón y a los ancianos de Israel; y de esta manera aconsejé yo.

16 Enviad, pues, presteza, y dad aviso a David, diciendo: No os quedéis esta noche en los vados del desierto, sino pasad cuanto antes, para que no sea destruido el rey y todo el pueblo que con él está.

17 Y Jonatán y Ahimaas estaban junto a la fuente de Rogel, y una criada iba y les avisaba, porque ellos no podían dejarse ver entrando en la ciudad; y ellos iban y daban el aviso al rey David.

18 Pero fueron vistos por un mancebo, el cual dio aviso a Absalón; mas ellos dos se dieron prisa a partir, y llegaron a casa de un hombre en Bahurim, que tenía un pozo en su patio, y se metieron en él.

19 Y tomando la mujer una cubierta, la extendió sobre la boca del pozo, y extendió sobre ella grano trillado; y no se supo nada.

20 Llegando luego los siervos de Absalón a la casa de la mujer, le dijeron: ¿Dónde están Ahimaas y Jonatán? Y la mujer les respondió: Han pasado el vado de las aguas. Y como ellos los buscaron y no los hallaron, volvieron a Jerusalén.

21 Y aconteció que después que ellos se hubieron ido, salieron del pozo y fueron a dar aviso al rey David, y le dijeron: Levantaos y pasad presto las aguas, porque Ajitófel ha dado tal consejo contra vosotros.

22 Entonces David se levantó, y todo el pueblo que con él estaba, y pasaron el Jordán antes que amaneciese; ni uno solo quedó que no pasase el Jordán.

23 Pero Ajitófel, viendo que no se había seguido su consejo, aparejó su asno, y se levantó y se fue a su casa a su ciudad; y después de poner su casa en orden, se ahorcó y murió, y fue sepultado en el sepulcro de su padre.

24 Y David llegó a Mahanaim, y Absalón pasó el Jordán con todos los varones de Israel.

25 Y Absalón puso a Amasa sobre el ejército en lugar de Joab. Era Amasa hijo de un varón de Israel llamado Itra, el cual se había llegado a Abigail hija de Nahas, hermana de Sarvia madre de Joab.

26 Y acampó Israel con Absalón en la tierra de Galaad.

27 Luego que David llegó a Mahanaim, Sobi hijo de Nahas, de Rabá de los hijos de Amón, y Maquir hijo de Amiel, de Lo-debar, y Barzilai galaadita, de Rogelim,

28 trajeron camas, tazas, vasijas de barro, trigo, cebada, harina, grano tostado, habas, lentejas, garbanzos tostados,

29 miel, manteca, ovejas, y quesos de vaca, para que comiesen David y el pueblo que estaba con él; porque decían: El pueblo está hambriento, cansado y sediento en el desierto.

Capítulo 18

1 Pasó David revista al pueblo que tenía consigo, y puso sobre ellos jefes de millares y jefes de centenas.

2 Y envió David el pueblo, una tercera parte bajo la mano de Joab, otra tercera parte bajo la mano de Abisai hijo de Sarvia, hermano de Joab, y otra tercera parte bajo la mano de Itai geteo. Y dijo el rey al pueblo: Yo también saldré con vosotros.

3 Mas el pueblo respondió: No saldrás; porque si nosotros huyéremos, no harán caso de nosotros; y aunque la mitad de nosotros muera, no harán caso de nosotros; mas tú ahora vales por diez mil de nosotros. Será, pues, mejor que tú nos des ayuda desde la ciudad.

4 Entonces el rey les dijo: Yo haré lo que os parezca mejor. Y se puso el rey a la puerta, mientras salía todo el pueblo de ciento en ciento y de mil en mil.

5 Y el rey mandó a Joab, a Abisai y a Itai, diciendo: Tratad benignamente por amor de mí al joven Absalón. Y todo el pueblo oyó cuando dio el rey orden a todos los capitanes acerca de Absalón.

6 Salió, pues, el pueblo al campo contra Israel, y se trabó la batalla en el bosque de Efraín.

7 Y allí cayó el pueblo de Israel delante de los siervos de David, y hubo allí una gran matanza de veinte mil hombres aquel día.

8 Y la batalla se extendió por toda la faz de la tierra; y fueron más los que consumió el bosque aquel día, que los que consumió la espada.

9 Y se encontró Absalón con los siervos de David; e iba Absalón sobre una mula, y al entrar la mula debajo de las ramas espesas de una gran encina, se le enredó la cabeza en la encina, y Absalón quedó suspendido entre el cielo y la tierra; y la mula en que iba pasó adelante.

10 Viéndolo uno, dio aviso a Joab, diciendo: He aquí que he visto a Absalón colgado de una encina.

11 Y Joab respondió al hombre que le daba la nueva: Si lo viste, ¿por qué no le mataste luego allí en el suelo? Yo te hubiera dado diez siclos de plata y un talabarte.

12 El hombre dijo a Joab: Aunque me pesaras en la mano mil siclos de plata, no extendería yo mi mano contra el hijo del rey; porque nosotros oímos cuando el rey os mandó a ti, a Abisai y a Itai, diciendo: Mirad que ninguno toque al joven Absalón.

13 Por otra parte, si yo hubiera procedido con traición contra su vida, nada se le esconde al rey, y tú mismo estarías contra mí.

14 Y respondió Joab: No malgastaré mi tiempo contigo. Y tomando tres dardos en su mano, los clavó en el corazón de Absalón, que aún estaba vivo en medio de la encina.

15 Y diez jóvenes escuderos de Joab rodearon e hirieron a Absalón, y le mataron.

16 Entonces Joab tocó la trompeta, y el pueblo dejó de seguir a Israel, porque Joab detuvo al pueblo.

17 Tomando después a Absalón, le echaron en un gran foso en el bosque, y levantaron sobre él un montón muy grande de piedras; y todo Israel huyó, cada uno a su tienda.

18 Y en vida, Absalón había tomado y erigido una columna, la cual está en el valle del rey; porque había dicho: Yo no tengo hijo que conserve la memoria de mi nombre. Y llamó aquella columna por su nombre, y así se ha llamado Lugar de Absalón hasta hoy.

19 Entonces Ahimaas hijo de Sadoc dijo: ¿Correré ahora, y daré al rey las nuevas de que Yahvé ha defendido su causa de mano de sus enemigos?

20 Y respondió Joab: Hoy no llevarás las nuevas; las llevarás otro día; no darás nuevas hoy, porque el hijo del rey ha muerto.

21 Y Joab dijo a un cusita: Ve tú, y di al rey lo que has visto. Y el cusita hizo reverencia a Joab, y corrió.

22 Entonces Ahimaas hijo de Sadoc volvió a decir a Joab: Sea como fuere, yo te ruego que me dejes correr tras el cusita. Y Joab dijo: Hijo mío, ¿para qué has de correr tú, si no recibirás premio por las nuevas?

23 Mas él respondió: Sea como fuere, yo correré. Entonces le dijo: Corre. Corrió, pues, Ahimaas por el camino de la llanura, y pasó al cusita.

24 Y David estaba sentado entre las dos puertas; y el atalaya subió al terrado de la puerta sobre el muro, y alzando sus ojos, miró, y vio a uno que corría solo.

25 El atalaya dio voces, y lo hizo saber al rey. Y el rey dijo: Si viene solo, buenas nuevas trae. En tanto que él venía acercándose,

26 vio el atalaya a otro que corría; y dio voces el atalaya al portero, diciendo: He aquí otro hombre que corre solo. Y el rey dijo: Este también es mensajero de nuevas.

27 Y el atalaya dijo: Me parece el correr del primero como el correr de Ahimaas hijo de Sadoc. Y respondió el rey: Es hombre de bien, y viene con buenas nuevas.

28 Entonces Ahimaas dijo en alta voz al rey: Paz. Y se inclinó tierra en profundidad ante el rey, y dijo: Bendito sea Yahvé Dios tuyo, que ha entregado a los hombres que habían levantado sus manos contra mi señor el rey.

29 Y el rey dijo: ¿El joven Absalón está bien? Y Ahimaas respondió: Vi yo un gran alboroto cuando envió Joab al siervo del rey y a mí tu siervo; mas no sé qué era.

30 Y el rey dijo: Pásate a un lado, y estáte allí. Y él se pasó a un lado, y se estuvo quedo.

31 Luego vino el cusita, y dijo: Reciba nuevas mi señor el rey, que hoy Yahvé ha defendido tu causa de mano de todos los que se habían levantado contra ti.

32 El rey entonces dijo al cusita: ¿El joven Absalón está bien? Y el cusita respondió: Como aquel joven sean los enemigos de mi señor el rey, y todos los que se levantan contra ti para mal.

33 Entonces el rey se turbó, y subió a la sala de la puerta y lloró; e iba diciendo: ¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío!

Capítulo 19

1 Le dijeron a Joab: «He aquí que el rey llora y se lamenta por Absalón».

2 La victoria de ese día se convirtió en luto en todo el pueblo, pues el pueblo oyó decir ese día: «El rey llora por su hijo.»

3 Aquel día el pueblo se escabulló en la ciudad, como se escabulle la gente avergonzada cuando huye en la batalla.

4 El rey se cubrió el rostro, y el rey gritó en voz alta: «¡Hijo mío Absalón, Absalón, hijo mío, hijo mío!»

5 Joab entró en la casa del rey y le dijo: «Hoy has avergonzado los rostros de todos tus siervos que hoy han salvado tu vida, la de tus hijos y la de tus hijas, la de tus esposas y la de tus concubinas;

6 porque amas a los que te odian y odias a los que te aman. Porque hoy has declarado que los príncipes y los siervos no son nada para ti. Pues hoy percibo que si Absalón hubiera vivido y todos nosotros hubiéramos muerto hoy, entonces te habría complacido.

7 Ahora, pues, levántate, sal y habla para consolar a tus siervos; porque te juro por Yahvé que si no sales, ni un solo hombre se quedará contigo esta noche. Eso sería peor para ti que todo el mal que te ha ocurrido desde tu juventud hasta ahora».

8 Entonces el rey se levantó y se sentó en la puerta. A todo el pueblo se le dijo: «He aquí que el rey está sentado en la puerta». Todo el pueblo se presentó ante el rey. Israel había huido cada uno a su tienda.

9 Todo el pueblo estaba en lucha por todas las tribus de Israel, diciendo: «El rey nos libró de la mano de nuestros enemigos, y nos salvó de la mano de los filisteos; y ahora ha huido del país de Absalón.

10 Absalón, a quien ungimos sobre nosotros, ha muerto en la batalla. Ahora, pues, ¿por qué no dices una palabra para hacer volver al rey?»

11 El rey David envió a los sacerdotes Sadoc y Abiatar, diciendo: "Hablad a los ancianos de Judá, diciendo: "¿Por qué sois los últimos en hacer volver al rey a su casa, ya que el discurso de todo Israel ha llegado al rey, para hacerlo volver a su casa?

12 Ustedes son mis hermanos. Sois mi hueso y mi carne. ¿Por qué, pues, sois los últimos en hacer volver al rey?'

13 Di a Amasa: '¿No eres tú mi hueso y mi carne? Que Dios me lo haga, y más aún, si no eres tú el capitán del ejército delante de mí continuamente en lugar de Joab'".

14 El corazón de todos los hombres de Judá se inclinó como un solo hombre, de modo que enviaron al rey diciendo: «Vuelve tú y todos tus servidores.»

15 El rey regresó y llegó al Jordán. Judá vino a Gilgal, para ir al encuentro del rey, para hacer pasar al rey al otro lado del Jordán.

16 Simei hijo de Gera, el benjamita, que era de Bahurim, se apresuró a bajar con los hombres de Judá a recibir al rey David.

17 Lo acompañaban mil hombres de Benjamín, y Siba, siervo de la casa de Saúl, con sus quince hijos y sus veinte siervos; y pasaron el Jordán en presencia del rey.

18 Una barca fue a pasar la casa del rey, y a hacer lo que le pareciera bien. Simei, hijo de Gera, se postró ante el rey cuando hubo pasado el Jordán.

19 Le dijo al rey: «No permita mi señor que me impute iniquidad, ni recuerde lo que su siervo hizo perversamente el día en que mi señor el rey salió de Jerusalén, para que el rey lo tome en cuenta.

20 Porque tu siervo sabe que he pecado. Por eso, he venido hoy como el primero de toda la casa de José para bajar a recibir a mi señor el rey.»

21 Pero Abisai, hijo de Sarvia, respondió: «¿No debería morir Simei por esto, por haber maldecido al ungido de Yahvé?»

22 David dijo: «¿Qué tengo que hacer con vosotros, hijos de Sarvia, para que seáis hoy adversarios míos? ¿Habrá que matar hoy a alguien en Israel? ¿Acaso no sé que hoy soy rey de Israel?»

23 El rey dijo a Simei: «No morirás». El rey le juró.

24 Mefiboset, hijo de Saúl, bajó a recibir al rey, y no se había aseado los pies, ni se había recortado la barba, ni se había lavado la ropa, desde el día en que el rey partió hasta el día en que volvió a casa en paz.

25 Cuando llegó a Jerusalén para recibir al rey, éste le dijo: «¿Por qué no has ido conmigo, Mefiboset?»

26 Él respondió: "Señor mío, oh rey, mi siervo me engañó. Porque tu siervo dijo: 'Voy a ensillar un asno para mí, para montar en él e ir con el rey', porque tu siervo es cojo.

27 Él ha calumniado a tu siervo ante mi señor el rey, pero mi señor el rey es como un ángel de Dios. Haz, pues, lo que te parezca bien.

28 Porque toda la casa de mi padre no era más que hombres muertos ante mi señor el rey; sin embargo, tú pusiste a tu siervo entre los que comían a tu mesa. ¿Qué derecho, pues, tengo todavía para apelar más al rey?"

29 El rey le dijo: «¿Por qué hablas más de tus asuntos? Yo digo que tú y Siba se repartan la tierra».

30 Mefiboset dijo al rey: «Sí, que se lo lleve todo, porque mi señor el rey ha venido en paz a su casa».

31 Barzilai, el Galaadita, descendió de Rogelim, y pasó el Jordán con el rey para conducirlo al otro lado del Jordán.

32 Barzilai era un hombre muy anciano, de ochenta años. Él le había proporcionado el sustento al rey mientras estuvo en Mahanaim, pues era un hombre muy grande.

33 El rey le dijo a Barzilai: «Pasa conmigo, y te mantendré conmigo en Jerusalén».

34 Barzilai dijo al rey: «¿Cuántos son los días de los años de mi vida, para que suba con el rey a Jerusalén?

35 Hoy tengo ochenta años. ¿Puedo discernir entre lo bueno y lo malo? ¿Puede tu siervo probar lo que como o lo que bebo? ¿Acaso puedo oír ya la voz de los hombres que cantan y de las mujeres que cantan? ¿Por qué entonces tu siervo ha de ser una carga para mi señor el rey?

36 Tu siervo sólo pasará el Jordán con el rey. ¿Por qué ha de pagarme el rey con semejante recompensa?

37 Por favor, deja que tu siervo regrese, para que yo muera en mi ciudad, junto a la tumba de mi padre y de mi madre. Pero he aquí a tu siervo Quimam; déjalo pasar con mi señor el rey; y haz con él lo que te parezca bien.»

38 El rey respondió: «Chimham irá conmigo, y yo haré con él lo que te parezca bien. Todo lo que me pidas, eso haré por ti».

39 Todo el pueblo pasó el Jordán, y el rey también. Entonces el rey besó a Barzilai y lo bendijo, y se volvió a su lugar.

40 Entonces el rey pasó a Gilgal, y Quimam pasó con él. Todo el pueblo de Judá hizo pasar al rey, y también la mitad del pueblo de Israel.

41 He aquí que todos los hombres de Israel vinieron al rey y le dijeron: «¿Por qué nuestros hermanos, los hombres de Judá, te han robado y han hecho pasar el Jordán al rey y a su familia, y a todos los hombres de David con él?»

42 Todos los hombres de Judá respondieron a los de Israel: «Porque el rey es un pariente cercano a nosotros. ¿Por qué, pues, os enfadáis por este asunto? ¿Acaso hemos comido a costa del rey? ¿O nos ha dado él algún regalo?»

43 Los hombres de Israel respondieron a los de Judá y dijeron: «Nosotros tenemos diez partes en el rey, y también tenemos más derecho a David que ustedes. ¿Por qué, pues, nos habéis despreciado, para que nuestro consejo no sea el primero en hacer volver a nuestro rey?» Las palabras de los hombres de Judá fueron más feroces que las de los hombres de Israel.

Capítulo 20

1 Aconteció que se hallaba allí un hombre perverso que se llamaba Seba hijo de Bicri, hombre de Benjamín, el cual tocó la trompeta y dijo: No tenemos nosotros parte en David, ni heredad en el hijo de Jesé. ¡Cada uno a sus tiendas, Israel!

2 Así todos los hombres de Israel abandonaron a David y siguieron a Seba hijo de Bicri; mas los de Judá permanecieron fieles a su rey, desde el Jordán hasta Jerusalén.

3 Y cuando David llegó a su casa en Jerusalén, tomó el rey las diez mujeres concubinas que había dejado para guardar la casa, y las puso en reclusión y les dio sustento, pero no se llegó a ellas; y quedaron encerradas hasta el día de su muerte, viviendo como viudas.

4 Entonces dijo el rey a Amasa: Convocadme a los hombres de Judá para dentro de tres días, y hallaos vos aquí presente.

5 Fue, pues, Amasa para convocar a Judá; pero se detuvo más del tiempo que le había sido señalado.

6 Y dijo David a Abisai: Seba hijo de Bicri nos hará ahora más daño que Absalón; toma, pues, los siervos de tu señor, y ve tras él, no sea que halle ciudades fortificadas y se nos escape.

7 Salieron, pues, tras él los hombres de Joab, y los cereteos y peleteos y todos los valientes; salieron de Jerusalén para perseguir a Seba hijo de Bicri.

8 Estando ellos cerca de la gran piedra que está en Gabaón, Amasa les salió al encuentro. Joab iba ceñido de su ropa de guerra, y sobre ella llevaba un talabarte con una espada en su vaina, sujeta a sus lomos; y cuando él avanzó, la espada se le cayó.

9 Y Joab dijo a Amasa: ¿Tienes paz, hermano mío? Y tomó Joab con la mano derecha la barba de Amasa, para besarlo.

10 Mas Amasa no se cuidó de la espada que estaba en la mano de Joab; y este le hirió con ella en la quinta costilla, y derramó sus entrañas por tierra, y murió sin que le hiriese segunda vez. Después Joab y su hermano Abisai fueron en persecución de Seba hijo de Bicri.

11 Y uno de los mancebos de Joab se quedó junto a él, diciendo: Cualquiera que ame a Joab y sea de David, vaya tras Joab.

12 Y Amasa yacía revolcándose en su sangre en medio del camino; y viendo aquel hombre que todo el pueblo se detenía, apartó a Amasa del camino al campo, y echó una vestidura sobre él, al ver que todos los que venían se detenían junto a él.

13 Luego que fue apartado del camino, pasó todo el pueblo tras Joab para perseguir a Seba hijo de Bicri.

14 Y él pasó por todas las tribus de Israel hasta Abel-bet-maaca y todo Barim; y se juntaron y lo siguieron también.

15 Y vinieron y lo sitiaron en Abel-bet-maaca, y levantaron baluarte contra la ciudad, el cual se puso contra el muro; y todo el pueblo que estaba con Joab trabajaba por derribar la muralla.

16 Entonces una mujer sabia dio voces desde la ciudad, diciendo: ¡Oíd, oíd! Os ruego que digáis a Joab: Acercaos acá, para que yo hable con vos.

17 Cuando él se acercó a ella, dijo la mujer: ¿Sois vos Joab? Y él respondió: Yo soy. Ella le dijo: Oíd las palabras de vuestra sierva. Y él respondió: Oigo.

18 Entonces volvió ella a hablar, diciendo: Antiguamente solían decir: Quien preguntare, pregunte en Abel; y así concluían los asuntos.

19 Yo soy de las pacíficas y fieles en Israel; mas vos buscáis destruir una ciudad que es madre en Israel. ¿Por qué queréis destruir la heredad de Yahvé?

20 Joab respondió diciendo: Nunca tal me acontezca, que yo destruya ni deshaga.

21 El asunto no es así; sino que un hombre del monte de Efraín, que se llama Seba hijo de Bicri, ha levantado su mano contra el rey David; entregadlo a él solo, y me iré de la ciudad. Y la mujer dijo a Joab: He aquí, su cabeza os será arrojada desde el muro.

22 La mujer fue luego a todo el pueblo con su sabiduría; y ellos cortaron la cabeza a Seba hijo de Bicri, y se la arrojaron a Joab. Y él tocó la trompeta, y se retiraron de la ciudad, cada uno a su tienda. Y Joab volvió a Jerusalén al rey.

23 Así quedó Joab sobre todo el ejército de Israel, y Benaía hijo de Joiada sobre los cereteos y peleteos,

24 y Adoram sobre los tributos, y Josafat hijo de Ahilud era el cronista,

25 y Seva era escriba, y Sadoc y Abiatar eran los sacerdotes,

26 e Ira jairita fue también ministro de David.

Capítulo 21

1 Hubo hambre en los días de David por tres años consecutivos; y David consultó a Yahvé. Y Yahvé le dijo: Es por causa de Saúl, y por su sangrienta casa, por cuanto mató a los gabaonitas.

2 El rey llamó a los gabaonitas y les habló (los gabaonitas no eran de los hijos de Israel, sino del resto de los amorreos, a los cuales los hijos de Israel habían hecho juramento; mas Saúl había procurado matarlos en su celo por los hijos de Israel y de Judá);

3 dijo, pues, David a los gabaonitas: ¿Qué haré por vosotros, y con qué haré expiación para que bendigáis la heredad de Yahvé?

4 Y los gabaonitas le respondieron: No tenemos nosotros querella sobre plata ni sobre oro con Saúl y con su casa; ni queremos que muera hombre alguno en Israel. Y él les dijo: Lo que vosotros dijereis, eso haré.

5 Ellos respondieron al rey: De aquel hombre que nos destruyó, y que maquinó contra nosotros para exterminarnos sin dejar nada de nosotros en todo el territorio de Israel,

6 denseos siete varones de sus hijos, para que los ahorquemos ante Yahvé en Gabaa de Saúl, el escogido de Yahvé. Y el rey dijo: Yo los daré.

7 Y perdonó el rey a Mefiboset hijo de Jonatán, hijo de Saúl, por el juramento de Yahvé que había entre ellos, entre David y Jonatán hijo de Saúl.

8 Pero tomó el rey a los dos hijos de Rizpa hija de Aja, los cuales ella había dado a luz a Saúl, Armoni y Mefiboset, y a los cinco hijos de Merab hija de Saúl, los cuales ella había dado a luz a Adriel hijo de Barzilai meholatita,

9 y los entregó en manos de los gabaonitas, y ellos los ahorcaron en el monte delante de Yahvé; y murieron juntos aquellos siete, los cuales fueron muertos en los días de la segada, en los primeros días, al comienzo de la segada de la cebada.

10 Entonces Rizpa hija de Aja tomó una tela de saco y la tendió para sí sobre la peña, desde el principio de la segada hasta que llovió sobre ellos agua del cielo; y no dejó que ninguna ave del cielo se posase sobre ellos de día, ni fieras del campo de noche.

11 Y fue dicho a David lo que hacía Rizpa hija de Aja, concubina de Saúl.

12 Entonces David fue y tomó los huesos de Saúl y los huesos de Jonatán su hijo de los hombres de Jabes de Galaad, que los habían hurtado de la plaza de Bet-san, donde los filisteos los habían colgado cuando mataron a Saúl en Gilboa;

13 e hizo llevar de allí los huesos de Saúl y los huesos de Jonatán su hijo; y recogieron también los huesos de los ahorcados.

14 Y sepultaron los huesos de Saúl y de su hijo Jonatán en tierra de Benjamín, en Cela, en el sepulcro de Cis su padre; e hicieron todo lo que el rey había mandado. Después de esto, Dios fue propicio a la tierra.

15 Volvieron los filisteos a hacer guerra a Israel, y descendió David con sus siervos y pelearon contra los filisteos; y David se cansó.

16 E Isbi-benob, uno de los descendientes de los gigantes, cuya lanza pesaba trescientos siclos de bronce, y que estaba ceñido con una espada nueva, trató de matar a David;

17 mas Abisai hijo de Sarvia llegó en su ayuda, e hirió al filisteo y lo mató. Entonces los hombres de David le juraron, diciendo: No saldrás más con nosotros a la batalla, no sea que apagues la lámpara de Israel.

18 Otra segunda guerra hubo después en Gob contra los filisteos; entonces Sibecai husatita mató a Saf, que era uno de los descendientes de los gigantes.

19 Hubo otra guerra en Gob contra los filisteos, en la cual Elhanán, hijo de Jaareoregim de Belén, mató al hermano de Goliat geteo, el asta de cuya lanza era como un rodillo de telar.

20 Después hubo otra guerra en Gat, donde había un hombre de gran estatura, el cual tenía doce dedos en las manos, y otros doce en los pies, veinticuatro en total; y también era descendiente de los gigantes.

21 Este desafió a Israel, y lo mató Jonatán, hijo de Simea hermano de David.

22 Estos cuatro eran descendientes de los gigantes en Gat, los cuales cayeron por mano de David y por mano de sus siervos.

Capítulo 22

1 David dirigió a Yahvé las palabras de este cántico el día en que Yahvé lo libró de mano de todos sus enemigos, y de mano de Saúl.

2 Dijo:
«Yahvé es mi peña y mi fortaleza,
y mi libertador;

3 Dios de mi roca, en él confiaré;
mi escudo, y el cuerno de mi salvación, mi alta torre y mi refugio;
Salvador mío; de violencia me libraste.

4 Invocaré a Yahvé, que es digno de ser alabado,
y seré salvo de mis enemigos.

5 Pues me rodearon ondas de muerte,
y torrentes de iniquidad me atemorizaron.

6 Ligaduras del Seol me rodearon;
tendiéronme lazos de muerte.

7 En mi angustia invoqué a Yahvé,
y clamé a mi Dios;
y él oyó mi voz desde su templo,
y mi clamor llegó a sus oídos.

8 La tierra se conmovió y tembló,
y se conmovieron los cimientos de los cielos;
se estremecieron, porque se indignó él.

9 Humo subió de su nariz,
y de su boca fuego consumidor;
carbones fueron por él encendidos.

10 Inclinó los cielos, y descendió;
y había tinieblas debajo de sus pies.

11 Cabalgó sobre un querubín, y voló;
voló sobre las alas del viento.

12 Puso tinieblas por su escondedero alrededor de sí;
oscuridad de aguas y densas nubes.

13 Por el resplandor de su presencia
se encendieron carbones de fuego.

14 Tronó Yahvé desde los cielos,
y el Altísimo dio su voz.

15 Envió sus saetas, y los dispersó;
lanzó relámpagos, y los destruyó.

16 Entonces aparecieron los torrentes de las aguas,
y quedaron al descubierto los cimientos del mundo;
a la reprensión de Yahvé, por el soplo del aliento de su nariz.

17 Extendió su mano desde lo alto, y me tomó;
me sacó de las muchas aguas.

18 Me libró de mi poderoso enemigo,
y de los que me aborrecían, aunque eran más fuertes que yo.

19 Me asaltaron en el día de mi calamidad;
mas Yahvé fue mi apoyo.

20 Y me sacó a lugar espacioso;
me libró, porque puso su delicia en mí.

21 Yahvé me ha premiado conforme a mi justicia;
conforme a la limpieza de mis manos me ha recompensado.

22 Porque yo he guardado los caminos de Yahvé,
y no me aparté impíamente de mi Dios.

23 Pues todos sus juicios estuvieron delante de mí,
y no me he apartado de sus estatutos.

24 Fui íntegro para con él,
y me guardé de mi iniquidad.

25 Por lo cual me ha recompensado Yahvé conforme a mi justicia;
conforme a la limpieza de mis manos delante de su vista.

26 Con el benigno te mostrarás benigno,
y con el varón íntegro te mostrarás íntegro.

27 Limpio te mostrarás con el limpio,
y severo serás para con el perverso.

28 Porque tú salvas al pueblo humilde,
mas tus ojos están sobre los altivos para humillarlos.

29 Tú eres mi lámpara, oh Yahvé;
Yahvé alumbrará mis tinieblas.

30 Contigo desbarataré ejércitos,
y con mi Dios saltaré murallas.

31 En cuanto a Dios, perfecto es su camino,
y acrisolada la palabra de Yahvé;
escudo es a todos los que en él esperan.

32 Porque ¿quién es Dios, sino sólo Yahvé?
¿Y qué roca hay fuera de nuestro Dios?

33 Dios es el que me ciñe de fuerza,
y quien hace perfecto mi camino;

34 quien hace mis pies como de ciervas,
y me hace estar firme sobre mis alturas;

35 quien adiestra mis manos para la batalla,
de manera que se doble el arco de bronce con mis brazos.

36 Me diste asimismo el escudo de tu salvación,
y tu benignidad me ha engrandecido.

37 Ensanchaste mis pasos debajo de mí,
y mis pies no han resbalado.

38 Perseguiré a mis enemigos, y los destruiré,
y no volveré hasta que los acabe.

39 Los consumiré e heriré, de modo que no se levanten;
caerán debajo de mis pies.

40 Pues me ceñiste de fuerzas para la pelea;
has humillado a mis enemigos debajo de mí.

41 Has hecho que mis enemigos me vuelvan las espaldas,
para que yo destruya a los que me aborrecen.

42 Clamaron, y no hubo quien los salvase;
aun a Yahvé, mas no les respondió.

43 Entonces los desmenucé como polvo de la tierra;
como lodo de las calles los pisé y los dispersé.

44 Me has librado de las contiendas de mi pueblo,
me has guardado para que sea cabeza de naciones;
pueblo que yo no conocía me servirá.

45 Los hijos de extraños se someterán a mí;
al oír de mí, me obedecerán.

46 Los extraños se desvanecerán,
y saldrán temblando de sus encierros.

47 ¡Vive Yahvé, y bendita sea mi roca!
Sea exaltado Dios, la roca de mi salvación.

48 El Dios que venga mis agravios,
y sujeta pueblos debajo de mí;

49 el que me saca de entre mis enemigos,
y aun me eleva sobre los que se levantan contra mí;
me libraste del varón violento.

50 Por tanto, yo te confesaré entre las naciones, oh Yahvé,
y cantaré loores a tu nombre.

51 Él salva gloriosamente a su rey,
y hace misericordia a su ungido,
a David y a su descendencia para siempre.»

Capítulo 23

1 Estas son las últimas palabras de David.
Dijo David hijo de Jesé,
dijo aquel varón que fue levantado en alto,
el ungido del Dios de Jacob,
el dulce cantor de Israel:

2 El Espíritu de Yahvé ha hablado por mí,
y su palabra ha estado en mi lengua.

3 El Dios de Israel ha dicho,
me habló la Roca de Israel:
Habrá un justo que gobierne entre los hombres,
que gobierne en el temor de Dios.

4 Será como la luz de la mañana cuando sale el sol,
como mañana sin nubes,
como el resplandor tras la lluvia
que hace brotar la hierba de la tierra.

5 No es así mi casa para con Dios?
Sin embargo, él ha hecho conmigo pacto sempiterno,
ordenado en todas las cosas, y será guardado;
pues toda mi salvación y todo mi deseo
está en que él la haga florecer.

6 Mas los hijos de iniquidad serán todos ellos como espinas arrancadas,
que no pueden ser tomadas con la mano;

7 pues el que las quiera tocar ha de armarse de hierro y de asta de lanza;
y serán del todo quemadas en su lugar.

8 Estos son los nombres de los valientes que tuvo David: Joseb-basebet el tacmonita, principal de los capitanes; este era Adino el eznita, que mató a ochocientos hombres en una ocasión.

9 Tras de este estuvo Eleazar hijo de Dodo, ahohíta, uno de los tres valientes que estaban con David cuando desafiaron a los filisteos que se habían reunido allí para la batalla, y se habían alejado los varones de Israel.

10 Este se levantó e hirió a los filisteos hasta que su mano se cansó, y se quedó pegada su mano a la espada. Aquel día Yahvé dio una gran victoria, y volvió el pueblo en pos de él tan solo para recoger el botín.

11 Tras este estuvo Sama hijo de Age, ararita. Los filisteos se habían juntado en tropa en un campo lleno de lentejas, y el pueblo había huido delante de los filisteos.

12 Él entonces se paró en medio de aquel terreno y lo defendió, e hirió a los filisteos; y Yahvé dio una gran victoria.

13 Y tres de los treinta principales descendieron y vinieron en tiempo de la siega a David, a la cueva de Adulam; y una tropa de los filisteos estaba acampada en el valle de Refaim.

14 David estaba entonces en la fortaleza, y la guarnición de los filisteos estaba entonces en Belén.

15 Y David deseó con ansia, y dijo: ¡Quién me diera de beber del agua del pozo de Belén que está junto a la puerta!

16 Entonces los tres valientes irrumpieron por el campamento de los filisteos, y sacaron agua del pozo de Belén que estaba junto a la puerta; y tomaron y la trajeron a David; mas él no la quiso beber, sino que la derramó para Yahvé,

17 diciendo: Lejos sea de mí, oh Yahvé, que yo haga esto. ¿He de beber yo la sangre de los varones que fueron con peligro de su vida? Y no quiso beberla. Los tres valientes hicieron esto.

18 Y Abisai hermano de Joab, hijo de Sarvia, fue el principal de los treinta. Este alzó su lanza contra trescientos, a quienes mató, y ganó renombre entre los tres.

19 Él era el más digno de los treinta, y fue su jefe; mas no llegó a los tres primeros.

20 Después, Benaía hijo de Joiada, hijo de un varón esforzado, grande en hazañas, de Cabseel. Este mató a dos leones de Moab; y él mismo descendió y mató a un león en medio de un foso en tiempo de nieve.

21 También mató él a un egipcio, hombre de gran estatura; y tenía el egipcio una lanza en su mano, pero descendió él contra aquel con un palo, y arrebató la lanza de la mano del egipcio, y lo mató con su propia lanza.

22 Esto hizo Benaía hijo de Joiada, y ganó renombre entre los tres valientes.

23 Fue el más digno de los treinta, pero no llegó a los tres primeros. Y lo puso David en su consejo personal.

24 Asael hermano de Joab fue de los treinta; Elhanán hijo de Dodo de Belén,

25 Sama de Harod, Elica de Harod,

26 Heles de Palti, Ira hijo de Iques de Tecoa,

27 Abiezer de Anatot, Mebunai de Husat,

28 Salmón ahohíta, Maharai de Netofa,

29 Heleb hijo de Baana de Netofa, Itai hijo de Ribai de Gabaa de los hijos de Benjamín,

30 Benaía de Piratón, Hidai de los arroyos de Gaas,

31 Abi-albón de Arbat, Azmavet de Barhum,

32 Eliaba de Saalbon, de los hijos de Jasén, Jonatán,

33 Sama ararita, Ahíam hijo de Sarar ararita,

34 Elifelet hijo de Ahasbai, hijo de Maaca, Eliam hijo de Ajitófel gilonita,

35 Hezrai del Carmelo, Paarai de Arba,

36 Igal hijo de Natán de Soba, Bani de Gad,

37 Selec amonita, Naharai de Beerot, escudero de Joab hijo de Sarvia,

38 Ira itrita, Gareb itrita,

39 Urías heteo: treinta y siete por todos.

Capítulo 24

1 Volvió a encenderse la ira de Yahvé contra Israel, e incitó a David contra ellos, diciendo: Ve, haz un censo de Israel y de Judá.

2 Y dijo el rey a Joab, general del ejército que estaba con él: Recorre ahora todas las tribus de Israel, desde Dan hasta Beerseba, y haced el censo del pueblo, para que yo sepa el número de la gente.

3 Joab respondió al rey: Añada Yahvé tu Dios al pueblo cien veces tanto como son, y que lo vean los ojos de mi señor el rey; mas ¿por qué se complace mi señor el rey en esto?

4 Pero la palabra del rey prevaleció sobre Joab y sobre los capitanes del ejército. Salió, pues, Joab con los capitanes del ejército de delante del rey, para hacer el censo del pueblo de Israel.

5 Y pasando el Jordán acamparon en Aroer, a la derecha de la ciudad que está en medio del valle de Gad y junto a Jazer.

6 Después vinieron a Galaad y a la tierra de Tajtim-hodsi; y de allí vinieron a Danjaán y a los alrededores de Sidón.

7 Vinieron luego a la fortaleza de Tiro, y a todas las ciudades de los heveos y de los cananeos, y salieron al sur de Judá en Beerseba.

8 Después que hubieron recorrido toda la tierra, volvieron a Jerusalén al cabo de nueve meses y veinte días.

9 Y Joab dio el censo del número del pueblo al rey; y fueron los de Israel ochocientos mil hombres fuertes que sacaban espada, y los de Judá quinientos mil hombres.

10 Y después que David hubo censado al pueblo, le pesó en su corazón; y dijo David a Yahvé: Yo he pecado mucho por haber hecho esto; mas ahora, oh Yahvé, te ruego que quites la iniquidad de tu siervo, porque yo he obrado muy neciamente.

11 Y por la mañana, cuando David se hubo levantado, vino palabra de Yahvé al profeta Gad, vidente de David, diciendo:

12 Ve y di a David: Así ha dicho Yahvé: Tres cosas te ofrezco; tú elegirás una de ellas, para que yo la haga contigo.

13 Vino, pues, Gad a David, y se lo hizo saber, y le dijo: ¿Quieres que te vengan siete años de hambre en tu tierra? ¿o que huyas tres meses delante de tus enemigos y que ellos te persigan? ¿o que tres días haya peste en tu tierra? Piensa ahora, y mira qué respuesta daré al que me ha enviado.

14 Entonces David dijo a Gad: En grande angustia estoy; caigamos ahora en mano de Yahvé, porque sus misericordias son muchas, mas no caiga yo en manos de hombres.

15 Y Yahvé envió la peste sobre Israel desde la mañana hasta el tiempo señalado; y murieron del pueblo, desde Dan hasta Beerseba, setenta mil hombres.

16 Y cuando el ángel extendió su mano sobre Jerusalén para destruirla, Yahvé se arrepintió de aquel mal, y dijo al ángel que destruía al pueblo: Basta ahora; detén tu mano. Y el ángel de Yahvé estaba junto a la era de Arauná jebuseo.

17 Y David dijo a Yahvé, cuando vio al ángel que hería al pueblo: Yo pequé, yo hice la maldad; ¿qué hicieron estas ovejas? Te ruego que tu mano se vuelva contra mí, y contra la casa de mi padre.

18 Y Gad vino a David aquel día, y le dijo: Sube, y levanta un altar a Yahvé en la era de Arauná jebuseo.

19 Subió David, conforme a la palabra de Gad, según había mandado Yahvé;

20 y Arauná miró, y vio al rey y a sus siervos que venían hacia él. Saliendo entonces Arauná, se inclinó delante del rey, rostro en tierra.

21 Y Arauná dijo: ¿Por qué viene mi señor el rey a su siervo? Y David respondió: Para comprarte la era y edificar un altar a Yahvé, a fin de que la mortandad cese en el pueblo.

22 Y Arauná dijo a David: Tome y sacrifique mi señor el rey lo que bien le pareciere; he aquí bueyes para el holocausto, y los trillos y los yugos de los bueyes para leña.

23 Todo esto, oh rey, Arauná lo da al rey. Luego dijo Arauná al rey: Yahvé tu Dios te sea propicio.

24 Y el rey dijo a Arauná: No, sino por precio te lo compraré; porque no ofreceré a Yahvé mi Dios holocaustos que no me cuesten nada. Entonces David compró la era y los bueyes por cincuenta siclos de plata.

25 Y edificó allí David un altar a Yahvé, y sacrificó holocaustos y ofrendas de paz; y Yahvé oyó las súplicas por la tierra, y cesó la plaga en Israel.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

1 REYES

Capítulo 1

1 El rey David era ya viejo y entrado en años; y por más que lo cubrían con ropas,
no podía calentarse.

2 Por lo tanto, sus siervos le dijeron: «Búsquese una joven virgen para mi señor el
rey, para que esté en presencia del rey y lo abrigue, y duerma en su seno; así mi se-
ñor el rey entrará en calor».

3 Buscaron, pues, a una joven hermosa por todos los confines de Israel, y hallaron
a Abisag la sunamita, y la llevaron ante el rey.

4 La joven era muy hermosa, y se puso al servicio del rey para cuidarlo, mas el rey
no la conoció íntimamente.

5 Entonces Adonías, hijo de Haggit, se enalteció diciendo: «Yo seré el rey». Y se
hizo de carros y jinetes, y de cincuenta hombres que corrieran delante de él.

6 Su padre nunca le había recriminado nada ni le había dicho: «¿Por qué haces
esto?». Además, era un hombre muy apuesto y había nacido después de Absalón.

7 Se puso de acuerdo con Joab hijo de Sarvia y con el sacerdote Abiatar, los cua-
les seguían a Adonías y le prestaban su apoyo.

8 Pero ni el sacerdote Sadoc, ni Benaía hijo de Joiada, ni el profeta Natán, ni Simei,
ni Rei, ni los valientes de David estaban con Adonías.

9 Adonías sacrificó ovejas, bueyes y animales cebados junto a la piedra de Zohelet,
que está cerca de En-Rogel; e invitó a todos sus hermanos, los hijos del rey, y a to-
dos los hombres de Judá, siervos del rey;

10 pero no invitó al profeta Natán, ni a Benaía, ni a los valientes, ni a su hermano
Salomón.

11 Entonces Natán habló a Betsabé, madre de Salomón, diciendo: "¿No has oído
que Adonías hijo de Haggit se ha proclamado rey, sin que nuestro señor David lo
sepa?

12 Ven, pues, ahora, y permite que te dé un consejo para que salves tu vida y la de
tu hijo Salomón.

13 Ve, entra al rey David y dile: '¿No jurasteis vos, mi señor el rey, a vuestra sierva,
diciendo: «Ciertamente tu hijo Salomón reinará después de mí y se sentará en mi
trono»? ¿Por qué, pues, reina Adonías?'.

14 Mira, mientras aún estés hablando allí con el rey, yo entraré tras de ti y confir-
maré tus palabras".

15 Betsabé entró en la cámara del rey. El rey era ya muy anciano, y Abisag la suna-
mita servía al rey.

16 Betsabé se inclinó y rindió homenaje al rey. El rey preguntó: «¿Qué deseas?».

17 Ella respondió: "Señor mío, vos jurasteis por Yahvé vuestro Dios a vuestra
sierva: 'Ciertamente tu hijo Salomón reinará después de mí y se sentará en mi
trono'.

18 Y ved que ahora Adonías reina, y vos, mi señor el rey, no lo sabéis.

19 Ha sacrificado bueyes, animales cebados y ovejas en abundancia, y ha invitado
a todos los hijos del rey, al sacerdote Abiatar y a Joab, general del ejército; pero no
ha invitado a Salomón, vuestro siervo.

20 En vos, mi señor el rey, están puestos los ojos de todo Israel, para que les decla-
réis quién ha de sentarse en el trono de mi señor el rey después de él.

21 De lo contrario, sucederá que cuando mi señor el rey duerma con sus padres,
yo y mi hijo Salomón seremos tenidos por culpables".

22 Mientras ella aún hablaba con el rey, entró el profeta Natán.

23 Avisaron al rey, diciendo: «He aquí el profeta Natán». Al entrar ante el rey, se
postró rostro en tierra.

24 Y Natán dijo: “Rey, señor mío, ¿habéis dicho vos: ‘Adonías reinará después de
mí y se sentará en mi trono’?

25 Porque hoy ha bajado y ha sacrificado bueyes, animales cebados y ovejas en
abundancia, y ha invitado a todos los hijos del rey, a los capitanes del ejército y al
sacerdote Abiatar; y ved que están comiendo y bebiendo delante de él, y dicen:
‘¡Viva el rey Adonías!’.

26 Pero a mí, vuestro siervo, ni al sacerdote Sadoc, ni a Benaía hijo de Joiada, ni a
vuestro siervo Salomón, nos ha invitado.

27 ¿Ha emanado esta orden de mi señor el rey, sin haber declarado a vuestros sier-
vos quién se sentaría en el trono de mi señor el rey después de él?”.

28 El rey David respondió: «Llamadme a Betsabé». Ella entró a la presencia del
rey y se puso en pie ante él.

29 Entonces el rey juró diciendo: “Vive Yahvé, que ha redimido mi alma de toda
angustia,

30 que tal como os juré por Yahvé, Dios de Israel, diciendo: ‘Ciertamente tu hijo
Salomón reinará después de mí y se sentará en mi trono en mi lugar’, así lo haré
hoy mismo”.

31 Entonces Betsabé se inclinó rostro en tierra, rindió homenaje al rey y dijo:
«¡Viva mi señor el rey David para siempre!».

32 El rey David ordenó: «Llamadme al sacerdote Sadoc, al profeta Natán y a Be-
naía hijo de Joiada». Ellos se presentaron ante el rey.

33 Y el rey les dijo: “Llevad con vosotros a los siervos de vuestro señor, haced
montar a mi hijo Salomón en mi propia mula y llevadlo a Gihón.

34 Que el sacerdote Sadoc y el profeta Natán lo unjan allí como rey sobre Israel.
Tocad la trompeta y decid: ‘¡Viva el rey Salomón!’.

35 Subid tras él, y vendrá y se sentará en mi trono, pues él reinará en mi lugar; por-
que a él lo he designado para que sea príncipe sobre Israel y sobre Judá”.

36 Benaía hijo de Joiada respondió al rey: «¡Amén! Así lo diga Yahvé, el Dios de
mi señor el rey.

37 Como Yahvé ha estado con mi señor el rey, así esté con Salomón, y haga su
trono más grande que el trono de mi señor el rey David».

38 Bajaron, pues, el sacerdote Sadoc, el profeta Natán, Benaía hijo de Joiada, y los
cereteos y los peleteos, e hicieron montar a Salomón en la mula del rey David y lo
llevaron a Gihón.

39 El sacerdote Sadoc tomó el cuerno de aceite del Tabernáculo y ungió a Salo-
món. Tocaron la trompeta y todo el pueblo exclamó: «¡Viva el rey Salomón!».

40 Todo el pueblo subió tras él; y la gente tocaba flautas y se regocijaba con gran
alegría, de tal modo que la tierra se estremecía con el estruendo.

41 Lo oyeron Adonías y todos los invitados que estaban con él, cuando ya habían
acabado de comer. Al oír Joab el sonido de la trompeta, preguntó: «¿A qué viene
ese alboroto en la ciudad?».

42 Mientras aún hablaba, llegó Jonatán, hijo del sacerdote Abiatar, a quien Ado-
nías dijo: «Entra, porque eres hombre de valía y traes buenas noticias».

43 Jonatán respondió a Adonías: "Al contrario; nuestro señor el rey David ha he-
cho rey a Salomón.

44 El rey ha enviado con él al sacerdote Sadoc, al profeta Natán, a Benaía hijo de
Joiada, y a los cereteos y los peleteos, y lo han montado en la mula del rey.

45 El sacerdote Sadoc y el profeta Natán lo han ungido rey en Gihón; de allí han
subido con gran júbilo, y la ciudad está alborotada. Ese es el estruendo que habéis
oído.

46 Además, Salomón ya se ha sentado en el trono del reino.

47 Y también los siervos del rey han ido a felicitar a nuestro señor el rey David, di-
ciendo: 'Haga vuestro Dios que el nombre de Salomón sea más ilustre que el vues-
tro, y su trono más grande que el vuestro'. Y el rey se ha inclinado en su lecho.

48 Asimismo, el rey ha dicho: 'Bendito sea Yahvé, Dios de Israel, que ha concedido hoy que uno se siente en mi trono, y que mis ojos lo vean'".

49 Entonces todos los invitados de Adonías se llenaron de pavor, y se levantaron y se fue cada uno por su camino.

50 Adonías, temeroso de Salomón, se levantó y fue a asirse de los cuernos del altar.

51 Informaron de ello a Salomón, diciendo: "He aquí que Adonías tiene miedo del rey Salomón, pues se ha asido de los cuernos del altar, diciendo: 'Que el rey Salomón me jure hoy mismo que no matará a espada a su siervo'".

52 Salomón respondió: «Si se comporta como un hombre de bien, ni un solo cabello suyo caerá a tierra; pero si se halla maldad en él, morirá».

53 El rey Salomón envió a que lo hicieran bajar del altar. Él vino y se postró ante el rey Salomón, y Salomón le dijo: «Vete a tu casa».

Capítulo 2

1 Se acercaban los días de David para morir; y mandó a Salomón su hijo, diciendo:

2 "Yo voy por el camino de toda la tierra; esfuérzate y muéstrate hombre.

3 Guarda las ordenanzas de Yahvé tu Dios, andando en sus caminos y observando sus estatutos, sus mandamientos, sus decretos y sus testimonios, de la manera que está escrito en la ley de Moisés, para que prosperes en todo lo que hagas y en todo aquello que emprendas;

4 a fin de que Yahvé confirme la promesa que me hizo, diciendo: «Si tus hijos guardaren su camino, andando delante de mí con verdad, de todo su corazón y de toda su alma, jamás te faltará —dijo— varón en el trono de Israel».

5 "Bien sabes tú también lo que me hizo Joab hijo de Sarvia, y lo que hizo a los dos generales de los ejércitos de Israel, a Abner hijo de Ner y a Amasa hijo de Jeter, a los cuales mató, derramando en tiempo de paz sangre de guerra, manchando con sangre de guerra el talabarte que rodeaba su cintura y las sandalias de sus pies.

6 Haz, pues, conforme a tu sabiduría; no permitas que sus canas desciendan al Seol en paz.

7 Mas con los hijos de Barzilai galaadita mostrarás bondad, que sean de los que comen a tu mesa; porque ellos me acogieron así cuando yo huía de tu hermano Absalón.

8 "También tienes contigo a Simei hijo de Gera, benjamita de Bahurim, el cual me maldijo con una maldición fidedigna el día que yo iba a Mahanaim. Pero él bajó a recibirme al Jordán, y yo le juré por Yahvé, diciendo: «No te mataré a espada».

9 Mas ahora no lo dejes sin castigo, pues eres hombre sabio y sabes cómo debes tratarlo; harás que sus canas desciendan con sangre al Seol".

10 Y David durmió con sus padres, y fue sepultado en la ciudad de David.

11 Los días que reinó David sobre Israel fueron cuarenta años: siete años reinó en Hebrón, y treinta y tres años reinó en Jerusalén.

12 Y se sentó Salomón en el trono de David su padre, y su reino quedó firmemente consolidado.

13 Entonces Adonías hijo de Haguit fue a ver a Betsabé, madre de Salomón. Ella le preguntó: «¿Vienes en paz?». Él respondió: «En paz».

14 Y añadió: «Tengo algo que deciros». Ella dijo: «Hablad».

15 Él dijo: «Vosotros sabéis que el reino era mío, y que todo Israel había puesto su mirada en mí para que yo reinara; mas el trono se ha invertido y ha pasado a mi hermano, porque de parte de Yahvé era suyo.

16 Ahora os hago una petición; no me la deneguéis». Ella le dijo: «Decid».

17 Él dijo: «Os ruego que habléis al rey Salomón (pues él no os lo negará), para que me dé a Abisag sunamita por mujer».

18 Y Betsabé respondió: «Está bien; yo hablaré por ti al rey».

19 Fue, pues, Betsabé al rey Salomón para hablarle por Adonías. El rey se levantó a recibirla y se inclinó ante ella; se sentó en su trono e hizo poner un trono para su madre, la cual se sentó a su diestra.

20 Ella le dijo: «Una pequeña petición tengo que hacerte; no me la deniegues». El rey respondió: «Pedid, madre mía, que yo no os la denegaré».

21 Y ella dijo: «Dese a Abisag sunamita por mujer a tu hermano Adonías».

22 El rey Salomón respondió a su madre: «¿Por qué pides a Abisag sunamita para Adonías? Pide también para él el reino; pues él es mi hermano mayor, y tiene consigo al sacerdote Abiatar y a Joab hijo de Sarvia».

23 Y el rey Salomón juró por Yahvé, diciendo: «Traiga Dios sobre mí el peor de los castigos si Adonías no ha pronunciado estas palabras contra su propia vida.

24 Ahora, pues, vive Yahvé, que me ha confirmado y me ha sentado en el trono de mi padre David, y que me ha hecho casa, como había prometido, que Adonías morirá hoy mismo».

25 Entonces el rey Salomón envió a Benaía hijo de Joyadá, el cual arremetió contra él, y murió.

26 Y al sacerdote Abiatar dijo el rey: «Vete a Anatot, a tus campos, pues eres digno de muerte; mas no te mataré hoy, por cuanto has llevado el arca del Señor Yahvé delante de David mi padre, y has compartido todas las aflicciones de mi padre».

27 Así echó Salomón a Abiatar del sacerdocio de Yahvé, para que se cumpliese la palabra que Yahvé había pronunciado en Silo sobre la casa de Elí.

28 Llegó la noticia a Joab (porque Joab se había unido a Adonías, aunque no se había unido a Absalón); y huyó Joab al Tabernáculo de Yahvé y se asió de los cuernos del altar.

29 Y se le comunicó a Salomón: «Joab ha huido al Tabernáculo de Yahvé, y he
aquí que está junto al altar». Entonces envió Salomón a Benaía hijo de Joyadá, di-
ciendo: «Ve y arremete contra él».

30 Entró Benaía al Tabernáculo de Yahvé y le dijo: «El rey ha dicho que salgas». Él
dijo: «No, sino que aquí moriré». Benaía volvió con la respuesta al rey, diciendo:
«Así habló Joab, y así me respondió».

31 El rey le dijo: «Haz como él ha dicho; mátale y entiérrale, y quita de mí y de la
casa de mi padre la sangre que Joab derramó injustamente.

32 Yahvé hará recaer la sangre de Joab sobre su propia cabeza; pues él arremetió
contra dos hombres más justos y mejores que él, a los cuales mató a espada sin
que mi padre David supiese nada: a Abner hijo de Ner, general del ejército de Is-
rael, y a Amasa hijo de Jeter, general del ejército de Judá.

33 La sangre de ellos recaerá sobre la cabeza de Joab y sobre la cabeza de su des-
cendencia para siempre; mas sobre David, sobre su descendencia, sobre su casa y
sobre su trono, habrá perpetuamente paz de parte de Yahvé».

34 Entonces Benaía hijo de Joyadá subió, arremetió contra él y lo mató; y fue se-
pultado en su casa, en el desierto.

35 El rey puso en su lugar a Benaía hijo de Joyadá al frente del ejército, y al sacer-
dote Sadoc puso el rey en lugar de Abiatar.

36 Después envió el rey a llamar a Simei, y le dijo: «Edifícate una casa en Jerusalén
y habita allí, y no salgas de allí a ninguna parte;

37 porque sabe de cierto que el día que salieres y pasares el torrente de Cedrón, sin
duda morirás, y tu sangre recaerá sobre tu cabeza».

38 Simei dijo al rey: «La palabra es buena; como mi señor el rey ha dicho, así lo
hará vuestro siervo». Y habitó Simei en Jerusalén muchos días.

39 Pero pasados tres años, sucedió que dos esclavos de Simei huyeron a Aquis hijo
de Maaca, rey de Gat. Y dieron aviso a Simei, diciendo: «Tus esclavos están en
Gat».

40 Entonces Simei se levantó, ensilló su asno y fue a Gat, a Aquis, para buscar a sus esclavos. Fue, pues, Simei, y trajo sus esclavos de Gat.

41 Luego se le dijo a Salomón que Simei había ido de Jerusalén a Gat, y que había vuelto.

42 El rey mandó llamar a Simei y le dijo: "¿No te hice jurar yo por Yahvé y te protesté diciendo: «Sabe de cierto que el día que salieres para ir a alguna otra parte, ciertamente morirás»?

43 ¿Por qué, pues, no has guardado el juramento de Yahvé y el mandamiento que te impuse?".

44 Dijo además el rey a Simei: «Tú sabes en tu corazón todo el mal que hiciste a mi padre David; Yahvé, pues, ha hecho recaer tu maldad sobre tu propia cabeza.

45 Y el rey Salomón será bendito, y el trono de David será firme perpetuamente delante de Yahvé».

46 Entonces el rey mandó a Benaía hijo de Joyadá, el cual salió, arremetió contra él y murió. Y el reino fue confirmado en la mano de Salomón.

Capítulo 3

1 Salomón emparentó con el faraón, rey de Egipto, pues tomó a la hija del faraón y la trajo a la ciudad de David, hasta que hubo acabado de edificar su propia casa, la casa de Yahvé y los muros alrededor de Jerusalén.

2 Sin embargo, el pueblo sacrificaba todavía en los lugares altos, porque aún no se había edificado casa al nombre de Yahvé.

3 Mas Salomón amaba a Yahvé, andando en los estatutos de su padre David; solamente sacrificaba y quemaba incienso en los lugares altos.

4 E iba el rey a Gabaón para sacrificar allí, porque aquel era el lugar alto principal; mil holocaustos ofreció Salomón sobre aquel altar.

5 Y se apareció Yahvé a Salomón en Gabaón una noche en sueños, y le dijo Dios: «Pedid lo que queráis que yo os dé».

6 Y Salomón dijo: «Vos habéis hecho gran misericordia a vuestro siervo David mi padre, según él anduvo delante de vos en verdad, en justicia y en rectitud de corazón para con vos; y vos le habéis guardado esta vuestra gran misericordia, al darle un hijo que se sentase en su trono, como sucede hoy.

7 Ahora pues, Yahvé Dios mío, vos habéis puesto a vuestro siervo por rey en lugar de David mi padre; y yo soy un joven pequeño, que no sé cómo entrar ni salir.

8 Y vuestro siervo está en medio de vuestro pueblo al cual vos escogisteis; un pueblo tan grande que no se puede contar ni numerar por su multitud.

9 Dad, pues, a vuestro siervo un corazón dócil para juzgar a vuestro pueblo, y para discernir entre el bien y el mal; porque ¿quién podrá gobernar este vuestro pueblo tan grande?».

10 Y agradó esta petición delante del Señor, que Salomón hubiese pedido esto.

11 Y le dijo Dios: «Porque habéis pedido esto, y no pedisteis para vos muchos días, ni pedisteis para vos riquezas, ni pedisteis la vida de vuestros enemigos, sino que demandasteis para vos inteligencia para oír juicio,

12 he aquí lo he hecho conforme a vuestras palabras; he aquí que os he dado un corazón sabio y entendido, tanto que no ha habido antes de vos otro como vos, ni después de vos se levantará otro como vos.

13 Y aun lo que no pedisteis os he dado, riquezas y gloria, de tal manera que entre los reyes ninguno haya como vos en todos vuestros días.

14 Y si anduviereis en mis caminos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, como anduvo vuestro padre David, yo alargaré vuestros días».

15 Cuando Salomón despertó, vio que era sueño; y vino a Jerusalén, y se presentó delante del arca de la alianza de Yahvé, y sacrificó holocaustos y ofreció sacrificios de paz, e hizo también un banquete a todos sus siervos.

16 En aquel tiempo vinieron al rey dos mujeres meretrices, y se presentaron delante de él.

17 Y dijo una de ellas: «¡Ah, señor mío! Yo y esta mujer morábamos en una misma casa, y yo di a luz estando con ella en la casa.

18 Sucedió al tercer día de mi alumbramiento, que esta dio a luz también, y estábamos nosotras juntas; ninguno de fuera estaba en casa, sino nosotras dos.

19 Y el hijo de esta mujer murió de noche, porque ella se acostó sobre él.

20 Y se levantó a medianoche y tomó a mi hijo de mi lado, estando vuestra sierva dormida, y lo puso a su lado, y puso al lado mío a su hijo muerto.

21 Y cuando yo me levanté de madrugada para dar el pecho a mi hijo, he aquí que estaba muerto; pero lo observé por la mañana, y vi que no era mi hijo, el que yo había dado a luz».

22 Entonces la otra mujer dijo: «No; mi hijo es el que vive, y tu hijo es el muerto». Y la otra volvió a decir: «No; tu hijo es el muerto, y mi hijo es el que vive». Así hablaban delante del rey.

23 El rey entonces dijo: «Esta dice: «Mi hijo es el que vive, y tu hijo es el muerto»; y la otra dice: «No, sino que tu hijo es el muerto, y mi hijo es el que vive»».

24 Y dijo el rey: «Traedme una espada». Y trajeron una espada delante del rey.

25 En seguida el rey dijo: «Partid en dos al niño vivo, y dad la mitad a la una, y la otra mitad a la otra».

26 Entonces la mujer de quien era el hijo vivo habló al rey (porque sus entrañas se conmovieron por su hijo), y dijo: «¡Ah, señor mío! Dad a esta el niño vivo, y no lo matéis». Mas la otra dijo: «Ni a mí ni a ti; partidlo».

27 Entonces el rey respondió y dijo: «Dad a aquella el hijo vivo, y no lo matéis; ella es su madre».

28 Y todo Israel oyó aquel juicio que había dado el rey; y temieron al rey, porque vieron que había en él sabiduría de Dios para juzgar.

Capítulo 4

1 El rey Salomón, pues, fue rey sobre todo Israel.

2 Y estos fueron los príncipes que tuvo: Azarías hijo de Sadoc, sacerdote;

3 Elihoref y Ahías, hijos de Sisá, escribas; Josafat hijo de Ahilud, canciller;

4 Benaía hijo de Joiada estaba al frente del ejército; Sadoc y Abiatar eran los sacerdotes;

5 Azarías hijo de Natán estaba sobre los gobernadores; Zabud hijo de Natán era ministro principal, amigo del rey;

6 Ahisar estaba al frente de la casa; y Adoniram hijo de Abda estaba sobre el tributo laboral.

7 Tenía Salomón doce oficiales sobre todo Israel, los cuales abastecían al rey y a su casa. Cada uno de ellos suministraba provisiones un mes al año.

8 Y estos son sus nombres: el hijo de Hur, en la región montañosa de Efraín;

9 el hijo de Deker, en Macaz, en Saalbim, en Bet-semes y en Elón-bet-hanán;

10 el hijo de Hesed, en Arubot; suyos eran Soco y toda la tierra de Hefer;

11 el hijo de Abinadab, en toda la región de Dor; este tenía por mujer a Tafat, hija de Salomón;

12 Baana hijo de Ahilud, en Taanac y Meguido, y en toda Bet-seán, que está al lado de Zaretán, abajo de Jezreel, desde Bet-seán hasta Abel-mejolá, hasta más allá de Jocmeam;

13 el hijo de Geber, en Ramot de Galaad; suyas eran las aldeas de Jair hijo de Manasés, las cuales están en Galaad; suya era también la región de Argob, que está en Basán: sesenta grandes ciudades con muros y cerrojos de bronce;

14 Ahinadab hijo de Iddo, en Mahanaim;

15 Ahimaas, en Neftalí; este también tomó por mujer a Basemat, hija de Salomón;

16 Baana hijo de Husai, en Aser y en Alot;

17 Josafat hijo de Parúa, en Isacar;

18 Simei hijo de Ela, en Benjamín;

19 Geber hijo de Uri, en la tierra de Galaad, la tierra de Sehón, rey de los amorreos, y de Og, rey de Basán; este era el único oficial en aquella tierra.

20 Judá e Israel eran tan numerosos como la arena que está junto al mar en multitud, y comían, bebían y se alegraban.

21 Y Salomón señoreaba sobre todos los reinos desde el Río hasta la tierra de los filisteos y hasta la frontera de Egipto; y traían presentes y sirvieron a Salomón todos los días de su vida.

22 La provisión de Salomón para cada día era de treinta coros de flor de harina y sesenta coros de harina,

23 diez bueyes gordos, veinte bueyes de pasto y cien ovejas; sin contar los ciervos, gacelas, corzos y aves engordadas.

24 Porque él dominaba en toda la región de este lado del Río, desde Tifsa hasta Gaza, sobre todos los reyes de este lado del Río; y tuvo paz por todos lados en derredor suyo.

25 Y Judá e Israel vivieron seguros, cada uno debajo de su parra y debajo de su higuera, desde Dan hasta Beerseba, todos los días de Salomón.

26 Tenía además Salomón cuarenta mil caballerizas de caballos para sus carros, y doce mil jinetes.

27 Y aquellos oficiales abastecían al rey Salomón y a todos los que a la mesa del rey Salomón venían, cada uno en su mes; hacían que no faltase nada.

28 Llevaban también la cebada y la paja para los caballos y para las bestias de carga al lugar donde estaba el rey, cada uno conforme al turno que le correspondía.

29 Y dio Dios a Salomón sabiduría y prudencia muy grandes, y anchura de corazón como la arena que está a la orilla del mar.

30 Era la sabiduría de Salomón mayor que la de todos los orientales, y mayor que
toda la sabiduría de los egipcios.

31 Aun fue más sabio que todos los hombres: más que Etán ezraíta, y que Hemán,
Calcol y Darda, hijos de Mahol; y fue conocido entre todas las naciones de
alrededor.

32 Y compuso tres mil proverbios, y sus cantares fueron mil cinco.

33 También disertó sobre los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo
que nace en la pared. Asimismo disertó sobre los animales, sobre las aves, sobre
los reptiles y sobre los peces.

34 Y para oír la sabiduría de Salomón venían de todos los pueblos y de parte de to-
dos los reyes de la tierra, donde se había oído de su sabiduría.

Capítulo 5

1 Hiram, rey de Tiro, envió a sus siervos a Salomón, tras oír que lo habían ungido
por rey en lugar de su padre; porque Hiram siempre había amado a David.

2 Salomón envió a decir a Hiram:

3 "Vos sabéis que mi padre David no pudo edificar casa al nombre de Yahvé su
Dios por las guerras que le rodearon, hasta que Yahvé puso a sus enemigos bajo
las plantas de sus pies.

4 Pero ahora Yahvé mi Dios me ha dado reposo por todas partes; pues no hay ad-
versario ni mal que temer.

5 Yo, por tanto, he determinado edificar casa al nombre de Yahvé mi Dios, con-
forme a lo que Yahvé habló a mi padre David, diciendo: «Tu hijo, a quien yo pon-
dré en tu trono en tu lugar, él edificará casa a mi nombre».

6 Mandad, pues, ahora que me corten cedros del Líbano; y mis siervos estarán
con los vuestros, y yo os daré por vuestros siervos el salario que vos dijereis; por-
que sabéis bien que no hay entre nosotros quien sepa labrar madera como los

sidonios".

7 Cuando Hiram oyó las palabras de Salomón, se alegró en gran manera y dijo: «Bendito sea hoy Yahvé, que dio a David hijo sabio sobre este pueblo tan grande».

8 E envió Hiram a decir a Salomón: «He oído lo que me mandasteis a decir; yo haré todo lo que os plazca acerca de la madera de cedro y la madera de ciprés.

9 Mis siervos las llevarán desde el Líbano al mar, y yo las pondré en almadías para llevarlas por mar hasta el lugar que vos me señaléis, y allí las haré desatar y vos las recibiréis; y vos cumpliréis mi deseo dando de comer a mi familia».

10 Dio, pues, Hiram a Salomón madera de cedro y madera de ciprés, toda la que quiso.

11 Y Salomón daba a Hiram veinte mil coros de trigo para el sustento de su familia, y veinte coros de aceite puro; esto daba Salomón a Hiram cada año.

12 Yahvé, pues, dio a Salomón sabiduría, como le había prometido; y hubo paz entre Hiram y Salomón, e hicieron pacto entre ambos.

13 El rey Salomón decretó una leva en todo Israel, y la leva fue de treinta mil hombres.

14 Los enviaba al Líbano por turnos de diez mil cada mes; estaban un mes en el Líbano y dos meses en sus casas; y Adoniram estaba encargado de aquella leva.

15 Tenía también Salomón setenta mil que llevaban las cargas, y ochenta mil canteros en el monte;

16 sin contar los principales oficiales de Salomón que estaban sobre la obra, tres mil trescientos, los cuales tenían a cargo el pueblo que hacía la obra.

17 Y mandó el rey que trajesen piedras grandes, piedras costosas, para los cimientos de la casa, piedras de cantería.

18 Los albañiles de Salomón y los de Hiram, y los gebalitas, labraron y prepararon la madera y la piedra para edificar la casa.

Capítulo 6

1 En el año cuatrocientos ochenta después de que los hijos de Israel salieran de la tierra de Egipto, en el cuarto año del reinado de Salomón sobre Israel, en el mes de Ziv, que es el segundo mes, comenzó él a edificar la casa de Yahvé.

2 La casa que el rey Salomón edificó a Yahvé tenía sesenta codos de largo, veinte de ancho y treinta codos de alto.

3 El pórtico delante del templo de la casa tenía veinte codos de largo, igual a la anchura de la casa, y su ancho delante de la casa era de diez codos.

4 E hizo para la casa ventanas de celosías sesgadas.

5 Edificó también junto a la pared de la casa aposentos laterales alrededor de las paredes de la casa, tanto del templo como del santuario interior; e hizo cámaras laterales por todas partes.

6 El piso bajo tenía cinco codos de ancho, el de en medio seis codos de ancho, y el tercero siete codos de ancho; porque por fuera había hecho retranqueos en la pared de la casa alrededor, para no introducir las vigas en las paredes de la casa.

7 Y cuando se edificó la casa, la construyeron con piedras acabadas que traían de la cantera, de tal manera que no se oyó en la casa ni martillo, ni hacha, ni herramienta alguna de hierro, mientras la edificaban.

8 La puerta del aposento de en medio estaba al lado derecho de la casa; y se subía por una escalera de caracol al piso de en medio, y del medio al tercero.

9 Edificó, pues, la casa y la terminó; y la cubrió con artesonados y entablados de cedro.

10 Edificó asimismo los pisos laterales contra toda la casa, de cinco codos de altura cada uno, los cuales estaban sujetos a la casa con madera de cedro.

11 Y vino palabra de Yahvé a Salomón, diciendo:

12 «En cuanto a esta casa que tú edificas, si anduvieres en mis estatutos y pusieres
por obra mis decretos, y guardares todos mis mandamientos andando en ellos, yo
cumpliré contigo mi palabra que hablé a David tu padre;

13 y habitaré en medio de los hijos de Israel, y no dejaré a mi pueblo Israel».

14 Así, pues, Salomón edificó la casa y la terminó.

15 Cubrió las paredes de la casa por dentro con tablas de cedro; desde el pavi-
mento de la casa hasta las paredes del techo, las entabló por dentro con madera; y
cubrió el suelo de la casa con tablas de ciprés.

16 Asimismo edificó la parte posterior de la casa, de veinte codos, de tablas de ce-
dro desde el suelo hasta lo alto de las paredes; así preparó por dentro el santuario
interior, que es el lugar santísimo.

17 La casa, esto es, el templo que estaba delante, tenía cuarenta codos.

18 Y la casa estaba cubierta de cedro por dentro, esculpido con figuras de calaba-
zas y flores abiertas; todo era cedro, ninguna piedra se veía.

19 Y preparó el santuario interior en medio de la casa para poner allí el arca de la
alianza de Yahvé.

20 El santuario interior tenía veinte metros de largo, veinte de ancho y veinte de
alto; y lo revistió de oro purísimo. Asimismo cubrió el altar de cedro.

21 Revistió Salomón de oro puro la casa por dentro, y cerró la entrada del santua-
rio interior con cadenas de oro, y lo revistió de oro.

22 Cubrió, pues, de oro toda la casa hasta terminarla por completo; también re-
vistió de oro todo el altar que estaba frente al santuario interior.

23 Hizo dentro del santuario interior dos querubines de madera de olivo, cada uno
de diez codos de altura.

24 Una de las alas del querubín tenía cinco codos, y la otra ala del querubín otros
cinco codos; había diez codos desde la punta de una de sus alas hasta la punta de
la otra.

25 Asimismo el otro querubín tenía diez codos; ambos querubines tenían un mismo tamaño y una misma forma.

26 La altura de un querubín era de diez codos, y lo mismo la del otro querubín.

27 Y puso los querubines en lo más interior de la casa; los querubines tenían extendidas sus alas, de modo que el ala de uno tocaba la una pared y el ala del otro tocaba la otra pared, y sus alas se tocaban la una a la otra en medio de la casa.

28 Y revistió de oro los querubines.

29 Esculpió todas las paredes de la casa alrededor con diversas entalladuras de querubines, palmeras y flores abiertas, tanto por dentro como por fuera.

30 Y recubrió de oro el pavimento de la casa, por dentro y por fuera.

31 A la entrada del santuario interior hizo puertas de madera de olivo; y el dintel y las jambas eran la quinta parte de la pared.

32 Las dos puertas eran de madera de olivo; y esculpió en ellas figuras de querubines, palmeras y flores abiertas, y las revistió de oro; cubrió también de oro los querubines y las palmeras.

33 Igualmente hizo para la puerta del templo jambas de madera de olivo, de una cuarta parte de la pared.

34 Pero las dos puertas eran de madera de ciprés; y las dos hojas de una puerta eran plegables, y las otras dos hojas de la otra puerta también eran plegables.

35 Y esculpió en ellas querubines, palmeras y flores abiertas, y las revistió de oro ajustado a las tallas.

36 Edificó el atrio interior de tres hileras de piedras labradas y una hilera de vigas de cedro.

37 En el cuarto año, en el mes de Ziv, se echaron los cimientos de la casa de Yahvé.

38 Y en el undécimo año, en el mes de Bul, que es el mes octavo, fue acabada la casa con todas sus dependencias y conforme a todo su diseño. La edificó, pues, en siete años.

Capítulo 7

1 Salomón estuvo edificando su propia casa durante trece años, hasta que terminó toda su casa.

2 Edificó asimismo la Casa del Bosque del Líbano, cuya longitud era de cien codos, su anchura de cincuenta codos y su altura de treinta codos, sobre cuatro hileras de columnas de cedro, con vigas de cedro sobre las columnas.

3 Y estaba cubierta de cedro por encima de las cámaras laterales, que se apoyaban en cuarenta y cinco columnas, quince en cada hilera.

4 Había tres hileras de ventanas, una ventana frente a la otra en tres filas.

5 Todas las puertas y los postes eran cuadrados, de madera de cedro, con las ventanas una frente a la otra en tres filas.

6 Hizo también un pórtico de columnas de cincuenta codos de largo y treinta codos de ancho; y delante de ellas había otro pórtico con sus columnas y sus respectivos peldaños.

7 Hizo asimismo el pórtico del trono donde había de juzgar, el pórtico del juicio, el cual estaba cubierto de cedro desde el suelo hasta el techo.

8 Y la casa donde él había de morar, en otro atrio dentro del pórtico, era de la misma obra. Salomón edificó también, de la misma traza que este pórtico, una casa para la hija de Faraón, a quien había tomado por mujer.

9 Todas estas obras fueron de piedras costosas, cortadas a medida y aserradas con sierras por dentro y por fuera, desde los cimientos hasta la albardilla, y por fuera hasta el gran atrio.

10 Los cimientos eran de piedras costosas, piedras grandes de diez y de ocho codos.

11 Y por encima había también piedras costosas, labradas a medida, y madera de cedro.

12 El gran atrio alrededor tenía tres hileras de piedras labradas y una hilera de vigas de cedro, lo mismo que el atrio interior de la casa de Yahvé y el pórtico de la casa.

13 El rey Salomón envió a buscar a Hiram de Tiro y lo hizo venir.

14 Era este hijo de una viuda de la tribu de Neftalí, y su padre era un hombre de Tiro, artífice en bronce; Hiram estaba lleno de sabiduría, inteligencia y pericia para elaborar toda suerte de obras de bronce. Vino, pues, al rey Salomón y realizó toda su obra.

15 Fundió las dos columnas de bronce; la altura de cada una era de dieciocho codos, y un hilo de doce codos rodeaba el contorno de cada una de ellas.

16 Hizo asimismo dos capiteles de bronce fundido para colocarlos sobre las cabezas de las columnas; la altura de un capitel era de cinco codos, y la del otro capitel, de cinco codos.

17 Había redes de mallas y cordones a manera de cadenas para los capiteles que estaban sobre las cabezas de las columnas: siete para un capitel y siete para el otro.

18 Hizo también las granadas en dos hileras alrededor de cada red, para cubrir los capiteles que estaban sobre las cabezas de las columnas; y lo mismo hizo para el otro capitel.

19 Los capiteles que estaban sobre las columnas en el pórtico tenían forma de lirios, y eran de cuatro codos.

20 Los capiteles sobre las dos columnas tenían también grabados por encima, cerca del saliente que estaba junto a la red; y había doscientas granadas en dos hileras alrededor de cada capitel.

21 Erigió, pues, las columnas en el pórtico del templo; erigió la columna de la derecha y la llamó Jachín, y erigió la columna de la izquierda y la llamó Boaz.

22 Y en la parte superior de las columnas puso obra de lirios. Así se terminó la obra de las columnas.

23 Hizo asimismo el Mar de fundición, de diez codos de un borde al otro, perfectamente redondo. Su altura era de cinco codos, y un cordón de treinta codos lo rodeaba en todo su contorno.

24 Por debajo del borde había grabados en forma de calabazas que lo rodeaban, diez en cada codo alrededor del Mar; las calabazas estaban en dos hileras, fundidas en una sola pieza con el Mar.

25 Se asentaba sobre doce bueyes: tres mirando al norte, tres mirando al occidente, tres mirando al sur y tres mirando al oriente; el Mar descansaba sobre ellos, y las ancas de todos ellos estaban hacia la parte interior.

26 Su grosor era de un palmo, y su borde estaba labrado como el borde de una copa, como flor de lirio; y tenía capacidad para dos mil batos.

27 Hizo también diez basas de bronce; la longitud de cada basa era de cuatro codos, su anchura de cuatro codos y su altura de tres codos.

28 La obra de las basas consistía en lo siguiente: tenían tableros, y los tableros estaban entre las molduras.

29 Sobre aquellos tableros que estaban entre las molduras había leones, bueyes y querubines; y sobre las molduras, tanto arriba como abajo de los leones y de los bueyes, había guirnaldas de obra colgante.

30 Cada basa tenía cuatro ruedas de bronce con sus ejes de bronce, y en sus cuatro esquinas había soportes fundidos para sostener la pila; estos soportes tenían guirnaldas a cada lado.

31 La boca de la pila quedaba dentro del capitel que sobresalía un codo por encima; la abertura era redonda, de codo y medio, como la hechura de un pedestal. En su boca también había grabados, y sus tableros eran cuadrados, no redondos.

32 Las cuatro ruedas estaban debajo de los tableros, y los ejes de las ruedas estaban unidos a la basa. La altura de cada rueda era de un codo y medio.

33 La labor de las ruedas era como la de las ruedas de un carro; sus ejes, sus llantas, sus radios y sus cubos, todo era de fundición.

34 Asimismo, en las cuatro esquinas de cada basa había cuatro soportes, los cuales formaban una sola pieza con la misma basa.

35 En la parte superior de la basa había una banda circular de medio codo de altura, y en lo alto de la basa, sus apoyos y tableros formaban una sola pieza con ella.

36 En las tablas de sus apoyos y en sus tableros, Hiram grabó querubines, leones y palmeras, según el espacio de cada uno, con guirnaldas alrededor.

37 De esta manera hizo las diez basas: todas ellas de una misma fundición, de una misma medida y de una misma forma.

38 Hizo también diez pilas de bronce; en cada pila cabían cuarenta batos, y cada pila era de cuatro codos. Puso una pila sobre cada una de las diez basas.

39 Colocó las basas, cinco al lado derecho de la casa y cinco al lado izquierdo; y puso el Mar al lado derecho de la casa, hacia el sudeste.

40 Hiram hizo asimismo las ollas, las palas y los cuencos. Así terminó Hiram toda la obra que realizó para el rey Salomón en la casa de Yahvé:

41 las dos columnas, los dos tazones de los capiteles que estaban en la parte superior de las columnas, las dos redes para cubrir los dos tazones de los capiteles que estaban en la parte superior de las columnas;

42 las cuatrocientas granadas para las dos redes, dos hileras de granadas para cada red, para cubrir los dos tazones de los capiteles que estaban sobre las columnas;

43 las diez basas y las diez pilas sobre las basas;

44 el Mar, con los doce bueyes debajo de él;

45 y las ollas, las palas y los cuencos. Todos estos utensilios que Hiram hizo para el rey Salomón en la casa de Yahvé eran de bronce bruñido.

46 El rey los hizo fundir en la llanura del Jordán, en tierra arcillosa, entre Sucot y Zaretán.

47 Y Salomón no pesó los utensilios por ser tantos en exceso; no se pudo determinar el peso del bronce.

48 Salomón mandó hacer todos los objetos de la casa de Yahvé: el altar de oro y la mesa de oro sobre la cual se ponía el pan de la proposición;

49 los candelabros de oro puro, cinco a la derecha y cinco a la izquierda, frente al santuario interior; las flores, las lámparas y las tenazas eran también de oro;

50 asimismo los cálices, las despabiladeras, los cuencos, las cucharas y los incensarios eran de oro puro; también eran de oro los goznes de las puertas interiores para el lugar santísimo y los de las puertas del templo.

51 Así se terminó toda la obra que el rey Salomón hizo en la casa de Yahvé. Y Salomón trajo lo que su padre David había consagrado —la plata, el oro y los utensilios— y lo puso en los tesoros de la casa de Yahvé.

Capítulo 8

1 Entonces Salomón reunió ante sí en Jerusalén a los ancianos de Israel, a todos los jefes de las tribus y a los principales de las familias de los hijos de Israel, para hacer subir el arca de la alianza de Yahvé de la ciudad de David, que es Sión.

2 Y se reunieron con el rey Salomón todos los varones de Israel en el mes de Etanim, que es el mes séptimo, en el día de la fiesta solemne.

3 Vinieron, pues, todos los ancianos de Israel, y los sacerdotes tomaron el arca.

4 Y llevaron el arca de Yahvé, y el Tabernáculo de la Reunión y todos los utensilios sagrados que estaban en el Tabernáculo; los cuales llevaron los sacerdotes y los levitas.

5 Y el rey Salomón, y toda la congregación de Israel que se había reunido con él, estaban ante el arca, sacrificando ovejas y bueyes, que por su multitud no se podían contar ni numerar.

6 Y los sacerdotes metieron el arca de la alianza de Yahvé en su lugar, en el santuario de la casa, en el lugar santísimo, bajo las alas de los querubines.

7 Porque los querubines tenían extendidas las alas sobre el lugar del arca, y cubrían los querubines el arca y sus varas por encima.

8 E hicieron salir las varas, de modo que los extremos de ellas se veían desde el lugar santo delante del santuario interior, pero no se veían desde fuera; y allí están hasta hoy.

9 En el arca no había sino las dos tablas de piedra que Moisés había puesto allí en Horeb, donde Yahvé hizo pacto con los hijos de Israel cuando salieron de la tierra de Egipto.

10 Y cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa de Yahvé.

11 Y los sacerdotes no pudieron permanecer en pie para ministrar por causa de la nube; porque la gloria de Yahvé había llenado la casa de Yahvé.

12 Entonces dijo Salomón: «Yahvé ha dicho que él habitaría en la oscuridad.

13 Yo, ciertamente, te he edificado una casa por morada, un lugar en que habites para siempre».

14 Y volviendo el rey su rostro, bendijo a toda la congregación de Israel; y toda la congregación de Israel estaba en pie.

15 Y dijo: "Bendito sea Yahvé, Dios de Israel, que habló con su boca a David mi padre, y con su mano lo ha cumplido, diciendo:

16 «Desde el día que saqué a mi pueblo Israel de Egipto, no he escogido ciudad de todas las tribus de Israel para edificar casa en la cual estuviese mi nombre; mas escogí a David para que fuese sobre mi pueblo Israel».

17 "Y David mi padre tuvo en su corazón el edificar casa al nombre de Yahvé Dios de Israel.

18 Pero Yahvé dijo a David mi padre: «Cuanto a haber tenido en tu corazón el edificar casa a mi nombre, bien has hecho en tener tal deseo.

19 Pero tú no edificarás la casa, sino tu hijo que saldrá de tus lomos, él edificará la casa a mi nombre».

20 Y Yahvé ha cumplido su palabra que había dicho; pues yo me he levantado en lugar de David mi padre, y me he sentado en el trono de Israel, como Yahvé había dicho, y he edificado la casa al nombre de Yahvé Dios de Israel.

21 Y he puesto en ella lugar para el arca, en la cual está la alianza de Yahvé que él hizo con nuestros padres cuando los sacó de la tierra de Egipto".

22 Se puso luego Salomón delante del altar de Yahvé, en presencia de toda la congregación de Israel, y extendiendo sus manos al cielo,

23 dijo: "Yahvé Dios de Israel, no hay Dios como tú, ni arriba en los cielos ni abajo en la tierra, que guardas el pacto y la misericordia a tus siervos, los que andan delante de ti de todo su corazón;

24 que has cumplido a tu siervo David mi padre lo que le prometiste; lo dijiste con tu boca, y con tu mano lo has cumplido, como sucede en este día.

25 Ahora, pues, Yahvé Dios de Israel, cumple a tu siervo David mi padre lo que le prometiste, diciendo: «No te faltará varón delante de mí que se siente en el trono de Israel, con tal que tus hijos guarden su camino, para andar delante de mí como tú has andado delante de mí».

26 "Ahora, pues, oh Dios de Israel, cúmplase la palabra que dijiste a tu siervo David mi padre.

27 Pero ¿es verdad que Dios ha de habitar sobre la tierra? He aquí que los cielos, y los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?

28 Con todo, tú atenderás a la oración de tu siervo, y a su plegaria, oh Yahvé Dios mío, oyendo el clamor y la oración que tu siervo hace hoy delante de ti;

29 que estén tus ojos abiertos de noche y de día sobre esta casa, sobre este lugar del cual has dicho: «Mi nombre estará allí»; y que oigas la oración que tu siervo haga en este lugar.

30 Oye, pues, la oración de tu siervo, y de tu pueblo Israel; cuando oren en este lugar, también tú lo oirás en el lugar de tu morada, en los cielos; escucha y perdona.

31 "Si alguno pecare contra su prójimo, y le tomaren juramento haciéndole jurar, y viniere el juramento delante de tu altar en esta casa,

32 tú oirás en los cielos, y actuarás, y juzgarás a tus siervos, condenando al impío y haciendo recaer su proceder sobre su cabeza, y justificando al justo para darle conforme a su justicia.

33 "Si tu pueblo Israel fuere derrotado delante de sus enemigos por haber pecado contra ti, y se volvieren a ti y confesaren tu nombre, y oraren y te rogaren en esta casa,

34 tú oirás en los cielos, y perdonarás el pecado de tu pueblo Israel, y los volverás a la tierra que diste a sus padres.

35 "Si el cielo se cerrare y no lloviere, por haber ellos pecado contra ti, y oraren en este lugar y confesaren tu nombre, y se volvieren de sus pecados cuando los afligieres,

36 tú oirás en los cielos, y perdonarás el pecado de tus siervos y de tu pueblo Israel, enseñándoles el buen camino por donde anden; y darás lluvia sobre tu tierra, la cual diste a tu pueblo por heredad.

37 "Si en la tierra hubiere hambre, pestilencia, tizón, añublo, langosta o pulgón; si sus enemigos los sitiaren en la tierra de sus ciudades; cualquier plaga o enfermedad que sea;

38 toda oración y toda súplica que hiciere cualquier hombre, o todo tu pueblo Israel, cuando cualquiera sintiere la plaga en su corazón, y extendiere sus manos a esta casa,

39 tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y perdonarás, y actuarás, y darás a cada uno conforme a sus caminos, pues solo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres;

40 para que te teman todos los días que vivan sobre la faz de la tierra que diste a nuestros padres.

41 "Asimismo el extranjero, que no es de tu pueblo Israel, que viniere de lejanas tierras a causa de tu nombre

42 (porque oirán de tu gran nombre, de tu mano fuerte y de tu brazo extendido), cuando viniere a orar a esta casa,

43 tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y harás conforme a todo aquello por lo cual el extranjero hubiere clamado a ti, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre y te teman, como tu pueblo Israel, y entiendan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo edifiqué.

44 "Si tu pueblo saliere a la guerra contra sus enemigos por el camino que tú les mandes, y oraren a Yahvé hacia la ciudad que tú elegiste, y hacia la casa que yo edifiqué a tu nombre,

45 tú oirás en los cielos su oración y su súplica, y les harás justicia.

46 Si pecaren contra ti (porque no hay hombre que no peque), y tú te airares contra ellos y los entregares delante del enemigo, para que los cautiven y lleven a tierra enemiga, sea lejos o cerca,

47 y ellos volvieren en sí en la tierra donde fueren cautivos; si se convirtieren y te obraren súplica en la tierra de los que los cautivaron, diciendo: «Pecamos, hemos hecho lo malo, hemos cometido impiedad»;

48 y si se convirtieren a ti de todo su corazón y de toda su alma, en la tierra de sus enemigos que los hubieren llevado cautivos, y oraren a ti hacia su tierra que diste a sus padres, y hacia la ciudad que tú elegiste, y la casa que yo edifiqué a tu nombre,

49 tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, su oración y su súplica, y les harás justicia.

50 Y perdonarás a tu pueblo que había pecado contra ti, y todas sus infracciones con que se habian rebelado contra ti, y harás que tengan de ellos misericordia los que los hubieren llevado cautivos;

51 porque ellos son tu pueblo y tu heredad, los cuales sacaste de Egipto, de en medio del horno de hierro.

52 Estén, pues, atentos tus ojos a la oración de tu siervo y a la plegaria de tu pueblo Israel, para oírlos en todo aquello por lo que te invocaren;

53 porque tú los apartaste para ti como heredad tuya de entre todos los pueblos de la tierra, como lo dijiste por medio de Moisés tu siervo, cuando sacaste a nuestros padres de Egipto, oh Señor Yahvé".

54 Y sucedió que cuando Salomón acabó de hacer a Yahvé toda esta oración y súplica, se levantó de estar de rodillas delante del altar de Yahvé con sus manos extendidas al cielo.

55 Y puesto en pie, bendijo a toda la congregación de Israel, diciendo en voz alta:

56 «Bendito sea Yahvé, que ha dado reposo a su pueblo Israel, conforme a todo lo que él había dicho; ninguna palabra ha faltado de todas sus promesas que expresó por medio de Moisés su siervo.

57 Yahvé nuestro Dios esté con nosotros, como estuvo con nuestros padres, y no nos deje ni nos desampare.

58 Incline nuestro corazón hacia él, para que andemos en todos sus caminos, y guardemos sus mandamientos y sus estatutos y sus decretos, los cuales mandó a nuestros padres.

59 Y estas mis palabras con que he suplicado delante de Yahvé, estén cerca de Yahvé nuestro Dios de día y de noche, para que él proteja la causa de su siervo y de su pueblo Israel, cada cosa en su tiempo;

60 a fin de que todos los pueblos de la tierra sepan que Yahvé es Dios, y que no hay otro.

61 Sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Yahvé nuestro Dios, andando en sus estatutos y guardando sus mandamientos, como en el día de hoy».

62 Entonces el rey, y todo Israel con él, sacrificaron víctimas delante de Yahvé.

63 Y ofreció Salomón sacrificios de paz, los cuales sacrificó a Yahvé: veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas. Así dedicaron el rey y todos los hijos de Israel la casa de Yahvé.

64 Aquel mismo día santificó el rey el medio del atrio que estaba delante de la casa de Yahvé; porque ofreció allí los holocaustos, las ofrendas y la grosura de los sacrificios de paz, por cuanto el altar de bronce que estaba delante de Yahvé era pequeño, y no cabían en él los holocaustos, las ofrendas y la grosura de los sacrificios de paz.

65 En aquel tiempo Salomón celebró una fiesta, y con él todo Israel, una gran congregación, desde la entrada de Hamat hasta el río de Egipto, delante de Yahvé nuestro Dios, por siete días y otros siete días, esto es, por catorce días.

66 Y al octavo día despidió al pueblo; y ellos, bendiciendo al rey, se fueron a sus tiendas alegres y gozosos de corazón por todos los beneficios que Yahvé había hecho a David su siervo y a su pueblo Israel.

Capítulo 9

1 Cuando Salomón hubo acabado de edificar la casa de Yahvé, y la casa real, y todo lo que Salomón se había propuesto hacer,

2 Yahvé se apareció a Salomón la segunda vez, como se le había aparecido en Gabaón.

3 Y le dijo Yahvé: "He oído tu oración y tu ruego que has hecho en mi presencia. Yo he santificado esta casa que tú has edificado, para poner mi nombre en ella para siempre; y mis ojos y mi corazón estarán allí todos los días.

4 Y si tú anduvieres delante de mí como anduvo David tu padre, en integridad de corazón y en equidad, haciendo todas las cosas que yo te he mandado, y guardares mis estatutos y mis decretos,

5 yo afirmaré el trono de tu reino sobre Israel para siempre, como hablé a David tu padre, diciendo: «No faltará de ti varón en el trono de Israel».

6 Mas si vosotros y vuestros hijos os apartareis de mí, y no guardareis mis mandamientos y mis estatutos que yo he puesto delante de vuestra vista, sino que fuereis y sirviereis a dioses ajenos, y los adorareis;

7 yo cortaré a Israel de sobre la faz de la tierra que les he entregado; y esta casa que he santificado a mi nombre, la echaré de mi presencia, e Israel será por refrán y escarnio a todos los pueblos.

8 Y esta casa, que estaba en estima, cualquiera que pase por ella se asombrará y silbará, y dirá: «¿Por qué ha hecho así Yahvé a esta tierra y a esta casa?».

9 Y responderán: «Por cuanto dejaron a Yahvé su Dios, que había sacado a sus padres de la tierra de Egipto, y echaron mano de dioses ajenos, y los adoraron y los sirvieron; por eso ha traído Yahvé sobre ellos todo este mal»».

10 A cabo de veinte años, en los cuales Salomón había edificado las dos casas, la casa de Yahvé y la casa real

11 (para las cuales Hiram rey de Tiro había traído a Salomón madera de cedro y de ciprés, y cuanto oro él quiso), el rey Salomón dio a Hiram veinte ciudades en la tierra de Galilea.

12 Y salió Hiram de Tiro para ver las ciudades que Salomón le había dado, y no le gustaron.

13 Y dijo: «¿Qué ciudades son estas que me has dado, hermano mío?». Y les puso por nombre la tierra de Cabul, nombre que tiene hasta hoy.

14 E Hiram había enviado al rey ciento veinte talentos de oro.

15 Esta es la razón de la leva que el rey Salomón impuso para edificar la casa de Yahvé, y su propia casa, y Milo, y el muro de Jerusalén, y Jasor, Meguido y Gezer.

16 El faraón rey de Egipto había subido y tomado a Gezer, y la quemó, y dio muerte a los cananeos que habitaban la ciudad, y la dio en dote a su hija, la mujer de Salomón.

17 Edificó, pues, Salomón a Gezer, y a Bet-horón la de abajo,

18 y a Baalat, y a Tamar en el desierto de aquella tierra;

19 asimismo todas las ciudades donde Salomón tenía sus almacenes, y las ciudades de sus carros, y las ciudades de su gente de a caballo, y todo lo que Salomón deseó edificar en Jerusalén, en el Líbano y en toda la tierra de su señorío.

20 A todos los pueblos que quedaron de los amorreos, hititas, ferezeos, heveos y jebuseos, que no eran de los hijos de Israel;

21 a sus hijos que quedaron en la tierra después de ellos, a los cuales los hijos de Israel no pudieron acabar de destruir, Salomón les impuso tributo de servidumbre hasta hoy.

22 Pero a los hijos de Israel no los puso Salomón por siervos, sino que eran hombres de guerra, sus criados, sus príncipes, sus capitanes, y comandantes de sus carros y de su gente de a caballo.

23 Y los que Salomón tenía por jefes de los oficiales sobre la obra eran quinientos cincuenta, los cuales mandaban sobre la gente que trabajaba en la obra.

24 Y subió la hija del faraón de la ciudad de David a su casa que Salomón le había edificado; entonces él edificó a Milo.

25 Y ofrecía Salomón tres veces cada año holocaustos y sacrificios de paz sobre el altar que él edificó a Yahvé, y quemaba incienso sobre el que estaba delante de Yahvé. Así se concluyó la casa.

26 Hizo también el rey Salomón una flota de naves en Ezión-geber, que está junto a Elot, a la orilla del Mar Rojo, en la tierra de Edom.

27 E Hiram envió en la flota a sus siervos, marineros experimentados y conocedores del mar, con los siervos de Salomón;

28 los cuales fueron a Ofir y tomaron de allí oro, cuatrocientos veinte talentos, y lo trajeron al rey Salomón.

Capítulo 10

1 Oyendo la reina de Sabá la fama que Salomón había alcanzado por el nombre de Yahvé, vino a probarle con preguntas difíciles.

2 Llegó a Jerusalén con un séquito muy grande, con camellos cargados de especias, y muchísimo oro y piedras preciosas; y cuando estuvo ante Salomón, le expuso todo lo que en su corazón había pensado.

3 Salomón le respondió a todas sus preguntas, y nada hubo que el rey no supiese explicarle.

4 Cuando la reina de Sabá vio toda la sabiduría de Salomón, y la casa que había edificado,

5 la comida de su mesa, el aposento de sus criados, el porte de sus ministros y sus vestiduras, sus coperos, y las gradas por las que subía a la casa de Yahvé, se quedó sin aliento.

6 Y dijo al rey: «Verdad era lo que oí en mi tierra de tus cosas y de tu sabiduría;

7 mas yo no lo creía, hasta que he venido y mis mismos ojos lo han visto. He aquí que no se me había dicho ni la mitad; tu sabiduría y tu prosperidad superan la fama que yo había oído.

8 Dichosos tus hombres, dichosos estos tus siervos que están continuamente delante de ti y escuchan tu sabiduría.

9 Bendito sea Yahvé tu Dios, que se agradó de ti para ponerte en el trono de Israel; porque Yahvé amó a Israel para siempre, te ha puesto por rey para que hagas justicia y derecho».

10 Y dio ella al rey ciento veinte talentos de oro, y mucha especiería y piedras preciosas; nunca vino tan gran cantidad de especias como la que la reina de Sabá dio al rey Salomón.

11 La flota de Hiram que traía el oro de Ofir, trajo también de Ofir muchísima madera de sándalo y piedras preciosas.

12 De la madera de sándalo hizo el rey balaustradas para la casa de Yahvé y para la casa real, y también arpas y salterios para los cantores; nunca vino ni se vio madera de sándalo semejante hasta hoy.

13 El rey Salomón dio a la reina de Sabá todo lo que ella deseó y todo lo que pidió, además de lo que Salomón le dio de su real magnificencia. Y ella se volvió y se fue a su tierra con sus criados.

14 El peso del oro que Salomón recibía en un año era de seiscientos sesenta y seis talentos de oro;

15 sin contar lo de los mercaderes, el comercio de los contratantes y lo de todos los reyes de Arabia y de los gobernadores de la tierra.

16 Hizo el rey Salomón doscientos escudos de oro batido; seiscientos siclos de oro entraron en cada escudo.

17 Asimismo hizo trescientos escudos de oro batido, en cada uno de los cuales entraron tres minas de oro; y el rey los puso en la Casa del Bosque del Líbano.

18 Hizo también el rey un gran trono de marfil, el cual revistió de oro purísimo.

19 Seis gradas tenía el trono, y la parte superior del trono era redonda por su respaldo; y tenía brazos a uno y otro lado del asiento, junto a los cuales estaban colocados dos leones.

20 Había también doce leones puestos allí sobre las seis gradas, a uno y otro lado; en ningún otro reino se había hecho cosa semejante.

21 Todos los vasos de beber del rey Salomón eran de oro, y toda la vajilla de la Casa del Bosque del Líbano era de oro fino; nada era de plata, porque en tiempos de Salomón la plata no era estimada en nada.

22 Porque el rey tenía en el mar una flota de naves de Tarsis con la flota de Hiram. Una vez cada tres años venía la flota de Tarsis y traía oro, plata, marfil, monos y pavos reales.

23 Así excedía el rey Salomón a todos los reyes de la tierra en riquezas y en sabiduría.

24 Toda la tierra procuraba ver la cara de Salomón para oír la sabiduría que Dios había puesto en su corazón.

25 Y todos le llevaban cada año su presente: alhajas de plata, vasos de oro, vestiduras, armas, especias, caballos y mulas.

26 Y juntó Salomón carros y gente de a caballo; y tenía mil cuatrocientos carros y doce mil jinetes, los cuales puso en las ciudades de los carros y junto al rey en Jerusalén.

27 E hizo el rey que en Jerusalén la plata fuese tan común como las piedras, y los cedros como los sicómoros que hay en la llanura.

28 Los caballos de Salomón eran traídos de Egipto; los mercaderes del rey los compraban por grupos a un precio fijo.

29 Y subía y salía de Egipto un carro por seiscientos siclos de plata, y un caballo por ciento cincuenta; y así los exportaban por mano de ellos a todos los reyes de los hititas y a los reyes de Siria

Capítulo 11

1 Pero el rey Salomón, además de la hija del faraón, amó a muchas mujeres extranjeras: moabitas, amonitas, edomitas, sidonias e hititas;

2 de las naciones de las cuales Yahvé había dicho a los hijos de Israel: «No iréis entre ellas, ni ellas vendrán entre vosotros; porque ciertamente inclinarán vuestro corazón tras sus dioses». A estas, pues, se unió Salomón con amor.

3 Y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas; y sus mujeres desviaron su corazón.

4 Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto para con Yahvé su Dios, como el corazón de su padre David.

5 Porque Salomón siguió a Astoret, diosa de los sidonios, y a Milcom, abominación de los amonitas.

6 E hizo Salomón lo malo ante los ojos de Yahvé, y no siguió plenamente a Yahvé como su padre David.

7 Entonces edificó Salomón un lugar alto a Quemos, abominación de Moab, en el monte que está frente a Jerusalén, y a Moloc, abominación de los hijos de Amón.

8 Así hizo para todas sus mujeres extranjeras, las cuales quemaban incienso y ofrecían sacrificios a sus dioses.

9 Y se enojó Yahvé contra Salomón, por cuanto su corazón se había apartado de Yahvé Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces,

10 y le había mandado acerca de esto, que no siguiese a dioses ajenos; mas él no guardó lo que le mandó Yahvé.

11 Y dijo Yahvé a Salomón: «Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, arrancaré de ti el reino, y lo entregaré a tu siervo.

12 Sin embargo, no lo haré en tus días, por amor a David tu padre; lo arrancaré de la mano de tu hijo.

13 Pero no arrancaré todo el reino, sino que daré una tribu a tu hijo, por amor a David mi siervo, y por amor a Jerusalén la cual yo he elegido».

14 Y Yahvé suscitó un adversario a Salomón: Hadad edomita, de la sangre real de Edom.

15 Porque cuando David estaba en Edom, y subió Joab el general del ejército a enterrar los muertos, y mató a todos los varones de Edom

16 (porque seis meses habitó allí Joab con todo Israel, hasta que hubo acabado
con todo el sexo masculino en Edom),

17 Hadad huyó, y con él algunos varones edomitas de los siervos de su padre, y se
fue a Egipto; era entonces Hadad muchacho pequeño.

18 Y se levantaron de Madián, y vinieron a Parán; y tomaron consigo hombres de
Parán, y vinieron a Egipto, a Faraón rey de Egipto, el cual le dio casa y le asignó
alimentos, y aun le dio tierras.

19 Y halló Hadad gran favor delante de Faraón, el cual le dio por mujer a la her-
mana de su esposa, a la hermana de la reina Tahpenes.

20 Y la hermana de Tahpenes le dio a luz a su hijo Genubat, al cual destetó Tahpe-
nes dentro de la casa de Faraón; y estaba Genubat en la casa de Faraón entre los
hijos de Faraón.

21 Y oyendo Hadad en Egipto que David había dormido con sus padres, y que era
muerto Joab general del ejército, Hadad dijo a Faraón: «Dadme licencia para
irme a mi tierra».

22 Faraón le respondió: «¿Pues qué te falta conmigo, que procuras irte a tu tie-
rra?». Él respondió: «Nada; con todo, te ruego que me dejes ir».

23 Dios también le suscitó por adversario a Rezón hijo de Eliada, el cual había
huido de su amo Hadad-ezer, rey de Soba.

24 Y había juntado gente contra él, y se había hecho capitán de una banda, cuando
David deshizo a los de Soba. Después se fueron a Damasco y habitaron allí, y le
hicieron rey en Damasco.

25 Y fue adversario de Israel todos los días de Salomón; y fue mal añadido a la
maldad de Hadad, porque aborreció a Israel, y reinó sobre Siria.

26 También Jeroboam hijo de Nabat, efrateo de Zereda, siervo de Salomón, cuya
madre se llamaba Zerúa, la cual era viuda, alzó su mano contra el rey.

27 La causa por la cual este alzó su mano contra el rey fue esta: Salomón, edificando a Milo, cerró la brecha de la ciudad de David su padre.

28 Y este varón Jeroboam era valiente y esforzado; y viendo Salomón que el joven era hombre activo, le encomendó todo el cargo de la casa de José.

29 Aconteció, pues, en aquel tiempo, que saliendo Jeroboam de Jerusalén, le encontró en el camino el profeta Ahías silonita, y este estaba cubierto con una vestidura nueva; y estaban ellos dos solos en el campo.

30 Y trabando Ahías de la vestidura nueva que traía sobre sí, la rompió en doce pedazos,

31 y dijo a Jeroboam: "Toma para ti los diez pedazos; porque así dijo Yahvé Dios de Israel: "He aquí que yo rompo el reino de la mano de Salomón, y a ti te daré diez tribus;

32 (y él tendrá una tribu por amor a David mi siervo, y por amor a Jerusalén, ciudad que yo he elegido de todas las tribus de Israel);

33 por cuanto me han dejado, y han adorado a Astoret diosa de los sidonios, a Quemos dios de Moab, y a Milcom dios de los hijos de Amón; y no han andado en mis caminos para hacer lo recto delante de mis ojos, y mis estatutos y mis decretos, como hizo David su padre.

34 «Pero no quitaré todo el reino de sus manos, sino que lo retendré por caudillo todos los días de su vida, por amor a David mi siervo, al cual yo elegí, y quien guardó mis mandamientos y mis estatutos.

35 Pero quitaré el reino de la mano de su hijo, y lo daré a ti, las diez tribus.

36 Y a su hijo daré una tribu, para que mi siervo David tenga lámpara todos los días delante de mí en Jerusalén, ciudad que yo me elegí para poner en ella mi nombre.

37 Yo, pues, te tomaré a ti, y tú reinarás en todas las cosas que deseare tu alma, y serás rey sobre Israel.

38 Y si prestares oído a todas las cosas que te mandare, y anduvieres en mis caminos, e hicieres lo recto delante de mis ojos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, como hizo David mi siervo, yo estaré contigo y te edificaré casa firme, como la edifiqué a David, y yo te entregaré a Israel.

39 Y yo afligiré a la descendencia de David por causa de esto, mas no para siempre»».

40 Por esto Salomón procuró matar a Jeroboam, pero Jeroboam se levantó y huyó a Egipto, a Sisac rey de Egipto, y estuvo en Egipto hasta la muerte de Salomón.

41 Los demás hechos de Salomón, y todo lo que hizo, y su sabiduría, ¿no está escrito en el libro de los hechos de Salomón?

42 Los días que Salomón reinó en Jerusalén sobre todo Israel fueron cuarenta años.

43 Y durmió Salomón con sus padres, y fue sepultado en la ciudad de su padre David; y reinó en su lugar Roboam su hijo.

Capítulo 12

1 Roboam fue a Siquem, porque todo Israel había acudido a Siquem para hacerle rey.

2 Y aconteció que cuando lo oyó Jeroboam hijo de Nabat, que aún estaba en Egipto (adonde había huido de la presencia del rey Salomón, y habitaba en Egipto),

3 enviaron a llamarle. Vinieron, pues, Jeroboam y toda la congregación de Israel, y hablaron a Roboam, diciendo:

4 «Vuestro padre agravó nuestro yugo; ahora, pues, aligerad vos el duro servicio de vuestro padre y el pesado yugo que puso sobre nosotros, y os serviremos».

5 Él les dijo: «Idos y volved a mí de aquí a tres días». Y el pueblo se fue.

6 Entonces el rey Roboam pidió consejo a los ancianos que habían estado delante de Salomón su padre cuando vivía, y dijo: «¿Cómo aconsejáis vosotros que se responda a este pueblo?».

7 Ellos le respondieron diciendo: «Si tú fueres hoy siervo de este pueblo y le sirvieres, y respondiéndoles buenas palabras les hablares, ellos te servirán para siempre».

8 Pero él dejó el consejo que los ancianos le habían dado, y pidió consejo a los jóvenes que se habían criado con él y que estaban delante de él.

9 Y les dijo: "¿Qué aconsejáis vosotros que respondamos a este pueblo, que me ha hablado diciendo: «Aligera el yugo que vuestro padre puso sobre nosotros»?".

10 Entonces los jóvenes que se habían criado con él le respondieron diciendo: "Así hablarás a este pueblo que te ha dicho estas palabras: «Vuestro padre agravó nuestro yugo, mas vos aligerádnoslo»; así les hablarás: «Mi dedo meñique es más grueso que los lomos de mi padre.

11 Ahora, pues, mi padre os cargó con yugo pesado, mas yo añadiré a vuestro yugo; mi padre os castigó con azotes, mas yo os castigaré con escorpiones»».

12 Al tercer día vino Jeroboam con todo el pueblo a Roboam, según el rey había mandado diciendo: «Volved a mí al tercer día».

13 Y el rey respondió al pueblo con aspereza, dejando el consejo que los ancianos le habían dado;

14 y les habló conforme al consejo de los jóvenes, diciendo: «Mi padre agravó vuestro yugo, pero yo añadiré a vuestro yugo; mi padre os castigó con azotes, mas yo os castigaré con escorpiones».

15 Y no escuchó el rey al pueblo; porque era designio de Yahvé para cumplir su palabra, la cual Yahvé había hablado por medio de Ahías silonita a Jeroboam hijo de Nabat.

16 Cuando todo Israel vio que el rey no les había oído, el pueblo respondió al rey diciendo: «¿Qué parte tenemos nosotros con David? ¡No tenemos heredad en el hijo de Jesé! ¡Israel, a vuestras tiendas! ¡Provee ahora en tu casa, David!». E Israel se fue a sus tiendas.

17 Pero reinó Roboam sobre los hijos de Israel que habitaban en las ciudades de Judá.

18 Y el rey Roboam envió a Adoram, el cual estaba encargado de la leva; pero todo Israel le apedreó y murió. Entonces el rey Roboam se apresuró a subir en su carro para huir a Jerusalén.

19 Así se rebeló Israel contra la casa de David hasta el día de hoy.

20 Y aconteció que oyendo todo Israel que Jeroboam había vuelto, enviaron a llamarle a la congregación y le hicieron rey sobre todo Israel; sin quedar tribu alguna que siguiese la casa de David, sino solo la tribu de Judá.

21 Y cuando Roboam vino a Jerusalén, reunió a toda la casa de Judá y a la tribu de Benjamín, ciento ochenta mil hombres escogidos, guerreros, para hacer guerra contra la casa de Israel y reducir el reino a Roboam hijo de Salomón.

22 Pero vino palabra de Dios a Semaías, varón de Dios, diciendo:

23 "Hablad a Roboam hijo de Salomón, rey de Judá, y a toda la casa de Judá y de Benjamín, y al resto del pueblo, diciendo:

24 «Así ha dicho Yahvé: No subáis ni peleéis contra vuestros hermanos los hijos de Israel; volveos cada uno a su casa, porque esto lo he hecho yo»». Y ellos oyeron la palabra de Yahvé, y volvieron y se fueron, conforme a la palabra de Yahvé.

25 Entonces edificó Jeroboam a Siquem en el monte de Efraín, y habitó en ella; y saliendo de allí, edificó a Penuel.

26 Y dijo Jeroboam en su corazón: «Ahora se volverá el reino a la casa de David,

27 si este pueblo subiere a ofrecer sacrificios en la casa de Yahvé en Jerusalén; porque el corazón de este pueblo se volverá a su señor Roboam rey de Judá, y me matarán a mí, y se volverán a Roboam rey de Judá».

28 Y habiendo tomado consejo, hizo el rey dos becerros de oro, y dijo al pueblo: «Bastante habéis subido a Jerusalén; ved aquí vuestros dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto».

29 Y puso uno en Betel, y el otro en Dan.

30 Y esto fue causa de pecado; porque el pueblo iba a adorar delante de uno de ellos hasta Dan.

31 Hizo también casas sobre los lugares altos, e instituyó sacerdotes de entre el pueblo, que no eran de los hijos de Leví.

32 Entonces instituyó Jeroboam fiesta solemne en el mes octavo, a los quince días del mes, conforme a la fiesta que se celebraba en Judá; y sacrificó sobre el altar. Así hizo en Betel, ofreciendo sacrificios a los becerros que había hecho; y puso también en Betel sacerdotes de los lugares altos que él había instituido.

33 Sacrificó, pues, sobre el altar que él había hecho en Betel, a los quince días del mes octavo, el mes que él había inventado en su propio corazón; e hizo fiesta a los hijos de Israel, y subió al altar para quemar incienso.

Capítulo 13

1 He aquí que un hombre de Dios vino de Judá a Betel por palabra de Yahvé; y Jeroboam estaba junto al altar para quemar incienso.

2 Y clamó contra el altar por palabra de Yahvé, diciendo: «¡Altar, altar! Así ha dicho Yahvé: «He aquí que a la casa de David nacerá un hijo llamado Josías, el cual sacrificará sobre ti a los sacerdotes de los lugares altos que queman sobre ti incienso, y sobre ti quemarán huesos de hombres»».

3 Y aquel mismo día dio una señal, diciendo: «Esta es la señal de que Yahvé ha hablado: He aquí que el altar se hendirá, y la ceniza que sobre él está se derramará».

4 Cuando el rey oyó la palabra del hombre de Dios, que había clamado contra el altar de Betel, extendiendo su mano desde el altar, dijo: «¡Prendedle!». Mas la mano que había extendido contra él se le secó, y no la pudo volver a sí.

5 Y el altar se hendió, y se derramó la ceniza del altar, conforme a la señal que el hombre de Dios había dado por palabra de Yahvé.

6 Entonces el rey, hablando al hombre de Dios, dijo: «Suplica ahora al favor de Yahvé tu Dios, y ruega por mí para que mi mano me sea restituida». El hombre de Dios suplicó a Yahvé, y la mano del rey se le restituyó, y quedó como antes.

7 Y el rey dijo al hombre de Dios: «Ven conmigo a casa y reponed fuerzas, y yo te daré un presente».

8 Pero el hombre de Dios dijo al rey: "Aunque me dieras la mitad de tu casa, no iría contigo, ni comería pan ni bebería agua en este lugar;

9 porque así me fue ordenado por palabra de Yahvé, diciendo: «No comas pan, ni bebas agua, ni regreses por el camino por donde fueres»».

10 Se fue, pues, por otro camino, y no volvió por el camino por donde había venido a Betel.

11 Moraba entonces en Betel un viejo profeta, al cual vino uno de sus hijos y le contó todo lo que el hombre de Dios había hecho aquel día en Betel; las palabras también que había hablado al rey, las contaron a su padre.

12 Y su padre les dijo: «¿Por qué camino se fue?». Y sus hijos le mostraron el camino por donde había vuelto el hombre de Dios que había venido de Judá.

13 Y él dijo a sus hijos: «Ensilladme el asno». Y ellos le ensillaron el asno, y él montó en él.

14 Y yendo tras el hombre de Dios, lo halló sentado debajo de una encina; y le dijo: «¿Eres tú el hombre de Dios que vino de Judá?». Él dijo: «Yo soy».

15 Entonces le dijo: «Ven conmigo a casa y come pan».

16 Mas él respondió: "No podré volver con vuestra merced, ni entraré contigo; ni
comeré pan ni beberé agua contigo en este lugar.

17 Porque por palabra de Yahvé me ha sido dicho: «No comas pan ni bebas agua
allí, ni vuelvas por el camino por donde fueres»».

18 Y el otro le dijo, mintiéndole: «Yo también soy profeta como tú, y un ángel me
ha hablado por palabra de Yahvé, diciendo: «Tráele contigo a tu casa, para que
coma pan y beba agua»».

19 Entonces volvió con él, y comió pan en su casa, y bebió agua.

20 Y aconteció que estando ellos sentados a la mesa, vino palabra de Yahvé al pro-
feta que le había hecho volver.

21 Y clamó al hombre de Dios que había venido de Judá, diciendo: "Así ha dicho
Yahvé: «Por cuanto has sido rebelde al mandato de Yahvé, y no guardaste el man-
damiento que Yahvé vuestro Dios te había prescrito,

22 sino que volviste, y comiste pan y bebiste agua en el lugar donde Yahvé te había
dicho que no comieses pan ni bebieses agua, no entrará tu cadáver en el sepulcro
de tus padres»».

23 Cuando hubo comido pan y bebido, el profeta que le había hecho volver le en-
silló el asno.

24 Y yéndose, le topó un león en el camino y le mató; y su cuerpo estaba echado en
el camino, y el asno junto a él, y el león también junto al cuerpo.

25 Y he aquí unos que pasaban, y vieron el cuerpo que estaba echado en el camino,
y el león que estaba junto al cuerpo; y vinieron y lo dijeron en la ciudad donde el
viejo profeta moraba.

26 Oyéndolo el profeta que le había hecho volver del camino, dijo: «Es el hombre
de Dios que fue rebelde a la palabra de Yahvé; por tanto, Yahvé le ha entregado al
león, que le ha quebrantado y muerto, conforme a la palabra de Yahvé que él le
dijo».

27 Y habló a sus hijos, y les dijo: «Ensilladme un asno». Y ellos lo ensillaron.

28 Y él fue, y halló el cuerpo echado en el camino, y el asno y el león que estaban junto al cuerpo; el león no había comido el cuerpo, ni dañado al asno.

29 Entonces tomó el profeta el cuerpo del hombre de Dios, y lo puso sobre el asno y se lo llevó. Y el viejo profeta vino a la ciudad para hacerle duelo y enterrarle.

30 Y puso el cuerpo en su propio sepulcro; y le lloraron, diciendo: «¡Ay, hermano mío!».

31 Y después que lo hubieron enterrado, habló a sus hijos, diciendo: «Cuando yo muera, enterradme en el sepulcro en que está sepultado el hombre de Dios; poned mis huesos junto a los suyos.

32 Porque sin duda vendrá a pasar lo que él clamó por palabra de Yahvé contra el altar que está en Betel, y contra todas las casas de los lugares altos que están en las ciudades de Samaria».

33 Después de esto no se volvió Jeroboam de su mal camino, sino que volvió a instituir sacerdotes de los lugares altos de entre el pueblo, y a quien quería lo consagraba para que fuese de los sacerdotes de los lugares altos.

34 Y esto fue causa de pecado a la casa de Jeroboam, por lo cual fue cortada y raída de sobre la faz de la tierra.

Capítulo 14

1 Por aquel tiempo, Abías, hijo de Jeroboam, cayó enfermo.

2 Y Jeroboam dijo a su mujer: «Levántate ahora y disfrázate para que no te reconozcan como la mujer de Jeroboam, y ve a Silo. Allí está el profeta Ahías, el que me anunció que yo sería rey sobre este pueblo.

3 Toma en tu mano diez panes, algunas tortas y una botija de miel, y ve a él; él te declarará qué ha de ser del niño».

4 La mujer de Jeroboam lo hizo así; se levantó, fue a Silo y llegó a casa de Ahías. Ahías no podía ya ver, pues sus ojos se habían entornado a causa de su vejez.

5 Mas Yahvé había dicho a Ahías: «He aquí que la mujer de Jeroboam viene a consultarte por su hijo, que está enfermo. Así y así le habrás de decir; pues cuando ella viniere, se hará pasar por otra mujer».

6 Cuando Ahías oyó el estrépito de sus pies al entrar por la puerta, dijo: "¡Entra, mujer de Jeroboam! ¿Por qué te haces pasar por otra? Pues yo he sido enviado a ti con noticias aciagas.

7 Ve y di a Jeroboam: «Así ha dicho Yahvé, Dios de Israel: Por cuanto yo te exalté de entre el pueblo y te puse por príncipe sobre mi pueblo Israel,

8 y arranqué el reino de la casa de David para dártelo a ti; y tú no has sido como mi siervo David, que guardó mis mandamientos y me siguió de todo su corazón, haciendo solamente lo recto ante mis ojos,

9 sino que has hecho lo malo más que todos los que fueron antes de ti, y fuiste y te hiciste dioses ajenos e imágenes de fundición para provocarme a ira, y me has echado tras tus espaldas;

10 por tanto, he aquí que yo traigo el mal sobre la casa de Jeroboam, y cortaré de Jeroboam a todo el que orina a la pared, tanto al siervo como al libre en Israel; y barreré los restos de la casa de Jeroboam como se barre el estiércol, hasta que no quede nada.

11 Al que de Jeroboam muriere en la ciudad, lo comerán los perros, y al que muriere en el campo, lo comerán las aves del cielo; porque Yahvé lo ha dicho».

12 Y tú, levántate y vete a tu casa; en cuanto tus pies entren en la ciudad, el niño morirá.

13 Todo Israel lo llorará y lo enterrará, porque solo él de los de Jeroboam irá al sepulcro, por cuanto en él se ha hallado alguna cosa buena delante de Yahvé, Dios de Israel, en la casa de Jeroboam.

14 Además, Yahvé se levantará para sí un rey sobre Israel que destruirá la casa de Jeroboam en aquel día. ¿Y qué? ¡Incluso ahora mismo!

15 Yahvé sacudirá a Israel como se agita una caña en el agua; y arrancará a Israel de esta buena tierra que dio a sus padres, y los dispersará más allá del Río, por cuanto han hecho sus ídolos de Asera, provocando la ira de Yahvé.

16 Y él entregará a Israel por los pecados de Jeroboam, los cuales cometió y con los cuales hizo pecar a Israel".

17 Entonces la mujer de Jeroboam se levantó y partió, y llegó a Tirsa; y al entrar ella por el umbral de la casa, el niño murió.

18 Y lo enterraron, y lo lloró todo Israel, conforme a la palabra de Yahvé que había hablado por medio de su siervo el profeta Ahías.

19 Los demás hechos de Jeroboam, cómo guerreó y cómo reinó, he aquí que están escritos en el libro de las crónicas de los reyes de Israel.

20 El tiempo que reinó Jeroboam fue de veintidós años; y habiendo dormido con sus padres, reinó en su lugar Nadab su hijo.

21 Roboam hijo de Salomón reinó en Judá. De cuarenta y un años era Roboam cuando comenzó a reinar, y diecisiete años reinó en Jerusalén, la ciudad que Yahvé eligió de entre todas las tribus de Israel para poner en ella su nombre. El nombre de su madre era Naamá, amonita.

22 Y Judá hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, y le provocaron a celos con los pecados que cometieron, más que todo lo que sus padres habían hecho.

23 Porque ellos también se edificaron lugares altos, estelas e imágenes de Asera en todo collado alto y debajo de todo árbol frondoso.

24 Hubo también sodomitas en la tierra, e hicieron conforme a todas las abominaciones de las naciones que Yahvé había echado delante de los hijos de Israel.

25 Al quinto año del rey Roboam subió Sisac, rey de Egipto, contra Jerusalén,

26 y tomó los tesoros de la casa de Yahvé y los tesoros de la casa real; lo tomó todo. También se llevó todos los escudos de oro que Salomón había hecho.

27 En su lugar hizo el rey Roboam escudos de bronce, y los entregó a los capitanes de la guardia que custodiaban la puerta de la casa del rey.

28 Y cuando el rey entraba en la casa de Yahvé, la guardia los llevaba, y los volvían a traer a la cámara de la guardia.

29 Los demás hechos de Roboam, y todo lo que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

30 Y hubo guerra continua entre Roboam y Jeroboam.

31 Y durmió Roboam con sus padres, y fue sepultado con sus padres en la ciudad de David. El nombre de su madre era Naamá, amonita. Y reinó en su lugar Abiam su hijo.

Capítulo 15

1 En el año dieciocho del reinado de Jeroboam hijo de Nabat, Abiam comenzó a reinar sobre Judá.

2 Tres años reinó en Jerusalén. El nombre de su madre fue Maaca, hija de Abisalón.

3 Y anduvo en todos los pecados que su padre había cometido antes de él; y su corazón no fue perfecto para con Yahvé su Dios, como el corazón de David su padre.

4 Mas por amor a David, Yahvé su Dios le dio lámpara en Jerusalén, levantando a su hijo después de él y afirmando a Jerusalén;

5 por cuanto David había hecho lo recto ante los ojos de Yahvé, y de ninguna cosa que le mandase se había apartado en todos los días de su vida, salvo en lo tocante a Urías hitita.

6 Y hubo guerra entre Roboam y Jeroboam todos los días de su vida.

7 Los demás hechos de Abiam, y todo lo que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? Y hubo guerra entre Abiam y Jeroboam.

8 Y durmió Abiam con sus padres, y lo sepultaron en la ciudad de David; y reinó Asa su hijo en su lugar.

9 En el año veinte de Jeroboam rey de Israel, Asa comenzó a reinar sobre Judá.

10 Y reinó cuarenta y un años en Jerusalén. El nombre de su madre fue Maaca, hija de Abisalón.

11 Asa hizo lo recto ante los ojos de Yahvé, como David su padre.

12 Porque quitó del país a los sodomitas, y suprimió todos los ídolos que sus padres habían hecho.

13 También privó a su madre Maaca de ser reina, por cuanto ella había hecho una imagen obscena de Asera. Asa destruyó su imagen y la quemó junto al arroyo de Cedrón.

14 Con todo, los lugares altos no se quitaron; sin embargo, el corazón de Asa fue perfecto para con Yahvé todos sus días.

15 Trajo a la casa de Yahvé lo que su padre había consagrado, y lo que él mismo consagró: plata, oro y utensilios.

16 Hubo guerra entre Asa y Baasa rey de Israel todos los días de ambos.

17 Y subió Baasa rey de Israel contra Judá, y edificó a Ramá para no dejar salir ni entrar a nadie a Asa rey de Judá.

18 Entonces Asa tomó toda la plata y el oro que había quedado en los tesoros de la casa de Yahvé y en los tesoros de la casa real, y los entregó en manos de sus siervos; y los envió el rey Asa a Ben-adad hijo de Tabrimón, hijo de Hezión, rey de Siria, el cual residía en Damasco, diciendo:

19 «Haya alianza entre nosotros, como entre mi padre y el tuyo. He aquí yo te envío un presente de plata y de oro; ve, y rompe tu alianza con Baasa rey de Israel, para que se retire de mí».

20 Y Ben-adad consintió con el rey Asa, y envió los capitanes de sus ejércitos contra las ciudades de Israel, e hirió a Ijón, a Dan, a Abel-bet-maaca y a toda Cinerot, con toda la tierra de Neftalí.

21 Oyendo esto Baasa, cesó de edificar a Ramá y se quedó en Tirsa.

22 Entonces el rey Asa convocó a todo Judá, sin exceptuar a nadie; y quitaron de Ramá la piedra y la madera con que Baasa edificaba, y con ellas edificó el rey Asa a Geba de Benjamín y a Mizpa.

23 Los demás hechos de Asa, y todo su poderío, y todo lo que hizo, y las ciudades que edificó, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? Mas en el tiempo de su vejez enfermó de los pies.

24 Y durmió Asa con sus padres, y fue sepultado con ellos en la ciudad de David su padre; y reinó en su lugar Josafat su hijo.

25 Nadab hijo de Jeroboam comenzó a reinar sobre Israel en el segundo año de Asa rey de Judá; y reinó sobre Israel dos años.

26 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, andando en el camino de su padre y en los pecados con que hizo pecar a Israel.

27 Y Baasa hijo de Ahías, de la casa de Isacar, conspiró contra él, y lo hirió Baasa en Gibetón, que era de los filisteos; porque Nadab y todo Israel tenían puesto sitio a Gibetón.

28 Lo mató, pues, Baasa en el tercer año de Asa rey de Judá, y reinó en su lugar.

29 Y cuando él comenzó a reinar, mató a toda la casa de Jeroboam, sin dejar con vida a nadie que tuviese aliento, hasta exterminarla conforme a la palabra de Yahvé que él habló por su siervo Ahías silonita;

30 por los pecados de Jeroboam que él cometió, y con los cuales hizo pecar a Israel, y por la provocación con que irritó a Yahvé Dios de Israel.

31 Los demás hechos de Nadab, y todo lo que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

32 Y hubo guerra entre Asa y Baasa rey de Israel todos sus días.

33 En el tercer año de Asa rey de Judá, comenzó a reinar Baasa hijo de Ahías sobre todo Israel en Tirsa; y reinó veinticuatro años.

34 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, y anduvo en el camino de Jeroboam y en los pecados con que hizo pecar a Israel.

Capítulo 16

1 Y vino palabra de Yahvé a Jehú hijo de Hananí contra Baasa, diciendo:

2 «Por cuanto yo te exalté del polvo y te puse por príncipe sobre mi pueblo Israel, y has andado en el camino de Jeroboam y has hecho pecar a mi pueblo Israel, provocándome a ira con sus pecados;

3 he aquí que yo barreré la posteridad de Baasa y la de su casa; y pondré tu casa como la casa de Jeroboam hijo de Nabat.

4 Al que de Baasa muriere en la ciudad, lo comerán los perros; y al que de los suyos muriere en el campo, lo comerán las aves del cielo».

5 Los demás hechos de Baasa, y lo que hizo, y su poderío, ¿no está todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

6 Y durmió Baasa con sus padres, y fue sepultado en Tirsa; y reinó en su lugar Elá su hijo.

7 Además, la palabra de Yahvé vino por medio del profeta Jehú hijo de Hananí contra Baasa y contra su casa, tanto por todo el mal que había hecho ante los ojos de Yahvé, provocándole a ira con la obra de sus manos, al ser como la casa de Jeroboam, como por haber acabado con ella.

8 En el año veintiséis de Asa rey de Judá, comenzó a reinar Elá hijo de Baasa sobre Israel en Tirsa; y reinó dos años.

9 Y conspiró contra él su siervo Zimri, comandante de la mitad de sus carros. Estando Elá en Tirsa, bebiendo y embriagándose en casa de Arza, que era mayordomo de palacio en Tirsa,

10 entró Zimri y lo hirió y lo mató, en el año veintisiete de Asa rey de Judá; y reinó en su lugar.

11 Y luego que comenzó a reinar y se sentó en su trono, mató a toda la casa de Baasa, sin dejarle ni un solo que orine a la pared, ni parientes ni amigos.

12 Así exterminó Zimri a toda la casa de Baasa, conforme a la palabra que Yahvé había hablado contra Baasa por medio del profeta Jehú,

13 por todos los pecados de Baasa y los pecados de Elá su hijo, con los cuales pecaron ellos e hicieron pecar a Israel, provocando a ira a Yahvé Dios de Israel con sus vanidades.

14 Los demás hechos de Elá, y todo lo que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

15 En el año veintisiete de Asa rey de Judá, Zimri reinó siete días en Tirsa. Y el pueblo estaba acampado contra Gibetón, que era de los filisteos.

16 Y el pueblo que estaba en el campamento oyó decir: «Zimri ha conspirado y también ha matado al rey». Entonces todo Israel puso por rey sobre Israel aquel mismo día, en el campamento, a Omrí, general del ejército.

17 Y subió Omrí de Gibetón, y con él todo Israel, y sitiaron a Tirsa.

18 Mas viendo Zimri que la ciudad había sido tomada, se retiró al torreón de la casa real, y prendió fuego a la casa real consigo dentro, y murió;

19 por los pecados que había cometido haciendo lo malo ante los ojos de Yahvé, andando en el camino de Jeroboam y en el pecado que este cometió para hacer pecar a Israel.

20 Los demás hechos de Zimri, y la conspiración que tramó, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

21 Entonces el pueblo de Israel se dividió en dos partes: la mitad del pueblo seguía
a Tibní hijo de Guinat para hacerle rey, y la otra mitad seguía a Omrí.

22 Mas el pueblo que seguía a Omrí pudo más que el pueblo que seguía a Tibní
hijo de Guinat; y Tibní murió, y Omrí reinó.

23 En el año treinta y uno de Asa rey de Judá, comenzó a reinar Omrí sobre Israel,
y reinó doce años; en Tirsa reinó seis años.

24 Y Omrí compró el monte de Samaria a Sémer por dos talentos de plata, y edi-
ficó en el monte; y llamó el nombre de la ciudad que edificó, Samaria, del nombre
de Sémer, que fue dueño de aquel monte.

25 Y Omrí hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, y procedió peor que todos los que
habían reinado antes de él;

26 pues anduvo en todos los caminos de Jeroboam hijo de Nabat, y en el pecado
con que este hizo pecar a Israel, provocando a ira a Yahvé Dios de Israel con sus
vanidades.

27 Los demás hechos de Omrí, y todas sus obras y el poderío que mostró, ¿no
está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

28 Y durmió Omrí con sus padres, y fue sepultado en Samaria; y reinó en su lugar
Acab su hijo.

29 En el año treinta y ocho de Asa rey de Judá, comenzó a reinar Acab hijo de
Omrí sobre Israel; y reinó Acab hijo de Omrí sobre Israel en Samaria veintidós
años.

30 Y Acab hijo de Omrí hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, más que todos los
que reinaron antes de él.

31 Porque le fue ligera cosa andar en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, y
tomó por mujer a Jezabel, hija de Etbaal rey de los sidonios, y fue y sirvió a Baal, y
lo adoró.

32 E hizo altar a Baal en el templo de Baal que él edificó en Samaria.

33 Hizo también Acab una imagen de Asera, haciendo así Acab más para provocar a ira a Yahvé Dios de Israel, que todos los reyes de Israel que reinaron antes de él.

34 En su tiempo Hiel de Betel reedificó a Jericó. A precio de la vida de Abiram su primogénito echó el cimiento, y a precio de la vida de Segub su hijo menor puso sus puertas, conforme a la palabra que Yahvé había hablado por medio de Josué hijo de Nun.

Capítulo 17

1 Elías tisbita, que era de los moradores de Galaad, dijo a Acab: «Vive Yahvé, Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá rocío ni lluvia en estos años, sino por mi palabra».

2 Y vino a él palabra de Yahvé, diciendo:

3 «Apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y escóndete en el arroyo de Querit, que está frente al Jordán.

4 Beberás del arroyo; y yo he mandado a los cuervos que te den allí de comer».

5 Él fue e hizo conforme a la palabra de Yahvé; pues se fue y vivió junto al arroyo de Querit, que está frente al Jordán.

6 Y los cuervos le traían pan y carne por la mañana, y pan y carne por la tarde; y bebía del arroyo.

7 Pasados algunos días, se secó el arroyo, porque no había llovido sobre la tierra.

8 Vino luego a él palabra de Yahvé, diciendo:

9 «Levántate, vete a Sarepta de Sidón, y mora allí; he aquí yo he mandado allí a una mujer viuda que te sustente».

10 Él se levantó y se fue a Sarepta. Y cuando llegó a la puerta de la ciudad, he aquí una mujer viuda que estaba allí recogiendo leña; y él la llamó y le dijo: «Te ruego que me traigas un poco de agua en un vaso, para que beba».

11 Y yendo ella para traérsela, él la volvió a llamar, y le dijo: «Te ruego que me traigas también un bocado de pan en tu mano».

12 Y ella respondió: «Vive Yahvé tu Dios, que no tengo pan cocido; solamente tengo un puñado de harina en la tinaja, y un poco de aceite en una aceitera; y ahora recogía dos leños, para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que lo comamos, y nos dejemos morir».

13 Elías le dijo: "No tengas temor; ve, haz como has dicho; pero hazme a mí primero de ello una pequeña torta cocida debajo de la ceniza, y tráemela; y después harás para ti y para tu hijo.

14 Porque Yahvé Dios de Israel ha dicho así: «La tinaja de la harina no escaseará, ni la aceitera del aceite disminuirá, hasta el día en que Yahvé haga llover sobre la faz de la tierra»».

15 Entonces ella fue e hizo como le dijo Elías; y comió él, y ella y su casa, muchos días.

16 Y la tinaja de la harina no escaseó, ni la aceitera del aceite menguó, conforme a la palabra que Yahvé había dicho por medio de Elías.

17 Después de estas cosas aconteció que cayó enfermo el hijo del ama de la casa; y la enfermedad fue tan grave que no quedó en él aliento.

18 Y ella dijo a Elías: «¿Qué tengo yo contigo, varón de Dios? ¿Has venido a mí para traer a memoria mis ínfulas y para hacer morir a mi hijo?».

19 Él le dijo: «Dame acá a tu hijo». Entonces él lo tomó de su regazo, y lo subió al aposento donde él estaba, y lo puso sobre su cama.

20 Y clamando a Yahvé, dijo: «Yahvé Dios mío, ¿aun a la viuda en cuya casa estoy hospedado has afligido matándole su hijo?».

21 Y se tendió sobre el niño tres veces, y clamó a Yahvé diciendo: «Yahvé Dios mío, te ruego que hagas volver el alma de este niño a él».

22 Y Yahvé oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió.

23 Tomando luego Elías al niño, lo trajo del aposento a la casa, y lo dio a su madre, y le dijo Elías: «Mira, tu hijo vive».

24 Entonces la mujer dijo a Elías: «Ahora conozco que tú eres varón de Dios, y que la palabra de Yahvé es verdad en tu boca».

Capítulo 18

1 Pasados muchos días, vino palabra de Yahvé a Elías en el tercer año, diciendo: «Ve, muéstrate a Acab, y yo enviaré lluvia sobre la faz de la tierra».

2 Fue, pues, Elías a mostrarse a Acab. Y el hambre era grave en Samaria.

3 Y Acab llamó a Abdías, su mayordomo. (Abdías era en gran manera temeroso de Yahvé;

4 porque cuando Jezabel destruía a los profetas de Yahvé, Abdías tomó a cien profetas y los escondió de cincuenta en cincuenta en cuevas, y los sustentó con pan y agua).

5 Y dijo Acab a Abdías: «Ve por la tierra a todas las fuentes de aguas y a todos los arroyos; quizá hallemos hierba con que conservemos la vida a los caballos y a las mulas, para que no perdamos todos los animales».

6 Y dividieron entre sí la tierra para recorrerla; Acab fue por un camino, y Abdías fue solo por otro.

7 Y yendo Abdías por el camino, se encontró con Elías; y cuando lo reconoció, se postró sobre su rostro y dijo: «¿No eres tú mi señor Elías?».

8 Él respondió: «Yo soy; ve, di a tu señor: «He aquí Elías»».

9 Pero él dijo: "¿En qué he pecado para que entregues a tu siervo en mano de Acab para que me mate?

10 Vive Yahvé tu Dios, que no ha habido nación ni reino adonde mi señor no haya enviado a buscarte; y cuando respondían: «No está aquí», él hacía jurar a reinos y a naciones que no te habían hallado.

11 ¿Y ahora dices tú: «Ve, di a tu señor: He aquí Elías»?

12 Acontecerá que, en cuanto yo me haya partido de ti, el Espíritu de Yahvé te llevará adonde yo no sepa, y al venir yo y dar las nuevas a Acab, si él no te halla, me matará; y tu siervo teme a Yahvé desde su juventud.

13 ¿No han dicho a mi señor lo que hice cuando Jezabel mataba a los profetas de Yahvé; que escondí a cien varones de los profetas de Yahvé de cincuenta en cincuenta en cuevas, y los mantuve con pan y agua?

14 ¿Y ahora dices tú: «Ve, di a tu señor: He aquí Elías», para que él me mate?".

15 Y le dijo Elías: «Vive Yahvé de los Ejércitos, en cuya presencia estoy, que hoy me mostraré a él».

16 Entonces Abdías fue a encontrarse con Acab y le dio el aviso; y Acab vino a encontrarse con Elías.

17 Cuando Acab vio a Elías, le dijo: «¿Eres tú el que alborotas a Israel?».

18 Y él respondió: «Yo no he alborotado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, pues habéis dejado los mandamientos de Yahvé y habéis seguido a los baales.

19 Envía, pues, ahora y congrégame a todo Israel en el monte Carmelo, y los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y los cuatrocientos profetas de Asera, que comen de la mesa de Jezabel».

20 Entonces Acab envió a todos los hijos de Israel, y reunió a los profetas en el monte Carmelo.

21 Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: «¿Hasta cuándo vacilaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Yahvé es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él». Y el pueblo no respondió palabra.

22 Y Elías volvió a decir al pueblo: «Solo yo he quedado profeta de Yahvé; mas de los profetas de Baal hay cuatrocientos cincuenta hombres.

23 Dénsenos, pues, dos bueyes, y escojan ellos uno, y córtenlo en pedazos y pónganlo sobre la leña, pero no pongan fuego debajo; y yo aderezaré el otro buey, y lo pondré sobre la leña, y ningún fuego pondré debajo.

24 Invocad vosotros luego el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de Yahvé; y el Dios que respondiere por medio de fuego, ese sea Dios». Y todo el pueblo respondió, diciendo: «Bien dicho».

25 Entonces Elías dijo a los profetas de Baal: «Escoged un buey para vosotros, y aderezadlo vosotros primero, pues sois muchos; e invocad el nombre de vuestros dioses, mas no pongáis fuego debajo».

26 Y ellos tomaron el buey que les fue dado y lo aderezaron, e invocaron el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía, diciendo: «¡Baal, respóndenos!». Pero no había voz, ni quien respondiese; entre tanto, ellos brincaban alrededor del altar que habían hecho.

27 Y aconteció al mediodía, que Elías se burlaba de ellos, diciendo: «Gritad en alta voz, porque es un dios; quizá está meditando, o tiene algún negocio, o va de camino; o tal vez duerme y hay que despertarle».

28 Y ellos clamaban a grandes voces, y se sajaban con cuchillos y con lancetas conforme a su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos.

29 Pasó el mediodía, y ellos siguieron profetizando hasta la hora de ofrecerse el sacrificio; pero no hubo voz, ni quien respondiese ni escuchase.

30 Entonces dijo Elías a todo el pueblo: «Acercaos a mí». Y todo el pueblo se le acercó; y él reparó el altar de Yahvé que estaba arruinado.

31 Y tomando Elías doce piedras, conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob, al cual había sido dada palabra de Yahvé diciendo: «Israel será tu nombre»,

32 edificó con las piedras un altar en el nombre de Yahvé; después hizo una zanja alrededor del altar, en que cupieran dos seahs de simiente.

33 Preparó luego la leña, y cortó el buey en pedazos y lo puso sobre la leña. Y dijo: «Llenad cuatro cántaros de agua, y derramadla sobre el holocausto y sobre la leña».

34 Y dijo: «Hacedlo otra vez»; y otra vez lo hicieron. Dijo aún: «Hacedlo por tercera vez»; y lo hicieron por tercera vez,

35 de manera que el agua corría alrededor del altar, y también se había llenado de agua la zanja.

36 Cuando llegó la hora de ofrecerse el sacrificio, se acercó el profeta Elías y dijo: «Yahvé Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas.

37 Respóndeme, Yahvé, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Yahvé, eres el Dios, y que tú vuelves a ti el corazón de ellos».

38 Entonces cayó fuego de Yahvé, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja.

39 Viéndolo todo el pueblo, se postraron y dijeron: «¡Yahvé es el Dios, Yahvé es el Dios!».

40 Entonces Elías les dijo: «Prended a los profetas de Baal, para que no escape ninguno». Y ellos los prendieron; y los llevó Elías al arroyo de Cisón, y allí los degolló.

41 Y dijo Elías a Acab: «Sube, come y bebe; porque una lluvia grande se oye».

42 Acab subió a comer y a beber. Y Elías subió a la cumbre del Carmelo, y postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas.

43 Y dijo a su criado: «Sube ahora, y mira hacia el mar». Y él subió, y miró, y dijo: «No hay nada». Y él le volvió a decir: «Vuelve siete veces».

44 A la séptima vez dijo: «Yo veo una pequeña nube como la palma de la mano de
un hombre, que sube del mar». Y él dijo: «Sube, y di a Acab: «Unce tu carro y
desciende, para que la lluvia no te ataje»».

45 Y aconteció, estando en esto, que los cielos se oscurecieron con nubes y viento,
y hubo una gran lluvia. Y subiendo Acab al carro, se fue a Jezreel.

46 Y la mano de Yahvé estuvo sobre Elías, el cual ciñó sus lomos, y corrió delante
de Acab hasta llegar a Jezreel.

Capítulo 19

1 Acab dio a Jezabel la nueva de todo lo que Elías había hecho, y de cómo había
muerto a espada a todos los profetas.

2 Entonces envió Jezabel un mensajero a Elías, diciendo: «¡Así me hagan los dio-
ses, y aun me añadan, si para mañana a estas horas yo no he puesto tu vida como
la de uno de ellos!».

3 Viendo, pues, el peligro, se levantó y huyó para salvar su vida, y llegó a Beerseba,
que pertenece a Judá, y dejó allí a su criado.

4 Y él se fue por el desierto un día de camino, y vino y se sentó debajo de una re-
tama; y deseando morir, dijo: «Basta ya, oh Yahvé, quita mi vida, pues no soy yo
mejor que mis padres».

5 Y echándose debajo de la retama, se quedó dormido; y he aquí luego un ángel le
tocó, y le dijo: «Levántate, come».

6 Entonces él miró, y he aquí a su cabecera una torta cocida sobre las ascuas, y
una vasija de agua; y comió y bebió, y volvió a dormirse.

7 Y volviendo el ángel de Yahvé la segunda vez, le tocó, diciendo: «Levántate y
come, porque largo camino te resta».

8 Se levantó, pues, y comió y bebió; y fortalecido con aquella comida caminó cua-
renta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios.

9 Y allí se metió en una cueva, donde pasó la noche. Y vino a él palabra de Yahvé, el cual le dijo: «¿Qué haces aquí, Elías?».

10 Él respondió: «He sentido un vivo celo por Yahvé Dios de los Ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado vuestro pacto, han derribado vuestros altares, y han matado a espada a vuestros profetas; y solo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida».

11 Él le dijo: «Sal fuera, y ponte en el monte delante de Yahvé». Y he aquí que Yahvé pasaba, y un grande y poderoso viento rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Yahvé; pero Yahvé no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Yahvé no estaba en el terremoto.

12 Y tras el terremoto un fuego; pero Yahvé no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado.

13 Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió y se puso a la puerta de la cueva. Y he aquí vino a él una voz, diciendo: «¿Qué haces aquí, Elías?».

14 Él respondió: «He sentido un vivo celo por Yahvé Dios de los Ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado vuestro pacto, han derribado vuestros altares, y han matado a espada a vuestros profetas; y solo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida».

15 Y le dijo Yahvé: «Ve, vuelve por tu camino, por el desierto de Damasco; y llegarás, y ungirás a Hazael por rey de Siria.

16 A Jehú hijo de Nimsí ungirás por rey sobre Israel; y a Eliseo hijo de Safat, de Abel-mejolá, ungirás para que sea profeta en tu lugar.

17 Y el que escapare de la espada de Hazael, Jehú lo matará; y el que escapare de la espada de Jehú, Eliseo lo matará.

18 Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron».

19 Partiendo él de allí, halló a Eliseo hijo de Safat, que araba con doce yuntas de bueyes delante de sí, y él tenía la última. Y pasando Elías por delante de él, echó sobre él su manto.

20 Entonces dejando él los bueyes, vino corriendo tras Elías, y dijo: «Te ruego que me dejes besar a mi padre y a mi madre, y luego te seguiré». Y él le dijo: «Vuelve, ¿qué te he hecho yo?».

21 Y se volvió, y tomó un par de bueyes y los mató, y con el arreo de los bueyes coció la carne, y la dio al pueblo que comiese. Después se levantó y fue tras Elías, y le servía.

Capítulo 20

1 Ben-adad, rey de Siria, reunió a todo su ejército, y había con él treinta y dos reyes, con caballos y carros; y subió y sitió a Samaria, y la combatió.

2 Y envió mensajeros a la ciudad, a Acab rey de Israel, diciéndole: "Así ha dicho Ben-adad:

3 «Tu plata y tu oro son míos, y tus mujeres y tus hijos más hermosos son míos»».

4 El rey de Israel respondió y dijo: «Como tú dices, rey señor mío, yo soy tuyo, y todo lo que tengo».

5 Volviendo los mensajeros otra vez, dijeron: "Así dijo Ben-adad: "Yo te envié a decir: 'Tu plata, tu oro, tus mujeres y tus hijos me darás'.

6 Además, mañana a estas horas enviaré a ti mis siervos, los cuales registrarán tu casa y las casas de tus siervos; y tomarán con sus manos todo lo precioso que tengas ante tus ojos, y se lo llevarán"».

7 Entonces el rey de Israel llamó a todos los ancianos del país, y dijo: «Atended ahora, y ved cómo este no busca sino el mal; pues ha mandado a pedir mis mujeres y mis hijos, mi plata y mi oro, y yo no se lo he negado».

8 Y todos los ancianos y todo el pueblo le respondieron: «No le escuches, ni consientas».

9 Entonces él respondió a los mensajeros de Ben-adad: «Decid a mi señor el rey: «Haré todo lo que mandasteis a vuestro siervo al principio; mas esto no lo puedo hacer»». Y los mensajeros fueron y le dieron la respuesta.

10 Y Ben-adad le envió a decir: «Así me hagan los dioses, y aun me añadan, que el polvo de Samaria no bastará a los puños de todo el pueblo que me sigue».

11 El rey de Israel respondió y dijo: «Decidle que no se jacte el que se ciñe las armas como el que se las desciñe».

12 Y cuando él oyó esta palabra, estando bebiendo con los reyes en los pabellones, dijo a sus siervos: «¡Disponed el ataque!». Y ellos lo dispusieron contra la ciudad.

13 Y he aquí un profeta se llegó a Acab rey de Israel, y le dijo: «Así ha dicho Yahvé: «¿Has visto esta gran multitud? He aquí yo la entregaré hoy en tu mano, para que conozcas que yo soy Yahvé»».

14 Y respondió Acab: «¿Por mano de quién?". Él dijo: "Así ha dicho Yahvé: «Por mano de los criados de los príncipes de las provincias»». Y dijo Acab: «¿Quién comenzará la batalla?». Y él respondió: «Tú».

15 Entonces él pasó revista a los criados de los príncipes de las provincias, los cuales fueron doscientos treinta y dos. Luego pasó revista a todo el pueblo, a todos los hijos de Israel, que fueron siete mil.

16 Y salieron al mediodía. Y Ben-adad estaba bebiendo y embriagándose en los pabellones, él y los reyes, los treinta y dos reyes que habían venido en su ayuda.

17 Y los criados de los príncipes de las provincias salieron los primeros; y Ben-adad había enviado quien le diera aviso, diciendo: «Han salido hombres de Samaria».

18 Él entonces dijo: «Si han salido por paz, tomadlos vivos; y si han salido para guerra, tomadlos vivos».

19 Salieron, pues, de la ciudad los criados de los príncipes de las provincias, y tras ellos el ejército.

20 Y mató cada uno al que venía contra él; y huyeron los sirios, siguiéndoles los de Israel. Y el rey de Siria, Ben-adad, escapó en un caballo con alguna gente de a caballo.

21 Y salió el rey de Israel, e hirió la gente de a caballo y los carros, y deshizo a los sirios con gran mortandad.

22 Vino luego el profeta al rey de Israel y le dijo: «Ve, fortalécete, y considera lo que has de hacer; porque pasado un año, el rey de Siria volverá contra ti».

23 Y los siervos del rey de Siria le dijeron: «Sus dioses son dioses de los montes, por eso nos han vencido; mas si peleáramos con ellos en la llanura, se verá si no somos más fuertes.

24 Haz, pues, esto: Quita a los reyes cada uno de su puesto, y pon capitanes en lugar de ellos.

25 Y tú fórmate otro ejército como el ejército que perdiste, caballo por caballo y carro por carro; luego pelearemos con ellos en la llanura, y verás si no somos más fuertes». Y él les dio oído, y lo hizo así.

26 Pasado un año, Ben-adad pasó revista a los sirios, y vino a Afec para pelear contra Israel.

27 Los hijos de Israel fueron también revistados, y tomando provisiones se fueron al encuentro de ellos; y acamparon los hijos de Israel delante de ellos como dos manadas de cabras, y los sirios llenaban la tierra.

28 Vino entonces el varón de Dios al rey de Israel, y le habló diciendo: «Así ha dicho Yahvé: "Por cuanto los sirios han dicho: 'Yahvé es Dios de los montes, y no Dios de los valles', yo entregaré toda esta gran multitud en tu mano, para que conozcáis que yo soy Yahvé"».

29 Siete días estuvieron acampados los unos frente a los otros, y al séptimo día se
dio la batalla; y los hijos de Israel mataron de los sirios a cien mil hombres de a pie
en un solo día.

30 Los demás huyeron a Afec, a la ciudad; y el muro cayó sobre veintisiete mil
hombres que habían quedado. También Ben-adad huyó, y vino a la ciudad refu-
giándose en un aposento interior.

31 Entonces sus siervos le dijeron: «He aquí, hemos oído que los reyes de la casa
de Israel son reyes clementes; pongamos, pues, ahora sacos en nuestros lomos, y
sogas a nuestros cuellos, y salgamos al rey de Israel, a ver si por ventura te salva la
vida».

32 Ciñeron, pues, sus lomos con sacos, y pusieron sogas a sus cuellos, y vinieron
al rey de Israel y le dijeron: «Tu siervo Ben-adad dice: «Te ruego que dejes vivir mi
alma»». Y él respondió: «Si él vive aún, mi hermano es».

33 Esto tomaron aquellos hombres por buena señal, y se apresuraron a tomar la
palabra de su boca, y dijeron: «¡Tu hermano Ben-adad!». Y él dijo: «Id, traedle».
Ben-adad entonces salió a él, y él le hizo subir en su carro.

34 Y le dijo Ben-adad: «Las ciudades que mi padre tomó al tuyo, yo las restituiré; y
hazte plazas en Damasco, como mi padre las hizo en Samaria». «Y yo —dijo
Acab— te dejaré partir con esta alianza». Hizo, pues, alianza con él, y le dejó ir.

35 Entonces un varón de los hijos de los profetas dijo a su compañero por palabra
de Yahvé: «Hiéreme ahora, te ruego». Mas el otro no quiso herirle.

36 Él le dijo: «Por cuanto no has obedecido a la voz de Yahvé, he aquí que cuando
te apartes de mí, te herirá un león». Y cuando se apartó de él, le salió al encuentro
un león y le mató.

37 Se encontró luego con otro hombre, y le dijo: «Hiéreme ahora, te ruego». Y el
hombre le dio un golpe, y le hizo una herida.

38 Y el profeta se fue, y se puso delante del rey en el camino, disfrazado con un
vendaje sobre sus ojos.

39 Y cuando el rey pasaba, él clamó al rey, diciendo: "Tu siervo salió en medio de la batalla; y he aquí se me acercó un hombre y me trajo a otro, diciéndome: «Guarda a este hombre, y si llegare a faltar, tu vida será por la suya, o pagarás un talento de plata».

40 Y mientras tu siervo estaba ocupado en una y otra cosa, el hombre desapareció". Entonces el rey de Israel le dijo: «Esa será tu sentencia; tú la has pronunciado».

41 Pero él se quitó de pronto el vendaje de sus ojos, y el rey de Israel conoció que era de los profetas.

42 Y él le dijo: «Así ha dicho Yahvé: «Por cuanto dejaste escapar de tu mano al hombre que yo había consagrado a la muerte, tu vida será por la suya, y tu pueblo por el suyo»».

43 Y el rey de Israel se fue a su casa abatido y colérico, y llegó a Samaria.

Capítulo 21

1 Pasadas estas cosas, aconteció que Nabot de Jezreel tenía allí una viña junto al palacio de Acab, rey de Samaria.

2 Y Acab habló a Nabot, diciendo: «Dadme tu viña para tenerla por huerta de hortalizas, porque está cerca de mi casa, y yo te daré por ella otra viña mejor que esta; o si mejor te pareciere, te pagaré su valor en dinero».

3 Nabot respondió a Acab: «¡Líbeme Yahvé de daros yo la heredad de mis padres!».

4 Y vino Acab a su casa triste y enojado por la palabra que Nabot de Jezreel le había respondido, diciendo: «No te daré la heredad de mis padres». Y se echó en su lecho, y volvió su rostro, y no comió pan.

5 Vino a él su mujer Jezabel, y le dijo: «¿Por qué está tan decaído tu espíritu, y no comes pan?».

6 Él respondió: «Porque hablé con Nabot de Jezreel, y le dije que me diera su viña por dinero, o que si prefería, le daría otra viña por ella; y él respondió: «Yo no te daré mi viña»».

7 Y su mujer Jezabel le dijo: «¿Eres tú ahora el que gobierna el reino de Israel? Levántate, y come pan y alégrate; yo te daré la viña de Nabot de Jezreel».

8 Entonces ella escribió cartas en nombre de Acab, y las selló con su anillo, y las envió a los ancianos y a los principales que moraban en la ciudad con Nabot.

9 Y escribió en las cartas, diciendo: "Proclamad ayuno, y poned a Nabot a la cabeza del pueblo;

10 y poned a dos hombres perversos delante de él, que atestigüen contra él y digan: «Tú has blasfemado contra Dios y contra el rey». Y entonces sacadle, y apedreadle para que muera".

11 Y los de su ciudad, los ancianos y los principales que moraban en su ciudad, lo hicieron como Jezabel les mandó, conforme a lo escrito en las cartas que ella les había enviado.

12 Proclamaron ayuno, y pusieron a Nabot a la cabeza del pueblo.

13 Vinieron entonces dos hombres perversos, y se sentaron delante de él; y aquellos hombres perversos atestiguaron contra Nabot delante del pueblo, diciendo: «Nabot ha blasfemado contra Dios y contra el rey». Y lo llevaron fuera de la ciudad y lo apedrearon con piedras, y murió.

14 Después enviaron a decir a Jezabel: «Nabot ha sido apedreado y ha muerto».

15 Cuando Jezabel oyó que Nabot había sido apedreado y muerto, dijo a Acab: «Levántate y toma posesión de la viña de Nabot de Jezreel, que no te la quiso dar por dinero; porque Nabot no vive, sino que ha muerto».

16 Y oyendo Acab que Nabot era muerto, se levantó para descender a la viña de Nabot de Jezreel, para tomar posesión de ella.

17 Entonces vino palabra de Yahvé a Elías tisbita, diciendo:

18 «Levántate, desciende a encontrarte con Acab rey de Israel, que está en Samaria; he aquí él está en la viña de Nabot, a la cual ha descendido para tomar posesión de ella.

19 Y le hablarás diciendo: «Así ha dicho Yahvé: ¿Has asesinado y también has tomado posesión?». Y volverás a hablarle, diciendo: «Así ha dicho Yahvé: En el mismo lugar donde lamieron los perros la sangre de Nabot, los perros lamerán también tu sangre, tu misma sangre»».

20 Y Acab dijo a Elías: «¿Me has hallado, enemigo mío?». Él respondió: «Te he hallado, porque te has vendido para hacer lo malo ante los ojos de Yahvé.

21 He aquí yo traigo mal sobre ti, y barreré tu posteridad y destruiré de Acab a todo el que meare a la pared, tanto al siervo como al libre en Israel.

22 Y pondré tu casa como la casa de Jeroboam hijo de Nabat, y como la casa de Baasa hijo de Ahías, por la provocación con que me provocaste a ira, y con que hiciste pecar a Israel».

23 De Jezabel también ha hablado Yahvé, diciendo: «Los perros comerán a Jezabel junto al muro de Jezreel.

24 Al que de Acab muriere en la ciudad, los perros lo comerán; y al que muriere en el campo, lo comerán las aves del cielo».

25 (A la verdad ninguno hubo como Acab, que se vendiese para hacer lo malo ante los ojos de Yahvé; porque su mujer Jezabel lo incitaba.

26 Él fue en gran manera abominable, caminando en pos de los ídolos, conforme a todo lo que hicieron los amorreos, a los cuales lanzó Yahvé de delante de los hijos de Israel).

27 Y sucedió que cuando Acab oyó estas palabras, rasgó sus vestidos y puso cilicio sobre su carne, ayunó, y durmió en cilicio, y anduvo humillado.

28 Entonces vino palabra de Yahvé a Elías tisbita, diciendo:

29 «¿Has visto cómo Acab se ha humillado delante de mí? Por cuanto se ha humillado delante de mí, no traeré el mal en sus días; en los días de su hijo traeré el mal sobre su casa».

Capítulo 22

1 Pasaron tres años sin que hubiera guerra entre Siria e Israel.

2 Y aconteció al tercer año, que Josafat rey de Judá descendió a visitar al rey de Israel.

3 Y el rey de Israel dijo a sus siervos: «¿No sabéis que Ramot de Galaad es nuestra, y nosotros no hacemos nada para quitarla de mano del rey de Siria?».

4 Y dijo a Josafat: «¿Quieres venir conmigo a pelear contra Ramot de Galaad?». Josafat respondió al rey de Israel: «Yo soy como tú, y mi pueblo como tu pueblo, y mis caballos como tus caballos».

5 Dijo también Josafat al rey de Israel: «Te ruego que consultes hoy la palabra de Yahvé».

6 Entonces el rey de Israel reunió a los profetas, unos cuatrocientos hombres, y les dijo: «¿Iré a la guerra contra Ramot de Galaad, o desistiré?». Y ellos dijeron: «Sube, porque el Señor la entregará en mano del rey».

7 Y dijo Josafat: «¿No hay aún aquí algún profeta de Yahvé, por quien consultemos?».

8 El rey de Israel respondió a Josafat: «Aún hay un hombre por el cual podríamos consultar a Yahvé, Micaías hijo de Imla; mas yo le aborrezco, porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal». Y Josafat dijo: «No hable el rey así».

9 Entonces el rey de Israel llamó a un oficial, y le dijo: «Haz venir pronto a Micaías hijo de Imla».

10 Y el rey de Israel y Josafat rey de Judá estaban sentados cada uno en su trono, vestidos de sus ropas reales, en la era a la entrada de la puerta de Samaria; y todos los profetas profetizaban delante de ellos.

11 Y Sedequías hijo de Quenaana se había hecho unos cuernos de hierro, y dijo: «Así ha dicho Yahvé: Con estos acornearás a los sirios hasta acabarlos».

12 Y todos los profetas profetizaban de la misma manera, diciendo: «Sube a Ramot de Galaad, y serás prosperado; porque Yahvé la entregará en mano del rey».

13 Y el mensajero que había ido a llamar a Micaías, le habló diciendo: «Mira que las palabras de los profetas a una voz anuncian al rey cosas buenas; sea ahora tu palabra conforme a la de uno de ellos, y habla bien».

14 Micaías respondió: «Vive Yahvé, que lo que Yahvé me dijere, eso hablaré».

15 Vino, pues, al rey, y el rey le dijo: «Micaías, ¿iremos a pelear contra Ramot de Galaad, o desistiremos?». Él le respondió: «Sube, y serás prosperado, y Yahvé la entregará en mano del rey».

16 Y el rey le dijo: «¿Hasta cuántas veces te he de conjurar que no me digas sino la verdad en el nombre de Yahvé?».

17 Entonces él dijo: «Vi a todo Israel esparcido por los montes, como ovejas que no tienen pastor; y Yahvé dijo: «Estos no tienen señor; vuélvase cada uno a su casa en paz»».

18 Y el rey de Israel dijo a Josafat: «¿No te lo había yo dicho? Ninguna cosa buena profetiza él acerca de mí, sino solamente el mal».

19 Entonces él dijo: "Oíd, pues, palabra de Yahvé: Yo vi a Yahvé sentado en su trono, y todo el ejército de los cielos estaba junto a él, a su derecha y a su izquierda.

20 Y Yahvé dijo: «¿Quién inducirá a Acab, para que suba y caiga en Ramot de Galaad?». Y uno decía de una manera, y otro decía de otra.

21 Y salió un espíritu y se puso delante de Yahvé, y dijo: «Yo le induciré».

22 Yahvé le dijo: «¿De qué manera?». Él dijo: «Yo saldré, y seré espíritu de mentira en boca de todos sus profetas». Y Yahvé dijo: «Le inducirás, y aun lo conseguirás; ve, pues, y hazlo así».

23 Y ahora, he aquí Yahvé ha puesto espíritu de mentira en boca de todos estos tus profetas, y Yahvé ha decretado el mal acerca de ti".

24 Entonces se acercó Sedequías hijo de Quenaana y golpeó a Micaías en la mejilla, diciendo: «¿Por dónde se fue de mí el Espíritu de Yahvé para hablarte a ti?».

25 Y Micaías respondió: «He aquí tú lo verás en aquel día, cuando te vayas metiendo de aposento en aposento para esconderte».

26 Entonces el rey de Israel dijo: "Toma a Micaías, y llévalo a Amón gobernador de la ciudad, y a Joás hijo del rey;

27 y dirás: «Así ha dicho el rey: Echad a este en la cárcel, y mantenedle con pan de angustia y con agua de aflicción, hasta que yo vuelva en paz»».

28 Y dijo Micaías: «Si llegas a volver en paz, Yahvé no ha hablado por mí». Añadió: «Oíd, pueblos todos».

29 Subió, pues, el rey de Israel con Josafat rey de Judá a Ramot de Galaad.

30 Y el rey de Israel dijo a Josafat: «Yo me disfrazaré, y entraré en la batalla, pero tú ponte tus vestiduras». Y el rey de Israel se disfrazó, y entró en la batalla.

31 Mas el rey de Siria había mandado a sus treinta y dos capitanes de los carros, diciendo: «No peleéis ni con chico ni con grande, sino solo contra el rey de Israel».

32 Cuando los capitanes de los carros vieron a Josafat, dijeron: «Ciertamente este es el rey de Israel»; y volvieron contra él para pelear; mas Josafat gritó.

33 Viendo entonces los capitanes de los carros que no era el rey de Israel, se apartaron de él.

34 Y un hombre disparó su arco al azar e hirió al rey de Israel por entre las junturas de la armadura; por lo que dijo él a su cochero: «Da la vuelta, y sácame del campo, pues estoy herido».

35 Pero la batalla arreció aquel día, y el rey fue sostenido en su carro frente a los sirios, y a la tarde murió; y la sangre de la herida corría por el fondo del carro.

36 Y a la puesta del sol salió un pregón por el campamento, diciendo: «¡Cada uno a su ciudad, y cada uno a su tierra!».

37 Murió, pues, el rey, y fue llevado a Samaria; y sepultaron al rey en Samaria.

38 Y lavaron el carro en el estanque de Samaria; y los perros lamieron su sangre (y también las rameras se lavaban allí), conforme a la palabra que Yahvé había hablado.

39 Los demás hechos de Acab, y todo lo que hizo, y la casa de marfil que construyó, y todas las ciudades que edificó, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

40 Y durmió Acab con sus padres, y reinó en su lugar Ocozías su hijo.

41 Josafat hijo de Asa comenzó a reinar sobre Judá en el cuarto año de Acab rey de Israel.

42 Era Josafat de treinta y cinco años cuando comenzó a reinar, y reinó veinticinco años en Jerusalén. El nombre de su madre fue Azuba hija de Silhí.

43 Y anduvo en todo el camino de Asa su padre, sin desviarse de él, haciendo lo recto ante los ojos de Yahvé. Con todo, los lugares altos no fueron quitados; porque el pueblo sacrificaba aún, y quemaba incienso en los lugares altos.

44 Y Josafat hizo paz con el rey de Israel.

45 Los demás hechos de Josafat, y sus hazañas, y cómo guerreó, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

46 Barrió también de la tierra el resto de los sodomitas que habían quedado en el tiempo de su padre Asa.

47 No había entonces rey en Edom; había solo un gobernador.

48 Josafat había hecho naves de Tarsis para ir a Ofir por oro; mas no fueron, porque las naves se rompieron en Ezión-geber.

49 Entonces Ocozías hijo de Acab dijo a Josafat: «Vayan mis siervos con los tuyos en las naves». Mas Josafat no quiso.

50 Y durmió Josafat con sus padres, y fue sepultado con sus padres en la ciudad de David su padre; y reinó en su lugar Joram su hijo.

51 Ocozías hijo de Acab comenzó a reinar sobre Israel en Samaria, el año diecisiete de Josafat rey de Judá; y reinó dos años sobre Israel.

52 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, y anduvo en el camino de su padre, y en el camino de su madre, y en el camino de Jeroboam hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel.

53 Pues sirvió a Baal, y lo adoró, y provocó a ira a Yahvé Dios de Israel, conforme a todas las cosas que había hecho su padre.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

2 REYES

✦

Capítulo 1

1 Moab se rebeló contra Israel tras la muerte de Ajab.

2 Ocozías se cayó por la celosía de su habitación superior que estaba en Samaria, y se puso enfermo. Envió entonces mensajeros y les dijo: «Id a consultar a Baal Zebub, el dios de Ecrón, si me recuperaré de esta enfermedad.»

3 Pero el ángel de Yahvé dijo a Elías tisbita: "Levántate, sube a recibir a los mensajeros del rey de Samaria y diles: '¿Es porque no hay un Dios en Israel que vais a consultar a Baal Zebub, el dios de Ecrón?

4 Ahora, pues, Yahvé dice: «No bajarás del lecho al que has subido, sino que ciertamente morirás»". Entonces Elías partió.

5 Los mensajeros volvieron a él y les dijo: «¿Por qué habéis vuelto?».

6 Le dijeron: "Un hombre subió a nuestro encuentro y nos dijo: "Id, volved al rey que os ha enviado y decidle: "Yahvé dice: '¿Es porque no hay Dios en Israel que enviáis a consultar a Baal Zebub, el dios de Ecrón? Por lo tanto, no bajarás del lecho al que has subido, sino que ciertamente morirás'".

7 Les dijo: «¿Qué clase de hombre es el que ha subido a vuestro encuentro y os ha dicho estas palabras?»

8 Le respondieron: «Era un hombre velludo y llevaba un cinturón de cuero en la cintura». Dijo: «Es Elías el tisbita».

9 Entonces el rey envió a un capitán de cincuenta con sus cincuenta a él. Subió hasta él; y he aquí que estaba sentado en la cima del monte. Le dijo: «Hombre de Dios, el rey ha dicho que bajes».

10 Elías respondió al capitán de los cincuenta: «¡Si soy un hombre de Dios, que
baje fuego del cielo y te consuma a ti y a tus cincuenta!» Entonces bajó fuego del
cielo y lo consumió a él y a sus cincuenta.

11 De nuevo le envió otro capitán de cincuenta con sus cincuenta. Él le respondió:
"Hombre de Dios, el rey ha dicho: «¡Baja rápido!».

12 Elías les respondió: «¡Si soy un hombre de Dios, que baje fuego del cielo y os
consuma a vosotros y a vuestros cincuenta!» Entonces el fuego de Dios bajó del
cielo y lo consumió a él y a sus cincuenta.

13 Volvió a enviar al capitán de un tercer grupo de cincuenta con sus cincuenta. El
tercer capitán de los cincuenta subió, y vino y se arrodilló ante Elías, y le rogó, y le
dijo: «Hombre de Dios, por favor, haz que mi vida y la vida de estos cincuenta de
tus siervos sea preciosa ante tus ojos.

14 He aquí que ha bajado fuego del cielo y ha consumido a los dos últimos capita-
nes de cincuenta con sus cincuenta. Pero ahora haz que mi vida sea preciosa a tus
ojos».

15 El ángel de Yahvé dijo a Elías: «Baja con él. No le tengas miedo». Entonces se
levantó y bajó con él al rey.

16 Este le dijo: "Yahvé dice: 'Porque has enviado mensajeros a consultar a Baal Ze-
bub, el dios de Ecrón, ¿es que no hay Dios en Israel para consultar su palabra?
Por eso no bajarás del lecho al que has subido, sino que morirás sin duda'".

17 Murió, pues, según la palabra de Yahvé que Elías había pronunciado. Joram
comenzó a reinar en su lugar en el segundo año de Joram hijo de Josafat, rey de
Judá, porque no tenía hijo.

18 El resto de los hechos de Ocozías, ¿no están escritos en el libro de las crónicas
de los reyes de Israel?

Capítulo 2

1 Cuando Yahvé estaba a punto de llevarse a Elías en un torbellino al cielo, Elías
partió con Eliseo desde Gilgal.

2 Elías le dijo a Eliseo: «Por favor, espera aquí, porque Yahvé me ha enviado hasta
Betel». Eliseo dijo: «Vive Yahvé y vive tu alma, que no te dejaré». Así pues, baja-
ron a Betel.

3 Los hijos de los profetas que estaban en Betel salieron a ver a Eliseo y le dijeron:
«¿Sabéis que Yahvé te quitará hoy a tu maestro de encima?» Dijo: «Sí, lo sé. No
habléis más».

4 Elías le dijo: «Eliseo, por favor, espera aquí, porque Yahvé me ha enviado a Je-
ricó». Dijo: «Vive Yahvé y vive tu alma, que no te dejaré». Así pues, llegaron a
Jericó.

5 Los hijos de los profetas que estaban en Jericó se acercaron a Eliseo y le dijeron:
«¿Sabéis que Yahvé te quitará hoy a tu maestro de encima?» Él respondió: «Sí, lo
sé. Callad».

6 Elías le dijo: «Por favor, espera aquí, porque Yahvé me ha enviado al Jordán».
Dijo: «Vive Yahvé y vive tu alma, que no te dejaré». Entonces ambos siguieron
adelante.

7 Cincuenta hombres de los hijos de los profetas fueron y se colocaron frente a
ellos a cierta distancia; y ambos se quedaron junto al Jordán.

8 Elías tomó su manto, lo enrolló y golpeó las aguas, que se dividieron aquí y allá,
de modo que ambos pasaron en seco.

9 Cuando hubieron pasado, Elías dijo a Eliseo: «Pide qué debo hacer por ti, antes
de que sea quitado de tu lado.» Eliseo dijo: «Te ruego que una doble porción de tu
espíritu esté sobre mí».

10 Él dijo: «Has pedido algo difícil. Si me ves cuando sea quitado de tu lado, te
será concedido; pero si no, no será así».

11 Mientras seguían hablando, he aquí que un carro de fuego y caballos de fuego los separaron, y Elías subió al cielo en un torbellino.

12 Eliseo lo vio y gritó: «¡Padre mío, padre mío, los carros de Israel y su caballería!» No lo vio más. Entonces tomó su ropa y la rasgó en dos pedazos.

13 Tomó también el manto de Elías que se le había caído, y regresó y se quedó a la orilla del Jordán.

14 Tomó el manto de Elías que se le había caído, golpeó las aguas y dijo: «¿Dónde está Yahvé, el Dios de Elías?» Cuando él también golpeó las aguas, se separaron, y Eliseo pasó.

15 Cuando los hijos de los profetas que estaban en Jericó frente a él lo vieron, dijeron: «El espíritu de Elías reposa sobre Eliseo». Salieron a su encuentro y se postraron en tierra ante él.

16 Le dijeron: «Mirad ahora, hay con vuestros siervos cincuenta hombres fuertes. Por favor, dejad que vayan a buscar a vuestro amo. Tal vez el Espíritu de Yahvé se lo haya llevado y lo haya puesto en alguna montaña o en algún valle». Dijo: «No los enviéis».

17 Cuando le insistieron hasta que se avergonzó, dijo: «Enviadlos». Por eso enviaron a cincuenta hombres; y lo buscaron durante tres días, pero no lo encontraron.

18 Volvieron a buscarlo mientras se quedaba en Jericó, y él les dijo: «¿No os he dicho que no vayáis?»

19 Los hombres de la ciudad dijeron a Eliseo: «Mirad, por favor, la situación de esta ciudad es agradable, como ve mi señor; pero el agua es mala y la tierra es estéril.»

20 Dijo: «Traedme una redoma nueva y poned sal en ella». Entonces se la trajeron.

21 Salió al manantial de las aguas, echó sal en él y dijo: "Yahvé dice: 'He sanado estas aguas. Ya no habrá más muerte ni tierra estéril'".

22 Así quedaron curadas las aguas hasta el día de hoy, según la palabra que Eliseo pronunció.

23 De allí subió a Betel. Mientras subía por el camino, salieron de la ciudad unos jóvenes que se burlaban de él y le decían: «¡Sube, calvo! ¡Sube, calvo!»

24 Él miró detrás de sí y los vio, y los maldijo en nombre de Yahvé. Entonces salieron del bosque dos osas y despedazaron a cuarenta y dos de aquellos muchachos.

25 Se dirigió desde allí al monte Carmelo, y desde allí regresó a Samaria.

Capítulo 3

1 Joram, hijo de Ajab, comenzó a reinar sobre Israel en Samaria en el año dieciocho de Josafat, rey de Judá, y reinó doce años.

2 Hizo lo que era malo a los ojos de Yahvé, aunque no tanto como su padre y como su madre, pues quitó la columna de Baal que había hecho su padre.

3 Sin embargo, se aferró a los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, con los que hizo pecar a Israel. No se apartó de ellos.

4 Mesá, rey de Moab, era criador de ovejas, y suministraba al rey de Israel cien mil corderos y la lana de cien mil carneros.

5 Pero cuando murió Ajab, el rey de Moab se rebeló contra el rey de Israel.

6 El rey Joram salió entonces de Samaria y reunió a todo Israel.

7 Fue y envió a Josafat, rey de Judá, diciendo: «El rey de Moab se ha rebelado contra mí. ¿Irás conmigo contra Moab a la batalla?» Dijo: «Subiré. Yo soy como tú, mi pueblo como tu pueblo, mis caballos como tus caballos».

8 Entonces dijo: «¿Por qué camino subiremos?» Joram respondió: «Por el camino del desierto de Edom».

9 El rey de Israel fue con el rey de Judá y el rey de Edom, y marcharon durante siete días por una ruta tortuosa. No había agua para el ejército ni para los animales que los seguían.

10 El rey de Israel dijo: «¡Ay! Porque Yahvé ha convocado a estos tres reyes para entregarlos en manos de Moab».

11 Pero Josafat dijo: «¿No hay aquí un profeta de Yahvé, para que podamos consultar a Yahvé por medio de él?» Uno de los siervos del rey de Israel respondió: «Eliseo, hijo de Safat, que vertía agua sobre las manos de Elías, está aquí».

12 Josafat dijo: «La palabra de Yahvé está con él». Entonces el rey de Israel, Josafat y el rey de Edom bajaron hacia él.

13 Eliseo dijo al rey de Israel: «¿Qué tengo yo que ver con vos? Id a los profetas de vuestro padre y a los profetas de vuestra madre». El rey de Israel le dijo: «No, porque Yahvé ha convocado a estos tres reyes para entregarlos en la mano de Moab».

14 Eliseo dijo: «Vive Yahvé de los Ejércitos, ante quien estoy, que, si no fuera porque respeto la presencia de Josafat, rey de Judá, no os miraría ni os vería.

15 Pero ahora traedme un tañedor». Cuando el tañedor tocó, la mano de Yahvé se posó sobre él.

16 Dijo: "Yahvé dice: 'Haced que este valle se llene de fosas'.

17 Porque Yahvé dice: 'No veréis viento, ni veréis lluvia, pero este valle se llenará de agua y beberéis, tanto vosotros como vuestro ganado y vuestras bestias'.

18 Esto es algo liviano a los ojos del Señor. También entregará a los moabitas en vuestra mano.

19 Heriréis toda ciudad fortificada y toda ciudad escogida, y derribaréis todo árbol bueno, y cerraréis todos los manantiales de agua, y malograréis con piedras todo terreno fértil".

20 Por la mañana, a la hora de ofrecer el sacrificio, he aquí que llegaron aguas por el camino de Edom, y la tierra se inundó de agua.

21 Cuando todos los moabitas oyeron que los reyes habían subido a luchar contra ellos, se reunieron todos los que podían ceñir armadura, desde los más jóvenes hasta los más ancianos, y se apostaron en la frontera.

22 Se levantaron de madrugada, y cuando el sol brilló sobre el agua, los moabitas vieron el agua frente a ellos roja como la sangre.

23 Dijeron: «Esto es sangre. Los reyes se han matado entre ellos y se han destruido mutuamente. Ahora, pues, ¡Moab, al saqueo!»

24 Cuando llegaron al campamento de Israel, los israelitas se levantaron e hirieron a los moabitas, de modo que huyeron ante ellos; y avanzaron por la tierra abatiendo a los moabitas.

25 Derribaron las ciudades, y en cada pedazo de tierra buena cada uno echó su piedra hasta llenarla. También cerraron todos los manantiales de agua y cortaron todos los árboles buenos, hasta que en Quir Hareset sólo quedaron sus piedras; sin embargo, los honderos la rodearon y la atacaron.

26 Cuando el rey de Moab vio que la batalla era demasiado dura para él, tomó consigo a setecientos hombres que manejaban espada para abrirse paso hasta el rey de Edom; pero no pudieron.

27 Entonces tomó a su hijo primogénito, que habría de reinar en su lugar, y lo ofreció en holocausto sobre el muro. Hubo gran indignación contra Israel, y se apartaron de él, y volvieron a su tierra.

Capítulo 4

1 Una mujer de las mujeres de los hijos de los profetas clamó a Eliseo, diciendo: «Tu siervo, mi marido, ha muerto; y tú sabes que tu siervo era temeroso de Yahvé. Y ha venido el acreedor para llevarse a mis dos hijos como esclavos».

2 Eliseo le dijo: «¿Qué puedo hacer por ti? Dime qué tienes en casa». Ella respondió: «Tu sierva no tiene ninguna cosa en casa, sino una vasija de aceite».

3 Él le dijo: «Id y pedid prestadas vasijas vacías a todos vuestros vecinos; vasijas vacías, no pidáis pocas.

4 Entra luego, y cerrad la puerta tras de ti y de tus hijos; e id echando el aceite en todas aquellas vasijas, y poniendo aparte las que estén llenas».

5 Se fue la mujer y cerró la puerta tras de sí y de sus hijos; ellos le traían las vasijas, y ella echaba el aceite.

6 Cuando las vasijas estuvieron llenas, dijo a un hijo suyo: «Tráeme otra vasija». Él respondió: «No hay más vasijas». Entonces cesó el aceite.

7 Vino ella luego y lo contó al varón de Dios, el cual dijo: «Id, vended el aceite y pagad vuestra deuda; y tú y tus hijos vivid de lo que quede».

8 Aconteció también que un día pasaba Eliseo por Sunem; y había allí una mujer distinguida, que le invitó a comer. Y así, cada vez que pasaba por allí, venía a su casa a comer.

9 Ella dijo a su marido: «He aquí, yo percibo que este que siempre pasa por nuestra casa es un santo varón de Dios.

10 Yo te ruego que hagamos una pequeña habitación en el terrado, y pongamos allí para él una cama, una mesa, una silla y un candelero, para que cuando venga a nosotros, se retire allí».

11 Aconteció que un día vino él por allí, y se retiró a aquella habitación y se acostó en ella.

12 Entonces dijo a Guejazi su criado: «Llama a esta sunamita». Y cuando la llamó, se puso ella delante de él.

13 Dijo él entonces a Guejazi: "Dile: 'He aquí, te has desvivido por nosotros con todo este esmero; ¿qué quieres que haga por ti? ¿Necesitas que hable por ti al rey, o al general del ejército?'" Y ella respondió: «Yo habito en medio de mi pueblo».

14 Y él dijo: «¿Qué, pues, haremos por ella?» Y Guejazi respondió: «He aquí que ella no tiene hijos, y su marido es anciano».

15 Dijo entonces: «Llámala». Y él la llamó, y ella se puso a la puerta.

16 Y Eliseo le dijo: «El año que viene, por este tiempo, abrazarás un hijo». Y ella dijo: «No, señor mío, varón de Dios, no engañes a tu sierva».

17 Mas la mujer concibió, y dio a luz un hijo al año siguiente, en el tiempo que Eliseo le había dicho.

18 Y el niño creció; y aconteció que un día salió a ver a su padre, que estaba con los segadores.

19 Y dijo a su padre: «¡Ay, mi cabeza! ¡Mi cabeza!» Y el padre dijo a un criado: «Llévalo a su madre».

20 Y habiéndole él tomado y traído a su madre, estuvo sentado en sus rodillas hasta el mediodía, y murió.

21 Ella entonces subió, y lo puso sobre la cama del varón de Dios, y cerrando la puerta tras de sí, salió.

22 Llamando luego a su marido, le dijo: «Te ruego que me envíes uno de los criados y una de las asnas, para que vaya corriendo al varón de Dios, y vuelva».

23 Él dijo: «¿Para qué vas a verle hoy? No es luna nueva, ni sábado». Y ella respondió: «Paz».

24 Después hizo ensillar el asna, y dijo al criado: «Guía y camina; no me hagas detener el paso, sino cuando yo te lo diga».

25 Partió, pues, y vino al varón de Dios, al monte Carmelo. Y cuando el varón de Dios la vio de lejos, dijo a su criado Guejazi: “He aquí la sunamita.

26 Te ruego que corras ahora a recibirla, y le digas: ‘¿Te va bien a ti? ¿Le va bien a tu marido? ¿Le va bien al niño?’” Y ella respondió: «Bien».

27 Luego que llegó al varón de Dios en el monte, se asió de sus pies. Y se acercó Guejazi para apartarla; mas el varón de Dios le dijo: «Déjala, porque su alma está en amargura, y Yahvé me ha ocultado el motivo, y no me lo ha revelado».

28 Y ella dijo: «¿Pedí yo hijo a mi señor? ¿No dije yo que no te burlases de mí?»

29 Entonces dijo él a Guejazi: «Ciñe tus lomos, y toma mi báculo en tu mano, y ve; si alguno te encontrare, no lo saludes, y si alguno te saludare, no le respondas; y pondrás mi báculo sobre el rostro del niño».

30 Y dijo la madre del niño: «Vive Yahvé, y vive tu alma, que no te dejaré». Él entonces se levantó y la siguió.

31 Y Guejazi había ido delante de ellos, y había puesto el báculo sobre el rostro del niño; mas no había voz ni sentido. Así que se volvió para encontrar a Eliseo, y se lo declaró, diciendo: «El niño no despierta».

32 Y cuando entró Eliseo en casa, he aquí que el niño estaba muerto tendido sobre su cama.

33 Entrando él entonces, cerró la puerta tras ambos, y oró a Yahvé.

34 Después subió y se tendió sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos de él; así se tendió sobre él, y el cuerpo del niño entró en calor.

35 Volviéndose luego, se paseó por la casa a un lado y a otro, y después subió, y se tendió sobre él nuevamente, y el niño estornudó siete veces, y abrió sus ojos.

36 Entonces llamó él a Guejazi, y le dijo: «Llama a esta sunamita». Y él la llamó. Entrando ella, él le dijo: «Toma a tu hijo».

37 Y ella entró, y se echó a sus pies, y se inclinó a tierra; y después tomó a su hijo y salió.

38 Eliseo volvió a Gilgal cuando había hambre en la tierra. Y los hijos de los profetas estaban sentados delante de él, por lo que dijo a su criado: «Pon una olla grande, y haz potaje para los hijos de los profetas».

39 Y salió uno al campo a recoger hierbas, y halló una parra silvestre, y de ella llenó su falda de calabazas silvestres; y volvió, y las cortó en la olla del potaje, pues no sabía lo que eran.

40 Se sirvió luego para que comieran los hombres; pero sucedió que al comer ellos de aquel potaje, gritaron diciendo: «¡Varón de Dios, hay muerte en la olla!» Y no lo pudieron comer.

41 Él entonces dijo: «Traed harina». Y la esparció en la olla, y dijo: «Dad de comer a la gente». Y no hubo más mal en la olla.

42 Vino entonces un hombre de Baal Salisa, el cual trajo al varón de Dios panes de primicias, veinte panes de cebada, y trigo nuevo en su espiga. Y él dijo: «Dad a la gente para que coma».

43 Y respondió su sirviente: «¿Cómo he de poner esto delante de cien hombres?» Pero él volvió a decir: "Da a la gente para que coma, porque así ha dicho Yahvé: 'Comerán, y sobrará'".

44 Entonces él lo puso delante de ellos, y comieron, y les sobró, conforme a la palabra de Yahvé.

Capítulo 5

1 Naamán, general del ejército del rey de Siria, era un hombre grande delante de su señor, y muy estimado, porque por medio de él había dado Yahvé salvación a Siria. Era este hombre valeroso en extremo, pero leproso.

2 Y de Siria habían salido bandas armadas, y habían llevado cautiva de la tierra de Israel a una muchacha, la cual servía a la mujer de Naamán.

3 Esta dijo a su señora: «Si rogase mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra».

4 Entrando Naamán, lo declaró a su señor, diciendo: «Así y así ha dicho una muchacha que es de la tierra de Israel».

5 Y le dijo el rey de Siria: «Anda, ve, y yo enviaré una carta al rey de Israel». Partió, pues, llevando consigo diez talentos de plata, seis mil piezas de oro y diez mudas de vestidos.

6 Llevó también la carta al rey de Israel, que decía: «Cuando llegue a ti esta carta, sabe por ella que yo envío a ti a mi siervo Naamán, para que lo sanes de su lepra».

7 Luego que el rey de Israel leyó la carta, rasgó sus vestiduras y dijo: «¿Soy yo Dios, que mate y dé vida, para que este envíe a mí a que sane a un hombre de su lepra? Considerad ahora, y ved cómo busca ocasión contra mí».

8 Cuando Eliseo el varón de Dios oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestiduras, envió a decir al rey: «¿Por qué has rasgado tus vestiduras? Venga ahora a mí, y sabrá que hay profeta en Israel».

9 Y vino Naamán con sus caballos y con su carro, y se paró a las puertas de la casa de Eliseo.

10 Entonces Eliseo le envió un mensajero, diciendo: «Ve y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se te restaurará, y serás limpio».

11 Y Naamán se fue enojado, diciendo: "He aquí yo decía para mí: 'Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre de Yahvé su Dios, y alzará su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra'.

12 ¿Abaná y Farfar, ríos de Damasco, no son mejores que todas las aguas de Israel? ¿No podré lavarme en ellos, y ser limpio?" Y se volvió, y se fue enojado.

13 Mas sus criados se acercaron a él y le hablaron diciendo: "Padre mío, si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: 'Lávate, y serás limpio'?"

14 Él entonces descendió, y se zambulló siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del varón de Dios; y su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio.

15 Y volvió al varón de Dios, él y toda su compañía, y se puso delante de él, y dijo: «He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel. Te ruego que recibas algún presente de tu siervo».

16 Mas él dijo: «Vive Yahvé, en cuya presencia estoy, que no lo aceptaré». Y le instó que tomara alguna cosa, pero él no quiso.

17 Entonces Naamán dijo: «Te ruego, pues, ¿no se dará a tu siervo la carga de dos mulas de tierra? Porque de aquí en adelante tu siervo no sacrificará holocausto ni sacrificio a otros dioses, sino a Yahvé.

18 En esto perdone Yahvé a tu siervo: que cuando mi señor entrare en el templo de Rimón para adorar en él, y se apoyare sobre mi brazo, si yo también me inclinare en el templo de Rimón; cuando haga tal, Yahvé perdone en esto a tu siervo».

19 Y él le dijo: «Ve en paz». Se fue, pues, y caminó como una legua de tierra.

20 Entonces Guejazi, criado de Eliseo el varón de Dios, dijo para sí: «He aquí mi señor prescindió de este sirio Naamán, no tomando de su mano las cosas que trajo. Vive Yahvé, que correré yo tras él y tomaré de él alguna cosa».

21 Y siguió Guejazi a Naamán; y cuando vio Naamán que venía corriendo tras él, se bajó del carro para recibirle, y dijo: «¿Va todo bien?»

22 Y él dijo: "Bien. Mi señor me envía a decirte: 'He aquí vinieron a mí en esta hora del monte de Efraín dos jóvenes de los hijos de los profetas; te ruego que les des un talento de plata, y dos mudas de vestidos'".

23 Dijo Naamán: «Tened a bien tomar dos talentos». Y él le insistió, y ató dos talentos de plata en dos bolsas, y dos mudas de vestidos, y lo puso todo a cuestas a dos de sus criados para que lo llevasen delante de él.

24 Y cuando llegó a un lugar secreto, él lo tomó de mano de ellos, y lo guardó en la casa; luego despidió a los hombres, y se fueron.

25 Y él entró, y se puso delante de su señor. Y Eliseo le dijo: «¿De dónde vienes, Guejazi?» Y él dijo: «Tu siervo no ha ido a ninguna parte».

26 Él entonces le dijo: «¿No estaba también allí mi corazón, cuando el hombre volvió de su carro a recibirte? ¿Es tiempo de tomar dinero, y de tomar vestidos, olivares, viñas, ovejas, bueyes, siervos y siervas?

27 Por tanto, la lepra de Naamán se te pegará a ti y a tu descendencia para siempre». Y salió de delante de él leproso, blanco como la nieve.

Capítulo 6

1 Los hijos de los profetas dijeron a Eliseo: «Mira ahora, el lugar donde vivimos y
nos reunimos con vos es demasiado estrecho para nosotros.

2 Por favor, vayamos al Jordán, y tome cada uno una viga de allí, y hagamos allí
un lugar donde podamos habitar.» Él respondió: «Id».

3 Uno dijo: «Por favor, tened el gusto de ir con vuestros siervos». Él respondió:
«Iré».

4 Así pues, se fue con ellos. Cuando llegaron al Jordán, cortaron madera.

5 Pero aconteció que mientras uno de ellos derribaba un tronco, el hierro del ha-
cha cayó al agua. Entonces gritó diciendo: «¡Ay, señor mío! Porque era prestada».

6 El varón de Dios preguntó: «¿Dónde cayó?». Él le mostró el lugar. Entonces
cortó un palo, lo arrojó allí e hizo que el hierro flotase.

7 Y le dijo: «Tómalo». Él alargó la mano y lo cogió.

8 El rey de Siria estaba en guerra contra Israel, y consultó con sus siervos, di-
ciendo: «Mi campamento estará en tal y tal lugar».

9 El varón de Dios envió a decir al rey de Israel: «Guárdate de no pasar por este
lugar, porque los sirios descienden por allí».

10 El rey de Israel envió a aquel lugar que el varón de Dios le había dicho y adver-
tido, y se puso a salvo allí, no una ni dos veces.

11 El corazón del rey de Siria se turbó mucho por esto. Llamó a sus siervos y les
dijo: «¿No me vais a decir quién de los nuestros es del rey de Israel?»

12 Uno de sus siervos dijo: «No, señor mío, oh rey; sino que Eliseo, el profeta que
está en Israel, declara al rey de Israel las palabras que habláis en vuestra alcoba».

13 Él dijo: «Id y ved dónde está, para que yo envíe a prenderlo». Se le dijo: «He
aquí que está en Dotán».

14 Por tanto, envió allí caballos, carros y un gran ejército. Llegaron de noche y cercaron la ciudad.

15 Cuando el criado del varón de Dios se levantó de madrugada y salió, he aquí que un ejército con caballos y carros rodeaba la ciudad. Su criado le dijo: «¡Ay, señor mío! ¿Qué haremos?»

16 Él respondió: «No temas, porque los que están con nosotros son más que los que están con ellos».

17 Eliseo oró y dijo: «Yahvé, os ruego que abráis sus ojos para que vea.» Yahvé abrió los ojos del joven y vio; y he aquí que el monte estaba lleno de caballos y carros de fuego alrededor de Eliseo.

18 Cuando los sirios descendieron hacia él, Eliseo oró a Yahvé y dijo: «Os ruego que hiráis a esta gente con ceguera». Y los hirió con ceguera conforme a la palabra de Eliseo.

19 Eliseo les dijo: «No es este el camino, ni esta es la ciudad. Seguidme, y os llevaré al hombre que buscáis». Y los condujo a Samaria.

20 Cuando llegaron a Samaria, Eliseo dijo: «Yahvé, abre los ojos de estos hombres para que vean». El Señor les abrió los ojos, y vieron; y he aquí que estaban en medio de Samaria.

21 El rey de Israel, al verlos, dijo a Eliseo: «¿Los mataré, padre mío? ¿Los mato?»

22 Él respondió: «No los matarás. ¿Matarías tú a los que tomaste cautivos con tu espada y con tu arco? Pon delante de ellos pan y agua, para que coman y beban, y vuelvan a su señor».

23 Les preparó un gran banquete. Después de que comieron y bebieron, los despidió y se marcharon a su señor. Y las bandas de Siria no volvieron más a merodear en la tierra de Israel.

24 Después de esto aconteció que Benhadad, rey de Siria, reunió a todo su ejército y subió a sitiar Samaria.

25 Hubo una gran hambre en Samaria. La sitiaron de tal modo que una cabeza de asno se vendía por ochenta monedas de plata, y la cuarta parte de un kab de estiércol de paloma por cinco monedas de plata.

26 Mientras el rey de Israel pasaba por la muralla, una mujer le gritó diciendo: «¡Socorro, señor mío, oh rey!»

27 Él dijo: «Si no te ayuda Yahvé, ¿de dónde te ha de venir el socorro? ¿De la era, o del lagar?»

28 Entonces el rey le preguntó: «¿Qué tienes?» Ella respondió: "Esta mujer me dijo: 'Da a tu hijo para que lo comamos hoy, y mañana comeremos al mío'.

29 Cocimos, pues, a mi hijo y nos lo comimos; y al día siguiente le dije: 'Da a tu hijo para que lo comamos'; mas ella ha escondido a su hijo."

30 Cuando el rey oyó las palabras de la mujer, rasgó sus vestiduras. Al pasar por el muro, la gente miró y vio que llevaba saco sobre su carne.

31 Entonces dijo: «Así me haga Dios, y aun me añada, si la cabeza de Eliseo hijo de Safat queda hoy sobre sus hombros.»

32 Eliseo estaba sentado en su casa, y los ancianos estaban sentados con él. El rey envió a un hombre de su parte; pero antes de que el mensajero llegase, Eliseo dijo a los ancianos: «¿Veis cómo este hijo de asesino ha enviado a quitarme la cabeza? Mirad, cuando venga el mensajero, cerrad la puerta y retenedlo a la puerta. ¿No se oye tras él el estrépito de los pasos de su amo?»

33 Mientras aún hablaba con ellos, he aquí que el mensajero descendió hacia él. Entonces el rey dijo: «He aquí, este mal de Yahvé viene. ¿Por qué he de esperar más a Yahvé?».

Capítulo 7

1 Eliseo dijo: "Escuchad la palabra de Yahvé. Yahvé dice: 'Mañana a estas horas se venderá un seah de flor de harina por un siclo, y dos seahs de cebada por un siclo, a la puerta de Samaria'".

2 Entonces el capitán en cuyo brazo se apoyaba el rey respondió al varón de Dios y dijo: «He aquí que, si Yahvé abriese ventanas en el cielo, ¿podría suceder tal cosa?» Él respondió: «He aquí que lo veréis con vuestros ojos, mas no comeréis de ello».

3 Había cuatro hombres leprosos a la entrada de la puerta, los cuales se dijeron unos a otros: "¿Para qué estamos aquí sentados hasta que muramos?

4 Si decimos: 'Entremos en la ciudad', por el hambre que hay en la ciudad moriremos allí; y si nos quedamos aquí sentados, también moriremos. Venid, pues, ahora, y pasémonos al campamento de los sirios; si ellos nos dan la vida, viviremos; y si nos matan, no haremos más que morir".

5 Se levantaron, pues, al anochecer, para ir al campamento de los sirios; y llegando a la entrada del campamento de los sirios, he aquí que no había allí nadie.

6 Porque el Señor había hecho que el ejército de los sirios oyese estrépito de carros y ruido de caballos, y el estruendo de un gran ejército; y se dijeron unos a otros: «He aquí, el rey de Israel ha tomado a sueldo contra nosotros a los reyes de los hititas y a los reyes de los egipcios, para que vengan contra nosotros».

7 Y así, se levantaron y huyeron al anochecer, abandonando sus tiendas, sus caballos, sus asnos y el campamento tal como estaba; y huyeron para salvar sus vidas.

8 Cuando los leprosos llegaron a la entrada del campamento, entraron en una tienda y comieron y bebieron, y tomaron de allí plata, oro y vestiduras, y fueron y lo escondieron; y vueltos, entraron en otra tienda, y de allí también tomaron diversas cosas y fueron a esconderlas.

9 Entonces se dijeron unos a otros: «No hacemos bien. Hoy es día de buena nueva, y nosotros callamos; y si esperamos hasta la luz de la mañana, nos alcanzará el castigo. Venid, pues, ahora, vayamos y demos el aviso en la casa del rey».

10 Vinieron, pues, y llamaron a los guardas de la puerta de la ciudad, y les dieron aviso diciendo: «Fuimos al campamento de los sirios, y he aquí que no había allí nadie, ni voz de hombre, sino caballos atados, asnos atados y las tiendas tal como

estaban».

11 Los porteros gritaron entonces y dieron aviso dentro, en el palacio del rey.

12 Se levantó el rey de noche, y dijo a sus siervos: "Yo os diré lo que nos han hecho los sirios. Ellos saben que tenemos hambre, y han salido del campamento para esconderse en el campo, diciendo: 'Cuando salgan de la ciudad, los tomaremos vivos, y entraremos en la ciudad'".

13 Entonces respondió uno de sus siervos y dijo: «Tomen ahora cinco de los caballos que han quedado en la ciudad (he aquí que son como toda la multitud de Israel que ha quedado en ella; he aquí que son como toda la multitud de Israel que ya ha perecido), y enviemos y veamos qué pasa».

14 Tomaron, pues, dos carros con caballos, y los envió el rey al campamento de los sirios, diciendo: «Id y ved».

15 Y ellos fueron y los siguieron hasta el Jordán; y he aquí que todo el camino estaba lleno de vestiduras y enseres que los sirios habían arrojado con la prisa. Volvieron los mensajeros y lo contaron al rey.

16 Entonces el pueblo salió y saqueó el campamento de los sirios. Y se vendió un seah de flor de harina por un siclo, y dos seahs de cebada por un siclo, conforme a la palabra de Yahvé.

17 Y el rey puso a la puerta a aquel capitán sobre cuyo brazo se apoyaba; y el pueblo lo atropelló a la puerta, y murió, conforme a lo que había dicho el varón de Dios cuando el rey descendió a él.

18 Sucedió, pues, de la manera que el varón de Dios había hablado al rey, diciendo: «Dos seahs de cebada por un siclo, y un seah de flor de harina por un siclo, se venderán mañana a estas horas a la puerta de Samaria».

19 A lo cual aquel capitán había respondido al varón de Dios, diciendo: «He aquí que, si Yahvé hiciese ventanas en el cielo, ¿podría suceder tal cosa?» Y él dijo: «He aquí que lo verás con tus ojos, mas no comeréis de ello».

20 Y le sucedió así; porque el pueblo lo atropelló a la puerta, y murió.

Capítulo 8

1 Eliseo había hablado con la mujer a cuyo hijo había devuelto la vida, diciéndole: «Levántate y vete, tú y tu casa, y vive donde puedas; porque Yahvé ha llamado al hambre, la cual vendrá sobre la tierra por siete años».

2 La mujer se levantó e hizo conforme a la palabra del varón de Dios; se fue ella con su familia y vivió en la tierra de los filisteos siete años.

3 Y cuando los siete años pasaron, la mujer volvió de la tierra de los filisteos; después salió para implorar al rey por su casa y por sus tierras.

4 El rey estaba hablando con Guejazi, criado del varón de Dios, diciéndole: «Te ruego que me cuentes todas las maravillas que ha hecho Eliseo».

5 Y aconteció que mientras él contaba al rey cómo había hecho vivir a un muerto, he aquí que la mujer a cuyo hijo había devuelto la vida imploraba al rey por su casa y por sus tierras. Entonces dijo Guejazi: «Señor mío, oh rey, esta es la mujer, y este es su hijo, al cual Eliseo hizo vivir».

6 El rey preguntó a la mujer, y ella se lo contó. Entonces el rey le asignó un oficial, diciéndole: «Hazle devolver todas las cosas que eran suyas, y todos los frutos de sus tierras desde el día que dejó el país hasta ahora».

7 Eliseo se fue luego a Damasco; y Ben-adad rey de Siria estaba enfermo, al cual dieron aviso, diciendo: «El varón de Dios ha venido aquí».

8 Y el rey dijo a Hazael: "Toma un presente en tu mano y ve a recibir al varón de Dios, y consulta a Yahvé por medio de él, diciendo: '¿Sanares de esta enfermedad?'"

9 Hazael fue, pues, a recibirle, llevando consigo un presente de lo mejor de Damasco, cuarenta camellos cargados; y llegó, y se puso delante de él, y dijo: "Tu hijo Ben-adad rey de Siria me ha enviado a ti, diciendo: '¿Sanaré de esta enfermedad?'"

10 Eliseo le dijo: "Ve y dile: 'Ciertamente sanarás'. Sin embargo, Yahvé me ha mostrado que él morirá irremisiblemente".

11 Y el varón de Dios le miró fijamente, y estuvo así hasta hacerlo sonrojarse; luego lloró el varón de Dios.

12 Entonces dijo Hazael: «¿Por qué llora mi señor?» Él respondió: «Porque sé el mal que has de hacer a los hijos de Israel; a sus fortalezas pegarás fuego, a sus jóvenes matarás a espada, estrellarás a sus niños y abrirás el vientre a sus mujeres encintas».

13 Y Hazael dijo: «Pues, ¿qué es tu siervo, este perro, para que haga tan gran cosa?» Y respondió Eliseo: «Yahvé me ha mostrado que tú serás rey de Siria».

14 Hazael se despidió de Eliseo, y volvió a su señor, el cual le dijo: «¿Qué te ha dicho Eliseo?» Y él respondió: «Me dijo que ciertamente sanarías».

15 Pero al día siguiente, Hazael tomó un paño grueso, lo empapó en agua y lo extendió sobre el rostro del rey, y este murió; y reinó Hazael en su lugar.

16 En el quinto año de Joram hijo de Ajab, rey de Israel, siendo Josafat rey de Judá, comenzó a reinar Joram hijo de Josafat, rey de Judá.

17 Era de treinta y dos años cuando comenzó a reinar, y reinó ocho años en Jerusalén.

18 Y anduvo en el camino de los reyes de Israel, como lo hizo la casa de Ajab, porque una hija de Ajab era su mujer; e hizo lo malo ante los ojos de Yahvé.

19 Con todo, Yahvé no quiso destruir a Judá, por amor a David su siervo, según lo que le había prometido de darle siempre una lámpara para sus hijos.

20 En sus días se rebeló Edom contra el dominio de Judá, y pusieron rey sobre sí mismos.

21 Joram pasó, pues, a Zair con todos sus carros; y levantándose de noche, hirió a los edomitas que le habían cercado, y a los capitanes de los carros; y el pueblo huyó a sus tiendas.

22 No obstante, Edom se libertó del dominio de Judá hasta el día de hoy. También se rebeló Libna en el mismo tiempo.

23 Los demás hechos de Joram, y todo lo que hizo, ¿no está todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

24 Y Joram durmió con sus padres, y fue sepultado con sus padres en la ciudad de David; y reinó en su lugar Ocozías su hijo.

25 En el año duodécimo de Joram hijo de Ajab, rey de Israel, comenzó a reinar Ocozías hijo de Joram, rey de Judá.

26 De veintidós años era Ocozías cuando comenzó a reinar, y reinó un año en Jerusalén. El nombre de su madre era Atalía, hija de Omrí rey de Israel.

27 Y anduvo en el camino de la casa de Ajab, e hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, como la casa de Ajab; porque era yerno de la casa de Ajab.

28 Y fue a la guerra con Joram hijo de Ajab contra Hazael rey de Siria, a Ramot de Galaad; y los sirios hirieron a Joram.

29 Y el rey Joram se volvió a Jezreel para curarse de las heridas que los sirios le habían hecho en Ramá, cuando peleaba contra Hazael rey de Siria. Y descendió Ocozías hijo de Joram rey de Judá, a visitar a Joram hijo de Ajab en Jezreel, porque estaba enfermo.

Capítulo 9

1 El profeta Eliseo llamó a uno de los hijos de los profetas y le dijo: “Ciñe tus lomos, toma esta redoma de aceite en tu mano y ve a Ramot de Galaad.

2 Cuando llegues allí, busca a Jehú, hijo de Josafat, hijo de Nimsí, y entra y haz que se levante de entre sus hermanos, y llévalo a una habitación interior.

3 Luego toma la redoma de aceite y derrámala sobre su cabeza, y di: ‘Yahvé dice: «Te he ungido como rey sobre Israel»’. Entonces abre la puerta, huye y no esperes”.

4 El joven profeta fue, pues, a Ramot de Galaad.

5 Cuando llegó, he aquí que los capitanes del ejército estaban sentados. Entonces dijo: «Tengo un mensaje para ti, capitán». Jehú dijo: «¿A quién de nosotros?» Él respondió: «A ti, oh capitán».

6 Se levantó y entró en la casa. Luego el joven derramó el aceite sobre su cabeza y le dijo: "Yahvé, el Dios de Israel, dice: 'Te he ungido rey sobre el pueblo de Yahvé, sobre Israel.

7 Herirás la casa de tu señor Ajab, para que yo vengue la sangre de mis siervos los profetas, y la sangre de todos los siervos de Yahvé, de mano de Jezabel.

8 Porque toda la casa de Ajab perecerá. Cortaré de Ajab a todo varón, tanto al que está encerrado como al que queda suelto en Israel.

9 Haré que la casa de Ajab sea como la casa de Jeroboam, hijo de Nabat, y como la casa de Baasa, hijo de Ahías.

10 Los perros comerán a Jezabel en la parcela de Jezreel, y no habrá quien la sepulte'". Entonces abrió la puerta y huyó.

11 Cuando Jehú salió a los siervos de su señor, uno le dijo: «¿Va todo bien? ¿Por qué ha venido a ti este loco?» Él les dijo: «Ya conocéis al hombre y su modo de hablar».

12 Ellos dijeron: «Eso es mentira; dínoslo ahora». Él respondió: "Me habló de esta manera, diciendo: 'Yahvé dice: Te he ungido como rey de Israel'".

13 Entonces se apresuraron, y cada uno tomó su manto y lo puso debajo de él en lo alto de la escalera, y tocaron la trompeta, diciendo: «¡Jehú es rey!»

14 Así Jehú, hijo de Josafat, hijo de Nimsí, conspiró contra Joram. (Joram estaba defendiendo Ramot de Galaad con todo Israel por causa de Hazael, rey de Siria;

15 pero el rey Joram se había vuelto a Jezreel para curarse de las heridas que los sirios le habían hecho cuando luchaba contra Hazael, rey de Siria). Jehú dijo: «Si es vuestra voluntad, que nadie escape de la ciudad para ir a dar el aviso en Jezreel».

16 Así que Jehú montó en un carro y fue a Jezreel, pues Joram estaba allí convaleciente. También Ocozías, rey de Judá, había descendido para ver a Joram.

17 El centinela que estaba en la torre de Jezreel vio la tropa de Jehú que venía, y dijo: «Veo una tropa.» Joram dijo: "Toma un jinete y envíalo a su encuentro, y que diga: '¿Hay paz?'"

18 Fue, pues, uno a caballo a su encuentro y dijo: "El rey dice: '¿Es la paz?'" Jehú respondió: «¿Qué tienes tú que ver con la paz? Ponte detrás de mí». El centinela dio aviso, diciendo: «El mensajero llegó a ellos, pero no vuelve».

19 Entonces envió a un segundo a caballo, el cual llegó a ellos y dijo: "El rey dice: '¿Hay paz?'" Jehú respondió: «¿Qué tienes tú que ver con la paz? Ponte detrás de mí».

20 El centinela volvió a decir: «Ha llegado a ellos y tampoco vuelve; y el modo de conducir es como el de Jehú, hijo de Nimsí, pues conduce con furia».

21 Joram dijo: «¡Uncid el carro!» Y uncieron su carro. Entonces salieron Joram, rey de Israel, y Ocozías, rey de Judá, cada uno en su carro; y salieron al encuentro de Jehú, al cual hallaron en la parcela de Nabot el jezreelita.

22 Cuando Joram vio a Jehú, dijo: «¿Hay paz, Jehú?» Él respondió: «¿Qué paz puede haber, mientras duren las fornicaciones de tu madre Jezabel y sus muchas hechicerías?»

23 Joram volvió las riendas y huyó, diciendo a Ocozías: «¡Traición, Ocozías!»

24 Pero Jehú tensó su arco con todas sus fuerzas e hirió a Joram entre las espaldas; la saeta le atravesó el corazón, y él cayó en su carro.

25 Dijo luego Jehú a su capitán Bidkar: "Tómalo y échalo en la parcela del campo de Nabot el jezreelita. Recuerda que cuando tú y yo cabalgábamos juntos tras su padre Ajab, Yahvé pronunció esta sentencia contra él:

26 'Ciertamente he visto ayer la sangre de Nabot y la sangre de sus hijos —dice Yahvé—, y te daré el pago en esta misma parcela —dice Yahvé—'. Tómalo, pues, ahora, y échalo en la parcela, conforme a la palabra de Yahvé".

27 Viendo esto Ocozías, rey de Judá, huyó por el camino de la casa del huerto. Jehú lo siguió diciendo: «¡Heridle también a él en el carro!» Y le hirieron en la subida de Gur, junto a Ibleam. Pero él huyó a Meguido, y allí murió.

28 Sus siervos lo llevaron en un carro a Jerusalén, y lo sepultaron en su sepulcro con sus padres, en la ciudad de David.

29 En el undécimo año de Joram, hijo de Ajab, comenzó a reinar Ocozías sobre Judá.

30 Vino después Jehú a Jezreel; y cuando Jezabel lo oyó, se pintó los ojos, adornó su cabeza y se asomó a una ventana.

31 Y cuando Jehú entraba por la puerta, ella dijo: «¿Vienes en paz, Zimrí, asesino de tu señor?»

32 Alzando él su rostro hacia la ventana, dijo: «¿Quién está conmigo? ¿Quién?» Y se asomaron hacia él dos o tres eunucos.

33 Él les dijo: «¡Echadla abajo!» Y ellos la echaron, y parte de su sangre salpicó la pared y los caballos; y él la atropelló.

34 Entró luego, y después de comer y beber, dijo: «Id ahora a ver a esa maldita, y sepultadla, pues es hija de rey».

35 Pero cuando fueron para sepultarla, no hallaron de ella más que la calavera, los pies y las palmas de las manos.

36 Volvieron, pues, y se lo contaron. Él dijo: "Esta es la palabra de Yahvé, la cual habló por medio de su siervo Elías el tisbita, diciendo: 'En la parcela de Jezreel comerán los perros la carne de Jezabel,

37 y el cuerpo de Jezabel será como estiércol sobre la faz del campo en la heredad de Jezreel, de manera que nadie pueda decir: Esta es Jezabel'".

Capítulo 10

1 Ajab tenía setenta hijos en Samaria. Jehú escribió cartas y las envió a Samaria, a
los gobernantes de Jezreel, a los ancianos y a los ayos de los hijos de Ajab,
diciendo:

2 «Ahora bien, en cuanto os llegue esta carta, ya que los hijos de vuestro señor es-
tán con vosotros, y tenéis carros y caballos, una ciudad fortificada y armaduras,

3 elegid al mejor y más apto de los hijos de vuestro señor, ponedlo en el trono de
su padre y pelead por la casa de vuestro señor.»

4 Pero ellos tuvieron mucho miedo y dijeron: «He aquí que los dos reyes no pu-
dieron resistir delante de él, ¿cómo, pues, podremos resistir nosotros?»

5 Por tanto, el mayordomo de palacio, el gobernador de la ciudad, los ancianos y
los ayos enviaron a decir a Jehú: «Somos tus siervos y haremos todo lo que nos
mandes; no haremos rey a nadie. Haz tú lo que te parezca bien».

6 Entonces les escribió por segunda vez una carta, diciendo: «Si estáis de mi parte
y si queréis obedecer mi voz, tomad las cabezas de los hombres que son hijos de
vuestro señor y venid a mí a Jezreel mañana a esta hora.» Los hijos del rey, que
eran setenta personas, estaban con los grandes de la ciudad, quienes los criaban.

7 Cuando les llegó la carta, tomaron a los hijos del rey y los degollaron, siendo se-
tenta personas; pusieron sus cabezas en canastas y se las enviaron a Jezreel.

8 Vino un mensajero y le dio el aviso: «Han traído las cabezas de los hijos del
rey». Él dijo: «Ponedlas en dos montones a la entrada de la puerta hasta la
mañana».

9 Por la mañana, salió, se puso en pie y dijo a todo el pueblo: «Vosotros sois jus-
tos. He aquí que yo conspiré contra mi señor y lo maté; pero ¿quién ha muerto a
todos estos?

10 Sabed ahora que nada caerá a tierra de la palabra de Yahvé, que Yahvé habló sobre la casa de Ajab; porque Yahvé ha hecho lo que anunció por medio de su siervo Elías».

11 Así hirió Jehú a todos los que quedaban de la casa de Ajab en Jezreel, a todos sus grandes, a sus familiares y a sus sacerdotes, hasta que no le dejó ninguno.

12 Luego se levantó y partió hacia Samaria. En el camino, estando en la casa de esquila de los pastores,

13 Jehú encontró a los hermanos de Ocozías, rey de Judá, y les preguntó: «¿Quiénes sois vosotros?» Ellos respondieron: «Somos los hermanos de Ocozías; y descendemos a saludar a los hijos del rey y a los hijos de la reina».

14 Entonces él dijo: «¡Prendedlos vivos!» Los prendieron vivos y los degollaron en la fosa de la casa de esquila, cuarenta y dos hombres; no dejó a ninguno de ellos.

15 Partiendo de allí, encontró a Jonadab hijo de Recab, que venía a su encuentro; lo saludó y le dijo: «¿Es recto tu corazón, como mi corazón lo es con el tuyo?» Jonadab respondió: «Lo es». «Si lo es, dame la mano». Él le dio la mano y Jehú lo hizo subir consigo al carro.

16 Y le dijo: «Ven conmigo y verás mi celo por Yahvé». Así lo hicieron subir a su carro.

17 Cuando llegó a Samaria, hirió a todos los que quedaban de Ajab en Samaria, hasta destruirlos, conforme a la palabra de Yahvé que había hablado a Elías.

18 Jehú reunió a todo el pueblo y les dijo: «Ajab sirvió poco a Baal, mas Jehú le servirá mucho.

19 Llamadme, pues, ahora a todos los profetas de Baal, a todos sus adoradores y a todos sus sacerdotes; que no falte ninguno, porque tengo un gran sacrificio para Baal. Cualquiera que falte no vivirá». Jehú hacía esto con astucia, para destruir a los adoradores de Baal.

20 Jehú dijo: «Santificad una asamblea solemne para Baal». Y ellos la convocaron.

21 Jehú envió por todo Israel, y vinieron todos los adoradores de Baal, de modo que no quedó nadie que no viniese. Entraron en el templo de Baal, y el templo se llenó de un extremo a otro.

22 Entonces dijo al que tenía el cargo del vestuario: «Saca vestiduras para todos los adoradores de Baal». Y él les sacó las vestiduras.

23 Entró Jehú con Jonadab hijo de Recab en el templo de Baal, y dijo a los adoradores de Baal: «Buscad y mirad que no haya aquí con vosotros ninguno de los siervos de Yahvé, sino sólo los adoradores de Baal.»

24 Cuando entraron para ofrecer sacrificios y holocaustos, Jehú había puesto ochenta hombres fuera, y les dijo: «Si alguno de los hombres que yo pongo en vuestras manos escapa, el que lo deje ir pagará con su vida».

25 En cuanto acabó de ofrecer el holocausto, Jehú dijo a los de su guardia y a los capitanes: «Entrad y matadlos; que no escape ninguno». Y los hirieron a filo de espada; los de la guardia y los capitanes arrojaron los cuerpos y fueron hasta el santuario del templo de Baal.

26 Sacaron las estelas del templo de Baal y las quemaron.

27 Derribaron la estatua de Baal, y demolieron el templo de Baal y lo convirtieron en letrinas, hasta el día de hoy.

28 Así eliminó Jehú a Baal de Israel.

29 Sin embargo, Jehú no se apartó de los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, con los que hizo pecar a Israel, a saber, los becerros de oro que estaban en Betel y en Dan.

30 Yahvé dijo a Jehú: «Por cuanto has hecho bien ejecutando lo que es recto ante mis ojos, y has hecho a la casa de Ajab conforme a todo lo que estaba en mi corazón, tus hijos se sentarán en el trono de Israel hasta la cuarta generación.»

31 Mas Jehú no cuidó de andar en la ley de Yahvé, el Dios de Israel, con todo su corazón, ni se apartó de los pecados de Jeroboam, con los que había hecho pecar a Israel.

32 En aquellos días comenzó Yahvé a cercenar el territorio de Israel; y Hazael los derrotó en todas sus fronteras

33 desde el Jordán hacia el oriente, toda la tierra de Galaad, de los gaditas, de los rubenitas y de los manasitas, desde Aroer, que está junto al valle de Arnón, hasta Galaad y Basán.

34 El resto de los hechos de Jehú, y todo lo que hizo, y toda su valentía, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

35 Y Jehú durmió con sus padres, y lo sepultaron en Samaria; y reinó en su lugar Joacaz su hijo.

36 El tiempo que reinó Jehú sobre Israel en Samaria fue de veintiocho años.

Capítulo 11

1 Cuando Atalía, madre de Ocozías, vio que su hijo había muerto, se levantó y destruyó toda la descendencia real.

2 Pero Josaba, hija del rey Joram y hermana de Ocozías, tomó a Joás hijo de Ocozías y lo hurtó de entre los hijos del rey a quienes estaban matando, y lo ocultó de Atalía, a él y a su nodriza, en el aposento; así no lo mataron.

3 Y estuvo con ella escondido en la casa de Yahvé seis años, mientras Atalía reinaba sobre el país.

4 Al séptimo año, Joyadá envió a buscar a los centuriones de los cereteos y de la guardia, y los hizo venir a la casa de Yahvé. Hizo con ellos un pacto, tomándoles juramento en la casa de Yahvé, y les mostró al hijo del rey.

5 Y les mandó diciendo: «Esto es lo que debéis hacer: un tercio de vosotros, los que entráis el sábado, montaréis la guardia en la casa del rey;

6 otro tercio estará a la puerta de Sur, y el otro tercio a la puerta que está detrás de la guardia; así vigilaréis la casa en defensa.

7 Pero las dos partes de vosotros, todos los que salís el sábado, montaréis la guardia en la casa de Yahvé junto al rey.

8 Y habréis de rodear al rey, cada uno con sus armas en la mano; y cualquiera que se acerque a las filas, que muera. Y estad con el rey cuando salga y cuando entre».

9 Los centuriones hicieron todo conforme a lo que el sacerdote Joyadá les había mandado; tomó cada uno a sus hombres, los que habían de entrar el sábado y los que habían de salir el sábado, y vinieron al sacerdote Joyadá.

10 El sacerdote entregó a los centuriones las lanzas y los escudos que habían sido del rey David, que estaban en la casa de Yahvé.

11 Y los de la guardia se pusieron en pie, cada uno con sus armas en la mano, desde el lado derecho de la casa hasta el lado izquierdo, junto al altar y la casa, alrededor del rey.

12 Sacó entonces Joyadá al hijo del rey, le puso la corona y le entregó el testimonio; lo hicieron rey y lo ungieron; y batiendo las manos dijeron: «¡Viva el rey!»

13 Cuando Atalía oyó el estruendo de la guardia y del pueblo, fue al pueblo, a la casa de Yahvé;

14 y cuando miró, he aquí que el rey estaba junto a la columna, conforme a la costumbre, y los príncipes y los trompeteros junto al rey; y todo el pueblo de la tierra se regocijaba y tocaba las trompetas. Entonces Atalía, rasgando sus vestiduras, clamó: «¡Traición, traición!»

15 Mas el sacerdote Joyadá mandó a los centuriones que gobernaban el ejército y les dijo: «Sacadla fuera de las filas, y al que la siguiere, matadlo a espada». Porque el sacerdote había dicho que no la matasen en la casa de Yahvé.

16 Le abrieron, pues, paso; y ella se fue por el camino de la entrada de los caballos a la casa del rey, y allí la mataron.

17 Joyadá hizo pacto entre Yahvé, el rey y el pueblo, de que serían pueblo de Yahvé; y asimismo entre el rey y el pueblo.

18 Entonces todo el pueblo de la tierra fue al templo de Baal y lo derribó; destrozaron enteramente sus altares y sus imágenes, y mataron a Matán, sacerdote de Baal, delante de los altares. Y el sacerdote puso guardas en la casa de Yahvé.

19 Tomó luego a los centuriones, a los cereteos, a la guardia y a todo el pueblo de la tierra, y llevaron al rey desde la casa de Yahvé, y vinieron por el camino de la puerta de la guardia a la casa del rey; y él se sentó en el trono de los reyes.

20 Y todo el pueblo de la tierra se regocijó, y la ciudad estuvo en paz, habiendo sido Atalía muerta a espada en la casa del rey.

21 De siete años era Joás cuando comenzó a reinar.

Capítulo 12

1 Joás comenzó a reinar en el séptimo año de Jehú, y reinó cuarenta años en Jerusalén. Su madre se llamaba Sibías, de Beerseba.

2 Joás hizo lo que era recto ante los ojos de Yahvé durante todos sus días, según le había instruido el sacerdote Joyadá.

3 Sin embargo, los lugares altos no fueron quitados; el pueblo seguía sacrificando y quemando incienso en los lugares altos.

4 Y Joás dijo a los sacerdotes: «Todo el dinero de las cosas sagradas que se traiga a la casa de Yahvé, el dinero de curso corriente, el dinero del rescate de las personas según la tasa, y todo el dinero que cada uno de su propia voluntad traiga a la casa de Yahvé,

5 tomadlo para vosotros, cada uno de sus conocidos; y reparad las grietas de la casa, allí donde se halle alguna grieta.»

6 Pero aconteció que en el año veintitrés del rey Joás los sacerdotes aún no habían reparado las grietas de la casa.

7 Llamó entonces el rey Joás al sacerdote Joyadá y a los demás sacerdotes, y les dijo: «¿Por qué no reparáis las grietas de la casa? Ahora, pues, no toméis más dinero de vuestros conocidos, sino entregadlo para que se reparen las grietas de la casa.»

8 Los sacerdotes consintieron en no recibir más dinero del pueblo, ni en tener ellos el encargo de reparar las grietas de la casa.

9 Mas el sacerdote Joyadá tomó un arca, le hizo un agujero en la tapa y la puso junto al altar, a la mano derecha según se entra en la casa de Yahvé; y los sacerdotes que guardaban la puerta ponían allí todo el dinero que se traía a la casa de Yahvé.

10 Y cuando veían que había mucho dinero en el arca, subían el escriba del rey y el sumo sacerdote, y contaban el dinero que hallaban en la casa de Yahvé, y lo ponían en bolsas.

11 Entregaban después el dinero pesado a los que hacían la obra, los cuales tenían el cargo de la casa de Yahvé; y ellos lo pagaban a los carpinteros y a los maestros de obra que reparaban la casa de Yahvé,

12 y a los albañiles y canteros; y compraban madera y piedra de cantería para reparar las grietas de la casa de Yahvé, y para todo lo que se gastaba en la casa para su reparación.

13 Mas del dinero que se traía a la casa de Yahvé, no se hacían para la casa de Yahvé tazas de plata, ni despabiladeras, ni jofainas, ni trompetas, ni ningún otro vaso de oro o de plata;

14 porque lo daban a los que hacían la obra, y con ello reparaban la casa de Yahvé.

15 Y no se pedían cuentas a los hombres en cuyas manos entregaban el dinero para que ellos lo diesen a los que hacían la obra, porque ellos procedían con fidelidad.

16 El dinero por el pecado y el dinero por la culpa no se traía a la casa de Yahvé; era de los sacerdotes.

17 Entonces subió Hazael, rey de Siria, y peleó contra Gat y la tomó. Luego se dispuso Hazael a subir contra Jerusalén.

18 Por lo cual tomó Joás, rey de Judá, todas las cosas sagradas que habían dedicado Josafat, Joram y Ocozías, sus padres, reyes de Judá, y las que él mismo había dedicado, y todo el oro que se halló en los tesoros de la casa de Yahvé y en el palacio real, y lo envió a Hazael, rey de Siria; y este se retiró de Jerusalén.

19 El resto de los hechos de Joás, y todo lo que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

20 Sus siervos se levantaron y conspiraron, y mataron a Joás en la casa de Millo, en el camino que desciende a Silla.

21 Pues Jozacar hijo de Simeat y Jozabad hijo de Somer, sus siervos, le hirieron y murió. Lo sepultaron con sus padres en la ciudad de David, y reinó en su lugar su hijo Amasías.

Capítulo 13

1 En el año veintitrés de Joás hijo de Ocozías, rey de Judá, Joacaz hijo de Jehú comenzó a reinar sobre Israel en Samaria, y reinó diecisiete años.

2 Hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, y siguió los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, con los que hizo pecar a Israel; no se apartó de ellos.

3 Por lo cual se encendió la ira de Yahvé contra Israel, y los entregó continuamente en manos de Hazael, rey de Siria, y en manos de Ben-adad hijo de Hazael.

4 Mas Joacaz oró en presencia de Yahvé, y Yahvé le escuchó, porque vio la opresión con que el rey de Siria oprimía a Israel.

5 (Yahvé dio entonces un salvador a Israel, de modo que escaparon de manos de los sirios; y los hijos de Israel habitaron en sus tiendas como antes.

6 Con todo, no se apartaron de los pecados de la casa de Jeroboam, con los que hizo pecar a Israel, sino que anduvieron en ellos; y también la Asera permaneció en Samaria).

7 Porque no le había quedado a Joacaz del pueblo más que cincuenta jinetes, diez carros y diez mil hombres de infantería; pues el rey de Siria los había destruido, haciéndolos como el polvo de la trilla.

8 El resto de los hechos de Joacaz, y todo lo que hizo, y su valentía, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

9 Y Joacaz durmió con sus padres, y lo sepultaron en Samaria; y reinó en su lugar Joás su hijo.

10 En el año treinta y siete de Joás rey de Judá, comenzó a reinar Joás hijo de Joacaz sobre Israel en Samaria; y reinó dieciséis años.

11 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé; no se apartó de ninguno de los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, con los que hizo pecar a Israel, sino que anduvo en ellos.

12 El resto de los hechos de Joás, y todo lo que hizo, y el esfuerzo con que luchó contra Amasías rey de Judá, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

13 Y Joás durmió con sus padres, y Jeroboam se sentó en su trono; y Joás fue sepultado en Samaria con los reyes de Israel.

14 Eliseo cayó enfermo de la enfermedad de la que habría de morir. Y descendió a él Joás rey de Israel, y lloró delante de él, diciendo: «¡Padre mío, padre mío, los carros de Israel y su caballería!»

15 Y le dijo Eliseo: «Tomad un arco y unas saetas». Tomó él entonces un arco y unas saetas.

16 Dijo luego Eliseo al rey de Israel: «Poned vuestra mano sobre el arco». Y cuando él hubo puesto su mano sobre el arco, puso Eliseo sus manos sobre las manos del rey.

17 Y dijo: «Abrid la ventana hacia el oriente». Y cuando él la abrió, dijo Eliseo: «¡Disparad!» Y él disparó. Y dijo Eliseo: «Saeta de salvación de Yahvé, saeta de salvación contra Siria; porque heriréis a los sirios en Afec hasta consumirlos».

18 Y le dijo: «Tomad las saetas». Y él las tomó. Y dijo al rey de Israel: «Herid la tierra». Y él hirió la tierra tres veces, y se detuvo.

19 Entonces el varón de Dios se enojó contra él, y dijo: «A ver herido cinco o seis veces, habríais herido a Siria hasta consumirla; mas ahora sólo heriréis a Siria tres veces».

20 Y murió Eliseo, y lo sepultaron. Al año siguiente, bandas de moabitas invadieron el país.

21 Y aconteció que mientras unos enterraban a un hombre, vieron una de aquellas bandas, y arrojaron al hombre en el sepulcro de Eliseo; y cuando el hombre tocó los huesos de Eliseo, revivió y se puso en pie.

22 Hazael, rey de Siria, oprimió a Israel todo el tiempo de Joacaz.

23 Mas Yahvé tuvo misericordia de ellos y tuvo compasión de ellos, y los miró por amor de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob; y no quiso destruirlos ni echarlos de su presencia hasta hoy.

24 Y murió Hazael rey de Siria, y reinó en su lugar Ben-adad su hijo.

25 Entonces Joás hijo de Joacaz volvió a tomar de mano de Ben-adad hijo de Hazael las ciudades que éste había tomado de mano de Joacaz su padre en la guerra. Tres veces lo batió Joás, y restituyó las ciudades a Israel.

Capítulo 14

1 En el segundo año de Joás hijo de Joacaz, rey de Israel, comenzó a reinar Amasías hijo de Joás, rey de Judá.

2 De veinticinco años era cuando comenzó a reinar, y veintinueve años reinó en Jerusalén. El nombre de su madre era Joaquín, de Jerusalén.

3 E hizo lo recto ante los ojos de Yahvé, aunque no como David su padre; hizo conforme a todas las cosas que había hecho Joás su padre.

4 Con todo, los lugares altos no fueron quitados, porque el pueblo aún sacrificaba y quemaba incienso en los lugares altos.

5 Y cuando el reino fue confirmado en su mano, mató a sus siervos que habían dado muerte al rey su padre.

6 Pero no mató a los hijos de los que le dieron muerte, conforme a lo que está escrito en el libro de la ley de Moisés, donde Yahvé mandó diciendo: «No morirán los padres por los hijos, ni los hijos por los padres, sino que cada uno morirá por su propio pecado.»

7 Este mató a diez mil edomitas en el Valle de la Sal, y tomó a Sela en guerra, y la llamó Jocteel, hasta hoy.

8 Entonces Amasías envió mensajeros a Joás hijo de Joacaz, hijo de Jehú, rey de Israel, diciendo: «Venid, y veámonos las caras».

9 Y Joás rey de Israel envió a Amasías rey de Judá esta respuesta: "El cardo que estaba en el Líbano envió a decir al cedro que estaba en el Líbano: 'Dad vuestra hija por mujer a mi hijo'. Pero las fieras que estaban en el Líbano pasaron, y pisotearon el cardo.

10 Ciertamente has herido a Edom, y tu corazón se ha envanecido; gloríate en ello, pero quédate en tu casa. ¿Por qué os habéis de meter en un mal, para que caigáis tú y Judá contigo?"

11 Mas Amasías no quiso escuchar; por lo cual subió Joás rey de Israel, y se vieron las caras él y Amasías rey de Judá, en Bet-semes, que es de Judá.

12 Y Judá fue derrotado delante de Israel, y huyeron cada uno a su tienda.

13 Además Joás rey de Israel prendió a Amasías rey de Judá, hijo de Joás hijo de Ocozías, en Bet-semes; y vino a Jerusalén, y rompió el muro de Jerusalén desde la puerta de Efraín hasta la puerta del Ángulo, cuatrocientos codos.

14 Y tomó todo el oro y la plata, y todos los utensilios que se hallaron en la casa de Yahvé, y en los tesoros de la casa del rey, y también rehenes, y volvió a Samaria.

15 El resto de los hechos que hizo Joás, y su poderío, y cómo litigó contra Amasías rey de Judá, ¿no está todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

16 Y Joás durmió con sus padres, y fue sepultado en Samaria con los reyes de Israel; y reinó en su lugar Jeroboam su hijo.

17 Y Amasías hijo de Joás, rey de Judá, vivió quince años después de la muerte de Joás hijo de Joacaz, rey de Israel.

18 Los demás hechos de Amasías, ¿no están escritos en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

19 Conspiraron contra él en Jerusalén, y él huyó a Laquis; pero enviaron tras él a Laquis, y allí lo mataron.

20 Lo trajeron sobre caballos, y lo sepultaron en Jerusalén con sus padres, en la ciudad de David.

21 Entonces todo el pueblo de Judá tomó a Azarías, que era de dieciséis años, y lo pusieron por rey en lugar de Amasías su padre.

22 Él edificó a Elat, y la restituyó a Judá, después que el rey durmió con sus padres.

23 El año quince de Amasías hijo de Joás rey de Judá, comenzó a reinar Jeroboam hijo de Joás sobre Israel en Samaria; y reinó cuarenta y un años.

24 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, y no se apartó de todos los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel.

25 Él restauró los términos de Israel desde la entrada de Hamat hasta el mar del Arabá, conforme a la palabra de Yahvé Dios de Israel, la cual él había hablado por su siervo Jonás hijo de Amitai, profeta que fue de Gat-hefer.

26 Porque Yahvé miró la muy amarga aflicción de Israel; que no había siervo ni libre, ni quien diese ayuda a Israel.

27 Y Yahvé no había dicho que borraría el nombre de Israel de debajo del cielo; por tanto, los salvó por mano de Jeroboam hijo de Joás.

28 El resto de los hechos de Jeroboam, y todo lo que hizo, y su poderío, y cómo peleó, y cómo restituyó al dominio de Israel a Damasco y Hamat, que habían pertenecido a Judá, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

29 Y durmió Jeroboam con sus padres, los reyes de Israel, y reinó en su lugar Zacarías su hijo.

Capítulo 15

1 En el año veintisiete de Jeroboam, rey de Israel, comenzó a reinar Azarías hijo de Amasías, rey de Judá.

2 De dieciséis años era cuando comenzó a reinar, y cincuenta y dos años reinó en Jerusalén. El nombre de su madre era Jecolías, de Jerusalén.

3 E hizo lo recto ante los ojos de Yahvé, conforme a todas las cosas que había hecho Amasías su padre.

4 Con todo, los lugares altos no fueron quitados; el pueblo aún sacrificaba y quemaba incienso en los lugares altos.

5 Mas Yahvé hirió al rey con lepra, y estuvo leproso hasta el día de su muerte, y habitó en una casa apartada. Y Jotán, hijo del rey, tenía el cargo de palacio y gobernaba al pueblo de la tierra.

6 El resto de los hechos de Azarías, y todo lo que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

7 Y durmió Azarías con sus padres, y lo sepultaron con sus padres en la ciudad de David; y reinó en su lugar Jotán su hijo.

8 En el año treinta y ocho de Azarías rey de Judá, reinó Zacarías hijo de Jeroboam sobre Israel, en Samaria, seis meses.

9 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, como lo habían hecho sus padres; no se apartó de los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel.

10 Contra él conspiró Salum hijo de Jabes, y lo hirió en presencia del pueblo, y lo mató, y reinó en su lugar.

11 Los demás hechos de Zacarías, he aquí que están escritos en el libro de las crónicas de los reyes de Israel.

12 Esta fue la palabra de Yahvé que había hablado a Jehú, diciendo: «Tus hijos se sentarán en el trono de Israel hasta la cuarta generación.» Y así fue.

13 Salum hijo de Jabes comenzó a reinar en el año treinta y nueve de Uzías rey de Judá, y reinó un mes en Samaria.

14 Porque Menahem hijo de Gadi subió de Tirsa y llegó a Samaria, e hirió a Salum hijo de Jabes en Samaria y lo mató, y reinó en su lugar.

15 El resto de los hechos de Salum, y la conspiración que tramó, he aquí que están escritos en el libro de las crónicas de los reyes de Israel.

16 Entonces Menahem asoló a Tifsa y a todos los que en ella estaban, y sus términos desde Tirsa; la asoló porque no le habían abierto las puertas, y abrió el vientre a todas sus mujeres encintas.

17 En el año treinta y nueve de Azarías rey de Judá, comenzó a reinar Menahem hijo de Gadi sobre Israel, y reinó diez años en Samaria.

18 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé; en todos sus días no se apartó de los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel.

19 Y vino Pul, rey de Asiria, contra la tierra; y Menahem dio a Pul mil talentos de plata para que le ayudara a confirmar el reino en su mano.

20 E impuso Menahem este dinero sobre Israel, sobre todos los hombres ricos y poderosos, para dar al rey de Asiria; de cada uno cincuenta siclos de plata. Y el rey de Asiria se volvió y no se detuvo allí en la tierra.

21 El resto de los hechos de Menahem, y todo lo que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

22 Y durmió Menahem con sus padres, y reinó en su lugar Pekaía su hijo.

23 En el año cincuenta de Azarías rey de Judá, comenzó a reinar Pekaía hijo de Menahem sobre Israel en Samaria, y reinó dos años.

24 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé; no se apartó de los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel.

25 Y conspiró contra él Peka hijo de Remalías, su capitán, y lo hirió en Samaria, en la torre del palacio real, con Argob y con Arieh, y con él cincuenta hombres de los hijos de los galaaditas; y lo mató y reinó en su lugar.

26 El resto de los hechos de Pekaía, y todo lo que hizo, he aquí que está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel.

27 En el año cincuenta y dos de Azarías rey de Judá, comenzó a reinar Peka hijo de Remalías sobre Israel en Samaria, y reinó veinte años.

28 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé; no se apartó de los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel.

29 En los días de Peka rey de Israel, vino Tiglat-pileser rey de los asirios, y tomó a Ijón, Abel-bet-maaca, Janoa, Cedes, Hazor, Galaad y Galilea, y toda la tierra de Neftalí; y los llevó cautivos a Asiria.

30 Y Oseas hijo de Ela formó una conspiración contra Peka hijo de Remalías, y lo hirió y lo mató, y reinó en su lugar, en el año veinte de Jotán hijo de Uzías.

31 El resto de los hechos de Peka, y todo lo que hizo, he aquí que está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel.

32 En el segundo año de Peka hijo de Remalías, rey de Israel, comenzó a reinar Jotán hijo de Uzías, rey de Judá.

33 Cuando comenzó a reinar era de veinticinco años, y reinó dieciséis años en Jerusalén. El nombre de su madre era Jerusa hija de Sadoc.

34 E hizo lo recto ante los ojos de Yahvé; hizo conforme a todo lo que había hecho su padre Uzías.

35 Con todo, los lugares altos no fueron quitados, porque el pueblo sacrificaba aún y quemaba incienso en los lugares altos. Este edificó la puerta superior de la casa de Yahvé.

36 El resto de los hechos de Jotán, y todo lo que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

37 En aquellos días comenzó Yahvé a enviar contra Judá a Rezín rey de Siria, y a Peka hijo de Remalías.

38 Y durmió Jotán con sus padres, y fue sepultado con sus padres en la ciudad de David su padre; y reinó en su lugar Acaz su hijo.

Capítulo 16

1 En el año diecisiete de Peka hijo de Remalías, comenzó a reinar Ajaz hijo de Jotán, rey de Judá.

2 De veinte años era Ajaz cuando comenzó a reinar, y reinó dieciséis años en Jerusalén; mas no hizo lo recto ante los ojos de Yahvé su Dios, como David su padre.

3 Antes bien, anduvo en el camino de los reyes de Israel, e incluso hizo pasar a su hijo por el fuego, según las abominaciones de las naciones que Yahvé había echado de delante de los hijos de Israel.

4 Sacrificó también y quemó incienso en los lugares altos, sobre los collados y debajo de todo árbol frondoso.

5 Entonces Rezín rey de Siria y Peka hijo de Remalías, rey de Israel, subieron a Jerusalén para hacer la guerra; y sitiaron a Ajaz, mas no pudieron vencerle.

6 En aquel tiempo Rezín, rey de Siria, restituyó Elat a Siria, y echó a los judíos de Elat; y los sirios vinieron a Elat y habitaron allí hasta hoy.

7 Entonces Ajaz envió mensajeros a Tiglat-pileser rey de Asiria, diciendo: «Yo soy tu siervo y tu hijo; sube y líbrame de mano del rey de Siria, y de mano del rey de Israel, que se han levantado contra mí».

8 Y tomando Ajaz la plata y el oro que se halló en la casa de Yahvé, y en los tesoros de la casa real, lo envió al rey de Asiria como presente.

9 El rey de Asiria le atendió; pues subió el rey de Asiria contra Damasco y la tomó, y llevó cautivos a sus moradores a Quir, y mató a Rezín.

10 Después fue el rey Ajaz a Damasco para encontrarse con Tiglat-pileser rey de Asiria; y vio el altar que estaba en Damasco, y envió el rey Ajaz al sacerdote Urías el dibujo del altar y su modelo, conforme a toda su obra.

11 Y el sacerdote Urías edificó el altar; conforme a todo lo que el rey Ajaz había enviado de Damasco, así lo hizo el sacerdote Urías, antes que el rey Ajaz viniese de Damasco.

12 Cuando el rey volvió de Damasco y vio el altar, se acercó el rey a él y ofreció sacrificios sobre el mismo.

13 Encendió su holocausto y su ofrenda, derramó su libación y esparció la sangre de sus sacrificios de paz sobre el altar.

14 E hizo acercar el altar de bronce que estaba delante de Yahvé, de la parte delantera de la casa, de entre su altar y la casa de Yahvé, y lo puso al lado norte de su altar.

15 Y mandó el rey Ajaz al sacerdote Urías, diciendo: «Quema en el gran altar el holocausto de la mañana y la ofrenda de la tarde, el holocausto del rey y su ofrenda, y el holocausto de todo el pueblo de la tierra con su ofrenda y sus libacio-

nes; y esparce sobre él toda la sangre del holocausto y toda la sangre del sacrificio. En cuanto al altar de bronce, será para que yo lo consulte.»

16 Lo hizo, pues, el sacerdote Urías conforme a todo lo que el rey Ajaz le mandó.

17 Cortó también el rey Ajaz los paneles de las bases y les quitó la pila; y quitó el mar de sobre los bueyes de bronce que estaban debajo de él, y lo puso sobre un pavimento de piedra.

18 Asimismo, el pórtico para el sábado que habían edificado en la casa, y la entrada exterior del rey, los cambió de la casa de Yahvé por causa del rey de Asiria.

19 El resto de los hechos que hizo Ajaz, ¿no está todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

20 Y durmió Ajaz con sus padres, y fue sepultado con sus padres en la ciudad de David; y reinó en su lugar Ezequías su hijo.

Capítulo 17

1 En el duodécimo año de Ajaz rey de Judá, comenzó a reinar Oseas hijo de Ela en Samaria sobre Israel, y reinó nueve años.

2 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, aunque no como los reyes de Israel que habían sido antes de él.

3 Contra él subió Salmanasar rey de los asirios, y Oseas fue hecho su siervo y le pagaba tributo.

4 Mas el rey de Asiria halló que Oseas conspiraba; porque había enviado embajadores a So, rey de Egipto, y no pagaba tributo al rey de Asiria, como lo hacía cada año; por lo que el rey de Asiria lo mandó prender y lo encadenó en la prisión.

5 Y el rey de Asiria recorrió toda la tierra, y subió contra Samaria, y estuvo sobre ella sitiado tres años.

6 En el año noveno de Oseas, el rey de Asiria tomó Samaria, y transmigró a Israel
a Asiria, y los puso en Hala, y en Habor junto al río de Gozán, y en las ciudades
de los medos.

7 Porque los hijos de Israel habían pecado contra Yahvé su Dios, que los sacó de
tierra de Egipto de bajo la mano del faraón rey de Egipto, y habían temido a dioses
ajenos,

8 y anduvieron en los estatutos de las naciones que Yahvé había echado de delante
de los hijos de Israel, y en los de los reyes de Israel, que ellos mismos establecieron.

9 Y los hijos de Israel hicieron secretamente cosas no rectas contra Yahvé su Dios,
edificándose lugares altos en todas sus ciudades, desde las torres de las atalayas
hasta las ciudades fortificadas.

10 Se levantaron estatuas e imágenes de Asera en todo collado alto, y debajo de
todo árbol frondoso,

11 y quemaron allí incienso en todos los lugares altos, a la manera de las naciones
que Yahvé había traspasado de delante de ellos, e hicieron cosas muy malas para
provocar a ira a Yahvé.

12 Pues sirvieron a los ídolos, de los cuales Yahvé les había dicho: «No haréis tal
cosa.»

13 Yahvé amonestó entonces a Israel y a Judá por medio de todos los profetas y de
todos los videntes, diciendo: «Convertíos de vuestros malos caminos y guardad
mis mandamientos y mis estatutos, conforme a toda la ley que mandé a vuestros
padres, y que os he enviado por medio de mis siervos los profetas.»

14 Mas ellos no quisieron escuchar, antes bien endurecieron su cerviz, como la
cerviz de sus padres, los cuales no creyeron en Yahvé su Dios.

15 Y desecharon sus estatutos y el pacto que él había concertado con sus padres, y
los testimonios que él había prescrito contra ellos; y siguieron la vanidad, y se hi-
cieron vanos, y fueron tras las naciones que estaban alrededor de ellos, de las cua-
les Yahvé les había mandado que no hiciesen como ellas.

16 Dejaron todos los mandamientos de Yahvé su Dios, y se hicieron imágenes fundidas de dos becerros, y también imágenes de Asera, y adoraron a todo el ejército del cielo, y sirvieron a Baal.

17 E hicieron pasar a sus hijos y a sus hijas por fuego; y se dieron a adivinaciones y agüeros, y se entregaron a hacer lo malo ante los ojos de Yahvé, provocándole a ira.

18 Por tanto, Yahvé se airó en gran manera contra Israel, y los quitó de delante de su rostro; que no quedó sino sólo la tribu de Judá.

19 Mas ni aun Judá guardó los mandamientos de Yahvé su Dios, sino que anduvieron en los estatutos de Israel, los cuales ellos habían hecho.

20 Y desechó Yahvé a toda la descendencia de Israel, y los afligió, y los entregó en manos de saqueadores, hasta echarlos de su presencia.

21 Porque separó a Israel de la casa de David, y ellos hicieron rey a Jeroboam hijo de Nabat; y Jeroboam apartó a Israel de pos de Yahvé, y les hizo cometer gran pecado.

22 Y los hijos de Israel anduvieron en todos los pecados de Jeroboam que él hizo, sin apartarse de ellos,

23 hasta que Yahvé quitó a Israel de delante de su rostro, como él lo había dicho por medio de todos los profetas sus siervos. E Israel fue transmigrado de su tierra a Asiria, hasta hoy.

24 Y trajo el rey de Asiria gente de Babilonia, de Cuta, de Ava, de Hamat y de Sefarvaim, y los puso en las ciudades de Samaria, en lugar de los hijos de Israel; y poseyeron a Samaria, y habitaron en sus ciudades.

25 Y aconteció al principio, cuando comenzaron a habitar allí, que no temían ellos a Yahvé; y envió Yahvé contra ellos leones que los mataban.

26 Dijeron, pues, al rey de Asiria: «Las gentes que tú trasladaste y pusiste en las ciudades de Samaria, no conocen la ley del Dios de aquella tierra; y él ha enviado leones contra ellos, y he aquí que los matan, porque no conocen la ley del Dios de

la tierra.»

27 Y el rey de Asiria mandó, diciendo: «Llevad allá a uno de los sacerdotes que trajisteis de allí, y que vaya y habite allí, y les enseñe la ley del Dios de la tierra.»

28 Y vino uno de los sacerdotes que habían transmigrado de Samaria, y habitó en Betel, y les enseñó cómo habían de temer a Yahvé.

29 Pero cada nación se hizo sus propios dioses, y los pusieron en los templos de los lugares altos que habían hecho los de Samaria; cada nación en su ciudad donde habitaba.

30 Los de Babilonia hicieron a Sucot-benot, los de Cuta hicieron a Nergal, y los de Hamat hicieron a Asima.

31 Los aveos hicieron a Nibjaz y a Tartac, y los de Sefarvaim quemaban a sus hijos al fuego en honor de Adramelec y de Anamelec, dioses de Sefarvaim.

32 Temían también a Yahvé, y nombraron de entre sí sacerdotes de los lugares altos, que sacrificaban para ellos en los templos de los lugares altos.

33 Temían a Yahvé, y honraban a sus dioses, según la costumbre de las naciones de donde habían sido trasladados.

34 Hasta hoy hacen según sus antiguas costumbres; no temen a Yahvé, ni guardan sus estatutos ni sus ordenanzas, ni la ley ni el mandamiento que mandó Yahvé a los hijos de Jacob, al cual puso por nombre Israel;

35 con los cuales Yahvé había hecho pacto, y les mandó diciendo: «No temeréis a otros dioses, ni os inclinaréis a ellos, ni les serviréis, ni les sacrificaréis;

36 sino a Yahvé, que os sacó de tierra de Egipto con gran poder y brazo extendido; a él temeréis, y a él os inclinaréis, y a él sacrificaréis.

37 Los estatutos y derechos y la ley y el mandamiento que os escribió, cuidaréis de ponerlos por obra todos los días, y no temeréis a dioses ajenos.

38 No olvidaréis el pacto que hice con vosotros, ni temeréis a dioses ajenos;

39 mas temed a Yahvé vuestro Dios, y él os librará de mano de todos vuestros enemigos.»

40 Pero ellos no escucharon, sino que hicieron según su antigua costumbre.

41 Así temieron a Yahvé aquellas naciones, y al mismo tiempo sirvieron a sus ídolos; y también sus hijos y sus nietos hacen como hicieron sus padres, hasta el día de hoy.

Capítulo 18

1 En el tercer año de Oseas hijo de Ela, rey de Israel, comenzó a reinar Ezequías hijo de Ajaz, rey de Judá.

2 Tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar, y reinó veintinueve años en Jerusalén. El nombre de su madre era Abi, hija de Zacarías.

3 Hizo lo recto ante los ojos del Señor, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre.

4 Quitó los lugares altos, quebró las estatuas y derribó las imágenes de Asera, e hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque hasta entonces le quemaban incienso los hijos de Israel; y la llamó Nehustán.

5 En Yahvé Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá.

6 Porque se llegó a Yahvé, y no se apartó de él, sino que guardó los mandamientos que Yahvé había mandado a Moisés.

7 Y Yahvé estaba con él; y en todas las cosas que emprendía prosperaba. Él se rebeló contra el rey de Asiria y no le sirvió.

8 Hirió también a los filisteos hasta Gaza y sus fronteras, desde las torres de las atalayas hasta las ciudades fortificadas.

9 En el cuarto año del rey Ezequías, que era el año séptimo de Oseas hijo de Ela, rey de Israel, subió Salmanasar rey de los asirios contra Samaria, y la sitió.

10 Y la tomaron al cabo de tres años. En el año sexto de Ezequías, el cual era el año noveno de Oseas rey de Israel, fue tomada Samaria.

11 El rey de Asiria trasportó a Israel a Asiria, y los puso en Hala, y en Habor junto al río de Gozán, y en las ciudades de los medos;

12 por cuanto no habían escuchado la voz de Yahvé su Dios, sino que habían quebrantado su pacto; y todas las cosas que Moisés siervo de Yahvé había mandado, no las habían escuchado ni puesto por obra.

13 A los catorce años del rey Ezequías, subió Senaquerib rey de Asiria contra todas las ciudades fortificadas de Judá, y las tomó.

14 Entonces Ezequías rey de Judá envió a decir al rey de Asiria en Laquis: «Yo he pecado; retírate de mí, y lo que me impongas lo soportaré». Y el rey de Asiria impuso a Ezequías rey de Judá trescientos talentos de plata y treinta talentos de oro.

15 Dio, pues, Ezequías toda la plata que fue hallada en la casa de Yahvé, y en los tesoros de la casa real.

16 En aquel tiempo Ezequías quitó el oro de las puertas del templo de Yahvé y de los quiciales que el mismo Ezequías rey de Judá había cubierto de oro, y lo dio al rey de Asiria.

17 Después el rey de Asiria envió al Tartán, al Rabsaris y al Rabsaces, con un gran ejército, desde Laquis al rey Ezequías en Jerusalén. Subieron y llegaron a Jerusalén, y habiendo subido, se detuvieron junto al acueducto del estanque superior, que está en el camino de la heredad del batanero.

18 Llamaron entonces al rey, y salieron a ellos Eliaquim hijo de Hilcías, mayordomo, y Sebna escriba, y Joa hijo de Asaf, el registrador.

19 Y les dijo el Rabsaces: "Decid ahora a Ezequías: 'Así dice el gran rey, el rey de Asiria: ¿Qué confianza es esta en que tú confías?

20 Decís (pero no son más que palabras vanas): Consejo y poder tengo para la guerra. Mas ¿en quién confiáis, que os habéis rebelado contra mí?

21 He aquí que confiáis en este báculo de caña cascada, en Egipto, en el cual si alguno se apoyare, se le entrará por la mano y la atravesará. Tal es el faraón rey de Egipto para todos los que en él confían.

22 Y si me decís: Nosotros confiamos en Yahvé nuestro Dios, ¿no es aquel cuyos lugares altos y altares ha quitado Ezequías, diciendo a Judá y a Jerusalén: Delante de este altar adoraréis en Jerusalén?'

23 Ahora pues, yo te ruego que des prendas a mi señor el rey de Asiria, y yo os daré dos mil caballos, si vosotros podéis dar jinetes que cabalguen sobre ellos.

24 ¿Cómo, pues, podréis resistir a un capitán de los más pequeños de los siervos de mi señor, aunque confiéis en Egipto por sus carros y su gente de a caballo?

25 ¿Acaso he venido yo ahora sin Yahvé a este lugar para destruirlo? Yahvé me ha dicho: 'Sube a esta tierra y destrúyela'".

26 Entonces Eliaquim hijo de Hilcías, y Sebna y Joa, dijeron al Rabsaces: «Te rogamos que hables a tus siervos en arameo, porque nosotros lo entendemos, y no hables con nosotros en lengua de judíos a oídos del pueblo que está sobre el muro».

27 Y el Rabsaces les respondió: «¿Me ha enviado mi señor para decir estas palabras a tu señor y a ti, y no a los hombres que están sobre el muro, expuestos a comer su propio estiércol y beber su propia orina con vosotros?»

28 Entonces el Rabsaces se puso en pie y clamó a gran voz en lengua de judíos, y habló diciendo: "Oíd la palabra del gran rey, el rey de Asiria.

29 Así dice el rey: 'No os engañe Ezequías, porque no os podrá librar de mi mano.

30 Y no os haga Ezequías confiar en Yahvé, diciendo: Ciertamente nos librará Yahvé, y esta ciudad no será entregada en mano del rey de Asiria'.

31 No escuchéis a Ezequías; porque así dice el rey de Asiria: 'Haced las paces conmigo y salid a mí, y coma cada uno de su vid y de su higuera, y beba cada uno las aguas de su cisterna,

32 hasta que yo venga y os lleve a una tierra como la vuestra, tierra de grano y de vino, tierra de pan y de viñas, tierra de olivos y de miel; y viviréis y no moriréis'. No escuchéis a Ezequías, porque os engaña diciendo: Yahvé nos librará.

33 ¿Acaso alguno de los dioses de las naciones ha librado su tierra de mano del rey de Asiria?

34 ¿Dónde está el dios de Hamat y de Arpad? ¿Dónde está el dios de Sefarvaim, de Hena y de Iva? ¿Libraron estos a Samaria de mi mano?

35 ¿Qué dios de todos los dioses de las provincias ha librado su provincia de mi mano, para que Yahvé libre a Jerusalén de mi mano?"

36 Mas el pueblo calló, y no le respondieron palabra; porque era mandamiento del rey, el cual había dicho: «No le respondáis».

37 Entonces Eliaquim hijo de Hilcías, mayordomo, y Sebna escriba, y Joa hijo de Asaf, registrador, vinieron a Ezequías con sus vestiduras rasgadas, y le contaron las palabras del Rabsaces.

Capítulo 19

1 Cuando el rey Ezequías lo oyó, rasgó sus vestiduras, se cubrió de cilicio y entró en la casa de Yahvé.

2 Y envió a Eliaquim, mayordomo de palacio, al escriba Sebna y a los ancianos de los sacerdotes, cubiertos de cilicio, al profeta Isaías hijo de Amós.

3 Los cuales le dijeron: "Así ha dicho Ezequías: «Este día es día de angustia, de reprensión y de blasfemia; porque los hijos han llegado hasta el punto de nacer, y la que da a luz no tiene fuerzas.

4 Quizá oirá Yahvé vuestro Dios todas las palabras del Rabsaces, a quien el rey de los asirios su señor ha enviado para blasfemar al Dios vivo, y para vituperar con las palabras que Yahvé vuestro Dios ha oído; eleva, pues, una oración por el remanente que aún queda»».

5 Vinieron, pues, los siervos del rey Ezequías a Isaías.

6 e Isaías les respondió: "Decid esto a vuestro señor: «Así dice Yahvé: No temas por las palabras que has oído, con las cuales los siervos del rey de Asiria me han blasfemado.

7 He aquí que yo pondré en él un espíritu, y oirá un rumor, y volverá a su propia tierra; y yo haré que en su tierra caiga a espada»».

8 Y el Rabsaces volvió y halló al rey de Asiria combatiendo contra Libna; porque había oído que se había retirado de Laquis.

9 Y oyó decir de Tirhaca, rey de Etiopía: «He aquí que ha salido para hacerte guerra». Entonces volvió él a enviar mensajeros a Ezequías, diciendo:

10 "Diréis así a Ezequías rey de Judá: «No te engañe tu Dios en quien tú confías, diciendo: Jerusalén no será entregada en mano del rey de Asiria.

11 He aquí que tú has oído lo que han hecho los reyes de Asiria a todas las tierras, destruyéndolas por completo; ¿y escaparás tú?

12 ¿Acaso libraron sus dioses a las naciones que mis padres destruyeron, esto es, Gozán, Harán, Rezef y los hijos de Edén que estaban en Telasar?

13 ¿Dónde está el rey de Hamat, el rey de Arpad, y el rey de la ciudad de Sefarvaim, de Hena y de Iva?»».

14 Y tomó Ezequías la carta de mano de los mensajeros y la leyó; y subió a la casa de Yahvé, y la extendió Ezequías delante de Yahvé.

15 Y oró Ezequías delante de Yahvé, diciendo: «Yahvé Dios de Israel, que moras entre los querubines, tú solo eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste el cielo y la tierra.

16 Inclina, oh Yahvé, tu oído, y oye; abre, oh Yahvé, tus ojos, y mira; y oye las palabras de Senaquerib, que ha enviado a blasfemar al Dios vivo.

17 A la verdad, oh Yahvé, que los reyes de Asiria han asolado las naciones y sus tierras;

18 y que echaron al fuego a sus dioses, por cuanto ellos no eran dioses, sino obra de manos de hombres, madera o piedra, y por eso los destruyeron.

19 Ahora pues, oh Yahvé Dios nuestro, sálvanos, te ruego, de su mano, para que sepan todos los reinos de la tierra que tú solo, Yahvé, eres Dios».

20 Entonces Isaías hijo de Amós envió a decir a Ezequías: "Así dice Yahvé, Dios de Israel: Lo que me has pedido acerca de Senaquerib rey de Asiria, yo lo he oído.

21 Esta es la palabra que Yahvé ha hablado contra él: «La virgen hija de Sión te menosprecia y se burla de ti; detrás de ti mueve su cabeza la hija de Jerusalén.

22 ¿A quién has vituperado y a quién has blasfemado? ¿Contra quién has alzado la voz y levantado en alto tus ojos? ¡Contra el Santo de Israel!

23 Por mano de tus mensajeros has vituperado al Señor, y has dicho: Con la multitud de mis carros he subido a las cumbres de los montes, a lo más recóndito del Líbano; cortaré sus altos cedros, sus cipreses escogidos; entraré en su morada más lejana, en el bosque de su campo fértil.

24 Yo he cavado y bebido las aguas extrañas, y con la planta de mis pies secaré todos los ríos de Egipto.

25 ¿Nunca has oído que hace mucho tiempo yo lo hice, y que desde los días antiguos lo tengo formado? Y ahora lo he hecho venir, para que tú asolases las ciudades fortificadas en montones de ruinas.

26 Sus moradores fueron de corto poder; fueron acobardados y confundidos, vinieron a ser como la hierba del campo y como la hortaliza verde, como el heno de los tejados, que se marchita antes de su madurez.

27 He conocido tu morada, tu salida y tu entrada, y tu furor contra mí.

28 Por cuanto te has enfurecido contra mí, y tu arrogancia ha subido a mis oídos, yo pondré mi garfio en tu nariz y mi freno en tus labios, y te haré volver por el camino por donde viniste».

29 "Y esto os será por señal: Este año comeréis lo que nace de suyo, y el segundo
año lo que brota de ello; y el año tercero sembraréis, y segaréis, y plantaréis viñas,
y comeréis su fruto.

30 Y lo que hubiere escapado, el remanente de la casa de Judá, volverá a echar raíz
abajo, y llevará fruto arriba.

31 Porque saldrá de Jerusalén un remanente, y del monte de Sión los que escapa-
ren. El celo de Yahvé de los ejércitos hará esto.

32 "Por tanto, así dice Yahvé acerca del rey de Asiria: «No entrará en esta ciudad,
ni echará saeta en ella; ni vendrá delante de ella con escudo, ni levantará contra ella
baluarte.

33 Por el mismo camino que vino, volverá, y no entrará en esta ciudad, dice Yahvé.

34 Porque yo ampararé esta ciudad para salvarla, por amor de mí mismo y por
amor de David mi siervo»».

35 Y aconteció que aquella misma noche salió el ángel de Yahvé e hirió a ciento
ochenta y cinco mil en el campamento de los asirios; y cuando se levantaron por
la mañana, he aquí que todo eran cuerpos de muertos.

36 Entonces Senaquerib rey de Asiria se retiró, y se fue y volvió a Nínive, donde se
quedó.

37 Y aconteció que mientras él adoraba en el templo de Nisroc su dios, Adramelec
y Sarezer sus hijos lo hirieron a espada, y huyeron a la tierra de Ararat. Y reinó en
su lugar Esar-hadón su hijo.

Capítulo 20

1 En aquellos días Ezequías cayó enfermo de muerte. Y vino a él el profeta Isaías
hijo de Amós, y le dijo: «Yahvé dice así: «Ordena tu casa, porque morirás, y no
vivirás»».

2 Entonces él volvió su rostro a la pared, y oró a Yahvé, diciendo:

3 «Te ruego, oh Yahvé, que te acuerdes ahora de que he andado delante de ti en verdad y con corazón íntegro, y que he hecho lo que es agradable delante de tus ojos». Y lloró Ezequías con gran lloro.

4 Y antes que Isaías saliese a la mitad de la ciudad, vino palabra de Yahvé a Isaías, diciendo:

5 "Vuelve, y di a Ezequías, príncipe de mi pueblo: «Así dice Yahvé, el Dios de David tu padre: Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí que yo te sano; al tercer día subirás a la casa de Yahvé.

6 Y añadiré a tus días quince años, y te libraré a ti y a esta ciudad de mano del rey de Asiria; y ampararé esta ciudad por amor a mí mismo, y por amor a David mi siervo»».

7 Y dijo Isaías: «Tomad una masa de higos». Y tomándola, la pusieron sobre la llaga, y sanó.

8 Y Ezequías había dicho a Isaías: «¿Qué señal tendré de que Yahvé me sanará, y que subiré a la casa de Yahvé al tercer día?»

9 Respondió Isaías: «Esta tendréis por señal de Yahvé, de que hará Yahvé la palabra que ha dicho: ¿Avanzará la sombra diez grados, o retrocederá diez grados?»

10 Y Ezequías respondió: «Fácil cosa es que la sombra decline diez grados; pero no que la sombra vuelva atrás diez grados».

11 Entonces el profeta Isaías clamó a Yahvé; e hizo volver la sombra por los grados que había descendido en el reloj de Ajaz, diez grados atrás.

12 En aquel tiempo Berodac-baladán hijo de Baladán, rey de Babilonia, envió cartas y presentes a Ezequías, porque había oído que Ezequías había caído enfermo.

13 Y Ezequías los escuchó, y les mostró toda la casa de sus tesoros, plata, oro, especias y ungüentos preciosos, y la casa de sus armas, y todo lo que había en sus tesoros; ninguna cosa hubo que Ezequías no les mostrase, así en su casa como en todo su dominio.

14 Entonces el profeta Isaías vino al rey Ezequías, y le dijo: «¿Qué dijeron aquellos varones, y de dónde vinieron a ti?» Y Ezequías le respondió: «De lejanas tierras han venido, de Babilonia».

15 Y él le volvió a decir: «¿Qué han visto en tu casa?» Y Ezequías respondió: «Vieron todo lo que había en mi casa; nada quedó en mis tesoros que no les mostrase».

16 Entonces Isaías dijo a Ezequías: "Oye la palabra de Yahvé:

17 «He aquí vienen días en que todo lo que está en tu casa, y todo lo que tus padres han atesorado hasta hoy, será llevado a Babilonia, sin quedar nada», dice Yahvé.

18 «Y de tus hijos que saldrán de ti, que habrás engendrado, tomarán, y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia»».

19 Y Ezequías dijo a Isaías: «La palabra de Yahvé que has hablado es buena». Después dijo: «Habrá al menos paz y seguridad en mis días».

20 Los demás hechos de Ezequías, y todo su poderío, y cómo hizo el estanque y el acueducto, y metió las aguas en la ciudad, ¿no está todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

21 Y durmió Ezequías con sus padres, y reinó en su lugar Manasés su hijo.

Capítulo 21

1 Manasés tenía doce años cuando comenzó a reinar, y reinó cincuenta y cinco años en Jerusalén. El nombre de su madre era Hefzibá.

2 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, conforme a las abominaciones de las naciones que Yahvé había arrojado de delante de los hijos de Israel.

3 Porque volvió a edificar los lugares altos que Ezequías su padre había destruido; y levantó altares a Baal, e hizo una imagen de Asera, como había hecho Ajab rey de Israel; y adoró a todo el ejército del cielo y les sirvió.

4 Asimismo edificó altares en la casa de Yahvé, de la cual Yahvé había dicho:
«Pondré mi nombre en Jerusalén».

5 Y edificó altares para todo el ejército del cielo en los dos atrios de la casa de
Yahvé.

6 E hizo pasar a su hijo por fuego, y se dio a observar los tiempos, y fue agorero, e
instituyó encantadores y adivinos; multiplicó el hacer lo malo ante los ojos de
Yahvé, para provocarle a ira.

7 Y puso la imagen grabada de Asera que él había hecho, en la casa de la cual
Yahvé había dicho a David y a Salomón su hijo: «En esta casa y en Jerusalén, la
cual elegí de todas las tribus de Israel, pondré mi nombre para siempre;

8 y no volveré a hacer que el pie de Israel ande errante fuera de la tierra que di a sus
padres, con tal que guarden y hagan conforme a todas las cosas que yo les he
mandado, y conforme a toda la ley que mi siervo Moisés les mandó.»

9 Mas ellos no escucharon; y Manasés los indujo a que hiciesen más mal que las
naciones que Yahvé destruyó delante de los hijos de Israel.

10 Habló, pues, Yahvé por mano de sus siervos los profetas, diciendo:

11 «Por cuanto Manasés rey de Judá ha hecho estas abominaciones, y ha hecho
más mal que todo lo que hicieron los amorreos que fueron antes de él, y también
ha hecho pecar a Judá con sus ídolos;

12 por tanto, así dice Yahvé el Dios de Israel: He aquí yo traigo tal mal sobre Jeru-
salén y sobre Judá, que al que lo oyere, le retiñirán ambos oídos.

13 Y extenderé sobre Jerusalén el cordel de Samaria y la plomada de la casa de
Ajab; y limpiaré a Jerusalén como se limpia un plato, que se limpia y se vuelve
boca abajo.

14 Y desampararé el remanente de mi heredad, y los entregaré en mano de sus
enemigos; y serán para presa y despojo de todos sus adversarios;

15 por cuanto han hecho lo malo ante mis ojos, y me han provocado a ira desde el día que sus padres salieron de Egipto hasta hoy.»

16 Asimismo derramó Manasés mucha sangre inocente en gran manera, hasta llenar a Jerusalén de un extremo a otro; además de su pecado con que hizo pecar a Judá, para que hiciese lo malo ante los ojos de Yahvé.

17 Los demás hechos de Manasés, y todo lo que hizo, y su pecado que cometió, ¿no está todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

18 Y durmió Manasés con sus padres, y fue sepultado en el huerto de su casa, en el huerto de Uza, y reinó en su lugar Amón su hijo.

19 De veintidós años era Amón cuando comenzó a reinar, y reinó dos años en Jerusalén. El nombre de su madre era Mesulmet hija de Haruz, de Jotba.

20 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, como lo había hecho Manasés su padre.

21 Y anduvo en todos los caminos en que su padre había andado, y sirvió a los ídolos a los cuales había servido su padre, y los adoró;

22 y dejó a Yahvé el Dios de sus padres, y no anduvo en el camino de Yahvé.

23 Y los siervos de Amón conspiraron contra él, y mataron al rey en su casa.

24 Entonces el pueblo de la tierra mató a todos los que habían conspirado contra el rey Amón; y puso el pueblo de la tierra por rey en su lugar a Josías su hijo.

25 El resto de los hechos de Amón, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

26 Y lo sepultaron en su sepulcro en el huerto de Uza, y reinó en su lugar Josías su hijo.

Capítulo 22

1 Josías tenía ocho años cuando comenzó a reinar, y reinó treinta y un años en Jerusalén. El nombre de su madre era Yedidá, hija de Adaías, de Bozcat.

2 E hizo lo recto ante los ojos de Yahvé, y anduvo en todo el camino de David su padre, sin apartarse ni a derecha ni a izquierda.

3 En el año dieciocho del rey Josías, envió el rey a Safán hijo de Azalía, hijo de Mesulam, el escriba, a la casa de Yahvé, diciendo:

4 «Ve al sumo sacerdote Hilcías, y dile que recoja el dinero que se ha traído a la casa de Yahvé, que los guardianes del umbral han recogido del pueblo,

5 y que lo entreguen en mano de los que hacen la obra, que tienen el cargo de la casa de Yahvé, para que lo den a los que trabajan en la casa de Yahvé, a fin de reparar las grietas de la casa;

6 a los carpinteros, a los maestros de obra y a los albañiles, y para comprar madera y piedra de cantería para reparar la casa.

7 Mas no se les pida cuenta del dinero entregado en sus manos, porque ellos proceden con fidelidad.»

8 Entonces dijo el sumo sacerdote Hilcías al escriba Safán: «He hallado el libro de la ley en la casa de Yahvé». E Hilcías dio el libro a Safán, y este lo leyó.

9 Viniendo luego el escriba Safán al rey, le dio cuenta del asunto, diciendo: «Tus siervos han recogido el dinero que se halló en el templo, y lo han entregado en mano de los que hacen la obra, que tienen el cargo de la casa de Yahvé.»

10 Asimismo el escriba Safán declaró al rey, diciendo: «El sacerdote Hilcías me ha entregado un libro». Y lo leyó Safán delante del rey.

11 Y cuando el rey hubo oído las palabras del libro de la ley, rasgó sus vestiduras.

12 Luego mandó el rey al sacerdote Hilcías, a Ajicam hijo de Safán, a Acbor hijo de Micaías, al escriba Safán y a Asaías siervo del rey, diciendo:

13 «Id y consultad a Yahvé por mí, y por el pueblo, y por todo Judá, acerca de las palabras de este libro que se ha hallado; porque grande es la ira de Yahvé que se ha encendido contra nosotros, por cuanto nuestros padres no escucharon las palabras de este libro, para hacer conforme a todo lo que nos fue escrito.»

14 Entonces fueron el sacerdote Hilcías, Ajicam, Acbor, Safán y Asaías a la profetisa Hulda, mujer de Salum hijo de Ticvá, hijo de Harhas, guarda de las vestiduras, la cual moraba en Jerusalén en el segundo barrio, y hablaron con ella.

15 Y ella les dijo: "Así ha dicho Yahvé el Dios de Israel: Decid al varón que os envió a mí:

16 'Así dice Yahvé: He aquí que yo traigo mal sobre este lugar, y sobre los que en él moran, a saber, todas las palabras del libro que ha leído el rey de Judá;

17 por cuanto me han dejado a mí, y han quemado incienso a dioses ajenos, provocándome a ira con toda la obra de sus manos; mi ira se ha encendido contra este lugar, y no se apagará.'

18 Mas al rey de Judá que os ha enviado para consultar a Yahvé, decidle así: 'Así dice Yahvé el Dios de Israel: Por cuanto oíste las palabras del libro,

19 y vuestro corazón se conmovió, y os humillaste delante de Yahvé al escuchar lo que yo he hablado contra este lugar y contra sus moradores, que vendrían a ser asolados y malditos, y rasgasteis vuestras vestiduras y llorasteis en mi presencia, también yo os he oído, dice Yahvé.

20 Por tanto, he aquí yo os reuniré con vuestros padres, y seréis llevados a vuestro sepulcro en paz, y no verán vuestros ojos todo el mal que yo traigo sobre este lugar'". Y ellos dieron al rey la respuesta.

Capítulo 23

1 El rey mandó que se reuniesen con él todos los ancianos de Judá y de Jerusalén.

2 Y subió el rey a la casa de Yahvé con todos los varones de Judá, todos los moradores de Jerusalén, los sacerdotes, los profetas y todo el pueblo, desde el más pequeño hasta el más grande; y leyó, oyéndolo ellos, todas las palabras del libro del pacto que había sido hallado en la casa de Yahvé.

3 Entonces el rey se puso en pie junto a la columna e hizo pacto delante de Yahvé de que caminarían en pos de Yahvé y guardarían sus mandamientos, sus testimonios y sus estatutos con todo el corazón y con toda el alma, y que cumplirían las palabras del pacto que estaban escritas en aquel libro; y todo el pueblo confirmó el pacto.

4 Entonces mandó el rey al sumo sacerdote Hilcías, a los sacerdotes de segundo orden y a los guardianes del umbral, que sacasen del templo de Yahvé todos los utensilios que habían sido hechos para Baal, para Asera y para todo el ejército del cielo; y los quemó fuera de Jerusalén, en los campos del Cedrón, e hizo llevar sus cenizas a Betel.

5 Y quitó a los sacerdotes idólatras que los reyes de Judá habían puesto para que quemasen incienso en los lugares altos de las ciudades de Judá y en los alrededores de Jerusalén; y asimismo a los que quemaban incienso a Baal, al sol y a la luna, y a los signos del zodíaco y a todo el ejército del cielo.

6 Hizo también sacar la imagen de Asera de la casa de Yahvé, fuera de Jerusalén, al arroyo Cedrón, y la quemó en el arroyo Cedrón, y la convirtió en polvo, y echó el polvo sobre los sepulcros de la gente común.

7 Además derribó las casas de los que practicaban la prostitución sagrada, las cuales estaban en la casa de Yahvé, donde las mujeres tejían tiendas para Asera.

8 E hizo venir a todos los sacerdotes de las ciudades de Judá, y profanó los lugares altos donde los sacerdotes quemaban incienso, desde Geba hasta Beerseba; y derribó los altares de las puertas que estaban a la entrada de la puerta de Josué, gobernador de la ciudad, que estaban a la izquierda de la puerta de la ciudad.

9 Pero los sacerdotes de los lugares altos no subían al altar de Yahvé en Jerusalén, sino que comían panes sin levadura entre sus hermanos.

10 Asimismo profanó a Tofet, que está en el valle del hijo de Hinom, para que nadie hiciese pasar a su hijo o a su hija por fuego en honor a Moloc.

11 Quitó también los caballos que los reyes de Judá habían dedicado al sol a la entrada de la casa de Yahvé, junto a la cámara de Natán-melec, oficial, el cual estaba en los atrios; y quemó al fuego los carros del sol.

12 Derribó además el rey los altares que estaban sobre la azotea de la habitación superior de Ajaz, que los reyes de Judá habían hecho, y los altares que había hecho Manasés en los dos atrios de la casa de Yahvé; y los destrozó allí, y echó su polvo en el arroyo Cedrón.

13 Asimismo profanó el rey los lugares altos que estaban delante de Jerusalén, a la mano derecha del monte de la perdición, los cuales Salomón rey de Israel había edificado a Astoret, abominación de los sidonios, a Quemos, abominación de Moab, y a Milcom, abominación de los hijos de Amón.

14 Quebró las estatuas, y derribó las imágenes de Asera, y llenó el lugar de ellos de huesos de hombres.

15 Igualmente el altar que estaba en Betel, y el lugar alto que había hecho Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel; aquel altar y el lugar alto los destruyó, y quemó el lugar alto y lo convirtió en polvo, y puso fuego a la imagen de Asera.

16 Y volviéndose Josías, vio los sepulcros que estaban allí en el monte, y envió a sacar los huesos de los sepulcros, y los quemó sobre el altar para profanarlo, conforme a la palabra de Yahvé que había proclamado el varón de Dios, el cual había anunciado estas cosas.

17 Después dijo: «¿Qué monumento es este que veo?» Y los de la ciudad le respondieron: «Es el sepulcro del varón de Dios que vino de Judá, y proclamó estas cosas que tú has hecho hoy contra el altar de Betel».

18 Y él dijo: «Dejadle; que nadie mueva sus huesos». Y preservaron sus huesos, y los huesos del profeta que había venido de Samaria.

19 Todas las casas de los lugares altos que estaban en las ciudades de Samaria, las cuales habían hecho los reyes de Israel para provocar a ira, las quitó también Josías, e hizo con ellas de la misma manera que había hecho en Betel.

20 Mató además sobre los altares a todos los sacerdotes de los lugares altos que allí estaban, y quemó sobre ellos huesos de hombres, y volvió a Jerusalén.

21 Entonces mandó el rey a todo el pueblo, diciendo: «Celebrad la Pascua a Yahvé vuestro Dios, conforme a lo que está escrito en este libro del pacto».

22 No había sido celebrada tal Pascua desde los tiempos de los jueces que gobernaron a Israel, ni en todos los tiempos de los reyes de Israel y de los reyes de Judá.

23 A los dieciocho años del rey Josías fue celebrada aquella Pascua a Yahvé en Jerusalén.

24 Asimismo barrió Josías a los que consultaban a los espíritus familiares, a los adivinos, a los terafines y a los ídolos, y todas las abominaciones que se veían en la tierra de Judá y en Jerusalén, para cumplir las palabras de la ley que estaban escritas en el libro que el sacerdote Hilcías había hallado en la casa de Yahvé.

25 No hubo rey antes de él que se convirtiese a Yahvé con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés; ni después de él nació otro igual.

26 Con todo eso, Yahvé no desistió del ardor con que su gran ira se había encendido contra Judá, por todas las provocaciones con que Manasés le había irritado.

27 Y dijo Yahvé: «También quitaré de mi presencia a Judá, como quité a Israel, y desecharé a esta ciudad que había elegido, a Jerusalén, y a la casa de la cual había dicho: Mi nombre estará allí».

28 Los demás hechos de Josías, y todo lo que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

29 En aquellos días el faraón Necao rey de Egipto subió contra el rey de Asiria al río Éufrates; y salió contra él el rey Josías, pero el faraón le mató en Meguido, así que le vio.

30 Y sus siervos lo llevaron muerto de Meguido en un carro, y lo trajeron a Jerusalén, y lo sepultaron en su sepulcro. Entonces el pueblo de la tierra tomó a Joacaz hijo de Josías, y lo ungieron y lo pusieron por rey en lugar de su padre.

31 De veintitrés años era Joacaz cuando comenzó a reinar, y reinó tres meses en Jerusalén. El nombre de su madre era Hamutal hija de Jeremías, de Libna.

32 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, conforme a todas las cosas que sus padres habían hecho.

33 Y el faraón Necao lo puso preso en Ribla en la tierra de Hamat, para que no reinase en Jerusalén; e impuso sobre la tierra una multa de cien talentos de plata y un talento de oro.

34 Entonces el faraón Necao puso por rey a Eliaquim hijo de Josías, en lugar de Josías su padre, y le cambió el nombre por el de Joacim; y tomó a Joacaz y lo llevó a Egipto, y murió allí.

35 Y Joacim pagó al faraón la plata y el oro; mas hizo tasar la tierra para dar el dinero conforme al mandamiento del faraón, exigiendo la plata y el oro al pueblo de la tierra, a cada uno según su hacienda, para dárselo al faraón Necao.

36 De veinticinco años era Joacim cuando comenzó a reinar, y reinó once años en Jerusalén. El nombre de su madre era Zebuda hija de Pedaías, de Ruma.

37 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, conforme a todas las cosas que sus padres habían hecho.

Capítulo 24

1 En sus días subió Nabucodonosor, rey de Babilonia, y Joacim fue su siervo durante tres años. Luego se volvió y se rebeló contra él.

2 Y Yahvé envió contra él bandas de caldeos, bandas de sirios, bandas de moabitas y bandas de los hijos de Amón, y las envió contra Judá para que la destruyesen, conforme a la palabra de Yahvé que había hablado por medio de sus siervos los profetas.

3 Ciertamente esto vino sobre Judá por mandato de Yahvé, para quitarlos de su presencia por los pecados de Manasés, conforme a todo lo que él había hecho,

4 y también por la sangre inocente que derramó; pues llenó a Jerusalén de sangre inocente, y Yahvé no quiso perdonar.

5 El resto de los hechos de Joacim, y todo lo que hizo, ¿no está todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

6 Y durmió Joacim con sus padres, y reinó en su lugar Joaquín su hijo.

7 Y el rey de Egipto nunca más salió de su tierra; porque el rey de Babilonia le tomó todo lo que pertenecía al rey de Egipto, desde el arroyo de Egipto hasta el río Éufrates.

8 De dieciocho años era Joaquín cuando comenzó a reinar, y reinó en Jerusalén tres meses. El nombre de su madre era Nehusta, hija de Elnatán, de Jerusalén.

9 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, conforme a todo lo que había hecho su padre.

10 En aquel tiempo los siervos de Nabucodonosor rey de Babilonia subieron contra Jerusalén, y la ciudad fue sitiada.

11 Vino también Nabucodonosor rey de Babilonia contra la ciudad, cuando sus siervos la tenían sitiada.

12 Entonces salió Joaquín rey de Judá al rey de Babilonia: él, su madre, sus siervos, sus príncipes y sus oficiales; y lo prendió el rey de Babilonia en el octavo año de su reinado.

13 Y sacó de allí todos los tesoros de la casa de Yahvé, y los tesoros de la casa real, y rompió en pedazos todos los utensilios de oro que Salomón rey de Israel había hecho en el templo de Yahvé, como Yahvé lo había dicho.

14 Y llevó en cautiverio a toda Jerusalén, a todos los príncipes y a todos los hombres valientes, hasta diez mil cautivos, y a todos los artífices y herreros; no quedó nadie, sino la gente más pobre de la tierra.

15 Asimismo trasportó a Joaquín a Babilonia, junto con la madre del rey, las mujeres del rey, sus oficiales y los principales de la tierra; los llevó cautivos de Jerusalén a Babilonia.

16 Y a todos los hombres de valor, que eran siete mil, y a los artífices y herreros, que eran mil, todos ellos fuertes y aptos para la guerra, llevó cautivos el rey de Babilonia a Babilonia.

17 Y el rey de Babilonia puso por rey en su lugar a Matanías su tío, y le cambió el nombre por el de Sedequías.

18 De veintiún años era Sedequías cuando comenzó a reinar, y reinó once años en Jerusalén. El nombre de su madre era Hamutal, hija de Jeremías, de Libna.

19 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, conforme a todo lo que había hecho Joacim.

20 Por causa de la ira de Yahvé aconteció esto en Jerusalén y en Judá, hasta que los echó de su presencia. Y Sedequías se rebeló contra el rey de Babilonia.

Capítulo 25

1 Aconteció en el noveno año de su reinado, en el mes décimo, a los diez días del mes, que Nabucodonosor rey de Babilonia vino con todo su ejército contra Jerusalén, y la sitió, y levantaron contra ella baluartes alrededor.

2 Y estuvo cercada la ciudad hasta el año undécimo del rey Sedequías.

3 A los nueve días del cuarto mes prevaleció el hambre en la ciudad, hasta que no hubo pan para el pueblo de la tierra.

4 Abierta que fue una brecha en el muro de la ciudad, huyeron de noche todos los hombres de guerra por el camino de la puerta entre los dos muros, junto al huerto del rey, estando los caldeos alrededor de la ciudad; y el rey se fue por el camino del Arabá.

5 Y el ejército de los caldeos siguió al rey, y lo alcanzó en las llanuras de Jericó, habiendo sido dispersado todo su ejército.

6 Presos, pues, el rey, lo llevaron al rey de Babilonia en Ribla, y pronunciaron contra él sentencia.

7 Degollaron a los hijos de Sedequías en su presencia, y a Sedequías le sacaron los ojos, y atado con grillos de bronce lo llevaron a Babilonia.

8 En el mes quinto, a los siete días del mes, siendo el año diecinueve de Nabucodonosor rey de Babilonia, vino a Jerusalén Nabuzaradán, capitán de la guardia, siervo del rey de Babilonia.

9 Y quemó la casa de Yahvé, y la casa del rey, y todas las casas de Jerusalén; y todas las casas de los príncipes las quemó a fuego.

10 Y todo el ejército de los caldeos que estaba con el capitán de la guardia, derribó los muros alrededor de Jerusalén.

11 Y a los del pueblo que habían quedado en la ciudad, a los que se habían pasado al rey de Babilonia, y a lo que quedaba de la gente común, los trasportó Nabuzaradán, capitán de la guardia.

12 Mas de los pobres de la tierra dejó el capitán de la guardia para que fuesen viñadores y labradores.

13 Y quebraron los caldeos las columnas de bronce que estaban en la casa de Yahvé, y las basas, y el mar de bronce que estaba en la casa de Yahvé, y llevaron el bronce a Babilonia.

14 Llevaron también las ollas, las palas, las despabiladeras, las cucharas, y todos los utensilios de bronce con que ministraban.

15 Incensarios, cuencos, lo que era de oro, por oro, y lo que de plata, por plata, todo lo tomó el capitán de la guardia.

16 Las dos columnas, el mar, y las basas que Salomón había hecho para la casa de Yahvé; no se pudo pesar el bronce de todos estos enseres.

17 Dieciocho codos era la altura de una columna, y tenía encima un capitel de bronce; la altura del capitel era de tres codos, y sobre el capitel había una red y granadas alrededor, todo de bronce; y de la misma labor era la otra columna con su red.

18 Tomó entonces el capitán de la guardia al primer sacerdote Seraías, al segundo sacerdote Sofonías, y a tres guardas de la puerta;

19 y de la ciudad tomó un oficial que tenía cargo de los hombres de guerra, y a cinco varones de los consejeros del rey, que se hallaron en la ciudad, y al escriba principal del ejército, que pasaba muestra a la gente de la tierra, y sesenta varones del pueblo de la tierra que se hallaron en la ciudad.

20 Nabuzaradán, capitán de la guardia, los tomó y los llevó al rey de Babilonia en Ribla.

21 Y el rey de Babilonia los hirió y los mató en Ribla, en tierra de Hamat. Así Judá fue trasportado lejos de su tierra.

22 Y al pueblo que Nabucodonosor rey de Babilonia dejó en tierra de Judá, puso por gobernador a Gedalías hijo de Ajicam, hijo de Safán.

23 Oyendo todos los capitanes de las tropas, ellos y sus hombres, que el rey de Babilonia había puesto por gobernador a Gedalías, vinieron a él en Mizpa; a saber, Ismael hijo de Netanías, Johanán hijo de Carea, Seraías hijo de Tanhumet netofatita, y Jaazanías hijo de un maacateo, ellos con sus hombres.

24 Entonces Gedalías les hizo juramento a ellos y a sus hombres, y les dijo: «No temáis ser siervos de los caldeos; habitad en la tierra, y servid al rey de Babilonia, y os irá bien».

25 Mas aconteció en el mes séptimo, que vino Ismael hijo de Netanías, hijo de Elisama, de la estirpe real, y diez varones con él, e hirieron a Gedalías, y murió; y también a los judíos y caldeos que estaban con él en Mizpa.

26 Y levantándose todo el pueblo, desde el menor hasta el mayor, con los capitanes de las tropas, se fueron a Egipto, por miedo a los caldeos.

27 Aconteció a los treinta y siete años del cautiverio de Joaquín rey de Judá, en el mes duodécimo, a los veintisiete días del mes, que Evil-merodac rey de Babilonia, en el primer año de su reinado, libertó a Joaquín rey de Judá, sacándolo de la cárcel;

28 y le habló amigablemente, y puso su solio sobre el solio de los reyes que estaban con él en Babilonia.

29 Y le cambió sus vestiduras de prisión, y comió siempre pan delante de él todos los días de su vida.

30 Y diariamente le fue dada su ración de parte del rey, cada día su porción, todos los días de su vida.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

1 CRÓNICAS

Capítulo 1

1 Adán, Set, Enós,

2 Cainán, Mahalaleel, Jared,

3 Enoc, Matusalén, Lamec,

4 Noé, Sem, Cam y Jafet.

5 Los hijos de Jafet: Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Mesec y Tiras.

6 Los hijos de Gomer: Asquenaz, Rifat y Togarma.

7 Los hijos de Javán: Elisá, Tarsis, Quitim y Rodanim.

8 Los hijos de Cam: Cus, Mizraim, Fut y Canaán.

9 Los hijos de Cus: Seba, Havila, Sabta, Raama y Sabteca. Los hijos de Raama: Sabá y Dedán.

10 Cus engendró a Nimrod, quien llegó a ser el primer hombre poderoso en la tierra.

11 Mizraim engendró a los luditas, los anamitas, los lehabitas, los naftuhitas,

12 los patrusitas, los casluhitas (de donde proceden los filisteos) y los caftoritas.

13 Canaán engendró a Sidón, su primogénito, a Het,

14 al jebuseo, al amorreo, al gergeseo,

15 al heveo, al arquita, al sinita,

16 al arvadita, al zemarita y al hamateo.

17 Los hijos de Sem: Elam, Asur, Arfaxad, Lud, Aram, Uz, Hul, Geter y Mesec.

18 Arfaxad engendró a Sala, y Sala engendró a Heber.

19 A Heber le nacieron dos hijos: el nombre del uno fue Peleg, porque en sus días
la tierra fue dividida; y el nombre de su hermano fue Joctán.

20 Joctán engendró a Almodad, Selef, Hazar-mavet, Jera,

21 Hadoram, Uzal, Dicla,

22 Ebal, Abimael, Sabá,

23 Ofir, Havila y Jobab. Todos estos fueron hijos de Joctán.

24 Sem, Arfaxad, Sala,

25 Heber, Peleg, Reu,

26 Serug, Nacor, Taré,

27 Abram (es decir, Abraham).

28 Los hijos de Abraham: Isaac e Ismael.

29 Estas son sus generaciones: el primogénito de Ismael, Nebaiot; luego Cedar,
Adbeel, Mibsam,

30 Misma, Duma, Massa, Hadad, Tema,

31 Jetur, Nafis y Cedema. Estos son los hijos de Ismael.

32 Los hijos de Cetura, concubina de Abraham: dio a luz a Zimrán, Jocsán, Me-
dán, Madián, Isbac y Súa. Los hijos de Jocsán: Sabá y Dedán.

33 Los hijos de Madián: Efa, Efer, Hanoc, Abida y Eldaá. Todos estos fueron hi-
jos de Cetura.

34 Abraham engendró a Isaac. Los hijos de Isaac: Esaú e Israel.

35 Los hijos de Esaú: Elifaz, Reuel, Jeús, Jalam y Coré.

36 Los hijos de Elifaz: Temán, Omar, Zefo, Gatam, Cenaz, Timna y Amalec.

37 Los hijos de Reuel: Nahat, Zera, Sama y Miza.

38 Los hijos de Seir: Lotán, Sobal, Zibeón, Aná, Disón, Ezer y Disán.

39 Los hijos de Lotán: Hori y Homam; y Timna era hermana de Lotán.

40 Los hijos de Sobal: Alian, Manahat, Ebal, Sefi y Onam. Los hijos de Zibeón: Aja y Aná.

41 El hijo de Aná: Disón. Los hijos de Disón: Hamrán, Esbán, Itrán y Querán.

42 Los hijos de Ezer: Bilhán, Zaaván y Jaacán. Los hijos de Disán: Uz y Arán.

43 Estos son los reyes que reinaron en la tierra de Edom, antes de que reinase rey alguno sobre los hijos de Israel: Bela hijo de Beor, y el nombre de su ciudad fue Dinhaba.

44 Murió Bela, y en su lugar reinó Jobab, hijo de Zera, de Bosra.

45 Murió Jobab, y reinó en su lugar Husam, de la tierra de los temanitas.

46 Murió Husam, y reinó en su lugar Hadad, hijo de Bedad, que derrotó a Madián en el campo de Moab, y el nombre de su ciudad fue Avit.

47 Murió Hadad, y en su lugar reinó Samá de Masreca.

48 Murió Samá, y reinó en su lugar Saúl, de Rehobot, junto al río.

49 Murió Saúl, y en su lugar reinó Baal Hanán, hijo de Acbor.

50 Murió Baal Hanán, y en su lugar reinó Hadad; el nombre de su ciudad fue Pai. Su mujer se llamaba Mehetabel, hija de Matred, hija de Mezahab.

51 Luego murió Hadad. Los jefes de Edom fueron: el jefe Timna, el jefe Aliah, el jefe Jetet,

52 el jefe Aholibama, el jefe Ela, el jefe Pinón,

53 el jefe Cenaz, el jefe Temán, el jefe Mibzar,

54 el jefe Magdiel y el jefe Iram. Estos son los jefes de Edom.

Capítulo 2

1 Estos son los hijos de Israel: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón,

2 Dan, José, Benjamín, Neftalí, Gad y Aser.

3 Los hijos de Judá: Er, Onán y Sela, los tres que le nacieron de la hija de Súa, la cananea. Er, el primogénito de Judá, fue malo a los ojos de Yahvé, y este le quitó la vida.

4 Tamar, su nuera, le dio a luz a Fares y a Zera. Todos los hijos de Judá fueron cinco.

5 Los hijos de Fares: Esrom y Hamul.

6 Los hijos de Zera: Zimri, Etán, Hemán, Calcol y Dara: cinco en total.

7 Los hijos de Carmi: Acar, el perturbador de Israel, que prevaricó en el anatema.

8 El hijo de Etán: Azarías.

9 También los hijos de Esrom, que le nacieron: Jerameel, Ram y Quelubai.

10 Ram engendró a Aminadab, y Aminadab engendró a Naasón, príncipe de los hijos de Judá;

11 y Naasón engendró a Salma, y Salma engendró a Booz,

12 y Booz engendró a Obed, y Obed engendró a Jesé,

13 y Jesé engendró a su primogénito Eliab, Abinadab el segundo, Simea el tercero,

14 Natanael el cuarto, Radai el quinto,

15 Ozem el sexto y David el séptimo;

16 y sus hermanas fueron Sarvia y Abigail. Los hijos de Sarvia: Abisai, Joab y Asael, tres.

17 Abigail dio a luz a Amasa, y el padre de Amasa fue Jeter, el ismaelita.

18 Caleb, hijo de Esrom, tuvo hijos de Azuba, su mujer, y de Jeriot; y estos fueron sus hijos: Jeser, Sobab y Ardón.

19 Murió Azuba, y Caleb tomó por mujer a Efrata, que le dio a luz a Hur.

20 Hur engendró a Uri, y Uri engendró a Bezalel.

21 Después, Esrom se unió a la hija de Maquir, padre de Galaad, a la que tomó por mujer cuando tenía sesenta años, y ella le dio a luz a Segub.

22 Segub engendró a Jair, quien tuvo veintitrés ciudades en la tierra de Galaad.

23 Gesur y Aram les arrebataron las ciudades de Jair, con Kenat y sus aldeas, hasta sesenta ciudades. Todos estos fueron los hijos de Maquir, padre de Galaad.

24 Después de la muerte de Esrom en Caleb Efrata, Abías, mujer de Esrom, le dio a luz a Asur, padre de Tecoa.

25 Los hijos de Jerameel, primogénito de Esrom, fueron Ram el primogénito, Buna, Orén, Ozem y Ahías.

26 Jerameel tuvo otra mujer que se llamaba Atará. Ella fue la madre de Onam.

27 Los hijos de Ram, primogénito de Jerameel, fueron Maaz, Jamín y Eker.

28 Los hijos de Onam fueron Samai y Jada. Los hijos de Samai: Nadab y Abisur.

29 La mujer de Abisur se llamaba Abihail, y dio a luz a Ahbán y a Molid.

30 Los hijos de Nadab: Seled y Apaim; pero Seled murió sin hijos.

31 El hijo de Apaim: Isi. El hijo de Isi: Sesán. El hijo de Sesán: Ahlai.

32 Los hijos de Jada, hermano de Samai: Jeter y Jonatán; pero Jeter murió sin hijos.

33 Los hijos de Jonatán: Pelet y Zaza. Estos fueron los hijos de Jerameel.

34 Sesán no tuvo hijos varones, sino solo hijas. Sesán tenía un siervo, un egipcio, que se llamaba Jarha.

35 Sesán dio su hija a Jarha, su siervo, por mujer, y ella le dio a luz a Atai.

36 Atai engendró a Natán, y Natán engendró a Zabad,

37 y Zabad engendró a Eflal, y Eflal engendró a Obed,

38 y Obed engendró a Jehú, y Jehú engendró a Azarías,

39 y Azarías engendró a Heles, y Heles engendró a Elasa,

40 y Elasa engendró a Sismai, y Sismai engendró a Salum,

41 y Salum engendró a Jecamías, y Jecamías engendró a Elisama.

42 Los hijos de Caleb, hermano de Jerameel, fueron Mesá, su primogénito, que fue padre de Zif, y los hijos de Maresa, padre de Hebrón.

43 Los hijos de Hebrón: Coré, Tapú, Requem y Sema.

44 Sema engendró a Raham, padre de Jorkeam; y Requem engendró a Samai.

45 El hijo de Samai fue Maón; y Maón fue el padre de Bet Zur.

46 Efa, concubina de Caleb, dio a luz a Harán, Moza y Gazez; y Harán engendró a Gazez.

47 Los hijos de Jahdai: Regem, Jotam, Gesán, Pelet, Efa y Saaf.

48 Maaca, concubina de Caleb, dio a luz a Seber y a Tirana.

49 También dio a luz a Saaf, padre de Madmaná, a Seva, padre de Macbena, y al padre de Gibea; y la hija de Caleb fue Acsa.

50 Estos fueron los hijos de Caleb, hijo de Hur, primogénito de Efrata: Sobal, padre de Quiriat Jearim,

51 Salma, padre de Belén, y Haref, padre de Bet Gader.

52 Sobal, padre de Quiriat Jearim, tuvo hijos: Haroeh, la mitad de los menuhot.

53 Las familias de Quiriat Jearim: los itritas, los putitas, los sumatitas y los misraítas; de ellos salieron los zoratitas y los estaolitas.

54 Los hijos de Salma: Belén, los netofatitas, Atrot Bet Joab, y la mitad de los manaítas, los zoritas.

55 Las familias de escribas que vivían en Jabes: los tirateos, los simeateos y los sucateos. Estos son los ceneos que vinieron de Hamat, padre de la casa de Recab.

Capítulo 3

1 Estos fueron los hijos de David que le nacieron en Hebrón: el primogénito, Amnón, de Ahinoam jezreelita; el segundo, Daniel, de Abigail carmelita;

2 el tercero, Absalón, hijo de Maaca, hija de Talmai, rey de Gesur; el cuarto, Adonías, hijo de Haguit;

3 el quinto, Sefatías, de Abital; el sexto, Itream, de Egla, su mujer:

4 seis le nacieron en Hebrón; y reinó allí siete años y seis meses. Reinó treinta y tres años en Jerusalén;

5 y estos le nacieron en Jerusalén: Simea, Sobab, Natán y Salomón, cuatro, de Betsúa, hija de Amiel;

6 e Ibhar, Elisama, Elifelet,

7 Noga, Néfeg, Jafía,

8 Elisama, Eliada y Elifelet, nueve.

9 Todos estos eran hijos de David, además de los hijos de las concubinas; y Tamar era su hermana.

10 El hijo de Salomón fue Roboam, su hijo Abías, su hijo Asa, su hijo Josafat,

11 Su hijo Joram, su hijo Ocozías, su hijo Joás,

12 Su hijo Amasías, su hijo Azarías, su hijo Jotam,

13 Su hijo Acaz, su hijo Ezequías, su hijo Manasés,

14 Su hijo Amón, su hijo Josías.

15 Los hijos de Josías: el primogénito Johanán, el segundo Joacim, el tercero Sedequías y el cuarto Salum.

16 Los hijos de Joacim: Jeconías, su hijo, y Sedequías, su hijo.

17 Los hijos de Jeconías, el cautivo: Salatiel su hijo,

18 Malquiram, Pedaías, Senazar, Jecamías, Hosama y Nedabías.

19 Los hijos de Pedaías: Zorobabel y Simei. Los hijos de Zorobabel: Mesulam y
Hananías; y Selomit fue su hermana;

20 y Hasubá, Ohel, Berequías, Hasadías y Jusab Hesed, cinco.

21 Los hijos de Hananías: Pelatías y Jesaías; los hijos de Refaías, los hijos de Ar-
nán, los hijos de Abdías, los hijos de Secanías.

22 El hijo de Secanías: Semaías. Los hijos de Semaías: Hatús, Igal, Barías, Nearías
y Safat, seis.

23 Los hijos de Nearías: Elioenai, Ezequías y Azricam, tres.

24 Los hijos de Elioenai: Hodavías, Eliasib, Pelaías, Acub, Johanán, Dalaías, y
Ananí, siete.

Capítulo 4

1 Los hijos de Judá: Fares, Esrom, Carmi, Hur y Sobal.

2 Reaías, hijo de Sobal, engendró a Jahat, y Jahat engendró a Ahumai y Lahad.
Estas son las familias de los zoratitas.

3 Estos fueron los hijos del padre de Etam: Jezreel, Isma e Idbas. El nombre de su
hermana era Hazezelelponi.

4 Penuel fue el padre de Gedor y Ezer el padre de Husa. Estos son los hijos de Hur,
primogénito de Efrata, padre de Belén.

5 Asur, padre de Tecoa, tuvo dos mujeres, Hela y Naara.

6 Naara le dio a luz a Ahuzam, Hefer, Temeni y Ahasari. Estos fueron los hijos de
Naara.

7 Los hijos de Hela fueron Zeret, Izhar y Etnán.

8 Cos engendró a Anub, a Zobeba y a las familias de Aharhel, hijo de Harum.

9 Jabes fue más ilustre que sus hermanos. Su madre le puso el nombre de Jabes,
diciendo: «Porque lo di a luz con dolor».

10 Jabes invocó al Dios de Israel, diciendo: "¡Oh, si en verdad me bendijeras y ensancharas mi territorio! Que tu mano esté conmigo, y que me guardes del mal, para que no me cause dolor". Dios le otorgó lo que pidió.

11 Quelub, hermano de Súa, engendró a Mehir, el cual engendró a Estón.

12 Estón engendró a Bet Rafa, a Paseah y a Tehina, padre de Ir Nahas. Estos son los hombres de Reca.

13 Los hijos de Cenaz: Otoniel y Seraías. Los hijos de Otoniel: Hatat.

14 Meonotai engendró a Ofra; y Seraías engendró a Joab, padre de los habitantes del valle de Carasim, porque eran artesanos.

15 Los hijos de Caleb, hijo de Jefone: Iru, Ela y Naam. El hijo de Ela: Cenaz.

16 Los hijos de Jehalelel: Zif, Zifa, Tiria y Asarel.

17 Los hijos de Esdras: Jeter, Mered, Efer y Jalón; y la mujer de Mered dio a luz a Miriam, a Samai y a Isba, padre de Estemoa.

18 Su mujer, la judía, dio a luz a Jered, padre de Gedor, a Heber, padre de Soco, y a Jecutiel, padre de Zanoa. Estos son los hijos de Bitia, hija del faraón, que tomó Mered.

19 Los hijos de la mujer de Hodías, hermana de Naham, fueron los padres de Keila el garmita y de Estemoa el maacateo.

20 Los hijos de Simón: Amnón, Rina, Ben Hanán y Tilón. Los hijos de Isi: Zohet y Ben Zohet.

21 Los hijos de Sela, hijo de Judá: Er padre de Leca, Laada padre de Maresa, y las familias de la casa de los que trabajaban el lino fino, de la casa de Asbea;

22 y Joquim, y los hombres de Cozeba, y Joás, y Saraf, que tenían dominio en Moab, y Jasubilehem. Estos registros son antiguos.

23 Estos eran los alfareros y los habitantes de Netaim y Gedera; moraban allí con el rey para su trabajo.

24 Los hijos de Simeón: Nemuel, Jamín, Jarib, Zera, Saúl;

25 Su hijo Salum, su hijo Mibsam y su hijo Misma.

26 Los hijos de Misma: Hamuel su hijo, Zacur su hijo, Simei su hijo.

27 Simei tuvo dieciséis hijos y seis hijas; pero sus hermanos no tuvieron muchos hijos, y toda su familia no se multiplicó como los hijos de Judá.

28 Habitaban en Beerseba, Molada, Hazar-sual,

29 en Bilha, en Ezem, en Tolad,

30 en Betuel, en Horma, en Siclag,

31 en Bet Marcabot, Hazar Susim, en Bet Biri y en Saaraim. Estas fueron sus ciudades hasta el reinado de David.

32 Sus aldeas eran Etam, Ain, Rimón, Toquén y Asán, cinco ciudades;

33 y todas sus aldeas que estaban alrededor de las mismas ciudades, hasta Baal. Estos fueron sus asentamientos, y conservaron su genealogía.

34 Mesobab, Jamlec, Josías hijo de Amasías,

35 Joel, Jehú hijo de Josibías, hijo de Seraías, hijo de Asiel,

36 Elioenai, Jaacoba, Jesohaía, Asaías, Adiel, Jesimiel, Benaía,

37 y Ziza hijo de Sifi, hijo de Alón, hijo de Jedaías, hijo de Simri, hijo de Semaías:

38 estos mencionados por su nombre eran príncipes en sus familias. Las casas de sus padres aumentaron mucho.

39 Fueron a la entrada de Gedor, al lado oriental del valle, para buscar pastos para sus rebaños.

40 Encontraron ricos y buenos pastos, y la tierra era amplia, tranquila y apacible, porque los que vivían allí antes eran descendientes de Cam.

41 Estos inscritos por sus nombres vinieron en los días de Ezequías, rey de Judá, y atacaron sus tiendas y a los meunitas que allí se encontraban, y los destruyeron por completo hasta el día de hoy, y habitaron en su lugar, porque allí había pastos para sus rebaños.

42 Algunos de ellos, de los hijos de Simeón, quinientos hombres, fueron al monte de Seir, teniendo por capitanes a Pelatías, Nearías, Refaías y Uziel, hijos de Isi.

43 Destruyeron al resto de los amalecitas que escaparon, y han habitado allí hasta el día de hoy.

Capítulo 5

1 Los hijos de Rubén, primogénito de Israel (pues él era el primogénito, pero por haber profanado el lecho de su padre, su primogenitura fue entregada a los hijos de José, hijo de Israel; y la genealogía no debe enumerarse según la primogenitura.

2 Porque Judá prevaleció sobre sus hermanos, y de él salió el príncipe; pero la primogenitura fue de José):

3 los hijos de Rubén, primogénito de Israel: Hanoc, Falú, Hezrón y Carmi.

4 Los hijos de Joel: Semaías su hijo, Gog su hijo, Simei su hijo,

5 Miqueas su hijo, Reaías su hijo, Baal su hijo,

6 y Beera su hijo, a quien Tiglat Pileser, rey de Asiria, llevó cautivo. Era príncipe de los rubenitas.

7 Sus hermanos por sus familias, cuando se enumeró la genealogía de sus generaciones: el jefe, Jeiel, y Zacarías,

8 y Bela hijo de Azaz, hijo de Sema, hijo de Joel, que habitaba en Aroer, hasta Nebo y Baal Meón;

9 y habitaba hacia el este hasta la entrada del desierto desde el río Éufrates, porque sus ganados se multiplicaban en la tierra de Galaad.

10 En los días de Saúl, hicieron la guerra a los agarenos, que cayeron por su mano, y habitaron en sus tiendas por toda la tierra al este de Galaad.

11 Los hijos de Gad habitaron junto a ellos en la tierra de Basán hasta Salcá:

12 Joel el principal, Safam el segundo, Janai y Safat en Basán.

13 Sus hermanos de las casas paternas: Miguel, Mesulam, Seba, Jorai, Jacán, Zía y Heber, siete.

14 Estos fueron los hijos de Abihail, hijo de Huri, hijo de Jaroa, hijo de Galaad, hijo de Micael, hijo de Jesisai, hijo de Jahdo, hijo de Buz;

15 Ahí hijo de Abdiel, hijo de Guni, jefe de las casas de sus padres.

16 Habitaban en Galaad, en Basán, y en sus ciudades, y en todas las tierras de pastoreo de Sarón hasta sus fronteras.

17 Todos estos fueron enumerados por genealogías en los días de Jotam, rey de Judá, y en los días de Jeroboam, rey de Israel.

18 Los hijos de Rubén, los gaditas y la media tribu de Manasés, de hombres valientes, capaces de llevar broquel y espada, de disparar con arco y hábiles en la guerra, eran cuarenta y cuatro mil setecientos sesenta que podían salir a la guerra.

19 Hicieron la guerra a los agarenos, a Jetur, a Nafis y a Nodab.

20 Fueron ayudados contra ellos, y los agarenos fueron entregados en su mano, y todos los que estaban con ellos; porque clamaron a Dios en la batalla, y él les respondió porque pusieron su confianza en él.

21 Les quitaron el ganado: de sus camellos cincuenta mil, de las ovejas doscientas cincuenta mil, de los asnos dos mil y de los hombres cien mil.

22 Porque muchos cayeron muertos, porque la guerra era de Dios. Habitaron en su lugar hasta el cautiverio.

23 Los hijos de la media tribu de Manasés habitaron en la tierra. Se multiplicaron desde Basán hasta Baal Hermón, Senir y el monte Hermón.

24 Estos eran los jefes de las casas de sus padres: Efer, Isi, Eliel, Azriel, Jeremías, Hodavías y Jahdiel: hombres valientes y famosos, jefes de sus casas paternas.

25 Se rebelaron contra el Dios de sus padres y se prostituyeron en pos de los dioses de los pueblos de la tierra que Dios había destruido antes que ellos.

26 Entonces el Dios de Israel despertó el espíritu de Pul, rey de Asiria, y el espíritu de Tiglat Pileser, rey de Asiria, y se llevó a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés, y los llevó a Halah, Habor, Hara y al río de Gozán, hasta el día de hoy.

Capítulo 6

1 Los hijos de Leví: Gersón, Coat y Merari.

2 Los hijos de Coat: Amram, Izhar, Hebrón y Uziel.

3 Los hijos de Amram: Aarón, Moisés y Miriam. Los hijos de Aarón: Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar.

4 Eleazar engendró a Finees, Finees engendró a Abisúa,

5 Abisúa engendró a Buqui, Buqui engendró a Uzi,

6 Uzi engendró a Zeraías, Zeraías engendró a Meraiot,

7 Meraiot engendró a Amarías, Amarías engendró a Ahitob,

8 Ahitob engendró a Sadoc, Sadoc engendró a Ahimaas,

9 Ahimaas engendró a Azarías, Azarías engendró a Johanán,

10 Johanán engendró a Azarías, quien ejerció el oficio de sacerdote en la casa que Salomón construyó en Jerusalén.

11 Azarías engendró a Amarías, Amarías engendró a Ahitob,

12 Ahitob engendró a Sadoc, Sadoc engendró a Salum,

13 Salum engendró a Hilcías, Hilcías engendró a Azarías,

14 Azarías engendró a Seraías, Seraías engendró a Josadac.

15 Josadac fue al cautiverio cuando Yahvé se llevó a Judá y a Jerusalén por mano de Nabucodonosor.

16 Los hijos de Leví: Gersón, Coat y Merari.

17 Estos son los nombres de los hijos de Gersón: Libni y Simei.

18 Los hijos de Coat fueron Amram, Izhar, Hebrón y Uziel.

19 Los hijos de Merari: Mahli y Musi. Estas son las familias de los levitas según las familias de sus padres.

20 De Gersón: Libni su hijo, Jahat su hijo, Zima su hijo,

21 Joah su hijo, Iddo su hijo, Zera su hijo y Jeaterai su hijo.

22 Los hijos de Coat: Aminadab su hijo, Coré su hijo, Asir su hijo,

23 Elcaná su hijo, Ebiasaf su hijo, Asir su hijo,

24 Tahat su hijo, Uriel su hijo, Uzías su hijo y Saúl su hijo.

25 Los hijos de Elcaná: Amasai y Ahimot.

26 En cuanto a Elcaná, los hijos de Elcaná: Zofai su hijo, Nahat su hijo,

27 Eliab su hijo, Jeroham su hijo, y Elcaná su hijo.

28 Los hijos de Samuel: el primogénito, Joel, y el segundo, Abías.

29 Los hijos de Merari: Mahli, Libni su hijo, Simei su hijo, Uza su hijo,

30 Simea su hijo, Haguía su hijo, Asaías su hijo.

31 Estos son los que David puso al frente del servicio del canto en la casa de Yahvé, después de que el arca vino a descansar allí.

32 Ellos ministraron con el canto ante el tabernáculo de la Tienda de Reunión hasta que Salomón edificó la casa de Yahvé en Jerusalén. Desempeñaron los deberes de su cargo según su orden.

33 Estos son los que servían, y sus hijos. De los hijos de los coatitas: Hemán el cantor, hijo de Joel, hijo de Samuel,

34 hijo de Elcaná, hijo de Jeroham, hijo de Eliel, hijo de Toah,

35 hijo de Zuf, hijo de Elcaná, hijo de Mahat, hijo de Amasai,

36 hijo de Elcaná, hijo de Joel, hijo de Azarías, hijo de Sofonías,

37 hijo de Tahat, hijo de Asir, hijo de Ebiasaf, hijo de Coré,

38 hijo de Izhar, hijo de Coat, hijo de Leví, hijo de Israel.

39 Su hermano Asaf, que estaba a su derecha, Asaf hijo de Berequías, hijo de Simea,

40 hijo de Micael, hijo de Baasías, hijo de Malquías,

41 hijo de Etni, hijo de Zera, hijo de Adaías,

42 hijo de Etán, hijo de Zima, hijo de Simei,

43 hijo de Jahat, hijo de Gersón, hijo de Leví.

44 A la izquierda sus hermanos los hijos de Merari: Etán hijo de Quisi, hijo de Abdi, hijo de Maluc,

45 hijo de Hasabías, hijo de Amasías, hijo de Hilcías,

46 hijo de Amsi, hijo de Bani, hijo de Semer,

47 hijo de Mahli, hijo de Musi, hijo de Merari, hijo de Leví.

48 Sus hermanos los levitas fueron designados para todo el servicio del tabernáculo de la casa de Dios.

49 Pero Aarón y sus hijos ofrecían en el altar de los holocaustos y en el altar del incienso, para toda la obra del lugar santísimo y para hacer la expiación por Israel, conforme a todo lo que había mandado Moisés, siervo de Dios.

50 Estos son los hijos de Aarón: Eleazar su hijo, Finees su hijo, Abisúa su hijo,

51 Buqui su hijo, Uzi su hijo, Zeraías su hijo,

52 Meraiot su hijo, Amarías su hijo, Ahitob su hijo,

53 Sadoc su hijo, y Ahimaas su hijo.

54 Estos son sus lugares de residencia según sus campamentos en sus fronteras: a los hijos de Aarón, de las familias de los coatitas (porque la suya fue la primera suerte),

55 les dieron Hebrón en la tierra de Judá, y sus tierras de pastoreo alrededor de ella;

56 pero los campos de la ciudad y sus aldeas, se los dieron a Caleb hijo de Jefone.

57 A los hijos de Aarón les dieron las ciudades de refugio, Hebrón, Libna con sus tierras de pastoreo, Jatir, Estemoa con sus tierras de pastoreo,

58 Hilén con sus tierras de pastoreo, Debir con sus tierras de pastoreo,

59 Asán con sus tierras de pastoreo y Bet Semes con sus tierras de pastoreo;

60 y de la tribu de Benjamín, Geba con sus tierras de pastoreo, Alemet con sus tierras de pastoreo y Anatot con sus tierras de pastoreo. Todas las ciudades de sus familias eran trece ciudades.

61 A los demás hijos de Coat se les dio por sorteo, de la familia de la tribu, de la media tribu, la mitad de Manasés, diez ciudades.

62 A los hijos de Gersón, según sus familias, de la tribu de Isacar, de la tribu de Aser, de la tribu de Neftalí y de la tribu de Manasés en Basán, trece ciudades.

63 A los hijos de Merari se les dio por sorteo, según sus familias, de la tribu de Rubén, de la tribu de Gad y de la tribu de Zabulón, doce ciudades.

64 Los hijos de Israel dieron a los levitas las ciudades con sus tierras de pastoreo.

65 De la tribu de los hijos de Judá, de la tribu de los hijos de Simeón y de la tribu de los hijos de Benjamín, dieron por sorteo estas ciudades que se mencionan por su nombre.

66 Algunas de las familias de los hijos de Coat tenían ciudades de sus fronteras fuera de la tribu de Efraín.

67 Les dieron las ciudades de refugio, Siquem en la región montañosa de Efraín con sus tierras de pastoreo y Gezer con sus tierras de pastoreo,

68 Jocmeam con sus tierras de pastoreo, Bet Horón con sus tierras de pastoreo,

69 Ajalón con sus tierras de pastoreo, Gat Rimón con sus tierras de pastoreo;

70 y de la media tribu de Manasés, Aner con sus tierras de pastoreo y Bileam con sus tierras de pastoreo, para el resto de la familia de los hijos de Coat.

71 A los hijos de Gersón se les dio, de la familia de la media tribu de Manasés, Golán en Basán con sus tierras de pastoreo, y Astarot con sus tierras de pastoreo;

72 y de la tribu de Isacar, Cedes con sus tierras de pastoreo, Daberat con sus tierras de pastoreo,

73 Ramot con sus tierras de pastoreo, y Anem con sus tierras de pastoreo;

74 y de la tribu de Aser, Masal con sus tierras de pastoreo, Abdón con sus tierras de pastoreo,

75 Hucoc con sus tierras de pastoreo, y Rehob con sus tierras de pastoreo;

76 y de la tribu de Neftalí, Cedes en Galilea con sus tierras de pastoreo, Hamón con sus tierras de pastoreo, y Quiriatáim con sus tierras de pastoreo.

77 Al resto de los levitas, hijos de Merari, se les dio, de la tribu de Zabulón, Rimón con sus tierras de pastoreo, y Tabor con sus tierras de pastoreo;

78 y al otro lado del Jordán, en Jericó, al lado oriental del Jordán, se les dio de la tribu de Rubén: Beser en el desierto con sus tierras de pastoreo, Jahaza con sus tierras de pastoreo,

79 Cedemot con sus tierras de pastoreo y Mefaat con sus tierras de pastoreo;

80 y de la tribu de Gad, Ramot en Galaad con sus tierras de pastoreo, Mahanaim con sus tierras de pastoreo,

81 Hesbón con sus tierras de pastoreo y Jazer con sus tierras de pastoreo.

Capítulo 7

1 De los hijos de Isacar: Tola, Fúa, Jasub y Simrón, cuatro.

2 Los hijos de Tola: Uzi, Refaías, Jeriel, Jahmai, Ibsam y Semuel, jefes de las casas paternas de Tola; hombres valientes en sus generaciones. Su número en los días de David era de veintidós mil seiscientos.

3 El hijo de Uzi: Izrahías. Los hijos de Izrahías: Miguel, Obadías, Joel e Isías, cinco; todos ellos hombres principales.

4 Con ellos, por sus generaciones, según las casas de sus padres, había grupos del ejército para la guerra, treinta y seis mil; porque tenían muchas mujeres e hijos.

5 Sus hermanos de todas las familias de Isacar, hombres valientes, enumerados en su totalidad por genealogía, eran ochenta y siete mil.

6 Los hijos de Benjamín: Bela, Bequer y Jediael, tres.

7 Los hijos de Bela: Ezbón, Uzi, Uziel, Jerimot e Iri, cinco; jefes de familia, hombres valientes; y fueron enumerados por genealogía veintidós mil treinta y cuatro.

8 Los hijos de Bequer: Zemira, Joás, Eliezer, Elioenai, Omri, Jeremot, Abías, Anatot y Alemet. Todos estos fueron los hijos de Bequer.

9 Fueron listados por genealogía, según sus generaciones, jefes de las casas de sus padres, hombres valientes, veinte mil doscientos.

10 El hijo de Jediael: Bilhán. Los hijos de Bilhán: Jeús, Benjamín, Aod, Quenaaná, Zetán, Tarsis y Ahisahar.

11 Todos estos fueron hijos de Jediael, según los jefes de familia de sus padres, hombres valientes, diecisiete mil doscientos, capaces de salir en el ejército para la guerra.

12 También estaban Supim, Hupim, los hijos de Ir, Husim y los hijos de Aher.

13 Los hijos de Neftalí: Jahzeel, Guni, Jezer, Salum y los hijos de Bilhá.

14 Los hijos de Manasés: Asriel, a quien dio a luz su concubina la aramea. Ella dio a luz a Maquir, padre de Galaad.

15 Maquir tomó una mujer de Hupim y Supim, cuya hermana se llamaba Maaca. El nombre de la segunda era Zelofehad; y Zelofehad tuvo hijas.

16 Maaca, la mujer de Maquir, dio a luz un hijo, al que llamó Peres. El nombre de su hermano fue Seres, y sus hijos fueron Ulam y Requem.

17 El hijo de Ulam: Bedán. Estos fueron los hijos de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés.

18 Su hermana Hamolequet dio a luz a Isod, Abiezer y Mahala.

19 Los hijos de Semida fueron Ahián, Siquem, Likhi y Aniam.

20 Los hijos de Efraín: Sutela, Bered su hijo, Tahat su hijo, Eleada su hijo, Tahat su hijo,

21 Zabad su hijo, Sutela su hijo, Ezer y Elead, a quienes mataron los hombres de Gat que habían nacido en el país, porque bajaron a quitarles el ganado.

22 Efraín, su padre, estuvo de luto muchos días, y sus hermanos fueron a consolarlo.

23 Se acercó a su mujer, y ella concibió y dio a luz un hijo, al que puso el nombre de Beriá, porque había problemas en su casa.

24 Su hija fue Seera, que construyó Bet Horón la de abajo y la de arriba, y Uzen Seera.

25 Su hijo fue Refa, su hijo Resef, su hijo Tela, su hijo Tahán,

26 Su hijo Ladán, su hijo Amiud, su hijo Elisama,

27 Su hijo Nun, y su hijo Josué.

28 Sus posesiones y asentamientos fueron Betel y sus aldeas, al este Naarán, y al oeste Gezer con sus aldeas; también Siquem y sus aldeas, hasta Gaza y sus aldeas;

29 y por los límites de los hijos de Manasés, Bet Seán y sus aldeas, Taanac y sus aldeas, Meguido y sus aldeas, y Dor y sus aldeas. En ellas habitaron los hijos de José, hijo de Israel.

30 Los hijos de Aser: Imna, Isúa, Isúi y Beriá. Sera era su hermana.

31 Los hijos de Beriá: Heber y Malquiel, que fue el padre de Birzait.

32 Heber engendró a Jaflet, a Somer, a Hotam y a su hermana Súa.

33 Los hijos de Jaflet: Pasac, Bimhal y Asvat. Estos son los hijos de Jaflet.

34 Los hijos de Semer: Ahí, Rohga, Jehubá y Aram.

35 Los hijos de Helem, su hermano: Zofa, Imna, Seles y Amal.

36 Los hijos de Zofa: Súa, Harnefer, Sual, Beri, Imra,

37 Beser, Hod, Sama, Silsa, Itrán y Beera.

38 Los hijos de Jeter: Jefone, Pispa y Ara.

39 Los hijos de Ula: Ara, Haniel y Rizia.

40 Todos estos fueron los hijos de Aser, jefes de las casas paternas, hombres selectos y valientes, jefes de los príncipes. El número de ellos inscritos por genealogía para el servicio en la guerra era de veintiséis mil hombres.

Capítulo 8

1 Benjamín engendró a Bela, su primogénito; Asbel, el segundo; Ahara, el tercero;

2 Noha, el cuarto, y Rafa, el quinto.

3 Bela tuvo hijos: Adar, Gera, Abiud,

4 Abisúa, Naamán, Ahoá,

5 Gera, Sefufán y Huram.

6 Estos son los hijos de Aod. Estos son los jefes de familia de los habitantes de Geba, que fueron llevados cautivos a Manahat:

7 Naamán, Ahías y Gera, que los llevó cautivos; y engendró a Uza y a Ahiud.

8 Saharaim engendró hijos en el campo de Moab, después de haber despedido a sus mujeres. Husim y Baara fueron sus mujeres.

9 De Hodes, su mujer, engendró a Jobab, Zibia, Mesa, Malcam,

10 Jeúz, Saquía y Mirma. Estos fueron sus hijos, jefes de familia de sus padres.

11 Por Husim engendró a Abitub y a Elpaal.

12 Los hijos de Elpaal: Heber, Misam y Semed, que edificaron Ono y Lod, con sus ciudades;

13 y Beriá y Sema, que fueron jefes de familia de los habitantes de Ajalón, que pusieron en fuga a los habitantes de Gat;

14 y Ahío, Sasac, Jeremot,

15 Zebadías, Arad, Eder,

16 Miguel, Ispa, Joha, hijos de Beriá,

17 Zebadías, Mesulam, Hizqui, Heber,

18 Ismerai, Izlía, Jobab, hijos de Elpaal,

19 Jaquim, Zicri, Zabdi,

20 Elienai, Ziletai, Eliel,

21 Adaías, Beraías, Simrat, los hijos de Simei,

22 Ispán, Heber, Eliel,

23 Abdón, Zicri, Hanán,

24 Hananías, Elam, Anatotías,

25 Ifdeías, Penuel, los hijos de Sasac,

26 Samserai, Searías, Atalías,

27 Jaresías, Elías, Zicri, y los hijos de Jeroham.

28 Estos eran jefes de familia por sus generaciones, hombres principales. Estos habitaban en Jerusalén.

29 El padre de Gabaón, cuya mujer se llamaba Maaca, habitaba en Gabaón

30 con su hijo primogénito Abdón, Zur, Cis, Baal, Nadab,

31 Gedor, Ahío, Zequer,

32 y Miclot, que engendró a Simea. También habitaban con sus familias en Jerusalén, cerca de sus parientes.

33 Ner engendró a Cis. Cis engendró a Saúl. Saúl engendró a Jonatán, Malquisúa, Abinadab y Esbaal.

34 El hijo de Jonatán fue Merib-baal. Merib-baal engendró a Miqueas.

35 Los hijos de Miqueas: Pitón, Melec, Tarea y Acaz.

36 Acaz engendró a Joada. Y Joada engendró a Alemet, Azmavet y Zimri. Zimri engendró a Moza.

37 Moza engendró a Binea. Rafa fue su hijo, Elasa su hijo, y Azel su hijo.

38 Azel tuvo seis hijos, cuyos nombres son estos: Azricam, Bocru, Ismael, Searías, Abdías y Hanán. Todos estos fueron hijos de Azel.

39 Los hijos de su hermano Esec: Ulam su primogénito, Jeús el segundo y Elifelet el tercero.

40 Los hijos de Ulam fueron hombres valientes, arqueros, y tuvieron muchos hijos y nietos, ciento cincuenta. Todos ellos eran de los hijos de Benjamín.

Capítulo 9

1 Así que todo Israel fue enumerado por genealogías; y he aquí que están escritas en el libro de los reyes de Israel. Judá fue llevado cautivo a Babilonia por su desobediencia.

2 Los primeros habitantes que vivían en sus posesiones, en sus ciudades, eran los israelitas, los sacerdotes, los levitas y los sirvientes del templo.

3 En Jerusalén vivían de los hijos de Judá, de los hijos de Benjamín y de los hijos de Efraín y Manasés:

4 Utai hijo de Amiud, hijo de Omri, hijo de Imri, hijo de Bani, de los hijos de Fares hijo de Judá.

5 De los silonitas: Asaías el primogénito y sus hijos.

6 De los hijos de Zera: Jeuel y sus hermanos, seiscientos noventa.

7 De los hijos de Benjamín: Salú, hijo de Mesulam, hijo de Hodavías, hijo de Hasenúa;

8 e Ibneías, hijo de Jeroham, y Ela, hijo de Uzi, hijo de Micri; y Mesulam, hijo de Sefatías, hijo de Reuel, hijo de Ibnía;

9 y sus hermanos, según sus generaciones, novecientos cincuenta y seis. Todos estos hombres eran jefes de familia por las casas de sus padres.

10 De los sacerdotes: Jedaías, Joiarib, Jacín,

11 y Azarías hijo de Hilcías, hijo de Mesulam, hijo de Sadoc, hijo de Meraiot, hijo de Ahitob, jefe de la casa de Dios;

12 y Adaías hijo de Jeroham, hijo de Pasur, hijo de Malquías y Masai hijo de Adiel, hijo de Jazera, hijo de Mesulam, hijo de Mesilemit, hijo de Imer;

13 y sus hermanos, jefes de las casas de sus padres, mil setecientos sesenta; eran hombres muy capaces para la obra del servicio de la casa de Dios.

14 De los levitas: Semaías hijo de Hasub, hijo de Azricam, hijo de Hasabías, de los hijos de Merari;

15 y Bacbacar, Heres, Galal y Matanías hijo de Mica, hijo de Zicri, hijo de Asaf,

16 y Abdías hijo de Semaías, hijo de Galal, hijo de Jedutún; y Berequías hijo de Asa, hijo de Elcaná, que vivían en las aldeas de los netofatitas.

17 Los porteros: Salum, Acub, Talmón, Ahimán y sus hermanos (Salum era el jefe),

18 que antes servían en la puerta del rey hacia el este. Eran los porteros del campamento de los hijos de Leví.

19 Salum era hijo de Coré, hijo de Ebiasaf, hijo de Coré, y sus hermanos, de la casa de su padre, los coreítas, estaban a cargo del trabajo del servicio, guardianes de los umbrales de la tienda. Sus padres habían estado sobre el campamento de Yahvé, guardianes de la entrada.

20 Finees, hijo de Eleazar, era el jefe de ellos en el pasado, y el Señor estaba con él.

21 Zacarías, hijo de Meselemías, era el guardián de la puerta de la Tienda de Reunión.

22 Todos estos que fueron elegidos para ser porteros en los umbrales fueron doscientos doce. Estos fueron listados por genealogía en sus pueblos, a quienes David y Samuel el vidente ordenaron en su cargo de confianza.

23 Ellos y sus hijos tenían la vigilancia de las puertas de la casa de Yahvé, la casa de la tienda, como guardianes.

24 En los cuatro lados estaban los guardianes de las puertas, hacia el este, el oeste, el norte y el sur.

25 Sus hermanos, en sus aldeas, debían entrar cada siete días para estar con ellos,

26 porque los cuatro principales porteros, que eran levitas, tenían un cargo de confianza y estaban a cargo de las habitaciones y de los tesoros en la casa de Dios.

27 Ellos permanecían alrededor de la casa de Dios, porque ese era su deber; y era su deber abrirla de mañana en mañana.

28 Algunos de ellos estaban a cargo de los utensilios del servicio, pues estos se traían por cuenta, y estos se sacaban por cuenta.

29 Algunos de ellos también estaban encargados de los muebles y de todos los utensilios del santuario, de la harina fina, del vino, del aceite, del incienso y de las especias.

30 Algunos de los hijos de los sacerdotes preparaban la mezcla de las especias.

31 Matatías, uno de los levitas, que era primogénito de Salum el coreíta, tenía el cargo de confianza sobre las cosas que se cocían en las sartenes.

32 Algunos de sus hermanos, de los hijos de los coatitas, estaban sobre los panes de la proposición, para prepararlos cada sábado.

33 Estos son los cantores, jefes de familia de los levitas, que vivían en las habitaciones y estaban libres de cualquier otro servicio, pues se empleaban en su trabajo de día y de noche.

34 Estos eran jefes de familia de los levitas, por sus generaciones, hombres principales. Vivían en Jerusalén.

35 Jeiel, padre de Gabaón, cuya mujer se llamaba Maaca, vivía en Gabaón.

36 Su hijo primogénito fue Abdón, luego Zur, Cis, Baal, Ner, Nadab,

37 Gedor, Ahío, Zacarías y Miclot.

38 Miclot engendró a Simeam. Ellos también vivieron con sus parientes en Jerusalén, cerca de sus parientes.

39 Ner engendró a Cis. Cis engendró a Saúl. Saúl engendró a Jonatán, Malquisúa, Abinadab y Esbaal.

40 El hijo de Jonatán fue Merib-baal. Merib-baal engendró a Miqueas.

41 Los hijos de Miqueas: Pitón, Melec, Tarea y Acaz.

42 Acaz engendró a Jara. Jara engendró a Alemet, Azmavet y Zimri. Zimri engendró a Moza.

43 Moza engendró a Binea, a su hijo Refaías, a su hijo Eleasá y a su hijo Azel.

44 Azel tuvo seis hijos, cuyos nombres son Azricam, Bocru, Ismael, Searías, Abdías y Hanán. Estos fueron los hijos de Azel.

Capítulo 10

1 Los filisteos lucharon contra Israel, y los hombres de Israel huyeron de la presencia de los filisteos y cayeron muertos en el monte Gilboa.

2 Los filisteos siguieron con fuerza a Saúl y a sus hijos, y los filisteos mataron a Jonatán, a Abinadab y a Malquisúa, hijos de Saúl.

3 La batalla fue dura contra Saúl, y los arqueros lo alcanzaron; y él estaba angustiado a causa de los arqueros.

4 Entonces Saúl le dijo a su escudero: «Saca tu espada y traspásame con ella, no sea que estos incircuncisos vengan a abusar de mí.» Pero su escudero no quiso, porque estaba aterrorizado. Entonces Saúl tomó su espada y se echó sobre ella.

5 Cuando su escudero vio que Saúl estaba muerto, él también se echó sobre su espada y murió.

6 Así murió Saúl con sus tres hijos, y toda su casa murió junta.

7 Cuando todos los hombres de Israel que estaban en el valle vieron que huían, y que Saúl y sus hijos estaban muertos, abandonaron sus ciudades y huyeron, y los filisteos vinieron y habitaron en ellas.

8 Al día siguiente, cuando los filisteos fueron a despojar a los muertos, encontraron a Saúl y a sus hijos caídos en el monte Gilboa.

9 Lo despojaron y tomaron su cabeza y su armadura, y luego enviaron mensajeros por toda la tierra de los filisteos para llevar la noticia a sus ídolos y al pueblo.

10 Pusieron su armadura en la casa de sus dioses, y fijaron su cabeza en la casa de Dagón.

11 Cuando todo Jabes de Galaad se enteró de todo lo que los filisteos le habían hecho a Saúl,

12 todos los hombres valientes se levantaron y se llevaron el cuerpo de Saúl y los cuerpos de sus hijos, y los llevaron a Jabes, y enterraron sus huesos bajo la encina en Jabes, y ayunaron siete días.

13 Así pues, Saúl murió por la prevaricación que cometió contra Yahvé, a causa de la palabra de Yahvé, que no guardó, y también porque consultó a una pitonisa para pedir consejo,

14 y no consultó a Yahvé. Por eso lo mató, y entregó el reino a David, hijo de Jesé.

Capítulo 11

1 Entonces todo Israel se reunió con David en Hebrón, diciendo: "He aquí que somos tu hueso y tu carne.

2 En tiempos pasados, cuando Saúl era rey, fuiste tú quien dirigía a Israel en la batalla. El Señor, tu Dios, te dijo: 'Tú serás el pastor de mi pueblo Israel, y tú serás el príncipe de mi pueblo Israel'."

3 Así que todos los ancianos de Israel vinieron a ver al rey a Hebrón, y David hizo un pacto con ellos en Hebrón ante Yahvé. Ungieron a David como rey de Israel, según la palabra de Yahvé por medio de Samuel.

4 David y todo Israel se dirigieron a Jerusalén (también llamada Jebús), y los jebuseos, habitantes de la tierra, estaban allí.

5 Los habitantes de Jebús dijeron a David: «¡No entrarás aquí!» Sin embargo, David tomó la fortaleza de Sión, la cual es la ciudad de David.

6 David había dicho: «El que ataque primero a los jebuseos será jefe y capitán.» Joab, hijo de Sarvia, subió primero y fue nombrado jefe.

7 David vivía en la fortaleza; por eso la llamaban la ciudad de David.

8 Él edificó la ciudad por todas partes, desde Milo hasta los alrededores; y Joab reparó el resto de la ciudad.

9 David se hacía cada vez más grande, porque el Señor de los Ejércitos estaba con él.

10 Estos son los principales de los valientes que tenía David, que se mostraron fuertes con él en su reino, junto con todo Israel, para hacerlo rey, según la palabra de Yahvé sobre Israel.

11 Este es el número de los valientes que tenía David: Jasobeam, hijo de un hacmonita, jefe de los treinta; alzó su lanza contra trescientos y los mató a la vez.

12 Después de él estaba Eleazar, hijo de Dodo, ahohíta, que era uno de los tres valientes.

13 Estaba con David en Pasdamim, y allí se reunieron los filisteos para combatir, donde había un terreno lleno de cebada; y el pueblo huyó de delante de los filisteos.

14 Se pusieron en medio de la parcela, la defendieron y mataron a los filisteos; y el Señor los salvó con una gran victoria.

15 Tres de los treinta jefes bajaron a la peña a David, a la cueva de Adulam; y el ejército de los filisteos estaba acampado en el valle de Refaim.

16 David estaba entonces en la fortaleza, y la guarnición de los filisteos estaba en Belén en ese momento.

17 David anheló y dijo: «¡Oh, quién me diera de beber agua del pozo de Belén, que está junto a la puerta!»

18 Los tres atravesaron el campamento de los filisteos y sacaron agua del pozo de Belén que estaba junto a la puerta, la tomaron y se la llevaron a David; pero este no quiso beberla, sino que la derramó como libación a Yahvé,

19 y dijo: «¡Mi Dios me guarde de hacer tal cosa! ¿He de beber la sangre de estos hombres que han puesto su vida en peligro?» Pues arriesgaron sus vidas para traerla. Por eso no quiso beberla. Los tres hombres valientes hicieron estas cosas.

20 Abisai, hermano de Joab, era el jefe de los tres, pues levantó su lanza contra trescientos y los mató, y ganó renombre entre los tres.

21 De los tres, él era el más ilustre de los dos, y fue nombrado su capitán; sin embargo, no fue incluido entre los tres primeros.

22 Benaía, hijo de Joiada, hijo de un valiente de Cabseel, de grandes hazañas, mató a los dos hijos de Ariel de Moab. También bajó y mató a un león en medio de un foso en un día de nieve.

23 Mató a un egipcio, un hombre de gran estatura, de cinco codos de altura. En la mano del egipcio había una lanza como el rodillo de un telar; y él bajó hacia él con un bastón, arrancó la lanza de la mano del egipcio y lo mató con su propia lanza.

24 Benaía, hijo de Joiada, hizo estas cosas y ganó renombre entre los tres valientes.

25 Era más ilustre que los treinta, pero no igualó a los tres primeros; y David lo puso al frente de su guardia personal.

26 Entre los valientes de los ejércitos se encuentran también Asael hermano de Joab, Elhanán hijo de Dodo de Belén,

27 Samot harorita, Heles pelonita,

28 Ira hijo de Iques tecoíta, Abiezer anatotita,

29 Sibecai husatita, Ilai ahohíta,

30 Maharai netofatita, Heled hijo de Baana netofatita,

31 Itai hijo de Ribai de Gabaa de los hijos de Benjamín, Benaía el piratonita,

32 Hurai de los arroyos de Gaas, Abiel el arbateo,

33 Azmavet el baharumita, Eliaba el saalbonita,

34 los hijos de Hasem el gizonita, Jonatán hijo de Sage el ararita,

35 Ahíam hijo de Sacar el ararita, Elifal hijo de Ur,

36 Hefer el mequeratita, Ahías el pelonita,

37 Hezro el carmelita, Naarai el hijo de Ezbai,

38 Joel el hermano de Natán, Mibhar el hijo de Hagri,

39 Selec el amonita, Naharai el berotita (el escudero de Joab, hijo de Sarvia),

40 Ira el itrita, Gareb el itrita,

41 Urías el hitita, Zabad el hijo de Ahlai,

42 Adina el hijo de Siza el rubenita (un jefe de los rubenitas), y treinta con él,

43 Hanán hijo de Maaca, Josafat mitnita,

44 Uzías asterita, Sama y Jeiel hijos de Hotam aroerita,

45 Jediael hijo de Simri, y Joha su hermano tizita,

46 Eliel mahavita, Jeribai y Josavías, hijos de Elnaam, e Itma moabita,

47 Eliel, Obed y Jaasiel mezobaíta.

Capítulo 12

1 Estos son los que vinieron a David a Siclag cuando estaba fugitivo de Saúl, hijo de Cis. Estaban entre los hombres valientes, sus ayudantes en la guerra.

2 Estaban armados con arcos, y podían usar tanto la mano derecha como la izquierda para lanzar piedras y tirar flechas con el arco. Eran de los parientes de Saúl de la tribu de Benjamín.

3 El jefe era Ahiezer, luego Joás, hijos de Semaá el gabaatita; Jeziel y Pelet, hijos de Azmavet; Beraca; Jehú el anatotita;

4 Ismaías el gabaonita, hombre poderoso entre los treinta y jefe de los treinta; Jeremías; Jahaziel; Johanán; Jozabad el gederatita;

5 Eluzai; Jerimot; Bealías; Semarías; Sefatías el harufita;

6 Elcaná, Isías, Azarel, Joezer y Jasobeam, los coreítas;

7 y Joela y Zebadías, hijos de Jeroham de Gedor.

8 Algunos gaditas se unieron a David en la fortaleza del desierto, hombres valientes y entrenados para la guerra, que sabían manejar el escudo y la lanza; sus rostros eran como los de los leones, y eran tan veloces como las gacelas de los montes:

9 Ezer, el principal; Abdías, el segundo; Eliab, el tercero;

10 Mismana, el cuarto; Jeremías, el quinto;

11 Atai, el sexto; Eliel, el séptimo;

12 Johanán, el octavo; Elzabad, el noveno;

13 Jeremías, el décimo; y Macbanai, el undécimo.

14 Estos de los hijos de Gad eran capitanes del ejército. El menor era igual a cien, y el mayor a mil.

15 Estos son los que pasaron el Jordán en el primer mes, cuando se desbordó por
todas sus orillas; y pusieron en fuga a todos los que vivían en los valles, tanto hacia
el oriente como hacia el occidente.

16 Algunos de los hijos de Benjamín y de Judá vinieron a la fortaleza a David.

17 David salió a recibirlos y les respondió: «Si habéis venido pacíficamente a ayu-
darme, mi corazón se unirá a vosotros; pero si habéis venido a entregarme a mis
adversarios, ya que no hay mal en mis manos, que el Dios de nuestros padres lo
vea y lo juzgue.»

18 Entonces el Espíritu vino sobre Amasai, que era el jefe de los treinta, y dijo:
«Somos tuyos, David, y estamos contigo, hijo de Jesé. Paz, paz a ti, y paz a tus
ayudantes, porque tu Dios te ayuda.» Entonces David los recibió y los nombró
capitanes de la tropa.

19 Algunos de Manasés también se unieron a David cuando vino con los filisteos
contra Saúl a la batalla, pero no los ayudaron, pues los príncipes de los filisteos lo
despidieron después de consultarlo, diciendo: «Desertará con su amo Saúl con
peligro de nuestras cabezas.»

20 Cuando se dirigía a Siclag, se le unieron algunos de Manasés: Adnas, Jozabad,
Jediael, Miguel, Jozabad, Eliú y Ziletai, capitanes de millares que eran de Manasés.

21 Ellos ayudaron a David contra la banda de asaltantes, pues todos eran hom-
bres valientes y capitanes del ejército.

22 Porque de día en día venían hombres a ayudar a David, hasta que hubo un
gran ejército, como el ejército de Dios.

23 Estos son los números de los jefes de los que estaban armados para la guerra,
que vinieron a David a Hebrón para entregarle el reino de Saúl, según la palabra
de Yahvé.

24 Los hijos de Judá que llevaban escudo y lanza eran seis mil ochocientos, arma-
dos para la guerra.

25 De los hijos de Simeón, hombres valientes para la guerra: siete mil cien.

26 De los hijos de Leví, cuatro mil seiscientos.

27 Joiada era el jefe de la casa de Aarón, y con él había tres mil setecientos,

28 y Sadoc, joven valiente, y de la casa de su padre veintidós capitanes.

29 De los hijos de Benjamín, parientes de Saúl, tres mil, pues hasta entonces la mayor parte de ellos había mantenido su fidelidad a la casa de Saúl.

30 De los hijos de Efraín: veinte mil ochocientos, hombres valientes y famosos en las casas de sus padres.

31 De la media tribu de Manasés: dieciocho mil, que fueron designados por su nombre, para venir a hacer rey a David.

32 De los hijos de Isacar, hombres entendidos en los tiempos, para saber lo que debía hacer Israel, sus jefes eran doscientos; y todos sus hermanos estaban a sus órdenes.

33 De Zabulón, los que podían salir en el ejército, que podían preparar la batalla con toda clase de armas de guerra: cincuenta mil que sabían mantener filas y no tenían doblez de corazón.

34 De Neftalí: mil capitanes, y con ellos, con escudo y lanza, treinta y siete mil.

35 De los danitas que sabían prepararse para la batalla: veintiocho mil seiscientos.

36 De Aser, los que podían salir en el ejército, listos para la batalla: cuarenta mil.

37 Del otro lado del Jordán, de los rubenitas, gaditas y de la media tribu de Manasés, con toda clase de armas de guerra para la batalla: ciento veinte mil.

38 Todos estos eran hombres de guerra que sabían mantener la formación de la batalla, y vinieron con un corazón perfecto a Hebrón para hacer a David rey de todo Israel; y también todos los demás de Israel tenían un mismo corazón para hacer a David rey.

39 Estuvieron allí con David tres días, comiendo y bebiendo, pues sus hermanos les habían preparado provisiones.

40 Además, los que estaban cerca de ellos, y hasta Isacar, Zabulón y Neftalí, trajeron pan en asnos, en camellos, en mulos y en bueyes: provisiones de harina, tortas de higos, racimos de pasas, vino, aceite, ganado mayor y menor en abundancia; porque había alegría en Israel.

Capítulo 13

1 David consultó con los capitanes de millares y de centenas, y con todos los jefes.

2 David dijo a toda la asamblea de Israel: «Si os parece bien, y si es la voluntad de Yahvé nuestro Dios, mandemos a decir a nuestros hermanos que han quedado en toda la tierra de Israel, y a los sacerdotes y levitas que están en sus ciudades con tierras de pastoreo, que se reúnan con nosotros.

3 Además, traigamos de nuevo el arca de nuestro Dios, pues no la buscamos en los días de Saúl.»

4 Toda la asamblea dijo que lo harían, porque la propuesta era justa a los ojos de todo el pueblo.

5 Entonces David reunió a todo Israel, desde el río Sihor de Egipto hasta la entrada de Hamat, para traer el arca de Dios desde Quiriat Jearim.

6 David subió con todo Israel a Baalá, es decir, a Quiriat Jearim, que pertenecía a Judá, para hacer subir desde allí el arca de Dios que se asienta sobre los querubines, donde se invoca su Nombre.

7 Llevaron el arca de Dios en un carro nuevo, sacándola de la casa de Abinadab; Uza y Ahío conducían el carro.

8 David y todo Israel celebraban ante Dios con toda su fuerza, con cantos, con arpas, con liras, con panderetas, con címbalos y con trompetas.

9 Cuando llegaron a la era de Quidón, Uza extendió su mano para sostener el arca, pues los bueyes tropezaron.

10 La ira de Yahvé se encendió contra Uza, y lo hirió porque había puesto su mano sobre el arca; y allí murió ante Dios.

11 David se disgustó porque Yahvé había irrumpido contra Uza. Y llamó a ese lugar Pérez Uza, hasta el día de hoy.

12 Ese día David tuvo miedo de Dios, diciendo: «¿Cómo voy a llevar el arca de Dios a mi casa?»

13 Así que David no trasladó el arca con él a la ciudad de David, sino que la desvió a la casa de Obed-Edom el geteo.

14 El arca de Dios permaneció con la familia de Obed-Edom en su casa durante tres meses; y el Señor bendijo la casa de Obed-Edom y todo lo que tenía.

Capítulo 14

1 Hiram, rey de Tiro, envió mensajeros a David con cedros, canteros y carpinteros para que le construyeran una casa.

2 David reconoció que Yahvé lo había establecido como rey de Israel, pues su reino era muy exaltado, por amor a su pueblo Israel.

3 David tomó más mujeres en Jerusalén, y engendró más hijos e hijas.

4 Estos son los nombres de los hijos que tuvo en Jerusalén: Samúa, Sobab, Natán, Salomón,

5 Ibhar, Elisúa, Elfelet,

6 Noga, Néfeg, Jafía,

7 Elisama, Beeliada y Elifelet.

8 Cuando los filisteos oyeron que David había sido ungido rey sobre todo Israel, todos los filisteos subieron en busca de David; pero David lo supo y salió contra ellos.

9 Los filisteos habían llegado y hecho una incursión en el valle de Refaim.

10 David consultó a Dios, diciendo: «¿Subiré contra los filisteos? ¿Los entregarás en mi mano?» Yahvé le respondió: «Sube, porque los entregaré en tu mano.»

11 Así que subieron a Baal Perazim, y David los derrotó allí. David dijo: «Dios ha roto a mis enemigos por mi mano, como aguas que se desbordan.» Por eso llamaron a ese lugar Baal Perazim.

12 Dejaron allí sus dioses, y David dio la orden, y fueron quemados en el fuego.

13 Los filisteos hicieron otra incursión en el valle.

14 David volvió a consultar a Dios, y Dios le dijo: «No subas tras ellos. Rodéalos, y acércate a ellos frente a las balsameras.

15 Cuando oigas el ruido de marcha en las copas de las balsameras, sal a combatir, porque Dios habrá salido delante de ti para atacar al ejército de los filisteos.»

16 David hizo lo que Dios le ordenó, y derrotaron al ejército de los filisteos desde Gabaón hasta Gezer.

17 La fama de David se extendió por todas las tierras, y el Señor hizo que todas las naciones lo temieran.

Capítulo 15

1 David se edificó casas en la ciudad de David, y preparó un lugar para el arca de Dios, y le levantó una tienda.

2 Entonces David dijo: «Nadie debe llevar el arca de Dios sino los levitas. Porque Yahvé los ha escogido para que lleven el arca de Dios y le sirvan para siempre.»

3 David reunió a todo Israel en Jerusalén, para llevar el arca de Yahvé a su lugar, el cual él había preparado para ella.

4 David reunió a los hijos de Aarón y a los levitas:

5 de los hijos de Coat, Uriel el principal, y sus hermanos, ciento veinte;

6 de los hijos de Merari, Asaías el principal, y sus hermanos, doscientos veinte;

7 de los hijos de Gersón, Joel el principal, y sus hermanos, ciento treinta;

8 de los hijos de Elizafán, Semaías el principal, y sus hermanos, doscientos;

9 de los hijos de Hebrón, Eliel el principal, y sus hermanos, ochenta;

10 de los hijos de Uziel, Aminadab el principal, y sus hermanos, ciento doce.

11 David llamó a los sacerdotes Sadoc y Abiatar, y a los levitas: Uriel, Asaías, Joel, Semaías, Eliel y Aminadab,

12 y les dijo: «Vosotros sois los jefes de familia de los levitas. Santificaos, vosotros y vuestros hermanos, para que podáis subir el arca de Yahvé, el Dios de Israel, al lugar que le he preparado.

13 Porque como no la llevasteis la primera vez, Yahvé nuestro Dios irrumpió contra nosotros, por no haberlo buscado según la ordenanza.»

14 Los sacerdotes y los levitas se santificaron para subir el arca de Yahvé, el Dios de Israel.

15 Los hijos de los levitas llevaron el arca de Dios sobre sus hombros con las varas, tal como lo había ordenado Moisés según la palabra de Yahvé.

16 David ordenó a los jefes de los levitas que designaran a sus hermanos como cantores con instrumentos musicales, liras, arpas y címbalos, para que tocaran y alzaran la voz con alegría.

17 Los levitas nombraron a Hemán hijo de Joel, y de sus hermanos a Asaf hijo de Berequías, y de los hijos de Merari, sus hermanos, a Etán hijo de Cusaías;

18 y con ellos a sus hermanos de segundo grado: Zacarías, Ben, Jaaziel, Semiramot, Jehiel, Uni, Eliab, Benaía, Maasías, Matatías, Elifelehu, Micneías, Obed-Edom y Jeiel, los porteros.

19 A los cantores, Hemán, Asaf y Etán, se les dieron címbalos de bronce para que los hicieran sonar;

20 y a Zacarías, Aziel, Semiramot, Jehiel, Uni, Eliab, Maasías y Benaía, liras afinadas a tono de Alamot;

21 y a Matatías, Elifelehu, Micneías, Obed-Edom, Jeiel y Azazías, arpas afinadas a tono de Seminit, para dirigir.

22 Quenanías, jefe de los levitas, estaba a cargo del canto. Él instruía en el canto, porque era experto.

23 Berequías y Elcaná eran porteros del arca.

24 Sebanías, Josafat, Natanael, Amasai, Zacarías, Benaía y Eliezer, los sacerdotes, tocaban las trompetas delante del arca de Dios; y Obed-Edom y Jehías eran porteros del arca.

25 Entonces David, los ancianos de Israel y los capitanes de millares fueron con alegría a sacar el arca de la alianza de Yahvé de la casa de Obed-Edom.

26 Como Dios ayudó a los levitas que llevaban el arca de la alianza de Yahvé, sacrificaron siete novillos y siete carneros.

27 David estaba vestido con un manto de lino fino, al igual que todos los levitas que llevaban el arca, los cantores y Quenanías, el director del canto con los cantores; David también llevaba puesto un efod de lino.

28 Así subió todo Israel el arca de la alianza de Yahvé con júbilo, con sonido de cuernos, de trompetas y de címbalos, tocando liras y arpas.

29 Cuando el arca de la alianza de Yahvé llegó a la ciudad de David, Mical, hija de Saúl, se asomó a la ventana; y al ver al rey David saltando y bailando, lo menospreció en su corazón.

Capítulo 16

1 Trajeron el arca de Dios y la pusieron en medio de la tienda que David había levantado para ella; y ofrecieron holocaustos y ofrendas de paz ante Dios.

2 Cuando David terminó de ofrecer el holocausto y las ofrendas de paz, bendijo al pueblo en el nombre de Yahvé.

3 Dio a todos los israelitas, tanto hombres como mujeres, a cada uno una hogaza de pan, una porción de carne y una torta de pasas.

4 Nombró a algunos de los levitas para que sirvieran ante el arca de Yahvé, y para que recordaran, dieran gracias y alabaran a Yahvé, el Dios de Israel:

5 Asaf era el jefe, y su segundo era Zacarías; luego Jeiel, Semiramot, Jehiel, Matatías, Eliab, Benaía, Obed-Edom y Jeiel, con liras y arpas; y Asaf hacía sonar los címbalos;

6 y los sacerdotes Benaía y Jahaziel tocaban continuamente las trompetas ante el arca de la alianza de Dios.

7 Aquel día, David ordenó por primera vez dar gracias a Yahvé por medio de Asaf y sus hermanos.

8 Dad gracias a Yahvé.
Invocad su nombre.
Dad a conocer sus obras entre los pueblos.

9 Cantadle.
Cantadle alabanzas.
Hablad de todas sus maravillas.

10 Gloriaos en su santo nombre.
Alégrese el corazón de los que buscan a Yahvé.

11 Buscad a Yahvé y su poder.
Buscad su rostro continuamente.

12 Acordaos de las maravillas que ha hecho,
de sus prodigios, y de los juicios de su boca,

13 vosotros, descendencia de Israel, su siervo,
vosotros, hijos de Jacob, sus elegidos.

14 Él es Yahvé nuestro Dios.
Sus juicios están en toda la tierra.

15 Acordaos siempre de su pacto,
de la palabra que ordenó para mil generaciones,

16 del pacto que hizo con Abraham,
y de su juramento a Isaac.

17 Lo confirmó a Jacob como estatuto,
y a Israel como pacto eterno,

18 diciendo: «Te daré la tierra de Canaán,
como la porción de vuestra heredad»,

19 cuando no erais más que unos pocos,
sí, muy pocos, y forasteros en ella.

20 Iban de nación en nación,
de un reino a otro pueblo.

21 No permitió que nadie los oprimiera.
Sí, reprendió a reyes por causa de ellos, diciendo:

22 «¡No toquéis a mis ungidos!
No hagáis daño a mis profetas.»

23 ¡Cantad a Yahvé, toda la tierra!
Anunciad su salvación día tras día.

24 Proclamad su gloria entre las naciones,
y sus maravillas entre todos los pueblos.

25 Porque grande es Yahvé, y muy digno de alabanza.
Temible es él por encima de todos los dioses.

26 Porque todos los dioses de los pueblos son ídolos,
pero Yahvé hizo los cielos.

27 El esplendor y la majestad están delante de él.
El poder y la alegría habitan en su morada.

28 Atribuid a Yahvé, oh familias de los pueblos,
¡atribuid a Yahvé la gloria y el poder!

29 Atribuid a Yahvé la gloria debida a su nombre.
Traed una ofrenda y presentaos ante él.
Adorad a Yahvé en la hermosura de la santidad.

30 Temblad ante él, toda la tierra.
El mundo está firmemente establecido; no se moverá.

31 ¡Alégrense los cielos,
y regocíjese la tierra!
Digan entre las naciones: «¡Yahvé reina!»

32 ¡Ruja el mar y todo lo que contiene!
¡Regocíjese el campo, y todo lo que hay en él!

33 Entonces los árboles del bosque cantarán de alegría ante Yahvé,
porque viene a juzgar la tierra.

34 Dad gracias a Yahvé, porque él es bueno,
porque su misericordia es eterna.

35 Y decid: «¡Sálvanos, oh Dios de nuestra salvación!
Reúnenos y líbranos de las naciones,
para que demos gracias a tu santo nombre,
para que nos gloriemos en tus alabanzas.»

36 Bendito sea Yahvé, el Dios de Israel,
desde la eternidad hasta la eternidad. Todo el pueblo dijo: «Amén», y alabó a Yahvé.

37 David dejó allí a Asaf y a sus hermanos delante del arca de la alianza de Yahvé, para que ministraran continuamente ante el arca, según el servicio de cada día;

38 también a Obed-Edom con sus sesenta y ocho parientes. Obed-Edom, hijo de Jedutún, y Hosa fueron designados como porteros.

39 Y dejó al sacerdote Sadoc y a sus hermanos los sacerdotes ante el tabernáculo de Yahvé en el lugar alto que estaba en Gabaón,

40 para ofrecer holocaustos a Yahvé en el altar del holocausto continuamente, por la mañana y por la tarde, conforme a todo lo que está escrito en la ley de Yahvé, la cual él ordenó a Israel.

41 Con ellos estaban Hemán y Jedutún y los demás elegidos, designados por nombre, para dar gracias a Yahvé, porque su misericordia es eterna.

42 Con ellos estaban Hemán y Jedutún con trompetas y címbalos para los músicos, y con instrumentos para los cánticos de Dios. Y los hijos de Jedutún estaban a cargo de la puerta.

43 Todo el pueblo se fue, cada uno a su casa; y David regresó para bendecir a su familia.

Capítulo 17

1 Cuando David ya habitaba en su casa, le dijo al profeta Natán: «Mira, yo habito en una casa de cedro, pero el arca de la alianza de Yahvé está bajo una tienda.»

2 Natán le respondió a David: «Haz todo lo que está en tu corazón, porque Dios está contigo.»

3 Aquella misma noche vino la palabra de Dios a Natán, diciendo:

4 "Ve y dile a David, mi siervo, que Yahvé dice: 'Tú no me edificarás una casa para que yo la habite;

5 porque no he habitado en una casa desde el día en que hice subir a Israel hasta hoy, sino que he ido de tienda en tienda y de tabernáculo en tabernáculo.

6 En todos los lugares por donde he andado con todo Israel, ¿acaso hablé una sola palabra con alguno de los jueces de Israel, a quienes mandé que apacentaran a mi pueblo, diciendo: ¿Por qué no me habéis construido una casa de cedro?'"

7 "Ahora, pues, así dirás a mi siervo David: 'Así dice el Señor de los Ejércitos: Yo te tomé del redil, de seguir a las ovejas, para que fueras príncipe sobre mi pueblo Israel.

8 He estado contigo por dondequiera que has andado, y he exterminado a todos tus enemigos de delante de ti. Te haré un nombre como el nombre de los grandes que hay en la tierra.

9 Yo designaré un lugar para mi pueblo Israel, y lo plantaré, para que habite en su propio lugar y no sea removido más. Los hijos de iniquidad no los oprimirán más, como al principio,

10 y como desde los días en que puse jueces sobre mi pueblo Israel. Someteré a todos tus enemigos. Además, te declaro que Yahvé te edificará una casa.

11 Y sucederá que cuando se cumplan tus días para ir a estar con tus padres, yo levantaré a tu descendencia después de ti, a uno de tus hijos, y afirmaré su reino.

12 Él me edificará una casa, y yo estableceré su trono para siempre.

13 Yo seré para él padre, y él será para mí hijo. No apartaré de él mi misericordia, como la aparté del que fue antes de ti;

14 sino que lo confirmaré en mi casa y en mi reino para siempre. Su trono quedará establecido para siempre.'"

15 Conforme a todas estas palabras y conforme a toda esta visión, así habló Natán a David.

16 El rey David entró y se sentó delante de Yahvé, y dijo: "¿Quién soy yo, Yahvé Dios, y qué es mi casa, para que me hayas traído hasta aquí?

17 Y aun esto te ha parecido poco, oh Dios, pues has hablado del porvenir de la casa de tu siervo, y me has mirado como a un hombre de alto rango, Yahvé Dios.

18 ¿Qué más puede añadir David ante ti sobre el honor concedido a tu siervo? Porque tú conoces a tu siervo.

19 Yahvé, por amor a tu siervo y según tu propio corazón, has realizado toda esta grandeza, para dar a conocer todas estas maravillas.

20 Yahvé, no hay nadie como tú, ni hay Dios fuera de ti, conforme a todo lo que hemos oído con nuestros oídos.

21 ¿Y qué otra nación en la tierra es como tu pueblo Israel, al cual Dios fue a redimir para que fuera su propio pueblo, para hacerte un nombre con hazañas grandes y asombrosas, al expulsar a las naciones de delante de tu pueblo que redimiste de Egipto?

22 Porque constituiste a tu pueblo Israel para que fuera tu pueblo para siempre; y tú, Yahvé, has llegado a ser su Dios.

23 Ahora pues, Yahvé, que la palabra que has pronunciado acerca de tu siervo y de su casa sea firme para siempre, y haz conforme a lo que has dicho.

24 Que tu nombre sea establecido y engrandecido para siempre, y que se diga: 'El Señor de los Ejércitos, el Dios de Israel, es Dios para Israel. Y la casa de David, tu siervo, permanezca firme delante de ti.'

25 Porque tú, Dios mío, has revelado al oído de tu siervo que le edificarás una casa. Por eso tu siervo ha hallado valor para orar en tu presencia.

26 Ahora bien, Yahvé, tú eres Dios, y has prometido este bien a tu siervo.

27 Ahora te ha placido bendecir la casa de tu siervo, para que permanezca para siempre delante de ti; porque lo que tú bendices, Yahvé, queda bendito para siempre."

Capítulo 18

1 Después de esto, David derrotó a los filisteos y los sometió, y arrebató Gat y sus aldeas de manos de los filisteos.

2 Derrotó también a Moab, y los moabitas se convirtieron en siervos de David, pagándole tributo.

3 David derrotó a Hadadézer, rey de Soba, en Hamat, cuando este iba a establecer
su dominio junto al río Éufrates.

4 David le capturó mil carros, siete mil jinetes y veinte mil soldados de a pie; y des-
jarretó David los caballos de todos los carros, pero reservó los suficientes para
cien carros.

5 Cuando los sirios de Damasco vinieron a socorrer a Hadadézer, rey de Soba,
David mató a veintidós mil hombres de los sirios.

6 Luego David puso guarniciones en la Siria de Damasco, y los sirios se convirtie-
ron en siervos de David, pagándole tributo. El Señor daba la victoria a David por
dondequiera que iba.

7 David tomó los escudos de oro que llevaban los siervos de Hadadézer y los llevó
a Jerusalén.

8 Asimismo, de Tibhat y de Cun, ciudades de Hadadézer, David tomó muchí-
simo bronce, con el cual Salomón hizo el mar de bronce, las columnas y los uten-
silios de bronce.

9 Cuando Tou, rey de Hamat, se enteró de que David había derrotado a todo el
ejército de Hadadézer, rey de Soba,

10 envió a su hijo Hadoram para saludar al rey David y felicitarle, porque había
peleado contra Hadadézer y lo había vencido (pues Hadadézer estaba en guerra
con Tou); y le llevó toda clase de objetos de oro, de plata y de bronce.

11 El rey David también los dedicó a Yahvé, junto con la plata y el oro que había
tomado de todas las naciones: de Edom, de Moab, de los amonitas, de los filisteos
y de Amalec.

12 Además, Abisai, hijo de Sarvia, derrotó a dieciocho mil edomitas en el Valle de
la Sal.

13 Puso guarniciones en Edom, y todos los edomitas se convirtieron en siervos de
David. El Señor daba la victoria a David por dondequiera que iba.

14 David reinó sobre todo Israel, y administraba el derecho y la justicia a todo su pueblo.

15 Joab, hijo de Sarvia, era el jefe del ejército; Josafat, hijo de Ahilud, era el cronista;

16 Sadoc, hijo de Ahitob, y Ahimelec, hijo de Abiatar, eran sacerdotes; Savsa era el escriba;

17 Benaía, hijo de Joiada, estaba al mando de los cereteos y peleteos; y los hijos de David eran los funcionarios principales al lado del rey.

Capítulo 19

1 Después de esto, aconteció que murió Nahas, rey de los amonitas, y su hijo reinó en su lugar.

2 Y dijo David: «Mostraré bondad a Hanún, hijo de Nahas, porque su padre mostró bondad conmigo.» Entonces David envió mensajeros para consolarle por la muerte de su padre. Pero cuando los siervos de David llegaron a la tierra de los amonitas para consolar a Hanún,

3 los jefes de los amonitas le dijeron a Hanún: «¿Acaso crees que David honra a tu padre al enviarte consoladores? ¿No han venido a ti sus siervos más bien para explorar, destruir y espiar la tierra?»

4 Entonces Hanún tomó a los siervos de David, los rapó, les cortó las vestiduras por la mitad, hasta las nalgas, y los despidió.

5 Cuando algunos fueron y le contaron a David lo que les había sucedido a aquellos hombres, él envió emisarios a recibirlos, porque estaban sumamente avergonzados. El rey les dijo: «Quedaos en Jericó hasta que os crezca la barba, y entonces regresad.»

6 Al ver los amonitas que se habían hecho odiosos a David, Hanún y los amonitas enviaron mil talentos de plata para alquilar carros y jinetes de Mesopotamia, de Aram-maacá y de Soba.

7 Contrataron treinta y dos mil carros, y al rey de Maaca con su gente, los cuales
vinieron y acamparon delante de Medeba. Los amonitas también se reunieron de
sus ciudades y acudieron a la batalla.

8 Cuando David lo oyó, envió a Joab con todo el ejército de los hombres
valientes.

9 Los amonitas salieron y se pusieron en orden de batalla a la entrada de la ciudad,
mientras que los reyes que habían venido estaban aparte en el campo.

10 Al ver Joab que el frente de batalla estaba contra él por delante y por detrás, es-
cogió a los mejores hombres de Israel y los puso en orden de batalla contra los
sirios.

11 Entregó el resto del ejército al mando de su hermano Abisai, y se alinearon con-
tra los amonitas.

12 Y dijo Joab: «Si los sirios son más fuertes que yo, tú me ayudarás; y si los amo-
nitas son más fuertes que tú, yo te ayudaré.

13 Esfuérzate, y luchemos con valor por nuestro pueblo y por las ciudades de
nuestro Dios. Y que Yahvé haga lo que le parezca bien.»

14 Entonces Joab y el ejército que estaba con él avanzaron para enfrentarse a los
sirios, y estos huyeron delante de él.

15 Cuando los amonitas vieron que los sirios huían, ellos también huyeron delante
de su hermano Abisai, y se refugiaron en la ciudad. Entonces Joab regresó a
Jerusalén.

16 Al ver los sirios que habían sido derrotados por Israel, enviaron mensajeros y
sacaron a los sirios que estaban al otro lado del río, comandados por Sofac, jefe
del ejército de Hadadézer.

17 Cuando se lo informaron a David, reunió a todo Israel, cruzó el Jordán, llegó a
donde estaban y se puso en orden de batalla contra ellos. Al formarse David con-
tra los sirios, estos pelearon contra él.

18 Pero los sirios huyeron delante de Israel, y David mató de los sirios a los hombres de siete mil carros y a cuarenta mil hombres de a pie; mató también a Sofac, jefe del ejército.

19 Al ver los siervos de Hadadézer que habían sido derrotados por Israel, hicieron la paz con David y se sometieron a él. Y los sirios no quisieron ayudar más a los amonitas.

Capítulo 20

1 A la vuelta del año, en el tiempo en que los reyes salen a la guerra, Joab condujo al ejército y devastó la tierra de los amonitas, y fue y puso sitio a Rabá. Pero David se quedó en Jerusalén. Joab atacó a Rabá y la destruyó.

2 David le quitó la corona de la cabeza a su rey, y comprobó que pesaba un talento de oro, y que tenía piedras preciosas; y fue puesta sobre la cabeza de David. Además, sacó un inmenso botín de la ciudad.

3 Sacó a la gente que estaba en ella y los puso a trabajar con sierras, con picos de hierro y con hachas. Lo mismo hizo David con todas las ciudades de los amonitas. Luego, David y todo el pueblo regresaron a Jerusalén.

4 Después de esto, se desató una guerra en Gezer contra los filisteos. Fue entonces cuando Sibecai el husatita mató a Sipai, uno de los descendientes de los gigantes, y los filisteos fueron sometidos.

5 Hubo otra guerra contra los filisteos, y Elhanán, hijo de Jair, mató a Lahmi, hermano de Goliat el geteo, el asta de cuya lanza era como el rodillo de un telar.

6 Volvió a haber guerra en Gat, donde había un hombre de gran estatura que tenía veinticuatro dedos, seis en cada mano y seis en cada pie, quien también era descendiente de los gigantes.

7 Este hombre desafió a Israel, pero Jonatán, hijo de Simea, hermano de David, lo mató.

8 Estos nacieron al gigante en Gat, y cayeron a manos de David y de sus siervos.

Capítulo 21

1 Satanás se levantó contra Israel e incitó a David a hacer un censo de Israel.

2 David dijo a Joab y a los jefes del pueblo: «Id a contar a Israel desde Beerseba hasta Dan, y traedme la noticia para que yo sepa cuántos son.»

3 Joab dijo: «Que Yahvé haga que su pueblo sea cien veces mayor de lo que es. Pero, mi señor el rey, ¿no son todos ellos siervos de mi señor? ¿Por qué mi señor exige esto? ¿Por qué ha de ser causa de culpa para Israel?»

4 Sin embargo, la palabra del rey prevaleció contra Joab. Por eso Joab partió y recorrió todo Israel, y luego regresó a Jerusalén.

5 Joab dio a David la suma del censo del pueblo. Todos los de Israel eran un millón cien mil hombres que sacaban espada; y en Judá había cuatrocientos setenta mil hombres que sacaban espada.

6 Pero no contó a Leví y a Benjamín entre ellos, porque la orden del rey le resultaba abominable a Joab.

7 A Dios le desagradó este hecho, por lo que hirió a Israel.

8 David dijo a Dios: «He pecado gravemente al hacer esto. Pero ahora, te ruego que quites la iniquidad de tu siervo, porque he cometido una gran locura.»

9 Yahvé habló a Gad, el vidente de David, diciendo:

10 "Ve y habla a David, diciendo: 'Así dice Yahvé: Tres cosas te ofrezco. Escoge una de ellas, para que yo te la haga.'"

11 Gad se acercó a David y le dijo: "Así dice Yahvé: 'Elige:

12 o tres años de hambre; o tres meses de ser consumido ante tus adversarios, mientras la espada de tus enemigos te alcanza; o tres días de la espada de Yahvé, con peste en la tierra, y el ángel de Yahvé destruyendo por todos los confines de Israel.' Ahora, pues, considera qué respuesta he de dar al que me envió."

13 David dijo a Gad: «Estoy en gran angustia. Te ruego que me dejes caer en manos de Yahvé, porque sus misericordias son muy grandes. No me dejes caer en manos de los hombres.»

14 Entonces Yahvé envió una peste sobre Israel, y cayeron setenta mil hombres de Israel.

15 Dios envió un ángel a Jerusalén para destruirla. Pero cuando estaba a punto de destruirla, Yahvé lo vio, se apiadó del desastre, y le dijo al ángel destructor: «¡Basta! Retira ahora tu mano.» El ángel de Yahvé estaba junto a la era de Ornán el jebuseo.

16 David alzó los ojos y vio al ángel de Yahvé de pie entre la tierra y el cielo, con una espada desenvainada en su mano, extendida sobre Jerusalén. Entonces David y los ancianos, vestidos de cilicio, se postraron sobre sus rostros.

17 David dijo a Dios: «¿No fui yo quien mandó contar al pueblo? Soy yo quien ha pecado y ha hecho esta maldad; pero estas ovejas, ¿qué han hecho? Por favor, que tu mano, oh Yahvé mi Dios, caiga sobre mí y sobre la casa de mi padre; pero no envíes la plaga contra tu pueblo.»

18 Entonces el ángel de Yahvé ordenó a Gad que dijera a David que subiera a levantar un altar a Yahvé en la era de Ornán el jebuseo.

19 David subió conforme a la palabra de Gad, la cual había pronunciado en nombre de Yahvé.

20 Ornán se volvió y vio al ángel, y sus cuatro hijos que estaban con él se escondieron. Ornán estaba trillando trigo.

21 Cuando David se acercó a Ornán, este miró y vio a David, salió de la era y se inclinó ante David con el rostro en tierra.

22 Entonces David le dijo a Ornán: «Véndeme el terreno de esta era, para que edifique en él un altar a Yahvé. Me lo venderás por su precio exacto, para que la plaga cese en el pueblo.»

23 Ornán dijo a David: «Tómalo para ti, y que mi señor el rey haga lo que le parezca bien a sus ojos. Mira, yo doy los bueyes para los holocaustos, los trillos para la leña y el trigo para la ofrenda. Lo entrego todo.»

24 El rey David le dijo a Ornán: «No, sino que ciertamente lo compraré por todo su precio. Porque no tomaré para Yahvé lo que es tuyo, ni ofreceré un holocausto que no me cueste nada.»

25 Entonces David le dio a Ornán seiscientos siclos de oro por el peso del lugar.

26 David edificó allí un altar a Yahvé, ofreció holocaustos y ofrendas de paz, e invocó a Yahvé; y este le respondió desde el cielo enviando fuego sobre el altar del holocausto.

27 Entonces Yahvé dio la orden al ángel, y este volvió a envainar su espada.

28 En aquel tiempo, al ver David que Yahvé le había respondido en la era de Ornán el jebuseo, ofreció sacrificios allí.

29 Porque el tabernáculo de Yahvé, que Moisés había hecho en el desierto, y el altar del holocausto, estaban entonces en el lugar alto de Gabaón.

30 Pero David no pudo presentarse ante él para consultar a Dios, pues estaba aterrorizado a causa de la espada del ángel de Yahvé.

Capítulo 22

1 Entonces David dijo: «Esta es la casa de Yahvé Dios, y este es el altar del holocausto para Israel.»

2 David dio órdenes de reunir a los forasteros que estaban en la tierra de Israel, y designó canteros para labrar piedras para la construcción de la casa de Dios.

3 David preparó hierro en abundancia para los clavos de las puertas y para las junturas, y bronce en abundancia, incalculable por su peso,

4 y madera de cedro innumerable, porque los sidonios y los de Tiro le trajeron a David cedros en abundancia.

5 David dijo: «Salomón, mi hijo, es joven e inexperto, y la casa que se ha de edificar para Yahvé debe ser sumamente magnífica, de fama y gloria en todos los países. Por lo tanto, yo haré los preparativos para ella.» Así que David hizo abundantes preparativos antes de su muerte.

6 Luego llamó a su hijo Salomón y le ordenó que edificara una casa para Yahvé, el Dios de Israel.

7 David le dijo a su hijo Salomón: "Hijo mío, yo tenía en mi corazón edificar una casa al nombre de Yahvé, mi Dios.

8 Pero vino a mí la palabra de Yahvé, diciendo: 'Has derramado mucha sangre y has hecho grandes guerras. No edificarás una casa a mi nombre, porque has derramado mucha sangre en la tierra ante mis ojos.

9 He aquí que te nacerá un hijo, que será un hombre de paz. Le daré descanso de todos los enemigos de su entorno; porque su nombre será Salomón, y concederé paz y tranquilidad a Israel en sus días.

10 Él edificará una casa a mi nombre; él será mi hijo, y yo seré su padre; y estableceré el trono de su reino sobre Israel para siempre.'

11 Ahora, hijo mío, que Yahvé esté contigo y te haga prosperar, para que edifiques la casa de Yahvé, tu Dios, tal como él ha hablado de ti.

12 Que Yahvé te dé prudencia y entendimiento, y te ponga al frente de Israel, para que guardes la ley de Yahvé tu Dios.

13 Entonces prosperarás, si te esmeras en cumplir los estatutos y las ordenanzas que Yahvé ordenó a Moisés para Israel. Esfuérzate y sé valiente. No temas ni te desanimes.

14 Mira, con gran esfuerzo he preparado para la casa de Yahvé cien mil talentos de oro, un millón de talentos de plata, y bronce y hierro sin medida, pues hay en abundancia. También he preparado madera y piedra; y tú podrás añadir más a esto.

15 Además, tienes contigo obreros en abundancia: canteros, albañiles, carpinteros y toda clase de hombres expertos en cualquier trabajo.

16 Del oro, de la plata, del bronce y del hierro, no hay cuenta. Levántate y pon manos a la obra, y que Yahvé esté contigo."

17 David también ordenó a todos los jefes de Israel que ayudaran a su hijo Salomón, diciendo:

18 «¿No está Yahvé vuestro Dios con vosotros? ¿No os ha dado descanso por todos lados? Porque él ha entregado a los habitantes de la tierra en mis manos, y la tierra está sometida ante Yahvé y ante su pueblo.

19 Ahora disponed vuestro corazón y vuestra alma para buscar a Yahvé vuestro Dios. Levantaos, pues, y edificad el santuario de Yahvé Dios, para trasladar el arca de la alianza de Yahvé y los utensilios sagrados de Dios a la casa que se va a edificar al nombre de Yahvé.»

Capítulo 23

1 Cuando David era ya anciano y lleno de días, proclamó a su hijo Salomón rey sobre Israel.

2 Reunió a todos los jefes de Israel, junto con los sacerdotes y los levitas.

3 Los levitas fueron contados de treinta años para arriba, y su número según el censo, hombre por hombre, fue de treinta y ocho mil.

4 De estos, dijo David, veinticuatro mil estarán para supervisar la obra de la casa de Yahvé, seis mil serán oficiales y jueces,

5 cuatro mil serán porteros, y cuatro mil alabarán a Yahvé con los instrumentos que hice para la alabanza.

6 David los dividió en clases según los hijos de Leví: Gersón, Coat y Merari.

7 De los gersonitas: Ladán y Simei.

8 Los hijos de Ladán: Jehiel el jefe, Zetam y Joel, tres.

9 Los hijos de Simei: Selomot, Haziel y Harán, tres. Estos fueron los jefes de las casas paternas de Ladán.

10 Los hijos de Simei: Jahat, Zina, Jeús y Beriá. Estos cuatro fueron los hijos de Simei.

11 Jahat era el jefe, y Zina el segundo; pero Jeús y Beriá no tuvieron muchos hijos, por lo que fueron contados juntos como una sola casa paterna.

12 Los hijos de Coat: Amram, Izhar, Hebrón y Uziel, cuatro.

13 Los hijos de Amram: Aarón y Moisés. Aarón fue apartado para consagrar las cosas santísimas, él y sus hijos para siempre, para quemar incienso ante Yahvé, para servirle y para bendecir en su nombre eternamente.

14 En cuanto a Moisés, hombre de Dios, sus hijos fueron contados en la tribu de Leví.

15 Los hijos de Moisés: Gersón y Eliezer.

16 De los hijos de Gersón: Sebuel el jefe.

17 El hijo de Eliezer fue Rehabías el jefe. Eliezer no tuvo más hijos, pero los hijos de Rehabías fueron muy numerosos.

18 El hijo de Izhar: Selomit el jefe.

19 Los hijos de Hebrón: Jerías el jefe, Amarías el segundo, Jahaziel el tercero y Jecamán el cuarto.

20 Los hijos de Uziel: Miqueas el jefe, e Isías el segundo.

21 Los hijos de Merari: Mahli y Musi. Los hijos de Mahli: Eleazar y Cis.

22 Eleazar murió sin tener hijos, solo hijas; y los hijos de Cis, sus parientes, las tomaron por mujeres.

23 Los hijos de Musi: Mahli, Eder y Jeremot, tres.

24 Estos fueron los hijos de Leví según sus casas paternas, los jefes de familia de los que fueron censados contando los nombres individualmente, los cuales hacían el trabajo para el servicio de la casa de Yahvé, de veinte años para arriba.

25 Porque David había dicho: «Yahvé, el Dios de Israel, ha dado descanso a su pueblo, y él habitará en Jerusalén para siempre.

26 Así que los levitas ya no tendrán que transportar el tabernáculo ni ninguno de los utensilios para su servicio.»

27 Porque según las últimas disposiciones de David, se hizo el censo de los hijos de Leví de veinte años para arriba.

28 Porque su deber era asistir a los hijos de Aarón en el servicio de la casa de Yahvé, en los atrios y en las cámaras, en la purificación de todas las cosas santas y en la obra del servicio de la casa de Dios;

29 también para los panes de la proposición, la flor de harina para la ofrenda, las hojaldres sin levadura, lo que se cuece en sartén, lo que se mezcla, y para todas las medidas de capacidad y longitud;

30 y debían presentarse cada mañana para dar gracias y alabar a Yahvé, y lo mismo al atardecer;

31 y para ofrecer todos los holocaustos a Yahvé en los sábados, en las lunas nuevas y en las fiestas señaladas, según el número fijado por la ordenanza, continuamente delante de Yahvé;

32 y tenían a su cargo el cuidado de la Tienda de Reunión, el cuidado del santuario y el deber de asistir a los hijos de Aarón, sus hermanos, en el servicio de la casa de Yahvé.

Capítulo 24

1 Estas fueron las divisiones de los hijos de Aarón. Los hijos de Aarón: Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar.

2 Pero Nadab y Abiú murieron antes que su padre y no tuvieron hijos; por lo
tanto, Eleazar e Itamar sirvieron como sacerdotes.

3 David, junto con Sadoc de los hijos de Eleazar, y Ahimelec de los hijos de Ita-
mar, los distribuyó según su turno en el servicio.

4 Al encontrarse que había más varones principales entre los hijos de Eleazar que
entre los hijos de Itamar, los dividieron así: dieciséis jefes de casas paternas para
los hijos de Eleazar, y ocho para los hijos de Itamar, según sus familias.

5 Fueron repartidos imparcialmente por sorteo, unos y otros, pues había oficiales
del santuario y oficiales de Dios tanto entre los hijos de Eleazar como entre los hi-
jos de Itamar.

6 El escriba Semaías, hijo de Natanael, de los levitas, inscribió sus nombres en pre-
sencia del rey, de los jefes, del sacerdote Sadoc, de Ahimelec hijo de Abiatar, y de
los jefes de las casas paternas de los sacerdotes y de los levitas; se tomaba por sor-
teo una casa paterna para Eleazar y otra para Itamar.

7 La primera suerte recayó en Joiarib, la segunda en Jedaías,

8 la tercera en Harim, la cuarta en Seorim,

9 la quinta en Malquías, la sexta en Mijamín,

10 la séptima en Cos, la octava en Abías,

11 la novena en Jesúa, la décima en Secanías,

12 la undécima en Eliasib, la duodécima en Jaquim,

13 la decimotercera en Hupa, la decimocuarta en Jesebeab,

14 la decimoquinta en Bilga, la decimosexta en Imer,

15 la decimoséptima en Hezir, la decimoctava en Afses,

16 la decimonovena en Petaías, la vigésima en Hezequiel,

17 la vigesimoprimera en Jaquín, la vigesimosegunda en Gamul,

18 la vigesimotercera en Delaías, y la vigesimocuarta en Maazías.

19 Este fue el orden de su servicio para entrar en la casa de Yahvé, según la norma que les dio su antepasado Aarón, tal como Yahvé, el Dios de Israel, se lo había mandado.

20 De los demás hijos de Leví: de los hijos de Amram, Subael; de los hijos de Subael, Jehdeías.

21 De Rehabías: de los hijos de Rehabías, el jefe fue Isías.

22 De los izharitas, Selomot; de los hijos de Selomot, Jahat.

23 De los hijos de Hebrón: Jerías el jefe, Amarías el segundo, Jahaziel el tercero y Jecamán el cuarto.

24 El hijo de Uziel: Miqueas; de los hijos de Miqueas, Samir.

25 El hermano de Miqueas: Isías; de los hijos de Isías, Zacarías.

26 Los hijos de Merari: Mahli y Musi. El hijo de Jaazías: Beno.

27 Los hijos de Merari por parte de Jaazías: Beno, Soham, Zacur e Ibri.

28 De Mahli: Eleazar, el cual no tuvo hijos.

29 De Cis: el hijo de Cis, Jerameel.

30 Los hijos de Musi: Mahli, Eder y Jerimot. Estos fueron los levitas según sus casas paternas.

31 Ellos también echaron suertes, al igual que sus hermanos los hijos de Aarón, en presencia del rey David, de Sadoc, de Ahimelec y de los jefes de las casas paternas de los sacerdotes y de los levitas. Las casas de los hermanos mayores fueron tratadas de la misma manera que las de sus hermanos menores.

Capítulo 25

1 Además, David y los capitanes del ejército apartaron para el servicio a algunos de los hijos de Asaf, de Hemán y de Jedutún, que debían profetizar con arpas, con liras y con címbalos. El número de los que hicieron la obra según su servicio fue:

2 de los hijos de Asaf: Zacur, José, Netanías y Asarela. Los hijos de Asaf estaban bajo la dirección de Asaf, quien profetizaba por orden del rey.

3 De Jedutún, los hijos de Jedutún: Gedalías, Zeri, Jesaías, Simei, Hasabías y Matatías, seis, bajo la dirección de su padre Jedutún, que profetizaban dando gracias y alabando a Yahvé con el arpa.

4 De Hemán, los hijos de Hemán: Buquías, Matanías, Uziel, Sebuel, Jerimot, Hananías, Hanani, Eliata, Gidalti, Romamti-Ezer, Josbecasa, Maloti, Hotir y Mahaziot.

5 Todos estos fueron los hijos de Hemán, el vidente del rey, en las palabras de Dios, para exaltar su poder. Dios le dio a Hemán catorce hijos y tres hijas.

6 Todos ellos estaban bajo la dirección de su padre para el canto en la casa de Yahvé, con címbalos, liras y arpas, para el servicio de la casa de Dios. Asaf, Jedutún y Hemán estaban bajo las órdenes del rey.

7 El número de ellos, junto con sus hermanos instruidos en el canto a Yahvé, todos los que eran expertos, era de doscientos ochenta y ocho.

8 Echaron suertes para asignar sus turnos de servicio, todos por igual, tanto el pequeño como el grande, tanto el maestro como el discípulo.

9 La primera suerte le tocó a Asaf, para José; la segunda a Gedalías, él y sus hermanos e hijos, doce;

10 la tercera a Zacur, sus hijos y sus hermanos, doce;

11 la cuarta a Izri, sus hijos y sus hermanos, doce;

12 la quinta a Netanías, sus hijos y sus hermanos, doce;

13 la sexta a Buquías, sus hijos y sus hermanos, doce;

14 la séptima a Jesarela, sus hijos y sus hermanos, doce;

15 la octava a Jesaías, sus hijos y sus hermanos, doce;

16 la novena a Matanías, sus hijos y sus hermanos, doce;

17 la décima a Simei, sus hijos y sus hermanos, doce;

18 la undécima a Azarel, sus hijos y sus hermanos, doce;

19 la duodécima a Hasabías, sus hijos y sus hermanos, doce;

20 la decimotercera a Subael, sus hijos y sus hermanos, doce;

21 la decimocuarta a Matatías, sus hijos y sus hermanos, doce;

22 la decimoquinta a Jerimot, sus hijos y sus hermanos, doce;

23 la decimosexta a Hananías, sus hijos y sus hermanos, doce;

24 la decimoséptima a Josbecasa, sus hijos y sus hermanos, doce;

25 la decimoctava a Hanani, sus hijos y sus hermanos, doce;

26 la decimonovena a Maloti, sus hijos y sus hermanos, doce;

27 la vigésima a Eliata, sus hijos y sus hermanos, doce;

28 la vigesimoprimera a Hotir, sus hijos y sus hermanos, doce;

29 la vigesimosegunda a Gidalti, sus hijos y sus hermanos, doce;

30 la vigesimotercera a Mahaziot, sus hijos y sus hermanos, doce;

31 la vigesimocuarta a Romamti-Ezer, sus hijos y sus hermanos, doce.

Capítulo 26

1 En cuanto a las divisiones de los porteros: de los coreítas, Meselemías hijo de Coré, de los hijos de Asaf.

2 Meselemías tuvo hijos: Zacarías el primogénito, Jediael el segundo, Zebadías el tercero, Jatniel el cuarto,

3 Elam el quinto, Johanán el sexto y Elioenai el séptimo.

4 Obed-Edom tuvo hijos: Semaías el primogénito, Jozabad el segundo, Joa el tercero, Sacar el cuarto, Natanael el quinto,

5 Amiel el sexto, Isacar el séptimo y Peuletai el octavo; porque Dios lo bendijo.

6 También le nacieron hijos a Semaías, su hijo, que gobernaban la casa de su padre, porque eran hombres valientes.

7 Los hijos de Semaías: Otni, Rafael, Obed y Elzabad, cuyos hermanos eran hombres valientes, Eliú y Samaquías.

8 Todos estos fueron de los hijos de Obed-Edom, con sus hijos y sus hermanos, hombres sumamente capacitados para el servicio: sesenta y dos de Obed-Edom.

9 Meselemías tenía hijos y hermanos, dieciocho hombres valientes.

10 También Hosa, de los hijos de Merari, tenía hijos: Simri, el jefe (pues aunque no era el primogénito, su padre lo hizo jefe),

11 Hilcías el segundo, Tebalías el tercero, y Zacarías el cuarto. Todos los hijos y hermanos de Hosa eran trece.

12 De estos se hicieron las divisiones de los porteros, hombres principales, que tenían turnos de servicio al igual que sus hermanos, para servir en la casa de Yahvé.

13 Echaron suertes, tanto los pequeños como los grandes, según las casas de sus padres, para cada puerta.

14 La suerte del este correspondió a Selemías. Luego echaron suertes para Zacarías, su hijo, sabio consejero, y su suerte salió hacia el norte.

15 A Obed-Edom le tocó al sur; y a sus hijos, el almacén.

16 A Supim y a Hosa hacia el oeste, junto a la puerta de Salequet, en la calzada que sube, haciendo guardia uno frente al otro.

17 Al este había seis levitas, al norte cuatro por día, al sur cuatro por día, y para el almacén, de dos en dos.

18 Para el Parbar al oeste, había cuatro en la calzada y dos en el Parbar.

19 Estas fueron las divisiones de los porteros: de los hijos de los coreítas y de los hijos de Merari.

20 De los levitas, Ahías estaba a cargo de los tesoros de la casa de Dios y de los tesoros de las cosas consagradas.

21 Los hijos de Ladán, los hijos de los gersonitas que pertenecían a Ladán, los jefes de familia que pertenecían a Ladán el gersonita: Jehieli.

22 Los hijos de Jehieli: Zetam, y Joel su hermano, a cargo de los tesoros de la casa de Yahvé.

23 De los amramitas, de los izharitas, de los hebronitas y de los uzielitas:

24 Sebuel hijo de Gersón, hijo de Moisés, era el oficial encargado de los tesoros.

25 Sus hermanos por parte de Eliezer: su hijo Rehabías, su hijo Jesaías, su hijo Joram, su hijo Zicri y su hijo Selomot.

26 Este Selomot y sus hermanos estaban a cargo de todos los tesoros de las cosas dedicadas, que el rey David, los jefes de las casas paternas, los capitanes de millares y de centenas, y los capitanes del ejército, habían consagrado.

27 Dedicaron parte del botín ganado en las batallas para el mantenimiento de la casa de Yahvé.

28 Todo lo que habían dedicado el vidente Samuel, Saúl hijo de Cis, Abner hijo de Ner y Joab hijo de Sarvia, y cualquiera que hubiera dedicado algo, estaba bajo el cuidado de Selomot y de sus hermanos.

29 De los izharitas, Quenanías y sus hijos fueron designados para los asuntos exteriores de Israel, como oficiales y jueces.

30 De los hebronitas, Hasabías y sus hermanos, mil setecientos hombres de valor, tenían la administración de Israel al otro lado del Jordán, hacia el oeste, para todos los asuntos de Yahvé y para el servicio del rey.

31 De los hebronitas, Jerías era el jefe de los hebronitas, según sus generaciones por casas paternas. En el año cuarenta del reinado de David se hicieron investigaciones, y se encontraron entre ellos hombres de gran valor en Jazer de Galaad.

32 Sus parientes, hombres de valor, eran dos mil setecientos, jefes de familias paternas, a quienes el rey David nombró supervisores sobre los rubenitas, los gaditas y la media tribu de los manasitas, para todo asunto relacionado con Dios y con

los asuntos del rey.

Capítulo 27

1 Los hijos de Israel, según su número, los jefes de familia y los capitanes de millares y de centenas, y sus oficiales que servían al rey en cualquier asunto de las divisiones que entraban y salían mes a mes durante todos los meses del año, eran veinticuatro mil en cada división.

2 Al frente de la primera división del primer mes estaba Jasobeam, hijo de Zabdiel. En su división había veinticuatro mil.

3 Él era de los hijos de Fares, el jefe de todos los capitanes del ejército para el primer mes.

4 El jefe de la división del segundo mes era Dodai el ahohíta, y Miclot era jefe en su división; en su división había veinticuatro mil.

5 El tercer jefe del ejército para el tercer mes era Benaía, hijo del sumo sacerdote Joiada. En su división había veinticuatro mil.

6 Este es el Benaía que era uno de los treinta hombres valientes, y jefe de los treinta. De su división estaba a cargo Amizabad, su hijo.

7 El cuarto jefe para el cuarto mes era Asael, hermano de Joab, y después de él Zebadías, su hijo. En su división había veinticuatro mil.

8 El quinto jefe para el quinto mes era Samhut el izrahíta. En su división había veinticuatro mil.

9 El sexto capitán para el sexto mes era Ira, hijo de Iques el tecoíta. En su división había veinticuatro mil.

10 El séptimo jefe para el séptimo mes era Heles pelonita, de los hijos de Efraín. En su división había veinticuatro mil.

11 El octavo jefe para el octavo mes era Sibecai husatita, de los zeraítas. En su división había veinticuatro mil.

12 El noveno jefe para el noveno mes era Abiezer anatotita, de los benjaminitas. En
su división había veinticuatro mil.

13 El décimo jefe para el décimo mes era Maharai netofatita, de los zeraítas. En su
división había veinticuatro mil.

14 El undécimo jefe para el undécimo mes era Benaía piratonita, de los hijos de
Efraín. En su división había veinticuatro mil.

15 El duodécimo jefe para el duodécimo mes era Heldai netofatita, descendiente de
Otoniel. En su división había veinticuatro mil.

16 Además, sobre las tribus de Israel: de los rubenitas, Eliezer hijo de Zicri era el
jefe; de los simeonitas, Sefatías hijo de Maaca;

17 de Leví, Hasabías hijo de Kemuel; de Aarón, Sadoc;

18 de Judá, Eliú, uno de los hermanos de David; de Isacar, Omri hijo de Miguel;

19 de Zabulón, Ismaías hijo de Abdías; de Neftalí, Jerimot hijo de Azriel;

20 de los hijos de Efraín, Oseas hijo de Azazías; de la media tribu de Manasés, Joel
hijo de Pedaías;

21 de la media tribu de Manasés en Galaad, Iddo hijo de Zacarías; de Benjamín,
Jaasiel hijo de Abner;

22 de Dan, Azarel hijo de Jeroham. Estos eran los capitanes de las tribus de Israel.

23 Pero David no tomó el censo de los de veinte años para abajo, porque Yahvé
había prometido que multiplicaría a Israel como las estrellas del cielo.

24 Joab, hijo de Sarvia, comenzó a hacer el censo, pero no lo terminó, pues la ira
de Dios cayó sobre Israel por esto. El número no fue incluido en el registro de las
crónicas del rey David.

25 A cargo de los tesoros del rey estaba Azmavet, hijo de Adiel. A cargo de los te-
soros en los campos, en las ciudades, en las aldeas y en las torres estaba Jonatán,
hijo de Uzías;

26 a cargo de los trabajadores del campo que labraban la tierra estaba Ezri, hijo de Quelub.

27 A cargo de las viñas estaba Simei ramatita. A cargo del producto de las viñas para las bodegas de vino estaba Zabdi el sifmita.

28 A cargo de los olivos y de los sicómoros que había en la Sefela estaba Baal Hanán gederita. A cargo de los almacenes de aceite estaba Joás.

29 A cargo del ganado que pastaba en Sarón estaba Sitrai el saronita. A cargo del ganado en los valles estaba Safat, hijo de Adlai.

30 A cargo de los camellos estaba Obil el ismaelita. A cargo de los asnos estaba Jehdeías el meronita. A cargo de los rebaños de ovejas estaba Jaziz el agareno.

31 Todos estos eran los administradores de la hacienda del rey David.

32 Jonatán, tío de David, era consejero, hombre de gran entendimiento y escriba. Jehiel, hijo de Hacmoni, instruía a los hijos del rey.

33 Ahitófel era consejero del rey. Husai el arquita era amigo del rey.

34 Después de Ahitófel, fueron consejeros Joiada, hijo de Benaía, y Abiatar. Joab era el comandante del ejército del rey.

Capítulo 28

1 David reunió en Jerusalén a todos los principales de Israel: a los jefes de las tribus, a los comandantes de las divisiones que servían al rey, a los capitanes de millares, a los capitanes de centenas, y a los administradores de toda la hacienda y posesiones del rey y de sus hijos, junto con los oficiales del palacio, los héroes y todos los hombres valientes.

2 Entonces el rey David se puso en pie y dijo: "¡Oídme, hermanos míos y pueblo mío! Yo tenía en mi corazón edificar una casa de reposo para el arca de la alianza de Yahvé, y como estrado para los pies de nuestro Dios; y había hecho los preparativos para la construcción.

3 Pero Dios me dijo: 'No edificarás una casa a mi nombre, porque eres un hombre de guerra y has derramado mucha sangre.'

4 Sin embargo, Yahvé, el Dios de Israel, me eligió de entre toda la casa de mi padre para ser rey sobre Israel para siempre. Porque él ha elegido a Judá como líder; y de la casa de Judá, eligió a la familia de mi padre; y de entre los hijos de mi padre, se agradó de mí para hacerme rey sobre todo Israel.

5 Y de todos mis hijos (pues Yahvé me ha dado muchos), ha elegido a mi hijo Salomón para que se siente en el trono del reino de Yahvé sobre Israel.

6 Me dijo: 'Tu hijo Salomón es quien edificará mi casa y mis atrios; porque lo he escogido para que sea mi hijo, y yo seré su padre.

7 Estableceré su reino para siempre, si él se mantiene firme en cumplir mis mandamientos y mis ordenanzas, como lo hace hoy.'

8 Ahora, pues, a la vista de todo Israel, la asamblea de Yahvé, y a oídos de nuestro Dios: observad y buscad todos los mandamientos de Yahvé vuestro Dios, para que poseáis esta buena tierra y la dejéis en herencia a vuestros hijos después de vosotros, para siempre.

9 Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con un corazón perfecto y un ánimo dispuesto; porque Yahvé escudriña todos los corazones, y entiende toda intención de los pensamientos. Si lo buscas, lo hallarás; pero si lo abandonas, él te desechará para siempre.

10 Presta atención ahora, porque Yahvé te ha elegido para edificar una casa como santuario. Esfuérzate y hazla."

11 Entonces David entregó a su hijo Salomón los planos del pórtico del templo, de sus edificios, de sus tesorerías, de sus aposentos altos, de sus cámaras interiores y del lugar del propiciatorio;

12 y los planos de todo lo que el Espíritu le había revelado para los atrios de la casa de Yahvé, para todas las cámaras alrededor, para los tesoros de la casa de Dios y para los tesoros de las cosas sagradas;

13 también para las divisiones de los sacerdotes y de los levitas, para toda la obra del servicio de la casa de Yahvé, y para todos los utensilios del servicio de la casa de Yahvé:

14 el peso del oro para los utensilios de oro de toda clase de servicio, y el peso de la plata para todos los utensilios de plata de toda clase de servicio;

15 el peso para los candelabros de oro y sus lámparas de oro, especificando el peso de cada candelabro y de sus lámparas; y para los candelabros de plata, el peso para cada candelabro y sus lámparas, según el uso de cada candelabro;

16 el oro por peso para las mesas de los panes de la proposición, para cada mesa; y la plata para las mesas de plata;

17 y los tenedores, los tazones y las copas de oro puro; y para los tazones de oro, el peso de cada tazón; y para los tazones de plata, el peso de cada tazón;

18 y para el altar del incienso, oro refinado por peso; y el modelo para el carro de los querubines de oro que extienden sus alas y cubren el arca de la alianza de Yahvé.

19 «Todo esto», dijo David, «Yahvé me lo ha hecho entender por escrito de su mano sobre mí, dándome a conocer todos los detalles de este diseño.»

20 David le dijo también a su hijo Salomón: «Esfuérzate y sé valiente, y pon manos a la obra. No temas ni te desanimes, porque Yahvé Dios, mi Dios, estará contigo. Él no te fallará ni te abandonará, hasta que hayas terminado toda la obra para el servicio de la casa de Yahvé.

21 He aquí, tienes las divisiones de los sacerdotes y de los levitas para todo el servicio de la casa de Dios. Todo voluntario experto en cualquier oficio estará con vosotros en toda la obra. También los jefes y todo el pueblo estarán enteramente a tus órdenes.»

Capítulo 29

1 El rey David dijo a toda la asamblea: «Mi hijo Salomón, el único a quien Dios
ha elegido, es todavía joven e inexperto, y la obra es muy grande; porque este pala-
cio no es para hombres, sino para Yahvé Dios.

2 Yo he preparado con todas mis fuerzas para la casa de mi Dios el oro para las
cosas de oro, la plata para las cosas de plata, el bronce para las cosas de bronce, el
hierro para las cosas de hierro, y la madera para las cosas de madera; además de
piedras de ónice, piedras de engaste, piedras de antimonio y de diversos colores,
toda clase de piedras preciosas, y mármol en abundancia.

3 Además, por el amor que le tengo a la casa de mi Dios, de mi propio tesoro per-
sonal de oro y plata, lo entrego a la casa de mi Dios, además de todo lo que ya he
preparado para el santuario:

4 tres mil talentos de oro, del oro de Ofir, y siete mil talentos de plata refinada,
para recubrir las paredes de los edificios;

5 oro para las cosas de oro, y plata para las cosas de plata, y para toda obra que se
haga por mano de los artesanos. ¿Quién de vosotros, pues, se ofrece voluntaria-
mente a consagrarse hoy a Yahvé?»

6 Entonces los príncipes de las casas paternas, los príncipes de las tribus de Israel,
los capitanes de millares y de centenas, y los administradores de la hacienda del
rey, ofrecieron voluntariamente;

7 y entregaron para el servicio de la casa de Dios: cinco mil talentos y diez mil dá-
ricos de oro, diez mil talentos de plata, dieciocho mil talentos de bronce y cien mil
talentos de hierro.

8 Y los que tenían piedras preciosas las entregaron para el tesoro de la casa de
Yahvé, bajo el cuidado de Jehiel el gersonita.

9 El pueblo se alegró al ver estas ofrendas voluntarias, porque las ofrecían a Yahvé
de todo corazón y con alegría; y el rey David también se alegró inmensamente.

10 Por eso David bendijo a Yahvé en presencia de toda la asamblea, y dijo: «Bendito seas tú, Yahvé, Dios de nuestro padre Israel, desde la eternidad y hasta la eternidad.

11 Tuya es, oh Yahvé, la grandeza, el poder, la gloria, la victoria y la majestad. Porque todo lo que hay en los cielos y en la tierra es tuyo. Tuyo es el reino, oh Yahvé, y tú eres exaltado como soberano sobre todas las cosas.

12 ¡Las riquezas y la gloria provienen de ti, y tú gobiernas sobre todo! En tu mano están la fuerza y el poder, y en tu mano está el engrandecer y el dar fortaleza a todos.

13 Por eso, Dios nuestro, te damos gracias y alabamos tu glorioso nombre.

14 Pero, ¿quién soy yo, y qué es mi pueblo, para que podamos ofrecerte estas ofrendas voluntarias? Porque todo viene de ti, y de lo recibido de tu mano te damos.

15 Porque somos extranjeros y forasteros delante de ti, como lo fueron todos nuestros padres. Nuestros días sobre la tierra son como una sombra, y no hay esperanza.

16 Yahvé, Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos preparado para edificarte una casa a tu santo nombre proviene de tu mano, y todo es tuyo.

17 Yo sé, Dios mío, que tú escudriñas los corazones y te complaces en la rectitud. En la rectitud de mi corazón te he ofrecido voluntariamente todas estas cosas; y ahora he visto con alegría cómo tu pueblo, que está aquí presente, te ha traído ofrendas voluntarias.

18 Oh Yahvé, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, nuestros padres, conserva perpetuamente esta disposición en el corazón de tu pueblo, y encamina su corazón hacia ti.

19 Dale también a mi hijo Salomón un corazón íntegro para que guarde tus mandamientos, tus testimonios y tus estatutos, para que los ponga por obra y edifique el templo para el cual he hecho esta provisión.»

20 Entonces David dijo a toda la asamblea: «¡Bendecid ahora a Yahvé, vuestro Dios!» Y toda la asamblea bendijo a Yahvé, el Dios de sus padres, e inclinando sus cabezas se postraron ante Yahvé y ante el rey.

21 Al día siguiente, ofrecieron sacrificios a Yahvé y le presentaron holocaustos: mil becerros, mil carneros y mil corderos, con sus libaciones, y abundantes sacrificios en favor de todo Israel.

22 Y aquel día comieron y bebieron ante Yahvé con gran alegría. Luego proclamaron rey por segunda vez a Salomón, hijo de David, y lo ungieron delante de Yahvé como príncipe, y a Sadoc como sacerdote.

23 Así Salomón se sentó en el trono de Yahvé como rey en lugar de su padre David, y prosperó; y todo Israel le obedeció.

24 Todos los príncipes, los guerreros valientes y también todos los hijos del rey David juraron lealtad al rey Salomón.

25 Yahvé engrandeció a Salomón sobremanera a los ojos de todo Israel, y le otorgó un esplendor real como no lo había tenido ningún rey antes de él en Israel.

26 Así reinó David, hijo de Jesé, sobre todo Israel.

27 El tiempo que reinó sobre Israel fue de cuarenta años: reinó siete años en Hebrón, y treinta y tres años en Jerusalén.

28 Murió en buena vejez, lleno de días, de riquezas y de gloria; y en su lugar reinó su hijo Salomón.

29 Los hechos del rey David, desde los primeros hasta los últimos, están escritos en las crónicas del vidente Samuel, en las crónicas del profeta Natán y en las crónicas del vidente Gad,

30 con todos los detalles de su reinado y su poder, y los tiempos que le tocó vivir a él, a Israel y a todos los reinos de las otras tierras.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

2 CRÓNICAS

Capítulo 1

1 Salomón, hijo de David, se afianzó firmemente en su reino, y Yahvé su Dios estaba con él, y lo engrandeció sobremanera.

2 Salomón habló a todo Israel, a los capitanes de millares y de centenas, a los jueces y a todos los príncipes de todo Israel, a los jefes de familia.

3 Entonces Salomón, y toda la asamblea con él, se dirigió al lugar alto que estaba en Gabaón, porque allí estaba la Tienda del Encuentro de Dios, que Moisés, siervo de Yahvé, había hecho en el desierto.

4 Pero David había hecho subir el Arca de Dios desde Quiriat Jearim al lugar que David había preparado para ella, pues le había levantado una tienda en Jerusalén.

5 Además, el altar de bronce que había hecho Bezalel, hijo de Uri, hijo de Hur, estaba allí delante del tabernáculo de Yahvé, y Salomón y la asamblea acudieron a consultarlo allí.

6 Salomón subió allí al altar de bronce que estaba delante de Yahvé, en la Tienda del Encuentro, y ofreció sobre él mil holocaustos.

7 Aquella noche, Dios se le apareció a Salomón y le dijo: «Pide lo que quieras que yo te dé».

8 Salomón dijo a Dios: «Tú has mostrado una gran misericordia con mi padre David, y me has hecho rey en su lugar.

9 Ahora, Yahvé Dios, que se cumpla tu promesa a mi padre David, pues me has hecho rey sobre un pueblo tan numeroso como el polvo de la tierra.

10 Dame ahora sabiduría y conocimiento, para que pueda salir y entrar delante de este pueblo; porque, ¿quién podrá gobernar a este gran pueblo tuyo?»

11 Dios dijo a Salomón: «Por cuanto esto estaba en tu corazón, y no has pedido riquezas, ni bienes, ni honores, ni la vida de los que te odian, ni tampoco has pedido larga vida, sino que has pedido sabiduría y conocimiento para ti, para gobernar a mi pueblo sobre el cual te he hecho rey,

12 por tanto, la sabiduría y el conocimiento te son concedidos. Te daré riquezas, bienes y honor, como no los ha tenido ninguno de los reyes que han sido antes de ti, ni los tendrá ninguno después de ti».

13 Salomón regresó a Jerusalén desde el lugar alto que estaba en Gabaón, de delante de la Tienda de las Reuniones, y reinó sobre Israel.

14 Salomón reunió carros y jinetes. Tenía mil cuatrocientos carros y doce mil jinetes que dispuso en las ciudades de los carros, y junto al rey en Jerusalén.

15 El rey hizo que la plata y el oro fueran tan comunes en Jerusalén como las piedras, e hizo que los cedros abundaran tanto como los sicómoros que hay en la llanura.

16 Los caballos que tenía Salomón eran traídos de Egipto y de Coa. Los mercaderes del rey los compraban en Coa.

17 Importaban de Egipto un carro por seiscientas piezas de plata y un caballo por ciento cincuenta. Así también los exportaban, por medio de ellos, a todos los reyes hititas y a los reyes sirios.

Capítulo 2

1 Salomón decidió edificar una casa para el nombre de Yahvé y una casa para su reino.

2 Salomón reclutó a setenta mil hombres para llevar cargas, ochenta mil hombres para cortar piedra en los montes, y tres mil seiscientos para supervisarlos.

3 Salomón envió a decir a Hiram, rey de Tiro: “De la misma manera que trataste con David mi padre y le enviaste cedros para que se construyera una casa en la cual habitar, así trata conmigo.

4 He aquí que voy a edificar una casa al nombre de Yahvé, mi Dios, para consagrársela, para quemar ante él incienso de especias aromáticas, para presentar los panes de la proposición continuamente y para los holocaustos de la mañana y de la tarde, en los sábados, en las lunas nuevas y en las fiestas señaladas de Yahvé, nuestro Dios. Esta es una ordenanza perpetua para Israel.

5 "La casa que voy a edificar será grande, porque nuestro Dios es más grande que todos los dioses.

6 Pero, ¿quién es capaz de edificarle una casa, ya que los cielos y el cielo de los cielos no pueden contenerlo? ¿Quién soy yo, pues, para edificarle una casa, sino solo para quemar incienso ante él?

7 "Ahora, pues, envíame un hombre hábil para trabajar el oro, la plata, el bronce, el hierro, la púrpura, el carmesí y el azul, y que sepa grabar, para que trabaje con los artesanos que están conmigo en Judá y en Jerusalén, los cuales dispuso mi padre.

8 «Envíame también madera de cedro, de ciprés y de sándalo del Líbano. Ciertamente mis siervos irán con los tuyos, porque yo sé que tus siervos son expertos en talar los árboles del Líbano,

9 para prepararme madera en abundancia, porque la casa que voy a edificar será grande y maravillosa.

10 He aquí que yo daré a tus siervos, los leñadores que cortan la madera, veinte mil coros de trigo batido, veinte mil coros de cebada, veinte mil batos de vino y veinte mil batos de aceite».

11 Entonces Huram, rey de Tiro, respondió por escrito y se lo envió a Salomón: «Porque Yahvé ama a su pueblo, te ha constituido rey sobre él».

12 Huram continuó: "Bendito sea Yahvé, el Dios de Israel, que hizo el cielo y la tierra, que ha dado al rey David un hijo sabio, dotado de prudencia y entendimiento, para que edifique una casa para Yahvé y una casa para su reino.

13 "Te he enviado, pues, un hombre hábil, dotado de entendimiento, Huram-abí,

14 hijo de una mujer de las hijas de Dan, y cuyo padre era un hombre de Tiro. Él es hábil para trabajar el oro, la plata, el bronce, el hierro, la piedra, la madera, la púrpura, el azul, el lino fino y el carmesí; también para hacer cualquier clase de grabado e idear cualquier diseño que se le encomiende, para que ocupe un lugar con tus artesanos, y con los artesanos de mi señor David, tu padre.

15 «Ahora, pues, el trigo, la cebada, el aceite y el vino de los que ha hablado mi señor, envíelos a sus siervos;

16 y nosotros cortaremos madera del Líbano, toda la que necesites. Te la llevaremos en balsas por mar hasta Jope, y luego tú la harás subir a Jerusalén».

17 Salomón hizo un censo de todos los extranjeros que estaban en la tierra de Israel, según el censo con que los había contado su padre David, y se hallaron ciento cincuenta y tres mil seiscientos.

18 Puso a setenta mil de ellos para llevar cargas, a ochenta mil como canteros en los montes, y a tres mil seiscientos como capataces para asignar al pueblo su trabajo.

Capítulo 3

1 Salomón comenzó a edificar la Casa de Yahvé en Jerusalén, en el monte Moriah, donde Yahvé se había aparecido a David su padre, en el lugar que David había designado en la era de Ornán el jebuseo.

2 Comenzó a edificar en el segundo día del segundo mes, en el cuarto año de su reinado.

3 Estas son las medidas que Salomón estableció para los cimientos de la casa de Dios: la longitud, en codos según la antigua medida, era de sesenta codos, y la anchura de veinte codos.

4 El pórtico que estaba delante, a lo ancho de la casa, medía veinte codos de largo, y la altura era de ciento veinte; y lo recubrió por dentro con oro puro.

5 Techó la sala mayor con madera de ciprés, la cual recubrió de oro fino, y la
adornó con palmeras y cadenas.

6 Adornó la casa con piedras preciosas para embellecerla; y el oro era de Parvaim.

7 También recubrió de oro la casa, las vigas, los umbrales, las paredes y las puertas; y grabó querubines en las paredes.

8 Hizo asimismo el lugar santísimo. Su longitud, según la anchura de la casa, era
de veinte codos, y su anchura de veinte codos; y lo recubrió de oro fino, con un
peso de seiscientos talentos.

9 El peso de los clavos era de cincuenta siclos de oro. Recubrió también de oro las
cámaras superiores.

10 En el lugar santísimo hizo dos querubines de madera tallada, y los recubrió de
oro.

11 Las alas de los querubines medían veinte codos en total; el ala de uno de ellos
medía cinco codos y llegaba hasta la pared de la Casa, y la otra ala medía cinco
codos y tocaba el ala del otro querubín.

12 El ala del otro querubín medía cinco codos y llegaba hasta la pared de la casa, y
la otra ala medía cinco codos y se unía al ala del primer querubín.

13 Las alas de estos querubines se extendían veinte codos. Estaban de pie, y sus
rostros miraban hacia la sala principal.

14 Hizo el velo de azul, púrpura, carmesí y lino fino, y bordó en él querubines.

15 Delante de la casa hizo dos columnas de treinta y cinco codos de altura, y el capitel que estaba en la parte superior de cada una de ellas era de cinco codos.

16 Hizo cadenas en el santuario interior y las puso en la parte superior de las columnas; hizo cien granadas y las puso en las cadenas.

17 Erigió las columnas delante del templo, una a la derecha y otra a la izquierda; y
llamó a la de la derecha Jaquín, y a la de la izquierda Boaz.

Capítulo 4

1 Luego hizo un altar de bronce de veinte codos de largo, veinte codos de ancho y diez codos de alto.

2 También hizo el mar de fundición, de diez codos de borde a borde. Era circular, de cinco codos de altura y de treinta codos de circunferencia.

3 Debajo de su borde había figuras de bueyes que lo rodeaban, diez por cada codo alrededor del mar. Los bueyes estaban dispuestos en dos hileras, fundidos en una sola pieza con el mar.

4 Estaba asentado sobre doce bueyes: tres miraban hacia el norte, tres hacia el occidente, tres hacia el sur y tres hacia el oriente; el mar descansaba sobre ellos, y todas sus partes traseras quedaban hacia el interior.

5 Su grosor era de un palmo, y su borde estaba labrado como el borde de un cáliz, como una flor de lirio. Tenía capacidad para tres mil batos.

6 Hizo también diez fuentes, y puso cinco a la derecha y cinco a la izquierda para lavar en ellas. Allí lavaban lo destinado al holocausto, pero el mar era para que se lavaran los sacerdotes.

7 Hizo los diez candelabros de oro, según su ordenanza, y los puso en el templo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda.

8 Hizo también diez mesas y las colocó en el templo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda; e hizo cien tazones de oro.

9 Además, hizo el atrio de los sacerdotes, el gran atrio, y las puertas para el atrio, y recubrió sus puertas de bronce.

10 Colocó el mar al lado derecho de la casa, hacia el sudeste.

11 Huram hizo las ollas, las palas y los cuencos. Así terminó Huram la obra que realizaba para el rey Salomón en la casa de Dios:

12 las dos columnas, los tazones, los dos capiteles que estaban en la parte superior de las columnas, las dos redes para cubrir los dos tazones de los capiteles que estaban sobre las columnas,

13 y las cuatrocientas granadas para las dos redes, dispuestas en dos filas de granadas para cada red, con el fin de cubrir los dos tazones de los capiteles que estaban en las columnas.

14 También hizo las basas, y sobre ellas hizo las fuentes,

15 un mar único, y los doce bueyes debajo de él.

16 Huram-abí hizo también las ollas, las palas, los garfios y todos sus utensilios de bronce pulido para el rey Salomón, para la casa de Yahvé.

17 El rey los fundió en la llanura del Jordán, en moldes de arcilla entre Sucot y Zereda.

18 Salomón hizo todos estos utensilios en tan gran cantidad que no se pudo calcular el peso del bronce.

19 Así hizo Salomón todos los utensilios que había en la casa de Dios: el altar de oro, las mesas con los panes de la proposición sobre ellas,

20 y los candelabros con sus lámparas de oro puro, para que ardieran según la ordenanza ante el santuario interior;

21 las flores, las lámparas y las tenazas eran del oro más puro;

22 también las despabiladeras, los cuencos, las cucharas y los incensarios eran de oro puro. En cuanto a la entrada de la casa, sus puertas interiores para el lugar santísimo y las puertas de la sala principal del templo eran de oro.

Capítulo 5

1 Así quedó terminada toda la obra que Salomón hizo para la casa de Yahvé. Salomón trajo las cosas que su padre David había consagrado, la plata, el oro y todos los utensilios, y los depositó en los tesoros de la casa de Dios.

2 Entonces Salomón reunió en Jerusalén a los ancianos de Israel y a todos los jefes de las tribus, los jefes de las familias de los hijos de Israel, para hacer subir el arca de la alianza de Yahvé desde la ciudad de David, que es Sión.

3 Todos los hombres de Israel se congregaron ante el rey para la fiesta, la cual se celebraba en el mes séptimo.

4 Vinieron todos los ancianos de Israel, y los levitas alzaron el arca.

5 Subieron el arca, la Tienda del Encuentro y todos los utensilios sagrados que estaban en la Tienda; los sacerdotes levitas los llevaron.

6 El rey Salomón y toda la asamblea de Israel que se había reunido con él estaban ante el arca, sacrificando ovejas y bueyes en tal cantidad que no se podían contar ni numerar.

7 Los sacerdotes introdujeron el arca de la alianza de Yahvé en su lugar, en el santuario interior de la casa, en el lugar santísimo, bajo las alas de los querubines.

8 Pues los querubines extendían sus alas sobre el lugar del arca, de modo que los querubines cubrían por encima el arca y sus varales.

9 Los varales eran tan largos que sus extremos se veían desde el arca frente al santuario interior, pero no se veían desde fuera; y allí permanecen hasta el día de hoy.

10 En el arca no había nada más que las dos tablas que Moisés puso allí en Horeb, cuando Yahvé hizo la alianza con los hijos de Israel, al salir de Egipto.

11 Cuando los sacerdotes salieron del lugar santo (porque todos los sacerdotes que estaban presentes se habían santificado, sin guardar el turno de sus divisiones;

12 y todos los levitas cantores, Asaf, Hemán, Jedutún, sus hijos y sus hermanos, vestidos de lino fino, con címbalos, salterios y arpas, estaban de pie al lado oriental del altar, y con ellos ciento veinte sacerdotes que tocaban las trompetas);

13 cuando los trompetistas y los cantores se unieron al unísono para hacer oír una sola voz en alabanza y acción de gracias a Yahvé, y cuando alzaron la voz al son de las trompetas, de los címbalos y de los instrumentos de música, y alabaron a

Yahvé, diciendo:
«Porque él es bueno,
porque su misericordia es eterna», entonces la casa se llenó de una nube, la casa de Yahvé,

14 de modo que los sacerdotes no podían mantenerse en pie para ministrar a causa de la nube, porque la gloria de Yahvé llenaba la casa de Dios.

Capítulo 6

1 Entonces Salomón dijo: «Yahvé ha dicho que moraría en la densa oscuridad.

2 Pero yo te he edificado una casa y un hogar, un lugar para que habites para siempre».

3 El rey volvió su rostro y bendijo a toda la asamblea de Israel; y toda la asamblea de Israel permaneció de pie.

4 Y dijo: "Bendito sea Yahvé, el Dios de Israel, que habló con su boca a David, mi padre, y con sus manos lo ha cumplido, diciendo:

5 'Desde el día en que saqué a mi pueblo de la tierra de Egipto, no elegí ninguna ciudad de todas las tribus de Israel para edificar una casa en la que habitara mi nombre, y no elegí a ningún hombre para que fuera príncipe sobre mi pueblo Israel;

6 pero ahora he elegido Jerusalén, para que mi nombre esté allí; y he elegido a David para que gobierne sobre mi pueblo Israel.'

7 Estaba en el corazón de mi padre David edificar una casa para el nombre de Yahvé, el Dios de Israel.

8 Pero Yahvé dijo a mi padre David: 'Puesto que tuviste en tu corazón edificar una casa para mi nombre, hiciste bien en tenerlo en tu corazón;

9 sin embargo, no serás tú quien edifique la casa, sino tu hijo que saldrá de tus lomos, él edificará la casa para mi nombre.'

10 «Yahvé ha cumplido la palabra que había pronunciado, pues yo me he levantado en lugar de David, mi padre, y me he sentado en el trono de Israel, como lo había prometido Yahvé, y he edificado la casa para el nombre de Yahvé, el Dios de Israel.

11 Allí he colocado el arca, en la cual está la alianza de Yahvé, que hizo con los hijos de Israel».

12 Luego se puso de pie ante el altar de Yahvé, en presencia de toda la asamblea de Israel, y extendió sus manos

13 (pues Salomón había hecho una plataforma de bronce de cinco codos de largo, cinco codos de ancho y tres codos de alto, y la había colocado en medio del atrio; se puso de pie sobre ella, se arrodilló ante toda la asamblea de Israel, y extendió sus manos hacia el cielo).

14 Entonces dijo: "Yahvé, Dios de Israel, no hay Dios como tú en el cielo ni en la tierra; tú que guardas el pacto y la misericordia con tus siervos que andan delante de ti de todo corazón;

15 que has cumplido con tu siervo David, mi padre, lo que le prometiste. Sí, tú hablaste con tu boca, y lo has cumplido con tu mano, como se ve en el día de hoy.

16 "Ahora, pues, Yahvé, Dios de Israel, mantén con tu siervo David, mi padre, la promesa que le hiciste, diciendo: 'No te faltará un hombre delante de mí que se siente en el trono de Israel, con tal que tus hijos guarden su camino, para andar en mi ley como tú has andado delante de mí'.

17 Ahora, pues, Yahvé, Dios de Israel, haz que se confirme la palabra que has dicho a tu siervo David.

18 "Pero, ¿es verdad que Dios habitará con los hombres en la tierra? He aquí que los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerte; ¡cuánto menos esta casa que yo he edificado!

19 Sin embargo, atiende a la oración de tu siervo y a su súplica, oh Yahvé, Dios mío, para escuchar el clamor y la oración que tu siervo hace ante ti;

20 para que tus ojos estén abiertos de día y de noche hacia esta casa, hacia el lugar
donde has dicho que pondrías tu nombre, para escuchar la oración que tu siervo
dirija hacia este lugar.

21 Escucha las súplicas de tu siervo y de tu pueblo Israel, cuando oren hacia este
lugar. Sí, escucha desde tu morada, desde el cielo; y cuando oigas, perdona.

22 "Si un hombre peca contra su prójimo, y se le exige un juramento para hacerle
jurar, y viene y jura ante tu altar en esta casa,

23 entonces escucha tú desde el cielo, actúa y juzga a tus siervos, dando su mere-
cido al impío para hacer recaer su conducta sobre su propia cabeza, y justificando
al justo para darle conforme a su justicia.

24 "Si tu pueblo Israel es derrotado ante el enemigo por haber pecado contra ti, y
se vuelve y confiesa tu nombre, y ora y suplica ante ti en esta casa,

25 entonces escucha tú desde el cielo, perdona el pecado de tu pueblo Israel, y haz-
los volver a la tierra que les diste a ellos y a sus padres.

26 "Cuando los cielos se cierren y no haya lluvia porque han pecado contra ti, si
oran hacia este lugar y confiesan tu nombre, y se convierten de su pecado cuando
los aflijas,

27 entonces escucha tú en el cielo, y perdona el pecado de tus siervos y de tu pue-
blo Israel, enseñándoles el buen camino por el que deben andar, y envía la lluvia
sobre tu tierra, la cual has dado a tu pueblo como herencia.

28 "Si hay hambre en la tierra, si hay peste, si hay tizón o añublo, langosta u oruga;
si sus enemigos los asedian en la tierra de sus ciudades, o si hay cualquier plaga o
cualquier enfermedad,

29 toda oración y toda súplica que haga cualquier hombre, o todo tu pueblo Is-
rael, reconociendo cada uno su propia aflicción y su propio dolor, y extendiendo
sus manos hacia esta casa,

30 escúchala tú desde el cielo, desde el lugar de tu morada, y perdona, y da a cada uno conforme a todos sus caminos, pues tú conoces su corazón (porque solo tú conoces los corazones de los hijos de los hombres),

31 para que te teman y anden en tus caminos todos los días que vivan sobre la faz de la tierra que diste a nuestros padres.

32 "Asimismo, en cuanto al extranjero que no es de tu pueblo Israel, cuando venga de un país lejano por causa de tu gran nombre, de tu mano poderosa y de tu brazo extendido, cuando vengan y oren hacia esta casa,

33 escucha tú desde el cielo, desde tu morada, y haz conforme a todo lo que el extranjero te pida; para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre y te teman, como lo hace tu pueblo Israel, y para que sepan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo he edificado.

34 "Si tu pueblo sale a la guerra contra sus enemigos, por el camino que tú los envíes, y oran a ti hacia esta ciudad que tú has elegido, y hacia la casa que he edificado a tu nombre;

35 entonces escucha desde el cielo su oración y su súplica, y defiende su causa.

36 "Si pecan contra ti (pues no hay hombre que no peque), y te aíras contra ellos y los entregas al enemigo, de modo que los lleven cautivos a una tierra lejana o cercana;

37 pero si reflexionan en la tierra adonde fueron llevados cautivos, y se vuelven, y te suplican en la tierra de su cautiverio, diciendo: 'Hemos pecado, hemos obrado perversamente y hemos hecho el mal';

38 si se vuelven a ti con todo su corazón y con toda su alma en la tierra de su cautiverio, adonde han sido llevados, y oran hacia su tierra, la que diste a sus padres, y hacia la ciudad que has elegido, y hacia la casa que he edificado a tu nombre;

39 entonces escucha tú desde el cielo, desde tu morada, su oración y sus súplicas, defiende su causa, y perdona a tu pueblo que ha pecado contra ti.

40 “Ahora, Dios mío, te ruego que tus ojos estén abiertos y tus oídos atentos a la
oración que se hace en este lugar.

41 “Ahora, pues, levántate, oh Yahvé Dios, hacia tu lugar de reposo, tú y el arca de
tu poder. Que tus sacerdotes, oh Yahvé Dios, se revistan de salvación, y que tus
santos se regocijen en tu bondad.

42 «Oh Yahvé Dios, no rechaces el rostro de tu ungido. Acuérdate de tus miseri-
cordias para con David, tu siervo».

Capítulo 7

1 Cuando Salomón terminó de orar, descendió fuego del cielo y consumió el ho-
locausto y los sacrificios, y la gloria de Yahvé llenó la casa.

2 Los sacerdotes no podían entrar en la casa de Yahvé, porque la gloria de Yahvé
había llenado la casa de Yahvé.

3 Todos los hijos de Israel observaban cuando el fuego descendía y la gloria de
Yahvé se posaba sobre la casa. Se postraron rostro en tierra sobre el pavimento,
adoraron y dieron gracias a Yahvé, diciendo:
«Porque él es bueno,
porque su misericordia es eterna».

4 Entonces el rey y todo el pueblo ofrecieron sacrificios ante Yahvé.

5 El rey Salomón ofreció un sacrificio de veintidós mil reses y ciento veinte mil
ovejas. Así dedicaron la casa de Dios el rey y todo el pueblo.

6 Los sacerdotes estaban de pie en sus puestos; los levitas también, con los instru-
mentos musicales de Yahvé que el rey David había hecho para alabar a Yahvé
(porque su misericordia es eterna), cuando David ofrecía alabanzas por medio de
ellos. Los sacerdotes tocaban las trompetas frente a ellos, y todo Israel estaba de
pie.

7 Además, Salomón consagró el centro del atrio que estaba delante de la casa de Yahvé, porque allí ofreció los holocaustos y la grasa de los sacrificios de comunión, ya que el altar de bronce que Salomón había hecho no tenía capacidad para recibir el holocausto, la ofrenda de cereal y la grasa.

8 Salomón celebró entonces la fiesta durante siete días, y todo Israel con él, una asamblea grandísima, congregada desde la entrada de Hamat hasta el torrente de Egipto.

9 El octavo día celebraron una asamblea solemne, pues habían celebrado la dedicación del altar durante siete días, y la fiesta durante siete días.

10 El día veintitrés del séptimo mes, despidió al pueblo a sus tiendas, alegres y gozosos de corazón por la bondad que Yahvé había mostrado a David, a Salomón y a su pueblo Israel.

11 Así terminó Salomón la casa de Yahvé y el palacio del rey, y llevó a cabo con éxito todo lo que se había propuesto en su corazón hacer en la casa de Yahvé y en su propia casa.

12 Entonces Yahvé se apareció a Salomón de noche y le dijo: "He escuchado tu oración y he elegido este lugar para mí como casa de sacrificio.

13 "Si yo cierro los cielos para que no haya lluvia, o si mando a la langosta que devore la tierra, o si envío la peste entre mi pueblo,

14 si mi pueblo, sobre el cual es invocado mi nombre, se humilla, ora, busca mi rostro y se aparta de sus malos caminos, entonces yo escucharé desde los cielos, perdonaré su pecado y sanaré su tierra.

15 Ahora mis ojos estarán abiertos y mis oídos atentos a la oración que se haga en este lugar.

16 Porque ahora he elegido y consagrado esta casa, para que mi nombre esté allí para siempre; y mis ojos y mi corazón estarán allí perpetuamente.

17 "Y en cuanto a ti, si andas delante de mí como anduvo tu padre David, y haces conforme a todo lo que te he mandado, y guardas mis estatutos y mis decretos,

18 entonces yo afirmaré el trono de tu reino, como pacté con tu padre David, diciendo: 'No te faltará un varón que gobierne en Israel'.

19 "Pero si vosotros os apartáis y abandonáis mis estatutos y mis mandamientos que he puesto delante de vosotros, y vais a servir a otros dioses y los adoráis,

20 entonces os arrancaré de raíz de mi tierra que os he dado; y esta casa, que he consagrado para mi nombre, la apartaré de mi vista y la convertiré en refrán y burla entre todos los pueblos.

21 Y en cuanto a esta casa, que fue tan excelsa, todo el que pase junto a ella se asombrará y dirá: '¿Por qué ha hecho esto Yahvé a esta tierra y a esta casa?'

22 Y responderán: 'Porque abandonaron a Yahvé, el Dios de sus padres, que los sacó de la tierra de Egipto, y se aferraron a otros dioses, los adoraron y les sirvieron. Por eso él ha traído sobre ellos todo este mal'".

Capítulo 8

1 Al cabo de veinte años, en los que Salomón había edificado la casa de Yahvé y su propia casa,

2 Salomón reconstruyó las ciudades que Huram le había dado, e hizo que los hijos de Israel las habitaran.

3 Salomón marchó a Hamat de Soba y la conquistó.

4 Edificó Tadmor en el desierto, y todas las ciudades de abastecimiento que edificó en Hamat.

5 También edificó Bet Horón la de arriba y Bet Horón la de abajo, ciudades fortificadas con murallas, puertas y cerrojos;

6 y Baalat, y todas las ciudades de almacenamiento que tenía Salomón, todas las ciudades para sus carros, las ciudades para su caballería, y todo lo que Salomón quiso edificar en Jerusalén, en el Líbano y en toda la tierra de su dominio.

7 A todos los pueblos que quedaron de los hititas, los amorreos, los ferezeos, los heveos y los jebuseos, que no eran de Israel,

8 es decir, a sus descendientes que quedaron después de ellos en la tierra, a los cuales los hijos de Israel no destruyeron, Salomón los sometió a trabajos forzados, hasta el día de hoy.

9 Pero a ninguno de los hijos de Israel los hizo Salomón siervos para sus obras, sino que eran hombres de guerra, jefes de sus oficiales, y comandantes de sus carros y de su caballería.

10 Estos eran los principales oficiales del rey Salomón, doscientos cincuenta, que gobernaban al pueblo.

11 Salomón trasladó a la hija del faraón de la ciudad de David a la casa que le había edificado, porque dijo: «Mi mujer no habitará en la casa de David, rey de Israel, porque los lugares donde ha entrado el arca de Yahvé son sagrados».

12 Entonces Salomón ofreció holocaustos a Yahvé sobre el altar de Yahvé que había edificado ante el pórtico,

13 ofreciendo lo indicado para cada día, según el mandamiento de Moisés para los sábados, las lunas nuevas y las fiestas señaladas, tres veces al año: en la fiesta de los panes sin levadura, en la fiesta de las semanas y en la fiesta de los tabernáculos.

14 Conforme a la ordenanza de su padre David, designó las divisiones de los sacerdotes para su servicio, y a los levitas para sus deberes, para que alabaran y ministraran ante los sacerdotes, según lo requería cada día; también a los porteros por sus divisiones en cada puerta, porque así lo había ordenado David, hombre de Dios.

15 No se apartaron del mandamiento del rey dado a los sacerdotes y levitas en ningún asunto, ni en lo referente a los tesoros.

16 Así se llevó a cabo toda la obra de Salomón desde el día en que se echaron los cimientos de la casa de Yahvé hasta que se terminó. La casa de Yahvé quedó completamente terminada.

17 Entonces Salomón fue a Ezión Geber y a Elot, a la orilla del mar, en la tierra de Edom.

18 Huram le envió, por medio de sus siervos, barcos y marineros que conocían el mar; estos fueron con los siervos de Salomón a Ofir, y tomaron de allí cuatrocientos cincuenta talentos de oro, y se los llevaron al rey Salomón.

Capítulo 9

1 Cuando la reina de Sabá oyó de la fama de Salomón, vino a Jerusalén para poner a prueba a Salomón con preguntas difíciles. Llegó con un séquito muy grande, con camellos que llevaban especias, oro en abundancia y piedras preciosas. Cuando se presentó ante Salomón, le habló de todo lo que tenía en su corazón.

2 Salomón respondió a todas sus preguntas; no hubo nada oculto para Salomón que él no le pudiera explicar.

3 Cuando la reina de Sabá vio la sabiduría de Salomón, la casa que había edificado,

4 los manjares de su mesa, los asientos de sus servidores, el porte de sus ministros y sus vestiduras, sus coperos y sus vestiduras, y la escalinata por la que subía a la casa de Yahvé, se quedó sin aliento.

5 Y dijo al rey: «Verdad era lo que oí en mi tierra acerca de tus hechos y de tu sabiduría.

6 Sin embargo, no creí sus palabras hasta que he venido y mis propios ojos lo han visto. Y he aquí, no se me había contado ni la mitad de la grandeza de tu sabiduría. Superas la fama que había oído.

7 ¡Dichosos tus hombres, y dichosos estos siervos tuyos que están continuamente delante de ti escuchando tu sabiduría!

8 Bendito sea Yahvé, tu Dios, que se ha deleitado en ti, poniéndote sobre su trono
para que seas rey para Yahvé, tu Dios. Porque tu Dios ama a Israel y quiere esta-
blecerlo para siempre, por eso te ha constituido rey sobre ellos, para que practi-
ques el derecho y la justicia».

9 Ella entregó al rey ciento veinte talentos de oro, especias en gran abundancia y
piedras preciosas. Nunca hubo especias como las que la reina de Sabá dio al rey
Salomón.

10 Asimismo, los siervos de Hiram y los siervos de Salomón, que trajeron oro de
Ofir, trajeron también madera de sándalo y piedras preciosas.

11 De la madera de sándalo el rey hizo gradas para la casa de Yahvé y para el pala-
cio del rey, así como liras y arpas para los cantores; nunca antes se había visto
nada igual en la tierra de Judá.

12 El rey Salomón dio a la reina de Sabá todo lo que ella quiso pedirle, mucho más
de lo que ella había traído al rey. Después ella se volvió y regresó a su tierra con sus
siervos.

13 El peso del oro que le llegaba a Salomón cada año era de seiscientos sesenta y
seis talentos de oro,

14 además de lo que traían los mercaderes y los comerciantes. También todos los
reyes de Arabia y los gobernadores de la tierra traían oro y plata a Salomón.

15 El rey Salomón hizo doscientos escudos grandes de oro batido; seiscientos si-
clos de oro batido se emplearon en cada escudo grande.

16 Hizo además trescientos escudos más pequeños de oro batido; trescientos si-
clos de oro se emplearon en cada escudo. El rey los puso en la Casa del Bosque del
Líbano.

17 El rey hizo también un gran trono de marfil, y lo recubrió de oro puro.

18 El trono tenía seis gradas y un escabel de oro fijados a él. Había brazos a ambos
lados del asiento, y dos leones de pie junto a los brazos.

19 Y doce leones estaban de pie allí, a uno y otro lado, sobre las seis gradas. No se había hecho nada semejante en ningún otro reino.

20 Todas las copas de beber del rey Salomón eran de oro, y toda la vajilla de la Casa del Bosque del Líbano era de oro puro. La plata no se consideraba de ningún valor en los días de Salomón.

21 Pues los barcos del rey iban a Tarsis con los siervos de Hiram; y una vez cada tres años las naves de Tarsis regresaban trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales.

22 Así el rey Salomón superó en riquezas y sabiduría a todos los reyes de la tierra.

23 Todos los reyes de la tierra procuraban ver el rostro de Salomón, para escuchar la sabiduría que Dios había puesto en su corazón.

24 Cada uno de ellos le traía su presente: objetos de plata, objetos de oro, vestiduras, armas, especias, caballos y mulos, año tras año.

25 Salomón tenía cuatro mil establos para los caballos y los carros, y doce mil jinetes, a los cuales situó en las ciudades de los carros y junto al rey en Jerusalén.

26 Gobernaba sobre todos los reyes, desde el Río hasta la tierra de los filisteos y hasta la frontera de Egipto.

27 El rey hizo que en Jerusalén la plata fuera tan común como las piedras, e hizo que los cedros abundaran tanto como los sicómoros de la llanura.

28 Los caballos para Salomón eran traídos de Egipto y de todas las tierras.

29 Los demás hechos de Salomón, los primeros y los últimos, ¿no están escritos en la historia del profeta Natán, en la profecía de Ahías el silonita y en las visiones del vidente Iddo acerca de Jeroboam, hijo de Nabat?

30 Salomón reinó en Jerusalén sobre todo Israel durante cuarenta años.

31 Y durmió Salomón con sus padres, y lo sepultaron en la ciudad de su padre David; y reinó en su lugar su hijo Roboam.

Capítulo 10

1 Roboam fue a Siquem, porque todo Israel había ido a Siquem para proclamarlo rey.

2 Cuando Jeroboam, hijo de Nabat, lo oyó (pues estaba en Egipto, adonde había huido a causa del rey Salomón), regresó de Egipto.

3 Enviaron a llamarlo; y vinieron Jeroboam y todo Israel, y hablaron a Roboam, diciendo:

4 «Tu padre hizo pesado nuestro yugo. Ahora, pues, alivia tú la dura servidumbre de tu padre y el pesado yugo que puso sobre nosotros, y te serviremos».

5 Él les respondió: «Volved a mí de aquí a tres días». Y el pueblo se marchó.

6 El rey Roboam consultó a los ancianos que habían estado al servicio de su padre Salomón cuando aún vivía, y les preguntó: «¿Qué me aconsejáis que responda a este pueblo?»

7 Ellos le respondieron diciendo: «Si eres bondadoso con este pueblo, y los complaces, y les hablas buenas palabras, ellos serán tus siervos para siempre».

8 Pero él rechazó el consejo que le dieron los ancianos, y consultó con los jóvenes que se habían criado con él y que estaban a su servicio.

9 Les dijo: "¿Qué aconsejáis vosotros que respondamos a este pueblo que me ha hablado diciendo: 'Alivia el yugo que tu padre puso sobre nosotros'?"

10 Los jóvenes que se habían criado con él le respondieron diciendo: "Así dirás al pueblo que te ha hablado diciendo: 'Tu padre hizo pesado nuestro yugo, pero tú aligéralo sobre nosotros'. Así les dirás: 'Mi dedo meñique es más grueso que la cintura de mi padre.

11 Así que, si mi padre os impuso un yugo pesado, yo añadiré más a vuestro yugo. Mi padre os castigó con látigos, pero yo os castigaré con escorpiones'".

12 Al tercer día, Jeroboam y todo el pueblo vinieron a Roboam, tal como el rey había dicho: «Volved a mí al tercer día».

13 El rey les respondió con dureza; pues el rey Roboam abandonó el consejo de los ancianos,

14 y les habló conforme al consejo de los jóvenes, diciendo: «Mi padre hizo pesado vuestro yugo, pero yo lo haré aún más pesado. Mi padre os castigó con látigos, pero yo os castigaré con escorpiones».

15 Así pues, el rey no escuchó al pueblo; porque esto era un designio de Dios, para que Yahvé cumpliera la palabra que había pronunciado por medio de Ahías el silonita a Jeroboam, hijo de Nabat.

16 Cuando todo Israel vio que el rey no los escuchaba, el pueblo respondió al rey diciendo: «¿Qué parte tenemos nosotros con David? ¡No tenemos herencia en el hijo de Jesé! ¡A tus tiendas, Israel! ¡Mira ahora por tu propia casa, David!» Y todo Israel se fue a sus tiendas.

17 Pero Roboam reinó sobre los hijos de Israel que habitaban en las ciudades de Judá.

18 Entonces el rey Roboam envió a Hadoram, que estaba a cargo de los trabajos forzados, pero los hijos de Israel lo mataron a pedradas. El rey Roboam, sin embargo, logró subir rápidamente a su carro para huir a Jerusalén.

19 Así se rebeló Israel contra la casa de David, hasta el día de hoy.

Capítulo 11

1 Cuando Roboam llegó a Jerusalén, reunió a la casa de Judá y de Benjamín, ciento ochenta mil guerreros escogidos, para combatir contra Israel y devolver el reino a Roboam.

2 Pero la palabra de Yahvé vino a Semaías, hombre de Dios, diciendo:

3 "Habla a Roboam, hijo de Salomón, rey de Judá, y a todo Israel en Judá y Benjamín, diciendo:

4 'Así dice Yahvé: No subiréis ni combatiréis contra vuestros hermanos. Vuelva cada uno a su casa, porque esto ha sido obra mía'". Ellos escucharon las palabras de Yahvé, y desistieron de ir contra Jeroboam.

5 Roboam habitó en Jerusalén y edificó ciudades fortificadas en Judá.

6 Edificó Belén, Etam, Tecoa,

7 Bet Zur, Soco, Adulam,

8 Gat, Maresa, Zif,

9 Adoraim, Laquis, Azeca,

10 Zora, Ajalón y Hebrón, que son ciudades fortificadas en Judá y en Benjamín.

11 Reforzó las fortalezas y puso en ellas comandantes, y almacenes de víveres, aceite y vino.

12 En cada ciudad puso escudos y lanzas, y las hizo sumamente fuertes. Así retuvo a Judá y a Benjamín.

13 Los sacerdotes y los levitas que estaban en todo Israel se presentaron ante él desde todos sus territorios.

14 Pues los levitas abandonaron sus tierras de pastos y sus posesiones, y se vinieron a Judá y a Jerusalén, porque Jeroboam y sus hijos los habían destituido de ejercer el sacerdocio para Yahvé;

15 y él se había instituido sus propios sacerdotes para los lugares altos, para los demonios con forma de macho cabrío, y para los becerros que había hecho.

16 Tras los levitas, los de todas las tribus de Israel que habían resuelto en su corazón buscar a Yahvé, el Dios de Israel, vinieron a Jerusalén para ofrecer sacrificios a Yahvé, el Dios de sus padres.

17 De este modo fortalecieron el reino de Judá, y durante tres años apoyaron a Roboam, hijo de Salomón; pues anduvieron en el camino de David y de Salomón durante esos tres años.

18 Roboam tomó por esposa a Mahalat, hija de Jerimot, hijo de David, y de Abihail, hija de Eliab, hijo de Jesé.

19 Ella le dio a luz hijos: Jeús, Semarías y Zaham.

20 Después de ella tomó a Maaca, hija de Absalón, la cual le dio a luz a Abías, Atai, Ziza y Selomit.

21 Roboam amó a Maaca, hija de Absalón, más que a todas sus otras mujeres y concubinas (pues tomó dieciocho mujeres y sesenta concubinas, y engendró veintiocho hijos y sesenta hijas).

22 Roboam designó a Abías, hijo de Maaca, como jefe y príncipe entre sus hermanos, con la intención de hacerlo rey.

23 Actuó con astucia, y distribuyó a varios de sus hijos por todas las regiones de Judá y Benjamín, por todas las ciudades fortificadas; les dio provisiones en abundancia y les buscó muchas esposas.

Capítulo 12

1 Cuando Roboam hubo consolidado el reino y se hizo fuerte, abandonó la ley de Yahvé, y todo Israel con él.

2 En el quinto año del rey Roboam, Sisac, rey de Egipto, subió contra Jerusalén (por cuanto se habían rebelado contra Yahvé)

3 con mil doscientos carros y sesenta mil jinetes; y el pueblo que venía con él de Egipto era innumerable: libios, suquienos y etíopes.

4 Tomó las ciudades fortificadas de Judá y llegó hasta Jerusalén.

5 Entonces el profeta Semaías se presentó ante Roboam y los jefes de Judá, que se habían reunido en Jerusalén por causa de Sisac, y les dijo: "Así dice Yahvé: 'Vosotros me habéis abandonado, por eso yo también os he abandonado en manos de Sisac'".

6 Los jefes de Israel y el rey se humillaron, y dijeron: «Justo es Yahvé».

7 Cuando Yahvé vio que se habían humillado, vino la palabra de Yahvé a Semaías, diciendo: «Se han humillado; no los destruiré, sino que les concederé un breve respiro, y mi ira no se derramará sobre Jerusalén por mano de Sisac.

8 Sin embargo, serán sus siervos, para que conozcan la diferencia entre serme siervos a mí y ser siervos de los reinos de las naciones».

9 Subió, pues, Sisac, rey de Egipto, contra Jerusalén, y se llevó los tesoros de la casa de Yahvé y los tesoros de la casa del rey; se lo llevó todo. También se llevó los escudos de oro que Salomón había hecho.

10 En su lugar, el rey Roboam hizo escudos de bronce, y los entregó al cuidado de los capitanes de la guardia, que custodiaban la puerta del palacio real.

11 Cada vez que el rey entraba en la casa de Yahvé, los guardias venían y los llevaban, y luego los devolvían a la cámara de la guardia.

12 Y como él se humilló, la ira de Yahvé se apartó de él para no destruirlo por completo; y además, en Judá todavía había cosas buenas.

13 Así se afianzó el rey Roboam en Jerusalén y reinó; Roboam tenía cuarenta y un años cuando comenzó a reinar, y reinó diecisiete años en Jerusalén, la ciudad que Yahvé había elegido de entre todas las tribus de Israel para poner allí su nombre. Su madre se llamaba Naamá, la amonita.

14 Pero hizo lo malo, porque no dispuso su corazón para buscar a Yahvé.

15 Los hechos de Roboam, los primeros y los últimos, ¿no están escritos en los registros del profeta Semaías y del vidente Iddo, en las genealogías? Hubo guerras continuas entre Roboam y Jeroboam.

16 Y durmió Roboam con sus padres, y fue sepultado en la ciudad de David; y reinó en su lugar Abías, su hijo.

Capítulo 13

1 En el año dieciocho del rey Jeroboam, Abías comenzó a reinar sobre Judá.

2 Reinó tres años en Jerusalén. Su madre se llamaba Micaías, hija de Uriel de Guibeá. Y hubo guerra entre Abías y Jeroboam.

3 Abías se dispuso para la batalla con un ejército de valientes guerreros, cuatrocientos mil hombres escogidos, y Jeroboam ordenó la batalla contra él con ochocientos mil hombres escogidos, que eran hombres valientes.

4 Abías se puso en pie sobre el monte Zemaraim, que está en la región montañosa de Efraín, y dijo: "Escuchadme, Jeroboam y todo Israel:

5 ¿No sabéis que Yahvé, el Dios de Israel, dio el reino sobre Israel a David para siempre, a él y a sus hijos mediante un pacto de sal?

6 Pero Jeroboam, hijo de Nabat, siervo de Salomón, hijo de David, se levantó y se rebeló contra su señor.

7 Se juntaron con él hombres indignos, compañeros perversos que se fortalecieron contra Roboam, hijo de Salomón, cuando Roboam era joven y de corazón indeciso, y no pudo resistirles.

8 "Y ahora vosotros pretendéis resistir al reino de Yahvé, que está en manos de los hijos de David. Sois una gran multitud, y los becerros de oro que Jeroboam os hizo por dioses están con vosotros.

9 ¿Acaso no habéis expulsado a los sacerdotes de Yahvé, a los hijos de Aarón y a los levitas, y os habéis hecho sacerdotes según las costumbres de los pueblos de otras tierras? Cualquiera que viene a consagrarse con un novillo y siete carneros puede ser sacerdote de los que no son dioses.

10 «Pero en cuanto a nosotros, Yahvé es nuestro Dios, y no lo hemos abandonado. Tenemos sacerdotes que sirven a Yahvé, los hijos de Aarón, y los levitas en su ministerio.

11 Ellos queman holocaustos e incienso aromático a Yahvé todas las mañanas y todas las tardes. También ponen en orden los panes de la proposición sobre la mesa pura, y cuidan el candelabro de oro con sus lámparas, para que ardan cada

tarde; porque nosotros guardamos la ordenanza de Yahvé, nuestro Dios, pero vosotros lo habéis abandonado.

12 Y he aquí que Dios está con nosotros a la cabeza, y sus sacerdotes con las trompetas de alarma para tocar a rebato contra vosotros. Hijos de Israel, no luchéis contra Yahvé, el Dios de vuestros padres, porque no prosperaréis».

13 Pero Jeroboam hizo que una emboscada diera un rodeo para llegarles por la retaguardia; de modo que sus tropas estaban delante de Judá, y la emboscada estaba a sus espaldas.

14 Cuando los de Judá miraron hacia atrás, he aquí que tenían la batalla por delante y por detrás; entonces clamaron a Yahvé, y los sacerdotes tocaron las trompetas.

15 Luego los hombres de Judá lanzaron el grito de guerra. Y mientras los hombres de Judá gritaban, Dios hirió a Jeroboam y a todo Israel delante de Abías y de Judá.

16 Los hijos de Israel huyeron ante Judá, y Dios los entregó en sus manos.

17 Abías y su gente les causaron una gran mortandad, de modo que cayeron muertos quinientos mil hombres escogidos de Israel.

18 Así fueron humillados los hijos de Israel en aquel tiempo, y los hijos de Judá prevalecieron, porque se apoyaron en Yahvé, el Dios de sus padres.

19 Abías persiguió a Jeroboam y le arrebató varias ciudades: Betel con sus aldeas, Jesana con sus aldeas y Efrón con sus aldeas.

20 Jeroboam no volvió a recuperar su poderío en los días de Abías. El Señor lo hirió y murió.

21 Pero Abías se hizo poderoso, tomó para sí catorce mujeres, y engendró veintidós hijos y dieciséis hijas.

22 Los demás hechos de Abías, su conducta y sus dichos, están escritos en el comentario del profeta Iddo.

Capítulo 14

1 Abías durmió con sus padres, y lo sepultaron en la ciudad de David; y su hijo
Asá reinó en su lugar. En sus días, la tierra tuvo paz durante diez años.

2 Asá hizo lo que era bueno y recto a los ojos de Yahvé, su Dios,

3 pues quitó los altares extranjeros y los lugares altos, derribó los pilares sagrados
y taló las imágenes de Asera.

4 Y ordenó a Judá que buscara a Yahvé, el Dios de sus padres, y que pusiera en
práctica la ley y los mandamientos.

5 También quitó de todas las ciudades de Judá los lugares altos y los altares de in-
cienso, y el reino estuvo en paz bajo su mandato.

6 Edificó ciudades fortificadas en Judá, pues la tierra estaba en paz, y no hubo
guerra contra él en aquellos años, porque el Señor le había dado descanso.

7 Por tanto, dijo a Judá: «Edifiquemos estas ciudades y cerquémoslas con muros,
torres, puertas y cerrojos. La tierra aún está a nuestra disposición, porque hemos
buscado a Yahvé, nuestro Dios; lo hemos buscado, y él nos ha dado descanso por
todas partes». Así que edificaron y prosperaron.

8 Asá tenía un ejército de trescientos mil hombres de Judá, armados con escudos
y lanzas, y doscientos ochenta mil hombres de Benjamín, armados con escudos y
arcos. Todos ellos eran guerreros valientes.

9 Zéraj el etíope salió contra ellos con un ejército de un millón de hombres y tres-
cientos carros, y llegó hasta Maresa.

10 Asá salió a su encuentro, y se dispusieron para la batalla en el valle de Sefata,
junto a Maresa.

11 Entonces Asá clamó a Yahvé, su Dios, y dijo: «Señor, para ti no hay diferencia
entre ayudar al poderoso y ayudar al que no tiene fuerzas. Ayúdanos, oh Yahvé,
nuestro Dios, porque en ti nos apoyamos, y en tu nombre hemos venido contra

esta inmensa multitud. Oh Yahvé, tú eres nuestro Dios; no permitas que el hombre prevalezca contra ti».

12 El Señor derrotó a los etíopes delante de Asá y delante de Judá, y los etíopes huyeron.

13 Asá y el pueblo que estaba con él los persiguieron hasta Gerar. Y cayeron tantos de los etíopes que no quedó en ellos aliento para recuperarse, pues fueron destruidos delante del Señor y de su ejército. Los de Judá se llevaron un botín inmenso.

14 Atacaron todas las ciudades en los alrededores de Gerar, porque el terror de Yahvé había caído sobre ellas. Y saquearon todas las ciudades, pues había mucho botín en ellas.

15 También atacaron los campamentos de los ganaderos, y se llevaron ovejas y camellos en abundancia; después regresaron a Jerusalén.

Capítulo 15

1 El Espíritu de Dios vino sobre Azarías, hijo de Oded.

2 Él salió al encuentro de Asá y le dijo: «¡Escuchadme, Asá, y todo Judá y Benjamín! Yahvé estará con vosotros mientras vosotros estéis con él. Si lo buscáis, él se dejará hallar de vosotros; pero si lo abandonáis, él os abandonará.

3 Durante mucho tiempo Israel estuvo sin el Dios verdadero, sin sacerdote que enseñara y sin ley.

4 Pero cuando en su angustia se volvieron a Yahvé, el Dios de Israel, y lo buscaron, él se dejó hallar de ellos.

5 En aquellos tiempos no había paz para el que salía ni para el que entraba, sino que había grandes tribulaciones para todos los habitantes de las tierras.

6 Las naciones se despedazaban unas a otras, y las ciudades entre sí, porque Dios los turbaba con toda clase de adversidades.

7 ¡Pero vosotros, esforzaos! No dejéis que vuestras manos desfallezcan, porque vuestra obra será recompensada».

8 Cuando Asá oyó estas palabras y la profecía del profeta Oded, cobró ánimo y quitó los ídolos abominables de toda la tierra de Judá y de Benjamín, y de las ciudades que había conquistado en la región montañosa de Efraín; y restauró el altar de Yahvé que estaba delante del pórtico de Yahvé.

9 Luego reunió a todo Judá y Benjamín, y a los forasteros de Efraín, Manasés y Simeón que residían con ellos; pues muchos de Israel se habían pasado a él al ver que Yahvé, su Dios, estaba con él.

10 Se congregaron en Jerusalén en el tercer mes del año decimoquinto del reinado de Asá.

11 Aquel día sacrificaron a Yahvé, del botín que habían traído, setecientas reses y siete mil ovejas.

12 E hicieron un pacto para buscar a Yahvé, el Dios de sus padres, con todo su corazón y con toda su alma;

13 acordando que cualquiera que no buscara a Yahvé, el Dios de Israel, fuera condenado a muerte, ya fuera pequeño o grande, hombre o mujer.

14 Prestaron juramento a Yahvé en alta voz, con júbilo, y al son de trompetas y cuernos.

15 Todo Judá se alegró de este juramento, porque habían jurado de todo corazón y lo habían buscado con toda su voluntad, y él se dejó hallar de ellos. Y Yahvé les dio descanso por todas partes.

16 El rey Asá llegó incluso a destituir a su madre Maaca de su posición de reina madre, porque ella había hecho una imagen abominable de Asera. Asá derribó su imagen, la redujo a polvo y la quemó en el torrente Cedrón.

17 Aunque los lugares altos no fueron quitados de Israel, el corazón de Asá fue íntegro todos sus días.

18 Y trajo a la casa de Dios los utensilios consagrados por su padre, y los que él mismo había consagrado: plata, oro y vasos.

19 Y no hubo más guerra hasta el año trigésimo quinto del reinado de Asá.

Capítulo 16

1 En el año trigésimo sexto del reinado de Asá, Baasa, rey de Israel, subió contra Judá y fortificó Ramá, con el fin de impedir que nadie saliera o entrara al territorio de Asá, rey de Judá.

2 Entonces Asá sacó plata y oro de los tesoros de la casa de Yahvé y del palacio real, y envió mensajeros a Ben Hadad, rey de Aram, que habitaba en Damasco, diciéndole:

3 «Haya una alianza entre tú y yo, como la hubo entre mi padre y tu padre. He aquí que te envío plata y oro. Ve, y rompe tu alianza con Baasa, rey de Israel, para que se retire de mi territorio».

4 Ben Hadad prestó oídos al rey Asá y envió a los capitanes de sus ejércitos contra las ciudades de Israel; y conquistaron Ijón, Dan, Abel Maim y todas las ciudades de abastecimiento de Neftalí.

5 Cuando Baasa se enteró de esto, dejó de fortificar Ramá y detuvo sus obras.

6 Entonces el rey Asá convocó a todo Judá, y se llevaron las piedras y la madera con las que Baasa había estado edificando Ramá; y con ellas Asá fortificó Geba y Mizpa.

7 En aquel tiempo el vidente Hananí acudió a Asá, rey de Judá, y le dijo: «Por cuanto te has apoyado en el rey de Aram, y no te has apoyado en Yahvé, tu Dios, el ejército del rey de Aram ha escapado de tus manos.

8 ¿Acaso los etíopes y los libios no eran un ejército numerosísimo, con carros y muchísimos jinetes? Sin embargo, como te apoyaste en el Señor, él los entregó en tus manos.

9 Porque los ojos de Yahvé recorren toda la tierra, para mostrar su poder a favor de aquellos cuyo corazón es íntegro para con él. Has actuado neciamente en esto; por lo tanto, a partir de ahora tendrás guerras».

10 Entonces Asá se indignó contra el vidente y lo metió en la cárcel, pues estaba furioso con él a causa de este asunto. En aquel mismo tiempo, Asá oprimió también a algunos del pueblo.

11 Los hechos de Asá, los primeros y los últimos, están escritos en el libro de los reyes de Judá y de Israel.

12 En el año trigésimo noveno de su reinado, Asá enfermó gravemente de los pies. Sin embargo, en su enfermedad no buscó a Yahvé, sino a los médicos.

13 Asá durmió con sus padres y murió en el año cuadragésimo primero de su reinado.

14 Lo sepultaron en el sepulcro que él se había labrado en la ciudad de David. Lo acostaron en un lecho lleno de especias aromáticas y de diversos ungüentos preparados por el arte de los perfumistas, y encendieron en su honor una hoguera inmensa.

Capítulo 17

1 Su hijo Josafat reinó en su lugar y se hizo fuerte contra Israel.

2 Colocó tropas en todas las ciudades fortificadas de Judá, y puso guarniciones en la tierra de Judá y en las ciudades de Efraín que su padre Asá había conquistado.

3 Yahvé estuvo con Josafat, porque anduvo en los primeros caminos de su padre David, y no buscó a los baales,

4 sino que buscó al Dios de su padre y anduvo en sus mandamientos, y no según las costumbres de Israel.

5 Por eso el Señor afirmó el reino en sus manos. Todo Judá llevó tributo a Josafat, y él tuvo riquezas y gloria en abundancia.

6 Su corazón se enalteció en los caminos de Yahvé; y además, quitó de Judá los lugares altos y las imágenes de Asera.

7 En el tercer año de su reinado envió a sus príncipes Ben Hail, Abdías, Zacarías, Natanael y Micaías, para que enseñaran en las ciudades de Judá;

8 y con ellos a los levitas Semaías, Netanías, Zebadías, Asael, Semiramot, Jonatán, Adonías, Tobías y Tobadonías; y con ellos a los sacerdotes Elisama y Joram.

9 Ellos enseñaron en Judá, llevando consigo el libro de la ley de Yahvé. Recorrieron todas las ciudades de Judá y enseñaron al pueblo.

10 El temor del Señor cayó sobre todos los reinos de las tierras que rodeaban a Judá, de modo que no hicieron la guerra contra Josafat.

11 Algunos de los filisteos le trajeron a Josafat regalos y plata como tributo. Los árabes también le trajeron rebaños: siete mil setecientos carneros y siete mil setecientos machos cabríos.

12 Josafat se engrandeció sobremanera, y edificó fortalezas y ciudades de abastecimiento en Judá.

13 Llevó a cabo grandes obras en las ciudades de Judá, y tuvo en Jerusalén guerreros y hombres valientes.

14 Este es el censo de ellos según sus casas paternas: de Judá, los jefes de millares: el jefe Adná, y con él trescientos mil hombres valientes;

15 junto a él, el jefe Johanán, y con él doscientos ochenta mil;

16 y junto a él, Amasías, hijo de Zicri, que se había ofrecido voluntariamente a Yahvé, y con él doscientos mil hombres valientes.

17 De Benjamín: Eliada, hombre valeroso, y con él doscientos mil hombres armados con arco y escudo;

18 y junto a él, Jozabad, y con él ciento ochenta mil hombres pertrechados para la guerra.

19 Estos eran los que estaban al servicio del rey, además de los que el rey había puesto en las ciudades fortificadas por toda Judá.

Capítulo 18

1 Josafat tuvo riquezas y gloria en abundancia, y se emparentó con Ajab.

2 Al cabo de algunos años, descendió a Samaria para visitar a Ajab. Ajab mató ovejas y vacas en abundancia para él y para la gente que lo acompañaba, y lo persuadió para que subiera con él contra Ramot de Galaad.

3 Ajab, rey de Israel, dijo a Josafat, rey de Judá: «¿Irás conmigo a Ramot de Galaad?» Él le respondió: «Yo soy como tú, y mi pueblo como tu pueblo; estaremos contigo en la guerra».

4 Pero Josafat dijo al rey de Israel: «Por favor, consulta hoy la palabra de Yahvé».

5 Entonces el rey de Israel reunió a los profetas, cuatrocientos hombres, y les preguntó: «¿Iremos a la guerra contra Ramot de Galaad, o me abstendré?» Ellos dijeron: «Sube, porque Dios la entregará en manos del rey».

6 Pero Josafat preguntó: «¿No hay aquí algún otro profeta de Yahvé a quien podamos consultar?»

7 El rey de Israel respondió a Josafat: «Aún hay un hombre por medio del cual podemos consultar a Yahvé, pero yo lo aborrezco, porque nunca me profetiza el bien, sino siempre el mal. Es Micaías, hijo de Imlá». Josafat dijo: «No hable así el rey».

8 Entonces el rey de Israel llamó a un oficial y le ordenó: «Trae de prisa a Micaías, hijo de Imlá».

9 El rey de Israel y Josafat, rey de Judá, estaban sentados cada uno en su trono, vestidos con sus ropas reales, en la plaza a la entrada de la puerta de Samaria; y todos los profetas profetizaban delante de ellos.

10 Sedequías, hijo de Quenaaná, se había hecho unos cuernos de hierro y decía: "Así dice Yahvé: 'Con estos acornearás a los sirios hasta destruirlos por completo'".

11 Todos los profetas profetizaban lo mismo, diciendo: «Sube a Ramot de Galaad y serás prosperado, porque Yahvé la entregará en manos del rey».

12 El mensajero que había ido a llamar a Micaías le habló, diciendo: «He aquí que las palabras de los profetas, a una sola voz, anuncian el bien al rey. Te ruego que tu palabra sea como la de uno de ellos, y que anuncies el bien».

13 Pero Micaías respondió: «Vive Yahvé, que lo que mi Dios me diga, eso hablaré».

14 Cuando llegó ante el rey, el rey le preguntó: «Micaías, ¿iremos a la guerra contra Ramot de Galaad, o me abstendré?» Él respondió: «Subid y seréis prosperados; serán entregados en vuestras manos».

15 El rey le dijo: «¿Cuántas veces he de conjurarte para que no me digas sino la verdad en el nombre de Yahvé?»

16 Entonces Micaías dijo: "He visto a todo Israel esparcido por los montes, como ovejas sin pastor. Y Yahvé dijo: 'Estos no tienen señor; vuelva cada uno a su casa en paz'".

17 El rey de Israel dijo a Josafat: «¿No te dije que este no profetizaría sobre mí nada bueno, sino sólo el mal?»

18 Y Micaías añadió: "Escuchad, pues, la palabra de Yahvé: Vi a Yahvé sentado en su trono, y a todo el ejército de los cielos de pie a su derecha y a su izquierda.

19 Y Yahvé preguntó: '¿Quién persuadirá a Ajab, rey de Israel, para que suba y caiga en Ramot de Galaad?' Y uno decía de una manera, y otro decía de otra.

20 Entonces salió un espíritu, se puso delante de Yahvé y dijo: 'Yo lo persuadiré'. "Yahvé le preguntó: '¿De qué manera?'

21 "Él respondió: 'Saldré y seré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas'. "Y Yahvé dijo: 'Tú lo persuadirás, y ciertamente prevalecerás. Ve y hazlo así'.

22 «Ahora, pues, he aquí que Yahvé ha puesto un espíritu de mentira en la boca de estos tus profetas, y Yahvé ha decretado el mal contra ti».

23 Entonces se acercó Sedequías, hijo de Quenaaná, golpeó a Micaías en la mejilla y le dijo: «¿Por qué camino se apartó de mí el Espíritu de Yahvé para hablarte a ti?»

24 Micaías respondió: «He aquí, tú lo verás aquel día, cuando vayas de aposento en aposento para esconderte».

25 El rey de Israel ordenó: "Tomad a Micaías y llevadlo a Amón, gobernador de la ciudad, y a Joás, hijo del rey;

26 y decidles: 'Así dice el rey: Poned a este hombre en la cárcel, y sustentadle con pan de aflicción y agua de aflicción, hasta que yo regrese en paz'".

27 Micaías dijo: «Si tú logras regresar en paz, Yahvé no ha hablado por medio de mí». Y añadió: «¡Escuchad, pueblos todos!»

28 Subieron, pues, el rey de Israel y Josafat, rey de Judá, a Ramot de Galaad.

29 El rey de Israel dijo a Josafat: «Yo me disfrazaré para entrar en la batalla, pero tú vístete con tus ropas reales». Se disfrazó, pues, el rey de Israel, y entraron en la batalla.

30 El rey de Siria había ordenado a los capitanes de sus carros: «No peleéis ni contra el pequeño ni contra el grande, sino únicamente contra el rey de Israel».

31 Cuando los capitanes de los carros vieron a Josafat, dijeron: «¡Este es el rey de Israel!» Y lo rodearon para atacarlo; pero Josafat clamó, y Yahvé lo ayudó, y Dios los apartó de él.

32 Pues cuando los capitanes de los carros vieron que no era el rey de Israel, dejaron de perseguirlo.

33 Pero un hombre disparó su arco al azar e hirió al rey de Israel por entre las junturas de la armadura. Entonces el rey dijo al conductor de su carro: «Da la vuelta y sácame del campo de batalla, porque estoy gravemente herido».

34 La batalla arreció aquel día; y el rey de Israel se mantuvo en pie en su carro frente a los sirios hasta la tarde, pero a la hora de la puesta del sol, murió.

Capítulo 19

1 Josafat, rey de Judá, regresó en paz a su casa en Jerusalén.

2 Y le salió al encuentro el vidente Jehú, hijo de Hananí, y dijo al rey Josafat: «¿Acaso debías ayudar al impío y amar a los que aborrecen a Yahvé? Por esto, la ira de Yahvé ha caído sobre ti.

3 Sin embargo, se han hallado cosas buenas en ti, por cuanto has quitado de la tierra las imágenes de Asera y has dispuesto tu corazón para buscar a Dios».

4 Josafat habitó en Jerusalén; y volvió a salir por entre el pueblo, desde Beerseba hasta la región montañosa de Efraín, y los hizo volver a Yahvé, el Dios de sus padres.

5 Estableció jueces en la tierra, en todas las ciudades fortificadas de Judá, ciudad por ciudad,

6 y dijo a los jueces: «Considerad lo que hacéis, porque no juzgáis en lugar del hombre, sino de Yahvé, y él estará con vosotros cuando dictéis sentencia.

7 Ahora, pues, que el temor de Yahvé esté sobre vosotros. Tened cuidado con lo que hacéis, porque en Yahvé nuestro Dios no hay injusticia, ni acepción de personas, ni admisión de soborno».

8 En Jerusalén, Josafat también estableció a algunos de los levitas, sacerdotes y jefes de las familias de Israel, para el juicio de Yahvé y para resolver las controversias. Y regresaron a Jerusalén.

9 Les dio estas órdenes: «Actuaréis en el temor de Yahvé, con fidelidad y con un corazón íntegro.

10 En cualquier pleito que llegue a vosotros de parte de vuestros hermanos que habitan en sus ciudades, ya sea sobre derramamiento de sangre o sobre la ley, los mandamientos, los estatutos y las ordenanzas, deberéis advertirles para que no pequen contra Yahvé, y así no venga la ira sobre vosotros y sobre vuestros hermanos. Haced esto, y no seréis culpables.

11 He aquí, el sumo sacerdote Amarías estará sobre vosotros en todos los asuntos de Yahvé; y Zebadías, hijo de Ismael, jefe de la casa de Judá, en todos los asuntos del rey. Los levitas servirán como oficiales delante de vosotros. Esforzaos y obrad con valentía, y que Yahvé esté con el que hace el bien».

Capítulo 20

1 Después de estas cosas, aconteció que los hijos de Moab, los hijos de Amón, y con ellos algunos de los meunitas, vinieron contra Josafat a la guerra.

2 Acudieron algunos y dieron aviso a Josafat, diciendo: «Una gran multitud viene contra ti desde el otro lado del mar, desde Aram; y he aquí, están en Hazazón Tamar» (que es En Gedi).

3 Josafat tuvo miedo y dispuso su corazón para buscar a Yahvé, y proclamó un ayuno en todo Judá.

4 Se reunieron los de Judá para pedir ayuda a Yahvé; de todas las ciudades de Judá acudieron para buscar a Yahvé.

5 Josafat se puso en pie en la asamblea de Judá y de Jerusalén, en la casa de Yahvé, delante del atrio nuevo,

6 y dijo: "Oh Yahvé, Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en los cielos, y gobiernas sobre todos los reinos de las naciones? En tu mano hay fuerza y poder, de modo que nadie puede resistirte.

7 ¿No expulsaste tú, Dios nuestro, a los habitantes de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y la diste a la descendencia de tu amigo Abraham para siempre?

8 Ellos han habitado en ella, y te han edificado en ella un santuario a tu nombre, diciendo:

9 'Si nos sobreviene el mal, ya sea la espada, el juicio, la peste o el hambre, nos presentaremos delante de esta casa y delante de ti (porque tu nombre está en esta casa), y clamaremos a ti en nuestra tribulación, y tú nos escucharás y nos salvarás'.

10 Y ahora, he aquí los hijos de Amón, de Moab y del monte Seír, a cuyas tierras no permitiste que Israel entrara cuando venían de la tierra de Egipto, sino que se apartaron de ellos y no los destruyeron;

11 mira cómo nos pagan, viniendo a arrojarnos de tu posesión que tú nos diste en herencia.

12 Oh Dios nuestro, ¿no los juzgarás tú? Porque nosotros carecemos de fuerza ante esta gran multitud que viene contra nosotros; no sabemos qué hacer, pero nuestros ojos están puestos en ti".

13 Todo Judá estaba de pie delante de Yahvé, con sus niños, sus mujeres y sus hijos.

14 Entonces el Espíritu de Yahvé vino en medio de la asamblea sobre Jahaziel, hijo de Zacarías, hijo de Benaía, hijo de Jeiel, hijo de Matanías, un levita de los hijos de Asaf;

15 y dijo: "Escuchad, todo Judá, y vosotros habitantes de Jerusalén, y tú, rey Josafat. Así os dice Yahvé: 'No temáis ni os acobardéis delante de esta gran multitud, porque la batalla no es vuestra, sino de Dios.

16 Descended mañana contra ellos. He aquí que ellos subirán por la cuesta de Ziz, y los hallaréis en el extremo del valle, frente al desierto de Jeruel.

17 No tendréis que pelear en esta ocasión. Poneos firmes, quedaos quietos y ved la
salvación que Yahvé obrará a vuestro favor, oh Judá y Jerusalén. No temáis ni os
acobardéis. Salid mañana a su encuentro, porque Yahvé estará con vosotros'".

18 Entonces Josafat inclinó su rostro a tierra, y todo Judá y los habitantes de Jeru-
salén se postraron delante de Yahvé, para adorar a Yahvé.

19 Y se levantaron los levitas de los hijos de Coat y de los hijos de Coré para alabar
a Yahvé, el Dios de Israel, a gran voz.

20 Se levantaron muy de mañana y salieron al desierto de Tecoa. Y mientras salían,
Josafat se puso en pie y dijo: «¡Escuchadme, Judá y habitantes de Jerusalén! Creed
en Yahvé vuestro Dios, y estaréis seguros; creed a sus profetas, y seréis
prosperados».

21 Después de consultar con el pueblo, designó a algunos para que cantaran a
Yahvé y lo alabaran vestidos con ornamentos sagrados, mientras marchaban al
frente del ejército, diciendo: «Dad gracias a Yahvé, porque su misericordia es
eterna».

22 Cuando comenzaron a entonar cantos de júbilo y alabanza, Yahvé puso em-
boscadas contra los hijos de Amón, de Moab y del monte Seír que habían venido
contra Judá, y fueron derrotados.

23 Porque los hijos de Amón y de Moab se levantaron contra los habitantes del
monte Seír, para destruirlos y aniquilarlos por completo; y cuando acabaron con
los habitantes de Seír, se ayudaron unos a otros a destruirse mutuamente.

24 Cuando Judá llegó a la atalaya del desierto, miraron hacia la multitud, y he aquí
que solo había cadáveres tendidos en tierra; no había escapado nadie.

25 Josafat y su pueblo fueron a recoger el botín, y hallaron entre los cadáveres
gran cantidad de enseres y joyas preciosas, las cuales despojaron para sí, hasta que
no pudieron llevar más. Pasaron tres días recogiendo el botín, porque era
muchísimo.

26 Al cuarto día se congregaron en el valle de Beracá, porque allí bendijeron a Yahvé. Por eso llamaron a aquel lugar «Valle de Beracá», hasta el día de hoy.

27 Después, todos los hombres de Judá y de Jerusalén, con Josafat a la cabeza, emprendieron el regreso a Jerusalén con gozo, porque Yahvé les había dado alegría sobre sus enemigos.

28 Entraron en Jerusalén al son de arpas, liras y trompetas, y se dirigieron a la casa de Yahvé.

29 Y el temor de Dios cayó sobre todos los reinos de aquellas tierras cuando oyeron que Yahvé había peleado contra los enemigos de Israel.

30 Así el reino de Josafat tuvo paz, porque su Dios le dio descanso por todas partes.

31 Así reinó Josafat sobre Judá. Tenía treinta y cinco años cuando comenzó a reinar, y reinó veinticinco años en Jerusalén. Su madre se llamaba Azubá, hija de Silhí.

32 Anduvo en el camino de su padre Asá y no se apartó de él, haciendo lo recto ante los ojos de Yahvé.

33 Sin embargo, los lugares altos no fueron quitados, pues el pueblo aún no había dispuesto su corazón para buscar al Dios de sus padres.

34 Los demás hechos de Josafat, los primeros y los últimos, están escritos en las crónicas de Jehú, hijo de Hananí, las cuales están incluidas en el libro de los reyes de Israel.

35 Después de esto, Josafat, rey de Judá, se alió con Ocozías, rey de Israel, el cual actuaba con gran impiedad.

36 Se alió con él para construir barcos que fueran a Tarsis, y construyeron los barcos en Ezión Geber.

37 Pero Eliezer, hijo de Dodavahu, de Maresa, profetizó contra Josafat, diciendo: «Por cuanto te has aliado con Ocozías, Yahvé ha destruido tus obras». Y los barcos naufragaron, de modo que no pudieron ir a Tarsis.

Capítulo 21

1 Josafat durmió con sus padres y fue sepultado con ellos en la ciudad de David; y su hijo Joram reinó en su lugar.

2 Tuvo hermanos, hijos de Josafat: Azarías, Jehiel, Zacarías, Azarías, Miguel y Sefatías. Todos estos eran hijos de Josafat, rey de Israel.

3 Su padre les había dado espléndidos regalos de plata, oro y objetos preciosos, junto con ciudades fortificadas en Judá; pero entregó el reino a Joram, por ser el primogénito.

4 Cuando Joram se afianzó en el reino de su padre y se hizo fuerte, mató a espada a todos sus hermanos, y también a algunos de los príncipes de Israel.

5 Joram tenía treinta y dos años cuando comenzó a reinar, y reinó ocho años en Jerusalén.

6 Anduvo en el camino de los reyes de Israel, tal como había hecho la casa de Ajab (pues tenía por mujer a una hija de Ajab), e hizo lo malo a los ojos de Yahvé.

7 Sin embargo, Yahvé no quiso destruir a la casa de David, a causa de la alianza que había hecho con él, y porque le había prometido mantener siempre una lámpara para él y para sus hijos.

8 En sus días Edom se rebeló contra el dominio de Judá, y establecieron su propio rey.

9 Entonces Joram pasó hacia allá con sus jefes y con todos sus carros. Se levantó de noche y atacó a los edomitas que lo habían cercado, y a los capitanes de los carros.

10 Así se rebeló Edom contra el dominio de Judá, hasta el día de hoy. En aquel mismo tiempo, también Libna se rebeló contra su dominio, porque Joram había abandonado a Yahvé, el Dios de sus padres.

11 Además, hizo lugares altos en los montes de Judá, indujo a los habitantes de Jerusalén a prostituirse, y descarrió a Judá.

12 Y le llegó una carta del profeta Elías que decía: "Así dice Yahvé, el Dios de tu padre David: 'Por cuanto no has andado en los caminos de tu padre Josafat, ni en los caminos de Asá, rey de Judá,

13 sino que has andado en el camino de los reyes de Israel, y has hecho que Judá y los habitantes de Jerusalén se prostituyan como se prostituyó la casa de Ajab; y por cuanto has matado a tus hermanos, a la familia de tu padre, los cuales eran mejores que tú,

14 he aquí, Yahvé herirá a tu pueblo con una gran plaga, a tus hijos, a tus mujeres y a todas tus posesiones;

15 y tú padecerás una grave enfermedad en las entrañas, hasta que las entrañas se te salgan a causa de la enfermedad, día tras día'".

16 Yahvé despertó contra Joram el espíritu de los filisteos y de los árabes que están junto a los etíopes.

17 Subieron contra Judá, invadieron el país y se llevaron todos los bienes que se hallaban en el palacio del rey, y también a sus hijos y a sus mujeres, de modo que no le quedó ningún hijo, excepto Joacaz, el menor de ellos.

18 Después de todo esto, Yahvé lo hirió en las entrañas con una enfermedad incurable.

19 Y aconteció que, con el paso del tiempo, al cabo de dos años, las entrañas se le salieron a causa de su enfermedad, y murió entre terribles dolores. Su pueblo no encendió ninguna hoguera en su honor, como las que habían encendido por sus padres.

20 Tenía treinta y dos años cuando comenzó a reinar, y reinó ocho años en Jerusalén. Murió sin que nadie lo lamentara, y lo sepultaron en la ciudad de David, pero no en los sepulcros de los reyes.

Capítulo 22

1 Los habitantes de Jerusalén proclamaron rey en su lugar a Ocozías, su hijo menor, porque la banda armada que había venido con los árabes al campamento había matado a todos los mayores. Así reinó Ocozías, hijo de Joram, rey de Judá.

2 Ocozías tenía cuarenta y dos años cuando comenzó a reinar, y reinó un año en Jerusalén. Su madre se llamaba Atalía, nieta de Omrí.

3 Él también anduvo en los caminos de la casa de Ajab, porque su madre le aconsejaba a obrar perversamente.

4 Hizo lo malo a los ojos de Yahvé, como la casa de Ajab, pues después de la muerte de su padre, ellos fueron sus consejeros, para su propia ruina.

5 Siguiendo el consejo de ellos, fue a la guerra con Joram, hijo de Ajab, rey de Israel, contra Hazael, rey de Siria, en Ramot de Galaad; y los sirios hirieron a Joram.

6 Él regresó a Jezreel para curarse de las heridas que le habían infligido en Ramá cuando peleó contra Hazael, rey de Siria. Y Azarías, hijo de Joram, rey de Judá, descendió a Jezreel para visitar a Joram, hijo de Ajab, porque estaba enfermo.

7 Pero la ruina de Ocozías vino de Dios por haber ido a visitar a Joram; pues, al llegar, salió con Joram al encuentro de Jehú, hijo de Nimsí, a quien Yahvé había ungido para exterminar a la casa de Ajab.

8 Y sucedió que, mientras Jehú ejecutaba el juicio contra la casa de Ajab, halló a los príncipes de Judá y a los hijos de los hermanos de Ocozías que servían a Ocozías, y los mató.

9 Luego buscó a Ocozías (que se había escondido en Samaria); lo apresaron, lo
llevaron ante Jehú y lo mataron. Y le dieron sepultura, porque decían: «Es nieto de
Josafat, quien buscó a Yahvé con todo su corazón». Así, en la casa de Ocozías no
quedó nadie con poder para retener el reino.

10 Cuando Atalía, madre de Ocozías, vio que su hijo había muerto, se levantó y
exterminó a toda la descendencia real de la casa de Judá.

11 Pero Josabet, hija del rey, tomó a Joás, hijo de Ocozías, lo sacó furtivamente de
entre los hijos del rey a quienes estaban matando, y lo escondió a él y a su nodriza
en un aposento. Así, Josabet, hija del rey Joram y esposa del sacerdote Joiada
(porque era hermana de Ocozías), lo escondió de Atalía para que no lo matara.

12 Y el niño estuvo escondido con ellos en la casa de Dios durante seis años, mien-
tras Atalía reinaba sobre el país.

Capítulo 23

1 En el séptimo año, Joiada cobró ánimo y tomó en alianza consigo a los jefes de
centenas: Azarías, hijo de Jeroham, Ismael, hijo de Johanán, Azarías, hijo de
Obed, Maasías, hijo de Adaías, y Elisafat, hijo de Zicri.

2 Recorrieron Judá, reunieron a los levitas de todas las ciudades de Judá y a los je-
fes de las familias de Israel, y vinieron a Jerusalén.

3 Toda la asamblea hizo un pacto con el rey en la casa de Dios. Y Joiada les dijo:
«He aquí, el hijo del rey reinará, tal como Yahvé ha prometido respecto a los des-
cendientes de David.

4 Esto es lo que debéis hacer: una tercera parte de vosotros, sacerdotes y levitas
que entráis de turno el sábado, seréis porteros en los umbrales.

5 Otra tercera parte estará en el palacio del rey, y la otra tercera parte en la puerta
del Cimiento. Todo el pueblo se quedará en los atrios de la casa de Yahvé.

6 Pero que nadie entre en la casa de Yahvé, excepto los sacerdotes y los levitas que
ministran; ellos pueden entrar porque están consagrados. Todo el pueblo guar-
dará el mandato de Yahvé.

7 Los levitas rodearán al rey, cada uno con sus armas en la mano; y cualquiera
que intente entrar en el templo, será muerto. Estaréis con el rey cuando entre y
cuando salga».

8 Los levitas y todo Judá hicieron conforme a todo lo que había mandado el sa-
cerdote Joiada. Cada jefe tomó a sus hombres, tanto a los que entraban de turno
el sábado como a los que salían el sábado, porque el sacerdote Joiada no había
despedido a los grupos.

9 El sacerdote Joiada entregó a los jefes de centenas las lanzas, las rodelas y los es-
cudos que habían pertenecido al rey David y que se guardaban en la casa de Dios.

10 Y situó a todo el pueblo, cada uno con su arma en la mano, desde el lado dere-
cho del templo hasta el lado izquierdo, junto al altar y al templo, rodeando al rey.

11 Entonces sacaron al hijo del rey, le pusieron la corona, le entregaron el Testimo-
nio y lo proclamaron rey. Joiada y sus hijos lo ungieron y gritaron: «¡Viva el rey!»

12 Cuando Atalía oyó el clamor de la guardia y del pueblo que alababa al rey, en-
tró al templo de Yahvé, adonde estaba el pueblo.

13 Miró, y he aquí que el rey estaba de pie junto a su columna a la entrada, con los
jefes y los trompetistas a su lado. Toda la gente del país se regocijaba y tocaba las
trompetas; y los cantores, con instrumentos musicales, dirigían los cantos de ala-
banza. Entonces Atalía se rasgó las vestiduras y gritó: «¡Traición! ¡Traición!»

14 El sacerdote Joiada hizo salir a los jefes de centenas que estaban al mando de las
tropas, y les dijo: «Sacadla de entre las filas, y a quien la siga, matadlo a espada».
Porque el sacerdote había advertido: «No la matéis dentro de la casa de Yahvé».

15 Así que le abrieron paso, y cuando ella llegó a la entrada de la puerta de los Ca-
ballos del palacio real, allí la mataron.

16 Joiada hizo un pacto entre él, todo el pueblo y el rey, comprometiéndose a ser el pueblo de Yahvé.

17 Luego, todo el pueblo fue al templo de Baal y lo derribaron; hicieron pedazos sus altares y sus imágenes, y mataron a Matán, sacerdote de Baal, frente a los altares.

18 Joiada puso la supervisión de la casa de Yahvé en manos de los sacerdotes levitas, a quienes David había asignado los turnos en la casa de Yahvé, para ofrecer los holocaustos de Yahvé, como está escrito en la ley de Moisés, con alegría y cánticos, según la disposición de David.

19 También puso porteros en las puertas de la casa de Yahvé, para que no entrara nadie que por alguna causa fuera impuro.

20 Tomó a los jefes de centenas, a los nobles, a los gobernantes del pueblo y a toda la gente del país, e hizo descender al rey desde la casa de Yahvé. Entraron al palacio real por la puerta Superior y sentaron al rey en el trono del reino.

21 Todo el pueblo del país se regocijó, y la ciudad tuvo paz, una vez que Atalía fue muerta a espada.

Capítulo 24

1 Joás tenía siete años cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años en Jerusalén. El nombre de su madre era Sibia, de Beerseba.

2 Joás hizo lo recto ante los ojos de Yahvé todos los días del sacerdote Joiada.

3 Joiada tomó para él dos mujeres, y engendró hijos e hijas.

4 Aconteció después de esto, que Joás decidió en su corazón restaurar la casa de Yahvé.

5 Reunió a los sacerdotes y a los levitas, y les dijo: «Salid por las ciudades de Judá y recoged dinero de todo Israel, año tras año, para reparar la casa de vuestro Dios. Procurad apresurar este asunto». Pero los levitas no se apresuraron.

6 Entonces el rey llamó al sumo sacerdote Joiada y le dijo: «¿Por qué no has exigido a los levitas que traigan de Judá y de Jerusalén el tributo que Moisés, siervo de Yahvé, y la congregación de Israel establecieron para la Tienda del Testimonio?»

7 Pues los hijos de aquella mujer impía, Atalía, habían saqueado la casa de Dios, y habían empleado todas las cosas consagradas de la casa de Yahvé para el culto de los baales.

8 Por orden del rey, hicieron un cofre y lo pusieron afuera, a la puerta de la casa de Yahvé.

9 Luego publicaron un edicto en Judá y en Jerusalén, para que trajeran a Yahvé el tributo que Moisés, siervo de Dios, había impuesto a Israel en el desierto.

10 Todos los príncipes y todo el pueblo se alegraron, y trajeron el dinero y lo echaron en el cofre hasta llenarlo.

11 Ocurría que, cuando el cofre era llevado por los levitas a los inspectores del rey, al ver estos que había mucho dinero, venían el escriba del rey y el delegado del sumo sacerdote, vaciaban el cofre, y luego lo tomaban y lo devolvían a su lugar. Así lo hacían día tras día, y recogieron muchísimo dinero.

12 El rey y Joiada lo entregaban a los que dirigían la obra del servicio de la casa de Yahvé. Estos contrataron canteros y carpinteros para restaurar la casa de Yahvé, y también artesanos que trabajaban el hierro y el bronce para reparar la casa de Yahvé.

13 Así trabajaron los obreros, y la obra de restauración avanzó en sus manos; repararon la casa de Dios, la devolvieron a su diseño original y la reforzaron.

14 Cuando terminaron, trajeron el dinero que sobraba delante del rey y de Joiada. Con él se hicieron utensilios para la casa de Yahvé, tanto para el servicio y para ofrecer holocaustos, como cucharas y vasos de oro y plata. Y todos los días de Joiada se ofrecieron holocaustos continuamente en la casa de Yahvé.

15 Pero Joiada envejeció y, colmado de días, murió; tenía ciento treinta años cuando murió.

16 Lo sepultaron en la ciudad de David, junto a los reyes, porque había hecho el bien en Israel, tanto para con Dios como para con su casa.

17 Después de la muerte de Joiada, los príncipes de Judá vinieron y se postraron ante el rey, y el rey les prestó oído.

18 Abandonaron la casa de Yahvé, el Dios de sus padres, y rindieron culto a las imágenes de Asera y a los ídolos. A causa de esta culpa, la ira de Dios cayó sobre Judá y Jerusalén.

19 El Señor les envió profetas para que los hicieran volver a Yahvé, los cuales testificaron contra ellos; pero no quisieron escuchar.

20 Entonces el Espíritu de Dios vino sobre Zacarías, hijo del sacerdote Joiada; él se puso en pie en un lugar más alto que el pueblo, y les dijo: "Así dice Dios: '¿Por qué quebrantáis los mandamientos de Yahvé y no prosperáis? Por cuanto habéis abandonado a Yahvé, él también os ha abandonado a vosotros'".

21 Pero ellos conspiraron contra él y, por orden del rey, lo apedrearon en el atrio de la casa de Yahvé.

22 Así el rey Joás no se acordó de la bondad que Joiada, padre de Zacarías, le había mostrado, sino que mató a su hijo. Y al morir, Zacarías dijo: «¡Que Yahvé lo vea y lo reclame!»

23 A la vuelta del año, el ejército de los sirios subió contra Joás. Llegaron a Judá y a Jerusalén, destruyeron a todos los príncipes del pueblo y enviaron todo el botín al rey de Damasco.

24 Aunque el ejército de los sirios había venido con pocos hombres, Yahvé entregó en sus manos un ejército inmensamente grande, porque los de Judá habían abandonado a Yahvé, el Dios de sus padres. Así ejecutaron los sirios el juicio contra Joás.

25 Cuando los sirios se retiraron de él (pues lo dejaron gravemente enfermo), sus propios siervos conspiraron contra él para vengar la sangre de los hijos del sacerdote Joiada; y lo asesinaron en su cama, y murió. Lo sepultaron en la ciudad de

David, pero no en los sepulcros de los reyes.

26 Los que conspiraron contra él fueron Zabad, hijo de Simeat, la amonita, y Jozabad, hijo de Simrit, la moabita.

27 En cuanto a sus hijos, las muchas profecías pronunciadas contra él, y la reconstrucción de la casa de Dios, he aquí, todo está escrito en los comentarios del libro de los reyes. Y su hijo Amasías reinó en su lugar.

Capítulo 25

1 Amasías tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar, y reinó veintinueve años en Jerusalén. El nombre de su madre era Joadán, de Jerusalén.

2 Hizo lo recto ante los ojos de Yahvé, aunque no con un corazón perfecto.

3 Cuando el reino se consolidó en sus manos, mató a los siervos suyos que habían asesinado al rey su padre.

4 Pero no dio muerte a los hijos de ellos, sino que hizo conforme a lo que está escrito en la ley, en el libro de Moisés, donde Yahvé mandó diciendo: «Los padres no morirán por los hijos, ni los hijos morirán por los padres, sino que cada uno morirá por su propio pecado».

5 Además, Amasías reunió a Judá y los organizó según sus casas paternas, bajo jefes de millares y jefes de centenas, por todo Judá y Benjamín. Hizo un censo de los de veinte años para arriba, y halló trescientos mil hombres escogidos, aptos para salir a la guerra, que sabían manejar la lanza y el escudo.

6 También contrató a cien mil guerreros valientes de Israel por cien talentos de plata.

7 Pero un hombre de Dios acudió a él y le dijo: «Oh rey, no dejes que el ejército de Israel vaya contigo, porque Yahvé no está con Israel, ni con ninguno de los hijos de Efraín.

8 Pero si vas a ir, esfuérzate y sé valiente para la batalla; de lo contrario, Dios te
hará caer delante del enemigo, porque en Dios hay poder para ayudar y para
derribar».

9 Amasías preguntó al hombre de Dios: «¿Y qué haremos con los cien talentos
que he dado al ejército de Israel?» El hombre de Dios respondió: «Yahvé puede
darte mucho más que eso».

10 Entonces Amasías separó al ejército que había venido a él desde Efraín, para
que regresaran a sus casas. Por esto, la ira de ellos se encendió grandemente contra
Judá, y regresaron a sus casas enfurecidos.

11 Amasías cobró ánimo, condujo a su pueblo al Valle de la Sal, y mató a diez mil
de los hijos de Seír.

12 Los hijos de Judá capturaron vivos a otros diez mil, los llevaron a la cumbre de
un peñasco y los despeñaron desde allí, de modo que todos se estrellaron.

13 Mientras tanto, los soldados del ejército que Amasías había despedido para que
no fueran con él a la guerra, atacaron las ciudades de Judá, desde Samaria hasta
Bet Horón; mataron a tres mil personas y tomaron muchísimo botín.

14 Cuando Amasías regresó de la matanza de los edomitas, trajo consigo los dio-
ses de los hijos de Seír y los erigió como sus propios dioses; se postró ante ellos y
les quemó incienso.

15 Por esta causa, la ira de Yahvé se encendió contra Amasías, y le envió un pro-
feta que le dijo: «¿Por qué has buscado a los dioses de ese pueblo, los cuales no
pudieron librar a su propia gente de tus manos?»

16 Y mientras el profeta le hablaba, el rey le interrumpió: «¿Acaso te hemos nom-
brado consejero del rey? Detente. ¿Por qué quieres que te maten?» El profeta se
detuvo, pero añadió: «Yo sé que Dios ha determinado destruirte, porque has he-
cho esto y no has escuchado mi consejo».

17 Entonces Amasías, rey de Judá, después de consultar a sus consejeros, envió mensajeros a Joás, hijo de Joacaz, hijo de Jehú, rey de Israel, diciendo: «Ven, veámonos las caras».

18 Pero Joás, rey de Israel, envió esta respuesta a Amasías, rey de Judá: "El cardo que estaba en el Líbano envió este mensaje al cedro del Líbano: 'Da tu hija por mujer a mi hijo'. Pero pasó una fiera del Líbano y pisoteó el cardo.

19 Tú dices: 'He aquí, he derrotado a Edom', y tu corazón se ha enaltecido para gloriarte. Quédate ahora en tu casa. ¿Por qué provocar tu propia desgracia, de modo que caigas tú y Judá contigo?"

20 Pero Amasías no quiso escuchar, porque esto venía de Dios, para entregarlos en manos de sus enemigos, por cuanto habían buscado a los dioses de Edom.

21 Subió, pues, Joás, rey de Israel; y él y Amasías, rey de Judá, se enfrentaron en Bet Semes, que pertenece a Judá.

22 Judá fue derrotado por Israel, y cada uno huyó a su tienda.

23 Joás, rey de Israel, capturó a Amasías, rey de Judá, hijo de Joás, hijo de Joacaz, en Bet Semes, y lo llevó a Jerusalén. Luego derribó cuatrocientos codos de la muralla de Jerusalén, desde la puerta de Efraín hasta la puerta del Ángulo.

24 Tomó todo el oro, la plata y todos los utensilios que se hallaban en la casa de Dios al cuidado de Obed Edom, así como los tesoros del palacio real y algunos rehenes, y regresó a Samaria.

25 Amasías, hijo de Joás, rey de Judá, vivió quince años después de la muerte de Joás, hijo de Joacaz, rey de Israel.

26 Los demás hechos de Amasías, los primeros y los últimos, ¿no están escritos en el libro de los reyes de Judá y de Israel?

27 Desde el momento en que Amasías se apartó de Yahvé, conspiraron contra él en Jerusalén. Él huyó a Laquis, pero enviaron tras él a Laquis y allí lo mataron.

28 Lo trajeron sobre caballos y lo sepultaron con sus padres en la ciudad de Judá.

Capítulo 26

1 Todo el pueblo de Judá tomó a Uzías, que tenía dieciséis años, y lo proclamó rey en lugar de su padre Amasías.

2 Él reedificó Elot y la restituyó a Judá, después que el rey Amasías durmió con sus padres.

3 Uzías tenía dieciséis años cuando comenzó a reinar, y reinó cincuenta y dos años en Jerusalén. El nombre de su madre era Jecolía, de Jerusalén.

4 Hizo lo recto ante los ojos de Yahvé, conforme a todo lo que había hecho su padre Amasías.

5 Se dispuso a buscar a Dios en los días de Zacarías, quien tenía entendimiento en las visiones de Dios; y mientras buscó a Yahvé, Dios lo hizo prosperar.

6 Salió y peleó contra los filisteos; derribó la muralla de Gat, la muralla de Jabnia y la muralla de Asdod, y edificó ciudades en la región de Asdod y entre los filisteos.

7 Dios lo ayudó contra los filisteos, contra los árabes que habitaban en Gur Baal, y contra los meunitas.

8 Los amonitas pagaron tributo a Uzías, y su fama se extendió hasta la frontera de Egipto, porque se había hecho sumamente poderoso.

9 Además, Uzías edificó torres en Jerusalén, junto a la puerta del Ángulo, junto a la puerta del Valle y en la esquina de la muralla, y las fortificó.

10 Edificó torres en el desierto y excavó muchas cisternas, porque tenía grandes rebaños, tanto en la Sefelá como en la llanura; y tenía labradores y viñadores en los montes y en los campos fértiles, pues era amante de la agricultura.

11 Uzías tenía un ejército de guerreros listos para salir a la batalla en divisiones, según el censo realizado por el escriba Jeiel y el oficial Maasías, bajo el mando de Hananías, uno de los jefes del rey.

12 El número total de los jefes de las casas paternas, hombres valientes, era de dos mil seiscientos.

13 Bajo su mando había un ejército de trescientos siete mil quinientos hombres,
adiestrados para la guerra con gran poder, para ayudar al rey contra el enemigo.

14 Uzías preparó para todo el ejército escudos, lanzas, yelmos, cotas de malla, ar-
cos y piedras para las hondas.

15 En Jerusalén fabricó máquinas ingeniosas, inventadas por expertos, para colo-
carlas en las torres y en las esquinas de los muros, a fin de lanzar flechas y grandes
piedras. Su fama se difundió por todas partes, porque fue ayudado maravillosa-
mente hasta hacerse muy poderoso.

16 Pero cuando se hizo fuerte, su corazón se enalteció para su propia ruina, y co-
metió una transgresión contra Yahvé, su Dios, pues entró en el templo de Yahvé
para quemar incienso sobre el altar del incienso.

17 El sacerdote Azarías entró tras él, acompañado por ochenta sacerdotes de
Yahvé, hombres valerosos.

18 Se enfrentaron al rey Uzías y le dijeron: «No te corresponde a ti, Uzías, quemar
incienso a Yahvé, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que han sido consagrados
para quemarlo. Sal del santuario, porque has prevaricado, y esto no te traerá glo-
ria de parte de Yahvé Dios».

19 Uzías, que tenía un incensario en la mano para quemar el incienso, se enfureció;
y mientras se enfurecía contra los sacerdotes, la lepra brotó en su frente, allí
mismo, delante de los sacerdotes, en la casa de Yahvé, junto al altar del incienso.

20 El sumo sacerdote Azarías y todos los sacerdotes se volvieron hacia él, y he
aquí que tenía lepra en la frente; así que lo echaron apresuradamente de allí, e in-
cluso él mismo se dio prisa en salir, porque Yahvé lo había herido.

21 El rey Uzías fue leproso hasta el día de su muerte, y habitó en una casa aislada,
por ser leproso, ya que fue excluido de la casa de Yahvé. Su hijo Jotam quedó a
cargo del palacio real y gobernaba al pueblo de la tierra.

22 Los demás hechos de Uzías, los primeros y los últimos, los escribió el profeta
Isaías, hijo de Amoz.

23 Uzías durmió con sus padres, y lo sepultaron con ellos en el campo de sepultura de los reyes, pues dijeron: «Es leproso». Y su hijo Jotam reinó en su lugar.

Capítulo 27

1 Jotam tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar, y reinó dieciséis años en Jerusalén. El nombre de su madre era Jerusá, hija de Sadoc.

2 Hizo lo recto ante los ojos de Yahvé, conforme a todo lo que había hecho su padre Uzías; con la salvedad de que no invadió el templo de Yahvé. Pero el pueblo continuaba corrompiéndose.

3 Él edificó la puerta superior de la casa de Yahvé, y construyó muchas obras en la muralla de Ofel.

4 Además, edificó ciudades en la región montañosa de Judá, y construyó fortalezas y torres en los bosques.

5 Peleó contra el rey de los amonitas y los derrotó. Aquel año, los amonitas le pagaron cien talentos de plata, diez mil coros de trigo y diez mil coros de cebada. Lo mismo le pagaron los amonitas en el segundo y en el tercer año.

6 Así Jotam se hizo poderoso, porque preparó sus caminos delante de Yahvé, su Dios.

7 Los demás hechos de Jotam, todas sus guerras y su conducta, están escritos en el libro de los reyes de Israel y de Judá.

8 Tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar, y reinó dieciséis años en Jerusalén.

9 Jotam durmió con sus padres, y lo sepultaron en la ciudad de David; y su hijo Acaz reinó en su lugar.

Capítulo 28

1 Acaz tenía veinte años cuando comenzó a reinar, y reinó dieciséis años en Jerusalén. Pero no hizo lo recto ante los ojos de Yahvé, como había hecho su padre David,

2 sino que anduvo en los caminos de los reyes de Israel, e incluso hizo imágenes fundidas para los baales.

3 Quemó incienso en el valle del hijo de Hinom, e hizo pasar a sus hijos por el fuego, conforme a las abominaciones de las naciones que Yahvé había expulsado de delante de los hijos de Israel.

4 Asimismo, sacrificó y quemó incienso en los lugares altos, en las colinas y debajo de todo árbol frondoso.

5 Por lo cual Yahvé, su Dios, lo entregó en manos del rey de Siria. Los sirios lo derrotaron, tomaron de él un gran número de cautivos y los llevaron a Damasco. También fue entregado en manos del rey de Israel, el cual le infligió una gran derrota.

6 Pues Peka, hijo de Remalías, mató en Judá a ciento veinte mil hombres en un solo día, todos ellos valientes, porque habían abandonado a Yahvé, el Dios de sus padres.

7 Zicri, un hombre poderoso de Efraín, mató a Maasías, hijo del rey, a Azricam, mayordomo del palacio, y a Elcaná, que era el segundo después del rey.

8 Los hijos de Israel tomaron cautivos a doscientos mil de sus hermanos: mujeres, hijos e hijas; les tomaron también un inmenso botín y lo llevaron a Samaria.

9 Pero había allí un profeta de Yahvé llamado Oded, el cual salió al encuentro del ejército que regresaba a Samaria y les dijo: «He aquí, porque Yahvé, el Dios de vuestros padres, se ha enojado contra Judá, los ha entregado en vuestras manos; pero vosotros los habéis matado con una furia que ha llegado hasta el cielo.

10 Y ahora pretendéis someter a los hijos de Judá y de Jerusalén como esclavos y esclavas vuestros. ¿Acaso no hay entre vosotros graves transgresiones contra Yahvé, vuestro Dios?

11 Escuchadme ahora, y devolved a los cautivos que habéis tomado de vuestros hermanos, porque la ardiente ira de Yahvé está sobre vosotros».

12 Entonces se levantaron algunos de los jefes de los hijos de Efraín: Azarías, hijo de Johanán, Berequías, hijo de Mesilemot, Ezequías, hijo de Salum, y Amasa, hijo de Hadlai, y se opusieron a los que venían de la guerra,

13 diciéndoles: «No traigáis aquí a los cautivos, porque lo que intentáis hacer traerá sobre nosotros culpa contra Yahvé, añadiendo más a nuestros pecados y a nuestra culpa; porque nuestra culpa ya es grande, y la ardiente ira se cierne sobre Israel».

14 Entonces los hombres armados dejaron a los cautivos y el botín delante de los jefes y de toda la asamblea.

15 Y los hombres que habían sido designados por nombre se levantaron, tomaron a los cautivos, y del botín vistieron a todos los que estaban desnudos; los vistieron, les dieron calzado, les dieron de comer y de beber, los ungieron, montaron en asnos a todos los que estaban débiles y los llevaron hasta Jericó, la ciudad de las palmeras, junto a sus hermanos. Luego ellos regresaron a Samaria.

16 En aquel tiempo, el rey Acaz envió a pedir ayuda a los reyes de Asiria.

17 Porque de nuevo los edomitas habían venido, habían atacado a Judá y se habían llevado cautivos.

18 También los filisteos se habían desparramado por las ciudades de la Sefelá y del Négueb de Judá, y habían tomado Bet Semes, Ajalón, Gederot, Soco y sus aldeas, Timná y sus aldeas, y Gimzo y sus aldeas; y se establecieron allí.

19 Pues Yahvé había humillado a Judá por causa de Acaz, rey de Judá, porque él había desenfrenado a Judá y había prevaricado gravemente contra Yahvé.

20 Y vino a él Tiglat Pileser, rey de Asiria, pero le causó angustia en lugar de fortalecerlo.

21 Aunque Acaz despojó la casa de Yahvé, el palacio real y las casas de los príncipes para darle tributo al rey de Asiria, no le sirvió de ayuda.

22 Y en el tiempo de su angustia, este rey Acaz prevaricó aún más contra Yahvé.

23 Ofreció sacrificios a los dioses de Damasco que lo habían derrotado, pues decía: «Puesto que los dioses de los reyes de Siria los ayudan, les ofreceré sacrificios a ellos para que también me ayuden a mí». Pero ellos fueron la ruina para él y para todo Israel.

24 Acaz juntó los utensilios de la casa de Dios, los hizo pedazos, y cerró las puertas de la casa de Yahvé; luego se hizo altares en cada rincón de Jerusalén.

25 En cada ciudad de Judá levantó lugares altos para quemar incienso a otros dioses, provocando a ira a Yahvé, el Dios de sus padres.

26 Los demás de sus hechos y todos sus caminos, los primeros y los últimos, están escritos en el libro de los reyes de Judá y de Israel.

27 Acaz durmió con sus padres y lo sepultaron en la ciudad, en Jerusalén, pero no lo llevaron a los sepulcros de los reyes de Israel. Y su hijo Ezequías reinó en su lugar.

Capítulo 29

1 Ezequías comenzó a reinar cuando tenía veinticinco años, y reinó veintinueve años en Jerusalén. El nombre de su madre era Abías, hija de Zacarías.

2 Hizo lo recto ante los ojos de Yahvé, conforme a todo lo que había hecho su padre David.

3 En el primer año de su reinado, en el mes primero, abrió las puertas de la casa de Yahvé y las reparó.

4 Hizo venir a los sacerdotes y a los levitas, los reunió en la plaza oriental,

5 y les dijo: «¡Escuchadme, levitas! Santificaos ahora, y santificad la casa de Yahvé,
el Dios de vuestros padres, y sacad la inmundicia del santuario.

6 Porque nuestros padres han prevaricado y han hecho lo malo ante los ojos de
Yahvé nuestro Dios; lo han abandonado, han apartado sus rostros de la morada
de Yahvé, y le han vuelto la espalda.

7 También cerraron las puertas del pórtico y apagaron las lámparas; no quema-
ron incienso ni ofrecieron holocaustos en el santuario al Dios de Israel.

8 Por tanto, la ira de Yahvé ha caído sobre Judá y Jerusalén, y los ha entregado
para que sean objeto de espanto, de horror y de burla, como lo veis con vuestros
propios ojos.

9 Porque he aquí que nuestros padres han caído a espada, y por esta causa nues-
tros hijos, nuestras hijas y nuestras mujeres están en cautiverio.

10 Ahora he propuesto en mi corazón hacer un pacto con Yahvé, el Dios de Israel,
para que el ardor de su ira se aparte de nosotros.

11 Hijos míos, no seáis negligentes ahora, porque Yahvé os ha elegido para que es-
téis delante de él y le sirváis, para que seáis sus ministros y le queméis incienso».

12 Entonces se levantaron los levitas: Mahat, hijo de Amasai, y Joel, hijo de Aza-
rías, de los hijos de Coat; de los hijos de Merari: Cis, hijo de Abdi, y Azarías, hijo
de Jehalelel; de los gersonitas: Joa, hijo de Zima, y Edén, hijo de Joa;

13 de los hijos de Elizafán: Simri y Jeiel; de los hijos de Asaf: Zacarías y Matanías;

14 de los hijos de Hemán: Jehiel y Simei; y de los hijos de Jedutún: Semaías y Uziel.

15 Reunieron a sus hermanos, se santificaron y entraron para limpiar la casa de
Yahvé, conforme al mandato del rey y a las palabras de Yahvé.

16 Los sacerdotes entraron en el interior de la casa de Yahvé para limpiarla, y saca-
ron al atrio de la casa de Yahvé toda la inmundicia que hallaron en el templo de
Yahvé. Luego, los levitas la tomaron y la llevaron fuera, al torrente Cedrón.

17 Comenzaron a santificarse el primer día del mes primero, y el octavo día del
mes llegaron al pórtico de Yahvé. Así santificaron la casa de Yahvé en ocho días, y
terminaron el día dieciséis del mes primero.

18 Luego se presentaron ante el rey Ezequías dentro del palacio y le dijeron: «He-
mos limpiado toda la casa de Yahvé, el altar del holocausto con todos sus utensi-
lios, y la mesa de los panes de la proposición con todos sus utensilios.

19 Asimismo, hemos preparado y santificado todos los utensilios que el rey Acaz
desechó durante su reinado cuando prevaricó; y he aquí, están delante del altar de
Yahvé».

20 Entonces el rey Ezequías se levantó de mañana, reunió a los jefes de la ciudad y
subió a la casa de Yahvé.

21 Trajeron siete novillos, siete carneros, siete corderos y siete machos cabríos,
como ofrenda por el pecado a favor del reino, del santuario y de Judá. Y el rey or-
denó a los sacerdotes, descendientes de Aarón, que los ofrecieran sobre el altar de
Yahvé.

22 Degollaron, pues, los novillos, y los sacerdotes recogieron la sangre y la rocia-
ron sobre el altar. Asimismo degollaron los carneros y rociaron la sangre sobre el
altar; y degollaron los corderos y rociaron la sangre sobre el altar.

23 Luego acercaron los machos cabríos de la ofrenda por el pecado delante del rey
y de la asamblea, y pusieron sus manos sobre ellos.

24 Y los sacerdotes los degollaron e hicieron expiación con su sangre sobre el altar,
para reconciliar a todo Israel; porque el rey había ordenado que el holocausto y la
ofrenda por el pecado se hicieran por todo Israel.

25 Luego Ezequías dispuso a los levitas en la casa de Yahvé con címbalos, liras y
arpas, conforme al mandamiento de David, de Gad, vidente del rey, y del profeta
Natán; porque este mandamiento procedía de Yahvé por medio de sus profetas.

26 Los levitas estaban de pie con los instrumentos de David, y los sacerdotes con
las trompetas.

27 Entonces Ezequías ordenó ofrecer el holocausto sobre el altar. Y al momento en que comenzó el holocausto, comenzó también el cántico a Yahvé, acompañado por las trompetas y por los instrumentos de David, rey de Israel.

28 Toda la asamblea adoraba, los cantores cantaban y los trompetistas tocaban; todo esto continuó hasta que se consumió el holocausto.

29 Cuando terminaron de ofrecer el sacrificio, el rey y todos los que estaban con él se postraron y adoraron.

30 Además, el rey Ezequías y los jefes ordenaron a los levitas que alabaran a Yahvé con las palabras de David y del vidente Asaf. Y ellos alabaron con gran alegría, se inclinaron y adoraron.

31 Entonces Ezequías tomó la palabra y dijo: «Ahora que os habéis consagrado a Yahvé, acercaos y traed sacrificios y ofrendas de acción de gracias a la casa de Yahvé». Y la asamblea trajo sacrificios y ofrendas de acción de gracias; y todos los de corazón generoso trajeron holocaustos.

32 El número de los holocaustos que trajo la asamblea fue de setenta novillos, cien carneros y doscientos corderos; todos estos fueron para el holocausto a Yahvé.

33 Las ofrendas consagradas fueron seiscientas reses y tres mil ovejas.

34 Pero los sacerdotes eran muy pocos y no daban abasto para desollar todos los holocaustos. Por tanto, sus hermanos los levitas les ayudaron hasta que la obra se terminó y hasta que los demás sacerdotes se santificaron, pues los levitas habían sido más rectos de corazón para santificarse que los sacerdotes.

35 Además, hubo holocaustos en abundancia, junto con la grasa de los sacrificios de comunión y las libaciones para cada holocausto. Así quedó restablecido el servicio de la casa de Yahvé.

36 Y Ezequías se alegró con todo el pueblo de que Dios hubiera preparado el corazón del pueblo, pues todo esto se había logrado tan repentinamente.

Capítulo 30

1 Ezequías envió mensajeros por todo Israel y Judá, y también escribió cartas a Efraín y a Manasés, para que vinieran a la casa de Yahvé en Jerusalén a celebrar la Pascua a Yahvé, el Dios de Israel.

2 Pues el rey había acordado con sus jefes y con toda la asamblea en Jerusalén celebrar la Pascua en el mes segundo.

3 No habían podido celebrarla en su tiempo debido a que no se habían santificado suficientes sacerdotes, ni el pueblo se había reunido en Jerusalén.

4 Este acuerdo pareció bien a los ojos del rey y de toda la asamblea.

5 Así que emitieron un decreto para hacer pasar un pregón por todo Israel, desde Beerseba hasta Dan, convocándolos a venir a Jerusalén para celebrar la Pascua a Yahvé, el Dios de Israel; porque hacía mucho tiempo que no la celebraban en gran asamblea, conforme a lo que está escrito.

6 Fueron, pues, correos con las cartas del rey y de sus jefes por todo Israel y Judá, con el siguiente mandato del rey: «Hijos de Israel, volveos a Yahvé, el Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, para que él se vuelva al remanente de vosotros que ha escapado de la mano de los reyes de Asiria.

7 No seáis como vuestros padres y como vuestros hermanos, que prevaricaron contra Yahvé, el Dios de sus padres, por lo cual él los entregó a la desolación, como vosotros mismos veis.

8 Ahora, no endurezcáis vuestra cerviz como vuestros padres; someteos a Yahvé, entrad en su santuario que él ha santificado para siempre, y servid a Yahvé vuestro Dios, para que el ardor de su ira se aparte de vosotros.

9 Porque si os volvéis a Yahvé, vuestros hermanos y vuestros hijos hallarán compasión ante los que los tienen cautivos, y volverán a esta tierra; porque Yahvé vuestro Dios es clemente y misericordioso, y no apartará de vosotros su rostro si os volvéis a él».

10 Los correos pasaron de ciudad en ciudad por la tierra de Efraín y Manasés, hasta Zabulón; pero la gente se reía y se burlaba de ellos.

11 No obstante, algunos hombres de Aser, de Manasés y de Zabulón se humillaron y vinieron a Jerusalén.

12 También sobre Judá estuvo la mano de Dios para darles un solo corazón a fin de cumplir el mandato del rey y de los jefes, conforme a la palabra de Yahvé.

13 Y se reunió en Jerusalén un pueblo muy numeroso para celebrar la fiesta de los panes sin levadura en el mes segundo; fue una asamblea inmensa.

14 Se levantaron y quitaron los altares paganos que había en Jerusalén; quitaron también todos los altares de incienso y los arrojaron al torrente Cedrón.

15 Luego sacrificaron la Pascua el día catorce del segundo mes. Los sacerdotes y los levitas, llenos de vergüenza, se santificaron y trajeron holocaustos a la casa de Yahvé.

16 Ocuparon sus puestos según su orden, conforme a la ley de Moisés, hombre de Dios. Los sacerdotes rociaban la sangre que recibían de manos de los levitas.

17 Como había muchos en la asamblea que no se habían santificado, los levitas se encargaron de inmolar las víctimas de la Pascua por todos los que no estaban puros, a fin de consagrarlos a Yahvé.

18 Porque una gran multitud del pueblo, muchos de Efraín, Manasés, Isacar y Zabulón, no se habían purificado, y sin embargo comieron la Pascua, en contra de lo que está escrito. Pero Ezequías oró por ellos, diciendo: «Que el buen Yahvé perdone a todo aquel

19 que haya dispuesto su corazón para buscar a Dios, a Yahvé, el Dios de sus padres, aunque no esté purificado según las normas del santuario».

20 Y Yahvé escuchó a Ezequías y sanó al pueblo.

21 Así los hijos de Israel que se hallaban en Jerusalén celebraron la fiesta de los panes sin levadura durante siete días con gran alegría. Los levitas y los sacerdotes alababan a Yahvé día tras día, cantando a Yahvé con instrumentos resonantes.

22 Ezequías habló al corazón de todos los levitas que mostraban buena disposición en el servicio a Yahvé. Y comieron durante los siete días de la fiesta, ofreciendo sacrificios de comunión y dando gracias a Yahvé, el Dios de sus padres.

23 Entonces toda la asamblea acordó celebrar la fiesta por otros siete días, y así lo hicieron con gran júbilo durante esos siete días adicionales.

24 Porque Ezequías, rey de Judá, donó a la asamblea mil novillos y siete mil ovejas; y los jefes donaron a la asamblea mil novillos y diez mil ovejas. Y un gran número de sacerdotes se santificó.

25 Toda la asamblea de Judá se regocijó, junto con los sacerdotes y levitas, toda la asamblea que había venido de Israel, y los forasteros que habían venido de la tierra de Israel o que habitaban en Judá.

26 Hubo gran alegría en Jerusalén, porque desde los días de Salomón, hijo de David, rey de Israel, no había ocurrido nada semejante en Jerusalén.

27 Finalmente, los sacerdotes y los levitas se levantaron y bendijeron al pueblo. Y su voz fue oída, y su oración llegó hasta la santa morada de Dios, en el cielo.

Capítulo 31

1 Cuando todo esto terminó, todos los israelitas que estaban allí salieron a las ciudades de Judá y rompieron los pilares sagrados, talaron las imágenes de Asera y derribaron los lugares altos y los altares en todo Judá y Benjamín, así como en Efraín y Manasés, hasta destruirlos por completo. Después, todos los hijos de Israel regresaron a sus propias ciudades, cada uno a su heredad.

2 Ezequías restableció las divisiones de los sacerdotes y de los levitas según sus turnos, cada cual según su ministerio, tanto sacerdotes como levitas, para ofrecer los holocaustos y los sacrificios de comunión, para ministrar, para dar gracias y para

alabar en las puertas de los atrios de Yahvé.

3 También destinó una porción de sus propios bienes para los holocaustos: para los holocaustos de la mañana y de la tarde, y para los holocaustos de los sábados, lunas nuevas y fiestas señaladas, tal como está escrito en la ley de Yahvé.

4 Además, ordenó al pueblo que habitaba en Jerusalén que diera a los sacerdotes y a los levitas la porción que les correspondía, a fin de que pudieran dedicarse enteramente a la ley de Yahvé.

5 Tan pronto como se divulgó el edicto, los hijos de Israel entregaron en abundancia las primicias del grano, del vino nuevo, del aceite, de la miel y de todos los frutos del campo. También trajeron en abundancia el diezmo de todas las cosas.

6 Los hijos de Israel y de Judá que habitaban en las ciudades de Judá, trajeron igualmente el diezmo del ganado mayor y menor, y el diezmo de las cosas santas consagradas a Yahvé su Dios, y los depositaron en montones.

7 Comenzaron a formar los montones en el tercer mes y terminaron en el séptimo mes.

8 Cuando Ezequías y los jefes vinieron y vieron los montones, bendijeron a Yahvé y a su pueblo Israel.

9 Ezequías preguntó a los sacerdotes y a los levitas acerca de los montones,

10 y el sumo sacerdote Azarías, de la casa de Sadoc, le respondió: «Desde que el pueblo comenzó a traer las ofrendas a la casa de Yahvé, hemos tenido para comer y saciarnos, y nos ha sobrado en gran cantidad; porque Yahvé ha bendecido a su pueblo, y ha quedado esta inmensa abundancia».

11 Entonces Ezequías ordenó que se prepararan cámaras en la casa de Yahvé, y así lo hicieron.

12 Y trajeron allí fielmente las ofrendas, los diezmos y las cosas consagradas. El levita Conanías era el encargado principal de ellas, y su hermano Simei era el segundo al mando.

13 Jehiel, Azazías, Nahat, Asael, Jerimot, Jozabad, Eliel, Ismaquías, Mahat y Benaía eran inspectores bajo la autoridad de Conanías y de su hermano Simei, por nombramiento del rey Ezequías y de Azarías, príncipe de la casa de Dios.

14 El levita Coré, hijo de Imná, guardián de la puerta oriental, estaba a cargo de las ofrendas voluntarias hechas a Dios, para distribuir las ofrendas consagradas a Yahvé y las cosas santísimas.

15 Bajo su dirección estaban Edén, Miniamín, Jesúa, Semaías, Amarías y Secanías en las ciudades de los sacerdotes, desempeñando su cargo de confianza para repartir fielmente las porciones a sus hermanos por sus divisiones, tanto al mayor como al menor;

16 además de los varones registrados en las genealogías, de tres años para arriba, a todos los que entraban en la casa de Yahvé para su ministerio diario, según sus oficios y divisiones.

17 El registro genealógico de los sacerdotes se hacía según sus casas paternas, y el de los levitas, de veinte años para arriba, se hacía por sus oficios y divisiones.

18 Estaban también registrados con todos sus niños, sus mujeres, sus hijos y sus hijas, es decir, toda la asamblea; porque en su cargo de confianza se consagraban en santidad.

19 También para los hijos de Aarón, los sacerdotes que estaban en los campos de los ejidos de sus ciudades, en todas y cada una de las ciudades, había hombres designados por nombre para distribuir las porciones a todos los varones entre los sacerdotes y a todos los que estaban en los registros genealógicos de los levitas.

20 Así hizo Ezequías en todo Judá, actuando con bondad, rectitud y verdad delante de Yahvé, su Dios.

21 Y en toda obra que emprendió para el servicio de la casa de Dios, así como en la ley y en los mandamientos, buscando a su Dios, lo hizo de todo corazón, y fue prosperado.

Capítulo 32

1 Después de estos actos de gran fidelidad, Senaquerib, rey de Asiria, vino e invadió a Judá. Acampó contra las ciudades fortificadas, con la intención de conquistarlas para sí.

2 Cuando Ezequías vio que Senaquerib había llegado con el claro propósito de atacar a Jerusalén,

3 se reunió con sus jefes y con sus hombres valientes para cegar las fuentes de agua que estaban fuera de la ciudad; y ellos lo apoyaron.

4 Se reunió, pues, mucha gente, y cegaron todos los manantiales y el arroyo que fluía por medio del territorio, diciendo: «¿Por qué han de venir los reyes de Asiria y hallar agua en abundancia?»

5 Ezequías cobró ánimo, reconstruyó todos los tramos caídos de la muralla, levantó torres sobre ella, edificó otra muralla exterior, fortificó el Milo en la ciudad de David, y fabricó gran cantidad de armas y escudos.

6 Puso jefes militares sobre el pueblo, los reunió en la plaza de la puerta de la ciudad, y les habló al corazón, diciendo:

7 «Esforzaos y sed valientes. No temáis ni os acobardéis ante el rey de Asiria, ni ante toda la multitud que viene con él; porque con nosotros hay uno mayor que con él.

8 Con él está un brazo de carne, pero con nosotros está Yahvé nuestro Dios para ayudarnos y pelear nuestras batallas». Y el pueblo se sintió confortado con las palabras de Ezequías, rey de Judá.

9 Después de esto, mientras Senaquerib, rey de Asiria, estaba frente a Laquis con todas sus fuerzas, envió a sus siervos a Jerusalén, para decir a Ezequías, rey de Judá, y a todos los de Judá que estaban en Jerusalén:

10 "Así dice Senaquerib, rey de Asiria: '¿En qué confiáis, para permanecer sitiados en Jerusalén?

11 ¿No os engaña Ezequías para entregaros a la muerte por hambre y sed, al deciros: Yahvé nuestro Dios nos librará de la mano del rey de Asiria?

12 ¿Acaso no es el mismo Ezequías quien ha quitado sus lugares altos y sus altares, y ha dado la orden a Judá y a Jerusalén, diciendo: Solamente delante de un altar adoraréis, y sobre él quemaréis incienso?

13 ¿No sabéis lo que yo y mis padres hemos hecho a todos los pueblos de las tierras? ¿Acaso los dioses de las naciones de esas tierras fueron capaces de librar su tierra de mi mano?

14 ¿Quién hubo entre todos los dioses de esas naciones que mis padres destruyeron, que pudiera librar a su pueblo de mi mano, para que vuestro Dios pueda libraros de mi mano?

15 Ahora pues, que no os engañe Ezequías ni os persuada de este modo. No le creáis, porque ningún dios de ninguna nación ni reino ha podido librar a su pueblo de mi mano, ni de la mano de mis padres. ¡Cuánto menos os librará vuestro Dios de mi mano!'"

16 Sus siervos hablaron aún más contra Yahvé Dios y contra su siervo Ezequías.

17 Senaquerib también escribió cartas para insultar a Yahvé, el Dios de Israel, y para hablar contra él, diciendo: «Así como los dioses de las naciones de las tierras no pudieron librar a sus pueblos de mi mano, tampoco el Dios de Ezequías librará al suyo de mi mano».

18 Además, gritaron a gran voz, en el idioma de los judíos, a la gente de Jerusalén que estaba sobre la muralla, para atemorizarlos y espantarlos, a fin de poder tomar la ciudad.

19 Y hablaron del Dios de Jerusalén como de los dioses de los demás pueblos de la tierra, que son obra de manos de hombres.

20 A causa de esto, el rey Ezequías y el profeta Isaías, hijo de Amoz, oraron y clamaron al cielo.

21 Y Yahvé envió un ángel que aniquiló a todos los guerreros valientes, a los jefes y
a los capitanes en el campamento del rey de Asiria. Senaquerib tuvo que regresar a
su país con el rostro cubierto de vergüenza. Y al entrar en el templo de su dios, los
que habían salido de sus propias entrañas lo mataron allí mismo a espada.

22 Así salvó Yahvé a Ezequías y a los habitantes de Jerusalén de la mano de Sena-
querib, rey de Asiria, y de la mano de todos los demás enemigos; y les dio paz por
todas partes.

23 Muchos llevaron ofrendas a Yahvé en Jerusalén, y valiosos regalos a Ezequías,
rey de Judá, de modo que desde entonces él fue engrandecido a los ojos de todas
las naciones.

24 En aquellos días Ezequías enfermó de muerte, y oró a Yahvé; y el Señor le res-
pondió y le dio una señal milagrosa.

25 Pero Ezequías no correspondió al beneficio que había recibido, sino que su co-
razón se enalteció. Por tanto, la ira de Dios se encendió contra él, y contra Judá y
Jerusalén.

26 Entonces Ezequías se humilló por el orgullo de su corazón, tanto él como los
habitantes de Jerusalén, de modo que la ira de Yahvé no cayó sobre ellos en los
días de Ezequías.

27 Ezequías llegó a tener riquezas y gloria en gran abundancia. Se hizo tesoros para
guardar plata, oro, piedras preciosas, especias aromáticas, escudos y toda clase de
objetos valiosos.

28 También construyó graneros para las cosechas de trigo, vino nuevo y aceite; así
como establos para toda clase de ganado y corrales para los rebaños.

29 Edificó para sí ciudades y adquirió rebaños y ganados en gran cantidad, por-
que Dios le había dado inmensas riquezas.

30 Este mismo Ezequías fue quien cegó la salida superior de las aguas de Gihón, y
las canalizó hacia abajo, hacia el lado occidental de la ciudad de David. Ezequías
prosperó en todo lo que emprendió.

31 Sin embargo, cuando los príncipes de Babilonia le enviaron embajadores para informarse sobre la maravilla que había ocurrido en el país, Dios lo abandonó para probarlo y conocer todo lo que había en su corazón.

32 Los demás hechos de Ezequías y sus buenas obras, he aquí, están escritos en la visión del profeta Isaías, hijo de Amoz, en el libro de los reyes de Judá y de Israel.

33 Ezequías durmió con sus padres y lo sepultaron en la parte superior de los sepulcros de los hijos de David. A su muerte, todo Judá y los habitantes de Jerusalén le rindieron honores. Y su hijo Manasés reinó en su lugar.

Capítulo 33

1 Manasés tenía doce años cuando comenzó a reinar, y reinó cincuenta y cinco años en Jerusalén.

2 Pero hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, conforme a las abominaciones de las naciones que Yahvé había expulsado de delante de los hijos de Israel.

3 Porque volvió a edificar los lugares altos que su padre Ezequías había derribado; levantó altares a los baales, hizo imágenes de Asera, y adoró a todo el ejército de los cielos y le rindió culto.

4 Edificó altares en la casa de Yahvé, de la cual Yahvé había dicho: «En Jerusalén estará mi nombre para siempre».

5 Edificó altares para todo el ejército de los cielos en los dos atrios de la casa de Yahvé.

6 También hizo pasar a sus hijos por el fuego en el valle del hijo de Hinom; practicó la hechicería, la adivinación y la brujería, y consultó a nigromantes y a adivinos. Hizo muchísimo mal ante los ojos de Yahvé, provocando su ira.

7 Además, colocó una imagen tallada del ídolo que había hecho en la casa de Dios, de la cual Dios había dicho a David y a su hijo Salomón: «En esta casa y en Jerusalén, a la cual he elegido de entre todas las tribus de Israel, pondré mi nombre para siempre.

8 Y no volveré a apartar el pie de Israel de la tierra que he designado para vuestros
padres, con tal de que procuren cumplir todas las cosas que les he mandado, es
decir, toda la ley, los estatutos y las ordenanzas dadas por medio de Moisés».

9 Manasés extravió a Judá y a los habitantes de Jerusalén, de modo que hicieron
más mal que las naciones que Yahvé había destruido delante de los hijos de Israel.

10 Yahvé habló a Manasés y a su pueblo, pero ellos no hicieron caso.

11 Por lo cual Yahvé trajo contra ellos a los jefes del ejército del rey de Asiria, los
cuales apresaron a Manasés con garfios, lo ataron con cadenas de bronce y lo lle-
varon a Babilonia.

12 Pero cuando se vio en tal angustia, rogó a Yahvé su Dios, humillándose profun-
damente ante el Dios de sus padres.

13 Y habiendo orado a él, Dios se dejó conmover, escuchó su súplica y lo hizo vol-
ver a Jerusalén, a su reino. Entonces reconoció Manasés que Yahvé es Dios.

14 Después de esto, edificó la muralla exterior de la ciudad de David, al occidente
de Gihón, en el valle, hasta la entrada de la puerta del Pescado. Rodeó con ella el
Ofel y la levantó a gran altura; y puso jefes militares en todas las ciudades fortifica-
das de Judá.

15 Quitó los dioses ajenos y el ídolo de la casa de Yahvé, y todos los altares que ha-
bía edificado en el monte de la casa de Yahvé y en Jerusalén, y los arrojó fuera de la
ciudad.

16 Restauró luego el altar de Yahvé, ofreció sobre él sacrificios de comunión y de
acción de gracias, y mandó a Judá que sirviera a Yahvé, el Dios de Israel.

17 Sin embargo, el pueblo seguía sacrificando en los lugares altos, aunque solo a
Yahvé su Dios.

18 Los demás hechos de Manasés, su oración a su Dios, y las palabras de los vi-
dentes que le hablaron en nombre de Yahvé, el Dios de Israel, he aquí, todo está es-
crito en las crónicas de los reyes de Israel.

19 Su oración también, y cómo fue escuchado, todos sus pecados y su prevaricación, y los sitios donde edificó lugares altos y erigió imágenes de Asera e ídolos antes de humillarse, he aquí, están escritos en las crónicas de los videntes.

20 Durmió Manasés con sus padres, y lo sepultaron en el jardín de su propia casa; y su hijo Amón reinó en su lugar.

21 Amón tenía veintidós años cuando comenzó a reinar, y reinó dos años en Jerusalén.

22 Hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, como había hecho su padre Manasés. Amón ofreció sacrificios y rindió culto a todas las imágenes talladas que su padre Manasés había hecho.

23 Pero no se humilló ante Yahvé como se había humillado su padre Manasés; antes bien, este Amón aumentó su culpa.

24 Y sus siervos conspiraron contra él y lo mataron en su propia casa.

25 Pero el pueblo de la tierra mató a todos los que habían conspirado contra el rey Amón; y el pueblo de la tierra hizo rey en su lugar a su hijo Josías.

Capítulo 34

1 Josías tenía ocho años cuando comenzó a reinar, y reinó treinta y un años en Jerusalén.

2 Hizo lo recto ante los ojos de Yahvé, y anduvo en los caminos de su padre David, sin apartarse ni a la derecha ni a la izquierda.

3 A los ocho años de su reinado, siendo aún muchacho, comenzó a buscar al Dios de su padre David; y a los doce años comenzó a purificar a Judá y a Jerusalén de los lugares altos, de las imágenes de Asera, de las esculturas y de las imágenes fundidas.

4 Derribaron en su presencia los altares de los baales, y él hizo destrozar los altares de incienso que estaban por encima de ellos. Hizo pedazos las imágenes de Asera, las esculturas y las imágenes fundidas, las redujo a polvo y lo esparció sobre las tumbas de los que les habían ofrecido sacrificios.

5 Quemó también los huesos de los sacerdotes sobre sus altares, y así purificó a Judá y a Jerusalén.

6 Lo mismo hizo en las ciudades de Manasés, Efraín, Simeón, y hasta Neftalí, y en las ruinas alrededor de ellas.

7 Después de derribar los altares y las imágenes de Asera, de triturar y reducir a polvo las esculturas, y de destrozar todos los altares de incienso por toda la tierra de Israel, regresó a Jerusalén.

8 En el año dieciocho de su reinado, habiendo purificado la tierra y la casa de Dios, envió a Safán, hijo de Azalía, a Maasías, gobernador de la ciudad, y a Joa, hijo de Joacaz, el cronista, para que repararan la casa de Yahvé su Dios.

9 Ellos vinieron al sumo sacerdote Hilcías y le entregaron el dinero que había sido depositado en la casa de Dios, el cual los levitas guardianes del umbral habían recolectado de Manasés, de Efraín y de todo el remanente de Israel, así como de todo Judá, de Benjamín y de los habitantes de Jerusalén.

10 Lo pusieron en manos de los capataces encargados de la obra en la casa de Yahvé, y estos lo distribuían a los obreros que trabajaban en la casa de Yahvé, para reparar y restaurar el templo.

11 Lo daban a los carpinteros y constructores para comprar piedra de sillería y madera para las armaduras, y para enmaderar los edificios que los reyes de Judá habían dejado arruinar.

12 Estos hombres hacían la obra con fidelidad. Los capataces encargados de dirigirlos eran los levitas Jahat y Abdías, de los hijos de Merari; y Zacarías y Mesulam, de los hijos de Coat. También participaban los levitas, todos los que eran hábiles en los instrumentos musicales.

13 Estaban a cargo de los cargadores y dirigían a todos los obreros en cada tipo de trabajo; y de los levitas, algunos eran escribas, oficiales y porteros.

14 Al sacar el dinero que se había llevado a la casa de Yahvé, el sacerdote Hilcías halló el libro de la ley de Yahvé dada por medio de Moisés.

15 Hilcías tomó la palabra y dijo al escriba Safán: «He hallado el libro de la ley en la casa de Yahvé». Y Hilcías entregó el libro a Safán.

16 Safán llevó el libro al rey, y le rindió cuentas, diciendo: «Tus siervos están haciendo todo lo que les ha sido encomendado.

17 Han fundido la plata hallada en la casa de Yahvé, y la han entregado en manos de los supervisores y en manos de los obreros».

18 Además, el escriba Safán informó al rey, diciendo: «El sacerdote Hilcías me ha dado un libro». Y Safán lo leyó delante del rey.

19 Cuando el rey oyó las palabras de la ley, rasgó sus vestiduras.

20 Luego el rey ordenó a Hilcías, a Ahicam, hijo de Safán, a Abdón, hijo de Micaía, al escriba Safán, y a Asaías, siervo del rey, diciendo:

21 «Id, consultad a Yahvé por mí y por el remanente de Israel y de Judá, acerca de las palabras del libro que se ha hallado; porque es grande la ira de Yahvé que se ha derramado sobre nosotros, por cuanto nuestros padres no guardaron la palabra de Yahvé, para hacer conforme a todo lo que está escrito en este libro».

22 Entonces Hilcías y los que el rey había designado fueron a ver a la profetisa Hulda, esposa de Salum, hijo de Tocate, hijo de Hasra, guarda de las vestiduras (ella habitaba en Jerusalén, en el Segundo Barrio), y le hablaron en este sentido.

23 Ella les respondió: "Así dice Yahvé, el Dios de Israel: Decid al varón que os ha enviado a mí:

24 'Así dice Yahvé: He aquí yo traigo mal sobre este lugar y sobre sus habitantes, a saber, todas las maldiciones que están escritas en el libro que han leído delante del rey de Judá.

25 Por cuanto me han abandonado y han quemado incienso a otros dioses, provocándome a ira con todas las obras de sus manos, por tanto, mi ira se derramará sobre este lugar, y no se apagará'.

26 Pero al rey de Judá, que os ha enviado para consultar a Yahvé, le diréis así: 'Así dice Yahvé, el Dios de Israel: Por cuanto oíste las palabras del libro,

27 y tu corazón se enterneció y te humillaste delante de Dios al oír sus palabras contra este lugar y contra sus habitantes, y te humillaste delante de mí, rasgaste tus vestiduras y lloraste en mi presencia, yo también te he oído, dice Yahvé.

28 He aquí que yo te recogeré con tus padres, y serás llevado a tu sepulcro en paz. Tus ojos no verán todo el mal que yo traigo sobre este lugar y sobre sus habitantes'". Y ellos llevaron la respuesta al rey.

29 Entonces el rey mandó convocar a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén.

30 El rey subió a la casa de Yahvé con todos los hombres de Judá y los habitantes de Jerusalén, junto con los sacerdotes, los levitas y todo el pueblo, desde el mayor hasta el menor. Y leyó a oídos de ellos todas las palabras del libro del pacto que había sido hallado en la casa de Yahvé.

31 El rey se puso en pie en su lugar e hizo un pacto delante de Yahvé, comprometiéndose a andar en pos de Yahvé, y a guardar sus mandamientos, sus testimonios y sus estatutos con todo su corazón y con toda su alma, poniendo por obra las palabras del pacto escritas en aquel libro.

32 Y obligó a todos los que se hallaban en Jerusalén y en Benjamín a que se comprometieran a cumplirlo. Y los habitantes de Jerusalén hicieron conforme al pacto de Dios, el Dios de sus padres.

33 Josías quitó todas las abominaciones de todos los territorios que pertenecían a los hijos de Israel, e hizo que todos los que se hallaban en Israel sirvieran a Yahvé su Dios. Y durante todos los días de Josías no se apartaron de seguir a Yahvé, el Dios de sus padres.

Capítulo 35

1 Josías celebró la Pascua a Yahvé en Jerusalén; e inmolaron la Pascua el día catorce del primer mes.

2 Restableció a los sacerdotes en sus oficios, y los animó en el servicio de la casa de Yahvé.

3 Y dijo a los levitas que enseñaban a todo Israel y que estaban consagrados a Yahvé: «Poned el arca santa en la casa que edificó Salomón, hijo de David, rey de Israel. Ya no la llevaréis sobre los hombros. Ahora servid a Yahvé vuestro Dios y a su pueblo Israel.

4 Preparaos según vuestras casas paternas y según vuestras divisiones, conforme a lo escrito por David, rey de Israel, y conforme a lo escrito por su hijo Salomón.

5 Poneos en el santuario según los grupos de las familias de vuestros hermanos, los laicos, de modo que a cada grupo corresponda una porción de una familia de los levitas.

6 Inmolad la Pascua, santificaos y preparadla para vuestros hermanos, a fin de que se haga conforme a la palabra de Yahvé dada por medio de Moisés».

7 Josías donó para los laicos rebaños de corderos y cabritos, por un total de treinta mil, todos para las ofrendas de la Pascua, para todos los que estaban presentes; además de tres mil novillos. Todo esto provenía de la hacienda del rey.

8 También sus jefes hicieron donaciones voluntarias para el pueblo, para los sacerdotes y para los levitas. Hilcías, Zacarías y Jehiel, oficiales principales de la casa de Dios, dieron a los sacerdotes para los sacrificios de la Pascua dos mil seiscientos corderos y cabritos, y trescientos novillos.

9 Asimismo, Conanías, Semaías y Natanael, sus hermanos, junto con Hasabías, Jeiel y Jozabad, jefes de los levitas, donaron a los levitas para los sacrificios de la Pascua cinco mil corderos y cabritos, y quinientos novillos.

10 Así se preparó el servicio. Los sacerdotes se colocaron en sus puestos, y los levitas en sus divisiones, conforme al mandato del rey.

11 Inmolaron la Pascua, y los sacerdotes rociaban la sangre que recibían de manos de los levitas, mientras estos desollaban las víctimas.

12 Luego apartaron los holocaustos para distribuirlos a los grupos de las familias de los laicos, a fin de ofrecerlos a Yahvé, como está escrito en el libro de Moisés. Y lo mismo hicieron con los novillos.

13 Asaron al fuego la Pascua, conforme a la ordenanza; pero las ofrendas sagradas las cocieron en ollas, calderos y sartenes, y las repartieron rápidamente a todos los laicos.

14 Después prepararon las porciones para sí mismos y para los sacerdotes, porque los sacerdotes, los hijos de Aarón, estuvieron ocupados ofreciendo los holocaustos y la grasa hasta la noche. Por tanto, los levitas prepararon para sí mismos y para los sacerdotes, hijos de Aarón.

15 Los cantores, hijos de Asaf, estaban en sus puestos, conforme al mandato de David, de Asaf, de Hemán y de Jedutún, el vidente del rey. Los porteros estaban en cada puerta, y no tenían necesidad de apartarse de su ministerio, porque sus hermanos los levitas preparaban la comida para ellos.

16 Todo el servicio de Yahvé quedó así dispuesto aquel día, para celebrar la Pascua y ofrecer holocaustos sobre el altar de Yahvé, conforme al mandato del rey Josías.

17 Los hijos de Israel que estaban presentes celebraron la Pascua en aquel tiempo, y la fiesta de los panes sin levadura durante siete días.

18 No se había celebrado en Israel una Pascua semejante desde los días del profeta Samuel; ni ninguno de los reyes de Israel celebró una Pascua como la que celebró Josías con los sacerdotes, los levitas, todo Judá y los de Israel que se hallaban presentes, junto con los habitantes de Jerusalén.

19 Esta Pascua se celebró en el año dieciocho del reinado de Josías.

20 Después de todo esto, cuando Josías había reparado el templo, Necao, rey de Egipto, subió para pelear en Carquemis, junto al Éufrates; y Josías salió a su encuentro.

21 Pero Necao le envió mensajeros, diciendo: «¿Qué tengo yo que ver contigo, rey de Judá? Hoy no vengo contra ti, sino contra la casa con la cual estoy en guerra. Dios me ha ordenado que me apresure; deja de oponerte a Dios, que está conmigo, no sea que él te destruya».

22 Pero Josías no quiso apartarse de él, sino que se disfrazó para presentarle batalla. No escuchó las palabras de Necao, que venían de la boca de Dios, y fue a pelear al valle de Meguido.

23 Los arqueros dispararon contra el rey Josías, y el rey dijo a sus siervos: «Sacadme de aquí, porque estoy gravemente herido».

24 Sus siervos lo sacaron de aquel carro, lo subieron al segundo carro que tenía, y lo llevaron a Jerusalén, donde murió. Fue sepultado en los sepulcros de sus padres, y todo Judá y Jerusalén hicieron duelo por Josías.

25 Jeremías compuso una lamentación por Josías; y todos los cantores y cantoras hablan de Josías en sus endechas hasta el día de hoy. Las establecieron como costumbre en Israel, y he aquí, están escritas en el libro de las Lamentaciones.

26 Los demás hechos de Josías y sus obras piadosas, conforme a lo que está escrito en la ley de Yahvé,

27 y sus hechos, primeros y últimos, he aquí, están escritos en el libro de los reyes de Israel y de Judá.

Capítulo 36

1 Entonces el pueblo de la tierra tomó a Joacaz, hijo de Josías, y lo proclamó rey en Jerusalén en lugar de su padre.

2 Joacaz tenía veintitrés años cuando comenzó a reinar, y reinó tres meses en Jerusalén.

3 El rey de Egipto lo destituyó en Jerusalén y le impuso al país un tributo de cien talentos de plata y un talento de oro.

4 El rey de Egipto puso por rey sobre Judá y Jerusalén a Eliaquim, hermano de Joacaz, y le cambió el nombre por el de Joacim. Y a su hermano Joacaz, Necao se lo llevó a Egipto.

5 Joacim tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar, y reinó once años en Jerusalén. Hizo lo malo ante los ojos de Yahvé su Dios.

6 Subió contra él Nabucodonosor, rey de Babilonia, y lo ató con cadenas de bronce para llevárselo a Babilonia.

7 Nabucodonosor también se llevó a Babilonia algunos de los utensilios de la casa de Yahvé, y los puso en su templo en Babilonia.

8 Los demás hechos de Joacim, las abominaciones que cometió, y lo que se halló contra él, he aquí, están escritos en el libro de los reyes de Israel y de Judá. Y su hijo Joaquín reinó en su lugar.

9 Joaquín tenía ocho años cuando comenzó a reinar, y reinó tres meses y diez días en Jerusalén. E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé.

10 A la vuelta del año, el rey Nabucodonosor mandó que lo llevaran a Babilonia, junto con los objetos preciosos de la casa de Yahvé, y constituyó a su pariente Sedequías por rey sobre Judá y Jerusalén.

11 Sedequías tenía veintiún años cuando comenzó a reinar, y reinó once años en Jerusalén.

12 Hizo lo malo ante los ojos de Yahvé su Dios, y no se humilló delante del profeta Jeremías, que le hablaba por boca de Yahvé.

13 También se rebeló contra el rey Nabucodonosor, quien le había hecho jurar por Dios. Endureció su cerviz y obstinó su corazón para no volverse a Yahvé, el Dios de Israel.

14 Asimismo, todos los jefes de los sacerdotes y el pueblo prevaricaron cada vez
más, imitando todas las abominaciones de las naciones paganas, y profanaron la
casa de Yahvé, que él había santificado en Jerusalén.

15 Yahvé, el Dios de sus padres, les enviaba constantes advertencias por medio de
sus mensajeros, porque tenía compasión de su pueblo y de su morada.

16 Pero ellos se burlaban de los mensajeros de Dios, menospreciaban sus palabras
y se mofaban de sus profetas, hasta que la ira de Yahvé se encendió contra su pue-
blo y ya no hubo remedio.

17 Por lo cual Dios trajo contra ellos al rey de los caldeos, quien mató a espada a
sus jóvenes en la casa de su santuario, sin tener piedad de joven ni de doncella, de
anciano ni de decrépito. A todos los entregó en sus manos.

18 Todos los utensilios de la casa de Dios, grandes y pequeños, los tesoros de la
casa de Yahvé, y los tesoros del rey y de sus príncipes, todo se lo llevó a Babilonia.

19 Quemaron la casa de Dios, derribaron la muralla de Jerusalén, incendiaron to-
dos sus palacios y destruyeron todos sus objetos preciosos.

20 A los que escaparon de la espada, se los llevó cautivos a Babilonia, donde fue-
ron siervos de él y de sus hijos, hasta que se estableció el reino de Persia;

21 para que se cumpliera la palabra de Yahvé por boca de Jeremías, hasta que la
tierra hubiera gozado de sus días de reposo. Durante todo el tiempo de su desola-
ción reposó, hasta que se cumplieron los setenta años.

22 En el primer año de Ciro, rey de Persia, para que se cumpliera la palabra de
Yahvé por boca de Jeremías, Yahvé despertó el espíritu de Ciro, rey de Persia, el
cual hizo pregonar de palabra y también por escrito, por todo su reino, este
decreto:

23 "Así dice Ciro, rey de Persia: 'Yahvé, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique una casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, sea Yahvé su Dios con él, y suba allá'".

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

ESDRAS

Capítulo 1

1 En el primer año de Ciro, rey de Persia, para que se cumpliera la palabra de Yahvé por boca de Jeremías, Yahvé despertó el espíritu de Ciro, rey de Persia, de modo que hizo pregonar por todo su reino, y lo puso también por escrito, diciendo:

2 "Ciro, rey de Persia, dice: "Yahvé, el Dios del cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra; y me ha ordenado que le edifique una casa en Jerusalén, que está en Judá.

3 Quienquiera de entre vosotros que pertenezca a su pueblo, sea su Dios con él, y suba a Jerusalén, que está en Judá, para edificar la casa de Yahvé, Dios de Israel (él es el Dios que habita en Jerusalén).

4 Y a todo el que haya quedado, en cualquier lugar donde more, que los hombres de su lugar le ayuden con plata, oro, bienes y acémilas, además de las ofrendas voluntarias para la casa de Dios que está en Jerusalén"».

5 Entonces se levantaron los jefes de las casas paternas de Judá y de Benjamín, con los sacerdotes y levitas, todos aquellos cuyo espíritu Dios había conmovido para subir a edificar la casa de Yahvé que está en Jerusalén.

6 Y todos los que estaban a su alrededor les prestaron ayuda con vajilla de plata, con oro, bienes, acémilas y cosas preciosas, además de todo lo que se ofreció voluntariamente.

7 También el rey Ciro sacó los utensilios de la casa de Yahvé, que Nabucodonosor había tomado de Jerusalén y puesto en el templo de sus dioses;

8 los sacó Ciro, rey de Persia, por mano del tesorero Mitrídates, quien los entregó por cuenta a Sesbasar, príncipe de Judá.

9 Y este es el número de ellos: treinta fuentes de oro, mil fuentes de plata, veintinueve cuchillos,

10 treinta tazones de oro, cuatrocientos diez tazones de plata de segunda clase, y otros mil recipientes.

11 Todos los utensilios de oro y de plata eran cinco mil cuatrocientos. Todo esto lo llevó Sesbasar cuando los cautivos fueron subidos de Babilonia a Jerusalén.

Capítulo 2

1 Estos son los hijos de la provincia que subieron del cautiverio de los deportados, a quienes Nabucodonosor, rey de Babilonia, había llevado cautivos a Babilonia, y que volvieron a Jerusalén y a Judá, cada uno a su ciudad;

2 los cuales vinieron con Zorobabel, Jesúa, Nehemías, Seraías, Reelaías, Mardoqueo, Bilsán, Mispar, Bigvai, Rehum y Baana. El número de los hombres del pueblo de Israel:

3 Los hijos de Paros, dos mil ciento setenta y dos.

4 Los hijos de Sefatías, trescientos setenta y dos.

5 Los hijos de Ara, setecientos setenta y cinco.

6 Los hijos de Pahat-moab, de los hijos de Jesúa y de Joab, dos mil ochocientos doce.

7 Los hijos de Elam, mil doscientos cincuenta y cuatro.

8 Los hijos de Zatu, novecientos cuarenta y cinco.

9 Los hijos de Zacai, setecientos sesenta.

10 Los hijos de Bani, seiscientos cuarenta y dos.

11 Los hijos de Bebai, seiscientos veintitrés.

12 Los hijos de Azgad, mil doscientos veintidós.

13 Los hijos de Adonicam, seiscientos sesenta y seis.

14 Los hijos de Bigvai, dos mil cincuenta y seis.

15 Los hijos de Adín, cuatrocientos cincuenta y cuatro.

16 Los hijos de Ater, de Ezequías, noventa y ocho.

17 Los hijos de Bezai, trescientos veintitrés.

18 Los hijos de Jora, ciento doce.

19 Los hijos de Hasum, doscientos veintitrés.

20 Los hijos de Gibar, noventa y cinco.

21 Los hijos de Belén, ciento veintitrés.

22 Los de Netofa, cincuenta y seis.

23 Los de Anatot, ciento veintiocho.

24 Los hijos de Azmavet, cuarenta y dos.

25 Los hijos de Quiriar-arim, Cefira y Beerot, setecientos cuarenta y tres.

26 Los hijos de Ramá y Geba, seiscientos veintiuno.

27 Los varones de Micmas, ciento veintidós.

28 Los varones de Betel y de Hai, doscientos veintitrés.

29 Los hijos de Nebo, cincuenta y dos.

30 Los hijos de Magbis, ciento cincuenta y seis.

31 Los hijos del otro Elam, mil doscientos cincuenta y cuatro.

32 Los hijos de Harim, trescientos veinte.

33 Los hijos de Lod, Hadid y Ono, setecientos veinticinco.

34 Los hijos de Jericó, trescientos cuarenta y cinco.

35 Los hijos de Senaa, tres mil seiscientos treinta.

36 Los sacerdotes: los hijos de Jedaías, de la casa de Jesúa, novecientos setenta y tres.

37 Los hijos de Imer, mil cincuenta y dos.

38 Los hijos de Pasur, mil doscientos cuarenta y siete.

39 Los hijos de Harim, mil diecisiete.

40 Los levitas: los hijos de Jesúa y de Cadmiel, de los hijos de Hodavías, setenta y cuatro.

41 Los cantores: los hijos de Asaf, ciento veintiocho.

42 Los hijos de los porteros: los hijos de Salum, los hijos de Ater, los hijos de Talmón, los hijos de Acub, los hijos de Hatita, los hijos de Sobai, en total ciento treinta y nueve.

43 Los servidores del templo: los hijos de Ziha, los hijos de Hasufa, los hijos de Tabaot,

44 los hijos de Querós, los hijos de Siaha, los hijos de Padón,

45 los hijos de Lebana, los hijos de Hagaba, los hijos de Acub,

46 los hijos de Hagab, los hijos de Samlai, los hijos de Hanán,

47 los hijos de Gidel, los hijos de Gahar, los hijos de Reaía,

48 los hijos de Rezín, los hijos de Necoda, los hijos de Gazam,

49 los hijos de Uza, los hijos de Paseah, los hijos de Besai,

50 los hijos de Asena, los hijos de Meunim, los hijos de Nefisim,

51 los hijos de Bacbuc, los hijos de Hacufa, los hijos de Harhur,

52 los hijos de Bazlut, los hijos de Mehída, los hijos de Harsa,

53 los hijos de Barcos, los hijos de Sísara, los hijos de Tema,

54 los hijos de Nezía, los hijos de Hatifa.

55 Los hijos de los siervos de Salomón: los hijos de Sotai, los hijos de Ha-soferet, los hijos de Peruda,

56 los hijos de Jaala, los hijos de Darcón, los hijos de Gidel,

57 los hijos de Sefatías, los hijos de Hatil, los hijos de Poqueret-haze-bayim, los hijos de Amí.

58 Todos los servidores del templo, y los hijos de los servidores de Salomón, fueron trescientos noventa y dos.

59 Estos fueron los que subieron de Tel-melá, Tel-harsa, Querub, Adán e Imer; mas no pudieron demostrar la casa de sus padres ni su linaje, si eran de Israel:

60 los hijos de Delaía, los hijos de Tobías, los hijos de Necoda, seiscientos cincuenta y dos.

61 Y de los hijos de los sacerdotes: los hijos de Habaía, los hijos de Coz y los hijos de Barzilai, el cual tomó mujer de las hijas de Barzilai galaadita, y fue llamado por el nombre de ellas.

62 Estos buscaron su registro en las genealogías, pero no fueron hallados; y fueron excluidos del sacerdocio como inmundos.

63 El gobernador les dijo que no comiesen de las cosas más santas, hasta que hubiese sacerdote con Urim y Tumim.

64 Toda la congregación unida era de cuarenta y dos mil trescientos sesenta,

65 sin contar sus siervos y sus siervas, que eran siete mil trescientos treinta y siete; y tenían doscientos cantores y cantoras.

66 Sus caballos eran setecientos treinta y seis; sus mulos, doscientos cuarenta y cinco;

67 sus camellos, cuatrocientos treinta y cinco; sus asnos, seis mil setecientos veinte.

68 Y algunos de los jefes de las casas paternas, al llegar a la casa de Yahvé que está en Jerusalén, hicieron ofrendas voluntarias para la casa de Dios, para reedificarla en su sitio.

69 Dieron según sus fuerzas para la tesorería de la obra sesenta y un mil dáricos de oro, cinco mil minas de plata, y cien vestiduras sacerdotales.

70 Y habitaron los sacerdotes, los levitas, los del pueblo, los cantores, los porteros y los servidores del templo en sus ciudades; y todo Israel en sus ciudades.

Capítulo 3

1 Llegado el séptimo mes, una vez que los hijos de Israel se hallaban ya en sus ciudades, se congregó el pueblo como un solo hombre en Jerusalén.

2 Entonces se levantó Jesúa hijo de Josadac, con sus hermanos los sacerdotes, y Zorobabel hijo de Salatiel, con sus parientes, y edificaron el altar del Dios de Israel para ofrecer sobre él holocaustos, como está escrito en la ley de Moisés, varón de Dios.

3 Y colocaron el altar sobre su base, a pesar del miedo que tenían a los pueblos de aquellas tierras, y ofrecieron sobre él holocaustos a Yahvé, holocaustos por la mañana y por la tarde.

4 Celebraron asimismo la fiesta de los Tabernáculos, según está escrito, y ofrecieron los holocaustos diarios por su número y conforme al rito, según la norma de cada día;

5 y además de esto, el holocausto continuo, los de las lunas nuevas, los de todas las solemnidades consagradas a Yahvé, y los de todo aquel que ofrecía voluntariamente ofrenda a Yahvé.

6 Desde el primer día del mes séptimo comenzaron a ofrecer holocaustos a Yahvé; mas los cimientos del templo de Yahvé aún no habían sido echados.

7 Y dieron dinero a los canteros y carpinteros; asimismo dieron comida, bebida y aceite a los sidonios y tirios para que trajesen madera de cedro del Líbano por mar a Jope, conforme a la concesión que les había hecho Ciro, rey de Persia.

8 En el año segundo de su llegada a la casa de Dios en Jerusalén, en el mes segundo, comenzaron la obra Zorobabel hijo de Salatiel, Jesúa hijo de Josadac, con el resto de sus hermanos, los sacerdotes y los levitas, y todos los que habían venido

del cautiverio a Jerusalén; y pusieron a los levitas de veinte años arriba para que dirigiesen la obra de la casa de Yahvé.

9 Jesúa también, con sus hijos y sus hermanos, Cadmiel y sus hijos, hijos de Judá, se presentaron como un solo hombre para activar a los que hacían la obra en la casa de Dios, junto con los hijos de Henadad, sus hijos y sus hermanos los levitas.

10 Y cuando los albañiles del templo de Yahvé echaban los cimientos, pusieron a los sacerdotes revestidos de sus ornamentos, con trompetas, y a los levitas hijos de Asaf con címbalos, para que alabasen a Yahvé, según la ordenanza de David, rey de Israel.

11 Y cantaban, alabando y dando gracias a Yahvé, diciendo: «Porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia sobre Israel». Y todo el pueblo jubilaba con gran gozo, alabando a Yahvé porque se echaban los cimientos de la casa de Yahvé.

12 Y muchos de los sacerdotes, de los levitas y de los jefes de casas paternas, ancianos que habían visto la casa primera, viendo echar los cimientos de esta casa, lloraban en alta voz, mientras muchos otros daban grandes gritos de alegría.

13 Y no podía distinguir el pueblo el clamor de los gritos de alegría de la voz del llanto; porque gritaba el pueblo con gran júbilo, y el ruido se oía hasta de lejos.

Capítulo 4

1 Cuando los adversarios de Judá y de Benjamín oyeron que los hijos de la cautividad edificaban el templo a Yahvé, Dios de Israel,

2 se acercaron a Zorobabel y a los jefes de las casas paternas, y les dijeron: «Dejadnos edificar con vosotros, porque como vosotros buscamos a vuestro Dios, y a él ofrecemos sacrificios desde los días de Esar-hadón, rey de Asiria, que nos hizo subir aquí».

3 Pero Zorobabel, Jesúa y los demás jefes de las casas paternas de Israel dijeron: «No tenéis vosotros nada que ver con nosotros en la edificación de una casa a nuestro Dios, sino que nosotros solos la edificaremos a Yahvé, Dios de Israel, como nos mandó el rey Ciro, rey de Persia».

4 Entonces la gente del país desanimó al pueblo de Judá y lo atribuló para que no siguiera edificando.

5 Sobornaron además contra ellos a consejeros para frustrar su propósito, durante todo el tiempo de Ciro, rey de Persia, hasta el reinado de Darío, rey de Persia.

6 Y en el reinado de Asuero, al principio de su reinado, escribieron una acusación contra los moradores de Judá y de Jerusalén.

7 También en días de Artajerjes, Bislam, Mitrídates, Tabeel y los demás compañeros suyos, escribieron a Artajerjes, rey de Persia; y la carta estaba escrita en caracteres sirios y traducida al sirio.

8 Rehum, el canciller, y Simsai, el secretario, escribieron una carta contra Jerusalén al rey Artajerjes, de esta manera:

9 En aquel tiempo firmaban Rehum, el canciller, y Simsai, el secretario, y los demás compañeros suyos, los jueces, los gobernadores y oficiales, los de Persia, de Erech, de Babilonia, de Susa, esto es, los elamitas,

10 y las demás naciones que el grande y noble Osnapar transportó e instaló en las ciudades de Samaria y en las demás provincias de allende el río, etc.

11 Esta es la copia de la carta que enviaron: Al rey Artajerjes, de parte de tus siervos, los hombres de allende el río.

12 Sea notorio al rey que los judíos que subieron de tu parte han venido a nosotros a Jerusalén; y edifican la ciudad rebelde y malvada, y han levantado ya los muros y reparado los cimientos.

13 Sepa ahora el rey que si aquella ciudad fuere reedificada y los muros fueren acabados, no pagarán tributo, ni impuesto, ni peaje, y el fisco real será perjudicado.

14 Ahora bien, por cuanto estamos mantenidos por la sal del palacio, y no nos es
justo ver el menosprecio del rey, hemos enviado a dar aviso al rey,

15 para que se busque en el libro de las memorias de tus padres. Hallarás en el li-
bro de las memorias y sabrás que esta ciudad es ciudad rebelde y perjudicial a los
reyes y a las provincias, y que en medio de ella se han fomentado sediciones desde
tiempos antiguos, por lo cual la ciudad fue destruida.

16 Hacemos saber al rey que si esta ciudad fuere reedificada y sus muros acaba-
dos, la región de allende el río no será más tuya.

17 El rey envió esta respuesta a Rehum, el canciller, y a Simsai, el secretario, y a los
demás compañeros suyos que habitaban en Samaria y en el resto de la provincia
de allende el río: Salud.

18 La carta que nos enviasteis ha sido leída claramente ante mí.

19 Y por mi orden se ha buscado, y hallado que aquella ciudad de antiguo se le-
vanta contra los reyes y se rebela contra ellos.

20 Y que hubo en Jerusalén reyes poderosos que dominaron en todo el país de
allende el río, y que se les pagaba tributo, impuesto y peaje.

21 Dad, pues, orden de que cesen aquellos hombres, y no sea esa ciudad reedifi-
cada hasta que por mí se dé nueva orden.

22 Y guardaos de ser negligentes en esto; ¿por qué habrá de crecer el daño en per-
juicio de los reyes?

23 Entonces, tan pronto como la copia de la carta del rey Artajerjes fue leída de-
lante de Rehum, y de Simsai el secretario y sus compañeros, partieron a toda prisa
hacia Jerusalén, a los judíos, y les obligaron a detener la obra por la fuerza de las
armas.

24 Así cesó la obra de la casa de Dios que estaba en Jerusalén, y quedó suspendida
hasta el año segundo del reinado de Darío, rey de Persia.

Capítulo 5

1 Los profetas Hageo y Zacarías hijo de Iddo profetizaron a los judíos que estaban en Judá y en Jerusalén en el nombre del Dios de Israel que estaba sobre ellos.

2 Entonces se levantaron Zorobabel hijo de Salatiel y Jesúa hijo de Josadac, y comenzaron a reedificar la casa de Dios que estaba en Jerusalén; y con ellos estaban los profetas de Dios que les ayudaban.

3 En aquel tiempo vino a ellos Tatnai, gobernador de allende el río, y Setar-boznai y sus compañeros, y les dijeron así: «¿Quién os ha dado mandato para edificar esta casa y reparar estos muros?».

4 También les preguntamos cuáles eran los nombres de los varones que edificaban este edificio.

5 Mas los ojos de su Dios estaban sobre los ancianos de los judíos, y no les hicieron cesar hasta que el asunto llegase a Darío; y entonces respondieron por carta sobre esto.

6 Copia de la carta que Tatnai, gobernador de allende el río, y Setar-boznai, y sus compañeros los gobernadores que estaban de la otra parte del río, enviaron al rey Darío.

7 Le enviaron la misiva, en la cual iba escrito de esta manera: Al rey Darío, toda paz.

8 Sea notorio al rey que fuimos a la provincia de Judea, a la casa del gran Dios, la cual se edifica con piedras de cantería; y ya se pone la madera en las paredes, y la obra se hace con diligencia, y prospera en sus manos.

9 Entonces preguntamos a los ancianos, diciéndoles así: «¿Quién os ha dado mandato para edificar esta casa y para reparar estos muros?».

10 Y también les preguntamos sus nombres para hacértelo saber, a fin de escribir los nombres de los varones que están a la cabeza de ellos.

11 Y nos respondieron diciendo así: "Nosotros somos siervos del Dios del cielo y de la tierra, y reedificamos la casa que había sido edificada hace muchos años, la cual edificó y terminó un gran rey de Israel.

12 Mas después que nuestros padres provocaron a ira al Dios del cielo, él los entregó en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, el caldeo, el cual destruyó esta casa y transportó al pueblo a Babilonia.

13 Pero en el primer año de Ciro rey de Babilonia, el mismo rey Ciro dio orden para que esta casa de Dios fuese reedificada.

14 También los vasos de oro y de plata de la casa de Dios, que Nabucodonosor había sacado del templo que estaba en Jerusalén y los había llevado al templo de Babilonia, el rey Ciro los sacó del templo de Babilonia, y fueron entregados a uno llamado Sesbasar, a quien había puesto por gobernador;

15 y le dijo: «Toma estos vasos, ve, y ponlos en el templo que está en Jerusalén; y sea edificada la casa de Dios en su lugar».

16 Entonces este Sesbasar vino y puso los cimientos de la casa de Dios que está en Jerusalén; y desde entonces hasta ahora se edifica, y aún no está concluida".

17 Ahora, pues, si al rey le parece bien, búsquese en la casa de los tesoros del rey que está allí en Babilonia, si es verdad que por el rey Ciro había sido dada la orden para reedificar esta casa de Dios en Jerusalén, y envíenos el rey su voluntad sobre esto.

Capítulo 6

1 Entonces el rey Darío dio una orden, y buscaron en la casa de los archivos, donde guardaban los tesoros allí en Babilonia.

2 Y hallaron en Acmeta, en el palacio que está en la provincia de Media, un pergamino en el cual estaba escrito así: «Memoria:

3 En el año primero del rey Ciro, el mismo rey Ciro dio una orden acerca de la
casa de Dios en Jerusalén: Sea edificada la casa como lugar donde se ofrecen sa-
crificios, y sus cimientos sean bien echados; su altura de sesenta codos, y su an-
chura de sesenta codos;

4 con tres hileras de piedras grandes y una hilera de madera nueva; y que el gasto
sea pagado de la casa del rey.

5 Y también los vasos de oro y de plata de la casa de Dios, los cuales Nabucodo-
nosor sacó del templo que estaba en Jerusalén y transportó a Babilonia, sean de-
vueltos y vayan a su lugar, al templo que está en Jerusalén, y ponlos en la casa de
Dios».

6 «Ahora, pues, Tatnai, gobernador de allende el río, Setar-boznai y vuestros
compañeros los gobernadores que estáis de la otra parte del río, permaneced lejos
de allí.

7 Dejad que se haga la obra de esa casa de Dios; que el gobernador de los judíos y
sus ancianos reedifiquen esa casa de Dios en su lugar.

8 Y por mí es dada orden de lo que habéis de hacer con esos ancianos de los judíos
para reedificar esa casa de Dios: que de la hacienda del rey, del tributo de allende el
río, sean dados puntualmente los gastos a esos varones, para que no cese la obra.

9 Y lo que fuere necesario, becerros, carneros y corderos para holocaustos al Dios
del cielo, trigo, sal, vino y aceite, conforme a lo que dijeren los sacerdotes que están
en Jerusalén, dádselos día a día sin falta alguna,

10 para que ofrezcan sacrificios de olor grato al Dios del cielo, y oren por la vida
del rey y de sus hijos.

11 También por mí es dada orden que a cualquiera que altere este decreto, se le
arranque una viga de su casa, y alzado, sea colgado en ella; y su casa sea hecha un
muladar por esto.

12 Y el Dios que hizo habitar allí su nombre, destruya a todo rey y pueblo que pusiere su mano para alterar o destruir esa casa de Dios, la cual está en Jerusalén. Yo, Darío, he dado el decreto; sea cumplido puntualmente».

13 Entonces Tatnai, gobernador de allende el río, Setar-boznai y sus compañeros, cumplieron puntualmente según lo que el rey Darío había enviado.

14 Y los ancianos de los judíos edificaban y prosperaban, conforme a la profecía del profeta Hageo y de Zacarías hijo de Iddo. Edificaron, pues, y terminaron, por mandato del Dios de Israel, y por mandado de Ciro, de Darío, y de Artajerjes rey de Persia.

15 Esta casa fue terminada el tercer día del mes de Adar, que era el sexto año del reinado del rey Darío.

16 Entonces los hijos de Israel, los sacerdotes, los levitas y los demás que habían venido de la cautividad, hicieron la dedicación de esta casa de Dios con gozo.

17 Y ofrecieron en la dedicación de esta casa de Dios cien becerros, doscientos carneros y cuatrocientos corderos; y como expiación por todo Israel, doce machos cabríos, conforme al número de las tribus de Israel.

18 Y pusieron a los sacerdotes en sus turnos, y a los levitas en sus divisiones para el servicio de Dios en Jerusalén, conforme a lo escrito en el libro de Moisés.

19 Y los hijos de la cautividad celebraron la Pascua a los catorce días del mes primero.

20 Porque los sacerdotes y los levitas se habían purificado a una; todos estaban limpios, y sacrificaron la víctima de la Pascua por todos los hijos de la cautividad, y por sus hermanos los sacerdotes, y por sí mismos.

21 Comieron, pues, los hijos de Israel que habían vuelto de la cautividad, con todos aquellos que se habían apartado de la inmundicia de las gentes de la tierra para buscar a Yahvé Dios de Israel.

22 Y celebraron con regocijo la fiesta de los panes sin levadura siete días, por cuanto Yahvé los había alegrado, y había vuelto el corazón del rey de Asiria hacia ellos para fortalecer sus manos en la obra de la casa de Dios, del Dios de Israel.

Capítulo 7

1 Pasadas estas cosas, en el reinado de Artajerjes rey de Persia, Esdras hijo de Seraías, hijo de Azarías, hijo de Hilcías,

2 hijo de Salum, hijo de Sadoc, hijo de Ajitub,

3 hijo de Amarías, hijo de Azarías, hijo de Meraiot,

4 hijo de Zerahías, hijo de Uzi, hijo de Buqui,

5 hijo de Abisúa, hijo de Finees, hijo de Eleazar, hijo de Aarón, primer sacerdote;

6 este Esdras subió de Babilonia. Era escriba diligente en la ley de Moisés, que Yahvé Dios de Israel había dado; y le concedió el rey todo lo que pidió, conforme a la mano de Yahvé su Dios sobre él.

7 Y subieron con él a Jerusalén algunos de los hijos de Israel, y de los sacerdotes, levitas, cantores, porteros y sirvientes del templo, en el séptimo año del rey Artajerjes.

8 Y llegó a Jerusalén en el mes quinto del año séptimo del rey.

9 Porque el día primero del primer mes fue el principio de la partida de Babilonia, y al primero del mes quinto llegó a Jerusalén, según la buena mano de su Dios sobre él.

10 Porque Esdras había preparado su corazón para inquirir la ley de Yahvé y para cumplirla, y para enseñar en Israel los estatutos y decretos.

11 Esta es la copia de la carta que dio el rey Artajerjes al sacerdote Esdras, escriba versado en los mandamientos de Yahvé y en sus estatutos a Israel:

12 "Artajerjes, rey de reyes, al sacerdote Esdras, escriba instruido en la ley del Dios del cielo: Paz cumplida.

13 yo decreto que todos los del pueblo de Israel y sus sacerdotes y los levitas de mi reino, que tengan la intención de ir por su propia voluntad a Jerusalén, vayan con vosotros.

14 Porque habéis sido enviados por el rey y sus siete consejeros para investigar sobre Judá y Jerusalén, según la ley de vuestro Dios que está en vuestra mano,

15 y para llevar la plata y el oro que el rey y sus consejeros han ofrecido voluntariamente al Dios de Israel, cuya morada está en Jerusalén,

16 y toda la plata y el oro que encontraréis en toda la provincia de Babilonia, con la ofrenda voluntaria del pueblo y de los sacerdotes, ofreciendo voluntariamente para la casa de su Dios que está en Jerusalén.

17 Por lo tanto, con toda diligencia comprarás con este dinero toros, carneros y corderos con sus ofrendas de comida y sus libaciones, y los ofrecerás en el altar de la casa de tu Dios que está en Jerusalén.

18 Lo que os parezca bien a vosotros y a vuestros hermanos hacer con el resto de la plata y del oro, hacedlo según la voluntad de vuestro Dios.

19 Los utensilios que se te den para el servicio de la casa de tu Dios, entrégalos ante el Dios de Jerusalén.

20 Todo lo que se necesite para la casa de tu Dios, y que tengas ocasión de dar, dalo de la casa del tesoro del rey.

21 Yo, el rey Artajerjes, decreto a todos los tesoreros que están al otro lado del río, que todo lo que el sacerdote Esdras, escriba de la ley del Dios del cielo, os pida, lo hagáis con toda diligencia,

22 hasta cien talentos de plata, y hasta cien cors de trigo, y hasta cien baños de vino, y hasta cien baños de aceite, y sal sin prescribir cuánto.

23 Todo lo que sea ordenado por el Dios del cielo, hágase exactamente para la casa del Dios del cielo; porque ¿por qué habría de haber ira contra el reino del rey y de sus hijos?

24 También les informamos que no será lícito imponer tributo, costumbre o peaje a ninguno de los sacerdotes, levitas, cantores, porteros, servidores del templo o trabajadores de esta casa de Dios.

25 Tú, Esdras, según la sabiduría de tu Dios que está en tu mano, nombra magistrados y jueces que puedan juzgar a todo el pueblo que está al otro lado del río, que todos conozcan las leyes de tu Dios; y enseña al que no las conozca.

26 El que no cumpla la ley de tu Dios y la ley del rey, que se ejecute sobre él el juicio con toda diligencia, ya sea a muerte, ya sea a destierro, ya sea a confiscación de bienes, ya sea a prisión.

27 Bendito sea Yahvé, el Dios de nuestros padres, que ha puesto algo así en el corazón del rey, para embellecer la casa de Yahvé que está en Jerusalén;

28 y ha extendido su bondad conmigo ante el rey y sus consejeros, y ante todos los poderosos príncipes del rey. Me he fortalecido según la mano del Señor, mi Dios, y he reunido a los jefes de Israel para que suban conmigo.

Capítulo 8

1 Estos son los jefes de familia de sus padres, y esta es la genealogía de los que subieron conmigo desde Babilonia, en el reinado del rey Artajerjes:

2 De los hijos de Finehas, Gershom. De los hijos de Ithamar, Daniel. De los hijos de David, Hattush.

3 De los hijos de Secanías, de los hijos de Paros, Zacarías; y con él se enumeraron por genealogía de los varones ciento cincuenta.

4 De los hijos de Pahatmoab, Eliehoenai, hijo de Zerahiah, y con él doscientos varones.

5 De los hijos de Secanías, hijo de Jahaziel, y con él trescientos varones.

6 De los hijos de Adín, Ebed, hijo de Jonatán, y con él cincuenta varones.

7 De los hijos de Elam, Jesaías, hijo de Atalía, y con él setenta varones.

8 De los hijos de Sefatías, Zebadías, hijo de Miguel, y con él ochenta varones.

9 De los hijos de Joab, Obadías hijo de Jehiel, y con él doscientos dieciocho varones.

10 De los hijos de Selomit, hijo de Josifa, y con él ciento sesenta varones.

11 De los hijos de Bebai, Zacarías, hijo de Bebai, y con él veintiocho varones.

12 De los hijos de Azgad, Johanan hijo de Hakkatan, y con él ciento diez varones.

13 De los hijos de Adonikam, que fueron los últimos, sus nombres son: Eliphelet, Jeuel y Semaías; y con ellos sesenta varones.

14 De los hijos de Bigvai, Uthai y Zabbud, y con ellos setenta varones.

15 Los reuní hasta el río que corre hacia Ahava, y allí acampamos tres días. Entonces miré alrededor del pueblo y de los sacerdotes, y encontré que no había ninguno de los hijos de Leví.

16 Entonces mandé llamar a Eliezer, a Ariel, a Semaías, a Elnatán, a Jarib, a Elnatán, a Natán, a Zacarías y a Mesulam, hombres principales; también a Joiarib y a Elnatán, que eran maestros.

17 Los envié a Iddo, el jefe, al lugar de Casifia, y les dije lo que debían decir a Iddo y a sus hermanos, los servidores del templo en el lugar de Casifia, para que nos trajeran ministros para la casa de nuestro Dios.

18 Conforme a la buena mano de nuestro Dios sobre nosotros, nos trajeron un hombre discreto, de los hijos de Mahli, hijo de Leví, hijo de Israel, a saber, Serebías, con sus hijos y sus hermanos, dieciocho;

19 y Hasabías, y con él Jesaías, de los hijos de Merari, sus hermanos y sus hijos, veinte;

20 y de los servidores del templo, que David y los príncipes habían dado para el servicio de los levitas, doscientos veinte servidores del templo. Todos ellos fueron mencionados por su nombre.

21 Entonces proclamé un ayuno allí, en el río Ahava, para humillarnos ante nuestro Dios y buscar de él un camino recto para nosotros, para nuestros pequeños y para todas nuestras posesiones.

22 Porque me daba vergüenza pedir al rey una banda de soldados y jinetes que nos ayudara contra el enemigo en el camino, porque habíamos hablado con el rey diciendo: «La mano de nuestro Dios está sobre todos los que lo buscan, para bien; pero su poder y su ira están contra todos los que lo abandonan.»

23 Así que ayunamos y rogamos a nuestro Dios por esto, y él nos concedió nuestra petición.

24 Entonces aparté a doce de los jefes de los sacerdotes, a Serebías, a Hasabías y a diez de sus hermanos con ellos,

25 y les pesé la plata, el oro y los utensilios, la ofrenda para la casa de nuestro Dios, que habían ofrecido el rey, sus consejeros, sus príncipes y todo Israel allí presente.

26 Pesé en su mano seiscientos cincuenta talentos de plata, cien talentos de recipientes de plata, cien talentos de oro,

27 veinte copas de oro que pesaban mil dracmas, y dos recipientes de bronce fino y brillante, preciosos como el oro.

28 Les dije: «Vosotros sois santos para Yahvé, y los vasos son santos. La plata y el oro son una ofrenda voluntaria a Yahvé, el Dios de vuestros padres.

29 Velen y guárdenlos hasta que los pesen ante los jefes de los sacerdotes, los levitas y los príncipes de las casas paternas de Israel en Jerusalén, en las salas de la casa de Yahvé.»

30 Los sacerdotes y los levitas recibieron el peso de la plata, el oro y los utensilios, para llevarlos a Jerusalén, a la casa de nuestro Dios.

31 Entonces partimos del río Ahava el duodécimo día del primer mes, para ir a Jerusalén. La mano de nuestro Dios estaba sobre nosotros, y nos libró de la mano del enemigo y de los bandidos en el camino.

32 Llegamos a Jerusalén y nos quedamos allí tres días.

33 Al cuarto día se pesó la plata, el oro y los utensilios en la casa de nuestro Dios, en manos de Meremot, hijo del sacerdote Urías; con él estaba Eleazar, hijo de Finees, y con ellos estaban Jozabad, hijo de Jesúa, y Noadías, hijo de Binúi, los levitas.

34 Todo fue contado y pesado, y todo el peso fue escrito en ese momento.

35 Los hijos del cautiverio, que habían salido del exilio, ofrecieron holocaustos al Dios de Israel: doce toros por todo Israel, noventa y seis carneros, setenta y siete corderos y doce machos cabríos como ofrenda por el pecado. Todo esto fue un holocausto para Yahvé.

36 Entregaron los encargos del rey a los gobernadores locales del rey y a los gobernadores del otro lado del río. Así mantenían al pueblo y a la casa de Dios.

Capítulo 9

1 Acabadas estas cosas, los príncipes se me acercaron, diciendo: «El pueblo de Israel, los sacerdotes y los levitas no se han separado de los pueblos de estas tierras, y siguen sus abominaciones, las de los cananeos, hititas, ferezeos, jebuseos, amonitas, moabitas, egipcios y amorreos.

2 Porque han tomado de sus hijas para sí y para sus hijos, de modo que el linaje santo se ha mezclado con los pueblos de las tierras; y la mano de los príncipes y de los gobernantes ha sido la primera en esta prevaricación».

3 Cuando oí esto, rasgué mi vestido y mi manto, me arranqué pelos de mi cabeza y de mi barba, y me senté atónito.

4 Y se reunieron conmigo todos los que temblaban ante las palabras del Dios de Israel a causa de la transgresión de los del cautiverio; mas yo estuve sentado atónito hasta la ofrenda de la tarde.

5 Y a la hora de la ofrenda de la tarde me levanté de mi aflicción, y con mi vestido y mi manto rasgados, me puse de rodillas y extendí mis manos a Yahvé mi Dios,

6 y dije: “Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro a ti, porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestra cabeza, y nuestros delitos han crecido hasta los cielos.

7 Desde los días de nuestros padres hasta este día hemos vivido en gran pecado; y por nuestras iniquidades nosotros, nuestros reyes y nuestros sacerdotes hemos sido entregados en manos de los reyes de las tierras, a la espada, al cautiverio, al robo y a la confusión de rostro, como sucede en este día.

8 Y ahora, por un breve momento, ha venido la gracia de parte de Yahvé nuestro Dios, para dejarnos un resto que escape y para darnos una estaca en su lugar santo, a fin de que nuestro Dios alumbre nuestros ojos y nos dé un poco de vida en nuestra servidumbre.

9 Porque siervos somos; mas en nuestra servidumbre no nos ha desamparado nuestro Dios, sino que extendió sobre nosotros su misericordia delante de los reyes de Persia, para darnos vida para levantar la casa de nuestro Dios y restaurar sus ruinas, y para darnos un muro en Judá y en Jerusalén.

10 Pero ahora, ¿qué diremos, Dios nuestro, después de esto? Porque hemos abandonado tus mandamientos,

11 que prescribiste por medio de tus siervos los profetas, diciendo: «La tierra a la cual vais para poseerla es tierra inmunda a causa de la inmundicia de los pueblos de las tierras, por las abominaciones con que la han llenado de un extremo a otro con su impureza.

12 Ahora, pues, no deis vuestras hijas a los hijos de ellos, ni toméis sus hijas para vuestros hijos, ni procuréis jamás su paz ni su prosperidad; para que seáis fuertes y comáis el bien de la tierra, y la dejéis por heredad a vuestros hijos para siempre».

13 Mas después de todo lo que nos ha sobrevenido por nuestras malas obras y por nuestro gran delito, viendo que tú, Dios nuestro, nos has castigado menos de lo que nuestras iniquidades merecían, y que nos has dado un resto como este,

14 ¿hemos de volver a quebrantar tus mandamientos y a emparentar con los pueblos que cometen estas abominaciones? ¿No te indignarías contra nosotros hasta consumirnos, sin que quedara resto ni quien escape?

15 Yahvé, Dios de Israel, tú eres justo, puesto que hemos quedado un resto que ha escapado, como en este día. Henos aquí delante de ti en nuestros delitos; porque no es posible estar en tu presencia a causa de esto".

Capítulo 10

1 Mientras Esdras oraba y hacía confesión, llorando y postrándose delante de la casa de Dios, se reunió con él una muy grande asamblea de Israel, hombres, mujeres y niños; y el pueblo lloraba amargamente.

2 Entonces Secanías hijo de Jehiel, de los hijos de Elam, habló y dijo a Esdras: «Nosotros hemos prevaricado contra nuestro Dios, pues tomamos mujeres extranjeras de los pueblos de la tierra; mas a pesar de esto, aún hay esperanza para Israel.

3 Hagamos ahora pacto con nuestro Dios, que despediremos a todas las mujeres y a los nacidos de ellas, según el consejo de mi señor y de los que temen el mandamiento de nuestro Dios; y hágase conforme a la ley.

4 Levántate, porque esta es tu obligación, y nosotros estaremos contigo; esfuérzate, y pon mano a la obra».

5 Entonces se levantó Esdras y juramentó a los príncipes de los sacerdotes y de los levitas, y a todo Israel, que harían conforme a esto; y ellos juraron.

6 Se levantó luego Esdras de delante de la casa de Dios, y se fue a la cámara de Johanán hijo de Eliasib; e ido allá, no comió pan ni bebió agua, porque se entristeció a causa de la prevaricación de los del cautiverio.

7 E hicieron pregonar por Judá y por Jerusalén a todos los hijos de la cautividad, que se reuniesen en Jerusalén;

8 y que el que no viniese dentro de tres días, conforme al acuerdo de los príncipes y de los ancianos, perdiese toda su hacienda, y él fuese excluido de la congregación de los del cautiverio.

9 Así se reunieron todos los hombres de Judá y de Benjamín en Jerusalén dentro de los tres días, a los veinte días del mes noveno; y se sentó todo el pueblo en la plaza de la casa de Dios, temblando por motivo de este asunto y a causa de la lluvia.

10 Y se levantó el sacerdote Esdras y les dijo: «Vosotros habéis prevaricado, por cuanto tomasteis mujeres extranjeras, añadiendo así sobre la culpa de Israel.

11 Ahora, pues, confesaos a Yahvé Dios de vuestros padres, y haced su voluntad, y apartaos de los pueblos de las tierras, y de las mujeres extranjeras».

12 Y respondió toda la asamblea, y dijeron en alta voz: «¡Bien! Hágase conforme a tu palabra.

13 Mas el pueblo es mucho, y el tiempo lluvioso, y no podemos estar en la calle; ni esta es obra de un día ni de dos, porque somos muchos los que hemos prevaricado en este asunto.

14 Quédense ahora nuestros príncipes en lugar de toda la congregación, y todos aquellos que en nuestras ciudades hayan tomado mujeres extranjeras, vengan a tiempos señalados, y con ellos los ancianos de cada ciudad y los jueces de ellas, hasta que apartemos de nosotros el ardor de la ira de nuestro Dios por este asunto».

15 Solamente Jonatán hijo de Asahel y Jazahías hijo de Ticva se opusieron a esto, y los levitas Mesulam y Sabetai les ayudaron.

16 Así lo hicieron los hijos de la cautividad. Y fueron apartados el sacerdote Esdras y ciertos varones jefes de casas paternas según sus casas paternas; todos ellos por sus nombres se sentaron el primer día del mes décimo para examinar el asunto.

17 Y terminaron el proceso de todos aquellos que habían tomado mujeres extranjeras al primer día del mes primero.

18 De los hijos de los sacerdotes que habían tomado mujeres extranjeras, se hallaron estos: de los hijos de Jesúa hijo de Josadac, y de sus hermanos: Maasías, Eliezer, Jarib y Gedalías.

19 Y dieron su mano de que despedirían sus mujeres, y ofrecieron como ofrenda por su pecado un carnero de los rebaños por su delito.

20 De los hijos de Imer: Hanani y Zebadías.

21 De los hijos de Harim: Maasías, Elías, Semaías, Jehiel y Uzías.

22 De los hijos de Pasur: Elioenai, Maasías, Ismael, Natanael, Jozabad y Elasa.

23 De los levitas: Jozabad, Simei, Quelaía (este es Quelita), Petaías, Judá y Eliezer.

24 De los cantores: Eliasib. De los porteros: Salum, Telem y Uri.

25 Asimismo de Israel: De los hijos de Paros: Ramías, Izías, Malquías, Mijamín, Eleazar, Malquías y Benaía.

26 De los hijos de Elam: Matanías, Zacarías, Jehiel, Abdi, Jeremot y Elías.

27 De los hijos de Zatu: Elioenai, Eliasib, Matanías, Jeremot, Zabad y Aziza.

28 De los hijos de Bebai: Johanán, Hananías, Zabai y Atlai.

29 De los hijos de Bani: Mesulam, Maluc, Adaía, Jasub, Seal y Jeremot.

30 De los hijos de Pahat-moab: Adna, Quelal, Benaía, Maasías, Matanías, Bezaleel, Binúi y Manasés.

31 De los hijos de Harim: Eliezer, Isías, Malquías, Semaías, Simeón,

32 Benjamín, Maluc y Semarías.

33 De los hijos de Hasum: Matenai, Matata, Zabad, Elifelet, Jeremai, Manasés y Simei.

34 De los hijos de Bani: Maadai, Amram, Uel,

35 Benaía, Bedías, Quelúhi,

36 Vanías, Meremot, Eliasib,

37 Matanías, Matenai, Jaasu,

38 Bani, Binúi, Simei,

39 Selemías, Natán, Adaía,

40 Macnadebai, Sasai, Sarai,

41 Azareel, Selemías, Semarías,

42 Salum, Amarías y José.

43 De los hijos de Nebo: Jeiel, Matatías, Zabad, Zebina, Jadu, Joel y Benaía.

44 Todos estos habían tomado mujeres extranjeras; y había mujeres de ellos que habían dado a luz hijos.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

NEHEMÍAS

✦

Capítulo 1

1 Palabras de Nehemías hijo de Hacalías. Sucedió que en el mes de Quisleu, en el año veinte, estando yo en Susa, capital del reino,

2 vino Hanani, uno de mis hermanos, con algunos varones de Judá, y les pregunté por los judíos que habían escapado, que habían quedado de la cautividad, y por Jerusalén.

3 Y me dijeron: «El resto, los que quedaron de la cautividad, allí en la provincia, están en gran mal y oprobio, y el muro de Jerusalén derruido, y sus puertas quemadas a fuego».

4 Cuando oí estas palabras, me senté y lloré, e hice duelo por algunos días, y ayuné y oré delante del Dios de los cielos.

5 Y dije: "Te suplico, oh Yahvé, Dios de los cielos, fuerte, grande y temible, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos;

6 esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo, que yo hago ahora delante de ti día y noche, por los hijos de Israel tus siervos; y confieso los pecados de los hijos de Israel que hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado.

7 En extremo nos hemos corrompido contra ti, y no hemos guardado los mandamientos, estatutos y preceptos que mandaste a Moisés tu siervo.

8 Acuérdate ahora de la palabra que ordenaste a Moisés tu siervo, diciendo: «Si vosotros pecareis, yo os dispersaré por los pueblos;

9 pero si os volviereis a mí, y guardareis mi mandamientos, y los pusiereis por obra, aunque vuestra dispersión fuere hasta el extremo de los cielos, de allí os recogeré, y os traeré al lugar que escogí para hacer habitar allí mi nombre».

10 Ellos son, pues, tus siervos y tu pueblo, los cuales redimiste con tu gran poder y con tu mano fuerte.

11 Te ruego, oh Señor, esté ahora atento tu oído a la oración de tu siervo, y a la oración de tus siervos, quienes desean reverenciar tu nombre; concede ahora buen éxito a tu siervo, y dale gracia delante de aquel varón". Porque yo servía de copero al rey.

Capítulo 2

1 Sucedió en el mes de Nisán, en el año veinte del rey Artajerjes, que estando ya el vino delante de él, tomé el vino y lo di al rey. Y como nunca antes había estado triste en su presencia,

2 díjome el rey: «¿Por qué está triste tu rostro, pues no estás enfermo? No es esto sino quebranto de corazón». Entonces temí en gran manera.

3 Y dije al rey: «¡Viva el rey para siempre! ¿Cómo no ha de estar triste mi rostro, cuando la ciudad, casa de los sepulcros de mis padres, yace desolada y sus puertas consumidas por el fuego?»

4 El rey me preguntó: «¿Qué es lo que pides?» Entonces oré al Dios de los cielos.

5 Y dije al rey: «Si place al rey, y si vuestro siervo ha hallado gracia delante de vos, enviadme a Judá, a la ciudad de los sepulcros de mis padres, para que yo la reedifique».

6 Entonces el rey me dijo (estando la reina sentada junto a él): «¿Cuánto durará tu viaje y cuándo volverás?» Y plugo al rey enviarme, después que yo le fijé un plazo.

7 Dije además al rey: «Si al rey place, dádseme cartas para los gobernadores de allende el río, para que me franqueen el paso hasta que llegue a Judá;

8 y carta para Asaf, guarda del bosque del rey, a fin de que me dé madera para enmaderar las puertas de la ciudadela de la Casa, y para el muro de la ciudad, y para la casa donde he de entrar». Y el rey me lo concedió según la benéfica mano de mi Dios sobre mí.

9 Vine luego a los gobernadores de allende el río y les entregué las cartas del rey. Y el rey envió conmigo capitanes del ejército y gente de a caballo.

10 Pero oyéndolo Sanbalat el horonita y Tobías el siervo amonita, les disgustó en extremo que viniese alguno para procurar el bien de los hijos de Israel.

11 Llegué, pues, a Jerusalén, y después de estar allí tres días,

12 me levanté de noche, yo y unos pocos varones conmigo, y no declaré a hombre alguno lo que mi Dios había puesto en mi corazón que hiciese en Jerusalén; ni había conmigo acémila alguna, sino la cabalgadura en que yo iba.

13 Y salí de noche por la puerta del Valle hacia la fuente del Dragón y a la puerta del Muladar; e inspeccioné los muros de Jerusalén que estaban derribados, y sus puertas que habían sido consumidas por el fuego.

14 Pasé luego a la puerta de la Fuente y al estanque del Rey; pero no había lugar por donde pasase la cabalgadura que llevaba.

15 Y subí de noche por el torrente e inspeccioné el muro, y regresando, entré por la puerta del Valle, y así volví.

16 Y no sabían los magistrados adónde yo había ido, ni qué había hecho; ni hasta entonces lo había declarado yo a los judíos y sacerdotes, ni a los nobles y magistrados, ni a los demás que hacían la obra.

17 Díjoles, pues: «Vosotros veis el mal estado en que estamos, que Jerusalén está desierta y sus puertas consumidas por el fuego; venid, y edifiquemos el muro de Jerusalén, y no seamos más un oprobio».

18 Entonces les declaré cómo la mano de mi Dios había sido buena sobre mí, y asimismo las palabras que el rey me había dicho. Y dijeron: «Levantémonos y edifiquemos». Así esforzaron sus manos para bien.

19 Pero cuando lo oyeron Sanbalat el horonita, Tobías el siervo amonita y Gesem el árabe, hicieron escarnio de nosotros y nos despreciaron, diciendo: «¿Qué es esto que hacéis vosotros? ¿Os rebeláis contra el rey?»

20 Y les respondí, y les dije: «El Dios de los cielos, él nos prosperará; y nosotros sus siervos nos levantaremos y edificaremos, porque vosotros no tenéis parte ni derecho ni memoria en Jerusalén». Porque yo servía de copero al rey.

Capítulo 3

1 Entonces se levantó el sumo sacerdote Eliasib con sus hermanos los sacerdotes, y edificaron la puerta de las Ovejas. Ellos la santificaron y levantaron sus puertas; la santificaron hasta la torre de Hammeah, y hasta la torre de Hananel.

2 Y junto a él edificaron los varones de Jericó, y a su lado edificó Zacur hijo de Imri.

3 Los hijos de Hasenaah edificaron la puerta del Pescado; la enmaderaron y levantaron sus puertas, con sus cerrojos y sus barras.

4 Junto a ellos restauró Meremot hijo de Urías, hijo de Coz, y a su lado restauró Mesulam hijo de Berequías, hijo de Mesezabel. Junto a ellos restauró Sadoc hijo de Baana.

5 E inmediatamente después de ellos restauraron los tecoítas; pero sus grandes no prestaron su cerviz a la obra de su Señor.

6 La puerta Vieja la restauraron Joiada hijo de Paseah y Mesulam hijo de Besodías; ellos la enmaderaron y levantaron sus puertas, con sus cerrojos y sus barras.

7 Junto a ellos restauraron Melatías gabaonita y Jadón meronita, varones de Gabaón y de Mizpa, que estaban bajo el mando del gobernador de allende el río.

8 Junto a ellos restauró Uziel hijo de Harhaía, de los orfebres; junto al cual restauró también Hananías, hijo de uno de los perfumeros. Así fortificaron a Jerusalén hasta el muro Ancho.

9 Junto a ellos restauró también Refaías hijo de Hur, gobernador de la mitad de la región de Jerusalén.

10 Asimismo restauró junto a ellos, y frente a su casa, Jedaías hijo de Harumaf, y junto a él restauró Hatús hijo de Hasabnías.

11 Malquías hijo de Harim y Hasub hijo de Pahat-moab restauraron otra sección y la torre de los Hornos.

12 Junto a ellos restauró Salum hijo de Halohes, gobernador de la otra mitad de la región de Jerusalén, él con sus hijas.

13 La puerta del Valle la restauró Hanún con los moradores de Zanoa; ellos la reedificaron y levantaron sus puertas, con sus cerrojos y sus barras, y mil codos del muro, hasta la puerta del Muladar.

14 La puerta del Muladar la restauró Malquías hijo de Recab, gobernador de la región de Bet-haquerem; él la reedificó y levantó sus puertas, con sus cerrojos y sus barras.

15 La puerta de la Fuente la restauró Salún hijo de Colhoze, gobernador de la región de Mizpa; él la reedificó, la enmaderó y levantó sus puertas, con sus cerrojos y sus barras, y el muro del estanque de Siloé, junto al jardín del rey, hasta las gradas que descienden de la ciudad de David.

16 Después de él restauró Nehemías hijo de Azbuc, gobernador de la mitad de la región de Bet-sur, hasta delante de los sepulcros de David, y hasta el estanque artificial, y hasta la casa de los Valientes.

17 Tras él restauraron los levitas: Rehum hijo de Bani; y junto a él restauró Hasabías, gobernador de la mitad de la región de Keila, por su región.

18 Tras él restauraron sus hermanos, Bavai hijo de Henadad, gobernador de la mitad de la región de Keila.

19 Junto a él restauró Ezer hijo de Jesúa, gobernador de Mizpa, otra sección frente a la subida de la armería, en la esquina.

20 Después de él, Baruc hijo de Zabai restauró con todo fervor otra sección, desde la esquina hasta la puerta de la casa de Eliasib, sumo sacerdote.

21 Tras él restauró Meremot hijo de Urías, hijo de Coz, otra sección, desde la entrada de la casa de Eliasib hasta el extremo de la casa de Eliasib.

22 Tras él restauraron los sacerdotes, los varones de la llanura.

23 Después de ellos restauraron Benjamín y Hasub frente a su casa; y tras ellos restauró Azarías hijo de Maasías, hijo de Ananías, cerca de su casa.

24 Tras él restauró Binúi hijo de Henadad otra sección, desde la casa de Azarías hasta el ángulo entrante del muro, y hasta la esquina.

25 Palal hijo de Uzai, enfrente de la esquina y la torre alta que sale de la casa del rey, la cual está en el patio de la cárcel. Tras él, Pedaías hijo de Paros.

26 Y los sirvientes del templo que habitaban en Ofel restauraron hasta enfrente de la puerta de las Aguas, hacia el oriente, y la torre que sobresale.

27 Tras ellos restauraron los tecoítas otra sección, enfrente de la gran torre que sobresale, hasta el muro de Ofel.

28 Desde la puerta de los Caballos restauraron los sacerdotes, cada uno enfrente de su casa.

29 Después de ellos restauró Sadoc hijo de Imer enfrente de su casa; y tras él restauró Semaías hijo de Secanías, guarda de la puerta Oriental.

30 Tras él, Hananías hijo de Selemías y Hanún el sexto hijo de Zalaf, restauraron otra sección. Después de ellos restauró Mesulam hijo de Berequías enfrente de su cámara.

31 Tras él restauró Malquías, hijo del orfebre, hasta la casa de los sirvientes del templo y de los mercaderes, enfrente de la puerta del Juicio, y hasta la sala de la esquina.

32 Y entre la sala de la esquina y la puerta de las Ovejas, restauraron los orfebres y los mercaderes.

Capítulo 4

1 Pero sucedió que cuando Sanbalat oyó que nosotros edificábamos el muro, se enardeció y se indignó en gran manera, e hizo escarnio de los judíos.

2 Y habló delante de sus hermanos y del ejército de Samaria, y dijo: «¿Qué hacen estos débiles judíos? ¿Se les permitirá continuar? ¿Han de ofrecer sacrificios? ¿Acabarán en un día? ¿Han de resucitar de los muladares las piedras que fueron quemadas?»

3 Y estaba junto a él Tobías el amonita, el cual dijo: «Lo que ellos edifican, si subiere una zorra, derribará su muro de piedra».

4 «Oye, oh Dios nuestro, que somos objeto de desprecio, y vuelve el denuesto de ellos sobre su cabeza, y entrégalos por despojo en la tierra de su cautiverio.

5 No cubras su iniquidad, ni su pecado sea borrado delante de tu rostro, porque se airaron contra los que edificaban».

6 Edificamos, pues, el muro, y toda la muralla fue unida hasta la mitad de su altura, porque el pueblo tuvo ánimo para trabajar.

7 Pero aconteció que oyendo Sanbalat y Tobías, y los árabes, los amonitas y los de Asdod, que los muros de Jerusalén eran reparados, y que las brechas comenzaban a cerrarse, se encolerizaron mucho;

8 y conspiraron todos a una para venir a combatir contra Jerusalén y a causarnos alboroto.

9 Entonces oramos a nuestro Dios, y por causa de ellos pusimos guardia contra ellos de día y de noche.

10 Y dijo Judá: «Las fuerzas de los acarreadores se han debilitado, y el escombro es mucho, y no podemos edificar el muro».

11 Y nuestros enemigos dijeron: «No sepan, ni vean, hasta que entremos en medio de ellos y los matemos, y hagamos cesar la obra».

12 Pero sucedió que cuando venían los judíos que habitaban entre ellos, nos decían hasta diez veces de todos los lugares de donde volvíais: «Ellos caerán sobre nosotros».

13 Entonces puse gente en las partes bajas del lugar, detrás del muro, y en los sitios abiertos; puse al pueblo por familias, con sus espadas, con sus lanzas y con sus arcos.

14 Después miré, y me levanté y dije a los nobles, y a los magistrados y al resto del pueblo: «No temáis delante de ellos; acordaos del Señor, grande y temible, y pelead por vuestros hermanos, por vuestros hijos y por vuestras hijas, por vuestras mujeres y por vuestras casas».

15 Y cuando oyeron nuestros enemigos que lo habíamos sabido, y que Dios había disipado su consejo, volvimos todos al muro, cada uno a su tarea.

16 Desde aquel día la mitad de mis siervos trabajaba en la obra, y la otra mitad tenía lanzas, escudos, arcos y cotas de malla; y los jefes estaban tras toda la casa de Judá.

17 Los que edificaban en el muro, los que acarreaban y los que cargaban, con una mano trabajaban en la obra, y en la otra tenían la espada.

18 Porque los que edificaban, cada uno tenía su espada ceñida a sus lomos, y así edificaban; y el que tocaba la trompeta estaba junto a mí.

19 Y dije a los nobles, y a los magistrados y al resto del pueblo: «La obra es grande y extensa, y nosotros estamos apartados en el muro, lejos los unos de los otros.

20 En el lugar donde oyereis el sonido de la trompeta, reuníos allí con nosotros; nuestro Dios peleará por nosotros».

21 Nosotros, pues, trabajábamos en la obra; y la mitad de ellos tenían lanzas desde la subida del alba hasta la salida de las estrellas.

22 También dije entonces al pueblo: «Cada uno con su criado permanezca dentro de Jerusalén, y de noche nos sirvan de guardia y de día de obreros».

23 Y ni yo ni mis hermanos, ni mis jóvenes ni la gente de guardia que me seguía, nos quitamos nuestro vestido; cada uno se desnudaba solamente para lavarse.

Capítulo 5

1 Entonces se levantó un gran clamor del pueblo y de sus mujeres contra sus hermanos los judíos.

2 Porque había quienes decían: «Nosotros, nuestros hijos y nuestras hijas, somos muchos; necesitamos grano para comer y vivir».

3 Y había otros que decían: «Hemos empeñado nuestros campos, nuestras viñas y nuestras casas para comprar grano a causa del hambre».

4 Otros decían: «Hemos tomado dinero prestado para el tributo del rey sobre nuestros campos y nuestras viñas.

5 Y ahora, aunque nuestra carne es como la carne de nuestros hermanos, y nuestros hijos como sus hijos, he aquí que nosotros entregamos nuestros hijos y nuestras hijas a servidumbre para ser esclavos; y hay algunas de nuestras hijas que ya lo son, y no está en nuestra mano evitarlo, porque nuestros campos y nuestras viñas son de otros».

6 Y me enojé en gran manera cuando oí su clamor y estas palabras.

7 Entonces medité para mis adentros y reprendí a los nobles y a los magistrados, y les dije: «Vosotros exigís usura cada uno a su hermano». Y convoqué contra ellos una gran asamblea.

8 Y les dije: «Nosotros, según nuestras posibilidades, hemos redimido a nuestros hermanos los judíos que habían sido vendidos a las naciones; ¿y vosotros queréis incluso vender a vuestros hermanos, para que sean vendidos a nosotros?» Y callaron, pues no hallaron qué responder.

9 Y dije además: «No es bueno lo que hacéis. ¿No debéis andar en el temor de nuestro Dios para no ser el oprobio de las naciones enemigas nuestras?

10 También yo, y mis hermanos y mis criados, les hemos prestado dinero y grano; perdonémosles ahora esta deuda.

11 Devolvedles hoy mismo sus campos, sus viñas, sus olivares y sus casas, y la centésima parte del dinero, del grano, del vino y del aceite que les habéis demandado».

12 Y respondieron: «Lo devolveremos, y nada les demandaremos; haremos así como tú dices». Entonces llamé a los sacerdotes y les hice jurar que harían conforme a esto.

13 Además sacudí mi regazo y dije: «Así sacuda Dios de su casa y de su trabajo a todo hombre que no cumpliere esta promesa, y así sea sacudido y vaciado». Y toda la asamblea respondió: «¡Amén!», y alabaron a Yahvé. Y el pueblo hizo conforme a esto.

14 Asimismo, desde el día que el rey me mandó que fuese gobernador de ellos en la tierra de Judá, desde el año veinte del rey Artajerjes hasta el año treinta y dos, doce años, ni yo ni mis hermanos comimos el pan del gobernador.

15 Pero los primeros gobernadores que fueron antes de mí gravaron al pueblo, y tomaron de ellos pan y vino, y además cuarenta siclos de plata; incluso sus criados se enseñoreaban del pueblo; pero yo no hice así, a causa del temor de Dios.

16 También en la obra de este muro puse mi parte, y no compramos heredad; y todos mis criados estaban allí juntos en la obra.

17 Además, ciento cincuenta varones de los judíos y magistrados, y los que venían a nosotros de las naciones que están en nuestros alrededores, se sentaban a mi mesa.

18 Y lo que se preparaba para cada día era un buey y seis ovejas escogidas; también se preparaban aves, y cada diez días vino de toda especie en abundancia; y con todo esto nunca demandé el pan del gobernador, porque la servidumbre de este pueblo era pesada.

19 Acuérdate de mí para bien, Dios mío, por todo lo que hice por este pueblo.

Capítulo 6

1 Cuando oyeron Sanbalat, Tobías, Gesem el árabe y los demás de nuestros enemigos, que yo había edificado el muro, y que no quedaba en él brecha alguna (aunque hasta aquel tiempo no había puesto las hojas en las puertas),

2 Sanbalat y Gesem enviaron a decirme: «Ven y reunámonos en alguna de las aldeas en el campo de Ono». Mas ellos habían pensado hacerme mal.

3 Y les envié mensajeros, diciendo: «Yo hago una gran obra, y no puedo bajar; ¿por qué ha de cesar la obra, dejándola yo para ir a vosotros?»

4 Y enviaron a mí del mismo modo hasta cuatro veces, y yo les respondí de la misma manera.

5 Entonces Sanbalat envió a mí su criado para decir lo mismo por quinta vez, con una carta abierta en su mano,

6 en la cual estaba escrito: "Se ha oído entre las naciones, y Gasmu lo dice, que tú y los judíos pensáis rebelaros; y que por eso edificas tú el muro, con la mira de ser tú su rey, según estas palabras.

7 Y que has puesto profetas que proclamen acerca de ti en Jerusalén, diciendo: «¡Hay rey en Judá!» Y ahora estas palabras serán oídas del rey; ven, por tanto, y consultemos juntos".

8 Entonces envié yo a decirle: «No hay tal cosa como dices, sino que de tu corazón lo imaginas».

9 Porque todos ellos nos amedrentaban, diciendo: «Se debilitarán las manos de ellos en la obra, y no será terminada». Ahora, pues, oh Dios, fortalece tú mis manos.

10 Vine luego a casa de Semaías hijo de Delaía, hijo de Mehetabel, porque él estaba encerrado; el cual me dijo: «Reunámonos en la casa de Dios, dentro del templo, y cerremos las puertas del templo, porque vienen para matarte; sí, esta noche vendrán a matarte».

11 Entonces dije: «¿Un hombre como yo ha de huir? ¿Y quién que fuera como yo entraría al templo para salvar la vida? No entraré».

12 Y entendí que Dios no lo había enviado, sino que hablaba aquella profecía contra mí porque Tobías y Sanbalat lo habían sobornado.

13 Porque fue sobornado para hacerme temer, y para que yo pecara así, y les sirviera de mal nombre con que poder infamarme.

14 «Acuérdate, Dios mío, de Tobías y de Sanbalat, conforme a estas sus obras, y también de la profetisa Noadías y de los otros profetas que procuraban infundirme miedo».

15 Fue terminado, pues, el muro, el veinticinco del mes de Elul, en cincuenta y dos días.

16 Y cuando lo oyeron todos nuestros enemigos, temieron todas las naciones que estaban a nuestro alrededor, y se sintieron muy humillados en su propio ánimo, y conocieron que por nuestro Dios había sido hecha esta obra.

17 Asimismo en aquellos días los nobles de Judá enviaban muchas cartas a Tobías, y las de Tobías venían a ellos.

18 Porque muchos en Judá se habían aliado con él, porque era yerno de Secanías hijo de Ara; y Johanán su hijo había tomado por mujer a la hija de Mesulam hijo de Berequías.

19 También contaban delante de mí las buenas obras de él, y a él le referían mis palabras. Y enviaba Tobías cartas para atemorizarme.

Capítulo 7

1 Luego que el muro fue edificado, y colocadas las hojas de las puertas, y designados los porteros, los cantores y los levitas,

2 mandé a mi hermano Hanani, y a Hananías, jefe de la fortaleza, que gobernasen
a Jerusalén (porque este era varón de verdad y temeroso de Dios más que
muchos).

3 Y les dije: «No se abran las puertas de Jerusalén hasta que caliente el sol; y mientras los guardias estén presentes, cerrad las puertas y atrancadlas. Y señalad guardias de entre los moradores de Jerusalén, cada cual en su turno, y cada uno delante de su casa».

4 Porque la ciudad era espaciosa y grande, pero el pueblo dentro de ella era poco,
y no había casas reedificadas.

5 Entonces puso Dios en mi corazón que reuniese a los nobles y magistrados y al pueblo, para que fuesen registrados por su genealogía. Y hallé el libro de la genealogía de los que habían subido antes, y hallé escrito en él:

6 Estos son los hijos de la provincia que subieron del cautiverio de los deportados,
a quienes Nabucodonosor rey de Babilonia había llevado cautivos, y que volvieron a Jerusalén y a Judá, cada uno a su ciudad;

7 los cuales vinieron con Zorobabel, Jesúa, Nehemías, Azarías, Raamías, Nahamani, Mardoqueo, Bilsán, Misperet, Bigvai, Nehum y Baana. El número de los
varones del pueblo de Israel:

8 Los hijos de Paros: dos mil ciento setenta y dos.

9 Los hijos de Sefatías: trescientos setenta y dos.

10 Los hijos de Ara: seiscientos cincuenta y dos.

11 Los hijos de Pahat-moab, de los hijos de Jesúa y de Joab: dos mil ochocientos
dieciocho.

12 Los hijos de Elam: mil doscientos cincuenta y cuatro.

13 Los hijos de Zatu: ochocientos cuarenta y cinco.

14 Los hijos de Zacai: setecientos sesenta.

15 Los hijos de Binúi: seiscientos cuarenta y ocho.

16 Los hijos de Bebai: seiscientos veintiocho.

17 Los hijos de Azgad: dos mil trescientos veintidós.

18 Los hijos de Adonicam: seiscientos sesenta y siete.

19 Los hijos de Bigvai: dos mil sesenta y siete.

20 Los hijos de Adín: seiscientos cincuenta y cinco.

21 Los hijos de Ater, de Ezequías: noventa y ocho.

22 Los hijos de Hasum: trescientos veintiocho.

23 Los hijos de Bezai: trescientos veinticuatro.

24 Los hijos de Harif: ciento doce.

25 Los hijos de Gabaón: noventa y cinco.

26 Los varones de Belén y de Netofa: ciento ochenta y ocho.

27 Los varones de Anatot: ciento veintiocho.

28 Los varones de Bet-azmavet: cuarenta y dos.

29 Los varones de Quiriar-jearim, Cefira y Beerot: setecientos cuarenta y tres.

30 Los varones de Ramá y de Geba: seiscientos veintiuno.

31 Los varones de Micmas: ciento veintidós.

32 Los varones de Betel y de Hai: ciento veintitrés.

33 Los varones del otro Nebo: cincuenta y dos.

34 Los hijos del otro Elam: mil doscientos cincuenta y cuatro.

35 Los hijos de Harim: trescientos veinte.

36 Los hijos de Jericó: trescientos cuarenta y cinco.

37 Los hijos de Lod, Hadid y Ono: setecientos veintiuno.

38 Los hijos de Senaa: tres mil novecientos treinta.

39 Sacerdotes: los hijos de Jedaías, de la casa de Jesúa: novecientos setenta y tres.

40 Los hijos de Imer: mil cincuenta y dos.

41 Los hijos de Pasur: mil doscientos cuarenta y siete.

42 Los hijos de Harim: mil diecisiete.

43 Levitas: los hijos de Jesúa, de Cadmiel, de los hijos de Hodeva: setenta y cuatro.

44 Cantores: los hijos de Asaf: ciento cuarenta y ocho.

45 Porteros: los hijos de Salum, los hijos de Ater, los hijos de Talmón, los hijos de Acub, los hijos de Hatita, los hijos de Sobai: ciento treinta y ocho.

46 Sirvientes del templo: los hijos de Ziha, los hijos de Hasufa, los hijos de Tabaot,

47 los hijos de Querós, los hijos de Sia, los hijos de Padón,

48 los hijos de Lebana, los hijos de Hagaba, los hijos de Salmai,

49 los hijos de Hanán, los hijos de Gidel, los hijos de Gahar,

50 los hijos de Reaía, los hijos de Rezín, los hijos de Necoda,

51 los hijos de Gazam, los hijos de Uza, los hijos de Paseah,

52 los hijos de Besai, los hijos de Meunim, los hijos de Nefusesim,

53 los hijos de Bacbuc, los hijos de Hacufa, los hijos de Harhur,

54 los hijos de Bazlit, los hijos de Mehída, los hijos de Harsa,

55 los hijos de Barcos, los hijos de Sísara, los hijos de Tema,

56 los hijos de Nezía, y los hijos de Hatifa.

57 Los hijos de los siervos de Salomón: los hijos de Sotai, los hijos de Soferet, los hijos de Perida,

58 los hijos de Jaala, los hijos de Darcón, los hijos de Gidel,

59 los hijos de Sefatías, los hijos de Hatil, los hijos de Poqueret-haze-bayim y los hijos de Amón.

60 El total de los sirvientes del templo y de los hijos de los siervos de Salomón: trescientos noventa y dos.

61 Y estos fueron los que subieron de Tel-melá, Tel-harsa, Querub, Addón e Imer, los cuales no pudieron demostrar la casa de sus padres ni su linaje, si eran de Israel:

62 Los hijos de Delaía, los hijos de Tobías y los hijos de Necoda: seiscientos cuarenta y dos.

63 Y de los sacerdotes: los hijos de Habaía, los hijos de Coz y los hijos de Barzilai, el cual tomó mujer de las hijas de Barzilai galaadita, y fue llamado por el nombre de ellas.

64 Estos buscaron su registro genealógico, y no se halló; por lo cual fueron excluidos del sacerdocio.

65 Y les dijo el gobernador que no comiesen de las cosas más santas hasta que hubiese sacerdote con Urim y Tumim.

66 Toda la congregación unida era de cuarenta y dos mil trescientos sesenta,

67 sin contar sus siervos y sus siervas, que eran siete mil trescientos treinta y siete; y tenían doscientos cuarenta y cinco cantores y cantoras.

68 Sus caballos eran setecientos treinta y seis; sus mulos, doscientos cuarenta y cinco;

69 sus camellos, cuatrocientos treinta y cinco; sus asnos, seis mil setecientos veinte.

70 Y algunos de los jefes de las casas paternas dieron para la obra. El gobernador dio para el tesoro mil dáricos de oro, cincuenta cuencos, y quinientas treinta vestiduras sacerdotales.

71 Y los otros jefes de las casas paternas dieron para el tesoro de la obra veinte mil dáricos de oro y dos mil doscientas minas de plata.

72 Y lo que dio el resto del pueblo fue veinte mil dáricos de oro, dos mil minas de plata y sesenta y siete vestiduras sacerdotales.

73 Y habitaron los sacerdotes, los levitas, los porteros, los cantores, parte del pueblo, los sirvientes del templo y todo Israel en sus ciudades. Cuando llegó el mes séptimo, los hijos de Israel estaban ya en sus ciudades.

Capítulo 8

1 Y se juntó todo el pueblo como un solo hombre en la plaza que está delante de la puerta de las Aguas, y dijeron a Esdras el escriba que trajese el libro de la ley de Moisés, la cual Yahvé había mandado a Israel.

2 Y el sacerdote Esdras trajo la ley delante de la congregación, así de hombres como de mujeres y de todos los que podían entender, el primer día del mes séptimo.

3 Y leyó en el libro delante de la plaza que está delante de la puerta de las Aguas, desde el alba hasta el mediodía, en presencia de hombres y mujeres y de todos los que podían entender; y los oídos de todo el pueblo estaban atentos al libro de la ley.

4 Y el escriba Esdras estaba sobre un púlpito de madera que habían hecho para ello, y junto a él estaban Matatías, Sema, Anaías, Urías, Hilcías y Maasías a su mano derecha; y a su mano izquierda, Pedaías, Misael, Malquías, Hasum, Hasbadana, Zacarías y Mesulam.

5 Abrió, pues, Esdras el libro a ojos de todo el pueblo, porque estaba más alto que todo el pueblo; y cuando lo abrió, todo el pueblo estuvo en pie.

6 Bendijo entonces Esdras a Yahvé, Dios grande. Y todo el pueblo respondió: «¡Amén, Amén!», alzando sus manos; y se humillaron y adoraron a Yahvé inclinados a tierra.

7 Y los levitas Jesúa, Bani, Serebías, Jamín, Acub, Sabetai, Hodías, Maasías, Quelita, Azarías, Jozabad, Hanán y Pelaías, hacían entender al pueblo la ley; y el pueblo se mantenía en su lugar.

8 Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura.

9 Y Nehemías el gobernador, y el sacerdote Esdras el escriba, y los levitas que hacían entender al pueblo, dijeron a todo el pueblo: «Día santo es este a Yahvé vuestro Dios; no os entristezcáis, ni lloréis»; porque todo el pueblo lloraba oyendo las palabras de la ley.

10 Díjoles luego: «Id, comed grosuras y bebed vino dulce, y enviad porciones a los que no tienen nada preparado; porque día santo es a nuestro Señor; no os entristezcáis, porque el gozo de Yahvé es vuestra fortaleza».

11 Los levitas calmaron también a todo el pueblo, diciendo: «Callad, porque es día santo, y no os afligáis».

12 Y todo el pueblo se fue a comer y a beber, y a obsequiar porciones, y a gozar de grande alegría, porque habían entendido las palabras que les habían enseñado.

13 Al día siguiente se reunieron los jefes de las casas paternas de todo el pueblo, los sacerdotes y levitas, junto al escriba Esdras, para estudiar las palabras de la ley.

14 Y hallaron escrito en la ley que Yahvé había mandado por mano de Moisés, que habitasen los hijos de Israel en tabernáculos en la solemnidad del mes séptimo;

15 y que hiciesen saber, y pasar pregón por todas sus ciudades y por Jerusalén, diciendo: «Salid al monte, y traed ramas de olivo, de olivo silvestre, de mirto, de palmeras y de árboles espesos, para hacer tabernáculos, como está escrito».

16 Salió, pues, el pueblo, y trajeron ramas e hicieron tabernáculos, cada uno sobre su terrado, en sus patios, en los patios de la casa de Dios, en la plaza de la puerta de las Aguas y en la plaza de la puerta de Efraín.

17 Y toda la congregación que volvió de la cautividad hizo tabernáculos, y en tabernáculos habitó; porque desde los días de Josué hijo de Nun hasta aquel día, no habían hecho así los hijos de Israel. Y hubo alegría muy grande.

18 Y leyó Esdras en el libro de la ley de Dios cada día, desde el primer día hasta el último; y celebraron la solemnidad por siete días, y al octavo día hubo asamblea solemne, según el rito.

Capítulo 9

1 El día veinticuatro del mismo mes se reunieron los hijos de Israel en ayuno, vestidos de cilicio y con tierra sobre sí.

2 Y ya se había separado el linaje de Israel de todos los extranjeros; y puestos en pie, confesaron sus pecados y las iniquidades de sus padres.

3 Puestos de pie en su lugar, leyeron en el libro de la ley de Yahvé su Dios la cuarta parte del día, y la otra cuarta parte confesaron sus pecados y adoraron a Yahvé su Dios.

4 Luego se levantaron sobre la grada de los levitas: Jesúa, Bani, Cadmiel, Sebanías, Buni, Serebías, Bani y Quenani, y clamaron en voz alta a Yahvé su Dios.

5 Y dijeron los levitas Jesúa, Cadmiel, Bani, Hasabnías, Serebías, Hodías, Sebanías y Petaías: "Levantaos, bendecid a Yahvé vuestro Dios desde la eternidad hasta la eternidad; y bendígase el nombre glorioso tuyo, el cual excede sobre toda bendición y alabanza.

6 Tú solo eres Yahvé; tú hiciste los cielos, y los cielos de los cielos, con todas sus huestes, la tierra y todo lo que está en ella, los mares y todo lo que hay en ellos; y tú vivificas todas estas cosas, y las huestes de los cielos te adoran.

7 Tú eres, oh Yahvé, el Dios que elegiste a Abram, y lo sacaste de Ur de los caldeos, y le pusiste por nombre Abraham;

8 y hallaste su corazón fiel delante de ti, e hiciste pacto con él para darle la tierra del cananeo, del hitita, del amorreo, del ferezeo, del jebuseo y del gergeseo, para darla a su descendencia; y cumpliste tu palabra, porque eres justo.

9 Y miraste la aflicción de nuestros padres en Egipto, y oíste el clamor de ellos junto al mar Rojo;

10 y hiciste señales y prodigios contra el faraón, contra todos sus siervos y contra
todo el pueblo de su tierra, porque sabías que habían procedido con soberbia con-
tra ellos; y te hiciste nombre, como aparece en este día.

11 Dividiste el mar delante de ellos, y pasaron por medio del mar en seco; y a sus
perseguidores arrojaste en las profundidades, como una piedra en aguas
impetuosas.

12 Con columna de nube los guiaste de día, y con columna de fuego de noche,
para alumbrarles el camino por donde habían de ir.

13 Y sobre el monte Sinaí descendiste, y hablaste con ellos desde el cielo, y les diste
juicios rectos, leyes verdaderas, y estatutos y mandamientos buenos;

14 y les notificaste tu santo sábado, y les prescribiste, por mano de Moisés tu
siervo, mandamientos, estatutos y la ley.

15 Les diste pan del cielo en su hambre, y en su sed les sacaste agua de la peña; y les
dijiste que entrasen a poseer la tierra, por la cual alzaste tu mano jurando que se la
darías.

16 Mas ellos y nuestros padres procedieron con soberbia, y endurecieron su cer-
viz, y no escucharon tus mandamientos.

17 No quisieron oír, ni se acordaron de tus maravillas que habías hecho con ellos;
antes endurecieron su cerviz, y en su rebelión pensaron poner caudillo para vol-
verse a su servidumbre. Pero tú eres Dios de perdones, clemente y piadoso, tardo
para la ira, y grande en misericordia, porque no los desamparaste.

18 Además, cuando hicieron para sí becerro de fundición y dijeron: «Este es vues-
tro Dios que os hizo subir de Egipto», y cometieron grandes blasfemias,

19 tú, por tus muchas misericordias, no los abandonaste en el desierto. La co-
lumna de nube no se apartó de ellos de día, para guiarlos por el camino, ni de no-
che la columna de fuego, para alumbrarles el camino por donde habían de ir.

20 Y enviaste tu buen Espíritu para enseñarles, y no retiraste tu maná de su boca, y
agua les diste para su sed.

21 Los sustentaste cuarenta años en el desierto; de ninguna cosa tuvieron necesidad; sus vestidos no se envejecieron, ni se hincharon sus pies.

22 Y les diste reinos y pueblos, y los repartiste por distritos; y poseyeron la tierra de Sehón, la tierra del rey de Hesbón, y la tierra de Og rey de Basán.

23 Multiplicaste sus hijos como las estrellas del cielo, y los llevaste a la tierra de la cual habías dicho a sus padres que habían de entrar a poseerla.

24 Y los hijos vinieron y poseyeron la tierra, y humillaste delante de ellos a los moradores de la tierra, a los cananeos, los cuales entregaste en su mano, y a sus reyes, y a los pueblos de la tierra, para que hiciesen de ellos como quisieran.

25 Y tomaron ciudades fortificadas y tierra fértil, y heredaron casas llenas de todo bien, cisternas hechas, viñas y olivares, y muchos árboles frutales; comieron, se saciaron, y engordaron, y se deleitaron en tu gran bondad.

26 Pero te provocaron a ira, y se rebelaron contra ti, y echaron tu ley tras sus espaldas, y mataron a tus profetas que protestaban contra ellos para convertirlos a ti, y cometieron grandes blasfemias.

27 Entonces los entregaste en mano de sus enemigos, los cuales los afligieron. Pero en el tiempo de su fustración clamaron a ti, y tú oíste desde los cielos; y según tus muchas misericordias les diste salvadores que los librasen de mano de sus enemigos.

28 Pero una vez que tenían reposo, volvían a hacer lo malo delante de ti, por lo cual los abandonaste en mano de sus enemigos que se enseñorearon de ellos; pero volvían y clamaban otra vez a ti, y tú los oías desde los cielos y muchas veces los libraste según tus misericordias.

29 Les amonestaste a que se volviesen a tu ley; mas ellos se llenaron de soberbia, y no oyeron tus mandamientos, sino que pecaron contra tus juicios, los cuales si el hombre hiciere, en ellos vivirá; y dieron hombro rebelde, endurecieron su cerviz, y no escucharon.

30 Les soportaste por muchos años, y les testificaste con tu Espíritu por medio de tus profetas, pero no escucharon; por lo cual los entregaste en mano de los pueblos de la tierra.

31 Mas por tus muchas misericordias no los consumiste ni los desamparaste; porque eres Dios clemente y piadoso.

32 Ahora pues, Dios nuestro, Dios grande, fuerte y temible, que guardas el pacto y la misericordia, no sea tenido en poco delante de ti todo el sufrimiento que ha alcanzado a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros sacerdotes, a nuestros profetas, a nuestros padres y a todo tu pueblo, desde los días de los reyes de Asiria hasta este día.

33 Pero tú eres justo en todo lo que ha venido sobre nosotros; porque rectamente has hecho, mas nosotros hemos hecho lo malo.

34 Nuestros reyes, nuestros príncipes, nuestros sacerdotes y nuestros padres no pusieron por obra tu ley, ni atendieron a tus mandamientos y a tus testimonios con que les amonestabas.

35 Y ellos en su reino y en tu mucha bondad que les diste, y en la tierra espaciosa y fértil que entregaste delante de ellos, no te sirvieron, ni se convirtieron de sus malas obras.

36 He aquí que hoy somos siervos; siervos en la tierra que diste a nuestros padres para que comiesen su fruto y su bien.

37 Y se multiplica su fruto para los reyes que has puesto sobre nosotros por nuestros pecados; quienes señorean sobre nuestros cuerpos, y sobre nuestros ganados conforme a su voluntad, y estamos en grande angustia.

38 A causa, pues, de todo esto, nosotros hacemos fiel promesa, y la escribimos, sellada por nuestros príncipes, por nuestros levitas y por nuestros sacerdotes.

Capítulo 10

1 Los que sellaron el documento fueron: Nehemías el gobernador, hijo de Hacalías, y Sedequías,

2 Seraías, Azarías, Jeremías,

3 Pasur, Amarías, Malquías,

4 Hatús, Sebanías, Maluc,

5 Harim, Meremot, Abdías,

6 Daniel, Ginetón, Baruc,

7 Mesulam, Abías, Mijamín,

8 Maazías, Bilgai y Semaías; estos eran los sacerdotes.

9 Y los levitas: Jesúa hijo de Azanías, Binúi de los hijos de Henadad, Cadmiel;

10 y sus hermanos Sebanías, Hodías, Quelita, Pelaías, Hanán,

11 Micaía, Rehob, Hasabías,

12 Zacur, Serebías, Sebanías,

13 Hodías, Bani y Beninú.

14 Los jefes del pueblo: Paros, Pahat Moab, Elam, Zatu, Bani,

15 Buni, Azgad, Bebai,

16 Adonías, Bigvai, Adín,

17 Ater, Ezequías, Azur,

18 Hodías, Hasum, Bezai,

19 Harif, Anatot, Nobai,

20 Magpías, Mesulam, Hezir,

21 Mesezabel, Sadoc, Jadúa,

22 Pelatías, Hanán, Anaías,

23 Oseas, Hananías, Hasub,

24 Halohes, Pilha, Sobec,

25 Rehum, Hasabna, Maasías,

26 Ahías, Hanán, Anán,

27 Maluc, Harim y Baana.

28 Y el resto del pueblo, los sacerdotes, levitas, porteros, cantores, sirvientes del templo, y todos los que se habían apartado de los pueblos de las tierras a la ley de Dios, con sus mujeres, sus hijos y sus hijas, todo el que tenía conocimiento e inteligencia,

29 se adhirieron a sus hermanos, sus principales, y entraron en execración y juramento de que andarían en la ley de Dios, que fue dada por mano de Moisés siervo de Dios, y que guardarían y cumplirían todos los mandamientos de Yahvé nuestro Señor, y sus decretos y sus estatutos;

30 y que no daríamos nuestras hijas a los pueblos de la tierra, ni tomaríamos sus hijas para nuestros hijos.

31 Asimismo, que si los pueblos de la tierra trajesen a vender mercancías o algún grano en día de sábado, no les compraríamos nada en sábado ni en día santificado; y que dejaríamos descansar la tierra el séptimo año, con la remisión de toda deuda.

32 Nos impusimos también por ley el cargo de dar cada año la tercera parte de un siclo para el servicio de la casa de nuestro Dios;

33 para los panes de la proposición y para la ofrenda continua, para el holocausto continuo, los sábados, las lunas nuevas, las festividades, para las cosas santas y los sacrificios por el pecado para hacer expiación por Israel, y para toda la obra de la casa de nuestro Dios.

34 Echamos también suertes los sacerdotes, los levitas y el pueblo, acerca de la ofrenda de la leña, para traerla a la casa de nuestro Dios, según nuestras casas paternas, en los tiempos determinados cada año, para quemar sobre el altar de Yahvé nuestro Dios, como está escrito en la ley.

35 Y que cada año traeríamos las primicias de nuestra tierra, y las primicias del fruto de todo árbol, a la casa de Yahvé.

36 Asimismo los primogénitos de nuestros hijos y de nuestros ganados, como está escrito en la ley; y que traeríamos los primerizos de nuestras vacas y de nuestras ovejas a la casa de nuestro Dios, a los sacerdotes que ministran en la casa de nuestro Dios;

37 que traeríamos también las primicias de nuestras masas, y nuestras ofrendas mecidas, y el fruto de todo árbol, el vino y el aceite, a los sacerdotes, a las cámaras de la casa de nuestro Dios, y el diezmo de nuestra tierra a los levitas; y que los levitas recibirían las décimas en todas las ciudades de nuestra labranza.

38 Y que estaría el sacerdote hijo de Aarón con los levitas, cuando los levitas recibiesen el diezmo; y que los levitas llevarían el diezmo del diezmo a la casa de nuestro Dios, a las cámaras en la casa del tesoro.

39 Porque a aquellas cámaras han de llevar los hijos de Israel y los hijos de Leví la ofrenda del grano, del vino y del aceite; y allí estarán los utensilios del santuario, y los sacerdotes que ministran, los porteros y los cantores; y no abandonaremos la casa de nuestro Dios.

Capítulo 11

1 Los príncipes del pueblo moraron en Jerusalén; mas el resto del pueblo echó suertes para traer a uno de cada diez para que habitase en Jerusalén, la ciudad santa, y las otras nueve partes en las otras ciudades.

2 Y bendijo el pueblo a todos los varones que voluntariamente se ofrecieron para habitar en Jerusalén.

3 Estos son los jefes de la provincia que moraron en Jerusalén; pero en las ciudades de Judá habitó cada uno en su posesión, en sus ciudades: los sacerdotes, los levitas, los sirvientes del templo y los hijos de los siervos de Salomón.

4 En Jerusalén, pues, habitaron algunos de los hijos de Judá y de los hijos de Benjamín. De los hijos de Judá: Ataías, hijo de Uzías, hijo de Zacarías, hijo de Amarías, hijo de Sefatías, hijo de Mahalalel, de los hijos de Fares;

5 y Maasías, hijo de Baruc, hijo de Colhoze, hijo de Hazaías, hijo de Adaías, hijo de Joiarib, hijo de Zacarías, hijo de Siloni.

6 Todos los hijos de Fares que moraron en Jerusalén fueron cuatrocientos sesenta y ocho varones de gran valor.

7 Estos son los hijos de Benjamín: Salú, hijo de Mesulam, hijo de Joed, hijo de Pedaías, hijo de Colaías, hijo de Maasías, hijo de Itiel, hijo de Jesaías.

8 Y tras él, Gabai y Salai, novecientos veintiocho.

9 Y Joel hijo de Zicri era el sobrestante de ellos; y Judá hijo de Hasenúa, el segundo sobre la ciudad.

10 De los sacerdotes: Jedaías hijo de Joiarib, Jacín,

11 Seraías, hijo de Hilcías, hijo de Mesulam, hijo de Sadoc, hijo de Meraiot, hijo de Ahitub, príncipe de la casa de Dios,

12 y sus hermanos, los que hacían la obra de la casa, ochocientos veintidós; y Adaías, hijo de Jeroham, hijo de Pelalías, hijo de Amzi, hijo de Zacarías, hijo de Pasur, hijo de Malquías,

13 y sus hermanos, jefes de casas paternas, doscientos cuarenta y dos; y Amasai, hijo de Azareel, hijo de Ahzai, hijo de Mesilemot, hijo de Imer,

14 y sus hermanos, varones de gran valor, ciento veintiocho; el sobrestante de los cuales era Zabdiel hijo de Hagedolim.

15 De los levitas: Semaías, hijo de Hasub, hijo de Azricam, hijo de Hasabías, hijo de Buni;

16 y Sabetai y Jozabad, de los jefes de los levitas, que presidían los negocios de
fuera de la casa de Dios;

17 y Matanías, hijo de Micaía, hijo de Zabdi, hijo de Asaf, el principal que empe-
zaba las alabanzas en la oración, y Bacbuquías, el segundo de entre sus hermanos;
y Abda, hijo de Samúa, hijo de Galal, hijo de Jedutún.

18 Todos los levitas en la ciudad santa eran doscientos ochenta y cuatro.

19 Y los porteros: Acub, Talmón y sus hermanos, guardas de las puertas, ciento
setenta y dos.

20 El resto de Israel, de los sacerdotes y de los levitas, estaba en todas las ciudades
de Judá, cada uno en su heredad.

21 Pero los sirvientes del templo habitaban en Ofel; y Ziha y Guispa estaban sobre
los sirvientes del templo.

22 Y el sobrestante de los levitas en Jerusalén era Uzi, hijo de Bani, hijo de Hasa-
bías, hijo de Matanías, hijo de Micaía, de los hijos de Asaf, cantores, sobre la obra
de la casa de Dios.

23 Porque había mandamiento del rey acerca de ellos, y reglamento para los can-
tores, para cada día.

24 Y Petaías hijo de Mesezabel, de los hijos de Zera hijo de Judá, estaba a la mano
del rey en todos los negocios del pueblo.

25 En cuanto a las aldeas con sus tierras, algunos de los hijos de Judá habitaron en
Quiriar-arba y sus villas, en Dibón y sus villas, en Jecabzeel y sus aldeas,

26 en Jesúa, Molada y Bet-pelet,

27 en Hazar-sual, en Beerseba y sus villas,

28 en Siclag, en Mecona y sus villas,

29 en En-rimón, en Zora, en Jarmut,

30 en Zanoa, Adulam y sus aldeas, en Laquis y sus tierras, y en Azeca y sus villas.
Y habitaron desde Beerseba hasta el valle de Hinom.

31 Y los hijos de Benjamín habitaron desde Geba, en Micmas, en Aía, en Betel y sus villas,

32 en Anatot, Nob, Ananías,

33 Hazor, Ramá, Gitaim,

34 Hadid, Seboim, Nebalat,

35 Lod y Ono, el valle de los artesanos.

36 Y de los levitas, algunas secciones de Judá habitaron en Benjamín.

Capítulo 12

1 Estos son los sacerdotes y levitas que subieron con Zorobabel hijo de Salatiel, y con Jesúa: Seraías, Jeremías, Esdras,

2 Amarías, Maluc, Hatús,

3 Secanías, Rehum, Meremot,

4 Iddo, Ginetón, Abías,

5 Mijamín, Maadías, Bilga,

6 Semaías, Joiarib, Jedaías,

7 Salú, Amoc, Hilcías y Jedaías. Estos eran los jefes de los sacerdotes y de sus hermanos en los días de Jesúa.

8 Y los levitas: Jesúa, Binúi, Cadmiel, Serebías, Judá y Matanías, que con sus hermanos dirigía los cantos de alabanza.

9 Y Bacbuquías y Unni, sus hermanos, estaban frente a ellos en sus turnos de servicio.

10 Jesúa engendró a Joacim, y Joacim engendró a Eliasib, y Eliasib engendró a Joiada,

11 Joiada engendró a Jonatán, y Jonatán engendró a Jadúa.

12 Y en los días de Joacim los sacerdotes jefes de casas paternas fueron: de Seraías, Meraías; de Jeremías, Hananías;

13 de Esdras, Mesulam; de Amarías, Johanán;

14 de Melicú, Jonatán; de Sebanías, José;

15 de Harim, Adna; de Meraiot, Helcai;

16 de Iddo, Zacarías; de Ginetón, Mesulam;

17 de Abías, Zicri; de Miniamín y de Moadías, Piltai;

18 de Bilga, Samúa; de Semaías, Jonatán;

19 de Joiarib, Matenai; de Jedaías, Uzi;

20 de Salai, Calai; de Amoc, Eber;

21 de Hilcías, Hasabías; de Jedaías, Natanael.

22 Los levitas en los días de Eliasib, de Joiada, de Johanán y de Jadúa fueron inscritos por jefes de casas paternas; también los sacerdotes, hasta el reinado de Darío el Persa.

23 Los hijos de Leví, jefes de casas paternas, fueron inscritos en el libro de las crónicas hasta los días de Johanán hijo de Eliasib.

24 Y los jefes de los levitas: Hasabías, Serebías y Jesúa hijo de Cadmiel, con sus hermanos delante de ellos, para alabar y dar gracias, conforme al estatuto de David varón de Dios, turno contra turno.

25 Matanías, Bacbuquías, Abdías, Mesulam, Talmón y Acub eran porteros que hacían la guardia en los almacenes de las puertas.

26 Estos vivieron en los días de Joacim hijo de Jesúa, hijo de Josadac, y en los días del gobernador Nehemías y del sacerdote y escriba Esdras.

27 Y en la dedicación del muro de Jerusalén, buscaron a los levitas de todos sus lugares para traerlos a Jerusalén, para hacer la dedicación con alegría, con alabanzas y con cánticos, con címbalos, salterios y arpas.

28 Y fueron reunidos los hijos de los cantores, así de la llanura de alrededor de Jerusalén como de las aldeas de los netofatitas;

29 y de la casa de Gilgal, y de los campos de Geba y de Azmavet; porque los cantores se habían edificado aldeas alrededor de Jerusalén.

30 Y se purificaron los sacerdotes y los levitas; y purificaron al pueblo, y las puertas, y el muro.

31 Hice luego subir a los príncipes de Judá sobre el muro, y puse dos coros grandes que hiciesen alabanzas; el uno iba a la mano derecha, sobre el muro, hacia la puerta del Muladar.

32 E iba tras ellos Oseas con la mitad de los príncipes de Judá,

33 y Azarías, Esdras y Mesulam,

34 Judá y Benjamín, Semaías y Jeremías.

35 Y de los hijos de los sacerdotes iban con trompetas Zacarías hijo de Jonatán, hijo de Semaías, hijo de Matanías, hijo de Micaías, hijo de Zacur, hijo de Asaf;

36 y sus hermanos Semaías, Azarel, Milalai, Gilalai, Maai, Natanael, Judá y Hanani, con los instrumentos músicos de David varón de Dios; y el escriba Esdras delante de ellos.

37 Y a la puerta de la Fuente, delante de ellos, subieron por las gradas de la ciudad de David, por la subida del muro, sobre la casa de David, hasta la puerta de las Aguas, al oriente.

38 El segundo coro iba al encuentro por el lado opuesto, y yo tras él, con la mitad del pueblo sobre el muro, desde la torre de los Hornos hasta el muro Ancho;

39 y desde la puerta de Efraín hasta la puerta Vieja y a la puerta del Pescado, y la torre de Hananel y la torre de Hammeah, hasta la puerta de las Ovejas; y pararon en la puerta de la Cárcel.

40 Pararon luego los dos coros en la casa de Dios; y yo, y la mitad de los magistrados conmigo,

41 y los sacerdotes Eliaquim, Maasías, Miniamín, Micaías, Elioenai, Zacarías y Hananías, con trompetas;

42 y Maasías, Semaías, Eleazar, Uzi, Johanán, Malquías, Elam y Ezer. Y los cantores cantaban en alta voz, y Jezrahías era el director.

43 Y sacrificaron aquel día víctimas numerosas y se regocijaron, porque Dios los había recreado con grande alegría; se alegraron también las mujeres y los niños; y el alborozo de Jerusalén fue oído desde lejos.

44 En aquel día fueron puestos varones sobre las cámaras de los tesoros, de las ofrendas mecidas, de las primicias y de los diezmos, para recoger en ellas, de los campos de las ciudades, las porciones legales para los sacerdotes y los levitas; porque era grande el gozo de Judá con respecto a los sacerdotes y levitas que servían.

45 Y habían cumplido el servicio de su Dios, y el servicio de la purificación, como también los cantores y los porteros, conforme al estatuto de David y de Salomón su hijo.

46 Porque desde los días de David y de Asaf, ya de antiguo, había directores de cantores, y cánticos de alabanza y de acción de gracias a Dios.

47 Y todo Israel en días de Zorobabel y en días de Nehemías daba las porciones a los cantores y a los porteros, cada cosa en su día; y consagraban las cosas a los levitas, y los levitas consagraban las cosas a los hijos de Aarón.

Capítulo 13

1 En aquel día se leyó en el libro de Moisés a oídos del pueblo, y fue hallado escrito en él que los amonitas y moabitas no debían entrar jamás en la congregación de Dios,

2 por cuanto no salieron a recibir a los hijos de Israel con pan y agua, sino que alquilaron contra ellos a Balaam para que los maldijese; mas nuestro Dios volvió la maldición en bendición.

3 Pasó, pues, que cuando oyeron la ley, separaron de Israel a todos los que se habían mezclado con extranjeros.

4 Y antes de esto el sacerdote Eliasib, siendo encargado de las cámaras de la casa de nuestro Dios, había emparentado con Tobías,

5 y le había hecho una gran cámara, en la cual guardaban antes las ofrendas, el incienso, los vasos, el diezmo del grano, del vino y del aceite, que estaba mandado dar a los levitas, a los cantores y a los porteros, y la ofrenda de los sacerdotes.

6 Mas a todo esto, yo no estaba en Jerusalén, porque en el año treinta y dos de Artajerjes rey de Babilonia, fui al rey; y al cabo de algunos días pedí permiso al rey para volver.

7 Y venido a Jerusalén, entendí el mal que había hecho Eliasib en favor de Tobías, haciendo para él una cámara en los atrios de la casa de Dios.

8 Y me dolió en gran manera; y eché todos los enseres de la casa de Tobías fuera de la cámara.

9 Y mandé que limpiasen las cámaras, e hice volver allí los vasos de la casa de Dios, las ofrendas y el incienso.

10 Supe asimismo que las porciones de los levitas no les habían sido dadas, y que los levitas y cantores que hacían el servicio habían huido cada uno a su heredad.

11 Entonces reprendí a los magistrados, y dije: «¿Por qué está abandonada la casa de Dios?» Y los reuní y los puse en su puesto.

12 Y todo Judá trajo el diezmo del grano, del vino y del aceite a los almacenes.

13 Y puse por tesoreros de los almacenes al sacerdote Selemías y al escriba Sadoc, y de los levitas a Pedaías; y al lado de ellos a Hanán hijo de Zacur, hijo de Matanías; porque eran tenidos por fieles, y les tocaba a ellos repartir a sus hermanos.

14 Acuérdate de mí, oh Dios mío, en orden a esto, y no borres mis misericordias que hice en la casa de mi Dios y en sus ceremonias.

15 En aquellos días vi en Judá a algunos que pisaban lagares en sábado, y que acarreaban manojos, y cargaban asnos con vino, y también uvas, higos y toda suerte de carga, y que la traían a Jerusalén en día de sábado; y los amonesté el día que vendían las provisiones.

16 También moraban en la ciudad tirios que traían pescado y toda mercadería, y vendían en sábado a los hijos de Judá en Jerusalén.

17 Y reprendí a los señores de Judá y les dije: «¿Qué mala cosa es esta que hacéis vosotros, profanando así el día de sábado?

18 ¿No hicieron así vuestros padres, y trajo nuestro Dios todo este mal sobre nosotros y sobre esta ciudad? ¿Y vosotros añadís ira sobre Israel profanando el sábado?»

19 Sucedió, pues, que cuando iba oscureciendo a las puertas de Jerusalén antes del sábado, mandé que se cerrasen las puertas, y ordené que no las abriesen hasta después del sábado; y puse a las puertas algunos de mis criados, para que no entrasen carga alguna en día de sábado.

20 Y se quedaron fuera de Jerusalén una y dos veces los negociantes y los que vendían toda especie de mercancía.

21 Y les amonesté y les dije: «¿Por qué os quedáis vosotros delante del muro? Si lo volvéis a hacer, os echaré mano». Desde entonces no vinieron en sábado.

22 Y dije a los levitas que se purificasen y viniesen a guardar las puertas, para santificar el día del sábado. También por esto acuérdate de mí, Dios mío, y perdóname según la grandeza de tu misericordia.

23 Vi asimismo en aquellos días a judíos que habían tomado mujeres de Asdod, amonitas, y moabitas;

24 y sus hijos hablaban la mitad en lengua de Asdod, porque no sabían hablar judaico, sino conforme a la lengua de cada pueblo.

25 Y reñí con ellos, y los maldije, y herí a algunos de ellos, y les arranqué los cabellos, y les hice jurar por Dios, diciendo: «No daréis vuestras hijas a sus hijos, y no tomaréis de sus hijas para vuestros hijos, ni para vosotros mismos.

26 ¿No pecó por esto Salomón, rey de Israel? Bien que en muchas naciones no hubo rey como él, que era amado de su Dios, y Dios lo había puesto por rey sobre todo Israel, aun a él le hicieron pecar las mujeres extranjeras.

27 ¿Y obedeceremos a vosotros para cometer todo este mal tan grande de prevaricar contra nuestro Dios, tomando mujeres extranjeras?»

28 Y uno de los hijos de Joiada hijo del sumo sacerdote Eliasib era yerno de Sanbalat horonita; por tanto, lo ahuyenté de mi lado.

29 Acuérdate de ellos, Dios mío, contra los que contaminan el sacerdocio, y el pacto del sacerdocio y de los levitas.

30 Los limpié, pues, de todo extranjero, y puse a los sacerdotes y levitas en sus grupos, a cada uno en su servicio;

31 y para la ofrenda de la leña en los tiempos señalados, y para las primicias. Acuérdate de mí, Dios mío, para bien.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

TOBÍAS

Capítulo 1

1 Libro de las palabras de Tobit, hijo de Tobiel, hijo de Ananiel, hijo de Aduel, hijo de Gabael, de la descendencia de Asiel, de la tribu de Neftalí;

2 quien en los días de Enemesar rey de los asirios, fue llevado cautivo desde Tisbe, que está a la derecha de Cedes de Neftalí, en Galilea, por encima de Aser.

3 Yo, Tobit, anduve por los caminos de la verdad y la justicia todos los días de mi vida, y di muchas limosnas a mis parientes y a mi nación, que fueron conmigo a la tierra de los asirios, a Nínive.

4 Cuando estaba en mi propio país, en la tierra de Israel, siendo aún joven, toda la tribu de Neftalí, mi padre, se apartó de la casa de Jerusalén, la cual fue elegida de entre todas las tribus de Israel para que todas las tribus sacrificaran allí, y donde el templo de la morada del Altísimo fue santificado y edificado para todas las edades.

5 Todas las tribus que se apartaron juntas sacrificaban a la novilla Baal, y así lo hizo la casa de Neftalí, mi padre.

6 Yo solo iba a menudo a Jerusalén en las fiestas, como ha sido ordenado a todo Israel por decreto eterno, llevando las primicias y los diezmos de mis cosechas, y lo primero que se esquilaba; y los entregaba en el altar a los sacerdotes, los hijos de Aarón.

7 Entregaba la décima parte de todas mis ganancias a los hijos de Leví, que ministraban en Jerusalén. Un segundo diezmo lo vendía, iba y lo gastaba cada año en Jerusalén.

8 Un tercer diezmo se lo daba a quienes correspondía, tal como Débora, la madre de mi padre, me había mandado, porque mi padre me dejó huérfano.

9 Cuando me hice hombre, tomé por esposa a Ana, de la descendencia de nuestra propia familia. Con ella, fui padre de Tobías.

10 Cuando fui llevado cautivo a Nínive, todos mis parientes y allegados comían del pan de los gentiles;

11 pero yo me abstuve de comer,

12 porque me acordaba de Dios con toda mi alma.

13 Así que el Altísimo me concedió gracia y favor ante los ojos de Enemesar, y fui su proveedor.

14 Y fui a Media, y dejé diez talentos de plata en depósito a Gabael, el hermano de Gabrias, en Rages de Media.

15 Y cuando Enemesar murió, Senaquerib, su hijo, reinó en su lugar. En su tiempo, los caminos se volvieron peligrosos, y ya no pude ir a Media.

16 En los días de Enemesar, di muchas limosnas a mis parientes: daba de mi pan a los hambrientos,

17 y mis ropas a los desnudos. Si veía a alguno de mi raza muerto y arrojado sobre la muralla de Nínive, lo enterraba.

18 Si el rey Senaquerib mataba a alguno, cuando venía huyendo de Judea, yo los enterraba en secreto; pues en su ira mató a muchos; y el rey buscaba los cuerpos, y no se encontraban.

19 Pero uno de los ninivitas fue y le informó al rey acerca de mí, cómo los enterraba y me escondía; y cuando supe que me buscaban para matarme, me retiré por miedo.

20 Y todos mis bienes me fueron arrebatados por la fuerza, y no me quedó nada, salvo mi esposa Ana y mi hijo Tobías.

21 No pasaron más de cincuenta y cinco días antes de que dos de sus hijos lo mataran, y huyeron a las montañas de Ararat. Y Sarquedono su hijo reinó en su lugar; y él nombró a Ajicar, el hijo de mi hermano Anael, sobre todas las cuentas de

su reino, y sobre todos sus asuntos.

22 Ajicar intercedió por mí, y regresé a Nínive. Ahora bien, Ajicar era copero, guardasellos, administrador y supervisor de las cuentas. Sarquedono lo nombró como su segundo, y él era el hijo de mi hermano.

Capítulo 2

1 Al volver a casa, me fueron restituidos mi esposa Ana y mi hijo Tobías. En la fiesta de Pentecostés, que es la fiesta sagrada de las siete semanas, me prepararon una buena cena, y me senté a comer.

2 Vi abundancia de manjares, y le dije a mi hijo: «Ve y trae a cualquier pobre de nuestros parientes que encuentres, que sea fiel al Señor. Mira, aquí te espero».

3 Entonces él regresó, y dijo: «Padre, uno de nuestra raza ha sido estrangulado, y lo han arrojado a la plaza del mercado».

4 Antes de haber probado bocado, me levanté de un salto y lo llevé a un aposento hasta que se puso el sol.

5 Luego regresé, me lavé, comí mi pan con pesadumbre,

6 y recordé la profecía de Amós, cuando dijo:
«Vuestras fiestas se convertirán en luto,
y todo vuestro regocijo en lamentación».

7 Así que lloré; y cuando el sol se puso, fui, cavé una fosa y lo enterré.

8 Mis vecinos se burlaban de mí, y decían: «Ya no tiene miedo de que lo maten por este asunto; y sin embargo huyó. Mirad, vuelve a enterrar a los muertos».

9 Esa misma noche, después de enterrarlo, regresé y dormí junto al muro de mi patio, estando impuro; y tenía el rostro descubierto.

10 Yo no sabía que había gorriones en el muro. Tenía los ojos abiertos y los gorriones dejaron caer estiércol caliente en mis ojos, y me salieron manchas blancas en los ojos. Fui a los médicos, y no me ayudaron; pero Ajicar me sustentó, hasta que

fui a Elimaida.

11 Mi esposa Ana tejía telas en los aposentos de las mujeres,

12 y enviaba el trabajo a los dueños. Ellos, por su parte, le pagaban su salario, y también le dieron un cabrito.

13 Pero cuando el animal llegó a mi casa, empezó a balar, y yo le dije: «¿De dónde ha salido este cabrito? ¿Es robado? Devuélveselo a sus dueños; porque no es lícito comer nada robado».

14 Pero ella dijo: «Me lo han dado como regalo, además de mi salario». Yo no la creí, y le pedí que lo devolviera a los dueños; y me avergonzaba de ella. Pero ella me respondió diciendo: «¿Dónde están tus limosnas y tus obras justas? Mira, tú y todas tus obras son conocidas».

Capítulo 3

1 Me afligí, lloré y oré con dolor, diciendo:

2 «Oh Señor, tú eres justo, y todas tus obras y todos tus caminos son misericordia y verdad, y tú juzgas con juicio verdadero y justo para siempre.

3 Acuérdate de mí, y mírame. No te vengues de mí por mis pecados y mis ignorancias, ni por los pecados de mis padres que pecaron delante de ti.

4 Porque desobedecieron tus mandamientos. Tú nos entregaste al saqueo, a la cautividad, a la muerte, y para ser refrán de oprobio ante todas las naciones entre las cuales estamos dispersos.

5 Ahora tus juicios son muchos y verdaderos, al tratarme según mis pecados y los pecados de mis padres, porque no guardamos tus mandamientos, ni anduvimos en la verdad delante de ti.

6 Ahora trátame según lo que sea grato a tus ojos. Manda que me quiten el espíritu, para que sea liberado y me convierta en tierra. Pues me es más provechoso morir que vivir, porque he escuchado falsos oprobios, y hay mucho dolor en mí.

Manda que sea liberado de mi angustia, ahora, y que vaya al lugar eterno. No apartes tu rostro de mí».

7 Ese mismo día le sucedió a Sara, la hija de Ragüel, en Ecbatana de Media, que también ella fue insultada por las criadas de su padre;

8 porque había sido entregada a siete maridos, y Asmodeo, el espíritu maligno, los había matado antes de que se acostaran con ella. Y le decían: «¿No sabes que estrangulas a tus maridos? Ya has tenido siete maridos, y no has llevado el nombre de ninguno de ellos.

9 ¿Por qué nos castigas? Si están muertos, vete con ellos. Que nunca veamos hijo ni hija de ti».

10 Cuando ella escuchó estas cosas, se entristeció sobremanera, tanto que pensó en ahorcarse. Luego se dijo: «Soy la única hija de mi padre. Si hago esto, será un oprobio para él, y haré descender su vejez con dolor al sepulcro».

11 Entonces oró junto a la ventana, y dijo: «¡Bendito eres, oh Señor, mi Dios, y bendito es tu santo y honorable nombre para siempre! ¡Que todas tus obras te alaben para siempre!

12 Y ahora, Señor, he dirigido mis ojos y mi rostro hacia ti.

13 Manda que sea liberada de la tierra, y que no escuche más oprobios.

14 Tú sabes, Señor, que soy pura de todo pecado con hombre,

15 y que nunca he manchado mi nombre ni el nombre de mi padre en la tierra de mi cautiverio. Soy la única hija de mi padre, y él no tiene hijo que sea su heredero, ni hermano cerca de él, ni hijo que le pertenezca, para que yo deba guardarme como esposa para él. Siete maridos míos han muerto ya. ¿Por qué debería vivir? Si no te place matarme, ordena que se tenga alguna consideración hacia mí, y que se apiaden de mí, y que no escuche más oprobios».

16 La oración de ambos fue escuchada ante la gloria del gran Dios.

17 Rafael también fue enviado para sanarlos a ambos, para quitar las manchas blancas de los ojos de Tobit, y para dar a Sara, la hija de Ragüel, como esposa a Tobías, el hijo de Tobit; y para atar a Asmodeo, el espíritu maligno; porque le correspondía a Tobías heredarla. En ese mismo momento, Tobit regresó y entró en su casa, y Sara, la hija de Ragüel, bajó de su aposento alto.

Capítulo 4

1 Aquel día Tobit se acordó del dinero que había dejado en depósito a Gabael en Rages de Media,

2 y se dijo a sí mismo: «He pedido la muerte; ¿por qué no llamo a mi hijo Tobías, para explicarle lo del dinero antes de que yo muera?»

3 Y lo llamó, y le dijo: «Hijo mío, si muero, entiérrame. No desprecies a tu madre. Hónrala todos los días de tu vida, y haz lo que sea grato para ella, y no la aflijas.

4 Recuerda, hijo mío, que ella ha pasado por muchos peligros por ti cuando estabas en su seno. Cuando muera, entiérrala junto a mí en una misma tumba.

5 Hijo mío, ten presente al Señor nuestro Dios todos tus días, y no permitas que tu voluntad se incline al pecado ni a transgredir sus mandamientos: practica la justicia todos los días de tu vida, y no sigas los caminos de la iniquidad.

6 Porque si haces lo que es verdad, tus obras tendrán éxito próspero para ti, y para todos los que obran con justicia.

7 Da limosna de tus posesiones. Cuando des limosna, no permitas que tu ojo sea envidioso. No apartes tu rostro de ningún pobre, y el rostro de Dios no se apartará de ti.

8 Según sean tus posesiones, da limosna de ellas conforme a tu abundancia. Si tienes poco, no temas dar limosna conforme a ese poco;

9 porque te atesoras un buen fondo para el día de la necesidad;

10 porque la limosna libra de la muerte, y no permite que caigas en las tinieblas.

11 La limosna es un buen don a los ojos del Altísimo para todos los que la dan.

12 Guárdate, hijo mío, de toda fornicación, y toma primero una esposa de la descendencia de tus padres. No tomes esposa extranjera, que no sea de la tribu de tu padre; porque somos descendientes de los profetas. Recuerda, hijo mío, que Noé, Abraham, Isaac y Jacob, nuestros padres de la antigüedad, tomaron esposas de su propio linaje, y fueron bendecidos en sus hijos, y su descendencia heredará la tierra.

13 Y ahora, hijo mío, ama a tus parientes, y no menosprecies en tu corazón a tus parientes ni a los hijos y las hijas de tu pueblo al tomar esposa de entre ellos; porque en el desprecio hay destrucción y mucha aflicción, y en la ociosidad hay decadencia y gran escasez; pues la ociosidad es la madre del hambre.

14 No retengas contigo el salario de ningún hombre que trabaje para ti, sino págaselo de inmediato. Si sirves a Dios, serás recompensado. Ten cuidado de ti mismo, hijo mío, en todas tus obras, y sé discreto en toda tu conducta.

15 Y lo que tú mismo odias, no se lo hagas a nadie. No bebas vino hasta embriagarte, y no permitas que la embriaguez te acompañe en tu camino.

16 Da de tu pan al hambriento, y de tus vestiduras a los que están desnudos. Da limosna de toda tu abundancia. No permitas que tu ojo sea envidioso cuando des limosna.

17 Derrama tu pan sobre la tumba de los justos, y no des nada a los pecadores.

18 Pide consejo a todo hombre sabio, y no desprecies ningún consejo que sea provechoso.

19 Bendice al Señor tu Dios en todo tiempo, y pídele que tus caminos se enderecen, y que todos tus senderos y propósitos prosperen; porque ninguna nación tiene consejo propio; sino que el Señor mismo da todas las cosas buenas, y él humilla a quien quiere, como quiere. Y ahora, hijo mío, recuerda mis mandamientos, y no dejes que se borren de tu mente.

20 Y ahora te explico sobre los diez talentos de plata, que dejé en depósito a Gabael, hijo de Gabrias, en Rages de Media.

21 Y no temas, hijo mío, porque nos hayamos empobrecido. Tienes mucha riqueza, si temes a Dios, te apartas de todo pecado y haces lo que es agradable a sus ojos».

Capítulo 5

1 Entonces Tobías respondió y le dijo: «Padre, haré todas las cosas, todo lo que me has mandado.

2 Pero, ¿cómo podré recibir el dinero, puesto que no lo conozco?»

3 Él le entregó el documento, y le dijo: «Busca un hombre que vaya contigo, y le pagaré un salario mientras yo viva; y ve y recibe el dinero».

4 Salió a buscar a un hombre, y encontró a Rafael, que era un ángel;

5 y él no lo sabía. Le dijo: «¿Puedes venir conmigo a Rages de Media? ¿Conoces bien esos lugares?»

6 El ángel le dijo: «Iré contigo. Conozco bien el camino. Me he alojado con nuestro hermano Gabael».

7 Tobías le dijo: «Espérame, y se lo diré a mi padre».

8 Él le dijo: «Ve, y no te demores». Y él entró y le dijo a su padre: «Mira, he encontrado a alguien que irá conmigo». Pero él dijo: «Llámalo, para que yo sepa de qué tribu es, y si es un hombre de confianza para ir contigo».

9 Así que lo llamó, entró, y se saludaron mutuamente.

10 Y Tobit le dijo: «Hermano, ¿de qué tribu y de qué familia eres? Dímelo».

11 Él le dijo: «¿Buscas una tribu y una familia, o a un jornalero que vaya con tu hijo?» Y Tobit le dijo: «Quiero saber, hermano, tu linaje y tu nombre».

12 Y él respondió: «Soy Azarías, hijo del gran Ananías, de tus propios parientes».

13 Y él le dijo: «Bienvenido, hermano. No te enfades conmigo porque busqué conocer tu tribu y familia. Eres mi hermano, de un linaje honrado y bueno; porque conocí a Ananías y a Natán, los hijos del gran Semaías, cuando íbamos juntos a Jerusalén a adorar, y ofrecíamos a los primogénitos y los diezmos de nuestras cosechas; y ellos no se extraviaron en el error de nuestros parientes. Hermano mío, eres de gran estirpe.

14 Pero dime, ¿qué salario te daré? ¿Un dracma al día, y las cosas que te sean necesarias, al igual que a mi hijo?

15 Y además, si ambos regresáis sanos y salvos, añadiré algo a tu salario».

16 Y así se pusieron de acuerdo. Y le dijo a Tobías: «Prepárate para el viaje. Que Dios os prospere». Así que su hijo preparó lo necesario para el viaje, y su padre le dijo: «Ve con este hombre; pero Dios, que habita en el cielo, prosperará tu viaje. Que su ángel vaya contigo». Entonces ambos partieron, y el perro del joven se fue con ellos.

17 Pero Ana, su madre, lloró, y le dijo a Tobit: «¿Por qué has enviado lejos a nuestro hijo? ¿Acaso no es el bastón de nuestra mano, al entrar y salir delante de nosotros?

18 No seas codicioso por añadir dinero al dinero; que sea más bien como escoria comparado con nuestro hijo.

19 Porque con lo que el Señor nos ha dado para vivir nos basta».

20 Tobit le dijo: «No te preocupes, hermana mía. Él regresará sano y salvo, y tus ojos lo verán.

21 Porque un buen ángel irá con él. Su viaje será próspero, y regresará sano y salvo».

22 Así que ella dejó de llorar.

Capítulo 6

1 Mientras proseguían su viaje, llegaron al atardecer al río Tigris y acamparon allí.

2 El joven descendió para lavarse, y un pez saltó del río e intentó tragarse al joven.

3 Pero el ángel le dijo: «¡Atrapa el pez!» Así que el joven agarró el pez y lo arrastró hasta tierra.

4 Y el ángel le dijo: «Abre el pez y sácale el corazón, el hígado y la hiel, y guárdalos contigo».

5 El joven hizo lo que el ángel le había mandado; luego asaron el pez y lo comieron. Y ambos continuaron su camino, hasta que se acercaron a Ecbatana.

6 El joven le preguntó al ángel: «Hermano Azarías, ¿de qué sirven el corazón, el hígado y la hiel del pez?»

7 Él le respondió: «En cuanto al corazón y el hígado: si un demonio o un espíritu maligno atormenta a alguien, debemos quemarlos y hacer humo con ellos delante del hombre o la mujer, y la aflicción huirá.

8 Pero en cuanto a la hiel, es buena para ungir a un hombre que tiene manchas blancas en los ojos, y será sanado».

9 Cuando se acercaban a Rages,

10 el ángel le dijo al joven: «Hermano, hoy nos alojaremos en casa de Ragüel. Es pariente tuyo. Tiene una hija única llamada Sara. Hablaré de ella, para que te sea dada por esposa.

11 Pues su herencia te pertenece a ti, y solo tú eres de su linaje.

12 La doncella es hermosa y sabia. Y ahora escúchame, y hablaré con su padre. Cuando regresemos de Rages celebraremos las bodas; porque sé que Ragüel de ninguna manera puede casarla con otro según la ley de Moisés, o de lo contrario sería reo de muerte, porque te corresponde a ti tomar la herencia, antes que a cualquier otro».

13 Entonces el joven le dijo al ángel: «Hermano Azarías, he oído que esta doncella ha sido dada a siete hombres, y que todos perecieron en la cámara nupcial.

14 Ahora bien, yo soy el único hijo de mi padre, y tengo miedo, no sea que al entrar muera, al igual que los que me precedieron. Porque un demonio la ama, el cual no hace daño a nadie, sino a los que se acercan a ella. Ahora temo morir, y hacer descender a la tumba la vida de mi padre y de mi madre con dolor por mi causa. No tienen otro hijo que los entierre».

15 Pero el ángel le dijo: «¿No recuerdas las palabras que tu padre te mandó, de que tomaras una esposa de tu propio linaje? Ahora escúchame, hermano; porque ella será tu esposa. No te preocupes por el demonio; porque esta noche te será dada por esposa.

16 Y cuando entres en la cámara nupcial, tomarás las cenizas del incienso, y pondrás sobre ellas un poco del corazón y del hígado del pez, y harás humo con ellos.

17 El demonio lo olerá, y huirá, y no volverá nunca más. Pero cuando te acerques a ella, levantaos los dos y clamad a Dios, que es misericordioso. Él os salvará y tendrá piedad de vosotros. No temas, pues ella estaba preparada para ti desde el principio; y tú la salvarás, y ella se irá contigo. Y supongo que tendrás hijos con ella». Cuando Tobías escuchó estas cosas, la amó, y su alma quedó fuertemente unida a ella.

Capítulo 7

1 Llegaron a Ecbatana y se presentaron en la casa de Ragüel. Sara salió a su encuentro; y ella los saludó, y ellos a ella. Luego los hizo pasar a la casa.

2 Ragüel le dijo a Edna, su esposa: «¡Este joven se parece mucho a mi primo Tobit!»

3 Y Ragüel les preguntó: «¿De dónde sois, parientes?» Ellos le dijeron: «Somos de los hijos de Neftalí, que están cautivos en Nínive».

4 Él les dijo: «¿Conocéis a nuestro hermano Tobit?» Ellos dijeron: «Lo conocemos». Luego les preguntó: «¿Goza de buena salud?»

5 Ellos respondieron: «Está vivo y goza de buena salud». Tobías añadió: «Es mi padre».

6 Y Ragüel se levantó de un salto, lo besó, lloró,

7 lo bendijo y le dijo: «Eres el hijo de un hombre honrado y bueno». Cuando se enteró de que Tobit había perdido la vista, se entristeció y lloró;

8 y Edna su esposa, y Sara su hija, también lloraron. Los recibieron con alegría; mataron un carnero del rebaño y les sirvieron carne. Pero Tobías le dijo a Rafael: «Hermano Azarías, habla de aquellas cosas de las que conversaste en el camino, y que el asunto concluya».

9 Así que él le comunicó el asunto a Ragüel. Ragüel le dijo a Tobías: «Come, bebe y alégrate:

10 porque a ti te corresponde tomar a mi hija. Sin embargo, te diré la verdad.

11 He dado mi hija a siete hombres de nuestros parientes, y siempre que entraban a ella, morían en la noche. Pero por ahora alégrate». Y Tobías dijo: «No probaré nada aquí, hasta que todos hagáis un pacto y entréis en ese pacto conmigo».

12 Ragüel dijo: «Tómala para ti desde ahora según la costumbre. Tú eres su pariente, y ella es tuya. El Dios misericordioso te concederá todo buen éxito».

13 Y llamó a su hija Sara, la tomó de la mano y se la entregó a Tobías como esposa, diciendo: «Mira, tómala para ti según la ley de Moisés, y llévatela a casa de tu padre». Y los bendijo.

14 Llamó a Edna, su esposa, tomó un pergamino, escribió un contrato y lo selló.

15 Luego empezaron a comer.

16 Y Ragüel llamó a su esposa Edna, y le dijo: «Hermana, prepara el otro aposento y llévala allí».

17 Ella hizo lo que le pidió, y la llevó allí. Ella lloró, y recogiendo las lágrimas de su hija, le dijo:

18 «Consuélate, hija mía. Que el Señor del cielo y de la tierra te conceda favor por esta tu tristeza. Consuélate, hija mía».

Capítulo 8

1 Cuando terminaron de cenar, llevaron a Tobías a donde estaba ella.

2 Pero mientras iba, recordó las palabras de Rafael, tomó las cenizas del incienso, puso sobre ellas el corazón y el hígado del pez, y formó humo con ellos.

3 Cuando el demonio sintió aquel olor, huyó hacia las partes más remotas de Egipto, y el ángel lo encadenó.

4 Pero después de que ambos quedaron encerrados a solas, Tobías se levantó del lecho y dijo: «Hermana, levántate, y oremos para que el Señor tenga misericordia de nosotros».

5 Y Tobías comenzó a decir: «Bendito eres tú, oh Dios de nuestros padres, y bendito es tu santo y glorioso nombre para siempre. Que los cielos te bendigan, y todas tus criaturas.

6 Tú hiciste a Adán, y le diste a Eva, su esposa, como ayuda y apoyo. De ellos provino la descendencia de los hombres. Tú dijiste: no es bueno que el hombre esté solo. Hagámosle una ayuda semejante a él.

7 Y ahora, oh Señor, no tomo a esta mi hermana por lujuria, sino en verdad. Manda que yo halle misericordia y envejezca junto a ella».

8 Ella dijo con él: «Amén». Y ambos durmieron aquella noche.

9 Ragüel se levantó, fue y cavó una fosa,

10 diciendo: «No sea que él también muera».

11 Y Ragüel entró en su casa,

12 y le dijo a Edna su esposa: «Envía a una de las criadas, y que vean si está vivo. Si no, lo enterraremos, y nadie lo sabrá».

13 Así que la criada abrió la puerta, entró y los encontró a ambos durmiendo,

14 y salió y les dijo que estaba vivo.

15 Entonces Ragüel bendijo a Dios, diciendo: "¡Bendito eres, oh Dios, con toda bendición pura y santa! ¡Que tus santos te bendigan, y todas tus criaturas! ¡Que todos tus ángeles y tus elegidos te bendigan para siempre!

16 Bendito eres, porque me has alegrado; y no ha sucedido como yo sospechaba; sino que nos has tratado según tu gran misericordia.

17 Bendito eres, porque has tenido piedad de dos que eran los hijos unigénitos de sus padres. Muéstrales misericordia, oh Señor. Colma su vida de salud, con gozo y misericordia.

18 Y ordenó a sus siervos que rellenaran la fosa.

19 Celebró el banquete de bodas para ellos durante catorce días.

20 Antes de que concluyeran los días del banquete de bodas, Ragüel le juró que no partiría hasta que se cumplieran los catorce días del banquete;

21 y que entonces tomaría la mitad de sus bienes, y marcharía a salvo a casa de su padre; y el resto, dijo él, cuando mi esposa y yo muramos.

Capítulo 9

1 Y Tobías llamó a Rafael y le dijo:

2 «Hermano Azarías, toma contigo a un criado y dos camellos, y ve a Rages de Media, a casa de Gabael, recibe el dinero por mí y tráelo al banquete de bodas,

3 porque Ragüel ha jurado que no debo partir.

4 Mi padre cuenta los días; y si me demoro mucho, se afligirá en gran manera».

5 Así que Rafael se puso en camino, se alojó en casa de Gabael y le entregó el documento; entonces él sacó las talegas con sus sellos y se las entregó.

6 Luego se levantaron temprano por la mañana juntos y acudieron al banquete de bodas. Tobías bendijo a su esposa.

Capítulo 10

1 Tobit, su padre, contaba cada día. Cuando se cumplieron los días del viaje y no llegaban,

2 él dijo: «¿Acaso se habrá retrasado? ¿O tal vez Gabael ha muerto, y no hay nadie que le entregue el dinero?»

3 Estaba muy afligido.

4 Pero su esposa le dijo: «El muchacho ha perecido, ya que tarda mucho». Y comenzó a llorarlo, diciendo:

5 "Nada me importa, hijo mío, pues te he dejado ir, a ti que eras la luz de mis ojos".

6 Tobit le dijo: «Calla. No te inquietes. Él goza de buena salud».

7 Y ella le respondió: «Calla tú. No me engañes. Mi hijo ha perecido». Y salía todos los días al camino por donde se habían ido, y no comía pan de día, y no dejaba de llorar a su hijo Tobías durante noches enteras, hasta que se cumplieron los catorce días del banquete de bodas, que Ragüel había jurado que él debía pasar allí. Entonces Tobías le dijo a Ragüel: «Déjame marchar, porque mi padre y mi madre ya no esperan volver a verme».

8 Pero su suegro le dijo: «Quédate conmigo, y enviaré mensajeros a tu padre, y ellos le declararán cómo te van las cosas».

9 Tobías dijo: «No. Envíame a casa de mi padre».

10 Ragüel se levantó y le entregó a Sara su esposa, y la mitad de sus bienes, siervos, ganado y dinero;

11 y los bendijo, y los despidió, diciendo: «El Dios del cielo os prospere, hijos míos, antes de que yo muera».

12 Y le dijo a su hija: «Honra a tu suegro y a tu suegra. Ahora ellos son tus padres. Que yo escuche buenos informes de ti». Luego la besó. Edna le dijo a Tobías: «Que el Señor del cielo te restaure, querido hermano, y me conceda ver a tus hijos de mi hija Sara, para que yo me regocije delante del Señor. Mira, te encomiendo a mi hija en especial confianza. No le causes tristeza».

Capítulo 11

1 Después de estas cosas, Tobías también prosiguió su camino, bendiciendo a Dios porque había prosperado su viaje; y bendijo a Ragüel y a Edna, su esposa. Luego continuó su camino hasta que se acercaron a Nínive.

2 Rafael le dijo a Tobías: «¿No sabes, hermano, en qué estado dejaste a tu padre?

3 Adelantémonos corriendo antes que tu esposa, y preparemos la casa.

4 Pero toma en tu mano la hiel del pez». Así que prosiguieron su camino, y el perro fue tras ellos.

5 Ana estaba sentada mirando hacia el camino por si venía su hijo.

6 Lo vio venir, y le dijo a su padre: «¡Mira, tu hijo viene con el hombre que lo acompañó!»

7 Rafael le dijo: «Sé, Tobías, que tu padre abrirá los ojos.

8 Por tanto, unge sus ojos con la hiel, y al sentir el escozor, él se frotará, y hará que las manchas blancas se desprendan. Entonces te verá».

9 Ana corrió hacia él, se echó al cuello de su hijo, y le dijo: «¡Te he visto, hijo mío! Ya estoy lista para morir». Y ambos lloraron.

10 Tobit se dirigió hacia la puerta y tropezó; pero su hijo corrió hacia él,

11 y sostuvo a su padre. Frotó la hiel en los ojos de su padre, diciendo: «Anímate, padre mío».

12 Cuando los ojos le empezaron a doler, se los frotó.

13 Entonces las manchas blancas se desprendieron de las comisuras de sus ojos; y vio a su hijo, y se echó a su cuello.

14 Lloró, y dijo: «¡Bendito eres, oh Dios, y bendito es tu nombre para siempre! ¡Benditos sean todos tus santos ángeles!

15 Porque me azotaste, y tuviste misericordia de mí. Mira, veo a mi hijo Tobías». Y su hijo entró regocijándose, y le contó a su padre las grandes cosas que le habían sucedido en Media.

16 Tobit salió al encuentro de su nuera a las puertas de Nínive, regocijándose y bendiciendo a Dios. Los que lo vieron caminar se maravillaron, porque había recuperado la vista.

17 Tobit dio gracias delante de ellos, porque Dios había tenido misericordia de él. Cuando Tobit se acercó a Sara, su nuera, la bendijo, diciendo: «¡Bienvenida, hija! Bendito sea Dios que te ha traído a nosotros, y benditos sean tu padre y tu madre». Y hubo alegría entre todos sus parientes que estaban en Nínive.

18 Ajicar y Nasbas, el hijo de su hermano, vinieron.

19 Los esponsales de Tobías se celebraron durante siete días con gran alborozo.

Capítulo 12

1 Y Tobit llamó a su hijo Tobías, y le dijo: «Mira, hijo mío, que el hombre que fue contigo reciba su salario, y debes darle más».

2 Y él le respondió: «Padre, no me supone ningún perjuicio darle la mitad de las cosas que he traído;

3 porque él me ha guiado por ti a salvo, ha curado a mi esposa, ha traído mi dinero, y de igual manera te ha curado a ti».

4 El anciano dijo: «Se lo debe».

5 Y llamó al ángel, y le dijo: «Toma la mitad de todo lo que has traído».

6 Entonces los llamó a ambos en privado, y les dijo: “Bendecid a Dios, y dadle gracias, y magnificadlo, y dadle gracias a los ojos de todos los vivientes, por las cosas que ha hecho con vosotros. Es bueno bendecir a Dios y exaltar su nombre, manifestando con honor las obras de Dios. No seáis remisos en darle gracias.

7 Es bueno ocultar el secreto de un rey, pero revelar gloriosamente las obras de Dios. Haced el bien, y el mal no os alcanzará.

8 Buena es la oración con ayuno, limosna y justicia. Un poco con justicia es mejor que mucho con iniquidad. Es mejor dar limosna que atesorar oro.

9 La limosna libra de la muerte, y purga todo pecado. Los que dan limosna y practican la justicia se llenarán de vida;

10 pero los que pecan son enemigos de su propia vida.

11 Ciertamente no os ocultaré nada. He dicho: ‘Es bueno ocultar el secreto de un rey, pero revelar gloriosamente las obras de Dios’.

12 Y ahora, cuando orasteis tú y Sara tu nuera, yo llevé el memorial de vuestra oración ante el Santo. Cuando enterrabas a los muertos, yo estaba contigo de igual manera.

13 Y cuando no te demoraste en levantarte, y dejar tu cena, para ir a cubrir a los muertos, tu buena obra no me fue oculta. Yo estaba contigo.

14 Y ahora Dios me ha enviado para sanarte a ti y a Sara, tu nuera.

15 Yo soy Rafael, uno de los siete santos ángeles que presentan las oraciones de los santos y entran ante la gloria del Santo”.

16 Y ambos se turbaron, y cayeron sobre sus rostros; porque tuvieron miedo.

17 Y él les dijo: «No temáis. Todos tendréis paz; mas bendecid a Dios para siempre.

18 Porque no vine por ningún favor mío, sino por la voluntad de vuestro Dios. Por tanto, bendecidle para siempre.

19 Todos estos días me he aparecido a vosotros. No he comido ni bebido, sino que todos vosotros habéis visto una visión.

20 Ahora dad gracias a Dios, porque asciendo a aquel que me envió. Escribid en un libro todas las cosas que se han realizado».

21 Entonces se levantaron, y no lo vieron más.

22 Confesaron las grandes y maravillosas obras de Dios, y cómo el ángel del Señor se les había aparecido.

Capítulo 13

1 Y Tobit escribió una oración de regocijo, y dijo:
"¡Bendito es Dios que vive para siempre!
¡Bendito es su reino!

2 Porque él azota, y muestra misericordia.
Él hace descender a la tumba, y hace subir de nuevo.
No hay quien escape de su mano.

3 ¡Dadle gracias ante los gentiles, todos vosotros, hijos de Israel!
Porque él os ha esparcido entre ellos.

4 Declarad allí su grandeza.
Exaltadlo ante todos los vivientes,
porque él es nuestro Señor,
y Dios es nuestro Padre para siempre.

5 Él nos azotará por nuestras iniquidades, y volverá a mostrar misericordia,
y nos congregará de entre todas las naciones entre las cuales estáis todos esparcidos.

6 Si os volvéis a él con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma,
para obrar con verdad delante de él,
entonces él se volverá a vosotros,
y no os ocultará su rostro.

Mirad lo que hará con vosotros.
Dadle gracias a plena voz.
Bendecid al Señor de la justicia.
Exaltad al Rey eterno.
Yo le doy gracias en la tierra de mi cautiverio,
y muestro su fuerza y majestad a una nación de pecadores.
Volveos, pecadores, y practicad la justicia delante de él.
¿Quién puede saber si os aceptará y tendrá misericordia de vosotros?

7 Yo exalto a mi Dios.
Mi alma exalta al Rey del cielo,
y se regocija en su grandeza.

8 Que todos los hombres hablen,
y que le den gracias en Jerusalén.

9 Oh Jerusalén, la ciudad santa,
él te azotará por las obras de tus hijos,
y volverá a tener misericordia de los hijos de los justos.

10 Da gracias al Señor con bondad,
y bendice al Rey eterno,
para que su tabernáculo sea edificado en ti de nuevo con alegría,
y para que alegre en ti a los cautivos,
y ame en ti para siempre a los desdichados.

11 Muchas naciones vendrán de lejos al nombre del Señor Dios
con dones en sus manos, aun dones para el Rey del cielo.
Generaciones de generaciones te alabarán,
y cantarán cánticos de regocijo.

12 Malditos son todos los que te odian.
Benditos serán para siempre todos los que te aman.

13 Regocíjate y alégrate sobremanera por los hijos de los justos;
porque serán congregados y bendecirán al Señor de los justos.

14 Oh, benditos son los que te aman.
Ellos se regocijarán por tu paz.
Benditos son todos los que lloraron por todos tus azotes;
porque se regocijarán por ti cuando hayan visto toda tu gloria.
Se alegrarán para siempre.

15 Que mi alma bendiga a Dios, el gran Rey.

16 Porque Jerusalén será edificada con zafiros, esmeraldas y piedras preciosas;
tus muros y torres y almenas con oro puro.

17 Las calles de Jerusalén serán pavimentadas con berilo, carbunclo y piedras de Ofir.

18 Todas sus calles dirán: «¡Aleluya!»
y darán alabanza, diciendo: «¡Bendito sea Dios, que te ha exaltado para siempre!»

Capítulo 14

1 Entonces Tobit terminó de dar gracias.

2 Tenía cincuenta y ocho años cuando perdió la vista. Después de ocho años, la recuperó. Dio limosnas y temió al Señor Dios cada vez más, y le dio gracias.

3 Ya había envejecido mucho; y llamó a su hijo con los seis hijos de su hijo, y le dijo: «Hijo mío, toma a tus hijos. Mira, he envejecido y estoy listo para partir de esta vida.

4 Ve a Media, hijo mío, porque creo firmemente en todas las cosas que el profeta Jonás habló de Nínive, que será derrocada, pero en Media habrá más bien paz por un tiempo. Nuestros parientes serán esparcidos en la tierra lejos de la buena tierra. Jerusalén quedará desolada, y la casa de Dios en ella será quemada, y quedará desolada por un tiempo.

5 Dios volverá a tener misericordia de ellos, y los traerá de vuelta a la tierra, y edificarán la casa, pero no será como la primera casa, hasta que se cumplan los tiempos de aquella era. Después regresarán de los lugares de su cautiverio, y edificarán

Jerusalén con honor. La casa de Dios será edificada en ella para siempre con un edificio glorioso, tal como los profetas hablaron acerca de ella.

6 Y todas las naciones se volverán para temer verdaderamente al Señor Dios, y enterrarán sus ídolos.

7 Todas las naciones bendecirán al Señor, y su pueblo dará gracias a Dios, y el Señor exaltará a su pueblo; y todos los que aman al Señor Dios en verdad y justicia se regocijarán, mostrando misericordia a nuestros parientes.

8 Y ahora, hijo mío, parte de Nínive, porque esas cosas que el profeta Jonás habló ciertamente se cumplirán.

9 Pero tú debes guardar la ley y las ordenanzas, y mostrarte misericordioso y justo, para que te vaya bien.

10 Entiérrame decentemente, y a tu madre conmigo. No te quedes en Nínive. Mira, hijo mío, lo que Amán le hizo a Ajicar, quien lo había sustentado; cómo lo llevó de la luz a las tinieblas, y toda la recompensa que le dio. Ajicar fue salvado, pero el otro recibió su recompensa, y descendió a las tinieblas. Manasés dio limosnas, y escapó del lazo de muerte que le habían tendido; pero Amán cayó en el lazo y pereció.

11 Y ahora, hijos míos, considerad lo que hace la limosna, y cómo la justicia libera». Mientras decía estas cosas, exhaló el espíritu en el lecho; y tenía ciento cincuenta y ocho años de edad. Tobías lo enterró magníficamente.

12 Cuando Ana murió, la enterró con su padre. Pero Tobías partió con su esposa y sus hijos a Ecbatana, a casa de Ragüel, su suegro,

13 y envejeció con honor, y enterró a su suegro y a su suegra magníficamente, y heredó sus posesiones, y las de su padre Tobit.

14 Murió en Ecbatana de Media, a la edad de ciento veintisiete años.

15 Antes de morir, se enteró de la destrucción de Nínive, la cual Nabucodonosor y Asuero tomaron cautiva. Antes de su muerte, se regocijó por Nínive.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

JUDIT

Capítulo 1

1 En el duodécimo año del reinado de Nabucodonosor, que reinó sobre los asirios en Nínive, la gran ciudad, en los días de Arfaxad, que reinó sobre los medos en Ecbatana,

2 y edificó alrededor de Ecbatana muros de piedras labradas de tres codos de anchura y seis codos de longitud, e hizo la altura del muro de setenta codos, y su anchura de cincuenta codos,

3 y erigió sus torres en sus puertas a cien codos de altura, y su anchura en los cimientos era de sesenta codos,

4 e hizo sus puertas, puertas que se alzaban a una altura de setenta codos, y su anchura de cuarenta codos, para que saliera su poderoso ejército, y para ordenar a su infantería;

5 en aquellos días el rey Nabucodonosor hizo la guerra contra el rey Arfaxad en la gran llanura. Esta llanura se halla en las fronteras de Ragau.

6 Vinieron a su encuentro todos los que habitaban en la región montañosa, y todos los que habitaban junto al Éufrates, el Tigris y el Hidaspes, y en la llanura de Arioc, rey de los elimeos. Muchas naciones de los hijos de Quelod se congregaron para la batalla.

7 Y Nabucodonosor, rey de los asirios, envió mensajeros a todos los que habitaban en Persia, y a todos los que habitaban hacia el occidente, a los que habitaban en Cilicia, Damasco, el Líbano y el Antilíbano, y a todos los que habitaban a lo largo de la costa del mar,

8 y a los de las naciones que eran del Carmelo y Galaad, y a la Galilea superior y la gran llanura de Esdraelón,

9 y a todos los que estaban en Samaria y sus ciudades, y más allá del Jordán hasta Jerusalén, Betane, Quelús, Cades, el río de Egipto, Tafnes, Ramesés, y toda la tierra de Gosén,

10 hasta llegar más arriba de Tanis y Menfis, y a todos los que habitaban en Egipto, hasta llegar a las fronteras de Etiopía.

11 Todos los que habitaban en toda la tierra tuvieron en poco el mandamiento de Nabucodonosor, rey de los asirios, y no fueron con él a la guerra; porque no le temían, sino que era delante de ellos como un hombre cualquiera. Despidieron a sus mensajeros de su presencia sin efecto alguno, y con deshonra.

12 Y Nabucodonosor se enojó en gran manera contra toda esta tierra, y juró por su trono y su reino que ciertamente se vengaría de todas las costas de Cilicia, Damasco y Siria, y que mataría con su espada a todos los habitantes de la tierra de Moab, a los hijos de Amón, a toda Judea y a todos los que estaban en Egipto, hasta llegar a las fronteras de los dos mares.

13 Dispuso en orden de batalla a su ejército contra el rey Arfaxad en el decimoséptimo año; y prevaleció en su batalla, y puso en fuga a todo el ejército de Arfaxad, con todos sus caballos y todos sus carros.

14 Tomó posesión de sus ciudades. Llegó a Ecbatana y tomó las torres, saqueó sus calles y convirtió su hermosura en vergüenza.

15 Apresó a Arfaxad en las montañas de Ragau, lo atravesó con sus dardos y lo destruyó por completo hasta el día de hoy.

16 Regresó con ellos a Nínive, él y toda su compañía de diversas naciones, una multitud sumamente grande de hombres de guerra. Allí descansó y celebró banquetes, él y su ejército, durante ciento veinte días.

Capítulo 2

1 En el decimoctavo año, el día veintidós del primer mes, se habló en la casa de Nabucodonosor, rey de los asirios, de que debía vengarse de toda la tierra, tal como lo había dicho.

2 Convocó a todos sus siervos y a todos sus grandes hombres, y les comunicó su consejo secreto, y con su propia boca, relató la maldad de toda la tierra.

3 Decretaron destruir a toda carne que no hubiera seguido la palabra de su boca.

4 Aconteció que, cuando hubo terminado su consejo, Nabucodonosor, rey de los asirios, llamó a Holofernes, el capitán en jefe de su ejército, que era el segundo después de él, y le dijo:

5 "El gran rey, el señor de toda la tierra, dice: 'Mira, saldrás de mi presencia, y llevarás contigo a hombres que confíen en su fuerza, hasta ciento veinte mil soldados de infantería y doce mil caballos con sus jinetes.

6 Y saldrás contra todo el país del occidente, porque desobedecieron el mandamiento de mi boca.

7 Les declararás que deben preparar tierra y agua, porque saldré en mi ira contra ellos, y cubriré toda la faz de la tierra con los pies de mi ejército, el cual los saqueará.

8 Sus muertos llenarán sus valles y arroyos, y el río se llenará de sus muertos hasta desbordarse.

9 Los llevaré como cautivos hasta los confines de toda la tierra.

10 Pero tú saldrás, y tomarás todas sus costas para mí primero. Si se rinden a ti, entonces debes reservarlos para mí hasta el día de su castigo.

11 En cuanto a los que se resistan, tu ojo no los perdonará; sino que los entregarás a la matanza y al saqueo en toda tu tierra.

12 Porque vivo yo, y por el poder de mi reino, he hablado, y haré esto con mi mano.

13 Además, no transgredirás nada de los mandamientos de tu señor, sino que ciertamente los cumplirás, tal como te he mandado. No te demorarás en hacerlos'".

14 Así que Holofernes salió de la presencia de su señor, y llamó a todos los gobernadores, capitanes y oficiales del ejército de Asur.

15 Contó hombres escogidos para la batalla, como su señor le había mandado, hasta ciento veinte mil, con doce mil arqueros a caballo.

16 Los dispuso como se ordena a una gran multitud para la guerra.

17 Tomó camellos, asnos y mulas para su equipaje, una multitud sumamente grande, y ovejas, bueyes y cabras sin número para su provisión,

18 y un gran suministro de raciones para cada hombre, y una enorme cantidad de oro y plata de la casa del rey.

19 Salió, él y todo su ejército, en su viaje, para ir delante del rey Nabucodonosor, y para cubrir toda la faz de la tierra hacia el occidente con sus carros, jinetes e infantería escogida.

20 Una gran compañía de diversas naciones salió con ellos como langostas y como la arena de la tierra. Pues no podían ser contados a causa de su multitud.

21 Y partieron de Nínive a tres días de camino hacia la llanura de Bectilet, y acamparon desde Bectilet cerca de la montaña que está a la izquierda de la Cilicia superior.

22 Y tomó todo su ejército, su infantería, jinetes y carros, y se alejó de allí hacia la región montañosa,

23 y destruyó Put y Lud, y saqueó a todos los hijos de Rases y a los hijos de Ismael, que estaban a lo largo del desierto al sur de la tierra de los quelianos.

24 Y cruzó el Éufrates, y pasó por Mesopotamia, y derribó todas las ciudades altas que estaban sobre el río Arbonai, hasta llegar al mar.

25 Y tomó posesión de las fronteras de Cilicia, y mató a todos los que se le resistieron, y llegó a las fronteras de Jafet, que estaban hacia el sur, frente a Arabia.

26 Rodeó a todos los hijos de Madián, e incendió sus tiendas, y saqueó sus rediles de ovejas.

27 Descendió a la llanura de Damasco en los días de la siega del trigo, e incendió todos sus campos, y destruyó por completo sus rebaños y manadas, saqueó sus ciudades, asoló sus llanuras e hirió a todos sus jóvenes a filo de espada.

28 Y el temor y el pavor de él cayó sobre los que habitaban en la costa del mar, sobre los que estaban en Sidón y Tiro, los que habitaban en Sur y Ocina, y todos los que habitaban en Jemnaan. Los que habitaban en Azoto y Ascalón le temieron en gran manera.

Capítulo 3

1 Y le enviaron mensajeros con palabras de paz, diciendo:

2 «Mira, nosotros los siervos de Nabucodonosor el gran rey yacemos ante ti. Úsanos como sea grato a tus ojos.

3 Mira, nuestras moradas, y todo nuestro país, y todos nuestros campos de trigo, y nuestros rebaños y manadas, y todos los rediles de nuestras tiendas, yacen ante tu rostro. Úsalos como te plazca.

4 Mira, incluso nuestras ciudades y los que habitan en ellas son tus siervos. Ven y trata con ellos como te parezca bien».

5 Así que los hombres llegaron a Holofernes, y le declararon conforme a estas palabras.

6 Él descendió hacia la costa del mar, él y su ejército, y puso guarniciones en las ciudades altas, y sacó de ellas hombres escogidos como aliados.

7 Lo recibieron, ellos y toda la región circundante, con guirnaldas, danzas y panderos.

8 Él derribó todas sus fronteras, y taló sus arboledas sagradas. Le había sido concedido destruir a todos los dioses de la tierra, para que todas las naciones adoraran únicamente a Nabucodonosor, y para que todas sus lenguas y sus tribus lo invocaran como a un dios.

9 Luego se dirigió hacia Esdraelón cerca de Dotaea, que está frente a la gran cordillera de Judea.

10 Acampó entre Geba y Escitópolis. Estuvo allí un mes entero, para reunir todo el equipaje de su ejército.

Capítulo 4

1 Los hijos de Israel que habitaban en Judea oyeron todo lo que Holofernes, el capitán en jefe de Nabucodonosor rey de los asirios, había hecho a las naciones, y cómo había saqueado todos sus templos y los había destruido por completo.

2 Tuvieron gran temor por su aproximación, y se turbaron por Jerusalén y por el templo del Señor su Dios;

3 porque habían subido recientemente del cautiverio, y todo el pueblo de Judea había sido reunido recientemente; y los vasos, el altar y la casa habían sido santificados después de haber sido profanados.

4 Y enviaron a todas las costas de Samaria, a Konae, a Bet-horón, Belmaim, Jericó, a Coba, Esora, y al valle de Salem;

5 y ocuparon de antemano todas las cimas de las altas montañas, fortificaron las aldeas que estaban en ellas, y almacenaron suministros para la provisión de la guerra, pues sus campos habían sido recién segados.

6 Joiaquim, el sumo sacerdote, que estaba en aquellos días en Jerusalén, escribió a los que habitaban en Betulia y Betomestaim, que está frente a Esdraelón, hacia la llanura que está cerca de Dotaim,

7 encargándoles que se apoderaran de las subidas de la región montañosa; porque por ellas era la entrada a Judea, y era fácil impedirles el paso, por cuanto la subida era estrecha, con espacio para dos hombres a lo sumo.

8 Y los hijos de Israel hicieron como Joiaquim el sumo sacerdote les había mandado, al igual que el senado de todo el pueblo de Israel, que estaba en sesión en Jerusalén.

9 Y todo hombre de Israel clamó a Dios con gran fervor, y con gran fervor humillaron sus almas.

10 Ellos, sus esposas, sus hijos, su ganado, y todo forastero, jornalero y siervo comprado con su dinero, se ciñeron cilicio sobre sus lomos.

11 Todo hombre y mujer de Israel, incluidos los niños pequeños y los habitantes de Jerusalén, se postraron ante el templo, esparcieron ceniza sobre sus cabezas, y extendieron su cilicio delante del Señor. Pusieron cilicio alrededor del altar.

12 Clamaron al Dios de Israel fervientemente de común acuerdo, para que no entregara a sus hijos como presa, a sus esposas como botín, las ciudades de su heredad a la destrucción, y el santuario a la profanación y al oprobio, para que las naciones se regocijaran.

13 El Señor escuchó su voz, y miró su aflicción. El pueblo continuó ayunando muchos días en toda Judea y Jerusalén delante del santuario del Señor Todopoderoso.

14 Y Joiaquim el sumo sacerdote, y todos los sacerdotes que estaban delante del Señor, y los que ministraban al Señor, tenían sus lomos vestidos de cilicio y ofrecían el holocausto continuo, los votos y las ofrendas voluntarias del pueblo.

15 Tenían ceniza sobre sus turbantes. Clamaron al Señor con todo su poder, para que mirara a toda la casa de Israel para bien.

Capítulo 5

1 Se le informó a Holofernes, el capitán en jefe del ejército de Asur, que los hijos de Israel se habían preparado para la guerra, habían cerrado los pasos de la región montañosa, habían fortificado todas las cimas de las altas colinas, y habían puesto barricadas en las llanuras.

2 Entonces se enojó sobremanera, y llamó a todos los príncipes de Moab, a los capitanes de Amón, y a todos los gobernadores de la costa del mar,

3 y les dijo: «Decidme ahora, vosotros hijos de Canaán, ¿quién es este pueblo que habita en la región montañosa? ¿Cuáles son las ciudades que habitan? ¿Cuán grande es su ejército? ¿Dónde reside su poder y su fuerza? ¿Qué rey está puesto sobre ellos, para ser el líder de su ejército?

4 ¿Por qué han vuelto la espalda, para no salir a mi encuentro, más que todos los que habitan en el occidente?»

5 Entonces Aquior, el líder de todos los hijos de Amón, le dijo: «Que mi señor escuche ahora una palabra de la boca de tu siervo, y te diré la verdad acerca de este pueblo que habita en esta región montañosa, cerca del lugar donde resides. Ninguna mentira saldrá de la boca de tu siervo.

6 Este pueblo desciende de los caldeos.

7 Residieron antes de esto en Mesopotamia, porque no quisieron seguir a los dioses de sus padres, que estaban en la tierra de los caldeos.

8 Se apartaron del camino de sus padres, y adoraron al Dios del cielo, el Dios a quien conocían. Sus padres los expulsaron de la presencia de sus dioses, y ellos huyeron a Mesopotamia y residieron allí muchos días.

9 Entonces su Dios les mandó que partieran del lugar donde residían, y que fueran a la tierra de Canaán. Allí habitaron, y prosperaron con oro y plata, y con muchísimo ganado.

10 Luego descendieron a Egipto, pues una hambruna cubrió toda la tierra de Canaán. Residieron allí hasta que crecieron. Se convirtieron allí en una gran multitud, de modo que no se podía contar la población de su nación.

11 Entonces el rey de Egipto se levantó contra ellos, y los trató astutamente, y los humilló, haciéndolos trabajar en la fabricación de ladrillos, y los hizo esclavos.

12 Clamaron a su Dios, y él hirió a toda la tierra de Egipto con plagas incurables; de modo que los egipcios los expulsaron de su vista.

13 Dios secó el Mar Rojo delante de ellos,

14 y los llevó por el camino del Sinaí hasta Cades-Barnea y expulsaron a todos los que habitaban en el desierto.

15 Habitaron en la tierra de los amorreos, y por su fuerza destruyeron a todos en Hesbón. Cruzando el Jordán, tomaron posesión de toda la región montañosa.

16 Expulsaron delante de ellos al cananeo, al ferezeo, al jebuseo, al siquemita y a todos los gergeseos, y habitaron en ese país muchos días.

17 Y mientras no pecaron ante su Dios, prosperaron, porque Dios, que odia la iniquidad, estaba con ellos.

18 Pero cuando se apartaron del camino que él les señaló, fueron destruidos en muchas batallas severas, y fueron llevados cautivos a una tierra que no era la suya. El templo de su Dios fue arrasado hasta los cimientos, y sus ciudades fueron tomadas por sus adversarios.

19 Y ahora han regresado a su Dios, y han subido de la dispersión donde estaban dispersos, y han tomado posesión de Jerusalén, donde está su santuario, y se han establecido en la región montañosa; pues estaba desolada.

20 Y ahora, mi señor y amo, si hay algún error en este pueblo, y pecan contra su Dios, averiguaremos qué es esto en lo que tropiezan, y subiremos y los venceremos.

21 Pero si no hay anarquía en su nación, que mi señor pase de largo, no sea que su Señor los defienda, y su Dios esté con ellos, y seamos un oprobio ante toda la tierra».

22 Aconteció que, cuando Aquior terminó de pronunciar estas palabras, todo el pueblo que estaba alrededor de la tienda se quejó. Los grandes hombres de Holofernes, y todos los que habitaban junto al mar y en Moab, dijeron que debía ser despedazado.

23 Porque decían: «No tendremos miedo de los hijos de Israel, porque, mirad, son un pueblo que no tiene poder ni fuerza para sostener un combate recio.

24 Por lo tanto, subiremos ahora, y serán una presa para ser devorada por todo tu ejército, señor Holofernes».

Capítulo 6

1 Y cuando cesó el tumulto de los hombres que estaban alrededor del consejo, Holofernes, el capitán en jefe del ejército de Asur, dijo a Aquior y a todos los hijos de Moab delante de todo el pueblo de los extranjeros:

2 "¿Y quiénes sois vosotros, Aquior, y los mercenarios de Efraín, para que hayáis profetizado entre nosotros como en el día de hoy, y hayáis dicho que no debemos hacer la guerra contra la raza de Israel, porque su Dios los defenderá? ¿Y quién es Dios sino Nabucodonosor?

3 Él enviará su poder, y los destruirá de la faz de la tierra, y su Dios no los librará; sino que nosotros sus siervos los heriremos como a un solo hombre. No sostendrán el ímpetu de nuestra caballería.

4 Porque con ella los consumiremos. Sus montañas se embriagarán con su sangre. Sus llanuras se llenarán con sus cadáveres. Sus pisadas no se mantendrán delante de nosotros, sino que ciertamente perecerán, dice el rey Nabucodonosor, señor de toda la tierra; porque él ha dicho: 'Las palabras que he hablado no serán en vano'.

5 Pero tú, Aquior, mercenario de Amón, que has pronunciado estas palabras en el día de tu iniquidad, no verás más mi rostro desde este día, hasta que me haya vengado de la raza de los que salieron de Egipto.

6 Y entonces la espada de mi ejército, y la multitud de los que me sirven, atravesarán tus costados, y caerás entre sus muertos cuando yo regrese.

7 Luego mis siervos te llevarán de vuelta a la región montañosa, y te pondrán en una de las ciudades junto a los desfiladeros.

8 No perecerás hasta que seas destruido con ellos.

9 Y si esperas en tu corazón que no sean tomados, no decaiga tu semblante. Lo he dicho, y ninguna de mis palabras caerá a tierra".

10 Entonces Holofernes mandó a sus siervos que aguardaban en su tienda que tomaran a Aquior, lo llevaran de vuelta a Betulia y lo entregaran en manos de los hijos de Israel.

11 Así que sus siervos lo tomaron, lo sacaron del campamento a la llanura, y se trasladaron de en medio de las llanuras hacia la región montañosa, y llegaron a los manantiales que estaban debajo de Betulia.

12 Cuando los hombres de la ciudad los vieron en la cima del monte, tomaron sus armas, y salieron de la ciudad contra ellos a la cima del monte. Todo hombre que usaba honda les impedía subir, y les arrojaban piedras.

13 Se pusieron a cubierto debajo del monte, ataron a Aquior, lo arrojaron al suelo, lo dejaron al pie del monte, y se alejaron hacia su señor.

14 Pero los hijos de Israel descendieron de su ciudad, llegaron a él, lo desataron, lo llevaron a Betulia, y lo presentaron ante los gobernantes de su ciudad,

15 que en aquellos días eran Ozías, hijo de Micaía, de la tribu de Simeón, y Cabris, hijo de Gotoniel, y Carmis, hijo de Melquiel.

16 Luego convocaron a todos los ancianos de la ciudad; y todos sus jóvenes acudieron corriendo, con sus mujeres, a la asamblea. Pusieron a Aquior en medio de todo su pueblo. Entonces Ozías le preguntó qué había sucedido.

17 Él respondió y les declaró las palabras del consejo de Holofernes, y todas las palabras que había hablado en medio de los príncipes de los hijos de Asur, y todas las grandes palabras que Holofernes había pronunciado contra la casa de Israel.

18 Entonces el pueblo se postró y adoró a Dios, y clamaron, diciendo:

19 «Oh Señor Dios del cielo, mira su arrogancia, y compadécete de la bajeza de nuestra raza. Mira el rostro de los que te están santificados en este día».

20 Consolaron a Aquior y lo elogiaron sobremanera.

21 Luego Ozías lo sacó de la asamblea a su casa, e hizo un banquete para los ancianos. Clamaron al Dios de Israel por ayuda toda aquella noche.

Capítulo 7

1 Al día siguiente Holofernes mandó a todo su ejército y a todo el pueblo que había venido a ser su aliado, que movieran su campamento hacia Betulia, tomaran los desfiladeros de la región montañosa, e hicieran la guerra contra los hijos de Israel.

2 Todo hombre valiente de entre ellos se movió aquel día. El ejército de sus hombres de guerra era de ciento setenta mil soldados de infantería, más doce mil jinetes, además del equipaje y los hombres que iban a pie entre ellos: una multitud sumamente grande.

3 Acamparon en el valle cerca de Betulia, junto al manantial. Se extendieron a lo ancho desde Dotaim hasta Belmaim, y a lo largo desde Betulia hasta Ciamón, que está cerca de Esdraelón.

4 Pero los hijos de Israel, al ver su multitud, se aterrorizaron, y cada uno dijo a su prójimo: «Ahora estos hombres lamerán la faz de toda la tierra. Ni las altas montañas, ni los valles, ni las colinas podrán soportar su peso».

5 Cada hombre tomó sus armas de guerra, y habiendo encendido fuegos en sus torres, permanecieron vigilando toda aquella noche.

6 Mas en el segundo día Holofernes sacó toda su caballería a la vista de los hijos de Israel que estaban en Betulia,

7 observó las subidas a su ciudad, buscó los manantiales de las aguas, se apoderó de ellos y puso guarniciones de hombres de guerra sobre ellos. Luego regresó a su pueblo.

8 Todos los gobernantes de los hijos de Esaú, todos los líderes del pueblo de Moab y los capitanes de la costa del mar se acercaron a él y le dijeron:

9 «Que nuestro señor escuche ahora una palabra, para que no haya bajas en tu ejército.

10 Pues este pueblo de los hijos de Israel no confía en sus lanzas, sino en la altura de las montañas donde habitan, porque no es fácil subir a las cimas de sus montañas.

11 Y ahora, mi señor, no luches contra ellos como luchan los hombres en batalla campal, y no perecerá ni un solo hombre de tu pueblo.

12 Permanece en tu campamento, y mantén a salvo a cada hombre de tu ejército. Que tus siervos tomen posesión del manantial de agua, que fluye al pie de la montaña,

13 porque de allí sacan el agua todos los habitantes de Betulia. Entonces la sed los matará, y entregarán su ciudad. Luego nosotros y nuestro pueblo subiremos a las cimas de las montañas cercanas, y acamparemos sobre ellas, para vigilar que ni un solo hombre salga de la ciudad.

14 Serán consumidos por el hambre: ellos, sus esposas y sus hijos. Antes de que la espada venga contra ellos, yacerán en las calles donde habitan.

15 Y les pagarás con mal, porque se rebelaron y no salieron a tu encuentro en paz».

16 Sus palabras agradaron a Holofernes y a todos sus siervos; y ordenó que hicieran tal como habían hablado.

17 Y el ejército de los hijos de Amón se movió, y con ellos cinco mil de los hijos de Asur, y acamparon en el valle. Se apoderaron de las aguas y de los manantiales de agua de los hijos de Israel.

18 Los hijos de Esaú subieron con los hijos de Amón, y acamparon en la región montañosa cerca de Dotaim. Enviaron a algunos de ellos hacia el sur, y hacia el oriente, cerca de Ecrebel, que está cerca de Cusi, sobre el arroyo Mocmur. El resto del ejército de los asirios acampó en la llanura, y cubrió toda la faz de la tierra. Sus tiendas y equipajes estaban plantados en una inmensa muchedumbre. Eran una multitud sumamente grande.

19 Los hijos de Israel clamaron al Señor su Dios, pues su espíritu desfallecía; porque todos sus enemigos los habían rodeado. No había forma de escapar de en medio de ellos.

20 Todo el ejército de Asur permaneció a su alrededor, su infantería, sus carros y sus jinetes, durante treinta y cuatro días. Todas sus vasijas de agua se secaron para todos los habitantes de Betulia.

21 Las cisternas se vaciaron, y no tenían agua para beber hasta saciarse ni por un día; pues racionaban la bebida por medida.

22 Sus niños pequeños estaban desalentados. Las mujeres y los jóvenes desfallecían de sed. Caían en las calles de la ciudad y en los pasajes de las puertas. Ya no quedaba fuerza en ellos.

23 Todo el pueblo, incluyendo los jóvenes, las mujeres y los niños, se congregaron contra Ozías y contra los gobernantes de la ciudad. Clamaron a gran voz, y dijeron ante todos los ancianos:

24 «Que Dios sea juez entre todos vosotros y nosotros, porque nos habéis hecho un gran mal, por cuanto no habéis hablado palabras de paz con los hijos de Asur.

25 Ahora no tenemos ayudador; sino que Dios nos ha vendido en sus manos, para que seamos abatidos ante ellos con sed y gran destrucción.

26 Y ahora llamadlos, y entregad toda la ciudad como presa al pueblo de Holofernes y a todo su ejército.

27 Pues es mejor para nosotros ser capturados por ellos. Porque seremos siervos, pero nuestras almas vivirán, y no veremos la muerte de nuestros bebés ante nuestros ojos, ni a nuestras esposas y nuestros hijos desfallecer en la muerte.

28 Ponemos por testigos contra vosotros al cielo y a la tierra, y a nuestro Dios y Señor de nuestros padres, que nos castiga según nuestros pecados y los pecados de nuestros padres. ¡Haced lo que hemos dicho hoy!»

29 Y hubo gran llanto de todos a una sola voz en medio de la asamblea; y clamaron al Señor Dios a gran voz.

30 Y Ozías les dijo: «¡Hermanos, tened buen ánimo! Soportemos cinco días más, durante los cuales el Señor nuestro Dios volverá su misericordia hacia nosotros; porque no nos desamparará por completo.

31 Pero si pasan estos días y no nos llega ayuda, haré lo que decís».

32 Luego dispersó al pueblo, cada hombre a su propio campamento; y se fueron a los muros y torres de su ciudad. Envió a las mujeres y a los niños a sus casas. Estaban muy abatidos en la ciudad.

Capítulo 8

1 En aquellos días Judit oyó acerca de esto. Era hija de Merari, hijo de Ox, hijo de José, hijo de Oziel, hijo de Elcías, hijo de Ananías, hijo de Gedeón, hijo de Rafaín, hijo de Ahitob, hijo de Eliú, hijo de Eliab, hijo de Natanael, hijo de Salamiel, hijo de Salasadai, hijo de Israel.

2 Su esposo era Manasés, de su tribu y de su familia. Él murió en los días de la siega de la cebada.

3 Porque estaba al frente de los que ataban gavillas en el campo, y fue vencido por el calor ardiente, cayó en su lecho y murió en su ciudad Betulia. Así que lo enterraron con sus padres en el campo que está entre Dotaim y Balamón.

4 Judit fue viuda en su casa tres años y cuatro meses.

5 Se hizo una tienda sobre el techo de su casa, y se ciñó cilicio sobre sus lomos. Llevaba puestas las vestiduras de su viudez.

6 Y ayunó todos los días de su viudez, excepto las vísperas de los sábados, los sábados, las vísperas de las lunas nuevas, las lunas nuevas, y las fiestas y días de regocijo de la casa de Israel.

7 Era de hermosa apariencia y muy bella a la vista. Su esposo Manasés le había dejado oro, plata, siervos, siervas, ganado y tierras. Ella permaneció en esas tierras.

8 Nadie decía nada malo de ella, porque temía a Dios sobremanera.

9 Ella oyó las malas palabras del pueblo contra el gobernador, porque desfallecían por falta de agua; y Judit oyó todas las palabras que Ozías les habló, cómo les juró que entregaría la ciudad a los asirios después de cinco días.

10 Así que envió a su doncella, que estaba a cargo de todas las cosas que tenía, para llamar a Ozías, Cabris y Carmis, los ancianos de su ciudad.

11 Ellos vinieron a ella, y ella les dijo: «¡Escuchadme ahora, oh gobernantes de los habitantes de Betulia! Porque la palabra que habéis hablado hoy ante el pueblo no es recta. Habéis establecido el juramento que habéis pronunciado entre Dios y vosotros, y habéis prometido entregar la ciudad a nuestros enemigos, a menos que en estos días el Señor se vuelva para ayudaros.

12 Ahora bien, ¿quiénes sois vosotros para haber puesto a prueba a Dios en este día, y poneros en el lugar de Dios entre los hijos de los hombres?

13 Ahora tentáis al Señor Todopoderoso, pero nunca sabréis nada.

14 Pues no hallaréis la profundidad del corazón del hombre, ni percibiréis las cosas que él piensa. ¿Cómo escudriñaréis a Dios, que ha hecho todas estas cosas, para conocer su mente y comprender su propósito? ¡No, hermanos míos, no provoquéis a ira al Señor nuestro Dios!

15 Porque si él no ha decidido ayudarnos en estos cinco días, tiene poder para defendernos en el tiempo que él quiera, o para destruirnos ante la faz de nuestros enemigos.

16 ¡Pero no comprometáis los consejos del Señor nuestro Dios! Porque Dios no es como un ser humano, para que sea amenazado, ni es como un hijo de hombre, para que sea ganado con ruegos.

17 Por tanto, esperemos la salvación que viene de él, y clamemos a él para que nos ayude. Él escuchará nuestra voz, si le place.

18 Porque no se levantó ninguna en nuestra época, ni hay hoy ninguna entre nosotros, tribu, parentela, familia o ciudad, que adore a dioses hechos de manos, como era en los días pasados;

19 por lo cual nuestros padres fueron entregados a la espada y al saqueo, y cayeron con gran destrucción ante nuestros enemigos.

20 Pero nosotros no conocemos a otro dios fuera de él. Por tanto, esperamos que no nos despreciará a nosotros, ni a ninguno de nuestra raza.

21 Pues si somos capturados, toda Judea será capturada y nuestro santuario será saqueado; y él demandará nuestra sangre por profanarlo.

22 La matanza de nuestros hermanos, la cautividad de la tierra y la desolación de nuestra heredad, él la hará recaer sobre nuestras cabezas entre los gentiles, dondequiera que estemos en servidumbre. Seremos ofensa y oprobio para aquellos que nos tomen por posesión.

23 Porque nuestra servidumbre no será ordenada para favor; sino que el Señor nuestro Dios la convertirá en deshonra.

24 Y ahora, hermanos, demos un ejemplo a nuestros hermanos, porque su alma depende de nosotros, y el santuario, la casa y el altar dependen de nosotros.

25 Además de todo esto, demos gracias al Señor nuestro Dios, que nos prueba, tal como lo hizo con nuestros padres también.

26 Recordad todas las cosas que le hizo a Abraham, y todas las cosas en que probó a Isaac, y todas las cosas que le sucedieron a Jacob en Mesopotamia de Siria, cuando apacentaba las ovejas de Labán, el hermano de su madre.

27 Porque no nos ha probado en el fuego, como hizo con ellos, para escudriñar sus corazones, ni ha tomado venganza de nosotros; sino que el Señor azota a los que se acercan a él, para amonestarlos».

28 Y Ozías le dijo: «Todo lo que has hablado, lo has hablado con buen corazón. No hay nadie que niegue tus palabras.

29 Porque no es éste el primer día en que se manifiesta tu sabiduría; sino que desde el principio de tus días todo el pueblo ha conocido tu entendimiento, porque la disposición de tu corazón es buena.

30 Pero el pueblo estaba sumamente sediento, y nos obligó a hacer como les hablamos, y a echar sobre nosotros un juramento, el cual no quebrantaremos.

31 Y ahora ora por nosotros, porque eres una mujer piadosa, y el Señor nos enviará lluvia para llenar nuestras cisternas, y no desfalleceremos más».

32 Entonces Judit les dijo: «Escuchadme, y haré una cosa, que pasará a todas las generaciones entre los hijos de nuestra raza.

33 Todos vosotros estaréis en la puerta esta noche. Yo saldré con mi doncella. Dentro de los días después de los cuales dijisteis que entregaríais la ciudad a nuestros enemigos, el Señor librará a Israel por mi mano.

34 Pero no indagaréis mi acción; porque no os lo diré hasta que estén terminadas las cosas que haré».

35 Entonces Ozías y los gobernantes le dijeron: «Ve en paz. Que el Señor Dios vaya delante de ti, para tomar venganza de nuestros enemigos».

36 Así que regresaron de la tienda y se fueron a sus puestos.

Capítulo 9

1 Pero Judit se postró sobre su rostro, puso ceniza sobre su cabeza, y descubrió el cilicio del que estaba vestida. El incienso de aquella tarde se estaba ofreciendo en Jerusalén en la casa de Dios, y Judit clamó al Señor a gran voz, y dijo:

2 "Oh Señor Dios de mi padre Simeón, en cuya mano pusiste una espada para tomar venganza de los extranjeros que soltaron el cinturón de una virgen para mancillarla, descubrieron su muslo para su vergüenza, y profanaron su seno para su oprobio; porque tú dijiste: 'No será así'; y ellos lo hicieron.

3 Por tanto, entregaste a sus gobernantes a la matanza, y su lecho, que se avergonzaba por ella que fue engañada, a ser teñido en sangre, y heriste a los siervos con sus amos, y a los amos en sus tronos;

4 y entregaste a sus mujeres como presa, y a sus hijas para ser cautivas, y todos sus despojos para ser divididos entre tus hijos amados; los cuales se movieron a celo por ti, y aborrecieron la contaminación de su sangre, y clamaron a ti por ayuda. Oh Dios, oh mi Dios, escúchame también a mí, que soy viuda.

5 Pues tú hiciste las cosas anteriores a aquellas, y aquellas, y las que vinieron después; y tú planeaste las cosas que son ahora, y las que han de venir. Las cosas que tú planeaste se cumplieron.

6 Sí, las cosas que tú determinaste se presentaron ante ti, y dijeron: 'Henos aquí; porque todos tus caminos están preparados, y tu juicio es con presciencia'.

7 Porque, he aquí, los asirios se han multiplicado en su poder. Se han exaltado con caballo y jinete. Se enorgullecieron de la fuerza de su infantería. Han confiado en el escudo, la lanza, el arco y la honda. No saben que tú eres el Señor que quebranta las batallas. 'El Señor' es tu nombre.

8 Quebranta su fuerza con tu poder, y abate su ímpetu en tu ira; porque tienen la intención de profanar tu santuario, y de mancillar el tabernáculo donde reposa tu glorioso nombre, y de destruir el cuerno de tu altar con la espada.

9 Mira su orgullo, y envía tu ira sobre sus cabezas. Entrega en mi mano, que soy viuda, el poder que he concebido.

10 Hiere por el engaño de mis labios al siervo con el príncipe, y al príncipe con su siervo. Derriba su arrogancia por la mano de una mujer.

11 Porque tu poder no reside en los números, ni tu fuerza en hombres valientes, sino que tú eres Dios de los afligidos. Eres ayudador de los oprimidos, ayudador de los débiles, protector de los desamparados, salvador de los que no tienen esperanza.

12 Te ruego, te ruego, Dios de mi padre, y Dios de la heredad de Israel, Señor de los cielos y de la tierra, Creador de las aguas, Rey de toda tu creación, escucha mi oración.

13 Haz que mis palabras y mi engaño sean su herida y contusión, de aquellos que planean cosas duras contra tu pacto, tu santa casa, la cima de Sión, y la casa de la posesión de tus hijos.

14 Haz que toda nación y tribu tuya conozca que tú eres Dios, el Dios de todo poder y fuerza, y que no hay otro que proteja a la raza de Israel sino tú".

Capítulo 10

1 Aconteció que, cuando ella cesó de clamar al Dios de Israel, y terminó de pronunciar todas estas palabras,

2 se levantó de donde había caído, llamó a su doncella, y descendió a la casa en la que habitaba en los días de reposo y en sus días de fiesta.

3 Se quitó el cilicio que se había puesto, se despojó de las vestiduras de su viudez, lavó todo su cuerpo con agua, se ungió con ricos ungüentos, trenzó el cabello de su cabeza y se puso una tiara. Se vistió con sus ropas de alegría, que solía llevar en

los días de vida de su esposo Manasés.

4 Tomó sandalias para sus pies, y se puso su ajorca, brazaletes, anillos, pendientes y todas sus joyas. Se atavió con gran hermosura para engañar los ojos de todos los hombres que la vieran.

5 Dio a su doncella un odre de vino y un frasco de aceite, y llenó una bolsa con grano tostado, tortas de higos y pan fino. Empacó todas sus vasijas, y se las puso a cuestas.

6 Salieron a la puerta de la ciudad de Betulia, y hallaron a Ozías y a los ancianos de la ciudad, Cabris y Carmis, de pie junto a ella.

7 Pero cuando la vieron, que su semblante había cambiado y sus vestiduras eran distintas, se asombraron grandemente de su belleza y le dijeron:

8 «Que el Dios de nuestros padres te conceda gracia, y cumpla tus propósitos para gloria de los hijos de Israel, y para exaltación de Jerusalén». Entonces ella adoró a Dios,

9 y les dijo: «Mandad que me abran la puerta de la ciudad, y saldré a cumplir las cosas de las que hablasteis conmigo». Y ordenaron a los jóvenes que le abrieran, como ella había dicho;

10 y así lo hicieron. Entonces Judit salió, ella, y su sierva con ella. Los hombres de la ciudad la observaron hasta que hubo descendido la montaña, hasta que hubo pasado el valle, y ya no pudieron verla más.

11 Avanzaron directamente por el valle. La guardia de los asirios la interceptó;

12 y la prendieron, y le preguntaron: «¿De qué pueblo eres? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas?» Ella dijo: «Soy hija de los hebreos. Huyo de su presencia, porque están a punto de seros entregados para ser consumidos.

13 Vengo a la presencia de Holofernes, el capitán en jefe de vuestro ejército, para declarar palabras de verdad. Le mostraré un camino por el que puede ir y ganar toda la región montañosa, y no le faltará ni un solo hombre de los suyos, ni una sola vida».

14 Al oír los hombres sus palabras, y contemplar su semblante, la belleza del mismo era sumamente maravillosa a sus ojos. Le dijeron:

15 «Has salvado tu vida, al apresurarte a descender a la presencia de nuestro señor. Ahora ven a su tienda. Algunos de nosotros te guiarán hasta entregarte en sus manos.

16 Pero cuando estés delante de él, no temas en tu corazón, sino declárale lo que acabas de decir, y él te tratará bien».

17 Escogieron de entre ellos a cien hombres, y los designaron para que la acompañaran a ella y a su doncella; y las llevaron a la tienda de Holofernes.

18 Y hubo gran excitación en todo el campamento, pues su llegada fue anunciada por las tiendas. Vinieron y la rodearon mientras estaba fuera de la tienda de Holofernes, hasta que le hablaron de ella.

19 Se maravillaron de su belleza, y se maravillaron de los hijos de Israel a causa de ella. Cada uno decía a su prójimo: «¿Quién despreciaría a este pueblo, que tiene entre ellos a tales mujeres? Pues no es bueno que quede con vida ni un solo hombre de ellos, visto que, si se les deja ir, podrán engañar a toda la tierra».

20 Entonces los guardias de Holofernes y todos sus siervos salieron y la introdujeron en la tienda.

21 Y Holofernes estaba reposando en su lecho bajo el dosel, que estaba tejido con púrpura, oro, esmeraldas y piedras preciosas.

22 Y le hablaron de ella; y él salió al espacio delante de su tienda, con lámparas de plata yendo delante de él.

23 Mas cuando Judit se presentó ante él y sus siervos, todos se maravillaron de la belleza de su semblante. Ella se postró sobre su rostro y le hizo reverencia, pero sus siervos la levantaron.

Capítulo 11

1 Holofernes le dijo: «Mujer, ten buen ánimo. No temas en tu corazón; porque nunca he hecho daño a nadie que haya elegido servir a Nabucodonosor, el rey de toda la tierra.

2 Y ahora, si tu pueblo que habita en la región montañosa no me hubiera menospreciado, yo no habría levantado mi lanza contra ellos; pero ellos mismos se han buscado estas cosas.

3 Y ahora dime por qué huiste de ellos y viniste a nosotros; pues has venido para salvarte. ¡Ten buen ánimo! Vivirás esta noche, y en adelante;

4 porque no hay nadie que te haga daño, sino que todos te tratarán bien, tal como se hace con los siervos del rey Nabucodonosor, mi señor».

5 Y Judit le respondió: «Recibe las palabras de tu sierva, y permite que tu esclava hable en tu presencia, y no mentiré a mi señor en esta noche.

6 Si sigues las palabras de tu sierva, Dios llevará a cabo la obra perfectamente contigo; y mi señor no dejará de cumplir sus propósitos.

7 Vive Nabucodonosor, rey de toda la tierra, y vive su poder, el cual te ha enviado para la preservación de todo ser viviente, que no solo los hombres le sirven por medio de ti, sino que también las bestias del campo, el ganado y las aves del cielo vivirán por tu fuerza, en el tiempo de Nabucodonosor y de toda su casa.

8 Pues hemos oído de tu sabiduría y de los sutiles planes de tu alma. Se ha divulgado por toda la tierra que solo tú eres valiente en todo el reino, poderoso en conocimiento y admirable en hazañas de guerra.

9 Y ahora, en cuanto al asunto del que habló Aquior en tu consejo, hemos oído sus palabras; porque los hombres de Betulia lo salvaron, y él les declaró todo lo que había hablado delante de ti.

10 Por tanto, oh señor y amo, no pases por alto su palabra, sino guárdala en tu corazón, porque es verdadera; pues nuestra raza no será castigada, ni la espada prevalecerá contra ellos, a menos que pequen contra su Dios.

11 Y ahora, para que mi señor no sea derrotado ni frustrado en su propósito, y para que la muerte caiga sobre ellos, su pecado los ha alcanzado, con el cual provocarán a ira a su Dios, en el momento en que cometan iniquidad.

12 Como les faltaron los alimentos y toda su agua escaseó, tomaron la decisión de matar a sus ganados, y determinaron consumir todas aquellas cosas que Dios les prohibió comer mediante sus leyes.

13 Han resuelto gastar las primicias del grano y los diezmos del vino y del aceite, que habían santificado y reservado para los sacerdotes que están delante del rostro de nuestro Dios en Jerusalén, lo cual no es lícito que ninguno del pueblo siquiera toque con sus manos.

14 Han enviado mensajeros a Jerusalén, porque los que habitan allí también han hecho esto, para que les traigan el permiso del consejo de ancianos.

15 Cuando les lleguen estas instrucciones y las cumplan, te serán entregados para ser destruidos ese mismo día.

16 Por tanto yo, tu sierva, conociendo todo esto, huí de su presencia. Dios me envió para obrar cosas contigo, de las cuales toda la tierra se asombrará, todos los que las oigan.

17 Porque tu sierva es piadosa, y sirve al Dios del cielo de día y de noche. Ahora, mi señor, me quedaré contigo; y tu sierva saldrá de noche al valle. Oraré a Dios, y él me dirá cuándo han cometido sus pecados.

18 Entonces vendré y te lo diré. Luego podrás salir con todo tu ejército, y no habrá ninguno de ellos que se te resista.

19 Y te guiaré por en medio de Judea, hasta que llegues a Jerusalén. Estableceré tu trono en medio de ella. Los conducirás como a ovejas que no tienen pastor, y ni un perro se atreverá a abrir su boca delante de ti; porque estas cosas me fueron di-

chas según mi presciencia, y me fueron declaradas, y fui enviada para decírtelas».

20 Sus palabras agradaron a Holofernes y a todos sus siervos. Se maravillaron de su sabiduría, y dijeron:

21 «No hay mujer semejante de un extremo a otro de la tierra, por la belleza de su rostro y la sabiduría de sus palabras».

22 Holofernes le dijo: «Dios hizo bien en enviarte delante del pueblo, para que el poder estuviera en nuestras manos, y la destrucción entre los que menospreciaron a mi señor.

23 Y ahora eres hermosa en tu semblante, y sabia en tus palabras. Si haces tal como has hablado, tu Dios será mi Dios, y tú habitarás en el palacio del rey Nabucodonosor, y serás de renombre en toda la tierra».

Capítulo 12

1 Mandó que la introdujeran adonde estaban colocadas sus vasijas de plata, y ordenó que sus siervos le prepararan de sus propios manjares, y que bebiera de su propio vino.

2 Y Judit dijo: «No puedo comer de ello, para que no sea ocasión de tropiezo; sino que se me proveerá de las cosas que he traído conmigo».

3 Y Holofernes le preguntó: «Pero si se te acaban las cosas que traes contigo, ¿de dónde podremos darte más cosas semejantes? Porque no hay nadie de tu raza entre nosotros».

4 Y Judit le respondió: «Vive tu alma, mi señor, que tu sierva no agotará las cosas que están conmigo hasta que el Señor obre por mi mano las cosas que él ha determinado».

5 Entonces los siervos de Holofernes la llevaron a la tienda, y ella durmió hasta la medianoche. Luego se levantó hacia la vigilia de la mañana,

6 y envió a decir a Holofernes: «Mande ahora mi señor que permitan a tu sierva salir a orar».

7 Holofernes ordenó a sus guardias que no la detuvieran. Ella permaneció en el campamento tres días, y salía cada noche al valle de Betulia y se lavaba en la fuente de agua del campamento.

8 Y al subir, imploraba al Señor Dios de Israel que dirigiera su camino para el triunfo de los hijos de su pueblo.

9 Entraba purificada y permanecía en la tienda hasta que tomaba su alimento hacia el atardecer.

10 Aconteció al cuarto día, que Holofernes hizo un banquete solo para sus propios siervos, y no llamó a ninguno de los oficiales al convite.

11 Y le dijo a Bagoas el eunuco, que estaba a cargo de todo lo que tenía: «Ve ahora, y persuade a esta mujer hebrea que está contigo a que venga a nosotros, y coma y beba con nosotros.

12 Pues, he aquí, sería una vergüenza que dejemos ir a una mujer así, sin haber disfrutado de su compañía; porque si no la atraemos hacia nosotros, se burlará de nosotros».

13 Bagoas salió de la presencia de Holofernes, entró a donde ella estaba, y le dijo: «Que esta hermosa dama no tema venir a mi señor, y ser honrada en su presencia, y beber vino y alegrarse con nosotros, y llegar a ser en este día como una de las hijas de los hijos de Asur que sirven en el palacio de Nabucodonosor».

14 Judit le respondió: «¿Quién soy yo, para contradecir a mi señor? Pues todo lo que sea grato a sus ojos, lo haré de prisa, y esto será mi gozo hasta el día de mi muerte».

15 Se levantó, y se atavió con sus vestiduras y con todos sus adornos de mujer; y su sierva fue y extendió vellones en el suelo para ella junto a Holofernes, los cuales había recibido de Bagoas para su uso diario, para que pudiera sentarse y comer sobre ellos.

16 Judit entró y se sentó, y el corazón de Holofernes quedó cautivado por ella. Su pasión se encendió, y deseó sobremanera su compañía. Había estado buscando una oportunidad para engañarla desde el día en que la vio.

17 Holofernes le dijo: «Bebe ahora, y alégrate con nosotros».

18 Judit dijo: «Beberé ahora, mi señor, porque mi vida es engrandecida en mí en este día más que en todos los días desde que nací».

19 Entonces ella tomó y comió y bebió delante de él lo que su sierva había preparado.

20 Holofernes se deleitó grandemente en ella, y bebió muchísimo vino, más del que había bebido en un solo día desde que nació.

Capítulo 13

1 Pero cuando llegó la noche, sus siervos se apresuraron a marcharse. Bagoas cerró la tienda por fuera, y despidió a los que servían de la presencia de su señor. Se fueron a sus lechos; pues todos estaban fatigados, porque el banquete se había prolongado.

2 Pero Judit quedó sola en la tienda, con Holofernes tendido a lo largo de su lecho; porque estaba ebrio de vino.

3 Judit le había dicho a su sierva que se quedara fuera de su alcoba, y que esperara a que ella saliera, como hacía a diario; pues dijo que saldría a su oración. Y habló a Bagoas con las mismas palabras.

4 Todos se retiraron de su presencia, y no quedó nadie en la alcoba, ni pequeño ni grande. Judit, de pie junto a su lecho, dijo en su corazón: «Oh Señor Dios de todo poder, mira en esta hora las obras de mis manos para la exaltación de Jerusalén.

5 Pues ahora es el tiempo de ayudar a tu heredad, y de cumplir el propósito que he concebido para la destrucción de los enemigos que se han levantado contra nosotros».

6 Se acercó a la columna del lecho que estaba a la cabecera de Holofernes, y descolgó de allí su espada.

7 Se acercó al lecho, lo agarró por el cabello de su cabeza, y dijo: «Fortaléceme, oh Señor Dios de Israel, en este día».

8 Lo hirió dos veces en el cuello con todas sus fuerzas y le cortó la cabeza,

9 arrojó su cuerpo fuera del lecho, y arrancó el dosel de las columnas. Poco después salió, y entregó la cabeza de Holofernes a su doncella;

10 y ella la metió en su bolsa de provisiones. Ambas salieron juntas a la oración, según su costumbre. Atravesaron el campamento, rodearon aquel valle, subieron a la montaña de Betulia, y llegaron a sus puertas.

11 Judit gritó desde lejos a los centinelas de las puertas: «¡Abrid, abrid la puerta, ahora! Dios está con nosotros, nuestro Dios, para mostrar aún su poder en Israel, y su fuerza contra el enemigo, como lo ha hecho en este mismo día».

12 Aconteció que, cuando los hombres de su ciudad oyeron su voz, se apresuraron a bajar a la puerta de su ciudad, y convocaron a los ancianos de la ciudad.

13 Todos acudieron corriendo, tanto pequeños como grandes, pues les parecía increíble que ella hubiera regresado. Abrieron la puerta y las recibieron, encendieron un fuego para alumbrar, y las rodearon.

14 Ella les dijo a gran voz: «¡Alabad a Dios! ¡Alabadle! ¡Alabad a Dios, que no ha apartado su misericordia de la casa de Israel, sino que ha destruido a nuestros enemigos por mi mano en esta noche!»

15 Entonces sacó la cabeza de la bolsa, la mostró, y les dijo: «He aquí la cabeza de Holofernes, el capitán en jefe del ejército de Asur, y he aquí el dosel bajo el cual yacía en su embriaguez. El Señor lo hirió por la mano de una mujer.

16 Y vive el Señor, que me preservó en el camino por donde anduve, que mi semblante lo engañó para su destrucción, y él no cometió pecado conmigo, para mancillarme ni avergonzarme».

17 Todo el pueblo se asombró sobremanera, y se inclinaron, adoraron a Dios, y dijeron a una voz: «Bendito eres, oh Dios nuestro, que en este día has humillado a los enemigos de tu pueblo».

18 Ozías le dijo: «Bendita eres, hija, a los ojos del Dios Altísimo, sobre todas las mujeres de la tierra; y bendito es el Señor Dios, creador de los cielos y de la tierra, que te guio para cortar la cabeza del príncipe de nuestros enemigos.

19 Porque tu esperanza no se apartará del corazón de los hombres que recuerden la fuerza de Dios para siempre.

20 Que Dios convierta estas cosas en una alabanza perpetua para ti, para visitarte con bienes, porque no escatimaste tu vida a causa de la aflicción de nuestra raza, sino que impediste nuestra ruina, andando por un camino recto delante de nuestro Dios». Y todo el pueblo dijo: «¡Amén! ¡Amén!»

Capítulo 14

1 Judit les dijo: «Escuchadme ahora, hermanos míos, tomad esta cabeza, y colgadla en las almenas de vuestro muro.

2 Y sucederá que, tan pronto como despunte la mañana y el sol salga sobre la tierra, cada uno de vosotros tomará sus armas de guerra, y todo hombre valiente de entre vosotros saldrá de la ciudad. Pondréis un capitán sobre ellos, como si fuerais a descender a la llanura hacia la guardia de los hijos de Asur; pero vosotros no descenderéis.

3 Ellos tomarán todas sus armaduras, irán a su campamento y despertarán a los capitanes del ejército de Asur. Correrán juntos a la tienda de Holofernes. No lo encontrarán. El temor caerá sobre ellos, y huirán de vuestra presencia.

4 Vosotros, y todos los que habitan en cada frontera de Israel, los perseguiréis y los abatiréis mientras huyen.

5 Pero antes de que hagáis estas cosas, llamadme a Aquior el amonita, para que vea y reconozca al que despreció a la casa de Israel, y que lo envió a nosotros, como a la muerte».

6 Y llamaron a Aquior de la casa de Ozías; pero cuando él llegó, y vio la cabeza de Holofernes en la mano de un hombre en la asamblea del pueblo, cayó sobre su rostro, y su espíritu desfalleció.

7 Mas cuando lo recobraron, se postró a los pies de Judit, le hizo reverencia, y dijo: «¡Bendita eres tú en cada tienda de Judá! En cada nación, los que oigan tu nombre se turbarán.

8 Ahora cuéntame todas las cosas que has hecho en estos días». Y Judit le relató en medio del pueblo todas las cosas que había hecho, desde el día en que salió hasta el momento en que les hablaba.

9 Cuando terminó de hablar, el pueblo gritó a gran voz, e hizo un ruido de regocijo en su ciudad.

10 Mas cuando Aquior vio todas las cosas que el Dios de Israel había hecho, creyó en Dios sobremanera, y circuncidó la carne de su prepucio, y fue unido a la casa de Israel, hasta el día de hoy.

11 Tan pronto como amaneció, colgaron la cabeza de Holofernes sobre el muro, y cada hombre tomó sus armas, y salieron por cuadrillas a las subidas de la montaña.

12 Pero cuando los hijos de Asur los vieron, enviaron aviso a sus líderes, y estos acudieron a sus capitanes y tribunos, y a cada uno de sus gobernantes.

13 Llegaron a la tienda de Holofernes, y le dijeron al que estaba a cargo de todo lo que tenía: «Despierta ahora a nuestro señor, pues los esclavos se han atrevido a descender contra nosotros a la batalla, para ser destruidos por completo».

14 Bagoas entró y llamó a la puerta exterior de la tienda; pues suponía que Holofernes estaba durmiendo con Judit.

15 Pero al ver que nadie respondía, la abrió, entró a la alcoba, y lo encontró arrojado muerto sobre el umbral; y le habían quitado la cabeza.

16 Clamó a gran voz, con llanto, gemidos y alaridos, y rasgó sus vestiduras.

17 Entró en la tienda donde se alojaba Judit, y no la encontró. Salió de un salto hacia la tropa, y gritó en voz alta:

18 «¡Los esclavos han obrado con traición! Una sola mujer de los hebreos ha traído vergüenza sobre la casa del rey Nabucodonosor; pues, he aquí, ¡Holofernes yace en tierra, y su cabeza no está sobre él!»

19 Cuando los gobernantes del ejército de Asur oyeron esto, rasgaron sus túnicas, y sus almas se turbaron sobremanera. Hubo gritos y un ruido sumamente grande en medio del campamento.

Capítulo 15

1 Cuando los que estaban en las tiendas se enteraron, se asombraron de lo sucedido.

2 El temblor y el miedo cayeron sobre ellos, y ningún hombre se atrevió a quedarse más a la vista de su prójimo, sino que saliendo precipitadamente de común acuerdo, huyeron por todos los caminos de la llanura y de la región montañosa.

3 Los que habían acampado en la región montañosa alrededor de Betulia huyeron. Y entonces los hijos de Israel, todo hombre de guerra entre ellos, se lanzaron sobre ellos.

4 Ozías envió mensajeros a Betomasthaim, Bebai, Cobai y Cola, y a todas las fronteras de Israel, para anunciar las cosas que se habían llevado a cabo, y para que todos se lanzaran sobre sus enemigos para destruirlos.

5 Cuando los hijos de Israel oyeron esto, todos cayeron sobre ellos de común acuerdo, y los hirieron hasta Cobai. Sí, y de igual manera también vinieron los de Jerusalén y de toda la región montañosa (pues les habían contado a los hombres

lo sucedido en el campamento de sus enemigos), y los que estaban en Galaad y en Galilea atacaron sus flancos con gran mortandad, hasta que pasaron Damasco y sus fronteras.

6 El resto del pueblo que habitaba en Betulia cayó sobre el campamento de Asur, los saquearon, y se enriquecieron sobremanera.

7 Los hijos de Israel regresaron de la matanza, y tomaron posesión de lo que quedaba. Las aldeas y las ciudades que estaban en la región montañosa y en la llanura tomaron muchos despojos; pues había una provisión sumamente grande.

8 Joiaquim el sumo sacerdote, y los ancianos de los hijos de Israel que habitaban en Jerusalén, vinieron para ver las cosas buenas que el Señor había mostrado a Israel, y para ver a Judit y saludarla.

9 Cuando llegaron a ella, todos la bendijeron a una voz, y le dijeron: «¡Tú eres la exaltación de Jerusalén! ¡Tú eres la gran gloria de Israel! ¡Tú eres el gran regocijo de nuestra raza!

10 Has hecho todas estas cosas por tu mano. Has hecho con Israel cosas buenas, y Dios se complace en ello. ¡Que seas bendecida por el Señor Todopoderoso para siempre!» Y todo el pueblo dijo: «¡Amén!»

11 Y el pueblo saqueó el campamento durante treinta días; y le dieron a Judit la tienda de Holofernes, junto con todas sus copas de plata, sus lechos, sus tazones y todos sus muebles. Ella los tomó, los colocó sobre su mula, preparó sus carros, y los apiló sobre ellos.

12 Y todas las mujeres de Israel acudieron corriendo para verla; y la bendijeron, e hicieron una danza entre ellas en su honor. Ella tomó ramas en su mano, y las distribuyó a las mujeres que estaban con ella.

13 Luego se hicieron guirnaldas de olivo, ella y las que estaban con ella, y fue delante de todo el pueblo en la danza, guiando a todas las mujeres. Todos los hombres de Israel las siguieron con sus armaduras, con guirnaldas, y con cánticos en sus bocas.

Capítulo 16

1 Y Judit comenzó a entonar este cántico de acción de gracias en todo Israel, y
todo el pueblo cantó a gran voz este cántico de alabanza.

2 Judit dijo:
"Iniciad un cántico a mi Dios con panderos.
Cantad a mi Señor con címbalos.
Entonad a él salmo y alabanza.
Exaltadle, e invocad su nombre.

3 Porque el Señor es el Dios que quebranta las batallas.
Pues en sus ejércitos en medio del pueblo,
me libró de la mano de los que me perseguían.

4 Asur vino de las montañas del norte.
Llegó con decenas de miles de su ejército.
Su multitud detuvo los torrentes.
Sus jinetes cubrieron las colinas.

5 Él dijo que quemaría mis fronteras,
que mataría a mis jóvenes a espada,
que arrojaría a mis niños de pecho contra el suelo,
que entregaría a mis infantes como presa,
y haría de mis vírgenes un botín.

6 "El Señor Todopoderoso los redujo a la nada por la mano de una mujer.

7 Porque su paladín no cayó por manos de jóvenes,
ni lo hirieron los hijos de los titanes.
No lo atacaron altos gigantes,
sino que Judit, hija de Merari, lo debilitó con la belleza de su semblante.

8 "Porque ella se despojó de las vestiduras de su viudez
para la exaltación de los afligidos en Israel.
Ungió su rostro con ungüento,

ató su cabello en una tiara,
y tomó una vestidura de lino para engañarle.

9 Su sandalia cautivó su ojo.
Su belleza hizo prisionera a su alma.
La espada atravesó su cuello.

10 "Los persas temblaron ante su osadía.
Los medos se acobardaron por su audacia.

11 "Entonces mis humildes gritaron a gran voz.
Mi pueblo oprimido se aterrorizó y tembló de miedo.
Levantaron sus voces y el enemigo huyó.

12 Los hijos de las criadas los traspasaron,
y los hirieron como a hijos de fugitivos.
Perecieron por el ejército de mi Señor.

13 "Cantaré a mi Dios un cántico nuevo:
Oh Señor, tú eres grande y glorioso,
maravilloso en fuerza, invencible.

14 Que toda tu creación te sirva;
porque tú hablaste, y fueron hechas.
Enviaste tu espíritu, y él las formó.
No hay quien pueda resistir tu voz.

15 Porque las montañas serán removidas de sus cimientos con las aguas,
y las rocas se derretirán como cera en tu presencia:
Pero tú aún eres misericordioso con los que te temen.

16 Porque todo sacrificio es poco para olor grato,
y toda la grosura es muy poca para un holocausto a ti;
pero el que teme al Señor es grande continuamente.

17 «¡Ay de las naciones que se levantan contra mi raza!
El Señor Todopoderoso tomará venganza de ellos en el día del juicio
y pondrá fuego y gusanos en su carne;
y llorarán y sentirán su dolor para siempre».

18 Ahora bien, cuando llegaron a Jerusalén, adoraron a Dios. Cuando el pueblo fue purificado, ofrecieron sus holocaustos, sus ofrendas voluntarias y sus dones.

19 Judit dedicó todos los bienes de Holofernes, que el pueblo le había entregado, y dio el dosel, que ella había tomado para sí de su alcoba, como ofrenda al Señor.

20 Y el pueblo continuó festejando en Jerusalén delante del santuario durante tres meses, y Judit permaneció con ellos.

21 Después de estos días, cada uno partió a su propia heredad. Judit regresó a Betulia, permaneció en su propia posesión, y fue honorable en su tiempo en toda la tierra.

22 Muchos la desearon, pero ningún hombre la conoció en todos los días de su vida desde el día en que su esposo Manasés murió y fue reunido con su pueblo.

23 Aumentó en grandeza sobremanera; y envejeció en la casa de su esposo, hasta los ciento cinco años. Concedió la libertad a su doncella. Luego murió en Betulia. La enterraron en la cueva de su esposo Manasés.

24 La casa de Israel la lloró durante siete días. Ella distribuyó sus bienes antes de morir a todos los parientes más cercanos de su esposo Manasés, y a los parientes más cercanos de su propio linaje.

25 No hubo nadie que atemorizara a los hijos de Israel nunca más en los días de Judit, ni por mucho tiempo después de su muerte.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

ESTER (TEXTO GRIEGO)

Capítulo 1

1 [En el segundo año del reinado de Asuero el gran rey, en el primer día de Nisán, Mardoqueo hijo de Jaír, hijo de Simei, hijo de Cis, de la tribu de Benjamín, un judío que habitaba en la ciudad de Susa, un gran hombre, que servía en el palacio del rey, tuvo una visión. Él era uno de los cautivos que Nabucodonosor, rey de Babilonia, había llevado cautivo de Jerusalén con Jeconías, el rey de Judea. Este fue su sueño: He aquí, voces y un ruido, truenos y terremoto, tumulto sobre la tierra. Y he aquí, dos grandes serpientes salieron, ambas listas para el conflicto. Una gran voz salió de ellas. Toda nación se preparó para la batalla por su voz, para luchar contra la nación de los justos. He aquí, un día de oscuridad y tinieblas, sufrimiento y angustia, aflicción y tumulto sobre la tierra. Y toda la nación justa fue turbada, temiendo sus propias aflicciones. Se prepararon para morir, y clamaron a Dios. Algo así como un gran río proveniente de un pequeño manantial con mucha agua, surgió de su clamor. La luz y el sol se levantaron, y los humildes fueron exaltados, y devoraron a los honorables. Mardoqueo, que había visto esta visión y lo que Dios deseaba hacer, habiéndose levantado, la guardó en su corazón y deseó por todos los medios interpretarla, hasta la noche. Mardoqueo descansaba tranquilamente en el palacio con Gabata y Tarra, los dos eunucos del rey que custodiaban el palacio. Escuchó su conversación y descubrió sus planes. Supo que se preparaban para poner las manos sobre el rey Asuero; e informó al rey sobre ellos. El rey examinó a los dos eunucos. Confesaron, y fueron llevados y ejecutados. El rey escribió estas cosas para dejar constancia. Mardoqueo también escribió acerca de estos asuntos. El rey ordenó a Mardoqueo que sirviera en el palacio, y le dio regalos por este servicio. Pero Amán, hijo de Hamedata el bogeo, era hon-

rado ante los ojos del rey, y procuró hacer daño a Mardoqueo y a su pueblo, a causa de los dos eunucos del rey.] Y aconteció después de estas cosasen los días de Asuero, —(este Asuero reinó sobre ciento veintisiete provincias, desde la India)—

2 en aquellos días, cuando el rey Asuero estaba en el trono en la ciudad de Susa,

3 en el tercer año de su reinado, hizo un banquete para sus amigos, para gente del resto de las naciones, para los nobles de los persas y medos, y para los jefes de los gobernadores locales.

4 Después de esto —después de haberles mostrado la riqueza de su reino y la abundante gloria de su riqueza durante ciento ochenta días—

5 cuando se cumplieron los días del banquete de bodas, el rey hizo un banquete que duró seis días para los pueblos de las naciones que estaban presentes en la ciudad, en el atrio de la casa del rey,

6 el cual estaba adornado con lino fino y lino sobre cordones de lino fino y púrpura, sujetos a tachones de oro y plata sobre columnas de mármol blanco y piedra. Había lechos de oro y plata sobre un pavimento de piedra de esmeralda, y de nácar, y de mármol blanco, con cubiertas transparentes diversamente floreadas, teniendo rosas dispuestas a su alrededor.

7 Había copas de oro y plata, y se expuso una pequeña copa de carbunclo, del valor de treinta mil talentos, con abundante y dulce vino, que el propio rey bebía.

8 Este banquete no fue según la ley establecida, sino como el rey deseó que fuera. Él ordenó a los mayordomos que hicieran su voluntad y la de la compañía.

9 También la reina Vasti hizo un banquete para las mujeres en el palacio donde vivía el rey Asuero.

10 Y el séptimo día, el rey, estando alegre, dijo a Amán, Bazán, Tarra, Baraze, Zatolota, Abataza y Taraba, los siete eunucos, servidores del rey Asuero,

11 que trajeran a la reina ante él, para entronizarla y coronarla con la diadema, y para mostrarla a los príncipes, y su belleza a las naciones, pues ella era hermosa.

12 Pero la reina Vasti rehusó venir con los eunucos; de modo que el rey se entristeció y se enojó.

13 Y dijo a sus amigos: «Esto es lo que dijo Vasti. Por tanto, pronunciad vuestro juicio legal sobre este caso.»

14 Entonces Arceseo, Sarsateo y Malisear, los príncipes de los persas y medos, que estaban cerca del rey, que ocupaban el lugar principal junto al rey, se acercaron a él,

15 y le informaron según las leyes de lo que correspondía hacer a la reina Vasti, porque no había cumplido las cosas ordenadas por el rey por medio de los eunucos.

16 Y Memucán dijo al rey y a los príncipes: "La reina Vasti no ha agraviado solamente al rey, sino también a todos los gobernantes y príncipes del rey;

17 porque él les ha contado las palabras de la reina, y cómo ella desobedeció al rey. Así como ella rehusó obedecer al rey Asuero,

18 así en este día las otras esposas de los jefes de los persas y medos, habiendo oído lo que ella dijo al rey, se atreverán de la misma manera a deshonrar a sus maridos.

19 Si entonces le parece bien al rey, emita un decreto real, y que se escriba según las leyes de los medos y persas, y que no lo altere: 'No permitáis que la reina entre a él nunca más. Que el rey dé su realeza a una mujer mejor que ella.'

20 Que la ley del rey que él promulgue sea ampliamente proclamada en su reino. Entonces todas las mujeres darán honra a sus maridos, desde el pobre hasta el rico."

21 Este consejo agradó al rey y a los príncipes; y el rey hizo conforme a lo que Memucán había dicho,

22 y envió por todo su reino a las diversas provincias, según su idioma, para que los hombres fueran temidos en sus propias casas.

Capítulo 2

1 Después de esto, la ira del rey se apaciguó, y no mencionó más a Vasti, recordando lo que ella había dicho y cómo él la había condenado.

2 Entonces los servidores del rey dijeron: «Búsquense jóvenes doncellas hermosas y castas para el rey.

3 Que el rey nombre gobernadores locales en todas las provincias de su reino, y que ellos seleccionen jóvenes hermosas y castas y las traigan a la ciudad de Susa, al aposento de las mujeres. Que sean entregadas al eunuco del rey, el guardián de las mujeres. Luego, que se les den las cosas para la purificación y otras necesidades.

4 Que la mujer que agrade al rey sea reina en lugar de Vasti.» Esta cosa agradó al rey; y así lo hizo.

5 Ahora bien, había un judío en la ciudad de Susa, y su nombre era Mardoqueo, hijo de Jaír, hijo de Simei, hijo de Cis, de la tribu de Benjamín.

6 Había sido traído como prisionero de Jerusalén, a quien Nabucodonosor, rey de Babilonia, había llevado en cautiverio.

7 Tenía una hija adoptiva, hija de Aminadab, hermano de su padre. Su nombre era Ester. Cuando sus padres murieron, él la crio hasta la madurez como propia. Esta joven era hermosa.

8 Y debido a que se publicó la ordenanza del rey, muchas jóvenes fueron reunidas en la ciudad de Susa bajo la mano de Hegai; y Ester fue llevada a Hegai, el guardián de las mujeres.

9 La joven le agradó, y halló gracia a sus ojos. Él se apresuró a darle las cosas para la purificación, su porción, y las siete doncellas que se le asignaron del palacio. La trató bien a ella y a sus doncellas en el aposento de las mujeres.

10 Pero Ester no reveló su linaje ni su parentela, porque Mardoqueo le había ordenado que no lo dijera.

11 Y Mardoqueo solía caminar todos los días por el atrio de las mujeres, para ver qué sería de Ester.

12 Ahora este era el tiempo para que una virgen entrara al rey, cuando había cumplido doce meses; porque así se cumplen los días de la purificación: seis meses mientras se ungen con aceite de mirra, y seis meses con especias y purificaciones de mujeres.

13 Y entonces la joven entra al rey. El oficial a quien él ordene la traerá para que entre con él desde el aposento de las mujeres a la cámara del rey.

14 Ella entra por la tarde, y por la mañana se marcha al segundo aposento de las mujeres, donde Hegai, el eunuco del rey, es guardián de las mujeres. Ella no vuelve a entrar al rey, a menos que sea llamada por su nombre.

15 Y cuando se cumplió el tiempo para que Ester, hija de Aminadab, hermano del padre de Mardoqueo, entrara al rey, no descuidó nada de lo que el eunuco, guardián de las mujeres, le ordenó; porque Ester hallaba gracia ante los ojos de todos los que la miraban.

16 Así que Ester entró al rey Asuero en el mes duodécimo, que es Adar, en el séptimo año de su reinado.

17 El rey amó a Ester, y ella halló favor por encima de todas las demás vírgenes. Él puso la corona de reina sobre ella.

18 El rey hizo un banquete para todos sus amigos y grandes hombres durante siete días, y celebró por todo lo alto el matrimonio de Ester; y concedió una remisión de impuestos a los que estaban bajo su dominio.

19 Mientras tanto, Mardoqueo servía en el patio.

20 Ester no había revelado su país, porque así se lo ordenó Mardoqueo, para temer a Dios, y cumplir sus mandamientos, como cuando estaba con él. Ester no cambió su modo de vida.

21 Dos eunucos del rey, los jefes de la guardia personal, se entristecieron porque Mardoqueo fue ascendido; y buscaron matar al rey Asuero.

22 Y el asunto fue descubierto por Mardoqueo, y se lo hizo saber a Ester, y ella declaró al rey el asunto de la conspiración.

23 Y el rey examinó a los dos eunucos y los colgó. Luego el rey ordenó hacer una anotación como memorial en la biblioteca real de la buena voluntad mostrada por Mardoqueo, como encomio.

Capítulo 3

1 Después de esto, el rey Asuero honró grandemente a Amán hijo de Hamedata, el bogeo. Lo exaltó y puso su asiento por encima de todos sus amigos.

2 Todos en el palacio se inclinaban ante él, porque así lo había ordenado el rey; pero Mardoqueo no se inclinaba ante él.

3 Y los del palacio del rey dijeron a Mardoqueo: «Mardoqueo, ¿por qué transgredes los mandatos del rey?»

4 Le interrogaban a diario, pero él no les escuchaba; así que informaron a Amán que Mardoqueo resistía los mandatos del rey; y Mardoqueo les había mostrado que él era judío.

5 Cuando Amán entendió que Mardoqueo no se inclinaba ante él, se enfureció grandemente,

6 y tramó destruir por completo a todos los judíos que estaban bajo el dominio de Asuero.

7 En el duodécimo año del reinado de Asuero, Amán tomó una decisión echando suertes por día y mes, para matar a la raza de Mardoqueo en un solo día. La suerte cayó en el día catorce del mes de Adar.

8 Entonces habló al rey Asuero, diciendo: «Hay una nación esparcida entre las naciones en todo tu reino, y sus leyes difieren de todas las demás naciones. Ellos desobedecen las leyes del rey. No conviene al rey tolerarlos.

9 Si le parece bien al rey, que emita un decreto para destruirlos, y yo entregaré en el tesoro del rey diez mil talentos de plata.»

10 Entonces el rey se quitó el anillo, y lo entregó en manos de Amán para sellar los decretos contra los judíos.

11 El rey dijo a Amán: «Quédate con la plata, y trata a la nación como quieras.»

12 Así que se llamó a los escribanos del rey en el mes primero, a los trece días, y escribieron conforme a lo que Amán mandó a los capitanes y gobernadores en cada provincia, desde la India hasta Etiopía, a ciento veintisiete provincias; y a los gobernantes de las naciones según sus idiomas, en nombre del rey Asuero.

13 El mensaje fue enviado por mensajeros a través de todo el reino de Asuero, para destruir por completo a la raza de los judíos en el primer día del duodécimo mes, que es Adar, y para saquear sus bienes. [Lo siguiente es la copia de la carta. "Del gran rey Asuero a los gobernantes y a los gobernadores bajo ellos de las ciento veintisiete provincias, desde la India hasta Etiopía, que tienen autoridad bajo él: «Gobernando sobre muchas naciones y habiendo obtenido dominio sobre todo el mundo, determiné (no exaltado por la confianza del poder, sino conduciéndome siempre con gran moderación y mansedumbre) hacer la vida de mis súbditos continuamente tranquila, deseando mantener el reino pacífico y ordenado hasta sus últimos límites, y restaurar la paz deseada por todos los hombres. Cuando pregunté a mis consejeros cómo debía llevarse a cabo esto, Amán, que sobresale en rectitud de juicio entre nosotros, y que se ha mostrado manifiestamente bien dispuesto sin vacilaciones y con inquebrantable fidelidad, y había obtenido el segundo puesto en el reino, nos informó que un cierto pueblo malintencionado está esparcido entre todas las tribus del mundo, opuesto en su ley a cualquier otra nación, y descuidando continuamente los mandatos del rey, de modo que el gobierno unido que nosotros administramos intachablemente no se establece en quietud. Habiendo concebido entonces que esta nación se opone continuamente a todo hombre, introduciendo como cambio un código extranjero de leyes, e intrigando injuriosamente para consumar el peor de los males contra nues-

tros intereses, y contra el feliz establecimiento de la monarquía, os instruimos en la carta escrita por Amán, que está a cargo de los asuntos públicos y es nuestro segundo gobernador, a destruirlos a todos por completo con sus mujeres y niños por las espadas de los enemigos, sin piedad ni compasión alguna, en el día catorce del duodécimo mes, Adar, del presente año; para que el pueblo antaño y ahora malintencionado hacia nosotros, habiendo sido violentamente consignado a la muerte en un solo día, pueda en adelante asegurarnos continuamente un estado de cosas bien constituido y tranquilo.»]

14 Copias de las cartas fueron publicadas en cada provincia; y se dio la orden a todas las naciones de estar preparadas para aquel día.

15 Este asunto también se apresuró en Susa. El rey y Amán comenzaron a beber, pero la ciudad estaba consternada.

Capítulo 4

1 Pero Mardoqueo, habiendo percibido lo que se había hecho, rasgó sus vestiduras, se vistió de cilicio y se esparció ceniza sobre sí mismo. Habiendo corrido por la calle abierta de la ciudad, clamó a gran voz: «¡Una nación que no ha hecho ningún mal va a ser destruida!»

2 Llegó hasta la puerta del rey, y se detuvo; porque no le era lícito entrar en el palacio vestido de cilicio y ceniza.

3 Y en cada provincia donde se publicaron las cartas, hubo llanto, lamentación y gran luto por parte de los judíos. Vestían cilicio y cenizas.

4 Las doncellas de la reina y los eunucos entraron y se lo contaron; y cuando ella oyó lo que había pasado, se turbó profundamente. Envió ropa a Mardoqueo para reemplazar su cilicio, pero él se negó.

5 Entonces Ester llamó a su eunuco Hatac, que la atendía; y le envió a averiguar la verdad por medio de Mardoqueo.

7 Mardoqueo le mostró lo que se había hecho, y la promesa que Amán le había hecho al rey de diez mil talentos para ser pagados al tesoro, a fin de destruir a los judíos.

8 Y le dio la copia de lo publicado en Susa referente a su destrucción para mostrársela a Ester; y le dijo que le encargara a ella ir y suplicar al rey, y rogarle por el pueblo. «Recuerda, le dijo, los días de tu humilde condición, cómo fuiste criada por mi mano; porque Amán, que ocupa el lugar siguiente al rey, ha hablado contra nosotros para causar nuestra muerte. Invoca al Señor, y habla al rey acerca de nosotros, para librarnos de la muerte.»

9 Así que Hatac entró y le dijo todas estas palabras.

10 Ester le dijo a Hatac: "Ve a Mardoqueo, y dile:

11 'Todas las naciones del imperio saben que cualquier hombre o mujer que entre al rey en el atrio interior sin ser llamado, esa persona debe morir, a menos que el rey extienda su cetro de oro; entonces vivirá. Yo no he sido llamada a entrar al rey por treinta días.'"

12 Así que Hatac informó a Mardoqueo de todas las palabras de Ester.

13 Entonces Mardoqueo dijo a Hatac: "Ve y dile a ella: 'Ester, no te digas a ti misma que tú sola escaparás en el reino, más que todos los demás judíos.

14 Porque si callas en esta ocasión, ayuda y protección vendrán a los judíos de otro lugar; pero tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Quién sabe si has sido hecha reina para esta ocasión?'"

15 Y Ester envió al mensajero que vino a ella de vuelta a Mardoqueo, diciendo:

16 «Ve y reúne a los judíos que están en Susa, y ayunad todos por mí. No comáis ni bebáis durante tres días, noche y día. Mis doncellas y yo también ayunaremos. Entonces entraré al rey en contra de la ley, aunque tenga que morir.»

17 Así que Mardoqueo fue e hizo todo lo que Ester le mandó.

18 [Oró al Señor, haciendo mención de todas las obras del Señor.

19 Dijo: «Señor Dios, tú eres rey que gobierna sobre todo, porque todas las cosas están en tu poder, y no hay nadie que pueda oponerse a ti en tu propósito de salvar a Israel;

20 porque tú has hecho el cielo y la tierra y cada cosa maravillosa bajo el cielo.

21 Tú eres el Señor de todo, y no hay nadie que pueda resistirte, Señor.

22 Tú sabes todas las cosas. Tú sabes, Señor, que no es por insolencia, ni por arrogancia, ni por amor a la gloria, que he hecho esto, rehusar inclinarme ante el arrogante Amán.

23 Porque con gusto habría besado las plantas de sus pies por la seguridad de Israel.

24 Pero he hecho esto para no poner la gloria del hombre por encima de la gloria de Dios. No adoraré a nadie excepto a ti, mi Señor, y no haré estas cosas con arrogancia.

25 Y ahora, oh Señor Dios, el Rey, el Dios de Abraham, perdona a tu pueblo, porque nuestros enemigos planean nuestra destrucción, y han deseado destruir tu antigua heredad.

26 No pases por alto a tu pueblo, que has redimido para ti mismo de la tierra de Egipto.

27 Escucha mi oración. Ten misericordia de tu heredad y convierte nuestro lamento en alegría, para que vivamos y cantemos alabanzas a tu nombre, oh Señor. No destruyas por completo la boca de los que te alaban, oh Señor.»

28 Todo Israel clamó con todas sus fuerzas, porque la muerte estaba ante sus ojos.

29 Y la reina Ester se refugió en el Señor, siendo tomada como en la agonía de la muerte.

30 Habiéndose quitado su vestidura gloriosa, se vistió de ropas de angustia y luto. En lugar de grandes perfumes se llenó la cabeza con ceniza y estiércol. Humilló grandemente su cuerpo, y llenó cada lugar de su alegre adorno con su cabello

enredado.

31 Imploró al Señor Dios de Israel, y dijo: “Oh mi Señor, tú solo eres nuestro rey. Ayúdame. Estoy desamparada, y no tengo quien me ayude sino a ti,

32 porque mi peligro está cerca.

33 He oído desde mi nacimiento en la tribu de mis parientes que tú, Señor, sacaste a Israel de entre todas las naciones, y a nuestros padres de entre todos sus parientes para una heredad perpetua, y has hecho por ellos todo lo que has dicho.

34 Y ahora hemos pecado delante de ti, y nos has entregado en las manos de nuestros enemigos,

35 porque honramos a sus dioses. Eres justo, oh Señor.

36 Pero ahora no se han contentado con la amargura de nuestra esclavitud, sino que han puesto sus manos sobre las manos de sus ídolos

37 para abolir el decreto de tu boca, y destruir por completo tu heredad, y para tapar la boca de los que te alaban, y para extinguir la gloria de tu casa y tu altar,

38 y para abrir la boca de los gentiles para hablar las alabanzas de las vanidades, y para que un rey mortal sea admirado para siempre.

39 Oh Señor, no entregues tu cetro a los que no existen, y no dejes que se rían de nuestra caída, sino vuelve su consejo contra ellos mismos, y haz un ejemplo de aquel que ha comenzado a injuriarnos.

40 ¡Acuérdate de nosotros, oh Señor! Manifiéstate en el tiempo de nuestra aflicción. ¡Anímame, oh Rey de dioses, y gobernante de todo dominio!

41 Pon palabras armoniosas en mi boca delante del león, y vuelve su corazón a odiar al que lucha contra nosotros, para la destrucción total de los que están de acuerdo con él.

42 Pero líbranos con tu mano, y ayúdame a mí que estoy sola y no tengo a nadie sino a ti, oh Señor.

43 Tú sabes todas las cosas, y sabes que odio la gloria de los transgresores, y que aborrezco el lecho de los incircuncisos y de todo extranjero.

44 Tú conoces mi necesidad, porque aborrezco el símbolo de mi orgullosa posición, que está sobre mi cabeza en los días de mi esplendor. Lo aborrezco como un paño de menstruación, y no lo llevo en los días de mi tranquilidad.

45 Tu sierva no ha comido en la mesa de Amán, y no he honrado el banquete del rey, ni he bebido vino de libaciones.

46 Tampoco tu sierva se ha regocijado desde el día de mi ascenso hasta ahora, excepto en ti, oh Señor Dios de Abraham.

47 Oh Dios, que tienes poder sobre todos, escucha la voz de los desesperados, y líbranos de la mano de los que traman el mal. Líbrame de mi temor.]

Capítulo 5

1 Aconteció al tercer día, cuando ella había cesado de orar, que se quitó su vestido de sierva y se puso su gloriosa vestidura. Estando espléndidamente vestida y habiendo invocado a Dios, el Supervisor y Preservador de todas las cosas, tomó a sus dos doncellas, y se apoyó en una, como una mujer delicada, y la otra la siguió llevando su cola. Ella florecía en la perfección de su belleza. Su rostro estaba alegre y se veía encantadora, pero su corazón estaba lleno de miedo. Habiendo pasado por todas las puertas, se paró ante el rey. Él estaba sentado en su trono real. Se había puesto todas sus ropas gloriosas, cubierto todo de oro y piedras preciosas, y era muy aterrador. Y habiendo levantado su rostro resplandeciente de gloria, miró con intensa ira. La reina cayó, y cambió su color al desmayarse. Se inclinó sobre la cabeza de la doncella que iba delante de ella. Pero Dios cambió el espíritu del rey a mansedumbre, y con intenso sentimiento, saltó de su trono, y la tomó en sus brazos, hasta que se recuperó. La consoló con palabras pacíficas, y le dijo: "¿Qué te ocurre, Ester? Soy tu pariente. ¡Alégrate! No morirás, porque nuestra orden es declarada abiertamente para ti: 'Acércate'."

2 Y habiendo levantado el cetro de oro, lo puso sobre el cuello de ella, y la abrazó. Él dijo: «Háblame.» Entonces ella le dijo: «Te vi, mi señor, como a un ángel de Dios, y mi corazón se turbó por temor de tu gloria; porque tú, mi señor, eres digno de admiración, y tu rostro está lleno de gracia.» Mientras ella hablaba, se desmayó y cayó. Entonces el rey se turbó, y todos sus siervos la consolaron.

3 El rey dijo: «¿Qué deseas, Ester? ¿Cuál es tu petición? Pide incluso hasta la mitad de mi reino, y será tuyo.»

4 Ester dijo: «Hoy es un día especial. Así que, si le parece bien al rey, que vengan hoy el rey y Amán al banquete que prepararé este día.»

5 El rey dijo: «Apresuraos y traed a Amán aquí, para que hagamos lo que Ester ha dicho.» Así que ambos vinieron al banquete del que Ester había hablado.

6 En el banquete, el rey dijo a Ester: «¿Cuál es tu petición, reina Ester? Tendrás todo lo que requieras.»

7 Ella dijo: «Mi petición y mi ruego es:

8 si he hallado favor ante los ojos del rey, que el rey y Amán vengan de nuevo mañana al banquete que prepararé para ellos, y mañana haré como he hecho hoy.»

9 Así que Amán salió de la presencia del rey muy contento y alegre; pero cuando Amán vio a Mardoqueo el judío en la corte, se enfureció grandemente.

10 Habiendo entrado en su propia casa, llamó a sus amigos, y a su esposa Zeres.

11 Les mostró sus riquezas y la gloria con la que el rey le había investido, y cómo le había ascendido para ser el gobernante principal del reino.

12 Amán dijo: “La reina no ha llamado a nadie al banquete con el rey sino a mí, y estoy invitado mañana.

13 Pero estas cosas no me agradan mientras vea a Mardoqueo el judío en la corte.

14 Entonces Zeres su esposa y sus amigos le dijeron: «Que te hagan una horca de cincuenta codos de alto. Por la mañana habla al rey, y que Mardoqueo sea colgado en la horca; pero tú ve al banquete con el rey, y alégrate.» El dicho agradó a

Amán, y la horca fue preparada.

Capítulo 6

1 El Señor quitó el sueño al rey aquella noche; así que mandó a su siervo que trajera los libros, los registros de los acontecimientos diarios, para que se los leyeran.

2 Y halló los registros escritos concernientes a Mardoqueo, de cómo él había informado al rey acerca de los dos eunucos del rey, cuando hacían guardia, y procuraban poner las manos sobre Asuero.

3 El rey dijo: «¿Qué honra o favor hemos concedido a Mardoqueo por esto?» Los siervos del rey respondieron: «No habéis hecho nada por él.»

4 Y mientras el rey inquiría acerca de la bondad de Mardoqueo, he aquí, Amán estaba en el atrio. El rey dijo: «¿Quién está en el atrio?» Ahora bien, Amán había entrado para hablar con el rey sobre colgar a Mardoqueo en el patíbulo que él le había preparado.

5 Los siervos del rey dijeron: «He aquí, Amán está en el atrio.» Y el rey dijo: «¡Llamadle!»

6 El rey dijo a Amán: «¿Qué debo hacer por el hombre a quien deseo honrar?» Amán dijo para sí mismo: «¿A quién desearía honrar el rey sino a mí?»

7 Y dijo al rey: "En cuanto al hombre a quien el rey desea honrar,

8 que los siervos del rey traigan el manto de lino fino que el rey viste, y el caballo en el que el rey cabalga,

9 y que se lo den a uno de los nobles amigos del rey, y que él vista al hombre a quien el rey ama. Que lo monte en el caballo, y lo proclame por las calles de la ciudad, diciendo: «¡Esto es lo que se hará por todo hombre a quien el rey honra!»

10 Entonces el rey dijo a Amán: «Bien has hablado. Haz así con Mardoqueo el judío, que sirve en el palacio, y que no se omita ni una palabra de lo que has dicho.»

11 Así que Amán tomó el manto y el caballo, vistió a Mardoqueo, lo montó en el caballo, y fue por las calles de la ciudad, proclamando: «Esto es lo que se hará por todo hombre a quien el rey desea honrar.»

12 Luego Mardoqueo regresó al palacio; pero Amán se fue a su casa de luto, con la cabeza cubierta.

13 Amán relató los acontecimientos que le habían sucedido a Zeres su mujer y a sus amigos. Sus amigos y su mujer le dijeron: «Si Mardoqueo es del linaje de los judíos, y has comenzado a ser humillado ante él, ciertamente caerás; y no podrás resistirle, porque el Dios viviente está con él.»

14 Mientras aún hablaban, llegaron los eunucos para llevar apresuradamente a Amán al banquete que Ester había preparado.

Capítulo 7

1 Así que el rey y Amán entraron a beber con la reina.

2 El rey dijo a Ester en el banquete el segundo día: «¿Qué ocurre, reina Ester? ¿Cuál es tu petición? ¿Cuál es tu ruego? Te será concedido, hasta la mitad de mi reino.»

3 Ella respondió y dijo: «Si he hallado favor ante los ojos del rey, que se me conceda la vida como mi petición, y mi pueblo como mi ruego.

4 Porque tanto yo como mi pueblo estamos vendidos para destrucción, saqueo y genocidio. Si nosotros y nuestros hijos fuéramos vendidos como esclavos y esclavas, no os habría molestado, porque este no es digno del palacio del rey.»

5 El rey dijo: «¿Quién ha osado hacer esta cosa?»

6 Ester dijo: «¡El enemigo es Amán, este hombre malvado!» Entonces Amán se aterrorizó en presencia del rey y de la reina.

7 El rey se levantó del banquete para ir al jardín. Amán comenzó a suplicar clemencia a la reina, pues vio que estaba en grave peligro.

8 El rey regresó del jardín; y Amán había caído sobre el lecho, suplicando clemencia a la reina. El rey dijo: «¿Acaso también asaltarás a mi mujer en mi propia casa?» Y cuando Amán oyó esto, su semblante cambió.

9 Y Bugatán, uno de los eunucos, dijo al rey: «He aquí, Amán también ha preparado un patíbulo para Mardoqueo, quien habló en favor del rey, y un patíbulo de cincuenta codos de alto ha sido erigido en la propiedad de Amán.» El rey dijo: «¡Que sea colgado en él!»

10 Así que Amán fue colgado en el patíbulo que había sido preparado para Mardoqueo. Entonces la ira del rey se aplacó.

Capítulo 8

1 En aquel día, el rey Asuero dio a Ester todo lo que pertenecía a Amán el calumniador. El rey llamó a Mardoqueo, porque Ester había revelado que él era su pariente.

2 El rey tomó el anillo que le había quitado a Amán y se lo dio a Mardoqueo. Ester nombró a Mardoqueo sobre todo lo que había sido de Amán.

3 Ella habló de nuevo al rey, cayó a sus pies, y le imploró que deshiciera la maldad de Amán y todo lo que había tramado contra los judíos.

4 Entonces el rey extendió el cetro de oro hacia Ester; y Ester se levantó para estar cerca del rey.

5 Ester dijo: «Si le parece bien al rey, y he hallado favor a sus ojos, que se envíe una orden para que las cartas enviadas por Amán sean revocadas —cartas que fueron escritas para la destrucción de los judíos que están en tu reino.

6 Pues, ¿cómo podría yo ver la aflicción de mi pueblo, y cómo podría sobrevivir a la destrucción de mi linaje?»

7 Entonces el rey dijo a Ester: «Si te he dado y concedido libremente todo lo que era de Amán, y le he colgado en un patíbulo porque puso sus manos sobre los judíos, ¿qué más buscas?

8 Escribe en mi nombre lo que te parezca bien, y séllalo con mi anillo; porque todo
lo que se escribe por mandato del rey, y se sella con mi anillo, no puede ser
revocado.»

9 Así que los escribas fueron llamados en el primer mes, que es Nisán, a los veintitrés días del mismo año; y se escribieron las órdenes para los judíos, todo lo que el rey había mandado a los gobernadores locales y a los jefes de los gobernadores locales, desde la India hasta Etiopía —ciento veintisiete gobernadores locales, según las diversas provincias, en sus propios idiomas.

10 Fueron escritas por orden del rey, selladas con su anillo, y las cartas fueron enviadas por los correos.

11 En ellas, él les ordenaba usar sus propias leyes en cada ciudad, ayudarse mutuamente, y tratar a sus adversarios y a los que les atacaran como les pluguiese,

12 en un mismo día en todo el reino de Asuero, el día trece del duodécimo mes, que es Adar.

13 Que las copias sean fijadas en lugares visibles por todo el reino. Que todos los judíos estén preparados para este día, a fin de luchar contra sus enemigos. La siguiente es una copia de la carta que contiene las órdenes: [El gran rey Asuero envía saludos a los gobernantes de las provincias en las ciento veintisiete regiones de gobierno local, desde la India hasta Etiopía, y a aquellos que son fieles a nuestros intereses. Muchos que han sido frecuentemente honrados por la muy abundante bondad de susbenefactores han concebido ambiciosos designios, y no solo procuran dañar a nuestros súbditos, sino que además, no pudiendo soportar la prosperidad, procuran también conspirar contra sus propios benefactores. No solo abolirían por completo la gratitud de entre los hombres, sino que también, exaltados por la jactancia de hombres ajenos a todo lo bueno, supusieron que escaparían a la venganza que odia el pecado del Dios que todo lo ve. Y a menudo la mala exhortación ha hecho partícipes de la culpa de derramar sangre inocente, y ha envuelto en calamidades irremediables a muchos de aquellos que habían sido designados para cargos de autoridad, a quienes se había confiado la administración de

los asuntos de sus amigos; mientras que los hombres, por la falsa sofistería de una mala disposición, han engañado la sencilla buena voluntad de los poderes gobernantes. Y es posible ver esto, no tanto por relatos tradicionales más antiguos, como lo es inmediatamente en vuestro poder verlo al examinar qué cosas han sido inicuamente perpetradas por la bajeza de hombres que indignamente ostentan el poder. Es justo prestar atención con respecto al futuro, para que mantengamos el gobierno en paz imperturbable para todos los hombres, adoptando los cambios necesarios, y juzgando siempre aquellos casos que lleguen a nuestro conocimiento con decisiones verdaderamente equitativas. Pues por cuanto Amán, un macedonio, hijo de Hamedata, en realidad ajeno a la sangre de los persas, y difiriendo ampliamente de nuestro clemente curso de gobierno, habiendo sido hospitalariamente acogido por nosotros, obtuvo una porción tan grande de nuestra bondad universal como para ser llamado nuestro padre, y para continuar siendo la persona siguiente al trono real, reverenciado por todos; él, sin embargo, vencido por el orgullo, procuró privarnos de nuestro dominio, y de nuestra vida; habiendo demandado para destrucción, mediante diversos y sutiles artificios, tanto a Mardoqueo nuestro libertador y benefactor perpetuo, como a Ester la intachable consorte de nuestro reino, junto con toda su nación. Porque mediante estos métodos pensó, habiéndonos sorprendido en un estado indefenso, transferir el dominio de los persas a los macedonios. Pero encontramos que los judíos, que han sido consignados a la destrucción por el más abominable de los hombres, no son malhechores, sino que viven de acuerdo con las leyes más justas, y son los hijos del Dios viviente, el altísimo y poderoso, quien mantiene el reino, para nosotros así como para nuestros antepasados, en el orden más excelente. Vosotros, pues, haréis bien en rehusar obedecer la carta enviada por Amán el hijo de Hamedata, porque el que ha hecho estas cosas ha sido colgado con toda su familia a las puertas de Susa, habiéndole devuelto rápidamente el Dios Todopoderoso un castigo merecido. Os ordenamos entonces que, habiendo publicado abiertamente una copia de esta carta en todo lugar, deis a los judíos permiso para usar sus propias costumbres lícitas y para fortalecerlos, de modo que el día trece del duodécimo mes,

Adar, en ese mismo día, puedan defenderse contra aquellos que les ataquen en tiempo de aflicción. Porque en lugar de la destrucción de la raza elegida, el Dios Todopoderoso les ha concedido este tiempo de alegría. Por tanto vosotros también, entre vuestras fiestas notables, debéis guardar un día distinto con toda festividad, para que tanto ahora como en el futuro sea un día de liberación para nosotros y para los que están bien dispuestos hacia los persas, pero para los que conspiraron contra nosotros, un memorial de destrucción. Y toda ciudad y provincia colectivamente, que no haga conforme a esto, será consumida con venganza a lanza y fuego. Se hará no solo inaccesible a los hombres, sino sumamente odiosa a las bestias salvajes y a las aves para siempre.] Que las copias sean fijadas en lugares visibles por todo el reino y que todos los judíos estén preparados para este día, a fin de luchar contra sus enemigos.

14 Así que los jinetes salieron a toda prisa para cumplir los mandatos del rey. El edicto fue también publicado en Susa.

15 Mardoqueo salió vestido con ropaje real, llevando una corona de oro y una diadema de lino fino púrpura. El pueblo en Susa lo vio y se regocijó.

16 Los judíos tuvieron luz y alegría

17 en toda ciudad y provincia donde el edicto fue publicado. Dondequiera que tuvo lugar la proclamación, los judíos tuvieron gozo y alegría, banquete y regocijo. Muchos de los gentiles se circuncidaron y se hicieron judíos por temor a los judíos.

Capítulo 9

1 Ahora bien, en el mes duodécimo, a los trece días del mes, que es Adar, llegaron las cartas escritas por el rey.

2 En aquel día, perecieron los adversarios de los judíos; pues nadie opuso resistencia, por temor a ellos.

3 Pues los jefes de los gobernadores locales, y los príncipes y los escribas reales, honraban a los judíos; porque el temor a Mardoqueo había caído sobre ellos.

4 Porque la orden del rey estaba en vigor, de que él debía ser celebrado en todo el reino.

6 En la ciudad de Susa los judíos mataron a quinientos hombres,

7 incluyendo a Farsanes, Delfón, Fasga,

8 Faradata, Barea, Sarbaca,

9 Marmasima, Rufeo, Arseo y Zabuteo,

10 los diez hijos de Amán el hijo de Hamedata el bogeo, el enemigo de los judíos; y saquearon sus bienes en el mismo día.

11 El número de los que perecieron en Susa fue reportado al rey.

12 Entonces el rey dijo a Ester: «Los judíos han dado muerte a quinientos hombres en la ciudad de Susa. ¿Qué crees que han hecho en el resto del país? ¿Qué más pides, para que se te conceda?»

13 Ester dijo al rey: «Que se conceda a los judíos hacer lo mismo con ellos mañana. También, que cuelguen los cuerpos de los diez hijos de Amán.»

14 Él permitió que se hiciera; y entregó a los judíos de la ciudad los cuerpos de los hijos de Amán para colgarlos.

15 Los judíos se reunieron en Susa el día catorce de Adar y mataron a trescientos hombres, pero no tomaron botín alguno.

16 El resto de los judíos que estaban en el reino se reunieron, y se ayudaron mutuamente, y obtuvieron descanso de sus enemigos; porque destruyeron a quince mil de ellos el día trece de Adar, pero no tomaron botín.

17 Descansaron el día catorce del mismo mes, y lo guardaron como día de descanso con gozo y alegría.

18 Los judíos en la ciudad de Susa se reunieron también el día catorce y descansaron; y también observaron el quince con gozo y alegría.

19 Por esta causa entonces, los judíos dispersos en toda tierra extranjera guardan el catorce de Adar como un día santo con gozo, enviando cada uno porciones de comida a su prójimo.

20 Mardoqueo escribió estas cosas en un libro y las envió a los judíos, a cuantos había en el reino de Asuero, tanto a los que estaban cerca como a los que estaban lejos,

21 para establecer estos como días de regocijo y para guardar el catorce y el quince de Adar;

22 porque en estos días los judíos obtuvieron descanso de sus enemigos; y en aquel mes, que era Adar, en el cual hubo un cambio para ellos de luto a gozo, y de tristeza a festividad, para pasar todo ello en buenos días de banquete y alegría, enviando porciones a sus amigos y a los pobres.

23 Y los judíos asintieron a esto como Mardoqueo les escribió,

24 mostrando cómo Amán el hijo de Hamedata el macedonio luchó contra ellos, cómo emitió un edicto y echó suertes para destruirlos por completo;

25 también cómo él entró ante el rey, diciéndole que colgara a Mardoqueo; pero todas las calamidades que él intentó traer sobre los judíos recayeron sobre él mismo, y fue colgado, junto con sus hijos.

26 Por tanto, estos días fueron llamados Purim, a causa de las suertes (pues en su idioma se llaman Purim) a causa de las palabras de esta carta, y por todo lo que sufrieron por esta causa, y por todo lo que les aconteció.

27 Mardoqueo lo estableció, y los judíos tomaron sobre sí mismos, sobre su descendencia, y sobre los que se unieron a ellos observarlo, ni se comportarían bajo ningún concepto de otra manera; sino que estos días habrían de ser un memorial guardado en cada generación, ciudad, familia y provincia.

28 Estos días de Purim serán guardados para siempre, y su memorial no perecerá en ninguna generación.

29 La reina Ester, hija de Aminadab, y Mardoqueo el judío escribieron todo lo que habían hecho, y dieron la confirmación de la carta sobre Purim.

31 Mardoqueo y la reina Ester establecieron esta decisión por sí mismos, empeñando su propio bienestar en su propósito.

32 Y Ester lo estableció por mandato para siempre, y fue escrito para memorial.

Capítulo 10

1 El rey impuso un tributo sobre su reino, tanto por tierra como por mar.

2 En cuanto a su fuerza y valor, y la riqueza y gloria de su reino, he aquí, están escritos en el libro de los persas y medos para memorial.

3 Mardoqueo fue virrey del rey Asuero, y fue un gran hombre en el reino, honrado por los judíos, y vivió su vida amado por toda su nación.

4 [Mardoqueo dijo: "Estas cosas han venido de Dios.

5 Pues recuerdo el sueño que tuve respecto a estos asuntos; porque ni un solo detalle de ellos ha fallado.

6 Estaba el pequeño manantial que se convirtió en río, y hubo luz, y el sol y mucha agua. El río es Ester, con quien el rey se casó y a quien hizo reina.

7 Las dos serpientes somos Amán y yo.

8 Las naciones son aquellas que se unieron para destruir el nombre de los judíos.

9 Pero en cuanto a mi nación, esta es Israel, aquellos que clamaron a Dios y fueron librados; porque el Señor libró a su pueblo. El Señor nos rescató de todas estas calamidades; y Dios obró tales señales y grandes maravillas como no se han hecho entre las naciones.

10 Por tanto, él ordenó dos suertes. Una para el pueblo de Dios, y otra para todas las demás naciones.

11 Y estas dos suertes llegaron para un tiempo señalado, y para un día de juicio, delante de Dios, y para todas las naciones.

12 Dios se acordó de su pueblo y vindicó su heredad.

13 Guardarán estos días en el mes de Adar, a los catorce y a los quince días del mes, con asamblea, gozo y alegría delante de Dios, por todas las generaciones para siempre entre su pueblo Israel.

14 En el cuarto año del reinado de Ptolomeo y Cleopatra, Dositeo, que decía ser sacerdote y levita, y Ptolomeo su hijo trajeron esta carta de Purim, de la cual dijeron que era auténtica, y que Lisímaco, hijo de Ptolomeo, que estaba en Jerusalén, la había interpretado.]

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

1 MACABEOS

Capítulo 1

1 Después que Alejandro el macedonio, hijo de Filipo, saliera de la tierra de Quitim y derrotara a Darío, rey de los persas y los medos, aconteció, después de haberle derrotado, que reinó en su lugar, como lo había hecho antes sobre Grecia.

2 Libró muchas batallas, conquistó muchas fortalezas y dio muerte a los reyes de la tierra.

3 Avanzó hasta los confines de la tierra y tomó despojos de multitud de naciones. La tierra quedó en silencio ante él; por lo cual fue exaltado y su corazón se llenó de orgullo.

4 Reunió un ejército sumamente poderoso y dominó países, naciones y principados, los cuales le pagaron tributo.

5 Después de estas cosas, cayó enfermo y percibió que iba a morir.

6 Llamó a sus nobles siervos, que se habían criado con él desde su juventud, y les repartió su reino mientras aún estaba vivo.

7 Alejandro reinó doce años, y entonces murió.

8 Sus siervos gobernaron, cada uno en su lugar.

9 Todos se ciñeron coronas tras su muerte, y sus hijos después de ellos por muchos años; y multiplicaron los males en la tierra.

10 De ellos surgió una raíz pecaminosa, Antíoco Epífanes, hijo del rey Antíoco, que había sido rehén en Roma; y reinó en el año ciento treinta y siete del reino de los griegos.

11 En aquellos días surgieron de Israel transgresores de la ley que persuadieron a muchos, diciendo: «Vayamos y hagamos un pacto con los gentiles que nos rodean; porque desde que nos separamos de ellos nos han sobrevenido muchos males».

12 Esta propuesta les pareció bien a sus ojos.

13 Algunos del pueblo se apresuraron a ir al rey, y él les autorizó a observar las ordenanzas de los gentiles.

14 Así edificaron un gimnasio en Jerusalén según las leyes de los gentiles.

15 Se hicieron incircuncisos, abandonaron el pacto santo, se unieron a los gentiles y se vendieron para hacer el mal.

16 El reino se afianzó ante los ojos de Antíoco, y él planeó reinar sobre Egipto, para poder gobernar sobre ambos reinos.

17 Entró en Egipto con una gran multitud, con carros, elefantes, caballería y una gran armada.

18 Hizo la guerra contra Ptolomeo, rey de Egipto. Ptolomeo fue avergonzado ante él y huyó; y muchos cayeron heridos de muerte.

19 Se apoderaron de las ciudades fortificadas en la tierra de Egipto, y él tomó los despojos de Egipto.

20 Antíoco, después de haber derrotado a Egipto, regresó en el año ciento cuarenta y tres, y subió contra Israel y Jerusalén con una gran multitud,

21 y entró con arrogancia en el santuario, y tomó el altar de oro, el candelabro de la luz y todos sus utensilios.

22 Tomó la mesa de los panes de la proposición, las copas para las libaciones, los tazones, los incensarios de oro, el velo, las coronas y la decoración de oro de la fachada del templo. Lo arrancó todo.

23 Tomó la plata, el oro y los vasos preciosos. Tomó los tesoros escondidos que halló.

24 Habiendo tomado todo esto, se marchó a su propia tierra. Hizo una gran matanza y habló con gran arrogancia.

25 Hubo gran luto en Israel, en todo lugar donde se hallaban.

26 Los gobernantes y los ancianos gimieron. Las vírgenes y los jóvenes desfallecieron. La hermosura de las mujeres se alteró.

27 Todo esposo entonó lamentaciones. La que estaba sentada en la cámara nupcial guardaba luto.

28 La tierra se conmovió por sus habitantes, y toda la casa de Jacob se cubrió de vergüenza.

29 Después de dos años enteros, el rey envió un recaudador principal de tributos a las ciudades de Judá, y este llegó a Jerusalén con una gran multitud.

30 Les habló palabras de paz con engaño, y ellos le creyeron. Entonces cayó sobre la ciudad de repente, la golpeó con gran severidad y destruyó a mucha gente de Israel.

31 Tomó los despojos de la ciudad, le prendió fuego y derribó sus casas y sus muros por todos lados.

32 Llevaron cautivas a las mujeres y a los niños, y se apoderaron del ganado.

33 Luego fortificaron la ciudad de David con un muro grande y fuerte y con torres robustas, y se convirtió en su ciudadela.

34 Pusieron allí a una nación pecaminosa, transgresores de la ley, y se hicieron fuertes en ella.

35 Almacenaron armas y alimentos, y reuniendo los despojos de Jerusalén, los guardaron allí, y se convirtieron en una gran amenaza.

36 Se convirtió en un lugar para tender emboscadas contra el santuario, y en un adversario maligno para Israel continuamente.

37 Derramaron sangre inocente alrededor del santuario y profanaron el santuario.

38 Los habitantes de Jerusalén huyeron por causa de ellos. Ella se convirtió en morada de extranjeros. Se volvió extraña para los que nacieron en ella, y sus hijos la abandonaron.

39 Su santuario quedó desolado como un desierto, sus fiestas se convirtieron en luto, sus sábados en oprobio y su honor en desprecio.

40 Según había sido su gloria, así se multiplicó su deshonra, y su exaltación se transformó en luto.

41 El rey Antíoco escribió a todo su reino que todos debían ser un solo pueblo,

42 y que cada uno debía abandonar sus propias leyes. Todas las naciones consintieron según la palabra del rey.

43 Muchos de Israel aceptaron su culto, sacrificaron a los ídolos y profanaron el sábado.

44 El rey envió cartas por medio de mensajeros a Jerusalén y a las ciudades de Judá, ordenando que siguieran leyes extrañas a la tierra,

45 y que prohibieran los holocaustos, los sacrificios y las libaciones en el santuario; y que profanaran los sábados y las fiestas,

46 y contaminaran el santuario y a los que eran santos;

47 que construyeran altares, templos y santuarios para ídolos, y que sacrificaran carne de cerdo y animales inmundos;

48 y que dejaran a sus hijos incircuncisos, para hacer sus almas abominables con toda clase de inmundicia y profanación;

49 a fin de que olvidaran la ley y cambiaran todas las ordenanzas.

50 Cualquiera que no hiciera conforme a la palabra del rey, moriría.

51 Escribió conforme a todas estas palabras a todo su reino. Nombró supervisores sobre todo el pueblo y ordenó a las ciudades de Judá que sacrificaran, ciudad por ciudad.

52 Se unieron a ellos muchos del pueblo, todos los que habían abandonado la ley; e hicieron maldades en la tierra.

53 Obligaron a Israel a esconderse en todo lugar de refugio que tenían.

54 En el decimoquinto día de Quisleu, en el año ciento cuarenta y cinco, edificaron una abominación desoladora sobre el altar, y en las ciudades de Judá por todas partes edificaron altares a los ídolos.

55 Quemaron incienso a las puertas de las casas y en las calles.

56 Despedazaron los libros de la ley que encontraron y los arrojaron al fuego.

57 A cualquiera que se le encontraba con un libro del pacto, y si alguno consentía a la ley, la sentencia del rey lo condenaba a muerte.

58 Así actuaban con todo su poder contra Israel, contra aquellos que eran descubiertos mes a mes en las ciudades.

59 El vigésimo quinto día del mes sacrificaban sobre el altar de los ídolos que estaba encima del altar de los holocaustos.

60 Dieron muerte a las mujeres que habían circuncidado a sus hijos, según el edicto.

61 Colgaban a los niños del cuello de sus madres, y mataban a sus familias y a los que los habían circuncidado.

62 Muchos en Israel se mantuvieron firmes y resolvieron en sí mismos no comer cosas inmundas.

63 Prefirieron morir antes que contaminarse con los alimentos, y para no profanar el pacto santo; y murieron.

64 Una cólera sobremanera grande se abatió sobre Israel.

Capítulo 2

1 En aquellos días se levantó Matatías, hijo de Juan, hijo de Simeón, un sacerdote de los hijos de Joarib, de Jerusalén; y habitaba en Modín.

2 Y tenía cinco hijos: Juan, de sobrenombre Gadis;

3 Simón, llamado Tasi;

4 Judas, llamado Macabeo;

5 Eleazar, llamado Avarán; y Jonatán, llamado Afus.

6 Él vio las blasfemias que se cometían en Judá y en Jerusalén,

7 y dijo: «¡Ay de mí! ¿Para qué nací? ¿Para ver la ruina de mi pueblo y la ruina de la ciudad santa, y para habitar allí cuando ha sido entregada en manos del enemigo, y el santuario en manos de extranjeros?

8 Su templo ha venido a ser como un hombre desprovisto de gloria.

9 Sus vasos de gloria son llevados al cautiverio. Sus infantes son asesinados en sus calles. Sus jóvenes caen por la espada del enemigo.

10 ¿Qué nación no ha heredado sus palacios y se ha apoderado de sus despojos?

11 Todos sus adornos le han sido arrebatados. En lugar de mujer libre, se ha convertido en esclava.

12 He aquí, nuestras cosas santas, nuestra hermosura y nuestra gloria han sido asoladas. Los gentiles las han profanado.

13 ¿Para qué vivir más tiempo?»

14 Matatías y sus hijos rasgaron sus vestiduras, se vistieron de cilicio y guardaron gran luto.

15 Y los oficiales del rey que imponían la apostasía llegaron a la ciudad de Modín para exigir los sacrificios.

16 Muchos de Israel se les unieron, y Matatías y sus hijos se reunieron.

17 Los oficiales del rey hablaron a Matatías, diciendo: «Tú eres un jefe, un hombre honorable y grande en esta ciudad, respaldado por hijos y parientes.

18 Acércate ahora tú el primero y cumple el mandato del rey, como lo han hecho
todas las naciones, incluyendo a los hombres de Judá y a los que quedan en Jeru-
salén. Tú y tu casa seréis contados entre los amigos del rey, y tú y tus hijos seréis
honrados con plata y oro y muchos regalos».

19 Y Matatías respondió y dijo en voz alta: «Aunque todas las naciones en los do-
minios del rey le obedezcan, apartándose cada uno del culto de sus padres, y ha-
yan elegido seguir sus mandatos,

20 yo, mis hijos y mis hermanos andaremos en el pacto de nuestros padres.

21 Lejos esté de nosotros abandonar la ley y las ordenanzas.

22 No escucharemos las palabras del rey, para desviarnos de nuestra religión, ni a
la derecha ni a la izquierda».

23 Cuando hubo terminado de pronunciar estas palabras, un judío se adelantó a
la vista de todos para sacrificar en el altar de Modín, conforme al decreto del rey.

24 Al verlo Matatías, se encendió su celo, se le conmovieron las entrañas, y dio
rienda suelta a su justa ira: corrió y lo degolló sobre el altar.

25 Al mismo tiempo mató al oficial del rey que obligaba a los hombres a sacrifi-
car, y derribó el altar.

26 Mostró su celo por la ley, tal como lo hizo Finees con Zimri, hijo de Salú.

27 Matatías clamó por la ciudad a gran voz, diciendo: «¡Todo aquel que tenga
celo por la ley y mantenga el pacto, que me siga!»

28 Y él y sus hijos huyeron a las montañas, abandonando todo lo que tenían en la
ciudad.

29 Entonces muchos de los que buscaban la justicia y el derecho bajaron al de-
sierto para establecerse allí—

30 ellos, sus hijos, sus mujeres y sus ganados—porque los males se habían multi-
plicado sobre ellos.

31 Se informó a los oficiales del rey y a las fuerzas que estaban en Jerusalén, la ciudad de David, que ciertos hombres que habían quebrantado el mandato del rey habían bajado a los refugios ocultos del desierto;

32 y muchos los persiguieron. Al alcanzarlos, acamparon frente a ellos y se prepararon para atacarlos en el día de sábado.

33 Les dijeron: "¡Basta ya! Salid y haced según la palabra del rey, y viviréis".

34 Ellos respondieron: «No saldremos. No cumpliremos la palabra del rey profanando el día de sábado».

35 Entonces el enemigo se apresuró a atacarlos.

36 Pero ellos no les respondieron. No les lanzaron ni una piedra, ni bloquearon sus refugios,

37 diciendo: «Muramos todos en nuestra inocencia. El cielo y la tierra son testigos de que nos matáis injustamente».

38 Así los atacaron en sábado, y murieron—ellos, sus mujeres, sus hijos y sus ganados—en número de mil almas humanas.

39 Cuando Matatías y sus amigos se enteraron, hicieron gran duelo por ellos.

40 Se decían unos a otros: «Si todos hacemos lo que han hecho nuestros hermanos, y no luchamos contra los gentiles por nuestras vidas y nuestras ordenanzas, pronto nos exterminarán de la faz de la tierra».

41 Así que tomaron esa decisión aquel día, diciendo: «A cualquiera que venga a pelear contra nosotros en día de sábado, lo combatiremos; no moriremos todos, como murieron nuestros hermanos en los refugios».

42 Entonces se les unió un grupo de los asideos, hombres valientes de Israel, todos los que se ofrecían voluntariamente por la ley.

43 Todos los que huían de los males se les unieron y les sirvieron de refuerzo.

44 Formaron un ejército y abatieron a los pecadores en su ira, y a los impíos en su indignación. Los demás huyeron a los gentiles para salvarse.

45 Y Matatías y sus amigos recorrieron la región derribando los altares.

46 Circuncidaron por la fuerza a los niños incircuncisos, a todos los que hallaron en los confines de Israel.

47 Persiguieron a los arrogantes, y la obra prosperó en sus manos.

48 Rescataron la ley del poder de los gentiles y del poder de los reyes. Nunca permitieron que el pecador triunfara.

49 Se acercaron los días de la muerte de Matatías, y dijo a sus hijos: «Ahora la soberbia y el ultraje han cobrado fuerza. Es un tiempo de ruina y de ira indignada.

50 Ahora, hijos míos, tened celo por la ley y dad vuestras vidas por el pacto de vuestros padres.

51 Recordad las obras que hicieron nuestros padres en sus generaciones; y recibiréis gran gloria y un nombre eterno.

52 ¿No fue hallado fiel Abraham en la tentación, y le fue contado por justicia?

53 José, en el tiempo de su angustia, guardó el mandamiento y llegó a ser señor de Egipto.

54 Finees, nuestro padre, por ser sumamente celoso, obtuvo el pacto de un sacerdocio eterno.

55 Josué llegó a ser juez en Israel por cumplir la palabra.

56 Caleb obtuvo una heredad en la tierra por dar testimonio ante la congregación.

57 David heredó el trono de un reino por los siglos de los siglos por ser misericordioso.

58 Elías fue llevado al cielo por ser sumamente celoso de la ley.

59 Ananías, Azarías y Misael creyeron, y fueron salvados de la llama.

60 Daniel fue librado de la boca de los leones por su inocencia.

61 Considerad así de generación en generación que a ninguno de los que ponen su confianza en Él le faltarán fuerzas.

62 No temáis las palabras de un hombre pecador; pues su gloria será estiércol y gusanos.

63 Hoy será enaltecido, y mañana ya no se le hallará, porque habrá vuelto al polvo, y sus planes habrán perecido.

64 Vosotros, hijos míos, sed fuertes y portaos varonilmente en defensa de la ley; porque en ella obtendréis gloria.

65 He aquí a Simón, vuestro hermano; sé que es hombre de consejo. Escuchadle siempre. Él será un padre para vosotros.

66 Judas Macabeo ha sido fuerte y valiente desde su juventud. Él será vuestro capitán y dirigirá las batallas del pueblo.

67 Reunid a todos los cumplidores de la ley, y vengad el agravio hecho a vuestro pueblo.

68 Pagad a los gentiles con la misma moneda, y obedeced los mandamientos de la ley».

69 Los bendijo y fue reunido con sus antepasados.

70 Murió en el año ciento cuarenta y seis, y sus hijos lo sepultaron en los sepulcros de sus padres en Modín. Todo Israel hizo gran luto por él.

Capítulo 3

1 Su hijo Judas, llamado Macabeo, se levantó en su lugar.

2 Todos sus hermanos le ayudaron, al igual que todos los que se habían unido a su padre, y lucharon con alegría las batallas de Israel.

3 Extendió la gloria de su pueblo, se vistió la coraza como un gigante y se ciñó sus armas de guerra, organizando campañas y protegiendo el campamento con su espada.

4 Fue como un león en sus proezas, como un cachorro de león que ruge por su presa.

5 Buscó y persiguió a los impíos, y consumió en el fuego a los que perturbaban a su pueblo.

6 Los impíos retrocedieron por temor a él, y todos los obradores de iniquidad quedaron consternados; la salvación prosperó en sus manos.

7 Amargó a muchos reyes y alegró a Jacob con sus hazañas. Su memoria es bendita para siempre.

8 Recorrió las ciudades de Judá, destruyó a los impíos de la tierra y apartó la ira de Israel.

9 Su fama llegó hasta los confines de la tierra. Reunió a los que estaban a punto de perecer.

10 Apolonio reunió a los gentiles de Samaria con un gran ejército para luchar contra Israel.

11 Judas se enteró de ello, salió a su encuentro, lo derrotó y lo mató. Muchos cayeron heridos de muerte, y el resto huyó.

12 Tomaron sus despojos, y Judas tomó la espada de Apolonio y luchó con ella todos sus días.

13 Serón, comandante del ejército de Siria, al oír que Judas había reunido una gran compañía, incluyendo un grupo de hombres fieles que le acompañaban en la guerra, se puso en marcha.

14 Dijo: «Me haré de renombre y conseguiré gloria en el reino. Lucharé contra Judas y los que están con él, que desprecian el mandato del rey».

15 Un poderoso ejército de impíos subió con él para ayudarle, a fin de vengarse de los hijos de Israel.

16 Se acercó a la subida de Betorón, y Judas salió a su encuentro con una pequeña compañía.

17 Pero cuando vieron venir al ejército a su encuentro, dijeron a Judas: "¿Cómo
podremos nosotros, siendo tan pocos, luchar contra una multitud tan grande y
fuerte? Además, estamos exhaustos, pues no hemos probado bocado en todo el
día".

18 Judas respondió: «Es fácil que muchos caigan en manos de unos pocos. Para el
cielo es lo mismo salvar con muchos que con pocos;

19 porque la victoria en la batalla no depende de la multitud del ejército, sino de la
fuerza que viene del cielo.

20 Ellos vienen contra nosotros llenos de insolencia e impiedad, para destruirnos a
nosotros, a nuestras mujeres y a nuestros hijos, y para saquearnos,

21 pero nosotros luchamos por nuestras vidas y nuestras leyes.

22 Él mismo los aplastará ante nuestra vista; en cuanto a vosotros, no les temáis».

23 Cuando terminó de hablar, se lanzó de repente contra Serón y su ejército, y fue-
ron derrotados ante él.

24 Los persiguieron por la bajada de Betorón hasta la llanura, y cayeron unos
ochocientos hombres de ellos; el resto huyó a la tierra de los filisteos.

25 El temor y el espanto a Judas y a sus hermanos comenzaron a caer sobre las
naciones de su alrededor.

26 Su fama llegó a oídos del rey, y todas las naciones hablaban de las batallas de
Judas.

27 Cuando el rey Antíoco escuchó estas cosas, se llenó de indignación; mandó re-
unir a todas las fuerzas de su reino, un ejército sumamente fuerte.

28 Abrió su tesorería, pagó a sus tropas el sueldo de un año y les ordenó estar pre-
parados para cualquier necesidad.

29 Vio que el dinero se había agotado en sus tesoros y que los tributos de la región
eran escasos a causa de las disensiones y desastres que había traído sobre la tierra,
con el fin de abolir las leyes que existían desde los primeros días.

30 Temió no tener suficiente, como en otras ocasiones, para los gastos y los regalos que solía dar con mano liberal, con más abundancia que los reyes que le precedieron.

31 Quedó muy perplejo en su mente, y decidió marchar a Persia para recaudar los tributos de aquellas provincias y reunir mucho dinero.

32 Dejó a Lisias, hombre honorable y de linaje real, a cargo de los asuntos del rey desde el río Éufrates hasta las fronteras de Egipto,

33 y encargado de educar a su hijo Antíoco hasta su regreso.

34 Le entregó a Lisias la mitad de sus tropas y los elefantes, y le dio instrucciones sobre todo lo que quería que hiciera, en especial respecto a los habitantes de Judea y Jerusalén,

35 para que enviara un ejército contra ellos a fin de extirpar y destruir la fuerza de Israel y al remanente de Jerusalén, y borrar su memoria de aquel lugar,

36 y asentar extranjeros en todo su territorio, y repartirles sus tierras por sorteo.

37 El rey tomó la otra mitad de las tropas y partió de Antioquía, su ciudad real, en el año ciento cuarenta y siete; cruzó el río Éufrates y atravesó las provincias superiores.

38 Lisias eligió a Ptolomeo, hijo de Dorímenes, a Nicanor y a Gorgias, hombres poderosos de entre los amigos del rey;

39 y con ellos envió cuarenta mil soldados de infantería y siete mil de caballería para ir a la tierra de Judá y destruirla, conforme a la orden del rey.

40 Se pusieron en marcha con todo su ejército, y llegaron y acamparon cerca de Emaús, en la llanura.

41 Los mercaderes de la región oyeron su fama, tomaron mucha plata y oro, y grilletes, y vinieron al campamento para llevarse a los hijos de Israel como esclavos. Fuerzas de Siria y de la tierra de los filisteos se unieron a ellos.

42 Judas y sus hermanos vieron que los males se multiplicaban y que las fuerzas acampaban en sus fronteras. Se enteraron de las órdenes del rey, que mandaba destruir al pueblo y acabar con ellos.

43 Entonces se dijeron unos a otros: «Levantemos la ruina de nuestro pueblo. Luchemos por nuestro pueblo y por el lugar santo».

44 La congregación se reunió para prepararse para la batalla, y para orar y pedir misericordia y compasión.

45 Jerusalén estaba deshabitada como un desierto. No había ninguno de sus hijos que entrara ni saliera. El santuario era pisoteado. Hijos de extranjeros ocupaban la ciudadela. Los gentiles habitaban allí. La alegría fue arrebatada de Jacob, y cesaron la flauta y el arpa.

46 Se reunieron y fueron a Mizpa, cerca de Jerusalén; pues en Mizpa había antiguamente un lugar de oración para Israel.

47 Ayunaron aquel día, se vistieron de cilicio, se echaron ceniza sobre la cabeza, rasgaron sus vestiduras,

48 y abrieron el libro de la ley, para buscar lo mismo que los gentiles consultaban en las imágenes de sus ídolos.

49 Trajeron las vestiduras sacerdotales, las primicias y los diezmos. Hicieron comparecer a los nazareos, que habían cumplido sus días.

50 Clamaron al cielo en alta voz, diciendo: «¿Qué haremos con estos hombres? ¿Adónde los llevaremos?

51 Tu lugar santo ha sido pisoteado y profanado. Tus sacerdotes guardan luto en la humillación.

52 He aquí, los gentiles se han reunido contra nosotros para destruirnos. Tú sabes las cosas que traman contra nosotros.

53 ¿Cómo podremos mantenernos firmes ante ellos, si tú no nos ayudas?»

54 Tocaron las trompetas y dieron un gran grito.

55 Después de esto, Judas nombró líderes sobre el pueblo: jefes de millares, jefes de centenas, jefes de cincuentenas y jefes de decenas.

56 Ordenó a los que estaban edificando casas, desposando mujeres, plantando viñas, y a los temerosos, que regresaran, cada uno a su casa, conforme a la ley.

57 El ejército se puso en marcha y acampó al sur de Emaús.

58 Judas dijo: "¡Armaos y sed valientes! Estad preparados por la mañana para luchar contra estos gentiles que se han reunido contra nosotros para destruirnos a nosotros y a nuestro lugar santo.

59 Porque es mejor para nosotros morir en la batalla que ver las calamidades de nuestra nación y del santuario.

60 No obstante, hágase lo que sea la voluntad del cielo".

Capítulo 4

1 Gorgias tomó cinco mil soldados de infantería y mil jinetes escogidos, y el ejército se puso en marcha de noche,

2 para caer sobre el ejército de los judíos y atacarlos por sorpresa. Los hombres de la ciudadela le servían de guías.

3 Judas se enteró de esto, y él y los hombres valientes se movilizaron para atacar al ejército del rey que estaba en Emaús,

4 mientras las fuerzas aún estaban dispersas fuera del campamento.

5 Gorgias llegó al campamento de Judas de noche y no halló a nadie. Los buscó por las montañas, pues decía: «Estos hombres huyen de nosotros».

6 Al rayar el alba, Judas apareció en la llanura con tres mil hombres. Sin embargo, no tenían las armaduras ni las espadas que deseaban.

7 Vieron el campamento de los gentiles fuerte y fortificado, rodeado de caballería; y estos eran expertos en la guerra.

8 Judas dijo a los hombres que estaban con él: «No temáis a su multitud, ni os asustéis cuando ataquen.

9 Recordad cómo fueron salvados nuestros padres en el mar Rojo, cuando el faraón los perseguía con un ejército.

10 Clamemos ahora al cielo, a ver si nos favorece, recuerda el pacto de nuestros padres y destruye a este ejército hoy delante de nosotros.

11 Entonces todos los gentiles sabrán que hay Uno que redime y salva a Israel».

12 Los extranjeros alzaron la vista y los vieron acercarse.

13 Salieron del campamento a presentar batalla. Los que estaban con Judas tocaron las trompetas

14 y trabaron combate. Los gentiles fueron derrotados y huyeron hacia la llanura.

15 Todos los de la retaguardia cayeron a espada. Los persiguieron hasta Gazara y hasta las llanuras de Idumea, Azoto y Jamnia. Cayeron unos tres mil de aquellos hombres.

16 Entonces Judas y su ejército dejaron de perseguirlos y regresaron;

17 y él dijo al pueblo: «No seáis codiciosos de los despojos, porque tenemos una batalla por delante.

18 Gorgias y su ejército están cerca de nosotros en la montaña. Manteneos ahora firmes frente a nuestros enemigos y luchad contra ellos, y después tomad los despojos con valentía».

19 Aún estaba hablando Judas cuando apareció un destacamento asomándose por la montaña.

20 Vieron que su propio ejército había sido puesto en fuga y que los judíos estaban incendiando el campamento; pues el humo que se veía delataba lo ocurrido.

21 Al darse cuenta de estas cosas, se llenaron de miedo. Y viendo también al ejército de Judas en la llanura listo para la batalla,

22 todos huyeron a la tierra de los filisteos.

23 Judas volvió para saquear el campamento, y tomaron mucho oro, plata, telas azules y de púrpura marina, y grandes riquezas.

24 Al regresar a casa, cantaron un himno de acción de gracias y alabaron al cielo, porque Él es bueno, porque para siempre es su misericordia.

25 Israel experimentó una gran salvación aquel día.

26 Los extranjeros que habían escapado fueron a contar a Lisias todo lo sucedido.

27 Al oírlo, quedó confundido y desanimado, porque no había ocurrido en Israel lo que él deseaba, ni se habían cumplido las órdenes del rey.

28 Al año siguiente, reunió a sesenta mil soldados de infantería escogidos y cinco mil jinetes para someterlos.

29 Llegaron a Idumea y acamparon en Betsur. Judas salió a su encuentro con diez mil hombres.

30 Vio que el ejército era fuerte, oró y dijo: «Bendito seas, oh Salvador de Israel, que deshiciste la embestida del guerrero poderoso por mano de tu siervo David, y entregaste el campamento de los filisteos en manos de Jonatán, hijo de Saúl, y de su escudero.

31 Encierra a este ejército en las manos de tu pueblo Israel, y que sean avergonzados por su infantería y su caballería.

32 Infúndeles cobardía en el corazón. Haz que se desvanezca la audacia de su fuerza, y que tiemblen ante su destrucción.

33 Derríbalos con la espada de los que te aman, y que todos los que conocen tu nombre te alaben con cánticos de gratitud».

34 Trabaron batalla; y cayeron unos cinco mil hombres del ejército de Lisias. Cayeron allí mismo delante de ellos.

35 Pero cuando Lisias vio la derrota de sus tropas, y la intrepidez que había invadido a los de Judas, y cómo estaban dispuestos a vivir o a morir noblemente, se retiró a Antioquía y reclutó soldados mercenarios, para volver a Judea con un ejér-

cito aún mayor.

36 Judas y sus hermanos dijeron: «He aquí, nuestros enemigos están derrotados. Subamos a purificar el lugar santo y a rededicarlo».

37 Se reunió todo el ejército y subieron al monte Sión.

38 Vieron el santuario asolado, el altar profanado, las puertas quemadas, matorrales creciendo en los atrios como en un bosque o en una montaña, y las cámaras de los sacerdotes derruidas;

39 y rasgaron sus vestiduras, hicieron gran lamento, se echaron ceniza sobre la cabeza,

40 se postraron rostro en tierra, tocaron las trompetas solemnes, y clamaron al cielo.

41 Entonces Judas designó a algunos hombres para que combatieran a los que estaban en la ciudadela hasta purificar el lugar santo.

42 Escogió a sacerdotes intachables, devotos a la ley;

43 y purificaron el lugar santo y llevaron las piedras profanadas a un lugar inmundo.

44 Deliberaron qué hacer con el altar de los holocaustos, que había sido profanado.

45 Les vino a la mente el buen plan de derribarlo, para que no les sirviera de oprobio, ya que los gentiles lo habían contaminado. Así que derribaron el altar,

46 y depositaron las piedras en la colina del templo, en un lugar conveniente, hasta que surgiera un profeta que diera respuesta sobre ellas.

47 Tomaron piedras enteras conforme a la ley, y construyeron un altar nuevo como el anterior.

48 Edificaron el lugar santo y las partes interiores del recinto; y consagraron los atrios.

49 Hicieron nuevos vasos sagrados, y llevaron al templo el candelabro, el altar del incienso y la mesa.

50 Quemaron incienso sobre el altar y encendieron las lámparas del candelabro, para que dieran luz en el templo.

51 Pusieron los panes sobre la mesa, colgaron las cortinas y terminaron toda la obra que habían emprendido.

52 Se levantaron temprano en la mañana, el día veinticinco del noveno mes, que es el mes de Quisleu, en el año ciento cuarenta y ocho,

53 y ofrecieron sacrificios conforme a la ley sobre el nuevo altar de los holocaustos que habían hecho.

54 En el mismo tiempo y el mismo día en que los gentiles lo habían profanado, fue dedicado con cánticos, arpas, laúdes y címbalos.

55 Todo el pueblo se postró sobre sus rostros, adoró y dio gracias al cielo, que les había dado buen éxito.

56 Celebraron la dedicación del altar durante ocho días, y ofrecieron holocaustos con alegría, y sacrificaron un sacrificio de salvación y alabanza.

57 Decoraron la fachada del templo con coronas de oro y escudos pequeños. Dedicaron las puertas y las cámaras de los sacerdotes, y les pusieron puertas.

58 Hubo una alegría inmensa entre el pueblo, y se apartó el oprobio de los gentiles.

59 Judas y sus hermanos y toda la congregación de Israel ordenaron que los días de la dedicación del altar se guardaran en su tiempo oportuno, año tras año, durante ocho días a partir del veinticinco del mes de Quisleu, con regocijo y alegría.

60 En aquel tiempo fortificaron el monte Sión con altos muros y torres fuertes a su alrededor, para que no vinieran los gentiles y lo pisotearan como lo habían hecho antes.

61 Judas puso allí una guarnición para protegerlo. Fortificaron a Betsur para conservarla, a fin de que el pueblo tuviera una fortaleza cerca de Idumea.

Capítulo 5

1 Aconteció que, cuando los gentiles de los alrededores oyeron que el altar había sido reconstruido y el santuario dedicado como antes, se llenaron de gran ira.

2 Tomaron consejo para destruir al linaje de Jacob que estaba en medio de ellos, y comenzaron a matar y a destruir entre el pueblo.

3 Judas luchó contra los hijos de Esaú en Idumea, en Acrabatene, porque asediaban a Israel. Los derrotó con gran matanza, los humilló y tomó sus despojos.

4 Se acordó de la maldad de los hijos de Beán, que eran un lazo y un tropiezo para el pueblo, acechándolos en los caminos.

5 Él los acorraló en las torres. Acampó contra ellos, los destruyó por completo y quemó con fuego las torres del lugar con todos los que estaban en ellas.

6 Pasó luego a los hijos de Amón, y halló una banda poderosa y una gran muchedumbre, con Timoteo por su líder.

7 Libró muchas batallas con ellos, y fueron derrotados ante él. Los hirió,

8 y tomó posesión de Jazer y de sus aldeas, y regresó de nuevo a Judea.

9 Los gentiles que estaban en Galaad se reunieron contra los israelitas que estaban en sus fronteras, para destruirlos. Ellos huyeron a la fortaleza de Datema,

10 y enviaron cartas a Judas y a sus hermanos, diciendo: «Los gentiles que nos rodean se han reunido contra nosotros para destruirnos.

11 Se preparan para venir y tomar posesión de la fortaleza donde nos hemos refugiado, y Timoteo es el líder de su ejército.

12 Ahora, por tanto, ven y líbranos de su mano, porque muchos de nosotros han caído.

13 Todos nuestros hermanos que estaban en la tierra de Tobías han sido muertos. Se han llevado cautivas a sus mujeres, a sus niños y a sus enseres. Allí destruyeron a cerca de mil hombres».

14 Mientras aún se leían las cartas, he aquí, otros mensajeros llegaron de Galilea con sus vestiduras rasgadas, trayendo un informe similar,

15 diciendo: «Gente de Tolemaida, de Tiro, de Sidón y de toda la Galilea de los gentiles se han reunido para destruirnos».

16 Cuando Judas y el pueblo oyeron estas palabras, se reunió una gran congregación para determinar qué debían hacer por sus hermanos que estaban en angustia y bajo ataque.

17 Judas dijo a Simón su hermano: «Escoge hombres y ve a librar a tus hermanos que están en Galilea, pero Jonatán mi hermano y yo iremos a la tierra de Galaad».

18 Dejó a José hijo de Zacarías, y a Azarías, como líderes del pueblo, con el resto del ejército, en Judea, para que la guardaran.

19 Les ordenó, diciendo: «Hacéos cargo de este pueblo, y no libréis batalla con los gentiles hasta que regresemos».

20 Entonces tres mil hombres fueron asignados para ir a Galilea con Simón, pero ocho mil hombres le fueron asignados a Judas para ir a la tierra de Galaad.

21 Simón fue a Galilea y libró muchas batallas con los gentiles, y los gentiles fueron derrotados ante él.

22 Los persiguió hasta la puerta de Tolemaida. Cayeron unos tres mil hombres de los gentiles, y él tomó sus despojos.

23 Tomaron consigo a los que estaban en Galilea y en Arbatos, con sus mujeres, sus niños y todo lo que tenían, y los llevaron a Judea con gran alegría.

24 Judas Macabeo y su hermano Jonatán cruzaron el Jordán e hicieron tres días de camino en el desierto.

25 Se encontraron con los nabateos, y estos salieron a su encuentro de manera pacífica y les contaron todas las cosas que les habían sucedido a sus hermanos en la tierra de Galaad,

26 y cuántos de ellos estaban encerrados en Bosora, Bosor, Alema, Casfón, Maqued y Carnaim —todas estas ciudades son fuertes y grandes—

27 y cómo estaban encerrados en el resto de las ciudades de la tierra de Galaad, y que mañana planeaban acampar contra las fortalezas, tomarlas y destruir a todos estos hombres en un solo día.

28 Judas y su ejército se volvieron de repente por el camino del desierto hacia Bosora; y tomó la ciudad, y mató a todos los varones a filo de espada, tomó todos sus despojos y quemó la ciudad con fuego.

29 Partió de allí de noche y marchó hasta llegar a la fortaleza.

30 Cuando llegó la mañana, alzaron los ojos y vieron a mucha gente que no se podía contar, llevando escaleras y máquinas de guerra para tomar la fortaleza; y estaban luchando contra ellos.

31 Judas vio que la batalla había comenzado, y que el clamor de la ciudad subía al cielo, con trompetas y un gran estruendo,

32 y dijo a los hombres de su ejército: «¡Luchad hoy por vuestros hermanos!»

33 Entonces salió tras ellos en tres compañías. Tocaron sus trompetas y clamaron en oración.

34 Y el ejército de Timoteo percibió que era el Macabeo, y huyeron de su presencia. Él los derrotó con una gran matanza. Unos ocho mil hombres de ellos cayeron en aquel día.

35 Se dirigió a Mizpa y luchó contra ella, la tomó, mató a todos sus varones, tomó sus despojos y la quemó con fuego.

36 De allí marchó y tomó Casfón, Maqued, Bosor y las demás ciudades de la tierra de Galaad.

37 Después de estas cosas, Timoteo reunió a otro ejército y acampó cerca de Rafón, más allá del arroyo.

38 Judas envió hombres a espiar al ejército; y le trajeron noticias, diciendo: «Todos los gentiles que nos rodean se han reunido con ellos, un ejército sumamente grande.

39 Han contratado a árabes para que les ayuden, y están acampados más allá del arroyo, listos para venir a la batalla contra vosotros». Así que Judas salió a su encuentro.

40 Timoteo dijo a los capitanes de su ejército cuando Judas y su ejército se acercaban al arroyo de agua: «Si él cruza primero hacia nosotros, no podremos resistirle, porque ciertamente nos derrotará;

41 pero si tiene miedo y acampa al otro lado del río, nosotros cruzaremos hacia él y le derrotaremos».

42 Cuando Judas se acercó al arroyo de agua, hizo que los escribas del pueblo se quedaran junto al arroyo, y les ordenó, diciendo: «No permitáis que ningún hombre acampe, sino que todos vayan a la batalla».

43 Entonces él cruzó primero contra ellos, y todo el pueblo tras él; y todos los gentiles fueron derrotados ante él, arrojaron sus armas y huyeron al templo en Carnaim.

44 Tomaron la ciudad y quemaron el templo con fuego, junto con todos los que estaban en él. Carnaim fue sometida. Ya no pudieron resistir más ante la presencia de Judas.

45 Judas reunió a todo Israel, a los que estaban en la tierra de Galaad, desde el menor hasta el mayor, con sus mujeres, sus niños y sus enseres, un ejército sumamente grande, para que fueran a la tierra de Judá.

46 Llegaron hasta Efrón, y esta misma ciudad era grande y muy fuerte. Estaba en el camino por el que iban. No podían apartarse de ella ni a la derecha ni a la izquierda, sino que necesitaban pasar por medio de ella.

47 La gente de la ciudad les cerró el paso y bloqueó las puertas con piedras.

48 Judas les envió palabras de paz, diciendo: «Pasaremos por vuestra tierra para ir a nuestra propia tierra, y nadie os hará daño. Solamente pasaremos a pie». Pero no quisieron abrirle.

49 Entonces Judas ordenó que se hiciera un pregón en el ejército, para que cada hombre acampara en el lugar donde estaba.

50 Así que los hombres del ejército acamparon y lucharon contra la ciudad todo aquel día y toda aquella noche, y la ciudad fue entregada en sus manos.

51 Destruyó a todos los varones a filo de espada, arrasó la ciudad, tomó su botín y pasó a través de la ciudad por encima de los que habían sido muertos.

52 Cruzaron el Jordán hacia la gran llanura cerca de Bet-sán.

53 Y Judas fue reuniendo a los que se quedaban atrás y animando al pueblo a lo largo de todo el camino, hasta que llegó a la tierra de Judá.

54 Subieron al monte Sión con alegría y regocijo, y ofrecieron holocaustos, porque ni uno solo de ellos había caído hasta que regresaron en paz.

55 En los días en que Judas y Jonatán estaban en la tierra de Galaad, y Simón su hermano en Galilea, frente a Tolemaida,

56 José hijo de Zacarías, y Azarías, jefes del ejército, oyeron de sus proezas y de la guerra, y de las cosas que habían hecho.

57 Dijeron: «Hagámonos también nosotros de renombre, y vayamos a luchar contra los gentiles que nos rodean».

58 Así que dieron órdenes a los hombres del ejército que estaba con ellos, y se dirigieron hacia Jamnia.

59 Gorgias y sus hombres salieron de la ciudad para salir a su encuentro en batalla.

60 José y Azarías fueron puestos en fuga, y perseguidos hasta las fronteras de Judea. Unos dos mil hombres de Israel cayeron en aquel día.

61 Hubo una gran derrota entre el pueblo, porque no escucharon a Judas ni a sus hermanos, creyendo hacer alguna proeza.

62 Pero ellos no eran de la familia de aquellos hombres por cuya mano se dio salvación a Israel.

63 El varón Judas y sus hermanos fueron sumamente glorificados a los ojos de todo Israel y de todos los gentiles, dondequiera que se oía su nombre.

64 Los hombres se reunían en torno a ellos, aclamándolos.

65 Judas y sus hermanos salieron y lucharon contra los hijos de Esaú en la tierra del sur. Atacó Hebrón y sus aldeas, derribó sus fortalezas y quemó sus torres en derredor.

66 Marchó para ir a la tierra de los filisteos, y pasó por Samaria.

67 En aquel día, ciertos sacerdotes, deseando hacer proezas allí, murieron en batalla, cuando salieron a combatir de forma imprudente.

68 Pero Judas se desvió hacia Azoto, a la tierra de los filisteos, derribó sus altares, quemó con fuego las imágenes talladas de sus dioses, tomó el botín de sus ciudades y regresó a la tierra de Judá.

Capítulo 6

1 El rey Antíoco viajaba por las provincias superiores; y oyó que en Elimaida, en Persia, había una ciudad famosa por sus riquezas, por su plata y oro,

2 y que el templo que estaba en ella era sumamente rico, y que en él había escudos de oro, corazas y armas que Alejandro, hijo de Filipo, el rey macedonio, que reinó primero entre los griegos, había dejado allí.

3 Así que fue e intentó tomar la ciudad y saquearla; pero no pudo, porque su plan fue descubierto por los de la ciudad,

4 y se levantaron contra él en batalla. Él huyó y regresó a Babilonia con gran amargura.

5 Entonces alguien llegó a Persia trayéndole noticias de que los ejércitos que fueron contra la tierra de Judá habían sido puestos en fuga,

6 y que Lisias había ido primero con un ejército fuerte y había sido avergonzado ante ellos, y que ellos se habían fortalecido debido a las armas, el poder y un botín abundante que tomaron de los ejércitos que habían aniquilado,

7 y que habían derribado la abominación que él había construido sobre el altar que estaba en Jerusalén, y que habían rodeado el santuario con altos muros, como antes, y también Bet-sur, su ciudad.

8 Aconteció que, cuando el rey oyó estas palabras, se asombró y se conmovió sumamente. Se postró en su cama y enfermó de dolor, porque las cosas no le habían salido como había planeado.

9 Estuvo allí muchos días, porque un gran dolor se apoderaba de él continuamente, y comprendió que iba a morir.

10 Llamó a todos sus amigos, y les dijo: "El sueño se aleja de mis ojos, y mi corazón desfallece a causa de la preocupación.

11 Dije en mi corazón: '¡A qué gran aflicción he llegado! ¡Cuán grande es el diluvio en el que me encuentro ahora! Porque yo era clemente y amado en mi poder'.

12 Pero ahora recuerdo los males que hice en Jerusalén, y que tomé todos los vasos de plata y oro que había en ella, y envié a destruir a los habitantes de Judá sin causa.

13 Percibo que es por esto que estos males han venido sobre mí. Y he aquí, perezco por la gran aflicción en tierra extraña".

14 Entonces llamó a Filipo, uno de sus amigos, y lo puso sobre todo su reino.

15 Le entregó su corona, su manto y su anillo de sellar, para que guiara a su hijo Antíoco, y lo criara para que fuese rey.

16 Así murió allí el rey Antíoco en el año ciento cuarenta y nueve.

17 Cuando Lisias se enteró de que el rey había muerto, estableció a su hijo Antíoco para que reinara, a quien él había criado desde joven, y lo llamó por nombre Eupátor.

18 Los que estaban en la ciudadela no dejaban de asediar a Israel alrededor del santuario, y siempre buscaban hacerles daño y fortalecer a los gentiles.

19 Judas planeó destruirlos y convocó a todo el pueblo para sitiarlos.

20 Se reunieron y los sitiaron en el año ciento cincuenta, y construyó terraplenes para disparar, y máquinas de guerra.

21 Algunos de los sitiados escaparon, y algunos de los hombres impíos de Israel se les unieron.

22 Fueron al rey y le dijeron: «¿Hasta cuándo no harás justicia ni vengarás a nuestros hermanos?

23 Nosotros estábamos dispuestos a servir a tu padre, a vivir según sus palabras y a seguir sus mandamientos.

24 A causa de esto, los hijos de nuestro pueblo sitiaron la ciudadela y se enemistaron con nosotros; y a todos los nuestros que pudieron atrapar, los mataron, y saquearon nuestras heredades.

25 Y no solo contra nosotros extendieron su mano, sino también contra todas sus fronteras.

26 He aquí, hoy están acampados contra la ciudadela de Jerusalén para tomarla. Han fortificado el santuario y Bet-sur.

27 Si no te adelantas rápidamente, harán cosas mayores que estas, y no podrás controlarlos».

28 Cuando el rey oyó esto, se enfureció, y reunió a todos sus amigos, a los capitanes de su ejército y a los jefes de la caballería.

29 Bandas de soldados mercenarios acudieron a él desde otros reinos y desde las islas del mar.

30 El número de sus fuerzas era de cien mil infantes, veinte mil jinetes y treinta y dos elefantes entrenados para la guerra.

31 Pasaron por Idumea y acamparon contra Bet-sur, y lucharon contra ella durante muchos días, y construyeron máquinas de guerra. Los judíos salieron y las quemaron con fuego, y lucharon valientemente.

32 Judas se alejó de la ciudadela y acampó en Bet-zacarias, cerca del campamento del rey.

33 El rey se levantó muy de mañana, y marchó con su ejército a toda prisa por el camino de Bet-zacarias. Sus fuerzas se prepararon para la batalla y tocaron sus trompetas.

34 Dieron a los elefantes el zumo de uvas y moras, para incitarlos a la batalla.

35 Distribuyeron los animales entre las falanges. Junto a cada elefante colocaron a mil hombres armados con cotas de malla y cascos de bronce en la cabeza. A cada elefante se le asignaron quinientos jinetes escogidos.

36 Estos estaban listos de antemano, dondequiera que estuviera el elefante. Adonde iba el elefante, iban ellos. No se apartaban de él.

37 Llevaban encima unas torres de madera fuertes y cubiertas, una sobre cada elefante, aseguradas sobre él con arneses firmes. Sobre cada una iban cuatro hombres valientes que luchaban desde allí, además de su conductor indio.

38 El resto de la caballería la colocó a un lado y a otro, en los dos flancos del ejército, infundiendo terror al enemigo y protegidos por las falanges.

39 Cuando el sol brilló sobre los escudos de oro y bronce, las montañas se iluminaron y resplandecieron como antorchas de fuego.

40 Una parte del ejército del rey se extendió por los montes altos y otra por el terreno bajo, y avanzaban con firmeza y en orden.

41 Todos los que oían el ruido de su muchedumbre, el marchar de la multitud y el choque de las armas, temblaban; porque el ejército era sumamente grande y fuerte.

42 Judas y su ejército se acercaron para la batalla, y seiscientos hombres del ejército del rey cayeron.

43 Eleazar, llamado Avarán, vio a uno de los animales armado con corazas reales; era más alto que todos los demás animales, y parecía que el rey iba montado en él.

44 Así que entregó su vida para librar a su pueblo, y para hacerse un nombre eterno.

45 Corrió hacia él con valor en medio de la falange, hiriendo a derecha e izquierda, y ellos se apartaban de él a un lado y a otro.

46 Se metió debajo del elefante, lo apuñaló por debajo y lo mató. El elefante cayó a tierra sobre él, y allí murió.

47 Al ver la fuerza del reino y el feroz ataque del ejército, se retiraron de allí.

48 Pero los soldados del ejército del rey subieron a Jerusalén a su encuentro, y el rey acampó contra Judea y contra el monte Sión.

49 Hizo las paces con los habitantes de Bet-sur. Salió de la ciudad porque no tenían víveres allí para soportar el asedio, pues era un año de sábado para la tierra.

50 El rey tomó Bet-sur, y estableció allí una guarnición para custodiarla.

51 Acampó contra el santuario por muchos días; y estableció allí terraplenes para disparar, máquinas de guerra, máquinas para lanzar fuego y piedras, escorpiones para lanzar dardos, y hondas.

52 Los judíos también construyeron máquinas de guerra contra las de ellos, y lucharon durante muchos días.

53 Pero no había comida en el santuario, porque era el séptimo año, y los que habían huido en busca de seguridad a Judea desde entre los gentiles se habían comido el resto de las provisiones.

54 Quedaban muy pocos en el santuario, porque el hambre prevalecía contra ellos, y se habían dispersado, cada uno a su propio lugar.

55 Lisias se enteró de que Filipo —a quien el rey Antíoco, cuando aún vivía, había designado para criar a su hijo Antíoco como rey—

56 había regresado de Persia y Media, y con él las fuerzas que habían acompañado al rey, y que intentaba tomar el control del gobierno.

57 Se apresuró y dio órdenes de partir. Dijo al rey, a los capitanes del ejército y a los hombres: «Nos debilitamos cada día, nuestra comida escasea, el lugar donde acampamos es fuerte y los asuntos del reino recaen sobre nosotros.

58 Ahora, por tanto, negociemos con estos hombres, y hagamos la paz con ellos y con toda su nación,

59 y hagamos pacto con ellos, de que puedan andar según sus propias leyes, como antes; pues se indignaron a causa de sus leyes que nosotros abolimos, e hicieron todas estas cosas».

60 El discurso agradó al rey y a los príncipes, y envió mensajeros a ellos para hacer la paz; y ellos la aceptaron.

61 El rey y los príncipes les hicieron un juramento. Con estas condiciones, salieron de la fortaleza.

62 Entonces el rey entró en el monte Sión. Vio la fuerza del lugar, rompió el juramento que había hecho, y dio órdenes de derribar el muro en derredor.

63 Luego partió a toda prisa y regresó a Antioquía, y halló a Filipo como dueño de la ciudad. Luchó contra él y tomó la ciudad por la fuerza.

Capítulo 7

1 En el año ciento cincuenta y uno, Demetrio, hijo de Seleuco, partió de Roma y subió con unos pocos hombres a una ciudad junto al mar, y reinó allí.

2 Aconteció que, cuando iba a entrar en la casa del reino de sus padres, el ejército apresó a Antíoco y a Lisias, para llevárselos.

3 Él se enteró del asunto y dijo: «¡No me mostréis sus rostros!»

4 Así que el ejército los mató. Entonces Demetrio se sentó en el trono de su reino.

5 Todos los hombres sin ley y los impíos de Israel acudieron a él. Alcimo era su líder, pues ambicionaba ser sumo sacerdote.

6 Acusaron al pueblo ante el rey, diciendo: «Judas y sus hermanos han destruido a todos tus amigos y nos han expulsado de nuestra propia tierra.

7 Ahora, pues, envía a un hombre de tu confianza, y que vaya a ver toda la destrucción que él ha traído sobre nosotros y sobre el país del rey, y cómo los ha castigado a ellos y a todos los que les ayudaron».

8 El rey escogió entonces a Báquides, uno de los amigos del rey, que era gobernador en el país más allá del río, un hombre importante en el reino y fiel al rey.

9 Lo envió junto al impío Alcimo, a quien hizo sumo sacerdote; y le ordenó que se vengara de los hijos de Israel.

10 Marcharon y llegaron con un gran ejército a la tierra de Judá. Envió mensajeros a Judas y a sus hermanos con palabras de paz, pero engañosamente.

11 Ellos no prestaron atención a sus palabras, pues vieron que habían venido con un gran ejército.

12 Un grupo de escribas se reunió con Alcimo y Báquides para buscar condiciones justas.

13 Los asideos fueron los primeros entre los hijos de Israel que buscaron la paz con ellos,

14 porque decían: «Un hombre que es sacerdote de la simiente de Aarón ha venido con el ejército, y no nos hará ningún daño».

15 Él les habló con palabras de paz, y les juró, diciendo: «No buscaremos haceros daño ni a vosotros ni a vuestros amigos».

16 Confiaron en él. Entonces apresó a sesenta hombres de ellos y los mató en un solo día, conforme a la palabra que está escrita:

17 La carne de tus santos
y su sangre fue derramada en derredor de Jerusalén,
y no hubo quien los enterrara.

18 El miedo y el terror hacia ellos cayeron sobre todo el pueblo, porque decían: «No hay verdad ni justicia en ellos; han quebrantado el pacto y el juramento que hicieron».

19 Báquides se retiró de Jerusalén y acampó en Bezet. Mandó a apresar a muchos de los desertores que estaban con él, y a algunos del pueblo, y los mató, arrojándolos a un gran pozo.

20 Puso a Alcimo a cargo del país y le dejó una fuerza armada para ayudarle. Luego Báquides se marchó hacia donde estaba el rey.

21 Alcimo luchó por mantener su sumo sacerdocio.

22 Todos los que perturbaban a su pueblo se le unieron, tomaron el control de la tierra de Judá e hicieron gran daño en Israel.

23 Judas vio todo el mal que Alcimo y los suyos habían hecho entre los hijos de Israel, peor aún que los gentiles.

24 Salió por todas las fronteras de Judea y se vengó de los hombres que habían desertado de él, y se les impidió salir al campo.

25 Pero cuando Alcimo vio que Judas y su compañía se habían hecho fuertes, y supo que no podría resistirles, volvió al rey y presentó malas acusaciones contra ellos.

26 Entonces el rey envió a Nicanor, uno de sus nobles príncipes, un hombre que odiaba a Israel y era su enemigo, y le ordenó destruir al pueblo.

27 Nicanor llegó a Jerusalén con un gran ejército. Envió un mensaje a Judas y a sus hermanos con engaño, con palabras de paz, diciendo:

28 «No haya batalla entre yo y vosotros; iré con unos pocos hombres para poder ver vuestros rostros en paz».

29 Se acercó a Judas, y se saludaron pacíficamente. Pero los enemigos estaban listos para capturar a Judas con violencia.

30 Judas se enteró de esto, de que había venido a él con engaño, y tuvo mucho temor de él, y no quiso ver más su rostro.

31 Nicanor descubrió que su plan había sido revelado, y salió al encuentro de Judas en batalla junto a Cafarsalama.

32 Cayeron unos quinientos hombres del ejército de Nicanor, y el resto huyó a la ciudad de David.

33 Después de estas cosas, Nicanor subió al monte Sión. Algunos de los sacerdotes salieron del santuario, junto con algunos de los ancianos del pueblo, para saludarle en paz y mostrarle el holocausto que se estaba ofreciendo por el rey.

34 Él se burló de ellos, se rió de ellos, los escarneció vergonzosamente, habló con arrogancia,

35 y juró enfurecido, diciendo: «A menos que Judas y su ejército sean entregados ahora en mis manos, sucederá que, si regreso a salvo, ¡quemaré esta casa!» Y se marchó lleno de ira.

36 Los sacerdotes entraron y se pusieron de pie ante el altar y el templo; lloraron y dijeron:

37 «Tú elegiste esta casa para ser llamada por tu nombre, para que fuera casa de oración y súplica para tu pueblo.

38 Véngate de este hombre y de su ejército, y que caigan a filo de espada. Recuerda sus blasfemias, y no les permitas vivir más tiempo».

39 Entonces Nicanor salió de Jerusalén y acampó en Bet-horón, y allí se le unió el ejército sirio.

40 Judas acampó en Adasa con tres mil hombres. Y Judas oró y dijo:

41 «Cuando los que venían del rey blasfemaron, tu ángel salió e hirió a ciento ochenta y cinco mil de ellos.

42 De la misma manera, aplasta a este ejército ante nosotros hoy, y que todos los demás sepan que él ha hablado perversamente contra tu santuario. Júzgalo conforme a su maldad».

43 El día trece del mes de Adar, los ejércitos se enfrentaron en batalla. El ejército de Nicanor fue derrotado, y él mismo fue el primero en caer en el combate.

44 Cuando su ejército vio que Nicanor había caído, arrojaron sus armas y huyeron.

45 Los persiguieron durante la jornada de un día desde Adasa hasta llegar a Gazara, y tocaron las trompetas de señales detrás de ellos.

46 Salieron hombres de todas las aldeas vecinas de Judea y los flanquearon. Estos los obligaron a retroceder hacia los otros, y todos cayeron a filo de espada. No quedó ni uno solo de ellos.

47 Los judíos tomaron los despojos y el botín, cortaron la cabeza de Nicanor y su mano derecha, que él había extendido con tanta arrogancia, y las llevaron y las colgaron cerca de Jerusalén.

48 El pueblo se alegró en gran manera, y celebraron aquel día como un día de gran regocijo.

49 Ordenaron guardar este día año tras año, el día trece de Adar.

50 Y la tierra de Judá tuvo descanso por unos pocos días.

Capítulo 8

1 Judas oyó de la fama de los romanos, de que son hombres valientes, y se complacen en todos los que se les unen, y se hacen amigos de todos los que acuden a ellos,

2 y que son hombres muy valerosos. Le contaron de sus guerras y proezas que hacen entre los galos, y cómo los conquistaron y los obligaron a pagar tributo;

3 y lo que hicieron en la tierra de España, para apoderarse de las minas de plata y oro que allí había;

4 y cómo por su política y persistencia conquistaron todo el lugar (y eso que el lugar estaba sumamente lejos de ellos), y a los reyes que vinieron contra ellos desde los confines de la tierra, hasta que los derrotaron y les infligieron grandes pérdidas; y cómo el resto les paga tributo año tras año.

5 A Filipo y a Perseo, rey de los de Quitim, y a los que se levantaron contra ellos, los derrotaron en batalla y los conquistaron.

6 También a Antíoco, el gran rey de Asia, que vino a luchar contra ellos con ciento veinte elefantes, caballería, carros y un ejército sumamente grande, fue derrotado por ellos.

7 Lo capturaron vivo, y decretaron que tanto él como los que reinaran después de él les dieran un gran tributo, entregaran rehenes, y un pedazo de tierra de lo mejor de sus provincias:

8 las tierras de India, Media y Lidia. Se las quitaron a él y se las dieron al rey Eumenes.

9 Judas se enteró de cómo los griegos planeaban venir y destruirlos,

10 pero esto llegó a conocimiento de los romanos, y enviaron contra ellos a un general que luchó contra ellos, y muchos de ellos cayeron heridos de muerte; hicieron cautivas a sus mujeres y a sus hijos, los saquearon, conquistaron su tierra, derribaron sus fortalezas y los redujeron a servidumbre hasta el día de hoy.

11 A los demás reinos e islas, a cuantos se levantaron contra ellos en cualquier tiempo, los destruyeron y los convirtieron en sus siervos;

12 pero con sus amigos y con los que se apoyaban en ellos se mantuvieron en amistad. Conquistaron los reinos cercanos y los que estaban lejos, y todos los que oían de su fama les temían.

13 Además, a quien desean ayudar y hacer rey, a ese lo hacen rey; y a quien desean, lo deponen. Son sumamente exaltados.

14 Pese a todo esto, ninguno de ellos se puso jamás una corona, ni se vistieron de púrpura como muestra de grandeza.

15 Judas oyó cómo habían establecido un senado para sí mismos, y día tras día, trescientos veinte hombres se sentaban en consejo, deliberando siempre en favor del pueblo, a fin de que estuvieran bien gobernados,

16 y cómo confían su gobierno a un solo hombre cada año, para que gobierne sobre ellos y controle todo su país, y todos obedecen a ese único hombre, y no hay envidia ni rivalidad entre ellos.

17 Así que Judas escogió a Eupólemo, hijo de Juan, hijo de Acós, y a Jasón, hijo de Eleazar, y los envió a Roma, para establecer amistad y alianza con ellos,

18 y para liberarse a sí mismos del yugo; porque veían que el reino de los griegos mantenía a Israel en esclavitud.

19 Entonces fueron a Roma, un viaje muy largo, entraron en el senado y dijeron:

20 «Judas, también llamado Macabeo, y sus hermanos, y el pueblo de los judíos, nos han enviado a vosotros para hacer una alianza y la paz con vosotros, y para que seamos registrados como vuestros aliados y amigos».

21 Esta propuesta les agradó.

22 Esta es la copia del escrito que respondieron en tablas de bronce, y que enviaron a Jerusalén, para que estuviera con ellos allí como un memorial de paz y alianza:

23 "¡Que les vaya bien a los romanos y a la nación de los judíos, por mar y por tierra para siempre! Que la espada y el enemigo estén lejos de ellos.

24 Pero si surge primero una guerra para Roma, o para cualquiera de sus aliados en todos sus dominios,

25 la nación de los judíos les ayudará como aliados, de todo corazón, según se los indique la ocasión.

26 A los que les hagan la guerra, no les darán provisiones, comida, armas, dinero ni naves, según le parezca bien a Roma, y guardarán sus obligaciones sin recibir nada a cambio.

27 De igual manera, además, si la guerra viene primero sobre la nación de los judíos, los romanos les ayudarán gustosamente como aliados, según se los indique la ocasión;

28 y a los que estén peleando con ellos, no se les dará comida, armas, dinero ni naves, según le parezca bien a Roma. Guardarán estas ordenanzas, y eso sin engaño.

29 Conforme a estos términos, los romanos hicieron un tratado con el pueblo judío.

30 Pero si en adelante la una o la otra parte determina añadir o quitar algo, lo harán a su gusto, y lo que sea que añadan o quiten será ratificado.

31 Con respecto a los males que el rey Demetrio les está haciendo, le hemos escrito, diciendo: '¿Por qué has hecho tu yugo tan pesado sobre nuestros amigos y aliados los judíos?

32 Por tanto, si vuelven a presentar quejas contra ti, nosotros les haremos justicia y lucharemos contigo por mar y por tierra'".

Capítulo 9

1 Demetrio oyó que Nicanor había caído con sus fuerzas en batalla, y envió a Báquides y a Alcimo nuevamente a la tierra de Judá por segunda vez, y con ellos el ala derecha de su ejército.

2 Fueron por el camino que lleva a Gilgal, acamparon contra Mesalot, que está en Arbela, tomaron posesión de ella y mataron a mucha gente.

3 En el primer mes del año ciento cincuenta y dos, acamparon contra Jerusalén.

4 Luego levantaron el campamento y fueron a Berea con veinte mil infantes y dos mil jinetes.

5 Judas estaba acampado en Elasa con tres mil hombres escogidos.

6 Vieron la multitud de las fuerzas, que eran muchas, y se aterrorizaron. Muchos se escabulleron del ejército. No quedaron de ellos más de ochocientos hombres.

7 Judas vio que su ejército se desvanecía y que la batalla le apremiaba, y se turbó mucho en espíritu, porque no tenía tiempo para reunirlos, y desfalleció.

8 Dijo a los que quedaban: «Levantémonos y subamos contra nuestros adversarios, por si acaso podemos luchar contra ellos».

9 Intentaron disuadirlo, diciendo: «De ninguna manera podremos; mejor salvemos ahora nuestras vidas. Volvamos con nuestros hermanos y luego lucharemos contra ellos; pero ahora somos muy pocos».

10 Judas respondió: «No sea así que yo haga esto, huir de ellos. Si ha llegado nuestra hora, muramos varonilmente por nuestros hermanos, y no dejemos motivo de oprobio contra nuestro honor».

11 El ejército salió del campamento y se dispuso a enfrentarlos. La caballería se dividió en dos compañías, y los honderos y arqueros iban delante del ejército, junto con todos los hombres valientes que luchaban en la vanguardia.

12 Báquides estaba en el ala derecha. La falange avanzó por ambas partes, y tocaron sus trompetas.

13 Los hombres del lado de Judas también tocaron sus trompetas, y la tierra tembló con el grito de los ejércitos, y la batalla se trabó, y continuó desde la mañana hasta el atardecer.

14 Judas vio que Báquides y la mayor fuerza de su ejército estaban en el lado derecho, y todos los de corazón valiente fueron con él,

15 y el ala derecha fue derrotada por ellos, y él los persiguió hasta el monte Azoto.

16 Los que estaban en el ala izquierda vieron que el ala derecha había sido derrotada, y se volvieron y siguieron los pasos de Judas y de los que estaban con él.

17 La batalla se volvió desesperada, y muchos de ambos bandos cayeron heridos de muerte.

18 Judas cayó, y los demás huyeron.

19 Jonatán y Simón tomaron a Judas su hermano, y lo sepultaron en el sepulcro de sus antepasados en Modín.

20 Lloraron por él. Todo Israel hizo gran lamentación por él, guardaron luto por muchos días, y decían:

21 «¡Cómo ha caído el poderoso, el salvador de Israel!»

22 El resto de los hechos de Judas, sus guerras, las proezas que hizo y su grandeza, no están escritos; porque fueron sumamente numerosos.

23 Aconteció que, tras la muerte de Judas, los hombres sin ley surgieron por todas las fronteras de Israel. Se levantaron todos los obradores de iniquidad.

24 En aquellos días hubo una hambruna sumamente grande, y el país se pasó al bando de ellos.

25 Báquides escogió a los hombres impíos y los hizo gobernantes del país.

26 Ellos indagaron y buscaron a los amigos de Judas, y se los llevaron a Báquides, y él se vengó de ellos y los ultrajó.

27 Hubo gran tribulación en Israel, cual no la hubo desde el tiempo en que dejaron de aparecerles profetas.

28 Todos los amigos de Judas se reunieron y le dijeron a Jonatán:

29 «Desde que murió tu hermano Judas, no tenemos un hombre como él para salir contra nuestros enemigos, contra Báquides, y contra los de nuestra propia nación que nos odian.

30 Ahora, por tanto, te hemos elegido en este día para que seas nuestro príncipe y líder en su lugar, para que libres nuestras batallas».

31 Así que Jonatán asumió el mando en aquel tiempo, y se levantó en lugar de su hermano Judas.

32 Cuando Báquides lo supo, intentó matarlo.

33 Jonatán, su hermano Simón y todos los que estaban con él, se enteraron; y huyeron al desierto de Tecoa, y acamparon junto a las aguas del estanque de Asfar.

34 Báquides se enteró de esto en el día de sábado, y cruzó el Jordán él y todo su ejército.

35 Jonatán envió a su hermano, líder de la multitud, y suplicó a sus amigos los nabateos que les guardaran su equipaje, que era mucho.

36 Pero los hijos de Jambrí salieron de Medaba, apresaron a Juan y todo lo que tenía, y se marcharon con ello.

37 Después de estas cosas, llevaron la noticia a Jonatán y a su hermano Simón de que los hijos de Jambrí estaban celebrando una gran boda, y traían a la novia, hija de uno de los grandes nobles de Canaán, desde Nadabat con una gran escolta.

38 Se acordaron de su hermano Juan, y subieron y se escondieron bajo la cubierta de la montaña.

39 Alzaron los ojos y miraron, y vieron una gran procesión con mucho equipaje. El novio salió con sus amigos y sus parientes a su encuentro con panderos, músicos y muchas armas.

40 Se levantaron contra ellos desde su emboscada y los mataron, y muchos cayeron heridos de muerte. El resto huyó a la montaña, y los judíos tomaron todos sus despojos.

41 Así la boda se convirtió en luto, y la voz de sus músicos en lamentación.

42 Vengaron plenamente la sangre de su hermano, y regresaron a las marismas del Jordán.

43 Báquides lo oyó, y llegó el día de sábado a las orillas del Jordán con un gran ejército.

44 Jonatán dijo a su compañía: «Levantaos ahora y luchad por vuestras vidas, porque las cosas hoy son diferentes a como eran ayer y anteayer.

45 Pues, mirad, la batalla está delante de nosotros y detrás de nosotros. Además, las aguas del Jordán están a un lado y al otro, junto con marismas y matorrales. No hay lugar por donde escapar.

46 Clamad, pues, al cielo, para que seáis librados de la mano de vuestros enemigos».

47 Entonces se trabó la batalla, y Jonatán extendió su mano para herir a Báquides, pero este se apartó de él hacia atrás.

48 Jonatán y los que estaban con él se lanzaron al Jordán y nadaron hasta la otra orilla. El enemigo no cruzó el Jordán contra ellos.

49 Cayeron aquel día cerca de mil hombres de la compañía de Báquides;

50 y él regresó a Jerusalén. Edificaron ciudades fortificadas en Judea: la fortaleza que estaba en Jericó, y Emaús, Bet-horón, Betel, Timnat, Faratón y Tefón, con altos muros, puertas y barras.

51 Puso guarniciones en ellas para hostigar a Israel.

52 Fortificó la ciudad de Bet-sur, Gazara y la ciudadela, y puso en ellas tropas y reservas de alimentos.

53 Tomó como rehenes a los hijos de los hombres principales del país, y los puso bajo guardia en la ciudadela de Jerusalén.

54 Y en el año ciento cincuenta y tres, en el segundo mes, Alcimo dio órdenes de derribar el muro del atrio interior del santuario. Destruyó también las obras de los profetas.

55 Comenzó a derribar. En aquel tiempo Alcimo fue herido, y sus obras fueron paralizadas; su boca se cerró, le dio una parálisis, y ya no pudo hablar palabra alguna ni dar órdenes sobre su casa.

56 Alcimo murió en aquel tiempo con gran tormento.

57 Al ver Báquides que Alcimo había muerto, regresó al rey. Y la tierra de Judá
tuvo descanso por dos años.

58 Entonces todos los hombres sin ley se aconsejaron, diciendo: «He aquí, Jona-
tán y sus hombres viven tranquilos y seguros. Ahora, por tanto, traeremos a Bá-
quides, y él los capturará a todos en una sola noche».

59 Fueron y lo consultaron con él.

60 Él se puso en marcha y llegó con un gran ejército, y envió cartas en secreto a to-
dos sus aliados que estaban en Judea, para que apresaran a Jonatán y a los que es-
taban con él; pero no pudieron, porque su plan llegó a conocimiento de ellos.

61 Los hombres de Jonatán apresaron a unos cincuenta hombres del país que
eran los autores de la maldad, y él los mató.

62 Jonatán, Simón y los que estaban con él, se retiraron a Betbasi, que está en el
desierto, reconstruyeron lo que había sido derribado, y la fortificaron.

63 Báquides se enteró de ello, reunió a toda su multitud, y envió órdenes a los de
Judea.

64 Fue y acampó contra Betbasi, luchó contra ella muchos días y construyó má-
quinas de guerra.

65 Jonatán dejó a su hermano Simón en la ciudad, salió al campo, y fue con unos
pocos hombres.

66 Atacó a Odomera y a su parentela, y a los hijos de Fasirón en sus tiendas.

67 Empezaron a atacarlos y a avanzar con sus fuerzas. Entonces Simón y los que
estaban con él salieron de la ciudad y prendieron fuego a las máquinas de guerra,

68 y lucharon contra Báquides, y este fue derrotado por ellos. Lo afligieron en
gran manera, porque su consejo y su expedición habían sido en vano.

69 Se enfurecieron mucho con los hombres sin ley que le habían aconsejado venir
al país, y mataron a muchos de ellos. Entonces decidió marcharse a su propia
tierra.

70 Jonatán se enteró de esto y le envió embajadores, con el fin de hacer la paz con
él, y para que les devolviera a los cautivos.

71 Él aceptó la propuesta, hizo conforme a sus palabras, y le juró que no buscaría
su mal en todos los días de su vida.

72 Le devolvió los cautivos que había tomado antes de la tierra de Judá, se dio la
vuelta, se marchó a su propia tierra, y no volvió más a sus fronteras.

73 Así cesó la espada en Israel. Jonatán habitó en Micmas. Jonatán comenzó a
juzgar al pueblo; y exterminó a los impíos de Israel.

Capítulo 10

1 En el año ciento sesenta, Alejandro Epífanes, hijo de Antíoco, subió y tomó po-
sesión de Tolemaida. Lo recibieron, y reinó allí.

2 El rey Demetrio se enteró de esto, reunió fuerzas sumamente grandes y salió a su
encuentro en batalla.

3 Demetrio envió una carta a Jonatán con palabras de paz, a fin de honrarlo.

4 Porque decía: «Adelantémonos a hacer la paz con ellos, antes de que él haga la
paz con Alejandro en contra nuestra;

5 pues recordará todos los males que le hemos causado a él, a sus hermanos y a su
nación».

6 Así que le dio autoridad para reunir fuerzas, proveerse de armas, y para que
fuera su aliado. También ordenó que se le entregaran los rehenes que estaban en la
ciudadela.

7 Jonatán llegó a Jerusalén y leyó la carta a oídos de todo el pueblo, y de los que es-
taban en la ciudadela.

8 Ellos tuvieron mucho miedo cuando oyeron que el rey le había dado autoridad
para reunir un ejército.

9 Los de la ciudadela entregaron los rehenes a Jonatán, y él los devolvió a sus padres.

10 Jonatán habitó en Jerusalén y comenzó a edificar y a renovar la ciudad.

11 Ordenó a los que hacían la obra que construyeran los muros y rodearan el monte Sión con piedras labradas para defensa; y así lo hicieron.

12 Los extranjeros que estaban en las fortalezas que Báquides había construido, huyeron.

13 Cada cual dejó su puesto y se marchó a su propia tierra.

14 Solo en Bet-sur quedaron algunos de los que habían abandonado la ley y los mandamientos, porque era para ellos un lugar de refugio.

15 El rey Alejandro oyó todas las promesas que Demetrio había enviado a Jonatán. Le contaron también de las batallas y de las proezas que él y sus hermanos habían hecho, y de las aflicciones que habían padecido.

16 Entonces dijo: «¿Podremos encontrar a otro hombre como él? Ahora lo haremos nuestro amigo y aliado».

17 Escribió una carta y se la envió con estas palabras, diciendo:

18 «El rey Alejandro a su hermano Jonatán, saludos.

19 Hemos oído de ti, que eres hombre fuerte y valiente, y digno de ser nuestro amigo.

20 Ahora te hemos designado en este día para que seas el sumo sacerdote de tu nación, y para que seas llamado amigo del rey, y para que te pongas de nuestra parte, y mantengas amistad con nosotros». También le envió un manto de púrpura y una corona de oro.

21 Y Jonatán se vistió con las vestiduras santas en el séptimo mes del año ciento sesenta, en la fiesta de los tabernáculos; y reunió fuerzas y proveyó armas en abundancia.

22 Cuando Demetrio oyó estas cosas, se afligió y dijo:

23 «¿Qué es esto que hemos hecho, que Alejandro se nos ha adelantado en establecer amistad con los judíos para fortalecerse?

24 Yo también les escribiré palabras de aliento, de honra y de regalos, para que estén conmigo y me ayuden».

25 Así que les envió este mensaje: "El rey Demetrio a la nación de los judíos, saludos.

26 Por cuanto habéis guardado vuestros pactos con nosotros, y habéis continuado en nuestra amistad, y no os habéis unido a nuestros enemigos, hemos sabido de esto, y nos alegramos.

27 Ahora continuad manteniendo fidelidad con nosotros, y os recompensaremos con bienes a cambio de vuestro trato hacia nosotros.

28 Os concederemos muchas inmunidades y os daremos regalos.

29 "Ahora os libero, y eximo a todos los judíos de los tributos, del impuesto sobre la sal y de los gravámenes de la corona.

30 En lugar de la tercera parte de la semilla y de la mitad del fruto de los árboles que me corresponde recibir, renuncio a ello desde este día en adelante, de modo que no lo tomaré de la tierra de Judá, ni de los tres distritos que se le añaden de la provincia de Samaria y Galilea, desde este día y para siempre.

31 Sea Jerusalén santa y libre, con sus fronteras, diezmos e impuestos.

32 Cedo también mi autoridad sobre la ciudadela que está en Jerusalén, y se la doy al sumo sacerdote, para que ponga en ella a los hombres que él elija para custodiarla.

33 A toda alma de los judíos que haya sido llevada cautiva de la tierra de Judá a cualquier parte de mi reino, la dejo en libertad sin pago alguno. Y que todos los oficiales cancelen también los impuestos sobre sus ganados.

34 "Que todas las fiestas, los sábados, las lunas nuevas, los días señalados, los tres días antes de una fiesta y los tres días después de una fiesta, sean todos días de inmunidad y exención para todos los judíos que están en mi reino.

35 Ningún hombre tendrá autoridad para exigir nada a ninguno de ellos, ni para molestarlos por ningún motivo.

36 "Que se inscriban entre las fuerzas del rey unos treinta mil hombres de los judíos, y se les dará sueldo, como es debido a todas las fuerzas del rey.

37 De ellos, algunos serán puestos en las grandes fortalezas del rey, y otros serán puestos sobre los asuntos del reino, que son cargos de confianza. Que quienes estén sobre ellos y sus gobernantes sean de los suyos, y que anden según sus propias leyes, tal como el rey lo ha ordenado en la tierra de Judá.

38 «Los tres distritos que han sido añadidos a Judea de la provincia de Samaria, que se anexen a Judea, para que se cuenten bajo un solo gobernante, y no obedezcan a ninguna otra autoridad sino a la del sumo sacerdote.

39 En cuanto a Tolemaida y sus tierras, las he dado como regalo al santuario que está en Jerusalén, para los gastos del santuario.

40 También doy cada año quince mil siclos de plata de los ingresos del rey, de los lugares que corresponda.

41 Y todos los fondos adicionales que los administradores de los asuntos del rey no pagaron como en los primeros años, los darán de ahora en adelante para las obras del templo.

42 Además de esto, los cinco mil siclos de plata que tomaban de los fondos del santuario de los ingresos año tras año, también quedan liberados, porque pertenecen a los sacerdotes que ministran allí.

43 Cualquiera que huya al templo que está en Jerusalén, y dentro de todos sus límites, ya sea que deba dinero al rey, o por cualquier otra causa, que quede libre, junto con todo lo que tiene en mi reino.

44 Para la edificación y renovación de las estructuras del santuario, el gasto se dará también de los ingresos del rey.

45 Para la construcción de los muros de Jerusalén y su fortificación en derredor, el gasto se dará también de los ingresos del rey, y lo mismo para la edificación de los muros en Judea».

46 Cuando Jonatán y el pueblo oyeron estas palabras, no les dieron crédito, ni las aceptaron, porque recordaban el gran mal que él había hecho en Israel, y que los había afligido muy severamente.

47 Pero se complacieron mucho con Alejandro, porque fue el primero que les habló palabras de paz, y siempre fueron sus aliados.

48 El rey Alejandro reunió grandes fuerzas y acampó cerca de Demetrio.

49 Los dos reyes trabaron batalla, y el ejército de Alejandro huyó; y Demetrio lo persiguió, y prevaleció contra ellos.

50 Él recrudeció la batalla en gran manera hasta la puesta del sol; y Demetrio cayó en aquel día.

51 Alejandro envió embajadores a Ptolomeo, rey de Egipto, con este mensaje:

52 «Puesto que he regresado a mi reino, me he sentado en el trono de mis padres, he establecido mi dominio, he derrocado a Demetrio y he tomado posesión de nuestro país...

53 Sí, trabé batalla con él, y él y su ejército fueron derrotados por nosotros, y nos sentamos en el trono de su reino...

54 Ahora, pues, hagámonos amigos el uno del otro. Dame ahora a tu hija por esposa. Me uniré a ti, y os daré a ti y a ella regalos dignos de vosotros».

55 El rey Ptolomeo respondió, diciendo: «Feliz el día en que regresaste a la tierra de tus antepasados y te sentaste en el trono de su reino.

56 Ahora haré contigo como has escrito; pero encuéntrate conmigo en Tolemaida, para que nos veamos el uno al otro; y me uniré a ti, tal como has dicho».

57 Así Ptolomeo salió de Egipto, él y su hija Cleopatra, y llegó a Tolemaida en el año ciento sesenta y dos.

58 El rey Alejandro salió a su encuentro, y él le dio a su hija Cleopatra, y celebró su boda en Tolemaida con gran pompa, como hacen los reyes.

59 El rey Alejandro escribió a Jonatán, para que fuera a su encuentro.

60 Él fue con pompa a Tolemaida, y se reunió con los dos reyes. Les dio a ellos y a sus amigos plata y oro, y muchos regalos, y halló gracia a sus ojos.

61 Ciertos descontentos de Israel, hombres transgresores de la ley, se reunieron contra él para quejarse en su contra; pero el rey no les prestó atención.

62 El rey ordenó que le quitaran a Jonatán sus vestiduras y lo vistieran de púrpura, y así lo hicieron.

63 El rey lo hizo sentarse junto a él, y dijo a sus príncipes: «Salid con él por en medio de la ciudad, y pregonad que ningún hombre se queje contra él por ningún motivo, y que nadie le moleste por ninguna razón».

64 Aconteció que, cuando los que se quejaban de él vieron su honor según el pregón, y lo vieron vestido de púrpura, todos huyeron.

65 El rey lo honró, lo inscribió entre sus amigos principales, y lo hizo capitán y gobernador de una provincia.

66 Entonces Jonatán regresó a Jerusalén en paz y con alegría.

67 En el año ciento sesenta y cinco, Demetrio, hijo de Demetrio, llegó de Creta a la tierra de sus antepasados.

68 Cuando el rey Alejandro lo oyó, se afligió en gran manera y regresó a Antioquía.

69 Demetrio nombró a Apolonio, que gobernaba sobre Celesiria, el cual reunió un gran ejército, acampó contra Jamnia, y envió a decir a Jonatán, el sumo sacerdote:

70 "Tú solo te levantas contra nosotros, y yo soy objeto de burla y oprobio por tu causa. ¿Por qué asumes autoridad contra nosotros en las montañas?

71 Ahora, pues, si confías en tus fuerzas, desciende a nosotros a la llanura, y midamos allí nuestras fuerzas; porque el poder de las ciudades está conmigo.

72 Pregunta e infórmate de quién soy yo y de los demás que nos ayudan. Ellos dicen: 'Vuestro pie no podrá sostenerse ante nuestra presencia; porque vuestros antepasados fueron puestos en fuga dos veces en su propia tierra'.

73 Ahora no podréis resistir a la caballería ni a un ejército como este en la llanura, donde no hay piedra, ni guijarro, ni lugar adonde huir".

74 Cuando Jonatán oyó las palabras de Apolonio, se conmovió en su mente; escogió a diez mil hombres y salió de Jerusalén; y su hermano Simón salió a su encuentro para ayudarle.

75 Acampó contra Jope. Los habitantes de la ciudad le cerraron las puertas, porque Apolonio tenía una guarnición en Jope.

76 Así que lucharon contra ella. Los habitantes de la ciudad se atemorizaron y le abrieron; y Jonatán se hizo dueño de Jope.

77 Apolonio oyó hablar de esto, y reunió una caballería de tres mil hombres, y un gran ejército, y fue hacia Azoto como quien va de viaje, y al mismo tiempo avanzó hacia la llanura, porque tenía una multitud de caballería en la cual confiaba.

78 Él lo persiguió hasta Azoto, y los ejércitos trabaron batalla.

79 Apolonio había dejado en secreto mil jinetes detrás de ellos.

80 Jonatán se dio cuenta de que había una emboscada a sus espaldas. Rodearon a su ejército y dispararon sus flechas contra el pueblo, desde la mañana hasta el atardecer;

81 pero el pueblo se mantuvo firme, como Jonatán les había ordenado; y los caballos del enemigo se cansaron.

82 Entonces Simón adelantó su ejército y trabó batalla con la falange (pues la caballería estaba agotada), y fueron derrotados por él y huyeron.

83 La caballería se dispersó por la llanura. Huyeron hacia Azoto y entraron en Bet-dagón, el templo de su ídolo, para salvarse.

84 Jonatán incendió Azoto y las ciudades de su alrededor, y tomó sus despojos. Quemó con fuego el templo de Dagón y a los que habían huido a él.

85 Los que cayeron a espada, sumados a los que fueron quemados, fueron unos ocho mil hombres.

86 De allí, Jonatán partió y acampó contra Ascalón. Los habitantes de la ciudad salieron a recibirle con gran pompa.

87 Jonatán, con los que estaban de su parte, regresó a Jerusalén, llevando consigo muchos despojos.

88 Aconteció que, cuando el rey Alejandro oyó estas cosas, honró a Jonatán aún más.

89 Le envió un broche de oro, como es costumbre dar a los parientes del rey. Le dio Ecrón y todo su territorio en posesión.

Capítulo 11

1 Entonces el rey de Egipto reunió grandes fuerzas, como la arena que está a la orilla del mar, y muchas naves, y buscó hacerse dueño del reino de Alejandro por engaño, y añadirlo a su propio reino.

2 Salió hacia Siria con palabras de paz, y los habitantes de las ciudades le abrieron sus puertas y le salieron al encuentro; pues la orden del rey Alejandro era que salieran a recibirle, porque era su suegro.

3 Pero a medida que entraba en las ciudades hasta Tolemaida, iba dejando sus fuerzas como guarnición en cada ciudad.

4 Pero cuando se acercó a Azoto, le mostraron el templo de Dagón quemado por el fuego, y a Azoto y sus campos de pasto destruidos, y los cuerpos arrojados, y a los que habían sido quemados, a quienes él había quemado en la guerra, pues habían hecho montones con ellos en su camino.

5 Le contaron al rey lo que Jonatán había hecho, para echarle la culpa; pero el rey guardó silencio.

6 Jonatán salió a recibir al rey con pompa en Jope, se saludaron el uno al otro, y durmieron allí.

7 Jonatán acompañó al rey hasta el río que se llama Eleutero, y luego regresó a Jerusalén.

8 Pero el rey Ptolomeo tomó el control de las ciudades de la costa del mar, hasta Seleucia, que está junto al mar, y maquinó planes malvados contra Alejandro.

9 Envió embajadores al rey Demetrio, diciendo: «¡Ven! Hagamos un pacto entre nosotros, y te daré a mi hija, la que tiene Alejandro, y reinarás sobre el reino de tu padre;

10 porque me arrepiento de haberle dado mi hija, pues intentó matarme».

11 Lo acusaba, porque codiciaba su reino.

12 Y quitándole a su hija, se la dio a Demetrio; se distanció de Alejandro, y su enemistad se hizo manifiesta.

13 Ptolomeo entró en Antioquía, y se puso la corona de Asia. Se puso dos coronas sobre su cabeza, la corona de Egipto y la de Asia.

14 Pero el rey Alejandro estaba en Cilicia en aquel tiempo, porque los habitantes de aquella región se habían rebelado.

15 Cuando Alejandro se enteró de ello, marchó contra él en guerra. Ptolomeo salió y le hizo frente con una fuerza poderosa, y lo puso en fuga.

16 Alejandro huyó hacia Arabia, para refugiarse allí; y el rey Ptolomeo triunfó.

17 Zabdiel el árabe le cortó la cabeza a Alejandro, y se la envió a Ptolomeo.

18 El rey Ptolomeo murió al tercer día, y los que estaban en sus fortalezas fueron asesinados por los habitantes de las mismas.

19 Demetrio llegó a ser rey en el año ciento sesenta y siete.

20 En aquellos días Jonatán reunió a los de Judea para tomar la ciudadela que estaba en Jerusalén. Fabricó muchas máquinas de guerra para usarlas contra ella.

21 Algunos hombres sin ley que odiaban a su propia nación acudieron al rey y le informaron de que Jonatán estaba sitiando la ciudadela.

22 Al oírlo, se enfureció; pero cuando se enteró, partió de inmediato, llegó a Tolemaida y escribió a Jonatán, ordenándole que no sitiara la ciudadela, y que viniera a encontrarse con él y a hablarle a Tolemaida a toda prisa.

23 Pero cuando Jonatán oyó esto, dio órdenes de continuar el asedio. Escogió a algunos de los ancianos de Israel y de los sacerdotes, y se puso en peligro

24 llevando consigo plata, oro, vestidos y varios otros regalos, y fue a Tolemaida ante el rey. Y halló gracia a sus ojos.

25 Algunos hombres sin ley, de los de su propia nación, presentaron quejas contra él,

26 pero el rey le trató como le habían tratado sus predecesores, lo exaltó a la vista de todos sus amigos,

27 le confirmó el sumo sacerdocio y todos los demás honores que tenía antes, y le dio preeminencia entre sus amigos principales.

28 Jonatán pidió al rey que eximiera a Judea de tributos, junto con las tres provincias y la tierra de Samaria, y le prometió trescientos talentos.

29 El rey consintió, y escribió cartas a Jonatán sobre todas estas cosas, en estos términos:

30 "El rey Demetrio a su hermano Jonatán, y a la nación de los judíos, saludos.

31 La copia de la carta que escribimos a nuestro pariente Lástines acerca de vosotros, os la hemos escrito también a vosotros, para que la veáis.

32 'El rey Demetrio a su padre Lástines, saludos.

33 Hemos determinado hacer el bien a la nación de los judíos, que son nuestros amigos, y que observan lo que es justo hacia nosotros, a causa de su buena voluntad para con nosotros.

34 Les hemos confirmado, por tanto, las fronteras de Judea, y también las tres gobernaciones de Aferema, Lida y Ramataim (estas fueron añadidas a Judea de la provincia de Samaria), y todo su territorio, para todos los que ofrecen sacrificios en Jerusalén, en lugar de los impuestos del rey que antes recibía de ellos anualmente de los productos de la tierra y los frutos de los árboles.

35 En cuanto a los demás pagos a nosotros de ahora en adelante, de los diezmos y los impuestos que nos corresponden, y las salinas, y los impuestos de la corona que se nos deben, todo esto se lo devolveremos.

36 Ninguna de estas concesiones será anulada desde ahora y para siempre.

37 Ahora, pues, tened cuidado de hacer una copia de estas cosas, y que se le entregue a Jonatán, y que se coloque en el monte santo en un lugar adecuado y visible'".

38 Cuando el rey Demetrio vio que el país estaba en paz ante él, y que no se le oponía resistencia, despidió a todas sus tropas, cada hombre a su lugar, excepto a las tropas extranjeras, que había reclutado de las islas de los gentiles. Por ello, todas las tropas de sus padres lo odiaban.

39 Trifón, que anteriormente había estado del lado de Alejandro, al ver que todas las fuerzas murmuraban contra Demetrio, fue a ver al árabe Imalcué, que estaba criando a Antíoco, el niño hijo de Alejandro,

40 y le insistió con urgencia que se lo entregara, para que reinara en lugar de su padre. Le contó todo lo que Demetrio había hecho, y el odio con que sus fuerzas lo odiaban; y se quedó allí muchos días.

41 Entretanto, Jonatán envió a pedir al rey Demetrio que retirara las tropas de la ciudadela de Jerusalén y a las tropas que estaban en las fortalezas; porque hostigaban a Israel de continuo.

42 Demetrio envió a decir a Jonatán: «No solo haré esto por ti y por tu nación, sino que te honraré grandemente a ti y a tu nación, si hallo la oportunidad.

43 Ahora, pues, harás bien si me envías hombres que luchen por mí; porque todas mis fuerzas se han sublevado».

44 Así que Jonatán le envió tres mil hombres valientes a Antioquía. Llegaron ante el rey, y el rey se alegró de su llegada.

45 Los habitantes de la ciudad se reunieron en medio de la ciudad, en número de unos ciento veinte mil hombres, y querían matar al rey.

46 El rey huyó al patio del palacio, y los habitantes de la ciudad tomaron las calles principales de la ciudad y empezaron a luchar.

47 El rey llamó a los judíos en su ayuda, y estos se reunieron en torno a él todos a la vez, se dispersaron por la ciudad y mataron aquel día a unos cien mil hombres.

48 Prendieron fuego a la ciudad, tomaron muchos despojos aquel día, y salvaron al rey.

49 Los habitantes de la ciudad vieron que los judíos habían tomado el control de la ciudad a su antojo, y desfalleció su corazón, y clamaron al rey suplicando, diciendo:

50 «Danos la diestra, y que los judíos dejen de luchar contra nosotros y contra la ciudad».

51 Arrojaron sus armas e hicieron la paz. Los judíos fueron glorificados a los ojos del rey y ante todos los de su reino. Luego regresaron a Jerusalén llevando un gran botín.

52 Así el rey Demetrio se sentó en el trono de su reino, y la tierra quedó en paz ante él.

53 Pero mintió en todo lo que había dicho, y se distanció de Jonatán, y no le recompensó conforme a los beneficios con que este le había servido, y lo trató con gran dureza.

54 Después de esto, regresó Trifón, y con él el joven niño Antíoco, quien comenzó a reinar y se ciñó la corona.

55 Todas las fuerzas que Demetrio había despedido con deshonra se reunieron con él, lucharon contra Demetrio, y este huyó y fue derrotado.

56 Trifón tomó los elefantes y se apoderó de Antioquía.

57 El joven Antíoco escribió a Jonatán, diciendo: «Te confirmo en el sumo sacerdocio, y te pongo sobre los cuatro distritos, y para que seas uno de los amigos del rey».

58 Le envió vasos de oro y enseres para la mesa, y le dio permiso para beber en vasos de oro, vestirse de púrpura y llevar un broche de oro.

59 Nombró a su hermano Simón gobernador desde la Escalera de Tiro hasta la frontera de Egipto.

60 Jonatán salió y emprendió su viaje más allá del río y por las ciudades. Todas las fuerzas de Siria se reunieron con él para ser sus aliados. Llegó a Ascalón, y los habitantes de la ciudad salieron a recibirle con honores.

61 De allí partió hacia Gaza, pero los habitantes de Gaza le cerraron las puertas. Así que la sitió, quemó con fuego sus campos de pasto y los saqueó.

62 Los habitantes de Gaza suplicaron a Jonatán, y él les dio la diestra, tomó como rehenes a los hijos de sus jefes y los envió a Jerusalén. Luego atravesó el país hasta llegar a Damasco.

63 Entonces Jonatán oyó que los príncipes de Demetrio habían llegado a Cedes, que está en Galilea, con un gran ejército, con la intención de destituirlo de su cargo.

64 Salió a su encuentro, pero dejó a su hermano Simón en el país.

65 Simón acampó contra Bet-sur, luchó contra ella durante muchos días y la cercó.

66 Le pidieron que les diera la diestra, y él se la dio. Los sacó de allí, tomó posesión de la ciudad y puso en ella una guarnición.

67 Jonatán y su ejército acamparon junto a las aguas de Genesaret, y muy de mañana marcharon hacia la llanura de Hazor.

68 He aquí, un ejército de extranjeros le salió al encuentro en la llanura. Le tendieron una emboscada en las montañas, mientras que ellos mismos venían a su encuentro de frente.

69 Pero los de la emboscada salieron de sus lugares y trabaron batalla. Todos los del lado de Jonatán huyeron.

70 No quedó ni uno solo de ellos, excepto Matatías, hijo de Absalón, y Judas, hijo de Calfí, capitanes de las fuerzas.

71 Jonatán rasgó sus vestiduras, echó tierra sobre su cabeza y oró.

72 Se volvió de nuevo contra ellos en la batalla, los derrotó, y huyeron.

73 Cuando los hombres de su bando que habían huido vieron esto, regresaron a él y lo acompañaron en la persecución hasta su campamento en Cedes, y allí acamparon.

74 Cayeron en aquel día unos tres mil hombres de los extranjeros. Luego Jonatán regresó a Jerusalén.

Capítulo 12

1 Al ver Jonatán que el tiempo le era favorable, escogió hombres y los envió a Roma para confirmar y renovar la amistad que tenían con ellos.

2 También envió cartas similares a los espartanos y a otros lugares.

3 Fueron a Roma, entraron en el senado y dijeron: «Jonatán, el sumo sacerdote, y la nación de los judíos nos han enviado para renovar con vosotros la amistad y la alianza, como en tiempos pasados».

4 Les dieron cartas para las autoridades de cada lugar, a fin de que les proveyeran salvoconducto en su camino hacia la tierra de Judá.

5 Esta es la copia de las cartas que Jonatán escribió a los espartanos:

6 «Jonatán, el sumo sacerdote, el senado de la nación, los sacerdotes y el resto del pueblo de los judíos, a sus hermanos los espartanos, saludos.

7 Ya antes de este tiempo se habían enviado cartas a Onías, el sumo sacerdote, de parte de Ario, que reinaba entre vosotros, para manifestar que sois nuestros hermanos, como muestra la copia escrita a continuación.

8 Onías recibió con honores al hombre que fue enviado y aceptó las cartas, en las cuales se hacía declaración de alianza y amistad.

9 Por tanto, nosotros también, aunque no tenemos necesidad de estas cosas, teniendo para nuestro consuelo los libros santos que están en nuestras manos,

10 hemos emprendido el enviaros mensajeros para renovar nuestra hermandad y amistad con vosotros, a fin de no distanciarnos por completo de vosotros; pues ha pasado mucho tiempo desde que nos enviasteis vuestra carta.

11 Nosotros, pues, en todo tiempo y sin cesar, tanto en nuestras fiestas como en los demás días oportunos, os recordamos en los sacrificios que ofrecemos y en nuestras oraciones, como es justo y debido tener presentes a los hermanos.

12 Además, nos alegramos por vuestra gloria.

13 Pero en cuanto a nosotros, muchas aflicciones y muchas guerras nos han rodeado, y los reyes que están a nuestro alrededor han luchado contra nosotros.

14 No quisimos ser una carga para vosotros, ni para el resto de nuestros aliados y amigos, en estas guerras;

15 porque tenemos la ayuda que viene del cielo para socorrernos, y hemos sido librados de nuestros enemigos, y nuestros enemigos han sido humillados.

16 Por lo tanto, escogimos a Numenio, hijo de Antíoco, y a Antípatro, hijo de Jasón, y los hemos enviado a los romanos, para renovar la amistad que teníamos con ellos y la antigua alianza.

17 Les ordenamos, pues, que fueran también a vosotros, que os saludaran y os entregaran nuestras cartas sobre la renovación de la amistad y de nuestra hermandad.

18 Y ahora, haréis bien si nos dais una respuesta».

19 Y esta es la copia de las cartas que enviaron a Onías:

20 «Ario, rey de los espartanos, a Onías, el sumo sacerdote, saludos.

21 Se ha hallado en un escrito, acerca de los espartanos y los judíos, que son hermanos y que son descendientes de Abraham.

22 Ahora bien, puesto que esto ha llegado a nuestro conocimiento, haréis bien en escribirnos acerca de vuestra prosperidad.

23 Nosotros, por nuestra parte, os escribimos que vuestros ganados y bienes son nuestros, y los nuestros son vuestros. Por tanto, ordenamos que se os informe en conformidad con esto».

24 Jonatán se enteró de que los príncipes de Demetrio habían regresado para luchar contra él con un ejército mayor que antes,

25 así que partió de Jerusalén y les salió al encuentro en la tierra de Hamat; pues no les dio oportunidad de poner un pie en su país.

26 Envió espías a su campamento, los cuales regresaron y le informaron de que se preparaban para atacarlos de noche.

27 Pero en cuanto se puso el sol, Jonatán ordenó a sus hombres que velaran y estuvieran armados, para que durante toda la noche estuvieran listos para la batalla. Y apostó centinelas alrededor del campamento.

28 Los adversarios oyeron que Jonatán y sus hombres estaban listos para la batalla, y temieron y temblaron en sus corazones; encendieron fuegos en su campamento y luego se retiraron.

29 Pero Jonatán y sus hombres no lo supieron hasta la mañana, porque veían los fuegos ardiendo.

30 Jonatán los persiguió, pero no los alcanzó, porque habían cruzado el río Eleutero.

31 Entonces Jonatán se volvió hacia los árabes, llamados zabadeos, los derrotó y tomó sus despojos.

32 Salió de allí, llegó a Damasco y recorrió toda aquella región.

33 Simón, por su parte, salió y viajó hasta Ascalón y las fortalezas que estaban cerca de ella. Luego se desvió hacia Jope y tomó posesión de ella;

34 porque había oído que planeaban entregar la fortaleza a los hombres de Demetrio. Y puso allí una guarnición para custodiarla.

35 Después Jonatán regresó y convocó a los ancianos del pueblo. Planeó con ellos construir fortalezas en Judea,

36 elevar los muros de Jerusalén y levantar un gran terraplén entre la ciudadela y la ciudad, para separarla de esta, a fin de que quedara aislada y su guarnición no pudiera ni comprar ni vender.

37 Se reunieron para edificar la ciudad. Una parte del muro del arroyo, en el lado oriental, se había derrumbado, y él reparó la sección llamada Cafenata.

38 Simón también edificó Adida en la llanura, la hizo fuerte y le puso puertas y barras.

39 Y Trifón buscaba reinar sobre Asia, ceñirse la corona y extender su mano contra el rey Antíoco.

40 Temía que Jonatán no se lo permitiera y que luchara contra él; así que buscó la manera de apresarlo para destruirlo. Se puso en marcha y llegó a Bet-sán.

41 Jonatán salió a su encuentro a Bet-sán con cuarenta mil hombres escogidos
para la batalla.

42 Al ver Trifón que venía con un gran ejército, tuvo miedo de extender su mano
contra él.

43 Lo recibió con honores, lo encomendó a todos sus amigos, le dio regalos y or-
denó a sus tropas que le obedecieran como a él mismo.

44 Y le dijo a Jonatán: «¿Por qué has fatigado a todo este pueblo, siendo que no
hay guerra entre nosotros?

45 Ahora despídelos a sus casas, escoge para ti unos pocos hombres que te acom-
pañen, y ven conmigo a Tolemaida. Yo te la entregaré, junto con el resto de las for-
talezas, el resto de las tropas y todos los oficiales del rey. Luego daré la vuelta y me
marcharé, pues para esto he venido».

46 Jonatán confió en él, hizo tal como le dijo, despidió a sus tropas, y estas partie-
ron hacia la tierra de Judá.

47 Se reservó tres mil hombres, de los cuales dejó dos mil en Galilea, y mil se fue-
ron con él.

48 Pero en cuanto Jonatán entró en Tolemaida, los habitantes de Tolemaida cerra-
ron las puertas y lo apresaron. Y a todos los que habían entrado con él los mata-
ron a espada.

49 Trifón envió infantería y caballería a Galilea y a la Gran Llanura, para destruir a
todos los hombres de Jonatán.

50 Ellos se dieron cuenta de que él había sido apresado y había perecido, junto con
los que estaban con él. Se animaron mutuamente y avanzaron en formación ce-
rrada, listos para pelear.

51 Los que los perseguían vieron que estaban dispuestos a luchar por sus vidas, y
se dieron la vuelta.

52 Todos llegaron sanos y salvos a la tierra de Judá, lloraron a Jonatán y a los que estaban con él, y tuvieron mucho miedo. Todo Israel hizo gran lamentación.

53 Y todos los gentiles que los rodeaban buscaron destruirlos por completo; pues decían: «No tienen gobernante ni quien les ayude. Ahora, por tanto, luchemos contra ellos y borremos su memoria de entre los hombres».

Capítulo 13

1 Simón oyó que Trifón había reunido un poderoso ejército para invadir la tierra de Judá y destruirla por completo.

2 Vio que el pueblo temblaba de gran temor. Así que subió a Jerusalén y reunió al pueblo.

3 Los animó y les dijo: «Vosotros mismos sabéis todas las cosas que yo, mis hermanos y la casa de mi padre hemos hecho por las leyes y el santuario, y las batallas y las angustias que hemos visto.

4 A causa de esto, todos mis hermanos han perecido por el bien de Israel, y yo he quedado solo.

5 Ahora, lejos esté de mí escatimar mi propia vida en cualquier tiempo de aflicción, porque no soy mejor que mis hermanos.

6 Sin embargo, vengaré a mi nación, al santuario y a nuestras mujeres e hijos, porque todos los gentiles se han reunido por odio para destruirnos».

7 El espíritu del pueblo revivió en cuanto oyeron estas palabras.

8 Y respondieron a gran voz, diciendo: «Tú eres nuestro líder en lugar de Judas y de Jonatán, tus hermanos.

9 Pelea nuestras batallas, y haremos todo lo que nos mandes».

10 Él reunió a todos los hombres de guerra, y se apresuró a terminar los muros de Jerusalén. La fortificó por todos lados.

11 Envió a Jonatán, hijo de Absalón, con un gran ejército a Jope. Este expulsó a los que estaban en ella y se estableció allí.

12 Trifón salió de Tolemaida con un poderoso ejército para invadir la tierra de Judá, y Jonatán iba con él bajo vigilancia.

13 Pero Simón acampó en Adida, frente a la llanura.

14 Trifón supo que Simón se había levantado en lugar de su hermano Jonatán, y que se disponía a trabar batalla con él, así que le envió embajadores, diciendo:

15 «Por un dinero que tu hermano Jonatán debía al tesoro del rey, en razón de los cargos que ocupaba, lo tenemos retenido.

16 Envía ahora cien talentos de plata y a dos de sus hijos como rehenes, para que cuando sea liberado no se rebele contra nosotros, y lo pondremos en libertad».

17 Simón sabía que le hablaban con engaño, pero mandó traer el dinero y los niños, para no despertar una gran hostilidad entre el pueblo,

18 que podría decir: «Por no haberle enviado el dinero y a los niños, él pereció».

19 Así que envió a los niños y los cien talentos, pero Trifón mintió y no liberó a Jonatán.

20 Después de esto, Trifón llegó para invadir el país y destruirlo, y dio un rodeo por el camino que lleva a Adora. Pero Simón y su ejército marchaban frente a él por todas partes, adondequiera que iba.

21 Los de la ciudadela enviaron embajadores a Trifón, instándole a que viniera a ellos por el desierto y les enviara provisiones.

22 Trifón preparó toda su caballería para ir, pero aquella noche cayó una nevada muy fuerte, y no pudo ir a causa de la nieve. Entonces levantó el campamento y marchó a la tierra de Galaad.

23 Cuando se acercó a Bascama, mató a Jonatán, y allí fue sepultado.

24 Luego Trifón dio la vuelta y se marchó a su propia tierra.

25 Simón envió a buscar los huesos de su hermano Jonatán, y lo sepultó en Modín, la ciudad de sus padres.

26 Todo Israel hizo gran lamentación por él, y le guardaron luto muchos días.

27 Simón construyó un monumento sobre el sepulcro de su padre y de sus hermanos, y lo elevó para que se pudiera ver, con piedra pulida por delante y por detrás.

28 Erigió también siete pirámides, una frente a otra, por su padre, por su madre y por sus cuatro hermanos.

29 Para estas hizo una estructura elaborada, levantando grandes columnas a su alrededor; y sobre las columnas puso armaduras como memorial perpetuo, y junto a las armaduras talló barcos, para que los vieran todos los que navegan por el mar.

30 Este es el sepulcro que hizo en Modín. Y permanece hasta el día de hoy.

31 Entretanto, Trifón engañó al joven rey Antíoco y lo mató,

32 y reinó en su lugar. Se ciñó la corona de Asia y trajo una gran calamidad sobre la tierra.

33 Simón reconstruyó las fortalezas de Judea, las rodeó de muros con altas torres, grandes murallas, puertas y barras; y almacenó víveres en las fortalezas.

34 Simón escogió hombres y los envió al rey Demetrio, pidiéndole que concediera inmunidad al país, porque todo lo que hacía Trifón era saquear.

35 El rey Demetrio le respondió conforme a estas palabras, y le escribió una carta de la siguiente manera:

36 «El rey Demetrio a Simón, el sumo sacerdote y amigo de reyes, y a los ancianos y a la nación de los judíos, saludos.

37 Hemos recibido la corona de oro y la rama de palmera que enviasteis. Estamos dispuestos a hacer una paz firme con vosotros, y a escribir a nuestros oficiales para que os liberen de los tributos.

38 Todo lo que os hemos confirmado, queda confirmado. Las fortalezas que habéis construido, sean vuestras.

39 En cuanto a cualquier descuido o falta cometida hasta el día de hoy, os la perdonamos, así como el impuesto de la corona que nos debíais. Si se cobraba algún otro impuesto en Jerusalén, que no se cobre más.

40 Si alguno de entre vosotros es apto para inscribirse en nuestra corte, que se inscriba, y que haya paz entre nosotros».

41 En el año ciento setenta, el yugo de los gentiles fue quitado de Israel.

42 El pueblo comenzó a escribir en sus documentos y contratos: «En el primer año de Simón, el gran sumo sacerdote, capitán y líder de los judíos».

43 En aquellos días Simón acampó contra Gazara, y la rodeó con tropas. Fabricó una máquina de asedio, la acercó a la ciudad, golpeó una torre y la tomó.

44 Los que estaban en la máquina saltaron a la ciudad; y hubo un gran alboroto en ella.

45 Los habitantes de la ciudad rasgaron sus vestiduras, subieron a los muros con sus mujeres y niños, y clamaron a gran voz, pidiendo a Simón que les diera la diestra.

46 Y decían: «No nos trates según nuestras maldades, sino según tu misericordia».

47 Simón se reconcilió con ellos y no luchó más contra ellos; pero los expulsó de la ciudad, purificó las casas donde había ídolos, y luego entró en ella cantando y dando alabanzas.

48 Quitó de ella toda inmundicia, instaló allí a hombres que guardaran la ley, la hizo más fuerte de lo que era antes y construyó una morada para sí mismo en ella.

49 Por su parte, a los de la ciudadela de Jerusalén se les impedía salir al campo y entrar, y ni comprar ni vender. Padecieron mucha hambre, y un gran número de ellos pereció por la inanición.

50 Entonces clamaron a Simón para que les diera la diestra; y él se la dio. Pero los expulsó de allí, y purificó la ciudadela de sus contaminaciones.

51 Entró en ella el día veintitrés del segundo mes, en el año ciento setenta y uno, con alabanzas y ramas de palmera, con arpas, címbalos e instrumentos de cuerda, con himnos y cánticos, porque un gran enemigo había sido destruido y expulsado de Israel.

52 Simón ordenó que celebraran aquel día cada año con alegría. Hizo más fuerte que antes la colina del templo que estaba junto a la ciudadela, y habitó allí con sus hombres.

53 Al ver Simón que su hijo Juan ya era un hombre, lo hizo jefe de todas sus fuerzas; y este se estableció en Gazara.

Capítulo 14

1 En el año ciento setenta y dos, el rey Demetrio reunió sus fuerzas y fue a Media a buscar ayuda, para poder luchar contra Trifón.

2 Cuando Arsaces, el rey de Persia y Media, oyó que Demetrio había entrado en sus fronteras, envió a uno de sus príncipes para que lo tomara vivo.

3 Este fue, derrotó al ejército de Demetrio, lo apresó y se lo llevó a Arsaces, quien lo puso bajo guardia.

4 La tierra tuvo descanso todos los días de Simón. Él buscó el bien de su nación. Su autoridad y su honor les agradaron todos sus días.

5 Entre todos sus honores, tomó a Jope como puerto y la convirtió en entrada para las islas del mar.

6 Ensanchó las fronteras de su nación y tomó posesión del país.

7 Reunió a un gran número de cautivos, tomó el control de Gazara, Bet-sur y la ciudadela, y la limpió de sus inmundicias. No hubo nadie que se le resistiera.

8 Cultivaban su tierra en paz; la tierra daba su cosecha, y los árboles de las llanuras su fruto.

9 Los ancianos se sentaban en las plazas; todos conversaban sobre cosas buenas. Los jóvenes se vestían con ropajes gloriosos y de guerra.

10 Él proveyó de víveres a las ciudades y las dotó de medios de defensa, hasta que la gloria de su nombre fue conocida hasta los confines de la tierra.

11 Hizo la paz en la tierra, e Israel se regocijó con gran alegría.

12 Cada hombre se sentaba bajo su vid y su higuera, y no había quien los atemorizara.

13 No quedó nadie en la tierra que luchara contra ellos. Los reyes fueron derrotados en aquellos días.

14 Fortaleció a todos los humildes de su pueblo. Escrutó la ley y eliminó a todo hombre sin ley y malvado.

15 Glorificó el santuario y multiplicó los vasos del templo.

16 Se oyó en Roma que Jonatán había muerto, y también en Esparta, y se entristecieron en gran manera.

17 Pero en cuanto supieron que su hermano Simón había sido hecho sumo sacerdote en su lugar, y que gobernaba el país y sus ciudades,

18 le escribieron en tablas de bronce para renovar con él la amistad y la alianza que habían confirmado con sus hermanos Judas y Jonatán.

19 Estas fueron leídas ante la congregación en Jerusalén.

20 Esta es la copia de la carta que enviaron los espartanos: “Los gobernantes y la ciudad de los espartanos, a Simón, el sumo sacerdote, a los ancianos, a los sacerdotes y al resto del pueblo de los judíos, nuestros hermanos, saludos.

21 Los embajadores que fueron enviados a nuestro pueblo nos han informado sobre vuestra gloria y honor. Nos alegramos de su venida,

22 y registramos lo que ellos dijeron en las actas públicas de la siguiente manera: 'Numenio, hijo de Antíoco, y Antípatro, hijo de Jasón, embajadores de los judíos, vinieron a nosotros para renovar la amistad que tenían con nosotros.

23 Le agradó al pueblo recibir a estos hombres con honores, y guardar la copia de sus palabras en los registros públicos, a fin de que el pueblo de los espartanos tuviera constancia de ellas. Además, escribieron una copia de estas cosas para Simón, el sumo sacerdote'".

24 Después de esto, Simón envió a Numenio a Roma con un gran escudo de oro que pesaba mil minas, con el fin de confirmar la alianza con ellos.

25 Pero cuando el pueblo oyó estas cosas, dijo: «¿Qué gracias daremos a Simón y a sus hijos?

26 Porque él, sus hermanos y la casa de su padre se han mostrado fuertes, han luchado y expulsado a los enemigos de Israel, y le han asegurado la libertad a Israel.»

27 Así que lo escribieron en tablas de bronce y las colocaron en columnas en el monte Sión. Esta es la copia del escrito: "El día dieciocho de Elul, en el año ciento setenta y dos, que es el tercer año de Simón el sumo sacerdote,

28 en Asaramel, en una gran congregación de sacerdotes, del pueblo, de los príncipes de la nación y de los ancianos del país, se nos ha proclamado:

29 'Puesto que a menudo ocurrían guerras en el país, Simón, hijo de Matatías, hijo de los hijos de Joarib, y sus hermanos, se pusieron en peligro y resistieron a los enemigos de su nación, para que su santuario y la ley pudieran afianzarse, y glorificaron a su nación con gran gloria.

30 Jonatán unificó a la nación, llegó a ser su sumo sacerdote y fue reunido con su pueblo.

31 Sus enemigos planearon invadir su país, para destruirlo por completo y extender sus manos contra su santuario.

32 Entonces Simón se levantó y luchó por su nación. Gastó mucho de su propio dinero para armar a los hombres valientes de su nación y darles sueldo.

33 Fortificó las ciudades de Judea y Bet-sur, que está en las fronteras de Judea, donde antes se guardaban las armas de los enemigos, y colocó allí una guarnición de judíos.

34 Fortificó a Jope, que está junto al mar, y a Gazara, que está en las fronteras de Azoto, donde antes vivían los enemigos, instaló allí a judíos, y les proveyó todo lo necesario para su restauración.

35 El pueblo vio la lealtad de Simón y la gloria que se propuso traer a su nación, y lo hicieron su líder y sumo sacerdote, porque había hecho todas estas cosas, y por la justicia y la fidelidad que guardó para con su nación, y porque buscó por todos los medios exaltar a su pueblo.

36 En sus días, las cosas prosperaron en sus manos, de modo que los gentiles fueron expulsados de su país, como también los que estaban en la ciudad de David, los que estaban en Jerusalén, que se habían hecho una ciudadela de la cual salían y contaminaban todo alrededor del santuario, causando gran daño a su pureza.

37 Instaló a judíos en ella, la fortificó para la seguridad del país y de la ciudad, y elevó los muros de Jerusalén.

38 El rey Demetrio le confirmó el sumo sacerdocio conforme a estas cosas,

39 lo hizo uno de sus amigos y lo honró con gran honor;

40 porque había oído que los judíos habían sido llamados por los romanos amigos, aliados y hermanos, y que habían recibido a los embajadores de Simón con honores;

41 y que los judíos y los sacerdotes estaban muy complacidos de que Simón fuera su líder y sumo sacerdote para siempre, hasta que se levantara un profeta fiel;

42 y de que fuera gobernador sobre ellos, que se hiciera cargo del santuario, que los pusiera a cargo de sus obras, del país, de las armas y de las fortalezas; y de que se hiciera cargo del santuario,

43 que fuera obedecido por todos, que todos los contratos en el país se escribieran en su nombre, y que se vistiera de púrpura y llevara oro;

44 y de que no fuera lícito para ninguno del pueblo ni de los sacerdotes anular ninguna de estas cosas, ni oponerse a las palabras que él pronunciara, ni convocar asamblea en el país sin él, ni vestirse de púrpura, ni llevar broche de oro;

45 sino que cualquiera que hiciera lo contrario, o anulara alguna de estas cosas, fuera castigado'.

46 Todo el pueblo consintió en decretar para Simón que actuara conforme a estas palabras.

47 Y Simón lo aceptó, y consintió en ser sumo sacerdote, capitán y gobernador de los judíos y de los sacerdotes, y en ser protector de todos.

48 Ordenaron poner este escrito en tablas de bronce, y colocarlas dentro del recinto del santuario en un lugar visible,

49 y además poner copias de ellas en la tesorería, para que Simón y sus hijos las tuvieran.

Capítulo 15

1 Antíoco, hijo del rey Demetrio, envió una carta desde las islas del mar a Simón, sacerdote y gobernador de los judíos, y a toda la nación.

2 Su contenido era el siguiente: «El rey Antíoco a Simón, el sumo sacerdote y gobernador, y a la nación de los judíos, saludos.

3 Puesto que ciertos perturbadores se han adueñado del reino de nuestros padres, y mi propósito es reclamar el reino para poder restaurarlo como estaba antes; y además he reunido una multitud de soldados extranjeros y he preparado naves de guerra;

4 y puesto que planeo desembarcar en el país para castigar a los que han destruido nuestra tierra y han asolado muchas ciudades en el reino;

5 ahora, por tanto, te confirmo todas las exenciones de impuestos que te concedieron los reyes que me precedieron, y cualquier otro regalo que te hayan condonado;

6 te permito acuñar moneda para tu país con tu propio sello,

7 y que Jerusalén y el santuario sean libres. Todas las armas que habéis preparado y las fortalezas que habéis construido, que tenéis en vuestro poder, que sigan siendo vuestras.

8 Toda deuda pendiente con el rey, y las cosas que se deban al rey de ahora en adelante y para siempre, que os sean perdonadas.

9 Además, cuando hayamos establecido nuestro reino, te glorificaremos a ti, a tu nación y al templo con gran gloria, para que vuestra gloria se manifieste en toda la tierra».

10 En el año ciento setenta y cuatro, Antíoco entró en la tierra de sus padres; y todas las fuerzas se reunieron con él, de modo que quedaron muy pocos hombres con Trifón.

11 El rey Antíoco lo persiguió, y él, huyendo, llegó a Dor, que está junto al mar;

12 porque se dio cuenta de que los males le habían sobrevenido todos a la vez, y que sus fuerzas lo habían abandonado.

13 Antíoco acampó contra Dor, y con él ciento veinte mil hombres de guerra y ocho mil jinetes.

14 Rodeó la ciudad, y las naves se unieron al ataque desde el mar. Hostigó a la ciudad por tierra y por mar, y no permitió que nadie entrara ni saliera.

15 Numenio y sus acompañantes llegaron de Roma, trayendo cartas para los reyes y para las provincias, en las cuales estaba escrito lo siguiente:

16 «Lucio, cónsul de los romanos, al rey Ptolomeo, saludos.

17 Los embajadores de los judíos vinieron a nosotros como nuestros amigos y aliados, para renovar la antigua amistad y alianza, enviados por Simón, el sumo sacerdote, y por el pueblo de los judíos.

18 Además trajeron un escudo de oro que pesaba mil minas.

19 Nos pareció bien, por tanto, escribir a los reyes y a las provincias, que no busquen hacerles daño ni luchen contra ellos, ni contra sus ciudades ni su país, y que no se alíen con quienes luchen contra ellos.

20 Además, nos pareció bien recibir de ellos el escudo.

21 Si, por tanto, algunos perturbadores han huido de su país hacia vosotros, entregadlos a Simón, el sumo sacerdote, para que tome venganza de ellos conforme a su ley».

22 Escribió estas mismas cosas al rey Demetrio, a Átalo, a Arates, a Arsaces,

23 y a todas las provincias: a Sampsames, a los espartanos, a Delos, a Mindos, a Sición, a Caria, a Samos, a Panfilia, a Licia, a Halicarnaso, a Rodas, a Faselis, a Cos, a Side, a Arados, a Gortina, a Cnido, a Chipre y a Cirene.

24 También enviaron una copia de esto a Simón, el sumo sacerdote.

25 Pero el rey Antíoco acampó contra Dor al segundo día, acercando sus fuerzas hacia ella continuamente y construyendo máquinas de guerra; e impidió que Trifón entrara o saliera.

26 Simón le envió dos mil hombres escogidos para que lucharan de su lado, con plata, oro y abundantes armas de guerra.

27 Pero él no quiso recibirlos, sino que anuló todos los pactos que había hecho antes con él, y se enemistó con él.

28 Le envió a Atenobio, uno de sus amigos, para conferenciar con él, diciendo: «Vosotros retenéis Jope, Gazara y la ciudadela que está en Jerusalén, ciudades de mi reino.

29 Habéis devastado su territorio, habéis causado gran daño en el país y controláis muchos lugares de mi reino.

30 Ahora, por tanto, entregad las ciudades que habéis tomado y los tributos de los lugares de los que os habéis apoderado fuera de las fronteras de Judea;

31 o de lo contrario, dadme por ellas quinientos talentos de plata; y por el daño que habéis hecho, y por los tributos de las ciudades, otros quinientos talentos. Si no, iremos y os someteremos».

32 Atenobio, amigo del rey, llegó a Jerusalén. Cuando vio la gloria de Simón, el aparador de vasos de oro y plata, y su gran séquito, se quedó asombrado. Le comunicó las palabras del rey.

33 Simón respondió y le dijo: «Nosotros no hemos tomado tierra ajena, ni poseemos lo que pertenece a otros, sino la heredad de nuestros padres. Sin embargo, nuestros enemigos la habían poseído injustamente por un tiempo.

34 Pero nosotros, habiendo tenido la oportunidad, retenemos firmemente la heredad de nuestros padres.

35 En cuanto a Jope y Gazara, que tú reclamas, ellas hacían gran daño al pueblo por todo nuestro país. Por ellas daremos cien talentos». Atenobio no respondió ni una sola palabra,

36 sino que regresó enfurecido al rey, y le informó de estas palabras, y de la gloria de Simón, y de todo lo que había visto; y el rey se enojó en gran manera.

37 Entretanto, Trifón se embarcó en una nave y huyó a Ortosia.

38 El rey nombró a Cendebeo capitán principal de la costa, y le dio tropas de infantería y caballería.

39 Le ordenó acampar contra Judea, le mandó fortificar Cedrón y sus puertas, y que luchara contra el pueblo; mientras que el rey persiguió a Trifón.

40 Cendebeo llegó a Jamnia y comenzó a provocar al pueblo, a invadir Judea, a llevar cautiva a la gente y a matarlos.

41 Fortificó Cedrón y estacionó allí caballería e infantería, a fin de que, al salir, pudieran hacer incursiones por los caminos de Judea, tal como el rey le había ordenado.

Capítulo 16

1 Juan subió de Gazara y le contó a Simón, su padre, lo que Cendebeo estaba haciendo.

2 Simón llamó a sus dos hijos mayores, Judas y Juan, y les dijo: «Yo, mis hermanos y la casa de mi padre hemos peleado las batallas de Israel desde nuestra juventud hasta el día de hoy; y las cosas han prosperado en nuestras manos, de modo que a menudo hemos librado a Israel.

3 Pero ahora soy viejo y vosotros, por su misericordia, tenéis edad suficiente. Tomad mi lugar y el de mi hermano, salid y luchad por nuestra nación; y que la ayuda que viene del cielo esté con vosotros».

4 Escogió del país veinte mil hombres de guerra y caballería, los cuales marcharon contra Cendebeo y durmieron en Modín.

5 Al levantarse por la mañana, salieron a la llanura y, he aquí, un gran ejército de infantería y caballería venía a su encuentro. Había un arroyo entre ellos.

6 Él acampó frente a ellos con su gente. Vio que la gente tenía miedo de cruzar el arroyo, así que él cruzó primero. Al verlo los hombres, cruzaron tras él.

7 Dividió al pueblo y colocó la caballería en medio de la infantería; pero la caballería enemiga era sumamente numerosa.

8 Tocaron las trompetas; y Cendebeo y su ejército fueron puestos en fuga, muchos de ellos cayeron heridos de muerte, y los que quedaron huyeron a la fortaleza.

9 En aquel momento fue herido Judas, el hermano de Juan; pero Juan los persiguió hasta llegar a Cedrón, que Cendebeo había fortificado.

10 Huyeron a las torres que están en los campos de Azoto, y él las quemó con fuego. Cayeron unos dos mil hombres de ellos. Luego regresó a Judea en paz.

11 Ptolomeo, hijo de Abubo, había sido nombrado gobernador de la llanura de Jericó, y tenía mucha plata y oro;

12 pues era yerno del sumo sacerdote.

13 Su corazón se enalteció, planeó hacerse dueño del país, y maquinó planes engañosos contra Simón y sus hijos, para deshacerse de ellos.

14 Simón estaba visitando las ciudades que estaban en el país y atendiendo a sus necesidades. Descendió a Jericó, él y sus hijos Matatías y Judas, en el año ciento setenta y siete, en el undécimo mes, que es el mes de Sebat.

15 El hijo de Abubo los recibió con engaño en la pequeña fortaleza llamada Doc, que él había construido, les ofreció un gran banquete, y escondió a unos hombres allí.

16 Cuando Simón y sus hijos habían bebido en abundancia, Ptolomeo y sus hombres se levantaron, tomaron sus armas, se abalanzaron sobre Simón en el salón del banquete y lo mataron a él, a sus dos hijos y a algunos de sus siervos.

17 Cometió una gran iniquidad y pagó mal por bien.

18 Ptolomeo escribió estas cosas y las envió al rey, para que le mandara fuerzas en su ayuda y le entregara el país y las ciudades.

19 Envió a otros a Gazara para acabar con Juan. A los capitanes de millares les envió cartas para que acudieran a él, a fin de darles plata, oro y regalos.

20 Y a otros los envió para apoderarse de Jerusalén y del monte del templo.

21 Alguien corrió antes a Gazara y le dijo a Juan que su padre y sus hermanos habían perecido, y que él también había enviado a matarlo.

22 Cuando lo oyó, quedó grandemente consternado. Apresó a los hombres que venían a destruirlo y los mató, porque se dio cuenta de que buscaban acabar con él.

23 En cuanto al resto de los hechos de Juan, sus guerras, las proezas que hizo, la
edificación de los muros que construyó y sus logros,

24 he aquí, están escritos en las crónicas de su sumo sacerdocio, desde el tiempo
en que fue hecho sumo sacerdote después de su padre.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

2 MACABEOS

Capítulo 1

1 Los hermanos, los judíos que están en Jerusalén y los que están en el país de Judea, envían saludos y buena paz a los hermanos, los judíos que están por todo Egipto.

2 Que Dios os haga bien, y recuerde su pacto con Abraham, Isaac y Jacob, sus fieles siervos,

3 y os dé a todos un corazón para adorarle y hacer su voluntad con un corazón fuerte y un alma dispuesta.

4 Que Dios abra vuestro corazón a su ley y a sus estatutos, y conceda la paz,

5 y escuche vuestras peticiones, y se reconcilie con vosotros, y no os desampare en el tiempo malo.

6 Y ahora estamos aquí orando por vosotros.

7 En el reinado de Demetrio, en el año ciento sesenta y nueve, nosotros los judíos ya os hemos escrito en el sufrimiento y en la angustia que nos ha sobrevenido en estos años, desde el tiempo en que Jasón y su compañía se rebelaron contra la tierra santa y el reino,

8 e incendiaron la puerta, y derramaron sangre inocente. Oramos al Señor, y fuimos escuchados. Ofrecimos sacrificios y ofrendas de flor de harina. Encendimos las lámparas. Expusimos los panes de la proposición.

9 Mirad ahora de guardar los días de la fiesta de los tabernáculos en el mes de Quisleu, en el año ciento ochenta y ocho.

10 El pueblo de Jerusalén y los que están en Judea, junto con el senado y Judas, a Aristóbulo, maestro del rey Ptolomeo, que es también del linaje de los sacerdotes ungidos, y a los judíos que están en Egipto, os enviamos saludos y salud.

11 Habiendo sido salvados por Dios de grandes peligros, como hombres que se enfrentan a un rey, le damos muchas gracias.

12 Porque él arrojó a Persia a los que lucharon contra nosotros en la ciudad santa.

13 Pues cuando el príncipe llegó allí, con un ejército que parecía irresistible, fueron despedazados en el templo de Nanea por la traición de los sacerdotes de Nanea.

14 Porque Antíoco, con el pretexto de casarse con ella, entró en el lugar, él y sus amigos que le acompañaban, para tomar una gran parte de los tesoros como dote.

15 Y cuando los sacerdotes del templo de Nanea hubieron expuesto los tesoros, y él hubo entrado allí con una pequeña compañía dentro del muro del recinto sagrado, cerraron el templo una vez que Antíoco hubo entrado.

16 Abriendo la puerta secreta del techo artesonado, arrojaron piedras y abatieron al príncipe. Lo despedazaron a él y a su compañía, les cortaron las cabezas y las arrojaron a la gente que estaba afuera.

17 Bendito sea nuestro Dios en todas las cosas, que entregó a los que habían cometido impiedad.

18 Puesto que ahora estamos a punto de celebrar la purificación del templo en el mes de Quisleu, el día veinticinco, nos pareció necesario notificároslo, para que vosotros también celebréis una fiesta de los tabernáculos, y recordéis el fuego que fue dado cuando Nehemías ofreció sacrificios, después de haber edificado tanto el templo como el altar.

19 Porque, en verdad, cuando nuestros padres estaban a punto de ser llevados a la tierra de Persia, los sacerdotes piadosos de aquel tiempo tomaron parte del fuego del altar, y lo escondieron en secreto en el hueco de un pozo que estaba sin agua, donde se aseguraron de que el lugar fuera desconocido para todos.

20 Y pasados muchos años, cuando agradó a Dios, Nehemías, habiendo recibido un encargo del rey de Persia, envió en busca del fuego a los descendientes de los sacerdotes que lo habían escondido. Cuando nos declararon que no habían encon-

trado fuego, sino un líquido espeso,

21 él les ordenó que sacaran un poco y se lo llevaran. Una vez que se hubieron ofrecido los sacrificios, Nehemías ordenó a los sacerdotes que rociaran con aquel líquido tanto la leña como las cosas puestas sobre ella.

22 Cuando esto se hizo y hubo pasado algún tiempo, y el sol brilló, el cual antes estaba oculto por las nubes, se encendió una gran llama, de modo que todos se maravillaron.

23 Los sacerdotes hicieron una oración mientras se consumía el sacrificio, tanto los sacerdotes como todos los demás. Jonatán dirigía y los demás respondían, como hizo Nehemías.

24 La oración fue de esta manera: «Oh Señor, Señor Dios, Creador de todas las cosas, que eres temible, fuerte, justo y misericordioso, que solo tú eres Rey y clemente,

25 que solo tú suples toda necesidad, que solo tú eres justo, todopoderoso y eterno, tú que salvas a Israel de todo mal, que elegiste a los padres y los santificaste,

26 acepta el sacrificio por todo tu pueblo Israel, preserva tu propia porción y conságrala.

27 Reúne a nuestro pueblo disperso, pon en libertad a los que están en esclavitud entre los paganos, mira a los que son despreciados y aborrecidos, y que los paganos sepan que tú eres nuestro Dios.

28 Castiga a los que nos oprimen y con arrogancia nos tratan vergonzosamente.

29 Planta a tu pueblo en tu lugar santo, tal como lo dijo Moisés».

30 Entonces los sacerdotes cantaron los himnos.

31 Tan pronto como el sacrificio fue consumido, Nehemías ordenó que el resto del líquido fuera derramado sobre piedras grandes.

32 Al hacer esto, se encendió una llama; pero cuando la luz del altar resplandeció de nuevo, se apagó.

33 Cuando el asunto se dio a conocer, y se le dijo al rey de los persas que, en el lugar donde los sacerdotes que fueron llevados cautivos habían escondido el fuego, apareció el líquido con el cual Nehemías y los que estaban con él purificaron el sacrificio,

34 entonces el rey cercó el lugar y lo hizo sagrado después de haber investigado el asunto.

35 Y cuando el rey quería mostrar favor a alguno, intercambiaba muchos regalos y les daba un poco de este líquido.

36 Nehemías y los que estaban con él llamaron a esta cosa «Neftar», que por interpretación es «Purificación»; pero la mayoría de los hombres lo llaman Neftai.

Capítulo 2

1 También se halla en los registros que el profeta Jeremías ordenó a los que eran llevados cautivos que tomaran del fuego, como se ha mencionado,

2 y cómo el profeta encargó a los que eran llevados cautivos, habiéndoles dado la ley, que no olvidaran los estatutos del Señor ni se extraviaran en sus mentes al ver imágenes de oro y plata, y su ornamento.

3 Con otras palabras similares los exhortó a que la ley no se apartara de sus corazones.

4 Estaba en el escrito que el profeta, siendo advertido por Dios, ordenó que el tabernáculo y el arca le acompañaran, cuando salió al monte donde Moisés había subido y visto la heredad de Dios.

5 Jeremías llegó y halló una cueva, introdujo allí el tabernáculo, el arca y el altar del incienso; luego selló la entrada.

6 Algunos de los que le seguían se acercaron para marcar el camino, y no pudieron encontrarlo.

7 Pero cuando Jeremías se enteró de ello, los reprendió, diciendo: "El lugar será desconocido hasta que Dios reúna de nuevo al pueblo y le muestre misericordia.

8 Entonces el Señor revelará estas cosas, y la gloria del Señor será vista con la nube, como también se le mostró a Moisés, y como también Salomón imploró que el lugar fuera grandemente consagrado,

9 y también se declaró que él, teniendo sabiduría, ofreció un sacrificio de dedicación y de la terminación del templo.

10 Así como Moisés oró al Señor y descendió fuego del cielo y consumió el sacrificio, así también Salomón oró, y el fuego descendió y consumió los holocaustos.

11 Moisés dijo: 'Por no haber sido comida la ofrenda por el pecado, fue consumida de igual manera'.

12 Asimismo, Salomón guardó los ocho días".

13 Las mismas cosas se relataron tanto en los archivos públicos como en los registros de Nehemías, y también cómo él, fundando una biblioteca, reunió los libros sobre los reyes y los profetas, los escritos de David, y las cartas de los reyes sobre las ofrendas sagradas.

14 De igual manera, Judas también reunió para nosotros todos aquellos libros que habían sido dispersados a causa de la guerra, y aún están con nosotros.

15 Si, por tanto, tenéis necesidad de ellos, enviad a algunos para que os los lleven.

16 Viendo entonces que estamos a punto de celebrar la purificación, os escribimos. Haréis bien, por tanto, si celebráis los días.

17 Ahora bien, Dios, que salvó a todo su pueblo y restauró la heredad a todos, junto con el reino, el sacerdocio y la consagración,

18 tal como lo prometió a través de la ley; en Dios tenemos esperanza de que pronto tendrá misericordia de nosotros, y nos reunirá de todas partes debajo del cielo en su lugar santo; porque él nos libró de grandes males y purificó el lugar.

————————

19 Ahora bien, las cosas concernientes a Judas Macabeo y sus hermanos, la purificación del grandioso templo, la dedicación del altar,

20 y además las guerras contra Antíoco Epífanes y Eupátor su hijo,

21 y las manifestaciones que vinieron del cielo a los que lucharon por la religión de los judíos con proezas valerosas; de modo que, siendo solo unos pocos, se apoderaron de todo el país, persiguieron a las multitudes bárbaras,

22 recuperaron de nuevo el templo renombrado en todo el mundo, liberaron la ciudad y restauraron las leyes que estaban a punto de ser derrocadas, viendo que el Señor se mostró clemente con ellos con toda bondad.

23 Estas cosas que han sido declaradas por Jasón de Cirene en cinco libros, intentaremos resumirlas en un solo libro.

24 Porque, teniendo a la vista la masa confusa de los números y la dificultad que aguarda a los que desean adentrarse en las narraciones de la historia, en razón de la abundancia del material,

25 tuvimos cuidado de que los que decidan leer puedan sentirse atraídos, y que a los que nos desean el bien les resulte fácil de recordar, y que todos los lectores se beneficien.

26 Aunque para nosotros, que hemos tomado sobre nuestros hombros la penosa labor del resumen, la tarea no es fácil, sino asunto de sudor y desvelos,

27 así como no es cosa ligera para el que prepara un banquete y busca el provecho de los demás. Sin embargo, por la gratitud de muchos, soportaremos con gusto la penosa labor,

28 dejando al historiador el tratamiento exacto de cada particularidad, y nuevamente sin tener fuerzas para llenar los contornos de nuestro resumen.

29 Porque así como el maestro de obras de una casa nueva debe cuidar de toda la estructura, y aquel que se encarga de decorarla y pintarla debe buscar las cosas adecuadas para su adorno; así también creo que sucede con nosotros.

30 Ocupar el terreno, entregarse a largas discusiones y ser curioso en los detalles, es propio del autor original de la historia;

31 pero esforzarse por la brevedad de expresión, y evitar una plenitud laboriosa en el tratamiento, se le debe conceder al que desea llevar un escrito a una nueva forma.

32 Comencemos aquí entonces la narración, añadiendo solamente esto a lo que ya se ha dicho; porque es cosa necia hacer un largo prólogo a la historia, y luego resumir la historia misma.

Capítulo 3

1 Cuando la ciudad santa estaba habitada con paz ininterrumpida y las leyes se guardaban muy bien a causa de la piedad de Onías el sumo sacerdote y de su odio a la maldad,

2 aconteció que incluso los mismos reyes honraban el lugar y glorificaban el templo con los más nobles presentes,

3 de modo que hasta el rey Seleuco de Asia costeaba todos los gastos pertenecientes a los servicios de los sacrificios de sus propios ingresos.

4 Pero un hombre llamado Simón, de la tribu de Benjamín, habiendo sido constituido guardián del templo, tuvo un altercado con el sumo sacerdote sobre la administración del mercado en la ciudad.

5 Al no poder vencer a Onías, acudió a Apolonio de Tarso, que en aquel tiempo era gobernador de Celesiria y Fenicia.

6 Y le trajo la noticia de que el tesoro en Jerusalén estaba lleno de sumas incalculables de dinero, de manera que la multitud de los fondos era innumerable, y que no pertenecían a la cuenta de los sacrificios, sino que era posible que cayeran bajo el

poder del rey.

7 Cuando Apolonio se reunió con el rey, le informó del dinero del que se le había hablado. Entonces el rey designó a Heliodoro, que era su canciller, y lo envió con la orden de llevar a cabo la confiscación del dinero reportado.

8 Así que Heliodoro emprendió su viaje de inmediato, ostensiblemente para visitar las ciudades de Celesiria y Fenicia, pero en realidad para ejecutar el propósito del rey.

9 Cuando llegó a Jerusalén y fue cortésmente recibido por el sumo sacerdote de la ciudad, le comunicó la información que se le había dado y le declaró a qué había venido; y le preguntó si en verdad estas cosas eran así.

10 El sumo sacerdote le explicó que en el tesoro había depósitos de viudas y huérfanos,

11 y además algún dinero perteneciente a Hircano, hijo de Tobías, un hombre de muy alta posición, y no como aquel impío Simón alegaba falsamente; y que en total había cuatrocientos talentos de plata y doscientos de oro,

12 y que era del todo imposible que se hiciera daño a los que habían puesto su confianza en la santidad del lugar, y en la majestad y la inviolable santidad del templo, honrado en todo el mundo.

13 Pero Heliodoro, en virtud de la orden que le había dado el rey, dijo que en cualquier caso este dinero debía ser confiscado para el tesoro real.

14 Así que, habiendo señalado un día, entró para dirigir la investigación acerca de estos asuntos; y no hubo poca angustia por toda la ciudad.

15 Los sacerdotes, postrándose ante el altar con sus vestiduras sacerdotales, clamaron hacia el cielo a aquel que dio la ley sobre los depósitos, para que preservara a salvo estos tesoros para quienes los habían depositado.

16 Cualquiera que veía el semblante del sumo sacerdote se sentía herido en su mente; porque su rostro y el cambio de su color delataban la angustia de su alma.

17 Porque un terror y un temblor corporal se habían apoderado del hombre, por lo cual el dolor que había en su corazón se mostraba claramente a los que le miraban.

18 Los que estaban en las casas salieron en multitudes para hacer una súplica universal, porque el lugar estaba a punto de caer en deshonra.

19 Las mujeres, ceñidas con cilicio debajo de sus pechos, atestaban las calles. Las vírgenes que estaban guardadas en casa corrieron juntas, unas a las puertas, otras a los muros, y algunas miraban por las ventanas.

20 Todas, extendiendo sus manos hacia el cielo, hacían su solemne súplica.

21 Daba lástima entonces ver a la multitud postrándose toda mezclada, y la ansiedad del sumo sacerdote en su gran angustia.

22 Mientras ellos, por tanto, clamaban al Señor Todopoderoso para que guardara las cosas que se les habían confiado a salvo y seguras para los que las habían depositado,

23 Heliodoro siguió adelante para ejecutar lo que se había decretado.

24 Pero cuando ya estaba allí presente con sus guardias cerca del tesoro, el Soberano de los espíritus y de toda autoridad provocó una gran manifestación, de modo que todos los que habían presumido de venir con él, heridos de consternación por el poder de Dios, desfallecieron de terror.

25 Porque vieron a un caballo con un jinete temible, adornado con hermosos arreos, y se abalanzó ferozmente y golpeó a Heliodoro con sus patas delanteras. Parecía que el que estaba sentado en el caballo llevaba una armadura completa de oro.

26 También se le aparecieron otros dos jóvenes, notables por su fuerza, hermosos en su gloria y espléndidos en su atuendo, los cuales se pararon junto a él a cada lado, y lo azotaron incesantemente, infligiéndole muchos y dolorosos azotes.

27 Al caer repentinamente al suelo, y venir sobre él una gran oscuridad, sus guardias lo recogieron y lo pusieron en una camilla,

28 y se lo llevaron; a este hombre que acababa de entrar con un gran séquito y toda su guardia en el mencionado tesoro, y que ahora había quedado en la más absoluta impotencia, obligado manifiestamente a reconocer la soberanía de Dios.

29 Así que, mientras él, por la obra de Dios, mudo y desprovisto de toda esperanza y liberación, yacía postrado,

30 ellos bendecían al Señor que había actuado maravillosamente por su propio lugar. El templo, que poco antes estaba lleno de terror y alarma, se llenó de gozo y alegría después de la aparición del Señor Todopoderoso.

31 Pero rápidamente algunos de los amigos íntimos de Heliodoro imploraron a Onías que invocara al Altísimo para que concediera la vida al que yacía a punto de dar su último suspiro.

32 El sumo sacerdote, temiendo en secreto que el rey llegara a pensar que los judíos habían perpetrado alguna traición contra Heliodoro, ofreció un sacrificio por la recuperación del hombre.

33 Pero mientras el sumo sacerdote ofrecía el sacrificio expiatorio, los mismos jóvenes se aparecieron de nuevo a Heliodoro, vestidos con las mismas ropas. Se pusieron de pie y dijeron: «Da muchas gracias a Onías, el sumo sacerdote, porque por causa suya el Señor te ha concedido la vida.

34 Mira tú que, puesto que has sido azotado desde el cielo, proclames a todos los hombres la majestad soberana de Dios». Cuando hubieron dicho estas palabras, desaparecieron de su vista.

35 Así que Heliodoro, habiendo ofrecido un sacrificio al Señor y hecho grandes votos al que le había salvado la vida, y habiéndose despedido de Onías, regresó con su ejército adonde estaba el rey.

36 Y dio testimonio a todos los hombres de las obras del Dios altísimo, las cuales había visto con sus propios ojos.

37 Cuando el rey le preguntó a Heliodoro qué clase de hombre era el adecuado para ser enviado una vez más a Jerusalén, él respondió:

38 «Si tienes a algún enemigo o conspirador contra el Estado, envíalo allí, y lo recibirás de vuelta bien azotado, si es que escapa con vida; porque verdaderamente hay cierto poder de Dios en aquel lugar.

39 Porque aquel que tiene su morada en el cielo tiene puestos sus ojos en ese lugar y lo protege. A los que van para hacerle daño, él los hiere y los destruye».

40 Esta fue la historia de Heliodoro y de la custodia del tesoro.

Capítulo 4

1 El antes mencionado Simón, que había dado la información sobre el dinero en contra de su propio país, calumnió a Onías, diciendo que era él quien había incitado a Heliodoro y había sido la verdadera causa de estos males.

2 Se atrevió a llamar conspirador contra el Estado a quien en realidad era el benefactor de la ciudad, el guardián de sus compatriotas y un celoso defensor de las leyes.

3 Cuando su odio creció tanto que incluso se perpetraron asesinatos a través de uno de los agentes aprobados de Simón,

4 Onías, viendo el peligro de la contienda, y que Apolonio, hijo de Menesteo, gobernador de Celesiria y Fenicia, estaba aumentando la malicia de Simón,

5 apeló al rey, no para ser acusador de sus conciudadanos, sino buscando el bien de todo el pueblo, tanto en público como en privado;

6 porque veía que sin la intervención del rey era imposible que el Estado volviera a obtener la paz, y que Simón no cesaría en su locura.

7 Cuando Seleuco falleció, y Antíoco, llamado Epífanes, le sucedió en el reino, Jasón, hermano de Onías, suplantó a su hermano en el sumo sacerdocio,

8 habiendo prometido al rey, en una audiencia, trescientos sesenta talentos de plata, y de otro fondo ochenta talentos.

9 Además de esto, se comprometió a entregar otros ciento cincuenta, si se le permitía por medio de la autoridad del rey establecer un gimnasio y un cuerpo de jóvenes para ser entrenados en él, y registrar a los habitantes de Jerusalén como ciudadanos de Antioquía.

10 Cuando el rey asintió y Jasón tomó posesión del cargo, de inmediato hizo pasar a los de su propio linaje a la forma de vida griega.

11 Dejando de lado las ordenanzas reales de favor especial hacia los judíos, obtenidas por mediación de Juan, padre de Eupólemo, quien fue en misión a los romanos para establecer amistad y alianza, y buscando derrocar las formas de vida lícitas, introdujo nuevas costumbres prohibidas por la ley.

12 Porque con entusiasmo estableció un gimnasio justo debajo de la ciudadela, e hizo que los más nobles de los jóvenes llevaran el sombrero griego.

13 Así se llegó a un extremo de helenización y a un avance de una religión extranjera, a causa de la extrema profanación de Jasón, que era un hombre impío y no un sumo sacerdote;

14 de modo que los sacerdotes ya no tenían celo alguno por los servicios del altar; sino que, menospreciando el santuario y descuidando los sacrificios, se apresuraban a disfrutar de lo que se proveía ilícitamente en la arena de lucha, tras la convocatoria para el lanzamiento de disco.

15 Despreciaban los honores de sus padres y valoraban el prestigio de los griegos por encima de todo.

16 Por esta razón, les sobrevino una severa calamidad. Los hombres cuyas formas de vida seguían ardientemente, y a quienes deseaban asemejarse en todas las cosas, estos mismos se convirtieron en sus enemigos y los castigaron.

17 Porque no es cosa ligera mostrar irreverencia a las leyes de Dios, sino que los acontecimientos posteriores lo dejarán en claro.

18 Ahora bien, cuando se celebraban en Tiro ciertos juegos que tenían lugar cada cinco años, y estando el rey presente,

19 el vil Jasón envió a enviados sagrados, como si fuesen antioquenos de Jerusalén, llevando trescientas dracmas de plata para el sacrificio a Hércules, las cuales incluso sus portadores pensaron que no era correcto usarlas para ningún sacrificio, porque no era conveniente, sino que debían gastarse para otro propósito.

20 Aunque el propósito previsto del remitente para este dinero era el sacrificio a Hércules, sin embargo, debido a las circunstancias presentes, se destinó a la construcción de galeras trirremes.

21 Y cuando Apolonio, hijo de Menesteo, fue enviado a Egipto para la entronización de Filométor como rey, Antíoco, enterándose de que Filométor se había mostrado hostil hacia el gobierno, tomó precauciones para la seguridad de su reino. Por lo tanto, yendo a Jope, continuó su viaje hacia Jerusalén.

22 Siendo recibido magníficamente por Jasón y por la ciudad, fue introducido con antorchas y aclamaciones. Luego condujo a su ejército hacia Fenicia.

23 Pasados tres años, Jasón envió a Menelao, hermano del antes mencionado Simón, para que llevara el dinero al rey y le presentara informes sobre ciertos asuntos necesarios.

24 Pero él, al ser presentado ante el rey y habiendo sido ensalzado por la exhibición de su autoridad, se aseguró el sumo sacerdocio para sí mismo, superando la oferta de Jasón en trescientos talentos de plata.

25 Tras recibir los mandatos reales, regresó sin traer nada digno del sumo sacerdocio, sino poseyendo la pasión de un tirano cruel y la furia de una bestia salvaje.

26 Así Jasón, que había suplantado a su propio hermano, fue suplantado por otro y conducido como fugitivo al país de los amonitas.

27 Menelao tomó posesión del cargo, pero no se pagaba regularmente nada del dinero que se había prometido al rey, a pesar de que Sóstrato, el gobernador de la ciudadela, lo exigía

28 —pues su trabajo era la recaudación de los ingresos—, por lo que ambos fueron llamados por el rey a su presencia.

29 Menelao dejó a su propio hermano, Lisímaco, como su lugarteniente en el sumo sacerdocio; y Sóstrato dejó a Crates, que estaba sobre los chipriotas.

30 Estando así las cosas, aconteció que el pueblo de Tarso y de Malos se rebeló porque iban a ser entregados como regalo a Antioquis, la concubina del rey.

31 El rey, por tanto, acudió rápidamente a solucionar los asuntos, dejando como su lugarteniente a Andrónico, un hombre de alto rango.

32 Entonces Menelao, suponiendo que había encontrado una oportunidad favorable, le regaló a Andrónico ciertos vasos de oro pertenecientes al templo, que él había robado. Ya había vendido otros en Tiro y en las ciudades vecinas.

33 Cuando Onías tuvo conocimiento certero de esto, lo reprendió duramente, habiéndose retirado a un santuario en Dafne, que se encuentra junto a Antioquía.

34 Por ello, Menelao tomó aparte a Andrónico y le pidió que matara a Onías. Acudiendo a Onías, y habiendo sido persuadido a usar la traición, y siendo recibido como amigo, Andrónico le dio la diestra con juramentos y, aunque Onías sospechaba, lo persuadió de salir del santuario. Luego, sin respeto alguno por la justicia, de inmediato le dio muerte.

35 Por esta razón, no solo los judíos, sino también muchos de las otras naciones, se indignaron y se disgustaron por el injusto asesinato de este hombre.

36 Y cuando el rey regresó de los lugares de Cilicia, los judíos que estaban en la ciudad apelaron a él contra Andrónico (uniéndose también a ellos los griegos en su odio por tal maldad), urgiendo que Onías había sido asesinado injustamente.

37 Antíoco, por tanto, se apenó profundamente, se conmovió y lloró, a causa de la vida sobria y ordenada del difunto.

38 Inflamado de ira, despojó inmediatamente a Andrónico de su manto de púrpura y le arrancó las vestiduras interiores, y tras haberle hecho pasear por toda la ciudad hasta el mismo lugar donde había cometido el ultraje contra Onías, allí mismo quitó de en medio al asesino, rindiéndole el Señor el castigo que se había merecido.

39 Ahora bien, cuando se hubieron cometido muchos sacrilegios en la ciudad por parte de Lisímaco, con el consentimiento de Menelao, y cuando el informe de ello se esparció en el exterior, el pueblo se reunió contra Lisímaco, después de que ya se habían robado muchos vasos de oro.

40 Al levantarse las multitudes contra él y estando llenas de ira, Lisímaco armó a unos tres mil hombres, y con injusta violencia comenzó el ataque bajo la dirección de Haurán, un hombre muy entrado en años y no menos en locura.

41 Pero al percibir el asalto de Lisímaco, unos recogieron piedras, otros leños de madera, y otros tomaron puñados de las cenizas que había cerca, y lo arrojaron todo en salvaje confusión contra Lisímaco y los que estaban con él.

42 Como resultado, hirieron a muchos de ellos, mataron a algunos, y obligaron al resto a huir, pero al mismo autor del sacrilegio lo mataron junto al tesoro.

43 Acerca de estos asuntos, se presentó una acusación contra Menelao.

44 Cuando el rey llegó a Tiro, los tres hombres enviados por el senado defendieron la causa ante él.

45 Pero Menelao, viéndose ya derrotado, prometió mucho dinero a Ptolomeo, hijo de Dorímenes, para que se ganara el favor del rey.

46 Por tanto, Ptolomeo, llevando al rey aparte a un claustro, como para tomar un poco de aire fresco, lo convenció de cambiar de opinión.

47 Al causante de todo el mal, Menelao, lo absolvió de las acusaciones; pero a estos hombres desventurados, que, de haber abogado incluso ante los escitas, habrían sido absueltos sin condena, los sentenció a muerte.

48 Los que habían sido portavoces de la ciudad, de las familias de Israel y de los vasos sagrados, pronto sufrieron aquel injusto castigo.

49 Por ello, incluso ciertos tirios, movidos por el odio a tal maldad, proveyeron magníficamente para su sepultura.

50 Pero Menelao, mediante los tratos codiciosos de los que estaban en el poder, permaneció aún en su cargo, creciendo en maldad, erigido como un gran conspirador contra sus conciudadanos.

Capítulo 5

1 Por este tiempo, Antíoco emprendió su segunda invasión a Egipto.

2 Sucedió que por toda la ciudad, durante casi cuarenta días, aparecieron en medio del cielo jinetes en rápido movimiento, vestidos con túnicas tejidas en oro y portando lanzas, equipados con tropas para la batalla:

3 desenvainando espadas, escuadrones de caballería en formación, encuentros y persecuciones de ambos ejércitos, escudos agitándose, multitudes de lanzas, lanzamiento de proyectiles, el destello de los arreos dorados, y poniéndose todo tipo de armaduras.

4 Por tanto, todos oraban para que aquella manifestación hubiera sido dada para bien.

5 Al surgir el falso rumor de que Antíoco había muerto, Jasón tomó no menos de mil hombres y, de repente, lanzó un asalto contra la ciudad. Al ser derrotados los que estaban en el muro, y estando la ciudad ya casi tomada, Menelao se refugió en la ciudadela.

6 Pero Jasón masacró a sus propios conciudadanos sin piedad, sin considerar que el éxito contra los de su propia sangre es la mayor desgracia, sino suponiendo que erigía trofeos sobre enemigos, y no sobre sus propios compatriotas.

7 No logró hacerse con el control del gobierno, sino que, cosechando vergüenza como resultado de su conspiración, huyó de nuevo como fugitivo al país de los amonitas.

8 Al final, por tanto, tuvo un final miserable. Habiendo sido encarcelado en la corte de Aretas, príncipe de los árabes, huyendo de ciudad en ciudad, perseguido por todos, odiado como rebelde contra las leyes, y aborrecido como verdugo de

su país y de sus conciudadanos, fue arrojado a las costas de Egipto.

9 El que había empujado a muchos de su propio país al exilio, pereció en el exilio, habiendo cruzado el mar hacia los lacedemonios, esperando encontrar refugio allí por ser parientes cercanos.

10 Y el que había arrojado a una multitud sin sepultura, no tuvo a nadie que lo llorara. No tuvo funeral alguno ni lugar en el sepulcro de sus padres.

11 Cuando le llegaron al rey las noticias de lo sucedido, pensó que Judea se había rebelado. Así que, partiendo de Egipto enfurecido, tomó la ciudad por la fuerza de las armas,

12 y ordenó a sus soldados que masacraran sin piedad a los que se interpusieran en su camino, y que mataran a los que se ocultaran en sus casas.

13 Hubo entonces matanza de jóvenes y ancianos, destrucción de muchachos, mujeres y niños, y asesinato de vírgenes y recién nacidos.

14 En un total de tres días, ochenta mil fueron destruidos, de los cuales cuarenta mil cayeron en combate cuerpo a cuerpo, y no menos fueron vendidos como esclavos que los que fueron asesinados.

15 No contento con esto, se atrevió a entrar en el templo más santo de toda la tierra, llevando a Menelao por guía (quien se había revelado como un traidor tanto a las leyes como a su país),

16 tomando incluso los vasos sagrados con sus manos contaminadas, y arrancando con sus manos profanas las ofrendas que habían sido dedicadas por otros reyes para realzar la gloria y el honor del lugar.

17 El corazón de Antíoco se enalteció, sin darse cuenta de que a causa de los pecados de los habitantes de la ciudad el Señor Soberano se había provocado a ira por un poco de tiempo, y por ello su mirada se había apartado del lugar.

18 Pero de no haber sido porque ellos ya estaban atados por muchos pecados, este hombre, al igual que Heliodoro (quien fue enviado por el rey Seleuco para inspeccionar el tesoro), tan pronto como se hubiera adelantado, habría sido azotado y

hecho retroceder de su osadía.

19 Sin embargo, el Señor no eligió a la nación por causa del lugar, sino el lugar por causa de la nación.

20 Por tanto, también el lugar mismo, habiendo participado en las calamidades que le sucedieron a la nación, posteriormente participó en sus beneficios; y el lugar que fue desamparado en la ira del Todopoderoso, en la reconciliación del gran Soberano, fue restaurado de nuevo con toda su gloria.

21 En cuanto a Antíoco, después de haberse llevado del templo mil ochocientos talentos, se apresuró a ir a Antioquía, pensando en su arrogancia que podía navegar por tierra y caminar sobre el mar, porque su corazón se había enaltecido.

22 Además, dejó gobernadores para afligir al linaje: en Jerusalén, a Filipo, frigio de raza, y de carácter más bárbaro que quien lo puso allí;

23 y en Gerizim, a Andrónico; y además de estos, a Menelao, quien peor que todos los demás, se ensalzó sobre sus conciudadanos. Teniendo una mente maliciosa hacia los judíos a quienes había hecho sus conciudadanos,

24 envió a aquel señor de las profanaciones, Apolonio, con un ejército de veintidós mil hombres, ordenándole matar a todos los adultos, y vender a las mujeres y a los muchachos como esclavos.

25 Este llegó a Jerusalén y, fingiendo ser un hombre de paz, esperó hasta el día santo del sábado. Y hallando a los judíos descansando del trabajo, ordenó a sus hombres que desfilaran completamente armados.

26 Pasó a espada a todos los que salieron a ver el espectáculo. Corriendo dentro de la ciudad con los hombres armados, mató a grandes multitudes.

27 Pero Judas, también llamado Macabeo, junto con otros nueve, se retiró, y con su compañía se mantuvo con vida en las montañas como hacen las fieras salvajes. Continuaron alimentándose de lo que crecía silvestre, para no ser partícipes de la contaminación.

Capítulo 6

1 No mucho después de esto, el rey envió a un anciano de Atenas para obligar a
los judíos a apartarse de las leyes de sus padres y a no vivir según las leyes de Dios,

2 y también para profanar el santuario en Jerusalén y llamarlo con el nombre de
Zeus Olímpico, y llamar al santuario en Gerizim con el nombre de Zeus Protector
de los extranjeros, tal como lo hacían los habitantes de aquel lugar.

3 La llegada de este mal fue dura y sumamente penosa.

4 Pues el templo se llenó de libertinaje y juergas por parte de los paganos, quienes
se divertían con prostitutas, y tenían relaciones con mujeres dentro de los recintos
sagrados, y además introducían cosas que no eran lícitas.

5 El altar se llenó de aquellas cosas abominables que habían sido prohibidas por
las leyes.

6 Un hombre no podía guardar el sábado, ni observar las fiestas de sus antepasa-
dos, ni siquiera confesar que era judío.

7 El día del nacimiento del rey, cada mes, eran llevados con amarga coacción a co-
mer de los sacrificios. Y cuando llegaba la fiesta de las Dionisias, se les obligaba a
marchar en procesión en honor a Dioniso, llevando coronas de hiedra.

8 Por sugerencia de Ptolomeo, se promulgó un decreto a las ciudades griegas veci-
nas, para que observaran la misma conducta contra los judíos, y les hicieran co-
mer de los sacrificios,

9 y que mataran a los que no decidieran pasarse a los ritos griegos. Así que la mi-
seria presente estaba a la vista de todos.

10 Por ejemplo, dos mujeres fueron llevadas por haber circuncidado a sus hijos. A
estas, después de haberlas paseado públicamente por la ciudad con los bebés col-
gados de sus pechos, las arrojaron de cabeza desde la muralla.

11 Otros que se habían reunido en las cuevas cercanas para guardar el séptimo día en secreto, fueron delatados a Filipo y quemados todos juntos, porque su piedad les impidió defenderse, por respeto al honor de aquel día tan solemne.

12 Ruego a los que lean este libro que no se desanimen por estas calamidades, sino que reconozcan que estos castigos no fueron para la destrucción, sino para la disciplina de nuestro linaje.

13 Pues en verdad es señal de gran bondad que a los que actúan impíamente no se les deje en paz por mucho tiempo, sino que pronto reciban su retribución.

14 Porque en el caso de las demás naciones, el Señor Soberano espera con paciencia para castigarlas hasta que hayan colmado la medida de sus pecados; pero no así con nosotros,

15 para no tener que vengarse de nosotros después, cuando hayamos llegado al colmo de nuestros pecados.

16 Por lo tanto, él nunca aparta de nosotros su misericordia; sino que, aunque castiga con la calamidad, no desampara a su propio pueblo.

17 Sin embargo, que esto que hemos dicho baste para recordaros; pero después de estas pocas palabras, debemos volver a la narración.

18 Eleazar, uno de los principales escribas, hombre ya muy entrado en años y de noble semblante, fue obligado a abrir la boca para comer carne de cerdo.

19 Pero él, acogiendo la muerte con honor antes que la vida con contaminación, avanzó por su propia voluntad hacia el instrumento de tortura, pero primero escupió la carne,

20 como deben acercarse aquellos que tienen la firme resolución de rechazar cosas que ni siquiera por el amor natural a la vida es lícito probar.

21 Pero los encargados de aquel banquete sacrificial prohibido tomaron al hombre aparte, por la antigua amistad que tenían con él, y le rogaron en privado que trajera carne provista por él mismo, de la que le era lícito usar, y que fingiera que comía de la carne del sacrificio, como lo había ordenado el rey;

22 para que haciendo esto pudiera librarse de la muerte, y así su antigua amistad
con ellos le valiera un trato amable.

23 Pero él, habiendo tomado una noble resolución, digna de sus años, de la dignidad de su vejez y de las canas que había alcanzado con honor, y de su excelente educación desde niño, o más bien de las santas leyes ordenadas por Dios, declaró su mente en conformidad, pidiéndoles que lo enviaran rápidamente al Hades.

24 «Pues no es propio de nuestra edad fingir —dijo—, de modo que muchos de los jóvenes supongan que Eleazar, a sus noventa años, se ha pasado a una religión extranjera;

25 y así ellos, a causa de mi engaño, y por el bien de esta vida breve y momentánea, se extravíen por mi culpa, y yo manche y deshonre mi vejez.

26 Porque aunque por el momento me librara del castigo de los hombres, ya sea que viva o muera, no escaparía de las manos del Todopoderoso.

27 Por tanto, al desprenderme valientemente de mi vida ahora, me mostraré digno de mi vejez,

28 y dejaré un noble ejemplo a los jóvenes, para que mueran de buena gana y noblemente una muerte gloriosa por las venerables y santas leyes». Habiendo dicho estas palabras, fue inmediatamente al instrumento de tortura.

29 Y aquellos que poco antes le tenían buena voluntad, la cambiaron por mala voluntad, porque estas palabras suyas eran, según pensaban, pura locura,

30 y cuando estaba a punto de morir por los azotes, gimió en voz alta y dijo: «Para el Señor, que tiene el santo conocimiento, es manifiesto que, pudiendo haberme librado de la muerte, soporto en mi cuerpo severos dolores al ser azotado; pero en mi alma sufro estas cosas con gusto por mi temor a él».

31 Así murió también este hombre, dejando su muerte como un ejemplo de nobleza y un memorial de virtud, no solo para los jóvenes sino también para la gran mayoría de su nación.

Capítulo 7

1 Aconteció que siete hermanos y su madre fueron apresados por orden del rey y tratados vergonzosamente con azotes y cuerdas, para obligarlos a probar la abominable carne de cerdo.

2 Uno de ellos se hizo el portavoz y dijo: «¿Qué deseáis preguntar y aprender de nosotros? Pues estamos dispuestos a morir antes que quebrantar las leyes de nuestros antepasados».

3 El rey se enfureció y ordenó que se calentaran sartenes y calderos.

4 Cuando estos estuvieron inmediatamente calientes, dio órdenes de cortarle la lengua al que había sido su portavoz, arrancarle el cuero cabelludo y cortarle las extremidades, a la vista del resto de sus hermanos y de su madre.

5 Y cuando quedó completamente mutilado, el rey dio órdenes de llevarlo al fuego, aún con vida, y freírlo en la sartén. Y mientras el humo de la sartén se esparcía a lo lejos, ellos y su madre se exhortaban mutuamente a morir con nobleza, diciendo esto:

6 "El Señor Dios lo ve todo, y en verdad es movido a compasión por nosotros, como Moisés declaró en su cántico, que testifica contra el pueblo en sus caras, diciendo: 'Y tendrá compasión de sus siervos'".

7 Y cuando el primero hubo muerto de esta manera, llevaron al segundo a la burla; y le arrancaron la piel de la cabeza con el cabello y le preguntaron: «¿Comerás, antes de que tu cuerpo sea castigado miembro por miembro?»

8 Pero él respondió en el idioma de sus antepasados y les dijo: «No». Por tanto, él también sufrió la siguiente tortura en turno, como lo había hecho el primero.

9 Cuando estaba dando su último suspiro, dijo: «Tú, miserable, nos quitas esta vida presente, pero el Rey del mundo nos resucitará a nosotros, que hemos muerto por sus leyes, a una renovación de vida eterna».

10 Después de él, el tercero fue víctima de sus burlas. Cuando se lo exigieron, sacó rápidamente la lengua y extendió las manos con valentía,

11 y noblemente dijo: «Del cielo recibí estos miembros. Por amor a sus leyes los desprecio. De él espero recibirlos de nuevo».

12 Como resultado, el propio rey y los que estaban con él se asombraron del ánimo del joven, porque consideraba los dolores como nada.

13 Cuando él también hubo muerto, maltrataron y torturaron al cuarto de la misma manera.

14 Estando cerca de la muerte dijo esto: «Es bueno morir a manos de los hombres y aguardar la esperanza dada por Dios, de que seremos resucitados por él. Pero en cuanto a ti, no tendrás resurrección a la vida».

15 A continuación, trajeron al quinto y lo trataron vergonzosamente.

16 Pero él miró hacia el rey y dijo: «Por cuanto tienes autoridad entre los hombres, aunque eres corruptible, haces lo que te place. Pero no pienses que nuestro linaje ha sido desamparado por Dios.

17 ¡Sigue con tus caminos, y verás cómo su majestad soberana te torturará a ti y a tu descendencia!»

18 Después de él trajeron al sexto. Cuando estaba a punto de morir, dijo: «No te engañes vanamente, pues nosotros sufrimos estas cosas por nuestras propias acciones, por haber pecado contra nuestro propio Dios. Cosas asombrosas han sucedido;

19 ¡pero no pienses que quedarás impune, habiendo intentado luchar contra Dios!»

20 Pero por encima de todo, la madre fue maravillosa y digna de honorable memoria; pues al ver perecer a siete hijos en el espacio de un solo día, soportó la visión con gran valor debido a su esperanza en el Señor.

21 Exhortó a cada uno de ellos en el idioma de sus padres, llena de un espíritu noble y avivando sus pensamientos de mujer con varonil valor, diciéndoles:

22 «No sé cómo llegasteis a mi seno. No fui yo quien os dio vuestro espíritu y vuestra vida. No fui yo quien ordenó los primeros elementos de cada uno de vosotros.

23 Por tanto el Creador del mundo, que formó el primer origen del hombre y concibió el primer origen de todas las cosas, en su misericordia os devolverá de nuevo tanto vuestro espíritu como vuestra vida, ya que ahora os despreciáis a vosotros mismos por amor a sus leyes».

24 Pero Antíoco, creyendo ser despreciado y sospechando de la voz que le reprochaba, mientras el más joven aún vivía, no solo le apeló con palabras, sino que también le prometió con juramentos que lo enriquecería y lo elevaría a gran honor si se apartaba de los caminos de sus antepasados, y que lo tomaría por su amigo y le confiaría asuntos públicos.

25 Pero como el joven no quiso escuchar de ninguna manera, el rey llamó a su madre y le rogó que aconsejara al muchacho para que se salvara.

26 Después de haberle insistido con muchas palabras, ella accedió a persuadir a su hijo.

27 Pero inclinándose hacia él, y riéndose con desprecio del cruel tirano, habló así en el idioma de sus padres: «Hijo mío, ten piedad de mí que te llevé nueve meses en mi seno, te amamanté tres años, te nutrí, te crié hasta esta edad y te sostuve.

28 Te ruego, hijo mío, que levantes tus ojos al cielo y a la tierra, y veas todas las cosas que hay en ellos, y así reconozcas que Dios no las hizo de cosas que ya existían, y que el linaje de los hombres llega a ser de esta misma manera.

29 No temas a este carnicero, sino que, demostrando ser digno de tus hermanos, acepta tu muerte, para que en la misericordia de Dios yo pueda recibirte de nuevo con tus hermanos».

30 Pero antes de que ella terminara de hablar, el joven dijo: «¿A qué esperáis todos? Yo no obedezco el mandamiento del rey, sino que escucho el mandamiento de la ley que fue dada a nuestros padres por medio de Moisés.

31 Pero tú, que has maquinado toda clase de males contra los hebreos, de ninguna manera escaparás de las manos de Dios.

32 Porque nosotros sufrimos a causa de nuestros propios pecados.

33 Y si para reprensión y disciplina nuestro Dios viviente se ha airado por un poco de tiempo, él volverá a reconciliarse con sus propios siervos.

34 Pero tú, oh hombre impío y el más vil de todos, no te enaltezcas vanamente en tu salvaje orgullo con esperanzas inciertas, alzando tu mano contra los hijos del cielo.

35 Pues aún no has escapado del juicio del Dios Todopoderoso que todo lo ve.

36 Porque estos hermanos nuestros, habiendo soportado un breve dolor que trae vida eterna, ahora han muerto bajo el pacto de Dios. Pero tú, por el justo juicio de Dios, recibirás en su justa medida las penas de tu arrogancia.

37 Pero yo, al igual que mis hermanos, entrego tanto el cuerpo como el alma por las leyes de nuestros padres, invocando a Dios para que pronto se muestre clemente con la nación, y para que tú, en medio de pruebas y plagas, confieses que solo él es Dios,

38 y que en mí y en mis hermanos tú puedas llevar a su fin la ira del Todopoderoso que ha recaído justamente sobre todo nuestro linaje».

39 Pero el rey, cayendo en cólera, lo trató peor que a todos los demás, estando exasperado por sus burlas.

40 Así murió también él puro, poniendo toda su confianza en el Señor.

41 Por último, después de sus hijos, murió la madre.

42 Baste entonces lo dicho acerca de los banquetes sacrificiales y las extremas torturas.

Capítulo 8

1 Pero Judas, que también es llamado Macabeo, y los que estaban con él, abriéndose camino en secreto por las aldeas, convocaron a sus parientes. Alistando a los que habían perseverado en la religión de los judíos, reunieron a unos seis mil hombres.

2 Clamaron al Señor para que mirara al pueblo que era oprimido por todos, y para que tuviera compasión del santuario que había sido profanado por los hombres impíos,

3 y para que se apiadara de la ciudad que sufría ruina y estaba a punto de ser arrasada hasta los cimientos, y para que escuchara la sangre que clamaba a él,

4 y para que recordara la inicua destrucción de los niños inocentes, y las blasfemias que se habían cometido contra su nombre, y para que mostrara su odio a la maldad.

5 Cuando el Macabeo hubo adiestrado a sus hombres para el servicio, los paganos lo encontraron enseguida irresistible, porque la ira del Señor se había transformado en misericordia.

6 Apareciendo sin previo aviso, prendía fuego a ciudades y aldeas. Y recuperando las posiciones más importantes, poniendo en fuga a un número no pequeño de enemigos,

7 aprovechaba especialmente las noches para tales asaltos. Su valor resonaba en todas partes.

8 Pero cuando Filipo vio que el hombre ganaba terreno poco a poco, y que aumentaba más y más en sus éxitos, escribió a Ptolomeo, el gobernador de Celesiria y Fenicia, para que apoyara la causa del rey.

9 Ptolomeo nombró rápidamente a Nicanor, hijo de Patroclo, uno de los amigos principales del rey, y lo envió, al mando de no menos de veinte mil hombres de todas las naciones, para destruir a toda la raza de Judea. A él se unió también Gorgias, un capitán que tenía experiencia en asuntos de guerra.

10 Nicanor resolvió que, mediante la venta de los judíos cautivos, reuniría para el rey el tributo de dos mil talentos que debía pagar a los romanos.

11 Inmediatamente envió emisarios a las ciudades de la costa, invitándolas a comprar esclavos judíos, prometiendo entregar setenta esclavos por un talento, sin esperar el juicio que le sobrevendría de parte del Todopoderoso.

12 Llegaron noticias a Judas acerca de la invasión de Nicanor. Cuando comunicó a los que estaban con él la presencia del ejército,

13 aquellos que eran cobardes y desconfiaban del juicio de Dios huyeron y abandonaron el país.

14 Otros vendieron todo lo que les quedaba, y al mismo tiempo imploraron al Señor que librara a los que habían sido vendidos como esclavos por el impío Nicanor antes de que se enfrentaran a él,

15 si no por amor a ellos mismos, sí por los pactos hechos con sus antepasados, y porque él los había llamado por su santo y glorioso nombre.

16 Así que el Macabeo reunió a sus hombres, seis mil en número, y los exhortó a no dejarse atemorizar por el enemigo, ni a temer a la gran multitud de los paganos que venían injustamente contra ellos, sino a luchar con nobleza,

17 poniendo ante sus ojos el ultraje que inicuamente se había perpetrado sobre el lugar santo, y la tortura de la ciudad que había sido objeto de burla, y además la destrucción del modo de vida recibido de sus antepasados.

18 «Porque ellos —dijo— confían en sus armas y proezas, pero nosotros confiamos en el Dios todopoderoso, ya que él es capaz, con un solo movimiento de cabeza, de abatir a los que vienen contra nosotros, e incluso al mundo entero».

19 Además, les relató la ayuda que se les dio de tiempo en tiempo en los días de sus antepasados, tanto en los días de Senaquerib, cuando perecieron ciento ochenta y cinco mil,

20 como en la tierra de Babilonia, en la batalla que se libró contra los galos, cómo llegaron a la batalla siendo ocho mil en total, junto con cuatro mil macedonios, y cómo, estando los macedonios en aprietos, los seis mil destruyeron a los ciento veinte mil gracias a la ayuda que tuvieron del cielo, y tomaron un gran botín.

21 Y cuando con estas palabras los hubo llenado de valor y dispuesto a morir por las leyes y por su país, dividió su ejército en cuatro partes.

22 Nombró a sus hermanos, Simón, José y Jonatán, para ser líderes de las divisiones junto con él, dando a cada uno el mando de mil quinientos hombres.

23 Además, Eleazar, habiendo leído en voz alta el libro sagrado, y habiendo dado como santo y seña: «LA AYUDA DE DIOS», él mismo dirigió la primera banda y trabó batalla con Nicanor.

24 Como el Todopoderoso luchaba de su lado, mataron a más de nueve mil enemigos, e hirieron y lisiaron a la mayor parte del ejército de Nicanor, y los obligaron a todos a huir.

25 Tomaron el dinero de aquellos que habían venido para comprarlos como esclavos. Después de haberlos perseguido por cierta distancia, regresaron, al verse limitados por la hora del día;

26 pues era la víspera del sábado, y por esta razón no se esforzaron por perseguirlos lejos.

27 Cuando hubieron reunido las armas del enemigo, y los hubieron despojado, guardaron el sábado, bendiciendo y dando muchas gracias al Señor que los había salvado hasta este día, porque había comenzado a mostrarles misericordia.

28 Después del sábado, cuando hubieron dado parte de los despojos a los mutilados, y a las viudas y huérfanos, repartieron el resto entre ellos mismos y sus hijos.

29 Cuando hubieron cumplido estas cosas e hicieron una súplica en común, imploraron al Señor misericordioso que se reconciliara del todo con sus siervos.

30 Habiendo tenido un encuentro con las fuerzas de Timoteo y Báquides, mataron a más de veinte mil de ellos, se adueñaron de fortalezas altísimas y repartieron un botín muy grande, dando a los mutilados, huérfanos, viudas y ancianos una porción igual a la de ellos mismos.

31 Cuando hubieron reunido las armas del enemigo, las almacenaron cuidadosamente en las posiciones más estratégicas, y llevaron el resto de los despojos a Jerusalén.

32 Mataron al filarca de las fuerzas de Timoteo, un hombre muy impío, y que había causado mucho daño a los judíos.

33 Mientras celebraban la fiesta de la victoria en la ciudad de sus padres, quemaron a los que habían prendido fuego a las puertas sagradas, incluyendo a Calístenes, que había huido a una casita. Así recibieron el justo castigo por su impiedad.

34 El tres veces maldito Nicanor, que había traído a los mil mercaderes para comprar a los judíos como esclavos,

35 siendo humillado, con la ayuda del Señor, por aquellos que a sus ojos eran considerados de la menor importancia, se despojó de sus gloriosos ropajes y, atravesando el país, evitando toda compañía como un esclavo fugitivo, llegó a Antioquía, habiendo tenido, según él, la mayor buena fortuna posible, a pesar de que su ejército fue destruido.

36 El que se había propuesto asegurar el tributo para los romanos mediante la cautividad de los hombres de Jerusalén, pregonó por todas partes que los judíos tenían a Uno que luchaba por ellos, y que debido a esto, los judíos eran invulnerables, porque seguían las leyes ordenadas por él.

Capítulo 9

1 Por aquel tiempo, Antíoco se batió en retirada en desorden desde la región de Persia.

2 Pues había entrado en la ciudad llamada Persépolis, y había intentado robar un templo y controlar la ciudad. Por ello, las multitudes acudieron y los habitantes de la región se volvieron para defenderse con las armas; y aconteció que Antíoco fue puesto en fuga por la gente de la región y levantó su campamento con gran vergüenza.

3 Mientras estaba en Ecbatana, le llegaron noticias de lo que les había ocurrido a Nicanor y a las fuerzas de Timoteo.

4 Vencido por la ira, planeó hacer sufrir a los judíos por las malas acciones de aquellos que lo habían puesto en fuga. Por tanto, mientras el juicio del cielo ya le acompañaba, ordenó a su auriga que condujera sin cesar hasta terminar el viaje; pues con arrogancia decía esto: «Haré de Jerusalén un cementerio común de judíos en cuanto llegue allí».

5 Pero el Señor que todo lo ve, el Dios de Israel, lo hirió con un golpe fatal e invisible. Tan pronto como hubo terminado de pronunciar esta palabra, se apoderó de él un dolor incurable en las entrañas, con amargos tormentos en sus partes internas.

6 Y esto muy justamente, pues él había atormentado las entrañas de otros hombres con muchos y extraños sufrimientos.

7 Pero de ninguna manera cesó en su grosera insolencia. Al contrario, se llenó de aún mayor arrogancia, respirando fuego en su pasión contra los judíos y dando órdenes de acelerar el viaje. Pero sucedió que cayó de su carro mientras este iba a toda velocidad, y sufriendo una grave caída, todos los miembros de su cuerpo fueron torturados.

8 El que poco antes se creía capaz de mandar sobre las olas del mar, por ser tan sobrehumanamente arrogante, y que pensaba pesar las alturas de las montañas en una balanza, ahora era derribado a tierra y llevado en una litera, mostrando a todos que el poder era evidentemente de Dios,

9 de modo que del cuerpo de aquel hombre impío brotaban gusanos, y mientras aún vivía entre angustias y dolores, su carne se caía, y por causa de la fetidez todo el ejército se apartó con asco de su putrefacción.

10 Y a aquel hombre que poco antes creía tocar las estrellas del cielo, nadie podía soportar llevarlo debido a su intolerable hedor.

11 Por tanto, comenzó en gran parte a ceder en su arrogancia, con el espíritu quebrantado, y a entrar en razón bajo el azote de Dios, aumentando sus dolores a cada momento.

12 Cuando ni él mismo podía soportar su propio olor, pronunció estas palabras: «Es justo someterse a Dios, y el que es mortal no debe pensar que es igual a Dios».

13 El hombre vil hizo votos al Señor Soberano, quien ya no tendría más piedad de él, diciendo

14 que a la ciudad santa, a la cual iba apresuradamente para arrasarla hasta el suelo y convertirla en un cementerio común, la declararía libre.

15 En cuanto a los judíos, a quienes había decidido ni siquiera considerar dignos de sepultura, sino arrojarlos a las fieras con sus niños para que las aves los devoraran, los haría a todos iguales a los ciudadanos de Atenas.

16 Al santuario sagrado, que antes había saqueado, lo adornaría con las mejores ofrendas, restauraría todos los vasos sagrados multiplicados muchas veces, y de sus propios ingresos sufragaría los gastos necesarios para los sacrificios.

17 Además de todo esto, dijo que se haría judío y visitaría todo lugar habitado, proclamando el poder de Dios.

18 Pero como sus sufrimientos no cesaban de ninguna manera, porque el justo juicio de Dios había caído sobre él, habiendo perdido toda esperanza para sí mismo, escribió a los judíos la carta que se transcribe a continuación, en forma de súplica, con este contenido:

19 «A los dignos ciudadanos judíos, Antíoco, rey y general, desea mucho gozo, salud y prosperidad.

20 Que a vosotros y a vuestros hijos os vaya bien, y que vuestros asuntos sean como deseáis. Teniendo mi esperanza en el cielo,

21 he recordado con afecto vuestro honor y buena voluntad. Al regresar de la región de Persia, y habiendo contraído una molesta enfermedad, consideré necesario preocuparme por la seguridad común de todos,

22 no desesperando de mi situación, sino teniendo gran esperanza de escapar de la enfermedad.

23 Pero considerando que mi padre también, en la época en que dirigió un ejército hacia la región superior, nombró a su sucesor,

24 a fin de que, si ocurría algo contrario a lo esperado, o si llegaban noticias desagradables, la gente del país, sabiendo a quién se había dejado el estado, no se turbara;

25 y, además, observando cómo los príncipes que están en las fronteras y los vecinos a mi reino buscan oportunidades y aguardan lo que pueda pasar, he nombrado rey a mi hijo Antíoco, a quien muchas veces encomendé y recomendé a la mayoría de vosotros cuando me apresuraba a ir a las provincias superiores. Le he escrito a él lo que se indica a continuación.

26 Por lo tanto, os insto y os ruego, recordando los beneficios que se os han hecho en común y en particular, que cada uno de vosotros conserve su actual buena voluntad hacia mí y hacia mi hijo.

27 Pues estoy persuadido de que él, con gentileza y bondad, seguirá mi propósito y os tratará con moderación y amabilidad».

28 Así, el asesino y blasfemo, después de haber soportado los más intensos sufrimientos, tal como él había tratado a otros hombres, terminó su vida en los montes por un destino por demás lastimoso en tierra extranjera.

29 Su hermano de crianza, Filipo, se llevó el cuerpo a su tierra y luego, temiendo al hijo de Antíoco, se retiró a Egipto, junto a Ptolomeo Filométor.

Capítulo 10

1 Entonces el Macabeo y los que estaban con él, bajo la guía del Señor, recuperaron el templo y la ciudad.

2 Derribaron los altares que los extranjeros habían construido en la plaza del mercado, y también los recintos sagrados.

3 Habiendo purificado el santuario, construyeron otro altar para los sacrificios. Golpeando el pedernal y encendiendo un fuego, ofrecieron sacrificios después de haber cesado por dos años, quemaron incienso, encendieron las lámparas y expusieron los panes de la proposición.

4 Cuando hubieron hecho estas cosas, se postraron y rogaron al Señor que no volvieran a caer en tales males; sino que, si alguna vez pecaban, fueran disciplinados por él con clemencia, y no entregados a paganos blasfemos y bárbaros.

5 Y en el mismo día en que el santuario fue profanado por los extranjeros, en ese mismo día ocurrió que el santuario fue purificado, a saber, en el día veinticinco del mismo mes, que es Quisleu.

6 Observaron ocho días con alegría a la manera de la fiesta de los tabernáculos, recordando cómo no mucho antes, durante la fiesta de los tabernáculos, andaban errantes por las montañas y en las cuevas como bestias salvajes.

7 Por lo cual, llevando varas adornadas con hojas, ramas hermosas y también palmas, elevaron himnos de acción de gracias a aquel que había llevado a buen término la purificación de su propio lugar.

8 Ordenaron también, mediante un estatuto y decreto público, para toda la nación de los judíos, que debían observar estos días cada año.

9 Tales fueron los acontecimientos del final de Antíoco, que fue llamado Epífanes.

10 Ahora declararemos lo que aconteció bajo Antíoco Eupátor, quien demostró ser hijo de aquel hombre impío, y resumiremos los principales males de las guerras.

11 Pues este hombre, cuando sucedió en el reino, nombró a un tal Lisias canciller y gobernador supremo de Celesiria y Fenicia.

12 Porque Ptolomeo, que era llamado Macrón, dando ejemplo de observar la justicia hacia los judíos a causa del agravio que se les había hecho, procuró tratarlos en términos pacíficos.

13 Por lo cual, siendo acusado por los amigos del rey ante Eupátor, y escuchando en cada momento que se le llamaba traidor porque había abandonado Chipre (que Filométor le había confiado) y se había pasado al lado de Antíoco Epífanes, y al no poder mantener el honor de su cargo, tomó veneno y acabó con su vida.

14 Pero cuando Gorgias fue nombrado gobernador del distrito, mantuvo una fuerza de mercenarios y continuó en todo momento la guerra contra los judíos.

15 Junto con él, también los idumeos, que eran dueños de fortalezas importantes, hostigaban a los judíos; y acogiendo a los que habían huido de Jerusalén, se empeñaban en mantener la guerra.

16 Pero el Macabeo y sus hombres, después de hacer solemne súplica y de implorar a Dios que luchara a su lado, se lanzaron sobre las fortalezas de los idumeos.

17 Asaltándolas con vigor, tomaron el control de las posiciones, hicieron retroceder a todos los que combatían en el muro, y mataron a los que encontraron, dando muerte a no menos de veinte mil hombres.

18 Como no menos de nueve mil hombres habían huido a dos torres muy fuertes que contaban con todo lo necesario para resistir un asedio,

19 el Macabeo, habiendo dejado a Simón y a José, así como a Zaqueo y a los que estaban con él, como fuerza suficiente para sitiarlos, se dirigió a los lugares donde más se le necesitaba.

20 Pero Simón y los que estaban con él, cediendo a la avaricia, fueron sobornados por algunos de los que estaban en las torres y, recibiendo setenta mil dracmas, dejaron escapar a algunos de ellos.

21 Pero cuando le llegó la noticia al Macabeo de lo que se había hecho, reunió a los líderes del pueblo, y acusó a aquellos hombres de haber vendido a sus hermanos por dinero, al liberar a sus enemigos para que lucharan contra ellos.

22 Así que dio muerte a estos hombres por haberse convertido en traidores, e inmediatamente tomó posesión de las dos torres.

23 Teniendo éxito con las armas en todo lo que emprendía, destruyó a más de veinte mil hombres en ambas fortalezas.

24 Y Timoteo, que antes había sido derrotado por los judíos, habiendo reunido fuerzas extranjeras en gran multitud, y habiendo juntado la caballería perteneciente a Asia, que no era poca, vino como si fuera a tomar Judea por la fuerza de las armas.

25 Pero a medida que se acercaba, el Macabeo y sus hombres se echaron tierra sobre sus cabezas y se ciñeron los lomos con cilicio, en súplica a Dios,

26 y postrándose sobre los escalones frente al altar, le imploraron que se mostrara clemente con ellos, y que fuera enemigo de sus enemigos y adversario de sus adversarios, como lo declara la ley.

27 Levantándose de su oración, tomaron sus armas y avanzaron a cierta distancia de la ciudad. Cuando se acercaron a sus enemigos, se detuvieron.

28 Al despuntar el alba, los dos ejércitos trabaron batalla; los unos teniendo, además de la virtud, el haberse refugiado en el Señor como prenda de éxito y victoria; mientras que los otros tenían su propia pasión como guía en el combate.

29 Cuando la batalla se recrudeció, se aparecieron desde el cielo a sus adversarios cinco hombres espléndidos sobre caballos con bridas de oro, y dos de ellos, guiando a los judíos,

30 tomaron al Macabeo en medio de ellos y, cubriéndolo con sus propias armaduras, lo protegieron de toda herida, mientras arrojaban flechas y rayos a los enemigos. Por esta razón, estos quedaron cegados y sumidos en confusión, y fueron despedazados, llenos de desconcierto.

31 Veinte mil quinientos fueron muertos, además de seiscientos jinetes.

32 El propio Timoteo huyó a una fortaleza llamada Gazara, un baluarte de gran resistencia, donde Quereas estaba al mando.

33 Entonces el Macabeo y sus hombres se alegraron y sitiaron la fortaleza durante cuatro días.

34 Los que estaban dentro, confiando en la fuerza del lugar, blasfemaban sobremanera y proferían palabras impías.

35 Pero al amanecer del quinto día, ciertos jóvenes de la compañía del Macabeo, inflamados de cólera por las blasfemias, asaltaron el muro con fuerza varonil y con furia salvaje, y derribaron a cualquiera que se cruzara en su camino.

36 Otros, subiendo de la misma manera, mientras los enemigos estaban distraídos con los que se habían abierto paso adentro, prendieron fuego a las torres, y encendieron hogueras que quemaron vivos a los blasfemos; mientras que otros rompieron las puertas y, habiendo dado entrada al resto de la banda, ocuparon la ciudad.

37 Mataron a Timoteo, que estaba escondido en una cisterna, a su hermano Quereas y a Apolófanes.

38 Cuando hubieron concluido estas cosas, bendijeron al Señor con himnos y acciones de gracias, bendiciendo a aquel que provee de grandes beneficios a Israel y les da la victoria.

Capítulo 11

1 Poco tiempo después, Lisias, tutor, pariente del rey y canciller, estando muy disgustado por las cosas que habían sucedido,

2 reunió a unos ochenta mil infantes y toda su caballería, y marchó contra los judíos, planeando hacer de la ciudad una morada para los griegos,

3 imponer un tributo al templo, como en los demás lugares sagrados de las naciones, y poner a la venta el sumo sacerdocio cada año.

4 No tuvo en cuenta el poder de Dios, sino que se envaneció con sus decenas de miles de infantes, sus miles de jinetes y sus ochenta elefantes.

5 Entrando en Judea y acercándose a Bet-sur, que era un lugar fortificado a unos cinco estadios de distancia de Jerusalén, la asedió duramente.

6 Cuando el Macabeo y sus hombres se enteraron de que estaba sitiando las fortalezas, ellos y todo el pueblo, con lamentos y lágrimas, suplicaron al Señor que enviara a un buen ángel para salvar a Israel.

7 El mismo Macabeo fue el primero en tomar las armas, y exhortó a los demás a ponerse en peligro junto con él y a ayudar a sus hermanos; y salieron con él de muy buena gana.

8 Estando allí, cerca de Jerusalén, apareció a la cabeza de ellos un jinete vestido de blanco, blandiendo armas de oro.

9 Todos juntos alabaron al Dios misericordioso, y cobraron aún más ánimo, estando dispuestos a atacar no solo a hombres, sino a las bestias más feroces y a muros de hierro.

10 Avanzaron en formación, teniendo de su lado a aquel que está en el cielo para luchar por ellos, pues el Señor tuvo misericordia de ellos.

11 Lanzándose como leones contra el enemigo, mataron a once mil infantes y mil seiscientos jinetes, y obligaron a todos los demás a huir.

12 La mayoría de ellos escaparon heridos y desnudos. El propio Lisias también escapó mediante una vergonzosa huida.

13 Pero como era un hombre que no carecía de entendimiento, reflexionando sobre la derrota que le había sobrevenido, y considerando que los hebreos no podían ser vencidos porque el Dios Todopoderoso luchaba de su lado, envió de nuevo mensajeros

14 y los persuadió a llegar a un acuerdo con la condición de que se reconocieran todos sus derechos, y prometió que también persuadiría al rey para que se hiciera amigo de ellos.

15 El Macabeo dio su consentimiento a todas las condiciones que Lisias le propuso, velando por el bien común; pues todo lo que el Macabeo entregó por escrito a Lisias en favor de los judíos, el rey lo concedió.

16 La carta escrita a los judíos de parte de Lisias era del siguiente tenor: «Lisias al pueblo de los judíos, saludos.

17 Juan y Absalón, que fueron enviados por vosotros, habiendo entregado el documento escrito a continuación, hicieron una petición sobre las cosas escritas en él.

18 Por lo tanto, declaré al rey todo aquello que debía ser presentado ante él, y él concedió lo que era posible.

19 Si, pues, conserváis vuestra buena voluntad hacia el gobierno, yo también procuraré en el futuro contribuir a vuestro bien.

20 En cuanto a esto, he dado órdenes detalladas, tanto a estos hombres como a los que envío de mi parte, para que conversen con vosotros.

21 Que os vaya bien. Escrito en el año ciento cuarenta y ocho, el día veinticuatro del mes Dioscorintio».

22 Y la carta del rey contenía estas palabras: «El rey Antíoco a su hermano Lisias, saludos.

23 Puesto que nuestro padre ha pasado a los dioses con el deseo de que los súbditos de su reino no sean molestados y puedan dedicarse al cuidado de sus propios asuntos,

24 nosotros, habiendo oído que los judíos no consienten en el propósito de nuestro padre de volverlos a las costumbres de los griegos, sino que prefieren su propio modo de vida, y piden que se les permitan las costumbres de su ley,

25 decidiendo, por tanto, que esta nación también debe estar libre de perturbaciones, determinamos que se les devuelva su templo, y que vivan de acuerdo con las costumbres que existían en los días de sus antepasados.

26 Haréis bien, pues, en enviarles mensajeros y darles la diestra de amistad, para que ellos, conociendo nuestra intención, cobren buen ánimo y se ocupen alegremente de la administración de sus propios asuntos».

27 Y para la nación, la carta del rey fue la siguiente: «El rey Antíoco al senado de los judíos y a los demás judíos, saludos.

28 Si os encontráis bien, es nuestro deseo. Nosotros también gozamos de buena salud.

29 Menelao nos informó de que vuestro deseo era regresar a casa y atender vuestros propios asuntos.

30 Por tanto, aquellos que regresen a sus hogares hasta el trigésimo día del mes de Xántico contarán con nuestra amistad, con pleno permiso

31 para que los judíos consuman sus propios alimentos y observen sus propias leyes, como antes. Ninguno de ellos será molestado en modo alguno por las cosas que se hayan hecho por ignorancia.

32 Además, he enviado también a Menelao, para que os anime.

33 Que os vaya bien. Escrito en el año ciento cuarenta y ocho, el día quince del mes de Xántico».

34 Los romanos también les enviaron una carta con estas palabras: «Quinto Memmio y Tito Manio, embajadores de los romanos, al pueblo de los judíos, saludos.

35 Con respecto a las cosas que Lisias, pariente del rey, os concedió, nosotros también damos nuestro consentimiento.

36 Pero en cuanto a las cosas que él consideró que debían remitirse al rey, enviad a alguien con prontitud, después de haberlas considerado, para que podamos publicar los decretos que sean adecuados para vuestro caso; pues estamos en camino hacia Antioquía.

37 Por tanto, enviad a alguien a toda prisa, para que también nosotros sepamos cuál es vuestro parecer.

38 Que os vaya bien. Escrito en el año ciento cuarenta y ocho, el día quince de Xántico».

Capítulo 12

1 Así pues, cuando se hubo hecho este acuerdo, Lisias partió hacia donde estaba el rey, y los judíos se dedicaron a sus labores agrícolas.

2 Pero algunos de los gobernadores de distrito, Timoteo y Apolonio, hijo de Geneo, y también Jerónimo y Demofonte, y además de ellos Nicanor, gobernador de Chipre, no les permitían disfrutar de tranquilidad ni vivir en paz.

3 Los hombres de Jope perpetraron esta gran impiedad: invitaron a los judíos que vivían entre ellos a subir con sus mujeres e hijos a las barcas que habían preparado, como si no tuvieran mala voluntad contra ellos.

4 Cuando los judíos, confiando en el decreto público de la ciudad, aceptaron la invitación, como hombres que deseaban vivir en paz y sin sospechar nada, los llevaron mar adentro y ahogaron a no menos de doscientos de ellos.

5 Al enterarse Judas de la crueldad cometida contra sus compatriotas, dio órdenes a los hombres que estaban con él

6 e invocando a Dios, el Juez justo, marchó contra los asesinos de sus hermanos, incendió el puerto de noche, quemó las barcas y pasó a espada a los que se habían refugiado allí.

7 Pero como las puertas de la ciudad estaban cerradas, se retiró, con la intención de volver de nuevo para extirpar a toda la comunidad de los hombres de Jope.

8 Pero al enterarse de que los hombres de Jamnia pretendían hacer lo mismo a los judíos que vivían entre ellos,

9 atacó a los jamnitas de noche y prendió fuego al puerto junto con la flota, de modo que el resplandor del fuego se vio en Jerusalén, a doscientos cuarenta estadios de distancia.

10 Y cuando se habían alejado de allí nueve estadios, mientras marchaban contra Timoteo, un ejército de árabes le atacó, no menos de cinco mil infantes y quinientos jinetes.

11 Tras librarse una dura batalla, y habiendo tenido buen éxito Judas y su compañía con la ayuda de Dios, los nómadas, al ser vencidos, imploraron a Judas que les concediera la amistad, prometiéndole darle ganado y ayudar a su pueblo en todo lo demás.

12 Así que Judas, pensando que ciertamente serían de provecho en muchas cosas, accedió a vivir en paz con ellos; y tras recibir prendas de amistad, regresaron a sus tiendas.

13 Atacó también a cierta ciudad, fuerte y cercada con terraplenes y muros, y habitada por una multitud mixta de varias naciones. Su nombre era Caspín.

14 Los que estaban dentro, confiando en la fuerza de los muros y en sus provisiones, se comportaron groseramente con Judas y los que estaban con él, insultándolos y además blasfemando y profiriendo palabras impías.

15 Pero Judas y su compañía, invocando al gran Soberano del mundo, quien sin arietes ni ingeniosas máquinas de guerra derribó Jericó en los tiempos de Josué, se lanzaron con fiereza contra el muro.

16 Habiendo tomado la ciudad por la voluntad de Dios, hicieron una matanza inefable, de tal modo que el lago contiguo, que tenía dos estadios de ancho, parecía estar lleno del diluvio de sangre.

17 Cuando se hubieron alejado de allí setecientos cincuenta estadios, se dirigieron
a Cárax, hacia los judíos que son llamados tubienos.

18 No encontraron a Timoteo en aquel distrito, pues para entonces se había mar-
chado de allí sin lograr nada, aunque había dejado una guarnición muy fuerte en
un lugar.

19 Pero Dositeo y Sosípatro, que eran capitanes bajo el mando del Macabeo, salie-
ron y destruyeron a los que Timoteo había dejado en la fortaleza, más de diez mil
hombres.

20 El Macabeo, disponiendo a su propio ejército en divisiones, puso a estos dos al
mando de los grupos, y marchó a toda prisa contra Timoteo, quien tenía consigo
ciento veinte mil infantes y dos mil quinientos jinetes.

21 Cuando Timoteo se enteró de la llegada de Judas, envió de inmediato a las mu-
jeres y a los niños con el equipaje a la fortaleza llamada Carnión; porque el lugar
era difícil de sitiar y de difícil acceso a causa de la estrechez de las aproximaciones
por todos lados.

22 Al aparecer a la vista la tropa de Judas, que iba a la vanguardia, y al caer el te-
rror y el miedo sobre el enemigo por la manifestación de aquel que todo lo ve so-
bre ellos, huyeron en todas direcciones, arrastrados de aquí para allá, de tal modo
que a menudo eran heridos por sus propios hombres y atravesados con las pun-
tas de sus propias espadas.

23 Judas continuó la persecución con mayor vigor, pasando a espada a los malva-
dos miserables, y destruyó a unos treinta mil hombres.

24 El propio Timoteo, cayendo en manos de la tropa de Dositeo y Sosípatro, les
imploró con gran astucia que lo dejaran marchar con vida, porque tenía en su po-
der a los padres de muchos de ellos y a los hermanos de otros. «De lo contrario
—dijo— se mostrará poco respeto a estos».

25 Así que, cuando con muchas palabras hubo confirmado el acuerdo de devol-
verlos sin daño, lo dejaron ir para poder salvar a sus parientes.

26 Luego Judas, marchando contra Carnión y el templo de Atargatis, mató a veinticinco mil personas.

27 Después de haberlos puesto en fuga y destruido, marchó también contra Efrón, una ciudad fuerte, en la cual había multitudes de gentes de todas las naciones. Jóvenes robustos apostados en los muros hacían una vigorosa defensa. Allí había grandes reservas de máquinas de guerra y dardos.

28 Pero invocando al Soberano que con su poder hace añicos la fuerza de los enemigos, tomaron la ciudad en sus manos, y mataron a unos veinticinco mil de los que estaban en ella.

29 Partiendo de allí, marcharon a toda prisa contra Escitópolis, que se encuentra a seiscientos estadios de Jerusalén.

30 Pero cuando los judíos que estaban asentados allí dieron testimonio de la buena voluntad que los escitopolitanos les habían mostrado, y de su amable trato hacia ellos en tiempos de infortunio,

31 les dieron las gracias y, además, los exhortaron a seguir estando bien dispuestos hacia la raza en el futuro. Luego subieron a Jerusalén, por estar cerca la fiesta de las Semanas.

32 Pero después de la fiesta llamada Pentecostés, marcharon a toda prisa contra Gorgias, gobernador de Idumea.

33 Este salió con tres mil infantes y cuatrocientos jinetes.

34 Cuando se hubieron puesto en formación, sucedió que cayeron unos pocos judíos.

35 Un tal Dositeo, uno de la compañía de Bacenor, que iba a caballo y era un hombre fuerte, apretó duramente a Gorgias, y asiendo su manto, lo arrastraba con fuerza principal. Mientras planeaba tomar vivo a aquel hombre maldito, uno de los jinetes tracios se abalanzó sobre él y le inutilizó el hombro, de modo que Gorgias escapó a Marisa.

36 Como los que estaban con Esdrias llevaban luchando mucho tiempo y estaban fatigados, Judas clamó al Señor para que se manifestara, luchando a su lado y liderando la batalla.

37 Entonces, en el idioma de sus antepasados, elevó el grito de guerra acompañado de himnos. Acto seguido, se abalanzó contra las tropas de Gorgias cuando no lo esperaban, y los puso en fuga.

38 Judas reunió a su ejército y llegó a la ciudad de Adulam. Como se acercaba el séptimo día, se purificaron según la costumbre y guardaron allí el sábado.

39 Al día siguiente, cuando se hizo necesario, Judas y su compañía fueron a recoger los cuerpos de los caídos, y en compañía de sus parientes llevarlos de vuelta a los sepulcros de sus antepasados.

40 Pero bajo las vestiduras de cada uno de los muertos encontraron amuletos consagrados de los ídolos de Jamnia, cosas con las que la ley prohíbe a los judíos tener cualquier relación. Así que se hizo evidente para todos que por esta causa habían caído.

41 Todos, pues, bendiciendo los caminos del Señor, el Juez justo, que saca a la luz las cosas que están ocultas,

42 se volvieron a la súplica, orando para que el pecado cometido fuera borrado por completo. El noble Judas exhortó a la multitud a guardarse del pecado, porque habían visto con sus propios ojos lo sucedido a causa del pecado de los que habían caído.

43 Después de haber hecho una colecta, hombre por hombre, por la suma de dos mil dracmas de plata, la envió a Jerusalén para ofrecer un sacrificio por el pecado, haciendo en esto algo muy bueno y honorable, al tomar en cuenta la resurrección.

44 Porque si él no hubiera esperado que los caídos resucitaran, habría sido superfluo y ocioso orar por los muertos.

45 Pero si tenía en mente que a los que mueren en piedad les aguarda un honorable memorial de gratitud, entonces el pensamiento era santo y piadoso. Por lo tanto, hizo el sacrificio expiatorio por los que habían muerto, para que fuesen absueltos de su pecado.

Capítulo 13

1 En el año ciento cuarenta y nueve, se le informó a Judas y a su compañía de que Antíoco Eupátor venía con multitudes contra Judea,

2 y con él Lisias, su tutor y canciller, teniendo cada uno una fuerza griega de ciento diez mil infantes, cinco mil trescientos jinetes, veintidós elefantes y trescientos carros armados con guadañas.

3 Menelao también se unió a ellos, y con gran hipocresía animaba a Antíoco, no por la salvación de su país, sino porque pensaba que se le pondría a cargo del gobierno.

4 Pero el Rey de reyes despertó la ira de Antíoco contra aquel perverso miserable. Cuando Lisias le informó de que este hombre era la causa de todos los males, el rey ordenó que lo llevaran a Berea y le dieran muerte de la manera acostumbrada en aquel lugar.

5 Hay en ese lugar una torre de cincuenta codos de altura, llena de ceniza, y tenía a su alrededor un borde circular que se inclinaba precipitadamente por todos lados hacia la ceniza.

6 Allí, al que es culpable de sacrilegio o notorio por otros crímenes, se le empuja hacia la destrucción.

7 Por un destino tal, sucedió que murió Menelao, el transgresor de la ley, sin obtener siquiera una tumba en la tierra, y esto con justicia;

8 pues, dado que había perpetrado muchos pecados contra el altar, cuyo fuego y cuyas cenizas eran santos, recibió su muerte en la ceniza.

9 Ahora bien, el rey, enfurecido en su espíritu, venía con la intención de infligir a los judíos los peores de los sufrimientos que se habían padecido en tiempos de su padre.

10 Pero cuando Judas se enteró de estas cosas, ordenó a la multitud que invocara al Señor de día y de noche, para que, si alguna vez los había ayudado, lo hiciera ahora con aquellos que estaban a punto de ser privados de la ley, de su país y del templo santo,

11 y para que no permitiera que el pueblo, que apenas comenzaba a revivir, cayera en manos de aquellos paganos profanos.

12 Así que, cuando todos hubieron hecho lo mismo a una, rogando al Señor misericordioso con llanto, ayunos y postraciones durante tres días sin cesar, Judas los exhortó y les ordenó que se unieran a él.

13 Tras consultar en privado con los ancianos, resolvió que, antes de que el ejército del rey entrara en Judea y se hiciera dueño de la ciudad, debían salir y zanjar el asunto con la ayuda de Dios.

14 Y encomendando la decisión al Señor del mundo, y exhortando a los que estaban con él a contender valientemente, incluso hasta la muerte, por las leyes, el templo, la ciudad, el país y su modo de vida, asentó su campamento junto a Modín.

15 Dio a sus hombres el santo y seña: «LA VICTORIA ES DE DIOS», y con una fuerza escogida de los jóvenes más valientes, atacó el pabellón del rey durante la noche, matando de su ejército hasta dos mil hombres, y abatió al elefante principal con el hombre que iba en la torre sobre él.

16 Al final llenaron el ejército de terror y alarma, y partieron con gran éxito.

17 Esto se había logrado cuando apenas despuntaba el día, gracias a la protección del Señor que dio ayuda a Judas.

18 Pero el rey, habiendo probado la extrema audacia de los judíos, realizó ataques estratégicos sobre sus posiciones,

19 y sobre una fuerte fortaleza de los judíos en Bet-sur. Avanzó, fue obligado a retroceder, fracasó y fue derrotado.

20 Judas envió las cosas necesarias a los que estaban dentro.

21 Pero Rodoco, de las filas judías, reveló secretos al enemigo. Fue buscado, arrestado y encerrado en prisión.

22 El rey negoció con los de Bet-sur por segunda vez, dio su mano, tomó las de ellos, partió, atacó a las fuerzas de Judas y llevó la peor parte.

23 Oyó que Filipo, a quien había dejado como canciller en Antioquía, se había vuelto temerario; quedó desconcertado, hizo a los judíos una oferta de paz, se sometió y juró reconocer todos sus derechos, llegó a un acuerdo con ellos y ofreció un sacrificio, honró el santuario y el lugar,

24 mostró bondad y recibió amablemente al Macabeo, dejó a Hegemónides como gobernador desde Tolemaida hasta los gerrenos,

25 y llegó a Tolemaida. Los hombres de Tolemaida estaban disgustados con el tratado, pues tenían una indignación sumamente grande contra los judíos. Deseaban anular los artículos del acuerdo.

26 Lisias se adelantó para hablar, hizo la mejor defensa posible, persuadió, pacificó, se ganó su buena voluntad, y partió hacia Antioquía. Este fue el resultado del ataque y la partida del rey.

Capítulo 14

1 Tres años más tarde, le llegaron noticias a Judas y a su compañía de que Demetrio, hijo de Seleuco, habiendo navegado hasta el puerto de Trípoli con un poderoso ejército y una flota,

2 había tomado posesión del país, tras acabar con Antíoco y su tutor Lisias.

3 Pero un tal Alcimo, que anteriormente había sido sumo sacerdote y se había contaminado voluntariamente en los tiempos en que no había mezcla con los gentiles, considerando que no le quedaba salvación de ninguna manera, ni más acceso al santo altar,

4 acudió al rey Demetrio alrededor del año ciento cincuenta y uno, presentándole una corona de oro y una palma, y junto con esto, algunas de las ramas de olivo festivas del templo. Por aquel día, guardó silencio;

5 pero habiendo obtenido la oportunidad para llevar adelante su propia locura, al ser llamado por Demetrio a una reunión de su consejo, y preguntársele cómo se encontraban los judíos y cuáles eran sus intenciones, él respondió:

6 «Aquellos de los judíos llamados jasidim, cuyo líder es Judas Macabeo, mantienen la guerra y son sediciosos, no permitiendo que el reino halle tranquilidad.

7 Por lo tanto, habiendo dejado de lado mi gloria ancestral —me refiero al sumo sacerdocio— he venido aquí ahora,

8 primero por el genuino interés que tengo por las cosas que conciernen al rey, y en segundo lugar porque también tengo en consideración a mis propios conciudadanos. Pues por las acciones imprudentes de aquellos de quienes hablé antes, toda nuestra raza se halla en no pequeña desgracia.

9 Oh rey, habiéndote informado de estas cosas, toma en consideración tanto a nuestro país como a nuestro linaje, que se encuentra rodeado de enemigos, de acuerdo con la bondad y clemencia con que recibes a todos.

10 Porque mientras Judas permanezca con vida, es imposible que el gobierno encuentre paz».

11 Cuando hubo pronunciado tales palabras, de inmediato el resto de los amigos del rey, abrigando mala voluntad contra Judas, inflamaron aún más a Demetrio.

12 Él designó inmediatamente a Nicanor, que había sido maestre de los elefantes, y lo hizo gobernador de Judea. Lo envió,

13 dándole instrucciones escritas de matar al propio Judas, de dispersar a los que estaban con él, y de establecer a Alcimo como sumo sacerdote del gran templo.

14 Aquellos en Judea que habían empujado a Judas al exilio acudieron en masa a Nicanor, suponiendo que los infortunios y calamidades de los judíos serían para ellos victorias.

15 Pero cuando los judíos oyeron del avance de Nicanor y del asalto de los paganos, se echaron tierra sobre la cabeza y elevaron solemnes oraciones a aquel que había establecido a su propio pueblo para siempre, y que siempre, manifestando su presencia, sostiene a los que son de su propia heredad.

16 Una vez que el líder hubo dado las órdenes, partió de inmediato de allí y trabó batalla con ellos en una aldea llamada Desau.

17 Pero Simón, hermano de Judas, se había enfrentado a Nicanor, aunque no hasta tarde, habiéndose retrasado debido a la repentina consternación causada por sus adversarios.

18 Sin embargo, Nicanor, enterado del valor de los que estaban con Judas, y de su coraje al luchar por su país, tuvo recelo de llevar el asunto a la decisión de la espada.

19 Por tanto envió a Posidonio, a Teodoto y a Matatías a dar y recibir garantías de amistad.

20 Así que, una vez que estas propuestas fueron consideradas largamente, y el líder las hubo dado a conocer a las tropas, y habiendo parecido que todos eran del mismo sentir, consintieron en los pactos.

21 Señalaron un día en el cual debían reunirse a solas. Avanzó un carro de cada ejército. Dispusieron asientos de honor.

22 Judas apostó a hombres armados y listos en lugares convenientes, para evitar que hubiera de repente alguna traición por parte del enemigo. Celebraron una conferencia de la manera apropiada.

23 Nicanor permaneció en Jerusalén, y no hizo nada que causara alboroto, sino que despidió a las multitudes de personas que se habían reunido.

24 Mantuvo a Judas siempre en su presencia. Había llegado a sentir un profundo afecto por el hombre.

25 Lo instó a casarse y a tener hijos. Se casó, se estableció tranquilamente y participó de la vida en común.

26 Pero Alcimo, al percibir la buena voluntad que había entre ellos, y habiéndose apoderado de los pactos que se habían acordado, acudió a Demetrio y le dijo que Nicanor era desleal al gobierno, pues había nombrado a ese conspirador contra su reino, a Judas, para ser su sucesor.

27 El rey, cayendo en cólera, y exasperado por las falsas acusaciones de aquel hombre tan perverso, escribió a Nicanor, indicándole que estaba disgustado con los pactos, y ordenándole que enviara al Macabeo como prisionero a Antioquía con toda prisa.

28 Cuando este mensaje llegó a Nicanor, quedó desconcertado, y se perturbó mucho ante la idea de anular los artículos que se habían acordado, dado que el hombre no había cometido mal alguno;

29 pero como no se podía oponer al rey, aguardó el momento para ejecutar este propósito mediante una estratagema.

30 Pero el Macabeo, al darse cuenta de que Nicanor se comportaba más duramente en sus tratos con él, y que había adoptado un aire de autoridad en su trato habitual, comprendiendo que esta dureza no auguraba nada bueno, reunió a un buen número de sus hombres y se ocultó de Nicanor.

31 Pero el otro, cuando se percató de que había sido valientemente vencido por la estrategia de Judas, llegó al gran y santo templo, mientras los sacerdotes ofrecían los sacrificios habituales, y les ordenó entregar al hombre.

32 Al declarar ellos con juramentos que no sabían dónde estaba el hombre al que buscaba,

33 él extendió su mano derecha hacia el santuario y juró con este juramento: «Si no me entregáis a Judas como prisionero, arrasaré hasta el suelo este templo de Dios, derribaré el altar, y erigiré aquí un templo a Dioniso para que todos lo vean».

34 Y habiendo dicho esto, se marchó. Pero los sacerdotes, extendiendo sus manos hacia el cielo, clamaron a aquel que siempre lucha por nuestra nación, con estas palabras:

35 «Tú, oh Señor del universo, que por ti mismo no tienes necesidad de nada, te complaciste en que se estableciera un santuario como tu morada entre nosotros.

36 Así que ahora, oh Señor santo de toda santidad, mantén por siempre incontaminada esta casa que ha sido purificada recientemente».

37 Pero llegó a Nicanor una acusación contra un tal Razis, un anciano de Jerusalén, que amaba a sus compatriotas y era un hombre de muy buena reputación, y a quien, por su bondad, llamaban Padre de los judíos.

38 Pues en tiempos pasados, cuando no había mezcla con los gentiles, había sido acusado de seguir la religión de los judíos, y había arriesgado el cuerpo y la vida con todo empeño por la religión de los judíos.

39 Nicanor, queriendo dejar en evidencia la mala voluntad que abrigaba contra los judíos, envió a más de quinientos soldados para apresarlo;

40 pues pensaba que apresándolo les infligiría a ellos un gran daño.

41 Pero cuando las tropas estaban a punto de tomar la torre, y forzaban la puerta del patio, y pedían fuego para quemar las puertas, él, viéndose rodeado por todos lados, se arrojó sobre su propia espada,

42 prefiriendo morir con nobleza antes que caer en manos de los perversos canallas y sufrir ultrajes indignos de su propia nobleza.

43 Pero como falló el golpe a causa de la agitación de la lucha, y las multitudes ya irrumpían por la puerta, corrió valientemente hacia el muro y se arrojó valientemente sobre las multitudes.

44 Pero como ellos retrocedieron rápidamente, se hizo un hueco, y él cayó de costado en medio del espacio.

45 Teniendo aún aliento dentro de sí, e inflamado de ira, se levantó, y aunque su sangre brotaba a raudales y sus heridas eran graves, corrió a través de las multitudes y, subiéndose a una roca escarpada,

46 cuando ya casi se había quedado sin sangre, se sacó las entrañas por la herida y, tomándolas con ambas manos, las arrojó contra las multitudes. Invocando a aquel que es el Señor de la vida y del espíritu para que se las restituyera de nuevo, así murió.

Capítulo 15

1 Nicanor, al enterarse de que Judas y su compañía estaban en la región de Samaria, resolvió atacarlos con total seguridad en el día de descanso.

2 Cuando los judíos que se veían obligados a seguirle le dijeron: «No destruyas de forma tan salvaje y bárbara, sino da la debida gloria al día que aquel que lo ve todo ha honrado y santificado por encima de los demás días».

3 Entonces el miserable, tres veces maldito, preguntó si acaso había un Soberano en el cielo que hubiera ordenado guardar el día de sábado.

4 Ellos declararon: «Existe el Señor, que vive él mismo como Soberano en el cielo, quien nos mandó observar el séptimo día».

5 Él replicó: «Yo también soy soberano en la tierra, quien os manda tomar las armas y ejecutar los asuntos del rey». Sin embargo, no logró llevar a cabo su cruel plan.

6 Y Nicanor, en su absoluta jactancia y arrogancia, había decidido erigir un monumento de victoria total sobre Judas y todos los que estaban con él.

7 Pero el Macabeo seguía confiando sin cesar, con toda la esperanza de que obtendría ayuda del Señor.

8 Exhortó a su compañía a no temer el asalto de los paganos, sino que, recordando la ayuda que en tiempos pasados habían recibido a menudo del cielo, aguardaran también ahora la victoria que les vendría de parte del Todopoderoso,

9 y animándolos con la ley y los profetas, y recordándoles los conflictos que habían ganado, los llenó de mayor entusiasmo.

10 Y cuando hubo avivado su valor, les dio órdenes, señalándoles al mismo tiempo la falta de fe de los paganos y el quebrantamiento de sus juramentos.

11 Armando a cada uno de ellos, no tanto con la defensa segura de escudos y lanzas como con el aliento de buenas palabras, y además relatándoles un sueño digno de crédito, alegró en gran manera a todos.

12 La visión de aquel sueño fue esta: Onías, el que había sido sumo sacerdote, hombre noble y bueno, modesto en su porte, a la par que amable en su trato y de buen hablar, instruido desde niño en todo punto de virtud, oraba con las manos extendidas, invocando bendiciones sobre toda la comunidad de los judíos.

13 Luego vio aparecer a un hombre de venerable edad y de excelsa gloria, y la dignidad que lo rodeaba era maravillosa y muy majestuosa.

14 Onías habló y dijo: «Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por el pueblo y por la ciudad santa: Jeremías, el profeta de Dios».

15 Jeremías extendió su mano derecha y entregó a Judas una espada de oro, y al dársela, le dirigió estas palabras:

16 «Toma esta espada santa, don de Dios, con la cual abatirás a los adversarios».

17 Animados por las palabras de Judas, que eran nobles, eficaces, y capaces de incitar a la virtud y de infundir en las almas de los jóvenes el valor varonil, determinaron no hacer campaña, sino lanzarse noblemente sobre el enemigo, y luchando cuerpo a cuerpo con todo su valor, llevar el asunto a una conclusión, porque la ciudad, el santuario y el templo estaban en peligro.

18 Porque su temor por sus mujeres e hijos, y además por su familia y parientes, era de menor importancia para ellos; pero su mayor y principal temor era por el santuario consagrado.

19 También los que estaban encerrados en la ciudad se encontraban en no poca angustia, estando turbados por el enfrentamiento a campo abierto.

20 Cuando ya todos aguardaban el desenlace, el enemigo se había lanzado a la batalla, el ejército se había formado en línea de combate, los elefantes habían sido llevados a una posición conveniente y la caballería se había desplegado en los flancos,

21 el Macabeo, al percibir la presencia de las tropas, las diversas armas con las que estaban equipados y la ferocidad de los elefantes, alzó las manos al cielo e invocó al Señor que hace maravillas, sabiendo que el éxito no viene por las armas, sino que, según el Señor juzga, él da la victoria a los que son dignos.

22 Y clamando a Dios, dijo esto: «Tú, oh Señor Soberano, enviaste a tu ángel en tiempos del rey Ezequías de Judea, y él mató del ejército de Senaquerib hasta ciento ochenta y cinco mil hombres.

23 Así que también ahora, oh Soberano de los cielos, envía a un buen ángel delante de nosotros para infundir terror y temblor.

24 Que por la grandeza de tu brazo queden sobrecogidos de espanto aquellos que con blasfemias han venido hasta aquí contra tu pueblo santo». Al terminar de pronunciar estas palabras,

25 Nicanor y su compañía avanzaron al son de trompetas y cánticos de victoria;

26 pero Judas y su compañía trabaron batalla con el enemigo en medio de invocaciones y oraciones.

27 Luchando con sus manos y orando a Dios con sus corazones, mataron a no menos de treinta y cinco mil hombres, regocijándose en gran manera por la manifestación de Dios.

28 Cuando terminó el combate y regresaban llenos de gozo, reconocieron a Nicanor yaciendo muerto con su armadura completa.

29 Hubo entonces aclamaciones y júbilo, y bendijeron al Señor Soberano en el idioma de sus antepasados.

30 El que en todo tiempo, en cuerpo y alma, fue el principal defensor de sus conciudadanos, el que mantuvo durante toda su vida la buena voluntad de su juventud hacia sus compatriotas, ordenó que cortaran la cabeza de Nicanor junto con su mano y brazo, y que las llevaran a Jerusalén.

31 Al llegar allí, convocó a sus compatriotas, puso a los sacerdotes ante el altar y mandó a llamar a los que estaban en la ciudadela.

32 Mostrando la cabeza del vil Nicanor y la mano de aquel hombre profano, que con jactancia soberbia había extendido contra la santa casa del Todopoderoso,

33 y cortándole la lengua al impío Nicanor, ordenó que se le diera en pedazos a los pájaros, y que colgaran estas recompensas de su locura cerca del santuario.

34 Y todos, alzando la vista al cielo, bendijeron al Señor que se había manifestado, diciendo: «¡Bendito sea el que ha conservado su propio lugar incontaminado!»

35 Colgó la cabeza y el hombro de Nicanor en la ciudadela, como una señal clara y evidente para todos de la ayuda del Señor.

36 Todos decretaron de común acuerdo que de ninguna manera se debía dejar pasar este día sin distinguirlo, sino conmemorar con honor el día trece del mes duodécimo (llamado Adar en el idioma sirio), la víspera del día de Mardoqueo.

37 Habiendo sido, pues, este el relato del intento de Nicanor, y habiendo estado la ciudad desde aquellos tiempos en poder de los hebreos, yo también pondré aquí fin a mi libro.

38 Si he escrito bien y al punto en mi narración, eso es lo que yo deseaba; pero si está pobremente hecho y es mediocre, es lo mejor que he podido hacer.

39 Porque así como es desagradable beber vino solo y de igual manera beber agua
sola, mientras que la mezcla de vino con agua da enseguida pleno deleite al pala-
dar; así también la elegancia del lenguaje deleita los oídos de quienes leen la histo-
ria. Y aquí está el final.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

JOB

Capítulo 1

1 Hubo un varón en tierra de Uz, llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal.

2 Y le nacieron siete hijos y tres hijas.

3 Su hacienda era de siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas y muchísimos criados; de modo que aquel varón era el más grande de todos los orientales.

4 E iban sus hijos y hacían banquetes en sus casas, cada uno en su día; y enviaban a llamar a sus tres hermanas para que comiesen y bebiesen con ellos.

5 Y acontecía que, habiendo pasado turno los días del convite, Job enviaba y los santificaba, y se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos. Porque decía Job: «Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán renunciado a Dios en sus corazones». De esta manera hacía Job todos los días.

6 Un día vinieron los hijos de Dios a presentarse delante de Yahvé, entre los cuales vino también Satanás.

7 Yahvé dijo a Satanás: «¿De dónde vienes?» Entonces Satanás respondió a Yahvé, y dijo: «De rodear la tierra y de andar por ella».

8 Yahvé dijo a Satanás: «¿Has considerado a mi siervo Job? Porque no hay nadie como él en la tierra, un hombre perfecto y recto, que teme a Dios y se aparta del mal».

9 Entonces Satanás respondió a Yahvé y dijo: «¿Acaso Job teme a Dios de balde?

10 ¿No le has cercado alrededor a él, a su casa y a todo lo que tiene, por todos lados? Has bendecido la obra de sus manos, y su hacienda ha aumentado en la tierra.

11 Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma cara».

12 Yahvé dijo a Satanás: «He aquí, todo lo que tiene está en tu mano. Solamente no extiendas tu mano sobre él». Entonces Satanás salió de la presencia de Yahvé.

13 Y aconteció un día que sus hijos y sus hijas estaban comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano el primogénito,

14 que un mensajero vino a Job y le dijo: «Estando arando los bueyes y las asnas paciendo cerca de ellos,

15 los sabeos acometieron y se los llevaron. Sí, han matado a los criados a filo de espada, y solamente yo he escapado para contártelo».

16 Mientras él seguía hablando, vino también otro y dijo: «Fuego de Dios ha caído del cielo y ha quemado a las ovejas y a los criados y los ha consumido, y solamente yo he escapado para contarlo».

17 Mientras él seguía hablando, llegó otro y dijo: «Los caldeos han formado tres escuadrones y han arremetido contra los camellos, y se los han llevado; sí, y han matado a los criados a filo de espada; y solamente yo he escapado para contártelo».

18 Mientras él seguía hablando, vino también otro y dijo: «Tus hijos y tus hijas estaban comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano el primogénito,

19 y he aquí que vino un gran viento del desierto y golpeó las cuatro esquinas de la casa, y cayó sobre los jóvenes, y están muertos. Sólo yo he escapado para contarlo».

20 Entonces Job se levantó, rasgó su manto, se rasuró la cabeza, se postró en tierra y adoró.

21 Y dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Yahvé dio, y Yahvé ha quitado. Bendito sea el nombre de Yahvé».

22 En todo esto, Job no pecó ni acusó a Dios de haber obrado mal.

Capítulo 2

1 Aconteció que otro día vinieron los hijos de Dios para presentarse delante de Yahvé, y Satanás vino también entre ellos para presentarse delante de Yahvé.

2 Y dijo Yahvé a Satanás: «¿De dónde vienes?» Respondió Satanás a Yahvé, y dijo: «De rodear la tierra, y de andar por ella».

3 Y Yahvé dijo a Satanás: «¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal, y que todavía retiene su integridad, a pesar de que tú me incitaste contra él para que lo arruinase sin causa?»

4 Respondiendo Satanás, dijo a Yahvé: «Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida.

5 Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma cara».

6 Y Yahvé dijo a Satanás: «He aquí, él está en tu mano; mas guarda su vida».

7 Entonces salió Satanás de la presencia de Yahvé, e hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza.

8 Y tomaba Job un tiesto para rascarse con él, y estaba sentado en medio de ceniza.

9 Entonces le dijo su mujer: «¿Aún retienes tu integridad? Renuncia a Dios, y muérete».

10 Y él le dijo: «Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. ¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?» En todo esto no pecó Job con sus labios.

11 Y tres amigos de Job, Elifaz temanita, Bildad suhita, y Zofar naamatita, luego que oyeron todo este mal que le había sobrevenido, vinieron cada uno de su lugar; porque habían convenido en venir juntos para condolerse de él y para consolarle.

12 Los cuales, alzando los ojos desde lejos, no lo conocieron, y lloraron a voz en
grito; y cada uno de ellos rasgó su manto, y esparcieron polvo sobre sus cabezas
hacia el cielo.

13 Así se sentaron con él en tierra por siete días y siete noches, y ninguno le ha-
blaba palabra, porque veían que su dolor era muy grande.

Capítulo 3

1 Después de esto, abrió Job su boca y maldijo su día.

2 Y respondió Job, y dijo:

3 "Perezca el día en que yo nací,
y la noche en que se dijo: 'Varón es concebido'.

4 Sea aquel día sombrío,
y no cuide de él Dios desde lo alto,
ni la claridad sobre él resplandezca.

5 Afórenlo las tinieblas y la sombra de muerte;
repose sobre él nublado,
que lo haga horrible como día caliginoso.

6 Ocupe aquella noche la oscuridad;
no sea contada entre los días del año,
ni venga en el número de los meses.

7 ¡Oh, que fuera aquella noche solitaria,
que no viniera canción de alegría en ella!

8 Maldíganla los que maldicen el día,
los que se aprestan para despertar al Leviatán.

9 Oscurézcanse las estrellas de su aurora;
espere la luz, y no venga,
ni vea los párpados de la mañana;

10 por cuanto no cerró las puertas del vientre de mi madre,
ni escondió de mis ojos la miseria.

11 "¿Por qué no morí yo en la matriz,
o expiré al salir del vientre?

12 ¿Por qué me recibieron las rodillas?
¿Y para qué los pechos para que mamase?

13 Pues ahora estuviera yo muerto, y reposaría;
dormiría, y entonces tendría descanso

14 con los reyes y con los consejeros de la tierra,
que edifican para sí sepulcros en los desiertos;

15 o con los príncipes que poseían el oro,
que llenaban sus casas de plata.

16 ¿O por qué no fui escondido como aborto,
como los pequeñuelos que nunca vieron la luz?

17 Allí los impíos dejan de perturbar,
y allí descansan los agotados de fuerzas.

18 Allí también reposan los cautivos;
no oyen la voz del capataz.

19 Allí están el chico y el grande,
y el siervo es libre de su señor.

20 «¿Para qué se da luz al trabajado,
y vida a los amargados de ánimo,

21 que esperan la muerte, y ella no llega,
aunque la buscan más que tesoros;

22 que se alegran sobremanera,
y se gozan cuando hallan el sepulcro?

23 ¿Por qué se da vida al hombre que no sabe por dónde va,
y a quien Dios ha cercado?

24 Pues antes de mi pan viene mi suspiro,
y mis gemidos corren como aguas.

25 Porque el temor que me espantaba me ha venido,
y me ha acontecido lo que yo temía.

26 No he tenido paz, no me aseguré, ni estuve reposado;
no obstante, me vino turbación».

Capítulo 4

1 Entonces respondió Elifaz temanita, y dijo:

2 "Si probáramos a hablarte, ¿te sería molesto?
Pero ¿quién podrá detener las palabras?

3 He aquí, tú enseñabas a muchos,
y las manos flacas fortalecías.

4 Al que tropezaba, sustentaban tus palabras,
y esforzabas las rodillas que decaían.

5 Mas ahora que el mal ha llegado sobre ti, te angustias;
y al tocarte a ti, te conturbas.

6 ¿No es tu temor a Dios tu confianza?
¿No es la perfección de tus caminos tu esperanza?

7 "Recuerda ahora: ¿quién, siendo inocente, pereció jamás?
¿Y en qué lugar fueron los rectos destruidos?

8 Como yo he visto, los que aran iniquidad
y siembran aflicción, eso mismo siegan.

9 Perecen por el aliento de Dios,
y por el soplo de su ira son consumidos.

10 Los bramidos del león, y el rugido del rugiente,
y los dientes de los leoncillos son quebrantados.

11 El león viejo perece por falta de presa,
y los hijos de la leona son dispersos.

12 "El asunto me fue traído en secreto;
mi oído percibió un susurro de ello.

13 En visiones de pensamientos nocturnos,
cuando el sueño profundo cae sobre los hombres,

14 me sobrevino un espanto y un temblor,
que conmovió todos mis huesos;

15 y cuando un espíritu pasó por delante de mí,
erizáronse los pelos de mi carne.

16 Paróse él, mas yo no conocí su aspecto;
una forma estaba delante de mis ojos;
hubo silencio, y oí una voz que decía:

17 '¿Será el hombre mortal más justo que Dios?
¿Será el varón más puro que su Hacedor?'.

18 He aquí que en sus siervos no confía,
y notó necedad en sus ángeles;

19 ¡cuánto más en los que habitan en casas de lodo,
cuyos cimientos están en el polvo,
y que serán quebrantados por la polilla!

20 De la mañana a la tarde son destruidos,
y perecen para siempre sin haber quien lo considere.

21 ¿No se pierde su hermosura con ellos?
Mueren, y sin sabiduría".

Capítulo 5

1 “Llama, pues, ahora; ¿habrá quien te responda?
¿A cuál de los santos te volverás?

2 Porque al necio lo mata la ira,
y al insensato lo consume el celo.

3 Yo he visto al necio echar raíces,
y en el mismo punto maldije su morada.

4 Sus hijos estarán lejos de la seguridad;
en la puerta serán quebrantados,
y no habrá quien los libre.

5 Su mies la comerán los hambrientos,
y aun de entre las espinas la tomarán,
y los sedientos beberán su hacienda.

6 Porque la aflicción no sale del polvo,
ni la fatiga brota de la tierra.

7 Pero el hombre nace para la fatiga,
como las centellas para elevarse y volar.

8 “Ciertamente yo buscaría a Dios,
y encomendaría a él mi causa;

9 el cual hace cosas grandes e inescrutables,
y maravillas sin número;

10 que da la lluvia sobre la faz de la tierra,
y envía las aguas por los campos;

11 que pone a los humildes en altura,
y los afligidos son ensalzados a la salud.

12 Que frustra los pensamientos de los astutos,
para que sus manos no realicen sus empresas.

13 Que prende a los sabios en su propia astucia,
y el consejo de los perversos se precipita.

14 De día tropiezan con tinieblas,
y a mediodía andan a tientas como de noche.

15 Así salva de la espada al pobre, de la boca de ellos,
y de la mano del violento.

16 Pues el necesitado tendrá esperanza,
y la iniquidad cerrará su boca.

17 «He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios corrige;
por tanto, no desprecies la reprensión del Omnipotente.

18 Porque él es quien hace la llaga, y él la vendará;
él hiere, y sus manos curan.

19 En seis tribulaciones te librará,
y en la séptima no te tocará el mal.

20 En el hambre te salvará de la muerte,
y en la guerra, del poder de la espada.

21 Del azote de la lengua serás encubierto,
ni temerás de la destrucción cuando viniere.

22 De la destrucción y del hambre te reirás,
y no temerás de las fieras de la tierra;

23 pues aun con las piedras del campo tendrás tu pacto,
y las fieras del campo estarán en paz contigo.

24 Y sabrás que hay paz en tu tienda;
visitarás tu majada, y nada te faltará.

25 Asimismo sabrás que tu descendencia será mucha,
y tu prole como la hierba de la tierra.

26 Vendrás en la vejez a la sepultura,
como la gavilla de trigo que se recoge a su tiempo.

27 He aquí, esto lo hemos inquirido, y así es:
óyelo, y conócelo para tu provecho».

Capítulo 6

1 Entonces respondió Job, y dijo:

2 "¡Oh, si mi angustia fuese pesada,
y toda mi calamidad puesta en la balanza!

3 Porque ahora pesaría más que la arena de los mares;
por tanto, mis palabras han sido precipitadas.

4 Porque las saetas del Todopoderoso están en mí,
cuyo veneno bebe mi espíritu;
y los terrores de Dios se han puesto en orden contra mí.

5 ¿Rebuzna el asno montés junto a la hierba?
¿O brama el buey junto a su forraje?

6 ¿Se comerá lo desabrido sin sal?
¿O habrá gusto en la clara del huevo?

7 Las cosas que mi alma no quería tocar,
son ahora mi comida repugnante.

8 "¡Quién me diera que viniese mi petición,
y que Dios me otorgase lo que anhelo!

9 ¡Que pluguiera a Dios quebrantarme;
que soltara su mano y acabara conmigo!

10 Sería aún mi consuelo,
si bien me saltara de dolor, que no me perdonase,
el no haber negado las palabras del Santo.

11 ¿Cuál es mi fuerza para esperar?
¿Y cuál mi fin para que tenga paciencia?

12 ¿Es mi fuerza la de las piedras?
¿O es mi carne de bronce?

13 ¿Acaso no me falta la ayuda dentro de mí,
y la sabiduría me ha sido abandonada?

14 "Al que está atribulado, su amigo debe mostrarle bondad,
aun al que abandona el temor del Todopoderoso.

15 Pero mis hermanos han sido falaces como un arroyo,
como la corriente de los arroyos que pasan;

16 que están turbios por causa del hielo,
y en los que se esconde la nieve.

17 Al tiempo del calor, se deshacen;
y al calentarse, desaparecen de su lugar.

18 Apártanse las caravanas de su camino,
van por el desierto y perecen.

19 Miraron las caravanas de Tema,
los caminantes de Sabá esperaron en ellos;

20 pero fueron avergonzados por su confianza;
porque vinieron hasta ellos y se hallaron confusos.

21 Ciertamente ahora vosotros no sois nada;
veis el horror y tenéis miedo.

22 ¿Os he dicho yo: 'Dadme algo',
o 'Pagad por mí de vuestra hacienda',

23 o 'Libradme de la mano del opresor',
o 'Rescatadme de mano de los violentos'?

24 «Enseñadme, y yo callaré;
hacedme entender en qué he errado.

25 ¡Cuán fuertes son las palabras de rectitud!
Pero vuestra reprensión, ¿qué reprende?

26 ¿Pensáis censurar las palabras,
siendo así que los discursos del desesperado son como el viento?

27 Sí, vosotros os arrojáis sobre el huérfano,
y hacéis mercancía de vuestro amigo.

28 Ahora, pues, si os place, miradme,
y ved si miento ante vuestra cara.

29 Volved ahora, y no haya iniquidad;
volved aún, que mi justicia está en ello.

30 ¿Hay iniquidad en mi lengua?
¿No puede mi paladar discernir las cosas amargas?»

Capítulo 7

1 "¿No es acaso la vida del hombre una milicia sobre la tierra?
¿No son sus días como los días de un jornalero?

2 Como el siervo que suspira por la sombra,
y como el asalariado que espera el fin de su trabajo,

3 así me han tocado meses de vanidad,
y noches de fatiga me fueron asignadas.

4 Cuando me acuesto, digo:
'¿Cuándo me levantaré y se acabará la noche?'.
Y estoy harto de devaneos hasta el alba.

5 Mi carne está vestida de gusanos y de costras de polvo;
mi piel se rompe y vuelve a supurar.

6 Mis días son más veloces que la lanzadera del tejedor,
y se consumen sin esperanza alguna.

7 Recuerda que mi vida es un soplo,
y que mis ojos no volverán a ver el bien.

8 Los ojos de los que me ven, no me verán más;
fijarás tus ojos en mí, y ya no existiré.

9 Como la nube se consume y se desvanece,
así el que desciende al Seol no subirá más.

10 No volverá más a su casa,
ni su lugar lo conocerá más.

11 "Por tanto, no refrenaré mi boca;
hablaré en la angustia de mi espíritu,
y me quejaré en la amargura de mi alma.

12 ¿Soy yo acaso el mar, o un monstruo marino,
para que me pongas guardia?

13 Cuando digo: 'Mi lecho me consolará,
mi cama aliviará mi queja',

14 entonces me aterras con sueños,
y me espantas con visiones.

15 Por lo cual mi alma preferiría el estrangulamiento,
y la muerte más que estos mis huesos.

16 Abomino de mi vida; no he de vivir para siempre;
déjame, pues, porque mis días son vanidad.

17 ¿Qué es el hombre para que lo engrandezcas,
y para que pongas en él tu corazón,

18 y lo visites todas las mañanas,
y todos los momentos lo pruebes?

19 ¿Hasta cuándo no apartarás de mí tu mirada,
ni me soltarás hasta que trague mi saliva?

20 Si he pecado, ¿qué te he hecho a ti, oh Guarda de los hombres?
¿Por qué me pones por blanco tuyo,
hasta convertirme en una carga para mí mismo?

21 ¿Y por qué no perdonas mi rebelión y quitas mi iniquidad?
Porque ahora dormiré en el polvo,
y si me buscares de mañana, ya no seré".

Capítulo 8

1 Respondió Bildad suhita, y dijo:

2 "¿Hasta cuándo hablarás tales cosas,
y las palabras de tu boca serán como viento impetuoso?

3 ¿Pervertirá Dios el derecho?
¿O el Todopoderoso pervertirá la justicia?

4 Si tus hijos pecaron contra él,
él los entregó en mano de su transgresión.

5 Si tú de mañana buscares a Dios,
y pudieres tu ruego al Todopoderoso;

6 si fueras limpio y recto,
ciertamente luego se despertará por ti,
y hará próspera la morada de tu justicia.

7 Y tu principio habrá sido pequeño,
mas tu postrer estado crecerá sobremanera.

8 "Porque pregunta, te ruego, a las generaciones pasadas,
y dispónte para inquirir a sus padres;

9 (porque nosotros somos de ayer, y nada sabemos,
pues nuestros días sobre la tierra son sombra).

10 ¿No te enseñarán ellos, te hablarán,
y de su corazón sacarán palabras?

11 "¿Crece el junco sin lodo?
¿Crece el papiro sin agua?

12 Aun estando en su verdor, sin ser cortado,
se seca antes que toda hierba.

13 Tales son los caminos de todos los que olvidan a Dios;
y la esperanza del impío perecerá;

14 porque su esperanza será cortada,
y su confianza es tela de araña.

15 Se apoyará él sobre su casa, mas no permanecerá en pie;
se asirá a ella, mas no se detendrá.

16 Verdece delante del sol,
y sus renuevos salen sobre su huerto;

17 se van entretejiendo sus raíces junto a una fuente,
y enlazándose hasta el lugar de las piedras.

18 Si le arrancaren de su lugar,
este le negará entonces, diciendo: 'Nunca te vi'.

19 Ciertamente este será el gozo de su camino;
y del polvo mismo nacerán otros.

20 «He aquí, Dios no aborrece al perfecto,
ni apoya la mano de los malignos.

21 Aun llenará tu boca de risa,
y tus labios de júbilo.

22 Los que te aborrecen serán vestidos de confusión;
y la habitación de los impíos perecerá».

Capítulo 9

1 Entonces respondió Job, y dijo:

2 "Ciertamente sé que es así;
¿pero cómo se justificará el hombre con Dios?

3 Si se complaciera en contender con él,
no podría responderle a una cosa entre mil.

4 Él es sabio de corazón y poderoso en fuerzas;
¿quién se endureció contra él y tuvo paz?

5 Él arranca los montes con su furor,
y ellos no saben quién los trastornó.

6 Él sacude la tierra de su lugar,
y hace temblar sus columnas.

7 Él manda al sol que no salga,
y pone sello a las estrellas.

8 Él solo extendió los cielos,
y anda sobre las olas del mar.

9 Él hizo la Osa, el Orión y las Pléyades,
y las cámaras del sur.

10 Él hace cosas grandes e inescrutables,
y maravillas sin número.

11 He aquí que él pasará delante de mí, y yo no lo veré;
pasará, y no lo percibiré.

12 He aquí, arrebatará; ¿quién le hará restituir?
¿Quién le dirá: '¿Qué haces?'?

13 “Dios no retirará su ira,
y debajo de él se abaten los que ayudan a los soberbios.

14 ¿Cuánto menos le responderé yo,
y escogeré mis palabras para contender con él?

15 Aunque fuese yo justo, no respondería;
antes habría de rogar a mi juez.

16 Si yo le invocase, y él me respondiese,
aún no creeré que haya escuchado mi voz.

17 Porque me ha quebrantado con tempestad,
y ha aumentado mis heridas sin causa.

18 No me ha concedido que tome aliento,
sino que me ha hartado de amarguras.

19 Si hablamos de fuerza, fuerte es él;
si de juicio, ‘¿quién me emplazará?’.

20 Si yo me justificare, mi propia boca me condenaría;
si fuese perfecto, ella me haría perverso.

21 Si fuese íntegro, no tendría en cuenta mi alma;
despreciaría mi vida.

22 “Una cosa resta, por lo cual dije:
Al perfecto y al impío él los consume.

23 Si el azote mata de repente,
se ríe del sufrimiento de los inocentes.

24 La tierra es entregada en manos de los impíos,
y él cubre el rostro de sus jueces.
Si no es él, ¿quién es? ¿dónde está?

25 “Mis días han sido más veloces que un correo;
huyeron, y no vieron el bien.

26 Pasaron como naves veloces;
como el águila que se arroja sobre la presa.

27 Si digo: 'Olvidaré mi queja,
dejaré mi triste semblante y me esforzaré',

28 me turban todos mis dolores;
sé que no me tendrás por inocente.

29 Yo soy impío;
¿para qué, pues, trabajaré en vano?

30 Aunque me lave con aguas de nieve,
y limpie mis manos con la misma lejía,

31 aun así me hundirás en el hoyo,
y mis propios vestidos me abominarán.

32 Porque él no es hombre como yo, para que yo le responda,
y vengamos juntos a juicio.

33 No hay entre nosotros árbitro
que ponga su mano sobre ambos.

34 Quite de sobre mí su vara,
y su terror no me espante.

35 Entonces hablaré, y no le temeré;
pues en este estado no estoy en mí mismo.

Capítulo 10

1 "Está mi alma hastiada de mi vida;
daré rienda suelta a mi queja sobre mí mismo,
hablaré en la amargura de mi alma.

2 Diré a Dios: No me condenes;
hazme entender por qué contiendes conmigo.

3 ¿Te parece bien que oprimas,
que deseches la obra de tus manos,
y que favorezcas el consejo de los impíos?

4 ¿Tienes tú acaso ojos de carne?
¿Ves tú como ve el hombre?

5 ¿Son tus días como los días del hombre,
o tus años como los tiempos de los mortales,

6 para que inquieras mi iniquidad,
y busques mi pecado,

7 aunque tú sabes que no soy impío,
y que no hay quien pueda librar de tu mano?

8 "Tus manos me hicieron y me formaron del todo,
¿y ahora te vuelves y me deshaces?

9 Acuérdate, te ruego, que como a barro me diste forma;
¿y en polvo me has de volver a convertir?

10 ¿No me vertiste como leche,
y como queso me cuajaste?

11 Me vestiste de piel y carne,
y me tejiste con huesos y nervios.

12 Vida y misericordia me concediste,
y tu providencia guardó mi espíritu.

13 Estas cosas tienes guardadas en tu corazón;
yo sé que esto está en ti:

14 Si pequé, tú me observas,
y no me limpiarás de mi iniquidad.

15 Si fuera malo, ¡ay de mí!;
y si fuera justo, no levantaría mi cabeza,
hastiado de deshonra,
y de ver mi aflicción.

16 Si mi cabeza se alzase, me cazarías como a león,
y volverías a hacer en mí maravillas terribles.

17 Renuevas tus testigos contra mí,
y aumentas conmigo tu saña;
se suceden relevos de guerra contra mí.

18 «¿Por qué, pues, me sacaste de la matriz?
Hubiera yo expirado, y ningún ojo me habría visto.

19 Fuera como si nunca hubiera existido,
llevado desde el vientre a la sepultura.

20 ¿No son pocos mis días?
¡Cesa, pues!
Déjame, para que me consuele un poco,

21 antes que vaya para no volver,
a la tierra de tinieblas y de sombra de muerte;

22 tierra de oscuridad, como sombra de muerte y sin orden,
donde la claridad es como la misma oscuridad».

Capítulo 11

1 Entonces respondió Zofar naamatita, y dijo:

2 "¿No se ha de responder a la verborrea?
¿Y el hombre que tanto habla será por ello justificado?

3 ¿Harán tus jactancias callar a los hombres?
¿Te burlarás y no habrá quien te avergüence?

4 Pues tú dices: 'Mi doctrina es pura,
y soy limpio delante de tus ojos'.

5 Mas ¡oh, quién diera que Dios hablara,
y abriera sus labios contra ti,

6 y que te declarase los secretos de la sabiduría,
pues ella es de doble valor que la prudencia!
Sabed, pues, que Dios os exige menos de lo que vuestra iniquidad merece.

7 "¿Alcanzarás tú el rastro de Dios?
¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?

8 Es más alta que los cielos; ¿qué harás?
Es más profunda que el Seol; ¿cómo la conocerás?

9 Su dimensión es más larga que la tierra,
y más ancha que el mar.

10 Si él pasa, y aprisiona,
y llama a juicio, ¿quién podrá contrarrestarle?

11 Porque él conoce a los hombres vanos;
ve asimismo la iniquidad, ¿y no la considerará?

12 El hombre fatuo se hará sabio,
cuando el pollino del asno montés nazca hombre.

13 «Si tú dispusieres tu corazón,
y extendieres a él tus manos;

14 si alguna iniquidad hubiere en tu mano, y la echares de ti,
y no consintieres que more la injusticia en tus tiendas,

15 entonces levantarás tu rostro limpio de mancha,
y serás fuerte y nada temerás;

16 y olvidarás tu miseria,
o te acordarás de ella como de aguas que pasaron.

17 La vida te será más clara que el mediodía;
aunque oscureciere, será como la mañana.

18 Tendrás confianza, porque hay esperanza;
mirarás alrededor, y dormirás seguro.

19 Te acostarás, y no habrá quien te espante;
y muchos suplicarán tu favor.

20 Pero los ojos de los malos se consumirán,
y no tendrán refugio;
y su esperanza será exhalar el espíritu».

Capítulo 12

1 Entonces respondió Job, y dijo:

2 "Ciertamente vosotros sois el pueblo,
y con vosotros morirá la sabiduría.

3 Pero yo también tengo entendimiento como vosotros;
no soy inferior a vosotros.
¿Y quién habrá que no sepa cosas como estas?

4 Yo soy uno de quien su amigo hace escarnio,
yo, que invoco a Dios y él me responde;
el justo e íntegro es objeto de burla.

5 Aquel cuyo pie está a punto de resbalar,
es despreciado por el que está tranquilo.

6 Las tiendas de los ladrones prosperan,
y los que provocan a Dios viven seguros,
los que llevan a su dios en su propia mano.

7 "Y en verdad, pregunta ahora a las bestias, que ellas te enseñarán;
a las aves de los cielos, y ellas te lo mostrarán.

8 O habla a la tierra, que ella te instruirá;
y los peces del mar te lo declararán.

9 ¿Quién entre todos estos no sabe
que la mano de Yahvé hizo esto?

10 En su mano está el alma de todo viviente,
y el hálito de todo el género humano.

11 ¿Acaso el oído no distingue las palabras,
así como el paladar gusta las viandas?

12 En los ancianos está la sabiduría,
y en la larga edad la inteligencia.

13 "Con Dios está la sabiduría y el poder;
suyo es el consejo y la inteligencia.

14 Si él derriba, no habrá quien edifique;
si encierra al hombre, no habrá quien le abra.

15 Si él detiene las aguas, todo se seca;
si las envía, trastornan la tierra.

16 Con él está la fortaleza y la eficacia;
suyo es el que yerra y el que hace errar.

17 Él hace andar despojados a los consejeros,
y entontece a los jueces.

18 Él rompe las cadenas de los reyes,
y les ata un cordel a sus lomos.

19 Él hace andar despojados a los sacerdotes,
y trastorna a los poderosos.

20 Él quita la palabra a los que son de confianza,
y arrebata el discernimiento a los ancianos.

21 Él vierte menosprecio sobre los príncipes,
y debilita el cinto de los fuertes.

22 Él descubre las profundidades de las tinieblas,
y saca a la luz la sombra de muerte.

23 Él multiplica las naciones y él las destruye;
él dispersa las naciones y las vuelve a reunir.

24 Él quita el juicio a los jefes de los pueblos de la tierra,
y los hace vagar por un desierto sin camino.

25 Van a tientas en las tinieblas, sin luz,
y los hace tambalear como borrachos.

Capítulo 13

1 "He aquí que todas estas cosas han visto mis ojos,
y las han oído y entendido mis oídos.

2 Como vosotros lo sabéis, lo sé yo también;
no soy inferior a vosotros.

3 "Ciertamente yo hablaría con el Todopoderoso,
y querría razonar con Dios.

4 Porque ciertamente vosotros sois forjadores de mentiras;
todos vosotros sois médicos de ningún valor.

5 ¡Quién diera que callaseis por completo,
porque ello os fuera sabiduría!

6 Oid ahora mi razonamiento,
y estad atentos a los argumentos de mis labios.

7 ¿Hablaréis iniquidad por Dios?
¿Hablaréis por él con engaño?

8 ¿Haréis acepción de personas a su favor?
¿Contenderéis vosotros por Dios?

9 ¿Sería bueno que él os escudriñase?
¿Os burlaréis de él como quien se burla de un hombre?

10 Él os reprenderá ciertamente,
si en lo oculto hacéis acepción de personas.

11 Su majestad, ¿no os espantaría,
y su pavor no caería sobre vosotros?

12 Vuestras máximas son proverbios de ceniza,
y vuestros baluartes son baluartes de lodo.

13 "¡Escuchadme!
Dejadme en paz, para que yo hable,
y que me venga lo que viniere.

14 ¿Por qué he de tomar mi carne con mis dientes,
y poner mi vida en mi mano?

15 He aquí, aunque él me matare,
en él esperaré;
no obstante, defenderé mis caminos delante de él.

16 Él mismo será mi salvación,
porque no entrará en su presencia el impío.

17 Escuchad con atención mi razonamiento,
y que mi declaración llegue a vuestros oídos.

18 He aquí ahora, si yo expusiere mi causa,
sé que seré justificado.

19 ¿Quién es el que contenderá conmigo?
Porque si yo ahora callase, moriría.

20 "A lo menos dos cosas no hagas conmigo;
entonces no me esconderé de tu rostro:

21 Aparta de mí tu mano,
y no me asombre tu terror.

22 Llama luego, y yo responderé;
o hable yo, y respóndeme tú.

23 ¿Cuántas iniquidades y pecados tengo yo?
Hazme entender mi rebelión y mi pecado.

24 ¿Por qué escondes tu rostro,
y me tienes por tu enemigo?

25 ¿A la hoja arrebatada has de quebrantar?
¿Al tamo seco has de perseguir?

26 ¿Por qué escribes contra mí amarguras,
y me haces heredar los pecados de mi juventud?

27 Pones además mis pies en el cepo,
y observas todos mis caminos,
trazando un límite a las plantas de mis pies;

28 y mi cuerpo se va deshaciendo como podredumbre,
como vestido que se come la polilla.

Capítulo 14

1 "El hombre nacido de mujer,
corto de días y harto de sinsabores,

2 sale como la flor y es cortado,
y huye como la sombra y no permanece.

3 ¿Sobre tal abres tus ojos,
y me traes a juicio contigo?

4 ¿Quién hará limpio a lo inmundo?
Nadie.

5 Ciertamente sus días están determinados,
y el número de sus meses está cerca de ti;
le pusiste límites, de los cuales no pasará.

6 Aparta de él tu mirada para que descanse,
hasta que, como jornalero, cumpla su jornada.

7 "Porque si el árbol fuere cortado, aún queda esperanza
de que volverá a renacer,
y de que sus renuevos no faltarán.

8 Si se envejeciere su raíz en la tierra,
y su tronco muriere en el polvo,

9 al percibir el agua reverdecerá,
y hará copa como planta nueva.

10 Mas el hombre morirá y será cortado;
perecerá el hombre, ¿y dónde estará él?

11 Como las aguas se van del mar,
y el río se agota y se seca,

12 así el hombre yace y no se vuelve a levantar;
hasta que no haya cielo, no despertarán,
ni se levantarán de su sueño.

13 "¡Oh, quién diera que me escondieses en el Seol,
que me ocultases hasta que se pase tu ira,
que me pusieses plazo y de mí te acordases!

14 Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?
Todos los días de mi milicia esperaré,
hasta que venga mi liberación.

15 Llamarás, y yo te responderé;
tendrás afecto a la obra de tus manos.

16 Pero ahora cuentas mis pasos,
y no das tregua a mi pecado;

17 tienes sellada en saco mi transgresión,
y remiendas mi iniquidad.

18 «Ciertamente el monte que cae se deshace,
y las peñas son removidas de su lugar;

19 las aguas desgastan las piedras,
y las avenidas se llevan el polvo de la tierra;
así haces tú perecer la esperanza del hombre.

20 Prevaleces para siempre contra él, y él se va;
mudas su rostro y lo despachas.

21 Sus hijos alcanzan honra, y él no lo sabe;
o son abatidos, y él no se percata.

22 Mas su carne sobre él sentirá dolor,
y se entristecerá en él su alma».

Capítulo 15

1 Respondió Elifaz temanita, y dijo:

2 "¿Responderá el sabio con vana sabiduría,
y llenará su vientre de viento solano?

3 ¿Disputará con palabras inútiles,
y con razones con que no aprovechará nada?

4 Tú también disipas el temor,
y menoscabas la oración delante de Dios.

5 Porque tu iniquidad dictó a tu boca,
y has escogido el lenguaje de los astutos.

6 Tu boca te condenará, y no yo;
y tus labios testificarán contra ti.

7 "¿Naciste tú por ventura el primero de los hombres?
¿O fuiste formado antes que los collados?

8 ¿Oíste tú el secreto consejo de Dios,
y detienes tú sola la sabiduría?

9 ¿Qué sabes tú que nosotros no sepamos?
¿Qué entiendes tú que no se halle en nosotros?

10 Cabezas canas y hombres muy ancianos hay entre nosotros,
mucho mayores en días que tu padre.

11 ¿En tan poco tienes las consolaciones de Dios,
y la palabra que te habla dulcemente?

12 ¿Por qué te enajena tu corazón,
y por qué guiñan tus ojos,

13 para que vuelvas tu espíritu contra Dios,
y saques tales palabras de tu boca?

14 ¿Qué cosa es el hombre para que sea limpio,
y para que se justifique el nacido de mujer?

15 He aquí que en sus santos no confía,
y ni aun los cielos son limpios delante de sus ojos;

16 ¿cuánto menos el hombre abominable y vil,
que bebe la iniquidad como agua?

17 "Escúchame, yo te mostraré;
y te contaré lo que he visto:

18 lo que los sabios nos contaron de sus padres,
y no lo encubrieron;

19 a quienes solos fue dada la tierra,
y no pasó extraño por medio de ellos.

20 Todos sus días el impío es atormentado de dolor,
y el número de años es escondido al tirano.

21 Estruendo de espantos hay en sus oídos;
en la prosperidad el asolador vendrá sobre él.

22 Él no cree que ha de volver de las tinieblas,
y está señalado para la espada.

23 Anda errante tras el pan, diciendo: '¿Dónde está?'.
Sabe que el día de las tinieblas le está preparado a la mano.

24 Tribulación y angustia le aterran,
y prevalecen contra él como un rey prevenido para la batalla.

25 Por cuanto él extendió su mano contra Dios,
y se esforzó contra el Omnipotente.

26 Corrió contra él con la cerviz erguida,
con la espesura de los grabados de sus rodelas.

27 Porque cubrió su rostro con su gordura,
y puso grosura sobre sus ijares;

28 y habitó las ciudades asoladas,
las casas no habitadas,
que estaban asoladas en montones.

29 No enriquecerá, ni serás firme su hacienda,
ni sus posesiones se extenderán por la tierra.

30 No escapará de las tinieblas;
la llama secará sus renuevos,
y con el soplo de su boca perecerá.

31 No confíe el iluso en la vanidad,
porque la vanidad será su recompensa.

32 Él será cortado antes de su tiempo,
y su renuevo no reverdecerá.

33 Perderá su agraz como la vid,
y derramará su flor como el olivo.

34 Porque la congregación de los impíos será asolada,
y fuego consumirá las tiendas del cohecho.

35 Concibieron dolor, y parieron iniquidad,
y las entrañas de ellos traman engaño".

Capítulo 16

1 Entonces respondió Job, y dijo:

2 "Muchas veces he oído cosas como estas;
¡consoladores molestos sois todos vosotros!

3 ¿Tendrán fin las palabras vanas?
¿O qué te provoca para que respondas así?

4 También yo podría hablar como vosotros;
si vuestra alma estuviera en lugar de la mía,
yo podría ensartar palabras contra vosotros,
y sacudir contra vosotros mi cabeza.

5 Pero yo os alentaría con mi boca,
y la consolación de mis labios aplacaría vuestro dolor.

6 “Si hablo, mi dolor no cesa;
y si dejo de hablar, ¿qué alivio tengo?

7 Pero ahora Dios me ha agotado;
has asolado toda mi compañía.

8 Tú me has llenado de arrugas, lo cual es testigo contra mí;
mi flacura se levanta para testificar contra mí,
y en mi cara se me convence.

9 Su furor me despedazó y me ha sido contrario;
crujió sus dientes contra mí;
contra mí aguzó sus ojos mi adversario.

10 Abrieron contra mí su boca;
hirieron mis mejillas con oprobio;
contra mí se juntaron todos.

11 Me ha entregado Dios al mentiroso,
y en las manos de los impíos me hizo caer.

12 Próspero estaba, y me desmenuzó;
me asió por la cerviz y me despedazó,
y me puso por blanco suyo.

13 Me rodearon sus flecheros,
partió mis riñones y no tuvo piedad;
mi hiel derramó por tierra.

14 Me quebrantó con quebrantamiento sobre quebrantamiento;
corrió contra mí como un gigante.

15 Cosí cilicio sobre mi piel,
y puse mi cabeza en el polvo.

16 Mi rostro está inflamado por el lloro,
y mis párpados entenebrecidos con sombra de muerte,

17 a pesar de no haber iniquidad en mis manos,
y de haber sido mi oración pura.

18 "¡Oh tierra!, no cubras mi sangre,
y no haya lugar para mi clamor.

19 Mas he aquí que en los cielos está mi testigo,
y mi fiador en las alturas.

20 Disputadores son mis amigos;
mas ante Dios derramarán mis ojos lágrimas.

21 ¡Ojalá pudiese disputar el hombre con Dios,
como el hijo de hombre con su prójimo!

22 Mas los años contados vendrán,
y yo iré por el camino de donde no volveré.

Capítulo 17

1 "Mi aliento se agota, mis días se apagan,
y el sepulcro me aguarda.

2 No hay conmigo sino escarnecedores,
y mis ojos deben tolerar su provocación.

3 "Dame fianza, oh Dios; sea yo avalado contigo.
¿Quién habría de darme la mano si no fueras tú?

4 Porque has cerrado el corazón de ellos al entendimiento;
por tanto, no los exaltarás.

5 Al que denuncia a sus amigos por una parte del botín,
aun los ojos de sus hijos desfallecerán.

6 "Él me ha puesto como refrán de los pueblos,
y me han escupido en la cara.

7 Mis ojos se han oscurecido por el dolor,
y todos mis miembros son como una sombra.

8 Los rectos se asombrarán de esto,
y el inocente se levantará contra el impío.

9 No obstante, el justo se mantendrá en su camino,
y el limpio de manos aumentará su fuerza.

10 Mas volved todos vosotros, y venid ahora,
que no hallaré entre vosotros sabio alguno.

11 Pasaron mis días, y mis planes se desbarataron,
aun los deseos de mi corazón.

12 Ellos cambian la noche en día,
y dicen que la luz está cerca frente a las tinieblas.

13 Si yo espero el Seol como mi casa,
y tiendo mi lecho en las tinieblas;

14 si a la corrupción digo: 'Tú eres mi padre',
y a los gusanos: 'Mi madre' y 'Mi hermana',

15 ¿dónde estará entonces mi esperanza?
Y mi esperanza, ¿quién la verá?

16 A las puertas del Seol descenderán,
y juntos descansaremos en el polvo".

Capítulo 18

1 Respondió Bildad suhita, y dijo:

2 "¿Hasta cuándo pondréis fin a las palabras?
Entended vosotros, y después hablemos.

3 ¿Por qué somos tenidos por bestias,
y a vuestros ojos somos viles?

4 Oh tú, que te despedazas en tu furor,
¿será abandonada la tierra por amor de ti,
o serán removidas las peñas de su lugar?

5 «Ciertamente la luz de los impíos se apagará,
y no resplandecerá la centella de su fuego.

6 La luz se oscurecerá en su tienda,
y su lámpara se apagará sobre él.

7 Los pasos de su fuerza serán acortados,
y su propio consejo lo hará caer.

8 Porque sus propios pies lo arrojan en la red,
y sobre la malla camina.

9 El lazo lo prenderá por el calcañar;
la trampa prevalecerá contra él.

10 Su cuerda está escondida en la tierra,
y una celada le aguarda en el sendero.

11 Por todas partes lo espantarán terrores,
y le perseguirán paso a paso.

12 Hambrienta será su fuerza,
y el quebranto estará preparado a su lado.

13 Las enfermedades devorarán los miembros de su cuerpo;
el primogénito de la muerte devorará sus miembros.

14 De su tienda, donde estaba seguro, será arrancado,
y será llevado al rey de los terrores.

15 En su tienda habitará lo que no es suyo;
azufre será esparcido sobre su morada.

16 Por abajo se secarán sus raíces,
y por arriba serán cortadas sus ramas.

17 Su memoria perecerá de la tierra,
y no tendrá nombre por las calles.

18 De la luz será lanzado a las tinieblas,
y será expulsado del mundo.

19 No tendrá hijo ni nieto en su pueblo,
ni quien le suceda en sus moradas.

20 Sobre su día se espantarán los venideros,
como el terror sobrecogió a los antiguos.

21 Ciertamente tales son las moradas de los injustos,
y este es el lugar del que no conoció a Dios».

Capítulo 19

1 Entonces respondió Job, y dijo:

2 "¿Hasta cuándo angustiaréis mi alma,
y me quebrantaréis con palabras?

3 Ya me habéis vituperado diez veces;
¿no os avergonzáis de injuriarme?

4 Aun siendo verdad que yo haya errado,
conmigo se quedaría mi error.

5 Si de verdad os engrandecéis contra mí,
y alegáis contra mí mi oprobio,

6 sabed ahora que Dios me ha trastornado,
y me ha rodeado con su red.

7 "He aquí, yo clamo: '¡Agravio!', mas no soy oído;
doy gritos, mas no hay justicia.

8 Cercó mi camino, y no puedo pasar;
y sobre mis veredas puso tinieblas.

9 Me ha despojado de mi gloria,
y ha quitado la corona de mi cabeza.

10 Me arruinó por todos lados, y pereceré;
y ha hecho pasar mi esperanza como árbol arrancado.

11 Hizo arder contra mí su furor,
y me contó entre sus enemigos.

12 Vinieron sus ejércitos a una,
y trazaron su camino contra mí,
y acamparon alrededor de mi tienda.

13 "Hizo alejar de mí a mis hermanos,
y mis conocidos totalmente se extrañaron de mí.

14 Mis parientes se detuvieron,
y mis amigos íntimos me olvidaron.

15 Los moradores de mi casa y mis criadas me tuvieron por extraño;
forastero fui yo a sus ojos.

16 Llamé a mi siervo, y no respondió;
con mi propia boca le suplicaba.

17 Mi hálito vino a ser extraño a mi mujer,
aunque por los hijos de mi propia matriz le rogaba.

18 Aun los muchachos me menospreciaron;
al levantarme, hablaban contra mí.

19 Todos mis íntimos me aborrecieron,
y los que yo amaba se volvieron contra mí.

20 Mi piel y mi carne se pegaron a mis huesos,
y he escapado con la piel de mis dientes.

21 "¡Oh, vosotros mis amigos, tened compasión de mí, tened compasión de mí!,
porque la mano de Dios me ha tocado.

22 ¿Por qué me perseguís como Dios,
y ni aun de mi carne os saciáis?

23 "¡Quién diera ahora que mis palabras fuesen escritas!
¡Quién diera que se fuesen grabando en un libro;

24 que con cincel de hierro y con plomo
fuesen esculpidas en piedra para siempre!

25 Yo sé que mi Redentor vive,
y que al fin se levantará sobre el polvo;

26 y después de deshecha esta mi piel,
en mi carne he de ver a Dios;

27 al cual veré por mí mismo,
y mis ojos lo verán, y no otro.
"Mis entrañas se consumen dentro de mí.

28 Mas si decís: '¿Cómo le perseguiremos?',
ya que la raíz del asunto se halla en mí,

29 temed vosotros delante de la espada;
porque sobreviene el furor de la espada a causa de las injusticias,
para que sepáis que hay un juicio".

Capítulo 20

1 Respondió Zofar naamatita, y dijo:

2 "Por cierto mis turbados pensamientos me hacen responder,
y por tanto me apresuro.

3 La reprensión de mi censura he oído,
y me hace responder el espíritu de mi inteligencia.

4 ¿No sabes esto desde antiguo,
desde que fue puesto el hombre sobre la tierra,

5 que la alegría de los impíos es breve,
y el gozo del hipotócrita dura solo un momento?

6 Aunque su altivez subiere hasta los cielos,
y su cabeza tocare en las nubes,

7 como su propio estiércol perecerá para siempre;
los que le hubieren visto dirán: '¿Qué hay de él?'.

8 Como sueño volará, y no será hallado;
y se disipará como visión nocturna.

9 El ojo que le vio, nunca más le verá,
ni su lugar le conocerá más.

10 Sus hijos buscarán el favor de los pobres,
y sus manos devolverán sus riquezas.

11 Sus huesos están llenos de su vigor juvenil,
mas con él en el polvo yacerán.

12 "Aunque la maldad sea dulce en su boca,
y la oculte debajo de su lengua,

13 aunque la guarde y no la deje,
sino que la retenga en su paladar;

14 su comida se mudará en sus entrañas;
hiel de áspides será dentro de él.

15 Devoró riquezas, pero las vomitará;
de su vientre las sacará Dios.

16 Hiel de áspides chupará;
lo matará lengua de víbora.

17 No verá los arroyos,
los ríos de miel y de manteca.

18 Restituirá el trabajo sin haberlo tragado;
no se gozará según la hacienda de su comercio.

19 Por cuanto oprimió y desamparó a los pobres,
robó casas, y no las edificó.

20 «Por cuanto no sintió sosiego en su vientre,
ni salvará nada de lo que codiciaba.

21 No quedó nada que no devorase;
por tanto, su bienestar no será duradero.

22 En la plenitud de su abundancia tendrá angustia;
la mano de todos los malvados vendrá sobre él.

23 Cuando se pusiere a llenar su vientre, Dios enviará sobre él el ardor de su ira,
y la lloverá sobre él y sobre su comida.

24 Huirá de las armas de hierro,
y el arco de bronce le atravesará.

25 La saeta saldrá y pasará por su cuerpo,
y el hierro reluciente por su hiel;
sobre él vendrán terrores.

26 Todas las tinieblas están reservadas para sus tesoros;
fuego no soplado los devorará;
consumirá lo que hubiere quedado en su tienda.

27 Los cielos descubrirán su iniquidad,
y la tierra se levantará contra él.

28 Los renuevos de su casa serán transportados;
se derramarán en el día de su furor.

29 Esta es la porción que Dios prepara al hombre impío,
y la heredad que Dios le señala por su palabra».

Capítulo 21

1 Entonces respondió Job, y dijo:

2 “Oíd atentamente mi discurso,
y sea esto el consuelo que me deis.

3 Soportadme, y yo hablaré;
y después que haya hablado, mofaos si queréis.

4 ¿Acaso es al hombre a quien dirijo mi queja?
¿Y por qué no habría de estar mi espíritu impaciente?

5 Miradme, y espantaos,
y poned la mano sobre vuestra boca.

6 Aun yo mismo, cuando me acuerdo, me horrorizo,
y el temblor estremece mi carne.

7 “¿Por qué viven los impíos,
y envejecen, y aun se hacen poderosos en riquezas?

8 Su descendencia se robustece en su presencia,
y sus renuevos están delante de sus ojos.

9 Sus casas están libres de temor,
ni azota la vara de Dios sobre ellos.

10 Sus toros engendran sin fallar;
sus vacas paren y no malogran su cría.

11 Salen sus pequeñuelos como un rebaño,
y sus hijos andan saltando.

12 Al son del tamboril y de la cítara cantan,
y se regocijan al son de la flauta.

13 Pasan sus días en prosperidad,
y en un momento descienden al Seol.

14 Dicen, pues, a Dios: 'Apártate de nosotros,
porque no deseamos el conocimiento de tus caminos.

15 ¿Quién es el Todopoderoso, para que le sirvamos?
¿Y de qué nos aprovechará que le oremos?'.

16 Mas he aquí que su bien no está en mano de ellos;
¡lejos esté de mí el consejo de los impíos!

17 "¿Cuántas veces se apaga la lámpara de los impíos,
o viene sobre ellos su quebranto,
y Dios en su ira les reparte dolores?

18 ¿Serán ellos como el tamo delante del viento,
y como la paja que arrebata el torbellino?

19 Diréis: 'Dios guarda para los hijos de él su iniquidad'.
¡Que le dé a él el pago, para que aprenda!

20 Vean sus propios ojos su destrucción,
y beba de la ira del Omnipotente.

21 Porque ¿qué deleite tendrá él de su casa después de sí,
cuando el número de sus meses se haya cortado?

22 "¿Enseñará alguien a Dios sabiduría,
juzgando él a los que están elevados?

23 Este muere en el vigor de su hermosura,
todo quieto y pacífico;

24 sus vasijas están llenas de leche,
y sus huesos humedecidos de tuétano.

25 Y otro muere en amargura de ánimo,
y sin haber comido jamás con gusto.

26 Igualmente yacen ellos en el polvo,
y los gusanos los cubren.

27 "He aquí, yo conozco vuestros pensamientos,
y los planes que contra mí tramáis.

28 Porque decís: '¿Dónde está la casa del príncipe,
y dónde la tienda de las moradas de los impíos?'.

29 ¿No habéis preguntado a los que pasan por los caminos?
¿Y no habéis conocido sus testimonios?

30 Que el malo es preservado para el día de la destrucción,
y que en el día de la ira será conducido.

31 ¿Quién le denunciará en su cara su camino?
Y de lo que él hizo, ¿quién le dará el pago?

32 Pues llevado será él al sepulcro,
y sobre su túmulo se velará.

33 Los terrones del valle le serán dulces;
tras él irá todo hombre,
y antes de él hubo innumerables.

34 ¿Cómo, pues, me consoláis en vano,
cuando en vuestras respuestas solo queda la falsedad?".

Capítulo 22

1 Respondió Elifaz temanita, y dijo:

2 "¿Será el hombre de provecho a Dios?
Ciertamente el sabio solo para sí mismo es provechoso.

3 ¿Tiene el Omnipotente algún deleite en que tú seas justo,
o lucro en que tú hagas perfectos tus caminos?

4 ¿Acaso te reprende por temor de ti,
o entra con vosotros en juicio?

5 Por cierto, ¿no es grande tu maldad,
y tus iniquidades sin fin?

6 Porque tomaste fianza de tus hermanos sin causa,
y despojaste de sus ropas a los desnudos.

7 No diste de beber agua al cansado,
y negaste el pan al hambriento.

8 Pero el hombre pudiente poseía la tierra,
y el distinguido habitaba en ella.

9 A las viudas enviaste vacías,
y los brazos de los huérfanos fueron quebrantados.

10 Por tanto, hay lazos alrededor de ti,
y te turba un pavor repentino;

11 o tinieblas, para que no veas,
y abundancia de aguas te cubre.

12 "¿No está Dios en la altura de los cielos?
Mira lo elevado de las estrellas, ¡cuán altas están!

13 Y tú dices: '¿Qué sabe Dios?
¿Cómo juzgará a través de la densa oscuridad?

14 Las nubes le rodean, y no ve;
y por la bóveda del cielo se pasea'.

15 ¿Quieres tú seguir la senda antigua
que pisaron los hombres inicuos,

16 los cuales fueron cortados antes de tiempo,
cuyo fundamento fue como un río derramado?

17 Decían a Dios: 'Apártate de nosotros'.
¿Y qué les había de hacer el Omnipotente?

18 Había él llenado sus casas de bienes.
¡Lejos sea de mí el consejo de los impíos!

19 Verán los justos y se gozarán;
y el inocente los escarnecerá, diciendo:

20 'Fueron destruidos nuestros adversarios,
y el fuego consumió lo que de ellos quedó'.

21 "Amístate ahora con él, y tendrás paz;
y por ello te vendrá bien.

22 Toma ahora la ley de su boca,
y pon sus palabras en tu corazón.

23 Si te volvieres al Omnipotente, serás edificado;
si apartares de vuestras tiendas la aflicción,

24 y tuvieres por tierra el oro,
y el oro de Ofir como piedras de arroyos;

25 el Todopoderoso será tu defensa,
y tendrás plata a montones.

26 Porque entonces te deleitarás en el Omnipotente,
y levantarás a Dios tu rostro.

27 Orarás a él, y él te oirá;
y tú pagarás tus votos.

28 Determinarás asimismo una cosa, y te será firme,
y sobre tus caminos resplandecerá la luz.

29 Cuando otros fueren abatidos, dirás tú: 'Enaltecimiento habrá';
y Dios salvará al humilde de ojos.

30 Él libertará al inocente;
y por la limpieza de tus manos serás librado".

Capítulo 23

1 Respondió Job, y dijo:

2 “Hoy también es amarga mi queja;
mi mano es pesada a causa de mi gemido.

3 ¡Quién diera que yo supiese dónde hallarle!
Yo iría hasta su tribunal.

4 Expondría mi causa delante de él,
y llenaría mi boca de argumentos.

5 Yo sabría las palabras que él me respondería,
y entendería lo que me dijese.

6 ¿Contendería conmigo con la grandeza de su fuerza?
No; antes él me atendería.

7 Allí el justo razonaría con él;
y yo escaparía para siempre de mi juez.

8 «He aquí, si voy al oriente, no está allí;
y si al occidente, no lo percibo;

9 si al norte él actúa, yo no lo veré;
al sur se esconderá, y no lo veré.

10 Mas él conoce mi camino;
si me probara, saldría yo como el oro.

11 Mis pies han seguido sus pisadas;
guardé su camino, y no me aparté.

12 Del mandamiento de sus labios nunca me separé;
guardé las palabras de su boca más que mi comida necesaria.

13 Pero si él determina una cosa, ¿quién lo hará desistir?
Su alma deseó, e hizo.

14 Él, pues, acabará lo que ha determinado de mí;
y muchas cosas como estas hay en él.

15 Por lo cual yo me espanto en su presencia;
cuando lo considero, tengo temblor de él.

16 Dios ha hecho desmayar mi corazón,
y me ha turbado el Omnipotente.

17 ¿Por qué no fui yo cortado delante de las tinieblas,
ni cubrió la oscuridad mi rostro?»

Capítulo 24

1 "¿Por qué no son señalados los tiempos por el Omnipotente?
¿Y por qué los que le conocen no ven sus días?

2 Hay quienes traspasan los términos;
roban los ganados y los apacientan.

3 Se llevan el asno de los huérfanos,
y toman en prenda el buey de la viuda.

4 Apartan del camino a los menesterosos,
y todos los pobres de la tierra se esconden.

5 He aquí, como asnos monteses en el desierto,
salen a su obra madrugando para buscar presa;
el desierto les da pan para sus hijos.

6 Siegan su forraje en campo ajeno,
y vendimian la viña del impío.

7 Pasan la noche desnudos sin ropa,
y no tienen cobertura contra el frío.

8 Con las lluvias de los montes se mojan,
y abrazan las peñas por falta de abrigo.

9 Quitan al huérfano del pecho,
y del pobre toman prenda.

10 Les hacen andar desnudos, sin vestido,
y a los hambrientos quitan las gavillas.

11 Dentro de sus muros exprimen el aceite;
pisan los lagares, y mueren de sed.

12 Desde la ciudad gimen los hombres,
y clama el alma de los heridos,
mas Dios no les atribuye su desatino.

13 "Ellos son los que se rebelan contra la luz;
no conocen sus caminos,
ni permanecen en sus sendas.

14 Con la luz se levanta el matador;
mata al pobre y al necesitado,
y de noche es como ladrón.

15 El ojo del adúltero aguarda el crepúsculo,
diciendo: 'No me verá ojo',
y disimula su rostro.

16 En las tinieblas minan las casas
que de día para sí señalaron;
no conocen la luz.

17 Porque la mañana es para todos ellos sombra de muerte;
si son conocidos, terrores de sombra de muerte los asaltan.

18 «Son ligeros como corriente de aguas;
su heredad es maldita en la tierra;
no andarán por el camino de las viñas.

19 La sequía y el calor arrebatan las aguas de la nieve;
así también el Seol a los pecadores.

20 De ellos se olvidará la matriz;
de ellos sentirán los gusanos dulzura;
nunca más habrá de ellos memoria,
y la iniquidad será quebrantada como un árbol.

21 A la estéril que no concebía afligió,
y a la viuda nunca hizo bien.

22 Pero a los fuertes adelantó con su poder;
cuando él se levanta, ninguno está seguro de la vida.

23 Él les da seguridad y descanso,
pero sus ojos están sobre los caminos de ellos.

24 Fueron ensalzados por un poco, mas desaparecen,
y son abatidos como todos los demás; serán encerrados,
y cortados como cabezas de espigas.

25 Y si no es así ahora, ¿quién me desmentirá,
o reducirá a nada mis palabras?»

Capítulo 25

1 Respondió Bildad suhita, y dijo:

2 «El señorío y el temor están con él;
él hace la paz en sus alturas.

3 ¿Tienen sus ejércitos número?
¿Y sobre quién no sale su luz?

4 ¿Cómo, pues, se justificará el hombre con Dios?
¿Y cómo será limpio el que nace de mujer?

5 He aquí que ni aun la misma luna es resplandeciente,
ni las estrellas son puras delante de sus ojos;

6 ¿cuánto menos el hombre, que es un gusano,
y el hijo de hombre, que es una oruga?».

Capítulo 26

1 Respondió Job, y dijo:

2 "¡En qué manera has ayudado al que no tiene poder!
¡Cómo has amparado al brazo sin fuerza!

3 ¡Qué buen consejo has dado al que no tiene sabiduría,
y qué plenitud de inteligencia has manifestado!

4 ¿A quién has pronunciado palabras?
¿Y de quién es el espíritu que de ti procede?

5 «Las sombras tiemblan en lo profundo,
debajo de las aguas y de sus moradores.

6 El Seol está desnudo delante de él,
y el Abadón no tiene cobertura.

7 Él extiende el norte sobre el vacío,
y cuelga la tierra sobre la nada.

8 Ata las aguas en sus nubes,
y las nubes no se rompen bajo su peso.

9 Él encubre la faz de su trono,
y sobre él extiende su nube.

10 Trazó un límite circular sobre la faz de las aguas,
hasta el confín de la luz con las tinieblas.

11 Las columnas del cielo tiemblan,
y se espantan de su reprensión.

12 Él agita el mar con su poder,
y con su entendimiento hiere a Rahab.

13 Su espíritu adornó los cielos;
su mano traspasó a la serpiente huidiza.

14 He aquí, estas cosas no son sino los bordes de sus caminos;
¡y cuán leve es el susurro que hemos oído de él!
Pero el estruendo de su poder, ¿quién lo podrá comprender?»

Capítulo 27

1 Prosiguió Job su discurso, y dijo:

2 "¡Vive Dios, que ha quitado mi derecho,
y el Omnipotente, que ha amargado mi alma,

3 que mientras haya hálito en mí,
y el espíritu de Dios esté en mis narices,

4 mis labios no hablarán iniquidad,
ni mi lengua pronunciará engaño!

5 Nunca tal acontezca que yo os dé la razón;
hasta que muera, no quitaré de mí mi integridad.

6 Mi justicia tengo asida, y no la cederé;
no me reprochará mi corazón mientras viva.

7 "Sea como el impío mi enemigo,
y como el inicuo mi adversario.

8 Porque ¿cuál es la esperanza del impío, por mucho que haya robado,
cuando Dios le cortare el alma?

9 ¿Oirá Dios su clamor
cuando la tribulación venga sobre él?

10 ¿Se deleitará en el Omnipotente?
¿Invocará a Dios en todo tiempo?

11 Yo os enseñaré acerca de la mano de Dios;
no esconderé lo que hay para con el Omnipotente.

12 He aquí que todos vosotros lo habéis visto;
¿por qué, pues, os habéis hecho tan enteramente vanos?

13 «Esta es para con Dios la porción del hombre impío,
y la herencia que los tiranos recibirán del Omnipotente:

14 Si sus hijos se multiplicaren, serán para la espada;
y sus pequeños no se saciarán de pan.

15 Los que de él quedaren, en muerte serán sepultados,
y no los llorarán sus viudas.

16 Aunque amontone plata como polvo,
y prepare ropa como barro;

17 la preparará él, mas el justo se vestirá,
y el inocente repartirá la plata.

18 Edificó su casa como la polilla,
y como enramada que hizo el guarda.

19 Rico se acuesta, mas no volverá a hacerlo;
abrirá sus ojos, y nada tendrá.

20 Se apoderarán de él terrores como aguas;
torbellino lo arrebatará en la noche.

21 El viento solano lo levantará, y se irá;
y lo arrancará de su lugar.

22 Dios lanzará sobre él, y no perdonará;
él hará por huir de su mano.

23 Batirán las palmas sobre él,
y desde su lugar le silbarán».

Capítulo 28

1 “Ciertamente hay minas de donde se saca la plata,
y lugar donde se refina el oro.

2 El hierro se saca de la tierra,
y de la piedra se funde el cobre.

3 El hombre pone término a las tinieblas,
y examina hasta lo más remoto,
las piedras que están en profunda oscuridad y sombra de muerte.

4 Abre un pozo de mina lejos de lo habitado;
son olvidados por los que pasan a pie.
Suspendidos, se balancean lejos de los hombres.

5 De la tierra nace el pan,
pero en su interior está removida como por fuego.

6 Sus piedras son el lugar del zafiro,
y en ella hay polvo de oro.

7 Senda que nunca conoció ave de rapiña,
ni ojo de buitre la vio;

8 fieras soberbias no la pisaron,
ni león pasó por ella.

9 En el pedernal puso su mano,
y trastornó de raíz los montes.

10 De las peñas cortó túneles,
y su ojo vio todo lo preciado.

11 Detuvo los ríos en su nacimiento,
y sacó a luz lo escondido.

12 “Mas, ¿dónde se hallará la sabiduría?
¿Y dónde está el lugar de la inteligencia?

13 No conoce el hombre su valor,
ni se halla en la tierra de los vivientes.

14 El abismo dice: 'No está en mí';
y el mar dice: 'Ni conmigo'.

15 No se dará por oro fino,
ni su precio será a peso de plata.

16 No puede ser pagada con oro de Ofir,
ni con ónice precioso, ni con zafiro.

17 El oro no se le iguala, ni el diamante,
ni se cambiará por alhajas de oro puro.

18 Del coral ni del cristal se hará mención;
la sabiduría vale más que las perlas.

19 No se igualará con ella el topacio de Etiopía;
no se podrá pagar con oro fino.

20 ¿De dónde, pues, viene la sabiduría?
¿Y dónde está el lugar de la inteligencia?

21 Porque encubierta está a los ojos de todo viviente,
y aun a las aves del cielo es oculta.

22 El Abadón y la muerte dijeron:
'Su fama hemos oído con nuestros oídos'.

23 "Dios entiende el camino de ella,
y él conoce su lugar.

24 Porque él mira hasta los fines de la tierra,
y ve cuanto hay bajo los cielos.

25 Al dar peso al viento,
y poner las aguas por medida;

26 cuando él dio ley a la lluvia,
y camino al relámpago de los truenos;

27 entonces la vio él, y la manifestó;
la preparó y también la escudriñó.

28 Y dijo al hombre:
'He aquí que el temor del Señor es la sabiduría,
y el apartarse del mal, la inteligencia'".

Capítulo 29

1 Prosiguió Job su discurso, y dijo:

2 "¡Quién me diera volver a ser como en los meses pasados,
como en los días en que Dios me guardaba;

3 cuando hacía resplandecer su lámpara sobre mi cabeza,
a cuya luz yo caminaba en la oscuridad;

4 como fui en los días de mi madurez,
cuando el favor de Dios velaba sobre mi tienda;

5 cuando el Omnipotente estaba aún conmigo,
y mis hijos alrededor de mí;

6 cuando lavaba mis pasos con leche,
y la roca me derramaba ríos de aceite!

7 Cuando salía a la puerta a juicio,
y en la plaza preparaba mi asiento,

8 los jóvenes me veían y se escondían,
y los ancianos se levantaban y permanecían en pie.

9 Los príncipes detenían sus palabras
y ponían la mano sobre su boca.

10 La voz de los nobles se apagaba,
y su lengua se pegaba a su paladar.

11 Los que me oían, me llamaban bienaventurado,
y los que me veían, daban testimonio de mí,

12 porque yo libraba al pobre que clamaba,
y al huérfano que carecía de ayudador.

13 La bendición del que estaba a punto de perecer venía sobre mí,
y al corazón de la viuda yo daba alegría.

14 Me vestía de justicia, y ella me cubría;
como manto y diadema era mi derecho.

15 Yo era ojos para el ciego,
y pies para el cojo.

16 A los menesterosos era padre,
y de la causa que no conocía, me informaba con diligencia.

17 Quebrantaba los colmillos del inicuo,
y de sus dientes hacía soltar la presa.

18 Decía yo: 'En mi nido moriré,
y como la arena multiplicaré mis días'.

19 Mi raíz estaba abierta junto a las aguas,
y en mis ramas permanecía el rocío.

20 Mi honra se renovaba en mí,
y mi arco se fortalecía en mi mano.

21 "Me oían, y esperaban,
y callaban a mi consejo.

22 Tras mi palabra no replicaban,
y mi razón destilaba sobre ellos.

23 Me esperaban como a la lluvia,
y abrían su boca como a la lluvia tardía.

24 Si me reía con ellos, no lo creían;
y no abatían la luz de mi vuestro rostro.

25 Calificaba yo el camino de ellos, y me sentaba como jefe;
y moraba como rey en el ejército,
como el que consuela a los llorosos.

Capítulo 30

1 "Pero ahora se ríen de mí los que son más jóvenes que yo,
a cuyos padres yo desdeñara poner con los perros de mi ganado.

2 ¿De qué me servía ni aun el poder de sus manos,
en los cuales había perecido la fuerza?

3 Por la pobreza y el hambre andaban solos;
huían a la soledad, a lugar tenebroso, asolado y desierto.

4 Recogían malvas entre los arbustos,
y raíces de enebro para calentarse.

5 Eran echados de entre las gentes,
y todos les gritaban como a un ladrón.

6 Habitaban en las barrancas de los arroyos,
en las cavernas de la tierra y en las rocas.

7 Bramaban entre las matas,
y se reunían bajo las ortigas.

8 Hijos de viles, hombres sin nombre,
más bajos que la misma tierra.

9 "Y ahora yo soy su canción,
y les sirvo de refrán.

10 Me abominan, se alejan de mí,
y aun en mi presencia no dejan de escupirme.

11 Porque Dios ha desatado mi cuerda, y me ha afligido,
por eso ellos se desenfrenaron delante de mi rostro.

12 A mi derecha se levantó la zupia;
empujaron mis pies,
y prepararon contra mí caminos de perdición.

13 Mi senda desbarataron,
se aprovecharon de mi quebranto,
y contra ellos no hubo quien me auxiliase.

14 Vinieron como por portillo ancho,
se revolvieron sobre mi calamidad.

15 Se han revuelto terrores contra mí;
combatieron como viento mi honor,
y mi prosperidad pasó como nube.

16 "Y ahora mi alma está derramada en mí;
días de aflicción se han apoderado de mí.

17 La noche taladra mis huesos,
y los dolores que me roen no reposan.

18 Con la gran fuerza de mi mal mi vestidura está demudada;
me ciñe como el cuello de mi túnica.

19 Él me derribó en el lodo,
y soy semejante al polvo y a la ceniza.

20 Clamo a ti, y no me oyes;
me presento, y no me atiendes.

21 Te has vuelto cruel para conmigo;
con el poder de tu mano me persigues.

22 Me alzaste sobre el viento, me hiciste cabalgar en él,
y disolviste mi sustancia.

23 Porque yo sé que me conduces a la muerte,
y a la casa determinada a todo viviente.

24 "Mas ¿no extenderá él la mano al sepulcro?
¿Clamarán los mueren cuando él los quebrante?

25 ¿No lloré yo al afligido?
¿Y mi alma no se entristeció sobre el menesteroso?

26 Cuando esperaba yo el bien, entonces vino el mal;
y cuando esperaba luz, la oscuridad vino.

27 Mis entrañas hierven, y no reposan;
días de aflicción me han sobrecogido.

28 Ando ennegrecido, y no por el sol;
me he levantado en la congregación, y clamado.

29 He venido a ser hermano de los chacales,
y compañero de los avestruces.

30 Mi piel está ennegrecida sobre mí,
y mis huesos saltan de calor.

31 Se ha cambiado mi arpa en luto,
y mi flauta en voz de lamentadores.

Capítulo 31

1 "Hice pacto con mis ojos;
¿cómo, pues, había yo de mirar a una virgen?

2 Porque ¿qué porción me daría Dios desde arriba,
y qué heredad el Omnipotente desde las alturas?

3 ¿No hay quebrantamiento para el impío,
y desventura para los que obran iniquidad?

4 ¿No ve él mis caminos,
y cuenta todos mis pasos?

5 "Si anduve con vanidad,
y si mi pie se apresuró al engaño,

6 tásenme en balanza de justicia,
y conocerá Dios mi integridad.

7 Si mis pasos se apartaron del camino,
si mi corazón se fue tras mis ojos,
y si algo manchó mis manos,

8 siembre yo, y otro coma,
y sea arrancada mi siembra.

9 "Si fue mi corazón engañado por mujer,
y si estuve acechando a la puerta de mi prójimo,

10 muela para otro mi mujer,
y sobre ella otros se encorven.

11 Porque es maldad detestable
e iniquidad latente ante los jueces.

12 Porque es fuego que devoraría hasta el Abadón,
y destruiría toda mi hacienda.

13 "Si hubiera tenido en poco el derecho de mi siervo
o de mi sierva, cuando ellos contendían conmigo,

14 ¿qué haría yo cuando Dios se levantase?
Y cuando él me preguntase, ¿qué le respondería yo?

15 El que en el vientre me hizo a mí, ¿no lo hizo a él?
¿Y no nos dispuso uno mismo en la matriz?

16 “Si estorbé el deseo de los pobres,
e hice desfallecer los ojos de la viuda;

17 si comí mi bocado solo,
y no comió de él el huérfano

18 (porque desde mi juventud creció conmigo como con un padre,
y desde el vientre de mi madre fui guía de la viuda);

19 si he visto que alguno perecía por falta de vestido,
y que carecía de manta el necesitado;

20 si no me bendijeron sus lomos,
y del vellón de mis ovejas se calentaron;

21 si alcé contra el huérfano mi mano,
porque vi que en la puerta me ayudarían;

22 mi espalda se caiga de mi hombro,
y mi brazo sea quebrado de su hueso.

23 Porque temí el castigo de Dios,
contra cuya majestad yo no tendría poder.

24 “Si puse en el oro mi esperanza,
y dije al oro fino: ‘Mi confianza eres tú’;

25 si me alegré de que mis riquezas se multiplicasen,
y de que mi mano hallase mucho;

26 si he mirado al sol cuando resplandecía,
o a la luna cuando iba hermosa,

27 y mi corazón se engañó en secreto,
y mi boca besó mi mano;

28 esto también sería maldad juzgada,
porque habría negado al Dios soberano.

29 “Si me alegré en el quebrantamiento del que me aborrecía,
y me regocijé cuando le halló el mal

30 (ni aun entregué mi lengua al pecado
para pedir su vida con maldición);

31 si los siervos de mi tienda no decían:
‘¿Quién se hallará que no se haya saciado de su carne?’;

32 el forastero no pasaba fuera la noche,
mis puertas abría al caminante;

33 si encubrí como hombre mis transgresiones,
escondiendo en mi seno mi iniquidad,

34 porque tuve temor de la gran multitud,
y el menosprecio de las familias me atemorizó,
y callé, y no salí de mi puerta...

35 ¡Quién me diera quien me oyese!
¡He aquí mi firma! Que el Omnipotente me responda.
¡Aunque mi adversario me haga un libelo!

36 Ciertamente yo lo llevaría sobre mi hombro,
y me lo ceñiría como una corona.

37 Yo le contaría el número de mis pasos,
y como un príncipe me acercaría a él.

38 Si mi tierra clama contra mí,
y lloran todos sus surcos;

39 si comí su fruto sin dinero,
o afligí el alma de sus dueños;

40 en lugar de trigo me nazcan abrojos,
y espinos en lugar de cebada”. Las palabras de Job han terminado.

Capítulo 32

1 Cesaron estos tres varones de responder a Job, por cuanto él era justo a sus propios ojos.

2 Entonces se encendió la ira de Elihú hijo de Baraquel buzita, de la familia de Ram, contra Job; se encendió su ira por cuanto él se justificaba a sí mismo más que a Dios.

3 Asimismo se encendió su ira contra sus tres amigos, porque no habían hallado respuesta, y sin embargo habían condenado a Job.

4 Y Elihú había esperado a Job en el hablar, porque ellos eran más ancianos que él.

5 Pero viendo Elihú que no había respuesta en la boca de aquellos tres varones, su ira se encendió.

6 Y respondió Elihú hijo de Baraquel buzita, y dijo:
"Yo soy joven, y vosotros sois muy ancianos;
por tanto, he tenido miedo, y he temido declararos mi opinión.

7 Yo decía: 'Los días hablarán,
y la multitud de años enseñará sabiduría'.

8 Ciertamente espíritu hay en el hombre,
y el hálito del Omnipotente les hace entender.

9 No son siempre los grandes los sabios,
ni los ancianos los que entienden el derecho.

10 Por tanto, dije: 'Escuchadme;
declararé yo también mi opinión'.

11 "He aquí que yo he esperado a vuestras razones,
he escuchado vuestros argumentos
mientras buscabais palabras.

12 Os he prestado atención,
y he aquí que no hay de vosotros quien haya convencido a Job,
ni quien haya respondido a sus palabras.

13 Para que no digáis: 'Nosotros hemos hallado sabiduría;
Dios lo vence, no el hombre'.

14 Ahora bien, él no dirigió a mí sus palabras,
ni yo le responderé con vuestras razones.

15 "Espantados están, no responden más;
se les han acabado las palabras.

16 Yo, pues, he esperado, pero no hablaban;
antes bien callaron y no respondieron más.

17 Yo también responderé mi parte;
también yo declararé mi parecer.

18 Porque lleno estoy de palabras,
y me apremia el espíritu dentro de mi cuerpo.

19 De cierto mi vientre está como el vino que no tiene respiradero,
y como odres nuevos que están para reventar.

20 Hablaré, pues, y respiraré;
abriré mis labios, y responderé.

21 No haré ahora acepción de personas,
ni usaré con nadie de títulos lisonjeros.

22 Porque no sé lisonjear;
de otra manera, en breve mi Hacedor me consumiría.

Capítulo 33

1 "Por tanto, Job, oye ahora mis razones,
y presta oído a todas mis palabras.

2 He aquí que yo he abierto mi boca,
y mi lengua habla en mi paladar.

3 Mis palabras declararán la rectitud de mi corazón,
y mis labios expresarán con pureza lo que saben.

4 El espíritu de Dios me hizo,
y el hálito del Omnipotente me dio vida.

5 Respóndeme, si puedes;
ordena tus palabras delante de mí, ¡levántate!

6 He aquí que yo soy ante Dios lo mismo que tú;
de la arcilla fui yo también formado.

7 He aquí que mi terror no te espantará,
ni mi mano será pesada sobre ti.

8 "De cierto tú dijiste a oídos míos,
y yo oí la voz de tus palabras que decían:

9 'Yo soy limpio y sin defecto;
soy inocente, y no hay iniquidad en mí.

10 He aquí que Dios buscó pretextos contra mí,
y me tiene por su enemigo;

11 puso mis pies en el cepo,
y vigila todas mis sendas'.

12 "He aquí, en esto no has hablado justamente;
yo te responderé que Dios es mayor que el hombre.

13 ¿Por qué contiendes contra él?
Porque él no da cuenta de ninguna de sus razones.

14 Sin embargo, Dios habla una vez,
y otra vez, aunque el hombre no lo perciba.

15 Por sueño, en visión nocturna,
cuando el sueño profundo cae sobre los hombres,
mientras dormitan sobre el lecho;

16 entonces abre el oído de los hombres,
y sella su instrucción,

17 para quitar al hombre de su obra,
y apartar del varón la soberbia.

18 Así libra su alma del sepulcro,
y su vida de perecer a espada.

19 "También sobre su cama es castigado con dolor,
y con fuerte temblor en todos sus huesos,

20 de suerte que su vida aborrece el pan,
y su alma la comida deleitosa.

21 Su carne desfallece y desaparece de la vista,
y sus huesos, que no se veían, aparecen.

22 Su alma se acerca al sepulcro,
y su vida a los que causan la muerte.

23 "Si tuviese cerca de él un ángel,
un intérprete, uno entre mil,
que anuncie al hombre su deber;

24 que le diga que Dios tuvo de él misericordia,
que lo libró de descender al sepulcro,
que halló rescate;

25 su carne será más tierna que la del niño,
volverá a los días de su juventud.

26 Orará a Dios, y este le será propicio,
y verá su faz con júbilo;
y él restituirá al hombre su justicia.

27 Él mira sobre los hombres; y si alguno dijere:
'Pequé, y pervertí lo recto,
y no me ha aprovechado',

28 Dios redimirá su alma para que no pase al sepulcro,
y su vida verá la luz.

29 «He aquí, todas estas cosas hace Dios
dos y tres veces con el hombre,

30 para apartar su alma del sepulcro,
y para iluminarlo con la luz de los vivientes.

31 Escucha, Job, y óyeme;
calla, y yo hablaré.

32 Si tienes algo que decir, respóndeme;
habla, porque yo te quiero justificar.

33 Y si no, óyeme tú a mí;
calla, y te enseñaré sabiduría».

Capítulo 34

1 Además, Elihú prosiguió y dijo:

2 "Oíd, sabios, mis palabras;
y vosotros, doctos, prestadme oído.

3 Porque el oído prueba las palabras,
como el paladar gusta lo que se come.

4 Escojamos para nosotros lo que es justo;
conozcamos entre nosotros lo que es bueno.

5 Porque Job ha dicho: 'Yo soy justo,
y Dios me ha quitado mi derecho.

6 ¿He de mentir yo contra mi derecho?
Mi herida es incurable, aunque estoy sin transgresión'.

7 ¿Qué hombre hay como Job,
que bebe el escarnio como agua,

8 y va en compañía de los que obran iniquidad,
y camina con los hombres impíos?

9 Porque ha dicho: 'De nada sirve al hombre
el deleitarse en Dios'.

10 "Por tanto, varones de entendimiento, oídme:
¡Lejos de Dios la impiedad,
y del Omnipotente la iniquidad!

11 Porque él paga al hombre según su obra,
y le retribuye conforme a su camino.

12 Sí, por cierto, Dios no hará injusticia,
ni el Omnipotente pervertirá el derecho.

13 ¿Quién le encomendó a él la tierra?
¿Y quién puso en sus manos todo el mundo?

14 Si él pusiera su corazón contra el hombre,
y recogiese para sí su espíritu y su hálito,

15 toda carne perecería juntamente,
y el hombre volvería al polvo.

16 "Si, pues, hay en ti entendimiento, oye esto;
escucha la voz de mis palabras.

17 ¿Gobernará el que aborrece el juicio?
¿Y condenarás tú al que es tan justo y poderoso?

18 ¿Se dirá al rey: '¡Vil!',
y a los príncipes: '¡Impíos!'?

19 ¿Cuánto menos a aquel que no hace acepción de personas de príncipes,
ni respeta más al rico que al pobre,
porque todos son obra de sus manos?

20 En un momento mueren, y a medianoche;
los pueblos se alborotan y pasan,
y los poderosos son quitados sin mano humana.

21 "Porque sus ojos están sobre los caminos del hombre,
y ve todos sus pasos.

22 No hay tinieblas ni sombra de muerte
donde se escondan los que obran iniquidad.

23 No necesita él cargar al hombre más de lo debido,
para que vaya con Dios a juicio.

24 Él quebranta a los fuertes sin indagación,
y pone a otros en su lugar.

25 Por tanto, él conoce sus obras;
los trastorna en la noche, y son quebrantados.

26 Como a malos los hiere
en lugar donde todos lo vean;

27 por cuanto se apartaron de él,
y no consideraron ninguno de sus caminos,

28 haciendo venir ante él el clamor del pobre,
y que oiga el clamor de los necesitados.

29 Si él da reposo, ¿quién inquietará?
Si esconde su rostro, ¿quién lo mirará?
Esto hace tanto con una nación como con un hombre;

30 para que no reine el hombre hipócrita
para enredo del pueblo.

31 "Ciertamente, ¿se ha dicho a Dios:
'He llevado mi castigo, no ofenderé más;

32 enséñame tú lo que yo no veo;
si hice iniquidad, no lo haré más'?

33 ¿Ha de ser tu recompensa como tú quieras, para que tú la rehúses?
Tú eres quien debe elegir, y no yo;
di, pues, lo que sabes.

34 Los hombres inteligentes me dirán,
y el varón sabio que me oiga:

35 'Job habla sin conocimiento,
y sus palabras no son con sabiduría'.

36 Deseo yo que Job sea probado hasta el fin,
por sus respuestas semejantes a las de los hombres inicuos.

37 Porque a su pecado añadió rebeldía;
bate las palmas entre nosotros,
y multiplica sus palabras contra Dios".

Capítulo 35

1 Además, Elihú prosiguió y dijo:

2 "¿Piensas que esto es recto?
Dijiste: 'Más justo soy yo que Dios'.

3 Porque preguntaste: '¿Qué provecho te vendrá de ello?
¿O qué ventaja tendré yo de no haber pecado?'.

4 Yo te responderé palabras,
a ti y a vuestros compañeros con vosotros.

5 Mira a los cielos, y ve;
y considera las nubes, que están más altas que tú.

6 Si pecaras, ¿qué habrías de hacer contra él?
Y si tus transgresiones se multiplicaran, ¿qué le harías tú?

7 Si fueras justo, ¿qué le darías a él?
¿O qué recibiría él de tu mano?

8 Al hombre como tú dañará tu impiedad,
y al hijo de hombre aprovechará tu justicia.

9 "A causa de la multitud de las opresiones claman,
y se lamentan por el poder de los grandes.

10 Pero ninguno dice: '¿Dónde está Dios mi Hacedor,
que da cánticos en la noche,

11 que nos enseña más que a las bestias de la tierra,
y nos hace más sabios que a las aves del cielo?'.

12 Allí claman, y él no oye,
por la soberbia de los malos.

13 Ciertamente Dios no oirá la vanidad,
ni la mirará el Omnipotente.

14 ¿Cuánto menos cuando tú dices que no lo ves?
La causa está delante de él; por tanto, espérale.

15 Mas ahora, porque en su ira no ha castigado,
ni ha considerado con rigor la arrogancia,

16 por eso Job abre su boca vanamente,
y multiplica palabras sin conocimiento".

Capítulo 36

1 Elihú prosiguió y dijo:

2 “Tened un poco de paciencia conmigo, y os enseñaré;
porque todavía tengo palabras en defensa de Dios.

3 Traeré mi saber desde lejos,
y atribuiré justicia a mi Hacedor.

4 Porque en verdad no son mentirosas mis palabras;
uno que es perfecto en conocimiento está contigo.

5 “He aquí que Dios es poderoso, mas no desprecia a nadie;
es poderoso en fuerza de entendimiento.

6 No otorga vida al impío,
pero a los afligidos da su derecho.

7 No aparta sus ojos de los justos;
antes bien, con los reyes los pone en el trono para siempre,
y son exaltados.

8 Y si están aprisionados con grillos,
y atados con cuerdas de aflicción,

9 él les da a conocer la obra de ellos,
y que prevalecieron sus transgresiones.

10 Abre también el oído de ellos a la corrección,
y les dice que se conviertan de la iniquidad.

11 Si oyeren y le sirvieren,
acabarán sus días en bienestar,
y sus años en dichas.

12 Pero si no oyeren, pasarán a espada,
y perecerán sin sabiduría.

13 “Mas los hipócritas de corazón atesoran ira;
no clamarán cuando él los atare.

14 Fallecerá el alma de ellos en su juventud,
y su vida entre los sodomitas.

15 Al pobre librará de su pobreza,
y en la aflicción abrirá su oído.

16 Asimismo te habría apartado de la boca de la angustia
a lugar espacioso, libre de todo aprieto,
y te habría puesto mesa llena de grosura.

17 "Mas tú estás lleno del juicio del impío;
el juicio y la justicia te han alcanzado.

18 Por lo cual, teme que en su ira no te castigue,
y no te pueda librar la grandeza del rescate.

19 ¿Hará él caso de tus riquezas, o de tu oro,
o de todas las fuerzas de tu poder?

20 No anheles la noche,
en que los pueblos desaparecen de su lugar.

21 Guárdate, no mires a la iniquidad;
pues esta elegiste más bien que la aflicción.

22 He aquí que Dios es excelso en su poder;
¿quién hay que sea maestro como él?

23 ¿Quién le ha prescrito su camino?
¿Y quién le dirá: 'Has hecho mal'?

24 "Acuérdate de engrandecer su obra,
la cual contemplan los hombres.

25 Todos los hombres la ven;
la mira el hombre de lejos.

26 He aquí, Dios es grande, y nosotros no le conocemos;
ni se puede rastrear el número de sus años.

27 Él atrae las gotas de las aguas,
que al transformarse en vapor destilan la lluvia,

28 la cual destilan las nubes,
goteando en abundancia sobre los hombres.

29 ¿Quién podrá además entender la extensión de las nubes,
y el fragor de su tabernáculo?

30 He aquí que sobre él extiende su luz,
y cobija con ella las profundidades del mar.

31 Por esos medios juzga a los pueblos,
y da sustento en abundancia.

32 Con las manos encubre el relámpago,
y le manda dar en el blanco.

33 El trueno da noticias de él,
y también el ganado de la tormenta que viene.

Capítulo 37

1 "Por esto también tiembla mi corazón,
y salta de su lugar.

2 Oíd atentamente el estrépito de su voz,
y el sonido que sale de su boca.

3 Bajo todos los cielos lo dirige,
y su relámpago hasta los confines de la tierra.

4 Tras él brama el sonido;
truena él con la voz de su majestad;
y no los detiene cuando se oye su voz.

5 Truena Dios maravillosamente con su voz;
él hace grandes cosas, que nosotros no entendemos.

6 Porque a la nieve dice: 'Cae sobre la tierra';
también a la llovizna,
y a los aguaceros de su potencia.

7 Así detiene la mano de todo hombre,
para que todos los hombres reconozcan su obra.

8 Las fieras se retiran a sus escondrijos,
y se quedan en sus moradas.

9 Del sur viene el torbellino,
y el frío de los vientos del norte.

10 Por el soplo de Dios se da el hielo,
y las anchas aguas se congelan.

11 También carga de humedad la densa nube,
y esparce la nube de su relámpago.

12 Ella gira en derredor por sus designios,
para hacer todo lo que él le mande
sobre la faz del mundo habitable.

13 Ya sea por castigo, o por su tierra,
o por misericordia, él la hace venir.

14 "Escucha esto, Job;
detente y considera las maravillas de Dios.

15 ¿Sabes tú cómo Dios las dispone,
y cómo hace resplandecer el relámpago de su nube?

16 ¿Has conocido tú las variaciones de las nubes,
las maravillas del Perfecto en sabiduría?

17 ¿Por qué están calientes tus vestidos
cuando él sosiega la tierra con el viento del sur?

18 ¿Extendiste tú con él el firmamento,
sólido como un espejo de fundición?

19 Enseñadnos qué le hemos de decir;
porque nosotros no podemos ordenar las ideas a causa de las tinieblas.

20 ¿Habrá de contársele cuando yo hable?
Si el hombre habla, ciertamente será tragado.

21 «Mas ahora no se puede mirar la luz esplendente en los cielos,
luego que pasa el viento y los limpia.

22 Del norte viene la dorada majestad;
sobre Dios hay una majestad terrible.

23 Él es el Todopoderoso, al cual no alcanzamos, grande en poder;
y en juicio y en multitud de justicia no afligirá.

24 Lo temen por tanto los hombres;
él no mira a los que se creen sabios de corazón».

Capítulo 38

1 Entonces Yahvé respondió a Job desde el torbellino, y dijo:

2 "¿Quién es este que oscurece el consejo
con palabras sin sabiduría?

3 Ahora cíñete los lomos como un hombre;
yo te preguntaré, y tú me responderás.

4 "¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?
Házmelo saber, si tienes inteligencia.

5 ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes?
¿O quién extendió sobre ella el cordel?

6 ¿Sobre qué están fundados sus cimientos?
¿O quién puso su piedra angular,

7 cuando alababan juntas las estrellas del alba,
y se regocijaban todos los hijos de Dios?

8 "¿Quién encerró con puertas el mar,
cuando se rompía saliendo del vientre,

9 cuando puse yo nubes por vestidura suya,
y por su faja la oscuridad?

10 Y establecí sobre él mi decreto,
le puse puertas y cerrojos,

11 y dije: 'Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante,
y ahí parará el orgullo de tus olas'.

12 "¿Has mandado tú a la mañana en tus días?
¿Has mostrado al alba su lugar,

13 para que ocupe los fines de la tierra,
y para que sean sacudidos de ella los impíos?

14 Ella muda de aspecto como barro bajo el sello,
y viene a estar como con vestidura;

15 mas la luz de los impíos es quitada de ellos,
y el brazo enaltecido es quebrantado.

16 "¿Has entrado tú hasta las fuentes del mar,
y has andado escudriñando el abismo?

17 ¿Te han sido descubiertas las puertas de la muerte,
y has visto las puertas de la sombra de muerte?

18 ¿Has considerado tú hasta las anchuras de la tierra?
Declara si sabes todo esto.

19 "¿Por dónde va el camino a la morada de la luz,
y dónde está el lugar de las tinieblas,

20 para que las lleves a sus términos,
y entiendas las sendas de su casa?

21 ¡Tú lo sabes, pues ya habías nacido,
y es grande el número de tus días!

22 "¿Has entrado tú en los tesoros de la nieve,
o has visto los tesoros del granizo,

23 que tengo reservados para el tiempo de angustia,
para el día de la guerra y de la batalla?

24 ¿Por qué camino se reparte la luz,
y se esparce el viento solano sobre la tierra?

25 "¿Quién repartió conducto al turbión,
y camino a los relámpagos y truenos,

26 haciendo llover sobre la tierra deshabitada,
sobre el desierto, donde no hay hombre,

27 para saciar la tierra desierta y asolada,
y para hacer brotar la tierna hierba?

28 "¿Tiene la lluvia padre?
¿O quién engendró las gotas del rocío?

29 ¿De qué vientre salió el hielo?
Y la escarcha del cielo, ¿quién la engendró?

30 Las aguas se endurecen como piedra,
y se congela la faz del abismo.

31 "¿Podrás tú atar los lazos de las Pléyades,
o desatarás las ligaduras de Orión?

32 ¿Sacarás tú a su tiempo las constelaciones de los cielos,
o guiarás a la Osa Mayor con sus hijos?

33 ¿Supiste tú las ordenanzas de los cielos?
¿Dispondrás tú de su potestad en la tierra?

34 "¿Alzarás tú tu voz a las nubes,
para que te cubra abundancia de aguas?

35 ¿Enviarás tú los relámpagos, para que ellos vayan?
¿Y te dirán ellos: 'He aquí nos tienes'?

36 "¿Quién puso la sabiduría en el corazón?
¿O quién dio inteligencia al espíritu?

37 ¿Quién puso por cuenta las nubes con sabiduría?
Y los odres de los cielos, ¿quién los hace inclinar,

38 cuando el polvo se ha convertido en dureza,
y los terrones se han pegado unos con otros?

39 "¿Cazarás tú la presa para la leona?
¿Saciarás el hambre de los leoncillos,

40 cuando están echados en las cuevas,
o están en sus guaridas para acechar?

41 ¿Quién prepara al cuervo su alimento,
cuando sus polluelos claman a Dios,
y andan errantes por falta de comida?

Capítulo 39

1 "¿Sabéis vos el tiempo en que paren las cabras monteses?
¿U observasteis vos cuando las ciervas están de parto?

2 ¿Contasteis vos los meses de su preñez,
y sabéis el tiempo cuando han de parir?

3 Se encorvan, dan a luz sus crías,
y pasan sus dolores.

4 Sus crías se fortalecen, crecen con el pasto;
salen, y no vuelven a ellas.

5 "¿Quién echó libre al asno montés,
y quién soltó las ataduras del asno veloz?

6 Al cual yo puse el desierto por casa,
y la tierra salitrosa por morada.

7 Se ríe del estrépito de la ciudad;
no oye los gritos del arriero.

8 Lo oculto de los montes es su pasto,
y anda buscando toda cosa verde.

9 "¿Querrá el búfalo servirte a ti,
o quedar junto a tu pesebre?

10 ¿Atarás tú al búfalo con coyunda para el surco?
¿Labrará los valles en pos de ti?

11 ¿Confiarás en él por ser grande su fuerza,
y le fiarás tu labor?

12 ¿Fiarás de él que te traerá la semilla,
y que la recogerá en tu era?

13 "¿Diste tú hermosas alas al pavo real,
o alas y plumas al avestruz?

14 El cual desampara en la tierra sus huevos,
y sobre el polvo los calienta,

15 y olvida que el pie los puede pisar,
y que los puede quebrar la fiera del campo.

16 Se endurece para con sus hijos, como si no fuesen suyos,
no temiendo que su trabajo haya sido en vano;

17 porque le privó Dios de sabiduría,
y no le dio inteligencia.

18 Luego que se levanta en alto,
se burla del caballo y de su jinete.

19 "¿Diste tú al caballo su fortaleza?
¿Vestiste tú su cuello de relincho?

20 ¿Le harás tú saltar como a langosta?
El resoplido de su nariz es formidable.

21 Escarba la tierra, se alegra en su fuerza,
sale al encuentro de las armas.

22 Hace burla del espanto, y no teme,
ni vuelve el rostro delante de la espada.

23 Contra él suena la aljaba,
el hierro de la lanza y de la jabalina;

24 y él con ímpetu y furor corre por la tierra,
sin importarle el sonido de la trompeta.

25 En cuanto suena el clarín, dice: '¡Ea!';
y desde lejos huele la batalla,
el grito de los capitanes, y el vocerío.

26 «¿Vuela el halcón por tu sabiduría,
y extiende hacia el sur sus alas?

27 ¿Se remonta el águila por tu mandamiento,
y pone en alto su nido?

28 Ella habita y mora en la peña,
en la cumbre del peñasco y en la roca.

29 Desde allí acecha la presa;
sus ojos observan muy lejos.

30 Sus polluelos chupan la sangre;
y donde hubiere cadáveres, allí está ella».

Capítulo 40

1 Además Yahvé respondió a Job, y dijo:

2 «¿Es sabiduría contender con el Omnipotente?
El que disputa con Dios, responda a esto».

3 Entonces respondió Job a Yahvé, y dijo:

4 «He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé?
Mi mano pongo sobre mi boca.

5 Una vez hablé, mas no responderé;
aun dos veces, mas no volveré a hablar».

6 Respondió Yahvé a Job desde el torbellino, y dijo:

7 "Cíñete ahora tus lomos como un hombre;
yo te preguntaré, y tú me responderás.

8 ¿Anularás tú también mi juicio?
¿Me condenarás a mí, para justificarte a ti mismo?

9 ¿Tienes tú un brazo como el de Dios?
¿Y tronarás tú con voz como la suya?

10 "Atavíate ahora de majestad y de alteza,
y vístete de honra y de hermosura.

11 Derrama el ardor de tu ira;
mira a todo soberbio, y humíllalo.

12 Mira a todo orgulloso, y abátelo,
y quebranta a los impíos en su sitio.

13 Escóndelos a todos en el polvo,
venda sus rostros en lugar oculto;

14 y yo también te confesaré
que tu diestra te podrá salvar.

15 «He aquí ahora el behemot, al cual hice como a ti;
hierba come como buey.

16 He aquí ahora que su fuerza está en sus lomos,
y su vigor en los músculos de su vientre.

17 Su cola mueve como un cedro,
y los nervios de sus muslos están entretejidos.

18 Sus huesos son fuertes como bronce,
y sus miembros como barras de hierro.

19 Él es el principio de los caminos de Dios;
el que lo hizo, puede acercar a él su espada.

20 Ciertamente los montes producen hierba para él,
y toda bestia del campo retoza allá.

21 Se echará debajo de las sombras,
en lo oculto de las cañas y de los humedales.

22 Los árboles sombríos lo cubren con su sombra;
los sauces del arroyo lo rodean.

23 He aquí, sale de madre el río, mas él no se inmuta;
está confiado aunque el Jordán se lance contra su boca.

24 ¿Lo tomará alguno estando él alerta?
¿Perforará su nariz algún lazo?»

Capítulo 41

1 "¿Sacarás tú al Leviatán con un anzuelo,
o sujetarás su lengua con una cuerda?

2 ¿Pondrás tú un garfio en sus narices,
o horadarás con una espina su quijada?

3 ¿Te hará él muchas súplicas?
¿Te hablará él lisonjas?

4 ¿Hará él pacto con vosotros
para que lo toméis por siervo para siempre?

5 ¿Jugarás con él como con un pájaro,
o lo atarás para vuestras niñas?

6 ¿Harán de él banquete los compañeros?
¿Lo repartirán entre los mercaderes?

7 ¿Podrás tú llenar su piel de arpones,
o su cabeza de lanzas de pescador?

8 Pon tu mano sobre él;
acuérdate de la batalla, y no lo intentes más.

9 He aquí que la esperanza de detenerlo será vana,
porque aun a su sola vista se desmayarán.

10 Nadie hay tan osado que lo despierte;
¿quién, pues, podrá estar delante de mí?

11 ¿Quién me ha dado a mí primero, para que yo restituya?
Todo lo que hay debajo del cielo es mío.

12 «No callaré sus miembros,
ni sus fuerzas y la buena proporción de su cuerpo.

13 ¿Quién descubrirá la faz de su vestidura?
¿Quién se acercará a él con su doble freno?

14 ¿Quién abrirá las puertas de su rostro?
Los colmillos que lo rodean espantan.

15 Su orgullo son sus fuertes escudos,
cerrados estrechamente entre sí.

16 El uno se junta con el otro,
que viento no entra entre ellos.

17 Pegados están el uno con el otro;
están trabados entre sí, que no se pueden separar.

18 Con sus estornudos lanza destellos,
y sus ojos son como los párpados del alba.

19 De su boca salen llamaradas;
centellas de fuego saltan de ella.

20 De sus narices sale humo,
como de una olla o caldero que hierve.

21 Su aliento enciende los carbones,
y de su boca sale llama.

22 En su cerviz está su fuerza,
y delante de él danza el terror.

23 Las partes más flojas de su carne están endurecidas;
están en él firmes, y no se mueven.

24 Su corazón es firme como una piedra,
y fuerte como la piedra de molino inferior.

25 Cuando él se levanta, los fuertes tienen temor,
y a causa de los quebrantos se purifican.

26 Cuando alguno lo alcanzare, no valdrá espada,
ni lanza, ni dardo, ni coselete.

27 Estima el hierro como paja,
y el bronce como madera podrida.

28 Saeta no le hace huir;
las piedras de honda se le vuelven como tamo.

29 Tiene las maza por hojarasca,
y del blandir de la jabalina se burla.

30 Por debajo tiene tiestos aguzados;
esparce cosas punzantes sobre el lodo.

31 Hace hervir como una olla las aguas profundas,
y torna el mar como una vasija de ungüento.

32 En pos de sí deja una estela resplandeciente,
que parece que el abismo es cano.

33 No hay sobre la tierra quien se le parezca;
animal hecho exento de temor.

34 Menosprecia toda cosa alta;
es rey sobre todos los hijos de soberbia».

Capítulo 42

1 Respondió Job a Yahvé, y dijo:

2 «Yo reconozco que todo lo puedes,
y que no hay pensamiento que se esconda de ti.

3 ¿Quién es el que oscurece el consejo sin conocimiento?
Por tanto, yo hablaba lo que no entendía;
cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía.

4 Oye, te ruego, y hablaré;
te preguntaré, y tú me enseñarás.

5 De oídas te había oído;
mas ahora mis ojos te ven.

6 Por tanto me aborrezco,
y me arrepiento en polvo y ceniza».

7 Y aconteció que después que Yahvé habló estas palabras a Job, Yahvé dijo a Elifaz temanita: «Mi ira se ha encendido contra ti y tus dos amigos; porque no habéis hablado de mí lo que es recto, como mi siervo Job.

8 Ahora, pues, tomad siete becerros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros, y mi siervo Job orará por vosotros; porque de cierto a él admitiré para no trataros afrentosamente, por cuanto no habéis hablado de mí lo que es recto, como mi siervo Job».

9 Fueron, pues, Elifaz temanita, Bildad suhita y Zofar naamatita, e hicieron como Yahvé les dijo; y Yahvé aceptó la oración de Job.

10 Y quitó Yahvé la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job.

11 Y vinieron a él todos sus hermanos y todas sus hermanas, y todos los que antes le habían conocido, y comieron con él pan en su casa, y se condolieron de él, y le consolaron de todo aquel mal que Yahvé había traído sobre él; y cada uno de ellos le dio una pieza de dinero y un anillo de oro.

12 Y bendijo Yahvé el postrer estado de Job más que el primero; porque tuvo catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas.

13 Y tuvo siete hijos y tres hijas.

14 Llamó el nombre de la primera, Jemima; el de la segunda, Cesia; y el de la tercera, Queren-hapuc.

15 Y no se hallaron mujeres tan hermosas como las hijas de Job en toda la tierra; y su padre les dio herencia entre sus hermanos.

16 Después de esto vivió Job ciento cuarenta años, y vio a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación.

17 Y murió Job viejo y lleno de días.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

SALMOS

✦

Salmo 1

1 Bienaventurado el hombre que no sigue el consejo de los impíos,
ni se detiene en la senda de los pecadores,
ni en la reunión de burladores se sienta;

2 sino que en la ley de Yahvé está su delicia.
En su ley medita de día y de noche.

3 Será como un árbol plantado junto a corrientes de agua,
que da su fruto a su tiempo,
y cuya hoja no se marchita.
Todo lo que hace, prosperará.

4 No así los impíos,
que son como la paja que se lleva el viento.

5 Por tanto, no se sostendrán los impíos en el juicio,
ni los pecadores en la asamblea de los justos.

6 Porque Yahvé conoce el camino de los justos,
mas la senda de los impíos perecerá.

Salmo 2

1 ¿Por qué se amotinan las naciones,
y los pueblos trazan planes vanos?

2 Se alzan los reyes de la tierra,
y los príncipes conspiran a una
contra Yahvé y contra su Ungido, diciendo:

3 «Rompamos sus ataduras,
y sacudamos de nosotros sus cuerdas».

4 El que mora en los cielos se ríe;
el Señor se burla de ellos.

5 Luego les hablará en su indignación,
y los aterrará con su furor:

6 «Yo mismo he puesto a mi Rey
sobre Sión, mi monte santo».

7 Proclamaré el decreto de Yahvé; él me dijo:
«Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy.

8 Pídeme, y te daré por herencia las naciones,
y como posesión tuya los confines de la tierra.

9 Los quebrantarás con cetro de hierro;
como vasija de alfarero los desmenuzarás».

10 Ahora, pues, oh reyes, sed sabios;
admitid la corrección, jueces de la tierra.

11 Servid a Yahvé con temor,
y alegraos con temblor.

12 Rendid homenaje al Hijo, no sea que se enoje y perezcáis en el camino;
pues se inflama de pronto su ira.
Bienaventurados todos los que en él confían.

Salmo 3

1 (Un salmo de David, cuando huyó de su hijo Absalón.)
¡Yahvé, cómo han aumentado mis adversarios!
Muchos son los que se levantan contra mí.

2 Son muchos los que dicen de mí,
«No hay ayuda para él en Dios». Selah.

3 Pero tú, Yahvé, eres escudo en torno a mí,
mi gloria, y el que levanta mi cabeza.

4 Con mi voz clamo a Yahvé,
y él me responde desde su santo monte. Selah.

5 Yo me acosté y dormí;
desperté, porque Yahvé me sostiene.

6 No temeré a miríadas de gentes
que se han puesto contra mí en derredor.

7 ¡Levántate, Yahvé!
¡Sálvame, Dios mío!
Pues tú has golpeado a todos mis enemigos en la mejilla;
has roto los dientes de los malvados.

8 De Yahvé es la salvación.
¡Que tu bendición sea sobre tu pueblo! Selah.

Salmo 4

1 (Para el músico principal; con instrumentos de cuerda. Un salmo de David.)
Respóndeme cuando clamo, Dios de mi justicia.
En la angustia me has dado alivio.
Ten piedad de mí y escucha mi oración.

2 Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo convertiréis mi gloria en deshonra?
¿Hasta cuándo amaréis la vanidad y buscaréis la falsedad? Selah.

3 Sabed, pues, que Yahvé ha apartado para sí al piadoso;
Yahvé oirá cuando yo a él clame.

4 Temblad, y no pequéis;
meditad en vuestro corazón sobre vuestro lecho, y guardad silencio. Selah.

5 Ofreced sacrificios de justicia,
y confiad en Yahvé.

6 Muchos dicen: «¿Quién nos mostrará el bien?»
¡Alza sobre nosotros, oh Yahvé, la luz de tu rostro!

7 Has puesto alegría en mi corazón,
mayor que la de ellos cuando abundan su grano y su mosto.

8 En paz me acostaré, y asimismo dormiré,
porque solo tú, Yahvé, me haces vivir confiado.

Salmo 5

1 (Al director musical; para flautas. Salmo de David.)
Escucha mis palabras, oh Yahvé;
considera mi gemido.

2 Atiende a la voz de mi clamor, Rey mío y Dios mío,
porque a ti oro.

3 Oh Yahvé, de mañana oirás mi voz;
de mañana me presentaré ante ti, y esperaré.

4 Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad;
el mal no habitará junto a ti.

5 Los arrogantes no se mantendrán delante de tus ojos;
aborreces a todos los que obran iniquidad.

6 Destruirás a los que hablan mentira;
Yahvé aborrece al hombre sanguinario y engañador.

7 Mas yo, por la abundancia de tu misericordia, entraré en tu casa;
me postraré hacia tu santo templo en tu temor.

8 Guíame, Yahvé, en tu justicia a causa de mis enemigos;
endereza tu camino delante de mí.

9 Porque no hay sinceridad en su boca;
sus entrañas son maldad.
Sepulcro abierto es su garganta;
con su lengua lisonjean.

10 Decláralos culpables, oh Dios;
que caigan por sus propios consejos.
Échalos por la multitud de sus transgresiones,
porque se han rebelado contra ti.

11 Pero que se alegren todos los que en ti confían;
que siempre den voces de júbilo, porque tú los defiendes.
Que se regocijen en ti los que aman tu nombre.

12 Porque tú, oh Yahvé, bendecirás al justo;
como con un escudo lo rodearás de tu favor.

Salmo 6

1 (Al director musical; con instrumentos de cuerda, sobre la lira de ocho cuerdas.
Salmo de David.)
Yahvé, no me reprendas en tu furor,
ni me castigues en tu ira.

2 Ten piedad de mí, Yahvé, porque estoy desfallecido;
sáname, Yahvé, porque mis huesos están estremecidos.

3 Mi alma también está muy angustiada.
Y tú, Yahvé, ¿hasta cuándo?

4 Vuélvete, Yahvé, libra mi alma;
sálvame por tu misericordia.

5 Porque en la muerte no hay memoria de ti.
En el Seol, ¿quién te alabará?

6 Estoy agotado de tanto gemir.
Cada noche inundo mi lecho;
empapo mi cama con mis lágrimas.

7 Mis ojos se consumen por el dolor;
han envejecido a causa de todos mis adversarios.

8 Apartaos de mí, todos los hacedores de iniquidad,
porque Yahvé ha escuchado la voz de mi llanto.

9 Yahvé ha escuchado mi súplica;
Yahvé ha recibido mi oración.

10 Que todos mis enemigos se avergüencen y se turben en gran manera;
que retrocedan y sean deshonrados de repente.

Salmo 7

1 (Meditación de David, que cantó a Yahvé, sobre las palabras de Cus, el benjamita.)
Yahvé, Dios mío, en ti me refugio.
Sálvame de todos los que me persiguen y líbrame,

2 para que no desgarren mi alma como un león,
despedazándome sin que haya quien me libre.

3 Yahvé, Dios mío, si he hecho esto,
si hay iniquidad en mis manos,

4 si he dado mal pago al que estaba en paz conmigo
(yo que he librado al que sin causa era mi adversario),

5 que el enemigo persiga mi alma y la alcance;
sí, que pise mi vida hasta la tierra,
y ponga mi gloria en el polvo. Selah.

6 Levántate, Yahvé, en tu ira.
Levántate contra la furia de mis adversarios.
Despierta en mi favor; tú has ordenado el juicio.

7 Que la asamblea de los pueblos te rodee.
Gobierna sobre ellos en las alturas.

8 Yahvé administra el juicio a los pueblos.
Júzgame, Yahvé, según mi justicia,
y conforme a la integridad que hay en mí.

9 Oh, que la maldad de los malvados llegue a su fin, y establece al justo;
pues las mentes y los corazones son escudriñados por el Dios justo.

10 Mi escudo es Dios,
que salva a los rectos de corazón.

11 Dios es un juez justo,
sí, un Dios que se indigna cada día.

12 Si el hombre no se arrepiente, él afilará su espada;
ha tensado y preparado su arco.

13 También ha preparado para sí mismo los instrumentos de muerte;
prepara sus flechas ardientes.

14 He aquí que el malvado concibe iniquidad.
Sí, se preña de maldad,
y da a luz la falsedad.

15 Ha cavado un pozo, y lo ha hecho profundo,
y ha caído en la fosa que él mismo hizo.

16 Su iniquidad volverá sobre su propia cabeza.
Su violencia caerá sobre su propia coronilla.

17 Daré gracias a Yahvé conforme a su justicia,
y cantaré alabanzas al nombre de Yahvé el Altísimo.

Salmo 8

1 (Al director musical; sobre Gitit. Salmo de David.)
¡Oh Yahvé, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!
Has puesto tu gloria sobre los cielos.

2 De la boca de los niños y de los que maman, fundaste la fortaleza,
a causa de tus adversarios, para hacer callar al enemigo y al vengativo.

3 Cuando contemplo tus cielos, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que tú formaste,

4 digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria?
¿Y el hijo del hombre, para que lo visites?

5 Pues lo has hecho un poco menor que los ángeles,
y lo has coronado de gloria y honra.

6 Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos;
todo lo pusiste debajo de sus pies:

7 Ovejas y bueyes, todo ello,
y asimismo las bestias del campo,

8 las aves de los cielos y los peces del mar;
todo cuanto pasa por los senderos del mar.

9 ¡Oh Yahvé, Señor nuestro,
cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!

Salmo 9

1 (Al director musical; sobre Mut-labén. Salmo de David.)
Daré gracias a Yahvé de todo corazón;
contaré todas tus maravillas.

2 Me alegraré y me regocijaré en ti;
cantaré alabanzas a tu nombre, oh Altísimo.

3 Cuando mis enemigos retroceden,
tropiezan y perecen delante de ti.

4 Porque has defendido mi causa y mi derecho;
te has sentado en el trono, juzgando con justicia.

5 Has reprendido a las naciones,
has destruido a los impíos;
has borrado su nombre para siempre.

6 Los enemigos han perecido, asolados para siempre;
has derribado sus ciudades, y hasta su recuerdo ha perecido.

7 Pero Yahvé permanece para siempre;
ha preparado su trono para el juicio.

8 Él juzgará al mundo con justicia;
administrará el juicio a los pueblos con rectitud.

9 Yahvé también será un alto refugio para los oprimidos;
un refugio en tiempos de angustia.

10 Los que conocen tu nombre pondrán su confianza en ti,
porque tú, Yahvé, no has abandonado a los que te buscan.

11 Cantad alabanzas a Yahvé, que habita en Sión,
y declarad entre los pueblos sus obras.

12 Porque el que pide cuentas de la sangre se acuerda de ellos;
no olvida el clamor de los afligidos.

13 Ten piedad de mí, Yahvé.
Mira la aflicción que padezco por los que me odian,
tú que me levantas de las puertas de la muerte,

14 para que pueda contar todas tus alabanzas.
Me alegraré en tu salvación en las puertas de la hija de Sión.

15 Las naciones se han hundido en la fosa que hicieron;
en la red que escondieron, fue atrapado su propio pie.

16 Yahvé se ha dado a conocer;
ha ejecutado juicio.
El impío es atrapado en la obra de sus propias manos. Higayón. Selah.

17 Los impíos volverán al Seol,
y todas las naciones que se olvidan de Dios.

18 Porque el necesitado no será olvidado para siempre,
ni la esperanza de los pobres perecerá perpetuamente.

19 ¡Levántate, Yahvé! No dejes que el hombre prevalezca;
que las naciones sean juzgadas delante de ti.

20 Infúndeles temor, oh Yahvé;
que las naciones sepan que no son más que hombres. Selah.

Salmo 10

1 ¿Por qué te mantienes lejos, oh Yahvé?
¿Por qué te escondes en los tiempos de angustia?

2 Con arrogancia, el impío persigue al desvalido.
Sean atrapados en las maquinaciones que han ideado.

3 Porque el impío se jacta del deseo de su alma.
Bendice al codicioso y desprecia a Yahvé.

4 El impío, por la altivez de su rostro, no busca a Dios;
no hay lugar para Dios en todos sus pensamientos.

5 Sus caminos prosperan en todo tiempo.
Es arrogante, y tus juicios están muy lejos de su vista.
En cuanto a todos sus adversarios, se burla de ellos.

6 Dice en su corazón: «No seré conmovido.
Jamás me alcanzará el infortunio».

7 Su boca está llena de maldición, de engaño y de fraude.
Debajo de su lengua hay vejación e iniquidad.

8 Se sienta al acecho en las aldeas.
En los escondrijos mata al inocente.
Sus ojos espían en secreto al desvalido.

9 Acecha en oculto como el león en su guarida.
Acecha para arrebatar al pobre.
Arrebata al pobre atrayéndolo a su red.

10 Se encoge, se agacha.
Caen los desvalidos.
Caen bajo sus fuertes garras.

11 Dice en su corazón: «Dios ha olvidado.
Ha ocultado su rostro.
Nunca lo verá».

12 ¡Levántate, oh Yahvé!
¡Oh Dios, alza tu mano!
No te olvides de los pobres.

13 ¿Por qué desprecia el impío a Dios,
y dice en su corazón: «¿Acaso Dios me pedirá cuentas?»

14 Pero tú lo has visto, porque miras el trabajo y la aflicción.
Lo consideras para dar la recompensa con tu mano.
A ti se acoge el desvalido; tú eres el amparo del huérfano.

15 Quebranta el brazo del impío.
En cuanto al hombre malo, busca su maldad hasta que no halles ninguna.

16 ¡Yahvé es Rey eternamente y para siempre!
Las naciones perecerán de su tierra.

17 Oh Yahvé, tú has oído el deseo de los humildes.
Confortarás su corazón.
Harás atento tu oído,

18 para juzgar al huérfano y al oprimido,
a fin de que el hombre de la tierra no aterrorice más.

Salmo 11

1 (Al director musical. Salmo de David.)
En Yahvé me refugio;
¿cómo decís a mi alma: «Huid al monte como ave»?

2 Porque he aquí, los impíos tensan el arco,
preparan sus saetas sobre la cuerda,
para asaetear en oculto a los rectos de corazón.

3 Si fuesen destruidos los fundamentos,
¿qué ha de hacer el justo?

4 Yahvé está en su santo templo;
el trono de Yahvé está en el cielo.
Sus ojos contemplan,
sus párpados examinan a los hijos de los hombres.

5 Yahvé prueba al justo,
pero su alma aborrece al impío y al que ama la violencia.

6 Sobre los impíos hará llover brasas;
fuego, azufre y viento abrasador serán la porción de su cáliz.

7 Porque Yahvé es justo,
y ama la justicia;
los rectos contemplarán su rostro.

Salmo 12

1 (Al director musical; sobre la lira de ocho cuerdas. Salmo de David.)
Salva, oh Yahvé, porque se acaban los piadosos;
porque han desaparecido los fieles de entre los hijos de los hombres.

2 Cada uno miente a su prójimo;
hablan con labios lisonjeros y con doblez de corazón.

3 Corte Yahvé todos los labios lisonjeros,
y la lengua que habla grandezas,

4 los que han dicho: «Por nuestra lengua prevaleceremos;
nuestros labios son nuestros;
¿quién es señor sobre nosotros?»

5 «Por la opresión de los pobres, por el gemido de los menesterosos,
ahora me levantaré», dice Yahvé;
«los pondré a salvo de quienes los desprecian».

6 Las palabras de Yahvé son palabras puras,
como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces.

7 Tú los guardarás, oh Yahvé;
los preservarás para siempre de esta generación.

8 Rondan los impíos por todas partes,
cuando la vileza es exaltada entre los hijos de los hombres.

Salmo 13

1 (Al director musical. Salmo de David.)
¿Hasta cuándo, oh Yahvé?
¿Me olvidarás para siempre?
¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?

2 ¿Hasta cuándo pondré angustia en mi alma,
teniendo tristeza en mi corazón cada día?
¿Hasta cuándo se enaltecerá mi enemigo sobre mí?

3 Mira y respóndeme, oh Yahvé, Dios mío.
Ilumina mis ojos, para que no duerma el sueño de la muerte;

4 para que mi enemigo no diga: «Lo he vencido»;
para que mis adversarios no se alegren si yo resbalo.

5 Mas yo confío en tu misericordia;
mi corazón se regocijará en tu salvación.

6 Cantaré a Yahvé,
porque me ha colmado de bienes.

Salmo 14

1 (Al director musical. Salmo de David.)
El necio ha dicho en su corazón: «No hay Dios».
Se han corrompido,
han cometido hechos abominables;
no hay quien haga el bien.

2 Yahvé miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres,
para ver si había algún entendido
que buscara a Dios.

3 Todos se han desviado,
a una se han corrompido;
no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.

4 ¿No tienen conocimiento todos los hacedores de iniquidad,
que devoran a mi pueblo como si comieran pan,
y a Yahvé no invocan?

5 Allí temblaron de espanto,
porque Dios está con la generación de los justos.

6 Vosotros os burláis del consejo del pobre,
pero Yahvé es su refugio.

7 ¡Oh, que de Sión saliera la salvación de Israel!
Cuando Yahvé restaure la suerte de su pueblo,
se regocijará Jacob, y se alegrará Israel.

Salmo 15

1 (Salmo de David.)
Yahvé, ¿quién habitará en tu santuario?
¿Quién morará en tu santo monte?

2 El que anda en integridad y hace justicia,
y habla verdad en su corazón;

3 el que no calumnia con su lengua,
ni hace mal a su prójimo,
ni admite reproche alguno contra su vecino;

4 aquel a cuyos ojos el vil es menospreciado,
pero honra a los que temen a Yahvé;
el que, aun jurando en daño suyo, no cambia;

5 el que su dinero no da a usura,
ni acepta soborno contra el inocente.
El que hace estas cosas jamás será conmovido.

Salmo 16

1 (Mictam de David.)
Guárdame, oh Dios, porque en ti me refugio.

2 Oh alma mía, dijiste a Yahvé: «Tú eres mi Señor.
No hay para mí bien fuera de ti».

3 Para los santos que están en la tierra,
ellos son los excelentes en quienes está toda mi complacencia.

4 Se multiplicarán los dolores de los que corren tras otro dios.
No ofreceré sus libaciones de sangre,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

5 Yahvé es la porción de mi herencia y de mi copa;
tú sustentas mi suerte.

6 Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos;
y es hermosa la heredad que me ha tocado.

7 Bendeciré a Yahvé, que me aconseja;
aun por las noches me enseña mi conciencia.

8 A Yahvé he puesto siempre delante de mí;
porque él está a mi diestra, no seré conmovido.

9 Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi lengua;
mi carne también reposará confiadamente.

10 Porque no dejarás mi alma en el Seol,
ni permitirás que tu santo vea corrupción.

11 Me mostrarás la senda de la vida;
en tu presencia hay plenitud de gozo,
delicias a tu diestra para siempre.

Salmo 17

1 (Oración de David.)
Escucha, oh Yahvé, mi justa causa; atiende a mi clamor.
Presta oído a mi oración, que no sale de labios engañosos.

2 De tu presencia proceda mi sentencia;
miren tus ojos la rectitud.

3 Tú has probado mi corazón, me has visitado de noche;
me has puesto a prueba y nada malo hallaste;
he resuelto que mi boca no trasgreda.

4 En cuanto a las obras humanas, por la palabra de tus labios
yo me he guardado de las sendas del violento.

5 Mis pasos se han mantenido firmes en tus caminos,
para que mis pies no resbalen.

6 Yo te he invocado, por cuanto tú me oirás, oh Dios;
inclina a mí tu oído, escucha mi palabra.

7 Muestra tus maravillosas misericordias,
tú que salvas a los que se refugian a tu diestra de los que se levantan contra ellos.

8 Guárdame como a la niña de tus ojos;
escóndeme bajo la sombra de tus alas,

9 de la vista de los impíos que me oprimen,
de mis enemigos mortales que me rodean.

10 Cerrados están en su propia gordura;
con su boca hablan con soberbia.

11 Han cercado ahora nuestros pasos;
han puesto sus ojos para derribarnos a tierra.

12 Son como leones ávidos de presa,
como cachorros de león que acechan en escondrijos.

13 Levántate, oh Yahvé, sal a su encuentro, póstrales;
libra mi alma del impío con tu espada,

14 de los hombres, con tu mano, oh Yahvé,
de los hombres de este mundo, cuya porción está en esta vida,
cuyo vientre llenas de tus tesoros.
Sus hijos se sacian,
y dejan lo que les sobra a sus pequeñuelos.

15 En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia;
me saciaré cuando despierte a tu semejanza.

Salmo 18

1 (Al director musical. De David, siervo de Yahvé, el cual dirigió a Yahvé las palabras de este cántico el día en que Yahvé le libró de mano de todos sus enemigos, y de mano de Saúl. Dijo:)
Te amo, oh Yahvé, fortaleza mía.

2 Yahvé, roca mía y castillo mío, y mi libertador;
Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré;
mi escudo, y el cuerno de mi salvación, mi alto refugio.

3 Invocaré a Yahvé, que es digno de ser alabado,
y seré salvo de mis enemigos.

4 Me rodearon ligaduras de muerte,
y torrentes de perversidad me atemorizaron.

5 Ligaduras del Seol me rodearon,
me tendieron lazos de muerte.

6 En mi angustia invoqué a Yahvé,
y clamé a mi Dios.
Él oyó mi voz desde su templo,
y mi clamor llegó delante de él, a sus oídos.

7 La tierra fue conmovida y tembló;
se conmovieron los cimientos de los montes,
y se estremecieron, porque se encendió su ira.

8 Humo subió de su nariz,
y de su boca fuego consumidor;
carbones fueron por él encendidos.

9 Inclinó los cielos, y descendió;
y había densas tinieblas debajo de sus pies.

10 Cabalgó sobre un querubín, y voló;
voló sobre las alas del viento.

11 Puso tinieblas por su escondedero, por cortina suya en derredor de sí;
oscuridad de aguas, nubes de los cielos.

12 Por el resplandor de su presencia, sus nubes pasaron;
granizo y carbones de fuego.

13 Tronó en los cielos Yahvé,
y el Altísimo dio su voz;
granizo y carbones de fuego.

14 Envió sus saetas, y los dispersó;
lanzó relámpagos, y los destruyó.

15 Entonces aparecieron los cauces de las aguas,
y quedaron al descubierto los cimientos del mundo,
a tu reprensión, oh Yahvé, por el soplo del aliento de tu nariz.

16 Envió desde lo alto; me tomó,
me sacó de las muchas aguas.

17 Me libró de mi vigoroso enemigo,
y de los que me aborrecían; pues eran más fuertes que yo.

18 Me asaltaron en el día de mi quebranto,
mas Yahvé fue mi apoyo.

19 Me sacó a lugar espacioso;
me libró, porque se agradó de mí.

20 Yahvé me ha premiado conforme a mi justicia;
conforme a la limpieza de mis manos me ha recompensado.

21 Porque yo he guardado los caminos de Yahvé,
y no me aparté impíamente de mi Dios.

22 Pues todos sus juicios estuvieron delante de mí,
y no he apartado de mí sus estatutos.

23 Fui recto para con él,
y me guardé de mi iniquidad.

24 Por lo cual me ha recompensado Yahvé conforme a mi justicia;
conforme a la limpieza de mis manos delante de sus ojos.

25 Con el misericordioso te mostrarás misericordioso,
y recto para con el hombre íntegro.

26 Limpio te mostrarás para con el limpio,
y severo serás para con el perverso.

27 Porque tú salvarás al pueblo afligido,
y humillarás los ojos altivos.

28 Tú encenderás mi lámpara;
Yahvé mi Dios alumbrará mis tinieblas.

29 Contigo desbarataré ejércitos,
y con mi Dios asaltaré muros.

30 En cuanto a Dios, perfecto es su camino,
y acendrada la palabra de Yahvé;
escudo es a todos los que en él esperan.

31 Porque ¿quién es Dios sino solo Yahvé?
¿Y qué roca hay fuera de nuestro Dios?

32 Dios es el que me ciñe de fuerza,
y quien hace perfecto mi camino;

33 quien hace mis pies como de ciervas,
y me hace estar firme sobre mis alturas;

34 quien adiestra mis manos para la batalla,
para entesar con mis brazos el arco de bronce.

35 Me diste asimismo el escudo de tu salvación;
tu diestra me sustentó,
y tu benignidad me ha engrandecido.

36 Ensanchaste mis pasos debajo de mí,
y mis pies no han resbalado.

37 Perseguí a mis enemigos, y los alcancé,
y no volví hasta acabarlos.

38 Los herí de modo que no pudiesen levantarse;
cayeron debajo de mis pies.

39 Pues me ceñiste de fuerzas para la pelea;
has humillado a mis enemigos debajo de mí.

40 Hiciste que mis enemigos me volviesen las espaldas,
para que yo destruyese a los que me aborrecían.

41 Clamaron, y no hubo quien salvase;
aun a Yahvé, pero no los oyó.

42 Y los molí como polvo delante del viento;
los eché como lodo de las calles.

43 Me has librado de las contiendas del pueblo;
me has hecho cabeza de las naciones;
pueblo que yo no conocía me sirvió.

44 Al oír de mí me obedecieron;
los hijos de extraños se sometieron a mí.

45 Los extraños desmayaron
y salieron temblando de sus encierros.

46 ¡Vive Yahvé, y bendita sea mi roca,
y enaltecido sea el Dios de mi salvación!

47 El Dios que por mí ejecuta venganza,
y somete pueblos debajo de mí;

48 que me libra de mis enemigos,
y aun me eleva sobre los que se levantan contra mí;
me libraste de varón violento.

49 Por tanto yo te confesaré entre las naciones, oh Yahvé,
y cantaré a tu nombre.

50 Él salva gloriosamente a su rey,
y hace misericordia a su ungido,
a David y a su descendencia para siempre.

Salmo 19

1 (Al director musical. Salmo de David.)
Los cielos cuentan la gloria de Dios;
el firmamento anuncia la obra de sus manos.

2 Un día emite palabra a otro día,
y una noche a otra noche declara sabiduría.

3 No hay lenguaje, ni palabras,
donde no se escuche su voz.

4 Por toda la tierra salió su eco,
y hasta el extremo del mundo sus palabras.
En ellos puso un tabernáculo para el sol,

5 y este, como un esposo que sale de su tálamo,
se regocija como un gigante para correr su camino.

6 De un extremo de los cielos es su salida,
y su curso hasta el término de ellos;
y nada hay que se esconda de su calor.

7 La ley de Yahvé es perfecta, que restaura el alma;
el testimonio de Yahvé es fiel, que hace sabio al sencillo.

8 Los mandamientos de Yahvé son rectos, que alegran el corazón;
el precepto de Yahvé es puro, que alumbra los ojos.

9 El temor de Yahvé es limpio, que permanece para siempre;
los juicios de Yahvé son verdad, todos justos.

10 Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado;
y dulces más que miel, y que la que destila del panal.

11 Tu siervo es además amonestado por ellos;
en guardarlos hay grande galardón.

12 ¿Quién podrá entender sus propios errores?
Líbrame de los que me son ocultos.

13 Preserva también a tu siervo de las soberbias;
que no se enseñoreen de mí.
Entonces seré íntegro,

y estaré limpio de gran rebelión.

14 Sean gratas las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón
delante de ti,
oh Yahvé, roca mía, y redentor mío.

Salmo 20

1 (Al director musical. Salmo de David.)
Que Yahvé te responda en el día de la angustia;
que el nombre del Dios de Jacob te defienda,

2 te envíe ayuda desde el santuario,
y desde Sión te sostenga.

3 Recuerde todas tus ofrendas,
y acepte tu holocausto. Selah.

4 Te conceda el deseo de tu corazón,
y cumpla todo tu consejo.

5 Nosotros nos alegraremos en tu salvación,
y alzaremos pendón en el nombre de nuestro Dios.
Que Yahvé conceda todas tus peticiones.

6 Ahora conozco que Yahvé salva a su ungido;
lo oirá desde sus santos cielos,
con la fuerza salvadora de su diestra.

7 Estos confían en carros, y aquellos en caballos;
mas nosotros del nombre de Yahvé nuestro Dios tendremos memoria.

8 Ellos flaquean y caen,
mas nosotros nos levantamos y nos mantenemos en pie.

9 ¡Salva, oh Yahvé!
Que el Rey nos escuche en el día que le invoquemos.

Salmo 21

1 (Al director musical. Salmo de David.)
El rey se alegra en tu poder, oh Yahvé;
¡y en tu salvación, cómo se regocija!

2 Le has concedido el deseo de su corazón,
y no le has negado la petición de sus labios. Selah.

3 Pues le sales al encuentro con bendiciones de bien;
corona de oro fino has puesto sobre su cabeza.

4 Vida te pidió, y se la diste;
largura de días eternamente y para siempre.

5 Grande es su gloria por tu salvación;
honra y majestad has puesto sobre él.

6 Porque lo has hecho bendición para siempre;
lo llenas de gozo con tu presencia.

7 Por cuanto el rey confía en Yahvé,
y en la misericordia del Altísimo, no será conmovido.

8 Alcanzará tu mano a todos tus enemigos;
tu diestra alcanzará a los que te aborrecen.

9 Los pondrás como horno de fuego en el tiempo de tu ira;
Yahvé los deshará en su furor,
y fuego los consumirá.

10 Destruirás su fruto de la tierra,
y su simiente de entre los hijos de los hombres.

11 Porque intentaron el mal contra ti;
fraguaron maquinaciones, mas no prevalecerán.

12 Pues tú los pondrás en fuga,
cuando prepares tus saetas contra sus rostros.

13 Engrandécete, oh Yahvé, en tu poder;
cantaremos y alabaremos tu poderío.

Salmo 22

1 (Al director musical; sobre «Ajelet-sahar». Salmo de David.)
Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?
¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor?

2 Dios mío, clamo de día, y no respondes;
y de noche, y no hay para mí reposo.

3 Pero tú eres santo,
tú que habitas entre las alabanzas de Israel.

4 En ti esperaron nuestros padres;
esperaron, y tú los libraste.

5 Clamaron a ti, y fueron librados;
confiaron en ti, y no fueron avergonzados.

6 Mas yo soy gusano, y no hombre;
oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo.

7 Todos los que me ven me escarnecen;
estiran los labios, menean la cabeza, diciendo:

8 «Se encomendó a Yahvé; líbrele él;
sálvele, puesto que en él se complacía».

9 Pero tú eres el que me sacó del vientre;
el que me hizo estar confiado desde que estaba a los pechos de mi madre.

10 Sobre ti fui echado desde antes de nacer;
desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios.

11 No te alejes de mí, porque la angustia está cerca;
porque no hay quien ayude.

12 Me han rodeado muchos toros;
fuertes toros de Basán me han cercado.

13 Abrieron sobre mí su boca
como león rapaz y rugiente.

14 He sido derramado como aguas,
y todos mis huesos se descoyuntaron;
mi corazón fue como cera,
derritiéndose en medio de mis entrañas.

15 Como un tiesto se secó mi vigor,
y mi lengua se pegó a mi paladar,
y me has puesto en el polvo de la muerte.

16 Porque perros me han rodeado;
me ha cercado cuadrilla de malignos;
horadaron mis manos y mis pies.

17 Contar puedo todos mis huesos;
entre tanto, ellos me miran y me observan.

18 Repartieron entre sí mis vestidos,
y sobre mi ropa echaron suertes.

19 Mas tú, Yahvé, no te alejes;
fortaleza mía, apresúrate a socorrerme.

20 Libra de la espada mi alma,
del poder del perro mi vida.

21 Sálvame de la boca del león,
y líbrame de los cuernos de los búfalos.

22 Anunciaré tu nombre a mis hermanos;
en medio de la congregación te alabaré.

23 Los que teméis a Yahvé, alabadle;
glorificadle, linaje todo de Jacob,
y temedle vosotros, descendencia toda de Israel.

24 Porque no menospreció ni abominó la aflicción del afligido,
ni de él escondió su rostro;
sino que cuando clamó a él, le oyó.

25 De ti será mi alabanza en la gran congregación;
mis votos pagaré delante de los que le temen.

26 Comerán los humildes, y serán saciados;
alabarán a Yahvé los que le buscan;
vivirá vuestro corazón para siempre.

27 Se acordarán, y se volverán a Yahvé todos los confines de la tierra,
y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti.

28 Porque de Yahvé es el reino,
y él regirá las naciones.

29 Comerán y adorarán todos los poderosos de la tierra;
se postrarán delante de él todos los que descienden al polvo,
aun el que no puede conservar la vida a su propia alma.

30 La posteridad le servirá;
será contada a Yahvé la venidera generación.

31 Vendrán, y anunciarán su justicia;
a pueblo no nacido aún, anunciarán que él hizo esto.

Salmo 23

1 (Salmo de David.)
Yahvé es mi pastor;
nada me faltará.

2 En lugares de delicados pastos me hará descansar;
junto a aguas de reposo me pastoreará.

3 Él conforta mi alma;
me guía por sendas de justicia por amor de su nombre.

4 Aunque ande en valle de sombra de muerte,
no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo.
Tu vara y tu cayado
me infundirán aliento.

5 Aderezas mesa delante de mí
en presencia de mis enemigos.
Unges mi cabeza con aceite;
mi copa está rebosando.

6 Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida,
y en la casa de Yahvé moraré para siempre.

Salmo 24

1 (Salmo de David.)
De Yahvé es la tierra y su plenitud;
el mundo, y los que en él habitan.

2 Porque él la fundó sobre los mares,
y la afirmó sobre los ríos.

3 ¿Quién subirá al monte de Yahvé?
¿Y quién estará en su lugar santo?

4 El limpio de manos y puro de corazón;
el que no ha elevado su alma a cosas vanas,
ni jurado con engaño.

5 Él recibirá bendición de Yahvé,
y justicia del Dios de su salvación.

6 Tal es la generación de los que le buscan,
de los que buscan tu rostro, oh Dios de Jacob. Selah.

7 Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,
y alzaos vosotras, puertas eternas,
y entrará el Rey de gloria.

8 ¿Quién es este Rey de gloria?
Yahvé el fuerte y valiente,
Yahvé el poderoso en batalla.

9 Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,
sí, alzaos, puertas eternas,
y entrará el Rey de gloria.

10 ¿Quién es este Rey de gloria?
¡Yahvé de los ejércitos,
él es el Rey de la gloria! Selah.

Salmo 25

1 (De David.)
A ti, oh Yahvé, elevo mi alma.

2 Dios mío, en ti he confiado;
no sea yo avergonzado,
no se alegren de mí mis enemigos.

3 Ciertamente ninguno de cuantos en ti esperan será confundido;
serán avergonzados los que se rebelan sin causa.

4 Muéstrame, oh Yahvé, tus caminos;
enséñame tus sendas.

5 Encamíname en tu verdad, y enséñame,
porque tú eres el Dios de mi salvación;
en ti he esperado todo el día.

6 Acuérdate, oh Yahvé, de tus piedades y de tus misericordias,
porque son perpetuas.

7 De los pecados de mi juventud, y de mis rebeliones, no te acuerdes;
conforme a tu misericordia acuérdate de mí,
por tu bondad, oh Yahvé.

8 Bueno y recto es Yahvé;
por tanto, él enseñará a los pecadores el camino.

9 Encaminará a los humildes por la justicia,
y enseñará a los mansos su carrera.

10 Todas las sendas de Yahvé son misericordia y verdad,
para los que guardan su pacto y sus testimonios.

11 Por amor de tu nombre, oh Yahvé,
perdonarás también mi pecado, que es grande.

12 ¿Quién es el hombre que teme a Yahvé?
Él le enseñará el camino que ha de escoger.

13 Su alma reposará en el bien,
y su descendencia heredará la tierra.

14 La comunión íntima de Yahvé es con los que le temen,
y a ellos hará conocer su pacto.

15 Mis ojos están siempre hacia Yahvé,
porque él sacará mis pies de la red.

16 Mírame, y ten misericordia de mí,
porque estoy desolado y afligido.

17 Las angustias de mi corazón se han aumentado;
sácame de mis congojas.

18 Mira mi aflicción y mi trabajo,
y perdona todos mis pecados.

19 Mira mis enemigos, cómo se han multiplicado,
y con odio violento me aborrecen.

20 Guarda mi alma, y líbrame;
no sea yo avergonzado, porque en ti confié.

21 La integridad y la rectitud me guarden,
porque en ti he esperado.

22 Redime, oh Dios, a Israel,
de todas sus angustias.

Salmo 26

1 (De David.)
Júzgame, oh Yahvé, porque en mi integridad he andado;
he confiado asimismo en Yahvé sin titubear.

2 Escudríñame, oh Yahvé, y pruébame;
examina mis íntimos pensamientos y mi corazón.

3 Porque tu misericordia está delante de mis ojos,
y ando en tu verdad.

4 No me he sentado con hombres falsos,
ni me juntaré con los hipócritas.

5 Aborrezco la reunión de los malignos,
y con los impíos no me sentaré.

6 Lavaré en inocencia mis manos,
y andaré alrededor de tu altar, oh Yahvé,

7 para hacer oír la voz de acción de gracias,
y para contar todas tus maravillas.

8 Yahvé, la habitación de tu casa he amado,
y el lugar de la morada de tu gloria.

9 No arrebates mi alma con los pecadores,
ni mi vida con hombres sanguinarios,

10 en cuyas manos hay iniquidad;
y cuya diestra está llena de sobornos.

11 Mas yo andaré en mi integridad;
redímeme, y ten misericordia de mí.

12 Mi pie está firme en la rectitud;
en las congregaciones bendeciré a Yahvé.

Salmo 27

1 (De David.)
Yahvé es mi luz y mi salvación;
¿a quién temeré?
Yahvé es la fortaleza de mi vida;
¿de quién he de atemorizarme?

2 Cuando se acercaron a mí los malignos para devorar mis carnes,
mis adversarios y mis enemigos, ellos tropezaron y cayeron.

3 Aunque un ejército acampe contra mí,
no temerá mi corazón;
aunque contra mí se levante guerra,
yo estaré confiado.

4 Una cosa he demandado a Yahvé, esta buscaré:
que esté yo en la casa de Yahvé todos los días de mi vida,
para contemplar la hermosura de Yahvé,
y para inquirir en su templo.

5 Porque él me esconderá en su tabernáculo en el día del mal;
me ocultará en lo reservado de su morada;
sobre una roca me pondrá en alto.

6 Y ahora levantará mi cabeza sobre mis enemigos que me rodean;
y yo sacrificaré en su tabernáculo sacrificios de júbilo;
cantaré y entonaré alabanzas a Yahvé.

7 Oye, oh Yahvé, mi voz con que a ti clamo;
ten misericordia de mí, y respóndeme.

8 Mi corazón ha dicho de ti: «Buscad mi rostro».
Tu rostro buscaré, oh Yahvé.

9 No escondas tu rostro de mí;
no apartes con ira a tu siervo.
Mi ayuda has sido;
no me dejes
ni me desampares, Dios de mi salvación.

10 Aunque mi padre y mi madre me dejaran,
con todo, Yahvé me recogerá.

11 Enséñame, oh Yahvé, tu camino,
y guíame por senda de rectitud a causa de mis enemigos.

12 No me entregues a la voluntad de mis enemigos;
porque se han levantado contra mí testigos falsos,
y los que respiran crueldad.

13 Hubiera yo desmayado, si no creyese que
veré la bondad de Yahvé en la tierra de los vivientes.

14 Aguarda a Yahvé;
esfuérzate, y aliéntese tu corazón;
sí, espera a Yahvé.

Salmo 28

1 (De David.)
A ti clamo, oh Yahvé.
Roca mía, no guardes silencio para conmigo;
no sea que, si te callas ante mí,
sea yo semejante a los que descienden al sepulcro.

2 Oye la voz de mis ruegos cuando clamo a ti,
cuando alzo mis manos hacia tu santuario.

3 No me arrebates juntamente con los impíos,
y con los hacedores de iniquidad, que hablan de paz con su prójimo,
pero la maldad está en su corazón.

4 Dales conforme a su obra, y conforme a la perversidad de sus hechos;
dales conforme a la obra de sus manos.
Dales su merecido.

5 Por cuanto no atendieron a los hechos de Yahvé,
ni a la obra de sus manos,
él los derribará, y no los edificará.

6 Bendito sea Yahvé,
porque ha oído la voz de mis ruegos.

7 Yahvé es mi fortaleza y mi escudo;
en él confió mi corazón, y fui ayudado,
por lo que se gozó mi corazón.
Y con mi cántico le alabaré.

8 Yahvé es la fortaleza de su pueblo,
y el refugio salvador de su ungido.

9 Salva a tu pueblo,
y bendice a tu heredad.
Pastoréalos también,

y enaltécelos para siempre.

Salmo 29

1 (Salmo de David.)
Tributad a Yahvé, oh hijos de los poderosos,
tributad a Yahvé la gloria y el poder.

2 Tributad a Yahvé la gloria debida a su nombre;
adorad a Yahvé en la hermosura de la santidad.

3 Voz de Yahvé sobre las aguas;
truena el Dios de gloria, Yahvé sobre las muchas aguas.

4 La voz de Yahvé es potente;
la voz de Yahvé es llena de majestad.

5 La voz de Yahvé quiebra los cedros;
sí, Yahvé quiebra en pedazos los cedros del Líbano.

6 Los hace saltar como becerros;
al Líbano y al Sirión como hijos de búfalo.

7 La voz de Yahvé derrama llamas de fuego.

8 La voz de Yahvé hace temblar el desierto;
hace temblar Yahvé el desierto de Cades.

9 La voz de Yahvé hace parir a las ciervas,
y desnuda los bosques.
En su templo todo proclama: «¡Gloria!»

10 Yahvé preside en el diluvio,
y se sienta Yahvé como Rey para siempre.

11 Yahvé dará poder a su pueblo;
Yahvé bendecirá a su pueblo con paz.

Salmo 30

1 (Salmo. Cántico para la dedicación de la Casa. De David.)
Te exaltaré, oh Yahvé, porque me has levantado,
y no permitiste que mis enemigos se burlaran de mí.

2 Yahvé Dios mío, a ti clamé,
y tú me sanaste.

3 Oh Yahvé, hiciste subir mi alma del Seol;
me diste vida, para que no descendiera a la fosa.

4 Cantad a Yahvé, vosotros sus santos,
y dad gracias a su santo nombre.

5 Porque un momento dura su ira,
pero su favor es para toda la vida.
Por la noche durará el lloro,
y a la mañana vendrá la alegría.

6 En cuanto a mí, en mi prosperidad dije:
«Jamás seré conmovido».

7 Tú, oh Yahvé, por tu favor afirmaste mi monte;
pero escondiste tu rostro, y fui turbado.

8 A ti, oh Yahvé, clamé,
y al Señor hice mi súplica:

9 "¿Qué provecho hay en mi sangre, si desciendo a la fosa?
¿Te alabará el polvo?
¿Anunciará tu verdad?

10 Escucha, oh Yahvé, y ten misericordia de mí;
oh Yahvé, sé tú mi socorro".

11 Has cambiado mi lamento en baile;
me quitaste el cilicio y me ceñiste de alegría,

12 para que mi alma te cante alabanzas y no calle.
Oh Yahvé, Dios mío, te daré gracias para siempre.

Salmo 31

1 (Al director musical. Salmo de David.)
En ti, oh Yahvé, me he refugiado;
no sea yo avergonzado jamás;
líbrame en tu justicia.

2 Inclina a mí tu oído,
líbrame pronto;
sé tú mi roca fuerte,
y fortaleza para salvarme.

3 Porque tú eres mi roca y mi castillo;
por tu nombre me guiarás y me encaminarás.

4 Sácame de la red que han escondido para mí,
pues tú eres mi refugio.

5 En tu mano encomiendo mi espíritu;
tú me has redimido, oh Yahvé, Dios de verdad.

6 Aborrezco a los que esperan en ídolos vanos;
mas yo en Yahvé he confiado.

7 Me gozaré y alegraré en tu misericordia,
porque has visto mi aflicción;
has conocido mi alma en las angustias.

8 No me entregaste en mano del enemigo;
pusiste mis pies en lugar espacioso.

9 Ten misericordia de mí, oh Yahvé, porque estoy en angustia;
se han consumido de tristeza mis ojos, mi alma también y mi cuerpo.

10 Porque mi vida se va gastando de dolor,
y mis años de suspirar;
se agotan mis fuerzas a causa de mi iniquidad,
y mis huesos se han consumido.

11 De todos mis enemigos soy el oprobio,
y de mis vecinos mucho más, y el horror de mis conocidos;
los que me ven en la calle huyen de mí.

12 He sido olvidado de su corazón como un muerto;
he venido a ser como una vasija quebrada.

13 Porque oigo la calumnia de muchos; el miedo me rodea,
mientras consultan juntos contra mí
e idean quitarme la vida.

14 Mas yo en ti confío, oh Yahvé;
digo: «Tú eres mi Dios».

15 En tu mano están mis tiempos;
líbrame de la mano de mis enemigos y de mis perseguidores.

16 Haz resplandecer tu rostro sobre tu siervo;
sálvame por tu misericordia.

17 No sea yo avergonzado, oh Yahvé, ya que te he invocado;
sean avergonzados los impíos,
estén mudos en el Seol.

18 Enmudezcan los labios mentirosos,
que hablan contra el justo cosas duras con soberbia y desprecio.

19 ¡Cuán grande es tu bondad,
que has guardado para los que te temen,
que has mostrado a los que esperan en ti,
delante de los hijos de los hombres!

20 En lo secreto de tu presencia los esconderás de la conspiración del hombre;
los pondrás en un tabernáculo a cubierto de contención de lenguas.

21 Bendito sea Yahvé,
porque ha hecho maravillosa su misericordia para conmigo en ciudad fortificada.

22 Decía yo en mi premura: «Cortado soy de delante de tus ojos»;
pero tú oíste la voz de mis ruegos cuando a ti clamaba.

23 Amad a Yahvé, todos vosotros sus santos;
a los fieles guarda Yahvé,
y paga abundantemente al que procede con soberbia.

24 Esforzaos todos vosotros los que esperáis en Yahvé,
y tome aliento vuestro corazón.

Salmo 32

1 (De David. Masquil.)
Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada,
y cubierto su pecado.

2 Bienaventurado el hombre a quien Yahvé no culpa de iniquidad,
y en cuyo espíritu no hay engaño.

3 Mientras callé, se envejecieron mis huesos
en mi gemir todo el día.

4 Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano;
se volvió mi verdor en sequedades de verano. Selah.

5 Mi pecado te declaré,
y no encubrí mi iniquidad.
Dije: «Confesaré mis transgresiones a Yahvé»;
y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Selah.

6 Por esto orará a ti todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado;
ciertamente en la inundación de muchas aguas no llegarán estas a él.

7 Tú eres mi refugio;
me guardarás de la angustia;
con cánticos de liberación me rodearás. Selah.

8 Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar;
sobre ti fijaré mis ojos.

9 No seáis como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento,
que han de ser sujetados con cabestro y con freno,
porque si no, no se acercan a ti.

10 Muchos dolores habrá para el impío;
mas al que espera en Yahvé, le rodea la misericordia.

11 Alegraos en Yahvé y gozaos, justos;
y cantad con júbilo todos vosotros los rectos de corazón.

Salmo 33

1 Alegraos, oh justos, en Yahvé;
a los rectos es hermosa la alabanza.

2 Aclamad a Yahvé con arpa;
cantadle con salterio y decacordio.

3 Cantadle cántico nuevo;
hacedlo bien, tañendo con júbilo.

4 Porque recta es la palabra de Yahvé,
y toda su obra es hecha con fidelidad.

5 Él ama la justicia y el derecho;
de la misericordia de Yahvé está llena la tierra.

6 Por la palabra de Yahvé fueron hechos los cielos,
y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.

7 Él junta como montón las aguas del mar;
él pone en depósitos los abismos.

8 Tema a Yahvé toda la tierra;
teman delante de él todos los habitantes del mundo.

9 Porque él dijo, y fue hecho;
él mandó, y existió.

10 Yahvé hace nulo el consejo de las naciones,
y frustra las maquinaciones de los pueblos.

11 El consejo de Yahvé permanecerá para siempre;
los pensamientos de su corazón por todas las generaciones.

12 Bienaventurada la nación cuyo Dios es Yahvé,
el pueblo que él escogió como heredad para sí.

13 Desde los cielos miró Yahvé;
vio a todos los hijos de los hombres.

14 Desde el lugar de su morada miró
sobre todos los moradores de la tierra.

15 Él formó el corazón de todos ellos;
atento está a todas sus obras.

16 El rey no se salva por la multitud del ejército,
ni escapa el valiente por la mucha fuerza.

17 Vano para salvarse es el caballo;
la grandeza de su poder a nadie podrá librar.

18 He aquí el ojo de Yahvé sobre los que le temen,
sobre los que esperan en su misericordia,

19 para librar sus almas de la muerte,
y para darles vida en tiempo de hambre.

20 Nuestra alma espera a Yahvé;
nuestra ayuda y nuestro escudo es él.

21 Por tanto, en él se alegrará nuestro corazón,
porque en su santo nombre hemos confiado.

22 Sea tu misericordia, oh Yahvé, sobre nosotros,
según esperamos en ti.

Salmo 34

1 (Salmo de David, cuando mudó su semblante delante de Abimelec, y él lo echó, y se fue.)
Bendeciré a Yahvé en todo tiempo;
su alabanza estará de continuo en mi boca.

2 En Yahvé se gloriará mi alma;
lo oirán los mansos, y se alegrarán.

3 Engrandeced a Yahvé conmigo,
y exaltemos a una su nombre.

4 Busqué a Yahvé, y él me oyó,
y me libró de todos mis temores.

5 Los que miraron a él fueron alumbrados,
y sus rostros no fueron avergonzados.

6 Este pobre clamó, y le oyó Yahvé,
y lo libró de todas sus angustias.

7 El ángel de Yahvé acampa alrededor de los que le temen,
y los defiende.

8 Gustad, y ved que es bueno Yahvé;
dichoso el hombre que confía en él.

9 Temed a Yahvé, vosotros sus santos,
pues nada falta a los que le temen.

10 Los leoncillos necesitan y tienen hambre;
pero los que buscan a Yahvé no tendrán falta de ningún bien.

11 Venid, hijos, oídme;
el temor de Yahvé os enseñaré.

12 ¿Quién es el hombre que desea vida,
que anhela muchos días para ver el bien?

13 Guarda tu lengua del mal,
y tus labios de hablar engaño.

14 Apártate del mal, y haz el bien;
busca la paz, y síguela.

15 Los ojos de Yahvé están sobre los justos,
y atentos sus oídos al clamor de ellos.

16 La ira de Yahvé está contra los que hacen mal,
para raer de la tierra su memoria.

17 Claman los justos, y Yahvé oye,
y los libra de todas sus angustias.

18 Cercano está Yahvé a los quebrantados de corazón;
y salva a los contritos de espíritu.

19 Muchas son las aflicciones del justo,
pero de todas ellas le librará Yahvé.

20 Él guarda todos sus huesos;
ni uno de ellos será quebrantado.

21 Matará al malo la maldad,
y los que aborrecen al justo serán asolados.

22 Yahvé redime el alma de sus siervos,
y no serán asolados cuantos en él confían.

Salmo 35

1 (De David.)
Contiende, oh Yahvé, con los que contienden conmigo;
pelea contra los que me atacan.

2 Echa mano al escudo y al pavés,
y levántate en mi ayuda.

3 Saca la lanza, cierra el paso a mis perseguidores;
di a mi alma: «Yo soy tu salvación».

4 Sean avergonzados y confundidos los que buscan mi vida;
sean vueltos atrás y avergonzados los que mi mal intentan.

5 Sean como el tamo delante del viento,
y el ángel de Yahvé los acose.

6 Sea su camino tenebroso y resbaladizo,
y el ángel de Yahvé los persiga.

7 Porque sin causa escondieron para mí su red en un hoyo;
sin causa cavaron fosa para mi alma.

8 Venga sobre él destrucción sin que lo sepa,
y la red que él escondió lo atrape;
con ruina caiga en ella.

9 Y mi alma se alegrará en Yahvé;
se regocijará en su salvación.

10 Todos mis huesos dirán: "Yahvé, ¿quién como tú,
que libras al afligido del más fuerte que él,
y al pobre y menesteroso del que le despoja?"

11 Se levantan testigos falsos;
de lo que no sé me preguntan.

12 Me devuelven mal por bien,
para aflicción de mi alma.

13 Pero yo, cuando ellos enfermaron, me vestí de cilicio;
afligí con ayuno mi alma,
y mi oración se volvía a mi seno.

14 Como por mi amigo, como por mi hermano andaba;
como el que llora por su madre, enlutado me humillaba.

15 Pero ellos se alegraron en mi adversidad, y se juntaron;
se juntaron contra mí gentes despreciables, y yo no lo entendía;
me despedazaban sin cesar.

16 Como lisonjeros, escarnecedores y truhanes,
crujieron contra mí sus dientes.

17 Señor, ¿hasta cuándo verás esto?
Rescata mi alma de sus destrucciones,
mi vida de los leones.

18 Te confesaré en la gran congregación;
te alabaré entre numeroso pueblo.

19 No se alegren de mí los que sin causa son mis enemigos,
ni los que me aborrecen sin razón hagan guiños.

20 Porque no hablan paz;
y contra los mansos de la tierra piensan palabras engañosas.

21 Ensancharon contra mí su boca;
dijeron: «¡Ea, ea, nuestros ojos lo han visto!»

22 Tú lo has visto, oh Yahvé; no calles;
Señor, no te alejes de mí.

23 Muévete y despierta para hacerme justicia,
Dios mío y Señor mío, para defender mi causa.

24 Júzgame conforme a tu justicia, oh Yahvé Dios mío,
y no se alegren de mí.

25 No digan en su corazón: «¡Ea, alma nuestra!»
No digan: «¡Lo hemos devorado!»

26 Sean avergonzados y confundidos a una los que de mi mal se alegran;
vístanse de vergüenza y de confusión los que se engrandecen contra mí.

27 Canten y alégrense los que están a favor de mi justa causa,
y digan siempre: «Sea exaltado Yahvé,
que ama la paz de su siervo».

28 Y mi lengua hablará de tu justicia
y de tu alabanza todo el día.

Salmo 36

1 (Al director musical. De David, siervo de Yahvé.)
La iniquidad del impío me dice al corazón:
«No hay temor de Dios delante de sus ojos».

2 Se lisonjea, por tanto, en sus propios ojos,
de que su iniquidad no será hallada y aborrecida.

3 Las palabras de su boca son iniquidad y fraude;
ha dejado de ser cuerdo y de hacer el bien.

4 Medita iniquidad sobre su lecho;
se pone en camino no bueno,
y el mal no aborrece.

5 Oh Yahvé, hasta los cielos llega tu misericordia,
y tu fidelidad alcanza hasta las nubes.

6 Tu justicia es como los montes de Dios,
tus juicios, abismo grande.
Oh Yahvé, al hombre y al animal conservas.

7 ¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia!
Por eso los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas.

8 Serán completamente saciados de la abundancia de tu casa,
y tú los abrevarás del torrente de tus delicias.

9 Porque contigo está el manantial de la vida;
en tu luz veremos la luz.

10 Extiende tu misericordia a los que te conocen,
y tu justicia a los rectos de corazón.

11 No venga pie de soberbia contra mí,
y mano de impíos no me mueva.

12 Allí cayeron los hacedores de iniquidad;
fueron derribados, y no podrán levantarse.

Salmo 37

1 (De David.)
No te impacientes a causa de los malignos,
ni tengas envidia de los que hacen iniquidad.

2 Porque como hierba serán pronto cortados,
y como la hierba verde se secarán.

3 Confía en Yahvé, y haz el bien;
habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad.

4 Deléitate asimismo en Yahvé,
y él te concederá las peticiones de tu corazón.

5 Encomienda a Yahvé tu camino,
y confía en él; y él hará.

6 Exhibirá tu justicia como la luz,
y tu derecho como el mediodía.

7 Guarda silencio ante Yahvé, y espera en él.
No te alteres con motivo del que prospera en su camino,
por el hombre que hace maldades.

8 Deja la ira, y desecha el enojo;
no te excites en manera alguna a hacer lo malo.

9 Porque los malignos serán destruidos,
pero los que esperan en Yahvé, ellos heredarán la tierra.

10 Pues de aquí a poco no existirá el malo;
observarás su lugar, y no estará allí.

11 Pero los mansos heredarán la tierra,
y se recrearán con abundancia de paz.

12 Maquina el impío contra el justo,
y cruje contra él sus dientes;

13 el Señor se reirá de él,
porque ve que viene su día.

14 Los impíos desenvainan espada y entesan su arco,
para derribar al pobre y al menesteroso,
para matar a los de recto proceder.

15 Su espada entrará en su mismo corazón,
y su arco será quebrado.

16 Mejor es lo poco del justo,
que las riquezas de muchos pecadores.

17 Porque los brazos de los impíos serán quebrados,
mas el que sostiene a los justos es Yahvé.

18 Conoce Yahvé los días de los perfectos,
y la heredad de ellos será para siempre.

19 No serán avergonzados en el mal tiempo,
y en los días de hambre serán saciados.

20 Mas los impíos perecerán,
y los enemigos de Yahvé como la grasa de los carneros
serán consumidos;
se disiparán como el humo.

21 El impío toma prestado, y no paga;
mas el justo tiene misericordia, y da.

22 Porque los benditos de él heredarán la tierra;
y los malditos de él serán destruidos.

23 Por Yahvé son ordenados los pasos del hombre,
y él aprueba su camino.

24 Cuando el hombre cayere, no quedará postrado,
porque Yahvé sostiene su mano.

25 Joven fui, y he envejecido,
y no he visto justo desamparado,
ni su descendencia que mendigue pan.

26 En todo tiempo tiene misericordia, y presta;
y su descendencia es para bendición.

27 Apártate del mal, y haz el bien,
y vivirás para siempre.

28 Porque Yahvé ama la rectitud,
y no desampara a sus santos.
Para siempre serán guardados,
mas la descendencia de los impíos será destruida.

29 Los justos heredarán la tierra,
y vivirán para siempre sobre ella.

30 La boca del justo habla sabiduría,
y su lengua habla justicia.

31 La ley de su Dios está en su corazón;
por tanto, sus pies no resbalarán.

32 Acecha el impío al justo,
y procura matarlo.

33 Yahvé no lo dejará en sus manos,
ni lo condenará cuando le juzgaren.

34 Espera en Yahvé, y guarda su camino,
y él te exaltará para heredar la tierra;
cuando sean destruidos los pecadores, lo verás.

35 Vi yo al impío sumamente enaltecido,
y que se extendía como laurel verde.

36 Pero él pasó, y he aquí ya no estaba;
lo busqué, y no fue hallado.

37 Considera al íntegro, y mira al justo;
porque hay un final dichoso para el hombre de paz.

38 Mas los transgresores serán todos a una destruidos;
la posteridad de los impíos será extinguida.

39 Pero la salvación de los justos es de Yahvé,
y él es su fortaleza en el tiempo de la angustia.

40 Yahvé los ayudará y los librará;
los libertará de los impíos, y los salvará,
por cuanto en él esperaron.

Salmo 38

1 (Salmo de David. Para hacer memoria.)
Oh Yahvé, no me reprendas en tu ira,
ni me castigues en tu furor.

2 Porque tus saetas cayeron sobre mí,
y sobre mí ha descendido tu mano.

3 Nada hay sano en mi carne a causa de tu ira;
ni hay paz en mis huesos a causa de mi pecado.

4 Porque mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza;
como carga pesada, son demasiado pesadas para mí.

5 Hieden y supuran mis llagas,
a causa de mi necedad.

6 Estoy encorvado, estoy humillado en gran manera,
ando enlutado todo el día.

7 Porque mis lomos están llenos de ardor,
y nada hay sano en mi carne.

8 Estoy debilitado y molido en gran manera;
gimo a causa de la conmoción de mi corazón.

9 Señor, delante de ti están todos mis deseos,
y mi suspiro no te es oculto.

10 Mi corazón palpita fuertemente, me ha dejado mi vigor,
y aun la luz de mis ojos me falta ya.

11 Mis amigos y mis compañeros se mantienen lejos de mi plaga,
y mis parientes se han alejado.

12 Los que buscan mi vida arman lazos,
y los que procuran mi mal hablan iniquidades,
y meditan engaños todo el día.

13 Mas yo, como si fuera sordo, no oigo;
y soy como mudo que no abre la boca.

14 Soy, pues, como un hombre que no oye,
y en cuya boca no hay reprensiones.

15 Porque en ti, oh Yahvé, he esperado;
tú responderás, oh Señor Dios mío.

16 Porque dije: «No se alegren de mí;
cuando mi pie resbale, no se engrandezcan sobre mí».

17 Pero yo estoy a punto de caer,
y mi dolor está delante de mí continuamente.

18 Por tanto, confesaré mi maldad,
y me congojaré por mi pecado.

19 Porque mis enemigos están vivos y fuertes,
y se han aumentado los que me aborrecen sin causa.

20 Los que pagan mal por bien
me son contrarios, por seguir yo lo bueno.

21 No me desampares, oh Yahvé;
Dios mío, no te alejes de mí.

22 Apresúrate a ayudarme,
oh Señor, mi salvación.

Salmo 39

1 (Al director musical. Sobre Jedutún. Salmo de David.)
Dije: «Atenderé a mis caminos, para no pecar con mi lengua;
guardaré mi boca con freno, en tanto que el impío esté delante de mí».

2 Enmudecí, guardé silencio,
y me callé aun respecto de lo bueno;
y se agravó mi dolor.

3 Se enardeció mi corazón dentro de mí;
en mi meditación se encendió fuego,
y así proferí con mi lengua:

4 «Hazme saber, oh Yahvé, mi fin,
y cuánta sea la medida de mis días;
sepa yo cuán frágil soy.

5 He aquí, has hecho mis días cortos como palmos,
y mi vida es como nada delante de ti.
Ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive. Selah.

6 Ciertamente como una sombra es el hombre;
ciertamente en vano se afana;
amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá.

7 Y ahora, Señor, ¿qué esperaré?
Mi esperanza está en ti.

8 Líbrame de todas mis transgresiones;
no me pongas por escarnio del insensato.

9 Enmudecí, no abrí mi boca,
porque tú lo hiciste.

10 Quita de sobre mí tu plaga;
estoy consumido bajo los golpes de tu mano.

11 Con castigos por el pecado corriges al hombre,
y deshaces como polilla lo más estimado de él.
Ciertamente, vanidad es todo hombre. Selah.

12 Escucha mi oración, oh Yahvé, y presta oído a mi clamor;
no calles ante mis lágrimas.
Porque forastero soy para ti,
y advenedizo, como todos mis padres.

13 Déjame, y tomaré fuerzas,
antes que me vaya y perezca».

Salmo 40

1 (Al director musical. Salmo de David.)
Pacientemente esperé a Yahvé,
y se inclinó a mí, y oyó mi clamor.

2 Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso;
puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos.

3 Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios.
Verán esto muchos, y temerán, y confiarán en Yahvé.

4 Bienaventurado el hombre que puso en Yahvé su confianza,
y no mira a los soberbios, ni a los que se desvían tras la mentira.

5 Has aumentado, oh Yahvé Dios mío, tus maravillas;
y tus pensamientos para con nosotros, no es posible contarlos ante ti.
Si yo anunciare y hablare de ellos,
no pueden ser enumerados.

6 Sacrificio y ofrenda no te agrada;
has abierto mis oídos;
holocausto y expiación no has demandado.

7 Entonces dije: «He aquí, vengo;
en el rollo del libro está escrito de mí;

8 el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado,
y tu ley está en medio de mi corazón».

9 He anunciado justicia en la grande congregación;
he aquí, no refrené mis labios, Yahvé, tú lo sabes.

10 No encubrí tu justicia dentro de mi corazón;
he publicado tu fidelidad y tu salvación;
no oculté tu misericordia y tu verdad en la grande congregación.

11 Yahvé, no retengas de mí tus misericordias;
tu misericordia y tu verdad me guarden siempre.

12 Porque me han rodeado males sin número;
me han alcanzado mis maldades, y no puedo levantar la vista.
Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza,
y mi corazón me falla.

13 Quieras, oh Yahvé, librarme;
Yahvé, apresúrate a socorrerme.

14 Sean avergonzados y confundidos a una los que buscan mi vida para destruirla.
Vuelvan atrás y sean avergonzados los que mi mal desean;

15 sean asolados en pago de su afrenta los que me dicen: «¡Ea, ea!»

16 Gócense y alégrense en ti todos los que te buscan,
y digan siempre los que aman tu salvación: «¡Yahvé sea enaltecido!»

17 Aunque afligido yo y necesitado,
Yahvé pensará en mí.
Mi ayuda y mi libertador eres tú;
Dios mío, no te tardes.

Salmo 41

1 (Al director musical. Salmo de David.)
Bienaventurado el que piensa en el pobre;
en el día malo lo librará Yahvé.

2 Yahvé lo guardará, y le dará vida;
será bienaventurado en la tierra,
y no lo entregarás a la voluntad de sus enemigos.

3 Yahvé lo sustentará sobre el lecho del dolor;
mullirás toda su cama en su enfermedad.

4 Yo dije: «Yahvé, ten misericordia de mí;
sana mi alma, porque contra ti he pecado».

5 Mis enemigos dicen mal de mí, preguntando:
«¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre?»

6 Y si alguno viene a verme, habla mentiras;
su corazón recoge para sí iniquidad,
y al salir fuera la divulga.

7 Reunidos murmuran contra mí todos los que me aborrecen;
contra mí piensan mal, diciendo de mí:

8 «Cosa pestilencial se ha apoderado de él;
y el que cayó en cama no volverá a levantarse».

9 Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba,
el que de mi pan comía,
alzó contra mí el calcañar.

10 Mas tú, Yahvé, ten misericordia de mí, y hazme levantar,
y les daré el pago.

11 En esto conoceré que te he agradado,
en que mi enemigo no se huelgue de mí.

12 En cuanto a mí, en mi integridad me has sustentado,
y me has hecho estar delante de tu rostro para siempre.

13 Bendito sea Yahvé, el Dios de Israel,
desde la eternidad y hasta la eternidad.
Amén y amén.

Salmo 42

1 (Al director musical. Masquil de los hijos de Coré.)
Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas,
así clama por ti, oh Dios, el alma mía.

2 Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo;
¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?

3 Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche,
mientras me dicen todos los días: «¿Dónde está tu Dios?»

4 Me acuerdo de estas cosas, y derramo mi alma dentro de mí;
de cómo yo fui con la multitud, y la conduje hasta la casa de Dios,
entre voces de alegría y de alabanza del pueblo en fiesta.

5 ¿Por qué te abates, oh alma mía,
y te turbas dentro de mí?
Espera en Dios;
porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío.

6 Dios mío, mi alma está abatida en mí;
me acordaré, por tanto, de ti desde la tierra del Jordán,
y de los hermonitas, desde el monte de Mizar.

7 Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas;
todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí.

8 Pero de día mandará Yahvé su misericordia,
y de noche su cántico estará conmigo,
y mi oración al Dios de mi vida.

9 Diré a Dios: Roca mía, «¿por qué te has olvidado de mí?
¿Por qué andaré yo enlutado por la opresión del enemigo?»

10 Como quebrantamiento de mis huesos, mis enemigos me afrentan,
diciéndome cada día: «¿Dónde está tu Dios?»

11 ¿Por qué te abates, oh alma mía,
y por qué te turbas dentro de mí?
Espera en Dios; porque aún he de alabarle,
salvación mía y Dios mío.

Salmo 43

1 Júzgame, oh Dios, y defiende mi causa;
líbrame de gente impía, y del hombre engañoso e inicuo.

2 Pues que tú eres el Dios de mi fortaleza, ¿por qué me has desechado?
¿Por qué andaré enlutado por la opresión del enemigo?

3 Envía tu luz y tu verdad;
estas me guiarán;
me conducirán a tu santo monte,
y a tus moradas.

4 Entraré al altar de Dios,
al Dios de mi alegría y de mi gozo;
y te alabaré con arpa, oh Dios, Dios mío.

5 ¿Por qué te abates, oh alma mía,
y por qué te turbas dentro de mí?
Espera en Dios;

porque aún he de alabarle,
salvación mía y Dios mío.

Salmo 44

1 (Al director musical. Masquil de los hijos de Coré.)
Oh Dios, con nuestros oídos hemos oído,
nuestros padres nos han contado,
la obra que hiciste en sus días, en los tiempos antiguos.

2 Tú con tu mano echaste a las naciones, y a ellos los plantaste;
afligiste a los pueblos, y los multiplicaste.

3 Porque no se apoderaron de la tierra por su espada,
ni su propio brazo los salvó;
sino tu diestra, y tu brazo, y la luz de tu rostro,
porque te complaciste en ellos.

4 Tú, oh Dios, eres mi Rey;
manda salvación a Jacob.

5 Por medio de ti sacudiremos a nuestros enemigos;
en tu nombre hollaremos a los que se levantan contra nosotros.

6 Porque no confiaré en mi arco,
ni mi espada me salvará.

7 Pues tú nos has guardado de nuestros enemigos,
y has avergonzado a los que nos aborrecían.

8 En Dios nos gloriaremos todo el tiempo,
y para siempre alabaremos tu nombre. Selah.

9 Pero ahora nos has desechado y nos has avergonzado;
y ya no sales con nuestros ejércitos.

10 Nos hiciste retroceder delante del enemigo,
y nos saquean los que nos aborrecen.

11 Nos entregas como ovejas al matadero,
y nos has esparcido entre las naciones.

12 Has vendido a tu pueblo de balde;
no exigiste ningún precio por ellos.

13 Nos pones por afrenta de nuestros vecinos,
por escarnio y por burla de los que nos rodean.

14 Nos pones por proverbio entre las naciones,
por motivo de menear la cabeza entre los pueblos.

15 Cada día mi vergüenza está delante de mí,
y la confusión de mi rostro me cubre,

16 por la voz del que me vitupera y deshonra,
por causa del enemigo y del vengativo.

17 Todo esto nos ha venido, y no nos hemos olvidado de ti;
no hemos faltado a tu pacto.

18 No se ha vuelto atrás nuestro corazón,
ni se han apartado de tus caminos nuestros pasos,

19 para que nos quebrantases en la guarida de los chacales,
y nos cubrieses con sombra de muerte.

20 Si nos hubiésemos olvidado del nombre de nuestro Dios,
o alzado nuestras manos a un dios ajeno,

21 ¿no demandaría Dios esto?
Porque él conoce los secretos del corazón.

22 Pero por causa de ti nos matan cada día;
somos contados como ovejas para el matadero.

23 ¡Despierta!
¿Por qué duermes, Señor?
¡Levántate!
No nos deseches para siempre.

24 ¿Por qué escondes tu rostro,
y te olvidas de nuestra aflicción y de nuestra opresión?

25 Porque nuestra alma está agobiada hasta el polvo;
nuestro cuerpo está postrado hasta la tierra.

26 Levántate para ayudarnos,
y redímenos por causa de tu misericordia.

Salmo 45

1 (Al director musical. Sobre Lirios. Masquil de los hijos de Coré. Canción de amores.)
Rebosa mi corazón palabra buena;
dirijo al rey mi canto;
mi lengua es pluma de escribiente muy ligero.

2 Eres el más hermoso de los hijos de los hombres;
la gracia se derramó en tus labios;
por tanto, Dios te ha bendecido para siempre.

3 Ciñe tu espada sobre el muslo, oh valiente,
con tu gloria y con tu majestad.

4 En tu gloria sé prosperado; cabalga victorioso en nombre de la verdad, de la humildad y de la justicia;
y tu diestra te enseñará cosas terribles.

5 Tus saetas agudas,
con que caerán pueblos debajo de ti,
penetrarán en el corazón de los enemigos del rey.

6 Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre;
cetro de justicia es el cetro de tu reino.

7 Has amado la justicia y aborrecido la maldad;
por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros.

8 Mirra, áloe y casia exhalan todos tus vestidos;
desde palacios de marfil te recrean los instrumentos de cuerda.

9 Hijas de reyes están entre tus ilustres;
está la reina a tu diestra con oro de Ofir.

10 Oye, hija, y mira, e inclina tu oído;
olvida tu pueblo, y la casa de tu padre;

11 y deseará el rey tu hermosura;
e inclínate a él, porque él es tu señor.

12 Y las hijas de Tiro vendrán con presentes;
implorarán tu favor los ricos del pueblo.

13 Toda gloriosa es la hija del rey en su morada;
de brocado de oro es su vestido.

14 Con vestidos bordados será llevada al rey;
vírgenes irán en pos de ella,
compañeras suyas serán traídas a ti.

15 Serán traídas con alegría y gozo;
entrarán en el palacio del rey.

16 En lugar de tus padres serán tus hijos,
a quienes harás príncipes en toda la tierra.

17 Haré perpetua la memoria de tu nombre en todas las generaciones,
por lo cual te alabarán los pueblos eternamente y para siempre.

Salmo 46

1 (Al director musical. De los hijos de Coré. Sobre Alamot. Cántico.)
Dios es nuestro amparo y fortaleza,
nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.

2 Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida,
y se traspasen los montes al corazón del mar;

3 aunque bramen y se turben sus aguas,
y tiemblen los montes a causa de su braveza. Selah.

4 Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios,
el santuario de las moradas del Altísimo.

5 Dios está en medio de ella; no será conmovida.
Dios la ayudará al clarear la mañana.

6 Bramaron las naciones, titubearon los reinos;
dio él su voz, se derritió la tierra.

7 Yahvé de los ejércitos está con nosotros;
nuestro refugio es el Dios de Jacob. Selah.

8 Venid, ved las obras de Yahvé,
que ha puesto asolamientos en la tierra.

9 Que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra.
Que quiebra el arco, corta la lanza,
y quema los carros en el fuego.

10 «Estad quietos, y conoced que yo soy Dios;
seré exaltado entre las naciones;
enaltecido seré en la tierra».

11 Yahvé de los ejércitos está con nosotros;
nuestro refugio es el Dios de Jacob. Selah.

Salmo 47

1 (Al director musical. Salmo de los hijos de Coré.)
Pueblos todos, batid las manos;
aclamad a Dios con voz de júbilo.

2 Porque Yahvé el Altísimo es temible;
Rey grande sobre toda la tierra.

3 Él someterá a los pueblos debajo de nosotros,
y a las naciones debajo de nuestros pies.

4 Él nos elegirá nuestras heredades,
la hermosura de Jacob, al cual amó. Selah.

5 Subió Dios con júbilo,
Yahvé con sonido de trompeta.

6 Cantad a Dios, cantad;
cantad a nuestro Rey, cantad.

7 Porque Dios es el Rey de toda la tierra;
cantad con inteligencia.

8 Reinó Dios sobre las naciones;
se sentó Dios sobre su santo trono.

9 Los príncipes de los pueblos se reunieron,
como pueblo del Dios de Abraham;
porque de Dios son los escudos de la tierra;
él es muy exaltado.

Salmo 48

1 (Cántico. Salmo de los hijos de Coré.)
Grande es Yahvé, y digno de suprema alabanza,
en la ciudad de nuestro Dios, en su santo monte.

2 ¡Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra,
es el monte de Sion, a los lados del norte,
la ciudad del gran Rey!

3 En sus palacios Dios es conocido por refugio.

4 Porque he aquí los reyes de la tierra se reunieron;
pasaron todos juntos.

5 Y viéndola ellos así, se maravillaron,
se turbaron, se apresuraron a huir.

6 Les tomó allí temblor;
dolor como de mujer que da a luz.

7 Con viento solano quiebras tú las naves de Tarsis.

8 Como lo oímos, así lo hemos visto
en la ciudad de Yahvé de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios;
la afirmará Dios para siempre. Selah.

9 Nos acordamos de tu misericordia, oh Dios,
en medio de tu templo.

10 Conforme a tu nombre, oh Dios,
así es tu loor hasta los fines de la tierra;
de justicia está llena tu diestra.

11 Se alegrará el monte de Sion;
se gozarán las hijas de Judá por tus juicios.

12 Andad alrededor de Sion, y rodeadla;
contad sus torres.

13 Considerad atentamente su antemuro,
mirad sus palacios;
para que lo contéis a la generación venidera.

14 Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre;
él nos guiará aun más allá de la muerte.

Salmo 49

1 (Al director musical. Salmo de los hijos de Coré.)
Oíd esto, pueblos todos;
escuchad, habitantes todos del mundo,

2 así los plebeyos como los nobles,
el rico y el pobre juntamente.

3 Mi boca hablará sabiduría,
y la meditación de mi corazón será inteligencia.

4 Inclinaré al proverbio mi oído;
declararé con el arpa mi enigma.

5 ¿Por qué he de temer en los días de adversidad,
cuando la iniquidad de mis opresores me rodeare?

6 Los que confían en sus bienes,
y de la muchedumbre de sus riquezas se jactan,

7 ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano,
ni dar a Dios su rescate

8 (porque la redención de su vida es de gran precio,
y no se logrará jamás),

9 para que viva en adelante para siempre,
y nunca vea corrupción.

10 Pues verá que aun los sabios mueren;
que perecen del mismo modo el insensato y el necio,
y dejan a otros sus riquezas.

11 Su íntimo pensamiento es que sus casas serán eternas,
y sus moradas para todas las generaciones;
llaman a sus tierras con sus propios nombres.

12 Mas el hombre no permanecerá en honra;
es semejante a las bestias que perecen.

13 Este su camino es locura;
con todo, sus descendientes se complacen en el dicho de ellos. Selah.

14 Como a rebaños que son conducidos al Seol,
la muerte los pastoreará,
y los rectos se enseñorearán de ellos por la mañana;
se consumirá su buen parecer, y el Seol será su morada.

15 Pero Dios redimirá mi vida del poder del Seol,
porque él me tomará consigo. Selah.

16 No temas cuando se enriquece alguno,
cuando aumenta la gloria de su casa;

17 porque cuando muera no llevará nada,
ni descenderá tras él su gloria.

18 Aunque mientras viva, llame dichosa a su alma
(y los hombres te alaban cuando prosperas),

19 irá a la generación de sus padres,
y nunca más verá la luz.

20 El hombre que está en honra y no entiende,
semejante es a las bestias que perecen.

Salmo 50

1 (Salmo de Asaf.)
El Dios de dioses, Yahvé, ha hablado,
y convocado la tierra, desde el nacimiento del sol hasta donde se pone.

2 De Sion, perfección de hermosura,
Dios ha resplandecido.

3 Vendrá nuestro Dios, y no callará;
fuego consumirá delante de él,
y tempestad muy turbulenta le rodeará.

4 Convocará a los cielos de arriba,
y a la tierra, para juzgar a su pueblo.

5 «Juntadme a mis santos,
los que hicieron conmigo pacto con sacrificio».

6 Y los cielos declararán su justicia,
porque Dios es el juez. Selah.

7 «Oye, pueblo mío, y hablaré;
escucha, Israel, y testificaré contra ti:
Yo soy Dios, el Dios tuyo.

8 No te reprenderé por tus sacrificios,
ni por tus holocaustos, que están continuamente delante de mí.

9 No tomaré becerro de tu casa,
ni machos cabríos de tus apriscos.

10 Porque mía es toda bestia del bosque,
y los millares de animales en los collados.

11 Conozco a todas las aves de los montes,
y todo lo que se mueve en los campos me pertenece.

12 Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti;
porque mío es el mundo y su plenitud.

13 ¿He de comer yo carne de toros,
o de beber sangre de machos cabríos?

14 Sacrifica a Dios alabanza,
y paga tus votos al Altísimo;

15 e invócame en el día de la angustia;
te libraré, y tú me honrarás».

16 Pero al impío dijo Dios:
"¿Qué tienes tú que contar mis leyes,
y que tomar mi pacto en tu boca,

17 pues tú aborreces la corrección,
y echas a tu espalda mis palabras?

18 Si veías al ladrón, tú consentías con él,
y con los adúlteros era tu parte.

19 Tu boca metías en mal,
y tu lengua componía engaño.

20 Te sentabas y hablabas contra tu hermano;
contra el hijo de tu madre ponías infamia.

21 Estas cosas hiciste, y yo he callado;
pensabas que de cierto sería yo como tú;
pero te reprenderé, y las pondré delante de tus ojos.

22 Entended ahora esto, los que os olvidáis de Dios,
no sea que os despedace, y no haya quien os libre.

23 El que sacrifica alabanza me honrará;
y al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios".

Salmo 51

1 (Para el músico principal. Salmo de David, cuando el profeta Natán acudió a él,
después de haber entrado en casa de Betsabé.)
Ten piedad de mí, oh Dios, según tu misericordia.
Según la multitud de tus piedades, borra mis transgresiones.

2 Lávame por completo de mi iniquidad.
Límpiame de mi pecado.

3 Porque yo reconozco mis transgresiones.
Mi pecado está constantemente ante mí.

4 Contra ti, y solo contra ti, he pecado,
y he hecho lo malo ante tus ojos,
de modo que eres justo cuando hablas,
y puro cuando juzgas.

5 He aquí que en iniquidad fui formado.
Mi madre me concibió en pecado.

6 He aquí que deseas la verdad en lo íntimo.
Me enseñas la sabiduría en lo más secreto.

7 Purifícame con hisopo, y quedaré limpio.
Lávame, y quedaré más blanco que la nieve.

8 Hazme oír el gozo y la alegría,
para que se regocijen los huesos que has quebrantado.

9 Esconde tu rostro de mis pecados,
y borra todas mis iniquidades.

10 Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio.
Renueva un espíritu recto dentro de mí.

11 No me eches de tu presencia,
y no me quites tu santo Espíritu.

12 Devuélveme el gozo de tu salvación.
Sosténme con un espíritu dispuesto.

13 Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos.
Y los pecadores se convertirán a ti.

14 Líbrame del delito de sangre, oh Dios, Dios de mi salvación.
Mi lengua aclamará tu justicia.

15 Señor, abre mis labios.
Mi boca proclamará tu alabanza.

16 Porque no te complaces en el sacrificio, que yo lo daría.
No te agrada el holocausto.

17 Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado.
Al corazón contrito y humillado no despreciarás, oh Dios.

18 Haz bien a Sión en tu benevolencia.
Edifica los muros de Jerusalén.

19 Entonces te agradarán los sacrificios de justicia,
el holocausto y la ofrenda del todo quemada.
Entonces ofrecerán becerros sobre tu altar.

Salmo 52

1 (Para el músico principal. Contemplación de David, cuando Doeg el edomita vino y le dijo a Saúl: «David ha venido a la casa de Ahimelec».)
¿Por qué te jactas de la maldad, oh hombre poderoso?
La misericordia de Dios perdura continuamente.

2 Tu lengua trama destrucción;
es como una navaja afilada, obrando con engaño.

3 Amas el mal más que el bien,
la mentira en lugar de decir la verdad. Selah.

4 Amas todas las palabras perniciosas,
oh lengua engañosa.

5 Dios también te destruirá para siempre;
te arrebatará y te sacará de tu morada,
y te arrancará de la tierra de los vivientes. Selah.

6 Verán esto los justos y temerán,
y se reirán de él, diciendo:

7 «He aquí el hombre que no puso a Dios por su fortaleza,
sino que confió en la abundancia de sus riquezas,
y se fortaleció en su perversidad».

8 Pero yo soy como un olivo verde en la casa de Dios;
confío en la misericordia de Dios eterna y para siempre.

9 Te alabaré para siempre por lo que has hecho;
y esperaré en tu nombre, porque es bueno,
delante de tus santos.

Salmo 53

1 (Para el músico principal. Sobre Mahalat. Contemplación de David.)
El necio ha dicho en su corazón: «No hay Dios».
Se han corrompido y han cometido abominable iniquidad.
No hay quien haga el bien.

2 Dios mira desde el cielo a los hijos de los hombres,
para ver si hay algún entendido,
que busque a Dios.

3 Todos se han desviado.
A una se han corrompido.
No hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno.

4 ¿Acaso no tienen conocimiento los obradores de iniquidad,
que devoran a mi pueblo como si comieran pan,
y no invocan a Dios?

5 Allí temblaron de gran pavor, donde no había pavor,
porque Dios esparció los huesos del que acampó contra ti.
Tú los avergonzaste,
porque Dios los ha desechado.

6 ¡Oh, que de Sión saliera la salvación de Israel!
Cuando Dios restaure de la cautividad a su pueblo,
se regocijará Jacob,
y se alegrará Israel.

Salmo 54

1 (Para el músico principal. Sobre instrumentos de cuerda. Contemplación de David, cuando los zifeos vinieron y dijeron a Saúl: «¿No se esconde David entre nosotros?»)
Oh Dios, sálvame por tu nombre.
Y con tu poder defiéndeme.

2 Oh Dios, escucha mi oración.
Presta oído a las palabras de mi boca.

3 Porque extraños se han levantado contra mí.
Hombres violentos buscan mi vida.
No han puesto a Dios delante de sí. Selah.

4 He aquí, Dios es el que me ayuda.
El Señor es quien sostiene mi vida.

5 Él devolverá el mal a mis enemigos.
Destrúyelos en tu verdad.

6 Voluntariamente te ofreceré sacrificios.
Alabaré tu nombre, oh Yahvé, porque es bueno.

7 Porque me ha librado de toda angustia.
Y mis ojos han visto la ruina de mis enemigos.

Salmo 55

1 (Para el músico principal. Sobre instrumentos de cuerda. Contemplación de David.)
Escucha mi oración, oh Dios.
No te escondas de mi súplica.

2 Atiéndeme y respóndeme.
Estoy turbado en mi queja, y gimo

3 a causa de la voz del enemigo,
por la opresión del impío.
Porque echan iniquidad sobre mí,
y con furor me persiguen.

4 Mi corazón está gravemente dolorido en mi interior.
Los terrores de la muerte han caído sobre mí.

5 Temor y temblor se han apoderado de mí.
El horror me ha abrumado.

6 Y dije: «¡Oh, si tuviera alas como la paloma!
Entonces volaría y descansaría.

7 He aquí que huiría lejos.
Me alojaría en el desierto». Selah.

8 «Me apresuraría a buscar refugio del viento tempestuoso y de la tormenta».

9 Confúndelos, Señor, y divide sus lenguas,
porque he visto violencia y rencilla en la ciudad.

10 Día y noche la rondan sobre sus muros.
La iniquidad y el abuso también están en medio de ella.

11 Fuerzas destructivas están en su interior.
La opresión y el engaño no se apartan de sus calles.

12 Porque si un enemigo me hubiera afrentado,
entonces podría haberlo soportado.
Si el que me odiaba se hubiera alzado contra mí,
entonces me habría escondido de él.

13 Pero fuiste tú, un hombre de mi propio rango,
mi compañero y mi amigo íntimo.

14 Juntos compartíamos dulce comunión.
Caminábamos en la casa de Dios entre la multitud.

15 Que la muerte los sorprenda.
Que desciendan vivos al Seol,
porque la maldad está en sus moradas, en medio de ellos.

16 En cuanto a mí, a Dios clamaré.
Y Yahvé me salvará.

17 Tarde, mañana y a mediodía me quejaré y gemiré.
Y él escuchará mi voz.

18 Él ha redimido mi alma en paz de la guerra que se levantó contra mí,
aunque eran muchos mis adversarios.

19 Dios, que reina desde la antigüedad,
los escuchará y los humillará. Selah.
Porque en ellos no hay cambio,
ni temen a Dios.

20 Extendió sus manos contra los que estaban en paz con él.
Ha violado su pacto.

21 Su boca era más suave que la mantequilla,
pero la guerra estaba en su corazón.
Sus palabras eran más suaves que el aceite,
sin embargo, eran espadas desenvainadas.

22 Echa tu carga sobre Yahvé, y él te sostendrá.
No dejará para siempre caído al justo.

23 Pero tú, oh Dios, los harás descender al pozo de la perdición.
Los hombres sanguinarios y engañadores no vivirán la mitad de sus días,
pero yo confiaré en ti.

Salmo 56

1 (Para el músico principal. Sobre «La paloma silenciosa en tierras lejanas». Mictam de David, cuando los filisteos lo apresaron en Gat.)
Ten piedad de mí, oh Dios, porque el hombre quiere devorarme.
Todo el día me ataca y me oprime.

2 Mis enemigos quieren devorarme todo el día,
porque son muchos los que luchan con soberbia contra mí.

3 En el día que temo,
yo pondré mi confianza en ti.

4 En Dios alabaré su palabra.
En Dios he puesto mi confianza.
No temeré.
¿Qué puede hacerme la carne?

5 Todo el día tuercen mis palabras.
Todos sus pensamientos son contra mí para mal.

6 Se reúnen y se esconden,
vigilan mis pasos,
esperando para quitarme la vida.

7 ¿Escaparán ellos con su iniquidad?
En tu ira, oh Dios, derriba a los pueblos.

8 Tú cuentas mis huidas.
Pon mis lágrimas en tu redoma.
¿Acaso no están en tu libro?

9 Entonces mis enemigos retrocederán el día en que yo clame.
Esto sé: que Dios está por mí.

10 En Dios alabaré su palabra.
En Yahvé alabaré su palabra.

11 En Dios he puesto mi confianza.
No temeré.
¿Qué puede hacerme el hombre?

12 Sobre mí, oh Dios, están tus votos.
Te pagaré ofrendas de acción de gracias.

13 Porque has librado mi alma de la muerte,
y mis pies de la caída,
para que ande delante de Dios en la luz de los que viven.

Salmo 57

1 (Para el músico principal. Sobre «No destruyas». Mictam de David, cuando huyó de delante de Saúl a la cueva.)
Ten piedad de mí, oh Dios, ten piedad de mí,
porque en ti se refugia mi alma.
Sí, a la sombra de tus alas me refugiaré,
hasta que haya pasado el quebranto.

2 Clamaré al Dios Altísimo,
al Dios que hace todo por mí.

3 Él enviará desde los cielos y me salvará;
reprenderá al que me acosa. Selah.
Dios enviará su misericordia y su verdad.

4 Mi alma está entre leones.
Estoy echado entre hombres que respiran fuego,
los hijos de los hombres, cuyos dientes son lanzas y flechas,
y su lengua, una espada afilada.

5 ¡Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios!
¡Sobre toda la tierra sea tu gloria!

6 Han preparado una red para mis pasos;
mi alma está abatida.
Cavaron una fosa delante de mí,
pero ellos mismos cayeron en ella. Selah.

7 Mi corazón está firme, oh Dios.
Mi corazón está firme.
Cantaré, sí, entonaré alabanzas.

8 ¡Despierta, alma mía! ¡Despertad, salterio y arpa!
Despertaré a la aurora.

9 Te alabaré, oh Señor, entre los pueblos.
Te cantaré alabanzas entre las naciones.

10 Porque inmensa, hasta los cielos, es tu misericordia,
y hasta las nubes tu verdad.

11 ¡Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios!
¡Que tu gloria sea sobre toda la tierra!

Salmo 58

1 (Para el músico principal. Sobre «No destruyas». Mictam de David.)
¿Acaso habláis verdaderamente justicia, oh poderosos?
¿Juzgáis con rectitud, hijos de los hombres?

2 Antes bien, en el corazón tramáis iniquidad;
pesáis la violencia de vuestras manos en la tierra.

3 Se apartaron los impíos desde la matriz;
se descarriaron desde que nacieron, hablando mentira.

4 Su veneno es semejante al veneno de la serpiente;
son como un áspid sordo que cierra su oído,

5 que no oye la voz de los encantadores,
por muy hábil que sea el mago.

6 Oh Dios, quiebra sus dientes en sus bocas;
arranca, oh Yahvé, los colmillos de los leoncillos.

7 Que se desvanezcan como aguas que fluyen de continuo;
cuando tensen el arco, que sus flechas queden despuntadas.

8 Pasen como el caracol que se deslíe en su camino;
como el aborto de mujer, que no vean el sol.

9 Antes que vuestras ollas sientan el fuego de los espinos,
tanto al verde como al encendido, los arrebatará el torbellino.

10 Se alegrará el justo cuando vea la venganza;
lavará sus pies en la sangre de los impíos.

11 Entonces dirán los hombres: «Ciertamente hay galardón para el justo;
ciertamente hay un Dios que juzga en la tierra».

Salmo 59

1 (Para el músico principal. Sobre «No destruyas». Mictam de David, cuando
Saúl envió hombres a vigilar la casa para matarlo.)
Líbrame de mis enemigos, oh Dios mío.
Ponme a salvo de los que se levantan contra mí.

2 Líbrame de los obradores de iniquidad.
Sálvame de los hombres sanguinarios.

3 Porque, he aquí, acechan mi vida.
Se han reunido contra mí los poderosos,
no por transgresión mía ni por pecado mío, oh Yahvé.

4 Sin falta de mi parte, corren y se preparan.
¡Despierta para venir a mi encuentro, y mira!

5 Y tú, Yahvé Dios de los ejércitos, Dios de Israel,
despierta para castigar a todas las naciones.
No tengas piedad de los pérfidos inicuos. Selah.

6 Vuelven al atardecer, aúllan como perros,
y merodean por la ciudad.

7 He aquí, prorrumpen con su boca;
espadas hay en sus labios,
porque dicen: «¿Quién nos oye?»

8 Pero tú, oh Yahvé, te reirás de ellos.
Te burlarás de todas las naciones.

9 Oh fortaleza mía, en ti esperaré,
porque Dios es mi alto refugio.

10 Mi Dios en su misericordia irá delante de mí.
Dios me hará ver la derrota de mis enemigos.

11 No los mates, para que mi pueblo no lo olvide.
Dispérsalos con tu poder y abátelos, oh Señor, escudo nuestro.

12 Por el pecado de su boca y la palabra de sus labios,
sean atrapados en su soberbia,
y por las maldiciones y mentiras que profieren.

13 Consúmelos en tu furor.
Consúmelos para que no existan más.
Y sepan que Dios gobierna en Jacob,
hasta los confines de la tierra. Selah.

14 Vuelvan al anochecer.
Aúllen como perros y rodeen la ciudad.

15 Anden errantes en busca de comida,
y pasen la noche quejándose si no se sacian.

16 Pero yo cantaré de tu poder.
Sí, alabaré de mañana tu misericordia.
Porque has sido mi alto refugio,
y asilo en el día de mi angustia.

17 Oh fortaleza mía, a ti cantaré alabanzas.
Porque Dios es mi alto refugio, el Dios de mi misericordia.

Salmo 60

1 (Para el músico principal. Sobre «El lirio del testimonio». Mictam de David, para enseñar, cuando luchó contra Aram-naharaim y contra Aram-zoba, y Joab volvió y mató a doce mil de Edom en el valle de la Sal.)
Oh Dios, tú nos has rechazado.
Nos has quebrantado.
Te has airado.
¡Restáuranos, oh Dios!

2 Has hecho temblar la tierra.
La has hendido.
Sana sus roturas,
porque titubea.

3 Has hecho ver a tu pueblo cosas duras.
Nos has hecho beber vino de aturdimiento.

4 Has dado a los que te temen una bandera,
para que se alce por causa de la verdad. Selah.

5 Para que tu amado sea librado,
salva con tu diestra, y respóndenos.

6 Dios ha hablado en su santuario:
«Yo triunfaré.
Repartiré a Siquem,
y mediré el valle de Sucot.

7 Mío es Galaad y mío es Manasés.
Efraín también es la fortaleza de mi cabeza.
Judá es mi legislador.

8 Moab es la vasija en que me lavo.
Sobre Edom lanzaré mi calzado.
Gritaré triunfante sobre Filistea».

9 ¿Quién me llevará a la ciudad fortificada?
¿Quién me guiará hasta Edom?

10 ¿No nos has rechazado tú, oh Dios?
Ya no sales, oh Dios, con nuestros ejércitos.

11 Danos socorro contra el adversario,
porque vana es la ayuda del hombre.

12 En Dios haremos proezas,
porque él es quien pisoteará a nuestros adversarios.

Salmo 61

1 (Para el músico principal. Sobre instrumentos de cuerda. De David.)
Escucha, oh Dios, mi clamor.
Atiende a mi oración.

2 Desde el extremo de la tierra clamaré a ti cuando mi corazón desmaye.
Llévame a la roca que es más alta que yo.

3 Porque tú has sido mi refugio,
una torre fuerte delante del enemigo.

4 Yo habitaré en tu tabernáculo para siempre.
Me refugiaré bajo la cubierta de tus alas. Selah.

5 Porque tú, oh Dios, has escuchado mis votos.
Me has dado la heredad de los que temen tu nombre.

6 Días añadirás a los días del rey.
Sus años serán de generación en generación.

7 Estará entronizado en la presencia de Dios para siempre.
Ordena a tu misericordia y a tu verdad que lo guarden.

8 Así cantaré alabanzas a tu nombre para siempre,
para pagar mis votos cada día.

Salmo 62

1 (Para el músico principal. A Jedutún. Salmo de David.)
En Dios solamente reposa mi alma;
de él viene mi salvación.

2 Solo él es mi roca y mi salvación; es mi refugio,
no seré grandemente conmovido.

3 ¿Hasta cuándo maquinaréis contra un hombre,
tratando todos vosotros de aplastarlo
como a una pared inclinada o una cerca que se derrumba?

4 Solamente consultan para derribarlo de su grandeza.
Se deleitan en la mentira;
bendicen con su boca, pero maldicen en su corazón. Selah.

5 Alma mía, reposa solamente en Dios,
porque de él viene mi esperanza.

6 Solo él es mi roca y mi salvación; es mi refugio,
no seré conmovido.

7 En Dios está mi salvación y mi gloria;
en Dios está mi roca fuerte y mi refugio.

8 Confiad en él en todo tiempo, oh pueblos;
derramad vuestro corazón delante de él.
Dios es nuestro refugio. Selah.

9 Por cierto, vanidad son los hombres de baja condición,
y mentira los hombres de alta condición.
Pesados en balanza,
todos juntos son más leves que un soplo.

10 No confiéis en la extorsión,
ni os envanezcáis en la rapiña.
Si se aumentan las riquezas,
no pongáis el corazón en ellas.

11 Una vez habló Dios;
dos veces he oído esto:
Que de Dios es el poder,

12 y tuya, oh Señor, es la misericordia;
pues tú pagas a cada uno conforme a su obra.

Salmo 63

1 (Un salmo de David, cuando estaba en el desierto de Judá.)
Oh Dios, tú eres mi Dios.
De madrugada te buscaré.
Mi alma tiene sed de ti.
Mi carne te anhela,
en tierra seca y árida, donde no hay agua.

2 Así te he mirado en el santuario,
para ver tu poder y tu gloria.

3 Porque tu misericordia es mejor que la vida,
mis labios te alabarán.

4 Así te bendeciré mientras viva.
Levantaré mis manos en tu nombre.

5 Mi alma se saciará como de exquisito manjar.
Mi boca te alabará con labios de júbilo,

6 cuando me acuerdo de ti en mi lecho,
y medito en ti en las vigilias de la noche.

7 Porque tú has sido mi socorro.
Me regocijaré a la sombra de tus alas.

8 Mi alma está apegada a ti.
Tu diestra me sostiene.

9 Pero los que buscan mi vida para destruirla
irán a las profundidades de la tierra.

10 Serán entregados al poder de la espada.
Serán porción para los chacales.

11 Pero el rey se alegrará en Dios.
Todos los que juran por él se gloriarán,
porque la boca de los que hablan mentiras será cerrada.

Salmo 64

1 (Para el músico principal. Salmo de David.)
Escucha, oh Dios, la voz de mi queja;
guarda mi vida del terror del enemigo.

2 Escóndeme del consejo secreto de los malignos,
de la conspiración de los obradores de iniquidad;

3 que afilan su lengua como espada,
y preparan sus flechas, palabras amargas,

4 para asaetear a escondidas al íntegro.
De repente le disparan, y no temen.

5 Se obstinan en su malvado designio;
hablan de esconder lazos,
y dicen: «¿Quién los verá?»

6 Escudriñan iniquidades, dicen: «¡Hemos consumado un plan perfecto!»
Y el íntimo pensamiento y el corazón de cada hombre son profundos.

7 Mas Dios les disparará sus flechas;
de repente serán heridos.

8 Su propia lengua los hará caer;
sacudirán la cabeza todos los que los vean.

9 Entonces temerán todos los hombres;
anunciarán la obra de Dios,
y entenderán sabiamente su obrar.

10 Se alegrará el justo en Yahvé,
y se refugiará en él;
y se gloriarán todos los rectos de corazón.

Salmo 65

1 (Para el músico principal. Salmo de David. Cántico.)
Tuya es la alabanza en Sión, oh Dios.
Y a ti se te cumplirán los votos.

2 Tú que escuchas la oración,
a ti vendrá toda carne.

3 Las iniquidades prevalecen contra mí,
pero tú expiarás nuestras transgresiones.

4 Bienaventurado el que tú eliges y acercas a ti,
para que habite en tus atrios.
Seremos saciados con el bien de tu casa,
de tu santo templo.

5 Con tremendas maravillas nos responderás en justicia,
oh Dios de nuestra salvación.
Tú que eres la esperanza de todos los confines de la tierra,
y de los más lejanos mares.

6 Tú, que con tu poder afirmas los montes,
estando ceñido de poder.

7 Tú que calmas el estruendo de los mares,
el estruendo de sus olas,
y el tumulto de las naciones.

8 Por eso los que habitan en los confines de la tierra temen ante tus maravillas.
Tú haces alegrar las salidas de la mañana y de la tarde.

9 Visitas la tierra y la riegas.
En gran manera la enriqueces.
El río de Dios está lleno de aguas.
Tú les preparas el grano, pues así lo has ordenado.

10 Empapas sus surcos.
Allanas sus terrones.
La ablandas con lluvias.
Bendices sus renuevos.

11 Tú coronas el año con tus bienes.
Y tus rodadas destilan grosura.

12 Destilan sobre los pastizales del desierto.
Y los collados se ciñen de alegría.

13 Los prados se visten de rebaños.
Los valles también se cubren de grano.
¡Dan voces de júbilo!
Y también cantan.

Salmo 66

1 (Para el músico principal. Cántico. Salmo.)
¡Aclamad a Dios con alegría, toda la tierra!

2 ¡Cantad la gloria de su nombre!
¡Dadle gloria y alabanza!

3 Decid a Dios: «¡Cuán asombrosas son tus obras!
Por la grandeza de tu poder, tus enemigos se someten a ti.

4 Toda la tierra te adorará,
y te cantará;
cantarán a tu nombre». Selah.

5 Venid y ved las obras de Dios,
temible en sus hechos sobre los hijos de los hombres.

6 Convirtió el mar en tierra seca.
Atravesaron el río a pie.
Allí nos regocijamos en él.

7 Él gobierna con su poderío para siempre.
Sus ojos vigilan a las naciones.
Que no se enaltezcan los rebeldes. Selah.

8 ¡Bendecid a nuestro Dios, oh pueblos!
Haced que se escuche la voz de su alabanza,

9 que preserva nuestra vida entre los vivos,
y no permite que nuestros pies resbalen.

10 Porque tú, oh Dios, nos has puesto a prueba.
Nos has refinado, como se refina la plata.

11 Nos metiste en la red.
Has puesto pesada carga sobre nuestros lomos.

12 Hiciste cabalgar hombres sobre nuestras cabezas.
Pasamos por el fuego y por el agua,
pero nos sacaste a un lugar de abundancia.

13 Entraré en tu casa con holocaustos.
Te pagaré mis votos,

14 que pronunciaron mis labios,
y habló mi boca, cuando estaba angustiado.

15 Te ofreceré holocaustos de animales engordados,
con sahumerio de carneros;
ofreceré novillos y machos cabríos. Selah.

16 Venid y escuchad, todos los que teméis a Dios.
Declararé lo que ha hecho por mi vida.

17 A él clamé con mi boca,
y fue exaltado con mi lengua.

18 Si en mi corazón yo hubiese mirado a la iniquidad,
el Señor no me habría escuchado.

19 Pero, ciertamente, Dios me ha escuchado.
Él ha atendido a la voz de mi oración.

20 Bendito sea Dios, que no ha rechazado mi oración,
ni ha apartado de mí su misericordia.

Salmo 67

1 (Para el músico principal. En instrumentos de cuerda. Salmo. Cántico.)
Dios tenga piedad de nosotros y nos bendiga;
y haga resplandecer su rostro sobre nosotros. Selah.

2 Para que sea conocido en la tierra tu camino,
y en todas las naciones tu salvación.

3 Te alaben los pueblos, oh Dios;
todos los pueblos te alaben.

4 Alégrense y canten con júbilo las naciones,
porque juzgarás a los pueblos con equidad,
y pastorearás a las naciones en la tierra. Selah.

5 Te alaben los pueblos, oh Dios;
todos los pueblos te alaben.

6 La tierra ha dado su fruto;
nos bendecirá Dios, el Dios nuestro.

7 Bendíganos Dios,
y témanle todos los confines de la tierra.

Salmo 68

1 (Para el músico principal. Salmo de David. Cántico.)
¡Levántese Dios!
¡Que sean esparcidos sus enemigos!
Que huyan de su presencia los que le aborrecen.

2 Como es ahuyentado el humo,
así ahuyéntalos;
como se derrite la cera ante el fuego,
así perezcan los impíos delante de Dios.

3 Pero que los justos se alegren.
Que se regocijen delante de Dios.
Sí, que salten de alegría.

4 ¡Cantad a Dios! ¡Cantad alabanzas a su nombre!
Exaltad al que cabalga sobre los cielos;
¡Yah es su nombre!
Alegraos delante de él.

5 Padre de huérfanos y defensor de viudas,
es Dios en su santa morada.

6 Dios hace habitar en familia a los desamparados.
Saca a los cautivos a la prosperidad,
pero los rebeldes habitan en tierra seca.

7 Oh Dios, cuando saliste al frente de tu pueblo,
cuando marchaste por el desierto... Selah.

8 La tierra tembló.
Los cielos también destilaron lluvia ante la presencia del Dios del Sinaí,
ante la presencia de Dios, el Dios de Israel.

9 Tú, oh Dios, enviaste abundante lluvia.
Confirmaste tu heredad cuando estaba exhausta.

10 Tu congregación habitó en ella.
Tú, oh Dios, por tu bondad proveíste para el pobre.

11 El Señor dio la palabra.
Grande es el ejército de las que anuncian las buenas nuevas.

12 «¡Huyen los reyes de los ejércitos! ¡Huyen!»
Y la que se queda en casa reparte el botín.

13 Aunque reposéis entre los apriscos,
seréis como las alas de paloma cubiertas de plata,
y sus plumas de oro resplandeciente.

14 Cuando el Omnipotente esparció a los reyes allí,
nevó en el monte Salmón.

15 Monte de Dios es el monte de Basán.
Monte escarpado es el monte de Basán.

16 ¿Por qué miráis con envidia, oh montes escarpados,
al monte en que Dios deseó habitar?
Ciertamente, Yahvé morará allí para siempre.

17 Los carros de Dios se cuentan por veintenas de miles, y por miles de miles.
El Señor está entre ellos, como en el Sinaí, en el santuario.

18 Has subido a lo alto.
Has llevado cautiva a la cautividad.
Has recibido dones entre los hombres,
sí, también entre los rebeldes, para que Yah Dios habite allí.

19 Bendito sea el Señor, que cada día lleva nuestra carga,
el Dios que es nuestra salvación. Selah.

20 Dios es para nosotros un Dios de salvación.
Y a Yahvé, el Señor, pertenece el libramiento de la muerte.

21 Ciertamente Dios herirá la cabeza de sus enemigos,
la cabellera del que camina en sus pecados.

22 El Señor dijo: «De Basán los haré volver;
los haré volver de las profundidades del mar,

23 para que tu pie se bañe en sangre,
y la lengua de tus perros tenga su porción de tus enemigos».

24 Han visto tus marchas, oh Dios,
las marchas de mi Dios y mi Rey en el santuario.

25 Los cantores iban delante, los músicos detrás,
en medio de las doncellas tocando panderos.

26 «Bendecid a Dios en las congregaciones,
al Señor, vosotros de la estirpe de Israel».

27 Allí va el pequeño Benjamín, que los guía,
los príncipes de Judá con su asamblea,
los príncipes de Zabulón y los príncipes de Neftalí.

28 Tu Dios ha ordenado tu fuerza.
Confirma, oh Dios, lo que has obrado para nosotros.

29 Por causa de tu templo en Jerusalén,
los reyes te traerán presentes.

30 Reprende a la bestia de los cañaverales,
a la manada de toros con los becerros de los pueblos.
Que se sometan con piezas de plata.
Dispersa a las naciones que se complacen en la guerra.

31 Vendrán príncipes de Egipto.
Etiopía se apresurará a extender sus manos hacia Dios.

32 ¡Cantad a Dios, oh reinos de la tierra!
Cantad alabanzas al Señor — Selah —

33 al que cabalga sobre los cielos de los cielos, que son desde la antigüedad.
He aquí que él da su voz, voz poderosa.

34 ¡Atribuid el poder a Dios!
Su majestad está sobre Israel,
y su poder está en los cielos.

35 Temible eres, oh Dios, desde tus santuarios.
El Dios de Israel es quien da fuerza y poder a su pueblo.
¡Bendito sea Dios!

Salmo 69

1 (Para el músico principal. Sobre «Lirios». De David.)
Sálvame, oh Dios,
¡porque las aguas han entrado hasta el alma!

2 Me hundo en lodo cenagoso, donde no hay donde hacer pie.
He llegado a aguas profundas, donde la corriente me anega.

3 Cansado estoy de llorar.
Mi garganta se ha secado.
Mis ojos desfallecen esperando a mi Dios.

4 Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me odian sin causa.
Son poderosos mis enemigos, los que injustamente quieren destruirme.
¿He de pagar lo que no robé?

5 Oh Dios, tú conoces mi insensatez.
Mis pecados no te son ocultos.

6 No sean avergonzados por mi causa los que en ti esperan, oh Señor, Yahvé de los ejércitos.
No sean deshonrados por mi causa los que te buscan, oh Dios de Israel.

7 Porque por amor a ti he sufrido afrenta.
La vergüenza ha cubierto mi rostro.

8 Me he convertido en un extraño para mis hermanos,
en un forastero para los hijos de mi madre.

9 Porque el celo de tu casa me consume.
Y las afrentas de los que te vituperan han caído sobre mí.

10 Lloré y afligí mi alma con ayuno,
y esto me sirvió de afrenta.

11 Cuando me vestí de cilicio,
me convertí en un refrán para ellos.

12 Hablan de mí los que se sientan a la puerta.
Soy la canción de los bebedores.

13 Pero en cuanto a mí, mi oración es a ti, oh Yahvé, en el tiempo propicio.
Oh Dios, por la abundancia de tu misericordia, respóndeme con la verdad de tu salvación.

14 Sácame del lodo y no dejes que me hunda.
Líbrame de los que me odian, y de las aguas profundas.

15 No dejes que la corriente de las aguas me anegue,
ni que el abismo me trague.
No dejes que el pozo cierre sobre mí su boca.

16 Respóndeme, oh Yahvé, porque tu misericordia es buena.
Mírame conforme a la multitud de tus piedades.

17 No ocultes tu rostro de tu siervo,
porque estoy angustiado.
¡Respóndeme pronto!

18 Acércate a mi alma y redímela.
Rescátame a causa de mis enemigos.

19 Tú conoces mi afrenta, mi vergüenza y mi deshonra.
Delante de ti están todos mis adversarios.

20 La afrenta ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado.
Busqué quien se compadeciera, y no hubo nadie;
busqué consoladores, y no hallé ninguno.

21 Me pusieron además hiel por comida.
Y en mi sed me dieron a beber vinagre.

22 Que su mesa se convierta en un lazo delante de ellos.
Que se convierta en un tropiezo para su retribución.

23 Oscurézcanse sus ojos para que no vean.
Y haz que sus lomos tiemblen continuamente.

24 Derrama tu indignación sobre ellos.
Y que el ardor de tu ira los alcance.

25 Quede desolada su morada.
Que nadie habite en sus tiendas.

26 Porque persiguen al que tú has herido.
Y cuentan del dolor de aquellos a quienes tú llagaste.

27 Añade iniquidad a su iniquidad.
Y no entren ellos en tu justicia.

28 Sean borrados del libro de la vida,
y no sean inscritos con los justos.

29 Mas yo estoy afligido y dolorido.
Que tu salvación, oh Dios, me ponga en alto.

30 Alabaré el nombre de Dios con cántico,
y lo exaltaré con acción de gracias.

31 Esto agradará a Yahvé más que el sacrificio de un buey,
o de un novillo con cuernos y pezuñas.

32 Lo verán los humildes y se alegrarán.
Vosotros que buscáis a Dios, vivirá vuestro corazón.

33 Porque Yahvé escucha a los menesterosos,
y no menosprecia a sus prisioneros.

34 Que lo alaben los cielos y la tierra;
¡los mares, y todo lo que se mueve en ellos!

35 Porque Dios salvará a Sión, y reedificará las ciudades de Judá.
Y habitarán allí, y la poseerán.

36 La descendencia de sus siervos la heredará.
Y los que aman su nombre habitarán en ella.

Salmo 70

1 (Para el músico principal. De David. Para hacer memoria.)
Apresúrate, oh Dios, a librarme.
Ven pronto en mi ayuda, oh Yahvé.

2 Sean avergonzados y confundidos los que buscan mi vida.
Sean vueltos atrás y deshonrados los que desean mi ruina.

3 Retrocedan por causa de su vergüenza
los que dicen: «¡Ajá! ¡Ajá!»

4 Gócense y alégrense en ti todos los que te buscan.
Y digan continuamente los que aman tu salvación:
«¡Engrandecido sea Dios!»

5 Mas yo estoy afligido y menesteroso.
Apresúrate a mí, oh Dios.
Tú eres mi ayuda y mi libertador.
Oh Yahvé, no te tardes.

Salmo 71

1 En ti, oh Yahvé, me refugio.
No sea yo avergonzado jamás.

2 Líbrame en tu justicia y rescátame.
Inclina a mí tu oído, y sálvame.

3 Sé para mí una roca de refugio a la que pueda acudir continuamente.
Tú has dado mandamiento para salvarme,
porque tú eres mi roca y mi fortaleza.

4 Rescátame, Dios mío, de la mano del impío,
de la mano del hombre injusto y cruel.

5 Porque tú eres mi esperanza, Señor Yahvé,
mi confianza desde mi juventud.

6 En ti he confiado desde el vientre materno.
Tú eres el que me sacó del vientre de mi madre.
De ti será siempre mi alabanza.

7 Soy como un prodigio para muchos,
pero tú eres mi refugio fuerte.

8 Mi boca se llenará de tu alabanza,
y de tu gloria todo el día.

9 No me rechaces en el tiempo de la vejez.
No me abandones cuando me falten las fuerzas.

10 Porque mis enemigos hablan contra mí.
Los que acechan mi vida conspiran juntos,

11 diciendo: «Dios lo ha abandonado.
Perseguidlo y atrapadlo, porque no hay quien lo rescate».

12 Oh Dios, no te alejes de mí.
Dios mío, apresúrate a socorrerme.

13 Sean avergonzados y consumidos los adversarios de mi alma.
Cúbranse de ignominia y de escarnio los que buscan mi mal.

14 Pero yo esperaré continuamente,
y te alabaré más y más.

15 Mi boca publicará tu justicia
y tu salvación todo el día,
aunque no alcanzo a conocer su medida.

16 Caminaré en las proezas del Señor Yahvé.
Haré memoria de tu justicia, de la tuya sola.

17 Oh Dios, me has enseñado desde mi juventud.
Y hasta ahora he manifestado tus maravillas.

18 Aun en la vejez y las canas, oh Dios, no me desampares,
hasta que anuncie tu brazo a la posteridad,
y tu poder a todos los que han de venir.

19 Tu justicia, oh Dios, llega hasta lo excelso.
Tú, que has hecho grandes cosas,
oh Dios, ¿quién como tú?

20 Tú, que me has hecho ver muchas y graves angustias,
volverás a darme vida.
Y de los abismos de la tierra volverás a levantarme.

21 Aumentarás mi grandeza,
y volverás a consolarme.

22 Asimismo yo te alabaré con el salterio, oh Dios mío, por tu fidelidad.
Te cantaré alabanzas con el arpa, oh Santo de Israel.

23 ¡Mis labios se alegrarán cuando te cante!
Y mi alma, la cual tú redimiste.

24 Mi lengua también hablará de tu justicia todo el día,
porque han sido avergonzados y confundidos
los que buscaban mi mal.

Salmo 72

1 (Para Salomón.)
Oh Dios, da tus juicios al rey,
y tu justicia al hijo del rey.

2 Él juzgará a tu pueblo con justicia,
y a tus afligidos con rectitud.

3 Los montes llevarán paz al pueblo,
y los collados el fruto de la justicia.

4 Juzgará a los pobres del pueblo,
salvará a los hijos del menesteroso,
y quebrantará al opresor.

5 Te temerán mientras duren el sol
y la luna, de generación en generación.

6 Descenderá como la lluvia sobre la hierba cortada,
como aguaceros que riegan la tierra.

7 Florecerá el justo en sus días,
y habrá abundancia de paz, hasta que no haya luna.

8 Dominará de mar a mar,
y desde el río hasta los confines de la tierra.

9 Ante él se postrarán los moradores del desierto,
y sus enemigos lamerán el polvo.

10 Los reyes de Tarsis y de las costas traerán presentes;
los reyes de Sabá y de Seba ofrecerán dones.

11 Todos los reyes se postrarán delante de él;
todas las naciones le servirán.

12 Porque él librará al menesteroso que clame,
y al pobre que no tuviere quien le socorra.

13 Tendrá misericordia del pobre y del menesteroso,
y salvará la vida de los necesitados.

14 De engaño y de violencia redimirá sus almas,
y la sangre de ellos será preciosa ante sus ojos.

15 Vivirá, y se le dará del oro de Sabá.
Orarán por él continuamente;
todo el día lo bendecirán.

16 Habrá abundancia de grano en la tierra, en las cumbres de los montes;
su fruto ondeará como el Líbano,
y los de la ciudad florecerán como la hierba del campo.

17 Será su nombre para siempre,
perdurará su nombre mientras dure el sol.
Serán benditas en él todas las naciones;

lo llamarán bienaventurado.

18 Bendito sea Yahvé Dios, el Dios de Israel,
el único que hace maravillas.

19 ¡Bendito sea su glorioso nombre para siempre!
¡Toda la tierra sea llena de su gloria!
Amén y amén.

20 Aquí terminan las oraciones de David, hijo de Jesé.

Salmo 73

1 (Salmo de Asaf.)
Ciertamente Dios es bueno para con Israel,
para con los limpios de corazón.

2 Pero en cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies.
Mis pasos estuvieron a punto de resbalar.

3 Porque tuve envidia de los arrogantes,
al ver la prosperidad de los impíos.

4 Porque no tienen congojas en su muerte,
sino que su vigor es firme.

5 No pasan trabajos como los demás mortales,
ni son azotados como los demás hombres.

6 Por tanto, la soberbia los ciñe como un collar.
La violencia los cubre como un vestido.

7 Los ojos se les saltan de gordura.
Los antojos de su corazón se desbordan.

8 Se burlan y hablan con malicia.
Con arrogancia amenazan con la opresión.

9 Ponen su boca contra los cielos.
Su lengua se pasea por la tierra.

10 Por eso su pueblo se vuelve a ellos,
y beben aguas en abundancia.

11 Y dicen: «¿Cómo lo sabe Dios?
¿Acaso hay conocimiento en el Altísimo?»

12 He aquí, estos son los impíos.
Siempre tranquilos, aumentan sus riquezas.

13 Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón,
y lavado mis manos en inocencia,

14 porque todo el día he sido azotado,
y castigado cada mañana.

15 Si yo hubiera dicho: «Hablaré de esta manera»,
he aquí, habría traicionado a la generación de tus hijos.

16 Cuando traté de comprender esto,
fue un trabajo demasiado arduo para mí...

17 hasta que entré en el santuario de Dios,
y comprendí el fin de ellos.

18 Ciertamente los has puesto en lugares resbaladizos.
Los arrojas a la destrucción.

19 ¡Cómo son destruidos en un momento!
Son totalmente consumidos por los terrores.

20 Como un sueño al despertar,
así, oh Señor, cuando te levantes, despreciarás su apariencia.

21 Cuando mi alma se llenó de amargura,
y sentía punzadas en mi corazón,

22 yo era torpe e ignorante.
Era como una bestia bruta delante de ti.

23 Sin embargo, yo estoy continuamente contigo.
Tú me has tomado de la mano derecha.

24 Me guiarás con tu consejo,
y después me recibirás en gloria.

25 ¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti?
Y fuera de ti nada deseo en la tierra.

26 Mi carne y mi corazón desfallecen,
pero Dios es la fortaleza de mi corazón y mi porción para siempre.

27 Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán.
Tú destruyes a todo aquel que te es infiel.

28 Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien.
He puesto en el Señor Yahvé mi refugio,
para contar todas tus obras.

Salmo 74

1 (Masquil de Asaf.)
Oh Dios, ¿por qué nos has desechado para siempre?
¿Por qué humea tu furor contra las ovejas de tu prado?

2 Acuérdate de tu congregación, la cual adquiriste desde la antigüedad,
la cual redimiste para que sea la tribu de tu heredad;
este monte Sión, en el cual has habitado.

3 Dirige tus pasos a los asolamientos perpetuos;
todo el mal que el enemigo ha hecho en el santuario.

4 Tus adversarios han rugido en medio de tu asamblea;
han puesto sus propias enseñas por señales.

5 Parecían como los que levantan el hacha
en medio de la espesura del bosque.

6 Y ahora, con hachas y martillos,
destrozan todas sus entalladuras.

7 Han prendido fuego a tu santuario;
han profanado hasta la tierra la morada de tu Nombre.

8 Dijeron en su corazón: «Destruyámoslos de una vez».
Han quemado todos los lugares de asamblea de Dios en la tierra.

9 Ya no vemos nuestras señales milagrosas;
ya no hay profeta,
ni hay entre nosotros quien sepa hasta cuándo.

10 ¿Hasta cuándo, oh Dios, nos afrentará el adversario?
¿Blasfemará el enemigo tu nombre para siempre?

11 ¿Por qué retiras tu mano, tu mano derecha?
¡Sácala de tu seno y destrúyelos!

12 Pero Dios es mi Rey desde la antigüedad,
el que obra salvación en medio de la tierra.

13 Tú dividiste el mar con tu poder;
quebraste las cabezas de los monstruos en las aguas.

14 Tú aplastaste las cabezas del Leviatán,
y lo diste por comida a los moradores del desierto.

15 Tú abriste la fuente y el arroyo;
tú secaste ríos caudalosos.

16 Tuyo es el día, tuya también es la noche;
tú has preparado la luz y el sol.

17 Tú estableciste todos los límites de la tierra;
el verano y el invierno tú los formaste.

18 Acuérdate de esto: que el enemigo te ha afrentado, oh Yahvé,
y que un pueblo insensato ha blasfemado tu nombre.

19 No entregues a las fieras el alma de tu tórtola,
y no olvides para siempre la vida de tus pobres.

20 Mira tu pacto,
porque los lugares tenebrosos de la tierra están llenos de moradas de violencia.

21 No vuelva avergonzado el oprimido;
el afligido y el menesteroso alabarán tu nombre.

22 ¡Levántate, oh Dios, aboga tu propia causa!
Acuérdate de cómo el insensato te afrenta cada día.

23 No olvides las voces de tus enemigos;
el tumulto de los que se levantan contra ti sube continuamente.

Salmo 75

1 (Para el músico principal. Sobre «No destruyas». Salmo de Asaf. Cántico.)
Te damos gracias, oh Dios, te damos gracias,
porque tu Nombre está cerca;
los hombres cuentan tus obras maravillosas.

2 «Cuando llegue el tiempo señalado,
yo juzgaré con rectitud.

3 Se estremece la tierra y todos sus habitantes,
pero yo sostengo firmemente sus columnas». Selah.

4 Dije a los arrogantes: «¡No os jactéis!»
Y a los impíos: «No levantéis el cuerno.

5 No levantéis en alto vuestro cuerno,
ni habléis con cerviz erguida».

6 Porque ni del oriente, ni del occidente,
ni del desierto viene el enaltecimiento.

7 Mas Dios es el juez;
a uno humilla, y a otro exalta.

8 Porque en la mano de Yahvé hay un cáliz,
lleno de vino espumoso mezclado con especias;
él lo derrama,
y todos los impíos de la tierra lo beberán hasta las heces.

9 Pero yo lo anunciaré para siempre;
cantaré alabanzas al Dios de Jacob.

10 «Quebrantaré todo el poder de los impíos,
pero el poder de los justos será exaltado».

Salmo 76

1 (Para el músico principal. Sobre instrumentos de cuerda. Salmo de Asaf. Cántico.)
Dios es conocido en Judá.
Su nombre es grande en Israel.

2 Su tabernáculo está en Salem,
y su morada en Sión.

3 Allí quebró las saetas encendidas del arco,
el escudo, la espada y las armas de guerra. Selah.

4 Glorioso eres tú, y majestuoso,
más que los montes de caza.

5 Los fuertes de corazón fueron despojados,
durmieron su sueño;
a ninguno de los hombres de guerra le respondieron las manos.

6 A tu reprensión, oh Dios de Jacob,
tanto el carro como el caballo cayeron en profundo sueño.

7 Tú, ciertamente tú, eres temible.
¿Quién podrá estar en pie delante de ti cuando se enciende tu ira?

8 Desde los cielos hiciste oír el juicio.
La tierra temió y guardó silencio,

9 cuando Dios se levantó para juzgar,
para salvar a todos los mansos de la tierra. Selah.

10 Ciertamente la ira del hombre te alabará.
Tú te ceñirás con el resto de la ira.

11 ¡Haced votos a Yahvé vuestro Dios, y pagadlos!
Que todos los que están a su alrededor traigan presentes al Temible.

12 Él cortará el espíritu de los príncipes.
Temible es a los reyes de la tierra.

Salmo 77

1 (Para el músico principal. A Jedutún. Salmo de Asaf.)
Con mi voz clamé a Dios;
a Dios clamé, y él me escuchará.

2 Al Señor busqué en el día de mi angustia.
Mi mano se extendió de noche sin descanso.
Mi alma rehusaba el consuelo.

3 Me acordaba de Dios, y gemía.
Me quejaba, y desmayaba mi espíritu. Selah.

4 Mantienes desvelados mis ojos.
Estoy tan turbado que no puedo hablar.

5 Consideraba los días de antaño,
los años de los siglos pasados.

6 Me acordaba de mis cánticos de noche.
Meditaba en mi corazón,
y mi espíritu inquiría diligentemente:

7 «¿Rechazará el Señor para siempre?
¿Y no volverá a sernos propicio?

8 ¿Ha cesado para siempre su misericordia?
¿Se ha acabado su promesa por todas las generaciones?

9 ¿Ha olvidado Dios el tener compasión?
¿Ha encerrado con ira sus piedades?» Selah.

10 Entonces dije: «Enfermedad mía es esta;
traeré, pues, a la memoria los años de la diestra del Altísimo».

11 Me acordaré de las obras de Yah;
sí, haré memoria de tus maravillas antiguas.

12 Meditaré en todas tus obras,
y hablaré de tus hechos.

13 Tu camino, oh Dios, es santo.
¿Qué dios es tan grande como nuestro Dios?

14 Tú eres el Dios que hace maravillas.
Has hecho notorio tu poder entre los pueblos.

15 Con tu brazo redimiste a tu pueblo,
a los hijos de Jacob y de José. Selah.

16 Te vieron las aguas, oh Dios.
Te vieron las aguas, y temieron.
Los abismos también se estremecieron.

17 Las nubes derramaron aguas.
Tronaron los cielos.
Y tus saetas cruzaron como relámpagos.

18 La voz de tu trueno estaba en el torbellino.
Tus relámpagos iluminaron el mundo.
Se estremeció y tembló la tierra.

19 En el mar fue tu camino,
y tus sendas en las muchas aguas.
Y tus pisadas no fueron conocidas.

20 Condujiste a tu pueblo como a un rebaño,
por mano de Moisés y de Aarón.

Salmo 78

1 (Masquil de Asaf.)
Escucha mi enseñanza, pueblo mío;
inclina tu oído a las palabras de mi boca.

2 Abriré mi boca en parábola;
pronunciaré dichos oscuros de la antigüedad,

3 que hemos oído y conocido,
y que nuestros padres nos han contado.

4 No los ocultaremos a sus hijos,
contando a la generación venidera las alabanzas de Yahvé,
su poder y las maravillas que ha hecho.

5 Porque él estableció un testimonio en Jacob,
y puso una ley en Israel,
la cual mandó a nuestros padres
que la dieran a conocer a sus hijos;

6 para que lo sepa la generación venidera, los niños que han de nacer;
y los que se levanten lo cuenten a sus hijos,

7 a fin de que pongan en Dios su confianza,
y no se olviden de las obras de Dios,
sino que guarden sus mandamientos;

8 y no sean como sus padres,
generación contumaz y rebelde,
generación que no dispuso su corazón,
ni cuyo espíritu fue fiel a Dios.

9 Los hijos de Efraín, arqueros armados,
volvieron la espalda en el día de la batalla.

10 No guardaron el pacto de Dios,
y se negaron a andar en su ley.

11 Se olvidaron de sus obras,
y de sus maravillas que les había mostrado.

12 Cosas maravillosas hizo a la vista de sus padres,
en la tierra de Egipto, en el campo de Zoán.

13 Dividió el mar y los hizo pasar;
e hizo que las aguas se levantaran como un muro.

14 De día los guió con una nube,
y toda la noche con resplandor de fuego.

15 Hendió las rocas en el desierto,
y les dio a beber abundantemente como de los abismos.

16 Sacó corrientes de la peña,
e hizo que las aguas corrieran como ríos.

17 Sin embargo, volvieron a pecar contra él,
rebelándose contra el Altísimo en el desierto.

18 Y tentaron a Dios en su corazón,
pidiendo comida a su gusto.

19 Sí, hablaron contra Dios,
diciendo: «¿Podrá Dios poner mesa en el desierto?

20 He aquí, él hirió la peña y brotaron aguas,
y torrentes se desbordaron;
¿podrá también dar pan?
¿Proveerá de carne a su pueblo?»

21 Por tanto, lo oyó Yahvé y se indignó;
y se encendió el fuego contra Jacob,
y el furor subió también contra Israel,

22 porque no creyeron en Dios,
ni confiaron en su salvación.

23 Sin embargo, mandó a las nubes de arriba,
y abrió las puertas de los cielos.

24 Hizo llover sobre ellos maná para comer,
y les dio trigo del cielo.

25 Pan de nobles comió el hombre;
les envió comida hasta saciarles.

26 Hizo soplar el viento del este en el cielo,
y con su poder trajo el viento del sur.

27 Hizo llover sobre ellos carne como polvo,
y aves aladas como arena del mar.

28 Las hizo caer en medio de su campamento,
alrededor de sus tiendas.

29 Comieron, pues, y se saciaron;
les concedió su propio deseo.

30 Aún no se habían apartado de su antojo,
aún estaba la comida en sus bocas,

31 cuando la ira de Dios subió contra ellos,
y mató a los más robustos,
y derribó a los jóvenes escogidos de Israel.

32 A pesar de todo esto, volvieron a pecar,
y no creyeron en sus maravillas.

33 Por tanto, consumió sus días en vanidad,
y sus años en tribulación.

34 Cuando los hería de muerte, entonces le buscaban;
se volvían y buscaban a Dios con diligencia.

35 Se acordaban de que Dios era su roca,
y el Dios Altísimo su redentor.

36 Pero le halagaban con su boca,
y con su lengua le mentían.

37 Porque su corazón no era recto para con él,
ni fueron fieles a su pacto.

38 Pero él, siendo misericordioso, perdonaba la iniquidad y no los destruía;
sí, muchas veces apartó su ira,
y no despertó todo su furor.

39 Se acordó de que no eran más que carne,
un soplo que pasa y no vuelve.

40 ¡Cuántas veces se rebelaron contra él en el desierto,
y lo entristecieron en el yermo!

41 Volvían a tentar a Dios,
y provocaban al Santo de Israel.

42 No se acordaron de su mano,
ni del día en que los redimió del adversario;

43 de cómo puso sus señales en Egipto,
y sus prodigios en el campo de Zoán.

44 Convirtió en sangre sus ríos,
y sus corrientes, para que no pudieran beber.

45 Envió entre ellos enjambres de moscas que los devoraban,
y ranas que los destruían.

46 Entregó también a la oruga sus cosechas,
y el fruto de su trabajo a la langosta.

47 Destruyó sus viñas con granizo,
y sus sicómoros con la escarcha.

48 Entregó también su ganado al granizo,
y sus rebaños a los rayos encendidos.

49 Arrojó sobre ellos el ardor de su ira,
furor, indignación y angustia,
un ejército de ángeles destructores.

50 Abrió camino a su furor;
no eximió sus almas de la muerte,
sino que entregó sus vidas a la mortandad.

51 E hirió a todo primogénito en Egipto,
las primicias de su vigor en las tiendas de Cam.

52 Pero hizo salir a su pueblo como a ovejas,
y los condujo por el desierto como a un rebaño.

53 Los guió con seguridad, para que no temieran;
pero el mar cubrió a sus enemigos.

54 Los trajo a las fronteras de su tierra santa,
a este monte que ganó su diestra.

55 Expulsó a las naciones de delante de ellos,
les repartió una heredad por cordel,
e hizo habitar en sus tiendas a las tribus de Israel.

56 Sin embargo, tentaron y se rebelaron contra el Dios Altísimo,
y no guardaron sus testimonios;

57 sino que se volvieron atrás y fueron desleales como sus padres;
se desviaron como un arco engañoso.

58 Porque le enojaron con sus lugares altos,
y le provocaron a celos con sus imágenes esculpidas.

59 Lo oyó Dios y se enojó,
y aborreció en gran manera a Israel.

60 Dejó, por tanto, el tabernáculo de Silo,
la tienda en que habitó entre los hombres.

61 Y entregó su fuerza al cautiverio,
y su gloria en manos del enemigo.

62 Entregó también su pueblo a la espada,
y se airó contra su heredad.

63 El fuego devoró a sus jóvenes,
y sus vírgenes no tuvieron cantos nupciales.

64 Sus sacerdotes cayeron a espada,
y sus viudas no hicieron lamentación.

65 Entonces despertó el Señor como de un sueño,
como un valiente que grita excitado por el vino.

66 E hirió a sus enemigos por la espalda;
los cubrió de afrenta perpetua.

67 Además desechó la tienda de José,
y no escogió a la tribu de Efraín;

68 sino que escogió a la tribu de Judá,
el monte Sión, al cual amó.

69 Edificó su santuario como las alturas,
como la tierra que ha cimentado para siempre.

70 Eligió a David su siervo,
y lo tomó de las majadas de las ovejas;

71 de andar tras las ovejas paridas lo trajo,
para pastorear a Jacob su pueblo,
y a Israel su heredad.

72 Y él los pastoreó según la integridad de su corazón,
y los guió con la destreza de sus manos.

Salmo 79

1 (Salmo de Asaf.)
Oh Dios, las naciones han invadido tu heredad.
Han profanado tu santo templo.
Han reducido a Jerusalén a montones de ruinas.

2 Han entregado los cadáveres de tus siervos para que sean alimento de las aves del cielo,
la carne de tus santos a las fieras de la tierra.

3 Han derramado su sangre como agua alrededor de Jerusalén,
y no hubo quien los enterrara.

4 Nos hemos convertido en afrenta para nuestros vecinos,
en escarnio y burla de los que nos rodean.

5 ¿Hasta cuándo, oh Yahvé?
¿Estarás airado para siempre?
¿Arderá tu celo como el fuego?

6 Derrama tu ira sobre las naciones que no te conocen,
sobre los reinos que no invocan tu nombre,

7 porque han devorado a Jacob,
y han asolado su morada.

8 No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados.
Que tus tiernas misericordias nos alcancen pronto,
porque estamos muy abatidos.

9 Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación, por la gloria de tu nombre.
Líbranos y perdona nuestros pecados, por amor de tu nombre.

10 ¿Por qué han de decir las naciones: «Dónde está su Dios»?
Sea notoria en las naciones, delante de nuestros ojos,
la venganza de la sangre derramada de tus siervos.

11 Llegue hasta ti el gemido de los cautivos.
Según la grandeza de tu poder, preserva a los sentenciados a muerte.

12 Y devuelve a nuestros vecinos siete veces en su seno
la afrenta con que te han afrentado, oh Señor.

13 Así nosotros, pueblo tuyo y ovejas de tu prado,
te daremos gracias para siempre.
Te alabaremos de generación en generación.

Salmo 80

1 (Para el músico principal. Sobre «Los lirios del testimonio». Salmo de Asaf.)
Escucha, oh Pastor de Israel,
tú que pastoreas a José como a un rebaño;
tú que estás sentado entre los querubines, resplandece.

2 Despierta tu poder delante de Efraín, de Benjamín y de Manasés,
y ven a salvarnos.

3 ¡Restáuranos, oh Dios!
Haz resplandecer tu rostro,
y seremos salvos.

4 Oh Yahvé, Dios de los ejércitos,
¿hasta cuándo estarás airado contra la oración de tu pueblo?

5 Les has dado a comer pan de lágrimas,
y les has dado a beber lágrimas en gran abundancia.

6 Nos pones por contienda a nuestros vecinos,
y nuestros enemigos se burlan entre sí.

7 ¡Restáuranos, oh Dios de los ejércitos!
Haz resplandecer tu rostro,
y seremos salvos.

8 Hiciste venir una vid de Egipto;
expulsaste a las naciones, y la plantaste.

9 Limpiaste el terreno delante de ella,
e echó raíces profundas y llenó la tierra.

10 Los montes fueron cubiertos con su sombra,
y sus ramas eran como cedros de Dios.

11 Extendió sus ramas hasta el mar,
y sus renuevos hasta el río.

12 ¿Por qué has derribado sus vallados,
para que la arranquen todos los que pasan por el camino?

13 El jabalí del bosque la destroza,
y las bestias del campo se alimentan de ella.

14 Vuélvete, te rogamos, oh Dios de los ejércitos;
mira desde el cielo, y ve, y visita esta vid,

15 la cepa que plantó tu diestra,
y el renuevo que hiciste fuerte para ti.

16 Quemada está al fuego, está talada;
perezcan por la reprensión de tu rostro.

17 Sea tu mano sobre el varón de tu diestra,
sobre el hijo de hombre que para ti afirmaste.

18 Así no nos apartaremos de ti;
danos vida, e invocaremos tu nombre.

19 ¡Restáuranos, oh Yahvé, Dios de los ejércitos!
Haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos.

Salmo 81

1 (Para el músico principal. Sobre Gitit. De Asaf.)
¡Cantad con gozo a Dios, fortaleza nuestra!
¡Aclamad con júbilo al Dios de Jacob!

2 Entonad canción, y traed el pandero,
el arpa deliciosa y el salterio.

3 Tocad la trompeta en la nueva luna,
en el día de la luna llena, en el día de nuestra fiesta solemne.

4 Porque estatuto es de Israel,
ordenanza del Dios de Jacob.

5 Lo estableció como testimonio en José,
cuando salió por la tierra de Egipto.
Oí un lenguaje que no entendía:

6 «Aparté su hombro de la carga;
sus manos fueron libradas del cesto.

7 En la angustia clamaste, y yo te libré;
te respondí en el escondedero del trueno;
te probé en las aguas de Meribá. Selah.

8 Oye, pueblo mío, y te amonestaré;
¡Israel, si me oyeres!

9 No habrá en ti dios ajeno,
ni te inclinarás a dios extranjero.

10 Yo soy Yahvé tu Dios,
que te hizo subir de la tierra de Egipto;
abre tu boca, y yo la llenaré.

11 Pero mi pueblo no oyó mi voz,
e Israel no me quiso a mí.

12 Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón,
para que caminaran en sus propios consejos.

13 ¡Oh, si me hubiera oído mi pueblo,
si Israel hubiera andado en mis caminos!

14 En un momento yo habría sometido a sus enemigos,
y habría vuelto mi mano contra sus adversarios.

15 Los que aborrecen a Yahvé se le habrían sometido,
y su castigo sería para siempre.

16 Pero a ti te habría alimentado con lo mejor del trigo,
y con miel de la peña te habría saciado».

Salmo 82

1 (Salmo de Asaf.)
Dios está en la asamblea de los dioses;
en medio de los dioses él juzga:

2 «¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente,
y aceptaréis a las personas de los impíos? Selah.

3 Defended al débil y al huérfano;
haced justicia al afligido y al menesteroso.

4 Librad al afligido y al necesitado;
rescatadlo de la mano de los impíos».

5 No saben, ni entienden.
Andan en tinieblas;
tiemblan todos los cimientos de la tierra.

6 Yo dije: «Vosotros sois dioses,
y todos vosotros hijos del Altísimo;

7 pero como hombres moriréis,
y caeréis como cualquiera de los príncipes».

8 Levántate, oh Dios, juzga la tierra;
porque tú heredarás todas las naciones.

Salmo 83

1 (Cántico. Salmo de Asaf.)
Oh Dios, no guardes silencio;
no calles, oh Dios, ni te quedes quieto.

2 Porque he aquí que braman tus enemigos,
y los que te aborrecen han alzado la cabeza.

3 Contra tu pueblo han consultado astuta y secretamente;
han conspirado contra tus protegidos.

4 Han dicho: «Venid, y destruyámoslos para que no sean nación,
y no haya más memoria del nombre de Israel».

5 Porque se han confabulado de un mismo corazón;
contra ti han hecho alianza

6 las tiendas de los edomitas y de los ismaelitas,
Moab y los agarenos;

7 Gebal, Amón y Amalec,
los filisteos y los habitantes de Tiro.

8 También Asiria se ha juntado con ellos;
sirven de brazo a los hijos de Lot. Selah.

9 Hazles como a Madián,
como a Sísara, como a Jabín en el arroyo de Cisón;

10 que perecieron en Endor,
y fueron hechos como estiércol para la tierra.

11 Pon a sus nobles como a Oreb y a Zeeb;
a todos sus príncipes como a Zeba y a Zalmuna,

12 que dijeron: «Heredemos para nosotros las moradas de Dios».

13 Dios mío, ponlos como hojarasca,
como paja delante del viento.

14 Como fuego que quema el monte,
como llama que abrasa el bosque.

15 Persíguelos así con tu tempestad,
y aterrorízalos con tu huracán.

16 Llena sus rostros de vergüenza,
para que busquen tu nombre, oh Yahvé.

17 Sean afrentados y turbados para siempre;
sean deshonrados, y perezcan.

18 Y conozcan que tu nombre es Yahvé;
¡tú solo eres Altísimo sobre toda la tierra!

Salmo 84

1 (Para el músico principal. Sobre Gitit. Salmo de los hijos de Coré.)
¡Cuán amables son tus moradas,
oh Yahvé de los ejércitos!

2 Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Yahvé;
mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo.

3 Aun el gorrión halla casa,
y la golondrina nido para sí, donde ponga sus polluelos,
cerca de tus altares, oh Yahvé de los ejércitos, Rey mío y Dios mío.

4 Bienaventurados los que habitan en tu casa;
perpetuamente te alabarán. Selah.

5 Bienaventurado el hombre que tiene en ti sus fuerzas,
en cuyo corazón están tus caminos.

6 Atravesando el valle de lágrimas lo cambian en fuente,
cuando la lluvia temprana lo cubre de bendiciones.

7 Irán de poder en poder;
verán a Dios en Sión.

8 Yahvé Dios de los ejércitos, oye mi oración;
escucha, oh Dios de Jacob. Selah.

9 Mira, oh Dios, escudo nuestro,
y pon los ojos en el rostro de tu ungido.

10 Porque mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos.
Escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios,
que habitar en las moradas de maldad.

11 Porque sol y escudo es Yahvé Dios;
gracia y gloria dará Yahvé.
No quitará el bien a los que andan en integridad.

12 Yahvé de los ejércitos,
dichoso el hombre que en ti confía.

Salmo 85

1 (Para el músico principal. Salmo de los hijos de Coré.)
Fuiste propicio a tu tierra, oh Yahvé;
has hecho volver a Jacob de su cautiverio.

2 Perdonaste la iniquidad de tu pueblo;
cubriste todos sus pecados. Selah.

3 Reprimiste todo tu enojo;
te apartaste del ardor de tu ira.

4 Restáuranos, oh Dios de nuestra salvación,
y haz cesar tu indignación contra nosotros.

5 ¿Estarás airado con nosotros para siempre?
¿Prolongarás tu ira de generación en generación?

6 ¿No volverás a darnos vida,
para que tu pueblo se regocije en ti?

7 Muéstranos, oh Yahvé, tu misericordia,
y concédenos tu salvación.

8 Escucharé lo que hablará Yahvé Dios,
porque hablará paz a su pueblo y a sus santos,
para que no se vuelvan a la insensatez.

9 Ciertamente cercana está su salvación a los que le temen,
para que habite la gloria en nuestra tierra.

10 La misericordia y la verdad se encontraron;
la justicia y la paz se besaron.

11 La verdad brotará de la tierra,
y la justicia mirará desde los cielos.

12 Yahvé también dará el bien,
y nuestra tierra dará su fruto.

13 La justicia irá delante de él,
y nos pondrá en el camino de sus pasos.

Salmo 86

1 (Oración de David.)
Inclina, oh Yahvé, tu oído, y escúchame,
porque soy pobre y menesteroso.

2 Guarda mi alma, porque soy piadoso;
salva tú, oh Dios mío, a tu siervo que en ti confía.

3 Ten misericordia de mí, oh Señor,
porque a ti clamo todo el día.

4 Alegra el alma de tu siervo,
porque a ti, oh Señor, elevo mi alma.

5 Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador,
y grande en misericordia para con todos los que te invocan.

6 Escucha, oh Yahvé, mi oración,
y atiende a la voz de mis ruegos.

7 En el día de mi angustia te invocaré,
porque tú me respondes.

8 Oh Señor, ninguno hay como tú entre los dioses,
ni obras que igualen tus obras.

9 Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán delante de ti, Señor,
y glorificarán tu nombre.

10 Porque tú eres grande, y hacedor de maravillas;
sólo tú eres Dios.

11 Enséñame, oh Yahvé, tu camino;
caminaré en tu verdad.
Afirma mi corazón para que tema tu nombre.

12 Te alabaré, oh Señor Dios mío, con todo mi corazón,
y glorificaré tu nombre para siempre.

13 Porque tu misericordia es grande para conmigo,
y has librado mi alma de las profundidades del Seol.

14 Oh Dios, los soberbios se levantaron contra mí,
y conspiración de violentos ha buscado mi vida,
y no te pusieron delante de sí.

15 Mas tú, Señor, Dios misericordioso y clemente,
lento para la ira, y grande en misericordia y verdad,

16 mírame, y ten misericordia de mí.
Da tu fortaleza a tu siervo,
y salva al hijo de tu sierva.

17 Haz conmigo señal para bien,
y véanla los que me aborrecen, y sean avergonzados;
porque tú, Yahvé, me ayudaste y me consolaste.

Salmo 87

1 (Salmo de los hijos de Coré. Cántico.)
Su cimiento está en los montes santos.

2 Ama Yahvé las puertas de Sión
más que todas las moradas de Jacob.

3 Cosas gloriosas se han dicho de ti,
oh ciudad de Dios. Selah.

4 "Mencionaré a Rahab y a Babilonia entre los que me conocen;
he aquí Filistea y Tiro, con Etiopía;
se dirá: «Este nació allá»».

5 Y de Sión se dirá: «Este y aquel han nacido en ella»;
y el Altísimo mismo la establecerá.

6 Yahvé contará al inscribir a los pueblos:
«Este nació allí». Selah.

7 Y cantores y tañedores en ella dirán:
«Todas mis fuentes están en ti».

Salmo 88

1 (Cántico. Salmo de los hijos de Coré. Para el músico principal. Sobre Mahalat Leamot. Masquil de Hemán ezraíta.)
Oh Yahvé, Dios de mi salvación,
día y noche clamo delante de ti.

2 Llegue mi oración a tu presencia;
inclina tu oído a mi clamor.

3 Porque mi alma está hastiada de males,
y mi vida cercana al Seol.

4 Soy contado entre los que descienden al foso;
soy como hombre sin fuerza,

5 abandonado entre los muertos,
como los pasados a espada que yacen en el sepulcro,
de quienes no te acuerdas ya,
y que han sido arrebatados de tu mano.

6 Me has puesto en el hoyo profundo,
en las tinieblas, en los abismos.

7 Sobre mí reposa tu ira,
y me has afligido con todas tus olas. Selah.

8 Has alejado de mí a mis conocidos;
me has hecho abominable para ellos.
Estoy encerrado y no puedo salir.

9 Mis ojos languidecen a causa de la aflicción.
Te he invocado, oh Yahvé, cada día;
he extendido mis manos hacia ti.

10 ¿Manifestarás tus maravillas a los muertos?
¿Se levantarán los muertos para alabarte? Selah.

11 ¿Será declarada en el sepulcro tu misericordia,
o tu fidelidad en el Abadón?

12 ¿Serán conocidas en las tinieblas tus maravillas,
y tu justicia en la tierra del olvido?

13 Mas yo a ti he clamado, oh Yahvé,
y de mañana mi oración se presenta delante de ti.

14 ¿Por qué, oh Yahvé, desechas mi alma?
¿Por qué escondes de mí tu rostro?

15 Yo estoy afligido y a punto de morir desde mi juventud;
sufro tus terrores, y estoy consternado.

16 Sobre mí han pasado tus iras,
y tus terrores me han destruido.

17 Me han rodeado como aguas continuamente;
a una me han cercado.

18 Has alejado de mí al amigo y al compañero,
y las tinieblas son mis conocidas.

Salmo 89

1 (Masquil de Etán ezraíta.)
Las misericordias de Yahvé cantaré perpetuamente;
de generación en generación haré notoria tu fidelidad con mi boca.

2 Porque dije: Para siempre será edificada la misericordia;
en los cielos mismos establecerás tu fidelidad.

3 "Hice pacto con mi escogido;
juré a David mi siervo:

4 «Para siempre estableceré tu descendencia,
y edificaré tu trono por todas las generaciones»». Selah.

5 Celebrarán los cielos tus maravillas, oh Yahvé,
tu fidelidad también en la congregación de los santos.

6 Porque ¿quién en los cielos se igualará a Yahvé?
¿Quién será semejante a Yahvé entre los hijos de los potentados?

7 Dios temible en la gran congregación de los santos,
y formidable sobre todos cuantos están a su alrededor.

8 Oh Yahvé, Dios de los ejércitos, ¿quién como tú?
Poderoso eres, Yahvé, y tu fidelidad te rodea.

9 Tú dominas la furia del mar;
cuando se levantan sus olas, tú las sosiegas.

10 Tú quebrantaste a Rahab como a un herido de muerte;
con tu brazo poderoso esparciste a tus enemigos.

11 Tuyos son los cielos, tuya también la tierra;
el mundo y su plenitud, tú los fundaste.

12 El norte y el sur, tú los creaste;
el Tabor y el Hermón cantan gozosos a tu nombre.

13 Tuyo es el brazo poderoso;
fuerte es tu mano, exaltada tu diestra.

14 Justicia y juicio son el cimiento de tu trono;
misericordia y verdad van delante de tu rostro.

15 Bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte;
andarán, oh Yahvé, a la luz de tu rostro.

16 En tu nombre se alegrarán todo el día,
y en tu justicia serán enaltecidos.

17 Porque tú eres la gloria de su poder,
y por tu buena voluntad exaltarás nuestro cuerno.

18 Porque Yahvé es nuestro escudo,
y nuestro rey es el Santo de Israel.

19 Entonces hablaste en visión a tus santos,
y dijiste: “He puesto el socorro sobre un valiente;
he exaltado a un escogido de mi pueblo.

20 Hallé a David mi siervo;
lo ungí con mi santo aceite.

21 Mi mano estará siempre con él,
y mi brazo lo fortalecerá.

22 No lo sorprenderá el enemigo,
ni el hijo de iniquidad lo quebrantará.

23 Sino que quebrantaré delante de él a sus enemigos,
y heriré a los que le aborrecen.

24 Mi fidelidad y mi misericordia estarán con él,
y en mi nombre será exaltado su cuerno.

25 Pondré también su mano sobre el mar,
y su diestra sobre los ríos.

26 Él me clamará: «Mi Padre eres tú,
mi Dios, y la roca de mi salvación».

27 Yo también le haré mi primogénito,
el más excelso de los reyes de la tierra.

28 Para siempre le conservaré mi misericordia,
y mi pacto será firme con él.

29 Estableceré su descendencia para siempre,
y su trono como los días de los cielos.

30 Si dejaren sus hijos mi ley,
y no anduvieren en mis juicios;

31 si profanaren mis estatutos,
y no guardaren mis mandamientos,

32 entonces castigaré con vara su rebelión,
y con azotes sus iniquidades.

33 Mas no quitaré de él mi misericordia,
ni falsearé mi fidelidad.

34 No olvidaré mi pacto,
ni alteraré lo que ha salido de mis labios.

35 Una vez he jurado por mi santidad,
y no mentiré a David:

36 Su descendencia será para siempre,
y su trono como el sol delante de mí.

37 Como la luna será firme para siempre,
y como un testigo fiel en el cielo". Selah.

38 Mas tú lo has desechado y menospreciado;
te has airado contra tu ungido.

39 Has roto el pacto de tu siervo;
has profanado su corona arrojándola por tierra.

40 Has derribado todos sus vallados;
has convertido en ruinas sus fortalezas.

41 Lo saquean todos los que pasan por el camino;
es oprobio a sus vecinos.

42 Has exaltado la diestra de sus enemigos;
has alegrado a todos sus adversarios.

43 También embotaste el filo de su espada,
y no lo levantaste en la batalla.

44 Hiciste cesar su esplendor,
y echaste su trono por tierra.

45 Has acortado los días de su juventud;
lo has cubierto de vergüenza. Selah.

46 ¿Hasta cuándo, oh Yahvé?
¿Te esconderás para siempre?
¿Arderá tu ira como el fuego?

47 Recuerda cuán breve es mi tiempo;
¿por qué habrás creado en vano a todos los hijos del hombre?

48 ¿Qué hombre vivirá y no verá la muerte?
¿Librará su vida del poder del Seol? Selah.

49 Señor, ¿dónde están tus antiguas misericordias,
que juraste a David por tu fidelidad?

50 Acuérdate, Señor, del oprobio de tus siervos;
oprobio de muchos pueblos, que llevo en mi seno;

51 con el cual tus enemigos, oh Yahvé, te han deshonrado;
con el cual han deshonrado los pasos de tu ungido.

52 ¡Bendito sea Yahvé para siempre!
Amén, y amén.

Salmo 90

1 (Oración de Moisés, varón de Dios.)
Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.

2 Antes que naciesen los montes,
y formases la tierra y el mundo,
desde la eternidad y hasta la eternidad, tú eres Dios.

3 Tú reduces al hombre a polvo, y dices:
«¡Volved, hijos de los hombres!»

4 Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que ya pasó,
y como una de las vigilias de la noche.

5 Los arrebatas como con torrente de aguas; son como un sueño.
Por la mañana son como la hierba que crece.

6 Por la mañana florece y crece;
a la tarde es cortada y se seca.

7 Porque con tu furor somos consumidos,
y con tu ira somos turbados.

8 Has puesto nuestras iniquidades delante de ti,
nuestros pecados ocultos a la luz de tu rostro.

9 Porque todos nuestros días declinan a causa de tu ira;
acabamos nuestros años como un suspiro.

10 Los días de nuestra edad son setenta años;
y si en los más robustos son ochenta años,
con todo, su mayor orgullo es fatiga y trabajo,
porque pronto pasan, y volamos.

11 ¿Quién conoce el poder de tu ira,
y tu indignación según el temor que te es debido?

12 Enséñanos de tal modo a contar nuestros días,
que traigamos al corazón sabiduría.

13 ¡Vuelve, oh Yahvé! ¿Hasta cuándo?
¡Ten compasión de tus siervos!

14 Sácianos de mañana con tu misericordia,
para que nos regocijemos y nos alegremos todos nuestros días.

15 Alégranos conforme a los días que nos afligiste,
y los años en que hemos visto el mal.

16 Manifiéstese tu obra a tus siervos,
y tu gloria a sus hijos.

17 Sea la luz del Señor nuestro Dios sobre nosotros,
y confirma en nosotros la obra de nuestras manos.
Sí, la obra de nuestras manos confirma.

Salmo 91

1 El que habita al abrigo del Altísimo
morará bajo la sombra del Todopoderoso.

2 Diré yo a Yahvé: «Esperanza mía, y castillo mío;
mi Dios, en quien confiaré».

3 Él te librará del lazo del cazador,
y de la peste destructora.

4 Con sus plumas te cubrirá,
y debajo de sus alas estarás seguro;
escudo y adarga es su verdad.

5 No temerás el terror nocturno,
ni saeta que vuele de día,

6 ni pestilencia que ande en oscuridad,
ni mortandad que en medio del día destruya.

7 Caerán a tu lado mil,
y diez mil a tu diestra;
mas a ti no llegará.

8 Ciertamente con tus ojos mirarás,
y verás la recompensa de los impíos.

9 Porque has puesto a Yahvé, que es mi esperanza,
al Altísimo por tu habitación,

10 no te sobrevendrá mal,
ni plaga tocará tu morada.

11 Pues a sus ángeles mandará acerca de ti,
que te guarden en todos tus caminos.

12 En las manos te llevarán,
para que tu pie no tropiece en piedra.

13 Sobre el león y el áspid pisarás;
hollarás al cachorro del león y a la serpiente.

14 «Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré;
le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre.

15 Me invocará, y yo le responderé;
con él estaré yo en la angustia;
lo libraré y le glorificaré.

16 Lo saciaré de larga vida,
y le mostraré mi salvación».

Salmo 92

1 (Salmo. Cántico para el día de reposo.)
Bueno es dar gracias a Yahvé,
y cantar alabanzas a tu nombre, oh Altísimo;

2 anunciar por la mañana tu misericordia,
y tu fidelidad cada noche,

3 con el decacordio y con el salterio,
en tono suave con el arpa.

4 Por cuanto me has alegrado, oh Yahvé, con tus obras;
en las obras de tus manos me gozaré.

5 ¡Cuán grandes son tus obras, oh Yahvé!
Muy profundos son tus pensamientos.

6 El hombre insensato no lo sabe,
y el necio no entiende esto:

7 que brotan los impíos como la hierba,
y florecen todos los que hacen iniquidad,
para ser destruidos eternamente.

8 Mas tú, Yahvé, para siempre eres Altísimo.

9 Porque he aquí tus enemigos, oh Yahvé,
porque he aquí, perecerán tus enemigos;
serán esparcidos todos los que hacen maldad.

10 Pero tú exaltarás mi cuerno como el del búfalo;
seré ungido con aceite fresco.

11 Y mirarán mis ojos la ruina de mis enemigos;
oirán mis oídos de la caída de los malignos que se levantaron contra mí.

12 El justo florecerá como la palmera;
crecerá como cedro en el Líbano.

13 Plantados en la casa de Yahvé,
en los atrios de nuestro Dios florecerán.

14 Aun en la vejez fructificarán;
estarán llenos de savia y verdor,

15 para anunciar que Yahvé mi fortaleza es recto,
y que en él no hay injusticia.

Salmo 93

1 ¡Yahvé reina! Se ha vestido de majestad;
Yahvé se ha vestido, se ha ceñido de poder.
Afirmó también el mundo,
y no será conmovido.

2 Tu trono está establecido desde la antigüedad;
tú eres desde la eternidad.

3 Alzaron los ríos, oh Yahvé,
los ríos alzaron su voz;
alzaron los ríos sus ondas.

4 Más que el estruendo de las muchas aguas,
más que las recias olas del mar,
poderoso es Yahvé en las alturas.

5 Tus testimonios son muy firmes;
la santidad conviene a tu casa,
oh Yahvé, por los siglos y para siempre.

Salmo 94

1 Oh Yahvé, Dios de las venganzas,
Dios de las venganzas, ¡muéstrate!

2 Levántate, Juez de la tierra;
da el pago a los soberbios.

3 ¿Hasta cuándo los impíos, oh Yahvé,
hasta cuándo triunfarán los impíos?

4 Pronuncian y hablan insolencias;
se jactan todos los que hacen iniquidad.

5 A tu pueblo, oh Yahvé, quebrantan,
y a tu heredad afligen.

6 Matan a la viuda y al extranjero,
y asesinan a los huérfanos.

7 Y dicen: «No lo verá Yah,
ni lo entenderá el Dios de Jacob».

8 Entended, necios del pueblo;
y vosotros, fatuos, ¿cuándo seréis sabios?

9 El que hizo el oído, ¿no oirá?
El que formó el ojo, ¿no verá?

10 El que castiga a las naciones, ¿no reprenderá?
¿No sabrá el que enseña al hombre la ciencia?

11 Yahvé conoce los pensamientos de los hombres,
que son vanidad.

12 Bienaventurado el hombre a quien tú disciplinas, oh Yah,
y a quien instruyes en tu ley,

13 para darle descanso en los días de aflicción,
en tanto que para el impío se cava el hoyo.

14 Porque Yahvé no rechazará a su pueblo,
ni desamparará su heredad.

15 Sino que el juicio será vuelto a la justicia,
y en pos de ella irán todos los rectos de corazón.

16 ¿Quién se levantará por mí contra los malignos?
¿Quién me defenderá de los que hacen iniquidad?

17 Si Yahvé no me hubiera ayudado,
pronto habría habitado mi alma en el silencio.

18 Cuando yo decía: «¡Mi pie resbala!»,
tu misericordia, oh Yahvé, me sustentaba.

19 En la multitud de mis pensamientos íntimos,
tus consolaciones alegraban mi alma.

20 ¿Se aliará contigo el trono de iniquidad,
que forja agravios bajo forma de ley?

21 Se juntan contra la vida del justo,
y condenan la sangre inocente.

22 Mas Yahvé ha sido mi alto refugio,
y mi Dios la roca de mi confianza.

23 Él hará volver sobre ellos su propia iniquidad,
y los destruirá en su propia maldad;
los destruirá Yahvé nuestro Dios.

Salmo 95

1 ¡Venid, aclamemos alegremente a Yahvé!
¡Cantemos con júbilo a la roca de nuestra salvación!

2 Lleguemos ante su presencia con alabanza;
¡aclamémosle con cánticos!

3 Porque Yahvé es Dios grande,
y Rey grande sobre todos los dioses.

4 Porque en su mano están las profundidades de la tierra,
y las alturas de los montes son suyas.

5 Suyo también es el mar, pues él lo hizo;
y sus manos formaron la tierra seca.

6 Venid, adoremos y postrémonos;
arrodillémonos delante de Yahvé nuestro Hacedor.

7 Porque él es nuestro Dios;
nosotros el pueblo de su prado, y ovejas de su mano.
Si oyereis hoy su voz,

8 no endurezcáis vuestro corazón, como en Meribá,
como en el día de Masah en el desierto,

9 donde me tentaron vuestros padres,
me probaron, y vieron mis obras.

10 Cuarenta años estuve disgustado con aquella generación,
y dije: «Es un pueblo que divaga de corazón,
y no han conocido mis caminos».

11 Por tanto, juré en mi furor
que no entrarían en mi reposo.

Salmo 96

1 ¡Cantad a Yahvé un cántico nuevo!
¡Cantad a Yahvé, toda la tierra!

2 ¡Cantad a Yahvé!
¡Bendecid su nombre!
¡Proclamad su salvación de día en día!

3 Anunciad su gloria entre las naciones,
sus obras maravillosas entre todos los pueblos.

4 Porque grande es Yahvé, y digno de suprema alabanza;
temible sobre todos los dioses.

5 Porque todos los dioses de los pueblos son ídolos;
pero Yahvé hizo los cielos.

6 Alabanza y magnificencia hay delante de él;
poder y hermosura en su santuario.

7 Tributad a Yahvé, oh familias de los pueblos,
tributad a Yahvé la gloria y el poder.

8 Dad a Yahvé la honra debida a su nombre;
traed ofrendas, y venid a sus atrios.

9 Adorad a Yahvé en la hermosura de la santidad;
temblad delante de él, toda la tierra.

10 Decid entre las naciones: «¡Yahvé reina!»
Afirmó también el mundo,
y no será conmovido;
él juzgará a los pueblos con equidad.

11 Alégrense los cielos, y gócese la tierra;
¡ruja el mar y su plenitud!

12 ¡Regocíjese el campo, y todo lo que en él hay!
Entonces todos los árboles del bosque cantarán de júbilo

13 delante de Yahvé; porque él viene,
porque viene a juzgar la tierra.
Él juzgará al mundo con justicia,
y a los pueblos con su verdad.

Salmo 97

1 ¡Yahvé reina! ¡Regocíjese la tierra!
¡Alégrense las muchas costas!

2 Nubes y oscuridad le rodean;
justicia y juicio son el cimiento de su trono.

3 Fuego va delante de él,
y abrasa a sus enemigos en derredor.

4 Sus relámpagos iluminaron el mundo;
la tierra lo vio y se estremeció.

5 Los montes se derritieron como cera delante de Yahvé,
delante del Señor de toda la tierra.

6 Los cielos anuncian su justicia,
y todos los pueblos ven su gloria.

7 Avergüéncense todos los que sirven a las imágenes de talla,
los que se glorían en los ídolos.
¡Póstrense ante él todos los dioses!

8 Sión lo oyó y se alegró,
y las hijas de Judá se regocijaron
a causa de tus juicios, oh Yahvé.

9 Porque tú, Yahvé, eres excelso sobre toda la tierra;
eres muy exaltado sobre todos los dioses.

10 Los que amáis a Yahvé, aborreced el mal;
él guarda las almas de sus santos;
de mano de los impíos los libra.

11 Luz está sembrada para el justo,
y alegría para los rectos de corazón.

12 ¡Alegraos, justos, en Yahvé!
Y dad gracias a su santo Nombre.

Salmo 98

1 (Salmo.)
Cantad a Yahvé cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas;
su diestra y su santo brazo le han dado la victoria.

2 Yahvé ha hecho notoria su salvación;
a vista de las naciones ha descubierto su justicia.

3 Se ha acordado de su misericordia y de su fidelidad para con la casa de Israel;
todos los confines de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios.

4 ¡Aclamad con júbilo a Yahvé, toda la tierra!
¡Prorrumpid, alegraos y cantad salmos!

5 Cantad salmos a Yahvé con arpa,
con arpa y voz de cántico.

6 Con trompetas y sonido de bocina,
aclamad con júbilo delante del Rey Yahvé.

7 Ruja el mar y su plenitud,
el mundo y los que en él habitan;

8 los ríos batan las palmas,
los montes se regocijen a una,

9 delante de Yahvé, porque viene a juzgar la tierra.
Juzgará al mundo con justicia,
y a los pueblos con equidad.

Salmo 99

1 ¡Yahvé reina! Temblarán los pueblos.
Él está sentado sobre los querubines; conmuévase la tierra.

2 Yahvé en Sión es grande,
y excelso sobre todos los pueblos.

3 Alaben tu nombre grande y temible;
¡Él es santo!

4 El poder del rey ama la justicia;
tú confirmas la equidad.
Tú has ejecutado el derecho y la justicia en Jacob.

5 Exaltad a Yahvé nuestro Dios,
y postraos ante el estrado de sus pies.
¡Él es santo!

6 Moisés y Aarón entre sus sacerdotes,
y Samuel entre los que invocaron su nombre;
invocaban a Yahvé, y él les respondía.

7 En columna de nube hablaba con ellos;
guardaban sus testimonios,
y el estatuto que les había dado.

8 Yahvé Dios nuestro, tú les respondías;
les fuiste un Dios perdonador,
pero vengador de sus malas obras.

9 Exaltad a Yahvé nuestro Dios,
y postraos ante su santo monte,
porque Yahvé nuestro Dios es santo.

Salmo 100

1 (Salmo de acción de gracias.)
¡Cantad alegres a Yahvé, habitantes de toda la tierra!

2 Servid a Yahvé con alegría;
venid ante su presencia con regocijo.

3 Reconoced que Yahvé es Dios;
él nos hizo, y suyos somos;
pueblo suyo somos, y ovejas de su prado.

4 Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con alabanza;
alabadle, bendecid su nombre.

5 Porque Yahvé es bueno;
para siempre es su misericordia,
y su fidelidad por todas las generaciones.

Salmo 101

1 (Un salmo de David.)
Cantaré a la misericordia y a la justicia.
A ti, Yahvé, te cantaré alabanzas.

2 Me esforzaré en seguir el camino de la integridad.
¿Cuándo vendrás a mí?
Caminaré dentro de mi casa con un corazón íntegro.

3 No pondré cosa vil delante de mis ojos.
Aborrezco las obras de los que se desvían.
Nada de ello se me pegará.

4 El corazón perverso se apartará de mí.
No querré conocer el mal.

5 Al que solapadamente calumnia a su prójimo, yo lo silenciaré.
No soportaré al de ojos altaneros y corazón soberbio.

6 Pondré mis ojos en los fieles de la tierra,
para que moren conmigo.
El que camina por la senda de la perfección,
ese me servirá.

7 No habitará dentro de mi casa quien practique el fraude.
El que habla con mentiras no se sostendrá ante mis ojos.

8 Cada mañana destruiré a todos los impíos de la tierra,
para extirpar de la ciudad de Yahvé a todos los que hacen el mal.

Salmo 102

1 (Oración del afligido, cuando está agobiado y derrama su queja ante Yahvé.)
¡Escucha mi oración, Yahvé!
Deja que mi clamor llegue a ti.

2 No escondas tu rostro de mí en el día de mi angustia.
Inclina a mí tu oído.
Respóndeme pronto el día que te invoque.

3 Porque mis días se desvanecen como el humo.
Mis huesos arden como un tizón.

4 Mi corazón se ha marchitado y secado como la hierba,
de tal modo que olvido comer mi pan.

5 A causa de la voz de mis gemidos,
mis huesos se pegan a mi piel.

6 Soy como el pelícano del desierto.
Me he vuelto como el búho de las ruinas.

7 Paso las noches en vela, y me he vuelto como un pájaro solitario en el tejado.

8 Mis enemigos me ofenden todo el día.
Los que están enfurecidos conmigo usan mi nombre como maldición.

9 Porque he comido cenizas como pan,
y mezclé mi bebida con lágrimas,

10 a causa de tu indignación y tu ira;
porque me has cogido y me has arrojado.

11 Mis días son como una sombra que se alarga.
Me he marchitado como la hierba.

12 Pero tú, Yahvé, permaneces para siempre;
tu recuerdo perdura por todas las generaciones.

13 Te levantarás y tendrás piedad de Sión,
pues es tiempo de apiadarse de ella.
Sí, ha llegado el momento fijado.

14 Porque tus siervos aman sus piedras,
y se compadecen de su polvo.

15 Así las naciones temerán el nombre de Yahvé,
y todos los reyes de la tierra tu gloria.

16 Porque Yahvé habrá edificado a Sión.
Se habrá manifestado en su gloria.

17 Habrá atendido a la oración de los desvalidos,
y no habrá despreciado sus ruegos.

18 Esto se escribirá para la generación venidera.
Un pueblo aún por ser creado alabará a Yah,

19 porque ha mirado desde lo alto de su santuario.
Desde el cielo, Yahvé observó la tierra,

20 para escuchar los gemidos de los cautivos,
para liberar a los condenados a muerte,

21 para que los hombres anuncien el nombre de Yahvé en Sión,
y su alabanza en Jerusalén,

22 cuando los pueblos se reúnan,
junto con los reinos, para servir a Yahvé.

23 Él debilitó mis fuerzas en el camino.
Acortó mis días.

24 Dije: «Dios mío, no me lleves a la mitad de mis días.
Tus años son por todas las generaciones».

25 Desde la antigüedad tú fundaste la tierra.
Los cielos son obra de tus manos.

26 Ellos perecerán, pero tú permanecerás.
Sí, todos ellos se desgastarán como una vestidura.
Los cambiarás como un manto, y serán transformados.

27 Pero tú eres el mismo.
Tus años no tendrán fin.

28 Los hijos de tus siervos habitarán seguros.
Su descendencia se establecerá delante de ti.

Salmo 103

1 (Por David.)
¡Bendice a Yahvé, alma mía!
Y bendiga todo mi ser su santo nombre.

2 Bendice a Yahvé, alma mía,
y no olvides ninguno de sus beneficios.

3 Él es quien perdona todas tus iniquidades,
quien sana todas tus dolencias,

4 quien rescata tu vida del sepulcro,
quien te corona de favores y misericordias,

5 quien sacia de bien tus anhelos,
de modo que te rejuvenezcas como el águila.

6 Yahvé ejecuta obras de justicia,
y defiende el derecho de todos los oprimidos.

7 Dio a conocer sus caminos a Moisés,
y sus proezas a los hijos de Israel.

8 Clemente y compasivo es Yahvé,
lento para la ira, y grande en misericordia.

9 No contenderá para siempre,
ni guardará su enojo perpetuamente.

10 No nos ha tratado según nuestros pecados,
ni nos ha pagado conforme a nuestras iniquidades.

11 Porque como se alzan los cielos sobre la tierra,
así de grande es su misericordia para con los que le temen.

12 Tan lejos como está el oriente del occidente,
así hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones.

13 Como un padre se compadece de sus hijos,
así se compadece Yahvé de los que le temen.

14 Porque él conoce nuestra condición.
Se acuerda de que somos polvo.

15 En cuanto al hombre, sus días son como la hierba.
Florece como la flor del campo,

16 pero pasa el viento sobre ella, y desaparece,
y su lugar no la vuelve a conocer.

17 Mas la misericordia de Yahvé es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen,
y su justicia sobre los hijos de los hijos,

18 sobre los que guardan su pacto,
y los que se acuerdan de sus preceptos para ponerlos por obra.

19 Yahvé ha establecido su trono en los cielos,
y su reino domina sobre todo.

20 Bendecid a Yahvé, vosotros sus ángeles,
poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra,
obedeciendo la voz de su precepto.

21 Bendecid a Yahvé, vosotros todos sus ejércitos,
ministros suyos, que hacéis su voluntad.

22 Bendecid a Yahvé, vosotras todas sus obras,
en todos los lugares de su señorío.
¡Bendice a Yahvé, alma mía!

Salmo 104

1 Bendice a Yahvé, alma mía.
Yahvé, Dios mío, eres inmensamente grande.
Estás revestido de gloria y majestad.

2 Te cubres de luz como de una vestidura.
Extiendes los cielos como una cortina.

3 Estableces las vigas de tus aposentos en las aguas.
Haces de las nubes tu carro.
Caminas sobre las alas del viento.

4 Haces de los vientos tus mensajeros,
y de las llamas de fuego tus servidores.

5 Tú pusiste los cimientos de la tierra,
para que no sea conmovida jamás.

6 La cubriste con el abismo como con un manto.
Las aguas estaban por encima de los montes.

7 Ante tu reprensión huyeron.
A la voz de tu trueno se apresuraron a alejarse.

8 Se elevaron los montes,
descendieron los valles,
al lugar que les habías asignado.

9 Has establecido un límite que no pueden traspasar,
para que no vuelvan a cubrir la tierra.

10 Tú envías manantiales a los valles.
Corren entre los montes.

11 Dan de beber a todas las bestias del campo.
Los asnos monteses sacian su sed.

12 Junto a ellos anidan las aves del cielo.
Cantan entre las ramas.

13 Riegas los montes desde tus aposentos.
La tierra se sacia del fruto de tus obras.

14 Haces crecer la hierba para el ganado,
y las plantas para que el hombre las cultive,
para sacar de la tierra el alimento:

15 el vino que alegra el corazón del hombre,
el aceite para hacer brillar su rostro,
y el pan que fortalece el corazón del hombre.

16 Los árboles de Yahvé están bien regados,
los cedros del Líbano que él plantó,

17 donde los pájaros hacen sus nidos.
La cigüeña tiene su morada en los cipreses.

18 Las altas montañas son para las cabras monteses.
Las rocas son un refugio para los damanes.

19 Él designó la luna para medir las estaciones.
El sol sabe cuándo ponerse.

20 Traes las tinieblas, y cae la noche,
en la que merodean todas las fieras del bosque.

21 Los leoncillos rugen tras su presa,
y buscan en Dios su alimento.

22 Sale el sol y se retiran,
y se acuestan en sus guaridas.

23 El hombre sale a su obra,
a su labor hasta el atardecer.

24 ¡Yahvé, cuán numerosas son tus obras!
A todas las hiciste con sabiduría.
La tierra está llena de tus criaturas.

25 Allí está el mar, grande y vasto,
en el que hay innumerables seres vivos,
animales tanto pequeños como grandes.

26 Allí surcan las naves,
y el Leviatán, que formaste para jugar en él.

27 Todos ellos esperan en ti,
para que les des su comida a su debido tiempo.

28 Tú les das, y ellos recogen.
Abres tu mano, y se sacian de bienes.

29 Escondes tu rostro, y se turban.
Les quitas el aliento, mueren y vuelven al polvo.

30 Envías tu Espíritu, y son creados.
Así renuevas la faz de la tierra.

31 Que la gloria de Yahvé sea eterna.
Que Yahvé se regocije en sus obras.

32 Él mira la tierra y ésta tiembla.
Toca los montes y éstos echan humo.

33 Cantaré a Yahvé mientras viva.
Cantaré alabanzas a mi Dios mientras exista.

34 Que mi meditación le sea agradable.
Yo me regocijaré en Yahvé.

35 Que los pecadores desaparezcan de la tierra.
Que los malvados dejen de existir.
Bendice a Yahvé, alma mía.

¡Alabado sea Yah!

Salmo 105

1 ¡Dad gracias a Yahvé! ¡Invocad su nombre!
Haced notorias sus obras entre los pueblos.

2 ¡Cantadle, cantadle alabanzas!
Hablad de todas sus maravillas.

3 Gloriaos en su santo nombre.
Alégrese el corazón de los que buscan a Yahvé.

4 Buscad a Yahvé y su poder.
Buscad su rostro continuamente.

5 Acordaos de las maravillas que ha hecho:
de sus prodigios, y de los juicios de su boca,

6 oh vosotros, descendencia de Abraham, su siervo,
vosotros, hijos de Jacob, sus elegidos.

7 Él es Yahvé, nuestro Dios.
Sus juicios están en toda la tierra.

8 Se ha acordado de su pacto para siempre,
de la palabra que mandó para mil generaciones,

9 del pacto que hizo con Abraham,
de su juramento a Isaac,

10 el cual confirmó a Jacob por estatuto,
a Israel por pacto eterno,

11 diciendo: «A ti te daré la tierra de Canaán,
como la porción de tu heredad».

12 Cuando no eran más que unos pocos hombres,
sí, muy pocos, y forasteros en ella,

13 y andaban de nación en nación,
de un reino a otro pueblo,

14 no permitió que nadie les oprimiera.
Sí, por amor a ellos reprendió a los reyes:

15 «¡No toquéis a mis ungidos!
No hagáis daño a mis profetas».

16 Llamó al hambre sobre la tierra.
Destruyó todo el sustento de pan.

17 Envió a un hombre delante de ellos.
José fue vendido como esclavo.

18 Afligieron sus pies con grillos.
Su cuello fue puesto entre cadenas de hierro,

19 hasta el momento en que se cumplió su palabra,
y el oráculo de Yahvé lo probó.

20 El rey envió y lo liberó,
el soberano de los pueblos lo dejó libre.

21 Lo hizo señor de su casa,
y gobernador de todas sus posesiones,

22 para instruir a sus príncipes a su antojo,
y para enseñar sabiduría a sus ancianos.

23 Entonces Israel también llegó a Egipto.
Jacob moró en la tierra de Cam.

24 Multiplicó a su pueblo en gran manera,
y los hizo más fuertes que sus adversarios.

25 Cambió el corazón de ellos para que odiaran a su pueblo,
para que conspiraran contra sus siervos.

26 Envió a Moisés, su siervo,
y a Aarón, a quien había elegido.

27 Pusieron entre ellos sus señales,
y prodigios en la tierra de Cam.

28 Envió tinieblas y oscureció la tierra,
y no fueron rebeldes a sus palabras.

29 Convirtió sus aguas en sangre,
y mató a sus peces.

30 Su tierra se llenó de ranas,
incluso en los aposentos de sus reyes.

31 Habló, y vinieron enjambres de moscas,
y mosquitos en todas sus fronteras.

32 Les dio granizo por lluvia,
con llamas de fuego en su tierra.

33 Hirió sus viñas y también sus higueras,
y destrozó los árboles de su territorio.

34 Él habló, y vinieron las langostas
con los saltamontes, innumerables.

35 Se comieron toda la hierba de su país,
y devoraron el fruto de su tierra.

36 También hirió a todos los primogénitos de su tierra,
las primicias de todo su vigor.

37 Los sacó con plata y oro,
y no hubo en sus tribus quien tropezara.

38 Egipto se alegró cuando partieron,
porque el terror hacia ellos había caído sobre los egipcios.

39 Extendió una nube para cubrirlos,
y fuego para alumbrar la noche.

40 Pidieron, y él hizo venir codornices,
y los sació con pan del cielo.

41 Abrió la roca y brotaron las aguas.
Corrieron por los sequedales como un río.

42 Porque se acordó de su santa palabra,
y de Abraham, su siervo.

43 Sacó a su pueblo con alegría,
a sus elegidos con cantos de júbilo.

44 Les entregó las tierras de las naciones.
Tomaron en posesión el fruto del trabajo de los pueblos,

45 para que guardaran sus estatutos,
y observaran sus leyes.
¡Alabado sea Yah!

Salmo 106

1 ¡Alabado sea Yahvé!
Dad gracias a Yahvé, porque él es bueno,
porque su misericordia es eterna.

2 ¿Quién podrá proclamar las proezas de Yahvé,
o declarar plenamente todas sus alabanzas?

3 Dichosos los que guardan el derecho,
dichoso el que hace justicia en todo tiempo.

4 Acuérdate de mí, Yahvé, con el favor que muestras a tu pueblo.
Visítame con tu salvación,

5 para que vea yo la prosperidad de tus elegidos,
para que me regocije con la alegría de tu nación,
para que me gloríe con tu heredad.

6 Pecamos al igual que nuestros padres.
Hemos cometido iniquidad.
Hemos hecho el mal.

7 Nuestros padres no comprendieron tus maravillas en Egipto.
No recordaron la multitud de tus misericordias,
sino que se rebelaron junto al mar, en el Mar Rojo.

8 Sin embargo, los salvó por amor de su nombre,
para dar a conocer su gran poder.

9 Reprendió al Mar Rojo, y se secó;
y los condujo por los abismos como por un desierto.

10 Los salvó de la mano del que los odiaba,
y los redimió de la mano del enemigo.

11 Las aguas cubrieron a sus adversarios.
No quedó ni uno solo de ellos.

12 Entonces creyeron en sus palabras,
y cantaron sus alabanzas.

13 Pero pronto olvidaron sus obras.
No esperaron su consejo,

14 sino que se entregaron a la codicia en el desierto,
y tentaron a Dios en el páramo.

15 Él les concedió lo que pedían,
pero envió mortandad sobre ellos.

16 Tuvieron envidia de Moisés en el campamento,
y de Aarón, el consagrado a Yahvé.

17 La tierra se abrió y se tragó a Datán,
y cubrió a la cuadrilla de Abiram.

18 Se encendió un fuego en su grupo,
y la llama consumió a los impíos.

19 Hicieron un becerro en Horeb,
y adoraron una imagen de fundición.

20 Así cambiaron su gloria
por la imagen de un buey que come hierba.

21 Se olvidaron de Dios, su Salvador,
que había hecho grandezas en Egipto,

22 obras maravillosas en la tierra de Cam,
y cosas formidables junto al Mar Rojo.

23 Por eso dijo que los destruiría,
si Moisés, su elegido, no se hubiera puesto en la brecha delante de él,
para apartar su ira y que no los destruyese.

24 Además, despreciaron la tierra deseable.
No creyeron en su palabra,

25 sino que murmuraron en sus tiendas,
y no escucharon la voz de Yahvé.

26 Por eso les juró con mano alzada
que los haría caer en el desierto,

27 que haría caer a su descendencia entre las naciones,
y los dispersaría por las tierras.

28 Se unieron también a Baal Peor,
y comieron de los sacrificios ofrecidos a los muertos.

29 Así provocaron su ira con sus malas obras,
y la peste se desató sobre ellos.

30 Entonces Finees se levantó e hizo justicia,
y la plaga se detuvo.

31 Y le fue contado por justicia,
de generación en generación, para siempre.

32 También le enfurecieron en las aguas de Meribá,
y le fue mal a Moisés por causa de ellos;

33 porque amargaron su espíritu,
y él habló precipitadamente con sus labios.

34 No destruyeron a los pueblos,
como Yahvé les había ordenado,

35 sino que se mezclaron con las naciones,
y aprendieron sus costumbres.

36 Sirvieron a sus ídolos,
los cuales se convirtieron en una trampa para ellos.

37 Sí, sacrificaron a sus hijos y a sus hijas a los demonios.

38 Derramaron sangre inocente,
la sangre de sus hijos y de sus hijas,
a quienes sacrificaron a los ídolos de Canaán;
y la tierra fue profanada con sangre.

39 Así se contaminaron con sus obras,
y se prostituyeron con sus hechos.

40 Por eso se encendió la ira de Yahvé contra su pueblo,
y abominó su heredad.

41 Los entregó en manos de las naciones,
y los que los odiaban se enseñorearon de ellos.

42 Sus enemigos también los oprimieron,
y fueron sometidos bajo su mano.

43 Muchas veces los libró,
pero ellos se rebelaron contra su consejo,
y fueron humillados por su iniquidad.

44 Sin embargo, él miró su angustia,
cuando escuchó su clamor.

45 Se acordó de su pacto con ellos,
y se compadeció conforme a la multitud de sus misericordias.

46 Hizo además que se apiadaran de ellos
todos los que los tenían cautivos.

47 Sálvanos, Yahvé, Dios nuestro,
y reúnenos de entre las naciones,
para dar gracias a tu santo nombre,
y para gloriarnos en tu alabanza.

48 Bendito sea Yahvé, el Dios de Israel,
¡desde la eternidad y hasta la eternidad!
Que todo el pueblo diga: «Amén».
¡Alabado sea Yah!

Salmo 107

1 Dad gracias a Yahvé, porque él es bueno,
porque su misericordia es eterna.

2 Que lo digan los redimidos de Yahvé,
a quienes ha redimido de la mano del adversario,

3 y ha congregado de las tierras,
del oriente y del occidente,
del norte y del sur.

4 Vagaron por el desierto, por caminos desolados.
No hallaron ciudad donde habitar.

5 Hambrientos y sedientos,
su alma desfallecía en ellos.

6 Entonces clamaron a Yahvé en su angustia,
y él los libró de sus aflicciones.

7 Los condujo por un camino recto,
para que llegaran a una ciudad habitable.

8 ¡Alaben a Yahvé por su misericordia,
y por sus maravillas para con los hijos de los hombres!

9 Porque él satisface al alma sedienta,
y llena de bienes al alma hambrienta.

10 Algunos moraban en tinieblas y en sombra de muerte,
aprisionados en aflicción y en hierros,

11 porque se rebelaron contra las palabras de Dios,
y despreciaron el consejo del Altísimo.

12 Por eso humilló sus corazones con trabajo pesado.
Tropezaron, y no hubo quien los ayudase.

13 Entonces clamaron a Yahvé en su angustia,
y los salvó de sus aflicciones.

14 Los sacó de las tinieblas y de la sombra de muerte,
y rompió sus cadenas.

15 ¡Alaben a Yahvé por su misericordia,
y por sus maravillas para con los hijos de los hombres!

16 Porque ha destrozado las puertas de bronce,
y ha hecho pedazos los cerrojos de hierro.

17 Los necios, a causa de su camino rebelde,
y por sus iniquidades, fueron afligidos.

18 Su alma aborreció todo tipo de alimento.
Llegaron hasta las puertas de la muerte.

19 Entonces clamaron a Yahvé en su angustia,
y los salvó de sus aflicciones.

20 Envió su palabra y los sanó,
y los libró de sus sepulcros.

21 ¡Alaben a Yahvé por su misericordia,
y por sus maravillas para con los hijos de los hombres!

22 Que ofrezcan sacrificios de acción de gracias,
y declaren sus obras con cantos de júbilo.

23 Los que descienden al mar en naves,
los que hacen negocios en las inmensas aguas,

24 estos han visto las obras de Yahvé,
y sus maravillas en las profundidades.

25 Porque él manda y levanta el viento tempestuoso,
que encrespa sus olas.

26 Suben a los cielos, descienden a los abismos.
Su alma se derrite ante el peligro.

27 Tiemblan y titubean como un ebrio,
y toda su pericia se desvanece.

28 Entonces claman a Yahvé en su angustia,
y los libra de sus aflicciones.

29 Cambia la tempestad en sosiego,
y se apaciguan sus olas.

30 Se alegran entonces porque se han calmado,
y así los guía al puerto deseado.

31 ¡Alaben a Yahvé por su misericordia,
y por sus maravillas para con los hijos de los hombres!

32 Que lo exalten en la congregación del pueblo,
y lo alaben en la reunión de los ancianos.

33 Convierte los ríos en desierto,
y los manantiales en tierra sedienta,

34 y la tierra fructífera en salinas,
por la maldad de los que la habitan.

35 Convierte el desierto en estanques de agua,
y la tierra seca en manantiales.

36 Allí establece a los hambrientos,
para que funden una ciudad donde habitar,

37 siembren campos, planten viñedos,
y recojan el fruto de sus cosechas.

38 Los bendice, y se multiplican en gran manera.
No permite que disminuya su ganado.

39 Pero si luego son reducidos y humillados
a causa de la opresión, la desgracia y el dolor,

40 él derrama menosprecio sobre los príncipes,
y los hace vagar por un desierto sin caminos.

41 Sin embargo, levanta al pobre de su miseria,
y multiplica sus familias como a un rebaño.

42 Los rectos lo verán y se alegrarán.
Y toda iniquidad cerrará su boca.

43 Quien sea sabio, que observe estas cosas,
y considere las misericordias de Yahvé.

Salmo 108

1 (Cántico. Salmo de David.)
Mi corazón está dispuesto, oh Dios.
Cantaré y entonaré salmos con todo mi ser.

2 ¡Despertad, arpa y lira!
¡Despertaré a la aurora!

3 Te daré gracias, Yahvé, entre los pueblos.
Te cantaré alabanzas entre las naciones.

4 Porque tu misericordia es más grande que los cielos,
y tu fidelidad alcanza hasta las nubes.

5 ¡Exáltate, oh Dios, sobre los cielos!
¡Que tu gloria sea sobre toda la tierra!

6 Para que tus amados sean librados,
salva con tu diestra y respóndenos.

7 Dios ha hablado en su santuario: «Me regocijaré;
repartiré a Siquem, y mediré el valle de Sucot.

8 Mío es Galaad, mío es Manasés.
Efraín es el yelmo de mi cabeza;
Judá es mi cetro.

9 Moab es la jofaina en que me lavo.
Sobre Edom arrojaré mi sandalia.
Sobre Filistea gritaré triunfante».

10 ¿Quién me llevará a la ciudad fortificada?
¿Quién me guiará hasta Edom?

11 ¿No eres tú, oh Dios, quien nos ha rechazado?
Ya no sales, oh Dios, con nuestros ejércitos.

12 Danos socorro contra el adversario,
porque vana es la ayuda del hombre.

13 En Dios haremos proezas,
porque él pisoteará a nuestros enemigos.

Salmo 109

1 (Para el director del coro. Salmo de David.)
Oh Dios de mi alabanza, no guardes silencio,

2 porque han abierto contra mí la boca del impío y la boca del engaño.
Han hablado contra mí con lengua mentirosa.

3 Me han rodeado de palabras de odio,
y han peleado contra mí sin causa.

4 En pago de mi amor me son adversarios,
mas yo me entrego a la oración.

5 Me han devuelto mal por bien,
y odio por mi amor.

6 Pon a un impío sobre él,
y que un adversario se ponga a su diestra.

7 Cuando sea juzgado, que salga culpable.
Que su oración se convierta en pecado.

8 Que sus días sean pocos.
Que otro tome su cargo.

9 Que sus hijos queden huérfanos,
y su mujer viuda.

10 Que sus hijos anden vagabundos y mendiguen;
que sean expulsados de sus ruinas.

11 Que el usurero se apodere de todo lo que tiene.
Que los extraños saqueen el fruto de su trabajo.

12 Que no haya quien le extienda misericordia,
ni haya quien se apiade de sus hijos huérfanos.

13 Que su descendencia sea cortada.
Que en la generación siguiente sea borrado su nombre.

14 Que la iniquidad de sus padres sea recordada ante Yahvé,
y no dejes que el pecado de su madre sea borrado.

15 Que estén continuamente delante de Yahvé,
para que él corte de la tierra su memoria;

16 porque no se acordó de hacer misericordia,
sino que persiguió al pobre y al necesitado,
y al quebrantado de corazón, para darle muerte.

17 Amó la maldición, y esta recayó sobre él;
no se deleitó en la bendición, y ella se alejó de él.

18 Se vistió de maldición como si fuera su ropa;
y entró en sus entrañas como el agua,
como aceite en sus huesos.

19 Que le sea como el manto con que se cubre,
y como el cinto que siempre lo ciñe.

20 Esta sea la recompensa de Yahvé para mis adversarios,
para los que hablan mal contra mi alma.

21 Pero tú, Yahvé el Señor, obra en mi favor por amor a tu nombre;
porque tu misericordia es buena, líbrame;

22 porque soy pobre y necesitado,
y mi corazón está herido dentro de mí.

23 Me desvanezco como la sombra que declina.
Soy sacudido como la langosta.

24 Mis rodillas se han debilitado a causa del ayuno,
y mi carne ha enflaquecido y perdido su gordura.

25 Me he convertido en el oprobio de ellos;
cuando me ven, sacuden la cabeza.

26 Ayúdame, Yahvé, Dios mío.
Sálvame conforme a tu misericordia,

27 para que sepan que esta es tu mano;
que tú, Yahvé, lo has hecho.

28 Ellos podrán maldecir, pero tú bendecirás.
Cuando se levanten, serán avergonzados,
pero tu siervo se alegrará.

29 Que mis adversarios sean vestidos de ignominia.
Que se cubran con su propia vergüenza como con un manto.

30 Daré muchas gracias a Yahvé con mi boca.
Sí, lo alabaré en medio de la multitud.

31 Porque él se pondrá a la diestra del necesitado,
para salvarle de los que juzgan su alma.

Salmo 110

1 (Un salmo de David.)
Yahvé dice a mi Señor: «Siéntate a mi diestra,
hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies».

2 Yahvé enviará desde Sión el cetro de tu poder.
¡Domina en medio de tus enemigos!

3 Tu pueblo se ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en el esplendor de la
santidad.
Desde el seno de la aurora, tienes el rocío de tu juventud.

4 Yahvé ha jurado y no se arrepentirá:
«Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec».

5 El Señor está a tu diestra.
Quebrantará a los reyes en el día de su ira.

6 Él juzgará entre las naciones.
Las llenará de cadáveres.
Quebrantará cabezas sobre la extensa tierra.

7 Beberá del arroyo en el camino;
por tanto, levantará la cabeza.

Salmo 111

1 ¡Alabado sea Yah!
Daré gracias a Yahvé con todo mi corazón,
en el consejo de los rectos y en la congregación.

2 Grandes son las obras de Yahvé,
buscadas por todos los que se deleitan en ellas.

3 Esplendor y majestad es su obra,
y su justicia permanece para siempre.

4 Ha hecho memorables sus maravillas.
Clemente y compasivo es Yahvé.

5 Ha dado alimento a los que le temen.
Siempre se acuerda de su pacto.

6 Ha mostrado a su pueblo el poder de sus obras,
al darles la heredad de las naciones.

7 Las obras de sus manos son verdad y justicia.
Fieles son todos sus preceptos.

8 Están afirmados eternamente y para siempre,
y son ejecutados con verdad y rectitud.

9 Ha enviado redención a su pueblo.
Ha ordenado su pacto para siempre.
Santo y temible es su nombre.

10 El temor de Yahvé es el principio de la sabiduría.
Buen entendimiento tienen todos los que practican sus mandamientos.
Su alabanza permanece para siempre.

Salmo 112

1 ¡Alabado sea Yah!
Bienaventurado el hombre que teme a Yahvé,
y que se deleita grandemente en sus mandamientos.

2 Su linaje será poderoso en la tierra.
La generación de los rectos será bendita.

3 En su casa hay riquezas y abundancia,
y su justicia permanece para siempre.

4 La luz resplandece en las tinieblas para los rectos;
él es clemente, compasivo y justo.

5 Bien le va al hombre que se compadece y presta,
que gobierna sus asuntos con justicia.

6 Porque nunca será conmovido.
El justo será recordado para siempre.

7 No tendrá temor de las malas noticias.
Su corazón está firme, confiado en Yahvé.

8 Su corazón está seguro;
no temerá, hasta que vea la ruina de sus adversarios.

9 Él reparte, da a los pobres.
Su justicia permanece para siempre.
Su poder será exaltado con gloria.

10 El impío lo verá y se irritará.
Rechinará los dientes y se consumirá.
El anhelo de los malvados perecerá.

Salmo 113

1 ¡Alabado sea Yah!
Alabad, siervos de Yahvé,
alabad el nombre de Yahvé.

2 Bendito sea el nombre de Yahvé,
desde ahora y para siempre.

3 Desde la salida del sol hasta su ocaso,
alabado sea el nombre de Yahvé.

4 Excelso sobre todas las naciones es Yahvé,
y su gloria está sobre los cielos.

5 ¿Quién como Yahvé, nuestro Dios,
que tiene su morada en las alturas,

6 que se humilla a mirar en el cielo y en la tierra?

7 Él levanta del polvo al pobre,
y alza al necesitado del muladar,

8 para hacerle sentar con los príncipes,
con los príncipes de su pueblo.

9 Él hace habitar en familia a la estéril,
gozosa de ser madre de hijos.
¡Alabado sea Yah!

Salmo 114

1 Cuando Israel salió de Egipto,
la casa de Jacob de un pueblo de lengua extraña,

2 Judá se convirtió en su santuario,
e Israel en su señorío.

3 El mar lo vio y huyó;
el Jordán se volvió atrás.

4 Los montes saltaron como carneros,
los collados como corderitos.

5 ¿Qué tuviste, oh mar, que huiste?
Y tú, oh Jordán, ¿por qué te volviste atrás?

6 Oh montes, ¿por qué saltasteis como carneros,
y vosotros, collados, como corderitos?

7 Tiembla, oh tierra, ante la presencia del Señor,
ante la presencia del Dios de Jacob,

8 el cual convirtió la peña en estanque de agua,
y el pedernal en manantial de aguas.

Salmo 115

1 No a nosotros, Yahvé, no a nosotros,
sino a tu nombre da gloria,
por tu misericordia y por tu verdad.

2 ¿Por qué han de decir las naciones:
«¿Dónde está ahora su Dios?»

3 Nuestro Dios está en los cielos;
él hace todo lo que le place.

4 Los ídolos de ellos son de plata y oro,
obra de manos de hombres.

5 Tienen boca, mas no hablan;
tienen ojos, mas no ven;

6 tienen orejas, mas no oyen;
tienen nariz, mas no huelen;

7 tienen manos, mas no palpan;
tienen pies, mas no caminan;
ni emiten sonido alguno con su garganta.

8 Semejantes a ellos son los que los hacen,
y cualquiera que en ellos confía.

9 ¡Oh Israel, confía en Yahvé!
Él es vuestra ayuda y vuestro escudo.

10 ¡Oh casa de Aarón, confiad en Yahvé!
Él es vuestra ayuda y vuestro escudo.

11 ¡Los que teméis a Yahvé, confiad en Yahvé!
Él es vuestra ayuda y vuestro escudo.

12 Yahvé se acuerda de nosotros; él nos bendecirá.
Bendecirá a la casa de Israel,
bendecirá a la casa de Aarón.

13 Bendecirá a los que temen a Yahvé,
a los pequeños junto con los grandes.

14 Que Yahvé os multiplique más y más,
a vosotros y a vuestros hijos.

15 Benditos seáis vosotros de Yahvé,
que hizo los cielos y la tierra.

16 Los cielos son los cielos de Yahvé,
pero la tierra la ha dado a los hijos de los hombres.

17 Los muertos no alaban a Yah,
ni ninguno de los que descienden al silencio;

18 pero nosotros bendeciremos a Yah,
desde ahora y para siempre.
¡Alabado sea Yah!

Salmo 116

1 Amo a Yahvé, porque escucha mi voz
y mis súplicas.

2 Porque ha inclinado a mí su oído,
por lo tanto lo invocaré mientras viva.

3 Me rodearon las ligaduras de la muerte,
los dolores del Seol se apoderaron de mí;
hallé angustia y dolor.

4 Entonces invoqué el nombre de Yahvé:
«Oh Yahvé, te ruego que libres mi alma».

5 Clemente es Yahvé y justo;
sí, nuestro Dios es misericordioso.

6 Yahvé guarda a los sencillos;
estaba yo postrado, y él me salvó.

7 Vuelve, oh alma mía, a tu reposo,
porque Yahvé te ha colmado de bienes.

8 Porque tú has librado mi alma de la muerte,
mis ojos de las lágrimas,
y mis pies de resbalar.

9 Andaré delante de Yahvé en la tierra de los vivientes.

10 Creí, por tanto hablé,
aunque estaba muy afligido.

11 Dije en mi apresuramiento:
«Todo hombre es mentiroso».

12 ¿Qué pagaré a Yahvé por todos sus beneficios para conmigo?

13 Alzaré la copa de la salvación e invocaré el nombre de Yahvé.

14 Pagaré mis votos a Yahvé,
sí, en presencia de todo su pueblo.

15 Estimada es a los ojos de Yahvé la muerte de sus santos.

16 Oh Yahvé, ciertamente soy tu siervo.
Soy tu siervo, hijo de tu sierva;
tú has roto mis prisiones.

17 Te ofreceré sacrificio de alabanza,
e invocaré el nombre de Yahvé.

18 Pagaré mis votos a Yahvé,
sí, en presencia de todo su pueblo,

19 en los atrios de la casa de Yahvé,
en medio de ti, oh Jerusalén.
¡Alabado sea Yah!

Salmo 117

1 ¡Alabad a Yahvé, todas las naciones!
¡Exaltadle, todos los pueblos!

2 Porque su misericordia es grande para con nosotros.
La fidelidad de Yahvé es eterna.
¡Alabado sea Yah!

Salmo 118

1 Dad gracias a Yahvé, porque él es bueno,
porque su misericordia es eterna.

2 Diga ahora Israel
que su misericordia es eterna.

3 Diga ahora la casa de Aarón
que su misericordia es eterna.

4 Digan ahora los que temen a Yahvé
que su misericordia es eterna.

5 Desde la angustia invoqué a Yah;
y me respondió Yah, poniéndome en lugar espacioso.

6 Yahvé está conmigo; no temeré.
¿Qué puede hacerme el hombre?

7 Yahvé está conmigo entre los que me ayudan;
por tanto, miraré triunfante a los que me aborrecen.

8 Mejor es refugiarse en Yahvé
que confiar en el hombre.

9 Mejor es refugiarse en Yahvé
que confiar en los príncipes.

10 Todas las naciones me rodearon,
pero en el nombre de Yahvé yo las destruí.

11 Me rodearon, sí, me rodearon,
pero en el nombre de Yahvé las destruí.

12 Me rodearon como abejas;
fueron apagadas como fuego de espinos.
En el nombre de Yahvé las destruí.

13 Me empujaste con violencia para hacerme caer,
pero Yahvé me ayudó.

14 Yah es mi fortaleza y mi cántico,
y se ha convertido en mi salvación.

15 Voz de júbilo y de salvación hay en las tiendas de los justos:
«¡La diestra de Yahvé hace proezas!

16 ¡La diestra de Yahvé es exaltada!
¡La diestra de Yahvé hace proezas!».

17 No moriré, sino que viviré,
y contaré las obras de Yah.

18 Yah me ha castigado duramente,
pero no me ha entregado a la muerte.

19 Abridme las puertas de la justicia;
entraré por ellas,
y daré gracias a Yah.

20 Esta es la puerta de Yahvé;
por ella entrarán los justos.

21 Te daré gracias, porque me has respondido,
y te has convertido en mi salvación.

22 La piedra que desecharon los edificadores
se ha convertido en la piedra angular.

23 Obra de Yahvé es esta;
es una maravilla a nuestros ojos.

24 Este es el día que Yahvé ha hecho;
nos gozaremos y alegraremos en él.

25 ¡Sálvanos ahora, te lo rogamos, oh Yahvé!
¡Oh Yahvé, te rogamos que nos des prosperidad ahora!

26 ¡Bendito el que viene en el nombre de Yahvé!
Desde la casa de Yahvé os bendecimos.

27 Yahvé es Dios, y nos ha dado luz.
Atad la víctima festiva con cuerdas, a los cuernos del altar.

28 Tú eres mi Dios, y te daré gracias;
tú eres mi Dios, y te exaltaré.

29 Dad gracias a Yahvé, porque él es bueno,
porque su misericordia es eterna.

Salmo 119

1 (ALEF)
Bienaventurados los de perfecto camino,
los que andan en la ley de Yahvé.

2 Bienaventurados los que guardan sus testimonios,
y con todo el corazón le buscan;

3 pues no cometen iniquidad,
sino que andan en sus caminos.

4 Tú has ordenado tus mandamientos,
para que sean guardados con diligencia.

5 ¡Ojalá fuesen ordenados mis caminos
para guardar tus estatutos!

6 Entonces no sería yo avergonzado,
cuando considerase todos tus mandamientos.

7 Te alabaré con rectitud de corazón,
cuando aprenda tus justos juicios.

8 Tus estatutos guardaré;
no me abandones del todo.

9 (BET)
¿Con qué limpiará el joven su camino?
Con guardar tu palabra.

10 Con todo mi corazón te he buscado;
no me dejes desviarme de tus mandamientos.

11 En mi corazón he guardado tus dichos,
para no pecar contra ti.

12 Bendito tú, oh Yahvé;
enséñame tus estatutos.

13 Con mis labios
he declarado todos los juicios de tu boca.

14 Me he gozado en el camino de tus testimonios,
más que en todas las riquezas.

15 En tus mandamientos meditaré;
consideraré tus caminos.

16 Me regocijaré en tus estatutos;
no me olvidaré de tus palabras.

17 (GUÍMEL)
Haz bien a tu siervo;
que viva y guarde tu palabra.

18 Abre mis ojos,
y miraré las maravillas de tu ley.

19 Forastero soy yo en la tierra;
no encubras de mí tus mandamientos.

20 Quebrantada está mi alma de desear tus juicios en todo tiempo.

21 Reprendiste a los soberbios, los malditos,
que se desvían de tus mandamientos.

22 Aparta de mí el oprobio y el menosprecio,
porque tus testimonios he guardado.

23 Aunque príncipes se sienten y hablen contra mí,
tu siervo meditará en tus estatutos.

24 Pues tus testimonios son mis delicias,
y mis consejeros.

25 (DÁLET)
Abatida hasta el polvo está mi alma;
¡vivifícame según tu palabra!

26 Te he manifestado mis caminos, y me has respondido;
enséñame tus estatutos.

27 Hazme entender el camino de tus mandamientos,
para que medite en tus maravillas.

28 Se deshace mi alma de ansiedad;
susténtame según tu palabra.

29 Aparta de mí el camino de la mentira,
y en tu misericordia concédeme tu ley.

30 Escogí el camino de la verdad;
he puesto tus juicios delante de mí.

31 Me he apegado a tus testimonios;
oh Yahvé, no me avergüences.

32 Por el camino de tus mandamientos correré,
cuando ensanches mi corazón.

33 (HE)
Enséñame, oh Yahvé, el camino de tus estatutos,
y lo guardaré hasta el fin.

34 Dame entendimiento, y guardaré tu ley;
y la cumpliré de todo corazón.

35 Guíame por la senda de tus mandamientos,
porque en ella me deleito.

36 Inclina mi corazón a tus testimonios,
y no a la avaricia.

37 Aparta mis ojos de mirar la vanidad;
vivifícame en tu camino.

38 Confirma tu palabra a tu siervo,
que está dedicada a tu temor.

39 Quita de mí el oprobio que temo,
porque buenos son tus juicios.

40 He aquí yo he anhelado tus mandamientos;
vivifícame en tu justicia.

41 (VAV)
Venga a mí tu misericordia, oh Yahvé;
tu salvación, conforme a tu dicho.

42 Y daré por respuesta a mi avergonzador
que en tu palabra he confiado.

43 No quites de mi boca en ningún tiempo la palabra de verdad,
porque en tus juicios espero.

44 Guardaré tu ley siempre,
para siempre y eternamente.

45 Y andaré en libertad,
porque busqué tus mandamientos.

46 Hablaré de tus testimonios delante de los reyes,
y no me avergonzaré.

47 Y me regocijaré en tus mandamientos,
los cuales he amado.

48 Alzaré asimismo mis manos a tus mandamientos que amé,
y meditaré en tus estatutos.

49 (ZAIN)
Acuérdate de la palabra dada a tu siervo,
en la cual me has hecho esperar.

50 Este es mi consuelo en mi aflicción:
que tu dicho me ha vivificado.

51 Los soberbios se burlaron mucho de mí,
mas no me he apartado de tu ley.

52 Me acordé, oh Yahvé, de tus juicios antiguos,
y me consolé.

53 Horror se apoderó de mí,
a causa de los impíos que dejan tu ley.

54 Cánticos fueron para mí tus estatutos
en la casa de mi peregrinación.

55 Me acordé en la noche de tu nombre, oh Yahvé,
y guardé tu ley.

56 Estas bendiciones tuve
porque guardé tus mandamientos.

57 (HET)
Mi porción es Yahvé;
he dicho que guardaré tus palabras.

58 Tu presencia supliqué de todo corazón;
ten misericordia de mí según tu palabra.

59 Consideré mis caminos,
y volví mis pasos a tus testimonios.

60 Me apresuré y no me retardé
en guardar tus mandamientos.

61 Lazos de impíos me han rodeado,
mas no me he olvidado de tu ley.

62 A medianoche me levanto para alabarte
por tus justos juicios.

63 Compañero soy yo de todos los que te temen
y guardan tus mandamientos.

64 De tu misericordia, oh Yahvé, está llena la tierra;
enséñame tus estatutos.

65 (TET)
Bien has hecho con tu siervo,
oh Yahvé, conforme a tu palabra.

66 Enséñame buen sentido y sabiduría,
porque tus mandamientos he creído.

67 Antes que fuera yo humillado, desvarié;
mas ahora guardo tu palabra.

68 Bueno eres tú, y bienhechor;
enséñame tus estatutos.

69 Los soberbios han forjado mentira contra mí,
mas yo guardaré de todo corazón tus mandamientos.

70 Se engrosó el corazón de ellos como sebo,
mas yo en tu ley me he regocijado.

71 Bueno me es haber sido humillado,
para que aprenda tus estatutos.

72 Mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y plata.

73 (YOD)
Tus manos me hicieron y me formaron;
hazme entender, y aprenderé tus mandamientos.

74 Los que te temen me verán, y se alegrarán,
porque en tu palabra he esperado.

75 Conozco, oh Yahvé, que tus juicios son justos,
y que conforme a tu fidelidad me afligiste.

76 Sea ahora tu misericordia para consolarme,
conforme a lo que has dicho a tu siervo.

77 Vengan a mí tus misericordias, para que viva,
porque tu ley es mi delicia.

78 Sean avergonzados los soberbios, porque sin causa me han calumniado;
pero yo meditaré en tus mandamientos.

79 Vuélvanse a mí los que te temen
y conocen tus testimonios.

80 Sea mi corazón íntegro en tus estatutos,
para que no sea yo avergonzado.

81 (CAF)
Desfallece mi alma por tu salvación,
mas espero en tu palabra.

82 Desfallecieron mis ojos por tu palabra,
diciendo: «¿Cuándo me consolarás?»

83 Porque estoy como el odre al humo,
pero no he olvidado tus estatutos.

84 ¿Cuántos son los días de tu siervo?
¿Cuándo harás juicio contra los que me persiguen?

85 Los soberbios me han cavado hoyos,
lo cual no es conforme a tu ley.

86 Todos tus mandamientos son verdad;
sin causa me persiguen;
¡ayúdame!

87 Casi me han echado por tierra,
mas yo no he dejado tus mandamientos.

88 Vivifícame conforme a tu misericordia,
y guardaré los testimonios de tu boca.

89 (LÁMED)
Para siempre, oh Yahvé,
permanece tu palabra en los cielos.

90 De generación en generación es tu fidelidad;
tú afirmaste la tierra, y subsiste.

91 Por tu ordenación subsisten todas las cosas hasta hoy,
pues todas ellas te sirven.

92 Si tu ley no hubiese sido mi delicia,
ya en mi aflicción hubiera perecido.

93 Nunca jamás me olvidaré de tus mandamientos,
porque con ellos me has vivificado.

94 Tuyo soy yo, sálvame,
porque he buscado tus mandamientos.

95 Los impíos me han aguardado para destruirme,
mas yo consideraré tus testimonios.

96 A toda perfección he visto fin;
amplio sobremanera es tu mandamiento.

97 (MEM)
¡Oh, cuánto amo yo tu ley!
Todo el día es ella mi meditación.

98 Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos,
porque siempre están conmigo.

99 Más que todos mis enseñadores he entendido,
porque tus testimonios son mi meditación.

100 Más que los ancianos he entendido,
porque he guardado tus mandamientos.

101 De todo mal camino contuve mis pies,
para guardar tu palabra.

102 No me aparté de tus juicios,
porque tú me enseñaste.

103 ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!
¡Más que la miel a mi boca!

104 De tus mandamientos he adquirido inteligencia;
por tanto, he aborrecido todo camino de mentira.

105 (NUN)
Lámpara es a mis pies tu palabra,
y lumbrera a mi camino.

106 Juré y ratifiqué
que guardaré tus justos juicios.

107 Afligido estoy en gran manera;
vivifícame, oh Yahvé, conforme a tu palabra.

108 Te ruego, oh Yahvé, que aceptes las ofrendas voluntarias de mi boca,
y me enseñes tus juicios.

109 Mi vida está de continuo en peligro,
mas no me he olvidado de tu ley.

110 Me pusieron lazo los impíos,
pero yo no me desvié de tus mandamientos.

111 Por heredad he tomado tus testimonios para siempre,
porque son el gozo de mi corazón.

112 Mi corazón incliné a cumplir tus estatutos
de continuo, hasta el fin.

113 (SÁMEC)
Aborrezco a los hombres de doble ánimo,
mas amo tu ley.

114 Mi escondedero y mi escudo eres tú;
en tu palabra he esperado.

115 Apartaos de mí, malignos,
pues yo guardaré los mandamientos de mi Dios.

116 Susténtame conforme a tu palabra, y viviré;
y no quedes yo avergonzado de mi esperanza.

117 Sosténme, y seré salvo,
y me regocijaré siempre en tus estatutos.

118 Hollaste a todos los que se desvían de tus estatutos,
porque su falsedad es engaño.

119 Como a escoria hiciste consumir a todos los impíos de la tierra;
por tanto, yo he amado tus testimonios.

120 Mi carne se ha estremecido por temor a ti,
y de tus juicios tengo miedo.

121 (AYIN)
Juicio y justicia he hecho;
no me abandones a mis opresores.

122 Afianza a tu siervo para bien;
no dejes que los soberbios me opriman.

123 Mis ojos desfallecen por tu salvación,
y por la palabra de tu justicia.

124 Haz con tu siervo según tu misericordia,
y enséñame tus estatutos.

125 Tu siervo soy yo, dame entendimiento
para conocer tus testimonios.

126 Tiempo es de actuar, oh Yahvé,
porque han invalidado tu ley.

127 Por eso he amado tus mandamientos
más que el oro, y más que oro muy puro.

128 Por eso estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas,
y aborrecí todo camino de mentira.

129 (PE)
Maravillosos son tus testimonios;
por tanto, los ha guardado mi alma.

130 La exposición de tus palabras alumbra;
hace entender a los simples.

131 Mi boca abrí y suspiré,
porque deseaba tus mandamientos.

132 Mírame, y ten misericordia de mí,
como acostumbras con los que aman tu nombre.

133 Ordena mis pasos con tu palabra,
y ninguna iniquidad se enseñoree de mí.

134 Líbrame de la violencia de los hombres,
y guardaré tus mandamientos.

135 Haz resplandecer tu rostro sobre tu siervo,
y enséñame tus estatutos.

136 Ríos de agua descendieron de mis ojos,
porque no guardaban tu ley.

137 (TSADE)
Justo eres tú, oh Yahvé,
y rectos tus juicios.

138 Tus testimonios, que has recomendado,
son rectos y muy fieles.

139 Mi celo me ha consumido,
porque mis enemigos se olvidaron de tus palabras.

140 Sumamente pura es tu palabra,
y la ama tu siervo.

141 Pequeño soy yo, y desechado,
mas no me he olvidado de tus mandamientos.

142 Tu justicia es justicia eterna,
y tu ley la verdad.

143 Aflicción y angustia se han apoderado de mí,
mas tus mandamientos fueron mi delicia.

144 Justicia eterna son tus testimonios;
dame entendimiento, y viviré.

145 (COF)
Clamé con todo mi corazón; ¡respóndeme, oh Yahvé!
Y guardaré tus estatutos.

146 A ti clamé; ¡sálvame!
Y guardaré tus testimonios.

147 Me anticipé al alba, y clamé;
esperé en tu palabra.

148 Se anticiparon mis ojos a las vigilias de la noche,
para meditar en tus mandatos.

149 Oye mi voz conforme a tu misericordia;
oh Yahvé, vivifícame conforme a tu juicio.

150 Se acercaron a la maldad los que me persiguen;
se alejaron de tu ley.

151 Cercano estás tú, oh Yahvé,
y todos tus mandamientos son verdad.

152 Hace ya mucho que he entendido tus testimonios,
que para siempre los has establecido.

153 (RESH)
Mira mi aflicción, y líbrame,
porque de tu ley no me he olvidado.

154 Defiende mi causa, y redímeme;
vivifícame con tu palabra.

155 Lejos está de los impíos la salvación,
porque no buscan tus estatutos.

156 Muchas son tus misericordias, oh Yahvé;
vivifícame conforme a tus juicios.

157 Muchos son mis perseguidores y mis enemigos,
mas de tus testimonios no me he apartado.

158 Veía a los prevaricadores, y me disgustaba,
porque no guardaban tus palabras.

159 Mira, oh Yahvé, que amo tus mandamientos;
vivifícame conforme a tu misericordia.

160 La suma de tu palabra es verdad,
y eterno es todo juicio de tu justicia.

161 (SIN Y SHIN)
Príncipes me han perseguido sin causa,
pero mi corazón tuvo temor de tus palabras.

162 Me regocijo en tu palabra
como el que halla muchos despojos.

163 La mentira aborrezco y abomino;
tu ley amo.

164 Siete veces al día te alabo
a causa de tus justos juicios.

165 Mucha paz tienen los que aman tu ley,
y no hay para ellos tropiezo.

166 Tu salvación he esperado, oh Yahvé,
y tus mandamientos he puesto por obra.

167 Mi alma ha guardado tus testimonios,
y los he amado en gran manera.

168 He guardado tus mandamientos y tus testimonios,
porque todos mis caminos están delante de ti.

169 (TAV)
Llegue mi clamor delante de ti, oh Yahvé;
dame entendimiento conforme a tu palabra.

170 Llegue mi súplica delante de ti;
líbrame conforme a tu dicho.

171 Mis labios rebosarán alabanza
cuando me enseñes tus estatutos.

172 Hablará mi lengua tus dichos,
porque todos tus mandamientos son justicia.

173 Esté tu mano pronta para socorrerme,
porque tus mandamientos he escogido.

174 He deseado tu salvación, oh Yahvé,
y tu ley es mi delicia.

175 Viva mi alma y te alabe,
y tus juicios me ayuden.

176 Yo anduve errante como oveja extraviada;
busca a tu siervo, porque no me he olvidado de tus mandamientos.

Salmo 120

1 (Cántico gradual.)
En mi angustia clamé a Yahvé,
y él me respondió.

2 Libra mi alma, oh Yahvé, de los labios mentirosos,
y de la lengua engañosa.

3 ¿Qué te dará, o qué te añadirá,
oh lengua engañosa?

4 ¡Agudas saetas de valiente,
con brasas de retama!

5 ¡Ay de mí, que peregrino en Mesec,
y habito entre las tiendas de Cedar!

6 Mucho tiempo ha morado mi alma
con los que aborrecen la paz.

7 Yo soy pacífico,
mas cuando hablo, ellos son para la guerra.

Salmo 121

1 (Cántico gradual.)
Alzaré mis ojos a los montes.
¿De dónde vendrá mi socorro?

2 Mi socorro viene de Yahvé,
que hizo los cielos y la tierra.

3 No dará tu pie al resbaladero,
ni se adormecerá el que te guarda.

4 He aquí, no se adormecerá ni dormirá
el que guarda a Israel.

5 Yahvé es tu guardador;
Yahvé es tu sombra a tu diestra.

6 El sol no te fatigará de día,
ni la luna de noche.

7 Yahvé te guardará de todo mal;
él guardará tu alma.

8 Yahvé guardará tu salida y tu entrada,
desde ahora y para siempre.

Salmo 122

1 (Cántico gradual. De David.)
Yo me alegré con los que me decían:
«A la casa de Yahvé iremos».

2 Nuestros pies se detuvieron dentro de tus puertas, oh Jerusalén.

3 Jerusalén, que se ha edificado como una ciudad bien unida entre sí,

4 adonde suben las tribus, las tribus de Yah,
conforme al testimonio dado a Israel,
para dar gracias al nombre de Yahvé.

5 Porque allí están los tronos para el juicio,
los tronos de la casa de David.

6 Pedid por la paz de Jerusalén;
sean prosperados los que te aman.

7 Haya paz dentro de tus muros,
y prosperidad en tus palacios.

8 Por amor a mis hermanos y a mis compañeros,
diré ahora: «La paz sea contigo».

9 Por amor a la casa de Yahvé nuestro Dios,
buscaré tu bien.

Salmo 123

1 (Cántico gradual.)
A ti alzo mis ojos,
a ti que habitas en los cielos.

2 He aquí, como los ojos de los siervos miran a la mano de sus señores,
y como los ojos de la sierva a la mano de su señora,
así nuestros ojos miran a Yahvé, nuestro Dios,
hasta que tenga misericordia de nosotros.

3 Ten misericordia de nosotros, oh Yahvé, ten misericordia de nosotros,
porque estamos muy hastiados de menosprecio.

4 Hastiada está nuestra alma de la burla de los que viven holgadamente,
y del menosprecio de los soberbios.

Salmo 124

1 (Cántico gradual. De David.)
Si no hubiese estado Yahvé por nosotros,
diga ahora Israel;

2 si no hubiese estado Yahvé por nosotros,
cuando los hombres se levantaron contra nosotros,

3 vivos nos habrían tragado entonces,
cuando su furor se encendió contra nosotros;

4 entonces las aguas nos habrían inundado,
el torrente habría pasado sobre nuestra alma.

5 Entonces habrían pasado sobre nuestra alma
las aguas impetuosas.

6 Bendito sea Yahvé,
que no nos dio por presa a sus dientes.

7 Nuestra alma escapó como un ave del lazo de los cazadores;
se rompió el lazo, y nosotros escapamos.

8 Nuestro socorro está en el nombre de Yahvé,
que hizo los cielos y la tierra.

Salmo 125

1 (Cántico gradual.)
Los que confían en Yahvé son como el monte Sión,
que no se conmueve, sino que permanece para siempre.

2 Como Jerusalén tiene montes a su alrededor,
así Yahvé está alrededor de su pueblo, desde ahora y para siempre.

3 Porque el cetro de la impiedad no reposará sobre la heredad de los justos,
no sea que los justos extiendan sus manos a la iniquidad.

4 Haz bien, oh Yahvé, a los buenos,
y a los que son rectos de corazón.

5 Mas a los que se desvían por sus caminos torcidos,
Yahvé los llevará con los que obran iniquidad.
¡La paz sea sobre Israel!

Salmo 126

1 (Cántico gradual.)
Cuando Yahvé hizo volver a los cautivos de Sión,
éramos como los que sueñan.

2 Entonces nuestra boca se llenó de risa,
y nuestra lengua de alabanza.
Entonces decían entre las naciones:
«Grandes cosas ha hecho Yahvé con estos».

3 Grandes cosas ha hecho Yahvé con nosotros;
estaremos alegres.

4 Haz volver a nuestros cautivos, oh Yahvé,
como los arroyos del Néguev.

5 Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán.

6 Irá andando y llorando el que lleva la semilla para sembrar,
mas ciertamente volverá con regocijo, trayendo sus gavillas.

Salmo 127

1 (Cántico gradual. De Salomón.)
Si Yahvé no edifica la casa,
en vano trabajan los que la edifican.
Si Yahvé no guarda la ciudad,
en vano vela la guardia.

2 Por demás es que os levantéis de madrugada,
y vayáis tarde a reposar,
y que comáis pan de dolores,
pues a su amado dará Dios el sueño.

3 He aquí, herencia de Yahvé son los hijos;
cosa de estima el fruto del vientre.

4 Como saetas en mano del valiente,
así son los hijos habidos en la juventud.

5 Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos;
no será avergonzado cuando hable con los enemigos en la puerta.

Salmo 128

1 (Cántico gradual.)
Bienaventurado todo aquel que teme a Yahvé,
que anda en sus caminos.

2 Cuando comas del trabajo de tus manos,
bienaventurado serás, y te irá bien.

3 Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de tu casa;
tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa.

4 He aquí que así será bendecido el hombre
que teme a Yahvé.

5 Bendígate Yahvé desde Sión,
y veas el bien de Jerusalén todos los días de tu vida.

6 Y veas a los hijos de tus hijos.
¡Paz sea sobre Israel!

Salmo 129

1 (Cántico gradual.)
Mucho me han angustiado desde mi juventud,
diga ahora Israel;

2 mucho me han angustiado desde mi juventud,
mas no prevalecieron contra mí.

3 Sobre mis espaldas araron los aradores;
hicieron largos sus surcos.

4 Yahvé es justo;
ha cortado las ataduras de los impíos.

5 Sean avergonzados y vueltos atrás
todos los que aborrecen a Sión.

6 Sean como la hierba de los tejados,
que se seca antes de crecer;

7 de la cual no llena el segador su mano,
ni su regazo el que ata las gavillas.

8 Ni dicen los que pasan:
«La bendición de Yahvé sea sobre vosotros;
os bendecimos en el nombre de Yahvé».

Salmo 130

1 (Cántico gradual.)
De lo profundo, oh Yahvé, a ti clamo.

2 Señor, escucha mi voz;
estén atentos tus oídos a la voz de mis súplicas.

3 Si tú, oh Yah, miraras las iniquidades,
¿quién, oh Señor, podría mantenerse en pie?

4 Pero en ti hay perdón,
para que seas temido.

5 Esperé yo a Yahvé,
esperó mi alma;
en su palabra he esperado.

6 Mi alma espera al Señor más que los centinelas a la mañana,
más que los centinelas a la mañana.

7 Espere Israel a Yahvé,
porque en Yahvé hay misericordia,
y abundante redención con él.

8 Y él redimirá a Israel de todos sus pecados.

Salmo 131

1 (Cántico gradual. De David.)
Yahvé, mi corazón no se ha enaltecido, ni mis ojos son altivos;
ni ando tras grandezas,
ni en cosas demasiado sublimes para mí.

2 En verdad he acallado y calmado mi alma;
como un niño destetado en el regazo de su madre,
como un niño destetado está mi alma dentro de mí.

3 Espera, oh Israel, en Yahvé,
desde ahora y para siempre.

Salmo 132

1 (Cántico gradual.)
Acuérdate, oh Yahvé, de David,
y de toda su aflicción;

2 de cómo juró a Yahvé,
e hizo voto al Fuerte de Jacob:

3 «Ciertamente no entraré en la morada de mi casa,
ni subiré a mi lecho;

4 no daré sueño a mis ojos,
ni adormecimiento a mis párpados,

5 hasta que halle un lugar para Yahvé,
una morada para el Fuerte de Jacob».

6 He aquí, oímos de ella en Efrata;
la hallamos en los campos del bosque.

7 «Entraremos en su morada;
nos postraremos ante el estrado de sus pies».

8 Levántate, oh Yahvé, al lugar de tu reposo,
tú y el arca de tu poder.

9 Vístanse de justicia tus sacerdotes,
y canten de júbilo tus santos.

10 Por amor a tu siervo David,
no hagas volver el rostro de tu ungido.

11 En verdad juró Yahvé a David,
y no se apartará de ello:
«Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono.

12 Si tus hijos guardan mi pacto
y mi testimonio que yo les enseñaré,
sus hijos también se sentarán sobre tu trono para siempre».

13 Porque Yahvé ha elegido a Sión;
la quiso por habitación para sí.

14 «Este es para siempre el lugar de mi reposo;
aquí habitaré, porque la he deseado.

15 Bendeciré abundantemente su provisión;
a sus pobres saciaré de pan.

16 Vestiré a sus sacerdotes de salvación,
y sus santos darán voces de júbilo.

17 Allí haré retoñar el cuerno de David;
he dispuesto una lámpara para mi ungido.

18 A sus enemigos vestiré de confusión,
mas sobre él florecerá su corona».

Salmo 133

1 (Cántico gradual. De David.)
¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es
habitar los hermanos juntos en armonía!

2 Es como el buen óleo sobre la cabeza,
el cual desciende sobre la barba,
la barba de Aarón,
y baja hasta el borde de sus vestiduras;

3 como el rocío de Hermón,
que desciende sobre los montes de Sión;
porque allí envía Yahvé bendición,
y vida eterna.

Salmo 134

1 (Cántico gradual.)
¡Mirad! Bendecid a Yahvé, vosotros todos los siervos de Yahvé,
los que de noche estáis en la casa de Yahvé.

2 Alzad vuestras manos al santuario,
y bendecid a Yahvé.

3 Desde Sión te bendiga Yahvé,
el cual hizo los cielos y la tierra.

Salmo 135

1 ¡Alabado sea Yah!
Alabad el nombre de Yahvé;
alabadle, siervos de Yahvé,

2 los que estáis en la casa de Yahvé,
en los atrios de la casa de nuestro Dios.

3 Alabad a Yah, porque Yahvé es bueno;
cantad alabanzas a su nombre, porque es agradable.

4 Porque Yah ha escogido a Jacob para sí,
a Israel como su tesoro especial.

5 Porque yo sé que Yahvé es grande,
y que nuestro Señor está por encima de todos los dioses.

6 Todo lo que Yahvé quiere, lo hace,
en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos.

7 Él hace subir las nubes desde los extremos de la tierra;
hace los relámpagos para la lluvia;
saca de sus depósitos los vientos.

8 Él hirió a los primogénitos de Egipto,
desde el hombre hasta la bestia.

9 Envió señales y prodigios en medio de ti, oh Egipto,
sobre Faraón y sobre todos sus siervos.

10 Destruyó a muchas naciones,
y mató a reyes poderosos:

11 a Sehón, rey de los amorreos,
a Og, rey de Basán,
y a todos los reinos de Canaán;

12 y dio la tierra de ellos en heredad,
en heredad a Israel, su pueblo.

13 Tu nombre, oh Yahvé, es eterno;
tu memoria, oh Yahvé, por todas las generaciones.

14 Porque Yahvé juzgará a su pueblo,
y se compadecerá de sus siervos.

15 Los ídolos de las naciones son de plata y oro,
obra de manos de hombres.

16 Tienen boca, mas no hablan;
tienen ojos, mas no ven;

17 tienen orejas, mas no oyen,
ni hay aliento en sus bocas.

18 Semejantes a ellos son los que los hacen,
y cualquiera que en ellos confía.

19 Casa de Israel, ¡bendecid a Yahvé!
Casa de Aarón, ¡bendecid a Yahvé!

20 Casa de Leví, ¡bendecid a Yahvé!
Los que teméis a Yahvé, bendecid a Yahvé.

21 Bendito sea de Sión Yahvé,
que mora en Jerusalén.
¡Alabado sea Yah!

Salmo 136

1 Dad gracias a Yahvé, porque él es bueno,
porque para siempre es su misericordia.

2 Dad gracias al Dios de los dioses,
porque para siempre es su misericordia.

3 Dad gracias al Señor de los señores,
porque para siempre es su misericordia.

4 Al único que hace grandes maravillas,
porque para siempre es su misericordia.

5 Al que hizo los cielos con entendimiento,
porque para siempre es su misericordia.

6 Al que extendió la tierra sobre las aguas,
porque para siempre es su misericordia.

7 Al que hizo las grandes lumbreras,
porque para siempre es su misericordia.

8 El sol para que señoree en el día,
porque para siempre es su misericordia.

9 La luna y las estrellas para que señoreen en la noche,
porque para siempre es su misericordia.

10 Al que hirió a Egipto en sus primogénitos,
porque para siempre es su misericordia.

11 Y sacó a Israel de en medio de ellos,
porque para siempre es su misericordia.

12 Con mano fuerte y brazo extendido,
porque para siempre es su misericordia.

13 Al que dividió el Mar Rojo en dos,
porque para siempre es su misericordia.

14 E hizo pasar a Israel por en medio de él,
porque para siempre es su misericordia.

15 Y arrojó a Faraón y a su ejército en el Mar Rojo,
porque para siempre es su misericordia.

16 Al que guio a su pueblo por el desierto,
porque para siempre es su misericordia.

17 Al que hirió a grandes reyes,
porque para siempre es su misericordia.

18 Y mató a reyes poderosos,
porque para siempre es su misericordia.

19 A Sehón, rey de los amorreos,
porque para siempre es su misericordia.

20 Y a Og, rey de Basán,
porque para siempre es su misericordia.

21 Y dio la tierra de ellos en heredad,
porque para siempre es su misericordia.

22 En heredad a Israel, su siervo,
porque para siempre es su misericordia.

23 Al que en nuestra humillación se acordó de nosotros,
porque para siempre es su misericordia.

24 Y nos libró de nuestros adversarios,
porque para siempre es su misericordia.

25 El que da alimento a todo ser viviente,
porque para siempre es su misericordia.

26 Dad gracias al Dios de los cielos,
porque para siempre es su misericordia.

Salmo 137

1 Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos,
y aun llorábamos, al acordarnos de Sión.

2 Sobre los sauces en medio de ella
colgamos nuestras arpas.

3 Porque allí, los que nos habían llevado cautivos nos pedían cánticos;
y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo:
«¡Cantadnos algunos de los cánticos de Sión!»

4 ¿Cómo cantaremos cántico de Yahvé
en tierra de extraños?

5 Si me olvido de ti, oh Jerusalén,
pierda mi diestra su destreza.

6 Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare;
si no enalteciere a Jerusalén por encima de mi mayor alegría.

7 Acuérdate, oh Yahvé, de los hijos de Edom en el día de Jerusalén,
quienes decían: «¡Arrasadla!
¡Arrasadla hasta sus cimientos!»

8 Hija de Babilonia, la desolada,
bienaventurado el que te diere el pago
de lo que tú nos hiciste.

9 Bienaventurado el que tomare y estrellare tus niños
contra la peña.

Salmo 138

1 (De David.)
Te alabaré con todo mi corazón;
delante de los dioses te cantaré salmos.

2 Me postraré hacia tu santo templo,
y daré gracias a tu nombre por tu misericordia y tu verdad;
porque has engrandecido tu nombre y tu palabra sobre todas las cosas.

3 El día que clamé, me respondiste;
me fortaleciste con vigor en mi alma.

4 Te alabarán, oh Yahvé, todos los reyes de la tierra,
porque han oído los dichos de tu boca.

5 Y cantarán de los caminos de Yahvé,
porque la gloria de Yahvé es grande.

6 Porque Yahvé es excelso, y atiende al humilde,
mas al altivo mira de lejos.

7 Si anduviere en medio de la angustia, tú me vivificarás;
extenderás tu mano contra la ira de mis enemigos,
y me salvará tu diestra.

8 Yahvé cumplirá su propósito en mí;
tu misericordia, oh Yahvé, es para siempre;
no desampares la obra de tus manos.

Salmo 139

1 (Al músico principal. Salmo de David.)
Yahvé, tú me has examinado
y me conoces.

2 Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme;
has entendido desde lejos mis pensamientos.

3 Has escudriñado mi andar y mi reposo,
y todos mis caminos te son conocidos.

4 Pues aún no está la palabra en mi lengua,
y he aquí, oh Yahvé, tú la sabes toda.

5 Detrás y delante me rodeaste,
y sobre mí pusiste tu mano.

6 Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí;
alto es,
no lo puedo comprender.

7 ¿A dónde me iré de tu Espíritu?
¿Y a dónde huiré de tu presencia?

8 Si subiere a los cielos, allí estás tú;
y si en el Seol hiciere mi estrado, ¡he aquí, allí tú estás!

9 Si tomare las alas del alba,
y habitare en el extremo del mar,

10 aun allí me guiará tu mano,
y me asirá tu diestra.

11 Si dijere: «Ciertamente las tinieblas me encubrirán;
aun la noche resplandecerá en torno a mí»;

12 aun las tinieblas no encubren de ti,
y la noche resplandece como el día;
lo mismo te son las tinieblas que la luz.

13 Porque tú formaste mis entrañas;
tú me entretejiste en el vientre de mi madre.

14 Te alabaré,
porque formidables, maravillosas son tus obras;
estoy maravillado,
y mi alma lo sabe muy bien.

15 No fue encubierto de ti mi cuerpo,
bien que en oculto fui formado,
y entretejido en lo más profundo de la tierra.

16 Mi embrión vieron tus ojos,
y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas
que fueron luego formadas,
sin faltar una de ellas.

17 ¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos!
¡Cuán grande es la suma de ellos!

18 Si los enumero, se multiplican más que la arena;
despierto, y aún estoy contigo.

19 De cierto, oh Dios, matarás al impío;
¡apartaos, pues, de mí, hombres sanguinarios!

20 Porque blasfeman contra ti;
tus enemigos toman tu nombre en vano.

21 ¿No odio, oh Yahvé, a los que te aborrecen?
¿Y no me enardezco contra los que se levantan contra ti?

22 Los aborrezco por completo;
los tengo por enemigos.

23 Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón;
pruébame y conoce mis pensamientos;

24 y ve si hay en mí camino de perversidad,
y guíame en el camino eterno.

Salmo 140

1 (Al músico principal. Salmo de David.)
Líbrame, oh Yahvé, del hombre malo;
guárdame de hombres violentos,

2 los cuales maquinan males en el corazón;
cada día provocan guerras.

3 Aguzaron su lengua como la serpiente;
veneno de áspid hay debajo de sus labios. Selah

4 Guárdame, oh Yahvé, de las manos del impío;
líbrame de hombres violentos, que han pensado trastornar mis pasos.

5 Me han escondido lazo y cuerdas los soberbios;
han tendido red junto a la senda;
me han puesto trampas. Selah

6 He dicho a Yahvé: «Mi Dios eres tú;
escucha, oh Yahvé, la voz de mis ruegos».

7 Yahvé, Señor, potente salvador mío,
tú pusiste a cubierto mi cabeza en el día de la batalla.

8 No concedas, oh Yahvé, al impío sus deseos;
no saques adelante su pensamiento, para que no se enorgullezca. Selah

9 En cuanto a los que por todas partes me rodean,
la maldad de sus propios labios cubra su cabeza.

10 Caigan sobre ellos brasas;
sean echados en el fuego,
en abismos profundos de donde no salgan.

11 El hombre deslenguado no será firme en la tierra;
el mal cazará al hombre injusto para derribarle.

12 Yo sé que Yahvé tomará a su cargo la causa del afligido,
y el derecho de los necesitados.

13 Ciertamente los justos alabarán tu nombre;
los rectos morarán en tu presencia.

Salmo 141

1 (Salmo de David.)
Yahvé, a ti he clamado; ¡apresúrate a mí!
Escucha mi voz cuando te invoco.

2 Suba mi oración delante de ti como el incienso,
y el alzar de mis manos como la ofrenda de la tarde.

3 Pon guarda, oh Yahvé, a mi boca;
guarda la puerta de mis labios.

4 No inclines mi corazón a cosa mala,
para hacer obras impías con los que obran iniquidad;
y no coma yo de sus deleites.

5 Que el justo me castigue, será un favor;
que me reprenda, será como excelente bálsamo
que mi cabeza no rechazará;
pues mi oración será continuamente contra sus maldades.

6 Sus jueces serán despeñados por los peñascos,
y oirán mis palabras, que son agradables.

7 «Como quien hiende y rompe la tierra,
son esparcidos nuestros huesos a la boca del Seol».

8 Por tanto, a ti, oh Yahvé, Señor, miran mis ojos;
en ti me refugio;
no desampares mi alma.

9 Guárdame del lazo que me han tendido,
y de las trampas de los que obran iniquidad.

10 Caigan los impíos a una en sus propias redes,
mientras yo paso a salvo.

Salmo 142

1 (Masquil de David. Oración que hizo cuando estaba en la cueva.)
Con mi voz clamo a Yahvé;
con mi voz pido a Yahvé misericordia.

2 Delante de él derramo mi querella;
delante de él declaro mi angustia.

3 Cuando mi espíritu desmayaba dentro de mí,
tú conociste mi senda.
En el camino en que andaba,
me escondieron lazo.

4 Mira a mi diestra y observa,
pues no hay quien me quiera conocer;
no tengo refugio,
ni hay quien cuide de mi vida.

5 Clamé a ti, oh Yahvé;
dije: «Tú eres mi refugio,
mi porción en la tierra de los vivientes».

6 Escucha mi clamor,
porque estoy muy abatido.
Líbrame de los que me persiguen,
porque son más fuertes que yo.

7 Saca mi alma de la cárcel,
para que alabe tu nombre;
me rodearán los justos,
porque tú me serás propicio.

Salmo 143

1 (Salmo de David.)
Oh Yahvé, escucha mi oración,
escucha mis súplicas;
respóndeme por tu verdad y por tu justicia.

2 Y no entres en juicio con tu siervo,
porque no se justificará delante de ti ningún ser humano.

3 Porque el enemigo ha perseguido mi alma;
ha postrado en tierra mi vida;
me ha hecho habitar en tinieblas como los ya muertos.

4 Y mi espíritu se angustió dentro de mí;
mi corazón está desolado.

5 Me acordé de los días antiguos;
medito en todas tus obras,
reflexiono en la obra de tus manos.

6 Extiendo mis manos a ti;
mi alma tiene sed de ti como la tierra seca. Selah

7 Respóndeme pronto, oh Yahvé,
que desmaya mi espíritu;
no escondas de mí tu rostro,
para que no sea yo como los que descienden a la fosa.

8 Hazme oír por la mañana tu misericordia,
porque en ti he confiado;
hazme saber el camino por donde ande,
porque a ti he elevado mi alma.

9 Líbrame de mis enemigos, oh Yahvé;
en ti me refugio.

10 Enséñame a hacer tu voluntad,
porque tú eres mi Dios;
tu buen Espíritu
me guíe a tierra de rectitud.

11 Por tu nombre, oh Yahvé, me vivificarás;
por tu justicia sacarás mi alma de la angustia.

12 Y por tu misericordia disiparás a mis enemigos,
y destruirás a todos los que afligen mi alma,
porque yo soy tu siervo.

Salmo 144

1 (De David.)
Bendito sea Yahvé, mi roca,
quien adiestra mis manos para la batalla,
y mis dedos para la guerra;

2 misericordia mía y mi castillo,
fortaleza mía y mi libertador,
escudo mío, en quien me he refugiado;
el que sujeta a mi pueblo debajo de mí.

3 Oh Yahvé, ¿qué es el hombre, para que en él pienses?
¿O el hijo de hombre, para que lo estimes?

4 El hombre es semejante a la vanidad;
sus días son como la sombra que pasa.

5 Inclina, oh Yahvé, tus cielos, y desciende;
toca los montes, y humeen.

6 Despide relámpagos y disípalos,
envía tus saetas y túrbalos.

7 Envía tu mano desde lo alto;
rescátame, y sácame de las muchas aguas,
de la mano de los hombres extraños,

8 cuya boca habla vanidad,
y cuya diestra es diestra de mentira.

9 Oh Dios, a ti cantaré un cántico nuevo;
con salterio de diez cuerdas cantaré a ti,

10 el que da salvación a los reyes,
el que rescata a su siervo David de la espada maligna.

11 Rescátame, y líbrame de la mano de los hombres extraños,
cuya boca habla vanidad,
y cuya diestra es diestra de mentira.

12 Sean nuestros hijos como plantas crecidas en su juventud,
nuestras hijas como esquinas labradas a manera de las de un palacio.

13 Nuestros graneros estén llenos, provistos de toda suerte de grano;
nuestros rebaños se multipliquen por millares y decenas de millares en nuestros campos.

14 Nuestros bueyes estén fuertes para el trabajo;
no haya asalto, ni que hacer salida,
ni grito de alarma en nuestras plazas.

15 Bienaventurado el pueblo que tiene esto;
bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Yahvé.

Salmo 145

1 (Salmo de alabanza. De David.)
Te exaltaré, mi Dios, mi Rey,
y bendeciré tu nombre eternamente y para siempre.

2 Cada día te bendeciré,
y alabaré tu nombre eternamente y para siempre.

3 ¡Grande es Yahvé, y digno de suprema alabanza!
Su grandeza es insondable.

4 Generación a generación celebrará tus obras,
y anunciará tus poderosos hechos.

5 En la hermosura de la gloria de tu majestad,
y en tus maravillosas obras meditaré.

6 Del poder de tus hechos estupendos hablarán los hombres,
y yo publicaré tu grandeza.

7 Proclamarán el recuerdo de tu inmensa bondad,
y cantarán tu justicia.

8 Clemente y misericordioso es Yahvé,
lento para la ira, y grande en misericordia.

9 Bueno es Yahvé para con todos,
y sus misericordias sobre todas sus obras.

10 Te alaben, oh Yahvé, todas tus obras,
y tus santos te bendigan.

11 Hablarán de la gloria de tu reino,
y hablarán de tu poder,

12 para hacer saber a los hijos de los hombres tus proezas,
y la gloria de la majestad de tu reino.

13 Tu reino es reino de todos los siglos,
y tu señorío en todas las generaciones.
Fiel es Yahvé en todas sus palabras,
y misericordioso en todas sus obras.

14 Sostiene Yahvé a todos los que caen,
y levanta a todos los oprimidos.

15 Los ojos de todos esperan en ti,
y tú les das su comida a su tiempo.

16 Abres tu mano,
y colmas de bendición a todo ser viviente.

17 Justo es Yahvé en todos sus caminos,
y misericordioso en todas sus obras.

18 Cercano está Yahvé a todos los que le invocan,
a todos los que le invocan de veras.

19 Cumplirá el deseo de los que le temen;
oirá asimismo el clamor de ellos, y los salvará.

20 Yahvé guarda a todos los que le aman,
mas destruirá a todos los impíos.

21 La alabanza de Yahvé proclamará mi boca;
y todos bendigan su santo nombre eternamente y para siempre.

Salmo 146

1 ¡Alabado sea Yah!
¡Alaba, oh alma mía, a Yahvé!

2 Alabaré a Yahvé en mi vida;
cantaré salmos a mi Dios mientras viva.

3 No confiéis en los príncipes,
ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación.

4 Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra;
en ese mismo día perecen sus pensamientos.

5 Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob,
cuya esperanza está en Yahvé su Dios,

6 el cual hizo los cielos y la tierra,
el mar, y todo lo que en ellos hay;
el que guarda la verdad para siempre,

7 el que hace justicia a los oprimidos,
el que da pan a los hambrientos.
Yahvé liberta a los cautivos;

8 Yahvé abre los ojos a los ciegos;
Yahvé levanta a los caídos;
Yahvé ama a los justos.

9 Yahvé guarda a los forasteros;
al huérfano y a la viuda sostiene,
y el camino de los impíos trastorna.

10 Reinará Yahvé para siempre;
tu Dios, oh Sión, por todas las generaciones.
¡Alabado sea Yah!

Salmo 147

1 ¡Alabado sea Yah!
Porque es bueno cantar salmos a nuestro Dios;
porque suave y hermosa es la alabanza.

2 Yahvé edifica a Jerusalén;
a los desterrados de Israel recogerá.

3 Él sana a los quebrantados de corazón,
y venda sus heridas.

4 Él cuenta el número de las estrellas;
a todas ellas llama por sus nombres.

5 Grande es nuestro Señor, y de inmenso poder;
su entendimiento es infinito.

6 Yahvé exalta a los humildes,
y humilla a los impíos hasta la tierra.

7 Cantad a Yahvé con acción de gracias;
cantad con arpa a nuestro Dios.

8 Él es quien cubre de nubes los cielos,
el que prepara la lluvia para la tierra,
el que hace a los montes producir hierba.

9 Él da a la bestia su mantenimiento,
y a los críos de los cuervos que claman.

10 No se deleita en la fuerza del caballo,
ni se complace en la agilidad del hombre.

11 Se complace Yahvé en los que le temen,
y en los que esperan en su misericordia.

12 ¡Alaba a Yahvé, Jerusalén!
¡Alaba a tu Dios, oh Sión!

13 Porque fortificó los cerrojos de tus puertas;
bendijo a tus hijos dentro de ti.

14 Él pone paz en tus fronteras,
y te sacia con lo mejor del trigo.

15 Él envía su palabra a la tierra;
velozmente corre su mandato.

16 Da la nieve como lana,
y esparce la escarcha como ceniza.

17 Echa su granizo como pedazos;
ante su frío, ¿quién podrá resistir?

18 Envía su palabra, y los derrite;
hace soplar su viento, y fluyen las aguas.

19 Ha manifestado sus palabras a Jacob,
sus estatutos y sus juicios a Israel.

20 No ha hecho esto con ninguna otra nación;
y en cuanto a sus juicios, no los conocieron.
¡Alabado sea Yah!

Salmo 148

1 ¡Alabado sea Yah!
¡Alabad a Yahvé desde los cielos!
¡Alabadle en las alturas!

2 ¡Alabadle, vosotros todos sus ángeles!
¡Alabadle, vosotros todos sus ejércitos!

3 ¡Alabadle, sol y luna!
¡Alabadle, todas las estrellas lucientes!

4 ¡Alabadle, cielos de los cielos,
y las aguas que están sobre los cielos!

5 Alaben el nombre de Yahvé,
porque él mandó, y fueron creados.

6 Los estableció eternamente y para siempre;
les puso ley que no será quebrantada.

7 Alabad a Yahvé desde la tierra,
los monstruos marinos y todos los abismos;

8 el fuego y el granizo, la nieve y el vapor,
el viento tempestuoso que ejecuta su palabra;

9 los montes y todos los collados,
el árbol de fruto y todos los cedros;

10 las bestias y todo animal,
los reptiles y las aves;

11 los reyes de la tierra y todos los pueblos,
los príncipes y todos los jueces de la tierra;

12 los jóvenes y también las doncellas,
los ancianos y los niños.

13 Alaben el nombre de Yahvé,
porque solo su nombre es excelso.
Su gloria es sobre tierra y cielos.

14 Él ha exaltado el cuerno de su pueblo;
alaben todos sus santos,
los hijos de Israel, el pueblo a él cercano.
¡Alabado sea Yah!

Salmo 149

1 ¡Alabado sea Yah!
Cantad a Yahvé cántico nuevo;
su alabanza en la congregación de los santos.

2 Alégrese Israel en su Hacedor;
los hijos de Sión se gocen en su Rey.

3 Alaben su nombre con danza;
con pandero y arpa a él canten.

4 Porque Yahvé tiene contentamiento en su pueblo;
hermoseará a los humildes con la salvación.

5 Regocíjense los santos por su gloria,
y canten aun sobre sus lechos.

6 Exalten a Dios con sus gargantas,
y espadas de dos filos en sus manos,

7 para ejecutar venganza entre las naciones,
y castigo entre los pueblos;

8 para aprisionar a sus reyes con cadenas,
y a sus nobles con grillos de hierro;

9 para ejecutar en ellos el juicio decretado;
gloria será esto para todos sus santos.
¡Alabado sea Yah!

Salmo 150

1 ¡Alabado sea Yah!
¡Alabad a Dios en su santuario!
¡Alabadle en la magnificencia de su firmamento!

2 ¡Alabadle por sus proezas!
¡Alabadle conforme a la inmensidad de su grandeza!

3 ¡Alabadle a son de bocina!
¡Alabadle con salterio y arpa!

4 ¡Alabadle con pandero y danza!
¡Alabadle con cuerdas y flautas!

5 ¡Alabadle con címbalos resonantes!
¡Alabadle con címbalos de júbilo!

6 ¡Todo lo que respira alabe a Yah!
¡Alabado sea Yah!

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PROVERBIOS

Capítulo 1

1 Los proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel:

2 para conocer sabiduría y disciplina; para comprender los dichos de la inteligencia;
para discernir las palabras del entendimiento;

3 para recibir instrucción en el trato sabio,
en la rectitud, la justicia y la equidad;

4 para dar sagacidad a los simples,
conocimiento y discreción al joven —

5 para que el sabio escuche y aumente su saber;
para que el hombre de entendimiento adquiera sabios consejos;

6 para entender los proverbios y las parábolas,
las palabras y los enigmas de los sabios.

7 El temor de Yahvé es el principio de la sabiduría,
mas los necios desprecian la sabiduría y la instrucción.

8 Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre,
y no abandones la enseñanza de tu madre;

9 pues serán corona de gracia para tu cabeza,
y collares para tu cuello.

10 Hijo mío, si los pecadores quisieren seducirte,
no consientas en ello.

11 Si dijeren: «Ven con nosotros;
pongamos asechanzas para derramar sangre;
acechemos al inocente sin motivo;

12 devorémoslos vivos como el Seol,
y enteros, como los que descienden a la fosa;

13 hallaremos toda suerte de riquezas,
llenaremos nuestras casas con el botín;

14 echa tu suerte con nosotros;
tengamos todos una sola bolsa» —

15 hijo mío, no andes en el camino con ellos;
aparta tu pie de sus veredas,

16 porque sus pies corren hacia el mal,
y se apresuran a derramar sangre.

17 Pues en vano se tiende la red ante los ojos de cualquier ave;

18 mas ellos a su propia sangre ponen asechanzas,
y contra su propia vida tienden la red.

19 Tales son las sendas de todo el que es dado a la codicia;
la cual quita la vida de sus poseedores.

20 La sabiduría clama por las calles;
alza su voz en las plazas;

21 clama en los lugares de mucho estruendo;
a la entrada de las puertas de la ciudad pronuncia sus palabras:

22 "¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza?
¿Y hasta cuándo los burladores se deleitarán en el escarnio,
y los insensatos aborrecerán el conocimiento?

23 Volveos a mi reprensión.
He aquí, yo derramaré mi espíritu sobre vosotros;
os haré saber mis palabras.

24 Por cuanto llamé y no quisisteis oír,
extendí mi mano y no hubo quien atendiese,

25 sino que habéis desechado todo consejo mío
y mi reprensión no habéis querido;

26 también yo me reiré de vuestra desdicha;
me burlaré cuando os viniere lo que teméis,

27 cuando viniere como una tormenta lo que teméis,
y vuestra calamidad llegare como un torbellino;
cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia.

28 Entonces me llamaréis, y no responderé;
me buscaréis con diligencia, y no me hallaréis.

29 Por cuanto aborrecieron la sabiduría,
y no escogieron el temor de Yahvé,

30 ni quisieron mi consejo,
y menospreciaron toda mi reprensión,

31 comerán, pues, del fruto de su camino,
y se hartarán de sus propios consejos.

32 Porque el desvío de los ignorantes los matará,
y la prosperidad de los necios los echará a perder.

33 Mas el que me oyere, habitará confiadamente
y vivirá tranquilo, sin temor del mal".

Capítulo 2

1 Hijo mío, si recibes mis palabras
y atesoras mis mandamientos dentro de ti,

2 haciendo que tu oído se incline a la sabiduría
y entregues tu corazón a la prudencia;

3 si de veras invocas a la inteligencia
y a la prudencia elevas tu voz;

4 si como a la plata la buscas
y la rastreas como a tesoros escondidos,

5 entonces entenderás el temor de Yahvé
y hallarás el conocimiento de Dios.

6 Porque Yahvé da la sabiduría;
de su boca proceden la ciencia y la inteligencia.

7 Él reserva la sana sabiduría para los rectos;
es broquel para los que caminan en integridad,

8 a fin de que guarden las sendas del juicio
y preserve el camino de sus santos.

9 Entonces entenderás justicia, juicio
y equidad, y todo buen camino.

10 Cuando la sabiduría entrare en tu corazón
y el conocimiento fuere grato a tu alma,

11 la discreción te guardará;
te preservará la inteligencia,

12 para librarte del mal camino,
de los hombres que hablan perversidades,

13 que abandonan las sendas derechas
para andar por caminos de tinieblas;

14 que se alegran haciendo el mal,
que se huelgan en las perversidades del vicio;

15 cuyas veredas son torcidas
y torcidos sus caminos;

16 para librarte de la mujer ajena,
de la extraña que halaga con sus palabras,

17 la cual abandona al compañero de su juventud
y se olvida del pacto de su Dios.

18 Por lo cual su casa se desliza hacia la muerte,
y sus sendas hacia las sombras.

19 Todos los que a ella van, no volverán,
ni alcanzarán los senderos de la vida.

20 Así andarás por el camino de los buenos
y guardarás las veredas de los justos;

21 porque los rectos habitarán la tierra
y los íntegros permanecerán en ella,

22 mas los impíos serán cortados de la tierra
y los prevaricadores serán de ella desarraigados.

Capítulo 3

1 Hijo mío, no te olvides de mi ley, y tu corazón guarde mis mandamientos;

2 porque largura de días y años de vida y paz te aumentarán.

3 Nunca se aparten de ti la misericordia y la verdad;
átalas a tu cuello, escríbelas en la tabla de tu corazón;

4 y hallarás gracia y buena opinión ante los ojos de Dios y de los hombres.

5 Fíate de Yahvé de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia.

6 Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas.

7 No seas sabio en tu propia opinión; teme a Yahvé y apártate del mal;

8 porque será medicina a tu cuerpo, y refrigerio para tus huesos.

9 Honra a Yahvé con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos;

10 y serán llenos tus graneros con abundancia, y tus lagares rebosarán de mosto.

11 No menosprecies, hijo mío, el castigo de Yahvé, ni te fatigues de su corrección;

12 porque Yahvé al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere.

13 Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría, y que obtiene la inteligencia;

14 porque su ganancia es mejor que la ganancia de la plata, y sus frutos más que el oro fino.

15 Más preciosa es que las piedras preciosas; y todo lo que puedes desear, no se puede comparar con ella.

16 Largura de días está en su mano derecha; en su izquierda, riquezas y honra.

17 Sus caminos son caminos deleitosos, y todas sus veredas paz.

18 Ella es árbol de vida a los que de ella echan mano, y bienaventurados son los que la retienen.

19 Yahvé con sabiduría fundó la tierra; afirmó los cielos con inteligencia.

20 Con su ciencia los abismos fueron divididos, y destilan rocío los cielos.

21 Hijo mío, no se aparten estas cosas de tus ojos; guarda la prudencia y el consejo,

22 y serán vida a tu alma, y gracia a tu cuello.

23 Entonces andarás por tu camino confiadamente, y tu pie no tropezará.

24 Cuando te acostares, no tendrás temor, sino que te acostarás, y tu sueño será grato.

25 No tendrás temor de pavor repentino, ni de la ruina de los impíos cuando viniere,

26 porque Yahvé será tu confianza, y él preservará tu pie de quedar preso.

27 No te niegues a hacer el bien a quien es debido, cuando tuvieres poder para hacerlo.

28 No digas a tu prójimo: Vete, y vuelve, y mañana te daré, cuando tienes contigo qué darle.

29 No intentes mal contra tu prójimo que habita confiado junto a ti.

30 No pleitees con alguno sin causa, si él no te ha hecho agravio.

31 No envidies al hombre injusto, ni escojas ninguno de sus caminos.

32 Porque el perverso es abominado de Yahvé; mas su comunión íntima es con los rectos.

33 La maldición de Yahvé está en la casa del impío, pero bendecirá la morada de los justos.

34 Ciertamente él escarnecerá a los escarnecedores, y a los humildes dará gracia.

35 Los sabios heredarán honra, mas los necios llevarán ignominia.

Capítulo 4

1 Oíd, hijos, la enseñanza de un padre;
estad atentos para que conozcáis cordura.

2 Porque os doy buena doctrina;
no abandonéis mi ley.

3 Pues yo también fui hijo de mi padre,
delicado y único a los ojos de mi madre.

4 Él me enseñaba y me decía:
«Retenga tu corazón mis razones;
guarda mis mandamientos y vivirás.

5 Adquiere sabiduría, adquiere inteligencia;
no te olvides ni te apartes de las razones de mi boca.

6 No la dejes, y ella te guardará;
ámala, y ella te conservará.

7 Sabiduría ante todo: adquiere sabiduría;
y sobre todas tus posesiones adquiere inteligencia.

8 Engrandécela, y ella te engrandecerá;
ella te honrará cuando tú la hayas abrazado.

9 Adorno de gracia dará a tu cabeza;
corona de hermosura te entregará».

10 Escucha, hijo mío, y recibe mis razones,
y se te multiplicarán años de vida.

11 Por el camino de la sabiduría te he encaminado,
y por veredas derechas te he hecho andar.

12 Cuando anduvieres, no se estrecharán tus pasos,
y si corrieres, no tropezarás.

13 Retén la instrucción, no la dejes;
guárdala, porque ella es tu vida.

14 No entres por la vereda de los impíos,
ni vayas por el camino de los malos.

15 Evítalo, no pases por él;
apártate de él, pasa de largo.

16 Porque ellos no duermen si no han hecho mal,
y pierden el sueño si no han hecho caer a alguno.

17 Porque comen pan de maldad,
y beben vino de violencias.

18 Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora,
que va en aumento hasta que el día es perfecto.

19 El camino de los impíos es como la oscuridad;
no saben en qué tropiezan.

20 Hijo mío, está atento a mis palabras;
inclina tu oído a mis razones.

21 No se aparten de tus ojos;
guárdalas en medio de tu corazón;

22 porque son vida a los que las hallan,
y medicina a todo su cuerpo.

23 Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;
porque de él mana la vida.

24 Aparta de ti la perversidad de la boca,
y aleja de ti la iniquidad de los labios.

25 Tus ojos miren lo recto,
y fíjese tu mirada en lo que tienes delante.

26 Examina la senda de tus pies,
y todos tus caminos sean rectos.

27 No te desvíes a la derecha ni a la izquierda;
aparta tu pie del mal.

Capítulo 5

1 Hijo mío, está atento a mi sabiduría,
e inclina tu oído a mi inteligencia;

2 para que guardes la discreción,
y tus labios conserven la ciencia.

3 Porque los labios de la mujer ajena destilan miel,
y su paladar es más suave que el aceite;

4 mas su fin es amargo como el ajenjo,
y agudo como espada de dos filos.

5 Sus pies descenderán a la muerte;
sus pasos conducen al Seol.

6 No considera el camino de la vida;
sus caminos son torcidos, y no lo sabe.

7 Ahora pues, hijos, escuchadme,
y no os apartéis de las razones de mi boca.

8 Aleja de ella tu camino,
y no te acerques a la puerta de su casa;

9 para que no des tu honor a otros,
y tus años al cruel;

10 no sea que los extraños se sacien de tu fuerza,
y tus trabajos estén en casa del extraño;

11 y gimas al final,
cuando se consuma tu carne y tu cuerpo,

12 y digas: «¡Cómo aborrecí la instrucción,
y mi corazón menospreció la reprensión;

13 no oí la voz de los que me instruían,
ni a los que me enseñaban incliné mi oído!

14 Casi en todo mal he estado,
en medio de la sociedad y de la congregación».

15 Bebe el agua de tu misma cisterna,
y los raudales de tu propio pozo.

16 ¿Se derramarán tus fuentes por las calles,
y tus corrientes de aguas por las plazas?

17 Sean para ti solo,
y no para los extraños contigo.

18 Sea bendito tu manantial,
y alégrate con la mujer de tu juventud,

19 como cierva amada y graciosa gacela.
Sus pechos te satisfagan en todo tiempo,
y en su amor recréate siempre.

20 ¿Y por qué, hijo mío, andarás ciego con la ajena,
y abrazarás el seno de la extraña?

21 Pues los caminos del hombre están ante los ojos de Yahvé,
y él considera todas sus veredas.

22 Prenderán al impío sus propias iniquidades,
y retenido será con las cuerdas de su pecado.

23 Él morirá por falta de corrección,
y errará por lo muy grande de su locura.

Capítulo 6

1 Hijo mío, si has salido por fiador de tu prójimo,
si has estrechado tu mano en prenda por un extraño,

2 estás enredado con las palabras de tu boca;
preso quedaste por los dichos de tus labios.

3 Haz esto ahora, hijo mío, y líbrate,
ya que has caído en manos de tu prójimo:
ve, humíllate,
e importa a tu prójimo con ruegos.

4 No des sueño a tus ojos,
ni a tus párpados adormecimiento.

5 Escápate como gacela de la mano del cazador,
y como ave de la mano del que pone lazos.

6 Ve a la hormiga, oh perezoso;
mira sus caminos, y sé sabio;

7 la cual, no teniendo capitán,
ni gobernador, ni señor,

8 prepara en el verano su comida,
y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento.

9 Perezoso, ¿hasta cuándo has de dormir?
¿Cuándo te levantarás de tu sueño?

10 Un poco de sueño, un poco de cabecear,
otro poco de cruzar las manos para reposar;

11 así vendrá tu necesidad como caminante,
y tu pobreza como hombre de armas.

12 El hombre malo, el hombre inicuo,
es el que anda en perversidad de boca;

13 que guiña los ojos, que habla con sus pies,
que hace señas con sus dedos;

14 perversidades hay en su corazón,
anda fraguando el mal en todo tiempo,
siempre siembra discordias.

15 Por tanto, su calamidad vendrá de repente;
súbitamente será quebrantado, y no habrá remedio.

16 Seis cosas aborrece Yahvé,
y aun siete abomina su alma:

17 los ojos altivos, la lengua mentirosa,
las manos derramadoras de sangre inocente,

18 el corazón que maquina pensamientos inicuos,
los pies presurosos para correr al mal,

19 el testigo falso que habla mentiras,
y el que siembra discordia entre hermanos.

20 Guarda, hijo mío, el mandamiento de tu padre,
y no dejes la enseñanza de tu madre.

21 Átalos siempre en tu corazón,
enlázalos a tu cuello.

22 Te guiarán cuando anduvieres;
cuando durmieres te guardarán;
hablarán contigo cuando despertares.

23 Porque el mandamiento es antorcha,
y la enseñanza es luz,
y camino de vida son las reprensiones que instruyen,

24 para que te guarden de la mala mujer,
de la blandura de la lengua de la mujer extraña.

25 No codicies su hermosura en tu corazón,
ni ella te prenda con sus párpados;

26 porque a causa de la mujer ramera el hombre es reducido a un mendrugo de pan,
y la adúltera caza la preciosa alma del varón.

27 ¿Tomará el hombre fuego en su seno
sin que sus vestidos se quemen?

28 ¿Andará el hombre sobre brasas
sin que sus pies se abrasen?

29 Así es el que se llega a la mujer de su prójimo;
no quedará impune ninguno que la tocare.

30 No tienen en poco al ladrón
si hurta para saciar su vientre cuando tiene hambre;

31 mas si es sorprendido, pagará siete veces;
dará toda la hacienda de su casa.

32 Mas el que comete adulterio es falto de entendimiento;
corrompe su alma el que tal hace.

33 Heridas e ignominia hallará,
y su afrenta nunca será borrada.

34 Porque los celos son el furor del marido,
y no perdonará en el día de la venganza.

35 No aceptará ningún rescate,
ni querrá perdonar, aunque multipliques los dones.

Capítulo 7

1 Hijo mío, guarda mis razones,
y atesora contigo mis mandamientos.

2 Guarda mis mandamientos y vivirás,
y mi ley como la niña de tus ojos.

3 Átalos a tus dedos,
escríbelos en la tabla de tu corazón.

4 Di a la sabiduría: «Tú eres mi hermana»,
y a la inteligencia llama parienta;

5 para que te guarden de la mujer ajena,
y de la extraña que ablanda sus palabras.

6 Porque mirando yo por la ventana de mi casa,
por mi celosía,

7 vi entre los simples,
consideré entre los jóvenes, a un joven falto de entendimiento,

8 el cual pasaba por la calle, junto a la esquina de ella,
e iba camino de su casa,

9 en el crepúsculo, ya atardeciendo,
en la oscuridad y tinieblas de la noche.

10 Y he aquí, una mujer le sale al encuentro,
con atavío de ramera y astuta de corazón.

11 Alborotadora y contumaz,
sus pies no pueden estar en casa;

12 unas veces está en la calle, otras veces en las plazas,
acechando por todas las esquinas.

13 Y trabó de él, y lo besó;
con semblante descarado le dijo:

14 «Sacrificios de paz había prometido,
hoy he pagado mi votos;

15 por tanto, he salido a encontrarte,
buscando diligentemente tu rostro, y te he hallado.

16 He adornado mi lecho con recamados,
con cordoncillo de Egipto;

17 he perfumado mi cámara con mirra, áloes y canela.

18 Ven, embriaguémonos de amores hasta la mañana;
alegrémonos en amores.

19 Porque mi marido no está en casa,
se ha ido a un largo viaje;

20 la bolsa del dinero llevó en su mano,
el día de la luna llena volverá a su casa».

21 Lo rindió con la suavidad de sus muchas palabras,
lo obligó con la blandura de sus labios.

22 Al punto se fue tras ella,
como va el buey al degolladero,
y como el necio a las prisiones para ser castigado;

23 como el ave que se apresura a la red,
y no sabe que es contra su vida,
hasta que la saeta traspasa su hígado.

24 Ahora pues, hijos, oídme,
y estad atentos a las razones de mi boca.

25 No se aparte tu corazón a sus caminos;
no yerres en sus veredas.

26 Porque a muchos ha hecho caer heridos,
y aun los más fuertes han sido muertos por ella.

27 Camino del Seol es su casa,
que desciende a las cámaras de la muerte.

Capítulo 8

1 ¿No grita la sabiduría?
¿La comprensión no levanta la voz?

2 En la cima de los lugares altos por cierto,
donde los caminos se encuentran, ella se para.

3 Junto a las puertas, a la entrada de la ciudad,
en las puertas de entrada, llora en voz alta:

4 "¡Os llamo a vosotros, hombres!
Envío mi voz a los hijos de la humanidad.

5 ¡Tú, simple, entiende la prudencia!
¡Necios, tened un corazón comprensivo!

6 Escuchad, porque voy a hablar de cosas excelentes.
La apertura de mis labios es para las cosas correctas.

7 Porque mi boca dice la verdad.
La maldad es una abominación para mis labios.

8 Todas las palabras de mi boca son en justicia.
No hay nada torcido ni perverso en ellos.

9 Todo está claro para el que entiende,
derecho a los que encuentran el conocimiento.

10 Recibe mi instrucción antes que la plata,
conocimiento más que el oro de la elección.

11 Porque la sabiduría es mejor que los rubíes.
Todas las cosas que se puedan desear no se pueden comparar con ella.

12 "Yo, la sabiduría, he hecho de la prudencia mi morada.
Descubra el conocimiento y la discreción.

13 El temor a Yahvé es odiar el mal.
Odio el orgullo, la arrogancia, el mal camino y la boca perversa.

14 El consejo y el buen conocimiento son míos.
Tengo comprensión y poder.

15 Por mí reinan los reyes,
y los príncipes decretan la justicia.

16 Por mí gobiernan los príncipes,
nobles, y todos los gobernantes justos de la tierra.

17 Yo amo a los que me aman.
Los que me buscan con diligencia me encontrarán.

18 Conmigo están las riquezas, el honor,
riqueza duradera y prosperidad.

19 Mi fruto es mejor que el oro, sí, que el oro fino,
mi rendimiento que la plata de elección.

20 Yo ando en el camino de la justicia,
en medio de los caminos de la justicia,

21 para dar riqueza a los que me aman.
Lleno sus tesoros.

22 "Yahvé me poseyó en el comienzo de su obra,
ante sus hazañas de antaño.

23 Fui establecido desde siempre, desde el principio,
antes de que la tierra existiera.

24 Cuando no había profundidades, nací yo,
cuando no había manantiales que abundaran en agua.

25 Antes de que las montañas se asentaran en su lugar,
antes de las colinas, nací yo;

26 cuando aún no había hecho la tierra ni los campos,
ni el principio del polvo del mundo.

27 Cuando estableció los cielos, yo estaba allí.
Cuando estableció un círculo en la superficie de las profundidades,

28 cuando estableció las nubes de arriba,
cuando los manantiales de las profundidades se hicieron fuertes,

29 cuando le dio al mar su límite,
para que las aguas no violen su mandamiento,
cuando marcó los cimientos de la tierra,

30 entonces yo era el artesano a su lado.
Era una delicia día a día,
siempre regocijándose ante él,

31 regocijo en todo su mundo.
Mi deleite fue con los hijos de los hombres.

32 «Ahora, pues, hijos míos, escuchadme,
porque son dichosos los que guardan mis caminos.

33 Escucha la instrucción y sé sabio.
No lo rechaces.

34 Dichoso el hombre que me escucha,
vigilando diariamente a mis puertas,
esperando en los puestos de mi puerta.

35 Porque quien me encuentra, encuentra la vida,
y obtendrá el favor de Yahvé.

36 Pero el que peca contra mí hace daño a su propia alma.
Todos los que me odian aman la muerte».

Capítulo 9

1 La sabiduría edificó su casa,
labró sus siete columnas.

2 Mató sus víctimas, mezcló su vino,
y puso su mesa.

3 Envió a sus criadas;
sobre lo más alto de la ciudad clamó:

4 «Cualquiera que sea simple, venga acá».
A los faltos de cordura dijo:

5 «Venid, comed mi pan,
y bebed del vino que yo he mezclado.

6 Dejad las simplezas y vivid;
y andad por el camino de la inteligencia».

7 El que corrige al escarnecedor, se acarrea afrenta;
el que reprende al impío, se atrae mancha.

8 No reprendas al escarnecedor, para que no te aborrezca;
corrige al sabio, y te amará.

9 Da al sabio, y será más sabio;
enseña al justo, y aumentará su saber.

10 El temor de Yahvé es el principio de la sabiduría,
y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia.

11 Porque por mí se aumentarán tus días,
y años de vida se te añadirán.

12 Si fueres sabio, para ti lo serás;
y si fueres escarnecedor, pagarás tú solo.

13 La mujer insensata es alborotadora;
es simple e ignorante.

14 Se sienta en una silla a la puerta de su casa,
en los lugares altos de la ciudad,

15 para llamar a los que pasan por el camino,
que van por sus caminos derechos:

16 «Cualquiera que sea simple, venga acá».
Y a los faltos de cordura dijo:

17 «Las aguas hurtadas son dulces,
y el pan comido en oculto es suave».

18 Y no saben que allí están los muertos;
que sus convidados están en lo profundo del Seol.

Capítulo 10

1 Los proverbios de Salomón.
El hijo sabio alegra al padre,
pero el hijo insensato es la tristeza de su madre.

2 Los tesoros de maldad no serán de provecho,
mas la justicia libra de la muerte.

3 Yahvé no dejará padecer hambre al alma del justo,
mas rechazará la ambición de los impíos.

4 La mano negligente empobrece,
mas la mano de los diligentes enriquece.

5 El que recoge en el verano es hombre entendido;
el que duerme en el tiempo de la siega es hijo que avergüenza.

6 Hay bendiciones sobre la cabeza del justo,
pero la violencia cubrirá la boca de los impíos.

7 La memoria del justo será bendita,
mas el nombre de los impíos se pudrirá.

8 El sabio de corazón recibirá los mandamientos,
mas el necio de labios caerá.

9 El que camina en integridad anda confiado,
mas el que pervierte sus caminos será quebrantado.

10 El que guiña el ojo acarrea tristeza,
y el necio de labios será castigado.

11 Manantial de vida es la boca del justo,
pero la violencia cubrirá la boca de los impíos.

12 El odio despierta rencillas,
pero el amor cubrirá todas las faltas.

13 En los labios del prudente se halla sabiduría,
mas la vara es para las espaldas del falto de cordura.

14 Los sabios atesoran la sabiduría,
mas la boca del insensato es una ruina próxima.

15 Las riquezas del rico son su ciudad fuerte,
y la desolación de los pobres es su pobreza.

16 La obra del justo es para vida,
mas el fruto del impío es para pecado.

17 Camino a la vida es guardar la instrucción,
pero el que desecha la reprensión yerra.

18 El que encubre el odio es de labios mentirosos,
y el que propaga calumnia es un necio.

19 En las muchas palabras no falta el pecado,
mas el que refrena sus labios es prudente.

20 Plata escogida es la lengua del justo,
mas el corazón de los impíos es de poco valor.

21 Los labios del justo sustentan a muchos,
mas los insensatos mueren por falta de entendimiento.

22 La bendición de Yahvé es la que enriquece,
y no añade tristeza con ella.

23 El hacer maldad es como un juego para el insensato,
mas la sabiduría es recreo para el hombre de entendimiento.

24 Lo que el impío teme, eso le vendrá,
mas a los justos les será dado lo que desean.

25 Como pasa el torbellino, así el impío no permanece,
mas el justo fundado está para siempre.

26 Como el vinagre a los dientes y el humo a los ojos,
así es el perezoso a los que lo envían.

27 El temor de Yahvé aumentará los días,
mas los años de los impíos serán acortados.

28 La esperanza de los justos es alegría,
mas la esperanza de los impíos perecerá.

29 El camino de Yahvé es fortaleza al perfecto,
pero es destrucción para los que obran maldad.

30 El justo eternamente no será removido,
mas los impíos no habitarán la tierra.

31 La boca del justo destila sabiduría,
mas la lengua perversa será cortada.

32 Los labios del justo saben lo que agrada,
mas la boca de los impíos habla perversidades.

Capítulo 11

1 La balanza falsa es abominación a Yahvé,
mas la pesa cabal le agrada.

2 Cuando viene la soberbia, viene también la deshonra;
mas con los humildes está la sabiduría.

3 La integridad de los rectos los encaminará,
pero la perversidad de los prevaricadores los destruirá.

4 No aprovecharán las riquezas en el día de la ira,
mas la justicia librará de muerte.

5 La justicia del perfecto enderezará su camino,
mas el impío por su impiedad caerá.

6 La justicia de los rectos los librará,
mas los pecadores serán atrapados en su propia concupiscencia.

7 Cuando muere el hombre impío, perece su esperanza;
y la expectativa de los malos perecerá.

8 El justo es librado de la tribulación,
mas el impío entra en lugar suyo.

9 El hipócrita con la boca daña a su prójimo,
mas los justos son librados con la sabiduría.

10 En el bien de los justos la ciudad se alegra;
y cuando perecen los impíos, hay fiesta.

11 Por la bendición de los rectos la ciudad será engrandecida,
mas por la boca de los impíos será trastornada.

12 El que carece de entendimiento menosprecia a su prójimo,
mas el hombre prudente calla.

13 El que anda en chismes descubre el secreto,
mas el de espíritu fiel lo guarda todo.

14 Donde no hay dirección sabia, caerá el pueblo;
mas en la multitud de consejeros hay seguridad.

15 Con ansiedad será afligido el que sale por fiador de un extraño,
mas el que aborreciere las fianzas vivirá seguro.

16 La mujer agraciada tendrá honra,
y los fuertes tendrán riquezas.

17 A su alma hace bien el hombre misericordioso,
mas el cruel se hace daño a sí mismo.

18 El impío hace obra falsa,
mas el que siembra justicia tendrá firme galardón.

19 Como la justicia conduce a la vida,
así el que sigue el mal lo hace para su muerte.

20 Abominación son a Yahvé los perversos de corazón,
mas los perfectos de camino le son agradables.

21 Tarde o temprano, el malo no quedará impune,
mas la descendencia de los justos será librada.

22 Como zarcillo de oro en el hocico de un cerdo
es la mujer hermosa y apartada de razón.

23 El deseo de los justos es solamente el bien,
mas la esperanza de los impíos es el enojo.

24 Hay quienes reparten, y les es añadido más;
y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza.

25 El alma generosa será prosperada;
y el que saciare, él también será saciado.

26 Al que retiene el grano, el pueblo lo maldecirá;
pero habrá bendición sobre la cabeza del que lo vende.

27 El que procura el bien buscará favor,
mas al que busca el mal, el mal le vendrá.

28 El que confía en sus riquezas caerá,
mas los justos reverdecerán como ramos.

29 El que turba su casa heredará viento,
y el necio será siervo del sabio de corazón.

30 El fruto del justo es árbol de vida,
y el que gana almas es sabio.

31 Ciertamente el justo será recompensado en la tierra,
¡cuánto más el impío y el pecador!

Capítulo 12

1 El que ama la instrucción ama la sabiduría,
mas el que aborrece la reprensión es ignorante.

2 El bueno alcanzará el favor de Yahvé,
mas él condenará al hombre de malos pensamientos.

3 El hombre no se afirmará por medio de la impiedad,
mas la raíz de los justos no será removida.

4 La mujer virtuosa es corona de su marido,
mas la mala, como carcoma en sus huesos.

5 Los pensamientos de los justos son rectitud,
mas los consejos de los impíos, engaño.

6 Las palabras de los impíos son acechanzas para derramar sangre,
mas la boca de los rectos los librará.

7 Dios trastornará a los impíos, y no serán más,
pero la casa de los justos permanecerá firme.

8 Según su sabiduría es alabado el hombre,
mas el perverso de corazón será menospreciado.

9 Mejor es el que es menospreciado y tiene un siervo,
que el que se jacta y carece de pan.

10 El justo cuida de la vida de su bestia,
mas las entrañas de los impíos son crueles.

11 El que labra su tierra se saciará de pan,
mas el que sigue a los vagos es falto de entendimiento.

12 Codicia el impío la red de los malos,
mas la raíz de los justos da fruto.

13 El impío es enredado en la prevaricación de sus labios,
mas el justo saldrá de la tribulación.

14 El hombre será saciado de bien del fruto de su boca,
y la recompensa de las manos del hombre le será dada.

15 El camino del necio es derecho en su opinión,
mas el que obedece al consejo es sabio.

16 El necio al punto da a conocer su ira,
mas el prudente disimula la injuria.

17 El que habla verdad declara justicia,
mas el testigo falso, engaño.

18 Hay hombres cuyas palabras son como estocadas de espada,
mas la lengua de los sabios es medicina.

19 El labio veraz permanecerá para siempre,
mas la lengua mentirosa solo por un momento.

20 Engaño hay en el corazón de los que piensan el mal,
pero alegría en el de los que aconsejan la paz.

21 Ninguna adversidad le acontecerá al justo,
mas los impíos serán llenos de males.

22 Los labios mentirosos son abominación a Yahvé,
pero los que hacen verdad son su deleite.

23 El hombre prudente encubre su conocimiento,
mas el corazón de los necios publica su necedad.

24 La mano de los diligentes señoreará,
mas la negligencia será tributaria.

25 La congoja en el corazón del hombre lo abate,
mas la buena palabra lo alegra.

26 El justo aventaja a su prójimo,
mas el camino de los impíos los hace errar.

27 El negligente ni aun asará lo que ha cazado,
mas haber precioso del hombre es la diligencia.

28 En el camino de la justicia está la vida,
y en sus senderos no hay muerte.

Capítulo 13

1 El hijo sabio recibe la enseñanza del padre,
mas el escarnecedor no escucha la reprensión.

2 Del fruto de su boca el hombre comerá el bien,
mas el alma de los prevaricadores hallará el mal.

3 El que guarda su boca guarda su alma,
mas el que mucho abre sus labios tendrá calamidad.

4 Desea y nada alcanza el alma del perezoso,
mas el alma de los diligentes será prosperada.

5 El justo aborrece la palabra de mentira,
mas el impío se hace odioso y digno de confusión.

6 La justicia guarda al de perfecto camino,
mas la impiedad trastorna al pecador.

7 Hay quienes pretenden ser ricos y no tienen nada,
y hay quienes pretenden ser pobres y tienen muchas riquezas.

8 El rescate de la vida del hombre son sus riquezas,
pero el pobre no oye censuras.

9 La luz de los justos se alegrará,
mas se apagará la lámpara de los impíos.

10 Ciertamente la soberbia concebirá contienda,
mas con los avisados está la sabiduría.

11 Las riquezas de vanidad disminuyen,
pero el que recoge con mano laboriosa las aumenta.

12 La esperanza que se prolonga es tormento del corazón,
pero árbol de vida es el deseo cumplido.

13 El que menosprecia el precepto perecerá por ello,
mas el que teme el mandamiento será recompensado.

14 La ley del sabio es manantial de vida
para apartarse de los lazos de la muerte.

15 El buen entendimiento da gracia,
mas el camino de los prevaricadores es duro.

16 Todo hombre prudente procede con sabiduría,
mas el necio manifiesta su necedad.

17 El mal mensajero cae en el mal,
mas el mensajero fiel es medicina.

18 Pobreza y vergüenza tendrá el que menosprecia la doctrina,
mas el que guarda la corrección recibirá honra.

19 El deseo cumplido deleita el alma,
pero apartarse del mal es abominación a los necios.

20 El que anda con sabios, sabio será;
mas el que se junta con necios será quebrantado.

21 El mal persigue a los pecadores,
mas los justos serán premiados con el bien.

22 El bueno dejará herederos a los hijos de sus hijos,
pero la riqueza del pecador está guardada para el justo.

23 En el barbecho de los pobres hay mucho pan,
mas se pierde por falta de juicio.

24 El que detiene el castigo a su hijo aborrece,
mas el que lo ama, desde temprano lo corrige.

25 El justo come hasta saciar su alma,
mas el vientre de los impíos tendrá necesidad.

Capítulo 14

1 La mujer sabia edifica su casa,
mas la necia con sus manos la derriba.

2 El que camina en su rectitud teme a Yahvé,
mas el perverso en sus caminos le desprecia.

3 En la boca del necio está la vara de la soberbia,
mas los labios de los sabios los guardarán.

4 Sin bueyes el pesebre está limpio,
mas por la fuerza del buey hay abundancia de frutos.

5 El testigo veraz no mentirá,
mas el testigo falso hablará mentiras.

6 Busca el escarnecedor la sabiduría y no la halla,
mas para el hombre entendido el conocimiento es fácil.

7 Vete de delante del hombre necio,
porque en él no hallarás labios de ciencia.

8 La sabiduría del prudente está en entender su camino,
mas la necedad de los necios es engaño.

9 Los necios se mofan del pecado,
mas entre los rectos hay favor.

10 El corazón conoce la amargura de su alma,
y extraño no se entrometerá en su alegría.

11 La casa de los impíos será asolada,
mas florecerá la tienda de los rectos.

12 Hay camino que al hombre le parece derecho,
pero su fin es camino de muerte.

13 Aun en la risa tendrá dolor el corazón,
y el término de la alegría es congoja.

14 De sus caminos se hartará el necio de corazón,
y el hombre bueno estará satisfecho del suyo.

15 El simple todo lo cree,
mas el avisado mira bien sus pasos.

16 El sabio teme y se aparta del mal,
mas el necio se insolenta y está confiado.

17 El que fácilmente se enoja hará locuras,
y el hombre malvado será aborrecido.

18 Los simples heredarán necedad,
mas los prudentes se coronarán de sabiduría.

19 Los malos se inclinarán delante de los buenos,
y los impíos a las puertas de los justos.

20 El pobre es odioso aun a su amigo,
pero muchos son los que aman al rico.

21 Peca el que menosprecia a su prójimo,
mas el que tiene misericordia de los pobres es bienaventurado.

22 ¿No yerran los que maquinan el mal?
Misericordia y verdad alcanzarán los que piensan el bien.

23 En toda labor hay fruto,
mas las vanas palabras de los labios solo conducen a la penuria.

24 Las riquezas de los sabios son su corona,
mas la necedad de los necios es necedad.

25 El testigo veraz libra las almas,
mas el engañoso habla mentiras.

26 En el temor de Yahvé está la fuerte confianza,
y esperanza tendrán sus hijos.

27 El temor de Yahvé es manantial de vida
para apartarse de los lazos de la muerte.

28 En la multitud del pueblo está la gloria del rey,
y en la falta de pueblo la flaqueza del príncipe.

29 El que tarda en airarse es grande de entendimiento,
mas el que es de espíritu apresurado exalta la necedad.

30 El corazón apacible es vida de la carne,
mas la envidia es carcoma de los huesos.

31 El que oprime al pobre afrenta a su Hacedor,
mas el que tiene misericordia del pobre le honra.

32 Por su maldad es lanzado el impío,
mas el justo en su muerte tiene esperanza.

33 En el corazón del prudente reposa la sabiduría,
y es conocida en medio de los necios.

34 La justicia engrandece a la nación,
mas el pecado es afrenta de las naciones.

35 La benevolencia del rey es para con el siervo entendido,
mas su enojo contra el que lo avergüenza.

Capítulo 15

1 La blanda respuesta quita la ira,
mas la palabra áspera hace subir el furor.

2 La lengua de los sabios adornará la sabiduría,
mas la boca de los necios derramará necedad.

3 Los ojos de Yahvé están en todo lugar,
mirando a los malos y a los buenos.

4 La lengua sana es árbol de vida,
mas la perversidad en ella es quebrantamiento de espíritu.

5 El necio menosprecia el consejo de su padre,
mas el que guarda la corrección vendrá a ser prudente.

6 En la casa del justo hay gran provisión,
pero turbación en las ganancias del impío.

7 Los labios de los sabios esparcen sabiduría;
no así el corazón de los necios.

8 El sacrificio de los impíos es abominación a Yahvé,
mas la oración de los rectos es su gozo.

9 Abominación es a Yahvé el camino del impío,
mas él ama al que sigue la justicia.

10 La disciplina es penosa al que deja el camino;
el que aborrece la reprensión morirá.

11 El Seol y el Abadón están delante de Yahvé;
¡cuánto más los corazones de los hijos de los hombres!

12 El escarnecedor no ama al que le reprende,
ni se junta con los sabios.

13 El corazón alegre hermosea el rostro,
mas por el dolor del corazón el espíritu se abate.

14 El corazón entendido busca la sabiduría,
mas la boca de los necios se apacienta de necedad.

15 Todos los días del afligido son difíciles,
mas el de corazón dichoso tiene un convite continuo.

16 Mejor es lo poco con el temor de Yahvé,
que el gran tesoro donde hay turbación.

17 Mejor es la comida de legumbres donde hay amor,
que de buey engordado donde hay odio.

18 El hombre iracundo promueve contiendas,
mas el que tarda en airarse apacigua la rencilla.

19 El camino del perezoso es como seto de espinos,
mas la vereda de los rectos es como una calzada.

20 El hijo sabio alegra al padre,
mas el hombre necio menosprecia a su madre.

21 La necedad es alegría al falto de entendimiento,
mas el hombre entendido endereza sus pasos.

22 Los pensamientos son frustrados donde no hay consejo,
mas en la multitud de consejeros se afirman.

23 El hombre se alegra con la respuesta de su boca;
y la palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!

24 El camino de la vida es hacia arriba para el prudente,
para apartarse del Seol abajo.

25 Yahvé asolará la casa de los soberbios,
pero afirmará la linde de la viuda.

26 Abominación son a Yahvé los pensamientos del malo,
mas las expresiones de los limpios son limpias.

27 Alborota su casa el codicioso,
mas el que aborrece el soborno vivirá.

28 El corazón del justo piensa para responder,
mas la boca de los impíos derrama malas cosas.

29 Yahvé está lejos de los impíos,
pero él oye la oración de los justos.

30 La luz de los ojos alegra el corazón,
y la buena nueva fatiga los huesos.

31 El oído que escucha la amonestación de la vida,
entre los sabios morará.

32 El que tiene en poco la disciplina menosprecia su alma,
mas el que escucha la corrección tiene entendimiento.

33 El temor de Yahvé es enseñanza de sabiduría;
y antes de la honra está la humildad.

Capítulo 16

1 Del hombre son las disposiciones del corazón,
mas de Yahvé es la respuesta de la lengua.

2 Todos los caminos del hombre son limpios ante sus propios ojos,
mas Yahvé pesa los espíritus.

3 Encomienda a Yahvé tus obras,
y tus pensamientos serán afirmados.

4 Todas las cosas ha hecho Yahvé para sí mismo,
y aun al impío para el día malo.

5 Abominación es a Yahvé todo altivo de corazón;
ciertamente no quedará impune.

6 Con misericordia y verdad se corrige la iniquidad,
y con el temor de Yahvé los hombres se apartan del mal.

7 Cuando los caminos del hombre son agradables a Yahvé,
aun a sus enemigos hace estar en paz con él.

8 Mejor es lo poco con justicia,
que las muchas rentas con injusticia.

9 El corazón del hombre traza su camino,
mas Yahvé endereza sus pasos.

10 Oráculo hay en los labios del rey;
en el juicio no prevaricará su boca.

11 Peso y balanzas justas son de Yahvé;
obra suya son todas las pesas de la bolsa.

12 Abominación es a los reyes hacer impiedad,
porque con justicia se afirma el trono.

13 Los labios justos son el deleite de los reyes,
y estos aman al que habla lo recto.

14 La ira del rey es mensajero de muerte,
mas el hombre sabio la apaciguará.

15 En la alegría del rostro del rey está la vida,
y su favor es como nube de lluvia tardía.

16 Mejor es adquirir sabiduría que oro fino;
y adquirir inteligencia es preferible a la plata.

17 El camino de los rectos es apartarse del mal;
su alma preserva el que guarda su camino.

18 Antes del quebrantamiento va la soberbia,
y antes de la caída la altivez de espíritu.

19 Mejor es humillar el espíritu con los humildes,
que repartir el botín con los soberbios.

20 El entendido en la palabra hallará el bien,
y el que confía en Yahvé es bienaventurado.

21 El sabio de corazón es llamado prudente,
y la dulzura de labios aumenta el saber.

22 Manantial de vida es el entendimiento al que lo posee,
mas la erudición de los necios es necedad.

23 El corazón del sabio hace prudente su boca,
y añade gracia a sus labios.

24 Panal de miel son las palabras suaves;
suavidad al alma y medicina para los huesos.

25 Hay camino que al hombre le parece derecho,
pero su fin es camino de muerte.

26 El alma del que trabaja, trabaja para sí,
porque su boca le estimula.

27 El hombre perverso cava en busca del mal,
y en sus labios hay como llama de fuego.

28 El hombre perverso levanta contienda,
y el chismoso aparta a los mejores amigos.

29 El hombre malo lisonjea a su prójimo,
y lo hace andar por camino no bueno.

30 Cierra sus ojos para pensar perversidades;
muerde sus labios, y efectúa el mal.

31 Corona de honra es la vejez,
que se halla en el camino de la justicia.

32 Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte;
y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad.

33 La suerte se echa en el regazo,
mas de Yahvé es la decisión de ella.

Capítulo 17

1 Mejor es un mendrugo seco con paz,
que casa de víctimas llena de contienda.

2 El siervo prudente se enseñoreará del hijo que causa deshonra,
y con los hermanos repartirá la herencia.

3 El crisol para la plata, y el hornillo para el oro;
pero Yahvé prueba los corazones.

4 El malo atiende al labio inicuo,
y el mentiroso presta oído a la lengua detractora.

5 El que escarnece al pobre afrenta a su Hacedor;
el que se alegra de la calamidad ajena no quedará sin castigo.

6 Corona de los ancianos son los nietos,
y la honra de los hijos son sus padres.

7 No conviene al necio la palabra elocuente;
¡cuánto menos al príncipe el labio mentiroso!

8 Piedra preciosa es el cohecho a los ojos de quien lo practica;
a dondequiera que se vuelve, halla prosperidad.

9 El que cubre la falta busca amistad;
mas el que la divulga, aparta al amigo.

10 La reprensión aprovecha más al dotado de inteligencia,
que cien azotes al necio.

11 El rebelde no busca sino el mal,
y un mensajero cruel será enviado contra él.

12 Mejor es encontrarse con una osa privada de sus cachorros,
que con un necio en su fatuidad.

13 Al que da mal por bien,
el mal no se apartará de su casa.

14 El que comienza la contienda es como quien suelta las aguas;
deja, pues, la porfía antes que se enrede el pleito.

15 El que justifica al impío, y el que condena al justo,
ambos a dos son abominación a Yahvé.

16 ¿De qué sirve el precio en la mano del necio para comprar sabiduría,
si no tiene entendimiento?

17 En todo tiempo ama el amigo,
y es como un hermano en tiempo de angustia.

18 El hombre falto de entendimiento estrecha la mano
para salir por fiador delante de su prójimo.

19 El que ama la prevaricación ama la contienda;
el que exalta su puerta busca la ruina.

20 El perverso de corazón nunca hallará el bien,
y el que revuelve su lengua caerá en el mal.

21 El que engendra al necio, para su tristeza lo engendra;
y el padre del insensato no se alegrará.

22 El corazón alegre constituye buen remedio;
mas el espíritu triste seca los huesos.

23 El impío toma soborno del seno
para pervertir las sendas de la justicia.

24 En el rostro del entendido brilla la sabiduría;
mas los ojos del necio vagan por los confines de la tierra.

25 El hijo necio es pesadumbre de su padre,
y amargura a la que lo dio a luz.

26 Ciertamente no es bueno condenar al justo,
ni herir a los nobles que obran con rectitud.

27 El que ahorra sus palabras tiene sabiduría;
el que es de espíritu prudente es hombre inteligente.

28 Aun el necio, cuando calla, es contado por sabio;
el que cierra sus labios es tenido por entendido.

Capítulo 18

1 Su deseo busca el que se desvía,
y se entremete en todo negocio.

2 No toma placer el necio en la inteligencia,
sino en que su corazón se descubra.

3 Cuando viene el impío, viene también el menosprecio,
y con el ignominioso, la afrenta.

4 Aguas profundas son las palabras de la boca del hombre;
y arroyo que rebosa, la fuente de la sabiduría.

5 Tener respeto a la persona del impío para hacer caer al justo de su derecho,
no es bueno.

6 Los labios del necio entran en contienda;
y su boca los azotes llama.

7 La boca del necio es quebrantamiento para sí,
y sus labios son lazos para su alma.

8 Las palabras del chismoso son como suaves bocados,
y entran hasta las entrañas del vientre.

9 También el que es negligente en su trabajo
es hermano del hombre disipador.

10 Torre fuerte es el nombre de Yahvé;
a él correrá el justo, y será levantado.

11 Las riquezas del rico son su ciudad fuerte,
y como un muro alto en su imaginación.

12 Antes del quebrantamiento se eleva el corazón del hombre,
y antes de la honra va la humildad.

13 Al que responde palabra antes de oír,
le es fatuidad y oprobio.

14 El ánimo del hombre soportará su enfermedad;
mas ¿quién podrá sobrellevar al ánimo angustiado?

15 El corazón del entendido adquiere sabiduría;
y el oído de los sabios busca la ciencia.

16 La dádiva del hombre le ensancha el camino
y le lleva delante de los grandes.

17 Justo parece el primero que aboga por su causa;
pero viene su adversario, y le descubre.

18 La suerte pone fin a los pleitos,
y decide entre los poderosos.

19 El hermano ofendido es más tenaz que una ciudad fuerte,
y las contiendas de los hermanos son como cerrojos de alcázar.

20 Del fruto de la boca del hombre se llenará su vientre;
se saciará del producto de sus labios.

21 La muerte y la vida están en poder de la lengua,
y el que la ama comerá de sus frutos.

22 El que halla esposa halla el bien,
y alcanza la benevolencia de Yahvé.

23 El pobre habla con ruegos,
mas el rico responde con dureza.

24 El hombre que tiene amigos ha de mostrarse amigo;
y amigo hay más unido que un hermano.

Capítulo 19

1 Mejor es el pobre que camina en su integridad
que el de labios perversos y necio.

2 El alma sin ciencia no es buena,
y el que se apresura con los pies, peca.

3 La necedad del hombre tuerce su camino,
y luego se irrita su corazón contra Yahvé.

4 Las riquezas traen muchos amigos,
mas el pobre es apartado de su amigo.

5 El testigo falso no quedará impune,
y el que habla mentiras no escapará.

6 Muchos buscan el favor del generoso,
y cada uno es amigo del hombre que da.

7 Si los hermanos del pobre todos le aborrecen,
¡cuánto más sus amigos se alejarán de él!
Los buscará con palabras, y no los hallará.

8 El que posee entendimiento ama su alma;
el que guarda la inteligencia hallará el bien.

9 El testigo falso no quedará impune,
y el que habla mentiras perecerá.

10 No conviene al necio el deleite,
¡cuánto menos al siervo señorearse de los príncipes!

11 La cordura del hombre detiene su furor,
y su honra es pasar por alto la ofensa.

12 Como el rugido del león es la ira del rey,
y su favor como el rocío sobre la hierba.

13 Dolor es para su padre el hijo necio,
y gotera continua las contiendas de la mujer.

14 La casa y las riquezas son herencia de los padres,
mas de Yahvé es la mujer prudente.

15 La pereza hace caer en profundo sueño,
y el alma negligente padecerá hambre.

16 El que guarda el mandamiento guarda su alma;
mas el que menosprecia sus caminos morirá.

17 A Yahvé presta el que da al pobre,
y el bien que ha hecho, él se lo pagará.

18 Castiga a tu hijo mientras haya esperanza;
mas no se apresure tu alma para destruirlo.

19 El de gran ira llevará la pena;
y si lo librares, habrás de hacerlo de nuevo.

20 Escucha el consejo, y recibe la corrección,
para que seas sabio en tu vejez.

21 Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre;
mas el consejo de Yahvé permanecerá.

22 Contentamiento es a los hombres hacer misericordia;
y mejor es el pobre que el mentiroso.

23 El temor de Yahvé es para vida,
y con él vivirá lleno de reposo el hombre; no será visitado por el mal.

24 El perezoso esconde su mano en el plato,
y ni aun a su boca la llevará.

25 Hiere al escarnecedor, y el simple se hará avisado;
y corrigiendo al entendido, entenderá ciencia.

26 El que roba a su padre y ahuyenta a su madre,
es hijo que acarrea vergüenza y confusión.

27 Cesa, hijo mío, de oír la enseñanza
que te hace errar de las razones de la sabiduría.

28 El testigo perverso se burla del juicio,
y la boca de los impíos devora la iniquidad.

29 Preparados están juicios para los escarnecedores,
y azotes para las espaldas de los necios.

Capítulo 20

1 El vino es escarnecedor, la sidra alborotadora;
y cualquiera que por ellos yerra no es sabio.

2 Como rugido de león es el terror del rey;
el que lo hace enfurecer peca contra su propia alma.

3 Honra es del hombre dejar la contienda,
mas todo insensato se envolverá en ella.

4 El perezoso no ara a causa del invierno;
pedirá, pues, en la siega, y no hallará nada.

5 Como aguas profundas es el consejo en el corazón del hombre;
mas el hombre entendido lo alcanzará.

6 Muchos hombres proclaman cada uno su propia bondad,
pero hombre de verdad, ¿quién lo hallará?

7 Camina en su integridad el justo;
bienaventurados son sus hijos después de él.

8 El rey que se sienta en el trono del juicio,
con su mirar disipa todo mal.

9 ¿Quién podrá decir: «Yo he limpiado mi corazón,
limpio estoy de mi pecado»?

10 Pesa falsa y medida falsa,
ambas cosas son abominación a Yahvé.

11 Aun el muchacho es conocido por sus hechos,
si su obra fuere limpia y recta.

12 El oído que oye, y el ojo que ve,
ambas cosas ha hecho Yahvé.

13 No ames el sueño, para que no te empobrezcas;
abre tus ojos, y te hartarás de pan.

14 El comprador dice: «Malo es, malo es»;
mas cuando se va, se jacta.

15 Hay oro y multitud de piedras preciosas;
mas los labios prudentes son joya preciosa.

16 Quítale su ropa al que salió por fiador del extraño;
y tómale prenda al que fía a la extraña.

17 Sabroso es al hombre el pan de mentira;
mas después su boca será llena de cascajo.

18 Los pensamientos con el consejo se ordenan;
y con dirección sabia se hace la guerra.

19 El que anda en chismes descubre el secreto;
no te entrometas, pues, con el que lisonjea con sus labios.

20 Al que maldice a su padre o a su madre,
se le apagará su lámpara en la oscuridad de las tinieblas.

21 Los bienes adquiridos de prisa al principio,
no serán al final bendecidos.

22 No digas: «Yo me vengaré»;
espera a Yahvé, y él te salvará.

23 Abominación son a Yahvé las pesas falsas,
y la balanza engañosa no es buena.

24 De Yahvé son los pasos del hombre;
¿cómo, pues, entenderá el hombre su camino?

25 Lazo es al hombre hacer apresuradamente voto de consagración,
y reflexionar después de haberlo hecho.

26 El rey sabio aventa a los impíos,
y sobre ellos hace rodar la rueda.

27 Lámpara de Yahvé es el espíritu del hombre,
la cual escudriña lo más profundo del corazón.

28 Misericordia y verdad guardan al rey,
y con clemencia se sustenta su trono.

29 La gloria de los jóvenes es su fuerza,
y la hermosura de los ancianos es su vejez.

30 Las señales de las heridas purifican del mal,
y las llagas alcanzan lo más secreto del vientre.

Capítulo 21

1 Como repartimientos de aguas es el corazón del rey en la mano de Yahvé;
a todo lo que quiere lo inclina.

2 Todo camino del hombre es recto en su propia opinión;
mas Yahvé pesa los corazones.

3 Hacer justicia y juicio es a Yahvé
más agradable que el sacrificio.

4 Altivez de ojos y orgullo de corazón,
que es la lámpara de los impíos, es pecado.

5 Los pensamientos del diligente ciertamente tienden a la abundancia;
mas todo el que se apresura, ciertamente va a la pobreza.

6 Allegar tesoros con lengua mentirosa
es aliento fugaz de aquellos que buscan la muerte.

7 La rapiña de los impíos los destruirá,
por cuanto no quisieron hacer juicio.

8 El camino del hombre perverso es torcido y extraño;
mas la obra del limpio es recta.

9 Mejor es vivir en un rincón del terrado
que con mujer rencillosa en casa espaciosa.

10 El alma del impío desea el mal;
su prójimo no halla favor a sus ojos.

11 Cuando el escarnecedor es castigado, el simple se hace sabio;
y cuando el sabio es instruido, adquiere ciencia.

12 Considera el Justo la casa del impío,
cómo los impíos son trastornados por el mal.

13 El que cierra su oído al clamor del pobre,
también él clamará, y no será oído.

14 La dádiva en secreto amansa la ira,
y el cohecho en el seno, la fuerte saña.

15 Alegría es al justo hacer juicio;
mas destrucción a los que obran iniquidad.

16 El hombre que se aparta del camino de la sabiduría
vendrá a parar en la asamblea de las sombras.

17 Hombre necesitado será el que ama el deleite,
y el que ama el vino y los ungüentos no enriquecerá.

18 Rescate por los justos es el impío,
y por los rectos, el prevaricador.

19 Mejor es morar en tierra desierta
que con mujer rencillosa e iracunda.

20 Tesoro precioso y aceite hay en la casa del sabio;
mas el hombre insensato todo lo disipa.

21 El que sigue la justicia y la misericordia
hallará la vida, la justicia y la honra.

22 Tomó el sabio la ciudad de los fuertes,
y derribó la fuerza en que ella confiaba.

23 El que guarda su boca y su lengua,
su alma guarda de angustias.

24 Escarnecedor es el nombre del soberbio y presuntuoso
que obra en la saña de su soberbia.

25 El deseo del perezoso le mata,
porque sus manos no quieren trabajar.

26 Hay quien todo el día codicia con ansia;
mas el justo da, y no escatima.

27 El sacrificio de los impíos es abominación;
¡cuánto más ofreciéndolo con maldad!

28 El testigo mentiroso perecerá;
mas el hombre que oye, hablará siempre.

29 El hombre impío endurece su rostro;
mas el recto ordena sus pasos.

30 No hay sabiduría, ni inteligencia,
ni consejo contra Yahvé.

31 El caballo se apareja para el día de la batalla;
mas de Yahvé es la victoria.

Capítulo 22

1 El buen nombre es más deseable que las grandes riquezas,
y el favor amoroso es mejor que la plata y el oro.

2 Los ricos y los pobres tienen esto en común:
Yahvé es el creador de todos ellos.

3 Un hombre prudente ve el peligro y se esconde;
pero los simples pasan, y sufren por ello.

4 El resultado de la humildad y el temor a Yahvé
es la riqueza, el honor y la vida.

5 Espinas y trampas hay en el camino de los malvados;
quien guarda su alma se aleja de ellos.

6 Educa al niño en el camino que debe seguir,
y cuando sea viejo no se apartará de él.

7 Los ricos dominan a los pobres.
El prestatario está al servicio del prestamista.

8 El que siembra maldad cosecha problemas,
y la vara de su furia será destruida.

9 El que tiene un ojo generoso será bendecido,
porque comparte su comida con los pobres.

10 Expulsa al burlón, y se acabará la contienda;
sí, se acabarán las peleas y los insultos.

11 El que ama la pureza de corazón y habla con gracia
es el amigo del rey.

12 Los ojos de Yahvé vigilan el conocimiento,
pero frustra las palabras de los infieles.

13 El perezoso dice: «¡Hay un león afuera!
Me matarán en las calles».

14 La boca de una adúltera es un pozo profundo.
El que está bajo la ira de Yahvé caerá en ella.

15 La locura está ligada al corazón de un niño;
la vara de la disciplina lo aleja de él.

16 El que oprime al pobre para su propio aumento y el que da al rico,
ambos llegan a la pobreza.

17 Vuelve tu oído y escucha las palabras de los sabios.
Aplica tu corazón a mis enseñanzas.

18 Porque es una cosa agradable si las guardas dentro de ti,
si todos ellos están listos en sus labios.

19 Hoy te enseño, incluso a ti,
para que tu confianza esté en Yahvé.

20 ¿No te he escrito treinta cosas excelentes
de consejo y conocimiento,

21 Para enseñarte la verdad, palabras fiables,
para dar respuestas sólidas a los que te enviaron?

22 No exploten al pobre porque es pobre;
y no aplastar a los necesitados en los tribunales;

23 porque Yahvé defenderá su caso,
y saquean la vida de los que los saquean.

24 No te hagas amigo de un hombre de mal genio.
No te asocies con quien alberga ira,

25 para que no aprendas sus caminos
y atrapar tu alma.

26 No seas de los que golpean las manos,
de los que son garantía de las deudas.

27 Si no tienes medios para pagar,
¿por qué debería quitarte la cama de debajo de ti?

28 No muevas el antiguo mojón
que sus padres han establecido.

29 ¿Has visto hombre diligente en su obra?
Estará delante de los reyes y no de la gentuza.

Capítulo 23

1 Cuando te sientes a comer con un señor,
considera bien lo que está delante de ti;

2 y pon cuchillo a tu garganta,
si eres hombre dado a la gula.

3 No codicies sus manjares delicados,
porque es pan engañoso.

4 No te afanes por hacerte rico;
sé prudente y desiste de tu propio intento.

5 ¿Has de poner tus ojos en lo que no es nada?
Porque ciertamente le saldrán alas como de águila, y volará al cielo.

6 No comas pan con el de mal ojo,
ni codicies sus manjares;

7 porque cual es su pensamiento en su alma, tal es él.
«Come y bebe», te dirá; pero su corazón no está contigo.

8 Vomitarás el bocado que comiste,
y perderás tus suaves palabras.

9 No hables a oídos del necio,
porque despreciará la prudencia de tus razones.

10 No traspases el mojón antiguo,
ni entres en la heredad de los huérfanos;

11 porque el Defensor de ellos es el Fuerte,
el cual juzgará la causa de ellos contra ti.

12 Aplica tu corazón a la enseñanza,
y tus oídos a las palabras de sabiduría.

13 No rehúses corregir al muchacho;
porque si lo castigas con la vara, no morirá.

14 Castígale con la vara,
y librarás su alma del Seol.

15 Hijo mío, si tu corazón fuere sabio,
también a mí se me alegrará el corazón;

16 mis entrañas también se alegrarán
cuando tus labios hablaren cosas rectas.

17 No tenga tu corazón envidia de los pecadores,
antes persevera en el temor de Yahvé todo el tiempo;

18 porque ciertamente hay un porvenir,
y tu esperanza no será cortada.

19 Oye, hijo mío, y sé sabio,
y endereza tu corazón al camino.

20 No estés con los bebedores de vino,
ni con los comedores de carne;

21 porque el bebedor y el comilón empobrecerán,
y el mucho dormir hará vestir vestidos rotos.

22 Oye a tu padre, que te engendró;
y cuando tu madre envejeciere, no la menosprecies.

23 Compra la verdad, y no la vendas;
la sabiduría, la enseñanza y la inteligencia.

24 Mucho se alegrará el padre del justo,
y el que engendró al sabio se gozará con él.

25 Alégrense tu padre y tu madre,
y gócese la que te dio a luz.

26 Dame, hijo mío, tu corazón,
y miren tus ojos por mis caminos.

27 Porque sima profunda es la ramera,
y pozo angosto la mujer ajena.

28 También ella, como robador, acecha,
y multiplica entre los hombres los prevaricadores.

29 ¿Para quién será el ay? ¿Para quién el dolor?
¿Para quién las pendencias? ¿Para quién las quejas?

30 Para los que se detienen mucho en el vino,
para los que van buscando la mixtura.

31 No mires al vino cuando rojea,
cuando resplandece su color en la copa;

32 mas al fin como serpiente morderá,
y como áspid dará dolor.

33 Tus ojos mirarán cosas extrañas,
y tu corazón hablará perversidades.

34 Serás como el que yace en medio del mar,
o como el que está en la punta de un mastelero.

35 Y dirás: «Me hirieron, mas no me dolió;
me azotaron, mas no lo sentí; cuando despertare, aún lo volveré a buscar».

Capítulo 24

1 No tengas envidia de los hombres malvados,
ni desees estar con ellos;

2 porque sus corazones traman la violencia
y sus labios hablan de iniquidad.

3 Con sabiduría se edifica una casa,
y con prudencia se establece;

4 con conocimiento se llenan las cámaras
de todo tesoro preciado y hermoso.

5 El hombre sabio es fuerte,
y el hombre de conocimiento aumenta su poder;

6 pues con sabios consejos harás la guerra,
y en la multitud de consejeros está la victoria.

7 Muy alta está la sabiduría para el fatuo;
en la puerta no abrirá él su boca.

8 Al que maquina hacer el mal,
le llamarán intrigante.

9 El pensamiento del necio es pecado,
y el escarnecedor es abominación a los hombres.

10 Si flaqueas en el día de la angustia,
tu fuerza es pequeña.

11 ¡Libra a los que son llevados a la muerte!
¡Salva a los que van tambaleándose al degolladero!

12 Si dijeres: «He aquí que no lo sabíamos»,
¿acaso no lo considerará el que pesa los corazones?
El que guarda tu alma, ¿no lo sabrá?
¿Y no ha de pagar a cada uno según sus obras?

13 Come, hijo mío, de la miel, porque es buena,
y de lo que destila el panal, que es dulce a tu paladar;

14 así será para tu alma el conocimiento de la sabiduría.
Si la hallares, habrá recompensa,
y tu esperanza no será frustrada.

15 No aceches, oh impío, la morada del justo,
ni destruyas su lugar de descanso;

16 porque siete veces cae el justo, y se levanta;
mas los impíos caerán en la calamidad.

17 No te alegres cuando caiga tu enemigo,
ni se goce tu corazón cuando él tropiece;

18 no sea que Yahvé lo mire y le desagrade,
y aparte de él su enojo.

19 No te impacientes a causa de los malignos,
ni tengas envidia de los impíos;

20 porque para el malo no habrá buen fin,
y la lámpara de los impíos se apagará.

21 Teme a Yahvé, hijo mío, y al rey;
no te juntes con los veleidosos;

22 porque su quebrantamiento vendrá de repente;
y el desastre de ambos, ¿quién lo sabe?

23 También estos son dichos de los sabios:
Hacer acepción de personas en el juicio no es bueno.

24 Al que dijere al impío: «Eres justo»,
los pueblos lo maldecirán, y lo detestarán las naciones;

25 mas los que lo reprendieren tendrán felicidad,
y sobre ellos vendrá gran bendición.

26 Besados serán los labios
del que responde palabras rectas.

27 Prepara tus labores fuera,
y disponlas en tus campos;
edifica después tu casa.

28 No seas testigo sin causa contra tu prójimo,
ni lisonjees con tus labios.

29 No digas: «Le haré como él me hizo a mí;
pagaré a cada uno según su obra».

30 Pasé junto al campo del perezoso,
y junto a la viña del hombre falto de cordura;

31 y he aquí que por toda ella habían crecido los espinos,
ortigas habían cubierto su faz,
y su cerca de piedra estaba derribada.

32 Miré, y lo medité en mi corazón;
lo vi, y aprendí la lección:

33 Un poco de sueño, un poco de dormitar,
un poco de cruzar las manos para reposar;

34 así vendrá tu pobreza como un caminante,
y tu necesidad como un hombre armado.

Capítulo 25

1 Estos también son proverbios de Salomón, los cuales transcribieron los varones de Ezequías, rey de Judá.

2 Gloria de Dios es ocultar un asunto,
mas la gloria de los reyes es escudriñar la palabra.

3 Como los cielos en su altura y la tierra en su profundidad,
así el corazón de los reyes es inescrutable.

4 Quita las escorias de la plata,
y saldrá un vaso para el fundidor.

5 Aparta al impío de la presencia del rey,
y su trono se afirmará en justicia.

6 No te alabes delante del rey,
ni te pongas en el lugar de los grandes;

7 porque mejor es que se te diga: «Sube acá»,
que no que seas humillado delante del príncipe
a quien tus ojos han visto.

8 No salgas apresuradamente a pleitear,
no sea que no sepas qué hacer al fin, después que tu prójimo te haya avergonzado.

9 Trata tu causa con tu compañero,
y no descubras el secreto a otro;

10 no sea que te deshonre el que lo oyere,
y tu infamia no pueda repararse.

11 Manzana de oro con figuras de plata
es la palabra dicha como conviene.

12 Como zarcillo de oro y joyel de oro fino
es el que reprende al sabio que tiene oído dócil.

13 Como frío de nieve en tiempo de la siega,
así es el mensajero fiel a los que lo envían,
pues refrigera el alma de sus señores.

14 Como nubes y vientos sin lluvia,
así es el hombre que se jacta de falsa liberalidad.

15 Con la larga paciencia se aplaca el príncipe,
y la lengua blanda quebranta los huesos.

16 ¿Hallaste miel?
Come lo que te baste,
no sea que hastiado de ella la vomites.

17 Detén tu pie de la casa de tu vecino,
no sea que harto de ti te aborrezca.

18 Martillo, cuchillo y saeta aguda
es el hombre que habla falso testimonio contra su prójimo.

19 Como diente roto y pie descoyuntado
es la confianza en el prevaricador en tiempo de angustia.

20 Como el que se quita la ropa en tiempo de frío,
o como el vinagre sobre el nitro,
así es el que canta canciones al corazón afligido.

21 Si el que te aborrece tuviere hambre, dale de comer pan,
y si tuviere sed, dale de beber agua;

22 porque ascuas amontonas sobre su cabeza,
y Yahvé te lo pagará.

23 El viento del norte ahuyenta la lluvia,
y el rostro airado la lengua detractora.

24 Mejor es estar en un rincón del terrado,
que con mujer rencillosa en casa espaciosa.

25 Como el agua fría al alma sedienta,
así son las buenas nuevas de lejanas tierras.

26 Como fuente turbia y manantial corrompido,
es el justo que cae delante del impío.

27 Comer mucha miel no es bueno,
ni el buscar la propia gloria es gloria.

28 Como ciudad derribada y sin muro
es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda.

Capítulo 26

1 Como la nieve en el verano, y la lluvia en la siega,
así no conviene al necio la honra.

2 Como el gorrión en su vagar, y como la golondrina en su vuelo,
así la maldición sin causa nunca alcanzará.

3 El látigo para el caballo, el cabestro para el asno,
y la vara para la espalda del necio.

4 Nunca respondas al necio según su fatuidad,
para que no seáis tú también como él.

5 Responde al necio como merece su necedad,
para que no se estime sabio en su propia opinión.

6 Como el que se corta los pies y bebe su propio daño,
así es el que envía recado por mano de un necio.

7 Las piernas del cojo cuelgan inútiles;
así es el proverbio en la boca de los necios.

8 Como quien ata la piedra en la honda,
así es el que da honra al necio.

9 Como espina que se hinca en la mano del borracho,
tal es el proverbio en la boca de los necios.

10 Como arquero que a todos hiere,
así es el que alquila al necio o al que pasa.

11 Como perro que vuelve a su vómito,
así es el necio que repite su necedad.

12 ¿Has visto hombre sabio en su propia opinión?
Más esperanza hay del necio que de él.

13 Dice el perezoso: «El león está en el camino;
el león está en las calles».

14 Como la puerta gira sobre sus quicios,
así el perezoso se vuelve en su cama.

15 El perezoso esconde su mano en el plato;
se cansa de llevársela a la boca.

16 El perezoso es más sabio en su propia opinión
que siete hombres que saben responder con discreción.

17 El que pasando se mete en pleito ajeno
es como el que toma a un perro por las orejas.

18 Como el que enloquece y arroja llamas,
saetas y muerte,

19 tal es el hombre que engaña a su prójimo y dice: «¿No era por broma?».

20 Sin leña se apaga el fuego,
y donde no hay chismoso, cesa la contienda.

21 El carbón para las brasas, y la leña para el fuego;
y el hombre rencilloso para encender la contienda.

22 Las palabras del chismoso son como suaves golosinas,
y penetran hasta lo más profundo del vientre.

23 Como tiesto cubierto con escoria de plata
son los labios ardientes y el corazón malvado.

24 El que aborrece disimula con sus labios,
mas en su interior maquina engaño.

25 Cuando hablare amigablemente, no le creas,
porque siete abominaciones hay en su corazón.

26 Aunque su odio se cubra con engaño,
su maldad será descubierta en la congregación.

27 El que cava fosa caerá en ella;
y al que revuelve la piedra, sobre él volverá.

28 La lengua mentirosa aborrece a los que ella misma hirió,
y la boca lisonjera hace resbalar.

Capítulo 27

1 No te jactes del día de mañana;
porque no sabes qué dará de sí el día.

2 Alábete el extraño, y no tu propia boca;
el ajeno, y no tus propios labios.

3 Pesada es la piedra, y la arena pesa;
mas la ira del necio es más pesada que ambas.

4 Cruel es el furor, e impetuosa la ira;
mas ¿quién podrá sostenerse delante de la envidia?

5 Mejor es reprensión manifiesta
que amor oculto.

6 Fieles son las heridas del que ama;
pero importunos los besos del que aborrece.

7 El alma saciada desprecia el panal de miel;
mas al alma hambrienta todo lo amargo es dulce.

8 Cual ave que se va de su nido,
tal es el hombre que se va de su lugar.

9 El ungüento y el perfume alegran el corazón,
y el cordial consejo del amigo al hombre.

10 No dejes a tu amigo, ni al amigo de tu padre;
ni vayas a la casa de tu hermano en el día de tu aflicción.
Mejor es el vecino cerca que el hermano lejos.

11 Sé sabio, hijo mío, y alegra mi corazón,
y tendré qué responder al que me agravie.

12 El avisado ve el mal y se esconde;
mas los simples pasan y sufren el daño.

13 Quítale su ropa al que salió por fiador del extraño;
y al que fía a la mujer ajena, tómale prenda.

14 El que bendice a su amigo en alta voz, madrugando de mañana,
por maldición se le contará.

15 Gotera continua en tiempo de lluvia
y la mujer rencillosa son semejantes;

16 pretender contenerla es como detener el viento,
o sujetar el aceite en la mano derecha.

17 Hierro con hierro se aguza;
y así el hombre aguza el rostro de su amigo.

18 Quien cuida de la higuera comerá su fruto,
y el que mira por los intereses de su señor tendrá honra.

19 Como en el agua el rostro corresponde al rostro,
así el corazón del hombre al del hombre.

20 El Seol y el Abadón nunca se sacian;
así los ojos del hombre nunca están satisfechos.

21 El crisol prueba la plata, y la hornaza el oro,
y al hombre la boca del que lo alaba.

22 Aunque majes al necio en un mortero entre granos de trigo con el pisón,
no se quitará de él su necedad.

23 Considera atentamente el estado de tus ovejas,
y pon tu corazón a tus rebaños;

24 porque las riquezas no duran para siempre;
¿y será la corona para generaciones perpetuas?

25 Saldrá la grama, aparecerá la hierba,
y se segarán las hierbas de los montes.

26 Los corderos son para tus vestidos,
y los cabritos para el precio del campo;

27 y abundancia de leche de las cabras para tu mantenimiento,
para mantenimiento de tu casa,
y para el sustento de tus criadas.

Capítulo 28

1 Huye el impío sin que nadie lo persiga;
mas el justo está confiado como un león.

2 Por la rebelión de la tierra sus príncipes son muchos;
mas por el hombre prudente y sabio permanece el orden.

3 El hombre pobre que oprime a los necesitados
es como lluvia torrencial que deja sin pan.

4 Los que dejan la ley alaban a los impíos;
mas los que la guardan contenderán con ellos.

5 Los hombres malos no entienden el juicio;
mas los que buscan a Yahvé entienden todas las cosas.

6 Mejor es el pobre que camina en su integridad
que el de caminos perversos, aunque sea rico.

7 El que guarda la ley es hijo prudente;
mas el que es compañero de glotones avergüenza a su padre.

8 El que aumenta sus riquezas con usura y crecido interés,
para aquel que tiene misericordia de los pobres las amontona.

9 El que aparta su oído para no oír la ley,
aun su oración es abominable.

10 El que hace errar a los rectos por el mal camino,
él caerá en su propia fosa;
mas los perfectos heredarán el bien.

11 El hombre rico es sabio en su propia opinión;
mas el pobre entendido lo escudriña.

12 Cuando los justos se alegran, grande es la gloria;
mas cuando los impíos se levantan, los hombres se esconden.

13 El que encubre sus pecados no prosperará;
mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia.

14 Bienaventurado el hombre que siempre teme;
mas el que endurece su corazón caerá en el mal.

15 León rugiente y oso hambriento
es el príncipe impío sobre el pueblo pobre.

16 El príncipe falto de entendimiento multiplicará la extorsión;
mas el que aborrece la avaricia prolongará sus días.

17 El hombre que carga con la culpa de sangre humana huirá hasta la sepultura;
que nadie lo detenga.

18 El que en integridad camina será salvo;
mas el de perversos caminos caerá en uno de ellos.

19 El que labra su tierra se saciará de pan;
mas el que sigue a los ociosos se hartará de pobreza.

20 El hombre de verdad tendrá muchas bendiciones;
mas el que se apresura a enriquecerse no será sin culpa.

21 Hacer acepción de personas no es bueno;
hasta por un bocado de pan prevaricará el hombre.

22 Se apresura a ser rico el hombre de mal ojo,
y no sabe que le ha de venir la pobreza.

23 El que reprende al hombre, hallará después mayor gracia
que el que lisonjea con la lengua.

24 El que roba a su padre o a su madre y dice que no es maldad,
compañero es del hombre destruidor.

25 El altivo de ánimo suscita contiendas;
mas el que confía en Yahvé prosperará.

26 El que confía en su propio corazón es necio;
mas el que camina en sabiduría será librado.

27 El que da al pobre no tendrá pobreza;
mas el que aparta de él sus ojos tendrá muchas maldiciones.

28 Cuando los impíos se levantan, se esconde el hombre;
mas cuando perecen, los justos se multiplican.

Capítulo 29

1 El hombre que reprendido endurece la cerviz,
de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina.

2 Cuando los justos dominan, el pueblo se alegra;
mas cuando gobierna el impío, el pueblo gime.

3 El hombre que ama la sabiduría alegra a su padre;
mas el que mantiene rameras desperdiciará la hacienda.

4 El rey con el juicio afirma la tierra;
mas el que ama los sobornos la destruye.

5 El hombre que lisonjea a su prójimo,
red tiende delante de sus pasos.

6 En la transgresión del hombre malo hay lazo;
mas el justo cantará y se alegrará.

7 Conoce el justo la causa de los pobres;
mas el impío no entiende de tal sabiduría.

8 Los hombres escarnecedores ponen la ciudad en llamas;
mas los sabios apartan la ira.

9 Si el hombre sabio contiende con el necio,
que se enoje o que se ría, no tendrá reposo.

10 Los hombres sanguinarios aborrecen al íntegro,
mas los rectos buscan su bien.

11 El necio da rienda suelta a todo su espíritu,
mas el sabio al fin lo sosiega.

12 Si un gobernante atiende a la palabra mentirosa,
todos sus servidores serán impíos.

13 El pobre y el usurero se encuentran;
Yahvé alumbra los ojos de ambos.

14 El rey que juzga con verdad a los pobres,
su trono será firme para siempre.

15 La vara y la corrección dan sabiduría;
mas el muchacho consentido avergonzará a su madre.

16 Cuando los impíos se multiplican, se multiplica el pecado;
mas los justos verán la ruina de ellos.

17 Corrige a tu hijo, y te dará descanso,
y dará alegría a tu alma.

18 Sin profecía el pueblo se desenfrena;
mas el que guarda la ley es bienaventurado.

19 El siervo no se corrige con palabras;
porque entiende, mas no hace caso.

20 ¿Has visto hombre ligero en sus palabras?
Más esperanza hay del necio que de él.

21 El que mima a su siervo desde la niñez,
a la postre este será su heredero.

22 El hombre iracundo levanta contiendas,
y el furioso muchas veces peca.

23 La soberbia del hombre le abate;
pero al humilde de espíritu sustenta la honra.

24 El cómplice del ladrón aborrece su propia alma;
oye la imprecación, mas no dice nada.

25 El temor del hombre pondrá lazo;
mas el que confía en Yahvé será exaltado.

26 Muchos buscan el favor del príncipe;
mas de Yahvé viene el juicio de cada uno.

27 Abominación es a los justos el hombre inicuo;
y abominación es al impío el de rectos caminos.

Capítulo 30

1 Palabras de Agur, hijo de Jaqué; la profecía.
Dice el varón a Itiel,
a Itiel y a Ucal:

2 "Ciertamente soy el más ignorante de los hombres,
y no tengo entendimiento de hombre.

3 No aprendí sabiduría,
ni tengo el conocimiento del Santísimo.

4 ¿Quién subió al cielo y descendió?
¿Quién encerró los vientos en sus puños?
¿Quién ató las aguas en un paño?
¿Quién afirmó todos los términos de la tierra?
¿Cuál es su nombre, y el nombre de su hijo, si lo sabes?

5 Toda palabra de Dios es acendrada;
él es escudo a los que en él esperan.

6 No añadas a sus palabras,
para que no te reprenda, y seas hallado mentiroso.

7 Dos cosas te he demandado;
no me las niegues antes que muera:

8 Vanidad y palabra mentirosa aparta de mí;
no me des pobreza ni riquezas;
mantenme del pan necesario;

9 no sea que me sacie, y te niegue, y diga: «¿Quién es Yahvé?»;
o que, siendo pobre, hurte,
y blasfeme el nombre de mi Dios.

10 No acuses al siervo ante su señor,
no sea que te maldiga, y lleves el castigo.

11 Hay generación que maldice a su padre,
y a su madre no bendice.

12 Hay generación limpia en su propia opinión,
si bien no se ha limpiado de su inmundicia.

13 Hay generación cuyos ojos son altivos,
y cuyos párpados están levantados en alto.

14 Hay generación cuyos dientes son espadas, y sus muelas cuchillos,
para devorar a los pobres de la tierra, y a los menesterosos de entre los hombres.

15 La sanguijuela tiene dos hijas que dicen:
«¡Dame, dame!».
Tres cosas hay que nunca se sacian;
aun la cuarta nunca dice: «¡Basta!»:

16 El Seol,
la matriz estéril,
la tierra que no se sacia de aguas,
y el fuego que jamás dice: «¡Basta!».

17 El ojo que escarnece a su padre,
y menosprecia la enseñanza de su madre,
los cuervos de la cañada lo saquen,
y lo devoren los hijos del águila.

18 Tres cosas me son ocultas;
aun la cuarta no la conozco:

19 El rastro del águila en el aire;
el rastro de la culebra sobre la peña;
el rastro de la nave en medio del mar;
y el rastro del hombre en la doncella.

20 El proceder de la mujer adúltera es así:
Come, y limpia su boca,
y dice: «No ha hecho maldad».

21 Por tres cosas se alborota la tierra,
y la cuarta no puede sufrir:

22 Por el siervo cuando reina;
por el necio cuando se harta de pan;

23 por la mujer aborrecida cuando se casa;
y por la sierva cuando hereda a su señora.

24 Cuatro cosas son de las más pequeñas de la tierra,
y las mismas son más sabias que los sabios:

25 Las hormigas, pueblo no fuerte,
y en el verano preparan su comida;

26 los damanes, pueblo nada esforzado,
y ponen su casa en la piedra;

27 las langostas, que no tienen rey,
y salen todas por cuadrillas;

28 la araña que atrapas con las manos,
y está en palacios de reyes.

29 Tres cosas hay de hermoso andar,
y la cuarta pasea muy bien:

30 El león, fuerte entre todos los animales,
que no vuelve atrás por nadie;

31 el gallo ceñido de lomos; asimismo el macho cabrío;
y el rey, contra quien nadie se levanta.

32 Si neciamente te has enaltecido,
o si has pensado mal,
pon el dedo sobre tu boca.

33 Ciertamente el que bate la leche sacará manteca,
y el que recio se suena las narices sacará sangre;
y el que provoca la ira causará contienda.

Capítulo 31

1 Palabras del rey Lemuel; la profecía con que le enseñó su madre:

2 «¿Qué, hijo mío?
¿Y qué, hijo de mi vientre?
¿Y qué, hijo de mis votos?

3 No des tu fuerza a las mujeres,
ni tus caminos a lo que destruye a los reyes.

4 No es de los reyes, oh Lemuel,
no es de los reyes beber vino,
ni de los príncipes la bebida fuerte;

5 no sea que bebiendo olviden la ley,
y perviertan el derecho de todos los afligidos.

6 Dad la bebida fuerte al que va a perecer,
y el vino a los de amargo ánimo.

7 Beban, y olvídense de su necesidad,
y de su miseria no se acuerden más.

8 Abre tu boca por el mudo
en el juicio de todos los desvalidos.

9 Abre tu boca, juzga con justicia,
y defiende la causa del pobre y del menesteroso».

10 Mujer virtuosa, ¿quién la hallará?
Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas.

11 El corazón de su marido está en ella confiado,
y no carecerá de ganancias.

12 Le da ella bien y no mal
todos los días de su vida.

13 Busca lana y lino,
y con voluntad trabaja con sus manos.

14 Es como nave de mercader;
trae su pan de lejos.

15 Se levanta aun de noche
y da comida a su familia
y ración a sus criadas.

16 Considera la heredad y la compra,
y planta viña del fruto de sus manos.

17 Ciñe de fuerza sus lomos,
y esfuerza sus brazos.

18 Ve que va bien su negocio;
su lámpara no se apaga de noche.

19 Aplica su mano a la rueca,
y sus manos manejan el huso.

20 Alarga su mano al pobre,
y extiende sus manos al menesteroso.

21 No tiene temor de la nieve por su familia,
porque toda su familia está vestida de ropas dobles.

22 Ella se hace tapices;
de lino fino y púrpura es su vestido.

23 Su marido es conocido en las puertas,
cuando se sienta con los ancianos de la tierra.

24 Hace telas de lino y las vende,
y da cintas al mercader.

25 Fuerza y honor son su vestidura;
y se ríe de lo por venir.

26 Abre su boca con sabiduría,
y la ley de clemencia está en su lengua.

27 Considera la marcha de su casa,
y no come el pan de balde.

28 Se levantan sus hijos y la llaman bienaventurada;
y su marido también la alaba:

29 «Muchas mujeres hicieron el bien;
mas tú sobrepasas a todas».

30 Engañosa es la gracia, y vana la hermosura;
la mujer que teme a Yahvé, esa será alabada.

31 Dadle del fruto de sus manos,
y alábenla en las puertas sus hechos.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

ECLESIASTÉS

Capítulo 1

1 Palabras del Predicador, hijo de David, rey en Jerusalén:

2 «Vanidad de vanidades», dice el Predicador; «Vanidad de vanidades, todo es vanidad».

3 ¿Qué provecho saca el hombre de todo el trabajo con que se afana bajo el sol?

4 Una generación va, y otra viene; pero la tierra permanece para siempre.

5 Sale el sol, y se pone el sol, y se apresura a volver al lugar de donde nace.

6 El viento sopla hacia el sur, y gira hacia el norte; va girando continuamente, y a sus giros vuelve el viento de nuevo.

7 Todos los ríos van al mar, y el mar no se llena; al lugar de donde los ríos vinieron, allí vuelven para correr de nuevo.

8 Todas las cosas son fatigosas, más de lo que el hombre puede expresar; nunca se sacia el ojo de ver, ni el oído se harta de oír.

9 Lo que fue, eso mismo será; lo que se ha hecho, eso mismo se hará; y no hay nada nuevo bajo el sol.

10 ¿Acaso hay algo de lo que se pueda decir: «Mirad, esto es nuevo»? Ya existió en los siglos que nos precedieron.

11 No queda memoria de lo que precedió, ni de lo que ha de venir quedará memoria entre los que vendrán después.

12 Yo, el Predicador, fui rey sobre Israel en Jerusalén.

13 Y me propuse en mi corazón buscar y escudriñar con sabiduría todo lo que se hace debajo del cielo; este penoso afán ha dado Dios a los hijos de los hombres para que se ocupen en él.

14 He visto todas las obras que se hacen debajo del sol; y ved que todo es vanidad y correr tras el viento.

15 Lo torcido no se puede enderezar, y lo que falta no puede contarse.

16 Hablé yo en mi corazón, diciendo: «He aquí que yo me he engrandecido, y he crecido en sabiduría sobre todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; y mi corazón ha percibido mucha sabiduría y conocimiento».

17 Y dediqué mi corazón a conocer la sabiduría, y también a conocer la locura y el desvarío; y comprendí que aun esto era correr tras el viento.

18 Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor.

Capítulo 2

1 Dije yo en mi corazón: «Ven ahora, te probaré con la alegría; goza de lo bueno»; y he aquí que también esto era vanidad.

2 De la risa dije: «Es una locura», y del placer: «¿De qué sirve esto?»

3 Decidí en mi corazón agasajar mi carne con el vino, manteniendo mi corazón el sentido de la sabiduría, y entregarme a la necedad, hasta ver qué era lo mejor para los hijos de los hombres que hiciesen bajo el cielo todos los días de su vida.

4 Emprendí grandes obras: me edifiqué casas, me planté viñedos;

5 me hice huertos y jardines, y planté en ellos toda suerte de árboles frutales.

6 Me construí estanques de aguas para regar con ellos el bosque donde crecían los árboles.

7 Compré criados y criadas, y tuve criados nacidos en casa; poseí también muchos rebaños de vacas y de ovejas, más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén.

8 Amontoné también plata y oro, y tesoros propios de reyes y de provincias; me agencié cantores y cantoras, y las delicias de los hijos de los hombres: toda clase de instrumentos musicales.

9 Así me engrandecí y medré más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; y además de esto, mi sabiduría permaneció conmigo.

10 No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno, porque mi corazón gozó de todo mi arduo trabajo; y esta fue la parte que saqué de toda mi faena.

11 Miré yo luego todas las obras que mis manos habían hecho, y el trabajo que me tomó hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y correr tras el viento, y sin provecho alguno bajo el sol.

12 Volví entonces mis ojos a considerar la sabiduría, la locura y la necedad; porque ¿qué podrá hacer el hombre que suceda al rey? Nada sino lo que ya ha sido hecho.

13 Y vi que la sabiduría aventaja a la necedad, como la luz aventaja a las tinieblas.

14 El sabio tiene sus ojos en su rostro, mas el necio camina en tinieblas; pero también comprendí que un mismo suceso les ocurre a todos ellos.

15 Entonces dije en mi corazón: «Como le sucede al necio, me sucederá también a mí; ¿para qué, pues, me he hecho yo más sabio?». Y dije en mi corazón que también esto era vanidad.

16 Porque no hay memoria duradera ni del sabio ni del necio; en los días venideros todo será ya olvidado, y morirá el sabio lo mismo que el necio.

17 Aborrecí, por tanto, la vida, porque la obra que se hace bajo el sol me era fastidiosa; pues todo es vanidad y correr tras el viento.

18 Asimismo aborrecí todo el trabajo por el que me había afanado bajo el sol, el cual tendré que dejar a otro que vendrá después de mí.

19 ¿Y quién sabe si será sabio o necio? No obstante, se hará dueño de todo mi trabajo en que yo me afané y en el que ocupé mi sabiduría bajo el sol. Esto también es vanidad.

20 Volví, por tanto, a desesperanzar mi corazón acerca de todo el trabajo en que me había afanado bajo el sol.

21 ¡Que un hombre trabaje con sabiduría, con ciencia y con rectitud, y que tenga que dejar su hacienda a otro que nunca trabajó en ella! Esto también es vanidad y un mal muy grande.

22 Porque ¿qué saca el hombre de todo su trabajo, y de la fatiga de su corazón con que se afana debajo del sol?

23 Porque todos sus días no son sino dolores, y sus ocupaciones molestias; aun de noche su corazón no reposa. Esto también es vanidad.

24 No hay, pues, nada mejor para el hombre que comer y beber, y que su alma se alegre en su trabajo. También he visto que esto procede de la mano de Dios.

25 Porque ¿quién comerá, o quién se cuidará, mejor que yo?

26 Porque al hombre que le agrada, Dios le da sabiduría, ciencia y gozo; mas al pecador da el trabajo de recoger y amontonar, para dejarlo al que agrada a Dios. También esto es vanidad y correr tras el viento.

Capítulo 3

1 Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora:

2 tiempo de nacer,
y tiempo de morir;
tiempo de plantar,
y tiempo de arrancar lo plantado;

3 tiempo de matar,
y tiempo de curar;
tiempo de destruir,
y tiempo de edificar;

4 tiempo de llorar,
y tiempo de reír;
tiempo de endechar,
y tiempo de bailar;

5 tiempo de esparcir piedras,
y tiempo de juntar piedras;
tiempo de abrazar,
y tiempo de abstenerse de abrazar;

6 tiempo de buscar,
y tiempo de perder;
tiempo de guardar,
y tiempo de desechar;

7 tiempo de rasgar,
y tiempo de coser;
tiempo de callar,
y tiempo de hablar;

8 tiempo de amar,
y tiempo de aborrecer;
tiempo de guerra,
y tiempo de paz.

9 ¿Qué provecho saca el que trabaja de aquello en que se afana?

10 Yo he visto el penoso afán que Dios ha dado a los hijos de los hombres para que se ocupen en él.

11 Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y aun ha puesto la eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin.

12 Yo he conocido que no hay para ellos cosa mejor que alegrarse y hacer bien en su vida;

13 y también que es don de Dios que todo hombre coma y beba, y goce del bien de toda su labor.

14 He entendido que todo lo que Dios hace será perpetuo; sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá; y lo hace Dios para que delante de él teman los hombres.

15 Aquello que fue, ya es; y lo que ha de ser, fue ya; y Dios restaura lo pasado.

16 Vi más debajo del sol: en lugar del juicio, allí la impiedad; y en lugar de la justicia, allí la iniquidad.

17 Y dije yo en mi corazón: «Al justo y al impío juzgará Dios; porque allí hay un tiempo para todo lo que se quiere y para toda obra».

18 Dije en mi corazón, en orden a la condición de los hijos de los hombres, que Dios los prueba para que vean que ellos mismos son como bestias.

19 Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren las otras, y una misma respiración tienen todos; ni tiene ventaja el hombre sobre la bestia; porque todo es vanidad.

20 Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo.

21 ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y si el espíritu de la bestia desciende abajo a la tierra?

22 Así, pues, he visto que no hay cosa mejor para el hombre que alegrarse en sus obras, porque esa es su parte; porque ¿quién lo llevará para que vea lo que ha de ser después de él?

Capítulo 4

1 Entonces me volví y vi todas las opresiones que se cometen debajo del sol; y he aquí las lágrimas de los oprimidos, y no había quien los consolara; el poder estaba en mano de sus opresores, y para ellos no había consolador.

2 Por lo cual alabé yo a los finados que ya murieron, más que a los vivos que todavía viven.

3 Y tuve por mejor que unos y otros al que no ha sido aún, que no ha visto las malas obras que se hacen debajo del sol.

4 He visto asimismo que todo trabajo y toda excelencia de obras despierta la envidia del hombre contra su prójimo. También esto es vanidad y correr tras el viento.

5 El necio cruza sus manos y consume su propia carne.

6 Más vale un puñado con descanso, que ambos puños llenos con trabajo y correr tras el viento.

7 Yo me volví otra vez y vi vanidad debajo del sol.

8 Está un hombre solo y sin sucesor, que no tiene hijo ni hermano; y nunca cesa de trabajar, ni sus ojos se sacian de sus riquezas, ni se pregunta: «¿Para quién trabajo yo y privo a mi alma del bienestar?». También esto es vanidad y tarea penosa.

9 Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga por su trabajo.

10 Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante.

11 También si dos durmieren juntos, se calentarán mutuamente; mas ¿cómo se calentará uno solo?

12 Y si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto.

13 Mejor es el joven pobre y sabio, que el rey viejo y necio que no admite ya consejos.

14 Porque de la cárcel salió para reinar, aunque en su reino nació pobre.

15 Vi a todos los vivientes debajo del sol caminando con el joven sucesor, que se levantó en lugar del otro.

16 No tenía fin la muchedumbre del pueblo que le seguía; sin embargo, los que vendrán después no estarán contentos con él. Y esto es también vanidad y correr tras el viento.

Capítulo 5

1 Guarda tu pie cuando fueres a la casa de Dios; porque acercarse para oír es mejor que ofrecer el sacrificio de los necios, los cuales no saben que hacen mal.

2 No te dejes llevar de tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra alguna delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras.

3 Porque de las muchas ocupaciones vienen los sueños, y de la multitud de las palabras la voz del necio.

4 Cuando a Dios hicieres promesa, no tardes en cumplirla; porque él no se complace en los insensatos. Cumple lo que prometes.

5 Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas.

6 No dejes que tu boca te haga pecar, ni digas ante el mensajero que fue por error. ¿Por qué hacer que Dios se enoje a causa de tu voz, y que destruya la obra de tus manos?

7 Donde abundan los sueños, abundan también las vanidades y las muchas palabras; mas tú, teme a Dios.

8 Si viereis en la provincia opresión de pobres y perversión de derecho y de justicia,
no os maravilléis de ello; porque sobre el alto vigila otro más alto, y uno más alto
está sobre ellos.

9 Además, el provecho de la tierra es para todos; el rey mismo está sujeto a los
campos.

10 El que ama el dinero, no se saciará de dinero; y el que ama el mucho tener, no
sacará provecho. También esto es vanidad.

11 Cuando aumentan los bienes, aumentan también los que los consumen. ¿Qué
provecho tiene, pues, su dueño, sino verlo con sus propios ojos?

12 Dulce es el sueño del trabajador, coma poco o coma mucho; pero al rico no le
deja dormir la abundancia.

13 Hay un mal doloroso que he visto debajo del sol: las riquezas guardadas por
sus dueños para su propio mal;

14 las cuales se pierden en malas tareas, y al hijo que engendraron nada le queda en
la mano.

15 Como salió del vientre de su madre, desnudo, así vuelve, yéndose tal como
vino, sin llevarse nada de su trabajo que pueda cargar en su mano.

16 Este también es un gran mal: que tal como vino, así haya de volver. ¿Y de qué le
aprovecha trabajar para el viento?

17 Además de esto, todos los días de su vida come en tinieblas, con mucha moles-
tia, enfermedad y enojo.

18 He aquí, pues, lo que yo he visto: que lo bueno y lo decoroso es comer y beber,
y gozar de los frutos de todo el trabajo con que uno se afana debajo del sol, todos
los días de la vida que Dios le ha dado; porque esta es su parte.

19 Asimismo, a todo hombre a quien Dios da riquezas y bienes, y le da también
facultad para que coma de ellos, y tome su parte y goce de su trabajo, esto es don
de Dios.

20 Porque no se acordará mucho de los días de su vida; pues Dios le llenará de alegría el corazón.

Capítulo 6

1 Hay un mal que he visto debajo del sol, y que muy de común se halla entre los hombres:

2 el del hombre a quien Dios da riquezas, bienes y honra, y nada le falta de todo lo que su alma desea; pero Dios no le da facultad de gozar de ello, sino que lo disfrutan los extraños. Esto es vanidad y enfermedad penosa.

3 Si un hombre engendra cien hijos, y vive muchos años, de modo que los días de su vida sean numerosos, pero su alma no se sacia de bien, y además carece de sepultura, yo digo que un abortivo es mejor que él.

4 Porque este viene en vano, y a las tinieblas va, y con tinieblas su nombre es cubierto.

5 Además, no ha visto el sol, ni lo ha conocido; más reposo tiene este que aquel.

6 Porque aunque viviera mil años dos veces contados, si no gozó del bien, ¿acaso no van todos al mismo lugar?

7 Todo el trabajo del hombre es para su boca, y con todo, su deseo no se sacia.

8 Porque ¿qué ventaja tiene el sabio sobre el necio? ¿Qué tiene el pobre que supo caminar entre los vivos?

9 Más vale vista de ojos que deseo que pasa. También esto es vanidad y correr tras el viento.

10 Respecto a lo que es, ya hace tiempo que se le dio nombre, y se sabe lo que un hombre es: que no puede contender con el que es más poderoso que él.

11 Ciertamente, las muchas palabras multiplican la vanidad. ¿Qué provecho saca el hombre?

12 Porque ¿quién sabe lo que es bueno para el hombre en los días de su vanidad, los cuales él pasa como sombra? ¿Y quién enseñará al hombre lo que ha de ser después de él debajo del sol?

Capítulo 7

1 Mejor es la buena fama que el buen ungüento, y el día de la muerte que el día del nacimiento.

2 Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del convite; porque aquello es el fin de todos los hombres, y el que vive lo pondrá en su corazón.

3 Mejor es el pesar que la risa; porque con la tristeza del rostro se enmienda el corazón.

4 El corazón de los sabios está en la casa del luto; mas el corazón de los necios, en la casa del placer.

5 Mejor es oír la reprensión del sabio que la canción de los necios.

6 Porque la risa del necio es como el crepitar de las espinas debajo de la olla. Y también esto es vanidad.

7 Ciertamente la opresión hace enloquecer al sabio, y el soborno corrompe el corazón.

8 Mejor es el fin del negocio que su principio; mejor es el sufrido de espíritu que el altivo de espíritu.

9 No te apresures en tu espíritu a enojarte; porque el enojo reposa en el seno de los necios.

10 Nunca digas: «¿Cuál es la causa de que los tiempos pasados fueron mejores que estos?»; porque nunca preguntarás con sabiduría sobre esto.

11 Buena es la sabiduría con herencia, y provechosa para los que ven el sol.

12 Porque escudo es la sabiduría, y escudo es el dinero; mas la excelencia del saber es que la sabiduría da vida a su poseedor.

13 Mirad la obra de Dios; porque ¿quién podrá enderezar lo que él torció?

14 En el día del bien goza del bien; y en el día de la adversidad considera. Dios hizo tanto lo uno como lo otro, a fin de que el hombre no halle nada después de él.

15 Todo esto he visto en los días de mi vanidad. Justo hay que perece por su justicia, y malvado hay que por su maldad prolonga sus días.

16 No seas demasiado justo, ni seas sabio en exceso; ¿por qué habrás de destruirte?

17 No hagas mucho mal, ni seas insensato; ¿por qué habrás de morir antes de tu tiempo?

18 Bueno es que tomes esto, y también que no apartes de ello tu mano; porque el que a Dios teme, saldrá bien de todo ello.

19 La sabiduría fortalece al sabio más que diez poderosos que haya en una ciudad.

20 Ciertamente no hay hombre justo en la tierra que haga el bien y nunca peque.

21 Tampoco apliques tu corazón a todas las palabras que se dicen, para que no oigas a tu criado maldecirte;

22 porque tu corazón sabe que tú también maldijiste a otros muchas veces.

23 Todas estas cosas probé con sabiduría, diciendo: «Seré sabio»; mas la sabiduría se alejó de mí.

24 Lo que está lejos y muy profundo, ¿quién lo hallará?

25 Volví yo mi corazón para saber y examinar e inquirir la sabiduría y la razón de las cosas, y para conocer la maldad de la insensatez y la necedad de la locura.

26 Y he hallado más amarga que la muerte a la mujer cuyo corazón es lazos y redes, y sus manos ligaduras. El que agrada a Dios escapará de ella; mas el pecador quedará en ella preso.

27 «He aquí que esto he hallado», dice el Predicador, «pesando las cosas una por una para hallar la razón;

28 lo que aún busca mi alma, y no lo encuentro: un hombre entre mil he hallado,
pero mujer entre todas estas nunca hallé.

29 He aquí, solamente esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos
buscaron muchas perversas trazas.»

Capítulo 8

1 ¿Quién como el sabio? ¿Y quién conoce la interpretación de las cosas? La sabi-
duría del hombre ilumina su rostro, y la fiereza de su semblante se muda.

2 Yo digo: «Guarda el mandamiento del rey» a causa del juramento hecho a Dios.

3 No te apresures a irte de su presencia, ni te empeñes en cosa mala; porque él
hace todo lo que quiere.

4 Pues la palabra del rey es soberana, ¿y quién le dirá: «Qué haces»?

5 El que guarda el mandamiento no experimentará mal alguno; y el corazón del
sabio discierne el tiempo y el juicio.

6 Porque para todo lo que se quiere hay tiempo y juicio, aunque el mal del hombre
pese sobre él;

7 pues no sabe lo que ha de ser; y el cuándo haya de ser, ¿quién se lo enseñará?

8 No hay hombre que tenga potestad sobre el aliento de vida para retenerlo, ni po-
testad sobre el día de la muerte; y no hay licencia en la guerra, ni la impiedad li-
brará a los que la practican.

9 Todo esto he visto, y he puesto mi corazón en todo lo que se hace debajo del sol:
hay tiempo en que el hombre se enseñorea del hombre para mal suyo.

10 Asimismo vi a los inicuos sepultados con honra; mas los que frecuentaban el
lugar santo fueron olvidados en la ciudad donde habían actuado con rectitud.
Esto también es vanidad.

11 Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los
hijos de los hombres está en ellos lleno de deseos de hacer el mal.

12 Aunque el pecador haga mal cien veces, y prolongue sus días, con todo yo sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia.

13 Y que no le irá bien al impío, ni le serán prolongados los días, que son como sombra; por cuanto no teme delante de la presencia de Dios.

14 Hay otra vanidad que se hace sobre la tierra: que hay justos a quienes sucede como si hicieran obras de impíos, y hay impíos a quienes acontece como si hicieran obras de justos. Dije que esto también es vanidad.

15 Por tanto, alabé yo la alegría; que no tiene el hombre bien debajo del sol sino comer y beber y alegrarse; y que esto le quede de su trabajo los días de su vida que Dios le concede debajo del sol.

16 Yo, pues, puse mi corazón a conocer sabiduría, y a ver la faena que se hace sobre la tierra (porque hay quien ni de día ni de noche ve sueño en sus ojos);

17 y he visto todas las obras de Dios, que el hombre no puede alcanzar la obra que se hace debajo del sol; por mucho que trabaje el hombre buscándola, no la hallará; y aun si el sabio dijere que la sabe, no podrá alcanzarla.

Capítulo 9

1 Ciertamente todo esto he considerado en mi corazón para escudriñar todo ello: que los justos y los sabios, y sus obras, están en la mano de Dios; y que el hombre ni el amor ni el odio conoce, aunque todo esté delante de ellos.

2 A todos les sucede lo mismo: una misma suerte tiene el justo y el impío; el bueno, el limpio y el impuro; el que sacrifica y el que no sacrifica. Como el bueno, así es el pecador; y el que jura, como el que teme el juramento.

3 Este es un mal que se halla en todo lo que se hace debajo del sol: que un mismo suceso ocurra a todos, y también que el corazón de los hijos de los hombres esté lleno de maldad y de locura durante su vida; y después de esto, se va a los muertos.

4 Aún hay esperanza para todo aquel que está entre los vivos; porque mejor es perro vivo que león muerto.

5 Porque los vivos saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen
más recompensa; porque su memoria es puesta en olvido.

6 También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán
parte en todo lo que se hace debajo del sol.

7 Anda, come tu pan con gozo, y bebe tu vino con alegre corazón; porque tus
obras ya son agradables a Dios.

8 En todo tiempo sean blancos tus vestidos, y nunca falte ungüento sobre tu
cabeza.

9 Goza de la vida con la mujer que amas, todos los días de la vida de tu vanidad
que te son dados debajo del sol, todos los días de tu vanidad; porque esta es tu
parte en la vida, y en tu trabajo con que te afanas debajo del sol.

10 Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en
el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría.

11 Me volví y vi debajo del sol, que ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los
fuertes, ni aun de los sabios el pan, ni de los prudentes las riquezas, ni de los peri-
tos el favor; sino que tiempo y ocasión acontecen a todos.

12 Porque el hombre tampoco conoce su tiempo; como los peces que son presos
en la mala red, y como las aves que se enredan en el lazo, así son enlazados los hi-
jos de los hombres en el tiempo malo, cuando cae de repente sobre ellos.

13 También vi esta sabiduría debajo del sol, la cual me pareció grande:

14 había una pequeña ciudad, y pocos hombres en ella; y vino contra ella un gran
rey, y la asedió y levantó contra ella grandes baluartes.

15 Y se hallaba en ella un hombre pobre y sabio, el cual libró la ciudad con su sabi-
duría; ¡y nadie se acordaba de aquel hombre pobre!

16 Entonces dije yo: «Mejor es la sabiduría que la fuerza», aunque la ciencia del
pobre sea menospreciada, y no sean escuchadas sus palabras.

17 Las palabras del sabio escuchadas en quietud son mejores que el clamor del que señorea entre los necios.

18 Mejor es la sabiduría que las armas de guerra; pero un solo pecador destruye mucho bien.

Capítulo 10

1 Las moscas muertas hacen que el ungüento del perfumista hieda y se corrompa; así un poco de locura pesa más que la sabiduría y la honra.

2 El corazón del sabio está a su mano derecha,
mas el corazón del necio a su mano izquierda.

3 Y aun cuando el necio va por el camino, le falta la cordura, y va diciendo a todos que es un necio.

4 Si el espíritu del príncipe se exaltare contra ti, no abandones tu puesto; porque la mansedumbre hace cesar grandes ofensas.

5 Hay un mal que he visto debajo del sol, a manera de error emanado del soberano:

6 la necedad está colocada en altos puestos, mientras que los ricos se sientan en lugares bajos.

7 He visto criados a caballo, y príncipes que caminaban a pie como criados sobre la tierra.

8 El que hiciere un hoyo caerá en él; y al que traspasare el vallado, le morderá la serpiente.

9 El que corta piedras, se herirá con ellas; el que corta leña, en ello peligra.

10 Si el hacha se embota y su filo no se afila, hay que añadir más fuerza; mas la sabiduría tiene la ventaja de dar el éxito.

11 Si muerde la serpiente antes de ser encantada, de nada sirve el arte del encantador.

12 Las palabras de la boca del sabio son llenas de gracia, mas los labios del necio causan su propia ruina.

13 El comienzo de las palabras de su boca es necedad, y el final de su charla, locura maligna.

14 El necio multiplica las palabras. No sabe el hombre lo que ha de ser; y lo que ha de venir después de él, ¿quién se lo podrá decir?

15 El trabajo de los necios los fatiga, de tal manera que ni aun saben cómo ir a la ciudad.

16 ¡Ay de ti, tierra, cuando tu rey es un muchacho,
y tus príncipes banquetean de mañana!

17 ¡Dichosa tú, tierra, cuando tu rey es hijo de nobles,
y tus príncipes comen a su tiempo,
para reponer sus fuerzas y no para la embriaguez!

18 Por la pereza se hunde el techado,
y por la desidia de las manos tiene goteras la casa.

19 Por placer se hace el banquete,
y el vino alegra la vida;
mas el dinero responde por todo.

20 Ni aun en tu pensamiento maldigas al rey,
ni en lo secreto de tu cámara maldigas al rico;
porque las aves del cielo llevarán la voz,
y las que tienen alas contarán el asunto.

Capítulo 11

1 Echa tu pan sobre las aguas;
porque después de muchos días lo hallarás.

2 Reparte una parte a siete, y aun a ocho;
porque no sabes qué mal ha de venir sobre la tierra.

3 Si las nubes fueren llenas de agua, sobre la tierra se derramarán;
y si el árbol cayere al sur, o al norte,
en el lugar donde el árbol cayere, allí quedará.

4 El que al viento observa, no sembrará;
y el que mira a las nubes, no segará.

5 Como tú no sabes cuál es el camino del viento,
ni cómo se forman los miembros en el vientre de la que está encinta,
así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas.

6 Por la mañana siembra tu semilla,
y a la tarde no dejes reposar tu mano;
porque no sabes qué es lo que prosperará, si esto o aquello,
o si ambas cosas son igualmente buenas.

7 Dulce es ciertamente la luz,
y agradable a los ojos ver el sol;

8 mas si el hombre viviere muchos años, y en todos ellos hubiere gozado,
que traiga también a la memoria los días de las tinieblas, que serán muchos.
Todo lo que habrá pasado es vanidad.

9 Alégrate, joven, en tu juventud,
y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia;
y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos;
mas sabed que sobre todas estas cosas os juzgará Dios.

10 Quita, pues, el enojo de tu corazón,
y aparta el mal de tu carne;
porque la adolescencia y la aurora de la vida son vanidad.

Capítulo 12

1 Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud,
antes de que vengan los días malos y lleguen los años
en los cuales digas: «No tengo en ellos contentamiento;»

2 antes de que se oscurezcan el sol y la luz, la luna y las estrellas,
y vuelvan las nubes tras la lluvia;

3 el día en que temblarán los guardas de la casa,
y se encorvarán los hombres fuertes,
y cesarán las muelas porque han disminuido,
y se oscurecerán los que miran por las ventanas;

4 y las puertas de afuera se cerrarán,
por lo bajo del ruido de la molienda;
cuando uno se levantará al canto del ave,
y todas las hijas del canto serán abatidas;

5 cuando también temerán a lo que es alto,
y habrá terrores en el camino;
y florecerá el almendro,
y la langosta será una carga,
y se perderá el apetito;
porque el hombre va a su morada eterna,
y los endechadores andarán alrededor por las calles;

6 antes de que la cadena de plata se quiebre,
y se rompa el cuenco de oro,
y el cántaro se quiebre junto a la fuente,
y la rueda sea rota sobre el pozo;

7 y el polvo vuelva a la tierra, como era,
y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.

8 «Vanidad de vanidades», dice el Predicador.
«¡Todo es vanidad!»

9 Y cuanto más sabio fue el Predicador, tanto más enseñó sabiduría al pueblo; e hizo escuchar, y escudriñó, y compuso muchos proverbios.

10 Procuró el Predicador hallar palabras agradables y escritura recta, palabras de verdad.

11 Las palabras de los sabios son como aguijones; y como clavos hincados son las de los maestros de las congregaciones, dadas por un solo pastor.

12 Ahora, hijo mío, a más de esto, acepta ser advertido: no hay fin de hacer muchos libros; y el mucho estudio es fatiga de la carne.

13 El fin de todo el discurso oído es este: Temed a Dios, y guardad sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre.

14 Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa oculta, sea buena o sea mala.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CANTAR DE LOS CANTARES

✦

Capítulo 1

1 El Cantar de los Cantares, el cual es de Salomón.

2 ¡Que me bese con los besos de su boca!;
porque mejores son tus amores que el vino.

3 Por la fragancia de tus suaves ungüentos,
tu nombre es como ungüento derramado;
por eso las doncellas te aman.

4 Atráeme; en pos de ti correremos.
El rey me ha introducido en sus cámaras.
Nos gozaremos y alegraremos en ti;
nos acordaremos de tus amores más que del vino.
Con razón te aman.

5 Morena soy, pero hermosa,
oh hijas de Jerusalén,
como las tiendas de Cedar,
como las cortinas de Salomón.

6 No reparéis en que soy morena,
pues el sol me miró.
Los hijos de mi madre se airaron contra mí;
me pusieron a guardar las viñas;
y mi propia viña no guardé.

7 Hazme saber, oh tú a quien ama mi alma,
dónde apacientas,
dónde sesteas al mediodía;

pues ¿por qué había de estar yo como errante
junto a los rebaños de tus compañeros?

8 Si no lo sabes, oh hermosa entre las mujeres,
ve, sigue las huellas del rebaño,
y apacienta tus cabritos junto a las cabañas de los pastores.

9 A una yegua de los carros de Faraón
te he comparado, amiga mía.

10 Hermosas son tus mejillas entre los pendientes,
tu cuello entre los collares.

11 Zarcillos de oro te haremos,
con incrustaciones de plata.

12 Mientras el rey estaba en su banquete,
mi nardo desprendió su fragancia.

13 Mi amado es para mí un manojito de mirra,
que reposa entre mis pechos.

14 Racimo de alheña de las viñas de En-gadi
es mi amado para mí.

15 He aquí que eres hermosa, amiga mía;
he aquí que eres hermosa;
tus ojos son como de paloma.

16 He aquí que tú eres hermoso, amado mío, y dulce;
nuestro lecho es de flores.

17 Las vigas de nuestra casa son de cedro,
y nuestros artesonados de ciprés.

Capítulo 2

1 Yo soy el narciso de Sarón,
y el lirio de los valles.

2 Como el lirio entre los espinos,
así es mi amiga entre las doncellas.

3 Como el manzano entre los árboles silvestres,
así es mi amado entre los jóvenes.
Bajo su sombra deseada me senté,
y su fruto fue dulce a mi paladar.

4 Me llevó a la sala del banquete,
y su bandera sobre mí fue el amor.

5 Sustentadme con tortas de pasas,
confortadme con manzanas;
porque estoy enferma de amor.

6 Su izquierda bajo mi cabeza,
y su derecha me abraza.

7 Yo os conjuro, oh hijas de Jerusalén,
por las corzas o por las ciervas del campo,
que no despertéis ni hagáis velar al amor,
hasta que quiera.

8 ¡La voz de mi amado!
He aquí él viene
saltando sobre los montes,
brincando sobre los collados.

9 Mi amado es semejante a la corza, o al cervatillo.
¡Vedlo!, está tras nuestra pared,
mirando por las ventanas,
atisbando por las celosías.

10 Mi amado habló, y me dijo:
«Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.

11 Porque he aquí ha pasado el invierno,
se ha mudado la lluvia y se fue.

12 Han aparecido las flores en la tierra,
el tiempo de la canción ha venido,
y en nuestro país se oye la voz de la tórtola.

13 La higuera ha echado sus brevas,
y las vides en cierne dieron olor.
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía,
y ven conmigo».

14 Paloma mía, que estás en los agujeros de la peña,
en lo oculto de escarpados parajes,
muéstrame tu rostro,
hazme oír tu voz;
porque dulce es la voz tuya, y hermoso tu aspecto.

15 Cazadnos las zorras,
las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas;
porque nuestras viñas están en cierne.

16 Mi amado es mío, y yo soy suya;
él apacienta entre lirios.

17 Hasta que apunte el día y huyan las sombras,
vuélvete, amado mío;
sé semejante a la corza, o al cervatillo en los montes de Beter.

Capítulo 3

1 Por las noches busqué en mi lecho al que ama mi alma;
lo busqué, mas no lo hallé.

2 Me levantaré ahora, y rodearé la ciudad;
por las calles y por las plazas buscaré al que ama mi alma;
lo busqué, y no lo hallé.

3 Me hallaron los guardas que rondan la ciudad, y les dije:
«¿Habéis visto al que ama mi alma?»

4 Apenas hube pasado de ellos un poco,
hallé al que ama mi alma;
lo así, y no lo dejé,
hasta que lo introduje en casa de mi madre,
y en la cámara de la que me concibió.

5 Yo os conjuro, oh hijas de Jerusalén,
por las corzas y por las ciervas del campo,
que no despertéis ni hagáis velar al amor,
hasta que quiera.

6 ¿Quién es esta que sube del desierto como columna de humo,
sahumada de mirra y de incienso
y de todos los polvos aromáticos del mercader?

7 He aquí es la litera de Salomón;
sesenta valientes están alrededor de ella,
de los fuertes de Israel.

8 Todos ellos tienen espadas, diestros son en la guerra;
cada uno con su espada sobre su muslo,
por los temores de la noche.

9 El rey Salomón se hizo una litera
de madera del Líbano.

10 Hizo sus columnas de plata,
su respaldo de oro, su asiento de púrpura,
su interior recamado de amor

por las hijas de Jerusalén.

11 Salid, oh hijas de Sión, y ved al rey Salomón
con la corona con que le coronó su madre el día de su desposorio,
y el día del gozo de su corazón.

Capítulo 4

1 He aquí que eres hermosa, amiga mía;
he aquí que tú eres hermosa.
Tus ojos son como de paloma detrás de tu velo;
tu cabello como manada de cabras
que se recuestan en las laderas de Galaad.

2 Tus dientes como manada de ovejas trasquiladas,
que suben del lavadero,
todas con crías gemelas,
y ninguna de ellas falta.

3 Tus labios como hilo de grana,
y tu habla encantadora;
tus sienes, como gajos de granada detrás de tu velo.

4 Tu cuello, como la torre de David, edificada para armería;
mil escudos están colgados en ella,
todos escudos de valientes.

5 Tus dos pechos, como gemelos de gacela,
que se apacientan entre lirios.

6 Hasta que apunte el día y huyan las sombras,
me iré al monte de la mirra,
y al collado del incienso.

7 Toda tú eres hermosa, amiga mía,
y en ti no hay mancha.

8 Ven conmigo desde el Líbano, oh esposa;
ven conmigo desde el Líbano.
Mira desde la cumbre de Amaná,
desde la cumbre de Senir y de Hermón,
desde las guaridas de los leones,
desde los montes de los leopardos.

9 Prendiste mi corazón, hermana mía, esposa;
has apresado mi corazón con uno de tus ojos,
con una gargantilla de tu cuello.

10 ¡Cuán hermosos son tus amores, hermana mía, esposa!
¡Cuánto mejores que el vino son tus amores,
y el olor de tus ungüentos más que todas las especias aromáticas!

11 Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa;
miel y leche hay debajo de tu lengua;
y el aroma de tus vestidos como el olor del Líbano.

12 Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa;
manantial cerrado,
fuente sellada.

13 Tus renuevos son paraíso de granados, con frutos suaves,
de alheña y de nardos;

14 nardo y azafrán,
caña aromática y canela, con todos los árboles de incienso;
mirra y áloes, con todas las principales especias.

15 Fuente de huertos,
pozo de aguas vivas,
que corren del Líbano.

16 Levántate, cierzo, y ven, austro;
soplad en mi huerto, despréndanse sus aromas.
Venga mi amado a su huerto,
y coma de sus dulces frutos.

Capítulo 5

1 He entrado en mi huerto, hermana mía, esposa mía;
he recogido mi mirra con mis aromas;
he comido mi panal con mi miel,
mi vino y mi leche he bebido.
¡Comed, amigos!
¡Bebed, sí, bebed en abundancia, amados!

2 Yo dormía, pero mi corazón velaba.
Es la voz de mi amado que llama:
«Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía;
pues mi cabeza está cubierta de rocío,
y mi cabello con la humedad de la noche».

3 Me he quitado mi túnica; ¿cómo he de ponérmela de nuevo?
Me he lavado los pies; ¿cómo he de ensuciarlos?

4 Mi amado metió su mano por la abertura,
y mi corazón se conmovió por él.

5 Me levanté para abrir a mi amado;
mis manos gotearon mirra,
y mis dedos mirra líquida
sobre las manijas de la cerradura.

6 Abrí yo a mi amado;
mas mi amado se había ido, ya había pasado.
Mi alma desfalleció cuando él habló.

Lo busqué, y no lo hallé;
lo llamé, y no me respondió.

7 Me hallaron los guardas que rondan la ciudad;
me golpearon, me hirieron;
me quitaron mi manto los guardas de los muros.

8 Yo os conjuro, oh hijas de Jerusalén,
si halláis a mi amado,
que le digáis que estoy enferma de amor.

9 ¿Qué es tu amado más que otro amado,
tú, la más hermosa entre las mujeres?
¿Qué es tu amado más que otro amado,
que así nos conjuras?

10 Mi amado es blanco y rubicundo,
distinguido entre diez mil.

11 Su cabeza es como oro finísimo;
su cabello ondulado, negro como el cuervo.

12 Sus ojos, como palomas junto a los arroyos de las aguas,
lavados con leche, encajados como joyas.

13 Sus mejillas, como una era de especias aromáticas, como montes de aromas;
sus labios, como lirios que destilan mirra líquida.

14 Sus manos, como anillos de oro engastados con berilos;
su cuerpo, como obra de marfil cubierta de zafiros.

15 Sus piernas, como columnas de mármol asentadas sobre basas de oro fino;
su aspecto como el Líbano, excelso como los cedros.

16 Su paladar, dulcísimo,
y todo él, codiciable.
Tal es mi amado, tal es mi amigo,
oh hijas de Jerusalén.

Capítulo 6

1 ¿Adónde se ha ido tu amado, oh la más hermosa de las mujeres?
¿Adónde se ha vuelto tu amado, para que lo busquemos con vosotras?

2 Mi amado ha descendido a su huerto, a las eras de las especias,
para apacentar en los huertos, y para recoger lirios.

3 Yo soy de mi amado, y mi amado es mío;
él apacienta entre los lirios.

4 Hermosa eres tú, oh amiga mía, como Tirsa;
de desear como Jerusalén;
imponente como ejércitos en orden.

5 Aparta tus ojos de delante de mí,
porque ellos me vencieron.
Tu cabello es como manada de cabras
que se recuestan en las laderas de Galaad.

6 Tus dientes, como manada de ovejas que suben del lavadero,
todas con crías gemelas,
y ninguna de ellas falta.

7 Como gajos de granada son tus sienes detrás de tu velo.

8 Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas,
y las doncellas sin número;

9 mas una es la paloma mía, la perfecta mía;
es la única de su madre,
la escogida de la que la engendró.
La vieron las doncellas, y la llamaron bienaventurada;
las reinas y las concubinas, y la alabaron.

10 ¿Quién es esta que se asoma como el alba,
hermosa como la luna,
clara como el sol,
imponente como ejércitos en orden?

11 Al huerto de los nogales descendí
a ver los frutos del valle,
y para ver si brotaban las vides,
si florecían los granados.

12 Antes que lo supiese,
mi alma me puso entre los carros de Aminadab.

13 ¡Vuelve, vuelve, oh sulamita!
¡Vuelve, vuelve, para que te contemplemos!
¿Qué veréis en la sulamita?
Algo como la danza de Mahanaim.

Capítulo 7

1 ¡Cuán hermosos son tus pies en el calzado, oh hija de príncipe!
Los contornos de tus muslos son como joyas,
obra de mano de excelente maestro.

2 Tu ombligo, como una taza redonda
que no carece de vino aromático.
Tu vientre como montón de trigo
cercado de lirios.

3 Tus dos pechos, como gemelos de gacela.

4 Tu cuello, como torre de marfil;
tus ojos, como los estanques de Hesbón junto a la puerta de Bat-rabim;
tu nariz, como la torre del Líbano, que mira hacia Damasco.

5 Tu cabeza sobre ti, como el Carmelo;
y el cabello de tu cabeza, como la púrpura del rey
queda preso en tus trenzas.

6 ¡Qué hermosa eres, y cuán suave,
oh amor deleitoso!

7 Tu estatura es semejante a la palmera,
y tus pechos a los racimos.

8 Yo dije: «Subiré a la palmera,
asiré sus ramas».
Deja que tus pechos sean ahora como racimos de vid,
y el olor de tu aliento como el de las manzanas,

9 y tu paladar como el buen vino,
que fluye suavemente para mi amado,
y hace hablar los labios de los que duermen.

10 Yo soy de mi amado,
y conmigo tiene su contentamiento.

11 ¡Ven, oh amado mío!, salgamos al campo,
moremos en las aldeas.

12 Madruguemos a las viñas;
veamos si brotan las vides, si están en cierne,
si han abierto las flores,
y si han florecido los granados;
allí te daré mis amores.

13 Las mandrágoras han dado olor,
y a nuestras puertas hay toda suerte de dulces frutos, nuevos y viejos,
que para ti, oh amado mío, he guardado.

Capítulo 8

1 ¡Oh, quién te me diera como hermano, que mamó de los pechos de mi madre!
Si te hallara fuera, te besaría, y nadie me despreciaría.

2 Yo te llevaría, te introduciría en casa de mi madre, y tú me instruirías.
Te daría a beber vino especiado del zumo de mis granadas.

3 Su izquierda bajo mi cabeza, y su derecha me abrazaría.

4 Yo os conjuro, oh hijas de Jerusalén, a que no despertéis ni hagáis velar al amor hasta que quiera.

5 ¿Quién es esta que sube del desierto, apoyada sobre su amado?
Debajo de un manzano te desperté; allí tuvo los dolores tu madre, allí tuvo los dolores la que te dio a luz.

6 Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo;
porque fuerte es como la muerte el amor; duros como el Seol los celos.
Sus brasas, brasas de fuego, potente llama de Yahvé.

7 Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos.
Si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor, de cierto sería despreciado.

8 Tenemos una pequeña hermana que no tiene pechos;
¿qué haremos por nuestra hermana el día en que se hable de ella?

9 Si ella es muro, edificaremos sobre él una torre de plata;
si es puerta, la guarneceremos con tablas de cedro.

10 Yo soy muro, y mis pechos como torres;
desde que soy a sus ojos como quien halla la paz.

11 Salomón tuvo una viña en Baal-hamón, la cual entregó a guardas,
cada uno de los cuales debía traer mil siclos de plata por su fruto.

12 Mi viña, que es mía, está delante de mí;
los mil son para ti, oh Salomón, y doscientos para los que guardan su fruto.

13 Oh, tú que habitas en los huertos, los compañeros escuchan tu voz; ¡házmela oír!

14 ¡Huye, amado mío!, y sé semejante a la corza, o al cervatillo, sobre las montañas de los aromas.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

SABIDURÍA

✦

Capítulo 1

1 Amad la justicia, todos vosotros que sois jueces de la tierra.
Pensad en el Señor con buena mente.
Buscadle con sencillez de corazón,

2 porque es hallado por aquellos que no le ponen a prueba,
y se manifiesta a aquellos que confían en él.

3 pues los pensamientos torcidos separan de Dios.
Su Poder convence cuando es puesto a prueba,
y expone a los insensatos;

4 porque la sabiduría no entrará en un alma que maquina el mal,
ni habitará en un cuerpo que es esclavo del pecado.

5 Pues el santo espíritu de la disciplina huirá del engaño,
y se apartará de los pensamientos que carecen de entendimiento,
y se avergonzará cuando haya entrado la injusticia.

6 Porque la sabiduría es un espíritu que ama al hombre,
y no tendrá por inocente a un blasfemo por sus labios,
porque Dios es testigo de su ser más íntimo,
y es un verdadero supervisor de su corazón,
y el que oye su lengua.

7 Porque el espíritu del Señor ha llenado el mundo,
y el que mantiene unidas todas las cosas sabe lo que se dice.

8 Por tanto, nadie que profiera cosas injustas pasará inadvertido;
ni la Justicia, cuando condene, le pasará por alto.

9 Pues en sus designios el impío será escudriñado,
y el sonido de sus palabras llegará al Señor para traer convicción sobre sus obras inicuas;

10 porque un oído celoso escucha todas las cosas,
y el ruido de las murmuraciones no se oculta.

11 Guardaos, pues, de la murmuración inútil,
y preservad vuestra lengua de la calumnia;
porque ninguna palabra secreta seguirá su curso en vano,
y la boca mentirosa destruye el alma.

12 No busquéis la muerte en el error de vuestra vida.
No atraigáis la destrucción sobre vosotros mismos por las obras de vuestras manos;

13 porque Dios no hizo la muerte,
ni se deleita cuando los vivientes perecen.

14 Pues él creó todas las cosas para que tuvieran ser.
Las fuerzas generativas del mundo son saludables,
y no hay en ellas veneno de destrucción,
ni el Hades tiene dominio real sobre la tierra;

15 porque la justicia es inmortal,

16 pero los hombres impíos, con sus manos y sus palabras, llaman a la muerte;
teniéndola por amiga, ellos languidecieron.
Hicieron un pacto con ella,
porque son dignos de pertenecer a su bando.

Capítulo 2

1 Porque dijeron dentro de sí mismos, con razonamiento errado:
“Nuestra vida es corta y llena de dolor.
No hay sanidad cuando el hombre llega a su fin,

y nunca se conoció a nadie que fuera liberado del Hades.

2 Porque nacimos por mera casualidad,
y en el más allá seremos como si nunca hubiésemos sido,
porque el aliento en nuestras narices es humo,
y la razón es una chispa encendida por el latir de nuestro corazón,

3 la cual, al extinguirse, el cuerpo se convertirá en cenizas,
y el espíritu se dispersará como aire tenue.

4 Nuestro nombre será olvidado con el tiempo.
Nadie recordará nuestras obras.
Nuestra vida pasará como el rastro de una nube,
y se disipará como la niebla,
cuando es ahuyentada por los rayos del sol,
y vencida por su calor.

5 Pues nuestro tiempo asignado es el paso de una sombra,
y nuestro fin no retrocede,
porque está firmemente sellado, y nadie lo hace retroceder.

6 «Venid, pues, y disfrutemos de los bienes que existen.
Usemos la creación con avidez como en nuestra juventud.

7 Llenémonos de vinos costosos y perfumes,
y que ninguna flor primaveral se nos escape.

8 Coronémonos con capullos de rosas antes que se marchiten.

9 Que ninguno de nosotros se quede sin su parte en nuestra orgullosa juerga.
Dejemos señales de regocijo en todas partes,
porque esta es nuestra porción, y esta es nuestra suerte.

10 Oprimamos al pobre que es justo.
No perdonemos a la viuda,
ni respetemos las canas del anciano.

11 Sino que nuestra fuerza sea ley de justicia;
pues lo que es débil demuestra ser inútil.

12 Pero acechemos al hombre justo,
porque nos es molesto,
se opone a nuestras obras,
nos reprocha los pecados contra la ley,
y nos acusa de faltas contra nuestra crianza.

13 Él profesa tener el conocimiento de Dios,
y se llama a sí mismo hijo del Señor.

14 Se convirtió para nosotros en un reproche de nuestros pensamientos.

15 Nos resulta gravoso incluso mirarle,
porque su vida no es como la de los demás hombres,
y sus caminos son extraños.

16 Fuimos considerados por él como algo sin valor,
y se aparta de nuestros caminos como de la inmundicia.
Él llama feliz el fin de los justos.
Se jacta de que Dios es su padre.

17 Veamos si sus palabras son verdaderas.
Comprobemos qué le sucederá al final de su vida.

18 Porque si el hombre justo es hijo de Dios, él le sostendrá,
y le librará de la mano de sus adversarios.

19 Sometámosle a ultraje y tormento,
para que conozcamos su mansedumbre,
y pongamos a prueba su paciencia.

20 Condenémosle a una muerte vergonzosa,
pues será protegido, según sus propias palabras.»

21 Así razonaron, y se extraviaron;
pues su maldad los cegó,

22 y no conocieron los misterios de Dios,
ni esperaron la recompensa de la santidad,
ni discernieron que hay un premio para las almas intachables.

23 Porque Dios creó al hombre para la incorrupción,
y le hizo imagen de su propia eternidad;

24 pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo,
y los que le pertenecen la experimentan.

Capítulo 3

1 Pero las almas de los justos están en la mano de Dios,
y ningún tormento les tocará.

2 A los ojos de los insensatos parecían haber muerto.
Su partida fue considerada un desastre,

3 y su viaje lejos de nosotros una ruina,
pero ellos están en paz.

4 Porque aunque a la vista de los hombres sean castigados,
su esperanza está llena de inmortalidad.

5 Habiendo soportado una leve disciplina, recibirán un gran bien;
porque Dios los probó, y los halló dignos de sí mismo.

6 Los probó como oro en el crisol,
y los aceptó como holocausto perfecto.

7 En el tiempo de su visitación resplandecerán.
Correrán de un lado a otro como chispas entre el rastrojo.

8 Juzgarán a las naciones y tendrán dominio sobre los pueblos.
El Señor reinará sobre ellos para siempre.

9 Los que confían en él comprenderán la verdad.
Los fieles vivirán con él en el amor,
porque la gracia y la misericordia son para sus elegidos.

10 Pero los impíos serán castigados conforme merecen sus razonamientos,
aquellos que descuidaron la justicia y se rebelaron contra el Señor;

11 porque el que desprecia la sabiduría y la disciplina es miserable.
Su esperanza es vana y sus afanes inútiles.
Sus obras no tienen provecho.

12 Sus mujeres son insensatas y sus hijos son malvados.

13 Su descendencia está maldita.
Porque feliz es la mujer estéril que no tiene mancha,
aquella que no ha concebido en transgresión.
Ella tendrá fruto cuando Dios examine las almas.

14 Así también el eunuco que no ha cometido iniquidad con sus manos,
ni imaginado cosas perversas contra el Señor;
pues un don precioso se le dará por su fidelidad,
y una herencia deliciosa en el santuario del Señor.

15 Porque las buenas labores tienen un fruto de gran renombre.
La raíz del entendimiento no puede fallar.

16 Pero los hijos de los adúlteros no llegarán a la madurez.
La semilla de una unión ilegítima se desvanecerá.

17 Pues aunque vivan mucho tiempo, no serán tenidos en estima,
y al final, su vejez será sin honra.

18 Si mueren jóvenes, no tendrán esperanza,
ni consuelo en el día del juicio.

19 Porque el fin de una generación injusta es siempre penoso.

Capítulo 4

1 Mejor es no tener hijos y tener virtud,
porque la inmortalidad está en la memoria de la virtud,
ya que es reconocida tanto ante Dios como ante los hombres.

2 Cuando está presente, la gente la imita.
La añoran cuando se ha marchado.
A través de todos los tiempos marcha, coronada en triunfo,
victoriosa en la contienda por los premios que son inmaculados.

3 Pero la prole multiplicada de los impíos no será de ningún provecho,
y sus retoños ilegítimos no echarán raíces profundas,
ni establecerán un asidero firme.

4 Porque aunque echen ramas y florezcan por un tiempo,
estando inseguros, serán sacudidos por el viento.
Serán arrancados de raíz por la violencia de los vientos.

5 Sus ramas serán quebradas antes de llegar a la madurez.
Su fruto será inútil,
nunca maduro para comer, y no servirá para nada.

6 Porque los hijos concebidos ilegítimamente son testigos de la maldad
contra sus padres cuando son investigados.

7 Pero el hombre justo, aunque muera antes de tiempo, estará en reposo.

8 Porque la vejez honorable no es la que se sostiene en la longitud del tiempo,
ni su medida se da por el número de años,

9 sino que la prudencia son las canas para los hombres,
y una vida sin mancha es la vejez madura.

10 Habiendo sido hallado agradable a Dios, fue amado.
Mientras vivía entre pecadores, fue trasladado.

11 Fue arrebatado, no sea que la maldad cambiara su entendimiento,
o el engaño sedujera su alma.

12 Porque la fascinación de la maldad oscurece las cosas que son buenas,
y el torbellino del deseo pervierte la mente inocente.

13 Siendo perfeccionado rápidamente,
cumplió muchos años;

14 porque su alma era agradable al Señor.
Por tanto, se apresuró a sacarlo de en medio de la maldad.

15 Pero los pueblos vieron y no entendieron,
no considerando esto: que la gracia y la misericordia son para sus elegidos,
y que él visita a sus santos;

16 pero un hombre justo que ha muerto condenará a los impíos que viven,
y la juventud que es rápidamente perfeccionada condenará los muchos años de la vejez de un hombre injusto.

17 Porque los impíos verán el fin del sabio,
y no entenderán lo que el Señor planeó para él,
y por qué lo guardó a salvo.

18 Verán, y despreciarán;
pero el Señor se reirá de ellos con escarnio.
Después de esto, se convertirán en un cadáver deshonrado
y en un oprobio entre los muertos para siempre;

19 porque los arrojará sin habla contra el suelo,
y los sacudirá desde los cimientos.
Quedarán completamente asolados.
Estarán en angustia
y su memoria perecerá.

20 Vendrán con temor cobarde cuando se cuenten sus pecados.
Sus obras inicuas los condenarán en su propia cara.

Capítulo 5

1 Entonces el hombre justo se alzará con gran audacia
ante el rostro de aquellos que le afligieron,
y de aquellos que tuvieron sus labores en poco.

2 Cuando le vean, se turbarán con terrible temor,
y se asombrarán ante la maravilla de su salvación.

3 Hablarán entre sí arrepintiéndose,
y por la angustia de su espíritu gemirán:
«Este era a quien solíamos tener por burla,
como parábola de oprobio.

4 Nosotros, insensatos, considerábamos su vida una locura,
y su fin sin honra.

5 ¿Cómo ha sido contado entre los hijos de Dios?
¿Cómo es su suerte entre los santos?

6 Verdaderamente nos extraviamos del camino de la verdad.
La luz de la justicia no brilló para nosotros.
El sol no se levantó para nosotros.

7 Nos saciamos en los senderos de la iniquidad y la destrucción.
Viajamos por desiertos sin senderos,
pero no conocimos el camino del Señor.

8 ¿De qué nos sirvió nuestra arrogancia?
¿Qué bien nos han traído las riquezas y la jactancia?

9 Todas esas cosas pasaron como una sombra,
como un rumor que corre,

10 como un barco que pasa por el agua ondulante,
del cual, cuando ha pasado, no se encuentra rastro,
ni senda de su quilla en las olas.

11 O es como cuando un pájaro vuela por el aire,
no se halla evidencia de su paso,
sino que el viento ligero, azotado por el golpe de sus plumas,
y rasgado por el ímpetu violento de las alas en movimiento, es atravesado.
Después no queda señal alguna de su venida.

12 O es como cuando se dispara una flecha a un blanco,
el aire que dividió se cierra de nuevo inmediatamente,
de modo que los hombres no saben por dónde pasó.

13 Así también nosotros, en cuanto nacimos, dejamos de ser;
y no tuvimos ninguna señal de virtud que mostrar,
sino que fuimos completamente consumidos en nuestra maldad.»

14 Porque la esperanza del hombre impío es como la paja arrastrada por el viento,
y como espuma que se desvanece ante la tempestad;
y se dispersa como el humo por el viento,
y pasa como el recuerdo de un huésped que se queda un solo día.

15 Pero los justos viven para siempre.
Su recompensa está en el Señor,
y el cuidado de ellos con el Altísimo.

16 Por tanto, recibirán la corona de la dignidad real
y la diadema de hermosura de la mano del Señor,
porque los cubrirá con su mano derecha,
y los escudará con su brazo.

17 Tomará su celo como armadura completa,
y hará de toda la creación sus armas para castigar a sus enemigos:

18 Se pondrá la justicia como coraza,
y llevará el juicio imparcial como yelmo.

19 Tomará la santidad como escudo invencible.

20 Afilará la ira severa como espada.
El universo irá con él a luchar contra sus frenéticos enemigos.

21 Los rayos volarán con puntería certera.
Saltarán al blanco desde las nubes, como desde un arco bien tenso.

22 Granizo lleno de ira será arrojado como de una catapulta.
El agua del mar se enfurecerá contra ellos.
Los ríos los abrumarán severamente.

23 Un viento poderoso se enfrentará a ellos.
Los aventará como una tempestad.
Así la iniquidad dejará asolada toda la tierra.
Su maldad derribará los tronos de los príncipes.

Capítulo 6

1 Escuchad, por tanto, oh reyes, y entended.
Aprended, vosotros que sois jueces de los confines de la tierra.

2 Prestad oído, vosotros los que gobernáis sobre muchos pueblos,
y os jactáis de la multitud de naciones,

3 porque vuestro dominio os fue dado por el Señor,
y vuestra soberanía por el Altísimo.
Él escudriñará vuestras obras,
e inquirirá acerca de vuestros designios,

4 porque siendo oficiales de su reino, no juzgasteis rectamente,
ni guardasteis la ley,
ni anduvisteis según el consejo de Dios.

5 Él vendrá sobre vosotros terrible y velozmente,
porque un juicio severo sobreviene a los que están en lugares altos.

6 Pues el hombre de baja condición puede ser perdonado por misericordia,
pero los poderosos serán poderosamente puestos a prueba.

7 Porque el Señor Soberano de todos no se dejará impresionar por nadie,
ni mostrará deferencia a la grandeza;
porque es él quien hizo tanto al pequeño como al grande,
y se preocupa por todos ellos;

8 pero el escrutinio que sobreviene a los poderosos es estricto.

9 Por tanto, mis palabras se dirigen a vosotros, oh príncipes,
para que aprendáis sabiduría y no caigáis.

10 Porque los que han guardado las cosas santas en santidad serán hechos santos.
Los que han sido instruidos en ellas hallarán qué decir en su defensa.

11 Poned, pues, vuestro deseo en mis palabras.
Anheladlas, y vosotros, príncipes, seréis instruidos.

12 La sabiduría es radiante y no se marchita;
y es fácilmente vista por los que la aman,
y hallada por los que la buscan.

13 Ella se anticipa a los que la desean, dándose a conocer.

14 El que se levanta temprano para buscarla no tendrá dificultad,
porque la hallará sentada a sus puertas.

15 Porque pensar en ella es la perfección del entendimiento,
y el que vela por ella pronto se verá libre de cuidados;

16 porque ella misma anda buscando a los que son dignos de ella,
y en sus caminos se les aparece con benevolencia,
y en cada propósito sale a su encuentro.

17 Porque su verdadero principio es el deseo de instrucción;
y el deseo de instrucción es amor.

18 Y el amor es la observancia de sus leyes.
Prestar atención a sus leyes asegura la inmortalidad.

19 La inmortalidad acerca a Dios.

20 Así pues, el deseo de sabiduría conduce a un reino.

21 Si por tanto os deleitáis en tronos y cetros, oh príncipes de los pueblos,
honrad la sabiduría, para que reinéis para siempre.

22 Pero qué es la sabiduría, y cómo llegó a ser, lo declararé.
No os ocultaré misterios;
sino que investigaré desde su primer principio,
sacaré a plena luz su conocimiento,
y no pasaré por alto la verdad.

23 Ciertamente, no viajaré con envidia consumidora,
porque la envidia no tendrá comunión con la sabiduría.

24 Pero una multitud de hombres sabios es salvación para el mundo,
y un rey comprensivo es estabilidad para su pueblo.

25 Por tanto, dejaos instruir por mis palabras, y sacaréis provecho.

Capítulo 7

1 Yo mismo también soy mortal, como todos los demás,
y soy descendiente del primero que fue formado y nacido de la tierra.

2 Fui modelado en carne en el tiempo de diez meses en el vientre de mi madre,
siendo compactado en sangre por la semilla del hombre y el placer del matrimonio.

3 Yo también, al nacer, respiré el aire común,
y caí sobre la tierra emparentada,
profiriendo, como todos, por mi primera voz, el mismo llanto.

4 Fui criado con esmero entre pañales.

5 Pues ningún rey tuvo un comienzo diferente,

6 sino que todos los hombres tienen una misma entrada a la vida, y una salida común.

7 Por esta causa oré, y me fue dado entendimiento.
Pedí, y vino a mí un espíritu de sabiduría.

8 La preferí antes que a los cetros y tronos.
Consideré las riquezas como nada en comparación con ella.

9 Tampoco la comparé con ninguna gema de valor incalculable,
porque todo el oro en su presencia es un poco de arena,
y la plata será considerada como barro ante ella.

10 La amé más que a la salud y la belleza,
y escogí tenerla a ella antes que a la luz,
porque su resplandor brillante nunca se adormece.

11 Todos los bienes vinieron a mí junto con ella,
e innumerables riquezas están en sus manos.

12 Y me regocijé por todo ello porque la sabiduría los guía;
aunque no sabía que ella era su madre.

13 Como aprendí sin engaño, así la imparto sin rencor.
No oculto sus riquezas.

14 Porque ella es un tesoro inagotable para los hombres,
y los que lo usan obtienen la amistad con Dios,
recomendados por los dones que presentan a través de la disciplina.

15 Pero que Dios me conceda hablar según su juicio,
y concebir pensamientos dignos de lo que se me ha dado;
porque él es quien guía incluso a la sabiduría y quien corrige a los sabios.

16 Porque tanto nosotros como nuestras palabras estamos en su mano,
con todo entendimiento y habilidad en diversos oficios.

17 Porque él mismo me dio un conocimiento infalible de las cosas que son,
para conocer la estructura del universo y la operación de los elementos;

18 el principio, fin y medio de los tiempos;
las alternancias de los solsticios y los cambios de las estaciones;

19 los circuitos de los años y las posiciones de las estrellas;

20 las naturalezas de las criaturas vivientes y la furia de las bestias salvajes;
la violencia de los vientos y los pensamientos de los hombres;
la diversidad de las plantas y las virtudes de las raíces.

21 Todas las cosas, sean secretas o manifiestas, las aprendí,

22 porque la sabiduría, que es la arquitecta de todas las cosas, me enseñó.
Porque hay en ella un espíritu presto para entender, santo,
único, múltiple, sutil, de libre movimiento, claro al hablar, inmaculado,
distinto, invulnerable, amante de lo bueno, agudo, sin estorbos,

23 benéfico, amante de los hombres, firme, seguro, libre de cuidados, todopoderoso, que todo lo supervisa,
y que penetra a través de todos los espíritus prestos para entender, puros y sumamente sutiles.

24 Porque la sabiduría es más ágil que cualquier movimiento.
Sí, ella lo impregna y penetra todo por razón de su pureza.

25 Porque ella es un aliento del poder de Dios,
y una emanación pura de la gloria del Todopoderoso.
Por tanto, nada contaminado puede hallar entrada en ella.

26 Porque ella es un reflejo de la luz eterna,
un espejo sin mancha de la obra de Dios,
y una imagen de su bondad.

27 Aunque ella es una, tiene poder para hacer todas las cosas.
Permaneciendo en sí misma, renueva todas las cosas.
Pasando de generación en generación a las almas santas,
hace amigos de Dios y profetas.

28 Porque Dios no ama nada tanto como a aquel que habita con la sabiduría.

29 Porque ella es más hermosa que el sol,
y está por encima de todas las constelaciones de las estrellas.
Ella es mejor que la luz.

30 Porque la luz del día cede a la noche,
pero el mal no prevalece contra la sabiduría.

Capítulo 8

1 Pero ella se extiende de un extremo al otro con plena fuerza,
y ordena todas las cosas bien.

2 La amé y la busqué desde mi juventud.
Busqué tomarla por esposa.
Me enamoré de su belleza.

3 Ella glorifica su noble cuna viviendo con Dios.
El Señor Soberano de todos la ama.

4 Porque ella está iniciada en el conocimiento de Dios,
y escoge sus obras.

5 Pero si las riquezas son una posesión deseada en la vida,
¿qué es más rico que la sabiduría, que hace todas las cosas?

6 Y si el entendimiento es eficaz,
¿quién más que la sabiduría es arquitecto de las cosas que existen?

7 Si un hombre ama la justicia,
los frutos de la labor de la sabiduría son virtudes,
pues ella enseña templanza, entendimiento, justicia y valentía.
No hay nada en la vida más provechoso para los hombres que estas cosas.

8 Y si alguien anhela una vasta experiencia,
ella conoce las cosas de antaño, e infiere las cosas por venir.
Entiende las sutilezas de los discursos y las interpretaciones de los dichos oscuros.
Prevé las señales y prodigios, y los sucesos de las estaciones y los tiempos.

9 Por tanto, determiné llevarla a vivir conmigo,
sabiendo que ella me daría buenos consejos,
y me alentaría en los cuidados y en el dolor.

10 Gracias a ella, tendré gloria ante las multitudes,
y honra a los ojos de los ancianos, aunque sea joven.

11 Seré hallado agudo cuando emita juicio.
Seré admirado en presencia de los gobernantes.

12 Cuando guarde silencio, ellos me esperarán.
Cuando abra mis labios, prestarán atención a lo que diga.
Si continúo hablando, pondrán sus manos sobre su boca.

13 A causa de ella, tendré inmortalidad,
y dejaré tras de mí una memoria eterna a los que vengan después de mí.

14 Gobernaré pueblos.
Las naciones me estarán sujetas.

15 Los monarcas temidos se asustarán de mí cuando oigan hablar de mí.
Entre el pueblo, me mostraré bondadoso y valiente en la guerra.

16 Cuando entre en mi casa, hallaré reposo con ella.
Porque la conversación con ella no tiene amargura,
y vivir con ella no da dolor, sino alegría y gozo.

17 Cuando consideré estas cosas en mí mismo,
y pensé en mi corazón cómo la inmortalidad está emparentada con la sabiduría,

18 y que en su amistad hay un buen deleite,
y en las labores de sus manos hay riqueza inagotable,
y el entendimiento está en su compañía,
y un gran renombre en tener comunión con sus palabras,
anduve buscando cómo tomarla para mí.

19 Ahora bien, yo era un niño inteligente, y recibí un alma buena.

20 O mejor dicho, siendo bueno, vine a un cuerpo sin mancha.

21 Pero percibiendo que de otro modo no podría poseer la sabiduría a menos que
Dios me la diera—
sí, y saber y entender por quién es dada la gracia—
supliqué al Señor y le imploré, y con todo mi corazón dije:

Capítulo 9

1 «Oh Dios de mis antepasados y Señor de misericordia,
que hiciste todas las cosas por tu palabra;

2 y por tu sabiduría formaste al hombre,
para que tuviera dominio sobre las criaturas que fueron hechas por ti,

3 y gobernara el mundo en santidad y justicia,
y ejecutara juicio con rectitud de alma,

4 dame la sabiduría, la que se sienta junto a ti en tus tronos.
No me rechaces de entre tus siervos,

5 porque yo soy tu siervo y el hijo de tu sierva,
un hombre débil y de corta vida,
con poco poder para entender el juicio y las leyes.

6 Pues aunque un hombre sea perfecto entre los hijos de los hombres,
si la sabiduría que procede de ti no está con él, será tenido en nada.

7 Tú me elegiste para ser rey de tu pueblo,
y juez para tus hijos e hijas.

8 Tú diste la orden de edificar un santuario en tu monte santo,
y un altar en la ciudad donde habitas,
una copia de la tienda santa que preparaste desde el principio.

9 La sabiduría está contigo y conoce tus obras,
y estaba presente cuando hacías el mundo,
y entiende lo que es agradable a tus ojos,
y lo que es recto según tus mandamientos.

10 Envíala desde los cielos santos,
y pídele que venga desde el trono de tu gloria,
para que estando presente conmigo ella pueda obrar,
y yo aprenda lo que te agrada.

11 Porque ella conoce y entiende todas las cosas,
y me guiará con prudencia en mis acciones.
Ella me guardará en su gloria.

12 Así mis obras serán aceptables.
Juzgaré a tu pueblo con justicia,
y seré digno del trono de mi padre.

13 Pues, ¿qué hombre conocerá el consejo de Dios?
¿O quién concebirá lo que el Señor quiere?

14 Porque los pensamientos de los mortales son inestables,
y nuestros planes son propensos a fracasar.

15 Porque un cuerpo corruptible agobia el alma.
La tienda terrenal oprime una mente que está llena de cuidados.

16 Apenas podemos adivinar las cosas que están en la tierra,
y encontramos con trabajo las cosas que tenemos a mano;
pero, ¿quién ha rastreado las cosas que están en los cielos?

17 ¿Quién obtuvo conocimiento de tu consejo, a menos que tú dieras sabiduría,
y enviaras tu santo espíritu desde lo alto?

18 Fue así como se corrigieron los caminos de los que están en la tierra,
y a los hombres se les enseñó las cosas que te agradan.
Ellos fueron salvados mediante la sabiduría.»

Capítulo 10

1 La sabiduría guardó hasta el fin al primer padre formado del mundo, que fue creado solo,
y lo libró de su propia transgresión,

2 y le dio fuerza para gobernar sobre todas las cosas.

3 Pero cuando un hombre injusto se apartó de ella en su ira,
él mismo pereció en la furia con la que mató a su hermano.

4 Cuando por su causa la tierra se estaba ahogando con un diluvio,
la sabiduría volvió a salvarla,
guiando el curso del hombre justo por un simple pedazo de madera.

5 Además, cuando las naciones, al unirse en la maldad, habían sido confundidas,
la sabiduría conoció al hombre justo, y lo preservó intachable para Dios,
y lo mantuvo fuerte cuando su corazón anhelaba a su hijo.

6 Mientras los impíos perecían, la sabiduría libró a un hombre justo,
cuando huía del fuego que descendía del cielo sobre las cinco ciudades.

7 De cuya maldad aún es testigo un yermo humeante,
y plantas que dan un fruto hermoso que no madura,
y un alma incrédula tiene como memorial: una columna de sal erigida.

8 Porque habiendo pasado por alto la sabiduría,
no solo quedaron incapacitados para reconocer las cosas que son buenas,
sino que también dejaron tras de sí para su vida un monumento de su necedad,
a fin de que allí donde tropezaron, ni siquiera pudieran pasar inadvertidos;

9 pero la sabiduría libró de las tribulaciones a los que la sirvieron.

10 Cuando un hombre justo era fugitivo de la ira de su hermano, la sabiduría lo guió por sendas rectas.
Ella le mostró el reino de Dios, y le dio conocimiento de las cosas santas.
Ella lo hizo prosperar en sus afanes, y multiplicó los frutos de su labor.

11 Cuando en su avaricia los hombres lo trataron con dureza,
ella estuvo a su lado y lo hizo rico.

12 Ella lo guardó de sus enemigos,
y lo mantuvo a salvo de los que acechaban.
Sobre su severo conflicto, ella veló como juez,
para que él supiera que la piedad es más poderosa que todos.

13 Cuando un hombre justo fue vendido, la sabiduría no lo desamparó,
sino que lo libró del pecado.
Ella descendió con él a un calabozo,

14 y en las cadenas no se apartó de él,
hasta que le trajo el cetro de un reino,
y autoridad sobre los que lo trataron como un tirano.
Ella también demostró que los que lo habían acusado burlonamente eran falsos,
y le dio gloria eterna.

15 La sabiduría libró a un pueblo santo y a un linaje intachable de una nación de opresores.

16 Entró en el alma de un siervo del Señor,
y resistió a reyes terribles con prodigios y señales.

17 Rindió a los hombres santos una recompensa por sus afanes.
Los guió por un camino maravilloso,
y se convirtió para ellos en una cubierta durante el día,
y en una llama estrellada durante la noche.

18 Los hizo cruzar el mar Rojo,
y los guió a través de muchas aguas;

19 pero ahogó a sus enemigos,
y los arrojó desde el fondo del abismo.

20 Por tanto, los justos saquearon a los impíos,
y cantaron alabanzas a tu santo nombre, oh Señor,
y ensalzaron unánimes tu mano que luchó por ellos,

21 porque la sabiduría abrió la boca de los mudos,
e hizo que las lenguas de los niños hablaran con claridad.

Capítulo 11

1 La sabiduría prosperó sus obras por mano de un santo profeta.

2 Viajaron por un desierto deshabitado,
y levantaron sus tiendas en regiones sin caminos.

3 Resistieron a los enemigos y rechazaron a los adversarios.

4 Tuvieron sed, y clamaron a ti,
y les fue dada agua de la roca pedernal,
y el alivio de su sed de la piedra dura.

5 Porque con las mismas cosas con que sus enemigos fueron castigados,
con esas mismas fueron ellos beneficiados en su necesidad.

6 Cuando los enemigos fueron turbados con sangre coagulada
en lugar de la fuente perenne de un río,

7 para reprender el decreto de la matanza de infantes,
tú les diste agua abundante más allá de toda esperanza,

8 habiendo mostrado por la sed que habían padecido
cómo castigaste a los adversarios.

9 Pues cuando fueron probados, aunque disciplinados con misericordia,
aprendieron cómo los impíos fueron atormentados, siendo juzgados con ira.

10 Porque a estos los probaste como un padre que los amonesta;
pero a aquellos los escudriñaste como un rey severo que los condena.

11 Sí, y ya estuvieran lejos o cerca,
fueron igualmente afligidos;

12 porque un doble dolor se apoderó de ellos,
y un gemido al recordar las cosas pasadas.

13 Porque cuando oyeron que a través de sus propios castigos los otros se beneficiaban,
reconocieron al Señor.

14 Porque a aquel que mucho antes fue arrojado y expuesto, dejaron de burlarse.
Al final de lo acontecido, se maravillaron,
habiendo tenido sed de otra manera que los justos.

15 Pero en pago por las insensatas imaginaciones de su injusticia,
por las cuales fueron extraviados a adorar reptiles irracionales y viles sabandijas,
enviaste sobre ellos una multitud de criaturas irracionales para castigarlos,

16 para que aprendieran que con las mismas cosas que un hombre peca, con esas es castigado.

17 Porque a tu mano todopoderosa
que creó el mundo de la materia informe
no le faltaron medios para enviar sobre ellos una multitud de osos, leones feroces,

18 o bestias salvajes recién creadas y desconocidas, llenas de furor,
ya sea exhalando un soplo de aliento ardiente,
o vomitando humo,
o lanzando terribles chispas de sus ojos;

19 las cuales tenían poder no solo para consumirlos con su violencia,
sino para destruirlos incluso por el terror de su aspecto.

20 Sí, y sin estas podrían haber caído de un solo soplo,
siendo perseguidos por la Justicia, y esparcidos por el aliento de tu poder;
pero tú dispusiste todas las cosas con medida, número y peso.

21 Pues tener gran fuerza es tuyo en todo tiempo.
¿Quién podría resistir el poder de tu brazo?

22 Porque el mundo entero ante ti es como un grano en la balanza,
y como una gota de rocío que desciende sobre la tierra por la mañana.

23 Pero tú tienes misericordia de todos los hombres, porque tienes poder para hacer todas las cosas,
y pasas por alto los pecados de los hombres para que se arrepientan.

24 Porque amas todas las cosas que existen,
y no aborreces nada de lo que hiciste;
pues nunca habrías formado nada si lo odiaras.

25 ¿Cómo habría perdurado algo a menos que tú lo hubieses querido?
O lo que no fue llamado por ti, ¿cómo se habría conservado?

26 Pero tú perdonas todas las cosas, porque son tuyas,
oh Señor Soberano, tú que amas a los vivientes.

Capítulo 12

1 Porque tu espíritu incorruptible está en todas las cosas.

2 Por tanto, convences poco a poco a los que caen del camino recto,
y, recordándoles las cosas en las que pecan, los amonestas,
para que escapando de su maldad crean en ti, oh Señor.

3 Pues verdaderamente a los antiguos moradores de tu tierra santa,

4 odiándolos porque practicaban obras detestables de encantamientos y ritos impíos—

5 matanzas despiadadas de infantes
y banquetes de sacrificios de carne humana y de sangre—

6 aliados en una comunión impía,
y asesinos de sus propios bebés indefensos,
fue tu designio destruirlos por mano de nuestros padres;

7 para que la tierra que a tus ojos es la más preciosa de todas
recibiera una colonia digna de los siervos de Dios.

8 Sin embargo, incluso a estos los perdonaste como a hombres,
y enviaste avispas como precursoras de tu ejército,
para hacerlos perecer poco a poco.

9 No porque fueses incapaz de someter a los impíos bajo la mano de los justos en batalla,
o por terribles bestias o por una palabra severa acabar con ellos de una vez,

10 sino que juzgándolos poco a poco les diste la oportunidad de arrepentirse,
no ignorando que su naturaleza de nacimiento era mala,
su maldad innata,
y que su manera de pensar nunca cambiaría.

11 Porque eran un linaje maldito desde el principio.
No fue por temor a nadie que los dejaste sin castigo por sus pecados.

12 Pues, ¿quién dirá: «¿Qué has hecho?»
O «¿Quién resistirá tu juicio?»
¿Quién te acusará por la destrucción de las naciones que tú causaste?
¿O quién vendrá y se pondrá ante ti como vengador de hombres injustos?

13 Porque no hay ningún Dios fuera de ti que cuide de todos,
para que tengas que demostrar que no juzgaste injustamente.

14 Ningún rey ni príncipe podrá confrontarte
acerca de aquellos a quienes has castigado.

15 Pero siendo justo, tú gobiernas todas las cosas con justicia,
considerando ajeno a tu poder
condenar a quien no merece ser castigado.

16 Porque tu fuerza es la fuente de la justicia,
y tu soberanía sobre todos te hace soportarlos a todos.

17 Pues cuando los hombres no creen que eres perfecto en poder, tú muestras tu fuerza,
y al tratar con los que piensan esto, confundes su audacia.

18 Pero tú, siendo soberano en fuerza, juzgas con mansedumbre,
y con gran indulgencia nos gobiernas;
porque el poder es tuyo cuando lo deseas.

19 Pero enseñaste a tu pueblo mediante tales obras,
cómo el justo debe ser bondadoso.
Hiciste que tus hijos tuvieran buena esperanza,
porque concedes el arrepentimiento cuando los hombres han pecado.

20 Porque si a los que eran enemigos de tus siervos y merecedores de muerte,
te vengaste con tanta deliberación e indulgencia,
dándoles tiempos y oportunidades en los que pudieran escapar de su maldad,

21 ¡con cuánta mayor solicitud juzgaste a tus hijos,
a cuyos padres diste juramentos y pactos de buenas promesas!

22 Por tanto, mientras nos disciplinas, azotas a nuestros enemigos diez mil veces más,
con el propósito de que meditemos en tu bondad cuando juzgamos,
y cuando somos juzgados esperemos misericordia.

23 Por eso también a los injustos que vivieron en una vida de necedad,
los atormentaste a través de sus propias abominaciones.

24 Pues verdaderamente se extraviaron muy lejos en los caminos del error,
tomando por dioses a aquellos animales que incluso entre sus enemigos eran tenidos en deshonra,
engañados como bebés insensatos.

25 Por tanto, como a niños sin raciocinio, enviaste tu juicio para burlarte de ellos.

26 Pero los que no quisieron ser amonestados con correcciones leves
experimentarán el merecido juicio de Dios.

27 Porque mediante los sufrimientos de los que se indignaron,
siendo castigados en estas criaturas que suponían ser dioses,
vieron y reconocieron como el verdadero Dios a aquel a quien antes se habían negado a conocer.
Por tanto también el resultado de la condena extrema vino sobre ellos.

Capítulo 13

1 Pues verdaderamente todos los hombres que no tenían percepción de Dios eran insensatos por naturaleza,
y no obtuvieron el poder de conocer al que existe a partir de las cosas buenas que se ven.
No reconocieron al artífice a partir de sus obras.

2 Sino que pensaron que ya fuera el fuego, o el viento, o el aire veloz,
o las estrellas circundantes, o el agua embravecida, o las lumbreras del cielo
eran dioses que gobiernan el mundo.

3 Si fue por el deleite en su belleza que los tomaron por dioses,
sepan cuánto mejor es su Señor Soberano que estos,
porque el primer autor de la belleza los creó.

4 Pero si fue por asombro ante su poder e influencia,
entonces entiendan por ellos cuánto más poderoso es el que los formó.

5 Porque de la grandeza de la belleza de las cosas creadas,
la humanidad forma la correspondiente percepción de su Hacedor.

6 Sin embargo, para estos hombres hay poca culpa,
porque quizá ellos también se extravían
mientras buscan a Dios y desean encontrarlo.

7 Pues buscan diligentemente mientras viven entre sus obras,
y confían en su vista de que las cosas que miran son hermosas.

8 Pero de nuevo, ni siquiera ellos tienen excusa.

9 Porque si tuvieron poder para conocer tanto,
como para ser capaces de explorar el mundo,
¿cómo es que no encontraron antes al Señor Soberano?

10 Pero eran miserables, y sus esperanzas estaban en cosas muertas,
aquellos que llamaron dioses a lo que son obras de manos de hombres,
oro y plata, hábilmente elaborados, y semejanzas de animales,
o una piedra inútil, obra de una mano antigua.

11 Sí, y algún leñador podría talar un árbol fácil de mover,
quitarle hábilmente toda la corteza,
y darle una forma atractiva, haciendo una vasija útil para servir a las necesidades de su vida.

12 Quemando los sobrantes de su obra para cocinar su comida,
come hasta saciarse.

13 Tomando un desecho descartado que no servía para ningún propósito,
un trozo de madera torcido y lleno de nudos,
lo talla con la diligencia de su ociosidad,
y le da forma con la habilidad de su tiempo libre.
Le da la forma de la imagen de un hombre,

14 o lo hace semejante a algún animal sin valor,
untándolo con algo rojo, pintándolo de rojo,
y cubriendo cada mancha que hay en él.

15 Habiendo preparado un aposento digno para él,
lo coloca en un muro, asegurándolo con hierro.

16 Planea para que no se caiga,
sabiendo que es incapaz de ayudarse a sí mismo
(pues en verdad es una imagen, y necesita ayuda).

17 Cuando hace su oración acerca de los bienes, su matrimonio y sus hijos,
no se avergüenza de hablar a aquello que no tiene vida.

18 Sí, para la salud, invoca a lo que es débil.
Para la vida, implora a lo que está muerto.
Para socorro, suplica a lo que no tiene experiencia.
Para un buen viaje, pide a lo que ni siquiera puede mover un paso.

19 Y para obtener ganancias en los negocios y el buen éxito de sus manos,
pide habilidad a lo que tiene manos sin habilidad.

Capítulo 14

1 De nuevo, uno que se prepara para navegar, y está a punto de viajar sobre olas embravecidas,
invoca a un trozo de madera más frágil que el navío que lo transporta.

2 Pues el hambre de lucro lo ideó,
y la sabiduría fue el artífice que lo construyó.

3 Tu providencia, oh Padre, lo guía,
porque incluso en el mar trazaste un camino,
y en las olas un sendero seguro,

4 mostrando que puedes salvar de todo peligro,
para que incluso un hombre sin habilidad pueda hacerse a la mar.

5 Es tu voluntad que las obras de tu sabiduría no sean ineficaces.
Por tanto, los hombres también confían sus vidas a un pequeño trozo de madera,
y pasando a través de la marejada en una balsa llegan a salvo a tierra.

6 Porque también en tiempos antiguos, cuando los gigantes orgullosos perecían,
la esperanza del mundo, refugiándose en una balsa,
guiada por tu mano, dejó a los siglos la semilla de la raza de los hombres.

7 Porque bendito es el madero por el cual viene la justicia;

8 pero el ídolo hecho con manos es maldito, él mismo y el que lo hizo;
porque suya fue la obra, y la cosa corruptible fue llamada dios.

9 Porque tanto el impío como su impiedad son igualmente odiosos a Dios;

10 pues en verdad la obra será castigada junto con el que la cometió.

11 Por tanto también habrá una visitación entre los ídolos de la nación,
porque, aunque formados de cosas que Dios creó, se convirtieron en una abominación,
en piedras de tropiezo para las almas de los hombres,
y un lazo para los pies de los insensatos.

12 Porque la invención de los ídolos fue el principio de la fornicación,
y la invención de ellos la corrupción de la vida.

13 Porque no existían desde el principio, y no existirán para siempre.

14 Pues por la jactancia de los hombres entraron en el mundo,
y por tanto un rápido fin fue planeado para ellos.

15 Porque un padre consumido por el dolor prematuro,
haciendo una imagen del hijo que fue arrebatado repentinamente,
honró ahora como a un dios a quien entonces era un ser humano muerto,
y transmitió a sus subordinados misterios y ritos solemnes.

16 Después la impía costumbre, fortalecida con el paso del tiempo, se guardó como ley,
y las imágenes talladas recibieron adoración por los mandamientos de los príncipes.

17 Y cuando los hombres no podían honrarlos en persona porque vivían lejos,
imaginando la semejanza desde lejos,
hicieron una imagen visible del rey a quien honraban,
para que por su celo pudieran adular al ausente como si estuviera presente.

18 Pero la adoración fue elevada a un grado aún mayor, incluso por los que no lo conocían,
impulsada por la ambición del artífice;

19 porque este, deseando quizá agradar a su gobernante,
usó su arte para forzar la semejanza hacia una mayor belleza.

20 Así la multitud, seducida a causa de la gracia de su obra,
considera ahora como objeto de devoción a aquel que poco antes era honrado como hombre.

21 Y esto se convirtió en una trampa,
porque los hombres, sometidos ya a la calamidad o a la tiranía,
invistieron a las piedras y los maderos con el Nombre que no debe ser compartido.

22 Después no les bastó con extraviarse respecto al conocimiento de Dios,
sino que también, mientras viven en una gran guerra de ignorancia, a una multitud de males llaman paz.

23 Porque ya sea sacrificando infantes en ritos solemnes, o celebrando misterios secretos,
o manteniendo juergas frenéticas de extrañas costumbres,

24 ya no guardan ni la vida ni la pureza del matrimonio,
sino que uno trae sobre otro, ya la muerte por traición, o la angustia por adulterio.

25 Y todas las cosas confusamente están llenas de sangre y asesinato, robo y engaño,
corrupción, infidelidad, tumulto, perjurio,

26 confusión sobre lo que es bueno, olvido de los favores,
ingratitud por los beneficios,
profanación de almas, confusión de sexo,
desorden en el matrimonio, adulterio y libertinaje.

27 Porque la adoración de ídolos que no deben ser nombrados
es el principio, causa y fin de todo mal.

28 Porque sus adoradores o se regocijan hasta la locura, o profetizan mentiras,
o viven injustamente, o cometen perjurio a la ligera.

29 Porque poniendo su confianza en ídolos sin vida,
al haber jurado falsamente, no esperan sufrir daño.

30 Pero por ambos motivos el justo castigo los perseguirá,
porque tuvieron malos pensamientos de Dios al prestar atención a los ídolos,
y juraron injustamente en el engaño por desprecio a la santidad.

31 Porque no es el poder de las cosas por las que los hombres juran,
sino que es la justa pena para los que pecan
la que siempre visita la transgresión de los injustos.

Capítulo 15

1 Pero tú, nuestro Dios, eres clemente y verdadero,
paciente, y ordenas todas las cosas con misericordia.

2 Pues aunque pequemos, somos tuyos, conociendo tu dominio;
pero no pecaremos, sabiendo que hemos sido tenidos por tuyos.

3 Porque conocerte es la perfecta justicia,
y conocer tu dominio es la raíz de la inmortalidad.

4 Porque no fuimos extraviados por ninguna mala artimaña de los hombres,
ni por la vana labor de los pintores,
una forma manchada con colores variados,

5 cuya vista lleva a los insensatos a la concupiscencia.
Su deseo es por la forma sin aliento de una imagen muerta.

6 Amantes de cosas malas, y dignos de tales esperanzas,
son los que las hacen, las desean y las adoran.

7 Porque un alfarero, amasando tierra blanda,
moldea laboriosamente cada vasija para nuestro servicio.
Él da forma a partir de la misma arcilla
tanto a las vasijas que sirven para usos limpios, como a las de clase contraria,
todas de la misma manera.
Cuál será el uso de cada vasija de una u otra clase,
el alfarero es quien lo juzga.

8 También, trabajando para un mal fin, moldea un dios vano de la misma arcilla,
el cual, habiendo sido hecho de tierra poco antes,
al cabo de un breve tiempo regresa a la tierra de la que fue tomado,
cuando se le pide que devuelva el alma que se le prestó.

9 Sin embargo, tiene una preocupación ansiosa,
no porque sus fuerzas deban fallar,
ni porque su lapso de vida sea corto;
Sino que se compara con los orfebres y plateros,
e imita a los moldeadores en latón,
y considera grandioso moldear dioses falsos.

10 Su corazón es ceniza.
Su esperanza es de menos valor que la tierra.
Su vida es de menos honra que la arcilla,

11 porque ignoraba a aquel que lo moldeó,
y al que inspiró en él un alma activa,
y sopló en él un espíritu vital.

12 Sino que consideró nuestra vida como un juego,
y nuestra existencia como un festival de lucro;
pues dice: hay que obtener ganancias como sea, aunque sea por el mal.

13 Porque este hombre, más que todos los demás, sabe que peca,
haciendo vasijas quebradizas e imágenes grabadas de materia terrenal.

14 Pero los más insensatos y más miserables que un bebé,
son los enemigos de tu pueblo, que los oprimieron;

15 porque incluso consideraron dioses a todos los ídolos de las naciones,
los cuales no tienen uso de ojos para ver,
ni narices para respirar el aliento,
ni oídos para oír,
ni dedos para palpar,
y sus pies son inútiles para caminar.

16 Porque un hombre los hizo,
y uno cuyo propio espíritu es prestado los moldeó;
porque nadie tiene poder, como hombre, para moldear un dios semejante a sí mismo.

17 Sino que, siendo mortal, hace una cosa muerta por obra de manos inicuas;
porque él es mejor que los objetos de su adoración,
puesto que él sí tuvo vida, pero ellos nunca la tuvieron.

18 Sí, y adoran a las criaturas que son más odiosas,
porque, comparadas en cuanto a la falta de sentido, estas son peores que todas las demás;

19 Ni tampoco, vistas junto a otras criaturas, son hermosas, de modo que uno debiera desearlas,
sino que han escapado tanto a la alabanza de Dios como a su bendición.

Capítulo 16

1 Por esta causa, fueron merecidamente castigados por medio de criaturas semejantes a las que adoraban,
y atormentados por una multitud de sabandijas.

2 En lugar de este castigo, tú, concediendo beneficios a tu pueblo,
preparaste codornices para su alimento,
un manjar para satisfacer el deseo de su apetito,

3 a fin de que tus enemigos, deseando alimento,
por la repugnancia de las criaturas enviadas entre ellos,
aborrecieran incluso el apetito necesario;
pero estos, tu pueblo, habiendo sufrido escasez por un corto tiempo,
pudieran incluso participar de manjares.

4 Porque era necesario que una escasez ineludible viniera sobre aquellos opresores,
pero que a estos solo se les mostrara cómo eran atormentados sus enemigos.

5 Pues incluso cuando la terrible furia de las bestias salvajes vino sobre tu pueblo,
y perecían por las mordeduras de serpientes tortuosas,
tu ira no continuó hasta el extremo;

6 sino que para amonestación fueron turbados por un corto tiempo,
teniendo una señal de salvación
para recordarles el mandamiento de tu ley;

7 pues el que se volvía hacia ella no era salvo por lo que veía,
sino por ti, el Salvador de todos.

8 Sí, y en esto persuadiste a nuestros enemigos
de que tú eres quien libra de todo mal.

9 Porque las picaduras de langostas y moscas verdaderamente los mataron.
No se halló curación para su vida,
porque eran dignos de ser castigados por tales cosas.

10 Pero tus hijos no fueron vencidos ni siquiera por los colmillos de dragones venenosos,
porque tu misericordia pasó por donde estaban y los sanó.

11 Porque fueron mordidos para recordarles tus oráculos,
y fueron salvados rápidamente, no sea que, cayendo en un profundo olvido,
se volvieran incapaces de responder a tu bondad.

12 Pues verdaderamente no fue hierba ni cataplasma lo que los curó,
sino tu palabra, oh Señor, que sana a todas las personas.

13 Porque tú tienes autoridad sobre la vida y la muerte,
y haces descender a las puertas del Hades, y haces subir de nuevo.

14 Pero aunque un hombre mata por su maldad,
no puede recuperar el espíritu que ha partido
ni liberar al alma encarcelada.

15 Pero no es posible escapar de tu mano;

16 porque los hombres impíos, rehusando conocerte, fueron azotados con la fuerza de tu brazo,
perseguidos con lluvias y granizos extraños y tormentas implacables,
y completamente consumidos por el fuego.

17 Pues, lo que era más maravilloso,
en el agua que todo lo apaga, el fuego ardía con más fuerza;
porque el mundo lucha por los justos.

18 Porque en un momento la llama fue restringida,
para que no quemara a las criaturas enviadas contra los impíos,
sino que estos mismos al mirar pudieran ver que eran perseguidos por el juicio de Dios.

19 En otro momento, incluso en medio del agua, arde más intensamente que el fuego,
para destruir los productos de una tierra injusta.

20 En lugar de estas cosas, diste a tu pueblo alimento de ángeles para comer,
y les proveíste pan del cielo listo para comer sin esfuerzo,
teniendo la virtud de todo sabor agradable,
y grato a todo gusto.

21 Porque tu naturaleza mostraba tu dulzura hacia tus hijos,
mientras que aquel pan, sirviendo al deseo del que comía,
se transformaba según la elección de cada hombre.

22 Pero la nieve y el hielo soportaron el fuego, y no se derritieron,
para que la gente supiera que el fuego estaba destruyendo los frutos de los enemigos,
ardiendo en el granizo y relampagueando en las lluvias;

23 y que este fuego, a su vez, para que los justos pudieran ser nutridos,
había olvidado incluso su propio poder.

24 Porque la creación, sirviéndote a ti, su hacedor,
tensa su fuerza contra los injustos para castigo
y, con bondad, la afloja en favor de los que confían en ti.

25 Por tanto, también en aquel tiempo, convirtiéndose a sí misma en todas las formas,
sirvió a tu bondad que todo lo nutre,
según el deseo de los que tenían necesidad,

26 para que tus hijos, a quienes amaste, oh Señor, pudieran aprender
que no es el crecimiento de las cosechas lo que nutre al hombre,
sino que tu palabra preserva a los que confían en ti.

27 Porque lo que no fue destruido por el fuego,
se derretía cuando era simplemente calentado por un tenue rayo de sol,

28 para que se supiera que debemos levantarnos antes que el sol para darte gracias,
y debemos orar a ti al despuntar la luz;

29 porque la esperanza del ingrato se derretirá como la escarcha del invierno,
y se escurrirá como agua inútil.

Capítulo 17

1 Porque tus juicios son grandes y difíciles de interpretar;
por tanto, las almas indisciplinadas se extraviaron.

2 Pues cuando los hombres inicuos habían supuesto que tenían en su poder a una nación santa,
ellos, prisioneros de las tinieblas y atados con los grilletes de una larga noche,
encerrados bajo sus techos,
yacían exiliados de la providencia eterna.

3 Porque mientras pensaban que pasaban inadvertidos en sus pecados secretos,
fueron separados unos de otros por una oscura cortina de olvido,
sobrecogidos de un terror terrible y muy turbados por apariciones.

4 Porque ni siquiera los rincones oscuros que los albergaban los guardaban de los temores,
sino que sonidos aterradores resonaban a su alrededor,
y lúgubres fantasmas aparecían con rostros sin sonrisa.

5 Y ningún poder del fuego prevaleció para dar luz,
ni las llamas más brillantes de las estrellas fueron lo suficientemente fuertes para iluminar aquella noche lúgubre;

6 sino que solo el resplandor de un fuego encendido por sí mismo se les aparecía, lleno de temor.
Aterrorizados, consideraban las cosas que veían
como peores que aquella visión, sobre la cual no podían fijar la mirada.

7 Las burlas de sus artes mágicas eran ahora impotentes,
y una vergonzosa reprensión de su jactancioso entendimiento:

8 Pues aquellos que prometían ahuyentar los terrores y desórdenes de un alma enferma,
estos mismos estaban enfermos de un miedo ridículo.

9 Porque aunque ninguna cosa perturbadora los asustara,
sin embargo, asustados por el arrastrarse de sabandijas y el silbido de serpientes,

10 perecían temblando de miedo,
rehusando incluso mirar al aire, del cual no se podía escapar por ningún lado.

11 Porque la maldad, condenada por un testigo interior, es algo cobarde,
y, siendo presionada duramente por la conciencia, siempre ha añadido pronósticos de lo peor.

12 Pues el miedo no es otra cosa que la renuncia a la ayuda que ofrece la razón;

13 y desde dentro, la expectativa de ser menos
prefiere la ignorancia de la causa que trae el tormento.

14 Pero ellos, durante toda aquella noche que verdaderamente era impotente,
y que vino sobre ellos desde los rincones del impotente Hades,
durmiendo el mismo sueño,

15 ahora eran acosados por apariciones monstruosas,
y ahora estaban paralizados por la rendición de su alma;
porque un miedo repentino e inesperado vino sobre ellos.

16 Así entonces, quienquiera que fuese, cayendo en su lugar,
era mantenido cautivo, encerrado en aquella prisión que no estaba cerrada con barras de hierro;

17 porque ya fuera un granjero, o un pastor,
o un trabajador cuyos afanes estaban en el desierto,
era sorprendido y soportaba aquella sentencia ineludible;
pues todos estaban atados con una misma cadena de tinieblas.

18 Ya fuera que hubiera un viento silbante,
o el sonido melodioso de pájaros entre las ramas extendidas,
o el caer acompasado del agua que corría violentamente,

19 o el áspero estruendo de rocas arrojadas hacia abajo,
o la rápida carrera de animales saltando sin ser vistos,
o la voz de bestias salvajes rugiendo ásperamente,
o un eco rebotando en las cavidades de las montañas,
todas estas cosas los paralizaban de terror.

20 Porque el mundo entero estaba iluminado con luz clara,
y estaba ocupado en trabajos sin estorbos,

21 mientras que solo sobre ellos se extendía una pesada noche,
una imagen de las tinieblas que después habrían de recibirlos;
pero para sí mismos, eran más pesados que las tinieblas.

Capítulo 18

1 Pero para tus santos hubo una gran luz.
Sus enemigos, oyendo su voz pero no viendo su forma,
consideraron como algo feliz que ellos también hubieran sufrido,

2 pero por el hecho de que no les hacen daño, aunque antes fueron agraviados por ellos, están agradecidos;
y porque habían estado en desacuerdo con ellos, rogaron perdón.

3 Por tanto proveíste una columna ardiente de fuego,
para que fuera guía en el viaje desconocido de tu pueblo,
y un sol inofensivo para su glorioso exilio.

4 Porque los egipcios bien merecían ser privados de la luz y encarcelados por las tinieblas,
ellos que habían encarcelado a tus hijos,

a través de los cuales la luz incorruptible de la ley habría de ser dada a la raza de los hombres.

5 Después de haber deliberado matar a los infantes de los santos,
y cuando un solo niño había sido abandonado y salvado para convencerlos de su pecado,
les quitaste su multitud de hijos,
y destruiste a todo su ejército junto en un poderoso diluvio.

6 A nuestros padres se les dio a conocer aquella noche de antemano,
para que, teniendo un conocimiento seguro, pudieran ser animados por los juramentos en los que habían confiado.

7 La salvación de los justos y la destrucción de los enemigos fue esperada por tu pueblo.

8 Porque así como te vengaste de los adversarios,
por el mismo medio, llamándonos a ti, nos glorificaste.

9 Porque los hijos santos de los hombres buenos ofrecieron sacrificios en secreto,
y de común acuerdo asintieron al pacto de la ley divina,
de que participarían por igual en los mismos bienes y en los mismos peligros,
mientras los padres ya entonaban los cánticos sagrados de alabanza.

10 Pero el grito discordante de los enemigos resonaba en respuesta,
y una lastimera voz de lamento por los niños se extendió por doquier.

11 Tanto el siervo como el amo fueron castigados con el mismo justo final,
y el plebeyo sufriendo lo mismo que el rey;

12 Sí, todos ellos juntos, bajo una misma forma de muerte,
tuvieron cadáveres sin número.
Pues los vivos no eran suficientes ni siquiera para enterrarlos,
ya que, de un solo golpe, su descendencia más querida fue consumida.

13 Porque mientras no creían en nada a causa de los encantamientos,
ante la destrucción de los primogénitos confesaron que el pueblo era hijo de Dios.

14 Pues mientras un pacífico silencio lo envolvía todo,
y la noche en su propio curso veloz iba a la mitad,

15 tu palabra todopoderosa saltó desde el cielo, desde el trono real,
cual guerrero severo, en medio de la tierra condenada,

16 llevando como una espada afilada tu mandamiento auténtico,
y, deteniéndose, lo llenó todo de muerte,
y mientras tocaba el cielo, se afirmaba sobre la tierra.

17 Entonces, inmediatamente, apariciones en sueños los turbaron terriblemente,
y temores inesperados vinieron sobre ellos.

18 Y cada uno, uno arrojado aquí medio muerto, otro allá,
daba a conocer por qué estaba muriendo;

19 porque los sueños, perturbándolos, les advirtieron de antemano de esto,
para que no perecieran sin saber por qué eran afligidos.

20 La experiencia de la muerte también tocó a los justos,
y una multitud fue destruida en el desierto,
pero la ira no duró mucho.

21 Porque un hombre intachable se apresuró a ser su campeón,
trayendo el arma de su propio ministerio,
la oración y el sacrificio expiatorio del incienso.
Él resistió a la indignación y puso fin a la calamidad,
mostrando que era tu siervo.

22 Y venció a la cólera,
no por fuerza de cuerpo, ni por poder de armas,
sino que por su palabra, sometió al vengador
al traer a la memoria los juramentos y pactos hechos con los padres.

23 Porque cuando los muertos ya habían caído a montones unos sobre otros,
él intervino y detuvo la ira,
y cortó su paso hacia los vivos.

24 Porque el mundo entero estaba representado en su larga túnica,
y las glorias de los padres estaban sobre el grabado de las cuatro hileras de piedras preciosas,
y tu majestad estaba sobre la diadema en su cabeza.

25 El destructor cedió ante estas cosas, y temieron;
porque bastaba solo con probar la ira.

Capítulo 19

1 Pero la indignación sin misericordia vino sobre los impíos hasta el fin;
porque Dios también conoció de antemano su futuro,

2 cómo, habiendo cambiado de opinión para dejar ir a tu pueblo,
y habiéndolos despachado ansiosamente en su camino,
cambiarían de opinión y los perseguirían.

3 Porque mientras aún estaban en medio de su duelo,
y lamentándose en las tumbas de los muertos,
tomaron otra decisión insensata,
y persiguieron como fugitivos a aquellos a quienes habían rogado que se marcharan y habían expulsado.

4 Porque el destino que merecían los arrastraba a este fin,
y les hizo olvidar las cosas que les habían sucedido,
para que pudieran completar el castigo que aún faltaba de sus tormentos,

5 y para que tu pueblo viajara por un camino maravilloso,
pero ellos mismos encontraran una muerte extraña.

6 Porque toda la creación, cada parte en su diverso género, fue renovada,
cumpliendo con tus mandamientos,
para que tus siervos pudieran ser guardados ilesos.

7 Entonces se vio la nube que ensombrecía el campamento,
y tierra seca emergiendo de lo que había sido agua,
del mar Rojo un camino sin estorbos,
y una llanura cubierta de hierba en lugar del violento oleaje,

8 por el cual pasaron con todo su ejército,
estos que estaban cubiertos por tu mano,
habiendo visto maravillas extrañas.

9 Porque como caballos vagaban libremente,
y saltaban como corderos,
alabándote a ti, oh Señor, que fuiste su libertador.

10 Porque aún recordaban las cosas que sucedieron en el tiempo de su peregrinación,
cómo en lugar de dar ganado, la tierra produjo piojos,
y en lugar de peces, el río arrojó una multitud de ranas.

11 Pero después, también vieron una nueva clase de aves,
cuando, llevados por el deseo, pidieron manjares lujosos;

12 pues, para consolarlos, subieron para ellos codornices desde el mar.

13 Los castigos vinieron sobre los pecadores,
no sin las señales que fueron dadas de antemano por la violencia de los truenos,
porque sufrieron justamente a causa de sus propias maldades,
pues el odio que practicaron hacia los huéspedes fue verdaderamente grave.

14 Porque mientras los otros no recibieron a los forasteros cuando acudieron a ellos,
los egipcios hicieron esclavos a huéspedes que eran sus benefactores.

15 Y no solo eso, sino que mientras a los primeros les sobrevendrá algún tipo de castigo,
puesto que recibieron como enemigos a los que eran extranjeros;

16 porque estos primero acogieron con festejos,
y luego afligieron con espantosos trabajos,
a aquellos que ya habían compartido con ellos los mismos derechos.

17 Y además fueron heridos con la pérdida de la vista
(tal como aquellos otros a las puertas del hombre justo),
cuando, estando rodeados de densas tinieblas,
cada uno buscaba el paso a través de su propia puerta.

18 Porque así como las notas de un laúd varían el carácter del ritmo,
aun así los elementos, cambiando su orden unos con otros,
continúan siempre en su sonido,
como puede deducirse claramente de la contemplación de las cosas que han sucedido.

19 Porque las criaturas de la tierra seca se convirtieron en criaturas de las aguas,
y las criaturas que nadan se movieron sobre la tierra.

20 El fuego mantuvo el dominio de su propio poder en el agua,
y el agua olvidó su naturaleza de apagar.

21 Por el contrario, las llamas no consumieron la carne de las criaturas perecederas que caminaban entre ellas,
ni derritieron los granos cristalinos del alimento ambrosial que se derretían fácilmente.

22 Porque en todas las cosas, oh Señor, magnificaste a tu pueblo,
y los glorificaste y no los tuviste en poco,
estando a su lado en todo tiempo y lugar.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

ECLESIÁSTICO (SIRÁCIDA)

✦

Prólogo

1 CONSIDERANDO que son muchas y grandes las cosas que nos han sido entregadas por la ley y los profetas, y por los demás que han seguido sus pasos, por lo que debemos alabar a Israel por la instrucción y la sabiduría; y puesto que no sólo los lectores deben llegar a ser hábiles ellos mismos, sino que también los que aman la enseñanza deben ser capaces de aprovechar a los que están fuera, tanto hablando como escribiendo; mi abuelo Jesús, habiéndose entregado mucho a la lectura de la ley, y de los profetas, y de los demás libros de nuestros padres, y habiendo adquirido gran familiaridad con ellos, se vio también impulsado a escribir algo relativo a la instrucción y a la sabiduría, a fin de que los que aman la enseñanza, y se dedican a estas cosas, puedan progresar mucho más viviendo según la ley. Se os ruega, por tanto, que leáis con agrado y atención, y que nos perdonéis si en algunas partes de lo que nos hemos esforzado en interpretar, parece que fallamos en algunas de las frases. Porque las cosas originalmente dichas en hebreo no tienen la misma fuerza cuando se traducen a otra lengua. No sólo éstas, sino la misma ley, y las profecías, y el resto de los libros, tienen no poca diferencia, cuando se hablan en su idioma original. Porque habiendo llegado a Egipto en el año treinta y ocho del rey Energetes, y habiendo permanecido allí algún tiempo, encontré una copia que daba no poca instrucción. Por lo tanto, me pareció muy necesario aplicar cierta diligencia y trabajo para traducir este libro, aplicando ciertamente mucha vigilancia y habilidad en ese espacio de tiempo para llevar el libro a su fin y publicarlo también para ellos, que en la tierra de sus viajes están deseando aprender, preparando su carácter por adelantado, para vivir de acuerdo con la ley.

Capítulo 1

1 Toda sabiduría viene del Señor,
y está con él para siempre.

2 Quién puede contar la arena de los mares,
las gotas de lluvia,
y los días de la eternidad?

3 Que buscará la altura del cielo,
la anchura de la tierra, la profundidad,
¿y la sabiduría?

4 La sabiduría ha sido creada antes que todas las cosas,
y el entendimiento de la prudencia desde siempre.

6 ¿A quién se le ha revelado la raíz de la sabiduría?
¿Quién ha conocido sus sagaces consejos?

8 Hay un sabio, muy temible,
sentado en su trono: el Señor.

9 Él la creó.
La vio y la midió.
La derramó sobre todas sus obras.

10 Ella está con toda la carne según su don.
La entregó gratuitamente a los que le aman.

11 El temor del Señor es la gloria, la exaltación,
alegría, y una corona de regocijo.

12 El temor del Señor deleitará el corazón,
y dará alegría, gozo y duración de los días.

13 Quien teme al Señor, le irá bien al final.
Será bendecido en el día de su muerte.

14 Temer al Señor es el principio de la sabiduría.
Fue creado junto con los fieles en el vientre materno.

15 Ella puso un fundamento eterno con los hombres.
Se confiará en ella entre sus descendientes.

16 Temer al Señor es la plenitud de la sabiduría.
Embriaga a los hombres con sus frutos.

17 Ella llenará toda su casa de cosas deseables,
y sus almacenes con sus productos.

18 El temor del Señor es la corona de la sabiduría,
haciendo que florezca la paz y la salud perfecta.

19 La vio y la midió.
Llovió la habilidad y el conocimiento de la comprensión,
y exaltó el honor de los que la sostienen.

20 Temer al Señor es la raíz de la sabiduría.
Sus ramas tienen una duración de días.

22 La ira injusta nunca puede ser justificada,
porque su ira inclina la balanza hacia su caída.

23 El hombre paciente resistirá por un tiempo,
y después le brotará la alegría.

24 Él ocultará sus palabras hasta el momento oportuno,
y los labios de muchos hablarán de su entendimiento.

25 En los tesoros de la sabiduría hay un dicho sabio;
pero la piedad es una abominación para un pecador.

26 Si deseas la sabiduría, guarda los mandamientos
y el Señor te la dará gratuitamente;

27 porque el temor del Señor es sabiduría e instrucción.
La fe y la humildad son su buen gusto.

28 No desobedezcas el temor del Señor.
No vengas a él con un doble corazón.

29 No seas hipócrita a la vista de los hombres.
Vigila tus labios.

30 No te exaltes,
para que no caigas y traigas la deshonra a tu alma.
El Señor revelará sus secretos
y te arrojará en medio de la congregación,
porque no llegaste al temor del Señor
y tu corazón estaba lleno de engaños.

Capítulo 2

1 Hijo mío, si vienes a servir al Señor,
prepara tu alma para la tentación.

2 Enderece su corazón, aguante constantemente,
y no te apresures en tiempos de calamidad.

3 Aférrate a él y no te apartes,
para que seáis aumentados en vuestro final.

4 Acepta todo lo que se te imponga,
y ten paciencia cuando sufras humillaciones.

5 Porque el oro se prueba en el fuego,
y los hombres aceptables en el horno de la humillación.

6 Pon tu confianza en él, y él te ayudará.
Endereza tus caminos y pon tu esperanza en él.

7 Todos los que teméis al Señor, esperad su misericordia.
No te desvíes, no vaya a ser que te caigas.

8 Todos los que teméis al Señor, poned vuestra confianza en él,
y tu recompensa no fallará.

9 Todos los que teméis al Señor, esperad cosas buenas,
y por la alegría y la misericordia eternas.

10 Mira a las generaciones de antaño, y mira:
¿Quién ha puesto su confianza en el Señor y se ha avergonzado?
¿O quién permaneció en su temor, y fue abandonado?
¿O que lo llamó y lo desatendió?

11 Porque el Señor está lleno de compasión y misericordia.
Él perdona los pecados y salva en tiempo de aflicción.

12 ¡Ay de los corazones temerosos, de las manos desfallecidas!
¡y al pecador que va por dos caminos!

13 ¡Ay del corazón débil! Porque no cree.
Por lo tanto, no se defenderá.

14 ¡Ay de ti, que has perdido la paciencia!
¿Y qué harán todos ustedes cuando el Señor los visite?

15 Los que temen al Señor no desobedecen sus palabras.
Los que le aman guardarán sus caminos.

16 Los que temen al Señor buscarán su beneplácito.
Los que lo aman se llenarán de la ley.

17 Los que temen al Señor prepararán sus corazones,
y humillará sus almas ante sus ojos.

18 Caeremos en las manos del Señor,
y no en manos de los hombres;
pues como su majestad es,
así es también su misericordia.

Capítulo 3

1 Escuchadme, padre mío, oh hijos míos,
y haz lo que oyes, para que todos estéis a salvo.

2 Porque el Señor honra al padre sobre los hijos,
y ha confirmado el juicio de la madre sobre sus hijos.

3 El que honra a su padre hará la expiación de los pecados.

4 El que da gloria a su madre es como el que guarda un tesoro.

5 El que honra a su padre tendrá alegría en sus propios hijos.
Será escuchado en el día de su oración.

6 El que da gloria a su padre tendrá duración de días.
El que escucha al Señor hará descansar a su madre,

7 y servirá bajo sus padres, como a los maestros.

8 Honra a tu padre con hechos y palabras,
para que te llegue una bendición de su parte.

9 Porque la bendición del padre establece las casas de los hijos,
pero la maldición de la madre arranca los cimientos.

10 No te glorifiques en la deshonra de tu padre,
pues la deshonra de tu padre no es gloria para ti.

11 Porque la gloria del hombre proviene del honor de su padre,
y una madre deshonrada es un reproche para sus hijos.

12 Hijo mío, ayuda a tu padre en su vejez,
y no lo lamentes mientras viva.

13 Si no entiende, ten paciencia con él.
No lo deshonres con toda tu fuerza.

14 Porque la bondad con tu padre no será olvidada.
En lugar de los pecados, se añadirá para construirte.

15 En el día de tu aflicción será recordado por ti,
como el buen tiempo sobre el hielo,
por lo que sus pecados también se derretirán.

16 El que abandona a su padre es como un blasfemo.
El que provoca a su madre es maldecido por el Señor.

17 Hijo mío, sigue con tu negocio con humildad;
para que seas amada por un hombre aceptable.

18 Cuanto más grande eres, más te humillas,
y encontrarás el favor ante el Señor.

20 Porque el poder del Señor es grande,
y es glorificado por los que son humildes.

21 No busques cosas que sean demasiado difíciles para ti,
y no busques cosas que estén por encima de tus fuerzas.

22 Piensa en las cosas que se te han ordenado,
porque no tienes necesidad de las cosas que son secretas.

23 No te ocupes demasiado en tareas que te superan,
porque se te muestran más cosas de las que los hombres pueden entender.

24 Porque la presunción de muchos los ha extraviado.
La mala opinión ha hecho que su juicio resbale.

25 No hay luz sin ojos.
No hay sabiduría sin conocimiento.

26 A un corazón obstinado le irá mal al final.
El que ama el peligro perecerá en él.

27 Un corazón obstinado se cargará de problemas.
El pecador amontonará pecado sobre pecado.

28 La calamidad de los soberbios no tiene cura,
porque una hierba de maldad ha echado raíces en él.

29 El corazón del prudente entenderá un proverbio.
Un hombre sabio desea el oído de un oyente.

30 El agua apagará el fuego ardiente;
la limosna hará la expiación de los pecados.

31 El que devuelve los buenos turnos tiene en cuenta lo que viene después.
En el momento de su caída encontrará un apoyo.

Capítulo 4

1 Hijo mío, no prives al pobre de su sustento.
No hagas esperar mucho a los ojos necesitados.

2 No hagas sufrir a un alma hambrienta,
o provocar a un hombre en su angustia.

3 No añadas más problemas a un corazón que está provocado.
No pospongas el dar al que está necesitado.

4 No rechaces a un suplicante en su aflicción.
No le des la espalda a un pobre hombre.

5 No apartes la vista de quien te pide.
No des ocasión a que un hombre te maldiga.

6 Porque si te maldice en la amargura de su alma
el que lo hizo escuchará su súplica.

7 Gánate el cariño de la asamblea.
Inclina tu cabeza ante un gran hombre.

8 Inclina tu oído hacia un pobre.
Respóndele con palabras pacíficas y con humildad.

9 Libera al agraviado de la mano del que lo agravia;
No dudes en juzgar.

10 Sé como un padre para los huérfanos,
y como un marido a su madre.
Así serás como un hijo del Altísimo,
y te querrá más que tu madre.

11 La sabiduría exalta a sus hijos,
y se apodera de los que la buscan.

12 Quien la ama, ama la vida.
Los que la busquen pronto se llenarán de alegría.

13 El que la mantenga firme heredará la gloria.
Donde entre, el Señor bendecirá.

14 Los que la sirven sirven al Santo.
El Señor ama a los que la aman.

15 El que la escuche juzgará a las naciones.
Quien la atienda habitará con seguridad.

16 Si confía en ella, la heredará,
y sus generaciones la poseerán.

17 Porque al principio andará con él por caminos torcidos,
y traerá miedo y temor sobre él,
y atormentarlo con su disciplina,
hasta que pueda confiar en su alma, y lo pruebe con sus juicios.

18 Entonces ella lo devolverá de nuevo al camino recto,
y lo alegrará, y le revelará sus secretos.

19 Si él se extravía, ella lo abandonará,
y entregarlo a su caída.

20 Vigila la oportunidad y cuídate del mal.
No te avergüences de tu alma.

21 Porque hay una vergüenza que trae el pecado,
y hay una vergüenza que es gloria y gracia.

22 No muestres parcialidad, desacreditando tu alma.
No veneres a ningún hombre hasta tu caída.

23 No te abstengas de hablar cuando sea por seguridad.
No ocultes tu sabiduría para parecer justo.

24 Porque la sabiduría se conocerá por la palabra,
e instrucción por la palabra de la lengua.

25 No hables en contra de la verdad
y ser avergonzado por su ignorancia.

26 No te avergüences de confesar tus pecados.
No luches contra la corriente del río.

27 No te pongas para que te pise un tonto.
No seas parcial con quien es poderoso.

28 Lucha por la verdad hasta la muerte,
y el Señor Dios luchará por ti.

29 No te precipites con tu lengua,
o descuidado en sus actos.

30 No seas como un león en tu casa,
o sospechoso de sus sirvientes.

31 No dejes que tu mano se extienda para recibir,
y cerrado cuando debe reembolsar.

Capítulo 5

1 No pongas tu corazón en tus bienes.
No digas: «Me bastan».

2 No sigas tu propia mente y tu fuerza
para caminar en los deseos de tu corazón.

3 No digas: «¿Quién tendrá dominio sobre mí?»
porque el Señor seguramente se vengará de ti.

4 No digas: «He pecado, ¿y qué me ha pasado?».
porque el Señor es paciente.

5 No confíes tanto en la expiación
que añadas pecado sobre pecado.

6 No digas: «Su compasión es grande.
Se apaciguará por la multitud de mis pecados».
porque la misericordia y la ira están con él,
y su indignación recaerá sobre los pecadores.

7 No esperes para acudir al Señor.
No lo pospongas de un día para otro;
porque de repente la ira del Señor vendrá sobre ti,
y perecerás en el tiempo de la venganza.

8 No pongas tu corazón en ganancias injustas,
porque nada aprovecharás en el día de la calamidad.

9 No te desveles con todos los vientos.
No camines por todos los caminos.
Esto es lo que hace el pecador que tiene una doble lengua.

10 Mantente firme en tu entendimiento.
Que tu discurso sea coherente.

11 Sé rápido para escuchar
y responder con paciencia.

12 Si tienes entendimiento, responde a tu prójimo;
pero si no, pon la mano sobre la boca.

13 La gloria y la deshonra están en la charla.
La lengua de un hombre puede ser su perdición.

14 No te llamen susurrador.
No te pongas al acecho con la lengua;
porque la vergüenza recae sobre el ladrón,
y una mala condena recae sobre el que tiene doble lengua.

15 No seas ignorante en un asunto grande o pequeño.

Capítulo 6

1 No te conviertas en un enemigo en lugar de un amigo;
porque el mal nombre heredará la vergüenza y el oprobio.
Lo mismo ocurre con el pecador que tiene una doble lengua.

2 No te exaltes en el consejo de tu alma,
para que tu alma no sea despedazada como un toro.

3 Comerás tus hojas, destruirás tus frutos,
y déjate como un árbol seco.

4 Un alma malvada destruirá a quien la tenga,
y lo convertirá en el hazmerreír de sus enemigos.

5 Las palabras dulces multiplicarán los amigos de un hombre.
Una lengua amable multiplicará las cortesías.

6 Que los que están en paz contigo sean muchos,
pero sus asesores uno de mil.

7 Si quieres ganar un amigo, consíguelo en un momento de prueba,
y no tengas prisa por confiar en él.

8 Porque hay un amigo sólo para una ocasión.
No continuará en el día de tu aflicción.

9 Y hay un amigo que se convierte en enemigo.
Descubrirá la contienda a su reproche.

10 Y hay un amigo que es compañero de mesa,
pero no continuará en el día de tu aflicción.

11 En tu prosperidad será como tú,
y será audaz sobre tus siervos.

12 Si te rebajas, él estará contra ti,
y se esconderá de tu rostro.

13 Sepárate de tus enemigos,
y ten cuidado con tus amigos.

14 Un amigo fiel es una fuerte defensa.
Quien lo ha encontrado ha encontrado un tesoro.

15 No hay nada que se pueda tomar a cambio de un amigo fiel.
Su excelencia no tiene precio.

16 Un amigo fiel es una medicina que salva vidas.
Los que temen al Señor lo encontrarán.

17 El que teme al Señor dirige bien su amistad;
porque como él es, también lo es su prójimo.

18 Hijo mío, recoge la instrucción desde tu juventud.
Incluso cuando tengas canas encontrarás la sabiduría.

19 Acércate a ella como quien ara y siembra
y esperar su buen fruto;
porque tu trabajo será poco en su cultivo,
y pronto comerás de su fruto.

20 ¡Cuánta dureza tiene con los indoctos!
El que no tiene entendimiento no permanecerá en ella.

21 Ella descansará sobre él como una poderosa piedra de juicio.
No dudará en apartarla de él.

22 Porque la sabiduría es según su nombre.
No se manifiesta a muchos.

23 Presta atención, hijo mío, y acepta mi juicio.
No rechaces mi consejo.

24 Pon tus pies en sus grilletes,
y tu cuello en su cadena.

25 Pon tu hombro debajo de ella y llévala.
No te aflijas con sus vínculos.

26 Acércate a ella con toda tu alma.
Mantén sus caminos con todo tu poder.

27 Busquen y busquen, y se les dará a conocer.
Cuando te hagas con ella, no la dejes escapar.

28 Porque al final encontrarás su descanso;
y se convertirá para ti en alegría.

29 Sus grilletes te servirán de cobertura de fuerza,
y sus cadenas por un manto de gloria.

30 Porque hay un adorno de oro sobre ella,
y sus bandas son un cordón púrpura.

31 Te la pondrás como un manto de gloria,
y se la pondrá como corona de alegría.

32 Hijo mío, si estás dispuesto, serás instruido.
Si cedéis vuestra alma, seréis prudentes.

33 Si amas escuchar, recibirás.
Si inclinas tu oído, serás sabio.

34 Ponte en la multitud de los ancianos.
Apégate a quien sea sabio.

35 Estén dispuestos a escuchar todo discurso piadoso.
No dejes que se te escapen los proverbios del entendimiento.

36 Si ves a un hombre comprensivo, acércate a él pronto.
Deja que tu pie desgaste los pasos de sus puertas.

37 Que tu mente permanezca en las ordenanzas del Señor
y meditar continuamente en sus mandamientos.
Él establecerá tu corazón
y tu deseo de sabiduría te será concedido.

Capítulo 7

1 No hagas el mal,
para que ningún mal te alcance.

2 Apártate del mal,
y se apartará de ti.

3 Hijo mío, no siembres sobre los surcos de la injusticia,
y no los cosecharás siete veces.

4 No busques la preeminencia del Señor,
ni el asiento de honor del rey.

5 No te justifiques en presencia del Señor,
y no muestres tu sabiduría ante el rey.

6 No busques ser juez,
para que no puedas quitar las iniquidades,
por si acaso temes a la persona de un hombre poderoso,
y poner un obstáculo en el camino de tu rectitud.

7 No peques contra la multitud de la ciudad.
No te deshagas en la multitud.

8 No cometas un pecado dos veces,
ya que incluso en una no quedarás impune.

9 No digas: «Él mirará la multitud de mis dones.
Cuando haga una ofrenda al Dios Altísimo, él la aceptará».

10 No te acobardes en tu oración.
No te olvides de dar limosna.

11 No te rías del hombre cuando está en la amargura de su alma,
porque hay uno que humilla y enaltece.

12 No idees una mentira contra tu hermano,
o hacer lo mismo con un amigo.

13 Niégate a decir una mentira,
ya que ese hábito no da lugar a nada bueno.

14 No balbucees en la asamblea de ancianos.
No repitas tus palabras en tu oración.

15 No odies el trabajo duro
o trabajo agrícola, que el Altísimo ha creado.

16 No te cuentes entre la multitud de pecadores.
Recuerda que la ira no esperará.

17 Humilla mucho tu alma,
porque el castigo del impío es el fuego y el gusano.

18 No cambies a un amigo por algo,
ni un verdadero hermano para el oro de Ophir.

19 No te prives de una esposa sabia y buena,
porque su gracia vale más que el oro.

20 No abuses de un siervo que trabaja fielmente,
o un asalariado que te da su vida.

21 Que tu alma ame a un siervo sabio.
No le defraude la libertad.

22 ¿Tienes ganado? Cuídalo.
Si te resultan rentables, deja que se queden a tu lado.

23 ¿Tienes hijos? Corrígalos,
y hacerlos obedientes desde su juventud.

24 ¿Tienes hijas? Cuida sus cuerpos,
y no seas demasiado indulgente con ellos.

25 Da a tu hija en matrimonio, y habrás logrado un gran asunto.
Entrégala a un hombre comprensivo.

26 ¿Tienes una esposa que te agrada? No la eches.
Pero no te confíes a uno que es odioso.

27 Honra a tu padre con todo tu corazón,
y no olvides los dolores de parto de tu madre.

28 Recuerda que naciste de ellos.
¿Cómo les pagarás lo que han hecho por ti?

29 Teme al Señor con toda tu alma;
y venerar a sus sacerdotes.

30 Con todas tus fuerzas ama a quien te hizo.
No abandones a sus ministros.

31 Teme al Señor y honra al sacerdote.
Dale su parte, tal como se te ha ordenado:
las primicias, la ofrenda por la culpa, el regalo de los hombros,
el sacrificio de la santificación, y las primicias de las cosas santas.

32 Extiende también tu mano al pobre,
para que tu bendición sea completa.

33 Un regalo tiene gracia a la vista de todo hombre vivo.
No retengas la gracia por un hombre muerto.

34 No evites a los que lloran,
y llorar con los que lloran.

35 No tardes en visitar a un enfermo,
porque con esas cosas ganarás amor.

36 En todas tus palabras, recuerda la eternidad,
y nunca pecarás.

Capítulo 8

1 No te enfrentes a un hombre poderoso,
para que no caigas en sus manos.

2 No te pelees con un rico, no sea que te domine;
por el oro ha destruido a muchos,
y desvió los corazones de los reyes.

3 No discutas con un bocazas.
No eches leña al fuego.

4 No te burles de un hombre maleducado,
para que tus antepasados no sean deshonrados.

5 No reproches al hombre cuando se aparta del pecado.
Recuerda que todos somos dignos de castigo.

6 No deshonres a un hombre en su vejez,
porque algunos de nosotros también estamos envejeciendo.

7 No te alegres de la muerte de nadie.
Recuerda que todos morimos.

8 No descuides el discurso de los sabios.
Conoce sus proverbios;
porque de ellos aprenderás la disciplina
y cómo servir a los grandes hombres.

9 No te pierdas el discurso de los ancianos,
pues también aprendieron de sus padres,
porque de ellos aprenderás a entender,
y para dar una respuesta en tiempos de necesidad.

10 No enciendas las brasas de un pecador,
para que no te quemes con la llama de su fuego.

11 No te levantes de la presencia de un insolente,
para que no esté al acecho como una emboscada para tu boca.

12 No prestes a un hombre que es más fuerte que tú;
y si prestas, cuéntalo como una pérdida.

13 No te asegures por encima de tus posibilidades.
Si das una garantía, piensa como alguien que tendrá que pagar.

14 No vayas a la ley con un juez;
ya que según su honor darán juicio por él.

15 No viajes con un imprudente,
para que no sea una carga para ti;
pues hará lo que le plazca,
y tú perecerás con su locura.

16 No pelees con un hombre iracundo.
No viajes con él por el desierto,
porque la sangre es como nada a sus ojos.
Donde no hay ayuda, te derrocará.

17 No consultes a un tonto,
porque no podrá guardar un secreto.

18 No hagas nada secreto ante un extraño,
porque no sabes lo que causará.

19 No abras tu corazón a cualquier hombre.
No dejes que te devuelva el favor.

Capítulo 9

1 No tengas celos de la mujer de tu seno,
y no le des una mala lección contra ti.

2 No entregues tu alma a una mujer
y deja que ella pisotee tu fuerza.

3 No vayas a conocer a una mujer que hace de prostituta,
para que no caigas en sus trampas.

4 No te juntes con una mujer que sea cantante,
para que no seas atrapado por sus trucos.

5 No mires a una virgen,
para que no tropieces y te penalices por ella.

6 No entregues tu alma a las prostitutas,
para que no pierdas tu herencia.

7 No mires por las calles de la ciudad.
No vagues por sus lugares desiertos.

8 Desviar la mirada de una mujer hermosa,
y no mires la belleza de otro.
Muchos se han dejado llevar por la belleza de una mujer;
y con esto, la pasión se enciende como un fuego.

9 No cenes en absoluto con una mujer que tiene marido,
o deleitarse con ella en el vino,
no sea que tu alma se aleje de ella,

y con tu espíritu te deslizas hacia la destrucción.

10 No abandones a un viejo amigo;
por uno nuevo no es comparable a él.
Un nuevo amigo es como un vino nuevo:
si se hace viejo, lo beberás con alegría.

11 No envidies el éxito de un pecador;
porque no sabes cuál será su final.

12 No te deleites con los deleites de los impíos.
Recuerda que no quedarán impunes a la tumba.

13 Aléjate del hombre que tiene poder para matar,
y no serás perturbado por el miedo a la muerte.
Si vienes a él, no cometas ninguna falta,
para que no te quite la vida.
Sabed ciertamente que andáis en medio de trampas,
y caminar sobre las almenas de una ciudad.

14 En la medida de lo posible, procura conocer a tus vecinos,
y toma consejo con los sabios.

15 Que tu conversación sea con hombres de entendimiento.
Que todo tu discurso sea en la ley del Altísimo.

16 Que los justos sean compañeros de tu mesa.
Que tu gloria sea en el temor del Señor.

17 Una obra es elogiada por la habilidad del artesano;
por lo que el que gobierna al pueblo será considerado sabio por su discurso.

18 Un hombre bocazas es peligroso en su ciudad.
El que es imprudente en su discurso será odiado.

Capítulo 10

1 Un juez sabio instruirá a su pueblo.
El gobierno de un hombre de entendimiento será bien ordenado.

2 Como el juez de su pueblo, así son sus funcionarios.
Como el gobernante de la ciudad, así son todos los que la habitan.

3 Un rey indisciplinado destruirá a su pueblo.
Una ciudad se establecerá a través del entendimiento de los poderosos.

4 El gobierno de la tierra está en manos del Señor.
A su debido tiempo, levantará sobre ella a la persona adecuada en el momento oportuno.

5 La prosperidad del hombre está en la mano del Señor.
Pondrá su honor sobre la persona del escriba.

6 No te enfades con tu prójimo por cualquier mal.
No hagas nada con obras de violencia.

7 La soberbia es odiosa ante el Señor y los hombres.
La arrogancia es aborrecible a juicio de ambos.

8 La soberanía se transfiere de nación a nación
a causa de la injusticia, la violencia y la codicia por el dinero.

9 ¿Por qué la suciedad y la ceniza son orgullosas?
Porque en la vida, mi cuerpo decae.

10 Una larga enfermedad se burla del médico.
El rey de hoy morirá mañana.

11 Porque cuando un hombre está muerto,
heredará gusanos, alimañas y lombrices.

12 Es el principio de la soberbia cuando un hombre se aleja del Señor.
Su corazón se ha alejado de quien lo hizo.

13 Porque el principio de la soberbia es el pecado.
El que lo guarde derramará la abominación.
Por esta razón, el Señor trajo sobre ellos extrañas calamidades
y los derrotó por completo.

14 El Señor derribó los tronos de los gobernantes
y poner a los humildes en su lugar.

15 El Señor arrancó las raíces de las naciones
y plantó a los humildes en su lugar.

16 El Señor arrasó con las tierras de las naciones
y los destruyó hasta los cimientos de la tierra.

17 Se llevó a algunos de ellos y los destruyó,
e hizo que su memoria cesara de la tierra.

18 El orgullo no ha sido creado para los hombres,
ni la ira por la descendencia de las mujeres.

19 ¿Qué descendencia tiene honor?
La descendencia humana que teme al Señor.
¿Qué descendencia no tiene honor?
Vástagos humanos que rompen los mandamientos.

20 En medio de la parentela, el que la gobierna tiene honor.
Los que temen al Señor tienen honor a sus ojos.

22 El rico, el honrado y el pobre
toda la gloria en el temor del Señor.

23 No está bien deshonrar a un pobre que tiene entendimiento.
No es apropiado glorificar a un hombre que es pecador.

24 El príncipe, el juez y el hombre poderoso serán honrados.
No hay ninguno más grande que el que teme al Señor.

25 Los hombres libres atenderán a un siervo sabio.
Un hombre que tiene conocimiento no se quejará.

26 No hagas alarde de tu sabiduría al hacer tu trabajo.
No te jactes en el momento de tu angustia.

27 Mejor es el que trabaja y abunda en todo,
que el que se jacta y le falta el pan.

28 Hijo mío, glorifica tu alma en la humildad,
y atribuye a ti mismo el honor de acuerdo a tu valor.

29 ¿Quién justificará al que peca contra su propia alma?
¿Quién honrará a quien deshonra su propia vida?

30 Un hombre pobre es honrado por su conocimiento.
Un hombre rico es honrado por sus riquezas.

31 Pero el que es honrado en la pobreza, ¿cuánto más en la riqueza?
El que es deshonrado en la riqueza, ¿cuánto más en la pobreza?

Capítulo 11

1 La sabiduría del humilde levantará su cabeza,
y hacer que se siente en medio de grandes hombres.

2 No elogies a un hombre por su buena apariencia.
No aborrezcas a un hombre por su apariencia externa.

3 La abeja es pequeña entre las criaturas voladoras,
pero lo que produce es la mejor de las confecciones.

4 No presumas de la ropa que llevas,
y no te exaltes en el día del honor;
porque las obras del Señor son maravillosas,
y sus obras están ocultas entre los hombres.

5 Muchos reyes se han sentado en el suelo,
pero uno que nunca fue pensado ha llevado una corona.

6 Muchos hombres poderosos han caído en gran desgracia.
Hombres de renombre han sido entregados en manos de otros hombres.

7 No culpes antes de investigar.
Comprender primero, y luego reprender.

8 No respondas antes de haber escuchado.
No interrumpas mientras otra persona está hablando.

9 No discutas sobre un asunto que no te concierne.
No te sientas con los pecadores cuando juzgan.

10 Hijo mío, no te ocupes de muchos asuntos;
porque si te entrometes mucho, no quedarás impune.
Si persigues, no alcanzarás,
y no escaparás huyendo.

11 Hay uno que se esfuerza, trabaja y se apresura,
y está aún más atrasado.

12 Hay uno que es perezoso y necesita ayuda,
carente de fuerza, y que abunda en la pobreza,
pero los ojos del Señor lo miraron para bien,
y lo levantó de su baja condición,

13 y levantó la cabeza
por lo que muchos se maravillaron de él.

14 Lo bueno y lo malo, la vida y la muerte,
la pobreza y la riqueza, son del Señor.

17 El don del Señor permanece con los piadosos.
Su buena voluntad prosperará para siempre.

18 Uno se enriquece con su diligencia y abnegación,
y esta es la parte de su recompensa:

19 cuando dice: «He encontrado el descanso,
y ahora comeré de mis bienes».
no sabe cuánto tiempo pasará
hasta que los deja a otros y muere.

20 Mantente firme en tu pacto y hazlo,
y envejecer en tu trabajo.

21 No te maravilles de las obras de un pecador,
pero confía en el Señor y permanece en tu labor;
porque es cosa fácil a los ojos del Señor
para hacer rico a un pobre de forma rápida y repentina.

22 La bendición del Señor está en la recompensa de los piadosos.
Hace florecer su bendición en una hora que llega rápidamente.

23 No digas: «¿De qué me sirve?
¿Qué más cosas buenas pueden ser mías?»

24 No digas: «Tengo suficiente.
¿Qué daño podría hacerme ahora?»

25 En el día de las cosas buenas, las malas se olvidan.
En el día de las cosas malas, el hombre no recordará las cosas buenas.

26 Porque es cosa fácil a los ojos del Señor
para recompensar al hombre en el día de la muerte según sus caminos.

27 La aflicción de una hora hace que se olviden las delicias.
Al final, los actos de un hombre se revelan.

28 No llames a nadie feliz antes de su muerte.
Un hombre será conocido en sus hijos.

29 No metas a cualquier hombre en tu casa,
porque muchas son las artimañas de un hombre engañoso.

30 Como una perdiz de señuelo en una jaula, así es el corazón de un hombre orgulloso.
Como un espía, busca tu debilidad.

31 Porque él está al acecho para convertir las cosas buenas en malas,
y asigna la culpa en las cosas que son dignas de elogio.

32 De una chispa de fuego, se enciende un montón de muchos carbones,
y un hombre pecador acecha para derramar sangre.

33 Cuídate de un malhechor, porque planea cosas perversas,
para que no arruine tu reputación para siempre.

34 Recibe a un extraño en tu casa, y te distraerá con argumentos
y te aleja de tu propia familia.

Capítulo 12

1 Si haces el bien, conoce a quién se lo haces,
y tus buenas acciones tendrán agradecimiento.

2 Haz el bien a un hombre piadoso y encontrarás una recompensa.
si no de él, del Altísimo.

3 No le llegará el bien a quien siga haciendo el mal,
ni al que no da limosna.

4 Da al hombre piadoso,
y no ayudan al pecador.

5 Haz el bien al que es humilde.
No le des a un hombre impío.
Retén su pan y no se lo des,

para que no te someta con ella;
pues recibirías el doble de maldad
por todo el bien que le hubieras hecho.

6 Porque el Altísimo también odia a los pecadores,
y pagará la venganza a los impíos.

7 Dale al hombre bueno,
y no ayudan al pecador.

8 El amigo de un hombre no será totalmente probado en la prosperidad.
Su enemigo no se esconde en la adversidad.

9 En la prosperidad de un hombre, sus enemigos se afligen.
En su adversidad, incluso su amigo se va.

10 Nunca confíes en tu enemigo,
porque su maldad es como la corrosión en el cobre.

11 Aunque se humille y camine inclinado,
aún así, ten cuidado y cuídate de él.
Serás para él como quien ha limpiado un espejo,
para asegurarse de que no se empañe por completo.

12 No lo pongas a tu lado,
para que no te derroque y se ponga en tu lugar.
No dejes que se siente en tu mano derecha,
para que no intente ocupar tu asiento,
y al final reconoces mis palabras,
y que te pinches con mis palabras.

13 ¿Quién se compadecerá de un encantador que es mordido por una serpiente?
o cualquiera que se acerque a las fieras?

14 Así que, ¿quién se compadecerá del que va a un pecador?
y se asocia con él en sus pecados?

15 Durante un tiempo se quedará con vosotros,
y si flaqueas, no se quedará.

16 El enemigo hablará dulcemente con sus labios,
y en su corazón planea arrojarte a un pozo.
El enemigo puede llorar con los ojos,
pero si encuentra la oportunidad, querrá más sangre.

17 Si la adversidad te sale al encuentro, lo encontrarás delante de ti.
Pretendiendo ayudarte, te pondrá la zancadilla.

18 Sacudirá la cabeza y aplaudirá,
susurrar mucho, y cambiar su semblante.

Capítulo 13

1 El que toque la brea se contaminará.
El que se relaciona con un hombre orgulloso llegará a ser como él.

2 No aceptes una carga superior a tus fuerzas.
No tengas comunión con quien es más poderoso y más rico que tú.
¿Qué comunión tendría la olla de barro con la tetera?
La tetera golpeará y la olla se hará pedazos.

3 El rico hace un mal y amenaza.
El pobre es agraviado y se disculpa.

4 Si eres rentable, te explotará.
Si estás necesitado, él te abandonará.

5 Si eres dueño de algo, vivirá contigo.
Agotará sus recursos y no se arrepentirá.

6 ¿Te necesita? Entonces te engañará,
te sonríe y te da esperanza.
Te hablará amablemente y te dirá: «¿Qué necesitas?».

7 Te avergonzará con sus manjares
hasta que te haya desnudado dos o tres veces,
y al final se reirá de ti hasta el desprecio.
Después te verá, te abandonará,
y sacudir la cabeza hacia ti.

8 Tengan cuidado de no ser engañados
y se ha rebajado en su disfrute.

9 Si un hombre poderoso te invita, sé reservado,
y te invitará más.

10 No lo presiones, no sea que te echen para atrás.
No te alejes, no sea que te olviden.

11 No intentes hablar con él de igual a igual,
y no creas en sus muchas palabras;
porque te pondrá a prueba con mucha palabrería,
y le examinará de forma sonriente.

12 El que no guarda los secretos para sí mismo es poco misericordioso.
No dudará en dañar y atar.

13 Guárdalos para ti y ten cuidado,
para que camines en peligro de caer.

15 Todo ser vivo ama a su propia especie,
y todo hombre ama a su prójimo.

16 Toda carne se asocia con su propia especie.
Un hombre se apega a la gente como él mismo.

17 ¿Qué comunión tendría el lobo con el cordero?
Así es el pecador para el piadoso.

18 ¿Qué paz hay entre una hiena y un perro?
¿Qué paz hay entre un rico y un pobre?

19 Los asnos salvajes son la presa de los leones en el desierto;
También los pobres son el alimento de los ricos.

20 La humildad es una abominación para el hombre orgulloso;
de la misma manera un pobre es una abominación para los ricos.

21 Cuando un rico es sacudido, es apoyado por sus amigos,
pero cuando los humildes están abajo, es alejado incluso por sus amigos.

22 Cuando un rico cae, hay muchos ayudantes.
Habla cosas que no se deben decir, y los hombres lo justifican.
Un hombre humilde cae, y los hombres lo reprenden.
Pronuncia la sabiduría, y no se le escucha.

23 Un rico habla, y todos callan.
Exaltan lo que dice a las nubes.
Un pobre hombre habla y dicen: «¿Quién es?»
Si tropieza, ayudarán a derrocarlo.

24 Las riquezas son buenas si no tienen pecado.
La pobreza es mala sólo en la opinión de los impíos.

25 El corazón de un hombre cambia su rostro,
ya sea para bien o para mal.

26 Un semblante alegre es señal de un corazón próspero.
La elaboración de proverbios requiere un esfuerzo de reflexión.

Capítulo 14

1 Dichoso el hombre que no ha resbalado con su boca,
y no sufre por el dolor de los pecados.

2 Dichoso aquel cuya alma no lo condena,
y que no ha perdido la esperanza.

3 Las riquezas no son apropiadas para una persona tacaña.
¿Qué haría un avaro con el dinero?

4 El que recoge negándose a sí mismo recoge para los demás.
Otros se deleitarán con sus bienes.

5 Si uno es malo consigo mismo, ¿con quién será bueno?
No disfrutará de sus posesiones.

6 No hay más malo que el que es rencoroso consigo mismo.
Esto es un castigo por su maldad.

7 Aunque haga el bien, lo hace en el olvido.
Al final, revela su maldad.

8 Un avaro es malo.
Se aleja y desprecia las almas.

9 El ojo del codicioso no está satisfecho con su porción.
La injusticia malvada seca su alma.

10 El avaro no da el pan,
y falta en su mesa.

11 Hijo mío, según lo que tengas, trátate bien,
y traer ofrendas dignas al Señor.

12 Recuerda que la muerte no esperará,
y que el pacto del Hades no te ha sido mostrado.

13 Haz el bien a tus amigos antes de morir.
De acuerdo con tu capacidad, tiende la mano y da a ellos.

14 No te prives de un buen día.
No dejes pasar tu cuota de un bien deseado.

15 ¿No dejarás tus labores a otro,
y que sus trabajos se dividan por sorteo?

16 Da, toma y trátate bien,
porque no hay búsqueda de lujo en el Hades.

17 Toda carne envejece como un vestido,
porque el pacto desde el principio es: «¡Debes morir!»

18 Como las hojas que florecen en un grueso árbol,
algunos se desprenden y otros crecen,
también lo son las generaciones de carne y hueso:
uno llega a su fin y nace otro.

19 Toda obra se pudre y cae,
y su constructor partirá con él.

20 Dichoso el hombre que medita en la sabiduría,
y que razona por su entendimiento.

21 El que considera sus caminos en su corazón
también tendrá conocimiento de sus secretos.

22 Ve tras ella como un cazador,
y acechan en sus caminos.

23 El que se asoma a sus ventanas
también escuchará a sus puertas.

24 El que se aloja cerca de su casa
también fijará un clavo en sus paredes.

25 Él montará su tienda cerca de ella,
y se alojará en un alojamiento donde hay cosas buenas.

26 Pondrá a sus hijos bajo su cobijo,
y descansará bajo sus ramas.

27 Por ella se cubrirá del calor,
y se alojará en su gloria.

Capítulo 15

1 El que teme al Señor hará esto.
El que tiene la posesión de la ley la obtendrá.

2 Se reunirá con él como una madre,
y recibirlo como una esposa casada en su virginidad.

3 Ella lo alimentará con pan de entendimiento
y dale de beber agua de sabiduría.

4 Se mantendrá sobre ella y no se moverá.
Confiará en ella y no se dejará confundir.

5 Ella lo exaltará por encima de sus vecinos.
Ella abrirá su boca en medio de la congregación.

6 Heredará la alegría, una corona de gozo,
y un nombre eterno.

7 Los hombres necios no la obtendrán.
Los pecadores no la verán.

8 Está lejos del orgullo.
Los mentirosos no la recordarán.

9 La alabanza no es atractiva en la boca de un pecador;
porque no le fue enviado por el Señor.

10 Porque se hablará de alabanza con sabiduría;
El Señor lo prosperará.

11 No digas: «Es por el Señor que caí».
porque no harás las cosas que él odia.

12 No digas: «Es él quien me ha hecho errar».
ya que no tiene necesidad de un hombre pecador.

13 El Señor odia toda abominación;
y los que le temen no los aman.

14 Él mismo hizo al hombre desde el principio
y lo dejó en manos de su propio consejo.

15 Si quieres, puedes cumplir los mandamientos.
Ser fiel es una cuestión de elección.

16 Ha puesto ante ti fuego y agua.
Extenderás la mano a quien desees.

17 Ante el hombre está la vida y la muerte.
Lo que le guste, se le dará.

18 Porque la sabiduría del Señor es grande.
Él es poderoso en poder, y ve todas las cosas.

19 Sus ojos están sobre los que le temen.
Él conoce cada acto del hombre.

20 No ha ordenado a ningún hombre que sea impío.
Él no ha dado a ningún hombre licencia para pecar.

Capítulo 16

1 No desees una multitud de hijos inútiles,
ni se deleitan en los hijos impíos.

2 Si se multiplican, no te deleites con ellos
a menos que el temor del Señor esté en ellos.

3 No confíes en su vida.
No te fíes de sus números;
porque uno puede ser mejor que mil,
y morir sin hijos que tener hijos impíos.

4 Porque de quien tiene entendimiento, se poblará una ciudad,
pero una raza de malvados será desolada.

5 He visto muchas cosas así con mis ojos.
Mi oído ha escuchado cosas más poderosas que estas.

6 En una congregación de pecadores, se encenderá un fuego.
En una nación desobediente se enciende la ira.

7 No se apaciguó con los gigantes de antaño,
que se rebelaron en su fuerza.

8 No perdonó a los vecinos de Lot,
a quienes aborrecía por su orgullo.

9 No se compadeció del pueblo de la perdición
que fueron llevados en sus pecados,

10 o de la misma manera, los seiscientos mil hombres de a pie
que se reunieron en la dureza de sus corazones.

11 Aunque haya una persona de cuello duro,
es una maravilla que quede impune;
porque tanto la misericordia como la ira están con el que es poderoso para perdonar,
y derrama su ira.

12 Como su misericordia es grande, también lo es su corrección.
Él juzga al hombre según sus obras.

13 El pecador no escapará con el botín.
La perseverancia de los piadosos no se verá frustrada.

14 El hará lugar a toda obra de misericordia.
Cada uno recibirá según sus obras.

17 No digas: «Me esconderé del Señor».
y «¿Quién se acordará de mí desde lo alto?»
No seré conocido entre tanta gente,
porque ¿qué es mi alma en una creación sin límites?

18 He aquí el cielo, el cielo de los cielos,
las profundidades y la tierra se conmoverán cuando él las visite.

19 Los montes y los cimientos de la tierra juntos
se estremecen con el temblor cuando los mira.

20 Ningún corazón pensará en estas cosas.
¿Quién podría comprender sus caminos?

21 Como una tempestad que nadie puede ver,
por lo que la mayoría de sus obras se encuentran ocultas en.

22 ¿Quién declarará sus obras de justicia?
¿Quién les esperará?
Porque su pacto está lejos.

23 El que carece de entendimiento piensa en estas cosas.
Un hombre imprudente y errante piensa de forma insensata.

24 Hijo mío, escúchame, aprende el conocimiento,
y presta atención a mis palabras con tu corazón.

25 Impartiré la instrucción con precisión,
y declarar el conocimiento con exactitud.

26 En el juicio del Señor están sus obras desde el principio.
A partir de su creación, determinó sus límites.

27 Dispuso sus obras para todos los tiempos,
y sus inicios a sus generaciones.
No tienen hambre ni están cansados,
y no cesan en sus trabajos.

28 Nadie empuja a su prójimo.
Nunca desobedecerán su palabra.

29 Después de esto también el Señor miró la tierra
y lo llenó con sus bendiciones.

30 Toda clase de seres vivos cubrían su superficie,
y regresan a ella.

Capítulo 17

1 El Señor creó a la humanidad de la tierra,
y los volvió a poner en marcha.

2 Les dio días por número y un tiempo determinado,
y les dio autoridad sobre las cosas que hay en él.

3 Los dotó de una fuerza propia,
y los hizo a su imagen y semejanza.

4 Puso el temor del hombre sobre toda carne,
y le dio dominio sobre las bestias y las aves.

6 Les dio consejo, lengua y ojos,
oídos y corazón para tener entendimiento.

7 Los llenó con el conocimiento de la sabiduría,
y les mostró el bien y el mal.

8 Puso sus ojos en sus corazones,
para mostrarles la majestuosidad de sus obras.

10 Y alabarán su santo nombre,
para que declaren la majestuosidad de sus obras.

11 Les añadió conocimiento,
y les dio una ley de vida como herencia.

12 Hizo un pacto eterno con ellos,
y les mostró sus decretos.

13 Sus ojos vieron la majestuosidad de su gloria.
Sus oídos escucharon la gloria de su voz.

14 Les dijo: «Guardaos de toda injusticia».
Así que les dio un mandamiento, cada uno con respecto a su prójimo.

15 Sus caminos están siempre ante él.
No se ocultarán a sus ojos.

17 Para cada nación designó un gobernante,
pero Israel es la porción del Señor.

19 Todas sus obras son tan claras como el sol ante él.
Sus ojos están continuamente sobre sus caminos.

20 Sus iniquidades no se le ocultan.
Todos sus pecados están ante el Señor.

22 Para él la limosna de un hombre es como un sello.
Mantendrá la bondad del hombre como la pupila del ojo.

23 Después se levantará y les pagará,
y que les paguen por su cabeza.

24 Sin embargo, a los que se arrepienten les concede el retorno.
Consuela a los que pierden la esperanza.

25 Vuelve al Señor y abandona los pecados.
Haz que tu oración ante su rostro ofenda menos.

26 Vuélvete al Altísimo y apártate de la iniquidad.
Odia enormemente lo abominable.

27 Que alabará al Altísimo en el Hades,
en lugar de los vivos que devuelven las gracias?

28 La acción de gracias perece de entre los muertos, como de uno que no existe.
El que tiene vida y salud alabará al Señor.

29 Qué grande es la misericordia del Señor,
y su perdón a los que se dirigen a él.

30 Porque el ser humano no es capaz de todo,
porque el hijo del hombre no es inmortal.

31 ¿Qué es más brillante que el sol? Sin embargo, incluso éste puede ser eclipsado.
Así que la carne y la sangre conciben el mal.

32 Mira el poder de la altura del cielo,
mientras que todos los hombres son tierra y ceniza.

Capítulo 18

1 El que vive eternamente creó todo el universo.

2 Sólo el Señor es justo.

4 No ha dado poder para declarar sus obras a nadie.
¿Quién puede rastrear sus poderosas hazañas?

5 ¿Quién podría medir la fuerza de su majestad?
¿Quién podría también proclamar sus misericordias?

6 En cuanto a las obras maravillosas del Señor, no es posible quitarles ni añadirles nada,
tampoco es posible explorarlos.

7 Cuando un hombre ha terminado, entonces está justo en el principio.
Cuando se detenga, entonces quedará perplejo.

8 ¿Qué es la humanidad y para qué sirve?
¿Cuál es su bien y cuál su mal?

9 El número de días del hombre, como máximo, es de cien años.

10 Como una gota de agua del mar, y un guijarro de la arena,
así son algunos años en el día de la eternidad.

11 Por eso el Señor fue paciente con ellos,
y derramó su misericordia sobre ellos.

12 Vio y percibió su fin, que es malo.
Por eso multiplicó su perdón.

13 La misericordia del hombre está en su prójimo;
pero la misericordia del Señor está en toda la carne:
reprender, castigar, enseñar,
y traer de vuelta, como un pastor hace su rebaño.

14 Se apiada de los que aceptan el castigo,
y que buscan diligentemente sus juicios.

15 Hijo mío, no añadas reproches a tus buenas acciones,
y no hay palabras duras en ninguna de sus entregas.

16 ¿El rocío no alivia el calor abrasador?
Así que una palabra es mejor que un regalo.

17 Mira, ¿no es mejor una palabra que un regalo?
Ambas cosas son con una persona graciosa.

18 Un tonto es descortés y abusivo.
El don de una persona rencorosa consume los ojos.

19 Aprende antes de hablar.
Cuida tu salud antes de enfermar.

20 Antes de juzgar, examínate a ti mismo,
y en la hora del escrutinio encontrarás el perdón.

21 Humíllate antes de enfermar.
En el tiempo de los pecados, arrepiéntete.

22 Que nada te impida pagar tu voto a su debido tiempo.
No esperes a la muerte para liberarte.

23 Antes de hacer un voto, prepárate.
No seas como un hombre que pone a prueba al Señor.

24 Piensa en la ira que vendrá en los días del fin,
y el tiempo de la venganza, cuando vuelve su rostro.

25 En los días de plenitud recuerda el tiempo de hambre.
Recuerda la pobreza y la carencia en los días de la riqueza.

26 Desde la mañana hasta la noche, el tiempo cambia.
Todas las cosas son rápidas ante el Señor.

27 Un hombre sabio es prudente en todo.
En los días de pecado, se guardará de ofender.

28 Todo hombre inteligente conoce la sabiduría.
Dará gracias a quien la encontró.

29 Los que eran entendidos en palabras también se volvieron sabios ellos mismos,
y derramó proverbios aptos.

30 No vayas tras tus deseos.
Contengan sus apetitos.

31 Si das plenamente a tu alma el deleite de su deseo,
te hará el hazmerreír de tus enemigos.

32 No te alegres con mucho lujo,
y no estés atado a sus gastos.

33 No te hagas mendigo por banquetear con dinero prestado
cuando no tienes nada en el bolso.

Capítulo 19

1 Un trabajador que es un borracho no se hará rico.
El que desprecia las cosas pequeñas caerá poco a poco.

2 El vino y las mujeres harán que los hombres de entendimiento se extravíen.
El que se junta con prostitutas es un imprudente.

3 La decadencia y los gusanos lo tendrán como herencia.
Un alma imprudente será arrebatada.

4 El que se apresura a confiar es superficial de corazón.
El que peca ofende a su propia alma.

5 El que se alegra de la maldad será condenado.

6 El que odia los chismes tiene menos maldad.

7 No repitas nunca lo que te han dicho,
y no perderás nada.

8 Sea de amigo o de enemigo, no lo cuentes.
A menos que sea un pecado para ti, no lo reveles.

9 Porque si te ha oído y observado
cuando llegue el momento, te odiará.

10 ¿Has oído algo? Deja que muera contigo.
Sé valiente: ¡no te hará reventar!

11 El necio se afana en el dolor con una palabra,
como una mujer de parto con un niño.

12 Como una flecha que se clava en la carne del muslo,
así es el chisme en un tonto.

13 Pregunta a un amigo; puede ser que no lo haya hecho.
Si hizo algo, puede ser que no lo haga más.

14 Interroga a tu vecino; puede ser que no lo haya dicho.
Si lo ha dicho, puede ser que no lo vuelva a decir.

15 Cuestiona a un amigo, porque muchas veces se calumnia.
No confíes en cada palabra.

16 Hay uno que resbala, y no de corazón.
¿Quién es el que no ha pecado con su lengua?

17 Reprende a tu prójimo antes de amenazarlo;
y dar lugar a la ley del Altísimo.

20 Toda sabiduría es el temor del Señor.
En toda sabiduría está el hacer la ley.

22 El conocimiento de la maldad no es sabiduría.
La prudencia de los pecadores no es un consejo.

23 Hay una maldad, y es una abominación.
Hay un tonto que carece de sabiduría.

24 Mejor es el que tiene poco entendimiento y teme a Dios,
que el que tiene mucha inteligencia y transgrede la ley.

25 Hay una sutileza exquisita, y es injusta.
Y hay uno que pervierte el favor para obtener un juicio.

26 Hay uno que hace la maldad, que baja la cabeza con luto;
pero por dentro está lleno de engaños,

27 inclinando el rostro y haciéndose el sordo de un oído.
Donde no es conocido, se aprovechará de ti.

28 Y si por falta de poder se le impide pecar,
si encuentra la oportunidad, hará travesuras.

29 El hombre será conocido por su apariencia.
El que tiene entendimiento será conocido por su rostro cuando lo conozcas.

30 Un atuendo de hombre, una risa sonriente,
y la forma en que camina muestra lo que es.

Capítulo 20

1 Hay una reprimenda que no es oportuna;
y hay una persona que es lo suficientemente sabia como para guardar silencio.

2 Qué bueno es reprender, antes que enojarse.
El que se confiesa será preservado del daño.

4 Como es la lujuria de un eunuco para desflorar a una virgen,
así es el que ejecuta los juicios con violencia.

5 Hay uno que calla y es hallado sabio;
y hay uno que es odiado por su mucha palabrería.

6 Hay uno que calla, porque no tiene respuesta que dar;
Y hay uno que guarda silencio, sabiendo cuándo hablar.

7 Un hombre sabio guardará silencio hasta que llegue su hora,
pero el fanfarrón y el tonto perderán su tiempo.

8 El que usa muchas palabras será aborrecido.
El que toma la autoridad para sí mismo será odiado en ella.

9 Hay una prosperidad que el hombre encuentra en las desgracias;
y hay una ganancia que se convierte en pérdida.

10 Hay un regalo que no te beneficia;
y hay un regalo que devuelve el doble.

11 Hay pérdidas a causa de la gloria;
y hay uno que ha levantado la cabeza de un estado bajo.

12 Hay uno que compra mucho por poco,
y lo vuelve a pagar siete veces.

13 El que es sabio en palabras se hará querer;
pero las galanterías de los tontos serán desperdiciadas.

14 El regalo de un tonto no te beneficiará,
ya que busca el reembolso muchas veces en lugar de una.

15 Dará poco e insultará mucho.
Abrirá la boca como un llorón.
Hoy prestará y mañana pedirá que se lo devuelvan.

Uno así es un hombre odioso.

16 El necio dirá: «No tengo ningún amigo,
y no tengo agradecimiento por mis buenas acciones.
Los que comen mi pan tienen una lengua mala».

17 ¡Cuántas veces y de cuántos se burlará!

18 Un resbalón en el pavimento es mejor que un resbalón con la lengua.
Así que la caída de los malvados vendrá rápidamente.

19 Un hombre sin gracia es un cuento fuera de tiempo.
Estará continuamente en boca de los ignorantes.

20 Una parábola salida de la boca de un tonto será rechazada;
porque no lo dirá en el momento adecuado.

21 Hay uno que está impedido de pecar por la carencia.
Cuando descanse, no tendrá problemas.

22 Hay uno que destruye su alma por la timidez.
Con un semblante insensato, lo destruirá.

23 Hay uno que por timidez hace promesas a su amigo;
y lo convierte en su enemigo por nada.

24 La mentira es una fea mancha en la persona.
Estará continuamente en boca de los ignorantes.

25 Un ladrón es mejor que un hombre que miente continuamente,
pero ambos heredarán la destrucción.

26 El destino de un mentiroso es la deshonra.
Su vergüenza le acompaña continuamente.

27 El que es sabio en las palabras avanzará por sí mismo.
Y el que es prudente complacerá a los grandes hombres.

28 El que cultiva su tierra levantará su cosecha en alto.
Aquel que complace a los grandes hombres obtendrá el perdón de la iniquidad.

29 Los favores y los regalos ciegan los ojos de los sabios,
y como un bozal en la boca, rechaza las reprimendas.

30 La sabiduría que está oculta, y el tesoro que está fuera de la vista —
¿qué beneficio hay en cualquiera de ellos?

31 Mejor es el hombre que esconde su locura
que un hombre que esconde su sabiduría.

Capítulo 21

1 Hijo mío, ¿has pecado?
No lo hagas más;
y pide perdón por tus pecados pasados.

2 Huye del pecado como de la cara de una serpiente;
porque si te acercas, te morderá.
Sus dientes son como los de un león,
matando las almas de la gente.

3 Toda iniquidad es como una espada de dos filos.
Su golpe no tiene cura.

4 El terror y la violencia harán desaparecer las riquezas.
Así que la casa de un hombre arrogante será asolada.

5 La súplica de la boca de un pobre llega a los oídos de Dios,
y su juicio llega rápidamente.

6 El que odia la reprensión está en el camino del pecador.
El que teme al Señor se arrepiente en su corazón.

7 El que es poderoso en la lengua es conocido lejos;
pero el hombre comprensivo sabe cuando resbala.

8 El que construye su casa con dinero ajeno
es como quien recoge piedras para su propia tumba.

9 La congregación de los malvados es como un fardo de estopa
con una llama de fuego en su extremo.

10 El camino de los pecadores está empedrado;
y al final de la misma está la fosa del Hades.

11 El que cumple la ley se hace dueño de su intención.
El cumplimiento del temor del Señor es la sabiduría.

12 El que no es inteligente no será instruido.
Hay una astucia que hace que abunde la amargura.

13 El conocimiento de un hombre sabio será hecho para abundar como una inundación,
y su consejo como fuente de vida.

14 Las entrañas del necio son como un vaso roto.
No tendrá ningún conocimiento.

15 Si un hombre de conocimiento escucha una palabra sabia,
lo elogiará y lo aumentará.
El hombre indeseable lo escucha y le desagrada,
así que lo tira a sus espaldas.

16 La cháchara del necio es como una carga en el camino,
pero la gracia se encontrará en los labios de los sabios.

17 La palabra del hombre prudente será buscada en la congregación.
Reflexionarán sobre sus palabras en su corazón.

18 Como una casa que se destruye, así es la sabiduría para el necio.
El conocimiento de un hombre imprudente es una charla sin sentido.

19 La instrucción es como grilletes en los pies de un hombre imprudente,
y como grilletes en la mano derecha.

20 Un tonto levanta la voz con la risa,
pero un hombre inteligente sonríe tranquilamente.

21 La instrucción es para el hombre prudente como un adorno de oro,
y como brazalete en su brazo derecho.

22 El pie de un tonto se precipita en una casa,
pero un hombre con experiencia se avergonzará de entrar.

23 Un insensato se asoma a la puerta de una casa,
pero un hombre instruido se quedará fuera.

24 Es de mala educación que alguien escuche en una puerta,
pero una persona prudente se afligirá con la desgracia.

25 Los labios de los extraños se afligirán por estas cosas,
pero las palabras de los hombres prudentes serán pesadas en la balanza.

26 El corazón de los necios está en su boca,
pero la boca de los sabios es su corazón.

27 Cuando el impío maldice al adversario,
maldice su propia alma.

28 Un susurrador contamina su propia alma,
y será odiado dondequiera que viaje.

Capítulo 22

1 El hombre perezoso es comparado con una piedra que se ensucia.
Todo el mundo le abucheará en su desgracia.

2 El hombre perezoso es comparado con la suciedad de un estercolero.
Cualquiera que lo recoja se lo sacudirá de la mano.

3 Un hijo indisciplinado es una vergüenza para su padre,
y una hija tonta nace para su pérdida.

4 Una hija prudente heredará un marido propio.
La que trae la vergüenza es la pena de su padre.

5 La que es arrogante avergüenza al padre y al marido.
Será despreciada por ambos.

6 La conversación inoportuna es como la música en el luto,
pero las rayas y la corrección son la sabiduría en cada estación.

7 El que enseña a un necio es como el que pega cacharros,
incluso como quien despierta a un durmiente de un sueño profundo.

8 El que enseña a un necio es como el que enseña a un hombre que duerme.
Al final dirá: «¿Qué es?»

11 Llora por el muerto, porque le falta luz.
Llora por un necio, porque carece de entendimiento.
Llora más dulcemente por el muerto, porque ha encontrado el descanso,
pero la vida del tonto es peor que la muerte.

12 El luto por los muertos dura siete días,
pero para el necio y el impío, dura todos los días de su vida.

13 No hables mucho con un necio,
y no vayas con uno que no tiene entendimiento.
Tened cuidado con él, no sea que tengáis problemas y os contaminéis con sus embestidas.
Aléjate de él y encontrarás descanso,
y no te cansarás de su locura.

14 ¿Qué sería más pesado que el plomo?
¿Cuál es su nombre, sino «Loco»?

15 La arena, la sal y una masa de hierro son más fáciles de soportar
que un hombre sin entendimiento.

16 La madera ceñida y atada a un edificio no se soltará con las sacudidas.
Así que un corazón establecido a su debido tiempo en el consejo bien aconsejado no tendrá miedo.

17 Un corazón asentado en un entendimiento reflexivo
es como un adorno de yeso en una pared pulida.

18 Las vallas colocadas en un lugar alto no resistirán el viento;
por lo que un corazón temeroso en la imaginación de un tonto no resistirá ningún temor.

19 El que se pincha el ojo hará que caigan lágrimas.
El que pincha el corazón hace que éste muestre sentimientos.

20 Quien arroja una piedra a los pájaros los espanta.
El que insulta a un amigo disuelve la amistad.

21 Si has desenvainado una espada contra un amigo, no desesperes,
porque puede haber un camino de vuelta.

22 Si has abierto la boca contra un amigo, no tengas miedo,
para que haya reconciliación,
a menos que sea por insulto, arrogancia, revelación de un secreto, o un golpe traicionero —
por estas cosas cualquier amigo huirá.

23 Gánate la confianza de tu prójimo en su pobreza,
para que en su prosperidad tengas alegría.
Permanece firme a él en el tiempo de su aflicción,
para que seas heredero con él en su herencia.

24 Antes del fuego está el vapor y el humo de un horno,
por lo que los insultos preceden al derramamiento de sangre.

25 No me avergonzaré de acoger a un amigo.
No me esconderé de su cara.

26 Si me ocurre algún mal por su culpa,
todo el que lo oiga se cuidará de él.

27 Que pondrá un reloj sobre mi boca,
y un sello de astucia en mis labios,
para que no caiga de ella, y para que mi lengua no me destruya?

Capítulo 23

1 Oh Señor, Padre y Maestro de mi vida,
no me abandones a su consejo.
No me dejes caer por culpa de ellos.

2 Que pondrá flagelos sobre mi pensamiento,
y una disciplina de sabiduría sobre mi corazón,
que no me perdonen mis errores,
y no pasar por alto sus pecados?

3 De lo contrario, mis errores podrían multiplicarse,
y mis pecados abundan,
Caigo ante mis adversarios,
y mi enemigo se alegra de mí.

4 Señor, Padre y Dios de mi vida,
no me pongas ojos altaneros,

5 y aleja de mí el mal deseo.

6 Que ni la gula ni la lujuria se apoderen de mí.
No me entregues a una mente descarada.

7 Escuchad, hijos míos, la disciplina de la boca.
El que la guarde no será atrapado.

8 El pecador será vencido por sus labios.
Por ellos, el insultador y el arrogante tropezarán.

9 No acostumbres tu boca a un juramento,
y no te acostumbres a nombrar al Santo,

10 pues como a un siervo que es continuamente azotado no le faltarán magulladuras,
por lo que también el que jura y pronuncia continuamente el Nombre no será limpiado del pecado.

11 El hombre de muchos juramentos se llenará de iniquidad.
El azote no se apartará de su casa.
Si ofende, su pecado caerá sobre él.
Si lo ignora, ha pecado doblemente.
Si ha jurado en falso, no será justificado,
porque su casa se llenará de calamidades.

12 Hay una manera de hablar que está revestida de muerte.
Que no se encuentre en la herencia de Jacob,
porque todas estas cosas estarán lejos de los piadosos,
y no se revolcarán en los pecados.

13 No acostumbres tu boca a la grosería,
porque implica un discurso pecaminoso.

14 Recuerda a tu padre y a tu madre,
porque te sientas en medio de grandes hombres,
para que no seas olvidadizo ante ellos,
y te conviertas en un tonto por tu mala costumbre;
por lo que puede desear no haber nacido,
y maldice el día de tu nacimiento.

15 Un hombre acostumbrado al lenguaje abusivo
no será corregido todos los días de su vida.

16 Dos tipos de personas multiplican los pecados,
y el tercero traerá la ira:
una pasión caliente, como un fuego ardiente, no se apagará hasta que se consuma;
un fornicador en el cuerpo de su carne no cesará hasta que haya quemado el fuego.

17 Todo pan es dulce para el fornicario.
No cesará hasta que muera.

18 El hombre que se aparta de su lecho matrimonial
dice en su corazón: «¿Quién me ve?
La oscuridad me rodea y las paredes me ocultan.
Nadie me ve. ¿De quién tengo miedo?
El Altísimo no se acordará de mis pecados».

19 Los ojos de los hombres son su terror.
No sabe que los ojos del Señor son diez mil veces más brillantes que el sol,
viendo todos los caminos de los hombres,
y mirando en lugares secretos.

20 Todas las cosas eran conocidas por él antes de ser creadas,
y también después de haberlas completado.

21 Este hombre será castigado en las calles de la ciudad.
Será capturado donde menos lo espera.

22 Lo mismo ocurre con la mujer que deja a su marido,
y produce un heredero de otro hombre.

23 Porque primero fue desobediente en la ley del Altísimo.
En segundo lugar, ella se ha entrometido en contra de su propio marido.
En tercer lugar, hizo de adúltera en la fornicación,
y tuvo hijos de otro hombre.

24 Ella será llevada a la congregación.
Su castigo se extenderá a sus hijos.

25 Sus hijos no echarán raíces.
Sus ramas no darán fruto.

26 Ella dejará su memoria por una maldición.
Su reproche no será borrado.

27 Y los que queden atrás sabrán que no hay nada mejor que el temor del Señor,
y nada más dulce que prestar atención a los mandamientos del Señor.

Capítulo 24

1 La sabiduría alabará su propia alma,
y proclamará su gloria en medio de su pueblo.

2 Ella abrirá su boca en la congregación del Altísimo,
y proclamar su gloria en presencia de su poder.

3 "Salí de la boca del Altísimo,
y cubrió la tierra como una niebla.

4 Vivía en las alturas,
y mi trono está en la columna de la nube.

5 Solo rodeé el circuito del cielo,
y caminó en la profundidad del abismo.

6 En las olas del mar y en toda la tierra,
y en cada pueblo y nación, obtuve una posesión.

7 Con todo esto busqué el descanso.
¿En qué herencia me alojaré?

8 Entonces el Creador de todas las cosas me dio una orden.
El que me creó hizo mi tienda para descansar,
y dijo: «Que tu morada esté en Jacob,
y tu herencia en Israel».

9 Él me creó desde el principio, antes de los tiempos.
Para todas las edades, no dejaré de existir.

10 En el sagrado tabernáculo, serví ante él.
Así que me establecí en Sión.

11 En la ciudad amada, igualmente me dio descanso.
En Jerusalén estaba mi dominio.

12 Eché raíces en un pueblo que fue honrado,
incluso en la porción de la propia herencia del Señor.

13 Fui exaltado como un cedro en el Líbano,
Y como un ciprés en los montes del Hermón.

14 Fui exaltado como una palmera a la orilla del mar,
como los rosales de Jericó,
y como un hermoso olivo en la llanura.
Fui exaltado como un plátano.

15 Como la canela y el aspalathus, he dado un aroma a los perfumes.
Como la mirra selecta, esparzo por doquier una agradable fragancia,
como galbanum, onycha, stacte,
y como el olor del incienso en el tabernáculo.

16 Como el terebinto, extendí mis ramas.
Mis ramas son gloriosas y gráciles.

17 Como la vid, pongo la gracia.
Mis flores son fruto de la gloria y la riqueza.

19 «Venid a mí todos los que me deseáis,
y se llene de mis frutos.

20 Porque mi memoria es más dulce que la miel,
y mi herencia que el panal.

21 Los que me coman tendrán hambre de más.
Los que me beben tendrán sed de más.

22 El que me obedece no se avergonzará.
Los que trabajan conmigo no pecarán».

23 Todo esto es el libro de la alianza del Dios Altísimo,
la ley que nos mandó Moisés como herencia para las asambleas de Jacob.

25 Es él quien hace que la sabiduría sea abundante, como Pishon,
y como el Tigris en los días de las primicias.

26 Él hace que el entendimiento se llene como el Éufrates,
y como el Jordán en los días de la cosecha,

27 que hace brillar la instrucción como la luz,
como Gihon en los días de la cosecha.

28 El primer hombre no la conocía perfectamente.
Del mismo modo, la última no la ha explorado.

29 Porque sus pensamientos se llenan desde el mar,
y sus consejos desde las grandes profundidades.

30 Salí como una corriente de canal de un río,
y como zanja de riego en un jardín.

31 Dije: «Voy a regar mi jardín,
y empapará el lecho de mi jardín».
He aquí que mi arroyo se convirtió en un río,
y mi río se convirtió en un mar.

32 Todavía sacaré a la luz la instrucción como la mañana,
y hará que estas cosas queden claras desde muy lejos.

33 Seguiré derramando enseñanzas como profecías,
y dejarlo para todas las generaciones.

34 Mira que no he trabajado sólo para mí,
sino para todos aquellos que buscan diligentemente la sabiduría.

Capítulo 25

1 Me gustan tres cosas,
y son hermosas ante el Señor y los hombres:
el acuerdo de parentesco,
la amistad de los vecinos,
y una mujer y su marido que caminan juntos de acuerdo.

2 Pero mi alma odia a tres tipos de personas,
y me siento muy ofendido por su vida:
un pobre hombre arrogante,
un hombre rico que es un mentiroso,
y un viejo tonto que es adúltero.

3 Si no reuniste nada en tu juventud,
¿cómo podría encontrar algo en su vejez?

4 Qué hermoso es el juicio en los canosos,
y para que los ancianos conozcan el buen consejo

5 Qué hermosa es la sabiduría de los ancianos,
¡y la comprensión y el consejo a los hombres que están en el honor!

6 La experiencia es la corona de los ancianos.
Su gloria es el temor del Señor.

7 Hay nueve cosas en las que he pensado, y en mi corazón conté feliz,
y la décima la pronunciaré con mi lengua:
un hombre que tiene alegría con sus hijos,
y un hombre que vive y ve la caída de sus enemigos.

8 Dichoso el que vive con una esposa comprensiva,
el que no ha resbalado con su lengua,
y el que no ha servido a un hombre que es indigno de él.

9 Dichoso el que ha encontrado la prudencia,
y el que habla a los oídos de los que escuchan.

10 ¡Qué grande es el que ha encontrado la sabiduría!
Sin embargo, no hay nadie por encima de él que tema al Señor.

11 El temor del Señor supera todas las cosas.
¿A quién se comparará el que lo tiene?

13 ¡Cualquier herida menos la del corazón!
¡Cualquier maldad menos la de una mujer!

14 ¡Cualquier calamidad sino una calamidad de los que me odian!
¡Cualquier venganza menos la de los enemigos!

15 No hay peor veneno que el de una serpiente.
No hay peor ira que la del enemigo.

16 Preferiría habitar con un león y un dragón
que mantener la casa con una mujer malvada.

17 La maldad de una mujer cambia su apariencia,
y oscurece su semblante como el de un oso.

18 Su marido se sentará entre sus vecinos,
y cuando lo oye, suspira amargamente.

19 Toda malicia es poca comparada con la malicia de una mujer.
Que la porción de un pecador caiga sobre ella.

20 Como subir una colina de arena es para los pies de los ancianos,
así es una esposa llena de palabras para un hombre tranquilo.

21 No te dejes atrapar por la belleza de una mujer.
No desees a una mujer por su belleza.

22 Hay ira, insolencia y gran reproche
si una mujer apoya a su marido.

23 Una mujer malvada es una abulia de corazón,
tristeza en el rostro, y un corazón herido.
Una mujer que no hace feliz a su marido

es como las manos que cuelgan, y las rodillas débiles.

24 El principio del pecado vino de una mujer.
Por su culpa, todos morimos.

25 No des salida al agua,
y no le des libertad de expresión a una mujer malvada.

26 Si no va como tú le indicas,
Córtala de tu carne.

Capítulo 26

1 Feliz es el marido de una buena esposa.
El número de sus días se duplicará.

2 Una esposa fiel da alegría a su marido.
Cumplirá sus años en paz.

3 Una buena esposa es un gran regalo.
Será entregada a los que temen al Señor.

4 Si un hombre es rico o pobre,
un buen corazón hace una cara alegre en todo momento.

5 De tres cosas tenía miedo mi corazón,
y sobre el cuarto tipo hice una súplica:
La calumnia de una ciudad, la reunión de una turba y una falsa acusación.
Todo esto es más grave que la muerte.

6 Una pena de corazón y de dolor es la mujer que tiene celos de otra mujer.
Su golpe de lengua lo hace saber a todos.

7 La mujer malvada es como un yugo que roza.
Quien se apodera de ella es como quien agarra un escorpión.

8 Una mujer borracha causa gran ira.
No cubrirá su propia vergüenza.

9 La fornicación de la mujer está en el alzamiento de sus ojos;
se sabrá por sus párpados.

10 Vigila estrictamente a una hija testaruda,
para que no encuentre libertad para sí misma, y la utilice.

11 Cuidado con un ojo insolente,
y no te sorprendas si peca contra ti.

12 Abrirá su boca como un viajero sediento,
y beber de todas las aguas que están cerca.
Se sentará en cada puesto,
y abrir su carcaj a cualquier flecha.

13 La gracia de una esposa deleitará a su marido.
Su conocimiento fortalecerá sus huesos.

14 Una mujer silenciosa es un regalo del Señor.
No hay nada que valga tanto como un alma bien instruida.

15 Una mujer modesta es una gracia sobre otra gracia.
No hay balanzas que puedan pesar el valor de un alma autocontrolada.

16 Como el sol cuando sale en las alturas del Señor,
así es la belleza de una buena esposa en su hogar bien organizado.

17 Como la lámpara que brilla sobre el candelabro sagrado,
así como la belleza del rostro en un cuerpo bien proporcionado.

18 Como las columnas de oro están sobre una base de plata,
así son los hermosos pies con los pechos de quien es firme.

28 Por dos cosas mi corazón está afligido,
y por tercera vez la ira se apodera de mí:
un guerrero que sufre por la pobreza,
hombres de entendimiento que se cuentan como basura,
y el que se vuelve de la justicia al pecado —
el Señor lo preparará para la espada.

29 Es difícil que un comerciante se abstenga de hacer el mal,
y para que un minorista sea absuelto de pecado.

Capítulo 27

1 Muchos han pecado por lucro.
El que busca multiplicar la riqueza desviará su mirada.

2 Como un clavo se pegará entre las uniones de las piedras,
por lo que el pecado se interpondrá entre la compra y la venta.

3 A menos que una persona se aferre diligentemente al temor del Señor,
su casa será derrocada rápidamente.

4 En la agitación de un tamiz, los residuos permanecen,
así como la suciedad del hombre en sus pensamientos.

5 El horno prueba las vasijas del alfarero;
así que la prueba de una persona está en sus pensamientos.

6 El fruto de un árbol revela su cultivo,
así es la expresión del pensamiento del corazón de una persona.

7 No alabes a nadie antes de escuchar sus pensamientos,
porque así es como se pone a prueba a las personas.

8 Si sigues la justicia, la obtendrás,
y ponérsela como un largo manto de gloria.

9 Los pájaros volverán a su especie,
para que la verdad vuelva a los que la practican.

10 El león acecha a su presa.
Lo mismo ocurre con el pecado para los que hacen el mal.

11 El discurso de un hombre piadoso es siempre sabio,
pero el tonto cambia como la luna.

12 Limita tu tiempo entre las personas carentes de entendimiento,
pero persevera entre los reflexivos.

13 La charla de los tontos es ofensiva.
Su risa es gratuitamente pecaminosa.

14 Su charla con muchas palabrotas pone los pelos de punta.
Su lucha hace que los demás se tapen los oídos.

15 La lucha de los soberbios lleva al derramamiento de sangre.
Su abuso mutuo es algo penoso de escuchar.

16 El que revela secretos destruye la confianza,
y no encontrará un amigo cercano.

17 Ama a un amigo y mantén la fe en él;
pero si revelas sus secretos,
no lo seguirás;

18 pues como un hombre ha destruido a su enemigo,
por lo que has destruido la amistad de tu vecino.

19 Como un pájaro que has soltado de tu mano,
así que has dejado ir a tu prójimo, y no lo volverás a coger.

20 No lo persigas, porque se ha ido lejos,
y ha escapado como una gacela del cepo.

21 Porque una herida puede ser vendada, y después del abuso puede haber reconciliación;
pero el que revela los secretos no tiene esperanza.

22 El que guiña el ojo trama cosas malas;
y los que lo conocen mantendrán su distancia.

23 Cuando estés presente, él hablará con dulzura,
y admirará sus palabras;
pero después torcerá su discurso

y poner una trampa en tus palabras.

24 He odiado muchas cosas, pero nada como él.
El Señor lo odiará.

25 El que arroja una piedra hacia arriba, la arroja sobre su propia cabeza.
Un golpe engañoso abre heridas.

26 El que cava una fosa caerá en ella.
El que pone una trampa será atrapado en ella.

27 Al que hace cosas malas, le volverán a caer encima,
y no sabrá de dónde vienen.

28 La burla y el reproche son de los arrogantes.
La venganza les acecha como un león.

29 Los que se alegran de la caída de los piadosos serán atrapados en una trampa.
La angustia los consumirá antes de morir.

30 La ira y el enojo, también son abominaciones.
Un pecador los poseerá.

Capítulo 28

1 El que se venga encontrará la venganza del Señor,
y seguramente hará firmes sus pecados.

2 Perdona a tu prójimo el daño que te ha hecho,
y entonces tus pecados serán perdonados cuando reces.

3 ¿Alguien alberga ira contra otro
y esperar la curación del Señor?

4 Con un hombre como él no tiene piedad,
¿y suplica por sus propios pecados?

5 Él mismo, siendo carne, alimenta la ira.
¿Quién expiará sus pecados?

6 Acuérdate de tu último fin, y deja la enemistad.
Recuerda la corrupción y la muerte, y sé fiel a los mandamientos.

7 Recuerda los mandamientos y no te enfades con tu prójimo.
Recuerda el pacto del Altísimo, y pasa por alto la ignorancia.

8 Absténganse de las disputas y disminuirán sus pecados,
porque un hombre apasionado encenderá la lucha.

9 Un hombre que es un pecador molestará a los amigos
y sembrar la discordia entre los que están en paz.

10 Como es el combustible del fuego, así arderá;
y según sea la dureza de la contienda, así arderá.
Como es la fuerza del hombre, así será su ira;
y como es su riqueza, así exaltará su ira.

11 Una disputa iniciada a toda prisa enciende el fuego;
y la lucha precipitada derrama sangre.

12 Si soplas sobre una chispa, se quemará;
y si escupes sobre ella, se apagará.
Ambas cosas salen de tu boca.

13 Maldito sea el susurro y la doble lengua,
porque ha destruido a muchos que estaban en paz.

14 Un calumniador ha sacudido a muchos,
y los dispersó de nación en nación.
Ha derribado ciudades fuertes
y derribar las casas de los grandes hombres.

15 Un calumniador ha echado a las mujeres valientes
y los privó de sus labores.

16 Quien lo escuche no encontrará descanso,
ni vivirá tranquilamente.

17 El golpe de un látigo deja una marca en la carne,
pero el golpe de una lengua romperá los huesos.

18 Muchos han caído por el filo de la espada,
pero no tantos como los que han caído por culpa de la lengua.

19 Dichoso el que se resguarda de ella,
que no ha pasado por su ira,
que no ha sacado su yugo,
y no ha sido atado con sus bandas.

20 Porque su yugo es un yugo de hierro,
y sus bandas son bandas de música.

21 Su muerte es una muerte maligna,
y Hades es mejor que eso.

22 No tendrá dominio sobre los hombres piadosos.
No se quemarán en su llama.

23 Los que abandonan al Señor caerán en él.
Arderá entre ellos y no se apagará.
Será enviado contra ellos como un león.
Los destruirá como un leopardo.

24 Así como rodeas tu posesión con espinas,
y asegura tu plata y tu oro,

25 así que haz una balanza y un peso para tus palabras,
y haz una puerta y una barra para tu boca.

26 Tengan cuidado, no sea que resbalen con ella,
para que no caigas ante el que está al acecho.

Capítulo 29

1 El que tiene misericordia prestará a su prójimo.
El que lo fortalece con su mano cumple los mandamientos.

2 Presta a tu prójimo cuando lo necesite.
Devuelve a tu vecino a tiempo.

3 Confirma tu palabra y mantén la fe en él;
y en todas las estaciones encontrará lo que necesita.

4 Muchos han considerado que un préstamo es una ganancia inesperada,
y han dado problemas a los que les ayudaron.

5 Hasta que haya recibido, besará las manos de un hombre.
Por el dinero de su vecino hablará sumisamente.
Entonces, cuando el pago sea debido, prolongará el tiempo,
devolver las excusas, y quejarse de la temporada.

6 Si prevalece, el acreedor apenas recibirá la mitad;
y lo contará como una ganancia.
Si no, le ha privado de su dinero,
y lo ha conseguido por un enemigo sin causa.
Le pagará con maldiciones y rabietas.
En lugar de honor, le pagará la deshonra.

7 Muchos a causa del fraude se han alejado.
Tienen miedo de ser defraudados por nada.

8 Sin embargo, ten paciencia con un hombre de mala condición.
No lo hagas esperar por tu limosna.

9 Ayuda a un pobre por el mandamiento.
De acuerdo a su necesidad no lo envíes vacío.

10 Pierde tu dinero por un hermano y un amigo.
No dejes que se oxide bajo una piedra y se pierda.

11 Distribuye tu tesoro según los mandamientos del Altísimo
y te beneficiará más que el oro.

12 Guarda la limosna en tus almacenes
y te librará de toda aflicción.

13 Luchará por ti contra tu enemigo
mejor que un poderoso escudo y una pesada lanza.

14 Un buen hombre será fiador de su prójimo.
El que ha perdido la vergüenza le fallará.

15 No olvides la amabilidad de tu avalista,
porque ha dado su vida por ti.

16 Un pecador desperdiciará los bienes de su garante.

17 El que es ingrato le fallará al que lo liberó.

18 Ser fiador ha deshecho a muchos que prosperaban
y los agitó como una ola del mar.
Ha expulsado a hombres poderosos de sus hogares.
Vagaron entre naciones extranjeras.

19 Un pecador que cae en la seguridad y se compromete con contratos de trabajo
caerá en los juicios.

20 Ayuda a tu prójimo según tu poder,
y ten cuidado de no caerte.

21 Lo esencial de la vida es el agua, el pan,
una prenda, y una casa para la intimidad.

22 Mejor es la vida de un pobre bajo un refugio de troncos
que la comida suntuosa en la casa de otro hombre.

23 Con poco o con mucho, estate bien satisfecho.

24 Es una vida miserable ir de casa en casa.
Cuando eres un invitado, no te atreves a abrir la boca.

25 Entretendrás, servirás bebidas y no tendrás que dar las gracias.
Además de esto, escucharás palabras amargas.

26 «Ven aquí, forastero, pon la mesa,
y si tienes algo en la mano, aliméntame con ello».

27 «Vete, forastero, porque ha llegado un huésped de honor.
Mi hermano ha venido a ser mi invitado. Necesito mi casa».

28 Estas cosas son graves para un hombre de entendimiento:
Las regañinas sobre el alojamiento y los insultos de los acreedores.

Capítulo 30

1 El que ama a su hijo continuará poniendo rayas sobre él,
para que al final se alegre de él.

2 El que castiga a su hijo tendrá provecho de él,
y presumirá de él entre sus conocidos.

3 El que enseña a su hijo provocará los celos de su enemigo.
Ante los amigos, se regocijará en él.

4 Su padre muere, y es como si no hubiera muerto;
ya que ha dejado uno detrás de él como él mismo.

5 En su vida, vio a su hijo y se alegró.
Cuando murió, lo hizo sin remordimientos.

6 Dejó tras de sí un vengador contra sus enemigos,
y uno para devolver la amabilidad a sus amigos.

7 El que hace demasiado a su hijo vendará sus heridas.
Su corazón se turbará ante cada grito.

8 Un caballo no domado se vuelve terco.
Un hijo descontrolado se vuelve testarudo.

9 Mima a tu hijo, y te hará temer.
Juega con él y te afligirá.

10 No te rías con él, no sea que tengas pena con él,
y al final te rechinan los dientes.

11 No le des libertad en su juventud,
y no ignore sus locuras.

12 Se inclina por el cuello en su juventud,
y golpearlo en los costados mientras es un niño,
para que no se vuelva terco y te desobedezca,
y que tu alma se entristezca.

13 Castiga a tu hijo y dale trabajo,
para que su desvergonzado comportamiento no sea una ofensa para ti.

14 Mejor es un hombre pobre que está sano y en forma,
que un hombre rico que está afligido en su cuerpo.

15 La salud y la forma física son mejores que todo el oro,
y un cuerpo fuerte mejor que la riqueza sin medida.

16 No hay mejor riqueza que la salud del cuerpo.
No hay alegría por encima de la alegría del corazón.

17 La muerte es mejor que una vida amarga,
y el descanso eterno que una enfermedad continua.

18 Lo bueno se derrama sobre una boca cerrada
son como ofrendas de comida puestas sobre una tumba.

19 ¿De qué le sirve a un ídolo una ofrenda?
Porque no puede comer ni oler.
Así es el que es castigado por el Señor,

20 viendo con sus ojos y gimiendo,
como un eunuco abrazando a una virgen y gimiendo.

21 No entregues tu alma al dolor.
No te aflijas deliberadamente.

22 La alegría del corazón es la vida del hombre.
La alegría de un hombre alarga sus días.

23 Ama tu propia alma y consuela tu corazón.
Aleja el dolor de ti,
porque el dolor ha destruido a muchos,
y no hay beneficio en ello.

24 La envidia y la ira acortan la vida.
La ansiedad trae la vejez antes de tiempo.

25 Los que están alegres y contentos
se beneficiarán de sus alimentos.

Capítulo 31

1 La vigilia que viene de las riquezas consume la carne,
y la ansiedad por ello le quita el sueño.

2 La ansiedad de los despiertos ansía el sueño.
En una enfermedad grave, el sueño se romperá.

3 Un hombre rico se afana en reunir dinero.
Cuando descansa, se llena de sus cosas buenas.

4 Un hombre pobre se esfuerza en la falta de sustancia.
Cuando descansa, se vuelve necesitado.

5 El que ama el oro no será justificado.
El que sigue la destrucción se saciará de ella.

6 Muchos se han entregado a la ruina por el oro.
Su destrucción los encuentra cara a cara.

7 Es una piedra de tropiezo para los que se sacrifican por ella.
Cualquier tonto se dejará llevar por ella.

8 Bienaventurado el rico que es hallado irreprochable,
y que no va tras el oro.

9 ¿Quién es él, para que lo llamemos bienaventurado?
Porque ha hecho cosas maravillosas en su pueblo.

10 ¿Quién ha sido probado por ella y encontrado perfecto?
Entonces que se jacte.
¿Quién ha tenido el poder de transgredir y no ha transgredido?
¿Y hacer el mal, y no lo ha hecho?

11 Su prosperidad estará asegurada.
La congregación proclamará su limosna.

12 ¿Te sientas en una gran mesa? No seas codicioso allí.
No digas: «¡Hay mucha comida!»

13 Recuerda que un ojo codicioso es una cosa malvada.
¿Qué se ha creado más codicioso que un ojo?
Por ello, derrama lágrimas de todos los rostros.

14 No estires la mano por donde quiera que mire.
No te empujes con ella en el plato.

15 Considera los sentimientos de tu prójimo por los tuyos propios.
Sea discreto en todos los puntos.

16 Come como un ser humano lo que se te pone delante.
No comas con avidez, no sea que te odien.

17 Sé el primero en parar por educación.
No seas insaciable, no vaya a ser que te ofendas.

18 Y si te sientas entre muchos,
No extiendas la mano ante ellos.

19 Que suficiente para un hombre bien educado es muy poco.
No respira con dificultad en su cama.

20 El sueño saludable proviene de una alimentación moderada.
Se levanta temprano, y su ingenio está con él.
El dolor de la vigilia, los cólicos,
y las quejas son con un hombre insaciable.

21 Y si te han obligado a comer,
levántate en medio de ella, y tendrás descanso.

22 Escúchame, hijo mío, y no me desprecies,
y al final apreciarás mis palabras.
En todos tus trabajos sé hábil,
y ninguna enfermedad vendrá a ti.

23 La gente bendice al que es liberal con su comida.
El testimonio de su excelencia será creído.

24 La ciudad murmurará del que es tacaño con su comida.
El testimonio de su tacañería será preciso.

25 No te muestres valiente en el vino,
porque el vino ha destruido a muchos.

26 El horno prueba el temple del acero por inmersión;
así el vino pone a prueba los corazones en la disputa de los soberbios.

27 El vino es tan bueno como la vida para los hombres,
si se bebe con moderación.
¿Qué vida hay para un hombre que no tiene vino?
Ha sido creado para alegrar a los hombres.

28 El vino se bebe en su momento y con moderación
es la alegría del corazón y el gozo del alma:

29 El vino bebido en exceso es la amargura del alma,
con la provocación y el conflicto.

30 La embriaguez aumenta la rabia del necio para su perjuicio.
Disminuye la fuerza y añade heridas.

31 No reprendas a tu vecino en un banquete de vino.
No lo desprecies en su alegría.
No le digas ni una palabra de reproche.
No le angusties exigiéndole nada.

Capítulo 32

1 ¿Te han hecho gobernante de una fiesta?
No te dejes elevar.
Estar entre ellos como uno de ellos.
Ocúpate primero de ellos y luego siéntate.

2 Y cuando hayas cumplido con todos tus deberes, ocupa tu lugar,
para que te alegres por ellos,
y recibir una corona de flores por su buen servicio.

3 Hablad, vosotros que sois mayores, porque estáis en vuestro derecho, pero con conocimiento de causa;
y no interrumpir la música.

4 No viertas palabras donde hay una actuación musical.
No muestres tu sabiduría en el momento equivocado.

5 Como un sello de rubí en un marco de oro,
así como un concierto de música en un banquete de vino.

6 Como un sello de esmeralda en una obra de oro,
así es la melodía musical con el vino agradable.

7 Habla, joven, si estás obligado,
pero no más de dos veces, y sólo si se le pregunta.

8 Resume tu discurso, muchas cosas en pocas palabras.
Sé como el que sabe y sin embargo se calla.

9 Cuando te encuentres entre grandes hombres, no te comportes como su igual.
Cuando otro está hablando, no balbucees.

10 La velocidad de los relámpagos es anterior a la de los truenos.
La aprobación va delante de quien es modesto.

11 Levántate a tiempo y no seas el último.
Vuelve a casa rápidamente y no holgazanees

12 Diviértete allí y haz lo que está en tu corazón.
No peques de soberbia al hablar.

13 Porque estas cosas bendicen a tu Hacedor,
que te da a beber libremente de sus bienes.

14 El que teme al Señor recibirá la disciplina.
Los que le buscan pronto encontrarán el favor.

15 El que busca la ley se llenará de ella,
pero el hipócrita tropezará con ella.

16 Los que temen al Señor encontrarán el verdadero juicio,
y encenderá los actos justos como una luz.

17 El hombre pecador rehúye la reprensión,
y encontrará un juicio según su voluntad.

18 Una persona sensata no descuida un pensamiento.
Un hombre insolente y orgulloso no se agacha por miedo,
incluso después de haber hecho una cosa por sí mismo sin consejo.

19 No hagas nada sin consejo,
pero cuando hayas actuado, no te arrepientas.

20 No vayas por el camino del conflicto.
No tropieces en lugares pedregosos.

21 No te confíes en una carretera lisa.

22 Ten cuidado con tus propios hijos.

23 En toda obra guarda tu propia alma,
porque esto es el cumplimiento de los mandamientos.

24 El que cree en la ley hace caso al mandamiento.
El que confía en el Señor no sufrirá ninguna pérdida.

Capítulo 33

1 Ningún mal le sucederá al que teme al Señor,
pero en las pruebas una y otra vez lo librará.

2 Un hombre sabio no odiará la ley,
pero el que es hipócrita al respecto es como una barca en la tormenta.

3 Un hombre de entendimiento pondrá su confianza en la ley.
Y la ley le es fiel, como cuando se pide un oráculo divino.

4 Prepara tu discurso y así serás escuchado.
Ate la instrucción, y haga su respuesta.

5 El corazón del necio es como una rueda de carro.
Sus pensamientos son como un eje rodante.

6 Un caballo semental es como un amigo burlón.
Relincha bajo todo aquel que se sienta sobre él.

7 Por qué un día supera a otro,
cuando toda la luz de cada día del año proviene del sol?

8 Se distinguieron por el conocimiento del Señor,
y varió las estaciones y las fiestas.

9 A algunos los exaltó y santificó,
y algunos de ellos los ha convertido en días ordinarios.

10 Y todos los hombres son de la tierra.
Adán fue creado del polvo.

11 En la abundancia de su conocimiento el Señor los distinguió,
y que sus caminos sean diferentes.

12 A algunos los bendijo y exaltó,
y a algunos de ellos los santificó y los acercó a sí mismo.
A algunos de ellos los maldijo y los rebajó,
y los derrocó de su lugar.

13 Como la arcilla del alfarero en su mano,
todos sus caminos son según su buena voluntad,
así que los hombres están en la mano de quien los hizo,
para que les rinda según su criterio.

14 El bien es lo contrario del mal,
y la vida es lo contrario de la muerte;
así que el pecador es lo contrario del piadoso.

15 Mira todas las obras del Altísimo así,
vienen en parejas, una contra otra.

16 Yo era el último de la guardia,
como el que recoge después de los vendimiadores.

17 Con la bendición del Señor llegué antes que ellos,
y llené mi lagar como quien recoge uvas.

18 Considera que no trabajé sólo para mí,
sino para todos los que buscan instrucción.

19 Oídme, grandes hombres del pueblo,
y escuchad con vuestros oídos, señores de la congregación.

20 Al hijo y a la esposa, al hermano y al amigo,
no des poder sobre ti mismo mientras vivas,
y no des tus bienes a otro,
para que no te arrepientas y tengas que pedirlas.

21 Mientras aún vives y el aliento está en ti,
no te entregues a nadie.

22 Porque es mejor que tus hijos te pidan
que mirar de la mano de sus hijos.

23 Sobresalga en todos sus trabajos.
No traigas una mancha en tu honor.

24 En el día que termines los días de tu vida,
en el momento de la muerte, distribuye tu herencia.

25 El forraje, el bastón y las cargas son para el asno.
El pan, la disciplina y el trabajo son para un siervo.

26 Pon a trabajar a tu esclavo y encontrarás descanso.
Deja sus manos ociosas y buscará la libertad.

27 El yugo y la correa arquean el cuello.
Para un esclavo malvado hay bastidores y torturas.

28 Mándalo a trabajar, para que no esté ocioso,
porque la ociosidad enseña muchas cosas malas.

29 Ponlo a trabajar, como es conveniente para él.
Si no obedece, haz que sus grilletes sean pesados.

30 No seas excesivo con ninguno.
No hagas nada injusto.

31 Si tienes un esclavo, trátalo como a ti mismo,
porque lo has comprado con sangre.

32 Si tienes un esclavo, trátalo como a ti mismo.
Porque como tu propia alma, lo necesitarás.
Si lo tratas mal, y se marcha y huye,

33 ¿Qué camino tomarás para buscarlo?

Capítulo 34

1 Las esperanzas vanas y falsas son para un hombre vacío de entendimiento.
Los sueños dan alas a los tontos.

2 Como quien se agarra a una sombra y sigue al viento,
así es el que pone su mente en los sueños.

3 La visión de los sueños es un reflejo,
la semejanza de una cara cerca de una cara.

4 De una cosa impura, ¿qué se puede limpiar?
De lo que es falso, ¿qué puede ser verdadero?

5 Son vanas las adivinanzas, los chismes y los sueños.
El corazón tiene fantasías como una mujer de parto.

6 Si no son enviados en una visita del Altísimo,
no les entregues tu corazón.

7 Porque los sueños han extraviado a muchos.
Han fracasado al poner su esperanza en ellos.

8 Sin mentir se cumplirá la ley.
La sabiduría es completa en una boca fiel.

9 Un hombre bien instruido sabe muchas cosas.
El que tiene mucha experiencia declarará la comprensión.

10 El que no tiene experiencia sabe pocas cosas.
Pero el que ha viajado aumenta la inteligencia.

11 He visto muchas cosas en mis viajes.
Mi comprensión es más que mis palabras.

12 A menudo estuve en peligro incluso de muerte.
Me he conservado gracias a estas experiencias.

13 El espíritu de los que temen al Señor vivirá,
porque su esperanza está en el que los salva.

14 El que teme al Señor no tendrá miedo ni será cobarde,
porque él es su esperanza.

15 Dichoso el alma del que teme al Señor.
¿A quién presta atención? ¿Quién es su apoyo?

16 Los ojos del Señor están sobre los que le aman,
una poderosa protección y un fuerte apoyo,
una cubierta contra el calor, una sombra contra el sol del mediodía,
una guardia para no tropezar, y una ayuda para no caer.

17 Él levanta el alma y alumbra los ojos.
Él da salud, vida y bendición.

18 El que sacrifica una cosa mal adquirida, su ofrenda se hace en burla.
Las burlas de los malvados no son aceptables.

19 El Altísimo no se complace en las ofrendas de los impíos,
Tampoco se apacigua por los pecados con la multitud de sacrificios.

20 Como quien mata a un hijo ante los ojos de su padre
es el que trae un sacrificio de los bienes de los pobres.

21 El pan del necesitado es la vida del pobre.
El que lo priva es un hombre de sangre.

22 Como el que asesina a su prójimo es el que le quita la vida.
Como un derramador de sangre es el que priva a un asalariado de su salario.

23 Cuando uno construye y otro derriba,
¿qué beneficio tienen sino el trabajo?

24 Cuando uno reza y otro maldice,
¿a qué voz escuchará el Señor?

25 El que se lava después de tocar un cadáver y lo vuelve a tocar,
¿qué gana con su lavado?

26 Así el hombre que ayuna por sus pecados,
y volver a ir, y hacer lo mismo,
¿quién escuchará su oración?
¿Qué beneficio tiene en su humillación?

Capítulo 35

1 El que cumple la ley multiplica las ofrendas.
El que cumple los mandamientos sacrifica una ofrenda de paz.

2 El que devuelve una bondad ofrece harina fina.
El que da limosna sacrifica una ofrenda de agradecimiento.

3 Apartarse de la maldad agrada al Señor.
Apartarse de la injusticia es un sacrificio expiatorio.

4 Procura no presentarte en la presencia del Señor con las manos vacías.

5 Porque todas estas cosas se hacen por el mandamiento.

6 La ofrenda de los justos enriquece el altar.
Su dulce fragancia está ante el Altísimo.

7 El sacrificio de un hombre justo es aceptable.
No se olvidará.

8 Glorifica al Señor con generosidad.
No reduzcas las primicias de tus manos.

9 En todo regalo muestra un semblante alegre,
Y dedicad vuestro diezmo con alegría.

10 Dad al Altísimo según lo que ha dado.
Como tu mano ha encontrado, da generosamente.

11 Porque el Señor paga,
y te pagará siete veces más.

12 No pienses en sobornarlo con regalos, porque no los recibirá.
No te propongas un sacrificio injusto,
Porque el Señor es el juez,
y con él no hay acepción de personas.

13 No aceptará a ninguna persona en contra de un hombre pobre.
Escuchará la oración de quien es agraviado.

14 No despreciará en absoluto la súplica del huérfano
o la viuda, cuando vierte su historia.

15 ¿No corren las lágrimas de la viuda por su mejilla?
¿No es su grito contra el que los ha hecho caer?

16 El que sirve a Dios según su beneplácito será aceptado.
Su súplica llegará hasta las nubes.

17 La oración de los humildes atraviesa las nubes.
hasta que se acerque, no se consolará.
No se irá hasta que el Altísimo lo visite
y juzga con justicia y ejecuta el juicio.

18 Y el Señor no será indulgente ni tendrá paciencia con ellos,
hasta que haya aplastado los lomos de los inmisericordes.
Él pagará la venganza a los paganos
hasta que haya eliminado la multitud de los arrogantes
y quebró los cetros de los injustos,

19 hasta que haya dado a cada uno según sus obras,
y pagó las obras de los hombres según sus planes,
hasta que haya juzgado la causa de su pueblo,
y los hará regocijarse en su misericordia.

20 La misericordia es tan bienvenida en el tiempo de su aflicción,
como nubes de lluvia en tiempos de sequía.

Capítulo 36

1 Ten piedad de nosotros, Señor, Dios de todos, y míranos con favor;

2 y envía tu temor a todas las naciones.

3 Levanta tu mano contra las naciones extranjeras
y que vean tu poderoso poder.

4 Como mostraste tu santidad en nosotros ante ellos,
para que se engrandezca en ellos ante nosotros.

5 Que te conozcan, como nosotros también te hemos conocido,
que no hay más Dios que tú, oh Dios.

6 Muestra nuevas señales y realiza diversas maravillas.
Glorifica tu mano y tu brazo derecho.

7 Levanten la indignación y derramen la ira.
Quita al adversario y destruye al enemigo.

8 Apura el tiempo y recuerda tu juramento.
Que declaren tus poderosas obras.

9 Que el que escape sea devorado por el fuego furioso.
Que los que dañan a tu pueblo encuentren la destrucción.

10 Aplasta las cabezas de los jefes de los enemigos
que dicen: «No hay nadie más que nosotros mismos».

11 Reúne a todas las tribus de Jacob,
y tomadlos como herencia, como desde el principio.

12 Señor, ten piedad del pueblo que es llamado por tu nombre,
y sobre Israel, a quien comparaste con un primogénito.

13 Ten compasión de la ciudad de tu santuario,
Jerusalén, el lugar de tu descanso.

14 Llena Sión. Exalta tus oráculos
y llena a tu pueblo de tu gloria.

15 Da testimonio a los que fueron tus criaturas al principio,
y cumplir las profecías que se han dicho en tu nombre.

16 Recompensa a los que te esperan,
y los hombres pondrán su confianza en tus profetas.

17 Escucha, Señor, la oración de tus siervos,
según la bendición de Aarón sobre tu pueblo;
y todos los que están en la tierra conocerán
que tú eres el Señor, el Dios eterno.

18 El vientre come cualquier alimento,
pero un alimento es mejor que otro.

19 La boca saborea las carnes tomadas en la caza,
así el corazón comprensivo detecta el discurso falso.

20 Un corazón contrario causará pesadez.
Un hombre con experiencia se lo devolverá.

21 Una mujer recibirá a cualquier hombre,
pero una hija es mejor que otra.

22 La belleza de una mujer alegra el rostro.
Un hombre no desea nada más.

23 Si la bondad y la humildad están en su lengua,
su marido no es como los demás hijos de los hombres.

24 El que consigue una esposa obtiene su más rico tesoro,
una reunión de ayuda para él y un pilar de apoyo.

25 Donde no hay seto, la propiedad será saqueada.
El que no tiene esposa se lamentará al vagar.

26 Porque, ¿quién confiaría en un ágil ladrón que salta de ciudad en ciudad?
Aun así, ¿quién confiaría en un hombre que no tiene nido y se aloja en cualquier
lugar donde se encuentre al caer la noche?

Capítulo 37

1 Todo amigo dirá: «Yo también soy su amigo»;
pero hay un amigo que sólo lo es de nombre.

2 ¿No hay en ello una pena hasta la muerte
cuando un compañero y amigo se convierte en enemigo?

3 Oh, imaginación malvada, ¿por qué fuiste formada
para cubrir la tierra seca con el engaño?

4 Hay un compañero que se alegra de la alegría de un amigo,
pero en tiempo de aflicción estará contra él.

5 Hay un compañero que por el vientre trabaja con su amigo,
sin embargo, en la cara de la batalla llevará su broquel.

6 No olvides a un amigo de tu alma.
No te desentiendas de él en tus riquezas.

7 Todo consejero exalta el consejo,
pero algunos dan consejos en su propio interés.

8 Que tu alma se cuide de un consejero,
y saber de antemano cuál es su interés
(pues tomará consejo para sí mismo),
para que no eche la suerte en tu contra,

9 y te dicen: «Tu camino es bueno».
Entonces se parará cerca de ti, para ver lo que te ocurrirá.

10 No tomes consejo con quien te mira con recelo.
Oculta tu consejo a los que te tienen envidia.

11 No consultes a una mujer sobre su rival,
con un cobarde sobre la guerra,
con un comerciante sobre los negocios,
con un comprador sobre la venta,
con un envidioso sobre el agradecimiento,
con un hombre despiadado sobre la bondad,
con un perezoso sobre cualquier tipo de trabajo,
con un asalariado en su casa sobre la terminación de su trabajo,
o con un sirviente ocioso sobre muchos asuntos.
No prestes atención a estos en ningún asunto de asesoramiento.

12 Más bien, estén continuamente con un hombre piadoso,
a quien sabes que es un guardián de los mandamientos,
que en su alma es como tu propia alma,
y que se afligirá contigo, si fracasas.

13 Haz valer el consejo de tu corazón,
pues no hay nadie más fiel a ti que ella.

14 Porque el alma del hombre se inclina a veces a informarle
mejor que siete vigías que se sientan en lo alto de una torre de vigilancia.

15 Por encima de todo esto pide al Altísimo
para que dirija tu camino en la verdad.

16 Que la razón sea el principio de toda obra.
Deja que el consejo vaya por delante de cada acción.

17 Como muestra del cambio del corazón,

18 cuatro tipos de cosas se levantan:
el bien y el mal, la vida y la muerte.
Lo que los domina continuamente es la lengua.

19 Hay uno que es inteligente e instructor de muchos,
y, sin embargo, es inútil para su propia alma.

20 Hay uno que es sutil en las palabras y es odiado.
Estará desprovisto de todo alimento.

21 Porque la gracia no le fue dada por el Señor,
porque está privado de toda sabiduría.

22 Hay uno que es sabio para su propia alma;
y los frutos de su entendimiento son dignos de confianza en la boca.

23 Un hombre sabio instruirá a su propio pueblo.
Los frutos de su entendimiento son dignos de confianza.

24 Un hombre sabio se llenará de bendiciones.
Todos los que lo vean lo llamarán feliz.

25 La vida de un hombre se cuenta por días.
Los días de Israel son innumerables.

26 El hombre sabio heredará la confianza entre su pueblo.
Su nombre vivirá para siempre.

27 Hijo mío, prueba tu alma en tu vida.
Mira lo que es malo para él, y no te rindas.

28 Porque no todas las cosas son útiles para todos los hombres.
No todas las almas tienen placer en todo.

29 No seas insaciable en ningún lujo.
No seas codicioso en las cosas que comes.

30 Porque comer en exceso trae enfermedades,
y la gula provoca náuseas.

31 A causa de la gula, muchos han perecido,
pero el que tenga cuidado prolongará su vida.

Capítulo 38

1 Honra a un médico según tu necesidad con los honores que le corresponden,
porque verdaderamente el Señor lo ha creado.

2 Porque la curación viene del Altísimo,
y recibirá un regalo del rey.

3 La destreza del médico levantará su cabeza.
Será admirado a la vista de los grandes hombres.

4 El Señor creó los medicamentos de la tierra.
Un hombre prudente no los despreciará.

5 ¿No se endulzó el agua con madera?
para que se conozca su poder?

6 Él dio a los hombres la habilidad
para que sea glorificado en sus obras maravillosas.

7 Con ellos se cura
y quita el dolor.

8 Con ellos, el farmacéutico hace una mezcla.
Las obras de Dios no llegarán a su fin.
De él, la paz es sobre la faz de la tierra.

9 Hijo mío, en tu enfermedad no te descuides,
pero reza al Señor, y él te curará.

10 Dejad de hacer lo malo y dirigid vuestras manos hacia la justicia.
Limpia tu corazón de todo pecado.

11 Da un sabor dulce y un recuerdo de harina fina,
y vierte aceite sobre tu ofrenda, según tus posibilidades.

12 Entonces da lugar al médico, pues en verdad el Señor lo ha creado.
No dejes que te abandone, porque lo necesitas.

13 Hay un momento en que la recuperación está en sus manos.

14 Porque ellos también pedirán al Señor
para que prosperen en el diagnóstico y en la curación para el mantenimiento de la vida.

15 El que peca ante su Hacedor,
déjalo caer en manos del médico.

16 Hijo mío, deja que tus lágrimas caigan sobre los muertos,
y como quien sufre mucho, comienza a lamentarse.
Enrolla su cuerpo con el debido honor.
No descuides su entierro.

17 Haz que el llanto sea amargo y que los lamentos sean apasionados.
Que tu duelo sea acorde a su mérito,
por un día o dos, para que no se hable mal de ti;
y así ser reconfortado por su dolor.

18 Porque del dolor viene la muerte.
El dolor de corazón agota las fuerzas.

19 En la calamidad también queda la pena.
La vida de un pobre es penosa para el corazón.

20 No entregues tu corazón a la tristeza.
Guárdalo, recordando el final.

21 No lo olvides, porque no hay vuelta atrás.
No le haces ningún bien, y te perjudicarías a ti mismo.

22 Acuérdate de su final, porque también será el tuyo:
ayer para mí, y hoy para ti.

23 Cuando el muerto descansa, que su recuerdo descanse.
Consuélate por él cuando su espíritu se aleje de él.

24 La sabiduría del escriba viene por la oportunidad del ocio.
El que tiene pocos negocios puede llegar a ser sabio.

25 ¿Cómo podría llegar a ser sabio quien sostiene el arado,
que se gloría en el asta de la aguja,
que conduce bueyes y se ocupa de sus labores,
¿y quién habla más de los toros?

26 Pondrá su corazón en voltear sus surcos.
Su falta de sueño es para dar a sus vaquillas su forraje.

27 Así es todo artesano y maestro artesano
que pasa su tiempo de noche como de día,
los que recortan los grabados de los sellos.
Su diligencia es hacer gran variedad.
Se empeña en preservar la semejanza en sus retratos,
y tiene cuidado de terminar su trabajo.

28 Lo mismo ocurre con el herrero sentado junto al yunque
y considerando el hierro no forjado.
El humo del fuego consumirá su carne.
Trabaja en el calor del horno.
El ruido del martillo ensordece su oído.
Sus ojos están sobre el patrón del objeto.
Pondrá su corazón en perfeccionar sus obras.
Tendrá cuidado de adornarlos perfectamente.

29 Así es el alfarero sentado en su trabajo
y girando el volante con los pies,
que siempre se pone a trabajar ansiosamente.
Produce su obra en cantidad.

30 El moldeará la arcilla con su brazo
y doblará su fuerza frente a sus pies.
Aplicará su corazón para terminar el acristalamiento.
Tendrá cuidado de limpiar el horno.

31 Todos estos ponen su confianza en sus manos.
Cada uno se vuelve hábil en su propio trabajo.

32 Sin ellos ninguna ciudad estaría habitada.
Los hombres no residirían como extranjeros ni caminarían por allí.

33 No se les buscará en el consejo del pueblo.
No se montarán en lo alto de la asamblea.
No se sentarán en el asiento del juez.
No entenderán el pacto del juicio.
Tampoco declararán la instrucción y el juicio.
No se encontrarán donde hay parábolas.

34 Pero ellos mantendrán el tejido de la época.
Su oración está en el trabajo de su oficio.

Capítulo 39

1 No así el que ha aplicado su alma
y medita en la ley del Altísimo.
Buscará la sabiduría de todos los antiguos
y se ocupará de las profecías.

2 Guardará los dichos de los hombres de renombre
y entrará en medio de las sutilezas de las parábolas.

3 Buscará el significado oculto de los proverbios
y ser versado en los oscuros dichos de las parábolas.

4 Servirá entre grandes hombres
y comparecer ante el que gobierna.
Viajará por la tierra de las naciones extranjeras,
porque ha aprendido lo que es bueno y malo entre los hombres.

5 Aplicará su corazón para volver pronto al Señor que lo hizo,
y suplicará ante el Altísimo,
y abrirá su boca en la oración,
y pedirá perdón por sus pecados.

6 Si el gran Señor quiere,
se llenará del espíritu de entendimiento;
derramará las palabras de su sabiduría
y en la oración dar gracias al Señor.

7 Dirigirá su consejo y su conocimiento,
y meditará en sus secretos.

8 Mostrará la instrucción que se le ha enseñado
y se gloriarán en la ley de la alianza del Señor.

9 Muchos elogiarán su entendimiento.
Mientras el mundo perdure, no se borrará.
Su memoria no se irá.
Su nombre vivirá de generación en generación.

10 Las naciones declararán su sabiduría.
La congregación proclamará su alabanza.

11 Si continúa, dejará un nombre más grande que mil.
Si finalmente descansa, es suficiente para él.

12 Aún diré más cosas que he pensado.
Estoy lleno como la luna llena.

13 Escuchadme, hijos santos,
y brotar como una rosa que crece junto a un arroyo de agua.

14 Da una fragancia dulce como el incienso.
Poner flores como un lirio.
Esparce un dulce aroma y canta una canción de alabanza.
¡Bendice al Señor por todas sus obras!

15 Magnifica su nombre
y expresen su alabanza
¡con las canciones en los labios y con las arpas!
Di esto cuando pronuncies sus alabanzas:

16 Todas las obras del Señor son sumamente buenas,
y cada orden se cumplirá en su momento.

17 Nadie puede decir: «¿Qué es esto?» «¿Por qué es eso?»
ya que en el momento oportuno todos serán buscados.
Al oír su palabra, las aguas se pusieron en pie como un montón,
como los embalses de agua a la palabra de su boca.

18 A su orden se cumple toda su buena voluntad.
No hay nadie que pueda impedir su salvación.

19 Las obras de toda carne están ante él.
Es imposible esconderse de sus ojos.

20 Él ve desde la eternidad hasta la eternidad.
No hay nada demasiado maravilloso para él.

21 Nadie puede decir: «¿Qué es esto?» «¿Por qué es eso?»
porque todas las cosas son creadas para su propio uso.

22 Su bendición cubrió la tierra seca como un río
y lo saturó como una inundación.

23 Como ha hecho que las aguas sean saladas,
por lo que los paganos heredarán su ira.

24 Sus caminos son claros para los santos.
Son piedras de tropiezo para los malvados.

25 Las cosas buenas son creadas desde el principio para el bien.
Así son las cosas malas para los pecadores.

26 Las principales cosas necesarias para la vida del hombre
son el agua, el fuego, el hierro y la sal,
harina de trigo, y miel, leche,
la sangre de la uva, el aceite y la ropa.

27 Todas estas cosas son para bien de los piadosos,
pero para los pecadores, se convertirán en males.

28 Hay vientos que se crean para la venganza,
y en su furia, se echaron encima los azotes con fuerza.
En el momento del ajuste de cuentas, derraman su fuerza,
y aplacará la ira de quien los hizo.

29 Fuego, granizo, hambre y muerte...
todos estos son creados para la venganza —

30 dientes de bestias salvajes, escorpiones, víboras,
y una espada que castiga a los impíos hasta la destrucción.

31 Se alegrarán de su mandato,
y se preparará en la tierra cuando sea necesario.
En sus estaciones, no desobedecerán su mandato.

32 Por lo tanto, desde el principio estaba convencido,
y lo pensé bien y lo dejé por escrito:

33 Todas las obras del Señor son buenas.
Él suplirá cada necesidad en su momento.

34 Nadie puede decir: «Esto es peor que aquello».
pues todos serán bien aprobados en su momento.

35 Ahora, con todo vuestro corazón y vuestra voz, cantad alabanzas
¡y bendecir el nombre del Señor!

Capítulo 40

1 Se ha creado un gran trabajo para cada hombre.
Un pesado yugo pesa sobre los hijos de Adán,
desde el día en que salieron del vientre de su madre,
hasta el día de su entierro en la madre de todas las cosas.

2 La expectativa de lo que vendrá y el día de la muerte,
perturban sus pensamientos, y causan temor en sus corazones.

3 De aquel que se sienta en un trono de gloria,
incluso al que está humillado en la tierra y en la ceniza,

4 del que lleva la púrpura y la corona,
incluso al que está vestido de arpillera,

5 hay ira, celos, problemas, malestar,
el miedo a la muerte, la ira y la lucha.
En el tiempo de descanso en su cama,
su sueño nocturno cambia sus conocimientos.

6 Descansa poco o nada,
y después en su sueño, como en un día de guardia,
está turbado en la visión de su corazón,
como quien ha escapado del frente de batalla.

7 En el mismo momento de su liberación, se despierta,
y se maravilla de que el miedo no sea nada.

8 A todas las criaturas, humanas y animales,
y sobre los pecadores siete veces más,

9 vienen la muerte, el derramamiento de sangre, la lucha, la espada,
calamidades, el hambre, el sufrimiento y la peste.

10 Todas estas cosas fueron creadas para los malvados,
y por culpa de ellos llegó el diluvio.

11 Todo lo que es de la tierra vuelve a la tierra.
Todo lo que es de las aguas vuelve al mar.

12 Todo soborno e injusticia serán borrados.
La buena fe se mantendrá para siempre.

13 Los bienes de los injustos se secarán como un río,
y como un gran trueno en la lluvia se disparará en el ruido.

14 Al abrir sus manos, el hombre se alegrará;
para que los infractores de la ley fracasen por completo.

15 A los hijos de los impíos no les crecerán muchas ramas,
y son como raíces malsanas en una roca escarpada.

16 Los juncos junto a cada orilla del agua o del río
será arrancado antes que toda la hierba.

17 La bondad es como un jardín de bendiciones.
La limosna es eterna.

18 La vida del que se esfuerza y se contenta se hará dulce.
El que encuentra un tesoro es mejor que los dos.

19 Los niños y la construcción de una ciudad establecen un nombre.
Una esposa intachable es mejor que ambas.

20 El vino y la música alegran el corazón.
El amor a la sabiduría es mejor que ambos.

21 La flauta y el laúd producen una agradable melodía.
Una lengua agradable es mejor que ambas.

22 Tu ojo desea la gracia y la belleza,
pero los brotes verdes del grano más que ambos.

23 Un amigo y un compañero son siempre bienvenidos,
y una esposa con su marido es mejor que ambos.

24 Los familiares y ayudantes son para un tiempo de aflicción,
pero la limosna rescata mejor que ambos.

25 El oro y la plata harán que el pie esté seguro,
y el consejo se estima mejor que ambos.

26 La riqueza y la fuerza levantarán el corazón.
El temor del Señor es mejor que ambos.
No falta nada en el temor del Señor.
En él, no hay necesidad de buscar ayuda.

27 El temor del Señor es como un jardín de bendiciones
y cubre a un hombre más que cualquier gloria.

28 Hijo mío, no lleves una vida de mendigo.
Es mejor morir que mendigar.

29 Un hombre que mira a la mesa de otro,
su vida no debe ser considerada una vida.
Contaminará su alma con la comida de otra persona,
pero una persona sabia y bien instruida se cuidará de eso.

30 La mendicidad será dulce en la boca del desvergonzado,
pero enciende un fuego en su vientre.

Capítulo 41

1 Oh, muerte, qué amargo es tu recuerdo para un hombre que está tranquilo en sus posesiones,
al hombre que no tiene nada que lo distraiga y tiene prosperidad en todas las cosas,
¡y que aún tiene fuerzas para disfrutar de la comida!

2 Oh, muerte, tu sentencia es aceptable para un hombre necesitado y que falla en sus fuerzas,
que está en la extrema vejez, se distrae con todas las cosas,

¡es perverso, y ha perdido la paciencia!

3 No tengas miedo de la sentencia de muerte.
Recuerda a los que te han precedido y a los que vienen después.
Esta es la sentencia del Señor sobre toda carne.

4 ¿Y por qué te niegas cuando es la voluntad del Altísimo?
Tanto si la vida dura diez, como cien o mil años,
no hay ninguna investigación sobre la vida en el Hades.

5 Los hijos de los pecadores son hijos abominables
y frecuentan las moradas de los impíos.

6 La herencia de los hijos de los pecadores perecerá
y con su posteridad será una desgracia perpetua.

7 Los hijos se quejarán de un padre impío,
porque sufren la desgracia por su culpa.

8 ¡Ay de vosotros, hombres impíos!
que han abandonado la ley del Dios Altísimo!

9 Si naces, nacerás para una maldición.
Si mueres, una maldición será tu parte.

10 Todo lo que es de la tierra volverá a la tierra;
por lo que los impíos irán de maldición a perdición.

11 El luto de los hombres es sobre sus cuerpos;
pero el mal nombre de los pecadores será borrado.

12 Ten en cuenta tu nombre,
porque sigue contigo más tiempo que mil grandes tesoros de oro.

13 Una buena vida tiene su número de días,
pero un buen nombre continúa para siempre.

14 Hijos míos, seguid la instrucción en paz.
Pero la sabiduría que está oculta y un tesoro que no se ve,
¿qué beneficio hay en ambos?

15 Mejor es el hombre que esconde su necedad
que un hombre que esconde su sabiduría.

16 Por tanto, respeta mis palabras;
porque no es bueno retener toda clase de vergüenza.
No todo es aprobado por todos de buena fe.

17 Avergüénzate de la inmoralidad sexual ante el padre y la madre,
de una mentira ante un príncipe y un poderoso,

18 de un delito ante un juez y un gobernante,
de iniquidad ante la congregación y el pueblo,
de un trato injusto ante un compañero y amigo,

19 y de los robos en el lugar en el que habitas.
Avergüénzate de la verdad de Dios y de su pacto,
de apoyarse en el codo en la cena,
de comportamiento despectivo en materia de dar y recibir,

20 de silencio ante los que te saludan,
de mirar a una mujer que es una prostituta,

21 de alejar tu rostro de un pariente,
de quitar una porción o un regalo,
de mirar a una mujer que tiene un marido,

22 de entrometerse con su criada y no acercarse a su cama,
de hablar de forma abusiva a los amigos, y después de haber dado, no insultes,

23 de repetir y decir lo que has oído,
y de revelación de secretos.

24 Así te avergonzarás de las cosas correctas
y encontrar el favor a los ojos de todos los hombres.

Capítulo 42

1 No te avergüences de estas cosas,
y no peques para salvar la cara:

2 de la ley del Altísimo y de su pacto,
de juicio para hacer justicia a los impíos,

3 de ajuste de cuentas con un compañero y con los viajeros,
de un regalo de la herencia de los amigos,

4 de exactitud de balanzas y pesos,
de conseguir mucho o poco,

5 de negociación con los comerciantes,
de la corrección frecuente de los niños,
y de hacer sangrar la espalda de un esclavo malvado.

6 Un sello es bueno donde hay una esposa mala.
Donde hay muchas manos, cierra las cosas.

7 Lo que entregues, que sea por número y peso.
Al dar y recibir, que todo sea por escrito.

8 No te avergüences de instruir a los insensatos y a los tontos,
y uno de extrema vejez que contiende con los que son jóvenes.
Así que estarás bien instruido de hecho
y aprobado a la vista de todo hombre vivo.

9 Una hija es una causa secreta de vigilia para un padre.
El cuidado de ella le quita el sueño...
en su juventud, para que no pase la flor de su edad;
cuando esté casada, para que no sea odiada;

10 en su virginidad, para que no se contamine y quede embarazada en la casa de su padre;
cuando tenga marido, para que no transgreda;

y cuando esté casada, para que no sea estéril.

11 Vigila estrictamente a una hija testaruda,
para que no te convierta en el hazmerreír de tus enemigos,
un sinónimo en la ciudad y notorio entre la gente,
y avergonzarte en público.

12 No mires a todos los cuerpos hermosos.
No te sientes en medio de las mujeres.

13 Porque de la ropa sale una polilla,
y de la mujer viene la maldad de la mujer.

14 Mejor es la maldad de un hombre que una mujer agradable,
una mujer que te avergüenza y deshonra.

15 Mencionaré ahora las obras del Señor,
y declararé las cosas que he visto.
Las obras del Señor están en sus palabras.

16 El sol que da luz mira todas las cosas.
La obra del Señor está llena de su gloria.

17 El Señor no ha dado poder a los santos para declarar todas sus obras maravillosas,
que el Señor Todopoderoso estableció firmemente,
para que el universo sea establecido en su gloria.

18 Él escudriña lo profundo y el corazón.
Tiene conocimiento de sus secretos.
Porque el Altísimo conoce todo el conocimiento.
Ve los signos del mundo.

19 Él declara las cosas pasadas y las que serán,
y revela las huellas de las cosas ocultas.

20 No se le escapa ningún pensamiento.
No se le oculta ni una palabra.

21 Ha ordenado las obras poderosas de su sabiduría.
Él es desde la eternidad hasta la eternidad.
No se les ha añadido nada, ni se les ha quitado nada.
No necesitaba ningún consejero.

22 ¡Qué deseables son todas sus obras!
Uno puede ver esto incluso en una chispa.

23 Todas estas cosas viven y permanecen para siempre en toda clase de usos.
Todos son obedientes.

24 Todas las cosas están en pares, una frente a la otra.
No ha hecho nada imperfecto.

25 Una cosa establece lo bueno de otra.
¿Quién podría ver lo suficiente de su gloria?

Capítulo 43

1 El orgullo de las alturas celestiales es el cielo claro,
la apariencia del cielo, en el espectáculo de su gloria.

2 El sol, cuando aparece, trayendo noticias al salir,
es un instrumento maravilloso, obra del Altísimo.

3 Al mediodía, seca la tierra.
¿Quién puede resistir su calor abrasador?

4 Un hombre que atiende un horno está en calor ardiente,
sino el sol tres veces más, quemando las montañas,
exhalando vapores ardientes,
y que emite rayos brillantes, ciega los ojos.

5 Grande es el Señor que lo hizo.
A su palabra, se apresura en su curso.

6 La luna marca el cambio de las estaciones,
declara los tiempos, y es una señal para el mundo.

7 De la luna es el signo de los días de fiesta,
una luz que se desvanece cuando completa su curso.

8 El mes se llama como su nombre,
aumentando maravillosamente en su cambio —
un instrumento del ejército de las alturas,
brillando en la estructura del cielo,

9 la belleza del cielo, la gloria de las estrellas,
un ornamento que da luz en los lugares más altos del Señor.

10 A la palabra del Santo, se pondrán de pie en el orden debido.
No se desmayarán en sus relojes.

11 Mira el arco iris y alaba al que lo hizo.
Su brillo es sumamente bello.

12 Rodea el cielo con su círculo glorioso.
Las manos del Altísimo lo han extendido.

13 Por su mandato, hace caer la nieve
y envía rápidamente los relámpagos de su juicio.

14 Por eso se abren los almacenes,
y las nubes vuelan como pájaros.

15 Con su poderoso poder, hace que las nubes sean fuertes
y las piedras de granizo se rompen en pedazos.

16 En su aparición, las montañas serán sacudidas.
A su voluntad, soplará el viento del sur.

17 La voz de su trueno reprende la tierra.
También la tormenta del norte y el torbellino.
Como los pájaros que vuelan hacia abajo, rocía la nieve.

Cae como la luz de las langostas.

18 El ojo se deslumbra ante la belleza de su blancura.
El corazón se asombra al caer.

19 También derrama escarcha sobre la tierra como si fuera sal.
Cuando se congela, tiene puntas como espinas.

20 El frío viento del norte sopla
y el hielo se congela en el agua.
Se instala en cada charco de agua.
El agua se la pone como si fuera una coraza.

21 Devorará las montañas, quemará el desierto,
y consumir la hierba verde como el fuego.

22 Una niebla que viene rápidamente lo cura todo.
El rocío que viene después del calor trae alegría.

23 Con su consejo, ha calmado las profundidades
y plantó islas en él.

24 Los que navegan por el mar hablan de sus peligros.
Nos maravillamos cuando lo escuchamos con nuestros oídos.

25 También hay esas obras extrañas y maravillosas en él —
variedad de todo lo que tiene vida y las enormes criaturas del mar.

26 Gracias a él, sus mensajeros tienen éxito.
Por su palabra, todas las cosas se mantienen unidas.

27 Podemos decir muchas cosas, pero no podríamos decir lo suficiente.
El resumen de nuestras palabras es: «¡Él lo es todo!».

28 ¿Cómo podríamos tener fuerzas para glorificarlo?
Porque él mismo es más grande que todas sus obras.

29 ¡El Señor es asombroso y sumamente grande!
Su poder es maravilloso.

30 ¡Glorifiquen al Señor y exáltenlo todo lo que puedan!
Pues aún así, lo superará.
Cuando lo exaltes, convoca toda tu fuerza.
No te canses, porque no puedes alabarlo lo suficiente.

31 ¿Quién lo ha visto para poder describirlo?
¿Quién puede engrandecerlo como es?

32 Muchas cosas más grandes que éstas están ocultas,
ya que sólo hemos visto algunas de sus obras.

33 Porque el Señor hizo todas las cosas.
Dio sabiduría a los piadosos.

Capítulo 44

1 Alabemos ahora a los hombres famosos,
nuestros antepasados en sus generaciones.

2 El Señor creó una gran gloria en ellos —
su poderoso poder desde el principio.

3 Algunos gobernaron en sus reinos
y eran hombres reconocidos por su poder,
dando consejo por su entendimiento.
Algunos han hablado en profecías,

4 líderes del pueblo por sus consejos,
y por su entendimiento, dando instrucción para el pueblo.
Sus palabras en su instrucción fueron sabias.

5 Algunas melodías musicales compuestas,
y exponer los versos por escrito,

6 hombres ricos dotados de habilidad,
vivir en paz en sus casas.

7 Todos ellos fueron honrados en sus generaciones,
y se destacaron en sus días.

8 Algunos de ellos han dejado un nombre tras de sí,
para que otros declaren sus alabanzas.

9 Pero de otros no hay memoria.
Perecieron como si no lo hubieran sido.
Se vuelven como si no hubieran nacido,
ellos y sus hijos después de ellos.

10 Pero estos eran hombres de misericordia,
cuyas acciones justas no han sido olvidadas.

11 Una buena herencia se queda con su descendencia.
Sus hijos están dentro del pacto.

12 Su descendencia se mantiene firme,
con sus hijos, por su bien.

13 Su descendencia permanecerá para siempre.
Su gloria no será borrada.

14 Sus cuerpos fueron enterrados en paz.
Su nombre perdura en todas las generaciones.

15 La gente declarará su sabiduría.
La congregación proclama su alabanza.

16 Enoc agradó al Señor y fue elevado,
un ejemplo de arrepentimiento para todas las generaciones.

17 Noé fue encontrado perfecto y justo.
En la estación de la ira, mantuvo viva la carrera.
Por lo tanto, un remanente fue dejado en la tierra
cuando llegó la inundación.

18 Se hicieron pactos eternos con él,
para que toda la carne no vuelva a ser borrada por un diluvio.

19 Abraham fue un gran padre de una multitud de naciones.
No se encontró ninguno como él en la gloria,

20 que guardaron la ley del Altísimo,
y fue tomado en pacto con él.
En su carne estableció la alianza.
Cuando se le puso a prueba, se le encontró fiel.

21 Por eso le aseguró con un juramento
que las naciones serían bendecidas a través de su descendencia,
que lo multiplicaría como el polvo de la tierra,
exalta a su descendencia como las estrellas,
y haz que hereden de mar a mar,
y desde el río Éufrates hasta los confines de la tierra.

22 También en Isaac estableció la misma seguridad por causa de Abraham, su padre,
la bendición de todos los hombres, y el pacto.

23 La hizo descansar sobre la cabeza de Jacob.
Lo reconoció en sus bendiciones,
le dio por herencia,
y repartió sus porciones.
Los distribuyó entre doce tribus.

Capítulo 45

1 Sacó de él un hombre de misericordia,
que encontró el favor de todos los pueblos,
un hombre amado por Dios y por los hombres, incluso por Moisés,
cuya memoria está bendecida.

2 Lo hizo igual a la gloria de los santos,
y lo engrandeció en los temores de sus enemigos.

3 Con sus palabras hizo cesar los prodigios.
Dios lo glorificó a la vista de los reyes.
Le dio mandamientos para su pueblo
y le mostró parte de su gloria.

4 Lo santificó en su fidelidad y mansedumbre.
Lo eligió a él entre todas las personas.

5 Le hizo escuchar su voz,
le llevó a la espesa oscuridad,
y le dio mandamientos cara a cara,
incluso la ley de la vida y el conocimiento,
para enseñar a Jacob el pacto,
y a Israel sus juicios.

6 Exaltó a Aarón, un hombre santo como Moisés,
su hermano, de la tribu de Leví.

7 Estableció un pacto eterno con él,
y le dio el sacerdocio del pueblo.
Lo bendijo con la majestuosidad,
y lo vistió con una túnica gloriosa.

8 Lo vistió con un esplendor perfecto,
y lo fortaleció con símbolos de autoridad:
los pantalones de lino, la túnica larga y el efod.

9 Lo rodeó de granadas;
con muchas campanas de oro a su alrededor,
para hacer un sonido mientras avanzaba,
para hacer un sonido que pueda ser escuchado en el templo,
para recordar a los hijos de su pueblo;

10 con una vestimenta sagrada, con oro, azul y púrpura, obra del bordador;
con un oráculo de juicio-Urim y Thummim;

11 con escarlata retorcida, obra del artesano;
con piedras preciosas grabadas como un sello, en un engaste de oro, obra del joyero,
para un recordatorio grabado por escrito, según el número de las tribus de Israel;

12 con una corona de oro sobre la mitra, que tiene grabado, como en un sello, «SANTIDAD»,
un adorno de honor, el trabajo de un experto,
los deseos de los ojos, bien y hermoso.

13 Antes de él nunca ha habido nada parecido.
Ningún extraño se los puso, sino sólo sus hijos y su descendencia perpertuamente.

14 Sus sacrificios serán quemados en su totalidad,
dos veces al día continuamente.

15 Moisés lo consagró,
y lo ungió con el óleo sagrado.
Era un pacto eterno con él
y a su descendencia, todos los días del cielo,
para servir al Señor, para servir como sacerdote,
y para bendecir a su pueblo en su nombre.

16 Lo eligió de entre todos los vivientes
para ofrecer un sacrificio al Señor —
incienso, y una dulce fragancia, para una conmemoración,
para hacer expiación por tu pueblo.

17 Le dio en sus mandamientos,
autoridad en los pactos de las sentencias,
para enseñar a Jacob los testimonios,
y para iluminar a Israel en su ley.

18 Los extraños conspiraron contra él
y lo envidió en el desierto:
Datán y Abiram con su compañía,
y la congregación de Coré, con ira y enojo.

19 El Señor lo vio y le desagradó.
En la ira de su cólera, fueron destruidos.
Hizo maravillas con ellos,
para consumirlos con fuego ardiente.

20 Añadió gloria a Aarón,
y le dio una herencia.
Le repartió las primicias de la cosecha,
y preparó pan de primicias en abundancia.

21 Porque comen los sacrificios del Señor,
que le dio a él y a su descendencia.

22 Sin embargo, en la tierra del pueblo, no tiene herencia,
y no tiene parte en el pueblo,
porque el Señor mismo es tu porción y tu herencia.

23 Finees, hijo de Eleazar, es el tercero en gloria,
en que era celoso en el temor del Señor,
y se mantuvo firme cuando la gente se apartó,
y expiaba a Israel.

24 Por lo tanto, se estableció para él un pacto de paz,
que debe ser líder del santuario y de su pueblo,
para que él y su descendencia tengan la dignidad del sacerdocio para siempre.

25 También hizo un pacto con David, hijo de Isaí, de la tribu de Judá.
La herencia del rey es sólo suya de hijo a hijo.
Así que la herencia de Aarón es también para su descendencia.

26 Que Dios te dé sabiduría en tu corazón
para juzgar a su pueblo con justicia,
para que sus bienes no sean abolidos,
y que su gloria perdure por todas sus generaciones.

Capítulo 46

1 Josué, hijo de Nun, era valiente en la guerra,
y fue el sucesor de Moisés en las profecías.
Se hizo grande según su nombre
para la salvación de los elegidos de Dios,
para vengarse de los enemigos que se levantaron contra ellos,
para dar a Israel su herencia.

2 Cómo fue glorificado al levantar sus manos,
y al extender su espada contra las ciudades.

3 ¿Quién antes de él se mantuvo tan firme?
Porque el mismo Señor le trajo a sus enemigos.

4 ¿No volvió el sol de su mano?
¿No se convirtió un día en dos?

5 Invocó al Altísimo, al Poderoso,
cuando sus enemigos le presionaban a su alrededor,
y el gran Señor le escuchó.

6 Con piedras de granizo de gran poder,
hizo que la guerra estallara violentamente sobre la nación,
y en la ladera destruyó a los que se resistieron,
para que las naciones conozcan su armadura,
cómo luchó a la vista del Señor;
porque siguió al Poderoso.

7 También en el tiempo de Moisés, hizo una obra de misericordia —
él y Caleb el hijo de Jephunneh —
en que resistieron al adversario,
impedía al pueblo pecar,
y acalló sus malvadas quejas.

8 Y de seiscientas mil personas de a pie, sólo ellos dos se conservaron
para llevarlos a su herencia,
en una tierra que fluye con leche y miel.

9 El Señor le dio fuerza a Caleb,
y permaneció con él hasta su vejez,
para que entrara en la región de las colinas,
y su descendencia la obtuvo como herencia,

10 para que todos los hijos de Israel vean que es bueno seguir al Señor.

11 También los jueces, cada uno por su nombre,
todos aquellos cuyos corazones no se involucraron en la inmoralidad,
y que no se apartó del Señor —
¡que su memoria sea bendecida!

12 Que sus huesos vuelvan a florecer fuera de su lugar.
Que el nombre de los que han sido honrados se renueve en sus hijos.

13 Samuel, el profeta del Señor, amado por su Señor,
estableció un reino y ungió príncipes sobre su pueblo.

14 Por la ley del Señor juzgó a la congregación,
y el Señor veló por Jacob.

15 Por su fidelidad se demostró que era un profeta.
Por sus palabras se sabía que era fiel en la visión.

16 Cuando sus enemigos le apretaban por todas partes,
invocó al Señor, el Poderoso,
con la ofrenda del cordero lechal.

17 Entonces el Señor tronó desde el cielo.
Hizo oír su voz con un sonido poderoso.

18 Destruyó por completo a los jefes de los tirios
y todos los príncipes de los filisteos.

19 Antes del tiempo de su largo sueño,
el testificó ante el señor y su ungido,
«No he tomado los bienes de ningún hombre, ni siquiera una sandalia;»
y nadie le acusó.

20 Incluso después de dormirse, profetizó,
y mostró al rey su final,
y alzó su voz desde la tierra en profecía,
para borrar la maldad del pueblo.

Capítulo 47

1 Después de él, Natán se levantó
para profetizar en los días de David.

2 Como la grasa cuando se separa de la ofrenda de paz,
así se separó David de los hijos de Israel.

3 Jugó con los leones como con los niños,
y con los osos como con los corderos del rebaño.

4 En su juventud no mató a un gigante,
y quita el reproche al pueblo
cuando levantó la mano con una piedra de honda,
y derribar al jactancioso Goliat?

5 Porque invocó al Señor Altísimo,
y le dio fuerza en su mano derecha
para matar a un hombre poderoso en la guerra,
para exaltar el cuerno de su pueblo.

6 Así que lo glorificaron por sus decenas de miles,
y lo alabó por las bendiciones del Señor,
en que se le entregó una gloriosa diadema.

7 Porque destruyó a los enemigos por todos lados,
y derrotó a los filisteos sus adversarios.
Hasta el día de hoy les rompió el cuerno en pedazos.

8 En cada obra suya daba gracias al Santo Altísimo con palabras de gloria.
Cantó alabanzas con todo su corazón,
y amó a quien lo hizo.

9 Puso cantantes ante el altar,
para hacer una dulce melodía con su música.

10 Dio belleza a las fiestas,
y poner en orden las estaciones hasta su finalización
mientras alababan su santo nombre,
y el santuario resonó desde la madrugada.

11 El Señor quitó sus pecados,
y exaltó su cuerno para siempre.
Le dio un pacto de reyes,
y un trono glorioso en Israel.

12 Después de él se levantó un hijo sabio,
que gracias a él vivían con seguridad.

13 Salomón reinó en días de paz.
Dios le dio descanso por todos lados,
para que pueda establecer una casa para su nombre,
y preparar un santuario para siempre.

14 Qué sabio fuiste en tu juventud,
¡y lleno como un río de entendimiento!

15 Tu influencia cubrió la tierra,
y lo llenaste de parábolas y acertijos.

16 Tu nombre llegó hasta las islas lejanas,
y fuiste amado por tu paz.

17 Por tus canciones, proverbios y parábolas,
e interpretaciones, los países se maravillaron de ti.

18 Por el nombre del Señor Dios,
que se llama el Dios de Israel,
recogisteis el oro como si fuera estaño,
y multiplicó la plata como el plomo.

19 Inclinaste tus lomos ante las mujeres,
y en tu cuerpo fuiste sometido.

20 Has manchado tu honor,
y contaminó a tu descendencia,
para traer la ira sobre tus hijos.
Me apenó tu locura,

21 porque la soberanía estaba dividida,
y un reino desobediente gobernó fuera de Efraín.

22 Pero el Señor nunca abandonará su misericordia.
No destruirá ninguna de sus obras,
ni borrar la posteridad de sus elegidos.
No le quitará la descendencia a quien lo amó.
Le dio un remanente a Jacob,
y a David una raíz de su propia familia.

23 Así que Salomón descansó con sus padres.
De su descendencia, dejó a Roboam,
la necedad del pueblo, y uno que carecía de entendimiento,
que hizo que el pueblo se rebelara con sus consejos.

También Jeroboam, hijo de Nabat,
que hizo pecar a Israel,
y dio un camino de pecado a Efraín.

24 Sus pecados se multiplicaron en exceso,
hasta que fueron expulsados de sus tierras.

25 Porque buscaban toda clase de maldades,
hasta que la venganza les llegue.

Capítulo 48

1 Entonces se levantó Elías, el profeta como el fuego.
Su palabra ardía como una antorcha.

2 Hizo que les llegara el hambre,
y con su celo hizo que fueran pocos en número.

3 Por la palabra del Señor cerró los cielos.
Hizo caer el fuego tres veces.

4 ¡Cómo fuiste glorificado, oh Elías, en tus maravillosos actos!
¿Qué gloria es como la tuya?

5 Has resucitado a un muerto de la muerte,
del Hades, por la palabra del Altísimo.

6 Hiciste caer a los reyes a la destrucción,
y hombres honorables de sus lechos de enfermos.

7 Oísteis la reprimenda en el Sinaí,
y juicios de venganza en Horeb.

8 Ungiste a los reyes para la retribución,
y profetas para triunfar después de ti.

9 Fuiste arrebatado en una tempestad de fuego,
en un carro de caballos de fuego.

10 Se te registró para reprenderte en sus tiempos,
para apaciguar la ira, antes de que estalle en cólera,
para convertir el corazón del padre en el del hijo,
y restaurar las tribus de Jacob.

11 Dichosos los que te vieron,
y los que han sido embellecidos con amor;
porque nosotros también viviremos.

12 Elías fue envuelto en un torbellino.
Eliseo estaba lleno de su espíritu.
En sus días no le movía el miedo a ningún gobernante,
y nadie lo sometió.

13 Nada era demasiado difícil para él.
Cuando fue enterrado, su cuerpo profetizó.

14 Como en su vida hizo maravillas,
por lo que sus obras también fueron maravillosas en la muerte.

15 Por todo esto el pueblo no se arrepintió.
No se apartaron de sus pecados,
hasta que se los llevaron como un botín de su tierra,
y fueron esparcidos por toda la tierra.
La gente quedó en muy poco número,
sino con un gobernante de la casa de David.

16 Algunos de ellos hicieron lo que era correcto,
pero algunos multiplicaron los pecados.

17 Ezequías fortificó su ciudad,
y trajo agua en medio de ella.
Hizo un túnel en la roca con hierro,
y construyeron cisternas para el agua.

18 En sus días invadió Senaquerib,
y envió a Rabsaces, y partió.
Levantó su mano contra Sión,
y se jactó de grandes cosas en su arrogancia.

19 Entonces sus corazones y sus manos se estremecieron,
y tenían dolor, como las mujeres de parto.

20 Pero ellos invocaron al Señor, que es misericordioso,
extendiendo sus manos hacia él.
El Santo los escuchó rápidamente desde el Cielo,
y los liberó por la mano de Isaías.

21 Golpeó el campamento de los asirios,
y su ángel los destruyó por completo.

22 Porque Ezequías hizo lo que era agradable al Señor,
y era fuerte en los caminos de su antepasado David,
que el profeta Isaías ordenó,
que fue grande y fiel en su visión.

23 En sus días el sol retrocedió.
Prolongó la vida del rey.

24 Vio por un espíritu excelente lo que sucedería en el futuro;
y consoló a los que lloraban en Sión.

25 Él mostró las cosas que sucederían hasta el final de los tiempos,
y las cosas ocultas antes de venir.

Capítulo 49

1 El recuerdo de Josías es como la composición del incienso
preparado por el trabajo del perfumista.
Será dulce como la miel en cada boca,
y como la música en un banquete de vino.

2 Hizo lo correcto en la reforma del pueblo,
y quitó las abominaciones de la iniquidad.

3 Puso su corazón en orden hacia el Señor.
En días sin ley, hizo prevalecer la piedad.

4 Excepto David, Ezequías y Josías,
todos eran malvados,
porque abandonaron la ley del Altísimo.
Los reyes de Judá llegaron a su fin.

5 Dieron su poder a otros,
y su gloria a una nación extranjera.

6 Incendiaron la ciudad elegida del santuario
y desoló sus calles, como está escrito por la mano de Jeremías.

7 Porque lo maltrataron;
pero fue santificado en el vientre para ser un profeta,
arrancar, afligir, destruir
y también para construir y plantar.

8 Ezequiel vio la visión de la gloria,
que Dios le mostró en el carro de los querubines.

9 Porque en verdad se acordó de los enemigos en la tormenta,
y para hacer el bien a los que dirigen sus caminos correctamente.

10 También de los doce profetas,
que sus huesos vuelvan a florecer fuera de su lugar.
Consoló al pueblo de Jacob,
y los liberó con una esperanza confiada.

11 ¿Cómo vamos a magnificar a Zorobabel?
Era como un anillo de sello en la mano derecha.

12 Así era Jesús, el hijo de Josedek,
que en sus días construyeron la casa,
y exaltó a un pueblo santo para el Señor,
preparado para la gloria eterna.

13 También de Nehemías es grande el recuerdo.
Levantó para nosotros muros caídos,
colocar las puertas y los barrotes,
y reconstruimos nuestras casas.

14 Ningún hombre fue creado sobre la tierra como Enoc,
porque fue arrebatado de la tierra.

15 Tampoco ha nacido un hombre como José,
un líder de su clase, un partidario del pueblo.
Incluso sus huesos fueron cuidados.

16 Sem y Set fueron honrados entre los hombres,
pero por encima de todo ser vivo de la creación estaba Adán.

Capítulo 50

1 Era Simón, hijo de Onías, el sumo sacerdote,
que en su vida reparó la casa,
y en sus días fortaleció el templo.

2 Los cimientos fueron construidos por él hasta la altura de los muros dobles,
los elevados muros de contención del recinto del templo.

3 En sus días, se cavó una cisterna de agua,
la vasija de bronce como el mar en su circunferencia.

4 Planeó salvar a su pueblo de la ruina,
y fortificó la ciudad contra el asedio.

5 Qué glorioso era cuando el pueblo se reunía a su alrededor
¡al salir de la casa del velo!

6 Era como la estrella de la mañana entre las nubes,
como la luna llena,

7 como el sol que brilla en el templo del Altísimo,
como el arco iris que brilla en las nubes de gloria,

8 como las rosas en los días de las primicias,
como lirios junto a un manantial de agua,
como el brote del árbol del incienso en verano,

9 como el fuego y el incienso en el incensario,
como una vasija de oro batido adornada con toda clase de piedras preciosas,

10 como un olivo cargado de frutos,
y como un ciprés que crece en lo alto de las nubes.

11 Cuando se puso su gloriosa túnica,
y se vistió de perfecto esplendor,
subiendo al altar sagrado,
hizo glorioso el patio del santuario.

12 Cuando recibió las porciones de manos de los sacerdotes,
mientras estaba de pie junto al hogar del altar,
con su parentela como una guirnalda a su alrededor,
era como un joven cedro en el Líbano
rodeado por los troncos de las palmeras.

13 Todos los hijos de Aarón en su gloria,
tenían en sus manos la ofrenda del Señor ante toda la congregación de Israel.

14 Terminando el servicio en los altares,
para poder organizar la ofrenda del Altísimo, el Todopoderoso,

15 extendió la mano hacia la copa de la libación,
y derramó la copa de la uva.
Lo derramó al pie del altar,
una fragancia dulce para el Altísimo, el Rey de todo.

16 Entonces los hijos de Aarón gritaron.
Hicieron sonar las trompetas del trabajo a golpes.
Hicieron una gran fanfarria para ser escuchados,
para recordarlo ante el Altísimo.

17 Entonces todo el pueblo se apresuró a reunirse,
y cayeron al suelo de bruces
para adorar a su Señor, el Todopoderoso, Dios Altísimo.

18 Los cantantes también lo alabaron con sus voces.
Había una dulce melodía en toda la casa.

19 Y el pueblo imploró al Señor Altísimo,
en la oración ante el que es misericordioso,
hasta que el culto al Señor haya terminado,
y así cumplieron su servicio.

20 Entonces bajó y levantó las manos
sobre toda la congregación de los hijos de Israel,
para bendecir al Señor con sus labios,
y a glorificarse en su nombre.

21 La segunda vez se inclinó en señal de adoración,
para declarar la bendición del Altísimo.

22 Ahora bendice al Dios de todos,
que en todas partes hace grandes cosas,
que exalta nuestros días desde el vientre materno,
y nos trata según su misericordia.

23 Que nos conceda la alegría del corazón,
y que la paz sea en nuestros días en Israel por los días de la eternidad,

24 para confiarnos su misericordia,
¡y que nos libere a su tiempo!

25 Con dos naciones mi alma se ensaña,
y la tercera no es una nación:

26 Los que se sientan en la montaña de Samaria, los filisteos,
y el pueblo insensato que vive en Siquem.

27 He escrito en este libro la instrucción del entendimiento y el conocimiento,
Yo Jesús, hijo de Sirach Eleazar, de Jerusalén,
que de su corazón brotó la sabiduría.

28 Dichoso el que ejercite estas cosas.
El que las guarde en su corazón se volverá sabio.

29 Porque si las cumple, será fuerte en todo,
porque la luz del Señor es su guía.

Capítulo 51

1 Te daré gracias, Señor, oh Rey,
y te alabaré, oh Dios mi Salvador.
Doy gracias a tu nombre,

2 porque has sido mi protector y ayudante,
y libró mi cuerpo de la destrucción,
y de la trampa de una lengua calumniosa,
de labios que fabrican mentiras.
Fuiste mi ayudante antes de los que se quedaron al margen,

3 y me has liberado, según la abundancia de tu misericordia y de tu nombre,
del crujir de dientes dispuesto a devorar,
de la mano de los que buscan mi vida,
de las muchas aflicciones que soporté,

4 de la asfixia de un fuego por todos lados,
y fuera del medio del fuego que no había encendido,

5 de la profundidad del vientre del Hades,
de una lengua impura,
y de las palabras mentirosas —

6 la calumnia de una lengua injusta al rey.
Mi alma se acercó a la muerte.
Mi vida estaba cerca del Hades.

7 Me rodearon por todos lados.
No había nadie que me ayudara.
Estaba buscando ayuda humana,
y no había ninguno.

8 Entonces me acordé de tu misericordia, Señor,
y tu trabajo que ha sido desde siempre,
cómo entregas a los que te esperan,
y salvarlos de la mano de sus enemigos.

9 Elevé mi oración desde la tierra,
y rezó para que le libraran de la muerte.

10 Invocaba al Señor, al Padre de mi Señor,
que no me abandonaría en los días de aflicción,
en el tiempo en que no había ayuda contra los orgullosos.

11 Alabaré continuamente tu nombre.
Cantaré alabanzas con acción de gracias.
Mi oración fue escuchada.

12 Me salvaste de la destrucción
y me libró del mal tiempo.
Por eso te daré gracias y te alabaré,
y bendice el nombre del Señor.

13 Cuando aún era joven,
antes de ir al extranjero,
Busqué la sabiduría abiertamente en mi oración.

14 Ante el templo pregunté por ella.
La buscaré hasta el final.

15 Desde la primera flor hasta la uva madura mi corazón se deleitó en ella.
Mi pie caminó en la rectitud.
Desde mi juventud seguí sus pasos.

16 Incliné un poco el oído y la recibí,
y encontré para mí mucha instrucción.

17 Me he beneficiado de ella.
Daré la gloria a quien me da la sabiduría.

18 Porque me propuse practicarla.
Yo era celoso de lo que es bueno.
Nunca me avergonzarán.

19 Mi alma ha luchado con ella.
En mi conducta fui exacto.
Extiendo mis manos hacia el cielo,
y lamenté mi ignorancia sobre ella.

20 Dirigí mi alma a ella.
En la pureza la encontré.
Me he unido a ella con el corazón desde el principio.
Por lo tanto, no seré abandonado.

21 También mi vientre se turbó para buscarla.
Por lo tanto, he ganado una buena posesión.

22 El Señor me dio una lengua como recompensa.
Lo alabaré con él.

23 Acérquense a mí todos los incultos,
y vivir en la casa de la instrucción.

24 ¿Por qué, pues, os faltan a todos estas cosas?
y sus almas están muy sedientas?

25 Abrí la boca y hablé,
«Consíganla para ustedes sin dinero».

26 Pon tu cuello bajo el yugo,
y deja que tu alma reciba instrucción.
Está cerca de encontrar.

27 Mira con tus ojos
como que trabajé un poco
y encontré para mí mucho descanso.

28 Consigue instrucción con una gran suma de plata,
y ganar mucho oro con ella.

29 Que tu alma se regocije en su misericordia,
y que todos ustedes no se avergüencen de alabarlo.

30 Trabaja tu obra antes de que llegue el momento,
y en su momento te dará tu recompensa.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

ISAÍAS

Capítulo 1

1 Visión de Isaías, hijo de Amoz, la cual vio sobre Judá y Jerusalén, en los días de
Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá.

2 Oíd, cielos,
y escucha, tierra; porque Yahvé ha hablado:
«He alimentado y criado a hijos,
y ellos se han rebelado contra mí.

3 El buey conoce a su dueño,
y el asno el pesebre de su amo;
pero Israel no conoce,
mi pueblo no tiene entendimiento».

4 ¡Ah, nación pecadora,
pueblo cargado de maldad,
descendencia de malhechores,
hijos corruptores!
Han abandonado a Yahvé,
han despreciado al Santo de Israel,
se han vuelto atrás.

5 ¿Por qué habéis de ser golpeados todavía?
¿Por qué persistís en la rebelión?
Toda la cabeza está doliente,
y todo el corazón desfallecido.

6 Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana,
sino heridas, hinchazones y llagas vivas;
no están curadas, ni vendadas,

ni suavizadas con aceite.

7 Vuestra tierra está destruida,
vuestras ciudades puestas a fuego,
vuestra tierra delante de vosotros devorada por extranjeros,
y asolada como en asolamiento de extraños.

8 Y queda la hija de Sión como enramada en viña,
y como cabaña en melonar, como ciudad sitiada.

9 Si Yahvé de los Ejércitos no nos hubiese dejado un resto pequeño,
como Sodoma fuéramos, y semejantes a Gomorra.

10 ¡Oíd la palabra de Yahvé, príncipes de Sodoma!

11 Escuchad la ley de nuestro Dios, ¡pueblo de Gomorra!
«¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios?», dice Yahvé.
«Harto estoy de holocaustos de carneros y de grasa de animales cebados;
no quiero sangre de bueyes,
ni de ovejas, ni de machos cabríos.

12 Cuando venís a presentaros delante de mí,
¿quién demanda esto de vuestras manos, para pisotear mis atrios?

13 No me traigáis más vana ofrenda;
el incienso me es abominación;
luna nueva y sábado, el convocar asambleas,
no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes.

14 Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma;
me son gravosas; cansado estoy de soportarlas.

15 Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos;
asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré;
llenas están de sangre vuestras manos.

16 Lavaos y limpiaos;
quitad la maldad de vuestras obras de delante de mis ojos;
dejad de hacer lo malo;

17 aprended a hacer el bien;
buscad el juicio, restituid al agraviado,
haced justicia al huérfano,
amparad a la viuda».

18 «Venid ahora, y razonemos», dice Yahvé:
«Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos;
si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.

19 Si quisiereis y oyereis,
comeréis el bien de la tierra;

20 si no quisiereis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada;
porque la boca de Yahvé lo ha dicho».

21 ¡Cómo se ha convertido en ramera la ciudad fiel!
Llena estuvo de justicia, en ella habitó la equidad;
¡pero ahora, asesinos!

22 Tu plata se ha convertido en escorias,
tu vino está mezclado con agua.

23 Tus príncipes, prevaricadores y compañeros de ladrones;
todos aman el soborno, y van tras las recompensas;
no hacen justicia al huérfano, ni llega a ellos la causa de la viuda.

24 Por tanto, dice el Señor, Yahvé de los Ejércitos, el Fuerte de Israel:
"Ea, tomaré satisfacción de mis enemigos,
y me vengaré de mis adversarios;

25 y volveré mi mano sobre ti,
y limpiaré hasta lo más puro tus escorias,
y quitaré todo tu estaño;

26 restauraré tus jueces como al principio,
y tus consejeros como eran antes;
entonces te llamarán 'Ciudad de justicia', 'Ciudad fiel'".

27 Sión será rescatada con juicio,
y los convertidos de ella con justicia.

28 Pero los rebeldes y pecadores serán a una quebrantados,
y los que dejan a Yahvé serán consumidos.

29 Entonces os avergonzarán las encinas que amasteis,
y os confundirán los huertos que escogisteis.

30 Porque seréis como encina a la que se le cae la hoja,
y como huerto que le faltan las aguas.

31 Y el fuerte será como estopa,
y su obra como centella;
y ambos serán encendidos juntamente, y no habrá quien apague".

Capítulo 2

1 Visión de Isaías, hijo de Amoz, acerca de Judá y de Jerusalén.

2 Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que el monte de la casa de Yahvé será
establecido como cabeza de los montes,
y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones.

3 Vendrán muchos pueblos, y dirán:
«Venid, y subamos al monte de Yahvé, a la casa del Dios de Jacob;
y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas».
Porque de Sión saldrá la ley,
y de Jerusalén la palabra de Yahvé.

4 Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos;
y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en podaderas;
no alzará espada nación contra nación,

ni se ensayarán más para la guerra.

5 Venid, oh casa de Jacob, y caminemos a la luz de Yahvé.

6 Ciertamente has dejado tu pueblo, la casa de Jacob, porque están llenos de costumbres del oriente,
y son agoreros, como los filisteos, y pactan con hijos de extranjeros.

7 Su tierra está llena de plata y oro, sus tesoros no tienen fin.
También está su tierra llena de caballos, y sus carros son innumerables.

8 Además su tierra está llena de ídolos,
y se han arrodillado ante la obra de sus manos y ante lo que fabricaron sus dedos.

9 Y se ha inclinado el hombre, y el varón se ha humillado;
por tanto, no los perdones.

10 Entra en la peña, y escóndete en el polvo,
a causa de la presencia temible de Yahvé, y del resplandor de su majestad.

11 La altivez de los ojos del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada;
y solo Yahvé será exaltado en aquel día.

12 Porque el día de Yahvé de los Ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo,
y sobre todo lo que se ha ensalzado, para que sea abatido;

13 sobre todos los cedros del Líbano altos y erguidos,
y sobre todas las encinas de Basán;

14 sobre todos los montes altos,
y sobre todos los collados elevados;

15 sobre toda torre alta,
y sobre todo muro fuerte;

16 sobre todas las naves de Tarsis,
y sobre todas las naves suntuosas.

17 La altivez del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada;
y solo Yahvé será exaltado en aquel día.

18 Y quitará totalmente los ídolos.

19 Y se meterán en las cavernas de las peñas y en las aberturas de la tierra,
por la presencia temible de Yahvé y por el resplandor de su majestad,
cuando él se levante para castigar la tierra.

20 Aquel día arrojará el hombre a los topos y a los murciélagos sus ídolos de plata
y sus ídolos de oro,
que le hicieron para que adorase,

21 y se meterá en las hendiduras de las rocas y en las grietas de las peñas,
por la presencia temible de Yahvé y por el resplandor de su majestad,
cuando se levante para castigar la tierra.

22 Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz;
porque ¿en qué es él estimado?

Capítulo 3

1 Porque he aquí que el Señor, Yahvé de los Ejércitos, quita a Jerusalén y a Judá el
sustento y el socorro,
todo sustento de pan
y todo socorro de agua;

2 al valiente y al hombre de guerra,
al juez y al profeta,
al adivino y al anciano;

3 al capitán de cincuenta y al hombre respetable,
al consejero, al artífice excelente
y al hábil encantador.

4 Y les pondré jóvenes por príncipes,
y muchachos caprichosos los gobernarán.

5 El pueblo se hará violencia,
unos contra otros, cada cual contra su prójimo;
el joven se levantará contra el anciano,
y el villano contra el noble.

6 Cuando alguno tomare a su hermano de la familia de su padre, y le dijere:
«Tú tienes vestido, sé nuestro gobernante,
y toma en tus manos esta ruina»;

7 él jurará aquel día, diciendo: «No puedo ser vuestro sanador;
pues en mi casa no hay pan, ni qué vestir;
no me hagáis gobernante del pueblo».

8 Pues arruinada está Jerusalén, y Judá ha caído;
porque su lengua y sus obras han sido contra Yahvé,
para desafiar su gloriosa presencia.

9 La apariencia de sus rostros testifica contra ellos;
como Sodoma pregonan su pecado, no lo disimulan.
¡Ay de ellos!
Porque para sí mismos allegaron mal.

10 Decid al justo que le irá bien,
porque comerá del fruto de sus manos.

11 ¡Ay del impío! Mal le irá,
porque según las obras de sus manos le será pagado.

12 Los opresores de mi pueblo son muchachos,
y mujeres se enseñorearon de él.
Pueblo mío, los que te guían te engañan,
y tuercen el curso de tus sendas.

13 Yahvé está en pie para litigar,
y está presente para juzgar a los pueblos.

14 Yahvé vendrá a juicio contra los ancianos de su pueblo
y contra sus príncipes:
«Vosotros habéis devorado la viña,
y el despojo del pobre está en vuestras casas.

15 ¿Qué os proponéis al machacar a mi pueblo
y al triturar el rostro de los pobres?», dice el Señor, Yahvé de los Ejércitos.

16 Asimismo dice Yahvé: «Por cuanto las hijas de Sión son soberbias,
y andan con el cuello erguido y ojos desvergonzados;
cuando andan van menudeando los pasos,
haciendo tintinear los adornos de sus pies;

17 por tanto, el Señor herirá con sarna la coronilla de las hijas de Sión,
y Yahvé descubrirá su desnudez».

18 Aquel día quitará el Señor el adorno de las hebillas, las diademas, las lunetas,

19 los pendientes, los brazaletes, los velos,

20 las cofias, las cadenillas de los pies, las cintas, los pomitos de olor y los amuletos,

21 los anillos, los joyeles de las narices,

22 las ropas de gala, los mantoncillos, los velos, las bolsas,

23 los espejos, el lino fino, los turbantes y los tocados.

24 Y en lugar de los perfumes aromáticos vendrá la hediondez;
y cuerda en lugar de cinturón,
y calvicie en lugar de la compostura del cabello;
en lugar de ropa de gala, ceñimiento de cilicio;
y quemadura en vez de hermosura.

25 Tus varones caerán a espada,
y tu fuerza en la guerra.

26 Sus puertas se lamentarán y llorarán;
y ella, desolada, se sentará en tierra.

Capítulo 4

1 Echarán mano de un solo hombre siete mujeres en aquel tiempo, diciendo: «Nuestro pan comeremos, y nos vestiremos de nuestras propias ropas; tan solo déjanos llevar tu nombre, quita nuestra afrenta».

2 En aquel día el renuevo de Yahvé será para hermosura y gloria, y el fruto de la tierra para grandeza y honra a los sobrevivientes de Israel.

3 Y acontecerá que el que quedare en Sión, y el que fuere dejado en Jerusalén, será llamado santo; todos los que en Jerusalén estén inscritos entre los vivientes,

4 cuando el Señor hubiere lavado la inmundicia de las hijas de Sión, y limpiado la sangre de Jerusalén de en medio de ella, con espíritu de juicio y con espíritu de fuego.

5 Y creará Yahvé sobre toda la morada del monte Sión, y sobre sus asambleas, nube y oscuridad de día, y de noche resplandor de fuego que eche llamas; porque sobre toda la gloria habrá un dosel.

6 Y habrá un tabernáculo para sombra contra el calor del día, para refugio y escondedero contra el turbión y contra el aguacero.

Capítulo 5

1 Dejadme cantar ahora por mi amado el cantar de mi amado a su viña.
Tenía mi amado una viña en una ladera fértil.

2 La había cercado y despedregado,
y plantado de vides escogidas;
había edificado en medio de ella una torre,

y también excavado un lagar en ella;
y esperaba que diese uvas,
y dio agraces.

3 «Ahora, pues, vecinos de Jerusalén y varones de Judá,
juzgad ahora entre mí y mi viña.

4 ¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?
¿Cómo, esperando yo que diese uvas, ha dado agraces?

5 Os mostraré, pues, ahora lo que haré yo con mi viña:
Le quitaré su vallado, y será consumida;
aportillaré su cerca, y será hollada.

6 Haré que quede desierta;
no será podada ni cavada,
y crecerán el cardo y los espinos;
y aun a las nubes mandaré que no derramen lluvia sobre ella».

7 Ciertamente la viña de Yahvé de los Ejércitos es la casa de Israel,
y los hombres de Judá planta suya deleitosa.
Esperaba juicio, y hubo vileza;
justicia, y hubo clamor.

8 ¡Ay de los que juntan casa con casa,
y añaden heredad a heredad hasta acabarlo todo!
¿Habitaréis vosotros solos en medio de la tierra?

9 Ha dicho a mis oídos Yahvé de los Ejércitos: «Muchas casas han de quedar asoladas,
sin morador las grandes y hermosas.

10 Y diez yuntas de viña producirán un solo bato,
y un homer de semilla dará un efa».

11 ¡Ay de los que se levantan de mañana para seguir la sidra;
que se están hasta la noche, hasta que el vino los enciende!

12 Y en sus banquetes hay cítaras, vihuelas, tamboriles, flautas y vino,
y no miran la obra de Yahvé,
ni consideran la obra de sus manos.

13 Por tanto, mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento;
y sus nobles perecieron de hambre,
y su multitud se secó de sed.

14 Por eso ensanchó su interior el Seol,
y sin medida abrió su boca;
y allá descenderá la gloria de ellos, y su multitud, y su fausto y el que en él se regocijaba.

15 Y el hombre será humillado,
y el varón será abatido,
y serán bajados los ojos de los altivos.

16 Pero Yahvé de los Ejércitos será exaltado en juicio,
y el Dios Santo será santificado con justicia.

17 Y los corderos serán apacentados según su costumbre;
y extraños devorarán los campos desolados de los ricos.

18 ¡Ay de los que traen la iniquidad con cuerdas de vanidad,
y el pecado como con coyundas de carreta,

19 los cuales dicen: «Venga ya, apresúrese su obra, y veámosla;
acérquese, y venga el consejo del Santo de Israel,
para que lo sepamos»!

20 ¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo;
que hacen de la luz tinieblas,
y de las tinieblas luz;
que ponen lo amargo por dulce,
y lo dulce por amargo!

21 ¡Ay de los sabios en sus propios ojos,
y de los que son prudentes delante de sí mismos!

22 ¡Ay de los que son valientes para beber vino,
y hombres fuertes para mezclar bebida;

23 los que mediante cohecho justifican al impío,
y al justo quitan su derecho!

24 Por tanto, como la lengua del fuego consume el rastrojo,
y la llama devora la paja,
así será su raíz como podredumbre,
y su flor se desvanecerá como polvo;
porque desecharon la ley de Yahvé de los Ejércitos,
y abominaron la palabra del Santo de Israel.

25 Por esta causa se encendió el furor de Yahvé contra su pueblo,
y extendió contra él su mano, y le hirió;
y se estremecieron los montes,
y sus cadáveres fueron lanzados como estiércol en medio de las calles.
Con todo esto no se ha aplacado su furor,
sino que su mano todavía está extendida.

26 Alzará pendón a naciones lejanas,
y les silbará desde el extremo de la tierra;
y he aquí que vendrán pronto y velozmente.

27 No habrá entre ellos cansado, ni quien tropiece;
ninguno se dormirá, ni le tomará el sueño;
a ninguno se le desatará el cinto de los lomos,
ni se le romperá la correa de sus sandalias.

28 Sus saetas estarán afiladas,
y todos sus arcos entesados;
los cascos de sus caballos parecerán como de pedernal,
y las ruedas de sus carros como torbellino.

29 Su rugido será como de león;
rugirán como cachorros de león,
crujirán los dientes,
y arrebatarán la presa; la apañarán,
y nadie se la quitará.

30 Y bramarán sobre él en aquel día como bramido del mar;
entonces mirará hacia la tierra, y he aquí tinieblas de tribulación,
y en sus cielos se oscurecerá la luz.

Capítulo 6

1 El año en que murió el rey Uzías, vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y las faldas de su manto llenaban el templo.

2 Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban.

3 Y el uno al otro daba voces, diciendo:
«¡Santo, santo, santo es Yahvé de los Ejércitos!
¡Toda la tierra está llena de su gloria!».

4 Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo.

5 Entonces dije: «¡Ay de mí! Que muerto soy; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Yahvé de los Ejércitos».

6 Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas;

7 y tocando con él sobre mi boca, dijo: «He aquí que esto ha tocado tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado».

8 Después oí la voz del Señor, que decía: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?». Entonces respondí: «Heme aquí, envíame a mí».

9 Y dijo: "Anda, y di a este pueblo:
'Oíd bien, y no entendáis;
ved por cierto, mas no comprendáis'.

10 Embotad el corazón de este pueblo,
y haced pesados sus oídos, y cerrad sus ojos,
no sea que vea con sus ojos, y oiga con sus oídos,
y su corazón entienda, y se convierta, y haya para él sanidad".

11 Y yo dije: «¿Hasta cuándo, Señor?». Y respondió él:
«Hasta que las ciudades estén asoladas y sin morador,
y no haya hombre en las casas,
y la tierra esté hecha un desierto;

12 hasta que Yahvé haya alejado a los hombres,
y multiplicado los lugares abandonados en medio de la tierra.

13 Y si quedare aún en ella una décima parte,
volverá a ser devastada;
mas como el terebinto y la encina, que al ser cortados conservan su tronco,
así la simiente santa será su tronco».

Capítulo 7

1 Aconteció en los días de Acaz hijo de Jotam, hijo de Uzías, rey de Judá, que Rezín rey de Siria y Peka hijo de Remalías, rey de Israel, subieron contra Jerusalén para combatirla; pero no pudieron tomarla.

2 Y vino el aviso a la casa de David, diciendo: «Siria se ha aliado con Efraín». Y se le estremeció el corazón, y el corazón de su pueblo, como se estremecen los árboles del monte a causa del viento.

3 Entonces dijo Yahvé a Isaías: "Sal ahora al encuentro de Acaz, tú, y Sear-jasub tu hijo, al extremo del conducto del estanque superior, en el camino de la heredad del batanero.

4 Y dile: 'Guardaos y tened reposo; no temáis, ni se os desanime el corazón a causa de estos dos cabos de tizones que humean, por el ardor de la ira de Rezín y de Siria, y del hijo de Remalías.

5 Por cuanto Siria ha acordado mal contra ti, con Efraín y con el hijo de Remalías, diciendo:

6 «Subamos contra Judá y aterroricémosla, y repartámosla entre nosotros, y pongamos en medio de ella por rey al hijo de Tabeel»'.

7 El Señor Yahvé dice así: «No subsistirá, ni será».

8 Porque la cabeza de Siria es Damasco, y la cabeza de Damasco, Rezín; y dentro de sesenta y cinco años Efraín será quebrantado hasta dejar de ser pueblo.

9 Y la cabeza de Efraín es Samaria, y la cabeza de Samaria el hijo de Remalías. Si vosotros no creyereis, de cierto no permaneceréis'".

10 Habló más Yahvé a Acaz, diciendo:

11 «Pide para ti señal de Yahvé tu Dios, demandándola ya sea de lo profundo, o de lo alto».

12 Y respondió Acaz: «No pediré, y no tentaré a Yahvé».

13 Dijo entonces Isaías: "Oíd ahora, casa de David. ¿Os es poco el ser molestos a los hombres, sino que también lo seáis a mi Dios?

14 Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.

15 Comerá leche cuajada y miel, para que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno.

16 Porque antes que el niño sepa desechar lo malo y escoger lo bueno, la tierra de los dos reyes que tú aborreces será abandonada.

17 Yahvé traerá sobre ti, sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre, días cuales nunca vinieron desde el día que Efraín se apartó de Judá, esto es, al rey de Asiria".

18 Y acontecerá que aquel día silbará Yahvé a la mosca que está en el fin de los ríos de Egipto, y a la abeja que está en la tierra de Asiria.

19 Y vendrán y posarán todas en los valles desiertos, y en las cavernas de las piedras, y en todos los zarzales, y en todos los pastizales.

20 En aquel día el Señor raerá con navaja alquilada, con los que habitan al otro lado del río, esto es, con el rey de Asiria, la cabeza y los pelos de los pies, y aun la barba también quitará.

21 Acontecerá en aquel tiempo, que criará un hombre una vaca joven y dos ovejas;

22 y será que por la abundancia de la leche que darán, comerá leche cuajada; porque leche cuajada y miel comerá el que quede en medio de la tierra.

23 Acontecera también en aquel día, que el lugar donde había mil vides que valían mil siclos de plata, será para los espinos y los cardos.

24 Con saetas y arco irán allá, porque toda la tierra será espinos y cardos.

25 Y a todos los montes que se cavaban con azada, no llegaréis allá por el temor de los espinos y de los cardos, sino que servirán para pasto de bueyes y para ser pisoteados por las ovejas.

Capítulo 8

1 Me dijo Yahvé: "Toma una tablilla grande y escribe en ella con estilo de hombre: 'Perteneciente a Maher-salal-has-baz'";

2 y tomé conmigo testigos fieles para dar testimonio: al sacerdote Urías y a Zacarías hijo de Jeberequías.

3 Y me llegué a la profetisa, la cual concibió y dio a luz un hijo. Y me dijo Yahvé: "Ponle por nombre Maher-salal-has-baz.

4 Porque antes que el niño sepa decir 'padre mío' y 'madre mía', serán quitadas las riquezas de Damasco y los despojos de Samaria delante del rey de Asiria".

5 Otra vez volvió Yahvé a hablarme, diciendo:

6 «Por cuanto desechó este pueblo las aguas de Siloé que corren mansamente, y se regocijó con Rezín y con el hijo de Remalías;

7 he aquí, por tanto, que el Señor hace subir sobre ellos aguas de ríos, fuertes y muchas, esto es, al rey de Asiria con toda su gloria; el cual subirá sobre todos sus cauces, y pasará sobre todas sus riberas.

8 Y pasando por Judá, inundará y pasará adelante, y llegará hasta el cuello; y la extensión de sus alas llenará la anchura de tu tierra, oh Emanuel.

9 ¡Reuníos, pueblos, y seréis quebrantados! Escuchad, todos los que venís de lejanas tierras: ¡ceñíos y sed destrozados! ¡Preparaos para la batalla y sed destrozados!

10 Tomad consejo, y será anulado; haced planes, y no subsistirán, porque Dios está con nosotros».

11 Porque Yahvé me dijo de esta manera con mano fuerte, y me enseñó que no caminase por el camino de este pueblo, diciendo:

12 «No llaméis conspiración a todas las cosas que este pueblo llama conspiración; ni temáis lo que ellos temen, ni tengáis miedo.

13 A Yahvé de los Ejércitos, a él santificad; sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo.

14 Entonces él será por santuario; pero a las dos casas de Israel por piedra de tropiezo y por roca de caída, y al morador de Jerusalén por lazo y por red.

15 Y muchos tropezarán entre ellos, y caerán, y serán quebrantados; y se enredarán y serán apresados».

16 Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos.

17 Esperaré, pues, a Yahvé, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob, y en él confiaré.

18 He aquí, yo y los hijos que me dio Yahvé somos por señales y prodigios en Israel, de parte de Yahvé de los Ejércitos que mora en el monte Sión.

19 Y si os dijeren: «Preguntad a los evocadores de espíritus y a los adivinos, que pían y susurran», responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos?

20 ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.

21 Y pasarán por la tierra fatigados y hambrientos, y acontecerá que teniendo hambre, se enfurecerán y maldecirán a su rey y a su Dios, levantando el rostro en alto.

22 Y mirarán a la tierra, y he aquí tribulación y tinieblas, oscuridad y angustia; y serán sumidos en las tinieblas.

Capítulo 9

1 Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia, tal como la aflicción que le vino en el tiempo en que livianamente tocaron la primera vez a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí; pues al fin llenará de gloria el camino del mar, al otro lado del Jordán, en Galilea de los gentiles.

2 El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz;
los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos.

3 Multiplicaste la gente,
y aumentaste la alegría. Se alegrarán delante de ti según la alegría de la siega, como se gozan los hombres cuando reparten el botín.

4 Porque tú rompiste el yugo de su carga, y la vara de su hombro, y el cetro de su opresor, como en el día de Madián.

5 Porque todo calzado que calza el guerrero en el estrépito de la batalla, y los mantos revolcados en sangre, serán quemados, pasto del fuego.

6 Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.

7 Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y
sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora
y para siempre. El celo de Yahvé de los Ejércitos hará esto.

8 El Señor envió palabra a Jacob,
y cayó en Israel.

9 Y la sabrá todo el pueblo,
Efraín y los moradores de Samaria, que con soberbia y con altivez de corazón
dicen:

10 «Los ladrillos cayeron,
mas edificaremos de cantería;
cortaron los cabrahigos,
mas en su lugar pondremos cedros».

11 Pero Yahvé levantará a los adversarios de Rezín contra él,
y juntará a sus enemigos;

12 los sirios por el oriente y los filisteos por el occidente;
y a boca llena devorarán a Israel.
Ni con todo eso se ha aplacado su ira,
sino que su mano todavía está extendida.

13 Pero el pueblo no se convirtió al que lo hería,
ni buscaron a Yahvé de los Ejércitos.

14 Y Yahvé cortará de Israel cabeza y cola,
rama y junco en un mismo día.

15 El anciano y venerable de rostro es la cabeza,
y el profeta que enseña mentira es la cola.

16 Porque los que guían a este pueblo son engañadores,
y los que por ellos son guiados, son perdidos.

17 Por tanto, el Señor no tomará contentamiento en sus jóvenes,
ni de sus huérfanos y viudas tendrá misericordia;
porque todos son falsos y malhechores,
y toda boca habla necedades.
Ni con todo eso se ha aplacado su ira,
sino que su mano todavía está extendida.

18 Porque la maldad se encendió como fuego,
cardos y espinos devorará;
y se encenderá en lo espeso del bosque,
y serán alzados como remolinos de humo.

19 Por la ira de Yahvé de los Ejércitos se oscureció la tierra,
y será el pueblo como pasto del fuego;
el hombre no tendrá piedad de su hermano.

20 Cada uno hurtará a la mano derecha, y tendrá hambre,
y comerá a la izquierda, y no se saciará;
cada cual comerá la carne de su propio brazo:

21 Manasés a Efraín, y Efraín a Manasés, y ambos contra Judá.
Ni con todo eso se ha aplacado su ira,
sino que su mano todavía está extendida.

Capítulo 10

1 ¡Ay de los que decretan leyes injustas, y de los escribas que dictan decretos opresivos,

2 para apartar del juicio a los necesitados, y para quitar el derecho a los pobres de mi pueblo; para hacer de las viudas su botín, y despojar a los huérfanos!

3 ¿Y qué haréis en el día del castigo, y en la desolación que vendrá de lejos? ¿A quién os acogeréis para que os ayude, y dónde dejaréis vuestra gloria?

4 Sin mí no queda sino encorvarse entre los presos,
y caer entre los muertos.
Con todo esto no se ha aplacado su ira,
sino que su mano todavía está extendida.

5 ¡Ay de Asiria, vara y bastón de mi furor! En su mano he puesto mi indignación.

6 Le enviaré contra una nación pérfida, y contra el pueblo de mi ira le daré mando, para que quite despojos, y arrebate botín, y lo huelle como lodo de las calles.

7 Aunque él no lo pensará así, ni su corazón lo imaginará de esta manera, sino que su pensamiento será desarraigar y cortar naciones no pocas.

8 Porque él dice: «Mis príncipes, ¿no son todos reyes?

9 ¿No es Calno como Carquemis, Hamat como Arpad, y Samaria como Damasco?

10 Como halló mi mano los reinos de los ídolos, cuyas imágenes talladas eran mejores que las de Jerusalén y de Samaria;

11 como hice a Samaria y a sus ídolos, ¿no haré también así a Jerusalén y a sus ídolos?».

12 Pero acontecerá que después que el Señor haya acabado toda su obra en el monte Sión y en Jerusalén, castigará el fruto de la soberbia del corazón del rey de Asiria, y la gloria de la altivez de sus ojos.

13 Porque dijo: «Con el poder de mi mano lo he hecho, y con mi sabiduría, porque soy prudente; quité los límites de los pueblos, y saqué sus tesoros, y derribé como valiente a los que estaban sentados.

14 Y halló mi mano las riquezas de los pueblos como nido; y como se recogen los huevos abandonados, así me apoderé yo de toda la tierra; y no hubo quien moviese ala, ni abriese boca, ni chistase».

15 ¿Se jactará el hacha contra el que con ella corta? ¿Se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve? ¡Como si el báculo levantase al que lo levanta; como si la vara levantase al que no es leño!

16 Por tanto, el Señor, Yahvé de los Ejércitos, enviará debilidad sobre sus robustos, y debajo de su gloria encenderá una llama como fuego abrasador.

17 Y la luz de Israel será por fuego, y su Santo por llama, que queme y consuma en un día sus cardos y sus espinos.

18 La gloria de su bosque y de su campo fértil consumirá, desde el alma hasta el cuerpo; y vendrá a ser como enfermo que se consume.

19 Y los árboles que queden en su bosque serán en número tan corto, que un niño los podrá contar.

20 Acontecerá en aquel tiempo, que los que hayan quedado de Israel y los que hayan quedado de la casa de Jacob, nunca más se apoyarán en el que los hirió, sino que se apoyarán con verdad en Yahvé, el Santo de Israel.

21 El remanente volverá, el remanente de Jacob, al Dios fuerte.

22 Porque si tu pueblo, Israel, fuere como las arenas del mar, el remanente de él volverá; la destrucción decretada rebosará justicia.

23 Pues el Señor, Yahvé de los Ejércitos, hará consumación ya determinada en medio de la tierra.

24 Por tanto el Señor, Yahvé de los Ejércitos, dice así: «Pueblo mío, morador de Sión, no temas de Asiria. Con vara te herirá, y contra ti alzará su palo, a la manera de Egipto.

25 Mas de aquí a muy poco tiempo, se acabará mi furor, y mi ira se volverá para la destrucción de ellos».

26 Y levantará Yahvé de los Ejércitos azote contra él como la matanza de Madián en la peña de Oreb, y alzará su vara sobre el mar, como hizo por la vía de Egipto.

27 Acontecerá en aquel día que su carga será quitada de tu hombro, y su yugo de tu cerviz, y el yugo se pudrirá por causa de la unción.

28 Vino hasta Ajat, pasó por Migrón; en Micmas recogió su bagaje.

29 Pasaron el desfiladero; alojaron en Geba; Ramá tembló; Gabaa de Saúl huyó.

30 ¡Grita en alta voz, hija de Galim! ¡Haz que se oiga en Lais, pobre de Anatot!

31 Madmena se alborotó; los moradores de Gebim huyen.

32 Aún vendrá día para quedarse en Nob; agitará su mano contra el monte de la hija de Sión, al collado de Jerusalén.

33 He aquí el Señor, Yahvé de los Ejércitos, desgajará el ramaje con violencia; y los de gran estatura serán cortados, y los altivos serán humillados.

34 Y cortará con hierro la espesura del bosque, y el Líbano caerá con estrépito ante el Poderoso.

Capítulo 11

1 Saldrá un vástago del tronco de Jesé,
y un renuevo brotará de sus raíces.

2 Y reposará sobre él el Espíritu de Yahvé:
espíritu de sabiduría y de inteligencia,
espíritu de consejo y de poder,
espíritu de conocimiento y de temor de Yahvé.

3 Y le hará entender diligente en el temor de Yahvé.
No juzgará según la vista de sus ojos,
ni sentenciará por lo que oigan sus oídos;

4 sino que juzgará con justicia a los pobres,
y decidirá con equidad por los mansos de la tierra.
Herirá la tierra con la vara de su boca,
y con el espíritu de sus labios matará al impío.

5 Y será la justicia cinto de sus lomos,
y la fidelidad ceñidor de su cintura.

6 Morará el lobo con el cordero,
y el leopardo con el cabrito se acostará;
el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos,
y un niño los pastoreará.

7 La vaca y la osa pacerán,
sus crías se echarán juntas;
y el león como el buey comerá paja.

8 Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid,
y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora.

9 No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte;
porque la tierra será llena del conocimiento de Yahvé,
como las aguas cubren el mar.

10 Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Jesé, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa.

11 Asimismo acontecerá en aquel tiempo, que el Señor tornará a poner su mano otra vez para rescatar el remanente de su pueblo que aún quede en Asiria, Egipto, Patros, Etiopía, Elam, Sinar y Hamat, y en las costas del mar.

12 Y levantará pendón a las naciones, y juntará los desterrados de Israel, y reunirá los esparcidos de Judá de los cuatro confines de la tierra.

13 Y se disipará la envidia de Efraín, y los enemigos de Judá serán destruidos. Efraín no tendrá envidia contra Judá, ni Judá afligirá a Efraín;

14 sino que volarán sobre los hombros de los filisteos al occidente, saquearán también a los hijos del oriente; Edom y Moab les servirán, y los hijos de Amón les obedecerán.

15 Y secará Yahvé la lengua del mar de Egipto; y levantará su mano con fortaleza de su espíritu sobre el río, y lo herirá en sus siete brazos, y hará que pasen por él calzados.

16 Y habrá camino para el remanente de su pueblo, el que quedó de Asiria, de la manera que lo hubo para Israel el día que subió de la tierra de Egipto.

Capítulo 12

1 En aquel día dirás: «Te alabaré, Yahvé; porque aunque te enojaste conmigo, tu ira se ha apartado y me has consolado.

2 He aquí que Dios es mi salvación. Confiaré y no temeré; porque Yah, Yahvé, es mi fortaleza y mi cántico; y él se ha convertido en mi salvación».

3 Por tanto, sacaréis con gozo agua de las fuentes de la salvación.

4 Y diréis en aquel día: «¡Dad gracias a Yahvé! ¡Invocad su nombre! ¡Anunciad sus obras entre los pueblos! Proclamad que su nombre es excelso.

5 ¡Cantad salmos a Yahvé, porque ha hecho cosas magníficas! ¡Sea esto sabido en toda la tierra!

6 ¡Gritad y dad voces de júbilo, moradora de Sión, porque grande es en medio de vosotros el Santo de Israel!».

Capítulo 13

1 Oráculo sobre Babilonia que vio Isaías, hijo de Amoz.

2 ¡Alzad bandera sobre un monte pelado! ¡Levantad la voz hacia ellos! Agitad la mano para que entren por las puertas de los príncipes.

3 Yo mandé a mis consagrados; asimismo llamé a mis valientes para mi ira, a los que se alegran con mi grandeza.

4 Estruendo de multitud en los montes, como de mucho pueblo; estruendo de ruido de reinos, de naciones reunidas. Yahvé de los Ejércitos pasa revista a las tropas para la batalla.

5 Vienen de lejana tierra, de lo postrero de los cielos, Yahvé y los instrumentos de su furor, para destruir toda la tierra.

6 ¡Aullad, porque cerca está el día de Yahvé! Vendrá como asolamiento del Todopoderoso.

7 Por tanto, toda mano se debilitará, y desfallecerá todo corazón de hombre.

8 Y se llenarán de terror; angustias y dolores se apoderarán de ellos; tendrán dolores como mujer de parto; se asombrará cada cual al mirar a su compañero; sus rostros, rostros de llamas.

9 He aquí el día de Yahvé viene, cruel, y de indignación y ardor de ira, para poner la tierra en soledad y raer de ella a sus pecadores.

10 Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor.

11 Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes.

12 Haré al varón más preciado que el oro fino, y al hombre más que el oro de Ofir.

13 Porque haré mover los cielos, y la tierra se removerá de su lugar, en la indignación de Yahvé de los Ejércitos, y en el día del ardor de su ira.

14 Y será que como gacela acosada, y como oveja sin pastor, cada cual mirará hacia su pueblo, y cada uno huirá a su tierra.

15 Cualquiera que fuere hallado será alanceado; y cualquiera que por ellos fuere tomado, caerá a espada.

16 Sus niños serán estrellados ante sus mismos ojos; sus casas serán saqueadas, y violadas sus mujeres.

17 He aquí que yo despierto contra ellos a los medos, que no curarán de la plata, ni codiciarán oro.

18 Con arco derribarán a los jóvenes, y no tendrán misericordia del fruto del vientre, ni su ojo perdonará a los hijos.

19 Y Babilonia, hermosura de reinos y ornamento de la grandeza de los caldeos, será como Sodoma y Gomorra, a las que trastornó Dios.

20 Nunca más será habitada, ni se morará en ella de generación en generación; ni hincará allí tienda el árabe, ni pastores tendrán allí majada;

21 sino que dormirán allí las fieras del desierto, y sus casas se llenarán de búhos; allí habitarán avestruces, y allí saltarán las cabras salvajes.

22 En sus palacios aullarán hienas, y chacales en sus casas de deleite; y cerca está de venir su tiempo, y sus días no se prolongarán.

Capítulo 14

1 Porque Yahvé tendrá piedad de Jacob, y todavía escogerá a Israel, y lo pondrá en su propia tierra; y extranjeros se unirán a ellos, y se juntarán a la casa de Jacob.

2 Y los pueblos los tomarán y los llevarán a su lugar; y la casa de Israel los poseerá por siervos y siervas en la tierra de Yahvé; y cautivarán a los que los cautivaron, y señorearán a los que los oprimieron.

3 Y acontecerá que en el día que Yahvé te dé reposo de tu trabajo y de tu temor, y de la dura servidumbre en que te hicieron servir,

4 entonarás este escarnio contra el rey de Babilonia, y dirás: «¡Cómo cesó el opresor, cómo cesó la ciudad codiciosa de oro!»

5 Yahvé quebrantó el báculo de los impíos, el cetro de los señores;

6 el que hería a los pueblos con saña, con llaga permanente, el que se enseñoreaba de las naciones con ira, y las perseguía con crueldad.

7 Toda la tierra descansa y está en reposo; prorrumpieron en cánticos.

8 Aun los cipreses se regocijaron a causa de ti, y los cedros del Líbano, diciendo:
«Desde que tú pereciste, no ha subido leñador contra nosotros».

9 El Seol abajo se espantó de ti; despertó a las sombras para recibirte en tu venida;
hizo levantar de sus tronos a todos los príncipes de la tierra, a todos los reyes de
las naciones.

10 Todos ellos verán y te dirán: «¿También tú te debilitaste como nosotros, y llegaste a ser como nosotros?»

11 Descendió al Seol tu soberbia, y el sonido de tus liras; gusanos serán tu cama, y
gusanos te cubrirán.

12 ¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra,
tú que debilitabas a las naciones.

13 Tú que decías en tu corazón: «Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de
Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del
norte;

14 sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo».

15 Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados de la fosa.

16 Se inclinarán hacia ti los que te vean, te contemplarán, diciendo: «¿Es este aquel
varón que hacía temblar la tierra, que trastornaba los reinos;

17 que puso el mundo como un desierto, que asoló sus ciudades, que a sus presos
nunca abrió la cárcel?»

18 Todos los reyes de las naciones, todos ellos yacen con honra cada uno en su
morada.

19 Pero tú eres echado de tu sepulcro como vástago abominable, como vestido de
muertos pasados a espada, que descienden al fondo de la fosa; como cadáver
pisoteado.

20 No serás contado con ellos en la sepultura; porque tú destruiste tu tierra, mataste a tu pueblo. No será nombrada para siempre la descendencia de los malignos.

21 Preparad matadero para sus hijos por la maldad de sus padres; no se levanten, ni posean la tierra, ni llenen de ciudades la faz del mundo.

22 «Porque yo me levantaré contra ellos — dice Yahvé de los Ejércitos — y raeré de Babilonia el nombre y el remanente, hijo y nieto — dice Yahvé —.

23 Y la convertiré en posesión de erizos, y en lagunas de agua; y la barreré con escoba de destrucción», dice Yahvé de los Ejércitos.

24 Yahvé de los Ejércitos juró diciendo: «Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado:

25 que quebrantaré al asirio en mi tierra, y en mis montes lo hollaré; y su yugo será apartado de ellos, y su carga será quitada de su hombro».

26 Este es el consejo que está determinado sobre toda la tierra, y esta la mano extendida sobre todas las naciones.

27 Porque Yahvé de los Ejércitos ha determinado, ¿y quién lo impedirá? Y su mano extendida, ¿quién la hará retroceder?

28 En el año que murió el rey Acaz fue esta profecía:

29 No os alegréis vosotros, Filistea toda, por haberse quebrado la vara del que os hería; porque de la raíz de la culebra saldrá áspid, y su fruto será serpiente voladora.

30 Y los primogénitos de los pobres serán apacentados, y los menesterosos se acostarán seguros; mas yo haré morir de hambre tu raíz, y destruiré lo que de ti quedare.

31 ¡Aullad, puertas! ¡Clamad, ciudad! Disuelta estáis vosotros, Filistea toda; porque humo viene del norte, y no quedará uno solo de sus filas.

32 ¿Y qué se responderá a los mensajeros de las naciones? Que Yahvé fundó a Sión, y que a ella se acogerán los afligidos de su pueblo.

Capítulo 15

1 Oráculo sobre Moab. Ciertamente, en una noche Ar de Moab fue asolada y destruida; ciertamente, en una noche Kir de Moab fue asolada y destruida.

2 Subió a el Templo y a Dibón, a los lugares altos, para llorar; sobre Nebo y sobre Medeba aullará Moab; toda cabeza de ella será rapada, y toda barba rasurada.

3 Se ceñirán de cilicio en sus calles; en sus terrados y en sus plazas aullarán todos, deshaciéndose en llanto.

4 Hesbón y Eleale gritarán, hasta Jahaza se oirá su voz; por lo que los guerreros de Moab clamarán, y su alma se estremecerá dentro de ellos.

5 Mi corazón dará gritos por Moab; sus fugitivos huirán hasta Zoar y hasta Eglat Selisiyá. Por la subida de Luhit subirán llorando, y por el camino de Horonaim lanzarán gritos de quebranto.

6 Las aguas de Nimrim se agotarán, se secará la hierba, se marchitarán los brotes y todo verdor perecerá.

7 Por tanto, las riquezas que habrán adquirido y sus reservas las llevarán al otro lado del Torrente de los Sauces.

8 Porque el clamor rodeó los límites de Moab; hasta Eglaim llegó su alarido, y hasta Beer-elim su clamor.

9 Y las aguas de Dimón se llenarán de sangre; porque yo traeré sobre Dimón males añadidos: leones para los que escapen de Moab, y para el resto de la tierra.

Capítulo 16

1 Enviad corderos al soberano de la tierra, desde Sela, por el desierto, al monte de la hija de Sión.

2 Y acontecerá que cual ave espantada que huye de su nido, así serán las hijas de Moab en los vados del Arnón.

3 «¡Dad consejo, haced justicia! Poned vuestra sombra como la noche en pleno mediodía; esconded a los desterrados, no entreguéis al que anda errante.

4 Moren contigo mis desterrados de Moab; sé para ellos escondedero ante la presencia del devastador; porque el extorsionador ha fenecido, la devastación ha cesado, y los opresores han sido consumidos de sobre la tierra.

5 Y se dispondrá un trono en misericordia; y sobre él se sentará firmemente, en el tabernáculo de David, quien juzgue y busque el juicio, y apresure la justicia».

6 Hemos oído de la soberbia de Moab; es muy orgulloso; de su arrogancia, de su altivez y de su furia; pero sus jactancias son vanas.

7 Por tanto, aullará Moab por Moab; todos aullarán. Gemiréis por las tortas de pasas de Quir-hareset, ciertamente abatidos.

8 Porque los campos de Hesbón se han marchitado, y las vides de Sibma; los señores de las naciones pisotearon sus generosos sarmientos, que llegaban hasta Jazer y se extendían por el desierto; sus ramas se prolongaban y pasaban más allá del mar.

9 Por lo cual lamentaré con el lloro de Jazer por la viña de Sibma; te regaré con mis lágrimas, oh Hesbón y Eleale; porque sobre tus frutos de verano y sobre tu cosecha cayó el grito de guerra.

10 Quitado es el gozo y la alegría del campo fértil; en las viñas no cantarán, ni se regocijarán; no pisará vino el pisador en los lagares; he hecho cesar el grito del lagarero.

11 Por tanto, mis entrañas vibrarán como arpa por Moab, y mi corazón por Quir-heres.

12 Y sucederá que cuando Moab se presentare cansado sobre los lugares altos, y viniere a su santuario a orar, no le valdrá.

13 Esta es la palabra que pronunció Yahvé sobre Moab en el pasado;

14 pero ahora Yahvé ha hablado, diciendo: «Dentro de tres años, como los años de un jornalero, la gloria de Moab será despreciada con toda su gran multitud; y lo que quede será muy poco, pequeño y débil».

Capítulo 17

1 Oráculo sobre Damasco. «He aquí que Damasco dejará de ser ciudad, y será montón de ruinas.

2 Las ciudades de Aroer están desamparadas; serán para los rebaños, que se echarán allí, y no habrá quien los espante.

3 Y cesará la fortaleza de Efraín, y el reino de Damasco; y lo que quede de Siria será como la gloria de los hijos de Israel», dice Yahvé de los Ejércitos.

4 «Acontecerá en aquel día que la gloria de Jacob se atenuará, y se enflaquecerá la gordura de su carne.

5 Y será como cuando el segador recoge la mies, y su brazo siega las espigas; sí, será como el que recoge espigas en el valle de Refaim.

6 Y quedarán en él rebuscos, como el vareo de un olivo: dos o tres aceitunas en la punta de la rama más alta, cuatro o cinco en las ramas más fructíferas», dice Yahvé, Dios de Israel.

7 En aquel día mirará el hombre a su Hacedor, y sus ojos se volverán al Santo de Israel.

8 Y no mirará a los altares, obra de sus manos, ni mirará a lo que hicieron sus dedos, ni a las imágenes de Asera ni a los altares del incienso.

9 En aquel día sus ciudades fuertes serán como los lugares abandonados en los bosques y en las cumbres, los cuales fueron dejados a causa de los hijos de Israel; y habrá desolación.

10 Porque os habéis olvidado del Dios de vuestra salvación, y no os habéis acordado de la roca de vuestra fortaleza; por tanto, plantáis plantas hermosas, y ponéis sarmientos extraños.

11 El día que las plantéis, las haréis crecer, y por la mañana haréis que vuestra semilla florezca; pero la cosecha huirá en el día del dolor y de la herida incurable.

12 ¡Ay! ¡Multitud de muchos pueblos que harán ruido como el estruendo del mar; y estrépito de naciones que bramarán como el bramido de muchas aguas!

13 Las naciones harán estrépito como el ruido de muchas aguas; pero Dios las reprenderá, y huirán lejos; serán perseguidas como el tamo de los montes ante el viento, y como el polvo que gira ante el torbellino.

14 Al tiempo de la tarde, he aquí el terror; pero antes de la mañana, el enemigo ya no existe. Esta es la parte de los que nos saquen, y la suerte de los que nos roban.

Capítulo 18

1 ¡Ah, tierra del zumbido de alas, que estás más allá de los ríos de Etiopía;

2 que envías embajadores por el mar, y en naves de juncos sobre las aguas! Id, veloces mensajeros, a la nación de elevada estatura y piel brillante, al pueblo temible desde su principio y hasta ahora, nación fuerte y conquistadora, cuya tierra dividen los ríos.

3 Todos vosotros, moradores del mundo y habitantes de la tierra, cuando se levante el pendón en los montes, ved; y cuando se toque la trompeta, oíd.

4 Porque Yahvé me dijo así: «Me estaré quieto y miraré desde mi morada, como calor sereno tras la lluvia, como nube de rocío en el calor de la siega».

5 Porque antes de la siega, cuando la flor haya caído y el fruto se vaya madurando, él cortará los sarmientos con podaderas, y podará y quitará las ramas.

6 Y serán dejados todos para las aves de rapiña de los montes y para las bestias de la tierra; sobre ellos pasarán el verano las aves de rapiña, y todas las bestias de la tierra invernarán allí.

7 En aquel tiempo será traída ofrenda a Yahvé de los Ejércitos de parte del pueblo de elevada estatura y piel brillante, del pueblo temible desde su principio y hasta ahora, nación fuerte y conquistadora, cuya tierra dividen los ríos, al lugar del nombre de Yahvé de los Ejércitos, al monte Sión.

Capítulo 19

1 Oráculo sobre Egipto. «He aquí que Yahvé cabalga sobre una nube ligera y entra en Egipto. Los ídolos de Egipto temblarán ante su presencia, y el corazón de los egipcios se desmayará en medio de ellos.

2 Incitaré a egipcios contra egipcios, y cada uno peleará contra su hermano, y cada cual contra su prójimo; ciudad contra ciudad, y reino contra reino.

3 El espíritu de Egipto se disipará en medio de él, y yo destruiré su consejo. Entonces consultarán a los ídolos, a los evocadores, a los pitones y a los adivinos.

4 Y entregaré a Egipto en manos de un señor cruel, y un rey violento se enseñoreará de ellos», dice el Señor, Yahvé de los Ejércitos.

5 Las aguas del mar faltarán, y el río se agotará y se secará.

6 Los ríos se corromperán, los canales de Egipto disminuirán y se secarán; las cañas y los juncos se marchitarán.

7 Las praderas junto al Nilo, junto a la orilla del río, y todo lo sembrado junto a él se secará, se dispersará y no existirá más.

8 Los pescadores también se lamentarán; gemirán todos los que echan anzuelo en el Nilo, y desfallecerán los que extienden red sobre las aguas.

9 Los que trabajan el lino fino y los que tejen telas blancas quedarán confundidos.

10 Porque sus columnas serán destruidas, y todos los jornaleros se angustiarán de ánimo.

11 Ciertamente son necios los príncipes de Zoán; el consejo de los prudentes consejeros de Faraón se ha vuelto estúpido. ¿Cómo decís a Faraón: «Yo soy hijo de los sabios, e hijo de los reyes antiguos»?

12 ¿Dónde están ahora vuestros sabios? Que os digan ahora, o que sepan qué es lo que Yahvé de los Ejércitos ha determinado sobre Egipto.

13 Se han acobardado los príncipes de Zoán, se han engañado los príncipes de Menfis; han hecho errar a Egipto los que son la piedra angular de sus tribus.

14 Yahvé mezcló espíritu de perversidad en medio de él; e hicieron errar a Egipto en toda su obra, como el borracho se tambalea en su vómito.

15 Y no habrá para Egipto obra que haga cabeza o cola, rama o junco.

16 En aquel día los egipcios serán como mujeres; porque temerán y temblarán ante el movimiento de la mano de Yahvé de los Ejércitos, que él agitará sobre ellos.

17 Y la tierra de Judá será de espanto a Egipto; todo hombre que de ella se acordare temerá por causa del consejo que Yahvé de los Ejércitos determinó contra él.

18 En aquel tiempo habrá cinco ciudades en la tierra de Egipto que hablen la lengua de Canaán, y que juren por Yahvé de los Ejércitos; una de ellas será llamada «La ciudad de la Destrucción».

19 En aquel día habrá un altar para Yahvé en medio de la tierra de Egipto, y un monumento a Yahvé junto a su frontera.

20 Y será por señal y por testimonio a Yahvé de los Ejércitos en la tierra de Egipto; porque clamarán a Yahvé a causa de sus opresores, y él les enviará salvador y príncipe que los libre.

21 Y Yahvé será conocido de Egipto, y los egipcios conocerán a Yahvé en aquel día; y harán sacrificio y oblación; y harán votos a Yahvé y los cumplirán.

22 Y herirá Yahvé a Egipto; herirá y sanará; y se convertirán a Yahvé, y les será propicio y los sanará.

23 En aquel día habrá una calzada desde Egipto hasta Asiria, y asirios entrarán en Egipto y egipcios en Asiria; y los egipcios servirán con los asirios a Yahvé.

24 En aquel día Israel será tercero con Egipto y con Asiria para bendición en medio de la tierra;

25 porque Yahvé de los Ejércitos los bendecirá diciendo: «Bendito el pueblo mío Egipto, y el asirio obra de mis manos, e Israel mi heredad».

Capítulo 20

1 El año en que el Tartán llegó a Asdod, cuando lo envió Sargón, rey de Asiria, y combatió contra Asdod y la tomó;

2 en aquel tiempo Yahvé habló por medio de Isaías hijo de Amoz, diciendo: «Ve, desata el cilicio de tus lomos y quita las sandalias de tus pies». Y lo hizo así, andando desnudo y descalzo.

3 Y dijo Yahvé: "Al modo que mi siervo Isaías anduvo desnudo y descalzo tres años, por señal y prodigio sobre Egipto y sobre Etiopía,

4 así llevará el rey de Asiria a los cautivos de Egipto y a los exiliados de Etiopía, jóvenes y ancianos, desnudos, descalzos y descubiertas las nalgas, para vergüenza de Egipto.

5 Y se turbarán y avergonzarán a causa de Etiopía, su esperanza, y de Egipto, su gloria.

6 Y dirán en aquel día los moradores de esta costa: 'Mirad qué ha sido de nuestra esperanza, a donde nos acogimos por socorro para ser librados de la presencia del rey de Asiria. ¿Y nosotros, cómo escaparemos?'"

Capítulo 21

1 Oráculo sobre el desierto del mar. Como los torbellinos del sur que lo recorren
todo, así viene del desierto, de una tierra temible.

2 Visión dura me ha sido mostrada: el traidor traiciona, y el destructor destruye.
¡Sube, Elam! ¡Sitia, Media! He hecho cesar todo su gemido.

3 Por eso mis lomos se han llenado de angustia; dolores se apoderaron de mí,
como dolores de mujer de parto; me agobié tanto que no oía, y me asombré de tal
modo que no veía.

4 Se pasmó mi corazón, el horror me ha intimidado; la noche que deseaba se me
volvió en espanto.

5 Disponed la mesa, extended los tapices, comed, bebed. ¡Levantaos, príncipes, en-
grasad el escudo!

6 Porque el Señor me dijo así: «Ve, pon centinela que haga saber lo que vea».

7 Y vio una tropa, una pareja de jinetes, hombres montados en asnos y hombres
montados en camellos; y escuchó con gran atención.

8 Entonces gritó como un león: «Señor, sobre la atalaya estoy yo de continuo
todo el día, y en mi puesto de guardia permanezco noches enteras.

9 Y he aquí, viene una tropa de hombres, jinetes de dos en dos». Después él res-
pondió y dijo: «¡Caída, caída es Babilonia! Y todas las imágenes grabadas de sus
dioses cayeron rotas por tierra».

10 ¡Oh pueblo mío, trillado y trigo de mi era! Lo que oí de Yahvé de los Ejércitos,
Dios de Israel, os lo he anunciado.

11 Oráculo sobre Dumá. Me dan voces desde Seir: «Centinela, ¿qué hay de la no-
che? Centinela, ¿qué hay de la noche?».

12 El centinela respondió: «La mañana viene, y también la noche; si queréis pre-
guntar, preguntad; volved, venid».

13 Oráculo sobre Arabia. En la espesura de Arabia os alojaréis, vosotros, caravanas de dedanitas.

14 Salid al encuentro del sediento y llevadle agua; los moradores de la tierra de Tema socorrieron con su pan al que huía.

15 Porque ante las espadas huyen, ante la espada desnuda, ante el arco entesado y ante el peso de la batalla.

16 Porque así me ha dicho el Señor: «Dentro de un año, como el año de un jornalero, toda la gloria de Cedar se acabará;

17 y los que queden del número de los valientes arqueros, hijos de Cedar, serán pocos; porque Yahvé, Dios de Israel, lo ha dicho».

Capítulo 22

1 Oráculo del Valle de la Visión. ¿Qué os pasa ahora, que todos habéis subido a los terrados?

2 Tú, ciudad llena de alboroto, ciudad estrepitosa, pueblo alegre; tus muertos no murieron a espada, ni murieron en la guerra.

3 Todos tus príncipes huyeron juntos, sin el arco fueron presos; todos los que en ti se hallaron, fueron presos juntos, aunque habían huido lejos.

4 Por eso dije: «Apartad la vista de mí, lloraré amargamente; no os afanéis por consolarme de la destrucción de la hija de mi pueblo».

5 Porque es día de alboroto, de angustia y de perplejidad, de parte del Señor, Yahvé de los Ejércitos, en el Valle de la Visión; día de derribar muros y de clamar a los montes.

6 Y Elam tomó el carcaj con carros de hombres y de jinetes, y Kir desembozó el escudo.

7 Tus valles más hermosos se llenaron de carros, y los jinetes se pusieron en orden a la puerta.

8 Y quitó la cubierta de Judá; y mirasteis en aquel día hacia la armería de la Casa del Bosque.

9 Visteis las brechas de la ciudad de David, que eran muchas; y recogisteis las aguas del estanque inferior.

10 Contasteis las casas de Jerusalén, y derribasteis casas para fortificar el muro.

11 Hicisteis también un foso entre los dos muros para las aguas del estanque viejo; y no mirasteis al que lo hizo, ni tuvisteis respeto al que lo formó hace mucho tiempo.

12 Por tanto, el Señor, Yahvé de los Ejércitos, llamó en aquel día a llanto y a luto, a raparse la cabeza y a vestir cilicio;

13 y he aquí gozo y alegría, matando vacas y degollando ovejas, comiendo carne y bebiendo vino, diciendo: «Comamos y bebamos, porque mañana moriremos».

14 Esto fue revelado a mis oídos por Yahvé de los Ejércitos: «Que este pecado no os será perdonado hasta que muráis», dice el Señor, Yahvé de los Ejércitos.

15 Yahvé de los Ejércitos dice así: "Id, entra a este administrador, a Sebna el mayordomo de palacio, y dile:

16 '¿Qué tienes tú aquí, o a quién tienes tú aquí, que labraste aquí sepulcro para ti?'. Como el que en lugar alto labra su sepultura, o el que esculpe para sí morada en la roca.

17 He aquí que Yahvé te transportará con duro transporte, y de cierto te cubrirá el rostro.

18 Te hará rodar con fuerza, y te arrojará como a una pelota a tierra extensa; allá morirás, y allá estarán los carros de tu gloria, ¡oh vergüenza de la casa de tu señor!

19 Y te arrojaré de tu lugar, y de tu puesto te depondré.

20 Y en aquel día llamaré a mi siervo Eliaquim hijo de Hilcías,

21 y lo vestiré de tus vestiduras, y lo ceñiré de tu talabarte, y entregaré en sus manos tu potestad; y será padre al morador de Jerusalén y a la casa de Judá.

22 Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá.

23 Y lo hincaré como clavo en lugar firme; y será por trono de gloria a la casa de su padre.

24 Y colgarán de él toda la honra de la casa de su padre, los hijos y la prole, todos los vasos menores, desde las tazas hasta los tinajones.

25 En aquel día — dice Yahvé de los Ejércitos — el clavo hincado en lugar firme será quitado; será quebrado y caerá, y la carga que sobre él se puso se perderá, porque Yahvé ha hablado".

Capítulo 23

1 Oráculo sobre Tiro. ¡Aullad, naves de Tarsis! Porque Tiro ha sido asolada hasta no quedar casa ni puerto donde entrar. Desde la tierra de Quitim les ha sido revelado.

2 Callad, moradores de la costa, vosotros a quienes los mercaderes de Sidón, que atraviesan el mar, habían enriquecido.

3 Por las grandes aguas le venía la simiente de Sijor; la cosecha del Nilo era su renta, y ella era el mercado de las naciones.

4 Avergüénzate, Sidón, porque el mar ha hablado, la fortaleza del mar, diciendo: «No tuve dolores de parto, ni di a luz, ni crié jóvenes, ni eduqué vírgenes».

5 Cuando la noticia llegue a Egipto, tendrán gran dolor al oír de Tiro.

6 Pasad a Tarsis; aullad, moradores de la costa.

7 ¿Es esta vuestra ciudad alegre, cuya antigüedad es de días remotos, y cuyos pies la llevaron a peregrinar lejos?

8 ¿Quién ha planeado esto contra Tiro, la que repartía coronas, cuyos mercaderes eran príncipes, cuyos comerciantes eran los nobles de la tierra?

9 Yahvé de los Ejércitos lo ha planeado, para abatir la soberbia de toda gloria, y para despreciar a todos los nobles de la tierra.

10 Pasa por tu tierra como el Nilo, hija de Tarsis; porque ya no tienes ningún vallado.

11 Él extendió su mano sobre el mar, hizo temblar los reinos; Yahvé dio orden respecto a Canaán, para que sus fortalezas sean destruidas.

12 Y dijo: «No te alegrarás más, oh virgen oprimida, hija de Sidón. Levántate para pasar a Quitim; aun allí no tendrás reposo».

13 Mirad la tierra de los caldeos. Este pueblo no existía; Asiria la fundó para los habitantes del desierto. Levantaron sus torres, destruyeron sus palacios y la convirtieron en ruinas.

14 ¡Aullad, naves de Tarsis, porque vuestra fortaleza ha sido destruida!

15 Acontecerá en aquel día que Tiro será puesta en olvido por setenta años, como los días de un rey. Pasados los setenta años, le sucederá a Tiro como en la canción de la ramera:

16 «Toma el arpa, rodea la ciudad, oh ramera olvidada; toca bien, canta muchas canciones, para que seas recordada».

17 Y sucederá que al fin de los setenta años, Yahvé visitará a Tiro; y ella volverá a su comercio, y volverá a fornicar con todos los reinos del mundo sobre la faz de la tierra.

18 Pero sus negocios y sus ganancias serán consagrados a Yahvé. No se guardarán ni se atesorarán, porque sus ganancias serán para los que habitan delante de Yahvé, para que coman hasta saciarse y vistan ropas espléndidas.

Capítulo 24

1 He aquí que Yahvé vacía la tierra y la desnuda, trastorna su faz y dispersa a sus moradores.

2 Y sucederá como al pueblo, así al sacerdote; como al siervo, así a su señor; como a la criada, así a su señora; como al comprador, así al vendedor; como al acreedor, así al deudor; como al que cobra interés, así al que lo paga.

3 La tierra será del todo vaciada y enteramente saqueada; porque Yahvé ha pronunciado esta palabra.

4 Se destruyó, cayó la tierra; enfermó, cayó el mundo; enfermaron los altos pueblos de la tierra.

5 Y la tierra se contaminó bajo sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho y quebrantaron el pacto sempiterno.

6 Por esta causa la maldición consumió la tierra, y sus moradores fueron hallados culpables; por lo cual fueron quemados los habitantes de la tierra, y quedan pocos hombres.

7 Se perdió el vino nuevo, enfermó la vid, suspiraron todos los que eran alegres de corazón.

8 Cesó el regocijo de los tamboriles, se acabó el estruendo de los que se alegran, cesó la alegría de la cítara.

9 No beberán vino con cantar; la bebida fuerte será amarga a los que la bebieren.

10 Quebrantada está la ciudad del caos; toda casa se ha cerrado para que no entre nadie.

11 Hay clamores por falta de vino en las calles; todo gozo se oscureció, se desterró la alegría de la tierra.

12 En la ciudad quedó desolación, y con estrépito fue quebrantada la puerta.

13 Porque así será en medio de la tierra, en medio de los pueblos, como cuando se varea el olivo, o como los rebuscos después de la vendimia.

14 Estos alzarán su voz, cantarán gozosos por la majestad de Yahvé; desde el mar darán voces.

15 Dad gloria por eso a Yahvé en los valles; en las costas del mar sea nombrado Yahvé, Dios de Israel.

16 De lo último de la tierra oímos cánticos: «¡Gloria al justo!». Y yo dije: «¡Ay de mí, que me consumo! ¡Mi desdicha, mi desdicha!». Prevaricadores han prevaricado; y han prevaricado con prevaricación de desleales.

17 Terror, fosa y lazo sobre vosotros, oh moradores de la tierra.

18 Y acontecerá que el que huye de la voz del terror caerá en la fosa; y el que sale de en medio de la fosa será preso en el lazo; porque de lo alto se abrieron ventanas, y temblarán los cimientos de la tierra.

19 Se quebrantará del todo la tierra, enteramente desmenuzada será la tierra, en gran manera será la tierra conmovida.

20 Temblará la tierra vacilando como un borracho, y será removida como una choza de pastor; y se agravará sobre ella su pecado, y caerá, y nunca más se levantará.

21 Acontecerá en aquel día, que Yahvé castigará al ejército de los cielos en lo alto, y a los reyes de la tierra sobre la tierra.

22 Y serán amontonados como se amontona a los presos en la fosa, y en la cárcel quedarán encerrados, y serán castigados después de muchos días.

23 La luna se avergonzará, y el sol se confundirá, cuando Yahvé de los Ejércitos reine en el monte Sión y en Jerusalén, y delante de sus ancianos sea glorioso.

Capítulo 25

1 Yahvé, tú eres mi Dios; te exaltaré, alabaré tu nombre, porque has hecho maravillas; tus consejos antiguos son fidelidad y verdad.

2 Porque has convertido la ciudad en un montón de escombros, la ciudad fortalecida en ruina; el palacio de los extraños para que no sea ciudad, ni nunca más sea reedificado.

3 Por esto te glorificará el pueblo fuerte, y te temerá la ciudad de naciones robustas.

4 Porque fuiste fortaleza al pobre, fortaleza al menesteroso en su aflicción, refugio contra el turbión, sombra contra el calor; porque el ímpetu de los violentos es como turbión contra el muro.

5 Como el calor en lugar seco, así humillarás el orgullo de los extraños; y como calor debajo de nube, harás marchitar el renuevo de los terribles.

6 Y Yahvé de los Ejércitos hará en este monte a todos los pueblos banquete de manjares suculentos, banquete de vinos generosos, de tuétanos de animales gruesos y de vinos purificados.

7 Y destruirá en este monte la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones.

8 Destruirá a la muerte para siempre; y enjugará el Señor Yahvé toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra; porque Yahvé lo ha dicho.

9 Y se dirá en aquel día: «He aquí, este es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; este es Yahvé a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación».

10 Porque la mano de Yahvé reposará en este monte; y Moab será trillado en su mismo lugar, como es trillada la paja en el muladar.

11 Y extenderá su mano por en medio de él, como la extiende el nadador para nadar; y abatirá su soberbia con la destreza de sus manos.

12 Y abatirá la fortaleza de tus altos muros; la humillará y la echará a tierra, hasta el polvo.

Capítulo 26

1 En aquel día se cantará este cántico en la tierra de Judá:
«Fuerte ciudad tenemos;
para muros y baluartes puso Dios la salvación.

2 Abrid las puertas, y entrará la nación justa,
la que guarda la fidelidad.

3 Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera,
porque en ti ha confiado.

4 Confiad en Yahvé para siempre,
porque en Yah, Yahvé, está la Roca de los siglos.

5 Porque derribó a los que moraban en lugar sublime; humilló a la ciudad exaltada,
la humilló hasta la tierra,
la abatió hasta el polvo.

6 La hollará el pie,
los pies del afligido,
los pasos de los menesterosos».

7 El camino del justo es rectitud;
tú, que eres recto, nivelas la senda del justo.

8 También en el camino de tus juicios, oh Yahvé, te hemos esperado;
tu nombre y tu memoria son el deseo de nuestra alma.

9 Con mi alma te he deseado en la noche,
y en tanto que me dure el espíritu dentro de mí, madrugaré a buscarte;
porque luego que hay juicios tuyos en la tierra, los moradores del mundo aprenden justicia.

10 Se mostrará piedad al malvado,
y no aprenderá justicia;
en tierra de rectitud hará iniquidad,
y no mirará a la majestad de Yahvé.

11 Yahvé, tu mano está alzada, pero ellos no ven;
verán y se avergonzarán a causa de tu celo por el pueblo;
y el fuego de tus enemigos los consumirá.

12 Yahvé, tú nos darás paz,
porque también hiciste por nosotros todas nuestras obras.

13 Yahvé, Dios nuestro, otros señores fuera de ti se han enseñoreado de nosotros;
pero solo de tu nombre haremos memoria.

14 Muertos son, no vivirán;
las sombras no se levantarán;
porque los visitaste, y los destruiste,
y deshiciste todo su recuerdo.

15 Aumentaste la nación, oh Yahvé,
¡aumentaste la nación!
¡Te hiciste glorioso!
Ensanchaste todos los confines de la tierra.

16 Yahvé, en la tribulación te buscaron;
derramaron su queja cuando los castigaste.

17 Como la mujer encinta cuando se acerca el parto
se duele y clama en sus dolores,
así hemos sido delante de ti, oh Yahvé.

18 Concebimos, tuvimos dolores de parto,
pero fue como si diésemos a luz viento;
ninguna liberación logramos en la tierra,
ni cayeron los moradores del mundo.

19 Tus muertos vivirán;
sus cadáveres resucitarán.
¡Despertad y cantad, moradores del polvo!
Porque tu rocío es cual rocío de hortalizas,
y la tierra entregará a sus sombras.

20 Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos,
cierra tras de ti tus puertas;
escóndete un poquito, por un momento,
en tanto que pasa la indignación.

21 Porque he aquí que Yahvé sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él;
y la tierra descubrirá su sangre, y no encubrirá más a sus muertos.

Capítulo 27

1 En aquel día Yahvé castigará con su espada dura, grande y fuerte al leviatán, la serpiente veloz, y al leviatán, la serpiente tortuosa; y matará al dragón que está en el mar.

2 En aquel día, cantadle: «¡Una viña deleitosa!

3 Yo, Yahvé, soy su guardián; la regaré a cada momento. Para que nadie la dañe, la guardaré de noche y de día.

4 No hay ira en mí. ¿Quién pondrá contra mí cardos y espinas en batalla? Yo marcharía contra ellos, los quemaría a una.

5 ¿O preferirá alguien acogerse a mi protección? Que haga las paces conmigo; sí, que haga las paces conmigo».

6 En los días venideros Jacob echará raíces; Israel florecerá y brotará, y llenarán de fruto la faz del mundo.

7 ¿Acaso los ha herido él como hirió a los que los herían? ¿O han sido ellos muertos como mataron a los que los mataban?

8 Con medida los castigaste al expulsarlos; él los echó con su soplo recio en el día del viento solano.

9 De esta manera, pues, será perdonada la iniquidad de Jacob; y este será todo el fruto de la remoción de su pecado: que haga todas las piedras del altar como piedras de cal desmenuzadas, y no se levanten más las imágenes de Asera ni los altares del incienso.

10 Porque la ciudad fortificada está solitaria, morada desamparada y abandonada como un desierto; allí pastará el becerro, allí se echará y consumirá sus ramas.

11 Cuando sus sarmientos se sequen, serán quebrados; vendrán mujeres y les prenderán fuego; porque este no es pueblo de entendimiento. Por tanto, su Hacedor no tendrá de ellos misericordia, ni les mostrará favor el que los formó.

12 Y acontecerá en aquel día, que trillará Yahvé desde la corriente del Río hasta el torrente de Egipto; y vosotros, hijos de Israel, seréis reunidos uno a uno.

13 Acontecerá también en aquel día, que se tocará una gran trompeta; y vendrán los que andaban perdidos en la tierra de Asiria, y los que habían sido desterrados a la tierra de Egipto, y adorarán a Yahvé en el monte santo, en Jerusalén.

Capítulo 28

1 ¡Ay de la corona de soberbia de los borrachos de Efraín, y de la flor marchita de su gloriosa hermosura, que está sobre la cabeza del fértil valle de los aturdidos por el vino!

2 He aquí que el Señor tiene a uno que es poderoso y fuerte; como turbión de granizo y tormenta generadora de ruina, como ímpetu de recias aguas que inundan, los derribará a tierra con su mano.

3 Con los pies será pisoteada la corona de soberbia de los borrachos de Efraín.

4 Y la flor marchita de su gloriosa hermosura, que está sobre la cabeza del valle fértil, será como la breva que madura antes del verano, la cual, en cuanto uno la ve, la arrebata y se la traga.

5 En aquel día, Yahvé de los Ejércitos será por corona de gloria y diadema de hermosura para el resto de su pueblo;

6 y por espíritu de justicia para el que se sienta a juzgar, y por fortaleza para los que rechazan la batalla en la puerta.

7 Pero también estos erraron con el vino, y con la sidra se entorpecieron; el sacerdote y el profeta erraron con la sidra, fueron trastornados por el vino; se aturdieron con la sidra, erraron en la visión, tropezaron en el juicio.

8 Porque todas las mesas están llenas de vómito e inmundicia, hasta no quedar lugar limpio.

9 ¿A quién se enseñará la ciencia, o a quién se hará entender el mensaje? ¿A los recién destetados? ¿A los que acaban de dejar los pechos?

10 Porque mandato tras mandato, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá;

11 porque en lengua de tartamudos, y en extraña lengua, hablará a este pueblo,

12 al cual él dijo: «Este es el reposo; dad reposo al cansado; este es el refrigerio»; mas no quisieron escuchar.

13 La palabra, pues, de Yahvé les será mandato tras mandato, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá; hasta que vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, enredados y presos.

14 Por tanto, oíd la palabra de Yahvé, hombres burladores que gobernáis a este pueblo que está en Jerusalén.

15 Puesto que habéis dicho: «Hemos hecho pacto con la muerte, e hicimos convenio con el Seol. Cuando pase el torrente del azote, no llegará a nosotros, porque hemos puesto nuestro refugio en la mentira, y en la falsedad nos hemos escondido»;

16 por eso, el Señor Yahvé dice así: «He aquí que yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure.

17 Y ajustaré el juicio a cordel, y a nivel la justicia; y el granizo barrerá el refugio de la mentira, y las aguas inundarán el escondrijo.

18 Y será anulado vuestro pacto con la muerte, y vuestro convenio con el Seol no subsistirá; cuando pase el torrente del azote, seréis por él pisoteados.

19 Luego que pase, él os arrebatará; porque de mañana en mañana pasará, de día y de noche; y será ciertamente un espanto el entender el mensaje».

20 Porque la cama es corta para estirarse, y la manta estrecha para envolverse.

21 Porque Yahvé se levantará como en el monte Perazim, y como en el valle de Gabaón se enojará; para hacer su obra, su extraña obra, y para hacer su labor, su ajena labor.

22 Ahora, pues, no os burléis, para que no se aprieten vuestras ataduras; porque una destrucción ya determinada he oído del Señor, Yahvé de los Ejércitos, sobre toda la tierra.

23 Estad atentos y oíd mi voz; estad atentos y escuchad mi dicho.

24 El que ara para sembrar, ¿ará todo el día? ¿Romperá y quebrará los terrones de su tierra?

25 Cuando ha nivelado su superficie, ¿no derrama el eneldo, siembra el comino, pone el trigo por hileras, y la cebada en su lugar señalado, y la escanda en su borde?

26 Porque su Dios le instruye y le enseña lo que es recto.

27 Que el eneldo no se trilla con trillo, ni sobre el comino se hace rodar rueda de carro; sino que con un palo se sacude el eneldo, y el comino con una vara.

28 El pan se trilla; mas no siempre lo trillará, ni lo comprime con la rueda de su carro, ni lo quebranta con los dientes de su trillo.

29 También esto salió de Yahvé de los Ejércitos, para hacer maravilloso el consejo y grande la sabiduría.

Capítulo 29

1 ¡Ay de Ariel, Ariel, la ciudad donde acampó David! Añadid año a año; que sigan las fiestas su curso;

2 entonces afligiré a Ariel, y habrá luto y lamentación; y ella será para mí como un ara de altar.

3 Acamparé contra ti a tu alrededor, te sitiaré con baluartes y levantaré contra ti torres de asalto.

4 Entonces serás humillada, hablarás desde la tierra y tu habla saldrá del polvo; será tu voz como la de un evocador que sale de la tierra, y tu discurso susurrará desde el polvo.

5 Pero la muchedumbre de tus enemigos será como polvo menudo, y la multitud de los tiranos como paja que pasa; y será repentinamente, en un momento.

6 Por Yahvé de los Ejércitos serás visitada con truenos, con terremotos y con gran ruido, con torbellino y tempestad, y con llama de fuego devorador.

7 Y será como sueño de visión nocturna la multitud de todas las naciones que pelean contra Ariel, y todos los que pelean contra ella y su fortaleza, y los que la ponen en apretura.

8 Y será como cuando el hambriento sueña, y le parece que come, pero cuando despierta su estómago está vacío; o como cuando el sediento sueña, y le parece que bebe, pero cuando despierta se halla cansado y sediento; así será la multitud de todas las naciones que pelean contra el monte Sión.

9 ¡Deteneos y asombraos! ¡Cegaos y permaneced ciegos! Están ebrios, pero no de vino; se tambalean, pero no de sidra.

10 Porque Yahvé ha derramado sobre vosotros espíritu de letargo, ha cerrado vuestros ojos, los profetas, y ha cubierto vuestras cabezas, los videntes.

11 Y toda visión os será como palabras de libro sellado, el cual, si lo dan al que sabe leer y le dicen: «Lee ahora esto», él dirá: «No puedo, porque está sellado».

12 Y si se da el libro al que no sabe leer, diciéndole: «Lee ahora esto», él dirá: «No sé leer».

13 Dice, pues, el Señor: «Porque este pueblo se acerca a mí con su boca y con sus labios me honra, pero su corazón ha alejado de mí, y su temor de mí no es más que un precepto de hombres que les ha sido enseñado;

14 por tanto, he aquí que yo procederé a hacer una obra maravillosa en este pueblo, una obra maravillosa y un prodigio; porque perecerá la sabiduría de sus sabios, y se desvanecerá la prudencia de sus prudentes».

15 ¡Ay de los que se esconden de Yahvé, encubriendo el consejo, y sus obras son en tinieblas, y dicen: «¿Quién nos ve?» y «¿Quién nos conoce?».

16 ¡Qué perversidad la vuestra! ¿Acaso el alfarero será considerado como el barro? ¿Dirá la obra de su hacedor: «No me hizo»? ¿O dirá la vasija de quien la formó: «No tiene entendimiento»?

17 ¿No falta aún muy poco para que el Líbano se convierta en campo fértil, y el campo fértil sea estimado por bosque?

18 En aquel día los sordos oirán las palabras del libro, y los ojos de los ciegos verán en medio de la oscuridad y de las tinieblas.

19 Entonces los humildes crecerán en alegría en Yahvé, y los pobres de entre los hombres se regocijarán en el Santo de Israel.

20 Porque el tirano será acabado, y el burlador consumido; serán destruidos todos los que se desvelan para hacer iniquidad;

21 los que hacen pecar al hombre en palabra, los que arman lazo al que reprendía en la puerta, y los que por nada pervierten la causa del justo.

22 Por tanto, Yahvé, que redimió a Abraham, dice así a la casa de Jacob: «No será ahora avergonzado Jacob, ni su rostro palidecerá;

23 porque verá a sus hijos, obra de mis manos, en medio de él, que santificarán mi nombre; y santificarán al Santo de Jacob, y temerán al Dios de Israel.

24 Y los extraviados de espíritu aprenderán inteligencia, y los murmuradores aprenderán doctrina».

Capítulo 30

1 «¡Ay de los hijos rebeldes — dice Yahvé — que toman consejo, pero no de mí; que se ajustan a planes, pero no según mi Espíritu, añadiendo pecado sobre pecado!

2 Se proponen bajar a Egipto sin consultar mi boca, para fortalecerse con el poder de Faraón y ponerse al abrigo de la sombra de Egipto.

3 Por tanto, el poder de Faraón os servirá de vergüenza, y el amparo en la sombra de Egipto de confusión.

4 Porque vuestros príncipes estuvieron en Zoán, y vuestros embajadores llegaron a Hanes.

5 Todos se avergonzarán de un pueblo que no les sirve de nada, que no es ayuda ni provecho, sino vergüenza y también oprobio».

6 Oráculo sobre las bestias del Neguev. Por tierra de tribulación y de angustia, de donde vienen la leona y el león, la víbora y la serpiente voladora, llevan sus riquezas sobre los lomos de los pollinos y sus tesoros sobre las jorobas de los camellos, a un pueblo que no les será de provecho.

7 Ciertamente la ayuda de Egipto será vana e inútil; por eso la he llamado: «Rahab, la que se queda quieta».

8 Ve, pues, ahora, y escribe esto en una tabla delante de ellos, y regístralo en un libro, para que quede hasta el día postrero, por siempre y para siempre.

9 Porque este es pueblo rebelde, hijos mentirosos, hijos que no quisieron oír la ley de Yahvé;

10 que dicen a los videntes: «No veáis»; y a los profetas: «No nos profeticéis lo que es recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras.

11 Dejad el camino, apartaos de la senda, quitad de nuestra presencia al Santo de Israel».

12 Por tanto, el Santo de Israel dice así: «Por cuanto desechasteis esta palabra, y confiasteis en la opresión y en la perversidad, y en ello os habéis apoyado,

13 por tanto, os será este pecado como grieta que amenaza ruina, que se abre en un muro alto, cuya caída viene de repente, en un instante.

14 Y se quebrará como se quiebra un vaso de alfarero, que sin piedad se hace pedazos; tanto que entre los trozos no se halla tiesto para traer fuego del hogar, o para sacar agua de la cisterna».

15 Porque así dijo el Señor Yahvé, el Santo de Israel: «En el descanso y en el sosiego seréis salvos; en la quietud y en la confianza estará vuestra fortaleza». Pero no quisisteis,

16 sino que dijisteis: «No, antes huiremos en caballos»; por tanto, vosotros huiréis. Y: «Sobre corceles veloces cabalgaremos»; por tanto, serán veloces vuestros perseguidores.

17 Un millar huirá ante la amenaza de uno solo; ante la amenaza de cinco huiréis vosotros, hasta que quedéis como un mástil en la cumbre de un monte y como una señal sobre un collado.

18 Por tanto, Yahvé esperará para tener piedad de vosotros, y por tanto, será exaltado para tener de vosotros misericordia; porque Yahvé es Dios de justicia; bienaventurados todos los que confían en él.

19 Ciertamente el pueblo habitará en Sión, en Jerusalén; nunca más llorarás; el que tiene misericordia se apiadará de ti a la voz de tu clamor; al oírte, te responderá.

20 Bien que el Señor os dé pan de congoja y agua de angustia, con todo, tus maestros nunca más te serán quitados, sino que tus ojos verán a tus maestros.

21 Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: «Este es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco os desviéis a la izquierda».

22 Entonces profanaréis la cubierta de tus imágenes de plata y el chapado de tus imágenes de oro fundido; las apartarás como trapo inmundo. «¡Fuera de aquí!», les dirás.

23 Entonces dará el Señor lluvia a tu sementera, cuando siembres la tierra, y el pan del fruto de la tierra será abundante y pingüe; tus ganados en aquel día serán apacentados en anchas dehesas.

24 Tus bueyes y tus pollinos que labran la tierra comerán grano limpio, aventado con pala y bieldo.

25 Y sobre todo monte alto, y sobre todo collado elevado, habrá ríos y corrientes de aguas el día de la gran matanza, cuando caerán las torres.

26 Y la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol siete veces mayor, como la luz de siete días, el día que vende Yahvé la herida de su pueblo y cure la llaga de su golpe.

27 He aquí que el nombre de Yahvé viene de lejos ardiendo en su furor, y con espeso humo; sus labios llenos de ira, y su lengua como fuego que consume.

28 Su aliento, como torrente que inunda, llegará hasta el cuello, para zarandear a las naciones con criba de destrucción; y habrá un freno que extravíe en las mandíbulas de los pueblos.

29 Vosotros tendréis cántico como de noche en que se celebra fiesta sagrada, y alegría de corazón como el que va con flauta para venir al monte de Yahvé, a la Roca de Israel.

30 Y Yahvé hará oír su voz potente, y mostrará el descenso de su brazo, con ardor de ira y llama de fuego consumidor, con torbellino, tempestad y piedra de granizo.

31 Porque el asirio, ante la voz de Yahvé, quedará quebrantado al ser herido con la vara.

32 Y cada paso de la vara de castigo que Yahvé descargue sobre él, será con panderos y cítaras; y en batallas de agitación peleará contra ellos.

33 Porque Tofet ya está preparado de antiguo, dispuesto para el rey; él lo hizo profundo y ancho, con pira de fuego y mucha leña; el soplo de Yahvé, como torrente de azufre, lo enciende.

Capítulo 31

1 ¡Ay de los que bajan a Egipto por ayuda,
y confían en los caballos;
y ponen su esperanza en los carros, porque son muchos,
y en los jinetes, porque son muy fuertes;
pero no miran al Santo de Israel,
ni buscan a Yahvé!

2 Pero él también es sabio, y traerá el mal,
y no retirará sus palabras. Se levantará contra la casa de los malignos
y contra el auxilio de los que obran iniquidad.

3 Los egipcios hombres son, y no Dios;
y sus caballos carne, y no espíritu.
Cuando Yahvé extienda su mano, tropezará el ayudador y caerá el ayudado,
y todos ellos serán consumidos a una.

4 Porque Yahvé me ha dicho así:
«Como el león y el cachorro de león gruñen sobre su presa,
y aunque se convoque contra él a una multitud de pastores,
no temerá de sus voces,

ni se acobardará por su estrépito;
así Yahvé de los Ejércitos descenderá a pelear sobre el monte Sión y sobre su collado.

5 Como aves que vuelan, así amparará Yahvé de los Ejércitos a Jerusalén;
la protegerá y la librará;
pasará de largo y la salvará».

6 Volved a aquel de quien os habéis rebelado profundamente, oh hijos de Israel.

7 Porque en aquel día cada uno arrojará sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, pecado que vuestras propias manos han fabricado para vosotros.

8 «Entonces caerá el asirio por espada, pero no de hombre;
y la espada, no de mortal, lo devorará.
Huirá de la espada,
y sus jóvenes serán hechos tributarios.

9 Su roca pasará de puro miedo,
y sus príncipes tendrán pavor de la bandera»,
dice Yahvé, cuyo fuego está en Sión,
y su horno en Jerusalén.

Capítulo 32

1 He aquí que un rey reinará con justicia,
y los príncipes gobernarán con rectitud.

2 Y será aquel varón como escondedero contra el viento,
y como refugio contra la tempestad;
como corrientes de aguas en tierra de sequedal,
como sombra de gran peñasco en tierra calurosa.

3 No se nublarán entonces los ojos de los que ven,
y los oídos de los que oyen escucharán atentamente.

4 El corazón de los atolondrados entenderá la sabiduría,
y la lengua de los tartamudos hablará con fluidez y claridad.

5 El necio nunca más será llamado noble,
ni el mezquino será tenido por generoso.

6 Porque el necio hablará necedades,
y su corazón maquinará iniquidad,
para cometer impiedad
y para hablar error contra Yahvé,
dejando vacío el estómago del hambriento
y privando de bebida al sediento.

7 Las mañas del ruin son malas;
trama intrigas inicuas para destruir a los humildes con palabras mentirosas,
aun cuando el pobre habla con derecho.

8 Pero el noble piensa cosas nobles,
y por sus noblezas se mantendrá firme.

9 ¡Levantaos, mujeres que estáis tranquilas; escuchad mi voz!
Hijas confiadas, prestad oído a mi razón.

10 Dentro de un año y algunos días tendréis espanto, vosotras las confiadas;
porque la vendimia faltará,
y la cosecha no llegará.

11 ¡Temblad, vosotras las que estáis a gusto!
¡Turbaos, vosotras las descuidadas!
Despojaos de vuestras ropas, desnudaos,
y ceñid el cilicio sobre vuestros lomos.

12 Golpeaos el pecho por los campos deleitosos,
por la vid fructífera.

13 Sobre la tierra de mi pueblo crecerán espinos y cardos;
sí, sobre todas las casas de placer de la ciudad alegre.

14 Porque los palacios quedarán abandonados,
la multitud de la ciudad cesará;
las torres y fortalezas servirán de cuevas para siempre,
donde los asnos monteses se regocijen
y los ganados pasten;

15 hasta que sobre nosotros sea derramado el Espíritu de lo alto,
y el desierto se convierta en campo fértil,
y el campo fértil sea estimado por bosque.

16 Y habitará el juicio en el desierto,
y en el campo fértil morará la justicia.

17 El efecto de la justicia será la paz;
y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre.

18 Y mi pueblo habitará en morada de paz,
en viviendas seguras
y en lugares de reposo tranquilos.

19 Y cuando caiga granizo, caerá sobre el bosque,
y la ciudad será del todo abatida.

20 ¡Dichosos vosotros los que sembráis junto a todas las aguas,
y dejáis sueltos al buey y al asno!

Capítulo 33

1 ¡Ay de ti, saqueador, que nunca fuiste saqueado; y de ti, traidor, a quien nadie ha traicionado!
Cuando acabes de saquear, serás tú saqueado;
y cuando acabes de traicionar, te traicionarán a ti.

2 Oh Yahvé, ten piedad de nosotros, en ti hemos esperado.
Sé tú nuestra fortaleza cada mañana,
nuestra salvación en el tiempo de la tribulación.

3 A la voz del estrépito huyeron los pueblos;
al levantarte tú, fueron dispersadas las naciones.

4 Y vuestro botín será recogido como cuando se recogen las orugas;
como saltan las langostas, así correrán sobre él.

5 Exaltado es Yahvé, el cual mora en las alturas;
llenó a Sión de juicio y de justicia.

6 Y reinarán en tus tiempos la sabiduría y la ciencia, y la abundancia de salvación;
el temor de Yahvé será tu tesoro.

7 He aquí que sus embajadores gritan fuera;
los mensajeros de paz lloran amargamente.

8 Las calzadas están desoladas, cesaron los caminantes;
él ha roto la alianza, despreció las ciudades,
no tuvo consideración a hombre alguno.

9 La tierra se lamenta y enferma;
el Líbano se avergüenza y se corta; Sarón se ha vuelto como desierto,
y Basán y el Carmelo fueron sacudidos.

10 «Ahora me levantaré — dice Yahvé —;
ahora seré exaltado,
ahora seré engrandecido.

11 Concebisteis hojarasca, rastrojo daréis a luz;
vuestro aliento es fuego que os consumirá.

12 Y los pueblos serán como cal quemada;
como espinas cortadas serán quemados con fuego.

13 Oíd, los que estáis lejos, lo que he hecho;
y vosotros, los que estáis cerca, conoced mi poder».

14 Los pecadores se asombraron en Sión, el espanto sobrecogió a los hipócritas.
¿Quién de nosotros morará con el fuego devorador?
¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?

15 El que camina en justicia y habla lo recto;
el que aborrece la ganancia de violencias,
el que sacude sus manos para no recibir cohecho,
el que tapa sus oídos para no oír planes de sangre,
el que cierra sus ojos para no ver cosa mala;

16 este habitará en las alturas;
fortaleza de rocas será su lugar de refugio;
se le dará su pan, y sus aguas serán seguras.

17 Tus ojos verán al Rey en su hermosura;
verán la tierra que está lejos.

18 Tu corazón meditará sobre el terror de antes:
«¿Dónde está el escriba? ¿Dónde el que pesaba el tributo?
¿Dónde el que contaba las torres?».

19 No verás más a aquel pueblo arrogante,
pueblo de lengua difícil de entender,
de lengua tartamuda que no comprendes.

20 Mira a Sión, ciudad de nuestras fiestas solemnes;
tus ojos verán a Jerusalén, morada de quietud,
tienda que no será desarmada,
cuyas estacas no serán nunca arrancadas,
ni rota ninguna de sus cuerdas.

21 Porque ciertamente allí será Yahvé para con nosotros magnífico,
lugar de ríos y de arroyos muy anchos,
por donde no andará galera de remos,
ni por él pasará gran navío.

22 Porque Yahvé es nuestro juez,
Yahvé es nuestro legislador,
Yahvé es nuestro Rey; él mismo nos salvará.

23 Tus jarcias se aflojaron;
no pudieron sostener su mástil, ni entesaron la vela.
Se repartirá entonces botín de muchos despojos;
hasta los cojos arrebatarán la presa.

24 No dirá el morador: «Estoy enfermo»;
al pueblo que more en ella le será perdonada su iniquidad.

Capítulo 34

1 ¡Acercaos, naciones, para oír;
y escuchad, pueblos!
Oiga la tierra y todo lo que hay en ella,
el mundo y todo lo que de él brota.

2 Porque la ira de Yahvé es contra todas las naciones,
y su furor contra todos sus ejércitos.
Los ha destinado a la destrucción,
los ha entregado al matadero.

3 Sus muertos serán arrojados,
y de sus cadáveres subirá el hedor;
los montes se disolverán con la sangre de ellos.

4 Todo el ejército de los cielos se disolverá,
y se enrollarán los cielos como un libro;
y caerá todo su ejército
como se cae la hoja de la vid, y como se cae la de la higuera.

5 Porque en los cielos se ha embriagado mi espada;
he aquí que descenderá sobre Edom en juicio,
sobre el pueblo de mi anatema.

6 La espada de Yahvé está llena de sangre,
está engrasada de grosura, de sangre de corderos y de machos cabríos,
de grosura de riñones de carneros;
porque Yahvé tiene sacrificio en Bosra,
y gran matanza en la tierra de Edom.

7 Con ellos caerán búfalos,
y novillos con toros;
y su tierra se embriagará de sangre,
y su polvo se engrasará con la grosura.

8 Porque es día de venganza de Yahvé,
año de retribuciones en el pleito de Sión.

9 Sus arroyos se convertirán en brea,
y su polvo en azufre,
y su tierra en brea ardiente.

10 No se apagará de noche ni de día,
para siempre subirá su humo;
de generación en generación quedará asolada,
nunca jamás pasará nadie por ella.

11 Se adueñarán de ella el pelícano y el erizo,
el búho y el cuervo morarán en ella;
y se extenderá sobre ella el cordel de la confusión,
y la plomada del vacío.

12 Llamarán a sus nobles para el reino, pero no habrá allí ninguno;
y todos sus príncipes serán nada.

13 En sus palacios crecerán espinos,
y ortigas y cardos en sus fortalezas;
y serán morada de chacales,
y patio para avestruces.

14 Las fieras del desierto se encontrarán con las hienas,
y el sátiro llamará a su compañero;
la lechuza también tendrá allí morada,
y hallará para sí lugar de reposo.

15 Allí anidará el fersa,
y pondrá sus huevos, y sacará sus polluelos y los abrigará bajo su sombra;
también se juntarán allí los milanos, cada uno con su pareja.

16 Buscad en el libro de Yahvé, y leed:
ninguno de estos faltó;
ninguno careció de su pareja;
porque su boca lo mandó,
y su mismo Espíritu los reunió.

17 Él les echó las suertes,
y su mano les repartió la tierra con cordel;
para siempre la poseerán,
de generación en generación morarán en ella.

Capítulo 35

1 Se alegrarán el desierto y la tierra seca;
el erial se regocijará y florecerá como el narciso.

2 Florecerá abundantemente
y también se alegrará con júbilo y cantos;
la gloria del Líbano le será dada,

la hermosura del Carmelo y de Sarón.
Ellos verán la gloria de Yahvé,
la majestad del Dios nuestro.

3 Fortaleced las manos cansadas
y afirmad las rodillas endebles.

4 Decid a los de corazón apocado: «¡Esforzaos,
no temáis!
He aquí que vuestro Dios viene con venganza, con pago divino;
él mismo vendrá y os salvará».

5 Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos
y los oídos de los sordos se destaparán.

6 Entonces el cojo saltará como un ciervo
y cantará la lengua del mudo;
porque aguas brotarán en el desierto
y torrentes en la estepa.

7 El lugar seco se convertirá en estanque
y el secadal en manantiales de agua;
en la morada de chacales, donde ellos se echaban, habrá hierba, cañas y juncos.

8 Y habrá allí calzada y camino,
el cual será llamado Camino de Santidad;
no pasará por él inmundo,
sino que él mismo estará con ellos; el que anduviere en este camino,
por torpe que sea, no se extraviará.

9 No habrá allí león,
ni fiera alguna subirá por él,
ni allí se hallará;
para que caminen los redimidos.

10 Y los rescatados por Yahvé volverán,
y vendrán a Sión con alegría;
y habrá gozo perpetuo sobre sus cabezas;
alcanzarán recreo y alegría,
y huirán la tristeza y el gemido.

Capítulo 36

1 Aconteció en el año catorce del rey Ezequías, que Senaquerib, rey de Asiria, subió contra todas las ciudades fortificadas de Judá y las tomó.

2 Y el rey de Asiria envió al Rabsaces desde Laquis a Jerusalén, al rey Ezequías, con un gran ejército; y él se situó junto al acueducto del estanque superior, en la calzada del Campo del Batanero.

3 Y salieron a recibirle Eliaquim hijo de Jilquías, mayordomo de palacio, y Sebna, secretario, y Joa hijo de Asaf, canciller.

4 A los cuales dijo el Rabsaces: "Decid ahora a Ezequías: «Así dice el gran rey, el rey de Asiria: ¿Qué confianza es esta en que te apoyas?

5 Yo digo que el consejo y poder para la guerra no son más que palabras vanas. ¿En quién confías ahora, que te has rebelado contra mí?

6 He aquí que confías en el báculo de esta caña cascada, en Egipto; en la cual, si alguien se apoyare, se le entrará por la mano y la atravesará. Tal es Faraón, rey de Egipto, para con todos los que en él confían.

7 Y si me decís: En Yahvé nuestro Dios confiamos; ¿no es este aquel cuyos lugares altos y cuyos altares hizo quitar Ezequías, diciendo a Judá y a Jerusalén: Delante de este altar adoraréis?».

8 Ahora pues, haced apuesta con mi señor el rey de Asiria, y yo os daré dos mil caballos, si vosotros podéis dar jinetes que los monten.

9 ¿Cómo pues podréis resistir a un solo capitán de los menores de los siervos de mi señor, aunque confiéis en Egipto por sus carros y jinetes?

10 ¿Acaso he subido yo ahora sin Yahvé contra esta tierra para destruirla? Yahvé me dijo: Sube contra esta tierra y destrúyela"».

11 Entonces dijeron Eliaquim, Sebna y Joa al Rabsaces: «Te rogamos que hables a tus siervos en arameo, porque nosotros lo entendemos; y no hables con nosotros en lengua judaica a oídos del pueblo que está sobre el muro».

12 Pero el Rabsaces dijo: «¿Acaso me ha enviado mi señor a decir estas palabras a tu señor y a ti, y no a los hombres que están sobre el muro, condenados a comer su propio estiércol y a beber su propia orina con vosotros?».

13 Entonces el Rabsaces se puso en pie y gritó a gran voz en lengua judaica, diciendo: "¡Oíd las palabras del gran rey, el rey de Asiria!

14 Así dice el rey: «No os engañe Ezequías, porque no os podrá librar.

15 Ni os haga Ezequías confiar en Yahvé, diciendo: Ciertamente Yahvé nos librará; no será entregada esta ciudad en manos del rey de Asiria».

16 No escuchéis a Ezequías; porque así dice el rey de Asiria: «Haced la paz conmigo y salid a mí; y coma cada uno de su viña y cada uno de su higuera, y beba cada cual las aguas de su cisterna;

17 hasta que yo venga y os lleve a una tierra como la vuestra, tierra de grano y de vino, tierra de pan y de viñas.

18 Guardaos de que no os engañe Ezequías diciendo: Yahvé nos librará. ¿Acaso libraron los dioses de las naciones cada uno su tierra de la mano del rey de Asiria?

19 ¿Dónde están los dioses de Hamat y de Arpad? ¿Dónde están los dioses de Sefarvaim? ¿Libraron acaso a Samaria de mi mano?

20 ¿Quién de entre todos los dioses de estas tierras ha librado su país de mi mano, para que Yahvé libre a Jerusalén de mi mano?»».

21 Pero ellos callaron, y no le respondieron palabra; porque el rey así lo había mandado, diciendo: «No le respondáis».

22 Entonces Eliaquim hijo de Jilquías, mayordomo de palacio, y Sebna, secretario, y Joa hijo de Asaf, canciller, vinieron a Ezequías con sus vestiduras rasgadas, y le contaron las palabras del Rabsaces.

Capítulo 37

1 Aconteció que, cuando el rey Ezequías lo oyó, rasgó sus vestiduras, se cubrió de cilicio y entró en la casa de Yahvé.

2 Y envió a Eliaquim, mayordomo de palacio, a Sebna, secretario, y a los ancianos de los sacerdotes, cubiertos de cilicio, al profeta Isaías hijo de Amoz.

3 Y le dijeron: «Así dice Ezequías: Este día es día de angustia, de reprensión y de blasfemia; porque los hijos han llegado al punto de nacer, y la que da a luz no tiene fuerzas.

4 Quizá oirá Yahvé vuestro Dios las palabras del Rabsaces, al cual el rey de Asiria, su señor, envió para blasfemar al Dios vivo, y para vituperar con las palabras que Yahvé vuestro Dios ha oído; eleva, pues, oración por el remanente que aún queda».

5 Vinieron, pues, los siervos del rey Ezequías a Isaías.

6 e Isaías les dijo: "Decid así a vuestro señor: «Así dice Yahvé: No temas por las palabras que has oído, con las cuales me han blasfemado los siervos del rey de Asiria.

7 He aquí que yo pondré en él un espíritu, y oirá un rumor, y volverá a su propia tierra; y yo haré que en su tierra caiga a espada»».

8 Vuelto, pues, el Rabsaces, halló al rey de Asiria combatiendo contra Libna; porque ya había oído que se había apartado de Laquis.

9 Y oyó decir de Tirhaca, rey de Etiopía: «Ha salido para hacerte guerra». Y al oírlo, envió embajadores a Ezequías, diciendo:

10 "Diréis así a Ezequías, rey de Judá: «No te engañe tu Dios en quien confías, diciendo: Jerusalén no será entregada en manos del rey de Asiria.

11 He aquí que tú has oído lo que han hecho los reyes de Asiria a todas las tierras, destruyéndolas por completo; ¿y escaparás tú?

12 ¿Acaso libraron sus dioses a las naciones que mis padres destruyeron, a Gozán, Harán, Rezef y a los hijos de Edén que moraban en Telasar?

13 ¿Dónde está el rey de Hamat, el rey de Arpad, el rey de la ciudad de Sefarvaim, de Hena y de Ivá?»».

14 Tomó Ezequías la carta de mano de los embajadores y la leyó; y subió a la casa de Yahvé, y la extendió delante de Yahvé.

15 Entonces Ezequías oró a Yahvé, diciendo:

16 «Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel, que moras entre los querubines, solo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste los cielos y la tierra.

17 Inclina, oh Yahvé, tu oído y oye; abre, oh Yahvé, tus ojos y mira; y oye todas las palabras de Senaquerib, que ha enviado a blasfemar al Dios vivo.

18 Ciertamente, oh Yahvé, los reyes de Asiria destruyeron todas las naciones y sus tierras,

19 y entregaron los dioses de ellos al fuego; porque no eran dioses, sino obra de manos de hombres, madera y piedra; por eso los destruyeron.

20 Ahora pues, Yahvé Dios nuestro, líbranos de su mano, para que todos los reinos de la tierra sepan que solo tú eres Yahvé».

21 Entonces Isaías hijo de Amoz envió a decir a Ezequías: "Así dice Yahvé, Dios de Israel: Respecto a lo que me rogaste acerca de Senaquerib, rey de Asiria,

22 esta es la palabra que Yahvé habló contra él: La virgen hija de Sión te menosprecia, de ti se mofa; tras de ti mueve su cabeza la hija de Jerusalén.

23 ¿A quién vituperaste y a quién blasfemaste? ¿Contra quién has alzado tu voz y levantado en alto tus ojos? Contra el Santo de Israel.

24 Por mano de tus siervos has vituperado al Señor, y dijiste: «Con la multitud de
mis carros subiré a las alturas de los montes, a lo más recóndito del Líbano; cor-
taré sus altos cedros, sus cipreses escogidos; llegaré hasta su más elevada cumbre,
al bosque de su campo fértil.

25 Yo cavé, y bebí las aguas, y con la planta de mis pies secaré todos los ríos de los
lugares sitiados».

26 ¿No has oído decir que desde hace mucho tiempo yo lo hice, y que desde los
días antiguos lo había ya formado? Ahora lo he hecho venir, y tú serás para redu-
cir las ciudades fortificadas a montones de escombros.

27 Sus moradores, cortos de manos, estuvieron temerosos y confusos; fueron
como hierba del campo y hortaliza verde, como heno de los terrados, que antes de
madurar se seca.

28 He conocido tu sentarte, tu salir y tu entrar, y tu furor contra mí.

29 Porque contra mí te airaste, y tu arrogancia ha subido a mis oídos; pondré,
pues, mi garfio en tu nariz y mi freno en tus labios, y te haré volver por el camino
por donde viniste.

30 Y esto te será por señal: Comeréis este año lo que nace de suyo, y el segundo
año lo que nace de aquello; y el tercer año sembraréis y segaréis, y plantaréis viñas
y comeréis su fruto.

31 Y el remanente que escape de la casa de Judá volverá a echar raíz abajo y dará
fruto arriba.

32 Porque de Jerusalén saldrá un remanente, y del monte Sión los que escapen. El
celo de Yahvé de los Ejércitos hará esto".

33 Por tanto, así dice Yahvé acerca del rey de Asiria: «No entrará en esta ciudad,
ni arrojará flecha en ella; no vendrá delante de ella con escudo, ni levantará contra
ella baluarte.

34 Por el camino que vino, volverá, y no entrará en esta ciudad, dice Yahvé.

35 Porque yo ampararé a esta ciudad para salvarla, por amor de mí mismo y por amor de David mi siervo».

36 Y salió el ángel de Yahvé e hirió a ciento ochenta y cinco mil en el campamento de los asirios; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo eran cuerpos de muertos.

37 Entonces Senaquerib, rey de Asiria, se fue e hizo su camino, y volvió a Nínive y allí moró.

38 Y aconteció que, mientras adoraba en el templo de Nisroc su dios, sus hijos Adramelec y Sarezer le hirieron a espada, y huyeron a la tierra de Ararat; y reinó en su lugar Esar-hadón su hijo.

Capítulo 38

1 En aquellos días Ezequías enfermó de muerte. Y vino a él el profeta Isaías hijo de Amoz, y le dijo: «Así dice Yahvé: «Pon en orden tu casa, porque morirás y no vivirás»».

2 Entonces volvió Ezequías su rostro a la pared y oró a Yahvé,

3 y dijo: «Oh Yahvé, te ruego que te acuerdes ahora de que he andado delante de ti en verdad y con corazón íntegro, y que he hecho lo que es bueno ante tus ojos». Y lloró Ezequías con gran lloro.

4 Entonces vino palabra de Yahvé a Isaías, diciendo:

5 "Ve y di a Ezequías: «Así dice Yahvé, Dios de David tu padre: He oído tu oración y he visto tus lágrimas; he aquí que añado a tus días quince años.

6 Y te libraré a ti y a esta ciudad de mano del rey de Asiria, y a esta ciudad ampararé.

7 Y esto te será por señal de parte de Yahvé, de que Yahvé hará esto que ha dicho:

8 He aquí que yo haré volver la sombra de los grados, que ha descendido con el
sol en el reloj de Acaz, diez grados atrás»». Y volvió el sol diez grados atrás por los
cuales había ya descendido.

9 Escritura de Ezequías, rey de Judá, de cuando enfermó y sanó de su enfermedad:

10 Yo dije: «En el medio de mis días iré a las puertas del Seol;
privado soy del resto de mis años».

11 Dije: «No veré a Yah,
a Yah en la tierra de los vivientes;
no veré más hombre alguno con los moradores del mundo.

12 Mi morada ha sido movida
y traspasada de mí como tienda de pastor.
Como tejedor corté mi vida;
él me cortará con la trama;
del día a la noche me habrás consumido.

13 Contaba yo hasta la mañana.
Como un león molió todos mis huesos;
del día a la noche me habrás consumido.

14 Como la grulla y como la golondrina me quejaba;
gemía como la paloma.
Alzaba mis ojos a lo alto:
Señor, violencia padezco,
¡responde por mí!».

15 ¿Qué diré?
El que me lo dijo, él mismo lo ha hecho.
Andaré humildemente todos mis años a causa de la amargura de mi alma.

16 Señor, por estas cosas los hombres viven,
y en todas ellas está la vida de mi espíritu;
pues tú me restablecerás y me harás vivir.

17 He aquí, mi gran amargura se volvió en paz;
tú libraste mi alma del hoyo de la corrupción,
porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados.

18 Porque el Seol no te alabará,
ni la muerte te glorificará;
ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad.

19 El que vive, el que vive, este te alabará, como yo hoy;
el padre hará notoria tu verdad a los hijos.

20 ¡Yahvé está listo para salvarme!
Por tanto, cantaremos mis cánticos con instrumentos de cuerda todos los días de nuestra vida en la casa de Yahvé.

21 E Isaías había dicho: «Tomen una masa de higos y pónganla en la llaga, y sanará».

22 Ezequías también había dicho: «¿Qué señal tendré de que he de subir a la casa de Yahvé?».

Capítulo 39

1 En aquel tiempo, Merodac-baladán hijo de Baladán, rey de Babilonia, envió cartas y un presente a Ezequías; porque había oído que había estado enfermo y que había convalecido.

2 Y se regocijó con ellos Ezequías, y les mostró la casa de su tesoro, la plata y el oro, las especias y los ungüentos preciosos, y toda su armería, y todo lo que se hallaba en sus tesoros; no hubo cosa en su casa ni en todo su dominio que Ezequías no les mostrase.

3 Entonces el profeta Isaías vino al rey Ezequías, y le dijo: «¿Qué dijeron estos hombres, y de dónde han venido a ti?». Y Ezequías respondió: «De tierra muy lejana han venido a mí, de Babilonia».

4 Dijo entonces: «¿Qué han visto en tu casa?». Y dijo Ezequías: «Todo lo que hay en mi casa han visto; ninguna cosa hay en mis tesoros que no les haya mostrado».

5 Entonces dijo Isaías a Ezequías: "Oye la palabra de Yahvé de los Ejércitos:

6 «He aquí vienen días en que todo lo que está en tu casa, y lo que tus padres atesoraron hasta hoy, será llevado a Babilonia; no quedará nada», dice Yahvé.

7 «Y de tus hijos que saldrán de ti, y que engendrarás, tomarán, y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia»».

8 Y dijo Ezequías a Isaías: «La palabra de Yahvé que has hablado es buena». Y añadió: «A lo menos haya paz y seguridad en mis días».

Capítulo 40

1 «Consolad, consolad a mi pueblo», dice vuestro Dios.

2 «Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo de servicio ha acabado, que su iniquidad está perdonada, y que ya ha recibido de la mano de Yahvé el doble por todos sus pecados».

3 Voz que clama en el desierto:
«¡Preparad el camino de Yahvé;
enderezad calzada en la soledad para nuestro Dios!

4 Todo valle sea alzado,
y bájese todo monte y collado;
lo torcido se enderece,
y lo áspero se allane.

5 Y la gloria de Yahvé se manifestará,
y toda carne juntamente la verá;
porque la boca de Yahvé ha hablado».

6 Voz que decía: «¡Da voces!».
Y yo respondí: «¿Qué tengo que decir a voces?».
«Que toda carne es hierba,
y toda su gloria como la flor del campo.

7 La hierba se seca y la flor se marchita,
porque el viento de Yahvé sopló en ella;
ciertamente como hierba es el pueblo.

8 Sécase la hierba, marchítase la flor;
mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre».

9 Súbete sobre un monte alto, tú que anuncias buenas nuevas a Sión;
levanta con fuerza tu voz, tú que anuncias buenas nuevas a Jerusalén;
levántala, no temas;
di a las ciudades de Judá: «¡Ved aquí al Dios vuestro!».

10 He aquí que el Señor Yahvé vendrá con poder,
y su brazo señoreará;
he aquí que su recompensa viene con él,
y su paga delante de su rostro.

11 Como pastor apacentará su rebaño;
en su brazo recogerá los corderos,
y en su seno los llevará;
pastoreará suavemente a las recién paridas.

12 ¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano
y los cielos con su palmo,
con tres dedos juntó el polvo de la tierra,
y pesó los montes con balanza
y con pesas los collados?

13 ¿Quién enseñó al Espíritu de Yahvé,
o le aconsejó enseñándole?

14 ¿A quién pidió consejo para ser avisado?
¿Quién le enseñó el camino del juicio,
o le enseñó ciencia,
o le mostró la senda de la prudencia?

15 He aquí que las naciones son como una gota de agua que cae del cubo,
y como menudo polvo en las balanzas son estimadas;
he aquí que hace desaparecer las islas como polvo.

16 Ni el Líbano bastará para el fuego,
ni todos sus animales para un holocausto.

17 Como nada son todas las naciones delante de él;
y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y como vanidad.

18 ¿A quién, pues, haréis semejante a Dios,
o qué imagen le compondréis?

19 El artífice prepara la imagen tallada,
el platero la cubre de oro
y le funde cadenas de plata.

20 El pobre elige, para ofrecerle, madera que no se apolille;
se busca un maestro sabio, que le haga una imagen tallada que no se mueva.

21 ¿No sabéis? ¿No habéis oído?
¿No os lo han dicho desde el principio?
¿No habéis sido enseñados desde los cimientos de la tierra?

22 Él está sentado sobre el círculo de la tierra,
cuyos moradores son como langostas;
él extiende los cielos como una cortina,
los despliega como una tienda para morar.

23 Él convierte en nada a los poderosos,
y a los que gobiernan la tierra hace como cosa vana.

24 Como si nunca hubieran sido plantados, como si nunca hubieran sido sembrados,
como si nunca su tronco hubiera tenido raíz en la tierra;
tan pronto como sopla en ellos se secan,
y el torbellino se los lleva como hojarasca.

25 «¿A quién, pues, me haréis semejante o me compararéis?»,
dice el Santo.

26 Levantad en alto vuestros ojos,
y mirad quién creó estas cosas;
él saca a su ejército por número;
a todas llama por sus nombres;
ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza,
y el poder de su dominio.

27 ¿Por qué dices, oh Jacob,
y hablas tú, Israel:
«Mi camino está oculto a Yahvé,
y de mi Dios pasó mi juicio»?

28 ¿No has sabido, no has oído
que el Dios eterno es Yahvé,
el cual creó los confines de la tierra?
No desfallece, ni se fatiga con cansancio,
y su entendimiento no hay quien lo alcance.

29 Él da esfuerzo al cansado,
y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas.

30 Los muchachos se fatigan y se cansan,
los jóvenes flaquean y caen;

31 pero los que esperan en Yahvé tendrán nuevas fuerzas;
levantarán alas como las águilas;
correrán, y no se cansarán;

caminarán, y no se fatigarán.

Capítulo 41

1 «Escuchadme en silencio, islas,
y renueven los pueblos sus fuerzas;
acérquense, y entonces hablen;
vengamos juntos a juicio.

2 ¿Quién despertó al del oriente,
a quien la justicia llamó para seguirle?
Entregó delante de él naciones, y le hizo enseñorear de reyes;
los volvió como polvo a su espada,
y como tamo arrebatado por su arco.

3 Los persiguió, pasó en paz
por camino por donde sus pies nunca habían entrado.

4 ¿Quién hizo y realizó esto?
¿Quién llama a las generaciones desde el principio?
Yo Yahvé, el primero, y yo mismo con los postreros».

5 Las islas vieron y tuvieron temor;
los confines de la tierra se espantaron; se congregaron y vinieron.

6 Cada cual ayudó a su prójimo,
y a su hermano dijo: «¡Esfuérzate!».

7 El carpintero animó al platero,
y el que alisa con el martillo al que batía en el yunque,
diciendo: «Buena es la soldadura»;
y lo afirmó con clavos, para que no se moviese.

8 "Pero tú, Israel, siervo mío eres tú;
tú, Jacob, a quien yo escogí, descendencia de Abraham mi amigo.

9 Porque te tomé de los confines de la tierra,
y de sus tierras lejanas te llamé,
y te dije: «Mi siervo eres tú; te escogí, y no te deseché».

10 No temas, porque yo estoy contigo;
no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo;
siempre te ayudaré,
siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.

11 He aquí que todos los que se enfervorizan contra ti serán avergonzados y confundidos;
serán como nada y perecerán los que contienden contigo.

12 Buscarás a los que tienen contienda contigo, y no los hallarás;
serán como nada, y como cosa que no es, aquellos que te hacen la guerra.

13 Porque yo Yahvé soy tu Dios, que te sostiene de tu mano derecha,
y te dice: «No temas, yo te ayudo».

14 No temas, gusano de Jacob,
vosotros los pocos de Israel;
yo soy tu socorro", dice Yahvé;
«tu Redentor es el Santo de Israel.

15 He aquí que yo te he puesto por trillo,
trillo nuevo, lleno de dientes;
trillarás montes y los desmenuzarás,
y collados volverás como tamo.

16 Los aventarás, y los llevará el viento,
y el torbellino los esparcirá;
pero tú te regocijarás en Yahvé,
te gloriarás en el Santo de Israel.

17 Los afligidos y menesterosos buscan las aguas, y no las hay;
seca está de sed su lengua;
yo Yahvé los oiré,
yo el Dios de Israel no los desampararé.

18 En las alturas desnudas abriré ríos,
y fuentes en medio de los valles;
tornaré el desierto en estanques de aguas,
y la tierra seca en manantiales.

19 Daré en el desierto cedros, acacias, mirtos y olivos;
pondré en la soledad cipreses, pinos y bojes juntamente,

20 para que vean y conozcan, y adviertan y entiendan todos,
que la mano de Yahvé hace esto,
y que el Santo de Israel lo creó».

21 «Presentad vuestra causa — dice Yahvé —;
exponed vuestros fuertes argumentos», dice el Rey de Jacob.

22 Traigan, y anúnciennos lo que ha de venir;
dígannos lo que ha pasado desde el principio,
y pondremos nuestro corazón en ello; sepamos también su postrimería,
y hacednos entender lo que ha de venir.

23 Anunciadnos lo que ha de ser después, para que sepamos que sois dioses;
haced algo, sea bueno o malo,
para que tengamos miedo, y lo veamos juntamente.

24 He aquí que vosotros sois nada,
y vuestras obras vanidad; abominación es el que os escoge.

25 Del norte desperté a uno, y vino;
del nacimiento del sol invocará mi nombre;
y pisoteará príncipes como lodo,
y como pisa el barro el alfarero.

26 ¿Quién lo anunció desde el principio, para que lo sepamos?
¿O de antes, para que dijéramos: «Es justo»?
Cierto, no hay quien anuncie; cierto, no hay quien enseñe;
cierto, no hay quien oiga vuestras palabras.

27 Yo soy el primero que he dicho a Sión: «He aquí, vedlos aquí»;
y a Jerusalén daré un mensajero de albricias.

28 Miré, y no había ninguno;
y pregunté de estas cosas, y ningún consejero hubo; respondíles palabra.

29 He aquí, todos son vanidad, y las obras de ellos nada;
viento y confusión son sus imágenes de fundición.

Capítulo 42

1 «He aquí mi siervo, yo le sostendré;
mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento;
he puesto sobre él mi Espíritu;
él traerá justicia a las naciones.

2 No clamará,
ni alzará su voz,
ni la hará oír en las calles.

3 No quebrará la caña cascada,
ni apagará el pabilo que humea;
por medio de la verdad traerá justicia.

4 No se cansará ni desmayará,
hasta que establezca en la tierra el derecho;
y las costas esperarán su ley».

5 Así dice Dios Yahvé,
el que creó los cielos y los desplegó,
el que extendió la tierra y sus productos,

el que da aliento al pueblo que mora en ella, y espíritu a los que por ella andan:

6 «Yo Yahvé te he llamado en justicia,
y te sostendré por la mano;
te guardaré y te pondré por pacto al pueblo,
por luz de las naciones,

7 para que abras los ojos de los ciegos,
para que saques de la cárcel a los presos,
y de casas de prisión a los que moran en tinieblas.

8 Yo soy Yahvé; este es mi nombre;
y a otro no daré mi gloria,
ni mi alabanza a esculturas.

9 He aquí se cumplieron las cosas primeras,
y yo anuncio cosas nuevas;
antes que salgan a luz, yo os las haré saber».

10 Cantad a Yahvé un nuevo cántico,
su alabanza desde el fin de la tierra;
los que descendéis al mar, y cuanto hay en él,
las costas y los moradores de ellas.

11 Alcen la voz el desierto y sus ciudades,
las aldeas donde habita Cedar;
canten los moradores de Sela,
y desde la cumbre de los montes den voces de júbilo.

12 Den gloria a Yahvé,
y anuncien sus loores en las costas.

13 Yahvé saldrá como gigante,
y como hombre de guerra despertará celo;
gritará, voceará,
se esforzará sobre sus enemigos.

14 “Desde hace mucho tiempo he callado,
he guardado silencio y me he detenido;
daré voces como la que está de parto; a la vez asolaré y devoraré.

15 Convertiré en soledad montes y collados,
haré secar toda su hierba;
los ríos tornaré en islas,
y secaré los estanques.

16 Y guiaré a los ciegos por camino que no sabían,
les haré andar por sendas que no habían conocido;
delante de ellos tornaré las tinieblas en luz,
y lo escabroso en llanura.
Estas cosas les haré,
y no los desampararé.

17 Serán vueltos atrás y en extremo confundidos
los que confían en esculturas,
y dicen a las imágenes de fundición:
«Vosotros sois nuestros dioses».

18 Sordos, oíd,
y vosotros, ciegos, mirad para ver.

19 ¿Quién es ciego, sino mi siervo?
¿Quién es sordo, como mi mensajero que envié?
¿Quién es tan ciego como el que está consagrado,
y tan ciego como el siervo de Yahvé?

20 Tú ves muchas cosas, mas no las adviertes;
abres los oídos, mas no oyes”.

21 Yahvé se complació por amor de su justicia en magnificar la ley
y engrandecerla.

22 Mas este es pueblo saqueado y pisoteado,
todos ellos enlazados en cavernas
y escondidos en cárceles;
son puestos para despojo, y no hay quien libre;
y para rapiña, y no hay quien diga: «¡Restitúyelos!».

23 ¿Quién de vosotros prestará oído a esto?
¿Quién atenderá y escuchará para el porvenir?

24 ¿Quién dio a Jacob en botín,
y entregó a Israel a saqueadores?
¿No fue Yahvé, contra quien pecamos?
Pues no quisieron andar en sus caminos,
ni obedecieron su ley.

25 Por tanto, derramó sobre él el ardor de su ira,
y fuerza de guerra;
le puso fuego por todas partes, pero no se dio cuenta;
y le encendió, mas no hizo caso.

Capítulo 43

1 Pero ahora, así dice Yahvé, el que te creó, oh Jacob,
y el que te formó, oh Israel:
"No temas, porque yo te he redimido;
te he llamado por tu nombre; mío eres tú.

2 Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo;
y si por los ríos, no te anegarán.
Cuando pases por el fuego, no te quemarás,
ni la llama arderá en ti.

3 Porque yo soy Yahvé, tu Dios,
el Santo de Israel, tu Salvador.
A Egipto he dado por tu rescate,
a Etiopía y a Seba en tu lugar.

4 Porque a mis ojos eres de gran estima,
eres honorable y yo te he amado;
daré, pues, hombres por ti,
y naciones por tu vida.

5 No temas, porque yo estoy contigo;
del oriente traeré tu descendencia,
y del occidente te recogeré.

6 Diré al norte: «¡Dalo acá!»;
y al sur: "¡No los detengas!
Trae de lejos a mis hijos,
y a mis hijas de los confines de la tierra,

7 a todos los llamados de mi nombre;
para gloria mía los he creado,
los formé y los hice"».

8 Sacad al pueblo ciego que tiene ojos,
y a los sordos que tienen oídos.

9 Congréguense a una todas las naciones,
y júntense todos los pueblos.
¿Quién de ellos puede anunciar esto,
y hacernos oír las cosas primeras?
Presenten sus testigos, y justifíquense;
oigan, y digan: «Es verdad».

10 «Vosotros sois mis testigos», dice Yahvé,
«y mi siervo que yo escogí,
para que me conozcáis y me creáis,

y entendáis que yo soy él;
antes de mí no fue formado dios alguno,
ni lo será después de mí.

11 Yo, yo soy Yahvé,
y fuera de mí no hay quien salve.

12 Yo anuncié, y salvé, e hice oír,
y no hubo entre vosotros dios extraño.
Vosotros, pues, sois mis testigos»,
dice Yahvé, «que yo soy Dios.

13 Aun antes que hubiera día, yo era;
y no hay quien de mi mano libre.
Lo que yo hago, ¿quién lo estorbará?».

14 Así dice Yahvé, Redentor vuestro, el Santo de Israel: «Por vuestra causa envié a Babilonia, e hice descender como fugitivos a todos ellos, incluso a los caldeos en las naves de que se gloriaban.

15 Yo soy Yahvé, Santo vuestro, Creador de Israel, vuestro Rey».

16 Así dice Yahvé, el que abre camino en el mar,
y senda en las aguas impetuosas;

17 el que saca carro y caballo,
ejército y fuerza;
caen todos a una para no levantarse;
se extinguen, como pabilo quedan apagados:

18 «No os acordéis de las cosas pasadas,
ni traigáis a memoria las cosas antiguas.

19 He aquí que yo hago cosa nueva;
pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis?
Otra vez abriré camino en el desierto,
y ríos en la soledad.

20 Las fieras del campo me honrarán,
los chacales y los pollos del avestruz;
porque daré aguas en el desierto, ríos en la soledad,
para que beba mi pueblo, mi escogido.

21 Este pueblo he formado para mí;
mis alabanzas publicará.

22 Y no me invocaste a mí, oh Jacob,
sino que de mí te cansaste, oh Israel.

23 No me trajiste a mí los animales de tus holocaustos,
ni a mí me honraste con tus sacrificios;
no te hice servir con ofrenda,
ni te hice trabajar con incienso.

24 No compraste para mí caña aromática por dinero,
ni me saciaste con la grosura de tus sacrificios;
antes bien me abrumaste con tus pecados,
me fatigaste con tus iniquidades.

25 Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo,
y no me acordaré de tus pecados.

26 Hazme recordar, entremos en juicio juntamente;
habla tú para justificarte.

27 Tu primer padre pecó,
y tus enseñadores prevaricaron contra mí.

28 Por tanto, yo profané a los príncipes del santuario,
y puse por anatema a Jacob,
y por oprobio a Israel».

Capítulo 44

1 “Escucha ahora, Jacob, siervo mío,
e Israel, a quien yo escogí.

2 Así dice Yahvé, el que te hizo y te formó desde el vientre,
el cual te ayudará:
«No temas, siervo mío Jacob,
y tú, Jesurún, a quien yo escogí.

3 Porque yo derramaré aguas sobre el suelo sediento,
y raudales sobre la tierra seca;
mi Espíritu derramaré sobre tu generación,
y mi bendición sobre tus renuevos;

4 y brotarán entre la hierba,
como sauces junto a las riberas de las aguas».

5 Este dirá: «Yo soy de Yahvé»;
el otro se llamará del nombre de Jacob,
y otro escribirá con su mano: «A Yahvé»,
y se apellidará con el nombre de Israel”.

6 Así dice Yahvé, Rey de Israel,
y su Redentor, Yahvé de los Ejércitos:
«Yo soy el primero y yo soy el último,
y fuera de mí no hay Dios.

7 ¿Y quién proclamará lo venidero, lo declarará y lo pondrá en orden delante de mí,
como hago yo desde que establecí el pueblo antiguo?
¡Anúncienles lo que viene,
y lo que está por suceder!

8 No temáis, ni os amedrentéis;
¿no os lo hice oír y os lo dije desde antiguo?
Luego vosotros sois mis testigos.
¿Hay Dios fuera de mí?
No hay Roca;
no conozco ninguna».

9 Los formadores de imágenes de talla, todos ellos son vanidad,
y lo más precioso de ellos para nada es provechoso;
y ellos mismos, para su confusión, son testigos de que los ídolos no ven ni entienden.

10 ¿Quién formó un dios,
o quién fundió una imagen que para nada es de provecho?

11 He aquí que todos sus compañeros serán avergonzados,
porque los artífices mismos son hombres.
Todos ellos se juntarán, se presentarán,
se asombrarán y serán avergonzados a una.

12 El herrero toma la tenaza,
trabaja en las ascuas, le da forma con los martillos
y trabaja en ello con la fuerza de su brazo;
tiene luego hambre, y le faltan las fuerzas;
no bebe agua, y se desmaya.

13 El carpintero tiende la regla, lo señala con almagre,
lo labra con los cepillos, lo señala con el compás,
le da forma de imagen de hombre, a semejanza de hermoso hombre,
para tenerlo en casa.

14 Corta cedros, y toma ciprés y encina,
que crecen entre los árboles del bosque;
planta un pino,
que se cría con la lluvia.

15 De él se sirve luego el hombre para quemar,
y toma de ellos para calentarse;
enciende también el horno para cocer panes;
hace además un dios, y lo adora;
fabrica un ídolo, y se arrodilla delante de él.

16 Quema parte del leño en el fuego;
con parte de él come carne, adereza un asado y se sacia;
después se calienta, y dice:
«¡Ah! Me he calentado,
he visto el fuego».

17 Y hace del sobrante un dios, un ídolo suyo;
se postra delante de él, lo adora y le ruega, diciendo:
«Líbrame, porque mi dios eres tú».

18 No supieron ni entendieron;
porque cerrados están sus ojos para no ver,
y su corazón para no entender.

19 No discurre para consigo,
no tiene sentido ni entendimiento para decir:
«Parte de ello quemé en el fuego, y sobre sus brasas cocí pan,
asé carne y la comí.
¿He de hacer del resto una abominación?
¿He de postrarme delante de un tronco de árbol?».

20 De ceniza se alimenta;
su corazón engañado le desvía,
para que no libre su alma, ni diga:
«¿No es pura mentira lo que tengo en mi mano derecha?».

21 «Acuérdate de estas cosas, oh Jacob,
e Israel, porque mi siervo eres.
Yo te formé, siervo mío eres tú;

Israel, no me olvides.

22 Yo deshice como una nube tus rebeliones,
y como niebla tus pecados;
vuélvete a mí, porque yo te redimí».

23 Cantad loores, oh cielos, porque Yahvé lo hizo;
gritad con júbilo, profundidades de la tierra;
prorrumpid en alabanza, montes, bosques y todo árbol que en ellos hay;
porque Yahvé redimió a Jacob,
y en Israel será glorificado.

24 Así dice Yahvé, tu Redentor,
que te formó desde el vientre:
"Yo Yahvé, que lo hago todo,
que despliego solo los cielos,
que extiendo la tierra por mí mismo;

25 que deshago las señales de los adivinos,
y vuelvo locos a los agoreros;
que hago volver atrás a los sabios,
y convierto en necedad su ciencia.

26 Yo, el que despierta la palabra de su siervo,
y cumple el consejo de sus mensajeros;
que dice a Jerusalén: «Serás habitada»;
y a las ciudades de Judá: «Reconstruidas seréis»,
y sus ruinas levantaré.

27 Que dice a las profundidades: «Secaos,
y vuestros ríos haré secar»;

28 que dice de Ciro: «Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero»,
al decir a Jerusalén: «Serás edificada»,
y al templo: «Serán puestos tus cimientos»».

Capítulo 45

1 Así dice Yahvé a su ungido, a Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha, para
sujetar naciones delante de él y desceñir lomos de reyes; para abrir delante de él las
puertas, y las puertas no se cerrarán:

2 "Yo iré delante de ti,
y enderezaré los lugares torcidos;
quebrantaré puertas de bronce,
y cerrojos de hierro haré pedazos.

3 Te daré los tesoros escondidos,
y los secretos muy guardados,
para que sepas que yo soy Yahvé, el Dios de Israel,
que te pongo nombre.

4 Por amor de mi siervo Jacob, y de Israel mi escogido,
te llamé por tu nombre;
te puse sobrenombre, aunque no me conocieses.

5 Yo soy Yahvé, y ninguno más hay;
no hay Dios fuera de mí.
Yo te ceñiré,
aunque tú no me conocieses,

6 para que se sepa desde el nacimiento del sol,
y desde donde se pone,
que no hay más que yo;
yo soy Yahvé, y ninguno más hay.

7 Que formo la luz
y creo las tinieblas,
que hago la paz
y creo la adversidad.
Yo Yahvé soy el que hace todo esto.

8 Destilad, cielos, desde lo alto,
y las nubes lluevan la justicia;
ábrase la tierra, y prodúzcanse la salvación y la justicia;
háganse brotar juntamente.
Yo Yahvé lo he creado.

9 ¡Ay del que pleitea con su Hacedor!
¡El tiesto con los tiestos de la tierra!
¿Dirá el barro al que lo modela: «¿Qué haces?»;
o tu obra: «No tiene manos»?

10 ¡Ay del que dice al padre: «¿Por qué engendraste?»;
y a la mujer: «¿Qué diste a luz?»!".

11 Así dice Yahvé, el Santo de Israel,
y su Hacedor:
«Preguntadme de las cosas por venir; mandadme acerca de mis hijos,
y acerca de la obra de mis manos.

12 Yo hice la tierra, y creé sobre ella al hombre.
Yo, mis manos, extendieron los cielos,
y a todo su ejército mandé.

13 Yo lo desperté en justicia,
y enderezaré todos sus caminos;
él edificará mi ciudad,
y soltará mis cautivos,
no por precio ni por don», dice Yahvé de los Ejércitos.

14 Así dice Yahvé: "El trabajo de Egipto,
las mercaderías de Etiopía,
y los sabeos, hombres de gran estatura, se pasarán a ti
y serán tuyos;
irán en pos de ti,
pasarán encadenados;

te harán reverencia y te suplicarán, diciendo:
«Ciertamente Dios está en ti, y no hay otro fuera de Dios.
No hay otro dios»».

15 Verdaderamente tú eres Dios que te ocultas,
Dios de Israel, el Salvador.

16 Avergüéncense, y perdónense todos ellos;
vayan con afrenta todos los fabricadores de ídolos.

17 Israel será salvo en Yahvé con salvación eterna;
no os avergonzaréis ni os afrentaréis, por todos los siglos.

18 Porque así dijo Yahvé, que creó los cielos;
él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo
y la compuso; no la creó en vano,
para que fuese habitada la creó:
"Yo soy Yahvé,
y no hay otro.

19 No hablé en secreto,
en un lugar oscuro de la tierra;
no dije a la descendencia de Jacob: «En vano me buscáis».
Yo soy Yahvé que hablo justicia,
que anuncio rectitud.

20 Reuníos, y venid;
acercaos todos los sobrevivientes de entre las naciones.
No tienen conocimiento los que erigen el madero de su ídolo,
y los que ruegan a un dios que no salva.

21 Proclamad, y hacedlos acercarse,
y entren todos en consulta:
¿Quién hizo oír esto desde el principio,
y lo tiene dicho desde antiguo,

sino yo Yahvé?
Y no hay más Dios que yo; Dios justo y Salvador;
ningún otro fuera de mí.

22 Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra,
porque yo soy Dios, y no hay más.

23 Por mí mismo hice juramento, de mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada:
Que a mí se doblará toda rodilla,
y jurará toda lengua.

24 Y se dirá de mí:
«Ciertamente en Yahvé está la justicia y la fuerza»».
A él vendrán,
y todos los que contra él se enardecen serán avergonzados.

25 En Yahvé será justificada y se gloriará
toda la descendencia de Israel.

Capítulo 46

1 Se postró Bel, se abatió Nebo;
sus imágenes fueron puestas sobre bestias y sobre animales de carga;
esas cosas que vosotros solíais llevar en procesión
son ahora una carga pesada para las bestias fatigadas.

2 Se desplomaron y se abatieron juntamente;
no pudieron salvar la carga,
sino que ellos mismos fueron en cautiverio.

3 "Oídme, casa de Jacob,
y todo el resto de la casa de Israel,
los que habéis sido transportados por mí desde el vientre,
los que habéis sido llevados desde la cuna.

4 Y hasta la vejez yo mismo,
y hasta las canas os soportaré;
yo hice, yo llevaré,
yo soportaré y yo guardaré.

5 ¿A quién me asemejaréis, e igualaréis,
y me compararéis, para que seamos semejantes?

6 Sacan oro de la bolsa,
y pesan plata con balanza;
alquilan un platero para hacer de ello un dios,
ante el cual se postran y adoran.

7 Se lo echan sobre los hombros, lo llevan
y lo asientan en su lugar; allí se está,
y no se mueve de su sitio.
Le gritan, y tampoco responde,
ni los libra de su tribulación.

8 Recordad esto, y tened valor;
volved en vosotros, prevaricadores.

9 Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos;
porque yo soy Dios, y no hay otro Dios,
y nada hay semejante a mí,

10 que anuncio lo por venir desde el principio,
y desde la antigüedad lo que aún no era hecho;
que digo: «Mi consejo permanecerá,
y haré todo lo que quiero»;

11 que llamo desde el oriente al ave de rapiña,
y de tierra lejana al varón de mi consejo.
Yo hablé, y lo haré venir;
lo he pensado, y también lo ejecutaré.

12 Oídme, duros de corazón,
que estáis lejos de la justicia:

13 Haré que se acerque mi justicia; no se alejará,
y mi salvación no se detendrá.
Y pondré salvación en Sión,
y mi gloria en Israel.

Capítulo 47

1 «Desciende y siéntate en el polvo, virgen hija de Babilonia;
siéntate en la tierra, sin trono, hija de los caldeos;
porque nunca más te llamarán tierna y delicada.

2 Toma las muelas y muele harina;
quítate el velo, descuida tus faldas,
descubre tus piernas, pasa los ríos.

3 Será descubierta tu desnudez, y tu vergüenza será vista;
tomaré venganza y no haré acepción de hombre».

4 Nuestro Redentor, Yahvé de los Ejércitos es su nombre,
el Santo de Israel.

5 "Siéntate, calla, y entra en las tinieblas, hija de los caldeos;
porque nunca más te llamarán señora de los reinos.

6 Me enojé contra mi pueblo, profané mi heredad
y los entregué en tu mano;
no les tuviste compasión; sobre el anciano agravaste mucho tu yugo.

7 Dijiste: «Para siempre seré señora»;
y no has pensado en esto, ni te acordaste de tu final.

8 Oye, pues, ahora esto, mujer entregada a los placeres,
tú que estás sentada confiadamente, la que dice en su corazón:
«Yo soy, y fuera de mí no hay otra;

no quedaré viuda, ni conoceré pérdida de hijos».

9 Estas dos cosas te vendrán de repente en un mismo día:
pérdida de hijos y viudez;
vendrán sobre ti en toda su plenitud,
a pesar de la multitud de tus hechicerías
y del gran poder de tus encantamientos.

10 Porque te fiaste en tu maldad, diciendo: «Nadie me ve».
Tu sabiduría y tu ciencia te engañaron,
y dijiste en tu corazón: «Yo soy, y fuera de mí no hay otra».

11 Vendrá, pues, sobre ti un mal cuyo origen no conocerás;
caerá sobre ti quebranto que no podrás remediar;
y destrucción que no sabes vendrá de repente sobre ti.

12 Estate ahora con tus encantamientos
y con la multitud de tus hechicerías, en las cuales trabajaste desde tu juventud;
quizá podrás mejorarte, quizá podrás fortalecerte.

13 Te has fatigado en tus muchos consejos.
Aparezcan ahora y te salven los contempladores de los cielos,
los que observan las estrellas, los que cuentan los meses,
para pronosticar lo que vendrá sobre ti.

14 He aquí que serán como tamo; el fuego los quemará,
no librarán sus vidas del poder de la llama;
no quedará brasa para calentarse, ni lumbre a la cual sentarse.

15 Así te serán aquellos con quienes trabajaste,
los que traficaron contigo desde tu juventud;
cada uno irá por su camino, no habrá quien te salve".

Capítulo 48

1 Oíd esto, casa de Jacob, que os llamáis del nombre de Israel,
los que salisteis de las aguas de Judá,
los que juráis en el nombre de Yahvé y hacéis memoria del Dios de Israel,
mas no en verdad ni en justicia;

2 porque de la santa ciudad se nombran,
y en el Dios de Israel se apoyan;
Yahvé de los Ejércitos es su nombre.

3 "Lo que pasó, ya antes lo dije;
de mi boca salió, y lo publiqué;
lo hice de pronto, y sucedió.

4 Por cuanto conocí que eres duro,
que tu cerviz es nervio de hierro
y tu frente de bronce,

5 te lo dije ya hace tiempo;
antes que sucediera te lo advertí,
para que no dijeras: «Mi ídolo lo hizo,
mi imagen de escultura y mi imagen de fundición mandaron estas cosas».

6 Lo oísteis; vedlo todo.
¿Y no lo anunciaréis vosotros?
Ahora, pues, os hago oír cosas nuevas y ocultas
que vosotros no sabíais.

7 Ahora han sido creadas, y no desde antiguo,
ni antes de este día las habías oído,
para que no digas: «He aquí que yo lo sabía».

8 Sí, nunca lo habías oído, ni nunca lo habías sabido;
ciertamente no se abrió antes tu oído;
porque sabía que serías muy desleal,

y que eres llamado rebelde desde el vientre.

9 Por amor de mi nombre dilataré mi furor,
y para alabanza mía me refrenaré por amor de ti,
para no destruirte.

10 He aquí te he purificado, y no como a plata;
te he probado en el crisol de la aflicción.

11 Por mí, por amor de mí mismo lo haré,
para que no sea profanado mi nombre,
y mi honra no la daré a otro.

12 Óyeme, Jacob,
y tú, Israel, a quien llamé:
Yo mismo soy, yo el primero,
yo también el postrero.

13 Mi mano fundó también la tierra,
y mi mano derecha extendió los cielos;
al llamarlos yo, se presentaron juntamente.

14 Juntaos todos vosotros, y oíd.
¿Quién hay entre ellos que anuncie estas cosas?
Aquel a quien Yahvé amó ejecutará su voluntad en Babilonia,
y su brazo descargará sobre los caldeos.

15 Yo, yo hablé, y le llamé;
le traje, y será prosperado su camino.

16 Acercaos a mí, oíd esto:
Desde el principio no hablé en secreto;
desde que esto se hizo, allí estaba yo".
Y ahora me envió el Señor Yahvé,
y su Espíritu.

17 Así dice Yahvé, Redentor tuyo,
el Santo de Israel:
«Yo soy Yahvé tu Dios,
que te enseña provechosamente,
que te encamina por el camino que debes seguir.

18 ¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos!
Fuera entonces tu paz como un río,
y tu justicia como las ondas del mar.

19 Fuera tu descendencia como la arena,
y los renuevos de tus entrañas como los granos de ella;
nunca su nombre sería cortado, ni raído de mi presencia».

20 ¡Salid de Babilonia! ¡Huid de entre los caldeos!
Dad voces de alegría, anunciad esto,
publicadlo hasta los confines de la tierra;
decid: «Redimió Yahvé a Jacob su siervo».

21 No tuvieron sed cuando los llevó por los desiertos;
les hizo brotar agua de la piedra;
partió la peña, y saltaron las aguas.

22 «No hay paz para los malos», dice Yahvé.

Capítulo 49

1 Oídme, islas, y escuchad, pueblos lejanos:
Yahvé me llamó desde el vientre; desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en memoria.

2 Y puso mi boca como espada aguda, me cubrió con la sombra de su mano;
me puso por saeta pulida, me guardó en su carcaj.

3 Y me dijo: «Mi siervo eres tú, oh Israel, porque en ti me gloriaré».

4 Pero yo dije: «Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas;
pero mi causa está delante de Yahvé, y mi recompensa con mi Dios».

5 Ahora pues, dice Yahvé, el que me formó desde el vientre para ser su siervo,
para hacer que Jacob se vuelva a él y que Israel se congregue con él
(porque estimado soy en los ojos de Yahvé, y mi Dios ha sido mi fortaleza);

6 dice él: «Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob,
y para querestaures el remanente de Israel;
también te di por luz de las naciones,
para que seas mi salvación hasta lo último de la tierra».

7 Así dice Yahvé, Redentor de Israel, el Santo suyo,
al menospreciado de alma, al abominado de las naciones, al siervo de los tiranos:
«Verán reyes, y se levantarán príncipes, y adorarán
por amor de Yahvé, que es fiel, y por el Santo de Israel, el cual te escogió».

8 Así dijo Yahvé: "En tiempo aceptable te oí,
y en el día de salvación te ayudé;
y te guardaré, y te daré por pacto al pueblo,
para querestaures la tierra, para que poseas heredades asoladas;

9 para que digas a los presos: «Salid»;
y a los que están en tinieblas: «Mostraos».
En los caminos serán apacentados,
y en todas las cumbres desoladas tendrán sus pastos.

10 No tendrán hambre ni sed,
ni el calor ni el sol los afligirá;
porque el que tiene de ellos misericordia los guiará,
y los conducirá a manantiales de aguas.

11 Y convertiré en camino todos mis montes,
y mis calzadas serán levantadas.

12 He aquí estos vendrán de lejos;
y he aquí estos del norte y del occidente,
y estos de la tierra de Sinim".

13 Cantad alabanzas, oh cielos, y alégrate, tierra;
y prorrumpid en alabanza, oh montes;
porque Yahvé ha consolado a su pueblo,
y de sus pobres tendrá misericordia.

14 Pero Sión dijo: «Me dejó Yahvé,
y el Señor se olvidó de mí».

15 "¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz,
para dejar de compadecerse del hijo de su vientre?
Aunque olviden ellas,
yo nunca me olvidaré de ti.

16 He aquí que en las palmas de las manos te tengo grabada;
delante de mí están siempre tus muros.

17 Tus hijos vendrán aprisa;
tus destruidores y tus asoladores se marcharán de ti.

18 Alza tus ojos alrededor, y mira:
todos estos se han reunido, han venido a ti.
Vivo yo", dice Yahvé, "que de todos ellos, como de vestidura de gala, te vestirás;
y de ellos serás ceñida como novia.

19 Porque tus desiertos y tus lugares devastados,
y tu tierra desierta,
ahora serán estrechos por la multitud de los moradores,
y tus destruidores serán apartados lejos.

20 Aun los hijos de tu orfandad dirán a tus oídos:
«Estrecho es para mí este lugar;
apártate, para que yo more».

21 Y dirás en tu corazón: «¿Quién me engendró estos? Porque yo había sido privada de mis hijos
y estaba sola, peregrina y desterrada; ¿quién, pues, crió estos?
He aquí yo había quedado sola; ¿dónde estaban estos?»".

22 Así dijo el Señor Yahvé: «He aquí, yo tenderé mi mano a las naciones,
y a los pueblos levantaré mi bandera;
y traerán en brazos a tus hijos,
y tus hijas serán traídas sobre hombros.

23 Reyes serán tus ayos,
y sus reinas tus nodrizas;
con el rostro inclinado a tierra te adorarán,
y lamerán el polvo de tus pies;
y conocerás que yo soy Yahvé,
que no se avergonzarán los que esperan en mí».

24 ¿Será quitado el botín al valiente?
¿O escapará el cautivo del tirano?

25 Pero así dice Yahvé: «Ciertamente el cautivo será rescatado del valiente,
y el botín será quitado al tirano;
y tu pleito yo lo pleitearé,
y yo salvaré a tus hijos.

26 Y a los que te despojaron haré comer sus propias carnes,
y con su sangre se embriagarán como con vino;
y conocerá toda carne que yo Yahvé soy Salvador tuyo
y Redentor tuyo, el Fuerte de Jacob».

Capítulo 50

1 Así dice Yahvé: "¿Dónde está la carta de divorcio de vuestra madre, con la cual
yo la repudié?
¿O a cuál de mis acreedores os he vendido?
He aquí que por vuestras maldades fuisteis vendidos,
y por vuestras rebeliones fue repudiada vuestra madre.

2 ¿Por qué cuando vine no hallé a nadie, y cuando llamé nadie respondió?
¿Acaso se ha acortado mi mano para no redimir?
¿No hay en mí poder para librar?
He aquí que con mi reprensión hago secar el mar y convierto los ríos en desierto;
sus peces se pudren por falta de agua y mueren de sed.

3 Visto de oscuridad los cielos,
y les pongo cilicio por cobertura".

4 El Señor Yahvé me dio lengua de sabios,
para saber hablar palabras de aliento al cansado;
despertará mañana tras mañana,
despertará mi oído para que oiga como los sabios.

5 El Señor Yahvé me abrió el oído,
y yo no fui rebelde,
ni volví atrás.

6 Di mi cuerpo a los heridores,
y mis mejillas a los que me mesaban la barba;
no escondí mi rostro de injurias ni de esputos.

7 Porque el Señor Yahvé me ayudará,
por tanto no me avergoncé;
por eso puse mi rostro como un pedernal,
y sé que no seré avergonzado.

8 Cercano está de mí el que me justifica;
¿quién contenderá conmigo? Juntémonos.
¿Quién es el adversario de mi causa?
Acérquese a mí.

9 He aquí que el Señor Yahvé me ayudará;
¿quién hay que me condene?
He aquí que todos ellos se envejecerán como ropa de vestir;
los comerá la polilla.

10 ¿Quién hay entre vosotros que teme a Yahvé,
y oye la voz de su siervo?
El que anda en tinieblas
y carece de luz,
confíe en el nombre de Yahvé,
y apóyese en su Dios.

11 He aquí que todos vosotros encendéis fuego,
y os rodeáis de teas;
andad a la luz de vuestro fuego,
y entre las teas que encendisteis.
De mi mano os vendrá esto:
en dolor os acostaréis.

Capítulo 51

1 «Oídme, los que seguís la justicia, los que buscáis a Yahvé.
Mirad a la roca de donde fuisteis cortados,
y al hueco de la cantera de donde fuisteis arrancados.

2 Mirad a Abraham vuestro padre, y a Sara que os dio a luz;
porque cuando no era más que uno solo lo llamé,
lo bendije y lo multipliqué.

3 Ciertamente Yahvé consolará a Sión;
consolará todas sus soledades, y convertirá su desierto en Edén,
y su soledad en huerto de Yahvé;
se hallará en ella alegría y gozo,
alabanza y voces de canto.

4 Atendedme, pueblo mío, y escuchadme, nación mía;
porque de mí saldrá la ley,
y mi justicia estableceré para luz de los pueblos.

5 Cercana está mi justicia, ha salido mi salvación,
y mis brazos juzgarán a los pueblos;
a mí me esperan las islas,
y en mi brazo ponen su esperanza.

6 Alzad a los cielos vuestros ojos, y mirad abajo a la tierra;
porque los cielos se desvanecerán como el humo,
y la tierra se envejecerá como ropa de vestir,
y de la misma manera perecerán sus moradores;
pero mi salvación será para siempre, mi justicia no perecerá.

7 Oídme, los que conocéis justicia, pueblo en cuyo corazón está mi ley.
No temáis afrenta de hombres, ni desmayéis por sus ultrajes.

8 Porque como a vestidura los comerá la polilla,
y como a lana los comerá el gusano;
pero mi justicia permanecerá para siempre,
y mi salvación por siglos de siglos».

9 ¡Despierta, despierta, vístete de poder, oh brazo de Yahvé!
Despierta como en los tiempos antiguos, en las generaciones pasadas.
¿No eres tú el que cortó en piezas a Rahab,
y el que hirió al dragón?

10 ¿No eres tú el que secó el mar, las aguas del gran abismo;
el que transformó las profundidades del mar en camino para que pasasen los redimidos?

11 Así volverán los rescatados de Yahvé;
volverán a Sión cantando, y gozo perpetuo habrá sobre sus cabezas;
poseerán gozo y alegría,
y el dolor y el gemido huirán.

12 "Yo, yo soy vuestro consolador.
¿Quién eres tú para que tengas temor del hombre, que es mortal,
y del hijo del hombre, que es como heno?

13 ¿Y ya te has olvidado de Yahvé tu Hacedor,
que extendió los cielos y fundó la tierra;
y todo el día temiste continuamente la furia del que aflige,
cuando se disponía para destruir? ¿Pero dónde está la furia del que aflige?

14 El preso agobiado se apresura a ser suelto;
no morirá en la fosa, ni le faltará su pan.

15 Porque yo Yahvé, que agito el mar y hago rugir sus ondas,
soy tu Dios, cuyo nombre es Yahvé de los Ejércitos.

16 Y en tu boca he puesto mis palabras,
y con la sombra de mi mano te cubrí,
para que plantase los cielos y fundase la tierra,
y dijese a Sión: «Pueblo mío eres tú»".

17 ¡Despierta, despierta, levántate, oh Jerusalén,
que bebiste de la mano de Yahvé el cáliz de su ira!
Porque el cáliz de aturdimiento bebiste,
y lo agotaste hasta las heces.

18 De todos los hijos que dio a luz, no hay quien la guíe;
ni quien la tome de la mano de todos los hijos que crió.

19 Estas dos cosas te han acontecido:
asolamiento y quebrantamiento, hambre y espada.
¿Quién se dolerá de ti?
¿Quién te consolará?

20 Tus hijos desmayaron, estuvieron tendidos en las encrucijadas de todos los caminos,
como antílope en la red,
llenos del furor de Yahvé,
de la reprensión del Dios tuyo.

21 Oye, pues, ahora esto, pobre,
y borracha, pero no de vino:

22 Así dijo tu Señor Yahvé, y tu Dios, el cual aboga por su pueblo:
"He aquí he quitado de tu mano el cáliz de aturdimiento,
los sedimentos del cáliz de mi ira; nunca más lo beberás.

23 Y lo pondré en la mano de los que te angustiaron, que dijeron a tu alma:
«Póstrate, y pasaremos por encima».
Y tú pusiste tu cuerpo como suelo,
y como camino para los que pasaban".

Capítulo 52

1 ¡Despierta, despierta, vístete de tu poder, oh Sión!
Ponte tus ropas de gala, oh Jerusalén, ciudad santa;
porque nunca más vendrá a ti incircunciso ni inmundo.

2 Sacúdete el polvo; levántate y siéntate, Jerusalén;
suelta las ataduras de tu cuello, cautiva hija de Sión.

3 Porque así dice Yahvé:
«De balde fuisteis vendidos; por tanto, sin dinero seréis redimidos».

4 Porque así dice el Señor Yahvé:
«Mi pueblo descendió al principio a Egipto para morar allí,
y el asirio lo oprimió sin causa.

5 Y ahora ¿qué hago yo aquí», dice Yahvé,
«ya que mi pueblo es llevado sin motivo?
Los que lo señorean lo hacen aullar», dice Yahvé,
«y continuamente es blasfemado mi nombre todo el día.

6 Por tanto, mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día;
porque yo mismo que hablo, he aquí estaré presente».

7 ¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas,
del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien,
del que publica salvación, del que dice a Sión: «¡Tu Dios reina!»!

8 ¡Voz de tus vigías! Alzarán la voz, juntamente darán voces de júbilo;
porque ojo a ojo verán que Yahvé vuelve a traer a Sión.

9 Cantad alabanzas, alegraos juntamente, soledades de Jerusalén;
porque Yahvé ha consolado a su pueblo, a Jerusalén ha redimido.

10 Yahvé desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones,
y todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro.

11 ¡Apartaos, apartaos, salid de ahí, no toquéis cosa inmunda!
¡Salid de en medio de ella;
limpiaos los que lleváis los utensilios de Yahvé!

12 Porque no saldréis apresurados, ni iréis huyendo;
porque Yahvé irá delante de vosotros,
y vuestra retaguardia será el Dios de Israel.

13 He aquí que mi siervo será prosperado,
será engrandecido y exaltado, y será muy enaltecido.

14 Como se asombraron de ti muchos,
de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer,
y su hermosura más que la de los hijos de los hombres,

15 así asombrará él a muchas naciones;
los reyes cerrarán ante él la boca,
porque verán lo que nunca les fue contado,
y entenderán lo que jamás habían oído.

Capítulo 53

1 ¿Quién ha creído a nuestro anuncio?
¿Sobre quién se ha manifestado el brazo de Yahvé?

2 Pues subió cual renuevo delante de él,
y como raíz de tierra seca;
no hay parecer en él, ni hermosura;
lo veremos, mas sin atractivo para que le deseemos.

3 Despreciado y desechado entre los hombres,
varón de dolores, experimentado en quebranto;
y como que escondimos de él el rostro,
fue menospreciado, y no lo estimamos.

4 Ciertamente llevó él nuestras enfermedades,
y sufrió nuestros dolores;
y nosotros le tuvimos por azotado,
por herido de Dios y abatido.

5 Mas él herido fue por nuestras rebeliones,
molido por nuestros pecados;
el castigo de nuestra paz fue sobre él,
y por su llaga fuimos nosotros curados.

6 Todos nosotros nos descarriamos como ovejas,
cada cual se apartó por su camino;
mas Yahvé cargó en él el pecado de todos nosotros.

7 Angustiado él, y afligido,
no abrió su boca;
como cordero fue llevado al matadero;
y como oveja delante de sus esquiladores, enmudeció,
y no abrió su boca.

8 Por cárcel y por juicio fue quitado;
y su generación, ¿quién la contará?
Porque fue cortado de la tierra de los vivientes,
y por la rebelión de mi pueblo fue herido.

9 Y se dispuso con los impíos su sepultura,
mas con los ricos fue en su muerte;
aunque nunca hizo maldad,
ni hubo engaño en su boca.

10 Con todo eso, Yahvé quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento.
Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado,
verá linaje, vivirá por largos días,
y la voluntad de Yahvé será en su mano prosperada.

11 Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho;
por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos,
y llevará las iniquidades de ellos.

12 Por tanto, yo le daré parte con los grandes,
y con los fuertes repartirá despojos;
por cuanto derramó su vida hasta la muerte,
y fue contado con los pecadores,
habiendo él llevado el pecado de muchos,
y orado por los transgresores.

Capítulo 54

1 «Regocíjate, oh estéril, la que no daba a luz;
prorrumpe en cántico y clama, la que nunca estuvo de parto;
porque más son los hijos de la desamparada que los de la casada», dice Yahvé.

2 «Ensancha el sitio de tu tienda,
y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas;
no escatimes; alarga tus cuerdas y refuerza tus estacas.

3 Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda;
y tu descendencia heredará naciones,
y habitará las ciudades asoladas.

4 No temas, pues no serás confundida;
y no te avergüences, porque no serás afrentada,
sino que olvidarás la vergüenza de tu juventud,
y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria.

5 Porque tu Hacedor es tu esposo; Yahvé de los Ejércitos es su nombre;
y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado.

6 Porque como a mujer abandonada y triste de espíritu te llamó Yahvé,
y como a la esposa de la juventud que es repudiada», dice el Dios tuyo.

7 «Por un breve momento te abandoné,
pero te recogeré con grandes misericordias.

8 Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento;
pero con misericordia eterna tendré compasión de ti», dice Yahvé tu Redentor.

9 «Porque esto me será como las aguas de Noé,
cuando juré que nunca más pasarían las aguas de Noé sobre la tierra;
así he jurado que no me enojaré contra vosotros, ni os reñiré.

10 Porque los montes se moverán, y los collados temblarán,
pero no se apartará de ti mi misericordia,
ni el pacto de mi paz se quebrantará», dice Yahvé, el que tiene misericordia de ti.

11 «Pobrecilla, fatigada con tempestad, sin consuelo;
he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo,
y sobre zafiros te fundaré.

12 Tus ventanas pondré de piedras preciosas,
tus puertas de piedras de carbunclo,
y toda tu muralla de piedras de estima.

13 Y todos tus hijos serán enseñados por Yahvé;
y se multiplicará la paz de tus hijos.

14 Con justicia serás adornada;
estarás lejos de opresión, porque no temerás,
y de temor, porque no se acercará a ti.

15 Si alguno conspirare contra ti, lo hará sin mí;
el que contra ti conspirare, delante de ti caerá.

16 He aquí que yo hice al herrero que sopla las ascuas en el fuego,
y que saca la herramienta para su obra;
y yo he creado al destruidor para destruir.

17 Ninguna arma forjada contra ti prosperará,
y condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio.
Esta es la herencia de los siervos de Yahvé,
y su salvación de mí vendrá», dice Yahvé.

Capítulo 55

1 "¡Ea! ¡Todos los sedientos, venid a las aguas!
Y los que no tenéis dinero, ¡venid, comprad y comed!
Venid, comprad vino y leche

sin dinero y sin precio alguno.

2 ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan,
y vuestro trabajo en lo que no sacia?
Oídme atentamente y comed del bien,
y se deleitará vuestra alma con grosura.

3 Inclinad vuestro oído y venid a mí;
escuchad, y vivirá vuestra alma;
y haré con vosotros pacto eterno,
las misericordias firmes a David.

4 He aquí que yo lo di por testigo a los pueblos,
por jefe y por maestro a las naciones.

5 He aquí, llamarás a gente que no conociste,
y gentes que no te conocieron correrán a ti,
por causa de Yahvé tu Dios,
y del Santo de Israel que te ha honrado".

6 Buscad a Yahvé mientras puede ser hallado,
llamadle en tanto que está cercano.

7 Deje el impío su camino,
y el hombre inicuo sus pensamientos,
y vuélvase a Yahvé, el cual tendrá de él misericordia,
y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar.

8 «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos,
ni vuestros caminos mis caminos», dice Yahvé.

9 «Como son más altos los cielos que la tierra,
así son mis caminos más altos que vuestros caminos,
y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.

10 Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve,
y no vuelve allá, sino que riega la tierra,
y la hace germinar y producir,
y da semilla al que siembra, y pan al que come,

11 así será mi palabra que sale de mi boca;
no volverá a mí vacía,
sino que hará lo que yo quiero,
y será prosperada en aquello para que la envié.

12 Porque con alegría saldréis,
y en paz seréis vueltos;
los montes y los collados levantarán canción delante de vosotros,
y todos los árboles del campo darán palmadas de aplauso.

13 En lugar de la zarza crecerá ciprés,
y en lugar de la ortiga crecerá mirto;
y será a Yahvé por nombre,
por señal eterna que nunca será raída».

Capítulo 56

1 Así dice Yahvé:
«Guardad el derecho
y haced justicia,
porque cercana está mi salvación para venir,
y mi justicia para manifestarse.

2 Bienaventurado el hombre que hace esto,
y el hijo del hombre que lo abraza;
que guarda el sábado para no profanarlo,
y que guarda su mano de hacer todo mal».

3 No hable el hijo del extranjero que se ha unido a Yahvé, diciendo:
«Yahvé me separará ciertamente de su pueblo».
Ni diga el eunuco: «He aquí que yo soy un árbol seco».

4 Porque así dice Yahvé: «A los eunucos que guarden mis sábados,
y escojan lo que yo quiero,
y abracen mi pacto,

5 yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y un nombre mejor que el de hijos e hijas;
les daré un nombre eterno que nunca será borrado.

6 Y a los hijos de los extranjeros que se unan a Yahvé
para servirle,
y que amen el nombre de Yahvé
para ser sus siervos;
a todos los que guarden el sábado para no profanarlo,
y abracen mi pacto,

7 yo los llevaré a mi santo monte,
y los recrearé en mi casa de oración;
sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptados sobre mi altar;
porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos».

8 Dice el Señor Yahvé, el que reúne a los dispersos de Israel:
«Aun reuniré sobre él a otros,
además de sus propios congregados».

9 Todas las fieras del campo,
venid a devorar;
todas las fieras del bosque.

10 Sus atalayas son ciegos,
todos ellos ignorantes;
todos ellos son perros mudos,

que no pueden ladrar;
soñolientos, echados, amantes del dormir.

11 Y esos perros son comilones, nunca se sacian;
y los pastores mismos no saben entender;
todos ellos siguen sus propios caminos,
cada uno busca su propio provecho, cada cual por su lado.

12 «Venid», dicen, «tomemos vino,
embriaguémonos de sidra;
y será el día de mañana como este,
o mucho más excelente».

Capítulo 57

1 Perece el justo, y no hay quien lo tome a pecho;
los hombres piadosos mueren, y no hay quien entienda
que de delante del mal es quitado el justo.

2 Entrará en la paz;
descansarán en sus lechos todos aquellos que caminaron en su rectitud.

3 "Pero vosotros, acercaos acá, hijos de la hechicera,
generación del adúltero y de la fornicaria.

4 ¿De quién os habéis burlado?
¿Contra quién abristeis mucho la boca y sacasteis la lengua?
¿No sois vosotros hijos rebeldes, descendencia mentirosa,

5 que os inflamáis con los ídolos debajo de todo árbol frondoso,
y sacrificáis los hijos en los valles, debajo de los peñascos?

6 En las piedras lisas del valle está tu parte;
ellas, ellas son tu suerte;
a ellas derramaste libación y ofreciste presente.
¿He de estar conforme con estas cosas?

7 Sobre monte alto y empinado pusiste tu cama;
allí también subiste a ofrecer sacrificio.

8 Y tras la puerta y los postes pusiste tu memorial;
porque a otro, y no a mí, te descubriste,
y subiste y ensanchaste tu cama, e hiciste con ellos pacto;
amaste su cama dondequiera que la veías.

9 Y fuiste al rey con ungüento, y multiplicaste tus perfumes,
y enviaste tus embajadores lejos, y te abatiste hasta el Seol.

10 En la multitud de tus caminos te cansaste,
pero no dijiste: «No hay esperanza».
Hallaste nuevo vigor en tu mano,
por tanto, no te desalentaste.

11 ¿Y de quién te asustaste y temiste, que has faltado a la fe
y no te has acordado de mí, ni te vino al pensamiento?
¿No he guardado silencio desde hace mucho tiempo,
y por eso no me temes?

12 Yo publicaré tu justicia y tus obras,
que no te aprovecharán.

13 Cuando clames, que te libren tus ídolos reunidos;
pero a todos ellos se los llevará el viento, un soplo los arrebatará;
mas el que en mí confía heredará la tierra
y poseerá mi santo monte".

14 Y dirá: "¡Allanad, allanad; preparad el camino!
Quitad los tropiezos del camino de mi pueblo".

15 Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo:
«Yo habito en la altura y la santidad,

pero también con el quebrantado y humilde de espíritu,
para hacer vivir el espíritu de los humildes
y para vivificar el corazón de los quebrantados.

16 Porque no contenderé para siempre, ni por siempre estaré enojado;
pues desmayaría ante mí el espíritu y las almas que yo he creado.

17 Por la iniquidad de su codicia me enojé y le herí,
escondí mi rostro y me indigné;
y él siguió rebelde por el camino de su corazón.

18 He visto sus caminos y le sanaré,
y le pastorearé y le daré consuelo, a él y a sus enlutados.

19 Yo creo fruto de labios: Paz, paz para el que está lejos y para el que está cerca»,
dice Yahvé;
«y yo lo sanaré».

20 Pero los impíos son como el mar en tempestad,
que no puede estarse quieto y sus aguas arrojan cieno y lodo.

21 «No hay paz para los malvados», dice mi Dios.

Capítulo 58

1 «¡Clama a voz en cuello, no te detengas!
¡Alza tu voz como trompeta!
Anuncia a mi pueblo su rebelión,
y a la casa de Jacob sus pecados.

2 Que me buscan cada día,
y quieren saber mis caminos,
como gente que hubiese hecho justicia,
y que no hubiese dejado la ley de su Dios;
me piden justos juicios,
y quieren acercarse a Dios.

3 «¿Por qué dicen ayunamos, y no hiciste caso;
humillamos nuestras almas, y no te diste por entendido?».
He aquí que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio gusto,
y oprimís a todos vuestros trabajadores.

4 He aquí que para contiendas y debates ayunáis,
y para herir con el puño inicuamente;
no ayunéis como hoy,
para hacer oír vuestra voz en lo alto.

5 ¿Es tal el ayuno que yo escogí,
que de día aflija el hombre su alma,
que incline su cabeza como junco,
y haga cama de cilicio y de ceniza?
¿Llamaréis a esto ayuno,
y día agradable a Yahvé?

6 ¿No es más bien el ayuno que yo escogí:
desatar las ligaduras de impiedad,
soltar las cargas de opresión,
y dejar ir libres a los quebrantados,
y que rompáis todo yugo?

7 ¿No es que partas tu pan con el hambriento,
y a los pobres errantes albergues en casa;
que cuando veas al desnudo, lo cubras,
y no te escondas de tu propia carne?

8 Entonces nacerá tu luz como el alba,
y tu salvación se dejará ver pronto;
e irá tu justicia delante de ti,
y la gloria de Yahvé será tu retaguardia.

9 Entonces invocarás, y te oirá Yahvé;
clamarás, y dirá él: «Heme aquí».
Si quitares de en medio de ti el yugo,
el dedo amenazador, y el hablar vanidad;

10 y si dieres tu pan al hambriento,
y saciares al alma afligida,
en las tinieblas nacerá tu luz,
y tu oscuridad será como el mediodía.

11 Yahvé te pastoreará siempre,
y en las sequías saciará tu alma,
y dará vigor a tus huesos;
y serás como huerto de riego,
y como manantial de aguas,
cuyas aguas nunca faltan.

12 Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas;
los cimientos de generación y generación levantarás,
y serás llamado reparador de portillos,
restaurador de calzadas para habitar.

13 Si retrajeres del sábado tu pie,
de hacer tu voluntad en mi día santo,
y lo llamares delicia, santo, glorioso de Yahvé;
y lo venerares, no andando en tus propios caminos,
ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras,

14 entonces te deleitarás en Yahvé;
y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra,
y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre;
porque la boca de Yahvé lo ha hablado".

Capítulo 59

1 He aquí que no se ha acortado la mano de Yahvé para salvar,
ni se ha agravado su oído para oír;

2 pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios,
y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.

3 Porque vuestras manos están contaminadas de sangre,
y vuestros dedos de iniquidad;
vuestros labios han pronunciado mentira,
habla maldad vuestra lengua.

4 No hay quien clame por la justicia,
ni quien juzgue por la verdad;
confían en la vanidad, y hablan vanidades;
conciben malicia, y dan a luz iniquidad.

5 Incuban huevos de áspid,
y tejen telas de araña;
el que comiere de sus huevos, morirá;
y si los aprietan, saldrá una víbora.

6 Sus telas no servirán para vestir,
ni de sus obras se cubrirán;
sus obras son obras de iniquidad,
y obra de rapiña está en sus manos.

7 Sus pies corren al mal,
se apresuran para derramar la sangre inocente;
sus pensamientos, pensamientos de iniquidad;
destrucción y quebrantamiento hay en sus caminos.

8 No conocieron camino de paz,
ni hay justicia en sus pasos;
sus veredas son torcidas;

cualquiera que por ellas fuere, no conocerá paz.

9 Por esto se alejó de nosotros la justicia,
y no nos alcanzó la rectitud;
esperamos luz, y he aquí tinieblas;
resplandores, y andamos en oscuridad.

10 Palpamos la pared como ciegos,
y andamos a tientas como sin ojos;
tropezamos a mediodía como de noche;
estamos en lugares oscuros como muertos.

11 Gruñimos como osos todos nosotros,
y gemimos tristemente como palomas;
esperamos justicia, y no la hay;
salvación, y se alejó de nosotros.

12 Porque nuestras rebeliones se han multiplicado delante de ti,
y nuestros pecados han atestiguado contra nosotros;
porque con nosotros están nuestras iniquidades,
y conocemos nuestros pecados:

13 el prevaricar y mentir contra Yahvé,
y el apartarse de en pos de nuestro Dios;
el hablar calumnia y rebelión,
concebir y pronunciar de corazón palabras de mentira.

14 Y el derecho se retiró,
y la justicia se puso lejos;
porque la verdad tropezó en la plaza,
y la equidad no pudo venir.

15 Y la verdad fue detenida,
y el que se apartó del mal fue puesto en prisión.
Y lo vio Yahvé,
y desagradó a sus ojos que pereciera el derecho.

16 Y vio que no había hombre,
y se maravilló que no hubiera quien se interpusiese;
y lo salvó su brazo,
y le afirmó su propia justicia.

17 Pues de justicia se vistió como de una coraza,
con casco de salvación en su cabeza;
tomó ropas de venganza por vestidura,
y se cubrió de celo como de un manto,

18 como para vindicar, como para retribuir con ira a sus enemigos,
y dar el pago a sus adversarios;
el pago dará a las islas.

19 Y temerán desde el occidente el nombre de Yahvé,
y desde el nacimiento del sol su gloria;
porque vendrá el enemigo como río,
mas el Espíritu de Yahvé levantará bandera contra él.

20 «Y vendrá el Redentor a Sión,
y a los que se volvieren de la iniquidad en Jacob», dice Yahvé.

21 «Y este será mi pacto con ellos», dice Yahvé: «El Espíritu mío que está sobre ti, y mis palabras que puse en tu boca, no faltarán de tu boca, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de los hijos de tus hijos», dice Yahvé, «desde ahora y para siempre».

Capítulo 60

1 «Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz,
y la gloria de Yahvé ha nacido sobre ti.

2 Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra,
y oscuridad los pueblos;
mas sobre ti nacerá Yahvé,

y sobre ti será vista su gloria.

3 Y andarán las naciones a tu luz,
y los reyes al resplandor de su nacimiento.

4 Alza tus ojos alrededor y mira, todos estos se han reunido, vinieron a ti;
tus hijos vendrán de lejos,
y tus hijas serán llevadas en brazos.

5 Entonces verás, y te iluminarás;
se maravillará y se ensanchará tu corazón,
porque se habrá vuelto a ti la abundancia del mar,
y las riquezas de las naciones habrán venido a ti.

6 Multitud de camellos te cubrirá; dromedarios de Madián y de Efá;
vendrán todos los de Sabá;
traerán oro e incienso, y publicarán las alabanzas de Yahvé.

7 Todo el ganado de Cedar será juntado para ti;
carneros de Nebaiot te serán servidos;
serán ofrecidos con agrado sobre mi altar,
y glorificaré la casa de mi gloria.

8 ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes,
y como palomas a sus ventanas?

9 Ciertamente a mí esperarán las islas,
y las naves de Tarsis desde el principio,
para traer tus hijos de lejos, su plata y su oro con ellos,
al nombre de Yahvé tu Dios, y al Santo de Israel,
que te ha glorificado.

10 Y extranjeros edificarán tus muros,
y sus reyes te servirán;
porque en mi ira te herí,
mas en mi buena voluntad tendré de ti misericordia.

11 Tus puertas estarán de continuo abiertas; no se cerrarán de día ni de noche,
para que a ti sean traídas las riquezas de las naciones,
y conducidos a ti sus reyes.

12 Porque la nación o el reino que no te sirviere perecerá,
y esas naciones serán del todo asoladas.

13 La gloria del Líbano vendrá a ti, cipreses, pinos y bojes juntamente,
para decorar el lugar de mi santuario;
y yo honraré el lugar de mis pies.

14 Y los hijos de los que te afligieron vendrán a ti humillados,
y a las plantas de tus pies se encorvarán todos los que te escarnecían,
y te llamarán Ciudad de Yahvé,
Sión del Santo de Israel.

15 En vez de estar abandonada y aborrecida, tanto que nadie pasaba por ti,
te pondré en gloria eterna,
en gozo de generación y generación.

16 Y mamarás la leche de las naciones, el pecho de los reyes mamarás;
y conocerás que yo Yahvé soy el Salvador tuyo
y Redentor tuyo, el Fuerte de Jacob.

17 En vez de bronce traeré oro, y por hierro plata,
por madera bronce, y por piedras hierro;
y pondré la paz por tu tributo,
y la justicia por tu exactor.

18 Nunca más se oirá en tu tierra violencia,
ni destrucción ni quebrantamiento en tus términos,
sino que a tus muros llamarás Salvación,
y a tus puertas Alabanza.

19 El sol nunca más te servirá de luz para el día,
ni el resplandor de la luna te alumbrará,
sino que Yahvé te será por luz perpetua,
y el Dios tuyo por tu gloria.

20 No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna;
porque Yahvé te será por luz perpetua,
y los días de tu luto serán acabados.

21 Y tu pueblo, todos ellos serán justos, para siempre heredarán la tierra;
renuevos de mi plantío, obra de mis manos, para glorificarme.

22 El pequeño vendrá a ser mil,
el menor, nación fuerte.
Yo Yahvé, a su tiempo, haré que esto sea cumplido pronto».

Capítulo 61

1 El Espíritu del Señor Yahvé está sobre mí,
porque me ha ungido Yahvé;
me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos,
a vendar a los quebrantados de corazón,
a publicar libertad a los cautivos,
y a los presos apertura de la cárcel;

2 a proclamar el año de la buena voluntad de Yahvé,
y el día de venganza del Dios nuestro;
a consolar a todos los enlutados;

3 a ordenar que a los afligidos de Sión se les dé gloria en lugar de ceniza,
óleo de gozo en lugar de luto,
manto de alegría en lugar del espíritu angustiado;
y serán llamados árboles de justicia,
plantío de Yahvé, para gloria suya.

4 Reedificarán las ruinas antiguas,
y levantarán los asolamientos primeros,
y restaurarán las ciudades arruinadas,
los escombros de muchas generaciones.

5 Y extranjeros estarán allí y apacentarán vuestras ovejas,
y los hijos de los extraños serán vuestros labradores y vuestros viñadores.

6 Y vosotros seréis llamados sacerdotes de Yahvé,
ministros de nuestro Dios seréis llamados;
comeréis las riquezas de las naciones,
y con su gloria seréis enaltecidos.

7 En lugar de vuestra doble confusión y de vuestra deshonra,
os alabarán en sus heredades;
por lo cual en sus tierras poseerán el doble,
y tendrán gozo perpetuo.

8 «Porque yo Yahvé soy amante de la justicia,
aborrecedor del latrocinio para holocausto;
por tanto, afirmaré en verdad su obra,
y haré con ellos pacto eterno.

9 Y la descendencia de ellos será conocida entre las naciones,
y sus renuevos en medio de los pueblos;
todos los que los vieren, reconocerán
que son linaje bendito de Yahvé».

10 En gran manera me gozaré en Yahvé,
mi alma se alegrará en mi Dios;
porque me vistió con vestiduras de salvación,
me rodeó de manto de justicia,
como a novio me atavió,
y como a novia adornada con sus joyas.

11 Porque como la tierra produce su renuevo,
y como el huerto hace brotar su semilla,
así el Señor Yahvé hará brotar justicia y alabanza
delante de todas las naciones.

Capítulo 62

1 Por amor de Sión no callaré,
y por amor de Jerusalén no descansaré,
hasta que salga como resplandor su justicia,
y su salvación se encienda como una antorcha.

2 Entonces verán las naciones tu justicia,
y todos los reyes tu gloria;
y te será puesto un nombre nuevo,
que la boca de Yahvé nombrará.

3 Y serás corona de gloria en la mano de Yahvé,
y diadema real en la palma de tu Dios.

4 Nunca más te llamarán «Desamparada»,
ni tu tierra se dirá más «Desolada»;
sino que serás llamada «Hephzibah»,
y tu tierra, «Beulah»;
porque el amor de Yahvé está en ti,
y tu tierra será desposada.

5 Pues como el joven se desposa con la virgen,
así se desposarán contigo tus hijos;
y como el gozo del esposo con la esposa,
así se gozará contigo el Dios tuyo.

6 Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas;
todo el día y toda la noche no callarán jamás.
Los que hacéis que Yahvé recuerde, no reposéis,

7 ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén,
y la ponga por alabanza en la tierra.

8 Juró Yahvé por su mano derecha, y por el brazo de su poder:
«Que jamás daré tu trigo por comida a tus enemigos,
ni los hijos de extraños beberán el vino
por el cual tú trabajaste;

9 sino que los que lo cosechan lo comerán, y alabarán a Yahvé;
y los que lo vendimian lo beberán en los atrios de mi santuario».

10 ¡Pasad, pasad por las puertas!
¡Allanad el camino al pueblo!
¡Allanad, allanad la calzada!
¡Quitad las piedras!
¡Alzad bandera a los pueblos!

11 He aquí que Yahvé hizo oír hasta lo último de la tierra:
"Decid a la hija de Sión:
«He aquí viene tu Salvador;
he aquí su recompensa con él,
y delante de él su obra»".

12 Y les llamarán «Pueblo Santo»,
«Redimidos de Yahvé»;
y a ti te llamarán «Ciudad Deseada»,
«No dejada».

Capítulo 63

1 ¿Quién es este que viene de Edom,
de Bosra, con vestidos rojos?
¿Este hermoso en su vestido,
que marcha en la grandeza de su poder?
«Yo, el que hablo en justicia,
grande para salvar».

2 ¿Por qué es rojo tu vestido,
y tus ropas como las del que ha pisado en el lagar?

3 «He pisado yo solo el lagar,
y de los pueblos nadie estuvo conmigo;
los pisé con mi ira,
y los hollé con mi furor;
su sangre salpicó mis vestidos,
y manché todas mis ropas.

4 Porque el día de la venganza está en mi corazón,
y el año de mis redimidos ha llegado.

5 Miré, y no había quien ayudara,
y me maravillé que no hubiera quien sustentase;
y me salvó mi brazo,
y me sostuvo mi ira.

6 Y con mi ira hollé los pueblos,
y los embriagué en mi furor,
y derramé su sangre por tierra».

7 De las misericordias de Yahvé haré memoria,
de las alabanzas de Yahvé,
conforme a todo lo que Yahvé nos ha dado,

y de la grandeza de su beneficio hacia la casa de Israel,
que les ha hecho según sus misericordias,
y según la multitud de sus piedades.

8 Porque dijo: «Ciertamente ellos son mi pueblo,
hijos que no mienten»;
y fue su Salvador.

9 En toda angustia de ellos él fue angustiado,
y el ángel de su faz los salvó;
en su amor y en su clemencia los redimió,
y los trajo,
y los levantó todos los días de la antigüedad.

10 Mas ellos fueron rebeldes,
e hicieron enojar su Santo Espíritu;
por lo cual se les volvió enemigo,
y él mismo peleó contra ellos.

11 Pero se acordó de los días antiguos,
de Moisés y de su pueblo, diciendo:
«¿Dónde está el que les hizo subir del mar con el pastor de su rebaño?
¿Dónde está el que puso en medio de él su Santo Espíritu,

12 el que los guió por la diestra de Moisés con el brazo de su gloria;
el que dividió las aguas delante de ellos, haciéndose nombre eterno,

13 el que los condujo por los abismos,
como un caballo por el desierto,
sin que tropezaran?».

14 El Espíritu de Yahvé los pastoreó,
como a una bestia que desciende al valle;
así pastoreaste a tu pueblo, para hacerte un nombre glorioso.

15 Mira desde el cielo,
y ve desde tu santa y gloriosa morada:
¿Dónde está tu celo, y tu poder,
la conmoción de tus entrañas y tus piedades para conmigo? ¿Se han estrechado?

16 Porque tú eres nuestro Padre,
si bien Abraham nos ignora,
e Israel no nos reconoce;
tú, Yahvé, eres nuestro Padre;
nuestro Redentor desde la eternidad es tu nombre.

17 ¿Por qué, oh Yahvé, nos has hecho errar de tus caminos,
y endureciste nuestro corazón a tu temor?
Vuélvete por amor de tus siervos,
por las tribus de tu heredad.

18 Por poco tiempo lo poseyó tu pueblo santo;
nuestros enemigos han hollado tu santuario.

19 Hemos venido a ser como aquellos de quienes nunca te enseñoreaste,
sobre los cuales nunca fue llamado tu nombre.

Capítulo 64

1 ¡Oh, si rompieras los cielos y descendieras,
y ante tu presencia se escurriesen los montes,

2 como fuego abrasador de fundiciones,
fuego que hace hervir las aguas,
para que hicieras conocido tu nombre a tus enemigos,
y las naciones temblasen ante tu presencia!

3 Cuando, haciendo cosas terribles cuales nunca esperábamos, descendiste,
fluyeron los montes delante de ti.

4 Ni nunca oyeron los hombres, ni oídos percibieron,
ni ojo ha visto a otro Dios fuera de ti,
que hiciese por el que en él espera.

5 Saliste al encuentro del que con alegría hacía justicia,
de los que se acordaban de ti en tus caminos;
he aquí, tú te enojaste porque pecamos;
en esos caminos hemos permanecido largo tiempo; ¿seremos salvos?

6 Si bien todos nosotros somos como suciedad,
y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia;
y caímos todos nosotros como la hoja,
y nuestras maldades nos llevaron como viento.

7 Nadie hay que invoque tu nombre,
que se despierte para apoyarse en ti;
por lo cual escondiste de nosotros tu rostro,
y nos dejaste marchitar en poder de nuestras maldades.

8 Ahora pues, Yahvé, tú eres nuestro Padre;
nosotros barro, y tú el que nos formaste;
así que obra de tus manos somos todos nosotros.

9 No te aires sobremanera, Yahvé,
ni tengas perpetua memoria de la iniquidad;
mira, te rogamos, pueblo tuyo somos todos nosotros.

10 Tus santas ciudades están desiertas,
Sión es un desierto,
Jerusalén una soledad.

11 La casa de nuestro santuario y de nuestra gloria, en la cual te alabaron nuestros padres,
fue consumida por el fuego;
y todas nuestras cosas preciosas han sido destruidas.

12 ¿Te estarás quieto, oh Yahvé, sobre estas cosas?
¿Callarás y nos afligirás sobremanera?

Capítulo 65

1 "Fui buscado por los que no preguntaban por mí;
fui hallado por los que no me buscaban.
Dijes: «Heme aquí, heme aquí»,
a gente que no invocaba mi nombre.

2 Extendí mis manos todo el día a pueblo rebelde,
el cual anda por camino no bueno, en pos de sus pensamientos;

3 pueblo que en mi cara me provoca de continuo a ira,
sacrificando en huertos y quemando incienso sobre ladrillos;

4 que se quedan en los sepulcros,
y en los lugares escondidos pasan la noche;
que comen carne de cerdo,
y en sus ollas hay caldo de cosas inmundas;

5 que dicen: «Quédate en tu lugar, no te acerques a mí,
porque yo soy más santo que tú».
Estos son humo en mi furor,
fuego que arde todo el día.

6 He aquí que escrito está delante de mí;
no callaré, sino que recompensaré,
y daré el pago en su seno

7 por vuestras iniquidades, dice Yahvé, y por las iniquidades de vuestros padres juntamente,
los cuales quemaron incienso sobre los montes,
y sobre los collados me afrentaron;
por tanto, yo les mediré su obra antigua en su seno".

8 Así dice Yahvé:
"Como si alguno hallase mosto en un racimo, y dijese:
«No lo desperdicies, porque bendición hay en él»;
así haré yo por amor de mis siervos,
que no lo destruiré todo.

9 Sacaré descendencia de Jacob,
y de Judá heredero de mis montes;
y mis escogidos poseerán la tierra por heredad,
y mis siervos habitarán allí.

10 Y será Sarón para habitación de ovejas,
y el valle de Acor para majada de vacas,
para mi pueblo que me buscó.

11 Pero vosotros los que dejáis a Yahvé,
que olvidáis mi santo monte,
que ponéis mesa para la Fortuna,
y suministráis libaciones para el Destino;

12 yo os destinaré a la espada,
y todos vosotros os arrodillaréis al degolladero,
por cuanto llamé, y no respondisteis;
hablé, y no oísteis,
sino que hicisteis lo malo ante mis ojos,
y escogisteis lo que me desagrada".

13 Por tanto, así dijo el Señor Yahvé:
«He aquí que mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre;
he aquí que mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed;
he aquí que mis siervos se alegrarán,
y vosotros seréis avergonzados;

14 he aquí que mis siervos cantarán por júbilo del corazón,
y vosotros clamaréis por el dolor del corazón,
y por el quebrantamiento de espíritu aullaréis.

15 Y dejaréis vuestro nombre por maldición a mis escogidos,
y el Señor Yahvé te matará,
y a sus siervos llamará por otro nombre.

16 El que se bendijere en la tierra, en el Dios de verdad se bendecirá;
y el que jurare en la tierra, por el Dios de verdad jurará;
porque las angustias primeras serán olvidadas,
y serán ocultas a mis ojos.

17 Porque he aquí que yo crearé cielos nuevos y tierra nueva;
y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento.

18 Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre en las cosas que yo creo;
porque he aquí que yo traigo a Jerusalén alegría,
y a su pueblo gozo.

19 Y me alegraré con Jerusalén, y me gozaré con mi pueblo;
y nunca más se oirá en ella voz de lloro, ni voz de clamor.

20 No habrá más allí niño que muera de pocos días,
ni viejo que sus días no cumpla;
porque el niño morirá de cien años,
y el pecador de cien años será maldito.

21 Edificarán casas, y morarán en ellas;
plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas.

22 No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma;
porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo,
y mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos.

23 No trabajarán en vano, ni darán a luz para maldición;
porque son linaje de los benditos de Yahvé,
y sus descendientes con ellos.

24 Y antes que clamen, responderé yo;
mientras aún hablan, yo habré oído.

25 El lobo y el cordero serán apacentados juntos,
y el león comerá paja como el buey;
y el polvo será el alimento de la serpiente.
No afligirán ni harán mal en todo mi santo monte»,
dice Yahvé.

Capítulo 66

1 Así dice Yahvé:
«El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies;
¿dónde está la casa que me habéis de edificar,
y dónde el lugar de mi reposo?

2 Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron», dice Yahvé;
«pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu,
y que tiembla a mi palabra.

3 El que sacrifica buey es como si matase a un hombre;
el que sacrifica oveja, como si degollase a un perro;
el que ofrece presente, como si ofreciese sangre de cerdo;
el que quema incienso, como si bendijese a un ídolo.
Y pues escogieron sus propios caminos,
y su alma amó sus abominaciones,

4 también yo escogeré para ellos escarnios,
y traeré sobre ellos lo que temieron;
porque llamé, y nadie respondió; hablé, y no oyeron,

sino que hicieron lo malo delante de mis ojos,
y escogieron lo que me desagrada».

5 Oíd palabra de Yahvé, vosotros los que tembláis a su palabra:
"Vuestros hermanos que os aborrecen,
y os echan fuera por causa de mi nombre, dijeron:
«Sea Yahvé glorificado, para que veamos nosotros vuestra alegría»;
mas ellos serán confundidos.

6 Voz de estrépito de la ciudad, voz del templo,
voz de Yahvé que da el pago a sus enemigos".

7 Antes que estuviese de parto, dio a luz;
antes que le viniesen dolores, parió hijo.

8 ¿Quién oyó cosa semejante? ¿Quién vio tal cosa?
¿Concebirá la tierra en un día? ¿Nacerá una nación de una vez?
Pues en cuanto Sión estuvo de parto,
dio a luz sus hijos.

9 «¿Yo que hago dar a luz, no haré nacer?», dice Yahvé.
«¿Yo que hago engendrar, cerraré la matriz?», dice el Dios tuyo.

10 Alegraos con Jerusalén, y gozaos con ella, todos los que la amáis;
llenaos con ella de gozo, todos los que por ella hacíais duelo;

11 para que maméis y os saciéis de los pechos de sus consolaciones;
para que bebáis, y os deleitéis con el resplandor de su gloria".

12 Porque así dice Yahvé: «He aquí que yo extiendo sobre ella paz como un río,
y la gloria de las naciones como torrente que se desborda;
y mamaréis, y en los brazos seréis traídos,
y sobre las rodillas seréis mimados.

13 Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros,
y en Jerusalén tomaréis consuelo».

14 Y veréis, y se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos reverdecerán como la hierba;
y la mano de Yahvé para con sus siervos será conocida,
y se enojará contra sus enemigos.

15 Porque he aquí que Yahvé vendrá con fuego, y sus carros como torbellino,
para descargar su ira con furor, y su reprensión con llama de fuego.

16 Porque Yahvé juzgará con fuego y con su espada a toda carne;
y los muertos de Yahvé serán muchos.

17 «Los que se santifican y los que se purifican en los huertos, unos tras otros, los que comen carne de cerdo y abominación y ratón, juntamente serán talados», dice Yahvé.

18 «Porque yo conozco sus obras y sus pensamientos; tiempo viene para juntar a todas las naciones y lenguas; y vendrán, y verán mi gloria.

19 Y pondré entre ellos señal, y enviaré de los escapados de ellos a las naciones, a Tarsis, a Pul y a Lud que disparan arco, a Tubal y a Javán, a las costas lejanas que no oyeron de mí, ni vieron mi gloria; y publicarán mi gloria entre las naciones.

20 Y traerán a todos vuestros hermanos de entre todas las naciones, por ofrenda a Yahvé, en caballos, en carros, en literas, en mulos y en camellos, a mi santo monte de Jerusalén, dice Yahvé, al modo que los hijos de Israel traen la ofrenda en utensilios limpios a la casa de Yahvé.

21 Y tomaré también de ellos para sacerdotes y levitas», dice Yahvé.

22 «Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí», dice Yahvé, «así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre.

23 Y de mes en mes, y de sábado en sábado, vendrán todos a adorar delante de mí», dice Yahvé.

24 «Y saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí;
porque su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará, y serán abominables a
toda carne».

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

JEREMÍAS

Capítulo 1

1 Palabras de Jeremías, hijo de Hilcías, uno de los sacerdotes que estaban en Anatot, en la tierra de Benjamín.

2 La palabra de Yahvé le llegó en los días de Josías hijo de Amón, rey de Judá, en el año trece de su reinado.

3 También le llegó en los días de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, hasta el fin del undécimo año de Sedequías hijo de Josías, rey de Judá, cuando Jerusalén fue llevada cautiva en el quinto mes.

4 Vino, pues, la palabra de Yahvé a mí, diciendo:

5 «Antes de que te formase en el vientre, te conocí.
Antes de que nacieses, te santifiqué.
Te he puesto por profeta a las naciones».

6 Y yo dije: "¡Ah, Señor Yahvé! He aquí que no sé hablar, pues soy un muchacho".

7 Pero Yahvé me dijo: "No digas: 'Soy un muchacho'; porque irás a dondequiera que yo te envíe, y dirás todo lo que yo te mande.

8 No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte", dice Yahvé.

9 Entonces Yahvé extendió su mano y tocó mi boca. Y me dijo Yahvé: «He aquí que he puesto mis palabras en tu boca.

10 Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para derribar, para destruir y para arruinar, para edificar y para plantar».

11 La palabra de Yahvé vino a mí, diciendo: «¿Qué ves tú, Jeremías?» Dije: «Veo una vara de almendro».

12 Y me dijo Yahvé: «Bien has visto; porque yo velo sobre mi palabra para ponerla por obra».

13 Vino a mí la palabra de Yahvé por segunda vez, diciendo: «¿Qué ves tú?» Dije: «Veo una olla que hierve; y su faz está hacia el norte».

14 Me dijo Yahvé: «Del norte se desatará el mal sobre todos los moradores de la tierra.

15 Porque he aquí que yo convoco a todas las familias de los reinos del norte — dice Yahvé —.
Vendrán, y pondrá cada uno su trono a la entrada de las puertas de Jerusalén,
y frente a todos sus muros en derredor, y contra todas las ciudades de Judá.

16 Y a causa de toda su maldad, proferiré mis juicios contra los que me abandonaron,
e incensaron a dioses extraños,
y la obra de sus manos adoraron.

17 Tú, pues, cíñete la cintura, levántate y diles todo lo que te mande. No te amedrentes delante de ellos, para que no te haga yo quebrantar delante de ellos.

18 Porque he aquí que yo te he puesto hoy como ciudad fortificada, como columna de hierro, y como muro de bronce contra toda esta tierra, contra los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes y el pueblo de la tierra.

19 Pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo — dice Yahvé — para librarte».

Capítulo 2

1 La palabra de Yahvé vino a mí, diciendo:

2 "Ve y proclama a los oídos de Jerusalén, diciendo: 'Así dice Yahvé:
«Recuerdo en favor tuyo la lealtad de tu juventud,
el amor de tu desposorio,

cómo me seguiste en el desierto,
en tierra no sembrada.

3 Israel era santidad para Yahvé,
las primicias de su cosecha.
Todos los que lo devoraban eran culpables;
el mal venía sobre ellos», dice Yahvé"".

4 ¡Escuchad la palabra de Yahvé, casa de Jacob, y todas las familias de la casa de Israel!

5 Así dice Yahvé:
"¿Qué injusticia hallaron vuestros padres en mí,
para que se alejaran de mí,
y se fueran tras la vanidad
y se hicieran ellos mismos vanos?

6 No dijeron: '¿Dónde está Yahvé, que nos hizo subir de la tierra de Egipto,
que nos condujo por el desierto,
por tierra de páramos y de fosas,
por tierra de sequedal y de sombra de muerte,
por tierra por la cual no pasó varón,
ni en ella habitó hombre alguno?'.

7 Y os introduje en tierra de abundancia,
para que comieseis sus frutos y sus bienes;
pero entrasteis y contaminasteis mi tierra,
e hicisteis de mi heredad una abominación.

8 Los sacerdotes no dijeron: '¿Dónde está Yahvé?',
y los que manejaban la ley no me conocieron.
Los pastores también se rebelaron contra mí,
y los profetas profetizaron por Baal,
y anduvieron tras lo que de nada aprovecha.

9 «Por tanto, pleitearé aún con vosotros», dice Yahvé,
"y con los hijos de vuestros hijos pleitearé.

10 Pues pasad a las costas de Quitim y ved;
enviad a Cedar y considerad con diligencia,
y ved si se ha hecho cosa semejante a esta.

11 ¿Ha cambiado alguna nación sus dioses,
aunque ellos no son dioses?
Sin embargo, mi pueblo ha trocado su gloria por lo que no aprovecha.

12 «Espantaos, cielos, sobre esto,
y horrorizaos;
quedad totalmente desolados», dice Yahvé.

13 "Porque dos males ha hecho mi pueblo:
me abandonaron a mí, fuente de agua viva,
y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen el agua.

14 ¿Es Israel un siervo?
¿Es un esclavo de nacimiento?
¿Por qué, pues, ha venido a ser presa?

15 Los cachorros del león rugieron contra él, alzaron su voz;
asolaron su tierra,
y sus ciudades han sido quemadas hasta quedar sin morador.

16 Incluso los hijos de Menfis y de Tafnes te han quebrantado la coronilla.

17 "¿No te acarreaste esto a ti mismo,
por haber abandonado a Yahvé tu Dios,
cuando él te conducía por el camino?

18 Y ahora, ¿qué tienes tú que ver con el camino de Egipto para beber las aguas del Sijor?
¿Y qué tienes tú que ver con el camino de Asiria para beber las aguas del Río?

19 «Tu propia maldad te castigará,
y tus apostasías te condenarán.
Sabe, pues, y ve que es cosa mala y amarga
el haber abandonado tú a Yahvé tu Dios,
y el no tener mi temor en ti», dice el Señor, Yahvé de los Ejércitos.

20 "Porque hace mucho que rompí tu yugo
y rompí tus coyundas,
y dijiste: 'No serviré'.
Porque sobre todo collado alto y debajo de todo árbol frondoso
te echabas tú como una ramera.

21 Yo te planté como vid noble,
simiente verdadera toda ella;
¿cómo, pues, te me has vuelto sarmiento degenerado de vid extraña?

22 Aunque te laves con lejía,
y amontones jabón sobre ti,
la mancha de tu iniquidad está delante de mí", dice el Señor Yahvé.

23 "¿Cómo puedes decir: 'No soy inmunda,
nunca anduve tras los baales'?
Mira tus pasos en el valle,
reconoce lo que has hecho,
dromedaria ligera que cruza sus caminos;

24 asna montés acostumbrada al desierto, que olfatea el viento en su ardor.
De su celo, ¿quién la podrá retraer?
Todos los que la busquen no tendrán que cansarse; en su mes la hallarán.

25 "Guarda tus pies de andar descalzos
y tu garganta de la sed.
Pero dijiste: 'No hay remedio;
no, porque he amado a extraños
y tras ellos he de ir'.

26 Como se avergüenza el ladrón cuando es sorprendido,
así se avergonzará la casa de Israel,
ellos, sus reyes, sus príncipes, sus sacerdotes y sus profetas,

27 que dicen al leño: 'Mi padre eres tú',
y a la piedra: 'Tú me has engendrado'.
Porque me han vuelto la espalda
y no el rostro;
pero en el tiempo de su calamidad dicen: '¡Levántate y sálvanos!'.

28 "¿Y dónde están tus dioses que para ti hiciste?
¡Que se levanten ellos, a ver si pueden salvarte en el tiempo de tu aflicción!
Porque según el número de tus ciudades son tus dioses, oh Judá.

29 «¿Por qué altercáis conmigo?
Todos vosotros os habéis rebelado contra mí», dice Yahvé.

30 "En vano he azotado a vuestros hijos;
no han recibido corrección.
Vuestra propia espada devoró a vuestros profetas
como león destrozador.

31 ¡Oh generación!, atended vosotros a la palabra de Yahvé.
¿He sido yo un desierto para Israel,
o tierra de tinieblas?
¿Por qué dice mi pueblo: 'Somos libres,
no vendremos más a ti'?

32 "¿Se olvida la virgen de sus atavíos,
o la desposada de su gala?
Pero mi pueblo se ha olvidado de mí por días innumerables.

33 ¡Qué bien preparas tu camino para buscar amor!
Así, aun a las malvadas enseñaste tus caminos.

34 Aun en tus faldas se halló la sangre de las almas de los pobres inocentes.
No los hallaste en pleno robo,
sino que la sangre está sobre todas estas cosas.

35 "Y todavía dices: 'Soy inocente,
de cierto su ira se apartó de mí'.
He aquí, yo entraré en juicio contigo,
porque dijiste: 'No he pecado'.

36 ¿Por qué te apresuras tanto para cambiar tus caminos?
También de Egipto serás avergonzada,
como fuiste avergonzada de Asiria.

37 También de allí saldrás con las manos sobre tu cabeza,
porque Yahvé rechazó a aquellos en quienes confías,
y no prosperarás con ellos".

Capítulo 3

1 "Dicen: «Si un hombre abandona a su mujer, y ella se aleja de él y pasa a ser de otro hombre, ¿volverá él a ella? ¿No estaría esa tierra totalmente contaminada? Pues tú has fornicado con muchos amantes; ¡pero vuelve a mí!», dice Yahvé.

2 "¡Levanta tus ojos a las alturas yermas y mira! ¿Dónde no te has entregado? Te sentabas a esperarlos junto al camino, como un árabe en el desierto. Has contaminado la tierra con tu ramería y con tu maldad.

3 Por eso las lluvias han sido retenidas y no ha habido lluvia tardía; sin embargo, has tenido frente de ramera y no quisiste avergonzarte.

4 ¿No me gritarás desde ahora: 'Padre mío, tú eres el guía de mi juventud'?

5 "'¿Guardará su ira para siempre? ¿La mantendrá hasta el fin?'. He aquí que has hablado y has hecho cosas malas, y te has salido con la tuya".

6 Además, Yahvé me dijo en los días del rey Josías: "¿Has visto lo que ha hecho la
rebelde Israel? Se ha subido a todo monte alto y a todo árbol frondoso, y allí ha
fornicado.

7 Después de haber hecho todas estas cosas, dije: 'Volverá a mí'; pero no volvió, y
su hermana traidora, Judá, lo vio.

8 Vi que, por esta misma causa, la rebelde Israel había cometido adulterio, y yo la
había repudiado dándole carta de divorcio; pero la traicionera Judá, su hermana,
no tuvo temor, sino que también fue y se hizo ramera.

9 Y sucedió que por la ligereza de su ramería, la tierra fue contaminada, y ella co-
metió adulterio con la piedra y con el leño.

10 Pero con todo esto, su hermana traidora, Judá, no se ha vuelto a mí de todo co-
razón, sino sólo en apariencia", dice Yahvé.

11 Y me dijo Yahvé: "La infiel Israel se ha mostrado más justa que la traicionera
Judá.

12 Ve y proclama estas palabras hacia el norte, y di: 'Vuelve, oh rebelde Israel', dice
Yahvé; 'no haré caer mi ira sobre vosotros, porque soy misericordioso', dice
Yahvé. 'No guardaré el enojo para siempre.

13 Solo reconoce tu iniquidad, que contra Yahvé tu Dios te has rebelado, y tus ca-
minos has repartido a los extraños debajo de todo árbol frondoso, y no habéis
obedecido mi voz'", dice Yahvé.

14 "Volved, hijos descarriados — dice Yahvé —, porque yo soy vuestro señor. Os
tomaré, uno de una ciudad y dos de una familia, y os introduciré en Sión.

15 Y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con ciencia y con
inteligencia.

16 Y acontecerá que cuando os multipliquéis y crezcáis en la tierra en aquellos días
— dice Yahvé —, no se dirá más: '¡El arca de la alianza de Yahvé!'. No vendrá al
pensamiento, ni se acordarán de ella, ni la echarán de menos, ni se hará otra.

17 En aquel tiempo llamarán a Jerusalén 'Trono de Yahvé'; y todas las naciones se reunirán en ella, al nombre de Yahvé en Jerusalén; y no andarán más tras la dureza de su malvado corazón.

18 En aquellos días la casa de Judá caminará con la casa de Israel, y vendrán juntamente de la tierra del norte a la tierra que di en heredad a vuestros padres.

19 "Yo dije: '¡Cómo os pondría entre los hijos y os daría la tierra deseable, la rica heredad de las naciones!'.

20 «Pero como la mujer traiciona a su compañero, así me habéis traicionado vosotros, casa de Israel», dice Yahvé.

21 Voz fue oída sobre las alturas yermas, llanto y ruegos de los hijos de Israel; porque han torcido su camino, se han olvidado de Yahvé su Dios.

22 «Volved, hijos descarriados, y sanaré vuestra rebelión». «He aquí que venimos a ti, porque tú eres Yahvé nuestro Dios.

23 Ciertamente vana es la esperanza en los collados y el bullicio de los montes; ciertamente en Yahvé nuestro Dios está la salvación de Israel.

24 Lo vergonzoso devoró el trabajo de nuestros padres desde nuestra juventud: sus ovejas, sus vacas, sus hijos y sus hijas.

25 Yaceremos en nuestra vergüenza, y nuestra confusión nos cubrirá; porque pecamos contra Yahvé nuestro Dios, nosotros y nuestros padres, desde nuestra juventud hasta este día, y no hemos obedecido la voz de Yahvé nuestro Dios».

Capítulo 4

1 "Si te volvieres, oh Israel — dice Yahvé —, si te volvieres a mí y quitares tus abominaciones de mi presencia, no serás removido.

2 Y jurarás: 'Vive Yahvé', en verdad, en juicio y en justicia; y las naciones se bendecirán en él, y en él se gloriarán".

3 Porque así dice Yahvé a los varones de Judá y de Jerusalén: "Romped vuestro barbecho y no sembréis entre espinos.

4 Circuncidaos a Yahvé, y quitad el prepucio de vuestro corazón, varones de Judá y moradores de Jerusalén; no sea que mi ira salga como fuego, y se encienda de modo que no haya quien la apague, a causa de la maldad de vuestras obras.

5 Proclamad en Judá y haced que se oiga en Jerusalén, y decid: '¡Tocad la trompeta en la tierra!'. Clamad en alta voz y decid: '¡Reuníos! Entremos en las ciudades fortificadas'.

6 Alzad estandarte hacia Sión; haced que se pongan a salvo y no os detengáis; porque yo hago venir del norte el mal y una gran destrucción".

7 El león ha subido de su espesura, y el destruidor de naciones está en marcha; ha salido de su lugar para dejar tu tierra desolada; tus ciudades serán asoladas hasta quedar sin morador.

8 Por esto, vestíos de cilicio, lamentad y aullad; porque el ardor de la ira de Yahvé no se ha apartado de nosotros.

9 «Y sucederá en aquel día — dice Yahvé — que desfallecerá el corazón del rey y el corazón de los príncipes; los sacerdotes estarán atónitos y se maravillarán los profetas».

10 Entonces dije: "¡Ah, Señor Yahvé! Verdaderamente has engañado en gran manera a este pueblo y a Jerusalén, diciendo: 'Paz tendréis', cuando la espada ha llegado hasta el alma".

11 En aquel tiempo se dirá a este pueblo y a Jerusalén: «Viento solano de las alturas yermas del desierto viene hacia la hija de mi pueblo, no para aventar ni para limpiar.

12 Un viento más impetuoso que este vendrá a mi servicio. Y ahora yo también pronunciaré mis juicios contra ellos».

13 He aquí que subirá como nube, y sus carros serán como torbellino; más ligeros son sus caballos que las águilas. ¡Ay de nosotros, porque estamos arruinados!

14 Lava tu corazón de la maldad, oh Jerusalén, para que seas salva. ¿Hasta cuándo permitirás en medio de ti tus malos pensamientos?

15 Porque una voz anuncia desde Dan y publica el mal desde los montes de Efraín.

16 "Decid a las naciones: 'He aquí'; haced oír contra Jerusalén: 'Vienen sitiadores de tierra lejana, y darán su voz contra las ciudades de Judá'.

17 Como guardas de campo están en derredor de ella, porque contra mí se rebeló", dice Yahvé.

18 «Tu camino y tus obras te acarrearon esto; esta es tu maldad, por lo cual es amarga, pues llega hasta tu corazón».

19 ¡Mis entrañas, mis entrañas! ¡Me duelen las fibras de mi corazón! Mi corazón se conmueve dentro de mí; no callaré, porque sonido de trompeta has oído, alma mía, pregón de guerra.

20 Quebrantamiento sobre quebrantamiento es anunciado; porque toda la tierra es devastada. De repente son destruidas mis tiendas, en un momento mis cortinas.

21 ¿Hasta cuándo he de ver el estandarte y oír el sonido de la trompeta?

22 «Porque mi pueblo es necio, no me conocieron; son hijos insensatos y carecen de entendimiento; sabios son para hacer el mal, pero para hacer el bien no tienen conocimiento».

23 Miré la tierra, y he aquí que estaba asolada y vacía; y a los cielos, y no había en ellos luz.

24 Miré los montes, y he aquí que temblaban, y todos los collados fueron conmovidos.

25 Miré, y no había hombre, y todas las aves del cielo se habían ido.

26 Miré, y he aquí que el campo fértil era un desierto, y todas sus ciudades eran asoladas ante la presencia de Yahvé, ante el ardor de su ira.

27 Porque así dijo Yahvé: «Toda la tierra será asolada; pero no haré de ella una destrucción completa.

28 Por esto se luterá la tierra, y los cielos arriba se oscurecerán, porque yo hablé, lo pensé, y no me arrepentí ni desistiré de ello».

29 Al estruendo de la gente de a caballo y de los flecheros huyó toda la ciudad; se metieron en las espesuras y subieron a los peñascos. Todas las ciudades fueron abandonadas y no quedó en ellas hombre alguno.

30 Y tú, destruida, ¿qué harás? Aunque te vistas de grana, aunque te adornes con atavíos de oro, aunque pintes con antimonio tus ojos, en vano te engalanas; te menosprecian tus amantes, buscan tu vida.

31 Porque oí una voz como de mujer que está de parto, angustia como de primeriza; voz de la hija de Sión que jadea y extiende sus manos, diciendo: «¡Ay de mí ahora! que mi alma desmaya ante los asesinos».

Capítulo 5

1 "Corred de una parte a otra por las calles de Jerusalén; ved ahora, sabed y buscad en sus plazas si halláis un solo hombre, si hay alguien que actúe con justicia, que busque la verdad; y yo la perdonaré.

2 Aunque digan: 'Vive Yahvé', ciertamente en falso juran".

3 Oh Yahvé, ¿no miran tus ojos la verdad? Los azotaste, y no les dolió; los consumiste, y no quisieron recibir corrección; endurecieron sus rostros más que la roca, no quisieron convertirse.

4 Pero yo dije: «Ciertamente estos son pobres, han enloquecido, pues no conocen el camino de Yahvé, ni el juicio de su Dios.

5 Iré a los grandes y les hablaré, porque ellos conocen el camino de Yahvé y el juicio de su Dios». Pero estos también, de común acuerdo, rompieron el yugo y rompieron las coyundas.

6 Por tanto, el león de la selva los matará, el lobo del desierto los destruirá, el leopardo acechará sus ciudades; cualquiera que de ellas saliere será despedazado; porque sus rebeliones se han multiplicado y sus apostasías se han aumentado.

7 "¿Cómo te he de perdonar por esto? Tus hijos me dejaron y juraron por lo que
no es dios. Los sacié, y adulteraron, y en casas de rameras se juntaron en tropel.

8 Como caballos bien cebados, cada cual relinchaba tras la mujer de su prójimo.

9 ¿No he de castigar esto? — dice Yahvé —. ¿De una nación como esta no se vengará mi alma?

10 "Subid a sus muros y destruid, mas no hagáis destrucción completa; quitad sus
vástagos, porque no son de Yahvé.

11 Porque resueltamente se rebelaron contra mí la casa de Israel y la casa de Judá
— dice Yahvé —.

12 Negaron a Yahvé y dijeron: 'Él no existe; no vendrá mal sobre nosotros, ni veremos espada ni hambre.

13 Los profetas serán como viento, porque la palabra no está en ellos; que se haga
así con ellos'".

14 Por tanto, así dice Yahvé, Dios de los Ejércitos: "Por haber hablado esta palabra, he aquí que yo pongo mis palabras en tu boca por fuego, y a este pueblo por leña, y los consumirá.

15 He aquí yo traigo sobre vosotros una nación de lejos, oh casa de Israel — dice
Yahvé —; es nación robusta, nación antigua, nación cuya lengua ignoras y no entenderás lo que hable.

16 Su aljaba es como sepulcro abierto; todos ellos son valientes.

17 Y comerá tu cosecha y tu pan, que habían de comer tus hijos y tus hijas; comerá tus ovejas y tus vacas, comerá tus vides y tus higueras, y a espada arruinará tus ciudades fortificadas en que confías.

18 "Sin embargo, en aquellos días — dice Yahvé — no os destruiré del todo.

19 Y cuando digáis: '¿Por qué Yahvé nuestro Dios nos hizo todas estas cosas?', entonces les dirás: 'De la manera que me abandonasteis a mí y servisteis a dioses ajenos en vuestra tierra, así serviréis a extraños en tierra ajena'.

20 "Anunciad esto en la casa de Jacob y haced que se oiga en Judá, diciendo:

21 'Oíd ahora esto, pueblo necio y sin entendimiento, que tenéis ojos y no veis, que tenéis oídos y no oís:

22 ¿A mí no me temeréis? — dice Yahvé —. ¿No temblaréis ante mi presencia, yo que puse la arena por límite al mar, por ordenación eterna la cual no quebrantará? Se levantarán tempestades, mas no prevalecerán; bramarán sus ondas, mas no la pasarán'.

23 "Pero este pueblo tiene corazón falso y rebelde; se apartaron y se fueron.

24 Y no dijeron en su corazón: 'Temamos ahora a Yahvé Dios nuestro, que da la lluvia temprana y la tardía en su tiempo, y nos guarda los tiempos señalados de la siega'.

25 "Vuestras iniquidades han estorbado estas cosas, y vuestros pecados apartaron de vosotros el bien.

26 Porque se hallaron en mi pueblo hombres malvados; acechaban como quien pone lazos, pusieron trampa para cazar hombres.

27 Como jaula llena de pájaros, así están sus casas llenas de engaño; así se hicieron grandes y ricos.

28 Engordaron y brillan, y sobrepasaron los hechos del malvado; no juzgaron la causa, la causa del huérfano, para que prosperase, ni defendieron el derecho de los pobres.

29 "¿No he de castigar esto? — dice Yahvé —. ¿De una nación como esta no se vengará mi alma?

30 «Cosa espantosa y fea es hecha en la tierra:

31 los profetas profetizaron mentira, y los sacerdotes dirigían por manos de ellos; y mi pueblo así lo quiso. ¿Qué pues haréis al fin de ello?».

Capítulo 6

1 «¡Huid para poneros a salvo, hijos de Benjamín, de en medio de Jerusalén! Tocad la trompeta en Tecoa y alzad señal en Bet-Haquerem, porque del norte se asoma el mal y una gran destrucción.

2 Destruiré a la hermosa y delicada hija de Sión.

3 Pastores con sus rebaños vendrán a ella; contra ella plantarán sus tiendas en derredor; cada uno apacentará en su lugar».

4 «¡Preparad la guerra contra ella! ¡Levantaos! Subamos al mediodía. ¡Ay de nosotros!, porque el día declina, porque las sombras de la tarde se han extendido.

5 ¡Levantaos! Subamos de noche y destruyamos sus palacios».

6 Porque así dijo Yahvé de los Ejércitos: «Cortad árboles y levantad terraplén contra Jerusalén. Esta es la ciudad que ha de ser castigada; toda ella está llena de opresión.

7 Como el pozo brota sus aguas, así ella brota su maldad. Violencia y destrucción se oyen en ella; ante mí hay continuamente enfermedades y heridas.

8 Corrígete, Jerusalén, para que no se aparte mi alma de ti, para que no te convierta en desierto, en tierra no habitada».

9 Así dice Yahvé de los Ejércitos: «Rebuscarán como a una vid el resto de Israel. Vuelve tu mano, como el vendimiador, a los cestos».

10 ¿A quién hablaré y amonestaré para que oigan? He aquí que sus oídos son incircuncisos y no pueden escuchar. He aquí que la palabra de Yahvé les es cosa de oprobio; no tienen en ella deleite.

11 Por tanto, estoy lleno de la ira de Yahvé; estoy cansado de contenerla.
"Viértela sobre los niños en la calle,
y sobre la reunión de los jóvenes juntamente;
porque el marido con la mujer serán apresados,
el anciano con el que está lleno de días.

12 Sus casas serán traspasadas a otros,
sus campos y sus mujeres juntamente;
porque extenderé mi mano sobre los moradores de la tierra — dice Yahvé —.

13 Porque desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, cada uno sigue la codicia;
y desde el profeta hasta el sacerdote, todos actúan con engaño.

14 Curan la herida de mi pueblo con ligereza,
diciendo: '¡Paz, paz!', y no hay paz.

15 ¿Se han avergonzado de haber cometido abominación?
Ciertamente no se han avergonzado, ni aun saben qué es sonrojarse.
Por tanto, caerán entre los que caigan;
cuando los visite, serán abatidos", dice Yahvé.

16 Así dice Yahvé: "Paraos en los caminos y mirad, y preguntad por las sendas antiguas: '¿Cuál es el buen camino?'. Y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma". Mas ellos dijeron: 'No andaremos'.

17 "Puse también sobre vosotros atalayas que dijesen: 'Atended al sonido de la trompeta'". Mas ellos dijeron: 'No atenderemos'.

18 «Por tanto, oíd, naciones, y conoced, oh congregación, lo que hay entre ellos.

19 Oye, tierra: He aquí yo traigo sobre este pueblo el mal, el fruto de sus pensamientos; porque no atendieron a mis palabras, y desecharon mi ley.

20 ¿Para qué viene a mí este incienso de Sabá, y la caña olorosa de tierra lejana? Vuestros holocaustos no son aceptables, ni vuestros sacrificios me agradan».

21 Por tanto, así dice Yahvé: «He aquí yo pongo a este pueblo tropiezos, y en ellos tropezarán los padres y los hijos juntamente; el vecino y su amigo perecerán».

22 Así dice Yahvé: «He aquí que viene un pueblo de la tierra del norte, y una nación grande se levantará de los confines de la tierra.

23 Arco y lanza manejarán; son crueles y no tendrán misericordia. Su estruendo brama como el mar, y montan a caballo; cada uno está dispuesto como hombre de guerra contra ti, oh hija de Sión».

24 Su fama oímos, y nuestras manos se descoyuntaron; se apoderó de nosotros angustia, dolor como de mujer de parto.

25 No salgas al campo, ni andes por el camino; porque la espada del enemigo y el terror están por todas partes.

26 Hija de mi pueblo, cíñete de cilicio y revuélcate en ceniza; pon luto como por hijo único, llanto de amargura; porque pronto vendrá sobre nosotros el destruidor.

27 «Por probador de metales te he puesto en mi pueblo, por fortaleza, para que conozcas y examines el camino de ellos.

28 Todos ellos son rebeldes obstinados, andan calumniando; son bronce e hierro; todos ellos son corruptores.

29 Sopló el fuelle, el plomo ha sido consumido por el fuego; en vano fundió el fundidor, pues los malvados no han sido arrancados.

30 Plata desechada los llamarán, porque Yahvé los desechó».

Capítulo 7

1 Palabra que vino a Jeremías de parte de Yahvé, diciendo:

2 "Ponte a la puerta de la casa de Yahvé y proclama allí esta palabra, y di: 'Oíd la palabra de Yahvé, todos los de Judá, los que entráis por estas puertas para adorar a Yahvé'".

3 Así dice Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel: "Enmendad vuestros caminos y vuestras obras, y os haré habitar en este lugar.

4 No confiéis en palabras mentirosas, diciendo: 'Templo de Yahvé, templo de Yahvé, templo de Yahvé es este'.

5 Porque si enmendáis fielmente vuestros caminos y vuestras obras, si practicáis verdaderamente la justicia entre el hombre y su prójimo,

6 y no oprimís al extranjero, al huérfano y a la viuda, ni derramáis en este lugar la sangre inocente, ni andáis en pos de dioses ajenos para vuestro mal,

7 entonces os haré habitar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre.

8 He aquí, vosotros confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan.

9 ¿Hurtaréis, mataréis, cometeréis adulterio, juraréis en falso, quemaréis incienso a Baal y andaréis tras dioses extraños que no conocisteis,

10 y luego vendréis y os presentaréis delante de mí en esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, y diréis: 'Librados somos', para seguir haciendo todas estas abominaciones?

11 ¿Es ante vuestros ojos esta casa sobre la cual es invocado mi nombre una cueva de ladrones? He aquí que yo también lo veo", dice Yahvé.

12 "Id ahora a mi lugar en Silo, donde hice habitar mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel.

13 Ahora pues, por cuanto habéis hecho todas estas obras — dice Yahvé —, y os hablé desde temprano y sin cesar, pero no oísteis; y os llamé, mas no respondisteis;

14 haré también con esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, en la que vosotros confiáis, y con el lugar que os di a vosotros y a vuestros padres, como hice con Silo.

15 Y os echaré de mi presencia, como eché a todos vuestros hermanos, a toda la simiente de Efraín.

16 «Tú, pues, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración, ni me ruegues; porque no te oiré.

17 ¿No ves lo que estos hacen en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén?

18 Los hijos recogen la leña, los padres encienden el fuego, y las mujeres amasan la masa para hacer tortas a la reina del cielo y para hacer libaciones a dioses ajenos, para provocarme a ira.

19 ¿Me provocan ellos a ira? — dice Yahvé —. ¿No se provocan más bien a sí mismos, para confusión de sus propios rostros?».

20 Por tanto, así dice el Señor Yahvé: «He aquí que mi furor y mi ira se derramarán sobre este lugar, sobre los hombres, sobre los animales, sobre los árboles del campo y sobre los frutos de la tierra; se encenderá y no se apagará».

21 Así dice Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel: "Añadid vuestros holocaustos a vuestros sacrificios, y comed la carne.

22 Porque no hablé yo con vuestros padres, ni les mandé el día que los saqué de la tierra de Egipto, acerca de holocaustos y de sacrificios.

23 Mas esto les mandé, diciendo: 'Escuchad mi voz, y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo; y andad en todo camino que os mande, para que os vaya bien'.

24 Y no oyeron ni inclinaron su oído; antes bien, caminaron en sus propios consejos, en la dureza de su malvado corazón, y fueron hacia atrás y no hacia adelante.

25 Desde el día que vuestros padres salieron de la tierra de Egipto hasta hoy, os envié a todos los profetas mis siervos, enviándolos desde temprano y sin cesar.

26 Pero no me oyeron ni inclinaron su oído, sino que endurecieron su cerviz, e hicieron peor que sus padres.

27 "Les dirás, pues, todas estas palabras, pero no te oirán; los llamarás, y no te responderán.

28 Les dirás, por tanto: 'Esta es la nación que no escuchó la voz de Yahvé su Dios, ni admitió corrección; pereció la verdad, y de la boca de ellos fue cortada'.

29 Córtate el cabello y arrójalo, y levanta llanto sobre las alturas yermas; porque Yahvé ha desechado y abandonado a la generación objeto de su ira.

30 «Porque los hijos de Judá han hecho lo malo ante mis ojos — dice Yahvé —. Pusieron sus abominaciones en la casa sobre la cual es invocado mi nombre, profanándola.

31 Y han edificado los lugares altos de Tofet, que está en el valle del hijo de Hinom, para quemar al fuego a sus hijos y a sus hijas, cosa que yo no mandé, ni pasó por mi pensamiento.

32 Por tanto, he aquí vienen días — dice Yahvé — en que no se diga más Tofet, ni valle del hijo de Hinom, sino Valle de la Matanza; y serán enterrados en Tofet por no haber otro lugar.

33 Y serán los cuerpos muertos de este pueblo para comida de las aves del cielo y de las bestias de la tierra; y no habrá quien las espante.

34 Y haré cesar de las ciudades de Judá y de las calles de Jerusalén la voz de gozo y la voz de alegría, la voz del esposo y la voz de la esposa; porque la tierra será desolada».

Capítulo 8

1 «En aquel tiempo — dice Yahvé — sacarán de sus sepulcros los huesos de los reyes de Judá, los huesos de sus príncipes, los huesos de los sacerdotes, los huesos de los profetas y los huesos de los moradores de Jerusalén.

2 Y los esparcirán al sol y a la luna y a todo el ejército del cielo, a quienes amaron y a quienes sirvieron, en pos de quienes caminaron, a quienes buscaron y ante quienes se postraron. No serán recogidos ni enterrados; serán como estiércol sobre la faz de la tierra.

3 Y elegirá la muerte antes que la vida todo el resto que quede de esta malvada familia, en todos los lugares a donde yo los arrojé», dice Yahvé de los Ejércitos.

4 "Les dirás asimismo: 'Así dice Yahvé:
"'¿El que cae no se levanta?
¿El que se desvía no vuelve al camino?

5 ¿Por qué, pues, este pueblo de Jerusalén se ha rebelado con rebeldía perpetua?
Abrazaron el engaño,
y no han querido volverse.

6 Escuché y oí; no hablan rectamente.
No hay hombre que se arrepienta de su mal, diciendo: «¿Qué he hecho?».
Cada cual se volvió a su carrera,
como caballo que arremete con ímpetu en la batalla.

7 Aun la cigüeña en el cielo conoce sus tiempos,
y la tórtola, la golondrina y la grulla guardan el tiempo de su venida;
pero mi pueblo no conoce el juicio de Yahvé.

8 "'¿Cómo decís: «Nosotros somos sabios, y la ley de Yahvé está con nosotros»?
Ciertamente la ha cambiado en mentira el estilete mentiroso de los escribas.

9 Los sabios se avergonzaron,
se espantaron y fueron prendidos.
He aquí que desecharon la palabra de Yahvé;
¿y qué sabiduría tienen?

10 Por tanto, daré a otros sus mujeres,
y sus campos a quienes los conquisten;
porque desde el más pequeño hasta el más grande, cada uno sigue la codicia;
desde el profeta hasta el sacerdote, todos actúan con engaño.

11 Y curaron la herida de la hija de mi pueblo con liviandad, diciendo:
«¡Paz, paz!», y no hay paz.

12 ¿Se han avergonzado de haber cometido abominación?
Ciertamente no se han avergonzado,
ni aun saben qué es sonrojarse;
caerán, por tanto, entre los que caigan;
cuando los visite, caerán", dice Yahvé.

13 "'Los cortaré del todo, dice Yahvé.
No habrá uvas en la vid,
ni higos en la higuera,
y se marchitará la hoja;
y lo que les he dado,
les será quitado'".

14 «¿Por qué nos estamos sentados?
¡Reuníos!
Entremos en las ciudades fortificadas y perezcamos allí;
porque Yahvé nuestro Dios nos ha hecho perecer,
y nos ha dado a beber agua de hiel,
porque pecamos contra Yahvé.

15 Esperamos paz, y no hubo bien;
tiempo de salud, y he aquí turbación.

16 Desde Dan se oyó el bufido de sus caballos;
al sonido de los relinchos de sus corceles tembló toda la tierra;
pues vinieron y devoraron la tierra y su abundancia,
la ciudad y los moradores de ella».

17 «Porque he aquí que yo envío sobre vosotros serpientes,
basiliscos contra los cuales no hay encantamiento,
y os morderán», dice Yahvé.

18 ¡A causa de mi dolor, busco consuelo!
Mi corazón desfallece en mí.

19 He aquí la voz del clamor de la hija de mi pueblo desde tierra lejana:
«¿No está Yahvé en Sión?
¿No está su Rey en ella?».
«¿Por qué me hicieron airar con sus imágenes talladas,
con vanidades ajenas?».

20 «Pasó la siega,
terminó el verano,
y nosotros no hemos sido salvos».

21 Quebrantado estoy por el quebranto de la hija de mi pueblo;
entenebrecido estoy,
el espanto se ha apoderado de mí.

22 ¿No hay bálsamo en Galaad?
¿No hay allí médico?
¿Por qué, pues, no hubo medicina para la hija de mi pueblo?

Capítulo 9

1 ¡Oh, si mi cabeza se hiciese agua,
y mis ojos manantial de lágrimas,
para que llorase día y noche
por los muertos de la hija de mi pueblo!

2 ¡Quién me diese en el desierto
una posada de caminantes,
para que dejase a mi pueblo
y me apartase de ellos!
Porque todos ellos son adúlteros,
congregación de traidores.

3 «Tensaron su lengua como un arco para la mentira;
se fortalecieron en la tierra, pero no para la verdad;
porque de mal en mal procedieron,
y a mí no me conocieron», dice Yahvé.

4 «Guardaos cada uno de su prójimo,
y en ningún hermano confiéis;
porque todo hermano suplanta con engaño,

y todo prójimo anda calumniando.

5 Cada uno engaña a su compañero,
y no dicen la verdad;
enseñaron su lengua a hablar mentira,
se afanan por cometer iniquidad.

6 Tu morada está en medio del engaño;
por causa del engaño no quisieron conocerme», dice Yahvé.

7 Por tanto, así dice Yahvé de los Ejércitos:
"He aquí que yo los fundiré y los probaré;
porque ¿qué más he de hacer por la hija de mi pueblo?

8 Saeta mortífera es la lengua de ellos; engaño habla.
Con su boca habla paz con su prójimo,
pero en su interior le pone acechanza.

9 ¿No los he de castigar por estas cosas? — dice Yahvé —.
¿De una nación como esta no se vengará mi alma?

10 Por los montes levantaré lloro y lamentación,
y llanto por los pastizales del desierto;
porque han sido incendiados hasta no quedar quien pase por ellos,
ni se oye ya bramido de ganado;
desde las aves del cielo hasta las bestias,
todas huyeron y se fueron.

11 «Reduciré a Jerusalén a montones de ruinas,
a morada de chacales;
y asolaré las ciudades de Judá
hasta que queden sin morador».

12 ¿Quién es hombre sabio que entienda esto? ¿Y a quién habló la boca de Yahvé,
para que pueda declararlo? ¿Por qué causa ha perecido la tierra, y ha sido asolada
como desierto, hasta no haber quien pase por ella?

13 Y dijo Yahvé: «Porque dejaron mi ley, la cual puse delante de ellos, y no obedecieron a mi voz, ni caminaron conforme a ella;

14 antes bien, se fueron tras la dureza de su corazón, y tras los baales, según les enseñaron sus padres».

15 Por tanto, así dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel: «He aquí que a este pueblo yo les daré a comer ajenjo, y les daré a beber agua de hiel.

16 Y los dispersaré entre naciones que ni ellos ni sus padres conocieron; y enviaré espada en pos de ellos, hasta que los acabe».

17 Así dice Yahvé de los Ejércitos:
"Considerad y llamad a las endechadoras para que vengan;
enviad por las que son hábiles en su oficio.

18 ¡Que se den prisa
y levanten llanto por nosotros!
Desháganse nuestros ojos en lágrimas,
y nuestros párpados fluyan en aguas.

19 Porque de Sión se oyó voz de lamentación:
'¡Cómo hemos sido arruinados!
En gran manera hemos sido avergonzados,
porque hemos abandonado la tierra,
y han derribado nuestras moradas'".

20 Oíd, pues, oh mujeres, la palabra de Yahvé;
recibid vuestros oídos la palabra de su boca.
Enseñad endechas a vuestras hijas,
y cada una lamento a su compañera.

21 Porque la muerte ha subido por nuestras ventanas,
ha entrado en nuestros palacios,
para cortar a los niños de las calles
y a los jóvenes de las plazas.

22 Di: "Así dice Yahvé:
'Los cadáveres de los hombres caerán como estiércol sobre la faz del campo,
como manojo tras el segador,
y no habrá quien los recoja'".

23 Así dice Yahvé:
«No se alabe el sabio en su sabiduría,
ni en su valentía se alabe el valiente,
ni el rico se alabe en sus riquezas.

24 Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar:
en entenderme y conocerme,
que yo soy Yahvé, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra;
porque estas cosas quiero», dice Yahvé.

25 «He aquí que vienen días — dice Yahvé — en que castigaré a todo circuncidado que lo es solo en la carne:

26 a Egipto y a Judá, a Edom y a los hijos de Amón y de Moab, y a todos los que se rapan las sienes y habitan en el desierto; porque todas las naciones son incircuncisas, y toda la casa de Israel es incircuncisa de corazón».

Capítulo 10

1 ¡Escuchad la palabra que Yahvé os dice, casa de Israel!

2 Así dice Yahvé:
«No aprendáis el camino de las naciones,
ni de las señales del cielo tengáis temor,
aunque las naciones las teman.

3 Porque las costumbres de los pueblos son vanidad;
porque un leño del bosque cortan,
obra de manos de artífice con la azuela.

4 Con plata y oro lo adornan;
con clavos y martillos lo afianzan
para que no se mueva.

5 Derechos están como palmera, pero no hablan;
son llevados,
porque no pueden andar.
No tengáis temor de ellos,
porque ni pueden hacer mal,
ni para hacer bien tienen poder».

6 No hay nadie semejante a ti, Yahvé;
grande eres tú,
y grande es tu nombre en poderío.

7 ¿Quién no te temerá,
oh Rey de las naciones?
Porque a ti se te debe el temor;
porque entre todos los sabios de las naciones
y en todos sus reinos,
no hay nadie semejante a ti.

8 Todos ellos son torpes y necios;
la enseñanza de las vanidades
no es más que un leño.

9 Traen plata batida de Tarsis
y oro de Ufaz,
obra del artífice y de manos del fundidor;
de azul y de púrpura son sus vestidos;
todo es obra de peritos.

10 Mas Yahvé es el Dios verdadero;
él es el Dios vivo
y el Rey eterno;

ante su ira tiembla la tierra,
y las naciones no pueden sufrir su indignación.

11 "Les diréis esto: 'Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparezcan
de la tierra y de debajo de los cielos'".

12 Él es el que hizo la tierra con su poder,
el que puso en orden el mundo con su saber,
y extendió los cielos con su inteligencia.

13 Cuando emite su voz,
hay estrépito de aguas en los cielos,
y hace subir las nubes de los confines de la tierra;
hace los relámpagos con la lluvia,
y saca el viento de sus depósitos.

14 Todo hombre se ha vuelto torpe y sin ciencia;
todo fundidor se avergüenza de su ídolo,
porque su estatua de fundición es mentira,
y no hay aliento en ella.

15 Vanidad son, obra de escarnio;
en el tiempo de su castigo perecerán.

16 No es como ellos la porción de Jacob;
porque él es el Hacedor de todo,
e Israel es la vara de su heredad;
Yahvé de los Ejércitos es su nombre.

17 Recoged de la tierra vuestros fardos,
vosotros que vivís en el asedio.

18 Porque así dice Yahvé:
«He aquí que esta vez arrojaré con honda a los moradores de la tierra,
y los atribularé para que lo sientan».

19 ¡Ay de mí por mi quebranto!
Mi llaga es muy dolorosa.
Pero yo dije:
«Ciertamente esta es mi enfermedad, y debo sufrirla».

20 Mi tienda ha sido destruida
y todas mis cuerdas están rotas;
mis hijos se fueron de mí y ya no existen;
no hay ya quien extienda mi tienda,
ni quien levante mis cortinas.

21 Porque los pastores se han vuelto necios
y no han buscado a Yahvé;
por tanto, no prosperaron
y todo su rebaño se dispersó.

22 He aquí que viene estruendo de noticias,
y gran conmoción de la tierra del norte,
para convertir las ciudades de Judá en desierto,
en morada de chacales.

23 Conozco, oh Yahvé, que el hombre no es señor de su camino,
ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos.

24 Castígame, oh Yahvé, mas con juicio;
no con tu furor,
para que no me aniquiles.

25 Derrama tu ira sobre las naciones que no te conocen,
y sobre las familias que no invocan tu nombre;
porque devoraron a Jacob,
lo devoraron y lo consumieron,
y asolaron su morada.

Capítulo 11

1 Palabra que vino a Jeremías de parte de Yahvé, diciendo:

2 "Oíd las palabras de este pacto, y hablad a los varones de Judá y a los moradores de Jerusalén;

3 y les dirás: 'Así dice Yahvé, Dios de Israel: Maldito el varón que no obedeciere las palabras de este pacto,

4 el cual mandé a vuestros padres el día que los saqué de la tierra de Egipto, del horno de hierro, diciendo: Obedeced mi voz y ponedlas por obra, conforme a todo lo que os mando; y me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios;

5 para que confirme el juramento que hice a vuestros padres, que les daría la tierra que fluye leche y miel, como en este día'". Entonces respondí y dije: «Amén, Yahvé».

6 Y Yahvé me dijo: "Proclama todas estas palabras en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, diciendo: 'Oíd las palabras de este pacto, y ponedlas por obra'.

7 Porque solemnemente protesté a vuestros padres el día que los hice subir de la tierra de Egipto, y hasta el día de hoy madrugué y protesté diciendo: 'Obedeced mi voz'.

8 Pero no oyeron, ni inclinaron su oído, sino que anduvieron cada uno tras la dureza de su malvado corazón; por tanto, traje sobre ellos todas las palabras de este pacto, el cual mandé que hiciesen, y no lo hicieron".

9 Y me dijo Yahvé: «Se ha hallado conspiración entre los varones de Judá y entre los moradores de Jerusalén.

10 Se han vuelto a las iniquidades de sus primeros padres, los cuales no quisieron escuchar mis palabras, y se fueron tras dioses ajenos para servirles; la casa de Israel y la casa de Judá invalidaron mi pacto, el cual yo había concertado con sus padres».

11 Por tanto, así dice Yahvé: "He aquí yo traigo sobre ellos mal del que no podrán escapar; y clamarán a mí, y no los oiré.

12 E irán las ciudades de Judá y los moradores de Jerusalén, y clamarán a los dioses a quienes queman ellos incienso, los cuales no los podrán salvar en el tiempo de su mal.

13 Porque según el número de tus ciudades fueron tus dioses, oh Judá; y según el número de tus calles, oh Jerusalén, pusiste altares a lo vergonzoso, altares para ofrecer incienso a Baal.

14 «Tú, pues, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración; porque yo no oiré el día que en su aflicción clamen a mí.

15 ¿Qué tiene mi amado en mi casa,
habiendo cometido muchas torpezas?
¿Acaso las carnes santas alejarán de ti tu mal?
Entonces, cuando haces mal,
¿te glorías?».

16 «Olivo verde, hermoso en su fruto y en su parecer»,
llamó Yahvé tu nombre.
A la voz de gran estrépito hizo encender fuego sobre él,
y quebrantaron sus ramas.

17 Porque Yahvé de los Ejércitos, que te plantó, ha pronunciado mal contra ti, a causa de la maldad que la casa de Israel y la casa de Judá han hecho, provocándome a ira al quemar incienso a Baal.

18 Y Yahvé me lo hizo saber, y lo conocí; entonces me hiciste ver sus obras.

19 Y yo era como cordero inocente que llevan a degollar, pues no entendía que maquinaban designios contra mí, diciendo:
«Destruyamos el árbol con su fruto,
y cortémoslo de la tierra de los vivientes,
y no haya más memoria de su nombre».

20 Pero, oh Yahvé de los Ejércitos, que juzgas con justicia,
que escudriñas los riñones y el corazón,
vea yo tu venganza de ellos;
porque ante ti he expuesto mi causa.

21 Por tanto, así dice Yahvé acerca de los varones de Anatot que buscan tu vida, diciendo: «No profetices en nombre de Yahvé, para que no mueras a nuestras manos»;

22 así, pues, dice Yahvé de los Ejércitos: «He aquí que yo los castigaré; los jóvenes morirán a espada, sus hijos y sus hijas morirán de hambre,

23 y no quedará remanente de ellos; porque yo traeré mal sobre los varones de Anatot en el año de su castigo».

Capítulo 12

1 Justo eres tú, Yahvé,
cuando pleiteo contigo;
sin embargo, quisiera discutir contigo un juicio.
¿Por qué prospera el camino de los malvados?
¿Por qué gozan de paz los que actúan con tanta alevosía?

2 Los has plantado, y echaron raíces;
crecen y producen fruto.
Cerca estás tú de sus labios,
pero lejos de su corazón.

3 Pero tú, Yahvé, me conoces;
me ves y pruebas mi corazón para contigo.
Arrástralos como a ovejas para el matadero,
y prepáralos para el día de la matanza.

4 ¿Hasta cuándo estará de luto la tierra,
y se marchitará la hierba de todo el campo?
Por la maldad de los que la habitan,
perecen las bestias y las aves;
pues dijeron:
«Él no verá nuestro fin».

5 «Si corriste con los peones y te cansaron,
¿cómo competirás con los caballos?
Y si en tierra de paz no estabas seguro,
¿qué harás en la espesura del Jordán?

6 Porque incluso tus hermanos y la casa de tu padre,
aun ellos te han traicionado;
aun ellos han gritado tras de ti a plena voz.
No les creas
aunque te hablen con palabras hermosas».

7 «He abandonado mi casa,
he desamparado mi heredad;
he entregado lo que más amaba mi alma en manos de sus enemigos.

8 Mi heredad se ha vuelto para mí como león en la selva;
contra mí lanzó su rugido,
por tanto, la he aborrecido.

9 ¿Es mi heredad para mí como un ave de rapiña moteada?
¿Están las aves de rapiña contra ella en derredor?
Id, reunid a todas las fieras del campo,
traedlas para que la devoren.

10 Muchos pastores han destruido mi viña,
han hollado mi heredad;
han convertido mi preciosa parcela en un desierto desolado.

11 La han asolado;
y estando desolada, llora ante mí.
Toda la tierra ha sido devastada,
porque no hay nadie que reflexione en su corazón.

12 Sobre todas las alturas yermas del desierto vinieron destruidores;
porque la espada de Yahvé devora desde un extremo de la tierra hasta el otro.
No hay paz para ningún mortal.

13 Sembraron trigo y cosecharon espinos;
se esforzaron, mas de nada les aprovechó.
Os avergonzaréis de vuestras cosechas
a causa del ardor de la ira de Yahvé».

14 Así dice Yahvé: "En cuanto a todos mis malos vecinos, que tocan la heredad que hice poseer a mi pueblo Israel: He aquí que yo los arrancaré de su tierra, y arrancaré de entre ellos a la casa de Judá.

15 Y sucederá que, después de haberlos arrancado, volveré a tener misericordia de ellos; y los haré volver, cada uno a su heredad y cada cual a su tierra.

16 Y si aprenden con diligencia los caminos de mi pueblo, para jurar en mi nombre: 'Vive Yahvé', así como ellos enseñaron a mi pueblo a jurar por Baal, entonces serán establecidos en medio de mi pueblo.

17 Pero si no escucharen, arrancaré a esa nación, arrancándola y destruyéndola", dice Yahvé.

Capítulo 13

1 Yahvé me dijo así: «Ve y cómprate un ceñidor de lino, cíñetelo a la cintura y no lo metas en agua».

2 Compré, pues, el ceñidor conforme a la palabra de Yahvé, y me lo ceñí a la cintura.

3 Vino a mí la palabra de Yahvé por segunda vez, diciendo:

4 «Toma el ceñidor que compraste, que está sobre tu cintura, y levántate, ve al Éufrates y escóndelo allí en la hendidura de una peña».

5 Fui, pues, y lo escondí junto al Éufrates, como Yahvé me había mandado.

6 Y sucedió que después de muchos días me dijo Yahvé: «Levántate, ve al Éufrates y toma de allí el ceñidor que te mandé que escondieses allá».

7 Entonces fui al Éufrates, y cavé, y tomé el ceñidor del lugar donde lo había escondido; y he aquí que el ceñidor estaba podrido; para ninguna cosa era bueno.

8 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

9 "Así dice Yahvé: 'De esta manera haré podrir la soberbia de Judá y la mucha altivez de Jerusalén.

10 Este pueblo malo, que no quiere oír mis palabras, que anda en la dureza de su corazón y que va tras dioses ajenos para servirles y para postrarse ante ellos, vendrá a ser como este ceñidor, que para ninguna cosa es bueno.

11 Porque como el ceñidor se pega a la cintura del hombre, así hice que se pegase a mí toda la casa de Israel y toda la casa de Judá — dice Yahvé —, para que me fuesen por pueblo y por renombre, por alabanza y por gloria; pero no escucharon'.

12 "Les dirás, pues, esta palabra: 'Así dice Yahvé, Dios de Israel: «Toda tinaja se llenará de vino»'. Y ellos te dirán: '¿Acaso no sabemos de sobra que toda tinaja se llenará de vino?'

13 Entonces les dirás: 'Así dice Yahvé: «He aquí que yo lleno de embriaguez a todos los moradores de esta tierra, y a los reyes de la estirpe de David que se sientan sobre su trono, a los sacerdotes y profetas, y a todos los moradores de Jerusalén.

14 Y los estrellaré el uno contra el otro, los padres con los hijos juntamente — dice Yahvé —; no perdonaré, ni tendré piedad ni misericordia, para dejar de destruirlos»'".

15 Escuchad y prestad atención; no seáis altivos,
porque Yahvé ha hablado.

16 Dad gloria a Yahvé vuestro Dios,
antes que haga venir las tinieblas,
y antes que vuestros pies tropiecen en los montes de oscuridad;
y esperéis la luz,
y él la vuelva en sombra de muerte
y en densas tinieblas.

17 Mas si no escucharеis esto,
en secreto llorará mi alma a causa de vuestra soberbia;
y llorando amargamente,
se desharán mis ojos en lágrimas,
porque el rebaño de Yahvé fue hecho cautivo.

18 Decid al rey y a la reina madre:
«Humillaos, sentaos en el suelo;
porque la corona de vuestra gloria
ha caído de vuestras cabezas».

19 Las ciudades del Neguev fueron cerradas,
y no hubo quien las abriese;
toda Judá fue trasportada,
llevada fue toda ella en cautiverio.

20 Alzad vuestros ojos
y ved a los que vienen del norte.
¿Dónde está el rebaño que te fue dado,
tu hermoso rebaño?

21 ¿Qué dirás cuando él ponga como jefes sobre ti
a aquellos a quienes tú enseñaste a ser tus amigos?
¿No te darán dolores como de mujer de parto?

22 Si dijeres en tu corazón:
«¿Por qué me ha sucedido esto?»,
sabe que por la multitud de tu maldad fueron descubiertas tus faldas,

y tus talones fueron expuestos a la violencia.

23 ¿Podrá el etíope mudar su piel,
o el leopardo sus manchas?
Así también, ¿podréis vosotros hacer el bien,
estando habituados a hacer el mal?

24 «Por tanto, yo los esparciré
como tamo que pasa
al viento del desierto.

25 Esta es tu suerte,
la porción que yo he medido para ti — dice Yahvé —,
porque te olvidaste de mí
y confiaste en la mentira.

26 Yo, pues, descubriré también tus faldas delante de tu rostro,
y se verá tu ignominia,

27 tus adulterios, tus relinchos, la maldad de tu fornicación
sobre los collados y por los campos.
¡Ay de ti, Jerusalén!
¿No serás limpia?
¿Hasta cuándo todavía?»

Capítulo 14

1 Esta es la palabra de Yahvé que vino a Jeremías con motivo de la sequía:

2 «Judá está de luto,
y sus puertas languidecen;
se sientan en el suelo vestidos de negro,
y el clamor de Jerusalén sube al cielo.

3 Sus nobles enviaron a sus mozos por agua;
vinieron a las cisternas
y no hallaron agua.
Volvieron con sus vasijas vacías;
quedaron avergonzados y confusos,
y cubrieron sus cabezas.

4 Porque el suelo se ha agrietado,
pues no ha llovido en la tierra;
los labradores están confusos
y cubren sus cabezas.

5 Aun la cierva en el campo parió y abandonó su cría,
porque no había hierba.

6 Y los asnos monteses se pusieron en las alturas yermas;
jadeaban como chacales,
sus ojos se nublaron
porque no había vegetación.

7 Aunque nuestras iniquidades testifiquen contra nosotros,
actúa tú, Yahvé, por amor de tu nombre;
porque nuestras rebeliones son muchas,
contra ti hemos pecado.

8 Oh esperanza de Israel,
salvador suyo en el tiempo de la aflicción,
¿por qué has de ser como un forastero en la tierra,
y como un caminante que se retira para pasar la noche?

9 ¿Por qué has de ser como un hombre atónito,
como un valiente que no puede salvar?
Sin embargo, tú, Yahvé, estás en medio de nosotros,
y por tu nombre somos llamados;
no nos desampares».

10 Así dice Yahvé a este pueblo:
«De tal manera les gustó vagar,
que no detuvieron sus pies;
por tanto, Yahvé no los acepta;
se acordará ahora de su iniquidad
y castigará sus pecados».

11 Me dijo entonces Yahvé: «No ruegues por este pueblo para bien.

12 Cuando ayunen, yo no oiré su clamor; y cuando ofrezcan holocausto y ofrenda, no los aceptaré, sino que los consumiré con la espada, con el hambre y con la peste».

13 Y yo dije: "¡Ah, Señor Yahvé! He aquí que los profetas les dicen: 'No veréis espada, ni tendréis hambre, sino que en este lugar os daré una paz segura'".

14 Entonces Yahvé me dijo: "Falsamente profetizan los profetas en mi nombre; yo no los envié, ni les mandé, ni les hablé; visión mentirosa, adivinación, vanidad y el engaño de su propio corazón os profetizan.

15 Por tanto, así dice Yahvé sobre los profetas que profetizan en mi nombre, a los cuales yo no envié, y que dicen: 'Ni espada ni hambre habrá en esta tierra': Con espada y con hambre serán consumidos esos profetas.

16 Y el pueblo a quien profetizan será echado en las calles de Jerusalén por causa del hambre y de la espada, y no habrá quien los entierre, ni a ellos, ni a sus mujeres, ni a sus hijos, ni a sus hijas; pues sobre ellos derramaré su propia maldad.

17 "Les dirás, pues, esta palabra:
"'Desháganse mis ojos en lágrimas noche y día,
y no cesen;
porque de gran quebrantamiento fue quebrantada la virgen hija de mi pueblo,
de una herida muy dolorosa.

18 Si salgo al campo,
¡he aquí los muertos a espada!
Y si entro en la ciudad,
¡he aquí los enfermos de hambre!
Porque tanto el profeta como el sacerdote andan errantes por la tierra
y no saben lo que hacen'".

19 ¿Has desechado del todo a Judá?
¿Ha aborrecido tu alma a Sión?
¿Por qué nos hiciste herir sin que haya para nosotros medicina?
Esperamos paz, y no hubo bien;
tiempo de salud, y he aquí turbación.

20 Reconocemos, Yahvé, nuestra impiedad,
y la iniquidad de nuestros padres;
porque contra ti hemos pecado.

21 No nos deseches, por amor de tu nombre;
no deshonres el trono de tu gloria;
acuérdate, no invalides tu pacto con nosotros.

22 ¿Hay entre las vanidades de las naciones quien haga llover?
¿O darán los cielos lluvias de por sí?
¿No eres tú, Yahvé, nuestro Dios?
En ti, pues, esperaremos;
pues tú hiciste todas estas cosas.

Capítulo 15

1 Entonces Yahvé me dijo: "Aunque Moisés y Samuel se pusiesen delante de mí, mi voluntad no estaría con este pueblo. Échalos de mi presencia, y que salgan.

2 Y si te preguntan: '¿A dónde saldremos?', les dirás: 'Así dice Yahvé:
El que a muerte, a muerte;
el que a espada, a espada;
el que a hambre, a hambre;
y el que a cautiverio, a cautiverio'.

3 Pues enviaré sobre ellos cuatro clases de castigo", dice Yahvé: «la espada para matar, los perros para despedazar, y las aves del cielo y las bestias de la tierra para devorar y destruir.

4 Y los entregaré para ser objeto de espanto a todos los reinos de la tierra, a causa de Manasés hijo de Ezequías, rey de Judá, por lo que hizo en Jerusalén.

5 Porque ¿quién tendrá compasión de ti, Jerusalén?
¿Quién te llorará?
¿O quién se detendrá a preguntar por tu paz?

6 Tú me abandonaste», dice Yahvé.
«Te volviste atrás.
Por tanto, yo extenderé mi mano contra ti
y te destruiré.
Estoy cansado de arrepentirme.

7 Los aventé con el bieldo a las puertas de la tierra.
Los dejé sin hijos.
He deshecho a mi pueblo.
No se convirtieron de sus caminos.

8 Sus viudas se multiplicaron más que la arena de los mares.
Traje contra la madre de los jóvenes un destruidor al mediodía.
Hice que de repente cayesen sobre ella angustia y terrores.

9 La que dio a luz a siete languidece.
Exhaló su aliento.
Su sol se puso siendo aún de día.

Quedó avergonzada y confundida.
Y el resto de ellos lo entregaré a la espada delante de sus enemigos», dice Yahvé.

10 ¡Ay de mí, madre mía, que me diste a luz como hombre de contienda
y hombre de pleito para toda la tierra!
Nunca he prestado, ni nadie me ha prestado;
mas todos me maldicen.

11 Yahvé dijo:
«De cierto tu servicio será para bien.
De cierto haré que el enemigo te suplique en el tiempo del mal
y en el tiempo de la aflicción.

12 ¿Se rompe el hierro,
el hierro del norte y el bronce?

13 Tus bienes y tus tesoros daré a la rapiña sin ningún precio,
y esto por todos tus pecados,
en todo tu territorio.

14 Y los haré pasar a tus enemigos a una tierra que no conoces;
porque el fuego de mi ira se ha encendido,
y arderá sobre vosotros».

15 Tú lo sabes, Yahvé.
Acuérdate de mí, visítame
y véngame de mis perseguidores.
Por tu larga paciencia, no me arrebates.
Sabe que por amor de ti sufro afrenta.

16 Se hallaron tus palabras,
y yo las comí.
Tus palabras fueron para mí el gozo y la alegría de mi corazón,
porque por tu nombre soy llamado, Yahvé, Dios de los Ejércitos.

17 No me senté en la reunión de los que se burlan, ni me regocijé.
A causa de tu mano me senté solo,
porque me llenaste de indignación.

18 ¿Por qué mi dolor es perpetuo,
y mi herida incurable,
que no admite medicina?
¿Serás para mí como arroyo engañoso,
como aguas que no son estables?

19 Por tanto, así dice Yahvé:
«Si te convirtieres, yo te restauraré,
y delante de mí estarás;
y si entresacares lo precioso de lo vil,
serás como mi boca.
Conviértanse ellos a ti,
mas tú no te conviertas a ellos.

20 Y te pondré frente a este pueblo como muro de bronce fortificado.
Pelearán contra ti,
mas no prevalecerán contra ti;
porque yo estoy con vosotros para salvaros
y para libraros», dice Yahvé.

21 «Y te libraré de la mano de los malos,
y te redimiré de la mano de los fuertes».

Capítulo 16

1 Vino a mí la palabra de Yahvé, diciendo:

2 «No tomarás para ti mujer, ni tendrás hijos ni hijas en este lugar».

3 Porque así dice Yahvé acerca de los hijos y de las hijas que nazcan en este lugar, y de las madres que los den a luz, y de los padres que los engendren en esta tierra:

4 «De muertes dolorosas morirán; no serán lamentados ni sepultados; serán como estiércol sobre la faz de la tierra. Con espada y con hambre serán consumidos, y sus cuerpos muertos serán comida para las aves del cielo y para las bestias de la tierra».

5 Porque así dice Yahvé: "No entres en casa de luto, ni vayas a lamentar, ni los consueles; porque yo he quitado mi paz de este pueblo — dice Yahvé —, mi misericordia y mi piedad.

6 Morirán en esta tierra grandes y pequeños; no serán sepultados, ni los lamentarán, ni se harán incisiones, ni se raparán los cabellos por ellos.

7 No partirán pan por ellos en el luto para consolarlos por sus muertos; ni les darán a beber de la copa de consolación por su padre o por su madre.

8 «Asimismo, no entres en casa de banquete para sentarte con ellos a comer y a beber».

9 Porque así dice Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel: "He aquí que yo haré cesar en este lugar, ante vuestros ojos y en vuestros días, la voz de gozo y la voz de alegría, la voz del esposo y la voz de la esposa.

10 Y sucederá que cuando anuncies a este pueblo todas estas palabras, y te pregunten: '¿Por qué ha pronunciado Yahvé contra nosotros todo este mal tan grande?', o '¿Cuál es nuestra iniquidad?', o '¿Cuál es nuestro pecado que hemos cometido contra Yahvé nuestro Dios?',

11 entonces les dirás: 'Porque vuestros padres me abandonaron — dice Yahvé —, y caminaron en pos de dioses ajenos, y los sirvieron, y ante ellos se postraron, y me abandonaron a mí y no guardaron mi ley.

12 Y vosotros habéis hecho peor que vuestros padres; porque he aquí que cada uno de vosotros camina tras la dureza de su malvado corazón, no escuchándome a mí.

13 Por tanto, os arrojaré de esta tierra a una tierra que ni vosotros ni vuestros padres habéis conocido; y allí serviréis a dioses ajenos de día y de noche, porque no os mostraré favor'.

14 "No obstante, he aquí vienen días — dice Yahvé — en que no se dirá más: 'Vive Yahvé, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra de Egipto';

15 sino: 'Vive Yahvé, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra del norte, y de todas las tierras a donde los había arrojado'. Pues yo los haré volver a su tierra, la cual di a sus padres.

16 «He aquí que yo envío muchos pescadores — dice Yahvé — y los pescarán; y después enviaré muchos cazadores, y los cazarán por todo monte, y por todo collado, y por las hendiduras de las peñas.

17 Porque mis ojos están sobre todos sus caminos, los cuales no se me ocultaron, ni su iniquidad está escondida de mi presencia.

18 Pero primero pagaré al doble su iniquidad y su pecado; porque contaminaron mi tierra con los cadáveres de sus ídolos detestables, y de sus abominaciones llenaron mi heredad».

19 Oh Yahvé, fortaleza mía y fuerza mía,
y refugio mío en el día de la aflicción,
a ti vendrán las naciones desde los confines de la tierra,
y dirán:
«Ciertamente mentira poseyeron nuestros padres,
vanidad y cosas en las que no hay provecho.

20 ¿Acaso hará el hombre para sí dioses?
¡Mas ellos no son dioses!».

21 «Por tanto, he aquí les enseñaré
esta vez les haré conocer mi mano y mi poder,
y sabrán que mi nombre es Yahvé».

Capítulo 17

1 «El pecado de Judá escrito está con estilo de hierro
y con punta de diamante.
Grabado está en la tabla de su corazón
y en los cuernos de vuestros altares.

2 Mientras sus hijos se acuerdan de sus altares
y de sus imágenes de Asera junto a los árboles frondosos y en los collados altos.

3 Oh montaña mía en el campo,
tus riquezas y todos tus tesoros daré al pillaje,
y tus lugares altos a causa del pecado en todo tu territorio.

4 Y tú, por ti misma, perderás la heredad que yo te di.
Te haré servir a tus enemigos en tierra que no conoces;
porque fuego habéis encendido en mi furor, que arderá para siempre».

5 Así dice Yahvé:
"Maldito el varón que confía en el hombre,
y pone su apoyo en la carne,
y su corazón se aparta de Yahvé.

6 Pues será como la retama en el páramo,
y no verá cuando viniere el bien,
sino que morará en los sequedales en el desierto,
en tierra salada y despoblada.

7 "Bendito el varón que confía en Yahvé,
y cuya confianza es Yahvé.

8 Porque será como el árbol plantado junto a las aguas,
que junto a la corriente extiende sus raíces,
y no temerá cuando viniere el calor,

sino que su hoja estará verde;
y en el año de sequía no se fatigará,
ni dejará de dar fruto.

9 Engañoso es el corazón más que todas las cosas,
y perverso;
¿quién lo conocerá?

10 «Yo Yahvé, que escudriño la mente,
que pruebo los riñones,
para dar a cada uno según su camino,
según el fruto de sus obras».

11 Como la perdiz que cubre lo que no puso,
así es el que allega riquezas, y no con justicia;
en la mitad de sus días las dejará,
y en su postrimería será un necio.

12 Trono de gloria, excelso desde el principio,
es el lugar de nuestro santuario.

13 ¡Oh Yahvé, esperanza de Israel!,
todos los que te dejan serán avergonzados;
y los que de mí se apartan serán escritos en el polvo,
porque abandonaron a Yahvé,
manantial de aguas vivas.

14 Sáname, oh Yahvé, y seré sano;
sálvame, y seré salvo;
porque tú eres mi alabanza.

15 He aquí que ellos me dicen:
«¿Dónde está la palabra de Yahvé?
Que venga ahora».

16 Mas yo no me apresuré a dejar de ser pastor siguiendo en pos de ti,
ni deseé el día de la calamidad, tú lo sabes.
Lo que de mis labios ha salido, estuvo en tu presencia.

17 No me seas tú por espanto,
pues mi refugio eres tú en el día malo.

18 Avergüencense los que me persiguen,
y no me avergüence yo;
asómbrense ellos,
y no me asombre yo.
Trae sobre ellos el día malo,
y quebrántalos con doble quebrantamiento.

19 Así me ha dicho Yahvé: "Ve y ponte a la puerta de los hijos del pueblo, por la cual entran y salen los reyes de Judá, y en todas las puertas de Jerusalén.

20 Y diles: 'Oíd la palabra de Yahvé, vosotros reyes de Judá, y todo Judá y todos los moradores de Jerusalén que entráis por estas puertas.

21 Así dice Yahvé: Guardaos por vuestra vida, y no llevéis carga en día de reposo, ni la metáis por las puertas de Jerusalén.

22 Ni saquéis carga de vuestras casas en día de reposo, ni hagáis trabajo alguno, sino santificad el día de reposo, como mandé a vuestros padres.

23 Pero ellos no escucharon, ni inclinaron su oído, sino que endurecieron su cerviz, para no oír, ni recibir corrección.

24 No obstante, si vosotros me escucharéis con diligencia — dice Yahvé —, no metiendo carga por las puertas de esta ciudad en día de reposo, sino que santificareis el día de reposo y no haréis en él trabajo alguno,

25 entrarán por las puertas de esta ciudad, en carros y en caballos, los reyes y los príncipes que se sientan sobre el trono de David, ellos y sus príncipes, los varones de Judá y los moradores de Jerusalén; y esta ciudad será habitada para siempre.

26 Y vendrán de las ciudades de Judá, de los alrededores de Jerusalén, de tierra de Benjamín, de la Sefela, de los montes y del Neguev, trayendo holocausto y sacrificio, y ofrenda y perfume, y trayendo sacrificios de alabanza a la casa de Yahvé.

27 Pero si no me escucharеis para santificar el día de reposo, y para no traer carga ni meterla por las puertas de Jerusalén en día de reposo, yo haré encender fuego en sus puertas, el cual consumirá los palacios de Jerusalén, y no se apagará'".

Capítulo 18

1 Palabra que vino a Jeremías de parte de Yahvé, diciendo:

2 «Levántate y baja a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras».

3 Y bajé a casa del alfarero, y he aquí que él estaba trabajando en el torno.

4 Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano; y volvió y hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla.

5 Entonces vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

6 "¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel? — dice Yahvé —. He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel.

7 En el instante que yo hablare contra una nación o contra un reino, para arrancar, y derribar y destruir,

8 si esa nación se convirtiere de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles.

9 Y en el instante que yo hablare de una nación o de un reino, para edificar y para plantar,

10 si hiciere lo malo ante mis ojos, no obedeciendo mi voz, me arrepentiré del bien que había determinado hacerles.

11 "Ahora, pues, habla a los varones de Judá y a los moradores de Jerusalén, diciendo: 'Así dice Yahvé: He aquí que yo dispongo mal contra vosotros, y trazo contra vosotros un plan. Volveos ahora cada uno de su mal camino, y enmendad vuestros caminos y vuestras obras'.

12 Y dijeron: 'Es en vano; porque tras nuestros propios planes iremos, y cada uno de nosotros seguirá la dureza de su malvado corazón'".

13 Por tanto, así dice Yahvé:
«Preguntad ahora a las naciones,
¿quién ha oído cosa semejante?
Gran fealdad ha hecho la virgen de Israel.

14 ¿Faltará la nieve del Líbano de la piedra del campo?
¿Faltarán las aguas frías que corren de lejos?

15 Porque mi pueblo me ha olvidado,
incensando a la vanidad;
y les han hecho tropezar en sus caminos,
en las sendas antiguas,
para que caminen por senderos, por camino no hollado,

16 para poner su tierra en desolación,
y en escarnio perpetuo.
Todo aquel que pase por ella se asombrará
y meneará su cabeza.

17 Como viento solano los esparciré delante del enemigo;
les mostraré la espalda y no el rostro
en el día de su perdición».

18 Y dijeron: «Venid e ideemos planes contra Jeremías; porque la ley no faltará al sacerdote, ni el consejo al sabio, ni la palabra al profeta. Venid e hiriámosle de lengua, y no prestemos atención a ninguna de sus palabras».

19 Oh Yahvé, atiende a mí,
y oye la voz de los que contienden conmigo.

20 ¿Se da mal por bien?
Porque han cavado hoyo para mi vida.
Acuérdate que me puse delante de ti para hablar bien por ellos,
para apartar de ellos tu ira.

21 Por tanto, entrega sus hijos al hambre,
y abandónalos al poder de la espada;
y queden sus mujeres sin hijos y viudas;
y sus maridos sean heridos de muerte,
y sus jóvenes heridos a espada en la guerra.

22 Óigase clamor de sus casas
cuando traigas sobre ellos ejército de repente;
porque cavaron hoyo para prenderme,
y a mis pies han escondido lazos.

23 Pero tú, Yahvé, conoces todo su consejo contra mí para matarme;
no perdones su iniquidad,
ni borres su pecado de delante de tu rostro;
y tropiecen delante de ti;
haz así con ellos en el tiempo de tu enojo".

Capítulo 19

1 Así dijo Yahvé: "Ve y compra una botija de barro de alfarero, y toma contigo a algunos de los ancianos del pueblo y de los ancianos de los sacerdotes;

2 y sal al valle del hijo de Hinom, que está a la entrada de la puerta de los Tiestos, y proclama allí las palabras que yo te diré.

3 Dirás: 'Oíd la palabra de Yahvé, reyes de Judá y moradores de Jerusalén. Así
dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo traigo sobre este lugar
un mal tal que a quien lo oyere le retiñirán los oídos.

4 Porque me abandonasteis y profanasteis este lugar, quemando en él incienso a
dioses ajenos que no habíais conocido ni vosotros, ni vuestros padres, ni los reyes
de Judá; y llenasteis este lugar de sangre de inocentes.

5 Edificaron lugares altos a Baal para quemar a sus hijos con fuego en holocaus-
tos al mismo Baal; cosa que no les mandé, ni hablé, ni me pasó por el
pensamiento.

6 Por tanto, he aquí vienen días — dice Yahvé — que este lugar no se llamará más
Tofet, ni valle del hijo de Hinom, sino Valle de la Matanza.

7 Y anularé el consejo de Judá y de Jerusalén en este lugar, y los haré caer a espada
delante de sus enemigos y a mano de los que buscan su vida; y daré sus cuerpos
muertos por comida a las aves del cielo y a las bestias de la tierra.

8 Pondré a esta ciudad por espanto y burla; todo aquel que pasare por ella se
asombrará y silbará a causa de todas sus plagas.

9 Y les haré comer la carne de sus hijos y la carne de sus hijas, y cada uno comerá
la carne de su amigo en el asedio y en el apuro con que los estrecharán sus enemi-
gos y los que buscan su vida'.

10 "Entonces romperás la botija ante los ojos de los varones que van contigo,

11 y les dirás: 'Así dice Yahvé de los Ejércitos: De esta manera romperé a este pue-
blo y a esta ciudad, como quien rompe una vasija de alfarero que no se puede res-
taurar más; y en Tofet se enterrarán, porque no habrá otro lugar para enterrar.

12 Así haré a este lugar — dice Yahvé — y a sus moradores, poniendo a esta ciu-
dad como Tofet.

13 Las casas de Jerusalén y las casas de los reyes de Judá serán inmundas como el
lugar de Tofet, por todas las casas sobre cuyos tejados ofrecieron incienso a todo
el ejército del cielo y derramaron libaciones a dioses ajenos'".

14 Y volvió Jeremías de Tofet, a donde le había enviado Yahvé a profetizar, y se puso en pie en el atrio de la casa de Yahvé y dijo a todo el pueblo:

15 "Así dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel: 'He aquí, yo traigo sobre esta ciudad y sobre todas sus aldeas todo el mal que he hablado contra ella; porque han endurecido su cerviz para no oír mis palabras'".

Capítulo 20

1 Pasjur hijo de Imer, sacerdote que presidía como jefe en la casa de Yahvé, oyó a Jeremías que profetizaba estas palabras.

2 Y hirió Pasjur al profeta Jeremías, y lo puso en el cepo que estaba en la puerta superior de Benjamín, la cual caía hacia la casa de Yahvé.

3 Y sucedió que al día siguiente Pasjur sacó a Jeremías del cepo. Le dijo entonces Jeremías: "Yahvé no ha llamado tu nombre Pasjur, sino Magor-misabib.

4 Porque así dice Yahvé: 'He aquí, yo te pondré por terror a ti mismo y a todos vuestros amigos, los cuales caerán por la espada de sus enemigos, y vuestros ojos lo verán. Y a todo Judá entregaré en mano del rey de Babilonia, y los transportará a Babilonia y los matará a espada.

5 Entregaré asimismo toda la riqueza de esta ciudad, todo su trabajo y todas sus cosas preciosas; y daré todos los tesoros de los reyes de Judá en manos de sus enemigos, que los saquearán, los tomarán y los llevarán a Babilonia.

6 Y tú, Pasjur, y todos los moradores de tu casa iréis en cautiverio; llegarás a Babilonia, y allí morirás, y allí serás sepultado tú, y todos vuestros amigos a quienes habéis profetizado mentira'".

7 Me sedujiste, oh Yahvé, y fui seducido;
más fuerte fuiste que yo, y me venciste.
Cada día he sido escarnecido,
cada cual se burla de mí.

8 Porque cuantas veces hablo, doy voces;
grito: «¡Violencia y destrucción!»;
porque la palabra de Yahvé me ha sido por afrenta
y por escarnio cada día.

9 Y dije: «No me acordaré más de él,
ni hablaré más en su nombre»;
no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente encubierto en mis huesos;
traté de sufrirlo,
y no pude.

10 Porque oí la murmuración de muchos:
«¡Terror por todas partes!
¡Denunciadle! ¡Denunciémosle!».
Todos mis amigos íntimos acechaban mi caída:
«Quizá se engañe,
y prevaleceremos contra él,
y tomaremos de él nuestra venganza».

11 Mas Yahvé está conmigo como un guerrero terrible;
por tanto, los que me persiguen tropezarán y no prevalecerán;
serán avergonzados en gran manera porque no prosperarán;
tendrán perpetua confusión que jamás será olvidada.

12 Oh Yahvé de los Ejércitos, que escudriñas a los justos,
que ves los riñones y el corazón,
vea yo tu venganza de ellos;
porque a ti he expuesto mi causa.

13 ¡Cantad a Yahvé,
load a Yahvé!;
porque ha librado el alma del pobre de mano de los malvados.

14 ¡Maldito el día en que nací!
El día en que mi madre me dio a luz no sea bendito.

15 ¡Maldito el hombre que dio nuevas a mi padre, diciendo:
«Hijo varón te ha nacido», haciéndole alegrarse mucho!

16 Y sea el tal hombre como las ciudades que asoló Yahvé,
y no se arrepintió;
que oiga gritos por la mañana
y alaridos al mediodía,

17 porque no me mató en el vientre;
así mi madre hubiera sido mi sepulcro,
y su vientre siempre encinta.

18 ¿Para qué salí del vientre para ver trabajo y dolor,
y que mis días se consumiesen en afrenta?

Capítulo 21

1 Palabra que vino a Jeremías de parte de Yahvé, cuando el rey Sedequías envió a él a Pasjur hijo de Malquías y al sacerdote Sofonías hijo de Maasías, diciendo:

2 «Consulta ahora por nosotros a Yahvé, porque Nabucodonosor rey de Babilonia hace guerra contra nosotros; quizá Yahvé haga con nosotros conforme a todas sus maravillas, y aquel se retire de nosotros».

3 Y Jeremías les dijo: "Diréis así a Sedequías:

4 'Así dice Yahvé, Dios de Israel: «He aquí, yo vuelvo atrás las armas de guerra que están en vuestras manos, con las que peleáis contra el rey de Babilonia y contra los caldeos que os tienen sitiados fuera de la muralla, y yo las juntaré en medio de esta ciudad.

5 Yo mismo pelearé contra vosotros con mano extendida y con brazo fuerte, con furor, con ira y con gran indignación.

6 Y heriré a los moradores de esta ciudad, y los hombres y las bestias morirán de
gran pestilencia.

7 Después — dice Yahvé — entregaré a Sedequías rey de Judá, a sus criados y al
pueblo, a los que queden en esta ciudad de la pestilencia, de la espada y del hambre, en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, en mano de sus enemigos y en
mano de los que buscan su vida; y él los herirá a filo de espada. No los perdonará,
ni se apiadará de ellos, ni tendrá compasión»'.

8 "Y a este pueblo dirás: 'Así dice Yahvé: «He aquí pongo delante de vosotros el
camino de la vida y el camino de la muerte.

9 El que se quedare en esta ciudad morirá a espada, de hambre o de pestilencia;
mas el que saliere y se pasare a los caldeos que os tienen sitiados, vivirá, y su vida le
será por botín.

10 Porque mi rostro he puesto contra esta ciudad para mal, y no para bien — dice
Yahvé —; en mano del rey de Babilonia será entregada, y él la quemará a fuego»'.

11 "Y a la casa del rey de Judá diréis: 'Oíd la palabra de Yahvé:

12 Casa de David, así dice Yahvé:
«Practicad la justicia por la mañana,
y librad al oprimido de mano del opresor,
para que mi ira no salga como fuego
y se encienda de modo que no haya quien la apague,
por la maldad de vuestras obras.

13 He aquí, yo estoy contra ti, moradora del valle,
roca de la llanura», dice Yahvé;
"vosotros que decís: '¿Quién bajará contra nosotros?',
o: '¿Quién entrará en nuestras moradas?'.

14 Yo os castigaré conforme al fruto de vuestras obras — dice Yahvé —;
y haré encender fuego en su bosque,
el cual consumirá todo lo que está en sus alrededores"".

Capítulo 22

1 Así dijo Yahvé: "Baja a la casa del rey de Judá, y di allí esta palabra:

2 'Escucha la palabra de Yahvé, oh rey de Judá que estás sentado sobre el trono de David; tú, y tus siervos, y tu pueblo que entráis por estas puertas.

3 Así dice Yahvé: «Haced derecho y justicia, y librad al despojado de mano del opresor, y no hagáis engaño ni violencia al extranjero, ni al huérfano ni a la viuda, ni derraméis sangre inocente en este lugar.

4 Porque si de veras hiciereis esto, los reyes que se sientan en lugar de David sobre su trono entrarán por las puertas de esta casa, montados en carros y en caballos, ellos, sus siervos y su pueblo.

5 Mas si no escucharéis estas palabras, por mí mismo he jurado — dice Yahvé — que esta casa vendrá a ser una desolación»'".

6 Porque así dice Yahvé acerca de la casa del rey de Judá:
"Galaad eres tú para mí,
y la cumbre del Líbano;
sin embargo, te convertiré en un desierto,
y en ciudades deshabitadas.

7 Y prepararé contra ti destruidores,
cada uno con sus armas;
y cortarán tus cedros escogidos
y los echarán en el fuego.

8 "Y muchas naciones pasarán junto a esta ciudad, y dirá cada uno a su compañero: '¿Por qué hizo así Yahvé con esta gran ciudad?'.

9 Y responderán: 'Porque abandonaron el pacto de Yahvé su Dios, y adoraron dioses ajenos y les sirvieron'".

10 No lloréis por el muerto,
ni de él os condoláis;
llorad amargamente por el que se va,
porque no volverá jamás,
ni verá más la tierra donde nació.

11 Porque así dice Yahvé acerca de Salum hijo de Josías, rey de Judá, que reinó en lugar de Josías su padre, y que salió de este lugar: «No volverá más aquí,

12 sino que morirá en el lugar a donde lo llevaron cautivo, y no verá más esta tierra».

13 "¡Ay del que edifica su casa sin justicia,
y sus salas sin derecho;
sirviéndose de su prójimo de balde,
y no dándole el salario de su trabajo!

14 Que dice: 'Edificaré para mí casa espaciosa, y salas anchas';
y le abre ventanas,
y la cubre de cedro,
y la pinta de bermellón.

15 «¿Reinarás tú porque te afanas por el cedro?
¿No comió y bebió tu padre,
e hizo juicio y justicia,
y entonces le fue bien?

16 Él juzgó la causa del pobre y del menesteroso,
y entonces estuvo bien.
¿No es esto conocerme a mí?»
dice Yahvé.

17 «Mas tus ojos y tu corazón no son sino para tu avaricia,
y para derramar sangre inocente,
y para oprimir y hacer agravio».

18 Por tanto, así dice Yahvé acerca de Joacim hijo de Josías, rey de Judá:
"No llorarán por él,
diciendo: '¡Ay, hermano mío!' o '¡Ay, hermana!'.
No se lamentarán por él,
diciendo: '¡Ay, señor!' o '¡Ay, su grandeza!'.

19 En sepultura de asno será enterrado,
arrastrándole y echándole fuera de las puertas de Jerusalén".

20 "Sube al Líbano y clama,
y en Basán alza tu voz,
y grita desde Abarim;
porque todos tus amantes son destruidos.

21 Te he hablado en tus prosperidades,
mas dijiste: 'No escucharé'.
Este fue tu camino desde tu juventud,
que nunca escuchaste mi voz.

22 A todos tus pastores pastoreará el viento,
y tus amantes irán en cautiverio;
entonces te avergonzarás
y te confundirás a causa de toda tu maldad.

23 Habitaste en el Líbano,
hiciste tu nido en los cedros.
¡Cómo gemirás cuando te vinieren los dolores,
dolor como de mujer que está de parto!

24 «Vivo yo — dice Yahvé — que si Conías hijo de Joacim, rey de Judá, fuera anillo de sellar en mi mano derecha, aun de allí te arrancaría.

25 Y te entregaré en mano de los que buscan tu vida, y en mano de aquellos cuya vista temes; sí, en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, y en mano de los caldeos.

26 Y te haré llevar cautivo a ti y a tu madre que te dio a luz, a tierra ajena en que no
nacisteis; y allá moriréis.

27 Y a la tierra a la cual ellos con toda su alma desean volver, allá no volverán».

28 ¿Es este hombre Conías una vasija despreciada y quebrada?
¿Es un tiesto en que nadie tiene placer?
¿Por qué fueron arrojados él y su descendencia,
y echados a tierra que no conocían?

29 ¡Tierra, tierra, tierra!,
escucha la palabra de Yahvé.

30 Así dice Yahvé:
«Escribid lo que sucederá a este hombre como si fuera privado de hijos,
hombre que no prosperará en todos los días de su vida;
porque ningún hombre de su descendencia logrará
sentarse sobre el trono de David,
ni reinar sobre Judá jamás».

Capítulo 23

1 «¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de mi dehesa!», dice
Yahvé.

2 Por tanto, así dice Yahvé, Dios de Israel, a los pastores que apacientan mi pueblo: «Vosotros dispersasteis mis ovejas, y las espantasteis, y no las habéis cuidado.
He aquí que yo visitaré sobre vosotros la maldad de vuestras obras», dice Yahvé.

3 «Y yo mismo recogeré el resto de mis ovejas de todas las tierras a donde las eché,
y las haré volver a sus moradas; y crecerán y se multiplicarán.

4 Y pondré sobre ellas pastores que las apacienten; y no temerán más, ni se asombrarán, ni faltará ninguna de ellas», dice Yahvé.

5 «He aquí que vienen días», dice Yahvé,
"en que levantaré a David un renuevo justo,
y reinará como Rey, el cual será dichoso,
y hará juicio y justicia en la tierra.

6 En sus días será salvo Judá,
e Israel habitará confiado;
y este será su nombre con el cual le llamarán:
Yahvé, justicia nuestra.

7 "Por tanto, he aquí vienen días — dice Yahvé — en que no dirán más: 'Vive Yahvé que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra de Egipto',

8 sino: 'Vive Yahvé que hizo subir y trajo la descendencia de la casa de Israel de la tierra del norte, y de todas las tierras a donde los había echado'; y habitarán en su tierra".

9 A causa de los profetas mi corazón está quebrantado dentro de mí, todos mis huesos tiemblan; estoy como un ebrio, y como hombre a quien dominó el vino, delante de Yahvé y delante de sus santas palabras.

10 Porque la tierra está llena de adúlteros;
a causa de la maldición la tierra está de luto;
los pastizales del desierto se secaron;
la carrera de ellos fue mala,
y su valentía no es recta.

11 «Porque tanto el profeta como el sacerdote son fingidos;
aun en mi casa hallé su maldad», dice Yahvé.

12 «Por tanto, su camino será como resbaladeros en tinieblas;
serán empujados y en él caerán;
porque yo traeré mal sobre ellos en el año de su castigo», dice Yahvé.

13 «En los profetas de Samaria he visto locura;
profetizaban en nombre de Baal,
e hicieron errar a mi pueblo Israel.

14 Y en los profetas de Jerusalén he visto cosas espantosas:
cometían adulterios y andaban en mentiras,
y fortalecían las manos de los malos,
para que ninguno se convirtiese de su maldad;
me fueron todos ellos como Sodoma,
y sus moradores como Gomorra».

15 Por tanto, así dice Yahvé de los Ejércitos contra aquellos profetas:
«He aquí que yo les alimento con ajenjo,
y les haré beber agua de hiel;
porque de los profetas de Jerusalén salió la hipocresía sobre toda la tierra».

16 Así dice Yahvé de los Ejércitos:
"No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan;
os alimentan con vanas esperanzas;
hablan visión de su propio corazón,
no de la boca de Yahvé.

17 Dicen atrevidamente a los que me irritan:
'Yahvé dijo: «Paz tendréis»';
y a cualquiera que anda tras la dureza de su corazón, dicen:
'No vendrá mal sobre vosotros'.

18 Porque ¿quién estuvo en el secreto de Yahvé,
y vio y oyó su palabra?
¿Quién estuvo atento a su palabra, y la oyó?

19 He aquí que el torbellino de Yahvé sale con furor;
y la tempestad que se prepara,
caerá sobre la cabeza de los malos.

20 No se apartará el furor de Yahvé hasta que haya hecho
y cumplido los pensamientos de su corazón;
en los postreros días lo entenderéis cumplidamente.

21 No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían;
yo no les hablé, mas ellos profetizaban.

22 Pero si ellos hubieran estado en mi secreto,
habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo,
y los habrían hecho volver de su mal camino,
y de la maldad de sus obras.

23 "¿Soy yo Dios de cerca solamente — dice Yahvé —,
y no Dios desde lejos?

24 ¿Ocultará alguno, en escondrijos,
que yo no lo vea? — dice Yahvé —.
¿No lleno yo, dice Yahvé, el cielo y la tierra?

25 "Yo he oído lo que aquellos profetas dijeron, profetizando mentira en mi nombre, diciendo: '¡Soñé, soñé!'.

26 ¿Hasta cuándo estará esto en el corazón de los profetas que profetizan mentira, y que profetizan el engaño de su corazón?

27 ¿No piensan cómo hacen que mi pueblo se olvide de mi nombre con sus sueños que cada uno cuenta a su compañero, al modo que sus padres se olvidaron de mi nombre por Baal?

28 El profeta que tuviere un sueño, cuente su sueño; y aquel a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?", dice Yahvé.

29 «¿No es mi palabra como fuego — dice Yahvé —, y como martillo que quebranta la piedra?».

30 "Por tanto, he aquí yo estoy contra los profetas — dice Yahvé — que hurtan mis palabras cada uno de su prójimo.

31 He aquí yo estoy contra los profetas — dice Yahvé — que endulzan sus lenguas y dicen: 'Él ha dicho'.

32 He aquí yo estoy contra los que profetizan sueños mentirosos — dice Yahvé —, y los cuentan, y hacen errar a mi pueblo con sus mentiras y con sus lisonjas, y yo no los envié ni les mandé; y ningún provecho traen a este pueblo", dice Yahvé.

33 "Y cuando te preguntare este pueblo, o el profeta, o el sacerdote, diciendo: '¿Cuál es la carga de Yahvé?', les dirás: '¿Qué carga? Os dejaré', dice Yahvé.

34 Y al profeta, al sacerdote o al pueblo que dijere: 'Carga de Yahvé', yo enviaré castigo sobre tal hombre y sobre su casa.

35 Así diréis cada cual a su compañero, y cada cual a su hermano: '¿Qué ha respondido Yahvé?', y: '¿Qué ha hablado Yahvé?'.

36 Y no os acordaréis más de la carga de Yahvé; porque la palabra de cada uno le será por carga; pues habéis pervertido las palabras del Dios vivo, de Yahvé de los Ejércitos, Dios nuestro.

37 Así dirás al profeta: '¿Qué te respondió Yahvé, y qué habló Yahvé?'.

38 Mas si dijereis: 'Carga de Yahvé', por eso Yahvé dice así: 'Porque dijisteis esta palabra, «Carga de Yahvé», habiendo yo enviado a deciros: «No digáis Carga de Yahvé»,

39 por tanto, he aquí que yo os olvidaré del todo, y os arrancaré de mi presencia, a vosotros y a la ciudad que di a vosotros y a vuestros padres;

40 y pondré sobre vosotros oprobio eterno, y eterna confusión que nunca borrará el olvido'".

Capítulo 24

1 El Señor me mostró, y he aquí dos cestos de higos puestos delante del templo del Señor, después que Nabucodonosor, rey de Babilonia, hubo transportado al cautiverio a Jeconías hijo de Joacim, rey de Judá, y a los príncipes de Judá, con los ar-

tesanos y herreros, de Jerusalén, y los hubo llevado a Babilonia.

2 Un cesto tenía higos muy buenos, como los higos brevales; y el otro cesto tenía higos muy malos, que no se podían comer de malos que eran.

3 Entonces me preguntó Yahvé: «¿Qué ves, Jeremías?» Y dije: «Higos; los higos buenos son muy buenos, y los malos muy malos, tanto que no se pueden comer».

4 Y vino a mí la palabra de Yahvé, diciendo:

5 "Así dice Yahvé, Dios de Israel: 'Como a estos higos buenos, así consideraré a los transportados de Judá al cautiverio, a quienes eché de este lugar a la tierra de los caldeos, para su bien.

6 Porque pondré mis ojos sobre ellos para bien, y los haré volver a esta tierra; los edificaré y no los derribaré; los plantaré y no los arrancaré.

7 Y les daré un corazón para que me conozcan que yo soy Yahvé; y me serán por pueblo, y yo les seré por Dios; porque se volverán a mí de todo su corazón.

8 'Y como los higos malos, que de malos no se pueden comer', así dice ciertamente el Señor, 'así entregaré a Sedequías, rey de Judá, y a sus príncipes, y al resto de Jerusalén que quedó en esta tierra, y a los que habitan en la tierra de Egipto.

9 Y los entregaré para ser escarnecidos y maltratados por todos los reinos de la tierra; para oprobio y proverbio, para burla y maldición en todos los lugares a donde yo los arroje.

10 Y enviaré contra ellos la espada, el hambre y la pestilencia, hasta que sean consumidos de sobre la tierra que les di a ellos y a sus padres'".

Capítulo 25

1 Palabra que vino a Jeremías acerca de todo el pueblo de Judá, en el año cuarto de Joacim hijo de Josías, rey de Judá (que era el año primero de Nabucodonosor, rey de Babilonia),

2 la cual habló el profeta Jeremías a todo el pueblo de Judá y a todos los moradores de Jerusalén, diciendo:

3 Desde el año trece de Josías hijo de Amón, rey de Judá, hasta este día, que son veintitrés años, ha venido a mí palabra de Yahvé, y os he hablado, madrugando y hablando; pero no habéis escuchado.

4 Y Yahvé os envió a todos sus siervos los profetas, madrugando y enviándolos; mas no habéis escuchado ni inclinado vuestro oído para oír,

5 cuando decían: «Volved ahora cada uno de vuestro mal camino y de la maldad de vuestras obras, y habitad en la tierra que Yahvé os dio a vosotros y a vuestros padres para siempre.

6 No vayáis en pos de dioses ajenos para servirles y para postraros ante ellos, ni me provoquéis a ira con la obra de vuestras manos; y no os haré mal».

7 «Sin embargo, no me habéis escuchado — dice Yahvé —, para provocarme a ira con la obra de vuestras manos para vuestro propio mal».

8 Por tanto, así dice Yahvé de los Ejércitos: "Por cuanto no habéis oído mis palabras,

9 he aquí enviaré y tomaré a todas las familias del norte — dice Yahvé —, y a Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo, y los traeré contra esta tierra y contra sus moradores, y contra todas estas naciones en derredor; y los destruiré por completo, y los pondré por escarnio, y por silbido y en desolación perpetua.

10 Y haré que perezca entre ellos la voz de gozo y la voz de alegría, la voz del esposo y la voz de la esposa, el ruido de las muelas de molino y la luz de la lámpara.

11 Toda esta tierra será puesta en ruinas y en espanto; y servirán estas naciones al rey de Babilonia setenta años.

12 «Y sucederá que cuando se cumplan los setenta años, castigaré al rey de Babilonia y a aquella nación — dice Yahvé — por su maldad, y a la tierra de los caldeos; y la convertiré en desolaciones perpetuas.

13 Y traeré sobre aquella tierra todas mis palabras que he hablado contra ella,
todo lo que está escrito en este libro, lo que Jeremías profetizó contra todas las
naciones.

14 Porque también de ellos se servirán muchas naciones y grandes reyes; y yo les
pagaré conforme a sus hechos, y conforme a la obra de sus manos».

15 Porque así me dijo Yahvé, Dios de Israel: «Toma de mi mano la copa del vino
de este furor, y da a beber de ella a todas las naciones a las cuales yo te envío.

16 Y beberán, y temblarán y enloquecerán a causa de la espada que yo envío entre
ellas».

17 Y tomé la copa de la mano de Yahvé, y di de beber a todas las naciones a las
cuales Yahvé me había enviado:

18 a Jerusalén, a las ciudades de Judá, a sus reyes y a sus príncipes, para ponerlos
en desolación, en escarnio, en silbido y en maldición, como en este día;

19 a Faraón rey de Egipto, a sus siervos, a sus príncipes y a todo su pueblo;

20 y a toda la mezcla de naciones, a todos los reyes de la tierra de Uz, a todos los
reyes de la tierra de los filisteos, a Ascalón, a Gaza, a Ecrón y al resto de Asdod;

21 a Edom, a Moab y a los hijos de Amón;

22 a todos los reyes de Tiro, a todos los reyes de Sidón y a los reyes de las costas
que están de aquel lado del mar;

23 a Dedán, a Tema, a Buz y a todos los que se rapan las sienes;

24 a todos los reyes de Arabia, a todos los reyes de los pueblos mezclados que ha-
bitan en el desierto;

25 a todos los reyes de Zimri, a todos los reyes de Elam y a todos los reyes de
Media;

26 a todos los reyes del norte, los de cerca y los de lejos, los unos con los otros, y a
todos los reinos del mundo que están sobre la faz de la tierra; y el rey de Sesac be-
berá después de ellos.

27 "Les dirás, pues: 'Así dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel: «Bebed, y embriagaos, y vomitad; caed y no os levantéis a causa de la espada que yo envío entre vosotros»'.

28 Y si no quieren tomar la copa de tu mano para beber, les dirás tú: 'Así dice Yahvé de los Ejércitos: «Tenéis que beber sin falta.

29 Porque he aquí que a la ciudad sobre la cual es invocado mi nombre yo comienzo a hacer mal; ¿y vosotros habéis de quedar del todo sin castigo? No quedaréis sin castigo; porque espada llamo yo sobre todos los moradores de la tierra, dice Yahvé de los Ejércitos»'.

30 "Tú, pues, profetizarás contra ellos todas estas palabras y les dirás:
'Yahvé rugirá desde lo alto,
y desde su santa morada dará su voz;
rugirá fuertemente contra su redil;
canción de lagareros cantará
contra todos los moradores de la tierra.

31 Llegará el estruendo hasta el fin de la tierra,
porque Yahvé tiene juicio contra las naciones;
él entra en juicio contra toda carne;
entregará los impíos a la espada", dice Yahvé'".

32 Así dice Yahvé de los Ejércitos:
«He aquí que el mal sale de nación en nación,
y grande tempestad se levantará de los fines de la tierra.

33 Y yacerán los muertos de Yahvé en aquel día desde un extremo de la tierra hasta el otro; no se endecharán ni se recogerán ni serán enterrados; como estiércol quedarán sobre la faz de la tierra.

34 Aullad, pastores, y clamad;
revolcaos en el polvo, mayorales del rebaño;
porque cumplidos son vuestros días para que seáis degollados y dispersados,
y caeréis como vaso precioso.

35 Y se acabará el huir de los pastores,
y el escapar de los mayorales del rebaño.

36 ¡Voz de grito de los pastores,
y aullido de los mayorales del rebaño!
Porque Yahvé asoló sus pastos.

37 Y los rediles pacíficos serán destruidos
a causa del ardor de la ira de Yahvé.

38 Dejó su guarida como leoncillo;
pues asolada fue su tierra por la ira del opresor,
y por el ardor de su saña».

Capítulo 26

1 Al principio del reinado de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, vino esta palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Así dice Yahvé: 'Ponte en el atrio de la casa de Yahvé, y habla a todas las ciudades de Judá que vienen para adorar en la casa de Yahvé, todas las palabras que yo te mandé que les hables; no omitas ni una palabra.

3 Quizá escuchen, y se convierta cada uno de su mal camino, y me arrepienta yo del mal que pienso hacerles a causa de la maldad de sus obras'.

4 Les dirás, pues: 'Así dice Yahvé: Si no me escucháis para andar en mi ley, la cual puse delante de vosotros,

5 para escuchar las palabras de mis siervos los profetas, que yo os envío madrugando para enviároslos — a los cuales no habéis escuchado —,

6 yo pondré esta casa como Silo, y daré esta ciudad por maldición a todas las naciones de la tierra'".

7 Y los sacerdotes, los profetas y todo el pueblo oyeron a Jeremías hablar estas palabras en la casa de Yahvé.

8 Y cuando Jeremías terminó de hablar todo lo que Yahvé le había mandado que hablase a todo el pueblo, los sacerdotes, los profetas y todo el pueblo le echaron mano, diciendo: "De cierto morirás.

9 ¿Por qué has profetizado en nombre de Yahvé, diciendo: 'Esta casa será como Silo, y esta ciudad será asolada hasta no quedar morador'?". Y todo el pueblo se juntó contra Jeremías en la casa de Yahvé.

10 Y los príncipes de Judá oyeron estas cosas, y subieron de la casa del rey a la casa de Yahvé, y se sentaron a la entrada de la puerta nueva de la casa de Yahvé.

11 Entonces hablaron los sacerdotes y los profetas a los príncipes y a todo el pueblo, diciendo: «En sentencia de muerte ha incurrido este hombre, porque profetizó contra esta ciudad, como vosotros habéis oído con vuestros oídos».

12 Y habló Jeremías a todos los príncipes y a todo el pueblo, diciendo: «Yahvé me envió a profetizar contra esta casa y contra esta ciudad todas las palabras que habéis oído.

13 Enmendad ahora vuestros caminos y vuestras obras, y obedeced la voz de Yahvé vuestro Dios, y se arrepentirá Yahvé del mal que ha hablado contra vosotros.

14 En lo que a mí respecta, he aquí estoy en vuestras manos; haced de mí como mejor y más recto os parezca.

15 Mas sabed de cierto que si me matáis, sangre inocente echaréis sobre vosotros, y sobre esta ciudad y sobre sus moradores; porque en verdad Yahvé me envió a vosotros para que hablase todas estas palabras a vuestros oídos».

16 Y dijeron los príncipes y todo el pueblo a los sacerdotes y a los profetas: «No es este hombre digno de sentencia de muerte, porque en nombre de Yahvé nuestro Dios nos ha hablado».

17 Entonces se levantaron algunos de los ancianos de la tierra y hablaron a toda la asamblea del pueblo, diciendo:

18 "Miqueas de Moréset profetizó en tiempo de Ezequías rey de Judá, y habló a
todo el pueblo de Judá, diciendo: 'Así dice Yahvé de los Ejércitos:
Sión será arada como campo,
y Jerusalén vendrá a ser montones de ruinas,
y el monte de la casa como las cumbres de un bosque'.

19 ¿Acaso le mataron Ezequías rey de Judá y todo Judá? ¿No temió él a Yahvé y
suplicó el favor de Yahvé, y Yahvé se arrepintió del mal que había hablado contra
ellos? ¿Haremos, pues, nosotros un mal tan grande contra nuestras almas?".

20 Hubo también un hombre que profetizaba en nombre de Yahvé, Urías hijo de
Semaías, de Quiriat-jearim, el cual profetizó contra esta ciudad y contra esta tierra
conforme a todas las palabras de Jeremías;

21 y oyó sus palabras el rey Joacim con todos sus valientes y todos sus príncipes, y
el rey procuró matarle; lo cual entendiendo Urías, tuvo temor, y huyó y se fue a
Egipto.

22 Y el rey Joacim envió hombres a Egipto, a Elnatán hijo de Acbor y otros hom-
bres con él, a Egipto;

23 los cuales sacaron a Urías de Egipto y lo trajeron al rey Joacim, el cual lo mató
a espada, y echó su cuerpo en los sepulcros del vulgo.

24 Pero la mano de Ahicam hijo de Safán estuvo con Jeremías para que no lo en-
tregasen en manos del pueblo para matarlo.

Capítulo 27

1 Al comienzo del reinado de Joacim, hijo de Josías, rey de Judá, llegó a Jeremías
esta palabra de parte de Yahvé, que decía:

2 Yahvé me dice: "Hazte de ataduras y yugos, y póntelos al cuello.

3 Luego envíalos al rey de Edom, al rey de Moab, al rey de los hijos de Amón, al
rey de Tiro y al rey de Sidón, por mano de los mensajeros que vienen a Jerusalén a
Sedequías, rey de Judá.

4 Dadles una orden para sus señores, diciendo: “El Señor de los Ejércitos, el Dios de Israel, dice: “Diréis a vuestros señores:

5 ‘Yo he hecho la tierra, los hombres y los animales que están sobre la superficie de la tierra con mi gran poder y con mi brazo extendido. Yo se la doy a quien me parece justo.

6 Yo he entregado todas estas tierras en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo. También le he dado los animales del campo para que le sirvan.

7 Todas las naciones le servirán a él, a su hijo y al hijo de su hijo, hasta que llegue el tiempo de su propia tierra. Entonces muchas naciones y grandes reyes lo harán su siervo.

8 ‘Sucederá que castigaré a la nación y al reino que no sirvan al mismo Nabucodonosor, rey de Babilonia, y que no pongan su cuello bajo el yugo del rey de Babilonia’, dice Yahvé, ‘con espada, con hambre y con pestilencia, hasta que los haya consumido por su mano.

9 Pero en cuanto a vosotros, no escuchéis a vuestros profetas, a vuestros adivinos, a vuestros sueños, a vuestros agoreros o a vuestros hechiceros, que os hablan diciendo: «No serviréis al rey de Babilonia»;

10 porque os profetizan una mentira, para alejaros de vuestra tierra, para que yo os expulse y perezcáis.

11 Pero a la nación que ponga su cuello bajo el yugo del rey de Babilonia y le sirva, a esa nación la dejaré permanecer en su propia tierra — dice el Señor — y la cultivará y habitará en ella”.

12 De acuerdo con todas estas palabras, hablé a Sedequías, rey de Judá, diciendo: “Poned vuestros cuellos bajo el yugo del rey de Babilonia, y servidle a él y a su pueblo, y vivid.

13 ¿Por qué vais a morir, tú y tu pueblo, a causa de la espada, del hambre y de la peste, como lo ha dicho el Señor respecto a la nación que no quiera servir al rey de Babilonia?

14 No escuchéis las palabras de los profetas que os hablan diciendo: «No serviréis
al rey de Babilonia», porque os profetizan una mentira.

15 Porque yo no los he enviado — dice el Señor —, sino que ellos profetizan falsa-
mente en mi nombre, para que yo os expulse y perezcáis, vosotros y los profetas
que os profetizan."

16 También hablé a los sacerdotes y a todo este pueblo, diciendo: El Señor dice:
"No escuchéis las palabras de vuestros profetas que os profetizan, diciendo: 'He
aquí que los utensilios de la casa de Yahvé volverán pronto de Babilonia'; porque
os profetizan una mentira.

17 No les hagáis caso. Servid al rey de Babilonia y vivid. ¿Por qué ha de convertirse
esta ciudad en una desolación?

18 Pero si son profetas, y si la palabra de Yahvé está con ellos, que intercedan
ahora ante Yahvé de los Ejércitos para que los utensilios que quedan en la casa de
Yahvé, en la casa del rey de Judá y en Jerusalén, no vayan a Babilonia.

19 Porque Yahvé de los Ejércitos dice respecto a las columnas, respecto al mar,
respecto a las bases y respecto al resto de los utensilios que quedan en esta ciudad,

20 que Nabucodonosor, rey de Babilonia, no tomó cuando llevó cautivo a Jeco-
nías, hijo de Joacim, rey de Judá, de Jerusalén a Babilonia, y a todos los nobles de
Judá y de Jerusalén —

21 sí, Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel, dice con respecto a los utensilios que
quedan en la casa de Yahvé, y en la casa del rey de Judá, y en Jerusalén:

22 'Serán llevados a Babilonia, y allí estarán hasta el día en que yo los visite — dice
Yahvé — entonces los haré subir y los devolveré a este lugar.'"

Capítulo 28

1 Aquel mismo año, al comienzo del reinado de Sedequías, rey de Judá, en el
cuarto año, en el quinto mes, el profeta Hananías, hijo de Azzur, que era de Ga-
baón, me habló en la casa de Yahvé, en presencia de los sacerdotes y de todo el

pueblo, diciendo:

2 "Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel, dice: 'He roto el yugo del rey de Babilonia.

3 Dentro de dos años completos traeré de nuevo a este lugar todos los utensilios de la casa de Yahvé que Nabucodonosor, rey de Babilonia, sacó de este lugar y llevó a Babilonia.

4 Volveré a traer a este lugar a Jeconías, hijo de Joacim, rey de Judá, con todos los cautivos de Judá que fueron a Babilonia — dice Yahvé —, porque romperé el yugo del rey de Babilonia'".

5 Entonces el profeta Jeremías respondió al profeta Hananías en presencia de los sacerdotes y de todo el pueblo que estaba en la casa de Yahvé.

6 El profeta Jeremías dijo: «¡Amén! Que Yahvé lo haga así. Que Yahvé cumpla las palabras que has profetizado, para hacer volver de Babilonia a este lugar los utensilios de la casa de Yahvé y a todos los cautivos.

7 Sin embargo, oíd ahora esta palabra que hablo a vuestros oídos y a los de todo el pueblo:

8 Los profetas que han sido antes de mí y antes de ti, de antaño, profetizaron contra muchos países y contra grandes reinos acerca de guerra, de malicia y de pestilencia.

9 En cuanto al profeta que profetiza de paz, cuando la palabra del profeta se cumpla, entonces se sabrá que Yahvé lo ha enviado verdaderamente».

10 Entonces el profeta Hananías tomó la barra del cuello del profeta Jeremías y la rompió.

11 Hananías habló en presencia de todo el pueblo, diciendo: "Yahvé dice: 'Así romperé el yugo de Nabucodonosor, rey de Babilonia, del cuello de todas las naciones dentro de dos años completos'". Entonces el profeta Jeremías siguió su camino.

12 Entonces vino la palabra de Yahvé a Jeremías, después de que el profeta Hananías rompiera la barra del cuello del profeta Jeremías, diciendo:

13 "Ve y di a Hananías: 'Yahvé dice: «Tú has roto las barras de madera, pero has fabricado en su lugar barras de hierro» '.

14 Porque Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel, dice: 'He puesto un yugo de hierro sobre el cuello de todas estas naciones para que sirvan a Nabucodonosor, rey de Babilonia, y le servirán. También le he dado los animales del campo'".

15 Entonces el profeta Jeremías dijo al profeta Hananías: "¡Escucha, Hananías! El Señor no te ha enviado, sino que haces que este pueblo confíe en una mentira.

16 Por eso Yahvé dice: 'He aquí que yo te despido de la faz de la tierra. Este año morirás, porque has hablado con rebeldía contra Yahvé'".

17 Así pues, el profeta Hananías murió aquel mismo año, en el séptimo mes.

Capítulo 29

1 Estas son las palabras de la carta que el profeta Jeremías envió desde Jerusalén al resto de los ancianos del cautiverio, a los sacerdotes, a los profetas y a todo el pueblo que Nabucodonosor había llevado cautivo de Jerusalén a Babilonia.

2 Esto sucedió después de que el rey Jeconías, la reina madre, los eunucos, los príncipes de Judá y de Jerusalén, los artesanos y los herreros hubieran salido de Jerusalén.

3 La carta fue enviada por mano de Elasá, hijo de Safán, y de Gemarías, hijo de Hilcías, a quienes Sedequías, rey de Judá, envió a Babilonia, a Nabucodonosor, rey de Babilonia. Decía:

4 "Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel, dice a todos los cautivos que hice transportar de Jerusalén a Babilonia:

5 'Construid casas y habitad en ellas; plantad huertos y comed de su fruto.

6 Tomad mujeres y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos y entregad vuestras hijas a maridos para que den a luz hijos e hijas. Multiplicaos allí y no disminuyáis.

7 Buscad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar y rogad por ella a Yahvé, porque en su paz tendréis vosotros paz'.

8 Porque así dice Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel: 'No os engañen vuestros profetas que están entre vosotros, ni vuestros adivinos, ni prestéis atención a los sueños que ellos sueñan.

9 Porque falsamente os profetizan ellos en mi nombre; yo no los envié', dice Yahvé.

10 Porque así dice Yahvé: 'Cuando se cumplan los setenta años de Babilonia, yo os visitaré y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar.

11 Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros — dice Yahvé —, pensamientos de paz y no de mal, para daros un porvenir y una esperanza.

12 Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os escucharé.

13 Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón.

14 Y me dejaré hallar de vosotros — dice Yahvé —, y haré volver vuestro cautiverio, y os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde os arrojé, dice Yahvé; y os haré volver al lugar de donde os hice transportar'.

15 Pero como habéis dicho: 'Yahvé nos ha levantado profetas en Babilonia',

16 así dice Yahvé acerca del rey que está sentado sobre el trono de David, y de todo el pueblo que mora en esta ciudad, vuestros hermanos que no salieron con vosotros en cautiverio;

17 así dice Yahvé de los Ejércitos: 'He aquí que envío yo contra ellos espada, hambre y pestilencia, y los pondré como los higos malos, que de tan malos no se pueden comer.

18 Los perseguiré con espada, con hambre y con pestilencia, y los entregaré para
ser escarnecidos por todos los reinos de la tierra, para ser objeto de maldición, de
espanto, de burla y de oprobio entre todas las naciones adonde los he arrojado,

19 por cuanto no oyeron mis palabras — dice Yahvé —, que les envié por mis sier-
vos los profetas, madrugando y enviándolos; y no habéis escuchado vosotros',
dice Yahvé.

20 Oíd, pues, la palabra de Yahvé, todos vosotros los del cautiverio que envié de Je-
rusalén a Babilonia.

21 Así dice Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel, acerca de Acab, hijo de Co-
laías, y acerca de Sedequías, hijo de Maasías, que os profetizan mentira en mi
nombre: 'He aquí que los entrego yo en mano de Nabucodonosor, rey de Babilo-
nia, y él los matará delante de vuestros ojos.

22 Y de ellos se tomará una fórmula de maldición por todos los cautivos de Judá
que están en Babilonia, diciendo: «Haga Yahvé contigo como con Sedequías y
como con Acab, a quienes el rey de Babilonia asó al fuego»;

23 por cuanto hicieron vileza en Israel, y cometieron adulterio con las mujeres de
sus prójimos, y falsamente hablaron en mi nombre palabra que no les mandé; lo
cual yo sé y de ello soy testigo', dice Yahvé.

24 Y a Semaías el nehelamita hablarás, diciendo:

25 "Así habla Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel, diciendo: 'Por cuanto en-
viaste cartas en tu nombre a todo el pueblo que está en Jerusalén, y al sacerdote
Sofonías, hijo de Maasías, y a todos los sacerdotes, diciendo:

26 "Yahvé te ha puesto por sacerdote en lugar del sacerdote Joiada, para que seáis
encargados en la casa de Yahvé de todo hombre loco que profetice, poniéndolo en
el cepo y en el collar de hierro.

27 ¿Por qué, pues, no habéis reprendido ahora a Jeremías de Anatot, que se os
hace pasar por profeta?

28 Pues por eso nos envió a decir a Babilonia: 'Largo es el cautiverio; edificad casas y habitadlas; plantad huertos y comed de su fruto'" '.

29 Y el sacerdote Sofonías leyó esta carta a oídos del profeta Jeremías.

30 Y vino palabra de Yahvé a Jeremías, diciendo:

31 "Envía a decir a todos los cautivos: 'Así dice Yahvé de Semaías el nehelamita: Por cuanto os profetizó Semaías, sin haberlo yo enviado, y os hizo confiar en mentira,

32 por tanto, así dice Yahvé: He aquí que yo castigaré a Semaías el nehelamita y a su descendencia; no tendrá varón que more entre este pueblo, ni verá el bien que haré yo a mi pueblo — dice Yahvé —, porque contra Yahvé ha hablado rebelión'".

Capítulo 30

1 Palabra que vino a Jeremías de parte de Yahvé, diciendo:

2 "Así dice Yahvé, el Dios de Israel: 'Escribe en un libro todas las palabras que te he hablado.

3 Porque he aquí que vienen días — dice Yahvé — en que restauraré la suerte de mi pueblo Israel y Judá — dice Yahvé —. Haré que vuelvan a la tierra que di a sus padres, y la poseerán'".

4 Estas son las palabras que Yahvé habló acerca de Israel y de Judá.

5 Pues así dice Yahvé:
«Hemos oído una voz de temblor;
es de miedo y no de paz.

6 Preguntad ahora y ved: ¿Acaso da a luz un varón?
¿Por qué, pues, veo a todos los hombres con las manos sobre sus lomos, como mujer de parto,
y se han vuelto pálidos todos los rostros?

7 ¡Ay, porque ese día es grande! ¡No hay otro semejante a él!
Es tiempo de angustia para Jacob,
pero de ella será librado.

8 En aquel día, dice Yahvé de los Ejércitos, romperé el yugo de tu cuello
y haré pedazos tus coyundas.
Los extranjeros no volverán a servirse de él;

9 sino que servirán a Yahvé, su Dios,
y a David, su rey,
a quien yo les levantaré.

10 Tú, pues, siervo mío Jacob, no temas — dice Yahvé —;
ni te atemorices, Israel.
Porque he aquí que yo te salvaré de lejos,
y a tu descendencia de la tierra de su cautividad.
Jacob volverá y descansará,
estará tranquilo y no habrá quien lo espante.

11 Porque yo estoy contigo para salvarte — dice Yahvé —.
Destruiré por completo a todas las naciones entre las cuales os dispersé;
pero a ti no te destruiré del todo,
sino que te castigaré con justicia;
de ninguna manera te dejaré impune».

12 Porque así dice Yahvé:
“Tu quebranto es incurable,
y tu herida es grave.

13 No hay quien juzgue tu causa para vendarte;
no hay para ti medicinas eficaces.

14 Todos tus amantes te olvidaron;
ya no te buscan.
Porque te herí con herida de enemigo, con azote de cruel,
a causa de la magnitud de tu iniquidad y por la multitud de tus pecados.

15 ¿Por qué gritas por tu quebranto?
Tu dolor es incurable.
Por la grandeza de tu iniquidad y por tus muchos pecados
te he hecho esto.

16 Por tanto, todos los que te devoran serán devorados;
y todos tus adversarios, todos ellos, irán al cautiverio.
Los que te saqueen serán saqueados,
y a todos los que de ti se despojan los entregaré al despojo.

17 Mas yo te devolveré la salud
y sanaré tus heridas — dice Yahvé —;
porque 'La Desechada' te llamaron, diciendo:
'Esta es Sión, de la que nadie se cuida'".

18 Así dice Yahvé:
«He aquí que yo restauro la suerte de las tiendas de Jacob,
y de sus moradas tendré misericordia.
La ciudad será reedificada sobre su colina,
y el palacio se asentará como solía.

19 De ellos saldrá cántico de gratitud
y voz de gente que se regocija.
Los multiplicaré y no disminuirán;
los honraré y no serán menoscabados.

20 Sus hijos serán como antes,
y su congregación delante de mí será confirmada;
y castigaré a todos sus opresores.

21 Su guía será uno de ellos mismos,
y de en medio de ellos saldrá su soberano.
Le haré acercarse y él se llegará a mí;
porque ¿quién es aquel que se atreve por sí mismo a acercarse a mí? — dice Yahvé —.

22 Y vosotros seréis mi pueblo,
y yo seré vuestro Dios.

23 He aquí, el torbellino de Yahvé sale con furor;
una tempestad impetuosa que descargará sobre la cabeza de los impíos.

24 No se calmará el ardor de la ira de Yahvé hasta que haya hecho
y cumplido los propósitos de su corazón.
En los últimos días entenderéis esto».

Capítulo 31

1 «En aquel tiempo — dice Yahvé —, yo seré el Dios de todas las familias de Israel, y ellas serán mi pueblo».

2 Así dice Yahvé: «El pueblo que sobrevivió a la espada halló gracia en el desierto;
cuando Israel caminaba hacia su reposo».

3 Yahvé se me apareció hace ya mucho tiempo, diciendo:
"Con amor eterno te he amado;
por tanto, te he prolongado mi misericordia.

4 Aún te edificaré, y serás edificada, oh virgen de Israel.
Volverás a ser adornada con tus panderos
y saldrás en alegres danzas.

5 Aún plantarás viñas en los montes de Samaria;
plantarán los que plantan,
y disfrutarán de los frutos.

6 Porque habrá un día en que gritarán los guardas en la región montañosa de Efraín:
'¡Levantaos y subamos a Sión, a Yahvé nuestro Dios!'".

7 Porque así dice Yahvé:
"Cantad con alegría por Jacob
y dad voces de júbilo por la cabeza de las naciones.

Hacedlo oír, alabad y decid:
'¡Oh Yahvé, salva a tu pueblo,
al remanente de Israel!'.

8 He aquí que yo los traigo del país del norte
y los reuniré de los confines de la tierra,
y entre ellos vendrán el ciego y el cojo,
la mujer encinta y la que da a luz juntamente;
en una gran multitud volverán acá.

9 Irán con llanto,
mas con ruegos los conduciré.
Los haré andar junto a corrientes de aguas,
por camino derecho en el cual no tropezarán;
porque soy un padre para Israel,
y Efraín es mi primogénito.

10 Oíd la palabra de Yahvé, naciones,
y hacedla anunciar en las costas lejanas. Decid:
'El que dispersó a Israel lo reunirá
y lo guardará como el pastor a su rebaño'.

11 Porque Yahvé ha rescatado a Jacob
y lo ha redimido de mano del más fuerte que él.

12 Vendrán y cantarán con júbilo en la altura de Sión,
y correrán a los bienes de Yahvé:
al pan, al vino nuevo, al aceite
y a las crías de las ovejas y de las vacas.
Su alma será como huerto regado
y nunca más tendrán dolor alguno.

13 Entonces la virgen se holgará en la danza,
los jóvenes y los ancianos juntamente;
porque cambiaré su lloro en gozo

y los consolaré, y los alegraré de su dolor.

14 Y el alma de los sacerdotes satisfaré con abundancia,
y mi pueblo será saciado de mi bien" — dice Yahvé —.

15 Así dice Yahvé:
«Voz fue oída en Ramá,
lamento y llanto amargo;
es Raquel que llora por sus hijos,
y no quiso ser consolada acerca de sus hijos,
porque perecieron».

16 Así dice Yahvé:
"Reprime tu voz del llanto
y tus ojos de las lágrimas;
porque salario hay para tu trabajo — dice Yahvé —.
Volverán de la tierra del enemigo.

17 Esperanza hay también para tu porvenir — dice Yahvé —;
los hijos volverán a su propia tierra.

18 Escuchando, he oído a Efraín que se lamentaba:
'Me azotaste,
y fui castigado como novillo indómito;
conviérteme y seré convertido,
porque tú eres Yahvé mi Dios.

19 Porque después que me aparté, tuve arrepentimiento;
y después que fui instruido, herí mi muslo.
Me avergoncé y me confundí,
porque llevé el oprobio de mi juventud'.

20 ¿No es Efraín hijo precioso para mí?
¿No es niño en quien me deleito?
Pues desde que hablé contra él,

lo he recordado constantemente.
Por eso mis entrañas se conmovieron por él;
ciertamente tendré de él misericordia" — dice Yahvé —.

21 «Establécete señales,
ponte mojones altos;
pon tu corazón hacia la calzada,
hacia el camino por donde pasaste.
Vuélvete, virgen de Israel;
volved a estas vuestras ciudades.

22 ¿Hasta cuándo andarás errante,
oh hija contumaz?
Porque Yahvé ha creado una cosa nueva sobre la tierra:
una mujer rodeará al varón».

23 Así dice Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel: "Aún dirán esta palabra en la tierra de Judá y en sus ciudades, cuando yo restaure su suerte: 'Yahvé te bendiga, oh morada de justicia, monte de santidad'.

24 Y habitarán allí Judá y todas sus ciudades juntamente, los labradores y los que van con los rebaños.

25 Porque he satisfecho al alma cansada y he saciado a toda alma entristecida".

26 En esto me desperté y miré, y mi sueño me fue sabroso.

27 «He aquí que vienen días — dice Yahvé — en que sembraré la casa de Israel y la casa de Judá de simiente de hombre y de simiente de animal.

28 Y sucederá que, así como tuve cuidado de ellos para arrancar y derribar, para trastornar, perder y afligir, así tendré cuidado de ellos para edificar y plantar» — dice Yahvé —.

29 "En aquellos días no dirán más:
'Los padres comieron las uvas agrias
y los dientes de los hijos tienen la dentera'.

30 Sino que cada cual morirá por su propia iniquidad; los dientes de todo hombre
que comiere las uvas agrias tendrán la dentera.

31 He aquí que vienen días — dice Yahvé — en los cuales haré una nueva alianza
con la casa de Israel y con la casa de Judá.

32 No como la alianza que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi alianza, aunque fui yo un
marido para ellos — dice Yahvé —.

33 Pero esta es la alianza que haré con la casa de Israel después de aquellos días —
dice Yahvé —:
Daré mi ley en su mente
y la escribiré en su corazón;
y yo seré a ellos por Dios,
y ellos me serán por pueblo.

34 Y no enseñará más ninguno a su prójimo,
ni ninguno a su hermano, diciendo: 'Conoced a Yahvé';
porque todos me conocerán,
desde el más pequeño de ellos hasta el más grande — dice Yahvé —;
porque perdonaré la maldad de ellos
y no me acordaré más de su pecado".

35 Así dice Yahvé, que da el sol para luz del día,
las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la noche,
que parte el mar y braman sus ondas;
Yahvé de los Ejércitos es su nombre:

36 «Si faltaren estas leyes delante de mí — dice Yahvé —,
también la simiente de Israel faltará para no ser nación delante de mí para siempre».

37 Así dice Yahvé: «Si se pudieren medir los cielos arriba,
y buscarse abajo los fundamentos de la tierra,
también yo desecharé toda la simiente de Israel por todo lo que hicieron» — dice

Yahvé —.

38 «He aquí que vienen días — dice Yahvé — en que la ciudad será edificada a Yahvé, desde la torre de Hananel hasta la puerta del Ángulo.

39 Y saldrá más allá el cordel de la medida delante de él sobre el collado de Gareb, y rodeará a Goa.

40 Y todo el valle de los cuerpos muertos y de la ceniza, y todos los llanos hasta el arroyo de Cedrón, hasta la esquina de la puerta de los Caballos al oriente, será santo a Yahvé; no será arrancada ni derribada más para siempre».

Capítulo 32

1 Esta es la palabra que vino a Jeremías de parte de Yahvé en el décimo año de Sedequías, rey de Judá, que era el año dieciocho de Nabucodonosor.

2 En aquel tiempo el ejército del rey de Babilonia estaba sitiando Jerusalén. El profeta Jeremías estaba recluido en el patio de la guardia, que estaba en la casa del rey de Judá.

3 Porque Sedequías, rey de Judá, lo había mandado encerrar, diciendo: "¿Por qué profetizas y dices: 'Yahvé dice: «He aquí que yo entrego esta ciudad en manos del rey de Babilonia, y él la tomará;

4 y Sedequías, rey de Judá, no escapará de la mano de los caldeos, sino que será entregado sin falta en mano del rey de Babilonia, y hablará con él cara a cara, y sus ojos verán sus ojos;

5 y él llevará a Sedequías a Babilonia, y allí estará hasta que yo lo visite — dice Yahvé —; aunque luchéis contra los caldeos, no prosperaréis'"?"

6 Y dijo Jeremías: "Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

7 'He aquí que Hanamel, hijo de tu tío Salum, vendrá a ti para decirte: «Compra mi campo que está en Anatot; porque el derecho de redención es tuyo para comprarlo» '".

8 Y vino a mí Hanamel, hijo de mi tío, al patio de la guardia, conforme a la palabra de Yahvé, y me dijo: «Compra, te ruego, mi campo que está en Anatot, en la tierra de Benjamín; porque tuyo es el derecho de herencia y a ti te corresponde la redención. Cómpralo para ti». Entonces comprendí que esta era la palabra de Yahvé.

9 Y compré el campo de Hanamel, hijo de mi tío, el cual estaba en Anatot, y le pesé el dinero: diecisiete siclos de plata.

10 Firmé la escritura y la sellé, llamé a testigos y pesé el dinero en la balanza.

11 Tomé luego la escritura de venta, tanto la sellada conforme a la ley y los estatutos, como la copia abierta.

12 Y entregué la escritura de venta a Baruc, hijo de Nerías, hijo de Maasías, en presencia de Hanamel, hijo de mi tío, y en presencia de los testigos que habían suscrito la escritura de venta, delante de todos los judíos que estaban sentados en el patio de la guardia.

13 Y di órdenes a Baruc en presencia de ellos, diciendo:

14 "Así dice Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel: 'Toma estas escrituras, esta escritura de venta que está sellada y esta escritura que está abierta, y ponlas en una vasija de barro para que se conserven muchos días'.

15 Porque así dice Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel: 'Aún se comprarán casas, campos y viñedos en esta tierra'".

16 Y después que entregué la escritura de venta a Baruc, hijo de Nerías, oré a Yahvé, diciendo:

17 "¡Ah, Señor Yahvé! He aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder y con tu brazo extendido; no hay nada que sea difícil para ti.

18 Tú haces misericordia a millares, y castigas la iniquidad de los padres en el seno de sus hijos después de ellos. Dios grande, poderoso, Yahvé de los Ejércitos es tu nombre:

19 grande en consejo y magnífico en hechos; porque tus ojos están abiertos sobre
todos los caminos de los hijos de los hombres, para dar a cada uno según sus ca-
minos y según el fruto de sus obras.

20 Tú hiciste señales y prodigios en la tierra de Egipto hasta este día, y también en
Israel y entre los demás hombres; y te has hecho nombre, como se ve en el día de
hoy.

21 Y sacaste a tu pueblo Israel de la tierra de Egipto con señales y portentos, con
mano fuerte y brazo extendido, y con gran terror;

22 y les diste esta tierra, de la cual juraste a sus padres que se la darías, tierra que
mana leche y miel.

23 Entraron y la poseyeron; pero no escucharon tu voz ni anduvieron en tu ley.
No hicieron nada de lo que les mandaste hacer; por tanto, has hecho venir sobre
ellos todo este mal.

24 He aquí que los terraplenes de asedio han llegado ya a la ciudad para tomarla; y
la ciudad va a ser entregada en mano de los caldeos que pelean contra ella, a causa
de la espada, del hambre y de la peste. Lo que tú dijiste ha sucedido, y he aquí que
tú lo estás viendo.

25 ¡Y tú, oh Señor Yahvé, me has dicho: 'Cómprate el campo por dinero y pon tes-
tigos', a pesar de que la ciudad sea entregada en mano de los caldeos!".

26 Entonces vino palabra de Yahvé a Jeremías, diciendo:

27 «He aquí que yo soy Yahvé, el Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil
para mí?

28 Por tanto, así dice Yahvé: He aquí que yo entrego esta ciudad en mano de los
caldeos y en mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y él la tomará.

29 Y vendrán los caldeos que están combatiendo contra esta ciudad, y le pegarán
fuego; la quemarán junto con las casas sobre cuyos tejados ofrecieron incienso a
Baal y derramaron libaciones a dioses ajenos para provocarme a ira.

30 Porque los hijos de Israel y los hijos de Judá no han hecho sino lo malo ante mis ojos desde su juventud; pues los hijos de Israel no han hecho más que provocarme a ira con la obra de sus manos — dice Yahvé —.

31 De tal manera me ha sido esta ciudad motivo de mi enojo y de mi furor, desde el día en que la edificaron hasta el día de hoy, que la he de quitar de mi presencia,

32 por toda la maldad de los hijos de Israel y de los hijos de Judá que han hecho para enojarme: ellos, sus reyes, sus príncipes, sus sacerdotes y sus profetas, los hombres de Judá y los moradores de Jerusalén.

33 Me volvieron la espalda y no el rostro; y cuando les enseñaba, madrugando y enseñándoles, no escucharon para recibir corrección.

34 Antes bien, pusieron sus abominaciones en la casa sobre la cual es invocado mi nombre, para contaminarla.

35 Edificaron los lugares altos de Baal, los cuales están en el valle del hijo de Hinom, para hacer pasar por el fuego a sus hijos y a sus hijas en honor de Moloc; lo cual no les mandé, ni me pasó por el pensamiento que hicieran esta abominación para hacer pecar a Judá».

36 Y ahora, pues, así dice Yahvé, Dios de Israel, acerca de esta ciudad, de la cual decís vosotros: «Entregada es en mano del rey de Babilonia a causa de la espada, del hambre y de la peste»:

37 «He aquí que yo los reuniré de todas las tierras adonde los arrojé con mi furor, con mi ira y con gran indignación; y los haré volver a este lugar y los haré habitar seguros.

38 Y ellos me serán por pueblo, y yo les seré por Dios.

39 Les daré un solo corazón y un solo camino, para que me teman perpetuamente, para bien de ellos y de sus hijos después de ellos.

40 Y haré con ellos una alianza eterna, que no me volveré atrás de hacerles bien; y pondré mi temor en el corazón de ellos para que no se aparten de mí.

41 Y me alegraré con ellos haciéndoles bien, y los plantaré en esta tierra en verdad, con todo mi corazón y con toda mi alma».

42 Porque así dice Yahvé: "Como traje sobre este pueblo todo este gran mal, así traeré sobre ellos todo el bien que les he prometido.

43 Se comprarán campos en esta tierra de la cual decís vosotros: 'Está desolada, sin hombres ni animales; ha sido entregada en mano de los caldeos'.

44 Comprarán campos por dinero, y firmarán escrituras y las sellarán, y pondrán testigos, en la tierra de Benjamín y en los contornos de Jerusalén, en las ciudades de Judá, en las ciudades de la montaña, en las ciudades de la llanura y en las ciudades del sur; porque yo haré volver a sus cautivos" — dice Yahvé —.

Capítulo 33

1 Además, la palabra de Yahvé vino a Jeremías por segunda vez, mientras aún estaba encerrado en el patio de la guardia, diciendo:

2 "Yahvé que lo hace, Yahvé que lo forma para establecerlo — Yahvé es su nombre —, dice:

3 'Clama a mí, y yo te responderé, y te mostraré cosas grandes y difíciles, que tú no conoces'.

4 Porque Yahvé, el Dios de Israel, dice acerca de las casas de esta ciudad y de las casas de los reyes de Judá, que están derribadas para hacer una defensa contra los montículos y contra la espada

5 'Mientras los hombres vienen a luchar con los caldeos y a llenarlas de cadáveres de hombres, a quienes he matado en mi cólera y en mi ira, y por toda su maldad he ocultado mi rostro de esta ciudad,

6 he aquí que yo le traeré salud y curación, y los curaré; y les revelaré abundancia de paz y de verdad.

7 Restableceré la fortuna de Judá e Israel, y los edificaré como al principio.

8 Los limpiaré de toda su iniquidad con la que han pecado contra mí. Perdonaré
todas sus iniquidades con las que han pecado contra mí y con las que se han rebe-
lado contra mí.

9 Esta ciudad será para mí un nombre de alegría, de alabanza y de gloria ante to-
das las naciones de la tierra, que oirán todo el bien que les hago, y temerán y tem-
blarán por todo el bien y por toda la paz que les proporciono".

10 Dice el Señor: "Pero otra vez se oirá en este lugar, del que decís: 'Está desolado,
sin hombres y sin animales, en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, que
están desoladas, sin hombres y sin habitantes y sin animales',

11 la voz de la alegría y la voz del gozo, la voz del novio y la voz de la novia, la voz
de los que dicen: 'Dad gracias a Yahvé de los Ejércitos, porque Yahvé es bueno,
porque su bondad es eterna; que traen la acción de gracias a la casa de Yahvé. Por-
que haré que el cautiverio de la tierra se revierta como al principio", dice Yahvé.

12 El Señor de los Ejércitos dice: «Volverá a haber en este lugar, que es un desierto,
sin hombres y sin animales, y en todas sus ciudades, una morada de pastores que
hagan descansar sus rebaños.

13 En las ciudades de la región montañosa, en las ciudades de la llanura, en las ciu-
dades del sur, en la tierra de Benjamín, en los lugares que rodean a Jerusalén y en
las ciudades de Judá, los rebaños volverán a pasar bajo las manos del que los
cuenta», dice el Señor.

14 "He aquí que vienen días — dice Yahvé — en que cumpliré la buena palabra
que he dicho sobre la casa de Israel y sobre la casa de Judá.

15 «En aquellos días y en aquella época,
Haré que crezca una rama de justicia hasta David.
Hará justicia y rectitud en la tierra.

16 En esos días Judá se salvará,
y Jerusalén habitará con seguridad.
Este es el nombre por el que será llamada:

Yahvé nuestra justicia».

17 Porque Yahvé dice: «Nunca le faltará a David un hombre que se siente en el trono de la casa de Israel.

18 A los sacerdotes levitas no les faltará un hombre delante de mí para ofrecer holocaustos, quemar ofrendas y hacer sacrificios continuamente.»

19 La palabra de Yahvé vino a Jeremías, diciendo:

20 "Dice Yahvé: 'Si puedes romper mi pacto del día y mi pacto de la noche, de modo que no haya día ni noche en su tiempo,

21 entonces también podría romperse mi pacto con David mi siervo, para que no tenga un hijo que reine en su trono; y con los sacerdotes levitas, mis ministros.

22 Como el ejército del cielo no se puede contar y la arena del mar no se puede medir, así multiplicaré la descendencia de mi siervo David y de los levitas que me sirven".

23 La palabra de Yahvé vino a Jeremías, diciendo:

24 "No consideres lo que ha dicho este pueblo, diciendo: «¿Acaso Yahvé ha desechado a las dos familias que eligió?». Así desprecian a mi pueblo, para que no sea más una nación ante ellos".

25 Dice Yahvé: «Si mi pacto del día y de la noche falla, si no he establecido las ordenanzas del cielo y de la tierra,

26 entonces también desecharé a la descendencia de Jacob y de David, mi siervo, para no tomar de su descendencia a los gobernantes de la descendencia de Abraham, de Isaac y de Jacob; porque haré que su cautiverio sea revertido y tendré misericordia de ellos.»

Capítulo 34

1 Palabra que vino a Jeremías de parte de Yahvé, cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, con todo su ejército, todos los reinos de la tierra que estaban bajo su dominio y todos los pueblos, combatían contra Jerusalén y contra todas sus ciudades, diciendo:

2 "Así dice Yahvé, el Dios de Israel: 'Ve y habla a Sedequías, rey de Judá, y dile que así dice Yahvé: «He aquí que yo entregaré esta ciudad en manos del rey de Babilonia, y él la quemará con fuego.

3 No escaparás de su mano, sino que seguramente serás apresado y entregado en su poder. Tus ojos verán los ojos del rey de Babilonia, y él hablará contigo cara a cara, e irás a Babilonia» '.

4 Pero escucha la palabra de Yahvé, oh Sedequías, rey de Judá. Así dice Yahvé respecto a ti: 'No morirás a espada.

5 Morirás en paz; y como quemaron perfumes por tus padres, los antiguos reyes que fueron antes de ti, así los quemarán por ti. Se lamentarán de ti, diciendo: «¡Ah, Señor!», porque yo he pronunciado la palabra' — dice Yahvé —".

6 El profeta Jeremías dijo todas estas palabras a Sedequías, rey de Judá, en Jerusalén,

7 cuando el ejército del rey de Babilonia combatía contra Jerusalén y contra todas las ciudades de Judá que quedaban: contra Laquis y contra Azeca; pues solo estas quedaban de las ciudades de Judá como plazas fuertes.

8 Vino a Jeremías palabra de Yahvé, después de que el rey Sedequías hubo hecho una alianza con todo el pueblo que estaba en Jerusalén para proclamarles libertad:

9 que cada uno dejase libre a su siervo y cada uno a su sierva, hebreo o hebrea; que nadie se sirviese de los judíos, sus hermanos.

10 Y cuando oyeron todos los príncipes y todo el pueblo que habían convenido en la alianza de dejar libre cada uno a su siervo y cada uno a su sierva, para no servirse más de ellos, obedecieron y los dejaron ir.

11 Pero después se arrepintieron e hicieron volver a los siervos y a las siervas que habían dejado libres, y los redujeron a servidumbre como siervos y siervas.

12 Por eso vino palabra de Yahvé a Jeremías, diciendo:

13 "Así dice Yahvé, el Dios de Israel: 'Yo hice una alianza con vuestros padres el día que los saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre, diciendo:

14 Al cabo de siete años, cada uno de vosotros liberará a su hermano hebreo que le haya sido vendido; os servirá seis años y luego lo dejaréis ir libre. Pero vuestros padres no me escucharon ni inclinaron su oído.

15 Vosotros os habíais vuelto hoy y habíais hecho lo recto ante mis ojos, proclamando libertad cada uno a su prójimo; y habíais hecho una alianza en mi presencia, en la casa sobre la cual es invocado mi nombre.

16 Pero os habéis vuelto y habéis profanado mi nombre, y habéis hecho volver cada uno a su siervo y cada uno a su sierva, a quienes habíais dejado libres a su voluntad; y los habéis reducido a servidumbre para que os sean siervos y siervas'".

17 Por tanto, así dice Yahvé: «Vosotros no me habéis escuchado para proclamar libertad cada uno a su hermano y cada uno a su prójimo; he aquí que yo os proclamo libertad — dice Yahvé — para la espada, para la peste y para el hambre; y os entregaré para escarnio de todos los reinos de la tierra.

18 Y entregaré a los hombres que traspasaron mi alianza, que no han tenido por firmes las palabras de la alianza que hicieron en mi presencia, cuando partieron en dos el becerro y pasaron por medio de sus partes:

19 a los príncipes de Judá y a los príncipes de Jerusalén, a los oficiales, a los sacerdotes y a todo el pueblo de la tierra que pasaron por medio de las partes del becerro.

20 Los entregaré en mano de sus enemigos y en mano de los que buscan su vida; y sus cuerpos muertos serán comida para las aves del cielo y para las bestias de la tierra.

21 Y a Sedequías, rey de Judá, y a sus príncipes los entregaré en mano de sus enemigos, y en mano de los que buscan su vida, y en mano del ejército del rey de Babilonia, que se ha retirado de vosotros.

22 He aquí, yo mandaré — dice Yahvé — y los haré volver a esta ciudad; pelearán contra ella, la tomarán y la quemarán con fuego. Y reduciré las ciudades de Judá a una desolación donde no quede morador».

Capítulo 35

1 Palabra que vino a Jeremías de parte de Yahvé en los días de Joacim, hijo de Josías, rey de Judá, diciendo:

2 «Ve a la casa de los recabitas y habla con ellos; hazlos entrar en la casa de Yahvé, en una de las habitaciones, y dales de beber vino».

3 Entonces tomé a Jaazanías, hijo de Jeremías, hijo de Habasinías, con sus hermanos, con todos sus hijos y con toda la familia de los recabitas;

4 y los llevé a la casa de Yahvé, a la habitación de los hijos de Hanán, hijo de Igdalías, hombre de Dios, la cual estaba junto a la habitación de los príncipes, encima de la habitación de Maasías, hijo de Salum, guardián del umbral.

5 Y puse delante de los hijos de la familia de los recabitas tazones llenos de vino y copas, y les dije: «¡Bebed vino!».

6 Mas ellos dijeron: "No beberemos vino; porque Jonadab, hijo de Recab, nuestro padre, nos dio este mandato diciendo: 'No beberéis vino jamás, ni vosotros ni vuestros hijos.

7 No edificaréis casa, ni sembraréis sementera, ni plantaréis viña, ni las poseeréis; sino que habitaréis en tiendas todos vuestros días, para que viváis muchos días sobre la faz de la tierra donde habitáis como forasteros'.

8 Y nosotros hemos obedecido la voz de Jonadab, hijo de Recab, nuestro padre, en todo lo que nos mandó: no beber vino en todos nuestros días, ni nosotros, ni nuestras mujeres, ni nuestros hijos, ni nuestras hijas;

9 ni edificar casas para nuestra morada; no tenemos viña, ni heredad, ni sementera.

10 Hemos habitado, pues, en tiendas, y hemos obedecido y hecho conforme a todo lo que nos mandó nuestro padre Jonadab.

11 Sucedió, sin embargo, que cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, subió a la tierra, dijimos: 'Venid y refugiémonos en Jerusalén por miedo al ejército de los caldeos y al ejército de los sirios'; y así nos hemos quedado en Jerusalén".

12 Entonces vino palabra de Yahvé a Jeremías, diciendo:

13 "Así dice Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel: 'Ve y di a los hombres de Judá y a los moradores de Jerusalén: «¿No recibiréis corrección para escuchar mis palabras?», dice Yahvé.

14 "Las palabras de Jonadab, hijo de Recab, quien mandó a sus hijos que no bebiesen vino, han sido firmes; pues no lo beben hasta hoy por obedecer el mandato de su padre. Yo, en cambio, os he hablado a vosotros madrugando y hablando sin cesar, pero no me habéis escuchado.

15 Os he enviado también a todos mis siervos los profetas, madrugando y enviándolos a decir: 'Volveos ahora cada uno de vuestro mal camino, y enmendad vuestras obras, y no vayáis tras dioses ajenos para servirles; así habitaréis en la tierra que os di a vosotros y a vuestros padres'; mas no habéis inclinado vuestro oído ni me habéis escuchado.

16 Ciertamente los hijos de Jonadab, hijo de Recab, cumplieron el mandamiento que les dio su padre; pero este pueblo no me ha escuchado" '.

17 Por tanto, así dice Yahvé, Dios de los Ejércitos, Dios de Israel: 'He aquí que yo traigo sobre Judá y sobre todos los moradores de Jerusalén todo el mal que contra ellos he hablado; porque les hablé y no escucharon; los llamé y no

respondieron'".

18 Y dijo Jeremías a la familia de los recabitas: "Así dice Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel: 'Por cuanto habéis obedecido el mandato de Jonadab vuestro padre, y habéis guardado todos sus mandamientos, y habéis hecho conforme a todo lo que os mandó,

19 por tanto, así dice Yahvé de los Ejércitos, el Dios de Israel: No faltará de Jonadab, hijo de Recab, varón que esté en mi presencia todos los días'".

Capítulo 36

1 En el cuarto año de Joacim, hijo de Josías, rey de Judá, vino esta palabra de Yahvé a Jeremías, diciendo:

2 «Toma un rollo de libro y escribe en él todas las palabras que te he hablado contra Israel, contra Judá y contra todas las naciones, desde el día en que comencé a hablarte, desde los días de Josías hasta hoy.

3 Quizá la casa de Judá oiga todo el mal que yo pienso hacerles, para que se arrepienta cada uno de su mal camino, y yo perdone su iniquidad y su pecado».

4 Y llamó Jeremías a Baruc, hijo de Nerías; y escribió Baruc de boca de Jeremías, en un rollo de libro, todas las palabras que Yahvé le había hablado.

5 Después mandó Jeremías a Baruc, diciendo: «Yo estoy recluido y no puedo entrar en la casa de Yahvé.

6 Entra tú, pues, y lee del rollo que escribiste de mi boca, las palabras de Yahvé, a oídos del pueblo, en la casa de Yahvé, el día del ayuno; y también las leerás a oídos de todos los de Judá que vienen de sus ciudades.

7 Quizá eleven su oración delante de Yahvé, y se vuelva cada uno de su mal camino; porque grande es el furor y la ira que ha expresado Yahvé contra este pueblo».

8 Y Baruc, hijo de Nerías, hizo conforme a todas las cosas que le mandó el profeta Jeremías, leyendo en el libro las palabras de Yahvé en la casa de Yahvé.

9 Y aconteció en el año quinto de Joacim, hijo de Josías, rey de Judá, en el mes noveno, que promulgaron ayuno en presencia de Yahvé a todo el pueblo de Jerusalén y a todo el pueblo que venía de las ciudades de Judá a Jerusalén.

10 Y Baruc leyó en el libro las palabras de Jeremías en la casa de Yahvé, en la cámara de Gemarías, hijo de Safán el escriba, en el atrio superior, a la entrada de la puerta Nueva de la casa de Yahvé, a oídos de todo el pueblo.

11 Y Micaías, hijo de Gemarías, hijo de Safán, habiendo oído del libro todas las palabras de Yahvé,

12 descendió a la casa del rey, a la cámara del escriba; y he aquí que todos los príncipes estaban allí sentados: Elisama el escriba, Delaías hijo de Semaías, Elnatán hijo de Acbor, Gemarías hijo de Safán, Sedequías hijo de Ananías, y todos los demás príncipes.

13 Y les contó Micaías todas las palabras que había oído cuando Baruc leyó el libro a oídos del pueblo.

14 Entonces enviaron todos los príncipes a Jehudí, hijo de Netanías, hijo de Selemías, hijo de Cusi, para decir a Baruc: «Toma el rollo en el que leíste a oídos del pueblo, y ven». Y Baruc, hijo de Nerías, tomó el rollo en su mano y vino a ellos.

15 Y le dijeron: «Siéntate ahora, y léelo a nuestros oídos». Y Baruc lo leyó a sus oídos.

16 Y aconteció que cuando oyeron todas aquellas palabras, se espantaron cada uno con su compañero, y dijeron a Baruc: «Sin duda contaremos al rey todas estas palabras».

17 Preguntaron luego a Baruc, diciendo: «Cuéntanos ahora cómo escribiste de su boca todas estas palabras».

18 Y Baruc les respondió: «Él me dictaba de su boca todas estas palabras, y yo las escribía con tinta en el libro».

19 Entonces dijeron los príncipes a Baruc: «Id y escondeos, tú y Jeremías; y nadie sepa dónde estáis».

20 Y entraron a ver al rey al atrio, habiendo depositado el rollo en la cámara de Elisama el escriba; y contaron a oídos del rey todas estas palabras.

21 Y envió el rey a Jehudí a tomar el rollo, el cual lo tomó de la cámara de Elisama el escriba; y leyó Jehudí en él a oídos del rey, y a oídos de todos los príncipes que junto al rey estaban.

22 El rey estaba en la casa de invierno en el mes noveno, y había ante él un brasero encendido.

23 Y aconteció que cuando Jehudí había leído tres o cuatro columnas, lo rasgó el rey con un cuchillo de escribano, y lo echó en el fuego que había en el brasero, hasta que todo el rollo se consumió en el fuego que estaba en el brasero.

24 Y no tuvieron temor ni rasgaron sus vestiduras el rey y todos sus siervos que oyeron todas estas palabras.

25 Y aunque Elnatán, Delaías y Gemarías rogaron al rey que no quemase aquel rollo, no los quiso oír.

26 Mandó luego el rey a Jerameel hijo del rey, a Seraías hijo de Azriel y a Selemías hijo de Abdeel, que prendiesen a Baruc el escriba y al profeta Jeremías; pero Yahvé los escondió.

27 Y vino palabra de Yahvé a Jeremías, después que el rey quemó el rollo y las palabras que Baruc había escrito de boca de Jeremías, diciendo:

28 "Vuelve a tomar otro rollo, y escribe en él todas las palabras primeras que estaban en el primer rollo que quemó Joacim, rey de Judá.

29 Y dirás a Joacim, rey de Judá: 'Así dice Yahvé: "Tú quemaste este rollo, diciendo: '¿Por qué escribiste en él que vendrá de cierto el rey de Babilonia, y que destruirá esta tierra, y que hará que no queden en ella ni hombres ni animales?'" '.

30 Por tanto, así dice Yahvé acerca de Joacim, rey de Judá: 'No tendrá quien se siente sobre el trono de David; y su cuerpo muerto será echado al calor del día y al hielo de la noche.

31 Y castigaré su iniquidad en él, y en su descendencia y en sus siervos; y traeré sobre ellos, y sobre los moradores de Jerusalén y sobre los varones de Judá, todo el mal que les he dicho y no escucharon'".

32 Y tomó Jeremías otro rollo y lo dio a Baruc hijo de Nerías, el escriba; y escribió en él de boca de Jeremías todas las palabras del libro que quemó en el fuego Joacim, rey de Judá; y aun fueron añadidas a ellas muchas otras palabras semejantes.

Capítulo 37

1 Reinó el rey Sedequías, hijo de Josías, en lugar de Conías, hijo de Joacim, al cual Nabucodonosor, rey de Babilonia, hizo rey en la tierra de Judá.

2 Pero ni él, ni sus siervos, ni el pueblo de la tierra escucharon las palabras de Yahvé, las cuales habló por mano del profeta Jeremías.

3 Y envió el rey Sedequías a Jucal, hijo de Selemías, y al sacerdote Sofonías, hijo de Maasías, para decir al profeta Jeremías: «Ruega ahora por nosotros a Yahvé nuestro Dios».

4 Jeremías, entretanto, entraba y salía en medio del pueblo; porque todavía no lo habían puesto en la cárcel.

5 Y el ejército de Faraón había salido de Egipto; y cuando los caldeos que tenían sitiada a Jerusalén oyeron la noticia, se retiraron de Jerusalén.

6 Entonces vino palabra de Yahvé al profeta Jeremías, diciendo:

7 "Así dice Yahvé, Dios de Israel: 'Diréis así al rey de Judá, que os envió a mí para consultarme: «He aquí que el ejército de Faraón que salió en vuestro socorro se volverá a su tierra en Egipto.

8 Y volverán los caldeos y combatirán contra esta ciudad, la tomarán y le pegarán fuego» '.

9 Así dice Yahvé: 'No os engañéis a vosotros mismos diciendo: «Ciertamente los caldeos se retirarán de nosotros»; porque no se retirarán.

10 Pues aunque hubierais herido a todo el ejército de los caldeos que pelean contra vosotros, y quedasen de ellos solo hombres heridos, cada uno se levantaría en su tienda y pondría fuego a esta ciudad'".

11 Y aconteció que cuando el ejército de los caldeos se retiró de Jerusalén a causa del ejército de Faraón,

12 salía Jeremías de Jerusalén para irse a la tierra de Benjamín, para recibir allí su parte de una herencia en medio del pueblo.

13 Y cuando llegó a la puerta de Benjamín, estaba allí un capitán de la guardia que se llamaba Irías, hijo de Selemías, hijo de Hananías, el cual apresó al profeta Jeremías, diciendo: «¡Tú te pasas a los caldeos!».

14 Y Jeremías dijo: «¡Falso! No me paso a los caldeos». Pero él no lo escuchó; y prendió Irías a Jeremías y lo llevó ante los príncipes.

15 Y los príncipes se airaron contra Jeremías, y lo azotaron y lo pusieron en prisión, en la casa del escribano Jonatán, porque la habían convertido en cárcel.

16 Entró, pues, Jeremías en la casa de la mazmorra y en las bóvedas; y habiendo estado allí Jeremías por muchos días,

17 el rey Sedequías envió y lo sacó. Y le preguntó el rey secretamente en su casa, y dijo: «¿Hay palabra de Yahvé?». Y Jeremías dijo: «La hay». Y añadió: «En mano del rey de Babilonia serás entregado».

18 Dijo también Jeremías al rey Sedequías: "¿En qué pequé contra ti, o contra tus siervos, o contra este pueblo, para que me pusierais en la cárcel?

19 ¿Y dónde están vuestros profetas que os profetizaban diciendo: 'No vendrá el rey de Babilonia contra vosotros, ni contra esta tierra'?

20 Ahora pues, oye, os ruego, mi señor el rey; sea aceptada mi súplica en vuestra presencia, y no me hagáis volver a casa del escribano Jonatán, para que no muera allí".

21 Entonces mandó el rey Sedequías que custodiaran a Jeremías en el patio de la guardia, y que le diesen cada día una torta de pan de la calle de los Panaderos, hasta que todo el pan de la ciudad se acabase. Y se quedó Jeremías en el patio de la guardia.

Capítulo 38

1 Oyeron Sefatías hijo de Matán, Gedalías hijo de Pasjur, Jucal hijo de Selemías, y Pasjur hijo de Malquías, las palabras que Jeremías hablaba a todo el pueblo, diciendo:

2 "Así dice Yahvé: 'El que se quedare en esta ciudad morirá a espada, de hambre o de peste; mas el que se pasare a los caldeos vivirá, pues su vida le será por botín, y vivirá'.

3 Así dice Yahvé: 'De cierto será entregada esta ciudad en mano del ejército del rey de Babilonia, y él la tomará'".

4 Y dijeron los príncipes al rey: «Muera ahora este hombre; porque así debilita las manos de los hombres de guerra que han quedado en esta ciudad, y las manos de todo el pueblo, hablándoles tales palabras; porque este hombre no busca la paz de este pueblo, sino su mal».

5 Y dijo el rey Sedequías: «He aquí que él está en vuestras manos; pues el rey nada puede hacer contra vosotros».

6 Entonces tomaron ellos a Jeremías y lo hicieron echar en la cisterna de Malquías hijo del rey, la cual estaba en el patio de la guardia; y bajaron a Jeremías con cuerdas. Y en la cisterna no había agua, sino lodo, y se hundió Jeremías en el lodo.

7 Y oyendo Ebed-melec, etíope, eunuco que estaba en la casa del rey, que habían puesto a Jeremías en la cisterna (estando el rey sentado a la puerta de Benjamín),

8 Ebed-melec salió de la casa del rey y habló al rey, diciendo:

9 «Mi señor el rey, mal han hecho estos hombres en todo lo que han hecho con el profeta Jeremías, al cual hicieron echar en la cisterna; porque allí morirá de hambre, pues no hay más pan en la ciudad».

10 Entonces mandó el rey al mismo Ebed-melec, etíope, diciendo: «Toma en tu poder treinta hombres de aquí, y saca al profeta Jeremías de la cisterna, antes que muera».

11 Tomó Ebed-melec a los hombres consigo, y entró en la casa del rey debajo de la tesorería, y tomó de allí trapos viejos y ropas raídas, y los bajó a Jeremías con cuerdas en la cisterna.

12 Y dijo el etíope Ebed-melec a Jeremías: «Pon ahora esos trapos viejos y ropas raídas bajo tus axilas, debajo de las cuerdas». Y lo hizo así Jeremías.

13 De este modo sacaron a Jeremías con cuerdas, y lo subieron de la cisterna; y quedó Jeremías en el patio de la guardia.

14 Después envió el rey Sedequías, e hizo traer al profeta Jeremías a la tercera entrada que estaba en la casa de Yahvé. Y dijo el rey a Jeremías: «Te haré una pregunta; no me encubras nada».

15 Y Jeremías dijo a Sedequías: «Si te lo declarare, ¿no es cierto que me matarás? Y si te diere consejo, no me escucharás».

16 Y juró el rey Sedequías en secreto a Jeremías, diciendo: «Vive Yahvé que nos hizo esta alma, que no te mataré, ni te entregaré en mano de estos hombres que buscan tu vida».

17 Entonces dijo Jeremías a Sedequías: "Así dice Yahvé, Dios de los Ejércitos, Dios de Israel: 'Si te entregares enseguida a los príncipes del rey de Babilonia, tu alma vivirá, y esta ciudad no será puesta a fuego, y vivirás tú y tu casa.

18 Pero si no te entregares a los príncipes del rey de Babilonia, entonces esta ciudad será entregada en mano de los caldeos, y la pondrán a fuego, y tú no escaparás de su mano'".

19 Y el rey Sedequías dijo a Jeremías: «Tengo miedo de los judíos que se han pasado a los caldeos, de que me entreguen en sus manos y se burlen de mí».

20 Y dijo Jeremías: "No te entregarán. Oye ahora, te ruego, la voz de Yahvé en lo que yo te hablo, y te irá bien y vivirá tu alma.

21 Pero si no quieres entregarte, esta es la palabra que me ha mostrado Yahvé:

22 'He aquí que todas las mujeres que han quedado en la casa del rey de Judá serán sacadas a los príncipes del rey de Babilonia; y ellas mismas dirán:
«Tus amigos íntimos te han engañado,
y han prevalecido contra ti;
se hundieron tus pies en el lodo,
y ellos se volvieron atrás».

23 Llevarán, pues, todas tus mujeres y tus hijos a los caldeos, y tú no escaparás de sus manos, sino que por mano del rey de Babilonia serás apresado; y a esta ciudad le pondrán fuego'".

24 Entonces dijo Sedequías a Jeremías: "Nadie sepa estas palabras, y no morirás.

25 Y si los príncipes oyeren que yo he hablado contigo, y vinieren a ti y te dijeren: 'Decláranos ahora lo que hablaste con el rey, no nos lo encubras, y no te mataremos; dinos también lo que el rey te ha dicho',

26 les dirás: 'Presenté mi ruego delante del rey, para que no me hiciese volver a casa de Jonatán para morir allí'".

27 Y vinieron todos los príncipes a Jeremías, y le preguntaron; y él les respondió conforme a todas aquellas palabras que el rey le había mandado. Con esto se retiraron de él, porque el asunto no se había divulgado.

28 Y quedó Jeremías en el patio de la guardia hasta el día que fue tomada Jerusalén.

Capítulo 39

1 En el noveno año de Sedequías, rey de Judá, en el décimo mes, vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, con todo su ejército contra Jerusalén, y la sitiaron.

2 Y en el undécimo año de Sedequías, en el mes cuarto, a los nueve días del mes, se abrió brecha en el muro de la ciudad.

3 Y entraron todos los príncipes del rey de Babilonia y acamparon a la puerta del Medio: Nergal-sarezer, Samgar-nebo, Sarsequim el Rabsaris, Nergal-sarezer el Rabmag, y todos los demás príncipes del rey de Babilonia.

4 Y aconteció que cuando los vieron Sedequías, rey de Judá, y todos los hombres de guerra, huyeron y salieron de la ciudad de noche por el camino del jardín del rey, por la puerta entre los dos muros; y salió el rey hacia el Arabá.

5 Pero el ejército de los caldeos los siguió, y alcanzaron a Sedequías en los llanos de Jericó; y lo tomaron y lo llevaron a Ribla, en tierra de Hamat, ante Nabucodonosor, rey de Babilonia, quien pronunció sentencia contra él.

6 Y degolló el rey de Babilonia a los hijos de Sedequías en Ribla, ante sus propios ojos; asimismo degolló el rey de Babilonia a todos los nobles de Judá.

7 Además, sacó los ojos a Sedequías y lo aprisionó con grilletes de bronce para llevarlo a Babilonia.

8 Y los caldeos incendiaron con fuego la casa del rey y las casas del pueblo, y derribaron los muros de Jerusalén.

9 Y al resto del pueblo que había quedado en la ciudad, y a los que se habían pasado a él, con todo el resto del pueblo que había quedado, Nabuzaradán, capitán de la guardia, los transportó cautivos a Babilonia.

10 Pero Nabuzaradán, capitán de la guardia, dejó en la tierra de Judá a los pobres del pueblo que no tenían nada, y les dio viñas y campos en aquel mismo día.

11 Y Nabucodonosor, rey de Babilonia, había dado órdenes sobre Jeremías por mano de Nabuzaradán, capitán de la guardia, diciendo:

12 «Tómalo y cuida de él, y no le hagas ningún mal; antes bien, haz con él como él te dijere».

13 Enviaron, pues, Nabuzaradán, capitán de la guardia, Nabusazbán el Rabsaris, Nergal-sarezer el Rabmag y todos los oficiales del rey de Babilonia;

14 enviaron entonces y tomaron a Jeremías del patio de la guardia, y lo entregaron a Gedalías hijo de Ahicam, hijo de Safán, para que lo llevara a casa; y así vivió entre el pueblo.

15 Y había venido palabra de Yahvé a Jeremías, estando él aún recluido en el patio de la guardia, diciendo:

16 "Ve y habla a Ebed-melec, etíope, diciendo: 'Así dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo traigo mis palabras sobre esta ciudad para mal y no para bien; y se cumplirán en tu presencia en aquel día.

17 Pero en aquel día yo te libraré — dice Yahvé — y no serás entregado en manos de aquellos hombres a quienes temes.

18 Porque ciertamente te libraré, y no caerás a espada, sino que tu vida te será por botín, porque tuviste confianza en mí — dice Yahvé —'".

Capítulo 40

1 Palabra que vino a Jeremías de parte de Yahvé, después que Nabuzaradán, capitán de la guardia, lo dejó ir desde Ramá, cuando lo tomó atado con cadenas entre todos los cautivos de Jerusalén y de Judá que iban transportados a Babilonia.

2 Tomó, pues, el capitán de la guardia a Jeremías y le dijo: «Yahvé tu Dios pronunció este mal sobre este lugar;

3 y lo ha traído Yahvé, y ha hecho conforme a lo que había dicho; porque habéis pecado contra Yahvé y no habéis escuchado su voz, por eso os ha sobrevenido esto.

4 Y ahora, he aquí que yo te he soltado hoy de las cadenas que tenías en tus manos. Si te parece bien venir conmigo a Babilonia, ven, y yo velaré por ti; pero si te parece mal venir conmigo a Babilonia, déjalo. Mira, toda la tierra está delante de ti; ve a donde mejor y más cómodo te parezca».

5 Como Jeremías aún no se volvía, añadió: «Vuelve, pues, a Gedalías hijo de Ahicam, hijo de Safán, al cual el rey de Babilonia ha puesto sobre las ciudades de Judá, y habita con él en medio del pueblo; o ve a donde te parezca más conveniente ir». Y le dio el capitán de la guardia víveres y un presente, y lo despidió.

6 Se fue entonces Jeremías a Gedalías hijo de Ahicam, a Mizpa, y habitó con él en medio del pueblo que había quedado en la tierra.

7 Cuando oyeron todos los jefes de las fuerzas que estaban por el campo, ellos y sus hombres, que el rey de Babilonia había puesto a Gedalías hijo de Ahicam sobre la tierra, y que le había encomendado los hombres, las mujeres, los niños y los pobres de la tierra que no habían sido transportados a Babilonia,

8 vinieron a Gedalías, a Mizpa; a saber: Ismael hijo de Netanías, Johanán y Jonatán hijos de Carea, Seraías hijo de Tanhumet, los hijos de Efai el netofatita, y Jezanías hijo de un maacateo, ellos con sus hombres.

9 Y les juró Gedalías hijo de Ahicam, hijo de Safán, a ellos y a sus hombres, diciendo: «No temáis servir a los caldeos; habitad en la tierra y servid al rey de Babilonia, y os irá bien.

10 Y he aquí que yo habito en Mizpa para comparecer ante los caldeos que vengan a nosotros; mas vosotros recoged el vino, los frutos del verano y el aceite, y ponedlos en vuestras vasijas, y habitad en vuestras ciudades que habéis tomado».

11 Asimismo, todos los judíos que estaban en Moab, y entre los hijos de Amón, y en Edom, y los que estaban en todas las tierras, cuando oyeron que el rey de Babilonia había dejado un resto a Judá, y que había puesto sobre ellos a Gedalías hijo de Ahicam, hijo de Safán,

12 todos estos judíos regresaron de todos los lugares adonde habían sido expulsados, y vinieron a la tierra de Judá, a Gedalías en Mizpa; y recogieron vino y abundantes frutos de verano.

13 Y Johanán hijo de Carea y todos los jefes de las fuerzas que estaban en el campo, vinieron a Gedalías, a Mizpa,

14 y le dijeron: «¿No sabes que Baalis, rey de los hijos de Amón, ha enviado a Ismael hijo de Netanías para matarte?». Mas Gedalías hijo de Ahicam no les creyó.

15 Entonces Johanán hijo de Carea habló a Gedalías en secreto, en Mizpa, diciendo: «Yo te ruego que me dejes ir a matar a Ismael hijo de Netanías, sin que nadie lo sepa. ¿Por qué ha de quitarte la vida, para que se dispersen todos los judíos que se han reunido contigo y perezca el resto de Judá?».

16 Pero Gedalías hijo de Ahicam dijo a Johanán hijo de Carea: «No hagas tal cosa, porque es falso lo que tú dices de Ismael».

Capítulo 41

1 Aconteció en el mes séptimo que Ismael hijo de Netanías, hijo de Elisama, de la estirpe real y uno de los grandes del rey, vino con diez hombres a Gedalías hijo de Ahicam, a Mizpa; y comieron pan juntos allí en Mizpa.

2 Entonces se levantó Ismael hijo de Netanías con los diez hombres que estaban con él, e hirieron a espada a Gedalías hijo de Ahicam, hijo de Safán, matando así a aquel a quien el rey de Babilonia había puesto por gobernador de la tierra.

3 Asimismo mató Ismael a todos los judíos que estaban con Gedalías en Mizpa, y a los soldados caldeos que allí se hallaban.

4 Sucedió que al segundo día de haber muerto Gedalías, cuando nadie lo sabía aún,

5 vinieron ochenta hombres de Siquem, de Silo y de Samaria, con las barbas rapadas, las vestiduras rasgadas y el cuerpo sajado, trayendo en sus manos ofrendas e incienso para llevar a la casa de Yahvé.

6 E Ismael hijo de Netanías salió de Mizpa a recibirlos, llorando mientras caminaba. Y aconteció que cuando los encontró, les dijo: «Venid a Gedalías hijo de Ahicam».

7 Y al llegar al centro de la ciudad, Ismael hijo de Netanías los degolló y los arrojó en medio de una fosa, él y los hombres que estaban con él.

8 Mas entre ellos se hallaron diez hombres que dijeron a Ismael: «No nos mates, porque tenemos en el campo tesoros escondidos de trigo, cebada, aceite y miel». Y los dejó, y no los mató con sus hermanos.

9 La fosa donde Ismael arrojó todos los cadáveres de los hombres que había matado por causa de Gedalías era la misma que el rey Asa había hecho por temor a Baasa, rey de Israel; Ismael hijo de Netanías la llenó de muertos.

10 Después llevó Ismael cautivo a todo el resto del pueblo que estaba en Mizpa: a las hijas del rey y a toda la gente que había quedado en Mizpa, a los cuales Nabuzaradán, capitán de la guardia, había encomendado a Gedalías hijo de Ahicam. Ismael hijo de Netanías los tomó cautivos y partió para pasarse a los hijos de Amón.

11 Pero cuando Johanán hijo de Carea y todos los jefes de las fuerzas que estaban con él oyeron todo el mal que había hecho Ismael hijo de Netanías,

12 tomaron a todos sus hombres y fueron a pelear contra Ismael hijo de Netanías, y lo hallaron junto a las grandes aguas que hay en Gabaón.

13 Y aconteció que cuando todo el pueblo que iba con Ismael vio a Johanán hijo de Carea y a todos los jefes de las fuerzas que estaban con él, se alegraron.

14 Y todo el pueblo que Ismael traía cautivo de Mizpa se volvió y regresó con Johanán hijo de Carea.

15 Pero Ismael hijo de Netanías escapó de Johanán con ocho hombres y se fue a los hijos de Amón.

16 Entonces Johanán hijo de Carea y todos los jefes de las fuerzas que estaban con
él tomaron de Mizpa a todo el resto del pueblo que habían recobrado de Ismael
hijo de Netanías, después que este mató a Gedalías hijo de Ahicam: hombres de
guerra, mujeres, niños y oficiales que habían vuelto de Gabaón.

17 Y partieron y habitaron en Gerut Quimam, que está cerca de Belén, para ir y
entrar en Egipto,

18 a causa de los caldeos; porque les tenían miedo, por cuanto Ismael hijo de Ne-
tanías había muerto a Gedalías hijo de Ahicam, a quien el rey de Babilonia había
puesto por gobernador sobre la tierra.

Capítulo 42

1 Entonces se acercaron todos los capitanes de las fuerzas, Johanán hijo de Carea,
Jezanías hijo de Oseas, y todo el pueblo, desde el más pequeño hasta el más
grande,

2 y dijeron al profeta Jeremías: «Sea aceptada ahora nuestra súplica delante de ti, y
ruega por nosotros a Yahvé vuestro Dios por todo este remanente (pues hemos
quedado unos pocos de entre muchos, como lo ven tus ojos),

3 para que Yahvé vuestro Dios nos enseñe el camino por donde debemos andar y
lo que debemos hacer».

4 El profeta Jeremías les dijo: «Os he oído. He aquí que voy a orar a Yahvé vues-
tro Dios, conforme a vuestras palabras; y todo lo que Yahvé os responda, os lo
declararé. No os ocultaré nada».

5 Ellos dijeron a Jeremías: «Yahvé sea entre nosotros testigo fiel y verdadero, si no
hiciéramos conforme a toda la palabra que Yahvé vuestro Dios te envíe a
decirnos.

6 Sea bueno o sea malo, obedeceremos la voz de Yahvé nuestro Dios, al cual te en-
viamos, para que nos vaya bien al obedecer la voz de Yahvé nuestro Dios».

7 Acontecieron diez días, y vino palabra de Yahvé a Jeremías.

8 Y llamó a Johanán hijo de Carea, a todos los oficiales de las fuerzas que con él estaban y a todo el pueblo, desde el más pequeño hasta el más grande;

9 y les dijo: "Así dice Yahvé, Dios de Israel, al cual me enviasteis para presentar vuestra súplica en su presencia:

10 'Si os quedáis quietos en esta tierra, os edificaré y no os destruiré; os plantaré y no os arrancaré; porque me pesa el mal que os he hecho.

11 No temáis al rey de Babilonia, de quien tenéis miedo; no le temáis — dice Yahvé —, porque con vosotros estoy yo para salvaros y libraros de su mano.

12 Y tendré de vosotros misericordia, y él tendrá misericordia de vosotros y os hará restituir a vuestra tierra'.

13 'Mas si decís: «No moraremos en esta tierra», no obedeciendo así la voz de Yahvé vuestro Dios,

14 y diciendo: «No, sino que nos iremos a la tierra de Egipto, donde no veremos guerra, ni oiremos sonido de trompeta, ni tendremos hambre de pan, y allí moraremos»;

15 ahora por eso, oíd la palabra de Yahvé, remanente de Judá. Así dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel: «Si vosotros volvéis vuestros rostros para entrar en Egipto, y entráis para morar allí,

16 sucederá que la espada que teméis os alcanzará allí en la tierra de Egipto, y el hambre de que tenéis miedo os perseguirá allí en Egipto; y allí moriréis.

17 Así acontecerá a todos los hombres que volvieren sus rostros para entrar en Egipto para morar allí: morirán a espada, de hambre y de peste; no habrá de ellos quien quede ni quien escape del mal que traeré yo sobre ellos» '.

18 Porque así dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel: 'Como se derramó mi enojo y mi ira sobre los moradores de Jerusalén, así se derramará mi ira sobre vosotros cuando entréis en Egipto; y seréis objeto de execración, de espanto, de maldición y de oprobio; y no veréis más este lugar'.

19 "Yahvé ha hablado sobre vosotros, remanente de Judá: 'No vayáis a Egipto'. Sabed ciertamente que os lo he advertido hoy.

20 Porque habéis usado de engaño contra vuestras mismas almas; pues vosotros me enviasteis a Yahvé vuestro Dios, diciendo: 'Ruega por nosotros a Yahvé nuestro Dios, y dinos todo lo que Yahvé nuestro Dios dijere, y lo haremos'.

21 Os lo he declarado hoy, y no habéis obedecido la voz de Yahvé vuestro Dios, en ninguna cosa de las que me envió a deciros.

22 Sabed, pues, ahora ciertamente que a espada, de hambre y de peste moriréis en el lugar donde deseasteis entrar para morar allí".

Capítulo 43

1 Y aconteció que cuando Jeremías acabó de hablar a todo el pueblo todas las palabras de Yahvé su Dios, todas estas palabras con las cuales Yahvé su Dios le había enviado a ellos,

2 dijeron Azarías hijo de Oseas, Johanán hijo de Carea y todos los varones soberbios, diciendo a Jeremías: "Habláis en falso; no te ha enviado Yahvé nuestro Dios para decir: 'No vayáis a Egipto para morar allí',

3 sino que Baruc hijo de Nerías te incita contra nosotros, para entregarnos en mano de los caldeos, para que nos maten o nos transporten cautivos a Babilonia".

4 No obedeció, pues, Johanán hijo de Carea, ni todos los oficiales de las fuerzas, ni todo el pueblo, a la voz de Yahvé para quedarse en la tierra de Judá,

5 sino que Johanán hijo de Carea y todos los oficiales de las fuerzas tomaron a todo el remanente de Judá que se había vuelto de todas las naciones adonde había sido arrojado, para morar en la tierra de Judá:

6 a hombres, mujeres y niños, a las hijas del rey y a toda persona que Nabuzaradán, capitán de la guardia, había dejado con Gedalías hijo de Ahicam, hijo de Safán, y al profeta Jeremías y a Baruc hijo de Nerías.

7 Y entraron en la tierra de Egipto, porque no obedecieron a la voz de Yahvé; y llegaron hasta Tafnes.

8 Entonces vino palabra de Yahvé a Jeremías en Tafnes, diciendo:

9 "Toma en tu mano piedras grandes y escóndelas en la argamasa del pavimento de ladrillo que está a la entrada de la casa de Faraón en Tafnes, a vista de los hombres de Judá;

10 y diles: 'Así dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo envío y tomaré a Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo, y pondré su trono sobre estas piedras que he escondido, y él extenderá su pabellón real sobre ellas.

11 Y vendrá y herirá la tierra de Egipto: el que a muerte, a muerte; el que a cautiverio, a cautiverio; y el que a espada, a espada.

12 Y pondré fuego a las casas de los dioses de Egipto, y él los quemará y los llevará cautivos; y se envolverá con la tierra de Egipto como el pastor se envuelve con su capa, y saldrá de allí en paz.

13 Además, quebrará las columnas de Bet-semes, que está en la tierra de Egipto, y las casas de los dioses de Egipto quemará a fuego'".

Capítulo 44

1 Palabra que vino a Jeremías acerca de todos los judíos que moraban en la tierra de Egipto, los cuales habitaban en Migdol, en Tafnes, en Menfis y en la tierra de Patros, diciendo:

2 "Así dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel: 'Vosotros habéis visto todo el mal que traje sobre Jerusalén y sobre todas las ciudades de Judá; y he aquí que hoy están desoladas, y no hay quien habite en ellas,

3 a causa de la maldad que ellos cometieron para provocarme a ira, yendo a ofrecer incienso y a servir a dioses ajenos que no habían conocido ellos, ni vosotros, ni vuestros padres.

4 Y envié a vosotros todos mis siervos los profetas, madrugando y enviándolos sin
cesar, para deciros: «No hagáis esta cosa abominable que yo aborrezco».

5 Pero no escucharon ni inclinaron su oído para convertirse de su maldad, a fin de
dejar de ofrecer incienso a dioses ajenos.

6 Se derramó, por tanto, mi ira y mi furor, y se encendió en las ciudades de Judá y
en las calles de Jerusalén; y quedaron asoladas y desiertas, como se ve en el día de
hoy'.

7 Ahora, pues, así dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel: '¿Por qué hacéis tan
grande mal contra vuestras almas, para ser cortados de entre Judá, hombres y
mujeres, niños y lactantes, hasta no dejaros remanente alguno,

8 provocándome a ira con las obras de vuestras manos, ofreciendo incienso a dio-
ses ajenos en la tierra de Egipto, adonde habéis entrado para morar, para que seáis
cortados y sirváis de maldición y de escarnio entre todas las naciones de la tierra?

9 ¿Acaso os habéis olvidado de las maldades de vuestros padres, de las maldades
de los reyes de Judá, de las maldades de sus mujeres, de vuestras propias maldades
y de las maldades de vuestras mujeres, que cometieron en la tierra de Judá y en las
calles de Jerusalén?

10 No se han humillado hasta el día de hoy, ni han tenido temor, ni han caminado
en mi ley ni en mis estatutos, los cuales puse delante de vosotros y delante de vues-
tros padres'.

11 Por tanto, así dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel: 'He aquí que yo pongo
mi rostro contra vosotros para mal, y para destruir a todo Judá.

12 Y tomaré al remanente de Judá que volvió su rostro para ir a la tierra de Egipto
para morar allí, y en la tierra de Egipto serán todos consumidos; caerán a espada
y serán consumidos de hambre; desde el más pequeño hasta el más grande mori-
rán a espada y de hambre; y serán objeto de execración, de espanto, de maldición
y de oprobio.

13 Pues castigaré a los que moran en la tierra de Egipto como castigué a Jerusalén,
con espada, con hambre y con peste.

14 Y del remanente de los judíos que entraron en la tierra de Egipto para morar
allí, no habrá quien escape ni quien quede vivo para volver a la tierra de Judá, por
la cual suspiran ellos por volver a habitar en ella; porque no volverán sino algunos
que escapen'".

15 Entonces todos los que sabían que sus mujeres ofrecían incienso a dioses aje-
nos, y todas las mujeres que estaban presentes, una gran concurrencia, y todo el
pueblo que moraba en tierra de Egipto, en Patros, respondieron a Jeremías,
diciendo:

16 «La palabra que nos has hablado en nombre de Yahvé, no la oiremos de ti;

17 sino que ciertamente pondremos por obra toda palabra que ha salido de nues-
tra boca, para ofrecer incienso a la reina del cielo y derramarle libaciones, como
hemos hecho nosotros y nuestros padres, nuestros reyes y nuestros príncipes, en
las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, y tuvimos abundancia de pan, y
estuvimos alegres, y no vimos mal alguno.

18 Mas desde que dejamos de ofrecer incienso a la reina del cielo y de derramarle
libaciones, nos falta todo, y a espada y de hambre somos consumidos».

19 Y las mujeres dijeron: «Cuando ofrecíamos incienso a la reina del cielo y le de-
rramábamos libaciones, ¿acaso le hicimos nosotras tortas para tributarle culto, y
le derramamos libaciones, sin consentimiento de nuestros maridos?».

20 Y habló Jeremías a todo el pueblo, a los hombres y a las mujeres y a todo el
pueblo que le había respondido esto, diciendo:

21 «¿No se ha acordado Yahvé del incienso que ofrecisteis en las ciudades de Judá
y en las calles de Jerusalén, vosotros y vuestros padres, vuestros reyes y vuestros
príncipes y el pueblo de la tierra, y no le vino a la memoria?

22 Y no pudo sufrirlo más Yahvé, a causa de la maldad de vuestras obras, a causa de las abominaciones que habíais hecho; por tanto, vuestra tierra fue puesta en desolación, en espanto y en maldición, hasta quedar sin morador, como está hoy.

23 Porque ofrecisteis incienso y pecasteis contra Yahvé, y no obedecisteis a la voz de Yahvé, ni anduvisteis en su ley ni en sus estatutos ni en sus testimonios; por tanto, ha venido sobre vosotros este mal, como se ve en el día de hoy».

24 Y dijo Jeremías a todo el pueblo, y a todas las mujeres: "Oíd la palabra de Yahvé, todos los de Judá que estáis en la tierra de Egipto:

25 Así ha hablado Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel, diciendo: 'Vosotros y vuestras mujeres hablasteis con vuestra boca, y con vuestras manos lo ejecutasteis, diciendo: «Cumpliremos ciertamente nuestros votos que hicimos, de ofrecer incienso a la reina del cielo y derramarle libaciones»; confirmad, pues, vuestros votos, y poned vuestros votos por obra'.

26 Por tanto, oíd la palabra de Yahvé, todo Judá que habitáis en la tierra de Egipto: 'He aquí he jurado por mi gran nombre — dice Yahvé — que mi nombre no será invocado más en toda la tierra de Egipto por boca de ningún hombre de Judá, diciendo: «Vive el Señor Yahvé».

27 He aquí que yo velo sobre ellos para mal, y no para bien; y todos los hombres de Judá que están en la tierra de Egipto serán consumidos a espada y de hambre, hasta que perezcan del todo.

28 Y los que escapen de la espada volverán de la tierra de Egipto a la tierra de Judá, pocos en número; sabrá, pues, todo el remanente de Judá que entró en Egipto a morar allí, qué palabra ha de permanecer, si la mía o la suya.

29 Y esto tendréis por señal — dice Yahvé — de que en este lugar os castigo, para que sepáis que de cierto permanecerán mis palabras para mal sobre vosotros'.

30 Así dice Yahvé: 'He aquí que yo entrego al faraón Hofra, rey de Egipto, en mano de sus enemigos y en mano de los que buscan su vida, así como entregué a Sedequías, rey de Judá, en mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, su enemigo

que buscaba su vida'".

Capítulo 45

1 Palabra que el profeta Jeremías habló a Baruc hijo de Nerías, cuando este escribía en un libro estas palabras de boca de Jeremías, en el año cuarto de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, diciendo:

2 "Así te dice Yahvé, Dios de Israel, a ti, Baruc:

3 'Tú dijiste: «¡Ay de mí ahora! Porque ha añadido Yahvé tristeza a mi pesar; fatigado estoy de gemir y no he hallado descanso» '.

4 "Así le dirás: 'Yahvé dice así: «He aquí que yo destruyo lo que edifiqué y arranco lo que planté, y esto en toda la tierra».

5 ¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques; porque he aquí que yo traigo mal sobre toda carne — dice Yahvé —, pero a ti te daré tu vida por botín en todos los lugares adonde fueres'".

Capítulo 46

1 Palabra de Yahvé que vino al profeta Jeremías contra las naciones.

2 Acerca de Egipto: contra el ejército del faraón Necao, rey de Egipto, que estaba junto al río Éufrates en Carquemis, al cual Nabucodonosor, rey de Babilonia, derrotó en el cuarto año de Joacim hijo de Josías, rey de Judá.

3 «¡Preparad el broquel y el escudo,
y acudid a la batalla!

4 Enjaezad los caballos y montad, jinetes;
presentaos con vuestros cascos.
Bruñid las lanzas,
revestíos de las corazas.

5 ¿Qué es lo que veo?
Están aterrados, retroceden.
Sus valientes han sido deshechos;
huyen a toda prisa sin mirar atrás.
Hay terror por todas partes»,
dice Yahvé.

6 “No huya el ligero,
ni el valiente escape.
Al norte, junto a la ribera del Éufrates,
tropezaron y cayeron.

7 ¿Quién es este que sube como el Nilo,
cuyas aguas se agitan como ríos?

8 Egipto sube como el Nilo,
y sus aguas se mueven como ríos.
Él dijo: ‘Me levantaré, cubriré la tierra;
destruiré las ciudades y a sus moradores’.

9 ¡Subid, caballos! ¡Arracad, carros!
¡Que salgan los valientes:
los de Etiopía y los de Libia que manejan el escudo,
y los de Lidia que manejan y tensan el arco!

10 Mas ese día será de Yahvé de los Ejércitos,
día de venganza para vengarse de sus enemigos.
La espada devorará y se saciará,
y se embriagará con la sangre de ellos;
porque sacrificio tiene Yahvé de los Ejércitos
en la tierra del norte, junto al río Éufrates.

11 Sube a Galaad y toma bálsamo, virgen hija de Egipto;
en vano multiplicas tus medicinas;
no hay cura para ti.

12 Las naciones oyeron tu afrenta
y tu clamor llenó la tierra;
porque valiente tropezó contra valiente,
y ambos cayeron juntos".

13 Palabra que habló Yahvé al profeta Jeremías acerca de la venida de Nabucodonosor, rey de Babilonia, para herir la tierra de Egipto:

14 "Anunciadlo en Egipto y hacedlo saber en Migdol;
hacedlo oír en Menfis y en Tafnes.
Decid: 'Ponte en pie y prepárate,
porque la espada devora a tu alrededor'.

15 ¿Por qué han sido derribados tus valientes?
No se mantuvieron en pie porque Yahvé los empujó.

16 Multiplicó los que tropezaban;
cada uno cayó sobre su compañero.
Y dijeron: '¡Levántate! Volvamos a nuestro pueblo
y a la tierra de nuestro nacimiento,
para huir de la espada opresora'.

17 Allí gritaron: '¡Faraón, rey de Egipto, es puro ruido;
dejó pasar el tiempo señalado!'.

18 ¡Vivo yo!, dice el Rey,
cuyo nombre es Yahvé de los Ejércitos,
que como el Tabor entre los montes
y como el Carmelo junto al mar, así vendrá el invasor.

19 Prepara tu equipaje para el cautiverio,
hija que moras en Egipto;
porque Menfis será convertida en desierto,
y será asolada hasta no quedar morador.

20 Becerra hermosa es Egipto;
mas del norte viene destrucción; ¡ya viene!

21 Sus soldados mercenarios en medio de ella son como becerros de engorde;
porque también ellos volvieron la espalda y huyeron juntos.
No se mantuvieron en pie,
porque les vino el día de su quebranto,
el tiempo de su castigo.

22 Su voz suena como el rastro de la serpiente,
porque vienen con ejército;
con hachas vienen contra ella,
como cortadores de leña.

23 Cortarán su bosque — dice Yahvé —,
aunque sea impenetrable;
porque son más numerosos que las langostas,
no tienen número.

24 Se avergonzará la hija de Egipto;
será entregada en mano del pueblo del norte".

25 Dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel: «He aquí que yo castigo a Amón de Tebas, y al Faraón y a Egipto, con sus dioses y sus reyes; así al Faraón como a los que en él confían.

26 Y los entregaré en mano de los que buscan su vida, en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia y en mano de sus siervos; pero después será habitada como en los días de antaño — dice Yahvé —.

27 Y tú no temas, siervo mío Jacob,
ni desmayes, Israel;
porque he aquí que yo te salvaré de lejos,
y a tu descendencia de la tierra de su cautividad.
Volverá Jacob y descansará,
estará tranquilo y no habrá quien lo espante.

28 Tú, siervo mío Jacob, no temas — dice Yahvé —,
porque yo estoy con vosotros.
Destruiré a todas las naciones entre las cuales os he dispersado;
pero a ti no te destruiré del todo,
sino que te castigaré con justicia;
de ninguna manera te dejaré impune».

Capítulo 47

1 Palabra de Yahvé que vino al profeta Jeremías contra los filisteos, antes que Faraón hiriese a Gaza.

2 Así dice Yahvé:
«He aquí que suben aguas del norte,
y se convertirán en torrente inundante;
inundarán la tierra y su plenitud,
la ciudad y los que en ella habitan.
Los hombres clamarán,
y aullará todo morador de la tierra.

3 Por el estrépito de los cascos de sus valientes corceles,
por el estruendo de sus carros,
por el ruidoso rodar de sus ruedas,
los padres no volverán la cabeza por sus hijos,
a causa de la debilidad de sus manos;

4 por el día que viene para destruir a todos los filisteos,
para talar de Tiro y de Sidón todo aliado que les quede;
porque Yahvé destruirá a los filisteos,
al resto de la isla de Caftor.

5 La calvicie llegó a Gaza;
Ascalón ha sido reducida a silencio.
Tú, resto de su valle,

¿hasta cuándo te sajarás?

6 ¡Ah, espada de Yahvé! ¿Hasta cuándo no reposarás?
Vuélvete a tu vaina,
descansa y sosiégate.

7 ¿Cómo podrá estar quieta,
si Yahvé le ha dado una orden?
Contra Ascalón y contra la costa del mar,
allí la ha designado».

Capítulo 48

1 Acerca de Moab. Así dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel:
"¡Ay de Nebo,
porque ha sido asolada!
Quiriataim ha sido avergonzada y tomada;
Misgab ha sido humillada y quebrantada.

2 Ya no existe la gloria de Moab;
en Hesbón maquinaron mal contra ella, diciendo:
'¡Venid, y quitémosla de entre las naciones!'.
También tú, Madmén, serás reducida al silencio;
la espada te perseguirá.

3 ¡Voz de clamor de Horonaim,
desolación y gran destrucción!

4 Moab ha sido quebrantada;
sus pequeños han hecho oír su clamor.

5 Porque por la cuesta de Luhit subirán con llanto continuo;
porque en la bajada de Horonaim han oído el grito de angustia por la destrucción.

6 ¡Huid, salvad vuestras vidas!
Sed como el enebro en el desierto.

7 Por cuanto confiaste en vuestras obras y en vuestros tesoros,
también tú serás tomada.
Quemos irá en cautiverio,
con sus sacerdotes y sus príncipes juntamente.

8 Vendrá el destruidor a cada una de las ciudades,
y ninguna ciudad escapará;
el valle perecerá y la llanura será destruida, como ha dicho Yahvé.

9 Dadle alas a Moab,
para que se vaya volando;
pues sus ciudades serán puestas en desolación,
hasta no quedar en ellas morador.

10 Maldito el que hace la obra de Yahvé con negligencia,
y maldito el que retira su espada de la sangre.

11 Quieto estuvo Moab desde su juventud,
y sobre sus posos ha estado reposado;
no fue vaciado de vasija en vasija,
ni fue nunca al cautiverio;
por tanto, su sabor quedó en él,
y su olor no se ha cambiado.

12 Por eso, he aquí que vienen días — dice Yahvé —
en que yo le enviaré trasvasadores que lo trasvasarán;
vaciarán sus vasijas
y romperán sus odres.

13 Y se avergonzará Moab de Quemos,
como la casa de Israel se avergonzó de Betel, su confianza.

14 ¿Cómo decís: 'Somos valientes
y hombres fuertes para la guerra'?

15 Moab ha sido asolado y sus ciudades han sido invadidas;
sus jóvenes escogidos han descendido al matadero",
dice el Rey, cuyo nombre es Yahvé de los Ejércitos.

16 "Cercano está el quebranto de Moab para venir,
y su aflicción se apresura en gran manera.

17 Compadeceos de él todos los que estáis a su alrededor;
y todos los que conocéis su nombre, decid:
'¡Cómo se rompió el báculo fuerte,
la vara de hermosura!'.

18 Desciende de tu gloria, siéntate en tierra seca,
hija que moras en Dibón;
porque el destruidor de Moab subió contra ti
y destruyó tus fortalezas.

19 Ponte en el camino y mira, oh moradora de Aroer;
pregunta al que huye y a la que escapa;
di: '¿Qué ha sucedido?'.

20 Se avergonzó Moab, porque ha sido quebrantado;
¡aullad y clamad!
Anunciad en el Arnón que Moab ha sido asolado.

21 Vino el juicio sobre la tierra de la llanura;
sobre Holón, sobre Jahaza y sobre Mefaat,

22 sobre Dibón, sobre Nebo y sobre Bet-diblataim,

23 sobre Quiriataim, sobre Bet-gamul y sobre Bet-meón,

24 sobre Queriot y sobre Bosra,
y sobre todas las ciudades de la tierra de Moab, estén lejos o cerca.

25 El cuerno de Moab ha sido cortado
y su brazo ha sido quebrantado", dice Yahvé.

26 «Embriagadle,
porque contra Yahvé se engrandeció.
Moab se revolcará en su vómito,
y también él será motivo de escarnio.

27 ¿Y no te fue Israel a ti por escarnio,
como si lo hubieran hallado entre ladrones?
Porque siempre que hablas de él,
haces gestos con la cabeza.

28 Dejad las ciudades y habitad en las peñas, moradores de Moab;
sed como la paloma que anida en las paredes de la boca de la sima.

29 Hemos oído la soberbia de Moab, que es muy soberbio;
su arrogancia, su orgullo, su altivez
y la altanería de su corazón.

30 Yo conozco — dice Yahvé — su cólera, pero no tiene fundamento;
sus jactancias nada han logrado.

31 Por tanto, yo aullaré por Moab;
clamaré por todo Moab
y por los hombres de Quir-heres gemiré.

32 Con llanto de Jazer lloraré por ti, oh vid de Sibma;
tus sarmientos pasaron el mar, llegaron hasta el mar de Jazer.
Sobre tu cosecha y sobre tu vendimia
cayó el destruidor.

33 El gozo y la alegría han sido quitados del campo fértil
y de la tierra de Moab;
he hecho que falte el vino de los lagares;
no pisarán con gritos de júbilo;
el grito no será grito de alegría.

34 El clamor de Hesbón llega hasta Eleale y hasta Jahaza;
han dado su voz desde Zoar hasta Horonaim y hasta Eglat-selisiyá;
porque también las aguas de Nimrim se secarán.

35 Y haré cesar en Moab — dice Yahvé —
al que ofrece sacrificios en los lugares altos
y al que quema incienso a sus dioses.

36 Por tanto, mi corazón resonará como flautas por Moab,
y mi corazón resonará como flautas por los hombres de Quir-heres;
porque perecieron las riquezas que habían acumulado.

37 Porque toda cabeza está calva
y toda barba ha sido raída;
sobre todas las manos hay sajaduras
y sobre los lomos cilicio.

38 Sobre todos los terrados de Moab y en sus calles, todo será llanto;
porque yo rompí a Moab como a vasija que no agrada», dice Yahvé.

39 «¡Cómo ha sido quebrantado! ¡Aullad!
¡Cómo volvió Moab la espalda con vergüenza!
Moab será objeto de escarnio
y de espanto para todos los que están a su alrededor».

40 Porque así dice Yahvé: «He aquí que volará como águila,
y extenderá sus alas contra Moab.

41 Tomada es Queriot
y las fortalezas han sido capturadas;
el corazón de los valientes de Moab en aquel día
será como el corazón de una mujer de parto.

42 Y Moab será destruido hasta dejar de ser pueblo,
porque se engrandeció contra Yahvé.

43 Terror, fosa y lazo contra ti,
oh morador de Moab», dice Yahvé.

44 «El que huyendo del terror cayere en la fosa,
y el que saliere de la fosa será preso en el lazo;
porque yo traeré sobre él, sobre Moab,
el año de su castigo», dice Yahvé.

45 A la sombra de Hesbón se detuvieron sin fuerzas los que huían;
mas salió fuego de Hesbón,
y llama de en medio de Sehón,
que devoró la sien de Moab
y la coronilla de los hijos del alboroto.

46 ¡Ay de ti, Moab!
Pereció el pueblo de Quemos;
porque tus hijos fueron llevados cautivos,
y tus hijas al cautiverio.

47 «Pero yo restauraré la suerte de Moab en los días postreros»,
dice Yahvé. Hasta aquí el juicio de Moab.

Capítulo 49

1 Acerca de los hijos de Amón. Así dice Yahvé:
«¿No tiene Israel hijos?
¿No tiene heredero?
¿Por qué, pues, posee Malcam a Gad,
y su pueblo habita en sus ciudades?

2 Por tanto, he aquí que vienen días», dice Yahvé,
«en que haré que se oiga clamor de guerra en Rabá de los hijos de Amón;
y será convertida en montón de ruinas,

y sus aldeas serán quemadas con fuego;
entonces Israel poseerá a los que lo poseyeron», dice Yahvé.

3 "¡Aúlla, Hesbón, porque Hai ha sido destruida!
¡Clamad, hijas de Rabá!
Vestíos de cilicio, lamentaos
y corred por los vallados;
porque Malcam irá en cautiverio
junto con sus sacerdotes y sus príncipes.

4 ¿Por qué te jactas de los valles,
de tu valle fértil, oh hija rebelde?
Tú que confías en tus tesoros, diciendo:
'¿Quién vendrá contra mí?'.

5 He aquí que yo traigo sobre ti terror", dice el Señor, Yahvé de los Ejércitos,
«de todos los que están a tu alrededor.
Seréis expulsados cada uno por su lado,
y no habrá quien reúna a los fugitivos.

6 Pero después de esto, restauraré la suerte de los hijos de Amón», dice Yahvé.

7 Acerca de Edom. Así dice Yahvé de los Ejércitos:
«¿No hay ya sabiduría en Temán?
¿Ha perecido el consejo de los prudentes?
¿Se ha corrompido su sabiduría?

8 ¡Huid, volveos!
Habitad en las profundidades, moradores de Dedán;
porque la ruina de Esaú traeré sobre él
al tiempo que lo haya de castigar.

9 Si vendimiadores vinieran a ti,
¿no dejarían algunos rebuscos?
Si ladrones vinieran de noche,
¿no tomarían solo lo que necesitasen?

10 Pero yo he desnudado a Esaú,
he descubierto sus escondrijos
y no podrá ocultarse.
Su descendencia ha sido destruida,
junto con sus hermanos y sus vecinos; y él ya no existe.

11 Deja a tus huérfanos, yo los criaré;
y tus viudas confíen en mí».

12 Porque así dice Yahvé: «He aquí que aquellos que no estaban condenados a beber del cáliz, lo beberán ciertamente; ¿y has de quedar tú del todo impune? No quedarás impune, sino que ciertamente lo beberás.

13 Porque por mí mismo he jurado — dice Yahvé — que Bosra será objeto de espanto, de oprobio, de desolación y de maldición; y todas sus ciudades serán ruinas perpetuas».

14 Una noticia he oído de parte de Yahvé,
y un mensajero ha sido enviado a las naciones, diciendo:
«¡Reuníos y venid contra ella!
¡Levantaos para la guerra!».

15 «Porque he aquí que te he hecho pequeño entre las naciones,
menospreciado entre los hombres.

16 Tu arrogancia y la soberbia de tu corazón te engañaron,
oh tú que habitas en las hendiduras de las peñas,
que ocupas la cumbre del monte.
Aunque eleves como el águila tu nido,
de allí te haré descender», dice Yahvé.

17 «Y Edom se convertirá en objeto de espanto;
todo el que pase por ella se asombrará
y silbará al ver todas sus plagas.

18 Como sucedió en la destrucción de Sodoma y de Gomorra y de sus ciudades
vecinas», dice Yahvé,
«nadie morará allí,
ni la habitará hijo de hombre.

19 He aquí que como león subirá de la espesura del Jordán a la pradera sólida;
porque en un momento le haré huir de ella,
y al que yo escoja pondré sobre ella.
Porque ¿quién es semejante a mí?
¿Quién me emplazará?
¿Y quién será el pastor que me podrá resistir?».

20 Por tanto, oíd el plan que Yahvé ha acordado contra Edom,
y sus propósitos que ha tomado contra los moradores de Temán:
Ciertamente a los más pequeños del rebaño los arrastrarán,
y destruirán sus moradas delante de ellos.

21 Del estruendo de la caída de ellos la tierra tembló;
el grito se oyó en el Mar Rojo.

22 He aquí que como águila subirá y volará,
y extenderá sus alas sobre Bosra;
y el corazón de los valientes de Edom será en aquel día
como el corazón de una mujer de parto.

23 Acerca de Damasco:
«Hamat y Arpad se han avergonzado
porque oyeron malas noticias.
Se han derretido en temores;
hay angustia como en el mar que no puede sosegarse.

24 Se desmayó Damasco, se volvió para huir,
y le tomó temblor;
angustia y dolores se apoderaron de ella,
como de mujer de parto.

25 ¡Cómo ha sido abandonada la ciudad de la alabanza,
la ciudad de mi gozo!

26 Por tanto, sus jóvenes caerán en sus plazas,
y todos sus hombres de guerra serán talados en aquel día»,
dice Yahvé de los Ejércitos.

27 «Y prenderé fuego al muro de Damasco,
y consumirá los palacios de Ben-adad».

28 Acerca de Cedar y de los reinos de Hazor, a los cuales hirió Nabucodonosor,
rey de Babilonia. Así dice Yahvé:
"Levantaos, subid contra Cedar
y destruid a los hijos del oriente.

29 Sus tiendas y sus ganados tomarán;
sus cortinajes y todos sus utensilios,
y sus camellos tomarán para sí;
y clamarán contra ellos: '¡Terror por todas partes!'.

30 ¡Huid, marchaos muy lejos!
Habitad en las profundidades, moradores de Hazor", dice Yahvé;
«porque Nabucodonosor rey de Babilonia ha tomado consejo contra vosotros,
y ha formado contra vosotros un plan.

31 Levantaos, subid contra una nación pacífica
que vive confiada», dice Yahvé;
«que no tiene puertas ni cerrojos,
que habita solitaria.

32 Sus camellos serán por botín,
y la multitud de sus ganados por despojo.
Y esparciré a todos los vientos a los que se rapan las sienes;
y de todos sus lados les traeré su ruina», dice Yahvé.

33 «Hazor será morada de chacales,
desolación para siempre.
Nadie morará allí,
ni la habitará hijo de hombre».

34 Palabra de Yahvé que vino al profeta Jeremías acerca de Elam, al principio del reinado de Sedequías, rey de Judá, diciendo:

35 "Así dice Yahvé de los Ejércitos:
'He aquí que yo quiebro el arco de Elam,
parte principal de su fortaleza.

36 Traeré sobre Elam los cuatro vientos de los cuatro puntos del cielo,
y los aventaré a todos estos vientos;
y no habrá nación adonde no vayan
los fugitivos de Elam.

37 Y haré que Elam se acobarde delante de sus enemigos
y delante de los que buscan su vida;
y traeré sobre ellos mal y el ardor de mi ira', dice Yahvé;
'y enviaré en pos de ellos la espada
hasta que los acabe.

38 Y pondré mi trono en Elam,
y destruiré de allí al rey y a los príncipes', dice Yahvé.

39 'Pero acontecerá en los últimos días
que restauraré la suerte de Elam', dice Yahvé".

Capítulo 50

1 Palabra que habló Yahvé contra Babilonia y contra la tierra de los caldeos, por mano del profeta Jeremías.

2 “Anunciad entre las naciones y hacedlo saber;
alzad bandera, proclamad y no ocultéis nada.
Decid: ‘Babilonia ha sido tomada,
Bel está avergonzado, ¡Merodac ha sido quebrantado!
Sus imágenes están confundidas,
sus ídolos han sido deshechos’.

3 Porque del norte sube contra ella una nación
que convertirá su tierra en desolación,
y no habrá quien habite en ella.
Han huido, se han ido,
tanto los hombres como los animales.

4 En aquellos días y en aquel tiempo — dice Yahvé —,
vendrán los hijos de Israel,
ellos y los hijos de Judá juntamente;
irán llorando mientras caminan
y buscarán a Yahvé su Dios.

5 Preguntarán por el camino de Sión con el rostro vuelto hacia ella,
diciendo: ‘Venid y uníos a Yahvé en una alianza eterna
que jamás será olvidada’.

6 Ovejas perdidas han sido mi pueblo;
sus pastores las hicieron errar.
Por los montes las descarriaron;
anduvieron de monte en collado
y se olvidaron de su redil.

7 Todos los que las hallaban las devoraban,
y decían sus enemigos: ‘No somos culpables’,
porque ellos pecaron contra Yahvé,
morada de justicia, esperanza de sus padres.

8 ¡Huid de en medio de Babilonia!
Salid de la tierra de los caldeos
y sed como los machos cabríos delante del rebaño.

9 Porque he aquí que yo suscito
y hago subir contra Babilonia una reunión de grandes naciones de la tierra del norte;
se pondrán en orden de batalla contra ella y desde allí será tomada.
Sus flechas son como las de un valiente diestro
que no vuelve con las manos vacías.

10 Caldea será para el saqueo;
todos los que la saqueen se saciarán" — dice Yahvé —.

11 «Porque os alegrasteis y os gozasteis
saqueando mi heredad;
porque saltasteis como novilla en la hierba
y relinchasteis como caballos fogosos;

12 vuestra madre se avergonzará en gran manera,
la que os parió será confundida.
He aquí que ella será la última de las naciones:
desierto, sequedal y estepa.

13 Por la ira de Yahvé no será habitada,
sino que será asolada por completo.
Todo el que pase por Babilonia se asombrará
y silbará al ver todas sus plagas.

14 Poneos en orden de batalla contra Babilonia, a su alrededor,
todos los que tensáis el arco;
tirad contra ella, no escatiméis las flechas,
porque ha pecado contra Yahvé.

15 Gritad contra ella por todas partes;
ella se ha rendido.
Han caído sus baluartes,
sus muros han sido derribados;
porque esta es la venganza de Yahvé.
Tomad venganza de ella; haced con ella como ella hizo.

16 Talad de Babilonia al que siembra
y al que maneja la hoz en el tiempo de la siega.
Por miedo a la espada opresora,
cada uno volverá a su pueblo
y cada cual huirá a su propia tierra.

17 Rebaño descarriado es Israel;
los leones lo ahuyentaron.
Primero lo devoró el rey de Asiria,
y este último, Nabucodonosor rey de Babilonia, le quebró los huesos».

18 Por tanto, así dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel:
«He aquí que yo castigo al rey de Babilonia y a su tierra,
como castigué al rey de Asiria.

19 Y volveré a traer a Israel a su pastizal,
y pacerá en el Carmelo y en Basán;
y en los montes de Efraín y en Galaad se saciará su alma.

20 En aquellos días y en aquel tiempo — dice Yahvé —,
se buscará la iniquidad de Israel y no aparecerá,
y los pecados de Judá, y no se hallarán;
porque perdonaré a los que yo haya dejado como remanente.

21 Sube contra la tierra de Merataim, contra ella,
y contra los moradores de Pecod.
Destruye y mata en pos de ellos — dice Yahvé —
y haz conforme a todo lo que yo te he mandado.

22 Estruendo de guerra hay en la tierra,
y de gran quebranto.

23 ¡Cómo ha sido cortado y roto el martillo de toda la tierra!
¡Cómo se ha convertido Babilonia en desolación entre las naciones!

24 Te puse lazo y caíste en él, Babilonia,
sin que tú lo supieras;
fuiste hallada y también presa,
porque te provocaste contra Yahvé.

25 Abrió Yahvé su arsenal
y sacó las armas de su indignación;
porque esta es obra del Señor, Yahvé de los Ejércitos,
en la tierra de los caldeos.

26 Venid contra ella desde el confín de la tierra;
abrid sus graneros.
Haced de ella montones de ruinas,
destruidla por completo y que nada le quede.

27 Matad a todos sus novillos;
que desciendan al matadero.
¡Ay de ellos!, pues ha venido su día,
el tiempo de su castigo.

28 Voz de los que huyen y escapan de la tierra de Babilonia
para dar las nuevas en Sión de la venganza de Yahvé nuestro Dios,
de la venganza de su templo.

29 Convocad contra Babilonia a los flecheros,
a todos los que tensan el arco.
Acampad contra ella alrededor; que nadie escape.
Pagadle según su obra;
conforme a todo lo que ella hizo, haced con ella;
porque contra Yahvé se ensoberbeció, contra el Santo de Israel.

30 Por tanto, sus jóvenes caerán en sus plazas,
y todos sus hombres de guerra serán talados en aquel día — dice Yahvé —.

31 He aquí que yo estoy contra ti, oh soberbio — dice el Señor, Yahvé de los Ejércitos —;
porque tu día ha venido, el tiempo en que te castigaré.

32 El soberbio tropezará y caerá,
y no tendrá quien lo levante.
Y encenderé fuego en sus ciudades,
el cual consumirá todo lo que está a su alrededor».

33 Así dice Yahvé de los Ejércitos: «Oprimidos fueron los hijos de Israel y los hijos de Judá juntamente.
Todos los que los tomaron cautivos los retuvieron;
no los quisieron soltar.

34 Pero el Redentor de ellos es fuerte;
Yahvé de los Ejércitos es su nombre.
Ciertamente defenderá la causa de ellos
para hacer reposar la tierra
y turbar a los moradores de Babilonia.

35 Espada contra los caldeos — dice Yahvé —,
contra los moradores de Babilonia,
contra sus príncipes y contra sus sabios.

36 Espada contra los adivinos, y se entontecerán;
espada contra sus valientes, y serán quebrantados.

37 Espada contra sus caballos, contra sus carros,
y contra todo el pueblo mezclado que está en medio de ella, y serán como mujeres.
Espada contra sus tesoros, y serán saqueados.

38 Sequía sobre sus aguas, y se secarán;
porque es tierra de imágenes
y se enloquecen con sus ídolos.

39 Por tanto, allí morarán las fieras del desierto con los lobos,
y habitarán en ella los polluelos del avestruz.
Nunca más será poblada,
ni se habitará de generación en generación.

40 Como en la destrucción que Dios hizo de Sodoma, de Gomorra y de sus ciudades vecinas — dice Yahvé —,
no morará allí hombre,
ni hijo de hombre la habitará.

41 He aquí que viene un pueblo del norte,
y una gran nación y muchos reyes se levantarán de los confines de la tierra.

42 Arco y lanza manejarán;
son crueles y no tendrán misericordia.
Su voz bramará como el mar,
y montarán a caballo.
Estarán ordenados para la batalla, como un solo hombre,
contra ti, oh hija de Babilonia.

43 Oyó la noticia el rey de Babilonia,
y sus manos se debilitaron;
angustia se apoderó de él,
dolor como de mujer de parto.

44 He aquí que como león subirá de la espesura del Jordán contra la pradera sólida;
porque en un momento le haré huir de ella.
¿Y quién es el escogido que yo pondré sobre ella?
Porque ¿quién es semejante a mí? ¿Quién me emplazará?
¿Quién será el pastor que me pueda resistir?».

45 Por tanto, oíd el plan de Yahvé que ha acordado contra Babilonia,
y los propósitos que ha tomado contra la tierra de los caldeos:
Ciertamente a los más pequeños del rebaño los arrastrarán,
y destruirán sus moradas delante de ellos.

46 Del estruendo de la toma de Babilonia la tierra tembló,
y el clamor se oyó entre las naciones.

Capítulo 51

1 Así dice Yahvé:
"He aquí que yo levanto contra Babilonia,
y contra los moradores de Leb Camai, un viento destruidor.

2 Y enviaré a Babilonia aventadores que la aventen,
y vaciarán su tierra;
porque en el día del mal estarán contra ella por todos lados.

3 No entese el arquero su arco,
ni se levante en su coraza;
no perdonéis a sus jóvenes,
destruid por completo todo su ejército.

4 Y caerán muertos en la tierra de los caldeos,
y traspasados en sus calles.

5 Porque Israel y Judá no han sido abandonados por su Dios,
por Yahvé de los Ejércitos,
aun cuando su tierra está llena de culpa contra el Santo de Israel.

6 ¡Huid de en medio de Babilonia,
y salvad cada uno su vida!
No perezcáis a causa de su iniquidad,
porque es el tiempo de la venganza de Yahvé;
él le dará su pago.

7 Copa de oro fue Babilonia en la mano de Yahvé,
que embriagó a toda la tierra;
de su vino bebieron las naciones;
por tanto, se han aturdido las naciones.

8 De repente cayó Babilonia y se hizo pedazos;
¡aullad por ella!
Tomad bálsamo para su dolor;
quizá sane.

9 Curamos a Babilonia, y no ha sanado;
dejadla, y vámonos cada uno a su tierra;
porque su juicio ha llegado hasta el cielo,
y se ha alzado hasta las nubes.

10 Yahvé ha sacado a luz nuestra justicia;
venid, y contemos en Sión la obra de Yahvé nuestro Dios.

11 ¡Limpiad las saetas! ¡Embrazad los escudos!
Ha despertado Yahvé el espíritu de los reyes de Media;
porque contra Babilonia es su pensamiento para destruirla;
pues esta es la venganza de Yahvé, la venganza de su templo.

12 Alzad bandera sobre los muros de Babilonia,
reforzad la guardia,
poned centinelas,
y preparad las emboscadas;
porque deliberó Yahvé, y aun pondrá en efecto
lo que ha dicho sobre los moradores de Babilonia.

13 Tú, la que moras entre muchas aguas, rica en tesoros,
ha venido tu fin, la medida de tu codicia.

14 Yahvé de los Ejércitos juró por sí mismo, diciendo:
«Yo te llenaré de hombres como de langostas,
y levantarán contra ti gritería».

15 Él es el que hizo la tierra con su poder,
el que afirmó el mundo con su sabiduría
y extendió los cielos con su inteligencia.

16 A su voz se produce un estruendo de aguas en el cielo,
y hace subir las nubes de los extremos de la tierra.
Él hace los relámpagos para la lluvia,
y saca el viento de sus depósitos.

17 Todo hombre se ha embrutecido y le falta ciencia;
se avergüenza todo artífice de su escultura,
porque mentira es su ídolo fundido,
y no hay aliento en ellos.

18 Vanidad son, obra de escarnio;
en el tiempo de su castigo perecerán.

19 No es como ellos la porción de Jacob;
porque él es el Hacedor de todo,
e Israel es la vara de su heredad;
Yahvé de los Ejércitos es su nombre.

20 «Tú eres mi mazo y mis armas de guerra;
por medio de ti quebrantaré naciones,
y por medio de ti destruiré reinos.

21 Por medio de ti quebrantaré el caballo y a su jinete,
y por medio de ti quebrantaré el carro y al que en él sube.

22 Asimismo por medio de ti quebrantaré hombres y mujeres,
y por medio de ti quebrantaré ancianos y jóvenes,
y por medio de ti quebrantaré jóvenes y vírgenes.

23 Por medio de ti quebrantaré al pastor y a su rebaño,
y por medio de ti quebrantaré al labrador y a su yunta;
y por medio de ti quebrantaré jefes y prefectos.

24 Y pagaré a Babilonia y a todos los moradores de Caldea todo el mal que ellos
hicieron en Sión, delante de vuestros ojos — dice Yahvé —.

25 He aquí que yo estoy contra ti, monte destruidor — dice Yahvé —,
que destruiste toda la tierra;
y extenderé mi mano sobre ti,
y te haré rodar de las peñas,
y te convertiré en monte quemado.

26 Y nadie tomará de ti piedra para esquina,
ni piedra para cimiento;
porque perpetua desolación serás — dice Yahvé —.

27 Alzad bandera en la tierra,
tocad trompeta en las naciones,
preparad naciones contra ella;
convocad contra ella los reinos de Ararat, de Mini y de Asquenaz;
señalad contra ella capitán,
haced subir caballos como langostas erizadas.

28 Preparad contra ella naciones;
a los reyes de Media, a sus capitanes y a todos sus prefectos, y a toda la tierra de
su señorío.

29 Temblará la tierra y se afligirá;
porque han sido confirmados contra Babilonia los planes de Yahvé,
para poner la tierra de Babilonia en desolación, sin morador alguno.

30 Los valientes de Babilonia dejaron de pelear,
se encerraron en sus fortalezas;
les faltó su fuerza, se volvieron como mujeres;
sus moradas fueron incendiadas, sus cerrojos rotos.

31 Correo se encontrará con correo,
y mensajero con mensajero,
para anunciar al rey de Babilonia que su ciudad ha sido tomada por todos los

lados.

32 Los vados fueron tomados,
los baluartes fueron quemados a fuego
y los hombres de guerra se turbaron».

33 Porque así dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel:
«La hija de Babilonia es como una era al tiempo de trillarla;
de aquí a poco le vendrá el tiempo de la siega».

34 «Me devoró, me desmenuzó Nabucodonosor rey de Babilonia;
me dejó como vaso vacío;
me tragó como un monstruo, llenó su vientre de mis delicados manjares y me expulsó.

35 ¡Sobre Babilonia recaiga la violencia hecha a mí y a mi carne!», dirá la moradora de Sión;
y: «¡Mi sangre recaiga sobre los moradores de Caldea!», dirá Jerusalén.

36 Por tanto, así dice Yahvé:
«He aquí que yo juzgo tu causa y llevaré a cabo tu venganza;
secaré su mar y haré que sus fuentes queden secas.

37 Y será Babilonia un montón de ruinas,
morada de chacales,
objeto de espanto y de burla, sin morador alguno.

38 Todos ellos rugirán como leones,
gruñirán como cachorros de león.

39 En medio de su calor les pondré banquetes,
y los embriagaré para que se alegren,
y duerman sueño eterno y no despierten»
— dice Yahvé —.

40 «Los haré traer como corderos al matadero,
como carneros junto con machos cabríos.

41 ¡Cómo ha sido tomada Sesac!
¡Cómo ha sido apresada la que era alabada por toda la tierra!
¡Cómo ha sido Babilonia objeto de espanto entre las naciones!

42 Subió el mar sobre Babilonia;
por la multitud de sus olas fue cubierta.

43 Sus ciudades fueron asoladas,
la tierra quedó seca y desierta,
tierra en que nadie mora ni pasa por ella hijo de hombre.

44 Y castigaré a Bel en Babilonia,
y sacaré de su boca lo que se ha tragado;
y no vendrán más a él las naciones,
y el muro de Babilonia caerá.

45 Salid de en medio de ella, pueblo mío,
y salvad cada uno su vida del ardor de la ira de Yahvé.

46 Y no desmaye vuestro corazón, ni temáis
a causa del rumor que se oirá por la tierra;
porque un año vendrá el rumor,
y después en otro año otro rumor,
y habrá violencia en la tierra, dominador contra dominador.

47 Por tanto, he aquí que vienen días en que yo castigaré las imágenes talladas de Babilonia,
y toda su tierra será avergonzada,
y todos sus muertos caerán en medio de ella.

48 Los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos,
cantarán de gozo sobre Babilonia;
porque del norte vendrán contra ella destruidores» — dice Yahvé —.

49 «Como Babilonia hizo caer a los muertos de Israel,
así caerán en Babilonia los muertos de toda la tierra.

50 Los que escapasteis de la espada, ¡id!, no os detengáis;
acordaos de Yahvé desde lejos,
y que Jerusalén suba a vuestro pensamiento».

51 «Estamos avergonzados, porque oímos la afrenta;
la confusión cubrió nuestros rostros,
porque extranjeros han entrado en los santuarios de la casa de Yahvé».

52 «Por tanto, he aquí que vienen días», dice Yahvé,
«en que yo ejecutaré juicio sobre sus imágenes talladas,
y en toda su tierra gemirán los heridos.

53 Aunque suba Babilonia hasta el cielo,
y aunque fortifique en lo alto su baluarte,
de mi parte vendrán contra ella destruidores» — dice Yahvé —.

54 «¡Voz de clamor desde Babilonia,
y gran quebranto de la tierra de los caldeos!

55 Porque Yahvé asola a Babilonia,
y hace cesar de ella su gran bullicio;
braman sus olas como muchas aguas,
y resuena el estrépito de su voz.

56 Porque el destruidor vino contra ella, contra Babilonia,
sus valientes fueron apresados,
sus arcos fueron quebrantados;
porque Yahvé es Dios de retribuciones, de cierto dará el pago.

57 Y embriagaré a sus príncipes y a sus sabios,
a sus capitanes, a sus prefectos y a sus fuertes;
y dormirán sueño eterno y no despertarán»,
dice el Rey, cuyo nombre es Yahvé de los Ejércitos.

58 Así dice Yahvé de los Ejércitos:
«Los muros anchos de Babilonia serán derribados por completo,
y sus altas puertas serán quemadas con fuego;
en vano habrán trabajado los pueblos,
y las naciones se habrán cansado solo para el fuego».

59 Palabra que envió el profeta Jeremías a Seraías hijo de Nerías, hijo de Maasías, cuando iba con Sedequías, rey de Judá, a Babilonia, en el cuarto año de su reinado. Seraías era oficial de aposento.

60 Escribió, pues, Jeremías en un libro todo el mal que había de venir sobre Babilonia, todas estas palabras que están escritas contra Babilonia.

61 Y dijo Jeremías a Seraías: "Cuando llegues a Babilonia, mira que leas todas estas palabras,

62 y di: 'Señor, tú has hablado contra este lugar para destruirlo, hasta no quedar en él morador, ni hombre ni animal, sino que para siempre ha de ser asolado'.

63 Y cuando acabes de leer este libro, le atarás una piedra y lo arrojarás en medio del Éufrates,

64 y dirás: 'Así se hundirá Babilonia y no se levantará, a causa del mal que yo traigo sobre ella; y quedarán rendidos'". Hasta aquí las palabras de Jeremías.

Capítulo 52

1 Tenía Sedequías veintiún años cuando comenzó a reinar, y reinó once años en Jerusalén. Su madre se llamaba Hamutal, hija de Jeremías de Libna.

2 E hizo lo malo ante los ojos de Yahvé, conforme a todo lo que había hecho Joacim.

3 Por causa de la ira de Yahvé contra Jerusalén y Judá, llegó a echarlos de su presencia; y Sedequías se rebeló contra el rey de Babilonia.

4 Aconteció, pues, en el noveno año de su reinado, en el mes décimo, a los diez días del mes, que vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, con todo su ejército contra Jerusalén, y acamparon contra ella y levantaron baluartes a su alrededor.

5 Y estuvo sitiada la ciudad hasta el undécimo año del rey Sedequías.

6 En el mes cuarto, a los nueve días del mes, arreció el hambre en la ciudad, hasta que no hubo pan para el pueblo de la tierra.

7 Se abrió entonces una brecha en el muro de la ciudad, y todos los hombres de guerra huyeron y salieron de la ciudad de noche por el camino de la puerta entre los dos muros que estaba cerca del jardín del rey, mientras los caldeos rodeaban la ciudad; y se fueron por el camino del Arabá.

8 Pero el ejército de los caldeos siguió al rey, y alcanzaron a Sedequías en las llanuras de Jericó; y todo su ejército se dispersó de su lado.

9 Entonces prendieron al rey y lo llevaron al rey de Babilonia, a Ribla, en tierra de Hamat, donde este pronunció sentencia contra él.

10 Y degolló el rey de Babilonia a los hijos de Sedequías ante sus propios ojos; asimismo degolló a todos los príncipes de Judá en Ribla.

11 A Sedequías le sacó los ojos, y lo ató con grilletes de bronce; el rey de Babilonia lo llevó a Babilonia y lo puso en la cárcel hasta el día de su muerte.

12 En el mes quinto, a los diez días del mes, que era el año decimonoveno del reinado de Nabucodonosor, rey de Babilonia, entró en Jerusalén Nabuzaradán, capitán de la guardia, que servía al rey de Babilonia.

13 Y quemó la casa de Yahvé, y la casa del rey, y todas las casas de Jerusalén; prendió fuego a todas las casas de los grandes.

14 Todo el ejército de los caldeos que venía con el capitán de la guardia derribó todos los muros de Jerusalén a la redonda.

15 Y de los más pobres del pueblo, y del resto de la gente que había quedado en la ciudad, y de los que se habían pasado al rey de Babilonia, y del resto de la multitud, Nabuzaradán, capitán de la guardia, los transportó cautivos.

16 Mas de los pobres de la tierra, Nabuzaradán, capitán de la guardia, dejó a algunos para que fuesen viñadores y labradores.

17 También quebraron los caldeos las columnas de bronce que estaban en la casa de Yahvé, y las basas, y el mar de bronce que estaba en la casa de Yahvé, y llevaron todo el bronce a Babilonia.

18 Se llevaron también las ollas, las palas, las despabiladeras, los tazones, las cucharas y todos los utensilios de bronce con que se servía.

19 El capitán de la guardia tomó también las copas, los incensarios, los tazones, las ollas, los candeleros, las cucharas y los cálices; lo que era de oro por oro, y lo que de plata por plata.

20 Las dos columnas, el mar único, y los doce toros de bronce que estaban debajo de las basas, que había hecho el rey Salomón en la casa de Yahvé; el peso del bronce de todos estos utensilios era incalculable.

21 En cuanto a las columnas, la altura de cada columna era de dieciocho codos, y un cordón de doce codos la rodeaba; y su grueso era de cuatro dedos, y era hueca.

22 Tenía encima un capitel de bronce; la altura de un capitel era de cinco codos, con una red y granadas alrededor del capitel, todo de bronce; y lo mismo tenía la segunda columna con sus granadas.

23 Había noventa y seis granadas en cada hilera; todas las granadas sobre la red alrededor eran cien.

24 Tomó también el capitán de la guardia a Seraías, el sumo sacerdote, y a Sofonías, el segundo sacerdote, y a los tres guardas del umbral.

25 Y de la ciudad tomó a un oficial que era jefe de los hombres de guerra, a siete hombres de los consejeros íntimos del rey que se hallaron en la ciudad, al escriba del jefe del ejército que alistaba al pueblo de la tierra, y a sesenta hombres del pue-

blo de la tierra que se hallaron en medio de la ciudad.

26 Los tomó, pues, Nabuzaradán, capitán de la guardia, y los llevó al rey de Babilonia, a Ribla.

27 Y el rey de Babilonia los hirió y los mató en Ribla, en tierra de Hamat. Así Judá fue transportado cautivo lejos de su tierra.

28 Este es el pueblo que Nabucodonosor transportó cautivo: En el año séptimo, tres mil veintitrés judíos.

29 En el año dieciocho de Nabucodonosor, él transportó de Jerusalén a ochocientas treinta y dos personas.

30 En el año veintitrés de Nabucodonosor, Nabuzaradán, capitán de la guardia, transportó cautivas a setecientas cuarenta y cinco personas de los judíos; todas las personas fueron cuatro mil seiscientas.

31 Y aconteció que en el año treinta y siete del cautiverio de Joaquín, rey de Judá, en el mes duodécimo, a los veinticinco días del mes, Evil-merodac, rey de Babilonia, en el año primero de su reinado, indultó a Joaquín, rey de Judá, y lo sacó de la cárcel.

32 Le habló con benevolencia y puso su trono por encima del trono de los reyes que estaban con él en Babilonia.

33 Le cambió las vestiduras de prisión, y Joaquín comió siempre delante de él todos los días de su vida.

34 Y su ración le fue dada continuamente por el rey de Babilonia, cada día su porción, hasta el día de su muerte, todos los días de su vida.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LAMENTACIONES

Capítulo 1

1 ¡Cómo yace solitaria la ciudad que estaba llena de gente!
Se ha convertido en una viuda la que era grande entre las naciones.
La que fue princesa entre las provincias
¡se ha convertido en una esclava!

2 Llora amargamente por la noche; sus lágrimas bañan sus mejillas.
Entre todos sus amantes no tiene a nadie que la consuele.
Todos sus amigos la han traicionado;
se han convertido en sus enemigos.

3 Judá ha marchado al cautiverio a causa de la aflicción
y por la dura servidumbre.
Ella habita entre las naciones, mas no encuentra descanso.
Todos sus perseguidores la alcanzaron en medio de su angustia.

4 Los caminos de Sión están de luto,
porque nadie acude a las solemnidades.
Todas sus puertas están asoladas; sus sacerdotes gimen.
Sus vírgenes están afligidas, y ella misma está sumida en la amargura.

5 Sus adversarios han llegado a ser la cabeza y sus enemigos prosperan;
porque Yahvé la ha afligido por la multitud de sus transgresiones.
Sus hijos pequeños han ido al cautiverio ante el adversario.

6 Toda la majestad se ha alejado de la hija de Sión.
Sus príncipes han quedado como ciervos que no hallan pasto;
se han marchado sin fuerzas ante el perseguidor.

7 Jerusalén recuerda, en los días de su aflicción y de sus miserias,
todos los tesoros que poseía en los días de antaño.
Cuando su pueblo cayó en manos del adversario y nadie la ayudó,
los enemigos la miraron y se burlaron de su ruina.

8 Jerusalén ha pecado gravemente; por tanto, se ha vuelto impura.
Todos los que la honraban la desprecian porque han visto su desnudez;
sí, ella misma gime y se vuelve de espaldas.

9 Su inmundicia estaba en sus faldas; no pensó en su fin.
Por lo tanto, su caída ha sido asombrosa; no tiene quien la consuele.
«Mira, Yahvé, mi aflicción,
porque el enemigo se ha engrandecido».

10 El adversario ha extendido su mano sobre todos sus tesoros;
ella ha visto a las naciones entrar en su santuario,
de las cuales ordenaste que no entrasen en vuestra asamblea.

11 Todo su pueblo gime buscando pan;
han dado sus tesoros a cambio de alimento para recobrar la vida.
«Mira, Yahvé, y observa,
porque me han despreciado».

12 "¿No os importa nada a todos vosotros los que pasáis por el camino?
Mirad y ved si hay dolor como el mío,
el cual me ha sobrevenido,
con el que Yahvé me ha afligido en el día de su ardiente ira.

13 "Desde lo alto envió fuego a mis huesos y este prevaleció contra ellos.
Ha tendido una red a mis pies y me ha hecho volver atrás.
Me ha dejado desolada y desfallezco todo el día.

14 "El yugo de mis rebeliones ha sido atado por su mano;
están entrelazadas y han subido a mi cuello. Él ha hecho flaquear mis fuerzas.
El Señor me ha entregado en manos
de las que no soy capaz de levantarme.

15 "El Señor ha despreciado a todos mis valientes en medio de mí.
Convocó contra mí una asamblea para aplastar a mis jóvenes.
El Señor ha pisado como en un lagar a la virgen hija de Judá.

16 «Por estas cosas lloro; mis ojos se deshacen en lágrimas,
porque el consolador que debería reanimar mi alma está lejos de mí.
Mis hijos están desolados
porque el enemigo ha prevalecido».

17 Sión extiende sus manos, pero no hay quien la consuele.
Yahvé ha dado órdenes contra Jacob para que sus vecinos sean sus adversarios.
Jerusalén es entre ellos como una cosa impura.

18 "Yahvé es justo, pues yo me rebelé contra su mandamiento.
Oíd, os ruego, pueblos todos, y ved mi dolor;
mis vírgenes y mis jóvenes han marchado al cautiverio.

19 "Llamé a mis amantes, mas ellos me engañaron.
Mis sacerdotes y mis ancianos expiraron en la ciudad
mientras buscaban comida para sustentar sus vidas.

20 "Mira, Yahvé, que estoy angustiada; mis entrañas se conmueven.
Mi corazón se vuelca dentro de mí porque me he rebelado gravemente.
Fuera, la espada me deja sin hijos; dentro, es como la muerte.

21 "Han oído que gimo, pero nadie me consuela.
Todos mis enemigos han sabido de mi mal y se alegran de que tú lo hayas hecho.
¡Ojalá traigas el día que has anunciado para que sean como yo!

22 «Venga ante ti toda su maldad.
Haz con ellos como has hecho conmigo por todas mis transgresiones;
porque muchos son mis suspiros y mi corazón desfallece».

Capítulo 2

1 ¡Cómo ha cubierto el Señor de nubes a la hija de Sión en su ira!
Ha derribado del cielo a la tierra la hermosura de Israel,
y no se ha acordado del estrado de sus pies en el día de su furor.

2 El Señor ha destruido todas las moradas de Jacob
sin piedad.
Ha derribado en su furor las fortalezas de la hija de Judá;
las ha echado por tierra.
Ha profanado el reino y a sus príncipes.

3 Ha cortado con el ardor de su ira todo el poder de Israel.
Ha retirado su diestra frente al enemigo.
Ha encendido en Jacob un fuego ardiente
que devora todo a su alrededor.

4 Ha entesado su arco como un enemigo;
ha afirmado su mano derecha como un adversario.
Ha matado todo lo que era hermoso a la vista;
en la tienda de la hija de Sión ha derramado su ira como fuego.

5 El Señor se ha vuelto como un enemigo;
ha destruido a Israel.
Ha derruido todos sus palacios
y ha destrozado sus fortalezas.
Ha multiplicado en la hija de Judá el luto y el lamento.

6 Ha arrancado con violencia su tabernáculo,
como si fuera un huerto.
Ha destruido el lugar de su asamblea.
Yahvé ha hecho olvidar en Sión las solemnidades y el sábado;
en el furor de su ira ha despreciado al rey y al sacerdote.

7 El Señor ha desechado su altar;
ha menospreciado su santuario.
Ha entregado en manos del enemigo los muros de sus palacios;
han gritado en la casa de Yahvé
como en un día de fiesta solemne.

8 Yahvé se ha propuesto destruir el muro de la hija de Sión.
Ha extendido el cordel
y no ha retirado su mano de la destrucción.
Ha hecho que el antemural y el muro se lamenten;
ambos languidecen juntos.

9 Sus puertas se han hundido en la tierra;
él ha roto y destrozado sus cerrojos.
Su rey y sus príncipes están entre las naciones donde no hay ley;
sus profetas ya no reciben visión de parte de Yahvé.

10 Los ancianos de la hija de Sión se sientan en el suelo
y guardan silencio.
Han echado polvo sobre sus cabezas
y se han ceñido de cilicio.
Las vírgenes de Jerusalén bajan la cabeza hasta el suelo.

11 Mis ojos se nublan por las lágrimas;
mis entrañas se conmueven.
Mi dolor se derrama por tierra
a causa de la ruina de la hija de mi pueblo,
mientras los niños y los lactantes desfallecen en las plazas de la ciudad.

12 Dicen a sus madres:
«¿Dónde está el trigo y el vino?»,
mientras desfallecen como heridos en las calles de la ciudad,
exhalando el alma en el regazo de sus madres.

13 ¿Qué te puedo decir?
¿A qué te compararé, hija de Jerusalén?
¿A qué te igualaré
para consolarte, virgen hija de Sión?
Porque tu herida es tan grande como el mar,
¿quién te podrá sanar?

14 Vuestros profetas han visto para vosotros visiones falsas e ilusorias;
no han descubierto vuestro pecado
para evitar vuestro cautiverio,
sino que os han anunciado visiones engañosas y seductoras.

15 Todos los que pasan por el camino baten palmas ante ti;
silban y mueven la cabeza contra la hija de Jerusalén, diciendo:
"¿Es esta la ciudad que llamaban 'Perfección de hermosura',
el gozo de toda la tierra?".

16 Todos tus enemigos han abierto su boca contra ti;
silban y rechinan los dientes.
Dicen: «La hemos devorado.
Ciertamente este es el día que esperábamos;
lo hemos alcanzado, lo hemos visto».

17 Yahvé ha hecho lo que se había propuesto;
ha cumplido su palabra, la que decretó hace mucho tiempo.
Ha derribado
sin tener piedad.
Ha hecho que el enemigo se alegre a costa tuya
y ha exaltado el poder de tus adversarios.

18 El corazón de ellos clamaba al Señor.
¡Oh muro de la hija de Sión,
corran tus lágrimas como un río día y noche!

No te des tregua;
no descansen las niñas de tus ojos.

19 Levántate, da gritos en la noche,
al comenzar las vigilias.
Derrama tu corazón como agua ante la presencia del Señor.
Levanta tus manos hacia él por la vida de tus pequeñuelos,
que de hambre desfallecen en las esquinas de todas las calles.

20 "Mira, Yahvé, y considera: ¿a quién has tratado así?
¿Han de comerse las mujeres el fruto de sus entrañas,
a los hijos que criaron con tierno cuidado?
¿Han de ser muertos el sacerdote y el profeta en el santuario del Señor?

21 "Niños y viejos yacen por tierra en las calles;
mis vírgenes y mis jóvenes cayeron a espada.
Los mataste en el día de tu ira;
los degollaste sin piedad.

22 «Has convocado mis temores de todas partes, como en día de fiesta solemne.
No hubo en el día de la ira de Yahvé quien escapara o quedara vivo.
A los que yo crié y mantuve, mi enemigo los consumió».

Capítulo 3

1 Yo soy el hombre que ha visto la aflicción
bajo la vara de su ira.

2 Me ha guiado y me ha hecho caminar en tinieblas
y no en la luz.

3 Ciertamente contra mí vuelve su mano
una y otra vez durante todo el día.

4 Ha hecho envejecer mi carne y mi piel,
y ha quebrantado mis huesos.

5 Ha levantado asedio contra mí,
y me ha cercado de amargura y de fatiga.

6 Me ha hecho habitar en lugares oscuros,
como los que murieron hace mucho tiempo.

7 Me ha amurallado para que no pueda salir;
ha hecho pesada mi cadena.

8 Aun cuando clamo y pido auxilio,
él cierra el paso a mi oración.

9 Ha cerrado mis caminos con piedra labrada;
ha torcido mis senderos.

10 Es para mí como un oso al acecho,
como un león escondido.

11 Ha extraviado mis caminos y me ha despedazado;
me ha dejado desolado.

12 Ha entesado su arco
y me ha puesto como blanco para la saeta.

13 Ha clavado en mis entrañas
las saetas de su aljaba.

14 Me he convertido en el escarnio de todo mi pueblo;
soy la burla de su canción todo el día.

15 Me ha saciado de amargura,
me ha embriagado con ajenjo.

16 Me ha quebrantado los dientes con guijarros,
me ha cubierto de ceniza.

17 Mi alma ha sido alejada de la paz;
me olvidé de la felicidad.

18 Y dije: «Ha perecido mi fortaleza
y mi esperanza en Yahvé».

19 Acuérdate de mi aflicción y de mi miseria,
del ajenjo y de la hiel.

20 Mi alma lo tiene muy presente
y se abate dentro de mí.

21 Pero esto traigo a mi memoria;
por lo tanto, tengo esperanza.

22 Por la misericordia de Yahvé no hemos sido consumidos,
porque sus piedades nunca faltan.

23 Nuevas son cada mañana;
grande es tu fidelidad.

24 «Mi porción es Yahvé», dice mi alma;
«por tanto, en él esperaré».

25 Bueno es el Señor con los que en él esperan,
con el alma que le busca.

26 Bueno es esperar en silencio
la salvación de Yahvé.

27 Bueno le es al hombre
llevar el yugo desde su juventud.

28 Que se siente solo y calle,
porque el Señor se lo ha impuesto.

29 Que ponga su boca en el polvo,
por si aún hay esperanza.

30 Que dé su mejilla al que le hiere,
y se harte de afrentas.

31 Porque el Señor no desecha para siempre;

32 antes bien, aunque causa dolor,
tiene compasión según la multitud de sus misericordias.

33 Porque no aflige por gusto,
ni entristece a los hijos de los hombres.

34 Aplastar bajo los pies a todos los prisioneros de la tierra,

35 conculcar el derecho del hombre ante la presencia del Altísimo,

36 o torcer la causa de un hombre, el Señor no lo aprueba.

37 ¿Quién puede decir que algo sucede
sin que el Señor lo mande?

38 ¿No salen de la boca del Altísimo
tanto los males como los bienes?

39 ¿De qué se queja el hombre viviente?
Quéjese cada uno de sus propios pecados.

40 Escudriñemos nuestros caminos y busquemos,
y volvamos a Yahvé.

41 Elevemos nuestro corazón y nuestras manos al Dios que está en los cielos.

42 "Nosotros hemos pecado y nos hemos rebelado;
tú no has perdonado.

43 "Nos cubriste con tu ira y nos perseguiste;
mataste y no tuviste piedad.

44 Te cubriste con una nube
para que no pasase la oración nuestra.

45 Nos has puesto como basura y desecho
en medio de los pueblos.

46 «Todos nuestros enemigos abrieron su boca contra nosotros.

47 Temor y fosa nos han sobrevenido,
asolamiento y destrucción».

48 Ríos de agua derraman mis ojos
por la ruina de la hija de mi pueblo.

49 Mis ojos fluyen lágrimas
y no cesan, ni tienen descanso,

50 hasta que Yahvé mire
y vea desde los cielos.

51 Mis ojos me causan dolor
por todas las hijas de mi ciudad.

52 Mis enemigos me dieron caza como a un pájaro,
sin haber motivo.

53 Cortaron mi vida en la mazmorra
y arrojaron piedras sobre mí.

54 Las aguas cubrieron mi cabeza;
y dije: «¡Estoy perdido!».

55 Invoqué tu nombre, Yahvé,
desde lo profundo de la mazmorra.

56 Oíste mi voz;
no cierres tu oído a mi clamor por alivio.

57 Te acercaste el día que te invoqué;
dijiste: «No temas».

58 Señor, tú has defendido la causa de mi alma;
has redimido mi vida.

59 Yahvé, tú has visto mi agravio;
¡juzga mi causa!

60 Has visto toda su venganza,
y todos sus planes contra mí.

61 Has oído su oprobio, Yahvé,
y todas sus maquinaciones contra mí;

62 los labios de los que contra mí se levantaron,
y su acechanza contra mí todo el día.

63 Mira su sentarse y su levantarse;
yo soy el objeto de sus burlas.

64 Tú les darás el pago, Yahvé,
según la obra de sus manos.

65 Les darás dureza de corazón;
¡tu maldición caiga sobre ellos!

66 Los perseguirás en tu ira,
y los destruirás de debajo de los cielos de Yahvé.

Capítulo 4

1 ¡Cómo se ha empañado el oro!
¡El oro más puro ha perdido su brillo!
Las piedras del santuario están esparcidas
por las esquinas de todas las calles.

2 Los valiosos hijos de Sión,
que valían su peso en oro fino,
¡cómo son tenidos por vasijas de barro,
obra de manos de alfarero!

3 Incluso los chacales ofrecen sus mamas
para amamantar a sus crías;
pero la hija de mi pueblo se ha vuelto cruel,
como los avestruces en el desierto.

4 La lengua del lactante se pega al paladar por la sed.
Los niños pequeños piden pan,
pero no hay quien se lo parta.

5 Los que comían manjares desfallecen en las calles;
los que se criaron entre púrpura se abrazan a los estercoleros.

6 Pues la iniquidad de la hija de mi pueblo es mayor que el pecado de Sodoma,
que fue destruida en un momento
sin que manos humanas intervinieran.

7 Sus nobles eran más puros que la nieve,
más blancos que la leche;
su cuerpo era más rubicundo que el coral,
su porte era como el zafiro.

8 Pero ahora su aspecto es más oscuro que el hollín;
nadie los reconoce por las calles.
Su piel se ha pegado a sus huesos;
se ha secado, se ha vuelto como madera.

9 Dichosos los que murieron a espada antes que los que mueren de hambre;
porque estos mueren lentamente, consumidos
por falta de los frutos del campo.

10 Las manos de mujeres que eran compasivas cocieron a sus propios hijos;
ellos les sirvieron de alimento en la ruina de la hija de mi pueblo.

11 Yahvé ha agotado su furor;
ha derramado el ardor de su ira.
Ha encendido en Sión un fuego
que ha devorado hasta sus cimientos.

12 Nunca creyeron los reyes de la tierra,
ni ninguno de los habitantes del mundo,
que el adversario y el enemigo entrarían por las puertas de Jerusalén.

13 Fue por los pecados de sus profetas
y por las iniquidades de sus sacerdotes,
que derramaron en medio de ella la sangre de los justos.

14 Eran como ciegos vagando por las calles,
contaminados con sangre,
de modo que nadie podía tocar sus vestiduras.

15 «¡Apartaos! ¡Impuros!», les gritaban.
«¡Apartaos, apartaos! ¡No nos toquéis!».
Huyeron y vagaron, y entre las naciones se decía:
«No pueden seguir habitando aquí».

16 La presencia de Yahvé los dispersó;
ya no volverá a mirarlos.
No respetaron a los sacerdotes,
ni tuvieron piedad de los ancianos.

17 Nuestros ojos aún se cansan
esperando en vano un socorro que no llega.
Desde nuestras atalayas aguardamos a una nación que no podía salvar.

18 Acechaban nuestros pasos
para que no pudiéramos andar por nuestras plazas.
Nuestro fin está cerca, nuestros días se han cumplido;
¡sí, ha llegado nuestro fin!

19 Nuestros perseguidores fueron más veloces que las águilas del cielo;
nos acosaron por los montes,
nos tendieron emboscadas en el desierto.

20 El aliento de nuestra vida, el ungido de Yahvé,
quedó atrapado en sus fosas;
aquel de quien decíamos: «Bajo su sombra viviremos entre las naciones».

21 ¡Regocíjate y alégrate, hija de Edom,
tú que habitas en la tierra de Uz!
También a ti te llegará la copa;
te embriagarás y quedarás desnuda.

22 Tu castigo ha terminado, hija de Sión;
él no volverá a llevarte al cautiverio.
Pero castigará tu iniquidad, hija de Edom;
él pondrá al descubierto tus pecados.

Capítulo 5

1 Acuérdate, Yahvé, de lo que nos ha sucedido;
mira y considera nuestro oprobio.

2 Nuestra heredad ha pasado a extraños,
nuestras casas a extranjeros.

3 Huérfanos somos, sin padre;
nuestras madres son como viudas.

4 Nuestra propia agua bebemos por dinero;
la leña nos la venden por precio.

5 El yugo de nuestros perseguidores está sobre nuestro cuello;
estamos agotados y no se nos da descanso.

6 Al egipcio y al asirio extendimos la mano,
para saciarnos de pan.

7 Nuestros padres pecaron, y ya no existen;
y nosotros cargamos con sus iniquidades.

8 Siervos se han enseñoreado de nosotros;
no hay quien nos libre de su mano.

9 Con peligro de nuestra vida traemos nuestro pan,
ante la espada del desierto.

10 Nuestra piel se ha ennegrecido como un horno,
por el ardor abrasador del hambre.

11 Violaron a las mujeres en Sión,
a las vírgenes en las ciudades de Judá.

12 A los príncipes colgaron de sus manos;
no respetaron el rostro de los ancianos.

13 Obligaron a los jóvenes a mover el molino,
y los muchachos desfallecieron bajo el peso de la leña.

14 Los ancianos ya no se sientan a la puerta,
y los jóvenes dejaron sus canciones.

15 Cesó el gozo de nuestro corazón;
nuestra danza se tornó en luto.

16 Cayó la corona de nuestra cabeza;
¡ay de nosotros, porque hemos pecado!

17 Por esto desfallece nuestro corazón,
por esto se nublan nuestros ojos:

18 por el monte de Sión, que está asolado;
los zorros merodean por él.

19 Mas tú, Yahvé, permaneces para siempre;
tu trono, de generación en generación.

20 ¿Por qué te olvidas de nosotros para siempre,
y nos abandonas por tanto tiempo?

21 Haznos volver a ti, Yahvé, y volveremos;
renueva nuestros días como antaño.

22 ¿O es que nos has desechado por completo
y estás airado contra nosotros en demasía?

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

BARUC

Capítulo 1

1 Estas son las palabras del libro que Baruc, hijo de Nerías, hijo de Maasías, hijo de Sedequías, hijo de Asadías, hijo de Helcías, escribió en Babilonia,

2 en el quinto año, en el séptimo día del mes, en el tiempo en que los caldeos tomaron Jerusalén y la incendiaron con fuego.

3 Baruc leyó las palabras de este libro a oídos de Jeconías, hijo de Joaquín rey de Judá, y a oídos de todo el pueblo que venía a escuchar el libro,

4 y a oídos de los hombres poderosos, y de los hijos de los reyes, y a oídos de los ancianos, y a oídos de todo el pueblo, desde el menor hasta el mayor, aun de todos los que vivían en Babilonia junto al río Sud.

5 Entonces lloraron, ayunaron, y oraron ante el Señor.

6 También hicieron una colecta de dinero según la capacidad de cada hombre;

7 y lo enviaron a Jerusalén a Joaquín el sumo sacerdote, hijo de Helcías, hijo de Salum, y a los sacerdotes y a todo el pueblo que se hallaba con él en Jerusalén,

8 al mismo tiempo que él tomó los utensilios de la casa del Señor, que habían sido sacados del templo, para devolverlos a la tierra de Judá, el décimo día de Siván — utensilios de plata que Sedequías, hijo de Josías rey de Judá, había hecho,

9 después de que Nabucodonosor, rey de Babilonia, hubo llevado cautivos de Jerusalén a Jeconías, a los príncipes, a los prisioneros, a los hombres poderosos y al pueblo de la tierra, y los trajo a Babilonia.

10 Y dijeron: He aquí, os hemos enviado dinero; por tanto, comprad con el dinero holocaustos, ofrendas por el pecado e incienso, y preparad una oblación, y ofrecedla sobre el altar del Señor nuestro Dios;

11 y orad por la vida de Nabucodonosor rey de Babilonia, y por la vida de Baltasar su hijo, para que sus días sean como los días del cielo sobre la tierra.

12 El Señor nos dará fuerza y luz a nuestros ojos. Viviremos bajo la sombra de Nabucodonosor rey de Babilonia y bajo la sombra de Baltasar su hijo, y les serviremos muchos días, y hallaremos favor a sus ojos.

13 Orad también por nosotros al Señor nuestro Dios, porque hemos pecado contra el Señor nuestro Dios. Hasta este día la ira del Señor y su indignación no se han apartado de nosotros.

14 Vosotros leeréis este libro que os hemos enviado, para hacer confesión en la casa del Señor en el día de la fiesta y en los días de la asamblea solemne.

15 Y diréis: Al Señor nuestro Dios pertenece la justicia, pero a nosotros confusión de rostro, como en este día —a los hombres de Judá, a los habitantes de Jerusalén,

16 a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros sacerdotes, a nuestros profetas y a nuestros padres,

17 porque hemos pecado delante del Señor.

18 Le hemos desobedecido y no hemos escuchado la voz del Señor nuestro Dios, para andar en los mandamientos del Señor que él ha puesto delante de nosotros.

19 Desde el día en que el Señor sacó a nuestros padres de la tierra de Egipto hasta el día de hoy, hemos sido desobedientes al Señor nuestro Dios, y hemos sido negligentes en no escuchar su voz.

20 Por tanto, las plagas se han aferrado a nosotros, junto con la maldición que el Señor declaró por medio de Moisés su siervo en el día en que sacó a nuestros padres de la tierra de Egipto para darnos una tierra que fluye leche y miel, como en este día.

21 Sin embargo, no escuchamos la voz del Señor nuestro Dios, conforme a todas las palabras de los profetas que nos envió,

22 sino que cada uno anduvo en la imaginación de su propio corazón perverso, para servir a dioses extraños y hacer lo malo ante los ojos del Señor nuestro Dios.

Capítulo 2

1 Por tanto, el Señor ha cumplido su palabra que pronunció contra nosotros, y contra nuestros jueces que juzgaron a Israel, y contra nuestros reyes, y contra nuestros príncipes, y contra los hombres de Israel y de Judá,

2 de traer sobre nosotros grandes plagas como nunca antes habían sucedido bajo todo el cielo, como aconteció en Jerusalén, conforme a las cosas que están escritas en la ley de Moisés,

3 de que cada uno de nosotros comería la carne de su propio hijo, y cada uno la carne de su propia hija.

4 Además, los ha entregado para que estén en sujeción a todos los reinos que nos rodean, para ser un oprobio y una desolación entre todos los pueblos a nuestro alrededor, donde el Señor los ha esparcido.

5 Así fueron abatidos y no exaltados, porque pecamos contra el Señor nuestro Dios al no escuchar su voz.

6 Al Señor nuestro Dios pertenece la justicia, pero a nosotros y a nuestros padres la confusión de rostro, como en este día.

7 Todas estas plagas han venido sobre nosotros, las cuales el Señor había pronunciado contra nosotros.

8 Y sin embargo, no hemos suplicado el favor del Señor apartándonos cada uno de los pensamientos de su perverso corazón.

9 Por tanto, el Señor ha estado atento a las plagas. El Señor las ha traído sobre nosotros, porque el Señor es justo en todas las obras que nos ha mandado.

10 Y aun así no hemos escuchado su voz, para andar en los mandamientos del Señor que él ha puesto delante de nosotros.

11 Y ahora, oh Señor, Dios de Israel que has sacado a tu pueblo de la tierra de Egipto con mano fuerte, con señales, con prodigios, con gran poder y con brazo en alto, y te has hecho un nombre, como en este día:

12 Oh Señor nuestro Dios, hemos pecado. Hemos sido impíos. Hemos obrado mal en todas tus ordenanzas.

13 Que tu ira se aparte de nosotros, porque solo quedamos unos pocos entre los paganos donde nos has esparcido.

14 Escucha nuestra oración, oh Señor, y nuestra súplica, y líbranos por amor de ti mismo. Danos favor ante los ojos de aquellos que nos han llevado cautivos,

15 para que toda la tierra sepa que tú eres el Señor nuestro Dios, porque Israel y su descendencia son llamados por tu nombre.

16 Oh Señor, mira desde tu santa morada y considéranos. Inclina tu oído, oh Señor, y escucha.

17 Abre tus ojos, y mira; porque los muertos que están en el Hades, a quienes se les ha quitado el aliento de sus cuerpos, no darán al Señor gloria ni justicia;

18 sino que el alma que está grandemente afligida, que anda encorvada y débil, y los ojos que desfallecen, y el alma hambrienta, declararán tu gloria y justicia, oh Señor.

19 Porque no presentamos nuestra súplica ante ti, oh Señor nuestro Dios, por la justicia de nuestros padres y de nuestros reyes.

20 Porque has enviado tu ira y tu indignación sobre nosotros, tal como hablaste por medio de tus siervos los profetas, diciendo:

21 "El Señor dice: 'Inclinad vuestros hombros para servir al rey de Babilonia, y permaneced en la tierra que di a vuestros padres.

22 Pero si no escucháis la voz del Señor para servir al rey de Babilonia,

23 haré cesar de las ciudades de Judá y de la región cercana a Jerusalén la voz de gozo, la voz de alegría, la voz del novio y la voz de la novia. Toda la tierra quedará desolada, sin habitante.'"

24 Pero no quisimos escuchar tu voz, para servir al rey de Babilonia. Por tanto, has cumplido tus palabras que hablaste por medio de tus siervos los profetas, de que los huesos de nuestros reyes y los huesos de nuestros padres serían sacados de sus lugares.

25 He aquí, están arrojados al calor del día y a la helada de la noche. Murieron en grandes miserias por el hambre, por la espada y por la pestilencia.

26 Y has dejado la casa que es llamada por tu nombre como está hoy debido a la maldad de la casa de Israel y la casa de Judá.

27 Sin embargo, oh Señor nuestro Dios, has tratado con nosotros según toda tu bondad y según toda tu gran misericordia,

28 como hablaste por medio de tu siervo Moisés en el día en que le mandaste escribir tu ley en presencia de los hijos de Israel, diciendo:

29 «Si no escucháis mi voz, ciertamente esta grandísima multitud se reducirá a un pequeño número entre las naciones donde los esparciré.

30 Porque sé que no me escucharán, ya que son un pueblo de dura cerviz; pero en la tierra de su cautividad lo tomarán en su corazón,

31 y sabrán que yo soy el Señor su Dios. Les daré un corazón y oídos para escuchar.

32 Entonces me alabarán en la tierra de su cautividad, y pensarán en mi nombre,

33 y se volverán de su dura cerviz y de sus malas obras; porque recordarán el camino de sus padres que pecaron delante del Señor.

34 Los traeré de nuevo a la tierra que prometí a sus padres, a Abraham, a Isaac y a Jacob, y gobernarán sobre ella. Los multiplicaré, y no serán disminuidos.

35 Y haré con ellos un pacto eterno para ser su Dios, y ellos serán mi pueblo. No quitaré más a mi pueblo Israel de la tierra que les he dado.»

Capítulo 3

1 Oh Señor Todopoderoso, Dios de Israel, el alma angustiada y el espíritu turbado claman a ti.

2 Escucha, oh Señor, y ten misericordia; porque eres un Dios misericordioso. Sí, ten misericordia de nosotros, porque hemos pecado delante de ti.

3 Porque tú estás entronizado para siempre, y nosotros perecemos continuamente.

4 Oh Señor Todopoderoso, Dios de Israel, escucha ahora la oración de los israelitas muertos, y de los hijos de aquellos que fueron pecadores delante de ti, que no escucharon la voz de ti, su Dios; por lo cual, estas plagas se aferran a nosotros.

5 No recuerdes las iniquidades de nuestros padres, sino recuerda tu poder y tu nombre en este tiempo.

6 Porque tú eres el Señor nuestro Dios, y te alabaremos, oh Señor.

7 Por esta causa, has puesto tu temor en nuestros corazones, con la intención de que invoquemos tu nombre. Te alabaremos en nuestra cautividad, porque hemos traído a la memoria toda la iniquidad de nuestros padres que pecaron delante de ti.

8 He aquí, todavía estamos hoy en nuestra cautividad donde nos has esparcido, para oprobio y maldición, y para estar sujetos a castigo conforme a todas las iniquidades de nuestros padres que se apartaron del Señor nuestro Dios.

9 ¡Escucha, oh Israel, los mandamientos de vida! ¡Presta oído para entender la sabiduría!

10 ¿Cómo es, oh Israel, que estás en la tierra de tus enemigos, que has envejecido en un país extraño, que estás contaminado con los muertos,

11 que eres contado con los que están en el Hades?

12 Has abandonado la fuente de la sabiduría.

13 Si hubieras andado en el camino de Dios, habrías habitado en paz para siempre.

14 Aprende dónde está la sabiduría, dónde está la fuerza y dónde está el entendimiento, para que sepas también dónde hay largura de días y vida, dónde está la luz de los ojos y la paz.

15 ¿Quién ha descubierto su lugar? ¿Quién ha entrado en sus tesoros?

16 ¿Dónde están los príncipes de los paganos, y los que gobernaban a las bestias que están sobre la tierra,

17 los que se entretenían con las aves del cielo, y los que atesoraban plata y oro, en los cuales confía la gente, y de cuya adquisición no hay fin?

18 Pues aquellos que buscaron diligentemente la plata, y estaban tan afanosos, y cuyas obras son inescrutables,

19 se han desvanecido y han descendido al Hades, y otros han surgido en su lugar.

20 Hombres más jóvenes han visto la luz y han vivido sobre la tierra, pero no han conocido el camino del conocimiento,

21 ni han entendido sus senderos. Sus hijos no lo han abrazado. Están muy lejos de su camino.

22 No se ha oído de ella en Canaán, ni se ha visto en Temán.

23 Tampoco los hijos de Agar que buscan entendimiento, que están en la tierra, los mercaderes de Merán y Temán, ni los autores de fábulas, ni los buscadores de entendimiento —ninguno de estos ha conocido el camino de la sabiduría ni ha recordado sus senderos.

24 ¡Oh Israel, cuán grande es la casa de Dios! ¡Cuán vasto es el lugar de su posesión!

25 Es grande y no tiene fin. Es alto e inconmensurable.

26 Allí nacieron los gigantes que fueron famosos en la antigüedad, grandes de estatura y expertos en la guerra.

27 Dios no los eligió a estos, ni les dio el camino del conocimiento,

28 de modo que perecieron, porque no tenían sabiduría. Perecieron por su propia insensatez.

29 ¿Quién ha subido al cielo, la ha tomado y la ha bajado de las nubes?

30 ¿Quién ha cruzado el mar, la ha encontrado y la traerá por oro fino?

31 No hay nadie que conozca su camino, ni quien comprenda su sendero.

32 Pero el que conoce todas las cosas la conoce, él la descubrió con su entendimiento. El que preparó la tierra para todos los tiempos la ha llenado de bestias cuadrúpedas.

33 Es él quien envía la luz, y esta va. La llamó, y ella le obedeció con temor.

34 Las estrellas brillaron en sus vigilias, y se alegraron. Cuando él las llamó, dijeron: «Aquí estamos.» Brillaron con alegría para aquel que las hizo.

35 Este es nuestro Dios. Ningún otro puede compararse con él.

36 Él ha descubierto todo el camino del conocimiento, y se lo ha dado a Jacob su siervo y a Israel, el amado por él.

37 Después ella apareció sobre la tierra, y vivió con los hombres.

Capítulo 4

1 Este es el libro de los mandamientos de Dios y la ley que perdura para siempre. Todos los que la retengan vivirán, pero los que la abandonen morirán.

2 Vuélvete, oh Jacob, y aférrate a ella. Camina hacia el resplandor de su luz.

3 No des tu gloria a otro, ni las cosas que te benefician a una nación extranjera.

4 Oh Israel, somos dichosos; porque las cosas que agradan a Dios nos son dadas a conocer.

5 Tened ánimo, pueblo mío, el memorial de Israel.

6 No fuisteis vendidos a las naciones para destrucción, sino porque provocasteis a Dios a ira, fuisteis entregados a vuestros adversarios.

7 Porque provocasteis al que os hizo sacrificando a los demonios y no a Dios.

8 Olvidasteis al Dios eterno que os crió. También entristecisteis a Jerusalén, la que os amamantó.

9 Porque ella vio la ira que vino sobre vosotros de parte de Dios, y dijo: «Escuchad, vosotros que habitáis cerca de Sion; pues Dios ha traído sobre mí un gran luto.

10 Porque he visto el cautiverio de mis hijos e hijas, que el Eterno ha traído sobre ellos.

11 Porque con gozo los nutrí, pero los despedí con llanto y luto.

12 Que ningún hombre se regocije sobre mí, una viuda desamparada por muchos. Por los pecados de mis hijos, he quedado desolada, porque se apartaron de la ley de Dios

13 y no tuvieron consideración por sus estatutos. No anduvieron en los caminos de los mandamientos de Dios ni pisaron los senderos de la disciplina en su justicia.

14 Que vengan los que habitan cerca de Sion y recuerden el cautiverio de mis hijos e hijas, que el Eterno ha traído sobre ellos.

15 Porque ha traído sobre ellos una nación de lejos, una nación desvergonzada de lengua extraña, que no respetó a los ancianos ni se apiadó de los niños.

16 Se han llevado a los muy amados hijos de la viuda, y a la que estaba sola la han dejado desolada de sus hijas.»

17 Pero yo, ¿cómo os puedo ayudar?

18 Porque aquel que trajo estas calamidades sobre vosotros os librará de la mano de vuestros enemigos.

19 Seguid vuestro camino, oh hijos míos. Seguid vuestro camino, porque yo he quedado desolada.

20 Me he quitado el vestido de paz, y me he puesto el cilicio de mi súplica. Clamaré al Eterno mientras viva.

21 Tened valor, hijos míos. Clamad a Dios, y él os librará del poder y la mano de los enemigos.

22 Porque he confiado en el Eterno, de que él os salvará; y el gozo me ha venido del Santo, a causa de la misericordia que pronto os vendrá de vuestro Salvador Eterno.

23 Porque os envié con luto y llanto, pero Dios os devolverá a mí con gozo y alegría para siempre.

24 Porque así como ahora los que habitan cerca de Sion han visto vuestro cautiverio, así en breve verán vuestra salvación de nuestro Dios, la cual vendrá sobre vosotros con gran gloria y resplandor del Eterno.

25 Hijos míos, soportad pacientemente la ira que ha venido sobre vosotros de parte de Dios, porque vuestro enemigo os ha perseguido; pero en breve veréis su destrucción y pisotearéis sus cuellos.

26 Mis delicados hijos han viajado por caminos escabrosos. Fueron llevados como un rebaño arrebatado por los enemigos.

27 Tened valor, hijos míos, y clamad a Dios; porque seréis recordados por aquel que ha traído esto sobre vosotros.

28 Porque así como fue vuestra decisión descarriaros de Dios, volved y buscadle diez veces más.

29 Porque aquel que trajo estas calamidades sobre vosotros os traerá el gozo eterno nuevamente con vuestra salvación.

30 Ten valor, oh Jerusalén, porque aquel que te llamó por tu nombre te consolará.

31 Miserables son aquellos que te afligieron y se regocijaron en tu caída.

32 Miserables son las ciudades a las que sirvieron tus hijos. Miserable es la que recibió a tus hijos.

33 Porque así como ella se regocijó en tu caída y se alegró de tu ruina, así se afligirá en su propia desolación.

34 Y le quitaré el orgullo en su gran multitud y su jactancia se convertirá en luto.

35 Porque fuego vendrá sobre ella de parte del Eterno por muchos días; y será habitada por demonios durante largo tiempo.

36 Oh Jerusalén, mira a tu alrededor hacia el oriente, y contempla el gozo que te viene de Dios.

37 He aquí, vienen tus hijos, a quienes despediste. Vienen reunidos desde el oriente hasta el occidente a la palabra del Santo, regocijándose en la gloria de Dios.

Capítulo 5

1 Quítate el manto de tu luto y aflicción, oh Jerusalén, y vístete para siempre con la belleza de la gloria que viene de Dios.

2 Vístete con la túnica de la justicia de Dios. Pon sobre tu cabeza una diadema de la gloria del Eterno.

3 Porque Dios mostrará tu esplendor en todas partes bajo el cielo.

4 Porque tu nombre será llamado por Dios para siempre: «Paz Justa, Gloria Piadosa».

5 Levántate, oh Jerusalén, y ponte en las alturas. Mira a tu alrededor hacia el oriente y ve a tus hijos reunidos desde la puesta del sol hasta su salida a la palabra del Santo, regocijándose de que Dios se ha acordado de ellos.

6 Porque salieron de ti a pie, llevados por sus enemigos, pero Dios te los devuelve llevados en alto con gloria, como en un trono real.

7 Porque Dios ha ordenado que todo monte alto y las colinas eternas sean rebajados, y los valles rellenados para allanar la tierra, a fin de que Israel pueda caminar seguro en la gloria de Dios.

8 Además, los bosques y todo árbol de olor fragante han dado sombra a Israel por mandato de Dios.

9 Porque Dios guiará a Israel con gozo en la luz de su gloria con la misericordia y la justicia que provienen de él.

Capítulo 6

1 Copia de una carta que Jeremías envió a los que iban a ser llevados cautivos a Babilonia por el rey de los babilonios, para darles el mensaje que Dios le había mandado.

2 A causa de los pecados que habéis cometido delante de Dios, seréis llevados cautivos a Babilonia por Nabucodonosor, rey de los babilonios.

3 Así que, cuando lleguéis a Babilonia, permaneceréis allí muchos años, y por un largo tiempo, hasta por siete generaciones. Después de eso, os sacaré de allí en paz.

4 Pero ahora veréis en Babilonia dioses de plata, de oro y de madera llevados sobre los hombros, los cuales causan temor a las naciones.

5 Guardaos, por tanto, de llegar a ser en modo alguno como estos extranjeros. No dejéis que el temor se apodere de vosotros a causa de ellos cuando veáis a la multitud delante y detrás de ellos, adorándolos.

6 Sino decid en vuestros corazones: «Oh Señor, a ti debemos adorar.»

7 Porque mi ángel está con vosotros, y yo mismo cuido de vuestras almas.

8 Pues su lengua está pulida por el artífice, y ellos mismos están recubiertos de oro y de plata; sin embargo, son solo falsos, y no pueden hablar.

9 Y tomando oro, como si fuera para una virgen que ama los adornos, hacen coronas para las cabezas de sus dioses.

10 A veces también los sacerdotes toman oro y plata de sus dioses, y lo gastan en
sí mismos.

11 Incluso darán parte de ello a las prostitutas comunes. Los visten como a hom-
bres con ropajes, a esos mismos dioses de plata, dioses de oro y dioses de madera.

12 Sin embargo, estos dioses no pueden salvarse a sí mismos del óxido y la polilla,
aunque estén cubiertos con vestiduras de púrpura.

13 Les limpian el rostro a causa del polvo del templo, que se acumula espeso sobre
ellos.

14 Y aquel que no puede dar muerte al que le ofende sostiene un cetro, como si
fuera el juez de un país.

15 Tiene también una daga en su mano derecha, y un hacha, pero no puede li-
brarse a sí mismo de la guerra ni de los ladrones.

16 Por esto se sabe que no son dioses. Por tanto, no les temáis.

17 Porque al igual que una vasija que un hombre usa no vale nada cuando se
rompe, así sucede con sus dioses. Cuando son erigidos en los templos, sus ojos se
llenan del polvo que levantan los pies de los que entran.

18 Y así como se aseguran los atrios por todos lados para aquel que ofende al rey,
como si estuviera condenado a sufrir la muerte, de la misma manera los sacerdo-
tes aseguran sus templos con puertas, con cerraduras y barras, para que no sean
saqueados por los ladrones.

19 Encienden velas para ellos, sí, más que para sí mismos, aunque ellos no pueden
ver ni una sola.

20 Son como una de las vigas del templo. Los hombres dicen que sus entrañas son
devoradas cuando las cosas que se arrastran desde la tierra los devoran tanto a
ellos como a sus ropas. Y ellos no lo sienten

21 cuando sus rostros se ennegrecen por el humo que sale del templo.

22 Murciélagos, golondrinas y pájaros se posan sobre sus cuerpos y cabezas. También lo hacen los gatos.

23 Por esto podéis saber que no son dioses. Por tanto, no les temáis.

24 A pesar del oro con el que están cubiertos para embellecerlos, a menos que alguien les limpie el deslustre, no brillarán; pues ni siquiera sintieron cuando fueron fundidos.

25 Cosas en las que no hay aliento se compran a cualquier precio.

26 Al no tener pies, son llevados sobre los hombros. Con esto declaran a los hombres que no valen nada.

27 Los que les sirven también se avergüenzan, porque si en algún momento caen al suelo, no pueden levantarse por sí mismos. Si se inclinan, no pueden enderezarse; sino que se les ponen ofrendas delante, como si fueran hombres muertos.

28 Y las cosas que se les sacrifican, sus sacerdotes las venden y las gastan. De igual manera, sus mujeres también guardan parte de ello en sal; pero a los pobres y a los desvalidos no les dan nada.

29 La mujer menstruante y la mujer puérpera tocan sus sacrificios, sabiendo por tanto mediante estas cosas que no son dioses. No les temáis.

30 Pues, ¿cómo se les puede llamar dioses? Porque son mujeres las que ponen la comida ante los dioses de plata, oro y madera.

31 Y en sus templos los sacerdotes se sientan en sillas, con sus ropas rasgadas y sus cabezas y barbas rapadas, y sin nada sobre sus cabezas.

32 Rugen y gritan delante de sus dioses, como hacen los hombres en el banquete cuando alguien muere.

33 Los sacerdotes también les quitan las vestiduras y visten a sus propias esposas e hijos con ellas.

34 Ya sea malo o bueno lo que se les haga, no son capaces de devolverlo. No pueden establecer a un rey ni deponerlo.

35 De igual manera, no pueden dar ni riquezas ni dinero. Aunque un hombre les haga un voto y no lo cumpla, nunca se lo exigirán.

36 A ningún hombre pueden salvar de la muerte. No pueden librar al débil del poderoso.

37 No pueden devolver la vista a un ciego, ni librar a nadie que esté en angustia.

38 No pueden mostrar misericordia a la viuda, ni hacer el bien al huérfano.

39 Son como las piedras cortadas de la montaña, estos dioses de madera recubiertos de oro y de plata. Los que les sirven serán confundidos.

40 ¿Cómo podría entonces un hombre pensar o decir que son dioses, cuando incluso los mismos caldeos los deshonran?

41 Si ven a un mudo que no puede hablar, lo traen y le piden que invoque a Bel, como si este fuera capaz de entender.

42 Y sin embargo, ellos mismos no pueden percibir esto y abandonarlos; porque no tienen entendimiento.

43 Las mujeres también, ceñidas con cuerdas, se sientan en los caminos, quemando salvado como incienso; pero si alguna de ellas, atraída por algún transeúnte, se acuesta con él, le reprocha a su compañera que no se la haya considerado tan digna como a ella y que su cuerda no se haya roto.

44 Todo lo que se hace entre ellos es falso. ¿Cómo podría entonces un hombre pensar o decir que son dioses?

45 Son fabricados por carpinteros y orfebres. No pueden ser otra cosa que lo que los artesanos quieren que sean.

46 Y los mismos que los fabricaron no pueden vivir por mucho tiempo. ¿Cómo entonces podrían perdurar las cosas que ellos fabrican?

47 Porque han dejado mentiras y oprobios a los que vienen después.

48 Pues cuando viene sobre ellos alguna guerra o plaga, los sacerdotes consultan entre sí dónde pueden esconderse con ellos.

49 ¿Cómo entonces no pueden entender los hombres que no son dioses, los cuales no pueden salvarse a sí mismos de la guerra ni de la plaga?

50 Porque al ver que son solo madera recubierta de oro y plata, se sabrá en el futuro que son falsos.

51 Será manifiesto a todas las naciones y reyes que no son dioses, sino obras de manos de hombres, y que no hay en ellos obra alguna de Dios.

52 ¿Quién entonces podría no saber que no son dioses?

53 Porque no pueden establecer a un rey en una tierra ni dar lluvia a los hombres.

54 No pueden juzgar su propia causa, ni reparar un agravio, siendo incapaces; pues son como cuervos entre el cielo y la tierra.

55 Porque incluso cuando el fuego cae sobre la casa de los dioses de madera recubiertos de oro o de plata, sus sacerdotes huirán y escaparán, pero ellos mismos se quemarán por completo como vigas.

56 Además, no pueden resistir a ningún rey ni a los enemigos. ¿Cómo podría entonces un hombre admitir o pensar que son dioses?

57 Esos dioses de madera recubiertos de plata o de oro no son capaces de escapar de ladrones o saqueadores.

58 El oro, la plata y las ropas con las que están vestidos, los fuertes se los quitarán y se irán con ellos. Y ellos no podrán ayudarse a sí mismos.

59 Por tanto, es mejor ser un rey que muestra su hombría, o bien una vasija en una casa provechosa para lo que necesite su dueño, que tales dioses falsos; o incluso una puerta en una casa, para guardar seguras las cosas que hay en ella, que tales dioses falsos; o mejor ser un pilar de madera en un palacio que tales dioses falsos.

60 Porque el sol, la luna y las estrellas, siendo brillantes y enviados a hacer su trabajo, son obedientes.

61 Asimismo también el relámpago, cuando resplandece, es hermoso de ver. De la misma manera, el viento sopla en todo país.

62 Y cuando Dios ordena a las nubes pasar sobre todo el mundo, hacen lo que se les manda.

63 Y el fuego enviado desde lo alto para consumir montañas y bosques hace lo que se le ordena; pero estos no pueden compararse con ellos ni en apariencia ni en poder.

64 Por tanto, el hombre no debe pensar ni decir que son dioses, viendo que no son capaces de juzgar causas ni de hacer el bien a los hombres.

65 Sabiendo, por tanto, que no son dioses, no les temáis.

66 Porque no pueden maldecir ni bendecir a los reyes.

67 No pueden mostrar señales en los cielos entre las naciones, ni brillar como el sol, ni dar luz como la luna.

68 Las bestias son mejores que ellos; porque pueden meterse bajo cubierto y ayudarse a sí mismas.

69 De ninguna manera, pues, nos es manifiesto que sean dioses. Por tanto, no les temáis.

70 Porque como un espantapájaros en un huerto de pepinos que no guarda nada, así son sus dioses de madera recubiertos de oro y plata.

71 Igualmente también sus dioses de madera recubiertos de oro y de plata son como un espino blanco en un huerto sobre el que se posa todo pájaro. Son también como un cadáver que es arrojado a la oscuridad.

72 Conoceréis que no son dioses por la púrpura brillante que se pudre sobre ellos. Ellos mismos serán consumidos después, y serán un oprobio en el país.

73 Mejor es, por tanto, el hombre justo que no tiene ídolos; porque él estará lejos del oprobio.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

EZEQUIEL

Capítulo 1

1 En el año trigésimo, en el cuarto mes, en el quinto día del mes, estando yo entre los cautivos junto al río Quebar, se abrieron los cielos y vi visiones de Dios.

2 El día quinto del mes, que era el quinto año del cautiverio del rey Joaquín,

3 la palabra de Yahvé fue dirigida al sacerdote Ezequiel, hijo de Buzi, en la tierra de los caldeos, junto al río Quebar; y la mano de Yahvé estuvo allí sobre él.

4 Y miré, y he aquí que venía del norte un viento tempestuoso, una gran nube con un fuego fulgurante y un resplandor a su alrededor; y en medio del fuego algo que parecía como metal resplandeciente.

5 En medio de aquel fuego aparecía la semejanza de cuatro seres vivientes. Y esta era su apariencia: tenían semejanza de hombre.

6 Cada uno tenía cuatro rostros y cuatro alas.

7 Sus piernas eran rectas, y la planta de sus pies era como la pezuña de un ternero, y centelleaban como el bronce bruñido.

8 Debajo de sus alas, a sus cuatro lados, tenían manos de hombre; y los cuatro tenían sus rostros y sus alas.

9 Sus alas se juntaban unas con otras. No se volvían cuando caminaban, sino que cada uno caminaba derecho hacia adelante.

10 En cuanto a la semejanza de sus rostros, tenían rostro de hombre, con el rostro de un león en el lado derecho de los cuatro, el rostro de un buey en el lado izquierdo de los cuatro, y el rostro de un águila en los cuatro.

11 Así eran sus rostros. Sus alas estaban extendidas hacia arriba; dos alas de cada uno se tocaban entre sí, y dos cubrían sus cuerpos.

12 Cada uno caminaba derecho hacia adelante; a donde el espíritu los impulsaba,
ellos iban, y no se volvían al andar.

13 En cuanto a la semejanza de los seres vivientes, su aspecto era como de carbones de fuego encendidos, como la apariencia de antorchas que se movían entre los seres vivientes; y el fuego resplandecía, y del fuego salían relámpagos.

14 Los seres vivientes corrían y regresaban como si fueran relámpagos.

15 Mientras yo miraba los seres vivientes, he aquí una rueda en la tierra junto a los seres vivientes, una para cada una de sus cuatro caras.

16 El aspecto de las ruedas y su estructura era como el color del berilo. Las cuatro tenían una misma semejanza; su apariencia y su estructura eran como si una rueda estuviera dentro de otra rueda.

17 Cuando caminaban, se movían hacia sus cuatro costados; no se volvían cuando caminaban.

18 Sus llantas eran altas y espantosas, y las cuatro llantas estaban llenas de ojos alrededor.

19 Cuando los seres vivientes caminaban, las ruedas se movían junto a ellos; y cuando los seres vivientes se levantaban de la tierra, las ruedas también se levantaban.

20 A donde el espíritu los impulsaba a ir, iban ellos; y las ruedas se levantaban tras ellos, porque el espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas.

21 Cuando ellos caminaban, caminaban ellas; cuando ellos se detenían, se detenían ellas; y cuando ellos se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban tras ellos, porque el espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas.

22 Sobre las cabezas de los seres vivientes había una semejanza de bóveda, como de cristal maravilloso, extendida por encima sobre sus cabezas.

23 Y bajo la bóveda sus alas estaban derechas, la una hacia la otra; cada uno tenía dos alas que cubrían su cuerpo de un lado, y dos que lo cubrían del otro.

24 Y oí el sonido de sus alas cuando caminaban, como el estruendo de muchas aguas, como la voz del Todopoderoso, como el ruido de un ejército. Cuando se detenían, bajaban sus alas.

25 Se oía una voz por encima de la bóveda que estaba sobre sus cabezas; cuando se detenían, bajaban sus alas.

26 Y sobre la bóveda que estaba sobre sus cabezas se veía la semejanza de un trono que parecía de piedra de zafiro; y sobre la semejanza del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él.

27 Y vi algo como metal resplandeciente, como apariencia de fuego dentro de ella alrededor, desde lo que parecía ser su cintura hacia arriba; y desde su cintura hacia abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía un resplandor alrededor.

28 Como el aspecto del arco iris que aparece en las nubes en un día de lluvia, así era el aspecto del resplandor alrededor. Esta fue la visión de la semejanza de la gloria de Yahvé. Y cuando la vi, caí sobre mi rostro, y oí la voz de uno que hablaba.

Capítulo 2

1 Él me dijo: «Hijo de hombre, ponte en pie, y hablaré contigo».

2 El Espíritu entró en mí cuando me habló, y me puso en pie; y oí al que me hablaba.

3 Me dijo: "Hijo de hombre, yo te envío a los hijos de Israel, a una nación de rebeldes que se ha rebelado contra mí. Tanto ellos como sus padres se han rebelado contra mí hasta el día de hoy.

4 Son hijos de rostro endurecido y de corazón obstinado. Te envío a ellos, y les dirás: 'Así dice el Señor Yahvé'.

5 Y ellos, ya sea que escuchen o que dejen de escuchar — puesto que son una casa rebelde —, sabrán al menos que ha habido un profeta entre ellos.

6 Y tú, hijo de hombre, no les tengas miedo, ni temas sus palabras, aunque te halles entre zarzas y espinas, y habites con escorpiones. No tengas miedo de sus palabras, ni te asustes por su aspecto, por más que sean una casa rebelde.

7 Les comunicarás, pues, mis palabras, escuchen o dejen de escuchar, porque son muy rebeldes.

8 Pero tú, hijo de hombre, escucha lo que yo te digo; no seas rebelde como esa casa rebelde. Abre tu boca y come lo que te doy".

9 Entonces miré, y he aquí que una mano estaba extendida hacia mí, y en ella había un rollo de libro.

10 Lo desenrolló ante mí, y estaba escrito por el anverso y por el reverso; y en él estaban escritas lamentaciones, gemidos y ayes.

Capítulo 3

1 Me dijo: «Hijo de hombre, come lo que halles; come este rollo, y ve y habla a la casa de Israel».

2 Abrí mi boca, y me hizo comer aquel rollo.

3 Y me dijo: «Hijo de hombre, alimenta tu vientre y llena tus entrañas con este rollo que yo te doy». Lo comí, y fue en mi boca dulce como la miel.

4 Me dijo entonces: «Hijo de hombre, ve y dirígete a la casa de Israel, y diles mis palabras.

5 Porque no eres enviado a un pueblo de habla extraña ni de lengua difícil, sino a la casa de Israel;

6 no a muchos pueblos de habla oscura y lengua difícil, cuyas palabras no entiendas. Si a ellos te enviara, ellos te escucharían.

7 Mas la casa de Israel no te querrá escuchar, porque no me quieren escuchar a mí; porque toda la casa de Israel es obstinada y dura de corazón.

8 He aquí, yo he hecho tu rostro firme frente al de ellos, y tu frente dura frente a la suya.

9 Como diamante, más duro que el pedernal, he hecho tu frente; no los temas ni tengas miedo delante de ellos, porque son una casa rebelde».

10 Me dijo además: "Hijo de hombre, recibe en tu corazón y escucha con tus oídos todas mis palabras que yo te hablo.

11 Ve y dirígete a los cautivos, a los hijos de tu pueblo, y háblales y diles: 'Así dice el Señor Yahvé', escuchen ellos o dejen de escuchar".

12 Entonces me levantó el Espíritu, y oí detrás de mí una voz de gran estruendo que decía: «Bendita sea la gloria de Yahvé desde su lugar».

13 Oí también el sonido de las alas de los seres vivientes que se juntaban la una con la otra, y el ruido de las ruedas delante de ellos, y sonido de gran estruendo.

14 Me levantó, pues, el Espíritu y me tomó; y fui amargado, en la indignación de mi espíritu, pero la mano de Yahvé era fuerte sobre mí.

15 Y vine a los cautivos en Tel-Abib, que moraban junto al río Quebar, y me senté donde ellos moraban; allí permanecí siete días atónito entre ellos.

16 Y aconteció que al cabo de los siete días vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

17 "Hijo de hombre, yo te he puesto por centinela a la casa de Israel; oirás, pues, tú la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte.

18 Cuando yo dijere al impío: 'De cierto morirás'; y tú no le amonestares ni le hablares para que el impío sea apercibido de su mal camino a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, pero su sangre demandaré de tu mano.

19 Pero si tú amonestares al impío, y él no se convirtiere de su impiedad y de su mal camino, él morirá por su iniquidad, pero tú habrás librado tu alma."

20 «Y cuando el justo se apartare de su justicia e hiciere iniquidad, y pusiere yo tropiezo delante de él, él morirá, porque tú no le amonestaste; en su pecado morirá, y sus justicias que había hecho no vendrán en memoria; pero su sangre demandaré

de tu mano.

21 Pero si al justo amonestares para que no peque, y no pecare, de cierto vivirá, porque fue amonestado; y tú habrás librado tu alma.»

22 Vino allí la mano de Yahvé sobre mí, y me dijo: «Levántate, sal al campo, y allí hablaré contigo».

23 Me levanté y salí al campo; y he aquí que la gloria de Yahvé estaba allí, como la gloria que había visto junto al río Quebar; y me postré sobre mi rostro.

24 Entonces entró el Espíritu en mí y me puso en pie, y habló conmigo, y me dijo: "Entra, y enciérrate en tu casa.

25 Y tú, oh hijo de hombre, he aquí que pondrán sobre ti cuerdas, y con ellas te ligarán, y no saldrás entre ellos.

26 Y haré que se pegue tu lengua a tu paladar, y estarás mudo, y no serás a ellos varón que reprende; porque son una casa rebelde.

27 Mas cuando yo te hubiere hablado, abriré tu boca, y les dirás: 'Así dice el Señor Yahvé'. El que oye, oiga; y el que cesa de oír, cese; porque casa rebelde son".

Capítulo 4

1 "Tú también, hijo de hombre, toma una teja y ponla delante de ti; graba en ella una ciudad: Jerusalén.

2 Ponle sitio, construye contra ella fortalezas y levanta contra ella un baluarte. Pon también contra ella campamentos y coloca arietes a su alrededor.

3 Toma para ti una sartén de hierro y ponla como muro de hierro entre ti y la ciudad. Dirige después tu rostro hacia ella; será sitiada y tú la sitiarás. Esto será una señal para la casa de Israel.

4 "Y tú acuéstate sobre tu lado izquierdo, y pon sobre él la iniquidad de la casa de Israel. Según el número de los días que estés acostado sobre ese lado, llevarás la iniquidad de ellos.

5 Yo te he fijado los años de su iniquidad por un número de días: trescientos noventa días. Así llevarás la iniquidad de la casa de Israel.

6 "Y cuando hayas cumplido estos, te acostarás por segunda vez, ahora sobre tu lado derecho, y cargarás con la iniquidad de la casa de Judá durante cuarenta días; un día por cada año te he fijado.

7 Hacia el asedio de Jerusalén fijarás tu rostro y tu brazo descubierto, y profetizarás contra ella.

8 He aquí que yo te pondré cuerdas, y no te volverás de un lado a otro hasta que hayas cumplido los días de tu asedio.

9 "Toma también para ti trigo, cebada, judías, lentejas, mijo y espelta; ponlos en una vasija y hazte con ellos pan. El número de los días que estés acostado de lado, trescientos noventa días, comerás de él.

10 La comida que has de comer será por peso: veinte siclos al día; la comerás de tiempo en tiempo.

11 Beberás el agua por medida: la sexta parte de un hin; la beberás de tiempo en tiempo.

12 Lo comerás como tortas de cebada, y lo cocerás a la vista de ellos con excrementos humanos".

13 Y dijo Yahvé: «Así comerán los hijos de Israel su pan inmundo entre las naciones a donde yo los arrojaré».

14 Entonces dije: «¡Ah, Señor Yahvé! He aquí que mi alma nunca se ha contaminado; desde mi juventud hasta ahora nunca he comido animal muerto ni despedazado por fieras, ni jamás ha entrado en mi boca carne abominable».

15 Y me respondió: «He aquí que te permito usar estiércol de buey en lugar de excremento humano para que prepares tu pan sobre él».

16 Me dijo además: “Hijo de hombre, he aquí que voy a quebrantar el sustento del pan en Jerusalén. Comerán el pan por peso y con angustia, y beberán el agua por medida y con espanto;

17 para que, faltándoles el pan y el agua, se miren unos a otros con asombro y se consuman en su iniquidad.

Capítulo 5

1 “Y tú, hijo de hombre, toma una espada afilada; tómala y úsala como navaja de barbero, y pásala sobre tu cabeza y sobre tu barba. Toma luego una balanza de peso y reparte los pelos.

2 Quemarás una tercera parte en el fuego en medio de la ciudad, cuando se cumplan los días del asedio; tomarás otra tercera parte y la golpearás con la espada alrededor de la ciudad; y dispersarás la otra tercera parte al viento, y yo desenvainaré la espada tras ellos.

3 Tomarás de allí unos pocos en número, y los atarás en las faldas de tu manto.

4 De estos tomarás otra vez algunos, los echarás en medio del fuego y los quemarás; de allí saldrá un fuego contra toda la casa de Israel.

5 “Así dice el Señor Yahvé: ‘Esta es Jerusalén; yo la puse en medio de las naciones y de las tierras que están a su alrededor.

6 Y ella se ha rebelado contra mis decretos con más impiedad que las naciones, y contra mis estatutos más que las tierras que la rodean; porque han desechado mis decretos, y en mis estatutos no han andado’.

7 “Por tanto, así dice el Señor Yahvé: ‘Por haber sido vosotros más rebeldes que las naciones que os rodean, y no haber andado en mis estatutos ni guardado mis decretos, ni siquiera haber actuado conforme a los decretos de las naciones que os rodean;

8 por eso, así dice el Señor Yahvé: He aquí que yo, yo mismo, estoy contra ti, y ejecutaré juicios en medio de ti ante los ojos de las naciones.

9 Y haré en ti lo que nunca hice, y lo que nunca más haré, a causa de todas tus abominaciones.

10 Por eso los padres comerán a los hijos en medio de ti, y los hijos comerán a sus padres; y ejecutaré juicios en ti, y esparciré a todos los vientos todo tu remanente.

11 Por tanto, vivo yo — dice el Señor Yahvé —, ciertamente, por haber profanado mi santuario con todas tus cosas detestables y con todas tus abominaciones, yo también te quebrantaré; mi ojo no perdonará, ni tendré misericordia.

12 Una tercera parte de ti morirá de peste y será consumida por el hambre en medio de ti; una tercera parte caerá a espada alrededor de ti; y una tercera parte esparciré a todos los vientos, y tras ellos desenvainaré la espada.

13 "'Así se desahogará mi enojo y saciaré en ellos mi ira, y quedaré satisfecho. Y sabrán que yo, Yahvé, he hablado en mi celo, cuando haya consumado en ellos mi ira.

14 "'Y a ti te convertiré en soledad y en oprobio entre las naciones que te rodean, a los ojos de todo transeúnte.

15 Y serás oprobio y escarnio, escarmiento y espanto para las naciones que te rodean, cuando yo ejecute juicios en ti con ira e indignación, y con reprensiones de ira. Yo, Yahvé, he hablado.

16 cuando envíe sobre ellas las flechas malignas del hambre, que son para destrucción, las cuales enviaré para destruirte. Aumentaré el hambre sobre ti y quebraré tu sustento de pan.

17 Enviaré sobre ti hambre y bestias feroces, y te dejarán sin hijos. La pestilencia y la sangre pasarán por ti. Traeré la espada sobre ti. Yo, Yahveh, lo he dicho".

Capítulo 6

1 Y vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, dirige tu rostro hacia los montes de Israel, y profetiza contra ellos.

3 Dirás: ¡Montes de Israel, oíd la palabra del Señor Yahvé! Así dice el Señor Yahvé a los montes y a las colinas, a los arroyos y a los valles: He aquí que yo, yo mismo, traeré espada sobre vosotros, y destruiré vuestros lugares altos.

4 Vuestros altares serán asolados, y vuestras imágenes del sol serán quebradas; y haré que caigan vuestros muertos delante de vuestros ídolos.

5 Y pondré los cadáveres de los hijos de Israel delante de sus ídolos, y esparciré vuestros huesos alrededor de vuestros altares.

6 En todas vuestras moradas, las ciudades serán devastadas y los lugares altos quedarán desolados, para que vuestros altares sean asolados y devastados, vuestros ídolos sean quebrados y se acaben, vuestras imágenes del sol sean destruidas y vuestras obras sean deshechas.

7 Y los muertos caerán en medio de vosotros; y sabréis que yo soy Yahvé.

8 "'Sin embargo, dejaré un remanente, pues tendréis algunos que escaparán de la espada entre las naciones, cuando seáis esparcidos por las tierras.

9 Y los que de vosotros escapen se acordarán de mí entre las naciones en las que sean llevados cautivos; de cómo fui quebrantado a causa de su corazón fornicario que se apartó de mí, y a causa de sus ojos que fornicaron tras sus ídolos. Y se aborrecerán a sí mismos por los males que han hecho en todas sus abominaciones.

10 Y sabrán que yo soy Yahvé; no en vano he dicho que les haría este mal'.

11 "Así dice el Señor Yahvé: 'Bate tus manos, golpea con tu pie, y di: «¡Ay!», por todas las graves abominaciones de la casa de Israel; porque caerán a espada, de hambre y de peste.

12 El que esté lejos morirá de peste; el que esté cerca caerá a espada; y el que quede y sea asediado morirá de hambre. Así consumaré mi furor sobre ellos.

13 Y sabréis que yo soy Yahvé, cuando sus muertos estén en medio de sus ídolos, alrededor de sus altares, en todo collado alto, en todas las cumbres de los montes, debajo de todo árbol frondoso y debajo de toda encina espesa, lugares donde ofrecieron incienso agradable a todos sus ídolos.

14 Y extenderé mi mano contra ellos y haré la tierra más desolada y devastada que el desierto hacia Dibla, en todas sus moradas. Y sabrán que yo soy Yahvé'".

Capítulo 7

1 Y vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Y tú, hijo de hombre, di: Así dice el Señor Yahvé a la tierra de Israel: '¡El fin! El fin ha llegado sobre los cuatro extremos de la tierra.

3 Ahora el fin está sobre ti, y enviaré mi ira contra ti; te juzgaré según tus caminos y pondré sobre ti todas tus abominaciones.

4 Mi ojo no te perdonará, ni tendré misericordia; antes bien, haré recaer sobre ti tus propios caminos, y tus abominaciones estarán en medio de ti. Y sabréis que yo soy Yahvé'.

5 "Así dice el Señor Yahvé: '¡Un mal! ¡He aquí que viene un mal, único en su género!

6 El fin ha llegado. ¡Ha llegado el fin! Se ha despertado contra ti. ¡He aquí que viene!

7 La fatalidad ha llegado contra ti, oh habitante de la tierra. El tiempo ha llegado, se acerca el día; día de tumulto y no de alegría en los montes.

8 Ahora, pronto derramaré mi ira sobre ti, y consumaré mi furor contra ti; te juzgaré según tus caminos y pondré sobre ti todas tus abominaciones.

9 Mi ojo no perdonará, ni tendré misericordia. Según tus caminos te castigaré, y tus abominaciones estarán en medio de vosotros. Y sabréis que yo soy Yahvé, el que castiga.

10 "'¡He aquí el día! ¡He aquí que viene! La fatalidad ha salido; la vara ha florecido, la soberbia ha reverdecido.

11 La violencia se ha levantado como vara de maldad; no quedará nada de ellos, ni de su multitud, ni de su riqueza, ni habrá nada de valor entre ellos.

12 El tiempo ha llegado, el día se acerca. No se alegre el que compra ni llore el que vende, porque la ira está sobre toda la multitud.

13 Porque el que vende no volverá a lo vendido aunque queden vivos; pues la visión se refiere a toda la multitud, y no será revocada; y a causa de su iniquidad, nadie podrá fortalecer su vida.

14 Han tocado la trompeta y han preparado todo, pero nadie sale a la batalla; porque mi ira está sobre toda la multitud.

15 "'Fuera la espada, y dentro la peste y el hambre; el que esté en el campo morirá a espada, y al que esté en la ciudad lo devorarán el hambre y la peste.

16 Y los que escapen de ellos huirán y estarán en los montes como palomas de los valles, gimiendo todos ellos, cada uno por su iniquidad.

17 Todas las manos se debilitarán, y todas las rodillas se volverán de agua.

18 Se ceñirán también de cilicio, y el terror los cubrirá; en todo rostro habrá vergüenza, y calvicie en todas sus cabezas.

19 Arrojarán su plata en las calles, y su oro será como cosa inmunda. Ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día de la ira de Yahvé; no saciarán su alma ni llenarán sus entrañas, porque ha sido el tropezadero de su maldad.

20 Convirtieron la belleza de sus ornamentos en soberbia, e hicieron con ellos sus imágenes abominables y detestables; por eso se lo he convertido en cosa inmunda.

21 Y la entregaré en manos de extraños para ser saqueada, y a los impíos de la tierra como botín; y la profanarán.

22 Y apartaré de ellos mi rostro, y profanarán mi lugar secreto; pues entrarán en él invasores y lo profanarán.

23 "'Prepara cadenas, porque la tierra está llena de delitos de sangre y la ciudad llena de violencia.

24 Por tanto, traeré a los más malvados de las naciones, que poseerán sus casas; y haré cesar la soberbia de los poderosos, y sus santuarios serán profanados.

25 ¡La destrucción viene! Buscarán la paz, pero no la habrá.

26 Vendrá quebranto sobre quebranto, y habrá rumor sobre rumor; buscarán respuesta del profeta, pero la ley desaparecerá del sacerdote, y el consejo de los ancianos.

27 El rey hará duelo, el príncipe se vestirá de desolación y las manos del pueblo de la tierra temblarán. Según su camino haré con ellos, y con sus propios juicios los juzgaré. Y sabrán que yo soy Yahvé'".

Capítulo 8

1 En el sexto año, en el mes sexto, a los cinco días del mes, aconteció que estaba yo sentado en mi casa, y los ancianos de Judá estaban sentados delante de mí, y allí la mano del Señor Yahvé cayó sobre mí.

2 Y miré, y he aquí una figura que parecía de fuego: desde la cintura para abajo, fuego; y desde su cintura para arriba, parecía resplandor, como el aspecto del bronce bruñido.

3 Y aquella figura extendió una mano, y me tomó por una guedeja de mi cabeza; y el Espíritu me elevó entre la tierra y el cielo, y me llevó en visiones de Dios a Jerusalén, a la entrada de la puerta interior que mira hacia el norte, donde estaba la habitación de la imagen del celo, la que provoca a celos.

4 Y he aquí que allí estaba la gloria del Dios de Israel, como la visión que yo había visto en el campo.

5 Y me dijo: «Hijo de hombre, alza ahora tus ojos hacia el lado del norte». Y alcé mis ojos hacia el norte, y he aquí al norte, junto a la puerta del altar, aquella imagen del celo en la entrada.

6 Me dijo entonces: «Hijo de hombre, ¿no ves lo que hacen estos? ¿Las grandes abominaciones que la casa de Israel comete aquí para alejarme de mi santuario? Pero tórnate, y verás abominaciones aún mayores».

7 Me llevó a la entrada del atrio, y miré, y he aquí un agujero en la pared.

8 Y me dijo: «Hijo de hombre, taladra ahora en la pared». Y taladré en la pared, y he aquí una puerta.

9 Me dijo luego: «Entra, y ve las malvadas abominaciones que estos hacen aquí».

10 Entré, pues, y miré; y he aquí toda forma de reptiles y bestias abominables, y todos los ídolos de la casa de Israel, que estaban pintados en la pared por todo alrededor.

11 Y delante de ellos estaban setenta varones de los ancianos de la casa de Israel, y Jaazanías hijo de Safán en medio de ellos, cada uno con su incensario en su mano; y subía una nube espesa de incienso.

12 Y me dijo: "Hijo de hombre, ¿has visto las cosas que los ancianos de la casa de Israel hacen en tinieblas, cada uno en sus cámaras pintadas de imágenes? Porque dicen ellos: 'No nos ve Yahvé; Yahvé ha abandonado la tierra'".

13 Me dijo después: «Vuélvete, y verás abominaciones aún mayores que hacen estos».

14 Y me llevó a la entrada de la puerta de la casa de Yahvé, que está al norte; y he aquí mujeres que estaban allí sentadas endechando a Tamuz.

15 Luego me dijo: «¿No ves esto, hijo de hombre? Vuélvete aún, verás abominaciones mayores que estas».

16 Y me llevó al atrio interior de la casa de Yahvé; y he aquí que a la entrada del templo de Yahvé, entre la entrada y el altar, había como veinticinco varones, sus espaldas vueltas al templo de Yahvé y sus rostros hacia el oriente, y adoraban al sol, postrándose hacia el oriente.

17 Y me dijo: «¿No has visto, hijo de hombre? ¿Es cosa ligera para la casa de Judá hacer las abominaciones que hacen aquí? Después que han llenado de maldad la tierra, se volvieron a mí para irritarme; he aquí que aplican el ramo a sus narices.

18 Pues también yo procederé con furor; no perdonará mi ojo, ni tendré misericordia; y aunque clamen a mis oídos con gran voz, no los oiré».

Capítulo 9

1 Entonces clamó a mis oídos con gran voz, diciendo: «¡Haced que se acerquen los verdugos de la ciudad, cada uno con su arma de destrucción en la mano!».

2 Y he aquí que seis hombres venían del camino de la puerta superior que mira hacia el norte, cada uno con su arma de destrucción en la mano. En medio de ellos había un varón vestido de lino, el cual traía a su cintura un tintero de escribano. Entraron y se detuvieron junto al altar de bronce.

3 Y la gloria del Dios de Israel se elevó de encima del querubín, sobre el cual había estado, hacia el umbral de la casa; y llamó Jehová al varón vestido de lino, que tenía a su cintura el tintero de escribano,

4 y le dijo Yahvé: «Pasa por en medio de la ciudad, por en medio de Jerusalén, y pon una señal en la frente a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella».

5 Y a los otros dijo, oyéndolo yo: «Pasad por la ciudad en pos de él, y herid; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia.

6 Matad a viejos, jóvenes y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno; pero a todo aquel sobre el cual hubiere señal, no os acercaréis; y comenzaréis por mi santuario». Comenzaron, pues, desde los varones ancianos que estaban delante del templo.

7 Y les dijo: «Profanad la casa, y llenad los atrios de muertos; salid». Y salieron, e hirieron en la ciudad.

8 Aconteció que cuando ellos iban matando y quedé yo solo, me postré sobre mi rostro, y clamé y dije: «¡Ah, Señor Yahvé! ¿Destruirás a todo el remanente de Israel derramando tu ira sobre Jerusalén?».

9 Y me dijo: "La maldad de la casa de Israel y de Judá es sobremanera grande; pues la tierra está llena de sangre, y la ciudad llena de perversidad; porque han dicho: 'Ha abandonado Yahvé la tierra, y Yahvé no ve'.

10 Así pues, haré yo; mi ojo no perdonará, ni tendré misericordia; haré recaer el camino de ellos sobre sus propias cabezas".

11 Y he aquí que el varón vestido de lino, que tenía el tintero a su cintura, respondió una palabra, diciendo: «He hecho conforme a todo lo que me mandaste».

Capítulo 10

1 Miré, y he aquí que en la bóveda que estaba sobre la cabeza de los querubines, aparecía sobre ellos algo como una piedra de zafiro, que tenía el aspecto de un trono.

2 Y habló al varón vestido de lino, y le dijo: «Entra en medio de las ruedas, debajo de los querubines, y llena tus manos de brasas de fuego de entre los querubines, y espárcelas sobre la ciudad». Y entró ante mis propios ojos.

3 Y los querubines estaban a la mano derecha de la casa cuando este varón entró; y la nube llenaba el atrio interior.

4 Entonces la gloria de Yahvé se elevó de encima del querubín hacia el umbral de la casa; y la casa se llenó de la nube, y el atrio se llenó del resplandor de la gloria de Yahvé.

5 Y el estruendo de las alas de los querubines se oía hasta el atrio exterior, como la voz del Dios Omnipotente cuando habla.

6 Aconteció, pues, que cuando ordenó al varón vestido de lino, diciendo: «Toma fuego de entre las ruedas, de entre los querubines», él entró y se detuvo junto a una rueda.

7 Y un querubín extendió su mano de en medio de los querubines hacia el fuego que estaba entre ellos, y tomó de él y lo puso en las manos del que estaba vestido de lino, el cual lo tomó y salió.

8 Y apareció en los querubines la forma de una mano de hombre debajo de sus alas.

9 Y miré, y he aquí cuatro ruedas junto a los querubines, una rueda junto a cada querubín; y el aspecto de las ruedas era como el de piedra de berilo.

10 En cuanto a su aspecto, las cuatro tenían una misma semejanza, como si una rueda estuviera en medio de otra.

11 Cuando andaban, se movían hacia sus cuatro costados; no se volvían al andar, sino que al lugar adonde se volvía la primera, en pos de ella iban; no se volvían al andar.

12 Todo su cuerpo, sus espaldas, sus manos, sus alas y las ruedas estaban llenos de ojos por todas partes; así eran las ruedas de los cuatro.

13 En cuanto a las ruedas, oí que las llamaban "ruedas giratorias".

14 Cada uno tenía cuatro caras. La primera cara era de querubín; la segunda, cara de hombre; la tercera, cara de león; y la cuarta, cara de águila.

15 Entonces los querubines se elevaron. Eran los mismos seres vivientes que vi junto al río Quebar.

16 Cuando los querubines avanzaban, las ruedas avanzaban a su lado; y cuando los querubines alzaban sus alas para elevarse del suelo, las ruedas no se apartaban de su lado.

17 Si ellos se detenían, ellas se detenían; si ellos se elevaban, ellas se elevaban con ellos, porque el espíritu de los seres vivientes estaba en ellas.

18 La gloria de Yahvé salió del umbral del templo y se colocó sobre los querubines.

19 Mientras yo miraba, los querubines desplegaron sus alas y se elevaron del suelo
para salir, y las ruedas se fueron con ellos. Se detuvieron a la entrada de la puerta
oriental de la casa de Yahvé, y la gloria del Dios de Israel estaba por encima de
ellos.

20 Estos eran los seres vivientes que vi debajo del Dios de Israel junto al río Que-
bar; y supe que eran querubines.

21 Cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas, y debajo de sus alas había algo se-
mejante a manos humanas.

22 En cuanto a la forma de sus caras, eran las mismas que vi junto al río Quebar;
tenían la misma apariencia y eran los mismos seres. Cada uno avanzaba de frente.

Capítulo 11

1 Además, el Espíritu me elevó y me llevó a la puerta oriental de la casa de Yahvé,
la que mira hacia el este. Y he aquí que a la entrada de la puerta había veinticinco
hombres, y vi entre ellos a Jaazanías hijo de Azur y a Pelatías hijo de Benaía, prín-
cipes del pueblo.

2 Y me dijo: "Hijo de hombre, estos son los hombres que maquinan perversidad y
dan mal consejo en esta ciudad.

3 Son los que dicen: 'No será tan pronto; edifiquemos casas. Esta ciudad es la cal-
dera, y nosotros somos la carne'.

4 Por tanto, profetiza contra ellos; profetiza, hijo de hombre".

5 Y el Espíritu de Yahvé cayó sobre mí, y me dijo: "Di: Así ha dicho Yahvé: 'Así ha-
béis hablado, oh casa de Israel, y yo conozco las cosas que suben a vuestro
espíritu.

6 Habéis multiplicado vuestros muertos en esta ciudad, y habéis llenado de muer-
tos sus calles'".

7 "Por tanto, así dice el Señor Yahvé: 'Vuestros muertos que habéis puesto en medio de ella, ellos son la carne, y ella es la caldera; mas a vosotros os sacaré de en medio de ella.

8 Habéis temido a la espada, y espada traeré sobre vosotros', dice el Señor Yahvé.

9 'Os sacaré de en medio de ella, os entregaré en manos de extraños y ejecutaré juicios contra vosotros.

10 A espada caeréis; en los límites de Israel os juzgaré, y sabréis que yo soy Yahvé.

11 Esta ciudad no será vuestra caldera, ni vosotros seréis la carne en medio de ella; en los límites de Israel os juzgaré.

12 Y sabréis que yo soy Yahvé, porque no habéis andado en mis estatutos ni habéis obedecido mis decretos, sino que habéis actuado según las costumbres de las naciones que os rodean'".

13 Y aconteció que, mientras yo profetizaba, murió Pelatías hijo de Benaía. Entonces caí sobre mi rostro y clamé a gran voz, diciendo: «¡Ah, Señor Yahvé! ¿Destruirás del todo al remanente de Israel?».

14 Y vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

15 "Hijo de hombre, tus hermanos, tus parientes, los hombres de tu parentela y toda la casa de Israel, toda ella, son aquellos a quienes los habitantes de Jerusalén han dicho: 'Alejaos de Yahvé; a nosotros nos ha sido dada la tierra en posesión'.

16 "Por tanto, di: Así dice el Señor Yahvé: 'Aunque los he arrojado lejos entre las naciones, y aunque los he dispersado por las tierras, con todo, yo seré para ellos un pequeño santuario en las tierras adonde lleguen'.

17 "Di, pues: Así dice el Señor Yahvé: 'Yo os recogeré de los pueblos, y os congregaré de las tierras en las cuales estáis esparcidos, y os daré la tierra de Israel'.

18 «Y volverán allá, y quitarán de ella todas sus cosas detestables y todas sus abominaciones.

19 Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de su carne, y les daré un corazón de carne,

20 para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios.

21 Mas en cuanto a aquellos cuyo corazón anda tras el deseo de sus cosas detestables y de sus abominaciones, yo haré recaer su camino sobre sus propias cabezas», dice el Señor Yahvé.

22 Después los querubines alzaron sus alas, y las ruedas tras ellos; y la gloria del Dios de Israel estaba sobre ellos.

23 Y la gloria de Yahvé subió de en medio de la ciudad, y se puso sobre el monte que está al oriente de la ciudad.

24 Luego el Espíritu me elevó y me llevó en visión del Espíritu de Dios a Caldea, a los cautivos. Y se fue de mí la visión que había visto.

25 Y hablé a los cautivos de todas las cosas que Yahvé me había mostrado.

Capítulo 12

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, tú habitas en medio de una casa rebelde; tienen ojos para ver y no ven, tienen oídos para oír y no oyen, porque son una casa rebelde.

3 «Por tanto, tú, hijo de hombre, prepárate enseres de destierro y ponte en marcha de día, ante sus propios ojos. Te trasladarás de tu lugar a otro lugar a la vista de ellos; tal vez recapaciten, aunque son una casa rebelde.

4 Sacarás tus enseres de día, a la vista de ellos, como equipaje de exilio; y tú saldrás al atardecer, a la vista de ellos, como quien sale al cautiverio.

5 Ante sus propios ojos, horada la pared y sal por ella.

6 Ante sus ojos los llevarás sobre el hombro; de noche los sacarás. Cubrirás tu rostro y no mirarás la tierra, porque te he puesto como señal para la casa de Israel».

7 Y yo hice así, como se me ordenó. Saqué mis enseres de día, como equipaje de exilio, y al atardecer horadé la pared con la mano. Salí en la oscuridad y llevé el equipaje sobre el hombro ante sus ojos.

8 Y a la mañana siguiente vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

9 "Hijo de hombre, ¿no te ha dicho la casa de Israel, esa casa rebelde: '¿Qué estás haciendo?'.

10 "Diles: Así dice el Señor Yahvé: 'Esta profecía se refiere al príncipe en Jerusalén y a toda la casa de Israel que está en medio de ella'.

11 "Diles: 'Yo soy vuestra señal'. Como yo he hecho, así se hará con ellos: irán al destierro, al cautiverio.

12 "'Y el príncipe que está en medio de ellos llevará la carga al hombro en la oscuridad, y saldrá. Horadarán la pared para sacarlo por ella; él cubrirá su rostro para no ver con sus ojos la tierra.

13 Mas yo extenderé mi red sobre él, y será preso en mi lazo; y lo llevaré a Babilonia, a tierra de caldeos, pero no la verá, y allá morirá.

14 Y a todos los que están alrededor de él para ayudarle, y a todas sus tropas, los esparciré a todos los vientos, y desenvainaré la espada tras ellos.

15 "'Y sabrán que yo soy Yahvé, cuando los disperse entre las naciones y los esparza por los países.

16 Pero dejaré de ellos a unos pocos hombres que escapen de la espada, del hambre y de la peste, para que cuenten todas sus abominaciones entre las naciones adonde lleguen. Y sabrán que yo soy Yahvé'".

17 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

18 "Hijo de hombre, come tu pan con temblor, y bebe tu agua con estremecimiento y con ansiedad.

19 Y di al pueblo de la tierra: Así dice el Señor Yahvé respecto a los habitantes de Jerusalén y a la tierra de Israel: 'Comerán su pan con temor y beberán su agua con espanto, porque su tierra será despojada de su plenitud a causa de la violencia de todos los que en ella habitan.

20 Las ciudades habitadas quedarán desiertas y la tierra será asolada. Y sabréis que yo soy Yahvé'".

21 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

22 "Hijo de hombre, ¿qué refrán es este que tenéis en la tierra de Israel, que dice: 'Se van prolongando los días, y toda visión fracasa'?

23 Diles, por tanto: Así dice el Señor Yahvé: 'Haré cesar este refrán, y no lo repetirán más en Israel'. Diles, más bien: 'Se acercan los días y el cumplimiento de toda visión.

24 Porque no habrá más visión vana ni adivinación lisonjera en medio de la casa de Israel.

25 Porque yo soy Yahvé. Hablaré, y la palabra que yo hable se cumplirá. No se dilatará más, sino que en vuestros días, casa rebelde, hablaré palabra y la cumpliré', dice el Señor Yahvé".

26 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

27 "Hijo de hombre, he aquí que los de la casa de Israel dicen: 'La visión que este ve es para muchos días, y profetiza para tiempos lejanos'.

28 "Diles, por tanto: Así dice el Señor Yahvé: 'No se dilatará más ninguna de mis palabras; la palabra que yo hable se cumplirá', dice el Señor Yahvé".

Capítulo 13

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, profetiza contra los profetas de Israel que profetizan, y di a los
que profetizan de su propio corazón: 'Oíd palabra de Yahvé.

3 Así dice el Señor Yahvé: ¡Ay de los profetas insensatos, que siguen su propio es-
píritu y no han visto nada!

4 Como zorras en las ruinas han sido tus profetas, oh Israel.

5 No habéis subido a las brechas, ni habéis edificado un muro alrededor de la casa
de Israel, para que resista en la batalla en el día de Yahvé.

6 Han visto vanidad y adivinación mentirosa. Dicen: «Ha dicho Yahvé», y Yahvé
no los envió; y hacen esperar que se confirme la palabra.

7 ¿No habéis visto visión vana, y no habéis dicho adivinación mentirosa, pues de-
cís: «Dijo Yahvé», cuando yo no he hablado?'.

8 "Por tanto, así dice el Señor Yahvé: 'Por cuanto habéis hablado vanidad y habéis
visto mentira, por tanto, he aquí yo estoy contra vosotros, dice el Señor Yahvé.

9 Estará mi mano contra los profetas que ven vanidad y adivinan mentira; no es-
tarán en la congregación de mi pueblo, ni serán inscritos en el libro de la casa de
Israel, ni a la tierra de Israel entrarán; y sabréis que yo soy el Señor Yahvé.

10 "'Sí, por cuanto engañaron a mi pueblo, diciendo: «Paz», no habiendo paz; y
mientras uno edifica el muro, he aquí que los otros lo recubren con cal;

11 decid a los que lo recubren con cal que caerá. Vendrá lluvia torrencial; y voso-
tras, grandes piedras de granizo, caeréis; y viento tempestuoso lo romperá.

12 Y he aquí, cuando el muro haya caído, ¿no os dirán: «¿Dónde está la cal con
que lo recubristeis?».

13 "'Por tanto, así dice el Señor Yahvé: Lo romperé con viento tempestuoso en mi
ira, y lluvia torrencial vendrá en mi furor, y piedras de granizo en mi enojo para
consumir.

14 Así derribaré el muro que recubristeis con cal, y lo echaré por tierra, y sus cimientos quedarán al descubierto; y caerá, y seréis consumidos en medio de él. Y sabréis que yo soy Yahvé.

15 Cumpliré así mi furor en el muro y en los que lo recubrieron con cal, y os diré: «No existe el muro, ni los que lo recubrieron,

16 los profetas de Israel que profetizan acerca de Jerusalén, y ven para ella visión de paz, no habiendo paz, dice el Señor Yahvé»'.

17 "Y tú, hijo de hombre, pon tu rostro contra las hijas de tu pueblo que profetizan de su propio corazón, y profetiza contra ellas,

18 y di: 'Así dice el Señor Yahvé: ¡Ay de aquellas que cosen vendas mágicas para todas las manos, y hacen velos mágicos para la cabeza de toda edad, para cazar las almas! ¿Habéis de cazar las almas de mi pueblo para mantener así vuestra propia vida?

19 Y me habéis profanado en medio de mi pueblo por unos puñados de cebada y por unos pedazos de pan, matando a las almas que no deben morir, y dando vida a las almas que no deben vivir, mintiendo a mi pueblo que escucha la mentira.

20 "'Por tanto, así dice el Señor Yahvé: He aquí yo estoy contra vuestras vendas mágicas, con que cazáis las almas al vuelo; yo las arrancaré de vuestros brazos, y dejaré ir las almas, las almas que cazáis como a aves.

21 Romperé asimismo vuestros velos mágicos, y libraré a mi pueblo de vuestra mano, y no estarán más como presa en vuestra mano; y sabréis que yo soy Yahvé.

22 Por cuanto entristecisteis con mentiras el corazón del justo, al cual yo no entristecí, y fortalecisteis las manos del impío, para que no se apartase de su mal camino y viviese;

23 por tanto, no veréis más visión vana, ni practicaréis más adivinación; y libraré a mi pueblo de vuestra mano, y sabréis que yo soy Yahvé'".

Capítulo 14

1 Vinieron entonces a mí algunos de los ancianos de Israel y se sentaron delante de mí.

2 Y vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

3 "Hijo de hombre, estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón, y han establecido el tropiezo de su iniquidad delante de su rostro. ¿Acaso he de ser yo consultado por ellos?

4 Háblales, por tanto, y diles: Así dice el Señor Yahvé: 'Cualquier hombre de la casa de Israel que ponga sus ídolos en su corazón, y establezca el tropiezo de su iniquidad delante de su rostro, y venga al profeta, yo, Yahvé, le responderé conforme a la multitud de sus ídolos,

5 para atrapar a la casa de Israel en su propio corazón, ya que todos ellos se han apartado de mí por causa de sus ídolos'.

6 "Por tanto, di a la casa de Israel: Así dice el Señor Yahvé: '¡Convertíos y apartaos de vuestros ídolos! Apartad vuestros rostros de todas vuestras abominaciones.

7 "'Porque cualquier hombre de la casa de Israel, o de los extranjeros que moran en Israel, que se aparte de mí, y ponga sus ídolos en su corazón, y establezca el tropiezo de su iniquidad delante de su rostro, y venga al profeta para consultarme a mí, yo, Yahvé, le responderé por mí mismo.

8 Y pondré mi rostro contra ese hombre, y lo haré señal y refrán, y lo cortaré de en medio de mi pueblo; y sabréis que yo soy Yahvé.

9 "'Y cuando el profeta se dejare engañar y hablare palabra, yo, Yahvé, habré engañado a ese profeta; y extenderé mi mano contra él y lo destruiré de en medio de mi pueblo Israel.

10 Y llevarán su castigo; como la iniquidad del que consulta, así será la iniquidad del profeta,

11 para que la casa de Israel no se desvíe más de en pos de mí, ni se contamine más
con todas sus rebeliones; sino que sean mi pueblo y yo sea su Dios, dice el Señor
Yahvé'".

12 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

13 "Hijo de hombre, cuando la tierra pecare contra mí rebelándose pérfidamente,
y yo extendiere mi mano sobre ella, y le quebrantare el sustento del pan, y enviare
en ella hambre, y cortare de ella hombres y bestias,

14 si estuviesen en medio de ella estos tres varones, Noé, Daniel y Job, ellos por su
justicia librarían únicamente sus propias vidas, dice el Señor Yahvé.

15 "Y si yo hiciere pasar bestias feroces por la tierra y la asolaren, y quedare de-
solada de modo que no haya quien pase a causa de las fieras,

16 y estos tres varones estuviesen en medio de ella, vivo yo, dice el Señor Yahvé, que
no librarían ni a hijos ni a hijas; ellos solos serían librados, pero la tierra quedaría
desolada.

17 "O si yo trajere espada sobre la tierra, y dijere: 'Espada, pasa por la tierra', e hi-
ciere cortar de ella hombres y bestias,

18 y estos tres varones estuviesen en medio de ella, vivo yo, dice el Señor Yahvé, que
no librarían ni a hijos ni a hijas; ellos solos serían librados.

19 «O si enviare peste sobre esa tierra y derramare mi ira sobre ella con sangre,
para cortar de ella hombres y bestias,

20 y estuviesen en medio de ella Noé, Daniel y Job, vivo yo, dice el Señor Yahvé,
que no librarían a hijo ni a hija; ellos por su justicia librarían solamente sus pro-
pias vidas».

21 Por lo cual así dice el Señor Yahvé: «¡Cuánto más cuando yo enviare contra Je-
rusalén mis cuatro juicios terribles: espada, hambre, fieras y peste, para cortar de
ella hombres y bestias!

22 Sin embargo, he aquí que quedará en ella un remanente, hijos e hijas que serán sacados; he aquí que saldrán hacia ti, y verás su camino y sus obras, y te consolarás del mal que hice venir sobre Jerusalén, de todo lo que traje sobre ella.

23 Y os consolarán cuando veáis su camino y sus obras, y sabréis que no sin causa hice todo lo que he hecho en ella, dice el Señor Yahvé».

Capítulo 15

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 «Hijo de hombre, ¿qué es la madera de la vid más que cualquier otra madera? ¿Qué es el sarmiento que está entre los árboles del bosque?

3 ¿Se toma de ella madera para hacer alguna obra? ¿Se toma de ella acaso una estaca para colgar en ella alguna vasija?

4 He aquí que es echada al fuego para ser consumida; el fuego consume sus dos extremos, y su centro se quema. ¿Sirve entonces para alguna obra?

5 He aquí que cuando estaba entera, no servía para obra alguna; ¿cuánto menos después que el fuego la ha consumido y está quemada, servirá para algo?».

6 Por tanto, así dice el Señor Yahvé: «Como la madera de la vid entre los árboles del bosque, la cual di al fuego para ser consumida, así haré con los moradores de Jerusalén.

7 Y pondré mi rostro contra ellos; aunque salgan del fuego, el fuego los devorará. Y sabréis que yo soy Yahvé, cuando ponga mi rostro contra ellos.

8 Y convertiré la tierra en desolación, por cuanto cometieron prevaricación», dice el Señor Yahvé.

Capítulo 16

1 Y vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 “Hijo de hombre, haz saber a Jerusalén sus abominaciones,

3 y di: Así dice el Señor Yahvé sobre Jerusalén: 'Tu origen y tu nacimiento son de la tierra del cananeo. Tu padre fue amorreo y tu madre hitita.

4 Y en cuanto a tu nacimiento, el día que naciste no fue cortado tu ombligo, ni fuiste lavada con agua para limpiarte, ni salada con sal, ni fuiste envuelta en pañales.

5 No hubo ojo que se compadeciese de ti para hacerte algo de esto, teniendo de ti misericordia; sino que fuiste arrojada a la faz del campo, con menosprecio de tu vida, en el día que naciste.

6 "'Y yo pasé junto a ti, y te vi sucia en tus sangres, y te dije: ¡En tus sangres, vive! Sí, te dije: ¡En tus sangres, vive!

7 Te hice multiplicar como la hierba del campo; y creciste y te hiciste grande, y llegaste a ser muy hermosa; tus pechos se formaron, y tu pelo creció; pero estabas desnuda y descubierta.

8 "'Y pasé yo junto a ti y te miré, y he aquí que tu tiempo era tiempo de amores; y extendí mi manto sobre ti, y cubrí tu desnudez; y te di juramento y entré en pacto contigo, dice el Señor Yahvé, y fuiste mía.

9 "'Te lavé con agua, y lavé tus sangres de encima de ti, y te ungí con aceite.

10 Y te vestí de bordado, te calcé de tejón, te ceñí de lino y te cubrí de seda.

11 Te atavié con ornamentos, y puse brazaletes en tus brazos y collar a tu cuello.

12 Puse un joyel en tu nariz, y zarcillos en tus orejas, y una hermosa diadema en tu cabeza.

13 Así fuiste adornada de oro y de plata, y tu vestido era de lino fino, seda y bordado; comiste flor de harina de trigo, miel y aceite; y fuiste hermoseada en extremo, y prosperaste hasta llegar a reinar.

14 Y salió tu renombre entre las naciones a causa de tu belleza; porque era perfecta, a causa de mi hermosura que yo puse sobre ti, dice el Señor Yahvé.

15 "'Pero confiaste en tu hermosura, y te prostituiste a causa de tu renombre, y derramaste tus fornicaciones a cuantos pasaron; suya eras.

16 Y tomaste de tus vestidos, y te hiciste diversos lugares altos, y fornicaste en ellos; cosa semejante nunca había sucedido, ni sucederá más.

17 Tomaste asimismo tus hermosas alhajas de oro y de plata que yo te había dado, y te hiciste imágenes de hombre y fornicaste con ellas;

18 y tomaste tus vestidos de diversos colores y las cubriste; y mi aceite y mi incienso pusiste delante de ellas.

19 Mi pan también, que yo te había dado, la flor de harina, el aceite y la miel con que yo te mantenía, pusiste delante de ellas para olor agradable; y así fue, dice el Señor Yahvé.

20 "'Además de esto, tomaste a tus hijos y a tus hijas que habías dado a luz para mí, y los sacrificaste a ellas para que fuesen consumidos. ¿Era poca tu fornicación,

21 para que matases a mis hijos y los dieses a ellas, haciéndolos pasar por el fuego?

22 Y con todas tus abominaciones y tus fornicaciones no te has acordado de los días de tu juventud, cuando estabas desnuda y descubierta, revolcándote en tu sangre.

23 "'Y sucedió que después de toda tu maldad (¡ay, ay de ti!, dice el Señor Yahvé),

24 te edificaste lugares altos y te hiciste altar en todas las plazas.

25 En toda cabeza de camino edificaste tu lugar alto, e hiciste abominable tu hermosura, y te ofreciste a cuantos pasaban, y multiplicaste tus fornicaciones.

26 Y fornicaste con los hijos de Egipto, tus vecinos de grandes carnes; y aumentaste tus fornicaciones para enojarme.

27 Por tanto, he aquí que yo extendí mi mano contra ti, y disminuí tu provisión ordinaria, y te entregué a la voluntad de las hijas de los filisteos, que te aborrecen, las cuales se avergüenzan de tu camino deshonesto.

28 Fornicaste también con los asirios, por no haberte saciado; y fornicaste con ellos y tampoco te saciaste.

29 Multiplicaste asimismo tu fornicación en la tierra de Canaán y de los caldeos, y tampoco con esto te saciaste.

30 "'¡Cuán inconstante es tu corazón, dice el Señor Yahvé, habiendo hecho todas estas cosas, obras de una ramera desvergonzada,

31 edificando tus lugares altos en toda cabeza de camino, y haciendo tus altares en todas las plazas! Y no fuiste como ramera, en que menosprecias la paga,

32 "'sino como mujer adúltera, que en lugar de su marido recibe a ajenos.

33 A todas las rameras les dan dones; mas tú diste tus dones a todos tus amantes, y les diste presentes para que vengan a ti de todas partes por tus fornicaciones.

34 Y ha sucedido contigo, en tus fornicaciones, lo contrario de las demás mujeres: porque ninguno te ha solicitado para fornicar, y tú das la paga en lugar de recibirla; por esto eres diferente'.

35 "Por tanto, ramera, oye palabra de Yahvé:

36 Así dice el Señor Yahvé: 'Por cuanto han sido descubiertas tus desnudeces, y tu vergüenza ha sido manifestada en tus fornicaciones con tus amantes, y en los ídolos de tus abominaciones, y en la sangre de tus hijos que les diste;

37 por tanto, he aquí que yo reuniré a todos tus amantes con los cuales tomaste placer, y a todos los que amaste, con todos los que aborreciste; y los reuniré alrededor de ti y les descubriré tu desnudez, y verán toda tu desnudez.

38 Y yo te juzgaré por las leyes de las adúlteras y de las que derraman sangre; y te daré sangre de ira y de celo.

39 Y te entregaré en manos de ellos; y destruirán tus lugares altos, y derribarán tus altares, y te despojarán de tus vestidos, se llevarán tus hermosas alhajas, y te dejarán desnuda y descubierta.

40 Y harán subir contra ti una multitud, y te apedrearán, y te atravesarán con sus espadas.

41 Quemarán tus casas a fuego, y harán en ti juicios a ojos de muchas mujeres; y haré que ceses de ser ramera, y que no des más paga.

42 Y saciaré mi ira sobre ti, y se apartará de ti mi celo, y descansaré y no me enojaré más.

43 "'Por cuanto no te acordaste de los días de tu juventud, y me provocaste a ira en todo esto, por eso, he aquí yo también he hecho recaer tu camino sobre tu cabeza, dice el Señor Yahvé; pues ni aun has pensado en todas tus abominaciones.

44 "'He aquí, todo el que usa de refranes te aplicará este refrán, diciendo: Cual la madre, tal la hija.

45 Hija eres tú de tu madre, que desechó a su marido y a sus hijos; y hermana eres tú de tus hermanas, que desecharon a sus maridos y a sus hijos; vuestra madre fue hitita, y vuestro padre amorreo.

46 Y tu hermana mayor es Samaria, ella y sus hijas, que habitan a tu izquierda; y tu hermana menor, que habita a tu derecha, es Sodoma y sus hijas.

47 Y aun no anduviste en sus caminos, ni hiciste según sus abominaciones; sino que, como si esto fuera poco y muy poco, te corrompiste más que ellas en todos tus caminos.

48 Vivo yo, dice el Señor Yahvé, que Sodoma tu hermana y sus hijas no han hecho como hiciste tú y tus hijas.

49 "'He aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso.

50 Y se llenaron de soberbia e hicieron abominación delante de mí, y cuando lo vi las quité.

51 Y Samaria no cometió ni la mitad de tus pecados; porque tú multiplicaste tus abominaciones más que ellas, y has justificado a tus hermanas con todas las abominaciones que tú hiciste.

52 Tú también, que juzgaste a tus hermanas, lleva tu vergüenza en los pecados que tú hiciste, más abominables que los de ellas; más justas son que tú; avergüénzate, pues, tú también, y lleva tu confusión, por cuanto has justificado a tus hermanas.

53 "'Yo, pues, haré volver a sus cautivos, los cautivos de Sodoma y de sus hijas, y los cautivos de Samaria y de sus hijas, y los cautivos de vuestros cautiverios entre ellas,

54 para que lleves tu confusión, y te avergüences de todo lo que has hecho, siendo tú motivo de consuelo para ellas.

55 Y tus hermanas, Sodoma y sus hijas, y Samaria y sus hijas, volverán a su estado anterior; tú también y tus hijas volveréis a vuestro estado anterior.

56 No era Sodoma tu hermana nombrada en tu boca en el tiempo de tus soberbias,

57 antes que tu maldad fuese descubierta. Así también ahora llevas tú el oprobio de las hijas de Siria y de todas las que la rodean, las hijas de los filisteos, que por todas partes te menosprecian.

58 Tú has llevado tu lascivia y tus abominaciones, dice Yahvé.

59 "'Pero así dice el Señor Yahvé: ¿Haré yo contigo como tú hiciste, que menospreciaste el juramento para invalidar el pacto?

60 Antes yo tendré memoria de mi pacto que concerté contigo en los días de tu juventud, y estableceré contigo un pacto sempiterno.

61 Y te acordarás de tus caminos y te avergonzarás, cuando recibas a tus hermanas, las mayores que tú y las menores que tú, las cuales yo te daré por hijas, mas no por tu pacto,

62 sino que estableceré mi pacto contigo, y sabrás que yo soy Yahvé;

63 para que te acuerdes y te avergüences, y nunca más abras la boca, a causa de tu vergüenza, cuando yo perdone todo lo que hiciste, dice el Señor Yahvé'".

Capítulo 17

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, propón un enigma y relata una parábola a la casa de Israel.

3 Dirás: Así dice el Señor Yahvé: 'Una gran águila, de grandes alas y largos miembros, llena de plumas de diversos colores, vino al Líbano y tomó la copa del cedro.

4 Arrancó el extremo de sus renuevos y lo llevó a una tierra de comercio, y lo puso en una ciudad de mercaderes.

5 "'Tomó también de la semilla de la tierra y la plantó en un campo fértil; la colocó junto a aguas abundantes y la plantó como un sauce.

6 Y brotó, y se convirtió en una vid de mucha rama y baja estatura, para que sus ramas se volviesen hacia el águila y sus raíces estuviesen debajo de ella. Así se convirtió en una vid, y echó sarmientos y dio vástagos.

7 "'Había también otra gran águila, de grandes alas y mucho plumaje; y he aquí que esta vid juntó sus raíces hacia ella, y extendió hacia ella sus ramas desde los surcos de su plantío, para que la regase.

8 En un buen campo, junto a muchas aguas, fue plantada, para que echase ramas y diese fruto, y para que fuese una vid robusta'.

9 "Di: Así dice el Señor Yahvé: '¿Prosperará? ¿No arrancará el águila sus raíces y cortará su fruto, y se secará? Todas sus hojas lozanas se secarán; y no será necesario un gran brazo ni mucha gente para arrancarla de raíz.

10 Y he aquí, aunque esté plantada, ¿prosperará? ¿No se secará del todo cuando el viento solano la toque? En los surcos de su nacimiento se secará'".

11 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

12 "Di ahora a la casa rebelde: '¿No sabéis qué significan estas cosas?'. Decidles: 'He aquí que el rey de Babilonia vino a Jerusalén, tomó a su rey y a sus príncipes y los llevó consigo a Babilonia.

13 Tomó también a uno de la simiente real e hizo pacto con él, y le hizo prestar juramento; y se llevó a los poderosos de la tierra,

14 para que el reino fuese abatido y no se levantase, sino que guardase su pacto y se mantuviese en pie.

15 Pero se rebeló contra él enviando embajadores a Egipto para que le diesen caballos y mucha gente. ¿Prosperará? ¿Escapará el que hace tales cosas? ¿Romperá el pacto y escapará?

16 "'Vivo yo, dice el Señor Yahvé, que morirá en medio de Babilonia, en el lugar donde habita el rey que le hizo reinar, cuyo juramento menospreció y cuyo pacto rompió.

17 Y ni con gran ejército ni con mucha compañía le ayudará Faraón en la batalla, cuando levanten baluartes y edifiquen torres para cortar muchas vidas.

18 Por cuanto menospreció el juramento quebrantando el pacto, y he aquí que había dado su mano, y ha hecho todas estas cosas, no escapará.

19 "'Por tanto, así dice el Señor Yahvé: Vivo yo, que el juramento mío que menospreció, y mi pacto que ha quebrantado, lo haré recaer sobre su propia cabeza.

20 Extenderé sobre él mi red, y será preso en mi lazo; y lo haré venir a Babilonia, y allí entraré en juicio con él por su prevaricación con que prevaricó contra mí.

21 Y todos sus fugitivos, con todas sus tropas, caerán a espada, y los que queden serán esparcidos a todos los vientos; y sabréis que yo, Yahvé, he hablado.

22 "'Así dice el Señor Yahvé: Tomaré yo también del cogollo de aquel alto cedro, y lo plantaré; del principal de sus renuevos cortaré un tallo tierno, y lo plantaré sobre un monte alto y sublime.

23 En el monte alto de Israel lo plantaré, y echará ramas, y dará fruto, y se hará un
cedro magnífico; y habitarán debajo de él todas las aves de toda especie; a la som-
bra de sus ramas habitarán.

24 Y sabrán todos los árboles del campo que yo, Yahvé, abatí el árbol sublime, le-
vanté el árbol bajo, hice secar el árbol verde, e hice reverdecer el árbol seco. Yo,
Yahvé, lo he dicho, y lo haré"".

Capítulo 18

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "¿Qué queréis decir al usar este refrán sobre la tierra de Israel, que dice:
'Los padres comieron las uvas agrias,
y a los hijos les dio dentera'?

3 "Vivo yo —dice el Señor Yahvé—, que nunca más tendréis que usar este refrán
en Israel.

4 He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del
hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá.

5 «Y el hombre que fuere justo,
e hiciere según el derecho y la justicia;

6 que no comiere sobre los montes,
ni alzare sus ojos a los ídolos de la casa de Israel,
ni profanare a la mujer de su prójimo,
ni se llegare a la mujer menstruosa,

7 ni oprimiere a ninguno;
que al deudor devolviere su prenda,
que no cometiere robo,
y que diere de su pan al hambriento,
y cubriere al desnudo con vestido,

8 que no prestare a interés
ni tomare usura;
que de la maldad retrajere su mano,
e hiciere juicio de verdad entre hombre y hombre,

9 en mis ordenanzas caminare,
y guardare mis decretos
para hacer rectamente,
este es justo;
este vivirá ciertamente», dice el Señor Yahvé.

10 "Mas si engendrare hijo ladrón, derramador de sangre, o que haga alguna cosa de estas,

11 y que no haga las otras,
sino que comiere sobre los montes,
o profanare a la mujer de su prójimo,

12 oprimiere al pobre y menesteroso,
cometiere robos,
no devolviere la prenda,
o alzare sus ojos a los ídolos
e hiciere abominación,

13 prestare a interés
y tomare usura; ¿vivirá este? No vivirá. Todas estas abominaciones hizo; de cierto morirá, su sangre será sobre él.

14 "Pero si este engendrare hijo, el cual viere todos los pecados que su padre hizo, y viéndolos no hiciere según ellos;

15 no comiere sobre los montes,
ni alzare sus ojos a los ídolos de la casa de Israel;
a la mujer de su prójimo no profanare,

16 ni oprimiere a nadie,
la prenda no retuviere,
ni cometiere robos;
al hambriento diere de su pan,
y cubriere de vestido al desnudo;

17 apartare su mano del pobre,
interés y usura no recibiere;
guardare mis decretos
y anduviere en mis ordenanzas; este no morirá por la maldad de su padre; de cierto vivirá.

18 Su padre, por cuanto hizo agravio, despojó violentamente a su hermano e hizo en medio de su pueblo lo que no es bueno, he aquí que él morirá por su maldad.

19 "Y si dijereis: '¿Por qué el hijo no llevará el pecado de su padre?'. Porque el hijo hizo según el derecho y la justicia, guardó todos mis estatutos y los cumplió, de cierto vivirá.

20 El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él.

21 "Mas el impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo, y guardare todos mis estatutos e hiciere según el derecho y la justicia, de cierto vivirá; no morirá.

22 Todas las transgresiones que cometió, no le serán recordadas; en su justicia que hizo vivirá.

23 ¿Quiero yo la muerte del impío? dice el Señor Yahvé. ¿No vivirá si se apartare de sus caminos?

24 "Mas si el justo se apartare de su justicia y cometiere maldad, e hiciere conforme a todas las abominaciones que el impío hizo, ¿vivirá él? Ninguna de las justicias que hizo le serán tenidas en cuenta; por su rebelión con que prevaricó, y por el pecado que cometió, por ello morirá.

25 "Y si dijereis: 'No es recto el camino del Señor'. Oíd ahora, casa de Israel: ¿No es recto mi camino? ¿No son vuestros caminos los que son torcidos?

26 Apartándose el justo de su justicia, y haciendo iniquidad, él morirá por ello; por la iniquidad que hizo, morirá.

27 Y apartándose el impío de su impiedad que hizo, y haciendo según el derecho y la justicia, hará vivir su alma.

28 Porque miró y se apartó de todas sus transgresiones que había cometido, de cierto vivirá; no morirá.

29 Si aun dijere la casa de Israel: 'No es recto el camino del Señor'; ¿no son rectos mis caminos, casa de Israel? Ciertamente, vuestros caminos no son rectos.

30 "Por tanto, yo os juzgaré a cada uno según sus caminos, oh casa de Israel, dice el Señor Yahvé. Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina.

31 Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué moriréis, casa de Israel?

32 Porque no quiero la muerte del que muere, dice el Señor Yahvé; ¡convertíos, pues, y viviréis!

Capítulo 19

1 "Y tú, levanta una elegía por los príncipes de Israel,

2 y di:
'¿Qué fue tu madre?
Una leona.
Se recostó entre leones,
entre los leoncillos crió a sus cachorros.

3 Crió a uno de sus cachorros,
que se convirtió en un león joven.
Aprendió a arrebatar la presa;
devoró hombres.

4 Las naciones oyeron hablar de él;
fue apresado en el foso de ellas,
y lo llevaron con garfios a la tierra de Egipto.

5 "'Cuando ella vio que había esperado,
y que su esperanza se había perdido,
tomó a otro de sus cachorros,
y lo puso por león joven.

6 Y él andaba entre los leones;
se hizo un león joven.
Aprendió a arrebatar la presa;
devoró hombres.

7 Conoció sus palacios
y asoló sus ciudades;
la tierra y su plenitud quedaron desoladas
por el estruendo de sus rugidos.

8 Entonces las naciones se pusieron contra él
desde las provincias de alrededor;
extendieron sobre él su red,
y fue apresado en el foso de ellas.

9 Lo pusieron en una jaula con cadenas
y lo llevaron ante el rey de Babilonia;
lo metieron en las fortalezas,
para que no se oyese más su voz en los montes de Israel.

10 "'Tu madre fue como una vid en tu sangre, plantada junto a las aguas;
era fructífera y frondosa a causa de las muchas aguas.

11 Tenía varas fuertes para cetros de gobernantes;
y se elevó su estatura por encima del espesaje de las ramas,
y fue vista en su altura
con la multitud de sus sarmientos.

12 Pero fue arrancada con ira,
derribada por tierra,
y el viento solano secó su fruto;
sus varas fuertes fueron rotas y se secaron;
el fuego las consumió.

13 Y ahora está plantada en el desierto,
en tierra seca y sedienta.

14 Ha salido fuego de sus ramas,
que ha devorado su fruto,
de modo que no hay en ella vara fuerte que sea cetro para gobernar'". Esta es una elegía, y de elegía servirá.

Capítulo 20

1 Aconteció en el séptimo año, en el mes quinto, a los diez días del mes, que vinieron algunos de los ancianos de Israel a consultar a Yahvé, y se sentaron delante de mí.

2 Y vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

3 "Hijo de hombre, habla a los ancianos de Israel y diles: Así dice el Señor Yahvé: '¿A consultarme venís vosotros? Vivo yo, que no os responderé, dice el Señor Yahvé'.

4 "¿Los juzgarás tú, hijo de hombre? ¿Los juzgarás tú? Hazles conocer las abominaciones de sus padres,

5 y diles: Así dice el Señor Yahvé: 'El día que escogí a Israel, y alcé mi mano para
jurar a la descendencia de la casa de Jacob, cuando me di a conocer a ellos en la
tierra de Egipto, cuando alcé mi mano y les juré diciendo: Yo soy Yahvé vuestro
Dios;

6 aquel día alcé mi mano para jurarles que los sacaría de la tierra de Egipto a la tie-
rra que les había provisto, que fluye leche y miel, la cual es la más hermosa de to-
das las tierras.

7 Entonces les dije: Arrojad de vosotros cada uno las abominaciones de sus ojos,
y no os contaminéis con los ídolos de Egipto. Yo soy Yahvé vuestro Dios.

8 "'Mas ellos se rebelaron contra mí y no quisieron obedecerme; no echó de sí
cada uno las abominaciones de sus ojos, ni dejaron los ídolos de Egipto; y dije que
derramaría mi ira sobre ellos, para cumplir mi enojo en ellos en medio de la tierra
de Egipto.

9 Pero actué a causa de mi nombre, para que no se profanase ante los ojos de las
naciones en medio de las cuales estaban, ante cuyos ojos me di a conocer a ellos
sacándolos de la tierra de Egipto.

10 Los saqué de la tierra de Egipto, y los traje al desierto;

11 y les di mis estatutos, y les hice conocer mis decretos, por los cuales el hombre
que los cumpliere vivirá.

12 Y les di también mis sábados, para que fuesen por señal entre mí y ellos, para
que supiesen que yo soy Yahvé que los santifico.

13 "'Mas se rebeló contra mí la casa de Israel en el desierto; no anduvieron en mis
estatutos, y desecharon mis decretos, por los cuales el hombre que los cumpliere
vivirá; y mis sábados profanaron en gran manera; dije, por tanto, que derramaría
mi ira sobre ellos en el desierto para consumirlos.

14 Pero actué a causa de mi nombre, para que no se profanase ante los ojos de las
naciones ante cuyos ojos los había sacado.

15 También yo alcé mi mano en el desierto para jurarles que no los traería a la tierra que les había dado, que fluye leche y miel, la cual es la más hermosa de todas las tierras;

16 porque desecharon mis decretos, y no anduvieron en mis estatutos, y mis sábados profanaron, porque tras sus ídolos iba su corazón.

17 Con todo, los perdonó mi ojo, pues no los maté, ni los exterminé en el desierto;

18 antes dije en el desierto a sus hijos: No andéis en los estatutos de vuestros padres, ni guardéis sus leyes, ni os contaminéis con sus ídolos.

19 Yo soy Yahvé vuestro Dios; andad en mis estatutos, y guardad mis preceptos, y ponedlos por obra;

20 y santificad mis sábados, y sean por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Yahvé vuestro Dios.

21 "'Mas los hijos se rebelaron contra mí; no anduvieron en mis estatutos, ni guardaron mis decretos para ponerlos por obra, por los cuales el hombre que los cumpliere vivirá; profanaron mis sábados. Dije entonces que derramaría mi ira sobre ellos, para cumplir mi enojo en ellos en el desierto.

22 Mas retraje mi mano, y actué a causa de mi nombre, para que no se profanase ante los ojos de las naciones ante cuyos ojos los había sacado.

23 También yo alcé mi mano en el desierto para jurarles que los esparciría entre las naciones, y que los dispersaría por las tierras,

24 porque no pusieron por obra mis decretos, sino que desecharon mis estatutos y profanaron mis sábados, y tras los ídolos de sus padres se le fueron los ojos.

25 Por eso yo también les di estatutos que no eran buenos, y decretos por los cuales no podrían vivir.

26 Y los contaminé en sus ofrendas, cuando hacían pasar por el fuego a todo primogénito, para asolarlos y hacerles saber que yo soy Yahvé'.

27 "Por tanto, hijo de hombre, habla a la casa de Israel, y diles: Así dice el Señor Yahvé: 'Aun en esto me blasfemaron vuestros padres, cometiendo prevaricación contra mí.

28 Porque yo los traje a la tierra sobre la cual había alzado mi mano jurando que se la daría a ellos; y miraron a todo collado alto y a todo árbol frondoso, y allí sacrificaron sus víctimas, y allí presentaron la ofrenda de su provocación, allí pusieron también su olor suave, y allí derramaron sus libaciones.

29 Y yo les dije: ¿Qué es este lugar alto adonde vosotros vais? Y fue llamado su nombre Bamah hasta el día de hoy'.

30 "Di, pues, a la casa de Israel: Así dice el Señor Yahvé: '¿No os contamináis vosotros a la manera de vuestros padres, y fornicáis tras sus abominaciones?

31 Porque al ofrecer vuestras ofrendas, haciendo pasar a vuestros hijos por el fuego, os habéis contaminado con todos vuestros ídolos hasta hoy; ¿y he de responderos yo, casa de Israel? Vivo yo, dice el Señor Yahvé, que no os responderé.

32 "'Y no ha de ser lo que habéis pensado. Decís: Seremos como las naciones, como las familias de la tierra, sirviendo al madero y a la piedra.

33 Vivo yo, dice el Señor Yahvé, que con mano fuerte y brazo extendido, y con ira derramada, he de reinar sobre vosotros;

34 y os sacaré de entre los pueblos, y os reuniré de las tierras en que estáis esparcidos, con mano fuerte y brazo extendido, y con ira derramada;

35 y os traeré al desierto de los pueblos, y allí litigaré con vosotros cara a cara.

36 Como litigué con vuestros padres en el desierto de la tierra de Egipto, así litigaré con vosotros, dice el Señor Yahvé.

37 Y os haré pasar bajo la vara, y os haré entrar en los vínculos del pacto;

38 y apartaré de entre vosotros a los rebeldes, y a los que se rebelaron contra mí; de la tierra de sus peregrinaciones los sacaré, mas a la tierra de Israel no entrarán; y sabréis que yo soy Yahvé.

39 "'Y a vosotros, oh casa de Israel, así dice el Señor Yahvé: Andad, servid cada uno a sus ídolos, y servidlos de aquí en adelante, si no me queréis obedecer a mí; pero no profanéis más mi santo nombre con vuestras ofrendas y con vuestros ídolos.

40 Pero en mi santo monte, en el alto monte de Israel, dice el Señor Yahvé, allí me servirá toda la casa de Israel, toda ella en la tierra; allí los aceptaré, y allí demandaré vuestras ofrendas, y las primicias de vuestros dones con todas vuestras cosas consagradas.

41 Como olor suave os aceptaré, cuando os saque de entre los pueblos, y os reúna de las tierras en que estáis esparcidos; y seré santificado en vosotros ante los ojos de las naciones.

42 Y sabréis que yo soy Yahvé, cuando os traiga a la tierra de Israel, la tierra por la cual alcé mi mano jurando que la daría a vuestros padres.

43 Y allí os acordaréis de vuestros caminos, y de todas vuestras obras en que os contaminasteis; y os aborreceréis a vosotros mismos a causa de todos vuestros pecados que cometisteis.

44 Y sabréis que yo soy Yahvé, cuando haga con vosotros por amor de mi nombre, no según vuestros caminos malos ni según vuestras obras corruptas, oh casa de Israel, dice el Señor Yahvé'".

45 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

46 "Hijo de hombre, pon tu rostro hacia el sur, y derrama tu palabra hacia la parte austral, y profetiza contra el bosque del campo del sur.

47 Y dirás al bosque del sur: 'Oye palabra de Yahvé: Así dice el Señor Yahvé: He aquí que yo enciendo en ti fuego, el cual consumirá en ti todo árbol verde y todo árbol seco; no se apagará la llama del fuego, y serán quemados en ella todos los rostros desde el sur hasta el norte.

48 Y verá toda carne que yo, Yahvé, lo encendí; no se apagará'".

49 Y dije: "¡Ah, Señor Yahvé! Ellos dicen de mí: '¿No profiere este parábolas?'".

Capítulo 21

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, pon tu rostro hacia Jerusalén, y predica contra los santuarios, y profetiza contra la tierra de Israel.

3 Y dirás a la tierra de Israel: 'Así dice Yahvé: He aquí que yo estoy contra ti; sacaré mi espada de su vaina y cortaré de ti al justo y al impío.

4 Y por cuanto he de cortar de ti al justo y al impío, por eso saldrá mi espada de su vaina contra toda carne, desde el sur hasta el norte.

5 Y sabrá toda carne que yo, Yahvé, he sacado mi espada de su vaina; no volverá más a ella'.

6 "Gime tú, pues, hijo de hombre. Gime ante los ojos de ellos con quebrantamiento de lomos y con amargura.

7 Y cuando te dijeren: '¿Por qué gimes?', dirás: 'Por la noticia que viene'. Y todo corazón desfallecerá, y todas las manos se debilitarán, y se angustiará todo espíritu, y todas las rodillas se volverán como agua. He aquí que viene, y se hará, dice el Señor Yahvé".

8 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

9 "Hijo de hombre, profetiza y di: 'Así dice Yahvé:
"¡La espada, la espada!
Está afilada,
y también acicalada.

10 Afilada está para degollar víctimas;
acicalada está para que relumbre como un rayo.
¿Habremos de alegrarnos?
El cetro de mi hijo desprecia todo leño.

11 Y la dio a acicalar
para tenerla en la mano;
la espada está afilada,
y está acicalada
para entregarla en mano del matador.

12 Clama y aúlla, hijo de hombre;
porque ésta será sobre mi pueblo,
será sobre todos los príncipes de Israel.
Han sido entregados a la espada junto con mi pueblo;
hiere, pues, tu muslo.

13 "'Porque es una prueba. ¿Y qué si el cetro despreciador no existiera más?, dice el Señor Yahvé.

14 "Tú, pues, hijo de hombre, profetiza,
y bate una mano contra la otra.
Que se duplique y triplique la espada,
la espada de los muertos.
Es la espada de la gran matanza,
que los penetra en sus habitaciones.

15 Para que el corazón desmaye,
y los tropiezos se multipliquen,
he puesto el horror de la espada en todas sus puertas.
¡Ah! Dispuesta está para relumbrar,
preparada para el degüello.

16 Únete,
ve a la derecha,
organízate,
ve a la izquierda,
adondequiera que tu filo se dirija.

17 Y yo también batiré mis manos,
y haré descansar mi ira.
Yo, Yahvé, he hablado'".

18 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

19 "Tú, hijo de hombre, traza dos caminos por donde venga la espada del rey de Babilonia. Ambos saldrán de una misma tierra; y pon una señal al comienzo del camino de la ciudad.

20 Señalarás el camino para que la espada venga a Rabá de los hijos de Amón, y a Judá, contra Jerusalén la fortificada.

21 Porque el rey de Babilonia se ha detenido en la encrucijada, al principio de los dos caminos, para usar de adivinación; ha sacudido las saetas, ha consultado a sus terafines, ha mirado el hígado.

22 En su mano derecha cayó la suerte de Jerusalén, para plantar arietes, para abrir la boca a la matanza, para levantar la voz en grito de guerra, para poner arietes contra las puertas, para levantar vallado y edificar torres de asedio.

23 Y será para ellos como adivinación mentirosa ante sus ojos, ya que les han hecho juramentos solemnes; pero él trae a la memoria la iniquidad, para que sean apresados.

24 "Por tanto, así dice el Señor Yahvé: 'Por cuanto habéis hecho traer a la memoria vuestra iniquidad, descubriendo vuestras traiciones, de modo que en todas vuestras obras aparecen vuestros pecados; por cuanto habéis venido en memoria, seréis apresados con mano.

25 "'Y tú, profano e impío príncipe de Israel, cuyo día ha llegado al tiempo de la iniquidad final,

26 así dice el Señor Yahvé: Depón la tiara, quita la corona; esto no será más así. Sea exaltado lo bajo, y humillado lo alto.

27 A ruina, a ruina, a ruina lo reduciré, y esto no será más, hasta que venga aquel a quien corresponde el derecho, y yo se lo entregaré'.

28 "Y tú, hijo de hombre, profetiza y di: 'Así dice el Señor Yahvé acerca de los hijos
de Amón y de su oprobio; dirás, pues:
«¡La espada, la espada está desenvainada!
Para el degüello está pulida,
para consumir,
para ser como un rayo;

29 mientras te ven vanas visiones,
mientras te adivinan mentira,
para ponerte sobre los cuellos de los impíos sentenciados a muerte,
cuyo día ha llegado en el tiempo de la iniquidad final.

30 Vuelve la espada a su vaina.
En el lugar donde fuiste creado,
en la tierra donde naciste, te juzgaré.

31 Y derramaré sobre ti mi ira;
el fuego de mi enojo soplaré contra ti,
y te entregaré en mano de hombres brutales,
artífices de destrucción.

32 Serás pasto del fuego;
tu sangre quedará en medio de la tierra.
No habrá más memoria de ti;
porque yo, Yahvé, he hablado»'".

Capítulo 22

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Y tú, hijo de hombre, ¿juzgarás? ¿Juzgarás tú a la ciudad sanguinaria? Hazle conocer, pues, todas sus abominaciones.

3 Dirás: Así dice el Señor Yahvé: ¡Ciudad que derrama sangre en medio de sí misma, para que venga su hora, y que hace ídolos contra sí misma para contaminarse!

4 Por la sangre que derramaste te has hecho culpable, y a causa de los ídolos que hiciste te has contaminado. Has hecho que se acerquen tus días, y has llegado al término de tus años. Por tanto, te he convertido en oprobio para las naciones, y en escarnio para todas las tierras.

5 Las que están cerca y las que están lejos de ti se burlarán de ti, oh ciudad de mala fama y llena de tumulto.

6 "He aquí que los príncipes de Israel, cada uno según su poder, han estado en ti para derramar sangre.

7 Al padre y a la madre despreciaron en ti; al extranjero trataron con violencia en medio de ti; al huérfano y a la viuda vejaron en ti.

8 Mis cosas sagradas menospreciaste, y mis sábados has profanado.

9 Calumniadores hubo en ti para derramar sangre; y sobre los montes comieron en ti; hicieron vilezas en medio de ti.

10 La desnudez del padre descubrieron en ti; a la que estaba impura por su menstruación humillaron en ti.

11 Cada uno cometió abominación con la mujer de su prójimo; el otro contaminó con perversidad a su nuera; y el otro humilló en ti a su hermana, hija de su padre.

12 En ti aceptaron sobornos para derramar sangre; tomaste interés y usura, y codiciosamente oprimiste a tu prójimo para ganar, y de mí te olvidaste, dice el Señor Yahvé.

13 «Y he aquí que batí mis manos a causa de la avaricia que cometiste, y a causa de la sangre que hubo en medio de ti.

14 ¿Resistirá tu corazón, o serán fuertes tus manos en los días en que yo proceda contra ti? Yo, Yahvé, he hablado y lo haré.

15 Te dispersaré por las naciones y te esparciré por las tierras, y haré fenecer en ti tu inmundicia.

16 Y serás profanada en ti misma ante los ojos de las naciones; y sabrás que yo soy Yahvé».

17 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

18 «Hijo de hombre, la casa de Israel se me ha convertido en escoria; todos ellos son bronce, estaño, hierro y plomo en medio del horno; escorias de plata son.

19 Por tanto, así dice el Señor Yahvé: Por cuanto todos vosotros os habéis convertido en escorias, he aquí que yo os reuniré en medio de Jerusalén.

20 Como se junta plata, bronce, hierro, plomo y estaño en medio del horno, para encender fuego sobre ellos a fin de fundirlos, así os juntaré en mi furor y en mi ira, y os pondré allí y os fundiré.

21 Sí, os reuniré y soplaré sobre vosotros en el fuego de mi ira, y seréis fundidos en medio de ella.

22 Como se funde la plata en medio del horno, así seréis fundidos en medio de ella; y sabréis que yo, Yahvé, he derramado mi ira sobre vosotros».

23 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

24 "Hijo de hombre, di a Jerusalén: Tú eres tierra no limpiada, ni rociada con lluvia en el día del furor.

25 Hay conjuración de sus profetas en medio de ella, como león rugiente que arrebata la presa; devoraron almas, tomaron haciendas y honra, multiplicaron sus viudas en medio de ella.

26 Sus sacerdotes violentaron mi ley y profanaron mis cosas santas; no hicieron diferencia entre lo santo y lo profano, ni enseñaron a distinguir entre lo impuro y lo limpio; y de mis sábados escondieron sus ojos, y he sido profanado en medio de

ellos.

27 Sus príncipes en medio de ella son como lobos que arrebatan la presa, derramando sangre para destruir las almas, a fin de obtener ganancias deshonestas.

28 Y sus profetas la recubrieron con lodo suelto, viéndoles vanidad y adivinándoles mentira, diciendo: 'Así dice el Señor Yahvé', cuando Yahvé no había hablado.

29 El pueblo de la tierra usaba de opresión y cometía robo, al afligido y menesteroso hacía violencia, y al extranjero oprimía sin derecho.

30 «Y busqué entre ellos un hombre que levantase vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé.

31 Por tanto, he derramado sobre ellos mi ira; con el fuego de mi ira los he consumido; he hecho recaer su propio camino sobre su cabeza, dice el Señor Yahvé».

Capítulo 23

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, hubo dos mujeres, hijas de una misma madre.

3 Estas fornicaron en Egipto; en su juventud fornicaron. Allí fueron apretados sus pechos, y allí fueron estrujados sus pezones virginales.

4 Sus nombres eran Oholá la mayor y Oholibá su hermana. Fueron mías, y dieron a luz hijos e hijas. Y en cuanto a sus nombres: Samaria es Oholá, y Jerusalén, Oholibá.

5 "Oholá fornicó aun estando en mi poder; y se apasionó de sus amantes, los asirios, sus vecinos,

6 vestidos de azul, gobernadores y capitanes, todos ellos jóvenes codiciables, jinetes que montaban a caballo.

7 Y entregó sus fornicaciones a ellos, a todos los más escogidos de los hijos de Asiria; y con todos aquellos de quienes se enamoró, se contaminó con todos sus ídolos.

8 Y no dejó sus fornicaciones de Egipto; porque se acostaron con ella en su juventud, y ellos estrujaron sus pezones virginales y derramaron sobre ella su fornicación.

9 "Por tanto, la entregué en manos de sus amantes, en manos de los hijos de los asirios, de los cuales se había enamorado.

10 Ellos descubrieron su desnudez; tomaron sus hijos y sus hijas, y a ella la mataron a espada. Y vino a ser renombrada entre las mujeres, pues en ella ejecutaron juicios.

11 "Viéndolo su hermana Oholibá, se corrompió en sus amores más que ella, y sus fornicaciones fueron mayores que las fornicaciones de su hermana.

12 Se enamoró de los hijos de los asirios, gobernadores y capitanes, sus vecinos, vestidos con ropas lujosas, jinetes que montaban a caballo, todos ellos jóvenes codiciables.

13 Y vi que se había contaminado; el mismo camino siguieron las dos.

14 "Pero esta aumentó sus fornicaciones; pues cuando vio hombres pintados en la pared, imágenes de caldeos pintadas de bermellón,

15 ceñidos los lomos con talabartes, y con tiaras de colores en sus cabezas, teniendo todos ellos apariencia de capitanes, a semejanza de los hijos de Babilonia, cuya tierra nativa es Caldea,

16 se enamoró de ellos a primera vista, y les envió mensajeros a Caldea.

17 Y los hijos de Babilonia vinieron a ella al lecho de los amores, y la contaminaron con sus fornicaciones; y ella se contaminó con ellos, y su alma se hastió de ellos.

18 Así descubrió sus fornicaciones y descubrió su desnudez; entonces mi alma se
hastió de ella, como se había hastiado mi alma de su hermana.

19 Sin embargo, ella multiplicó sus fornicaciones, trayendo a la memoria los días
de su juventud, cuando fornicaba en la tierra de Egipto.

20 Y se apasionó de sus amantes, cuya carne es como carne de asnos, y cuyo flujo
es como flujo de caballos.

21 Así echaste de menos la lujuria de tu juventud, cuando los egipcios estrujaban
tus pezones a causa de tus pechos juveniles.

22 "Por tanto, Oholibá, así dice el Señor Yahvé: He aquí que yo suscitaré contra ti
a tus amantes, de los cuales se hastió tu alma, y los traeré contra ti de todos lados:

23 a los hijos de Babilonia y a todos los caldeos, a Pecod, a Soa y a Coa, y a todos
los hijos de Asiria con ellos; jóvenes codiciables, gobernadores y capitanes todos
ellos, grandes señores y hombres de renombre, todos ellos jinetes a caballo.

24 Y vendrán contra ti con armas, carros y carretas, y con multitud de pueblos;
pondrán contra ti escudo, adarga y yelmo alrededor. Y yo pondré delante de ellos
el juicio, y ellos te juzgarán según sus leyes.

25 Y pondré mi celo contra ti, y actuarán contigo con furor; te quitarán la nariz y
las orejas, y lo que te quede caerá a espada. Tomarán a tus hijos y a tus hijas, y tu
remanente será consumido por el fuego.

26 Te despojarán de tus vestidos y se llevarán tus hermosas alhajas.

27 Y haré cesar de ti tu lujuria y tu fornicación de la tierra de Egipto; y no levanta-
rás ya tus ojos hacia ellos, ni te acordarás más de Egipto.

28 "Porque así dice el Señor Yahvé: He aquí que yo te entrego en manos de aque-
llos a quienes aborreces, en manos de aquellos de los cuales se hastió tu alma.

29 Y ellos obrarán contigo con odio, y te quitarán todo el fruto de tu trabajo, y te
dejarán desnuda y descubierta; y se descubrirá la desnudez de tus fornicaciones, y
tu lujuria y tus fornicaciones.

30 Estas cosas se harán contigo, porque fornicaste en pos de las naciones, con las cuales te contaminaste en sus ídolos.

31 En el camino de tu hermana anduviste; yo, pues, pondré su copa en tu mano.

32 "Así dice el Señor Yahvé:
Beberás la honda y ancha copa de tu hermana;
serás objeto de risa y de escarnio;
cabe mucho en ella.

33 Te llenarás de embriaguez y de dolor,
con la copa de espanto y de asolamiento,
con la copa de tu hermana Samaria.

34 La beberás, pues, y la apurarás,
y quebrarás sus tiestos,
y te arrancarás los pechos; porque yo he hablado, dice el Señor Yahvé.

35 «Por tanto, así dice el Señor Yahvé: Por cuanto te has olvidado de mí, y me has echado tras tus espaldas, lleva tú también tu lujuria y tus fornicaciones».

36 Y me dijo Yahvé: "Hijo de hombre, ¿juzgarás tú a Oholá y a Oholibá? Declárales, pues, sus abominaciones.

37 Porque han adulterado, y hay sangre en sus manos; han fornicado con sus ídolos, y aun a sus hijos que dieron a luz para mí, los hicieron pasar por el fuego para que fuesen consumidos.

38 Aún esto más me hicieron: contaminaron mi santuario en el mismo día, y profanaron mis sábados.

39 Pues habiendo sacrificado sus hijos a sus ídolos, entraban en mi santuario el mismo día para contaminarlo; y he aquí, así hicieron en medio de mi casa.

40 "Además, enviaron por hombres que venían de lejos, a los cuales había sido enviado mensajero; y he aquí que vinieron; y por amor a ellos te lavaste, y pintaste tus ojos con antimonio, y te ataviaste con adornos;

41 y te sentaste sobre un suntuoso lecho, y una mesa preparada delante de él, sobre
la cual pusiste mi incienso y mi aceite.

42 "Y se oyó en ella voz de multitud despreocupada; y con los hombres de la plebe
fueron traídos borrachos del desierto, y pusieron brazaletes en las manos de ellas,
y hermosas coronas sobre sus cabezas.

43 Y dije respecto a la envejecida en adulterios: ¿Fornicarán ahora con ella, y ella
con ellos?

44 Y entraron a ella como quien entra a una ramera; así entraron a Oholá y a
Oholibá, mujeres depravadas.

45 Por tanto, los hombres justos las juzgarán según la ley de las adúlteras, y según
la ley de las que derraman sangre; porque son adúlteras, y hay sangre en sus
manos.

46 «Porque así dice el Señor Yahvé: Yo haré subir contra ellas una multitud, y las
entregaré a la turbación y a la rapiña.

47 Y la multitud las apedreará, y las atravesarán con sus espadas; matarán a sus
hijos y a sus hijas, y quemarán sus casas con fuego.

48 Y haré cesar la lujuria de la tierra, para que todas las mujeres escarmienten y no
hagan según vuestras obscenidades.

49 Y cargarán vuestra lujuria sobre vosotras, y llevaréis los pecados de vuestros
ídolos; y sabréis que yo soy el Señor Yahvé».

Capítulo 24

1 En el noveno año, en el mes décimo, a los diez días del mes, vino a mí palabra de
Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, escribe la fecha del día, de este mismo día. El rey de Babilonia
ha puesto sitio a Jerusalén este mismo día.

3 Y profiere una parábola a la casa rebelde, y diles: 'Así dice el Señor Yahvé:
«Pon la olla,
ponla,
y echa también agua en ella.

4 Junta en ella sus presas,
todas las buenas presas:
pierna y espaldilla.
Llénala de los huesos escogidos.

5 Toma lo mejor del rebaño,
y apila también la leña bajo la olla.
Hazla hervir bien,
y que se cuezan sus huesos dentro de ella».

6 "'Por tanto, así dice el Señor Yahvé:
¡Ay de la ciudad sanguinaria,
de la olla que tiene herrumbre,
y cuya herrumbre no se ha quitado!
Sácala presa por presa,
sin echar suertes sobre ella.

7 «'Porque su sangre está en medio de ella;
sobre la piedra desnuda la puso.
No la derramó sobre la tierra,
para que el polvo la cubriese.

8 Para hacer subir la ira y para tomar venganza,
yo he puesto su sangre sobre la piedra desnuda,
para que no sea cubierta».

9 "'Por tanto, así dice el Señor Yahvé:
¡Ay de la ciudad sanguinaria!
Yo también haré grande la hoguera.

10 Amontona la leña,
enciende el fuego,
consume la carne.
Espesa el caldo,
y que se quemen los huesos.

11 Ponla luego vacía sobre sus brasas,
para que se caldee,
y se queme su bronce,
y se funda en ella su suciedad,
y se consuma su herrumbre.

12 En vano se ha cansado el trabajo;
no salió de ella su mucha herrumbre.
¡Al fuego su herrumbre!

13 "'En tu inmundicia hay lujuria. Por cuanto yo te limpié y tú no te limpiaste, no serás limpia más de tu inmundicia, hasta que yo haya hecho descansar mi ira sobre ti.

14 "Yo, Yahvé, he hablado. Vendrá, y yo lo haré. No me volveré atrás, no perdonaré, ni me arrepentiré; según tus caminos y según tus obras te juzgarán, dice el Señor Yahvé'".

15 Y vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

16 «Hijo de hombre, he aquí que yo te quito de golpe el deleite de tus ojos; no hagas duelo, ni llores, ni corran tus lágrimas.

17 Gime en silencio, no hagas luto por los muertos. Ata tu turbante sobre ti, y pon tus sandalias en tus pies; no te cubras el labio superior, ni comas pan de duelo».

18 Hablé, pues, al pueblo por la mañana, y a la tarde murió mi mujer; y a la mañana siguiente hice como se me había mandado.

19 Y me dijo el pueblo: «¿No nos enseñarás qué significan para nosotros estas cosas que haces?».

20 Y yo les dije: "La palabra de Yahvé vino a mí, diciendo:

21 'Di a la casa de Israel: Así dice el Señor Yahvé: He aquí, yo profano mi santuario, la soberbia de vuestra fuerza, el deleite de vuestros ojos y la pasión de vuestra alma; y vuestros hijos y vuestras hijas que dejasteis caerán a espada.

22 Y haréis de la manera que yo hice: no os cubriréis el labio superior, ni comeréis pan de duelo.

23 Vuestros turbantes estarán sobre vuestras cabezas, y vuestras sandalias en vuestros pies. No haréis duelo ni lloraréis, sino que os consumiréis en vuestras iniquidades, y gemiréis unos con otros.

24 Ezequiel, pues, os será por señal; según todo lo que él hizo, haréis. Cuando esto ocurra, entonces sabréis que yo soy el Señor Yahvé'.

25 «Y tú, hijo de hombre, el día que yo arrebate a ellos su fortaleza, el gozo de su gloria, el deleite de sus ojos y el anhelo de sus almas, y también a sus hijos y a sus hijas,

26 ese día vendrá a ti uno que haya escapado para traer la noticia a tus oídos.

27 En aquel día se abrirá tu boca para hablar con el fugitivo; y hablarás, y no estarás más mudo; y les serás por señal, y sabrán que yo soy Yahvé».

Capítulo 25

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, pon tu rostro hacia los hijos de Amón y profetiza contra ellos.

3 Di a los hijos de Amón: 'Oíd palabra del Señor Yahvé. Así dice el Señor Yahvé: Por cuanto dijisteis: «¡Ah!» contra mi santuario cuando fue profanado, y contra la tierra de Israel cuando fue asolada, y contra la casa de Judá cuando fue en cautiverio,

4 por tanto, he aquí que yo os entrego a los hijos del oriente como posesión. Ellos
pondrán sus campamentos en ti y levantarán en ti sus moradas; comerán vuestros
frutos y beberán vuestra leche.

5 Y pondré a Rabá por majada de camellos, y a los hijos de Amón por sesteadero
de rebaños; y sabréis que yo soy Yahvé'.

6 Porque así dice el Señor Yahvé: 'Por cuanto batisteis las manos y golpeasteis con
el pie, y os alegrasteis con todo vuestro menosprecio contra la tierra de Israel,

7 por tanto, he aquí que yo extiendo mi mano contra ti, y te entregaré como botín
a las naciones; te cortaré de entre los pueblos y te destruiré de entre las tierras; te
exterminaré. Y sabrás que yo soy Yahvé'.

8 "Así dice el Señor Yahvé: 'Por cuanto dicen Moab y Seir: «He aquí, la casa de
Judá es como todas las naciones»,

9 por tanto, he aquí que yo abro el flanco de Moab desde las ciudades, desde sus
ciudades que están en sus fronteras, la gloria del país: Bet-jesimot, Baal-meón y
Quiriataim,

10 y se lo daré a los hijos del oriente como posesión, junto con los hijos de Amón,
para que no haya memoria de los hijos de Amón entre las naciones.

11 Haré juicios en Moab, y sabrán que yo soy Yahvé'.

12 "Así dice el Señor Yahvé: 'Por lo que hizo Edom, tomando venganza de la casa
de Judá, pues delinquieron en gran manera y se vengaron de ellos;

13 por tanto, así dice el Señor Yahvé: Yo también extenderé mi mano sobre Edom,
y cortaré de ella hombres y bestias, y la asolaré; desde Temán hasta Dedán caerán
a espada.

14 Y pondré mi venganza contra Edom en manos de mi pueblo Israel, y harán en
Edom según mi ira y según mi furor; y conocerán mi venganza, dice el Señor
Yahvé'.

15 "Así dice el Señor Yahvé: 'Por lo que hicieron los filisteos con venganza, cuando se vengaron con despecho de ánimo, destruyendo por antiguas enemistades;

16 por tanto, así dice el Señor Yahvé: He aquí que yo extiendo mi mano contra los filisteos, y cortaré a los cereteos y destruiré el resto de la costa del mar.

17 Y haré en ellos grandes venganzas con reprensiones de ira; y sabrán que yo soy Yahvé, cuando haga mi venganza en ellos'".

Capítulo 26

1 Aconteció en el undécimo año, el día primero del mes, que vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, por cuanto Tiro ha dicho contra Jerusalén: '¡Ea! Quebrantada está la que era puerta de las naciones; a mí se ha vuelto; yo seré llena, y ella quedará desierta';

3 por tanto, así dice el Señor Yahvé: He aquí que yo estoy contra ti, oh Tiro, y haré subir contra ti muchas naciones, como el mar hace subir sus olas.

4 Y demolerán los muros de Tiro, y derribarán sus torres; y barreré de ella hasta su polvo, y la dejaré como una peña pelada.

5 Tendedero de redes será en medio del mar, porque yo he hablado, dice el Señor Yahvé; y será saqueada por las naciones.

6 Y sus hijas que están en el campo serán muertas a espada; y sabrán que yo soy Yahvé.

7 "Porque así dice el Señor Yahvé: He aquí que del norte traigo yo contra Tiro a Nabucodonosor, rey de Babilonia, rey de reyes, con caballos, carros, jinetes, y tropas y mucho pueblo.

8 Matará a espada a tus hijas en el campo; y pondrá contra ti torres de asedio, y levantará contra ti baluarte, y alzará contra ti escudos.

9 Pondrá sus arietes contra tus muros, y con sus hachas derribará tus torres.

10 Por la multitud de sus caballos te cubrirá el polvo de ellos; con el estruendo de
la caballería, de las ruedas y de los carros, temblarán tus muros, cuando entre por
tus puertas como se entra en una ciudad con brechas.

11 Con los cascos de sus caballos pisoteará todas tus calles; a tu pueblo matará a
espada, y tus fuertes columnas caerán a tierra.

12 Y robarán tus riquezas y saquearán tus mercaderías; derribarán tus muros y
destruirán tus casas preciosas, y pondrán tus piedras, tu madera y tu polvo en me-
dio de las aguas.

13 Y haré cesar el estrépito de tus canciones, y no se oirá más el son de tus arpas.

14 Y te pondré como una peña pelada; tendedero de redes serás, y nunca más serás
edificada; porque yo, Yahvé, he hablado, dice el Señor Yahvé.

15 "Así dice el Señor Yahvé a Tiro: ¿No se estremecerán las costas al estruendo de
tu caída, cuando giman los heridos, cuando se haga la matanza en medio de ti?

16 Entonces todos los príncipes del mar descenderán de sus tronos, y se quitarán
sus mantos, y se despojarán de sus ropas bordadas; de espanto se vestirán, se sen-
tarán sobre la tierra, y temblarán a cada momento, y se asombrarán a causa de ti.

17 Y levantarán sobre ti endecha, y te dirán:
'¡Cómo pereciste tú, poblada por gente de mar,
ciudad que eras alabada!
Que eras fuerte en el mar,
tú y tus habitantes,
que infundíais terror
a todos los que en ti moraban.

18 Ahora se estremecerán las islas en el día de tu caída;
sí, las islas que están en el mar se espantarán de tu fin'.

19 «Porque así dice el Señor Yahvé: Yo te convertiré en ciudad asolada, como las
ciudades que no se habitan; haré subir sobre ti el abismo, y te cubrirán muchas
aguas.

20 Y te haré descender con los que descienden al sepulcro, con los pueblos de
otros tiempos, y te pondré en las partes más bajas de la tierra, como en los lugares
desolados de la antigüedad, con los que descienden al sepulcro, para que nunca
más seas habitada; y daré gloria a la tierra de los vivientes.

21 Te convertiré en espanto, y dejarás de ser; serás buscada, y nunca más serás ha-
llada, dice el Señor Yahvé».

Capítulo 27

1 La palabra de Yahvé volvió a dirigirse a mí, diciendo:

2 "Tú, hijo de hombre, levanta una endecha sobre Tiro;

3 y dile a Tiro: 'Tú que habitas a las entradas del mar, que eres la mercadera de los
pueblos para muchas costas, así dice el Señor Yahvé:
"Tú, Tiro, has dicho:
'Soy de perfecta hermosura'.

4 Tus fronteras están en el corazón de los mares.
Tus constructores han perfeccionado tu belleza.

5 Han hecho todas tus tablas de ciprés de Senir.
Han tomado un cedro del Líbano para hacerte un mástil.

6 Han hecho tus remos con encinas de Basán.
Han hecho tus bancos de marfil incrustado en madera de ciprés de las costas de
Quitim.

7 Tu vela era de lino fino bordado de Egipto,
para que te sirviese de estandarte.
De azul y púrpura de las costas de Elisa era tu toldo.

8 Los habitantes de Sidón y de Arvad eran tus remeros.
Tus sabios, oh Tiro, estaban en ti;
ellos eran tus pilotos.

9 Los ancianos de Gebal
y sus sabios eran tus calafateadores en ti.
Todas las naves del mar con sus marineros estaban en ti
para negociar con tus mercaderías.

10 "'Persia, Lud y Fut estaban en tu ejército;
eran tus hombres de guerra.
Colgaron el escudo y el yelmo en ti.
Ellos mostraron tu esplendor.

11 Los hombres de Arvad con su ejército estaban sobre tus muros por todas partes,
y hombres valientes estaban en tus torres.
Colgaron sus escudos en tus muros por todas partes.
Ellos perfeccionaron tu hermosura.

12 "'Tarsis comerciaba contigo por la abundancia de toda clase de riquezas. Con plata, hierro, estaño y plomo pagaban tus mercaderías.

13 "'Javán, Tubal y Mesec eran tus mercaderes. Ellos intercambiaban esclavos y vasijas de bronce por tus mercancías.

14 "'Los de la casa de Togarmá pagaban tus mercaderías con caballos, corceles de guerra y mulos.

15 "'Los hombres de Dedán comerciaban contigo. Muchas costas eran el mercado de tu mano; te traían en pago colmillos de marfil y ébano.

16 "'Aram comerciaba contigo por la multitud de tus obras. Pagaban tus mercaderías con esmeraldas, púrpura, bordados, lino fino, corales y rubíes.

17 "'Judá y la tierra de Israel comerciaban contigo. Pagaban tus mercaderías con trigo de Minit, dulces, miel, aceite y bálsamo.

18 "'Damasco comerciaba contigo por la multitud de tus obras, por la abundancia de toda clase de riquezas, con vino de Helbón y lana blanca.

19 "'Vedán y Javán pagaban tus mercaderías con hilo; hierro forjado, casia y cálamo había entre tus intercambios.

20 "'Dedán comerciaba contigo en preciosas mantas para cabalgar.

21 "'Arabia y todos los príncipes de Cedar traficaban contigo; en corderos, carneros y machos cabríos, en estas cosas eran tus mercaderes.

22 "'Los mercaderes de Sabá y Raamá comerciaban contigo. Pagaban tus mercaderías con lo mejor de todas las especias, con toda clase de piedras preciosas y oro.

23 "'Harán, Cané, Edén, y los mercaderes de Sabá, Asiria y Quilmad, comerciaban contigo.

24 Estos comerciaban contigo en ricas vestiduras, en mantos de azul y bordados, y en cofres de ropas preciosas, atados con cuerdas y hechos de cedro, entre tus mercaderías.

25 "'Las naves de Tarsis eran tus caravanas para tus mercaderías.
Te llenaste
y te hiciste muy gloriosa en el corazón de los mares.

26 Tus remeros te han llevado a aguas profundas.
El viento solano te ha quebrantado en el corazón de los mares.

27 Tus riquezas, tus mercancías, tu comercio,
tus marineros, tus pilotos, tus calafateadores,
los mercaderes de tu tráfico,
y todos tus hombres de guerra que hay en ti,
con toda la compañía que hay en medio de ti,
caerán en el corazón de los mares en el día de tu ruina.

28 Al sonido del clamor de tus pilotos,
temblarán las costas.

29 Todos los que manejan el remo,
los marineros y todos los pilotos del mar,
descenderán de sus naves.
Se pondrán en tierra firme,

30 y harán oír su voz sobre ti,
y llorarán amargamente.
Echarán polvo sobre sus cabezas
y se revolcarán en la ceniza.

31 Se raparán por ti,
y se ceñirán de cilicio.
Llorarán por ti con amargura de alma,
con amargo luto.

32 En sus lamentos levantarán por ti una endecha,
y se lamentarán por ti, diciendo:
«¿Quién hay como Tiro,
como la que ha sido reducida al silencio en medio del mar?».

33 Cuando tus mercaderías salían de los mares,
saciabas a muchos pueblos.
Enriqueciste a los reyes de la tierra
con la multitud de tus riquezas y de tu comercio.

34 Ahora que has sido quebrantada por los mares,
en las profundidades de las aguas,
tus mercaderías y toda tu tripulación han caído contigo.

35 Todos los habitantes de las costas están pasmados por ti,
y sus reyes están aterrorizados;
tienen el rostro demudado.

36 Los mercaderes de los pueblos silban contra ti.
Has llegado a un final terrible,
y dejarás de ser para siempre'".

Capítulo 28

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, di al príncipe de Tiro: 'Así dice el Señor Yahvé:
"Por cuanto se enalteció tu corazón,
y dijiste: 'Yo soy un dios,
en el trono de Dios estoy sentado,
en medio de los mares';
siendo tú un hombre y no Dios,
aunque has hecho pasar tu corazón por el corazón de un dios.

3 He aquí que tú eres más sabio que Daniel;
no hay secreto que te sea oculto.

4 Con tu sabiduría y con tu prudencia has acumulado riquezas,
y has atesorado oro y plata en tus arcas.

5 Con la grandeza de tu sabiduría
y con tu comercio has multiplicado tus riquezas,
y a causa de tus riquezas se ha enaltecido tu corazón".

6 "'Por tanto, así dice el Señor Yahvé:
"Por cuanto has hecho pasar tu corazón por el corazón de Dios,

7 por tanto, he aquí yo traigo sobre ti extranjeros,
los más temibles de las naciones.
Desenvainarán sus espadas contra la hermosura de tu sabiduría,
y mancharán tu esplendor.

8 Al sepulcro te harán descender,
y morirás con la muerte de los que caen traspasados
en el corazón de los mares.

9 ¿Acaso dirás delante de quien te mate: 'Yo soy Dios'?
Tú eres un hombre, y no Dios,
en manos de quienes te traspasen.

10 De muerte de incircuncisos morirás,
por mano de extranjeros;
porque yo he hablado, dice el Señor Yahvé'".

11 Vino a mí además palabra de Yahvé, diciendo:

12 "Hijo de hombre, levanta una endecha sobre el rey de Tiro, y dile: 'Así dice el Señor Yahvé:
«Tú eras el sello de la perfección,
lleno de sabiduría,
y de perfecta hermosura.

13 En Edén,
en el huerto de Dios estuviste;
toda piedra preciosa era tu vestidura:
rubí, topacio, esmeralda,
crisólito, ónice, jaspe,
zafiro, turquesa y berilo.
Los primores de tus panderos
y de tus flautas estuvieron en ti;
fueron preparados en el día en que fuiste creado.

14 Tú eras un querubín grande, protector.
Yo te puse en el santo monte de Dios;
allí estuviste y en medio de las piedras de fuego te paseabas.

15 Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado,
hasta que se halló en ti iniquidad.

16 A causa de la multitud de tu comercio, te llenaste de violencia,
y pecaste.
Por lo cual yo te eché como profano del monte de Dios;
y te destruí, oh querubín protector,
de en medio de las piedras de fuego.

17 Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura;
corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor.
Yo te he arrojado por tierra;
te he puesto delante de los reyes,
para que se fijen en ti.

18 Por la multitud de tus iniquidades,
por la injusticia de tu comercio,
profanaste tus santuarios.
Por tanto, yo saqué fuego de en medio de ti,
el cual te consumió;
y te reduje a cenizas sobre la tierra
a los ojos de todos los que te miran.

19 Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán de ti;
espanto serás,
y para siempre dejarás de ser»'".

20 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

21 "Hijo de hombre, pon tu rostro hacia Sidón, y profetiza contra ella,

22 y di: 'Así dice el Señor Yahvé:
"He aquí yo estoy contra ti, oh Sidón;
y en medio de ti seré glorificado.
Y sabrán que yo soy Yahvé,
cuando ejecute en ella mis juicios,
y en ella me santifique.

23 Porque enviaré a ella peste,
y sangre a sus calles;
y caerán muertos en medio de ella,
con la espada contra ella por todos lados.
Y sabrán que yo soy Yahvé.

24 "'Y nunca más será a la casa de Israel zarza punzante, ni espina dolorosa de parte de todos los que la rodean y la desprecian. Y sabrán que yo soy el Señor Yahvé'.

25 "Así dice el Señor Yahvé: 'Cuando yo recoja a la casa de Israel de entre los pueblos en los cuales está esparcida, y me santifique en ellos ante los ojos de las naciones, entonces habitarán en su propia tierra, la cual di a mi siervo Jacob.

26 Y habitarán en ella seguros; sí, edificarán casas, plantarán viñas y vivirán confiados, cuando yo haya ejecutado juicios sobre todos los que los rodean y los desprecian. Y sabrán que yo soy Yahvé su Dios'".

Capítulo 29

1 En el año décimo, en el mes décimo, a los doce días del mes, vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, pon tu rostro contra Faraón, rey de Egipto, y profetiza contra él y contra todo Egipto.

3 Habla y di: 'Así dice el Señor Yahvé:
"He aquí que yo estoy contra ti, Faraón rey de Egipto,
el gran dragón que yace en medio de sus ríos,
el cual dijo: 'Mío es mi río,
y yo me lo hice'.

4 Yo, pues, pondré garfios en tus quijadas,
y haré que los peces de tus ríos se peguen a tus escamas;
y te sacaré de en medio de tus ríos,
con todos los peces de tus ríos pegados a tus escamas.

5 Y te arrojaré al desierto,
a ti y a todos los peces de tus ríos.
Caerás sobre la faz del campo;

no serás recogido ni sepultado.
A las bestias de la tierra
y a las aves del cielo te he dado por comida.

6 «'Y sabrán todos los moradores de Egipto que yo soy Yahvé, por cuanto fueron báculo de caña a la casa de Israel.

7 Cuando te tomaron con la mano, te quebraste y les desgarraste todo el hombro; y cuando se apoyaron en ti, te quebraste y les hiciste estremecer todos los lomos».

8 "'Por tanto, así dice el Señor Yahvé: He aquí que yo traigo contra ti espada, y cortaré de ti hombres y bestias.

9 Y la tierra de Egipto quedará desolada y en ruinas; y sabrán que yo soy Yahvé. "'Por cuanto él dijo: El río es mío, y yo lo hice;

10 por tanto, he aquí que yo estoy contra ti y contra tus ríos; y convertiré la tierra de Egipto en desolación y en ruina total, desde Migdol hasta Sevene, y hasta la frontera de Etiopía.

11 No pasará por ella pie de hombre, ni pie de bestia pasará por ella, ni será habitada por cuarenta años.

12 Y haré que la tierra de Egipto sea una desolación en medio de las tierras asoladas; y sus ciudades, entre las ciudades destruidas, estarán desoladas durante cuarenta años. Y esparciré a los egipcios entre las naciones, y los dispersaré por las tierras.

13 "'Porque así dice el Señor Yahvé: Al cabo de cuarenta años yo recogeré a los egipcios de entre los pueblos por donde hubieren sido esparcidos;

14 y restauraré a los cautivos de Egipto, y los haré volver a la tierra de Patros, a la tierra de su origen; y allí serán un reino humilde.

15 Será el más bajo de los reinos, y nunca más se alzará sobre las naciones; porque yo los disminuiré, para que no vuelvan a gobernar sobre las naciones.

16 Y nunca más será la confianza de la casa de Israel, que les traía a la memoria su iniquidad cuando se volvían para mirarlos; y sabrán que yo soy el Señor Yahvé'".

17 Aconteció en el año veintisiete, en el primer mes, el día primero del mes, que vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

18 "Hijo de hombre, Nabucodonosor, rey de Babilonia, hizo a su ejército prestar un gran servicio contra Tiro. Toda cabeza quedó calva y todo hombro se desolló; y ni él ni su ejército tuvieron paga de Tiro por el servicio que prestaron contra ella.

19 Por tanto, así dice el Señor Yahvé: He aquí que yo doy la tierra de Egipto a Nabucodonosor, rey de Babilonia; y él se llevará su multitud, y tomará su despojo, y arrebatará su botín, y esto será la paga para su ejército.

20 Le he dado la tierra de Egipto como recompensa por su servicio, porque trabajaron para mí, dice el Señor Yahvé.

21 «En aquel día haré retoñar el poderío de la casa de Israel, y a ti te abriré la boca en medio de ellos; y sabrán que yo soy Yahvé».

Capítulo 30

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, profetiza y di: 'Así dice el Señor Yahvé:
"Aullad: ¡Ay de aquel día!

3 Porque cerca está el día,
cerca está el día de Yahvé.
Será un día de nublado,
el tiempo del castigo de las naciones.

4 Y vendrá espada sobre Egipto,
y habrá angustia en Etiopía,
cuando caigan los muertos en Egipto.
Se llevarán su riqueza,
y serán destruidos sus cimientos.

5 "'Etiopía, Fut, Lud, toda la mezcla de pueblos, Cub, y los hijos de la tierra aliada,
caerán con ellos a espada.

6 "'Así dice Yahvé:
También caerán los que sostienen a Egipto,
y descenderá la soberbia de su poderío.
Desde Migdol hasta Sevene caerán a espada en él,
dice el Señor Yahvé.

7 Serán asolados en medio de las tierras desoladas;
y sus ciudades estarán en medio de las ciudades en ruinas.

8 Y sabrán que yo soy Yahvé,
cuando yo ponga fuego a Egipto,
y sean quebrantados todos sus ayudadores.

9 "'En aquel día saldrán mensajeros de delante de mí en naves, para espantar a la
confiada Etiopía. Y habrá sobre ellos angustia como en el día de Egipto; porque he
aquí que viene.

10 "'Así dice el Señor Yahvé:
Haré cesar la multitud de Egipto
por mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia.

11 Él, y su pueblo con él,
los más temibles de las naciones,
serán traídos para destruir la tierra.
Desenvainarán sus espadas contra Egipto,
y llenarán la tierra de muertos.

12 Y secaré los ríos,
y venderé la tierra en manos de malvados.
Asolaré la tierra
y todo lo que hay en ella,
por mano de extranjeros.
Yo, Yahvé, he hablado.

13 "'Así dice el Señor Yahvé:
Destruiré también los ídolos,
y haré cesar las imágenes de Menfis.
No habrá más príncipe de la tierra de Egipto,
y pondré temor en la tierra de Egipto.

14 Haré asolada a Patros,
prenderé fuego en Zoán,
y ejecutaré juicios en No.

15 Derramaré mi ira sobre Sin,
la fortaleza de Egipto,
y destruiré a la multitud de No.

16 Y pondré fuego en Egipto;
Sin tendrá gran angustia,
No será destrozada,
y Menfis tendrá adversarios de continuo.

17 Los jóvenes de Avén y de Pibeset caerán a espada;
y las ciudades irán al cautiverio.

18 En Tafnes se oscurecerá el día,
cuando yo quiebre allí los yugos de Egipto.
Cesará en ella la soberbia de su poderío;
una nube la cubrirá,
y sus hijas irán al cautiverio.

19 Así ejecutaré juicios en Egipto;
y sabrán que yo soy Yahvé'".

20 Aconteció en el año undécimo, en el primer mes, a los siete días del mes, que vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

21 «Hijo de hombre, he quebrantado el brazo de Faraón rey de Egipto; y he aquí que no ha sido vendado para aplicarle medicinas, ni se le ha puesto una faja para ligarlo a fin de que recobre fuerza para sostener la espada.

22 Por tanto, así dice el Señor Yahvé: He aquí que yo estoy contra Faraón rey de Egipto, y quebrantaré sus brazos, el fuerte y el que ya estaba quebrado; y haré que la espada caiga de su mano.

23 Esparciré a los egipcios entre las naciones, y los dispersaré por las tierras.

24 Y fortaleceré los brazos del rey de Babilonia, y pondré mi espada en su mano; mas quebrantaré los brazos de Faraón, y él gemirá delante de él con los gemidos de un herido de muerte.

25 Yo, pues, sostendré los brazos del rey de Babilonia, y los brazos de Faraón caerán; y sabrán que yo soy Yahvé, cuando ponga mi espada en la mano del rey de Babilonia, y él la extienda sobre la tierra de Egipto.

26 Y esparciré a los egipcios entre las naciones, y los dispersaré por las tierras; y sabrán que yo soy Yahvé».

Capítulo 31

1 Aconteció en el año undécimo, en el mes tercero, el día primero del mes, que vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, di a Faraón rey de Egipto, y a su multitud:
'¿A quién te comparas en tu grandeza?

3 He aquí que el asirio era un cedro en el Líbano,
de hermosas ramas,
de follaje sombroso
y de alta estatura;
y su copa estaba entre las ramas espesas.

4 Las aguas lo hicieron crecer,
el abismo lo encumbró;
sus ríos corrían alrededor de su plantío,
y enviaba sus corrientes a todos los árboles del campo.

5 Por tanto, se exaltó su estatura por encima de todos los árboles del campo;
y se multiplicaron sus ramas.
Sus ramas se extendieron a causa de las muchas aguas,
cuando echó sus renuevos.

6 Todas las aves del cielo hacían sus nidos en sus ramas;
debajo de sus ramas parían todas las bestias del campo,
y a su sombra habitaban todas las grandes naciones.

7 Era, pues, hermoso en su grandeza,
en la extensión de sus ramas;
porque su raíz estaba junto a muchas aguas.

8 Los cedros en el huerto de Dios no podían ocultarlo;
los cipreses no se igualaban a sus ramas.
Los castaños no eran como sus sarmientos;
ningún árbol en el huerto de Dios era semejante a él en su hermosura.

9 Lo hice hermoso con la multitud de sus ramas,
de modo que lo envidiaban todos los árboles del Edén,
que estaban en el huerto de Dios'.

10 "Por tanto, así dice el Señor Yahvé: 'Por cuanto se enalteció en su estatura, y puso su copa entre las ramas espesas, y su corazón se enorgulleció por su altura,

11 yo lo entregaré en manos del poderoso de las naciones, el cual ciertamente lo tratará según su maldad; yo lo he desechado.

12 Y extranjeros, los más temibles de las naciones, lo cortaron y lo abandonaron; sus ramas cayeron sobre los montes y por todos los valles, y su ramaje fue quebrado por todos los arroyos de la tierra. Todos los pueblos de la tierra se retiraron

de su sombra y lo abandonaron.

13 Sobre su ruina habitarán todas las aves del cielo, y sobre sus ramas estarán todas las bestias del campo,

14 para que ningún árbol junto a las aguas se exalte en su estatura, ni levante su copa entre las ramas espesas. Que sus poderosos no se enaltezcan en su altura, ni ninguno de los que beben agua; porque todos ellos están destinados a la muerte, a las partes más bajas de la tierra, entre los hijos de los hombres, con los que descienden a la fosa'.

15 "Así dice el Señor Yahvé: 'El día que descendió al Seol, hice hacer luto; cubrí por él el abismo, detuve sus ríos, y las muchas aguas fueron retenidas. Hice que el Líbano se vistiera de luto por él, y todos los árboles del campo se desmayaron por él.

16 Del estruendo de su caída hice temblar a las naciones, cuando lo hice descender al Seol con los que descienden a la fosa. Y todos los árboles del Edén, los más escogidos y los mejores del Líbano, todos los que beben agua, fueron consolados en las partes más bajas de la tierra.

17 También ellos descendieron con él al Seol, con los muertos a espada; sí, los que fueron su brazo, los que habitaron a su sombra en medio de las naciones.

18 "'¿A quién, pues, te comparas en gloria y en grandeza entre los árboles del Edén? Sin embargo, serás derribado con los árboles del Edén a las partes más bajas de la tierra; yacerás en medio de los incircuncisos, con los muertos a espada. "'Este es Faraón y toda su multitud', dice el Señor Yahvé".

Capítulo 32

1 Aconteció en el año duodécimo, en el mes duodécimo, el día primero del mes, que vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, levanta una endecha sobre Faraón rey de Egipto, y dile:
"A un leoncillo de las naciones eras semejante;
pero eres como un monstruo en los mares.

Prorrumpías en tus ríos,
turbabas las aguas con tus pies
y ensuciabas sus corrientes.

3 Así dice el Señor Yahvé:
"Extenderé mi red sobre ti con asamblea de muchos pueblos,
y te sacarán con mi red.

4 Te dejaré en tierra,
te arrojaré sobre la faz del campo,
y haré posar sobre ti todas las aves del cielo;
y saciaré de ti a las bestias de toda la tierra.

5 Pondré tus carnes sobre los montes,
y llenaré los valles de tu enorme tamaño.

6 Regaré con tu sangre la tierra por donde nadas,
hasta llegar a los montes;
y los arroyos se llenarán de ti.

7 Cuando te haya extinguido, cubriré los cielos,
y haré oscurecer sus estrellas;
el sol cubriré con nublado,
y la luna no hará resplandecer su luz.

8 Haré oscurecer sobre ti todos los astros brillantes del cielo,
y pondré tinieblas sobre tu tierra, dice el Señor Yahvé.

9 "Y entristeceré el corazón de muchos pueblos,
cuando lleve tu quebrantamiento entre las naciones,
por las tierras que no conociste.

10 Sí, haré que muchos pueblos se pasmen a causa de ti,
y sus reyes temblarán de horror por ti,
cuando yo blanda mi espada delante de sus rostros.

Temblarán a cada momento,
cada uno por su propia vida,
en el día de tu caída.

11 Porque así dice el Señor Yahvé:
"La espada del rey de Babilonia vendrá sobre ti.

12 Con las espadas de los fuertes haré caer a tu multitud;
todos ellos son los más temibles de las naciones.
Ellos destruirán la soberbia de Egipto,
y toda su multitud será deshecha.

13 Destruiré también todas sus bestias de junto a las muchas aguas;
pie de hombre no las enturbiará más,
ni pezuña de bestia las enturbiará.

14 Entonces haré asentar sus aguas,
y haré correr sus ríos como el aceite,
dice el Señor Yahvé.

15 "Cuando haya dejado asolada la tierra de Egipto,
y la tierra quede despojada de todo lo que la llena;
cuando yo hiera a todos los que moran en ella,
entonces sabrán que yo soy Yahvé.

16 «Esta es la endecha, y la cantarán; las hijas de las naciones la cantarán; la cantarán sobre Egipto y sobre toda su multitud, dice el Señor Yahvé».

17 Aconteció también en el año duodécimo, a los quince días del mes, que vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

18 "Hijo de hombre, endecha sobre la multitud de Egipto, y hazla descender, a ella y a las hijas de las naciones poderosas, a las partes más bajas de la tierra, con los que descienden a la fosa.

19 ¿A quién superas tú en hermosura? Desciende, y yace con los incircuncisos.

20 Caerán en medio de los muertos a espada. A la espada es entregada; arrastradla
a ella y a todas sus multitudes.

21 Los fuertes entre los poderosos le hablarán de en medio del Seol, junto con los
que le ayudaron. Han descendido; los incircuncisos yacen inmóviles, muertos a
espada.

22 "Allí está Asur con toda su compañía; sus sepulcros están a su alrededor. To-
dos ellos cayeron muertos a espada,

23 sus sepulcros fueron puestos a los lados de la fosa, y su compañía está alrede-
dor de su sepulcro, todos ellos muertos, caídos a espada, los cuales infundieron te-
rror en la tierra de los vivientes.

24 "Allí está Elam y toda su multitud alrededor de su sepulcro; todos ellos muer-
tos, caídos a espada, que descendieron incircuncisos a las partes más bajas de la
tierra, los cuales infundieron su terror en la tierra de los vivientes, y llevaron su
vergüenza con los que descienden a la fosa.

25 Le pusieron lecho en medio de los muertos con toda su multitud; sus sepulcros
están a su alrededor, todos ellos incircuncisos, muertos a espada; porque su terror
fue infundido en la tierra de los vivientes, pero llevaron su oprobio con los que
descienden a la fosa. Ha sido puesto en medio de los muertos.

26 "Allí están Mesec y Tubal con toda su multitud. Sus sepulcros los rodean, to-
dos ellos incircuncisos, muertos a espada; porque habían infundido su terror en la
tierra de los vivientes.

27 No yacerán con los héroes caídos de entre los incircuncisos, que descendieron
al Seol con sus armas de guerra, y pusieron sus espadas debajo de sus cabezas. Sus
iniquidades estarán sobre sus huesos, por cuanto fueron el terror de los poderosos
en la tierra de los vivientes.

28 "También tú serás quebrantado entre los incircuncisos, y yacerás con los muer-
tos a espada.

29 "Allí está Edom, sus reyes y todos sus príncipes, los cuales en medio de su poderío fueron puestos con los muertos a espada. Ellos yacerán con los incircuncisos y con los que descienden a la fosa.

30 "Allí están los príncipes del norte, todos ellos, y todos los sidonios, que descendieron con los muertos. Han sido avergonzados por el terror que infundieron con su poderío. Yacen incircuncisos con los muertos a espada, y llevan su vergüenza con los que descienden a la fosa.

31 «A estos verá Faraón, y se consolará sobre toda su multitud; Faraón y todo su ejército, muertos a espada, dice el Señor Yahvé.

32 Porque puse mi terror en la tierra de los vivientes. Será, pues, puesto entre los incircuncisos, con los muertos a espada, Faraón y toda su multitud, dice el Señor Yahvé».

Capítulo 33

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, habla a los hijos de tu pueblo y diles: 'Cuando yo traiga la espada sobre una tierra, y el pueblo de la tierra tome a un hombre de entre ellos y lo ponga por atalaya,

3 si él ve venir la espada sobre la tierra, y toca la trompeta y advierte al pueblo,

4 entonces, cualquiera que oiga el sonido de la trompeta y no haga caso de la advertencia, si la espada viene y se lo lleva, su sangre será sobre su propia cabeza.

5 El sonido de la trompeta oyó, y no se apercibió; su sangre será sobre él. Mas el que se apercibiere librará su vida.

6 Pero si el atalaya ve venir la espada y no toca la trompeta, y el pueblo no es advertido, y viene la espada y se lleva a alguno de entre ellos, este será llevado por causa de su iniquidad, pero yo demandaré su sangre de mano del atalaya'.

7 "A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel; oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte.

8 Cuando yo diga al impío: '¡Impío, de cierto morirás!', si tú no hablas para advertir al impío de su camino, el impío morirá por su iniquidad, pero yo demandaré su sangre de tu mano.

9 Mas si tú adviertes al impío de su camino para que se aparte de él, y él no se aparta de su camino, él morirá por su iniquidad, pero tú habrás librado tu alma.

10 "Tú, pues, hijo de hombre, di a la casa de Israel: 'Vosotros habláis así, diciendo: «Nuestras rebeliones y nuestros pecados están sobre nosotros, y a causa de ellos nos consumimos; ¿cómo, pues, viviremos?»'.

11 Diles: 'Vivo yo, dice el Señor Yahvé, que no quiero la muerte del impío, sino que el impío se vuelva de su camino y viva. ¡Volveos, volveos de vuestros malos caminos! ¿Por qué moriréis, oh casa de Israel?'.

12 "Y tú, hijo de hombre, di a los hijos de tu pueblo: 'La justicia del justo no lo librará el día que se rebele; y la impiedad del impío no le será estorbo el día que se vuelva de su impiedad; ni el justo podrá vivir por su justicia el día que peque.

13 Cuando yo diga al justo: «De cierto vivirás», si él confía en su justicia y comete iniquidad, ninguna de sus obras justas será recordada, sino que morirá por la iniquidad que cometió.

14 Y cuando yo diga al impío: «De cierto morirás», si él se aparta de su pecado y hace según el derecho y la justicia,

15 si el impío restituye la prenda, devuelve lo que había robado, y camina en los estatutos de la vida, no cometiendo iniquidad, ciertamente vivirá; no morirá.

16 Ninguno de los pecados que cometió le será recordado; ha hecho según el derecho y la justicia; ciertamente vivirá'.

17 "Sin embargo, los hijos de tu pueblo dicen: 'No es recto el camino del Señor'; pero es el camino de ellos el que no es recto.

18 Cuando el justo se aparta de su justicia y comete iniquidad, morirá por ello.

19 Y cuando el impío se aparta de su impiedad y hace según el derecho y la justicia, vivirá por ello.

20 Y vosotros decís: 'No es recto el camino del Señor'. Yo os juzgaré, oh casa de Israel, a cada uno conforme a sus caminos".

21 Aconteció en el año duodécimo de nuestro cautiverio, en el mes décimo, a los cinco días del mes, que vino a mí un fugitivo de Jerusalén, diciendo: «¡La ciudad ha sido tomada!».

22 Y la mano de Yahvé había estado sobre mí la tarde anterior a la llegada del fugitivo, y había abierto mi boca hasta que él llegó a mí por la mañana; y se abrió mi boca, y ya no estuve más mudo.

23 Y vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

24 "Hijo de hombre, los que habitan aquellos lugares en ruinas en la tierra de Israel andan diciendo: 'Abraham era uno solo, y poseyó la tierra; pues nosotros somos muchos, a nosotros nos es dada la tierra en posesión'.

25 Por tanto, diles: 'Así dice el Señor Yahvé: Vosotros coméis la carne con sangre, y alzáis vuestros ojos a vuestros ídolos, y derramáis sangre; ¿y habéis de poseer la tierra?

26 Os apoyáis en vuestra espada, cometéis abominación, y cada uno profana a la mujer de su prójimo; ¿y habéis de poseer la tierra?'.

27 "Les dirás así: 'Así dice el Señor Yahvé: Vivo yo, que los que están en las ruinas caerán a espada, y al que está en campo abierto lo entregaré a las fieras para que lo devoren; y los que están en las fortalezas y en las cuevas morirán de peste.

28 Y convertiré la tierra en desolación y en espanto, y cesará la soberbia de su poderío; y los montes de Israel quedarán desolados, de modo que no habrá quien pase.

29 Y sabrán que yo soy Yahvé, cuando haya convertido la tierra en desolación y en espanto, por todas las abominaciones que han cometido'.

30 "Y en cuanto a ti, hijo de hombre, los hijos de tu pueblo hablan de ti junto a los muros y en las puertas de las casas, y se hablan el uno al otro, cada cual a su hermano, diciendo: 'Venid, por favor, y oíd qué palabra viene de Yahvé'.

31 Y vienen a ti como viene el pueblo, y se sientan delante de ti como pueblo mío, y oyen tus palabras, pero no las ponen por obra; porque con su boca muestran mucho amor, pero su corazón va tras su propia avaricia.

32 Y he aquí que tú eres para ellos como un cantor de amores, de voz hermosa y que toca bien un instrumento; porque oyen tus palabras, pero no las ponen por obra.

33 «Pero cuando esto suceda —y he aquí que viene—, entonces sabrán que hubo profeta entre ellos».

Capítulo 34

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel; profetiza, y di a los pastores: Así dice el Señor Yahvé: ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacentar a los rebaños?

3 Os coméis la grasa, os vestís con la lana y degolláis a la oveja engordada, pero no apacentáis a las ovejas.

4 No fortalecisteis a las débiles, ni curasteis a la enferma; no vendasteis a la perniquebrada, ni hicisteis volver a la descarriada, ni buscasteis a la perdida, sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia.

5 Y andan errantes por falta de pastor, y son presa de todas las fieras del campo, y se han dispersado.

6 Mis ovejas anduvieron perdidas por todos los montes y por todo collado alto; sí, por toda la faz de la tierra fueron esparcidas mis ovejas, y no hubo quien las buscase, ni quien preguntase por ellas.

7 "Por tanto, pastores, oíd palabra de Yahvé:

8 Vivo yo, dice el Señor Yahvé, que por cuanto mi rebaño fue para ser robado, y mis ovejas fueron para ser presa de todas las fieras del campo, sin pastor; y mis pastores no buscaron a mis ovejas, sino que los pastores se apacentaron a sí mismos, y no apacentaron a mis ovejas;

9 por tanto, oh pastores, oíd palabra de Yahvé.

10 Así dice el Señor Yahvé: He aquí, yo estoy contra los pastores; y demandaré mis ovejas de su mano, y haré que dejen de apacentar las ovejas; ni los pastores se apacentarán más a sí mismos, pues yo libraré mis ovejas de sus bocas, y no les serán más por comida.

11 "Porque así dice el Señor Yahvé: He aquí que yo, yo mismo, iré a buscar a mis ovejas, y las reconoceré.

12 Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas, así reconoceré a mis ovejas, y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad.

13 Y yo las sacaré de los pueblos, y las juntaré de las tierras; las traeré a su propia tierra, y las apacentaré en los montes de Israel, por las riberas, y en todos los lugares habitados del país.

14 En buenos pastos las apacentaré, y en los altos montes de Israel estará su majada; allí dormirán en buen redil, y en pastos suculentos serán apacentadas sobre los montes de Israel.

15 Yo apacentaré a mis ovejas, y yo les daré aprisco, dice el Señor Yahvé.

16 Buscaré a la perdida, y haré volver al redil a la descarriada; vendaré a la perniquebrada, y fortaleceré a la débil; mas a la engordada y a la fuerte destruiré; las apacentaré con justicia.

17 “Mas en cuanto a vosotras, ovejas mías, así dice el Señor Yahvé: He aquí que yo juzgo entre oveja y oveja, entre carneros y machos cabríos.

18 ¿Os es poco que comáis los buenos pastos, sino que también holláis con vuestros pies lo que queda de vuestros pastizales? ¿Y que bebáis de las aguas claras, sino que también enturbiáis el resto con vuestros pies?

19 Y mis ovejas han de comer lo que vosotros hollasteis con vuestros pies, y han de beber lo que con vuestros pies enturbiasteis.

20 “Por tanto, así les dice el Señor Yahvé: He aquí que yo, yo mismo, juzgaré entre la oveja engordada y la oveja flaca.

21 Por cuanto empujasteis con el costado y con el hombro, y acorneasteis con vuestros cuernos a todas las débiles, hasta esparcirlas por fuera,

22 yo salvaré a mis ovejas, y nunca más serán por despojo; y juzgaré entre oveja y oveja.

23 Y levantaré sobre ellas a un solo pastor, y él las apacentará; a mi siervo David, él las apacentará, y él les será por pastor.

24 Yo, Yahvé, seré a ellos por Dios, y mi siervo David será príncipe en medio de ellos. Yo, Yahvé, he hablado.

25 «Y estableceré con ellos un pacto de paz, y quitaré de la tierra las malas bestias; y habitarán seguros en el desierto, y dormirán en los bosques.

26 Y daré bendición a ellos y a los alrededores de mi collado, y haré descender la lluvia en su tiempo; lluvias de bendición serán.

27 El árbol del campo dará su fruto, y la tierra dará su cosecha, y estarán seguras en su tierra; y sabrán que yo soy Yahvé, cuando rompa las coyundas de su yugo, y las libre de mano de los que se sirven de ellas.

28 No serán más despojo de las naciones, ni las fieras de la tierra las devorarán; sino que habitarán seguras, y no habrá quien las espante.

29 Y les levantaré un plantío de renombre, y no serán más consumidas de hambre en la tierra, ni ya más serán avergonzadas por las naciones.

30 Y sabrán que yo, Yahvé su Dios, estoy con ellos, y que ellos son mi pueblo, la casa de Israel, dice el Señor Yahvé.

31 Y vosotras, ovejas mías, ovejas de mi pasto, hombres sois, y yo vuestro Dios, dice el Señor Yahvé».

Capítulo 35

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, pon tu rostro hacia el monte de Seír, y profetiza contra él,

3 y dile: 'Así dice el Señor Yahvé: He aquí que yo estoy contra ti, oh monte de Seír; extenderé mi mano contra ti, y te convertiré en desolación y espanto.

4 Destruiré tus ciudades y quedarás asolado; y sabrás que yo soy Yahvé.

5 "'Por cuanto tuviste enemistad perpetua, y entregaste a los hijos de Israel al poder de la espada en el tiempo de su calamidad, en el tiempo de la iniquidad final;

6 por tanto, vivo yo, dice el Señor Yahvé, que a sangre te destinaré, y la sangre te perseguirá; y puesto que no aborreciste la sangre, la sangre te perseguirá.

7 Convertiré el monte de Seír en desolación y espanto, y cortaré de él al que pase y al que regrese.

8 Llenaré sus montes de sus muertos; en tus collados, en tus valles y en todos tus arroyos, caerán muertos a espada.

9 Te convertiré en desolación perpetua, y tus ciudades no serán habitadas; y sabréis que yo soy Yahvé.

10 "'Por cuanto dijiste: «Estas dos naciones y estas dos tierras serán mías, y las tomaremos en posesión», estando Yahvé allí;

11 por tanto, vivo yo, dice el Señor Yahvé, que yo haré conforme a tu ira, y conforme a la envidia que mostraste en tu odio contra ellos; y seré conocido en medio de ellos, cuando te juzgue.

12 Y sabrás que yo, Yahvé, he oído todas las injurias que has proferido contra los montes de Israel, diciendo: «Han sido asolados, nos han sido dados para que los devoremos».

13 Y te engrandeciste contra mí con tu boca, y multiplicaste contra mí tus palabras; yo lo he oído.

14 "'Así dice el Señor Yahvé: Cuando toda la tierra se regocije, yo te asolaré.

15 Como te alegraste por la heredad de la casa de Israel porque fue asolada, así haré contigo; asolado serás, oh monte de Seír, y todo Edom, todo él. Y sabrán que yo soy Yahvé'".

Capítulo 36

1 Tú, hijo de hombre, profetiza a los montes de Israel, y di: "Montes de Israel, oíd palabra de Yahvé.

2 Así dice el Señor Yahvé: Por cuanto el enemigo dijo contra vosotros: '¡Ea! ¡Las alturas antiguas nos han sido dadas en posesión!';

3 profetiza, pues, y di: Así dice el Señor Yahvé: Por cuanto os asolaron y os devoraron por todas partes, para que fueseis posesión del resto de las naciones, y habéis andado de boca en boca y habéis sido el oprobio de los pueblos;

4 por tanto, montes de Israel, oíd palabra del Señor Yahvé. Así dice el Señor Yahvé a los montes y a los collados, a los arroyos y a los valles, a las ruinas desoladas y a las ciudades desamparadas, que fueron hechas botín y escarnio para el resto de las naciones de alrededor;

5 por eso, así dice el Señor Yahvé: Ciertamente, en el fuego de mi celo he hablado contra el resto de las naciones y contra todo Edom, los cuales se adjudicaron mi tierra en posesión con la alegría de todo su corazón y con el despecho de su alma,

para arrojarla como botín".

6 Por tanto, profetiza sobre la tierra de Israel, y di a los montes y a los collados, a los arroyos y a los valles: "Así dice el Señor Yahvé: He aquí que he hablado en mi celo y en mi furor, porque habéis soportado el oprobio de las naciones.

7 Por lo cual, así dice el Señor Yahvé: Yo he alzado mi mano, jurando que las naciones que os rodean soportarán su propio oprobio.

8 "Mas vosotros, oh montes de Israel, daréis vuestras ramas y llevaréis vuestro fruto para mi pueblo Israel; porque están a punto de venir.

9 Porque he aquí, yo estoy por vosotros, y a vosotros me volveré, y seréis labrados y sembrados.

10 Y multiplicaré sobre vosotros los hombres, a toda la casa de Israel, a toda ella. Las ciudades serán habitadas y las ruinas serán reedificadas.

11 Multiplicaré sobre vosotros hombres y bestias, y se multiplicarán y fructificarán; y os haré habitar como en vuestros tiempos antiguos, y os haré más bien que en vuestros principios. Y sabréis que yo soy Yahvé.

12 Sí, haré andar hombres sobre vosotros, a mi pueblo Israel. Ellos os poseerán, y vosotros seréis su heredad, y nunca más los privaréis de hijos.

13 "Así dice el Señor Yahvé: Por cuanto te dicen a ti: 'Devoradora de hombres eres, y a tu nación has privado de hijos';

14 por tanto, no devorarás más a los hombres, ni privarás más de hijos a tu nación, dice el Señor Yahvé.

15 Y nunca más te haré oír las injurias de las naciones, ni soportarás más el oprobio de los pueblos, ni harás tropezar más a tu nación, dice el Señor Yahvé".

16 Y vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

17 "Hijo de hombre, cuando la casa de Israel moraba en su propia tierra, la contaminó con sus caminos y con sus obras; como inmundicia de mujer menstruosa fue su camino delante de mí.

18 Y derramé mi ira sobre ellos por la sangre que habían derramado sobre la tierra, y porque la habían contaminado con sus ídolos.

19 Los esparcí entre las naciones, y fueron dispersados por las tierras; los juzgué conforme a sus caminos y conforme a sus obras.

20 Y cuando llegaron a las naciones adonde fueron, profanaron mi santo nombre, pues se decía de ellos: 'Estos son el pueblo de Yahvé, y de su tierra han salido'.

21 Pero tuve lástima de mi santo nombre, el cual la casa de Israel había profanado entre las naciones adonde fueron.

22 "Por tanto, di a la casa de Israel: Así dice el Señor Yahvé: No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde fuisteis.

23 Y santificaré mi gran nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas. Y sabrán las naciones que yo soy Yahvé, dice el Señor Yahvé, cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos.

24 "Porque yo os tomaré de las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestro propio país.

25 Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré.

26 Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.

27 Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.

28 Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios.

29 Y os guardaré de todas vuestras inmundicias; y llamaré al trigo, y lo multiplicaré, y no os daré hambre.

30 Multiplicaré asimismo el fruto de los árboles, y el fruto de los campos, para que nunca más recibáis oprobio de hambre entre las naciones.

31 "Y os acordaréis de vuestros malos caminos, y de vuestras obras que no fueron buenas; y os avergonzaréis de vosotros mismos por vuestras iniquidades y por vuestras abominaciones.

32 No lo hago por vosotros, dice el Señor Yahvé, sabedlo bien. Avergonzaos y cubríos de confusión por vuestros caminos, casa de Israel.

33 "Así dice el Señor Yahvé: El día que yo os limpie de todas vuestras iniquidades, haré también que las ciudades sean habitadas, y las ruinas serán reedificadas.

34 Y la tierra asolada será labrada, en lugar de haber permanecido asolada a los ojos de todos los que pasaban.

35 Y dirán: 'Esta tierra que estaba asolada se ha vuelto como el huerto del Edén; y estas ciudades que estaban desiertas, asoladas y arruinadas, están fortificadas y habitadas'.

36 Y las naciones que queden a vuestros alrededores sabrán que yo, Yahvé, he reedificado lo que estaba derribado, y plantado lo que estaba asolado; yo, Yahvé, he hablado, y lo haré.

37 «Así dice el Señor Yahvé: Aún seré consultado por la casa de Israel, para hacerles esto: multiplicaré sus hombres como rebaños de ovejas.

38 Como las ovejas consagradas, como las ovejas de Jerusalén en sus fiestas solemnes, así las ciudades desiertas se llenarán de rebaños de hombres; y sabrán que yo soy Yahvé».

Capítulo 37

1 La mano de Yahvé vino sobre mí, y me llevó en el Espíritu de Yahvé, y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos.

2 Y me hizo pasar cerca de ellos por todo en derredor; y he aquí que eran muchísimos sobre la faz del campo, y por cierto secos en gran manera.

3 Y me dijo: «Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos?». Y respondí: «Señor Yahvé, tú lo sabes».

4 Me dijo entonces: "Profetiza sobre estos huesos, y diles: 'Huesos secos, oíd palabra de Yahvé.

5 Así dice el Señor Yahvé a estos huesos: He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis.

6 Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir carne sobre vosotros, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y viviréis; y sabréis que yo soy Yahvé'".

7 Profeticé, pues, como me fue mandado; y hubo un ruido mientras yo profetizaba, y he aquí un temblor; y los huesos se juntaron, cada hueso con su hueso.

8 Y miré, y he aquí tendones sobre ellos, y la carne subió, y la piel cubrió por encima de ellos; pero no había en ellos espíritu.

9 Y me dijo: "Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: 'Así dice el Señor Yahvé: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán'".

10 Y profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron, y se pusieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo.

11 Me dijo luego: "Hijo de hombre, todos estos huesos son la casa de Israel. He aquí, ellos dicen: 'Nuestros huesos se secaron, y pereció nuestra esperanza, y somos del todo destruidos'.

12 Por tanto, profetiza, y diles: 'Así dice el Señor Yahvé: He aquí yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío, y os haré subir de vuestras sepulturas, y os traeré a la tierra de Israel.

13 Y sabréis que yo soy Yahvé, cuando abra vuestros sepulcros, y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío.

14 Y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabréis que yo, Yahvé, hablé y lo hice, dice Yahvé'".

15 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

16 "'Tú, hijo de hombre, toma ahora una vara, y escribe en ella: 'Para Judá, y para los hijos de Israel sus compañeros'. Toma después otra vara, y escribe en ella: 'Para José, vara de Efraín, y para toda la casa de Israel sus compañeros'.

17 Júntalas luego la una con la otra, para que sean una sola, y serán uno en tu mano.

18 "'Y cuando te pregunten los hijos de tu pueblo, diciendo: '¿No nos enseñarás qué te propones con eso?',

19 diles: 'Así dice el Señor Yahvé: He aquí, yo tomo la vara de José que está en la mano de Efraín, y a las tribus de Israel sus compañeros, y las pondré con la vara de Judá, y las haré una sola vara, y serán uno en mi mano'.

20 Y las varas sobre que escribas estarán en tu mano delante de sus ojos.

21 Y les dirás: 'Así dice el Señor Yahvé: He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las naciones a las cuales fueron, y los recogeré de todas partes, y los traeré a su tierra.

22 Y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos.

23 Ni se contaminarán ya más con sus ídolos, con sus abominaciones y con todas sus rebeliones; y los salvaré de todas sus moradas en las cuales pecaron, y los limpiaré; y me serán por pueblo, y yo a ellos por Dios.

24 "'Mi siervo David será rey sobre ellos, y todos ellos tendrán un solo pastor; y andarán en mis preceptos, y mis estatutos guardarán, y los pondrán por obra.

25 Habitarán en la tierra que di a mi siervo Jacob, en la cual habitaron vuestros padres; en ella habitarán ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos para siempre; y mi siervo David será príncipe de ellos para siempre.

26 Y haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos; y los estableceré y los multiplicaré, y pondré mi santuario entre ellos para siempre.

27 Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.

28 Y sabrán las naciones que yo Yahvé santifico a Israel, estando mi santuario en medio de ellos para siempre'".

Capítulo 38

1 Vino a mí palabra de Yahvé, diciendo:

2 "Hijo de hombre, pon tu rostro hacia Gog, de la tierra de Magog, príncipe soberano de Rosh, Mesec y Tubal, y profetiza contra él,

3 y di: 'Así dice el Señor Yahvé: He aquí, yo estoy contra ti, oh Gog, príncipe soberano de Rosh, Mesec y Tubal.

4 Te haré dar la vuelta, pondré garfios en tus quijadas, y te sacaré a ti y a todo tu ejército, caballos y jinetes, todos vestidos con armadura completa, una gran multitud con paveses y escudos, teniendo todos ellos espadas;

5 Persia, Cus y Fut con ellos, todos ellos con escudo y yelmo;

6 Gómer y todas sus tropas; la casa de Togarmá de los confines del norte, y todas sus tropas; muchos pueblos contigo.

7 "'Prepárate y apercíbete, tú y toda tu multitud que se ha reunido a ti, y sé tú su guarda.

8 De aquí a muchos días serás visitado; al cabo de los años vendrás a la tierra salvada de la espada, recogida de muchos pueblos, a los montes de Israel, que siempre fueron una desolación; mas fue sacada de entre los pueblos, y todos ellos habi-

tarán confiadamente.

9 Subirás tú, y vendrás como tempestad; como nublado para cubrir la tierra serás tú y todas tus tropas, y muchos pueblos contigo.

10 "'Así dice el Señor Yahvé: En aquel día subirán palabras a tu corazón, y concebirás un mal pensamiento,

11 y dirás: Subiré contra una tierra indefensa, iré contra gentes tranquilas que habitan confiadamente; todos ellos habitan sin muros, y no tienen cerrojos ni puertas;

12 para arrebatar despojos y para tomar botín, para poner tus manos sobre las ruinas ya habitadas, y sobre el pueblo recogido de entre las naciones, que se hace de ganado y posesiones, que mora en la parte central de la tierra.

13 Sabá, Dedán, y los mercaderes de Tarsis y todos sus leoncillos, te dirán: ¿Has venido a arrebatar despojos? ¿Has reunido tu multitud para tomar botín, para quitar plata y oro, para tomar ganados y posesiones, para tomar grandes despojos?'.

14 "Por tanto, profetiza, hijo de hombre, y di a Gog: 'Así dice el Señor Yahvé: En aquel día, cuando mi pueblo Israel habite con seguridad, ¿no lo sabrás tú?

15 Vendrás de tu lugar, de las regiones del norte, tú y muchos pueblos contigo, todos ellos a caballo, gran multitud y poderoso ejército,

16 y subirás contra mi pueblo Israel como nublado para cubrir la tierra; será al cabo de los días; y te traeré sobre mi tierra, para que las naciones me conozcan, cuando sea santificado en ti, oh Gog, delante de sus ojos.

17 "'Así dice el Señor Yahvé: ¿No eres tú aquel de quien hablé en tiempos pasados por mis siervos los profetas de Israel, los cuales profetizaron en aquellos tiempos que yo te había de traer sobre ellos?

18 En aquel tiempo, cuando venga Gog contra la tierra de Israel, dice el Señor Yahvé, subirá mi ira y mi enojo.

19 Porque he hablado en mi celo, y en el fuego de mi ira: Que en aquel tiempo habrá gran temblor sobre la tierra de Israel;

20 de modo que los peces del mar, las aves del cielo, las bestias del campo y todo reptil que se arrastra sobre la tierra, y todos los hombres que están sobre la faz de la tierra, temblarán ante mi presencia; y se derrumbarán los montes, y los peñascos caerán, y todo muro caerá a tierra.

21 Y en todos mis montes llamaré contra él la espada, dice el Señor Yahvé; la espada de cada cual será contra su hermano.

22 Y yo litigaré contra él con pestilencia y con sangre; y haré llover sobre él, sobre sus tropas y sobre los muchos pueblos que están con él, impetuosa lluvia, y piedras de granizo, fuego y azufre.

23 Y seré engrandecido y santificado, y seré conocido ante los ojos de muchas naciones; y sabrán que yo soy Yahvé'".

Capítulo 39

1 "Tú, pues, hijo de hombre, profetiza contra Gog, y di: Así dice el Señor Yahvé: He aquí que yo estoy contra ti, oh Gog, príncipe soberano de Rosh, Mesec y Tubal.

2 Te haré dar la vuelta, te conduciré y te haré subir de las partes más lejanas del norte, y te traeré sobre los montes de Israel.

3 Derribaré tu arco de tu mano izquierda, y haré caer tus flechas de tu mano derecha.

4 Sobre los montes de Israel caerás, tú y todas tus tropas, y los pueblos que están contigo. A las aves de rapiña de toda especie, y a las fieras del campo, te he dado por comida.

5 Sobre la faz del campo abierto caerás, porque yo he hablado, dice el Señor Yahvé.

6 Y enviaré fuego sobre Magog, y sobre los que moran confiadamente en las costas; y sabrán que yo soy Yahvé.

7 "Y daré a conocer mi santo nombre en medio de mi pueblo Israel, y no permitiré que mi santo nombre sea profanado más. Y sabrán las naciones que yo soy Yahvé, el Santo en Israel.

8 He aquí que viene, y se cumplirá, dice el Señor Yahvé. Este es el día del cual he hablado.

9 "Los moradores de las ciudades de Israel saldrán, y encenderán fuego y quemarán las armas, tanto los escudos como los paveses, los arcos y las flechas, las mazas y las lanzas; y harán fuego con ellas durante siete años.

10 No traerán leña del campo, ni cortarán de los bosques, sino que quemarán las armas en el fuego. Y despojarán a sus despojadores, y robarán a los que les robaron, dice el Señor Yahvé.

11 "Acontecerá en aquel día, que yo daré a Gog un lugar para sepultura allí en Israel, el valle de los Viajeros, al oriente del mar; y obstruirá el paso a los transeúntes. Allí enterrarán a Gog y a toda su multitud, y lo llamarán 'El valle de Hamón-Gog'.

12 "Y la casa de Israel los estará enterrando durante siete meses, para purificar la tierra.

13 Sí, todo el pueblo de la tierra los enterrará; y será para ellos de renombre el día en que yo sea glorificado, dice el Señor Yahvé.

14 «Y apartarán a hombres dedicados continuamente a recorrer la tierra, los cuales irán con los viajeros para enterrar a los que queden sobre la faz de la tierra, a fin de purificarla. Al cabo de siete meses comenzarán a buscar.

15 Los que recorran la tierra pasarán por ella; y cuando alguno vea un hueso humano, pondrá una señal junto a él, hasta que los sepultureros lo entierren en el valle de Hamón-Gog.

16 Y también el nombre de la ciudad será Hamoná. Así purificarán la tierra».

17 "En cuanto a ti, hijo de hombre, así dice el Señor Yahvé: Habla a las aves de
toda especie, y a todas las fieras del campo: 'Reuníos y venid; juntaos de todas
partes para mi sacrificio que yo os ofrezco, un gran sacrificio sobre los montes de
Israel, para que comáis carne y bebáis sangre.

18 Comeréis la carne de los poderosos y beberéis la sangre de los príncipes de la
tierra: de carneros, de corderos, de machos cabríos y de toros, todos ellos engor-
dados en Basán.

19 Comeréis grasa hasta saciaros, y beberéis sangre hasta embriagaros, de mi sa-
crificio que os he preparado.

20 Os saciaréis en mi mesa de caballos y jinetes, de hombres poderosos y de todos
los hombres de guerra', dice el Señor Yahvé.

21 "Y pondré mi gloria entre las naciones, y todas las naciones verán mi juicio que
he ejecutado, y mi mano que he puesto sobre ellas.

22 Y la casa de Israel sabrá que yo soy Yahvé su Dios, desde aquel día en adelante.

23 Y sabrán las naciones que la casa de Israel fue llevada cautiva por su iniquidad,
por cuanto se rebelaron contra mí; por lo cual yo les oculté mi rostro y los entre-
gué en manos de sus adversarios, y todos ellos cayeron a espada.

24 Conforme a su inmundicia y conforme a sus rebeliones hice con ellos, y de ellos
escondí mi rostro.

25 «Por tanto, así dice el Señor Yahvé: Ahora haré volver a los cautivos de Jacob,
y tendré misericordia de toda la casa de Israel, y me mostraré celoso por mi santo
nombre.

26 Y ellos llevarán su vergüenza y todas sus rebeliones con las que pecaron contra
mí, cuando habiten seguros en su tierra, y no haya quien los espante;

27 cuando los haya hecho volver de entre los pueblos, y los haya congregado de las
tierras de sus enemigos, y sea santificado en ellos ante los ojos de muchas
naciones.

28 Y sabrán que yo soy Yahvé su Dios, porque los hice ir al cautiverio entre las naciones, pero los he reunido en su propia tierra, y no dejaré allá a ninguno de ellos.

29 Y no esconderé más de ellos mi rostro, porque he derramado mi Espíritu sobre la casa de Israel, dice el Señor Yahvé».

Capítulo 40

1 En el año veinticinco de nuestro cautiverio, al principio del año, a los diez días del mes, a los catorce años después que la ciudad fue conquistada, en aquel mismo día fue la mano de Yahvé sobre mí, y me llevó allá.

2 En visiones de Dios me llevó a la tierra de Israel, y me puso sobre un monte muy alto, sobre el cual había un edificio parecido a una gran ciudad, hacia el sur.

3 Me llevó allí, y he aquí un varón, cuyo aspecto era como aspecto de bronce; y tenía un cordel de lino en su mano, y una caña de medir; y él estaba a la puerta.

4 Y me habló aquel varón, diciendo: «Hijo de hombre, mira con tus ojos, y oye con tus oídos, y pon tu corazón a todas las cosas que te voy a mostrar; porque para que yo te las mostrase has sido traído aquí. Cuenta todo lo que ves a la casa de Israel».

5 Y he aquí un muro fuera de la casa, por todo su contorno; y en la mano del varón había una caña de medir de seis codos, de a codo y palmo menor cada uno; y midió el espesor del muro, de una caña, y la altura, de otra caña.

6 Después vino a la puerta que miraba hacia el oriente, y subió por sus gradas; y midió un umbral de la puerta, de una caña de ancho; y el otro umbral, de una caña de ancho.

7 Y cada cámara medía una caña de largo y una caña de ancho; y entre las cámaras había cinco codos de distancia. Y el umbral de la puerta junto al vestíbulo de la puerta por el lado de adentro, medía una caña.

8 Midió también el vestíbulo de la puerta por el lado de adentro, una caña.

9 Luego midió el vestíbulo de la puerta, de ocho codos, y sus pilastras de dos codos; y el vestíbulo de la puerta estaba por el lado de adentro.

10 Y las cámaras de la puerta oriental eran tres de un lado y tres del otro; las tres de la misma medida; también de una misma medida eran las pilastras de un lado y del otro.

11 Midió la anchura de la entrada de la puerta, de diez codos; y la longitud de la puerta, de trece codos.

12 Y el espacio delante de las cámaras era de un codo a un lado, y de un codo al otro lado; y cada cámara tenía seis codos por un lado, y seis codos por el otro.

13 Midió la puerta desde el techo de una cámara hasta el techo de la otra, una anchura de veinticinco codos, puerta contra puerta.

14 Midió también las pilastras, de sesenta codos; y el atrio llegaba hasta la pilastra, alrededor de la puerta.

15 Y desde el frente de la puerta de entrada hasta el frente del vestíbulo de la puerta interior, había cincuenta codos.

16 Y había ventanas estrechas en las cámaras y en sus pilastras, por dentro de la puerta alrededor, y asimismo en los vestíbulos; las ventanas estaban alrededor por dentro; y en cada pilastra había palmeras labradas.

17 Me llevó luego al atrio exterior, y he aquí que había cámaras y un pavimento hecho para el atrio en derredor; treinta cámaras había alrededor en aquel pavimento.

18 Y el pavimento estaba a los lados de las puertas, en proporción a la longitud de las puertas; este era el pavimento inferior.

19 Luego midió la anchura desde el frente de la puerta inferior hasta el frente del atrio interior por fuera, cien codos hacia el oriente y hacia el norte.

20 Y midió la longitud y la anchura de la puerta del atrio exterior que miraba hacia el norte.

21 Sus cámaras eran tres de un lado y tres del otro; y sus pilastras y sus arcos eran conforme a la medida de la primera puerta: cincuenta codos de longitud, y veinticinco codos de anchura.

22 Sus ventanas, sus arcos y sus palmeras eran conforme a la medida de la puerta que miraba al oriente; y se subía a ella por siete gradas, y sus arcos estaban delante de ellas.

23 Y la puerta del atrio interior estaba enfrente de la puerta del norte y de la del oriente; y midió de puerta a puerta, cien codos.

24 Me llevó después hacia el sur, y he aquí una puerta que miraba al sur; y midió sus pilastras y sus arcos conforme a estas mismas medidas.

25 Y había en ella y en sus arcos ventanas alrededor, como las otras ventanas; la longitud era de cincuenta codos, y la anchura de veinticinco codos.

26 Sus gradas para subir eran siete, y sus arcos estaban delante de ellas; y tenía palmeras, una de un lado y otra del otro, en sus pilastras.

27 Y el atrio interior tenía una puerta hacia el sur; y midió de puerta a puerta hacia el sur, cien codos.

28 Luego me llevó al atrio interior por la puerta del sur, y midió la puerta del sur conforme a estas mismas medidas.

29 Y sus cámaras, sus pilastras y sus arcos eran conforme a estas medidas. Y había en ella y en sus arcos ventanas alrededor; la longitud era de cincuenta codos, y la anchura de veinticinco codos.

30 Había arcos alrededor, de veinticinco codos de longitud y cinco de anchura.

31 Sus arcos miraban al atrio exterior; y había palmeras en sus pilastras, y su subida tenía ocho gradas.

32 Me llevó al atrio interior hacia el oriente; y midió la puerta conforme a estas mismas medidas.

33 Sus cámaras, sus pilastras y sus arcos eran conforme a estas medidas. Y había en ella y en sus arcos ventanas alrededor; la longitud era de cincuenta codos, y la anchura de veinticinco codos.

34 Sus arcos miraban al atrio exterior; y había palmeras en sus pilastras de un lado y del otro, y su subida tenía ocho gradas.

35 Me llevó luego a la puerta del norte, y midió conforme a estas mismas medidas;

36 sus cámaras, sus pilastras y sus arcos. Y tenía ventanas alrededor; la longitud era de cincuenta codos, y la anchura de veinticinco codos.

37 Sus pilastras miraban al atrio exterior; y había palmeras en sus pilastras de un lado y del otro, y su subida tenía ocho gradas.

38 Y había una cámara con su puerta junto a las pilastras de las puertas; allí lavaban el holocausto.

39 En el vestíbulo de la puerta había dos mesas a un lado y dos mesas al otro, para degollar sobre ellas el holocausto, la ofrenda por el pecado y el sacrificio por la culpa.

40 Y al lado de afuera, a la subida de la entrada de la puerta del norte, había dos mesas; y al otro lado del vestíbulo de la puerta había dos mesas.

41 Cuatro mesas a un lado y cuatro mesas al otro, junto a la puerta; ocho mesas sobre las cuales degollaban las víctimas.

42 Además, había cuatro mesas de piedra labrada para el holocausto, de un codo y medio de longitud, un codo y medio de anchura y un codo de altura; sobre ellas ponían los instrumentos con que degollaban el holocausto y el sacrificio.

43 Y unos ganchos de un palmo de largo estaban fijados por dentro, todo alrededor; y sobre las mesas se ponía la carne de las ofrendas.

44 Y por fuera de la puerta interior, en el atrio interior, estaban las cámaras de los cantores, una al lado de la puerta del norte, que miraba hacia el sur; y la otra al lado de la puerta oriental, que miraba hacia el norte.

45 Y él me dijo: «Esta cámara que mira hacia el sur es para los sacerdotes que hacen la guardia del templo.

46 Y la cámara que mira hacia el norte es para los sacerdotes que hacen la guardia del altar; estos son los hijos de Sadoc, los cuales, de entre los hijos de Leví, se acercan a Yahvé para ministrarle».

47 Y midió el atrio: cien codos de longitud y cien codos de anchura, en forma cuadrada; y el altar estaba delante de la casa.

48 Luego me llevó al vestíbulo de la casa, y midió cada pilastra del vestíbulo: cinco codos a un lado y cinco codos al otro. Y la anchura de la puerta era de tres codos a un lado y tres codos al otro.

49 La longitud del vestíbulo era de veinte codos, y la anchura de once codos; y se subía a él por gradas. Y había columnas junto a las pilastras, una a un lado y otra al otro.

Capítulo 41

1 Me llevó luego a la nave y midió las pilastras: seis codos de ancho por un lado y seis codos de ancho por el otro, que era la anchura del tabernáculo.

2 La anchura de la entrada era de diez codos, y los lados de la entrada medían cinco codos a un lado y cinco codos al otro. Midió su longitud, de cuarenta codos, y la anchura, de veinte codos.

3 Luego pasó al interior y midió cada pilastra de la entrada, de dos codos; y la entrada, de seis codos; y la anchura de la entrada, de siete codos.

4 Midió su longitud, de veinte codos, y la anchura, de veinte codos, por la parte delantera de la nave. Y me dijo: «Este es el Lugar Santísimo».

5 Después midió el muro de la casa, de seis codos; y la anchura de cada cámara lateral, de cuatro codos, por todo el contorno de la casa.

6 Las cámaras laterales estaban superpuestas en tres pisos, treinta en cada piso. Y entraban en el muro de la casa por todo su contorno, para apoyarse en él y no estar empotradas en el muro mismo de la casa.

7 Las cámaras laterales eran más anchas a medida que se ascendía, porque la estructura se iba estrechando en los niveles superiores alrededor de la casa. Por lo tanto, la anchura de la casa aumentaba hacia arriba; y así se subía del piso inferior al superior pasando por el de en medio.

8 Vi también que la casa tenía una plataforma elevada en todo su perímetro. Los cimientos de las cámaras laterales medían una caña entera de seis codos largos.

9 El grosor del muro exterior de las cámaras laterales era de cinco codos. El espacio que quedaba libre era el área de las cámaras laterales que pertenecían a la casa.

10 Entre las cámaras había una anchura de veinte codos por todo el contorno de la casa.

11 Las puertas de las cámaras laterales daban al espacio libre: una puerta hacia el norte y otra hacia el sur. Y la anchura de este espacio libre era de cinco codos en todo su contorno.

12 El edificio que estaba delante del espacio separado, hacia el lado occidental, tenía setenta codos de anchura; el muro del edificio era de cinco codos de grosor alrededor, y su longitud de noventa codos.

13 Midió, pues, el templo, de cien codos de longitud; también el espacio separado, y el edificio con sus muros, cien codos de longitud;

14 y la anchura de la fachada del templo, y del espacio separado hacia el oriente, de cien codos.

15 Midió la longitud del edificio que estaba delante del espacio separado que quedaba a sus espaldas, y sus galerías a un lado y al otro, cien codos. El templo interior, los pórticos del atrio,

16 los umbrales, las ventanas estrechas y las galerías alrededor de sus tres pisos, frente al umbral, estaban recubiertos de madera en derredor, desde el suelo hasta las ventanas (y las ventanas estaban cubiertas).

17 Desde el espacio por encima de la puerta, hasta la casa interior, y por fuera, y por todo el muro en derredor, por dentro y por fuera, todo estaba medido.

18 Estaba decorado con querubines y palmeras. Había una palmera entre querubín y querubín, y cada querubín tenía dos rostros:

19 el rostro de hombre miraba hacia la palmera de un lado, y el rostro de león miraba hacia la palmera del otro lado. Así estaba hecho por toda la casa en derredor.

20 Desde el suelo hasta por encima de la puerta había querubines y palmeras labrados en el muro de la nave.

21 Las pilastras de la nave eran cuadradas. En cuanto a la fachada del santuario, su aspecto era semejante al del templo.

22 El altar era de madera, de tres codos de altura y dos codos de longitud. Sus esquinas, su base y sus paredes eran de madera. Y él me dijo: «Esta es la mesa que está delante de Yahvé».

23 El templo y el santuario tenían dos puertas.

24 Cada puerta tenía dos hojas, dos hojas giratorias: dos hojas para una puerta y dos hojas para la otra.

25 Sobre ellas, en las puertas de la nave, había querubines y palmeras labrados, como los que se habían hecho en los muros. Había también un umbral de madera en la fachada exterior del pórtico.

26 Había ventanas estrechas y palmeras a un lado y al otro, en los flancos del pórtico. Así estaban decoradas las cámaras laterales de la casa y los umbrales.

Capítulo 42

1 Me sacó luego al atrio exterior, por el camino hacia el norte, y me llevó a las cámaras que estaban frente al espacio separado y frente al edificio que daba al norte.

2 Por la fachada norte, la longitud del edificio era de cien codos, y su anchura era de cincuenta codos.

3 Frente a los veinte codos que pertenecían al atrio interior, y frente al pavimento del atrio exterior, había galerías, la una frente a la otra, en tres pisos.

4 Delante de las cámaras había un pasillo de diez codos de anchura que daba al interior, y un paso de un codo; y sus puertas daban al norte.

5 Las cámaras superiores eran más estrechas, porque las galerías les quitaban más espacio a estas que a las inferiores y a las de en medio del edificio.

6 Porque estaban dispuestas en tres pisos, y no tenían columnas como las columnas de los atrios; por tanto, el piso superior era más estrecho que el inferior y el de en medio desde el suelo.

7 Y el muro que estaba afuera, paralelo a las cámaras, hacia el atrio exterior y delante de las cámaras, tenía una longitud de cincuenta codos.

8 Porque la longitud de las cámaras que daban al atrio exterior era de cincuenta codos, mientras que las que daban a la fachada del templo medían cien codos.

9 Por debajo de estas cámaras estaba la entrada por el lado oriental, para entrar en ellas desde el atrio exterior.

10 A lo ancho del muro del atrio hacia el oriente, frente al espacio separado y delante del edificio, había también cámaras.

11 Y el pasillo delante de ellas tenía el mismo aspecto que el de las cámaras que daban al norte; su longitud y su anchura eran iguales. Todas sus salidas, su disposición y sus puertas eran semejantes.

12 De igual manera, las puertas de las cámaras que daban al sur tenían una puerta
al comienzo del pasillo, el pasillo que estaba directamente frente al muro protector
hacia el oriente, por donde se entraba.

13 Luego me dijo: «Las cámaras del norte y las cámaras del sur, que están frente al
espacio separado, son cámaras santas, donde los sacerdotes que se acercan a
Yahvé comerán las ofrendas santísimas. Allí depositarán las ofrendas santísimas:
la ofrenda de cereal, la ofrenda por el pecado y el sacrificio por la culpa, porque el
lugar es santo.

14 Cuando los sacerdotes entren, no saldrán del lugar santo al atrio exterior sin
dejar allí las vestiduras con que ministran, porque son santas. Se pondrán otras
vestiduras, y entonces se acercarán a las áreas destinadas al pueblo».

15 Cuando terminó de medir el interior de la casa, me sacó por el camino de la
puerta que mira hacia el oriente, y midió todo el contorno.

16 Midió el lado oriental con la caña de medir: quinientas cañas, con la caña de
medir en derredor.

17 Midió el lado norte: quinientas cañas, con la caña de medir en derredor.

18 Midió el lado sur: quinientas cañas con la caña de medir.

19 Se volvió hacia el lado occidental, y midió quinientas cañas con la caña de
medir.

20 Lo midió por los cuatro lados. Tenía un muro a su alrededor, de quinientos co-
dos de longitud y quinientos codos de anchura, para hacer separación entre lo
santo y lo profano.

Capítulo 43

1 Después me llevó a la puerta, la puerta que mira hacia el oriente.

2 Y he aquí que la gloria del Dios de Israel venía por el camino del oriente. Su sonido era como el estruendo de muchas aguas, y la tierra resplandecía a causa de su gloria.

3 El aspecto de lo que vi era como una visión, semejante a la visión que tuve cuando vine para destruir la ciudad; y las visiones eran como la visión que vi junto al río Quebar; y me postré sobre mi rostro.

4 Y la gloria de Yahvé entró en la casa por la vía de la puerta que da al oriente.

5 Entonces el Espíritu me levantó y me llevó al atrio interior; y he aquí que la gloria de Yahvé llenaba la casa.

6 Y oí a uno que me hablaba desde la casa, y un varón estaba de pie junto a mí.

7 Y me dijo: "Hijo de hombre, este es el lugar de mi trono, el lugar donde posaré las plantas de mis pies, en el cual habitaré entre los hijos de Israel para siempre. Nunca más profanará la casa de Israel mi santo nombre, ni ellos ni sus reyes, con sus fornicaciones, ni con los cadáveres de sus reyes en sus lugares altos.

8 Al poner ellos su umbral junto a mi umbral, y su poste junto a mi poste, no había más que un muro entre ellos y yo; y profanaron mi santo nombre con las abominaciones que cometieron. Por tanto, los consumí en mi furor.

9 Ahora alejarán de mí sus fornicaciones y los cadáveres de sus reyes, y habitaré en medio de ellos para siempre.

10 "Tú, hijo de hombre, muestra a la casa de Israel esta casa, para que se avergüencen de sus pecados; y midan el diseño.

11 Y si se avergüenzan de todo lo que han hecho, hazles conocer el diseño de la casa, su disposición, sus salidas y sus entradas, todos sus diseños, todos sus estatutos y todas sus leyes. Escríbelo ante sus ojos, para que guarden toda su forma y todas sus ordenanzas, y las pongan por obra.

12 "Esta es la ley de la casa: Sobre la cumbre del monte, todo su recinto, en todo su contorno, será santísimo. He aquí que esta es la ley de la casa.

13 «Y estas son las medidas del altar por codos (el codo equivale a un codo y un palmo menor): la base será de un codo de alto, y de un codo de ancho, y el reborde en su contorno será de un palmo; y este será el zócalo del altar.

14 Desde la base sobre el suelo hasta el saliente inferior habrá dos codos, y la anchura será de un codo; y desde el saliente menor hasta el saliente mayor habrá cuatro codos, y la anchura será de un codo.

15 El hogar del altar tendrá cuatro codos de altura, y desde el hogar del altar hacia arriba se alzarán cuatro cuernos.

16 El hogar del altar medirá doce codos de longitud por doce de anchura, cuadrado por sus cuatro lados.

17 Y el saliente medirá catorce codos de longitud por catorce de anchura en sus cuatro lados, y el reborde a su alrededor será de medio codo, y su base será de un codo en derredor; y sus gradas mirarán hacia el oriente».

18 Y me dijo: "Hijo de hombre, así dice el Señor Yahvé: Estas son las ordenanzas para el altar el día en que sea construido, para ofrecer holocaustos sobre él y para esparcir sangre sobre él.

19 A los sacerdotes levitas que son de la descendencia de Sadoc, que se acercan a mí para servirme, dice el Señor Yahvé, les darás un novillo de la vacada para expiación.

20 Y tomarás de su sangre, y pondrás en los cuatro cuernos del altar, en las cuatro esquinas del saliente y en el reborde alrededor; así lo purificarás y harás expiación por él.

21 Tomarás también el novillo de la ofrenda por el pecado, y lo quemarás en el lugar señalado de la casa, fuera del santuario.

22 "Al segundo día ofrecerás un macho cabrío sin defecto para expiación; y purificarán el altar como lo purificaron con el novillo.

23 Cuando acabes de purificarlo, ofrecerás un novillo de la vacada sin defecto, y un carnero del rebaño sin defecto.

24 Y los ofrecerás delante de Yahvé; y los sacerdotes echarán sal sobre ellos, y los ofrecerán en holocausto a Yahvé.

25 «Por siete días ofrecerás un macho cabrío cada día como ofrenda por el pecado; también ofrecerán un novillo de la vacada y un carnero del rebaño, sin defecto.

26 Por siete días harán expiación por el altar y lo purificarán; así lo consagrarán.

27 Y cuando se hayan cumplido estos días, el octavo día y en adelante, los sacerdotes ofrecerán sobre el altar vuestros holocaustos y vuestras ofrendas de paz; y yo os seré propicio, dice el Señor Yahvé».

Capítulo 44

1 Me hizo volver luego por el camino de la puerta exterior del santuario, la cual mira hacia el oriente; y estaba cerrada.

2 Y me dijo Yahvé: «Esta puerta estará cerrada; no se abrirá, ni entrará por ella hombre alguno, porque Yahvé Dios de Israel entró por ella; estará, por tanto, cerrada.

3 En cuanto al príncipe, por ser el príncipe, él se sentará en ella para comer pan delante de Yahvé; por el camino del vestíbulo de la puerta entrará, y por el mismo camino saldrá».

4 Me llevó luego hacia la puerta del norte, por delante de la casa; y miré, y he aquí que la gloria de Yahvé había llenado la casa de Yahvé; y me postré sobre mi rostro.

5 Y me dijo Yahvé: «Hijo de hombre, pon corazón, y mira con tus ojos, y oye con tus oídos todo lo que yo hablo contigo sobre todas las ordenanzas de la casa de Yahvé, y todas sus leyes; y pon corazón a las entradas de la casa, y a todas las salidas del santuario.

6 Y dirás a los rebeldes, a la casa de Israel: Así dice el Señor Yahvé: Basta ya de todas vuestras abominaciones, oh casa de Israel;

7 por haber admitido vosotros a extranjeros, incircuncisos de corazón e incircuncisos de carne, para estar en mi santuario y para profanar mi casa; por haber ofrecido mi pan, la grosura y la sangre, y por haber invalidado mi pacto con todas vuestras abominaciones.

8 No habéis guardado vosotros el ministerio de mis cosas santas, sino que habéis puesto extranjeros para que guarden mi ministerio en mi santuario».

9 Así dice el Señor Yahvé: «Ningún extranjero, incircunciso de corazón ni incircunciso de carne, entrará en mi santuario, de todos los extranjeros que están entre los hijos de Israel.

10 Y los levitas que se apartaron lejos de mí cuando Israel se descarrió, los cuales se descarriaron de mí en pos de sus ídolos, llevarán su iniquidad.

11 Y servirán en mi santuario como porteros a las puertas de la casa y sirvientes en la casa; ellos degollarán el holocausto y el sacrificio para el pueblo, y estarán delante de ellos para servirles.

12 Por cuanto les sirvieron delante de sus ídolos, y fueron a la casa de Israel por tropezadero de maldad; por tanto, he alzado mi mano contra ellos, dice el Señor Yahvé, y llevarán su iniquidad.

13 No se acercarán a mí para servirme como sacerdotes, ni se acercarán a ninguna de mis cosas santas, a las cosas santísimas, sino que llevarán su vergüenza y las abominaciones que cometieron.

14 Les pondré, pues, por guardas de la custodia de la casa en todo su servicio, y en todo lo que en ella haya de hacerse.

15 Mas los sacerdotes levitas hijos de Sadoc, que guardaron el orden del santuario cuando los hijos de Israel se descarriaron de mí, ellos se acercarán a mí para ministrarme, y delante de mí estarán para ofrecerme la grosura y la sangre, dice el Señor Yahvé.

16 Ellos entrarán en mi santuario, y se acercarán a mi mesa para ministrarme, y guardarán mi ordenamiento.

17 Y cuando entren por las puertas del atrio interior, se vestirán vestiduras de lino; no llevarán sobre sí lana, cuando ministren en las puertas del atrio interior y dentro de la casa.

18 Tiaras de lino tendrán en sus cabezas, y calzoncillos de lino en sus lomos; no se ceñirán cosa que los haga sudar.

19 Y cuando salgan al atrio exterior, al atrio de afuera al pueblo, se desnudarán de sus vestiduras con que ministraron, y las dejarán en las cámaras del santuario, y se vestirán de otros vestidos, para no santificar al pueblo con sus vestiduras.

20 Y no se raparán su cabeza, ni dejarán crecer su cabello, sino que lo recortarán solamente.

21 Ningún sacerdote beberá vino cuando haya de entrar en el atrio interior.

22 No tomarán por esposa a viuda ni a repudiada, sino que tomarán vírgenes de la estirpe de la casa de Israel, o viuda que fuere viuda de sacerdote.

23 Y enseñarán a mi pueblo a hacer diferencia entre lo santo y lo profano, y les enseñarán a discernir entre lo limpio y lo no limpio.

24 En las causas de pleito ellos estarán para juzgar; conforme a mis juicios juzgarán; y mis leyes y mis decretos guardarán en todas mis fiestas solemnes, y santificarán mis sábados.

25 No se acercarán a hombre muerto para contaminarse; pero por padre o madre, hijo o hija, hermano o hermana que no haya tenido marido, sí podrán contaminarse.

26 Y después de su purificación, le contarán siete días.

27 Y el día que entre en el santuario, en el atrio interior, para ministrar en el santuario, ofrecerá su expiación, dice el Señor Yahvé.

28 Y habrá para ellos heredad: yo soy su heredad; y no les daréis posesión en Israel: yo soy su posesión.

29 La ofrenda de cereal, el sacrificio por el pecado y el sacrificio por la culpa comerán, y toda cosa consagrada en Israel será de ellos.

30 Y las primicias de todos los primeros frutos de todo, y toda ofrenda de todo lo que se ofrece de vuestras dádivas, será de los sacerdotes; daréis asimismo las primicias de vuestras masas al sacerdote, para que haga reposar la bendición en vuestras casas.

31 Ninguna cosa mortecina ni despedazada, así de aves como de animales, comerán los sacerdotes».

Capítulo 45

1 Cuando repartáis por suertes la tierra en heredad, ofreceréis una ofrenda a Yahvé, una porción sagrada de la tierra; su longitud será de veinticinco mil cañas, y su anchura de diez mil; será sagrada en todo su contorno.

2 De esto, será para el santuario un cuadrado de quinientos por quinientos codos, y tendrá cincuenta codos para su ejido alrededor.

3 De esta medida medirás una longitud de veinticinco mil codos, y una anchura de diez mil; y en ella estará el santuario, el Lugar Santísimo.

4 Esta porción sagrada de la tierra será para los sacerdotes, ministros del santuario, que se acercan para ministrar a Yahvé; y servirá de lugar para sus casas, y de lugar sagrado para el santuario.

5 Asimismo los levitas, ministros del templo, tendrán veinticinco mil codos de longitud y diez mil de anchura, como posesión para sí, con veinte cámaras.

6 Para posesión de la ciudad destinaréis un área de cinco mil codos de anchura y veinticinco mil de longitud, junto a la porción sagrada ofrecida; será para toda la casa de Israel.

7 El príncipe tendrá su parte a uno y otro lado de la porción sagrada y de la posesión de la ciudad, frente a la porción sagrada y frente a la posesión de la ciudad, desde el límite occidental hacia el oeste, y desde el límite oriental hacia el este; y la

longitud será igual a una de las porciones, desde el límite occidental hasta el límite oriental.

8 Esta tierra será su posesión en Israel; y nunca más mis príncipes oprimirán a mi pueblo, sino que darán el resto de la tierra a la casa de Israel conforme a sus tribus.

9 Así dice el Señor Yahvé: ¡Basta ya, oh príncipes de Israel! Dejad la violencia y el saqueo, y haced juicio y justicia; dejad de despojar a mi pueblo, dice el Señor Yahvé.

10 Tendréis balanzas justas, efa justo y bati justo.

11 El efa y el bati serán de una misma medida: que el bati contenga la décima parte del homer, y el efa la décima parte del homer; su medida será según el homer.

12 El siclo será de veinte geras. Veinte siclos, veinticinco siclos y quince siclos os servirán de una mina.

13 Esta es la ofrenda que ofreceréis: la sexta parte de un efa por cada homer de trigo, y la sexta parte de un efa por cada homer de cebada.

14 La ordenanza para el aceite será que de cada bati de aceite ofreceréis la décima parte de un bati por cada coro, que equivale a diez batis o a un homer (porque diez batis son un homer);

15 y una oveja del rebaño de entre cada doscientas de los pastizales regados de Israel, para las ofrendas de cereal, para los holocaustos y para las ofrendas de paz, para hacer expiación por ellos, dice el Señor Yahvé.

16 Todo el pueblo de la tierra estará obligado a dar esta ofrenda para el príncipe de Israel.

17 Mas al príncipe corresponderá dar el holocausto, la ofrenda y la libación en las fiestas solemnes, en las lunas nuevas, en los sábados y en todas las festividades de la casa de Israel; él dispondrá la expiación, la ofrenda de cereal, el holocausto y las ofrendas de paz, para hacer expiación por la casa de Israel.

18 Así dice el Señor Yahvé: En el mes primero, el día primero del mes, tomarás un novillo sin defecto de la vacada, y purificarás el santuario.

19 El sacerdote tomará de la sangre de la expiación y la pondrá sobre los postes de la casa, sobre las cuatro esquinas del saliente del altar y sobre los postes de la puerta del atrio interior.

20 Lo mismo harás el séptimo día del mes por los que pecaron por error o por ignorancia; así haréis expiación por la casa.

21 En el mes primero, a los catorce días del mes, tendréis la Pascua, fiesta de siete días; se comerá pan sin levadura.

22 Aquel día el príncipe preparará por sí mismo y por todo el pueblo de la tierra un novillo como ofrenda por el pecado.

23 Y en los siete días de la fiesta solemne ofrecerá en holocausto a Yahvé siete novillos y siete carneros sin defecto, cada día de los siete días; y un macho cabrío cada día por el pecado.

24 Con cada novillo ofrecerá una ofrenda de un efa, y con cada carnero un efa; y un hin de aceite por cada efa.

25 En el mes séptimo, a los quince días del mes, en la fiesta, hará lo mismo durante siete días, tanto en la expiación como en el holocausto, en la ofrenda de cereal y en el aceite.

Capítulo 46

1 "Así dice el Señor Yahvé: La puerta del atrio interior que mira hacia el oriente estará cerrada los seis días de trabajo; pero el día de reposo se abrirá, y también se abrirá el día de la luna nueva.

2 El príncipe entrará por el camino del vestíbulo de la puerta exterior, y se pondrá junto a la pilastra de la puerta; entonces los sacerdotes prepararán su holocausto y sus ofrendas de paz, y él adorará en el umbral de la puerta. Luego saldrá, pero la puerta no se cerrará hasta la tarde.

3 Asimismo, el pueblo de la tierra adorará a la entrada de esa puerta delante de Yahvé, en los días de reposo y en las lunas nuevas.

4 El holocausto que el príncipe ofrecerá a Yahvé el día de reposo será de seis corderos sin defecto y un carnero sin defecto;

5 y la ofrenda de cereal será de un efa por el carnero, y por los corderos lo que él desee dar, más un hin de aceite por cada efa.

6 El día de la luna nueva ofrecerá un novillo de la vacada sin defecto, seis corderos y un carnero; deberán ser sin defecto.

7 Y preparará como ofrenda de cereal un efa por el novillo y un efa por el carnero, y por los corderos lo que esté a su alcance, más un hin de aceite por cada efa.

8 Y cuando el príncipe entre, lo hará por el camino del vestíbulo de la puerta, y por el mismo camino saldrá.

9 "Mas cuando el pueblo de la tierra se presente delante de Yahvé en las fiestas solemnes, el que entre por el camino de la puerta del norte para adorar, saldrá por el camino de la puerta del sur; y el que entre por el camino de la puerta del sur, saldrá por el camino de la puerta del norte. No regresará por el camino de la puerta por la cual entró, sino que saldrá por la que está derecho hacia adelante.

10 Y el príncipe entrará en medio de ellos cuando ellos entren, y cuando ellos salgan, él saldrá.

11 "En las fiestas y en las solemnidades, la ofrenda de cereal será de un efa por cada novillo, y de un efa por cada carnero, y por los corderos lo que él desee dar, más un hin de aceite por cada efa.

12 Y cuando el príncipe prepare una ofrenda voluntaria, ya sea un holocausto o una ofrenda de paz como ofrenda voluntaria a Yahvé, se le abrirá la puerta que mira hacia el oriente, y preparará su holocausto y sus ofrendas de paz como lo hace en el día de reposo. Luego saldrá, y después de su salida se cerrará la puerta.

13 "Prepararás cada día un cordero de un año, sin defecto, para el holocausto a Yahvé; cada mañana lo prepararás.

14 Y con él prepararás cada mañana una ofrenda de cereal: la sexta parte de un efa, y la tercera parte de un hin de aceite para amasar la flor de harina; ofrenda a Yahvé continuamente, por estatuto perpetuo.

15 Así prepararán el cordero, la ofrenda de cereal y el aceite, cada mañana, como un holocausto continuo.

16 «Así dice el Señor Yahvé: Si el príncipe hace un regalo de su heredad a alguno de sus hijos, será de ellos; es su posesión por herencia.

17 Pero si de su heredad da un regalo a alguno de sus siervos, será suyo hasta el año del jubileo; entonces volverá al príncipe. Su heredad será únicamente para sus hijos.

18 Además, el príncipe no tomará de la herencia del pueblo para despojarlos de su posesión. Dará herencia a sus hijos de su propia posesión, para que mi pueblo no sea dispersado, cada uno lejos de su propiedad».

19 Luego me llevó por la entrada que estaba a un lado de la puerta, hacia las cámaras santas de los sacerdotes, las cuales miraban al norte, y he aquí que había un lugar al fondo, hacia el occidente.

20 Y me dijo: «Este es el lugar donde los sacerdotes cocerán la ofrenda por la culpa y la ofrenda por el pecado, y donde hornearán la ofrenda de cereal, para no tener que sacarlas al atrio exterior y así no transmitir santidad al pueblo».

21 Entonces me sacó al atrio exterior y me hizo pasar por las cuatro esquinas del atrio; y he aquí que en cada esquina del atrio había un patio.

22 En las cuatro esquinas del atrio había patios cerrados, de cuarenta codos de largo y treinta de ancho; los cuatro patios de las esquinas tenían la misma medida.

23 Y había un muro de mampostería alrededor de los cuatro, y se habían construido fogones en la parte baja de los muros en todo su perímetro.

24 Y me dijo: «Estas son las cocinas, donde los servidores de la casa cocerán los sacrificios del pueblo».

Capítulo 47

1 Me hizo volver luego a la puerta de la casa; y he aquí que salían aguas por debajo del umbral de la casa hacia el oriente, porque la fachada de la casa estaba al oriente. Las aguas descendían de debajo, desde el lado derecho de la casa, al sur del altar.

2 Luego me sacó por el camino de la puerta del norte, y me hizo dar la vuelta por el camino exterior, hasta la puerta exterior que mira hacia el oriente; y he aquí que las aguas fluían por el lado derecho.

3 Y cuando el varón salió hacia el oriente con el cordel en su mano, midió mil codos, y me hizo pasar por las aguas, que me llegaban hasta los tobillos.

4 Midió otros mil, y me hizo pasar por las aguas, que me llegaban hasta las rodillas. Midió luego otros mil, y me hizo pasar por las aguas, que me llegaban hasta los lomos.

5 Midió otros mil, y era ya un río que yo no podía vadear, porque las aguas habían crecido tanto que era un río por el cual no se podía pasar sino a nado.

6 Y me dijo: «¿Has visto esto, hijo de hombre?». Después me llevó y me hizo volver por la ribera del río.

7 Y al volver, he aquí que en la ribera del río había muchísimos árboles a uno y otro lado.

8 Y me dijo: «Estas aguas salen a la región del oriente, y descenderán al Arabá, y entrarán en el mar; y al entrar en el mar, las aguas serán sanadas.

9 Y acontecerá que toda alma viviente que nade por dondequiera que entraren estos dos ríos, vivirá; y habrá muchísimos peces por haber entrado allá estas aguas, y serán sanadas; y vivirá todo lo que entre en este río.

10 Y junto a él estarán los pescadores; desde En-gadi hasta En-eglaim será tendedero de redes. Sus peces, según su especie, serán tan abundantes como los peces del mar Grande.

11 Pero sus pantanos y sus lagunas no serán sanados; quedarán para salinas.

12 Y junto al río, en sus riberas, a uno y otro lado, crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán, ni faltará su fruto. A su tiempo madurará, porque sus aguas salen del santuario; su fruto será para comer, y su hoja para medicina».

13 Así dice el Señor Yahvé: "Estos son los límites en que repartiréis la tierra por heredad entre las doce tribus de Israel. José tendrá dos porciones.

14 Y la heredaréis tanto los unos como los otros; por ella alcé mi mano jurando que la daría a vuestros padres. Por tanto, esta tierra os caerá en heredad.

15 "Y este será el límite de la tierra: "Hacia el lado del norte, desde el mar Grande, por el camino de Hetlón hasta la entrada de Zedad;

16 Hamat, Berotá, Sibraim (que está entre el límite de Damasco y el límite de Hamat), hasta Hazar-haticón, que es el límite de Haurán.

17 Y el límite desde el mar será Hazar-enón, en el límite de Damasco; y al norte está el límite de Hamat. Este será el lado del norte.

18 "Por el lado del oriente, entre Haurán y Damasco, y entre Galaad y la tierra de Israel, al Jordán; mediréis desde el límite norte hasta el mar oriental. Este será el lado del oriente.

19 "Por el lado del sur, hacia el mediodía, desde Tamar hasta las aguas de las rencillas de Cades, y el arroyo hasta el mar Grande. Este será el lado del sur.

20 "Por el lado del occidente será el mar Grande, desde el límite sur hasta enfrente de la entrada de Hamat. Este será el lado del occidente.

21 «Repartiréis, pues, esta tierra entre vosotros según las tribus de Israel.

22 Y echaréis suertes para asignarla como heredad a vosotros y a los forasteros que moran entre vosotros, que hayan engendrado hijos entre vosotros; y los tendréis como a naturales entre los hijos de Israel. Echarán suertes con vosotros para tener heredad entre las tribus de Israel.

23 En la tribu en que more el forastero, allí le daréis su heredad, dice el Señor Yahvé».

Capítulo 48

1 "Estos son los nombres de las tribus: Desde el extremo norte, por el camino de Hetlón hasta la entrada de Hamat, y Hazar-enán, en el límite de Damasco hacia el norte, junto a Hamat (con sus lados orientales y occidentales), Dan tendrá una porción.

2 "Junto al límite de Dan, desde el lado oriental hasta el lado occidental, Aser tendrá una porción.

3 "Junto al límite de Aser, desde el lado oriental hasta el lado occidental, Neftalí tendrá una porción.

4 "Junto al límite de Neftalí, desde el lado oriental hasta el lado occidental, Manasés tendrá una porción.

5 "Junto al límite de Manasés, desde el lado oriental hasta el lado occidental, Efraín tendrá una porción.

6 "Junto al límite de Efraín, desde el lado oriental hasta el lado occidental, Rubén tendrá una porción.

7 "Junto al límite de Rubén, desde el lado oriental hasta el lado occidental, Judá tendrá una porción.

8 "Junto al límite de Judá, desde el lado oriental hasta el lado occidental, estará la porción sagrada que reservaréis, de veinticinco mil cañas de anchura, y de longitud como una de las otras porciones, desde el lado oriental hasta el lado occidental; y el santuario estará en medio de ella.

9 "La porción sagrada que ofreceréis a Yahvé tendrá veinticinco mil cañas de longitud y diez mil de anchura.

10 Esta ofrenda sagrada será para los sacerdotes: hacia el norte medirá veinticinco mil cañas de longitud, hacia el occidente diez mil de anchura, hacia el oriente diez mil de anchura y hacia el sur veinticinco mil de longitud; y el santuario de Yahvé estará en medio de ella.

11 Esta será para los sacerdotes consagrados de los hijos de Sadoc, los cuales guardaron mi ordenanza y no se descarriaron cuando los hijos de Israel se descarriaron, como se descarriaron los levitas.

12 Será para ellos una porción separada de la ofrenda de la tierra, como cosa santísima, junto al límite de los levitas.

13 "Junto al límite de los sacerdotes, los levitas tendrán una porción de veinticinco mil cañas de longitud y diez mil de anchura. Toda la longitud será de veinticinco mil, y la anchura de diez mil.

14 No venderán nada de ella, ni la cambiarán, ni traspasarán las primicias de la tierra, porque es cosa consagrada a Yahvé.

15 "Los cinco mil codos de anchura que quedan frente a los veinticinco mil, serán de uso profano, para la ciudad, para viviendas y para ejidos; y la ciudad estará en medio de ello.

16 Estas serán sus medidas: el lado norte cuatro mil quinientos codos, el lado sur cuatro mil quinientos, el lado oriental cuatro mil quinientos, y el lado occidental cuatro mil quinientos.

17 La ciudad tendrá ejidos: hacia el norte doscientos cincuenta codos, hacia el sur doscientos cincuenta, hacia el oriente doscientos cincuenta, y hacia el occidente doscientos cincuenta.

18 Y el resto de la longitud, paralelo a la porción sagrada, será de diez mil codos hacia el oriente y diez mil hacia el occidente; estará junto a la porción sagrada, y su producto será para el sustento de los trabajadores de la ciudad.

19 Los que trabajen en la ciudad, de todas las tribus de Israel, la cultivarán.

20 Toda la porción sagrada será un cuadrado de veinticinco mil por veinticinco mil codos. La apartaréis como ofrenda sagrada, junto con la posesión de la ciudad.

21 "El resto será para el príncipe, a uno y otro lado de la porción sagrada y de la posesión de la ciudad; frente a los veinticinco mil de la ofrenda sagrada hasta el límite oriental, y al occidente, frente a los veinticinco mil hasta el límite occidental, paralela a las porciones de las tribus, será para el príncipe. La porción sagrada y el santuario de la casa estarán en medio de ella.

22 Así, lo que quede entre la posesión de los levitas y la posesión de la ciudad, que estará en medio de lo que pertenece al príncipe, desde el límite de Judá hasta el límite de Benjamín, será para el príncipe.

23 "En cuanto al resto de las tribus: desde el lado oriental hasta el lado occidental, Benjamín tendrá una porción.

24 "Junto al límite de Benjamín, desde el lado oriental hasta el lado occidental, Simeón tendrá una porción.

25 "Junto al límite de Simeón, desde el lado oriental hasta el lado occidental, Isacar tendrá una porción.

26 "Junto al límite de Isacar, desde el lado oriental hasta el lado occidental, Zabulón tendrá una porción.

27 "Junto al límite de Zabulón, desde el lado oriental hasta el lado occidental, Gad tendrá una porción.

28 "Junto al límite de Gad, por el lado sur, el límite será desde Tamar hasta las aguas de las rencillas de Cades, y a lo largo del arroyo hasta el mar Grande.

29 "Esta es la tierra que repartiréis por suertes a las tribus de Israel en heredad, y estas son sus porciones, dice el Señor Yahvé.

30 "Estas serán las salidas de la ciudad: por el lado norte, medirá cuatro mil quinientas cañas;

31 y las puertas de la ciudad llevarán los nombres de las tribus de Israel. Habrá tres puertas hacia el norte: la puerta de Rubén, la puerta de Judá y la puerta de Leví.

32 "Por el lado oriental medirá cuatro mil quinientas cañas, y tendrá tres puertas: la puerta de José, la puerta de Benjamín y la puerta de Dan.

33 "Por el lado sur medirá cuatro mil quinientas cañas, y tendrá tres puertas: la puerta de Simeón, la puerta de Isacar y la puerta de Zabulón.

34 "Por el lado occidental medirá cuatro mil quinientas cañas, con sus tres puertas: la puerta de Gad, la puerta de Aser y la puerta de Neftalí.

35 "Su contorno total será de dieciocho mil cañas. Y el nombre de la ciudad desde aquel día será: 'Yahvé está allí'".

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

DANIEL (TEXTO GRIEGO)

✦

Capítulo 1

1 En el tercer año del reinado de Joacim, rey de Judá, Nabucodonosor, rey de Babilonia, llegó a Jerusalén y la sitió.

2 El Señor le entregó a Joacim, rey de Judá, parte de los utensilios de la casa de Dios; y los llevó a la tierra de Sinar, a la casa de su dios. Llevó los utensilios a la casa del tesoro de su dios.

3 El rey habló con Aspenaz, el maestro de sus eunucos, para que trajera a algunos de los hijos de Israel, de la descendencia real y de los nobles —

4 jóvenes en los que no hubiera ningún defecto, sino que fueran bien dotados de toda la sabiduría, y dotados de conocimiento, y de ciencia comprensiva, y que tuvieran la capacidad de servir en el palacio del rey; y que les enseñara la ciencia y la lengua de los caldeos.

5 El rey dispuso para ellos una porción diaria de los manjares del rey y del vino que él bebía, y que se alimentaran durante tres años, para que al final de ellos sirvieran al rey.

6 Entre ellos había de los hijos de Judá Daniel, Ananías, Misael y Azarías.

7 El príncipe de los eunucos les dio nombres: a Daniel le puso el nombre de Beltsasar; a Ananías, el de Sadrac; a Misael, el de Mesac; y a Azarías, el de Abednego.

8 Pero Daniel se propuso en su corazón no contaminarse con los manjares del rey ni con el vino que bebía. Por eso pidió al príncipe de los eunucos que no se contaminara.

9 Ahora bien, Dios hizo que Daniel encontrara bondad y compasión a los ojos del príncipe de los eunucos.

10 El príncipe de los eunucos dijo a Daniel: «Temo a mi señor el rey, que ha dispuesto tu comida y tu bebida. Pues, ¿por qué habría de ver vuestras caras más feas que las de los jóvenes de vuestra edad? Entonces pondrías en peligro mi cabeza ante el rey».

11 Entonces Daniel dijo al mayordomo que el príncipe de los eunucos había designado sobre Daniel, Ananías, Misael y Azarías:

12 «Te ruego que pongas a prueba a tus siervos durante diez días, y que nos den verduras para comer y agua para beber.

13 Entonces que se examinen nuestros rostros ante ti, y el de los jóvenes que comen de los manjares del rey; y según veas, trata a tus siervos.»

14 Así que los escuchó en este asunto, y los puso a prueba durante diez días.

15 Al cabo de diez días, sus rostros parecían más hermosos, y estaban más gordos de carne, que todos los jóvenes que comían de los manjares del rey.

16 Entonces el mayordomo les quitó los manjares y el vino que querían beber, y les dio verduras.

17 En cuanto a estos cuatro jóvenes, Dios les dio conocimiento y destreza en todo tipo de aprendizaje y sabiduría; y Daniel tuvo entendimiento en todas las visiones y sueños.

18 Al cabo de los días que el rey había señalado para traerlos, el príncipe de los eunucos los llevó ante Nabucodonosor.

19 El rey habló con ellos, y entre todos ellos no se encontró ninguno como Daniel, Ananías, Misael y Azarías. Por lo tanto, sirvieron al rey.

20 En todos los asuntos de sabiduría y entendimiento sobre los que el rey les preguntó, los encontró diez veces mejores que todos los magos y encantadores que había en todo su reino.

21 Daniel siguió sirviendo hasta el primer año del rey Ciro.

Capítulo 2

1 En el segundo año del reinado de Nabucodonosor, éste soñó sueños, y su espíritu se turbó, y se le fue el sueño.

2 Entonces el rey ordenó que se llamara a los magos, a los encantadores, a los hechiceros y a los caldeos para que le contaran al rey sus sueños. Así que entraron y se presentaron ante el rey.

3 El rey les dijo: «He soñado un sueño, y mi espíritu está turbado por conocer el sueño».

4 Entonces los caldeos hablaron al rey en lengua siria: «¡Oh rey, vive para siempre! Cuenta a tus siervos el sueño, y nosotros te mostraremos la interpretación».

5 El rey respondió a los caldeos: «La cosa se me ha ido de las manos. Si no me dan a conocer el sueño y su interpretación, serán despedazados, y sus casas serán convertidas en un estercolero.

6 Pero si me muestran el sueño y su interpretación, recibirán de mí regalos, recompensas y gran honor. Por lo tanto, muéstrame el sueño y su interpretación».

7 Respondieron la segunda vez y dijeron: «Que el rey cuente el sueño a sus siervos y nosotros mostraremos la interpretación».

8 El rey respondió: «Sé con certeza que tratas de ganar tiempo, porque ves que la cosa se me ha ido de las manos.

9 Pero si no me das a conocer el sueño, no hay más que una ley para ti, pues has preparado palabras mentirosas y corruptas para hablar ante mí, hasta que la situación cambie. Por tanto, dime el sueño, y sabré que puedes mostrarme su interpretación».

10 Los caldeos respondieron ante el rey y dijeron: «No hay hombre en la tierra que pueda mostrar el asunto del rey, porque ningún rey, señor o gobernante, ha pedido tal cosa a ningún mago, encantador o caldeo.

11 Es una cosa rara la que requiere el rey, y no hay otro que pueda mostrarla ante el rey, excepto los dioses, cuya morada no es con la carne.»

12 A causa de esto, el rey se enojó y se puso muy furioso, y ordenó que todos los sabios de Babilonia fueran destruidos.

13 Así que el decreto salió, y los sabios debían ser asesinados. Buscaron a Daniel y a sus compañeros para matarlos.

14 Entonces Daniel respondió con consejo y prudencia a Arioc, capitán de la guardia del rey, que había salido a matar a los sabios de Babilonia.

15 El respondió a Arioc, el capitán del rey: «¿Por qué es tan urgente el decreto del rey?» Entonces Arioc dio a conocer el asunto a Daniel.

16 Daniel entró y pidió al rey que le diera un plazo para mostrarle la interpretación.

17 Entonces Daniel fue a su casa y dio a conocer el asunto a Ananías, Misael y Azarías, sus compañeros,

18 para que desearan la misericordia del Dios del cielo respecto a este secreto, y para que Daniel y sus compañeros no perecieran con el resto de los sabios de Babilonia.

19 Entonces el secreto le fue revelado a Daniel en una visión nocturna. Entonces Daniel bendijo al Dios del cielo.

20 Daniel respondió,
«Bendito sea el nombre de Dios por los siglos de los siglos;
porque la sabiduría y la fuerza son suyas.

21 Él cambia los tiempos y las estaciones.
El quita reyes y pone reyes.
Él da sabiduría a los sabios,
y el conocimiento a los que tienen entendimiento.

22 Él revela las cosas profundas y secretas.
Sabe lo que hay en la oscuridad,
y la luz habita en él.

23 Te doy las gracias y te alabo,
Oh, Dios de mis padres,
que me han dado sabiduría y poder,
y ahora me han hecho saber lo que deseamos de ti;
porque nos has dado a conocer el asunto del rey».

24 Por lo tanto, Daniel fue a ver a Arioc, a quien el rey había designado para destruir a los sabios de Babilonia. Fue y le dijo lo siguiente «No destruyas a los sabios de Babilonia. Llévame ante el rey y le mostraré la interpretación».

25 Entonces Arioc llevó a Daniel ante el rey a toda prisa, y le dijo lo siguiente «He encontrado un hombre de los hijos del cautiverio de Judá que dará a conocer al rey la interpretación».

26 El rey respondió a Daniel, cuyo nombre era Beltsasar: «¿Eres capaz de darme a conocer el sueño que he visto y su interpretación?»

27 Daniel respondió ante el rey y dijo: "El secreto que el rey ha exigido no puede ser mostrado al rey por sabios, encantadores, magos o adivinos;

28 pero hay un Dios en el cielo que revela los secretos, y él ha dado a conocer al rey Nabucodonosor lo que sucederá en los últimos días. Tu sueño, y las visiones de tu cabeza en tu lecho, son estos:

29 "En cuanto a ti, oh rey, tus pensamientos vinieron en tu lecho, lo que debe suceder en adelante; y el que revela los secretos te ha dado a conocer lo que sucederá.

30 Pero en cuanto a mí, este secreto no me ha sido revelado por ninguna sabiduría que yo tenga más que cualquier otro viviente, sino con el propósito de que la interpretación sea dada a conocer al rey, y para que tú conozcas los pensamientos de tu corazón.

31 "Tú, oh rey, viste, y he aquí, una gran imagen. Esta imagen, que era poderosa, y cuyo brillo era excelente, estaba delante de ti; y su aspecto era aterrador.

32 En cuanto a esta imagen, su cabeza era de oro fino, su pecho y sus brazos de plata, su vientre y sus muslos de bronce,

33 sus piernas de hierro, sus pies en parte de hierro y en parte de barro.

34 Viste hasta que se cortó una piedra sin manos, que golpeó la imagen en sus pies que eran de hierro y de barro, y los hizo pedazos.

35 Entonces el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro se desmenuzaron juntos y se convirtieron en paja de las eras de verano. El viento se los llevó, de modo que no se encontró lugar para ellos. La piedra que golpeó la imagen se convirtió en una gran montaña y llenó toda la tierra.

36 "Este es el sueño, y vamos a contar su interpretación ante el rey.

37 Tú, oh rey, eres rey de reyes, a quien el Dios del cielo ha dado el reino, el poder, la fuerza y la gloria.

38 Dondequiera que habiten los hijos de los hombres, él ha entregado en tu mano los animales del campo y las aves del cielo, y te ha hecho gobernar sobre todos ellos. Tú eres la cabeza de oro.

39 "Después de ti, se levantará otro reino inferior a ti; y un tercer reino de bronce, que dominará toda la tierra.

40 El cuarto reino será fuerte como el hierro, porque el hierro rompe en pedazos y somete todas las cosas; y como el hierro que aplasta a todos estos, se romperá en pedazos y aplastará.

41 Como visteis los pies y los dedos de los pies, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; pero habrá en él de la fuerza del hierro, porque visteis el hierro mezclado con el barro cocido.

42 Como los dedos de los pies eran en parte de hierro y en parte de barro, así el reino será en parte fuerte y en parte frágil.

43 Como visteis el hierro mezclado con el barro cenagoso, se mezclarán con la semilla de los hombres; pero no se pegarán unos a otros, como el hierro no se mezcla con el barro.

44 «En los días de esos reyes, el Dios del cielo establecerá un reino que nunca será destruido, ni su soberanía será dejada a otro pueblo; sino que romperá en pedazos y consumirá todos estos reinos, y permanecerá para siempre.

45 Porque viste que una piedra fue cortada del monte sin manos, y que hizo pedazos el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha dado a conocer al rey lo que sucederá en adelante. El sueño es cierto, y su interpretación segura».

46 Entonces el rey Nabucodonosor se postró sobre su rostro, adoró a Daniel y ordenó que le ofrecieran una ofrenda y dulces olores.

47 El rey respondió a Daniel y le dijo: «En verdad, tu Dios es el Dios de los dioses, y el Señor de los reyes, y un revelador de secretos, ya que has podido revelar este secreto.»

48 Entonces el rey engrandeció a Daniel, y le dio muchos y grandes regalos, y lo hizo gobernar sobre toda la provincia de Babilonia, y ser gobernador principal sobre todos los sabios de Babilonia.

49 Daniel pidió al rey que nombrara a Sadrac, Mesac y Abednego sobre los asuntos de la provincia de Babilonia; pero Daniel estaba en la puerta del rey.

Capítulo 3

1 El rey Nabucodonosor hizo una imagen de oro, cuya altura era de sesenta codos, y su anchura de seis codos. La colocó en la llanura de Dura, en la provincia de Babilonia.

2 Entonces el rey Nabucodonosor envió a reunir a los gobernadores locales, a los diputados y a los gobernadores, a los jueces, a los tesoreros, a los consejeros, a los alguaciles y a todos los gobernantes de las provincias, para que vinieran a la dedicación de la imagen que el rey Nabucodonosor había erigido.

3 Entonces los gobernadores locales, los diputados y los gobernadores, los jueces, los tesoreros, los consejeros, los alguaciles y todos los gobernantes de las provincias, se reunieron para la dedicación de la imagen que el rey Nabucodonosor había levantado; y se pusieron de pie ante la imagen que Nabucodonosor había levantado.

4 Entonces el heraldo gritó en voz alta: «A vosotros se os ordena, pueblos, naciones y lenguas,

5 que siempre que oigáis el sonido del cuerno, de la flauta, de la cítara, de la lira, del arpa, de la flauta y de toda clase de música, os postréis y adoréis la imagen de oro que el rey Nabucodonosor ha levantado.

6 El que no se postre y adore será arrojado en el centro de un horno de fuego ardiente en la misma hora.»

7 Por eso, en aquel momento, cuando todos los pueblos oyeron el sonido del cuerno, la flauta, la cítara, la lira, el arpa, la flauta y toda clase de música, todos los pueblos, las naciones y las lenguas se postraron y adoraron la imagen de oro que el rey Nabucodonosor había levantado.

8 En aquel tiempo se acercaron algunos caldeos y presentaron una acusación contra los judíos.

9 Ellos respondieron al rey Nabucodonosor: «¡Oh rey, vive para siempre!

10 Tú, oh rey, has decretado que todo hombre que oiga el sonido del cuerno, de la flauta, de la cítara, de la lira, del arpa, de la flauta y de toda clase de música, se postrará y adorará la imagen de oro;

11 y el que no se postule y adore será arrojado en medio de un horno de fuego ardiente.

12 Hay ciertos judíos a quienes has designado sobre los asuntos de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abednego. Estos hombres, oh rey, no te han respetado. No sirven a tus dioses y no adoran la imagen de oro que has levantado».

13 Entonces Nabucodonosor, furioso y enojado, mandó traer a Sadrac, Mesac y Abednego. Entonces estos hombres fueron llevados ante el rey.

14 Nabucodonosor les respondió: «¿Es a propósito, Sadrac, Mesac y Abednego, que no sirváis a mi dios ni adoréis la imagen de oro que he levantado?

15 Ahora bien, si estáis dispuestos, siempre que oigáis el sonido del cuerno, de la flauta, de la cítara, de la lira, del arpa, de la flauta y de toda clase de música, a postraros y a adorar la imagen que he hecho, bien; pero si no adoráis, seréis arrojados en la misma hora en medio de un horno de fuego ardiente. ¿Quién es ese dios que os librará de mis manos?»

16 Sadrac, Mesac y Abednego respondieron al rey: «Nabucodonosor, no tenemos necesidad de responderte en este asunto.

17 Si sucede, nuestro Dios, a quien servimos, es capaz de librarnos del horno de fuego ardiente; y él nos librará de tu mano, oh rey.

18 Pero si no es así, que sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses ni adoraremos la imagen de oro que has levantado.»

19 Entonces Nabucodonosor se llenó de furia, y la forma de su apariencia cambió contra Sadrac, Mesac y Abednego. Habló y ordenó que calentaran el horno siete veces más de lo que solía calentarse.

20 Ordenó a algunos hombres poderosos que estaban en su ejército que ataran a Sadrac, Mesac y Abednego y los arrojaran al horno de fuego ardiente.

21 Entonces estos hombres fueron atados con sus pantalones, sus túnicas, sus mantos y sus otras ropas, y fueron arrojados en medio del horno de fuego ardiente.

22 Por lo tanto, como la orden del rey era urgente, y el horno estaba muy caliente, la llama del fuego mató a los hombres que llevaron a Sadrac, Mesac y Abednego.

23 Estos tres hombres, Sadrac, Mesac y Abednego, cayeron atados en medio del horno de fuego ardiente.

24 Caminaban en medio del fuego, alabando a Dios y bendiciendo al Señor.

25 Entonces Azarías se puso de pie y oró así. Abriendo su boca en medio del fuego dijo:

26 «¡Bendito seas, Señor, tú, Dios de nuestros padres! Tu nombre es digno de ser alabado y glorificado por siempre;

27 porque eres justo en todas las cosas que has hecho. Sí, todas tus obras son verdaderas. Tus caminos son rectos, y todos tus juicios son verdaderos.

28 En todo lo que has hecho sobre nosotros y sobre la ciudad santa de nuestros padres, Jerusalén, has ejecutado juicios verdaderos. Porque, según la verdad y la justicia, has traído todas estas cosas sobre nosotros a causa de nuestros pecados.

29 Porque hemos pecado y cometido iniquidad al alejarnos de ti.

30 En todo hemos prevaricado y no hemos obedecido tus mandamientos ni los hemos guardado. No hemos hecho lo que nos has mandado, para que nos vaya bien.

31 Por eso, todo lo que has traído sobre nosotros, y todo lo que has hecho con nosotros, lo has hecho con verdadero juicio.

32 Nos entregaste en manos de enemigos sin ley, rebeldes odiosos, y a un rey injusto que es el más perverso de todo el mundo.

33 Y ahora no podemos abrir la boca. La vergüenza y el oprobio han caído sobre tus siervos y los que te adoran.

34 No nos entregues del todo, por tu nombre. No anules tu pacto.

35 No hagas que tu misericordia se aparte de nosotros, por amor a Abraham, que es amado por ti, y por amor a Isaac, tu siervo, y a Israel, tu santo,

36 a quienes prometiste que multiplicarías su descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar.

37 Porque nosotros, oh Señor, hemos llegado a ser menos que cualquier nación, y estamos abatidos hoy en todo el mundo a causa de nuestros pecados.

38 No hay en este tiempo príncipe, ni profeta, ni jefe, ni holocausto, ni sacrificio, ni ofrenda, ni incienso, ni lugar para ofrecer ante ti y encontrar misericordia.

39 Sin embargo, con un corazón contrito y un espíritu humilde seamos aceptados,

40 como los holocaustos de carneros y novillos, y como diez mil corderos gordos. Así sea hoy nuestro sacrificio ante tus ojos, para que vayamos enteramente en pos de ti, pues no se avergonzarán los que pongan su confianza en ti.

41 Y ahora te seguimos con todo nuestro corazón. Te tememos y buscamos tu rostro.

42 No nos avergüences, sino que trata con nosotros según tu bondad, y según la multitud de tu misericordia.

43 Líbranos también según tus obras maravillosas, y da gloria a tu nombre, Señor. Que se avergüencen todos los que perjudican a tus siervos.

44 Que se avergüencen de todo su poder y su fuerza, y que se quiebre su fortaleza.

45 Que sepan que tú eres el Señor, el único Dios, y glorioso sobre todo el mundo».

46 Los siervos del rey que los introdujeron no dejaron de calentar el horno con nafta, brea, yesca y leña pequeña,

47 de modo que la llama salía a cuarenta y nueve codos por encima del horno.

48 Se extendió y quemó a los caldeos que encontró alrededor del horno.

49 Pero el ángel del Señor bajó al horno junto con Azarías y sus compañeros, y apagó la llama del fuego del horno,

50 e hizo que el medio del horno fuera como un viento silbante y húmedo, de modo que el fuego no los tocó en absoluto. No les hizo daño ni los perturbó.

51 Entonces los tres, como si salieran de una sola boca, alabaron, glorificaron y bendijeron a Dios en el horno, diciendo:

52 «¡Bendito seas, Señor, tú, Dios de nuestros padres, para ser alabado y exaltado por encima de todo para siempre!

53 ¡Bendito sea tu nombre, glorioso y santo, para ser alabado y exaltado por los siglos de los siglos!

54 ¡Bendito seas en el templo de tu santa gloria, para ser alabado y glorificado por los siglos de los siglos!

55 Bendito eres tú, que ves las profundidades y te sientas sobre los querubines, para ser alabado y exaltado por encima de todo para siempre.

56 ¡Bendito seas en el trono de tu reino, para ser alabado y exaltado sobre todo para siempre!

57 ¡Bendito seas en el firmamento del cielo, para ser alabado y glorificado por siempre!

58 ¡Oh, todas las obras del Señor, bendecid al Señor! ¡Alábenlo y exáltenlo por siempre!

59 ¡Oh, cielos, bendecid al Señor! Alabadlo y ensalzadlo por encima de todo para siempre.

60 ¡Oh vosotros, ángeles del Señor, bendecid al Señor! ¡Alabadlo y exaltadlo por encima de todo para siempre!

61 ¡Oh vosotros, aguas del cielo, bendecid al Señor! Alabadlo y ensalzadlo por siempre.

62 ¡Oh, todas las potencias del Señor, bendecid al Señor! Alabadlo y ensalzadlo por siempre.

63 ¡Oh, sol y luna, bendecid al Señor! Alabadlo y exaltadlo por siempre.

64 ¡Oh, estrellas del cielo, bendecid al Señor! Alabadlo y exaltadlo por siempre.

65 ¡Bendigan al Señor, lluvias y rocío! Alabadlo y exaltadlo por siempre.

66 ¡Oh, todos los vientos, bendecid al Señor! Alabadlo y exaltadlo por siempre.

67 ¡Oh, fuego y calor, bendecid al Señor! ¡Alabadlo y exaltadlo por siempre!

68 ¡Oh vosotros, rocíos y tormentas de nieve, bendecid al Señor! Alabadlo y exaltadlo por siempre.

69 ¡Oh vosotros, noches y días, bendecid al Señor! Alabadlo y exaltadlo por siempre.

70 ¡Oh vosotros, luz y tinieblas, bendecid al Señor! Alabadlo y exaltadlo por siempre.

71 ¡Oh vosotros, frío y calor, bendecid al Señor! Alábenlo y exáltenlo por siempre.

72 ¡Oh, vosotros, escarcha y nieve, bendecid al Señor! Alábenlo y exáltenlo por siempre.

73 ¡Oh, rayos y nubes, bendecid al Señor! ¡Alábenlo y exáltenlo por siempre!

74 ¡Oh, que la tierra bendiga al Señor! ¡Que lo alabe y lo exalte por siempre!

75 ¡Oh vosotros, montes y colinas, bendecid al Señor! Alábenlo y exáltenlo por siempre.

76 ¡Oh, todas las cosas que crecen en la tierra, bendecid al Señor! Alabadlo y exaltadlo por siempre.

77 ¡Oh, mar y ríos, bendecid al Señor! Alabadlo y exaltadlo por siempre.

78 ¡Oh, manantiales, bendecid al Señor! Alabadlo y exaltadlo por siempre.

79 ¡Oh, ballenas y todo lo que se mueve en las aguas, bendecid al Señor! Alabadlo y exaltadlo por siempre.

80 ¡Oh, aves del cielo, bendecid al Señor! Alábenlo y exáltenlo por siempre.

81 ¡Oh, todas las bestias y los animales, bendecid al Señor! Alábenlo y exáltenlo por siempre.

82 ¡Oh, hijos de los hombres, bendecid al Señor! Alábenlo y exáltenlo por siempre.

83 ¡Bendiga Israel al Señor! Alábenlo y exáltenlo por siempre.

84 ¡Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor! Alábenlo y exáltenlo por siempre.

85 ¡Oh vosotros, siervos del Señor, bendecid al Señor! Alabadlo y exaltadlo por siempre.

86 ¡Oh vosotros, espíritus y almas de los justos, bendecid al Señor! Alabadlo y exaltadlo por siempre.

87 ¡Oh vosotros, santos y humildes de corazón, bendecid al Señor! Alabadlo y ensalzadlo por siempre.

88 ¡Oh Hananías, Misael y Azarías, bendecid al Señor! Alábenlo y exáltenlo por siempre, porque nos ha rescatado del Hades y nos ha salvado de la mano de la muerte. Nos ha librado de entre el horno y la llama ardiente. Nos ha librado de en medio del fuego.

89 Dad gracias al Señor, porque es bueno; porque su misericordia es eterna.

90 ¡Oh, todos los que adoráis al Señor, bendecid al Dios de los dioses, alabadle y dadle gracias, porque es eterna su misericordia!»

91 Entonces el rey Nabucodonosor se asombró y se levantó apresuradamente. Habló y dijo a sus consejeros: «¿No echamos a tres hombres atados en medio del fuego?» Respondieron al rey: «Cierto, oh rey».

92 Él respondió: «Mira, veo a cuatro hombres sueltos, caminando en medio del fuego, y están ilesos. El aspecto del cuarto es como un hijo de los dioses».

93 Entonces Nabucodonosor se acercó a la boca del horno de fuego ardiente. Habló y dijo: «¡Sadrac, Mesac y Abednego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid aquí!» Entonces Sadrac, Mesac y Abednego salieron de en medio del fuego.

94 Los gobernadores locales, los diputados y los gobernadores, y los consejeros del rey, estando reunidos, vieron a estos hombres, que el fuego no tenía poder sobre sus cuerpos. El cabello de sus cabezas no se chamuscó. Sus pantalones no estaban cambiados. El olor del fuego ni siquiera estaba en ellos.

95 Nabucodonosor habló y dijo: «Bendito sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abednego, que ha enviado su ángel y ha librado a sus siervos que confiaron en él, y han cambiado la palabra del rey, y han entregado sus cuerpos, para no servir ni adorar

a ningún dios, sino a su propio Dios.

96 Por tanto, decreto que todo pueblo, nación y lengua que hable algo malo contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abednego, sea despedazado, y sus casas sean convertidas en un muladar, porque no hay otro dios que pueda librar como éste.»

97 Entonces el rey ascendió a Sadrac, Mesac y Abednego en la provincia de Babilonia.

Capítulo 4

1 El rey Nabucodonosor, a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra: Que la paz se multiplique para ti.

2 Me ha parecido bien mostrar las señales y los prodigios que el Dios Altísimo ha hecho conmigo.

3 ¡Qué grandes son sus signos!
¡Qué poderosas son sus maravillas!
Su reino es un reino eterno.
Su dominio es de generación en generación.

4 Yo, Nabucodonosor, estaba tranquilo en mi casa y floreciente en mi palacio.

5 Vi un sueño que me hizo temer, y los pensamientos de mi cama y las visiones de mi cabeza me turbaron.

6 Por lo tanto, decreté traer a todos los sabios de Babilonia ante mí, para que me dieran a conocer la interpretación del sueño.

7 Entonces entraron los magos, los encantadores, los caldeos y los adivinos; y yo conté el sueño ante ellos, pero no me dieron a conocer su interpretación.

8 Pero al final entró ante mí Daniel, cuyo nombre era Beltsasar, según el nombre de mi dios, y en quien está el espíritu de los dioses santos. Yo conté el sueño ante él, diciendo

9 "Beltsasar, maestro de los magos, porque sé que el espíritu de los dioses santos está en ti, y ningún secreto te perturba, dime las visiones de mi sueño que he visto, y su interpretación.

10 Estas fueron las visiones de mi cabeza en mi lecho: Vi, y he aquí un árbol en medio de la tierra; y su altura era grande.

11 El árbol crecía y era fuerte, y su altura llegaba hasta el cielo, y su vista hasta el final de toda la tierra.

12 Sus hojas eran hermosas, y tenía mucho fruto, y en él había alimento para todos. Los animales del campo tenían sombra bajo él, y las aves del cielo vivían en sus ramas, y toda carne se alimentaba de él.

13 "Vi en las visiones de mi cabeza en mi cama, y he aquí que un vigilante y un santo bajaron del cielo.

14 Gritó en voz alta y dijo lo siguiente: '¡Destruyan el árbol y corten sus ramas! Sacudan sus hojas y esparzan sus frutos. Que los animales se aparten de debajo de él, y las aves de sus ramas.

15 Sin embargo, deja el muñón de sus raíces en la tierra, con una banda de hierro y bronce, en la hierba tierna del campo; y que se moje con el rocío del cielo. Que su parte sea con los animales en la hierba de la tierra.

16 Que su corazón sea cambiado del de los hombres, y que se le dé un corazón de animal. Entonces que pasen sobre él siete tiempos.

17 "'La sentencia es por el decreto de los vigilantes, y la demanda por la palabra de los santos, con el fin de que los vivos sepan que el Altísimo gobierna en el reino de los hombres, y lo da a quien quiere, y pone sobre él al más bajo de los hombres.'

18 «Este sueño lo he visto yo, el rey Nabucodonosor, y tú, Beltsasar, declara la interpretación, porque todos los sabios de mi reino no son capaces de darme a conocer la interpretación, pero tú sí, porque el espíritu de los dioses santos está en ti.»

19 Entonces Daniel, cuyo nombre era Beltsasar, se quedó mudo por un momento,
y sus pensamientos lo perturbaron. El rey respondió: «Beltsasar, no dejes que el
sueño, ni la interpretación, te perturben». Beltsasar respondió: "Señor mío, que el
sueño sea para los que te odian, y su interpretación para tus adversarios.

20 El árbol que viste, que crecía y era fuerte, cuya altura llegaba hasta el cielo, y su
vista hasta toda la tierra;

21 cuyas hojas eran hermosas, y su fruto abundante, y en él había alimento para
todos; bajo el cual vivían los animales del campo, y en cuyas ramas tenían su mo-
rada las aves del cielo —

22 eres tú, oh rey, que has crecido y te has hecho fuerte; pues tu grandeza ha cre-
cido, y llega hasta el cielo, y tu dominio hasta el fin de la tierra.

23 "Mientras tanto, el rey vio a un vigilante y a un santo que bajaba del cielo y de-
cía: 'Corta el árbol y destrúyelo; sin embargo, deja el muñón de sus raíces en la tie-
rra, con una banda de hierro y bronce, en la hierba tierna del campo, y que se
moje con el rocío del cielo. Que su parte sea con los animales del campo, hasta
que pasen siete tiempos sobre él'.

24 «Esta es la interpretación, oh rey, y es el decreto del Altísimo, que ha venido so-
bre mi señor el rey:

25 que serás expulsado de los hombres, y tu morada será con los animales del
campo. Se os hará comer hierba como a los bueyes, y seréis mojados con el rocío
del cielo, y pasarán sobre vosotros siete tiempos; hasta que sepáis que el Altísimo
gobierna en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere.

26 Su mandato de dejar el tronco de las raíces del árbol significa que tu reino será
seguro para ti, después de que hayas conocido que el cielo gobierna.

27 Por lo tanto, oh rey, que mi consejo sea aceptable para ti, y rompe tus pecados
con la justicia, y tus iniquidades mostrando misericordia a los pobres. Tal vez se
prolongue tu tranquilidad».

28 Todo esto le ocurrió al rey Nabucodonosor.

29 Al cabo de doce meses se paseaba por el palacio real de Babilonia.

30 El rey habló y dijo: «¿No es ésta la gran Babilonia que he edificado para morada real, con la fuerza de mi poder y para gloria de mi majestad?»

31 Mientras la palabra estaba en la boca del rey, una voz vino del cielo, diciendo: "Oh rey Nabucodonosor, a ti se te ha dicho: 'El reino se ha apartado de ti.

32 Serás expulsado de los hombres y tu morada será con los animales del campo. Se te hará comer hierba como a los bueyes. Siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que sepas que el Altísimo gobierna en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere'".

33 Esto se cumplió en la misma hora sobre Nabucodonosor. Fue expulsado de los hombres, y comió hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojó con el rocío del cielo, hasta que su cabello creció como las plumas de las águilas, y sus uñas como las garras de las aves.

34 Al final de los días yo, Nabucodonosor, levanté mis ojos al cielo, y mi entendimiento volvió a mí, y bendije al Altísimo, y alabé y honré al que vive para siempre.
Porque su dominio es un dominio eterno,
y su reino de generación en generación.

35 Todos los habitantes de la tierra son reputados como nada;
y hace según su voluntad en el ejército del cielo,
y entre los habitantes de la tierra;
y nadie puede detener su mano,
o preguntarle: «¿Qué estás haciendo?»

36 Al mismo tiempo, mi entendimiento volvió a mí; y por la gloria de mi reino, mi majestad y brillo volvieron a mí. Mis consejeros y mis señores me buscaron; y fui establecido en mi reino, y se me añadió una grandeza excelente.

37 Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, ensalzo y honro al Rey de los cielos; porque todas sus obras son rectas y sus caminos justos; y a los que andan con soberbia él los puede humillar.

Capítulo 5

1 El rey Belsasar hizo un gran banquete a mil de sus señores, y bebió vino ante los mil.

2 Belsasar, mientras probaba el vino, mandó que le trajeran los vasos de oro y de plata que Nabucodonosor, su padre, había sacado del templo que estaba en Jerusalén, para que el rey y sus señores, sus mujeres y sus concubinas bebieran de ellos.

3 Entonces trajeron los vasos de oro que habían sido sacados del templo de la casa de Dios que estaba en Jerusalén, y el rey y sus señores, sus esposas y sus concubinas, bebieron de ellos.

4 Bebieron vino y alabaron a los dioses de oro, de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra.

5 En esa misma hora, los dedos de la mano de un hombre salieron y escribieron cerca del candelabro en el yeso de la pared del palacio del rey. El rey vio la parte de la mano que escribía.

6 Entonces el rostro del rey se transformó en él, y sus pensamientos lo turbaron; y las articulaciones de sus muslos se aflojaron, y sus rodillas se golpearon una contra otra.

7 El rey pidió a gritos que trajeran a los encantadores, a los caldeos y a los adivinos. El rey habló y dijo a los sabios de Babilonia: «El que lea esta escritura y me muestre su interpretación será vestido de púrpura y tendrá una cadena de oro al cuello, y será el tercer gobernante del reino.»

8 Entonces entraron todos los sabios del rey, pero no pudieron leer la escritura y no pudieron dar a conocer al rey la interpretación.

9 Entonces el rey Belsasar se turbó mucho. Su rostro se transformó en él, y sus señores quedaron perplejos.

10 La reina, a causa de las palabras del rey y de sus señores, entró en la casa del banquete. La reina habló y dijo: «Oh rey, vive para siempre; no permitas que tus pensamientos te perturben, ni que tu rostro se altere.

11 Hay un hombre en tu reino en quien está el espíritu de los dioses santos. En los días de tu padre se encontraron en él luz, entendimiento y sabiduría como la de los dioses. El rey Nabucodonosor, tu padre — sí, el rey, tu padre — lo hizo maestro de los magos, encantadores, caldeos y adivinos

12 porque un espíritu excelente, el conocimiento, la comprensión, la interpretación de los sueños, la demostración de las sentencias oscuras y la disolución de las dudas se encontraron en el mismo Daniel, a quien el rey llamó Beltsasar. Que se llame a Daniel, y él mostrará la interpretación».

13 Entonces Daniel fue llevado ante el rey. El rey habló y dijo a Daniel: «¿Eres tú ese Daniel de los hijos de la cautividad de Judá, que el rey mi padre sacó de Judá?

14 He oído decir de ti que el espíritu de los dioses está en ti, y que se encuentran en ti luz, entendimiento y excelente sabiduría.

15 Ahora bien, los sabios, los encantadores, han sido traídos ante mí para leer esta escritura y darme a conocer su interpretación; pero no han podido mostrar la interpretación del asunto.

16 Pero yo he oído hablar de ti, que puedes dar interpretaciones y disipar dudas. Ahora bien, si puedes leer la escritura y darme a conocer su interpretación, serás vestido de púrpura y tendrás un collar de oro alrededor de tu cuello, y serás el tercer gobernante del reino.»

17 Entonces Daniel respondió al rey: “Deja que tus regalos sean para ti, y da tus recompensas a otro. Sin embargo, yo leeré la escritura al rey, y le daré a conocer la interpretación.

18 “A ti, rey, el Dios Altísimo te dio a Nabucodonosor, tu padre, el reino, la grandeza, la gloria y la majestad.

19 A causa de la grandeza que le dio, todos los pueblos, naciones y lenguas temieron y temblaron ante él. Mató a quien quiso, y mantuvo con vida a quien quiso. Levantó a quien quiso, y abatió a quien quiso.

20 Pero cuando su corazón se enalteció y su espíritu se endureció para actuar con soberbia, fue depuesto de su trono real y le quitaron su gloria.

21 Fue expulsado de los hijos de los hombres y su corazón se hizo como el de los animales, y su morada fue con los asnos salvajes. Fue alimentado con hierba como los bueyes, y su cuerpo fue mojado con el rocío del cielo, hasta que supo que el Dios Altísimo gobierna en el reino de los hombres, y que pone sobre él a quien quiere.

22 "Tú, hijo suyo, Belsasar, no has humillado tu corazón, aunque sabías todo esto,

23 sino que te has levantado contra el Señor del cielo; y han traído ante ti los vasos de su casa, y tú y tus señores, tus esposas y tus concubinas habéis bebido vino de ellos. Has alabado a los dioses de la plata, del oro, del bronce, del hierro, de la madera y de la piedra, que no ven, ni oyen, ni conocen; y no has glorificado al Dios en cuya mano está tu aliento y cuyos son todos tus caminos.

24 Entonces la parte de la mano fue enviada de delante de él, y se inscribió esta escritura.

25 "Esta es la escritura que estaba inscrita: 'MENE, MENE, TEKEL, UPHARSIN'.

26 «Esta es la interpretación de la cosa: MENE: Dios ha contado tu reino, y lo ha llevado a su fin.

27 TEKEL: se os pesa en la balanza y se os encuentra faltos.

28 PERES: tu reino está dividido y entregado a los medos y a los persas».

29 Entonces Belsasar ordenó que vistieran a Daniel de púrpura y le pusieran un collar de oro al cuello, y proclamaron que sería el tercer gobernante del reino.

30 Aquella noche fue asesinado Belsasar, el rey caldeo.

31 Darío el Medo recibió el reino, siendo de unos sesenta y dos años de edad.

Capítulo 6

1 Quiso Darío poner sobre el reino a ciento veinte gobernadores locales, que estuvieran en todo el reino;

2 y sobre ellos a tres presidentes, de los cuales Daniel era uno; para que estos gobernadores locales les rindieran cuentas, y para que el rey no sufriera ninguna pérdida.

3 Entonces este Daniel se distinguió por encima de los presidentes y de los gobernadores locales, porque había en él un espíritu excelente; y el rey pensó en ponerlo sobre todo el reino.

4 Entonces los presidentes y los gobernadores locales trataron de encontrar ocasión contra Daniel en lo que respecta al reino; pero no pudieron encontrar ocasión ni falta, porque era fiel. No se encontró en él ningún error o falta.

5 Entonces estos hombres dijeron: «No encontraremos ninguna ocasión contra este Daniel, a menos que la encontremos contra él en cuanto a la ley de su Dios.»

6 Entonces estos presidentes y gobernadores locales se reunieron ante el rey y le dijeron lo siguiente: «¡Rey Darío, vive para siempre!

7 Todos los presidentes del reino, los diputados y los gobernadores locales, los consejeros y los gobernadores, han consultado juntos para establecer un estatuto real, y para hacer un fuerte decreto, que cualquiera que pida una petición a cualquier dios u hombre durante treinta días, excepto a ti, oh rey, será arrojado al foso de los leones.

8 Ahora, oh rey, establece el decreto y firma el escrito, para que no sea cambiado, según la ley de los medos y los persas, que no se altera.»

9 Por lo tanto, el rey Darío firmó el escrito y el decreto.

10 Cuando Daniel supo que la escritura estaba firmada, entró en su casa (ahora sus ventanas estaban abiertas en su habitación hacia Jerusalén) y se arrodilló tres veces al día, y oró, y dio gracias ante su Dios, como lo hacía antes.

11 Entonces se reunieron aquellos hombres, y encontraron a Daniel haciendo peticiones y súplicas ante su Dios.

12 Entonces se acercaron y hablaron ante el rey sobre el decreto del rey: «¿No has firmado un decreto para que todo hombre que haga una petición a cualquier dios u hombre dentro de treinta días, excepto a ti, oh rey, sea arrojado al foso de los leones?» El rey respondió: «Esto es cierto, según la ley de los medos y los persas, que no se altera».

13 Entonces respondieron y dijeron ante el rey: «Ese Daniel, que es de los hijos del cautiverio de Judá, no te respeta, oh rey, ni el decreto que has firmado, sino que hace su petición tres veces al día.»

14 Entonces el rey, al oír estas palabras, se disgustó mucho y se empeñó en liberar a Daniel, y trabajó hasta la puesta del sol para rescatarlo.

15 Entonces estos hombres se reunieron ante el rey y le dijeron: «Sepa, oh rey, que es una ley de los medos y los persas que ningún decreto ni estatuto que el rey establezca puede ser cambiado.»

16 Entonces el rey ordenó que trajeran a Daniel y lo echaran al foso de los leones. El rey habló y dijo a Daniel: «Tu Dios, al que sirves continuamente, te librará».

17 Se trajo una piedra y se puso en la boca del foso, y el rey la selló con su propio sello y con el de sus señores, para que no se cambiara nada respecto a Daniel.

18 Entonces el rey se fue a su palacio y pasó la noche en ayuno. No le trajeron ningún instrumento musical, y su sueño huyó de él.

19 Entonces el rey se levantó muy temprano por la mañana y se dirigió a toda prisa al foso de los leones.

20 Cuando se acercó al foso a Daniel, éste gritó con voz turbada. El rey habló y
dijo a Daniel: «Daniel, siervo del Dios vivo, ¿es tu Dios, al que sirves continua-
mente, capaz de librarte de los leones?»

21 Entonces Daniel dijo al rey: «¡Oh rey, vive para siempre!

22 Mi Dios ha enviado a su ángel y ha cerrado la boca de los leones, y no me han
hecho daño, porque soy inocente a sus ojos. También ante ti, oh rey, no he hecho
ningún daño».

23 El rey se alegró mucho y ordenó que sacaran a Daniel del foso. Y Daniel fue sa-
cado del foso, y no se le encontró ningún daño, porque había confiado en su
Dios.

24 El rey lo ordenó, y trajeron a aquellos hombres que habían acusado a Daniel, y
los arrojaron al foso de los leones: a ellos, a sus hijos y a sus mujeres; y los leones
los destrozaron y rompieron todos sus huesos antes de que llegaran al fondo del
foso.

25 Entonces el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que habi-
tan en toda la tierra: "Que la paz se multiplique con vosotros.

26 "Hago un decreto para que en todo el dominio de mi reino los hombres tiem-
blen y teman ante el Dios de Daniel;
«porque él es el Dios vivo,
y firme para siempre.
Su reino es el que no será destruido.
Su dominio será hasta el final.

27 Él libera y rescata.
Él hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra,
que ha librado a Daniel del poder de los leones».

28 Así prosperó este Daniel en el reinado de Darío y en el de Ciro el Persa.

Capítulo 7

1 En el primer año de Belsasar, rey de Babilonia, Daniel tuvo un sueño y visiones
de su cabeza en su cama. Luego escribió el sueño y contó la suma de los asuntos.

2 Daniel habló y dijo: "Vi en mi visión de noche y he aquí que los cuatro vientos
del cielo se desataron sobre el gran mar.

3 Cuatro grandes animales subieron del mar, diferentes entre sí.

4 "El primero era como un león y tenía alas de águila. Yo observé hasta que le fue-
ron arrancadas las alas, y fue levantado de la tierra, y se puso de pie sobre dos pies
como un hombre. Se le dio un corazón de hombre.

5 "He aquí que había otro animal, un segundo, como un oso. Estaba levantado
por un lado, y tenía tres costillas en la boca entre los dientes. Le dijeron lo siguiente
'¡Levántate! Devora mucha carne".

6 "Después de esto vi, y he aquí otro, semejante a un leopardo, que tenía sobre su
espalda cuatro alas de ave. Este animal también tenía cuatro cabezas; y se le dio
dominio.

7 "Después de esto vi en las visiones nocturnas, y he aquí que había un cuarto ani-
mal, imponente y poderoso, y sumamente fuerte. Tenía grandes dientes de hierro.
Devoraba y despedazaba, y pisoteaba los restos con sus patas. Era diferente de to-
dos los animales anteriores. Tenía diez cuernos.

8 "Consideré los cuernos, y he aquí que otro cuerno subía entre ellos, uno pe-
queño, ante el cual tres de los primeros cuernos fueron arrancados de raíz; y he
aquí que en este cuerno había ojos como ojos de hombre, y una boca que hablaba
grandes cosas.

9 "Observé hasta que se colocaron los tronos,
y se sentó uno que era antiguo de días.
Su ropa era blanca como la nieve,

y el pelo de su cabeza como lana pura.
Su trono era de llamas ardientes,
y sus ruedas arden.

10 Un chorro de fuego salió de delante de él.
Miles de miles de personas lo atendieron.
Diez mil veces diez mil estaban ante él.
La sentencia fue fijada.
Los libros fueron abiertos.

11 "Velé en aquel tiempo por la voz de las grandes palabras que el cuerno pronunció. Velé hasta que el animal fue sacrificado, su cuerpo destruido, y fue entregado para ser quemado con fuego.

12 En cuanto al resto de los animales, se les quitó el dominio; pero su vida se prolongó por una temporada y un tiempo.

13 "Vi en las visiones nocturnas, y he aquí que uno como un hijo de hombre venía con las nubes, y se acercó al anciano de los días, y lo llevaron ante él.

14 Se le dio dominio, con gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Su dominio es un dominio eterno, que no pasará, y su reino no será destruido.

15 "En cuanto a mí, Daniel, mi espíritu estaba afligido dentro de mi cuerpo, y las visiones de mi cabeza me turbaban.

16 Me acerqué a uno de los que estaban allí y le pregunté la verdad sobre todo esto. "Así me lo dijo, y me hizo saber la interpretación de las cosas.

17 'Estos grandes animales, que son cuatro, son cuatro reyes que se levantarán de la tierra.

18 Pero los santos del Altísimo recibirán el reino y poseerán el reino para siempre, por los siglos de los siglos.'

19 "Entonces quise saber la verdad acerca del cuarto animal, que era diferente de
todos ellos, sumamente terrible, cuyos dientes eran de hierro, y sus uñas de
bronce; que devoraba, desmenuzaba y pisoteaba las sobras con sus pies;

20 y acerca de los diez cuernos que tenía en la cabeza, y del otro cuerno que subía,
y ante el cual cayeron tres, aquel cuerno que tenía ojos, y una boca que hablaba
grandes cosas, cuya mirada era más robusta que la de sus compañeros.

21 Vi, y el mismo cuerno hizo la guerra contra los santos y prevaleció contra ellos

22 hasta que llegó la antigüedad de los días, y se dio el juicio a los santos del Altí-
simo, y llegó el tiempo en que los santos poseían el reino.

23 "Y dijo: 'El cuarto animal será un cuarto reino en la tierra, que será diferente de
todos los reinos, y devorará toda la tierra, y la pisoteará y la hará pedazos.

24 En cuanto a los diez cuernos, diez reyes se levantarán de este reino. Después de
ellos se levantará otro, que será diferente de los anteriores, y derribará a tres reyes.

25 Él hablará palabras contra el Altísimo, y desgastará a los santos del Altísimo.
Él planeará cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta un
tiempo y tiempos y medio tiempo.

26 «'Pero el juicio será fijado, y le quitarán su dominio, para consumirlo y des-
truirlo hasta el fin.

27 El reino y el dominio, y la grandeza de los reinos bajo todo el cielo, serán dados
al pueblo de los santos del Altísimo. Su reino es un reino eterno, y todos los domi-
nios le servirán y le obedecerán».

28 «He aquí el fin del asunto. En cuanto a mí, Daniel, mis pensamientos me tur-
baron mucho, y mi rostro se transformó en mí; pero guardé el asunto en mi
corazón.»

Capítulo 8

1 En el tercer año del reinado del rey Belsasar, se me apareció una visión, a mí, Daniel, después de la que se me apareció al principio.

2 Vi la visión. Y cuando vi, estaba en la ciudadela de Susa, que está en la provincia de Elam. Vi en la visión, y estaba junto al río Ulai.

3 Entonces levanté mis ojos y vi, y he aquí que un carnero que tenía dos cuernos estaba delante del río. Los dos cuernos eran altos; pero uno era más alto que el otro, y el más alto subía al final.

4 Vi que el carnero empujaba hacia el oeste, hacia el norte y hacia el sur. Ningún animal podía resistir ante él. No había nadie que pudiera librar de su mano; pero él hacía según su voluntad, y se engrandecía.

5 Mientras pensaba, he aquí que un macho cabrío venía del oeste sobre la superficie de toda la tierra, y no tocaba el suelo. El macho cabrío tenía un cuerno notable entre los ojos.

6 Se acercó al carnero que tenía los dos cuernos, el cual vi parado frente al río, y corrió sobre él con la furia de su poder.

7 Lo vi acercarse al carnero, y se llenó de ira contra él, e hirió al carnero y le rompió los dos cuernos. No hubo fuerza en el carnero para resistir ante él, sino que lo arrojó al suelo y lo pisoteó. No hubo quien librara al carnero de su mano.

8 El macho cabrío se engrandeció sobremanera. Cuando se hizo fuerte, el gran cuerno se rompió, y en su lugar surgieron cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo.

9 De uno de ellos salió un cuerno pequeño, que creció mucho hacia el sur, hacia el este y hacia la tierra gloriosa.

10 Se engrandeció hasta el ejército del cielo, y derribó a parte del ejército y de las estrellas hasta el suelo, y las pisoteó.

11 Sí, se engrandeció hasta el príncipe del ejército, y le quitó el holocausto continuo, y el lugar de su santuario fue derribado.

12 El ejército se entregó a él junto con el holocausto continuo por desobediencia. Echó por tierra la verdad, e hizo su voluntad y prosperó.

13 Entonces oí a un santo que hablaba; y otro santo dijo a aquel que hablaba: «¿Hasta cuándo será la visión sobre el holocausto continuo y la desobediencia que desolará, para dar a hollar tanto el santuario como el ejército?»

14 Me dijo: «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas. Entonces el santuario será purificado».

15 Cuando yo, Daniel, vi la visión, traté de entenderla. Y he aquí que se presentó ante mí algo parecido a la apariencia de un hombre.

16 Oí la voz de un hombre entre las orillas del Ulai, que llamaba y decía: «Gabriel, haz que este hombre entienda la visión».

17 Entonces se acercó a donde yo estaba; y cuando llegó, me asusté y caí de bruces; pero me dijo: «Entiende, hijo de hombre, porque la visión pertenece al tiempo del fin.»

18 Mientras hablaba conmigo, caí en un profundo sueño con el rostro hacia el suelo; pero él me tocó y me enderezó.

19 Dijo: "He aquí, yo te haré saber lo que sucederá en el último tiempo de la indignación; porque pertenece al tiempo señalado del fin.

20 El carnero que viste, que tenía dos cuernos, son los reyes de Media y de Persia.

21 El macho cabrío áspero es el rey de Grecia. El gran cuerno que está entre sus ojos es el primer rey.

22 En cuanto a lo que fue quebrado, en el lugar donde se levantaron cuatro, se levantarán cuatro reinos de la nación, pero no con su poder.

23 "En el último tiempo de su reino, cuando los transgresores hayan llegado a la plenitud, se levantará un rey de rostro feroz y de entendimiento de sentencias oscuras.

24 Su poder será poderoso, pero no por su propia fuerza. Destruirá imponentemente, y prosperará en lo que haga. Destruirá a los poderosos y al pueblo santo.

25 A través de su política hará que el engaño prospere en su mano. Se engrandecerá en su corazón, y destruirá a muchos en su seguridad. También se levantará contra el príncipe de los príncipes; pero será quebrantado sin poder humano.

26 «La visión de las tardes y las mañanas que se ha contado es verdadera; pero sella la visión, porque pertenece a muchos días por venir.»

27 Yo, Daniel, me desmayé y estuve enfermo durante algunos días. Luego me levanté y me ocupé de los asuntos del rey. Me asombraba la visión, pero nadie la entendía.

Capítulo 9

1 En el primer año de Darío, hijo de Asuero, de la estirpe de los medos, que fue hecho rey sobre el reino de los caldeos,

2 en el primer año de su reinado, yo, Daniel, comprendí por medio de los libros el número de los años sobre los cuales vino la palabra de Yahvé al profeta Jeremías, para el cumplimiento de las desolaciones de Jerusalén, es decir, setenta años.

3 Puse mi rostro ante el Señor Dios, para buscarlo mediante la oración y las súplicas, con ayuno en cilicio y ceniza.

4 Oré a Yahvé, mi Dios, e hice confesión, y dije, "Oh, Señor, Dios grande y temible, que guarda el pacto y la bondad amorosa con los que le aman y guardan sus mandamientos,

5 hemos pecado, y hemos actuado con perversidad, y hemos hecho maldad, y nos hemos rebelado, apartándonos de tus preceptos y de tus ordenanzas.

6 No hemos escuchado a tus siervos los profetas, que hablaron en tu nombre a nuestros reyes, a nuestros príncipes y a nuestros padres, y a todo el pueblo de la tierra.

7 "Señor, a ti te pertenece la justicia, pero a nosotros la confusión de rostro, como sucede hoy: a los hombres de Judá, a los habitantes de Jerusalén y a todo Israel, a los que están cerca y a los que están lejos, por todos los países a los que los has expulsado, a causa de la transgresión que han cometido contra ti.

8 Señor, a nosotros nos corresponde la confusión de rostro, a nuestros reyes, a nuestros príncipes y a nuestros padres, porque hemos pecado contra ti.

9 Al Señor, nuestro Dios, le pertenecen la misericordia y el perdón, porque nos hemos rebelado contra él.

10 No hemos obedecido la voz de Yahvé, nuestro Dios, para andar en sus leyes, que él puso delante de nosotros por medio de sus siervos los profetas.

11 Sí, todo Israel ha transgredido tu ley, apartándose, para no obedecer tu voz. "Por eso se ha derramado sobre nosotros la maldición y el juramento escritos en la ley de Moisés, siervo de Dios, porque hemos pecado contra él.

12 Ha confirmado sus palabras, que pronunció contra nosotros, y contra nuestros jueces que nos juzgaron, trayendo sobre nosotros un gran mal; porque bajo todo el cielo no se ha hecho tal cosa como se ha hecho a Jerusalén.

13 Como está escrito en la ley de Moisés, todo este mal ha caído sobre nosotros. Sin embargo, no hemos implorado el favor de Yahvé, nuestro Dios, para que nos convirtamos de nuestras iniquidades y tengamos discernimiento en tu verdad.

14 Por eso Yahvé ha velado por el mal y lo ha hecho recaer sobre nosotros; porque Yahvé nuestro Dios es justo en todas sus obras que realiza, y nosotros no hemos obedecido su voz.

15 "Ahora bien, Señor, Dios nuestro, que has sacado a tu pueblo de la tierra de Egipto con mano poderosa y te has dado a conocer, como hoy, hemos pecado. Hemos actuado con maldad.

16 Señor, según toda tu justicia, haz que tu cólera y tu ira se aparten de tu ciudad, Jerusalén, tu monte santo, porque por nuestros pecados y por las iniquidades de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo se han convertido en un oprobio para todos los que nos rodean.

17 «Ahora, pues, Dios nuestro, escucha la oración de tu siervo y sus peticiones, y haz brillar tu rostro sobre tu santuario desolado, por amor al Señor.

18 Dios mío, vuelve tu oído y escucha. Abre tus ojos y mira nuestras desolaciones y la ciudad que lleva tu nombre; porque no presentamos nuestras peticiones ante ti por nuestra justicia, sino por tus grandes misericordias.

19 Señor, escucha. Señor, perdona. Señor, escucha y haz. No te demores, por tu bien, Dios mío, porque tu ciudad y tu pueblo son llamados por tu nombre».

20 Mientras hablaba, oraba y confesaba mi pecado y el de mi pueblo Israel, y presentaba mi súplica ante Yahvé, mi Dios, por el monte santo de mi Dios,

21 sí, mientras hablaba en oración, el varón Gabriel, a quien había visto en la visión del principio, siendo hecho volar velozmente, me tocó a la hora de la ofrenda de la tarde.

22 Me instruyó y habló conmigo, y me dijo: "Daniel, ahora he venido a darte sabiduría y entendimiento.

23 Al principio de tus peticiones salió el mandamiento y he venido a decírtelo, porque eres muy querido. Por tanto, considera el asunto y entiende la visión.

24 "Setenta semanas están decretadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para acabar con la desobediencia, para poner fin al pecado, para reconciliar la iniquidad, para traer la justicia eterna, para sellar la visión y la profecía, y para ungir al santísimo.

25 «Sabed, pues, y discernid que desde la salida de la orden de restaurar y edificar Jerusalén hasta el Ungido, el príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas. Se construirá de nuevo con calle y foso, incluso en tiempos difíciles.

26 Después de las sesenta y dos semanas el Ungido será cortado y no tendrá nada. El pueblo del príncipe que viene destruirá la ciudad y el santuario. Su fin será con una inundación, y la guerra será hasta el final. Las desolaciones están decididas.

27 Él hará un pacto firme con muchos durante una semana. A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. En el ala de las abominaciones vendrá uno que hace desolación. Hasta el final que está decretado, la ira se derramará sobre el desolado».

Capítulo 10

1 En el tercer año de Ciro, rey de Persia, se reveló una revelación a Daniel, cuyo nombre era Beltsasar. La revelación era verdadera, incluso una gran guerra. El entendió la revelación, y tuvo entendimiento de la visión.

2 En aquellos días yo, Daniel, estuve de luto tres semanas enteras.

3 No comí ningún pan agradable. Ni carne ni vino entraron en mi boca. No me ungí en absoluto, hasta que se cumplieron tres semanas enteras.

4 En el día veinticuatro del primer mes, estando yo a la orilla del gran río, que es Hiddekel,

5 alcé los ojos y miré, y he aquí que había un hombre vestido de lino, cuyos muslos estaban adornados con oro puro de Ufaz.

6 Su cuerpo era también como el berilo, y su rostro como la apariencia de un relámpago, y sus ojos como antorchas encendidas. Sus brazos y sus pies eran como el bronce bruñido. La voz de sus palabras era como la voz de una multitud.

7 Yo, Daniel, fui el único que vio la visión, pues los hombres que estaban conmigo no vieron la visión, sino que les sobrevino un gran temblor y huyeron a esconderse.

8 Así que me quedé solo, y vi esta gran visión. No me quedaban fuerzas, pues mi rostro se puso pálido como la muerte, y no conservaba ninguna fuerza.

9 Sin embargo, oí la voz de sus palabras. Cuando oí la voz de sus palabras, caí en un profundo sueño sobre mi rostro, con la cara hacia el suelo.

10 He aquí que me tocó una mano que me puso de rodillas y sobre las palmas de las manos.

11 Me dijo: «Daniel, hombre muy amado, entiende las palabras que te digo. Ponte de pie, pues he sido enviado a ti, ahora». Cuando me dijo esta palabra, me puse de pie temblando.

12 Entonces me dijo: «No temas, Daniel, porque desde el primer día que pusiste tu corazón en comprender y en humillarte ante tu Dios, tus palabras fueron escuchadas. He venido por tus palabras.

13 Pero el príncipe del reino de Persia me resistió veintiún días; pero he aquí que Miguel, uno de los principales príncipes, vino a ayudarme porque me quedé allí con los reyes de Persia.

14 Ahora he venido para hacerte entender lo que le sucederá a tu pueblo en los últimos días; porque la visión es todavía para muchos días.»

15 Cuando me dijo estas palabras, puse mi rostro hacia el suelo y me quedé mudo.

16 He aquí que uno a semejanza de los hijos de los hombres tocó mis labios. Entonces abrí mi boca y hablé, y dije al que estaba delante de mí: «Señor mío, a causa de la visión mis dolores me han alcanzado, y no conservo ninguna fuerza.

17 Pues, ¿cómo puede el siervo de mi señor hablar con mi señor? Pues en cuanto a mí, inmediatamente no me quedaron fuerzas. No me quedaba aliento».

18 Entonces uno con apariencia de hombre me tocó de nuevo, y me fortaleció.

19 Dijo: «Hombre muy amado, no temas. La paz sea contigo. Sé fuerte. Sí, sé fuerte». Cuando me habló, me sentí fortalecido y dije: «Deja hablar a mi señor, porque me has fortalecido».

20 Entonces dijo: "¿Sabes por qué he venido a ti? Ahora volveré para luchar con el príncipe de Persia. Cuando salga, he aquí que vendrá el príncipe de Grecia.

21 Pero os diré lo que está inscrito en la escritura de la verdad. No hay nadie que
me apoye contra éstos, sino Miguel, vuestro príncipe.

Capítulo 11

1 "En cuanto a mí, en el primer año de Darío el Medo, me levanté para confir-
marlo y fortalecerlo.

2 "Ahora te mostraré la verdad. He aquí que otros tres reyes se levantarán en Per-
sia. El cuarto será mucho más rico que todos ellos. Cuando se haya hecho fuerte
gracias a sus riquezas, se alzará contra el reino de Grecia.

3 Se levantará un rey poderoso que gobernará con gran dominio y hará su
voluntad.

4 Cuando se levante, su reino se romperá y se repartirá hacia los cuatro vientos del
cielo, pero no para su posteridad, ni según su dominio con el que gobernó; porque
su reino será arrancado, incluso para otros además de éstos.

5 "El rey del sur se hará fuerte. Uno de sus príncipes se hará más fuerte que él y
tendrá dominio. Su dominio será un gran dominio.

6 Al final de los años se unirán. La hija del rey del sur vendrá al rey del norte para
hacer un acuerdo, pero no conservará la fuerza de su brazo. Tampoco él se man-
tendrá en pie, ni su brazo; sino que ella será entregada, con los que la trajeron y el
que se convirtió en su padre, y el que la fortaleció en aquellos tiempos.

7 "Pero de un brote de sus raíces se levantará uno en su lugar, que vendrá al ejér-
cito y entrará en la fortaleza del rey del norte, y tratará contra ellos y vencerá.

8 También llevará cautivos a Egipto a sus dioses, con sus imágenes fundidas y sus
objetos preciosos de plata y de oro. Se abstendrá algunos años del rey del norte.

9 Llegará al reino del rey del sur, pero volverá a su tierra.

10 Sus hijos harán la guerra y reunirán una multitud de grandes fuerzas que seguirán viniendo y desbordarán y pasarán. Volverán y harán la guerra hasta su fortaleza.

11 "El rey del sur se enfurecerá y saldrá a luchar con él, incluso con el rey del norte. Enviará una gran multitud, y la multitud será entregada en su mano.

12 La multitud se alzará, y su corazón se enaltecerá. Derribará a decenas de miles, pero no prevalecerá.

13 El rey del norte volverá y enviará una multitud mayor que la anterior. Vendrá al final de los tiempos, incluso de los años, con un gran ejército y con abundantes provisiones.

14 "En esos tiempos muchos se levantarán contra el rey del sur. También los hijos de los violentos de tu pueblo se levantarán para establecer la visión; pero caerán.

15 Entonces el rey del norte vendrá y levantará un montículo, y tomará una ciudad bien fortificada. Las fuerzas del sur no resistirán, ni su pueblo elegido, ni habrá fuerza para resistir.

16 Pero el que venga contra él hará según su voluntad, y nadie podrá resistir ante él. Se parará en la tierra gloriosa, y la destrucción estará en su mano.

17 Él pondrá su rostro para venir con la fuerza de todo su reino, y con él condiciones equitativas. Las cumplirá. Le dará a la hija de las mujeres para que la corrompa; pero ella no se mantendrá en pie y no será para él.

18 Después de esto, volverá su rostro hacia las islas y tomará a muchos; pero un príncipe hará cesar el reproche que le ofrece. Más aún, hará que su reproche se vuelva contra él.

19 Entonces volverá su rostro hacia las fortalezas de su propia tierra; pero tropezará y caerá, y no será encontrado.

20 "Entonces se levantará en su lugar uno que hará pasar a un recaudador de impuestos por el reino para mantener su gloria; pero en pocos días será destruido, no en la ira ni en la batalla.

21 “En su lugar se levantará una persona despreciable, a la que no habían dado el
honor del reino; pero vendrá en tiempo de seguridad, y obtendrá el reino mediante
lisonjas.

22 Las fuerzas abrumadoras se verán desbordadas ante él y serán quebrantadas.
Sí, también el príncipe del pacto.

23 Después de que se haga el tratado con él, obrará con engaño; porque subirá y
se hará fuerte con un pueblo pequeño.

24 En tiempo de seguridad, vendrá incluso sobre los lugares más gordos de la pro-
vincia. Hará lo que no hicieron sus padres, ni los padres de sus padres. Esparcirá
entre ellos presas, saqueos y riquezas. Sí, ideará sus planes contra las fortalezas, in-
cluso por un tiempo.

25 “Él despertará su poder y su coraje contra el rey del sur con un gran ejército; y
el rey del sur entablará la guerra en la batalla con un ejército sumamente grande y
poderoso; pero no resistirá, porque idearán planes contra él.

26 Sí, los que coman de sus manjares lo destruirán, y su ejército será barrido. Mu-
chos caerán muertos.

27 En cuanto a estos dos reyes, su corazón será para hacer maldades, y hablarán
mentiras en una mesa; pero no prosperará, porque el fin será todavía en el tiempo
señalado.

28 Entonces volverá a su tierra con grandes riquezas. Su corazón estará en contra
del pacto sagrado. Tomará medidas y regresará a su tierra.

29 “Volverá al tiempo señalado y entrará en el sur; pero no será en el último
tiempo como en el primero.

30 Porque vendrán contra él barcos de Kittim. Por tanto, se afligirá, y volverá, y
tendrá indignación contra el santo pacto, y tomará medidas. Incluso volverá, y
tendrá consideración con los que abandonan el santo pacto.

31 “Las fuerzas se pondrán de su parte y profanarán el santuario, incluso la fortaleza, y quitarán el holocausto continuo. Entonces levantarán la abominación desoladora.

32 Corromperá con lisonjas a los que obran con maldad contra el pacto; pero el pueblo que conoce a su Dios será fuerte y actuará.

33 “Los sabios del pueblo instruirán a muchos; pero caerán por la espada y por las llamas, por el cautiverio y por el saqueo, muchos días.

34 Cuando caigan, serán ayudados con un poco de ayuda; pero muchos se unirán a ellos con lisonjas.

35 Algunos de los sabios caerán, para refinarlos y purificarlos y emblanquecerlos, hasta el tiempo del fin; porque aún es para el tiempo señalado.

36 “El rey hará según su voluntad. Se exaltará a sí mismo, y se engrandecerá por encima de todo dios, y hablará cosas maravillosas contra el Dios de los dioses. Prosperará hasta que se cumpla la indignación; porque se hará lo que está determinado.

37 No mirará a los dioses de sus padres, ni al deseo de las mujeres, ni mirará a ningún dios; porque se engrandecerá a sí mismo por encima de todo.

38 Pero en su lugar honrará al dios de las fortalezas. Honrará a un dios que sus padres no conocieron con oro, plata, piedras preciosas y cosas agradables.

39 Se enfrentará a las fortalezas más fuertes con la ayuda de un dios extranjero. Aumentará con gloria a quien lo reconozca. Hará que gobiernen sobre muchos, y repartirá la tierra por un precio.

40 “En el tiempo del fin, el rey del sur contenderá con él; y el rey del norte vendrá contra él como un torbellino, con carros, con jinetes y con muchos barcos. Entrará en los países, los desbordará y los atravesará.

41 También entrará en la tierra gloriosa, y muchos países serán derribados; pero éstos serán librados de su mano: Edom, Moab y el jefe de los hijos de Amón.

42 También extenderá su mano contra los países. La tierra de Egipto no escapará.

43 Pero tendrá poder sobre los tesoros de oro y de plata, y sobre todas las cosas preciosas de Egipto. Los libios y los etíopes estarán a sus pies.

44 Pero noticias del este y del norte lo perturbarán; y saldrá con gran furia para destruir y arrasar a muchos.

45 Plantará las tiendas de su palacio entre el mar y el monte santo glorioso; pero llegará a su fin, y nadie lo ayudará.

Capítulo 12

1 «En ese momento se levantará Miguel, el gran príncipe que defiende a los hijos de tu pueblo. Habrá un tiempo de angustia, como nunca hubo desde que hubo una nación hasta ese mismo tiempo. En ese momento, tu pueblo será liberado, todos los que se encuentren escritos en el libro.

2 Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán, unos para la vida eterna y otros para la vergüenza y el desprecio eterno.

3 Los que son sabios brillarán como el resplandor de la expansión. Los que convierten a muchos a la justicia brillarán como las estrellas por los siglos de los siglos.

4 Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de un lado a otro, y el conocimiento se incrementará».

5 Entonces yo, Daniel, miré, y he aquí que otros dos estaban de pie, uno en la orilla del río de este lado, y el otro en la orilla del río de aquel lado.

6 Uno de ellos dijo al hombre vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río: «¿Cuánto tiempo falta para el fin de estas maravillas?»

7 Oí al hombre vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, cuando levantó su mano derecha y su mano izquierda al cielo, y juró por el que vive para siempre que será por un tiempo, tiempos y medio; y cuando hayan terminado de romper

en pedazos el poder del pueblo santo, todas estas cosas estarán terminadas.

8 Lo oí, pero no lo entendí. Entonces dije: «Mi señor, ¿cuál será el resultado de estas cosas?»

9 Dijo: "Vete, Daniel, porque las palabras están encerradas y selladas hasta el tiempo del fin.

10 Muchos se purificarán, se emblanquecerán y se refinarán; pero los impíos harán maldades. Ninguno de los malvados entenderá; pero los que son sabios entenderán.

11 "Desde el momento en que se quite el holocausto continuo y se instale la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días.

12 Bienaventurado el que espera y llega a los mil trescientos treinta y cinco días.

13 «Pero sigue tu camino hasta el final; porque descansarás y estarás en tu herencia al final de los días».

Capítulo 13

1 Vivía en Babilonia un hombre que se llamaba Joaquín.

2 Tomó una esposa que se llamaba Susana, hija de Helkias, una mujer muy hermosa y temerosa del Señor.

3 Sus padres también eran justos y enseñaban a su hija según la ley de Moisés.

4 Joakim era un hombre muy rico y tenía un hermoso jardín junto a su casa. Los judíos solían acudir a él, porque era más honrado que todos los demás.

5 Ese mismo año, dos de los ancianos del pueblo fueron nombrados jueces, tal como el Señor habló de que la maldad venía de Babilonia de parte de los ancianos que eran jueces, quienes debían gobernar al pueblo.

6 Estos estaban a menudo en casa de Joakim. Todos los que tenían algún pleito acudían a ellos.

7 Cuando la gente se marchó a mediodía, Susana entró en el jardín de su marido para pasear.

8 Los dos ancianos la veían entrar cada día a pasear, y se encendían de lujuria por ella.

9 Pervirtieron su mente y apartaron sus ojos para no mirar al cielo ni acordarse de los juicios justos.

10 Y aunque ambos estaban heridos de lujuria por ella, no se atrevían a mostrar al otro su dolor.

11 Porque se avergonzaban de declarar su lujuria, lo que deseaban hacer con ella.

12 Sin embargo, de día en día, esperaban ansiosamente para verla.

13 El uno dijo al otro: «Vayamos ahora a casa, porque es la hora de la cena».

14 Así que, cuando salieron, se separaron, y volviendo de nuevo, llegaron al mismo lugar. Después de preguntarse mutuamente la causa, reconocieron su lujuria. Entonces fijaron una hora para ambos, en la que podrían encontrarla a solas.

15 Sucedió que, mientras vigilaban en un día oportuno, ella entró como antes con sólo dos criadas, y quiso lavarse en el jardín, pues hacía calor.

16 No había nadie allí, excepto los dos ancianos que se habían escondido y la vigilaban.

17 Entonces ella dijo a sus criadas: «Traedme aceite de oliva y ungüento, y cerrad las puertas del jardín para que pueda lavarme.»

18 Ellas hicieron lo que ella les pedía y cerraron las puertas del jardín, y salieron ellas mismas por las puertas laterales a buscar lo que ella les había mandado. No vieron a los ancianos, porque estaban escondidos.

19 Cuando las doncellas salieron, los dos ancianos se levantaron y corrieron hacia ella, diciendo:

20 «He aquí que las puertas del jardín están cerradas, para que nadie nos vea, y estamos enamorados de ti. Consiente, pues, con nosotros y acuéstate con nosotros.

21 Si no lo haces, testificaremos contra ti que un joven estuvo contigo; por eso enviaste a tus criadas lejos de ti.»

22 Entonces Susana suspiró y dijo: «Estoy atrapada, porque si hago esto, es la muerte para mí. Si no lo hago, no podré escapar de tus manos.

23 Es mejor para mí caer en tus manos y no hacerlo, que pecar a los ojos del Señor.»

24 En ese momento Susana gritó con fuerza, y los dos ancianos gritaron contra ella.

25 Entonces uno de ellos corrió y abrió las puertas del jardín.

26 Cuando los criados de la casa oyeron el grito en el jardín, entraron corriendo por la puerta lateral para ver qué le había pasado.

27 Pero cuando los ancianos contaron su historia, los sirvientes se avergonzaron mucho, pues nunca se había hecho una denuncia semejante de Susana.

28 Sucedió que al día siguiente, cuando el pueblo se reunió ante su marido Joakim, los dos ancianos vinieron llenos de su maldad contra Susana para matarla,

29 y dijeron ante el pueblo: «Enviad a buscar a Susana, la hija de Helkias, la mujer de Joakim». Y enviaron;

30 y ella vino con su padre y su madre, sus hijos y toda su parentela.

31 Susana era una mujer muy delicada y hermosa.

32 Estos malvados mandaron que se descubriera, pues estaba cubierta con un velo, para que se llenaran de su belleza.

33 Por eso sus amigos y todos los que la veían lloraban.

34 Entonces los dos ancianos se levantaron en medio del pueblo y pusieron las manos sobre su cabeza.

35 Ella, llorando, miraba hacia el cielo, porque su corazón confiaba en el Señor.

36 Los ancianos dijeron: “Mientras caminábamos solos por el jardín, entró esta mujer con dos criadas, cerró las puertas del jardín y despidió a las criadas.

37 Entonces un joven que estaba escondido allí se acercó a ella y se acostó con ella.

38 Y nosotros, estando en un rincón del jardín, vimos esta maldad y corrimos hacia ellos.

39 Y cuando los vimos juntos, no pudimos retener al hombre, porque era más fuerte que nosotros, y abrió las puertas y salió de un salto.

40 Pero habiendo cogido a esta mujer, le preguntamos quién era el joven, pero no quiso decírnoslo. Damos testimonio de estas cosas.

41 Entonces la asamblea les creyó, como a los ancianos del pueblo y a los jueces, y la condenaron a muerte.

42 Entonces Susana gritó a gran voz y dijo: «Oh Dios eterno, tú conoces los secretos y sabes todas las cosas antes de que sucedan.

43 Tú sabes que han testificado falsamente contra mí. He aquí que debo morir, aunque nunca hice cosas como las que estos hombres han inventado maliciosamente contra mí.»

44 El Señor escuchó su voz.

45 Por eso, cuando la llevaron para matarla, Dios suscitó el espíritu santo de un joven que se llamaba Daniel.

46 El gritó con gran voz: «¡Estoy limpio de la sangre de esta mujer!»

47 Entonces toda la gente se volvió hacia él y le dijo: «¿Qué significan estas palabras que has dicho?»

48 Entonces él, de pie en medio de ellos, dijo: «¿Sois todos tan necios, hijos de Israel, que sin examen ni conocimiento de la verdad habéis condenado a una hija de Israel?

49 Volved al lugar del juicio, porque éstos han testificado falsamente contra ella.»

50 Por lo tanto, todo el pueblo se volvió de nuevo a toda prisa, y los ancianos le dijeron: «Ven, siéntate entre nosotros y muéstranoslo, ya que Dios te ha dado el honor de ser anciano.»

51 Entonces Daniel les dijo: «Pónganlos lejos el uno del otro, y yo los examinaré».

52 Así que cuando fueron puestos aparte el uno del otro, llamó a uno de ellos y le dijo: "Oh tú, que has envejecido en la maldad, ahora han vuelto tus pecados que habías cometido antes,

53 al pronunciar un juicio injusto, condenando al inocente y dejando libre al culpable; aunque el Señor dice: «No matarás al inocente y al justo.

54 Ahora bien, si la has visto, dime, ¿bajo qué árbol los has visto juntos?» Respondió: «Bajo un árbol de masticación».

55 Y Daniel le dijo: «Ciertamente has mentido contra tu propia cabeza, pues ahora mismo el ángel de Dios ha recibido la sentencia de Dios y te cortará en dos.»

56 Así que lo apartó, y mandó traer al otro, y le dijo: «Oh tú, semilla de Canaán, y no de Judá, la belleza te ha engañado, y la lujuria ha pervertido tu corazón.

57 Así has tratado a las hijas de Israel, y ellas por temor intimaron contigo; pero la hija de Judá no quiso tolerar tu maldad.

58 Ahora, pues, dime, ¿bajo qué árbol las llevaste a intimar juntas?» Respondió: «Bajo un roble de hoja perenne».

59 Entonces Daniel le dijo: «Ciertamente, tú también has mentido contra tu propia cabeza, pues el ángel de Dios te espera con la espada para partirte en dos y destruirte.»

60 Con esto, toda la asamblea gritó a gran voz y bendijo a Dios, que salva a los que esperan en él.

61 Entonces se levantaron contra los dos ancianos, porque Daniel los había condenado por falso testimonio de su propia boca.

62 Según la ley de Moisés, les hicieron lo que maliciosamente pretendían hacer a su prójimo. Los condenaron a muerte, y el mismo día se salvó la sangre inocente.

63 Por lo tanto, Helkias y su esposa alabaron a Dios por su hija Susana, con Joakim, su marido, y toda la parentela, porque no se encontró en ella ninguna deshonestidad.

64 Y desde aquel día, Daniel tuvo una gran reputación a los ojos del pueblo.

Capítulo 14

1 El rey Astyages fue reunido con sus padres, y Ciro el persa recibió su reino.

2 Daniel vivía con el rey y era honrado sobre todos sus amigos.

3 Los babilonios tenían un ídolo llamado Bel, y cada día se gastaban en él doce grandes medidas de harina fina, cuarenta ovejas y seis toneles de vino.

4 El rey lo honraba y acudía diariamente a adorarlo; pero Daniel adoraba a su propio Dios. El rey le dijo: «¿Por qué no adoras a Bel?».

5 Dijo: «Porque no puedo honrar a los ídolos hechos con las manos, sino sólo al Dios vivo, que ha creado el cielo y la tierra, y tiene soberanía sobre toda carne».

6 Entonces el rey le dijo: «¿No crees que Bel es un dios vivo? ¿No ves lo mucho que come y bebe cada día?»

7 Entonces Daniel se rió y dijo: «Oh, rey, no te engañes, porque esto es sólo arcilla por dentro y bronce por fuera, y nunca comió ni bebió nada».

8 Entonces el rey se enojó, llamó a sus sacerdotes y les dijo: «Si no me decís quién es el que devora estos gastos, moriréis.

9 Pero si me mostráis que Bel los devora, entonces Daniel morirá, porque ha dicho una blasfemia contra Bel». Daniel dijo al rey: «Que sea según tu palabra».

10 Había setenta sacerdotes de Bel, además de sus esposas e hijos. El rey entró con Daniel en el templo de Bel.

11 Los sacerdotes de Bel dijeron: «Nosotros nos iremos; pero tú, oh rey, prepara la comida, mezcla el vino y colócalo, cierra bien la puerta y séllala con tu propio sello.

12 Cuando vengas por la mañana, si no encuentras que Bel ha comido todo, sufriremos la muerte, o bien Daniel, que habla falsamente contra nosotros.»

13 No se preocuparon, porque debajo de la mesa habían hecho una entrada secreta, por la que entraban continuamente y consumían esas cosas.

14 Sucedió que cuando salieron, el rey puso la comida delante de Bel. Ahora bien, Daniel había ordenado a sus siervos que trajeran ceniza, y ellos la esparcieron por todo el templo, sólo en presencia del rey. Luego salieron, cerraron la puerta, la sellaron con el sello del rey y se fueron.

15 Por la noche, los sacerdotes vinieron con sus mujeres e hijos, como solían hacerlo, y comieron y bebieron todo.

16 Por la mañana, el rey se levantó, y Daniel con él.

17 El rey dijo: «Daniel, ¿están enteros los sellos?» Dijo: «Sí, oh rey, están enteros».

18 En cuanto abrió la puerta, el rey miró la mesa y exclamó en voz alta: «¡Eres grande, oh Bel, y contigo no hay engaño alguno!»

19 Entonces Daniel se rió y retuvo al rey para que no entrara, y dijo: «Mira ahora el pavimento y fíjate bien de quién son estas pisadas.»

20 El rey dijo: «Veo pasos de hombres, mujeres y niños». Entonces el rey se enfureció,

21 y tomó a los sacerdotes con sus mujeres e hijos, quienes le mostraron las puertas secretas, por donde entraron y consumieron las cosas que estaban sobre la mesa.

22 Por lo tanto, el rey los mató y entregó Bel en poder de Daniel, quien la derribó con su templo.

23 En ese mismo lugar había un gran dragón que el pueblo de Babilonia adoraba.

24 El rey dijo a Daniel: «¿También tú dirás que esto es de bronce? He aquí que vive, come y bebe. No puedes decir que no es un dios vivo. Por lo tanto, adóralo».

25 Entonces Daniel dijo: «Adoraré al Señor, mi Dios, porque él es un Dios vivo.

26 Pero permíteme, oh rey, que mate a este dragón sin espada ni bastón». El rey dijo: «Te lo permito».

27 Entonces Daniel tomó brea, grasa y pelo, y los fundió juntos, e hizo con ellos unos grumos. Los puso en la boca del dragón, y éste comió y se deshizo. Daniel dijo: «Mirad, estos son los dioses que todos vosotros adoráis».

28 Cuando el pueblo de Babilonia lo oyó, se indignó mucho y conspiró contra el rey, diciendo: «El rey se ha hecho judío. Ha derribado a Bel, ha matado al dragón y ha pasado a cuchillo a los sacerdotes».

29 Entonces vinieron al rey y le dijeron: «Entréganos a Daniel, o si no te destruiremos a ti y a tu casa».

30 Cuando el rey vio que lo habían atrapado, al verse constreñido, les entregó a Daniel.

31 Lo echaron al foso de los leones, donde estuvo seis días.

32 Había siete leones en el foso, y cada día les daban dos cadáveres y dos ovejas, que luego no les daban, con la intención de que devoraran a Daniel.

33 Había en la judería el profeta Habacuc, que había hecho un guiso y había partido el pan en un cuenco. Iba al campo para llevarlo a los segadores.

34 Pero el ángel del Señor le dijo a Habacuc: «Ve a llevar la cena que tienes a Babilonia, a Daniel, al foso de los leones».

35 Habacuc dijo: «Señor, nunca vi Babilonia. No sé dónde está la guarida».

36 Entonces el ángel del Señor lo tomó por la corona, lo levantó por los cabellos de su cabeza y con el soplo de su aliento lo puso en Babilonia sobre el foso.

37 Habacuc gritó diciendo: «Oh Daniel, Daniel, toma la cena que Dios te ha enviado».

38 Daniel dijo: «¡Te has acordado de mí, oh Dios! No has abandonado a los que
te aman».

39 Entonces Daniel se levantó y comió; y el ángel de Dios volvió a colocar a Haba-
cuc en su lugar inmediatamente.

40 Al séptimo día, el rey vino a llorar por Daniel. Cuando llegó al cubil, miró den-
tro, y he aquí que Daniel estaba sentado.

41 Entonces el rey clamó a gran voz, diciendo: «¡Grande eres tú, Señor, Dios de
Daniel, y no hay otro fuera de ti!»

42 Así que lo sacó, y echó al foso a los que eran la causa de su destrucción; y fue-
ron devorados en un momento ante su rostro.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

OSEAS

Capítulo 1

1 Palabra de Yahvé que vino a Oseas, hijo de Beeri, en los días de Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá, y en los días de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel.

2 El principio de la palabra de Yahvé por medio de Oseas. Dijo Yahvé a Oseas: «Ve, tómate una mujer fornicaria e hijos de fornicación; porque la tierra fornica gravemente, apartándose de Yahvé».

3 Fue, pues, y tomó a Gomer, hija de Diblaim, la cual concibió y le dio a luz un hijo.

4 Y le dijo Yahvé: «Ponle por nombre Jezreel; porque dentro de poco yo castigaré la sangre de Jezreel en la casa de Jehú, y haré cesar el reino de la casa de Israel.

5 Y acaecerá en aquel día, que yo quebraré el arco de Israel en el valle de Jezreel».

6 Concibió ella de nuevo y dio a luz una hija. Y le dijo Dios: «Ponle por nombre Lo-Ruhamá, porque no me compadeceré más de la casa de Israel, para perdonarlos de manera alguna.

7 Mas de la casa de Judá tendré misericordia, y los salvaré por Yahvé su Dios; y no los salvaré con arco, ni con espada, ni con batalla, ni con caballos ni jinetes».

8 Y después de destetar a Lo-Ruhamá, concibió y dio a luz un hijo.

9 Y dijo Dios: "Ponle por nombre Lo-Ammí, porque vosotros no sois mi pueblo, ni yo seré vuestro Dios.

10 Con todo, será el número de los hijos de Israel como la arena del mar, que no se puede medir ni contar. Y sucederá que, en el lugar donde se les dijo: 'Vosotros no sois mi pueblo', se les dirá: 'Hijos del Dios viviente'.

11 Y se congregarán los hijos de Judá y los hijos de Israel, y nombrarán un solo
jefe, y subirán de la tierra; porque el día de Jezreel será grande".

Capítulo 2

1 "Decid a vuestros hermanos: «¡Pueblo mío!»
y a vuestras hermanas: «¡Amada mía!»

2 ¡Pleitead con vuestra madre!
Pleitead, porque no es mi mujer,
ni yo soy su marido;
que quite, pues, sus fornicaciones de su rostro,
y sus adulterios de entre sus pechos;

3 no sea que yo la desnude,
y la deje desnuda como en el día en que nació,
y la convierta en un desierto,
y la deje como tierra seca,
y la mate de sed.

4 No tendré piedad de sus hijos,
porque son hijos de fornicación.

5 Porque su madre fornicó;
la que los concibió actuó vergonzosamente;
pues dijo: «Iré tras mis amantes,
que me dan mi pan y mi agua,
mi lana y mi lino,
mi aceite y mi bebida».

6 Por tanto, he aquí que voy a cercar su camino con espinos,
y levantaré un muro contra ella,
para que no encuentre sus senderos.

7 Ella seguirá a sus amantes,
pero no los alcanzará;
los buscará,
pero no los encontrará.
Entonces dirá: 'Iré y volveré a mi primer marido,
porque me iba mejor entonces que ahora'.

8 Porque ella no reconocía que yo le daba el trigo, el mosto y el aceite,
y que le multiplicaba la plata y el oro, los cuales usaron para Baal.

9 Por tanto, volveré y tomaré mi trigo a su tiempo,
y mi mosto a su sazón,
y le arrancaré mi lana y mi lino que habían de cubrir su desnudez.

10 Y ahora descubriré su desvergüenza a la vista de sus amantes,
y nadie la librará de mi mano.

11 También haré que cesen todas sus celebraciones:
sus fiestas, sus lunas nuevas, sus días de reposo y todas sus asambleas solemnes.

12 Asolaré sus viñas y sus higueras,
de las cuales ha dicho: «Este es el salario que mis amantes me han dado»;
y haré de ellas un matorral,
y las bestias del campo se las comerán.

13 La castigaré por los días de los baales,
a los cuales quemaba incienso
cuando se engalanaba con sus zarcillos y sus joyas,
y se iba tras sus amantes
olvidándose de mí", dice Yahvé.

14 «Por tanto, he aquí que la atraeré,
la llevaré al desierto,
y le hablaré al corazón.

15 Le daré sus viñas desde allí,
y el valle de Acor por puerta de esperanza;
y allí cantará
como en los días de su juventud,
y como en el día en que subió de la tierra de Egipto.

16 Y sucederá en aquel día», dice Yahvé,
"que me llamarás 'marido mío',
y ya no me llamarás 'amo mío'.

17 Porque quitaré de su boca los nombres de los baales,
y nunca más serán mencionados por su nombre.

18 En aquel día haré un pacto a favor de ellos con las bestias del campo,
y con las aves del cielo,
y con los reptiles de la tierra.
Quebraré el arco, la espada y la guerra de la tierra,
y haré que duerman seguros.

19 Y te desposaré conmigo para siempre;
sí, te desposaré conmigo en justicia, en derecho, en benignidad y en compasión.

20 Te desposaré conmigo en fidelidad;
y conocerás a Yahvé.

21 En aquel día responderé", dice Yahvé.
"Yo responderé a los cielos,
y ellos responderán a la tierra;

22 y la tierra responderá al trigo, al mosto y al aceite;
y ellos responderán a Jezreel.

23 La sembraré para mí en la tierra;
y me compadeceré de la que no había obtenido misericordia;
y diré a los que no eran mi pueblo: «Vosotros sois mi pueblo»,
y ellos dirán: «Tú eres mi Dios»".

Capítulo 3

1 Me dijo Yahvé: «Ve otra vez, ama a una mujer amada por su compañero, aunque adúltera, así como Yahvé ama a los hijos de Israel, los cuales se vuelven a dioses ajenos y aman las tortas de pasas».

2 La compré, pues, para mí por quince siclos de plata y un homer y medio de cebada.

3 Y le dije: «Te quedarás conmigo por muchos días. No fornicarás, ni tomarás otro hombre; y yo haré lo mismo contigo».

4 Porque los hijos de Israel estarán muchos días sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin piedra sagrada, y sin efod ni terafines.

5 Después volverán los hijos de Israel, y buscarán a Yahvé su Dios, y a David su rey; y acudirán temblando a Yahvé y a su bondad en los últimos días.

Capítulo 4

1 Escuchad la palabra de Yahvé, hijos de Israel,
porque Yahvé tiene pleito con los habitantes de la tierra:
"Porque no hay verdad, ni misericordia,
ni conocimiento de Dios en la tierra.

2 Perjurar, mentir, matar, hurtar y adulterar prevalecen;
rompen todos los límites, y la sangre toca a la sangre.

3 Por lo cual la tierra estará de luto,
y se extenuará todo morador de ella,
con las bestias del campo y las aves del cielo;
y aun los peces del mar morirán.

4 "Pero que nadie pleitee, ni reprenda ninguno;
porque tu pueblo es como los que resisten al sacerdote.

5 Tropezarás, pues, de día,
y el profeta tropezará también contigo de noche;
y a tu madre destruiré.

6 Mi pueblo perece por falta de conocimiento.
Porque has rechazado el conocimiento, yo te echaré del sacerdocio;
y porque olvidaste la ley de tu Dios,
también yo me olvidaré de tus hijos.

7 Cuanto más se multiplicaron, tanto más pecaron contra mí;
cambiaré su gloria en afrenta.

8 Del pecado de mi pueblo se alimentan,
y en su iniquidad ponen su corazón.

9 Y será el pueblo como el sacerdote;
los castigaré por sus caminos,
y les pagaré por sus obras.

10 Comerán, pero no se saciarán;
fornicarán, pero no se multiplicarán;
porque han dejado de servir a Yahvé.

11 Fornicación, vino y mosto quitan el juicio.

12 Mi pueblo consulta a su ídolo de madera,
y un palo le responde;
porque el espíritu de fornicación los hizo errar,
y fornicaron apartándose de su Dios.

13 Sacrifican en las cumbres de los montes,
y queman incienso sobre los collados, debajo de encinas, álamos y olmos,
porque su sombra es buena.
Por tanto, vuestras hijas fornicarán,
y adulterarán vuestras nueras.

14 No castigaré a vuestras hijas cuando forniquen,
ni a vuestras nueras cuando adulteren;
porque los padres mismos se van con rameras,
y con las rameras sagradas sacrifican;
por tanto, el pueblo sin entendimiento caerá en la ruina.

15 "Aunque tú, Israel, forniques,
que no peque Judá;
y no vengáis a Gilgal,
ni subáis a Bet-avén,
ni juréis: 'Vive Yahvé'.

16 Porque como novilla indómita se ha apartado Israel;
¿los apacentará ahora Yahvé como a corderos en lugar espacioso?

17 Efraín está apegado a los ídolos.
¡Déjalo!

18 Su bebida se corrompió;
fornicaron de continuo;
sus príncipes amaron ardientemente la deshonra.

19 El viento los envolvió en sus alas,
y de sus sacrificios se avergonzarán.

Capítulo 5

1 "¡Escuchad esto, sacerdotes!
¡Estad atentos, casa de Israel,
y prestad atención, casa del rey!
Porque el juicio es contra vosotros;
porque habéis sido una trampa en Mizpa,
y una red extendida sobre el Tabor.

2 Los rebeldes se han sumido en la matanza,
pero yo los castigaré a todos.

3 Yo conozco a Efraín,
y no se me oculta Israel;
porque ahora, Efraín, has fornicado,
e Israel se ha contaminado.

4 Sus obras no les permiten volverse a su Dios,
porque el espíritu de fornicación está en ellos,
y no conocen a Yahvé.

5 La soberbia de Israel testifica en su cara;
por eso Israel y Efraín tropezarán en su iniquidad,
y también Judá tropezará con ellos.

6 Irán con sus rebaños y con sus manadas a buscar a Yahvé,
pero no lo encontrarán;
él se ha apartado de ellos.

7 Han sido desleales a Yahvé,
porque han engendrado hijos extraños.
Ahora la luna nueva los devorará junto con sus heredades.

8 "¡Tocad la bocina en Gabaa,
y la trompeta en Ramá!
¡Dad gritos de guerra en Bet-avén! ¡Tiembla, Benjamín!

9 Efraín será asolado en el día del castigo;
entre las tribus de Israel he dado a conocer lo que es seguro.

10 Los príncipes de Judá fueron como los que traspasan los linderos;
derramaré sobre ellos mi ira como agua.

11 Efraín está oprimido,
quebrantado en el juicio,
porque quiso andar tras los ídolos.

12 Yo, pues, seré como polilla para Efraín,
y como carcoma para la casa de Judá.

13 «Cuando Efraín vio su enfermedad,
y Judá su llaga,
entonces Efraín fue a Asiria,
y envió mensajeros al rey Jareb;
mas él no os podrá sanar,
ni os curará la llaga.

14 Porque yo seré como león para Efraín,
y como cachorro de león para la casa de Judá.
Yo, yo mismo, despedazaré y me iré;
me llevaré la presa, y no habrá quien la libre.

15 Iré y volveré a mi lugar,
hasta que reconozcan su culpa
y busquen mi rostro.
En su angustia me buscarán con ahínco».

Capítulo 6

1 «¡Venid y volvamos a Yahvé!
Porque él arrebató,
y nos curará;
él hirió,
y vendará nuestras heridas.

2 Nos dará vida después de dos días;
al tercer día nos resucitará,
y viviremos delante de él.

3 Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Yahvé.
Como el alba está dispuesta su salida;
y vendrá a nosotros como la lluvia,
como la lluvia tardía y temprana a la tierra».

4 "¿Qué haré contigo, Efraín?
¿Qué haré contigo, oh Judá?
Porque vuestra piedad es como nube de la mañana,
y como el rocío de la madrugada, que se desvanece.

5 Por esta causa los corté por medio de los profetas;
con las palabras de mi boca los maté,
y mis juicios saldrán como la luz.

6 Porque misericordia quiero, y no sacrificio;
y conocimiento de Dios más que holocaustos.

7 Mas ellos, cual Adán, traspasaron el pacto;
allí prevaricaron contra mí.

8 Galaad, ciudad de obradores de iniquidad,
está manchada de sangre.

9 Y como ladrones que esperan a algún hombre,
así una compañía de sacerdotes mata en el camino hacia Siquem;
así cometen abominación.

10 En la casa de Israel he visto inmundicia;
allí fornicó Efraín,
y se contaminó Israel.

11 "Para ti también, oh Judá, está preparada una siega,
cuando yo haga volver a los cautivos de mi pueblo.

Capítulo 7

1 “Mientras yo curaba a Israel,
quedó al descubierto la iniquidad de Efraín,
y también la maldad de Samaria;
porque obran con engaño.
El ladrón entra en las casas,
y la banda de salteadores hace estragos afuera.

2 Y no consideran en su corazón que yo me acuerdo de toda su maldad.
Ahora sus propias obras los han acorralado;
están delante de mi rostro.

3 Con su maldad alegran al rey,
y a los príncipes con sus mentiras.

4 Todos ellos son adúlteros;
arden como un horno cuyo fuego el panadero deja de atizar
desde que amasa la masa hasta que fermenta.

5 En el día de nuestro rey, los príncipes enfermaron con el ardor del vino;
él unió su mano con la de los escarnecedores.

6 Porque aplicaron su corazón, semejante a un horno, a sus artimañas.
Su ira duerme toda la noche,
pero por la mañana arde como fuego llameante.

7 Todos ellos arden como un horno,
y devoran a sus jueces.
Todos sus reyes han caído;
no hay entre ellos quien clame a mí.

8 Efraín se ha mezclado con los pueblos;
Efraín es como una torta no volteada.

9 Los extraños han devorado su fuerza,
y él no lo sabe.
De hecho, las canas le han brotado aquí y allá,
y él no se da cuenta.

10 La soberbia de Israel testifica en su rostro;
pero por todo esto no se han vuelto a Yahvé su Dios,
ni lo han buscado.

11 "Efraín es como paloma incauta, sin entendimiento.
Llaman a Egipto,
acuden a Asiria.

12 Cuando vayan, extenderé mi red sobre ellos;
los haré caer como a las aves del cielo.
Los castigaré, conforme a lo que se ha anunciado a su congregación.

13 ¡Ay de ellos!
Porque se han alejado de mí.
¡Destrucción para ellos!
Porque se han rebelado contra mí.
Aunque yo los redimiría,
ellos han dicho mentiras contra mí.

14 No han clamado a mí con su corazón,
sino que aúllan en sus lechos.
Por el trigo y el mosto se congregan,
pero de mí se apartan.

15 Aunque yo enseñé y fortalecí sus brazos,
ellos traman el mal contra mí.

16 Se vuelven, pero no al Altísimo;
son como un arco engañoso.
Sus príncipes caerán a espada por la furia de su lengua.
Esto será motivo de burla en la tierra de Egipto.

Capítulo 8

1 "¡Pon la trompeta a tu boca!
Como águila viene el enemigo contra la casa de Yahvé,
porque han quebrantado mi pacto
y se han rebelado contra mi ley.

2 Claman a mí: '¡Dios mío, nosotros, Israel, te conocemos!'

3 Israel ha desechado el bien;
el enemigo lo perseguirá.

4 Han establecido reyes, pero no por mí.
Han constituido príncipes, mas yo no lo he sabido.
De su plata y su oro se han hecho ídolos,
para su propia perdición.

5 Tu becerro, oh Samaria, es abominable.
¡Mi ira se ha encendido contra ellos!
¿Hasta cuándo serán incapaces de purificarse?

6 Porque de Israel procede esto también:
un artífice lo hizo, y no es Dios;
por lo cual el becerro de Samaria será deshecho en pedazos.

7 Porque sembraron viento,
y torbellino segarán.
No tendrán mies;
la espiga no dará harina.
Y si la diere, los extranjeros la devorarán.

8 Devorado ha sido Israel.
Ahora están entre las naciones como vasija que no se estima.

9 Porque ellos subieron a Asiria,
como asno montés que vaga solitario.
Efraín ha alquilado amantes para sí.

10 Aunque los alquilen entre las naciones,
ahora yo los reuniré;
y comenzarán a menguar a causa de la opresión del rey de los príncipes.

11 Porque Efraín ha multiplicado los altares para pecar,
se le han convertido en altares para pecar.

12 Le escribí las grandezas de mi ley,
pero fueron tenidas por cosa extraña.

13 En cuanto a los sacrificios de mis ofrendas,
sacrifican carne y la comen,
pero Yahvé no los acepta.
Ahora se acordará de su iniquidad,
y castigará sus pecados.
Ellos volverán a Egipto.

14 Porque Israel se ha olvidado de su Hacedor y ha edificado palacios;
y Judá ha multiplicado las ciudades fortificadas;
pero yo enviaré fuego sobre sus ciudades,
el cual devorará sus fortalezas".

Capítulo 9

1 No te alegres, oh Israel, con el júbilo de las naciones;
porque fuiste infiel a tu Dios.
Amas el salario de ramera en todas las eras de grano.

2 La era y el lagar no los alimentarán,
y el mosto les faltará.

3 No habitarán más en la tierra de Yahvé;
sino que Efraín volverá a Egipto,
y comerán alimentos inmundos en Asiria.

4 No derramarán libaciones de vino a Yahvé,
ni le serán agradables sus sacrificios.
Serán para ellos como pan de enlutados;
todos los que coman de él se contaminarán.
Porque su pan será sólo para saciar su apetito;
no entrará en la casa de Yahvé.

5 ¿Qué haréis en el día de la asamblea solemne,
y en el día de la fiesta de Yahvé?

6 Porque he aquí, cuando huyan de la destrucción,
Egipto los recogerá,
y Menfis los enterrará.
Las ortigas heredarán sus tesoros de plata,
y los espinos crecerán en sus tiendas.

7 Han llegado los días del castigo,
han llegado los días de la retribución.
Israel sabrá que el profeta es tenido por necio,
y el hombre de espíritu por loco,
a causa de la abundancia de tu iniquidad,
y por la grandeza de tu hostilidad.

8 El profeta es centinela de Efraín junto a mi Dios;
pero lazo de cazador hay en todos sus caminos,
y hostilidad en la casa de su Dios.

9 Se han corrompido profundamente,
como en los días de Gabaa.
Él se acordará de su iniquidad,
y castigará sus pecados.

10 Como a uvas en el desierto hallé a Israel;
como la fruta temprana de la higuera en su principio vi a vuestros padres.
Pero ellos acudieron a Baal-peor, y se consagraron a la vergüenza,

y se volvieron abominables como aquello que amaron.

11 En cuanto a Efraín, su gloria volará como un ave;
no habrá nacimientos, ni embarazos, ni concepción.

12 Y aunque críen a sus hijos,
los privaré de ellos, de modo que no quede ni un solo hombre.
¡Ay de ellos también cuando yo me aparte de ellos!

13 Efraín, según veo, es como Tiro, plantado en un lugar ameno;
pero Efraín sacará sus hijos al matador.

14 Dales, oh Yahvé; ¿qué les darás?
Dales una matriz que aborte y pechos secos.

15 «Toda su maldad está en Gilgal;
ciertamente allí los aborrecí.
A causa de la perversidad de sus obras, los expulsaré de mi casa.
No los amaré más;
todos sus príncipes son rebeldes.

16 Efraín ha sido herido;
su raíz se ha secado.
No darán más fruto.
Aunque den a luz, yo mataré el precioso fruto de su vientre».

17 Mi Dios los desechará, porque no le obedecieron;
y andarán errantes entre las naciones.

Capítulo 10

1 Israel es una vid frondosa que da su fruto.
Conforme a la abundancia de su fruto, multiplicó sus altares;
conforme a la bondad de su tierra, hermosearon sus pilares sagrados.

2 Su corazón está dividido;
ahora serán hallados culpables.
Él demolerá sus altares,
y destruirá sus pilares sagrados.

3 Seguramente ahora dirán: «No tenemos rey, porque no tememos a Yahvé;
y el rey, ¿qué puede hacer por nosotros?»

4 Hablan palabras vanas, jurando en falso al hacer pactos.
Por eso el juicio brota como ajenjo en los surcos del campo.

5 Los habitantes de Samaria estarán aterrorizados por los becerros de Bet-avén;
porque su pueblo se lamentará por su ídolo,
junto con sus sacerdotes que se regocijaban en él,
por su gloria, la cual se ha apartado de ella.

6 El ídolo también será llevado a Asiria como regalo para un gran rey.
Efraín se cubrirá de vergüenza,
e Israel se avergonzará de su propio consejo.

7 Samaria y su rey son arrastrados
como espuma sobre la faz de las aguas.

8 Los lugares altos de Avén, el pecado de Israel, serán destruidos;
el espino y el cardo crecerán sobre sus altares.
Y dirán a los montes: «¡Cubridnos!», y a los collados: «¡Caed sobre nosotros!»

9 «Oh Israel, has pecado desde los días de Gabaa.
Allí se mantuvieron.
¿No los alcanzará en Gabaa la batalla contra los hijos de iniquidad?

10 Cuando sea mi deseo, yo los castigaré;
y se reunirán naciones contra ellos,
cuando sean atados por su doble transgresión.

11 Efraín es una novilla domada a la que le gusta trillar,
mas yo pondré el yugo sobre su hermoso cuello.
Haré que Efraín tire del carro;
Judá arará,
y Jacob romperá sus terrones.

12 Sembrad para vosotros en justicia,
segad conforme a la misericordia.
Haced para vosotros barbecho,
porque es el tiempo de buscar a Yahvé,
hasta que venga y llueva justicia sobre vosotros.

13 Habéis arado la impiedad,
habéis segado la iniquidad.
Habéis comido fruto de mentira,
porque confiasteis en vuestro propio camino y en la multitud de vuestros valientes.

14 Por tanto, se levantará un tumulto de guerra entre tu pueblo,
y todas tus fortalezas serán destruidas,
como Salmán destruyó a Bet-arbel en el día de la batalla,
cuando la madre fue despedazada junto con sus hijos.

15 Así os hará Betel a causa de vuestra gran maldad.
Al despuntar el alba, el rey de Israel será destruido por completo».

Capítulo 11

1 "Cuando Israel era niño, yo lo amé,
y de Egipto llamé a mi hijo.

2 Cuanto más los llamaban, más se alejaban de ellos;
ofrecían sacrificios a los baales,
y quemaban incienso a las imágenes talladas.

3 Con todo, yo enseñé a andar a Efraín.
Los tomé por sus brazos,
pero no comprendieron que yo los sanaba.

4 Los atraje con cuerdas humanas, con lazos de amor;
y fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz,
y me incliné hacia él y le di de comer.

5 "No volverán a la tierra de Egipto;
sino que el asirio será su rey,
porque se negaron a arrepentirse.

6 La espada caerá sobre sus ciudades,
destruirá los cerrojos de sus puertas,
y pondrá fin a sus planes.

7 Mi pueblo está decidido a rebelarse contra mí.
Aunque claman al Altísimo,
él de ninguna manera los enaltecerá.

8 «¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín?
¿Cómo podré entregarte, Israel?
¿Cómo podré yo hacerte como a Admá?
¿Cómo podré tratarte como a Zeboím?
Mi corazón se conmueve dentro de mí,
y se enciende toda mi compasión.

9 No ejecutaré el ardor de mi ira.
No volveré para destruir a Efraín,
porque yo soy Dios, y no hombre, el Santo en medio de vosotros.
No vendré con ira.

10 Caminarán en pos de Yahvé,
el cual rugirá como un león;
porque él rugirá, y sus hijos vendrán temblando desde el occidente.

11 Acudirán temblando como un ave desde Egipto,
y como una paloma desde la tierra de Asiria;
y los haré habitar en sus casas», dice Yahvé.

12 Efraín me ha rodeado de mentira,
y la casa de Israel de engaño.
Judá aún se aleja de Dios,
y es infiel al Santo.

Capítulo 12

1 Efraín se apacienta de viento,
y persigue al viento solano.
Multiplica continuamente la mentira y la destrucción.
Hacen pacto con Asiria,
y llevan aceite a Egipto.

2 Yahvé también tiene pleito con Judá,
y castigará a Jacob según sus caminos;
le pagará conforme a sus obras.

3 En el vientre tomó a su hermano por el talón,
y en su madurez luchó con Dios.

4 Luchó con el ángel y prevaleció;
lloró, y le rogó.
En Betel le halló, y allí habló con nosotros...

5 sí, Yahvé, Dios de los ejércitos.
Yahvé es su nombre de recuerdo.

6 Tú, pues, vuélvete a tu Dios.
Guarda la misericordia y la justicia,
y espera siempre en tu Dios.

7 Es un mercader que tiene en su mano una balanza engañosa.
Le encanta defraudar.

8 Efraín dijo: «Ciertamente me he enriquecido.
He hallado riquezas para mí.
En todos mis trabajos no hallarán en mí iniquidad que sea pecado».

9 «Pero yo soy Yahvé, tu Dios, desde la tierra de Egipto.
Aún os haré morar en tiendas,
como en los días de la fiesta solemne.

10 También he hablado a los profetas,
y he multiplicado las visiones;
y por medio de los profetas he usado parábolas.

11 Si Galaad es iniquidad,
ciertamente son vanidad.
En Gilgal sacrifican toros.
Sus altares son como montones de piedras en los surcos del campo.

12 Jacob huyó a la tierra de Aram.
Israel sirvió para conseguir una esposa.
Por una mujer, cuidó rebaños.

13 Y por un profeta, Yahvé hizo subir a Israel de Egipto,
y por un profeta fue guardado.

14 Efraín ha provocado a Dios a amarga ira.
Por tanto, su sangre recaerá sobre él,
y su Señor le pagará su oprobio».

Capítulo 13

1 Cuando Efraín hablaba, causaba temblor.
Fue exaltado en Israel,
pero cuando se hizo culpable a causa de Baal, murió.

2 Y ahora pecan más y más,
y se han hecho imágenes de fundición con su plata,
ídolos según su propio entendimiento,
todos ellos obra de artífices.
De ellos dicen: «Los hombres que sacrifican, besen a los becerros».

3 Por tanto, serán como la niebla de la mañana,
como el rocío que de madrugada se desvanece,
como el tamo que es arrojado de la era por el torbellino,
y como el humo que sale por la chimenea.

4 "Mas yo soy Yahvé tu Dios desde la tierra de Egipto;
no conocerás a otro dios fuera de mí,
y aparte de mí no hay otro salvador.

5 Yo te conocí en el desierto,
en tierra de terrible sequedad.

6 En sus pastos se saciaron;
se saciaron, y se ensoberbeció su corazón.
Por eso se han olvidado de mí.

7 Por tanto, seré para ellos como león;
como leopardo acecharé en el camino.

8 Saldré a su encuentro como osa que ha perdido sus cachorros,
y desgarraré las fibras de su corazón.
Allí los devoraré como leona;
la bestia del campo los despedazará.

9 Te has destruido, oh Israel, porque estás contra mí,
contra tu ayudador.

10 ¿Dónde está ahora tu rey para que te salve en todas tus ciudades?
¿Y tus jueces, de los cuales dijiste: 'Dame un rey y príncipes'?

11 Te di rey en mi furor,
y te lo quité en mi ira.

12 Atada está la iniquidad de Efraín;
guardado está su pecado.

13 Dolores de mujer de parto le sobrevendrán.
Es un hijo insensato,
porque no se presenta a tiempo en la abertura de la matriz.

14 ¿De la mano del Seol los redimiré?
¡Los libraré de la muerte!
¡Oh muerte, ¿dónde están tus plagas?!
¡Oh Seol, ¿dónde está tu destrucción?!
«La compasión se ocultará de mis ojos.

15 Aunque él fructifique entre sus hermanos, vendrá el viento solano,
viento de Yahvé subiendo del desierto;
y se secará su manantial,
y se agotará su fuente.
Él saqueará el tesoro de todas sus preciosas alhajas.

16 Samaria será declarada culpable,
porque se rebeló contra su Dios.
Caerán a espada;
sus niños serán estrellados,
y sus mujeres encinta serán abiertas».

Capítulo 14

1 Vuelve, oh Israel, a Yahvé tu Dios;
porque por tu pecado has caído.

2 Tomad con vosotros palabras, y volveos a Yahvé.
Decidle: "Perdona toda iniquidad,
y acepta el bien;
y te ofreceremos los sacrificios de nuestros labios.

3 Asiria no nos salvará.
No montaremos en caballos;
ni nunca más diremos a la obra de nuestras manos: '¡Dioses nuestros!';
porque en ti el huérfano alcanza misericordia".

4 "Yo sanaré su rebelión,
los amaré de pura gracia;
porque mi ira se ha apartado de ellos.

5 Yo seré a Israel como el rocío;
él florecerá como el lirio,
y echará sus raíces como el Líbano.

6 Se extenderán sus ramas,
y su esplendor será como el del olivo,
y su fragancia como la del Líbano.

7 Volverán los que moran bajo su sombra;
serán vivificados como el trigo,
y florecerán como la vid.
Su fragancia será como el vino del Líbano.

8 Efraín dirá: '¿Qué tengo yo que ver ya con los ídolos?'
Yo le responderé y cuidaré de él.
Yo soy como un ciprés verde;
de mí procede tu fruto".

9 ¿Quién es sabio para que entienda estas cosas?
¿Quién es prudente para que las conozca?
Porque los caminos de Yahvé son rectos,

y los justos andarán por ellos,
mas los rebeldes tropezarán en ellos.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

JOEL

Capítulo 1

1 Palabra de Yahvé que vino a Joel, hijo de Petuel.

2 Oíd esto, ancianos,
¡y escuchad, todos los habitantes de la tierra!
¿Ha acontecido esto en vuestros días,
o en los días de vuestros padres?

3 Contadlo a vuestros hijos,
y que vuestros hijos lo digan a sus hijos,
y sus hijos a la otra generación.

4 Lo que quedó de la oruga comió la langosta;
lo que quedó de la langosta comió el pulgón;
y el saltón comió lo que del pulgón había quedado.

5 ¡Despertad, borrachos, y llorad!
Aullad, todos los que bebéis vino, a causa del mosto,
porque os es quitado de vuestra boca.

6 Porque una nación ha subido contra mi tierra, fuerte e innumerable.
Sus dientes son dientes de león,
y tiene muelas de leona.

7 Ha asolado mi vid,
y descortezado mi higuera.
Del todo la desnudó y la derribó;
sus ramas quedaron blancas.

8 Llora tú como joven vestida de cilicio
¡por el marido de su juventud!

9 La ofrenda y la libación han sido quitadas de la casa de Yahvé;
los sacerdotes, ministros de Yahvé, están de duelo.

10 El campo está asolado.
Se enlutó la tierra, porque el trigo fue destruido;
el mosto se secó,
y el aceite languidece.

11 ¡Confundíos, labradores!
Aullad, viñaderos,
por el trigo y por la cebada;
porque la mies del campo ha perecido.

12 La vid se secó, y pereció la higuera;
el granado también, la palmera y el manzano;
todos los árboles del campo se secaron,
por lo cual el gozo se extinguió de los hijos de los hombres.

13 ¡Ceñíos de cilicio y lamentad, sacerdotes!
Aullad, ministros del altar.
Venid, pasad la noche en cilicio, ministros de mi Dios,
porque la ofrenda y la libación han sido retenidas de la casa de vuestro Dios.

14 Proclamad ayuno.
Convocad asamblea solemne.
Congregad a los ancianos y a todos los habitantes de la tierra en la casa de Yahvé vuestro Dios,
y clamad a Yahvé.

15 ¡Ay del día!
Porque cercano está el día de Yahvé,
y vendrá como destrucción del Todopoderoso.

16 ¿No ha sido quitado el alimento de delante de nuestros ojos,
y la alegría y el gozo de la casa de nuestro Dios?

17 La semilla se pudrió debajo de los terrones.
Los graneros fueron asolados.
Los alfolíes fueron destruidos, porque se secó el trigo.

18 ¡Cómo gimen las bestias!
Cuán turbados andan los hatos de bueyes, porque no tienen pastos.
También son asolados los rebaños de ovejas.

19 A ti, oh Yahvé, clamaré,
porque el fuego consumió los pastos del desierto,
y la llama abrasó todos los árboles del campo.

20 Las bestias del campo también claman a ti,
porque se secaron los arroyos de las aguas,
y el fuego consumió los pastos del desierto.

Capítulo 2

1 ¡Tocad la trompeta en Sión,
y dad la alarma en mi santo monte!
Que tiemblen todos los moradores de la tierra,
porque viene el día de Yahvé,
porque está muy cercano:

2 un día de tinieblas y oscuridad,
un día de nubes y densa niebla.
Como el alba que se extiende sobre los montes,
viene un pueblo grande y fuerte;
nunca ha habido nada semejante desde la antigüedad,
ni lo habrá después de ellos,
ni en los años de muchas generaciones.

3 Delante de ellos consume el fuego,
y detrás de ellos arde una llama.
Como el huerto del Edén es la tierra delante de ellos,
y detrás de ellos, un desierto desolado;
sí, y nada escapará de ellos.

4 Su aspecto es como el aspecto de los caballos,
y corren como jinetes.

5 Como estruendo de carros saltan sobre las cumbres de los montes,
como el crepitar de la llama de fuego que consume el rastrojo,
como un pueblo fuerte dispuesto en orden de batalla.

6 Ante ellos se angustian los pueblos;
todos los rostros palidecen.

7 Corren como valientes;
escalan el muro como hombres de guerra.
Cada uno marcha por su camino, y no tuercen su rumbo.

8 Ninguno empuja a su compañero;
cada cual marcha por su propia senda.
Se abalanzan sobre las defensas
sin romper filas.

9 Se precipitan sobre la ciudad,
corren por la muralla,
suben a las casas,
y entran por las ventanas como ladrones.

10 La tierra tiembla delante de ellos;
los cielos se estremecen.
El sol y la luna se oscurecen,
y las estrellas retiran su resplandor.

11 Yahvé hace oír su voz delante de su ejército,
porque muy grande es su campamento;
porque fuerte es el que ejecuta su orden;
porque grande es el día de Yahvé, y muy terrible.
¿Y quién podrá soportarlo?

12 «Por eso ahora —dice Yahvé—, volveos a mí con todo vuestro corazón,
con ayuno, con lloro y con lamento».

13 Rasgad vuestro corazón y no vuestros vestidos,
y convertíos a Yahvé vuestro Dios;
porque él es clemente y misericordioso,
lento para la ira, grande en misericordia,
y que se duele del castigo.

14 ¿Quién sabe si volverá y se apiadará,
y dejará tras sí una bendición,
una ofrenda y una libación para Yahvé, vuestro Dios?

15 ¡Tocad la trompeta en Sión!
Proclamad ayuno,
convocad asamblea solemne.

16 Congregad al pueblo,
santificad la asamblea,
reunid a los ancianos.
Reunid a los niños y a los de pecho.
Salga el novio de su alcoba,
y la novia de su cámara.

17 Entre el pórtico y el altar lloren los sacerdotes, ministros de Yahvé,
y digan: "Perdona, oh Yahvé, a tu pueblo,
y no entregues tu heredad al oprobio,

para que las naciones se enseñoreen de ellos.
¿Por qué han de decir entre los pueblos:
'Dónde está su Dios'?"

18 Entonces Yahvé se llenó de celo por su tierra,
y perdonó a su pueblo.

19 Respondió Yahvé a su pueblo:
«He aquí, yo os enviaré trigo, mosto y aceite,
y seréis saciados de ellos;
y nunca más os pondré como oprobio entre las naciones.

20 Y alejaré de vosotros al ejército del norte,
y lo arrojaré a una tierra seca y desierta;
su vanguardia hacia el mar oriental,
y su retaguardia hacia el mar occidental;
y subirá su hedor,
y se elevará su pudrición».
Porque ha hecho grandes cosas.

21 Tierra, no temas;
alégrate y regocíjate, porque Yahvé ha hecho grandes cosas.

22 No temáis, bestias del campo;
porque los pastos del desierto han reverdecido,
porque el árbol ha dado su fruto.
La higuera y la vid han entregado su vigor.

23 "Alegraos, pues, hijos de Sión,
y regocijaos en Yahvé vuestro Dios;
porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo,
y hará descender sobre vosotros la lluvia,
la lluvia temprana y la tardía, como al principio.

24 Las eras se llenarán de trigo,
y los lagares rebosarán de mosto y aceite.

25 Os restituiré los años que devoró la langosta,
el saltón, el pulgón y la oruga,
mi gran ejército que envié contra vosotros.

26 Comeréis hasta saciaros,
y alabaréis el nombre de Yahvé vuestro Dios,
el cual hizo maravillas con vosotros;
y mi pueblo nunca más será avergonzado.

27 Y sabréis que en medio de Israel estoy yo,
y que yo soy Yahvé vuestro Dios, y no hay otro;
y mi pueblo nunca más será avergonzado.

28 "Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne;
y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas;
vuestros ancianos soñarán sueños,
y vuestros jóvenes verán visiones.

29 Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu
en aquellos días.

30 Y daré prodigios en el cielo y en la tierra:
sangre, fuego y columnas de humo.

31 El sol se convertirá en tinieblas,
y la luna en sangre,
antes que venga el día grande y espantoso de Yahvé.

32 Y todo aquel que invoque el nombre de Yahvé será salvo;
porque en el monte de Sión y en Jerusalén habrá salvación,
como ha dicho Yahvé,
y entre el remanente al cual él habrá llamado.

Capítulo 3

1 "Porque he aquí, en aquellos días
y en aquel tiempo,
cuando yo haga volver a los cautivos de Judá y de Jerusalén,

2 reuniré a todas las naciones,
y las haré descender al valle de Josafat;
y allí entraré en juicio con ellas a favor de mi pueblo,
y por mi heredad, Israel, a quien ellas esparcieron entre las naciones.
Han repartido mi tierra,

3 y han echado suertes sobre mi pueblo;
han dado a un niño a cambio de una ramera,
y vendieron a una muchacha por vino, para poder beber.

4 «Y también, ¿qué tenéis vosotras conmigo, Tiro y Sidón,
y todas las regiones de Filistea?
¿Queréis vengaros de mí?
Y si de mí os vengáis,
bien pronto haré recaer la paga sobre vuestra propia cabeza.

5 Porque habéis tomado mi plata y mi oro,
y habéis llevado mis mejores tesoros a vuestros templos;

6 y habéis vendido los hijos de Judá y los hijos de Jerusalén a los hijos de los griegos,
para alejarlos de sus fronteras.

7 He aquí, yo los levantaré del lugar donde los habéis vendido,
y haré recaer la paga sobre vuestra cabeza;

8 y venderé vuestros hijos y vuestras hijas en manos de los hijos de Judá,
y ellos los venderán a los sabeos,
a una nación lejana;
porque Yahvé lo ha dicho».

9 Proclamad esto entre las naciones:
"¡Preparaos para la guerra!
Despertad a los valientes.
Que se acerquen todos los hombres de guerra.
Que suban.

10 Forjad espadas de vuestros azadones,
y lanzas de vuestras hoces.
Diga el débil: «Fuerte soy».

11 Juntaos y venid, todas las naciones de alrededor,
y congregaos".
Haz descender allí, oh Yahvé, a tus valientes.

12 «Despiértense las naciones,
y suban al valle de Josafat;
porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones de alrededor.

13 Meted la hoz,
porque la mies está madura.
Venid, pisad, porque el lagar está lleno;
las cubas rebosan, porque grande es la maldad de ellos».

14 ¡Multitudes, multitudes en el valle de la decisión!
Porque cercano está el día de Yahvé en el valle de la decisión.

15 El sol y la luna se oscurecen,
y las estrellas retiran su resplandor.

16 Y Yahvé rugirá desde Sión,
y dará su voz desde Jerusalén;
y los cielos y la tierra temblarán.
Pero Yahvé será el refugio de su pueblo,
y la fortaleza de los hijos de Israel.

17 «Y sabréis que yo soy Yahvé vuestro Dios,
que habito en Sión, mi santo monte.
Entonces Jerusalén será santa,
y los extraños no volverán a pasar por ella.

18 Y sucederá en aquel día,
que los montes destilarán mosto,
los collados fluirán con leche,
y por todos los arroyos de Judá correrán las aguas;
y saldrá un manantial de la casa de Yahvé,
y regará el valle de Sitim.

19 Egipto será una desolación,
y Edom será un desierto desolado,
por la violencia hecha a los hijos de Judá,
porque derramaron sangre inocente en su tierra.

20 Pero Judá será habitada para siempre,
y Jerusalén de generación en generación.

21 Y limpiaré la sangre de ellos,
la cual aún no había limpiado;
porque Yahvé habita en Sión».

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

AMÓS

Capítulo 1

1 Las palabras de Amós, que estaba entre los pastores de Tecoa, las cuales recibió
en visión acerca de Israel en los días de Uzías, rey de Judá, y en los días de Jero-
boam, hijo de Joás, rey de Israel, dos años antes del terremoto.

2 Dijo:
«Yahvé rugirá desde Sión,
y hará oír su voz desde Jerusalén;
y los pastos de los pastores se enlutarán,
y la cima del Carmelo se secará».

3 Yahvé dice:
«Por tres transgresiones de Damasco, sí, por cuatro,
no revocaré su castigo,
porque han trillado Galaad con trillos de hierro;

4 pero enviaré fuego a la casa de Hazael,
y devorará los palacios de Ben Hadad.

5 Romperé el cerrojo de Damasco,
y exterminaré al morador del valle de Avén,
y al que empuña el cetro de la casa de Edén;
y el pueblo de Siria irá en destierro a Kir», dice Yahvé.

6 Yahvé dice:
«Por tres transgresiones de Gaza, sí, por cuatro,
no revocaré su castigo,
porque se llevaron cautiva a toda una población,
para entregarlos a Edom;

7 pero enviaré fuego sobre el muro de Gaza,
y devorará sus palacios.

8 Exterminaré al morador de Asdod,
y al que empuña el cetro de Ascalón;
y volveré mi mano contra Ecrón;
y el remanente de los filisteos perecerá», dice el Señor Yahvé.

9 Yahvé dice:
«Por tres transgresiones de Tiro, sí, por cuatro,
no revocaré su castigo;
porque entregaron a toda una población a Edom,
y no recordaron el pacto entre hermanos;

10 pero enviaré fuego sobre el muro de Tiro,
y devorará sus palacios».

11 Yahvé dice:
«Por tres transgresiones de Edom, sí, por cuatro,
no revocaré su castigo,
porque persiguió a su hermano con la espada
y sofocó toda compasión,
y su cólera desgarró incesantemente,
y guardó su ira para siempre;

12 pero enviaré fuego sobre Temán,
y devorará los palacios de Bosra».

13 Yahvé dice:
«Por tres transgresiones de los hijos de Amón, sí, por cuatro,
no revocaré su castigo,
porque abrieron el vientre de las encintas de Galaad,
para poder ampliar sus fronteras.

14 Pero yo encenderé fuego en la muralla de Rabá,
y devorará sus palacios,
con gritos en el día de la batalla,
con tempestad en el día del torbellino;

15 y su rey irá al destierro,
él y sus príncipes juntos», dice Yahvé.

Capítulo 2

1 Yahvé dice:
«Por tres transgresiones de Moab, sí, por cuatro,
no revocaré su castigo,
porque quemó los huesos del rey de Edom hasta calcinarlos;

2 pero enviaré fuego sobre Moab,
y devorará los palacios de Queriot;
y Moab morirá en medio del tumulto, con gritos y sonido de trompeta;

3 y exterminaré al juez de entre ellos,
y mataré a todos sus príncipes con él», dice Yahvé.

4 Yahvé dice:
«Por tres transgresiones de Judá, sí, por cuatro,
no revocaré su castigo,
porque han rechazado la ley de Yahvé,
y no han guardado sus estatutos,
y sus mentiras los han extraviado,
tras las cuales caminaron sus padres;

5 pero enviaré fuego sobre Judá,
y devorará los palacios de Jerusalén».

6 Yahvé dice:
«Por tres transgresiones de Israel, sí, por cuatro,
no revocaré su castigo,
porque han vendido al justo por plata,
y al necesitado por un par de sandalias;

7 Pisotean la cabeza de los desvalidos en el polvo de la tierra
y tuercen el camino de los humildes.
Un hombre y su padre se llegan a la misma joven, profanando mi santo nombre.

8 Se acuestan junto a cada altar sobre ropas tomadas en prenda.
En la casa de su Dios beben el vino de los que han sido multados.

9 Sin embargo, yo destruí al amorreo ante ellos,
cuya altura era como la de los cedros,
y era fuerte como las encinas;
destruí su fruto por arriba
y sus raíces por abajo.

10 También os saqué de la tierra de Egipto
y os conduje cuarenta años por el desierto,
para que poseyerais la tierra de los amorreos.

11 Yo levanté a algunos de vuestros hijos como profetas,
y a algunos de vuestros jóvenes como nazireos.
¿No es esto cierto,
hijos de Israel?», dice Yahvé.

12 "Pero disteis de beber vino a los nazireos,
y mandasteis a los profetas diciendo: «No profetizéis».

13 He aquí, yo os aplastaré contra el suelo,
como aplasta el carro cargado de gavillas.

14 El veloz no hallará escapatoria,
el fuerte no reafirmará su fuerza,
ni el valiente librará su vida.

15 El que maneja el arco no resistirá,
el ligero de pies no escapará,
ni el que cabalga se salvará.

16 El más valiente entre los guerreros
huirá desnudo aquel día", dice Yahvé.

Capítulo 3

1 Escuchad esta palabra que Yahvé ha pronunciado contra vosotros, hijos de Israel, contra toda la familia que saqué de la tierra de Egipto:

2 «Solo a vosotros os he elegido de entre todas las familias de la tierra;
por tanto, os pediré cuentas por todas vuestras iniquidades».

3 ¿Andarán dos juntos si no estuvieren de acuerdo?

4 ¿Rugirá el león en la espesura sin tener presa?
¿Lanzará el leoncillo su voz desde la guarida si no ha atrapado nada?

5 ¿Cae el pájaro en el lazo de la tierra sin que haya trampa para él?
¿Salta la trampa del suelo si no ha apresado algo?

6 ¿Se toca la trompeta en la ciudad sin que el pueblo se alarme?
¿Sucederá una desgracia en la ciudad sin que Yahvé la haya causado?

7 Ciertamente, el Señor Yahvé no hace nada
sin revelar su secreto a sus siervos los profetas.

8 El león ha rugido, ¿quién no temerá?
El Señor Yahvé ha hablado, ¿quién podrá sino profetizar?

9 Proclamad en los palacios de Asdod y en los palacios de la tierra de Egipto,
y decid: «Reuníos sobre los montes de Samaria,
y ved qué grandes desórdenes hay en ella, y cuánta opresión hay en su medio».

10 «No saben actuar con rectitud», dice Yahvé,
«quienes atesoran el fruto de la violencia y del pillaje en sus palacios».

11 Por tanto, así dice el Señor Yahvé:
«Un adversario cercará la tierra,
abatirá tu fortaleza,
y tus palacios serán saqueados».

12 Así dice Yahvé:
«Como el pastor rescata de la boca del león dos patas o la punta de una oreja,
así serán rescatados los hijos de Israel que se sientan en Samaria
en el borde de un diván y en el damasco de un lecho».

13 «Escuchad y dad testimonio contra la casa de Jacob», dice el Señor Yahvé, el Dios de los Ejércitos:

14 «Que el día en que yo castigue las transgresiones de Israel,
castigaré también los altares de Betel;
y los cuernos del altar serán cortados y caerán al suelo.

15 Heriré la casa de invierno junto con la casa de verano;
las casas de marfil perecerán,
y las grandes mansiones serán destruidas», dice Yahvé.

Capítulo 4

1 Escuchad esta palabra, vacas de Basán, que estáis en el monte de Samaria, que oprimís a los pobres, que aplastáis a los necesitados, que decís a vuestros maridos: «¡Traednos de beber!»

2 El Señor Yahvé ha jurado por su santidad:
«He aquí que vendrán días sobre vosotras en que os llevarán con garfios,
y a las últimas de vosotras con anzuelos de pesca.

3 Saldréis por las brechas del muro, cada una derecho hacia adelante,
y seréis arrojadas hacia el Harmon», dice Yahvé.

4 «Id a Betel y pecad;
id a Gilgal y pecad aún más.
Traed vuestros sacrificios cada mañana,
y vuestros diezmos cada tres días.

5 Ofreced sacrificio de acción de gracias con pan leudado,
y proclamad ofrendas voluntarias; haced que se oigan,
porque esto os agrada, hijos de Israel», dice el Señor Yahvé.

6 «También yo os hice tener los dientes limpios en todas vuestras ciudades,
y falta de pan en todos vuestros pueblos;
pero no habéis vuelto a mí», dice Yahvé.

7 «También yo os retiré la lluvia
cuando aún faltaban tres meses para la siega;
hice llover sobre una ciudad,
y sobre otra ciudad no hice llover.
Un campo recibió lluvia,
y el campo donde no llovió se secó.

8 Así que de dos o tres ciudades iban a una sola para beber agua,
y no se saciaban;
pero no habéis vuelto a mí», dice Yahvé.

9 «Os herí muchas veces con el tizón y el moho en vuestros huertos y viñedos,
y la langosta devoró vuestras higueras y vuestros olivos;
pero no habéis vuelto a mí», dice Yahvé.

10 «Envié contra vosotros la peste, como hice en Egipto.
Maté a espada a vuestros jóvenes
y dejé que se llevaran vuestros caballos.
Hice que el hedor de vuestro campamento subiera a vuestras narices,
pero no habéis vuelto a mí», dice Yahvé.

11 «Os trastorné a algunos de vosotros,
como cuando Dios destruyó a Sodoma y a Gomorra,
y fuisteis como un tizón arrebatado del incendio;
pero no habéis vuelto a mí», dice Yahvé.

12 «Por tanto, así haré contigo, Israel;
y porque te he de hacer esto,
prepárate para encontrarte con tu Dios, Israel».

13 Porque, he aquí, el que forma los montes y crea el viento,
el que manifiesta al hombre su pensamiento,
el que convierte la aurora en tinieblas y pisa las alturas de la tierra:
Yahvé, el Dios de los Ejércitos, es su nombre.

Capítulo 5

1 Escuchad esta palabra que yo entono como lamento por vosotros, casa de Israel:

2 «La virgen de Israel ha caído;
no se levantará más.
Está abatida en su tierra;
no hay nadie que la levante».

3 Porque así dice el Señor Yahvé:
«A la ciudad que salía con mil, le quedarán cien;
y a la que salía con cien, le quedarán diez en la casa de Israel».

4 Porque así dice Yahvé a la casa de Israel:
«Buscadme y viviréis;

5 pero no busquéis a Betel,
ni entréis en Gilgal,
ni paséis a Beerseba;
porque Gilgal irá ciertamente al cautiverio,
y Betel será reducida a la nada».

6 Buscad a Yahvé y viviréis,
para que no estalle como fuego en la casa de José,
y la devore sin que haya en Betel quien lo apague.

7 ¡Ay de los que convertís el derecho en ajenjo,
y echáis por tierra la justicia!

8 Buscad al que hizo las Pléyades y el Orión,
el que convierte las tinieblas en aurora
y hace oscurecer el día en noche;
el que llama a las aguas del mar
y las derrama sobre la faz de la tierra: Yahvé es su nombre.

9 Él trae la destrucción repentina sobre el fuerte,
de modo que la ruina caiga sobre la fortaleza.

10 Odian al que reprende en la puerta de la ciudad,
y aborrecen al que habla con integridad.

11 Por tanto, ya que pisoteáis al pobre y le cobráis tributo de trigo,
habéis construido casas de piedra labrada, pero no habitaréis en ellas;
habéis plantado viñedos hermosos,
pero no beberéis su vino.

12 Porque yo sé cuán numerosas son vuestras rebeliones
y cuán grandes vuestros pecados;
oprimís al justo, recibís soborno

y rechazáis a los pobres en los tribunales.

13 Por eso, el que es prudente calla en tales tiempos,
porque el tiempo es malo.

14 Buscad el bien y no el mal,
para que viváis;
y así Yahvé, Dios de los Ejércitos, estará con vosotros,
tal como decís.

15 Odiad el mal y amad el bien,
y estableced la justicia en los tribunales;
quizá Yahvé, Dios de los Ejércitos, tenga piedad del remanente de José.

16 Por tanto, así dice Yahvé, el Dios de los Ejércitos, el Señor:
"En todas las plazas habrá llanto,
y en todas las calles dirán: '¡Ay! ¡Ay!'.
Llamarán al labrador al luto,
y a los que son expertos en lamentos, a la lamentación.

17 En todas las viñas habrá llanto,
porque yo pasaré por en medio de ti", dice Yahvé.

18 «¡Ay de los que deseáis el día de Yahvé!
¿Para qué queréis el día de Yahvé?
Será de tinieblas
y no de luz.

19 Será como si un hombre huyera delante de un león
y se encontrara con un oso;
o como si entrara en casa, apoyara su mano en la pared
y le mordiera una serpiente.

20 ¿No será el día de Yahvé oscuridad y no luz?
¿No será sombra densa, sin nada de resplandor?

21 Detesto y rechazo vuestras fiestas,
y no me agradan vuestras asambleas solemnes.

22 Aunque me ofrezcáis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas de grano,
no los aceptaré;
ni miraré las ofrendas de paz de vuestros animales cebados.

23 Aleja de mí el estrépito de tus cánticos,
pues no escucharé la música de tus arpas.

24 Pero corra el derecho como el agua,
y la justicia como un torrente inagotable.

25 ¿Me ofrecisteis sacrificios y ofrendas en el desierto durante cuarenta años, casa de Israel?

26 Antes bien, llevasteis la tienda de vuestro rey y el pedestal de vuestras imágenes,
la estrella de vuestro dios que os fabricasteis.

27 Por tanto, os haré ir al cautiverio más allá de Damasco», dice Yahvé, cuyo nombre es Dios de los Ejércitos.

Capítulo 6

1 ¡Ay de los que viven tranquilos en Sión,
y de los que se sienten seguros en el monte de Samaria,
los hombres insignes de la principal de las naciones,
a quienes acude la casa de Israel!

2 Id a Calne y mirad;
y de allí pasad a Hamat la grande;
descended luego a Gat de los filisteos.
¿Son ellos mejores que estos reinos?
¿Es su territorio mayor que el vuestro?

3 ¡Ay de vosotros, que alejáis el día funesto,
y entronizáis el estrado de la violencia!

4 Dormís en camas de marfil,
y os repantingáis en vuestros divanes;
coméis los corderos del rebaño,
y los terneros sacados del engordadero.

5 Gorjeáis al son del arpa,
e inventáis instrumentos musicales como David;

6 bebéis vino en cuencos,
y os ungís con los mejores perfumes,
pero no os afligís por la ruina de José.

7 Por tanto, ahora iréis al cautiverio a la cabeza de los desterrados,
y se acabará la disipación de los que se entregan al banquete.

8 El Señor Yahvé ha jurado por sí mismo, dice Yahvé, el Dios de los Ejércitos:
«Aborrezco la soberbia de Jacob,
y detesto sus fortalezas;
por eso entregaré la ciudad con todo lo que hay en ella».

9 Y sucederá que, si diez hombres quedan en una casa,
morirán.

10 Y cuando el pariente de uno de ellos, el que debe quemar los cuerpos, venga para sacar los cadáveres de la casa, preguntará al que esté en lo más profundo de la vivienda: «¿Queda alguien más contigo?». Y si este responde: «Nadie», el otro dirá: «¡Calla!», pues no debemos mencionar el nombre de Yahvé.

11 Porque, he aquí, Yahvé ordena que la casa grande sea hecha pedazos,
y la casa pequeña quede reducida a escombros.

12 ¿Corren acaso los caballos por los peñascos?
¿Se ara en ellos con bueyes?
Pues habéis convertido el derecho en veneno,
y el fruto de la justicia en ajenjo;

13 vosotros, que os alegráis por una cosa de nada y decís:
«¿No hemos conquistado poder por nuestra propia fuerza?».

14 «Pues he aquí, casa de Israel, que yo levantaré contra vosotros una nación»,
dice Yahvé, el Dios de los Ejércitos;
«y os oprimirán desde la entrada de Hamat hasta el arroyo del Arabá».

Capítulo 7

1 Así me lo mostró el Señor Yahvé: he aquí que él formaba langostas cuando comenzaba a brotar la hierba tardía; y era la hierba tardía después de la siega del rey.

2 Y sucedió que cuando ellas acabaron de comer la hierba de la tierra, yo dije: «Señor Yahvé, perdona, te ruego. ¿Cómo podrá Jacob subsistir? Porque es pequeño».

3 Se arrepintió Yahvé de esto. «No será», dijo Yahvé.

4 El Señor Yahvé me mostró así: he aquí que el Señor Yahvé llamaba para juzgar con fuego; y el fuego consumió el gran abismo y devoró la tierra.

5 Entonces dije: «Señor Yahvé, detente, te ruego. ¿Cómo podrá Jacob subsistir? Porque es pequeño».

6 Se arrepintió Yahvé de esto. «Tampoco esto será», dijo el Señor Yahvé.

7 Me mostró también esto: he aquí que el Señor estaba junto a un muro hecho a plomo, y tenía una plomada en su mano.

8 Yahvé me preguntó: «¿Qué ves, Amós?». Y respondí: «Una plomada». Entonces el Señor dijo: «He aquí, yo pongo una plomada en medio de mi pueblo Israel; no volveré a perdonarlos más.

9 Los lugares altos de Isaac serán asolados, y los santuarios de Israel serán destruidos; y me levantaré con espada contra la casa de Jeroboam».

10 Entonces Amasías, sacerdote de Betel, envió a decir a Jeroboam, rey de Israel: "Amós ha conspirado contra ti en medio de la casa de Israel; la tierra no puede sufrir más sus palabras.

11 Porque así dice Amós: 'Jeroboam morirá a espada, e Israel será llevado cautivo fuera de su tierra'".

12 Y Amasías dijo a Amós: «Vidente, vete, huye a la tierra de Judá; come allí tu pan y profetiza allá,

13 pero no profetices más en Betel, porque es santuario del rey y casa del reino».

14 Entonces respondió Amós y dijo a Amasías: "No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy pastor y recolector de higos de sicómoro.

15 Pero Yahvé me tomó de detrás del rebaño y me dijo: 'Ve y profetiza a mi pueblo Israel'.

16 Ahora, pues, escucha la palabra de Yahvé. Tú dices: 'No profetices contra Israel, ni prediques contra la casa de Isaac'.

17 Por tanto, así dice Yahvé: 'Tu mujer será prostituida en la ciudad, tus hijos y tus hijas caerán a espada, tu tierra será repartida a cordel, y tú morirás en una tierra inmunda; e Israel será llevado cautivo fuera de su propia tierra'".

Capítulo 8

1 Así me mostró el Señor Yahvé: he aquí un canastillo de fruta de verano.

2 Y dijo: «Amós, ¿qué ves?». Y respondí: «Un canastillo de fruta de verano». Entonces Yahvé me dijo:
«El fin ha llegado para mi pueblo Israel;
no volveré a perdonarlos más.

3 Los cantos del palacio se tornarán en alaridos en aquel día», dice el Señor Yahvé.
"Habrá multitud de cadáveres; en cualquier lugar serán arrojados en silencio.

4 Escuchad esto, vosotros que pisoteáis al necesitado
y queréis arruinar a los pobres de la tierra,

5 diciendo: '¿Cuándo pasará la luna nueva para que vendamos el grano,
y el sábado para que abramos los graneros de trigo,
achicando el efa, aumentando el precio
y falseando las balanzas para engañar;

6 para comprar a los pobres por plata
y a los necesitados por un par de sandalias,
y vender hasta el desecho del trigo?'".

7 Yahvé ha jurado por la gloria de Jacob:
«Ciertamente, no olvidaré jamás ninguna de sus obras.

8 ¿No se conmoverá la tierra por esto,
y llorarán todos los que en ella habitan?
Subirá toda ella como el Nilo;
se agitará y bajará como el río de Egipto.

9 Sucederá en aquel día», dice el Señor Yahvé,
«que haré que el sol se ponga al mediodía,
y cubriré de tinieblas la tierra en pleno día.

10 Convertiré vuestras fiestas en luto
y todos vuestros cantos en lamentaciones;
haré que todos os vistáis de cilicio
y que se rape toda cabeza.
Lo haré como en el luto por el hijo único,
y su final será como día de amargura.

11 He aquí que vienen días», dice el Señor Yahvé,
"en que enviaré hambre a la tierra;
no hambre de pan, ni sed de agua,
sino de oír las palabras de Yahvé.

12 E irán errantes de mar a mar;
desde el norte hasta el oriente
correrán de un lado a otro buscando la palabra de Yahvé,

y no la encontrarán.

13 En aquel día las doncellas hermosas
y los jóvenes desmayarán de sed.

14 Los que juran por el pecado de Samaria,
y dicen: '¡Por la vida de tu dios, Dan!'
y '¡Por la vida del camino de Beerseba!',
caerán y nunca más se levantarán".

Capítulo 9

1 Vi al Señor que estaba junto al altar, y dijo: «Hiere los capiteles para que se sacudan los umbrales, y hazlos pedazos sobre la cabeza de todos ellos. Al último de ellos lo mataré a espada; no habrá de ellos quien huya, ni uno solo escapará.

2 Aunque caven hasta el Seol, de allí los tomará mi mano; y aunque suban hasta el cielo, de allí los haré descender.

3 Aunque se escondan en la cumbre del Carmelo, allí los buscaré y los tomaré; y aunque se oculten de mi vista en el fondo del mar, allí mandaré a la serpiente y los morderá.

4 Aunque vayan al destierro delante de sus enemigos, allí mandaré la espada y los matará. Pondré mis ojos sobre ellos para mal, y no para bien».

5 El Señor, Yahvé de los Ejércitos, es el que toca la tierra y ella se derrite, y lloran todos los que en ella habitan; sube toda ella como el Nilo, y baja de nuevo como el río de Egipto.

6 Él es quien construye sus altas estancias en los cielos, y ha fundado su bóveda sobre la tierra; el que llama a las aguas del mar y las derrama sobre la faz de la tierra: Yahvé es su nombre.

7 «¿No sois vosotros para mí, hijos de Israel, como los hijos de los etíopes?», dice Yahvé. «¿No hice yo subir a Israel de la tierra de Egipto, a los filisteos de Caftor y a los sirios de Kir?

8 He aquí, los ojos del Señor Yahvé están sobre el reino pecador, y yo lo borraré de
la faz de la tierra; aunque no destruiré del todo la casa de Jacob», dice Yahvé.

9 "Porque he aquí que yo daré la orden y cribaré a la casa de Israel entre todas las
naciones, como se criba el grano en la criba, sin que caiga a tierra ni un solo
grano.

10 A espada morirán todos los pecadores de mi pueblo, que dicen: 'No se acer-
cará ni nos alcanzará el mal'.

11 En aquel día levantaré el tabernáculo caído de David; cerraré sus brechas, le-
vantaré sus ruinas y lo edificaré como en los tiempos antiguos,

12 para que posean lo que queda de Edom y de todas las naciones sobre las cuales
es invocado mi nombre", dice Yahvé, que hace esto.

13 «He aquí que vienen días», dice Yahvé,
«en que el que ara alcanzará al segador,
y el que pisa las uvas al que lleva la semilla;
los montes destilarán vino dulce,
y todas las colinas se derretirán.

14 Restauraré a mi pueblo Israel de su cautiverio;
reconstruirán las ciudades asoladas y las habitarán;
plantarán viñas y beberán su vino,
y harán huertos,
y comerán sus frutos.

15 Pues los plantaré en su tierra,
y nunca más serán arrancados de la tierra que yo les di»,
dice Yahvé, vuestro Dios.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

ABDÍAS

Capítulo 1

1 La visión de Abdías. Esto es lo que dice el Señor Yahvé sobre Edom. Hemos
oído noticias de Yahvé, y se ha enviado un embajador entre las naciones, diciendo:
"Levántate y levantémonos contra ella en la batalla.

2 He aquí que en te he hecho pequeño entre las naciones. Eres muy despreciado.

3 La soberbia de tu corazón te ha engañado, tú que habitas en las hendiduras de la
roca, cuya morada está en lo alto, que dices en tu corazón: «¿Quién me derribará
por la tierra?»

4 Aunque remontes como el águila, y aunque tu nido esté puesto entre las estrellas,
de allí yo te haré descender", dice Yahvé.

5 «Si vinieran a ti ladrones, si robaran de noche — oh, qué desastre te espera —,
¿no robarían solo hasta saciarse? Si vinieran a ti vendimiadores, ¿no dejarían al-
gún rebusco?

6 ¡Cómo será saqueado Esaú! ¡Cómo son rebuscados sus tesoros ocultos!

7 Todos los hombres de tu alianza te han llevado en tu camino, hasta la frontera.
Los hombres que estaban en paz contigo te han engañado, y han prevalecido con-
tra ti. Los que se alimentan de tu pan te ponen una trampa. No hay entendimiento
en él».

8 «¿No destruiré yo en aquel día — dice el Señor — a los sabios de Edom, y al en-
tendimiento del monte de Esaú?

9 Tus valientes, Temán, quedarán consternados, hasta el punto de que todos serán
eliminados del monte de Esaú mediante la matanza.

10 Por la violencia hecha a tu hermano Jacob, la vergüenza te cubrirá, y serás cor-
tado para siempre.

11 El día en que te pusiste al otro lado, el día en que los extraños se llevaban sus riquezas su hacienda y los extranjeros entraban por sus puertas y echaban suertes sobre Jerusalén, también tú fuiste como uno de ellos.

12 Pero no desprecies a tu hermano en el día de su desastre, ni te alegres de los hijos de Judá en el día de su destrucción. No hables con orgullo en el día de la angustia.

13 No entres por la puerta de mi pueblo en el día de su calamidad. No desprecies su aflicción en el día de su calamidad, ni te apoderes de sus riquezas en el día de su calamidad.

14 No te pongas en las encrucijadas para matar a los suyos que escapan. No entregues a los suyos que se quedan en el día de la angustia.

15 ¡Porque el día de Yahvé se acerca sobre todas las naciones! Lo que hayas hecho, se te hará a ti. Tus obras volverán sobre tu propia cabeza.

16 Porque como ustedes han bebido en mi monte santo, así beberán continuamente todas las naciones. Sí, beberán, tragarán, y serán como si no hubieran sido.

17 Pero en el monte de Sión habrá quienes escapen, y será santo. La casa de Jacob poseerá sus bienes.

18 La casa de Jacob será un fuego, la casa de José una llama, y la casa de Esaú por rastrojo. Arderán entre ellos y los devorarán. No quedará nada para la casa de Esaú». En efecto, Yahvé ha hablado.

19 Los del sur poseerán la montaña de Esaú, y los de la tierra baja, los filisteos. Poseerán el campo de Efraín, y el campo de Samaria. Benjamín poseerá Galaad.

20 Los cautivos de este ejército de los hijos de Israel, que están entre los cananeos, poseerán hasta Sarepta; y los cautivos de Jerusalén, que están en Sefarad, poseerán las ciudades del Néguev.

21 Los salvadores subirán al monte Sión para juzgar los montes de Esaú, y el reino será de Yahvé.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

JONÁS

✦

Capítulo 1

1 La palabra de Yahvé llegó a Jonás, hijo de Amitai, diciendo:

2 «Levántate, ve a Nínive, esa gran ciudad, y predica contra ella, porque su maldad ha subido hasta mi presencia».

3 Pero Jonás se levantó para huir a Tarsis, lejos de la presencia de Yahvé. Bajó a Jope y encontró una nave que iba a Tarsis; pagó el pasaje y embarcó para ir con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Yahvé.

4 Pero Yahvé envió un fuerte viento sobre el mar, y se desató una tempestad tan poderosa que la nave corría el riesgo de romperse.

5 Entonces los marineros tuvieron miedo y cada uno clamó a su dios. Arrojaron al mar la carga que había en la nave para aligerarla. Pero Jonás había bajado al interior de la nave y se había acostado, y estaba profundamente dormido.

6 El patrón de la nave se le acercó y le dijo: «¿Qué haces ahí dormido? ¡Levántate, invoca a tu Dios! Tal vez tu Dios se fije en nosotros, para que no perezcamos».

7 Todos se dijeron: «¡Venid! Echemos suertes para saber por culpa de quién nos ha sobrevenido este mal». Así que echaron suertes, y la suerte cayó sobre Jonás.

8 Entonces le preguntaron: «Dinos, te rogamos, ¿por causa de quién nos ha venido este mal? ¿Cuál es tu oficio? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu país? ¿De qué pueblo eres?».

9 Él les respondió: «Soy hebreo y temo a Yahvé, el Dios del cielo, que ha hecho el mar y la tierra firme».

10 Entonces aquellos hombres sintieron un gran temor y le dijeron: «¿Qué es lo que has hecho?». Pues sabían que huía de la presencia de Yahvé, porque él mismo se lo había dicho.

11 Le preguntaron: «¿Qué haremos contigo para que el mar se nos calme?». Pues el mar se embravecía cada vez más.

12 Él les respondió: «Levantadme y arrojadme al mar. Entonces el mar se os calmará; porque sé que por mi culpa os ha sobrevenido esta gran tempestad».

13 Sin embargo, los hombres remaron con ahínco para alcanzar tierra firme, pero no pudieron, porque el mar se volvía cada vez más tempestuoso contra ellos.

14 Entonces clamaron a Yahvé y dijeron: «Te rogamos, Yahvé, que no nos dejes morir por la vida de este hombre, ni nos hagas responsables de sangre inocente; porque tú, Yahvé, has hecho lo que te ha parecido».

15 Tomaron, pues, a Jonás y lo arrojaron al mar; y el mar detuvo su furia.

16 Entonces aquellos hombres temieron mucho a Yahvé, ofrecieron un sacrificio a Yahvé e hicieron votos.

17 Yahvé preparó un gran pez para que se tragara a Jonás; y Jonás estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches.

Capítulo 2

1 Entonces Jonás oró a Yahvé, su Dios, desde el vientre del pez.

2 Dijo:
"En mi angustia clamé a Yahvé,
y él me respondió.
Desde el seno del Seol pedí auxilio,
y tú oíste mi voz.

3 Porque me arrojaste a lo profundo,
en el corazón de los mares;
la corriente me envolvió.
Todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí.

4 Entonces dije: 'He sido expulsado de tu presencia;
sin embargo, volveré a mirar hacia tu santo templo'.

5 Las aguas me rodearon hasta el alma,
el abismo me envolvió;
las algas se enredaron en mi cabeza.

6 Descendí a los cimientos de los montes;
los cerrojos de la tierra se cerraron sobre mí para siempre;
mas tú sacaste mi vida de la fosa, Yahvé, Dios mío.

7 «Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé de Yahvé,
y mi oración llegó hasta ti, a tu santo templo.

8 Los que siguen a los ídolos vanos
abandonan su propia fidelidad.

9 Mas yo, con voz de alabanza, te ofreceré sacrificios;
cumpliré lo que prometí.
La salvación pertenece a Yahvé».

10 Entonces Yahvé habló al pez, y este vomitó a Jonás en tierra firme.

Capítulo 3

1 La palabra de Yahvé llegó a Jonás por segunda vez, diciendo:

2 «Levántate, ve a Nínive, aquella gran ciudad, y proclama en ella el mensaje que yo te daré».

3 Jonás se levantó y fue a Nínive, conforme a la palabra de Yahvé. Nínive era una ciudad tan grande que se requerían tres días para recorrerla.

4 Jonás comenzó a entrar en la ciudad el primer día de camino, y pregonaba diciendo: «¡Dentro de cuarenta días Nínive será destruida!».

5 Y los hombres de Nínive creyeron a Dios, proclamaron ayuno y se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos.

6 Cuando la noticia llegó al rey de Nínive, este se levantó de su trono, se despojó de su manto real, se cubrió de cilicio y se sentó sobre ceniza.

7 E hizo proclamar y anunciar en Nínive, por decreto del rey y de sus grandes, lo siguiente: «Que hombres y animales, bueyes y ovejas, no gusten cosa alguna; no se les dé alimento ni beban agua;

8 sino cúbranse de cilicio hombres y animales, y clamen a Dios fervientemente; y conviértase cada uno de su mal camino y de la violencia que hay en sus manos.

9 ¿Quién sabe si Dios se volverá y se arrepentirá, y se apartará del furor de su ira, de modo que no perezcamos?».

10 Vio Dios lo que hicieron, cómo se convirtieron de su mal camino, y se arrepintió Dios del mal que había dicho que les haría, y no lo llevó a cabo.

Capítulo 4

1 Pero esto disgustó mucho a Jonás, y se enojó.

2 Oró a Yahvé y dijo: «Te ruego, Yahvé, ¿no es esto lo que yo decía cuando aún estaba en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía que eres un Dios clemente y misericordioso, lento para la ira y grande en misericordia, y que te arrepientes del mal.

3 Por tanto ahora, Yahvé, te ruego que me quites la vida, porque mejor me es la muerte que la vida».

4 Yahvé le preguntó: «¿Haces bien en enojarte tanto?».

5 Jonás salió de la ciudad y se sentó al oriente de ella; allí se hizo una enramada y se sentó bajo su sombra, esperando a ver qué sería de la ciudad.

6 Entonces el Señor Dios dispuso una planta, y la hizo crecer sobre Jonás para que hiciese sombra sobre su cabeza y le librase de su malestar. Y Jonás se alegró mucho por aquella planta.

7 Pero al amanecer del día siguiente, Dios dispuso un gusano, el cual hirió la planta y esta se secó.

8 Y aconteció que, al salir el sol, Dios dispuso un recio viento solano; y el sol hirió la cabeza de Jonás, de modo que se desmayaba y deseaba la muerte, diciendo: «Mejor me sería morir que vivir».

9 Entonces dijo Dios a Jonás: «¿Haces bien en enojarte por la planta?». Y él respondió: «Hago bien en enojarme, hasta la muerte».

10 Y dijo Yahvé: «Tú te compadeciste de la planta, por la cual no trabajaste ni la hiciste crecer; que en una noche nació y en una noche pereció.

11 ¿Y no habré yo de tener piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben distinguir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?».

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

MIQUEAS

Capítulo 1

1 Palabra de Yahvé que vino a Miqueas de Moreset en los días de Jotam, Acaz y
Ezequías, reyes de Judá; lo que vio acerca de Samaria y Jerusalén.

2 ¡Oíd, pueblos todos!
Escucha, tierra, y cuanto hay en ti.
Que el Señor Yahvé sea testigo contra vosotros,
el Señor desde su santo templo.

3 Porque he aquí que Yahvé sale de su morada,
y descenderá y hollará los lugares altos de la tierra.

4 Las montañas se derriten bajo él
y los valles se hienden como la cera ante el fuego,
como las aguas que se vierten por una pendiente.

5 Todo esto es por la rebelión de Jacob
y por los pecados de la casa de Israel.
¿Cuál es la rebelión de Jacob?
¿No es Samaria?
¿Y cuáles son los lugares altos de Judá?
¿No es Jerusalén?

6 Por tanto, haré de Samaria un montón de ruinas en el campo,
tierra para plantar viñedos;
despeñaré sus piedras en el valle
y descubriré sus cimientos.

7 Todas sus estatuas serán despedazadas,
todas sus ganancias de ramera serán quemadas en el fuego
y asolaré todas sus imágenes;

porque de paga de ramera las reunió,
y a paga de ramera volverán.

8 Por esto me lamentaré y aullaré;
andaré despojado y desnudo.
Daré alaridos como los chacales
y lamentos como los avestruces.

9 Porque su llaga es incurable
y ha llegado hasta Judá;
se ha extendido hasta la puerta de mi pueblo,
hasta la misma Jerusalén.

10 No lo anunciéis en Gat,
ni lloréis amargamente.
En Bet-le-afrá me he revolcado en el polvo.

11 Pasa, morador de Safir, en desnudez y vergüenza.
El morador de Zaánan no se atrevió a salir.
El llanto de Bet-ezel os quitará su apoyo.

12 Porque el morador de Marot anhelaba el bien,
pero el mal ha descendido de parte de Yahvé hasta la puerta de Jerusalén.

13 Uncid al carro los corceles, moradores de Laquis;
vosotros fuisteis principio de pecado para la hija de Sión,
porque en vosotros se hallaron las rebeliones de Israel.

14 Por tanto, daréis dones de despedida a Moreset-gat.
Las casas de Aczib serán un engaño para los reyes de Israel.

15 Aún os traeré un conquistador, moradores de Maresá;
la gloria de Israel llegará hasta Adulam.

16 Ráate la cabeza
y córtate el cabello por los hijos de tus delicias;
hazte una calva tan ancha como la del buitre,

porque han sido llevados al destierro lejos de ti.

Capítulo 2

1 ¡Ay de los que traman la iniquidad
y maquinan el mal en sus lechos!
Al clarear el día lo ejecutan,
porque está en el poder de su mano.

2 Codician campos y se apoderan de ellos;
codician casas y las quitan.
Oprimen al hombre y a su familia,
al hombre y a su heredad.

3 Por tanto, así dice Yahvé:
"He aquí, yo preparo contra esta estirpe un mal
del cual no podréis librar el cuello,
ni caminaréis con altivez,
porque será un tiempo aciago.

4 En aquel día se entonará contra vosotros un refrán,
y se hará un lamento lúgubre, diciendo:
'¡Estamos totalmente arruinados!
La heredad de mi pueblo ha sido repartida.
¡Cómo nos la quita! Asigna nuestros campos a los traidores'".

5 Por tanto, no tendrás a nadie que reparta la tierra a cordel
en la asamblea de Yahvé.

6 «¡No profeticéis!» —dicen ellos.
«No se debe profetizar sobre estas cosas;
la vergüenza no nos alcanzará».

7 Tú, que te llamas casa de Jacob,
¿acaso se ha agotado la paciencia del Espíritu de Yahvé?
¿Son estas sus obras?
¿No hacen bien mis palabras al que camina rectamente?

8 Pero hace poco mi pueblo se ha levantado como enemigo;
a los que pasan confiados, como los que vuelven de la guerra,
les quitáis la túnica y el manto.

9 A las mujeres de mi pueblo expulsáis de sus hogares queridos;
a sus niños pequeños les arrebatáis mi gloria para siempre.

10 ¡Levantaos y marchaos!
Porque este no es vuestro lugar de descanso,
a causa de la impureza que destruye
con una destrucción atroz.

11 Si un hombre que camina con espíritu de falsedad mintiese diciendo:
«Yo os profetizaré sobre el vino y la sidra»,
ese sería el profeta para este pueblo.

12 «Ciertamente os reuniré a todos, oh Jacob;
recogeré el remanente de Israel.
Los juntaré como ovejas en el aprisco,
como rebaño en medio de su pastizal;
habrá estrépito de multitud de gente».

13 El que abre camino subirá delante de ellos;
romperán la brecha, pasarán la puerta y saldrán por ella.
Su rey pasará delante de ellos,
con Yahvé a su cabeza.

Capítulo 3

1 Dije:
«Oíd, os ruego, cabezas de Jacob,
y jefes de la casa de Israel:
¿No os corresponde a vosotros conocer el derecho?

2 Vosotros, que odiáis el bien
y amáis el mal;
que les arrancáis la piel
y la carne de sobre sus huesos;

3 que coméis también la carne de mi pueblo,
les desolláis la piel,
les quebráis los huesos
y los picáis como para la olla,
como carne dentro del caldero».

4 Entonces clamarán a Yahvé,
pero él no les responderá.
Antes bien, esconderá de ellos su rostro en aquel tiempo,
por cuanto cometieron malvadas obras.

5 Así dice Yahvé acerca de los profetas que extravían a mi pueblo: "Si tienen algo que morder con sus dientes, proclaman: '¡Paz!', pero a quien no les pone nada en la boca, le declaran la guerra":

6 «Por tanto, se os hará noche sin visión,
y tendréis tinieblas sin revelación;
el sol se pondrá sobre los profetas,
y el día se oscurecerá sobre ellos.

7 Los videntes serán avergonzados
y los adivinos confundidos.
Sí, todos ellos se cubrirán los labios,

porque no habrá respuesta de Dios».

8 Pero yo estoy lleno de poder por el Espíritu de Yahvé,
y de juicio y de fortaleza,
para denunciar a Jacob su rebelión
y a Israel su pecado.

9 Oíd esto, os ruego, jefes de la casa de Jacob,
y gobernantes de la casa de Israel,
que abomináis el derecho
y pervertís toda rectitud;

10 que edificáis a Sión con sangre
y a Jerusalén con iniquidad.

11 Sus jefes juzgan por soborno,
sus sacerdotes enseñan por precio,
y sus profetas adivinan por dinero;
y se apoyan en Yahvé, diciendo:
«¿No está Yahvé entre nosotros?
No vendrá sobre nosotros ningún mal».

12 Por tanto, por vuestra causa Sión será arada como un campo,
Jerusalén se convertirá en un montón de ruinas,
y el monte del templo en cumbres boscosas.

Capítulo 4

1 Acontecerá en los últimos días
que el monte del templo de Yahvé será establecido como cabeza de los montes,
y será exaltado sobre los collados;
y los pueblos fluirán hacia él.

2 Muchas naciones irán y dirán:
«¡Venid! Subamos al monte de Yahvé,
a la casa del Dios de Jacob;
para que él nos enseñe sus caminos,
y caminemos por sus sendas».
Porque de Sión saldrá la ley,
y de Jerusalén la palabra de Yahvé.

3 Él juzgará entre muchos pueblos,
y decidirá por naciones fuertes y lejanas.
Convertirán sus espadas en rejas de arado,
y sus lanzas en podaderas.
No alzará espada nación contra nación,
ni se adiestrarán más para la guerra.

4 Sino que cada uno se sentará bajo su vid y bajo su higuera,
y no habrá quien los amedrente;
porque la boca de Yahvé de los Ejércitos ha hablado.

5 Aunque todos los pueblos caminen cada uno en el nombre de su dios,
nosotros caminaremos en el nombre de Yahvé, nuestro Dios, por los siglos de los siglos.

6 «En aquel día», dice Yahvé,
«reuniré a la que cojea,
y recogeré a la descarriada,
y a la que yo había afligido;

7 y haré de la que cojeaba un remanente,
y de la que fue arrojada lejos una nación fuerte;
y Yahvé reinará sobre ellos en el monte Sión desde ahora y para siempre».

8 Y tú, torre del rebaño, collado de la hija de Sión,
hasta ti vendrá el antiguo dominio,
el reino de la hija de Jerusalén.

9 Ahora bien, ¿por qué gritas tanto?
¿Acaso no hay rey en ti?
¿Ha perecido tu consejero,
que te han entrado dolores como de mujer de parto?

10 Duélete y gime, hija de Sión,
como mujer de parto;
porque ahora saldrás de la ciudad
y morarás en el campo,
y llegarás hasta Babilonia.
Allí serás librada;
allí te redimirá Yahvé de la mano de tus enemigos.

11 Ahora se han juntado muchas naciones contra ti, y dicen:
«Sea profanada,
y vean nuestros ojos su deseo en Sión».

12 Pero ellos no conocen los pensamientos de Yahvé,
ni entienden su designio;
pues él los ha juntado como gavillas en la era.

13 ¡Levántate y trilla, hija de Sión!
Porque haré tu cuerno de hierro,
y tus pezuñas de bronce.
Desmenuzarás a muchos pueblos;
y consagrarás su botín a Yahvé,
y sus riquezas al Señor de toda la tierra.

Capítulo 5

1 Agrupa ahora tus tropas,
hija de batallones;
nos han puesto sitio.
Con una vara herirán en la mejilla al juez de Israel.

2 Pero tú, Belén Efrata,
aunque eres pequeña entre las familias de Judá,
de ti me saldrá el que será caudillo en Israel;
cuyos orígenes son desde tiempos antiguos, desde los días de la eternidad.

3 Por tanto, él los abandonará hasta el tiempo en que la que está de parto dé a luz;
entonces el resto de sus hermanos volverá junto a los hijos de Israel.

4 Y él estará en pie y pastoreará con la fuerza de Yahvé,
con la grandeza del nombre de Yahvé su Dios;
y habitarán seguros, porque entonces será él engrandecido hasta los confines de la tierra.

5 Y él será nuestra paz. Cuando el asirio entre en nuestra tierra
y cuando huelle nuestros palacios,
levantaremos contra él siete pastores
y ocho hombres eminentes.

6 Ellos pastorearán la tierra de Asiria a espada,
y la tierra de Nimrod en sus puertas;
y él nos librará del asirio
cuando viniere a nuestra tierra
y hollare nuestras fronteras.

7 El remanente de Jacob estará en medio de muchos pueblos
como el rocío de Yahvé,
como la lluvia menuda sobre la hierba,
la cual no espera al hombre
ni aguarda a los hijos de los hombres.

8 Asimismo el remanente de Jacob estará entre las naciones,
en medio de muchos pueblos,
como el león entre las bestias de la selva,

como el cachorro de león entre las manadas de ovejas,
el cual, si pasare, pisotea y despedaza,
y no hay quien escape.

9 Tu mano se alzará sobre tus enemigos,
y todos tus adversarios serán exterminados.

10 «Acontecerá en aquel día», dice Yahvé,
«que haré matar vuestros caballos de entre vosotros
y haré destruir vuestros carros.

11 Asolaré las ciudades de tu tierra
y derribaré todas tus fortalezas.

12 Asimismo destruiré de tu mano las hechicerías,
y no habrá en ti más adivinos.

13 Haré destruir tus esculturas y tus imágenes grabadas de en medio de vosotros,
y nunca más te inclinarás ante la obra de tus manos.

14 Arrancaré tus bosques sagrados de en medio de vosotros
y destruiré tus ciudades.

15 Y con ira y con furor ejecutaré venganza
sobre las naciones que no obedecieron».

Capítulo 6

1 Escuchad ahora lo que dice Yahvé:
«Levántate, expón tu causa ante las montañas,
y deja que las colinas oigan tu voz.

2 Oíd, montañas, el pleito de Yahvé,
y vosotros, cimientos inmutables de la tierra;
porque Yahvé tiene un pleito con su pueblo,
y entrará en juicio con Israel.

3 Pueblo mío, ¿qué te he hecho?
¿En qué te he molestado?
¡Responde contra mí!

4 Pues yo te saqué de la tierra de Egipto,
y te redimí de la casa de servidumbre.
Envié delante de ti a Moisés, a Aarón y a Miriam.

5 Pueblo mío, recuerda ahora lo que tramó Balac, rey de Moab,
y lo que le respondió Balaam hijo de Beor, desde Sitim hasta Gilgal,
para que reconozcas los actos de justicia de Yahvé».

6 ¿Con qué me presentaré ante Yahvé,
y me inclinaré ante el Dios Altísimo?
¿Me presentaré ante él con holocaustos,
con terneros de un año?

7 ¿Se agradará Yahvé de millares de carneros,
o de diez mil arroyos de aceite?
¿Daré a mi primogénito por mi rebelión,
el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?

8 Él te ha declarado, oh hombre, lo que es bueno.
¿Y qué pide Yahvé de ti, sino que hagas justicia,
que ames la misericordia y que camines humildemente con tu Dios?

9 La voz de Yahvé clama a la ciudad —
y es de sabios temer tu nombre —
«Escuchad la vara,
y a quien la designó.

10 ¿Hay todavía en la casa del impío tesoros de maldad,
y el efa escaso que es detestable?

11 ¿Daré por inocente al que tiene balanza falsa,
y bolsa de pesas engañosas?

12 Pues sus ricos están llenos de violencia,
y sus moradores hablan mentira,
y su lengua es engañosa en su boca.

13 Por eso yo también te heriré gravemente,
asolándote por tus pecados.

14 Comerás, pero no te saciarás,
y el vacío estará en tus entrañas.
Recogerás, pero no salvarás,
y lo que salvaras, lo entregaré yo a la espada.

15 Sembrarás, mas no segarás.
Pisarás aceitunas, mas no te ungirás con el aceite;
y pisarás uvas, mas no beberás el vino.

16 Porque se han guardado los estatutos de Omrí,
y todas las obras de la casa de Acab.
Habéis caminado según sus consejos,
para que yo te entregue a la desolación,
y a vuestros moradores a la burla.
Llevaréis, pues, el reproche de mi pueblo».

Capítulo 7

1 ¡Ay de mí! Porque soy como cuando han recogido los frutos del verano, como los rebuscos de la vendimia.
No queda ni un racimo de uvas para comer; mi alma desea la breva.

2 Ha perecido el hombre piadoso de la tierra,
y no queda nadie recto entre los hombres.
Todos acechan para derramar sangre;
cada cual caza a su hermano con una red.

3 Sus manos son diestras para hacer el mal;
el príncipe y el juez exigen soborno.
El poderoso manifiesta el deseo de su alma,
y así traman todos juntos la conspiración.

4 El mejor de ellos es como una zarza;
el más recto es peor que un seto de espinos.
El día de tus atalayas,
el día de tu castigo ha llegado;
ahora será su confusión.

5 No confiéis en el prójimo,
ni tengáis fe en el amigo;
de la que duerme a tu lado,
guarda las puertas de tu boca.

6 Porque el hijo deshonra al padre,
la hija se levanta contra su madre,
la nuera contra su suegra,
y los enemigos del hombre son los de su propia casa.

7 Mas yo miraré hacia Yahvé;
esperaré al Dios de mi salvación.
El Dios mío me oirá.

8 No te alegres de mí, enemiga mía.
Aunque caiga, me levantaré;
aunque more en tinieblas, Yahvé será mi luz.

9 Soportaré la indignación de Yahvé,
porque pequé contra él,
hasta que él juzgue mi causa y me haga justicia.
Él me sacará a la luz,
y yo veré su justicia.

10 Mi enemiga lo verá,
y la vergüenza cubrirá a la que me decía:
«¿Dónde está Yahvé, tu Dios?».
Mis ojos la verán;
ahora será pisoteada como el fango de las calles.

11 ¡Viene el día de edificar tus muros!
En aquel día se ensancharán tus fronteras.

12 En aquel día vendrán a ti desde Asiria y las ciudades de Egipto,
desde Egipto hasta el Gran Río,
de mar a mar
y de montaña a montaña.

13 Pero la tierra será asolada por causa de sus moradores,
por el fruto de sus obras.

14 Pastorea a tu pueblo con tu cayado,
al rebaño de tu heredad,
que mora solo en la selva,
en medio del Carmelo. Que se alimenten
en Basán y Galaad, como en los tiempos de antaño.

15 «Como en los días de tu salida de la tierra de Egipto,
yo les mostraré maravillas».

16 Las naciones lo verán y se avergonzarán de todo su poderío;
se pondrán la mano sobre la boca
y se les ensordecerán los oídos.

17 Lamerán el polvo como la serpiente;
como los reptiles de la tierra, saldrán temblando de sus agujeros.
Se volverán con temor a Yahvé, nuestro Dios,
y tendrán miedo ante ti.

18 ¿Qué Dios hay como tú, que perdona la iniquidad
y pasa por alto la rebeldía del remanente de su heredad?
No retiene para siempre su enojo,
porque se deleita en la misericordia.

19 Él volverá a tener compasión de nosotros;
sepultará nuestras iniquidades.
Tú arrojarás todos nuestros pecados a lo profundo del mar.

20 Mostrarás tu fidelidad a Jacob,
y tu misericordia a Abraham,
como juraste a nuestros padres desde los tiempos de antaño.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

NAHÚM

Capítulo 1

1 Profecía sobre Nínive. Libro de la visión de Nahúm de Elcos.

2 Yahvé es Dios celoso y vengador; Yahvé es vengador y lleno de indignación; Yahvé se venga de sus adversarios y guarda el enojo para sus enemigos.

3 Yahvé es tardo para la ira y grande en poder, y no tendrá por inocente al culpable. Yahvé marcha en el torbellino y en la tempestad, y las nubes son el polvo de sus pies.

4 Él amenaza al mar y lo hace secar, y agota todos los ríos; Basán y el Carmelo languidecen, y la flor del Líbano se marchita.

5 Los montes tiemblan delante de él y los collados se derriten; la tierra se conmueve en su presencia, el mundo y todos los que en él habitan.

6 ¿Quién resistirá delante de su ira? ¿Y quién quedará en pie ante el ardor de su enojo? Su furor se derrama como fuego y por él se hendirán las peñas.

7 Bueno es Yahvé, fortaleza en el día de la angustia; y conoce a los que en él confían.

8 Mas con inundación impetuosa consumirá el lugar de sus enemigos, y las tinieblas perseguirán a sus adversarios.

9 ¿Qué tramáis contra Yahvé? Él hará consumación; no tomará venganza dos veces de sus enemigos.

10 Aunque sean como espinos entretejidos y estén empapados en su bebida, serán consumidos como hojarasca completamente seca.

11 De ti salió el que imaginó el mal contra Yahvé, un consejero perverso.

12 Así dice Yahvé: «Aunque tengan reposo y sean tantos, aun así serán talados y él pasará. Aunque te he afligido, no te afligiré más.

13 Porque ahora romperé su yugo de sobre ti y quebrantaré tus coyundas».

14 Pero Yahvé ha dado orden acerca de ti: «No quedará más de tu nombre; de la casa de tus dioses quitaré la imagen esculpida y la de fundición; allí prepararé tu sepulcro, porque fuiste vil».

15 ¡He aquí sobre los montes los pies del que trae buenas nuevas, del que anuncia la paz! Celebra, Judá, tus fiestas, cumple tus votos; porque nunca más pasará por ti el malvado; ha sido totalmente exterminado.

Capítulo 2

1 El destructor sube contra ti. ¡Guarda la fortaleza! ¡Vigila el camino! ¡Cíñete los lomos! ¡Fortalece tu poder con todas tus fuerzas!

2 Porque Yahvé restaurará la gloria de Jacob como la gloria de Israel, pues los saqueadores los han despojado y han destruido sus sarmientos.

3 El escudo de sus valientes es de color rojo. Sus guerreros van de escarlata. Los carros centellean con acero en el día de su preparación, y las lanzas de ciprés se blanden.

4 Los carros corren furiosos por las calles y se precipitan por las plazas. Su apariencia es como de antorchas; corren como los relámpagos.

5 Él convoca a sus nobles, que tropiezan en su camino. Se apresuran hacia el muro, y el escudo protector ya está colocado.

6 Se abren las puertas de los ríos, y el palacio se desmorona.

7 Está decretado: la reina es despojada y llevada cautiva; sus doncellas gimen con voz de paloma, golpeándose el pecho.

8 Nínive ha sido como estanque de aguas desde tiempos antiguos, pero ahora ellos huyen. «¡Deteneos! ¡Deteneos!», gritan, mas nadie vuelve la vista.

9 ¡Saquead la plata! ¡Saquead el oro! Sus tesoros no tienen fin; hay abundancia de toda clase de objetos preciosos.

10 ¡Vacía, agotada y desolada está! El corazón desmaya, las rodillas tiemblan, hay dolor en todos los lomos y todos los rostros han palidecido.

11 ¿Dónde está la guarida de los leones y el lugar donde se alimentaban los cachorros, donde se paseaba el león y la leona con sus crías sin que nadie los espantase?

12 El león despedazaba lo suficiente para sus cachorros y estrangulaba la presa para sus leonas; llenaba de presas sus cavernas y de rapiña sus moradas.

13 «He aquí, yo estoy contra ti», dice Yahvé de los Ejércitos. «Quemaré tus carros hasta reducirlos a humo, y la espada devorará a tus cachorros de león. Extirparé tu rapiña de la tierra, y nunca más se oirá la voz de tus embajadores».

Capítulo 3

1 ¡Ay de la ciudad sanguinaria, toda llena de mentira y de rapiña, que no cesa de saquear!

2 ¡Chasquido de látigo, estrépito de ruedas, caballos que galopan y carros que saltan!

3 ¡Jinetes que cargan, espadas relucientes, lanzas centelleantes! ¡Multitud de heridos, montones de muertos, cadáveres sin fin! ¡Tropiezan con los cuerpos!

4 Todo por las muchas fornicaciones de la ramera de hermosa gracia, maestra de hechizos, que seduce a las naciones con sus fornicaciones y a los pueblos con sus embrujos.

5 «He aquí que yo estoy contra ti», dice Yahvé de los Ejércitos. “Descubriré tus faldas sobre tu rostro y mostraré a las naciones tu desnudez, y a los reinos tu vergüenza.

6 Arrojaré sobre ti inmundicias abominables, te envileceré y te convertiré en un espectáculo.

7 Y sucederá que todos los que te vean huirán de ti y dirán: '¡Nínive ha sido asolada! ¿Quién tendrá compasión de ella? ¿Dónde buscaré quien te consuele?'".

8 ¿Eres tú mejor que No-Amón, la que estaba asentada entre los ríos, rodeada de aguas, cuyo baluarte era el mar y cuya muralla eran las aguas?

9 Etiopía y Egipto eran su fuerza ilimitada; Fut y Libia eran sus aliados.

10 Sin embargo, ella fue llevada al destierro, fue al cautiverio. Sus niños fueron estrellados en las esquinas de todas las calles; echaron suertes sobre sus nobles y todos sus grandes hombres fueron encadenados.

11 Tú también te embriagarás y quedarás aturdida; tú también buscarás refugio a causa del enemigo.

12 Todas tus fortalezas serán como higueras con brevas maduras: si las sacuden, caen en la boca del que las ha de comer.

13 He aquí que tus tropas en medio de ti son como mujeres; las puertas de tu tierra se abren de par en par a tus enemigos, y el fuego devora tus cerrojos.

14 Provéete de agua para el asedio, refuerza tus fortalezas; entra en el lodo, pisa la argamasa, repara el horno de ladrillos.

15 Allí te consumirá el fuego, te cortará la espada; te devorará como el pulgón. ¡Multiplícate como el pulgón! ¡Multiplícate como la langosta!

16 Aumentaste tus mercaderes más que las estrellas del cielo; el pulgón extiende sus alas y vuela.

17 Tus guardas son como langostas y tus capitanes como nubes de langostas que se asientan en los vallados en día de frío; pero sale el sol y vuelan, y nadie sabe dónde están.

18 Tus pastores duermen, oh rey de Asiria; tus nobles descansan. Tu pueblo está disperso por los montes y no hay quien lo reúna.

19 No hay medicina para tu herida; tu llaga es mortal. Todos los que oigan noticias de ti batirán palmas sobre ti, porque ¿sobre quién no pasó continuamente tu infinita maldad?

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HABACUC

Capítulo 1

1 El oráculo que tuvo en visión el profeta Habacuc.

2 ¿Hasta cuándo, Yahvé, clamaré sin que tú escuches? ¿Hasta cuándo te gritaré:
«¡Violencia!», sin que tú salves?

3 ¿Por qué me haces ver la iniquidad y te quedas mirando el agravio? Pues la destrucción y la violencia están ante mí; hay contienda y se levanta la discordia.

4 Por eso la ley se debilita y la justicia no prevalece nunca; porque el impío acosa al justo, y así sale torcida la justicia.

5 «Mirad entre las naciones, observad y asombraos maravillosamente; porque voy a realizar una obra en vuestros días que no creeríais aunque os la contasen.

6 Porque he aquí, yo levanto a los caldeos, nación cruel e impetuosa, que recorre la anchura de la tierra para apoderarse de moradas ajenas.

7 Son temibles y terribles; su justicia y su dignidad emanan de ellos mismos.

8 Sus caballos son más veloces que leopardos y más feroces que lobos al anochecer. Sus jinetes galopan con orgullo; sí, sus jinetes vienen de lejos y vuelan como águila que se apresura a devorar.

9 Vienen todos ellos para ejercer la violencia; su rostro avanza como el viento del este y recogen cautivos como la arena.

10 Se mofan de los reyes y los príncipes les sirven de burla; se ríen de toda fortaleza, pues levantan terraplenes y las conquistan.

11 Luego pasan como el viento y siguen adelante; pero son culpables, porque hacen de su fuerza su dios».

12 ¿No eres tú desde la eternidad, Yahvé, Dios mío, Santo mío? No moriremos. Yahvé, para juicio los has puesto; y tú, oh Roca, los has establecido para castigar.

13 Tú, que eres de ojos demasiado puros para ver el mal y no puedes mirar el agravio, ¿por qué toleras a los traidores y callas cuando el impío devora al que es más justo que él?

14 ¿Por qué haces a los hombres como a los peces del mar, como a reptiles que no tienen dueño?

15 A todos los saca con el anzuelo, los atrapa en su red y los recoge en su malla; por eso se regocija y se alegra.

16 Por eso ofrece sacrificios a su red y quema incienso a su malla, porque gracias a ellas su porción es pingüe y su comida suculenta.

17 ¿Continuará, pues, vaciando su red y matando a las naciones sin piedad?

Capítulo 2

1 Me pondré en mi torre de vigilia y me situaré sobre la muralla; estaré atento para ver qué me dirá Yahvé y qué he de responder a mi queja.

2 El Señor me respondió: "Escribe la visión y grábala claramente en tablillas, para que pueda leerla el que pase corriendo.

3 Aunque la visión es todavía para el tiempo señalado, se apresura hacia el fin y no mentirá. Aunque se demore, espérala, porque sin duda vendrá; no tardará.

4 He aquí que aquel cuya alma es soberbia no es recto en su interior; mas el justo por su fe vivirá.

5 Y además, el vino es traicionero; el hombre arrogante no halla reposo. Ensancha su garganta como el Seol y es insaciable como la muerte; reúne para sí todas las naciones y amontona para sí todos los pueblos.

6 ¿No entonarán todos estos contra él un proverbio y una burla punzante? Dirán:
'¡Ay del que amontona lo ajeno! ¿Hasta cuándo habrá de enriquecerse con prendas empeñadas?'.

7 ¿No se levantarán de repente vuestros acreedores y despertarán los que os hacen temblar? ¡Y seréis para ellos objeto de rapiña!

8 Por cuanto habéis saqueado a muchas naciones, todos los demás pueblos os saquearán a vosotros, a causa de la sangre humana y por la violencia hecha a la tierra, a las ciudades y a todos sus moradores.

9 ¡Ay del que obtiene ganancias injustas para su casa, poniendo su nido en alto para librarse del poder del mal!

10 Habéis maquinado la vergüenza para vuestra casa al destruir a muchos pueblos, pecando contra vuestra propia alma.

11 Porque la piedra clamará desde el muro y la viga del maderamen le responderá.

12 ¡Ay del que edifica la ciudad con sangre y la establece sobre la iniquidad!

13 ¿No proviene de Yahvé de los Ejércitos que los pueblos trabajen para el fuego y las naciones se fatiguen en vano?

14 Porque la tierra se llenará del conocimiento de la gloria de Yahvé, como las aguas cubren el mar.

15 ¡Ay del que da de beber a su prójimo, añadiendo su ponzoña hasta embriagarlo para contemplar su desnudez!

16 Os habéis llenado de ignominia en lugar de gloria. ¡Bebed también vosotros y quedad al descubierto! La copa de la mano derecha de Yahvé se volverá contra vosotros, y la deshonra cubrirá vuestra gloria.

17 Porque la violencia contra el Líbano os agobiará, y la destrucción de las fieras os aterrará, por la sangre humana y por la violencia contra la tierra, contra la ciudad y contra todos sus moradores.

18 ¿De qué sirve la imagen tallada para que su artífice la haya esculpido, o la imagen de fundición que enseña mentiras, para que su hacedor confíe en ella fabricando ídolos mudos?

19 ¡Ay del que dice al madero: «Despierta», y a la piedra muda: «Levántate»! ¿Podrá eso enseñar? He aquí que está cubierto de oro y plata, pero no hay aliento alguno en su interior.

20 Mas Yahvé está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra".

Capítulo 3

1 Oración del profeta Habacuc, sobre Shigionoth.

2 Yahvé, he oído tu fama;
me asombro, Yahvé, de tus obras.
Renuévalas en medio de los tiempos,
en medio de los tiempos hazlas conocer;
en la ira, acuérdate de la misericordia.

3 Dios vino de Temán,
el Santo desde el monte Parán. Selah.
Su gloria cubrió los cielos,
y su alabanza llenó la tierra.

4 Su esplendor fue como la luz del sol;
rayos brillantes salían de su mano, donde se escondía su poder.

5 Delante de su rostro iba la peste,
y la plaga seguía sus pasos.

6 Se detuvo y sacudió la tierra;
miró e hizo temblar a las naciones.
Los montes antiguos se desmoronaron,
los collados eternos se hundieron.
Sus caminos son los de siempre.

7 Vi las tiendas de Cusán en aflicción;
las moradas de la tierra de Madián temblaban.

8 ¿Te airaste, Yahvé, contra los ríos?
¿Fue tu ira contra los ríos,
o tu furor contra el mar,
cuando montaste en tus caballos,
en tus carros de victoria?

9 Descubriste por completo tu arco;
las saetas fueron juradas según tu palabra. Selah.
Hendiste la tierra con los ríos.

10 Te vieron los montes y tuvieron temor;
pasó la inundación de las aguas.
El abismo dio su voz,
y levantó sus manos en lo alto.

11 El sol y la luna se detuvieron en su morada;
a la luz de tus saetas anduvieron,
y al resplandor de tu reluciente lanza.

12 Con indignación marchaste sobre la tierra;
con ira trillaste a las naciones.

13 Saliste para la salvación de tu pueblo,
para la salvación de tu ungido.
Aplastaste la cabeza de la casa del impío,
descubriéndola desde el cimiento hasta la roca. Selah.

14 Horadaste con sus propios dardos las cabezas de sus guerreros,
que como torbellino acometieron para dispersarme,
regocijándose como si devoraran al pobre en secreto.

15 Pisaste el mar con tus caballos,
sobre la masa de las grandes aguas.

16 Oí, y se conmovieron mis entrañas;
al oír tu voz, temblaron mis labios.
Entró la carcoma en mis huesos, y en mi lugar me estremecí;
porque debo esperar en silencio el día de la angustia,
cuando suba contra el pueblo el que lo ha de invadir.

17 Aunque la higuera no florezca,
ni en las vides haya frutos,
aunque falte el producto del olivo,
y los labrados no den mantenimiento,
y las ovejas sean quitadas de la majada,
y no haya vacas en los corrales;

18 con todo, yo me alegraré en Yahvé,
y me gozaré en el Dios de mi salvación.

19 Yahvé, el Señor, es mi fortaleza;
él hace mis pies como de ciervas,
y en mis alturas me hace caminar. Al jefe de los cantores, sobre mis instrumentos de cuerda.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

SOFONÍAS

Capítulo 1

1 Palabra de Yahvé que llegó a Sofonías, hijo de Cushi, hijo de Gedalías, hijo de Amarías, hijo de Ezequías, en los días de Josías, hijo de Amón, rey de Judá.

2 «Arrasaré con todo lo que hay sobre la faz de la tierra», dice Yahvé.

3 «Arrasaré al hombre y al animal. Arrasaré las aves del cielo, los peces del mar y los tropiezos junto con los malvados. Eliminaré al hombre de la superficie de la tierra», dice Yahvé.

4 «Extenderé mi mano contra Judá y contra todos los moradores de Jerusalén. Extirparé de este lugar el resto de Baal, el nombre de los ministros idólatras junto con los sacerdotes,

5 a los que adoran al ejército del cielo en las azoteas, a los que adoran y juran por Yahvé y también juran por Malcam,

6 a los que se han apartado de seguir a Yahvé, y a los que no han buscado a Yahvé ni han preguntado por él».

7 ¡Callad ante la presencia del Señor Yahvé, porque el día de Yahvé está cerca! Pues Yahvé ha preparado un sacrificio y ha consagrado a sus invitados.

8 «El día del sacrificio de Yahvé castigaré a los príncipes, a los hijos del rey y a todos los que se visten con ropas extranjeras.

9 Ese día castigaré a todos los que saltan el umbral, a los que llenan la casa de su señor con violencia y engaño».

10 "En aquel día —dice Yahvé—, habrá gritos de auxilio desde la Puerta de los Peces, un lamento desde el segundo distrito y un gran estruendo desde las colinas.

11 ¡Gemid, moradores de la Hondonada, porque todo el pueblo de mercaderes ha sido aniquilado! Todos los que estaban cargados de plata han sido eliminados.

12 Sucederá en aquel tiempo que registraré a Jerusalén con lámparas, y castigaré a los hombres que reposan sobre sus heces, los cuales dicen en su corazón: 'Yahvé no hará ni bien ni mal'.

13 Sus riquezas se convertirán en botín y sus casas en desolación. Construirán casas, pero no las habitarán; plantarán viñas, pero no beberán su vino".

14 El gran día de Yahvé está cerca. Está cerca y llega con prontitud. ¡Amarga es la voz del día de Yahvé! Allí hasta el valiente grita con angustia.

15 Ese día es un día de ira, día de angustia y de tribulación, día de devastación y de ruina, día de tinieblas y de oscuridad, día de nublado y de densos nubarrones,

16 día de trompeta y de clamor contra las ciudades fortificadas y contra las altas almenas.

17 «Traeré tal angustia sobre los hombres que andarán como ciegos por haber pecado contra Yahvé. Su sangre será derramada como polvo y su carne como estiércol.

18 Ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día de la ira de Yahvé, pues toda la tierra será devorada por el fuego de su celo; porque él exterminará por completo a todos los moradores de la tierra».

Capítulo 2

1 Reuníos, sí, reuníos, nación sin pudor,

2 antes que el decreto surta efecto y el día pase como el tamo; antes que venga sobre vosotros el ardor de la ira de Yahvé, antes que venga sobre vosotros el día del furor de Yahvé.

3 Buscad a Yahvé, todos los humildes de la tierra, los que habéis puesto por obra
sus decretos. Buscad la justicia, buscad la mansedumbre; quizá hallaréis refugio en
el día de la ira de Yahvé.

4 Porque Gaza será desamparada y Ascalón asolada; saquearán a Asdod al me-
diodía y Ecrón será desarraigada.

5 ¡Ay de los moradores de la costa del mar, de la nación de los quereteos! La pala-
bra de Yahvé es contra ti, Canaán, tierra de los filisteos: «Te destruiré hasta que no
quede morador alguno».

6 Y la costa del mar será de pastizales, con chozas para pastores y corrales para
ovejas.

7 La costa será para el resto de la casa de Judá; allí apacentarán. En las casas de
Ascalón se tumbarán al atardecer, porque Yahvé, su Dios, los visitará y restaurará
su suerte.

8 «He oído los ultrajes de Moab y los insultos de los hijos de Amón, con los que
han afrentado a mi pueblo y se han engrandecido contra su territorio.

9 Por tanto, vivo yo —dice Yahvé de los Ejércitos, Dios de Israel—, que Moab
será como Sodoma, y los hijos de Amón como Gomorra; campo de ortigas,
mina de sal y desolación perpetua. El resto de mi pueblo los saqueará, y los super-
vivientes de mi nación los poseerán».

10 Esto les sucederá por su soberbia, porque han ultrajado y se han engrandecido
contra el pueblo de Yahvé de los Ejércitos.

11 Temible se mostrará Yahvé contra ellos, porque hará desfallecer a todos los dio-
ses de la tierra; y lo adorarán, cada uno desde su lugar, todas las costas de las
naciones.

12 «También vosotros, los etíopes, seréis muertos por mi espada».

13 Extenderá su mano contra el norte, destruirá a Asiria y convertirá a Nínive en
un desierto, en una tierra árida.

14 En medio de ella se echarán los rebaños y todas las bestias del campo. El pelícano y el erizo se alojarán en sus capiteles; su voz resonará en las ventanas. Habrá desolación en los umbrales, porque el maderamen de cedro quedará al descubierto.

15 Esta es la ciudad alegre que vivía segura, la que decía en su corazón: «Yo, y nadie más». ¡Cómo ha quedado hecha una desolación, un cubil de fieras! Todo el que pase por ella silbará y sacudirá su mano.

Capítulo 3

1 ¡Ay de la ciudad rebelde, manchada y opresora!

2 No escuchó la voz ni aceptó la corrección. No confió en Yahvé; no se acercó a su Dios.

3 Sus príncipes en medio de ella son leones rugientes; sus jueces son lobos nocturnos que no dejan ni un hueso para la mañana.

4 Sus profetas son insolentes y traidores; sus sacerdotes profanaron el santuario y violentaron la ley.

5 Yahvé es justo en medio de ella; no cometerá iniquidad. Cada mañana saca a la luz su juicio, no falta nunca; pero el perverso no conoce la vergüenza.

6 "He exterminado naciones; sus torreones están desolados. He dejado desiertas sus calles hasta no quedar quien pase por ellas; sus ciudades están asoladas hasta no quedar nadie, hasta no quedar ni un morador.

7 Dije: 'Ciertamente me temerás y aceptarás la corrección', para que no fuera destruida su morada según todo lo que yo había ordenado sobre ella. Pero ellos se apresuraron a corromper todas sus acciones.

8 Por tanto, esperadme —dice Yahvé— hasta el día en que me levante para el botín; porque mi determinación es reunir las naciones y juntar los reinos para derramar sobre ellos mi indignación, todo el ardor de mi ira; pues toda la tierra será devorada por el fuego de mi celo.

9 Entonces daré a los pueblos labios puros, para que todos invoquen el nombre de Yahvé y le sirvan de común acuerdo.

10 Desde más allá de los ríos de Etiopía, mis adoradores, los hijos de mis dispersos, traerán mi ofrenda.

11 En aquel día no serás avergonzada por ninguna de las obras con que te rebelaste contra mí; porque entonces quitaré de en medio de ti a los que se regocijan en tu soberbia, y nunca más te ensoberbecerás en mi santo monte.

12 Y dejaré en medio de vosotros un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre de Yahvé.

13 El resto de Israel no cometerá injusticia ni dirá mentira, ni se hallará en su boca lengua engañosa; porque ellos apacentarán y descansarán, y no habrá quien los atemorice".

14 ¡Canta, hija de Sión! ¡Da voces de júbilo, Israel! ¡Alégrate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén!

15 Yahvé ha retirado las sentencias contra ti y ha echado fuera a tus enemigos. Yahvé, Rey de Israel, está en medio de ti; ya no temerás mal alguno.

16 En aquel día se dirá a Jerusalén: «¡No temas, Sión! ¡No se debiliten tus manos!».

17 Yahvé, tu Dios, está en medio de ti: ¡un poderoso que salvará! Se regocijará por ti con alegría, te renovará en su amor, se regocijará sobre ti con cánticos.

18 «Reuniré a los afligidos por las fiestas solemnes, a los que fueron tuyos, para quienes el oprobio de ella era una carga.

19 He aquí, en aquel tiempo yo apremiaré a todos tus opresores; salvaré a la oveja coja y recogeré a la descarriada; y les daré renombre y fama en toda la tierra donde fueron avergonzados.

20 En aquel tiempo yo os traeré, en aquel tiempo os reuniré; pues os daré renombre y fama entre todos los pueblos de la tierra, cuando haga volver a vuestros cautivos ante vuestros ojos», dice Yahvé.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HAGEO

✦

Capítulo 1

1 En el segundo año del rey Darío, en el sexto mes, en el primer día del mes, llegó la palabra de Yahvé por medio del profeta Ageo a Zorobabel hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y a Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote, diciendo:

2 "Esto es lo que dice Yahvé de los Ejércitos: Esta gente dice: 'Todavía no ha llegado el momento de construir la casa de Yahvé'".

3 Entonces vino la palabra de Yahvé por medio del profeta Ageo, diciendo:

4 "¿Es tiempo de que vosotros mismos habitéis en vuestras casas artesonadas, mientras esta casa está en ruinas?

5 Ahora bien, esto es lo que dice el Señor de los Ejércitos: 'Considerad vuestros caminos.

6 Habéis sembrado mucho, y recogéis poco. Coméis, pero no os saciáis. Bebéis, pero no quedáis satisfechos. Os vestís, pero nadie se calienta; y el que gana un salario lo mete en un saco roto'".

7 "Esto es lo que dice el Señor de los Ejércitos: 'Considerad vuestros caminos.

8 Subid al monte, traed madera y construid la casa. Me complaceré en ella, y seré glorificado', dice el Señor.

9 «Vosotros buscasteis mucho, y he aquí que se quedó en poco; y cuando lo trajisteis a casa, lo hice volar. ¿Por qué?», dice Yahvé de los Ejércitos. «Por causa de mi casa que yace en ruinas, mientras cada uno de vosotros se afana por su propia casa.

10 Por eso, por vuestra causa, los cielos retuvieron el rocío, y la tierra retuvo sus frutos.

11 He llamado a la sequía sobre la tierra, sobre los montes, sobre el grano, sobre el vino nuevo, sobre el aceite, sobre lo que produce la tierra, sobre los hombres, sobre el ganado y sobre todo el trabajo de las manos».

12 Entonces Zorobabel hijo de Salatiel, y Josué hijo de Josadac, el sumo sacerdote, con todo el resto del pueblo, obedecieron la voz de Yahvé, su Dios, y las palabras del profeta Ageo, tal como lo había enviado Yahvé, su Dios; y el pueblo temió a Yahvé.

13 Entonces Ageo, el mensajero de Yahvé, dirigió al pueblo el mensaje de Yahvé, diciendo: «Yo estoy con vosotros», dice Yahvé.

14 Yahvé despertó el espíritu de Zorobabel hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y el espíritu de Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote, y el espíritu de todo el resto del pueblo; y vinieron y trabajaron en la casa de Yahvé de los Ejércitos, su Dios,

15 en el día veinticuatro del mes, en el sexto mes, en el segundo año del rey Darío.

Capítulo 2

1 En el mes séptimo, a los veintiún días del mes, llegó la palabra de Yahvé por medio del profeta Ageo, diciendo:

2 "Habla ahora a Zorobabel hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y a Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote, y al resto del pueblo, diciendo:

3 '¿Quién ha quedado entre vosotros que haya visto esta casa en su gloria primera? ¿Y cómo la veis ahora? ¿No es ella como nada ante vuestros ojos?

4 Pues ahora, esfuérzate, Zorobabel', dice Yahvé; 'esfuérzate, Josué hijo de Josadac, sumo sacerdote; y esforzaos todos vosotros, pueblo de la tierra', dice Yahvé, 'y trabajad; porque yo estoy con vosotros', dice Yahvé de los Ejércitos.

5 'Según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi Espíritu permanece en medio de vosotros. No temáis'.

6 Porque así dice Yahvé de los Ejércitos: 'De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca;

7 y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el tesoro de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa', dice Yahvé de los Ejércitos.

8 'Mía es la plata, y mío es el oro', dice Yahvé de los Ejércitos.

9 'La gloria de esta segunda casa será mayor que la de la primera', dice Yahvé de los Ejércitos; 'y daré paz en este lugar', dice Yahvé de los Ejércitos".

10 A los veinticuatro días del noveno mes, en el segundo año de Darío, llegó la palabra de Yahvé por medio del profeta Ageo, diciendo:

11 "Así dice Yahvé de los Ejércitos: 'Pregunta ahora a los sacerdotes acerca de la ley, diciendo:

12 Si alguno lleva carne consagrada en la falda de su ropa, y con el vuelo de ella toca pan, o vianda, o vino, o aceite, o cualquier otra comida, ¿quedará por ello consagrada?'". Y respondieron los sacerdotes y dijeron: «No».

13 Y dijo Ageo: «Si un inmundo a causa de un cuerpo muerto toca alguna de estas cosas, ¿quedará ella inmunda?». Y respondieron los sacerdotes y dijeron: «Inmunda quedará».

14 Entonces respondió Ageo y dijo: "'Así es este pueblo y así es esta nación delante de mi', dice Yahvé; 'y así es toda obra de sus manos; y lo que aquí ofrecen es inmundo.

15 Ahora, pues, meditad en vuestro corazón desde este día en adelante, antes que se pusiese piedra sobre piedra en el templo de Yahvé.

16 Antes de esos días, venían a un montón de veinte medidas, y había diez; venían al lagar para sacar cincuenta cántaros, y había veinte.

17 Os herí con tizón, con añublo y con granizo en toda obra de vuestras manos; mas no os habéis convertido a mí', dice Yahvé.

18 'Meditad, pues, en vuestro corazón, desde este día en adelante, desde el día veinticuatro del noveno mes, desde el día en que se echaron los cimientos del templo de Yahvé; meditadlo bien.

19 ¿No está aún la semilla en el granero? Ni la vid, ni la higuera, ni el granado, ni el olivo han florecido todavía. Mas desde este día os bendeciré'".

20 Vino la palabra de Yahvé por segunda vez a Ageo, a los veinticuatro días del mismo mes, diciendo:

21 "Habla a Zorobabel, gobernador de Judá, diciendo: 'Yo haré temblar los cielos y la tierra;

22 y trastornaré el trono de los reinos, y destruiré la fuerza de los reinos de las naciones; trastornaré los carros y los que en ellos suben, y vendrán abajo los caballos y sus jinetes, cada cual por la espada de su hermano.

23 En aquel día', dice Yahvé de los Ejércitos, 'te tomaré a ti, Zorobabel hijo de Salatiel, siervo mío', dice Yahvé, 'y te pondré como anillo de sellar; porque yo te escogí', dice Yahvé de los Ejércitos".

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

ZACARÍAS

Capítulo 1

1 En el octavo mes, en el segundo año de Darío, llegó la palabra de Yahvé al profeta Zacarías, hijo de Berequías, hijo de Iddo, diciendo:

2 "Yahvé se disgustó mucho con vuestros padres.

3 Por lo tanto, decidles que el Señor de los Ejércitos dice: 'Volved a mí', dice el Señor de los Ejércitos, 'y yo volveré a vosotros', dice el Señor de los Ejércitos.

4 No seáis como vuestros padres, a quienes los antiguos profetas proclamaban diciendo: El Señor de los Ejércitos dice: 'Volved ahora de vuestros malos caminos y de vuestras malas acciones'; pero no oyeron ni me escucharon, dice el Señor.

5 Vuestros padres, ¿dónde están? ¿Y los profetas, viven para siempre?

6 Pero mis palabras y mis decretos, que ordené a mis siervos los profetas, ¿no alcanzaron a vuestros padres? "Entonces se arrepintieron y dijeron: 'Tal como Yahvé de los Ejércitos decidió hacernos, según nuestros caminos y según nuestras prácticas, así nos ha tratado'".

7 El día veinticuatro del mes undécimo, que es el mes de Sebat, en el segundo año de Darío, vino la palabra de Yahvé al profeta Zacarías, hijo de Berequías, hijo de Iddo, diciendo:

8 "'Tuve una visión en la noche, y he aquí que un hombre montado en un caballo rojo se paró entre los arrayanes que estaban en un barranco; y detrás de él había caballos rojos, alazanes y blancos.

9 Entonces pregunté: «Señor mío, ¿qué es esto?». El ángel que hablaba conmigo me dijo: «Te mostraré lo que son».

10 El hombre que estaba entre los mirtos respondió: «Son los que Yahvé ha enviado para recorrer la tierra».

11 Informaron al ángel de Yahvé, que estaba de pie entre los mirtos, y dijeron: «Hemos recorrido la tierra, y he aquí que toda la tierra está en reposo y en paz».

12 Entonces el ángel de Yahvé respondió: «Oh Yahvé de los Ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás piedad de Jerusalén y de las ciudades de Judá, contra las que has estado indignado estos setenta años?».

13 El Señor respondió al ángel que hablaba conmigo con palabras amables y reconfortantes.

14 El ángel que hablaba conmigo me dijo: "Proclama, diciendo: El Señor de los Ejércitos dice: «Estoy celoso por Jerusalén y por Sión con gran celo.

15 Estoy muy airado con las naciones que están tranquilas; porque yo me disgusté un poco, pero ellas aumentaron la calamidad».

16 Por eso dice Yahvé: «He vuelto a Jerusalén con misericordia. Mi casa será edificada en ella — dice el Señor de los Ejércitos — y un cordel se extenderá sobre Jerusalén».

17 "Proclamad además, diciendo: "El Señor de los Ejércitos dice: «Mis ciudades volverán a rebosar de prosperidad, y el Señor volverá a consolar a Sión, y volverá a elegir a Jerusalén»".

18 Levanté los ojos y vi, y he aquí cuatro cuernos.

19 Le pregunté al ángel que hablaba conmigo: «¿Qué son estos?». Me respondió: «Estos son los cuernos que han dispersado a Judá, Israel y Jerusalén».

20 El Señor me mostró cuatro artesanos.

21 Entonces pregunté: «¿Qué vienen a hacer estos?». Dijo: «Estos son los cuernos que dispersaron a Judá, para que nadie levantara la cabeza; pero estos han venido para aterrorizarlos, para derribar los cuernos de las naciones que alzaron su poder contra la tierra de Judá para dispersarla».

Capítulo 2

1 Levanté los ojos y vi, y he aquí un hombre con un cordel de medir en la mano.

2 Entonces pregunté: «¿Adónde vas?». Me dijo: «A medir Jerusalén, para ver cuál es su anchura y cuál su longitud».

3 He aquí que el ángel que hablaba conmigo salió, y otro ángel salió a su encuentro,

4 y le dijo: "Corre, habla a este joven, diciendo: 'Jerusalén será habitada como aldeas sin murallas, a causa de la multitud de hombres y de ganado que habrá en ella.

5 Porque yo — dice Yahvé — seré para ella un muro de fuego alrededor, y seré la gloria en medio de ella'".

6 «¡Venid! ¡Venid! Huid de la tierra del norte», dice Yahvé; «porque os he esparcido como los cuatro vientos del cielo», dice Yahvé.

7 «¡Ven, Sión! Escapa tú, que habitas con la hija de Babilonia».

8 Porque Yahvé de los Ejércitos dice: «Para su gloria me ha enviado a las naciones que os saquearon; porque el que os toca, toca la niña de sus ojos.

9 Porque he aquí que yo sacudiré mi mano sobre ellas, y serán botín para los que las sirvieron; y sabréis que el Señor de los Ejércitos me ha enviado.

10 ¡Canta y alégrate, hija de Sión! Porque he aquí que vengo y habitaré en medio de ti», dice Yahvé.

11 Muchas naciones se unirán a Yahvé en aquel día, y serán mi pueblo; y yo habitaré en medio de vosotros, y sabréis que Yahvé de los Ejércitos me ha enviado a vosotros.

12 Yahvé heredará a Judá como su porción en la tierra santa, y volverá a elegir a Jerusalén.

13 ¡Silencio, toda carne, ante Yahvé, porque él se ha levantado de su santa morada!".

Capítulo 3

1 Me mostró al sumo sacerdote Josué de pie ante el ángel de Yahvé, y a Satanás de pie a su derecha para ser su adversario.

2 Yahvé dijo a Satanás: «¡Yahvé te reprende, Satanás! ¡Sí, Yahvé, que ha elegido a Jerusalén, te reprende! ¿No es este un tizón arrebatado del incendio?».

3 Josué estaba vestido con vestiduras sucias y permanecía de pie ante el ángel.

4 Este habló a los que estaban delante de él, diciendo: «Quitadle las vestiduras sucias». Y a él le dijo: «Mira que he hecho pasar de ti tu iniquidad, y te vestiré con vestiduras de gala».

5 Entonces dije: «Que le pongan un turbante limpio en la cabeza». Así le pusieron un turbante limpio en la cabeza y lo vistieron; y el ángel de Yahvé estaba presente.

6 El ángel de Yahvé dio testimonio a Josué, diciendo:

7 "Yahvé de los Ejércitos dice: 'Si andas en mis caminos, y si guardas mis ordenanzas, entonces tú también gobernarás mi casa y guardarás mis atrios, y te daré lugar de acceso entre estos que están aquí presentes'.

8 Escucha ahora, Josué, sumo sacerdote, tú y tus compañeros que se sientan delante de ti, porque son hombres que sirven de señal; pues he aquí, yo traigo a mi siervo, el Renuevo.

9 Porque he aquí la piedra que he puesto delante de Josué: en una sola piedra hay siete ojos; he aquí que yo grabaré su inscripción', dice el Señor de los Ejércitos, 'y quitaré la iniquidad de esta tierra en un solo día.

10 En aquel día — dice el Señor de los Ejércitos — invitaréis cada uno a vuestro prójimo debajo de la vid y debajo de la higuera".

Capítulo 4

1 El ángel que hablaba conmigo volvió y me despertó, como a un hombre a quien se despierta de su sueño.

2 Y me preguntó: «¿Qué ves?». Yo respondí: «He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro, con su depósito en la parte superior y sus siete lámparas encima; hay siete caños para cada una de las lámparas que están en su parte superior.

3 Y junto a él hay dos olivos, uno a la derecha del depósito y el otro a su izquierda».

4 Proseguí y hablé al ángel que hablaba conmigo, diciendo: «¿Qué es esto, mi señor?».

5 El ángel que hablaba conmigo me respondió: «¿No sabes qué es esto?». Yo dije: «No, mi señor».

6 Entonces él respondió y me habló diciendo: "Esta es la palabra de Yahvé para Zorobabel, la cual dice: 'No con fuerza, ni con poder, sino con mi Espíritu', dice Yahvé de los Ejércitos.

7 ¿Quién eres tú, gran montaña? Ante Zorobabel te convertirás en llanura; y él sacará la piedra principal entre aclamaciones de: '¡Gracia, gracia a ella!'".

8 Y vino a mí la palabra de Yahvé, diciendo:

9 «Las manos de Zorobabel han puesto los cimientos de esta casa, y sus propias manos la terminarán; así sabréis que el Señor de los Ejércitos me ha enviado a vosotros.

10 Pues, ¿quién desprecia el día de los modestos comienzos? Porque estos siete se alegrarán al ver la plomada en la mano de Zorobabel. Estos son los ojos de Yahvé, que recorren toda la tierra».

11 Entonces le pregunté: «¿Qué son esos dos olivos que están a la derecha y a la izquierda del candelabro?».

12 Le pregunté por segunda vez: «¿Qué son estas dos ramas de olivo que están al lado de los dos tubos de oro que vierten de sí el aceite de oro?».

13 Él me respondió: «¿No sabes qué son?». Yo dije: «No, mi señor».

14 Entonces dijo: «Estos son los dos ungidos que están ante el Señor de toda la tierra».

Capítulo 5

1 Entonces volví a alzar los ojos y vi, y he aquí un rollo volador.

2 Y me preguntó: «¿Qué ves?». Respondí: «Veo un rollo volador; su longitud es de veinte codos, y su anchura de diez codos».

3 Entonces me dijo: «Esta es la maldición que sale sobre la faz de toda la tierra; porque aquel que robe será destruido según lo escrito en un lado; y aquel que jure en falso será destruido según lo escrito en el otro lado.

4 Yo la haré salir — dice el Señor de los Ejércitos — y entrará en la casa del ladrón y en la casa de aquel que jura en falso por mi nombre; y permanecerá en medio de su casa, y la consumirá con su madera y sus piedras».

5 Entonces el ángel que hablaba conmigo se adelantó y me dijo: «Alza ahora tus ojos y mira qué es esto que aparece».

6 Yo pregunté: «¿Qué es?». Él dijo: «Esta es la cesta de un efa que aparece». Además dijo: «Esta es la iniquidad de ellos en toda la tierra».

7 Y he aquí que se levantó una tapa de plomo que pesaba un talento, y había una mujer sentada en medio de la cesta del efa.

8 Él dijo: «Esta es la maldad»; y la arrojó en medio de la cesta, y lanzó el peso de plomo sobre la boca de esta.

9 Entonces alcé los ojos y vi, y he aquí que aparecieron dos mujeres; el viento soplaba en sus alas, pues tenían alas como de cigüeña, y levantaron la cesta entre la tierra y el cielo.

10 Entonces pregunté al ángel que hablaba conmigo: «¿A dónde llevan estas la cesta del efa?».

11 Él me respondió: «A edificarle una casa en la tierra de Sinar; y cuando esté preparada, será asentada allí en su propio lugar».

Capítulo 6

1 Volví a alzar los ojos y miré, y he aquí que cuatro carros salían de entre dos montes; y los montes eran de bronce.

2 En el primer carro había caballos rojos. En el segundo carro había caballos negros.

3 En el tercer carro había caballos blancos. En el cuarto carro había caballos tordos, todos ellos poderosos.

4 Entonces pregunté al ángel que hablaba conmigo: «¿Qué son estos, mi señor?».

5 El ángel me respondió: «Estos son los cuatro vientos del cielo, que salen tras haberse presentado ante el Señor de toda la tierra.

6 El de los caballos negros sale hacia el país del norte, el blanco salió tras ellos, y el tordo salió hacia el país del sur».

7 Los fuertes salieron y buscaron recorrer la tierra de un lado a otro. Él les dijo: «¡Id, recorred la tierra!». Así que recorrieron la tierra de un lado a otro.

8 Entonces me llamó y me habló diciendo: «He aquí que los que van hacia el país del norte han aplacado mi espíritu en la tierra del norte».

9 La palabra de Yahvé vino a mí, diciendo:

10 "Tomad de los del cautiverio, de Heldai, de Tobías y de Jedaías; venid el mismo día y entrad en la casa de Josías, hijo de Sofonías, adonde han llegado de Babilonia.

11 Tomad, pues, plata y oro, haced coronas y ponedlas sobre la cabeza del sumo sacerdote Josué, hijo de Josadac;

12 y habladle diciendo: "Así dice el Señor de los Ejércitos: 'He aquí el hombre cuyo nombre es el Renuevo; él brotará de su lugar y edificará el templo de Yahvé'.

13 Él edificará el templo de Yahvé. Ostentará majestad, y se sentará y gobernará en su trono. Será sacerdote en su trono, y el consejo de paz estará entre ambos.

14 Las coronas serán para Helem, Tobías, Jedaías y Hen, hijo de Sofonías, como memoria en el templo de Yahvé.

15 Los que están lejos vendrán y trabajarán en la edificación del templo de Yahvé; y sabréis que Yahvé de los Ejércitos me ha enviado a vosotros. Esto sucederá si obedecéis diligentemente la voz de Yahvé vuestro Dios".

Capítulo 7

1 En el cuarto año del rey Darío, la palabra de Yahvé llegó a Zacarías en el cuarto día del noveno mes, el mes de Quisleu.

2 El pueblo de Betel envió a Sarezer y a Regem Melec y a sus hombres a implorar el favor de Yahvé,

3 y a hablar con los sacerdotes de la casa de Yahvé de los Ejércitos y con los profetas, diciendo: «¿Debo llorar en el quinto mes, separándome, como he hecho durante tantos años?».

4 Entonces vino a mí la palabra de Yahvé de los Ejércitos, diciendo:

5 "Habla a todo el pueblo de la tierra y a los sacerdotes, diciendo: 'Cuando ayunasteis y llorasteis en el quinto y en el séptimo mes durante estos setenta años, ¿habéis ayunado en absoluto para mí, realmente para mí?

6 Y cuando coméis y cuando bebéis, ¿no coméis para vosotros mismos y bebéis para vosotros mismos?

7 ¿No son estas las palabras que Yahvé proclamó por medio de los antiguos profetas, cuando Jerusalén estaba habitada y en prosperidad, con sus ciudades alrededor, y el Neguev y la llanura estaban habitados?'".

8 La palabra de Yahvé vino a Zacarías, diciendo:

9 "Así ha hablado Yahvé de los Ejércitos, diciendo: 'Ejecutad el juicio verdadero, y mostrad bondad y compasión cada uno con su hermano.

10 No oprimáis a la viuda, ni al huérfano, ni al extranjero, ni al pobre; y que ninguno de vosotros piense en su corazón el mal contra su hermano'.

11 Pero no quisieron escuchar, y volvieron la espalda, y se taparon los oídos para no oír.

12 Sí, endurecieron su corazón como el pedernal, para no oír la ley ni las palabras que el Señor de los Ejércitos había enviado por su Espíritu a través de los antiguos profetas. Por eso vino una gran ira de parte del Señor de los Ejércitos.

13 Sucedió que, como él llamó y ellos no quisieron escuchar, así llamarán y yo no escucharé", dijo el Señor de los Ejércitos;

14 «sino que los dispersaré con un torbellino entre todas las naciones que no han conocido. Así, la tierra quedó desolada tras ellos, de modo que nadie pasó ni regresó; porque convirtieron en desierto la tierra placentera».

Capítulo 8

1 Me llegó la palabra del Señor de los Ejércitos.

2 Yahvé de los Ejércitos dice: «Estoy celoso por Sión con gran celo, y estoy celoso por ella con gran ira».

3 Yahvé dice: "He vuelto a Sión, y habitaré en medio de Jerusalén. Jerusalén se llamará 'La Ciudad de la Verdad'; y el monte de Yahvé de los Ejércitos, 'El Monte Santo'".

4 El Señor de los Ejércitos dice: «Los ancianos y las ancianas volverán a habitar las calles de Jerusalén, cada uno con su bastón en la mano a causa de su vejez.

5 Las calles de la ciudad estarán llenas de niños y niñas jugando en sus plazas».

6 Dice el Señor de los Ejércitos: «Si esto parece maravilloso a los ojos del remanente de este pueblo en esos días, ¿lo será también a mis ojos?», dice el Señor de los Ejércitos.

7 El Señor de los Ejércitos dice: «He aquí que yo salvaré a mi pueblo del país oriental y del país occidental.

8 Lo traeré y habitará en medio de Jerusalén. Ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios, en verdad y en justicia».

9 Dice Yahvé de los Ejércitos: «Fortaleced vuestras manos, vosotros que oís en estos días estas palabras de boca de los profetas, desde el día en que se pusieron los cimientos de la casa de Yahvé de los Ejércitos, el templo, para que fuera edificado.

10 Porque antes de aquellos días no había paga para el hombre ni para el animal, ni había paz para el que salía o entraba a causa del adversario; porque yo puse a todos los hombres contra su prójimo.

11 Pero ahora no seré con el remanente de este pueblo como en los días anteriores», dice el Señor de los Ejércitos.

12 «Porque habrá simiente de paz; la vid dará su fruto, la tierra dará su producto y los cielos darán su rocío. Yo haré que el remanente de este pueblo herede todas estas cosas.

13 Y sucederá que, así como fuisteis una maldición entre las naciones, casa de Judá y casa de Israel, así os salvaré y seréis una bendición. No tengáis miedo; que vuestras manos sean fuertes».

14 Porque el Señor de los Ejércitos dice: «Así como pensé haceros mal cuando vuestros padres me provocaron a ira — dice el Señor de los Ejércitos — y no me arrepentí,

15 así he vuelto a pensar en estos días en hacer bien a Jerusalén y a la casa de Judá. No tengáis miedo.

16 Estas son las cosas que habéis de hacer: hablad verdad cada uno con su prójimo. Ejecutad el juicio de la verdad y de la paz en vuestras puertas,

17 y ninguno de vosotros maquine mal en su corazón contra su prójimo, ni améis el juramento falso; porque todas estas son cosas que yo aborrezco», dice Yahvé.

18 Me llegó la palabra del Señor de los Ejércitos.

19 Dice el Señor de los Ejércitos: «Los ayunos de los meses cuarto, quinto, séptimo y décimo se convertirán para la casa de Judá en alegría, gozo y fiestas solemnes. Amad, pues, la verdad y la paz».

20 Dice el Señor de los Ejércitos: "Todavía vendrán pueblos y habitantes de muchas ciudades.

21 Los habitantes de una ciudad irán a otra, diciendo: 'Vayamos pronto a suplicar el favor de Yahvé y a buscar a Yahvé de los Ejércitos. Yo también iré'.

22 Sí, muchos pueblos y naciones fuertes vendrán a buscar a Yahvé de los Ejércitos en Jerusalén y a implorar el favor de Yahvé".

23 Yahvé de los Ejércitos dice: "En esos días, diez hombres de todas las lenguas de las naciones se agarrarán del manto de un judío, diciendo: 'Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros'".

Capítulo 9

1 Una revelación.
La palabra de Yahvé es contra la tierra de Hadrac,
y descansará sobre Damasco —
porque el ojo del hombre
y de todas las tribus de Israel está puesto en Yahvé —

2 y también Hamat, que limita con ella,
y Tiro y Sidón, aunque sean muy sabias.

3 Tiro se ha edificado una fortaleza,
ha amontonado plata como el polvo,
y oro fino como el lodo de las calles.

4 He aquí que el Señor la desposeerá,
y herirá su poder en el mar;
y ella será devorada por el fuego.

5 Ascalón lo verá y temerá;
Gaza también, y se retorcerá de dolor;
lo mismo Ecrón, pues su esperanza quedará defraudada.
El rey perecerá en Gaza,
y Ascalón quedará deshabitada.

6 Un pueblo bastardo habitará en Asdod,
y yo aniquilaré el orgullo de los filisteos.

7 Quitaré la sangre de su boca,
y sus abominaciones de entre sus dientes.
También él será un remanente para nuestro Dios;
será como un jefe en Judá,
y Ecrón será como el jebuseo.

8 Acamparé alrededor de mi casa como una guardia,
para que nadie pase ni vuelva;
y ningún opresor volverá a pasar sobre ellos,
pues ahora he visto con mis propios ojos.

9 ¡Alégrate mucho, hija de Sión!
¡Grita de júbilo, hija de Jerusalén!
He aquí que tu Rey viene a ti.
Él es justo y trae salvación;
humilde, y montado sobre un asno,
sobre un pollino, cría de asna.

10 Destruiré los carros de Efraín
y los caballos de Jerusalén.
El arco de guerra será quebrado,

y él hablará de paz a las naciones.
Su dominio será de mar a mar,
y desde el río hasta los confines de la tierra.

11 En cuanto a ti,
por la sangre de tu pacto,
he sacado a tus prisioneros del pozo en el que no hay agua.

12 ¡Volved a la fortaleza, prisioneros de la esperanza!
Hoy mismo anuncio que os devolveré el doble.

13 Porque he tensado a Judá como mi arco,
y he puesto a Efraín como flecha.
Incitaré a tus hijos, Sión,
contra tus hijos, Grecia,
y te haré como espada de guerrero.

14 Yahvé será visto sobre ellos.
Su flecha saldrá como un rayo.
El Señor Yahvé tocará la trompeta,
y avanzará entre los torbellinos del sur.

15 El Señor de los Ejércitos los protegerá.
Devorarán y pisotearán las piedras de la honda.
Beberán y rugirán como excitados por el vino.
Se llenarán como copas de sacrificio,
como las esquinas del altar.

16 El Señor su Dios los salvará en aquel día como al rebaño de su pueblo;
porque son como joyas de una corona,
centelleando sobre su tierra.

17 ¡Qué grande es su bondad
y qué grande es su hermosura!
El trigo hará florecer a los jóvenes,
y el vino nuevo a las doncellas.

Capítulo 10

1 Pedid a Yahvé lluvia en primavera, Yahvé que hace las nubes de tormenta; él os
dará aguaceros a todos para la hierba del campo.

2 Porque los terafines han hablado vanidad, y los adivinos han visto mentira y han
contado sueños falsos.
Consuelan en vano; por lo tanto, el pueblo vaga como ovejas.
Están atribulados porque no tienen pastor.

3 Mi cólera se ha encendido contra los pastores, y castigaré a los machos cabríos;
porque el Señor de los Ejércitos ha visitado su rebaño, la casa de Judá, y los hará
como su caballo de honor en la batalla.

4 De él saldrá la piedra angular, de él la estaca de la tienda, de él el arco de batalla,
de él todo gobernante.

5 Serán como valientes que pisan el lodo de las calles en la batalla.
Lucharán, porque Yahvé estará con ellos; y los que montan a caballo serán
avergonzados.

6 «Fortaleceré la casa de Judá y salvaré la casa de José.
Los haré volver, porque tengo misericordia de ellos.
Serán como si no los hubiera desechado; porque yo soy Yahvé, su Dios, y los
escucharé.

7 Efraín será como un valiente, y su corazón se alegrará como con el vino.
Sí, sus hijos lo verán y se gozarán; su corazón se alegrará en Yahvé.

8 Yo les silbaré para reunirlos, porque los he redimido; y se multiplicarán como
antes se multiplicaron.

9 Aunque los sembraré entre los pueblos, en países lejanos se acordarán de mí; vi-
virán con sus hijos y volverán.

10 También los haré volver de la tierra de Egipto y los reuniré de Asiria.
Los llevaré a la tierra de Galaad y del Líbano, y no habrá sitio suficiente para ellos.

11 Él pasará por el mar de la aflicción y herirá las olas del mar, y todas las profundidades del Nilo se secarán.
El orgullo de Asiria será derribado y el cetro de Egipto se apartará.

12 Yo los fortaleceré en Yahvé, y caminarán en su nombre», dice Yahvé.

Capítulo 11

1 Abre tus puertas, oh Líbano,
para que el fuego devore tus cedros.

2 Laméntate, ciprés, porque el cedro ha caído,
porque los árboles majestuosos han sido destruidos.
Aullad, robles de Basán,
porque el bosque espeso ha sido talado.

3 ¡Se oye la voz del lamento de los pastores,
porque su gloria ha sido destruida! ¡Se oye el rugido de los leones jóvenes,
porque el orgullo del Jordán ha sido arruinado!

4 Así dice Yahvé, mi Dios: "Apacienta el rebaño destinado a la matanza.

5 Sus compradores los sacrifican y no se sienten culpables. Los que los venden dicen: 'Bendito sea Yahvé, porque me he enriquecido'; y sus propios pastores no se apiadan de ellos.

6 Porque ya no tendré piedad de los habitantes de la tierra — dice Yahvé —; por el contrario, entregaré a cada hombre en manos de su prójimo y en manos de su rey. Golpearán la tierra, y no los libraré de su mano".

7 Así pues, apacenté el rebaño de la matanza, especialmente a los más pobres del rebaño. Tomé para mí dos cayados: al uno llamé «Favor» y al otro llamé «Unión», y apacenté las ovejas.

8 En un solo mes eliminé a los tres pastores, pues mi alma se impacientó con ellos y el alma de ellos también me aborrecía.

9 Entonces dije: «No os apacentaré más. La que haya de morir, que muera; la que haya de ser destruida, que lo sea; y las que queden, que se coman la carne unas a otras».

10 Tomé mi cayado Favor y lo quebré, para romper el pacto que había concertado con todos los pueblos.

11 Aquel día el pacto quedó roto, y así los pobres del rebaño que me observaban supieron que era palabra de Yahvé.

12 Y les dije: «Si os parece bien, dadme mi salario; y si no, dejadlo». Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata.

13 Entonces Yahvé me dijo: «Tíralo al alfarero; ¡qué precio tan magnífico en que me han tasado!». Tomé las treinta piezas de plata y las arrojé al alfarero en la casa de Yahvé.

14 Luego quebré mi segundo cayado, Unión, para romper la hermandad entre Judá e Israel.

15 Y Yahvé me dijo: «Toma de nuevo los aperos de un pastor insensato.

16 Porque he aquí que yo voy a levantar en la tierra a un pastor que no se preocupará de la oveja perdida, ni buscará a la pequeña, ni curará a la herida, ni alimentará a la sana; sino que comerá la carne de las más gordas y les arrancará hasta las pezuñas.

17 ¡Ay del pastor inútil que abandona el rebaño! La espada herirá su brazo y su ojo derecho. Su brazo se secará por completo y su ojo derecho quedará totalmente ciego».

Capítulo 12

1 Profecía de la palabra de Yahvé acerca de Israel: Yahvé, que extiende los cielos, funda la tierra y forma el espíritu del hombre dentro de él, declara:

2 "He aquí, yo haré de Jerusalén una copa de vértigo para todos los pueblos de alrededor; y el asedio contra Jerusalén también será contra Judá.

3 Sucederá en aquel día que haré de Jerusalén una piedra pesada para todos los pueblos. Todos los que intenten cargarla serán gravemente heridos, y todas las naciones de la tierra se reunirán contra ella.

4 En aquel día — dice el Señor — heriré de pánico a todo caballo y de locura a su jinete. Abriré mis ojos sobre la casa de Judá, pero heriré con ceguera a todos los caballos de los pueblos.

5 Entonces los jefes de Judá dirán en su corazón: «Los habitantes de Jerusalén son mi fuerza en Yahvé de los Ejércitos, su Dios».

6 En aquel día haré que los jefes de Judá sean como un brasero de fuego entre la leña, y como una antorcha encendida entre las gavillas. Devorarán a todos los pueblos de alrededor, a la derecha y a la izquierda; y Jerusalén volverá a ser habitada en su propio lugar, en Jerusalén.

7 El Señor salvará primero las tiendas de Judá, para que la gloria de la casa de David y la gloria de los habitantes de Jerusalén no se engrandezcan por encima de la de Judá.

8 En aquel día el Señor defenderá a los habitantes de Jerusalén. El más débil entre ellos en aquel día será como David, y la casa de David será como Dios, como el ángel de Yahvé delante de ellos.

9 Y sucederá en aquel día que yo me dispondré a destruir a todas las naciones que vengan contra Jerusalén.

10 Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de súplica. Mirarán hacia mí a quien traspasaron; y llorarán por él como se llora por un hijo único, y se afligirán amargamente por él como se hace duelo por un primogénito.

11 En aquel día habrá un gran luto en Jerusalén, como el luto de Hadad-rimón en el valle de Meguido.

12 La tierra hará duelo, cada familia por su lado; la familia de la casa de David por
su lado, y sus mujeres por el suyo; la familia de la casa de Natán por su lado, y sus
mujeres por el suyo;

13 la familia de la casa de Leví por su lado, y sus mujeres por el suyo; la familia de
los simeítas por su lado, y sus mujeres por el suyo;

14 y todas las demás familias que queden, cada familia por su lado, y sus mujeres
por el suyo.

Capítulo 13

1 "En aquel día se abrirá un manantial para la casa de David y para los habitantes
de Jerusalén, para lavar el pecado y la impureza.

2 En aquel día — dice el Señor de los Ejércitos —, haré desaparecer de la tierra los
nombres de los ídolos, y nunca más serán recordados. También haré que desapa-
rezcan de la tierra los falsos profetas y el espíritu de impureza.

3 Y sucederá que si alguno profetiza todavía, su padre y su madre que lo engendra-
ron le dirán: 'Debes morir, porque hablas mentiras en el nombre de Yahvé'; y sus
propios padres lo traspasarán mientras profetiza.

4 Sucederá en aquel día que los profetas se avergonzarán, cada uno de su propia
visión cuando profetice; ni se vestirán con el manto de pelo para engañar,

5 sino que cada cual dirá: 'Yo no soy profeta, soy un labrador de la tierra; porque
un hombre me compró como siervo desde mi juventud'.

6 Y si alguien le pregunta: «¿Qué son estas heridas en tus manos?». Entonces él
responderá: 'Son aquellas con las que fui herido en casa de mis amigos'.

7 «¡Despierta, oh espada, contra mi pastor,
y contra el hombre que es mi compañero!», dice Yahvé de los Ejércitos.
"Hiere al pastor y se dispersarán las ovejas;
y volveré mi mano contra los pequeñitos.

8 Y acontecerá en toda la tierra — dice Yahvé —,
que dos partes de ella serán cortadas y perecerán;
pero la tercera parte quedará en ella.

9 Y meteré en el fuego a la tercera parte,
y los fundiré como se funde la plata,
y los probaré como se prueba el oro.
Ellos invocarán mi nombre y yo los escucharé.
Yo diré: «Pueblo mío son»;
y ellos dirán: «Yahvé es mi Dios»".

Capítulo 14

1 He aquí que viene el día de Yahvé, en el que se repartirá entre vosotros vuestro botín.

2 Porque reuniré a todas las naciones para combatir contra Jerusalén; la ciudad será tomada, las casas saqueadas y las mujeres violadas. La mitad de la ciudad partirá al cautiverio, pero el resto del pueblo no será exterminado de la ciudad.

3 Entonces Yahvé saldrá a luchar contra esas naciones, como cuando luchó en el día de la batalla.

4 En aquel día sus pies se posarán sobre el monte de los Olivos, que está frente a Jerusalén, al oriente; y el monte de los Olivos se partirá por la mitad, de oriente a occidente, formando un valle inmenso. La mitad del monte se desplazará hacia el norte, y la otra mitad hacia el sur.

5 Y huiréis por el valle de mis montes, porque el valle de los montes llegará hasta Azel. Sí, huiréis como huisteis a causa del terremoto en los días de Uzías, rey de Judá. Entonces vendrá Yahvé, mi Dios, y todos los santos con vosotros.

6 En aquel día no habrá luz, ni frío, ni heladas.

7 Será un día único, conocido solo por Yahvé: no será ni día ni noche, sino que al atardecer habrá luz.

8 Sucederá en aquel día que saldrán de Jerusalén aguas vivas, la mitad de ellas hacia el mar oriental, y la otra mitad hacia el mar occidental. Así será tanto en verano como en invierno.

9 Y Yahvé será rey sobre toda la tierra. En aquel día Yahvé será el único, y su nombre el único.

10 Toda la tierra se volverá como el Arabá, desde Geba hasta Rimón, al sur de Jerusalén; y Jerusalén será enaltecida y habitada en su propio lugar, desde la puerta de Benjamín hasta el lugar de la puerta Primera, hasta la puerta de la Esquina, y desde la torre de Hananel hasta los lagares del rey.

11 Los hombres habitarán en ella y no habrá más maldición, sino que Jerusalén vivirá con seguridad.

12 Y esta será la plaga con la que Yahvé herirá a todos los pueblos que hayan combatido contra Jerusalén: su carne se pudrirá estando ellos de pie, sus ojos se pudrirán en sus cuencas, y su lengua se pudrirá en su boca.

13 Sucederá en aquel día que habrá entre ellos un gran pánico enviado por Yahvé; cada uno agarrará la mano de su prójimo, y levantará su mano contra la mano de su prójimo.

14 También Judá luchará en Jerusalén, y se reunirán las riquezas de todas las naciones de alrededor: oro, plata y vestiduras en gran abundancia.

15 Una plaga semejante caerá sobre los caballos, los mulos, los camellos, los asnos y todos los animales que estén en aquellos campamentos.

16 Y sucederá que todos los sobrevivientes de todas las naciones que vinieron contra Jerusalén subirán año tras año a adorar al Rey, Yahvé de los Ejércitos, y a celebrar la fiesta de los Tabernáculos.

17 Y si alguna de las familias de la tierra no sube a Jerusalén para adorar al Rey, Yahvé de los Ejércitos, no habrá lluvia para ellos.

18 Si la familia de Egipto no sube ni viene, tampoco lloverá sobre ellos. Esta será la plaga con la que Yahvé herirá a las naciones que no suban a celebrar la fiesta de los Tabernáculos.

19 Este será el castigo de Egipto y el castigo de todas las naciones que no suban a celebrar la fiesta de los Tabernáculos.

20 En aquel día se grabará en los cascabeles de los caballos: «SANTIDAD A YAHVÉ»; y los calderos de la casa de Yahvé serán como los tazones delante del altar.

21 Sí, todos los calderos de Jerusalén y de Judá estarán consagrados a Yahvé de los Ejércitos; y todos los que ofrezcan sacrificios vendrán a tomar de ellos y a cocinar en ellos. En aquel día ya no habrá ningún cananeo en la casa de Yahvé de los Ejércitos.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

MALAQUÍAS

Capítulo 1

1 Una revelación, la palabra de Yahvé dirigida a Israel por medio de Malaquías.

2 «Os he amado», dice Yahvé. Sin embargo, decís: «¿En qué nos has amado?».
«¿No era Esaú hermano de Jacob?», dice Yahvé. «Sin embargo, amé a Jacob;

3 y a Esaú lo aborrecí, convertí sus montes en desolación y entregué su heredad a
los chacales del desierto».

4 Mientras que Edom dice: «Hemos sido derribados, pero volveremos y edificaremos las ruinas», Yahvé de los Ejércitos dice: "Ellos edificarán, pero yo los derribaré; y los hombres los llamarán 'Territorio de Impiedad', el pueblo contra el cual Yahvé está indignado para siempre".

5 Vuestros ojos lo verán y diréis: «¡Engrandecido sea Yahvé, incluso más allá de las fronteras de Israel!».

6 «El hijo honra a su padre, y el siervo a su señor. Pues si yo soy padre, ¿dónde está mi honor? Y si soy señor, ¿dónde está el respeto que se me debe?», dice el Señor de los Ejércitos a vosotros, sacerdotes, que menospreciáis mi nombre. "Pero vosotros decís: '¿En qué hemos menospreciado tu nombre?'.

7 Ofrecéis pan inmundo sobre mi altar. Y decís: '¿En qué te hemos deshonrado?'.
En que decís: 'La mesa de Yahvé es despreciable'.

8 Y cuando ofrecéis un animal ciego para el sacrificio, ¿no es malo? Y cuando ofrecéis el cojo y el enfermo, ¿no es malo? Presentadlo, pues, a vuestro gobernador. ¿Se agradará de vosotros o os aceptará con benevolencia?", dice el Señor de los Ejércitos.

9 "Ahora pues, implorad el favor de Dios, para que tenga piedad de nosotros. Puesto que esto ha salido de vuestras manos, ¿aceptará él a alguno de vosotros?", dice Yahvé de los Ejércitos.

10 «¡Oh, si hubiera entre vosotros quien cerrara las puertas, para que no encendierais en vano el fuego de mi altar! No me complazco en vosotros — dice el Señor de los Ejércitos —, ni aceptaré ofrenda de vuestras manos.

11 Porque desde la salida del sol hasta su ocaso, mi nombre es grande entre las naciones; y en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre, y ofrenda pura; porque grande es mi nombre entre las naciones», dice el Señor de los Ejércitos.

12 "Pero vosotros lo profanáis cuando decís: 'La mesa de Yahvé está contaminada, y su fruto, su alimento, es despreciable'.

13 También decís: '¡Ay, qué fastidio es esto!', y lo despreciáis", dice el Señor de los Ejércitos; «y traéis lo robado, lo cojo y lo enfermo, y lo presentáis como ofrenda. ¿Aceptaré yo eso de vuestras manos?», dice Yahvé.

14 "Maldito sea el engañador que, teniendo un macho en su rebaño, lo promete y luego sacrifica al Señor un animal defectuoso; porque yo soy un gran Rey — dice el Señor de los Ejércitos —, y mi nombre es temible entre las naciones".

Capítulo 2

1 «Ahora, sacerdotes, este mandamiento es para vosotros.

2 Si no escucháis, y si no lo tomáis a pecho para dar gloria a mi nombre — dice el Señor de los Ejércitos —, entonces enviaré la maldición sobre vosotros, y maldeciré vuestras bendiciones. De hecho, ya las he maldecido, porque no os lo tomáis a pecho.

3 He aquí que reprenderé a vuestra descendencia, y esparciré estiércol sobre vuestros rostros, el estiércol de vuestras fiestas, y seréis llevados con él.

4 Y sabréis que os he enviado este mandamiento, para que mi pacto sea con Leví», dice el Señor de los Ejércitos.

5 «Mi pacto con él fue de vida y de paz, y se las di para que me reverenciara; y él
me reverenció, y guardó temor ante mi nombre.

6 La ley de la verdad estaba en su boca, y la injusticia no se hallaba en sus labios.
Anduvo conmigo en paz y rectitud, y apartó a muchos de la iniquidad.

7 Porque los labios del sacerdote deben guardar el conocimiento, y de su boca el
pueblo debe buscar la ley; porque él es el mensajero de Yahvé de los Ejércitos.

8 Pero vosotros os habéis apartado del camino. Habéis hecho tropezar a muchos
en la ley. Habéis corrompido el pacto de Leví», dice el Señor de los Ejércitos.

9 «Por eso también yo os he hecho despreciables y viles ante todo el pueblo, por
cuanto no habéis guardado mis caminos, sino que habéis hecho acepción de per-
sonas al aplicar la ley».

10 ¿No tenemos todos un solo Padre? ¿No nos ha creado un solo Dios? ¿Por qué,
entonces, somos desleales unos con otros, profanando el pacto de nuestros
padres?

11 Judá ha actuado con traición, y se ha cometido una abominación en Israel y en
Jerusalén; porque Judá ha profanado el santuario de Yahvé, el cual él ama, y se ha
casado con la hija de un dios extranjero.

12 Que Yahvé corte de las tiendas de Jacob al hombre que haga esto, al que vela y
al que responde, y al que ofrece ofrenda a Yahvé de los Ejércitos.

13 "Y esta otra cosa hacéis: cubrís el altar de Yahvé con lágrimas, con llantos y con
suspiros, porque él ya no mira la ofrenda ni la recibe con agrado de vuestras
manos.

14 Pero vosotros decís: '¿Por qué?'. Porque Yahvé ha sido testigo entre tú y la es-
posa de tu juventud, contra la cual has actuado con deslealtad, aunque ella es tu
compañera y la esposa de tu pacto.

15 ¿Acaso no os hizo uno solo, teniendo él abundancia del Espíritu? ¿Y por qué
uno? Porque buscaba una descendencia piadosa. Por lo tanto, tened cuidado de
vuestro espíritu, y que ninguno sea desleal a la mujer de su juventud.

16 Porque el que la odia y se divorcia — dice Yahvé, el Dios de Israel — cubre su manto con violencia", dice Yahvé de los Ejércitos. «Por eso, prestad atención a vuestro espíritu, para que no seáis infieles».

17 Vosotros habéis cansado a Yahvé con vuestras palabras. Y sin embargo, decís: «¿En qué lo hemos cansado?». En que decís: «Cualquiera que hace el mal es bueno a los ojos de Yahvé, y él se complace en ellos»; o al decir: «¿Dónde está el Dios de justicia?».

Capítulo 3

1 «¡He aquí que envío a mi mensajero, y él preparará el camino delante de mí! Y el Señor, a quien vosotros buscáis, vendrá repentinamente a su templo. He aquí que viene el mensajero del pacto, a quien vosotros deseáis», dice el Señor de los Ejércitos.

2 «Pero, ¿quién podrá soportar el día de su venida? ¿Y quién se mantendrá en pie cuando él aparezca? Porque él es como el fuego del refinador, y como la lejía de los lavanderos;

3 y se sentará como refinador y purificador de plata, y purificará a los hijos de Leví, y los refinará como el oro y la plata; y ofrecerán a Yahvé ofrendas en justicia.

4 Entonces la ofrenda de Judá y de Jerusalén será agradable a Yahvé como en los días pasados y como en los años antiguos.

5 Me acercaré a vosotros para juzgaros. Seré un testigo veloz contra los hechiceros, contra los adúlteros, contra los que juran en falso, y contra los que oprimen al jornalero en su salario, a la viuda y al huérfano, y contra los que privan al extranjero de su derecho, y no me temen», dice el Señor de los Ejércitos.

6 «Porque yo, Yahvé, no cambio; por eso vosotros, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos.

7 Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis ordenanzas y no las
habéis guardado. Volved a mí, y yo volveré a vosotros», dice el Señor de los Ejércitos. "Pero vosotros decís: '¿En qué hemos de volver?'.

8 ¿Robará un hombre a Dios? ¡Sin embargo, vosotros me robáis a mí! Pero decís:
'¿En qué te hemos robado?'. En los diezmos y en las ofrendas.

9 Malditos sois con maldición; porque me robáis, vosotros, toda esta nación.

10 Traed todo el diezmo al alfolí, para que haya alimento en mi casa, y probadme
ahora en esto — dice el Señor de los Ejércitos —, a ver si no os abro las ventanas de los cielos y derramo sobre vosotros una bendición hasta que sobreabunde.

11 Reprenderé por vosotros al devorador, y no destruirá los frutos de vuestra tierra; ni vuestra vid perderá su fruto antes de tiempo en el campo", dice el Señor de los Ejércitos.

12 «Y todas las naciones os llamarán bienaventurados, porque seréis una tierra
deseable», dice el Señor de los Ejércitos.

13 «Vuestras palabras han sido duras contra mí», dice Yahvé. "Sin embargo, vosotros decís: '¿Qué hemos hablado contra ti?'.

14 Vosotros habéis dicho: 'Es en vano servir a Dios', y '¿De qué sirve que hayamos
guardado sus ordenanzas y que hayamos andado de luto delante de Yahvé de los Ejércitos?

15 Ahora llamamos dichosos a los soberbios; sí, los que obran maldad prosperan;
sí, tientan a Dios y escapan'".

16 Entonces los que temían a Yahvé hablaron entre sí; y Yahvé prestó atención y
escuchó, y fue escrito un libro de memorias delante de él para los que temían a Yahvé y honraban su nombre.

17 «Ellos serán míos — dice el Señor de los Ejércitos —, mi especial tesoro en el
día en que yo actúe. Y me compadeceré de ellos, como un hombre se compadece de su propio hijo que le sirve.

18 Entonces volveréis y discerniréis entre el justo y el impío, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve».

Capítulo 4

1 «Porque he aquí que llega el día, ardiente como un horno, en que todos los soberbios y todos los que obran la maldad serán como rastrojo. El día que viene los quemará», dice el Señor de los Ejércitos, «de modo que no les dejará ni raíz ni rama.

2 Pero para vosotros, los que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia con la sanidad en sus alas. Saldréis y saltaréis como terneros del establo.

3 Aplastaréis a los impíos, porque serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies en el día en que yo actúe», dice el Señor de los Ejércitos.

4 «Acordaos de la ley de Moisés, mi siervo, la cual le ordené en Horeb para todo Israel, con sus estatutos y ordenanzas.

5 He aquí que yo os envío al profeta Elías antes de que llegue el día grande y terrible de Yahvé.

6 Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición».

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

MATEO

Capítulo 1

1 El libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.

2 Abraham fue el padre de Isaac. Isaac fue el padre de Jacob. Jacob fue el padre de Judá y sus hermanos.

3 Judá fue el padre de Fares y Zara por Tamar. Fares fue el padre de Esrom. Esrom fue el padre de Aram.

4 Aram fue el padre de Aminadab. Aminadab fue el padre de Naasón. Naasón fue el padre de Salmón.

5 Salmón fue el padre de Booz, de Rahab. Booz fue el padre de Obed por Rut. Obed fue el padre de Jesé.

6 Jesé fue el padre del rey David. El rey David fue padre de Salomón por la que había sido esposa de Urías.

7 Salomón fue padre de Roboam. Roboam fue padre de Abías. Abías fue el padre de Asa.

8 Asa fue el padre de Josafat. Josafat fue el padre de Joram. Joram fue el padre de Uzías.

9 Uzías fue el padre de Jotam. Jotam fue el padre de Acaz. Acaz fue el padre de Ezequías.

10 Ezequías fue padre de Manasés. Manasés fue el padre de Amón. Amón fue el padre de Josías.

11 Josías fue el padre de Jechoniah y sus hermanos en el momento del exilio a Babilonia.

12 Después del exilio a Babilonia, Jechoniah fue el padre de Salatiel. Salatiel fue el padre de Zorobabel.

13 Zorobabel fue el padre de Abiud. Abiud fue el padre de Eliaquim. Eliaquim fue el padre de Azor.

14 Azor fue el padre de Sadoc. Sadoc fue el padre de Aquim. Aquim fue el padre de Eliud.

15 Eliud fue el padre de Eleazar. Eleazar fue el padre de Matán. Matán fue el padre de Jacob.

16 Jacob fue el padre de José, el esposo de María, de quien nació Jesús, llamado Cristo.

17 Así que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce generaciones; desde David hasta el exilio a Babilonia, catorce generaciones; y desde el exilio a Babilonia hasta el Cristo, catorce generaciones.

18 El nacimiento de Jesucristo fue así: Después de que su madre, María, se comprometiera con José, antes de que se juntasen, fue hallada embarazada por el Espíritu Santo.

19 José, su marido, siendo un hombre justo, y no queriendo hacer de ella un ejemplo público, pensaba repudiarla en secreto.

20 Pero cuando pensaba en estas cosas, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: "José, hijo de David, no temas recibir a María como esposa, porque lo que ha sido concebido en ella es del Espíritu Santo.

21 Ella dará a luz un hijo. Le pondrás el nombre de Jesús, porque es él quien salvará a su pueblo de sus pecados".

22 Todo esto ha sucedido para que se cumpla lo dicho por el Señor por medio del profeta, que dijo

23 «He aquí que la virgen quedará encinta,
y dará a luz un hijo.
Llamarán su nombre Emanuel».
que es, interpretado, «Dios con nosotros».

24 José se levantó de su sueño e hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado, y tomó a su mujer para sí;

25 y no la conoció sexualmente hasta que dio a luz a su hijo primogénito. Le puso el nombre de Jesús.

Capítulo 2

1 Cuando Jesús nació en Belén de Judea, en tiempos del rey Herodes, vinieron a Jerusalén unos sabios del Oriente, diciendo:

2 «¿Dónde está el que ha nacido como Rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en el oriente y hemos venido a adorarle».

3 Al oírlo, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él.

4 Reuniendo a todos los jefes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde iba a nacer el Cristo.

5 Ellos le respondieron: "En Belén de Judea, porque así está escrito por el profeta,

6 'Tú Belén, tierra de Judá,
no eres en absoluto el menos importante entre los príncipes de Judá;
porque de ti saldrá un gobernador
que pastoreará a mi pueblo, Israel".

7 Entonces Herodes llamó en secreto a los sabios y se enteró por ellos de la hora exacta en que apareció la estrella.

8 Los envió a Belén y les dijo: «Id y buscad diligentemente al niño. Cuando lo hayáis encontrado, traedme la noticia, para que yo también vaya a adorarlo».

9 Ellos, habiendo oído al rey, se pusieron en camino; y he aquí que la estrella que
habían visto en el oriente, iba delante de ellos hasta que llegó y se paró sobre donde
estaba el niño.

10 Al ver la estrella, se alegraron mucho.

11 Entraron en la casa y vieron al niño con María, su madre, y se postraron y lo
adoraron. Abriendo sus tesoros, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra.

12 Al ser advertidos en sueños de que no debían volver a Herodes, regresaron a su
país por otro camino.

13 Cuando se fueron, he aquí que un ángel del Señor se le apareció a José en sue-
ños, diciendo: «Levántate y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y quédate
allí hasta que yo te diga, porque Herodes buscará al niño para destruirlo.»

14 Se levantó, tomó al niño y a su madre de noche y se marchó a Egipto,

15 y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que había di-
cho el Señor por medio del profeta: «De Egipto llamé a mi hijo.»

16 Entonces Herodes, cuando se vio burlado por los sabios, se enojó mucho y
mandó matar a todos los niños varones que había en Belén y en toda la campiña
de los alrededores, de dos años para abajo, según el tiempo exacto que había
aprendido de los sabios.

17 Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, que dijo

18 «Se oyó una voz en Ramá,
lamento, llanto y gran luto,
Raquel llorando por sus hijos;
no se consolaría,
porque ya no existen».

19 Pero cuando Herodes murió, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en
sueños a José en Egipto, diciendo:

20 «Levántate y toma al niño y a su madre, y vete a la tierra de Israel, porque los que buscaban la vida del niño han muerto.»

21 Se levantó, tomó al niño y a su madre y se fue a la tierra de Israel.

22 Pero cuando se enteró de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre, Herodes, tuvo miedo de ir allí. Advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea,

23 y vino a vivir a una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo dicho por los profetas de que sería llamado nazareno.

Capítulo 3

1 En aquellos días, vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, diciendo:

2 «¡Arrepentíos, porque el Reino de los Cielos está cerca!»

3 Porque éste es el que fue anunciado por el profeta Isaías, diciendo,
«La voz de uno que clama en el desierto,
¡preparad el camino del Señor!
Enderezad sus caminos».

4 El mismo Juan llevaba ropa de pelo de camello y un cinturón de cuero alrededor de la cintura. Su comida era langostas y miel silvestre.

5 Entonces la gente de Jerusalén, de toda Judea y de toda la región del Jordán salía hacia él.

6 Se dejaban bautizar por él en el Jordán, confesando sus pecados.

7 Pero al ver que muchos de los fariseos y saduceos venían a su bautismo, les dijo: “Hijos de víboras, ¿quién os ha advertido que huyáis de la ira que ha de venir?

8 Por lo tanto, ¡producid un fruto digno de arrepentimiento!

9 No penséis para vosotros mismos: «Tenemos a Abraham por padre», porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras.

10 Incluso ahora el hacha está a la raíz de los árboles. Por eso, todo árbol que no
da buen fruto es cortado y echado al fuego.

11 "Yo sí os bautizo en agua para que os arrepintáis, pero el que viene detrás de mí
es más poderoso que yo, cuyas sandalias no soy digno de llevar. Él os bautizará en
el Espíritu Santo.

12 Tiene en la mano su aventador, y limpiará a fondo su era. Recogerá su trigo en
el granero, pero la paja la quemará con fuego inextinguible."

13 Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán, a Juan, para ser bautizado por él.

14 Pero Juan se lo impedía, diciendo: «Tengo necesidad de ser bautizado por ti, ¿y
tú vienes a mí?»

15 Pero Jesús, respondiendo, le dijo: «Permítelo ahora, porque éste es el camino
adecuado para cumplir toda justicia.» Entonces se lo permitió.

16 Jesús, después de ser bautizado, subió directamente del agua; y he aquí que se le
abrieron los cielos. Vio que el Espíritu de Dios descendía como una paloma y ve-
nía sobre él.

17 He aquí que una voz de los cielos decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me
complazco.»

Capítulo 4

1 Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el
diablo.

2 Después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre.

3 Se acercó el tentador y le dijo: «Si eres el Hijo de Dios, ordena que estas piedras
se conviertan en pan».

4 Pero él respondió: «Está escrito que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda
palabra que sale de la boca de Dios».

5 Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa. Lo puso en el pináculo del templo,

6 y le dijo: "Si eres el Hijo de Dios, tírate al suelo, porque está escrito,
'Él ordenará a sus ángeles con respecto a ti,' y,
En sus manos te llevarán,
para que no tropieces con una piedra".

7 Jesús le dijo: "También está escrito: «No pondrás a prueba al Señor, tu Dios»".

8 De nuevo, el diablo lo llevó a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria.

9 Le dijo: «Te daré todas estas cosas, si te postras y me adoras».

10 Entonces Jesús le dijo: "¡Quítate de encima, Satanás! Porque está escrito: 'Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás'".

11 Entonces el diablo lo dejó, y he aquí que vinieron ángeles y le sirvieron.

12 Cuando Jesús oyó que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea.

13 Dejando a Nazaret, vino a vivir a Capernaum, que está junto al mar, en la región de Zabulón y Neftalí,

14 para que se cumpliera lo que se había dicho por medio del profeta Isaías, que decía

15 «La tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí,
hacia el mar, más allá del Jordán,
Galilea de los Gentiles,

16 el pueblo que estaba sentado en la oscuridad vio una gran luz;
a los que estaban sentados en la región y la sombra de la muerte,
para ellos ha amanecido la luz».

17 Desde entonces, Jesús comenzó a predicar y a decir: «¡Arrepentíos! Porque el Reino de los Cielos está cerca».

18 Caminando junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos: Simón, que se llama Pedro, y Andrés, su hermano, echando la red en el mar, pues eran pescadores.

19 Les dijo: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres».

20 Al instante dejaron las redes y le siguieron.

21 Al salir de allí, vio a otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano, en la barca con el padre de Zebedeo, remendando las redes. Los llamó.

22 Ellos dejaron inmediatamente la barca y a su padre, y le siguieron.

23 Jesús recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, predicando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.

24 La noticia sobre él llegó a toda Siria. Le llevaban a todos los enfermos, aquejados de diversas enfermedades y tormentos, endemoniados, epilépticos y paralíticos; y los curaba.

25 Le seguían grandes multitudes de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y del otro lado del Jordán.

Capítulo 5

1 Al ver las multitudes, subió al monte. Cuando se sentó, sus discípulos se acercaron a él.

2 Abrió la boca y les enseñó, diciendo,

3 "Benditos sean los pobres de espíritu,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.

4 Benditos sean los que lloran,
porque serán consolados.

5 Benditos sean los mansos,
porque ellos heredarán la tierra.

6 Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia,
porque serán saciados.

7 Benditos sean los misericordiosos,
porque obtendrán misericordia.

8 Benditos sean los puros de corazón,
porque verán a Dios.

9 Benditos sean los pacificadores,
porque serán llamados hijos de Dios.

10 Benditos sean los que han sido perseguidos por causa de la justicia,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.

11 "Benditos sois cuando os reprochen, os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros con falsedad, por mi causa.

12 Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo. Porque así persiguieron a los profetas que os precedieron.

13 "Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal ha perdido su sabor, ¿con qué se salará? Entonces no sirve para nada, sino para ser arrojada y pisoteada por los hombres.

14 Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad situada en una colina no se puede ocultar.

15 Tampoco se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, sino sobre un candelero; y brilla para todos los que están en la casa.

16 Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

17 "No penséis que he venido a abolir la ley o los profetas. No he venido a abolir, sino a cumplir.

18 Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una letra mínima ni un trazo de pluma pasarán de la ley, hasta que todo se cumpla.

19 Por lo tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños y enseñe a otros a hacerlo, será llamado el más pequeño en el Reino de los Cielos; pero el que los cumpla y los enseñe será llamado grande en el Reino de los Cielos.

20 Porque os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos.

21 "Habéis oído que a los antiguos se les dijo: «No matarás», y que «quien mate correrá peligro de ser juzgado».

22 Pero yo os digo que todo el que se enoje con su hermano sin causa, estará en peligro del juicio. El que diga a su hermano: "¡Raca!", correrá el peligro del consejo. El que diga: «¡Necio!», correrá el peligro del fuego de la Gehena.

23 "Por tanto, si estás ofreciendo tu ofrenda en el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti,

24 deja tu ofrenda allí, ante el altar, y sigue tu camino. Primero reconcíliate con tu hermano, y luego ven a ofrecer tu ofrenda.

25 Ponte de acuerdo con tu adversario rápidamente mientras estás con él en el camino; no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez te entregue al alguacil, y seas echado a la cárcel.

26 De cierto te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último céntimo.

27 "Habéis oído que se dijo: "No cometerás adulterio";

28 pero yo os digo que todo el que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón.

29 Si tu ojo derecho te hace tropezar, sácalo y arrójalo lejos de ti. Porque más te vale que perezca uno de tus miembros que todo tu cuerpo sea arrojado a la Gehenna.

30 Si tu mano derecha te hace tropezar, córtala y arrójala lejos de ti. Porque más te conviene que perezca uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la Gehenna.

31 "También se dijo: «El que repudie a su mujer, que le dé carta de divorcio»,

32 pero yo os digo que el que repudia a su mujer, salvo por causa de inmoralidad sexual, la convierte en adúltera; y el que se casa con ella estando repudiada, comete adulterio.

33 "Habéis oído que se dijo a los antiguos: 'No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos",

34 pero yo os digo que no juréis en absoluto: ni por el cielo, porque es el trono de Dios;

35 ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey.

36 Tampoco jurarás por tu cabeza, porque no puedes hacer blanco ni negro un solo cabello.

37 Pero que vuestro «Sí» sea «Sí» y vuestro «No» sea «No». Todo lo que sea más que esto procede del maligno.

38 "Habéis oído que se dijo: «Ojo por ojo y diente por diente».

39 Pero yo os digo que no resistáis al que es malo, sino que al que te golpee en tu mejilla derecha, vuélvele también la otra.

40 Si alguien te demanda para quitarte la túnica, déjale también el manto.

41 El que te obligue a recorrer una milla, ve con él dos.

42 Da al que te pida, y no rechaces al que quiera pedirte prestado.

43 "Habéis oído que se dijo: 'Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo'.

44 Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced el bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen,

45 para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos. Porque él hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos.

46 Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿Acaso no hacen lo mismo los recaudadores de impuestos?

47 Si sólo saludáis a vuestros hermanos, ¿qué más hacéis vosotros que los demás? ¿Acaso no hacen lo mismo los recaudadores de impuestos?

48 Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

Capítulo 6

1 "Tened cuidado de no hacer vuestras obras de justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos, pues de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.

2 Por eso, cuando des limosna, no hagas sonar la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para obtener la gloria de los hombres. De cierto os digo que ya han recibido su recompensa.

3 Pero cuando tú des limosna, no dejes que tu mano izquierda sepa lo que hace tu mano derecha,

4 para que tu limosna sea en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público.

5 "Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, pues les gusta estar de pie y orar en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres. De cierto, os digo que han recibido su recompensa.

6 Pero tú, cuando ores, entra en tu aposento, y habiendo cerrado la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público.

7 Al orar, no utilicéis vanas repeticiones, como hacen los gentiles, pues piensan que serán escuchados por su mucha palabrería.

8 No seáis, pues, como ellos, porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad antes de que vosotros le pidáis.

9 Vosotros, pues, orad así:
"'Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre'.

10 Venga tu Reino.
Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

11 Danos hoy nuestro pan de cada día.

12 Y perdónanos nuestras deudas,
como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

13 Y no nos metas en tentación,
mas líbranos del mal.
Porque tuyo es el Reino, el poder y la gloria por todos los siglos. Amén."

14 "Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, también vuestro Padre celestial os perdonará a vosotros.

15 Pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.

16 "Además, cuando ayunéis, no seáis como los hipócritas, de rostro demacrado. Porque ellos desfiguran sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan. De cierto os digo que ya tienen su recompensa.

17 Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu cara,

18 para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

19 "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan;

20 sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan;

21 porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

22 "La lámpara del cuerpo es el ojo. Así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz.

23 Pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que hay en ti es tinieblas, ¡cuántas no serán las mismas tinieblas!

24 "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

25 Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?

26 Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?

27 "¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?

28 Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan;

29 pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos.

30 Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?

31 "No os afanéis, pues, diciendo: '¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?'

32 Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.

33 Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.

34 Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.

Capítulo 7

1 “No juzguéis, para que no seáis juzgados.

2 Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido.

3 ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?

4 ¿O cómo dirás a tu hermano: ‘Déjame sacar la paja de tu ojo’, y he aquí la viga en el tuyo?

5 ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.

6 “No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen.

7 “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.

8 Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

9 ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra?

10 ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente?

11 Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan!

12 Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas.

13 “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella.

14 ¡Qué estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan!

15 “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas,
pero por dentro son lobos rapaces.

16 Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de
los abrojos?

17 Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos.

18 No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos.

19 Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego.

20 Así que, por sus frutos los conoceréis.

21 “No todo el que me dice: ‘Señor, Señor’, entrará en el Reino de los Cielos, sino
el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

22 Muchos me dirán en aquel día: ‘Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre,
y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos
milagros?’

23 Y entonces les declararé: ‘Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de
maldad’.

24 «Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un
hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca.

25 Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella
casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca.

26 Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un
hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena;

27 y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu con-
tra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina.»

28 Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina;

29 porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

Capítulo 8

1 Cuando descendió del monte, le seguían grandes multitudes.

2 Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme».

3 Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: «Quiero; sé limpio». Y al instante su lepra desapareció.

4 Entonces Jesús le dijo: «Mira, no lo digas a nadie; sino ve, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos.»

5 Entrando Jesús en Capernaúm, vino a él un centurión, rogándole,

6 y diciendo: «Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado.»

7 Y Jesús le dijo: «Yo iré y le sanaré».

8 Respondió el centurión y dijo: "Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará.

9 Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: 'Ve', y va; y al otro: 'Ven', y viene; y a mi siervo: 'Haz esto', y lo hace."

10 Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: «De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe.

11 Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos;

12 mas los hijos del Reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes».

13 Entonces Jesús dijo al centurión: «Ve, y como creíste, te sea hecho». Y su criado fue sanado en aquella misma hora.

14 Vino Jesús a casa de Pedro, y vio a la suegra de éste postrada en cama, con fiebre.

15 Y tocó su mano, y la fiebre la dejó; y ella se levantó, y les servía.

16 Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos;

17 para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: «Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.»

18 Viéndose Jesús rodeado de mucha gente, mandó pasar al otro lado.

19 Y vino un escriba y le dijo: «Maestro, te seguiré adondequiera que vayas».

20 Jesús le dijo: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza».

21 Otro de sus discípulos le dijo: «Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre».

22 Jesús le dijo: «Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos».

23 Y entrando él en la barca, sus discípulos le siguieron.

24 Y he aquí que se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca; pero él dormía.

25 Y vinieron sus discípulos y le despertaron, diciendo: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!»

26 Él les dijo: «¿Por qué teméis, hombres de poca fe?» Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza.

27 Y los hombres se maravillaron, diciendo: «¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?»

28 Cuando llegó a la otra orilla, a la tierra de los gergesenos, vinieron a su encuentro dos endemoniados que salían de los sepulcros, feroces en gran manera, tanto que nadie podía pasar por aquel camino.

29 Y clamaron diciendo: «¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?»

30 Estaba paciendo lejos de ellos un hato de muchos cerdos.

31 Y los demonios le rogaron diciendo: «Si nos echas fuera, permítenos ir a aquel hato de cerdos».

32 Él les dijo: «Id». Y ellos salieron, y se fueron a aquel hato de cerdos; y he aquí, todo el hato de cerdos se precipitó en el mar por un despeñadero, y perecieron en las aguas.

33 Y los que los apacentaban huyeron, y viniendo a la ciudad, contaron todas las cosas, y lo que había pasado con los endemoniados.

34 Y toda la ciudad salió al encuentro de Jesús; y cuando le vieron, le rogaron que se fuera de sus contornos.

Capítulo 9

1 Entró en una barca, cruzó y llegó a su ciudad.

2 Le trajeron un paralítico que estaba tendido en una cama. Jesús, al ver su fe, dijo al paralítico: «¡Hijo, anímate! Tus pecados te son perdonados».

3 He aquí que algunos de los escribas se decían: «Este hombre blasfema».

4 Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo: "¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?

5 Porque, ¿qué es más fácil, decir: «Tus pecados son perdonados», o decir: «Levántate y anda»?

6 Pero para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar los pecados, le dijo al paralítico: «Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa».

7 Se levantó y se fue a su casa.

8 Pero cuando las multitudes lo vieron, se maravillaron y glorificaron a Dios, que había dado tal autoridad a los hombres.

9 Al pasar por allí, Jesús vio a un hombre llamado Mateo, sentado en la oficina de recaudación de impuestos. Le dijo: «Sígueme». Él se levantó y le siguió.

10 Mientras estaba sentado en la casa, he aquí que muchos recaudadores de impuestos y pecadores vinieron y se sentaron con Jesús y sus discípulos.

11 Al ver esto, los fariseos dijeron a sus discípulos: «¿Por qué come vuestro maestro con recaudadores de impuestos y pecadores?»

12 Al oírlo, Jesús les dijo: "Los sanos no tienen necesidad de médico, pero los enfermos sí.

13 Pero vosotros id y aprended lo que significa: «Quiero misericordia y no sacrificios,» porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento."

14 Entonces los discípulos de Juan se acercaron a él, diciendo: «¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo, pero tus discípulos no ayunan?»

15 Jesús les dijo: «¿Pueden los amigos del novio llorar mientras el novio esté con ellos? Pero vendrán días en que el novio les será quitado, y entonces ayunarán.

16 Nadie pone un trozo de tela sin remendar en una prenda vieja, porque el remiendo se desprende de la prenda y se hace un agujero peor.

17 Tampoco se pone vino nuevo en odres viejos, porque se reventarían los odres, se derramaría el vino y se arruinarían los odres. No, ponen vino nuevo en odres frescos, y ambos se conservan».

18 Mientras les contaba estas cosas, se acercó un gobernante y le adoró diciendo: «Mi hija acaba de morir, pero ven y pon tu mano sobre ella, y vivirá.»

19 Jesús se levantó y le siguió, al igual que sus discípulos.

20 He aquí que una mujer que tenía flujo de sangre desde hacía doce años se acercó detrás de él y tocó los flecos de su manto;

21 porque decía en su interior: «Si toco su manto, quedaré sana.»

22 Pero Jesús, al volverse y verla, le dijo: «¡Hija, anímate! Tu fe te ha curado». Y la mujer quedó sana desde aquella hora.

23 Cuando Jesús entró en la casa del gobernante y vio a los flautistas y a la multitud en ruidoso desorden,

24 les dijo: «Haced sitio, porque la muchacha no está muerta, sino dormida.» Se burlaban de él.

25 Pero cuando la multitud fue despedida, él entró, la tomó de la mano y la muchacha se levantó.

26 La noticia de esto se difundió por toda aquella tierra.

27 Al pasar Jesús de allí, le siguieron dos ciegos, gritando y diciendo: «¡Ten piedad de nosotros, hijo de David!»

28 Cuando entró en la casa, los ciegos se acercaron a él. Jesús les dijo: «¿Creéis que soy capaz de hacer esto?» Le dijeron: «Sí, Señor».

29 Entonces les tocó los ojos, diciendo: «Conforme a vuestra fe os sea hecho».

30 Entonces se les abrieron los ojos. Jesús les ordenó estrictamente, diciendo: «Mirad que nadie sepa esto».

31 Pero ellos salieron y difundieron su fama en toda aquella tierra.

32 Cuando salieron, le trajeron a un mudo endemoniado.

33 Cuando el demonio fue expulsado, el mudo habló. Las multitudes se maravillaron, diciendo: «¡Nunca se ha visto nada semejante en Israel!»

34 Pero los fariseos decían: «Por el príncipe de los demonios, expulsa a los demonios».

35 Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas y predicando la Buena Nueva del Reino, y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.

36 Pero al ver las multitudes, se compadeció de ellas, porque estaban acosadas y dispersas, como ovejas sin pastor.

37 Entonces dijo a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los obreros son pocos.

38 Orad, pues, para que el Señor de la mies envíe obreros a su mies».

Capítulo 10

1 Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para expulsarlos y para sanar toda enfermedad y toda dolencia.

2 Los nombres de los doce apóstoles son estos El primero, Simón, llamado Pedro; Andrés, su hermano; Santiago, hijo de Zebedeo; Juan, su hermano;

3 Felipe; Bartolomé; Tomás; Mateo, el recaudador de impuestos; Santiago, hijo de Alfeo; Lebeo, que también se llamaba Tadeo;

4 Simón el Zelote; y Judas Iscariote, que también lo traicionó.

5 Jesús envió a estos doce y les ordenó: "No vayáis entre los gentiles, ni entréis en ninguna ciudad de los samaritanos.

6 Id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

7 Mientras vais, predicad diciendo: «El Reino de los Cielos está cerca»

8 Curad a los enfermos, limpiad a los leprosos y expulsad a los demonios. Si habéis recibido gratuitamente, dad gratuitamente.

9 No llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestros cinturones.

10 No llevéis bolsa para vuestro viaje, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el trabajador es digno de su alimento.

11 En cualquier ciudad o aldea en que entréis, averiguad quién es digno en ella, y quedaos allí hasta que sigáis.

12 Cuando entréis en la casa, saludadla.

13 Si la casa es digna, que vuestra paz llegue a ella, pero si no es digna, que vuestra
paz vuelva a vosotros.

14 El que no os reciba ni escuche vuestras palabras, al salir de esa casa o de esa
ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies.

15 De cierto os digo que será más tolerable para la tierra de Sodoma y Gomorra
en el día del juicio que para esa ciudad.

16 "He aquí que os envío como ovejas en medio de lobos. Por tanto, sed prudentes
como serpientes y sencillos como palomas.

17 Pero tened cuidado con los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en
sus sinagogas os azotarán.

18 Sí, y seréis llevados ante gobernadores y reyes por causa de mí, para testimonio
a ellos y a las naciones.

19 Pero cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué vais a decir, por-
que se os dará en esa hora lo que vais a decir.

20 Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que
habla en vosotros.

21 "El hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre a su hijo. Los hijos se
levantarán contra los padres y los harán morir.

22 Seréis odiados por todos los hombres por causa de mi nombre, pero el que
aguante hasta el final se salvará.

23 Pero cuando os persigan en esta ciudad, huid a la siguiente, porque de cierto os
digo que no habréis pasado por las ciudades de Israel hasta que venga el Hijo del
Hombre.

24 "El discípulo no está por encima de su maestro, ni el siervo por encima de su
señor.

25 Al discípulo le basta con ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si
han llamado Beelzebul al dueño de la casa, ¡cuánto más a los de su casa!

26 Por lo tanto, no tengáis miedo de ellos, porque no hay nada encubierto que no
se revele, ni oculto que no se sepa.

27 Lo que os diga en la oscuridad, habladlo en la luz; y lo que oigáis susurrar al
oído, proclamadlo en los tejados.

28 No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Temed
más bien a aquel que es capaz de destruir tanto el alma como el cuerpo en la
Gehena.

29 "¿No se venden dos gorriones por una moneda de asarion? Ni uno solo de ellos
cae al suelo si no es por la voluntad de vuestro Padre.

30 Pero los cabellos de vuestra cabeza están todos contados.

31 Por eso, no tengáis miedo. Vosotros tenéis más valor que muchos gorriones.

32 Por eso, todo el que me confiese ante los hombres, yo también lo confesaré ante
mi Padre que está en los cielos.

33 Pero el que me niegue ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que
está en los cielos.

34 "No penséis que he venido a traer la paz a la tierra. No he venido a traer la paz,
sino la espada.

35 Porque he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre y
a la nuera con su suegra.

36 Los enemigos del hombre serán los de su propia casa.

37 El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama
al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí.

38 El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí.

39 El que busca su vida, la perderá; y el que pierde su vida por mí, la encontrará.

40 «El que os recibe a vosotros me recibe a mí, y el que me recibe a mí recibe al
que me ha enviado.

41 El que recibe a un profeta en nombre de un profeta, recibirá la recompensa de un profeta. El que recibe a un justo en nombre de un justo, recibirá la recompensa de un justo.

42 El que dé de beber a uno de estos pequeños un vaso de agua fría en nombre de un discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.»

Capítulo 11

1 Cuando Jesús terminó de dirigir a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades.

2 Cuando Juan oyó en la cárcel las obras de Cristo, envió a dos de sus discípulos

3 y le dijeron: «¿Eres tú el que viene, o tenemos que buscar a otro?»

4 Jesús les respondió: «Id y contad a Juan lo que oís y veis:

5 los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena nueva.

6 Dichoso el que no encuentra en mí ocasión de tropezar».

7 Mientras éstos se iban, Jesús comenzó a decir a las multitudes acerca de Juan: "¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?

8 ¿Y qué salisteis a ver? ¿A un hombre con ropa elegante? He aquí que los que llevan ropa elegante están en las casas de los reyes.

9 Pero, ¿por qué salisteis? ¿Para ver a un profeta? Sí, os digo, y mucho más que un profeta.

10 Porque éste es aquel de quien está escrito: 'He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino delante de ti'.

11 De cierto os digo que entre los nacidos de mujer no se ha levantado nadie más grande que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el Reino de los Cielos es más grande que él.

12 Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo toman por la fuerza.

13 Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan.

14 Si estáis dispuestos a recibirlo, éste es Elías, que ha de venir.

15 El que tenga oídos para oír, que oiga.

16 "¿Pero con qué compararé a esta generación? Es como los niños sentados en las plazas, que llaman a sus compañeros

17 y dicen: 'Tocamos la flauta por vosotros, y no bailasteis. Nosotros nos lamentamos por vosotros, y vosotros no os lamentasteis'.

18 Porque Juan no vino ni a comer ni a beber, y dicen: 'Tiene un demonio.'

19 El Hijo del Hombre vino comiendo y bebiendo, y dicen: 'He aquí un glotón y un borracho, amigo de recaudadores y pecadores.' Pero la sabiduría se justifica por sus hijos."

20 Entonces comenzó a denunciar a las ciudades en las que se habían realizado la mayoría de sus obras poderosas, porque no se arrepentían.

21 «¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las obras poderosas que se hicieron en vosotros, hace tiempo que se habrían arrepentido en saco y ceniza.

22 Pero os digo que el día del juicio será más tolerable para Tiro y Sidón que para vosotros.

23 Tú, Capernaúm, que estás exaltada hasta el cielo, descenderás al Hades. Porque si en Sodoma se hubieran hecho las obras poderosas que se hicieron en ti, habría permanecido hasta hoy.

24 Pero os digo que será más tolerable para la tierra de Sodoma en el día del juicio, que para vosotros.»

25 En aquel momento, Jesús respondió: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños.

26 Sí, Padre, porque así fue agradable a tus ojos.

27 Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo.

28 «Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os haré descansar.

29 Llevad mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y encontraréis descanso para vuestras almas.

30 Porque mi yugo es fácil, y mi carga es ligera».

Capítulo 12

1 En aquel tiempo, Jesús pasó el día de reposo por los campos de cereales. Sus discípulos tenían hambre y se pusieron a arrancar espigas y a comer.

2 Pero los fariseos, al verlo, le dijeron: «He aquí que tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado.»

3 Pero él les dijo: “¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre, y los que estaban con él

4 cómo entró en la casa de Dios y comió el pan consagrado, que no le era lícito comer a él ni a los que estaban con él, sino sólo a los sacerdotes?

5 ¿Acaso no habéis leído en la ley que en el día de reposo los sacerdotes en el templo profanan el sábado y son inocentes?

6 Pero yo os digo que aquí hay uno más grande que el templo.

7 Pero si hubierais sabido lo que significa esto: «Quiero misericordia y no sacrificios,» no habríais condenado a los inocentes.

8 Porque el Hijo del Hombre es el Señor del sábado”.

9 Salió de allí y entró en la sinagoga de ellos.

10 Y he aquí que había un hombre con una mano seca. Le preguntaron: «¿Es lícito curar en día de reposo?», para acusarle.

11 Les dijo: «¿Qué hombre hay entre vosotros que tenga una sola oveja, y si ésta cae en un pozo en día de sábado, no se agarra a ella y la saca?

12 ¡Cuánto más vale un hombre que una oveja! Por eso es lícito hacer el bien en el día de reposo».

13 Entonces le dijo al hombre: «Extiende tu mano». Él la extendió; y se la devolvió restaurada, igual que la otra.

14 Pero los fariseos salieron y conspiraron contra él para destruirlo.

15 Jesús, al darse cuenta, se retiró de allí. Le siguieron grandes multitudes; y los curó a todos,

16 y les ordenó que no le dieran a conocer,

17 para que se cumpliera lo que se había dicho por medio del profeta Isaías, que decía

18 «He aquí a mi siervo que he elegido,
mi amado en quien mi alma se complace.
Pondré mi Espíritu sobre él.
Anunciará la justicia a las naciones.

19 No se esforzará, ni gritará,
ni nadie escuchará su voz en las calles.

20 No romperá una caña magullada.
No apagará un lino humeante,
hasta que lleve la justicia a la victoria.

21 En su nombre esperarán las naciones».

22 Entonces le trajeron a uno poseído por un demonio, ciego y mudo, y lo curó, de modo que el ciego y el mudo hablaba y veía.

23 Todas las multitudes estaban asombradas y decían: «¿Puede ser éste el hijo de David?»

24 Pero cuando los fariseos lo oyeron, dijeron: «Este hombre no expulsa los demonios sino por Beelzebul, el príncipe de los demonios.»

25 Conociendo sus pensamientos, Jesús les dijo: "Todo reino dividido contra sí mismo es desolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no permanecerá.

26 Si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo. ¿Cómo, pues, se mantendrá su reino?

27 Si yo, por medio de Beelzebul, expulso los demonios, ¿por quién los expulsan vuestros hijos? Por tanto, ellos serán vuestros jueces.

28 Pero si yo por el Espíritu de Dios expulso los demonios, entonces el Reino de Dios ha llegado a vosotros.

29 ¿Cómo puede uno entrar en la casa del hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no ata al hombre fuerte? Entonces saqueará su casa.

30 "El que no está conmigo está contra mí, y el que no reúne conmigo, dispersa.

31 Por eso os digo que todo pecado y toda blasfemia serán perdonados a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada a los hombres.

32 Al que hable una palabra contra el Hijo del Hombre, se le perdonará; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no se le perdonará, ni en este tiempo ni en el venidero.

33 "O haced el árbol bueno y su fruto bueno, o haced el árbol corrompido y su fruto corrompido; porque por su fruto se conoce el árbol.

34 Vástagos de víboras, ¿cómo podéis, siendo malos, hablar cosas buenas? Porque de la abundancia del corazón habla la boca.

35 El hombre bueno de su buen tesoro saca cosas buenas, y el hombre malo de su mal tesoro saca cosas malas.

36 Os digo que de toda palabra ociosa que los hombres hablen, darán cuenta en el día del juicio.

37 Porque por sus palabras serán justificados, y por sus palabras serán condenados."

38 Entonces algunos de los escribas y fariseos respondieron: «Maestro, queremos ver una señal tuya».

39 Pero él les respondió: "Una generación mala y adúltera busca una señal, pero no se le dará otra señal que la del profeta Jonás.

40 Porque como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del gran pez, así el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra.

41 Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación y la condenarán, porque se arrepintieron ante la predicación de Jonás; y he aquí que hay alguien más grande que Jonás.

42 La Reina del Sur se levantará en el juicio con esta generación y la condenará, porque vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón; y he aquí que hay alguien más grande que Salomón.

43 "Cuando un espíritu inmundo ha salido del hombre, pasa por lugares sin agua buscando descanso, y no lo encuentra.

44 Entonces dice: 'Volveré a mi casa de donde salí'; y cuando ha vuelto, la encuentra vacía, barrida y ordenada.

45 Entonces va y toma consigo otros siete espíritus más malos que él, y entran y habitan allí. El último estado de ese hombre llega a ser peor que el primero. Así será también para esta generación malvada".

46 Mientras aún hablaba a las multitudes, he aquí que su madre y sus hermanos estaban afuera, buscando hablar con él.

47 Uno le dijo: «He aquí, tu madre y tus hermanos están afuera, buscando hablar contigo».

48 Pero él respondió al que le hablaba: «¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos?»

49 Extendió la mano hacia sus discípulos y dijo: «¡Mirad, mi madre y mis hermanos!

50 Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre».

Capítulo 13

1 Aquel día, Jesús salió de casa y se sentó a la orilla del mar.

2 Se reunió con él una gran multitud, de modo que entró en una barca y se sentó; y toda la multitud se quedó de pie en la playa.

3 Les hablaba de muchas cosas en parábolas, diciendo: «He aquí que un sembrador salió a sembrar.

4 Mientras sembraba, algunas semillas cayeron al borde del camino, y vinieron los pájaros y las devoraron.

5 Otras cayeron en un terreno rocoso, donde no había mucha tierra, y enseguida brotaron, porque no tenían profundidad de tierra.

6 Cuando salió el sol, se quemaron. Como no tenían raíz, se marchitaron.

7 Otras cayeron entre espinas. Los espinos crecieron y las ahogaron.

8 Otras cayeron en buena tierra y dieron fruto: unas cien veces más, otras sesenta y otras treinta.

9 El que tenga oídos para oír, que oiga».

10 Los discípulos se acercaron y le dijeron: «¿Por qué les hablas en parábolas?»

11 Les respondió: "A vosotros se os ha dado conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no se les ha dado.

12 Porque al que tiene, se le dará y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene.

13 Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden.

14 En ellos se cumple la profecía de Isaías, que dice,
'Oyendo escucharéis,
y no entenderéis de ninguna manera;
Viendo veréis,
y no percibiréis de ninguna manera;

15 porque el corazón de este pueblo se ha vuelto insensible,
sus oídos están embotados,
y han cerrado los ojos;
para que no vean con los ojos,
oigan con sus oídos,
entiendan con el corazón,
y se conviertan,
y yo los sane.'

16 "Pero benditos sean vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen.

17 Porque de cierto os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.

18 «Oíd, pues, la parábola del sembrador.

19 Cuando alguien oye la palabra del Reino y no la entiende, viene el maligno y arrebata lo que se ha sembrado en su corazón. Esto es lo que se sembró junto al camino.

20 Lo que fue sembrado en los pedregales, éste es el que oye la palabra y enseguida la recibe con alegría;

21 pero no tiene raíz en sí mismo, sino que aguanta un tiempo. Cuando surge la opresión o la persecución a causa de la palabra, inmediatamente tropieza.

22 Lo que se sembró entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero los afanes de
este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y queda sin fruto.

23 Lo que se sembró en buena tierra, éste es el que oye la palabra y la entiende, que
ciertamente da fruto y produce, unos cien veces más, otros sesenta y otros
treinta.»

24 Les expuso otra parábola, diciendo: "El Reino de los Cielos es semejante a un
hombre que sembró buena semilla en su campo,

25 pero mientras la gente dormía, vino su enemigo y sembró también cizaña entre
el trigo, y se fue.

26 Pero cuando la hoja brotó y produjo grano, entonces apareció también la
cizaña.

27 Se acercaron los siervos del dueño de casa y le dijeron: "Señor, ¿no sembraste
buena semilla en tu campo? ¿De dónde ha salido esta cizaña?

28 "Les dijo: 'Un enemigo ha hecho esto'. "Los siervos le preguntaron: '¿Quieres
que vayamos a recogerla?

29 Pero él dijo: "No, no sea que mientras recogéis la cizaña, arranquéis con ella el
trigo.

30 Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré a
los segadores: «Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla;
pero recoged el trigo en mi granero»".

31 Les expuso otra parábola, diciendo: «El Reino de los Cielos es semejante a un
grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo,

32 que a la verdad es más pequeña que todas las semillas. Pero cuando crece, es
más grande que las hierbas y se convierte en un árbol, de modo que las aves del
cielo vienen y anidan en sus ramas.»

33 Les dijo otra parábola. «El Reino de los Cielos es como la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudado».

34 Jesús hablaba todas estas cosas en parábolas a las multitudes; y sin parábola, no les hablaba,

35 para que se cumpliera lo que se dijo por medio del profeta, diciendo,
«Abriré mi boca en parábolas;
Declararé cosas ocultas desde la fundación del mundo».

36 Entonces Jesús despidió a las multitudes y entró en la casa. Sus discípulos se acercaron a él, diciendo: «Explícanos la parábola de la cizaña del campo».

37 Él les respondió: "El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre,

38 el campo es el mundo, las buenas semillas son los hijos del Reino y la cizaña son los hijos del maligno.

39 El enemigo que la sembró es el diablo. La siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles.

40 Así como la cizaña es recogida y quemada en el fuego, así será al final de este siglo.

41 El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que causan tropiezo y a los que hacen iniquidad,

42 y los echarán en el horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes.

43 Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos para oír, que oiga.

44 "Además, el Reino de los Cielos es como un tesoro escondido en el campo, que un hombre encontró y escondió. En su alegría, va y vende todo lo que tiene y compra ese campo.

45 "Además, el Reino de los Cielos se parece a un mercader que busca perlas finas,

46 que habiendo encontrado una perla de gran valor, fue y vendió todo lo que tenía y la compró.

47 «Además, el Reino de los Cielos es como una red de arrastre que se echó al mar y recogió peces de toda clase;

48 la cual, cuando se llenó, los pescadores sacaron a la playa. Se sentaron y recogieron lo bueno en cestas, pero lo malo lo tiraron.

49 Así será al fin del mundo. Los ángeles saldrán y separarán a los malos de entre los justos,

50 y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes».

51 Jesús les dijo: «¿Habéis entendido todas estas cosas?» Le respondieron: «Sí, Señor».

52 Les dijo: «Por eso todo escriba que ha sido instruido en el Reino de los Cielos es como un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas.»

53 Cuando Jesús terminó estas parábolas, se fue de allí.

54 Al llegar a su tierra, les enseñaba en la sinagoga de ellos, de modo que se asombraban y decían: «¿De dónde ha sacado este hombre esta sabiduría y estas maravillas?

55 ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas?

56 ¿No están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, ha sacado este hombre todas estas cosas?»

57 Y se escandalizaban de él. Pero Jesús les dijo: «Un profeta no carece de honra, sino en su propia tierra y en su propia casa.»

58 Y no hizo allí muchos milagros a causa de la incredulidad de ellos.

Capítulo 14

1 En aquel tiempo, Herodes el tetrarca oyó la fama de Jesús,

2 y dijo a sus sirvientes: «Este es Juan el Bautista. Ha resucitado de entre los muertos. Por eso actúan en él estos poderes».

3 Porque Herodes había prendido a Juan, lo había atado y puesto en la cárcel por causa de Herodías, la mujer de su hermano Felipe.

4 Porque Juan le decía: «No te es lícito tenerla».

5 Cuando quiso matarlo, temió a la multitud, porque lo tenían por profeta.

6 Pero cuando se celebraba el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías bailó en medio, y agradó a Herodes.

7 Por lo cual le prometió con juramento darle todo lo que pidiera.

8 Ella, instruida primero por su madre, dijo: «Dame aquí en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista.»

9 El rey se entristeció, pero por causa de sus juramentos y de los que se sentaban a la mesa con él, ordenó que se le diera,

10 y mandó decapitar a Juan en la cárcel.

11 Su cabeza fue traída en una bandeja y entregada a la joven; y ella la llevó a su madre.

12 Entonces se acercaron sus discípulos, tomaron el cuerpo y lo enterraron. Luego fueron y dieron la noticia a Jesús.

13 Oyéndolo Jesús, se apartó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado. Cuando las multitudes lo oyeron, lo siguieron a pie desde las ciudades.

14 Jesús salió y vio una gran multitud. Tuvo compasión de ellos y sanó a sus enfermos.

15 Al atardecer, sus discípulos se acercaron a él, diciendo: «El lugar es desierto, y la hora ya es avanzada. Despide a la multitud para que vayan por las aldeas y compren comida para sí».

16 Pero Jesús les dijo: «No tienen necesidad de irse. Dadles vosotros de comer».

17 Le dijeron: «Sólo tenemos aquí cinco panes y dos peces».

18 Él les dijo: «Traédmelos acá».

19 Mandó a la multitud que se recostara sobre la hierba; tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió y dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud.

20 Y comieron todos y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, doce cestas llenas.

21 Y los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.

22 En seguida, Jesús hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud.

23 Despedida la multitud, subió al monte a orar aparte. Y cuando llegó la noche, estaba allí solo.

24 Y ya la barca estaba en medio del mar, azotada por las olas, porque el viento era contrario.

25 Mas a la cuarta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos andando sobre el mar.

26 Y los discípulos, viéndole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: «¡Un fantasma!» Y dieron voces de miedo.

27 Pero enseguida Jesús les habló diciendo: «¡Tened ánimo! ¡Soy yo, no temáis!».

28 Entonces le respondió Pedro, y dijo: «Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas».

29 Y él dijo: «Ven». Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús.

30 Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: «¡Señor, sálvame!».

31 Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?»

32 Y cuando ellos subieron en la barca, se calmó el viento.

33 Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: «¡Verdaderamente eres Hijo de Dios!»

34 Y terminada la travesía, vinieron a tierra de Genesaret.

35 Cuando le conocieron los hombres de aquel lugar, enviaron noticia por toda aquella tierra alrededor, y trajeron a él todos los enfermos;

36 y le rogaban que les dejase tocar solamente el borde de su manto. Y todos los que lo tocaron quedaron sanos.

Capítulo 15

1 Entonces se acercaron a Jesús ciertos escribas y fariseos de Jerusalén, diciendo:

2 «¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos? Porque no se lavan las manos cuando comen pan».

3 Respondiendo él, les dijo: "¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?

4 Porque Dios mandó diciendo: 'Honra a tu padre y a tu madre'; y: 'El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente'.

5 Pero vosotros decís: 'Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es mi ofrenda a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte',

6 ya no ha de honrar a su padre o a su madre. Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición.

7 ¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo:

8 'Este pueblo de labios me honra;
mas su corazón está lejos de mí.

9 Pues en vano me honran,
enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres'".

10 Y llamando a sí a la multitud, les dijo: «Oíd, y entended:

11 No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre.»

12 Entonces acercándose sus discípulos, le dijeron: «¿Sabes que los fariseos se ofendieron cuando oyeron esta palabra?»

13 Pero respondiendo él, dijo: «Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada.

14 Dejadlos; son ciegos guías de ciegos. Y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo».

15 Respondiendo Pedro, le dijo: «Explícanos esta parábola».

16 Jesús dijo: «¿También vosotros sois aún sin entendimiento?

17 ¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre, y es echado en la letrina?

18 Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre.

19 Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias.

20 Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero el comer con las manos sin lavar no contamina al hombre.»

21 Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón.

22 Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región clamaba, diciéndole: «¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio».

23 Pero él no le respondió palabra. Entonces acercándose sus discípulos, le rogaron, diciendo: «Despídela, pues da voces tras nosotros».

24 Él respondiendo, dijo: «No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel».

25 Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: «¡Señor, socórreme!».

26 Respondiendo él, dijo: «No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos».

27 Y ella dijo: «Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos».

28 Entonces respondiendo Jesús, le dijo: «¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como quieres». Y su hija fue sanada desde aquella hora.

29 Pasó Jesús de allí y vino junto al mar de Galilea; y subiendo al monte, se sentó allí.

30 Y se le acercó mucha gente que traía consigo a cojos, ciegos, mudos, mancos, y otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó;

31 de manera que la multitud se maravillaba, viendo a los mudos hablar, a los mancos sanados, a los cojos andar, y a los ciegos ver; y glorificaban al Dios de Israel.

32 Y Jesús, llamando a sus discípulos, dijo: «Tengo compasión de la multitud, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y enviarlos en ayunas no quiero, no sea que desmayen en el camino».

33 Entonces sus discípulos le dijeron: «¿De dónde tenemos nosotros tantos panes en el desierto, para saciar a una multitud tan grande?»

34 Jesús les dijo: «¿Cuántos panes tenéis?» Y ellos dijeron: «Siete, y unos pocos pececillos».

35 Y mandó a la multitud que se recostase en tierra.

36 Y tomando los siete panes y los peces, dio gracias, los partió y dio a sus discípulos, y los discípulos a la multitud.

37 Y comieron todos, y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, siete canastas llenas.

38 Y eran los que habían comido, cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.

39 Entonces, despedida la multitud, entró en la barca, y vino a la región de Magdala.

Capítulo 16

1 Vinieron los fariseos y los saduceos para tentarle, y le pidieron que les mostrase señal del cielo.

2 Mas él respondiendo, les dijo: "Cuando anochece, decís: 'Buen tiempo; porque el cielo tiene arreboles'.

3 Y por la mañana: 'Hoy habrá tempestad; porque tiene arreboles el cielo nublado'. ¡Hipócritas! que sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡mas las señales de los tiempos no podéis!

4 La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás". Y dejándolos, se fue.

5 Llegando sus discípulos al otro lado, se habían olvidado de llevar pan.

6 Y Jesús les dijo: «Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos.»

7 Ellos pensaban dentro de sí, diciendo: «Esto dice porque no trajimos pan».

8 Y entendiéndolo Jesús, les dijo: «¿Por qué pensáis dentro de vosotros, hombres de poca fe, que no tenéis pan?

9 ¿No entendéis aún, ni os acordáis de los cinco panes entre cinco mil hombres, y cuántas cestas recogisteis,

10 ni de los siete panes entre cuatro mil, y cuántas canastas recogisteis?

11 ¿Cómo es que no entendéis que no fue por el pan que os dije que os guardaseis de la levadura de los fariseos y de los saduceos?»

12 Entonces entendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos.

13 Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?»

14 Ellos dijeron: «Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas».

15 Él les dijo: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

16 Respondiendo Simón Pedro, dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente».

17 Entonces le respondió Jesús: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

18 Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.

19 Y a ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.»

20 Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijesen que él era Jesús el Cristo.

21 Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día.

22 Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: «¡Señor, ten compasión de ti! En ninguna manera esto te acontezca».

23 Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: «¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.»

24 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.

25 Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.

26 Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?

27 Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras.

28 De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su Reino.»

Capítulo 17

1 Al cabo de seis días, Jesús tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan, su hermano, y los llevó solos a un monte alto.

2 Se transformó ante ellos. Su rostro brillaba como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.

3 Se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él.

4 Pedro respondió y dijo a Jesús: «Señor, es bueno que estemos aquí. Si quieres, hagamos aquí tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

5 Mientras aún hablaba, he aquí que una nube brillante los cubrió con su sombra. De la nube salió una voz que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco. Escuchadle».

6 Cuando los discípulos lo oyeron, cayeron de bruces y tuvieron mucho miedo.

7 Jesús se acercó, los tocó y les dijo: «Levantaos y no temáis».

8 Levantando los ojos, no vieron a nadie, excepto a Jesús solo.

9 Mientras bajaban del monte, Jesús les mandó decir: «No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado.»

10 Sus discípulos le preguntaron: «Entonces, ¿por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero?»

11 Jesús les contestó: «En efecto, Elías viene primero y restaurará todas las cosas;

12 pero yo os digo que Elías ya ha venido, y no lo reconocieron, sino que le hicieron lo que quisieron. Así también el Hijo del Hombre sufrirá por ellos».

13 Entonces los discípulos comprendieron que les hablaba de Juan el Bautista.

14 Cuando llegaron a la multitud, se le acercó un hombre que se arrodilló ante él y le dijo:

15 «Señor, ten compasión de mi hijo, porque es epiléptico y sufre gravemente; pues muchas veces cae en el fuego y otras en el agua.

16 Lo llevé a tus discípulos, y no pudieron sanarlo».

17 Jesús respondió: «¡Generación infiel y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré? Traédmelo a mí».

18 Jesús reprendió al demonio, y salió de él, y el muchacho quedó sano desde aquella hora.

19 Entonces los discípulos se acercaron a Jesús en privado y le dijeron: «¿Por qué no pudimos expulsarlo?»

20 Les dijo: "Por vuestra incredulidad. Porque ciertamente os digo que si tenéis fe como un grano de mostaza, le diréis a este monte: «Muévete de aquí para allá», y se moverá; y nada os será imposible.

21 Pero esta clase no sale sino con oración y ayuno".

22 Mientras estaban en Galilea, Jesús les dijo: «El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres,

23 y lo matarán, y al tercer día resucitará.» Lo sentían mucho.

24 Cuando llegaron a Capernaúm, los que recogían las monedas de la didracma se acercaron a Pedro y le dijeron: «¿Tu maestro no paga la didracma?»

25 Él respondió: «Sí». Cuando entró en la casa, Jesús se le anticipó diciendo: «¿Qué te parece, Simón? ¿De quién reciben peaje o tributo los reyes de la tierra? ¿De sus hijos, o de los extraños?»

26 Pedro le dijo: «De los extraños». Jesús le dijo: «Por lo tanto, los hijos están exentos.

27 Pero, para no hacerles tropezar, ve al mar, echa el anzuelo y recoge el primer pez que salga. Cuando le hayas abierto la boca, encontrarás una moneda de plata. Tómala y dásela por mí y por ti».

Capítulo 18

1 En aquella hora, los discípulos se acercaron a Jesús y le dijeron: «¿Quién es el mayor en el Reino de los Cielos?»

2 Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de ellos

3 y les dijo: "Os aseguro que si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos.

4 Por tanto, el que se humille como este niño es el mayor en el Reino de los Cielos.

5 El que recibe a un niño como éste en mi nombre, me recibe a mí;

6 pero el que hace tropezar a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran al cuello una enorme piedra de molino y lo hundieran en el fondo del mar.

7 "¡Ay del mundo por los tropiezos! Porque es necesario que las ocasiones vengan, pero ¡ay de la persona por la que viene la ocasión!

8 Si tu mano o tu pie te hacen tropezar, córtalo y apártalo de ti. Es mejor que entres en la vida manco o lisiado, antes que tener dos manos o dos pies para ser arrojado al fuego eterno.

9 Si tu ojo te hace tropezar, arráncalo y échalo de ti. Es mejor que entres en la vida con un solo ojo, en lugar de tener dos ojos para ser arrojado a la Gehenna del fuego.

10 Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños, porque os digo que en el cielo sus ángeles ven siempre el rostro de mi Padre que está en el cielo.

11 Porque el Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que se había perdido.

12 "¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y una de ellas se extravía, ¿no deja las noventa y nueve, va a los montes y busca la que se ha extraviado?

13 Si la encuentra, os aseguro que se alegra más por ella que por las noventa y nueve que no se han descarriado.

14 Así pues, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda uno de estos pequeños.

15 «Si tu hermano peca contra ti, ve, muéstrale su falta entre tú y él solo. Si te escucha, habrás recuperado a tu hermano.

16 Pero si no te escucha, llévate a uno o dos más contigo, para que en boca de dos o tres testigos quede establecida toda palabra.

17 Si se niega a escucharles, díselo a la asamblea. Si también se niega a escuchar a la asamblea, que sea para ti como un gentil o un recaudador de impuestos.

18 De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra habrá sido atado en el cielo, y todo lo que soltéis en la tierra habrá sido soltado en el cielo.

19 Además, os aseguro que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en el cielo.

20 Porque donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

21 Entonces Pedro se acercó y le dijo: «Señor, ¿cuántas veces va a pecar mi hermano contra mí, y le perdono? ¿Hasta siete veces?»

22 Jesús le dijo: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

23 Por eso, el Reino de los Cielos se parece a cierto rey que quería ajustar cuentas con sus siervos.

24 Cuando empezó a ajustar cuentas, le presentaron a uno que le debía diez mil talentos.

25 Pero como no podía pagar, su señor mandó venderlo, con su mujer, sus hijos y
todo lo que tenía, y que se le pagara.

26 El siervo, pues, se postró y se arrodilló ante él, diciendo: «Señor, ten paciencia
conmigo y te lo pagaré todo».

27 El señor de aquel siervo, compadecido, lo liberó y le perdonó la deuda.

28 "Pero aquel siervo salió y encontró a uno de sus consiervos que le debía cien de-
narios, lo agarró y lo tomó por el cuello, diciendo: «¡Págame lo que me debes!».

29 "Entonces su consiervo se postró a sus pies y le rogó, diciendo: «Ten paciencia
conmigo, y te lo pagaré».

30 Pero él no quiso, sino que fue y lo echó en la cárcel hasta que le devolviera lo
que le debía.

31 Cuando sus consiervos vieron lo que se había hecho, se entristecieron mucho, y
vinieron a contarle a su señor todo lo que se había hecho.

32 Entonces su señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Te perdoné toda esa
deuda porque me lo rogaste.

33 ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve miseri-
cordia de ti?'

34 Su señor se enfureció y lo entregó a los verdugos hasta que pagara todo lo que
se le debía.

35 Así hará también mi Padre celestial con vosotros, si no perdonáis cada uno a
vuestro hermano de corazón por sus fechorías."

Capítulo 19

1 Cuando Jesús terminó estas palabras, salió de Galilea y llegó a los límites de Ju-
dea, al otro lado del Jordán.

2 Le siguieron grandes multitudes, y allí los curó.

3 Los fariseos se acercaron a él para ponerle a prueba y decirle: «¿Es lícito que un
hombre se divorcie de su mujer por cualquier motivo?»

4 Él respondió: "¿No habéis leído que el que los hizo desde el principio los hizo va-
rón y mujer,

5 y dijo: «Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer,
y los dos se convertirán en una sola carne»?

6 De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha
unido, que no lo separe el hombre".

7 Le preguntaron: «¿Por qué, entonces, Moisés nos ordenó que le diéramos un
certificado de divorcio y nos divorciáramos de ella?»

8 Les dijo: «Moisés, a causa de la dureza de vuestros corazones, os permitió divor-
ciaros de vuestras mujeres, pero desde el principio no ha sido así.

9 Os digo que el que se divorcia de su mujer, salvo por inmoralidad sexual, y se
casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con ella estando divorciada, co-
mete adulterio.»

10 Sus discípulos le dijeron: «Si este es el caso del hombre con su mujer, no con-
viene casarse».

11 Pero él les dijo: «No todos los hombres pueden recibir esta palabra, sino aque-
llos a quienes se les ha dado.

12 Porque hay eunucos que nacieron así desde el vientre de su madre, y hay eunu-
cos que fueron hechos eunucos por los hombres; y hay eunucos que se hicieron a
sí mismos eunucos por el Reino de los Cielos. El que pueda recibirlo, que lo
reciba».

13 Entonces le trajeron niños pequeños para que les impusiera las manos y orara;
y los discípulos les reprendieron.

14 Pero Jesús les dijo: «Dejad a los niños y no les prohibáis que vengan a mí, por-
que el Reino de los Cielos es de los que son como ellos.»

15 Les impuso las manos y se fue de allí.

16 He aquí que uno se acercó a él y le dijo: «Maestro bueno, ¿qué debo hacer para tener la vida eterna?»

17 Le dijo: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno, es decir, Dios. Pero si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos".

18 Le dijo: «¿Cuáles?» Jesús dijo: "'No asesinarás'. No cometerás adulterio". 'No robarás'. No darás falso testimonio".

19 'Honra a tu padre y a tu madre'. Y, 'Amarás a tu prójimo como a ti mismo'".

20 El joven le dijo: «Todo esto lo he observado desde mi juventud. ¿Qué me falta todavía?»

21 Jesús le dijo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme.»

22 Pero el joven, al oír esto, se fue triste, porque era uno de los que tenía grandes posesiones.

23 Jesús dijo a sus discípulos: «Os aseguro que un rico entrará con dificultad en el Reino de los Cielos.

24 También os digo que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de Dios.»

25 Cuando los discípulos lo oyeron, se asombraron mucho, diciendo: «¿Quién, pues, podrá salvarse?»

26 Mirándolos, Jesús dijo: «Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible».

27 Entonces Pedro respondió: «He aquí que lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué tendremos entonces?»

28 Jesús les dijo: "De cierto os digo que vosotros, los que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.

29 Todo el que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces, y heredará la vida eterna.

30 Pero muchos primeros serán últimos, y últimos, primeros.

Capítulo 20

1 "Porque el Reino de los Cielos es semejante a un hombre, dueño de una casa, que salió de madrugada a contratar obreros para su viña.

2 Cuando se puso de acuerdo con los obreros por un denario al día, los envió a su viña.

3 Salió a eso de la tercera hora, y vio a otros que estaban ociosos en la plaza.

4 Les dijo: "Id también vosotros a la viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos se fueron.

5 Volvió a salir hacia la hora sexta y la novena, e hizo lo mismo.

6 A la hora undécima salió y encontró a otros que estaban parados. Les dijo: "¿Por qué estáis aquí todo el día sin hacer nada?

7 "Le dijeron: 'Porque nadie nos ha contratado'. "Les dijo: 'Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que sea justo'.

8 "Cuando llegó la noche, el señor de la viña dijo a su administrador: «Llama a los obreros y págales su salario, empezando por los últimos hasta los primeros».

9 "Cuando llegaron los que habían sido contratados hacia la hora undécima, recibieron un denario cada uno.

10 Cuando llegaron los primeros, supusieron que iban a recibir más; y también ellos recibieron cada uno un denario.

11 Cuando lo recibieron, murmuraron contra el dueño de la casa,

12 diciendo: '¡Estos últimos han trabajado una hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga del día y el calor abrasador!'

13 "Pero él respondió a uno de ellos: 'Amigo, no te hago ningún mal. ¿No te has puesto de acuerdo conmigo por un denario?

14 Toma lo que es tuyo y sigue tu camino. Es mi deseo dar a este último tanto como a ti.

15 ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo que poseo? ¿O acaso tu ojo es malicioso, porque yo soy bueno?'

16 Así, los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos. Porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos".

17 Mientras Jesús subía a Jerusalén, tomó aparte a los doce discípulos, y en el camino les dijo:

18 «He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte,

19 y lo entregarán a los gentiles para que lo escarnezcan, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará.»

20 Entonces la madre de los hijos de Zebedeo se acercó a él con sus hijos, arrodillándose y pidiéndole una cosa.

21 Él le dijo: «¿Qué quieres?» Ella le dijo: «Ordena que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu Reino».

22 Pero Jesús respondió: «No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo voy a beber, y ser bautizados con el bautismo con el que yo soy bautizado?» Le dijeron: «Podemos».

23 Les dijo: «Ciertamente, beberéis mi copa y seréis bautizados con el bautismo con el que yo soy bautizado; pero sentarse a mi derecha y a mi izquierda no me corresponde a mí, sino a quienes ha sido preparado por mi Padre.»

24 Cuando los diez lo oyeron, se indignaron con los dos hermanos.

25 Pero Jesús los convocó y les dijo: "Sabéis que los jefes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen su autoridad sobre ellas.

26 No será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor.

27 El que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo,

28 así como el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir, y a dar su vida en rescate por muchos."

29 Al salir de Jericó, le seguía una gran multitud.

30 He aquí que dos ciegos sentados junto al camino, al oír que pasaba Jesús, gritaron: «¡Señor, ten piedad de nosotros, hijo de David!»

31 La multitud los reprendió, diciéndoles que se callaran, pero ellos gritaron aún más: «¡Señor, ten piedad de nosotros, hijo de David!»

32 Jesús se detuvo, los llamó y les preguntó: «¿Qué queréis que haga por vosotros?»

33 Le dijeron: «Señor, que se nos abran los ojos».

34 Jesús, compadecido, les tocó los ojos; y al instante sus ojos recibieron la vista, y le siguieron.

Capítulo 21

1 Cuando se acercaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, al Monte de los Olivos, Jesús envió a dos discípulos,

2 diciéndoles: "Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y enseguida encontraréis una asna atada, y un pollino con ella. Desatadlos y traedlos a mí.

3 Si alguien os dice algo, le diréis: «El Señor los necesita», e inmediatamente los enviará."

4 Todo esto se hizo para que se cumpliera lo que se dijo por medio del profeta, diciendo,

5 «Decid a la hija de Sion:
He aquí que tu Rey viene a ti,
manso, y sentado sobre una asna,
sobre un pollino, hijo de animal de carga».

6 Los discípulos fueron e hicieron como Jesús les mandó;

7 y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos; y él se sentó encima.

8 Y la multitud, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino; y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían en el camino.

9 Y las multitudes que iban delante, y las que iban detrás, aclamaban, diciendo: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!"

10 Cuando entró él en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, diciendo: «¿Quién es éste?».

11 Y la multitud decía: «Éste es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea».

12 Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas;

13 y les dijo: «Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.»

14 Y vinieron a él en el templo ciegos y cojos, y los sanó.

15 Pero los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía, y a los muchachos aclamando en el templo y diciendo: «¡Hosanna al Hijo de David!», se indignaron,

16 y le dijeron: «¿Oyes lo que éstos dicen?». Y Jesús les dijo: «Sí; ¿nunca leísteis: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza?»

17 Y dejándolos, salió de la ciudad a Betania, y posó allí.

18 Por la mañana, volviendo a la ciudad, tuvo hambre.

19 Y viendo una higuera cerca del camino, vino a ella, y no halló nada en ella, sino hojas solamente; y le dijo: «Nunca jamás nazca de ti fruto». Y luego se secó la higuera.

20 Viendo esto los discípulos, decían maravillados: «¿Cómo es que se secó en seguida la higuera?»

21 Respondiendo Jesús, les dijo: «De cierto os digo, que si tuviereis fe, y no dudareis, no sólo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, será hecho.

22 Y todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis».

23 Cuando vino al templo, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se acercaron a él mientras enseñaba, y le dijeron: «¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿y quién te dio esta autoridad?»

24 Respondiendo Jesús, les dijo: «Yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas.

25 El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres?» Ellos entonces discutían entre sí, diciendo: «Si decimos, del cielo, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis?»

26 «Y si decimos, de los hombres, tememos a la multitud; porque todos tienen a Juan por profeta.»

27 Y respondiendo a Jesús, dijeron: «No sabemos». Y él también les dijo: «Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

28 Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña.

29 Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue.

30 Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue.

31 ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?» Dijeron ellos: «El primero». Jesús les dijo: "De cierto os digo, que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al Reino de Dios.

32 Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las rameras le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle.

33 «Oíd otra parábola: Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos.

34 Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para que recibiesen sus frutos.

35 Mas los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otro mataron, y a otro apedrearon.

36 Envió de nuevo otros siervos, más que los primeros; y hicieron con ellos de la misma manera.

37 Finalmente les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo.

38 Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Éste es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad.

39 Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron.

40 Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?»

41 Le dijeron: «A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo.»

42 Jesús les dijo: "¿Nunca leísteis en las Escrituras:
La piedra que desecharon los edificadores,
Ha venido a ser cabeza del ángulo.
El Señor ha hecho esto,
Y es cosa maravillosa a nuestros ojos'?

43 «Por tanto os digo, que el Reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado
a gente que produzca los frutos de él.

44 Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le
desmenuzará.»

45 Y oyendo sus parábolas los principales sacerdotes y los fariseos, entendieron
que hablaba de ellos.

46 Pero al buscar cómo echarle mano, temieron a la multitud, porque ésta le tenía
por profeta.

Capítulo 22

1 Respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, diciendo:

2 "El Reino de los Cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo;

3 y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisie-
ron venir.

4 Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, he pre-
parado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo
está dispuesto; venid a las bodas.

5 Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios;

6 y otros, tomando a los siervos, los afrentaron y los mataron.

7 Al oírlo el rey, se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas,
y quemó su ciudad.

8 "Entonces dijo a sus siervos: Las bodas a la verdad están preparadas; mas los
que fueron convidados no eran dignos.

9 Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis.'

10 Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, junta-
mente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados.

11 «Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda.

12 Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció.

13 Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.

14 Porque muchos son llamados, y pocos escogidos».

15 Entonces se fueron los fariseos y consultaron cómo sorprenderle en alguna palabra.

16 Y le enviaron los discípulos de ellos con los herodianos, diciendo: «Maestro, sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres.

17 Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito dar tributo a César, o no?»

18 Pero Jesús, conociendo la malicia de ellos, les dijo: «¿Por qué me tentáis, hipócritas?

19 Mostradme la moneda del tributo». Y ellos le presentaron un denario.

20 Entonces les dijo: «¿De quién es esta imagen, y la inscripción?»

21 Le dijeron: «De César». Y les dijo: «Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios».

22 Oyendo esto, se maravillaron, y dejándole, se fueron.

23 Aquel día vinieron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron,

24 diciendo: «Maestro, Moisés dijo: Si alguno muriere sin hijos, su hermano se casará con su mujer, y levantará descendencia a su hermano.

25 Hubo, pues, entre nosotros siete hermanos; el primero se casó, y murió; y no teniendo descendencia, dejó su mujer a su hermano.

26 De la misma manera también el segundo, y el tercero, hasta el séptimo.

27 Y después de todos murió también la mujer.

28 En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será ella mujer, ya que todos la tuvieron?»

29 Entonces respondiendo Jesús, les dijo: «Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios.

30 Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo.

31 Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo:

32 Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos».

33 Oyendo esto la gente, se admiraba de su doctrina.

34 Entonces los fariseos, oyendo que había hecho callar a los saduceos, se juntaron a una.

35 Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó por tentarle, diciendo:

36 «Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?»

37 Jesús le dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.

38 Éste es el primero y grande mandamiento.

39 Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

40 De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas».

41 Y estando juntos los fariseos, Jesús les preguntó,

42 diciendo: «¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?» Le dijeron: «De David».

43 Él les dijo: "¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo:

44 Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi derecha,
Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?

45 «Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?»

46 Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más.

Capítulo 23

1 Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo:

2 "En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos.

3 Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen.

4 Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas.

5 Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos;

6 y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas,

7 y las salutaciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí.

8 Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos.

9 Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos.

10 Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo.

11 El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo.

12 Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

13 “Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis el Reino de
los Cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los
que están entrando.

14 “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque devoráis las casas de
las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor
condenación.

15 “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra
para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno
que vosotros.

16 “¡Ay de vosotros, guías ciegos! que decís: Si alguno jura por el templo, no es
nada; pero si alguno jura por el oro del templo, es deudor.

17 ¡Insensatos y ciegos! porque ¿cuál es mayor, el oro, o el templo que santifica al
oro?

18 También decís: Si alguno jura por el altar, no es nada; pero si alguno jura por la
ofrenda que está sobre él, es deudor.

19 ¡Necios y ciegos! porque ¿cuál es mayor, la ofrenda, o el altar que santifica la
ofrenda?

20 Pues el que jura por el altar, jura por él, y por todo lo que está sobre él;

21 y el que jura por el templo, jura por él, y por el que lo habita;

22 y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está sentado
en él.

23 “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el
eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia
y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello.

24 ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello!

25 “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del
vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia.

26 ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio.

27 "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia.

28 Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.

29 "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos,

30 y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas.

31 Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas.

32 ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres!

33 ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?

34 Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad;

35 para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar.

36 De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación.

37 «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!

38 He aquí vuestra casa os es dejada desierta.

39 Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor».

Capítulo 24

1 Cuando Jesús salió del templo y se iba, se acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del templo.

2 Respondiendo él, les dijo: «¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada».

3 Y estando él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: «Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?»

4 Respondiendo Jesús, les dijo: "Mirad que nadie os engañe.

5 Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán.

6 Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin.

7 Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares.

8 Y todo esto será principio de dolores.

9 "Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre.

10 Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán.

11 Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos;

12 y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará.

13 Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo.

14 Y será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a
todas las naciones; y entonces vendrá el fin.

15 "Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que
habló el profeta Daniel (el que lee, entienda),

16 entonces los que estén en Judea, huyan a los montes.

17 El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa;

18 y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa.

19 Mas ¡ay de las que estén encinta, y de las que críen en aquellos días!

20 Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo;

21 porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio
del mundo hasta ahora, ni la habrá.

22 Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los
escogidos, aquellos días serán acortados.

23 "Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no
lo creáis.

24 Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y
prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos.

25 "Ya os lo he dicho antes.

26 "Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los
aposentos, no lo creáis.

27 Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente,
así será también la venida del Hijo del Hombre.

28 Porque dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas.

29 "E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscure-
cerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias
de los cielos serán conmovidas.

30 Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria.

31 Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.

32 "De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca.

33 Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas.

34 De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca.

35 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

36 "Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre.

37 Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre.

38 Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca,

39 y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre.

40 Entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro será dejado.

41 Dos mujeres estarán moliendo en un molino; la una será tomada, y la otra será dejada.

42 Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor.

43 Pero sabed esto, que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa.

44 Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis.

45 "¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa
para que les dé el alimento a tiempo?
46 Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo
así.
47 De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá.
48 Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir;
49 y comenzare a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los
borrachos,
50 vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no
sabe,
51 y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro
y el crujir de dientes.

Capítulo 25

1 "Entonces el Reino de los Cielos será como diez vírgenes que, tomando sus lám-
paras, salieron a recibir al novio.
2 Cinco de ellas eran insensatas y cinco prudentes.
3 Las insensatas, al tomar sus lámparas, no tomaron aceite con ellas,
4 pero las prudentes tomaron aceite en sus vasos con sus lámparas.
5 Mientras el novio se demoraba, todas adormecieron y se quedaron dormidas.
6 Pero a medianoche se oyó un grito: «¡Mirad! ¡Viene el novio! Salid a recibirlo».
7 Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas.
8 Las insensatas dijeron a las prudentes: «Dadnos un poco de vuestro aceite, por-
que nuestras lámparas se apagan».
9 Pero las prudentes respondieron diciendo: "¿Y si no hay suficiente para nosotras
y para vosotras? Id más bien a los que venden y comprad para vosotras'.

10 Mientras ellas iban a comprar, llegó el novio, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta.

11 Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: «Señor, Señor, ábrenos».

12 Pero él les respondió: «Os aseguro que no os conozco».

13 Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que vendrá el Hijo del Hombre.

14 "Pues es como un hombre que, al ir a otro país, llamó a sus propios siervos y les confió sus bienes.

15 A uno le dio cinco talentos, a otro dos, a otro uno, a cada uno según su capacidad. Luego siguió su camino.

16 Enseguida, el que recibió los cinco talentos fue a comerciar con ellos y ganó otros cinco talentos.

17 De la misma manera, el que recibió los dos ganó otros dos.

18 Pero el que recibió el único talento se fue, cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor.

19 "Después de mucho tiempo, vino el señor de aquellos siervos y ajustó cuentas con ellos.

20 El que recibió los cinco talentos vino y trajo otros cinco talentos, diciendo: 'Señor, me entregaste cinco talentos. He aquí que he ganado otros cinco talentos además de ellos'.

21 "Su señor le dijo: 'Bien hecho, siervo bueno y fiel. Has sido fiel en pocas cosas, yo te pondré al frente de muchas. Entra en la alegría de tu señor'.

22 "También el que recibió los dos talentos se acercó y dijo: 'Señor, me entregaste dos talentos. He aquí que he ganado otros dos talentos además de ellos'.

23 "Su señor le dijo: 'Bien hecho, siervo bueno y fiel. Has sido fiel en algunas cosas. Yo te pondré al frente de muchas cosas. Entra en la alegría de tu señor'.

24 “También el que había recibido el único talento se acercó y dijo: “Señor, te conozco que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste.

25 Tuve miedo, me fui y escondí tu talento en la tierra. He aquí que tienes lo que es tuyo’.

26 “Pero su señor le respondió: ‘Siervo malo y perezoso. Sabías que cosecho donde no sembré, y recojo donde no esparcí.

27 Por lo tanto, deberías haber depositado mi dinero en los banqueros, y a mi llegada debería haber recibido lo mío con intereses.

28 Quitadle, pues, el talento y dádselo al que tiene los diez talentos.

29 Porque a todo el que tiene se le dará y tendrá en abundancia, pero al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene.

30 Echad al siervo inútil a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes”.

31 “Pero cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria.

32 Ante él se reunirán todas las naciones, y las separará unas de otras, como el pastor separa las ovejas de los cabritos.

33 Pondrá las ovejas a su derecha, pero los cabritos a la izquierda.

34 Entonces el Rey dirá a los de su derecha: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo;

35 porque tuve hambre y me disteis de comer. Tuve sed y me disteis de beber. Fui forastero y me acogisteis.

36 Estuve desnudo y me vestisteis. Estuve enfermo y me visitasteis. Estuve en la cárcel y vinisteis a verme».

37 “Entonces los justos le responderán diciendo: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber?

38 ¿Cuándo te vimos como forastero y te acogimos, o desnudo y te vestimos?

39 ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y acudimos a ti?

40 "El Rey les responderá: 'Os aseguro que por cuanto lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis'.

41 Entonces dirá también a los de la izquierda: 'Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles;

42 porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber;

43 fui forastero, y no me acogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis.'

44 "Entonces también responderán diciendo: 'Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te ayudamos?

45 "Entonces les responderá diciendo: «Os aseguro que por cuanto no lo hicisteis con uno de estos más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo.

46 Estos irán al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna.»

Capítulo 26

1 Cuando Jesús terminó todas estas palabras, dijo a sus discípulos:

2 «Sabéis que dentro de dos días viene la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado.»

3 Entonces los jefes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote, que se llamaba Caifás.

4 Se pusieron de acuerdo para prender a Jesús con engaño y matarlo.

5 Pero dijeron: «No durante la fiesta, para que no se produzca un motín en el pueblo».

6 Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso,

7 se le acercó una mujer con una redoma de alabastro de ungüento muy caro, y se lo derramó sobre la cabeza mientras estaba sentado a la mesa.

8 Al ver esto, sus discípulos se indignaron diciendo: «¿Por qué este derroche?

9 Porque este ungüento podría haberse vendido por mucho y haberse dado a los pobres».

10 Sin embargo, sabiendo esto, Jesús les dijo: «¿Por qué molestáis a la mujer? Ella ha hecho una buena obra para mí.

11 Porque siempre tenéis a los pobres con vosotros, pero a mí no me tenéis siempre.

12 Porque al derramar este ungüento sobre mi cuerpo, lo hizo para prepararme para la sepultura.

13 Os aseguro que dondequiera que se predique esta Buena Noticia en todo el mundo, también se hablará de lo que ha hecho esta mujer como un recuerdo de ella.»

14 Entonces uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los jefes de los sacerdotes

15 y les dijo: «¿Cuánto estáis dispuestos a darme si os lo entrego?» Y le pesaron treinta monedas de plata.

16 Desde entonces buscó la oportunidad para traicionarlo.

17 El primer día de los panes sin levadura, los discípulos se acercaron a Jesús y le dijeron: «¿Dónde quieres que te preparemos para comer la Pascua?»

18 Dijo: "Id a la ciudad a cierta persona y decidle: "El Maestro dice: «Se acerca mi hora. Celebraré la Pascua en tu casa con mis discípulos»".

19 Los discípulos hicieron lo que Jesús les mandó y prepararon la Pascua.

20 Cuando llegó la noche, estaba sentado a la mesa con los doce discípulos.

21 Mientras comían, dijo: «Os aseguro que uno de vosotros me va a traicionar».

22 Estaban muy apenados y cada uno comenzó a preguntarle: «No soy yo, ¿verdad, Señor?».

23 Él respondió: «El que mojó su mano conmigo en el plato me entregará.

24 El Hijo del Hombre va como está escrito de él, pero ¡ay de aquel hombre por el que el Hijo del Hombre es entregado! Más le valdría a ese hombre no haber nacido».

25 Judas, el que lo traicionó, respondió: «No soy yo, ¿verdad, Rabí?» Le dijo: «Tú lo has dicho».

26 Mientras comían, Jesús tomó el pan, dio gracias por él y lo partió. Se lo dio a los discípulos y les dijo: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo».

27 Tomó la copa, dio gracias y se la dio a ellos, diciendo: «Bebed todos de ella,

28 porque ésta es mi sangre de la nueva alianza, que se derrama por muchos para la remisión de los pecados.

29 Pero os digo que desde ahora no beberé de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba de nuevo con vosotros en el Reino de mi Padre.»

30 Cuando cantaron un himno, salieron al Monte de los Olivos.

31 Entonces Jesús les dijo: "Esta noche todos vosotros tropezaréis por mi causa, porque está escrito: «Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño se dispersarán.

32 Pero cuando haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea».

33 Pero Pedro le contestó: «Aunque todos tropiecen por tu culpa, yo no tropezaré jamás».

34 Jesús le dijo: «Te aseguro que esta noche, antes de que cante el gallo, me negarás tres veces».

35 Pedro le dijo: «Aunque tenga que morir contigo, no te negaré». Todos los discípulos también dijeron lo mismo.

36 Entonces Jesús vino con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y dijo a sus discípulos: «Sentaos aquí, mientras voy allí a orar.»

37 Tomó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a entristecerse y a angustiarse gravemente.

38 Entonces les dijo: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo».

39 Se adelantó un poco, se postró sobre su rostro y oró diciendo: «Padre mío, si es posible, haz que pase de mí esta copa; pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.»

40 Vino a los discípulos y los encontró durmiendo, y dijo a Pedro: «¿Qué, no habéis podido velar conmigo una hora?

41 Velad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu, en efecto, está dispuesto, pero la carne es débil».

42 Otra vez se fue y oró diciendo: «Padre mío, si esta copa no puede pasar de mí sin que yo la beba, hágase tu voluntad».

43 Volvió y los encontró durmiendo, pues los ojos de ellos estaban cargados.

44 Los dejó de nuevo, se fue y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras.

45 Entonces se acercó a sus discípulos y les dijo: «¿Todavía estáis durmiendo y descansando? He aquí que se acerca la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores.

46 Levantaos, vamos. He aquí que se acerca el que me traiciona».

47 Mientras aún hablaba, he aquí que vino Judas, uno de los doce, y con él una gran multitud con espadas y palos, de parte de los sumos sacerdotes y de los ancianos del pueblo.

48 El que le entregaba les había dado una señal, diciendo: «Al que yo bese, ése es. Apresadle».

49 Inmediatamente se acercó a Jesús y le dijo: «¡Saludos, Rabí!», y le besó.

50 Jesús le dijo: «Amigo, ¿a qué vienes?» Entonces se acercaron, echaron mano a Jesús, y le prendieron.

51 Y he aquí que uno de los que estaban con Jesús extendió la mano y sacó la espada, e hirió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja.

52 Entonces Jesús le dijo: «Vuelve a poner tu espada en su sitio, porque todos los que toman la espada, a espada perecerán.

53 ¿O acaso crees que no puedo orar ahora a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?

54 ¿Cómo, pues, se cumplirían las Escrituras, de que así debe suceder?»

55 En aquella hora, Jesús dijo a las multitudes: «¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos para prenderme? Cada día me sentaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis.

56 Pero todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas.» Entonces todos los discípulos le dejaron y huyeron.

57 Los que habían prendido a Jesús lo llevaron al sumo sacerdote Caifás, donde estaban reunidos los escribas y los ancianos.

58 Pero Pedro le siguió de lejos hasta el patio del sumo sacerdote, y entró y se sentó con los alguaciles para ver el final.

59 Los jefes de los sacerdotes, los ancianos y todo el consejo buscaban falso testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte,

60 y no lo hallaron. Aunque se presentaron muchos testigos falsos, no encontraron ninguno. Pero al fin se presentaron dos testigos falsos

61 y dijeron: "Este hombre dijo: 'Puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días'."

62 El sumo sacerdote se levantó y le dijo: «¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti?»

63 Pero Jesús guardó silencio. El sumo sacerdote le respondió: «Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.»

64 Jesús le dijo: «Tú lo has dicho. Sin embargo, os digo que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo.»

65 Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: «¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora mismo habéis oído su blasfemia.

66 ¿Qué os parece?» Ellos respondieron: «¡Es reo de muerte!»

67 Entonces le escupieron en el rostro, y le dieron de puñetazos, y otros le abofeteaban,

68 diciendo: «¡Profetízanos, Cristo, quién es el que te golpeó!»

69 Pedro estaba sentado fuera en el patio; y se le acercó una criada, diciendo: «¡Tú también estabas con Jesús el galileo!»

70 Pero él negó delante de todos, diciendo: «No sé lo que dices».

71 Saliendo él a la puerta, le vio otra, y dijo a los que estaban allí: «También éste estaba con Jesús el nazareno».

72 Pero él negó otra vez con juramento: «No conozco al hombre».

73 Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro: «Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre».

74 Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: «¡No conozco al hombre!». Y en seguida cantó el gallo.

75 Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: «Antes que cante el gallo, me negarás tres veces». Y saliendo fuera, lloró amargamente.

Capítulo 27

1 Al amanecer, todos los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tomaron consejo contra Jesús para entregarle a muerte.

2 Lo ataron, lo llevaron y lo entregaron a Poncio Pilato, el gobernador.

3 Entonces Judas, el que lo traicionó, viendo que era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos,

4 diciendo: «He pecado entregando sangre inocente.» Pero ellos dijeron: «¿Qué nos importa a nosotros? Ocupaos vosotros de ello».

5 Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió, y fue y se ahorcó.

6 Los jefes de los sacerdotes, tomando las piezas de plata, dijeron: «No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre.»

7 Y después de consultar, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros.

8 Por lo cual aquel campo se llama «Campo de sangre», hasta el día de hoy.

9 Así se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo:
«Y tomaron las treinta piezas de plata,
precio del apreciado,
según precio puesto por los hijos de Israel;

10 y las dieron para el campo del alfarero,
como me ordenó el Señor».

11 Jesús, pues, estaba en pie delante del gobernador; y éste le preguntó, diciendo: «¿Eres tú el Rey de los judíos?» Y Jesús le dijo: «Tú lo dices».

12 Y siendo acusado por los principales sacerdotes y por los ancianos, nada respondió.

13 Pilato entonces le dijo: «¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti?».

14 Pero Jesús no le respondió ni una palabra; de tal manera que el gobernador se maravillaba mucho.

15 Ahora bien, en el día de la fiesta acostumbraba el gobernador soltar al pueblo un preso, el que quisiesen.

16 Y tenían entonces un preso famoso llamado Barrabás.

17 Reunidos, pues, ellos, les dijo Pilato: «¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo?»

18 Porque sabía que por envidia le habían entregado.

19 Y estando él sentado en el tribunal, su mujer le mandó decir: «No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él».

20 Pero los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud que pidiese a Barrabás, y que Jesús fuese muerto.

21 Y respondiendo el gobernador, les dijo: «¿A cuál de los dos queréis que os suelte?» Y ellos dijeron: «¡A Barrabás!»

22 Pilato les dijo: «¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?» Todos le dijeron: «¡Sea crucificado!»

23 Y el gobernador les dijo: «Pues ¿qué mal ha hecho?» Pero ellos gritaban aún más, diciendo: «¡Sea crucificado!».

24 Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: «Inocente soy yo de la sangre de este justo. Ocupaos vosotros de ello».

25 Y respondiendo todo el pueblo, dijo: «¡Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!»

26 Entonces les soltó a Barrabás; y habiendo azotado a Jesús, le entregó para ser crucificado.

27 Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio, y reunieron alrededor de él a toda la compañía;

28 y desnudándole, le echaron encima un manto escarlata,

29 y pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; e hincando la rodilla delante de él, le escarnecían, diciendo: «¡Salve, Rey de los judíos!»

30 Y escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban en la cabeza.

31 Después de haberle escarnecido, le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos, y le llevaron para crucificarle.

32 Cuando salían, hallaron a un hombre de Cirene que se llamaba Simón; a éste obligaron a que llevase la cruz.

33 Y cuando llegaron a un lugar llamado Gólgota, que significa: «Lugar de la Calavera»,

34 le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero después de haberlo probado, no quiso beberlo.

35 Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes,

36 y sentados le guardaban allí.

37 Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita: «ÉSTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS».

38 Entonces crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha, y otro a la izquierda.

39 Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza,

40 y diciendo: «Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz».

41 De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían:

42 «A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él.

43 Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios».

44 Lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con él.

45 Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena.

46 Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: «Elí, Elí, ¿lama sabactani?» Esto es: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»

47 Algunos de los que estaban allí decían, al oírlo: «A Elías llama éste».

48 Y al instante, corriendo uno de ellos, tomó una esponja, y la empapó de vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber.

49 Pero los otros decían: «Deja, veamos si viene Elías a librarle».

50 Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu.

51 Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron;

52 y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron;

53 y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos.

54 El centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas, temieron en gran manera, y dijeron: «¡Verdaderamente éste era Hijo de Dios!»

55 Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole,

56 entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

57 Cuando llegó la noche, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús.

58 Este fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le diese el cuerpo.

59 Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia,

60 y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue.

61 Y estaban allí María Magdalena, y la otra María, sentadas delante del sepulcro.

62 Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato,

63 diciendo: "Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: 'Después de tres días resucitaré'.

64 Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: 'Resucitó de entre los muertos'. Y será el postrer error peor que el primero."

65 Y Pilato les dijo: «Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis».

66 Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia.

Capítulo 28

1 Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María, a ver el sepulcro.

2 Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella.

3 Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve.

4 Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos.

5 Mas el ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: «No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado.

6 No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor.

7 E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí, os lo he dicho».

8 Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos.

9 Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, he aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: «¡Alegraos!» Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron.

10 Entonces Jesús les dijo: «No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán».

11 Mientras ellas iban, he aquí unos de la guardia fueron a la ciudad, y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido.

12 Y reunidos con los ancianos, y habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados,

13 diciendo: «Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos.

14 Y si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos, y os pondremos a salvo.»

15 Y ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había instruido. Este dicho se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy.

16 Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado.

17 Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaban.

18 Y Jesús se acercó y les habló diciendo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.

19 Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;

20 enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

MARCOS

Capítulo 1

1 El comienzo de la Buena Nueva de Jesucristo, el Hijo de Dios.

2 Como está escrito en los profetas: “He aquí que envío a mi mensajero ante tu faz, que te preparará el camino delante de ti:

3 la voz de uno que clama en el desierto: ¡Preparad el camino del Señor! Enderezad sus caminos”.

4 Juan vino bautizando en el desierto y predicando el bautismo del arrepentimiento para el perdón de los pecados.

5 Toda la región de Judea y todos los de Jerusalén salieron a su encuentro. Fueron bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados.

6 Juan estaba vestido con pelo de camello y un cinturón de cuero alrededor de la cintura. Comía langostas y miel silvestre.

7 Predicaba diciendo: “Después de mí viene el que es más poderoso que yo, la correa de cuyas sandalias no soy digno de agacharme y desatar.

8 Yo os he bautizado en agua, pero él os bautizará en el Espíritu Santo”.

9 En aquellos días, Jesús vino de Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán.

10 Al salir del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu descendía sobre él como una paloma.

11 Una voz salió del cielo: «Tú eres mi Hijo amado, en quien me complazco».

12 Inmediatamente, el Espíritu lo condujo al desierto.

13 Estuvo allí en el desierto cuarenta días, tentado por Satanás. Estaba con los animales salvajes, y los ángeles le servían.

14 Después de que Juan fue detenido, Jesús vino a Galilea predicando la Buena Nueva del Reino de Dios,

15 y diciendo: «¡El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca! Arrepentíos y creed en la Buena Nueva».

16 Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, hermano de Simón, echando la red en el mar, pues eran pescadores.

17 Jesús les dijo: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres».

18 Inmediatamente dejaron las redes y le siguieron.

19 Al alejarse un poco de allí, vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que también estaban en la barca remendando las redes.

20 Inmediatamente los llamó, y ellos dejaron a su padre, Zebedeo, en la barca con los jornaleros, y fueron tras él.

21 Fueron a Cafarnaún, y en seguida, el día de reposo, entró en la sinagoga y enseñó.

22 Se asombraban de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

23 En seguida se presentó en la sinagoga de ellos un hombre con un espíritu impuro, que gritaba,

24 diciendo: «¡Ah! ¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús, el nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé quién eres: el Santo de Dios».

25 Jesús le reprendió diciendo: «¡Cállate y sal de él!»

26 El espíritu inmundo, que lo convulsionaba y gritaba con fuerza, salió de él.

27 Todos estaban asombrados, y se preguntaban entre sí, diciendo: «¿Qué es esto? ¿Una nueva enseñanza? Porque con autoridad manda hasta a los espíritus inmundos, y le obedecen».

28 Inmediatamente se difundió su fama por toda la región de Galilea y sus alrededores.

29 En seguida, cuando salieron de la sinagoga, entraron en casa de Simón y Andrés, con Santiago y Juan.

30 La suegra de Simón estaba enferma de fiebre, y enseguida le hablaron de ella.

31 Él se acercó, la tomó de la mano y la levantó. La fiebre se le quitó enseguida, y les sirvió.

32 Al atardecer, cuando se puso el sol, le llevaron a todos los enfermos y endemoniados.

33 Toda la ciudad estaba reunida a la puerta.

34 Él curó a muchos enfermos de diversas enfermedades y expulsó a muchos demonios. No dejaba hablar a los demonios, porque le conocían.

35 De madrugada, cuando aún estaba oscuro, se levantó y salió, y se fue a un lugar desierto, y allí oró.

36 Simón y los que estaban con él lo buscaron.

37 Lo encontraron y le dijeron: «Todos te buscan».

38 Les dijo: «Vayamos a otra parte, a las ciudades vecinas, para que predique también allí, porque he salido por este motivo.»

39 Y entró en las sinagogas de ellos por toda Galilea, predicando y expulsando los demonios.

40 Un leproso se acercó a él rogándole, arrodillándose ante él y diciéndole: «Si quieres, puedes limpiarme».

41 Conmovido por la compasión, extendió la mano, lo tocó y le dijo: «Quiero. Queda limpio».

42 Al decir esto, inmediatamente la lepra se apartó de él y quedó limpio.

43 Lo amonestó estrictamente e inmediatamente lo envió fuera,

44 y le dijo: «Mira que no digas nada a nadie, sino ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu limpieza lo que Moisés mandó, para que les sirva de testimonio.»

45 Pero él salió, y comenzó a proclamarlo mucho, y a difundir el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en una ciudad, sino que estaba fuera, en lugares desiertos. La gente acudía a él de todas partes.

Capítulo 2

1 Cuando volvió a entrar en Cafarnaún después de algunos días, se oyó que estaba en casa.

2 Inmediatamente se reunieron muchos, de modo que ya no cabían ni siquiera alrededor de la puerta; y él les habló.

3 Se acercaron cuatro personas llevando a un paralítico.

4 Como no podían acercarse a él por la multitud, quitaron el techo donde estaba. Después de romperlo, bajaron la camilla en la que estaba acostado el paralítico.

5 Jesús, al ver su fe, dijo al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados».

6 Pero había algunos de los escribas que estaban sentados y razonaban en sus corazones:

7 «¿Por qué este hombre dice blasfemias así? ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?»

8 En seguida Jesús, percibiendo en su espíritu que así razonaban en su interior, les dijo: "¿Por qué razonáis así en vuestros corazones?

9 ¿Qué es más fácil, decir al paralítico 'Tus pecados quedan perdonados', o decirle: 'Levántate, toma tu camilla y anda'?

10 Pero para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar los pecados" — dijo al paralítico —

11 «A ti te digo: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.»

12 Se levantó, y en seguida tomó la camilla y salió delante de todos, de modo que todos se asombraron y glorificaron a Dios, diciendo: «¡Nunca vimos nada semejante!»

13 Volvió a salir a la orilla del mar. Toda la multitud se acercaba a él, y él les
enseñaba.

14 Al pasar, vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado en la oficina de impuestos. Le dijo:
«Sígueme». Y él se levantó y le siguió.

15 Estaba sentado a la mesa en su casa, y muchos recaudadores de impuestos y
pecadores se sentaron con Jesús y sus discípulos, pues eran muchos, y le seguían.

16 Los escribas y los fariseos, al ver que comía con los pecadores y los recaudado-
res de impuestos, dijeron a sus discípulos: «¿Por qué come y bebe con los recau-
dadores de impuestos y los pecadores?»

17 Al oírlo, Jesús les dijo: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los en-
fermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores al
arrepentimiento».

18 Los discípulos de Juan y los fariseos estaban ayunando, y se acercaron a pre-
guntarle: «¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, pero vues-
tros discípulos no ayunan?»

19 Jesús les dijo: «¿Pueden los acompañantes del novio ayunar mientras el novio
está con ellos? Mientras tengan al novio con ellos, no pueden ayunar.

20 Pero vendrán días en que el novio les será quitado, y entonces ayunarán en ese
día.

21 Nadie cose un trozo de tela sin remendar en una prenda vieja, porque si no el
remiendo se encoge y lo nuevo se desprende de lo viejo, y se hace un agujero peor.

22 Nadie pone vino nuevo en odres viejos; de lo contrario, el vino nuevo revienta
los odres, y el vino se derrama, y los odres se destruyen; sino echad vino nuevo en
odres nuevos.»

23 Iba el sábado por los campos de trigo, y sus discípulos empezaron, mientras
iban, a arrancar espigas.

24 Los fariseos le dijeron: «He aquí, ¿por qué hacen lo que no es lícito en el día de reposo?»

25 Les dijo: «¿Nunca leísteis lo que hizo David cuando tuvo necesidad y hambre, él y los que estaban con él?

26 ¿Cómo entró en la casa de Dios en el tiempo del sumo sacerdote Abiatar, y comió el pan de la proposición, que no es lícito comer sino a los sacerdotes, y dio también a los que estaban con él?»

27 Les dijo: «El sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado.

28 Por lo tanto, el Hijo del Hombre es señor incluso del sábado».

Capítulo 3

1 Volvió a entrar en la sinagoga, y allí había un hombre que tenía la mano seca.

2 Le vigilaban para ver si le curaba en día de sábado, a fin de acusarle.

3 Dijo al hombre que tenía la mano seca: «Levántate».

4 Les dijo: «¿Es lícito en día de sábado hacer el bien o el mal? ¿Salvar una vida o matar?» Pero ellos guardaron silencio.

5 Cuando los miró con ira, apenado por el endurecimiento de sus corazones, dijo al hombre: «Extiende tu mano». La extendió, y su mano quedó tan sana como la otra.

6 Los fariseos salieron y enseguida conspiraron con los herodianos contra él para destruirlo.

7 Jesús se retiró al mar con sus discípulos; y le siguió una gran multitud de Galilea, de Judea,

8 de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, y los de los alrededores de Tiro y Sidón. Una gran multitud, al oír las grandes cosas que hacía, se acercó a él.

9 Él dijo a sus discípulos que, a causa de la muchedumbre, le tuvieran preparada una pequeña barca, para que no le presionaran.

10 Porque había curado a muchos, de modo que todos los que tenían enfermedades le apretaban para tocarle.

11 Los espíritus inmundos, al verlo, se postraron ante él y gritaron: «¡Tú eres el Hijo de Dios!»

12 Él les advertía con severidad que no debían darlo a conocer.

13 Subió al monte y llamó a los que quería, y ellos fueron a él.

14 Nombró a doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar

15 y a tener autoridad para sanar enfermedades y expulsar demonios:

16 Simón (al que dio el nombre de Pedro);

17 Santiago, hijo de Zebedeo; y Juan, hermano de Santiago, (al que llamó Boanerges, que significa, Hijos del Trueno);

18 Andrés; Felipe; Bartolomé; Mateo; Tomás; Santiago, hijo de Alfeo; Tadeo; Simón el Zelote;

19 y Judas Iscariote, que también lo traicionó. Entonces entró en una casa.

20 La multitud se reunió de nuevo, de modo que no podían ni comer pan.

21 Cuando lo oyeron los suyos, salieron a prenderlo, porque decían: «Está loco».

22 Los escribas que bajaron de Jerusalén decían: «Tiene a Beelzebul», y «Por el príncipe de los demonios expulsa a los demonios».

23 Los convocó y les dijo en parábolas: “¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás?

24 Si un reino está dividido contra sí mismo, ese reino no puede permanecer.

25 Si una casa está dividida contra sí misma, esa casa no puede permanecer.

26 Si Satanás se ha levantado contra sí mismo y está dividido, no puede mantenerse en pie, sino que tiene un fin.

27 Pero nadie puede entrar en la casa del hombre fuerte para saquear, si antes no ata al hombre fuerte; entonces saqueará su casa.

28 «Ciertamente os digo que todos los pecados de los descendientes del hombre serán perdonados, incluso las blasfemias con las que puedan blasfemar;

29 pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo nunca tiene perdón, sino que está sujeto a la condenación eterna.»

30 — porque dijeron: «Tiene un espíritu impuro».

31 Llegaron su madre y sus hermanos y, estando fuera, le mandaron llamar.

32 Una multitud estaba sentada a su alrededor, y le dijeron: "Mira, tu madre, tus hermanos y tus hermanas están afuera buscándote".

33 Él les respondió: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?»

34 Mirando a los que estaban sentados a su alrededor, dijo: «¡Mirad, mi madre y mis hermanos!

35 Porque todo el que hace la voluntad de Dios es mi hermano, mi hermana y mi madre».

Capítulo 4

1 De nuevo se puso a enseñar a la orilla del mar. Se reunió con él una gran multitud, de modo que entró en una barca en el mar y se sentó. Toda la multitud estaba en tierra firme junto al mar.

2 Les enseñaba muchas cosas en parábolas, y les decía en su enseñanza:

3 "¡Escuchad! He aquí que el agricultor salió a sembrar.

4 Mientras sembraba, una parte de la semilla cayó en el camino, y vinieron los pájaros y la devoraron.

5 Otras cayeron en el suelo rocoso, donde tenía poca tierra, y enseguida brotaron, porque no tenían profundidad de tierra.

6 Cuando salió el sol, se quemó; y como no tenía raíz, se secó.

7 Otra cayó entre los espinos, y los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto.

8 Otras cayeron en buena tierra y dieron fruto, creciendo y aumentando. Algunos produjeron treinta veces, otros sesenta veces y otros cien veces más".

9 Dijo: «El que tenga oídos para oír, que oiga».

10 Cuando se quedó solo, los que estaban a su alrededor con los doce le preguntaron por las parábolas.

11 Él les dijo: "A vosotros se os ha dado el misterio del Reino de Dios, pero a los que están fuera, todas las cosas se hacen en parábolas,

12 para que 'viendo vean y no perciban, y oyendo, no entiendan, no sea que se vuelvan y se les perdonen los pecados.'"

13 Les dijo: «¿No entendéis esta parábola? ¿Cómo vais a entender todas las parábolas?

14 El agricultor siembra la palabra.

15 Los que están junto al camino son aquellos en los que se siembra la palabra; y cuando han oído, enseguida viene Satanás y les quita la palabra que se ha sembrado en ellos.

16 Estos, de la misma manera, son los que están sembrados en los pedregales, los cuales, cuando han oído la palabra, inmediatamente la reciben con alegría.

17 No tienen raíz en sí mismos, sino que duran poco. Cuando surge la opresión o la persecución a causa de la palabra, enseguida tropezáis.

18 Otros son los que están sembrados entre las espinas. Estos son los que han oído la palabra,

19 y los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y los deseos de otras cosas que entran, ahogan la palabra, y se hace infructuosa.

20 Los que fueron sembrados en buena tierra son los que oyen la palabra, la aceptan y dan fruto, unos treinta veces, otros sesenta y otros cien.»

21 Les dijo: «¿Acaso se trae una lámpara para ponerla debajo de un cesto o de una cama? ¿No se pone sobre un candelero?

22 Porque no hay nada oculto si no es para que se conozca, ni se ha hecho nada secreto si no es para que salga a la luz.

23 El que tenga oídos para oír, que oiga».

24 Les dijo: «Prestad atención a lo que oís. Con cualquier medida que midáis, se os medirá; y se os dará más a los que oís.

25 Porque al que tiene, se le dará más; y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene.»

26 Dijo: «El Reino de Dios es como si un hombre echara la semilla en la tierra,

27 y durmiera y se levantara de noche y de día, y la semilla brotara y creciera, aunque no supiera cómo.

28 Porque la tierra da fruto por sí misma: primero la hoja, luego la espiga, después el grano completo en la espiga.

29 Pero cuando el fruto está maduro, enseguida se mete la hoz, porque ha llegado la cosecha.»

30 Dijo: «¿Cómo compararemos el Reino de Dios? ¿O con qué parábola lo ilustraremos?

31 Es como un grano de mostaza, que, cuando se siembra en la tierra, aunque es menor que todas las semillas que hay en la tierra,

32 sin embargo, cuando se siembra, crece y se hace más grande que todas las hierbas, y echa grandes ramas, de modo que las aves del cielo pueden alojarse bajo su sombra.»

33 Con muchas parábolas de este tipo les hablaba la palabra, según podían oírla.

34 Sin parábola no les hablaba, sino que en privado a sus propios discípulos les explicaba todo.

35 Aquel día, al atardecer, les dijo: «Pasemos a la otra orilla».

36 Dejando a la multitud, lo llevaron con ellos, tal como estaba, en la barca. También iban con él otras barcas pequeñas.

37 Se levantó una gran tormenta de viento, y las olas golpeaban la barca, de modo que la barca ya se estaba llenando.

38 Él mismo estaba en la popa, dormido sobre el cojín; y le despertaron y le preguntaron: «Maestro, ¿no te importa que nos estemos muriendo?»

39 Se despertó y reprendió al viento, y dijo al mar: «¡Paz! ¡Quédate quieto!» El viento cesó y se produjo una gran calma.

40 Les dijo: «¿Por qué tenéis tanto miedo? ¿Cómo es que no tenéis fe?»

41 Se asustaron mucho y se dijeron unos a otros: «¿Quién es, pues, éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?»

Capítulo 5

1 Llegaron al otro lado del mar, a la región de los gadarenos.

2 Cuando bajó de la barca, enseguida le salió al encuentro un hombre con un espíritu impuro que salía de los sepulcros.

3 Vivía en los sepulcros. Ya nadie podía atarlo, ni siquiera con cadenas,

4 porque muchas veces había sido atado con grilletes y cadenas, y las cadenas habían sido destrozadas por él, y los grilletes hechos pedazos. Nadie tenía la fuerza para domarlo.

5 Siempre, de noche y de día, en los sepulcros y en los montes, gritaba y se cortaba con piedras.

6 Cuando vio a Jesús de lejos, corrió y se postró ante él,

7 y gritando a gran voz, dijo: «¿Qué tengo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios, no me atormentes».

8 Pues le dijo: «¡Sal del hombre, espíritu inmundo!»

9 Le preguntó: «¿Cómo te llamas?» Le dijo: «Me llamo Legión, porque somos muchos».

10 Le rogó mucho que no los echara de la región.

11 En la ladera del monte había una gran piara de cerdos alimentándose.

12 Todos los demonios le rogaron, diciendo: «Envíanos a los cerdos, para que entremos en ellos».

13 En seguida Jesús les dio permiso. Los espíritus inmundos salieron y entraron en los cerdos. La piara, de unos dos mil ejemplares, se precipitó al mar por la empinada orilla, y se ahogaron en el mar.

14 Los que alimentaban a los cerdos huyeron y lo contaron en la ciudad y en el campo. La gente vino a ver qué era lo que había sucedido.

15 Se acercaron a Jesús y vieron al endemoniado sentado, vestido y en su sano juicio, al que tenía la legión, y se asustaron.

16 Los que lo vieron les contaron lo que le había sucedido al endemoniado y lo de los cerdos.

17 Comenzaron a rogarle que se fuera de su región.

18 Cuando entraba en la barca, el que había sido poseído por los demonios le rogó que lo dejara ir con él.

19 No se lo permitió, sino que le dijo: «Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales las grandes cosas que el Señor ha hecho por ti y cómo ha tenido misericordia de ti.»

20 Se puso en camino y comenzó a proclamar en Decápolis cómo Jesús había hecho grandes cosas por él, y todos se maravillaban.

21 Cuando Jesús volvió a pasar en la barca a la otra orilla, se reunió con él una gran multitud; y estaba junto al mar.

22 He aquí que vino uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y viéndole, se echó a sus pies

23 y le rogó mucho, diciendo: «Mi hijita está a punto de morir. Te ruego que vengas y pongas tus manos sobre ella, para que quede sana y viva».

24 Se fue con él, y le seguía una gran multitud que le apretaba por todas partes.

25 Una mujer que tenía flujo de sangre desde hacía doce años,

26 y que había padecido muchas cosas por parte de muchos médicos, y que había gastado todo lo que tenía, y no mejoraba, sino que empeoraba,

27 habiendo oído las cosas que se referían a Jesús, se acercó por detrás de él entre la multitud y tocó sus vestidos.

28 Porque decía: «Con sólo tocar sus vestidos, quedaré sana».

29 Al instante se le secó el flujo de sangre, y sintió en su cuerpo que estaba curada de su aflicción.

30 En seguida, Jesús, percibiendo en sí mismo que el poder había salido de él, se volvió entre la multitud y preguntó: «¿Quién ha tocado mis vestidos?»

31 Sus discípulos le dijeron: "Ves que la multitud te aprieta, y dices: '¿Quién me ha tocado?'"

32 Él miró a su alrededor para ver quién había hecho esto.

33 Pero la mujer, temerosa y temblorosa, sabiendo lo que le habían hecho, vino y se postró ante él y le contó toda la verdad.

34 Él le dijo: «Hija, tu fe te ha curado. Ve en paz y queda sana de tu enfermedad».

35 Mientras aún hablaba, vino gente de la casa del jefe de la sinagoga, diciendo: «Tu hija ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro?»

36 Pero Jesús, al oír el mensaje pronunciado, dijo inmediatamente al jefe de la sinagoga: «No temas, sólo cree».

37 No permitió que nadie le siguiera, sino Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago.

38 Llegó a la casa del jefe de la sinagoga, y vio un alboroto, llantos y grandes lamentos.

39 Cuando entró, les dijo: «¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino que duerme».

40 Se burlaron de él. Pero él, después de echarlos a todos, tomó al padre de la niña, a su madre y a los que estaban con él, y entró donde estaba la niña.

41 Tomando a la niña de la mano, le dijo: «¡Talitha cumi!», que significa, interpretándose, «Muchacha, te digo, levántate».

42 Inmediatamente la niña se levantó y caminó, pues tenía doce años. Quedaron asombrados con gran asombro.

43 Les ordenó estrictamente que nadie lo supiera, y mandó que le dieran algo de comer.

Capítulo 6

1 Salió de allí. Vino a su tierra, y sus discípulos le siguieron.

2 Cuando llegó el sábado, se puso a enseñar en la sinagoga, y muchos que le oían se asombraban, diciendo: «¿De dónde ha sacado éste estas cosas?» y «¿Qué sabiduría se le ha dado a éste, para que por sus manos se realicen obras tan grandes?

3 ¿No es éste el carpintero, hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón? ¿No están sus hermanas aquí con nosotros?» Así que se ofendieron con él.

4 Jesús les dijo: «Un profeta no carece de honra, sino en su propia tierra, entre sus parientes y en su propia casa.»

5 No pudo hacer allí ninguna obra poderosa, salvo que impuso las manos sobre algunos enfermos y los sanó.

6 Se asombraba de la incredulidad de ellos. Recorría las aldeas enseñando.

7 Llamó a los doce, y comenzó a enviarlos de dos en dos; y les dio autoridad sobre los espíritus inmundos.

8 Les ordenó que no llevaran nada para el camino, sino sólo un bastón: ni pan, ni
alforja, ni dinero en la bolsa,

9 sino que llevaran sandalias y no se pusieran dos túnicas.

10 Les dijo: «Dondequiera que entréis en una casa, quedaos allí hasta que salgáis
de ese lugar.

11 Y si en algún lugar no os reciben ni os escuchan, al salir de allí, sacudid el polvo
de debajo de vuestros pies como testimonio contra ellos. Os aseguro que el día del
juicio será más tolerable para Sodoma y Gomorra que para esa ciudad».

12 Salieron y predicaron que la gente debía arrepentirse.

13 Expulsaron a muchos demonios y ungieron con aceite a muchos enfermos y
los sanaron.

14 El rey Herodes oyó esto, pues su nombre se había hecho conocido, y dijo:
«Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos, y por eso actúan en él estos
poderes.»

15 Pero otros decían: «Es Elías». Otros decían: «Es un profeta, o como uno de
los profetas».

16 Pero Herodes, al oír esto, dijo: «Este es Juan, a quien yo decapité. Ha resuci-
tado de entre los muertos».

17 Porque el mismo Herodes había enviado y arrestado a Juan y lo había ence-
rrado en la cárcel por causa de Herodías, la mujer de su hermano Felipe, pues se
había casado con ella.

18 Porque Juan había dicho a Herodes: «No te es lícito tener la mujer de tu
hermano.»

19 Herodías se puso en contra de él y deseaba matarlo, pero no pudo,

20 porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era un hombre justo y santo, y lo
mantenía a salvo. Cuando lo escuchaba, quedaba muy perplejo, y sin embargo, lo
escuchaba con gusto.

21 Llegó un día oportuno en que Herodes, en su cumpleaños, hizo una cena para
sus nobles, los altos funcionarios y los principales hombres de Galilea.

22 Cuando la hija de Herodías entró y bailó, agradó a Herodes y a los que estaban
sentados con él. El rey dijo a la joven: «Pídeme lo que quieras y te lo daré».

23 Le juró: «Todo lo que me pidas, te lo daré, hasta la mitad de mi reino».

24 Salió y le dijo a su madre: «¿Qué voy a pedir?». Ella dijo: «La cabeza de Juan el
Bautista».

25 Ella entró enseguida y con mucha prisa al rey y le pidió: «Quiero que me des
ahora mismo la cabeza de Juan el Bautista en una bandeja».

26 El rey se entristeció mucho, pero a causa de sus juramentos y de sus invitados a
cenar, no quiso rechazarla.

27 Inmediatamente el rey envió a un guardia y ordenó que trajera la cabeza de
Juan; éste fue y lo decapitó en la cárcel,

28 y trajo su cabeza en una bandeja y se la dio a la joven; y la joven se la dio a su
madre.

29 Cuando sus discípulos se enteraron de esto, vinieron, tomaron su cadáver y lo
pusieron en un sepulcro.

30 Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y
lo que habían enseñado.

31 Él les dijo: «Venid vosotros solos a un lugar desierto y descansad un poco».
Porque eran muchos los que iban y venían, y no tenían tiempo ni para comer.

32 Se fueron en la barca a un lugar desierto, solos.

33 Muchos los vieron ir, y lo reconocieron y corrieron allá a pie desde todas las
ciudades. Llegaron antes que ellos y se acercaron a él.

34 Salió Jesús, vio una gran multitud y se compadeció de ellos porque eran como
ovejas sin pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas.

35 Cuando se hizo tarde, sus discípulos se acercaron a él y le dijeron: «Este lugar está desierto, y ya es muy tarde.

36 Despídelos para que vayan al campo y a las aldeas de los alrededores y se compren pan, porque no tienen qué comer.»

37 Pero él les respondió: «Dadles vosotros de comer». Le preguntaron: «¿Vamos a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?».

38 Les dijo: «¿Cuántos panes tenéis? Id a ver». Cuando lo supieron, dijeron: «Cinco y dos peces».

39 Les ordenó que hicieran que todos se sentaran en grupos sobre la hierba verde.

40 Se sentaron en filas, de cien en cien y de cincuenta en cincuenta.

41 Tomó los cinco panes y los dos peces, y mirando al cielo, bendijo y partió los panes, y los dio a sus discípulos para que los pusieran delante de ellos, y repartió los dos peces entre todos.

42 Todos comieron y se saciaron.

43 Recogieron doce cestas llenas de los trozos y también de los peces.

44 Los que comieron los panes fueron cinco mil hombres.

45 Inmediatamente hizo que sus discípulos subieran a la barca y se adelantaran a la otra orilla, hacia Betsaida, mientras él mismo despedía a la multitud.

46 Después de despedirse de ellos, subió al monte a orar.

47 Cuando llegó la noche, la barca estaba en medio del mar, y él estaba solo en tierra.

48 Viendo que se afanaban en remar, pues el viento les era contrario, hacia la cuarta vigilia de la noche se acercó a ellos, caminando sobre el mar; e hizo como que iba a pasar de largo,

49 pero ellos, al verlo caminar sobre el mar, supusieron que era un fantasma, y gritaron;

50 pues todos lo vieron y se turbaron. Pero él habló enseguida con ellos y les dijo:
«¡Animaos! ¡Soy yo!» «No tengáis miedo».

51 Subió a la barca con ellos, y el viento cesó, y ellos se asombraron mucho en
gran manera y se maravillaron;

52 porque no habían entendido lo de los panes, sino que tenían el corazón
endurecido.

53 Cuando hubieron cruzado, llegaron a tierra en Genesaret y atracaron en la
orilla.

54 Cuando bajaron de la barca, la gente lo reconoció inmediatamente,

55 y corrió por toda aquella región, y comenzó a llevar a los enfermos sobre sus
esteras a donde oían que estaba.

56 Dondequiera que entraba — en las aldeas, o en las ciudades, o en el campo —,
ponían a los enfermos en las plazas y le rogaban que sólo les dejara tocar el fleco
de su manto; y todos los que lo tocaban quedaban sanos.

Capítulo 7

1 Entonces se reunieron con él los fariseos y algunos de los escribas, que habían
venido de Jerusalén.

2 Al ver que algunos de sus discípulos comían el pan con las manos impuras, es
decir, sin lavar, se quejaron.

3 (Porque los fariseos y todos los judíos no comen si no se lavan las manos y los
antebrazos, siguiendo la tradición de los ancianos.

4 No comen cuando vienen de la plaza si no se bañan, y hay otras muchas cosas
que han recibido para aferrarse a ellas: lavados de copas, cántaros, vasos de
bronce y camillas).

5 Los fariseos y los escribas le preguntaron: «¿Por qué vuestros discípulos no andan según la tradición de los ancianos, sino que comen el pan con las manos sin lavar?»

6 Les respondió: "Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito:
'Este pueblo me honra con sus labios,
pero su corazón está lejos de mí.

7 Me adoran en vano,
enseñando como doctrinas los mandamientos de los hombres.'"

8 «Porque dejáis de lado el mandamiento de Dios, y os aferráis a la tradición de los hombres: el lavado de los cántaros y de las copas, y hacéis otras muchas cosas semejantes.»

9 Él les dijo: "Bien rechazáis el mandamiento de Dios para mantener vuestra tradición.

10 Porque Moisés dijo: 'Honra a tu padre y a tu madre,' y 'El que hable mal del padre o de la madre, que muera'.

11 Pero vosotros decís: 'Si un hombre dice a su padre o a su madre: Cualquier beneficio que hayas recibido de mí es corbán' (es decir, una ofrenda entregada a Dios),

12 entonces ya no le permitís hacer nada por su padre o por su madre,

13 anulando la palabra de Dios por vuestra tradición que habéis transmitido. Vosotros hacéis muchas cosas así".

14 Llamó a toda la multitud y les dijo: «Oídme todos y entended.

15 Nada de lo que sale del hombre puede contaminarle; pero lo que sale del hombre es lo que le contamina.

16 Si alguien tiene oídos para oír, que oiga».

17 Cuando entró en una casa lejos de la multitud, sus discípulos le preguntaron por la parábola.

18 Él les dijo: «¿También vosotros estáis sin entendimiento? ¿No os dais cuenta de
que todo lo que entra en el hombre desde fuera no puede contaminarle,

19 porque no entra en su corazón, sino en su estómago, y luego en la letrina, con
lo que todos los alimentos quedan limpios?»

20 Él dijo: «Lo que sale del hombre, eso contamina al hombre.

21 Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos,
los adulterios, los pecados sexuales, los asesinatos, los robos,

22 las codicias, la maldad, el engaño, los deseos lujuriosos, el mal de ojo, la blasfe-
mia, la soberbia y la necedad.

23 Todas estas cosas malas salen de dentro y contaminan al hombre».

24 De allí se levantó y se fue a los límites de Tiro y Sidón. Entró en una casa y no
quiso que nadie lo supiera, pero no pudo pasar desapercibido.

25 Porque una mujer cuya hija pequeña tenía un espíritu impuro, al oír hablar de
él, vino y se postró a sus pies.

26 La mujer era griega, de raza sirofenicia. Le rogó que expulsara el demonio de su
hija.

27 Pero Jesús le dijo: «Dejad que se sacien primero los niños, porque no conviene
tomar el pan de los niños y echarlo a los perros.»

28 Pero ella le respondió: «Sí, Señor. Pero hasta los perros que están debajo de la
mesa se comen las migajas de los niños».

29 Le dijo: «Por este dicho, vete. El demonio ha salido de tu hija».

30 Se fue a su casa y encontró a la niña acostada en la cama, con el demonio fuera.

31 Volvió a salir de los límites de Tiro y Sidón, y llegó al mar de Galilea por el cen-
tro de la región de Decápolis.

32 Le trajeron a uno que era sordo y tenía un impedimento en el habla. Le rogaron
que le pusiera la mano encima.

33 Lo apartó de la multitud en privado y le metió los dedos en los oídos, y escupiendo le tocó la lengua.

34 Mirando al cielo, suspiró y le dijo: «¡Efatá!», es decir, «¡Ábrete!».

35 Al instante se le abrieron los oídos y se le soltó el impedimento de la lengua, y habló con claridad.

36 Les ordenó que no se lo dijeran a nadie, pero cuanto más les ordenaba, tanto más lo proclamaban.

37 Ellos se asombraron mucho, diciendo: «Todo lo ha hecho bien. Hace que hasta los sordos oigan y los mudos hablen».

Capítulo 8

1 En aquellos días, cuando había una multitud muy grande y no tenían nada que comer, Jesús llamó a sus discípulos y les dijo:

2 «Tengo compasión de la multitud, porque ya llevan tres días conmigo y no tienen nada que comer.

3 Si los despido en ayunas para que se vayan a su casa, se desmayarán en el camino, porque algunos de ellos han hecho un largo recorrido.»

4 Sus discípulos le respondieron: «¿De dónde se podría saciar a esta gente con pan aquí en un lugar desierto?»

5 Les preguntó: «¿Cuántos panes tenéis?». Dijeron: «Siete».

6 Mandó a la multitud que se sentara en el suelo, y tomó los siete panes. Después de dar gracias, los partió y los dio a sus discípulos para que los sirvieran, y ellos sirvieron a la multitud.

7 También tenían unos cuantos pececillos. Después de bendecirlos, dijo que los sirvieran también.

8 Comieron y se saciaron. Recogieron siete cestas con los trozos que habían sobrado.

9 Los que habían comido eran unos cuatro mil. Luego los despidió.

10 En seguida entró en la barca con sus discípulos y llegó a la región de Dalmanutha.

11 Los fariseos salieron y empezaron a interrogarle, pidiéndole una señal del cielo y poniéndole a prueba.

12 Él suspiró profundamente en su espíritu y dijo: "¿Por qué esta generación busca una señal? Os aseguro que a esta generación no se le dará ninguna señal".

13 Los dejó, y entrando de nuevo en la barca, se fue a la otra orilla.

14 Se olvidaron de tomar pan, y no llevaban más que un pan en la barca.

15 Les advirtió diciendo: «Tened cuidado: guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes.»

16 Razonaban entre sí, diciendo: «Es porque no tenemos pan».

17 Jesús, al darse cuenta, les dijo: «¿Por qué razonáis que es porque no tenéis pan? ¿Aún no lo percibís o no lo entendéis? ¿Aún está endurecido vuestro corazón?

18 Teniendo ojos, ¿no veis? Teniendo oídos, ¿no oís? ¿No os acordáis?

19 Cuando partí los cinco panes entre los cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de trozos recogisteis?» Le dijeron: «Doce».

20 «Cuando los siete panes alimentaron a los cuatro mil, ¿cuántas cestas llenas de trozos recogisteis?» Le dijeron: «Siete».

21 Les preguntó: «¿Aún no lo habéis entendido?».

22 Llegó a Betsaida. Le trajeron un ciego y le rogaron que lo tocara.

23 Tomó al ciego de la mano y lo sacó de la aldea. Cuando le escupió en los ojos y le puso las manos encima, le preguntó si veía algo.

24 Levantó la vista y dijo: «Veo hombres, pero los veo como árboles que caminan».

25 Entonces volvió a poner las manos sobre sus ojos. Él miró atentamente, y quedó restablecido, y vio a todos con claridad.

26 Lo despidió a su casa, diciéndole: «No entres en el pueblo, ni se lo digas a nadie en el pueblo».

27 Jesús salió, con sus discípulos, a las aldeas de Cesarea de Filipo. En el camino preguntó a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?»

28 Le dijeron: «Juan el Bautista, y otros dicen que Elías, pero otros, uno de los profetas».

29 Les dijo: «¿Pero quién decís que soy yo?». Pedro respondió: «Tú eres el Cristo».

30 Les mandó que no hablaran a nadie de él.

31 Comenzó a enseñarles que era necesario que el Hijo del Hombre padeciera muchas cosas, y que fuera rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y que fuera muerto, y que después de tres días resucitara.

32 Les hablaba abiertamente. Pedro lo tomó y comenzó a reprenderlo.

33 Pero él, volviéndose y viendo a sus discípulos, reprendió a Pedro y le dijo: «¡Quítate de mi vista, Satanás! Porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres».

34 Llamó a la multitud con sus discípulos y les dijo: «El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga.

35 Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí y por la Buena Nueva, la salvará.

36 Porque ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero y perder su vida?

37 Porque ¿qué dará el hombre a cambio de su vida?

38 Porque el que se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.»

Capítulo 9

1 Les dijo: «Os aseguro que hay algunos de los que están aquí que no probarán la
muerte hasta que vean llegar el Reino de Dios con poder.»

2 Al cabo de seis días, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y los llevó
a un monte alto en privado, y se transfiguró delante de ellos.

3 Sus vestidos se volvieron relucientes, sumamente blancos, como la nieve, como
ningún lavandero en la tierra puede blanquearlos.

4 Se les aparecieron Elías y Moisés, que hablaban con Jesús.

5 Pedro respondió a Jesús: «Rabí, es bueno que estemos aquí. Hagamos tres tien-
das: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

6 Pues no sabía qué decir, ya que tenían mucho miedo.

7 Llegó una nube que los cubría, y una voz salió de la nube: «Este es mi Hijo
amado. Escuchadle».

8 De repente, al mirar a su alrededor, ya no vieron a nadie con ellos, sino sólo a
Jesús.

9 Mientras bajaban del monte, les ordenó que no contaran a nadie lo que habían
visto, hasta que el Hijo del Hombre hubiera resucitado de entre los muertos.

10 Ellos guardaron esta frase para sí mismos, preguntándose qué significaba eso
de «resucitar de entre los muertos».

11 Le preguntaron: «¿Por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero?»

12 Les dijo: «En efecto, Elías viene primero y restaura todas las cosas. ¿Cómo está
escrito acerca del Hijo del Hombre, que ha de padecer muchas cosas y ser
despreciado?

13 Pero yo os digo que Elías ha venido, y también han hecho con él lo que han
querido, tal como está escrito de él.»

14 Al llegar a los discípulos, vio que los rodeaba una gran multitud y que los escribas los interrogaban.

15 En seguida, toda la multitud, al verle, se asombró mucho, y corriendo hacia él, le saludó.

16 Él preguntó a los escribas: «¿Qué les preguntáis?»

17 Uno de la multitud respondió: «Maestro, te he traído a mi hijo, que tiene un espíritu mudo;

18 y dondequiera que se apodera de él, lo derriba, y echa espuma por la boca, rechina los dientes y se pone rígido. He pedido a vuestros discípulos que lo expulsen, y no han podido».

19 Le respondió: «¡Generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? Traedlo a mí».

20 Lo llevaron hasta él, y cuando lo vio, inmediatamente el espíritu lo convulsionó y cayó al suelo, revolcándose y echando espuma por la boca.

21 Le preguntó a su padre: «¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?». Dijo: «Desde la infancia.

22 Muchas veces lo ha echado al fuego y al agua para destruirlo. Pero si puedes hacer algo, ten compasión de nosotros y ayúdanos».

23 Jesús le dijo: «Si puedes creer, todo es posible para el que cree».

24 Inmediatamente el padre del niño gritó con lágrimas: «¡Creo! Ayuda a mi incredulidad».

25 Al ver Jesús que una multitud venía corriendo, reprendió al espíritu impuro, diciéndole: «¡Espíritu mudo y sordo, te ordeno que salgas de él y no vuelvas a entrar!»

26 Después de gritar y convulsionar mucho, salió de él. El muchacho quedó como muerto, tanto que la mayoría decía: «Está muerto».

27 Pero Jesús lo tomó de la mano y lo levantó; y se levantó.

28 Cuando entró en la casa, sus discípulos le preguntaron en privado: «¿Por qué
no pudimos expulsarlo?»

29 Les dijo: «Este tipo no puede salir sino con oración y ayuno».

30 Salieron de allí y pasaron por Galilea. No quería que nadie lo supiera,

31 porque estaba enseñando a sus discípulos, y les decía: «El Hijo del Hombre va
a ser entregado a manos de los hombres, y lo matarán; y cuando lo maten, al ter-
cer día resucitará.»

32 Pero no entendieron el dicho y tuvieron miedo de preguntarle.

33 Llegó a Cafarnaún y, estando en la casa, les preguntó: «¿Qué discutíais entre
vosotros por el camino?»

34 Pero ellos guardaron silencio, porque habían discutido entre sí en el camino so-
bre quién era el más grande.

35 Se sentó y llamó a los doce, y les dijo: «Si alguno quiere ser el primero, será el
último de todos y el servidor de todos».

36 Tomó a un niño pequeño y lo puso en medio de ellos. Tomándolo en brazos,
les dijo:

37 «El que recibe a un niño como éste en mi nombre, me recibe a mí; y el que me
recibe a mí, no me recibe a mí, sino al que me ha enviado.»

38 Juan le dijo: «Maestro, hemos visto a uno que no nos sigue expulsando demo-
nios en tu nombre, y se lo prohibimos porque no nos sigue.»

39 Pero Jesús dijo: "No se lo prohibáis, porque no hay nadie que haga una obra
poderosa en mi nombre y pueda rápidamente hablar mal de mí.

40 Porque el que no está contra nosotros, está de nuestra parte.

41 Porque cualquiera que os dé a beber un vaso de agua en mi nombre porque sois
de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.

42 "El que haga tropezar a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría
ser arrojado al mar con una piedra de molino colgada al cuello.

43 Si tu mano te hace tropezar, córtala. Es mejor que entres en la vida mutilado, en
lugar de que tus dos manos vayan a la Gehenna, al fuego inextinguible,

44 'donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga.'

45 Si tu pie te hace tropezar, córtalo. Es mejor que entres cojo en la vida, antes que
tus dos pies sean arrojados a la Gehenna, al fuego que nunca se apagará,

46 'donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga.'

47 Si tu ojo te hace tropezar, arráncatelo. Es mejor que entres en el Reino de Dios
con un solo ojo, en lugar de tener dos ojos para ser arrojado a la Gehenna del
fuego,

48 'donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga.'

49 Porque todos serán salados con fuego, y todo sacrificio será sazonado con sal.

50 La sal es buena, pero si la sal ha perdido su salinidad, ¿con qué la sazonaréis?
Tened sal en vosotros mismos, y estad en paz unos con otros".

Capítulo 10

1 Se levantó de allí y llegó a las fronteras de Judea y al otro lado del Jordán. Las
multitudes volvieron a reunirse con él. Como solía hacer, volvía a enseñarles.

2 Los fariseos se acercaron a él para ponerle a prueba y le preguntaron: «¿Es lícito
que un hombre se divorcie de su mujer?»

3 Él respondió: «¿Qué os ordenó Moisés?»

4 Dijeron: «Moisés permitió que se escribiera un certificado de divorcio y que se
divorciara».

5 Pero Jesús les dijo: «Por vuestra dureza de corazón, os escribió este
mandamiento.

6 Pero desde el principio de la creación, Dios los hizo hombre y mujer.

7 Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer,

8 y los dos se convertirán en una sola carne, de modo que ya no son dos, sino una sola carne.

9 Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre».

10 En la casa, sus discípulos le volvieron a preguntar sobre el mismo asunto.

11 Él les dijo: «El que se divorcia de su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella.

12 Si una mujer se divorcia de su marido y se casa con otro, comete adulterio».

13 Le traían niños para que los tocara, pero los discípulos reprendieron a los que los traían.

14 Al ver esto, Jesús se indignó y les dijo: «Dejad que los niños se acerquen a mí. No se lo prohibáis, porque el Reino de Dios es de los que son como ellos.

15 Os aseguro que quien no quiera recibir el Reino de Dios como un niño, no entrará en él.»

16 Los tomó en sus brazos y los bendijo, imponiéndoles las manos.

17 Al salir al camino, uno corrió hacia él, se arrodilló ante él y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?»

18 Jesús le dijo: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno: Dios.

19 Tú conoces los mandamientos: 'No matar', 'No cometer adulterio', 'No robar', 'No dar falso testimonio', 'No defraudar', 'Honra a tu padre y a tu madre'".

20 Le dijo: «Maestro, todo esto lo he observado desde mi juventud».

21 Jesús, mirándolo, lo amó y le dijo: «Una cosa te falta. Vete, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando la cruz.»

22 Pero su rostro se abatió al oír estas palabras y se marchó apenado, porque era alguien que tenía grandes posesiones.

23 Jesús miró a su alrededor y dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil es para los que tienen riquezas entrar en el Reino de Dios!»

24 Los discípulos se asombraron de sus palabras. Pero Jesús volvió a responder: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el Reino de Dios para los que confían en las riquezas!

25 Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de Dios.»

26 Estaban muy asombrados y le decían: «Entonces, ¿quién puede salvarse?».

27 Jesús, mirándolos, dijo: «Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para Dios todo es posible.»

28 Pedro comenzó a decirle: «Mira, lo hemos dejado todo y te hemos seguido».

29 Jesús dijo: «Os aseguro que no hay nadie que haya dejado casa, ni hermanos, ni hermanas, ni padre, ni madre, ni mujer, ni hijos, ni tierra, por mí y por la Buena Noticia,

30 sino que recibirá cien veces más ahora en este tiempo: casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierra, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna.

31 Pero muchos de los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros».

32 Iban por el camino, subiendo a Jerusalén, y Jesús iba delante de ellos, y estaban asombrados; y los que le seguían tenían miedo. Volvió a tomar a los doce, y comenzó a contarles las cosas que le iban a suceder.

33 «He aquí que subimos a Jerusalén. El Hijo del Hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas. Lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles.

34 Se burlarán de él, lo escupirán, lo azotarán y lo matarán. Al tercer día resucitará».

35 Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, se acercaron a él diciendo: «Maestro, queremos que hagas por nosotros todo lo que te pidamos.»

36 Les dijo: «¿Qué queréis que haga por vosotros?».

37 Le dijeron: «Concédenos que nos sentemos, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu gloria».

38 Pero Jesús les dijo: «No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo bebo, y de ser bautizados con el bautismo con el que yo soy bautizado?»

39 Le dijeron: «Podemos». Jesús les dijo: «Ciertamente beberéis el cáliz que yo bebo, y seréis bautizados con el bautismo con el que yo soy bautizado;

40 pero sentarse a mi derecha y a mi izquierda no me corresponde a mí concederlo, sino a quienes ha sido preparado.»

41 Cuando los diez lo oyeron, comenzaron a indignarse contra Santiago y Juan.

42 Jesús los convocó y les dijo: «Sabéis que los que son reconocidos como gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen autoridad sobre ellas.

43 Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor.

44 El que de vosotros quiera llegar a ser el primero, será siervo de todos.

45 Porque también el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir, y a dar su vida en rescate por muchos.»

46 Llegaron a Jericó. Al salir de Jericó con sus discípulos y una gran multitud, el hijo de Timeo, Bartimeo, un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino.

47 Al oír que era Jesús el Nazareno, se puso a gritar y a decir: «¡Jesús, hijo de David, ten piedad de mí!»

48 Muchos le reprendían para que se callara, pero él gritaba mucho más: «¡Hijo de David, ten piedad de mí!»

49 Jesús se detuvo y dijo: «Llámalo». Llamaron al ciego, diciéndole: «¡Anímate! Levántate. Te está llamando».

50 Él, arrojando su manto, se levantó y se acercó a Jesús.

51 Jesús le preguntó: «¿Qué quieres que haga por ti?». El ciego le dijo: “Rabboni, que vuelva a ver”.

52 Jesús le dijo: «Vete. Tu fe te ha curado». Inmediatamente recobró la vista y siguió a Jesús por el camino.

Capítulo 11

1 Cuando se acercaron a Jerusalén, a Betfagé y Betania, en el Monte de los Olivos, envió a dos de sus discípulos

2 y les dijo: “Id a la aldea que está enfrente de vosotros. En cuanto entréis en ella, encontraréis un pollino atado, en el que nadie se ha sentado. Desatadlo y traedlo.

3 Si alguien os pregunta: ‘¿Por qué hacéis esto?’, decidle: ‘El Señor lo necesita’, e inmediatamente lo enviará de vuelta aquí.”

4 Se fueron y encontraron un pollino atado a la puerta, en la calle, y lo desataron.

5 Algunos de los que estaban allí les preguntaron: «¿Qué hacéis desatando el pollino?».

6 Ellos les dijeron lo mismo que Jesús, y los dejaron ir.

7 Trajeron a Jesús el pollino y echaron sobre él sus vestidos, y Jesús se sentó en él.

8 Muchos extendían sus vestidos por el camino, y otros cortaban ramas de los árboles y las esparcían por el camino.

9 Los que iban delante y los que les seguían gritaban: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

10 ¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene en el nombre del Señor! Hosanna en las alturas”.

11 Jesús entró en el templo de Jerusalén. Después de haber observado todo, siendo ya de noche, salió a Betania con los doce.

12 Al día siguiente, cuando salieron de Betania, tuvo hambre.

13 Al ver una higuera lejana que tenía hojas, se acercó para ver si acaso podía encontrar algo en ella. Cuando llegó a ella, no encontró más que hojas, pues no era la época de los higos.

14 Jesús le dijo: «Que nadie vuelva a comer fruto de ti», y sus discípulos lo oyeron.

15 Llegaron a Jerusalén, y Jesús entró en el templo y comenzó a echar a los que vendían y a los que compraban en el templo, y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los que vendían palomas.

16 No permitía que nadie llevara un recipiente por el templo.

17 Les enseñaba diciendo: "¿No está escrito que 'mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones'? Pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones".

18 Los jefes de los sacerdotes y los escribas lo oyeron, y buscaban cómo destruirlo. Porque le temían, pues toda la multitud se asombraba de su enseñanza.

19 Al caer la tarde, salió de la ciudad.

20 Al pasar por la mañana, vieron la higuera seca de raíz.

21 Pedro, acordándose, le dijo: «¡Rabí, mira! La higuera que maldijiste se ha secado».

22 Jesús les respondió: "Tened fe en Dios.

23 Porque de cierto os digo que cualquiera que diga a este monte: 'Tómalo y arrójalo al mar', y no dude en su corazón, sino que crea que lo que dice sucede, tendrá lo que dice.

24 Por eso os digo que todo lo que pidáis y oréis, creed que lo habéis recibido, y lo tendréis.

25 Siempre que estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguien, para que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone también vuestras transgresiones.

26 Pero si no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras transgresiones.”

27 Llegaron de nuevo a Jerusalén y, mientras caminaba por el templo, se le acercaron los jefes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos,

28 y comenzaron a decirle: «¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿O quién te ha dado esta autoridad para hacer estas cosas?»

29 Jesús les dijo: «Os voy a hacer una pregunta. Respondedme, y os diré con qué autoridad hago estas cosas.

30 El bautismo de Juan, ¿es del cielo o de los hombres? Respondedme».

31 Razonaban entre sí, diciendo: “Si decimos: ‘Del cielo’, dirá: ‘¿Por qué, pues, no le habéis creído?’”

32 “Si decimos: ‘De los hombres’...” — temían a la gente, pues todos consideraban que Juan era realmente un profeta.

33 Ellos respondieron a Jesús: «No lo sabemos». Jesús les dijo: «Tampoco os diré con qué autoridad hago estas cosas».

Capítulo 12

1 Se puso a hablarles en parábolas. “Un hombre plantó una viña, la rodeó de un seto, cavó un pozo para el lagar, construyó una torre, la alquiló a unos labradores y se fue a otro país.

2 Cuando llegó el momento, envió a un siervo a los labradores para que le diera su parte del fruto de la viña.

3 Lo tomaron, lo golpearon y lo despidieron vacío.

4 Volvió a enviar a otro siervo, y le tiraron piedras, lo hirieron en la cabeza y lo despidieron maltratado.

5 Volvió a enviar a otro, y lo mataron a él y a otros muchos, golpeando a unos y matando a otros.

6 Por eso, teniendo todavía uno, su hijo amado, lo envió el último a ellos, diciendo:
'Respetarán a mi hijo'.

7 Pero aquellos labradores dijeron entre sí: 'Este es el heredero. Venid, matémoslo,
y la herencia será nuestra'.

8 Lo tomaron, lo mataron y lo echaron de la viña.

9 ¿Qué hará, pues, el señor de la viña? Vendrá y destruirá a los labradores, y dará
la viña a otros.

10 ¿Acaso no habéis leído esta Escritura?
'La piedra que desecharon los constructores
fue nombrada piedra angular.

11 Esto era del Señor.
Es maravilloso a nuestros ojos'."

12 Intentaron apoderarse de él, pero temían a la multitud, pues se dieron cuenta de
que decía la parábola contra ellos. Lo dejaron y se fueron.

13 Enviaron a algunos de los fariseos y de los herodianos hacia él, para atraparlo
con palabras.

14 Cuando llegaron, le preguntaron: «Maestro, sabemos que eres honesto y que
no te inclinas por nadie, pues no eres parcial con nadie, sino que enseñas verdade-
ramente el camino de Dios. ¿Es lícito pagar impuestos al César, o no?

15 ¿Debemos dar, o no debemos dar?» Pero él, conociendo su hipocresía, les dijo:
«¿Por qué me ponéis a prueba? Traedme un denario, para que lo vea».

16 Lo trajeron. Les dijo: «¿De quién es esta imagen y esta inscripción?» Le dijeron:
«Del César».

17 Jesús les respondió: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de
Dios». Se maravillaron mucho con él.

18 Algunos saduceos, que dicen que no hay resurrección, se acercaron a él. Le pre-
guntaron, diciendo:

19 "Maestro, Moisés nos escribió: 'Si el hermano de un hombre muere y deja esposa, y no deja hijos, que su hermano tome a su esposa y levante descendencia para su hermano'.

20 Había siete hermanos. El primero tomó una esposa, y al morir no dejó descendencia.

21 El segundo la tomó y murió sin dejar descendencia. El tercero hizo lo mismo;

22 y los siete la tomaron y no dejaron hijos. El último de todos murió también la mujer.

23 En la resurrección, cuando resuciten, ¿de quién será ella esposa? Porque los siete la tuvieron como esposa".

24 Jesús les contestó: "¿No es porque estáis equivocados, al no conocer las Escrituras ni el poder de Dios?

25 Porque cuando resuciten de entre los muertos, ni se casan ni se dan en matrimonio, sino que son como ángeles en el cielo.

26 Pero sobre los muertos, que resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés sobre la Zarza, cómo Dios le habló diciendo: 'Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob'?

27 No es el Dios de los muertos, sino de los vivos. Por tanto, estáis muy equivocados".

28 Uno de los escribas se acercó y los oyó interrogar juntos, y sabiendo que les había respondido bien, le preguntó: «¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?»

29 Jesús respondió: "El primero es: 'Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor es uno.

30 Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.' Este es el primer mandamiento.

31 El segundo es así: 'Amarás a tu prójimo como a ti mismo'. No hay otro mandamiento mayor que éstos".

32 El escriba le dijo: «En verdad, maestro, has dicho bien que él es uno, y no hay otro sino él;

33 y amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo, es más importante que todos los holocaustos y sacrificios.»

34 Al ver que respondía con sabiduría, Jesús le dijo: «No estás lejos del Reino de Dios». Después nadie se atrevió a preguntarle nada.

35 Jesús respondió, mientras enseñaba en el templo: "¿Cómo es que los escribas dicen que el Cristo es hijo de David?

36 Porque el mismo David dijo por el Espíritu Santo:
'El Señor dijo a mi Señor:
«Siéntate a mi derecha,
hasta que haga de tus enemigos el escabel de tus pies».'

37 Por lo tanto, el mismo David lo llama Señor, ¿cómo puede ser su hijo?" La gente común le escuchaba con gusto.

38 En su enseñanza les decía: «Guardaos de los escribas, a quienes les gusta andar con ropas largas, y recibir saludos en las plazas,

39 y obtener los mejores asientos en las sinagogas y los mejores lugares en las fiestas,

40 los que devoran las casas de las viudas, y como pretexto hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condena».

41 Jesús se sentó frente al tesoro y vio cómo la multitud echaba dinero en el tesoro. Muchos ricos echaban mucho.

42 Vino una viuda pobre y echó dos moneditas de cobre, que equivalen a un cuadrante.

43 Llamó a sus discípulos y les dijo: «Os aseguro que esta viuda pobre ha echado más que todos los que echan en el tesoro,

44 porque todos han echado de su abundancia, pero ella, de su pobreza, ha echado todo lo que tenía para vivir.»

Capítulo 13

1 Al salir del templo, uno de sus discípulos le dijo: «¡Maestro, mira qué piedras y qué edificios!»

2 Jesús le dijo: «¿Veis estos grandes edificios? No quedará aquí una piedra sobre otra que no sea derribada».

3 Mientras estaba sentado en el Monte de los Olivos, frente al templo, Pedro, Santiago, Juan y Andrés le preguntaron en privado:

4 «Dinos, ¿cuándo serán estas cosas? ¿Y cuál será la señal de que todas estas cosas están por cumplirse?»

5 Respondiendo Jesús, comenzó a decirles: "Mirad que nadie os engañe.

6 Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: 'Yo soy', y engañarán a muchos.

7 Cuando oigáis hablar de guerras y rumores de guerras, no os turbéis. Porque es necesario que se produzcan, pero aún no es el fin.

8 Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino. Habrá terremotos en varios lugares. Habrá hambres y disturbios. Estas cosas son el comienzo de los dolores de parto.

9 Pero vigilad, porque os entregarán a los concilios. Seréis azotados en las sinagogas. Estaréis ante gobernantes y reyes por mi causa, para darles testimonio.

10 Primero hay que predicar la Buena Nueva a todas las naciones.

11 Cuando os lleven y os entreguen, no os preocupéis de antemano ni premeditéis
lo que vais a decir, sino decid lo que se os dé en esa hora. Porque no sois vosotros
los que habláis, sino el Espíritu Santo.

12 El hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre a su hijo. Los hijos se
levantarán contra los padres y los harán morir.

13 Seréis odiados por todos los hombres por causa de mi nombre, pero el que per-
severe hasta el final se salvará.

14 Pero cuando veáis la abominación de la desolación, de la que habló el profeta
Daniel, puesta donde no debe estar (que el lector entienda), entonces los que estén
en Judea huyan a los montes,

15 y el que esté en la azotea no baje ni entre para tomar algo de su casa.

16 Que el que esté en el campo no regrese para tomar su manto.

17 Pero ¡ay de las que estén encinta y de las que amamanten en esos días!

18 Orad para que vuestra huida no sea en el invierno.

19 Porque en esos días habrá tal tribulación, como no la ha habido desde el princi-
pio de la creación que Dios creó hasta ahora, ni la habrá jamás.

20 Si el Señor no hubiera acortado los días, ninguna carne se habría salvado; pero
por amor a los elegidos, a quienes escogió, acortó los días.

21 Entonces, si alguien os dice: 'Mirad, aquí está el Cristo' o 'Mirad, allí', no lo
creáis.

22 Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas que harán señales y prodi-
gios, para engañar, si es posible, incluso a los elegidos.

23 Pero vosotros vigilad. He aquí, os he dicho todas las cosas de antemano.

24 Pero en esos días, después de esa tribulación, el sol se oscurecerá, la luna no
dará su luz,

25 las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán
sacudidas.

26 Entonces verán al Hijo del Hombre venir en las nubes con gran poder y gloria.

27 Entonces enviará a sus ángeles y reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos, desde los confines de la tierra hasta los confines del cielo.

28 Ahora, de la higuera, aprended esta parábola. Cuando su rama ya está tierna y brotan sus hojas, sabéis que el verano está cerca;

29 así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas.

30 De cierto os digo que esta generación no pasará hasta que sucedan todas estas cosas.

31 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

32 Pero de ese día o de esa hora nadie sabe, ni siquiera los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre.

33 Velad, estad atentos y orad, porque no sabéis cuándo es el momento.

34 Es como si un hombre que viaja a otro país, dejara su casa y diera autoridad a sus siervos, y a cada uno su trabajo, y ordenara también al portero que vigilara.

35 Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o por la mañana;

36 no sea que, viniendo de repente, os encuentre durmiendo.

37 Lo que os digo, lo digo a todos: ¡Velad!"

Capítulo 14

1 Faltaban dos días para la Pascua y la Fiesta de los Panes sin Levadura, y los jefes de los sacerdotes y los escribas buscaban la manera de apoderarse de él con engaños y matarlo.

2 Pues decían: «No durante la fiesta, porque podría haber un disturbio entre el pueblo».

3 Estando en Betania, en casa de Simón el leproso, mientras estaba sentado a la
mesa, llegó una mujer con una redoma de alabastro con ungüento de nardo puro,
muy costoso. Rompió la redoma y lo derramó sobre su cabeza.

4 Pero algunos se indignaron entre sí, diciendo: «¿Por qué se ha desperdiciado este
ungüento?

5 Porque podría haberse vendido por más de trescientos denarios y haberse dado
a los pobres». Así que murmuraban contra ella.

6 Pero Jesús le dijo: «Dejadla en paz. ¿Por qué la molestáis? Ella ha hecho una
buena obra para mí.

7 Porque siempre tenéis a los pobres con vosotros, y cuando queráis podéis hacer-
les bien; pero a mí no siempre me tenéis.

8 Ella ha hecho lo que ha podido. Ha ungido mi cuerpo de antemano para la
sepultura.

9 Os aseguro que dondequiera que se predique esta Buena Noticia en todo el
mundo, se hablará también de lo que ha hecho esta mujer para memoria de ella.»

10 Judas Iscariote, que era uno de los doce, se fue a los sumos sacerdotes para
entregárselo.

11 Ellos, al oírlo, se alegraron y prometieron darle dinero. Él buscó la manera de
entregarlo convenientemente.

12 El primer día de los panes sin levadura, cuando sacrificaban la Pascua, sus dis-
cípulos le preguntaron: «¿Dónde quieres que vayamos a preparar para que comas
la Pascua?»

13 Envió a dos de sus discípulos y les dijo: “Id a la ciudad, y allí os saldrá al en-
cuentro un hombre con un cántaro de agua. Seguidle,

14 y dondequiera que entre, decid al dueño de la casa: ‘El Maestro dice: ¿Dónde
está el aposento donde pueda comer la Pascua con mis discípulos?’.

15 Él mismo os mostrará un gran aposento alto amueblado y preparado. Preparadlo allí para nosotros".

16 Sus discípulos salieron y entraron en la ciudad, y encontraron las cosas como él les había dicho, y prepararon la Pascua.

17 Al anochecer llegó con los doce.

18 Mientras estaban sentados y comiendo, Jesús dijo: «Os aseguro que uno de vosotros me va a traicionar: el que come conmigo.»

19 Comenzaron a entristecerse y a preguntarle uno por uno: «¿Seré yo?». Y otro decía: «¿Seré yo?»

20 Él les respondió: «Es uno de los doce, el que moja conmigo en el plato.

21 Porque el Hijo del Hombre va como está escrito de él, pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Más le valdría a ese hombre no haber nacido».

22 Mientras comían, Jesús tomó el pan y, después de bendecirlo, lo partió y les dijo: «Tomad, comed. Esto es mi cuerpo».

23 Tomó el cáliz y, después de dar gracias, se lo dio a ellos. Todos bebieron de él.

24 Les dijo: «Esta es mi sangre del nuevo pacto, que se derrama por muchos.

25 De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba de nuevo en el Reino de Dios.»

26 Después de cantar un himno, salieron al Monte de los Olivos.

27 Jesús les dijo: "Esta noche todos vosotros tropezaréis por mi causa, porque está escrito: 'Heriré al pastor y las ovejas se dispersarán'.

28 Sin embargo, cuando haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea".

29 Pero Pedro le dijo: «Aunque todos se escandalicen, yo no».

30 Jesús le dijo: «Muy ciertamente te digo que hoy, incluso esta noche, antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces.»

31 Pero él insistía: «Si tengo que morir contigo, no te negaré». Todos decían lo mismo.

32 Llegaron a un lugar que se llama Getsemaní. Dijo a sus discípulos: «Sentaos aquí mientras oro».

33 Tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse.

34 Les dijo: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte. Quedaos aquí y velad».

35 Se adelantó un poco, se postró en tierra y oró para que, si era posible, pasara de él aquella hora.

36 Dijo: "Abba, Padre, todo es posible para ti. Por favor, aparta de mí esta copa. Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres".

37 Llegó y los encontró durmiendo, y dijo a Pedro: «Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora?

38 Velad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu, en efecto, está dispuesto, pero la carne es débil».

39 De nuevo se fue y oró diciendo las mismas palabras.

40 Volvió y los encontró durmiendo, pues sus ojos estaban muy cargados; y no sabían qué responderle.

41 Llegó por tercera vez y les dijo: «Dormid ya y descansad. Ya basta. La hora ha llegado. He aquí que el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores.

42 ¡Levantaos! Pongámonos en marcha. He aquí, el que me traiciona está cerca».

43 En seguida, mientras aún hablaba, vino Judas, uno de los doce, y con él una multitud con espadas y palos, de parte de los sumos sacerdotes, de los escribas y de los ancianos.

44 Y el que le entregaba les había dado una señal, diciendo: «Al que yo bese, ése es. Prendedle y llevadle con seguridad».

45 Cuando llegó, enseguida se acercó a él y le dijo: «¡Rabí! ¡Rabí!» y le besó.

46 Le echaron las manos encima y le prendieron.

47 Pero uno de los que estaban allí sacó su espada e hirió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja.

48 Jesús les respondió: «¿Habéis salido, como contra un ladrón, con espadas y palos para prenderme?

49 Cada día estaba con vosotros en el templo enseñando, y no me prendisteis. Pero esto es para que se cumplan las Escrituras».

50 Entonces todos le abandonaron y huyeron.

51 Cierto joven lo seguía, cubierto sólo con una sábana sobre su cuerpo desnudo. Los jóvenes lo prendieron,

52 pero él, dejando la sábana, huyó de ellos desnudo.

53 Llevaron a Jesús ante el sumo sacerdote. Todos los jefes de los sacerdotes, los ancianos y los escribas se reunieron con él.

54 Pedro le había seguido de lejos, hasta el interior del patio del sumo sacerdote. Estaba sentado con los oficiales, calentándose a la luz del fuego.

55 Los jefes de los sacerdotes y todo el concilio buscaban testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte, pero no lo encontraban.

56 Porque muchos daban falso testimonio contra él, pero sus testimonios no concordaban.

57 Algunos se levantaron y dieron falso testimonio contra él, diciendo:

58 "Le oímos decir: 'Destruiré este templo hecho por manos de hombres, y en tres días construiré otro hecho sin manos'."

59 Pero ni aun así concordaba el testimonio de ellos.

60 El sumo sacerdote se levantó en medio y preguntó a Jesús: «¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos testifican contra ti?»

61 Pero él callaba y no respondió nada. De nuevo el sumo sacerdote le preguntó:
«¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?»

62 Jesús dijo: «Yo soy. Veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y
viniendo con las nubes del cielo».

63 El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras y dijo: «¿Qué más necesidad tenemos
de testigos?

64 ¡Habéis oído la blasfemia! ¿Qué os parece?» Todos le condenaron como reo de
muerte.

65 Algunos empezaron a escupirle, a cubrirle la cara, a golpearle con los puños y a
decirle: «¡Profetiza!». Los oficiales le golpeaban con las palmas de las manos.

66 Mientras Pedro estaba abajo en el patio, vino una de las criadas del sumo
sacerdote,

67 y al ver que Pedro se calentaba, lo miró y le dijo: «¡Tú también estabas con el
nazareno, Jesús!»

68 Pero él lo negó, diciendo: «No sé ni entiendo lo que dices». Salió a la entrada; y
cantó el gallo.

69 La criada lo vio y comenzó a decir de nuevo a los que estaban allí: «Este es uno
de ellos».

70 Pero él volvió a negarlo. Al cabo de un rato, los que estaban allí volvieron a de-
cir a Pedro: «Verdaderamente eres uno de ellos, pues eres galileo, y tu forma de ha-
blar lo demuestra.»

71 Pero él comenzó a maldecir y a jurar: «¡No conozco a ese hombre de quien
habláis!»

72 El gallo cantó por segunda vez. Pedro recordó las palabras que le dijo Jesús:
«Antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tres». Y pensando en ello,
lloraba.

Capítulo 15

1 Al amanecer, los jefes de los sacerdotes, con los ancianos, los escribas y todo el concilio, celebraron una consulta, ataron a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato.

2 Pilato le preguntó: «¿Eres tú el Rey de los judíos?» Respondió: «Tú lo dices».

3 Los jefes de los sacerdotes le acusaban de muchas cosas.

4 Pilato volvió a preguntarle: «¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan».

5 Pero Jesús no respondió más, por lo que Pilato se maravillaba.

6 En la fiesta solía soltarles un preso, el que pidiesen.

7 Había uno llamado Barrabás, preso con sus compañeros de insurrección que habían cometido un asesinato en la revuelta.

8 La multitud, gritando, comenzó a pedirle que hiciera como siempre solía hacer con ellos.

9 Pilato les respondió diciendo: «¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos?»

10 Porque se daba cuenta de que por envidia los jefes de los sacerdotes lo habían entregado.

11 Pero los jefes de los sacerdotes incitaron a la multitud para que les soltara a Barrabás en su lugar.

12 Pilato volvió a preguntarles: «¿Qué queréis, pues, que haga con el que llamáis Rey de los judíos?»

13 Volvieron a gritar: «¡Crucifícalo!»

14 Pilato les dijo: «¿Pues qué mal ha hecho?» Pero ellos gritaron aún más fuerte: «¡Crucifícalo!»

15 Pilato, queriendo complacer a la multitud, les soltó a Barrabás y entregó a Jesús, después de haberlo azotado, para que fuera crucificado.

16 Los soldados lo llevaron dentro del patio, que es el pretorio, y convocaron a
toda la cohorte.

17 Lo vistieron de púrpura y le pusieron una corona tejida de espinas.

18 Comenzaron a saludarlo: «¡Salve, Rey de los judíos!»

19 Le golpeaban la cabeza con una caña, le escupían y, hincando las rodillas, le
rendían homenaje.

20 Después de haberse burlado de él, le quitaron la púrpura, le pusieron sus pro-
pios vestidos y lo sacaron para crucificarlo.

21 Obligaron a uno que pasaba por allí, que venía del campo, Simón de Cirene,
padre de Alejandro y de Rufo, a que llevara su cruz.

22 Le llevaron al lugar llamado Gólgota, que significa: «Lugar de la Calavera».

23 Le dieron a beber vino mezclado con mirra, pero no lo tomó.

24 Al crucificarlo, se repartieron sus vestidos, echando suertes sobre ellos para ver
qué se llevaba cada uno.

25 Era la hora tercera cuando lo crucificaron.

26 Sobre él estaba puesto el título de su causa: «EL REY DE LOS JUDÍOS».

27 Con él crucificaron a dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda.

28 Y se cumplió la Escritura que dice: «Y fue contado con los inicuos».

29 Los que pasaban por allí le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: «¡Bah!
Tú que destruyes el templo y en tres días lo edificas,

30 sálvate a ti mismo y baja de la cruz».

31 De la misma manera, también los jefes de los sacerdotes se burlaban entre ellos
con los escribas, diciendo: «A otros salvó; a sí mismo no se puede salvar.

32 El Cristo, el Rey de Israel, baje ahora de la cruz para que lo veamos y crea-
mos.» También los que estaban crucificados con él le insultaban.

33 Cuando llegó la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena.

34 A la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: «Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»

35 Algunos de los que estaban allí, al oírlo, decían: «Mirad, llama a Elías».

36 Uno corrió y, empapando una esponja en vinagre, la puso en una caña y le dio de beber, diciendo: «Dejad, veamos si viene Elías a bajarlo».

37 Pero Jesús, dando una gran voz, expiró.

38 Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.

39 El centurión que estaba frente a él, al ver que había expirado de aquella manera, dijo: «¡Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios!»

40 También había mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé;

41 las cuales, cuando él estaba en Galilea, le seguían y le servían; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

42 Al caer la tarde, como era el día de la preparación, es decir, la víspera del sábado,

43 José de Arimatea, miembro ilustre del concilio, que también esperaba el Reino de Dios, vino y se presentó osadamente ante Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús.

44 Pilato se sorprendió de que ya hubiese muerto; y llamando al centurión, le preguntó si llevaba ya mucho tiempo muerto.

45 Informado por el centurión, entregó el cuerpo a José.

46 José compró una sábana de lino y, bajándolo, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro que estaba cavado en una peña. Luego hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro.

47 María Magdalena y María la madre de José miraban dónde lo ponían.

Capítulo 16

1 Cuando pasó el sábado, María Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé compraron especias aromáticas para ir a ungirlo.

2 El primer día de la semana, muy de mañana, llegaron al sepulcro, apenas salido el sol.

3 Decían entre sí: «¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?»

4 porque era muy grande. Pero al mirar, vieron que la piedra ya había sido removida.

5 Entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se asombraron.

6 Él les dijo: «No os asustéis. Buscáis a Jesús el Nazareno, el que fue crucificado. Ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar donde lo pusieron.

7 Pero id, decid a sus discípulos y a Pedro que él va antes que vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo.»

8 Ellas salieron y huyeron del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto. Y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo.

9 Habiendo pues resucitado Jesús por la mañana el primer día de la semana, se apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios.

10 Ella fue y lo hizo saber a los que habían estado con él, que estaban tristes y llorando.

11 Ellos, cuando oyeron que vivía y que había sido visto por ella, no lo creyeron.

12 Pero después de estas cosas se apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino al campo.

13 Ellos fueron y lo hicieron saber a los otros; y ni aun a ellos creyeron.

14 Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y
les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los
que le habían visto resucitado.

15 Y les dijo: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.

16 El que crea y sea bautizado, será salvo; mas el que no crea, será condenado.

17 Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demo-
nios; hablarán nuevas lenguas;

18 cogerán serpientes, y si beben cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfer-
mos pondrán sus manos, y sanarán.»

19 Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la
diestra de Dios.

20 Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confir-
mando la palabra con las señales que la seguían. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LUCAS

Capítulo 1

1 Puesto que muchos han emprendido la tarea de poner en orden una narración relativa a los asuntos que se han cumplido entre nosotros,

2 tal como nos lo transmitieron los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la palabra,

3 también me pareció bien, habiendo entendido el curso de todas las cosas con exactitud desde el principio, escribirte en orden, excelentísimo Teófilo;

4 para que conozcas la certeza relativa a las cosas en las que fuiste instruido.

5 Había en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la división sacerdotal de Abías. Tenía una esposa de las hijas de Aarón, que se llamaba Elisabet.

6 Ambos eran justos ante Dios, y andaban irreprochablemente en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor.

7 Pero no tuvieron hijos, porque Elisabet era estéril, y ambos eran de edad avanzada.

8 Mientras ejercía el oficio sacerdotal ante Dios en el orden de su división

9 según la costumbre del oficio sacerdotal, le tocaba entrar en el templo del Señor y quemar incienso.

10 Toda la multitud del pueblo oraba fuera a la hora del incienso.

11 Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso.

12 Zacarías se turbó al verlo y le entró miedo.

13 Pero el ángel le dijo: “No temas, Zacarías, porque tu petición ha sido escuchada. Tu mujer, Elisabet, te dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Juan.

14 Tendrás alegría y gozo, y muchos se alegrarán de su nacimiento.

15 Porque será grande a los ojos del Señor, y no beberá vino ni bebida fuerte. Estará lleno del Espíritu Santo, incluso desde el vientre de su madre.

16 Hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor, su Dios.

17 Irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, 'para hacer volver el corazón de los padres a los hijos', y a los desobedientes a la sabiduría de los justos; para preparar un pueblo preparado para el Señor."

18 Zacarías dijo al ángel: «¿Cómo puedo estar seguro de esto? Porque soy un anciano, y mi mujer está muy avanzada en años».

19 El ángel le respondió: "Soy Gabriel, que está en la presencia de Dios. He sido enviado para hablarte y traerte esta buena noticia.

20 He aquí que te quedarás callado y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, porque no creíste en mis palabras, que se cumplirán a su debido tiempo."

21 La gente esperaba a Zacarías y se maravillaba de que se demorara en el templo.

22 Cuando salió, no pudo hablarles. Se dieron cuenta de que había tenido una visión en el templo. Siguió haciéndoles señales, y permaneció mudo.

23 Cuando se cumplieron los días de su servicio, se fue a su casa.

24 Después de estos días, concibió Elisabet, su mujer, y se escondió cinco meses, diciendo:

25 «Así me ha hecho el Señor en los días en que me ha mirado, para quitar mi oprobio entre los hombres.»

26 En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret,

27 a una virgen comprometida a casarse con un hombre que se llamaba José, de la casa de David. La virgen se llamaba María.

28 Al entrar, el ángel le dijo: «¡Alégrate, muy favorecida! El Señor está contigo. Bendita eres entre las mujeres».

29 Pero cuando lo vio, se preocupó mucho por el dicho, y pensó qué clase de saludo sería éste.

30 El ángel le dijo: "No temas, María, porque has encontrado el favor de Dios.

31 He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre «Jesús».

32 Será grande y se llamará Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su padre David,

33 y reinará sobre la casa de Jacob para siempre. Su Reino no tendrá fin".

34 María dijo al ángel: «¿Cómo puede ser esto, siendo yo virgen?».

35 El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso también el santo que nazca de ti será llamado Hijo de Dios.

36 He aquí que también Elisabet, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez; y éste es el sexto mes de la que se llamaba estéril.

37 Porque nada de lo dicho por Dios es imposible.»

38 María dijo: «He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra». Entonces el ángel se alejó de ella.

39 En aquellos días, María se levantó y se fue de prisa a la región montañosa, a una ciudad de Judá,

40 entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

41 Cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su seno; e Isabel quedó llena del Espíritu Santo.

42 Gritó en voz alta y dijo: «Bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.

43 ¿Por qué soy tan favorecida, para que la madre de mi Señor venga a mí?

44 Porque cuando la voz de tu saludo llegó a mis oídos, el niño saltó de alegría en mi vientre.

45 ¡Bienaventurada la que ha creído, porque se cumplirán las cosas que se le han dicho de parte del Señor!»

46 María dijo,
«Mi alma engrandece al Señor.

47 Mi espíritu se ha alegrado en Dios, mi Salvador,

48 pues ha mirado el humilde estado de su sierva.
Porque he aquí que, a partir de ahora, todas las generaciones me llamarán dichosa.

49 Porque el que es poderoso ha hecho grandes cosas por mí.
Santo es su nombre.

50 Su misericordia es por generaciones y generaciones sobre los que le temen.

51 Ha demostrado poder con su brazo.
Ha dispersado a los orgullosos en la imaginación de sus corazones.

52 Ha derribado a los príncipes de sus tronos,
y ha exaltado a los humildes.

53 Ha colmado de bienes a los hambrientos.
Ha enviado a los ricos con las manos vacías.

54 Ha dado ayuda a Israel, su siervo, para que se acuerde de la misericordia,

55 como habló con nuestros padres,
a Abraham y a su descendencia para siempre».

56 María se quedó con ella unos tres meses y luego volvió a su casa.

57 Se cumplió el tiempo en que Elisabet debía dar a luz, y dio a luz un hijo.

58 Sus vecinos y sus parientes oyeron que el Señor había engrandecido su misericordia con ella, y se alegraron con ella.

59 Al octavo día vinieron a circuncidar al niño, y quisieron llamarlo Zacarías, como el nombre de su padre.

60 Su madre respondió: «No, sino que se llamará Juan».

61 Le dijeron: «No hay nadie entre tus parientes que se llame así».

62 Hicieron señas a su padre de cómo quería que se llamara.

63 Pidió una tablilla y escribió: «Se llama Juan». Todos se maravillaron.

64 Al instante se le abrió la boca y se le liberó la lengua, y habló bendiciendo a Dios.

65 El temor se apoderó de todos los que vivían alrededor, y todos estos dichos fueron comentados en toda la región montañosa de Judea.

66 Todos los que los oían los guardaban en su corazón, diciendo: «¿Qué será entonces este niño?» La mano del Señor estaba con él.

67 Su padre Zacarías fue lleno del Espíritu Santo y profetizó diciendo,

68 «Bendito sea el Señor, el Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo;

69 y nos ha levantado un cuerno de salvación en la casa de su siervo David

70 (como habló por boca de sus santos profetas que han sido desde la antigüedad),

71 salvación de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian;

72 para mostrar misericordia hacia nuestros padres,
para recordar su santa alianza,

73 el juramento que hizo a Abraham, nuestro padre,

74 que nos conceda que, siendo liberados de la mano de nuestros enemigos,
debe servirle sin miedo,

75 en santidad y justicia ante él todos los días de nuestra vida.

76 Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo;
porque irás delante de la cara del Señor para preparar sus caminos,

77 para dar conocimiento de la salvación a su pueblo por la remisión de sus pecados,

78 por la tierna misericordia de nuestro Dios,
por la que nos visitará la aurora de lo alto,

79 para iluminar a los que están en las tinieblas y en la sombra de la muerte;
para guiar nuestros pies por el camino de la paz».

80 El niño crecía y se fortalecía en espíritu, y estuvo en el desierto hasta el día de su aparición pública ante Israel.

Capítulo 2

1 En aquellos días, salió un decreto de César Augusto para que se inscribiera todo el mundo.

2 Esta fue la primera inscripción que se hizo cuando Quirinius era gobernador de Siria.

3 Todos fueron a inscribirse, cada uno a su ciudad.

4 También José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, porque era de la casa y de la familia de David,

5 para inscribirse con María, que estaba comprometida con él como esposa, estando embarazada.

6 Mientras estaban allí, le llegó el día de dar a luz.

7 Dio a luz a su hijo primogénito. Lo envolvió en pañales y lo puso en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada.

8 Había en la misma región unos pastores que permanecían en el campo y velaban de noche por su rebaño.

9 He aquí que un ángel del Señor se puso junto a ellos, y la gloria del Señor los rodeó, y se asustaron.

10 El ángel les dijo: "No temáis, porque he aquí que os traigo una buena noticia de gran alegría que será para todo el pueblo.

11 Porque os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor.

12 Esta es la señal para vosotros: encontraréis un niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre".

13 De repente, apareció con el ángel una multitud del ejército celestial que alababa a Dios y decía

14 «Gloria a Dios en las alturas,
en la tierra la paz, la buena voluntad hacia los hombres».

15 Cuando los ángeles se alejaron de ellos hacia el cielo, los pastores se dijeron unos a otros: «Vamos ahora a Belén a ver esto que ha sucedido y que el Señor nos ha dado a conocer.»

16 Llegaron a toda prisa y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre.

17 Al verlo, difundieron ampliamente el dicho que se les había dicho sobre este niño.

18 Todos los que lo oían se asombraban de lo que les decían los pastores.

19 Pero María guardaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón.

20 Los pastores volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, tal como se les había dicho.

21 Cuando se cumplieron los ocho días para la circuncisión del niño, se le puso el nombre de Jesús, que le fue dado por el ángel antes de ser concebido en el vientre.

22 Cuando se cumplieron los días de su purificación según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor

23 (como está escrito en la ley del Señor: «Todo varón que abra el vientre será llamado santo para el Señor»),

24 y para ofrecer un sacrificio según lo que se dice en la ley del Señor: «Un par de tórtolas o dos pichones».

25 He aquí que había en Jerusalén un hombre que se llamaba Simeón. Este hombre era justo y piadoso, y buscaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba sobre él.

26 Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor.

27 Entró en el templo en el Espíritu. Cuando los padres introdujeron al niño, Jesús, para que hicieran con él lo que estaba previsto en la ley,

28 entonces lo recibió en sus brazos, bendijo a Dios y dijo

29 «Ahora, Señor, liberas a tu siervo, en paz, según tu palabra;

30 porque mis ojos han visto tu salvación,

31 que has preparado delante de todos los pueblos;

32 una luz para la revelación a las naciones,
y la gloria de tu pueblo Israel».

33 José y su madre se maravillaban de lo que se decía de él.

34 Simeón los bendijo, y dijo a María, su madre: «He aquí que este niño está destinado a la caída y al levantamiento de muchos en Israel, y a ser una señal de la que se habla.

35 Sí, una espada atravesará tu propia alma, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones.»

36 Había una tal Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser (era de edad avanzada, pues había vivido con un marido siete años desde su virginidad,

37 y llevaba como ochenta y cuatro años de viuda), que no se apartaba del templo, adorando con ayunos y peticiones noche y día.

38 Subiendo a esa misma hora, dio gracias al Señor y habló de él a todos los que buscaban la redención en Jerusalén.

39 Cuando cumplieron todo lo que estaba previsto en la ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad, Nazaret.

40 El niño crecía y se fortalecía en su espíritu, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre él.

41 Sus padres iban todos los años a Jerusalén en la fiesta de la Pascua.

42 Cuando tenía doce años, subieron a Jerusalén según la costumbre de la fiesta;

43 y cuando se cumplieron los días, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén. José y su madre no lo sabían,

44 pero suponiendo que estaba en la compañía, se fueron de viaje un día; y lo buscaron entre sus parientes y conocidos.

45 Al no encontrarlo, volvieron a Jerusalén buscándolo.

46 Al cabo de tres días lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas.

47 Todos los que le oían se asombraban de su comprensión y de sus respuestas.

48 Al verle, se asombraron; y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? He aquí que tu padre y yo te buscábamos ansiosamente».

49 Él les dijo: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía estar en la casa de mi Padre?»

50 Ellos no entendían lo que les decía.

51 Bajó con ellos y llegó a Nazaret. Se sometió a ellos, y su madre guardaba todas estas palabras en su corazón.

52 Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia ante Dios y los hombres.

Capítulo 3

1 En el año quince del reinado de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador
de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de la región
de Iturea y Traconite, y Lisanias tetrarca de Abilinia,

2 durante el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, vino la palabra de Dios a Juan,
hijo de Zacarías, en el desierto.

3 Él fue por toda la región alrededor del Jordán, predicando el bautismo de arre-
pentimiento para el perdón de los pecados.

4 Como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías
"La voz de uno que clama en el desierto,
'Preparad el camino del Señor'.
Enderezad sus caminos.

5 Todo valle se llenará.
Toda montaña y colina será rebajada.
Lo torcido se volverá recto,
y los caminos ásperos allanados.

6 Toda carne verá la salvación de Dios'".

7 Por eso dijo a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: "¡Generación
de víboras! ¿Quién os ha advertido que huyáis de la ira que ha de venir?

8 Producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no empecéis a decir entre
vosotros: «Tenemos a Abraham por padre», porque os digo que Dios puede le-
vantar hijos a Abraham de estas piedras.

9 También ahora el hacha está a la raíz de los árboles. Por eso, todo árbol que no
da buen fruto es cortado y arrojado al fuego."

10 Las multitudes le preguntaron: «¿Qué debemos hacer entonces?»

11 Les respondió: «El que tenga dos túnicas, que se las dé al que no tiene. El que
tenga comida, que haga lo mismo».

12 También los recaudadores de impuestos vinieron a bautizarse, y le dijeron: «Maestro, ¿qué debemos hacer?»

13 Les dijo: «No colectéis más de lo que les corresponde».

14 Los soldados también le preguntaron: «¿Y nosotros? ¿Qué debemos hacer?» Les dijo: «No extorsionéis a nadie con violencia, ni acuséis a nadie injustamente. Contentaos con vuestro salario».

15 Mientras la gente estaba a la expectativa, y todos los hombres pensaban en sus corazones acerca de Juan, si acaso él sería el Cristo,

16 Juan les respondió a todos: «Yo, en efecto, os bautizo con agua, pero viene el que es más poderoso que yo, la correa de cuyas sandalias no soy digno de desatar. Él os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego.

17 Tiene en la mano su aventador, y limpiará a fondo su era, y recogerá el trigo en su granero; pero quemará la paja con fuego inextinguible.»

18 Entonces, con otras muchas exhortaciones, anunciaba al pueblo la buena nueva,

19 pero Herodes el tetrarca, al ser reprendido por él por Herodías, la mujer de su hermano, y por todas las cosas malas que Herodes había hecho,

20 añadió a todas ellas la de encerrar a Juan en la cárcel.

21 Cuando todo el pueblo se bautizaba, Jesús también se había bautizado y estaba orando. El cielo se abrió,

22 y el Espíritu Santo descendió en forma corporal como una paloma sobre él; y una voz salió del cielo, diciendo: «Tú eres mi Hijo amado. En ti me complazco».

23 El mismo Jesús, cuando comenzó a enseñar, tenía unos treinta años, siendo hijo (como se suponía) de José, hijo de Eli,

24 hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melqui, hijo de Jana, hijo de José,

25 hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Nahúm, hijo de Esli, hijo de Nagai,

26 hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semeí hijo de José, hijo de Judá,

27 hijo de Joana, hijo de Resa, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Neri,

28 hijo de Melqui, hijo de Adi, hijo de Cosam, hijo de Elmodam, hijo de Er,

29 hijo de Josué, hijo de Eliezer, hijo de Joreim, hijo de Matat, hijo de Leví,

30 hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonán, hijo de Eliaquim,

31 hijo de Melea, hijo de Mainán, hijo de Matata, hijo de Natán, hijo de David,

32 hijo de Jesé, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo de Salmón, hijo de Naasón,

33 hijo de Aminadab, hijo de Aram, hijo de Esrom, hijo de Fares, hijo de Judá,

34 hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, el hijo de Taré, el hijo de Nacor,

35 el hijo de Serug, el hijo de Reu, el hijo de Peleg, el hijo de Heber, el hijo de Sala,

36 el hijo de Cainán, el hijo de Arfaxad, el hijo de Sem, el hijo de Noé, hijo de Lamec,

37 hijo de Matusalén, hijo de Enoc, hijo de Jared, hijo de Mahalaleel, hijo de Cainán,

38 hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.

Capítulo 4

1 Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto

2 durante cuarenta días, siendo tentado por el diablo. No comió nada en esos días. Después, cuando terminaron, tuvo hambre.

3 El diablo le dijo: «Si eres el Hijo de Dios, ordena que esta piedra se convierta en pan».

4 Jesús le contestó diciendo: «Está escrito que no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios».

5 El diablo, llevándolo a un monte alto, le mostró en un momento todos los reinos del mundo.

6 El diablo le dijo: «Te daré toda esta autoridad y su gloria, porque me ha sido entregada, y la doy a quien quiero.

7 Por tanto, si adoras ante mí, todo será tuyo».

8 Jesús le respondió: "¡Quítate de encima, Satanás! Porque está escrito: 'Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás'".

9 Lo condujo a Jerusalén, lo puso en el pináculo del templo y le dijo: "Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí,

10 porque está escrito,
Pondrá a sus ángeles a cargo de ti, para que te guarden;'

11 y,
En sus manos te llevarán,
para que no tropieces con una piedra".

12 Respondiendo Jesús, le dijo: «Se ha dicho que no tentarás al Señor tu Dios».

13 Cuando el demonio hubo completado todas las tentaciones, se alejó de él hasta otro momento.

14 Jesús regresó con el poder del Espíritu a Galilea, y la noticia sobre él se extendió por todos los alrededores.

15 Enseñaba en sus sinagogas, siendo glorificado por todos.

16 Llegó a Nazaret, donde se había criado. Entró, como era su costumbre, en la sinagoga en el día de reposo, y se puso de pie para leer.

17 Se le entregó el libro del profeta Isaías. Abrió el libro y encontró el lugar donde estaba escrito,

18 "El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido para predicar la buena nueva a los pobres.
Me ha enviado a sanar a los corazonesrotos,

para proclamar la liberación de los cautivos,
recuperar la vista de los ciegos,
para liberar a los oprimidos,

19 y proclamar el año de gracia del Señor."

20 Cerró el libro, se lo devolvió al asistente y se sentó. Los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él.

21 Comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura ante vosotros».

22 Todos daban testimonio de él y se asombraban de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: «¿No es éste el hijo de José?»

23 Les dijo: "Seguramente me diréis este proverbio: «¡Médico, cúrate a ti mismo! Todo lo que hemos oído hacer en Cafarnaúm, hazlo también aquí en tu pueblo».

24 Él dijo: «De cierto os digo que ningún profeta es aceptable en su ciudad natal.

25 Pero en verdad os digo que había muchas viudas en Israel en los días de Elías, cuando el cielo estuvo cerrado durante tres años y seis meses, cuando sobrevino una gran hambruna en toda la tierra.

26 A ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a Sarepta, en la tierra de Sidón, a una mujer que era viuda.

27 Había muchos leprosos en Israel en tiempos del profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue limpiado, excepto Naamán, el sirio.»

28 Todos se llenaron de ira en la sinagoga al oír estas cosas.

29 Se levantaron, le echaron fuera de la ciudad y le llevaron a la cima del monte sobre el que estaba edificada su ciudad, para arrojarle por el precipicio.

30 Pero él, pasando por en medio de ellos, siguió su camino.

31 Bajó a Capernaúm, una ciudad de Galilea. Les enseñaba en sábado,

32 y se asombraban de su enseñanza, porque su palabra era con autoridad.

33 En la sinagoga había un hombre que tenía un espíritu de demonio inmundo; y
gritaba a gran voz,

34 diciendo: «¡Ah! ¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido
a destruirnos? Yo sé quién eres: el Santo de Dios».

35 Jesús le reprendió diciendo: «¡Cállate y sal de él!». Cuando el demonio lo arrojó
en medio de ellos, salió de él, sin hacerle ningún daño.

36 El asombro se apoderó de todos y hablaban entre sí, diciendo: «¿Qué es esta
palabra? Porque con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen».

37 La noticia sobre él se difundió por todos los lugares de la región circundante.

38 Se levantó de la sinagoga y entró en casa de Simón. La suegra de Simón estaba
afligida por una gran fiebre, y le rogaron que la ayudara.

39 Él se puso al lado de ella, reprendió la fiebre y la dejó. Al instante se levantó y les
sirvió.

40 Cuando se puso el sol, todos los que tenían algún enfermo de diversas enferme-
dades se los trajeron, y él puso las manos sobre cada uno de ellos y los curó.

41 También salieron demonios de muchos, gritando y diciendo: «¡Tú eres el
Cristo, el Hijo de Dios!» Reprendiéndolos, no les permitió hablar, porque sabían
que él era el Cristo.

42 Cuando se hizo de día, partió y se fue a un lugar despoblado, y las multitudes lo
buscaban y se acercaban a él, para que no se alejara de ellos.

43 Pero él les dijo: «Es necesario que anuncie la buena noticia del Reino de Dios
también en las demás ciudades. Para esto he sido enviado».

44 Estaba predicando en las sinagogas de Galilea.

Capítulo 5

1 Mientras la multitud le apretaba y escuchaba la palabra de Dios, él estaba de pie
junto al lago de Genesaret.

2 Vio dos barcas paradas junto al lago, pero los pescadores habían salido de ellas
y estaban lavando las redes.

3 Entró en una de las barcas, que era la de Simón, y le pidió que se alejara un poco
de la tierra. Se sentó y enseñó a las multitudes desde la barca.

4 Cuando terminó de hablar, le dijo a Simón: «Rema mar adentro y echad las re-
des para pescar».

5 Simón le respondió: «Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pes-
cado nada; pero en tu palabra echaré la red».

6 Cuando hicieron esto, pescaron una gran cantidad de peces, y su red se rompía.

7 Hicieron señas a sus compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarlos.
Vinieron y llenaron las dos barcas, de modo que empezaron a hundirse.

8 Pero Simón Pedro, al verlo, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: «Apártate de
mí, porque soy un hombre pecador, Señor».

9 Porque estaba asombrado, y todos los que estaban con él, de la pesca que ha-
bían hecho;

10 y también Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.
Jesús le dijo a Simón: «No temas. A partir de ahora pescarás hombres».

11 Cuando llevaron sus barcas a tierra, lo dejaron todo y le siguieron.

12 Mientras estaba en una de las ciudades, he aquí que había un hombre lleno de
lepra. Al ver a Jesús, se postró sobre su rostro y le rogó diciendo: «Señor, si quie-
res, puedes limpiarme».

13 Extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Quiero. Queda limpio». Inmediata-
mente la lepra lo abandonó.

14 Le ordenó que no se lo dijera a nadie: «Pero vete y muéstrate al sacerdote, y
ofrece por tu purificación lo que ha mandado Moisés, para que les sirva de
testimonio.»

15 Pero la noticia sobre él se extendió mucho más, y se reunieron grandes multitudes para escuchar y ser curados por él de sus enfermedades.

16 Pero él se retiró al desierto y oró.

17 Uno de esos días, estaba enseñando, y había fariseos y maestros de la ley sentados que habían salido de todas las aldeas de Galilea, Judea y Jerusalén. El poder del Señor estaba con él para curarlos.

18 He aquí que unos hombres trajeron a un paralítico en una camilla, y trataron de traerlo para ponerlo delante de Jesús.

19 Al no encontrar la manera de hacerlo entrar a causa de la multitud, subieron a la azotea y lo hicieron bajar por las tejas con su camilla al centro, ante Jesús.

20 Al ver su fe, le dijo: «Hombre, tus pecados te son perdonados».

21 Los escribas y los fariseos se pusieron a razonar, diciendo: «¿Quién es éste que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?»

22 Pero Jesús, percibiendo sus pensamientos, les respondió: "¿Por qué razonáis así en vuestros corazones?

23 ¿Qué es más fácil decir: 'Tus pecados te son perdonados', o decir: 'Levántate y anda'?

24 Pero para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar los pecados, dijo al paralítico: «Te digo que te levantes, toma tu camilla y vete a tu casa.»

25 Inmediatamente se levantó delante de ellos, tomó lo que tenía puesto y se fue a su casa, glorificando a Dios.

26 El asombro se apoderó de todos, y glorificaron a Dios. Se llenaron de temor, diciendo: «Hoy hemos visto cosas extrañas».

27 Después de estas cosas, salió y vio a un recaudador de impuestos llamado Leví, sentado en la oficina de impuestos, y le dijo: «¡Sígueme!»

28 Lo dejó todo, se levantó y le siguió.

29 Leví hizo una gran fiesta para él en su casa. Había una gran multitud de recaudadores de impuestos y otros que estaban reclinados con ellos.

30 Sus escribas y los fariseos murmuraban contra sus discípulos, diciendo: «¿Por qué coméis y bebéis con los recaudadores de impuestos y los pecadores?»

31 Jesús les respondió: «Los sanos no tienen necesidad de médico, pero los enfermos sí.

32 No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, al arrepentimiento.»

33 Le dijeron: «¿Por qué los discípulos de Juan suelen ayunar y orar, así como los discípulos de los fariseos, pero los tuyos comen y beben?»

34 Les dijo: «¿Podéis hacer ayunar a los amigos del novio mientras el novio está con ellos?

35 Pero vendrán días en que el novio les será quitado. Entonces ayunarán en esos días».

36 También les contó una parábola. "Nadie pone un trozo de una prenda nueva en una prenda vieja, porque si no se romperá la nueva, y además el trozo de la nueva no coincidirá con el de la vieja.

37 Nadie pone vino nuevo en odres viejos, porque el vino nuevo reventaría los odres, se derramaría y los odres se destruirían.

38 Pero el vino nuevo debe ponerse en odres frescos, y ambos se conservan.

39 Nadie que haya bebido vino viejo desea inmediatamente el nuevo, porque dice: 'El viejo es mejor'."

Capítulo 6

1 Y aconteció, que un día de reposo iba por los campos de trigo. Sus discípulos arrancaban las espigas y comían, frotándolas en sus manos.

2 Pero algunos de los fariseos les dijeron: «¿Por qué hacéis lo que no es lícito hacer en día de reposo?»

3 Jesús, respondiéndoles, dijo: «¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre, él y los que estaban con él,

4 cómo entró en la casa de Dios, y tomó y comió los panes de la proposición, y dio también a los que estaban con él, lo que no es lícito comer sino a los sacerdotes solos?»

5 Él les dijo: «El Hijo del Hombre es el señor del sábado».

6 Sucedió también otro sábado que entró en la sinagoga y enseñó. Había allí un hombre que tenía la mano derecha seca.

7 Los escribas y los fariseos le vigilaban para ver si sanaba en sábado, a fin de encontrar una acusación contra él.

8 Pero él conocía sus pensamientos, y dijo al hombre que tenía la mano seca: «Levántate y ponte en medio.» Se levantó y se puso en pie.

9 Entonces Jesús les dijo: «Os voy a preguntar una cosa: ¿Es lícito en sábado hacer el bien, o hacer el mal? ¿Salvar una vida, o matar?»

10 Miró a todos y le dijo al hombre: «Extiende tu mano». Lo hizo, y su mano quedó tan sana como la otra.

11 Pero ellos, llenos de ira, hablaban entre sí sobre lo que podrían hacer a Jesús.

12 En esos días, salió al monte a orar, y pasó toda la noche orando a Dios.

13 Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, y de entre ellos eligió a doce, a los que también llamó apóstoles

14 Simón, al que también llamó Pedro; Andrés, su hermano; Santiago; Juan; Felipe; Bartolomé;

15 Mateo; Tomás; Santiago, hijo de Alfeo; Simón, al que llamaban el Zelote;

16 Judas, hijo de Santiago; y Judas Iscariote, que también se hizo traidor.

17 Bajó con ellos y se puso en un lugar llano, con una multitud de sus discípulos y un gran número de la gente de toda Judea y Jerusalén y de la costa de Tiro y Sidón, que venían a escucharle y a ser curados de sus enfermedades,

18 así como los que estaban turbados por espíritus inmundos; y eran curados.

19 Toda la multitud procuraba tocarle, porque salía de él poder y los sanaba a todos.

20 Levantó los ojos hacia sus discípulos y dijo
"Bienaventurados vosotros los pobres,
porque vuestro es el Reino de Dios.

21 Bienaventurados los que ahora tenéis hambre,
porque seréis saciados.
Bienaventurados los que lloráis ahora,
porque reiréis.

22 Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, y cuando os excluyan y os injurien, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre.

23 Alegraos en ese día y dad saltos de alegría, porque he aquí que vuestra recompensa es grande en el cielo, ya que sus padres hicieron lo mismo con los profetas.

24 "Pero ¡ay de vosotros, los ricos!
Porque ya habéis recibido vuestro consuelo.

25 Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados,
porque tendréis hambre.
Ay de vosotros, los que reís ahora,
porque os lamentaréis y lloraréis.

26 Ay, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros,
porque sus padres hicieron lo mismo con los falsos profetas.

27 "Pero a vosotros que escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian,

28 bendecid a los que os maldicen y orad por los que os maltratan.

29 Al que te golpee en la mejilla, ofrécele también la otra; y al que te quite el manto,
no le quites tampoco la túnica.

30 Da a todo el que te pida, y al que te quite tus bienes no se los reclames.

31 "Como queráis que los hombres hagan con vosotros, haced también vosotros
con ellos.

32 "Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores
aman a los que los aman.

33 Si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los
pecadores hacen lo mismo.

34 Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Incluso los
pecadores prestan a los pecadores, para recibir lo mismo.

35 Pero amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada a cam-
bio; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es
bondadoso con los ingratos y los malos.

36 "Sed, pues, misericordiosos,
así como vuestro Padre es también misericordioso.

37 No juzguéis,
y no seréis juzgados.
No condenéis,
y no seréis condenados.
Perdonad,
y seréis perdonados.

38 «Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosante, os darán en
vuestro regazo. Porque con la misma medida con que midáis, se os volverá a
medir».

39 Les dijo una parábola. "¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos
en un hoyo?

40 El discípulo no está por encima de su maestro, pero todo el que esté completamente instruido será como su maestro.

41 ¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, pero no consideras la viga que está en tu propio ojo?

42 ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: 'Hermano, déjame quitarte la paja que tienes en el ojo', cuando tú mismo no ves la viga que tienes en tu propio ojo? ¡Hipócrita! Primero quita la viga de tu propio ojo, y entonces podrás ver con claridad para quitar la paja que está en el ojo de tu hermano.

43 "Porque no hay árbol bueno que produzca frutos podridos, ni árbol podrido que produzca frutos buenos.

44 Porque cada árbol se conoce por su propio fruto. Pues no se recogen higos de los espinos, ni se vendimian uvas de las zarzas.

45 El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla su boca.

46 "¿Por qué me llamáis 'Señor, Señor' y no hacéis lo que yo digo?

47 Todo el que viene a mí, y escucha mis palabras y las pone en práctica, os mostraré a quién se parece.

48 Es como un hombre que, al construir una casa, cavó hondo y puso los cimientos sobre la roca. Cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no pudo sacudirla, porque estaba fundada sobre la roca.

49 Pero el que oye y no hace, es como un hombre que construyó una casa sobre la tierra sin cimientos, contra la cual el río dio con ímpetu, y enseguida cayó; y la ruina de aquella casa fue grande."

Capítulo 7

1 Cuando terminó de hablar a la gente, entró en Capernaum.

2 El siervo de un centurión, que le era muy querido, estaba enfermo y a punto de morir.

3 Cuando oyó hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, pidiéndole que viniera a sanar a su siervo.

4 Cuando llegaron a Jesús, le rogaron encarecidamente, diciendo: «Es digno de que concedas esto,

5 porque ama a nuestra nación y él mismo nos ha construido la sinagoga.»

6 Jesús fue con ellos. Cuando ya no estaba lejos de la casa, el centurión envió a unos amigos a decirle: "Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo.

7 Por eso ni siquiera me consideré digno de ir a ti; pero di la palabra, y mi criado sanará.

8 Porque también yo soy un hombre puesto bajo autoridad, que tiene bajo su mando soldados. A éste le digo: 'Ve', y va; a otro: 'Ven', y viene; y a mi siervo: 'Haz esto', y lo hace".

9 Cuando Jesús oyó estas cosas, se maravilló de él y, volviéndose, dijo a la multitud que le seguía: «Os digo que ni aun en Israel he hallado una fe tan grande.»

10 Los enviados, al volver a la casa, encontraron sano al siervo que había estado enfermo.

11 Poco después, fue a una ciudad llamada Naín. Muchos de sus discípulos, junto con una gran multitud, iban con él.

12 Cuando se acercó a la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda. La acompañaba mucha gente de la ciudad.

13 Al verla, el Señor se compadeció de ella y le dijo: «No llores».

14 Se acercó y tocó el féretro, y los portadores se detuvieron. Dijo: «Joven, a ti te digo, levántate».

15 El que había estado muerto se incorporó y empezó a hablar. Y Jesús se lo entregó a su madre.

16 El temor se apoderó de todos, y glorificaban a Dios, diciendo: «¡Un gran profeta se ha levantado entre nosotros!» y «¡Dios ha visitado a su pueblo!»

17 Esta noticia acerca de él se difundió por toda Judea y por toda la región circundante.

18 Los discípulos de Juan le contaron todas estas cosas.

19 Juan, llamando a dos de sus discípulos, los envió a Jesús, diciendo: «¿Eres tú el que ha de venir, o esperaremos a otro?»

20 Cuando los hombres llegaron a él, dijeron: "Juan el Bautista nos ha enviado a ti, diciendo: '¿Eres tú el que ha de venir, o esperaremos a otro?'"

21 En aquella misma hora curó a muchos de enfermedades, de plagas y de espíritus malignos; y a muchos ciegos les dio la vista.

22 Jesús les respondió: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena nueva.

23 Y bienaventurado es aquel que no halla tropiezo en mí».

24 Cuando los mensajeros de Juan se marcharon, comenzó a decir a las multitudes acerca de Juan: "¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?

25 Pero, ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con ropas finas? He aquí, los que visten espléndidamente y viven en delicias están en los palacios de los reyes.

26 Pero, ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y mucho más que un profeta.

27 Éste es de quien está escrito:
'He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz,
el cual preparará tu camino delante de ti.'

28 «Os digo que entre los nacidos de mujer no hay mayor profeta que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él.»

29 Todo el pueblo que le oyó, y los recaudadores de impuestos, justificaron a Dios, habiendo sido bautizados con el bautismo de Juan.

30 Pero los fariseos y los intérpretes de la ley rechazaron el propósito de Dios para sí mismos, no habiendo sido bautizados por él.

31 "¿A qué, pues, compararé a los hombres de esta generación? ¿A qué son semejantes?

32 Son semejantes a los niños sentados en la plaza, que se gritan unos a otros y dicen: 'Os tocamos la flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no llorasteis'.

33 Porque vino Juan el Bautista, que no comía pan ni bebía vino, y decís: 'Demonio tiene'.

34 Ha venido el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: 'He aquí un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de recaudadores de impuestos y de pecadores.'

35 Mas la sabiduría es justificada por todos sus hijos".

36 Uno de los fariseos le rogó que comiera con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa.

37 Y he aquí, una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo una redoma de alabastro con perfume.

38 Y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume.

39 Al ver esto, el fariseo que le había invitado se dijo para sí: «Éste, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora.»

40 Jesús le respondió: «Simón, tengo algo que decirte». Él dijo: «Di, Maestro».

41 «Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta.

42 Y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más?»

43 Respondiendo Simón, dijo: «Pienso que aquel a quien perdonó más». Y él le dijo: «Has juzgado rectamente».

44 Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ella ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos.

45 No me diste beso; mas ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies.

46 No ungiste mi cabeza con aceite; mas ella ha ungido con perfume mis pies.

47 Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama».

48 Y a ella le dijo: «Tus pecados te son perdonados».

49 Y los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí: «¿Quién es éste, que también perdona pecados?»

50 Pero él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, ve en paz».

Capítulo 8

1 Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del Reino de Dios, y los doce con él,

2 y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios,

3 Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes.

4 Juntándose una gran multitud, y los que de cada ciudad venían a él, les dijo por parábola:

5 «El sembrador salió a sembrar su semilla; y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, y fue hollada, y las aves del cielo la comieron.

6 Otra parte cayó sobre la roca; y nacida, se secó, porque no tenía humedad.

7 Otra parte cayó entre espinos, y los espinos que nacieron juntamente con ella, la ahogaron.

8 Y otra parte cayó en buena tierra, y nació y llevó fruto a ciento por uno». Hablando estas cosas, decía a gran voz: «El que tiene oídos para oír, oiga».

9 Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: «¿Qué significa esta parábola?»

10 Y él dijo: "A vosotros os es dado conocer los misterios del Reino de Dios; pero a los otros por parábolas, para que 'viendo, no vean, y oyendo, no entiendan'.

11 "Ésta es, pues, la parábola: La semilla es la palabra de Dios.

12 Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven.

13 Los de sobre la roca son los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan.

14 La que cayó entre espinos, éstos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto.

15 Mas la que cayó en buena tierra, éstos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia.

16 «Nadie que enciende una luz la cubre con una vasija, ni la pone debajo de la cama, sino que la pone en un candelero, para que los que entran vean la luz.

17 Porque nada hay oculto, que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de ser conocido, y de salir a luz.

18 Mirad, pues, cómo oís; porque a todo el que tiene, se le dará; y a todo el que no tiene, aun lo que piensa tener se le quitará.»

19 Entonces su madre y sus hermanos vinieron a él; pero no podían llegar hasta él por causa de la multitud.

20 Y se le avisó, diciendo: «Tu madre y tus hermanos están fuera, y quieren verte».

21 Él entonces respondiendo, les dijo: «Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen.»

22 Aconteció un día, que entró en una barca con sus discípulos, y les dijo: «Pasemos al otro lado del lago». Y partieron.

23 Pero mientras navegaban, él se durmió. Y se desencadenó una tempestad de viento en el lago; y se anegaban y peligraban.

24 Y vinieron a él y le despertaron, diciendo: «¡Maestro, Maestro, que perecemos!» Despertando él, reprendió al viento y a las olas; y cesaron, y se hizo bonanza.

25 Y les dijo: «¿Dónde está vuestra fe?» Y atemorizados, se maravillaban, y se decían unos a otros: «¿Quién es éste, que aun a los vientos y a las aguas manda, y le obedecen?»

26 Y arribaron a la tierra de los gadarenos, que está en la ribera opuesta a Galilea.

27 Al llegar él a tierra, vino a su encuentro un hombre de la ciudad, endemoniado desde hacía mucho tiempo; y no vestía ropa, ni moraba en casa, sino en los sepulcros.

28 Éste, al ver a Jesús, lanzó un gran grito, y postrándose a sus pies exclamó a gran voz: «¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes».

29 (Porque mandaba al espíritu inmundo que saliese del hombre, pues hacía mucho tiempo que se había apoderado de él; y le ataban con cadenas y grillos, pero rompiendo las prisiones, era impelido por el demonio a los desiertos.)

30 Y le preguntó Jesús, diciendo: «¿Cómo te llamas?» Y él dijo: «Legión». Porque muchos demonios habían entrado en él.

31 Y le rogaban que no les mandase ir al abismo.

32 Había allí un hato de muchos cerdos que pacían en el monte; y le rogaron que les dejase entrar en ellos; y les dio permiso.

33 Y los demonios, salidos del hombre, entraron en los cerdos; y el hato se precipitó por un despeñadero al lago, y se ahogó.

34 Y los que apacentaban los cerdos, cuando vieron lo que había acontecido, huyeron, y yendo dieron aviso en la ciudad y por los campos.

35 Y salieron a ver lo que había sucedido; y vinieron a Jesús, y hallaron al hombre de quien habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido, y en su cabal juicio; y tuvieron miedo.

36 Y los que lo habían visto, les contaron cómo había sido salvado el endemoniado.

37 Entonces toda la multitud de la región alrededor de los gadarenos le rogó que se marchase de ellos, pues tenían gran temor. Y Jesús, entrando en la barca, se volvió.

38 Y el hombre de quien habían salido los demonios le rogaba que le dejase estar con él; pero Jesús le despidió, diciendo:

39 «Vuélvete a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo.» Y él se fue, publicando por toda la ciudad cuán grandes cosas había hecho Jesús con él.

40 Cuando volvió Jesús, le recibió la multitud con gozo; porque todos le esperaban.

41 Y he aquí, vino un varón llamado Jairo, que era principal de la sinagoga, y postrándose a los pies de Jesús, le rogaba que entrase en su casa;

42 porque tenía una hija única, como de doce años, que se estaba muriendo. Y mientras iba, la multitud le oprimía.

43 Pero una mujer que padecía de flujo de sangre desde hacía doce años, y que había gastado en médicos todo cuanto tenía, y por ninguno había podido ser curada,

44 se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto; y al instante se estancó el flujo de su sangre.

45 Entonces Jesús dijo: «¿Quién es el que me ha tocado?» Y negándolo todos, dijo
Pedro y los que con él estaban: "Maestro, la multitud te aprieta y oprime, y dices:
'¿Quién es el que me ha tocado?'".

46 Pero Jesús dijo: «Alguien me ha tocado; porque yo he conocido que ha salido
poder de mí».

47 Entonces, cuando la mujer vio que no había quedado oculta, vino temblando, y
postrándose a sus pies, le declaró delante de todo el pueblo por qué causa le había
tocado, y cómo al instante había sido sanada.

48 Y él le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz».

49 Estaba hablando aún, cuando vino uno de casa del principal de la sinagoga a
decirle: «Tu hija ha muerto; no molestes más al Maestro».

50 Oyéndolo Jesús, le respondió: «No temas; cree solamente, y será salva».

51 Entrando en la casa, no dejó entrar a nadie consigo, sino a Pedro, a Jacobo, a
Juan, y al padre y a la madre de la niña.

52 Y lloraban todos y hacían lamentación por ella. Pero él dijo: «No lloréis; no
está muerta, sino que duerme».

53 Y se burlaban de él, sabiendo que estaba muerta.

54 Mas él, tomándola de la mano, clamó diciendo: «Muchacha, levántate».

55 Entonces su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó; y él mandó que se le
diese de comer.

56 Y sus padres estaban atónitos; pero Jesús les mandó que a nadie dijesen lo que
había sucedido.

Capítulo 9

1 Convocó a los doce y les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y para
curar enfermedades.

2 Los envió a predicar el Reino de Dios y a curar a los enfermos.

3 Les dijo: «No toméis nada para vuestro viaje: ni bastones, ni alforja, ni pan, ni dinero. Ni tengáis dos túnicas cada uno.

4 En cualquier casa en la que entréis, quedaos allí, y salid de allí.

5 A todos los que no os reciban, cuando salgáis de esa ciudad, sacudid hasta el polvo de vuestros pies como testimonio contra ellos.»

6 Partieron y recorrieron las aldeas, predicando la Buena Nueva y sanando por todas partes.

7 El tetrarca Herodes se enteró de todo lo que había hecho, y se quedó muy perplejo, porque unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos,

8 y otros que Elías había aparecido, y otros que uno de los antiguos profetas había resucitado.

9 Herodes dijo: «Yo decapité a Juan, pero ¿quién es éste del que oigo tales cosas?» Y buscaba verlo.

10 Los apóstoles, al regresar, le contaron lo que habían hecho. Los tomó y se retiró a una región desierta de una ciudad llamada Betsaida.

11 Pero las multitudes, al darse cuenta, le siguieron. Él los acogió, les habló del Reino de Dios y curó a los que necesitaban curación.

12 Empezaba a declinar el día, y los doce se acercaron y le dijeron: «Despide a la multitud para que vaya a las aldeas y campos de los alrededores y se aloje y consiga comida, porque estamos aquí en un lugar desierto.»

13 Pero él les dijo: «Dadles vosotros de comer». Dijeron: «No tenemos más que cinco panes y dos peces, si no vamos a comprar comida para toda esta gente.»

14 Porque eran unos cinco mil hombres. Dijo a sus discípulos: «Haced que se sienten en grupos de unos cincuenta cada uno».

15 Así lo hicieron, y los hizo sentar a todos.

16 Tomó los cinco panes y los dos peces y, mirando al cielo, los bendijo, los partió y los dio a los discípulos para que los pusieran delante de la multitud.

17 Comieron y se saciaron. Recogieron doce cestas con los trozos que habían sobrado.

18 Mientras oraba a solas, los discípulos estaban cerca de él y les preguntó: «¿Quién dicen las multitudes que soy yo?»

19 Ellos respondieron: "Juan el Bautista, pero otros dicen: 'Elías', y otros, que uno de los antiguos profetas ha resucitado".

20 Les dijo: «¿Pero quién decís vosotros que soy yo?». Pedro respondió: «El Cristo de Dios».

21 Pero les advirtió y les ordenó que no contaran esto a nadie,

22 diciendo: «Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y que sea rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y que sea muerto, y al tercer día resucite.»

23 Dijo a todos: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.

24 Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la salvará.

25 Porque ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si se destruye o se pierde a sí mismo?

26 Porque el que se avergüence de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la gloria del Padre y de los santos ángeles.

27 Pero os digo la verdad: hay algunos de los que están aquí que no probarán la muerte hasta que vean el Reino de Dios."

28 Unos ocho días después de estas palabras, tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte a orar.

29 Mientras oraba, el aspecto de su rostro se alteró, y su ropa se volvió blanca y deslumbrante.

30 He aquí que dos hombres hablaban con él, que eran Moisés y Elías,

31 los cuales aparecieron en gloria y hablaron de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén.

32 Pedro y los que estaban con él estaban agobiados por el sueño, pero cuando se despertaron del todo, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él.

33 Cuando se separaban de él, Pedro dijo a Jesús: «Maestro, es bueno que estemos aquí. Hagamos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías», sin saber lo que decía.

34 Mientras decía estas cosas, vino una nube y los cubrió, y tuvieron miedo al entrar en la nube.

35 De la nube salió una voz que decía: «Este es mi Hijo amado. Escuchadle».

36 Cuando llegó la voz, Jesús se encontró solo. Ellos guardaron silencio y no contaron a nadie en aquellos días nada de lo que habían visto.

37 Al día siguiente, cuando bajaron del monte, le salió al encuentro una gran multitud.

38 He aquí que un hombre de la muchedumbre gritó diciendo: “Maestro, te ruego que mires a mi hijo, porque es mi único hijo.

39 He aquí que un espíritu se apodera de él, grita repentinamente y lo convulsiona de tal manera que echa espuma; y apenas se aparta de él, lo hiere gravemente.

40 He rogado a tus discípulos que lo expulsen, y no han podido”.

41 Jesús respondió: «¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros y os soportaré? Traed a vuestro hijo aquí».

42 Mientras se acercaba, el demonio lo arrojó al suelo y lo convulsionó violentamente. Pero Jesús reprendió al espíritu impuro, curó al muchacho y se lo devolvió a su padre.

43 Todos estaban asombrados de la majestad de Dios. Pero mientras todos se maravillaban de todas las cosas que Jesús hacía, dijo a sus discípulos:

44 «Haced que estas palabras penetren en vuestros oídos, porque el Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres.»

45 Pero ellos no entendieron este dicho. Les estaba oculto, para que no lo percibieran, y temían preguntarle sobre este dicho.

46 Se suscitó una discusión entre ellos acerca de cuál de ellos sería el más grande.

47 Jesús, percibiendo el razonamiento de sus corazones, tomó a un niño y lo puso a su lado,

48 y les dijo: «El que recibe a este niño en mi nombre, a mí me recibe. Y el que me recibe a mí, recibe al que me ha enviado. Porque el que es más pequeño entre todos vosotros, éste es el grande».

49 Juan respondió: «Maestro, vimos a alguien que expulsaba demonios en tu nombre, y se lo prohibimos, porque no nos sigue con nosotros.»

50 Jesús le dijo: «No se lo prohibáis, porque el que no está contra nosotros, por nosotros está».

51 Sucedió que, cuando se cumplía el tiempo en que había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén,

52 y envió mensajeros delante de él. Ellos fueron y entraron en una aldea de los samaritanos, para prepararle alojamiento.

53 Pero no le recibieron, porque su rostro era como de quien va a Jerusalén.

54 Al ver esto, sus discípulos, Santiago y Juan, dijeron: «Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma, como hizo Elías?»

55 Pero él se volvió y les reprendió: «Vosotros no sabéis de qué espíritu sois.

56 Porque el Hijo del Hombre no ha venido a destruir las almas de los hombres, sino a salvarlas». Y fueron a otra aldea.

57 Mientras iban por el camino, un hombre le dijo: «Te seguiré adondequiera que vayas, Señor».

58 Jesús le dijo: «Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo tienen nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza».

59 Le dijo a otro: «¡Sígueme!» Pero él dijo: «Señor, permíteme que vaya primero a enterrar a mi padre».

60 Pero Jesús le dijo: «Deja que los muertos entierren a sus muertos, pero tú ve a anunciar el Reino de Dios».

61 Otro también dijo: «Te seguiré, Señor, pero permíteme primero despedirme de los que están en mi casa».

62 Pero Jesús le dijo: «Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.»

Capítulo 10

1 Después de esto, el Señor designó también a otros setenta, y los envió de dos en dos delante de él a todas las ciudades y lugares adonde él había de ir.

2 Y les dijo: "La mies es mucha, pero los obreros son pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies.

3 Id; he aquí que os envío como corderos en medio de lobos.

4 No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias; y no saludéis a nadie por el camino.

5 En cualquier casa en la que entréis, decid primero: 'Paz a esta casa'.

6 Si hay allí un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; pero si no, volverá a vosotros.

7 Quedaos en esa misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den, porque el obrero es digno de su salario. No andéis de casa en casa.

8 En cualquier ciudad en la que entréis y os reciban, comed lo que os pongan delante.

9 Sanad a los enfermos que haya en ella y decidles: 'El Reino de Dios se ha acercado a vosotros'.

10 Pero en cualquier ciudad en la que entréis y no os reciban, salid a sus calles y decid:

11 'Aun el polvo de vuestra ciudad que se ha pegado a nuestros pies, lo sacudimos contra vosotros. Sin embargo, sabed esto: que el Reino de Dios se ha acercado a vosotros'.

12 Os digo que en aquel día será más tolerable para Sodoma que para aquella ciudad.

13 «¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, hace tiempo que se habrían arrepentido, sentadas en cilicio y ceniza.

14 Pero será más tolerable para Tiro y Sidón en el juicio que para vosotras.

15 Y tú, Capernaum, que eres exaltada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida.

16 El que os escucha a vosotros, me escucha a mí; y el que os rechaza a vosotros, me rechaza a mí. Y el que me rechaza a mí, rechaza al que me envió».

17 Los setenta volvieron con alegría, diciendo: «¡Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre!»

18 Les dijo: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo.

19 He aquí que os doy autoridad para pisar serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo; y nada os hará daño.

20 Sin embargo, no os regocijéis de esto, de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos.»

21 En aquella misma hora, Jesús se regocijó en el Espíritu Santo y dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó».

22 Volviéndose a los discípulos, dijo: «Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.»

23 Volviéndose a los discípulos, les dijo en privado: «Bienaventurados los ojos que
ven lo que vosotros veis,

24 porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis,
y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.»

25 He aquí que un intérprete de la ley se levantó y le puso a prueba, diciendo:
«Maestro, ¿haciendo qué heredaré la vida eterna?»

26 Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?»

27 Él, respondiendo, dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con
toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti
mismo».

28 Le dijo: «Has respondido bien; haz esto y vivirás».

29 Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi
prójimo?»

30 Respondiendo Jesús, dijo: "Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó
en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole
medio muerto.

31 Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de
largo.

32 Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo.

33 Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido
a misericordia;

34 y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su
cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él.

35 Otro día, al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: 'Cuída-
mele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese'.

36 ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos
de los ladrones?"

37 Él dijo: «El que usó de misericordia con él». Entonces Jesús le dijo: «Ve, y haz tú lo mismo».

38 Aconteció que, yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa.

39 Ésta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra.

40 Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: «Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude».

41 Respondiendo Jesús, le dijo: «Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas.

42 Pero solo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada».

Capítulo 11

1 Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos.»

2 Y les dijo: "Cuando oréis, decid:
'Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre.
Venga tu Reino.
Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

3 El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

4 Y perdónanos nuestros pecados,
porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben.
Y no nos metas en tentación,
mas líbranos del mal'".

5 Les dijo también: "¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche
y le dice: 'Amigo, préstame tres panes,

6 porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante';

7 y aquel, respondiendo desde adentro, le dice: 'No me molestes; la puerta ya está
cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos'?

8 Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por
su inoportunidad se levantará y le dará todo lo que necesite.

9 "Y yo os digo: Seguid pidiendo, y se os dará; seguid buscando, y hallaréis; seguid
llamando, y se os abrirá.

10 Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le
abrirá.

11 «¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si pes-
cado, en lugar de pescado, le dará una serpiente?

12 ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?

13 Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos,
¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?»

14 Estaba echando fuera un demonio, que era mudo. Y aconteció que salido el de-
monio, el mudo habló; y las multitudes se maravillaron.

15 Pero algunos de ellos decían: «Por Beelzebú, príncipe de los demonios, echa
fuera los demonios.»

16 Otros, para tentarle, le pedían señal del cielo.

17 Mas él, conociendo los pensamientos de ellos, les dijo: "Todo reino dividido
contra sí mismo, es asolado; y una casa dividida contra sí misma, cae.

18 Y si también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá su
reino? Ya que decís que por Beelzebú echo yo fuera los demonios.

19 Pues si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿vuestros hijos por quién los
echan? Por tanto, ellos serán vuestros jueces.

20 Mas si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el Reino de Dios ha llegado a vosotros.

21 "Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que posee.

22 Pero cuando viene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba, y reparte el botín.

23 "El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.

24 Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo; y no hallándolo, dice: 'Volveré a mi casa de donde salí'.

25 Y cuando llega, la halla barrida y adornada.

26 Entonces va, y toma otros siete espíritus peores que él; y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero".

27 Mientras él decía estas cosas, una mujer de entre la multitud levantó la voz y le dijo: «¡Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste!»

28 Y él dijo: «Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan».

29 Y apiñándose las multitudes, comenzó a decir: "Esta generación es mala; demanda señal, pero señal no le será dada, sino la señal de Jonás.

30 Porque así como Jonás fue señal a los ninivitas, también lo será el Hijo del Hombre a esta generación.

31 La reina del Sur se levantará en el juicio con los hombres de esta generación, y los condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón en este lugar.

32 Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque a la predicación de Jonás se arrepintieron, y he aquí más que Jonás en este lugar.

33 «Nadie pone en oculto la luz encendida, ni debajo del almud, sino en el candelero, para que los que entran vean la luz.

34 La lámpara del cuerpo es el ojo; cuando tu ojo es bueno, también todo tu
cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en
tinieblas.

35 Mira pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas.

36 Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguna de tinie-
blas, será todo luminoso, como cuando una lámpara te alumbra con su
resplandor.»

37 Luego que hubo hablado, le rogó un fariseo que comiese con él; y entrando Je-
sús en la casa, se sentó a la mesa.

38 El fariseo, cuando lo vio, se extrañó de que no se hubiese lavado antes de
comer.

39 Pero el Señor le dijo: «Ahora bien, vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del
vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad.

40 Necios, ¿el que hizo lo de fuera, no hizo también lo de adentro?

41 Pero dad limosna de lo que tenéis, y entonces todo os será limpio.

42 Mas ¡ay de vosotros, fariseos! Que diezmáis la menta, y la ruda, y toda horta-
liza, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios. Esto os era necesario hacer, sin
dejar aquello.

43 ¡Ay de vosotros, fariseos! Que amáis las primeras sillas en las sinagogas, y las
salutaciones en las plazas.

44 ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Que sois como sepulcros que
no se ven, y los hombres que andan por encima no lo saben».

45 Respondiendo uno de los intérpretes de la ley, le dijo: «Maestro, cuando dices
esto, también nos afrentas a nosotros».

46 Y él dijo: “¡Ay de vosotros también, intérpretes de la ley! Porque cargáis a los
hombres con cargas que no pueden llevar, pero vosotros ni aun con un dedo to-
cáis las cargas.

47 ¡Ay de vosotros, que edificáis los sepulcros de los profetas a quienes mataron vuestros padres!

48 De modo que sois testigos y consentidores de los hechos de vuestros padres; porque a la verdad ellos los mataron, y vosotros edificáis sus sepulcros.

49 Por eso la sabiduría de Dios también dijo: 'Les enviaré profetas y apóstoles; y de ellos, a unos matarán y a otros perseguirán',

50 para que se demande de esta generación la sangre de todos los profetas que se ha derramado desde la fundación del mundo,

51 desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que murió entre el altar y el templo; sí, os digo que será demandada de esta generación.

52 ¡Ay de vosotros, intérpretes de la ley! Porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis".

53 Diciéndoles él estas cosas, los escribas y los fariseos comenzaron a estrecharle en gran manera, y a provocarle a que hablase de muchas cosas;

54 acechándole, y procurando cazar alguna palabra de su boca para acusarle.

Capítulo 12

1 En esto, juntándose por millares la multitud, tanto que unos a otros se atropellaban, comenzó a decir a sus discípulos, primeramente: "Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.

2 Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse.

3 Por tanto, todo lo que habéis dicho en tinieblas, a la luz se oirá; y lo que habéis hablado al oído en los aposentos, se proclamará en las azoteas.

4 "Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer.

5 Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en la Gehena. Sí, os digo, a éste temed.

6 "¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? Con todo, ni uno de ellos está olvidado delante de Dios.

7 Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos.

8 «Os digo que todo aquel que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios;

9 mas el que me negare delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios.

10 A todo aquel que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado.

11 Cuando os trajeren a las sinagogas, y ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis por cómo o qué habréis de responder, o qué habréis de decir;

12 porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debáis decir.»

13 Le dijo uno de la multitud: «Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia».

14 Mas él le dijo: «Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor?»

15 Y les dijo: «Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.»

16 También les refirió una parábola, diciendo: "La heredad de un hombre rico había producido mucho.

17 Y él pensaba dentro de sí, diciendo: '¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos?'

18 Y dijo: 'Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes;

19 y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate'.

20 "Pero Dios le dijo: 'Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?'

21 Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios."

22 Dijo luego a sus discípulos: "Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por el cuerpo, qué vestiréis.

23 La vida es más que la comida, y el cuerpo que el vestido.

24 Considerad los cuervos, que ni siembran, ni siegan; que ni tienen despensa, ni granero, y Dios los alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que las aves?

25 ¿Y quién de vosotros podrá con afanarse añadir a su estatura un codo?

26 Pues si no podéis hacer ni aun lo que es menos, ¿por qué os afanáis por lo demás?

27 Considerad los lirios, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; mas os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos.

28 Y si así viste Dios la hierba que hoy está en el campo, y mañana es echada al horno, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?

29 "Vosotros, pues, no busquéis qué habéis de comer, ni qué habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud.

30 Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo; pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas.

31 Mas buscad el Reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas.

32 "No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino.

33 Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye.

34 Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

35 «Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas;

36 y sed vosotros semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida.

37 Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles.

38 Y aunque venga a la segunda vigilia, y aunque venga a la tercera vigilia, si los hallare así, bienaventurados son aquellos siervos.

39 Pero sabed esto, que si supiese el padre de familia a qué hora el ladrón había de venir, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa.

40 Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá.»

41 Entonces Pedro le dijo: «Señor, ¿dices esta parábola a nosotros, o también a todos?»

42 Y dijo el Señor: "¿Quién es el mayordomo fiel y prudente al cual su señor pondrá sobre su casa, para que a tiempo les dé su ración?

43 Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así.

44 En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes.

45 Mas si aquel siervo dijere en su corazón: 'Mi señor tarda en venir'; y comenzare a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y a beber y a embriagarse,

46 vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y le castigará duramente, y le pondrá con los infieles.

47 Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes.

48 Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá.

49 «Fuego vine a echar en la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido?

50 De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!

51 ¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión.

52 Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres.

53 Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra.»

54 Decía también a la multitud: "Cuando veis la nube que sale del poniente, luego decís: 'Agua viene'; y así sucede.

55 Y cuando sopla el viento del sur, decís: 'Hará calor'; y lo hace.

56 ¡Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra; ¿y cómo no distinguís este tiempo?

57 «¿Y por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?

58 Cuando vayas con tu adversario al magistrado, procura en el camino arreglarte con él, no sea que te arrastre al juez, y el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel.

59 Te digo que no saldrás de allí, hasta que hayas pagado aun el último céntimo.»

Capítulo 13

1 Al mismo tiempo estaban presentes algunos que le hablaron de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con sus sacrificios.

2 Jesús les contestó: «¿Pensáis que estos galileos eran peores pecadores que todos los demás galileos, por haber sufrido tales cosas?

3 Os digo que no; pero si no os arrepentís, todos pereceréis de la misma manera.

4 O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre en Siloé y los mató: ¿pensáis que eran peores pecadores que todos los hombres que habitan en Jerusalén?

5 Os digo que no; sino que, si no os arrepentís, todos pereceréis de la misma manera.»

6 Dijo esta parábola: "Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella y no lo encontró.

7 Y dijo al viñador: 'Mira, estos tres años he venido a buscar fruto en esta higuera, y no lo he encontrado. Córtala. ¿Por qué ha de inutilizar también la tierra?'

8 El viñador respondió: 'Señor, déjala también este año, hasta que cave alrededor y la abone.

9 Si da fruto, bien; pero si no, después puedes cortarla'".

10 Estaba enseñando en una de las sinagogas en el día de reposo.

11 He aquí que había una mujer que tenía un espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años. Estaba encorvada y en ninguna manera podía enderezarse.

12 Al verla, Jesús la llamó y le dijo: «Mujer, quedas libre de tu enfermedad».

13 Le impuso las manos, y al instante ella se enderezó y glorificaba a Dios.

14 El jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús había curado en sábado, dijo a la multitud: «Hay seis días en los que se debe trabajar. Venid, pues, en esos días y sed curados, y no en el día de reposo».

15 Por eso el Señor le respondió: «¡Hipócritas! ¿No desata cada uno de vosotros a su buey o a su asno del pesebre en sábado, y lo lleva a beber?

16 Y a esta mujer, que es hija de Abraham y que Satanás ha tenido atada durante dieciocho largos años, ¿no se la debía desatar de esta ligadura en el día de reposo?»

17 Al decir estas cosas, todos sus adversarios quedaron avergonzados, y toda la multitud se alegraba por todas las cosas gloriosas que él hacía.

18 Dijo: «¿A qué es semejante el Reino de Dios? ¿Con qué lo compararé?

19 Es como un grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su huerto. Creció y se convirtió en un gran árbol, y las aves del cielo anidaron en sus ramas».

20 Y volvió a decir: «¿A qué compararé el Reino de Dios?

21 Es como la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudado.»

22 Siguió su camino por ciudades y aldeas, enseñando, y viajando hacia Jerusalén.

23 Uno le dijo: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?» Les dijo:

24 "Procurad entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán.

25 Cuando el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, y empecéis a quedaros fuera y a llamar a la puerta, diciendo: 'Señor, Señor, ábrenos', entonces él os responderá y dirá: 'No sé de dónde sois'.

26 Entonces comenzaréis a decir: 'Comimos y bebimos en tu presencia, y enseñaste en nuestras plazas.'

27 Él dirá: 'Os digo que no sé de dónde sois. Apartaos de mí, todos los obradores de iniquidad'.

28 Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, y a vosotros mismos echados fuera.

29 Vendrán del este, del oeste, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios.

30 Y he aquí, hay últimos que serán primeros, y hay primeros que serán últimos."

31 Aquel mismo día llegaron unos fariseos y le dijeron: «Sal de aquí y vete, porque Herodes quiere matarte».

32 Les dijo: "Id y decidle a esa zorra: 'He aquí que hoy y mañana expulso demonios y hago curaciones, y al tercer día termino mi obra'.

33 Sin embargo, debo seguir mi camino hoy, mañana y al día siguiente, pues no puede ser que un profeta perezca fuera de Jerusalén.

34 "¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no quisisteis!

35 He aquí que vuestra casa os es dejada desierta. Y os digo que no me veréis hasta que llegue el tiempo en que digáis: '¡Bendito el que viene en nombre del Señor!'".

Capítulo 14

1 Aconteció un sábado, al entrar él en casa de uno de los jefes de los fariseos para comer pan, que ellos le acechaban.

2 Y he aquí que un hombre hidrópico estaba delante de él.

3 Respondiendo Jesús, habló a los intérpretes de la ley y a los fariseos, diciendo: «¿Es lícito sanar en sábado?»

4 Pero ellos callaron. Entonces él lo tomó, lo sanó y lo despidió.

5 Y dirigiéndose a ellos, dijo: «¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en un pozo, no lo saca inmediatamente en un día de reposo?»

6 Y no pudieron replicarle a estas cosas.

7 Observando cómo los invitados escogían los primeros asientos a la mesa, les refirió una parábola, diciéndoles:

8 "Cuando seas invitado por alguno a unas bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté invitado por él,

9 y viniendo el que te invitó a ti y a él, te diga: 'Da lugar a éste'; y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar.

10 Mas cuando seas invitado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te invitó, te diga: 'Amigo, sube más arriba'. Entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa.

11 Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido".

12 Dijo también al que le había invitado: «Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a invitar, y te sea recompensado.

13 Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos;

14 y serás bienaventurado, porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos».

15 Oyendo esto uno de los que estaban sentados con él a la mesa, le dijo: «¡Bienaventurado el que coma pan en el Reino de Dios!»

16 Entonces él le dijo: "Un hombre hizo una gran cena, e invitó a muchos.

17 Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los invitados: 'Venid, que ya todo está preparado'.

18 Y todos a una comenzaron a excusarse. "El primero dijo: 'He comprado una hacienda, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses'.

19 "Otro dijo: 'He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me excuses'.

20 "Y otro dijo: 'Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir'.

21 "Vuelto el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces enojado el padre de familia, dijo a su siervo: 'Ve pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos'.

22 "Y dijo el siervo: 'Señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar'.

23 "Dijo el señor al siervo: 'Ve por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa.

24 Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron invitados gustará mi cena'".

25 Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo:

26 "Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.

27 Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.

28 Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla?

29 No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él,

30 diciendo: 'Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar'.

31 ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil?

32 Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz.

33 Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

34 «Buena es la sal; mas si la sal se hace insípida, ¿con qué se sazonará?

35 Ni para la tierra ni para el muladar es útil; la arrojan fuera. El que tiene oídos para oír, oiga».

Capítulo 15

1 Se acercaban a Jesús todos los recaudadores de impuestos y los pecadores para oírle.

2 Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Éste a los pecadores recibe, y con ellos come».

3 Entonces él les refirió esta parábola, diciendo:

4 "¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla?

5 Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso;

6 y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: 'Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido'.

7 Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.

8 "¿O qué mujer que tiene diez monedas de dracma, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla?

9 Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: 'Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido'.

10 Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente."

11 También dijo: "Un hombre tenía dos hijos;

12 y el menor de ellos dijo a su padre: 'Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde'. Y les repartió los bienes.

13 No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente.

14 Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle.

15 Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos.

16 Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba.

17 Y volviendo en sí, dijo: '¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!

18 Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.

19 Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros'.

20 "Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó.

21 Y el hijo le dijo: 'Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo'.

22 "Pero el padre dijo a sus siervos: 'Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies.

23 Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta;

24 porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado'. Y comenzaron a regocijarse.

25 "Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino, y llegó cerca de la casa, oyó la música y las danzas;

26 y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello.

27 Él le dijo: 'Tu hermano ha venido; y tu padre ha matado el becerro gordo, por haberle recibido bueno y sano'.

28 Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase.

29 Mas él, respondiendo, dijo al padre: 'He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos.

30 Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con rameras, has matado para él el becerro gordo'.

31 "Él entonces le dijo: 'Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas.

32 Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado'".

Capítulo 16

1 Dijo también a sus discípulos: "Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fue acusado ante él como disipador de sus bienes.

2 Entonces le llamó, y le dijo: '¿Qué es esto que oigo de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mayordomo'.

3 "Entonces el mayordomo dijo para sí: '¿Qué haré? Porque mi señor me quita la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza.

4 Ya sé lo que haré para que cuando se me quite de la mayordomía, me reciban en sus casas'.

5 Y llamando a cada uno de los deudores de su señor, dijo al primero: '¿Cuánto debes a mi señor?'

6 Él dijo: 'Cien batos de aceite'. Y le dijo: 'Toma tu recibo, siéntate pronto, y escribe cincuenta'.

7 Después dijo a otro: 'Y tú, ¿cuánto debes?' Y él dijo: 'Cien coros de trigo'. Él le dijo: 'Toma tu cuenta, y escribe ochenta'.

8 «Y alabó el señor al mayordomo malo por haber hecho sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz.

9 Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas.

10 El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.

11 Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?

12 Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?

13 Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas».

14 Oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él.

15 Entonces les dijo: "Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.

16 "La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el Reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él.

17 Pero más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se frustre una tilde de la ley.

18 "Todo el que repudia a su mujer, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada del marido, adultera.

19 "Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez.

20 Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas,

21 y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas.

22 Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado.

23 Y en el Hades, alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno.

24 Entonces él, dando voces, dijo: 'Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía
a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; por-
que estoy atormentado en esta llama'.

25 "Pero Abraham le dijo: 'Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y
Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado.

26 Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de
manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar
acá'.

27 "Entonces le dijo: 'Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre,

28 porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan
ellos también a este lugar de tormento'.

29 "Y Abraham le dijo: 'A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos'.

30 "Él entonces dijo: 'No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los
muertos, se arrepentirán'.

31 "Mas Abraham le dijo: 'Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se per-
suadirán aunque alguno se levantare de los muertos'".

Capítulo 17

1 Dijo a los discípulos: "Es imposible que no vengan ocasiones de tropiezo, pero
¡ay de aquel por quien vienen!

2 Más le valdría que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al
mar, que hacer tropezar a uno de estos pequeños.

3 Tened cuidado. Si tu hermano peca contra ti, repréndelo. Si se arrepiente,
perdónalo.

4 Si peca contra ti siete veces en el día, y siete veces vuelve diciendo: 'Me arre-
piento', le perdonarás."

5 Los apóstoles dijeron al Señor: «Aumenta nuestra fe».

6 El Señor dijo: "Si tuvierais fe como un grano de mostaza, le diríais a este sicómoro: 'Arráncate y plántate en el mar', y os obedecería.

7 Pero, ¿quién de vosotros que tenga un siervo arando o guardando ovejas, le dirá al llegar del campo: 'Ven enseguida y siéntate a la mesa'?

8 ¿No le dirá más bien: 'Prepara mi cena, cíñete y sírveme mientras como y bebo; y después comerás y beberás tú'?

9 ¿Acaso le da las gracias a ese siervo porque hizo lo que se le ordenó? Pienso que no.

10 Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: 'Somos siervos inútiles. Hemos cumplido con nuestro deber'".

11 Cuando se dirigía a Jerusalén, pasaba por los límites de Samaria y Galilea.

12 Al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres que eran leprosos y que se pararon a distancia.

13 Levantaron la voz diciendo: «¡Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros!».

14 Al verlos, les dijo: «Id y mostraos a los sacerdotes». Y sucedió que mientras iban, quedaron limpios.

15 Uno de ellos, al ver que estaba sanado, se volvió glorificando a Dios a gran voz.

16 Se postró sobre su rostro a los pies de Jesús dándole gracias; y éste era samaritano.

17 Jesús respondió: «¿No quedaron limpios los diez? Pero, ¿dónde están los nueve?

18 ¿No hubo quien volviera a dar gloria a Dios, sino este extranjero?»

19 Entonces le dijo: «Levántate y vete. Tu fe te ha salvado».

20 Cuando los fariseos le preguntaron cuándo vendría el Reino de Dios, les contestó: "El Reino de Dios no viene con advertencia;

21 ni dirán: '¡Helo aquí!' o '¡Helo allí!', porque he aquí que el Reino de Dios está entre vosotros."

22 Dijo a los discípulos: "Vendrán días en que desearéis ver uno de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis.

23 Os dirán: '¡Helo aquí!' o '¡Helo allí!'. No vayáis ni los sigáis,

24 porque como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del Hombre en su día.

25 Pero primero es necesario que padezca muchas cosas y sea rechazado por esta generación.

26 Como fue en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del Hombre.

27 Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos.

28 Asimismo, como sucedió en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban y edificaban;

29 pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los destruyó a todos.

30 Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste.

31 En aquel día, el que esté en la azotea y sus bienes en la casa, que no baje a tomarlos. Y el que esté en el campo, asimismo no vuelva atrás.

32 ¡Acordaos de la mujer de Lot!

33 Todo el que procure salvar su vida, la perderá; y todo el que la pierda, la salvará.

34 Os digo que en aquella noche estarán dos en una cama; el uno será tomado y el otro será dejado.

35 Dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada y la otra será dejada".

37 Y respondiendo, le dijeron: «¿Dónde, Señor?». Él les dijo: «Donde esté el cuerpo, allí se juntarán también los buitres».

Capítulo 18

1 También les refirió una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar,

2 diciendo: "Había en una ciudad un juez que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres.

3 Había también en aquella ciudad una viuda que acudía a él diciendo: 'Hazme justicia de mi adversario'.

4 Él no quiso por algún tiempo; pero después se dijo a sí mismo: 'Aunque ni temo a Dios ni respeto a los hombres,

5 sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo me agote la paciencia.'"

6 Y dijo el Señor: «Oíd lo que dijo el juez injusto.

7 ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles?

8 Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?»

9 A unos que confiaban en sí mismos como justos y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola:

10 "Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo y el otro publicano.

11 El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: 'Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano;

12 ayuno dos veces a la semana, y doy el diezmo de todo lo que gano'.

13 Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: '¡Dios, sé propicio a mí, pecador!'.

14 Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido."

15 Traían a él también los niños pequeños para que los tocara. Al verlo los discípulos, los reprendían.

16 Pero Jesús los llamó, diciendo: «Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis, porque de los tales es el Reino de Dios.

17 En verdad os digo que el que no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él.»

18 Un hombre principal le preguntó, diciendo: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?»

19 Jesús le dijo: "¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino solo Dios.

20 Los mandamientos sabes: 'No cometerás adulterio', 'No matarás', 'No hurtarás', 'No dirás falso testimonio', 'Honra a tu padre y a tu madre'."

21 Él dijo: «Todo esto lo he guardado desde mi juventud».

22 Al oír esto, Jesús le dijo: «Aún te falta una cosa. Vende todo lo que tienes y repártelo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme».

23 Entonces él, oyendo esto, se entristeció mucho, porque era muy rico.

24 Al ver Jesús que se había entristecido mucho, dijo: «¡Cuán difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas!

25 Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el Reino de Dios.»

26 Y los que oyeron esto dijeron: «¿Quién, pues, podrá ser salvo?».

27 Él les dijo: «Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios».

28 Entonces Pedro dijo: «He aquí, nosotros hemos dejado nuestras posesiones y te hemos seguido».

29 Y él les dijo: «De cierto os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el Reino de Dios,

30 que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna.»

31 Tomando Jesús a los doce, les dijo: «He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre.

32 Pues será entregado a los gentiles, y será escarnecido, injuriado y escupido.

33 Y después de azotarle, le matarán; mas al tercer día resucitará».

34 Pero ellos nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía.

35 Aconteció que acercándose él a Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino mendigando;

36 y al oír a la multitud que pasaba, preguntó qué era aquello.

37 Y le dijeron que pasaba Jesús nazareno.

38 Entonces dio voces, diciendo: «¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!».

39 Y los que iban delante le reprendían para que callase; pero él clamaba aún más: «¡Hijo de David, ten misericordia de mí!»

40 Jesús entonces, deteniéndose, mandó traerle a su presencia; y cuando llegó, le preguntó,

41 diciendo: «¿Qué quieres que te haga?». Y él dijo: «Señor, que reciba la vista».

42 Jesús le dijo: «Recíbela, tu fe te ha salvado».

43 Y luego vio, y le seguía, glorificando a Dios; y todo el pueblo, cuando vio aquello, dio alabanza a Dios.

Capítulo 19

1 Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad.

2 Y sucedió que un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos, y rico,

3 procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura.

4 Y corriendo delante, subió a un árbol sicómoro para verle; porque había de pasar por allí.

5 Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: «Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa.»

6 Entonces él descendió aprisa, y le recibió gozoso.

7 Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador.

8 Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: «He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado».

9 Jesús le dijo: «Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham.

10 Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido».

11 Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el Reino de Dios se manifestaría inmediatamente.

12 Dijo, pues: “Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver.

13 Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: ‘Negociad entre tanto que vengo’.

14 Pero sus conciudadanos le aborrecían, y enviaron una embajada tras él, diciendo: 'No queremos que éste reine sobre nosotros.'

15 "Aconteció que vuelto él, después de recibir el reino, mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno.

16 Vino el primero, diciendo: 'Señor, tu mina ha ganado diez minas'.

17 "Él le dijo: 'Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades'.

18 "Vino otro, diciendo: 'Señor, tu mina ha producido cinco minas'.

19 "Y también a éste dijo: 'Tú también sé sobre cinco ciudades'.

20 "Vino otro, diciendo: 'Señor, aquí está tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo;

21 porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo, que tomas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste'.

22 "Entonces él le dijo: 'Mal siervo, por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo era hombre severo, que tomo lo que no puse, y que siego lo que no sembré;

23 ¿por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco, para que al volver yo, lo hubiera recibido con los intereses?'

24 Y dijo a los que estaban presentes: 'Quitadle la mina, y dadla al que tiene las diez minas'.

25 "Ellos le dijeron: 'Señor, tiene diez minas'.

26 'Pues yo os digo que a todo el que tiene, se le dará; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.

27 Y también a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y decapitadlos delante de mí.'"

28 Dicho esto, iba delante subiendo a Jerusalén.

29 Y aconteció que llegando cerca de Betfagé y de Betania, al monte que se llama de los Olivos, envió dos de sus discípulos,

30 diciendo: "Id a la aldea de enfrente, y al entrar en ella hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado jamás; desatadlo, y traedlo.

31 Y si alguien os preguntare: '¿Por qué lo desatáis?', le responderéis así: 'Porque el Señor lo necesita'."

32 Fueron los que habían sido enviados, y hallaron como les dijo.

33 Y cuando desataban el pollino, sus dueños les dijeron: «¿Por qué desatáis el pollino?».

34 Ellos dijeron: «Porque el Señor lo necesita».

35 Y lo trajeron a Jesús; y habiendo echado sus mantos sobre el pollino, subieron a Jesús encima.

36 Y a medida que él iba avanzando, tendían sus mantos por el camino.

37 Cuando llegaban ya cerca de la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, gozándose, comenzó a alabar a Dios a grandes voces por todas las maravillas que habían visto,

38 diciendo: «¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor! Paz en el cielo, y gloria en las alturas».

39 Entonces algunos de los fariseos de entre la multitud le dijeron: «Maestro, reprende a tus discípulos».

40 Él, respondiendo, les dijo: «Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían».

41 Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella,

42 diciendo: «¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto a tus ojos.

43 Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán,

44 y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación».

45 Y entrando en el templo, comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él,

46 diciéndoles: "Escrito está: 'Mi casa es casa de oración', mas vosotros la habéis hecho 'cueva de ladrones'."

47 Y enseñaba cada día en el templo; pero los principales sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo procuraban matarle.

48 Y no hallaban nada que pudieran hacerle, porque todo el pueblo estaba suspenso oyéndole.

Capítulo 20

1 Sucedió un día, que enseñando Jesús al pueblo en el templo, y anunciando el evangelio, llegaron los sacerdotes y los escribas, con los ancianos,

2 y le hablaron diciendo: «Dinos: ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿o quién es el que te ha dado esta autoridad?»

3 Respondiendo él, les dijo: «Os haré yo también una pregunta; respondedme:

4 El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres?»

5 Entonces ellos discutían entre sí, diciendo: "Si decimos, 'del cielo', dirá: '¿Por qué, pues, no le creísteis?'

6 Y si decimos, 'de los hombres', todo el pueblo nos apedreará; porque están persuadidos de que Juan era profeta."

7 Y respondieron que no sabían de dónde era.

8 Entonces Jesús les dijo: «Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas».

9 Comenzó luego a decir al pueblo esta parábola: "Un hombre plantó una viña, la arrendó a unos labradores, y se ausentó por mucho tiempo.

10 Y a su tiempo envió un siervo a los labradores, para que le diesen del fruto de la viña; pero los labradores le golpearon, y le enviaron con las manos vacías.

11 Volvió a enviar otro siervo; mas ellos a éste también, golpeado y afrentado, le enviaron con las manos vacías.

12 Volvió a enviar un tercer siervo; mas ellos también a éste echaron fuera, herido.

13 Entonces el señor de la viña dijo: '¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizás cuando le vean a él, le tendrán respeto'.

14 "Mas los labradores, al verle, discutían entre sí, diciendo: 'Éste es el heredero; venid, matémosle, para que la heredad sea nuestra'.

15 Y le echaron fuera de la viña, y le mataron. ¿Qué, pues, les hará el señor de la viña?

16 Vendrá y destruirá a estos labradores, y dará su viña a otros". Cuando ellos oyeron esto, dijeron: «¡Dios nos libre!».

17 Pero él, mirándolos, dijo: «¿Qué, pues, es lo que está escrito:
La piedra que desecharon los edificadores
ha venido a ser cabeza del ángulo?

18 Todo el que cayere sobre aquella piedra, será quebrantado;
mas sobre quien ella cayere, le desmenuzará».

19 Y los principales sacerdotes y los escribas procuraban echarle mano en aquella misma hora, porque comprendieron que contra ellos había dicho esta parábola; pero temieron al pueblo.

20 Y acechándole, enviaron espías que se simulasen justos, a fin de sorprenderle en alguna palabra, para entregarle al poder y autoridad del gobernador.

21 Y le preguntaron, diciendo: «Maestro, sabemos que dices y enseñas rectamente, y que no haces acepción de personas, sino que enseñas el camino de Dios con verdad.

22 ¿Nos es lícito dar tributo a César, o no?»

23 Mas él, comprendiendo la astucia de ellos, les dijo: «¿Por qué me tentáis?

24 Mostradme un denario. ¿De quién tiene la imagen y la inscripción?» Y respondiendo dijeron: «De César».

25 Entonces les dijo: «Pues dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios».

26 Y no pudieron sorprenderle en palabra alguna delante del pueblo, sino que maravillados de su respuesta, callaron.

27 Llegando entonces algunos de los saduceos, los cuales niegan haber resurrección, le preguntaron,

28 diciendo: «Maestro, Moisés nos escribió: Si el hermano de alguno muriere teniendo mujer, y no dejare hijos, que su hermano se case con ella, y levante descendencia a su hermano.

29 Hubo, pues, siete hermanos; y el primero tomó esposa, y murió sin hijos.

30 Y la tomó el segundo, el cual también murió sin hijos.

31 La tomó el tercero, y asimismo todos los siete, y murieron sin dejar descendencia.

32 Finalmente murió también la mujer.

33 En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos será mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer?»

34 Entonces respondiendo Jesús, les dijo: “Los hijos de este siglo se casan, y se dan en casamiento;

35 mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento.

36 Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección.

37 Pero en cuanto a que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, 'Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob'.

38 Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven."

39 Respondiéndole algunos de los escribas, dijeron: «Maestro, bien has dicho».

40 Y no osaron preguntarle nada más.

41 Entonces él les dijo: "¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David?

42 Pues el mismo David dice en el libro de los Salmos:
'Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi diestra,

43 hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies'.

44 «David, pues, le llama Señor; ¿cómo entonces es su hijo?»

45 Y oyéndole todo el pueblo, dijo a sus discípulos:

46 «Guardaos de los escribas, a quienes les gusta pasearse con ropas largas, y aman las salutaciones en las plazas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas;

47 que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones; éstos recibirán mayor condenación».

Capítulo 21

1 Levantó la vista y vio a los ricos que echaban sus donativos en el tesoro.

2 Vio a una viuda pobre que echaba dos moneditas de bronce.

3 Y dijo: «En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos ellos,

4 porque todos estos echan dones para Dios de su abundancia, pero ella, de su pobreza, echó todo lo que tenía para vivir.»

5 Mientras algunos hablaban del templo y de cómo estaba decorado con hermosas piedras y ofrendas, dijo:

6 «En cuanto a estas cosas que veis, vendrán días en que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada.»

7 Le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo ocurrirán estas cosas? ¿Cuál es la señal de que estas cosas van a suceder?»

8 Dijo: "Mirad que no seáis engañados, porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: 'Yo soy', y 'El tiempo está cerca'. Por tanto, no los sigáis.

9 Cuando oigáis hablar de guerras y disturbios, no os asustéis, porque es necesario que estas cosas sucedan primero, pero el fin no llegará inmediatamente."

10 Entonces les dijo: "Se levantará nación contra nación, y reino contra reino.

11 Habrá grandes terremotos, hambres y plagas en varios lugares. Habrá terrores y grandes señales del cielo.

12 Pero antes de todas estas cosas, os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, llevándoos ante los reyes y los gobernadores por causa de mi nombre.

13 Esto os servirá de testimonio.

14 Por tanto, proponed en vuestros corazones no pensar de antemano cómo responderéis,

15 porque yo os daré una boca y una sabiduría que todos vuestros adversarios no podrán resistir ni contradecir.

16 Seréis entregados incluso por padres, hermanos, parientes y amigos. Harán que algunos de vosotros sean condenados a muerte.

17 Seréis odiados por todos los hombres por causa de mi nombre.

18 Pero no perecerá ni un pelo de vuestra cabeza.

19 "Con vuestra perseverancia ganaréis vuestras almas.

20 “Pero cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed que su desolación está cerca.

21 Entonces que los que estén en Judea huyan a los montes. Que los que están en medio de ella se vayan. Que no entren en ella los que están en los campos.

22 Porque estos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas.

23 ¡Ay de las embarazadas y de las que crían en aquellos días! Porque habrá gran angustia en la tierra e ira sobre este pueblo.

24 Caerán a filo de espada y serán llevados cautivos a todas las naciones. Jerusalén será hollada por los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles.

25 «Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra, angustia de las naciones, perplejas por el bramido del mar y de las olas;

26 desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán al mundo, porque las potencias de los cielos serán conmovidas.

27 Entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube con poder y gran gloria.

28 Pero cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.»

29 Les contó una parábola: “Mirad la higuera y todos los árboles.

30 Cuando ya brotan, viéndolo, sabéis por vosotros mismos que el verano ya está cerca.

31 Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que el Reino de Dios está cerca.

32 De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todo se haya cumplido.

33 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

34 «Así que tened cuidado de vosotros mismos, no sea que vuestros corazones se carguen de glotonería, embriaguez y de los afanes de esta vida, y aquel día venga sobre vosotros de repente.

35 Porque vendrá como un lazo sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra.

36 Velad, pues, en todo tiempo, orando para que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que han de suceder, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre.»

37 Y enseñaba de día en el templo; pero de noche salía y se alojaba en el monte que se llama de los Olivos.

38 Y todo el pueblo venía a él por la mañana para oírle en el templo.

Capítulo 22

1 Estaba cerca la fiesta de los panes sin levadura, que se llama la Pascua.

2 Y los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo matarle, porque temían al pueblo.

3 Y entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era del número de los doce;

4 y fue y habló con los principales sacerdotes, y con los jefes de la guardia, de cómo se lo entregaría.

5 Ellos se alegraron, y convinieron en darle dinero.

6 Y él se comprometió, y buscaba una oportunidad para entregárselo a espaldas de la multitud.

7 Llegó el día de los panes sin levadura, en el cual era necesario sacrificar el cordero de la Pascua.

8 Y Jesús envió a Pedro y a Juan, diciendo: «Id y preparadnos la Pascua para que la comamos.»

9 Ellos le dijeron: «¿Dónde quieres que la preparemos?»

10 Él les dijo: "Mirad, al entrar en la ciudad os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa donde entre,

11 y decid al padre de familia de esa casa: 'El Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la Pascua con mis discípulos?'.

12 Entonces él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto; preparad allí".

13 Fueron, pues, y hallaron como les había dicho; y prepararon la Pascua.

14 Cuando era la hora, se sentó a la mesa, y con él los doce apóstoles.

15 Y les dijo: «¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca!

16 Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el Reino de Dios.»

17 Y habiendo tomado la copa, dio gracias, y dijo: «Tomad esto, y repartidlo entre vosotros;

18 porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el Reino de Dios venga.»

19 Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: «Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí».

20 De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama.

21 Mas he aquí, la mano del que me entrega está conmigo en la mesa.

22 A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!»

23 Entonces ellos comenzaron a discutir entre sí, quién de ellos sería el que había de hacer esto.

24 Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor.

25 Pero él les dijo: “Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre
ellas tienen autoridad son llamados bienhechores.

26 Mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el
que dirige, como el que sirve.

27 Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que
se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve.

28 «Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas.

29 Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí,

30 para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino, y os sentéis en tronos juz-
gando a las doce tribus de Israel».

31 Dijo también el Señor: «Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para za-
randearos como a trigo;

32 pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus
hermanos».

33 Él le dijo: «Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también
a la muerte».

34 Y él le dijo: «Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres
veces que me conoces».

35 Y a ellos dijo: «Cuando os envié sin bolsa, sin alforja, y sin calzado, ¿os faltó
algo?» Ellos dijeron: «Nada».

36 Y les dijo: “Pues ahora, el que tiene bolsa, tómela, y también la alforja; y el que
no tiene espada, venda su capa y compre una.

37 Porque os digo que es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está
escrito: ‘Y fue contado con los inicuos’; porque lo que está escrito de mí, tiene
cumplimiento”.

38 Entonces ellos dijeron: «Señor, aquí hay dos espadas». Y él les dijo: «Basta».

39 Y saliendo, se fue, como solía, al monte de los Olivos; y sus discípulos también le siguieron.

40 Cuando llegó a aquel lugar, les dijo: «Orad que no entréis en tentación».

41 Y él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra, y puesto de rodillas oró,

42 diciendo: «Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya».

43 Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle.

44 Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.

45 Cuando se levantó de la oración, y vino a sus discípulos, los halló durmiendo a causa de la tristeza;

46 y les dijo: «¿Por qué dormís? Levantaos, y orad para que no entréis en tentación».

47 Mientras él aún hablaba, se presentó una turba; y el que se llamaba Judas, uno de los doce, iba al frente de ellos; y se acercó hasta Jesús para besarle.

48 Entonces Jesús le dijo: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?»

49 Viendo los que estaban con él lo que había de acontecer, le dijeron: «Señor, ¿heriremos a espada?»

50 Y uno de ellos hirió a un siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha.

51 Entonces respondiendo Jesús, dijo: «Basta ya; dejad». Y tocando su oreja, le sanó.

52 Y Jesús dijo a los principales sacerdotes, a los jefes de la guardia del templo y a los ancianos, que habían venido contra él: «¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos?

53 Habiendo estado con vosotros cada día en el templo, no extendisteis las manos contra mí; mas esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas».

54 Y prendiéndole, le llevaron, y le condujeron a casa del sumo sacerdote. Y Pedro le seguía de lejos.

55 Y habiendo ellos encendido fuego en medio del patio, se sentaron alrededor; y Pedro se sentó también entre ellos.

56 Pero una criada, al verle sentado al fuego, se fijó en él y dijo: «También éste estaba con él.»

57 Pero él lo negó, diciendo: «Mujer, no lo conozco».

58 Un poco después, viéndole otro, dijo: «Tú también eres de ellos». Y Pedro dijo: «Hombre, no lo soy».

59 Como una hora después, otro afirmaba, diciendo: «Verdaderamente también éste estaba con él, porque es galileo».

60 Y Pedro dijo: «Hombre, no sé lo que dices». Y en seguida, mientras él todavía hablaba, el gallo cantó.

61 Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: «Antes que el gallo cante, me negarás tres veces».

62 Y saliendo fuera, lloró amargamente.

63 Y los hombres que custodiaban a Jesús se burlaban de él y le golpeaban;

64 y vendándole los ojos, le golpeaban el rostro, y le preguntaban, diciendo: «Profetiza, ¿quién es el que te golpeó?»

65 Y decían otras muchas cosas injuriándole.

66 Cuando se hizo de día, se juntaron los ancianos del pueblo, los principales sacerdotes y los escribas, y le trajeron al concilio, diciendo:

67 «¿Eres tú el Cristo? Dínoslo». Y les dijo: «Si os lo digo, no creeréis;

68 y también si os pregunto, no me responderéis, ni me soltaréis.

69 Pero desde ahora el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del poder de Dios.»

70 Dijeron todos: «¿Luego eres tú el Hijo de Dios?» Y él les dijo: «Vosotros decís que lo soy».

71 Entonces ellos dijeron: «¿Qué más testimonio necesitamos? porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca».

Capítulo 23

1 Levantándose entonces toda la muchedumbre de ellos, llevaron a Jesús a Pilato.

2 Y comenzaron a acusarle, diciendo: «A éste hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey.»

3 Entonces Pilato le preguntó, diciendo: «¿Eres tú el Rey de los judíos?» Y respondiéndole él, dijo: «Tú lo dices».

4 Y Pilato dijo a los principales sacerdotes, y a la multitud: «Ningún delito hallo en este hombre».

5 Pero ellos porfiaban, diciendo: «Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí.»

6 Entonces Pilato, oyendo decir, Galilea, preguntó si el hombre era galileo.

7 Y al saber que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, que en aquellos días también estaba en Jerusalén.

8 Herodes, viendo a Jesús, se alegró mucho, porque hacía tiempo que deseaba verle; porque había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba verle hacer alguna señal.

9 Y le hacía muchas preguntas, pero él nada le respondió.

10 Y estaban allí los principales sacerdotes y los escribas, acusándole con gran vehemencia.

11 Entonces Herodes con sus soldados le menospreció y se burló de él, vistiéndole de una ropa espléndida; y volvió a enviarle a Pilato.

12 Y se hicieron amigos Pilato y Herodes aquel día; porque antes estaban enemistados entre sí.

13 Entonces Pilato, convocando a los principales sacerdotes, a los gobernantes, y al pueblo,

14 les dijo: «Me habéis presentado a éste como un hombre que perturba al pueblo; pero habiéndole interrogado yo delante de vosotros, no he hallado en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis.

15 Y ni aun Herodes, porque os remití a él; y he aquí, nada digno de muerte ha hecho este hombre.

16 Le castigaré, pues, y le soltaré».

17 Y tenía necesidad de soltarles uno en cada fiesta.

18 Mas toda la multitud dio voces a una, diciendo: «¡Fuera con éste, y suéltanos a Barrabás!»

19 Este había sido echado en la cárcel por sedición en la ciudad, y por un homicidio.

20 Les habló otra vez Pilato, queriendo soltar a Jesús;

21 pero ellos volvieron a dar voces, diciendo: «¡Crucifícale, crucifícale!»

22 Él les dijo por tercera vez: «¿Pues qué mal ha hecho éste? Ningún delito digno de muerte he hallado en él; le castigaré, pues, y le soltaré».

23 Mas ellos instaban a grandes voces, pidiendo que fuese crucificado. Y las voces de ellos y de los principales sacerdotes prevalecieron.

24 Entonces Pilato sentenció que se hiciese lo que ellos pedían;

25 y les soltó a aquel que había sido echado en la cárcel por sedición y homicidio, a quien habían pedido; y entregó a Jesús a la voluntad de ellos.

26 Y llevándole, tomaron a cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús.

27 Y le seguía gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y hacían lamentación por él.

28 Pero Jesús, vuelto hacia ellas, les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.

29 Porque he aquí vendrán días en que dirán: 'Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron'.

30 Entonces comenzarán a decir a los montes: '¡Caed sobre nosotros!'; y a los collados: 'Cubridnos'.

31 Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?"

32 Llevaban también con él a otros dos, que eran malhechores, para ser muertos.

33 Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda.

34 Y Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes.

35 Y el pueblo estaba mirando; y aun los gobernantes se burlaban de él, diciendo: «A otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios».

36 Los soldados también le escarnecían, acercándose y presentándole vinagre,

37 y diciendo: «Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo».

38 Había también sobre él un título escrito con letras griegas, latinas y hebreas: «ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS».

39 Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: «Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros».

40 Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: «¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación?

41 Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo».

42 Y dijo a Jesús: «Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino».

43 Entonces Jesús le dijo: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso».

44 Cuando era como la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena.

45 Y el sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por la mitad.

46 Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y habiendo dicho esto, expiró.

47 Cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios, diciendo: «Verdaderamente este hombre era justo».

48 Y toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que había acontecido, se volvían golpeándose el pecho.

49 Pero todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban lejos mirando estas cosas.

50 Había un varón llamado José, de Arimatea, ciudad de Judea, el cual era miembro del concilio, varón bueno y justo.

51 Este, que también esperaba el Reino de Dios, y no había consentido en el acuerdo ni en los hechos de ellos,

52 fue a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús.

53 Y quitándolo, lo envolvió en una sábana, y lo puso en un sepulcro abierto en una peña, en el cual aún no se había puesto a nadie.

54 Era día de la preparación, y estaba para comenzar el día de reposo.

55 Y las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron también, y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo.

56 Y vueltas, prepararon especias aromáticas y ungüentos; y descansaron el día de reposo, conforme al mandamiento.

Capítulo 24

1 El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado, y algunas otras mujeres con ellas.

2 Y hallaron removida la piedra del sepulcro;

3 y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús.

4 Aconteció que estando ellas perplejas por esto, he aquí se pararon junto a ellas dos varones con vestiduras resplandecientes;

5 y como tuvieron temor, y bajaron el rostro a tierra, les dijeron: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?

6 No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os habló, cuando aún estaba en Galilea,

7 diciendo: 'Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día'".

8 Entonces ellas se acordaron de sus palabras,

9 y volviendo del sepulcro, dieron nuevas de todas estas cosas a los once, y a todos los demás.

10 Eran María Magdalena, y Juana, y María madre de Jacobo, y las demás con ellas, quienes dijeron estas cosas a los apóstoles.

11 Mas a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían.

12 Pero levantándose Pedro, corrió al sepulcro; y cuando miró dentro, vio los lienzos solos, y se fue a casa maravillándose de lo que había sucedido.

13 Y he aquí, dos de ellos iban el mismo día a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén.

14 E iban hablando entre sí de todas aquellas cosas que habían acontecido.

15 Sucedió que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos.

16 Mas los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen.

17 Y les dijo: «¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes?»

18 Respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le dijo: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no ha sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?»

19 Entonces él les dijo: «¿Qué cosas?» Y ellos le dijeron: «De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo;

20 y cómo le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron.

21 Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y ahora, además de todo esto, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido.

22 Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las que antes del día fueron al sepulcro;

23 y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, los cuales dijeron que él vive.

24 Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron».

25 Entonces él les dijo: «¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!

26 ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?»

27 Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían.

28 Llegaron a la aldea adonde iban, y él hizo como que iba más lejos.

29 Mas ellos le obligaron a quedarse, diciendo: «Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado». Entró, pues, a quedarse con ellos.

30 Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio.

31 Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas él se desapareció de su vista.

32 Y se decían el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?»

33 Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos, y a los que estaban con ellos,

34 que decían: «¡Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón!»

35 Entonces ellos contaban las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo le habían reconocido al partir el pan.

36 Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: «Paz a vosotros».

37 Entonces, espantados y aterrorizados, pensaban que veían espíritu.

38 Pero él les dijo: «¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos?

39 Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; tocadme, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo».

40 Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies.

41 Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: «¿Tenéis aquí algo de comer?»

42 Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel.

43 Y él lo tomó, y comió delante de ellos.

44 Y les dijo: «Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que
era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés,
en los profetas y en los salmos».

45 Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras;

46 y les dijo: «Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resuci-
tase de los muertos al tercer día;

47 y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en
todas las naciones, comenzando desde Jerusalén.

48 Y vosotros sois testigos de estas cosas.

49 He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos voso-
tros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto».

50 Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo.

51 Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo.

52 Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo;

53 y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

JUAN

Capítulo 1

1 En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.

2 El mismo estaba en el principio con Dios.

3 Todas las cosas fueron hechas por medio de él. Sin él no se hizo nada de lo que se ha hecho.

4 En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

5 La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la han vencido.

6 Vino un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan.

7 Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por medio de él.

8 Él no era la luz, sino que fue enviado para dar testimonio de la luz.

9 La verdadera luz que ilumina a todo hombre, venía a este mundo.

10 Estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por medio de él, y el mundo no le reconoció.

11 Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron.

12 Pero a todos los que le recibieron, les dio el derecho de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre:

13 que no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de hombre, sino de Dios.

14 El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Vimos su gloria, una gloria como la del Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

15 Juan dio testimonio de él. Clamó diciendo: “Este era aquel de quien dije: ‘El que
viene después de mí me ha superado, porque era antes que yo’”.

16 De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia.

17 Porque la ley fue dada por medio de Moisés. La gracia y la verdad se realizaron
por medio de Jesucristo.

18 Nadie ha visto a Dios en ningún momento. El Hijo único, que está en el seno
del Padre, lo ha declarado.

19 Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron sacerdotes y levitas de
Jerusalén para preguntarle: «¿Quién eres tú?»

20 Declaró, y no negó, sino declaró: «Yo no soy el Cristo».

21 Le preguntaron: «¿Entonces qué? ¿Eres tú Elías?» Él dijo: «No lo soy». «¿Eres
el profeta?» Él respondió: «No».

22 Le dijeron entonces: «¿Quién eres tú? Danos una respuesta para llevarla a los
que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?»

23 Dijo: “Soy la voz del que clama en el desierto: ‘Enderezad el camino del Señor’,
como dijo el profeta Isaías”.

24 Los enviados eran de los fariseos.

25 Le preguntaron: «¿Por qué, pues, bautizas si no eres el Cristo, ni Elías, ni el
profeta?»

26 Juan les respondió: «Yo bautizo en agua, pero entre vosotros hay uno que no
conocéis.

27 Él es el que viene después de mí, el que es preferido antes que yo, de quien no
soy digno de desatar la correa de la sandalia».

28 Estas cosas sucedieron en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan
bautizaba.

29 Al día siguiente, vio a Jesús que se acercaba a él, y dijo: “¡He aquí el Cordero de
Dios, que quita el pecado del mundo!

30 Este es aquel de quien dije: 'Después de mí viene un hombre que es preferido antes que yo, porque era antes que yo'.

31 Yo no lo conocía, pero por eso vine a bautizar en agua, para que fuera revelado a Israel".

32 Juan dio testimonio diciendo: "He visto al Espíritu descender del cielo como una paloma, y permaneció sobre él.

33 Yo no lo reconocí, pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: 'Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, es el que bautiza en el Espíritu Santo'.

34 He visto y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios".

35 Al día siguiente, Juan estaba de pie con dos de sus discípulos,

36 y mirando a Jesús mientras caminaba, dijo: «¡He aquí el Cordero de Dios!»

37 Los dos discípulos le oyeron hablar y siguieron a Jesús.

38 Jesús se volvió y, al ver que le seguían, les dijo: «¿Qué buscáis?» Le dijeron: «Rabí» (que se interpreta como Maestro), «¿dónde te alojas?»

39 Les dijo: «Venid y ved». Fueron y vieron dónde se alojaba, y se quedaron con él ese día. Era como la hora décima.

40 Uno de los que oyeron a Juan y le siguieron fue Andrés, hermano de Simón Pedro.

41 Este encontró primero a su propio hermano, Simón, y le dijo: «¡Hemos encontrado al Mesías!» (que es, interpretado, Cristo).

42 Lo llevó a Jesús. Jesús lo miró y le dijo: «Tú eres Simón, hijo de Jonás. Serás llamado Cefas» (que es, por interpretación, Pedro).

43 Al día siguiente, decidido a salir a Galilea, encontró a Felipe. Jesús le dijo: «Sígueme».

44 Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro.

45 Felipe encontró a Natanael y le dijo: «Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la ley y también los profetas: Jesús de Nazaret, hijo de José».

46 Natanael le dijo: «¿Puede salir algo bueno de Nazaret?» Felipe le dijo: «Ven a ver».

47 Jesús vio que Natanael se acercaba a él, y dijo de él: «¡He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño!»

48 Natanael le dijo: «¿De qué me conoces?» Jesús le respondió: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi».

49 Natanael le respondió: «¡Rabí, tú eres el Hijo de Dios! Tú eres el Rey de Israel».

50 Jesús le respondió: «¿Porque te he dicho que te he visto debajo de la higuera, crees? Verás cosas más grandes que éstas».

51 Le dijo: «Te aseguro que de aquí en adelante veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre».

Capítulo 2

1 Al tercer día, hubo una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba allí.

2 También Jesús fue invitado, con sus discípulos, a la boda.

3 Cuando se acabó el vino, la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino».

4 Jesús le dijo: «Mujer, ¿qué tiene que ver eso contigo y conmigo? Todavía no ha llegado mi hora».

5 Su madre dijo a los criados: «Haced lo que él os diga».

6 Había allí seis tinajas de piedra, colocadas según la costumbre judía de purificación, y en cada una cabían dos o tres metretas.

7 Jesús les dijo: «Llenad de agua las tinajas». Así que las llenaron hasta el borde.

8 Les dijo: «Sacad ahora un poco y llevadlo al maestresala del banquete». Así que lo llevaron.

9 Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, y no sabía de dónde procedía (pero los criados que habían sacado el agua sí lo sabían), el maestresala llamó al novio

10 y le dijo: «Todos sirven primero el vino bueno, y cuando los invitados han bebido libremente, entonces el que es peor. ¡Tú has guardado el vino bueno hasta ahora!»

11 Este principio de sus milagros lo hizo Jesús en Caná de Galilea, y reveló su gloria; y sus discípulos creyeron en él.

12 Después de esto, bajó a Capernaúm, él y su madre, sus hermanos y sus discípulos; y se quedaron allí unos días.

13 Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén.

14 Encontró en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados.

15 Hizo un látigo de cuerdas y expulsó a todos del templo, tanto a las ovejas como a los bueyes; y a los cambistas les desparramó el dinero y derribó sus mesas.

16 A los que vendían las palomas les dijo: «¡Sacad esto de aquí! No hagáis de la casa de mi Padre un mercado».

17 Sus discípulos recordaron que estaba escrito: «El celo por tu casa me consumirá».

18 Los judíos le respondieron: «¿Qué señal nos muestras, ya que haces estas cosas?»

19 Jesús les respondió: «Destruid este templo y en tres días lo levantaré».

20 Los judíos, por tanto, dijeron: «¡Se necesitaron cuarenta y seis años para construir este templo! ¿Lo levantarás en tres días?»

21 Pero él hablaba del templo de su cuerpo.

22 Por eso, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron de que había dicho esto, y creyeron en la Escritura y en la palabra que Jesús había dicho.

23 Estando en Jerusalén en la Pascua, durante la fiesta, muchos creyeron en su nombre, observando las señales que hacía.

24 Pero Jesús no se confiaba de ellos, porque conocía a todos,

25 y porque no necesitaba que nadie diera testimonio acerca del hombre, pues él mismo sabía lo que había en el hombre.

Capítulo 3

1 Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos.

2 Se acercó a Jesús de noche y le dijo: «Rabí, sabemos que eres un maestro venido de Dios, porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él».

3 Jesús le contestó: «Te aseguro que si uno no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios».

4 Nicodemo le dijo: «¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?»

5 Jesús respondió: "En verdad te digo que el que no nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios.

6 Lo que nace de la carne es carne. Lo que nace del Espíritu es espíritu.

7 No te extrañes de que te haya dicho: 'Tenéis que nacer de nuevo'.

8 El viento sopla donde quiere, y vosotros oís su sonido, pero no sabéis de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu".

9 Nicodemo le respondió: «¿Cómo puede ser esto?»

10 Jesús le respondió: «¿Eres tú maestro de Israel y no entiendes estas cosas?

11 De cierto te digo que hablamos lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, y no recibís nuestro testimonio.

12 Si os he dicho cosas terrenales y no creéis, ¿cómo creeréis si os digo cosas celestiales?

13 Nadie ha subido al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre, que está en el cielo.

14 Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del Hombre,

15 para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

16 Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

17 Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

18 El que cree en él no es juzgado. El que no cree ya ha sido juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

19 Esta es la sentencia: la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.

20 Porque todo el que hace el mal odia la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean expuestas.

21 Pero el que hace la verdad viene a la luz, para que se revelen sus obras, que han sido hechas en Dios».

22 Después de estas cosas, Jesús vino con sus discípulos a la tierra de Judea. Se quedó allí con ellos y bautizaba.

23 También Juan bautizaba en Enón, cerca de Salim, porque allí había mucha agua. Venían y se bautizaban;

24 porque Juan no había sido aún encarcelado.

25 Entonces surgió una disputa por parte de los discípulos de Juan con algunos judíos sobre la purificación.

26 Se acercaron a Juan y le dijeron: «Rabí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, del que has dado testimonio, he aquí que bautiza, y todo el mundo acude a él».

27 Juan respondió: "El hombre no puede recibir nada si no le ha sido dado del cielo.

28 Vosotros mismos dais testimonio de que yo he dicho: 'Yo no soy el Cristo', sino: 'He sido enviado antes que él'.

29 El que tiene la novia es el novio; pero el amigo del novio, que está de pie y lo escucha, se alegra mucho por la voz del novio. Por eso mi alegría es plena.

30 Él debe aumentar, pero yo debo disminuir".

31 «El que viene de arriba está por encima de todo. El que es de la tierra pertenece a la tierra y habla de la tierra. El que viene del cielo está por encima de todo.

32 Lo que ha visto y oído, de eso da testimonio; y nadie recibe su testimonio.

33 El que ha recibido su testimonio ha puesto su sello en esto: que Dios es verdadero.

34 Porque el que Dios ha enviado habla las palabras de Dios; pues Dios da el Espíritu sin medida.

35 El Padre ama al Hijo y ha entregado todas las cosas en su mano.

36 El que cree en el Hijo tiene vida eterna, pero el que desobedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él».

Capítulo 4

1 Por eso, cuando el Señor supo que los fariseos habían oído que Jesús hacía y bautizaba más discípulos que Juan

2 (aunque Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos),

3 abandonó Judea y partió hacia Galilea.

4 Tenía que pasar por Samaria.

5 Y llegó a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la parcela que Jacob dio a su hijo José.

6 Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del viaje, se sentó junto al pozo. Era como la hora sexta.

7 Una mujer de Samaria vino a sacar agua. Jesús le dijo: «Dame de beber».

8 Porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar comida.

9 La samaritana le dijo entonces: «¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, una samaritana?» (Porque los judíos no tienen trato con los samaritanos).

10 Jesús le contestó: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: 'Dame de beber', se lo habrías pedido a él y te habría dado agua viva".

11 La mujer le dijo: «Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es profundo. ¿De dónde sacas esa agua viva?

12 ¿Acaso eres más grande que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo y él mismo bebió de él, al igual que sus hijos y su ganado?»

13 Jesús le contestó: «Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed,

14 pero el que beba del agua que yo le daré no volverá a tener sed, sino que el agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua que salta hasta la vida eterna».

15 La mujer le dijo: «Señor, dame esta agua, para que no tenga sed ni venga hasta aquí a sacarla».

16 Jesús le dijo: «Ve, llama a tu marido y ven aquí».

17 La mujer respondió: «No tengo marido». Jesús le dijo: "Has dicho bien: 'No tengo marido',

18 porque has tenido cinco maridos; y el que ahora tienes no es tu marido. Esto lo
has dicho con verdad".

19 La mujer le dijo: «Señor, me doy cuenta de que eres un profeta.

20 Nuestros padres adoraban en este monte, y vosotros los judíos decís que en Je-
rusalén es el lugar donde se debe adorar».

21 Jesús le dijo: «Mujer, créeme, que viene la hora en que ni en este monte ni en Je-
rusalén adoraréis al Padre.

22 Vosotros adoráis lo que no conocéis. Nosotros adoramos lo que conocemos,
porque la salvación viene de los judíos.

23 Pero viene la hora, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al
Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre busca a los tales para que sean sus
adoradores.

24 Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad».

25 La mujer le dijo: «Sé que viene el Mesías, el que es llamado Cristo. Cuando
haya venido, nos declarará todas las cosas».

26 Jesús le dijo: «Yo soy, el que te habla».

27 En ese momento llegaron sus discípulos. Se maravillaron de que hablara con
una mujer; pero nadie dijo: «¿Qué buscas?» o «¿Por qué hablas con ella?».

28 Entonces la mujer dejó su cántaro, se fue a la ciudad y dijo a la gente:

29 «Venid a ver a un hombre que me ha contado todo lo que he hecho. ¿Será éste
el Cristo?»

30 Salieron de la ciudad y se acercaron a él.

31 Mientras tanto, los discípulos le urgían diciendo: «Rabí, come».

32 Pero él les dijo: «Tengo comida para comer que vosotros no conocéis».

33 Entonces los discípulos se dijeron unos a otros: «¿Alguien le ha traído algo de
comer?»

34 Jesús les dijo: “Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y cumplir su
obra.

35 ¿No decís que aún faltan cuatro meses para la cosecha? Pues os digo, alzad
vuestros ojos y mirad los campos, que ya están blancos para la cosecha.

36 El que cosecha recibe el salario y recoge el fruto para la vida eterna, para que
tanto el que siembra como el que cosecha se alegren juntos.

37 Porque en esto es cierto el dicho: ‘Uno siembra y otro cosecha’.

38 Yo os he enviado a cosechar lo que no habéis trabajado. Otros han trabajado, y
vosotros habéis entrado en sus labores”.

39 De aquella ciudad muchos samaritanos creyeron en él por la palabra de la mu-
jer, que testificó: «Me ha dicho todo lo que he hecho».

40 Así que los samaritanos se acercaron a él y le rogaron que se quedara con ellos.
Se quedó allí dos días.

41 Muchos más creyeron gracias a su palabra.

42 Dijeron a la mujer: «Ahora creemos, no por lo que tú dices; porque hemos
oído por nosotros mismos, y sabemos que éste es verdaderamente el Cristo, el Sal-
vador del mundo».

43 Después de los dos días, salió de allí y se fue a Galilea.

44 Porque el mismo Jesús dio testimonio de que un profeta no tiene honor en su
propia tierra.

45 Cuando llegó a Galilea, los galileos le recibieron, habiendo visto todo lo que
hizo en Jerusalén en la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta.

46 Vino, pues, Jesús de nuevo a Caná de Galilea, donde convirtió el agua en vino.
Había un noble cuyo hijo estaba enfermo en Capernaúm.

47 Cuando se enteró de que Jesús había salido de Judea a Galilea, fue a él y le rogó
que bajara a curar a su hijo, porque estaba a punto de morir.

48 Entonces Jesús le dijo: «Si no veis señales y prodigios, de ninguna manera creeréis».

49 El noble le dijo: «Señor, baja antes de que muera mi hijo».

50 Jesús le dijo: «Vete. Tu hijo vive». El hombre creyó en la palabra que Jesús le había dicho, y se fue.

51 Mientras bajaba, sus siervos le salieron al encuentro y le informaron diciendo: «¡Tu hijo vive!»

52 Entonces les preguntó a qué hora había empezado a mejorar. Ellos le dijeron: «Ayer, a la hora séptima, le dejó la fiebre».

53 Así que el padre supo que fue a esa hora cuando Jesús le dijo: «Tu hijo vive». Creyó, al igual que toda su casa.

54 Esta es también la segunda señal que hizo Jesús, habiendo salido de Judea a Galilea.

Capítulo 5

1 Después de estas cosas, hubo una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén.

2 En Jerusalén, junto a la Puerta de las Ovejas, hay un estanque llamado en hebreo «Betesda», que tiene cinco pórticos.

3 En ellos yacía una gran multitud de enfermos, ciegos, cojos o paralíticos, esperando que se moviera el agua;

4 porque un ángel bajaba a ciertas horas al estanque y agitaba el agua. El que entraba primero después de agitar el agua quedaba curado de cualquier enfermedad que tuviera.

5 Estaba allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo.

6 Cuando Jesús lo vio allí tendido, y supo que llevaba mucho tiempo enfermo, le preguntó: «¿Quieres ser sanado?»

7 El enfermo le respondió: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua, pero mientras vengo, otro baja antes que yo».

8 Jesús le dijo: «Levántate, toma tu lecho y anda».

9 Al instante, el hombre quedó sano, tomó su lecho y caminó. Ese día era sábado.

10 Así que los judíos le dijeron al que fue sanado: «Es sábado. No te es lícito llevar el lecho».

11 Él les contestó: "El que me sanó me dijo: 'Toma tu lecho y camina'".

12 Entonces le preguntaron: "¿Quién es el hombre que te ha dicho: 'Toma tu lecho y anda'?"

13 Pero el que había sido sanado no sabía quién era, porque Jesús se había retirado, ya que había una multitud en el lugar.

14 Después, Jesús lo encontró en el templo y le dijo: «Mira, has sido sanado. No peques más, para que no te ocurra nada peor».

15 El hombre se fue y contó a los judíos que era Jesús quien lo había curado.

16 Por eso los judíos perseguían a Jesús y trataban de matarlo, porque hacía estas cosas en sábado.

17 Pero Jesús les respondió: «Mi Padre sigue trabajando, así que yo también trabajo».

18 Por eso los judíos procuraban matarlo aún más, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose igual a Dios.

19 Entonces Jesús les respondió: "Os aseguro que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Porque todo lo que él hace, también lo hace el Hijo.

20 Porque el Padre tiene afecto por el Hijo, y le muestra todas las cosas que él mismo hace. Le mostrará obras mayores que éstas, para que os maravilléis.

21 Porque como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quien quiere.

22 Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo,

23 para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió.

24 "De cierto os digo que el que oye mi palabra y cree al que me ha enviado tiene vida eterna, y no viene a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida.

25 De cierto os digo que viene la hora, y ya es, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán.

26 Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le dio al Hijo que tenga vida en sí mismo.

27 También le dio autoridad para ejecutar juicio, porque es el Hijo del hombre.

28 No os maravilléis de esto, porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz

29 y saldrán; los que han hecho el bien, a la resurrección de la vida; y los que han hecho el mal, a la resurrección del juicio.

30 Yo no puedo hacer nada por mí mismo. Según oigo, juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi propia voluntad, sino la voluntad de mi Padre que me ha enviado.

31 "Si yo testifico de mí mismo, mi testimonio no es válido.

32 Es otro el que testifica de mí. Sé que el testimonio que da sobre mí es verdadero.

33 Vosotros habéis enviado a Juan, y él ha dado testimonio de la verdad.

34 Pero el testimonio que yo recibo no proviene de hombre. Sin embargo, digo estas cosas para que seáis salvos.

35 Él era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz.

36 Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan; porque las obras que el Padre me dio para realizar, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado.

37 El Padre mismo, que me ha enviado, ha dado testimonio de mí. Vosotros nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su forma.

38 No tenéis su palabra viviendo en vosotros, porque no creéis al que él ha enviado.

39 "Escudriñáis las Escrituras, porque pensáis que en ellas tenéis la vida eterna; y éstas son las que dan testimonio de mí.

40 Pero no queréis venir a mí para que tengáis vida.

41 Yo no recibo la gloria de los hombres.

42 Pero yo os conozco, que no tenéis el amor de Dios en vosotros mismos.

43 Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís. Si otro viene en su propio nombre, lo recibiréis.

44 ¿Cómo podéis creer, pues recibís la gloria unos de otros, y no buscáis la gloria que viene del único Dios?

45 «No penséis que os voy a acusar ante el Padre. Hay uno que os acusa, Moisés, en quien habéis puesto vuestra esperanza.

46 Porque si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, pues él escribió sobre mí.

47 Pero si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?»

Capítulo 6

1 Después de estas cosas, Jesús se fue al otro lado del mar de Galilea, que también se llama mar de Tiberíades.

2 Le seguía una gran multitud, porque veían las señales que hacía con los enfermos.

3 Jesús subió al monte y se sentó allí con sus discípulos.

4 Se acercaba la Pascua, la fiesta de los judíos.

5 Entonces Jesús, alzando los ojos y viendo que se acercaba a él una gran multitud, dijo a Felipe: «¿Dónde vamos a comprar pan para que coman estos?»

6 Decía esto para ponerle a prueba, pues él mismo sabía lo que iba a hacer.

7 Felipe le respondió: «No les bastaría con doscientos denarios de pan, para que cada uno reciba un poco».

8 Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo:

9 «Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces, pero ¿qué son éstos entre tantos?»

10 Jesús dijo: «Haced que la gente se siente». Había mucha hierba en aquel lugar. Así que los hombres se sentaron, en número de unos cinco mil.

11 Jesús tomó los panes, y habiendo dado gracias, los repartió a los discípulos, y los discípulos a los que estaban sentados, asimismo de los peces cuanto quisieron.

12 Cuando se saciaron, dijo a sus discípulos: «Recoged los trozos que han sobrado, para que no se pierda nada».

13 Así que los recogieron y llenaron doce cestas con los trozos de los cinco panes de cebada que habían sobrado a los que habían comido.

14 Al ver la gente la señal que Jesús había hecho, dijeron: «Este es verdaderamente el profeta que viene al mundo».

15 Jesús, pues, percibiendo que iban a venir a prenderle por la fuerza para hacerle rey, se retiró de nuevo al monte, a solas.

16 Al atardecer, sus discípulos bajaron al mar.

17 Entraron en la barca y atravesaron el mar hacia Capernaum. Ya había oscurecido, y Jesús no había venido a ellos.

18 El mar estaba agitado por un gran viento que soplaba.

19 Por lo tanto, cuando habían remado unos veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús que caminaba sobre el mar y se acercaba a la barca; y tuvieron miedo.

20 Pero él les dijo: «Soy yo. No tengáis miedo».

21 Por lo tanto, estaban dispuestos a recibirlo en la barca. En seguida la barca llegó a la tierra a la que se dirigían.

22 Al día siguiente, la multitud que estaba al otro lado del mar vio que no había allí ninguna otra barca, sino aquella en la que se habían embarcado sus discípulos, y que Jesús no había entrado con sus discípulos en la barca, sino que sus discípulos se habían ido solos.

23 Sin embargo, unas barcas procedentes de Tiberíades se acercaron al lugar donde comieron el pan después de que el Señor diera las gracias.

24 Al ver, pues, la multitud que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos, subieron ellos mismos a las barcas y vinieron a Capernaum, buscando a Jesús.

25 Cuando lo encontraron al otro lado del mar, le preguntaron: «Rabí, ¿cuándo has venido aquí?»

26 Jesús les respondió: «Os aseguro que me buscáis, no porque hayáis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado.

27 No trabajéis por el alimento que perece, sino por el que permanece para la vida eterna, que os dará el Hijo del Hombre. Porque Dios el Padre lo ha sellado».

28 Entonces le dijeron: «¿Qué debemos hacer, para que podamos obrar las obras de Dios?»

29 Jesús les respondió: «Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado».

30 Por eso le dijeron: "¿Qué señal haces, pues, para que te veamos y te creamos? ¿Qué obra haces?

31 Nuestros padres comieron el maná en el desierto. Como está escrito: 'Les dio a comer pan del cielo'".

32 Entonces Jesús les dijo: «Os aseguro que no fue Moisés quien os dio el pan del cielo, sino que mi Padre os da el verdadero pan del cielo.

33 Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo».

34 Por eso le dijeron: «Señor, danos siempre este pan».

35 Jesús les dijo: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí nunca tendrá sed.

36 Pero os he dicho que me habéis visto, y sin embargo no creéis.

37 Todos los que el Padre me dé vendrán a mí. Al que venga a mí no lo echaré de ninguna manera.

38 Porque he bajado del cielo, no para hacer mi propia voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado.

39 Esta es la voluntad de mi Padre que me ha enviado: que de todo lo que me ha dado no pierda nada, sino que lo resucite en el último día.

40 Esta es la voluntad del que me ha enviado: que todo el que vea al Hijo y crea en él tenga vida eterna; y yo lo resucitaré en el último día».

41 Los judíos, pues, murmuraban de él, porque decía: «Yo soy el pan bajado del cielo».

42 Dijeron: "¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo, pues, dice: 'He bajado del cielo'?"

43 Por eso Jesús les respondió: "No murmuréis entre vosotros.

44 Nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no lo atrae; y yo lo resucitaré en el último día.

45 Está escrito en los profetas: 'Todos serán enseñados por Dios'. Por eso, todo el que oye del Padre y ha aprendido, viene a mí.

46 No es que alguien haya visto al Padre, sino el que viene de Dios. Él ha visto al Padre.

47 De cierto os digo que el que cree en mí tiene vida eterna.

48 Yo soy el pan de vida.

49 Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron.

50 Este es el pan que baja del cielo, para que cualquiera coma de él y no muera.

51 Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguien come de este pan, vivirá para siempre. Sí, el pan que daré para la vida del mundo es mi carne".

52 Los judíos, pues, discutían entre sí, diciendo: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»

53 Por eso Jesús les dijo: «Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros mismos.

54 El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

55 Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

56 El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí, y yo en él.

57 Como el Padre viviente me envió, y yo vivo por el Padre, así el que se alimenta de mí también vivirá por mí.

58 Este es el pan que bajó del cielo, no como vuestros padres que comieron el maná y murieron. El que come este pan vivirá para siempre».

59 Estas cosas las decía en la sinagoga, mientras enseñaba en Capernaum.

60 Por eso, muchos de sus discípulos, al oír esto, dijeron: «¡Qué dura es esta palabra! ¿Quién puede escucharla?»

61 Pero Jesús, sabiendo en sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: «¿Esto os hace tropezar?

62 ¿Y si vierais al Hijo del Hombre subir adonde estaba antes?

63 El espíritu es el que da la vida. La carne no aprovecha nada. Las palabras que yo os digo son espíritu y son vida.

64 Pero hay algunos de vosotros que no creen». Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quiénes eran los que lo iban a traicionar.

65 Dijo: «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí, si no le es dado por mi Padre».

66 Al oír esto, muchos de sus discípulos volvieron atrás y ya no andaban con él.

67 Entonces Jesús dijo a los doce: «¿Acaso queréis iros también vosotros?»

68 Simón Pedro le respondió: «Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna.

69 Hemos creído y hemos conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

70 Jesús les respondió: «¿No os he elegido a vosotros, los doce, y uno de vosotros es un demonio?»

71 Ahora bien, hablaba de Judas, hijo de Simón Iscariote, porque era él quien lo iba a traicionar, siendo uno de los doce.

Capítulo 7

1 Después de estas cosas, Jesús andaba por Galilea, pues no quería andar por Judea, porque los judíos buscaban matarlo.

2 Se acercaba la fiesta de los judíos, la Fiesta de los Tabernáculos.

3 Entonces sus hermanos le dijeron: «Sal de aquí y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces.

4 Porque nadie hace nada en secreto mientras busca ser conocido abiertamente. Si haces estas cosas, date a conocer al mundo».

5 Porque ni siquiera sus hermanos creían en él.

6 Por eso, Jesús les dijo: «Todavía no ha llegado mi hora, pero vuestra hora está siempre lista.

7 El mundo no puede odiaros, pero me odia a mí, porque yo doy testimonio de él, de que sus obras son malas.

8 Vosotros subid a la fiesta. Yo todavía no subo a esta fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido».

9 Habiéndoles dicho estas cosas, se quedó en Galilea.

10 Pero cuando sus hermanos subieron a la fiesta, él también subió, no en público, sino como en secreto.

11 Los judíos, pues, le buscaban en la fiesta y decían: «¿Dónde está?»

12 Había mucha murmuración entre las multitudes acerca de él. Algunos decían: «Es un buen hombre». Otros decían: «No es así, sino que extravía a la multitud».

13 Pero nadie hablaba abiertamente de él por miedo a los judíos.

14 Pero cuando ya era la mitad de la fiesta, Jesús subió al templo y enseñó.

15 Entonces los judíos se maravillaron, diciendo: «¿Cómo sabe éste de letras, no habiendo sido educado?»

16 Por eso Jesús les respondió: «Mi enseñanza no es mía, sino de quien me ha enviado.

17 Si alguien quiere hacer su voluntad, conocerá la enseñanza, si viene de Dios o si hablo por mi cuenta.

18 El que habla por su cuenta busca su propia gloria, pero el que busca la gloria del que lo envió es veraz, y no hay en él ninguna injusticia.

19 ¿No os dio Moisés la ley, y sin embargo ninguno de vosotros la cumple? ¿Por qué buscáis matarme?»

20 La multitud respondió: «¡Tienes un demonio! ¿Quién busca matarte?»

21 Jesús les respondió: «Yo hice una obra y todos vosotros os maravilláis por ella.

22 Moisés os ha dado la circuncisión (no es de Moisés, sino de los padres), y en sábado circuncidáis a un muchacho.

23 Si un muchacho recibe la circuncisión en sábado, para que no se infrinja la ley de Moisés, ¿os enfadáis conmigo porque he hecho a un hombre completamente sano en sábado?

24 No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con rectitud».

25 Por eso algunos de los de Jerusalén dijeron: «¿No es éste al que quieren matar?

26 He aquí que habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Es posible que los gobernantes sepan que éste es verdaderamente el Cristo?

27 Sin embargo, nosotros sabemos de dónde viene este hombre, pero cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde viene».

28 Por eso Jesús alzó la voz en el templo, enseñando y diciendo: «Vosotros me conocéis y sabéis de dónde vengo. No he venido por mí mismo, sino que es verdadero el que me ha enviado, a quien vosotros no conocéis.

29 Yo lo conozco, porque vengo de él, y él me ha enviado».

30 Buscaban, pues, prenderle; pero nadie le echó mano, porque aún no había llegado su hora.

31 Pero de la multitud, muchos creyeron en él. Decían: «Cuando venga el Cristo, no hará más señales que las que ha hecho este hombre, ¿verdad?»

32 Los fariseos oyeron que la multitud murmuraba estas cosas acerca de él, y los jefes de los sacerdotes y los fariseos enviaron oficiales para arrestarlo.

33 Entonces Jesús dijo: «Estaré con vosotros un poco más, y luego me iré con el que me ha enviado.

34 Me buscaréis y no me encontraréis. No podéis venir donde yo estoy».

35 Los judíos, pues, decían entre sí: "¿Adónde irá este hombre para que no lo encontremos? ¿Irá a la Dispersión entre los griegos y enseñará a los griegos?

36 ¿Qué es esto que ha dicho: 'Me buscaréis y no me encontraréis', y 'Donde yo esté, vosotros no podréis venir'?"

37 El último y más importante día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz:
«Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba.

38 El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior brotarán ríos de agua
viva».

39 Pero esto lo dijo a propósito del Espíritu, que iban a recibir los que creyeran en
él. Porque el Espíritu Santo no se había dado aún, porque Jesús no estaba todavía
glorificado.

40 Por lo tanto, muchos de la multitud, al oír estas palabras, dijeron: «Este es ver-
daderamente el profeta».

41 Otros decían: «Este es el Cristo». Pero algunos decían: «¿Qué, el Cristo sale de
Galilea?

42 ¿No ha dicho la Escritura que el Cristo viene de la estirpe de David y de Belén,
la aldea donde estuvo David?»

43 Así que surgió una división en la multitud a causa de él.

44 Algunos querían prenderle, pero nadie le echó mano.

45 Los oficiales, pues, acudieron a los sumos sacerdotes y a los fariseos, y les dije-
ron: «¿Por qué no le habéis traído?»

46 Los oficiales respondieron: «¡Nunca nadie habló como este hombre!»

47 Los fariseos, por tanto, les respondieron: «¿No estaréis también vosotros enga-
ñados, verdad?

48 ¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes o alguno de los fariseos?

49 Pero esta multitud que no conoce la ley es maldita».

50 Nicodemo (el que vino a él de noche, siendo uno de ellos) les dijo:

51 «¿Acaso nuestra ley juzga a un hombre si antes no lo oye personalmente y sabe
lo que hace?»

52 Le respondieron: «¿Tú también eres de Galilea? Busca y ve que no ha surgido ningún profeta de Galilea».

53 Cada uno se fue a su casa,

Capítulo 8

1 pero Jesús fue al Monte de los Olivos.

2 Por la mañana, muy temprano, entró de nuevo en el templo, y toda la gente acudió a él. Se sentó y les enseñó.

3 Los escribas y los fariseos trajeron a una mujer sorprendida por el adulterio. Tras ponerla en medio,

4 le dijeron: «Maestro, hemos encontrado a esta mujer en adulterio, en el acto mismo.

5 Ahora bien, en nuestra ley, Moisés nos ordenó apedrear a tales mujeres. ¿Qué dices, pues, de ella?»

6 Dijeron esto poniéndole a prueba, para tener de qué acusarle. Pero Jesús se inclinó y escribió en el suelo con el dedo.

7 Pero como le seguían preguntando, levantó la vista y les dijo: «El que esté libre de pecado entre vosotros, que tire la primera piedra contra ella».

8 De nuevo se agachó y escribió en el suelo con el dedo.

9 Ellos, al oírlo, condenados por su conciencia, salieron uno por uno, empezando por el más viejo hasta el último. Jesús se quedó solo con la mujer donde estaba, en medio.

10 Jesús, levantándose, la vio y le dijo: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado?»

11 Ella dijo: «Nadie, Señor». Jesús dijo: «Tampoco yo te condeno. Sigue tu camino. Desde ahora, no peques más».

12 Por eso, Jesús les habló de nuevo, diciendo: «Yo soy la luz del mundo. El que
me sigue no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida».

13 Los fariseos, por tanto, le dijeron: «Das testimonio de ti mismo. Tu testimonio
no es válido».

14 Jesús les respondió: «Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es
verdadero, porque sé de dónde vengo y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de
dónde vengo ni a dónde voy.

15 Vosotros juzgáis según la carne. Yo no juzgo a nadie.

16 Aunque juzgue, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino que estoy
con el Padre que me envió.

17 También está escrito en vuestra ley que el testimonio de dos personas es válido.

18 Yo soy uno que da testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testi-
monio de mí».

19 Por eso le dijeron: «¿Dónde está tu Padre?» Jesús respondió: «No me conocéis
ni a mí ni a mi Padre. Si me conocierais, conoceríais también a mi Padre».

20 Jesús dijo estas palabras en el tesoro, mientras enseñaba en el templo. Pero na-
die lo arrestó, porque aún no había llegado su hora.

21 Por eso, Jesús les dijo de nuevo: «Me voy, y me buscaréis, y moriréis en vues-
tros pecados. Donde yo voy, vosotros no podéis venir».

22 Los judíos, por tanto, dijeron: "¿Se va a matar, porque dice: 'A donde yo voy,
vosotros no podéis venir'?"

23 Les dijo: «Vosotros sois de abajo. Yo soy de arriba. Vosotros sois de este
mundo. Yo no soy de este mundo.

24 Por eso os he dicho que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que
yo soy, moriréis en vuestros pecados».

25 Le dijeron, pues: «¿Quién eres tú?» Jesús les dijo: «Justo lo que os he estado di-
ciendo desde el principio.

26 Tengo muchas cosas que decir y juzgar sobre vosotros. Sin embargo, el que me
ha enviado es veraz; y lo que he oído de él, eso digo al mundo».

27 No entendían que les hablaba del Padre.

28 Por eso Jesús les dijo: «Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces
sabréis que yo soy, y que no hago nada por mí mismo, sino que, como me enseñó
mi Padre, digo estas cosas.

29 El que me ha enviado está conmigo. El Padre no me ha dejado solo, porque
siempre hago las cosas que le agradan».

30 Mientras decía estas cosas, muchos creían en él.

31 Entonces Jesús dijo a los judíos que habían creído en él: «Si permanecéis en mi
palabra, entonces sois verdaderamente mis discípulos.

32 Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres».

33 Ellos le respondieron: «Somos descendientes de Abraham, y nunca hemos sido
esclavos de nadie. ¿Cómo dices que seréis libres?»

34 Jesús les contestó: «De cierto os digo que todo el que comete pecado es siervo
del pecado.

35 Un siervo no vive en la casa para siempre. Un hijo permanece para siempre.

36 Por eso, si el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres.

37 Yo sé que sois descendientes de Abraham, y sin embargo buscáis matarme,
porque mi palabra no encuentra lugar en vosotros.

38 Yo digo lo que he visto con mi Padre; y vosotros también hacéis lo que habéis
visto con vuestro padre».

39 Ellos le respondieron: «Nuestro padre es Abraham». Jesús les dijo: «Si fuerais
hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham.

40 Pero ahora buscáis matarme a mí, un hombre que os ha dicho la verdad que he
oído de Dios. Abraham no hizo esto.

41 Vosotros hacéis las obras de vuestro padre». Le dijeron: «No hemos nacido de
la inmoralidad sexual. Tenemos un solo Padre, Dios».

42 Por eso Jesús les dijo: «Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque he sa-
lido y vengo de Dios. Pues no he venido por mí mismo, sino que él me ha enviado.

43 ¿Por qué no entendéis mi discurso? Porque no podéis escuchar mi palabra.

44 Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro
padre. Él es un asesino desde el principio, y no se mantiene en la verdad, porque
no hay verdad en él. Cuando dice una mentira, habla por su cuenta; porque es un
mentiroso y el padre de la mentira.

45 Pero porque digo la verdad, no me creéis.

46 ¿Quién de vosotros me convence de pecado? Si digo la verdad, ¿por qué no me
creéis?

47 El que es de Dios escucha las palabras de Dios. Por eso no oís, porque no sois
de Dios».

48 Entonces los judíos le respondieron: «¿No decimos bien que eres samaritano y
tienes un demonio?»

49 Jesús respondió: «Yo no tengo un demonio, pero honro a mi Padre y vosotros
me deshonráis.

50 Pero yo no busco mi propia gloria. Hay uno que busca y juzga.

51 Ciertamente, os digo que si una persona cumple mi palabra, nunca verá la
muerte».

52 Entonces los judíos le dijeron: "Ahora sabemos que tienes un demonio.
Abraham murió, así como los profetas; y tú dices: 'Si un hombre guarda mi pala-
bra, no probará jamás la muerte'.

53 ¿Eres tú mayor que nuestro padre Abraham, que murió? Los profetas murie-
ron. ¿Quién te crees que eres?"

54 Jesús respondió: "Si me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada. Quien me glorifica es mi Padre, del que decís que es vuestro Dios.

55 Vosotros no lo habéis conocido, pero yo sí lo conozco. Si dijera: 'No lo conozco', sería como vosotros, un mentiroso. Pero yo lo conozco y cumplo su palabra.

56 Vuestro padre Abraham se alegró al ver mi día. Lo vio y se alegró".

57 Los judíos le dijeron: «¡Todavía no tienes cincuenta años! ¿Has visto a Abraham?»

58 Jesús les dijo: «Os aseguro que antes de que Abraham llegara a existir, YO SOY».

59 Por eso tomaron piedras para arrojárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo, pasando por en medio de ellos, y así pasó de largo.

Capítulo 9

1 Al pasar, vio a un hombre ciego de nacimiento.

2 Sus discípulos le preguntaron: «Rabí, ¿quién pecó, este hombre o sus padres, para que naciera ciego?»

3 Jesús respondió: «Este hombre no pecó, ni tampoco sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él.

4 Yo debo hacer las obras del que me envió mientras es de día. Se acerca la noche, cuando nadie puede trabajar.

5 Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo».

6 Dicho esto, escupió en el suelo, hizo barro con la saliva, ungió los ojos del ciego con el barro,

7 y le dijo: «Ve, lávate en el estanque de Siloé» (que significa «Enviado»). Así que se fue, se lavó y volvió viendo.

8 Por eso, los vecinos y los que habían visto que era ciego antes decían: «¿No es
éste el que se sentaba a pedir limosna?»

9 Otros decían: «Es él». Y otros decían: «Se parece a él». Dijo: «Yo soy».

10 Por eso le preguntaban: «¿Cómo se te abrieron los ojos?»

11 Respondió: "Un hombre llamado Jesús hizo barro, me untó los ojos y me dijo:
'Ve al estanque de Siloé y lávate'. Así que fui y me lavé, y recibí la vista".

12 Entonces le preguntaron: «¿Dónde está?» Dijo: «No lo sé».

13 Llevaron al que había sido ciego a los fariseos.

14 Era sábado cuando Jesús hizo el barro y le abrió los ojos.

15 También los fariseos le preguntaron cómo había recibido la vista. Él les dijo:
«Me puso barro en los ojos, me lavé y veo».

16 Por eso algunos de los fariseos decían: «Este hombre no es de Dios, porque no
guarda el sábado». Otros decían: «¿Cómo puede hacer tales señales un hombre
que es pecador?» Así que hubo división entre ellos.

17 Por eso volvieron a preguntar al ciego: «¿Qué dices de él, porque te ha abierto
los ojos?» Dijo: «Es un profeta».

18 Los judíos, por tanto, no creían respecto a él que había sido ciego y que había
recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista,

19 y les preguntaron: «¿Es éste vuestro hijo, del que decís que nació ciego? ¿Cómo
es que ahora ve?»

20 Sus padres les respondieron: «Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació
ciego;

21 pero cómo ve ahora, no lo sabemos; o quién le abrió los ojos, no lo sabemos.
Es mayor de edad. Preguntadle a él. Él hablará por sí mismo».

22 Sus padres decían estas cosas porque temían a los judíos, pues éstos ya habían
acordado que si alguno lo confesaba como Cristo, sería expulsado de la sinagoga.

23 Por eso sus padres dijeron: «Es mayor de edad. Preguntadle a él».

24 Entonces llamaron por segunda vez al ciego y le dijeron: «Da gloria a Dios. Sabemos que este hombre es un pecador».

25 Por eso respondió: «No sé si es pecador. Una cosa sí sé: que aunque estaba ciego, ahora veo».

26 Le volvieron a decir: «¿Qué te ha hecho? ¿Cómo te ha abierto los ojos?»

27 Él les respondió: «Ya os lo he dicho, y no me habéis escuchado. ¿Por qué queréis oírlo otra vez? No queréis también haceros sus discípulos, ¿verdad?»

28 Le insultaron y le dijeron: «Tú eres su discípulo, pero nosotros somos discípulos de Moisés.

29 Sabemos que Dios ha hablado con Moisés. Pero en cuanto a este hombre, no sabemos de dónde viene».

30 El hombre les respondió: «¡Qué maravilla! No sabéis de dónde viene, y sin embargo me ha abierto los ojos.

31 Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero si alguien es adorador de Dios y hace su voluntad, le escucha.

32 Desde el principio del mundo no se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento.

33 Si este hombre no viniera de Dios, no podría hacer nada».

34 Le respondieron: «Tú, que has nacido en pecado, ¿nos enseñas?» Entonces le echaron.

35 Jesús oyó que lo habían echado, y encontrándolo, le dijo: «¿Crees en el Hijo de Dios?»

36 Él respondió: «¿Quién es, Señor, para que crea en él?»

37 Jesús le dijo: «Pues lo has visto, y es él quien habla contigo».

38 Dijo: «¡Señor, creo!» y lo adoró.

39 Jesús dijo: «He venido a este mundo para juzgar, para que los que no ven vean
y para que los que ven se vuelvan ciegos».

40 Los fariseos que estaban con él oyeron estas cosas y le dijeron: «¿También no-
sotros somos ciegos?»

41 Jesús les dijo: "Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora decís: 'Vemos'.
Por eso vuestro pecado permanece.

Capítulo 10

1 «Os aseguro que el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que
sube por otro camino, es un ladrón y un salteador.

2 Pero el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas.

3 El guardián le abre la puerta, y las ovejas escuchan su voz. Llama a sus ovejas
por su nombre y las saca.

4 Cada vez que saca a sus ovejas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque
conocen su voz.

5 No seguirán en absoluto a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen
la voz de los extraños».

6 Jesús les dijo esta parábola, pero no entendieron lo que les decía.

7 Por eso Jesús les volvió a decir: "Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas.

8 Todos los que vinieron antes que yo son ladrones y salteadores, pero las ovejas
no les hicieron caso.

9 Yo soy la puerta. Si alguien entra por mí, se salvará, y entrará y saldrá y hallará
pastos.

10 El ladrón sólo viene a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan
vida y la tengan en abundancia.

11 «Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas.

12 El que es asalariado y no pastor, que no es dueño de las ovejas, ve venir al lobo,
deja las ovejas y huye. El lobo arrebata las ovejas y las dispersa.

13 El jornalero huye porque es jornalero y no cuida de las ovejas.

14 Yo soy el buen pastor. Conozco a las mías, y soy conocido por las mías;

15 así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre. Yo doy mi vida por las
ovejas.

16 Tengo otras ovejas que no son de este redil. Debo traerlas también, y oirán mi
voz. Serán un solo rebaño con un solo pastor.

17 Por eso el Padre me ama, porque doy mi vida para volver a tomarla.

18 Nadie me la quita, sino que yo mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y
tengo poder para volver a tomarla. Este mandamiento lo recibí de mi Padre».

19 Por eso volvió a surgir una división entre los judíos a causa de estas palabras.

20 Muchos de ellos decían: «¡Tiene un demonio y está loco! ¿Por qué le
escucháis?»

21 Otros decían: «Estos no son los dichos de un poseído por un demonio. No es
posible que un demonio abra los ojos de los ciegos, ¿verdad?»

22 Era la fiesta de la Dedicación en Jerusalén.

23 Era invierno, y Jesús andaba por el templo, en el pórtico de Salomón.

24 Los judíos se acercaron a él y le dijeron: «¿Hasta cuándo nos vas a tener en sus-
penso? Si eres el Cristo, dínoslo claramente».

25 Jesús les respondió: «Os lo he dicho, y no creéis. Las obras que hago en nom-
bre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí.

26 Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho.

27 Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen.

28 Yo les doy vida eterna. Nunca perecerán, y nadie las arrebatará de mi mano.

29 Mi Padre, que me las ha dado, es más grande que todos. Nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre.

30 Yo y el Padre somos uno».

31 Por eso los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearlo.

32 Jesús les respondió: «Os he mostrado muchas obras buenas de mi Padre. ¿Por cuál de esas obras me apedreáis?»

33 Los judíos le respondieron: «No te apedreamos por una obra buena, sino por blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios».

34 Jesús les contestó: "¿No está escrito en vuestra ley: 'Yo dije que sois dioses'?

35 Si los llamó dioses, a los que vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada),

36 ¿decís de aquel a quien el Padre santificó y envió al mundo: 'Tú blasfemas', porque yo dije: 'Yo soy el Hijo de Dios'?

37 Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis.

38 Pero si las hago, aunque no me creáis, creed en las obras, para que sepáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre".

39 Volvieron a buscarlo para apresarlo, pero se les escapó de las manos.

40 Volvió a pasar el Jordán, al lugar donde Juan bautizaba al principio, y se quedó allí.

41 Muchos se acercaron a él. Decían: «Ciertamente Juan no hizo ninguna señal, pero todo lo que Juan dijo de este hombre es verdad».

42 Muchos creyeron allí en él.

Capítulo 11

1 Un hombre estaba enfermo, Lázaro, de Betania, del pueblo de María y de su hermana Marta.

2 Era aquella María, que había ungido al Señor con ungüento y enjugado sus pies
con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo.

3 Las hermanas, pues, enviaron a decirle: «Señor, he aquí que está enfermo aquel
a quien tienes gran afecto».

4 Pero Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino para la
gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella».

5 Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro.

6 Por eso, al saber que estaba enfermo, se quedó dos días en el lugar donde estaba.

7 Luego, después de esto, dijo a los discípulos: «Vamos a Judea de nuevo».

8 Los discípulos le preguntaron: «Rabí, los judíos querían apedrearte. ¿Vas a ir allí
de nuevo?»

9 Jesús respondió: «¿No hay doce horas de luz? Si un hombre camina de día, no
tropieza, porque ve la luz de este mundo.

10 Pero si un hombre camina de noche, tropieza, porque la luz no está en él».

11 Dijo estas cosas, y después les dijo: «Nuestro amigo Lázaro se ha dormido,
pero yo voy para despertarlo del sueño».

12 Entonces los discípulos dijeron: «Señor, si se ha dormido, se recuperará».

13 Ahora bien, Jesús había hablado de su muerte, pero ellos pensaron que hablaba
de descansar en el sueño.

14 Entonces Jesús les dijo claramente: «Lázaro ha muerto.

15 Me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Sin embargo,
vayamos a verlo».

16 Entonces Tomás, que se llama Dídimo, dijo a sus condiscípulos: «Vayamos
también nosotros, para morir con él».

17 Cuando llegó Jesús, se dio cuenta de que ya llevaba cuatro días en el sepulcro.

18 Betania estaba cerca de Jerusalén, a unos quince estadios.

19 Muchos de los judíos se habían reunido con las mujeres en torno a Marta y
María, para consolarlas por su hermano.

20 Cuando Marta se enteró de que Jesús venía, fue a recibirlo, pero María se
quedó en la casa.

21 Entonces Marta dijo a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no
habría muerto.

22 Incluso ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará».

23 Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará».

24 Marta le dijo: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día».

25 Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí seguirá vi-
viendo, aunque muera.

26 El que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees en esto?»

27 Ella le dijo: «Sí, Señor. He llegado a creer que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios,
el que viene al mundo».

28 Cuando hubo dicho esto, se fue y llamó a María, su hermana, en secreto, di-
ciendo: «El Maestro está aquí y te llama».

29 Al oír esto, se levantó rápidamente y fue hacia él.

30 Pero Jesús no había entrado aún en la aldea, sino que estaba en el lugar donde
Marta lo había encontrado.

31 Entonces los judíos que estaban con ella en la casa y la consolaban, al ver que
María se levantaba rápidamente y salía, la siguieron diciendo: «Va al sepulcro a
llorar allí».

32 Por eso, cuando María llegó a donde estaba Jesús y lo vio, se postró a sus pies,
diciéndole: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto».

33 Cuando Jesús la vio llorar, y a los judíos que venían con ella, gimió en el espíritu
y se turbó,

34 y dijo: «¿Dónde lo habéis puesto?» Le dijeron: «Señor, ven a ver».

35 Jesús lloró.

36 Por eso los judíos decían: «¡Mirad cuánto afecto le tenía!».

37 Algunos de ellos decían: «¿No podía este hombre, que abrió los ojos del ciego, evitar que éste muriera?»

38 Jesús, gimiendo de nuevo en su interior, llegó al sepulcro. Era una cueva, y una piedra estaba apoyada en ella.

39 Jesús dijo: «Quitad la piedra». Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: «Señor, a estas alturas hay un hedor, pues lleva cuatro días muerto».

40 Jesús le dijo: «¿No te dije que, si crees, verás la gloria de Dios?»

41 Entonces quitaron la piedra del lugar donde yacía el muerto. Jesús levantó los ojos y dijo: «Padre, te agradezco que me hayas escuchado.

42 Sé que siempre me escuchas, pero a causa de la multitud que está alrededor he dicho esto, para que crean que tú me has enviado».

43 Cuando hubo dicho esto, gritó a gran voz: «¡Lázaro, ven afuera!»

44 El que estaba muerto salió, atado de pies y manos con vendas, y su rostro estaba envuelto con un paño. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo ir».

45 Por eso, muchos de los judíos que se acercaron a María y vieron lo que hacía Jesús creyeron en él.

46 Pero algunos de ellos se fueron a los fariseos y les contaron las cosas que Jesús había hecho.

47 Entonces los jefes de los sacerdotes y los fariseos reunieron un consejo y dijeron: «¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchas señales.

48 Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos quitarán nuestro lugar y nuestra nación».

49 Pero uno de ellos, Caifás, siendo sumo sacerdote aquel año, les dijo: «Vosotros
no sabéis nada en absoluto,

50 ni consideráis que nos convenga que un hombre muera por el pueblo, y que no
perezca toda la nación».

51 Pero él no dijo esto por sí mismo, sino que, siendo sumo sacerdote aquel año,
profetizó que Jesús moriría por la nación,

52 y no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que
están dispersos.

53 Así que desde aquel día tomaron consejo para darle muerte.

54 Así que Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se fue de allí
al campo, cerca del desierto, a una ciudad llamada Efraín. Allí se quedó con sus
discípulos.

55 Se acercaba la Pascua de los judíos. Muchos subieron del campo a Jerusalén
antes de la Pascua, para purificarse.

56 Entonces buscaban a Jesús y hablaban entre sí, estando en el templo: «¿Qué
pensáis? ¿Que no vendrá a la fiesta?»

57 Ahora bien, los jefes de los sacerdotes y los fariseos habían ordenado que si al-
guien sabía dónde estaba, lo denunciara para poder apresarlo.

Capítulo 12

1 Seis días antes de la Pascua, Jesús llegó a Betania, donde estaba Lázaro, que ha-
bía estado muerto, al que resucitó de entre los muertos.

2 Y le prepararon allí una cena. Marta servía, pero Lázaro era uno de los que se
sentaban a la mesa con él.

3 Entonces María tomó una libra de ungüento de nardo puro, muy precioso, y
ungió los pies de Jesús y le secó los pies con sus cabellos. La casa se llenó de la fra-
gancia del ungüento.

4 Entonces Judas Iscariote, hijo de Simón, uno de sus discípulos, que lo iba a traicionar, dijo:

5 «¿Por qué no se vendió este ungüento por trescientos denarios y se dio a los pobres?»

6 Esto lo dijo, no porque se preocupara por los pobres, sino porque era un ladrón, y teniendo la bolsa, solía robar lo que se echaba en ella.

7 Pero Jesús dijo: «Dejadla en paz. Ha guardado esto para el día de mi entierro.

8 Porque siempre tenéis a los pobres con vosotros, pero no siempre me tenéis a mí».

9 Se enteró, pues, una gran multitud de judíos de que estaba allí; y vinieron, no sólo por causa de Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos.

10 Pero los jefes de los sacerdotes conspiraron para dar muerte también a Lázaro,

11 porque a causa de él muchos de los judíos se fueron y creyeron en Jesús.

12 Al día siguiente, una gran multitud había acudido a la fiesta. Al enterarse de que Jesús venía a Jerusalén,

13 tomaron las ramas de las palmeras y salieron a recibirlo, y gritaron: "¡Hosanna! Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel".

14 Jesús, habiendo encontrado un asnillo, se sentó en él. Como está escrito:

15 «No temas, hija de Sión. He aquí que viene tu Rey, sentado en un pollino de asna».

16 Sus discípulos no entendían estas cosas al principio, pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas sobre él, y de que le habían hecho estas cosas.

17 La multitud, pues, que estaba con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro y lo resucitó de entre los muertos, daba testimonio de ello.

18 Por esta razón también la multitud fue a su encuentro, porque oyeron que había hecho esta señal.

19 Entonces los fariseos decían entre sí: «Mirad cómo no conseguís nada. He aquí que el mundo ha ido tras él».

20 Había algunos griegos entre los que subían a adorar en la fiesta.

21 Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le preguntaron: «Señor, queremos ver a Jesús».

22 Felipe vino y se lo comunicó a Andrés, y a su vez, Andrés vino con Felipe, y se lo comunicaron a Jesús.

23 Jesús les respondió: "Ha llegado el momento de que el Hijo del Hombre sea glorificado.

24 De cierto os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo. Pero si muere, da mucho fruto.

25 El que ama su vida la perderá. El que odia su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna.

26 El que me sirve, que me siga. Donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguien me sirve, el Padre lo honrará.

27 «Ahora mi alma está turbada. ¿Qué voy a decir? ¿Padre, sálvame de esta hora? Pero he venido a esta hora por esta causa.

28 ¡Padre, glorifica tu nombre!» Entonces salió una voz del cielo que decía: «Lo he glorificado y lo volveré a glorificar».

29 Por eso, la multitud que estaba de pie y lo oyó, dijo que había tronado. Otros decían: «Un ángel le ha hablado».

30 Jesús respondió: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros.

31 Ahora es el juicio de este mundo. Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera.

32 Y yo, si soy levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí».

33 Pero él dijo esto, dando a entender con qué clase de muerte debía morir.

34 La multitud le respondió: «Hemos oído por la ley que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo dices que el Hijo del Hombre debe ser levantado? ¿Quién es ese Hijo del Hombre?»

35 Por eso Jesús les dijo: «Todavía un poco de tiempo la luz está con vosotros. Caminad mientras tenéis la luz, para que las tinieblas no os alcancen. El que camina en las tinieblas no sabe a dónde va.

36 Mientras tengáis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz». Jesús dijo estas cosas, y se alejó y se escondió de ellos.

37 Pero aunque había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él,

38 para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías que había dicho:
«Señor, ¿quién ha creído en nuestro informe?
¿A quién se le ha revelado el brazo del Señor?»

39 Por eso no podían creer, pues Isaías volvió a decir

40 «Ha cegado sus ojos y ha endurecido su corazón,
para que no vean con sus ojos,
y entiendan con el corazón,
y se conviertan,
y yo los sane».

41 Isaías dijo estas cosas al ver su gloria, y habló de él.

42 Sin embargo, incluso muchos de los gobernantes creyeron en él, pero a causa de los fariseos no lo confesaron, para no ser expulsados de la sinagoga,

43 porque amaban más la alabanza de los hombres que la de Dios.

44 Jesús clamó y dijo: «El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado.

45 El que me ve, ve al que me ha enviado.

46 Yo he venido al mundo como una luz, para que quien crea en mí no permanezca en las tinieblas.

47 Si alguien escucha mis palabras y no cree, yo no lo juzgo. Porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo.

48 El que me rechaza y no recibe mis palabras, tiene quien lo juzgue. La palabra que yo hablé lo juzgará en el último día.

49 Porque no he hablado por mí mismo, sino que el Padre que me ha enviado me ha dado un mandamiento sobre lo que debo decir y lo que debo hablar.

50 Yo sé que su mandamiento es la vida eterna. Por lo tanto, las cosas que hablo, como el Padre me ha dicho, así las hablo».

Capítulo 13

1 Antes de la fiesta de la Pascua, Jesús, sabiendo que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

2 Durante la cena, habiendo metido ya el diablo en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, para que lo traicionara,

3 Jesús, sabiendo que el Padre había entregado todas las cosas en sus manos, y que venía de Dios y se iba a Dios,

4 se levantó de la cena y se despojó de sus vestidos exteriores. Tomó una toalla y se la puso alrededor de la cintura.

5 Luego echó agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos y a enjugarlos con la toalla que le envolvía.

6 Luego se acercó a Simón Pedro. Le dijo: «Señor, ¿me lavas los pies?»

7 Jesús le contestó: «No sabes lo que hago ahora, pero lo entenderás después».

8 Pedro le dijo: «¡Nunca me lavarás los pies!» Jesús le respondió: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo».

9 Simón Pedro le dijo: «Señor, no sólo mis pies, sino también mis manos y mi cabeza».

10 Jesús le dijo: «Alguien que se ha bañado sólo necesita que le laven los pies, pero está completamente limpio. Vosotros estáis limpios, pero no todos».

11 Porque conocía al que lo iba a traicionar; por eso dijo: «No estáis todos limpios».

12 Así que, después de lavarles los pies, volver a ponerse la ropa exterior y sentarse de nuevo, les dijo: "¿Sabéis lo que os he hecho?

13 Me llamáis 'Maestro' y 'Señor'. Lo decís con razón, porque así soy.

14 Si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros.

15 Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis lo que yo he hecho con vosotros.

16 De cierto os digo que el siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que lo envió.

17 Si sabéis estas cosas, dichosos vosotros si las ponéis en práctica.

18 No hablo de todos vosotros. Yo sé a quién he escogido; pero para que se cumpla la Escritura: 'El que come pan conmigo, ha levantado su talón contra mí'.

19 Desde ahora os lo digo antes de que ocurra, para que cuando ocurra, creáis que yo soy.

20 De cierto os digo que el que recibe a quien yo envío, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió".

21 Al decir esto, Jesús se turbó en su espíritu y declaró: «Os aseguro que uno de vosotros me va a traicionar».

22 Los discípulos se miraban unos a otros, perplejos sobre quién hablaba.

23 Uno de sus discípulos, a quien Jesús amaba, estaba en la mesa, apoyado en el pecho de Jesús.

24 Entonces Simón Pedro le hizo señas y le dijo: «Dinos de quién habla».

25 Él, recostado, como estaba, sobre el pecho de Jesús, le preguntó: «Señor, ¿quién es?»

26 Entonces Jesús respondió: «Es a quien le daré este pedazo de pan cuando lo haya mojado». Y cuando hubo mojado el pedazo de pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote.

27 Después del trozo de pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: «Lo que hagas, hazlo rápido».

28 Nadie en la mesa sabía por qué le decía esto.

29 Pues algunos pensaron, porque Judas tenía la bolsa, que Jesús le había dicho: «Compra lo que necesitamos para la fiesta», o que debía dar algo a los pobres.

30 Así que, habiendo recibido aquel bocado, salió inmediatamente. Era de noche.

31 Cuando salió, Jesús dijo: "Ahora el Hijo del Hombre ha sido glorificado, y Dios ha sido glorificado en él.

32 Si Dios ha sido glorificado en él, Dios también lo glorificará en sí mismo, y lo glorificará inmediatamente.

33 Hijitos, estaré con vosotros un poco más de tiempo. Me buscaréis, y como dije a los judíos: 'Donde yo voy, vosotros no podéis venir', así os lo digo ahora.

34 Un nuevo mandamiento os doy: que os améis unos a otros. Como yo os he amado, amaos también vosotros unos a otros.

35 En esto reconocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros".

36 Simón Pedro le dijo: «Señor, ¿a dónde vas?» Jesús respondió: «A donde voy, no puedes seguirme ahora, pero me seguirás después».

37 Pedro le dijo: «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti».

38 Jesús le contestó: "¿Vas a dar tu vida por mí? Te aseguro que el gallo no cantará hasta que me hayas negado tres veces.

Capítulo 14

1 «No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios. Creed también en mí.

2 En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a preparar un lugar para vosotros.

3 Si me voy y os preparo un lugar, volveré y os recibiré en mi casa; para que donde yo esté, estéis también vosotros.

4 Vosotros sabéis a dónde voy y conocéis el camino».

5 Tomás le dijo: «Señor, no sabemos a dónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?»

6 Jesús le dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí.

7 Si me hubierais conocido, habríais conocido también a mi Padre. Desde ahora, lo conocéis y lo habéis visto».

8 Felipe le dijo: «Señor, muéstranos al Padre, y eso nos bastará».

9 Jesús le dijo: "¿Tanto tiempo llevo con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices: 'Muéstranos al Padre'?

10 ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que os digo no las hablo por mí mismo, sino que el Padre que vive en mí hace sus obras.

11 Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; o bien creedme por las mismas obras.

12 De cierto os digo que el que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará; y hará obras mayores que éstas, porque yo voy a mi Padre.

13 Todo lo que pidáis en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.

14 Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré.

15 Si me amáis, guardad mis mandamientos.

16 Yo rogaré al Padre, y él os dará otro Consejero, para que esté con vosotros para siempre:

17 el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir, porque no lo ve y no lo conoce. Vosotros lo conocéis, porque vive con vosotros y estará en vosotros.

18 No os dejaré huérfanos. Vendré a vosotros.

19 Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis. Porque yo vivo, vosotros también viviréis.

20 En aquel día sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.

21 El que tiene mis mandamientos y los cumple, ése es el que me ama. El que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me revelaré a él".

22 Judas (no Iscariote) le dijo: «Señor, ¿qué ha pasado para que te reveles a nosotros y no al mundo?»

23 Jesús le respondió: "Si un hombre me ama, cumplirá mi palabra. Mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos nuestra morada con él.

24 El que no me ama no guarda mis palabras. La palabra que oís no es mía, sino del Padre que me ha enviado.

25 "Os he dicho estas cosas mientras vivía con vosotros.

26 Pero el Consejero, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho.

27 La paz os dejo. Mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.

28 Habéis oído que os dije: 'Me voy y volveré a vosotros'. Si me amarais, os habríais alegrado porque dije: 'Me voy a mi Padre', porque el Padre es más grande que yo.

29 Ahora os lo he dicho antes de que ocurra, para que, cuando ocurra, creáis.

30 Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo y
no tiene nada en mí.

31 Pero para que el mundo sepa que amo al Padre, y que como el Padre me
mandó, así hago yo. Levantaos, vámonos de aquí.

Capítulo 15

1 "Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el viticultor.

2 Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita. Todo sarmiento que da fruto,
lo poda para que dé más fruto.

3 Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he dicho.

4 Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por
sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en
mí.

5 Yo soy la vid. Vosotros sois los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él da
mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada.

6 El que no permanece en mí, es arrojado como pámpano y se seca; los recogen,
los echan al fuego y se queman.

7 Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis todo lo
que queráis, y se os hará.

8 "En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto; y así seréis mis
discípulos.

9 Como el Padre me ha amado, yo también os he amado. Permaneced en mi
amor.

10 Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guar-
dado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.

11 Os he dicho estas cosas para que mi alegría permanezca en vosotros y vuestra
alegría sea completa.

12 “Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros, como yo os he amado.

13 Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos.

14 Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando.

15 Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.

16 No me habéis elegido a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he designado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé.

17 “Os mando estas cosas, para que os améis unos a otros.

18 Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros.

19 Si fuerais del mundo, el mundo amaría a los suyos. Pero como no sois del mundo, puesto que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os odia.

20 Recordad la palabra que os dije: ‘Un siervo no es mayor que su señor’. Si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros. Si ellos cumplieron mi palabra, también cumplirán la vuestra.

21 Pero todo esto os lo harán por mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado.

22 Si yo no hubiera venido a hablarles, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa para su pecado.

23 El que me odia, odia también a mi Padre.

24 Si yo no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie hizo, no tendrían pecado. Pero ahora han visto y también me han odiado a mí y a mi Padre.

25 Pero esto ha sucedido para que se cumpla la palabra que estaba escrita en su ley: ‘Me odiaron sin causa’.

26 “Cuando venga el Consejero que os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí.

27 También vosotros daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio.

Capítulo 16

1 "Os he dicho estas cosas para no haceros tropezar.

2 Os expulsarán de las sinagogas. Sí, viene el tiempo en que quien os mate pensará que ofrece un servicio a Dios.

3 Ellos harán estas cosas porque no han conocido al Padre ni a mí.

4 Pero os he dicho estas cosas para que, cuando llegue el momento, os acordéis de que os las he contado. No os dije estas cosas desde el principio, porque estaba con vosotros.

5 Pero ahora me voy con el que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta: '¿Adónde vas?'

6 Pero como os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón.

7 Sin embargo, os digo la verdad: os conviene que me vaya, porque si no me voy, el Consejero no vendrá a vosotros. Pero si me voy, os lo enviaré.

8 Cuando venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio;

9 de pecado, porque no creen en mí;

10 de justicia, porque me voy a mi Padre y ya no me veréis;

11 de juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado.

12 "Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no podéis soportarlas.

13 Sin embargo, cuando él, el Espíritu de la verdad, haya venido, os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su cuenta, sino que hablará todo lo que oiga. Él os anunciará las cosas que se avecinan.

14 Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo declarará.

15 Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso he dicho que toma de lo mío y os lo anunciará.

16 «Un poco de tiempo, y no me veréis. De nuevo un poco de tiempo, y me veréis».

17 Entonces algunos de sus discípulos se dijeron unos a otros: "¿Qué es eso que nos dice: 'Un poco de tiempo y no me veréis, y de nuevo un poco de tiempo y me veréis', y 'porque voy al Padre'?"

18 Dijeron entonces: "¿Qué es eso que dice: 'Un poco de tiempo'? No sabemos lo que dice".

19 Por lo tanto, Jesús se dio cuenta de que querían preguntarle, y les dijo: "¿Preguntáis entre vosotros acerca de esto que he dicho: 'Un poco de tiempo y no me veréis, y de nuevo un poco de tiempo y me veréis'?

20 Ciertamente os digo que lloraréis y os lamentaréis, pero el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría.

21 La mujer, cuando da a luz, se entristece porque ha llegado su hora. Pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda de la angustia, por la alegría de que haya nacido un ser humano en el mundo.

22 Por eso ahora tenéis angustia, pero volveré a veros, y vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará la alegría.

23 "En aquel día no me preguntaréis nada. Os aseguro que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará.

24 Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa.

25 «Os he hablado de estas cosas en parábolas. Pero viene el tiempo en que ya no os hablaré por parábolas, sino que os hablaré claramente del Padre.

26 En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros,

27 pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que he venido de Dios.

28 Yo he salido del Padre y he venido al mundo. De nuevo, dejo el mundo y voy al Padre».

29 Sus discípulos le dijeron: «He aquí que ahora hablas con claridad y no usas parábolas.

30 Ahora sabemos que lo sabes todo y que no necesitas que nadie te cuestione. Por eso creemos que has venido de Dios».

31 Jesús les respondió: «¿Ahora creéis?

32 He aquí que viene el tiempo, y ya ha llegado, en que seréis dispersados, cada uno a su lugar, y me dejaréis solo. Pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo.

33 Os he dicho estas cosas para que en mí tengáis paz. En el mundo tenéis problemas; pero ¡animaos! Yo he vencido al mundo».

Capítulo 17

1 Jesús dijo estas cosas y, levantando los ojos al cielo, dijo: "Padre, ha llegado el momento. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo también te glorifique a ti;

2 así como le diste autoridad sobre toda carne, así dará vida eterna a todos los que le has dado.

3 Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que has enviado, Jesucristo.

4 Yo te he glorificado en la tierra. He cumplido la obra que me has encomendado.

5 Ahora, Padre, glorifícame tú mismo con la gloria que tenía contigo antes de que el mundo existiera.

6 "He revelado tu nombre al pueblo que me has dado fuera del mundo. Eran tuyos y me los has dado. Ellos han cumplido tu palabra.

7 Ahora han sabido que todas las cosas que me has dado vienen de ti,

8 porque las palabras que me has dado se las he dado a ellos; y las han recibido, y han sabido con certeza que vengo de ti. Han creído que tú me has enviado.

9 Yo rezo por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que me has dado, porque son tuyos.

10 Todas las cosas que son mías son tuyas, y las tuyas son mías, y yo soy glorificado en ellas.

11 Yo ya no estoy en el mundo, pero estos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, guárdalos por tu nombre que me has dado, para que sean uno, como nosotros.

12 Mientras estuve con ellos en el mundo, los guardé en tu nombre. He guardado a los que me has dado. Ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de la destrucción, para que se cumpla la Escritura.

13 Pero ahora vengo a ti, y digo estas cosas en el mundo, para que tengan mi gozo pleno en ellos.

14 Les he dado tu palabra. El mundo los ha odiado porque no son del mundo, así como yo no soy del mundo.

15 No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno.

16 No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

17 Santifícalos en tu verdad. Tu palabra es la verdad.

18 Como me enviaste al mundo, así los he enviado yo al mundo.

19 Por ellos me santifico, para que ellos también sean santificados en la verdad.

20 «No ruego sólo por estos, sino también por los que crean en mí por medio de su palabra,

21 para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí, y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me has enviado.

22 La gloria que me has dado, yo se la he dado a ellos, para que sean uno, como nosotros somos uno,

23 yo en ellos y tú en mí, para que se perfeccionen en uno, para que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado, como a mí.

24 Padre, quiero que también los que me has dado estén conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria que me has dado, porque me has amado antes de la fundación del mundo.

25 Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y estos han sabido que tú me has enviado.

26 Yo les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos».

Capítulo 18

1 Cuando Jesús hubo dicho estas palabras, salió con sus discípulos por el torrente Cedrón, donde había un huerto en el que entraron él y sus discípulos.

2 También Judas, el que lo traicionó, conocía el lugar, porque Jesús se reunía allí a menudo con sus discípulos.

3 Entonces Judas, habiendo tomado un destacamento de soldados y oficiales de los sumos sacerdotes y de los fariseos, llegó allí con linternas, antorchas y armas.

4 Jesús, pues, sabiendo todo lo que le pasaba, salió y les dijo: «¿A quién buscáis?»

5 Le respondieron: «Jesús de Nazaret». Jesús les dijo: «Yo soy». También Judas, el que le traicionó, estaba con ellos.

6 Por eso, cuando les dijo: «Yo soy», retrocedieron y cayeron al suelo.

7 Por eso les preguntó de nuevo: «¿A quién buscáis?» Dijeron: «Jesús de Nazaret».

8 Jesús respondió: «Os he dicho que yo soy. Si, pues, me buscáis, dejad que estos se vayan»,

9 para que se cumpla la palabra que dijo: «De los que me has dado, no he perdido a ninguno».

10 Entonces Simón Pedro, teniendo una espada, la sacó, hirió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. El siervo se llamaba Malco.

11 Entonces Jesús dijo a Pedro: «Mete la espada en la vaina. El cáliz que el Padre me ha dado, ¿no lo voy a beber?»

12 Entonces el destacamento, el comandante y los oficiales de los judíos prendieron a Jesús y lo ataron,

13 y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año.

14 Fue Caifás quien aconsejó a los judíos que era conveniente que un hombre pereciera por el pueblo.

15 Simón Pedro siguió a Jesús, al igual que otro discípulo. Aquel discípulo era conocido del sumo sacerdote, y entró con Jesús en el atrio del sumo sacerdote;

16 pero Pedro estaba fuera, a la puerta. Entonces el otro discípulo, que era conocido del sumo sacerdote, salió y habló a la portera, e hizo entrar a Pedro.

17 Entonces la criada que guardaba la puerta dijo a Pedro: «¿Eres tú también uno de los discípulos de este hombre?» Él dijo: «No lo soy».

18 Los sirvientes y los oficiales estaban allí de pie, habiendo hecho un fuego de brasas, pues hacía frío. Se estaban calentando. Pedro estaba con ellos, de pie y calentándose.

19 El sumo sacerdote preguntó entonces a Jesús por sus discípulos y por su enseñanza.

20 Jesús le contestó: «Yo hablé abiertamente al mundo. Siempre enseñé en las sinagogas y en el templo, donde siempre se reúnen los judíos. No dije nada en secreto.

21 ¿Por qué me preguntas? Preguntad a los que me han oído lo que les he dicho. He aquí que ellos saben las cosas que dije».

22 Cuando hubo dicho esto, uno de los oficiales que estaban allí abofeteó a Jesús con la mano, diciendo: «¿Así respondes al sumo sacerdote?»

23 Jesús le respondió: «Si he hablado mal, testifica el mal; pero si está bien, ¿por qué me golpeas?»

24 Anás lo envió atado a Caifás, el sumo sacerdote.

25 Simón Pedro estaba de pie, calentándose. Entonces le dijeron: «¿No eres tú también uno de sus discípulos, verdad?» Él lo negó y dijo: «No lo soy».

26 Uno de los siervos del sumo sacerdote, que era pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dijo: «¿No te vi en el jardín con él?»

27 Pedro, pues, lo negó de nuevo, e inmediatamente el gallo cantó.

28 Condujeron, pues, a Jesús desde Caifás al pretorio. Era temprano, y ellos mismos no entraron en el pretorio para no contaminarse, sino para poder comer la Pascua.

29 Salió, pues, Pilato hacia ellos y les dijo: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?»

30 Le respondieron: «Si este hombre no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado».

31 Pilato, pues, les dijo: «Tomadlo vosotros y juzgadlo según vuestra ley». Por eso los judíos le decían: «Nos es ilícito dar muerte a nadie»,

32 para que se cumpliera la palabra de Jesús que había dicho, dando a entender con qué clase de muerte debía morir.

33 Entonces Pilato entró de nuevo en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: «¿Eres tú el Rey de los judíos?»

34 Jesús le respondió: «¿Dices esto por ti mismo, o te lo han dicho otros?»

35 Pilato respondió: «No soy judío, ¿verdad? Tu propia nación y los jefes de los sacerdotes te entregaron a mí. ¿Qué has hecho?»

36 Jesús respondió: «Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuera de este mundo, mis siervos lucharían para que yo no fuera entregado a los judíos. Pero ahora mi Reino no es de aquí».

37 Pilato, pues, le dijo: «¿Eres entonces un rey?» Jesús respondió: «Vosotros decís que soy un rey. Para eso he nacido y para eso he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz».

38 Pilato le dijo: «¿Qué es la verdad?» Cuando hubo dicho esto, salió de nuevo a los judíos y les dijo: «No encuentro fundamento para una acusación contra él.

39 Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte a alguien en la Pascua. Por tanto, ¿queréis que os suelte al Rey de los judíos?»

40 Entonces todos volvieron a gritar, diciendo: «Este no, sino Barrabás». Ahora bien, Barrabás era un ladrón.

Capítulo 19

1 Entonces Pilato tomó a Jesús y lo azotó.

2 Los soldados trenzaron espinas en forma de corona y se la pusieron en la cabeza, y lo vistieron con un manto de púrpura.

3 No dejaban de decir: «¡Salve, Rey de los judíos!» y no dejaban de abofetearle.

4 Entonces Pilato volvió a salir y les dijo: «He aquí que os lo traigo, para que sepáis que no encuentro fundamento para una acusación contra él».

5 Salió, pues, Jesús con la corona de espinas y el manto de púrpura. Pilato les dijo: «He aquí el hombre».

6 Al verlo, los jefes de los sacerdotes y los oficiales gritaron diciendo: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!» Pilato les dijo: «Tomadlo vosotros y crucificadlo, porque no encuentro fundamento para una acusación contra él».

7 Los judíos le respondieron: «Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios».

8 Cuando Pilato oyó estas palabras, tuvo más miedo.

9 Entró de nuevo en el pretorio y dijo a Jesús: «¿De dónde eres?» Pero Jesús no le respondió.

10 Entonces Pilato le dijo: «¿No me hablas a mí? ¿No sabes que tengo poder para liberarte y tengo poder para crucificarte?»

11 Jesús respondió: «No tendrías ningún poder contra mí, si no te fuera dado de arriba. Por tanto, el que me ha entregado a vosotros tiene un pecado mayor».

12 Ante esto, Pilato quiso ponerlo en libertad, pero los judíos gritaron diciendo: «¡Si sueltas a este hombre, no eres amigo del César! Todo el que se hace rey habla contra el César».

13 Cuando Pilato oyó estas palabras, sacó a Jesús y se sentó en el tribunal en un lugar llamado «El Pavimento», pero en hebreo, «Gabbatha».

14 Era el día de la preparación de la Pascua, hacia la hora sexta. Dijo a los judíos: «¡He aquí vuestro Rey!»

15 Gritaron: «¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! ¡Crucifícalo!». Pilato les dijo: «¿Debo crucificar a vuestro Rey?» Los jefes de los sacerdotes respondieron: «No tenemos más rey que el César».

16 Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. Tomaron, pues, a Jesús y se lo llevaron.

17 Salió, llevando su cruz, al lugar llamado «Lugar de la Calavera», que en hebreo se llama «Gólgota»,

18 donde lo crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio.

19 Pilato escribió también un título y lo puso en la cruz. Allí estaba escrito: «JESÚS DE NAZARET, EL REY DE LOS JUDÍOS».

20 Por lo tanto, muchos de los judíos leyeron este título, porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad; y estaba escrito en hebreo, en latín y en griego.

21 Los jefes de los judíos dijeron, pues, a Pilato: "No escribas: 'El Rey de los judíos', sino: 'Dijo: Yo soy el Rey de los judíos'".

22 Pilato respondió: «Lo que he escrito, lo he escrito».

23 Entonces los soldados, después de crucificar a Jesús, tomaron sus vestidos e hicieron cuatro partes, a cada soldado una parte; y también la túnica. La túnica era sin costura, tejida de arriba abajo.

24 Entonces se dijeron unos a otros: «No la rasguemos, sino echemos suertes para decidir de quién será», para que se cumpla la Escritura que dice:
«Se repartieron mis ropas entre ellos.
Echan a suertes mi ropa». Por eso los soldados hicieron estas cosas.

25 Pero junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás y María Magdalena.

26 Por eso, al ver Jesús a su madre y al discípulo al que amaba que estaban allí, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo».

27 Luego dijo al discípulo: «¡Ahí tienes a tu madre!» A partir de esa hora, el discípulo se la llevó a su casa.

28 Después de esto, Jesús, viendo que todo estaba ya terminado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «¡Tengo sed!»

29 Se puso allí una vasija llena de vinagre; entonces pusieron una esponja llena de vinagre sobre un hisopo, y se la acercaron a la boca.

30 Así pues, cuando Jesús recibió el vinagre, dijo: «¡Se acabó!» Entonces inclinó la cabeza y entregó su espíritu.

31 Por lo tanto, los judíos, como era el día de la preparación, para que los cuerpos no permanecieran en la cruz durante el día de reposo (pues ese día de reposo era especial), pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y se los llevaran.

32 Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas del primero y del otro que estaba crucificado con él;

33 pero cuando llegaron a Jesús y vieron que ya estaba muerto, no le rompieron las piernas.

34 Sin embargo, uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, e inmediatamente salió sangre y agua.

35 El que ha visto ha dado testimonio, y su testimonio es verdadero. Sabe que dice la verdad, para que creáis.

36 Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: «Un hueso de él no será quebrado».

37 Otra Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron».

38 Después de estas cosas, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero en secreto por miedo a los judíos, pidió a Pilato poder llevarse el cuerpo de Jesús. Pilato le dio permiso. Vino, pues, y se llevó el cuerpo.

39 Nicodemo, que al principio se acercó a Jesús de noche, vino también trayendo una mezcla de mirra y áloes, como cien libras romanas.

40 Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en telas de lino con las especias, según la costumbre de los judíos de enterrarlo.

41 En el lugar donde fue crucificado había un jardín. En el jardín había un sepulcro nuevo en el que nunca se había puesto a nadie.

42 Entonces, a causa del día de preparación de los judíos (pues el sepulcro estaba cerca), pusieron allí a Jesús.

Capítulo 20

1 El primer día de la semana, María Magdalena fue temprano, cuando todavía estaba oscuro, al sepulcro, y vio que la piedra había sido retirada del sepulcro.

2 Entonces corrió y vino a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús amaba, y les dijo: «¡Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto!»

3 Salieron, pues, Pedro y el otro discípulo, y fueron hacia el sepulcro.

4 Los dos corrieron juntos. El otro discípulo se adelantó a Pedro y llegó primero al sepulcro.

5 Al agacharse y mirar dentro, vio los lienzos tendidos; pero no entró.

6 Entonces llegó Simón Pedro, siguiéndole, y entró en el sepulcro. Vio los lienzos tendidos,

7 y el paño que había estado sobre su cabeza, no tendido con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte.

8 Entonces entró también el otro discípulo que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó.

9 Porque aún no entendían la Escritura, que Él debía resucitar de entre los muertos.

10 Entonces los discípulos se fueron de nuevo a sus casas.

11 Pero María estaba fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se inclinó y miró dentro del sepulcro,

12 y vio a dos ángeles vestidos de blanco sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde estaba el cuerpo de Jesús.

13 Le preguntaron: «Mujer, ¿por qué lloras?» Ella les dijo: «Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto».

14 Cuando dijo esto, se volvió y vio a Jesús de pie, y no sabía que era Jesús.

15 Jesús le dijo: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Ella, suponiendo que era el jardinero, le dijo: «Señor, si te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y me lo llevaré».

16 Jesús le dijo: «María». Se volvió y le dijo: «¡Rabboni!», que es como decir «¡Maestro!».

17 Jesús le dijo: "No me retengas, porque todavía no he subido a mi Padre; pero ve
a mis hermanos y diles: 'Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro
Dios'".

18 Vino María Magdalena y contó a los discípulos que había visto al Señor y que
éste le había dicho estas cosas.

19 Así pues, al atardecer de aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas
las puertas donde estaban reunidos los discípulos, por miedo a los judíos, vino Je-
sús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros».

20 Cuando dijo esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegra-
ron al ver al Señor.

21 Entonces Jesús les dijo de nuevo: «La paz sea con vosotros. Como el Padre me
ha enviado, así os envío yo».

22 Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo.

23 Si perdonáis los pecados a alguien, le serán perdonados. Si retenéis los pecados
de alguien, le son retenidos».

24 Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando
vino Jesús.

25 Los demás discípulos le dijeron: «¡Hemos visto al Señor!» Pero él les dijo: «Si
no veo en sus manos la huella de los clavos, si no meto mi dedo en la huella de los
clavos y si no meto mi mano en su costado, no creeré».

26 Al cabo de ocho días, sus discípulos estaban de nuevo dentro y Tomás estaba
con ellos. Llegó Jesús, con las puertas cerradas, se puso en medio y dijo: «Paz a
vosotros».

27 Luego dijo a Tomás: «Pon aquí tu dedo y mira mis manos. Pon aquí tu mano,
y métela en mi costado. No seas incrédulo, sino creyente».

28 Tomás le respondió: «¡Señor mío y Dios mío!»

29 Jesús le dijo: "Porque me has visto, has creído. Dichosos los que no han visto y
han creído".

30 Por eso Jesús hizo otras muchas señales en presencia de sus discípulos, que no
están escritas en este libro;

31 pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios,
y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

Capítulo 21

1 Después de estas cosas, Jesús se reveló de nuevo a los discípulos en el mar de Ti-
berias. Se reveló así.

2 Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado Dídimo, Natanael, de Caná de
Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos.

3 Simón Pedro les dijo: «Voy a pescar». Le dijeron: «Nosotros también vamos
contigo». Inmediatamente salieron y entraron en la barca. Aquella noche no pes-
caron nada.

4 Pero cuando ya se hizo de día, Jesús se paró en la playa; pero los discípulos no
sabían que era Jesús.

5 Entonces Jesús les dijo: «Hijos, ¿tenéis algo de comer?» Le respondieron:
«No».

6 Les dijo: «Echad la red a la derecha de la barca y hallaréis pesca». Así pues, la
echaron, y entonces no pudieron sacarla por la multitud de peces.

7 Aquel discípulo al que Jesús amaba dijo a Pedro: «¡Es el Señor!» Cuando Si-
món Pedro oyó que era el Señor, se puso la ropa (pues estaba desnudo) y se arrojó
al mar.

8 Pero los demás discípulos venían en la barca pequeña (pues no estaban lejos de
la tierra, sino a unos doscientos codos), arrastrando la red llena de peces.

9 Cuando salieron a tierra, vieron allí un fuego de brasas, con peces y panes puestos sobre él.

10 Jesús les dijo: «Traed algunos de los peces que acabáis de pescar».

11 Simón Pedro subió y sacó la red a tierra, llena de ciento cincuenta y tres peces grandes. A pesar de ser tantos, la red no se rompió.

12 Jesús les dijo: «¡Venid a desayunar!» Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle: «¿Quién eres tú?», sabiendo que era el Señor.

13 Entonces Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio, y el pescado también.

14 Esta es la tercera vez que Jesús se revela a sus discípulos después de haber resucitado.

15 Cuando hubieron desayunado, Jesús dijo a Simón Pedro: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos?» Le dijo: «Sí, Señor; tú sabes que te tengo afecto». Le dijo: «Apacienta mis corderos».

16 Le volvió a decir por segunda vez: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?» Le dijo: «Sí, Señor; tú sabes que te tengo afecto». Le dijo: «Cuida mis ovejas».

17 Le dijo por tercera vez: «Simón, hijo de Jonás, ¿me tienes afecto?» Pedro se afligió porque le preguntó por tercera vez: '¿Me tienes afecto?'. Él le dijo: «Señor, tú lo sabes todo. Sabes que te tengo afecto». Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas.

18 De cierto te digo que cuando eras joven te vestías solo y andabas por donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te vestirá y te llevará donde no quieras».

19 Y dijo esto, dando a entender con qué clase de muerte glorificaría a Dios. Cuando hubo dicho esto, le dijo: «Sígueme».

20 Entonces Pedro, volviéndose, vio que le seguía un discípulo. Este era el discípulo al que Jesús amaba, el que también se había apoyado en el pecho de Jesús en la cena y había preguntado: «Señor, ¿quién te va a entregar?»

21 Pedro, al verlo, dijo a Jesús: «Señor, ¿y este?»

22 Jesús le dijo: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Sígueme».

23 Así pues, se difundió entre los hermanos el dicho de que este discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa?»

24 Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas. Sabemos que su testimonio es verdadero.

25 Hay también muchas otras cosas que hizo Jesús, que si se escribieran todas, supongo que ni el mundo mismo tendría espacio para los libros que se escribirían.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Capítulo 1

1 El primer libro que escribí, Teófilo, trataba de todo lo que Jesús empezó a hacer
y a enseñar,

2 hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado el mandato por
medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido.

3 A estos también se mostró vivo después de haber padecido, con muchas pruebas, apareciéndose a ellos durante cuarenta días y hablando del Reino de Dios.

4 Estando reunido con ellos, les ordenó: «No os vayáis de Jerusalén, sino esperad
la promesa del Padre, que habéis oído de mí.

5 Porque Juan ciertamente bautizó en agua, pero vosotros seréis bautizados en el
Espíritu Santo dentro de no muchos días.»

6 Por eso, cuando se reunieron, le preguntaron: «Señor, ¿restauras ahora el reino
a Israel?».

7 Les dijo: «No os corresponde a vosotros conocer los tiempos o las épocas que
el Padre ha fijado con su propia autoridad.

8 Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo haya venido sobre vosotros. Seréis testigos de mí en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la
tierra.»

9 Cuando dijo estas cosas, mientras ellos miraban, fue alzado, y una nube lo recibió fuera de su vista.

10 Mientras ellos miraban fijamente al cielo mientras él se iba, he aquí que se pusieron junto a ellos dos hombres vestidos de blanco,

11 que también dijeron: «Hombres de Galilea, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que ha sido recibido de entre vosotros en el cielo, volverá de la misma manera que le habéis visto subir al cielo.»

12 Luego volvieron a Jerusalén desde el monte llamado del Olivar, que está cerca de Jerusalén, a un día de camino.

13 Cuando llegaron, subieron al aposento alto donde se alojaban, es decir, Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hijo de Santiago.

14 Todos ellos perseveraban unánimemente en la oración y la súplica, junto con las mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos.

15 En estos días, Pedro se levantó en medio de los discípulos (y el número de personas reunidas era de unas ciento veinte), y dijo:

16 "Hermanos, era necesario que se cumpliera esta Escritura que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús.

17 Porque fue contado con nosotros, y recibió su parte en este ministerio.

18 Este hombre obtuvo un campo con la recompensa de su maldad; y cayendo de cabeza, su cuerpo se reventó y todas sus entrañas se derramaron.

19 Todos los que vivían en Jerusalén supieron que aquel campo se llamaba en su lengua «Acéldama», es decir, «El campo de sangre».

20 Porque está escrito en el libro de los Salmos:
'Que su morada quede desolada'.
Que nadie habite en ella". y,
'Que otro tome su cargo'.

21 «Es necesario, pues, que de los hombres que nos han acompañado todo el tiempo que el Señor Jesús entró y salió de entre nosotros,

22 comenzando por el bautismo de Juan hasta el día en que fue recibido de entre nosotros, uno de ellos sea testigo con nosotros de su resurrección.»

23 Propusieron a dos: a José, llamado Barsabás, que también se llamaba Justo, y a Matías.

24 Oraron y dijeron: «Tú, Señor, que conoces el corazón de todos los hombres, muestra a cuál de estos dos has elegido

25 para que tome parte en este ministerio y apostolado del que Judas se apartó, para ir a su propio lugar.»

26 Lo echaron a suertes, y la suerte recayó en Matías; y fue contado con los once apóstoles.

Capítulo 2

1 Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar.

2 De repente, vino del cielo un ruido como el de un viento impetuoso, que llenó toda la casa donde estaban sentados.

3 Aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron entre ellos, y una se posó sobre cada uno de ellos.

4 Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba la capacidad de hablar.

5 En Jerusalén vivían judíos, hombres devotos, de todas las naciones bajo el cielo.

6 Al oír este ruido, la multitud se reunió y quedó desconcertada, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua.

7 Todos se asombraron y se maravillaron, diciéndose unos a otros: «Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan?

8 ¿Cómo oímos nosotros, cada uno en nuestra propia lengua?

9 Partos, medos, elamitas y gentes de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, del Ponto, de Asia,

10 de Frigia, de Panfilia, de Egipto, de las partes de Libia en torno a Cirene, visitantes de Roma, tanto judíos como prosélitos,

11 cretenses y árabes: ¡les oímos hablar en nuestras lenguas de las maravillas de Dios!»

12 Todos estaban asombrados y perplejos, diciéndose unos a otros: «¿Qué significa esto?»

13 Otros, burlándose, decían: «Están llenos de mosto».

14 Pero Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les dijo: "Hombres de Judea y todos los que habitáis en Jerusalén, sabed esto y escuchad mis palabras.

15 Porque estos no están borrachos, como suponéis, ya que solo es la hora tercia del día.

16 Pero esto es lo que se ha dicho por medio del profeta Joel:

17 'Sucederá en los últimos días, dice Dios,
que derramaré mi Espíritu sobre toda carne.
Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán.
Vuestros jóvenes verán visiones.
Vuestros ancianos soñarán sueños.

18 Sí, y sobre mis siervos y mis siervas en aquellos días,
derramaré mi Espíritu, y ellos profetizarán.

19 Mostraré maravillas en el cielo arriba,
y señales en la tierra abajo:
sangre, y fuego, y vapor de humo.

20 El sol se convertirá en tinieblas,
y la luna en sangre,
antes de que llegue el día del Señor, grande y glorioso.

21 Y todo el que invoque el nombre del Señor se salvará'.

22 "¡Hombres de Israel, escuchad estas palabras! Jesús de Nazaret, varón aprobado por Dios ante vosotros con las obras poderosas, prodigios y señales que Dios hizo por medio de él entre vosotros, como vosotros mismos sabéis;

23 a este, entregado por el consejo determinado y la presciencia de Dios, le prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole;

24 a quien Dios resucitó, habiéndole librado de los dolores de la muerte, porque no era posible que fuera retenido por ella.

25 Porque David dice acerca de él:
'Veía al Señor siempre delante de mi rostro,
porque él está a mi diestra, para que no sea conmovido.

26 Por eso mi corazón se alegró y mi lengua se regocijó.
Además, mi carne también descansará en esperanza,

27 porque no dejarás mi alma en el Hades,
ni permitirás que tu Santo vea corrupción.

28 Me diste a conocer los caminos de la vida.
Me llenarás de alegría con tu presencia.'

29 "Hermanos, os puedo decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy.

30 Por eso, siendo profeta y sabiendo que Dios le había jurado que del fruto de sus lomos, según la carne, levantaría al Cristo para que se sentara en su trono,

31 previendo esto, habló de la resurrección del Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades ni su carne vio corrupción.

32 A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.

33 Siendo, pues, exaltado a la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros ahora veis y oís.

34 Porque David no subió a los cielos, sino que él mismo dice:
'Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra,

35 hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.'

36 «Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel que Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros crucificasteis.»

37 Al oír esto, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: «Hermanos, ¿qué haremos?»

38 Pedro les dijo: «Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo.

39 Porque la promesa es para vosotros y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos el Señor nuestro Dios llame.»

40 Con muchas otras palabras les testificaba y exhortaba, diciendo: «¡Salvaos de esta perversa generación!»

41 Entonces los que recibieron con gusto su palabra fueron bautizados, y aquel día se añadieron unas tres mil almas.

42 Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones.

43 El temor se apoderaba de todos, y se hacían muchos prodigios y señales por medio de los apóstoles.

44 Todos los que creían estaban juntos y tenían todo en común;

45 vendían sus propiedades y bienes, y los repartían a todos, según la necesidad de cada uno.

46 Perseverando unánimes cada día en el templo y partiendo el pan en las casas, tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón,

47 alabando a Dios y gozando del favor de todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia a los que habían de ser salvos.

Capítulo 3

1 Pedro y Juan subían al templo a la hora de la oración, la hora novena.

2 Y traían a un hombre cojo desde el vientre de su madre, al que ponían cada día a
la puerta del templo que se llama la Hermosa, para pedir limosna a los que entra-
ban en el templo.

3 Este, viendo a Pedro y a Juan a punto de entrar en el templo, les rogaba que le
diesen limosna.

4 Pedro, fijando sus ojos en él, junto con Juan, le dijo: «Míranos».

5 Él les prestó atención, esperando recibir algo de ellos.

6 Pero Pedro dijo: «No tengo plata ni oro, pero lo que tengo, te lo doy. En el nom-
bre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda».

7 Lo tomó de la mano derecha y lo levantó. Al instante, sus pies y tobillos cobra-
ron fuerza.

8 Y saltando, se puso en pie y comenzó a caminar. Entró con ellos en el templo,
andando, saltando y alabando a Dios.

9 Todo el pueblo lo vio caminar y alabar a Dios.

10 Y reconocían que era el mismo que solía sentarse a pedir limosna a la puerta del
templo, la Hermosa. Se llenaron de asombro y admiración por lo que le había
sucedido.

11 Mientras el cojo que había sido curado se aferraba a Pedro y a Juan, todo el
pueblo corría atónito hacia ellos en el pórtico que se llama de Salomón.

12 Al ver esto, Pedro respondió al pueblo: “Varones israelitas, ¿por qué os mara-
villáis de esto? ¿Por qué fijáis vuestros ojos en nosotros, como si por nuestro propio
poder o piedad le hubiéramos hecho caminar?

13 El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glori-
ficado a su Siervo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis en presencia de
Pilato, cuando este había decidido liberarle.

14 Pero vosotros negasteis al Santo y Justo, y pedisteis que se os concediera un
homicida,

15 y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos.

16 Por la fe en su nombre, es su nombre lo que ha fortalecido a este hombre que veis y conocéis. Sí, la fe que es por medio de él le ha dado esta perfecta sanidad en presencia de todos vosotros.

17 "Ahora bien, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, como también lo hicieron vuestros gobernantes.

18 Pero Dios cumplió así lo que había anunciado de antemano por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer.

19 "Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan tiempos de refrigerio de la presencia del Señor,

20 y envíe a Jesucristo, que os fue anunciado de antemano,

21 a quien el cielo debe recibir hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de las que Dios habló hace mucho tiempo por boca de sus santos profetas.

22 En efecto, Moisés dijo a los padres: 'El Señor vuestro Dios os levantará un profeta de entre vuestros hermanos, como yo; a él escucharéis en todo lo que os diga.

23 Y sucederá que toda persona que no escuche a ese profeta será totalmente exterminada de entre el pueblo'.

24 Y todos los profetas, desde Samuel en adelante, todos los que han hablado, también anunciaron estos días.

25 Vosotros sois los hijos de los profetas y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: 'En tu simiente serán bendecidas todas las familias de la tierra'.

26 Dios, habiendo resucitado a su Siervo Jesús, os lo envió primero para bendeciros, a fin de que cada uno de vosotros se aparte de sus maldades."

Capítulo 4

1 Mientras ellos hablaban al pueblo, se presentaron los sacerdotes, el jefe de la
guardia del templo y los saduceos,

2 muy indignados porque enseñaban al pueblo y proclamaban en Jesús la resu-
rrección de entre los muertos.

3 Les echaron mano y los pusieron bajo custodia hasta el día siguiente, pues ya era
de noche.

4 Pero muchos de los que oyeron la palabra creyeron, y el número de los hombres
llegó a ser como de cinco mil.

5 Al día siguiente, se reunieron en Jerusalén sus gobernantes, los ancianos y los
escribas.

6 Estaba allí el sumo sacerdote Anás, junto con Caifás, Juan, Alejandro y todos
los de la familia del sumo sacerdote.

7 Y poniéndoles en medio, les preguntaron: «¿Con qué poder o en qué nombre
habéis hecho vosotros esto?»

8 Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: "Gobernantes del pueblo y an-
cianos de Israel:

9 Si hoy se nos interroga acerca del beneficio hecho a un hombre enfermo, de
cómo este ha sido curado,

10 sea notorio a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de
Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de
entre los muertos, por él este hombre está aquí delante de vosotros sano.

11 Este Jesús es 'la piedra que vosotros, los constructores, desechasteis, la cual se
ha convertido en la piedra angular'.

12 Y en ningún otro hay salvación, porque no hay bajo el cielo otro nombre dado
a los hombres en el que podamos ser salvos."

13 Al ver la intrepidez de Pedro y de Juan, y percatándose de que eran hombres sin
letras y del vulgo, se maravillaban. Y reconocían que habían estado con Jesús.

14 Y viendo de pie junto a ellos al hombre que había sido sanado, no podían decir
nada en contra.

15 Entonces les ordenaron que salieran del sanedrín, y consultaban entre sí,

16 diciendo: «¿Qué haremos con estos hombres? Porque ciertamente es evidente
para todos los que habitan en Jerusalén que un milagro notable se ha realizado
por medio de ellos, y no podemos negarlo.

17 Pero para que no se divulgue más entre el pueblo, amenacémosles severamente,
para que de ahora en adelante no hablen a nadie en este nombre.»

18 Los llamaron y les ordenaron que en ninguna manera hablaran ni enseñaran en
el nombre de Jesús.

19 Pero Pedro y Juan les respondieron diciendo: «Juzgad si es justo a los ojos de
Dios obedeceros a vosotros antes que a Dios;

20 porque nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.»

21 Ellos, tras amenazarles de nuevo, los dejaron ir, al no hallar la manera de casti-
garlos, por causa del pueblo; porque todos glorificaban a Dios por lo que se había
hecho.

22 Pues el hombre en el cual se había realizado este milagro de sanidad tenía más
de cuarenta años.

23 Al ser puestos en libertad, volvieron a los suyos y les contaron todo lo que los
principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho.

24 Cuando ellos lo oyeron, alzaron unánimes la voz a Dios y dijeron: “Soberano
Señor, tú eres Dios, que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay;

25 que por boca de tu siervo David dijiste:
‘¿Por qué se amotinan las naciones,
y los pueblos traman cosas vanas?

26 Se levantaron los reyes de la tierra,
y los príncipes se reunieron
contra el Señor y contra su Cristo'.

27 «Porque verdaderamente se aliaron en esta ciudad contra tu santo Siervo Jesús, a quien tú ungiste, tanto Herodes como Poncio Pilato, junto con los gentiles y el pueblo de Israel,

28 para llevar a cabo todo lo que tu mano y tu designio habían predeterminado que sucediera.

29 Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que hablen tu palabra con toda valentía,

30 mientras extiendes tu mano para sanar, y para que se hagan señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Siervo Jesús.»

31 Cuando terminaron de orar, el lugar donde estaban reunidos tembló. Todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban la palabra de Dios con valentía.

32 La multitud de los creyentes era de un solo corazón y un solo pensamiento. Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.

33 Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia reposaba sobre todos ellos.

34 No había, pues, ningún necesitado entre ellos, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían, traían el producto de lo vendido

35 y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad.

36 Entonces José, a quien los apóstoles llamaban Bernabé (que traducido es, Hijo de Consolación), levita, natural de Chipre,

37 como tenía un campo, lo vendió, trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles.

Capítulo 5

1 Pero un hombre llamado Ananías, junto con su mujer Safira, vendió una propiedad;

2 y retuvo parte del precio, sabiéndolo también su mujer, y trayendo solo una parte, la puso a los pies de los apóstoles.

3 Pero Pedro dijo: «Ananías, ¿por qué ha llenado Satanás tu corazón para que mientas al Espíritu Santo y retengas parte del precio de la heredad?

4 Reteniéndola, ¿no te pertenecía a ti? Y una vez vendida, ¿no estaba el dinero en tu poder? ¿Por qué concebiste este propósito en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios».

5 Al oír Ananías estas palabras, cayó muerto. Y sobrevino un gran temor a todos los que oyeron estas cosas.

6 Se levantaron los jóvenes, le envolvieron, le sacaron y le sepultaron.

7 Pasado un lapso como de tres horas, entró su mujer, sin saber lo que había sucedido.

8 Pedro le preguntó: «Dime, ¿vendisteis la heredad en tal precio?» Y ella dijo: «Sí, en tanto».

9 Pero Pedro le dijo: «¿Por qué os pusisteis de acuerdo para tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pies de los que han sepultado a tu marido, y te sacarán a ti».

10 Al instante ella cayó a sus pies y murió. Entraron los jóvenes y la hallaron muerta; la sacaron y la sepultaron junto a su marido.

11 Y un gran temor se apoderó de toda la iglesia y de todos los que oían estas cosas.

12 Por mano de los apóstoles se hacían muchas señales y prodigios en el pueblo. Y estaban todos unánimes en el pórtico de Salomón.

13 De los demás, ninguno se atrevía a juntarse con ellos; sin embargo, el pueblo los engrandecía.

14 Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número tanto de hombres como de mujeres;

15 tanto que sacaban a los enfermos a las calles, y los ponían en lechos y camillas, para que al pasar Pedro, al menos su sombra cayera sobre alguno de ellos.

16 Acudía también multitud de las ciudades vecinas a Jerusalén, trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos; y todos eran sanados.

17 Entonces se levantó el sumo sacerdote y todos los que estaban con él (es decir, la secta de los saduceos), llenos de celos;

18 y echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública.

19 Pero un ángel del Señor, abriendo de noche las puertas de la cárcel y sacándolos, dijo:

20 «Id, y puestos en pie en el templo, hablad al pueblo todas las palabras de esta vida.»

21 Habiendo oído esto, entraron de madrugada en el templo, y enseñaban. Entre tanto, llegaron el sumo sacerdote y los que estaban con él, convocaron al sanedrín y a todo el senado de los hijos de Israel, y enviaron a la cárcel para que los trajeran.

22 Pero cuando llegaron los alguaciles, no los hallaron en la cárcel. Regresaron y dieron aviso,

23 diciendo: «Ciertamente hallamos la cárcel cerrada con toda seguridad, y a los guardias de pie ante las puertas; pero cuando abrimos, a nadie hallamos dentro.»

24 Cuando el sumo sacerdote, el jefe de la guardia del templo y los principales sacerdotes oyeron estas palabras, estaban perplejos acerca de en qué vendría a parar aquello.

25 Pero vino uno y les informó: «He aquí, los hombres que pusisteis en la cárcel están en el templo, de pie enseñando al pueblo.»

26 Entonces el jefe de la guardia fue con los alguaciles y los trajo sin violencia, porque temían ser apedreados por el pueblo.

27 Cuando los trajeron, los presentaron ante el sanedrín. Y el sumo sacerdote les interrogó,

28 diciendo: «¿No os ordenamos estrictamente que no enseñarais en este nombre? Y he aquí que habéis llenado Jerusalén con vuestra doctrina, y pretendéis hacer recaer la sangre de este hombre sobre nosotros.»

29 Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.

30 El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándole en un madero.

31 A este, Dios lo ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.

32 Y nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual Dios ha dado a los que le obedecen.»

33 Ellos, al oír esto, se enfurecían grandemente y querían matarlos.

34 Entonces se levantó en el sanedrín un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la ley, venerado por todo el pueblo, y mandó que sacaran fuera por un momento a los apóstoles.

35 Y les dijo: «Varones israelitas, mirad por vosotros mismos lo que vais a hacer respecto a estos hombres.

36 Porque antes de estos días se levantó Teudas, afirmando ser alguien importante; a este se unió un número de hombres, como cuatrocientos. Él fue muerto, y todos los que le obedecían fueron dispersados y reducidos a nada.

37 Después de este, se levantó Judas el galileo, en los días del censo, y llevó a mucho pueblo tras de sí. Él también pereció, y todos los que le obedecían fueron dispersados.

38 Y ahora os digo: Apartaos de estos hombres y dejadlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá;

39 pero si es de Dios, no podréis destruirlos; no sea que os halléis luchando contra Dios.»

40 Estuvieron de acuerdo con él; y llamando a los apóstoles, después de azotarles, les mandaron que no hablaran en el nombre de Jesús, y los dejaron ir.

41 Ellos salieron de la presencia del sanedrín gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre.

42 Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo.

Capítulo 6

1 En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los helenistas contra los hebreos, de que sus viudas eran desatendidas en la distribución diaria.

2 Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos y dijeron: «No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios para servir a las mesas.

3 Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de esta obra.

4 Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra.»

5 Agradó la propuesta a toda la multitud; y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas y a Nicolás, prosélito de Antioquía;

6 a los cuales presentaron ante los apóstoles, quienes, habiendo orado, les impusieron las manos.

7 Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe.

8 Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo.

9 Entonces se levantaron unos de la sinagoga llamada de los Libertos, y de los de Cirene, de Alejandría, de Cilicia y de Asia, disputando con Esteban.

10 Pero no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba.

11 Entonces sobornaron a unos para que dijesen: «Le hemos oído hablar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios».

12 Y soliviantaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas; y arremetiendo, le arrebataron y le trajeron al sanedrín.

13 Y pusieron testigos falsos que decían: «Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este lugar santo y contra la ley;

14 pues le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos entregó Moisés.»

15 Entonces todos los que estaban sentados en el sanedrín, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel.

Capítulo 7

1 El sumo sacerdote preguntó: «¿Es esto cierto?»

2 Y él dijo: "Varones hermanos y padres, escuchad: El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham estando en Mesopotamia, antes que morase en Harán,

3 y le dijo: 'Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré'.

4 Entonces salió de la tierra de los caldeos y habitó en Harán; y de allí, muerto su padre, Dios le trasladó a esta tierra, en la cual vosotros habitáis ahora.

5 Y no le dio herencia en ella, ni aun para asentar un pie; pero le prometió que se la daría en posesión, y a su descendencia después de él, cuando él aún no tenía hijo.

6 Y le dijo Dios así: Que su descendencia sería extranjera en tierra ajena, y que los reducirían a servidumbre y los maltratarían por cuatrocientos años.

7 'Mas yo juzgaré a la nación de la cual serán siervos', dijo Dios, 'y después de esto saldrán y me servirán en este lugar'.

8 Y le dio el pacto de la circuncisión; y así Abraham engendró a Isaac, y le circuncidó al octavo día; e Isaac a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas.

9 "Los patriarcas, movidos por envidia, vendieron a José para Egipto; pero Dios estaba con él,

10 y le libró de todas sus tribulaciones, y le dio gracia y sabiduría delante de Faraón rey de Egipto, el cual lo puso por gobernador sobre Egipto y sobre toda su casa.

11 Vino entonces hambre en toda la tierra de Egipto y de Canaán, y grande angustia; y nuestros padres no hallaban alimentos.

12 Cuando oyó Jacob que había trigo en Egipto, envió a nuestros padres la primera vez.

13 Y en la segunda, José se dio a conocer a sus hermanos, y fue manifestado a Faraón el linaje de José.

14 Y enviando José, hizo venir a su padre Jacob y a toda su parentela, en número de setenta y cinco personas.

15 Así descendió Jacob a Egipto, donde murió él y nuestros padres;

16 los cuales fueron trasladados a Siquem y puestos en el sepulcro que a precio de dinero compró Abraham de los hijos de Hamor en Siquem.

17 "Pero cuando se acercaba el tiempo de la promesa que Dios había jurado a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto,

18 hasta que se levantó en Egipto otro rey que no conocía a José.

19 Este rey, usando de astucia con nuestro pueblo, maltrató a nuestros padres, a
fin de que expusiesen a la muerte a sus niños para que no se propagasen.

20 En aquel mismo tiempo nació Moisés, y fue agradable a Dios; y fue criado tres
meses en casa de su padre.

21 Pero habiendo sido expuesto a la muerte, la hija de Faraón le recogió y le crió
como a hijo suyo.

22 Y fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en
sus palabras y obras.

23 Cuando hubo cumplido la edad de cuarenta años, le vino al corazón visitar a
sus hermanos, los hijos de Israel.

24 Y al ver a uno que era maltratado, le defendió, e hiriendo al egipcio, vengó al
oprimido.

25 Pero él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por
mano suya; mas ellos no lo habían entendido así.

26 "Al día siguiente, se presentó a unos de ellos que reñían, y los ponía en paz, di-
ciendo: 'Varones, hermanos sois, ¿por qué os maltratáis el uno al otro?'.

27 Entonces el que maltrataba a su prójimo le rechazó, diciendo: '¿Quién te ha
puesto por gobernante y juez sobre nosotros?

28 ¿Acaso quieres tú matarme, como mataste ayer al egipcio?'

29 Al oír esta palabra, Moisés huyó y vivió como forastero en tierra de Madián,
donde engendró dos hijos.

30 "Pasados cuarenta años, un ángel se le apareció en el desierto del monte Sinaí,
en la llama de fuego de una zarza.

31 Entonces Moisés, mirando, se maravilló de la visión; y acercándose para obser-
var, vino a él la voz del Señor:

32 'Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de
Jacob'. Y Moisés, temblando, no se atrevía a mirar.

33 Y le dijo el Señor: 'Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás es
tierra santa.

34 Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su
gemido, y he descendido para librarlos. Ahora, pues, ven, te enviaré a Egipto.'

35 "A este Moisés, a quien habían rechazado, diciendo: '¿Quién te ha puesto por
gobernante y juez?', a este lo envió Dios como gobernante y libertador por mano
del ángel que se le apareció en la zarza.

36 Este los sacó, habiendo hecho prodigios y señales en tierra de Egipto, y en el
Mar Rojo, y en el desierto por cuarenta años.

37 Este es el Moisés que dijo a los hijos de Israel: 'El Señor vuestro Dios os levan-
tará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí'.

38 Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel
que le hablaba en el monte Sinaí, y con nuestros padres, y que recibió palabras de
vida para darnos;

39 al cual nuestros padres no quisieron obedecer, sino que le desecharon, y en sus
corazones se volvieron a Egipto,

40 cuando dijeron a Aarón: 'Haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque
a este Moisés, que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya
acontecido.'

41 Entonces hicieron un becerro, y ofrecieron sacrificio al ídolo, y en las obras de
sus manos se regocijaron.

42 Y Dios se apartó, y los entregó a que rindiesen culto al ejército del cielo; como
está escrito en el libro de los profetas:
'¿Acaso me ofrecisteis víctimas y sacrificios
en el desierto por cuarenta años, casa de Israel?

43 Antes bien, llevasteis el tabernáculo de Moloc,
y la estrella de vuestro dios Renfán,
las figuras que os hicisteis para adorarlas.

Os transportaré, pues, más allá de Babilonia'.

44 "Tuvieron nuestros padres el tabernáculo del testimonio en el desierto, como había ordenado Dios cuando dijo a Moisés que lo hiciese conforme al modelo que había visto.

45 El cual, habiéndolo recibido a su vez nuestros padres, lo introdujeron con Josué al tomar posesión de la tierra de los gentiles, a los cuales Dios arrojó de la presencia de nuestros padres, hasta los días de David.

46 Este halló gracia delante de Dios, y pidió proveer morada para el Dios de Jacob.

47 Mas fue Salomón quien le edificó casa.

48 Si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta:

49 'El cielo es mi trono,
y la tierra el estrado de mis pies.
¿Qué casa me edificaréis?, dice el Señor;
¿O cuál es el lugar de mi reposo?

50 ¿No hizo mi mano todas estas cosas?'

51 «¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros.

52 ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores;

53 vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis.»

54 Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones y crujían los dientes contra él.

55 Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios,

56 y dijo: «¡He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios!»

57 Entonces ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos y arremetieron a una contra él.

58 Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo.

59 Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: «Señor Jesús, recibe mi espíritu».

60 Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: «¡Señor, no les tomes en cuenta este pecado!» Y habiendo dicho esto, durmió.

Capítulo 8

1 Y Saulo consentía en su muerte. En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles.

2 Y unos varones piadosos llevaron a enterrar a Esteban, e hicieron gran llanto sobre él.

3 Y Saulo asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba a la cárcel.

4 Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio de la palabra.

5 Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo.

6 Y la gente, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía.

7 Porque de muchos que tenían espíritus inmundos, salían estos dando grandes voces; y muchos paralíticos y cojos eran sanados;

8 así que había gran gozo en aquella ciudad.

9 Pero había un hombre llamado Simón, que antes ejercía la magia en aquella ciudad y había engañado a la gente de Samaria, haciéndose pasar por algún grande.

10 A este oían atentamente todos, desde el más pequeño hasta el más grande, diciendo: «Este es el gran poder de Dios.»

11 Y le estaban atentos, porque con sus artes mágicas les había engañado mucho tiempo.

12 Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres.

13 También creyó Simón mismo, y habiéndose bautizado, estaba siempre con Felipe; y viendo las señales y grandes milagros que se hacían, estaba atónito.

14 Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan;

15 los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo;

16 porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús.

17 Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo.

18 Cuando vio Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero,

19 diciendo: «Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo impusiere las manos reciba el Espíritu Santo.»

20 Entonces Pedro le dijo: «Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero.

21 No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios.

22 Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón;

23 porque en hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás.»

24 Respondiendo entonces Simón, dijo: «Rogad vosotros por mí al Señor, para que nada de esto que habéis dicho venga sobre mí.»

25 Y ellos, habiendo testificado y hablado la palabra de Dios, se volvieron a Jerusalén, y en muchas poblaciones de los samaritanos anunciaron el evangelio.

26 Un ángel del Señor habló a Felipe, diciendo: «Levántate y ve hacia el sur, por el camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto».

27 Él se levantó y fue; y he aquí un etíope, eunuco, funcionario de Candace reina de los etíopes, el cual estaba sobre todos sus tesoros, y había venido a Jerusalén para adorar,

28 volvía sentado en su carro, y leyendo al profeta Isaías.

29 Y el Espíritu dijo a Felipe: «Acércate y júntate a ese carro».

30 Acudiendo Felipe, le oyó que leía al profeta Isaías, y dijo: «Pero ¿entiendes lo que lees?».

31 Él dijo: «¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare?». Y rogó a Felipe que subiese y se sentara con él.

32 El pasaje de la Escritura que leía era este:
«Como oveja a la muerte fue llevado;
Y como cordero mudo delante del que lo trasquila,
Así no abrió su boca.

33 En su humillación no se le hizo justicia;
Mas su generación, ¿quién la contará?
Porque fue quitada de la tierra su vida».

34 Respondiendo el eunuco a Felipe, dijo: «Te ruego que me digas: ¿de quién dice el profeta esto; de sí mismo, o de algún otro?».

35 Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús.

36 Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua, y dijo el eunuco: «Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?».

38 Y mandó parar el carro; y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó.

39 Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe; y el eunuco no le vio más, y siguió gozoso su camino.

40 Pero Felipe se encontró en Azoto; y pasando, anunciaba el evangelio en todas las ciudades, hasta que llegó a Cesarea.

Capítulo 9

1 Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote,

2 y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallaba algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén.

3 Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo;

4 y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

5 Él dijo: «¿Quién eres, Señor?». Y le dijo: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues».

6 "Pero levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer".

7 Y los hombres que iban con Saulo se pararon atónitos, oyendo a la verdad la voz, mas sin ver a nadie.

8 Entonces Saulo se levantó de tierra, y abriendo los ojos, no veía a nadie; así que, llevándole por la mano, le metieron en Damasco,

9 donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió.

10 Había entonces en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor dijo en visión: «¡Ananías!». Y él respondió: «Heme aquí, Señor».

11 Y el Señor le dijo: «Levántate, y ve a la calle que se llama Derecha, y busca en
casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, él ora,

12 y ha visto en visión a un varón llamado Ananías, que entra y le impone las manos para que recobre la vista.»

13 Entonces Ananías respondió: «Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén;

14 y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre.»

15 El Señor le dijo: «Ve, porque instrumento escogido me es este, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel;

16 porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre».

17 Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniéndole las manos encima, dijo: «Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo».

18 Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado.

19 Y habiendo tomado alimento, recobró fuerzas. Y estuvo Saulo por algunos días con los discípulos que estaban en Damasco.

20 Enseguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que este era el Hijo de Dios.

21 Y todos los que le oían estaban atónitos, y decían: «¿No es este el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para llevarlos presos ante los principales sacerdotes?».

22 Pero Saulo mucho más se esforzaba, y confundía a los judíos que moraban en Damasco, demostrando que Jesús era el Cristo.

23 Pasados muchos días, los judíos resolvieron en consejo matarle;

24 pero sus asechanzas llegaron a conocimiento de Saulo. Y ellos guardaban las puertas de día y de noche para matarle.

25 Entonces los discípulos, tomándole de noche, le bajaron por el muro, descolgándole en una canasta.

26 Cuando llegó a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos; pero todos le tenían miedo, no creyendo que fuese discípulo.

27 Entonces Bernabé, tomándole, lo trajo a los apóstoles, y les contó cómo Saulo había visto al Señor en el camino, y que le había hablado, y cómo en Damasco había hablado valerosamente en el nombre de Jesús.

28 Y estaba con ellos entrando en Jerusalén,

29 y hablaba denodadamente en el nombre del Señor. Y disputaba con los helenistas; pero ellos procuraban matarle.

30 Cuando supieron esto los hermanos, le llevaron hasta Cesarea, y le enviaron a Tarso.

31 Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo.

32 Aconteció que Pedro, visitando a todos, vino también a los santos que habitaban en Lida.

33 Y halló allí a uno que se llamaba Eneas, que hacía ocho años que estaba en cama, pues era paralítico.

34 Y le dijo Pedro: «Eneas, Jesucristo te sana; levántate y haz tu cama». Y en seguida se levantó.

35 Y le vieron todos los que habitaban en Lida y en Sarón, los cuales se convirtieron al Señor.

36 Había entonces en Jope una discípula llamada Tabita, que traducido es, Dorcas. Esta abundaba en buenas obras y en limosnas que hacía.

37 Y aconteció que en aquellos días enfermó y murió. Después de lavada, la pusieron en un aposento alto.

38 Y como Lida estaba cerca de Jope, los discípulos, oyendo que Pedro estaba allí, le enviaron dos hombres, a rogarle: «No tardes en venir a nosotros».

39 Levantándose entonces Pedro, fue con ellos; y cuando llegó, le llevaron al aposento alto, donde le rodearon todas las viudas, llorando y mostrando las túnicas y los vestidos que Dorcas hacía cuando estaba con ellas.

40 Entonces, sacando a todos, Pedro se puso de rodillas y oró; y volviéndose al cuerpo, dijo: «¡Tabita, levántate!». Y ella abrió los ojos, y al ver a Pedro, se incorporó.

41 Y él le dio la mano, y la levantó; entonces, llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva.

42 Esto fue notorio en toda Jope, y muchos creyeron en el Señor.

43 Y aconteció que se quedó muchos días en Jope en casa de un cierto Simón, curtidor.

Capítulo 10

1 Había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, centurión de la compañía llamada la Italiana,

2 piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre.

3 Este vio claramente en una visión, como a la hora novena del día, que un ángel de Dios entraba donde él estaba, y le decía: «¡Cornelio!».

4 Él, mirándole fijamente, y atemorizado, dijo: «¿Qué es, Señor?». Y le dijo: «Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios.

5 Envía, pues, ahora hombres a Jope, y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro.

6 Este posa en casa de cierto Simón curtidor, que tiene su casa junto al mar.»

7 Ido el ángel que hablaba con Cornelio, este llamó a dos de sus criados, y a un soldado piadoso de los que le asistían continuamente,

8 a los cuales envió a Jope, después de habérselo contado todo.

9 Al día siguiente, mientras ellos iban por el camino y se acercaban a la ciudad, Pedro subió a la azotea para orar, cerca de la hora sexta.

10 Y tuvo gran hambre, y quiso comer; pero mientras le preparaban algo, le sobrevino un éxtasis;

11 y vio el cielo abierto, y que descendía algo semejante a un gran lienzo, que atado de las cuatro puntas era bajado a la tierra;

12 en el cual había de todos los cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo.

13 Y le vino una voz: «¡Levántate, Pedro, mata y come!».

14 Entonces Pedro dijo: «Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás».

15 Volvió la voz a él la segunda vez: «Lo que Dios limpió, no lo llames tú común».

16 Esto se hizo tres veces, y aquel lienzo volvió a ser recogido en el cielo.

17 Y mientras Pedro estaba perplejo dentro de sí sobre lo que significaría la visión que había visto, he aquí los hombres que habían sido enviados por Cornelio, los cuales, preguntando por la casa de Simón, llegaron a la puerta.

18 Y llamando, preguntaron si moraba allí un Simón que tenía por sobrenombre Pedro.

19 Y mientras Pedro pensaba en la visión, le dijo el Espíritu: “He aquí, tres hombres te buscan.

20 Levántate, pues, y desciende y no dudes de ir con ellos, porque yo los he enviado.”

21 Entonces Pedro, descendiendo a donde estaban los hombres, les dijo: «He aquí, yo soy el que buscáis; ¿cuál es la causa por la que habéis venido?».

22 Ellos dijeron: «Cornelio el centurión, varón justo y temeroso de Dios, y que tiene buen testimonio en toda la nación de los judíos, ha recibido instrucción de un santo ángel, de hacerte venir a su casa para oír tus palabras.»

23 Entonces, haciéndoles entrar, los hospedó. Y al día siguiente, levantándose, se fue con ellos; y le acompañaron algunos de los hermanos de Jope.

24 Al otro día entraron en Cesarea. Y Cornelio los estaba esperando, habiendo convocado a sus parientes y amigos más íntimos.

25 Cuando Pedro entró, salió Cornelio a recibirle, y postrándose a sus pies, adoró.

26 Mas Pedro le levantó, diciendo: «¡Levántate, pues yo mismo también soy hombre!».

27 Y hablando con él, entró, y halló a muchos que se habían reunido.

28 Y les dijo: «Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero a mí me ha mostrado Dios que a ningún hombre llame común o inmundo;

29 por lo cual, al ser llamado, vine sin replicar. Así que pregunto: ¿por qué causa me habéis hecho venir?».

30 Entonces Cornelio dijo: "Hace cuatro días que a esta hora yo estaba ayunando; y a la hora novena, mientras oraba en mi casa, vi que se puso delante de mí un varón con vestido resplandeciente,

31 y dijo: 'Cornelio, tu oración ha sido oída, y tus limosnas han sido recordadas delante de Dios.

32 Envía, pues, a Jope, y haz venir a Simón el que tiene por sobrenombre Pedro, el cual mora en casa de Simón, un curtidor, junto al mar; y cuando llegue, él te hablará'.

33 Así que luego envié por ti; y tú has hecho bien en venir. Ahora, pues, todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios, para oír todo lo que Dios te ha mandado."

34 Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: «En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas,

35 sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia.

36 Dios envió mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo (él es Señor de todos).

37 Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan:

38 cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.

39 Y nosotros somos testigos de todas las cosas que Jesús hizo en la tierra de Judea y en Jerusalén; a quien mataron colgándole en un madero.

40 A este levantó Dios al tercer día, e hizo que se manifestase;

41 no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos.

42 Y nos mandó que predicásemos al pueblo, y testificásemos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos.

43 De este dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre.»

44 Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso.

45 Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo.

46 Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios. Entonces
respondió Pedro:

47 «¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que
han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?».

48 Y mandó bautizarles en el nombre del Señor Jesús. Entonces le rogaron que se
quedase por algunos días.

Capítulo 11

1 Los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea oyeron que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios.

2 Cuando Pedro subió a Jerusalén, los de la circuncisión discutieron con él,

3 diciendo: «¡Entraste en casa de varones incircuncisos y comiste con ellos!»

4 Pero Pedro comenzó a explicarles por orden lo sucedido, diciendo:

5 "Estaba yo en la ciudad de Jope orando, y en éxtasis vi una visión: un recipiente
que descendía, como un gran lienzo bajado del cielo por las cuatro puntas, y llegó
hasta mí.

6 Al mirarlo atentamente, observé y vi cuadrúpedos de la tierra, fieras, reptiles y
aves del cielo.

7 También oí una voz que me decía: «¡Levántate, Pedro, mata y come!»

8 Pero yo dije: «No, Señor, porque en mi boca nunca ha entrado nada común o
inmundo».

9 Pero una voz me respondió por segunda vez desde el cielo: 'Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú común'.

10 Esto sucedió tres veces, y todo fue llevado de nuevo al cielo.

11 He aquí que al instante se presentaron tres hombres a las puertas de la casa
donde yo estaba, enviados desde Cesarea a mí.

12 El Espíritu me dijo que fuera con ellos sin dudar. Me acompañaron también estos seis hermanos, y entramos en la casa de aquel hombre.

13 Él nos contó cómo había visto a un ángel de pie en su casa, que le decía: «Envía a Jope y haz venir a Simón, que tiene por sobrenombre Pedro,

14 quien te hablará palabras por las cuales seréis salvos tú y toda tu casa».

15 Cuando comencé a hablar, el Espíritu Santo cayó sobre ellos, tal como sobre nosotros al principio.

16 Entonces me acordé de la palabra del Señor, de cómo decía: «Juan ciertamente bautizó en agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo».

17 Si, pues, Dios les concedió el mismo don que a nosotros cuando creímos en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para poder estorbar a Dios?"

18 Al oír estas cosas, callaron y glorificaron a Dios, diciendo: «¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!»

19 Así pues, los que habían sido esparcidos a causa de la tribulación que sobrevino en tiempos de Esteban, viajaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no hablando a nadie la palabra sino solo a los judíos.

20 Pero había entre ellos unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, al entrar en Antioquía, hablaron a los helenistas, anunciando el evangelio del Señor Jesús.

21 La mano del Señor estaba con ellos, y un gran número creyó y se convirtió al Señor.

22 La noticia de estas cosas llegó a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén, y enviaron a Bernabé para que fuese hasta Antioquía.

23 Este, cuando llegó y vio la gracia de Dios, se regocijó y exhortó a todos a que, con propósito de corazón, permaneciesen fieles al Señor.

24 Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y una gran multitud fue añadida al Señor.

25 Después partió Bernabé a Tarso en busca de Saulo.

26 Y cuando le halló, le llevó a Antioquía. Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente. Y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía.

27 En aquellos días, unos profetas descendieron de Jerusalén a Antioquía.

28 Levantándose uno de ellos, llamado Ágabo, daba a entender por el Espíritu que habría una gran hambre en toda la tierra habitada, la cual sucedió en tiempos de Claudio.

29 Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea;

30 lo cual en efecto hicieron, enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo.

Capítulo 12

1 Por aquel mismo tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarlos.

2 Y mató a espada a Santiago, hermano de Juan.

3 Al ver que esto agradaba a los judíos, procedió a prender también a Pedro. Eran entonces los días de los panes sin levadura.

4 Habiéndole apresado, le puso en la cárcel, entregándole a cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno para que le custodiasen, con la intención de sacarle al pueblo después de la Pascua.

5 Así que Pedro estaba custodiado en la cárcel, pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él.

6 Y cuando Herodes le iba a sacar, aquella misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, sujeto con dos cadenas, y los guardas delante de la puerta custodiaban la cárcel.

7 Y he aquí que se presentó un ángel del Señor, y una luz resplandeció en la celda; y tocando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: «¡Levántate pronto!». Y las cadenas se le cayeron de las manos.

8 Le dijo el ángel: «Cíñete y átate las sandalias». Y lo hizo así. Y le dijo: «Envuélvete en tu manto y sígueme».

9 Y saliendo, le seguía; pero no sabía que era realidad lo que hacía el ángel, sino que pensaba que veía una visión.

10 Habiendo pasado la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad, la cual se les abrió por sí misma. Salieron y pasaron una calle, y luego el ángel se apartó de él.

11 Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: «Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado a su ángel y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba».

12 Habiendo considerado esto, llegó a casa de María la madre de Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos, donde muchos estaban reunidos orando.

13 Cuando llamó Pedro a la puerta del patio, salió a escuchar una muchacha llamada Rode,

14 la cual, al reconocer la voz de Pedro, de gozo no abrió la puerta, sino que corriendo adentro, dio la nueva de que Pedro estaba a la puerta.

15 Y ellos le dijeron: «¡Estás loca!». Pero ella afirmaba que era así. Entonces ellos decían: «Es su ángel».

16 Mas Pedro persistía en llamar; y cuando abrieron y le vieron, se quedaron atónitos.

17 Pero él, haciéndoles con la mano señal de que callasen, les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel. Y dijo: «Haced saber esto a Santiago y a los hermanos». Y salió, y se fue a otro lugar.

18 Luego que fue de día, hubo no poco alboroto entre los soldados sobre qué había sido de Pedro.

19 Mas Herodes, habiéndole buscado sin hallarle, después de interrogar a los guardas, mandó llevarlos a la muerte. Después descendió de Judea a Cesarea y se quedó allí.

20 Herodes estaba muy enojado contra los de Tiro y de Sidón. Pero ellos vinieron de acuerdo ante él, y sobornando a Blasto, que era el camarero mayor del rey, pedían paz, porque su territorio era abastecido por el del rey.

21 Un día señalado, Herodes, vestido de ropas reales, se sentó en el tribunal y les arengó.

22 Y el pueblo aclamaba: «¡Voz de un dios, y no de un hombre!».

23 Al instante un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios; y expiró comido de gusanos.

24 Pero la palabra del Señor crecía y se multiplicaba.

25 Y Bernabé y Saulo, cumplido su servicio, volvieron de Jerusalén, llevando también consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos.

Capítulo 13

1 Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Níger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado con Herodes el tetrarca, y Saulo.

2 Ministrando estos al Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: «Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado».

3 Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron.

4 Ellos, pues, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre.

5 Al llegar a Salamina, anunciaban la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos. Tenían también a Juan de ayudante.

6 Y habiendo atravesado toda la isla hasta Pafos, hallaron a cierto mago, falso profeta, judío, llamado Barjesús,

7 que estaba con el procónsul Sergio Paulo, varón prudente. Este, llamando a Bernabé y a Saulo, deseaba oír la palabra de Dios.

8 Pero les resistía Elimas el mago (pues así se traduce su nombre), procurando apartar de la fe al procónsul.

9 Entonces Saulo, que también es Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijando en él los ojos,

10 dijo: «¡Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No cesarás de trastornar los caminos rectos del Señor?

11 Ahora, pues, he aquí la mano del Señor está contra ti, y serás ciego, y no verás el sol por algún tiempo». E inmediatamente cayeron sobre él oscuridad y tinieblas; y andando alrededor, buscaba quien le condujese de la mano.

12 Entonces el procónsul, viendo lo que había sucedido, creyó, maravillado de la doctrina del Señor.

13 Habiendo zarpado de Pafos, Pablo y sus compañeros arribaron a Perge de Panfilia; pero Juan, apartándose de ellos, volvió a Jerusalén.

14 Ellos, pasando de Perge, llegaron a Antioquía de Pisidia; y entraron en la sinagoga un día de reposo y se sentaron.

15 Y después de la lectura de la ley y de los profetas, los principales de la sinagoga mandaron a decirles: «Varones hermanos, si tenéis alguna palabra de exhortación para el pueblo, hablad».

16 Entonces Pablo, levantándose y haciendo señal de silencio con la mano, dijo: “Varones israelitas, y los que teméis a Dios, oíd:

17 El Dios de este pueblo escogió a nuestros padres, y enalteció al pueblo siendo
ellos extranjeros en la tierra de Egipto, y con brazo levantado los sacó de ella.

18 Y por un tiempo como de cuarenta años los soportó en el desierto.

19 Y habiendo destruido a siete naciones en la tierra de Canaán, les dio en herencia
su territorio por unos cuatrocientos cincuenta años.

20 Después de esto les dio jueces hasta el profeta Samuel.

21 Luego pidieron rey, y Dios les dio a Saúl hijo de Cis, varón de la tribu de Benja-
mín, por cuarenta años.

22 Y quitado este, les levantó por rey a David, de quien dio también testimonio di-
ciendo: 'He hallado a David hijo de Jesé, varón conforme a mi corazón, quien
hará todo lo que yo quiero'.

23 De la descendencia de este, Dios, conforme a la promesa, ha traído la salvación
a Israel,

24 habiendo anunciado Juan, antes de la venida de él, el bautismo de arrepenti-
miento a Israel.

25 Mas cuando Juan terminaba su carrera, dijo: '¿Quién pensáis que soy? No soy
yo él; pero he aquí viene tras mí uno de quien no soy digno de desatar el calzado de
los pies'.

26 "Varones hermanos, hijos del linaje de Abraham, y los que entre vosotros te-
méis a Dios, a vosotros es enviada la palabra de esta salvación.

27 Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, no conociendo a Jesús, ni
las palabras de los profetas que se leen todos los días de reposo, las cumplieron al
condenarle.

28 Y sin hallar en él causa de muerte, pidieron a Pilato que se le matase.

29 Y habiendo cumplido todas las cosas que de él estaban escritas, quitándolo del
madero, lo pusieron en el sepulcro.

30 Mas Dios le resucitó de los muertos.

31 Y él se apareció durante muchos días a los que habían subido juntamente con él
de Galilea a Jerusalén, los cuales son ahora sus testigos ante el pueblo.

32 Y nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a
nuestros padres,

33 la cual Dios ha cumplido a nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús; como está
escrito también en el salmo segundo:
'Mi hijo eres tú,
yo te he engendrado hoy'.

34 "Y en cuanto a que le levantó de los muertos para nunca más volver a corrup-
ción, lo dijo así: 'Os daré las misericordias fieles de David'.

35 Por eso dice también en otro salmo: 'No permitirás que tu Santo vea
corrupción'.

36 Porque a la verdad David, habiendo servido a su propia generación según la vo-
luntad de Dios, durmió, y fue reunido con sus padres, y vio corrupción.

37 Mas aquel a quien Dios levantó, no vio corrupción.

38 Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él se os anuncia perdón
de pecados,

39 y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados,
en él es justificado todo aquel que cree.

40 Mirad, pues, que no venga sobre vosotros lo dicho en los profetas:

41 '¡Mirad, oh menospreciadores,
asombraos y desapareced!
Porque yo hago una obra en vuestros días,
obra que no creeréis si alguien os la contare'".

42 Cuando salieron ellos de la sinagoga de los judíos, los gentiles les rogaron que el
siguiente día de reposo les hablasen de estas cosas.

43 Y despedida la congregación, muchos de los judíos y de los prosélitos piadosos
siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes hablándoles, les persuadían a que perse-
verasen en la gracia de Dios.

44 El siguiente día de reposo se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de
Dios.

45 Pero viendo los judíos la muchedumbre, se llenaron de celos, y rebatían lo que
Pablo decía, contradiciendo y blasfemando.

46 Entonces Pablo y Bernabé, hablando con denuedo, dijeron: "A vosotros a la
verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto
que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a
los gentiles.

47 Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo:
'Te he puesto para luz de los gentiles,
a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra'".

48 Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y
creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna.

49 Y la palabra del Señor se difundía por toda aquella provincia.

50 Pero los judíos instigaron a mujeres piadosas y distinguidas, y a los principales
de la ciudad, y levantaron persecución contra Pablo y Bernabé, y los expulsaron
de sus límites.

51 Ellos entonces, sacudiendo contra ellos el polvo de sus pies, llegaron a Iconio.

52 Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo.

Capítulo 14

1 Aconteció en Iconio que entraron juntos en la sinagoga de los judíos, y hablaron
de tal manera que creyó una gran multitud de judíos, y asimismo de griegos.

2 Mas los judíos que no creían excitaron y corrompieron los ánimos de los gentiles contra los hermanos.

3 Por tanto, se detuvieron allí mucho tiempo, hablando con denuedo, confiados en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios.

4 Pero la multitud de la ciudad estaba dividida: unos estaban con los judíos, y otros con los apóstoles.

5 Y cuando los gentiles y los judíos, con sus gobernantes, se amotinaron para afrentarlos y apedrearlos,

6 habiéndolo sabido, huyeron a Listra y Derbe, ciudades de Licaonia, y a toda la región comarcana,

7 y allí predicaban el evangelio.

8 Y cierto hombre de Listra estaba sentado, imposibilitado de los pies, cojo de nacimiento, que jamás había andado.

9 Este oyó hablar a Pablo, el cual, fijando en él sus ojos, y viendo que tenía fe para ser sanado,

10 dijo a gran voz: «¡Levántate derecho sobre tus pies!». Y él saltó, y anduvo.

11 Entonces la gente, visto lo que Pablo había hecho, alzó la voz, diciendo en lengua licaónica: «¡Dioses bajo la semejanza de hombres han descendido a nosotros!».

12 Y a Bernabé llamaban Júpiter, y a Pablo, Mercurio, porque este era el que llevaba la palabra.

13 Y el sacerdote de Júpiter, cuyo templo estaba a la entrada de la ciudad, trajo toros y guirnaldas delante de las puertas, y juntamente con la muchedumbre quería ofrecer sacrificios.

14 Cuando lo oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgaron sus ropas y se lanzaron entre la multitud, dando voces

15 y diciendo: “Varones, ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres de igual naturaleza que vosotros, que os anunciamos el evangelio para que de estas vanidades os convirtáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay.

16 En las edades pasadas él ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos;

17 si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones.”

18 Y diciendo estas cosas, difícilmente lograron impedir que la multitud les ofreciese sacrificio.

19 Entonces sobrevinieron unos judíos de Antioquía y de Iconio, que persuadieron a la multitud, y habiendo apedreado a Pablo, le arrastraron fuera de la ciudad, pensando que estaba muerto.

20 Pero rodeándole los discípulos, se levantó y entró en la ciudad. Y al día siguiente salió con Bernabé para Derbe.

21 Y después de anunciar el evangelio a aquella ciudad y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía,

22 confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: «Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios».

23 Y constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído.

24 Pasando luego por Pisidia, vinieron a Panfilia.

25 Y habiendo predicado la palabra en Perge, descendieron a Atalia.

26 De allí navegaron a Antioquía, desde donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían cumplido.

27 Y habiendo llegado, y reunido a la iglesia, refirieron cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos, y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles.

28 Y se quedaron allí mucho tiempo con los discípulos.

Capítulo 15

1 Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: «Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos».

2 Como Pablo y Bernabé tuviesen una discusión y contienda no pequeña con ellos, se dispuso que subiesen Pablo y Bernabé a Jerusalén, y algunos otros de ellos, a los apóstoles y a los ancianos, para tratar esta cuestión.

3 Ellos, pues, habiendo sido encaminados por la iglesia, pasaron por Fenicia y Samaria, contando la conversión de los gentiles; y causaban gran gozo a todos los hermanos.

4 Y llegados a Jerusalén, fueron recibidos por la iglesia y los apóstoles y los ancianos, y refirieron todas las cosas que Dios había hecho con ellos.

5 Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: «Es necesario circuncidarlos, y mandarles que guarden la ley de Moisés».

6 Y se reunieron los apóstoles y los ancianos para conocer de este asunto.

7 Y después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: "Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen.

8 Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros;

9 y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones.

10 Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?

11 Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos".

12 Entonces toda la multitud calló, y oyeron a Bernabé y a Pablo, que contaban cuán grandes señales y maravillas había hecho Dios por medio de ellos entre los gentiles.

13 Y cuando ellos callaron, Santiago respondió diciendo: "Varones hermanos, oídme.

14 Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre.

15 Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito:

16 'Después de esto volveré
y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído;
y repararé sus ruinas,
y lo volveré a levantar,

17 para que el resto de los hombres busque al Señor,
y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre,
dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos'.

18 «Conocidas son a Dios desde la eternidad todas sus obras.

19 Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios,

20 sino que se les escriba que se aparten de las contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de ahogado y de sangre.

21 Porque Moisés desde tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien lo predique en las sinagogas, donde es leído cada día de reposo.»

22 Entonces pareció bien a los apóstoles y a los ancianos, con toda la iglesia, elegir a varones de entre ellos, y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé: a Judas que tenía por sobrenombre Barsabás, y a Silas, varones principales entre los hermanos;

23 y escribir por conducto de ellos: «Los apóstoles, los ancianos y los hermanos, a
los hermanos de entre los gentiles que están en Antioquía, en Siria y en Cilicia,
salud.

24 Por cuanto hemos oído que algunos que han salido de nosotros, a los cuales no
dimos orden, os han inquietado con palabras, perturbando vuestras almas, man-
dando circuncidaros y guardar la ley,

25 nos ha parecido bien, habiendo llegado a un acuerdo, elegir varones y enviarlos
a vosotros con nuestros amados Bernabé y Pablo,

26 hombres que han expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

27 Así que enviamos a Judas y a Silas, los cuales también de palabra os harán sa-
ber lo mismo.

28 Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna
carga más que estas cosas necesarias:

29 que os abstengáis de lo sacrificado a los ídolos, de sangre, de ahogado y de for-
nicación; de las cuales cosas si os guardareis, bien haréis. Pasadlo bien».

30 Así que, los que fueron enviados descendieron a Antioquía, y reuniendo a la
congregación, entregaron la carta;

31 habiendo leído la cual, se regocijaron por la consolación.

32 Y Judas y Silas, como ellos también eran profetas, consolaron y confirmaron a
los hermanos con abundancia de palabras.

33 Y pasando algún tiempo allí, fueron despedidos en paz por los hermanos, para
volver a aquellos que los habían enviado.

35 Y Pablo y Bernabé continuaron en Antioquía, enseñando la palabra del Señor y
anunciando el evangelio con otros muchos.

36 Después de algunos días, Pablo dijo a Bernabé: «Volvamos a visitar a los her-
manos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para
ver cómo están».

37 Y Bernabé quería que llevasen consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos;

38 pero a Pablo no le parecía bien llevar consigo al que se había apartado de ellos desde Panfilia, y no había ido con ellos a la obra.

39 Y hubo tal desacuerdo entre ambos, que se separaron el uno del otro; Bernabé, tomando a Marcos, navegó a Chipre,

40 y Pablo, escogiendo a Silas, salió encomendado por los hermanos a la gracia del Señor,

41 y pasó por Siria y Cilicia, confirmando a las iglesias.

Capítulo 16

1 Después llegó a Derbe y a Listra; y he aquí, había allí cierto discípulo llamado Timoteo, hijo de una mujer judía creyente, pero de padre griego.

2 Los hermanos que estaban en Listra y en Iconio daban buen testimonio de él.

3 Pablo quiso que este fuese con él; y tomándole, le circuncidó por causa de los judíos que había en aquellos lugares, pues todos sabían que su padre era griego.

4 Y al pasar por las ciudades, les entregaban las ordenanzas que habían sido acordadas por los apóstoles y los ancianos que estaban en Jerusalén, para que las guardasen.

5 Así que las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día.

6 Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia.

7 Cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió.

8 Y pasando junto a Misia, descendieron a Troas.

9 Y se le mostró a Pablo una visión de noche: un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: «Pasa a Macedonia y ayúdanos».

10 Cuando vio la visión, en seguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para anunciarles el evangelio.

11 Zarpando, pues, de Troas, vinimos con rumbo directo a Samotracia, y el día siguiente a Neápolis;

12 y de allí a Filipos, que es la ciudad principal de la provincia de Macedonia, y una colonia. Y estuvimos en aquella ciudad algunos días.

13 Y un día de reposo salimos fuera de la puerta, junto al río, donde solía hacerse la oración; y sentándonos, hablamos a las mujeres que se habían reunido.

14 Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.

15 Y cuando fue bautizada, ella y su familia, nos rogó diciendo: «Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa y quedaos». Y nos obligó a quedarnos.

16 Aconteció que mientras íbamos a la oración, nos salió al encuentro una muchacha que tenía espíritu de adivinación, la cual daba gran ganancia a sus amos adivinando.

17 Esta, siguiendo a Pablo y a nosotros, daba voces, diciendo: «¡Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación!».

18 Y esto lo hacía por muchos días. Mas desagradando a Pablo, este se volvió y dijo al espíritu: «¡Te mando en el nombre de Jesucristo que salgas de ella!». Y salió en aquella misma hora.

19 Pero viendo sus amos que había salido la esperanza de su ganancia, prendieron a Pablo y a Silas, y los arrastraron al foro, ante las autoridades;

20 y presentándolos a los magistrados, dijeron: «Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad,

21 y enseñan costumbres que no nos es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos.»

22 Y se agolpó el pueblo contra ellos; y los magistrados, rasgándoles las ropas, ordenaron azotarles con varas.

23 Después de haberles dado muchos azotes, los echaron en la cárcel, mandando al carcelero que los guardase con seguridad.

24 El cual, recibido este mandato, los metió en el calabozo de más adentro, y les aseguró los pies en el cepo.

25 Pero a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios; y los presos los oían.

26 Entonces sobrevino de repente un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel se sacudían; y al instante se abrieron todas las puertas, y las cadenas de todos se soltaron.

27 Despertando el carcelero, y viendo abiertas las puertas de la cárcel, sacó la espada y se iba a matar, pensando que los presos habían huido.

28 Mas Pablo clamó a gran voz, diciendo: «¡No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí!».

29 Entonces, pidiendo luz, se precipitó adentro, y temblando, se postró a los pies de Pablo y de Silas;

30 y sacándolos, les dijo: «Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?».

31 Ellos dijeron: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa».

32 Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa.

33 Y él, tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas; y en seguida se bautizó él con todos los suyos.

34 Y llevándolos a su casa, les puso la mesa; y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios.

35 Cuando fue de día, los magistrados enviaron alguaciles a decir: «Suelta a aquellos hombres».

36 Y el carcelero hizo saber estas palabras a Pablo: «Los magistrados han mandado a decir que se os suelte; así que ahora salid, y marchaos en paz.»

37 Pero Pablo les dijo: «Después de azotarnos públicamente sin ser condenados, siendo ciudadanos romanos, nos echaron en la cárcel, ¿y ahora nos echan encubiertamente? No, por cierto, sino vengan ellos mismos a sacarnos».

38 Y los alguaciles hicieron saber estas palabras a los magistrados, los cuales tuvieron miedo al oír que eran romanos.

39 Y viniendo, les rogaron; y sacándolos, les pidieron que salieran de la ciudad.

40 Entonces, saliendo de la cárcel, entraron en casa de Lidia, y habiendo visto a los hermanos, los consolaron y se fueron.

Capítulo 17

1 Pasando por Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos.

2 Y Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos,

3 declarando y exponiendo por medio de las Escrituras que era necesario que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos; y diciendo: «Este Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo».

4 Y algunos de ellos creyeron y se juntaron con Pablo y con Silas; y de los griegos piadosos gran número, y mujeres nobles no pocas.

5 Entonces los judíos que no creían, teniendo celos, tomaron consigo a algunos ociosos, hombres malos, y juntando una turba, alborotaron la ciudad; y asaltando la casa de Jasón, procuraban sacarlos al pueblo.

6 Pero no hallándolos, trajeron a Jasón y a algunos hermanos ante las autoridades de la ciudad, dando voces: «Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá;

7 a los cuales Jasón ha recibido. Y todos estos contravienen los decretos del César, diciendo que hay otro rey, Jesús».

8 Y alborotaron al pueblo y a las autoridades de la ciudad, oyendo estas cosas.

9 Pero obteniendo fianza de Jasón y de los demás, los soltaron.

10 Inmediatamente, los hermanos enviaron de noche a Pablo y a Silas hasta Berea. Y ellos, habiendo llegado, entraron en la sinagoga de los judíos.

11 Y estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.

12 Así que creyeron muchos de ellos, y mujeres griegas de distinción, y no pocos hombres.

13 Cuando los judíos de Tesalónica supieron que también en Berea era anunciada la palabra de Dios por Pablo, fueron allá, y también alborotaron a las multitudes.

14 Pero inmediatamente los hermanos enviaron a Pablo que fuese hacia el mar; y Silas y Timoteo se quedaron allí.

15 Y los que se habían encargado de conducir a Pablo le llevaron hasta Atenas; y habiendo recibido orden para Silas y Timoteo de que viniesen a él lo más pronto que pudiesen, salieron.

16 Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría.

17 Así que discutía en la sinagoga con los judíos y piadosos, y en la plaza cada día con los que concurrían.

18 Y algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos disputaban con él; y unos decían: «¿Qué querrá decir este palabrero?». Y otros: «Parece que es predicador de nuevos dioses»; porque les predicaba el evangelio de Jesús y de la resurrección.

19 Y tomándole, le trajeron al Areópago, diciendo: «¿Podremos saber qué es esta nueva enseñanza de que hablas?

20 Pues traes a nuestros oídos cosas extrañas. Queremos, pues, saber qué quiere decir esto».

21 (Porque todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo).

22 Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo: "Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos;

23 porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: 'AL DIOS NO CONOCIDO'. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio.

24 El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas,

25 ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas.

26 Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación;

27 para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros.

28 'Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos'; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: 'Porque linaje suyo somos'.

29 Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres.

30 Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan;

31 por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos."

32 Pero cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros decían: «Ya te oiremos acerca de esto otra vez».

33 Y así Pablo salió de en medio de ellos.

34 Mas algunos creyeron, juntándose con él; entre los cuales estaba Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos.

Capítulo 18

1 Después de estas cosas, Pablo salió de Atenas y fue a Corinto.

2 Y halló a un judío llamado Aquila, natural del Ponto, recién venido de Italia con Priscila su mujer, por cuanto Claudio había mandado que todos los judíos saliesen de Roma. Fue a ellos,

3 y como era del mismo oficio, se quedó con ellos y trabajaban juntos, pues el oficio de ellos era hacer tiendas.

4 Y discutía en la sinagoga todos los días de reposo, y persuadía a judíos y a griegos.

5 Y cuando Silas y Timoteo vinieron de Macedonia, Pablo estaba entregado por entero a la predicación de la palabra, testificando a los judíos que Jesús era el Cristo.

6 Pero oponiéndose y blasfemando estos, les dijo, sacudiéndose los vestidos: «¡Vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza! Yo estoy limpio; desde ahora me iré a los gentiles».

7 Y saliendo de allí, se fue a la casa de uno llamado Justo, temeroso de Dios, la cual estaba junto a la sinagoga.

8 Y Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados.

9 Entonces el Señor dijo a Pablo en visión de noche: «No temas, sino habla y no calles;

10 porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad».

11 Y se detuvo allí un año y seis meses, enseñándoles la palabra de Dios.

12 Pero siendo Galión procónsul de Acaya, los judíos se levantaron de común acuerdo contra Pablo, y le llevaron al tribunal,

13 diciendo: «Este persuade a los hombres a honrar a Dios contra la ley».

14 Y al comenzar Pablo a hablar, Galión dijo a los judíos: «Si se tratara de algún agravio o de algún delito grave, oh judíos, conforme a derecho yo os toleraría;

15 pero si son cuestiones de palabras, y de nombres, y de vuestra ley, vedlo vosotros; porque yo no quiero ser juez de estas cosas».

16 Y los echó del tribunal.

17 Entonces todos los griegos, apoderándose de Sóstenes, principal de la sinagoga, le golpeaban delante del tribunal; pero a Galión nada se le daba de ello.

18 Mas Pablo, habiéndose detenido aún muchos días allí, después se despidió de los hermanos y navegó a Siria, y con él Priscila y Aquila, habiéndose rapado la cabeza en Cencrea, porque había hecho un voto.

19 Y llegó a Éfeso, y los dejó allí; y entrando en la sinagoga, discutía con los judíos.

20 Los cuales le rogaban que se quedase con ellos por más tiempo, mas no accedió,

21 sino que se despidió de ellos, diciendo: «Es necesario que en todo caso yo guarde en Jerusalén la fiesta que viene; pero otra vez volveré a vosotros, si Dios quiere». Y zarpó de Éfeso.

22 Habiendo arribado a Cesarea, subió para saludar a la iglesia, y luego descendió a Antioquía.

23 Y después de estar allí algún tiempo, salió, recorriendo por orden la región de Galacia y de Frigia, confirmando a todos los discípulos.

24 Llegó entonces a Éfeso un judío llamado Apolos, natural de Alejandría, varón elocuente, poderoso en las Escrituras.

25 Este había sido instruido en el camino del Señor; y siendo de espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor, aunque solamente conocía el bautismo de Juan.

26 Y comenzó a hablar con denuedo en la sinagoga; pero cuando le oyeron Priscila y Aquila, le tomaron aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios.

27 Y queriendo él pasar a Acaya, los hermanos le animaron, y escribieron a los discípulos que le recibiesen; y llegado él allá, fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído;

28 porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo.

Capítulo 19

1 Aconteció que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Éfeso, y hallando a ciertos discípulos,

2 les dijo: «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?». Y ellos le dijeron: «Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo».

3 Entonces dijo: «¿En qué, pues, fuisteis bautizados?». Ellos dijeron: «En el bautismo de Juan».

4 Dijo Pablo: «Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo.»

5 Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.

6 Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban.

7 Eran por todos unos doce hombres.

8 Y entrando Pablo en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios.

9 Pero endureciéndose algunos y no creyendo, maldiciendo el Camino delante de la multitud, se apartó Pablo de ellos y separó a los discípulos, discutiendo cada día en la escuela de uno llamado Tirano.

10 Así continuó por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús.

11 Y hacía Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo,

12 de tal manera que aun se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían.

13 Pero algunos de los judíos, exorcistas ambulantes, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: «Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo».

14 Había siete hijos de un tal Esceva, judío, jefe de los sacerdotes, que hacían esto.

15 Pero respondiendo el espíritu malo, dijo: «A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?».

16 Y el hombre en quien estaba el espíritu malo, saltando sobre ellos y dominándolos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos.

17 Y esto fue notorio a todos los que habitaban en Éfeso, así judíos como griegos; y tuvieron temor todos ellos, y era magnificado el nombre del Señor Jesús.

18 Y muchos de los que habían creído venían, confesando y dando cuenta de sus hechos.

19 Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos; y hecha la cuenta de su precio, hallaron que era cincuenta mil piezas de plata.

20 Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor.

21 Pasadas estas cosas, Pablo se propuso en espíritu ir a Jerusalén, después de recorrer Macedonia y Acaya, diciendo: «Después que haya estado allí, me será necesario ver también a Roma».

22 Y enviando a Macedonia a dos de los que le ayudaban, Timoteo y Erasto, él se quedó por algún tiempo en Asia.

23 Hubo por aquel tiempo un disturbio no pequeño acerca del Camino.

24 Porque un platero llamado Demetrio, que hacía de plata templecillos de Diana, daba no poca ganancia a los artífices;

25 a los cuales, reunidos con los obreros del mismo oficio, dijo: «Varones, sabéis que de este oficio obtenemos nuestra riqueza;

26 pero veis y oís que este Pablo, no solamente en Éfeso, sino en casi toda Asia, ha apartado a muchas gentes con persuasión, diciendo que no son dioses los que se hacen con las manos.

27 Y no solamente hay peligro de que este nuestro negocio venga a desacreditarse, sino también que el templo de la gran diosa Diana sea estimado en nada, y comience a ser destruida la majestad de aquella a quien venera toda Asia y el mundo entero.»

28 Cuando oyeron estas cosas, se llenaron de ira, y gritaron, diciendo: «¡Grande es Diana de los efesios!».

29 Y la ciudad se llenó de confusión, y a una se lanzaron al teatro, arrebatando a Gayo y a Aristarco, macedonios, compañeros de Pablo.

30 Y queriendo Pablo salir al pueblo, los discípulos no le dejaron.

31 También algunas de las autoridades de Asia, que eran sus amigos, le enviaron recado, rogándole que no se presentase en el teatro.

32 Unos, pues, gritaban una cosa, y otros otra; porque la concurrencia estaba confusa, y los más no sabían por qué se habían reunido.

33 Y sacaron de entre la multitud a Alejandro, empujándole los judíos. Entonces Alejandro, pedido silencio con la mano, quería hablar en su defensa ante el pueblo.

34 Pero cuando le conocieron que era judío, todos a una voz gritaron casi por dos horas: «¡Grande es Diana de los efesios!».

35 Entonces el canciller, cuando hubo apaciguado a la multitud, dijo: «Varones efesios, ¿y quién es el hombre que no sabe que la ciudad de los efesios es guardiana del templo de la gran diosa Diana, y de la imagen venida de Júpiter?

36 Puesto que esto no puede ser contradicho, es necesario que os apacigüéis, y que nada hagáis precipitadamente.

37 Porque habéis traído a estos hombres, sin ser sacrílegos ni blasfemadores de vuestra diosa.

38 Que si Demetrio y los artífices que están con él tienen pleito contra alguno, audiencias se conceden, y procónsules hay; acúsense los unos a los otros.

39 Y si demandáis alguna otra cosa, en legítima asamblea se decidirá.

40 Porque peligro hay de que seamos acusados de sedición por esto de hoy, no habiendo ninguna causa por la cual podamos dar razón de este concurso».

41 Y habiendo dicho esto, despidió la asamblea.

Capítulo 20

1 Después que cesó el alboroto, llamó Pablo a los discípulos, y habiéndolos exhortado y abrazado, se despidió y salió para ir a Macedonia.

2 Y después de recorrer aquellas regiones, y de exhortarles con abundancia de palabras, llegó a Grecia.

3 Después de haber estado allí tres meses, y siéndole puestas asechanzas por los judíos para cuando se embarcase para Siria, tomó la decisión de volver por Macedonia.

4 Y le acompañaron hasta Asia, Sópater de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Gayo de Derbe, y Timoteo; y de Asia, Tíquico y Trófimo.

5 Estos, habiéndose adelantado, nos esperaron en Troas.

6 Y nosotros, pasados los días de los panes sin levadura, navegamos de Filipos, y en cinco días nos reunimos con ellos en Troas, donde nos quedamos siete días.

7 El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan, Pablo les enseñaba, habiendo de salir al día siguiente; y alargó el discurso hasta la medianoche.

8 Y había muchas lámparas en el aposento alto donde estábamos reunidos.

9 Y un joven llamado Eutico, que estaba sentado en la ventana, adormecido de un sueño profundo, como Pablo discurría largamente, vencido del sueño cayó del tercer piso abajo, y fue levantado muerto.

10 Entonces descendió Pablo y se echó sobre él, y abrazándole, dijo: «No os alarméis, pues está vivo».

11 Después de subir, y partir el pan y comer, habló largamente hasta el alba; y así partió.

12 Y llevaron al joven vivo, y fueron grandemente consolados.

13 Nosotros, adelantándonos a embarcarnos, navegamos a Asón para recoger allí a Pablo, ya que así lo había determinado, queriendo él ir por tierra.

14 Cuando se reunió con nosotros en Asón, tomándole a bordo, vinimos a Mitilene.

15 Navegando de allí, al día siguiente llegamos delante de Quíos, y al otro día tomamos puerto en Samos; y habiendo hecho escala en Trogilio, al día siguiente llegamos a Mileto.

16 Porque Pablo se había propuesto pasar de largo a Éfeso, para no detenerse en Asia, pues se apresuraba por estar el día de Pentecostés, si le fuese posible, en Jerusalén.

17 Enviando, pues, desde Mileto a Éfeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia.

18 Cuando vinieron a él, les dijo: "Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia,

19 sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos;

20 y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas,

21 testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo.

22 Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer;

23 salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones.

24 Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.

25 "Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro.

26 Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos;

27 porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios.

28 Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor y Dios, la cual él ganó por su propia sangre.

29 Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño.

30 Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos.

31 Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno.

32 Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados.

33 Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado.

34 Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido.

35 En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: 'Más bienaventurado es dar que recibir'".

36 Cuando hubo dicho estas cosas, se puso de rodillas, y oró con todos ellos.

37 Entonces hubo gran llanto de todos; y echándose al cuello de Pablo, le besaban,

38 doliéndose en gran manera por la palabra que dijo, de que no verían más su rostro. Y le acompañaron al barco.

Capítulo 21

1 Después de separarnos de ellos, zarpamos y fuimos con rumbo directo a Cos, y al día siguiente a Rodas, y de allí a Pátara.

2 Y hallando un barco que pasaba a Fenicia, nos embarcamos y zarpamos.

3 Al avistar Chipre, dejándola a mano izquierda, navegamos a Siria y arribamos a Tiro, porque el barco había de descargar allí.

4 Y hallados los discípulos, nos quedamos allí siete días; y ellos decían a Pablo por el Espíritu, que no subiese a Jerusalén.

5 Cumplidos aquellos días, salimos, acompañándonos todos, con sus mujeres e hijos, hasta fuera de la ciudad; y puestos de rodillas en la playa, oramos.

6 Y abrazándonos los unos a los otros, subimos al barco y ellos se volvieron a sus casas.

7 Y nosotros completamos la navegación, saliendo de Tiro y arribando a Tolemaida; y habiendo saludado a los hermanos, nos quedamos con ellos un día.

8 Al otro día, saliendo Pablo y los que con él estábamos, fuimos a Cesarea; y entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, posamos con él.

9 Este tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban.

10 Y permaneciendo nosotros allí por algunos días, descendió de Judea un profeta llamado Ágabo,

11 quien viniendo a vernos, tomó el cinto de Pablo, y atándose los pies y las manos, dijo: "Esto dice el Espíritu Santo: 'Así atarán los judíos en Jerusalén al varón de quien es este cinto, y le entregarán en manos de los gentiles'."

12 Al oír esto, le rogamos nosotros y los de aquel lugar, que no subiese a Jerusalén.

13 Entonces Pablo respondió: «¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no solo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús».

14 Y como no le pudimos persuadir, desistimos, diciendo: «Hágase la voluntad del Señor».

15 Después de esos días, hechos los preparativos, subimos a Jerusalén.

16 Y fueron también con nosotros algunos de los discípulos de Cesarea, llevando consigo a un tal Mnasón, de Chipre, discípulo antiguo, con quien nos hospedaríamos.

17 Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con gozo.

18 Y al día siguiente Pablo entró con nosotros a ver a Santiago, y se hallaban reunidos todos los ancianos;

19 a los cuales, después de haberlos saludado, les contó una por una las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio.

20 Cuando ellos lo oyeron, glorificaron a Dios, y le dijeron: «Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos por la ley.

21 Pero se les ha informado en cuanto a ti, que enseñas a todos los judíos que están entre los gentiles a apostatar de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos, ni observen las costumbres.

22 ¿Qué hay, pues? La multitud se reunirá de cierto, porque oirán que has venido.

23 Haz, pues, esto que te decimos: Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen obligación de cumplir voto.

24 Tómalos contigo, purifícate con ellos, y paga sus gastos para que se rasuren la cabeza; y todos comprenderán que no hay nada de lo que se les informó acerca de ti, sino que tú también andas ordenadamente, guardando la ley.

25 Pero en cuanto a los gentiles que han creído, nosotros les hemos escrito determinando que no guarden nada de esto; solamente que se abstengan de lo sacrificado a los ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación.»

26 Entonces Pablo tomó consigo a aquellos hombres, y al día siguiente, habiéndose purificado con ellos, entró en el templo, para anunciar el cumplimiento de los días de la purificación, cuando había de presentarse la ofrenda por cada uno de ellos.

27 Pero cuando estaban para cumplirse los siete días, unos judíos de Asia, al verle en el templo, alborotaron a toda la multitud y le echaron mano,

28 dando voces: «¡Varones israelitas, ayudad! Este es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo, la ley y este lugar; y además de esto, ha metido a griegos en el templo, y ha profanado este santo lugar.»

29 Porque antes habían visto con él en la ciudad a Trófimo, de Éfeso, a quien pensaban que Pablo había metido en el templo.

30 Así que toda la ciudad se conmovió, y se agolpó el pueblo; y apoderándose de Pablo, le arrastraron fuera del templo, e inmediatamente cerraron las puertas.

31 Y procurando ellos matarle, se le avisó al tribuno de la cohorte que toda Jerusalén estaba alborotada.

32 Este, tomando luego soldados y centuriones, corrió a ellos. Y cuando ellos vieron al tribuno y a los soldados, dejaron de golpear a Pablo.

33 Entonces, llegando el tribuno, le prendió y le mandó atar con dos cadenas, y preguntó quién era y qué había hecho.

34 Pero entre la multitud, unos gritaban una cosa, y otros otra; y como no podía entender nada de cierto a causa del alboroto, le mandó llevar a la fortaleza.

35 Al llegar a las gradas, aconteció que fue llevado en vilo por los soldados a causa de la violencia de la multitud;

36 porque la muchedumbre del pueblo venía detrás, gritando: «¡Muera!».

37 Cuando comenzaron a meter a Pablo en la fortaleza, dijo al tribuno: «¿Se me permite decirte algo?». Y él dijo: «¿Sabes griego?

38 ¿No eres tú aquel egipcio que levantó una sedición antes de estos días, y sacó al desierto a los cuatro mil sicarios?».

39 Entonces dijo Pablo: «Yo de cierto soy hombre judío de Tarso, ciudadano de una ciudad no insignificante de Cilicia; pero te ruego que me permitas hablar al pueblo».

40 Y cuando él se lo permitió, Pablo, estando en pie en las gradas, hizo señal con la mano al pueblo. Y hecho un gran silencio, habló en lengua hebrea, diciendo:

Capítulo 22

1 «Varones hermanos y padres, oíd la defensa que ahora os hago».

2 Y al oír que les hablaba en lengua hebrea, guardaron más silencio. Y él dijo:

3 "Yo de cierto soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad, instruido a los pies de Gamaliel, estrictamente conforme a la ley de nuestros padres, celoso de Dios, como hoy lo sois todos vosotros.

4 Perseguí este Camino hasta la muerte, prendiendo y entregando en cárceles a hombres y mujeres;

5 como también me son testigos el sumo sacerdote y todos los ancianos, de quienes también recibí cartas para los hermanos, y fui a Damasco para traer presos a Jerusalén a los que estuviesen allí, para que fuesen castigados.

6 "Pero aconteció que yendo yo, al llegar cerca de Damasco, como a mediodía, de repente me rodeó mucha luz del cielo;

7 y caí al suelo, y oí una voz que me decía: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?'.

8 Yo entonces respondí: '¿Quién eres, Señor?'. Y me dijo: 'Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues'.

9 "Y los que estaban conmigo vieron a la verdad la luz, y se espantaron; pero no entendieron la voz del que hablaba conmigo.

10 Y dije: '¿Qué haré, Señor?'. Y el Señor me dijo: 'Levántate, y vete a Damasco, y allí se te dirá todo lo que está ordenado que hagas'.

11 Y como yo no veía a causa de la gloria de la luz, llevado de la mano por los que estaban conmigo, llegué a Damasco.

12 "Entonces uno llamado Ananías, varón piadoso según la ley, que tenía buen testimonio de todos los judíos que allí moraban,

13 vino a mí, y acercándose, me dijo: 'Hermano Saulo, recibe la vista'. Y yo en aquella misma hora recobré la vista y lo miré.

14 Y él dijo: 'El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca.

15 Porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído.

16 Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre'.

17 "Y me aconteció, vuelto a Jerusalén, que orando en el templo me sobrevino un éxtasis.

18 Y le vi que me decía: 'Date prisa, y sal prontamente de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio acerca de mí'.

19 Yo dije: 'Señor, ellos saben que yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en ti;

20 y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu testigo, yo mismo también estaba presente, y consentía en su muerte, y guardaba las ropas de los que le mataban'.

21 "Pero me dijo: 'Ve, porque yo te enviaré lejos a los gentiles'".

22 Y le oyeron hasta esta palabra; entonces alzaron la voz, diciendo: «¡Quita de la tierra a tal hombre, porque no conviene que viva!».

23 Y como ellos gritaban y arrojaban sus ropas y echaban polvo al aire,

24 mandó el tribuno que le metiesen en la fortaleza, y ordenó que fuese examinado con azotes, para saber por qué causa clamaban así contra él.

25 Pero cuando le ataron con correas, Pablo dijo al centurión que estaba presente: «¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano sin haber sido condenado?».

26 Cuando el centurión oyó esto, fue y dio aviso al tribuno, diciendo: «¿Qué vas a hacer? Porque este hombre es ciudadano romano».

27 Vino el tribuno y le dijo: «Dime, ¿eres tú ciudadano romano?». Él dijo: «Sí».

28 Respondió el tribuno: «Yo con una gran suma adquirí esta ciudadanía». Entonces Pablo dijo: «Pero yo lo soy de nacimiento».

29 Así que, luego se apartaron de él los que le iban a dar tormento; y aun el tribuno, al saber que era ciudadano romano, también tuvo temor por haberle atado.

30 Al día siguiente, queriendo saber de cierto la causa por la cual le acusaban los judíos, le soltó de las prisiones, y mandó venir a los principales sacerdotes y a todo el concilio, y sacando a Pablo, le presentó ante ellos.

Capítulo 23

1 Entonces Pablo, mirando fijamente al concilio, dijo: «Varones hermanos, yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy».

2 El sumo sacerdote Ananías ordenó entonces a los que estaban junto a él, que le golpeasen en la boca.

3 Entonces Pablo le dijo: «¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¿Estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y quebrantando la ley me mandas golpear?».

4 Los que estaban presentes dijeron: «¿Al sumo sacerdote de Dios injurias?».

5 Pablo dijo: "No sabía, hermanos, que era el sumo sacerdote; pues escrito está: 'No maldecirás a un príncipe de tu pueblo' ".

6 Entonces Pablo, notando que una parte era de saduceos y otra de fariseos, alzó la voz en el concilio: «Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo; acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga».

7 Cuando dijo esto, se produjo disensión entre los fariseos y los saduceos, y la asamblea se dividió.

8 Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero los fariseos afirman ambas cosas.

9 Y hubo un gran vocerío; y levantándose los escribas de la parte de los fariseos, contendían, diciendo: «Ningún mal hallamos en este hombre; que si un espíritu le ha hablado, o un ángel, no resistamos a Dios».

10 Y habiendo grande disensión, el tribuno, teniendo temor de que Pablo fuese despedazado por ellos, mandó que bajase la fuerza armada y le arrebatasen de en medio de ellos, y le llevasen a la fortaleza.

11 A la noche siguiente se le presentó el Señor y le dijo: «Ten ánimo, Pablo, pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma».

12 Venido el día, algunos de los judíos tramaron un complot y se juramentaron bajo maldición, diciendo que no comerían ni beberían hasta que hubiesen dado muerte a Pablo.

13 Eran más de cuarenta los que habían hecho esta conjuración,

14 los cuales fueron a los principales sacerdotes y a los ancianos y dijeron: «Nosotros nos hemos juramentado bajo maldición a no gustar nada hasta que hayamos dado muerte a Pablo.

15 Ahora pues, vosotros, con el concilio, requerid al tribuno que le traiga mañana ante vosotros, como que queréis indagar alguna cosa más cierta acerca de él; y nosotros estaremos prestos para matarle antes que llegue».

16 Mas el hijo de la hermana de Pablo, oyendo hablar de la celada, fue y entró en la fortaleza, y dio aviso a Pablo.

17 Pablo, llamando a uno de los centuriones, dijo: «Lleva a este joven al tribuno, porque tiene cierto aviso que darle».

18 Él entonces tomándole, le llevó al tribuno, y dijo: «El preso Pablo me llamó y me rogó que trajese ante ti a este joven, que tiene algo que hablarte».

19 El tribuno, tomándole de la mano y retirándose aparte, le preguntó: «¿Qué es lo que tienes que decirme?».

20 Él le dijo: «Los judíos han convenido en rogarte que mañana lleves a Pablo ante el concilio, como que van a inquirir alguna cosa más cierta acerca de él.

21 Pero tú no les creas; porque más de cuarenta hombres de ellos le acechan, los cuales se han juramentado bajo maldición a no comer ni beber hasta que le hayan muerto; y ahora están dispuestos esperando tu promesa».

22 Entonces el tribuno despidió al joven, mandándole que a nadie dijese que le había dado aviso de esto.

23 Y llamando a dos centuriones, mandó que preparasen para la hora tercera de la
noche doscientos soldados, setenta jinetes y doscientos lanceros, para que fuesen
hasta Cesarea;

24 y que preparasen cabalgaduras en que poniendo a Pablo, le llevasen en salvo a
Félix el gobernador.

25 Y escribió una carta en estos términos:

26 "Claudio Lisias, al excelentísimo gobernador Félix: Salud.

27 «A este hombre, aprehendido por los judíos, y que iban ellos a matar, lo libré
yo acudiendo con la tropa, habiendo sabido que era ciudadano romano.

28 Y queriendo saber la causa por qué le acusaban, le llevé al concilio de ellos;

29 y hallé que le acusaban por cuestiones de la ley de ellos, pero que ningún delito
tenía digno de muerte o de prisión.

30 Pero al serme avisado de asechanzas que los judíos habían tendido contra este
hombre, al punto le he enviado a ti, intimando también a los acusadores que tra-
ten delante de ti lo que tengan contra él. Pásalo bien».

31 Y los soldados, tomando a Pablo como se les ordenó, le llevaron de noche a
Antípatris.

32 Y al día siguiente, dejando a los jinetes que fuesen con él, volvieron a la fortaleza.

33 Cuando aquellos llegaron a Cesarea, y dieron la carta al gobernador, presenta-
ron también a Pablo delante de él.

34 Y el gobernador, leída la carta, preguntó de qué provincia era; y habiendo en-
tendido que era de Cilicia,

35 le dijo: «Te oiré cuando vengan tus acusadores». Y mandó que le custodiasen
en el pretorio de Herodes.

Capítulo 24

1 Cinco días después, descendió el sumo sacerdote Ananías con algunos de los ancianos y un cierto orador llamado Tértulo, y comparecieron ante el gobernador contra Pablo.

2 Y cuando este fue llamado, Tértulo comenzó a acusarle, diciendo: "Como debido a ti gozamos de gran paz, y muchas cosas son bien provistas para este pueblo por tu prudencia,

3 oh excelentísimo Félix, lo recibimos en todo tiempo y en todo lugar con toda gratitud.

4 Pero por no molestarte más largamente, te ruego que nos oigas brevemente conforme a tu equidad.

5 Porque hemos hallado que este hombre es una plaga, y promotor de sediciones entre todos los judíos por todo el mundo, y cabecilla de la secta de los nazarenos.

6 Intentó también profanar el templo; y prendiéndole,

8 Tú mismo, interrogándole, podrás cerciorarte de todas estas cosas de que le acusamos".

9 Los judíos también lo afirmaban, diciendo que esto era así.

10 Habiéndole hecho señal el gobernador a Pablo para que hablase, este respondió: "Porque sé que desde hace muchos años eres juez de esta nación, con buen ánimo haré mi defensa.

11 Como tú puedes cerciorarte, no hace más de doce días que subí a adorar a Jerusalén;

12 y no me hallaron disputando con ninguno, ni amotinando a la multitud; ni en el templo, ni en las sinagogas ni en la ciudad;

13 ni te pueden probar las cosas de que ahora me acusan.

14 Pero esto te confieso, que según el Camino que ellos llaman herejía, así sirvo al
Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están
escritas;

15 teniendo esperanza en Dios, la cual ellos mismos también abrigan, de que ha de
haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos.

16 Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los
hombres.

17 Pero pasados algunos años, vine a hacer limosnas a mi nación y presentar
ofrendas.

18 Estaba en ello, cuando unos judíos de Asia me hallaron purificado en el templo,
no con multitud ni con alboroto.

19 Ellos debieran comparecer ante ti y acusarme, si tuviesen algo contra mí.

20 O digan estos mismos si hallaron en mí alguna cosa mal hecha, cuando com-
parecí ante el concilio,

21 a no ser que sea por esta sola palabra que en pie en medio de ellos di voces:
'¡Acerca de la resurrección de los muertos soy juzgado hoy por vosotros!'".

22 Entonces Félix, oído esto, estando bien informado de este Camino, les aplazó,
diciendo: «Cuando descienda el tribuno Lisias, acabaré de conocer de vuestro
asunto».

23 Y mandó al centurión que se custodiase a Pablo, pero que se le concediese al-
guna libertad, y que no impidiese a ninguno de los suyos servirle o venir a él.

24 Algunos días después, viniendo Félix con Drusila su mujer, que era judía, llamó
a Pablo, y le oyó acerca de la fe en Jesucristo.

25 Pero al disertar Pablo acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio veni-
dero, Félix se espantó, y dijo: «Ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te
llamaré».

26 Esperaba también con esto, que Pablo le diera dinero para que le soltase; por lo cual muchas veces lo hacía venir y hablaba con él.

27 Pero al cabo de dos años recibió Félix por sucesor a Porcio Festo; y queriendo Félix congraciarse con los judíos, dejó preso a Pablo.

Capítulo 25

1 Llegando, pues, Festo a la provincia, subió de Cesarea a Jerusalén tres días después.

2 Y los principales sacerdotes y los más influyentes de los judíos se presentaron ante él contra Pablo, y le rogaron,

3 pidiendo contra él, como gracia, que le hiciese traer a Jerusalén, preparando ellos una celada para matarle en el camino.

4 Pero Festo respondió que Pablo estaba custodiado en Cesarea, a donde él mismo partiría en breve.

5 «Los que de vosotros puedan», dijo, «desciendan conmigo, y si hay algún cargo contra este hombre, acúsenle».

6 Y habiéndose detenido entre ellos no más de ocho o diez días, venido a Cesarea, al día siguiente se sentó en el tribunal, y mandó que fuese traído Pablo.

7 Cuando este llegó, le rodearon los judíos que habían venido de Jerusalén, presentando contra él muchas y graves acusaciones, las cuales no podían probar;

8 alegando Pablo en su defensa: «Ni contra la ley de los judíos, ni contra el templo, ni contra César he pecado en nada».

9 Pero Festo, queriendo congraciarse con los judíos, respondiendo a Pablo dijo: «¿Quieres subir a Jerusalén, y allá ser juzgado de estas cosas delante de mí?».

10 Pablo dijo: «Ante el tribunal de César estoy, donde debo ser juzgado. A los judíos no les he hecho ningún agravio, como tú sabes muy bien.

11 Porque si algún agravio, o cosa alguna digna de muerte he hecho, no rehúso morir; pero si nada hay de las cosas de que estos me acusan, nadie puede entregarme a ellos. A César apelo».

12 Entonces Festo, habiendo hablado con el consejo, respondió: «A César has apelado; a César irás».

13 Pasados algunos días, el rey Agripa y Berenice vinieron a Cesarea para saludar a Festo.

14 Y como estuvieron allí muchos días, Festo expuso al rey la causa de Pablo, diciendo: «Un hombre ha sido dejado preso por Félix,

15 respecto al cual, cuando fui a Jerusalén, se me presentaron los principales sacerdotes y los ancianos de los judíos, pidiendo condenación contra él.

16 A estos respondí que no es costumbre de los romanos entregar a ningún hombre a la muerte antes que el acusado tenga delante a sus acusadores, y pueda defenderse de la acusación.

17 Así que, habiendo venido ellos juntos acá, sin ninguna dilación, al día siguiente me senté en el tribunal, y mandé traer al hombre.

18 Y estando presentes los acusadores, ningún cargo presentaron de los que yo sospechaba,

19 sino que tenían contra él ciertas cuestiones acerca de su religión, y de un cierto Jesús, ya muerto, el que Pablo afirmaba estar vivo.

20 Yo, dudando en cuestión semejante, le pregunté si quería ir a Jerusalén y allá ser juzgado de estas cosas.

21 Mas como Pablo apeló para que se le reservase para el conocimiento de Augusto, mandé que le custodiasen hasta que le enviara a César».

22 Entonces Agripa dijo a Festo: «Yo también quisiera oír a ese hombre». Y él le dijo: «Mañana le oirás».

23 Al otro día, viniendo Agripa y Berenice con mucha pompa, y entrando en la audiencia con los tribunos y principales varones de la ciudad, por mandato de Festo fue traído Pablo.

24 Entonces Festo dijo: «Rey Agripa, y todos los varones que estáis aquí presentes con nosotros, aquí tenéis a este hombre, respecto del cual toda la multitud de los judíos me ha demandado en Jerusalén y aquí, dando voces que no debe vivir más.

25 Pero yo, hallando que ninguna cosa digna de muerte ha hecho, y como él mismo apeló a Augusto, he determinado enviarle a él.

26 Como no tengo cosa cierta que escribir a mi señor respecto de él, le he traído ante vosotros, y mayormente ante ti, oh rey Agripa, para que después de examinarle, tenga yo qué escribir.

27 Porque me parece irrazonable enviar un preso, y no informar de los cargos que hay en su contra.»

Capítulo 26

1 Entonces Agripa dijo a Pablo: «Se te permite hablar por ti mismo». Pablo, extendiendo la mano, comenzó su defensa:

2 "Me considero feliz, oh rey Agripa, de que haya de defenderme hoy delante de ti de todas las cosas de que soy acusado por los judíos,

3 mayormente porque tú eres experto en todas las costumbres y cuestiones que hay entre los judíos. Por lo cual te ruego que me escuches con paciencia.

4 "Mi estilo de vida desde mi juventud, la cual pasé desde el principio en mi nación y en Jerusalén, lo conocen todos los judíos;

5 los cuales también saben que yo desde el principio, si quieren testificarlo, conforme a la secta más rigurosa de nuestra religión, viví fariseo.

6 Y ahora, por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres soy llamado a juicio;

7 promesa cuyo cumplimiento esperan que han de alcanzar nuestras doce tribus, sirviendo constantemente a Dios de día y de noche. Por esta esperanza, oh rey Agripa, soy acusado por los judíos.

8 ¿Por qué se juzga cosa increíble para vosotros que Dios resucite a los muertos?

9 "Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret;

10 lo cual también hice en Jerusalén. Yo encerré en cárceles a muchos de los santos, habiendo recibido autoridad de los principales sacerdotes; y cuando los mataron, yo di mi voto.

11 Y muchas veces, castigándolos en todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras.

12 "Ocupado en esto, iba yo a Damasco con autoridad y comisión de los principales sacerdotes,

13 cuando a mediodía, oh rey, yendo por el camino, vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol, la cual me rodeó a mí y a los que iban conmigo.

14 Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me hablaba, y decía en lengua hebrea: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón'.

15 "Yo entonces dije: '¿Quién eres, Señor?'. "Y el Señor dijo: 'Yo soy Jesús, a quien tú persigues.

16 Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti,

17 librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío,

18 para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados'.

19 «Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial,

20 sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento.

21 Por causa de esto los judíos, prendiéndome en el templo, intentaron matarme.

22 Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero hasta el día de hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes, no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder:

23 Que el Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles.»

24 Diciendo él estas cosas en su defensa, Festo a gran voz dijo: «¡Estás loco, Pablo! Las muchas letras te vuelven loco».

25 Mas él dijo: «No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura.

26 Pues el rey sabe estas cosas, delante de quien también hablo con toda confianza. Porque no pienso que ignora nada de esto; pues no se ha hecho esto en algún rincón.

27 ¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees».

28 Entonces Agripa dijo a Pablo: «Por poco me persuades a ser cristiano».

29 Y Pablo dijo: «¡Pluguiera a Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas!».

30 Cuando hubo dicho estas cosas, se levantó el rey, y el gobernador, y Berenice, y los que se habían sentado con ellos;

31 y cuando se retiraron aparte, hablaban los unos con los otros, diciendo: «Ninguna cosa digna ni de muerte ni de prisión ha hecho este hombre».

32 Y Agripa dijo a Festo: «Este hombre podía ser puesto en libertad, si no hubiera apelado a César».

Capítulo 27

1 Cuando se decidió que habíamos de navegar para Italia, entregaron a Pablo y a algunos otros presos a un centurión llamado Julio, de la compañía Augusta.

2 Y embarcándonos en una nave adramitena que iba a tocar los puertos de Asia, zarpamos, estando con nosotros Aristarco, macedonio de Tesalónica.

3 Al otro día llegamos a Sidón; y Julio, tratando humanamente a Pablo, le permitió que fuese a los amigos, para ser atendido por ellos.

4 Y haciéndonos a la mar desde allí, navegamos a sotavento de Chipre, porque los vientos eran contrarios.

5 Habiendo atravesado el mar frente a Cilicia y Panfilia, arribamos a Mira, ciudad de Licia.

6 Y hallando allí el centurión una nave alejandrina que zarpaba para Italia, nos embarcó en ella.

7 Navegando despacio muchos días, y habiendo llegado a duras penas frente a Gnido, porque el viento nos lo impedía, navegamos a sotavento de Creta, frente a Salmón.

8 Y costeándola con dificultad, llegamos a un lugar que llaman Buenos Puertos, cerca del cual estaba la ciudad de Lasea.

9 Y habiendo pasado mucho tiempo, y siendo ya peligrosa la navegación, por haber pasado ya el Ayuno, Pablo les amonestaba,

10 diciéndoles: «Varones, veo que la navegación va a ser con perjuicio y mucha pérdida, no solo del cargamento y de la nave, sino también de nuestras personas».

11 Pero el centurión daba más crédito al piloto y al patrón de la nave, que a lo que Pablo decía.

12 Y siendo incómodo el puerto para invernar, la mayoría acordó zarpar también de allí, por si de algún modo podían llegar a Fenice, puerto de Creta que mira al nordeste y sudeste, e invernar allí.

13 Y soplando una brisa del sur, pareciéndoles que ya tenían lo que deseaban, levaron anclas e iban costeando Creta.

14 Pero no mucho después dio contra la nave un viento huracanado, llamado Euroclidón.

15 Y siendo arrebatada la nave, y no pudiendo poner proa al viento, nos abandonamos a él y nos dejamos llevar.

16 Y habiendo corrido a sotavento de una pequeña isla llamada Clauda, con dificultad pudimos recoger el esquife.

17 Y una vez subido a bordo, usaron de refuerzos para ceñir la nave; y teniendo temor de dar en la Sirte, arriaron las velas y quedaron a la deriva.

18 Pero siendo combatidos por una furiosa tempestad, al siguiente día empezaron a alijar.

19 Y al tercer día con nuestras propias manos arrojamos los aparejos de la nave.

20 Y no apareciendo ni sol ni estrellas por muchos días, y acosados por una tempestad no pequeña, ya habíamos perdido toda esperanza de salvarnos.

21 Entonces Pablo, como hacía ya mucho que no comíamos, puesto en pie en medio de ellos, dijo: “Habríais debido, oh varones, haberme escuchado, y no zarpar de Creta, para evitar este perjuicio y pérdida.

22 Pero ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave.

23 Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo,

24 diciendo: 'Pablo, no temas; es necesario que comparezcas ante César; y he aquí, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo'.

25 Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho.

26 Con todo, es necesario que demos en alguna isla".

27 Llegada la decimacuarta noche, y siendo nosotros llevados a la deriva por el mar Adriático, a la medianoche los marineros sospecharon que estaban cerca de tierra;

28 y echando la sonda, hallaron veinte brazas; y pasando un poco más adelante, volviendo a echar la sonda, hallaron quince brazas.

29 Y temiendo dar en escollos, echaron cuatro anclas por la popa, y ansiaban que se hiciese de día.

30 Entonces los marineros procuraron huir de la nave, y echando el esquife al mar, aparentaban como que querían largar las anclas de proa.

31 Pero Pablo dijo al centurión y a los soldados: «Si estos no permanecen en la nave, vosotros no podéis salvaros».

32 Entonces los soldados cortaron las amarras del esquife y lo dejaron perderse.

33 Cuando comenzó a amanecer, Pablo exhortaba a todos que comiesen, diciendo: «Este es el decimocuarto día que esperáis y permanecéis en ayunas, sin comer nada.

34 Por tanto, os ruego que comáis por vuestra salud; pues ni un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros perecerá».

35 Y habiendo dicho esto, tomó el pan y dio gracias a Dios en presencia de todos, y partiéndolo, comenzó a comer.

36 Entonces todos, teniendo ya mejor ánimo, comieron también.

37 Y éramos todas las personas en la nave doscientas setenta y seis.

38 Y una vez satisfechos, aligeraron la nave, echando el trigo al mar.

39 Cuando se hizo de día, no reconocían la tierra, pero veían un golfo que tenía
playa, en el cual acordaron varar, si pudiesen, la nave.

40 Cortando, pues, las anclas, las dejaron en el mar, largando también las atadu-
ras de los timones; e izando al viento la vela de proa, enfilaron hacia la playa.

41 Pero dando en un lugar de dos aguas, hicieron encallar la nave; y la proa, hin-
cada, quedó inmóvil, y la popa se abría por la violencia del mar.

42 Entonces el consejo de los soldados fue matar a los presos, para que ninguno se
fugase nadando.

43 Pero el centurión, queriendo salvar a Pablo, les impidió este intento, y mandó
que los que pudiesen nadar se echasen los primeros, y saliesen a tierra;

44 y los demás, parte en tablas, parte en cosas de la nave. Y así aconteció que todos
se salvaron saliendo a tierra.

Capítulo 28

1 Una vez a salvo, nos enteramos de que la isla se llamaba Malta.

2 Y los naturales nos trataron con no poca humanidad; porque encendiendo un
fuego, nos recibieron a todos, a causa de la lluvia que caía, y del frío.

3 Entonces, habiendo recogido Pablo algunas ramas secas, las echó al fuego; y una
víbora, huyendo del calor, se le asió a la mano.

4 Cuando los naturales vieron la víbora colgando de su mano, se decían unos a
otros: «Ciertamente este hombre es homicida, a quien, escapado del mar, la justi-
cia divina no deja vivir».

5 Pero él, sacudiendo la víbora en el fuego, ningún daño padeció.

6 Ellos estaban esperando que se hinchase, o cayese muerto de repente; mas ha-
biendo esperado mucho, y viendo que ningún mal le venía, cambiaron de parecer
y decían que era un dios.

7 En aquellos lugares había propiedades del hombre principal de la isla, llamado Publio, quien nos recibió y hospedó amistosamente tres días.

8 Y aconteció que el padre de Publio estaba en cama, enfermo de fiebre y de disentería; y Pablo entró a verle, y después de haber orado, le impuso las manos, y le sanó.

9 Hecho esto, también los otros que en la isla tenían enfermedades, venían y eran sanados;

10 los cuales también nos honraron con muchas atenciones; y cuando zarpamos, nos cargaron de las cosas necesarias.

11 Pasados tres meses, nos embarcamos en una nave alejandrina que había invernado en la isla, la cual tenía por enseña a Cástor y Pólux.

12 Y llegados a Siracusa, estuvimos allí tres días.

13 De allí, costeando alrededor, llegamos a Regio; y otro día después, soplando el viento sur, llegamos al segundo día a Puteoli,

14 donde habiendo hallado hermanos, nos rogaron que nos quedásemos con ellos siete días; y luego fuimos a Roma,

15 de donde, oyendo de nosotros los hermanos, salieron a recibirnos hasta el Foro de Apio y las Tres Tabernas; y al verlos, Pablo dio gracias a Dios y cobró aliento.

16 Cuando llegamos a Roma, el centurión entregó los presos al prefecto militar, pero a Pablo se le permitió vivir aparte, con un soldado que le custodiase.

17 Aconteció que tres días después, Pablo convocó a los principales de los judíos, a los cuales, luego que estuvieron reunidos, les dijo: «Yo, hermanos, no habiendo hecho nada contra el pueblo, ni contra las costumbres de nuestros padres, he sido entregado preso desde Jerusalén en manos de los romanos;

18 los cuales, habiéndome examinado, me querían soltar, por no haber en mí ninguna causa de muerte.

19 Pero oponiéndose los judíos, me vi obligado a apelar a César; no porque tenga
de qué acusar a mi nación.

20 Así que por esta causa os he llamado para veros y hablaros; porque por la esperanza de Israel estoy sujeto con esta cadena».

21 Entonces ellos le dijeron: «Nosotros ni hemos recibido de Judea cartas acerca de ti, ni ha venido alguno de los hermanos que haya denunciado o hablado algún mal de ti.

22 Pero querríamos oír de ti lo que piensas; porque de esta secta nos es notorio que en todas partes se la contradice».

23 Y habiéndole señalado un día, vinieron a él muchos a la posada, a los cuales les declaraba y les testificaba el reino de Dios desde la mañana hasta la tarde, persuadiéndoles acerca de Jesús, tanto por la ley de Moisés como por los profetas.

24 Y unos asentían a lo que se decía, pero otros no creían.

25 Y como no estuviesen de acuerdo entre sí, al retirarse, les dijo Pablo esta palabra: "Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres,

26 diciendo:
'Ve a este pueblo, y diles:
De oído oiréis,
y no entenderéis;
Y viendo veréis,
y no percibiréis.

27 Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado,
Y con los oídos oyeron pesadamente,
Y sus ojos han cerrado,
Para que no vean con los ojos,
Y oigan con los oídos,

Y entiendan de corazón,
Y se conviertan,
Y yo los sane'.

28 «Sabed, pues, que a los gentiles es enviada esta salvación de Dios; y ellos oirán».

29 Y cuando hubo dicho esto, los judíos se fueron, teniendo gran discusión entre sí.

30 Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían,

31 predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, con toda libertad y sin estorbo.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

ROMANOS

Capítulo 1

1 Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para la Buena Nueva de Dios,

2 que él prometió antes por medio de sus profetas en las santas Escrituras,

3 acerca de su Hijo, que nació de la descendencia de David según la carne,

4 que fue declarado Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor,

5 por quien recibimos la gracia y el apostolado para la obediencia de la fe entre todas las naciones por causa de su nombre;

6 entre los cuales también estáis llamados a pertenecer a Jesucristo;

7 a todos los que están en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

8 En primer lugar, doy gracias a mi Dios, por medio de Jesucristo, por todos vosotros, porque vuestra fe es proclamada en todo el mundo.

9 Porque Dios es mi testigo, a quien sirvo en mi espíritu en la Buena Nueva de su Hijo, de cómo incesantemente hago mención de vosotros siempre en mis oraciones,

10 solicitando, si de alguna manera ahora por fin, me sea prosperada la voluntad de Dios para ir a vosotros.

11 Porque anhelo veros, para poder impartiros algún don espiritual, con el fin de que seáis firmes;

12 es decir, para que yo con vosotros me anime en vosotros, cada uno por la fe del otro, tanto la vuestra como la mía.

13 Ahora bien, no quiero que ignoréis, hermanos, que muchas veces planeé ir a vosotros (y me lo impidieron hasta ahora), para tener algún fruto también entre vosotros, como entre los demás gentiles.

14 Soy deudor tanto de griegos como de extranjeros, tanto de sabios como de necios.

15 Así que, en la medida en que está en mí, estoy deseoso de predicar la Buena Nueva también a vosotros que estáis en Roma.

16 Porque no me avergüenzo de la Buena Nueva de Cristo, porque es poder de Dios para la salvación de todo el que cree, primero para el judío y también para el griego.

17 Porque en ella se revela la justicia de Dios de fe en fe. Como está escrito: «Pero el justo vivirá por la fe».

18 Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que reprimen la verdad con injusticia,

19 porque lo que se conoce de Dios se revela en ellos, pues Dios se lo reveló.

20 Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, se ven claramente, percibiéndose por medio de las cosas hechas, su eterno poder y su divinidad, para que no tengan excusa.

21 Porque conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su corazón insensato se oscureció.

22 Profesando ser sabios, se hicieron necios,

23 y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de una imagen de hombre corruptible, y de aves, cuadrúpedos y reptiles.

24 Por eso, Dios también los entregó a la impureza en los deseos de sus corazones, para que sus cuerpos fueran deshonrados entre ellos;

25 que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador, que es bendito por los siglos. Amén.

26 Por esta razón, Dios los entregó a pasiones viles. Porque sus mujeres cambiaron la función natural por lo que es contrario a la naturaleza.

27 Así también los hombres, dejando la función natural de la mujer, ardieron en su lujuria mutua, haciendo los hombres lo que es inapropiado con los hombres, y recibiendo en sí mismos el debido castigo de su error.

28 Así como se negaron a tener a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer las cosas que no convienen;

29 llenos de toda injusticia, inmoralidad sexual, maldad, codicia, malicia llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malas costumbres, de calumniadores secretos,

30 aborrecedores de Dios, de insolencia, de arrogancia, de jactancia, de invención de cosas malas, de desobediencia a los padres,

31 de falta de entendimiento, de ruptura de la alianza, de falta de afecto natural, de falta de perdón, de falta de misericordia;

32 que, conociendo la ordenanza de Dios, de que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo hacen lo mismo, sino que aprueban a los que las practican.

Capítulo 2

1 Por lo tanto, no tienes excusa, oh hombre, quienquiera que seas el que juzga. Porque en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo. Porque tú, que juzgas, practicas las mismas cosas.

2 Sabemos que el juicio de Dios es según la verdad contra los que practican tales cosas.

3 ¿Piensas esto, oh hombre que juzgas a los que practican tales cosas, y haces lo mismo, que escaparás del juicio de Dios?

4 ¿O acaso desprecias las riquezas de su bondad, su tolerancia y su paciencia, sin saber que la bondad de Dios te lleva al arrepentimiento?

5 Pero según tu dureza y tu corazón impenitente estás atesorando para ti la ira en el día de la ira, de la revelación y del justo juicio de Dios,

6 que «pagará a cada uno según sus obras».

7 a los que por la perseverancia en el bien obrar buscan la gloria, el honor y la incorruptibilidad, la vida eterna;

8 pero a los que son egoístas y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia, será la ira, la indignación,

9 la opresión y la angustia sobre toda alma de hombre que hace el mal, al judío primero, y también al griego.

10 Pero la gloria, el honor y la paz van a todo hombre que hace el bien, al judío primero y también al griego.

11 Porque para Dios no hay parcialidad.

12 Porque todos los que han pecado sin la ley, también perecerán sin la ley. Todos los que han pecado bajo la ley serán juzgados por la ley.

13 Porque no son los oidores de la ley los que son justos ante Dios, sino que los hacedores de la ley serán justificados

14 (porque cuando los gentiles que no tienen la ley hacen por naturaleza las cosas de la ley, éstos, no teniendo la ley, son una ley para sí mismos,

15 en cuanto muestran la obra de la ley escrita en sus corazones, testificando con ellos su conciencia, y sus pensamientos entre sí acusándolos o bien excusándolos)

16 en el día en que Dios juzgará los secretos de los hombres, según mi Buena Nueva, por Jesucristo.

17 En efecto, tú llevas el nombre de judío, te apoyas en la ley, te glorías en Dios,

18 conoces su voluntad y apruebas las cosas excelentes, siendo instruido por la ley,

19 y estás seguro de que tú mismo eres guía de ciegos, luz para los que están en tinieblas,

20 corrector de necios, maestro de niños, teniendo en la ley la forma del conocimiento y de la verdad.

21 Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que el hombre no debe robar, ¿no robas tú?

22 Tú que dices que el hombre no debe cometer adulterio, ¿cometes adulterio? Tú que aborreces los ídolos, ¿robas los templos?

23 Vosotros que os gloriáis en la ley, ¿deshonráis a Dios desobedeciendo la ley?

24 Porque «el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles a causa de vosotros», tal como está escrito.

25 Porque la circuncisión, en efecto, es provechosa, si eres hacedor de la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión se ha convertido en incircuncisión.

26 Por lo tanto, si el incircunciso guarda las ordenanzas de la ley, ¿no se considerará su incircuncisión como circuncisión?

27 ¿No te juzgarán los que son físicamente incircuncisos, pero cumplen la ley, que con la letra y la circuncisión son transgresores de la ley?

28 Porque no es judío el que lo es exteriormente, ni la circuncisión que es exterior en la carne;

29 sino que es judío el que lo es interiormente, y la circuncisión es la del corazón, en el espíritu, no en la letra; cuya alabanza no proviene de los hombres, sino de Dios.

Capítulo 3

1 Entonces, ¿qué ventaja tiene el judío? ¿O cuál es el beneficio de la circuncisión?

2 ¡Mucho en todos los sentidos! Porque, en primer lugar, se les confiaron las revelaciones de Dios.

3 Pues, ¿qué pasa si algunos carecen de fe? ¿Acaso su falta de fe anularía la fidelidad de Dios?

4 ¡Que no sea así! Sí, que Dios sea encontrado verdadero, pero todo hombre sea mentiroso. Como está escrito,
«para que se justifiquen sus palabras,
y pueda prevalecer cuando entre en juicio».

5 Pero si nuestra injusticia alaba la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Es injusto el Dios que inflige la ira? Hablo como los hombres.

6 ¡Que nunca lo sea! Porque entonces, ¿cómo juzgará Dios al mundo?

7 Pues si la verdad de Dios por mi mentira abundó para su gloria, ¿por qué también yo sigo siendo juzgado como pecador?

8 ¿Por qué no (como se nos denuncia calumniosamente, y como algunos afirman que decimos), «Hagamos el mal, para que venga el bien?» Los que así dicen son justamente condenados.

9 ¿Qué pasa entonces? ¿Somos mejores que ellos? No, de ninguna manera. Porque ya hemos advertido tanto a los judíos como a los griegos que todos están bajo el pecado.

10 Como está escrito,
«No hay nadie justo;
No, no uno.

11 No hay nadie que lo entienda.
No hay nadie que busque a Dios.

12 Todos se han alejado.
Juntos se han vuelto inútiles.
No hay nadie que haga el bien,
no, ni siquiera uno».

13 «Su garganta es una tumba abierta.
Con sus lenguas han usado el engaño».
«El veneno de las víboras está bajo sus labios».

14 «Su boca está llena de maldiciones y amargura».

15 «Sus pies son rápidos para derramar sangre.

16 La destrucción y la miseria están en sus caminos.

17 El camino de la paz, no lo han conocido».

18 «No hay temor de Dios ante sus ojos».

19 Ahora bien, sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios.

20 Porque por las obras de la ley, ninguna carne será justificada ante él; porque por la ley viene el conocimiento del pecado.

21 Pero ahora, aparte de la ley, se ha revelado una justicia de Dios, testificada por la ley y los profetas;

22 la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen. Porque no hay distinción,

23 pues todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios;

24 siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús,

25 a quien Dios envió como sacrificio expiatorio por medio de la fe en su sangre, para demostración de su justicia mediante la anulación de los pecados anteriores, en la tolerancia de Dios;

26 para demostrar su justicia en este tiempo, a fin de que él mismo sea justo y justificador del que tiene fe en Jesús.

27 ¿Dónde está entonces la jactancia? Está excluida. ¿Por qué tipo de ley? ¿De obras? No, sino por una ley de fe.

28 Sostenemos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley.

29 ¿O acaso Dios es sólo el Dios de los judíos? ¿No es también el Dios de los gentiles? Sí, también de los gentiles,

30 pues ciertamente hay un solo Dios que justifica por la fe a los circuncisos y por la fe a los incircuncisos.

31 ¿Anulamos entonces la ley por la fe? ¡Que nunca sea así! No, nosotros establecemos la ley.

Capítulo 4

1 ¿Qué diremos, pues, que ha encontrado Abraham, nuestro antepasado, según la carne?

2 Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué jactarse, pero no ante Dios.

3 Porque ¿qué dice la Escritura? «Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia».

4 Ahora bien, al que trabaja, la recompensa no se le cuenta como gracia, sino como algo debido.

5 Pero al que no trabaja, sino que cree en el que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.

6 Así como David también pronuncia la bendición sobre el hombre a quien Dios le cuenta la justicia aparte de las obras:

7 «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas,
cuyos pecados están cubiertos.

8 Dichoso el hombre al que el Señor no acusa de pecado».

9 Entonces, ¿se pronuncia esta bendición sólo sobre los circuncisos, o también sobre los incircuncisos? Porque decimos que la fe le fue contada a Abraham por justicia.

10 ¿Cómo, pues, le fue contada? ¿En la circuncisión o en la incircuncisión? No en
la circuncisión, sino en la incircuncisión.

11 Recibió la señal de la circuncisión, sello de la justicia de la fe que tenía mientras
estaba en la incircuncisión, para ser padre de todos los que creen, aunque estén en
la incircuncisión, a fin de que también les sea contada la justicia.

12 Él es el padre de la circuncisión para aquellos que no sólo son de la circunci-
sión, sino que también caminan en los pasos de esa fe de nuestro padre Abraham,
que tuvo en la incircuncisión.

13 Porque la promesa hecha a Abraham y a su descendencia de que sería heredero
del mundo no fue por la ley, sino por la justicia de la fe.

14 Porque si los que son de la ley son herederos, la fe queda anulada, y la promesa
queda sin efecto.

15 Porque la ley produce ira; pues donde no hay ley, tampoco hay desobediencia.

16 Por eso es de fe, para que sea según la gracia, a fin de que la promesa sea segura
para toda la descendencia, no sólo para la que es de la ley, sino también para la
que es de la fe de Abraham, que es el padre de todos nosotros.

17 Como está escrito: «Te he hecho padre de muchas naciones». Esto es en pre-
sencia de aquel a quien creyó: Dios, que da vida a los muertos, y llama a las cosas
que no son, como si fueran.

18 En contra de la esperanza, Abraham creyó con esperanza, a fin de llegar a ser
padre de muchas naciones, según lo que se había dicho: «Así será tu
descendencia.»

19 Sin debilitarse en la fe, no tuvo en cuenta su propio cuerpo, ya desgastado,
(siendo él de unos cien años de edad), y la esterilidad del vientre de Sara.

20 Sin embargo, mirando la promesa de Dios, no vaciló por la incredulidad, sino
que se fortaleció por la fe, dando gloria a Dios,

21 y estando plenamente seguro de que lo que había prometido, también podía cumplirlo.

22 Por eso también se le «acreditó por justicia».

23 Ahora bien, no está escrito que se le haya atribuido sólo a él,

24 sino también a nosotros, a quienes se nos atribuirá, que creemos en el que resucitó a Jesús, nuestro Señor, de entre los muertos,

25 que fue entregado por nuestros delitos y resucitó para nuestra justificación.

Capítulo 5

1 Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo;

2 por quien también tenemos acceso por la fe a esta gracia en la que estamos. Nos alegramos en la esperanza de la gloria de Dios.

3 No sólo esto, sino que también nos alegramos de nuestros sufrimientos, sabiendo que el sufrimiento produce perseverancia;

4 y la perseverancia, carácter probado; y el carácter probado, esperanza;

5 y la esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado.

6 Porque cuando aún éramos débiles, a su tiempo Cristo murió por los impíos.

7 Porque difícilmente se morirá por un justo. Sin embargo, tal vez por una persona buena alguien se atreva a morir.

8 Pero Dios nos encomienda su propio amor, pues siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.

9 Mucho más, pues, estando ahora justificados por su sangre, seremos salvados de la ira de Dios por medio de él.

10 Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvados por su vida.

11 No sólo eso, sino que también nos alegramos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos recibido la reconciliación.

12 Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y la muerte por el pecado, así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos pecaron.

13 Porque hasta la ley, el pecado estaba en el mundo; pero el pecado no es acusado cuando no hay ley.

14 Sin embargo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso sobre aquellos cuyos pecados no fueron como la desobediencia de Adán, que es una prefiguración del que había de venir.

15 Pero el don gratuito no es como la transgresión. Porque si por la transgresión de uno murieron los muchos, mucho más abundó la gracia de Dios y el don por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, para los muchos.

16 El don no es como por uno solo que pecó; porque el juicio vino por uno solo para condenación, pero el don gratuito siguió a muchas transgresiones para justificación.

17 Porque si por la transgresión de uno reinó la muerte por medio de uno, mucho más reinarán en vida por medio de uno, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.

18 Así, pues, como por una sola transgresión fueron condenados todos los hombres, así por una sola acción de justicia fueron justificados todos los hombres para la vida.

19 Porque así como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron hechos pecadores, así también por la obediencia de uno, muchos serán hechos justos.

20 La ley entró para que abundara la transgresión; pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia,

21 para que así como el pecado reinó en la muerte, así la gracia reine por la justicia para vida eterna por medio de Jesucristo nuestro Señor.

Capítulo 6

1 ¿Qué diremos entonces? ¿Seguiremos en el pecado, para que la gracia abunde?

2 ¡Que no sea nunca! Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo podríamos seguir viviendo en él?

3 ¿O no sabéis que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte?

4 Fuimos, pues, sepultados con él por el bautismo en la muerte, para que así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva.

5 Porque si nos hemos unido a él en la semejanza de su muerte, seremos también partícipes de su resurrección;

6 sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con él, para que el cuerpo del pecado fuera eliminado, a fin de que ya no fuéramos esclavos del pecado.

7 Porque el que ha muerto ha sido liberado del pecado.

8 Pero si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él,

9 sabiendo que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere. La muerte ya no se enseñorea más de él.

10 Porque la muerte que murió, murió para el pecado una vez; pero la vida que vive, la vive para Dios.

11 Así pues, consideraos también muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor.

12 Por tanto, no dejéis que el pecado reine en vuestro cuerpo mortal, para que lo obedezcáis en sus concupiscencias.

13 Asimismo, no presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de injusticia, sino presentaos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros como instrumentos de justicia para Dios.

14 Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.

15 ¿Qué, pues? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la ley sino bajo la gracia? ¡Que nunca sea así!

16 ¿No sabéis que cuando os presentáis como siervos y obedecéis a alguien, sois siervos de aquel a quien obedecéis, ya sea del pecado a la muerte o de la obediencia a la justicia?

17 Pero gracias a Dios que, mientras erais siervos del pecado, os hicisteis obedientes de corazón a esa forma de enseñanza a la que fuisteis entregados.

18 Liberados del pecado, os hicisteis siervos de la justicia.

19 Hablo en términos humanos a causa de la debilidad de vuestra carne; pues así como presentasteis vuestros miembros como siervos de la inmundicia y de la maldad sobre la maldad, así ahora presentad vuestros miembros como siervos de la justicia para la santificación.

20 Porque cuando erais siervos del pecado, estabais libres de la justicia.

21 ¿Qué fruto teníais entonces en las cosas de las que ahora os avergonzáis? Porque el fin de esas cosas es la muerte.

22 Pero ahora, liberados del pecado y convertidos en siervos de Dios, tenéis el fruto de la santificación y el resultado de la vida eterna.

23 Porque la paga del pecado es la muerte, pero el don gratuito de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor.

Capítulo 7

1 ¿O acaso no sabéis, hermanos (pues hablo con hombres que conocen la ley), que la ley se impone al hombre mientras vive?

2 Porque la mujer que tiene marido está unida por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, queda liberada de la ley del marido.

3 Así pues, si mientras vive el marido se une a otro hombre, se la llamará adúltera. Pero si el marido muere, ella queda libre de la ley, de modo que no es adúltera, aunque esté unida a otro hombre.

4 Por tanto, hermanos míos, también vosotros habéis sido muertos a la ley por el cuerpo de Cristo, para que os unáis a otro, al que resucitó de entre los muertos, a fin de que produzcamos fruto para Dios.

5 Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros para producir frutos para la muerte.

6 Pero ahora hemos sido liberados de la ley, habiendo muerto a aquello en lo que estábamos sujetos; de modo que servimos en la novedad del espíritu, y no en la antigüedad de la letra.

7 ¿Qué diremos entonces? ¿Es la ley pecado? ¡Que nunca lo sea! Sin embargo, yo no habría conocido el pecado si no fuera por la ley. Pues no habría conocido la codicia si la ley no hubiera dicho: «No codiciarás».

8 Pero el pecado, encontrando ocasión a través del mandamiento, produjo en mí toda clase de codicia. Porque sin la ley, el pecado está muerto.

9 En otro tiempo vivía fuera de la ley, pero cuando llegó el mandamiento, el pecado revivió y yo morí.

10 El mandamiento que era para la vida, lo encontré para la muerte;

11 porque el pecado, encontrando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató.

12 Por tanto, la ley es verdaderamente santa, y el mandamiento santo, justo y bueno.

13 ¿Acaso lo que es bueno se convirtió en muerte para mí? ¡Que nunca lo sea! Pero el pecado, para que se demuestre que es pecado, estaba produciendo la muerte en mí por medio de lo que es bueno; para que por medio del mandamiento el pecado se vuelva excesivamente pecaminoso.

14 Porque sabemos que la ley es espiritual, pero yo soy carnal, vendido al pecado.

15 Porque no entiendo lo que hago. Pues no practico lo que deseo hacer; pero lo que aborrezco, eso hago.

16 Pero si lo que no deseo, eso hago, consiento a la ley que sea bueno.

17 Así que ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que mora en mí.

18 Porque sé que en mí, es decir, en mi carne, no mora nada bueno. Porque el deseo está presente en mí, pero no lo encuentro haciendo lo que es bueno.

19 Porque el bien que deseo, no lo hago; pero el mal que no deseo, ese sí lo practico.

20 Pero si lo que no deseo, eso hago, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que mora en mí.

21 Encuentro, pues, la ley de que, mientras deseo hacer el bien, el mal está presente.

22 Porque me deleito en la ley de Dios según la persona interior,

23 pero veo una ley diferente en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente, y me lleva cautivo bajo la ley del pecado que está en mis miembros.

24 ¡Qué miserable soy! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?

25 ¡Doy gracias a Dios por Jesucristo, nuestro Señor! Así que con la mente, yo mismo sirvo a la ley de Dios, pero con la carne, a la ley del pecado.

Capítulo 8

1 Ahora, pues, no hay condenación para los que están en Cristo Jesús, que no andan según la carne, sino según el Espíritu.

2 Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me hizo libre de la ley del pecado y de la muerte.

3 Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil por la carne, Dios lo hizo, enviando a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y por el pecado, condenó al pecado en la carne,

4 para que la ordenanza de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos según la carne, sino según el Espíritu.

5 Porque los que viven según la carne ponen su mente en las cosas de la carne, pero los que viven según el Espíritu, en las cosas del Espíritu.

6 Porque la mente de la carne es muerte, pero la mente del Espíritu es vida y paz;

7 porque la mente de la carne es hostil a Dios, pues no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede hacerlo.

8 Los que están en la carne no pueden agradar a Dios.

9 Pero no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es suyo.

10 Si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el espíritu está vivo a causa de la justicia.

11 Pero si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos también dará vida a vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros.

12 Así que, hermanos, somos deudores, no de la carne, para vivir según la carne.

13 Porque si vivís según la carne, debéis morir; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis.

14 Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

15 Porque no habéis recibido el espíritu de esclavitud para el temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: «¡Abba! Padre!»

16 El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios;

17 y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que sufrimos con él, para que también seamos glorificados con él.

18 Porque considero que los sufrimientos de este tiempo no son dignos de compararse con la gloria que se nos revelará.

19 Porque la creación espera con ansia que se manifiesten los hijos de Dios.

20 Porque la creación fue sometida a la vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sometió, en la esperanza

21 de que también la creación misma será liberada de la esclavitud de la decadencia a la libertad de la gloria de los hijos de Dios.

22 Porque sabemos que toda la creación gime y sufre dolores hasta ahora.

23 No sólo eso, sino que nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, también gemimos en nuestro interior, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.

24 Porque fuimos salvados en la esperanza, pero la esperanza que se ve no es esperanza. Porque ¿quién espera lo que ve?

25 Pero si esperamos lo que no vemos, lo esperamos con paciencia.

26 Del mismo modo, el Espíritu también ayuda a nuestras debilidades, pues no sabemos orar como es debido. Pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.

27 El que escudriña los corazones sabe lo que piensa el Espíritu, porque intercede por los santos según Dios.

28 Sabemos que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios, de los que son llamados según su propósito.

29 Porque a los que conoció de antemano, también los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que fuera el primogénito entre muchos hermanos.

30 A los que predestinó, también los llamó. A los que llamó, también los justificó. A los que justificó, también los glorificó.

31 ¿Qué diremos, pues, de estas cosas? Si Dios está a favor de nosotros, ¿quién puede estar en contra?

32 El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no va a darnos también con él todas las cosas?

33 ¿Quién podría acusar a los elegidos de Dios? Es Dios quien justifica.

34 ¿Quién es el que condena? Es Cristo que murió, más aún, que resucitó de entre los muertos, que está a la derecha de Dios, que también intercede por nosotros.

35 ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Podrá la opresión, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada?

36 Como está escrito,
«Por tu causa nos matan todo el día.
Fuimos contados como ovejas para el matadero».

37 No, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.

38 Porque estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potencias,

39 ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra cosa creada podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, nuestro Señor.

Capítulo 9

1 Digo la verdad en Cristo. No miento, pues mi conciencia testifica conmigo en el Espíritu Santo

2 que tengo una gran pena y un dolor incesante en mi corazón.

3 Porque desearía ser yo mismo separado de Cristo por mis hermanos, mis parientes según la carne

4 que son israelitas; de los cuales es la adopción, la gloria, las alianzas, la entrega de la ley, el servicio y las promesas;

5 de los cuales son los padres, y de los cuales es Cristo en cuanto a la carne, que es sobre todo, Dios, bendito por siempre. Amén.

6 Pero no es que la palabra de Dios haya quedado en nada. Porque no todos los que son de Israel son de Israel.

7 Tampoco, por ser descendientes de Abraham, son todos hijos. Pero, «su descendencia será contada como de Isaac».

8 Es decir, no son los hijos de la carne los que son hijos de Dios, sino que son contados como herederos los hijos de la promesa.

9 Porque esta es una palabra de promesa: «Al tiempo señalado vendré, y Sara tendrá un hijo.»

10 No sólo eso, sino que Rebeca también concibió por uno, por nuestro padre Isaac.

11 Porque no habiendo nacido aún, ni habiendo hecho nada bueno o malo, para que el propósito de Dios según la elección se mantenga, no por las obras, sino por el que llama,

12 se le dijo: «El mayor servirá al menor.»

13 Como está escrito: «A Jacob lo amé, pero a Esaú lo aborrecí».

14 ¿Qué diremos entonces? ¿Hay injusticia con Dios? ¡Que nunca la haya!

15 Porque dijo a Moisés: «Tendré misericordia del que tenga misericordia, y me compadeceré del que me compadezca».

16 Así que no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.

17 Porque la Escritura dice al Faraón: «Para esto mismo te hice levantar, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea proclamado en toda la tierra.»

18 Así, pues, tiene misericordia de quien quiere, y endurece a quien quiere.

19 Me diréis entonces: «¿Por qué sigue encontrando fallos? Porque ¿quién resiste su voluntad?»

20 Pero en verdad, oh hombre, ¿quién eres tú para replicar contra Dios? ¿Acaso la cosa formada le preguntará a quien la formó: «Por qué me hiciste así»?

21 ¿O acaso el alfarero no tiene derecho sobre el barro, para hacer de la misma masa una parte para la honra y otra para la deshonra?

22 ¿Y si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia vasos de ira preparados para la destrucción,

23 y para dar a conocer las riquezas de su gloria en vasos de misericordia, que preparó de antemano para la gloria,

24 nosotros, a quienes también llamó, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles?

25 Como dice también en Oseas,
"Los llamaré 'mi pueblo', que no era mi pueblo;
y su «amado», que no era amado".

26 "Será que en el lugar donde se les dijo: 'Vosotros no sois mi pueblo'
allí serán llamados 'hijos del Dios vivo'".

27 Isaías clama por Israel,
«Si el número de los hijos de Israel es como la arena del mar,
es el remanente el que se salvará;

28 porque él terminará la obra y la cortará en justicia,
porque el Señor hará una obra corta sobre la tierra».

29 Como ya dijo Isaías,
«A menos que el Señor de los Ejércitos nos haya dejado una semilla,
nos habríamos vuelto como Sodoma,
y se hubiera hecho como Gomorra».

30 ¿Qué diremos entonces? Que los gentiles, que no seguían la justicia, alcanzaron la justicia, la justicia que es de la fe;

31 pero Israel, siguiendo una ley de justicia, no llegó a la ley de justicia.

32 ¿Por qué? Porque no la buscaron por la fe, sino como por las obras de la ley. Tropezaron con la piedra de tropiezo,

33 como está escrito,
«He aquí que pongo en Sión una piedra de tropiezo y una roca de ofensa;
y nadie que crea en él quedará decepcionado».

Capítulo 10

1 Hermanos, el deseo de mi corazón y mi oración a Dios es por Israel, para que se salve.

2 Porque doy testimonio de ellos de que tienen celo por Dios, pero no según el conocimiento.

3 Porque ignorando la justicia de Dios, y tratando de establecer su propia justicia, no se sometieron a la justicia de Dios.

4 Porque Cristo es el cumplimiento de la ley para la justicia de todo el que cree.

5 Porque Moisés escribe sobre la justicia de la ley: «El que las cumpla vivirá por ellas».

6 Pero la justicia que es de la fe dice esto: "No digas en tu corazón: "¿Quién subirá al cielo? (es decir, hacer bajar a Cristo);

7 o, '¿Quién bajará al abismo? (es decir, hacer subir a Cristo de entre los muertos)".

8 Pero, ¿qué dice? «La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón», es decir, la palabra de fe que predicamos:

9 que si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás.

10 Porque con el corazón se cree para obtener la justicia, y con la boca se confiesa para obtener la salvación.

11 Porque la Escritura dice: «El que cree en él no quedará defraudado».

12 Porque no hay distinción entre judío y griego, pues el mismo Señor es Señor de todos, y es rico para todos los que le invocan.

13 Porque «Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará».

14 ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en él si no han oído? ¿Cómo oirán sin un predicador?

15 ¿Y cómo van a predicar si no son enviados? Como está escrito:
«Qué hermosos son los pies de los que anuncian la Buena Nueva de la paz,
que traen buenas noticias».

16 Pero no todos escucharon las buenas noticias. Porque Isaías dice: «Señor, ¿quién ha creído en nuestro informe?»

17 Así que la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios.

18 Pero yo digo, ¿no escucharon? Sí, ciertamente,
«Su sonido se extendió por toda la tierra,
sus palabras hasta los confines del mundo».

19 Pero yo pregunto, ¿no lo sabía Israel? Primero dice Moisés,
«Te provocaré a los celos con lo que no es una nación.
Te haré enfadar con una nación vacía de entendimiento».

20 Isaías es muy audaz y dice,
«Me encontraron los que no me buscaron.
Me revelé a los que no preguntaron por mí».

21 Pero sobre Israel dice: «Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente y contrario».

Capítulo 11

1 Pregunto entonces, ¿rechazó Dios a su pueblo? ¡Que nunca lo haga! Porque yo también soy israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín.

2 Dios no rechazó a su pueblo, al que conoció de antemano. ¿O no sabéis lo que dice la Escritura sobre Elías? Cómo invoca a Dios contra Israel:

3 «Señor, han matado a tus profetas. Han derribado tus altares. Me han dejado solo, y buscan mi vida».

4 ¿Pero cómo le responde Dios? «Me he reservado siete mil hombres que no han doblado la rodilla ante Baal».

5 Así también en este tiempo hay un remanente según la elección de la gracia.

6 Y si es por gracia, ya no es por obras; de lo contrario, la gracia ya no es gracia. Pero si es por obras, ya no es gracia; de lo contrario, la obra ya no es obra.

7 ¿Qué es entonces? Lo que Israel busca, eso no lo obtuvo, pero los elegidos lo obtuvieron, y los demás se endurecieron.

8 Como está escrito: «Dios les dio un espíritu de estupor, ojos para no ver y oídos para no oír, hasta el día de hoy.»

9 David dice,
«Que su mesa se convierta en un lazo, en una trampa,
un tropiezo, y una retribución para ellos.

10 Que se les oscurezcan los ojos para que no vean.
Que su espalda se doble para siempre».

11 Pregunto entonces, ¿acaso tropezaron para caer? ¡Que nunca sea así! Pero por su caída ha llegado la salvación a los gentiles, para provocarles celos.

12 Ahora bien, si su caída es la riqueza del mundo, y su pérdida la riqueza de los gentiles, ¡cuánto más su plenitud!

13 Porque a vosotros, que sois gentiles, os hablo. Pues como soy apóstol de los gentiles, glorifico mi ministerio,

14 por si de algún modo provoco celos a los que son de mi carne, y puedo salvar a algunos de ellos.

15 Porque si el rechazo de ellos es la reconciliación del mundo, ¿qué sería su aceptación, sino la vida de entre los muertos?

16 Si las primicias son santas, también lo es la masa. Si la raíz es santa, también lo son las ramas.

17 Pero si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo un olivo silvestre, fuiste injertado entre ellas y te hiciste partícipe con ellas de la raíz y de la riqueza del olivo,

18 no te jactes de las ramas. Pero si te jactas, recuerda que no eres tú quien sostiene la raíz, sino que la raíz te sostiene a ti.

19 Entonces dirás: «Las ramas fueron cortadas para que yo fuera injertado».

20 Es cierto; por su incredulidad fueron desgajados, y tú te mantienes por tu fe. No te envanezcas, sino teme;

21 porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco te perdonará a ti.

22 Ved, pues, la bondad y la severidad de Dios. Con los que cayeron, la severidad; pero con vosotros, la bondad, si continuáis en su bondad; de lo contrario, también vosotros seréis cortados.

23 También ellos, si no continúan en su incredulidad, serán injertados, pues Dios puede volver a injertarlos.

24 Porque si tú fuiste cortado de lo que es por naturaleza un olivo silvestre, y fuiste injertado contra natura en un buen olivo, ¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?

25 Porque no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, para que no seáis sabios en vuestra propia opinión, de que a Israel le ha sucedido un endurecimiento parcial, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles,

26 y así se salve todo Israel. Como está escrito,
«Saldrá de Sión el Libertador,
y apartará la impiedad de Jacob.

27 Este es mi pacto con ellos,
cuando les quite sus pecados».

28 En cuanto a la Buena Nueva, son enemigos por causa de vosotros. Pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres.

29 Porque los dones y la llamada de Dios son irrevocables.

30 Porque así como vosotros en el pasado fuisteis desobedientes a Dios, pero ahora habéis obtenido misericordia por su desobediencia,

31 así también éstos han sido ahora desobedientes, para que por la misericordia que se os ha mostrado, obtengan también misericordia.

32 Porque Dios ha obligado a todos a la desobediencia, para tener misericordia de todos.

33 ¡Oh, la profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios!
¡Cuán inescrutable son sus juicios, y sus caminos que no pueden ser trazados!

34 «Porque ¿quién ha conocido la mente del Señor?
¿O quién ha sido su consejero?»

35 «O quien le ha dado primero,
y le será devuelto de nuevo?»

36 Porque de él, por él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo 12

1 Por lo tanto, os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro servicio espiritual.

2 No os conforméis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente, para que podáis comprobar cuál es la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios.

3 Pues digo, por la gracia que me ha sido dada, a todos los que están entre vosotros, que no tengan más alto concepto de sí mismos que el que deben tener, sino que piensen razonablemente, según la medida de fe que Dios ha repartido a cada uno.

4 Porque así como tenemos muchos miembros en un solo cuerpo, y no todos los miembros tienen la misma función,

5 así nosotros, que somos muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, y cada uno es miembro del otro,

6 teniendo dones diferentes según la gracia que nos fue dada: si de profecía, profeticemos según la proporción de nuestra fe;

7 o de servicio, entreguémonos al servicio; o el que enseña, a su enseñanza;

8 o el que exhorta, a su exhortación; el que da, que lo haga con generosidad; el que gobierna, con diligencia; el que hace misericordia, con alegría.

9 Que el amor sea sin hipocresía. Aborreced lo que es malo. Aferraos a lo que es bueno.

10 En el amor a los hermanos, sed tiernos los unos con los otros; en la honra, preferíos los unos a los otros,

11 no dejéis de ser diligentes, fervientes en el espíritu, sirviendo al Señor,

12 alegrándoos en la esperanza, soportando en las tribulaciones, perseverando en la oración,

13 contribuyendo a las necesidades de los santos, y dados a la hospitalidad.

14 Bendecid a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis.

15 Alegraos con los que se alegran. Llorad con los que lloran.

16 Tened los mismos sentimientos los unos hacia los otros. No seáis altivos en vuestro pensar, sino asociaos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión.

17 No paguéis a nadie mal por mal. Respetad lo que es honorable a los ojos de todos los hombres.

18 Si es posible, en la medida en que dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres.

19 No busquéis la venganza vosotros mismos, amados, sino dad lugar a la ira de Dios. Porque está escrito: «La venganza me pertenece; yo pagaré, dice el Señor».

20 Por eso
«Si tu enemigo tiene hambre, aliméntalo.
Si tiene sed, dale de beber;
porque al hacerlo, amontonarás carbones de fuego sobre su cabeza».

21 No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien.

Capítulo 13

1 Que toda persona se someta a las autoridades superiores, porque no hay autoridad sino de Dios, y las que hay son ordenadas por Dios.

2 Por lo tanto, el que resiste a la autoridad resiste la ordenanza de Dios; y los que resisten recibirán para sí el juicio.

3 Porque los gobernantes no son un terror para la buena obra, sino para la mala. ¿Deseas no tener miedo a la autoridad? Haced lo que es bueno, y tendréis la alabanza de la autoridad,

4 porque es un servidor de Dios para vosotros para el bien. Pero si hacéis lo que es malo, temed, porque no lleva la espada en vano, pues es un servidor de Dios, vengador para la ira del que hace el mal.

5 Por tanto, es necesario que estéis sometidos, no sólo por la ira, sino también por la conciencia.

6 Por eso también pagáis los impuestos, pues son servidores del servicio de Dios, haciendo continuamente esto mismo.

7 Por tanto, dad a cada uno lo que debéis: si debéis impuestos, pagad impuestos; si tributo, tributo; si respeto, respeto; si honor, honor.

8 No debáis a nadie nada, sino amaos unos a otros; porque el que ama a su prójimo ha cumplido la ley.

9 Porque los mandamientos: «No cometerás adulterio», «No asesinarás», "No robarás", «No codiciarás» y cualquier otro que haya, se resumen en esta frase: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

10 El amor no hace daño al prójimo. Por tanto, el amor es el cumplimiento de la ley.

11 Haced esto, conociendo el tiempo, que ya es hora de que os despertéis del sueño, porque la salvación está ahora más cerca de nosotros que cuando creímos por primera vez.

12 La noche está lejos, y el día está cerca. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y pongámonos la armadura de la luz.

13 Caminemos correctamente, como de día; no en juergas y borracheras, no en promiscuidades sexuales y actos lujuriosos, y no en contiendas y envidias.

14 Sino revestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para la carne, para sus concupiscencias.

Capítulo 14

1 Ahora bien, aceptad al que es débil en la fe, pero no por disputas de opiniones.

2 Un hombre tiene fe para comer de todo, pero el que es débil sólo come verduras.

3 Que el que come no desprecie al que no come. Que el que no come no juzgue al que come, porque Dios lo ha aceptado.

4 ¿Quiénes sois vosotros para juzgar al siervo de otro? A su propio señor le hace frente o le hace caer. Sí, se pondrá en pie, pues Dios tiene poder para hacerlo.

5 Un hombre considera que un día es más importante. Otro considera que todos los días son iguales. Que cada uno esté bien seguro en su propia mente.

6 El que observa el día, lo observa para el Señor; y el que no lo observa, para el Señor no lo observa. El que come, come para el Señor, porque da gracias a Dios. El que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios.

7 Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo, y ninguno muere para sí mismo.

8 Pues si vivimos, vivimos para el Señor. O si morimos, morimos para el Señor. Por lo tanto, si vivimos o morimos, somos del Señor.

9 Porque para ello Cristo murió, resucitó y volvió a vivir, para ser Señor tanto de los muertos como de los vivos.

10 Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú, ¿por qué desprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo.

11 Porque está escrito,
"'Vivo yo', dice el Señor, 'ante mí se doblará toda rodilla'.
Toda lengua confesará a Dios".

12 Así pues, cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios.

13 Por lo tanto, no nos juzguemos más los unos a los otros, sino juzgad más bien esto: que ninguno ponga tropiezo a su hermano, ni sea ocasión de caer.

14 Yo sé y estoy persuadido en el Señor Jesús de que nada es inmundo por sí mismo, sino que para el que considera que algo es inmundo, para él es inmundo.

15 Pero si por causa de la comida tu hermano se entristece, ya no andas con amor. No destruyas con tu comida a aquel por quien murió Cristo.

16 Entonces no permitáis que se calumnie vuestro bien,

17 porque el Reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo.

18 Porque el que sirve a Cristo en estas cosas es agradable a Dios y aprobado por los hombres.

19 Sigamos, pues, las cosas que contribuyen a la paz y a la edificación mutua.

20 No echéis por tierra la obra de Dios por causa de la comida. Todas las cosas, en efecto, son limpias; sin embargo, es malo el hombre que crea un tropiezo al comer.

21 Es bueno no comer carne, ni beber vino, ni hacer nada por lo que tu hermano tropiece, se ofenda o se debilite.

22 ¿Tienes fe? Tenla para ti mismo ante Dios. Dichoso el que no se juzga a sí mismo en lo que aprueba.

23 Pero el que duda se condena si come, porque no es de fe; y todo lo que no es de fe es pecado.

24 Ahora bien, a aquel que es capaz de afianzaros según mi Buena Nueva y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido en secreto durante largos siglos,

25 pero que ahora se revela, y por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se da a conocer para la obediencia de la fe a todas las naciones;

26 al único Dios sabio, por medio de Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos. Amén.

Capítulo 15

1 Ahora bien, los que somos fuertes debemos soportar las debilidades de los débiles, y no complacernos a nosotros mismos.

2 Cada uno de nosotros debe complacer a su prójimo en lo que es bueno, para ir edificándolo.

3 Porque ni siquiera Cristo se complació a sí mismo. Sino que, como está escrito, «los reproches de los que os reprochaban cayeron sobre mí».

4 Porque todo lo que se ha escrito antes, se ha escrito para que aprendamos, a fin de que, mediante la perseverancia y el estímulo de las Escrituras, tengamos esperanza.

5 Ahora bien, el Dios de la perseverancia y del estímulo os conceda que tengáis un mismo sentir los unos con los otros según Cristo Jesús,

6 para que unánimes glorifiquéis con una sola boca al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

7 Por tanto, aceptaos los unos a los otros, como también Cristo os aceptó a vosotros, para gloria de Dios.

8 Ahora bien, digo que Cristo se ha hecho siervo de la circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas dadas a los padres,

9 y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia. Como está escrito,
«Por eso te alabaré entre los gentiles
y cantaré a tu nombre».

10 De nuevo dice,
«Alegraos, gentiles, con su pueblo».

11 de nuevo,
«¡Alabad al Señor, todos los gentiles!
Que todos los pueblos lo alaben».

12 De nuevo, Isaías dice,
«Brotará la raíz de Jesé,
el que se levanta para gobernar a los gentiles;
en él esperarán los gentiles».

13 Que el Dios de la esperanza os llene de toda alegría y paz en la fe, para que abundéis en la esperanza con la fuerza del Espíritu Santo.

14 Yo mismo estoy persuadido de vosotros, hermanos míos, de que vosotros mismos estáis llenos de bondad, llenos de todo conocimiento, capaces también de amonestar a los demás.

15 Pero os escribo con mayor audacia, en parte como recordatorio, por la gracia que me ha sido concedida por Dios,

16 para ser siervo de Cristo Jesús para los gentiles, sirviendo como sacerdote de la Buena Nueva de Dios, para que la ofrenda de los gentiles sea aceptable, santificada por el Espíritu Santo.

17 Tengo, pues, mi jactancia en Cristo Jesús en las cosas que pertenecen a Dios.

18 Porque no me atreveré a hablar de ninguna cosa, sino de las que Cristo ha obrado por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con palabras y con hechos,

19 con el poder de las señales y de los prodigios, con el poder del Espíritu de Dios; de modo que desde Jerusalén y alrededor hasta Ilírico, he predicado plenamente la Buena Nueva de Cristo;

20 sí, poniendo como objetivo predicar la Buena Nueva, no donde ya se nombraba a Cristo, para no edificar sobre fundamento ajeno.

21 Pero, como está escrito,
«Verán, a quienes no les llegó ninguna noticia de él.
Los que no han oído lo entenderán».

22 Por eso también me han impedido estas muchas veces ir a vosotros,

23 pero ahora, no teniendo ya lugar en estas regiones, y teniendo estos muchos años el anhelo de ir a vosotros,

24 siempre que viaje a España, iré a vosotros. Porque espero veros en mi viaje y que me ayudéis en mi camino, si antes puedo disfrutar de vuestra compañía durante un tiempo.

25 Pero ahora, digo, me voy a Jerusalén, a servir a los santos.

26 Porque a Macedonia y Acaya les ha parecido bien hacer una contribución para los pobres de entre los santos que están en Jerusalén.

27 Sí, les ha parecido bien, y son sus deudores. Porque si los gentiles han sido hechos partícipes de sus cosas espirituales, también les deben servir en las cosas materiales.

28 Así pues, cuando haya cumplido esto y les haya sellado este fruto, pasaré a veros de camino hacia España.

29 Sé que cuando vaya a vosotros, iré en la plenitud de la bendición de la Buena Nueva de Cristo.

30 Ahora os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que os esforcéis junto conmigo en vuestras oraciones a Dios por mí,

31 para que sea librado de los desobedientes de Judea, y para que mi servicio que tengo para Jerusalén sea aceptable a los santos,

32 para que pueda llegar a vosotros con alegría por la voluntad de Dios, y junto con vosotros, encontrar el descanso.

33 El Dios de la paz esté con todos vosotros. Amén.

Capítulo 16

1 Os encomiendo a nuestra hermana Febe, que es sierva de la asamblea que está en Cencreas,

2 para que la recibáis en el Señor de manera digna de los santos, y la ayudéis en todo lo que necesite de vosotros, pues ella misma también ha sido ayudante de muchos, y de mí mismo.

3 Saludad a Prisca y a Aquila, mis colaboradores en Cristo Jesús,

4 que arriesgaron sus propios cuellos por mi vida, a quienes no sólo doy gracias, sino también todas las asambleas de los gentiles.

5 Saludad a la asamblea que está en su casa. Saludad a Epeneto, mi amado, que es la primicia de Acaya para Cristo.

6 Saludad a María, que ha trabajado mucho por nosotros.

7 Saludad a Andrónico y a Junia, mis parientes y compañeros de prisión, que son notables entre los apóstoles, que también estuvieron en Cristo antes que yo.

8 Saludad a Amplias, mi amado en el Señor.

9 Saludad a Urbano, nuestro colaborador en Cristo, y a Estaquis, mi amado.

10 Saludad a Apeles, el aprobado en Cristo. Saludad a los de la casa de Aristóbulo.

11 Saludad a Herodión, mi pariente. Saludad a los de la casa de Narciso, que están en el Señor.

12 Saludad a Trifena y a Trifosa, que trabajan en el Señor. Saludad a Persis, la amada, que trabaja mucho en el Señor.

13 Saludad a Rufo, el elegido en el Señor, y a su madre y a la mía.

14 Saludad a Asíncrito, a Flegonte, a Hermes, a Patrobas, a Hermas y a los hermanos que están con ellos.

15 Saludad a Filólogo y a Julia, a Nereo y a su hermana, a Olimpas y a todos los santos que están con ellos.

16 Saludaos unos a otros con un ósculo santo. Las asambleas de Cristo os saludan.

17 Os ruego, hermanos, que estéis atentos a los que causan divisiones y ocasiones de tropiezo, en contra de la doctrina que habéis aprendido, y que os apartéis de ellos.

18 Porque los tales no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a su propio vientre; y con su discurso suave y lisonjero engañan los corazones de los inocentes.

19 Porque vuestra obediencia ha llegado a ser conocida por todos. Me alegro, pues, por vosotros. Pero deseo que seáis sabios en lo que es bueno, pero inocentes en lo que es malo.

20 Y el Dios de la paz aplastará pronto a Satanás bajo vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vosotros.

21 Os saludan Timoteo, mi colaborador, así como Lucio, Jasón y Sosípater, mis parientes.

22 Yo, Tercio, que escribo la carta, os saludo en el Señor.

23 Os saluda Gayo, mi anfitrión y anfitrión de toda la asamblea. Os saluda Erasto, el tesorero de la ciudad, y el hermano Cuarto.

24 ¡La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con todos vosotros! Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

1 CORINTIOS

Capítulo 1

1 Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y nuestro hermano Sóstenes,

2 a la asamblea de Dios que está en Corinto: los santificados en Cristo Jesús, llamados santos, con todos los que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo en todo lugar, tanto de ellos como de nosotros:

3 Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

4 Siempre doy gracias a mi Dios respecto a vosotros por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús,

5 que en todo fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda sabiduría,

6 así como el testimonio de Cristo fue confirmado en vosotros,

7 para que no os quedéis atrás en ningún don, esperando la revelación de nuestro Señor Jesucristo,

8 que también os confirmará hasta el fin, irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo.

9 Fiel es Dios, por quien fuisteis llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

10 Ahora os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya divisiones entre vosotros, sino que os perfeccionéis juntos en una misma mente y en un mismo juicio.

11 Porque se me ha informado acerca de vosotros, hermanos míos, por parte de los que son de la casa de Cloe, que hay disputas entre vosotros.

12 Quiero decir que cada uno de vosotros dice: «Yo sigo a Pablo», «Yo sigo a Apolos», «Yo sigo a Cefas» y «Yo sigo a Cristo».

13 ¿Está dividido Cristo? ¿Fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?

14 Doy gracias a Dios porque no bauticé a ninguno de vosotros, excepto a Crispo y a Gayo,

15 para que nadie diga que os bauticé en mi propio nombre.

16 (También bauticé a la casa de Estéfanas; además de ellos, no sé si bauticé a algún otro).

17 Porque Cristo no me ha enviado a bautizar, sino a predicar la Buena Nueva, no con sabiduría de palabras, para que la cruz de Cristo no sea anulada.

18 Porque la palabra de la cruz es una tontería para los que mueren, pero para los que se salvan es poder de Dios.

19 Porque está escrito,
«Destruiré la sabiduría de los sabios.
Haré que el discernimiento de los perspicaces quede en nada».

20 ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el polemista de este siglo? ¿Acaso Dios no ha hecho insensata la sabiduría de este mundo?

21 Pues viendo que en la sabiduría de Dios, el mundo por su sabiduría no conoció a Dios, a Dios le agradó salvar a los creyentes por medio de la locura de la predicación.

22 Porque los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría,

23 pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y necedad para los griegos,

24 pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios;

25 porque la necedad de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres.

26 Porque ya veis vuestra vocación, hermanos, que no hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles;

27 sino que Dios eligió lo necio del mundo para avergonzar a los sabios. Dios eligió a los débiles del mundo para avergonzar a los fuertes.

28 Dios eligió lo humilde del mundo, lo despreciable y lo que no existe, para reducir a la nada lo que existe,

29 a fin de que nadie se jacte ante Dios.

30 Porque por él estáis en Cristo Jesús, que nos fue hecho sabiduría de Dios, y justicia y santificación, y redención,

31 para que, como está escrito: «El que se gloríe, que se gloríe en el Señor».

Capítulo 2

1 Cuando fui a vosotros, hermanos, no fui con excelencia de palabra o de sabiduría, anunciándoos el testimonio de Dios.

2 Porque me propuse no conocer nada entre vosotros, sino a Jesucristo y a éste crucificado.

3 Estuve con vosotros con debilidad, con temor y con mucho temblor.

4 Mi discurso y mi predicación no fueron con palabras persuasivas de sabiduría humana, sino con la demostración del Espíritu y del poder,

5 para que vuestra fe no permaneciera en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

6 Sin embargo, hablamos de la sabiduría de los que ya han crecido, pero una sabiduría que no es de este mundo ni de los gobernantes de este mundo que están llegando a la nada.

7 Pero hablamos la sabiduría de Dios en un misterio, la sabiduría que ha estado
oculta, que Dios preordenó antes de los mundos para nuestra gloria,

8 que ninguno de los gobernantes de este mundo ha conocido. Porque si la hubie-
ran conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria.

9 Pero como está escrito,
«Cosas que un ojo no vio, y un oído no oyó,
que no entró en el corazón del hombre,
que Dios ha preparado para los que le aman».

10 Pero a nosotros, Dios nos las reveló por medio del Espíritu. Porque el Espíritu
escudriña todas las cosas, sí, las cosas profundas de Dios.

11 Porque ¿quién de los hombres conoce las cosas del hombre sino el espíritu del
hombre que está en él? Así, nadie conoce las cosas de Dios sino el Espíritu de
Dios.

12 Pero nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que
viene de Dios, para conocer las cosas que nos han sido dadas gratuitamente por
Dios.

13 También hablamos estas cosas, no con las palabras que enseña la sabiduría de
los hombres, sino con las que enseña el Espíritu Santo, comparando las cosas es-
pirituales con las espirituales.

14 Ahora bien, el hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios, porque
para él son locura, y no puede conocerlas, porque se disciernen espiritualmente.

15 Pero el que es espiritual discierne todas las cosas, y no debe ser juzgado por
nadie.

16 «Porque ¿quién ha conocido la mente del Señor para instruirlo?» Pero noso-
tros tenemos la mente de Cristo.

Capítulo 3

1 Hermanos, no podía hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como
a bebés en Cristo.

2 Os he alimentado con leche, no con alimentos sólidos, porque aún no estabais
preparados. De hecho, no estáis preparados ni siquiera ahora,

3 porque todavía sois carnales. Porque en cuanto a los celos, las disputas y las facciones entre vosotros, ¿no sois carnales y no andáis por los caminos de los
hombres?

4 Porque cuando uno dice: «Yo sigo a Pablo», y otro: «Yo sigo a Apolos», ¿no
sois carnales?

5 ¿Quién es, pues, Apolos y quién Pablo, sino servidores por medio de los cuales
creísteis, y cada uno según le dio el Señor?

6 Yo planté. Apolos regó. Pero el crecimiento lo dio Dios.

7 Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento.

8 Ahora bien, el que planta y el que riega son lo mismo, pero cada uno recibirá su
propia recompensa según su trabajo.

9 Porque nosotros somos colaboradores de Dios. Vosotros sois labradores de
Dios, constructores de Dios.

10 Según la gracia de Dios que me fue concedida, como sabio maestro de obras
puse un fundamento, y otro construye sobre él. Pero que cada uno tenga cuidado
de cómo construye sobre él.

11 Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es
Jesucristo.

12 Pero si alguien construye sobre el fundamento con oro, plata, piedras preciosas,
madera, heno o paja,

13 la obra de cada uno será revelada. Porque el Día lo declarará, porque se revela
en el fuego; y el fuego mismo probará qué clase de obra es la de cada uno.

14 Si la obra de algún hombre permanece lo que construyó, recibirá una recompensa.

15 Si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida, pero él mismo se salvará, pero como a través del fuego.

16 ¿No sabéis que vosotros sois el templo de Dios y que el Espíritu de Dios vive en vosotros?

17 Si alguien destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el templo de Dios, que vosotros sois, es santo.

18 Que nadie se engañe a sí mismo. Si alguno se cree sabio entre vosotros en este mundo, que se haga tonto para llegar a ser sabio.

19 Porque la sabiduría de este mundo es una tontería para Dios. Porque está escrito: «Él ha tomado a los sabios en su astucia».

20 Y también: «El Señor conoce el razonamiento de los sabios, que es inútil».

21 Por tanto, que nadie se jacte en los hombres. Porque todas las cosas son vuestras,

22 ya sea Pablo, o Apolos, o Cefas, o el mundo, o la vida, o la muerte, o las cosas presentes, o las cosas por venir. Todo es vuestro,

23 y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios.

Capítulo 4

1 Así pues, que el hombre piense en nosotros como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios.

2 Aquí, además, se exige a los administradores que sean hallados fieles.

3 Pero para mí es una cosa muy pequeña que me juzguéis vosotros o un tribunal humano. Sí, ni siquiera me juzgo a mí mismo.

4 Porque nada sé contra mí mismo. Pero no me justifico por esto, sino que el que me juzga es el Señor.

5 Por tanto, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que sacará a la luz lo oculto de las tinieblas y revelará los designios de los corazones. Entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios.

6 Ahora bien, estas cosas, hermanos, las he transferido en figura a mí mismo y a Apolos por vosotros, para que en nosotros aprendáis a no pensar más allá de lo que está escrito, para que ninguno de vosotros se ensoberbezca contra el otro.

7 Porque ¿quién os hace diferentes? ¿Y qué tenéis que no hayáis recibido? Pero si lo habéis recibido, ¿por qué os jactáis como si no lo hubierais recibido?

8 Ya estáis llenos. Ya os habéis enriquecido. Habéis comenzado a reinar sin nosotros. Sí, ¡y yo quisiera que reinarais, para que también nosotros reináramos con vosotros!

9 Porque pienso que Dios nos ha exhibido a nosotros, los apóstoles, los últimos, como hombres condenados a muerte. Porque somos un espectáculo para el mundo, tanto para los ángeles como para los hombres.

10 Nosotros somos tontos por causa de Cristo, pero vosotros sois sabios en Cristo. Nosotros somos débiles, pero vosotros sois fuertes. Vosotros tenéis honor, pero nosotros tenemos deshonra.

11 Hasta esta hora tenemos hambre, sed, estamos desnudos, somos golpeados y no tenemos una morada segura.

12 Nos esforzamos, trabajando con nuestras propias manos. Cuando la gente nos maldice, nosotros bendecimos. Si nos persiguen, aguantamos.

13 Cuando nos difaman, suplicamos. Estamos hechos como la inmundicia del mundo, la suciedad limpiada por todos, incluso hasta ahora.

14 No escribo estas cosas para avergonzaros, sino para amonestaros como a mis hijos amados.

15 Porque aunque tengáis diez mil tutores en Cristo, no tenéis muchos padres. Porque en Cristo Jesús me convertí en vuestro padre por la Buena Nueva.

16 Os ruego, pues, que seáis imitadores míos.

17 Por eso os he enviado a Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en el Señor, el cual os recordará mis caminos que son en Cristo, así como yo enseño en todas las asambleas.

18 Ahora bien, algunos se envanecen, como si yo no fuera a vosotros.

19 Pero iré pronto a vosotros, si el Señor quiere. Y conoceré, no la palabra de los engreídos, sino el poder.

20 Porque el Reino de Dios no es de palabra, sino de poder.

21 ¿Qué queréis? ¿Voy a ir a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre?

Capítulo 5

1 En realidad, se dice que hay inmoralidad sexual entre vosotros, y una inmoralidad sexual como no se nombra entre los gentiles, que uno tiene la mujer de su padre.

2 Vosotros sois arrogantes y no os habéis lamentado, en cambio, de que el que ha hecho este acto sea eliminado de entre vosotros.

3 Porque ciertamente, como ausente en cuerpo pero presente en espíritu, ya he juzgado, como si estuviera presente, al que ha hecho esto.

4 En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, cuando os reunáis con mi espíritu con el poder de nuestro Señor Jesucristo,

5 debéis entregar al tal a Satanás para la destrucción de la carne, a fin de que el espíritu se salve en el día del Señor Jesús.

6 Vuestra jactancia no es buena. ¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa?

7 Limpiad la levadura vieja, para que seáis una masa nueva, así como sin levadura. Porque, en efecto, Cristo, nuestra Pascua, ha sido sacrificado en nuestro lugar.

8 Por tanto, celebremos la fiesta, no con la levadura vieja, ni con la levadura de la malicia y de la maldad, sino con el pan sin levadura de la sinceridad y de la verdad.

9 Os escribí en mi carta que no os juntarais con los pecadores sexuales;

10 pero no me refiero en absoluto a los pecadores sexuales de este mundo, ni a los avaros y extorsionadores, ni a los idólatras, porque entonces tendríais que dejar el mundo.

11 Pero tal como es, os escribí que no os juntéis con ninguno de los llamados hermanos que sean pecadores sexuales, o codiciosos, o idólatras, o calumniadores, o borrachos, o extorsionistas. Ni siquiera comáis con una persona así.

12 Porque, ¿qué tengo yo que ver con juzgar también a los que están fuera? ¿No juzgáis vosotros a los que están dentro?

13 Pero a los que están fuera, Dios los juzga. «Quitad al malvado de entre vosotros».

Capítulo 6

1 ¿Se atreve alguno de vosotros, teniendo un asunto contra su prójimo, a acudir a la justicia ante los injustos, y no ante los santos?

2 ¿No sabéis que los santos juzgarán al mundo? Y si el mundo es juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar los asuntos más pequeños?

3 ¿No sabéis que nosotros juzgaremos a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas que pertenecen a esta vida?

4 Si, pues, tenéis que juzgar las cosas que pertenecen a esta vida, ¿los ponéis a juzgar a los que no tienen importancia en la asamblea?

5 Digo esto para avergonzaros. ¿No hay entre vosotros ni siquiera un sabio que pueda decidir entre sus hermanos?

6 ¡Pero el hermano va a juicio con el hermano, y eso ante los incrédulos!

7 Por lo tanto, ya es un defecto en vosotros que tengáis pleitos unos con otros. ¿Por qué no ser más bien agraviados? ¿Por qué no ser más bien defraudados?

8 No, sino que vosotros mismos hacéis mal y defraudáis, y eso contra vuestros hermanos.

9 ¿O es que no sabéis que los injustos no heredarán el Reino de Dios? No os engañéis. Ni los inmorales, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni las prostitutas, ni los homosexuales,

10 ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los extorsionistas, heredarán el Reino de Dios.

11 Algunos de vosotros erais así, pero fuisteis lavados. Fuisteis santificados. Fuisteis justificados en el nombre del Señor Jesús y en el Espíritu de nuestro Dios.

12 «Todo me es lícito», pero no todo es conveniente. «Todas las cosas me son lícitas», pero no me someteré al poder de nada.

13 «Alimentos para el vientre, y el vientre para los alimentos», pero Dios hará desaparecer tanto a él como a ellos. Pero el cuerpo no es para la inmoralidad sexual, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo.

14 Ahora bien, Dios resucitó al Señor, y también nos resucitará a nosotros con su poder.

15 ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Acaso voy a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta? ¡Que nunca sea así!

16 ¿Acaso no sabéis que el que se une a una prostituta es un solo cuerpo? Porque, «Los dos», dice, «se convertirán en una sola carne».

17 Pero el que se une al Señor es un solo espíritu.

18 ¡Huid de la inmoralidad sexual! «Todo pecado que el hombre hace está fuera del cuerpo», pero el que comete inmoralidad sexual peca contra su propio cuerpo.

19 ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual tenéis de Dios? No sois vuestros,

20 porque habéis sido comprados por un precio. Por tanto, glorificad a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, que son de Dios.

Capítulo 7

1 En cuanto a lo que me escribisteis, es bueno que el hombre no toque a la mujer.

2 Pero, a causa de las inmoralidades sexuales, que cada hombre tenga su propia esposa, y que cada mujer tenga su propio marido.

3 Que el marido dé a su mujer el afecto que se le debe, y así también la mujer a su marido.

4 La mujer no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino el marido. Así también el marido no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino la mujer.

5 No os privéis los unos a los otros, a no ser que sea de común acuerdo por un tiempo, para que os dediquéis al ayuno y a la oración, y estéis de nuevo juntos, para que Satanás no os tiente por vuestra falta de dominio propio.

6 Pero esto lo digo a modo de concesión, no de mandamiento.

7 Sin embargo, quisiera que todos los hombres fueran como yo. Sin embargo, cada hombre tiene su propio don de Dios, uno de este tipo y otro de aquel.

8 Pero a los solteros y a las viudas les digo que es bueno que se queden como yo.

9 Pero si no tienen dominio propio, que se casen. Porque es mejor casarse que arder de pasión.

10 Pero a los casados les ordeno, no yo, sino el Señor, que la mujer no deje a su marido

11 (pero si se separa, que se quede soltera, o que se reconcilie con su marido), y que el marido no deje a su mujer.

12 Pero a los demás, yo, no el Señor, os digo: Si algún hermano tiene una esposa incrédula, y ella se contenta con vivir con él, que no la deje.

13 La mujer que tiene un marido incrédulo, y éste se contenta con vivir con ella, que no deje a su marido.

14 Porque el marido incrédulo se santifica en la mujer, y la mujer incrédula se santifica en el marido. De lo contrario, vuestros hijos serían impuros, pero ahora son santos.

15 Pero si el incrédulo se aparta, que haya separación. El hermano o la hermana no están sometidos en tales casos, sino que Dios nos ha llamado en paz.

16 Pues ¿cómo sabes, esposa, si salvarás a tu marido? ¿O cómo sabes, esposo, si salvarás a tu esposa?

17 Solamente, como el Señor ha distribuido a cada hombre, como Dios ha llamado a cada uno, así debe caminar. Así lo ordeno en todas las asambleas.

18 ¿Se llamó a alguien habiendo sido circuncidado? Que no se vuelva incircunciso. ¿Ha sido llamado alguien en la incircuncisión? Que no se circuncide.

19 La circuncisión no es nada, y la incircuncisión no es nada, pero lo que importa es guardar los mandamientos de Dios.

20 Que cada uno permanezca en la vocación a la que fue llamado.

21 ¿Fuiste llamado siendo siervo? No dejes que eso te moleste, pero si tienes la oportunidad de ser libre, aprovéchala.

22 Porque el que fue llamado en el Señor siendo siervo, es el hombre libre del Señor. Asimismo, el que fue llamado siendo libre es siervo de Cristo.

23 Vosotros fuisteis comprados por un precio. No os hagáis siervos de los hombres.

24 Hermanos, que cada uno, en la condición en que fue llamado, permanezca en esa condición con Dios.

25 En cuanto a las vírgenes, no tengo ningún mandamiento del Señor, sino que doy mi juicio como alguien que ha obtenido la misericordia del Señor para ser digno de confianza.

26 Por lo tanto, creo que a causa de la angustia que nos invade, es bueno que el hombre permanezca como está.

27 ¿Estás atado a una esposa? No busques liberarte. ¿Estás libre de una esposa? No busques esposa.

28 Pero si te casas, no has pecado. Si una virgen se casa, no ha pecado. Sin embargo, los tales tendrán opresión en la carne, y yo quiero libraros.

29 Pero os digo esto, hermanos: el tiempo es corto. A partir de ahora, tanto los que tienen esposa como los que no la tienen;

30 y los que lloran, como si no lloraran; y los que se alegran, como si no se alegraran; y los que compran, como si no poseyeran;

31 y los que usan el mundo, como si no lo usaran al máximo. Porque el modo de este mundo pasa.

32 Pero yo quiero que estéis libres de preocupaciones. El que no está casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo puede agradar al Señor;

33 pero el que está casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo puede agradar a su mujer.

34 También hay una diferencia entre una esposa y una virgen. La mujer soltera se preocupa por las cosas del Señor, para ser santa tanto en cuerpo como en espíritu. Pero la que está casada se preocupa por las cosas del mundo: por complacer a su marido.

35 Esto lo digo por vuestro propio bien, no para tenderos un lazo, sino por lo que conviene, y para que atendáis al Señor sin distracción.

36 Pero si algún hombre piensa que se comporta de manera inapropiada con su virgen, si ella ha pasado la flor de la edad, y si la necesidad lo requiere, que haga lo que quiera. No peca. Que se casen.

37 Pero el que se mantiene firme en su corazón, sin tener urgencia, sino que tiene poder sobre su propia voluntad, y ha decidido en su propio corazón conservar su propia virgen, hace bien.

38 Así pues, tanto el que da su propia virgen en matrimonio hace bien, como el que no la da en matrimonio hace mejor.

39 La mujer está obligada por la ley mientras viva su marido; pero si el marido ha muerto, es libre de casarse con quien quiera, sólo en el Señor.

40 Pero ella es más feliz si se queda como está, a mi juicio, y creo que también tengo el Espíritu de Dios.

Capítulo 8

1 En cuanto a las cosas sacrificadas a los ídolos, sabemos que todos tenemos conocimiento. El conocimiento infla, pero el amor edifica.

2 Pero si alguien piensa que sabe algo, todavía no sabe como debe saber.

3 Pero el que ama a Dios es conocido por él.

4 Por lo tanto, en cuanto a comer cosas sacrificadas a los ídolos, sabemos que no hay ningún ídolo en el mundo, y que no hay más Dios que uno.

5 Porque aunque hay cosas que se llaman «dioses», ya sea en los cielos o en la tierra, como hay muchos «dioses» y muchos «señores»,

6 sin embargo, para nosotros hay un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros para él; y un solo Señor, Jesucristo, por el cual son todas las cosas, y nosotros vivimos por él.

7 Sin embargo, ese conocimiento no está en todos los hombres. Pero algunos, con la conciencia de un ídolo hasta ahora, comen como de una cosa sacrificada a un ídolo, y su conciencia, siendo débil, se contamina.

8 Pero la comida no nos recomendará a Dios. Pues ni si no comemos somos peores, ni si comemos somos mejores.

9 Pero tened cuidado de que esta libertad vuestra no se convierta en un tropiezo para los débiles.

10 Porque si un hombre os ve a vosotros, que tenéis conocimiento, sentados en el templo de un ídolo, ¿no se envalentonará su conciencia, si es débil, para comer cosas sacrificadas a los ídolos?

11 Y por vuestro conocimiento perece el que es débil, el hermano por el que murió Cristo.

12 Así, pecando contra los hermanos e hiriendo su conciencia cuando es débil, pecáis contra Cristo.

13 Por tanto, si la comida hace tropezar a mi hermano, no comeré más carne jamás, para no hacer tropezar a mi hermano.

Capítulo 9

1 ¿No soy libre? ¿No soy un apóstol? ¿No he visto a Jesucristo, nuestro Señor? ¿No sois vosotros mi obra en el Señor?

2 Si para los demás no soy apóstol, al menos lo soy para vosotros, pues vosotros sois el sello de mi apostolado en el Señor.

3 Mi defensa ante los que me examinan es ésta:

4 ¿No tenemos derecho a comer y beber?

5 ¿No tenemos derecho a llevar una esposa creyente, como los demás apóstoles, los hermanos del Señor y Cefas?

6 ¿O es que Bernabé y yo no tenemos derecho a no trabajar?

7 ¿Qué soldado sirve a sus expensas? ¿Quién planta una viña, y no come de su fruto? ¿O quién apacienta un rebaño, y no bebe de la leche del rebaño?

8 ¿Digo estas cosas según las costumbres de los hombres? ¿O no dice también la ley lo mismo?

9 Porque está escrito en la ley de Moisés: «No pondrás bozal al buey mientras pisa el grano». ¿Es por los bueyes que Dios se preocupa,

10 o lo dice seguramente por nosotros? Sí, fue escrito por nuestro bien, porque el que ara debe arar con esperanza, y el que trilla con esperanza debe participar de su esperanza.

11 Si hemos sembrado para vosotros cosas espirituales, ¿es gran cosa si cosechamos vuestras cosas carnales?

12 Si otros participan de este derecho sobre vosotros, ¿no lo hacemos nosotros aún más? Sin embargo, no usamos este derecho, sino que lo soportamos todo, para no causar ningún obstáculo a la Buena Nueva de Cristo.

13 ¿No sabéis que los que sirven en torno a las cosas sagradas comen de las cosas del templo, y los que sirven en el altar tienen su parte con el altar?

14 Así ordenó el Señor que los que anuncian la Buena Nueva vivan de ella.

15 Pero yo no me he servido de nada de esto, ni escribo estas cosas para que se haga así en mi caso; porque prefiero morir, antes de que alguien haga nula mi jactancia.

16 Porque si predico la Buena Nueva, no tengo nada de qué jactarme, pues la necesidad me obliga a ello; pero ¡ay de mí si no predico la Buena Nueva!

17 Porque si lo hago por mi propia voluntad, tengo una recompensa. Pero si no lo hago por mi propia voluntad, tengo una administración que se me ha confiado.

18 ¿Cuál es, pues, mi recompensa? Que cuando predique la Buena Nueva, pueda presentar la Buena Nueva de Cristo gratuitamente, para no abusar de mi autoridad en la Buena Nueva.

19 Porque siendo libre de todo, me sometí a todos para ganar más.

20 Para los judíos me hice como judío, para ganar a los judíos; para los que están bajo la ley, como bajo la ley, para ganar a los que están bajo la ley;

21 para los que están sin ley, como sin ley (no estando sin ley para con Dios, sino bajo la ley para con Cristo), para ganar a los que están sin ley.

22 A los débiles me hice como débil, para ganar a los débiles. Me he hecho todo para todos, a fin de salvar a algunos por todos los medios.

23 Esto lo hago por la Buena Nueva, para ser partícipe de ella.

24 ¿No sabéis que los que corren en una carrera corren todos, pero uno recibe el premio? Corred así, para que podáis ganar.

25 Todo hombre que se esfuerza en los juegos ejerce el autocontrol en todas las cosas. Ellos lo hacen para recibir una corona corruptible, pero nosotros una incorruptible.

26 Yo, pues, corro así, no sin rumbo. Lucho así, no golpeando el aire,

27 sino que golpeo mi cuerpo y lo someto, no sea que, después de haber predicado a otros, yo mismo quede descalificado.

Capítulo 10

1 Ahora bien, no quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos pasaron por el mar;

2 y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar;

3 y todos comieron el mismo alimento espiritual;

4 y todos bebieron la misma bebida espiritual. Porque bebieron de una roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo.

5 Sin embargo, con la mayoría de ellos, Dios no se complació, pues fueron derribados en el desierto.

6 Estos fueron nuestros ejemplos, para que no codiciemos cosas malas como ellos también codiciaron.

7 No seáis idólatras, como lo fueron algunos de ellos. Como está escrito: «El pueblo se sentaba a comer y beber, y se levantaba a jugar».

8 No cometamos inmoralidad sexual, como algunos de ellos, y en un día cayeron veintitrés mil.

9 No pongamos a prueba a Cristo, como algunos de ellos lo hicieron, y perecieron a causa de las serpientes.

10 No murmuréis, como también murmuraron algunos de ellos, y perecieron a manos del destructor.

11 Ahora bien, todas estas cosas les sucedieron a modo de ejemplo, y fueron escritas para nuestra amonestación, sobre la cual ha llegado el fin de los tiempos.

12 Por lo tanto, el que piensa que está en pie, tenga cuidado de no caer.

13 Ninguna tentación os ha sobrevenido sino la que es común al hombre. Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras posibilidades, sino que junto con la tentación os dará la vía de escape, para que podáis soportarla.

14 Por tanto, amado mío, huye de la idolatría.

15 Hablo como a los sabios. Juzgad lo que digo.

16 La copa de bendición que bendecimos, ¿no es una participación de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es una participación del cuerpo de Cristo?

17 Porque hay un solo pan, nosotros, que somos muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan.

18 Considerad a Israel según la carne. ¿Acaso los que comen los sacrificios no participan en el altar?

19 ¿Qué estoy diciendo entonces? ¿Que una cosa sacrificada a los ídolos es algo, o que un ídolo es algo?

20 Pero yo digo que lo que los gentiles sacrifican, lo sacrifican a los demonios y no
a Dios, y no deseo que tengáis comunión con los demonios.

21 No podéis beber a la vez la copa del Señor y la copa de los demonios. No po-
déis participar a la vez en la mesa del Señor y en la de los demonios.

22 ¿O acaso provocamos los celos del Señor? ¿Somos más fuertes que él?

23 «Todo me es lícito,» pero no todo es provechoso. «Todo me es lícito,» pero no
todo edifica.

24 Que nadie busque lo suyo, sino que cada uno busque el bien de su prójimo.

25 Todo lo que se vende en la carnicería, cómelo, sin preguntar por la conciencia,

26 porque «del Señor es la tierra y su plenitud».

27 Pero si alguno de los que no creen os invita a comer y deseáis ir, comed lo que
os pongan delante, sin preguntar nada por motivos de conciencia.

28 Pero si alguien te dice: «Esto ha sido ofrecido a los ídolos», no lo comas por el
bien de quien te lo dijo y por el bien de la conciencia. Porque «la tierra es del Se-
ñor, con toda su plenitud».

29 Conciencia, digo, no la tuya, sino la de los demás. Pues, ¿por qué mi libertad es
juzgada por otra conciencia?

30 Si participo con agradecimiento, ¿por qué se me denuncia por algo por lo que
doy gracias?

31 Así que, ya sea que comas o bebas, o hagas lo que hagas, hazlo todo para la
gloria de Dios.

32 No deis ocasión de tropiezo, ni a los judíos, ni a los griegos, ni a la asamblea de
Dios;

33 así como yo también complazco a todos en todo, no buscando mi propio pro-
vecho, sino el de muchos, para que se salven.

Capítulo 11

1 Sed imitadores de mí, como yo también lo soy de Cristo.

2 Ahora bien, os alabo, hermanos, porque os acordáis de mí en todo y mantenéis firmes las tradiciones, tal como os las entregué.

3 Pero quiero que sepáis que la cabeza de todo hombre es Cristo, y la cabeza de la mujer es el hombre, y la cabeza de Cristo es Dios.

4 Todo hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta, deshonra su cabeza.

5 Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, deshonra su cabeza. Porque es lo mismo que si se afeitara.

6 Porque si la mujer no se cubre, que se le corte también el cabello. Pero si es vergonzoso que la mujer se corte el pelo o se afeite, que se cubra.

7 Porque el hombre no debe cubrirse la cabeza, porque es imagen y gloria de Dios, pero la mujer es la gloria del hombre.

8 Porque el hombre no procede de la mujer, sino la mujer del hombre;

9 pues el hombre no fue creado para la mujer, sino la mujer para el hombre.

10 Por eso la mujer debe tener autoridad sobre su propia cabeza, a causa de los ángeles.

11 Sin embargo, ni la mujer es independiente del hombre, ni el hombre es independiente de la mujer, en el Señor.

12 Porque así como la mujer procede del hombre, también el hombre procede de la mujer; pero todo procede de Dios.

13 Juzgad vosotros mismos. ¿Es apropiado que una mujer ore a Dios sin velo?

14 ¿Acaso no os enseña la misma naturaleza que si un hombre tiene el pelo largo, es una deshonra para él?

15 Pero si una mujer tiene el cabello largo, es una gloria para ella, pues su cabello le es dado para cubrirse.

16 Pero si alguno parece ser pendenciero, no tenemos esa costumbre, ni tampoco las asambleas de Dios.

17 Pero al daros esta orden no os alabo, porque os reunís no para lo mejor, sino para lo peor.

18 Porque, en primer lugar, cuando os reunís en la asamblea, oigo que existen divisiones entre vosotros, y en parte lo creo.

19 Porque también es necesario que haya divisiones entre vosotros, para que se manifiesten entre vosotros los que son aprobados.

20 Por tanto, cuando os reunís, no es la cena del Señor lo que coméis.

21 Porque en vuestra comida cada uno toma primero su propia cena. Uno tiene hambre, y otro está borracho.

22 ¿Acaso no tenéis casas donde comer y beber? ¿O acaso despreciáis la asamblea de Dios y avergonzáis a los que no tienen suficiente? ¿Qué debo deciros? ¿Debo alabaros? En esto no os alabo.

23 Porque he recibido del Señor lo que también os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan.

24 Después de dar gracias, lo partió y dijo: «Tomad, comed. Esto es mi cuerpo, que es partido por vosotros. Haced esto en memoria mía».

25 De la misma manera tomó también la copa después de la cena, diciendo: «Esta copa es la nueva alianza en mi sangre. Haced esto, cuantas veces bebáis, en memoria mía».

26 Porque todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, proclamaréis la muerte del Señor hasta que venga.

27 Por tanto, quien coma este pan o beba la copa del Señor de manera indigna, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor.

28 Pero que el hombre se examine a sí mismo, y así coma del pan y beba de la copa.

29 Porque el que come y bebe de manera indigna, come y bebe juicio para sí mismo, si no discierne el cuerpo del Señor.

30 Por eso muchos de vosotros estáis débiles y enfermos, y no pocos duermen.

31 Porque si nos discernimos a nosotros mismos, no seríamos juzgados.

32 Pero cuando somos juzgados, somos disciplinados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.

33 Por tanto, hermanos míos, cuando os reunáis para comer, esperaos unos a otros.

34 Pero si alguno tiene hambre, que coma en su casa, para que vuestra reunión no sea para ser juzgada. Lo demás lo pondré en orden cuando venga.

Capítulo 12

1 Ahora bien, respecto a las cosas espirituales, hermanos, no quiero que seáis ignorantes.

2 Sabéis que cuando erais paganos, os dejasteis llevar por aquellos ídolos mudos, comoquiera que fueseis llevados.

3 Por eso os hago saber que ningún hombre que hable por el Espíritu de Dios dice: «Jesús es maldito». Nadie puede decir: «Jesús es el Señor», sino por el Espíritu Santo.

4 Hay diversas clases de dones, pero el Espíritu es el mismo.

5 Hay diversas clases de servicio, pero el mismo Señor.

6 Hay diversas clases de obras, pero un mismo Dios que hace todas las cosas en todos.

7 Pero a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para beneficio de todos.

8 Porque a uno se le da por medio del Espíritu la palabra de sabiduría, y a otro la palabra de conocimiento según el mismo Espíritu,

9 a otro la fe por el mismo Espíritu, y a otro los dones de sanidad por el mismo Espíritu,

10 y a otro la realización de milagros, y a otro la profecía, y a otro el discernimiento de espíritus, a otro las diversas clases de lenguas, y a otro la interpretación de lenguas.

11 Pero el mismo Espíritu produce todo esto, distribuyendo a cada uno por separado como quiera.

12 Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también es Cristo.

13 Porque en un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un solo cuerpo, sean judíos o griegos, sean siervos o libres; y a todos se nos dio a beber en un solo Espíritu.

14 Porque el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos.

15 Si el pie dijera: «Como no soy la mano, no soy parte del cuerpo», no es por tanto parte del cuerpo.

16 Si la oreja dijera: «Porque no soy el ojo, no soy parte del cuerpo», no es por tanto parte del cuerpo.

17 Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo el cuerpo fuera oído, ¿dónde estaría el olfato?

18 Pero ahora Dios ha puesto los miembros, cada uno de ellos, en el cuerpo, tal y como él quería.

19 Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?

20 Pero ahora son muchos miembros, pero un solo cuerpo.

21 El ojo no puede decir a la mano: «No te necesito», ni tampoco la cabeza a los pies: «No te necesito».

22 No, mucho más bien, los miembros del cuerpo que parecen más débiles son necesarios.

23 Aquellas partes del cuerpo que nos parecen menos honrosas, a esas les concedemos más abundante honor; y nuestras partes impresentables tienen más abundante modestia,

24 mientras que nuestras partes presentables no tienen tal necesidad. Pero Dios compuso el cuerpo en conjunto, dando más abundante honor a la parte inferior,

25 para que no haya división en el cuerpo, sino que los miembros tengan el mismo cuidado unos de otros.

26 Cuando un miembro sufre, todos los miembros sufren con él. Cuando un miembro es honrado, todos los miembros se alegran con él.

27 Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y los miembros individualmente.

28 Dios ha puesto a algunos en la asamblea: primero, apóstoles; segundo, profetas; tercero, maestros; luego, obradores de milagros; después, dones de sanidad, de ayuda, de gobierno y de diversas clases de lenguas.

29 ¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos maestros? ¿Son todos taumaturgos?

30 ¿Tienen todos dones de curación? ¿Hablan todos varios idiomas? ¿Todos interpretan?

31 Pero desead seriamente los mejores dones. Además, os muestro un camino muy excelente.

Capítulo 13

1 Si hablo con las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, me he convertido en bronce que resuena o en címbalo que retiñe.

2 Si tengo el don de profecía, y conozco todos los misterios y toda la ciencia, y si tengo toda la fe, como para remover montañas, pero no tengo amor, no soy nada.

3 Si doy todos mis bienes para alimentar a los pobres, y si entrego mi cuerpo para que lo quemen, pero no tengo amor, de nada me sirve.

4 El amor es paciente y bondadoso. El amor no tiene envidia. El amor no se jacta, no es orgulloso,

5 no se comporta de forma inadecuada, no busca su propio camino, no se provoca, no tiene en cuenta el mal;

6 no se alegra de la injusticia, sino que se alegra con la verdad;

7 lo soporta todo, lo cree todo, lo espera todo y lo soporta todo.

8 El amor nunca falla. Pero donde hay profecías, se acabarán. Donde hay varias lenguas, cesarán. Donde hay conocimiento, se acabará.

9 Porque sabemos en parte y profetizamos en parte;

10 pero cuando llegue lo que es completo, entonces lo que es parcial será eliminado.

11 Cuando era niño, hablaba como niño, sentía como niño, pensaba como niño. Ahora que me he hecho hombre, he dejado de lado las cosas de niño.

12 Porque ahora vemos en un espejo, tenuemente, pero luego cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré plenamente, como también fui conocido plenamente.

13 Pero ahora quedan la fe, la esperanza y el amor, estos tres. El mayor de ellos es el amor.

Capítulo 14

1 Seguid el amor y desead fervientemente los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis.

2 Porque el que habla en otra lengua no habla a los hombres, sino a Dios, pues nadie entiende, pero en el Espíritu habla misterios.

3 Pero el que profetiza habla a los hombres para su edificación, exhortación y consuelo.

4 El que habla en otra lengua se edifica a sí mismo, pero el que profetiza edifica a la asamblea.

5 Ahora bien, deseo que todos vosotros habléis con otras lenguas, pero más aún que profeticéis. Porque es mayor el que profetiza que el que habla con otras lenguas, si no interpreta, para que la asamblea sea edificada.

6 Pero ahora, hermanos, si voy a vosotros hablando con otras lenguas, ¿de qué os serviría si no os hablara por medio de la revelación, o del conocimiento, o de la profecía, o de la enseñanza?

7 Incluso las cosas sin vida que hacen ruido, ya sea pipa o arpa, si no dieran una distinción en los sonidos, ¿cómo se sabría lo que se toca con pipa o con arpa?

8 Porque si la trompeta diera un sonido incierto, ¿quién se prepararía para la guerra?

9 Así también vosotros, si no pronunciarais por la lengua palabras fáciles de entender, ¿cómo se sabría lo que se habla? Porque estaríais hablando en el aire.

10 Es posible que haya tantas clases de lenguas en el mundo, y ninguna de ellas carece de significado.

11 Si, pues, no conozco el significado de la lengua, sería para el que habla un extranjero, y el que habla sería un extranjero para mí.

12 Así también vosotros, ya que sois celosos de los dones espirituales, procurad abundar para la edificación de la asamblea.

13 Por tanto, el que habla en otra lengua, ore para que pueda interpretar.

14 Porque si oro en otra lengua, mi espíritu ora, pero mi entendimiento es infructuoso.

15 ¿Qué debo hacer? Oraré con el espíritu, y oraré también con el entendimiento. Cantaré con el espíritu, y cantaré también con el entendimiento.

16 De lo contrario, si bendices con el espíritu, ¿cómo dirá el que ocupa el lugar de los indoctos el «Amén» a tu acción de gracias, ya que no sabe lo que dices?

17 Porque ciertamente tú das las gracias bien, pero el otro no está edificado.

18 Doy gracias a mi Dios porque hablo con otras lenguas más que todos vosotros.

19 Sin embargo, en la asamblea prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para instruir también a los demás, que diez mil palabras en otra lengua.

20 Hermanos, no seáis niños en los pensamientos, pero en la malicia sed bebés, pero en los pensamientos sed maduros.

21 En la ley está escrito: «Por hombres de lenguas extrañas y por labios de extraños hablaré a este pueblo. Ni siquiera me escucharán así, dice el Señor».

22 Por tanto, las lenguas extrañas sirven de señal, no para los que creen, sino para los incrédulos; pero la profecía sirve de señal, no para los incrédulos, sino para los que creen.

23 Por tanto, si toda la asamblea está reunida y todos hablan con otras lenguas, y entran personas indoctas o incrédulas, ¿no dirán que estáis locos?

24 Pero si todos profetizan, y entra alguien incrédulo o indocto, es reprendido por todos, y es juzgado por todos.

25 Y así se revelan los secretos de su corazón. Entonces se postrará sobre su rostro y adorará a Dios, declarando que Dios está realmente entre vosotros.

26 ¿Qué es, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene un salmo, tiene una enseñanza, tiene una revelación, tiene otra lengua o tiene una interpretación. Hacedlo todo para edificaros mutuamente.

27 Si alguno habla en otra lengua, que sean dos, o a lo sumo tres, y por turno, y que uno interprete.

28 Pero si no hay intérprete, que guarde silencio en la asamblea, y que hable para sí mismo y para Dios.

29 Que hablen dos o tres de los profetas, y que los demás disciernan.

30 Pero si se hace una revelación a otro que esté sentado, que el primero guarde silencio.

31 Porque todos pueden profetizar uno por uno, para que todos aprendan y todos sean exhortados.

32 Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas,

33 porque Dios no es un Dios de confusión, sino de paz, como en todas las asambleas de los santos.

34 Que las esposas guarden silencio en las asambleas, pues no se les ha permitido hablar sino con sumisión, como dice también la ley,

35 si desean aprender algo. «Que pregunten a sus propios maridos en casa, porque es vergonzoso que una esposa esté hablando en la asamblea.»

36 ¿Qué? ¿Salió de vosotros la palabra de Dios? ¿O solo a vosotros ha llegado?

37 Si alguno se cree profeta o espiritual, que reconozca las cosas que os escribo, que son mandamiento del Señor.

38 Pero si alguien es ignorante, que sea ignorante.

39 Por lo tanto, hermanos, desead con ahínco profetizar, y no prohibáis hablar con otras lenguas.

40 Que todo se haga decentemente y en orden.

Capítulo 15

1 Ahora os anuncio, hermanos, la Buena Nueva que os he predicado, que también habéis recibido, en la que también estáis firmes,

2 por la que también os salváis, si retenéis firmemente la palabra que os he predicado, a menos que hayáis creído en vano.

3 Porque os he transmitido en primer lugar lo que yo también recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras,

4 que fue sepultado, que resucitó al tercer día según las Escrituras,

5 y que se apareció a Cefas y luego a los doce.

6 Luego se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales permanecen hasta ahora, pero algunos también se han dormido.

7 Luego se apareció a Santiago, después a todos los apóstoles,

8 y por último, como al niño nacido a destiempo, se me apareció a mí también.

9 Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no es digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la asamblea de Dios.

10 Pero por la gracia de Dios soy lo que soy. Su gracia que me fue dada no fue inútil, sino que trabajé más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios que estaba conmigo.

11 Sea, pues, yo o ellos, así lo predicamos, y así lo habéis creído.

12 Ahora bien, si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de vosotros que no hay resurrección de los muertos?

13 Pero si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo ha resucitado.

14 Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana es también vuestra fe.

15 Sí, también nosotros somos hallados falsos testigos de Dios, porque testificamos de Dios que resucitó a Cristo, a quien no resucitó si es verdad que los muertos no resucitan.

16 Porque si los muertos no han resucitado, tampoco Cristo ha resucitado.

17 Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe es vana; todavía estáis en vuestros pecados.

18 Entonces también los que duermen en Cristo han perecido.

19 Si sólo hemos esperado en Cristo en esta vida, somos los más lamentables de todos los hombres.

20 Pero ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos. Se convirtió en la primicia de los que duermen.

21 Porque como la muerte vino por el hombre, también la resurrección de los muertos vino por el hombre.

22 Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.

23 Pero cada uno en su orden: Cristo las primicias, luego los que son de Cristo en su venida.

24 Luego vendrá el fin, cuando entregue el Reino a Dios Padre, cuando haya abolido todo gobierno y toda autoridad y poder.

25 Porque es necesario que reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies.

26 El último enemigo que será abolido es la muerte.

27 Porque «Todo lo sometió bajo sus pies». Pero cuando dice: «Todas las cosas están sometidas», es evidente que se exceptúa al que sometió todas las cosas a él.

28 Cuando todas las cosas le hayan sido sometidas, entonces también el Hijo se someterá al que le sometió todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.

29 ¿O qué harán los que se bautizan por los muertos? Si los muertos no resucitan en absoluto, ¿por qué entonces se bautizan por los muertos?

30 ¿Por qué también nosotros estamos en peligro cada hora?

31 Afirmo que por la jactancia que tengo en Cristo Jesús, nuestro Señor, muero cada día.

32 Si como hombre luché en Éfeso contra bestias, ¿de qué me sirve? Si los muertos no resucitan, entonces «comamos y bebamos, porque mañana moriremos».

33 ¡No os engañéis! «Las malas compañías corrompen las buenas costumbres».

34 Despertad con rectitud y no pequéis, porque algunos no conocen a Dios. Digo esto para vuestra vergüenza.

35 Pero alguien dirá: «¿Cómo resucitan los muertos?» y: «¿Con qué clase de cuerpo vienen?»

36 Necio, lo que tú mismo siembras no se vivifica si no muere.

37 Lo que tú siembras, no siembras el cuerpo que será, sino un grano desnudo, tal vez de trigo, o de otra clase.

38 Pero Dios le da un cuerpo tal como le ha gustado, y a cada semilla un cuerpo propio.

39 No toda la carne es la misma, sino que hay una carne de hombres, otra de animales, otra de peces y otra de aves.

40 Hay también cuerpos celestes y cuerpos terrestres; pero la gloria de los celestes difiere de la de los terrestres.

41 Hay una gloria del sol, otra gloria de la luna, y otra gloria de las estrellas; porque una estrella difiere de otra en su gloria.

42 Así es también la resurrección de los muertos. El cuerpo se siembra perecedero; resucita imperecedero.

43 Se siembra en la deshonra, pero resucita en la gloria. Se siembra en la debilidad; resucita en el poder.

44 Se siembra un cuerpo natural; se resucita un cuerpo espiritual. Hay un cuerpo natural y hay también un cuerpo espiritual.

45 Así también está escrito: «El primer hombre Adán se convirtió en un alma viviente». El último Adán se convirtió en un espíritu viviente.

46 Sin embargo, lo que es espiritual no es lo primero, sino lo que es natural, y luego lo que es espiritual.

47 El primer hombre es de la tierra, hecho de polvo. El segundo hombre es el Señor del cielo.

48 Como el que está hecho de polvo, así son los que también están hechos de polvo; y como el celestial, así son también los celestiales.

49 Así como hemos llevado la imagen de los que están hechos de polvo, llevemos también la imagen de los celestiales.

50 Ahora bien, hermanos, digo que la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios; ni lo perecedero hereda lo imperecedero.

51 He aquí, os digo un misterio. No todos dormiremos, sino que todos seremos transformados,

52 en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la última trompeta. Porque sonará la trompeta y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados.

53 Porque es necesario que este cuerpo perecedero se convierta en incorruptible, y que este mortal se vista de inmortalidad.

54 Pero cuando este cuerpo perecedero se convierta en incorruptible, y este mortal se vista de inmortalidad, entonces sucederá lo que está escrito: «La muerte es absorbida por la victoria».

55 «Muerte, ¿dónde está tu aguijón?
Hades, ¿dónde está tu victoria?»

56 El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la ley.

57 Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.

58 Por lo tanto, mis amados hermanos, estad firmes, inamovibles, abundando siempre en la obra del Señor, porque sabéis que vuestro trabajo no es en vano en el Señor.

Capítulo 16

1 En cuanto a la colecta para los santos: como ordené a las asambleas de Galacia, haced vosotros lo mismo.

2 El primer día de cada semana, que cada uno de vosotros ahorre como pueda prosperar, para que no se hagan colectas cuando yo llegue.

3 Cuando llegue, enviaré a quienes vosotros aprobéis con cartas para que lleven a Jerusalén vuestro donativo.

4 Si es conveniente que yo vaya también, irán conmigo.

5 Iré a vosotros cuando haya pasado por Macedonia, pues estoy pasando por Macedonia.

6 Pero puede ser que me quede con vosotros, o incluso que pase el invierno con vosotros, para que me enviéis de viaje a donde quiera que vaya.

7 Porque no quiero veros ahora de paso, sino que espero quedarme un tiempo con vosotros, si el Señor lo permite.

8 Pero me quedaré en Éfeso hasta Pentecostés,

9 porque se me ha abierto una puerta grande y eficaz, y hay muchos adversarios.

10 Ahora bien, si viene Timoteo, procurad que esté con vosotros sin temor, porque hace la obra del Señor, como yo también.

11 Por tanto, que nadie lo desprecie. Antes bien, ponedlo en camino en paz, para que venga a verme; porque lo espero con los hermanos.

12 En cuanto al hermano Apolos, le insté encarecidamente a que fuera a vosotros con los hermanos, pero no quiso en absoluto ir ahora; pero irá cuando tenga ocasión.

13 ¡Velad! ¡Manteneos firmes en la fe! ¡Sed valientes! ¡Sed fuertes!

14 Que todo lo que hagáis lo hagáis con amor.

15 Os ruego, hermanos, que conozcáis la casa de Estéfanas, que es la primicia de Acaya, y que se han puesto al servicio de los santos,

16 que os sometáis también a ellos, y a todos los que ayudan en la obra y trabajan.

17 Me alegro de la venida de Estéfanas, Fortunato y Acáico, pues lo que os faltaba, lo han suplido ellos.

18 Pues ellos refrescaron mi espíritu y el vuestro. Reconoced, pues, a los que son así.

19 Las asambleas de Asia os saludan. Aquila y Priscila os saludan cordialmente en el Señor, junto con la asamblea que está en su casa.

20 Os saludan todos los hermanos. Saludaos los unos a los otros con un beso sagrado.

21 Este saludo es de mi parte, Pablo, con mi propia mano.

22 El que no ame al Señor Jesucristo, que sea maldito. ¡Ven, Señor!

23 La gracia del Señor Jesucristo esté con vosotros.

24 Mi amor a todos vosotros en Cristo Jesús. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

2 CORINTIOS

Capítulo 1

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, y Timoteo, nuestro hermano, a la iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los santos que están en toda Acaya:

2 Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo,

4 que nos consuela en toda nuestra aflicción, para que podamos consolar a los que están en cualquier aflicción, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios.

5 Porque así como los sufrimientos de Cristo abundan en nosotros, así también abunda nuestro consuelo por medio de Cristo.

6 Pero si somos afligidos, es para vuestro consuelo y salvación. Si somos consolados, es para vuestro consuelo, que produce en vosotros el soportar con paciencia los mismos sufrimientos que nosotros también padecemos.

7 Nuestra esperanza en vosotros es firme, sabiendo que, como sois partícipes de los sufrimientos, sois también del consuelo.

8 Porque no queremos que ignoréis, hermanos, acerca de nuestra aflicción que nos sucedió en Asia: que fuimos agobiados en extremo, más allá de nuestras fuerzas, tanto que desesperamos hasta de la vida.

9 Sí, nosotros mismos recibimos la sentencia de muerte dentro de nosotros mismos, para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en el Dios que resucita a los muertos,

10 que nos libró de una muerte tan grande, y que nos libera, en quien hemos puesto nuestra esperanza de que también nos librará todavía,

11 ayudando también vosotros a nuestro favor por medio de vuestras súplicas, para que, por el don que se nos ha dado por medio de muchos, muchas personas den gracias a favor vuestro.

12 Porque nuestro motivo de orgullo es este: el testimonio de nuestra conciencia de que en santidad y sinceridad de Dios, no en sabiduría carnal, sino en la gracia de Dios, nos comportamos en el mundo, y más abundantemente con vosotros.

13 Porque no os escribimos más que lo que leéis o incluso reconocéis, y espero que lo reconozcáis hasta el final,

14 como también nos reconocisteis en parte, que somos vuestro motivo de orgullo, como también vosotros sois el nuestro, en el día de nuestro Señor Jesús.

15 En esta confianza, estaba decidido a ir primero a vosotros, para que tuvierais una segunda gracia,

16 y por vosotros pasar a Macedonia, y de nuevo desde Macedonia llegar a vosotros, y ser enviado por vosotros en mi viaje a Judea.

17 Por tanto, cuando planeé esto, ¿mostré inconstancia? O las cosas que planeo, ¿las planeo según la carne, para que conmigo haya el «Sí, sí» y el «No, no»?

18 Pero como Dios es fiel, nuestra palabra para con vosotros no fue «Sí y no».

19 Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, que fue predicado entre vosotros por nosotros, por mí, Silvano y Timoteo, no fue «Sí y no», sino que en él hay «Sí».

20 Porque por muchas que sean las promesas de Dios, en él está el «Sí». Por tanto, también por medio de él decimos «Amén», para gloria de Dios por medio de nosotros.

21 Ahora bien, el que nos confirma con vosotros en Cristo y nos ungió es Dios,

22 que también nos selló y nos dio las arras del Espíritu en nuestros corazones.

23 Pero pongo a Dios por testigo sobre mi alma, que por consideración a vosotros no he pasado todavía por Corinto.

24 No es que nos enseñoreemos de vuestra fe, sino que somos colaboradores vuestros para vuestra alegría. Porque por la fe estáis firmes.

Capítulo 2

1 Pero esto lo determiné para mí, para no volver a ir a vosotros con tristeza.

2 Porque si os entristezco, ¿quién me alegrará a mí, sino aquel a quien yo he entristecido?

3 Y os escribí esto mismo, para que cuando viniera, no tuviera tristeza de parte de aquellos de quienes debía alegrarme, teniendo confianza en todos vosotros de que mi alegría sería compartida por todos vosotros.

4 Porque por mucha aflicción y angustia de corazón os escribí con muchas lágrimas, no para que os entristecierais, sino para que conocierais el amor que os tengo en abundancia.

5 Pero si alguno ha causado dolor, no me lo ha causado a mí, sino en parte, para no exagerar, a todos vosotros.

6 Este castigo que le fue impuesto por la mayoría es suficiente para tal persona,

7 de modo que, por el contrario, debéis más bien perdonarle y consolarle, no sea que sea consumido por su excesiva tristeza.

8 Por eso os ruego que confirméis vuestro amor hacia él.

9 Porque para esto también escribí, para tener la prueba de vosotros, si sois obedientes en todo.

10 Ahora bien, a quien perdonéis algo, yo también lo perdono. Porque si en verdad he perdonado algo, a quien lo he perdonado, lo he hecho por vosotros en presencia de Cristo,

11 para que Satanás no saque ventaja sobre nosotros, pues no ignoramos sus maquinaciones.

12 Cuando llegué a Troas para predicar el evangelio de Cristo, y se me abrió una puerta en el Señor,

13 no tuve reposo en mi espíritu, porque no encontré a Tito, mi hermano; así que despidiéndome de ellos, salí hacia Macedonia.

14 Pero gracias a Dios, que nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el grato olor de su conocimiento.

15 Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan y en los que se pierden:

16 para los unos, olor de muerte para muerte, y para los otros, olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es competente?

17 Porque no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo.

Capítulo 3

1 ¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nosotros mismos? ¿O acaso necesitamos, como algunos, cartas de recomendación para vosotros, o de recomendación de vuestra parte?

2 Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres,

3 siendo manifiesto que sois carta de Cristo redactada por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en tablas de corazones de carne.

4 Y tal confianza tenemos por medio de Cristo para con Dios,

5 no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios,

6 el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu. Porque la letra mata, pero el Espíritu vivifica.

7 Y si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer,

8 ¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del Espíritu?

9 Porque si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación.

10 Porque incluso lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria eminente.

11 Porque si lo que perece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece.

12 Así que, teniendo tal esperanza, usamos de mucha franqueza,

13 y no como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido.

14 Pero el entendimiento de ellos se endureció, porque hasta el día de hoy, en la lectura del antiguo pacto el mismo velo permanece sin correrse, el cual por Cristo es quitado.

15 Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos.

16 Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará.

17 Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.

18 Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.

Capítulo 4

1 Por tanto, teniendo este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos.

2 Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios.

3 Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto,

4 en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.

5 Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús.

6 Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.

7 Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros.

8 Que estamos atribulados en todo, mas no angustiados, en apuros, mas no desesperados,

9 perseguidos, mas no desamparados, derribados, pero no destruidos,

10 llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos.

11 Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.

12 De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida.

13 Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: «Creí, por lo cual hablé», nosotros también creemos, por lo cual también hablamos,

14 sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros.

15 Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios.

16 Por tanto, no desmayamos, antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día.

17 Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria,

18 no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

Capítulo 5

1 Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos.

2 Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial,

3 pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos.

4 Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia, porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida.

5 Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu.

6 Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor,

7 porque por fe andamos, no por vista.

8 Pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor.

9 Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables.

10 Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.

11 Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres, pero a Dios le es manifiesto lo que somos, y espero que también lo sea a vuestras conciencias.

12 No nos recomendamos, pues, otra vez a vosotros, sino os damos ocasión de gloriaros por nosotros, para que tengáis con qué responder a los que se glorían en las apariencias y no en el corazón.

13 Porque si estamos locos, es para Dios, y si somos cuerdos, es para vosotros.

14 Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron,

15 y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.

16 De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne, y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así.

17 De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas.

18 Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación,

19 que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.

20 Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros, os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.

21 Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

Capítulo 6

1 Trabajando juntos, os rogamos también que no recibáis la gracia de Dios en vano.

2 Porque él dice:
«En un tiempo aceptable te escuché.
En un día de salvación te ayudé». He aquí, ahora es el tiempo aceptable. He aquí, ahora es el día de la salvación.

3 No damos ocasión de tropiezo en nada, para que no se reproche nuestro ministerio,

4 sino que en todo nos recomendamos como ministros de Dios: en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias,

5 en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos,

6 en pureza, en conocimiento, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero,

7 en la palabra de verdad, en el poder de Dios, con las armas de la justicia a diestra y a siniestra,

8 por honra y por deshonra, por mala y por buena fama; como engañadores, pero veraces;

9 como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos;

10 como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo.

11 Nuestra boca se ha abierto a vosotros, oh corintios. Nuestro corazón se ha ensanchado.

12 No estáis limitados por nosotros, sino que estáis limitados por vuestros propios afectos.

13 Ahora, para corresponder del mismo modo (os hablo como a hijos), ensanchad también vosotros vuestros corazones.

14 No os unáis en yugo desigual con los incrédulos, porque, ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión tiene la luz con las tinieblas?

15 ¿Y qué concordia tiene Cristo con Belial? ¿O qué parte tiene el creyente con el incrédulo?

16 ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: «Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo».

17 Por lo cual,
«'Salid de en medio de ellos,
y separaos», dice el Señor.
'No toquéis lo inmundo,
y yo os recibiré.

18 Y seré para vosotros por Padre,
y vosotros me seréis hijos e hijas'. dice el Señor Todopoderoso".

Capítulo 7

1 Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.

2 Abridnos vuestros corazones. A nadie hemos agraviado, a nadie hemos corrompido, a nadie hemos engañado.

3 No lo digo para condenaros, pues ya he dicho antes que estáis en nuestros corazones, para morir juntos y para vivir juntos.

4 Mucha franqueza tengo con vosotros, y mucho me glorió con respecto de vosotros. Lleno estoy de consolación; sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones.

5 Porque de cierto, cuando vinimos a Macedonia, ningún reposo tuvo nuestro cuerpo, sino que en todo fuimos atribulados. De fuera, conflictos; de dentro, temores.

6 Pero Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la venida de Tito;

7 y no solo con su venida, sino también con el consuelo con que él había sido consolado en cuanto a vosotros, haciéndonos saber vuestro gran afecto, vuestro llanto y vuestro celo por mí, para que así me regocijase aún más.

8 Porque aunque os contristé con la carta, no me pesa, aunque entonces lo lamenté. Porque veo que aquella carta, aunque por algún tiempo, os contristó.

9 Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento. Porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padecieseis por nuestra parte.

10 Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de lo cual no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte.

11 Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto.

12 Así que, aunque os escribí, no fue por causa del que cometió el agravio, ni por causa del que lo padeció, sino para que se os hiciese manifiesta nuestra solicitud que tenemos por vosotros delante de Dios.

13 Por esto hemos sido consolados en vuestra consolación; pero mucho más nos gozamos por el gozo de Tito, pues su espíritu fue confortado por todos vosotros.

14 Pues si de algo me he gloriado con él respecto de vosotros, no he sido avergonzado; sino que, así como en todo os hemos hablado con verdad, también nuestro gloriarnos con Tito resultó verdadero.

15 Y su cariño es mayor para con vosotros, cuando se acuerda de la obediencia de todos vosotros, de cómo lo recibisteis con temor y temblor.

16 Me gozo de que en todo tengo confianza en vosotros.

Capítulo 8

1 Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia;

2 que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad.

3 Pues doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas,

4 pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos.

5 Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios;

6 de manera que exhortamos a Tito para que, tal como comenzó antes, asimismo acabe también entre vosotros esta obra de gracia.

7 Por tanto, como en todo abundáis, en fe, en palabra, en ciencia, en toda solicitud, y en vuestro amor para con nosotros, abundad también en esta gracia.

8 No hablo como quien manda, sino para poner a prueba, por medio de la diligencia de otros, también la sinceridad del amor vuestro.

9 Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.

10 Y en esto doy mi consejo; porque esto os conviene a vosotros, que comenzasteis antes, no solo a hacerlo, sino también a quererlo, desde el año pasado.

11 Ahora, pues, llevad también a cabo el hacerlo, para que como estuvisteis prontos a querer, así también lo estéis en cumplir conforme a lo que tengáis.

12 Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene.

13 Porque no digo esto para que haya para otros holgura, y para vosotros estrechez,

14 sino para que en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos supla la necesidad vuestra, para que haya igualdad,

15 como está escrito: «El que recogió mucho, no tuvo más, y el que poco, no tuvo menos».

16 Pero gracias a Dios que puso en el corazón de Tito la misma solicitud por vosotros.

17 Pues a la verdad recibió la exhortación; pero estando también muy solícito, por su propia voluntad partió para ir a vosotros.

18 Y enviamos juntamente con él al hermano cuya alabanza en el evangelio se oye por todas las iglesias;

19 y no solo esto, sino que también fue designado por las iglesias como compañero de nuestra peregrinación para llevar este donativo, que es administrado por nosotros para gloria del Señor mismo, y para demostrar vuestra buena voluntad;

20 evitando que nadie nos censure en cuanto a esta ofrenda abundante que administramos,

21 procurando hacer las cosas honradamente, no solo delante del Señor sino también delante de los hombres.

22 Enviamos también con ellos a nuestro hermano, cuya diligencia hemos comprobado repetidas veces en muchas cosas, y ahora mucho más diligente por la mucha confianza que tiene en vosotros.

23 En cuanto a Tito, es mi compañero y colaborador para con vosotros; y en cuanto a nuestros hermanos, son mensajeros de las iglesias, y gloria de Cristo.

24 Mostrad, pues, para con ellos ante las iglesias la prueba de vuestro amor, y de nuestro gloriarnos respecto de vosotros.

Capítulo 9

1 En cuanto a la ministración para los santos, es por demás que yo os escriba;

2 pues conozco vuestra buena voluntad, de la cual yo me glorío entre los de Macedonia, que Acaya está preparada desde el año pasado; y vuestro celo ha estimulado a la mayoría.

3 Pero he enviado a los hermanos, para que nuestro gloriarnos de vosotros no sea vano en esta parte; para que, como lo he dicho, estéis preparados;

4 no sea que si van conmigo algunos macedonios, y os hallan desprevenidos, nos avergoncemos nosotros, por no decir vosotros, de esta nuestra confianza.

5 Por tanto, tuve por necesario exhortar a los hermanos que fuesen primero a vosotros y preparasen primero vuestra generosidad antes prometida, para que esté lista como de generosidad, y no como de exigencia nuestra.

6 Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará.

7 Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre.

8 Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra;

9 como está escrito:
«Esparció, dio a los pobres;
Su justicia permanece para siempre».

10 Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia,

11 para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios.

12 Porque la ministración de este servicio no solamente suple lo que a los santos falta, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios;

13 pues por la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al evangelio de Cristo, y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos;

14 asimismo en la oración de ellos por vosotros, a quienes aman a causa de la superabundante gracia de Dios en vosotros.

15 ¡Gracias a Dios por su don inefable!

Capítulo 10

1 Ahora bien, yo mismo, Pablo, os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo, yo que en vuestra presencia soy humilde entre vosotros, pero estando ausente soy audaz para con vosotros.

2 Sí, os ruego que, cuando esté presente, no tenga que mostrarme audaz con la confianza con que pretendo actuar contra algunos que consideran que andamos según la carne.

3 Porque aunque andamos en la carne, no militamos según la carne;

4 porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas,

5 derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo,

6 y estando dispuestos a castigar toda desobediencia, una vez que vuestra obediencia sea completa.

7 ¿Acaso miráis las cosas según las apariencias? Si alguno está persuadido en sí mismo de que es de Cristo, considere esto de nuevo por sí mismo: que así como él es de Cristo, también nosotros somos de Cristo.

8 Pues aunque me jacte un poco más de nuestra autoridad, la cual el Señor nos dio para edificación vuestra y no para vuestra destrucción, no me avergonzaré,

9 para que no parezca que quiero aterrorizaros con mis cartas.

10 Porque, «Sus cartas», dicen, «son duras y fuertes, pero su presencia corporal es débil, y su palabra menospreciable».

11 Que tal persona tenga en cuenta esto: que lo que somos de palabra por cartas estando ausentes, lo seremos también en hechos estando presentes.

12 Porque no nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos de los que se recomiendan a sí mismos. Pero ellos, midiéndose a sí mismos y comparándose consigo mismos, carecen de entendimiento.

13 Pero nosotros no nos jactaremos desmedidamente, sino conforme a la medida de la regla que Dios nos ha dado, medida que llega también hasta vosotros.

14 Porque no nos extralimitamos, como si no llegáramos hasta vosotros, pues fuimos los primeros en llegar hasta vosotros con el evangelio de Cristo.

15 No nos jactamos desmedidamente en los trabajos de otros, sino que tenemos la esperanza de que, conforme crezca vuestra fe, seremos engrandecidos abundantemente entre vosotros, dentro de nuestra esfera de acción,

16 para predicar el evangelio en los lugares más allá de vosotros, sin jactarnos de lo que ya se ha hecho en la esfera de otro.

17 Pero «el que se gloría, gloríese en el Señor».

18 Porque no es aprobado el que se recomienda a sí mismo, sino aquel a quien el Señor recomienda.

Capítulo 11

1 ¡Ojalá me soportarais un poco de locura! Sí, soportadme.

2 Porque os celo con celo de Dios, pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo.

3 Pero temo que, así como la serpiente engañó a Eva con su astucia, vuestros sentidos sean extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.

4 Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís un espíritu diferente del que recibisteis, o un evangelio diferente del que aceptasteis, lo toleráis muy bien.

5 Pues considero que en nada soy inferior a esos grandes apóstoles.

6 Aunque sea torpe en la palabra, no lo soy en el conocimiento; al contrario, en todo y por todos los medios os lo hemos demostrado.

7 ¿Acaso cometí un pecado al humillarme yo para que vosotros fueseis enaltecidos, porque os prediqué el evangelio de Dios de balde?

8 He despojado a otras iglesias, recibiendo salario para serviros a vosotros.

9 Y cuando estaba entre vosotros y tuve necesidad, no fui carga para nadie, pues los hermanos que vinieron de Macedonia suplieron mi necesidad. En todo me guardé de seros gravoso, y me guardaré.

10 Por la verdad de Cristo que está en mí, nadie me impedirá esta jactancia en las regiones de Acaya.

11 ¿Por qué? ¿Porque no os amo? Dios lo sabe.

12 Pero lo que hago, lo seguiré haciendo, para quitar la ocasión a los que la desean, a fin de que en aquello de lo que se jactan, sean hallados semejantes a nosotros.

13 Porque estos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo.

14 Y no es de extrañar, porque el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz.

15 Así que, no es gran cosa si también sus ministros se disfrazan de ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras.

16 Vuelvo a decir: que nadie me tenga por loco; o si no, recibidme como a loco, para que yo también me gloríe un poco.

17 Lo que hablo, no lo hablo según el Señor, sino como en locura, con esta confianza de gloriarme.

18 Puesto que muchos se glorían según la carne, yo también me gloriaré.

19 Porque, siendo vosotros tan sabios, toleráis de buena gana a los locos.

20 Pues toleráis si alguno os esclaviza, si alguno os devora, si alguno os engaña, si alguno se enaltece, si alguno os da de bofetadas.

21 Para vergüenza mía lo digo, hablo como si nosotros hubiéramos sido débiles. Pero en lo que otro tenga osadía (hablo con locura), también yo tengo osadía.

22 ¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas? Yo también. ¿Son descendencia de Abraham? Yo también.

23 ¿Son ministros de Cristo? (Hablo como un loco). Yo más: en trabajos más abundantes, en azotes sin medida, en cárceles más, en peligros de muerte muchas veces.

24 De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno.

25 Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar;

26 en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos;

27 en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez.

28 Y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día: la preocupación por todas las iglesias.

29 ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?

30 Si es necesario gloriarse, me gloriaré en lo que es de mi debilidad.

31 El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien es bendito por los siglos, sabe que no miento.

32 En Damasco, el gobernador bajo el rey Aretas guardaba la ciudad de los damascenos para prenderme;

33 y fui descolgado del muro en un canasto por una ventana, y escapé de sus manos.

Capítulo 12

1 Ciertamente no me conviene gloriarme; pero pasaré a las visiones y a las revelaciones del Señor.

2 Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo.

3 Y conozco a tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe),

4 que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.

5 De tal hombre me gloriaré; pero de mí mismo no me gloriaré, sino en mis debilidades.

6 Sin embargo, si quisiera gloriarme, no sería insensato, porque diría la verdad; pero lo dejo, para que nadie piense de mí más de lo que en mí ve, u oye de mí.

7 Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera.

8 Respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor que lo quite de mí.

9 Y me ha dicho: «Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad». Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo.

10 Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

11 Me he vuelto un necio al gloriarme; vosotros me obligasteis a ello, pues yo debía ser alabado por vosotros; porque en nada he sido menos que esos grandes apóstoles, aunque nada soy.

12 Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, con señales, prodigios y milagros.

13 Porque ¿en qué habéis sido menos que las otras iglesias, sino en que yo mismo no os fui carga? ¡Perdonadme este agravio!

14 He aquí, por tercera vez estoy preparado para ir a vosotros; y no os seré gravoso, porque no busco lo vuestro, sino a vosotros, pues no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos.

15 Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos.

16 Pero admitamos esto: yo no os fui carga, sino que, como soy astuto, os he cogido con engaño.

17 ¿Acaso me he aprovechado de vosotros por medio de alguno de los que os he enviado?

18 Rogué a Tito, y envié con él al hermano. ¿Acaso se aprovechó de vosotros Tito? ¿No hemos procedido con el mismo espíritu y en las mismas pisadas?

19 ¿Pensáis aún que nos disculpamos con vosotros? Delante de Dios en Cristo hablamos; y todo, muy amados, para vuestra edificación.

20 Pues me temo que cuando llegue, no os halle como quiero, y yo sea hallado de vosotros como no queréis; que haya entre vosotros contiendas, envidias, iras, divisiones, maledicencias, murmuraciones, soberbias, desórdenes;

21 que cuando vuelva, me humille Dios entre vosotros, y llore por muchos de los que antes han pecado, y no se han arrepentido de la inmundicia, fornicación y lascivia que han cometido.

Capítulo 13

1 Esta es la tercera vez que voy a vosotros. «Por boca de dos o de tres testigos se decidirá todo asunto».

2 He dicho antes, y ahora digo de antemano, como si estuviera presente por segunda vez, y aunque ahora estoy ausente, escribo a los que antes pecaron, y a todos los demás, que si voy otra vez, no seré indulgente;

3 pues buscáis una prueba de que Cristo habla en mí, el cual no es débil para con vosotros, sino que es poderoso en vosotros.

4 Porque aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios. Pues también nosotros somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros.

5 Examinaos a vosotros mismos a ver si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?

6 Pero espero que conoceréis que nosotros no estamos reprobados.

7 Y oramos a Dios que no hagáis nada malo; no para que nosotros aparezcamos aprobados, sino para que vosotros hagáis lo bueno, aunque nosotros seamos como reprobados.

8 Porque nada podemos contra la verdad, sino por la verdad.

9 Por lo cual nos gozamos de que seamos nosotros débiles, y que vosotros estéis fuertes; y aun oramos por vuestra perfección.

10 Por esto os escribo estando ausente, para no usar de severidad cuando esté presente, conforme a la autoridad que el Señor me ha dado para edificación, y no para destrucción.

11 Por lo demás, hermanos, alegraos, perfeccionaos, consolaos, tened un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros.

12 Saludaos unos a otros con ósculo santo.

13 Todos los santos os saludan.

14 La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

GÁLATAS

Capítulo 1

1 Pablo, apóstol, no de parte de hombres ni por mediación de hombre alguno, sino por Jesucristo y por Dios Padre, que lo resucitó de entre los muertos,

2 y todos los hermanos que están conmigo, a las iglesias de Galacia:

3 Gracia y paz a vosotros de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo,

4 el cual se entregó a sí mismo por nuestros pecados, para librarnos de este presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre,

5 a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

6 Me maravillo de que abandonéis tan pronto al que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente.

7 No es que haya otro evangelio, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo.

8 Pero si aun nosotros, o un ángel del cielo, os predicara un evangelio distinto del que os hemos predicado, sea anatema.

9 Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: si alguno os predica un evangelio distinto del que habéis recibido, sea anatema.

10 Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Porque si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo.

11 Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí no es según invención humana.

12 Pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo.

13 Porque ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, de
cómo perseguía sobremanera a la iglesia de Dios y la asolaba.

14 Y en el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación,
siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres.

15 Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y me
llamó por su gracia,

16 revelar a su Hijo en mí, para que yo lo predicase entre los gentiles, no consulté
enseguida con carne y sangre,

17 ni subí a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo; sino que fui a Arabia,
y volví de nuevo a Damasco.

18 Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro, y permanecí con
él quince días.

19 Pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Santiago el hermano del Señor.

20 En esto que os escribo, he aquí delante de Dios que no miento.

21 Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia.

22 Y yo era desconocido de vista a las iglesias de Judea que eran en Cristo;

23 solamente oían decir: «Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica
la fe que en otro tiempo asolaba».

24 Y glorificaban a Dios en mí.

Capítulo 2

1 Después, pasados catorce años, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando
también conmigo a Tito.

2 Pero subí a causa de una revelación, y les expuse el evangelio que predico entre
los gentiles, haciéndolo en privado ante los de mayor reputación, para no correr o
haber corrido en vano.

3 Mas ni aun Tito, que estaba conmigo, con todo y ser griego, fue obligado a circuncidarse.

4 Y esto a pesar de los falsos hermanos introducidos a escondidas, que entraban para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para reducirnos a esclavitud,

5 a los cuales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros.

6 Pero de los que tenían reputación de ser algo, lo que hayan sido en otro tiempo nada me importa, Dios no hace acepción de personas; a mí, pues, los de reputación nada nuevo me comunicaron.

7 Antes por el contrario, como vieron que me había sido encomendado el evangelio de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión,

8 pues el que actuó en Pedro para el apostolado de la circuncisión, actuó también en mí para con los gentiles,

9 y reconociendo la gracia que me había sido dada, Santiago, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo, para que nosotros fuésemos a los gentiles, y ellos a la circuncisión.

10 Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres; lo cual también procuré con diligencia hacer.

11 Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar.

12 Pues antes que viniesen algunos de parte de Santiago, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión.

13 Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos.

14 Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio,
dije a Pedro delante de todos: «Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no
como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?»

15 Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles,

16 sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de
Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por
la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie
será justificado.

17 Y si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pe-
cadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado? En ninguna manera.

18 Porque si las cosas que destruí, las mismas vuelvo a edificar, transgresor me
hago.

19 Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios.

20 Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en
mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me
amó y se entregó a sí mismo por mí.

21 No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por
demás murió Cristo.

Capítulo 3

1 ¡Oh, gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a voso-
tros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente como crucificado?

2 Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley,
o por el oír con fe?

3 ¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar
por la carne?

4 ¿Tantas cosas habéis padecido en vano? Si es que realmente fue en vano.

5 Aquel, pues, que os suministra el Espíritu y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?

6 Así Abraham «creyó a Dios, y le fue contado por justicia».

7 Sabed, por tanto, que los que son de fe, estos son hijos de Abraham.

8 Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: «En ti serán benditas todas las naciones».

9 De modo que los que son de la fe son bendecidos con el creyente Abraham.

10 Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: «Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas».

11 Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: «El justo por la fe vivirá».

12 Y la ley no es de fe, sino que dice: «El que hiciere estas cosas vivirá por ellas».

13 Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, porque está escrito: «Maldito todo el que es colgado en un madero»,

14 para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.

15 Hermanos, hablo en términos humanos: Un pacto, aunque sea de hombre, una vez ratificado, nadie lo invalida, ni le añade.

16 Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su descendencia. No dice: «Y a las descendencias», como si hablara de muchos, sino como de uno: «Y a tu descendencia», la cual es Cristo.

17 Esto, pues, digo: El pacto previamente ratificado por Dios para con Cristo, la ley que vino cuatrocientos treinta años después, no lo abroga, para invalidar la promesa.

18 Porque si la herencia es por la ley, ya no es por la promesa; pero Dios la concedió a Abraham mediante la promesa.

19 Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la descendencia a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador.

20 Y el mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno.

21 ¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios? En ninguna manera; porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia sería verdaderamente por la ley.

22 Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes.

23 Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada.

24 De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe.

25 Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo,

26 pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús.

27 Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.

28 Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.

29 Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.

Capítulo 4

1 Pero yo digo que mientras el heredero es niño, en nada difiere de un esclavo, aunque es señor de todo,

2 sino que está bajo tutores y administradores hasta el tiempo señalado por el padre.

3 Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los principios elementales del mundo.

4 Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley,

5 para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.

6 Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: «¡Abba, Padre!».

7 Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.

8 Ciertamente, en otro tiempo, no conociendo a Dios, servíais a los que por naturaleza no son dioses.

9 Mas ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres principios elementales, a los cuales os queréis volver a esclavizar?

10 Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años.

11 Me temo por vosotros, que haya trabajado en vano con vosotros.

12 Os ruego, hermanos, que os hagáis como yo, porque yo también me hice como vosotros. Ningún agravio me hicisteis,

13 pues vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio.

14 Y no me despreciasteis ni me rechazasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo, antes bien me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús.

15 ¿Dónde está, pues, aquella satisfacción que experimentabais? Porque os doy testimonio de que, si hubiera sido posible, os habríais sacado los propios ojos para dármelos.

16 ¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo por deciros la verdad?

17 Tienen celo por vosotros, pero no con buenos propósitos. Antes bien quieren apartaros de nosotros, para que vosotros seáis celosos por ellos.

18 Bueno es mostrar celo en lo bueno siempre, y no solamente cuando estoy presente con vosotros.

19 Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros,

20 quisiera estar presente con vosotros ahora y cambiar mi tono de voz, porque estoy perplejo en cuanto a vosotros.

21 Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley?

22 Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y el otro de la mujer libre.

23 Pero el de la esclava nació según la carne, mas el de la libre, por la promesa.

24 Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos. El uno proviene del monte Sinaí, el cual da a luz hijos para esclavitud; este es Agar.

25 Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues esta, junto con sus hijos, está en esclavitud.

26 Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre.

27 Porque está escrito:
«Alégrate, estéril, la que no das a luz;
prorrumpe y clama, tú que no tienes dolores de parto;
porque más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido».

28 Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa.

29 Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también es ahora.

30 Mas ¿qué dice la Escritura? «Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la mujer libre».

31 De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la mujer libre.

Capítulo 5

1 Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.

2 He aquí, yo, Pablo, os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo.

3 Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley.

4 De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído.

5 Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia.

6 Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.

7 ¡Vosotros corríais bien! ¿Quién os estorbó para no obedecer a la verdad?

8 Esta persuasión no procede de aquel que os llama.

9 Un poco de levadura leuda toda la masa.

10 Yo confío respecto de vosotros en el Señor, que no pensaréis de otro modo; mas el que os perturba llevará su castigo, sea quien sea.

11 Y yo, hermanos, si aún predico la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? En tal caso se habría quitado el tropiezo de la cruz.

12 ¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!

13 Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados. Solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros.

14 Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

15 Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que no seáis consumidos unos por otros.

16 Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne.

17 Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis.

18 Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley.

19 Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia,

20 idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías,

21 envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas. Acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.

22 Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe,

23 mansedumbre, templanza. Contra tales cosas no hay ley.

24 Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.

25 Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu.

26 No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros.

Capítulo 6

1 Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.

2 Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.

3 Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña.

4 Así que, cada uno someta a prueba su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse solo respecto de sí mismo, y no en otro.

5 Porque cada uno llevará su propia carga.

6 El que es enseñado en la palabra, haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye.

7 No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.

8 Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.

9 No nos cansemos, pues, de hacer el bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos.

10 Así que, según tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe.

11 Mirad con cuán grandes letras os escribo de mi propia mano.

12 Todos los que quieren agradar en la carne, estos os obligan a que os circuncidéis, solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo.

13 Porque ni aun los mismos que se circuncidan guardan la ley, sino que quieren que vosotros os circuncidéis, para gloriarse en vuestra carne.

14 Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.

15 Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación.

16 Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos, y al Israel de Dios.

17 De aquí en adelante nadie me cause molestias, porque yo llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús.

18 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu, hermanos. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

EFESIOS

Capítulo 1

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso:

2 Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo,

4 según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él,

5 habiéndonos predestinado en amor para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad,

6 para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.

7 En él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia,

8 que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia,

9 dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo,

10 de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.

11 En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad,

12 a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo.

13 En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa,

14 que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

15 Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos,

16 no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones,

17 para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él,

18 alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos,

19 y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza,

20 la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales,

21 sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero.

22 Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia,

23 la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

Capítulo 2

1 Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestras transgresiones y pecados,

2 en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia.

3 Entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.

4 Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó,

5 aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvados),

6 y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús,

7 para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.

8 Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios;

9 no por obras, para que nadie se gloríe.

10 Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.

11 Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados «incircuncisión» por la llamada «circuncisión» hecha con mano en la carne.

12 En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.

13 Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.

14 Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación,

15 aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados
en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, ha-
ciendo la paz,

16 y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando
en ella las enemistades.

17 Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los
que estaban cerca;

18 porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Es-
píritu al Padre.

19 Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los san-
tos, y miembros de la familia de Dios,

20 edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal
piedra del ángulo Jesucristo mismo,

21 en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo
santo en el Señor;

22 en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en
el Espíritu.

Capítulo 3

1 Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles,

2 si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada
para con vosotros;

3 que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito
brevemente,

4 leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de
Cristo,

5 misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu:

6 que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio,

7 del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder.

8 A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo,

9 y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas;

10 para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales,

11 conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor,

12 en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él.

13 Por lo cual os pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria.

14 Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo,

15 de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra,

16 para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu;

17 para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor,

18 seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura,

19 y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.

20 Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros,

21 a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo 4

1 Por lo tanto, yo, prisionero en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con la que fuisteis llamados,

2 con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor,

3 procurando guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.

4 Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como vosotros también fuisteis llamados en una sola esperanza de vuestra vocación;

5 un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo,

6 un solo Dios y Padre de todos, el cual está sobre todos, y por todos, y en todos vosotros.

7 Pero a cada uno de nosotros se le dio la gracia según la medida del don de Cristo.

8 Por eso dice:
«Subiendo a lo alto,
llevó cautiva la cautividad,
y dio dones a los hombres».

9 Ahora bien, esto de que «subió», ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra?

10 El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo.

11 Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas;
a otros, pastores y maestros,

12 a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación
del cuerpo de Cristo,

13 hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de
Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo;

14 para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento
de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia
las artimañas del error,

15 sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la ca-
beza, esto es, Cristo,

16 de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyun-
turas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, re-
cibe su crecimiento para ir edificándose en amor.

17 Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros genti-
les, que andan en la vanidad de su mente,

18 teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la igno-
rancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón;

19 los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia
para cometer con avidez toda clase de impureza.

20 Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo,

21 si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad
que está en Jesús.

22 En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está vi-
ciado conforme a los deseos engañosos,

23 y renovaos en el espíritu de vuestra mente,

24 y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

25 Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros.

26 «Airaos, pero no pequéis». No se ponga el sol sobre vuestro enojo,

27 ni deis lugar al diablo.

28 El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad.

29 Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.

30 Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.

31 Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia.

32 Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

Capítulo 5

1 Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados.

2 Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante.

3 Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos;

4 ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias.

5 Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios.

6 Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia.

7 No seáis, pues, partícipes con ellos.

8 Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz,

9 porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad,

10 comprobando lo que es agradable al Señor.

11 Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas;

12 porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto.

13 Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas, porque la luz es lo que manifiesta todo.

14 Por lo cual dice: «Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo».

15 Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios,

16 aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos.

17 Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor.

18 No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu,

19 hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones;

20 dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

21 Someteos unos a otros en el temor de Dios.

22 Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor;

23 porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador.

24 Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.

25 Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella,

26 para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra,

27 a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.

28 Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama.

29 Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia,

30 porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos.

31 «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne».

32 Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia.

33 Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.

Capítulo 6

1 Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo.

2 «Honra a tu padre y a tu madre», que es el primer mandamiento con promesa;

3 «para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra».

4 Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en la disciplina y amonestación del Señor.

5 Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo;

6 no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios;

7 sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres,

8 sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ese recibirá del Señor, sea siervo o sea libre.

9 Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas.

10 Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza.

11 Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo.

12 Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales.

13 Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes.

14 Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia,

15 y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz.

16 Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno.

17 Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios;

18 orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos;

19 y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio,

20 por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar.

21 Para que también vosotros sepáis mis asuntos, y lo que hago, todo os lo hará saber Tíquico, hermano amado y fiel ministro en el Señor,

22 el cual envié a vosotros para esto mismo, para que sepáis lo tocante a nosotros, y que consuele vuestros corazones.

23 Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo.

24 La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

FILIPENSES

Capítulo 1

1 Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos:

2 Gracia y paz a vosotros de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

3 Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de vosotros,

4 siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros,

5 por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora;

6 estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.

7 Como me es justo sentir esto de todos vosotros, por cuanto os tengo en el corazón; y en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia.

8 Porque Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo.

9 Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento,

10 para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprensibles para el día de Cristo,

11 llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

12 Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han redundado más bien para el progreso del evangelio,

13 de tal manera que mis prisiones se han hecho patentes en Cristo en todo el pretorio, y a todos los demás.

14 Y la mayoría de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor con mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor.

15 Algunos, a la verdad, predican a Cristo por envidia y contienda; pero otros de buena voluntad.

16 Los unos anuncian a Cristo por contención, no sinceramente, pensando añadir aflicción a mis prisiones;

17 pero los otros por amor, sabiendo que estoy puesto para la defensa del evangelio.

18 ¿Qué, pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún.

19 Porque sé que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación,

20 conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte.

21 Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia.

22 Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger.

23 Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor;

24 pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros.

25 Y confiado en esto, sé que quedaré, que aún permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe,

26 para que abunde vuestra gloria de mí en Cristo Jesús por mi presencia otra vez entre vosotros.

27 Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio,

28 y en nada intimidados por los que se oponen, que para ellos ciertamente es indicio de perdición, mas para vosotros de salvación, y esto de Dios.

29 Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él,

30 teniendo el mismo conflicto que habéis visto en mí, y ahora oís que hay en mí.

Capítulo 2

1 Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia,

2 completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa.

3 Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo;

4 no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.

5 Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús,

6 el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse,

7 sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres;

8 y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

9 Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre,

10 para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra;

11 y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

12 Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor,

13 porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.

14 Haced todo sin murmuraciones y contiendas,

15 para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo;

16 asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado.

17 Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros.

18 Y asimismo gozaos y regocijaos también vosotros conmigo.

19 Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo al saber de vuestro estado;

20 pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros.

21 Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús.

22 Pero ya conocéis los méritos de él, que como hijo a padre ha servido conmigo en el evangelio.

23 Así que a este espero enviaros, luego que yo vea cómo van mis asuntos;

24 y confío en el Señor que yo también iré pronto a vosotros.

25 Mas tuve por necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano y colaborador y compañero de milicia, vuestro mensajero, y ministrador de mis necesidades;

26 porque él tenía gran deseo de veros a todos vosotros, y gravemente se angustió porque habíais oído que había enfermado.

27 Pues en verdad estuvo enfermo, a punto de morir; pero Dios tuvo misericordia de él, y no solamente de él, sino también de mí, para que yo no tuviese tristeza sobre tristeza.

28 Así que le envío con mayor prontitud, para que al verle de nuevo os gocéis, y yo esté con menos tristeza.

29 Recibidle, pues, en el Señor, con todo gozo, y tened en estima a los que son como él;

30 porque por la obra de Cristo estuvo próximo a la muerte, exponiendo su vida para suplir lo que faltaba en vuestro servicio por mí.

Capítulo 3

1 Por lo demás, hermanos míos, gozaos en el Señor. A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro.

2 Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo.

3 Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne.

4 Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más:

5 circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo;

6 en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprensible.

7 Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo.

8 Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo,

9 y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe;

10 a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte,

11 si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.

12 No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús.

13 Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante,

14 prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

15 Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios.

16 Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa.

17 Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros.

18 Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo;

19 el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que solo piensan en lo terrenal.

20 Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo;

21 el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.

Capítulo 4

1 Así que, hermanos míos amados y deseados, gozo y corona mía, estad así firmes en el Señor, amados.

2 Ruego a Evodia y a Síntique, que sean de un mismo sentir en el Señor.

3 Asimismo te ruego también a ti, compañero fiel, que ayudes a estas que combatieron juntamente conmigo en el evangelio, con Clemente también y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida.

4 Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!

5 Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca.

6 Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias.

7 Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

8 Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.

9 Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros.

10 En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis revivido vuestro cuidado de mí; de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad.

11 No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación.

12 Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad.

13 Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

14 Sin embargo, bien hicisteis en participar conmigo en mi tribulación.

15 Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la predicación del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos;

16 pues aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades.

17 No es que busque dádivas, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta.

18 Pero todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis; olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios.

19 Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.

20 Al Dios y Padre nuestro sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.

21 Saludad a todos los santos en Cristo Jesús. Los hermanos que están conmigo os saludan.

22 Todos los santos os saludan, y especialmente los de la casa de César.

23 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

COLOSENSES

Capítulo 1

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, y Timoteo nuestro hermano,

2 a los santos y fieles hermanos en Cristo de Colosas: Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

3 Damos gracias a Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando siempre por vosotros,

4 habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis hacia todos los santos,

5 a causa de la esperanza que os está reservada en los cielos, de la cual habéis oído antes en la palabra de la verdad de la Buena Nueva

6 que os ha llegado, así como está en todo el mundo y da fruto y crece, como lo hace también en vosotros, desde el día en que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en la verdad,

7 así como lo aprendisteis de Epafras, nuestro amado consiervo, que es un fiel servidor de Cristo en favor vuestro,

8 que también nos declaró vuestro amor en el Espíritu.

9 Por esta razón, nosotros también, desde el día en que oímos esto, no cesamos de orar y de pedir por vosotros, para que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espirituales,

10 a fin de que andéis dignamente del Señor, para agradarle en todo, llevando fruto en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios,

11 fortalecidos con todo poder según el poder de su gloria, para toda resistencia y perseverancia con alegría,

12 dando gracias al Padre, que nos hizo aptos para ser partícipes de la herencia de los santos en la luz,

13 que nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor,

14 en quien tenemos nuestra redención, el perdón de nuestros pecados.

15 Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación.

16 Porque por él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades. Todo ha sido creado por medio de él y para él.

17 Él es antes de todas las cosas, y en él se mantienen todas las cosas.

18 Él es la cabeza del cuerpo, la iglesia, que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia.

19 Porque toda la plenitud se complació en habitar en él,

20 y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.

21 Vosotros, que en tiempos pasados estabais enajenados y erais enemigos en vuestra mente por vuestras malas acciones,

22 sin embargo, ahora os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por medio de la muerte, para presentaros santos y sin defecto e irreprochables ante él,

23 si es que permanecéis en la fe, cimentados y firmes, y no os apartáis de la esperanza de la Buena Nueva que habéis oído, que se proclama en toda la creación bajo el cielo, de la cual yo, Pablo, fui hecho servidor.

24 Ahora me regocijo en mis padecimientos por causa de vosotros, y lleno por mi parte lo que falta de las aflicciones de Cristo en mi carne por causa de su cuerpo, que es la iglesia,

25 de la cual fui hecho siervo según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros para cumplir la palabra de Dios,

26 el misterio que ha estado oculto por siglos y generaciones. Pero ahora ha sido revelado a sus santos,

27 a quienes Dios quiso dar a conocer cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria.

28 Nosotros lo anunciamos, amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre con toda sabiduría, a fin de presentar a todo hombre perfecto en Cristo Jesús;

29 para lo cual también trabajo, esforzándome según su obra, que actúa poderosamente en mí.

Capítulo 2

1 Porque quiero que sepáis lo mucho que lucho por vosotros y por los de Laodicea, y por todos los que no han visto mi rostro en la carne;

2 para que vuestros corazones sean consolados, estando unidos en el amor, y obteniendo todas las riquezas de la plena seguridad del entendimiento, a fin de que conozcáis el misterio de Dios, tanto del Padre como de Cristo,

3 en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.

4 Ahora bien, digo esto para que nadie os engañe con la persuasión de las palabras.

5 Porque aunque estoy ausente en la carne, estoy con vosotros en el espíritu, alegrándome y viendo vuestro orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo.

6 Así pues, de la misma manera que recibisteis a Cristo Jesús, el Señor, andad en él,

7 arraigados y edificados en él, y confirmados en la fe, tal como habéis sido enseñados, abundando en ella con acción de gracias.

8 Tened cuidado de no dejar que nadie os robe con su filosofía y vano engaño, según la tradición de los hombres, según los espíritus elementales del mundo, y no según Cristo.

9 Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad,

10 y en él sois hechos plenos, que es la cabeza de todo principado y potestad.

11 En él también fuisteis circuncidados con una circuncisión no hecha de mano, despojándoos del cuerpo de los pecados de la carne, en la circuncisión de Cristo,

12 habiendo sido sepultados con él en el bautismo, en el cual también fuisteis resucitados con él mediante la fe en la acción de Dios, que lo resucitó de entre los muertos.

13 Vosotros estabais muertos por vuestros delitos y por la incircuncisión de vuestra carne. Él os dio vida junto con él, habiéndonos perdonado todos nuestros delitos,

14 borrando la letra de las ordenanzas que había contra nosotros. La ha quitado de en medio, clavándola en la cruz.

15 Habiendo despojado a los principados y a las potestades, los exhibió abiertamente, triunfando sobre ellos en ella.

16 Nadie, pues, os juzgue en el comer o en el beber, o en cuanto a la fiesta, la luna nueva o el día de reposo,

17 que son sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo.

18 Que nadie os despoje de vuestro premio humillándose a sí mismo y adorando a los ángeles, deteniéndose en lo que no ha visto, envanecido por su mente carnal,

19 y sin aferrarse firmemente a la Cabeza, de la cual todo el cuerpo, abastecido y unido por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento de Dios.

20 Si habéis muerto con Cristo de los espíritus elementales del mundo, ¿por qué, como si vivierais en el mundo, os sometéis a las ordenanzas,

21 «no manejes, ni pruebes, ni toques»

22 (todo lo cual perece con el uso), según los preceptos y doctrinas de los hombres?

23 Estas cosas, en efecto, parecen sabiduría en el culto autoimpuesto, en la humildad y en la severidad hacia el cuerpo, pero no tienen ningún valor contra la complacencia de la carne.

Capítulo 3

1 Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios.

2 Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.

3 Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

4 Cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con él en la gloria.

5 Haced morir, pues, vuestros miembros que están en la tierra: la inmoralidad sexual, la impureza, la pasión depravada, el mal deseo y la codicia, que es idolatría.

6 Por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la desobediencia.

7 En otro tiempo también anduvisteis en ellas, cuando vivíais en ellas,

8 pero ahora debéis desecharlas todas: la ira, el enojo, la malicia, la calumnia y el hablar vergonzoso de vuestra boca.

9 No os mintáis los unos a los otros, ya que os habéis despojado del viejo hombre con sus obras,

10 y os habéis revestido del nuevo hombre, que se renueva en el conocimiento según la imagen de su Creador,

11 donde no puede haber griego y judío, circuncisión e incircuncisión, bárbaro, escita, siervo o libre, sino que Cristo es todo y en todos.

12 Vestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de un corazón compasivo, bondadoso, humilde y perseverante;

13 soportándoos los unos a los otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra alguno; como Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros.

14 Sobre todas estas cosas, andad en amor, que es el vínculo de la perfección.

15 Y que la paz de Dios reine en vuestros corazones, a la que también fuisteis llamados en un solo cuerpo, y sed agradecidos.

16 Que la palabra de Cristo habite abundantemente en vosotros, enseñándoos y amonestándoos unos a otros con sabiduría, con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestro corazón al Señor.

17 Todo lo que hagáis, de palabra o de obra, hacedlo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

18 Esposas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor.

19 Maridos, amad a vuestras mujeres y no os amargueis con ellas.

20 Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor.

21 Padres, no provoquéis a vuestros hijos, para que no se desanimen.

22 Siervos, obedeced en todo a los que son vuestros amos según la carne, no sólo cuando miran, como los que agradan a los hombres, sino con sencillez de corazón, temiendo a Dios.

23 Y todo lo que hagáis, trabajad de corazón, como para el Señor y no para los hombres,

24 sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, pues servís al Señor Cristo.

25 Pero el que hace el mal, recibirá de nuevo el mal que ha hecho, y no hay parcialidad.

Capítulo 4

1 Amos, dad a vuestros siervos lo que es justo y equitativo, sabiendo que también vosotros tenéis un amo en el cielo.

2 Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias,

3 orando juntos también por nosotros, para que Dios nos abra una puerta para la palabra, para hablar del misterio de Cristo, por el que yo también estoy preso,

4 a fin de revelarlo como debo hablar.

5 Andad con sabiduría hacia los que están fuera, redimiendo el tiempo.

6 Hablad siempre con gracia, sazonados con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno.

7 Todos mis asuntos os serán dados a conocer por Tíquico, el hermano amado, siervo fiel y compañero de fatigas en el Señor.

8 Lo envío a vosotros con este mismo propósito, para que conozca vuestras circunstancias y consuele vuestros corazones,

9 junto con Onésimo, el hermano fiel y amado, que es uno de vosotros. Ellos os darán a conocer todo lo que ocurre aquí.

10 Os saludan Aristarco, mi compañero de prisión, y Marcos, el primo de Bernabé (sobre el que recibisteis instrucciones: «si viene a vosotros, recibidlo»),

11 y Jesús, que se llama Justo. Estos son mis únicos compañeros de trabajo por el Reino de Dios que son de la circuncisión, hombres que han sido un consuelo para mí.

12 Os saluda Epafras, que es uno de vosotros, siervo de Cristo, procurando siempre por vosotros en sus oraciones, para que estéis perfectos y completos en toda la voluntad de Dios.

13 Porque doy testimonio de él de que tiene gran celo por vosotros, por los de Laodicea y por los de Hierápolis.

14 Os saludan Lucas, el médico amado, y Demas.

15 Saludad a los hermanos que están en Laodicea, con Ninfas y la iglesia que está en su casa.

16 Cuando se haya leído esta carta entre vosotros, haced que se lea también en la iglesia de los laodicenses, y que leáis también la carta de Laodicea.

17 Decid a Arquipo: «Cuida el ministerio que has recibido en el Señor, para que lo cumplas».

18 Yo, Pablo, escribo este saludo con mi propia mano. Recordad mis cadenas. Que la gracia esté con vosotros. Amén.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

1 TESALONICENSES

Capítulo 1

1 Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el
Señor Jesucristo: Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Se-
ñor Jesucristo.

2 Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, mencionándoos en nuestras
oraciones,

3 recordando sin cesar vuestra obra de fe, trabajo de amor y perseverancia de es-
peranza en nuestro Señor Jesucristo, ante nuestro Dios y Padre.

4 Sabemos, hermanos amados por Dios, que sois elegidos,

5 y que nuestra Buena Noticia os llegó no sólo de palabra, sino también con po-
der, con el Espíritu Santo y con mucha convicción. Bien sabéis qué clase de hom-
bres nos mostramos entre vosotros por vuestro bien.

6 Os convertisteis en imitadores de nosotros y del Señor, habiendo recibido la pa-
labra en medio de mucha aflicción, con alegría del Espíritu Santo,

7 de modo que llegasteis a ser un ejemplo para todos los que creen en Macedonia
y en Acaya.

8 Porque partiendo de vosotros se ha proclamado la palabra del Señor, no sólo en
Macedonia y Acaya, sino también en todos los lugares donde ha llegado vuestra fe
hacia Dios, de modo que no tenemos necesidad de decir nada.

9 Porque ellos mismos informan acerca de nosotros sobre la acogida que tuvimos
por parte de vosotros, y de cómo os convertisteis de los ídolos a Dios para servir a
un Dios vivo y verdadero,

10 y para esperar de los cielos a su Hijo, al que ha resucitado de entre los muertos:
a Jesús, que nos libra de la ira venidera.

Capítulo 2

1 Porque vosotros mismos sabéis, hermanos, que nuestra visita a vosotros no fue en vano,

2 sino que, habiendo sufrido antes y siendo tratados vergonzosamente en Filipos, como ya sabéis, nos llenamos de valor en nuestro Dios para anunciaros la Buena Nueva de Dios en medio de mucha oposición.

3 Porque nuestra exhortación no procedió del error, ni de la impureza, ni con engaño.

4 Sino que, como hemos sido aprobados por Dios para que se nos confíe la Buena Nueva, así hablamos; no como para complacer a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones.

5 Porque en ningún momento usamos palabras de adulación, como sabéis, ni nos encubrimos con avaricia (Dios es testigo),

6 ni buscamos la gloria de los hombres (ni de vosotros ni de otros), aunque podríamos haber reclamado autoridad como apóstoles de Cristo.

7 Al contrario, fuimos tiernos entre vosotros, como una nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos.

8 Teniendo tanto afecto por vosotros, nos agradó comunicaros no sólo la Buena Nueva de Dios, sino también nuestras propias vidas, porque os habíais hecho muy queridos para nosotros.

9 Porque os acordáis, hermanos, de nuestros trabajos y fatigas; pues trabajando de noche y de día, para no ser una carga para ninguno de vosotros, os predicamos la Buena Nueva de Dios.

10 Vosotros sois testigos, y Dios también, de lo santa, justa e irreprochablemente que nos comportamos con vosotros los creyentes.

11 Como sabéis, exhortábamos, consolábamos y rogábamos a cada uno de vosotros, como lo hace un padre con sus propios hijos,

12 con el fin de que anduvieseis dignamente delante de Dios, que os llama a su Reino y a su gloria.

13 Por eso también damos gracias a Dios sin cesar, porque cuando recibisteis de nosotros la palabra del mensaje de Dios, la aceptasteis no como palabra de hombres, sino como lo que es en verdad, la palabra de Dios, que también actúa en vosotros los que creéis.

14 Porque vosotros, hermanos, os hicisteis imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea; pues también vosotros sufristeis de vuestros propios compatriotas las mismas cosas que ellos padecieron de los judíos,

15 los cuales mataron tanto al Señor Jesús como a los profetas, y a nosotros nos expulsaron; no agradan a Dios y son contrarios a todos los hombres,

16 prohibiéndonos hablar a los gentiles para que se salven, colmando así siempre la medida de sus pecados. Pero la ira ha venido sobre ellos hasta el extremo.

17 Pero nosotros, hermanos, separados de vosotros por un corto tiempo, en presencia pero no en corazón, nos esforzamos aún más por ver vuestro rostro con gran deseo.

18 Porque queríamos ir a vosotros (de hecho, yo, Pablo, lo intenté una y otra vez), pero Satanás nos lo impidió.

19 Pues, ¿cuál es nuestra esperanza, alegría o corona de la que nos gloriemos? ¿No lo sois precisamente vosotros delante de nuestro Señor Jesús en su venida?

20 Porque vosotros sois nuestra gloria y nuestra alegría.

Capítulo 3

1 Por eso, no pudiendo soportarlo más, nos pareció bien quedarnos solos en Atenas,

2 y enviamos a Timoteo, nuestro hermano y servidor de Dios en la Buena Nueva de Cristo, para fortaleceros y consolaros en vuestra fe,

3 a fin de que nadie se inquiete por estas aflicciones. Porque vosotros mismos sabéis que hemos sido destinados para esto.

4 Porque ciertamente, cuando estábamos con vosotros, os advertimos de antemano que íbamos a pasar por aflicciones, tal como sucedió y bien sabéis.

5 Por esta razón, cuando yo ya no podía soportar más, envié a Timoteo para informarme de vuestra fe, por temor a que el tentador os hubiera tentado de alguna manera, y nuestro trabajo hubiera sido en vano.

6 Pero ahora que Timoteo acaba de regresar de vosotros a nosotros, y nos ha traído las buenas noticias de vuestra fe y amor, y de que siempre guardáis un buen recuerdo de nosotros, anhelando vernos así como nosotros también a vosotros,

7 por esta razón, hermanos, fuimos consolados acerca de vosotros en medio de toda nuestra necesidad y aflicción por causa de vuestra fe.

8 Porque ahora vivimos, si permanecéis firmes en el Señor.

9 ¿Qué acción de gracias podemos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos alegramos por causa vuestra delante de nuestro Dios,

10 orando fervientemente de noche y de día para poder ver vuestro rostro y completar lo que falta a vuestra fe?

11 Que nuestro Dios y Padre mismo, y nuestro Señor Jesús, dirijan nuestro camino hacia vosotros.

12 Que el Señor os haga crecer y abundar en el amor de unos para con otros y para con todos, como también nosotros lo hacemos para con vosotros,

13 a fin de que él afirme vuestros corazones para que sean irreprochables en santidad delante de nuestro Dios y Padre, en la venida de nuestro Señor Jesús con todos sus santos.

Capítulo 4

1 Por último, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús, que así como habéis recibido de nosotros cómo debéis andar y agradar a Dios, abundéis más y más.

2 Porque ya sabéis qué instrucciones os hemos dado por medio del Señor Jesús.

3 Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación, que os abstengáis de la inmoralidad sexual,

4 que cada uno de vosotros sepa dominar su propio cuerpo en santificación y honor,

5 no en la pasión de la lujuria, como los gentiles que no conocen a Dios,

6 que nadie se aproveche ni agravie a un hermano o hermana en este asunto; porque el Señor es vengador en todas estas cosas, como también os lo advertimos y testificamos.

7 Porque Dios no nos llamó para la impureza, sino para la santificación.

8 Por tanto, el que rechaza esto no rechaza al hombre, sino a Dios, que también os ha dado su Espíritu Santo.

9 Pero en cuanto al amor fraternal, no tenéis necesidad de que se os escriba. Porque vosotros mismos habéis sido enseñados por Dios a amaros los unos a los otros,

10 pues de hecho lo hacéis con todos los hermanos que hay en toda Macedonia. Pero os exhortamos, hermanos, a que abundéis cada vez más;

11 y a que os propongáis llevar una vida tranquila, ocupándoos de vuestros propios asuntos y trabajando con vuestras propias manos, tal como os hemos instruido,

12 para que os conduzcáis debidamente con los que están fuera y no tengáis necesidad de nada.

13 Pero no queremos que ignoréis, hermanos, lo de los que han dormido, para que
no os entristezcáis como los demás, que no tienen esperanza.

14 Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, también Dios traerá consigo a
los que durmieron en Jesús.

15 Porque esto os decimos por la palabra del Señor: que nosotros, los que vivi-
mos, los que quedamos hasta la venida del Señor, no precederemos en modo al-
guno a los que han dormido.

16 Porque el Señor mismo descenderá del cielo con un grito, con la voz del arcán-
gel y con la trompeta de Dios. Los muertos en Cristo resucitarán primero,

17 y luego nosotros, los que quedemos vivos, seremos arrebatados con ellos en las
nubes para recibir al Señor en el aire. Así estaremos con el Señor para siempre.

18 Por eso, consolaos unos a otros con estas palabras.

Capítulo 5

1 Pero en cuanto a los tiempos y las estaciones, hermanos, no tenéis necesidad de
que se os escriba nada.

2 Porque vosotros mismos sabéis bien que el día del Señor viene como un ladrón
en la noche.

3 Porque cuando digan: «Paz y seguridad», entonces vendrá sobre ellos una des-
trucción repentina, como los dolores de parto de una mujer embarazada. Enton-
ces no podrán escapar de ninguna manera.

4 Pero vosotros, hermanos, no estáis en las tinieblas, para que el día os sorprenda
como un ladrón.

5 Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día. No pertenecemos a la noche ni
a las tinieblas,

6 así que no durmamos, como los demás, sino velemos y seamos sobrios.

7 Porque los que duermen, duermen de noche; y los que se emborrachan, se emborrachan de noche.

8 Pero ya que pertenecemos al día, seamos sobrios, poniéndonos la coraza de la fe y del amor, y por yelmo, la esperanza de la salvación.

9 Porque Dios no nos destinó a la ira, sino a la obtención de la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo,

10 quien murió por nosotros, para que, ya sea que estemos despiertos o durmiendo, vivamos junto con él.

11 Exhortaos, pues, unos a otros, y edificaos mutuamente, como también vosotros lo hacéis.

12 Pero os rogamos, hermanos, que conozcáis a los que trabajan entre vosotros y os presiden en el Señor y os amonestan,

13 y que los respetéis y honréis con amor por su trabajo. Estad en paz entre vosotros.

14 Os exhortamos, hermanos: Amonestad a los desordenados; animad a los pusilánimes; apoyad a los débiles; sed pacientes con todos.

15 Procurad que nadie devuelva a nadie mal por mal, sino que sigáis siempre lo que es bueno para los unos y para los otros.

16 Alegraos siempre.

17 Orad sin cesar.

18 Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús.

19 No apaguéis el Espíritu.

20 No despreciéis las profecías.

21 Probad todas las cosas y retened firmemente lo que es bueno.

22 Absteneos de toda forma de maldad.

23 Que el mismo Dios de la paz os santifique por completo. Que todo vuestro espíritu, vuestra alma y vuestro cuerpo se conserven irreprochables en la venida de nuestro Señor Jesucristo.

24 Es fiel el que os llama, que también lo hará.

25 Hermanos, orad por nosotros.

26 Saludad a todos los hermanos con un beso santo.

27 Os ordeno solemnemente por el Señor que esta carta sea leída a todos los santos hermanos.

28 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

2 TESALONICENSES

Capítulo 1

1 Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses en Dios nuestro Padre y en el Señor Jesucristo:

2 Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

3 Estamos obligados a dar siempre gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, porque vuestra fe crece en extremo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás,

4 de modo que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios por vuestra perseverancia y fe en todas vuestras persecuciones y en las aflicciones que soportáis.

5 Esto es una señal evidente del justo juicio de Dios, a fin de que seáis tenidos por dignos del Reino de Dios, por el cual también sufrís.

6 Porque es cosa justa delante de Dios pagar con aflicción a los que os afligen,

7 y daros alivio a vosotros, que estáis afligidos con nosotros, cuando el Señor Jesús se manifieste desde el cielo con sus poderosos ángeles en fuego ardiente,

8 castigando a los que no conocen a Dios, y a los que no obedecen la Buena Nueva de nuestro Señor Jesús,

9 los cuales sufrirán el castigo de la perdición eterna, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder,

10 cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y para ser admirado entre todos los que han creído, porque nuestro testimonio a vosotros fue creído.

11 Con este fin también rogamos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de vuestra vocación, y cumpla con poder todo buen propósito y toda obra de fe,

12 para que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo.

Capítulo 2

1 Ahora bien, hermanos, en cuanto a la venida de nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con él, os pedimos

2 que no os dejéis sacudir rápidamente en vuestro ánimo ni os turbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si proviniera de nosotros, en el sentido de que el día del Señor ya ha llegado.

3 Que nadie os engañe en modo alguno. Porque no vendrá sin que antes ocurra la rebelión, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición.

4 Este se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto, de modo que se sienta en el templo de Dios, haciéndose pasar por Dios.

5 ¿No os acordáis de que, cuando aún estaba con vosotros, os dije estas cosas?

6 Y ahora sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste.

7 Porque el misterio de la iniquidad ya está en acción. Sólo que ahora hay uno que lo detiene, hasta que sea quitado de en medio.

8 Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el soplo de su boca y destruirá con el resplandor de su venida;

9 inicuo cuya venida es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos,

10 y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos.

11 Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira,

12 a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.

13 Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad,

14 a lo cual os llamó mediante nuestra Buena Noticia, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo.

15 Así que, hermanos, manteneos firmes y conservad las tradiciones que os hemos enseñado, ya sea de palabra o por carta nuestra.

16 Y que el mismo Señor nuestro Jesucristo, y Dios nuestro Padre, el cual nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia,

17 conforte vuestros corazones y os confirme en toda buena palabra y obra.

Capítulo 3

1 Por último, hermanos, rogad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros,

2 y para que seamos librados de hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe.

3 Pero fiel es el Señor, que os afirmará y os guardará del mal.

4 Y tenemos confianza respecto a vosotros en el Señor, en que hacéis y haréis lo que os hemos mandado.

5 Que el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios y a la paciencia de Cristo.

6 Pero os ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente y no según la tradición que recibisteis de nosotros.

7 Porque vosotros mismos sabéis de qué manera debéis imitarnos; pues nosotros
no anduvimos desordenadamente entre vosotros,

8 ni comimos de balde el pan de nadie, sino que trabajamos con afán y fatiga de
día y de noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros.

9 No porque no tuviésemos derecho, sino por daros en nosotros un ejemplo para
que nos imitaseis.

10 Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: «Si al-
guno no quiere trabajar, tampoco coma».

11 Porque oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no tra-
bajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno.

12 A los tales mandamos y exhortamos por nuestro Señor Jesucristo, que traba-
jando sosegadamente, coman su propio pan.

13 Pero vosotros, hermanos, no os canséis de hacer el bien.

14 Si alguno no obedece a lo que decimos por medio de esta carta, tomad nota de
ese hombre y no os juntéis con él, para que se avergüence.

15 Sin embargo, no lo tengáis por enemigo, sino amonestadle como a hermano.

16 Y el mismo Señor de paz os dé siempre paz en toda manera. El Señor sea con
todos vosotros.

17 La salutación es de mi propia mano, de Pablo, que es la marca en toda carta
mía; así escribo.

18 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

1 TIMOTEO

Capítulo 1

1 Pablo, apóstol de Jesucristo por mandato de Dios nuestro Salvador, y del Señor Jesucristo nuestra esperanza,

2 a Timoteo, verdadero hijo en la fe: Gracia, misericordia y paz, de parte de Dios nuestro Padre y de Cristo Jesús nuestro Señor.

3 Como te rogué al partir para Macedonia, quédate en Éfeso, para que mandes a algunos que no enseñen una doctrina diferente,

4 ni presten atención a fábulas y genealogías interminables, que acarrean disputas más bien que la edificación de Dios que es por la fe.

5 Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida,

6 de las cuales cosas desviándose algunos, se apartaron a vana palabrería,

7 queriendo ser maestros de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman con rotundidad.

8 Pero sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente;

9 conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas,

10 para los fornicarios, para los sodomitas, para los secuestradores, para los mentirosos y perjuros, y para cuanto se oponga a la sana doctrina,

11 según el glorioso evangelio del Dios bendito, que a mí me ha sido encomendado.

12 Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio,

13 habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad.

14 Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús.

15 Palabra fiel es esta, y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.

16 Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna.

17 Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

18 Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia,

19 manteniendo la fe y buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos,

20 de los cuales son Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar.

Capítulo 2

1 Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres;

2 por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad.

3 Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador,

4 el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.

5 Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre,

6 el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo.

7 Para esto yo fui constituido predicador y apóstol (digo verdad en Cristo, no miento), y maestro de los gentiles en fe y verdad.

8 Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda.

9 Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos,

10 sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad.

11 La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción.

12 Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio.

13 Porque Adán fue formado primero, después Eva;

14 y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión.

15 Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia.

Capítulo 3

1 Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea.

2 Pero es necesario que el obispo sea irreprensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar;

3 no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro;

4 que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad

5 (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?);

6 no un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo.

7 También es necesario que tenga buen testimonio de los de afuera, para que no caiga en descrédito y en lazo del diablo.

8 Los diáconos asimismo deben ser honestos, sin doblez, no dados a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas;

9 que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia.

10 Y estos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado, si son irreprensibles.

11 Las mujeres asimismo sean honestas, no calumniadoras, sino sobrias, fieles en todo.

12 Los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas.

13 Porque los que ejerzan bien el diaconado, ganan para sí un grado honroso, y mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús.

14 Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte,

15 para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad.

16 E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad:
Dios fue manifestado en carne,
Justificado en el Espíritu,
Visto de los ángeles,

Predicado a los gentiles,
Creído en el mundo,
Recibido arriba en gloria.

Capítulo 4

1 Pero el Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios,

2 por la hipocresía de hombres que hablan mentiras, teniendo cauterizada la conciencia,

3 prohibiendo casarse, y mandando abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad.

4 Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias;

5 porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado.

6 Si enseñas a los hermanos estas cosas, serás buen ministro de Jesucristo, nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido.

7 Desecha las fábulas profanas y de viejas. Ejercítate para la piedad;

8 porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera.

9 Palabra fiel es esta, y digna de ser recibida por todos.

10 Que por esto mismo trabajamos y sufrimos oprobios, porque esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen.

11 Esto manda y enseña.

12 Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza.

13 Entre tanto que voy, ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza.

14 No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio.

15 Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos.

16 Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren.

Capítulo 5

1 No reprendas al anciano, sino exhórtale como a padre; a los más jóvenes, como a hermanos;

2 a las ancianas, como a madres; a las jovencitas, como a hermanas, con toda pureza.

3 Honra a las viudas que en verdad lo son.

4 Pero si alguna viuda tiene hijos, o nietos, aprendan estos primero a ser piadosos para con su propia familia, y a recompensar a sus padres; porque esto es lo bueno y agradable delante de Dios.

5 Mas la que en verdad es viuda y ha quedado sola, espera en Dios, y es diligente en súplicas y oraciones noche y día.

6 Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta.

7 Manda también estas cosas, para que sean irreprensibles;

8 porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo.

9 Sea puesta en la lista sólo la viuda no menor de sesenta años, que haya sido esposa de un solo marido,

10 que tenga testimonio de buenas obras; si ha criado hijos; si ha practicado la hospitalidad; si ha lavado los pies de los santos; si ha socorrido a los afligidos; si ha practicado toda buena obra.

11 Pero viudas más jóvenes no admitas; porque cuando, impulsadas por sus deseos, se rebelan contra Cristo, quieren casarse,

12 incurriendo así en condenación, por haber quebrantado su fe primera.

13 Y a la vez aprenden a ser ociosas, andando de casa en casa; y no solamente ociosas, sino también chismosas y entremetidas, hablando lo que no debieran.

14 Quiero, pues, que las viudas jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen su casa; que no den al adversario ninguna ocasión de maledicencia.

15 Porque ya algunas se han apartado en pos de Satanás.

16 Si algún creyente o alguna creyente tiene viudas, que las mantenga, y no sea gravada la iglesia, a fin de que haya lo suficiente para las que en verdad son viudas.

17 Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar.

18 Pues la Escritura dice: «No pondrás bozal al buey que trilla»; y: «El obrero es digno de su salario.»

19 Contra un anciano no admitas acusación sino con dos o tres testigos.

20 A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman.

21 Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, y de sus ángeles escogidos, que guardes estas cosas sin prejuicios, no haciendo nada con parcialidad.

22 No impongas con ligereza las manos a ninguno, ni participes en pecados ajenos. Consérvate puro.

23 Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades.

24 Los pecados de algunos hombres se hacen patentes antes que ellos vengan a juicio, mas a otros se les descubren después.

25 Asimismo se hacen manifiestas las buenas obras; y las que son de otra manera, no pueden permanecer ocultas.

Capítulo 6

1 Todos los que están bajo el yugo de esclavitud, tengan a sus amos por dignos de todo honor, para que no sea blasfemado el nombre de Dios y la doctrina.

2 Y los que tienen amos creyentes, no los tengan en menos por ser hermanos, sino sírvanles mejor, por cuanto son creyentes y amados los que se benefician de su buen servicio. Esto enseña y exhorta.

3 Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad,

4 está envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas,

5 disputas necias de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia; apártate de los tales.

6 Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento;

7 porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar.

8 Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto.

9 Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición;

10 porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.

11 Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre.

12 Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos.

13 Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato,

14 que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo,

15 la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores,

16 el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.

17 A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos.

18 Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos;

19 atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna.

20 Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia,

21 la cual profesando algunos, se desviaron de la fe. Que la gracia sea contigo. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

2 TIMOTEO

✦

Capítulo 1

1 Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, según la promesa de la vida que es en Cristo Jesús,

2 a Timoteo, mi hijo amado: Gracia, misericordia y paz, de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, nuestro Señor.

3 Doy gracias a Dios, a quien sirvo como mis antepasados, con una conciencia pura. Cuán incesante es mi recuerdo de ti en mis súplicas, noche y día,

4 anhelando verte, recordando tus lágrimas, para llenarme de alegría;

5 trayendo a la memoria la fe sincera que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice y, estoy persuadido, también en ti.

6 Por lo cual te recuerdo que avives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos.

7 Porque Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.

8 Por tanto, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor, ni de mí, su prisionero, sino participa de las aflicciones por la Buena Nueva según el poder de Dios,

9 quien nos salvó y nos llamó con vocación santa, no según nuestras obras, sino según su propio propósito y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos eternos,

10 pero que ahora ha sido revelada por la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús, el cual abolió la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por medio de la Buena Nueva.

11 Para esto fui constituido predicador, apóstol y maestro de los gentiles.

12 Por esta causa también sufro estas cosas. Sin embargo, no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy persuadido de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.

13 Retén la forma de las sanas palabras que oíste de mí, en la fe y el amor que es en Cristo Jesús.

14 Guarda el buen depósito que se te ha encomendado, por medio del Espíritu Santo que mora en nosotros.

15 Ya sabes esto, que me abandonaron todos los que están en Asia, de los cuales son Figelo y Hermógenes.

16 Que el Señor conceda misericordia a la casa de Onesíforo, porque muchas veces me confortó y no se avergonzó de mis cadenas,

17 sino que, cuando estuvo en Roma, me buscó solícitamente y me halló.

18 (Concédale el Señor que halle misericordia del Señor en aquel día); y cuánto nos ayudó en Éfeso, tú lo sabes muy bien.

Capítulo 2

1 Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús.

2 Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.

3 Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo.

4 Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado.

5 Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente.

6 El labrador, para participar de los frutos, debe trabajar primero.

7 Considera lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo.

8 Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi Buena Nueva,

9 en la cual sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor; mas la palabra de Dios no está presa.

10 Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna.

11 Palabra fiel es esta:
«Porque si morimos con él,
también viviremos con él.

12 Si sufrimos,
también reinaremos con él.
Si le negamos,
él también nos negará.

13 Si fuéremos infieles,
él permanece fiel;
porque no puede negarse a sí mismo».

14 Recuérdales esto, exhortándoles delante del Señor a que no contiendan sobre palabras, lo cual para nada aprovecha, sino que es para perdición de los oyentes.

15 Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad.

16 Mas evita profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad,

17 y su palabra carcomerá como gangrena; de los cuales son Himeneo y Fileto,

18 que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos.

19 Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: «Conoce el Señor a los que son suyos»; y: «Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo».

20 En una casa grande, no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para usos honrosos, y otros para usos viles.

21 Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra.

22 Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor.

23 Pero desecha las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas.

24 Porque el siervo del Señor no debe ser pendenciero, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido;

25 que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad,

26 y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él.

Capítulo 3

1 Pero debes saber esto: que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos.

2 Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos,

3 sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno,

4 traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios,

5 que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a estos evita.

6 Porque de estos son los que se meten en las casas y llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas por diversas concupiscencias,

7 que siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad.

8 Y de la manera que Janes y Jambres resistieron a Moisés, así también estos resisten a la verdad; hombres corruptos de entendimiento, réprobos en cuanto a la fe.

9 Mas no irán más adelante; porque su insensatez será manifiesta a todos, como también lo fue la de aquellos.

10 Pero tú has seguido mi doctrina, conducta, propósito, fe, longanimidad, amor, paciencia,

11 persecuciones, padecimientos, como los que me sobrevinieron en Antioquía, en Iconio, en Listra; persecuciones que he sufrido, y de todas me ha librado el Señor.

12 Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución;

13 mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados.

14 Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido;

15 y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús.

16 Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia,

17 a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.

Capítulo 4

1 Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su Reino:

2 que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina.

3 Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias,

4 y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas.

5 Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio.

6 Porque yo ya estoy para ser derramado como una libación, y el tiempo de mi partida está cercano.

7 He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.

8 Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.

9 Procura venir pronto a verme,

10 porque Demas me ha desamparado, amando este mundo, y se ha ido a Tesalónica. Crescente fue a Galacia, y Tito a Dalmacia.

11 Sólo Lucas está conmigo. Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio.

12 A Tíquico lo envié a Éfeso.

13 Trae, cuando vengas, el capote que dejé en Troas en casa de Carpo, y los libros, mayormente los pergaminos.

14 Alejandro el calderero me ha causado muchos males; el Señor le pague conforme a sus hechos.

15 Guárdate tú también de él, pues en gran manera se ha opuesto a nuestras palabras.

16 En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon; no les sea tomado en cuenta.

17 Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león.

18 Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su Reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.

19 Saluda a Prisca y a Aquila, y a la casa de Onesíforo.

20 Erasto se quedó en Corinto, y a Trófimo dejé en Mileto enfermo.

21 Procura venir antes del invierno. Te saludan Eubulo, Pudente, Lino, Claudia y todos los hermanos.

22 El Señor Jesucristo esté con tu espíritu. La gracia sea con vosotros. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

TITO

✦

Capítulo 1

1 Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los elegidos de Dios y el conocimiento de la verdad que es según la piedad,

2 en la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos,

3 y a su debido tiempo manifestó su palabra por medio de la predicación que me fue encomendada por mandato de Dios nuestro Salvador,

4 a Tito, verdadero hijo en la común fe: Gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo, nuestro Salvador.

5 Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo deficiente y estableciese ancianos en cada ciudad, así como te mandé:

6 el que fuere irreprensible, marido de una sola mujer, que tenga hijos creyentes que no estén acusados de disolución ni de rebeldía.

7 Porque es necesario que el obispo sea irreprensible, como administrador de Dios; no soberbio, no iracundo, no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas,

8 sino hospedador, amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, dueño de sí mismo,

9 retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen.

10 Porque hay aún muchos contumaces, habladores de vanidades y engañadores, mayormente los de la circuncisión,

11 a los cuales es preciso tapar la boca; que trastornan casas enteras, enseñando por ganancia deshonesta lo que no conviene.

12 Uno de ellos, su propio profeta, dijo: «Los cretenses, siempre mentirosos, malas bestias, glotones perezosos».

13 Este testimonio es verdadero; por tanto, repréndelos duramente, para que sean sanos en la fe,

14 no atendiendo a fábulas judaicas, ni a mandamientos de hombres que se apartan de la verdad.

15 Todas las cosas son puras para los puros, mas para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas.

16 Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra.

Capítulo 2

1 Pero tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina.

2 Que los ancianos sean sobrios, serios, prudentes, sanos en la fe, en el amor, en la paciencia.

3 Las ancianas asimismo sean reverentes en su porte; no calumniadoras, no esclavas del vino, maestras del bien;

4 que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos,

5 a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada.

6 Exhorta asimismo a los jóvenes a que sean prudentes;

7 presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras; en la enseñanza mostrando integridad, seriedad,

8 palabra sana e irreprochable, de modo que el adversario se avergüence, y no tenga nada malo que decir de vosotros.

9 Exhorta a los siervos a que se sujeten a sus amos, que agraden en todo, que no sean respondones;

10 no defraudando, sino mostrándose fieles en todo, para que en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador.

11 Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres,

12 enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente,

13 aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo,

14 quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.

15 Esto habla, y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te desprecie.

Capítulo 3

1 Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra.

2 Que a nadie difamen, que no sean pendencieros, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres.

3 Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros.

4 Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres,

5 nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo,

6 el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador,

7 para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.

8 Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras. Estas cosas son buenas y útiles a los hombres.

9 Pero evita las cuestiones necias, y genealogías, y contenciones, y discusiones acerca de la ley; porque son vanas y sin provecho.

10 Al hombre que cause divisiones, después de una y otra amonestación deséchalo,

11 sabiendo que el tal se ha pervertido, y peca y está condenado por su propio juicio.

12 Cuando te envíe a Artemas o a Tíquico, apresúrate a venir a mí en Nicópolis, porque allí he determinado pasar el invierno.

13 A Zenas intérprete de la ley, y a Apolos, encamínalos con prontitud, de modo que nada les falte.

14 Y aprendan también los nuestros a ocuparse en buenas obras para los casos de necesidad, para que no sean sin fruto.

15 Todos los que están conmigo te saludan. Saluda a los que nos aman en la fe. Que la gracia sea con todos vosotros. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

FILEMÓN

Capítulo 1

1 Pablo, prisionero de Cristo Jesús, y el hermano Timoteo, a Filemón, nuestro amado colaborador,

2 a la amada hermana Apia, a Arquipo, nuestro compañero de milicia, y a la iglesia que está en tu casa:

3 Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

4 Doy gracias a mi Dios siempre, haciendo mención de ti en mis oraciones,

5 al oír de tu amor y de la fe que tienes hacia el Señor Jesús y para con todos los santos,

6 para que la participación de tu fe se haga eficaz en el pleno conocimiento de todo lo bueno que hay en nosotros en Cristo Jesús.

7 Porque tenemos gran gozo y consolación en tu amor, porque por medio de ti, oh hermano, han sido confortados los corazones de los santos.

8 Por lo cual, aunque tengo mucha franqueza en Cristo para mandarte lo que conviene,

9 más bien te ruego por amor, siendo como soy, Pablo ya anciano, y ahora, además, prisionero de Jesucristo;

10 te ruego por mi hijo Onésimo, a quien engendré en mis prisiones,

11 el cual en otro tiempo te fue inútil, pero ahora a ti y a mí nos es útil.

12 Te lo vuelvo a enviar; tú, pues, recíbele como a mi propio corazón.

13 Yo quisiera retenerle conmigo, para que en tu lugar me sirviese en mis prisiones por la Buena Nueva;

14 pero nada quise hacer sin tu consentimiento, para que tu favor no fuese como por necesidad, sino voluntario.

15 Porque quizás para esto se apartó de ti por algún tiempo, para que le recibieses para siempre;

16 no ya como esclavo, sino como más que esclavo, como hermano amado, mayormente para mí, pero cuánto más para ti, tanto en la carne como en el Señor.

17 Así que, si me tienes por compañero, recíbele como a mí mismo.

18 Y si en algo te dañó, o te debe, ponlo a mi cuenta.

19 Yo Pablo lo escribo de mi propia mano, yo lo pagaré (por no decirte que aun tú mismo te me debes también).

20 Sí, hermano, tenga yo algún provecho de ti en el Señor; conforta mi corazón en el Señor.

21 Te he escrito confiando en tu obediencia, sabiendo que harás aun más de lo que te digo.

22 Prepárame también alojamiento, porque espero que por vuestras oraciones se me concederá ir a vosotros.

23 Te saluda Epafras, mi compañero de prisiones por Cristo Jesús,

24 así como Marcos, Aristarco, Demas y Lucas, mis colaboradores.

25 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HEBREOS

Capítulo 1

1 Dios, habiendo hablado en el pasado a los padres por medio de los profetas en muchas ocasiones y de diversas maneras,

2 al final de estos días nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien nombró heredero de todas las cosas, por quien también hizo el universo.

3 Su Hijo es el resplandor de su gloria, la imagen misma de su sustancia, y sostiene todas las cosas con la palabra de su poder, el cual, después de habernos purificado por sí mismo de nuestros pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas,

4 habiendo llegado a ser tan superior a los ángeles como el nombre más excelente que ha heredado es mejor que el de ellos.

5 Porque ¿a cuál de los ángeles dijo en algún momento:
«Tú eres mi Hijo.
¿Yo te he engendrado hoy?» y otra vez:
«Yo seré para él un Padre,
y él será para mí un Hijo»?

6 Cuando vuelve a traer al primogénito al mundo, dice: «Que todos los ángeles de Dios le adoren».

7 De los ángeles dice:
«Él hace a sus ángeles vientos,
y a sus servidores llama de fuego».

8 Pero del Hijo dice:
«Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos.
El cetro de la rectitud es el cetro de tu Reino.

9 Has amado la justicia y odiado la iniquidad;
por eso Dios, tu Dios, te ha ungido con el aceite de la alegría por encima de tus compañeros».

10 Y:
«Tú, Señor, en el principio, pusiste los cimientos de la tierra.
Los cielos son obra de tus manos.

11 Ellos perecerán, pero tú permaneces.
Todos ellos envejecerán como una vestidura.

12 Los enrollarás como un manto,
y serán cambiados;
pero tú eres el mismo.
Tus años no fallarán».

13 Pero ¿a cuál de los ángeles le ha dicho en algún momento:
«Siéntate a mi derecha,
hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies?»

14 ¿No son todos ellos espíritus servidores, enviados a servir por el bien de los que heredarán la salvación?

Capítulo 2

1 Por lo tanto, debemos prestar más atención a las cosas que hemos oído, para que no nos desviemos.

2 Porque si la palabra hablada por medio de los ángeles resultó firme, y toda transgresión y desobediencia recibió un justo castigo,

3 ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande, la cual, habiendo sido anunciada al principio por medio del Señor, nos fue confirmada por los que oyeron,

4 testificando Dios también con ellos, tanto por señales como por prodigios, por diversos milagros y por dones del Espíritu Santo, según su propia voluntad?

5 Porque no sometió a los ángeles el mundo venidero, del que hablamos.

6 Pero alguien ha testificado en alguna parte, diciendo:
«¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él?
¿O el hijo del hombre, para que le visites?

7 Le hiciste un poco menor que los ángeles.
Le coronaste de gloria y honor.

8 Has sometido todas las cosas bajo sus pies». Porque al someter todas las cosas a él, no dejó nada que no le estuviera sometido. Pero ahora todavía no vemos que todas las cosas le estén sometidas.

9 Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y honor a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios probara la muerte por todos.

10 Porque convenía a aquel por quien son todas las cosas y mediante quien son todas las cosas, que al llevar a muchos hijos a la gloria, perfeccionase mediante aflicciones al autor de la salvación de ellos.

11 Porque tanto el que santifica como los santificados proceden todos de uno, por lo cual no se avergüenza de llamarles hermanos,

12 diciendo:
«Declararé tu nombre a mis hermanos.
En medio de la congregación cantaré tu alabanza».

13 De nuevo: «Pondré mi confianza en él». Y de nuevo: «He aquí, yo y los hijos que Dios me ha dado».

14 Puesto que los hijos participaron de la carne y de la sangre, también él participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo,

15 y librar a todos los que, por el temor a la muerte, estaban durante toda su vida sujetos a esclavitud.

16 Porque ciertamente no socorre a los ángeles, sino que socorre a la descendencia de Abraham.

17 Por eso debía ser hecho semejante a sus hermanos en todo, para llegar a ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel en las cosas que a Dios se refieren, para expiar los pecados del pueblo.

18 Porque por cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.

Capítulo 3

1 Por tanto, hermanos santos, partícipes de un llamamiento celestial, considerad al Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión: Jesús,

2 el cual fue fiel al que le constituyó, como también lo fue Moisés en toda su casa.

3 Pues él ha sido considerado digno de mayor gloria que Moisés, porque el que construyó la casa tiene mayor honor que la casa misma.

4 Porque toda casa es construida por alguien; pero el que construyó todas las cosas es Dios.

5 Moisés, en efecto, fue fiel en toda su casa como siervo, para dar testimonio de lo que después se iba a decir,

6 pero Cristo es fiel como Hijo sobre su casa. Nosotros somos su casa, si retenemos firme hasta el fin nuestra confianza y la gloria de nuestra esperanza.

7 Por tanto, como dice el Espíritu Santo:
"Hoy, si escucháis su voz,

8 no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación,
en el día de la prueba en el desierto,

9 donde vuestros padres me tentaron y me probaron,
y vieron mis obras durante cuarenta años.

10 Por eso me disgusté con esa generación,
y dije: 'Siempre se desvían en su corazón,
y no han conocido mis caminos'.

11 Como juré en mi ira:
'No entrarán en mi reposo'".

12 Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros un corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo;

13 antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: «Hoy», para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado.

14 Porque somos hechos partícipes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin el principio de nuestra confianza,

15 entre tanto que se dice:
«Hoy, si escucháis su voz,
no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación».

16 Porque ¿quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto guiados por Moisés?

17 ¿Y con quiénes estuvo disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto?

18 ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron?

19 Y vemos que no pudieron entrar a causa de la incredulidad.

Capítulo 4

1 Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca haberse quedado atrás.

2 Porque a nosotros también se nos ha anunciado la buena noticia como a ellos;
pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la
oyeron.

3 Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo:
«Como juré en mi ira: No entrarán en mi reposo», aunque las obras estaban aca-
badas desde la fundación del mundo.

4 Porque en un cierto lugar dijo así del séptimo día: «Y reposó Dios de todas sus
obras en el séptimo día»;

5 y otra vez aquí: «No entrarán en mi reposo».

6 Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes pri-
mero se les anunció la buena noticia no entraron por causa de la desobediencia,

7 determina otra vez un cierto día, diciendo por medio de David: «Hoy», después
de tanto tiempo, como se ha dicho:
«Hoy, si escucháis su voz,
no endurezcáis vuestros corazones».

8 Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día.

9 Por tanto, queda un reposo sabático para el pueblo de Dios.

10 Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras,
como Dios de las suyas.

11 Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante
ejemplo de desobediencia.

12 Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de
dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y las médulas,
y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.

13 Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las
cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar
cuenta.

14 Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión.

15 Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

16 Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

Capítulo 5

1 Porque todo sumo sacerdote, tomado de entre los hombres, es designado a favor de los hombres en lo que respecta a Dios, para que ofrezca tanto ofrendas como sacrificios por los pecados.

2 El sumo sacerdote puede tratar con paciencia a los ignorantes y extraviados, porque él mismo está también rodeado de debilidad.

3 Por eso debe ofrecer sacrificios por los pecados, tanto por el pueblo como por sí mismo.

4 Nadie toma para sí este honor, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón.

5 Así también Cristo no se glorificó a sí mismo para ser hecho sumo sacerdote,
sino que fue él quien le dijo:
«Tú eres mi Hijo.
Yo te he engendrado hoy».

6 Como dice también en otro lugar:
«Tú eres sacerdote para siempre,
según el orden de Melquisedec».

7 Él, en los días de su carne, habiendo ofrecido oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que podía librarle de la muerte, fue escuchado a causa de su temor reverente;

8 y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia.

9 Y habiendo sido perfeccionado, llegó a ser autor de salvación eterna para todos los que le obedecen,

10 nombrado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.

11 Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis vuelto tardos para oír.

12 Pues aunque ya deberíais ser maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido.

13 Porque todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de la justicia, porque es niño;

14 pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.

Capítulo 6

1 Por lo tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios,

2 de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno.

3 Y esto haremos, si Dios en verdad lo permite.

4 Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo,

5 y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero,

6 y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a la burla.

7 Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios;

8 pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada.

9 Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación, aunque hablamos así.

10 Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún.

11 Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza,

12 a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas.

13 Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo,

14 diciendo: «De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente».

15 Y habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa.

16 Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el juramento pone fin a toda controversia.

17 Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento;

18 para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros.

19 La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo,

20 donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

Capítulo 7

1 Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió a recibir a Abraham que volvía de la derrota de los reyes, y le bendijo,

2 a quien asimismo dio Abraham los diezmos de todo; cuyo nombre significa primeramente Rey de justicia, y también Rey de Salem, esto es, Rey de paz;

3 sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre.

4 Considerad, pues, cuán grande era este, a quien aun Abraham el patriarca dio diezmos del botín.

5 Ciertamente los que de entre los hijos de Leví reciben el sacerdocio, tienen mandamiento de tomar del pueblo los diezmos según la ley, es decir, de sus hermanos, aunque estos también hayan salido de los lomos de Abraham.

6 Pero aquel cuya genealogía no es contada de entre ellos, tomó de Abraham los diezmos, y bendijo al que tenía las promesas.

7 Y sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor.

8 Y aquí ciertamente reciben los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive.

9 Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos;

10 porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro.

11 Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico (porque bajo él recibió el
pueblo la ley), ¿qué necesidad habría aún de que se levantase otro sacerdote, según
el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón?

12 Porque cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley.

13 Porque aquel de quien se dicen estas cosas, pertenece a otra tribu, de la cual na-
die sirvió al altar.

14 Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada
habló Moisés tocante al sacerdocio.

15 Y esto es aun más manifiesto, si a semejanza de Melquisedec se levanta un sa-
cerdote distinto,

16 no constituido conforme a la ley de un mandamiento acerca de la descenden-
cia, sino según el poder de una vida indestructible.

17 Pues se da testimonio de él:
«Tú eres sacerdote para siempre,
según el orden de Melquisedec».

18 Queda, pues, abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e
ineficacia

19 (pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por
la cual nos acercamos a Dios.

20 Y esto no fue hecho sin juramento;

21 porque los otros ciertamente sin juramento fueron hechos sacerdotes; pero
este, con el juramento del que le dijo:
«Juró el Señor, y no se arrepentirá:
Tú eres sacerdote para siempre,
según el orden de Melquisedec».

22 Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto.

23 Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no
podían continuar;

24 pero este, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable.

25 Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a
Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.

26 Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apar-
tado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos;

27 que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer
primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque
esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.

28 Porque la ley constituye sumos sacerdotes a hombres débiles; pero la palabra
del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre.

Capítulo 8

1 Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal
sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos,

2 ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y
no el hombre.

3 Porque todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrifi-
cios; por lo cual es necesario que también este tenga algo que ofrecer.

4 Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aún sa-
cerdotes que presentan las ofrendas según la ley;

5 los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le
advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: «Mira, haz todas
las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.»

6 Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor
pacto, establecido sobre mejores promesas.

7 Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo.

8 Porque reprendiéndolos dice:
«He aquí vienen días, dice el Señor,
en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto;

9 no como el pacto que hice con sus padres
el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto;
porque ellos no permanecieron en mi pacto,
y yo me desentendí de ellos, dice el Señor.

10 Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel
después de aquellos días, dice el Señor:
Pondré mis leyes en la mente de ellos,
y sobre su corazón las escribiré;
y seré a ellos por Dios,
y ellos me serán a mí por pueblo;

11 y ninguno enseñará a su prójimo,
ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor;
porque todos me conocerán,
desde el menor hasta el mayor de ellos.

12 Porque seré propicio a sus injusticias,
y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades».

13 Al decir: «Nuevo pacto», ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer.

Capítulo 9

1 Ciertamente, incluso el primer pacto tenía ordenanzas de culto divino y un santuario terrenal.

2 Se preparó un tabernáculo. En la primera parte estaban el candelabro, la mesa y
los panes de la proposición, que se llama el Lugar Santo.

3 Después del segundo velo estaba el tabernáculo que se llama el Lugar Santísimo,

4 que tenía un incensario de oro y el arca del pacto recubierta de oro por todos la-
dos, en la que había una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que
reverdeció y las tablas del pacto;

5 y encima querubines de gloria que cubrían el propiciatorio, de lo cual no pode-
mos hablar ahora en detalle.

6 Así preparadas estas cosas, los sacerdotes entraban continuamente en el primer
tabernáculo, cumpliendo los servicios del culto,

7 pero en el segundo sólo entraba el sumo sacerdote, una vez al año, no sin sangre,
la cual ofrecía por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo.

8 El Espíritu Santo está indicando con esto, que el camino hacia el Lugar Santí-
simo no fue revelado todavía mientras el primer tabernáculo estaba en pie.

9 Esto es un símbolo para el tiempo presente, según el cual se ofrecen dones y sa-
crificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que rinde
culto,

10 ya que consisten sólo de comidas y bebidas, de diversas abluciones y ordenan-
zas carnales, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas.

11 Pero Cristo, habiendo venido como sumo sacerdote de los bienes venideros, a
través del mayor y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de
esta creación,

12 ni por la sangre de machos cabríos y becerros, sino por su propia sangre, entró
una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención.

13 Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la bece-
rra rociadas a los impuros, santifican para la purificación de la carne,

14 ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a
sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para
que sirváis al Dios vivo?

15 Por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la
remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reci-
ban la promesa de la herencia eterna.

16 Porque donde hay testamento, es necesario que conste la muerte del testador.

17 Porque el testamento con la muerte se confirma; pues no es válido entre tanto
que el testador vive.

18 De donde ni aun el primer pacto fue instituido sin sangre.

19 Porque habiendo anunciado Moisés todos los mandamientos de la ley a todo el
pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana es-
carlata e hisopo, y roció el mismo libro y también a todo el pueblo,

20 diciendo: «Esta es la sangre del pacto que Dios os ha ordenado.»

21 Y además de esto, roció también con la sangre el tabernáculo y todos los vasos
del ministerio.

22 Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de san-
gre no hay remisión.

23 Era, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así;
pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos.

24 Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero,
sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios;

25 y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar
Santísimo cada año con sangre ajena.

26 De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el princi-
pio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez
para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado.

27 Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez,
y después de esto el juicio,

28 así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos;
y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le
esperan.

Capítulo 10

1 Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de
las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente
cada año, hacer perfectos a los que se acercan.

2 De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que rinden este culto, purificados
una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado.

3 Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados;

4 porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los
pecados.

5 Por lo cual, entrando en el mundo dice:
«Sacrificio y ofrenda no quisiste;
Mas me preparaste cuerpo.

6 Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron.

7 Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad,
Como en el rollo del libro está escrito de mí».

8 Diciendo primero: «Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pe-
cado no quisiste, ni te agradaron» (las cuales cosas se ofrecen según la ley),

9 y diciendo luego: «He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad»; quita
lo primero, para establecer esto último.

10 En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesu-
cristo hecha una vez para siempre.

11 Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados;

12 pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios,

13 de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies;

14 porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.

15 Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho:

16 «Este es el pacto que haré con ellos
Después de aquellos días, dice el Señor:
Pondré mis leyes en sus corazones,
Y en sus mentes las escribiré», añade:

17 «Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones».

18 Pues donde hay remisión de estos, no hay más ofrenda por el pecado.

19 Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo,

20 por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne,

21 y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios,

22 acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura.

23 Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió.

24 Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras;

25 no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.

26 Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados,

27 sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios.

28 El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente.

29 ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?

30 Pues conocemos al que dijo: «Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor». Y otra vez: «El Señor juzgará a su pueblo».

31 ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!

32 Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos;

33 por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante.

34 Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos.

35 No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón;

36 porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.

37 «Porque aún un poquito,
Y el que ha de venir vendrá, y no tardará.

38 Mas el justo vivirá por fe;
Y si retrocediere, no agradará a mi alma».

39 Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma.

Capítulo 11

1 Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.

2 Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos.

3 Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.

4 Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella.

5 Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios.

6 Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.

7 Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor reverente preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe.

8 Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba.

9 Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa;

10 porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.

11 Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y
dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había
prometido.

12 Por lo cual también, de uno, y ese ya casi muerto, salieron como las estrellas del
cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar.

13 Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino
mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranje-
ros y peregrinos sobre la tierra.

14 Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria;

15 pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente te-
nían tiempo de volver.

16 Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza
de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad.

17 Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había reci-
bido las promesas ofrecía su unigénito,

18 habiéndosele dicho: «En Isaac te será llamada descendencia»;

19 pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de
donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir.

20 Por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas venideras.

21 Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apo-
yado sobre el extremo de su bordón.

22 Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio manda-
miento acerca de sus huesos.

23 Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres por tres meses,
porque le vieron niño hermoso, y no temieron el decreto del rey.

24 Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón,

25 escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado,

26 teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón.

27 Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible.

28 Por la fe celebró la pascua y la aspersión de la sangre, para que el que destruía a los primogénitos no los tocase a ellos.

29 Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca; e intentando los egipcios hacer lo mismo, fueron ahogados.

30 Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días.

31 Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz.

32 ¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas;

33 que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones,

34 apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros.

35 Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección; mas otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección.

36 Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles.

37 Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados;

38 de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra.

39 Y todos estos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron
lo prometido;

40 proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos
perfeccionados aparte de nosotros.

Capítulo 12

1 Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de
testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con
paciencia la carrera que tenemos por delante,

2 puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo
puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la dies-
tra del trono de Dios.

3 Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo,
para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar.

4 Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado;

5 y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo:
«Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor,
Ni desmayes cuando eres reprendido por él;

6 Porque el Señor al que ama, disciplina,
Y azota a todo el que recibe por hijo».

7 Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a
quien el padre no disciplina?

8 Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces
sois bastardos, y no hijos.

9 Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los
venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y
viviremos?

10 Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero este para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad.

11 Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.

12 Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas;

13 y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado.

14 Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.

15 Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados;

16 no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura.

17 Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas.

18 Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad,

19 al sonido de la trompeta, y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más,

20 porque no podían soportar lo que se ordenaba: «Si aun una bestia tocare el monte, será apedreada».

21 Y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: «Estoy espantado y temblando»;

22 sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles,

23 a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos,

24 a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.

25 Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos.

26 La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: «Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo».

27 Y esta frase: «Aún una vez», indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inconmovibles.

28 Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia;

29 porque nuestro Dios es fuego consumidor.

Capítulo 13

1 Permanezca el amor fraternal.

2 No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles.

3 Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos; y de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo.

4 Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios.

5 Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: «No te desampararé, ni te dejaré»;

6 de manera que podemos decir confiadamente:
«El Señor es mi ayudador; no temeré
Lo que me pueda hacer el hombre».

7 Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe.

8 Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.

9 No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas.

10 Tenemos un altar, del cual no tienen derecho de comer los que sirven al tabernáculo.

11 Porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento.

12 Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta.

13 Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio;

14 porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir.

15 Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre.

16 Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios.

17 Obedeced a vuestros guías, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso.

18 Rogad por nosotros, pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo.

19 Y más os ruego que lo hagáis así, para que yo os sea restituido más pronto.

20 Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno,

21 os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

22 Os ruego, hermanos, que soportéis la palabra de exhortación, pues os he escrito brevemente.

23 Sabed que está en libertad nuestro hermano Timoteo, con el cual, si viniere pronto, iré a veros.

24 Saludad a todos vuestros guías, y a todos los santos. Los de Italia os saludan.

25 La gracia sea con todos vosotros. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

SANTIAGO

✦

Capítulo 1

1 Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus que están en la Dispersión: Saludos.

2 Hermanos míos, estad contentos cuando caigáis en diversas pruebas,

3 sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia.

4 Dejad que la paciencia tenga su obra perfecta, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte nada.

5 Pero si a alguno de vosotros le falta sabiduría, pídala a Dios, que da a todos con liberalidad y sin reproche, y le será concedida.

6 Pero que pida con fe, sin dudar, porque el que duda es como la ola del mar, impulsada por el viento y zarandeada.

7 Porque ese hombre no debe pensar que recibirá algo del Señor.

8 Es un hombre de doble ánimo, inestable en todos sus caminos.

9 Que el hermano de condición humilde se gloríe en su alta posición;

10 y el rico, en su humillación, porque como la flor de la hierba, pasará.

11 Porque el sol se levanta con el viento abrasador y marchita la hierba; y su flor cae, y la belleza de su aspecto perece. Así también el rico se desvanecerá en sus caminos.

12 Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque cuando haya sido aprobado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman.

13 Que nadie diga cuando es tentado: «Soy tentado por Dios», porque Dios no puede ser tentado por el mal, y él mismo no tienta a nadie.

14 Pero cada uno es tentado cuando es atraído por su propia concupiscencia y seducido.

15 Entonces la concupiscencia, cuando ha concebido, engendra el pecado. El pecado, cuando ha crecido, produce la muerte.

16 No os dejéis engañar, mis amados hermanos.

17 Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo alto, del Padre de las luces, en quien no puede haber variación ni sombra de cambio.

18 De su propia voluntad nos hizo nacer por la palabra de la verdad, para que seamos una especie de primicias de sus criaturas.

19 Así que, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar y tardo para la ira;

20 porque la ira del hombre no produce la justicia de Dios.

21 Por tanto, desechando toda inmundicia y abundancia de maldad, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.

22 Pero sed hacedores de la palabra, y no sólo oidores, engañándoos a vosotros mismos.

23 Porque si alguno es oidor de la palabra y no hacedor, es como un hombre que mira su rostro natural en un espejo;

24 porque se ve a sí mismo, y se va, y enseguida se olvida de la clase de hombre que era.

25 Pero el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo un oidor olvidadizo, sino un hacedor de la obra, este será bienaventurado en lo que hace.

26 Si alguno de vosotros se cree religioso mientras no refrena su lengua, sino que engaña a su corazón, la religión de ese hombre es vana.

27 La religión pura y sin mácula ante Dios el Padre es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo.

Capítulo 2

1 Hermanos míos, no tengáis la fe de nuestro glorioso Señor Jesucristo con acepción de personas.

2 Porque si entra en vuestra congregación un hombre con un anillo de oro, vestido con ropas finas, y entra también un pobre vestido con ropas sucias,

3 y os fijáis especialmente en el que lleva las ropas finas y le decís: «Siéntate aquí en un buen lugar», y al pobre le decís: «Ponte ahí de pie», o «Siéntate junto al escabel de mis pies»

4 ¿no habéis hecho distinciones entre vosotros, y os habéis convertido en jueces con malos pensamientos?

5 Escuchad, mis amados hermanos. ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo para que sean ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman?

6 Pero vosotros habéis deshonrado al pobre. ¿No os oprimen los ricos y son ellos los que os arrastran ante los tribunales?

7 ¿No blasfeman ellos el honorable nombre que fue invocado sobre vosotros?

8 Sin embargo, si cumplís la ley real según la Escritura: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», hacéis bien.

9 Pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y sois condenados por la ley como transgresores.

10 Porque el que guarda toda la ley y tropieza en un punto, se hace culpable de todos.

11 Porque el que dijo: «No cometas adulterio», también dijo: «No cometas homicidio». Ahora bien, si no cometes adulterio pero cometes homicidio, te has convertido en transgresor de la ley.

12 Así hablad y así haced, como quienes han de ser juzgados por la ley de la libertad.

13 Porque el juicio será sin misericordia para el que no ha mostrado misericordia. La misericordia triunfa sobre el juicio.

14 ¿De qué sirve, hermanos míos, que alguno diga que tiene fe, pero no tenga obras? ¿Acaso esa fe puede salvarle?

15 Y si un hermano o una hermana están desnudos y les falta el alimento de cada día,

16 y uno de vosotros les dice: «Id en paz. Calentaos y saciaos»; pero no les dais lo que necesita el cuerpo, ¿de qué sirve?

17 Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma.

18 Pero alguno dirá: «Tú tienes fe, y yo tengo obras». Muéstrame tu fe sin obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.

19 Tú crees que Dios es uno. Haces bien. Los demonios también creen, y tiemblan.

20 ¿Pero quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras está muerta?

21 ¿No fue justificado por las obras Abraham, nuestro padre, al ofrecer a su hijo Isaac sobre el altar?

22 Ya ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y por las obras la fe fue perfeccionada.

23 Así se cumplió la Escritura que dice: «Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia», y fue llamado amigo de Dios.

24 Veis, pues, que por las obras el hombre es justificado, y no sólo por la fe.

25 Del mismo modo, ¿no fue también justificada por las obras Rahab, la ramera, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?

26 Porque así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.

Capítulo 3

1 Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos un juicio más severo.

2 Porque todos ofendemos en muchas cosas. El que no ofende en la palabra es un hombre perfecto, capaz de refrenar también todo su cuerpo.

3 En efecto, ponemos frenos en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y guiamos así todo su cuerpo.

4 Mirad también las naves, aunque son tan grandes y son impulsadas por vientos impetuosos, son guiadas por un timón muy pequeño, hacia donde el piloto quiere.

5 Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. Mirad cómo un pequeño fuego puede incendiar un gran bosque.

6 Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, contamina todo el cuerpo, e inflama el curso de nuestra vida, y es inflamada por la Gehena.

7 Porque toda naturaleza de bestias, de aves, de serpientes y de criaturas marinas, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana;

8 pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal.

9 Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios.

10 De la misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así.

11 ¿Acaso una fuente emite por la misma abertura agua dulce y amarga?

12 ¿Acaso puede una higuera, hermanos míos, dar aceitunas, o una vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce.

13 ¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Que demuestre con su buena conducta que sus obras son hechas con la mansedumbre de la sabiduría.

14 Pero si tenéis celos amargos y ambición egoísta en vuestro corazón, no os jactéis ni mintáis contra la verdad.

15 Esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino que es terrenal, animal y diabólica.

16 Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa.

17 Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad y sin hipocresía.

18 Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz.

Capítulo 4

1 ¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No provienen de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?

2 Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y hacéis la guerra. No tenéis lo que deseáis, porque no pedís.

3 Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastarlo en vuestros placeres.

4 ¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Por tanto, el que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.

5 ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: «El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente»?

6 Pero él da mayor gracia. Por eso dice: «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes».

7 Someteos, pues, a Dios. Resistid al diablo, y huirá de vosotros.

8 Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad vuestras manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones.

9 Afligíos, lamentad y llorad. Que vuestra risa se convierta en lloro y vuestro gozo en tristeza.

10 Humillaos ante el Señor, y él os exaltará.

11 Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura de su hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley. Pero si tú juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez.

12 Uno solo es el dador de la ley, que puede salvar y perder. Pero tú, ¿quién eres para que juzgues a otro?

13 ¡Vamos ahora!, los que decís: «Hoy o mañana iremos a tal ciudad, estaremos allá un año, traficaremos y ganaremos».

14 ¡Y no sabéis lo que será mañana! Porque, ¿qué es vuestra vida? Ciertamente sois un vapor que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece.

15 En lugar de lo cual deberíais decir: «Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello».

16 Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala.

17 Por tanto, al que sabe hacer lo bueno y no lo hace, le es pecado.

Capítulo 5

1 ¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán.

2 Vuestras riquezas se han podrido y vuestras ropas están comidas de polilla.

3 Vuestro oro y vuestra plata se han oxidado, y su óxido testificará contra vosotros y consumirá vuestra carne como el fuego. Habéis acumulado tesoros en los últimos días.

4 He aquí, el jornal de los obreros que segaron vuestros campos, el cual ha sido retenido por vosotros con fraude, clama; y los clamores de los que segaron han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos.

5 Habéis vivido en deleites sobre la tierra y habéis sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza.

6 Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia.

7 Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía.

8 Tened también vosotros paciencia; afirmad vuestros corazones, porque la venida del Señor se acerca.

9 Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no seáis condenados; he aquí, el juez está delante de la puerta.

10 Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor.

11 He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin que le dio el Señor, porque el Señor es muy misericordioso y compasivo.

12 Pero sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por ningún otro juramento; sino que vuestro «sí» sea «sí», y vuestro «no», «no», para que no caigáis en condenación.

13 ¿Está alguno entre vosotros afligido? Que haga oración. ¿Está alguno alegre? Que cante alabanzas.

14 ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Que llame a los ancianos de la iglesia, y que oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor;

15 y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si ha cometido pecados, le serán perdonados.

16 Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho.

17 Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses.

18 Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto.

19 Hermanos, si alguno de vosotros se extravía de la verdad, y otro le hace volver a ella,

20 sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

1 PEDRO

Capítulo 1

1 Pedro, apóstol de Jesucristo, a los elegidos que viven como extranjeros en la Dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia,

2 según la previsión de Dios Padre, en santificación del Espíritu, para que obedezcáis a Jesucristo y seáis rociados con su sangre: Que la gracia y la paz se os multipliquen.

3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo nacer de nuevo a una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos,

4 a una herencia incorruptible e incontaminada que no se desvanece, reservada en el Cielo para vosotros,

5 que por el poder de Dios estáis guardados por la fe para una salvación preparada para ser revelada en el último tiempo.

6 En esto os regocijáis en gran medida, aunque ahora por un tiempo, si es necesario, habéis sido afligidos en diversas pruebas,

7 para que la prueba de vuestra fe, que es más preciosa que el oro que perece, aunque sea probada por el fuego, sea hallada para que resulte en alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo,

8 a quien, no habiendo conocido, amáis. En él, aunque ahora no lo veáis, creyendo, os alegráis enormemente con una alegría indecible y llena de gloria,

9 recibiendo el resultado de vuestra fe, la salvación de vuestras almas.

10 Con respecto a esta salvación, los profetas buscaron e indagaron diligentemente. Profetizaron sobre la gracia que vendría a vosotros,

11 buscando a quién o a qué tiempo apuntaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos cuando predijo los sufrimientos de Cristo y las glorias que los seguirían.

12 A ellos se les reveló que no se servían a sí mismos, sino a vosotros, en estas cosas que ahora se os han anunciado por medio de los que os han predicado la Buena Nueva por el Espíritu Santo enviado desde el cielo; cosas que los ángeles desean examinar.

13 Por lo tanto, preparad vuestras mentes para la acción. Sed sobrios, y poned vuestra esperanza plenamente en la gracia que se os traerá en la revelación de Jesucristo,

14 como hijos de obediencia, no conformándoos según vuestras antiguas concupiscencias, como en vuestra ignorancia,

15 sino que así como el que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta,

16 porque está escrito: «Seréis santos, porque yo soy santo.»

17 Si invocáis a aquel que, sin acepción de personas, juzga según la obra de cada uno, pasad el tiempo de vuestra peregrinación aquí con temor reverente,

18 sabiendo que habéis sido redimidos, no con cosas corruptibles como plata u oro, de la inútil forma de vida transmitida por vuestros padres,

19 sino con sangre preciosa, como la de un cordero sin defecto ni mancha, la sangre de Cristo,

20 que fue conocido de antemano antes de la fundación del mundo, pero que fue revelado en este último tiempo por causa de vosotros,

21 que por medio de él sois creyentes en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, para que vuestra fe y esperanza estén en Dios.

22 Habiendo purificado vuestras almas en vuestra obediencia a la verdad por medio del Espíritu en sincero afecto fraternal, amaos unos a otros de corazón fervientemente,

23 habiendo nacido de nuevo, no de semilla corruptible, sino de incorruptible, por
medio de la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre.

24 Pues,
«Toda la carne es como la hierba,
y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba.
La hierba se marchita y su flor cae;

25 pero la palabra del Señor permanece para siempre». Esta es la palabra de la
Buena Nueva que se os ha predicado.

Capítulo 2

1 Desechando, pues, toda maldad, todo engaño, hipocresías, envidias y toda mala
palabra,

2 como niños recién nacidos, anhelad la leche espiritual pura, para que con ella
crezcáis,

3 si es que habéis probado que el Señor es clemente.

4 Venid a él, piedra viva, rechazada ciertamente por los hombres, pero elegida por
Dios, preciosa.

5 Vosotros también, como piedras vivas, sois edificados como una casa espiritual,
para ser un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a
Dios por medio de Jesucristo.

6 Porque así lo dice la Escritura:
«He aquí que pongo en Sión una piedra angular, elegida y preciosa.
Quien crea en él no quedará defraudado».

7 Por lo tanto, para vosotros que creéis es el honor, pero para los desobedientes:
«La piedra que desecharon los constructores
se ha convertido en la principal piedra angular»,

8 y:
«Piedra de tropiezo y roca de ofensa». Porque tropiezan con la palabra, siendo desobedientes, para lo cual también fueron designados.

9 Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.

10 En el pasado no erais un pueblo, pero ahora sois el pueblo de Dios; que no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.

11 Amados, os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que combaten contra el alma,

12 manteniendo buena conducta entre las naciones, para que en aquello de lo que hablan contra vosotros como malhechores, vean vuestras buenas obras y glorifiquen a Dios en el día de la visita.

13 Someteos, pues, a toda ordenación humana por amor al Señor: ya sea al rey, como supremo,

14 o a los gobernantes, como enviados por él para el castigo de los malhechores y para la alabanza de los que hacen el bien.

15 Porque esta es la voluntad de Dios, que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos.

16 Vivid como personas libres, pero no uséis vuestra libertad como pretexto para la maldad, sino como siervos de Dios.

17 Honrad a todos. Amad a la fraternidad. Temed a Dios. Honrad al rey.

18 Siervos, estad sujetos a vuestros amos con todo respeto, no sólo a los buenos y amables, sino también a los severos.

19 Porque es digno de elogio si alguien soporta aflicción, sufriendo injustamente, a causa de la conciencia hacia Dios.

20 Porque ¿qué gloria hay si, cuando pecáis, soportáis pacientemente los golpes? Pero si cuando hacéis el bien, soportáis pacientemente el sufrimiento, esto es agradable ante Dios.

21 Pues a esto fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por nosotros, dejándoos un ejemplo, para que sigáis sus pasos,

22 el cual no pecó, «ni se halló engaño en su boca».

23 Quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente.

24 Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia. Por sus heridas fuisteis sanados.

25 Porque erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas.

Capítulo 3

1 Del mismo modo, mujeres, estad sujetas a vuestros propios maridos, para que, aunque algunos no obedezcan a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas,

2 al observar vuestra conducta casta y respetuosa.

3 Que vuestro adorno no sea el exterior de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos,

4 sino el interno, el del corazón, en el adorno incorruptible de un espíritu afable y apacible, que es de gran estima delante de Dios.

5 Porque así también se adornaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos.

6 Como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza.

7 Vosotros, maridos, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo.

8 Por último, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables;

9 no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición.

10 Porque:
«El que quiere amar la vida
Y ver días buenos,
Refrene su lengua de mal,
Y sus labios no hablen engaño;

11 Apártese del mal, y haga el bien;
Busque la paz, y sígala.

12 Porque los ojos del Señor están sobre los justos,
Y sus oídos atentos a sus oraciones;
Pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal».

13 Y ¿quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien?

14 Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. «Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis»,

15 sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros;

16 teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo.

17 Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal.

18 Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu;

19 en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados,

20 los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua.

21 El bautismo que corresponde a esto ahora os salva, no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios, por la resurrección de Jesucristo,

22 quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades.

Capítulo 4

1 Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, armaos también vosotros del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado,

2 para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios.

3 Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías.

4 A estos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan;

5 pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos.

6 Porque por esto también ha sido predicada la Buena Nueva a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios.

7 Mas el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en la oración.

8 Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados.

9 Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones.

10 Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios.

11 Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

12 Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese,

13 sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría.

14 Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, por parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado.

15 Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entrometerse en lo ajeno;

16 pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello.

17 Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen a la Buena Nueva de Dios?

18 Y: «Si el justo con dificultad se salva, ¿En dónde aparecerá el impío y el pecador?»

19 De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.

Capítulo 5

1 Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada:

2 Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto;

3 no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey.

4 Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.

5 Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: «Dios resiste a los soberbios, Y da gracia a los humildes».

6 Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo;

7 echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros.

8 Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar;

9 al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo.

10 Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca.

11 A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

12 Por conducto de Silvano, a quien tengo por hermano fiel, os he escrito brevemente, amonestándoos, y testificando que esta es la verdadera gracia de Dios, en la cual estáis.

13 La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo, os saludan.

14 Saludaos unos a otros con ósculo de amor. Paz sea con todos vosotros los que estáis en Jesucristo. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

2 PEDRO

✦

Capítulo 1

1 Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que han alcanzado una fe tan preciosa como la nuestra por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo:

2 Gracia y paz os sean multiplicadas en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús.

3 Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia,

4 por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser partícipes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia;

5 vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento;

6 al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad;

7 a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.

8 Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

9 Pero el que carece de estas cosas está ciego, teniendo la vista muy corta, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados.

10 Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás.

11 Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino
eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

12 Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las
sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente.

13 Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este tabernáculo, el despertaros con
amonestación;

14 sabiendo que en breve debo abandonar mi tabernáculo, como nuestro Señor
Jesucristo me ha declarado.

15 También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros po-
dáis en todo momento tener memoria de estas cosas.

16 Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesu-
cristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros pro-
pios ojos su majestad.

17 Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la
magnífica gloria una voz que decía: «Este es mi Hijo amado, en el cual tengo
complacencia».

18 Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el
monte santo.

19 Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar
atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día escla-
rezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones;

20 entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpreta-
ción privada,

21 porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos
hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.

Capítulo 2

1 Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina.

2 Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado,

3 y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme.

4 Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al Tártaro los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio;

5 y si no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos;

6 y si condenó por destrucción a las ciudades de Sodoma y de Gomorra, reduciéndolas a ceniza y poniéndolas de ejemplo a los que habían de vivir impíamente,

7 y libró al justo Lot, abrumado por la nefanda conducta de los malvados

8 (porque este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos),

9 el Señor sabe librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio;

10 y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en deseos inmundos, y desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces, no temen decir mal de las potestades superiores,

11 mientras que los ángeles, que son mayores en fuerza y en potencia, no pronuncian juicio de maldición contra ellas delante del Señor.

12 Pero estos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición,

13 recibiendo el galardón de su injusticia, ya que tienen por delicia el gozar de deleites cada día. Estos son inmundicias y manchas, quienes aun mientras banquetean con vosotros, se recrean en sus errores.

14 Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia, y son hijos de maldición.

15 Han dejado el camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad,

16 y fue reprendido por su iniquidad; pues un mudo asno, hablando con voz de hombre, refrenó la locura del profeta.

17 Estos son fuentes sin agua, y nubes empujadas por la tormenta; para los cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre.

18 Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error.

19 Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció.

20 Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero.

21 Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado.

22 Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: «El perro vuelve a su vómito», y «la puerca lavada a revolcarse en el cieno».

Capítulo 3

1 Amados, esta es la segunda carta que os escribo, y en ambas despierto con exhortación vuestro sincero entendimiento,

2 para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles;

3 sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias,

4 y diciendo: «¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación».

5 Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste,

6 por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua;

7 pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.

8 Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día.

9 El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.

10 Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.

11 Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros
andar en santa y piadosa manera de vivir,

12 esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos,
encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán!

13 Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en
los cuales mora la justicia.

14 Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz.

15 Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como
también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os
ha escrito,

16 casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay
algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como
también las otras Escrituras, para su propia perdición.

17 Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que
arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza.

18 Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador
Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

1 JUAN

Capítulo 1

1 Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que vimos y nuestras manos tocaron, acerca de la Palabra de vida

2 (y la vida se reveló, y hemos visto, y damos testimonio, y os anunciamos la vida, la vida eterna, que estaba con el Padre y se nos reveló);

3 lo que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que también tengáis comunión con nosotros. Sí, y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo, Jesucristo.

4 Y os escribimos estas cosas para que se cumpla nuestro gozo.

5 Este es el mensaje que hemos oído de él y que os anunciamos: que Dios es luz, y en él no hay ninguna oscuridad.

6 Si decimos que tenemos comunión con él y caminamos en las tinieblas, mentimos y no decimos la verdad.

7 Pero si andamos en la luz como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado.

8 Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.

9 Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda maldad.

10 Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos mentiroso, y su palabra no está en nosotros.

Capítulo 2

1 Hijitos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis. Si alguno peca, tenemos un abogado con el Padre, Jesucristo, el justo.

2 Y él es el sacrificio expiatorio por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.

3 Así sabemos que lo conocemos: si guardamos sus mandamientos.

4 El que dice: «Lo conozco», y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él.

5 Pero el amor de Dios se ha perfeccionado ciertamente en quien guarda su palabra. Así es como sabemos que estamos en él:

6 el que dice que permanece en él, debe también andar como él anduvo.

7 Hermanos, no os escribo ningún mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo que teníais desde el principio. El mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio.

8 Os vuelvo a escribir un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas están pasando y la luz verdadera ya brilla.

9 El que dice que está en la luz y odia a su hermano está en las tinieblas hasta ahora.

10 El que ama a su hermano permanece en la luz, y no hay en él ocasión de tropiezo.

11 Pero el que odia a su hermano está en las tinieblas, y camina en las tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos.

12 Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os son perdonados por su nombre.

13 Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque conocéis al Padre.

14 Os he escrito a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio.
Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno.

15 No améis al mundo ni a las cosas que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él.

16 Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la soberbia de la vida, no es del Padre, sino del mundo.

17 El mundo pasa con sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

18 Hijitos, estos son los últimos tiempos, y como habéis oído que viene el Anticristo, también ahora han surgido muchos anticristos. En esto sabemos que es la hora final.

19 Salieron de nosotros, pero no eran de nuestra pertenencia; porque si hubieran sido de nuestra pertenencia, habrían seguido con nosotros. Pero se fueron, para que se revele que ninguno de ellos nos pertenece.

20 Vosotros tenéis la unción del Santo, y todos tenéis conocimiento.

21 No os he escrito porque no conozcáis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira es de la verdad.

22 ¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo.

23 Quien niega al Hijo no tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre.

24 Por tanto, en cuanto a vosotros, que permanezca en vosotros lo que habéis oído desde el principio. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre.

25 Esta es la promesa que nos hizo, la vida eterna.

26 Estas cosas os he escrito acerca de los que os extravían.

27 En cuanto a vosotros, la unción que recibisteis de él permanece en vosotros, y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero como su unción os enseña acerca de todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como os enseñó, permaneceréis en él.

28 Ahora bien, hijitos, permaneced en él, para que, cuando se manifieste, tengamos confianza y no nos avergoncemos ante él en su venida.

29 Si sabéis que es justo, sabéis que todo el que practica la justicia ha nacido de él.

Capítulo 3

1 ¡Mirad qué gran amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios! Por eso el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él.

2 Amados, ahora somos hijos de Dios. Todavía no se ha revelado lo que seremos; pero sabemos que, cuando se revele, seremos como él, porque lo veremos tal como es.

3 Todo el que tiene esta esperanza puesta en él se purifica, así como él es puro.

4 Todo el que peca comete también transgresión de la ley. El pecado es transgresión de la ley.

5 Sabéis que él se reveló para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.

6 Quien permanece en él no peca. Quien peca no lo ha visto y no lo conoce.

7 Hijitos, que nadie os extravíe. El que hace la justicia es justo, como él mismo.

8 El que peca es del diablo, porque el diablo peca desde el principio. Para esto se ha manifestado el Hijo de Dios: para que destruya las obras del diablo.

9 El que ha nacido de Dios no peca, porque su semilla permanece en él, y no puede pecar, porque ha nacido de Dios.

10 En esto se revelan los hijos de Dios y los hijos del diablo. El que no hace la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano.

11 Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros,

12 a diferencia de Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano, justas.

13 No os sorprendáis, hermanos míos, si el mundo os odia.

14 Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano permanece en la muerte.

15 El que odia a su hermano es un asesino, y sabéis que a ningún asesino le queda la vida eterna.

16 En esto conocemos el amor, porque él dio su vida por nosotros. Y nosotros debemos dar la vida por los hermanos.

17 Pero quien tiene los bienes del mundo y ve a su hermano necesitado, y luego cierra su corazón de compasión contra él, ¿cómo permanece en él el amor de Dios?

18 Hijitos míos, no amemos sólo de palabra, ni sólo con la lengua, sino con hechos y con verdad.

19 Y en esto sabemos que somos de la verdad y tranquilizaremos nuestros corazones ante él,

20 porque si nuestro corazón nos condena, Dios es mayor que nuestro corazón, y conoce todas las cosas.

21 Amados, si nuestro corazón no nos condena, tenemos confianza para con Dios;

22 de modo que todo lo que pedimos, lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables a sus ojos.

23 Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y nos amemos los unos a los otros, como él lo ha mandado.

24 El que guarda sus mandamientos permanece en él, y él en él. En esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.

Capítulo 4

1 Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo.

2 En esto conocéis el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne es de Dios,

3 y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne no es de Dios; y éste es el espíritu del Anticristo, del cual habéis oído que viene. Ahora ya está en el mundo.

4 Vosotros sois de Dios, hijitos, y los habéis vencido, porque mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo.

5 Ellos son del mundo. Por eso hablan del mundo, y el mundo los escucha.

6 Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios nos escucha. El que no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error.

7 Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios; y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios.

8 El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor.

9 En esto se ha manifestado el amor de Dios en nosotros, que ha enviado a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él.

10 En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo como sacrificio expiatorio por nuestros pecados.

11 Amados, si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros.

12 Nadie ha visto a Dios en ningún momento. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros.

13 En esto sabemos que permanecemos en él y él en nosotros, porque nos ha dado de su Espíritu.

14 Hemos visto y damos testimonio de que el Padre ha enviado al Hijo como Salvador del mundo.

15 El que confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios.

16 Nosotros conocemos y hemos creído el amor que Dios nos tiene. Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él.

17 En esto se ha perfeccionado el amor entre nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio, porque como él es, así somos nosotros en este mundo.

18 En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor, porque el temor tiene castigo. El que teme no se ha perfeccionado en el amor.

19 Nosotros le amamos, porque él nos amó primero.

20 Si alguno dice: «Yo amo a Dios», y odia a su hermano, es un mentiroso; porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ha visto?

21 Este mandamiento tenemos de él: que el que ama a Dios, ame también a su hermano.

Capítulo 5

1 Quien cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios. Quien ama al Padre, ama también al hijo que ha nacido de él.

2 En esto sabemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios y guardamos sus mandamientos.

3 Porque esto es amar a Dios, que guardemos sus mandamientos. Sus mandamientos no son gravosos.

4 Porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Esta es la victoria que ha vencido al mundo: vuestra fe.

5 ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

6 Este es el que vino por agua y sangre, Jesucristo; no con el agua solamente, sino
con el agua y la sangre. Es el Espíritu quien da testimonio, porque el Espíritu es la
verdad.

7 Porque son tres los que dan testimonio:

8 el Espíritu, el agua y la sangre; y los tres concuerdan como uno solo.

9 Si recibimos el testimonio de los hombres, el testimonio de Dios es mayor; por-
que éste es el testimonio de Dios que ha dado sobre su Hijo.

10 El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo. El que no cree en
Dios se ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha
dado acerca de su Hijo.

11 El testimonio es éste: que Dios nos dio la vida eterna, y esta vida está en su Hijo.

12 El que tiene al Hijo tiene la vida. El que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

13 Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios,
para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que sigáis creyendo en el nombre del
Hijo de Dios.

14 Esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos algo según su voluntad,
él nos escucha.

15 Y si sabemos que nos escucha, cualquier cosa que pidamos, sabemos que tene-
mos las peticiones que le hemos hecho.

16 Si alguno ve a su hermano pecar un pecado que no lleva a la muerte, pedirá, y
Dios le dará la vida para los que pecan sin llevar a la muerte. Hay pecados que
conducen a la muerte. No digo que deba hacer una petición al respecto.

17 Toda injusticia es pecado, y hay pecado que no lleva a la muerte.

18 Sabemos que el que ha nacido de Dios no peca, pero el que ha nacido de Dios
se guarda a sí mismo, y el maligno no lo toca.

19 Sabemos que somos de Dios, y que el mundo entero está en poder del maligno.

20 Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento, para que
conozcamos al que es verdadero; y estamos en el que es verdadero, en su Hijo Je-
sucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna.

21 Hijitos, guardaos de los ídolos.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

2 JUAN

Capítulo 1

1 El anciano, a la señora elegida y a sus hijos, a quienes amo en la verdad, y no sólo yo, sino también todos los que conocen la verdad,

2 por la verdad, que permanece en nosotros, y estará con nosotros para siempre:

3 La gracia, la misericordia y la paz estarán con vosotros, de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo, el Hijo del Padre, en la verdad y el amor.

4 Me alegro mucho de haber encontrado a algunos de tus hijos caminando en la verdad, tal como nos ha sido ordenado por el Padre.

5 Ahora te ruego, querida señora, no como si te escribiera un nuevo mandamiento, sino el que teníamos desde el principio: que nos amemos unos a otros.

6 Este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento, tal como lo habéis oído desde el principio, para que andéis en él.

7 Porque muchos engañadores han salido por el mundo, los que no confiesan que Jesucristo vino en carne. Este es el engañador y el Anticristo.

8 Velad para que no perdamos lo que hemos logrado, sino que recibamos una recompensa completa.

9 El que transgrede y no permanece en la enseñanza de Cristo no tiene a Dios. El que permanece en la enseñanza tiene al Padre y al Hijo.

10 Si alguien viene a vosotros y no trae esta enseñanza, no lo recibáis en casa ni lo saludéis,

11 porque el que lo saluda participa en sus malas acciones.

12 Teniendo muchas cosas que escribirte, no quiero hacerlo con papel y tinta, sino que espero ir a verte y hablarte cara a cara, para que nuestra alegría sea plena.

13 Los hijos de tu hermana elegida te saludan. Amén.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

3 JUAN

Capítulo 1

1 El anciano a Gayo el amado, a quien amo en la verdad.

2 Amado, ruego que prosperes en todo y que tengas salud, así como prospera tu alma.

3 Porque me alegré mucho cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad, así como tú andas en la verdad.

4 No tengo mayor alegría que ésta: oír que mis hijos andan en la verdad.

5 Amado, haces una obra fiel en todo lo que realizas en favor de los que son hermanos y extraños.

6 Ellos han dado testimonio de tu amor ante la iglesia. Harás bien en ayudarlos a continuar su viaje de manera digna de Dios,

7 porque por causa del Nombre salieron, sin tomar nada de los gentiles.

8 Nosotros, pues, debemos recibir a los tales, para que seamos colaboradores de la verdad.

9 Yo escribí a la iglesia, pero Diótrefes, que ama ser el primero entre ellos, no acepta lo que decimos.

10 Por eso, si voy, llamaré la atención sobre sus actos, que realiza acusándonos injustamente con palabras inicuas. No contento con esto, él mismo no recibe a los hermanos, y a los que lo harían, se lo prohíbe y los echa de la iglesia.

11 Amado, no imites lo que es malo, sino lo que es bueno. El que hace el bien es de Dios. El que hace el mal no ha visto a Dios.

12 Demetrio tiene el testimonio de todos y de la verdad misma; sí, nosotros también damos testimonio, y vosotros sabéis que nuestro testimonio es verdadero.

13 Tenía muchas cosas que escribirte, pero no quiero hacerlo con tinta y pluma;

14 pero espero verte pronto. Entonces hablaremos cara a cara. La paz sea contigo. Los amigos te saludan. Saluda a los amigos por su nombre.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

JUDAS

Capítulo 1

1 Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago, a los llamados, santificados por Dios Padre y guardados para Jesucristo:

2 Que se os multiplique la misericordia, la paz y el amor.

3 Amados, mientras estaba muy ansioso por escribiros acerca de nuestra salvación común, me vi obligado a escribiros exhortándoos a que contendáis ardientemente por la fe que fue entregada una vez por todas a los santos.

4 Porque hay algunos hombres que se han introducido secretamente, incluso aquellos que hace tiempo fueron escritos para esta condenación: hombres impíos, que convierten la gracia de nuestro Dios en indecencia, y niegan a nuestro único Maestro, Dios y Señor, Jesucristo.

5 Ahora quiero recordaros, aunque ya lo sabéis, que el Señor, habiendo salvado a un pueblo de la tierra de Egipto, después destruyó a los que no creyeron.

6 A los ángeles que no guardaron su primer dominio, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado en prisiones eternas bajo las tinieblas para el juicio del gran día.

7 Así como Sodoma y Gomorra y las ciudades que las rodeaban, habiéndose entregado de la misma manera que éstas a la inmoralidad sexual y a ir en pos de la carne extraña, se muestran como ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno.

8 Pero de la misma manera, estos también en sus sueños contaminan la carne, desprecian la autoridad y calumnian a los seres celestiales.

9 Pero el arcángel Miguel, cuando contendía con el diablo y discutía sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a lanzar contra él una condena abusiva, sino que dijo: «¡Que el Señor te reprenda!»

10 Pero estos hablan mal de las cosas que no conocen. Se destruyen en estas cosas que entienden naturalmente, como las criaturas sin razón.

11 ¡Ay de ellos! Porque siguieron el camino de Caín, y corrieron desenfrenadamente en el error de Balaam por encargo, y perecieron en la rebelión de Coré.

12 Estos son arrecifes rocosos escondidos en vuestras fiestas de amor cuando festejan con vosotros, pastores que sin temor se alimentan a sí mismos; nubes sin agua, arrastradas por los vientos; árboles otoñales sin fruto, dos veces muertos, arrancados de raíz;

13 olas salvajes del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas errantes, para las que se ha reservado la negrura de las tinieblas para siempre.

14 Acerca de éstos también profetizó Enoc, el séptimo desde Adán, diciendo: «He aquí que el Señor vino con diez mil de sus santos,

15 para ejecutar el juicio sobre todos, y para condenar a todos los impíos por todas sus obras de impiedad que han hecho impíamente, y por todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él.»

16 Estos son murmuradores y quejumbrosos, que andan en pos de sus lujurias, y su boca habla cosas soberbias, haciendo acepción de personas para sacar provecho.

17 Pero vosotros, amados, acordaos de las palabras que han dicho antes los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo.

18 Ellos os dijeron: «En el último tiempo habrá burladores, que andarán según sus propios deseos impíos».

19 Estos son los que causan divisiones y son sensuales, no teniendo el Espíritu.

20 Pero vosotros, amados, seguid edificando sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo.

21 Manteneos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna.

22 De algunos tened compasión, haciendo distinción,

23 y a otros salvadlos, arrebatándolos del fuego con temor, odiando incluso la ropa manchada por la carne.

24 Ahora bien, a aquel que es capaz de evitaros el tropiezo y de presentaros impecables ante la presencia de su gloria con gran alegría,

25 a Dios nuestro Salvador, que es el único sabio, sea la gloria y la majestad, el dominio y el poder, ahora y siempre. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

APOCALIPSIS

✦

Capítulo 1

1 Esta es la Revelación de Jesucristo, que Dios le dio para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto, la cual envió y dio a conocer por medio de su ángel a su siervo Juan,

2 quien dio testimonio de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo, acerca de todo lo que vio.

3 Bienaventurado el que lee y los que escuchan las palabras de la profecía y guardan lo que en ella está escrito, porque el tiempo está cerca.

4 Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia a vosotros y paz de parte de Dios, el que es y el que era y el que ha de venir; y de los siete Espíritus que están ante su trono;

5 y de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre,

6 y nos hizo ser un Reino, sacerdotes de su Dios y Padre, a él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

7 He aquí que viene con las nubes, y todo ojo lo verá, incluso los que lo traspasaron. Todas las tribus de la tierra se lamentarán por él. Así, pues, amén.

8 «Yo soy el Alfa y la Omega», dice el Señor Dios, «el que es y el que era y el que ha de venir, el Todopoderoso».

9 Yo, Juan, vuestro hermano y compañero vuestro en la tribulación, el Reino y la perseverancia en Cristo Jesús, estaba en la isla que se llama Patmos a causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo.

10 Estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una voz fuerte, como de trompeta

11 que decía: «Lo que veas, escríbelo en un libro y envíalo a las siete iglesias: a
Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y a Laodicea.»

12 Me volví para ver la voz que hablaba conmigo. Al volverme, vi siete candela-
bros de oro.

13 Y entre los candelabros había uno parecido a un hijo de hombre, vestido con
una túnica que le llegaba hasta los pies y con una faja de oro alrededor del pecho.

14 Su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca, como la nieve. Sus
ojos eran como una llama de fuego.

15 Sus pies eran como el bronce bruñido, como si hubiera sido refinado en un
horno. Su voz era como la voz de muchas aguas.

16 Tenía siete estrellas en su mano derecha. De su boca salía una espada afilada de
dos filos. Su rostro era como el sol que brilla en su máximo esplendor.

17 Cuando lo vi, caí a sus pies como un muerto. Puso su mano derecha sobre mí,
diciendo: "No temas. Yo soy el primero y el último,

18 y el Viviente. Estuve muerto, y he aquí que estoy vivo por los siglos de los siglos.
Amén. Tengo las llaves de la Muerte y del Hades.

19 Escribe, pues, las cosas que has visto, las que son y las que sucederán después.

20 El misterio de las siete estrellas que has visto en mi mano derecha y de los siete
candelabros de oro es éste: Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias.
Los siete candelabros son las siete iglesias.

Capítulo 2

1 "Al ángel de la iglesia de Éfeso escribe: "El que tiene las siete estrellas en su mano
derecha, el que camina entre los siete candelabros de oro dice estas cosas:

2 "Conozco vuestras obras, y vuestro trabajo y perseverancia, y que no toleráis a
los hombres malos, y que habéis puesto a prueba a los que se llaman apóstoles, y
no lo son, y los habéis encontrado falsos.

3 Vosotros tenéis perseverancia y habéis soportado por causa de mi nombre, y no os habéis cansado.

4 Pero tengo esto contra vosotros: que habéis dejado vuestro primer amor.

5 Acuérdate, pues, de dónde has caído, y arrepiéntete y haz las primeras obras; de lo contrario, vendré a ti rápidamente, y moveré tu candelero de su lugar, a menos que te arrepientas.

6 Pero esto tenéis, que odiáis las obras de los nicolaítas, que yo también odio.

7 El que tenga oído, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venza le daré a comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de mi Dios.

8 "Al ángel de la iglesia de Esmirna escribe: "El primero y el último, que estaba muerto y ha vuelto a la vida, dice estas cosas:

9 "Conozco tus obras, la tribulación y tu pobreza (pero eres rico), y la blasfemia de los que se dicen judíos, y no lo son, sino que son una sinagoga de Satanás.

10 No tengáis miedo de lo que vais a sufrir. He aquí que el diablo va a arrojar a algunos de vosotros a la cárcel, para que seáis probados; y tendréis tribulación durante diez días. Sed fieles hasta la muerte, y yo os daré la corona de la vida.

11 El que tenga oído, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que vence no será dañado por la segunda muerte.

12 "Al ángel de la iglesia de Pérgamo escribe: "El que tiene la espada afilada de dos filos dice estas cosas:

13 "Conozco tus obras y el lugar donde habitas, donde está el trono de Satanás. Te mantienes firme en mi nombre, y no negaste mi fe en los días de Antipas, mi testigo fiel, que fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás.

14 Pero tengo algunas cosas contra vosotros, porque tenéis allí algunos que sostienen la enseñanza de Balaam, quien enseñó a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer cosas sacrificadas a los ídolos y a cometer inmoralidad sexual.

15 Así también tenéis algunos que sostienen la enseñanza de los nicolaítas.

16 Arrepentíos, pues, o de lo contrario iré pronto a vosotros y os haré la guerra con la espada de mi boca.

17 El que tenga oído, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venza, le daré del maná escondido, y le daré una piedra blanca, y en la piedra un nombre nuevo escrito que nadie conoce sino el que lo recibe.

18 "Al ángel de la iglesia de Tiatira escribe: "El Hijo de Dios, que tiene los ojos como una llama de fuego y los pies como bronce bruñido, dice estas cosas:

19 "Conozco tus obras, tu amor, tu fe, tu servicio, tu paciencia, y que tus últimas obras son más que las primeras.

20 Pero tengo esto contra ti: que toleras a tu mujer Jezabel, que se hace llamar profetisa. Ella enseña y seduce a mis siervos a cometer inmoralidades sexuales y a comer cosas sacrificadas a los ídolos.

21 Yo le di tiempo para que se arrepintiera, pero ella se niega a arrepentirse de su inmoralidad sexual.

22 He aquí que yo la arrojaré a ella y a los que cometen adulterio con ella a un lecho de gran tribulación, a menos que se arrepientan de sus obras.

23 Mataré a sus hijos con la muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña las mentes y los corazones. Daré a cada uno de vosotros según vuestras obras.

24 Pero a vosotros os digo que a los demás que están en Tiatira, a todos los que no tienen esta enseñanza, que no conocen lo que algunos llaman «las cosas profundas de Satanás», a vosotros os digo que no os pongo ninguna otra carga.

25 Sin embargo, retened firmemente lo que tenéis hasta que yo venga.

26 Al que venza, y al que guarde mis obras hasta el fin, le daré autoridad sobre las naciones.

27 Él las gobernará con vara de hierro, destrozándolas como vasijas de barro, como yo también he recibido de mi Padre;

28 y le daré la estrella de la mañana.

29 El que tenga oído, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Capítulo 3

1 "Y escribe al ángel de la iglesia de Sardis: "El que tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas dice estas cosas: "Conozco tus obras, que tienes fama de estar vivo, pero estás muerto.

2 Despierta y fortalece lo que te queda, que estabas a punto de tirar, porque no he encontrado ninguna obra tuya perfeccionada ante mi Dios.

3 Recuerda, pues, cómo has recibido y oído. Guárdalo y arrepiéntete. Si, pues, no veláis, vendré como un ladrón, y no sabréis a qué hora vendré sobre vosotros.

4 Sin embargo, tienes unos pocos nombres en Sardis que no mancharon sus vestiduras. Ellos caminarán conmigo de blanco, porque son dignos.

5 El que venza se vestirá de ropas blancas, y de ninguna manera borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre ante mi Padre y ante sus ángeles.

6 El que tenga oído, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

7 "Al ángel de la iglesia en Filadelfia escribe: "El que es santo, el que es verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie puede cerrar, y el que cierra y nadie abre, dice estas cosas:

8 "Yo conozco tus obras (he aquí que he puesto ante ti una puerta abierta que nadie puede cerrar), que tienes un poco de poder, y has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre.

9 He aquí yo hago que algunos de la sinagoga de Satanás, de los que se dicen judíos, y no lo son, sino que mienten, vengan a adorar ante tus pies, y sepan que yo te he amado.

10 Por cuanto has guardado mi mandato de resistir, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que habitan en la tierra.

11 ¡Voy a venir pronto! Mantén firmemente lo que tienes, para que nadie te quite la corona.

12 Al que venza, lo haré columna en el templo de mi Dios, y no saldrá más de allí. Escribiré en él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, que desciende del cielo de mi Dios, y mi propio nombre nuevo.

13 El que tenga oído, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

14 "Al ángel de la iglesia de Laodicea escribe: "El Amén, el Testigo Fiel y Verdadero, el Principio de la creación de Dios, dice estas cosas:

15 "Conozco tus obras, que no eres ni frío ni caliente. Quisiera que fueras frío o caliente.

16 Por eso, porque eres tibio, y no eres ni frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.

17 Porque dices: «Soy rico, y he conseguido riquezas, y no tengo necesidad de nada», y no sabes que eres un miserable, un pobre, un ciego y un desnudo;

18 te aconsejo que me compres oro refinado por el fuego, para que te enriquezcas; y ropas blancas, para que te vistas y no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y colirio para ungir tus ojos, para que veas.

19 A todos los que amo, los reprendo y los castigo. Sed, pues, celosos y arrepentíos.

20 He aquí que yo estoy a la puerta y llamo. Si alguien oye mi voz y abre la puerta, entonces entraré a él y cenaré con él, y él conmigo.

21 Al que venza, le daré que se siente conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono.

22 El que tenga oído, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias".

Capítulo 4

1 Después de estas cosas miré y vi una puerta abierta en el cielo; y la primera voz
que oí, como una trompeta que hablaba conmigo, era una que decía: «Sube aquí,
y te mostraré las cosas que deben suceder después de esto.»

2 Al instante estuve en el Espíritu. He aquí que había un trono puesto en el cielo, y
uno sentado en el trono

3 que parecía una piedra de jaspe y un sardio. Alrededor del trono había un arco
iris, como una esmeralda a la vista.

4 Alrededor del trono había veinticuatro tronos. En los tronos había veinticuatro
ancianos sentados, vestidos con ropas blancas y con coronas de oro en sus
cabezas.

5 Del trono salían relámpagos, sonidos y truenos. Había siete lámparas de fuego
ardiendo ante su trono, que son los siete Espíritus de Dios.

6 Delante del trono había algo parecido a un mar de vidrio, semejante al cristal.
En medio del trono, y alrededor del trono, había cuatro seres vivientes llenos de
ojos por delante y por detrás.

7 El primer ser viviente era como un león, el segundo ser viviente como un ternero,
el tercer ser viviente tenía cara de hombre y el cuarto era como un águila voladora.

8 Los cuatro seres vivientes, cada uno con seis alas, están llenos de ojos alrededor
y por dentro. No descansan ni de día ni de noche, diciendo: «¡Santo, santo, santo
es el Señor Dios, el Todopoderoso, el que era y el que es y el que ha de venir!»

9 Cuando los seres vivientes dan gloria, honor y gracias al que está sentado en el
trono, al que vive por los siglos de los siglos,

10 los veinticuatro ancianos se postran ante el que está sentado en el trono y ado-
ran al que vive por los siglos de los siglos, y arrojan sus coronas ante el trono,
diciendo:

11 «¡Digno eres tú, Señor y Dios nuestro, el Santo, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú creaste todas las cosas, y por tu deseo existieron y fueron creadas!»

Capítulo 5

1 Vi, en la mano derecha del que estaba sentado en el trono, un libro escrito por dentro y por fuera, cerrado con siete sellos.

2 Vi a un ángel poderoso que proclamaba a gran voz: «¿Quién es digno de abrir el libro y romper sus sellos?»

3 Nadie en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, podía abrir el libro ni mirar en él.

4 Entonces lloré mucho, porque no se encontró a nadie digno de abrir el libro ni de mirar en él.

5 Uno de los ancianos me dijo: «No llores. Mira, el León que es de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha vencido: el que abre el libro y sus siete sellos».

6 Vi en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, un Cordero en pie, como si hubiera sido inmolado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios, enviados a toda la tierra.

7 Entonces vino, y lo tomó de la mano derecha del que estaba sentado en el trono.

8 Cuando tomó el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, cada uno con un arpa y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos.

9 Cantaron un nuevo cántico, diciendo,
«Eres digno de tomar el libro
y abrir sus sellos,
porque te han matado,
y nos compraste para Dios con tu sangre
de toda tribu, lengua, pueblo y nación,

10 y nos ha hecho reyes y sacerdotes de nuestro Dios;
y reinaremos en la tierra».

11 Miré, y oí como una voz de muchos ángeles alrededor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. El número de ellos era de diez mil de diez mil, y de miles de miles,

12 que decían a gran voz: «¡Digno es el Cordero que ha sido muerto para recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición!»

13 Oí a toda cosa creada que está en el cielo, en la tierra, debajo de la tierra, en el mar y en todo lo que hay en ellos, diciendo: «¡Al que está sentado en el trono y al Cordero sean la bendición, el honor, la gloria y el dominio, por los siglos de los siglos! Amén».

14 Los cuatro seres vivientes dijeron: «¡Amén!» Entonces los ancianos se postraron y adoraron.

Capítulo 6

1 Vi que el Cordero abría uno de los siete sellos, y oí que uno de los cuatro seres vivos decía, como con voz de trueno: «¡Venid a ver!»

2 Entonces apareció un caballo blanco, y el que estaba sentado en él tenía un arco. Se le dio una corona, y salió venciendo y para vencer.

3 Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente decir: «¡Ven!»

4 Salió otro, un caballo rojo. Al que estaba sentado en él se le dio poder para quitar la paz de la tierra, y para que se mataran unos a otros. Se le dio una gran espada.

5 Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente que decía: «¡Venid a ver!». Y he aquí un caballo negro, y el que estaba sentado en él tenía una balanza en la mano.

6 Oí una voz en medio de los cuatro seres vivientes que decía: «¡Una medida de
trigo por un denario, y tres medidas de cebada por un denario! No dañéis el aceite
y el vino».

7 Cuando abrió el cuarto sello, oí al cuarto ser viviente que decía: «¡Venid a ver!».

8 Y he aquí un caballo pálido, y el nombre del que lo montaba era Muerte. El Ha-
des le seguía. Se le dio autoridad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con
la espada, con el hambre, con la muerte y con las fieras de la tierra.

9 Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que habían sido
muertos por la Palabra de Dios y por el testimonio del Cordero que tenían.

10 Ellos clamaban a gran voz, diciendo: «¿Hasta cuándo, Maestro, el santo y ver-
dadero, hasta que juzgues y vengues nuestra sangre en los que habitan la tierra?»

11 Se les dio a cada uno una larga túnica blanca. Se les dijo que debían descansar
todavía por un tiempo, hasta que sus compañeros y sus hermanos, que también
serían asesinados como ellos, terminaran su curso.

12 Vi cuando abrió el sexto sello, y hubo un gran terremoto. El sol se puso negro
como una tela de saco hecha de pelo, y toda la luna se puso como sangre.

13 Las estrellas del cielo cayeron a la tierra, como una higuera que deja caer sus hi-
gos inmaduros cuando es sacudida por un gran viento.

14 El cielo fue removido como un pergamino cuando se enrolla. Toda montaña e
isla fue desplazada de su lugar.

15 Los reyes de la tierra, los príncipes, los comandantes, los ricos, los fuertes y to-
dos los esclavos y los libres se escondieron en las cuevas y en las rocas de las
montañas.

16 Dijeron a los montes y a las rocas: «Caed sobre nosotros y escondednos de la
faz del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero,

17 porque ha llegado el gran día de su ira y ¿quién podrá resistir?»

Capítulo 7

1 Después de esto, vi a cuatro ángeles de pie en las cuatro esquinas de la tierra, que sujetaban los cuatro vientos de la tierra, para que no soplara ningún viento en la tierra, ni en el mar, ni en ningún árbol.

2 Vi a otro ángel ascender desde la salida del sol, con el sello del Dios vivo. Gritó con gran voz a los cuatro ángeles a los que se les había encomendado hacer daño a la tierra y al mar,

3 diciendo: «¡No hagáis daño a la tierra, al mar o a los árboles, hasta que hayamos sellado a los siervos de nuestro Dios en sus frentes!»

4 Oí el número de los sellados, ciento cuarenta y cuatro mil, sellados de cada tribu de los hijos de Israel:

5 de la tribu de Judá doce mil fueron sellados,
de la tribu de Rubén doce mil,
de la tribu de Gad doce mil,

6 de la tribu de Aser doce mil,
de la tribu de Neftalí doce mil,
de la tribu de Manasés doce mil,

7 de la tribu de Simeón doce mil,
de la tribu de Leví doce mil,
de la tribu de Isacar doce mil,

8 de la tribu de Zabulón doce mil,
de la tribu de José doce mil, y
de la tribu de Benjamín doce mil fueron sellados.

9 Después de estas cosas miré, y he aquí una gran multitud, que nadie podía contar, de todas las naciones y de todas las tribus, pueblos y lenguas, de pie ante el trono y ante el Cordero, vestidos con túnicas blancas y con palmas en las manos.

10 Gritaban a gran voz, diciendo: «¡Salvación a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero!»

11 Todos los ángeles estaban de pie alrededor del trono, los ancianos y los cuatro seres vivientes; y se postraron ante su trono y adoraron a Dios,

12 diciendo: «¡Amén! La bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, el honor, el poder y la fuerza sean para nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén».

13 Uno de los ancianos respondió diciéndome: «Estos que están vestidos con las túnicas blancas, ¿quiénes son y de dónde vienen?»

14 Le dije: «Señor mío, tú lo sabes». Me dijo: «Estos son los que salieron del gran sufrimiento. Han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.

15 Por eso están ante el trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo. El que está sentado en el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos.

16 Nunca más tendrán hambre ni sed. El sol no golpeará sobre ellos, ni ningún calor;

17 porque el Cordero que está en medio del trono los pastorea y los conduce a manantiales de aguas vivificantes. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos».

Capítulo 8

1 Cuando abrió el séptimo sello, hubo silencio en el cielo durante una media hora.

2 Vi a los siete ángeles que estaban delante de Dios, y se les dieron siete trompetas.

3 Otro ángel vino y se puso de pie sobre el altar, con un incensario de oro. Se le dio mucho incienso para que lo añadiera a las oraciones de todos los santos en el altar de oro que estaba delante del trono.

4 El humo del incienso, con las oraciones de los santos, subía ante Dios de la mano del ángel.

5 El ángel tomó el incensario, lo llenó con el fuego del altar y lo arrojó a la tierra. Siguieron truenos, sonidos, relámpagos y un terremoto.

6 Los siete ángeles que tenían las siete trompetas se prepararon para tocar.

7 El primero tocó la trompeta, y siguió el granizo y el fuego, mezclados con sangre, y fueron arrojados a la tierra. Un tercio de la tierra se quemó, y un tercio de los árboles se quemó, y toda la hierba verde se quemó.

8 El segundo ángel tocó la trompeta, y algo parecido a una gran montaña ardiendo fue arrojado al mar. Un tercio del mar se convirtió en sangre,

9 y un tercio de los seres vivos que había en el mar murió. Un tercio de los barcos fue destruido.

10 El tercer ángel tocó la trompeta, y una gran estrella cayó del cielo, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de agua.

11 El nombre de la estrella es «Ajenjo». Un tercio de las aguas se convirtió en ajenjo. Muchas personas murieron a causa de las aguas, porque se volvieron amargas.

12 El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue golpeada la tercera parte del sol, la tercera parte de la luna y la tercera parte de las estrellas, de modo que se oscureció la tercera parte de ellas, y el día no brilló durante la tercera parte, y la noche de la misma manera.

13 Vi y oí a un águila que volaba en medio del cielo y decía con gran voz: «¡Ay! ¡Ay! Ay de los que habitan en la tierra, a causa de los otros toques de las trompetas de los tres ángeles, que aún no han sonado!»

Capítulo 9

1 El quinto ángel tocó la trompeta y vi una estrella del cielo que había caído a la tierra. Se le dio la llave del pozo del abismo.

2 Abrió la fosa del abismo, y salió humo de la fosa, como el humo de un horno encendido. El sol y el aire se oscurecieron a causa del humo de la fosa.

3 Entonces, del humo salieron langostas sobre la tierra, y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra.

4 Se les dijo que no hicieran daño a la hierba de la tierra, ni a ninguna cosa verde, ni a ningún árbol, sino sólo a las personas que no tienen el sello de Dios en la frente.

5 Se les dio poder, no para matarlos, sino para atormentarlos durante cinco meses. Su tormento era como el tormento de un escorpión cuando golpea a una persona.

6 En esos días la gente buscará la muerte y no la encontrará. Desearán morir, y la muerte huirá de ellos.

7 Las formas de las langostas eran como caballos preparados para la guerra. En sus cabezas había algo parecido a coronas de oro, y sus rostros eran como los de las personas.

8 Tenían el pelo como el de las mujeres, y sus dientes eran como los de los leones.

9 Tenían corazas como corazas de hierro. El sonido de sus alas era como el de muchos carros y caballos que corren a la guerra.

10 Tenían colas como las de los escorpiones, con aguijones. En sus colas tienen poder para dañar a los hombres durante cinco meses.

11 Tienen sobre ellos como rey al ángel del abismo. Su nombre en hebreo es «Abadón», pero en griego tiene el nombre de «Apolión».

12 El primer ay ha pasado. He aquí, todavía hay dos ayes que vienen después de esto.

13 El sexto ángel tocó la trompeta. Oí una voz desde los cuernos del altar de oro que está delante de Dios,

14 que decía al sexto ángel que tenía la trompeta: «¡Libera a los cuatro ángeles que están atados en el gran río Éufrates!»

15 Fueron liberados los cuatro ángeles que habían sido preparados para esa hora y día y mes y año, para que pudieran matar a un tercio de la humanidad.

16 El número de los ejércitos de los jinetes era de doscientos millones. Oí el número de ellos.

17 Así vi a los caballos en la visión y a los que estaban sentados en ellos, con corazas de color rojo fuego, azul jacinto y amarillo azufre; y las cabezas de los caballos parecían cabezas de leones. De sus bocas salen fuego, humo y azufre.

18 Por estas tres plagas murió la tercera parte de la humanidad: por el fuego, el humo y el azufre que salieron de sus bocas.

19 Porque el poder de los caballos está en sus bocas y en sus colas. Porque sus colas son como serpientes, y tienen cabezas; y con ellas hacen daño.

20 El resto de la humanidad, que no murió con estas plagas, no se arrepintió de las obras de sus manos, para no adorar a los demonios y a los ídolos de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, que no pueden ver, oír ni caminar.

21 No se arrepintieron de sus asesinatos, de sus hechicerías, de su inmoralidad sexual ni de sus robos.

Capítulo 10

1 Vi a un ángel poderoso que bajaba del cielo, vestido con una nube. Sobre su cabeza había un arco iris. Su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego.

2 Tenía en su mano un pequeño libro abierto. Puso su pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra.

3 Gritó con gran voz, como el rugido de un león. Cuando gritó, los siete truenos emitieron sus voces.

4 Cuando sonaron los siete truenos, iba a escribir, pero oí una voz del cielo que decía: «Sella lo que han dicho los siete truenos y no lo escribas».

5 El ángel que vi de pie sobre el mar y sobre la tierra levantó su mano derecha hacia el cielo

6 y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que hay en él, la tierra y las cosas que hay en ella, y el mar y las cosas que hay en él, que ya no habrá más demora,

7 sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando está a punto de sonar, entonces el misterio de Dios está terminado, como lo declaró a sus siervos los profetas.

8 La voz que oí desde el cielo, hablando de nuevo conmigo, dijo: «Ve, toma el libro que está abierto en la mano del ángel que está sobre el mar y sobre la tierra».

9 Me dirigí al ángel, diciéndole que me diera el librito. Me dijo: «Tómalo y cómelo. Te amargará el estómago, pero en tu boca será dulce como la miel».

10 Tomé el librito de la mano del ángel y lo comí. Era tan dulce como la miel en mi boca. Cuando lo hube comido, se me amargó el estómago.

11 Me dijeron: «Tienes que volver a profetizar sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes».

Capítulo 11

1 Se me dio una caña como una vara. Alguien dijo: «Levántate y mide el templo de Dios, el altar y a los que adoran en él.

2 Deja fuera el patio que está fuera del templo y no lo midas, porque ha sido entregado a las naciones. Ellos pisotearán la ciudad santa durante cuarenta y dos meses.

3 Daré poder a mis dos testigos, y ellos profetizarán durante mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio.»

4 Estos son los dos olivos y los dos candelabros que están ante el Señor de la tierra.

5 Si alguien quiere hacerles daño, el fuego sale de su boca y devora a sus enemigos. Si alguien desea hacerles daño, debe ser muerto de esta manera.

6 Estos tienen el poder de cerrar el cielo, para que no llueva durante los días de su profecía. Tienen poder sobre las aguas, para convertirlas en sangre, y para golpear la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran.

7 Cuando hayan terminado su testimonio, la bestia que sube del abismo les hará la guerra, los vencerá y los matará.

8 Sus cadáveres estarán en la calle de la gran ciudad, que espiritualmente se llama Sodoma y Egipto, donde también fue crucificado su Señor.

9 De entre los pueblos, tribus, lenguas y naciones, la gente mirará sus cadáveres durante tres días y medio, y no permitirán que sus cadáveres sean depositados en una tumba.

10 Los habitantes de la tierra se regocijarán por ellos y se alegrarán. Se darán regalos unos a otros, porque estos dos profetas atormentaron a los que habitan la tierra.

11 Después de los tres días y medio, el aliento de vida de Dios entró en ellos, y se pusieron de pie. Un gran temor cayó sobre los que los vieron.

12 Oí una fuerte voz del cielo que les decía: «¡Subid aquí!». Subieron al cielo en una nube, y sus enemigos los vieron.

13 Aquel día hubo un gran terremoto y cayó la décima parte de la ciudad. Siete mil personas murieron en el terremoto, y el resto se aterrorizó y dio gloria al Dios del cielo.

14 El segundo ay ha pasado. He aquí que el tercer ay viene pronto.

15 El séptimo ángel tocó la trompeta, y en el cielo se oyeron grandes voces que decían: «El reino del mundo se ha convertido en el reino de nuestro Señor y de su Cristo. Él reinará por los siglos de los siglos».

16 Los veinticuatro ancianos, sentados en sus tronos ante el trono de Dios, se postraron sobre sus rostros y adoraron a Dios,

17 diciendo: "Te damos gracias, Señor Dios, el Todopoderoso, el que es y el que era, porque has tomado tu gran poder y has reinado.

18 Las naciones se enfurecieron y llegó tu ira, así como el momento de juzgar a los muertos y de dar su recompensa a tus siervos los profetas, así como a los santos y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra."

19 El templo de Dios que está en el cielo se abrió, y el arca de la alianza del Señor se vio en su templo. Siguieron relámpagos, estruendos, truenos, un terremoto y granizo.

Capítulo 12

1 Se vio una gran señal en el cielo: una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas.

2 Estaba encinta. Gritaba de dolor, dando a luz.

3 Otra señal fue vista en el cielo. He aquí un gran dragón rojo, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete coronas.

4 Su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojaba a la tierra. El dragón se puso delante de la mujer que iba a dar a luz, para que cuando diera a luz devorara a su hijo.

5 Ella dio a luz un hijo varón, que gobernará todas las naciones con vara de hierro. Su hijo fue arrebatado a Dios y a su trono.

6 La mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios, para que allí la alimenten durante mil doscientos sesenta días.

7 Hubo guerra en el cielo. Miguel y sus ángeles le hicieron la guerra al dragón. El dragón y sus ángeles hicieron la guerra.

8 No prevalecieron. Ya no se encontró lugar para ellos en el cielo.

9 Fue arrojado el gran dragón, la serpiente antigua, el que se llama diablo y Satanás, el engañador del mundo entero. Fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.

10 Oí una gran voz en el cielo, que decía: «Ahora ha llegado la salvación, el poder y el Reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba ante nuestro Dios día y noche.

11 Lo vencieron por la sangre del Cordero y por la palabra de su testimonio. No amaron su vida, ni siquiera hasta la muerte.

12 Por tanto, alegraos, cielos, y los que habitáis en ellos. Ay de la tierra y del mar, porque el diablo ha bajado a vosotros, con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo.»

13 Cuando el dragón se vio arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón.

14 Se le dieron a la mujer dos alas de águila grande, para que volara al desierto a su lugar, a fin de que se alimentara por un tiempo, tiempos y medio tiempo, de la cara de la serpiente.

15 La serpiente vomitó agua de su boca tras la mujer como un río, para hacer que fuera arrastrada por la corriente.

16 La tierra ayudó a la mujer, y la tierra abrió su boca y se tragó el río que el dragón vomitó de su boca.

17 El dragón se enfureció contra la mujer y se fue a hacer la guerra contra el resto de su descendencia, que guarda los mandamientos de Dios y mantiene el testimonio de Jesús.

Capítulo 13

1 Entonces me paré sobre la arena del mar. Vi una bestia que subía del mar, con diez cuernos y siete cabezas. En sus cuernos había diez coronas, y en sus cabezas, nombres blasfemos.

2 La bestia que vi era como un leopardo, y sus pies eran como los de un oso, y su boca como la de un león. El dragón le dio su poder, su trono y gran autoridad.

3 Una de sus cabezas parecía haber sido herida mortalmente. Su herida mortal fue curada, y toda la tierra se maravilló de la bestia.

4 Adoraron al dragón porque le dio su autoridad a la bestia; y adoraron a la bestia, diciendo: «¿Quién es como la bestia? ¿Quién es capaz de hacer la guerra con él?»

5 Se le dio una boca que hablaba grandes cosas y blasfemias. Se le dio autoridad para hacer la guerra durante cuarenta y dos meses.

6 Abrió su boca para blasfemar contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su morada y de los que habitan en el cielo.

7 Le fue dado hacer la guerra contra los santos y vencerlos. Se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación.

8 Todos los que habitan en la tierra lo adorarán, todos los que no tienen su nombre escrito desde la fundación del mundo en el libro de la vida del Cordero que ha sido muerto.

9 Si alguien tiene oído, que oiga.

10 Si alguno ha de ir al cautiverio, irá al cautiverio. Si alguno ha de ser muerto a espada, será muerto. Aquí está la resistencia y la fe de los santos.

11 Vi otra bestia que subía de la tierra. Tenía dos cuernos como los de un cordero y hablaba como un dragón.

12 Ejerce en su presencia toda la autoridad de la primera bestia. Hace que la tierra y los que la habitan adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue curada.

13 Realiza grandes señales, incluso haciendo bajar fuego del cielo a la tierra a la vista de la gente.

14 Engaña a mi propio pueblo que habita en la tierra por las señales que se le concedió hacer frente a la bestia, diciendo a los que habitan en la tierra que hagan una imagen a la bestia que tenía la herida de espada y vivió.

15 Se le concedió dar aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen de la bestia hable y haga morir a todos los que no adoren la imagen de la bestia.

16 Hace que a todos, a los pequeños y a los grandes, a los ricos y a los pobres, a los libres y a los esclavos, se les pongan marcas en la mano derecha o en la frente;

17 y que nadie pueda comprar ni vender si no tiene esa marca, que es el nombre de la bestia o el número de su nombre.

18 He aquí la sabiduría. El que tenga entendimiento, que calcule el número de la bestia, porque es el número de un hombre. Su número es seiscientos sesenta y seis.

Capítulo 14

1 Vi, y he aquí el Cordero de pie sobre el monte Sión, y con él un número de ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían su nombre y el nombre de su Padre escrito en la frente.

2 Oí un ruido del cielo como el ruido de muchas aguas y como el ruido de un gran trueno. El sonido que oí era como el de arpistas tocando sus arpas.

3 Cantan un cántico nuevo ante el trono y ante los cuatro seres vivos y los ancianos. Nadie podía aprender el cántico, excepto los ciento cuarenta y cuatro mil, los que habían sido redimidos de la tierra.

4 Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero dondequiera que vaya. Estos fueron redimidos por Jesús de entre los hombres, las primicias para Dios y para el Cordero.

5 En su boca no se encontró ninguna mentira, pues son irreprochables.

6 Vi a un ángel que volaba en medio del cielo y que tenía un Evangelio eterno que anunciar a los habitantes de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo.

7 Dijo a gran voz: «Temed al Señor y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adorad al que hizo el cielo, la tierra, el mar y las fuentes de agua».

8 Otro, un segundo ángel, le siguió diciendo: «Ha caído Babilonia la grande, que ha hecho beber a todas las naciones del vino de la ira de su inmoralidad sexual.»

9 Otro ángel, un tercero, los siguió, diciendo con gran voz: «Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe una marca en la frente o en la mano,

10 también beberá del vino de la ira de Dios, que está preparado sin mezcla en la copa de su ira. Será atormentado con fuego y azufre en presencia de los santos ángeles y en presencia del Cordero.

11 El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. No tienen descanso ni de día ni de noche, los que adoran a la bestia y a su imagen, y los que reciben la marca de su nombre.

12 Aquí está la perseverancia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.»

13 Oí una voz del cielo que decía: “Escribe: ‘Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor a partir de ahora’”. «Sí», dice el Espíritu, «para que descansen de sus trabajos, porque sus obras siguen con ellos».

14 Miré y vi una nube blanca, y sobre la nube uno sentado como un hijo de hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro y en la mano una hoz afilada.

15 Otro ángel salió del templo, gritando a gran voz al que estaba sentado en la nube: «¡Envía tu hoz y siega, porque ha llegado la hora de cosechar; porque la mies de la tierra está madura!»

16 El que estaba sentado en la nube clavó su hoz en la tierra, y la tierra fue segada.

17 Otro ángel salió del templo que está en el cielo. También tenía una hoz afilada.

18 Otro ángel salió del altar, el que tiene poder sobre el fuego, y llamó con gran voz al que tenía la hoz afilada, diciendo: «¡Envía tu hoz afilada y recoge los racimos de la vid de la tierra, porque las uvas de la tierra están completamente maduras!»

19 El ángel clavó su hoz en la tierra, recogió la cosecha de la tierra y la echó en el gran lagar de la ira de Dios.

20 El lagar fue pisado fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta las bridas de los caballos, hasta mil seiscientos estadios.

Capítulo 15

1 Vi otra señal grande y maravillosa en el cielo: siete ángeles con las siete últimas plagas, porque en ellas se consuma la ira de Dios.

2 Vi algo parecido a un mar de cristal mezclado con fuego, y a los que habían vencido a la bestia, a su imagen y al número de su nombre, de pie sobre el mar de cristal, con arpas de Dios.

3 Cantaban el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo
«¡Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios, el Todopoderoso!
Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de las naciones.

4 ¿Quién no te temerá, Señor?
¿y glorificará tu nombre?
Porque sólo tú eres santo.
Porque todas las naciones vendrán a adorar ante ti.
Porque tus actos justos se han revelado».

5 Después de estas cosas miré, y se abrió el templo del tabernáculo del testimonio en el cielo.

6 Los siete ángeles que tenían las siete plagas salieron, vestidos de lino puro y brillante, y con fajas de oro alrededor del pecho.

7 Uno de los cuatro seres vivos entregó a los siete ángeles siete copas de oro llenas de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos.

8 El templo se llenó de humo por la gloria de Dios y por su poder. Nadie podía entrar en el templo hasta que terminaran las siete plagas de los siete ángeles.

Capítulo 16

1 Oí una fuerte voz que salía del templo y decía a los siete ángeles: «¡Id y derramad las siete copas de la ira de Dios sobre la tierra!»

2 El primero fue y derramó su copa en la tierra, y produjo una úlcera dañina y maligna para el pueblo que tenía la marca de la bestia y que adoraba su imagen.

3 El segundo ángel derramó su copa en el mar, y éste se convirtió en sangre como de un muerto. Todo ser vivo en el mar murió.

4 El tercero derramó su copa en los ríos y manantiales de agua, y se convirtieron en sangre.

5 Oí al ángel de las aguas decir: «Tú eres justo, que eres y que eras, oh Santo, porque has juzgado estas cosas.

6 Porque han derramado la sangre de los santos y de los profetas, y tú les has dado de beber sangre. Ellos merecen esto».

7 Oí decir al altar: «Sí, Señor Dios, el Todopoderoso, verdaderos y justos son tus juicios».

8 El cuarto derramó su copa sobre el sol, y le fue dado quemar a los hombres con fuego.

9 La gente se quemó con gran calor, y la gente blasfemó el nombre de Dios que tiene el poder sobre estas plagas. No se arrepintieron ni le dieron gloria.

10 El quinto derramó su copa sobre el trono de la bestia, y su reino se oscureció. Se mordieron la lengua a causa del dolor,

11 y blasfemaron del Dios del cielo a causa de sus dolores y de sus llagas. Todavía no se arrepintieron de sus obras.

12 El sexto derramó su copa sobre el gran río Éufrates. Sus aguas se secaron, para que se preparara el camino a los reyes que vienen del amanecer.

13 Vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos, semejantes a ranas;

14 porque son espíritus de demonios, que hacen señales, y que van a los reyes de toda la tierra habitada, para reunirlos para la guerra de aquel gran día del Dios Todopoderoso.

15 «He aquí que vengo como un ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda su ropa, para que no ande desnudo y vean su vergüenza.»

16 Los reunió en el lugar que en hebreo se llama «Harmagedón».

17 El séptimo derramó su copa en el aire. Una fuerte voz salió del templo del cielo, del trono, diciendo: «¡Está hecho!»

18 Hubo relámpagos, estruendos y truenos, y se produjo un gran terremoto como no se había producido desde que hay hombres en la tierra: un terremoto tan grande y tan poderoso.

19 La gran ciudad se dividió en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron. La gran Babilonia fue recordada ante los ojos de Dios, para darle la copa del vino del furor de su ira.

20 Todas las islas huyeron, y los montes no se encontraron.

21 Grandes piedras de granizo, del peso de un talento, cayeron del cielo sobre la gente. La gente blasfemaba contra Dios a causa de la plaga del granizo, pues esta plaga era sumamente grave.

Capítulo 17

1 Uno de los siete ángeles que tenían las siete copas vino y habló conmigo diciendo: «Ven aquí. Te mostraré el juicio de la gran prostituta que está sentada sobre muchas aguas,

2 con la cual los reyes de la tierra cometieron inmoralidad sexual. Los que habitan en la tierra se embriagaron con el vino de su inmoralidad sexual».

3 Me llevó en el Espíritu a un desierto. Vi a una mujer sentada sobre una bestia de color escarlata, llena de nombres blasfemos, que tenía siete cabezas y diez cuernos.

4 La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada con oro y piedras preciosas y perlas, y tenía en la mano una copa de oro llena de abominaciones y de las impurezas de la inmoralidad sexual de la tierra.

5 Y en su frente estaba escrito un nombre: «MISTERIO, BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS PROSTITUCIONES Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA».

6 Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús. Cuando la vi, me maravillé con gran asombro.

7 El ángel me dijo: "¿Por qué te asombras? Te diré el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, que tiene las siete cabezas y los diez cuernos.

8 La bestia que has visto era, y no es; y está a punto de subir del abismo e ir a la destrucción. Los que habitan en la tierra y cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo se maravillarán cuando vean que la bestia era, y no es, y estará presente.

9 Aquí está la mente que tiene sabiduría. Las siete cabezas son siete montes sobre los que se sienta la mujer.

10 Son siete reyes. Cinco han caído, uno es, y el otro aún no ha venido. Cuando venga, debe continuar un poco más.

11 La bestia que era, y no es, es también la octava, y es de las siete; y va a la destrucción.

12 Los diez cuernos que has visto son diez reyes que aún no han recibido ningún reino, pero reciben autoridad como reyes con la bestia por una hora.

13 Estos tienen una sola mente, y dan su poder y autoridad a la bestia.

14 Estos guerrearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles."

15 Me dijo: «Las aguas que viste, donde se sienta la prostituta, son pueblos, multitudes, naciones y lenguas.

16 Los diez cuernos que has visto, ellos y la bestia odiarán a la prostituta, la desolarán, la desnudarán, comerán su carne y la quemarán completamente con fuego.

17 Porque Dios ha puesto en sus corazones que hagan lo que él tiene en mente, que sean de un mismo parecer, y que entreguen su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios.

18 La mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.»

Capítulo 18

1 Después de estas cosas, vi a otro ángel que bajaba del cielo, con gran autoridad. La tierra estaba iluminada con su gloria.

2 Y clamó con gran voz, diciendo: «¡Caída, ha caído la gran Babilonia, y se ha convertido en morada de demonios, en cárcel de todo espíritu inmundo y en prisión de toda ave inmunda y aborrecida!

3 Porque todas las naciones han bebido del vino de la ira de su inmoralidad sexual, los reyes de la tierra cometieron inmoralidad sexual con ella, y los mercaderes de la tierra se enriquecieron con la abundancia de su lujo.»

4 Oí otra voz del cielo que decía: "Salid de ella, pueblo mío, para que no tengáis
participación en sus pecados y no recibáis de sus plagas,

5 porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus
iniquidades.

6 Devolvedle lo mismo que ella devolvió, y pagadle el doble de lo que hizo, y según
sus obras. En la copa que ella mezcló, mezcladles el doble.

7 Por mucho que se haya glorificado y se haya vuelto licenciosa, dadle tanto tor-
mento y luto. Porque dice en su corazón: 'Me siento reina, y no soy viuda, y en
modo alguno veré luto'.

8 Por tanto, en un solo día vendrán sus plagas: muerte, luto y hambre; y será total-
mente quemada con fuego, porque el Señor Dios que la ha juzgado es fuerte.

9 Los reyes de la tierra que cometieron inmoralidad sexual y vivieron sin sentido
con ella llorarán y se lamentarán sobre ella, cuando miren el humo de su incendio,

10 parándose lejos por el temor de su tormento, diciendo: '¡Ay, ay, la gran ciudad,
Babilonia, la ciudad fuerte! Porque tu juicio ha llegado en una hora'.

11 Los mercaderes de la tierra lloran y se lamentan por ella, porque ya nadie com-
pra sus mercancías

12 mercancías de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino fino, de púr-
pura, de seda, de escarlata, de toda madera costosa, de toda vasija de marfil, de
toda vasija de madera preciosísima, de bronce, de hierro y de mármol;

13 de canela, de incienso, de perfume, de incienso, de vino, de aceite de oliva, de ha-
rina fina, de trigo, de ovejas, de caballos, de carros, de cuerpos y de almas.

14 Los frutos que tu alma codiciaba se han perdido para ti. Todas las cosas que
eran delicadas y suntuosas han perecido para ti, y ya no las encontrarás en
absoluto.

15 Los mercaderes de estas cosas, que se enriquecieron con ella, se quedarán lejos
por el miedo a su tormento, llorando y lamentándose,

16 diciendo: '¡Ay, ay, la gran ciudad, la que estaba vestida de lino fino, púrpura y escarlata, y adornada con oro y piedras preciosas y perlas!

17 Porque en una hora tan grandes riquezas son desoladas.' Todos los capitanes de barcos, y todos los que navegan en cualquier parte, y los marineros, y todos los que se ganan la vida en el mar, se pararon lejos,

18 y gritaron al ver el humo de su incendio, diciendo: '¿Qué es como la gran ciudad?'

19 Echaron polvo sobre sus cabezas y gritaban, llorando y lamentándose, diciendo: '¡Ay, ay, la gran ciudad, en la que todos los que tenían sus barcos en el mar se enriquecieron a causa de su gran riqueza! Porque en una hora ha sido desolada'.

20 Alégrate por ella, cielo, santos, apóstoles y profetas, porque Dios ha ejecutado vuestro juicio sobre ella".

21 Un ángel poderoso tomó una piedra como una gran piedra de molino y la arrojó al mar, diciendo: «Así con violencia será derribada Babilonia, la gran ciudad, y no se encontrará más en absoluto.

22 Ya no se oirá en ti la voz de los arpistas, los juglares, los flautistas y los trompetistas. Ya no se encontrará en ti ningún artesano de cualquier oficio. Ya no se oirá en ti el sonido de un molino.

23 La luz de una lámpara no brillará más en ti. La voz del novio y de la novia no se oirá más en ti, porque tus mercaderes eran los príncipes de la tierra; porque con tu hechicería fueron engañadas todas las naciones.

24 En ella se encontró la sangre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido asesinados en la tierra.»

Capítulo 19

1 Después de estas cosas oí algo así como una fuerte voz de una gran multitud en el cielo, que decía: «¡Aleluya! La salvación, el poder y la gloria pertenecen a nuestro Dios;

2 porque sus juicios son verdaderos y justos. Porque él ha juzgado a la gran prostituta que corrompió la tierra con su inmoralidad sexual, y ha vengado la sangre de sus siervos de su mano.»

3 Un segundo dijo: «¡Aleluya! Su humo sube por los siglos de los siglos».

4 Los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron y adoraron al Dios que está sentado en el trono, diciendo: «¡Amén! Aleluya!»

5 Una voz salió del trono, diciendo: «¡Alabad a nuestro Dios, todos sus siervos, los que le teméis, los pequeños y los grandes!»

6 Oí algo como la voz de una gran multitud, y como la voz de muchas aguas, y como la voz de poderosos truenos, que decían: «¡Aleluya! ¡Porque el Señor nuestro Dios, el Todopoderoso, reina!

7 Alegrémonos y regocijémonos, y démosle la gloria. Porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado».

8 Se le dio que se vistiera de lino fino, brillante y puro, porque el lino fino son las acciones justas de los santos.

9 Me dijo: "Escribe: 'Bienaventurados los invitados a la cena de las bodas del Cordero'". Me dijo: «Estas son verdaderas palabras de Dios».

10 Me postré ante sus pies para adorarle. Él me dijo: «¡Mira! ¡No lo hagas! Soy consiervo tuyo y de tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios, porque el testimonio de Jesús es el Espíritu de Profecía».

11 Vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero. Con justicia juzga y hace la guerra.

12 Sus ojos son una llama de fuego, y en su cabeza hay muchas coronas. Tiene nombres escritos y un nombre escrito que nadie conoce sino él mismo.

13 Está revestido de un manto salpicado de sangre. Su nombre se llama «La Palabra de Dios».

14 Los ejércitos que están en el cielo, vestidos de lino blanco, puro y fino, lo siguen en caballos blancos.

15 De su boca sale una espada afilada y de doble filo para herir con ella a las naciones. Las gobernará con vara de hierro. Él pisa el lagar del furor de la ira de Dios, el Todopoderoso.

16 Tiene en su manto y en su muslo un nombre escrito: «REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES».

17 Vi a un ángel de pie en el sol. Gritó con gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en el cielo: "¡Venid! Reuníos en la gran cena de Dios,

18 para que comáis la carne de los reyes, la carne de los capitanes, la carne de los poderosos, la carne de los caballos y de los que se sientan en ellos, y la carne de todos los hombres, libres y esclavos, pequeños y grandes."

19 Vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos reunidos para hacer la guerra contra el que estaba sentado sobre el caballo y contra su ejército.

20 La bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que realizaba las señales a su vista, con las que engañaba a los que habían recibido la marca de la bestia y a los que adoraban su imagen. Estos dos fueron arrojados vivos al lago de fuego que arde con azufre.

21 Los demás fueron muertos con la espada del que estaba sentado en el caballo, la espada que salía de su boca. Y todas las aves se llenaron de su carne.

Capítulo 20

1 Vi a un ángel que bajaba del cielo, con la llave del abismo y una gran cadena en la mano.

2 Agarró al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, que engaña a toda la tierra habitada, y lo ató por mil años,

3 y lo arrojó al abismo, lo cerró y lo selló sobre él, para que no engañara más a las naciones hasta que se cumplieran los mil años. Después de esto, debe ser liberado por un corto tiempo.

4 Vi tronos, y se sentaron en ellos, y se les dio juicio. Vi las almas de los que habían sido decapitados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y a los que no adoraron a la bestia ni a su imagen, y no recibieron la marca en la frente y en la mano. Ellos vivieron y reinaron con Cristo durante mil años.

5 El resto de los muertos no vivió hasta que se cumplieron los mil años. Esta es la primera resurrección.

6 Bendito y santo es el que tiene parte en la primera resurrección. Sobre éstos, la segunda muerte no tiene poder, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.

7 Y después de los mil años, Satanás será liberado de su prisión

8 y saldrá para engañar a las naciones que están en los cuatro rincones de la tierra, a Gog y a Magog, para reunirlos a la guerra, cuyo número es como la arena del mar.

9 Subieron a lo ancho de la tierra y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada. De Dios bajó fuego del cielo y los devoró.

10 El diablo que los engañaba fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde también están la bestia y el falso profeta. Serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

11 Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de cuyo rostro huyeron la tierra y el cielo. No se encontró lugar para ellos.

12 Vi a los muertos, a los grandes y a los pequeños, de pie ante el trono, y abrieron libros. Se abrió otro libro, que es el libro de la vida. Los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.

13 El mar entregó a los muertos que estaban en él. La muerte y el Hades entregaron a los muertos que estaban en ellos. Fueron juzgados, cada uno según sus obras.

14 La muerte y el Hades fueron arrojados al lago de fuego. Esta es la segunda muerte, el lago de fuego.

15 El que no se halló inscrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego.

Capítulo 21

1 Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existe.

2 Vi la ciudad santa, la Nueva Jerusalén, bajando del cielo desde Dios, preparada como una novia adornada para su esposo.

3 Oí una fuerte voz del cielo que decía: «He aquí que la morada de Dios está con el pueblo; y él habitará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.

4 Enjugará toda lágrima de sus ojos. La muerte ya no existirá, ni habrá más luto, ni llanto, ni dolor. Las primeras cosas han pasado».

5 El que está sentado en el trono dijo: «He aquí que hago nuevas todas las cosas». Dijo: «Escribe, porque estas palabras de Dios son fieles y verdaderas».

6 Me dijo: "Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin. Al que tenga sed le daré gratuitamente del manantial del agua de la vida.

7 Al que venza, le daré estas cosas. Yo seré su Dios, y él será mi hijo.

8 Pero a los cobardes, a los incrédulos, a los pecadores, a los abominables, a los asesinos, a los inmorales sexuales, a los hechiceros, a los idólatras y a todos los mentirosos, su parte está en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda."

9 Vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas cargadas con las siete últimas plagas, y habló conmigo diciendo: «Ven aquí. Te mostraré la novia, la esposa del Cordero».

10 Me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios,

11 con la gloria de Dios. Su luz era como una piedra preciosísima, como una piedra de jaspe, clara como el cristal;

12 tenía un muro grande y alto con doce puertas, y a las puertas doce ángeles, y nombres escritos en ellas, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel.

13 Al este había tres puertas, al norte tres puertas, al sur tres puertas y al oeste tres puertas.

14 El muro de la ciudad tenía doce cimientos, y en ellos doce nombres de los doce Apóstoles del Cordero.

15 El que hablaba conmigo tenía como medida una caña de oro para medir la ciudad, sus puertas y sus muros.

16 La ciudad es cuadrada. Su longitud es tan grande como su anchura. Midió la ciudad con la caña: doce mil doce estadios. Su longitud, su anchura y su altura son iguales.

17 Su muro tiene ciento cuarenta y cuatro codos, según la medida de un hombre, es decir, de un ángel.

18 La construcción de su muro era de jaspe. La ciudad era de oro puro, como el vidrio puro.

19 Los cimientos de la muralla de la ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas. El primer cimiento era de jaspe; el segundo, de zafiro; el tercero, de calcedonia; el cuarto, de esmeralda;

20 el quinto, de sardónica; el sexto, de sardio; el séptimo, de crisolita; el octavo, de berilo; el noveno, de topacio; el décimo, de crisoprasa; el undécimo, de jacinto; y el duodécimo, de amatista.

21 Las doce puertas eran doce perlas. Cada una de las puertas estaba hecha de una perla. La calle de la ciudad era de oro puro, como el cristal transparente.

22 No vi ningún templo en ella, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo.

23 La ciudad no necesita que brillen el sol ni la luna, porque la gloria misma de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero.

24 Las naciones caminarán a su luz. Los reyes de la tierra llevan a ella la gloria y el honor de las naciones.

25 Sus puertas no se cerrarán de día (porque allí no habrá noche),

26 y traerán a ella la gloria y el honor de las naciones para que puedan entrar.

27 De ninguna manera entrará en ella nada profano, ni nadie que cause abominación o mentira, sino sólo los que están escritos en el libro de la vida del Cordero.

Capítulo 22

1 Me mostró un río de agua de vida, claro como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero,

2 en medio de su calle. A este lado del río y a aquel otro estaba el árbol de la vida, que daba doce clases de frutos y daba su fruto cada mes. Las hojas del árbol eran para la curación de las naciones.

3 Ya no habrá más maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus servidores le servirán.

4 Verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes.

5 No habrá noche, y no necesitarán luz de lámpara ni luz de sol, porque el Señor Dios los iluminará. Reinarán por los siglos de los siglos.

6 Me dijo: «Estas palabras son fieles y verdaderas. El Señor Dios de los espíritus de los profetas ha enviado a su ángel para mostrar a sus siervos las cosas que han de suceder pronto.»

7 "¡He aquí que vengo pronto! Bienaventurado el que guarde las palabras de la profecía de este libro".

8 Yo, Juan, soy el que oyó y vio estas cosas. Cuando oí y vi, me postré para adorar a los pies del ángel que me había mostrado estas cosas.

9 Él me dijo: «¡No debes hacer eso! Soy consiervo tuyo y de tus hermanos, los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios».

10 Me dijo: «No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca.

11 El que actúe injustamente, que siga actuando injustamente. El que es sucio, que siga siendo sucio. El que es justo, que siga haciendo justicia. El que es santo, que siga siendo santo».

12 "¡Mira que vengo pronto! Mi recompensa está conmigo, para pagar a cada uno según su trabajo.

13 Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin.

14 Bienaventurados los que cumplen sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad.

15 Fuera quedan los perros, los hechiceros, los inmorales, los asesinos, los idólatras y todos los que aman y practican la mentira.

16 Yo, Jesús, he enviado a mi ángel para que os dé testimonio de estas cosas para las iglesias. Yo soy la raíz y el vástago de David, la Estrella Brillante y Matutina".

17 El Espíritu y la novia dicen: «¡Ven!» El que oye, que diga: «¡Ven!» El que tenga sed, que venga. El que quiera, que tome gratuitamente el agua de la vida.

18 Yo testifico a todo el que oiga las palabras de la profecía de este libro: si alguno añade a ellas, Dios le añadirá las plagas que están escritas en este libro.

19 Si alguien quita las palabras del libro de esta profecía, Dios le quitará su parte
del árbol de la vida y de la ciudad santa, que están escritas en este libro.

20 El que da testimonio de estas cosas dice: «Sí, vengo pronto». ¡Amén! ¡Sí, ven,
Señor Jesús!

21 La gracia del Señor Jesucristo sea con todos los santos. Amén.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0